13539

# BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

---

TOMO VIGESIMOCUARTO.

*Es propiedad de los Editores.*

# BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

## COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

**DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,**

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

**TOMO XXIV.**

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1865.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

# SEÑORES REDACTORES

*que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.*

| | |
|---|---|
| A. C..... | D. Angel Castellanos y Lopez. |
| A. L..... | D. Antonio Lopez. |
| C. de la V..... | Caño de la Vega (D. Juan). |
| C., B. C., B. S. C.. | Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian). |
| C. de F..... | Excmo. Sr. Conde de Fabraquer. |
| F. de N..... | Fernandez Navarrete (D. Eustaquio). |
| G. de R..... | García Rodriguez (*Presbítero* D. Juan). |
| J. B. de R..... | D. Joaquin María Bover de Roselló. |
| M. B..... | D. Manuel Bejar. |
| R. y C..... | Roca y Cornet (D. Joaquin). |
| S. B..... | Sanchez Biedma (D. José). |

# BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

## COMPLETA.

### RUA

RUA (D. Antonio Perez de). Nació en Zaragoza, siendo su padre D. Tomás, ciudadano de la misma, como á mitad del siglo XVII, segun parece. Estudió en la universidad de la referida ciudad, y de ella era doctor, y rector en 1683 y 1684. En 14 de Agosto de 1681 tomó posesion de un canonicato de la metropolitana de su patria, y fué agente general de S. M. en Roma, y ejerciendo este cargo solicitó, como comisionado, la concesion del rezo de nuestra Señora del Pilar de aquella ciudad, segun refiere D. Juan Francisco Escuder en la *Relac. de fiest. con dic. motiv.*, pág. 24. Murió en Roma muy adelantado el citado siglo, habiendo dejado en esta Corte recomendadas su piedad, bondad, afabilidad y literatura. En ella escribió por encargo del embajador de España: 1.° *Funeral hecho en Roma en la iglesia de Santiago de los Españoles, á 18 de Diciembre de 1666, á la gloriosa memoria del Rey católico de las Españas, nuestro señor D. Felipe IV, el Grande, en nombre de la Nacion Española, por el Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Aragon, caballero y clavero del órden de Alcántara, Gentil-hombre de la Cámara de S. M., capitan de su Guardia Tudesca, de su Consejo de Guerra, su Embajador ordinario en Roma á la Santidad de Alejandro VII, su Virey y Ca-*

*pitan general del reino de Nápoles, escrito de órden de su Excelencia*; en Roma por Jaime Dragondelli, en 4.° mayor. Da en esta relacion una curiosa y completa noticia de esta augusta ceremonia, del mausoleo, poesías, inscripciociones, lemas y cenotafios, de la oracion fúnebre y cartas de pésame. Va adornada de elegantes láminas, que representan lo más digno de esta funcion, de sus adornos, sentencias latinas, símbolos y epígramas. D. Nicolás Antonio, en su Biblioteca, refiere precisamente el nombre del autor y desmiente el título de su relacion, que tengo en mi librería y es como se ha referido. Propio es de este lugar nombrar al *Lic. D. Blas Perez de Rua*, deudo de nuestro escritor zaragozano, que en 1650, en su edad juvenil, era poeta no vulgar. D. José Félix de Amada le imprimió varios poemas en la *Palestra numerosa austriaca*, páginas 72 y 73, y en la 142 su premio.—L.

RUA (Gerónimo de la), sacerdote toledano, profesor de filosofía y teología en la academia de aquella ciudad, con cuyo motivo escribió diferentes obras, que son prueba de su ingenio y conocimientos en esta ciencia. Son sus títulos los siguientes: *Controversiarum theologicarum, partim positivarum, partim scholasticarum, partis primæ duo volumina, seu tomi*, de los cuales el primero trata: *De libris sacris et canonicis; — De codicibus hebraicis Sacræ Scripturæ; — De Paradiso, et in eo asservatis sanctis hominibus; — De festis et jejuniis hebræorum; —De Sacerdotibus et Levitis*; y además todas las *scholasticas*: *De unitate Dei; — De constitutione divinarum personarum; —De angelis; — De statu primorum hominum; — De constitutione peccati*. Los últimos tomos contienen las *Positivas*: *De matrimoniis hebræorum; — De prophetia; — De Hebdomadis Danielis; — De sensu litterali quatuor primorum versuum psalmi XVIII*, y cuatro escolásticas: *Num homines post peccatum boni aliquid præstare possint; — De meritis quæ dicuntur de congruo et de condigno; — Num humanitas Christi et sacramenta causare possint in nobis gratiam, an in Christo fuerint scientia, linguarum genera insuper et prophetia, necnon et timoris donum*. Precede á estas controversias un prólogo ó coloquio, en que manifiesta el teólogo las causas por que las ha dado á luz. Esta obra se publicó por primera vez en Roma, por Vicente Accolté, 1584, en fólio, y despues en Madrid, en 1619, fól. — S. B.

RUANDO (Beato), monje del Cister, que floreció en Francia, y obispo de Vannes, en la provincia de Bretaña la menor; fué un varon dotado de excelsas virtudes, y en el obispado conservó y aumentó la santidad de vida que habia aprendido en el monasterio, de tal modo que fué un prelado ejemplarísimo, cuya humildad, amor al prójimo y el deseo de la salud de las almas, le granjearon el universal aprecio y veneracion. Lleno de méritos, pasó á la celestial patria el año de 1177.—A. L.

RUBÆUS (P. Juan), de la Compañía de Jesus. Ignóranse las principales circunstancias de la vida de este religioso, cuya carrera y méritos debian ser en extremo brillantes en su siglo, cuando mereció ser elevado á uno de los puestos más notables que ha conocido y conoce la Iglesia católica. No debia distinguirse ménos por sus virtudes, pues el ilustre penitenciario de Urbano VII en la iglesia de S. Pedro no hubiera llegado á ocupar aquel lugar sin que sus superiores y el mismo Pontífice no hubieran estado profundamente convencidos de su saber, y todavía más de su piedad y su zelo por la mejora de las costumbres. Ignórase el tiempo que desempeñó aquel cargo, ni á los que fué promovido despues, tanto en la Compañía como fuera de ella, sabiéndose únicamente que publicó una *Historia de la muerte del pontífice Urbano*, impresa en Roma por Juan Martinelli, sin que conste el año de la edicion.—S. B.

RUBBI (Andrés). Nació este jesuita en Venecia en 1739. Inclinado á la vida contemplativa, entró aún muy jóven en la Compañía de Jesus, fundada por el glorioso español S. Ignacio de Loyola, y profesó las bellas letras en su colegio de Brescia. Despues de la dispersion de su Orden, se retiró á su patria, y se ocupó en trabajos literarios. Murió en su país el año 1810, habiendo dejado las siguientes obras: *Interpretatio et illustratio epitaphii græci Ravennæ reperti;* Roma, 1765, en 4.°—*Rodi presa;* Venecia, en 8.°, 1773: tragedia que escribió en Brescia el autor, en donde fué representada por sus discípulos.—*Elogi italiani;* id., doce vol. en 12.°, 1781 y siguientes. Esta es una coleccion de treinta y seis elogios escritos por diferentes autores, entre ellos hay seis de la pluma de Rubbi, que son: los del Petrarca, Leonardo de Vinci, Galileo, Castillone, Metastasio y Ginnani. El editor de esta coleccion intercaló en ella el catálogo de las medallas italianas del abate Angelo Bottari. *Dissertazione cronologico-istorico-critica sopra il sepolcro d'Isaccio, esarca di Ravenna;* id., 1781.—*Ugolino;* tragedia que se insertó sin nombre de autor en el tomo V del *Teatro italiano del siglo XVIII;* en Florencia, en 1784, en 8.°—*Parnaso italiano, overo raccolta di poeti classici italiani d'ogni genere, d'ogni etá e d'ogni metro;* Venecia, cincuenta y seis volúmenes en 8.°, 1784, 1791.—*Parnaso di poeti classici d'ogni nazione tradotti in italiano;* id., cuarenta y un volúmenes en 8.°, 1793 y siguientes. Dirigió Rubbi estas dos colecciones, y deben mirarse más como especulacion de un librero que como manuscritos literarios, á pesar de que compuso una noticia sobre la vida de cada uno de los autores comprendidos en esta coleccion; pero estos trozos estan escritos en un estilo tan cortado, que le valió el epiteto de estilo hiposo.—*Giornale dell' antichitá sacre e profane, giusta il metodo di Pitisco;* id., 1793, en 8.°—*I giorni dell' anno, consecrati alla passione di Gesu-Cristo;* Parma, 1793, en 12.°—

*Epistolario, ossia scelta di lettere inedite;* Venecia 1795 y 96, dos volúmenes en 4.° Es una coleccion de cartas inéditas de diversos autores. — *Il Genio nautico e militare, canti due*; id., en 4.°: pequeño poema escrito con motivo de la muerte de Angelo Emo, célebre almirante veneciano, que habia bombardeado á Tunez en la guerra de 1774. —*Genio letterario d'Europa;* id., obra periódica fundada por Rubbi en 1793, en oposicion á otro periódico titulado: *Memorie per servire alla storia letteraria e civile d'Europa*, el cual estaba dirigido por el Dr. Agletti, que venció con su periódico al de Rubbi, que solo duró algunos meses. — *La Vainiglia poemato latino;* en 4.°, impreso en la *Raccolta Ferrarese*, tomo VI. Rubbi corrigió las ediciones de las obras de Muratori y de Maffei publicadas en Venecia, las primeras en cuarenta y ocho volúmenes en 8.°, y las otras en veintiuno en el mismo tamaño. Hállanse, segun Mr. de Angelis, su biógrafo, noticias esparcidas sobre la vida de Rubbi en el *Suplemento de la Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesus*, por Caballero; en la *Literatura Veneciana del siglo XVIII*, por Moschini, y en el tomo LVI y último del *Parnaso italiano*, en que el mismo Rubbi tuvo cuidado de hablar de sí mismo.—C.

RUBEIS (Fr. Cirilo), religioso capuchino de la provincia de Brescia, poeta bien conocido en su época, del que hacen una honrosa mencion todas las crónicas de su Orden. Parece como si la Providencia hubiera destinado á Rubeis para llenar una grande necesidad y un papel importante en la historia de su siglo. Aunque viviendo retirado en el rincon de un claustro, sin más recursos que su talento, y sin otras armas que su piedad y virtudes, se hallaba, sin embargo, llamado á las mas altas empresas en que tomó una parte muy activa, coronándose de gloria, y no dando poca á su religion, que á justo título le menciona entre sus varones más ilustres. Ciertamente que Rubeis, luchando con grandes dificultades y venciendo toda clase de obstáculos, se nos asemeja á aquellos gigantes, que segun las fábulas mitológicas escalaban el cielo, confiados en sus fuerzas y creyéndose destinados á sostenerle sobre sus espaldas; pero el humilde franciscano contaba con otros recursos, contaba con una fe viva en la Providencia, que era la que le debia conducir, despues de removidos todos los escollos que impidieran su marcha, al puerto de salvacion. Su biografía es, á pesar de esto, tan sencilla, que apénas se creeria que hombre que tanto trabajó en su tiempo y obtuvo tan brillantes triunfos contra la tenaz herejía, haya merecido tan escasa mencion á sus cronistas. Nacido en un pequeño lugar de la diócesis de Brescia, tomó el hábito en esta capital, cuando apénas contaba veinte años, y manifestó desde luego las buenas costumbres y amor á la observancia regular propias de todo religioso. Nada encontraron que reprender en él sus superiores, pues obediente y sumiso en cuanto ordenaba su

regla, y deseoso de sacrificar su voluntad propia á la ajena, convencido de que así llenaba mejor el objeto de su instituto, ni en las prácticas piadosas que le imponia la regla, ni en las obligaciones que le marcaban sus estudios, hizo cosa que de reprender fuese, ántes bien obró con tanta asiduidad en aquellas como en estas, mereciendo el nombre de virtuoso y aplicado. Habíale dotado la naturaleza de no vulgares cualidades, pues á una imaginacion viva y fecunda, unia un genio sagaz y penetrante; á un grande afan y deseo de saber, una aplicacion y laboriosidad incansable. Así es, que sobre no necesitar le explicasen el motivo por que se le imponian determinados preceptos, sabia ocultar su comprension bajo las cándidas apariencias de la ignorancia; de manera que ni aconsejaba á sus maestros, manifestando una superioridad ridícula, ni se ofendian sus compañeros por que les hiciese comprender cuán inferiores le eran. Antes bien se hallaba siempre dispuesto á sacarlos de todas sus dudas y dificultades, á guiarlos por el camino sencillo y fácil de la verdad, á cuyo término se hallaba la luz que debia desterrar las tinieblas de su ignorancia. Provino de aquí el grande amor que á Rubeis tomaron muchos de sus compañeros, amor que le acompañó toda la vida, y que fué el orígen de sus principales dignidades. En efecto, no tardó en llegar á ellas; ya porque la fama que habia adquirido por sus estudios llegase á los oidos de sus superiores y de las personas más distinguidas del país, ora porque su aficion á la poesía y las diferentes composiciones que habian salido de su pluma llenasen los ámbitos de Italia, lo cierto es que en muy breve tiempo y áun de muy corta edad fué destinado á gobernar los primeros conventos de su Orden. Estos cargos, que aunque importantes por sí, revelaban sin embargo en el que los obtenia más fondo de saber que de virtud, manifestaban en Rubeis la perfecta union de ambas cualidades, el dulce consorcio de lo que constituye la verdadera ciencia, pues no puede ménos de mirarse como vano todo el saber del mundo, si no nos proporciona la mayor suma de felicidad en esta y en la venidera vida. Al mismo tiempo que al desempeño de sus empleos, era destinado Rubeis á varias comisiones, que demuestran indudablemente el grande concepto que de él se habian formado sus superiores y cuantas personas le conocian. Tenia unas veces que evacuar difíciles y delicadas consultas de los tribunales eclesiásticos; otras de los civiles, en particular en los puntos que se referian á la religion; ora se le comisionaba para revisar una obra nueva, ya para manifestar los errores qué en las furtivamente impresas ó introducidas se notaban en lo relativo al dogma y á la moral. En este punto fué donde más se distinguió Rubeis, pues habiendo llegado á sus manos uno de estos libros cuyas doctrinas, por la novedad, no tardan en llamar la atencion y hacer gran número de partidarios, al censurarle, escribir y predicar contra él, se halló

atacado por gran número de enemigos, que se atrevieron no solo á su fama, sino tambien á su vida. Ni su saber, ni sus sacrificios, ni sus desvelos, ni su virtud, nada quedó á salvo de la venganza de sus adversarios, que se lanzaron llenos de encono contra él, y cuando vieron que nada podian conseguir, porque el animoso Padre continuaba en sus predicaciones y en sus escritos contra la falsa doctrina, le acecharon una y otra vez, y faltó poco para que perdiera la vida á sus manos, si no le hubiesen salvado sus amigos y discípulos unas veces, y otras la Providencia, que le tenia reservado para los más altos destinos. Su triunfo le dió doble celebridad; desearon verle sus superiores, conocerle los pontífices, y aplaudirle, en fin, la Italia entera. Llenó sus deseos el humilde religioso, pues no podia negarse por hallarse ligado por la ley de la santa obediencia; mas de repente y convencido de la vanidad de todos aquellos aplausos, pidió y obtuvo permiso para retirarse á su patria, donde murió santamente como habia vivido, dejando consignada su memoria en los anales de la posteridad. —S. B.

RUBEIS (Fr. José), minorita italiano, célebre por su vida y virtudes. De edad de catorce años, dice la crónica, rico para el pobre, pobre para sí mismo, tenia siempre abiertas las manos para su socorro; el rosario colgando, los ojos en el suelo, el rostro macilento y áun desfigurado con ayunos. En sí mismo llevaba sobrescrita, si no dibujada, su virtud, aquella virtud que fué siempre el lazo indisoluble de su deber. Su juventud fervorosa servia de reprension á la ancianidad descuidada. No queria tratar con nadie como no fuese asunto tocante á su salvacion. Quitaba del sueño ó del descanso para sus oraciones los instantes que otros suelen quitar á la obligacion para el descanso ó el sueño. Tomó en Nápoles, donde su padre residia, el hábito de capuchino á los catorce años y medio de su edad. Dos despues profesó cuando la primavera empezaba á pintar las flores, y de flores los prados y los jardines, y de jardines y prados la tierra. Estudió filosofía, escribió versos sobre asuntos morales, tomó el órden de presbítero, y regresó á su patria, donde permaneció seis años consagrado á las ciencias divinas y al cultivo de la elocuencia. Disciplinas, ayunos, silicios, rigores, y el descanso jamás; esta era su vida en el convento. Enviáronle sus superiores á predicar á diferentes partes de Italia, con el carácter de misionero; embajador del cielo para convertir el mundo. Predicando á otros creia que se desengañaba á sí mismo; sus voces de dolor hijas eran no ménos del tiempo que habia perdido en vanos estudios, que de las culpas que veia nacidas de la profanidad. Juzgaba que mal merecia el nombre de predicador evangélico el que buscaba aclamaciones, sino el que conseguia lágrimas y suspiros. Su amor á Dios, su ardiente celo, su llanto, eran más que para una persona: toda un alma pedia su amor; toda un alma su celo; toda un alma su llanto. Mu-

chas lágrimas le costaba y muchos suspiros, acompañados de ayunos, vigilias, silicios, sangre y aficion de alma y cuerpo, el alcanzar la luz de Dios para ganarle un alma y reducírsela á vida perfecta. Su semblante, ya pálido al rigor, ya encendido al celo, ya nublado al llanto, nunca amortiguado á la hipocresía, más lo representaba anatomía de la penitencia, que á hombre con vida. La suya era terror al vicio, aliento á la virtud; y su virtud era regada por las mismas lágrimas que lloraba. Predicaba sus sermones más con el espíritu del cielo que con elocuencia humana. Nunca asomaron á sus labios las engreidas frases de los predicadores de su siglo. Los grandes ponian sus almas en manos del P. Rubeis. El más dulce halago de sus ojos era la miseria de los mendigos; su mirar risueño al afligido; sus palabras promesas de tiempos más felices; su comida una perpétua abstinencia. Sin otro memorial que el grito continuo de sus prendas, los principales cabildos eclesiásticos de Italia le eligieron su canónigo. Las distinciones que mereció á muchos prelados eran el martirio constante de sus memorias, la agonía de sus cuidados, el desengaño de sus deseos y el escarmiento de sus esperanzas. Recibianlo en las poblaciones bajo pálio, con la tropa formada por las calles como á príncipe. Dentro del templo tenia que ir rodeado de soldados en las misiones, para que la indiscreta devocion no hurtase pedazos del hábito para conservarlos como reliquias. Sentia Rubeis vergüenza al ver que se veneraba en él lo que él no creia que fuera en realidad. Imaginaba que él no era el amado, sino que él era en el mundo una cosa que no podia explicar ni áun percibir, pero que no era él. Veia que el amor hácia su persona era mucho; el número de los que amaban grande, y lo amado nada. Derramaba de vergüenza la sangre por su rostro. Mil veces pretendió hacer el sacrificio de enmudecer para sofocar las trompas de su fama al poner una mordaza á su elocuencia. Tan humildemente queria arrancar por sí mismo los laureles que habia plantado con el glorioso afan de sus estudios y predicaciones; mas no podia, encendido su espíritu en alabar las grandezas de la religion, aquella ley de fuego que en la diestra de Dios alumbra el mundo. Dábase priesa en sus misiones por Italia, ó porque la vida no se le acabase, ó porque el sudor que le costaban no se enjugase en su rostro con el hielo de la vejez. Una mala interpretacion de uno de sus sermones fué orígen de su destierro, y causa de que algunos de sus escritos fueran mirados como sospechosos. Emprendió su defensa, mas sus dolencias le impidieron terminarla. Retiróse á su patria. En muchos años de penosas enfermedades no habia dado muestras de desear alivio. Vivia para padecer, y no era su penitencia para vivir, sin más abrigo que un sayal roto, que ni áun para abrigo servia. Un pardo velo cubrió á poco su frente un tiempo serena; sus ojos se convirtieron en depositarios de las sombras; sus mejillas de pálidas en

denegridas. Al espirar tuvo el consuelo de contemplar los frutos de su predicacion evangélica. Vió coronarse de espigas sus mieses, que el aire las halagaba, que las hermoseaba la luz, que las fertilizaban las lluvias, que el sol las doraba, y que el viento, siempre fecundo, las arrullaba y mecia hasta que quedaron colmadas de granos de oro. No lo llevó la muerte á la tumba para entregarlo airadamente al olvido. No le quitó la dignidad que gozaba, sino que le añadió la dignidad que aún no tenia. La ciudad de Nápoles fué la depositaria de su cadáver, donde habia muerto, llevado en alas de los suspiros públicos y de sus deseos de aliviarlos. Dejó impresa una obra bajo el título *De Partu Deiparæ semper Virginis;* Nápoles, 1670, en 16.° —S. B.

RUBEIS (Juan Bernardo María de). Este fraile dominico nació en 1686, de una familia distinguida de Cividal del Friuli, y pronunció sus votos á los diez y siete años de edad en la órden de Predicadores ó Dominicos. Enviado á Toscana, allí acabó de estudiar la filosofía en el convento de S. Miniato, desde el que salió para enseñarla en el de Zatere en Venecia. Ausentóse por algun tiempo para seguir, en calidad de teólogo, á una mision extraordinaria de la república cerca de la corte de Francia. A su vuelta á Venecia, se ocupó solo en sus estudios y en acrecentar la biblioteca de su convento, cuyo cuidado le estaba confiado, y llegó á ser uno de los más considerables de la ciudad, cuando Apóstolo Zeno le legó, en 1750, todas las obras tanto impresas como manuscritas que habia reunido durante su vida, tomando desde entónces la biblioteca el nombre de Zeniana por el que es conocida. En la controversia relativa á la abolicion del patriarcado de Aquilea fué designado el P. Rubeis por el cardenal Delfino, revestido entónces de esta dignidad, para ir á sostener á Roma los derechos de esta silla; pero lo rehusó Rubeis constantemente prefiriendo al brillo de esta negociacion el rigoroso género de vida que habia adoptado dividiendo su tiempo entre el estudio y las prácticas de piedad. Agobiado por los años y por los trabajos, murió en Venecia el dia 2 de Febrero de 1775, á la edad de ochenta años. Las obras que se conocen de este religioso son las siguientes: *De Fabulâ monachatus benedictini divi Thomæ Aquinatis*; Venecia 1724, en 8.° sin nombre de autor. Es una respuesta á una disertacion histórica, en la cual se habia pretendido establecer que Sto. Tomás de Aquino, ántes de entrar en la órden de Santo Domingo, habia pertenecido á la de Monte-Casino. Aumentóse y reimprimióse esta obra al frente del tomo V de las obras del mismo Sto. Tomás, edicion de Venecia de 1746 y siguientes; y forma tambien parte de las treinta disertaciones críticas y apologéticas sobre el mismo Santo; id., 1750. *De una sententia damnationis in Acacium episcopum Constantinapolitanum*; dem, 1729, en 8.° Aprovechándose el autor del descubrimiento de una carta encontrada en un antiguo manuscrito de Verona, da noticia sobre la con-

dena de este obispo en el pontificado de Félix III. *Synodus quæ acta est in civitate Mantuâ anno* 827; id. 1729: en el tomo IX de la coleccion de los concilios. Estas son las actas de un concilio celebrado en Mantua para los negocios relativos á la iglesia de Aquilea, que se publicaron por la primera vez por el P. Rubeis, á vista de un manuscrito de la Biblioteca Vallicellana. *Animadversiones in concilium à Gregorio XII celebratum Fori-Julii seu in civitate Austriâ*; id. 1731, en el tomo XV de la misma coleccion. *De Schismate ecclesiæ Aquilejensis dissertatio historica*; id. 1732 en 8.° Esta disertacion va acompañada de las actas de los concilios de Mantua de que hemos hablado, con notas y correcciones. Tambien formó parte de la obra siguiente: *Monumenta ecclesiæ Aquilejensis commentarii historico-chronologico-critici; Argentinæ* (Venecia), 1740, en fólio. Al fin de la obra se ve una antigua crónica de los patriarcas de Aquilea. *Divi Thomæ Aquinatis opera theologica;* Venecia 1745-1760, 28 vol. en 4.° Fué el editor de esta obra el P. Rubeis y unió á cada tratado una advertencia y observaciones. *De nummis patriarcharum Aquilejensium, dissertatio altera*; id. 1794, en 8.° Hay otra disertacion sobre este asunto por el mismo padre, impresa en el mismo punto en 1747. *Discorso istorico-cronologico-diplomatico sopra una pergamena antica veneziana*; id. 1749, en 8.° *De gestis et scriptis ac doctrinâ sancti Thomæ Aquinatis, Dissertationes criticæ et apologeticæ*; id. 1750, en fól. De estas treinta disertaciones la más importante de la coleccion es la titulada: *De fide auctoris operum quæ vulgo Areopagitica dicuntur, orthodoxus fuerit, an hæreticus, vel apollinarista, vel eutychianus, seu monophysita.* Dos de estas disertaciones habian ya aparecido en las obras de Sto. Tomás, á los tomos XXIV y XXV. *De rebus congregationis sub titulo beati Jacobi Salomonii, etc. Commentarius históricus:* id. 1751, en 4.° publicada por la primera vez por un manuscrito griego de Leyde con una traduccion latina y varias notas. *Dissertationes duæ, prima de Turanio seu Tyrannio Rufino; altera de vetustis liturgiis etc.* id. 1754, en 4.° *De Theophylacti Bulgariæ archipiepiscopi gestis et scriptis, ac doctrina*; idem, 1794, en fól., que se ve en el tomo I de las obras de Theofilato. *Dissertatio in qua præsertim agitur de scholiis S. Maximi et Johannis Scythopolitani ac Germani Constantinop. patriarchæ;* id. 1755, en fól., en el tomo I de las obras de Dionisio Areopagita. *Dissertatio adversus Samuelem Crellium aliosque*; id. 1755. *De pecato originali, ejusque natura et traduce et pœna, tractatus theologicus;* id. 1757, en 4.° *Vita beatæ Benvenutæ Bojanæ*; id. 1757, en 4.° que fué impreso por la primera vez á vista del manuscrito original. *De Charitate, virtute theologica, ejusque natura, etc., tractatus theologicus;* id. 1758, en 4.° *Dissertationes variæ eruditionis, sub una capitum serie collectæ*; id. 1762, en 4.° *Lettera al P. Barberi, sopra il sistema della Grazia del P. Digliavacca*; impresa en el núm. 48 de las *Nuevas cartas florentinas*, en

1751. En las obras siguientes, segun su biógrafo de Angelis, se encuentran noticias más extensas de este autor. *Elogium J. Bern. Mariæ de Rubeis*, en el tomo XXVIII de la *Nuova Raccolta Calogerana*.—*Elogium de Rubeis*, en el tomo II de las *Vitæ Italorum* de Fabroni.—*Elogio del P. de Rubeis*, en el tomo IX del nuevo *Giornale de letterati d'Italia*; impreso en Módena el año de 1776.—C.

RUBEIS (Leonardo), religioso franciscano, natural de Giffon en la Campania, tan célebre por su saber y estudios, que obtuvo los primeros cargos de su Orden, entre ellos el de ministro provincial de Tierra de Labor y general de toda la religion franciscana. Sus méritos y tal vez los servicios que prestó al célebre Urbano VI, influyeron en que le elevase al cardenalato, puesto en que continuó durante los pontificados de Clemente VII y el célebre antipapa Benedicto XIII, circunstancia por la cual algunos autores no le citan en los catálogos de los cardenales. Sin embargo, es indudable que obtuvo este honor, y que se le reconoció al ménos en sus últimos años, habiendo tomado una parte muy activa en todos los sucesos que ocurrieron en aquel cisma que tantos disturbios ocasionó en la Iglesia. Conocido es su orígen, que hemos referido ya más de una vez en esta obra. Urbano VI habia sido elegido papa el 9 de Abril de 1378 por los diez y seis cardenales que se hallaban en Roma á la muerte de su predecesor Gregorio XI: siendo las tres cuartas partes de aquellos franceses, hubieran deseado nombrar un Papa de esta nacion, pero las amenazas del pueblo, que se puede decir, sitiaba al cónclave pidiendo un Papa romano ó al ménos italiano, no les permitió satisfacer sus deseos. Urbano fué coronado solemnemente el dia 18 del mismo mes en su presencia, y escribieron los mencionados cardenales á los otros seis compañeros suyos que se hallaban en Aviñon, para que reconociesen á Urbano VI; pero la imprudente conducta de este Papa bien pronto le enajenó las simpatías de todos los que le habian elegido, los cuales pretendieron ó alegaron que su eleccion no habia sido libre, y procedieron á hacer otra que recayó en Roberto de Génova. Tomó este el título de Clemente VII. Urbano VI, abandonado por los cardenales que en número de trece asistieron á la eleccion de su rival Clemente, procedió á nuevas creaciones, en una de las cuales eligió á Leonardo de Rubeis; es dudoso, sin embargo, que siguiese su partido, ó al ménos le abandonó á su muerte, puesto que le vemos figurar en los pontificados de dos de los papas que no pertenecian á su fraccion, es decir, de Clemente VII y de su sucesor Benedicto XIII, separándose de Bonifacio IX y tal vez de su sucesor Inocencio VII, puesto que al año siguiente de su eleccion murió en Aviñon hallándose este Pontífice en Roma. Su error ó su ligereza son muy disculpables sin embargo, pues sabido es que en este célebre cisma los mismos santos estuvieron divididos entre

una y otra obediencia, y áun hoy dia dudan algunos autores, cuáles son los verdaderos Papas desde Urbano VI hasta Martin V. Urbano VI falleció en 18 de Octubre de 1388 sobreviniéndole Clemente seis años, pues no le llegó su última hora hasta 1394; en este intervalo se habian presentado varios medios de conciliacion, siendo el más célebre el de Nicolás de Clemengis, que no obtuvo por cierto los mejores resultados, pues en lugar de Urbano VI estaba ya elegido Bonifacio IX, y por Clemente VII se nombró á Benedicto XIII: fué este antipapa natural de Illueca en Aragon, hijo de una ilustre familia, y en los momentos de su promocion obtenia el cargo de cardenal diácono. Fué elegido en 28 de Setiembre de 1394, suscribiendo ántes de su eleccion el acta, en la cual todos los cardenales prometieron con juramento hacer los esfuerzos imaginables por la reunion hasta renunciar al pontificado. El dia 3 de Octubre se le ordenó de sacerdote, el 11 se le consagró de obispo, y el 14 se le coronó. Hallándose de legado en Francia, habia asegurado al Rey y á la universidad, que si llegaba á suceder á Clemente VII queria á cualquier precio reunir á toda la Iglesia. Los cardenales, que suponian sinceras las palabras de Pedro de Luna, y sus vehementes deseos á favor de la reunion, se apresuraron á elegirle, pero se equivocaron; Benedicto rechazó siempre la idea de reunion, en vano se solicitó esto de este Pontífice, pues ni los reyes, ni los príncipes, ni los pontífices, ni los cardenales pudieron alcanzarlo. Habiéndose retirado la Francia de su obediencia en el año 1398, no por esto dejó de resistir á la idea de la cesion, hasta el punto de hacerse fuerte en el castillo de Aviñon, en el cual fué sitiado por el mariscal de Boucicant, y de cuyo punto salió disfrazado el 12 de Marzo de 1403. Pero la Francia no continuó en el partido que habia abrazado, y volvió luego á la obediencia de Benedicto. Muy anciano ya á la sazon Leonardo de Rubeis, poca fué la parte que pudo tomar en estos acontecimientos. Debió sin embargo saber la eleccion de Inocencio VII, hecha en Roma en 17 de Octubre de 1404, que fué la que dió orígen á las vacilaciones de la Francia; pero la conducta de esta nacion, y en particular la de los romanos, que sublevados contra el nuevo Pontífice quitaban todos los medios hábiles de tratar con él, influyeron sin duda en que Leonardo de Rubeis continuase en Aviñon, donde falleció á principios de Mayo de 1405. Los franciscanos le hicieron unas solemnísimas exequias, y sepultaron en su convento, segun de derecho les pertenecia. Habia escrito un gran número de obras, entre las que no debemos omitir las siguientes: *Commentaria in libros IV Sentent.*— *De modo extinguendi schisma, quod tunc vigebat.* Manuscrito que existió en la biblioteca de los menores de Toledo: comenzaba con estas palabras: *Utrum via renuntiationis.* — *Librum soliloquiorum animæ pœnitentis*, que se supone una sátira contra el antipapa Benedicto XIII y de

que existia un ejemplar en la biblioteca Colbertina de París, códice 2742, *In Cantica Canticorum*, obra dividida en ciento cuarenta cánticos.—S. B.

RUBEN, hijo mayor de Jacob y de Lia (Génes. XXIX, 32). Vino al mundo en el año 2246, ántes de Jesucristo 1754, ántes de la era vulgar 1758. Un dia siendo Ruben todavía jóven, fué al campo, y habiendo encontrado una fruta llamada en hebreo *dudaïm*, que la mayor parte de los autores suponen ser la conocida con el nombre de *mandragoras*, se la llevó á su madre Lia. Agradóle á Raquel y se la pidió á Lia. Esta se la cedió á condicion de que Jacob dormiria con ella la noche siguiente. Consintió Raquel, y Lia concibió á Isachar. Largo tiempo despues, y habiendo vuelto ya Jacob de la tierra de Canaan, Ruben sedujo á una concubina de su padre llamada Bala, lo que fué causa de que perdiese el derecho de primogenitura y las prerogativas que le eran debidas por su nacimiento. Cuando sus otros hermanos tomaron la resolucion de deshacerse de José, Ruben empleó todos los medios que le fueron posibles para sacarle de sus manos, y les propuso por último bajarle á una antigua cisterna, donde no habia agua, para poder sacarle él despues y devolverle á Jacob. En efecto, habiéndole desnudado sus hermanos, le arrojaron á una cisterna; pero miéntras se alejaba Ruben para hacer tiempo, le sacaron y le vendieron á unos ismaelitas que pasaban por aquellas cercanías. Ruben á su regreso fué á la cisterna, y no habiéndole encontrado, despedazó sus vestidos y fué á decir á sus hermanos: El niño no parece, ¿dónde iré? Pero ellos le consolaron diciéndole, que le habian vendido á unos pasajeros que iban á Egipto. En el lecho reconvino vivamente Jacob á Ruben por la falta que habia cometido con Bala, diciéndole: «Ruben, mi hijo mayor, el orígen de mi vigor y mi fuerza, debias ser el mayor en dignidad y el primero en autoridad; pero te has extendido como el agua; no crecerás, porque has subido al lecho de tu padre y le has manchado.» Antes de morir dijo tambien Jacob á Ruben: «Viva Ruben y no muera, pero que no crezca en número.» En efecto, la tribu de Ruben no fué nunca muy numerosa ni considerable en Israel. Correspondióla su parte al otro lado del rio Jordan, en lo más meridional de aquel canton, entre los torrentes de Arnon al mediodía y de Jazer al norte, teniendo al oriente los montes de Galaad, y el Jordan al poniente. Ignórase la época de la muerte de Ruben. Léese en el libro apócrifo, intitulado *Testamento de los doce patriarcas*, que habiendo visto Ruben cuando tenia treinta años, á Bala, sierva de Raquel y concubina de su padre Jacob, la cual se bañaba completamente desnuda en un lugar descubierto, sintió hácia ella una pasion tan violenta, que no tuvo reposo hasta que consiguió satisfacerla. Encontró la ocasion un dia en que Jacob habia ido á visitar á su padre Isaac, y sus hijos estaban en Gador, cerca de Ephrata ó Bethleem. Habien-

do encontrado entónces Ruben á Bala, la que se hallaba embriagada y dormia en su tienda en una postura indecorosa, se dejó llevar de su pasion, y cometió un incesto con ella. Dios reveló en el acto á Jacob, por el ministerio de un ángel, el crímen que habia cometido su hijo, y el Señor para castigar á Ruben, le envió una enfermedad que le duró siete meses, y que fué tan violenta, que le hubiera conducido á la tumba si Jacob no hubiera pedido por él. Ruben, por último, concibió tal dolor de su falta, que se impuso por penitencia no comer pan ni carne y no beber vino durante siete años Pero se sabe que esta obra no tiene autoridad alguna, habiendo sido escrita por un impostor, que quiso autorizar el falso libro de Enoch y otras tradiciones judáicas.— S. B.

RUBEO (Bartolomé), franciscano siciliano de la Observancia regular, floreció hácia 1628 y se halla mencionado en la *Biblioteca Franciscana* segun lo merece por sus méritos; pero se distinguió todavía más por sus virtudes, siendo uno de los varones más señalados por sus buenas costumbres. Sus obras ascéticas obtuvieron una celebridad en su siglo de que no ha podido despojárselas en los posteriores; pero el espíritu que en ellas domina las hace dignas de un particular estudio, que no podemos menós de recomendar á los eruditos: anúncianse ya en ellas los grandes pasos que la humanidad estaba llamada á dar en los siglos siguientes, pasos que podian conducirla á su gloria ó su desgracia, segun el camino en que los diese. Hé aquí algunos de sus fragmentos, que copiamos con gusto ya que la fortuna nos ha proporcionado una de estas raras obras: «Hay un poder invencible de que nos armó la Providencia para defender las verdades conservadoras contra el prestigio de las mentidas filosofías y la agresion de los genios maléficos, el buen sentido; sabiduría anterior á toda filosofía, que sobrevive á todos los sistemas; el buen sentido, patria comun de las inteligencias iluminado por un mismo sol; el buen sentido, á el que con razon se ha dado el nombre de genio de la humanidad, genio que no nos engaña nunca, porque no hay nada que se asemeje más á la inteligencia de Dios que el buen sentido en el hombre. Pero los hombres de buen sentido, que nos tienen á todos unidos en la comunidad y en la fraternidad de la verdad, es á los que debe apelarse y hacerse jueces de esa sabiduría soberbia, que se cree bastante ilustrada para revisar nuestros misterios y bastante soberana para juzgar de nuestro dogma. Mas, ¿qué proclama aquí el buen sentido? ¿Qué dicen en esta cuestion el pueblo y los reyes de la inteligencia, cuando los ha cegado el orgullo del sistema preconcebido y el fanatismo de la idea personal? Dicen: la existencia de un término final en el progreso humano es de una necesidad absoluta. Es tan radical esta necesidad, se halla tan intimamente ligada á la naturaleza y á la esencia de todo, que una vez suprimido

este término final, la contradiccion se halla en todas partes, en todas las cosas, en Dios y en la humanidad. Una metafísica y una filosofía fundamental se ocultan en las palabras que habla el hombre, de manera que la contradiccion no puede estar en el fondo de las cosas sin traducirse en estas palabras, que son en todas partes el verbo inteligible del género humano. Meditad por un momento en esas palabras, y vais á ver que exigen para tener sentido la necesidad de un objeto absoluto. La palabra *progreso*, como hemos indicado; pero no una marcha cualquiera detras ó alrededor, sino una marcha delante, este es el sentido radical. Pero si el progreso significa una marcha avanzada, no es difícil decidir lo que es una marcha avanzazada. Una marcha hácia adelante es una marcha hácia el objeto, como una marcha hácia detras es una marcha que huye del objeto. De donde resulta que para deducir si se avanza ó se retrocede, si se da un paso adelante ó un paso hácia atrás, en otros términos, para deducir si hay progreso ó decadencia, es preciso saber dónde está el objeto. Nada se mueve por solo moverse, sino para llegar, dice Sto. Tomás de Aquino. Y puesto que se trata de la vida humana y del progreso humano, es preciso saber cuál es el objeto final de la vida y el término supremo del progreso. La filosofía de las palabras le proclama con la filosofía de las cosas. Para saber si el hombre avanza es preciso saber cuál es su objeto, no su objeto secundario, no su término intermedio, sino su objeto supremo, su término definitivo. La humanidad entera os dice como un solo hombre: « Decidme dónde está mi objeto os diré si adelanto. Mi progreso es una marcha hácia mi destino, ¿cuál es para mí el destino? Mi progreso es el vuelo de mi vida hácia su propio ideal, ¿dónde está mi ideal? Mi progreso es un paso hácia su término, ¿dónde está para mí el término? Si no contestais sin rodeos á esta cuestion, que sale por sí misma de las profundidades de mi pensamiento, no me hableis de progreso, no os comprendo. Sé que vivo; sé que marcho; sé que me agito, ¿pero esta vida es un progreso ó una decadencia? ¿Esta marcha es un paso adelante ó un paso hácia atrás? ¿Esta agitacion es la rotacion estéril de una vida que se consume revolviéndose sobre sí misma, ó es el movimiento fecundo de una vida que se reproduce al marchar hácia su destino? Una vez más, decidme donde voy y os diré si avanzo. Y ciertamente, cuando la humanidad entera, por medio de la voz del sentido comun, apela á esta solucion, mil veces tiene razon. Sin esta antorcha colocada en el término del progreso para iluminar todo el camino, se encuentra en la tierra semejante á un viajero extraviado en medio de la noche, que ha perdido su ruta, ignora dónde va, y no sabiendo donde vá, ignora si avanza ó si retrocede, si se separa del objeto ó está en su camino: algunos filósofos le gritan en las tinieblas: Marcha, tu ley es marchar, pues la

vida es el progreso. Pero ella le contesta: ¿A qué marchar si ignoro mi camino? ¿A qué marchar, quizá para ir á rodar locamente en un movimiento sin objeto? Prefiero detenerme. Más vale para mí una parada sin peligro que un alto sin fin. En vano intentareis privar á la humanidad en masa de las consecuencias lógicas de vuestro progreso sin término, mejor sería privarla de las leyes de su propia inteligencia, lo que no hareis nunca en la humanidad, lo que no hareis nunca en vosotros mismos. Podeis exigir á las leyes de la naturaleza física que reconozcan vuestro imperio, pero es preciso que acepteis vosotros mismos el imperio eterno de la lógica de las cosas, poder invencible que condena á la contradiccion á toda filosofía bastante mal aconsejada para enseñar un progreso sin término final, es decir, el progreso sin la condicion, sin la esencia misma del progreso. Sí, el progreso sin término y sin objeto definido, es la misma contradiccion; son palabras sin sentido é ideas sin hilacion; progreso que no avanza; camino que no conduce á ningun lugar; término que no concluye; destino que no se fija. Esto en cuanto á las palabras. Con respecto á las cosas, la esencia de lo absoluto, la contingencia eterna, la variabilidad en lo infinito, en una palabra, todo lo que es contradictorio, absurdo, incoherente; la metafísica misma desquiciada en sus bases y desvaneciéndose en ese vacío en que la inteligencia no coge nada, ni áun una palabra á que pueda atenerse como último apoyo en la ruina de las ideas. Hasta aquí no hemos visto en el progreso sin objeto definido más que la contradiccion en sí mismo. Hemos hecho abstraccion de las ideas, de las exigencias del alma divina, de las exigencias del alma humana. Pero remontaos hasta Dios y descended hasta el hombre, encontrareis en el progreso rigosamente definido la contradiccion divina multiplicada por la contradiccion humana. Procurad comprender á Dios dando al hombre la ley de una marcha progresiva sin asignarle un objeto fijo y un término definido; no lo conseguireis. Representaos al hombre entrando en la vida; Dios acaba de hacerle segun su plan trazado en las líneas eternas; ha creado el ojo abierto, el corazon palpitante, el pié levantado, y entregándole, al espacio y al tiempo como doble campo donde debia seguir su carrera le dice: Anda. Volverá á preguntarlo: ¿Concebís esa palabra de Dios y esa mision del hombre sin un objeto determinado? El ojo abierto ¿no está abierto más que sobre lo indefinido? El corazon palpitante, ¿no palpita más que por lo indefinido? Cuando Dios ha dicho al hombre en su orígen lanzándole en el camino de su destino: Anda, ¿Dios no sabia dónde queria hacer llegar á ese enviado de su amor? Y cuando él dijo esta palabra: que le daba el imperio del espacio y del tiempo, si el hombre hubiera dicho á Dios: Señor, dónde iré? Dios le hubiera respondido: á ninguna parte. O bien, ocultándole el término con una mano, miéntras le señala el camino

con la otra, le hubiera dicho Dios: Anda siempre? ¿Qué importa donde llegues, qué importa áun el que llegues? Anda siempre y no te detengas nunca; anda, sigue tu ley y llena tu destino, mi voluntad te da la vocacion de marchar eternamente. Decidme, acaso estas dos palabras, *anda* y *ninguna parte*, tendrian en el pensamiento divino una relacion misteriosa, que no puede encontrar aún lugar en el pensamiento humano? Qué! Dios que traza con el dedo su movimiento á cada línea, su camino á toda vida, su órbita á cada astro, ¿hubiera dejado sin objeto determinado á este ser cuyo primer pensamiento es una mirada de la inteligencia que se abre para buscar su objeto? Qué! ¿el hombre, que es el centro á cuyo alrededor gravita nuestro mundo para llegar por medio de él á su último fin; el hombre, que debe para llenar su vocacion marchar al frente de las estrellas, de los soles y de todas las esferas para arrebatar en su movimiento á un destino supremo la creacion, que se compendia y resume en él, el hombre no tendria objeto, estaria extraviado como una planta viva en medio de estos mundos, que debe él mismo conducir á su término, exclamando con la voz de sus armonías: Para mayor gloria de Dios! Qué! dais á Dios una inteligencia y una inteligencia infinita, y hariais por su obra misma ese insulto solemne á su inteligencia? Ah! si poneis en el centro y en la cumbre de todo una fuerza ciega y fatal, comprendo en la ausencia de la inteligencia la negacion del objeto; en una obra casual el caos me parece lógico. Pero decir: Hé aquí á Dios, Dios inteligente y libre, Dios haciendo del hombre su obra eminente, su obra maestra en fin, y decir despues: Hé aquí á Dios enviando por su voluntad á esta obra maestra, salida de sí, á un camino que no termina nunca, á un plano que no converge; ¡ah! esto es tomar la obra de Dios para aniquilar los atributos de Dios! ¡Es prestar á la sabiduría divina una locura de que no es capaz ni áun la inteligencia del hombre. Qué! no podeis soportar en el hombre un discurso que no concluye, un poema que no se desenlaza, una obra que no tiene término, ¿y esa contradiccion en el trabajo del hombre os parecería una armonía en la creacion, que es la obra, el discurso y el poema de Dios? Y este discurso divino, que expresa en la ausencia y en la duracion, la sabiduría, la bondad, el poder, todas las perfecciones de Dios, ¿no tendrá término? Y este poema divino que refiere la accion del Criador en el seno de la creacion, ¿no tendrá su desenlace? Y esta obra no tendria su destino final? No, no, no puede ser así. Si yo, hombre, puedo hablar sin encontrar la conclusion de mi discurso; si puedo obrar sin fijar un término á mi accion, lo que sin embargo me repugna extraordinariamente, Dios sé muy bien que no puede caer en esta locura. Os lo digo con el buen sentido de la humanidad: Si no quereis que el mismo Dios caiga en una contradiccion infinita, dad á su obra un objeto definiti-

vo; dad al progreso del hombre, obra maestra de la creacion, un término final claramente terminado; sí, dádsele, pues sin ese objeto definido, el hombre mismo se siente lanzado en una contradiccion dolorosa. ¿Quereis apaciguar en mi alma ese murmullo de la contradiccion? Definid mi destino y decid manifestándomele: Héle aquí. Pues lo que ambiciono como el término de mi vida, no es un fantasma que tengo la vocacion de perseguir sin poder alcanzarle, aunque este fantasma fuese divino, aunque fuese la sombra de lo infinito. Lo que persigo con mi deseo, no es una perspectiva eternamente ilusoria en la que ese infinito, que hubiera perseguido desde léjos, se ocultaria siempre sin dejarme cogerle jamás; lo que sueño con todos los siglos, lo que no es un viaje eterno á traves de mundos perpétuamente cambiantes, á lo que apelo, por último, con la humanidad entera, no es una gravitacion de mi alma hácia un centro que retrocede eternamente delante de mí. Lo que necesita mi ambicion, mis deseos y todos mis pasos en el tiempo, ¡ah! os lo voy á decir: Es el término en que se detiene para no volverse á agitar, la union en que se estrecha para no separarse nunca. Mi vida es un viaje, sí; pero viajero del tiempo, llevo en mi camino la ambicion de llegar un dia á un término estable y definitivo para siempre. Mi vida es una agitacion, sí; pero llevo en el fondo de esta agitacion la necesidad de reposo, y mi alma sobrelevantada por tantos deseos y removida por tantas sacudidas es tal, que conserva en sus dias tan agitados en la tierra la esperanza de un dia eternamente tranquilo. Mi vida es una separacion, cada uno de mis pasos es para mí un adios, y sin embargo, en medio de las separaciones, que son las inevitables heridas de toda mi vida, experimento un no sé qué que me grita desde el fondo mismo de mis heridas: «¡Debe llegar la union que no se romperá ya; debe sonar la hora en que el hombre en su indisoluble himeneo con el destino, exclamará: Este es el fin, este es el término, este es el reposo, esta es la union; detengámonos, descansemos, unámonos y que sea para siempre! Léjos, pues, muy léjos de mí, lo que no da á mi vida un objeto digno de estas aspiraciones; lo indefinido en mi carrera, muy bien; lo indefinido en mi destino, nunca; tengo horror á un viaje indefinido; tengo horror á una agitacion indefinida; tengo horror á una separacion indefinida; tengo horror á vuestro progreso eterna y fatalmente indefinido. Callad, filósofos, y no hableis más, pues ese progreso que no concluye es para mí peor que la decadencia; esa vida sin objeto es para mí como la muerte; y esa esperanza que no conseguirá la posesion de su objeto, es para mí como la desesperacion.» Tales son los principales párrafos que de las obras de este autor hemos tomado como dignos de nuestro siglo y de sus más distinguidos oradores. Menciónalos la *Biblioteca Siciliana*, que atribuye á Rubeo las obras siguientes: *Monte Sagrado de los contemplativos;* Nápoles,

por Lorenzo Scorigy, 1629, 4.°—*Varias oraciones contra tempestades inminentes*; Mesina, por Pedro Brea, 1620, en 8.°—S. B.

RUBER (Fr. Pedro), religioso dominicano de la provincia de Aragon, célebre por haber acompañado á S. Raimundo de Peñafort en uno de sus viajes, siendo todavía clérigo, y durante el cual se celebró un notable milagro, de que dió fe el santo en un testimonio, que creemos inoportuno insertar aquí, pues pertenece especialmente á la vida de aquel santo, y porque siguiendo nuestro constante propósito nos hemos propuesto omitirlos, insertando en lugar suyo, ya las defensas que de ellos en diferentes ocasiones ha hecho el ilustre P. Félix, de la Compañía de Jesus, ora las de otros escritores católicos, contra los que han impugnado no ya solo los milagros, sino todas las verdades de la religion católica, inclusos los santos, grandes héroes del pueblo en su mayor parte, hijos del pueblo, adorados por el pueblo, y á los que se ha querido privar de corona y derribar de su trono en nombre del mismo pueblo. Hé aquí lo que sobre este asunto dice el ya mencionado P. Félix, en una de sus últimas conferencias: «Decís que admirais al cristianismo y nuestros santos; esos gigantes de la humanidad, y esos héroes del cristianismo solo son para vosotros unos aventureros, vagabundos en Irlanda, gentes que viven bien en Italia, antiguos amigos del pueblo, canonizados por su buen aspecto (1). ¿Vosotros decís que admirais al cristianismo? Pues bien, responded: qué presentan á los ojos de vuestra ciencia crítica tan cristiana la fundacion y la historia, los dogmas y el culto, los sacramentos, el altar y la gerarquía del cristianismo? Lo que representan para esa ciencia crítica ahora vamos á decirlo: ¿Su fundacion? La mentira feliz del fundador que triunfa por el fanatismo de los apóstoles. ¿Su historia? Una leyenda sublime creada por el entusiasmo popular para con un hombre víctima de una idea y divinizado por su muerte. ¿Sus dogmas? Mitos y símbolos que sirven de cubierta á hermosas quimeras, que degradan el talento que se deja aprisionar por ellas. ¿Sus sacramentos? Unas figuras sin realidad en las que el pueblo pone lo que quiere; simples prácticas observantes de que la ciencia crítica debe depurar á la religion. ¿Su culto? Un conjunto de ceremonias, de espectáculos, de perfumes, de luces, de armonía, que hacen del cristianismo una escuela sensual, más sensual que la escuela materialista antigua. ¿Su gerarquía? Una organizacion mezquina destinada á desaparecer. ¡Y vosotros os decís admiradores del cristianismo! ¡Y sin embargo, vosotros sois tambien los que insultais hasta el misterio más céntrico y más grande del cristianismo! ¡Y vosotros sois los que nos anunciais en una prosa elegíaca el próximo der-

(1) Palabras de Renan.

rumbamiento de los templos y los tabernáculos—donde los cristianos creen tener la sangre y la carne de Jesucristo—¡y á la hora en que nuestra fe se regenera y en que nuestras basílicas se rejuvenecen; en esa misma hora es cuando vosotros aparentais venir á llorar sobre nuestras ruinas y á mostrarnos irónicamente el techo del edificio ya hundido, y la lluvia que por él pasa á mojar el rostro del creyente arrodillado!—¡Así es como la ciencia crítica tan cristiana admira al cristianismo; todo lo que ella toca lleva el sello de sus injurias, el golpe de sus iras y el estigma de sus desprecios!—¿Sobre qué, pues, pretende la ciencia crítica fundar la prueba de su respeto profundo, de su sincera admiracion hácia el cristianismo? ¡Ah! ¿Se detiene acaso á adorar respetuosamente despues de haber arrojado sus ultrajes sobre todo lo que es cristiano ante la imágen del mismo Jesucristo? ¿Quiere al ménos, despues de tantas negaciones y demoliciones, dejar subsistir con Jesucristo el fundamento único para reconstituir sobre Jesucristo el nuevo edificio que ella promete á las generaciones futuras? ¡Ah! Muy léjos de eso: á Jesucristo, que es la piedra angular de todo, es á lo que sobre todo quiere destruir la ciencia crítica; y eso porque sabe bien que una vez triturada esa piedra, nada del edificio cristiano podria sostenerse. A Jesucristo mismo es á quien ella quiere destronar; á este gran ser que los pueblos cristianos adoran es á quien ella pretende echar por tierra, del mismo modo que Jesucristo redujo al polvo las estátuas y los altares de todos los falsos dioses.—¿Quién hubiera podido creer al ver á esa inocente crítica proseguir sus lejanas exploraciones en torno de la cuna de las razas, de las lenguas y de las religiones, que al llegar á este punto dirigiria una agresion de frente contra el mismo Jesucristo? Pero seguidla en todas sus evoluciones oblícuas y tortuosas, en sus marchas y contramarchas más ó ménos disimuladas; mirad bien el golpe que da y las ruinas que causa, y vereis que ataca á Jesucristo de cerca y de léjos; que apunta á su cabeza, que quiere abatirle y con él al cristianismo entero, porque Jesucristo no es solamente el único fundamento, es el corazon vivo del verdadero cristianismo, y para darle muerte es preciso herirle en el corazon. Así el misterio de esas peregrinaciones filosóficas y literarias á través de los orígenes de las religiones, ha llegado por fin á descubrirse. De agresion en agresion y de negacion en negacion, es decir, de ruina en ruina, la ciencia crítica anticristiana ha llegado á encontrarse cara á cara con el mismo Jesucristo; y tomando al siglo XIX por testigo de su amor y de su respeto hácia el Dios de los cristianos, le ha herido en el rostro y le ha dado, áun más que con sus injurias con sus elogios, una bofetada solemne, cuyo sonido parece un eco de aquella que recibió en su pasion de la mano de un sacrílego doméstico.—Hé ahí el trabajo de la nueva ciencia crítica, hé ahí el cristianismo que ella nos da:

cristianismo sin dogmas, sin misterios, sin sacramentos, sin culto, sin sacerdocio, sin Eucaristía, sin gerarquía y sin la organizacion establecida por Jesucristo: cristianismo, en fin, sin el mismo Jesucristo. ¡Esto es lo que la nueva ciencia crítica llama depurar el cristianismo! ¡Oh puritanos! Os conocemos y vosotros nos conoceis demasiado! ¡Seguid, seguid por ese camino! En vano os cubrís de frases y os escondeis detrás de palabras: nosotros os hemos conocido, nosotros os hemos adivinado; y ante nuestra razon, ante nuestra conciencia y ante nuestro Dios hemos hecho el juramento de desenmascararos. Sí, á todos los que tengan ojos para ver, oidos para escuchar, y sobre todo inteligencia para comprender, nosotros les denunciaremos vuestro pseudocristianismo y vuestras maniobras anticristianas. Desde la altura de esa gran cátedra, á la cual, á pesar de nuestra debilidad, Dios concede eco lejano, diremos señalando vuestra obra: «Lo que haceis tiene un nombre en todos los idiomas, se llama trabajar por la ruina del cristianismo.» ¿Y porqué temeis proclamarlo por vosotros mismos? Ah! si vosotros no teneis el valor de vuestros principios, puesto que ni siquiera teneis principios, tened al ménos el valor de vuestras obras; arrojad la máscara y atrevéos á mirarme de frente como yo vengo mirándoos; atrevéos á decirme: «Nosotros somos anticristianos y nuestra ciencia es el anticristianismo.» Pero, no, exclama la ciencia anticristiana, no: yo no quiero la ruina del cristianismo; nó, yo no soy una máquina destructora, nó; yo soy un instrumento de progreso! Pero ¡gran Dios! ¿A qué progreso pretendeis llegar? Con vuestras dudas y negaciones, con vuestras ruinas acumuladas sobre ruinas, ¿á dónde tratais de conducirnos? ¿A qué se reduce ese ideal que nos mostrais, y ese progreso que nos estais alabando? ¿Qué forma será la de ese edificio que nos dejais entrever en los horizontes del porvenir, y cuyas primeras bases os venís gloriando de presentar á nuestras miradas? ¿á qué se reduce ese pretendido trabajo de construccion que no es más que la perpetuidad de la destruccion, la ruina con que se prepara la ruina? La ciencia crítica, al proclamar que las generaciones viven de dogmas y de convicciones profundas, mina todos los dogmas y conmueve todas las convicciones. Proclama la soberana necesidad de la moral, reconoce que las religiones son necesarias, las glorifica como la cúspide más elevada de la humanidad, y procura con encarnizamiento dejar bien sentado que todas las religiones son igualmente falsas; reconoce que el cristianismo es la más grande de las religiones, y mina por su base el cristianismo; reconoce, en fin, que la humanidad ha vivido en Jesucristo, se ha engrandecido por Jesucristo, y ataca y deshonra á Jesucristo. En nombre del cielo ¿á dónde quereis llegar? Lo que explica hoy las vacilaciones de Europa y del mundo entero, lo que hace que las so-

ciedades, inseguras de sí mismas se conmuevan, es la falta de principios y la disminucion de creencias: ¡y vosotros en nombre del progreso del mundo, trabajais para desarraigar los principios y las creencias que nos quedan! —Lo que nos consume, lo que nos devora, lo que nos degrada, lo que amenaza precipitarnos en el abismo, es precisamente la progresiva extincion del cristianismo en las masas ¡y vosotros trabajais por arrancar de ese pueblo ya semipagano lo que le queda de cristianismo! Os veis obligados á confesar que lo que en todas partes ha elevado á la humanidad atrayéndola hácia su ideal por sus más sublimes propiedades, es la creencia en lo sobrenatural y en lo divino; ¡y vosotros trabajais con todas vuestras fuerzas por decapitar á nuestra humanidad, privándola de lo sobrenatural y de lo divino! Proclamais que nuestro Cristo ha conmovido en su base á la humanidad, que el establecimiento de su reinado sobre la tierra señala en la historia la aparicion del mayor de los progresos; que la humanidad ha vivido de Él, ha crecido en Él y por Él; ¡y vosotros emprendeis la obra de degradar al mismo Cristo en medio de las naciones, arrancándole esa auréola divina que forma su grandeza y la nuestra! —¡Ah! eso es demasiado; sí, la paradoja es demasiado intolerante; la impiedad se muestra demasiado audaz. ¡Atrás! Eso nosotros no os lo permitiremos. Venga esa ciencia crítica, tan loca en sus pensamientos como sacrílega en sus empresas; venga si lo quereis, á llevar hasta la raiz de las instituciones su gran curiosidad; venga, si le place, con la zapa de la demolicion en la mano, á cavar bajo las estátuas de todos los falsos dioses, y á minar la tierra bajo todos los templos que abrigan el error y la mentira; no tenemos para qué turbarla en el trabajo de sus exploraciones ni en la alegría de sus descubrimientos. Pero cuando dice que va á poner su helada mano sobre nuestro mismo Dios, cuando anuncia á la faz de la tierra y del cielo, que va á tocar á nuestra vista la piedra angular que sostiene el edificio en que la adoracion nos postra delante de Él, ¡oh! entónces le gritamos: —Sacrílega, ¡detente! Da cuenta ante la razon y la historia de tus insultos, de tus blasfemias y de tu fingido respeto, que es un nuevo insulto, que es una nueva blasfemia. Los que negais en el mismo Verbo vivo la verdad sustancial, sereis castigados con el más legítimo de los castigos. A la luz de la historia y de la razon, que se comunican para confundiros su mútua claridad, el género humano ve con percepcion completa que al querer despojar á Jesucristo de la corona de su divinidad, llegais á obtener por único resultado y para vosotros mismos la deshonra que acompaña á la contradiccion y el oprobio inherente al absurdo. Y en tanto, el eco de vuestras blasfemias solo sirve para que salga más robusto el cántico de triunfo, que aclama en el universo entero á la divinidad de Jesucristo: Cristo ha vencido, Cristo reina, Cristo manda, Él es Dios.»—S. B.

RUBERINOS (Fr. Severino), franciscano francés de la provincia de Bretaña, floreció en el siglo XVII, y fué uno de los religiosos más distinguidos por su saber y virtudes. Atesorábanse estas en su corazon desde su infancia, como los ricos metales que ocultos en las entrañas de la tierra, deben algun dia llegar al tesoro más preciado de los poderosos del mundo. Empero durante su larga elaboracion, pasan desapercibidos para aquellos mismos que con tanto aprecio los han de mirar, y no se cuidan de su mérito é importancia hasta que la casualidad se le descubre despues. Así Severino, niño todavía, comenzó á manifestar aquellas excelentes cualidades que debian hacer algun dia de él uno de los héroes de su provincia, uno de los blasones más brillantes de la religion seráfica. La edad, léjos de disminuir sus buenas prendas, vino á aumentarlas y darlas el valor de la conviccion de que carecian en sus primeros años. Así, cuando hombre, y llamado á más altos destinos, los superiores de la religion franciscana, que adivinaban su vasto porvenir, no vacilaron en concederle el hábito á que tantos servicios habia de prestar despues. Su noviciado, escuela en que debia formarse para la práctica de los ejercicios religiosos y de las funciones más elevadas, fué la admiracion de todos cuantos le conocieron y de cerca contemplaron; para él no habia nada difícil ni penoso, todo se hallaba á su alcance, ejecutábalo todo con alegria y placer. No podia verificarse de otra manera; la mano de la Providencia le habia preparado para el puesto que le esperaba, para el camino que á pasos agigantados no podia ménos de recorrer. Recorrióle en efecto; sus estudios fueron tan rápidos como brillantes, y en breve término concluyó una carrera, para que otros hubieran necesitado larga série de años. Sacerdote, predicador y prelado, admiráronse sus virtudes, admiróse su saber; fué el encanto, el ejemplo y el modelo de todos. Su elocuencia corria parejas con su erudicion, su ciencia con su virtud, su prudencia con su bondad. Nadie le conocia que no le amase, nadie se le acercaba, que no sintiese un cariño mezclado de respeto, que era como la base fundamental de todos sus merecimientos, de todas sus grandezas, de toda su elevacion. Conocedores de sus grandes cualidades, los religiosos de su provincia le elevaron al distinguido cargo de ministro de ella, puesto notable en que debia manifestar en toda su extension las luces que adornaban su ingenio, las cualidades que brillaban en su alma, los sentimientos de que su corazon se hallaba revestido. Verificóse así, y su provincia agradecida le citó constantemente con elogio, legando á la posteridad un nombre que se halla consignado en una obra fruto de su devocion, de su elocuencia y de su laboriosidad. El título de este libro, reproducido despues bajo diferentes formas, es: *Sagrados Ejercicios del amor de Jesus.* Fué dedicado al cardenal de Sourdis é impreso en París por Dionisio Moreau en 1627, en folio.—S. B.

RUBEUS (Fr. Agustin), religioso agustino natural de Palermo en el reino de Sicilia. Nació á últimos del siglo XVI, manifestando desde luego hallarse adornado de esas grandes cualidades, que indican los brillantes destinos que esperan al hombre piadoso en esta y en la eterna vida. Su devocion sin límites, su grande caridad, su celo y amor al prójimo, le conquistaron muy jóven todavía el aprecio de sus conciudadanos, que veian en él la gloria y orgullo de su ciudad natal. Rubeus, al par que en las virtudes caminaba por las sendas de la ciencia con paso firme y seguro, pudiéndose esperar de sus grandes adelantos ópimos y seguros frutos. No tardó en efecto en darlos, pues desde el instante en que tomó el hábito en la religion de PP. Predicadores comenzó á distinguirse por su talento y erudicion; sus relevantes cualidades, eran nada al par de las que en él se ostentaban como hombre virtuoso, y aunadas todas constituyeron el modelo de un buen religioso, de un súbdito fiel, de un profesor aventajado, y de un ilustrado teólogo y filósofo. Antonio Mongitore, en su Biblioteca Sícula, da grandes elogios á Rubeus, á quien llama varon aventajado en todo género de erudicion, filósofo sutil, teólogo distinguido no solo en su ciudad natal, sino tambien en toda la Italia, y escuchado siempre con grande admiracion en los certámenes públicos. Tal es la fama que obtuvo Rubeus durante su vida, fama que aumentó con creces despues de su muerte, aunque sus obras no llegaron á ver la luz pública; pero quedaron para uso de su convento y religion, y en particular de sus muchos discípulos, que han sido quizá los que nos han evitado su pérdida. Obtuvo entre otros grados el de maestro en la sagrada teología, que no concedian los dominicos, como más de una vez se ha referido ó indicado en esta obra, sino en el capítulo general y con grandes ceremonias y honores, siendo precio de una larga y dilatada carrera y de eminentes servicios de todo género prestados á su religion. Prueba inequívoca de este título concedido á Rubeus, que forma, por decirlo así, su principal dignidad, y que fué la principal auréola que le adornó durante su vida, pues luego de haberse consagrado por largos años al púlpito y á la enseñanza, y de haber llenado en todo sus deberes como fiel religioso, pasó á mejor vida en 21 de Enero de 1649, en el convento de Sta. Cita de Palermo, donde principalmente habia habitado y desempeñado sus numerosos y religiosos empleos. De sus obras solo se conoce una manuscrita, cuyo título se encuentra citado en todas las bibliografías de su Orden, y del que se deducen sus profundos conocimientos en las ciencias teológicas, es el siguiente: *Disputationes de prædestinatione aliisque quæstionibus Theologicis.*—S. B.

RUBEUS ó Ruvionis (Fr. Antonio), minorita italiano de quien apénas han llegado noticias hasta nosotros, ignorándose hasta la época en que flo-

reció. Sus obras manuscritas todavia segun el tomo II de la *Biblioteca Barberina*, han obtenido grande celebridad, siendo citadas por todos los bibliógrafos de la órden Seráfica y áun por algunos que á ella no pertenecieron. Prueba esto que en su siglo se le concedió notable fama y era mirado con aprecio, pues de lo contrario su nombre hubiese quedado sumido en el olvido como el de tantos otros, á pesar de sus grandes trabajos y desvelos. Antonio Lasor menciona tambien á este autor en el tomo II de su *Universo delineado con la pluma*, fólio 107, y no omite su nombre la *Biblioteca Universal Franciscana*, diciendo que escribió ó publicó, aunque calla el año y el lugar, lo que nos hace suponer que no llegó lo segundo á verificarse, unos *Comentarios de la lógica de Aristóteles* con el título de *Lógica Mejicana*.—S. B.

RUBEUS (Juan Bautista), religioso carmelita. Nació en Rávena, de una familia tan antigua como ilustre, y se distinguió de tal manera por su saber, que Pablo III le nombró profesor de teología en el colegio de la Sapiencia en Roma. Pio IV le encargó de diferentes comisiones de la mayor importancia, siendo nombrado vicario general de su Orden en 1562, y prior general en 1564. Habiendo pasado á visitar los conventos de Portugal y España, conoció en Avila á Santa Teresa de Jesus. Aprobó la reforma que habia comenzado á introducir en su monasterio, y continuó despues su correspondencia literaria con la santa. Puso sin embargo algunas dificultades á la introduccion de la misma reforma en los conventos de hombres, y solo concedió este permiso á dos monasterios. Pio V y Gregorio XIII le dieron los mismos testimonios de aprecio que le habian dado todos sus antecesores. Murió en Roma en 5 de Setiembre de 1578, dejando algunos *sermones* y *comentarios* sobre las obras de Tomás Waldensis, impresos en Venecia en 1571, 3 vol. en fól.—S. B.

RUBEUS (Fr. Leon), minorita milanés del siglo XVII. Desde su juventud, la devocion, la caridad y las penitencias fueron todo su consuelo y su alegría. La naturaleza parecia haberle formado para estos actos, como el pan para el alimento del hombre, el aire para su aliento, y la tierra para su morada. Crecia en años al par que en virtudes, leyéndose en su pálido y macilento rostro las grandes cualidades que adornaban su alma. Tanta grandeza no podia pasar desapercibida para su siglo. La modestia procura ocultar las mejores cualidades; pero en vano, porque entre las espinas brilla más la rosa, y el mérito que se adquiere entre los peligros y la muerte, es el único á que aspiran todas las almas grandes, el solo que es acreedor verdaderamente á aquel nombre. Tomó el hábito en la religion Seráfica, feliz cuna de tantos hombres ilustres, y que iba á serlo del que debia ilustrarla doblemente con sus obras y su palabra. Tal es la influencia mágica del talen-

to y la virtud, cualidades que adornan al alma como las flores al jardin, las olas al mar ó las estrellas al cielo; el talento da gloria y esplendor á la ciudad que le vió nacer, que se honra de ser patria suya, y que recibe con usura los servicios que prestó á aquel su dichoso y afortunado hijo, cuyo nombre tal vez resuene cuando de ella no existan más que ruinas, más allá acaso de sus propias ruinas, siendo necesario largas investigaciones para descubrir el lugar donde vió por primera vez la luz que iluminó su inteligencia, el privilegiado mortal que ha sobrevivido á su patria. La virtud es superior al talento; don del cielo como este, no todos pueden conservarlo, y á través de las tentaciones, así como brilla más que el ingenio, no siempre sale triunfante; pero cuando lo consigue, su gloria es cien veces mayor, mucho más digna de laureles y coronas, que todos los frutos de una inteligencia privilegiada, de una imaginacion ó de una laboriosidad á toda prueba. No todos querrán concederlo, pero es evidente sin embargo: el ingenio, dádiva de Dios, se conserva con solo algun ligero esfuerzo individual, no tiene que luchar consigo mismo, su debilidad no proviene de sí, como tampoco proviene su grandeza; un regular tacto le guia por las sendas más difíciles y escabrosas de la vida, volando de victoria en victoria como el carro de los antiguos guerreros, armados de dobles armas. Pero la virtud, pobre y débil, tiene que luchar consigo misma más que con los otros; hija del cielo, la tierra no es su morada, y en ella solo encuentra lazos y peligros. La fuerza que saca de sí no la obtiene del individuo que lucha consigo mismo, y en tan terrible tarea, cual nuevo Tántalo, se halla siempre ocupada en subir y bajar, ignorando cuándo llegará á la cumbre, ó cuándo se encontrará en el abismo. Su marcha, más penosa cada vez, no encuentra por ningun lado alivio ni consuelo, y con frecuencia el insulto, la calumnia y el ultraje, son el fruto de todos sus esfuerzos y sacrificios. Cuántas veces hollada, escarnecida, vilipendiada, sin tener dónde reclinar la cabeza; por premio á su penosa marcha encuentra un peligro mayor, un precipicio inesperado, una caida inevitable. Nadie la ayudará en su camino, los hombres egoistas, siempre persiguen al desinterés, se burlan de los buenos ejemplos, y sonrien con satánica sonrisa ante lo que no pueden comprender ni adivinar. Estas dificultades, estos peligros, estos temores, hicieron una víctima de Rubeus durante toda su vida claustral; mas ¿qué importaban al humilde religioso, que con la vista puesta en el cielo ni áun se dignaba mirar donde ponia los pies en la tierra, las asechanzas de propios ó extraños, los rigores de los que no le comprendian, ó la maledicencia de los que se atrevian á envidiarle? Volaba su fama de ciudad en ciudad la Italia entera, teatro de sus triunfos, era tambien como la picota donde se le ponia á la vergüenza. Qué h abia hecho? ¿por qué se le perseguia? ¿Quiénes eran sus émulos?

Cállalo la historia, la historia, terrible madrastra para los que no tuvieron amigos en su siglo, á los que con frecuencia ni áun salvan sus propias obras. El mérito, por muy modesto que sea, siempre será un orígen de disgusto para unos, de odio y desesperacion para otros. No le pregunteis á vuestro vecino, á vuestro amigo, á vuestro hermano lo que sois y lo que valeis, sonreiráse irónicamente, y creyéndose en su interior muy superior. querrá probarlo en su respuesta, concediéndoos algunas cualidades de que él indudablemente se halla adornado, y en cuya descripcion se luce por su habilidad y su práctica; pero si no puede hacer ni esto, no espereis más que la cruel crítica, que la crítica, la más horrible mentira, la calumnia más negra, ó la burla y la ironía más horribles; os juzgará sin comprenderos, atribuirá á lo que le parezca vuestras acciones que no conoce, y acabará por convertiros en un monstruo, ignorando que hasta el mal tiene su grandeza, y que sin fuertes y víolentas pasiones, orígen de todas los actos buenos y malos que se han verificado en el mundo, nada bueno ni nada malo puede realizarse en la vida. Pero no siempre ni todos los hombres tienen el valor de sus convicciones, y á veces un rumor vago, una media palabra es el orígen de la desgracia eterna, de persecuciones sin fin, sobre un indivíduo: á esto debemos atribuir las desgracias que persiguieron á Rubeus, desgracias incalificables, desconocidas, que ha callado la historia y no puede descubrir la posteridad. Es constante, sin embargo, que salió triunfante de ellas, que su muerte fué una verdadera ovacion, y que el pueblo, los grandes y áun los superiores, si sobre él hubieran abrigado alguna duda, la hubieran desvanecido ante la noble actitud del varon justo, que al descender al sepulcro, se despide entre sonrisas de las vanidades de la vida humana, pobres flores que lleva el céfiro entre sus alas á la caida de la tarde, cuando aún no las habian abierto del todo los abrasadores rayos del sol del Mediodía. Nada más augusto, solemne y santo, que la muerte, esperanza del desgraciado, que rodando de desgracia en desgracia, sin hallar un instante de consuelo ni alivio á su dolor, es como el triunfo del justo, que despues de una larga lucha, en que ha visto consumirse una á una sus mejores ilusiones, y vencido sí, pero á costa de terrible agonía y dolores mortales, ve llegada la hora del descanso, el término de sus fatigas y sufrimientos, pero fatigas y sufrimientos coronados con algo más que el reposo, dorado por un rayo de la luz inmortal que brotan los globos que ruedan á los pies del Criador. Así es que Rubeus, al acercarse aquella gloriosa hora, la vió venir tranquilo, alegre, y su rostro pálido y macilento se tornó enrosado y hermoso; su mirada, vaga é incierta, en firme y brillante; su alma, siempre temerosa y triste, en segura y contenta. Reclinado en la cama, con la vista fija en el cielo y rodeado de sus hermanos, repetia las oracio-

nes que rezaba á coro la comunidad segun costumbre en estos casos; se sonreia, se despedia, acariciaba, daba las gracias á los que tanto cuidado se tomaban por él, por el pobre gusano despreciado en el mundo, poco ántes hasta vilipendiado por los mismos que ahora comprendian todo su valor y grandeza, que adivinaban se habian equivocado en el juicio que acerca de él formáran, y que comprendian hallarse llamados á una felicidad, premio acaso de sus mismas persecuciones, á que tal vez no se hallaban ellos llamados. Así falleció este ilustre religioso, gloria de Italia, honor de la ciudad de Milan, blason de la Orden Franciscana, á quien dejó por único recuerdo su obra intitulada: *Representationem sacram Reginæ Esther;* Milán 1618.—S. B.

RUBEUS (Fr. Mateo), religioso franciscano, diferente de Mateo Rubeo, de la órden tercera de la seráfica religion y del pontífice Nicolao III; pertenecia á la familia de los Ursinos, y fué cardenal segun Cataneo, y protector de las Clarisas ó religiosas franciscanas. Murió desgraciadamente en 1306, sin que sepamos el modo, y dejó escritas las obras siguientes: *Binas Epistolas ad ministros generales, et provinciales, quibus regiminis Clarissanum formam præscribit; ad annum Christi* 1217.—*De authoritate Ecclesiæ.* Algunas *obras teológicas* y *varias cartas*, algunas de las cuales se hallaban en Bolonia en el convento de S. Francisco, segun Tosiniano.—S. B.

RUBEUS Fossanense (Fr. Antonio), minorita italiano del siglo XVI. Nacido en el Piamonte, desde sus primeros años manifestó los mejores deseos por el adelanto de las almas en el camino de la religion. Dotado de una sincera piedad, todos sus estudios, todos sus trabajos fueron dirigidos en este sentido; y así se le ve tanto en los primeros como en los últimos años de su vida, ocuparse más bien de las cosas sagradas para que sentia particular inclinacion, que no de otras ciencias, aunque para ellas estuviera dotado de no vulgares disposiciones; sus estudios en el claustro y fuera de él fueron siempre encaminados á objetos de piedad y devocion, en que se manifestó un verdadero asceta. Trabajó no poco en defensa de la religion en épocas en que se hallaba un tanto atacada por herejías que parecian haber puesto su planta en los montes de Niza, donde habian llegado á hacer gran número de partidarios. Los capuchinos fueron sin duda los que más combatieron en aquella terrible lucha en que tenian que vencer no solo á los pervertidos sectarios, sino tambien á los elementos y estaciones conjurados con frecuencia contra ellos. Pero la ardiente fe de que sus pechos se hallaban dotados, y el amor que animaba sus almas, les conducia á vencer toda clase de peligros, de que siempre salian triunfantes, pues aunque tal cual ocasion vieran correr su sangre, y áun expusiesen sus vidas, tenian confianza en un tiempo que encontraban más allá y que era el verdadero premio

de todas sus fatigas y sinsabores. En estas ocupaciones pasó Rubeus una no pequeña parte de su vida, combatiendo con mayor entusiasmo cada vez, con mejores resultados y no menores frutos. Cuando anciano ya se retiró á su patria, ó al ménos al convento de su profesion, á descansar despues de tantas fatigas, fué recibido por sus hermanos como un héroe, como un confesor que por su religion habia sabido vencer tantos peligros y arriesgar tantas veces su vida. Llevado de su devocion, se consagró á escribir la única obra que de él conocemos, pues áun cuando hay noticias de que compuso otras, y principalmente de polémica, se ignoran hasta los títulos, lo que nos hace dudar de la exactitud de los bibliógrafos, que acaso bebiendo en erradas fuentes, le han atribuido hechos que no le pertenecieron, confundiéndole con algun otro escritor de su mismo nombre. Ateniéndonos, pues, á los que de él conocemos, debemos decir que Rubeus dejó la mejor fama por sus estudios, trabajos, piedad y religion, y que en sus últimos años la aumentó extraordinariamente en este concepto, siendo elogiado en extremo por cuantos de él se han ocupado. De sus obras solo se conoce, como ya hemos indicado, la intitulada: *Tratado de los misterios de la Misa*, que dedicó al cardenal Hipólito de Rubeis, y fué impresa en Alejandría en 1589. De este religioso hace mencion la *Biblioteca universal franciscana* del P. Fr. Juan de San Antonio, y mucho más extensa todavía el *Apéndice al alfabeto de escritores piamonteses* del célebre Andrés Ronote.—S. B.

RUBEUS DE LUGO (Fr. Alejandro), minorita italiano del siglo XVI. Ignórase el lugar de su nacimiento, sabiéndose únicamente que desde el instante en que tomó el hábito se distinguió tanto por su aplicacion y laboriosidad, que llegó á ser uno de los religiosos más notables de su época por sus adelantos en las ciencias, de que fué un profesor muy distinguido. Su Orden supo aprovechar las ventajas con que su fama le brindaba, y le eligió sucesivamente para regente de los colegios de Bolonia y de Asís, en que supo corresponder á sus buenos antecedentes y á las esperanzas que en él habian depositado sus dignos compañeros. Honróle su Orden con otros cargos, en particular con el de definidor de su provincia, que era uno de los más elevados á que podia aspirar religioso alguno, y en que supo manifestar Rubeus el celo que le animaba en beneficio de su religion. Ignórase en lo que pasó sus últimos años, y si fué en ellos en los que se consagró á la composicion de sus obras, siendo muy probable que así se verificára, puesto que las dejó incompletas, ó al ménos si las habia escrito, ya no tuvo tiempo para publicar el tomo II, que solo se conoce por la referencia que de él hace en el primero que dejó impreso. Intitúlase esta obra *Controversias teológicas;* y como hemos indicado se halla dividida en dos partes, teniendo la publicada el título de *Controversiarum theologicarum inter scotis-*

*tas*, pero se ignora completamente el que puso ó pensaba poner á la segunda. La primera fué impresa en Bolonia por Juan Bautista Ferronij, 1691, en 4.°—S. B.

RUBEUS DE PIGNIANO (Fr. Francisco), minorita italiano, citado por Tosiniano y Wadingo en sus *Annales Minorum*. No fué ciertamente el P. Rubeus uno de esos religiosos que merecen grandes aplausos de su siglo y de la posteridad. Su nombre, que pasó en su época casi desapercibido, no ha tenido mayor fortuna en las posteriores; porque más que por sus escritos se distinguió por cualidades profundamente religiosas, de esas que pasan desconocidas á los ojos de los hombres, y que rara vez pueden comprenderlas ni áun los mismos que de cerca las estudian. Tal fué Rubeus de Pigniano, religioso italiano, de familia ilustre, y más ilustre todavía por su saber y virtudes. Dotado de grandes cualidades, llamado á figurar en los primeros puestos de su Orden, la profundidad de su humildad prefirió un modesto retiro y un oculto rincon donde poder cultivar la ciencia á que se habia consagrado, y la virtud á que en su corazon rendia un culto sin ejemplo. Fué así avanzando paso á paso por esos ocultos caminos por donde guia la Providencia á la debilidad humana, cuyo mismo término es ignorado á la escasa penetrabilidad del humano entendimiento. La soledad, sin embargo, fué siempre el lugar más á propósito para los grandes adelantos, el sitio donde se elaboran los sentimientos más elevados, donde viven y adquieren vida los hechos más grandes, que han llenado nunca los anales de la humanidad. En la soledad fué donde se reformó y vivió Rubeus, en la soledad donde adquirió sus conocimientos, en la soledad donde comprendió el valor de las virtudes, en la soledad donde se consagró á ellas y supo apreciarlas y ejercitarlas en toda su extension y grandeza. Filósofo escotista, su siglo no supo comprenderle, pues nada más vulgar entónces que estas doctrinas, tan florecientes á la sazon y por lo mismo al alcance de todas las inteligencias áun las más vulgares. La posteridad, que ha condenado acaso sin juzgarla una escuela, ilustre un tiempo y afamada, y que adquirió méritos para mejor fortuna, no podia concederle más honra que la escasa que obtuvo de sus contemporáneos, citando sus escritos sin leerlos acaso, sin conocer el lugar donde paraban, el medio por que podian encontrarse. ¿Qué extraño, pues, que haya pasado desapercibido este escritor, que nosotros tengamos que contentarnos con citarle, haciendo lo mismo con el título de su obra, olvidada ya, y cuyo valor é importancia nos es imposible conocer? Por desgracia, encontramos en este trabajo á cada paso personajes que se encuentran en iguales circunstancias, y gracias si podemos, valiéndonos de alguna ligera indicacion, dar alguna idea de su vida, manifestar lo que puede ser ó á lo que puede referirse una obra, de la que como dé la de Rubeus

no sabemos sino que se intituló: *Commentaria in primum Sententiarum Scoti.*—S. B.

RUBÍ (Bartolomé), franciscano docto y erudito, y muy versado en las antigüedades de su patria y de su provincia. Nació en Lluchmayor á 11 de Julio de 1705, de Jaime Rubí y Juana Catañy: entró en la religion, y por sus conocidos talentos obtuvo todos los empleos de la misma, y en 6 de Mayo de 1769 fué elevado á provincial. Murió en Palma á 11 de Julio de 1779. Sus obras son las siguientes, cuyos originales existian en el archivo del convento de S. Francisco de Asís, poco tiempo ántes de la supresion del mismo. 1.° *Defensorio sobre el culto inmemorial del V. Bartolomé Catañy.*— 2.° *Manual seráfico*, impreso en Mallorca por Antonio Guasp, año 1768.— 3.° *Contestacion al manuscrito titulado: Las cinco piedras de David contra el Goliat arrogante, ó la verdad sin rebozo contra el culto de Lulio;* opúsculo que refutó con una sabiduría particular, y se remitió copia á la curia romana.—J. B. de R.

RUBÍ (P. D. Ramon Mascarell y), canónigo de Valencia y presbítero de la congregacion de S. Felipe Neri. Nació en la expresada ciudad el dia 9 de Julio del año 1661, de ilustre casa; fueron sus padres D. Francisco Mascarell y Pertusa, caballero del hábito de Santiago, y Doña Isabel Rubí. Su educacion correspondió á su esclarecido nacimiento y al buen ejemplo y piedad de sus nobles padres, pues desde muy niño le aficionaron al estudio de la virtud y de las letras, teniendo tan feliz éxito el paternal desvelo, que sin otros medios, apénas concluyó los estudios y se graduó de doctor en sagrada teología en aquella universidad, cuando D. Manuel Catalá, canónigo de la santa iglesia metropolitana, que habia formado un concepto elevado de su inteligencia y sabiduría, le eligió por su coadjutor en el canonicato, conociendo hacia con esta eleccion un singular honor y beneficio á su catedral, y principalmente á vista de una lucida oposicion que hizo á la pabordía de vísperas de Escritura, lo que hizo se afirmase el gran concepto que de él tenia aquel canónigo ejemplar, considerando que habia de ser de mucha utilidad para la Iglesia. Tomó posesion de la coadjutoría el dia 21 de Enero del año 1686, y de principal ó de canónigo en propiedad el 28 de Julio de 1688, lográndose tan plenamente las esperanzas de D. Manuel Catalá, que no obstante que D. Ramon se entró en la congregacion de S. Felipe Neri de dicha ciudad el dia 4 de Mayo de 1691, trabajó toda su vida en el cabildo como si no estuviera en la Congregacion; y de tal suerte se aplicaba en ella á los utilísimos ejercicios de su instituto, como si no tuviera que hacer en el cabildo. Gobernó dos veces la Congregacion con suma repugnancia de su gran modestia y humildad, y dijo en el dia de su nombramiento, que nunca habia creido ni podido imaginar que los Padres pensáran

en él para hacerle prepósito; y en el cabildo fué tal su aplicacion así para promover el culto divino como para mantener las inmunidades y rentas eclesiásticas, y cuyo celo le hizo incomodarse en viajes, padeciendo por la misma causa calumnias, destierros y otras persecuciones. Brillaron mucho sus virtudes, tanto en su vida pública como privada; y ellas le hicieron fuese obedecido, amado y respetado de toda la ciudad. Un aspecto grave, pero apacible; un genio dócil, una conversacion erudita; en fin, una modestia edificante, eran cualidades que le hacian ser universalmente apreciado. Sus limosnas eran tan crecidas y frecuentes, que disfrutando solo una renta que le producia el patrimonio de su casa, de que habia quedado heredero, de cinco á ocho mil reales, incluso el canonicato, vivia tan pobre, que en algunas ocasiones que se halló enfermo, hubo de valerse de buscar dinero y ropa blanca prestada; de tal modo presidia en su corazon la virtud de la caridad y su amor al prójimo desvalido y menesteroso. Su predicacion era elocuente y fervorosa, su celo apostólico muy frecuente en el confesonario; todas sus acciones, pues, daban un ejemplo que le atraia el afecto y veneracion de todos. Fué vicario general en sede vacante por el cabildo, examinador sinodal de aquel arzobispado, y muchos años vicario general capitular de la misma santa iglesia, en cuyo gobierno procedia con tan prudente discrecion, imparcialidad, celo y vigilancia, que aún está muy viva la memoria de sus acertadísimas disposiciones. A todos amaba, respetaba, atendia y trataba cariñosamente, por lo que era justamente correspondido. Fué muy atinado y prudente en sus resoluciones, buscado para gravísimas consultas. Era muy aficionado y docto en las matemáticas, siendo estas y el canto llano y el órgano, tan conducente á la majestad del Oficio divino, sus únicas diversiones y distracciones. Así es que como sugeto tan general y tan instruido, fué tan perito en la música, que de repente cantaba cualquier papel, y tocaba con perfeccion, además del órgano, otros instrumentos. Murió, pues, en su congregacion Filipense, habiéndola honrado tanto con el esplendor de sus virtudes. Sufrió reveses, vicisitudes y trabajos indecibles en esta vida, siendo acrisolada su virtud con un destierro del reino, fruto de la emulacion y de la envidia, hasta que el Rey, mejor informado, se le levantó. Se verificó en Valencia su sentida muerte, poco despues de haber vuelto del destierro, el dia 17 de Agosto de 1719, de edad de cincuenta y ocho años. En su sepulcro se puso su retrato, con una inscripcion que dice:

*Fué vicario general de Valencia, muy amante del instituto del Oratorio y los pobres, de singular entereza de vida, y celosísimo de la inmunidad eclesiástica, por cuya defensa padeció muchos trabajos.*

Su devocion tiernísima á la Madre de Dios, le hacia usar con frecuencia de la salutacion *Ave María;* y para manifestar cuán saludable es esta piadosa práctica, y cuán grato es este obsequio á la Santísima Vírgen, poco despues de difunto se apareció á la V. Madre Gertrudis Anglesola, abadesa de la Zaydia, percibiendo ella que le decia interiormente ser esta devocion y la de S. Luis de Tolosa, quien le habia valido mucho en su muerte, encargándole procurase persuadir á todos la importancia de repetir frecuentemente el Ave María, teniéndola estampada en sus corazones. Volvióle á ver la misma venerable otro dia, todo glorioso, y con letras de oro escrito en el pecho *Ave María.* Las causas que motivaron el destierro, que desde 7 de Julio de 1717 hasta 16 de Enero de 1719 sufrió en Perpiñan el venerable Marcarell, se insinuan bastante en los reparos criticos que contra los comentarios del marqués de S. Felipe compuso D. Juan Ortí, canónigo valenciano, y estan publicados en el tomo XVIII del Semanario erudito del señor Valladares. Imprimió: *Sacros panegíricos del P. Pablo Señeri, de la Compañía de Jesus, predicador de nuestro santísimo P. Inocencio XII y su teólogo*; en Valencia, por José García, en 4.° No está notado el año, pero el P. D. Ramon los tradujo de la lengua toscana, miéntras estuvo en Montpellier; y el impresor los dió poco despues á la estampa, sin poner el nombre del traductor, y dedicó la impresion á D. Miguel Mascarell y Pertusa, caballero y gran cruz de S. Juan de Jerusalen, marqués de Mascarell y de S. Juan, bailío de Caspe, comendador de Torrente, embajador del Gran Maestre de Malta cerca del Rey católico, teniente general de los ejércitos de S. M. y tio del autor. —A. L.

RUBÍ (Sebastian), religioso dominico en el convento de Palma. El paborde Tarrasa afirma que por sus escritos contra Lulio en el año 1762, los catedráticos lulistas se opusieron á que se le confiriese por esta universidad literaria el grado de doctor teólogo. —J. B. de R.

RUBÍA (Bta. Ana García), de la órden tercera de S. Francisco, natural de la villa de Honrubia, en el obispado de Cuenca. Llamábanse sus padres Alonso Carboneras y María Rubía, concediéndoles el Señor, entre otros hijos é hijas, esta que desde su infancia dió muestras de lo que en adelante habia de ser, porque era muy pacífica, recogida, humilde y honesta; muy dada á las cosas de piedad y virtud, y sin ningun afecto á las de vanidad; y aunque segun su calidad y estado iba siempre bien vestida, no trataba de casarse; pero sus padres, en cuanto la vieron en edad á propósito, la inclinaron á ello, proponiéndola un jóven de muy buenas cualidades que la habia pedido, llamado Francisco Velazquez. Resistióse al principio, mas se convenció últimamente al saber que el que la pretendia tenia por madre una gran sierva de Dios, que se llamaba María Sanz, y para distinguirla de otras

del mismo nombre que habia en el lugar, la llamaban la Santa, con lo que Ana, deseosa de encontrar enseñanza y ejemplo para la virtud y prometiéndose en su compañía grande amparo y consuelo, acabó por dar el sí; y no se frustró su esperanza, pues encontró en su suegra, madre, maestra y un perpétuo estímulo en el camino del bien, viviendo más como religiosas que como mujeres casadas, ejercitándose en la vida de Marta y cuanto les era posible en la de María. Vivió doce años en el estado de casada, teniendo un hijo, que fué religioso del hábito de S. Francisco, obteniendo diferentes prelacías. Tambien tuvo un hermano, que fué casado, y cuyos cuatro hijos fueron todos religiosos descalzos, dándole el Señor tan colmados frutos en precio de sus méritos, pues sin faltar un punto á las obligaciones propias de su estado, atendia á las cosas del cielo y á sus ejercicios espirituales con grande cuidado y fervor. En este tiempo, su más frecuente oracion era la vocal, rezando casi continuamente y llevando siempre el rosario en la mano, cuya devocion le duró toda su vida, aumentándose cada dia más su piadoso afecto con la meditacion de sus soberanos misterios. Ayunaba con mucha frecuencia, y en especial todos los miércoles, viernes y sábados de la semana indispensablemente. Andaba todo el dia ceñida con ásperos silicios, los que se quitaba de noche, porque no lo supiese su marido y se lo estorbára. Hacia tambien con el mismo recato otras muchas penitencias, procurando consagrarse á la oracion mental en que la comenzó á instruir su suegra, y la exhortó, como experimentada en su utilidad, á la frecuencia de los sacramentos. Fué el Señor servido de llevarse para sí á su esposo, lo que sintió ella como fiel consorte, quedó viuda, y muriendo despues su suegra, á quien ella tenia por madre, no dejo de darle cuidado por hallarse con dos hijos y con limitados posibles; mas se alegró en parte de verse sin ánimo alguno libre y desembarazada de toda criatura, por entregarse á Dios más completamente y ocuparse en los ejercicios devotos en que hallaba gran consuelo su alma, y para buen principio de la santa y perfecta vida que queria emprender, luego que el marido murió, puesta de rodillas, con gran fervor, hizo voto de castidad por cerrar la puerta á que le propusiesen algun casamiento, no queriendo ya más esposo que á Jesucristo, su único bien. Con lo cual, sabida su resolucion, nadie la molestó sobre ella, y llevando adelante su intento, cumplido que hubo los respetos de la sepultura y el duelo, en vez del luto que las viudas se suelen poner, se vistió la sierva de Dios de un hábito grosero y áspero de burriel á raíz del cuerpo, no usando desde entónces camisa en cuarenta años despues, excepto en tiempo de enfermedades, y cuando llegó á los años de la ancianidad por mandárselo su confesor, siéndole esta obediencia de no poca mortificacion; las demás en que se ejercitó y algunas de las penitencias que hizo, referiremos en su lugar respectivo. En

tónces fué cuando comenzó á manifestar su sólida virtud, admirando todos en tan pocos años tanta vigilancia y prudencia en la educacion de sus hijos, tanto recato y circunspeccion en el porte de su persona, tal desprecio de las cosas terrenas y ferviente anhelo por las celestiales. El hábito que la sierva de Dios vistió en aquella ocasion fué el que llevaban las beatas del Cármen, aunque no pedido por ella ni recibido de ningun prelado, sino únicamente siguiendo la costumbre de las mujeres honradas de aquella villa. Pero despues pidió el hábito de la órden tercera de S. Francisco al prelado del convento de aquella ciudad, profesando á su tiempo. Despues, en un viaje que en 1630 hizo á Mallorca, donde era guardian su hijo Fr. Francisco Velasco, viendo las beatas de la órden de S. Francisco que acudian á aquel convento, é informada de su modo de vida y agradándola mucho, en particular el voto que hacian de castidad y obediencia, quiso hacerle con ellas, y así lo hizo, profesando otra vez en manos de su hijo el guardian, con grande alegría suya y de todos los religiosos, por saber, como ya sabian, la mucha santidad de la sierva de Dios. Debe advertirse que en esta profesion no mudó el hábito de color de burriel que llevaba, solo añadió la cuerda y el escapulario de color franciscano, como le llevaban las demás beatas de la provincia de S. Juan Bautista. No obstante que doncella y casada fué ejemplar y honestísima la vida de esta sierva de Dios, reputándose ella por muy grande y vil pecadora, ninguna cosa hallaba á sus ojos más digna de aspereza y castigo que su misma carne. Tenia ya alguna experiencia de los grandes bienes que de sujetarla y rendirla al espíritu se seguian, y asímismo habia gustado cuán dulce y suave es la penitencia cuando á ella estimula el amor y el deseo ardiente de hacerse conforme al muy lastimado y afligido Jesus, y recibir en sí parte de sus pasiones. Con estos y otros santos motivos fué cosa admirable y maravillosa la manera en que por espacio de cuarenta años contínuos, que vivió despues de muerto el marido, se entregó á los rigores y las asperezas, buscando medio para atormentarse con las ánsias que solicitan otros los placeres y gustos. No se satisfacia con llevar sobre el cuerpo un hábito grosero y áspero, sino que llevaba por lo comun rigurosos silicios de diversos géneros. Unas veces llevaba uno solo, otras dos y otras tres en diferentes partes del cuerpo; de manera que nunca dejaba de llevar alguno, y lo que es todavía más, que no se los quitaba ni áun de noche para dormir, y solia decir á las personas con quienes familiarmente trataba, refiriéndoles sus ejercicios. «¿Traer los silicios de dia y en pie, eso qué mucho es? Cualquiera lo hará. Acostarse y revolcarse con ellos eso es lo fino; que no dejen dormir, y si se duerme sea muy poco, y sin algun descanso, en eso está el punto, y de esa manera hay más lugar de noche para la oracion. Yo á mis silicios los quiero mucho, porque son mis ángeles

despertadores.» Lo cual decia, no sin particular gracia y afecto. Sus disciplinas eran contínuas, y habiendo oido que los azotes que recibió el Señor habian sido cinco mil y tantos, deseando saber cuántos fuesen, un dia que estaba con su hijo D. Francisco Velazquez tratando de sus ejercicios, le preguntó con mucha instancia el número de aquellos azotes, que fueron más de cinco mil, significándole que tendria en ello singular consuelo por ir igualmente correspondiendo á ellos. A lo cual contestó su hijo, que el número no se sabia de cierto, mas que su voluntad le sería muy acepta al Señor, cuya intencion y afecto da valor á cualquier sacrificio. Con lo cual quedó consolada, y el hijo admirado de ver el grande fervor y espíritu que mostraba en tales ejercicios. La sed insaciable de padecer que ardia siempre en su corazon, la hacia estar inventando contínuamente medios para afligirse. Por eso intentó andar descalza, sin temor alguno á los grandes frios que hacen en aquel país, pero no pudo obtener licencia de su confesor, atendiendo prudentemente á su salud, no ménos que á la honestidad. Hubo de obedecer; pero cuando salia del pueblo para alguna parte, ponia en ejecucion su deseo, quitándose los zapatos y llevándolos en la mano para cuando fuera necesario ponérselos. Fué muchos años á la villa de Valverde, distante media legua de Honrubia, á ganar el jubileo de la Porciúncula, por haber allí un convento de PP. Franciscanos, y pareciéndola poco ir descalza por la senda seguida y camino trillado, dejaba este y echaba por otros desusados y ásperos, llenos de piedras, matorrales y abrojos; instándola las compañeras con que solia ir á que echase por lo llano y fácil, se excusaba diciendo: Que algo se habia de padecer por amor de Dios, yendo á recibir tal merced como ganar el jubileo. Al contrario, cuando habia llovido y comenzaba á endurecerse el lodo, que áun calzados se anda con trabajo por él, entónces echaba por medio é iba muy fervorosa por el barro seco, que á veces, como el camino era tan largo, le dejaba todo regado de sangre. Pero más extraordinarias aún que estas penitencias es la que se refiere en su vida de la manera siguiente: «Hay un montecillo en Honrubia, á cuyas raíces está la poblacion tendida, áspero en la subida, no tanto por ser peñascoso, cuanto por la gran multitud de pedrezuelas y chinas menudas. Desde lo bajo de la ladera esta plantado un via-crucis, que viene á rematar en la cumbre. Todo el cerro es árduo, escabroso é inculto, y para nada útil, salvo para aquel penoso ejercicio, que los piadosos fieles frecuentan las cuaresmas y viernes del año, yendo á veces descalzos y con pesadas piedras y cruces al hombro, á honra de nuestro Señor y buen Dios, que quiso dar pasos de tanta amargura por abrirnos el camino del cielo, y redimirnos del cautiverio antiguo. A esta devocion acudia frecuentemente la sierva de Dios, y no contentándose su fervoroso espíritu con lo comun, que los demás hacian, mu-

chas noches del año, por no ser notada ni vista de nadie, secretamente se salia de casa, y empezando su santo viaje con mucho sentimiento y lágrimas, procedia por sus estaciones, no solo descalza, sino las rodillas desnudas por tierra, cosa de admiracion que tan largo tránsito y de camino tan pedregoso y áspero le pudiese andar tan trabajosamente, sienda preciso que ambas rodillas fuesen desolladas y hechas una llaga. No obtante esto, á cada cruz así arrodillada se detenia en oracion un rato, contemplando el paso y misterio que rezaba el título, dándole la espaciosa noche lugar para todo. Llegada á la cumbre donde estaba el calvario, pudiendo ya sin temor ni rezelo de ser oida desahogar el amoroso incendio que traia comprimido en el pecho, desplegaba todas las velas de su corazon, y con suspiros tiernos, lastimeros gemidos, sollozos y lágrimas que volvian sus ojos rios, lamentaba la amarga pasion de su amado Esposo, y poniéndose en cruz, perseveraba en aquella piadosa postura cuando le bastaban las fuerzas, siendo su descanso y alivio solamente el penar. Los sentimientos que allí tenia, los éxtasis y excesos mentales, ¿quién los podrá decir? ¿Mas quién los llegará á dudar? Pues al paso que son los dolores, son las consolaciones, y lo que la sierva de Dios padecia en este ejercicio, era excesivo á las humanas fuerzas. Pues cuando más no fuese, que el ir arrastrando las rodillas por tierra todo el monte arriba, se las maltrataba de suerte que hinchándose y entumeciéndose, se le hacian agujeros y llagas, y á veces quedándose dentro de la misma carne las guijuelas menudas, era necesario sacarlas con pinzas, con no poco dolor y martirio. «Despues de viuda, dice la crónica en otro lugar, la cama que usaba era de unos manojos de sarmientos sobre la tierra desnuda, y por almohada un duro madero. No tenia otra ropa que sobre las gavillas una frezada muy vieja y pobre, con la cual, cuando más piadosa andaba consigo, solia cubrirse en tiempo de rigurosos frios, y pareciéndole muy regalada semejante cama, inventó otra traza bien conforme á su fervoroso y penitente espíritu, y fué tomar unos palos nudosos y algo gruesos é iguales, y unirlos quedando en forma de una escalera; pero más verdaderamente un potro en que se da tormento; este instrumento para martirizarse ponia sobre los sarmientos, y allí se acostaba á raíz de los duros maderos. El sueño que en semejante lecho podia tomar, ya se ve cuál sería, y mas no aflojándose siquiera para aquel necesario reposo el silicio. Fuera de esto todos los viernes, para entrar en la oracion con más aparejo, y meditar con más sentimiento y viva memoria lo que en tal dia el Señor padeció, se ponia en la cabeza una corona que habia hecho de agudas espinas, quitándose para ello la toca, y muy á menudo el cabello, por que no impidiese algo de su rigor, y con ella, tendidos los brazos en cruz, rezaba quince credos muy despacio, de modo que le duraba media hora el estar así, y algunas veces con la

misma corona se ponia á dormir, ó á padecer por mejor decir, y la semana santa era este ejercicio de cada dia con mayor fervor.» No debemos omitir los ayunos de esta sierva de Dios, sin los cuales no hay vida que se pueda llamar penitente y espiritual. Desde que enviudó, por espacio de cuarenta años fué un contínuo y prolongado ayuno, y esto con tan grande rigor, que nunca comia carne ni pescado, y en cuaresma y adviento, por maravilla entraba en su casa cosa que se condimentase al fuego, pasándose solo con pan y agua, haciendo lo mismo otros muchos dias del año. Cuando despues de haber ayunado el adviento, llegada la pascua de Navidad, haciéndosele muy mal interrumpir su abstinencia, decia: «Pues tengo de ayunar los benditos, que comienzan despues de los Reyes, ¿para qué tengo de dejar estos dias? Vayan todos arreo.» Lo mismo decia cuando se acababan los cuarenta dias de aquel devoto y voluntario ayuno, si faltaban algunos hasta la cuaresma; y así siempre ayunaba desde Todos Santos hasta pascua de Resurreccion contínuamente, sin que faltase dia, ni le omitiese por ocasion alguna, tanto que hallándose dia de los Reyes presente Fr. Francisco su hijo, y rogándola encarecidamente que por consuelo suyo comiese siquiera aquel dia un poco de carne, con quererle y respetarle tanto, no pudo recabarlo con ella por no faltar á su ordinario estilo, el cual toda su vida observó. Los demás dias comia unas yerbas cocidas, y como un extraordinario las echaba un poco de aceite, pero sin sal, y si se la echaba, no les ponia aceite, porque no fuese el gusto cumplido si las sazonase del todo; lo cual era tan comun y sabido que pasaba como proverbio en toda la villa en comiendo alguna cosa desabrida é insulsa: «Parece á los guisados de la beata Ana;» y á pesar de esto, pareciéndola, como al ilustre compañero de S. Francisco de Asís, el célebre Fr. Junípero, que era perder tiempo el hacer la comida todos los dias, guisaba de una vez para tres ó cuatro, y ni para comerlas despues encendia lumbre, pues le parecia excusado, sino frias así como estaban hacia su plato y las comia. Yendo á Honrubia, su patria, Fr. Francisco Empa donde tenia una hermana, fué á visitarle la sierva de Dios, y siendo ya hora de medio dia, rogóla mucho que se quedase á comer allí; resistióla fortísimamente, pero tanto la importunó que hubo de aceptarlo, mas á condicion de que el dicho Fr. Francisco Empa habia de ser el dia siguiente, que era viernes, su convidado, y llamándole aparte, le dijo: Mire, que no hemos de comer sino pan y agua, por que desquitemos en algo lo que ahora comiésemos: —Sea así, dijo él, mas la hermana presumiendo al convite, porque ya sabia sus buenos guisados, procuró saber qué aderezaba por la comida, y sabiendo que ni áun lumbre habia encendido y que corria ya medio dia, no consintió que fuese su hermano; pero no se malogró el gasto, añade la crónica, porque así como lo habia dicho la sierva de Dios, lo ha-

bia puesto en ejecucion de pasarse todo aquel dia con solo pan y agua. Una de las mayores mortificaciones en que se ejercitó fué en padecer voluntaria sed en varias ocasiones. Era de complexion sanguínea y colérica, muy á propósito para apetecer la bebida; mas privábase de ella tanto, que muchos dias se la pasaba sin beber gota y en especial los viernes; penosísima mortificacion y de las más seguras de vanagloria por ser tan sin nota y ruido. Entre otras fué grande una vez que se determinó, por amor de su Esposo sediento y amargado en la cruz, á sufrir toda una cuaresma de sed, sin beber gota de agua ni de vino; y así lo cumplió rigurosamente, padeciendo lo que no se puede decir, por ser como es tan intolerable padecimiento. Aquejábala muchos dias de manera que no podia menear la lengua en la boca, ni despegarla del paladar, ni ménos pronunciar palabra, como ella lo afirmó á su hijo, y en tales aprietos el refrigerio que tenia era acordarse de su amado Jesus, y de la sed que padeció por ella crucificado y lleno de mortal angustia. Otras veces hablando con su propio cuerpo lo entretenia con la esperanza, diciendo: «Hermano cuerpo, tened paciencia por amor de Dios, que yo os prometo satisfacer de agua en llegando la pascua.» En fin, llegó á ella venciendo aquel largo martirio, y á buen seguro que la sed que habia sufrido, sería con mucha abundancia remunerada y refrigerada con aguas de consolaciones del cielo. Cuando por algun motivo ú ocasion se veia obligada á faltar á sus austeridades, lo recompensaba despues en el mismo género con mayor exceso. Ya hemos referido cómo fué á Mahora, siendo allí guardian su hijo, y el motivo que para ello tuvo fué el decirla que el tiempo que estuviese en Mahora podria comulgar todos los dias, de lo que ella tenia grande deseo, y que podia estarse mañana y tarde en la iglesia entregada por completo á sus devociones. No sucedió como se imaginaba, porque trasluciéndose luego en Mahora su grande santidad y virtud, y juntándose á este el respeto de ser madre del guardian, que era allí muy querido, no la dejaban descansar un instante, visitándola á menudo y llevándosela convidada á sus casas, lo cual duró toda una cuaresma; y cuando se fué, aún quedaron muchos quejosos por no haberla podido tener en su casa algun dia. Causóla esto tanta afliccion, y desconsolábase tanto de ver el aprecio y estima que de ella se hacia, que trató de volverse á Honrubia mucho ántes de lo que pensaba, y así lo hizo; y cuando la daban la bienvenida contestaba llorando: «Antes me den el pésame que vengo lastimadísima, que he echado á perder una cuaresma.» Y queriendo llevarla á su casa un dia una señora muy principal y rica, que la amaba mucho, no fué posible reducirla á ello, excusándose con decirla: «No señora, que voy remendando la cuaresma que he echado á perder, y fué así en efecto, pues con un denuedo y santo coraje de que hay pocos ejemplos, comenzó otra cuaresma rigurosí-

sima, duplicando disciplinas, silicios y otras penitencias, y ayunando tan estrechamente, que hasta se privaba de sus groseros manjares, llegando á padecer con extremo hambre y sed, y entónces decia: «Así, así pagareis, oh cuerpo ruin, los regalos de Mahora y convites.» Y sin embargo, en ninguno de ellos habia excedido los límites de la templanza, sino que ántes bien se contenia tanto, que era la edificacion de todos, y á pesar de esto castigó tan rigurosamente el haber mitigado en algo su ordinaria aspereza y mortificacion, que no acababa de llorar y gemir lo que habia perdido por mucho que lo satisfizo. No hubiera podido esta valerosa mujer perseverar en tanta penitencia sin hallarse fortalecida por el vigoroso aliento de la santa oracion. Siendo casada, cuando no sabia la mental, ocupábase en la vocal con grande frecuencia, continuándola áun cuando se ejercitaba en trabajos mecánicos. Despues cuando se hizo beata, fué el Señor servido de darla un padre espiritual que la dirigiese por el camino interior, el cual fué el muy ilustre y apostólico varon D. Juan de Alarcon, señor de Bonache, que inspirado por un impulso divino é ilustrado de su soberana luz, dejó el estado seglar y ordenándose de sacerdote, se retiró á una ermita llamada de nuestra Señora de la Estrella, dos leguas de Honrubia, donde se consagró á la santa ociosidad de la oracion, y siendo en ella muy ilustrado, iban allí á consultarle y comunicarle muchas almas deseosas de su aprovechamiento espiritual, de las cuales era una la sierva de Dios Ana García Rubia y otra compañera suya, que murió en opinion de santa. Este tan insigne varon fué su maestro de oracion mental, y la enseñó el modo y forma de sus ejercicios; y conociendo ella la grande utilidad que se la seguia en su comunicacion, iba á verle con mucha frecuencia, por lo ménos todas las fiestas, siempre á pie descalzo, y allí confesaba y comulgaba con grande consuelo de su alma. Entre otras cosas á que la exhortó, fué una á la frecuencia de los sacramentos, como fuente de donde procede la gracia y todo el aumento espiritual; y viendo la singular pureza de su alma y rara perfeccion de vida, dióla licencia para comulgar todos los dias, aunque pocas veces podia conseguirlo en Honrubia, por ser el párroco muy opuesto á la comunion cotidiana, segun dice el autor de la vida de esta beata, y no permitir que comulgasen más que los domingos y fiestas y alguna vez entre semana. Pero cuando iban al lugar religiosos, lo arreglaba de manera la sierva de Dios que comulgaba todos los dias, y la Providencia la envió al fin un clerigo, natural de la misma villa, hombre muy devoto y espiritual, que se levantaba al amanecer y decia misa, dando la comunion en ella, sin que el cura lo supiese, á la sierva de Dios y á otras almas devotas que gozaron de esta satisfaccion algunos años miéntras vivió aquel santo sacerdote; pero habiendo muerto, padeció la sierva de Dios mucha hambre de aquel pan divino, y cuando no

podia recibirle de otra manera, comulgaba espiritualmente y con esto se consolaba. El dia que era de comunion le consagraba todo á Dios, pasando toda la mañana en la iglesia, siendo la última que salia de ella despues de oir todas las misas. Por la tarde continuaba la oracion recogida en su casa, y por la noche se desayunaba con sus comidas acostumbradas ó con solo pan. Cuando venian dos fiestas juntas, solia no ir á su casa, sino que pasaba todo el dia en la iglesia, saliendo únicamente para comer un pedazo de pan que llevaba al efecto. Al llegar la noche, se metia secretamente en una capilla ocultándose en un rincon hasta que cerraba el sacristan las puertas, y así pasaba orando el dia y la noche, la mitad del tiempo dando gracias por la comunion pasada y la otra mitad por la venidera, comprendiéndose muy bien, como dice la crónica, los regalos y dulzuras que comunicaria aquel soberano maná á quien no apetecia otro manjar alguno en la tierra, ni otra suavidad y deleite que los de aquel rocío celestial. Las noches que indispensablemente se quedaba en la iglesia, eran las de la Natividad del Señor, asistiendo á las vísperas, maitines y misa de media noche, en la cual comulgaba, y despues continuaba oyendo todas las demás de aquel dia. Entre los ejercicios con que se preparaba para solemnizar el nacimiento del Hijo de Dios uno era, dice la crónica del P. Panes, que por todo el adviento se consideraba esclavita de la Vírgen y de S. José, y que como tal les servia y acompañaba en el viaje que á Belen hicieron, donde dejadas otras cosas de mucha devocion que ejercitaba su piedad, contemplando cómo llegaron á aquella ciudad los dos soberanos esposos, representaba lo que les sucedió con gran viveza, devocion y ternura, de manera que cuando á las Avemarías cerraba el sacristan la iglesia, consideraba que llegaban á Belen, y que ella llevaba del ramal la pollina en que iba la Vírgen, y que llegando al primer meson, que le figuraba en la primer capilla, puesta de rodillas tocaba la puerta y con mucha humildad decia: «Hay posada para unos pobres marido y mujer, y una esclavita suya:» que la respondian de adentro: «No hay posada, pasen adelante,» y ella derramaba muchísimas lágrimas, y con gran sentimiento se volvia á la Vírgen y la decía: Reina y Señora mia, vamos adelante que aquí no hay posada. Iba luego á otra capilla, y como si llegase á otro diferente meson tocaba de la misma manera, y con muchos ruegos y lágrimas pedia hospedaje, y pareciéndola que el mesonero la respondia con palabras descomedidas y ásperas, procuraba aplacarle, instándole á que diese posada á aquellos peregrinos pobres, y como no quisiese, eran sus sollozos y suspiros tan grandes y tal su pesar, que se derretia en arroyos de lágrimas, y volviendo á la Vírgen Santísima con la respuesta, la decia: Aquí tampoco, Señora mia, hay para vos posada. Y de esta suerte discurria por las demás capillas, aumentándose sus afectos piadosos, y este ejercicio la duraba

desde el anochecer hasta poco ántes de comenzar maitines, y entónces se volvia á la Vírgen, y con sentimiento notable, los ojos hechos fuentes de lágrimas, la decia: Reina y emperatriz del cielo, no hay casa, ni meson, ni posada alguna para vos, ni para el Hijo de Dios, que en vuestras entrañas traeis; aquí junto al muro de la ciudad hay un portalillo, albergue de bestias, solitario es y quieto, que es lo bueno que tiene; desocupado está; aquí podeis, Señora, hospedaros, pues no hay otro lugar decente. Entónces llegaba á la capilla de nuestra Señora del Rosario, de quien era la sierva de Dios mayordoma, y cuidaba de adornar su imágen y de aderezar el altar, en el cual tenia puesto un Belen aseado y devoto. Entrando aquí se consideraba en el pobre portal, y llegada la hora del santísimo parto, se hallaba la sierva de Dios tan absorta en la contemplacion de aquel regalado misterio, que le parecia verle en lo interior de su alma como cuando verdadera y realmente pasó, representándosele la Madre vírgen, el dulcísimo Niño Jesus, el glorioso S. José, los ángeles, los pastores y demás cosas que allí concurrieron, de manera que suspendidas todas sus potencias en un deliciosísimo éxtasis, y como embriagada y fuera de sí del excesivo amor que sentia, estaba toda aquella noche hasta el dia, pareciéndole un breve momento. Ejecutó este santo ejercicio durante muchos años, como ella misma se lo refirió á su hijo Fr. Francisco Velazquez, aunque no le comunicó detallada y distintamente los favores, mercedes y regalos del cielo que recibia en aquellas ocasiones, por ser tan callada y humilde; mas pueden inferirse claramente del fervor con que se disponia, y la desnudez y pureza de espíritu, no buscando á Dios por su consolacion ni interés, sino puramente por afecto de desnudo amor; siendo toda su ansia padecer por él. Como era tan cordial devota del Santísimo Sacramento, el jueves santo celebraba su fiesta con la mayor solemnidad. Ayunaba con rigor notable, porque desde el miércoles en la noche, que hacia colacion muy estrecha, hasta el sábado santo, oidos los oficios divinos, no comia bocado ni volvia á su casa, asistiendo en la iglesia de dia y noche desde el jueves por la mañana hasta oir cantar aleluya; lo cual observó muchos años, sucediéndola á veces con el desmayo y debilidad cuando llegaba el sábado á comer, no poder apénas abrir la boca, estando como yerta y transida; y así sabiéndolo su confesor, la impidió tan riguroso ayuno: y mitigándole, aunque no mucho, de allí adelante llevaba pan, y para no desmayarse comia de él lo que le parecia bastante; pero en el permanecer en la iglesia desde el jueves á sábado santo nunca se dispensó hasta ser ya muy anciana. En estos dias de semana Santa, como en todos los viernes del año, vigilias y vísperas de algunos santos, eran sus ayunos y penitencias con mayor rigor, y perseveraba por más largo tiempo en la oracion y contemplacion, puesta en cruz, las rodi-

llas desnudas sobre las piedrezuelas que para ello sembraba en el suelo. Todo lo cual procuraba hacer con grande secreto, huyendo cuanto le era posible de dar motivo de ser aplaudida, ni tenida en algo, pero esto mismo hacia que sobresaliese más su virtud, y todos á una voz la llamaban la santa. Las mercedes que el Señor la hacia en la oracion y en otras ocasiones, como solo las comunicaba con sus padres espirituales, los cuales murieron ántes que ella, no pueden saberse; mas no hay duda fueron muy grandes, siendo tan liberal y abundante de dones el Señor á quien continuamente buscaba, poseia y amaba; y siendo, como dice S. Agustin, la oracion una subida que el alma hace de lo terreno á lo celestial, un deseo ardiente de las cosas eternas, goza en esto más continuamente quien tiene más continua oracion. Sabido es el poco aprecio que el mundo hace de la pobreza, y cuán aborrecible es á todos los que no la profesan, por no haber descubierto el fondo de esta piedra preciosa, ni gustado el dulce panal escondido en el grosero corcho; pudiéndose mirar como superior al ingenio humano el que trabaja por abandonar todos los bienes caducos de la tierra para poseerla como único bien y riqueza. Hízolo así la sierva de Dios Ana García Rubia, la cual aunque nunca fué rica, pues solo tuvo un decente pasar, sin necesitar á nadie para el sustento de su persona y casa, con todo, amó siempre esta virtud heróica de la pobreza, como se vió muy claro cuando murió su madre, que dejándola heredera igualmente con los otros hijos, la sierva de Dios renunció entre los hermanos su parte, reservando únicamente para su morada un estrecho pedazo de casa, que se hallaba entre dos escaleras; debajo de la una tenia sus pobres trastos, que por ser tan pocos no necesitaban otro lugar, y debajo de la otra tenia su pobre cama, siendo tan pequeño el hueco, que á lo alto apénas podia entrar de rodillas, y á lo largo bastaba á extender el cuerpo, no obstante la servia tambien de oratorio sin más aderno que unas estampas de papel y una cruz pequeña. Con este menaje y pobre habitacion se contentó, y estaba tan alegre como otros en grandes palacios y entre ricos brocados; y cuando la decian ¿cómo la era posible dormir allí? Contestaba que en otra cama más dura y estrecha se habia acostado Jesucristo y muerto por ella, y así aquel lecho y limitado sitio le tenia por demasiado cómodo y más regalado. En esta voluntaria estrechez y pobreza vivió por espacio de treinta años desde la muerte de su madre. Como era el alma de esta virtud una caridad encendida con que amaba á Jesucristo, bien nuestro, desnudo y pobre, no permitia que su pobreza fuese desaprovechada y estéril para los otros pobres, ántes bien como un manantial perenne de su misericordia se estaba siempre desentrañando para el socorro de los necesitados y nunca se agotaba la fecunda vena de donde manaban las piadosas aguas. Hervian en su corazon unos abrasados deseos de reme-

diar todas las necesidades del pueblo y áun de todo el mundo, y trabajaba continuamente con sus manos, no para su sustento, pues era tan poco como hemos dicho, sino para hacer limosna á los pobres, que como conocian su grande caridad, acudian muchos á su puerta, no dejando á ninguno irse de ella desconsolado; además de lo que ganaba con su labor, la daban muy buenos socorros su hijo el casado, sus hermanos y otros que conocian sus necesidades y virtudes, creyendo que lo emplearia en sí misma: pero ella, olvidada de sí, lo repartia todo á los pobres; y tambien otras personas principales, viendo cuán tierna y amorosa madre era de todos los menesterosos, hacian por su mano muchas limosnas. Pero en lo que más resplandeció su sediento afecto de remediar á los pobres, es que en los agostos se iba á los rastrojos, y espigaba, trayendo los manojos á su casa, y sacaba el trigo para tener que dar á los que tenia por hijos, que eran todos los desamparados. Sucediale á veces no tener sino un pan, y llegando un pobre darle la mitad, y cuando esto hacia, tomando aquel pan en las manos y levantando el corazon á Dios, decia: Bien sabeis vos, Señor, que yo tengo necesidad para mi sustento de este pan entero; pero por vuestro amor doy el medio. Qué ¿no podreis vos sustentarme con el medio que queda? Otras veces llegando algun pobre á pedir limosna, y hallándose ella con pan bueno y blanco, se lo trocaba por los mendrugos negros ó duros que les suelen dar, y en ocasiones que alguno lo veia y la decia, — que porqué hacia aquello?—Disimulando su intencion decia: —Callad, hermano, que no lo entendeis; estos mendrugos son más sabrosos y de más regalo; no veis que es limosna y pan dado por amor de Dios? Luego es cierto que yo gano en el trueque. Y quién duda que aquel Señor que es suma suavidad y dulzura y pan suavisisimo de los cielos, se le daria á gustar, y pondria más gusto y sabor en aquellos mendrugos del pobre que en el pan que se le daba regalado y entero. Quien para con los pobres sanos y que podian buscar su remedio tenia tan grande piedad, qué sería con los pobres enfermos? No es decible la conmiseracion, el cuidado, la solicitud que con ellos tenia. Cuantos regalos la solian dar señoras principales, amigas suyas, todos los guardaba para cuando iba á verlos, consolándolos con las más dulces palabras de sus enfermedades, y alentándolos á llevarlas por amor de Dios con resignacion y paciencia. Ni se contentaba con esto, sino que estaba con ellos dia y noche sirviéndoles; haciéndoles las camas, limpiándolos, dándoles de comer y acudiendo á todos los demás menesteres por bajos y penosos que fueran. Como tenia tan grande caridad y experiencia de cuán temible y rabioso padecimiento es la sed, no podia sufrir que la padeciesen sus enfermos, y así siempre que la pedian agua, sin reparo alguno, luego se la daba; y aunque muchos la reprendian, fundándose en que podia perjudicarles, no por eso lo de-

jaba de hacer, llevándola secretamente y dándoles cuanta querian; y otras veces solia decir: Ay, que no sabe nadie lo que es padecer una excesiva sed; á bien seguro que si lo supiesen, no le negarian el agua á un pobre enfermo que se está abrasando, ántes bien lo tendrian por obra de misericordia, pues lo es el dar de beber al sediento. Yo á lo ménos, añadia, siempre que pueda así lo he de hacer, que no me sufre el corazon verlos penar. No reparaba en que la enfermedad fuese contagiosa; todo lo vencia su gran caridad, y no lo ejercia solo en lo corporal, sino tambien en lo espiritual, exhortándolos á los enfermos y ayudándolos á bien morir con gracia especial que para ello tenia, no haciendo falta ningun otro eclesiástico donde ella estaba para animarlos y disponerlos en aquel riguroso trance. Luego en muriendo los amortajaba con grande aseo, y no les dejaba hasta hecho el oficio de la sepultura, y esta asistencia no era solo á los enfermos pobres y desamparados, sino á todo género de personas, que casi no moria alguno en la villa, que ella no se hallase á su cabecera, y á lo ménos era seguro llamarla para amortajar á cualquiera difunto por la facilidad con que lo hacia, y así fueron pocos los que miéntras vivió no recibieron de ella este piadoso servicio, consolando á los que quedaban vivos con dulces palabras y tiernas amonestaciones. Hallándose el párroco de aquel lugar padeciendo la enfermedad de que falleció, le fué á visitar la sierva de Dios, y como en las dulces y eficaces palabras con que procuró consolarle, y en la impresion que hacian en su alma, conociese su virtud y singular espíritu, la dijo: —Señora beata, por amor de Dios la suplico no me deje ni se aparte de mi cabecera hasta que haya espirado, y en esto tendrá gran consuelo mi alma; y mire si quiere que la deje algo en mi testamento, que lo haré con muy grande gusto. A lo cual la sierva de Dios contestó, que aunque el asistirle le seria de poco provecho, por ser ella mujer tan inútil para cualquiera cosa, y en especial para aquella tan grande, no obstante, por mandárselo él, le obedecia con todo afecto; mas en cuanto á la manda que le ofrecia, no podia aceptarla porque no la habia menester ni queria nada, que con su pobreza lo pasaba mejor que la persona más descansada y rica de todo el lugar. Tan desinteresadamente como se manifiesta en esto, acudia al ministerio de la caridad, y con tal menosprecio de lo temporal y caduco, puesta la fe en Dios y todo su deseo en lo eterno. Estuvo, como el enfermo se lo habia suplicado, dos dias con sus noches á su cabecera, y hallándose presente un hermano suyo, cura tambien muy docto, y otros muchos clérigos y religiosos para ayudarle á bien morir, cuando llegaban á decirle algo, les replicaba el enfermo: —Dejadme con mi simple beata, nadie sino ella me diga nada,—y así, con confusion de todos y no ménos edificacion por ver su gran fervor y espíritu, ella sola le ayudó en aquel trance hasta

el último momento, y le compuso y amortajó despues. A los que más gustaba de amortajar era á los niños de tierna edad, por su candidez é inocencia: y considerando que gozaban sus almas de la gloriosa vista de Dios, tocaba sus cuerpos con una piedad y ternura admirable, y no pudiendo contener el gozo, daba á sus padres mil parabienes, y aunque el natural sentimiento los afligiese mucho, tales cosas les decia, induciéndoles á reconocer la feliz y dichosa suerte de tener un hijo en el cielo que rogase al Señor por ellos, que los dejaba muy consolados y conformes con la disposicion divina. Por la misma razon de la inocencia, pureza y gracia que en los niños consideraba, era grande el gozo que en verlos tenia, no sabiendo qué caricias y halagos hacerles: si eran pobres, dábales limosnas, aunque para ello se quitase el pan de la boca, y aunque no lo fuesen, habia de darles alguna cosa, con lo cual acudian todos los dias tantos, que cualquiera que no les tuviese el tierno amor que la sierva de Dios, les fuera mucha molestia, mas para ella era de indecible alegría el enviar contentos á aquellos ángeles de la tierra. Con quien manifestó más su caridad fué con su propia madre, la cual siendo ya viuda y anciana, enfermó de una perlesía tan grave, que no era dueña de sus acciones; y así el comer, el volverse en la cama y todo lo demás que una persona suele hacer por sí propia, habia de ser por mano de su santa hija, lo que hacia ella con tan grande cuidado y placer, que la madre casi no sentia su mal, cuyo ejercicio llevó con una incansable paciencia la sierva de Dios, no un año, ni dos, sino seis contínuos, y aunque podia desechar la carga, ó á lo ménos dejar parte de ella á otros hijos é hijas, que su madre tenia siempre, la abrazó por sí sola con ánimo muy generoso como cruz que el Señor la daba, y en lo que más se vió su gran caridad fué en una ocasion de ser religiosa, lo que siempre habia deseado mucho. Fué el caso, dice la Crónica, que el Sr. de Bonache D. Juan de Alarcon, que como ya hemos referido fué su padre espiritual, fundó en Madrid un convento muy religioso de monjas mercenarias descalzas, en que habia mujeres de mucha oracion; y como sabia la virtud y prendas de la sierva de Dios, deseó que entrase en el dicho convento, y rogóselo mucho, mas aunque era comodidad tan buena, y cosa de ella tan deseada y proporcionada á su espíritu, no se determinó á aceptarla por no dejar en aquella enfermedad á su madre, aunque tenia, como hemos dicho, otros hijos é hijas, que pudieran servirla y encargarse de ella, que fué un gran sacrificio y ejemplo notable de amor filial. Si fué abrasada en la caridad esta sierva de Dios, no fué ménos pura en la castidad. Ya hemos contado cómo siendo jóven y muy pretendida, repugnó casarse, y cuando lo aceptó, fué mas bien atendiendo á que en compañía de su santa suegra podria con su ejemplo, enseñanza y amparo, adelantar en el amor de Dios y todo género de virtud, que no á

las comodidades y placeres del matrimonio. Fué honestísima durante él, y despues de muerto el marido, espejo de rara modestia. Quedó viuda siendo todavía jóven y hermosa, y se vió en situaciones harto críticas, en las que manifestó su decidida virtud. Hé aquí cómo refiere una de ellas su biógrafo el P. Panes. «Iba con una virtuosa doncella, llamada Ana de Villanueva, tambien beata, á ganar el santo jubileo de la Porciúncula á Valverde, que dista de Honrubia dos leguas, y por ir con la fresca y á pié descalzo sin nota de nadie, concertáronse de madrugar y anticipárselo de manera que debieron salir del pueblo á la media noche. Hacia la luna clara, y esperando que amaneciese luego, fueron caminando sin saber qué hora fuese, hasta que al remate de la media legua, la Ana de Villanueva, que era delicada, sintió fatiga, y como iba descalza, llevaba lastimados los piés, y así apartándose del cámino y sentándose junto á una carrasca, determinaron descansar hasta que se hiciese de dia. Estando allí, y pasando unos segadores por el camino, viéronlas con la claridad de la luna. La hora, la ocasion, el sitio, el verlas solas en un carrascal, y el demonio que les instigaba, les persuadió que era lance muy á propósito para lograr su torpe apetito, y con este intento fuéronse acercando hácia donde estaban, hablando deshonestamente; las siervas de Dios, como corderas simples que ven venir los voraces lobos, temieron mucho; mas levantando el corazon á Dios, invocaron su auxilio, y al punto que llegaron, armada de fe nuestra Ana, les dijo:—Hermanos, váyanse con Dios, que somos dos mujeres honradas, que vamos á ganar el jubileo á Valverde.—Cosa maravillosa que aquellos hombres deshonestos y libres, oyendo á la sierva de Dios, quedaron atónitos y pasmados y enmudecieron de modo, que sin hablar palabra buena ni mala, se volvieron por su camino. Quedaron las dos muy alegres, dando gracias á Dios, que de tal peligro las habia librado, y cada una con humildad lo atribuia á las oraciones de su compañera: supo el caso el padre espiritual de entrambas, D. Juan de Alarcon; mandólas que de allí adelante jamás saliesen de sus casas ántes del dia, ponderándoles el grave riesgo de que las habia librado el Señor; solo concedió á nuestra sierva de Dios, que pudiese ir de noche, como acostumbraba, á la via sacra, que por ser de todos tan conocida y tenida por santa, no habia peligro de encontrarla sola.» De otras muchas y eminentes virtudes estuvo adornada la sierva de Dios; pero entre todas era como un evidente testimonio, de cuán llena se hallaba de justicia, y cuán corregidas y bien ordenadas todas sus pasiones, la angélica paz que gozaba, sin que la turbase acontecimiento alguno. Siendo casada, cuando no tenia aún tanto fundamento en las cosas de profesion, y ofreciéndosele ocasiones muy contínuas para perder el sosiego, nunca la sierva de Dios, por ninguna causa, por grave que fuese, perdia la quietud y paciencia, ni mo-

lestaba á nadie con quejas, acudiendo únicamente á Dios, que podia remediar el daño. Despues, cuando era ya beata y mujer mayor, fundada en virtud más perfecta, mostrábase muy claramente ser su alma aquel reino espiritual establecido en justicia, ceñido de paz y abundante de gozo, pues ninguna cosa le inquietaba siendo Dios su director soberano. Quiso el Señor cerrar la corona de los merecimientos de su sierva Ana García Rubía, y sentarle la última piedra, y lo ordenó así: «Que entrando un dia en su pobre casita, sin haber dónde tropezar, cayó y se desconcertó una pierna. No hay que encarecer el dolor así en la caida como en la cura, pues se sabe ser de los terribles que hay. Despues de aqueste tan penoso accidente, vivió padeciendo seis meses, con tal sufrimiento, que admiraba á cuantos la veian sin que se oyese una queja, ántes bien, como si los dolores fueran grandes regalos, así estaba alegre y risueña, causando á todos mucha edificacion. Dos cosas tuvo de sentimiento, y en ambas la consoló el Señor; la una, el salir de su antiguo retrete bajo de la escalera, donde tanto tiempo habia vivido y recibido tantas misericordias de Dios, y donde quisiera morir; mas ya que fué fuerza salir de allí para poder curarse, proveyó el Señor, que en casa de su hijo, donde habia de estar, hubiese otra estancia casi semejante á la que tenia, en el hueco de otra escalera, bien que más acomodada y capaz; aquí, dijo la sierva de Dios iria, y que de otra suerte no saldria de su pobre rincon; con que para darla gusto, se hubo de hacer así, y en aquel aposento estrecho se le puso una cama, y estuvo con mucho consuelo, padeciendo dolores agudísimos, los cuales la eran solo sensibles por el cuidado y pena de quien la servia, y por dar el ménos trabajo que le fuese posible, muchos dias se le pasaban sin beber gota de agua, no perdonando el mortificarse áun en necesidad tan grande. Lo otro que cayendo enferma sintió, fué el no poder ir á la iglesia á oir misa, confesar y recibir á nuestro Señor cada dia, como ya lo hacia, habiendo faltado aquel cura que ya dijimos era tan escaso del pan de vida. Pero como es tan propio de la suma é infinita bondad el comunicarse, y en el inefable Sacramento del altar se quedó por manjar de hambrientos, dispuso cómo satisfacer la amorosa hambre de la sierva de Dios por un medio bien particular, y fué así que un capellan devoto, que tenia el cura, confesor de la sierva de Dios, viéndola tan enferma y sabiendo las ánsias de su corazon por recibir aquel su dulcísimo pasto, hacia una cosa que á no ser con algun instinto del Espíritu Santo, podria tenerse por ménos decente, y era que los más dias cuando decia misa consagraba una forma, y poniéndola despues en el cáliz ocultamente, se la llevaba á la sierva de Dios, y saliéndose todos para reconciliarla, la comulgaba y dejaba consoladísima, y teníala asimismo advertido, que cuando oyese que hacian señal para dar el viático á algun enfermo le avisase si es-

taba en ayunas, y se preparase para comulgar, y así lo hacia, con que de una suerte ó de otra lograba sus ardientes deseos, y se veian manifiestamente las trazas é invenciones de amor para gozarse con la cosa amada, venciendo estorbos y dificultades. Con estos socorros divinos se hallaba la sierva de Dios allí debajo de la escalera, haciendo otra para subir al cielo de actos de viva fe, firme esperanza y caridad ardiente. Con esto las penalidades de la enfermedad la eran muy suaves, solo debian de afligirla las ánsias de verse ya libre de la pesada carne para volar á su tierno esposo. Yendo por guardian á Loja su hijo Fr. Francisco, quiso á la ida ver á su madre, que era ya muy anciana, y encontrándola enferma con calentura, la dijo que si fuera el Señor servido llevársela en aquella ocasion, tendria mucho consuelo en ello por hallarse á su cabecera cuando muriese, y que le echase su bendicion en aquella hora, lo cual muchas veces habia suplicado al Señor:—Hágase, hijo, la voluntad divina, le contestó, que yo no quiero ni deseo otra cosa,—y por entónces no le dijo más; pero al dia siguiente ántes de amanecer le llamó y le dijo:—Hijo mio, bien puede partirse á su guardianía cuando quisiere, que yo no me moriré de esta enfermedad; pero hágole saber que presto será, y que ya no nos veremos más en esta mortal vida: allá en el cielo nos veremos siendo Dios servido. Lo que toca á la bendicion que desea, yo tendré cuidado de enviársela por carta á su tiempo.—Todo esto se cumplió puntualmente, porque la sierva de Dios convaleció de aquella enfermedad, sucedióla despues la caida, y estando cercana á la muerte, se ofreció mensajero que pasaba á Loja, y con él remitió una carta á su hijo, despidiéndose de él y dándole la bendicion. Como prueba de que supo la hora y momento en que se habia de morir, refiere el cronista lo siguiente:—« Un domingo, seis dias ántes de su fallecimiento, no teniendo nuevo accidente más de los ordinarios, llamó á su hijo el casado, y le dijo: que avisase al cura para que fuera á darla los sacramentos, porque habia de morir muy presto. Admiróse el hijo, y reconociendo que no tenia calentura ni otro accidente que indicase tal, excusóse diciendo que en dia de fiesta que estaba tan ocupado el cura, no era bien llamarle, no habiendo necesidad precisa: instóle la sierva de Dios, excusóse él una y otra vez, hasta que no pudiendo resistir más el respeto de su santa madre, fué y avisóle al cura, el cual, como ya conocia el espíritu de la santa beata, aunque el hijo le dió á entender que no habia novedad alguna en la disposicion de la enfermedad, fué luego al punto, confesóla, y en aquel mismo dia por la tarde la administró el viático, el cual la sierva de Dios recibió con singular afecto, devocion y lágrimas y actos muy fervientes de amor, como quien estaba tan enseñada á hacerlos.» Como era tan querida de todos, ricos y pobres, acudian muchos á verla, y pareciéndoles

que no se hallaba como ella decia tan en lo extremo, la replicaban:—Calle, madre, que aún ha de vivir muchos meses.—Y ella alegre y con grande seguridad decia:—Ya verán cuán aprisa muero, el viernes que viene tengo de morir, porque yo le he pedido al Señor muchas veces que me lleve en viernes por ser dia en que murió Su Majestad por mí, y tambien porque yo he tenido el hábito de la Vírgen del Cármen, y espero que conmigo hará lo que dicen que esta Señora hace con sus devotos, que el primer sábado despues que mueren saca sus ánimas del purgatorio.—Decia esto con mucha gracia, añadiendo despues:—Tambien soy hija y beata de mi padre S. Francisco, y asímismo dicen que el dia de su fiesta y llagas baja al purgatorio y saca de él á todos sus devotos é hijos; pero eso será mucho aguardar, la Vírgen es muy diligente, viernes quiero morir.—Los presentes lo tomaron por chanza y no creian muriese tan pronto. Aconteció esto el miércoles en que pidió y se le administró la santa uncion, y ya daba algunas señales de su fin, por lo que aquella noche quisieron quedarse con ella varias parientas y otras personas; pero la sierva de Dios les dijo que podian marcharse con toda confianza, porque no habia de morir hasta el viernes; que el que quisiere verla viva otra vez, volviera ántes del viernes al medio dia. Díjoselo tambien á solas á su hijo, que viendo con cuanta firmeza lo aseguraba, señalando dia y hora, lo tuvo por cierto, y así se verificó, porque el viernes 3 de Octubre de 1642, al dar las doce, entregó su alma al Señor con la mayor quietud y serenidad como quien pasa suavemente de un miserable estado á otro de inmensos bienes y felicidades sin fin. Sabida su muerte, concurrió toda la villa á ver su cadáver, confirmándose en su santidad tanto por la revelacion referida, como por ver que el venerable cuerpo quedó mucho más agradable y hermoso que cuando vivia, con el rostro que parecia de un ángel, y todos los miembros tratables de manera que daba gozo mirarla, y movia á gran devocion, y así todos llegaban á besarla las manos, y sus compañeras y amigas en el mismo rostro. No hubo lágrimas en su muerte, porque todos miraron como glorioso su tránsito. Repartiéronse por reliquias sus pobres alhajas, estimándolas como de santa. Hízosele el entierro con la mayor solemnidad y pompa que fué posible, sin faltar cofradía, cruz, clérigo ni persona principal ni de todos estados. Sepultósela con el hábito de S. Francisco, como hija suya, en la iglesia de aquella villa y sepulcro de sus mayores, viviendo eterna su memoria en premio de su santidad y virtudes.—S. B.

RUBIERNO (S.) obispo de Como, en cuya silla sucedió á Agripino, siendo el XIV prelado. Cítale Ferrario en 16 de Diciembre, refiriéndose á la historia de aquella iglesia.—S. B.

RUBINAT (Fr. Miguel), religioso dominico de la provincia de Aragon,

elegido vicario general de su provincia, siendo prior del convento de Génova, donde se celebró el capítulo en 1561, cuyo cargo desempeñó hasta el año siguiente, distinguiéndose en él por sus buenas cualidades. Nacido de una ilustre familia catalana, Rubinat habia manifestado desde el principio de su carrera una extraordinaria piedad y un acendrado amor á los ejercicios religiosos. Sus padres no quisieron de ningun modo oponerse á las inclinaciones de su hijo, y él fué creciendo á la sombra del claustro, por decirlo así, dando inequívocas pruebas de lo que estaba llamado á ser algun dia. Aplicado por carácter, y por su genio enemigo del ruido y del bullicio, no tardó en hacer grandes progresos en las ciencias, y al tomar el hábito religioso, podia más bien dar que recibir lecciones áun de las materias más difíciles y complicadas. Rubinat, sin embargo, se sometió durante el año de noviciado á todos los ejercicios propios de su clase, y fué un modelo de obediencia, humildad y regularidad y demás cualidades, sin las cuales era imposible continuar viviendo en la religion. Pero una vez profeso, procuraron sus superiores utilizar sus conocimientos, y no tardó en ser lector de algunos de los monasterios que más reputacion gozaban entónces en la órden de Santo Domingo. La enseñanza doméstica tenia grandes ventajas, que no porque las desconozca nuestro siglo, deben dejar de elogiarse en lo que real y verdaderamente valian. Nadie niega al padre el derecho de educar á sus hijos, y por lo tanto tampoco debe negarse al padre espiritual un privilegio que se halla en relacion con sus necesidades é instintos. Creadas las órdenes religiosas con particulares objetos; llamadas unas á conquistar el mundo civilizándole con la predicacion de la divina palabra; otras á corregir sus depravadas costumbres, no solo con sus palabras, sino tambien con sus ejemplos; algunas á servir de fieles guardadoras de la sagrada doctrina, y de los santos dogmas que vienen siendo el arca de alianza de la Iglesia desde los primeros siglos del cristianismo; destinadas no pocas á contínua oracion y meditacion para llenar con Dios los deberes que el hombre, entregado contínuamente á la satisfaccion de necesidades mezquinas, no le es dado llenar; y consagradas por último otras muchas á frecuentes penitencias, á satisfaccion no ya de sus pecados sino de los del resto del género humano, que olvidado de sí mismo se acuerda exclusivamente de todo lo material y positivo que es lo que más le aleja de Dios: ¿qué extraño tiene que cada una de estas comunidades con particulares objetos y miras, con distinto porvenir y esperanzas, necesite grabar en sus hijos ese sello, que les ha de formar de una manera conveniente y hacerlos á propósito para llenar los fines de su instituto? De aquí la necesidad de desempeñar por sí mismas la enseñanza no solo en lo que á la virtud respecta, sino tambien en lo relativo á las letras, puesto que ambas unidas marchan de consuno y forman al verdadero religioso. Com-

prendió perfectamente todo lo difícil, todo lo importante de esta tarea el Padre Rubinot, y fué por lo tanto uno de los profesores más ilustres de su época, debiendo quizá á la reputacion que en el profesorado adquiriera los elevados cargos que no tardó en desempeñar, pues apénas fué jubilado comenzó á gobernar como prior diferentes conventos de Cataluña, pasando de uno en otro, hasta que hallándose en el de Génova en 1561, fué nombrado vicario general de su provincia, cargo que desempeñó por solo un año, retirándose despues á la vida privada, puesto que no vuelven á mencionarle las crónicas. Desde aquel momento debió vivir entregado á los ejercicios de penitencia y devocion, preparándose para aquella hora que segun su avanzada edad no podia tardar en venir, y en que esperaba pasar á la patria eterna de los justos. No tardó en alcanzarle esta, y preparado dignamente, falleció en su convento de Gerona, siendo universalmente sentida su muerte, pues tenia en ella una verdadera pérdida su religion, no ménos que su convento.—S. B.

RUBINI (Juan Bautista). Fué este cardenal noble veneciano, doctor y canónigo de Pádua, sobrino por la línea materna del cardenal Ottoboni, prodatario (como hijo de su hermana Cristina) el cual le procuró muchos beneficios que le alcanzaron vestir el traje prelacial y emprender la carrera gubernativa, habiendo administrado con mucha fama los de Fabriano, Spoleto, Marítima, Campaña, Umbría y la Marca. En 1684 fué nombrado obispo de Vicenza por el papa Inocencio XI. Elevado al trono pontificio, su tio el papa Alejandro VIII le eligió su secretario de estado el dia 13 de Febrero de 1690, le creó cardenal sacerdote de S. Lorenzo *in Pane y Perna*, que cambió despues con el título de S. Marcos, y le inscribió en las principales congregaciones cardenalicias de Roma. En los últimos dias de su vida le confirió el Papa la legacion de Urbino, y cumplido que hubo su mision, se volvió á su iglesia, la que en 1702 renunció. Murió este príncipe de la Iglesia en Roma, el dia 17 de Febrero de 1707, á los sesenta y cinco años de edad. Fué sepultado en la iglesia de su título, delante de la capilla del Santísimo Sacramento, en un elegante sepulcro erigido por su sobrino Juan Bautista, con la efigie del Cardenal esculpida en mármol blanco, y con una honrosa inscripcion. Intervino este Cardenal en las elecciones de Inocencio XII y de Clemente VI, y se dió razon de él en la *Tiara y Púrpura Veneta* de Quirini, y en el Diccionario de erudicion histórico-eclesiástica de Gaetano Moroni Romano, publicacion de Venecia en 1852.—C.

RUBINO (P. Antonio), religioso de la Compañía de Jesus, martirizado en el Japon. El prudentísimo, vigilante prelado y esclarecido mártir Antonio Rubino, honra de su patria y gloria de la Compañía, nació en un pequeño lugar del Piamonte, de escaso vecindario, situado al pie de los Alpes, y lla-

mado Estrombino, perteneciente al obispado Eporediense; su padre fué Juan Rubino, y su madre Ana Baza, personas pias y honradas á quienes el Señor concedió este hijo para honra y lustre de su casa, en los últimos dias de Marzo del año 1568, en igual mes en que renació para el cielo, así por las aguas del bautismo, como despues por la sangre que derramó en el martirio. Así fué que en naciendo le bautizaron, y desde aquel instante le adoptó el cielo para sí, previniéndole Dios con su gracia para sus gloriosos empleos; y conocióse desde niño la preferente eleccion que de él habia hecho, en el buen natural, condicion blanda é inclinacion á la virtud con que pródigamente le dotó, haciéndole amable en sumo grado y muy querido de todos. Aprendió rápidamente las primeras letras, dando grandes muestras de ingenio; sus padres le enviaron á Turin, corte de los duques de Saboya, para que cursase en los estudios de la Compañía, en los que aprendió letras humanas y retórica, y con el grande amor y estimacion que profesó á sus maestros, movido del ejemplo de su santa vida, pidió ser recibido en la Compañía, logrando el cumplimiento de sus deseos el año 1596, á los diez y ocho de su edad, con igual gozo de su alma que gusto de sus padres, que esperaban de sus buenas prendas grandes progresos, así en santidad y en letras como en los ministerios de la Compañía. El dia que le dieron el sí, fué tan grande su alborozo, que no cabiéndole en el pecho, le comunicó á sus amigos, y para ostentarles su gozo los obsequió con un solemne banquete, y con grande alegría y acompañado de todos sus convidados, vino al colegio y recibió la ropa de mano del padre provincial, como si recibiese la estola de la inmortalidad, que se da á los santos en el cielo. Tal fué el gozo de su alma cuando se vió vestido del hábito de la Compañía. No fué este gozo espiritual, como acontece á algunos jóvenes, llamarada que arde con el primer fervor y concluye pronto, sino fuego vivo y permanente infundido por el Espíritu Santo, que fué cada dia aumentando así en el noviciado como en los estudios, ministerios y gobiernos, en que laboriosamente empleó todo el curso de su vida, dando siempre mayores muestras de santidad y esclarecidos ejemplos de virtud. En el noviciado fué un ejemplar dechado de obediencia, humildad, mortificacion y fervor. En los estudios, la levadura que sazonaba la masa de todo el colegio, con su exacta observancia y admirables ejemplos. En cuanto pronunció los primeros votos despues de su noviciado, fué enviado á Milan á estudiar filosofía, á tiempo que el P. Alberto Laercio, procurador de la India Oriental, andaba como celoso capitan reclutando gente y alistando soldados para la conquista espiritual del Japon y de la China, y otros países de infieles, que en aquella época por permision de Dios abrian puerta al Evangelio; y como Antonio Rubino ardia en vivo fuego por la salvacion del mundo, con la mayor fe y decision

se alistó el primero en esta milicia, pidiendo con repetidas instancias ir á estas arriesgadas empresas, siendo admitido como merecia su mérito y santo celo. Pasó de Italia á España, y de España á Goa en el año 1602, con otros muchos compañeros. Fué mucho lo que padeció y obró en este largo viaje, como se deja comprender de su fervoroso espíritu y ardiente zelo, que no dejaba pasar ocasion alguna de adelantar su espíritu y de ejercitar su caridad espiritual y temporal con sus prójimos, sirviéndolos, enseñándolos y promoviéndolos en el camino del cielo. Llegó á Goa el 15 de Setiembre del mismo año, donde prosiguió sus estudios de artes y teología, oyendo á sus maestros y leyendo juntamente las matemáticas á los de casa y seglares de fuera, por ser en ellas muy versado y erudito, siendo á un mismo tiempo discípulo y maestro en varias ciencias, porque tenia caudal para todo, y salió tan aventajado en las ciencias mayores, que al poco tiempo desempeñó la catedra de teología en Cochin, con universal aplauso y aprobacion. Mas como el fuego de su pecho producia en su alma un deseo vehemente de la salud de las almas y la conversion de los gentiles, no le dejaba sosegar ni le permitió detenerse en cátedras y puestos honrosos, que aunque del servicio de Dios, suelen ser grillos dorados que impiden mayores bienes. Siempre aspiraba y solicitaba salir á las misiones de los gentiles, y entrarse por tierras de los infieles á padecer trabajos y alumbrar á aquellos naturales ciegos é idiotas con la luz del Evangelio, y accediendo á su vivo deseo, le enviaron sus superiores á la mision de los Bisnagas, adonde consiguió grandes frutos, discurriendo por muchos pueblos, predicando, bautizando y convirtiendo á sus moradores á la fe y religion del Crucificado, no solo con la palabra sino tambien con su ejemplo; porque hacia una vida apostólica consagrado á la constante oracion, admirable mansedumbre, á las mortificaciones, paciencia y caridad para con todos, ganando con estas relevantes virtudes sus corazones, siendo muy acepto al rey y á todos sus súbditos; siendo tan útil este sabio varon, que viniendo de Ceilan el capitan Gerónimo de Acevedo comisionado al rey, le tomó por su acompañante é intérprete, negociando por su medio y felizmente cuanto deseaba. En esta ocasion le ocurrieron algunos sucesos que no deben pasarse en silencio. Uno de ellos fué que teniéndole tanto amor y disfrutando tan alto concepto, le sucedió lo que á Cristo cuando entró triunfante en Jerusalen, pues no hubo quien le hospedase en su casa, por cuyo motivo se quedó, como otras veces, al sereno, y en el portal de una calle, adonde vino á buscarle un gentil hombre que tenia un hijo muriéndose, y le pidió, como el régulo á Cristo, que fuese y le sacase de aquella pena, sanándole. El Padre le siguió, y llegando adonde estaba el enfermo, le tomó el pulso, y conoció que le quedaban pocos momentos de vida. Así se lo manifestó á su padre, pidiéndole permiso al mismo tiem-

po para bautizarle, que aunque podia en aquel artículo y extremidad, no quiso proceder sin su consentimiento por excusar graves inconvenientes. El padre dió la licencia, y en seguida le bautizó y le envió á gozar del cielo, porque renaciendo á Cristo, salió de esta vida mortal á gozar de la eterna, alabando á Dios el buen padre que tales medios tiene para llevar sus predestinados al cielo. Y no fué en este solo caso, sino en otros muchos, las almas que ganó en esta jornada, acompañando al embajador, á cuya familia hizo frecuentes pláticas y morigeró de tal suerte, que parecia aquella casa una religion reformada. Partieron despues de ocho meses para la ciudad de Meliapor, adonde predicó Sto. Tomé, y pasando por la provincia ó reino de Ragunata, que era de gentiles, el rey, que se llamaba Nayquio, los cercó con sus soldados y los puso en prisiones, rezelando que la embajada se habia dispuesto en odio suyo; mas como el pueblo tenia tanta y tan buena opinion del P. Antonio, juntamente con el temor que le infundia la nacion lusitana, por no romper guerra con ellos, tomó el vulgo las armas para defender al embajador y al Padre, á quien el mal aconsejado príncipe queria quitar la vida; y de tal modo le impusieron, que con mejor consejo les dió libertad, y dejó seguir libres su camino, reconociendo el santo mártir este suceso como una singular merced, dispensada por la poderosa mano del Altísimo. Pero no pararon aquí las calamidades y trabajos que experimentó este siervo de Dios, porque en cuanto llegaron á Meliapor se le ofrecieron mayores, á causa de que apénas se aproximaron á la ciudad, cuando se hallaron cercados del ejército de los Bisnagas por el motivo siguiente: enfermó su rey, y la reina llegó á persuadirse de que no podria sanar su régio esposo si no bañaba sus dioses de sangre humana. Con el ánsia de conservar la vida, la dió poder para hacer y deshacer en su reino todo lo que fuese necesario para conseguir la salud, y revestida con este mando, ordenó en seguida se matasen cien hombres y se bañasen con su sangre las cabezas de sus ídolos; Dios permitió que mejorase, aunque no por virtud de aquella crueldad supersticiosa. La reina, ufana con el suceso, y vencida de su avaricia, entendiendo que Meliapor poseia riquísimo tesoro, tanto en oro y plata como en piedras preciosas, hallándose con el mando del reino, envió toda su gente de guerra con dos parientes cercanos del rey por jefes para que la saqueasen y llevasen toda aquella riqueza; este paso se dió con tal celeridad, que el verse cercados en Melia fué el anuncio de su llegada. Se apoderaron de los arrabales, ultrajaron los templos y los santos, destruyeron algunas ermitas, y amenazando á cada momento entrar en la ciudad á saco, embistiendo á sangre y fuego, los cercados no hallaron mejor medio que enviar al P. Antonio Rubino, á quien mostraron tanto amor los Bisnagas, para que tratase de contenerlos, y los

redujese á seguir en armonía y concordia con los cristianos. Se hizo aquel acuerdo con gusto de los enemigos, y aunque el buen Padre conoció el riesgo en que se ponia, ofreció su vida de buena gana por el bien de sus hermanos. Salió de la ciudad, sin más armas, pertrechos ni salvoconducto que la confianza en Dios, y la paciencia y resolucion de morir en la demanda si fuese necesario. Le recibieron con benevolencia, mas como eran bárbaros infieles, dominados de la codicia del tesoro que imaginaban, le pusieron en seguida en dura cárcel con tres pares de grillos, que no le permitian hacer movimiento. Le insultaron con mil oprobios, le dieron muchos palos, amenazándole con la muerte si no procuraba ó influia para que á buenas les diesen el tesoro que buscaban. Sesenta y cinco dias estuvo en esta terrible prision, comiendo un puñado de arroz negro, y por grande regalo unas yerbas con un poco de agua, dando mil gracias á Dios porque le hacian participante de su cruz, dándole aquella ocasion en que imitarle; y los enemigos de Dios cada dia inventaban nuevos tormentos con que afligirle, haciéndole mil vejaciones, para que obligado por el padecer, ajustase con los cercados su rescate; pero el siervo de Dios, que estimaba por perlas preciosísimas los trabajos que pasaba por Cristo, ninguna diligencia hizo para librarse de aquel hermoso cautiverio, llevando con alegría y resignacion aquellos malos tratamientos como regalos recibidos de la mano de Dios, quien viendo su constancia, movió á los de la ciudad que tratasen de su rescate, el cual concertaron con aquellos bárbaros en una buena cantidad de oro que les dieron, con cuyo motivo levantaron el cerco y se volvieron á su tierra, y el Padre entró en la ciudad como en triunfo, con aplauso y general reconocimiento. Allí permaneció todavía un año, predicando y enseñando la doctrina cristiana á niños y adultos, á los indios y portugueses. Bautizó muchos gentiles, y confirmó en la fe á los bautizados, deshizo muchas malas amistades, y sofocó muchas enemistades, reduciendo á los moradores á una verdadera paz y concordia; leia todos los dias una leccion de casos á los eclesiásticos, y alumbró á todos con la luz de su doctrina. Ocupado con tan copioso fruto en tan gloriosos empleos, recibió cartas de los Padres que estaban en la China cultivando aquellos extendidos reinos con la semilla del Evangelio de Cristo, en las cuales pedian encarecidamente que fuese pronto á ayudarlos á coger la copiosa mies que tenian entre manos, representándole de cuánto fruto sería en aquellos reinos su presencia por ser tan erudito en las matemáticas, ciencia que tanto estimaban los chinos, y cuán pocos se hallaban que pudiesen acudir á este empleo, añadiéndole, que por falta de obreros se perdian millares de almas. Mucho conmovió al siervo de Dios esta santa peticion, pero por otra parte le llamaba la conversion de los Badagas, cuya lengua habia aprendido, ignorando la de

la China; y tambien le detenia la esperanza de la fe el reino de Biznagua, donde habia estado algunos años, y no le parecia conveniente dejar lo más cierto por lo más dudoso, y lo que tenia presente por lo que estaba distante. Para salir de esta duda consultó al divino oráculo, y despues de haber dicho muchas misas y hecho muchas penitencias, se resolvió á ponerse en las manos de la obediencia, y hacer lo que le ordenasen sus prelados, que es el medio más seguro de acertar; y por lo tanto escribió al general de la Compañía con toda la sinceridad que le era característica la duda en que se hallaba, pidiendo que le ordenase lo que mejor le pareciese convenir para la gloria de Dios y provecho de las almas. Resolucion verdaderamente santa y digna de un perfecto religioso y nacida de la oracion y consejo del Altísimo, cuya luz destierra las tinieblas y enseña siempre la verdad. Al tiempo que envió estas cartas á Roma, recibió otras del mismo general en que le ordenaba que tomase á su cargo el colegio de Meliapor, que tiene la Compañía en aquella ciudad, enviándole patente al rector, sin darle lugar á proponer ni replicar. Dura obediencia para quien de corazon deseaba obedecer y no mandar; y para quien se habia desterrado de su patria y venido á tierras tan extrañas á convertir los infieles y á alumbrar á los ciegos idólatras con la luz del Evangelio, mayormente teniendo á la vista tantos reinos en las tinieblas de la idolatría y tan necesitados de la luz. Mucho tuvo que ofrecer á Dios en esta obediencia el santo mártir; pero vista la voluntad de Dios, declarada por boca del superior, bajó la cabeza y dispuso sus fuerzas, no al cargo, sino á la carga que le imponian, que tales son los oficios de los superiores que han de llevar sobre sus hombros tantos cuidados como trae consigo el oficio de prelado. Grande fué el alborozo que tuvo la ciudad de Meliapor con el nuevo superior de su colegio, á quien amaban como á padre y oian como á maestro, venerándole como á santo. Tal fué su vida y tales sus obras, que merecian todo este aplauso y aclamacion. Le gobernó cuatro años con igual fruto y consuelo de los religiosos y seglares, ejerciendo el oficio de predicador y de maestro, trabajando incansablemente con los pobres y los ricos, con los enfermos y encarcelados, con los cautivos y los soldados, dando á todos alivio y consejo y el pasto espiritual de sus almas. Entre otras cosas memorables de aquel gobierno, fué una de ellas la que hizo formando un buen ejército para acometer á los bátavos, gente feroz y bárbara, y quitarles un fuerte que poco ántes habian edificado no léjos de Meliapor, desde donde hacian entradas y correrías causando graves daños en tierras de cristianos. Tambien reprimió á los Bisnagas, que muerto su rey se rebelaron, y vista la poca esperanza de reducirlos, pidió al general licencia para entrar en la China, adonde esperaba conseguir mayor fruto con la puerta que se abria el Evangelio; pero no fué la voluntad de

Dios que entrase por entónces, y así concluido el término de su cargo pasó á la Pesquería, donde empleó con grande fruto los aceros de su espíritu. Llenaba toda la India la grande fama que habian extendido sus admirables obras, nacidas de su fervoroso espíritu, junto con su gran prudencia y mayor caudal de letras, valor y destreza en tratar los negocios que se ofrecian de importancia, de lo que muy enterado el virey de la India, en el año de 1616 le señaló por embajador en nombre del rey de Portugal, cerca de Avano, rey de Reguay, el cual de mano poderosa habia cautivado cinco mil cristianos y á un religioso de la Compañía que los doctrinaba, haciendo cinco años que los tenia en dura servidumbre; no hallando medio más á propósito para sacarlos de tan penoso cautiverio, que enviar por legado al P. Antonio Rubino, que con su buena industria y grande prudencia tratase con aquel rey bárbaro de hallar los medios conducentes para conseguir la libertad de aquellos infelices. El Padre aceptó esta embajada, no por el honor que consigo traia, sino por la caridad para con sus hermanos, y por el riesgo y trabajos á que por ellos se exponia. El suceso que obtuvo no lo declara su historia; pero se tiene por cierto que sería como el que tuvo en los demás, sacándolos de la prision, y estableciendo la paz con aquel bárbaro monarca. Pasados dos años, en el de 1618, le mandaron los superiores ir á leer teología en Cochin, y el siervo de Dios, humilde y obediente, dejando con gran dolor de su alma tantas y tan necesarias obras como tenia entre manos, lo dejó todo en tal estado y fué á cumplir su obediencia, pero permaneció tan poco en ella, que no parece que la ordenó Dios más que para hacer alarde de su rendimiento y prontitud en obedecer á sus prelados, porque el año siguiente le ordenaron ir á la isla de Ceilan por superior de un colegio, y siete residencias que tiene allí la Compañía, trabajando incesantemente en domesticar aquellos bárbaros y sujetarlos al suave yugo de Cristo. Aquí estuvo algunos años cultivando aquella viña del Señor con todas las fuerzas de su alma, esforzando á todos con su ejemplo y ayudándoles á llevar la carga de tanto número de personas como tenian á su cargo, y aunque siempre tuvo vivas ánsias de conseguir el martirio, aquí tuvo una grande afliccion y rompió en mayores llamas, porque le dieron noticia de dos Padres hechos pedazos, martirizados por los infieles en odio de nuestra santa fe, y fué tal la envidia que tuvo que le llevasen la palma que tanto deseaba, que á no detenerle los superiores, todo lo hubiera abandonado á trueque de meterse entre aquellos idólatras y conseguir que le martirizáran. Derramó tiernas lágrimas sobre sus restos, lavando sus llagas con el llanto, besándoles los piés y las manos, y dando á Dios mil gracias por el valor y esfuerzo que les habia dado para morir por su amor, predicando su fe y Evangelio á los gentiles, y con toda la pompa posible les dió hon-

rosa sepultura como á reliquias de santos. De Ceilan pasó á Cochin á ser rector de aquel colegio, y en su gobierno y en la mision de la Pesquería empleó diez años, recogiendo colmados frutos para el cielo para con sus asíduos y continuos trabajos. En Cochin recibió órden del general para pasar á Macao, puerto del Japon y de la China, y allí se halló con patente de visitador de ambas provincias. La del Japon estaba muy cerrada desde la entrada del P. Marcelo Mastrillo, que fué martirizado en Nangasaqui el año de 1637, y la puerta de la China bien difícil; y para poder entrar en el Japon, que era la más necesitada como la más perseguida, se determinó á pasar á Filipinas, porque desde Macao estaba totalmente imposibilitada la navegacion á aquella isla. Se embarcó con este designio el año de 1640, llevando por compañero al P. Francisco Marquez, que á la sazon leia teología en Macao. Sufrieron una recia tempestad que los arrojó á Cochinchina, donde permanecieron algunos meses con grande consuelo de los nuevos cristianos de aquella Isla, á los cuales predicaron y doctrinaron con beneficio para sus almas. Bautizaron muchos niños y adultos, edificando á todos con el ejemplo de su vida, siendo entónces notables las austeridades que se observaban en los colegios, pues eran muy exactos en las vigilias y demás observancias regulares, y en particular en los oficios y ministerios humildes de barrer, fregar y servir á los de casa; obsequiosos con los huéspedes, recibiéndolos como si fueran ángeles, señalándose entre todos el P. Rubino; era muy afable, manso y humilde con los domésticos; con los enfermos notablemente caritativo, asistiéndolos y regalándolos más que si fueran sus hermanos. Su oracion era contínua, porque excepto las horas que empleaba por la mañana retirado en la contemplacion, el resto del dia andaba en la presencia de Dios sin perderle de vista; y por la noche, cuando tocaban á cenar la comunidad, era señal para su oracion, porque solo comia una vez al dia, y esa con mucha templanza, y durante la cena perseveraba en oracion hasta que todos se acostaban. Esta era su recreacion y su descanso, y donde fortalecia su espíritu y se armaba para las batallas del Señor. Todos los años se recogia á hacer largos y fervorosos ejercicios, por más ocupaciones que tuviese, prefiriendo siempre á todas las demás el aprovechamiento de su alma. Tuvo el don de enternecerse con lágrimas, las cuales corrian como arroyos de sus ojos, y en particular cuando decia misa, en que parece daba riendas á su espíritu, celebrándola con suma devocion y pausa, y con tal reverencia, que se hacia extensiva á cuantos la oian. Su mortificacion compitió con su oracion, como tan hermana suya, porque no tuvo en el mundo mayor enemigo que á sí mismo, aborreciendo su cuerpo y castigando su carne con silicios, ayunos, vigilias, disciplinas y otras mil penalidades, con pretexto de su salud. Condimentaba su comida con unas

yerbas amarguísimas, como si fueran dulce salsa, y solia decir, que aquellas eran su chocolate, que otros usaban y él jamás gustó, ni otra bebida regalada de muchas que se usan en la India, las cuales aborrecia como supérfluo deleite del religioso, que debe buscar su mortificacion en todo. Nunca gustó el vino ni fué posible conseguir que jamás lo bebiese, ni áun en pequeña cantidad, como lo aconseja S. Pablo á S. Timoteo, por sus achaques en la vejez. Cuando hacia ejercicios comia cada tercer dia, y eso muy parcamente, y por ningun caso hablaba con nadie, ni daba oidos á negocios por importantes que fuesen. Fué sufridísimo y magnánimo, y con el valor de su espíritu emprendió cosas muy graves, y concluyó otras muy árduas, desconfiando de sí y confiando solo en Dios. Antes de partir de esta Isla se le ofreció un caso en que ostentó su paciencia, piedad y devocion. El gobernador de la ciudad, hombre impío y cruel, entró de mano armada en la casa donde el P. Antonio estaba hospedado, que era la de un devoto cristiano muy caritativo, y con diabólico furor se apoderó de improviso de todo cuanto en ella habia por medio de sus ministros, los cuales, como infieles y enemigos de Cristo, ultrajaron sus imágenes y reliquias, escupiéndolas, pisándolas y haciéndolas mil injurias; y hallando entre ellas una imágen de Cristo crucificado, la llevaron con mofa al gobernador, el cual mandó encender un grande fuego á la puerta de la casa y echarla en ella; quiso abalanzarse á las llamas para sacarla el siervo de Dios, pero no se lo permitieron aquellos verdugos infernales, y derramó tantas lágrimas al ver aquella impiedad, que pudieran apagar el fuego, del cual la sacó su compañero medio quemada, y tomándola en sus manos con grandísima ternura y reverencia, hincado de rodillas, cosida la boca con sus llagas, lloró amargamente sus agravios, y doliéndose de ellos como si los hubiera recibido vivo, clamaba y suspiraba, gemia y lloraba, lamentándose muy tiernamente con su amado y diciéndole mil ternezas, nacidas de lo íntimo de su corazon. Ayunó muchos dias y celebró sus desagravios con rigurosas penitencias y largas horas de oracion. Se llevó consigo la imágen, tratándola con mucha honra y reverencia, y todos los años la instituyó una fiesta el mismo dia que sufrió aquel baldon para recompensar en el modo que pudo las injurias y deshonras que padeció de aquellos impíos. Llegado el tiempo de proseguir su viaje, se embarcó con su compañero, y habiendo padecido trabajosa navegacion de vientos y tempestades, aportó á Manila á 11 de Junio de 1641, adonde fué recibido con gran caridad por los de la Compañía y por toda la Isla; y habiéndose separado del trabajo del camino, trató en seguida del principal negocio que traia, cual era la entrada en el Japon á visitar á aquella deshecha provincia, y consolar y esforzar á los que en ella habian quedado, y desde allí pasar á la China; mas como las cosas estaban

tan alteradas en el Japon, no quiso regirse por su solo parecer, y como humilde y prudente les pidió el suyo á los Padres de Manila, y habiéndose reunido los más ancianos y experimentados de la provincia, les propuso estas cuatro dificultades que tenia acerca de su oficio. La primera, si era lícito en conciencia ir los religiosos al Japon en el estado en que se hallaba aquella tierra con tan grande persecucion. Segunda: si en el caso que fuese lícito sería conveniente ir. Tercera: si enviando algunos Padres convendria que fuese con ellos el superior, y si debia ir. Cuarta: si convendria comunicar este negocio con otros religiosos para hacerlos cautos, y que no se arrojasen á enviar á aquellos reinos personas que no supiesen la lengua. Estas proposiciones expuso el prudente visitador, deseoso de acertar en lo que más conviniese á la gloria de Dios y provecho de aquella afligida cristiandad; y habiendo los Padres tomado tiempo para el mejor acuerdo y consultarlo con Dios, de quien emana todo buen acierto, le respondieron lo que el P. Juan de Bueras dió por escrito, varon verdaderamente espiritual y docto, en quien corrieron parejas la santidad y las letras con la prudencia y acierto en gobernar; y habiendo sido provincial de aquella provincia, pasó á visitar la de Méjico, y murió siendo su provincial, dando las siguientes cuatro respuestas á las cuatro proposiciones. «A la primera juzgo que no es lícito ir al Japon con ciertísimo riesgo de ser preso y muerto, sin ninguna utilidad de los fieles y detrimento de aquella iglesia, á quien ha de venir muchos daños cerrándose la puerta de su remedio más apretadamente en adelante, como largamente lo enseña S. Atanasio en su apología, ni es necesario para su apoyo que mueran de nuevo, habiendo padecido tantos por ella en tan poco tiempo. A la segunda respondo, que conviene procurar dar auxilio á los cristianos del Japon por todos los medios prudentes que se hallaren sin los evidentes riesgos de la vida, y el padre visitadór está obligado á procurarlos, como prelado á quien el Sumo Pontífice ha encomendado aquella cristiandad, y debe no dejarla perecer, enviando personas peritas en la lengua y costumbre de aquella gente, industriando otras de nuevo á quien Dios llamare para este santo empleo. A la tercera contesto: que teniendo el Padre visitador, como tiene, personas de prendas suficientes á quien dejar en su lugar para gobernar la provincia, conviene que vaya al Japon con sus compañeros, porque por una parte debe darles buen ejemplo y no abandonarlos en tan árduas empresas; y por la otra conviene consolar y animar con su presencia á sus hijos, que trabajan en aquella viña de Cristo, perseguidos y afligidos en tan duro destierro, y disponer al mismo tiempo muchas cosas que necesitan su asistencia. A la última proposicion digo: que no conviene dar parte á otros de este intento, porque no se arrojen con demasiado fervor y celo indiscreto á obrar lo que traerá más daño que

provecho, como muchas veces enseña la experiencia, que lo han hecho los de ménos años, que deseos de hacer grandes proezas. Así lo firmo. En Manila á 19 de Julio de 1641.—*Juan de Bueras.*» Todos siguieron este parecer, y este tomó el santo visitador, señalando diez compañeros para marchar al Japon, santos, sabios y prudentes, y versados en el idioma y costumbres de aquel reino, y para acompañarlos y dejar sustituto en su lugar, partió á Macao, y señaló viceprovincial y los diez compañeros, y no obstante que toda la provincia hizo el último esfuerzo para detenerle, no pudieron vencerle, y así volvió á Manila, adonde el gobernador D. Sebastian Hurtado de Corcuera le aprestó un navío con todo lo necesario, en que se embarcó á 5 de Julio de 1642 con cuatro compañeros, que fueron Alberto Miunski, Antonio Capecio, Francisco Marquez, Diego de Morales, dejando á los demás en Manila para enviar despues por ellos. Salieron todos vestidos de chinos para ir más disimulados; llegaron el 12 de Agosto á una isla del reino de Sazuma del imperio del Japon, donde saltaron en tierra con indecible gozo de sus almas; se hincaron de rodillas, besaron el suelo y entonaron el *Te Deum laudamus* con el mayor fervor, dando muchas gracias á Dios que los habia traido al puerto deseado, adonde les dejó él navío, y para guarecerse de las inclemencias del tiempo, edificaron una pobre choza de ramos, como tomando posesion de la tierra; pero les duró poco, porque la vigilancia de los guardas repartidos por toda la costa dió con ellos y los prendió y llevó á Nangasaqui, adonde les pusieron en penosísima cárcel, cargados de prisiones y de oprobios, que los siervos de Dios llevaron con gran paciencia, dándole mil gracias por la ocasion que les proporcionaba de padecer por su amor, y pidiéndole fortaleza para dar las vidas por su amor. Al dia siguiente los sacaron y condujeron con cadenas á la audiencia del gobernador de Nangasaqui, y sirviendo de intérprete un apóstata cristiano, conocido de los Padres, les preguntó quiénes eran y á qué habian venido al Japon. Y respondiendo por todos el P. Antonio Rubino, dijo: Que eran cristianos y religiosos sacerdotes, y que habian venido á enseñar la verdadera ley que es la de Cristo, sin la cual no hay salvacion. ¿Pues cómo, replicó el juez, habeis entrado en nuestro reino contra las leyes del Emperador, sabiendo que os han de quitar las vidas si predicais esa ley que decis? Porque nos lo manda otro emperador superior, que es Dios, respondió el Padre, á quien debemos obedecer primero que al del Japon, y á quien somos tan fieles y obedientes, que por él y por el bien de las almas despreciamos las vidas, y no rehusamos padecer la muerte por medio de la cual alcanzaremos la vida eterna. Grande admiracion causó al juez el valor de los santos mártires, y la libertad y resolucion con que le hablaron, tan ajenos de todo miedo y temor; y por lisonjearle el intérprete

:

apóstata de nuestra santa fe, comenzó á persuadirles, que se acomodasen con el tiempo y que abrazasen la religion del Japon, como él lo habia hecho, de lo que indignado el P. Antonio, le dijo: ¡Oh el más infeliz y perverso de los hombres, víbora ponzoñosa que quieres dar á tu padre la muerte y de beber á tus hermanos la ponzoña de tu veneno! ¿Cuánta mayor razon fuera que te arrepintieras de tus pecados, y dejada tu loca apostasía, te reconciliáras con Cristo á quien negaste alevosamente? Aquí le atajó el juez las palabras, mandando que los volviesen á la cárcel, donde los tuvieron siete meses, dándoles un prolongado martirio para que negasen á Cristo, cual no le padecieron mayor ningunos cristianos en Japon, porque el lugar era estrechísimo, húmedo y frio, sin género de reparo ó abrigo; la comida un puñado de mal arroz cocido cada dia, y la bebida agua turbia. Todos los dias los atormentaban echándoles gran cantidad de agua por la boca, relajándoles las entrañas y poniéndoles en peligro de reventar ó faltarles la respiracion, y con este renovaban otros tormentos, hasta que viendo su invencible constancia y que perdian tiempo en persuadirles que abandonasen á Cristo, cansados de atormentarles más que los mártires de sufrir los tormentos, los condenaron á muerte. Les notificaron la sentencia el 16 de Marzo, la cual oyeron de rodillas con alegre semblante, dando á Dios muchas gracias por la merced que les hacia, y derramando dulces lágrimas de devocion y alegría, se daban el parabien unos á otros de la dicha que les habia cabido con pasmo y admiracion de los gentiles y gran crédito de nuestra fe, viendo morir á sus predicadores con tanto valor por ella. Al dia siguiente los sacaron con trompetas y pregones sobre unos jumentos, raidas las medias cabezas por afrenta en el lado derecho; con frenos de hierro en las bocas para evitar pudiesen hablar al pueblo; atadas las manos atrás y pendientes de los cuellos unas tablas, en las cuales con letras grandes llevaban escrita la causa de su muerte, donde se expresaba eran condenados, porque venian á predicar la ley de Cristo contra las leyes del Japon. Así los llevaron por todas las calles públicas, silbándolos, mofándolos y diciéndoles oprobios gran número del pueblo, á un monte semejante al del Calvario en que padeció el Redentor. Allí los apearon, y cada uno con admirable devocion besó los instrumentos de su martirio, ofreciendo sus vidas en sacrificio agradable á su Dios. Los ataron de los piés y los colgaron á cada uno en su cueva, adonde estuvieron pendientes hasta desprenderse sus almas de sus cuerpos con aquel prolijo tormento, y volar gloriosos al cielo. El primero fué el capitan de todos, el P. Antonio, que consumó su martirio á 22 del mes, seis dias despues de suspenso. El dia siguiente el P. Alberto; y los demás duraron otros dos dias, hasta 25 de Marzo, en que todos pasaron gloriosos al cielo. Sacaron sus cuerpos de las cuevas, y con dia-

bólico furor los hicieron menudos pedazos, probando en ellos los aceros de sus catamas, y luego los quemaron y echaron sus cenizas en un rio para que no fuesen veneradas de los fieles, renovando las crueldades antiguas que hicieron los tiranos con los mártires que venera la Iglesia, á quien no fueron estos desiguales, ni en la constancia y paciencia, ni en los tormentos que padecieron, ni lo serán en las coronas en el cielo, ni en la veneracion en la tierra. La Divina Majestad les dió para su consuelo dos seglares cristianos que voluntariamente se les juntaron y murieron con ellos. El uno se llamaba Tomás, japon de nacion, el cual en Camboa habia servido muchos años á la Compañía y acompañado al santo visitador en las navegaciones de Manila y de Japon, asistiéndole con grande caridad. El otro era cochinchino, cuyo nombre se ignora, pero sin duda está escrito en el libro de la vida por haber dado la suya en defensa de la fe de Cristo. Le dieron muchos tormentos para que la dejase, y en ellos rindió su alma al Criador, y los pérfidos idolatras publicaron que la habia dejado por acreditar su falsa religion; pero lo cierto fué que ambos fueron presos con los santos mártires y estuvieron con ellos en la cárcel, y padecieron con invencible constancia la muerte por Cristo, y fueron en su compañía á ser coronados en el cielo en 20 y 23 de Marzo de 1643. En Macao, Manila y Goa, y en todas aquellas provincias fué celebrado su martirio con universal gozo y muestras de alegría por haber triunfado de los tiranos con tan gloriosa victoria, cuyas palmas y coronas gozan en la eterna gloria. Sus vidas y martirios escribió el P. Alegambe en la tercera parte de su *Martirologio*, y el P. Juan Nadaso en el suyo, sacado de varias relaciones que vinieron á Europa del Japon y las Indias, y el P. Francisco Cardin en su relacion, pág. 17.—A. L.

RUBINOS (Antonio) de Omonte, natural de Mondoñedo, en Galicia, doctor teólogo y colegial del Viejo de San Bartolomé de Salamanca, elegido en 6 de Octubre de 1607. Fué visitador general de todo el obispado de Zamora, donde tuvo el beneficio de la Moraleja. Despues, el año 1624, llevó la canongía magistral de Coria y allí murió. Fué sugeto muy instruido, de agradable trato y de sanas y santas costumbres, muy apreciado y respetado de sus contemporáneos, y sumamente activo y laborioso. Escribió una obra muy erudita intitulada: *Sumario de las grandezas, del orígen y descendencia de los príncipes de Ausbourg, archiduques de Austria y emperadores de ambos hemisferios*, que dice D. Nicolás Antonio en el tomo III de su *Bibliotheca Hispana Nova*, fól. 124, que vió manuscrito en la librería de D. Gaspar Ibañez de Segovia: existia en el monasterio de Monserrate de esta Corte, y es pieza digna de verse por su hermosa letra, y está dedicado al Sr. D. Felipe III. Hay un tratado muy parecido á este, impreso en Bruselas en la tipografía de Huberto Antonio, el año 1616, en que no solo trata del orígen,

descendencia y grandezas de esta augustísima casa de Austria, sino que tambien contiene los árboles genealógicos de todas sus ramas, y se dice estar trabajada esta obra por Teodoro Piespordico, secretario de los serenísimos príncipes de Flandes; y no sería extraño el que valiéndose este autor del manuscrito de Rubinos, ya citado, sacase á luz, á nombre suyo, el trabajo ajeno; de cualquier modo debe contarse al célebre colegial y doctor Antonio Rubinos en el número de los escritores, como lo numera el referido D. Nicolás Antonio.—A. L.

RUBIO ó RUBINI (B.) confesor. Religioso franciscano, oriundo de Francia, varon célebre por su piedad, floreció en el siglo XV distinguiéndose mucho por sus admirables cualidades; ejerció el cargo de vicario en diferentes conventos, probablemente de Portugal, sin que en las crónicas de este país encontremos noticia alguna acerca de él, y falleció de una peste ocurrida hácia 1447 por haberse consagrado al servicio de los invadidos, lo que verificó con grande caridad y celo, mereciendo por ello especial mencion de la órden Seráfica en 1.° de Junio.—S. B.

RUBIO (Fr. Alonso), religioso franciscano, natural de Sta. María del Campo, en Castilla la Vieja. Sus padres Alonso Rubio y Catalina Diaz, honrados labradores, imprimieron en el hijo con su educacion y ejemplo sencillas y piadosas costumbres. Llamóle el Señor á la religion á la edad de veintiocho años, y tomó el hábito para lego en el convento de S. Antonio de Ayora el 25 de Agosto de 1579, siendo provincial el siervo de Dios Fr. Cristóbal de la Plaza y guardian Fr. Francisco Centeno, en cuyas manos profesó. Desde el instante en que entró en la religion dió evidentes muestras del grado de santidad que adornaba su espíritu, resplandeciendo en él todo género de virtudes. Su apacible modestia, su profunda humildad, su caridad ardiente, la pronta obediencia, su desnudez y pobreza, pocos pudieron igualarla. No permitia que estuviera nadie ocupado en una obra penosa sin acudir él á ayudarle, y el fuego caritativo de su pecho no le consentia estar un punto ocioso. Ejercia con gusto todo género de trabajo, y á pesar de tener á su cargo el de portero y otros, acudia con gusto á los demás. Aborrecia el descanso propio como si fuese la mayor fatiga, mirando como alivio el afligirse y atormentarse. Hacia muchas mortificaciones áun en su ancianidad con que incitaba á la emulacion á los jóvenes, tolerando toda clase de rigores como lo era el de su penoso dormir, que era en el mismo suelo, sentado sobre una estera, sin tener donde reclinarse, y con tan poco abrigo como el de su sencillo hábito por haber dado una manta que tenia á un pobre necesitado. A esta escasez de ropa se unia lo incómodo de su celda, que era como hecha á su intento y buscada por su eleccion sin más puerta ó reparo que otra pobre estera; pero para lo que dormia no necesitaba mu-

cho mejor cama, siendo su sueño tan escaso que apénas le bastaba para descansar de sus fatigas. Hallándose enfermo en Lorito y queriendo ponerle un colchon, comenzó á decir con grande ardor al religioso que se le ofreció: Jesus, hermano, ¿yo colchon? Así estoy muy bien, ¿no me sobra esto? Y lo que le sobraba era un haz de sarmientos que tenia entónces sobre dos tablas donde pasó la enfermedad. «Bien podia contarse, añade la crónica, por silicio sus paños menores, tan antiguos y remendados de retacillos de sayal y otras piezas, que ya no se veia rastro de la principal de que fueron, pero esta tan preciosa alhaja no la habia labrado solo por respeto de la aspereza, que era sin duda grande, sino mucho más por el celo de la santa pobreza en que fué perfectísimo fraile menor y verdadero descalzo, que esto me parece ser la última exageracion. El manto de que usaba se componia asimismo de tantos remiendos, que parecia haberlo hecho de ellos aposta, y á este tenor (aunque no con tanto extremo) era el hábito que siempre llevaba, sencillo, despreciable y estrecho. Aunque algunas veces estaba enfermo, jamás se ponia cosa en los piés, siendo así que siempre andaba cosiendo y reparando las suelas y sandalias viejas para socorrer á los necesitados; y no solo esto, pero otras cosas desechadas y viles las recogia y acomodaba de suerte que pudieran servir.» Tenia tan sujetos los sentidos, que muy escasamente les concedia lo que era necesario para vivir. No bebia vino ni comia carne, sustentando con su racion á una pobre hermana viuda que tenia dos hijos, y él suplia la necesidad con un poco de pan y de caldo que hacia para los pobres. Estos eran todo su consuelo y el mayor que podian ellos tener por el amor con que los trataba y la mucha liberalidad con que los socorria, no teniendo otra sed y hambre sino la de hacer con ellos todo género de obras de caridad. Ningun ministerio ni ocupacion le impedia dirigirse continuamente á Dios; no sabiendo su lengua otro oficio más que bendecirle y animar á los demás á que le bendijesen, amasen y reverenciasen, sin que se le oyera jamás una palabra ociosa. Todas sus pláticas y coloquios eran en el cielo, y así siempre que se ponia á orar, tenia los ojos y rostro levantados hácia él. Era muy dado á la oracion, y tan perseverante en ella, que desde maitines, á que jamás faltaba, siempre se quedaba en este divino ejercicio hasta que despertaban á prima. Los favores y misericordias de Dios, que recibia su alma, la abundancia de la suavidad y dulzura que el Señor le comunicaba, pueden deducirse de que pasando lo más de la noche en vela, en llegando el dia se hallaba con tanto vigor para cualquier trabajo corporal, que parecia levantarse de un gran descanso, y no obstante el continuo rigor de los ayunos, silicios y demás mortificaciones, tenia tanta robustez y salud que llevaba siempre las mejillas como dos rosas, segun la expresion de la crónica, y el

aspecto tan alegre y gozoso, como si ninguna aspereza y dolor sintiese en su cuerpo, siendo así que lo llevaba continuamente en un prolongado martirio. Mal pudiera este siervo de Dios haber alcanzado tanta perfeccion, tantos dones y gracias divinas, no teniendo el favor y amparo de María santísima, por cuya mano se dispensan los tesoros del cielo. Era tan ferviente el afecto que tenia á la sagrada Vírgen, y tan grande el celo de su honra y gloria, que continuamente iba ofreciéndola agradables servicios é incesantes loores, y lo ordinario era rezarla seis coronas al dia. Que es cosa admirable tanta oracion vocal en varon tan extático; tenia tan grande inocencia y pureza de alma, que de nadie sospechaba mal, la que lo mismo que su grande santidad acreditó el Señor obrando grandes milagros por sus oraciones y merecimientos. Por estas maravillas, y mucho más por sus grandes virtudes, era tenido el siervo de Dios en grande veneracion, así de religiosos como de seglares, encomendándose á sus oraciones en cualquier trabajo y tribulacion, con lo cual experimentaban maravilloso alivio y consuelo. Favorecióle el Señor con algunas revelaciones, y en particular con la de su muerte, pues habiendo caido enfermo en Orihuela y llevándole á curar á Elche, hospedándose en casa de una persona muy principal, que le tenia singular devocion, hízole tanta instancia para que se quedase á curar en ella, que no valiéndole razones ni excusas, apartándose en secreto le dijo: «Señor, créame que no es falta de estimacion el no admitir esa caridad que me ofrece, sino que además de no usar tal cosa nosotros de curarnos fuera del convento, sepa que no me puedo detener, por llegarme el dia de mi partida y me voy á morir á Elche.» No replicó el caballero más, creyendo que sin duda sucederia así. Lo cual fué tan cierto, que en llegando al convento de Elche, la enfermedad se le empezó á agravar, y como ya sabia el fin que habia de tener, convirtióse todo en aquel sumo bien que habia pronto de gozar, y recibido el viático y extremauncion con grande fervor y ternura, partió de esta vida con rostro alegre y sereno en 1601, dejando la mejor opinion por sus virtudes y santidad. Bien conocido le tenia el siervo de Dios Fr. Andrés Heemon, añade la crónica, en el tiempo que le trató en Gandía, pues luego que supo su muerte anduvo por la huerta y otras partes buscando con mucho cuidado las espuertas de esparto que habia el santo Fr. Alonso hecho, y recogidas las alzó todas en una oficina, diciendo que no era bien que anduviesen por el suelo rodando, habiéndolas hecho un tan gran siervo de Dios, cosa que califica mucho su excelente virtud, venerándola así un varon de tan alto espíritu, lleno de sabiduría del cielo. —S. B.

RUBIO (Fr. Antonio), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia, fué natural de Leon, en Castilla la Vieja, y escribió nueve libros

de *Assertiones catolicas adversus Erasmi in operibus passim ocurrentes errores*. No le cita Nicolás Antonio. — S. B.

RUBIO (P. Antonio), de la Compañía de Jesus, natural de Rueda, pasó á Méjico, donde enseñó filosofía durante un largo período, y á su regreso á España obtuvo una catedra de teología en Alcalá, donde murió á 8 de Marzo de 1615, á la edad de sesenta y ocho años. Publicó varios libros de las diferentes partes de la filosofía, en que manifestó su excelente doctrina y no vulgares conocimientos. Son sus títulos los siguientes: *Commentarios in universam Aristotelis logicam, sive Logicam Mexicanam*; dos partes, Colonia, por Millio, 1605.—*Eorumdem commentariorum compendium, in gratiam Academiæ Complutensis;* los que escribió por mandado de sus superiores para explicarlos á la juventud, y procuró que este decreto fuese confirmado por la autoridad real, si no se equivoca Alegambe en la Biblioteca de la Compañía de Jesus. Se publicó en Valencia en 1607, y en Colonia en 1609 y 1615. *Commentarios in VIII libros Aristotelis de physico auditu*; Madrid, 1609, y redactados con más brevedad en Valencia y en Colonia, 1610 y 1616.—*Commentarios de ortu et interitu, seu de generatione et corruptione rerum naturalium*; Colonia, por Chritio, 1619. — *Commentarios in libros de anima;* 1613 y 1621. Se publicaron tambien póstumos: *Commentarii in libros Aristotelis de cœlo et mundo;* Colonia, por Chritio, 1617. Todo reunido en cinco volúmenes, se dió á luz en Lion, 1625. — S. B.

RUBIO (P. Diego de Torres), de la Compañía de Jesus, natural de Consuegra, en la diócesis de Toledo, pasó á América, donde escribió el *Vocabulario y la Gramática de las lenguas aymaca y quinchua, que se hablan en el Perú;* Roma, 1603, en 8.° — S. B.

RUBIO (Domingo), colegial del colegio Viejo de S. Bartolomé de Salamanca. Fué natural de Calamocha, del arzobispado de Zaragoza, entró en el colegio por los años de 1588, siendo un estudiante de los más sobresalientes por su asiduidad, aplicacion, unida á una fácil comprension y una inteligencia muy desarrollada. Atendiendo á sus grandes méritos, actividad buenas costumbres y cristiandad, salió del colegio de primeras nombrado provisor del obispado de Zamora, cuyo puesto desempeñó á satisfaccion del prelado, por su mucho expediente, y carácter duro é incansable para el pronto despacho de los negocios puestos á su cargo y cuidado. De los puestos que despues ocupó no hay noticia ni relacion cierta. — A. L.

RUBIO (P. Fr. Francisco), religioso de la órden de S. Francisco, de la provincia de Cartagena. Tuvo la buena suerte y ventura el pueblo de Chiclana de la citada provincia, de nacer al mundo en esta poblacion el Padre Fr. Francisco Rubio, religioso de muy grande perfeccion y virtudes; así es que fué inimitable en la pobreza, obedientísimo y sumamente observan-

te, su ejemplo era de muy grande edificacion á toda clase de personas. Respecto de la obediencia era muy puntual, no replicando jamás, ni torciendo el rostro, haciendo cuanto se le ordenaba con semblante risueño y apacible. Era tanta su pobreza que no poseia más que un breviario, un rosario, una disciplina y dos silicios, y estos los tenia duplicados, para ponerse el uno miéntras limpiaba el otro, por no andar jamás sin él. Ayunaba todo el año repartido en las cuaresmas, segun la distribucion del seráfico P. S. Francisco, siendo su comida ordinaria ó habitual pan y agua, y por regalo unas simples aceitunas, usando poco ó nada de los demás manjares; y aunque su abstinencia era tan rigurosa, no por eso dejaba de cumplir con los ejercicios corporales que le imponia la obediencia; y cuando no, todo el tiempo que le sobraba despues del oficio divino, oracion y ejercicios comunes de la religion, lo gastaba cavando en la huerta, tan atareado y afanoso, como si aquel oficio estuviera á su cuenta y cargo. Algunos años vivió en el convento recoleto de S. Francisco de Orihuela, con admirable opinion y fama de ejemplar religioso. En las montañas de aquel país dejó muchos hijos espirituales haciendo penitencia, con hábito de ermitaños ó anacoretas, por ser la condicion y estado de los tales incompatible con lo que la religion exige en la vida monástica. Acudian á confesarse con él aunque estuviera muy léjos, y especialmente las cuaresmas. Cuando le sobrevino la última enfermedad, de la que murió, acudieron cinco ó seis de dichos anacoretas, estando algunos á más de veinte leguas de distancia, á llorar la muerte y ausencia de tan santo padre, á quien profesaban un cariño entrañable. Siempre caminaba apostólicamente, sin llevar defensa alguna contra el frio ni el calor; pero no abandonaban sus manos, por largo que fuese el camino, una pesada cruz de más de vara de longitud, siendo esta gloriosa enseña su único abrigo, amparo y defensa de las molestias d los viajes. Finalmente, despues de haber servido al Señor y sufrido todas las austeridades y mortificaciones que sus fuerzas permitieron, murió de más de sesenta años de edad, el de 1597, y hállase sepultado en el convento de S. Francisco de S. Esteban del Puerto, donde descansa en el Señor. Acudieron á su entierro, como á varon de tan notoria santidad, un gran concurso de todas las clases del país, oyéndose á cada paso voces y exclamaciones proclamando sus virtudes y santidad, acompañando su bendito cuerpo con innumerables luces y luminarias que al pueblo fueron posibles. — A. L.

RUBIO (Guillen), franciscano de la provincia de Cataluña, tomó el hábito en Barcelona, y dió luego señales tanto de su grande ingenio, como de la candidez de su alma. Acabado el noviciado, se le mandó ir á París, donde fué discípulo del sutil Scoto, en cuya escuela adelantó tanto, que en breve fué doctor y maestro. Vuelto á Cataluña, fué provincial de todo el reino de Ara-

gon, y murió á mitad del siglo XIV. Escribió un excelente *Comentario sobre el maestro de las Sentencias*, que publicó en 1333, miéntras gobernaba la provincia, y sin jurar, como suele decirse, *in verba magistri*, manifiesta comunmente su opinion, sin ceñirse á ninguna escuela. El P. Hebrera, franciscano, en la *Crónica* de su provincia de Aragon, cuenta á Rubio, entre los aragoneses, por la razon de hallarle de provincial en la provincia de Aragon, sin haber tenido presente que en aquel tiempo Aragon, Valencia y Cataluña formaban una sola provincia de la Orden. En Aragon no hay familia alguna de Rubio, y hay muchísimas en Cataluña. Dice tambien que es catalan el Ilmo. Gonzaga en la *Crónica general de su Orden*.—A.

RUBIO (Fr. Guillermo), á quien algunos llaman *Rubion*. Fué natural de Villafranca, de la comunidad de Daroca, y franciscano conventual. En el siglo XIII ejerció el magisterio, habiendo sido uno de los discípulos del sutil doctor Escoto, segun refiere el cronista Hebrera en la parte primera de su *Crónica seráfica de Aragon; libro I, capítulo XXXVII. pág.* 143 *y* 144, *núm.* 412, *col.* 1 *y* 2, y que salió eminente teólogo, y famoso entre muchos otros oyentes del mismo Escoto, segun el Illmo. Samaniego en la vida de aquel. Igual aplauso tuvo su instruccion en Aragon, donde tambien fué provincial de los claustrales por los años de 1333, y en este y otros cargos monásticos recomendó su observancia religiosa del mismo modo que lo habia hecho en sus conocimientos filosóficos y teológicos, guardando una cabal indiferencia en sus modos de opinar, sin ser ciego sectario, como otros lo practicaron, en los sistemas en que se dividian los profesores de su instituto, como consta de la obra que escribió con el lema de *Commentarium IV libros Sententiarum* que dispuso en el referido año de 1333. Obra que por su curiosidad y amor que manifiesta á la verdad, se reputó por trabajo de mérito y se imprimió en París por Jadoco Badio Ascensio en el año de 1517 y 1518 en dos volúmenes en fólio. Lo alaban los padres jesuitas Posevino, *in Appar.*; y Marcillo, *Cris. de Catal.*, pág. 330. Wadingo, *in Scriptor. Ordin. Min.* D. Nicolás Antonio en su *Hispan. vet.* Gonzaga en su *Hist. Ord. Min. Arag.* El P. Fr. Juan de S. Antonio en su *Biblioth. Gener. Francis.; tom. II, pág.* 46, *col.* 2; y con extension el citado P. Hebrera en el lugar alegado en la *Dedic. de la Vid. del B. Aguc. y tab. Cron.*; sin otros cronistas franciscanos, y los que escribieron del dicho doctor Sutil.—L.

RUBIO (D. José Domingo), doctor teólogo y rector de la parroquia de Muniesa, notario de la Santa Inquisicion de Aragon, y muy empleado en la oratoria evangélica; le inspiraron: *Laudatoria evangélica en la fiesta que Albalate hace todos los años á nuestra Señora de los Arcos, en accion de gracias por su patrocinio en la peste que padeció Zaragoza el año de* 1648.

En esta ciudad, impreso por Juan de Ibar en dicho año, en 4.° —L.

RUBIO (D. José Martinez). Nació en Ródenas de la misma familia que el Excmo. Sr. D. Pedro Martinez Rubio, arzobispo de Palermo, virey de Sicilia, de quien se tratará. Su nacimiento fué despues de la mitad del siglo XVII. En el Colegio mayor de Santiago de Huesca, donde fué colegial, dió muchos testimonios de su literatura, como en la universidad de esta ciudad, donde tuvo las cátedras de Instituta, de Código, y de Prima de leyes. Fué despues canónigo doctoral de la metropolitana de Zaragoza hasta el 27 de Marzo de 1708, en que pasó á canongía libre, y en 1732 al arcedianato de Belchite, que poseyó hasta el de 1743, en que murió. En 8 de Abril de 1732 juró el oficio de canciller de competencias del reino de Aragon, y tambien el de juez metropolitano y sinodal del arzobispado. Sus conocidas prendas de piedad y literatura fueron el motivo de haberle fiado encargos y comisiones de la mayor gravedad, áun en la corte de Roma, adonde pasó en 1717 diputado por su cabildo, y allí desempeñó asímismo la formacion de la potencia sobre el oficio y lecciones de la tradicion de la aparicion de Nuestra Señora, trabajando al mismo tiempo un escrito y catálogo de autores sobre este asunto, cuyas loables fatigas lograron el efecto deseado el 11 de Agosto de 1723, continuando las súplicas el P. maestro mercenario Cavero, procurador general de su religion en aquella corte. El tratado que escribió lleva el siguiente título: 1.ª *Pro gloriosissima apparitione Beatissimæ Virginis Mariæ adhuc viventis super Columna Marmorea Beato Jacobo Maiori Cæsaraugustanæ prædicante et fundatione Templi Mariæ de Pilari, ac concessione officii proprii, Sumarium.* Se imprimió en Roma, y despues en el *Opúsculo hispano-latino Mariano-Jacobeo* del doctor Hernandez; Marzo; edicion de Madrid en 4.° 1729. Tambien escribió: 2.ª *Diferentes discursos y tratados legales y cartas*, y papeles de sucesos de su tiempo. Consta su pia y docta memoria particularmente en la *relacion de fiestas por el rezado referido*, que escribió D. Juan Francisco Escuder; pág. 26, 27 y 29; y en el tomo 30 de la *España Sagrada* del maestro Risco; pág. 87, col. I. del cap. VI.—L.

RUBIO (D. Juan Francisco). Nació en Baguena á principios del siglo XVII. Vistió el hábito de cartujo en el Real monasterio de Aula Dei de Zaragoza, y fué religioso de grande espíritu, mucha prudencia y sabiduría. Ejerció los cargos de vicario de aquella real casa, y de su procurador en Zaragoza, bien que pidiendo contínuamente á sus superiores el retiro al claustro, no obstante la abstraccion en que vivia. Logró en fin su retiro, donde vivió con la tranquilidad que habia deseado, hasta el 19 de Octubre de 1672, en que murió de un modo muy edificante. Escribió: 1.° *Tres libros de la Union mística activa*, que se conservan manuscritos en dicha Real

Cartuja.—2.° *Tres libros de la Union mística pasiva*, que se hallan en el mismo monasterio.—3.° *Tratado de la oracion mental, en que prácticamente se enseña á tener oracion en todos estados.* Está en la referida Real casa.—4.° *Resúmen del matrimonio espiritual.* Quedó manuscrito en la misma.—5.° *Resúmen de las obras místicas de S. Juan de la Cruz.* Está manuscrito en ella.—6.° *Tratado de la explicacion de los términos y frases místicas.* Se halla en la misma cartuja.—7.° *Tratado del alma racional, con todo lo que conduce para que con claridad y fundamento se puedan entender las materias místicas y puntos de oracion mental.* Se halla manuscrito en la mencionada Real cartuja, donde es constante la buena memoria de este sábio y piadoso hijo suyo.—L.

RUBIO (Miguel), monge cisterciense de la órden de S. Bernardo. El devoto monasterio de nuestra Señora de Rueda, en el reino de Aragon, ha sido ilustrado por muchos monjes y santos abades. A esta santa casa perteneció el siervo de Dios Miguel Rubio, monje profeso de nuestra Señora de Piedra, cuyos grandes méritos y virtudes le ascendieron á ser abad del citado monasterio de Rueda, donde dió señaladas muestras de su buena direccion, sabiduría y religiosidad; por último, sus muchos y grandes servicios á la religion y en pro del bien de las almas le elevaron á ser presentado obispo de Ampurias, en cuya prelacía floreció por los años de 1558.—A. L.

RUBIO (D. Nicasio). Nació en S. Martin del Rio á fines del siglo XVI. Obtuvo beca, y fué rector del colegio teólogo de Aragon en la universidad de Alcalá, y en ella recibió los grados de maestro en artes, y de doctor teólogo, y fué regente de su cátedra de Biblia. Pasó despues á la América, donde estimándose en literatura y costumbres, ejerció los cargos de visitador general de dos obispados, de capellan y teólogo de cámara del obispo de la puebla de los Angeles, de gobernador de esta diócesis, de juez eclesiástico y vicario del partido de Haumantla, de comisario de la Santa Cruzada, y de calificador de la Santa Inquisicion. S. M. lo proveyó en el curato y beneficio de aquel pueblo. Hizo oposicion á las canongías magistral, penitenciaria y rectoral de la metropolitana de Méjico, y en este tiempo esperaba mayor premio de sus méritos; pero murió en la puebla de los Angeles. Entre otros legados de su testamento, es uno el de trescientos cincuenta reales de á ocho á su colegio de Aragon, con los que este hizo algunas cosas precisas para su mayor decencia. Consta que escribió: 1.° *Oracion narrativa y meritoria, adornada de varia erudicion, dirigida al ilustrísimo y reverendísimo Sr. D. Juan de Mañoroa, Arzobispo de Mejico, del Consejo de S. M. y del Real de la suprema Inquisicion, y su visitador del tribunal de este Reino y sus provincias, y al ilustrísimo y nobilísimo Cabildo de dicha santa Iglesia.*

En la puebla de los Angeles 1647, en fólio, de 18 parágrafos, que tengo.—2.° *Una carta circunstanciada suya, donde trata de la provincia de Méjico, y describe este país.* Las constituciones de aquel, impresas en Alcalá el año de 1740 en la página 2, hacen honorífica memoria de este individuo suyo.—L.

RUBIO (D. Pedro Martinez), hijo de D. Juan y de Doña Ana Gomez Corvaton. Nació en Ródena el año de 1614. Tomó beca en el insigne de nuestra Señora del Torrejon de Zaragoza el de 1632, donde completó los estudios de la jurisprudencia. Obtuvo el grado de doctor, y la cátedra de la universidad de aquella ciudad, en 1636. Pasó despues á ser provisor y vicario general del arzobispado de Valencia por su ilustrísimo prelado D. Fr. Isidoro de Aliaga. A ser dean de Teruel, visitador por S. M. del real patrimonio de Cerdeña, auditor de la Sacra Rota romana y al arzobispado de Palermo con los honores de consejero de Estado, y cargo de virey de los reinos de Cerdeña, Sicilia y Nápoles, que no aceptó. La santidad de Alejandro VII lo tuvo por su prelado doméstico, y decia *que estimaba mucho á monseñor Martinez*, por *su rara virtud, valor y sabiduría*, y pensó en hacerlo cardenal, como se ve en su *Sermon de exequias*. Murió en 1667. Son muchas las obras pias, legados y fábricas que dejó, y sus limosnas hacen honor á su liberalidad. Escribió: 1.° *Relacion acordada del reino de Cerdeña, presentada á S. M. C.*—2.° *Cartas y edictos pastorales.*—Y 3.° *Diferentes epístolas y papeles de notable instruccion.* No dejó decisiones de Rota, pues siendo auditor estuvieron cerrados los tribunales de Roma por motivo de epidemia. Dilató sus alábanzas en 37 páginas en 4.° el padre jesuita José Ferruggia en *la Oracion fúnebre* en italiano, intitulada: *Lauria Estatua del S. de Tramonotato*, que se imprimió en Nápoles por Lucas Antonio de Frusco en 1668, con el retrato y armas del difunto, que tengo. Donde tambien hace memoria de su hermano D. Gil Martinez Rubio, juez de la monarquía en el reino de Sicilia, y gobernador general de Palermo, y el Sr. obispo D. Francisco Arata la hace de su otro hermano D. Angelo, marqués de Bonfornelo, dedicándole la referida oracion. Lo alaba tambien el P. Xarque, en la *Dedicatoria del tomo V del Orador cristiano*, pág. 6, col. 2. El cronista Hebrera en la *Dedicatoria de los santos Mart. de Teruel*, donde tambien trata de sus sobrinos y herederos D. Cárlos y D. Pedro, hijos del referido D. Angelo, de quienes dicen espera den á luz *su historia*; y últimamente, D. Antonio Ponz en el *Viaje de España*, tom. XIII, pág. 103, núm. 32 y 33, acordando que donó á la catedral de Teruel una custodia de plata de muy buena forma, un doselito, y una arca para el monumento, todo ello de bastante buen gusto.—L.

RUBIO Y ALMAZAN (D. José). Vistió el hábito de la Merced en el convento

de Daroca, de donde era natural. Fué maestro en su religion, y de artes y teología en la universidad de Huesca, donde tuvo sus cátedras de filosofía, y de Durando y Escoto de teología. Desempeñó asimismo el cargo de rector del colegio de la Merced de la referida ciudad, y el de examinador sinodal de su obispado y del de Barbastro en 1752. Murió en Tarazona, adelantado el siglo XVIII. Escribió *diversos Sermones*, é imprimió: 2.° *Oracion fúnebre en las solemnes exequias que consagró el colegio de la Merced de Huesca á la inmortal memoria del Rmo. P. M. Fr. Francisco Salvador Gilaberte, Maestro general de la religion de la Merced, Obispo electo de Almería, etc., que dijo y dedicó al Rmo. P. M. Fr. Diego de Rivera, Maestro general de la misma Orden*; en Huesca, por José Diego de Larumbe, 1752, en 4.° Va adornada del retrato y armas del difunto.—L.

RUBIO DE ARÉVALO (D. Joaquin Mateo), obispo electo de Popayan, era natural de Quito, y fué obispo de Cebú en las Islas Filipinas, siendo electo para la sede de Popayan en 17 de Agosto de 1787, muriendo por los mismos dias, sin haber tenido siquiera noticia de su promocion.—S. B.

RUBIO Y HORNA (D. José). Nació en Alhama en 1658. Fué colegial y rector del teólogo de Aragon de Alcalá, desde 27 de Noviembre de 1686. Recibió en su universidad los grados de maestro en artes y de doctor teólogo, y fué su catedrático de filosofía; obtuvo despues la canongía magistral de la insigne iglesia colegial de Santa María la Mayor de Calatayud, y en 23 de Octubre de 1700 tomó posesion de otra canongía de la metropolitana de Zaragoza, de cuyo hospital Real y general fué regidor, y predicó en él su cuaresma diaria tres años. Asimismo obtuvo el honor de examinador sinodal de este arzobispado, y falleció residiendo su prebenda el año de 1715. Escribió: *Oracion fúnebre en las Reales exequias que celebró al Rey nuestro señor D. Cárlos II, de gloriosa memoria, la augusta imperial de Zaragoza á 5 y 6 de Diciembre del año 1700 en la santa iglesia metropolitana del Salvador;* en Zaragoza, 1701, por Francisco Revilla, en 4.° Va al fin de la relacion de dichas exequias.—2.° *Dos tomos de Sermones morales, panegíricos y doctrinales*, que no se publicaron.—L.

RUBIO Y LORENTE (D. Francisco). Hijo de Vadulés, vicario del Santo, Real y General Hospital de nuestra Señora de Gracia de Zaragoza en 1718, comisario del Santo Oficio desde 6 de Octubre de 1611, y predicador evangélico muy empleado en el siglo XVIII. Escribió *varios Sermones*, é imprimió: 2.° *Oracion panegírica del gloriosísimo levita y clarísimo mártir aragonés S. Lorenzo, que dijo en la santa iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza en el dia de su festividad. en 10 de Agosto de 1718;* en Zaragoza, por Francisco Revilla, en dicho año.—L.

RUBIRA (Fr. Miguel), natural de la villa de Aliaga. En 1711 profesó el

instituto de los Siervos de María en el convento de S. Miguel de las Cuevas. Su docta instruccion tuvo el premio del magisterio en su provincia, y en la universidad de Tarragona el de los grados y artes y de teología, de que tambien fué catedrático. Ejerció con fruto la oratoria evangélica, y murió en la edad de treinta y ocho años el 9 de Mayo de 1734 en Tarragona, siendo sepultado en el convento de su Orden de la villa Redonda. Escribió: *Curso completo de filosofía, en latin, con destino á la enseñanza pública;* que no se imprimió por haber muerto su autor cuando solicitaba su publicacion.—L.

RUBROMONTE (Fr. Bricio de), capuchino francés de la provincia de París. Floreció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por su zelo, por la observancia regular y por sus abstinencias y penitencias. Dado á todo género de mortificaciones, ellas eran el recreo de su alma, el pasto de su corazon, el aliento de su vida. Elevado sobre las necesidades y los dolores vulgares, sentia placer en lo que otros pena, alegría en lo que el vulgo amargura. Su vida no puede compararse á ninguna otra, ardiendo su alma en el divino amor sentia tan grande devocion hácia la santísima cruz, signo de nuestra redencion; á ella se dirigian todos sus escritos y coloquios, y con ella murió abrazado en París en 1627. Dejó un opúsculo en forma de *Meditaciones de los misterios y virtudes de la cruz de nuestro Señor Jesucristo*, que se supone llegó á ver la luz pública, aunque ignorándose el año y lugar de la impresion.—S. B.

RUBRUQUIS (Guillermo de Ruysbroeck, más conocido con el nombre de). Segun Wadingo en sus Escritores de la órden de Menores, nació en el Brabante hácia el año 1230. Inclinado á la vida religiosa, tomó el hábito en la órden de S. Francisco, y partió con deseos de servir á Dios á la Tierra Santa. Habia mandado Luis IX, rey de Francia, diputados al Khan de los tártaros para empeñarle á abrazar el cristianismo; pero el orgulloso Khan solo vió en la solicitud del rey de Francia una señal de sumision de la autoridad que él se atribuia sobre todos los príncipes de la tierra; y si bien recibió y despidió á los diputados haciéndoles honores, no se les dió respuesta alguna satisfactoria al objeto de su mision; así se manifiesta en la *Memoria* sobre las relaciones políticas de los reyes de Francia con los príncipes Mongoles, escrita por Abel Remusat, en el tomo VI de la *Nueva Coleccion de la Academia de Inscripciones*. A pesar del mal resultado de esta primera embajada, resolvió el rey S. Luis hacer una nueva tentativa para introducir la ley del Evangelio en la Tartaria, y con esta idea eligió á Rubruquis, al que dió por compañero á Bartolomé de Cremona, religioso de la misma Orden. A fin de dejar á cubierto el honor del rey, los dos religiosos misioneros debian dar á entender que solo llevaban órdenes de sus superiores. Con este fin fueron á Acre y á Constantinopla, sometida entónces á los franceses, y

predicando Rubruquis en Sta. Sofía, anunció el encargo que se le habia dado de pasar á Tartaria para trabajar en esparcir la fe entre aquellos habitantes. Embarcáronse ambos religiosos el 7 de Mayo de 1253 en un buque que les condujo á Soldaya. Al llegar á esta ciudad se sorprendieron al ver que ya se sabia allí que eran enviados por S. Luis; pero Rubruquis contestó á los curiosos de una manera evasiva, y habiéndose procurado ocho carros cubiertos, de los que dos debian servir de camas, y cinco caballos de montar para la pequeña caravana, que se componia de los dos religiosos, de un intérprete, un guia y un criado, prosiguió su camino. Despues de dos meses de marcha por los territorios que separan á Dnieper del Tánais, llegaron los misioneros al campamento de Scacatay para el que el emperador de Constantinopla les habia dado cartas de recomendacion. Atravesaron despues el Tánais para ir á ver á otro Khan llamado Sartak, hijo de Baton, que se hallaba á tres dias de camino á esta parte del Volga. Habia á la sazon corrido la noticia por el Oriente de que Sartak profesaba el cristianismo; pero los misioneros no tardaron en reconocer que este era un error. En la audiencia que les concedió, manifestó este príncipe gran sorpresa á la vista de un crucifijo, y le examinó con suma curiosidad. Recibióles con mucha bondad y les hizo conducir al campamento de Baton su suegro. Llegados á la presencia de este Khan, les preguntó el objeto de su viaje, y entónces poniéndose de rodillas Rubruquis, hizo en alta voz oracion pidiendo á Dios la conversion de este príncipe, que se sonrió al oir sus exclamaciones, al paso que todos los demás espectadores dieron palmadas que desconcertaron á los misioneros, de quienes se burlaban. Declaróles Baton que no podian permanecer en el país sino con la autorizacion de Khakhan ó sea el gran Khan Mangon, y que de consiguiente debian proseguir su camino inmediatamente, á cuyo fin les proveeria de víveres y de medios de trasporte. Durante cinco semanas siguieron caminando los misioneros por las orillas del Volga, casi siempre á pie y muchos dias faltos de alimento. El dia 16 de Setiembre se separaron de este rio, y se dirigieron hácia el Jaik. Dióseles vestidos más de abrigo que los que llevaban, porque el frio empezaba á hacerse sentir, y se les proveyó de caballos, los que no cambiaban al dia más que dos ó tres veces, áun cuando caminasen treinta leguas francesas. En toda la jornada solo se mantenian con mijo cocido al agua, leche agria de yegua, á la que los tártaros llaman Koismos, y por la noche se les daba un poco de carne. El 27 de Diciembre llegaron al campamento de Mangon, y el 1.° de Enero de 1254 fueron conducidos á la tienda del Khan-Khan, en la que entraron á pie descalzo. Excusóse Rubruquis de no llevarle presentes, y despues de manifestarle que habian emprendido aquel viaje creyendo que Sartak era cristiano, le suplicaron les permitiese permanecer en el país hasta que em-

pezase una estacion más favorable para volverse. Acogió sin disgusto Mangon á los misioneros, y concediéndoles dos meses para descansar, dió órden para que se satisfaciesen sus necesidades miéntras estuviesen en el país. Siguieron á este príncipe á Karakoroum, y fueron admitidos muchas veces en su audiencia. Complacíase el gran Khan en preguntarles sobre los usos y costumbres de los franceses, sus riquezas, su religion, etc., y quiso que disputasen en su presencia con los sacerdotes nestorianos y con los imanes que habia en su corte; pero como le faltaba un buen intérprete, estas conferencias no tuvieron resultado alguno. Hízoles expedir una carta para el Rey de Francia, encargó á sus oficiales de subvenir á las necesidades de los misioneros durante su viaje, y les despidió. No queriendo el P. Bartolomé de Cremona repasar el desierto para volver al campamento de Baton, partió solo Rubruquis con un guia y un criado. Dos meses llevaba de marcha cuando encontró á Sartak, que se dirigia á la corte de Mangon. Este príncipe volvió á ver con placer al misionero, y le regaló dos vestidos, uno para él y otro para el rey de Francia; los dos envió Rubruquis á S. Luis. Luego que llegó al campo de Baton el 16 de Setiembre, igual dia en que de allí habia partido el año anterior, se apresuró á mostrarle la carta que Mangon mandaba al rey de Francia segun la órden que se le habia dado; y despues de haber seguido á este príncipe durante un mes, obtuvo el permiso de continuar su camino. Atravesó el Cáucaso, la Armenia y la Siria, y llegó el 15 de Agosto de 1255 á Trípoli y Siria. Rubruquis, no encontrando á S. Luis en Tierra Santa como lo esperaba, hubiera querido volver á Francia para dar cuenta de su mision á este soberano; pero su superior le señaló el convento de Acre para su residencia. Antes de salir para su destino, escribió al Rey una carta que contiene todos los detalles de su viaje, cuya carta, escrita en un latin grosero, fue traducida en parte en inglés por Hakluyt en el tomo I de su coleccion. Purchas hizo una nueva version, y la insertó entera en su coleccion. Fué traducida del inglés al francés por el P. Bergeron, que dice haberse servido al efecto de dos manuscritos latinos, en París, el año 1629, en 8.° Fué reproducida esta version por Vander, en la *Coleccion de viajes hechos á Tartaria*. El abate Prevost dió esta carta en extracto en el tomo XXVI de su *Historia de los viajes*. La relacion de Rubruquis, como dice su biógrafo Mr. Weis, sirvió de mucho para conocer la geografía de la parte septentrional de la Tartaria; da curiosísimos detalles sobre las costumbres de los Mongoles, y sus noticias merecen crédito por su exactitud y buena fe. Este misionero, al que tiene por inglés F. Pits, se sabe que vivia aún el año 1293, ignorándose la fecha y lugar de su muerte, que tal vez fuese en el convento de Acre adonde hemos dicho le destinaron sus superiores cuando volvió de Tartaria.—C.

RUCCELLAS (El abate), caballero de Florencia, cuyo padre habia reunido muchos bienes en Francia, manteniendo una continua correspondencia con Zamer, Bandini, Cedami y otros muchos capitalistas y comerciantes de esta nacion. El P. de Ruccelli, que tenia mucho crédito en la corte, le procuró más de treinta mil libras de beneficios. Tan luego como entró en el estado eclesiástico se dirigió á Roma, y proponiéndose ascender á las más elevadas dignidades, empezó por hacerse nombrar clérigo de cámara del Papa. Habiendo estudiado con aprovechamiento, tenia un carácter agradable é insinuante y una buena conversacion; no tardó en captarse el aprecio del pontífice Paulo V, que le consultaba frecuentemente sobre los asuntos más difíciles. Atrájole la confianza del Papa tantos disgustos y enemigos, que se vió precisado á abandonar á Roma y pasar á Francia, en donde el mariscal Ancre, que estaba entónces en favor, le introdujo en la corte. No bien se dió á conocer, cuando fué querido y apreciado de todos los cortesanos, tanto por su bella y fecunda imaginacion, cuanto por sus grandes gastos, ó por mejor decir, por su profusion, pues que se servia su mesa con vajillas riquísimas y con bandejas llenas de esencias, de perfumes, guantes, abanicos y áun de otros objetos para divertirse en el juego despues de comer los convidados. Llevaba la delicadeza y la finura en todo hasta la exageracion. Solo bebia agua, pero agua que hacia ir á buscar muy léjos, y coger, por decirlo así, gota á gota. Cualquier cosa ofendia su susceptibilidad exquisita; y el sol, el sereno, el calor y el frio, el más ligero cierzo alteraban su constitucion. Solo el temor de enfermar le obligaba á no salir de su habitacion y á meterse en cama. Picado por la ambicion, ó más bien del deseo de vengarse de sus enemigos, emprendió la tarea de servir á la reina María Luisa de Médicis en intrigas muy embrolladas y que exigian mucha actividad. A la perspectiva del trabajo, que le parecia un mónstruo, pensó tener que abandonar su empresa; pero sobreponiéndose á sí mismo, llegó en poco tiempo á ser tan activo y á ponerse tan robusto, que los amigos que le veian trabajar todo el dia, no descansar de noche, correr la posta en malos caballos, beber y comer caliente y frio, segun lo encontraba, le preguntaban por el abate Ruccellas, no sabiendo lo que se habia hecho de él, ni qué hombre habia tomado su lugar, ó á qué otro cuerpo habia pasado su alma. Hizo un viaje á Metz, y determinó al duque de Epernon á abrazar el partido de la Reina madre. Los zelos que le inspiró el ascendiente que tomó el duque en la confianza de María de Médicis, le determinó á abandonar el partido de esta princesa y se volvió á la corte. Hizo amistad con el duque de Lugnes, y tuvo mucha parte en la desgracia del P. Arnoux, jesuita, confesor de Luis XIII. Aun cuando debia gratitud al mariscal Bassompierre, le fué contrario muchas veces. Obligado á abandonar la corte, se retiró á una de sus casas de campo, en donde mu-

rió el año 1627, como se dice en la *Historia de Luis XIII*; París, 1716, y en la *Vida del duque de Epernon*, por Mr. Girard. — C.

RUCHEN (V. Fr. Jacobo), arzobispo de Alicia. Fué originario ú oriundo de la esclarecida familia de los Estepas de Polonia. Desde su más tierna niñez manifestó su grande inclinacion á la virtud, y más adelante su irresistible vocacion al estado religioso, deseando consagrar su vida é inteligencia en servicio de Dios y de sus prójimos. Hizo sus estudios con el mayor lucimiento y provecho, contribuyendo á que fuese tan sobresaliente su asídua y constante aplicacion, no dominándole ninguna de las distracciones á que se entregaban sus demás condiscípulos. En edad conveniente tomó el hábito de la Orden Seráfica, donde fué admitido con el mayor aprecio, pues desde el primer momento echaron de ver los religiosos sus felices disposiciones para el nuevo estado, fundadas en su mérito y virtudes. Fué varon ejemplarísimo y observante, siendo la regla, la norma y guia de todas sus acciones, pudiendo considerársele como el modelo más perfecto, tanto en humildad y obediencia, como en la pobreza y caridad. Observaba una abstinencia rigorosa; sus largas vigilias las dedicaba á la ferviente oracion, no bastándole las devociones que ordenaba la regla. Con tan buenos elementos no debe extrañarse que sus virtudes y sabiduría le llevasen como por la mano á desempeñar altos cargos y dignidades; llegando, por último, á obtener el arzobispado de Alicia. Portóse en este empleo como quien conocia las estrechas obligaciones de tan alto estado, usando de aquella discreta templanza, que es como propia y connatural á los que ascienden á esta altura sin ser llevados de la ambicion, y con aquel prudente temor que infunde el conocimiento de dignidad tan sagrada. Sobre todo, se hizo cargo de la primera y principal obligacion que pesaba sobre sus hombros, que es la de ejercer debidamente la de pastor, suministrando á sus ovejas saludable pasto de sana y santa doctrina, predicando con celoso ardimiento para el provecho de las almas, procurando la extirpacion de los vicios con admirables lecciones y ejemplos, consiguiendo ópimos frutos con la eficacia de la enseñanza y la santidad de su vida. Fué amantísimo Padre de los pobres, en cuyo socorro era muy liberal, cercenando todo lo que perteneciese al fausto de su dignidad y familia, considerándolo como innecesario y supérfluo, todo con el fin de poseer la abundancia posible para el alivio de las necesidades y trabajos de los menesterosos. En la ampliacion de los templos y culto de los altares fueron tales sus conatos y aplicacion, que á todo el mundo causaba admiracion su laboriosidad y nobles miras para engrandecer la Iglesia católica y que fuese lo que debia ser. Aun hoy dia, habiendo trascurrido tantos años, se conservan de su religiosa piedad ilustres monumentos que hacen grata su memoria. En cultos especiales del Santísimo

Sacramento, y de la Concepcion purísima de la Vírgen María, dejó dotadas pingües memorias, que habiendo padecido alguna mengua por la incuria de los tiempos, las reintegró la devocion del clero á expensas propias, en obsequio reverente de su fundador. En el año 1619, por una dichosa casualidad, se descubrió su cadáver enteramente incorrupto, vestido de pontifical sobre el hábito de S. Francisco, sin lesion alguna en sus ropas, despues de llevar enterrado doscientos cincuenta años. Celebróse este precioso hallazgo con admiraciones, con grande júbilo y alegría, y sacando el cadáver de su antiguo sepulcro, se construyó una preciosa urna en que estuviese con mayor decencia, y se colocó en el sagrario del convento de Santa Cruz de la Orden Seráfica, donde estuvo tantos años sepultado y perdida su memoria. Donde se halla colocada la urna se encuentra el siguiente epitafio, traducido del latin al castellano.

*Jacobo, arzobispo de Alicia, originario de la nobilísima familia de los Estepas de Polonia, fué exaltado á la dignidad arzobispal, siendo religioso de la órden de S. Francisco, por sus admirables prendas. Fué pastor verdadero de su iglesia, senador de la república, defensor de la patria, custodio del reino, bueno, prudente, fiel, vigilante, y por muchas heróicas virtudes ilustre. Rendido al peso de trabajos y dias, conmutó la vida mortal por la eterna el año de 1397, y eligió su sepulcro, entre sus hermanos, en el convento de Santa Cruz. Despues, el año de 1619, se descubrió su venerable cadáver entero é incorrupto, vestido de sus ornamentos pontificales; el cual se colocó á diligencia de sus mismos hermanos por la devocion de la ciudad en este nuevo monumento, donde descansa en paz.*

Despues en una lápida se hallan grabados estos dos disticos en su alabanza.

*Sacrorum tibi cura urgens necnon patriæ rem*
*Præsenti auxilio, consilioque juvas*
*Audes, quin etiam hostiles arcere phalanges*
*Quæ potis est patriam mens generosa levat.*

A. L.

RUCTARDO (S.). Este siervo del Señor fué aleman de nacion, y discípulo del varon más notable de aquellos países en su tiempo, el célebre Raban Mauro. Tomó el hábito en el insigne monasterio de Fulda, y con tener esta santa casa, la más sobresaliente de Alemania y áun de todo el orbe,

en solo oyentes más de cuatrocientos monjes, era Ructardo el primero, tanto en letras como en la verdadera filosofía, que es el temor de Dios y el cumplimiento y guarda exacta de sus mandamientos. De tal modo se comportaba como religioso y penitente, siendo tan asistente y contínuo al coro, como en el ejercicio de abstinencias, austeridades y puntualidad monástica, que parecia esta su sola y única ocupacion, y cargándose además con las muchas horas que consumia en el estudio, se hacia parecer como si hubiese dos sugetos en uno mismo, teniendo cada profesion el suyo, y en ambas con tiempo no tan limitado como del que podia disponer. Estimábale sobremanera su virtuoso maestro S. Raban Mauro, y decia de su apreciado discípulo, que su entendimiento era como el de su maestro Platon, príncipe de los filósofos. Vestia una túnica burda de silicio, y todos los dias tomaba una disciplina rigurosa. Dormia sobre un cabezal lleno de juncos, y por cabecera ponia un madero; y al modo y comodidad del lecho duraba el descanso, deseando tenerle solamente en la oracion y estudios, que eslabonaba sin perder instante, no pudiendo hallársele un momento ocioso. Su comida era sumamente parca, ayunando muchos dias de la semana á pan y agua, y algunos sin probar manjares ó cosa de sustento. Sentia de sí con humildad, pareciéndole que era defectuoso en lo esencial de la religion, y en los estudios de corto talento, contentándose más con el parecer ajeno que de su propio dictámen, con ser todo hijo de su privilegiado entendimiento, cosa pocas veces vista, y que nunca descontentó al más ignorante. Destinaba á la oracion muchas horas, obteniendo con ella grandes ventajas y frutos portentosos, así para su alma como para facilitarle el estudio, adquiriendo tan vastos conocimientos, que le dieron gran renombre y le hicieron famoso en toda la Alemania. Cuando se halló consumado en letras, se ordenó de sacerdote, animándole y contribuyendo á que anticipase el tomar el estado de sacerdocio, las vivas instancias de su maestro, cuyos deseos eran verle en aquel puesto y dedicado al servicio de Dios. Siendo tales sus méritos y capacidad, que en ausencias y ocupaciones forzosas de S. Raban, regentaba la cátedra, siendo el único sugeto que podia llenar tan grande vacío. Con la dignidad de sacerdote crecieron y se aumentaron las obligaciones en S. Ructardo, cumpliendo tan exacta y ventajosamente con todas, que admiraba á todos por su buen ejemplo y santa laboriosidad. El conde de Calveerlafride quiso por los años de 830 fundar un monasterio, con la precisa condicion de que sus monjes fuesen capellanes de S. Aurelio de Hirsaugia, en la provincia de Franconia, que algunos llaman Francia teutónica ó Francia oriental, en el obispado de Herbípoli, condado de Hingersein, en la Selva Negra, cerca del rio Nagalta, y con este fin trajo de Fulda al abad Limberto, primer sillar y fundamento de esta casa, y como se fué aumentando la co-

munidad extraordinariamente, entablando en ella los estudios de Fulda, fué llevado para desempeñar el puesto de regente S. Ructardo, discípulo de Raban y Estrabon, muy semejante y parecido á los dos, tanto en virtud como en letras. Ructardo fué maestro universal en todas las clases, enseñando á sus discípulos la humildad ante todas las cosas, como base y fundamento de la verdadera sabiduría. A todos asistia en sus enfermedades, sirviéndoles como hermano y amigo entrañable, dispensándoles al mismo tiempo los consejos y proteccion de un padre. Les aconsejaba, sobre todo, que sintiesen de sí con desprecio, y que fuesen muy puntuales en la precisa y exacta observancia de la regla, siendo el primero que la ilustró y comentó con el mayor acierto y sabiduría, diciéndoles la apreciasen y estimasen en igual grado que si fuese uno de los libros canónicos. Su fama y grande opinion volaba por toda Alemania, y el emperador Ludovico Pio, que á imitacion de su piadoso padre buscaba con exquisito cuidado, sin atender más que al mérito, los hombres doctos para los altos cargos y dignidades, ofreció á S. Ructardo el obispado Alberstadense; mas el Santo se hallaba tan bien y estimaba tanto el sosiego y la quietud de su celda, donde gozaba con arreglo á sus sentimientos religiosos, de la oracion y penalidades monásticas, eslabonadas con la dulzura de los estudios, que hizo presente á aquella majestad sus legítimas excusas, dimitiendo el cargo, exponiendo como la razon más poderosa, que estimaba en más su salvacion, que tenia por más segura en la quietud y observancia regular que profesaba, y en el estudio dulce de la Sagrada Escritura, que cuantas honras le podia ofrecer el mundo. Mucho sintió el Emperador aquella repulsa, pero no manifestando enojo, únicamente se le oyó decir: *A este le inquietamos, y otros nos inquietan*. Fué insigne y sumamente instruido tanto en las letras sagradas, como en la música, aritmética y geometría, acudiendo gran número de jóvenes de casi todos los paises de Alemania á oir sus sábias lecciones, y lo que sobre todo se admiraba, era que ninguno se atrevia á ponerse en su presencia no siendo muy virtuoso, porque temian parecer mal á su maestro, persuadidos que su gran santidad y penetracion leia en el interior de sus almas. Ultimamente, fatigado con una vida tan sumamente activa y laboriosa, y consumido con el rigor de sus penitencias y su constante y continuado estudio de letras divinas y humanas, le llevó el Señor para sí el dia 25 de Octubre, en que se celebra su fiesta, habiendo recibido con imponderable devocion los santos sacramentos de la Iglesia, dejando á sus discípulos afligidos y pesarosos de su pérdida, aunque consolados, considerando el nuevo abogado que tenian delante del Señor. De este Santo reza el monasterio de Hisaurgia en el obispado de Herbipoli. Floreció, como hemos dicho, por los años de 830. — A. L.

RUDBERTO ó RUPERTO (S.), Obispo de Saltzburgo, muerto hacia 718. Existen cinco diferentes vidas de este santo, que pertenece, segun todas las apariencias, al siglo VIII. La más corta fué publicada primero por Canisio en el tomo segundo de sus *Antiquæ Lectiones* y despues por el P. Mabillon. Este último editor la ha creido obra poco distante de la época de S. Rudberto, lo que no cree exacto Mr. Basnage. Hé aquí sin embargo las pruebas, además de la sencillez del escrito y la concision con que se halla redactado, que son muestras inequívocas de su antigüedad, es positivo que fué compuesta ántes de la traslacion del santo, que se verificó hacia 793, puesto que no se hace mencion alguna de ella. En segundo lugar el autor cuenta los años por los de los reyes de Francia, lo que autoriza tambien á creer que no la emprendió hasta treinta años despues de la muerte del santo obispo. El escrito por lo demás es demasiado pequeño en cuanto al volúmen, aunque no sabemos nada seguro sobre la historia de S. Rudberto. Ha servido tambien de base á otras cuatro vidas de este santo, tres de las cuales se han publicado por el mismo Canisio en el tomo VI de su coleccion, y la cuarta, que es más extensa, por los continuadores de Bolando en 27 de Marzo. Debe observarse que en la edicion de Canisio es mucho más larga que en la del P. Mabillon. Pero es evidente que lo que tiene de más es una adicion hecha exprofeso, puesto que se sigue una manera de contar diferente á la del autor original.—S. B.

RUDE (San) mártir, arzobispo de Caller. Nació este santo en el citado Caller, y por su ejemplar virtud é irreprensibles costumbres mereció el sacerdocio, y cuando llegó el tiempo del martirio y triunfo de su predecesor, fué nombrado por él mismo para que le sucediese, y entrando en el gobierno de esta grey del Señor, dirigiéndola de tal modo, con tanta mejoría y aumentos, que mereció el premio á que se habia hecho acreedor, permitiendo Dios que entregado á los leones y otros fieros animales, fuese hecho pedazos para su mayor corona. Este fiero suplicio fué ordenado por el presidente, sufriendo el martirio con S. Eliano. Sus pocos restos fueron recogidos por los cristianos, los que construyeron una pequeña arca de mármol, donde colocaron aquellas santas reliquias; y en memoria de este triunfo del cristianismo grabaron en ella el retrato de este santo, figurando que dos ángeles volando se le llevaban, acompañando al grabado dos leones, instrumentos del suplicio, y dos soldados, como de guardas, con sus tridentes. Este sepulcro ó arca tan artificiosamente labrada, y que tan á lo claro representaba el suceso, quiso Dios se descubriese el dia 9 de Octubre del año de 1615, junto á la puerta de la capilla, en la que fueron hallados los santos Leoncio, Suvinia y los demás compañeros. Estaba esta arca colocada á bastante elevacion, pero como habia llegado la persecucion vandálica, casi

la hallaron hecha pedazos, y de la losa y letrero que la cubria, solo hallaron un pedazo con las letras siguientes:

M RVDIS EP
FY ET SPIRITV
ELIANVS
ANNO

Que completando el sentido viene á decir:

*Hic jacet Beatus Martyr Rudis Episcopus, qui vixit fide et spiritu annis... et Beatus Martyr Elianus, qui vixit... annis...* (Aquí yace el bienaventurado mártir Rude obispo, que con fe y espíritu vivió tantos años, y el bienaventurado mártir Eliano, que vivió, etc.)

Aunque faltaba alguna parte del arca, pues allí mismo se encontraron algunos pedazos, las reliquias se conservaban sin detrimento, encontrándose huesos del santo obispo, y tambien los del santo niño Eliano, que segun su tamaño podria tener cinco años cuando padeció el martirio. Sacáronse estas reliquias y fueron colocadas en el santuario mayor, quedando el arca en el templo de S. Lucífero. Celebra Caller la invencion del santo niño y de este santo pastor en la primaria Iglesia, su esposa, á 9 de Octubre.—A. L.

RUDESINDO ó ROSENDO (S.), obispo. Fué este prelado español del siglo X perteneciente á la más elevada grandeza de España, hijo de D. Gutierre Mendez y nieto de Hermenegildo, pariente del rey de Castilla D. Alfonso el Grande. Ocupaba la silla episcopal de Iria Sisenando, pariente de Rudesindo, cuya silla fué despues trasladada á Compostela. Descuidando este obispo sus deberes y entregado al lujo y á la disipacion, su desordenada conducta le hizo odioso al clero, á los grandes y al pueblo. Advertido de sus desmanes el rey D. Sancho el Craso, despues de haberle advertido en vano muchas veces arreglase su conducta á su estado, le encerró en una prision, y con la anuencia del clero y del pueblo le destituyó del obispado, encargando á Rudesindo el cuidado de la diócesis, de la que no fué obispo, no obstante esta determinacion, puesto que en todos sus actos y documentos que han quedado de este prelado, solo se titula obispo de Dume. Viendo Rudesindo que los árabes, por una parte, y los normandos por lo otra desolaban la Galicia y la Lusitania, levantó tropas, y poniéndose al frente de ellas logró echar del territorio á los normandos y rechazar á los árabes hasta sus fronteras. Muriendo el rey D. Sancho, halló Sisenando el medio de librarse de sus prisiones, y deseoso de venganza, se dirigió es-

pada en mano contra Rudesindo, al que obligó á abandonar á Compostela. Poco despues, reinando D. Ramiro, fué asesinado Sinenando por los normandos, que habian vuelto á asolar la Galicia mandados por su rey Gondredo. Retiróse Rudesindo al monasterio de Celanova, en donde se dice renunció su dignidad, y que tomó el habito monástico bajo la obediencia del abad Franquilan, por cuya muerte le eligieron abad los religiosos de este monasterio, desde el que se pasó despues á gobernar otros en Galicia y en Lusitania. Murió este prelado á la edad de setenta años el año 977. Tuvo por parienta á Segnotida, abadesa de Basto en la diócesis de Braga, que mantuvo con él una correspondencia íntima que sirvió de mucho á ambos, que fueron sumamente piadosos. Murió esta abadesa el año 982, á la edad de cincuenta y ocho años. Muchos de los historiadores españoles y portugueses hablan de Rudesindo ó Rosendo, pues de ambos modos se le llama, como de un santo que les pertenece, y puede consultarse sobre él la Historia de Portugal por de la Clede. — C.

RUDIANO (Fr. Inocente de), franciscano italiano de la Observancia regular. Pertenecia á la provincia de S. Bernardino, cuya historia escribió conservándose inédita todavía. Tales son las escasas noticias que de él nos dan los cronistas á excepcion de las generales de que se distinguió por su piedad, como lo prueban hasta cierto punto sus largos desvelos para componer una obra, que estando formada en su mayor parte por las relaciones de las vidas de varones ilustres, no podia ménos de revelar los sentimientos puros y elevados del que para redactarla habia tomado la pluma. Cualidad es esta inequívoca en todo el que al consagrarse á un objeto predilecto, manifiesta por esto mismo abundar en las cualidades que se propone retratar, y á cuyo conocimiento ha llegado á fuerza de práctica y de experiencia. Sin tal instinto imposible es hacer grandes adelantos en el género histórico, pues conforme en otras ciencias está cerrada la puerta á la medianía, en esta lo está para la perversidad completa ó la indiferencia absoluta. El que no se apasione de su héroe, siente con él su desgracia, comprende su grandeza en momentos aciagos y su pequeñez en la prosperidad; el que no conoce lo que son y lo que significan cada una de estas cualidades independientemente del individuo á quien se atribuyen, que prescinda de escribir historia, pues no se halla concedido á él el divino don de levantar los pliegues que ocultan la sinuosidad del corazon humano, no ve más que con los ojos naturales, tiene cerrados los del espíritu, y jamás comprenderá el por qué de las cosas humanas, la causa de los extravíos, el orígen de los errores, las equivocaciones que dan lugar á la desgracia, ni el fin á que se encaminan todos los buenos y los malos actos. Indudablemente tenia estos conocimientos Rudiano, aunque dentro del limitado campo que se habia propuesto recorrer. Para él no

habia nada más allá del claustro, las penitencias, los rigores y las austeridades, la oracion, la piedad y toda clase de ejercicios espirituales; la obediencia, la humildad y la regularidad de vida eran las hazañas que se habia propuesto retratar, el orgullo y la ambicion no pertenecian á sus héroes, cuya grandeza consistia en ser cada vez más pequeños. Y sin conocer á fondo cada una de estas cualidades, sin haberlas practicado por sí mismo, ¿cómo podia proponerse contarlas, apreciarlas, atribuírselos á cada uno en su verdadero precio y valor? Creemos por lo tanto que es muy natural, y hasta oportuno, el que supongamos se distinguia en ellas el que supo descubrirlas en sus hermanos en la *Historia de la provincia de S. Bernardino.* — S. B.

RUDIGER, monge y escolástico de Eptemac, en el ducado de Luxemburgo, murió en 6 de Marzo de 990. Habia sucedido en este empleo á Heriberto, en 970, veinte años ántes; su saber se hallaba realzado por el esplendor de una sólida virtud, y tuvo cuidado de formar así en la piedad como en las ciencias á los discípulos que tomaron sus lecciones. Rudiger dejó á la posteridad muchas producciones de su pluma, que no eran despreciables: *non spernendæ utilitatis.* Tritemio manifiesta haber visto: 1.° *Un comentario sobre todas las Epístolas de San Pablo*, dividido en siete libros.— 2.° *Otro comentario*, en siete libros, *sobre las Epístolas canónicas.*—3.° *Una exposicion*, muy bien escrita, *sobre la regla de San Benito.* Deciase, añade Tritemio, que existian aún algunos escritos del mismo autor, pero no habian llegado á conocimiento de este bibliógrafo. Ningun otro escritor nos refiere si existen todavía en todo ó en parte — S. B.

RUDILLA (Gerónimo). Colegial del Mayor de S. Bartolomé de Salamanca, maestro en artes, natural de Albalate, del arzobispado de Zaragoza, en el reino de Aragon, fué elegido en 23 de Agosto del año de 1542. En el colegio se graduó de licenciado en teología, y llevó la cátedra de regencia de artes, de donde salió en el mes de Noviembre del año 1550, por canónigo magistral de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, donde murió el año 1564. Fué varon sumamente entendido y laborioso, siendo uno de los más lucidos y aprovechados estudiantes que cursaron las clases de aquel colegio, desempeñando con el mayor aplauso la cátedra de artes. Respecto del año de su muerte padece una notable equivocacion el Sr. Vergara, pues consta de los libros capitulares de la santa iglesia del Pilar de Zaragoza, que el año 1568 fué nombrado prior de aquella iglesia, y que empezó á firmar como tal desde 23 de Abril de dicho año hasta últimos del siguiente de 1569, y que en 27 de Abril de 1578 fué nombrado segunda vez prior, cuyo empleo ejerció hasta 17 de Diciembre de 1579 en que murió, y que habiendo concurrido el capítulo de La-Seo á enterrarle, se le hicieron sus

honras el 19 del mismo. No se duda que está enterrado en la capilla de nuestra Señora, porque consta, que por resoluciones del cabildo se enterraban ya en ella los canónigos en aquel tiempo, y en el libro intitulado: *Kalendarium obituum multorum Priorum et Canonicorum*, se lee una partida del tenor siguiente: *XVI Kalendas Januarii, anno M.DLXXIX, obiit Hieronimus Rudilla, S. Theologiæ licentiatus, et hujus augustissimæ Ecclesiæ Canonicus, et Prior II, qui Pœnitentiarium ut canonicorum et Portionariorum confessiones audiat instituit. Duosque Libros in Divinas laudes ex Instituto Romanæ Ecclesiæ in coro pie sancteque concinantur studiose curavit.* —A. L.

RUDNAYDIVEK VIFALU (Alejandro de). Nació este noble cardenal húngaro en 4 de Octubre de 1760 en S. Croce ó Szent-Restetz, archidiócesis de Astrigonia, de la que fué canónigo despues en su iglesia metropolitana. El papa Pio VII, en el consistorio de 8 de Marzo de 1816, le nombró obispo de Transilvania ó Weisembourg, y en el de 17 de Diciembre de 1819 lo trasladó al arzobispado de Astrigonia, que vino á ser primado de Ungheria. Teniendo en cuenta sus méritos, celo pastoral y otras virtudes, y á instancia del emperador de Austria Francisco I, el papa Leon XII, en el consistorio de 2 de Octubre de 1826, le creó cardenal del órden sacerdotal, y en 15 de Diciembre de 1828 le publicó. En el número 5 del *Diario de Roma*, correspondiente á 1829, se lee: El dia 23 de Diciembre de 1828 fué á Grau ó á Strigonia, el conde Felipe Neroni de Ripatransona, guardia noble de Su Santidad, como correo de Roma, para llevar á su alteza el príncipe arzobispo de Grau, primado de Ungheria, la noticia de su nombramiento de cardenal, que tuvo lugar en el consistorio secreto de 5 de Diciembre. Entrando el enviado pontificio en la sala de audiencia, ya dispuesta para su solemne recepcion, y en la que el príncipe primado, rodeado de los canónigos y de las personas más condecoradas de la poblacion le esperaban, anunció á su Alteza el objeto de su mision, y le entregó el diploma y birrete cardenalicio, con las cartas de felicitacion de los cardenales y del nuncio apostólico de Viena. El príncipe dió gracias en una breve respuesta por la alta dignidad que el Sumo Pontífice se habia dignado conferirle, y al conde Neroni por su cuidado en traerle el nombramiento, acabado lo cual dieron los asistentes tres vivas de júbilo. Pasó despues á su aposento su Alteza eminentísima el primado á vestirse el traje de su nueva dignidad, y luego que volvió á salir, el reverendo canónigo de Grau y obispo Pedro de Urmeny tomó la palabra y dirigió un discurso latino al nuevo Cardenal, en nombre del cabildo, manifestándole los sentimientos de gratitud del archicapítulo al Pontífice por haberle concedido tan merecida distincion. El nuevo Cardenal respondió conmovido, que miraba esta distincion como un don del cielo,

ofreciendo le emplearia únicamente en honor de Dios, á salud y bendicion de la Iglesia y de las almas que le estaban confiadas, y en obsequio de su querida patria, y pidió á los miembros del archicabildo rogasen á Dios para que se cumpliesen estos sus propósitos. Declaró tambien Leon XII ablegado apostólico, para presentarle la insignia de la birreta cardenalicia, á M. Domingo Lucciardi, despues cardenal y obispo de Sinigalla, su camarero secreto supernumerario, y auditor de la nunciatura de Viena, el cual habiendo sido igualmente ablegado apostólico por Gregorio XVI para presentar en Viena el birrete cardenalicio al cardenal Spínola, es uno de los pocos ejemplos que hay de que un mismo sugeto haya llenado dos misiones honrosas de esta clase. Hallándose en Viena el Cardenal, en 4 de Enero de 1829, el emperador Francisco I le puso solemnemente el birrete cardenalicio, en cuya solemne ceremonia ofició el cardenal Spínola, arzobispo de Tebe. No habiendo ido jamás á Roma este Cardenal, no recibió las demás insignias de su dignidad ni el título. Murió en Estrigonia el 13 de Setiembre de 1831, á los setenta y un años de edad, y fué sepultado en aquella egregia iglesia metropolitana, muy llorado de cuantos recibian sus beneficios. —C.

RUDOLFO (S), obispo y confesor. Pertenecia á una familia tan noble como antigua, y habiendo cedido sus bienes señoriales al V. Pedro Damian, recibió el hábito benedictino al mismo tiempo que un hermano suyo, tomando tambien su madre el velo en esta religion. Rudolfo, como monge, se distinguió mucho por sus virtudes y perfeccion, mereciendo ser promovido al obispado de Eugubio, á pesar de lo cual continuó haciendo vida monástica. «Con los mismos silicios, dice la Crónica, ceñia sus carnes, y contentábase con los mismos pobres despreciables vestidos, y áun siendo tentado de perezoso, solia poner en el techo de su celda ó aposento unas sogas ó cordeles, se colgaba pendiente de ellas, asido con las manos, y así rezaba muchos salmos. Nunca comia huevos, leche, ni queso, ni manteca; los manjares que le ponian, le servian de tormento, absteniéndose de ellos de tal suerte, que sentándose á la mesa, no tanto era para tomar refaccion, cuanto para pelear, y lo que en lo exterior parecia un convite, era una interior guerra contra la gula. En tiempo de invierno dormia solamente con sus hábitos, sin otro abrigo, sobre una dura tabla. El pan que comia era de cebada ó de salvado que se habia de echar á los perros. Traia perpétuamente ceñido al pecho un círculo de hierro, cada dia rezaba un salterio y otras muchas devociones, y añade S. Pedro Damian en una carta que escribió al pontífice Alejandro sobre este siervo de Dios: «Conjurábame por la clemencia de Cristo muchas veces terriblemente, que si en algun tiempo se excediese, de ningun modo dejase de corregirle, sino que le tratase en todo como á monje, enseñándole el modo en todas sus acciones como á

monje. Así alternaban la autoridad de obispo y el rigor de vida de monje. Trataba sin cesar de la predicacion de la palabra de Dios, y todo cuanto podia cercenar del gasto de su persona, lo daba con tanta prodigalidad á los pobres. Cada año llamaba á sus clérigos á sínodo, y no permitia que se les pidiesen las ofertas ó presentes acostumbrados en tales casos, ni les pedia otra cosa, sino que hiciesen penitencia y vida áspera y rigurosa á los que hallaba culpados, porque decia: Dios me libre de que venda el sínodo, ántes me conceda que levante á los caidos que ser rico y engordar con los cadáveres de mis clérigos „como hace el cuervo con los cuerpos muertos.» S. Rudolfo murió siendo jóven todavía hácia 1069, dejando notable opinion por sus virtudes y santidad. La Orden Benedictina celebra su memoria en 26 de Junio. — S. B.

RUDOLFO, monje de Fulda, no es apénas conocido más que por la reputacion que obtuvo en las letras y los escritos que dejó á la posteridad. Acaso debe distinguírsele de otro monje del mismo nombre y del propio lugar, que en calidad de escolástico y de canciller de su monasterio, redactó en el primer año del imperio de Luis *el Bondadoso* algunas cartas públicas que existen aún. Tambien hay algunas del octavo y décimo año del mismo emperador, redactadas por el subdiácono Rudolfo, que no se duda es el mismo que es objeto de este artículo. De manera que en 821 se hallaba ya revestido del subdiaconado, y quizá de las dignidades del otro Rudolfo. No se debe confundirle con Rudolfo, monje de Hirsauge, que vivia aún á últimos de este siglo y que publicó en 888 un *Comentario* sobre el libro de Tobías. Del órden de subdiácono fué elevado de nuevo Rudolfo al sacerdocio, y encargado del cuidado de dirigir la escuela de Fulda. Sucedió en este empleo al docto Raban, que habia sido su maestro de literatura. Esta escuela conservó bajo su nuevo moderador todo su antiguo lustre. Continuaron saliendo de ella un gran número de sabios, y Rudolfo fué mirado como el doctor de casi todas las partes de la Alemania. Distinguíase en todas las bellas artes, pero con más particularidad en la historia y en la poesía. Entre los hombres más grandes que acudieron á sus lecciones se cuenta á Ermanrico, abad despues de Hervangen, que en el prefacio de la vida del ermitaño San Solo, que le dedicó ántes de 842, le representa como un hombre de un mérito y de un genio extraordinario, como un sabio de primer órden, y cuya profunda erudicion era conocida ya públicamente. A todas estas brillantes cualidades, que no sirven con demasiada frecuencia más que para hinchar el corazon, unia Rudolfo grandes sentimientos de humildad y religion, que hacian de él un hombre piadoso, así como era un hombro de letras. Un mérito tan sólido le atrajo el aprecio de Luis, rey de Germania, hijo del emperador Luis *el Bondadoso*. No contento este príncipe con favorecer los

designios de Luis *el Bondadoso*, quiso tenerle tambien cerca de su persona. Le tomó por clérigo ó capellan, y le nombró su predicador, haciéndole depositario de su conciencia. Dedúcese esto de un acta pública, en que le asigna este príncipe ciertas rentas que debian aplicarse despues de su muerte en beneficio de la escuela de Fulda. Rudolfo murió á 8 de Marzo de 869, segun el analista de Fulda, ó de 866 segun Pedro el Bibliotecario. Estos dos escritores y el anónimo de Molk, que parece los habia copiado, rinden á su memoria gloriosos testimonios. La forma en que los autores que se acaban de citar, hablan del saber y de los escritos de Rudolfo, supone visiblemente que habia compuesto otros además de los que se le atribuyen. Es indudable, sin embargo, que no se hizo una grande reputacion en la poesía, aunque publicó gran número de versos. A pesar de esto no nos queda produccion alguna de su musa, al ménos conocida como tal. Todos los escritos suyos que se han conservado, consisten en dos historias ó vidas de santos. 1.° *La vida de Santa Lioba ó Lieba, abadesa de Rischoffheim, en la diócesis de Maguncia, muerta en* 779. Rudolfo la compuso sobre algunas memorias en que se habia tenido cuidado de recopilar lo que se sabia de la historia de la Santa por cuatro de sus discípulas, y en particular por las que habia redactado el sacerdote Magon, monje de Fulda, que habia conocido mucho á estas cuatro religiosas y que solo hacia cinco años que habia muerto, cuando emprendió el autor esta obra. De modo que puede pasar por una historia original. Mr. Baillet no habia creido exacto, como ha dicho, que se hubiera escrito solo ochenta años despues de la muerte de Santa Lioba. Parece positivo que el autor la habia concluido ántes de la traslacion de las reliquias de la Santa, que se celebró en 837, poco ménos de sesenta años despues de su muerte. Pero no solo no menciona este acontecimiento, que no debia haber olvidado, sino dice terminantemente que su cuerpo descansaba en el mismo lugar en que habia sido depositado en un principio. Raban, por cuyo mandato escribió Rudolfo esta vida, no era aún arzobispo, lo que prueba que por lo ménos fué escrita ántes de 847. Entre los principales hechos de que nos ha conservado memoria el autor, nos refiere que Santa Lioba habia sido instruida desde la infancia en la gramática, la poética y las cuatro artes liberales. Que con sus grandes talentos naturales y la asiduidad con que se entregó á la lectura de los libros sagrados, que tenia casi siempre en la mano, los escritos de los Santos Padres y los decretos de los concilios, adquirió una ciencia poco comun á las personas de su sexo. Que tenia cuidado de instruir en los mismos conocimientos á las religiosas que se hallaban bajo su direccion. La primera edicion de esta vida se debe á las investigaciones de Surio, que la ha creido escrita con tanta suficiencia y gravedad, que ha te-

nido escrúpulo de retocar el estilo. El texto se halla más completo y más correcto en la segunda coleccion de este compilador. El P. Mabillon le ha insertado sobre esta última edicion despues de haberla ilustrado con sus observaciones y notas ordinarias, en el décimo volúmen de sus actas. Juan Gerbraud, que manejó á su modo este escrito de Rudolfo, ha formado de él una historia compendiada de S. Liobe, que forma parte de su Historia de la Bélgica. El P. le Cointe ha hecho tambien mucho uso de él en sus *Anales eclesiásticos de Francia*. 2.° Hacia mucho tiempo que habia publicado Rudolfo esta vida, como lo declara él mismo, cuando se propuso escribir la del B. Raban, su maestro, muerto en 896. Un discípulo de este grande hombre, tan instruido en sus acciones y tan hábil como lo era Rudolfo, en quien se elogia en particular el talento para el género histórico, debia sin duda conseguir darnos su vida con algun grado de perfeccion. Ignórase, sin embargo, en qué consiste que la historia que ha dejado sobre este asunto, es mucho ménos la historia de Raban que la de un gran número de traslaciones de reliquias y de los milagros que las han acompañado y seguido. Excepto en el catálogo, que aunque sin exactitud da de sus escritos, y en otros dos ó tres rasgos de su erudicion, no se habla de él más que con relacion al zelo que tenia de enriquecer su monasterio de reliquias y los lugares que dependian de él. Tampoco dice una palabra de su episcopado, de manera que en un escrito hastante largo, cuyo título nos anuncia la vida de Raban, se busca á Raban sin encontrarle. Todo esto, unido á un lugar en que promete el autor escribir muchas cosas que no se leen en su obra, hacia creer que tenia el designio de continuarla y de añadir lo que falta; pero ó que no tuvo tiempo ó que se lo impidió la muerte. De todas maneras lo que nos queda de esta obra es propio en particular para darnos á conocer el ardor y la avidez insaciable que habia entónces de enriquecerse por reliquias, el poco discernimiento, sinceridad y buena fe que habia por ambas partes para darlas ó venderlas, recibirlas ó comprarlas. Puede verse con este motivo un lugar muy notable del P. Brower, insertado por su colega Bolando. Tenemos cuatro ediciones de esta obra de Rudolfo; Serarius la publicó en un principio en su *Historia de Maguncia*. Los editores de Raban Mauro la pusieron despues al frente de sus obras. Luégo Bolando, despues de ilustrarla con sus notas y observaciones, la insertó en su grande coleccion en el tomo IV de Febrero. El P. Mabillon, por último, la ha hecho imprimir en el suyo con nuevas observaciones. —S. B.

RUDOLFO DE CÓRDOBA (P. Juan), jesuita, natural de Arévalo, teólogo de la Compañía, escribió: *Catenam Proonymam versionum, glossematum SS. Patrum, veterum, et neotericorum interpretum Hebræorum, Græcorum, Latinorum in IV libros Regum;* en el tomo I de esta obra se encuentran unas

*Instituciones morales* del mismo autor; Lyon, por Felipe Borde y compañía, 1652, en fólio.—S. B.

RUDOLFO DE DINGELSTADT, arzobispo de Magdeburgo, miembro de una ilustre familia; nació Rudolfo á principios del siglo XIII, manifestando su vocacion por la carrera de la Iglesia, única además del servicio de las armas que existia en aquella época. Su familia, deseosa de secundar sus buenas inclinaciones, le envió á una célebre abadía de Alemania, donde siguió con aprovechamiento sus estudios, y áun llegó á tomar el hábito de monje segun diferentes autores. Sin embargo, las opiniones varian mucho en este punto, suponiendo algunos perteneció constantemente al clero secular, aunque le hayan reclamado despues para sí los benedictinos, siguiendo su antigua costumbre de presentar como suyos santos y hombres ilustres que pertenecieron á distintas órdenes; costumbre que, sea dicho de paso, ha dado orígen á algunas equivocaciones y faltas en el curso de esta obra, pues con los benedictinos fué comun á otros religiosos. Tampoco puede asegurarse la abadía en que pasó su juventud, sosteniendo unos fué la de Bec, otros la de Lieja, y áun algunos la de Magdeburgo. Pero ya perteneciese al clero regular ó secular, es indudable que no tardó mucho en ser canónigo y abad, dignidades que pudo muy bien tener en ambas clases: Rudolfo las desempeñó de una manera satisfactoria, ganándose el afecto del clero que en 1252 le elevó á la silla de Magdeburgo. No era ciertamente aquella época la más á propósito para que un prelado ejerciese dignamente las funciones pastorales, pues áun cuando los concilios fuesen mucho más frecuentes que en la nuestra y se tomáran en ellos las más graves medidas contra cuantos abusos se notaban, el estado de Europa, los continuos disturbios, el derecho del más fuerte que habia llegado á dominar en todas partes, y más que en todas en Alemania, obligaban algunas veces á los prelados á abandonar el cayado del pastor por la espada del guerrero, y les ponian otras en el caso de valerse de las armas espirituales, que no siempre tenian la eficacia que se ha supuesto despues. Rudolfo, sin estar exento de los achaques de su siglo pasa por un excelente prelado, y de él nos han quedado memorias que le recomiendan en extremo. En los ocho años que gobernó su obispado trabajó en gran manera en beneficio de sus ovejas, procuró que floreciese la paz, y consiguió prestarlas todo género de beneficios, de manera que á su muerte, ocurrida en 1260, fué generalmente llorado de todos sus diocesanos.—S. B.

RUDOLFO MATHAN, jesuita aleman natural de Lucerna; hijo de una familia bien acomodada, recibió una excelente educacion, y sintiéndose inclinado á abrazar el estado religioso, tomó la sotana de la Compañía cuando apénas contaba diez y ocho años de edad. Siguió sus estudios con grande

aprovechamiento, distinguiéndose tanto en ellos, que no tardó en ser nombrado profesor de retórica, cargo que desempeñó por espacio de veinte años con aprovechamiento para sus discípulos y no menores ventajas para su instituto. Sus grandes virtudes, en particular su modestia, circunspecta conversacion y bondad, le merecieron repetidas distinciones de sus superiores; siendo admitido á la profesion de los tres votos. Vivió treinta años en la Compañía y murió en Munich, despues de una larga y penosa enfermedad, en 18 de Setiembre de 1612. Habia escrito una obra de controversia con el título, *De tribus capellis*, dirigida contra José Scaligero.—S. B.

RUE (Cárlos de la). Nació en París en 1643, y tomando el hábito en la Compañía de Jesus, despues de haber terminado sus estudios y sido dedicado á la enseñanza por sus superiores, profesó de una manera distinguida las humanidades y la retórica. En 1667 dió á conocer sus dotes y gusto por la poesía, por medio de un canto en versos latinos sobre las conquistas de Luis XIV, el cual puso Corneille en verso francés. Al presentar este gran poeta su traduccion al rey, hizo un grande elogio del original y de su jóven autor, de tal modo que despertó el aprecio que desde entónces tuvo este príncipe, protector tan decidido de las letras y de las bellas artes, en todas ocasiones al P. La Rue. Luego que este se hizo una brillante reputacion como profesor, manifestó sus deseos de ir á predicar el Evangelio á las misiones del Canadá; pero sus superiores se opusieron á este designio manifestando que sería más útil en su país si se dedicaba á la elocuencia del púlpito. Siguió su consejo, y predicó con mucho aplauso en las provincias, en París y en la corte. Dirigió muchas veces la palabra al rey Luis XIV en épocas de grandes infortunios, que siguieron á este monarca despues de cuarenta años de gloria y de felicidades. Como el P. La Rue se manifestase alguna vez algo inclinado á lo espirituoso y bello, un cortesano, familiarizado con la hipérbole, contribuyó tal vez á disgustarle: «Padre mio, le dijo, os escucharemos con placer siempre que nos presenteis la razon; pero no la vistais con las galas de la imaginacion, porque hay entre nosotros quien la hará brillar más en una cancion, que muchos predicadores en toda una cuaresma.» El P. La Rue era de todos los oradores cristianos de su siglo el que tal vez mejor lo hacia; su imaginacion fuertemente animada dejaba escapar, por decirlo así, en la vivacidad de la declamacion, rasgos de gran efecto, que no se ven en sus sermones impresos, y no es de extrañar que con talento semejante sostuviese la opinion, que tambien ha sostenido Masillon, que deberia librarse á los predicadores de la servil costumbre de aprender de memoria sus sermones, en lo que pierden un tiempo muy precioso que podrian emplear en nuevas creaciones. Decia que siguiendo esta costumbre, valia tanto leer el sermon, como se hace en Inglaterra, como predicarle.

Estando porque deberia dejarse leer los sermones á los predicadores y dispensarles el decirlos de memoria, cuando no fuesen tan sabios y elocuentes que pudiesen improvisarlos, añadia: «Nada perjudica este método al fuego de la elocuencia, el orador se asegura por medio del cuaderno que lleva escrito, y puede con más facilidad entusiasmarse y entusiasmar á sus oyentes, sin arriesgar ni comprometer su reputacion ante la multitud, que no perdona fácilmente en la cátedra del Evangelio un momento de falta de memoria.» Enviado algunos años despues á los Cevennes para que trabajase en la conversion de los calvinistas, tuvo la dicha de atraer muchos de estos ilusos á la comunion católica, haciéndola respetar á los demás. Fué el P. La Rue el confesor de la duquesa de Borgoña, y se captó el aprecio de los magnates por su buen caracter y por su talento, y el del pueblo por su afabilidad. En medio del bullicio del mundo conservaba la calma de su alma, y despues iba á gozar en la contemplacion de las cosas sagradas en su solitaria celda. Su asiduidad en llenar los deberes de su ministerio no le impedia entregarse á la poesía, que era su pasion, y así fué que sus tragedias latinas *Lysimachus*, *Cyrus* y *Sylla*, que escribió en verso francés, fueron muy alabadas, lo mismo que sus primeros ensayos, por el famoso Pedro Corneille. Dícese que los comediantes del teatro de Borgoña se preparaban á representar esta última produccion, cuando alcanzó el autor una órden para que no se verificase su representacion. Sin embargo de esto, su amistad con el cómico hizo sospechar que tenia una aficion decidida al teatro que su profesion no le permitia confesar. En su tiempo se creia que la *Adriana*, imitada de Terencio y puesta en escena el 16 de Noviembre de 1703, era obra suya, y puede creerse así á poco que se compare el diálogo y estilo con las demás de Baron: *El Hombre afortunado* y *La Coqueta*. En estas dos piezas se veia el tono social y un poco del de la plebe. En la *Adriana*, por el contrario, se notaba el estilo de un observador solitario: las expresiones son francesas y áun buenas gramaticalmente, y casi nunca se notan las que empleó Baron en sus demás comedias; por lo demás Collé ha refundido la *Adriana*. Murió el P. La Rue el dia 27 de Mayo de 1725 en París, en el colegio de Luis *el Grande*, á los ochenta y dos años de edad. Sus principales obras son las siguientes: *Caroli Ruæi S. J. carminum libri IV;* París, 1668 y Amberes, 1693; Barbon dió en el siglo pasado una magnífica edicion de esta obra, y sus poesías aseguran á su autor un rango distinguido en el Parnaso latino moderno.—*Una edicion de Virgilio con preciosas notas ad usum Delfinis;* 1682, en 4.° El mismo P. La Rue publicó una edicion de Horacio con notas y una interpretacion muy buena para los que no son muy fuertes en la inteligencia de la lengua latina. *Panegíricos y oraciones fúnebres* en francés; cuatro vol. en 8.° *Sermones de moral, que forman un adviento y una cuaresma;* en cuatro volú-

menes en 8.°, que se han reimpreso en cuatro vol. en 12.° El espíritu de observacion, la fuerza y al propio tiempo la facilidad, brillan en la mayor parte de los discursos pronunciados por este predicador; pero arrastrándole frecuentemente su imaginacion, le presenta en ellos desigual. A pesar de sus defectos se acerca á Bossuet algunas veces, y sobresale sobre la mayor parte de los oradores de su época. En su *Ensayo sobre los elogios*, dice Tomás que La Rue en su descuidado estilo, ya elevado, ya familiar, será siempre citado más como orador que como un gran escritor; cuanto ménos arte se ve en sus discursos se nota más elocuencia natural; pero tambien ménos brillantez y ménos imaginacion en el estilo que Flechier. No teniendo ni más talento ni más sensibilidad que Bourdalue, se manifiesta más sostenido y habitualmente más elocuente que este en el género de elogios fúnebres; pero Bourdalue le supera en los discursos morales. El P. La Rue pronunció el elogio del gran Delfin en 1711, y un año despues rindió el mismo homenaje al duque de Borgoña, discípulo de Fenelon, habiéndose extrañado mucho que casi hizo mencion de este sabio que se hallaba entónces desterrado. Tenia que deplorar el orador tres pérdidas en vez de una, la duquesa de Borgoña, arrebatada al mismo tiempo que su esposo en las gradas del trono que uno y otro iban á embellecer, colocada entre el duque y su hijo en un mismo sepulcro. El texto del discurso, sacado de Jeremías, parecia una prediccion, y por lo tanto fué perfectamente elegido para anunciar el triste espectáculo que se ofrecia á la vista de un padre, una madre y un hijo nacidos para el trono, que acababan de ser heridos por la muerte y sepultados juntos: lágrimas en abundancia hizo correr La Rue en esta oracion fúnebre, que debió tanto á su elocuencia cuanto á la terrible impresion de este suceso; pues que áun hoy no pueden leerse sin experimentar una triste sensacion algunos trozos de este elogio fúnebre y en particular su final. De la misma manera celebró tambien el P. La Rue, despues de su muerte, á los héroes Francisco Enrique de Luxemburgo y el Mariscal de Bouflers: Mr. Tomás cita la oracion de este último como la obra maestra de su autor. Quedaron tambien de este célebre jesuita las oraciones fúnebres del padre del gran Condé Enrique de Borbon, del famoso Bossuet y del primer mariscal de Noailles. Se ha alabado mucho su sermon sobre las calamidades públicas, pero segun su biógrafo Hipólito de la Porte no es tan bueno como los del mismo autor, titulados: *El pecador moribundo y el pecador muerto*.—C.

RUE (Cárlos de la). Este benedictino de la congregacion de S. Mauro nació en Corbia el año 1684. Despues de haber terminado sus primeros estudios, abrazó la vida religiosa en la abadía de S. Faron de Meaux, y no tardó en distinguirse haciéndose notar de sus superiores por su aplicacion al estudio. El sabio arqueólogo Montfaucon le obligó á encargarse de publicar la

edicion de las obras de Orígenes que hacia tanto tiempo se esperaba, y La Rue publicó en 1733 los dos primeros volúmenes, que justificaron plenamente la alta idea que se tenia de su saber y de su capacidad. Pero cuando él se apresuraba á terminar esta grande obra, una muerte prematura le arrebató á Vicente Thuilier, su amigo, y le afectó tanto, que cayó enfermo de gravedad. Apénas se restableció, hizo imprimir el tercer volúmen, y queriendo corregir por sí mismo las pruebas, sostuvo por algunos dias tan penoso trabajo; pero su exceso le produjo una parálisis en el lado derecho, de cuya enfermedad murió en París el dia 5 de Octubre de 1739. El elogio de este sabio religioso se imprimió en el Mercurio del mes de Diciembre del mismo año. Su sobrino Vicente de La Rue, tambien natural de Corbia, en donde nació el año 1707, entró tambien, segun el biógrafo Mr. Weis, en la órden de S. Benito, y participó de los trabajos de su tio. Publicó el último volúmen de la expresada edicion de Orígenes en 1759, y continuó la obra que su tio Cárlos habia empezado sobre las *Antigüedades eclesiásticas;* pero no tuvo el gusto de concluirla, pues que murió ántes en París en la abadía de S. German de los Prados el dia 29 de Marzo de 1762. Este estimable religioso terminó la edicion empezada por Pedro Sabathier, de la antigua version latina de la Biblia que se conoce con el nombre de *Versio vetus italica;* impresa en Reims, en tres vol. en fólio, en los años 1743 y 1749.—C.

RUE (Gervasio de la), sabio anticuario nacido en Caen en 1751; desde su primera juventud manifestó ese amor al trabajo y ese gusto por las investigaciones históricas á que debió despues su reputacion. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, fué nombrado profesor de historia de la universidad de su ciudad natal, y desempeñó esta cátedra con distincion. Llegó el momento en que el terror le obligó á buscar un asilo en Inglaterra, donde el estudio de las antigüedades le libertó de los disgustos propios del destierro, y recogió en los archivos de las bibiotecas públicas un gran número de documentos preciosos sobre la historia literaria de la edad media, que le sirvieron despues para componer obras muy apreciadas. Poco despues del 18 brumario regresó á Francia, donde no quiso aceptar cargo ninguno, contentándose con el título de canónigo honorario de Bayeux. Sus obras, que no tardaron en darle á conocer, ocuparon toda su vida, y murió en Cambe, cerca de Caen, el 25 de Setiembre de 1835, á la edad de ochenta y cinco años. Además de muchos *opúsculos*, impresos en las colecciones de las academias ó separadamente, hay de él: *Ensayos históricos sobre la ciudad de Caen y su departamento;* 1820, dos vol. en 8.°, á que deben unirse los *Nuevos Ensayos históricos*, etc.; Caen, 1842, dos vol. en 8.°—*Investigaciones sobre la tapicería que representa la conquista de Inglaterra por*

*los normandos, perteneciente á la iglesia catedral de Bayeux;* Caen, 1824, en 4.°, de 92 pág., con ocho lám.: segunda edic.; Caen, 1824, en 8.° *Ensayos históricos sobre los bardos, los juglares y los troveras normandos y anglo-normandos;* ibid., 1834, tres vol. en 8.°, notable produccion que manifiesta los vastos conocimientos del autor en esta parte tan interesante de nuestra historia literaria. Mr. Vauthier ha publicado una *Noticia histórica sobre la vida y las obras del abate de la Rue;* Caen, 1841, en 8.°, con retrato. Era corresponsal del Instituto y miembro de la Sociedad de anticuarios de Lóndres.—S. B.

RUEDA (Sor Bernardina de), religiosa de la tercera orden de San Francisco en el convento de la Concepcion de Villanueva de los Infantes. Fué muy penitente y tan frecuente en la oracion, que tenia formadas en ambas rodillas dos callosidades de tal extension y magnitud que parecian una deformidad. Llevaba siempre ceñidos á sus carnes duros y ásperos silicios. Su único alimento se reducia á un poco de caldo de la olla, mezclado con agua ó con otras sustancias que le hiciesen insípido ó ingrato. Tuvo estrecha amistad y constante cariño á otra religiosa del mismo convento, que se llamaba María de la Fuente, y no era extraño que congeniasen por ser de iguales costumbres, haciendo profesion de las mismas santas virtudes, refiriéndose todos sus coloquios á enaltecer la gloria de Dios y á hacerse merecedoras de su divino amor, viéndose siempre unidas en todos los ejercicios santos y religiosos. En el discurso de quince años, ni durmió en cama, ni usó calzado, y las dos amigas murieron con opinion de santidad en toda aquella tierra, si bien la Bernardina Rueda tuvo precision de separarse de María de la Fuente, pues fué trasladada al convento de Beas, donde descansa en paz. Murió esta ejemplar religiosa el año de 1550 dejando memoria imperecedera su religiosidad y virtudes. —A. L.

RUEDA (Ilmo. Sr. D. Fernando de), obispo de Canarias, doctor en teología, natural de Esponte-Dei, del arzobispado de Burgos, recibido en el colegio Viejo de S. Bartolomé de Salamanca en 9 de Setiembre del año 1562. Era colegial de S. Pedro y S. Pablo. Siendo colegial llevó dos cátedras de cursos de artes, de primera oposicion, despues la de Físicos. Salió en 30 de Noviembre del año 1570 por canónigo de Avila de Escritura, lo cual se ponderó y se tuvo en mucho, porque la llevó á D. Cristobal Vela, natural de Avila, prebendado en aquella iglesia y catedrático de Sto. Tomás en la universidad de Salamanca, que fué arzobispo de Burgos, donde murió con opinion de santo, tio de D. Juan de Vela, que tambien fué colegial de San Bartolomé. No debia extrañarse este triunfo atendiendo á los extraordinarios méritos científicos y erudicion de D. Fernando Rueda, que á su gran despejo y capacidad unia una constante aplicacion al estudio y gran pasion

por instruirse, siendo su principal ambicion sobresalir en todos los ramos del humano saber. En el año 1580 le presentó S. M. el rey D. Felipe II para obispo de Canarias, del que tomó posesion y donde murió el año de 1585, cuya iglesia rigió con tal acierto y tanto celo, que murió con opinion de santísimo varon, á que le hicieron acreedor su ejemplo, caridad y virtudes. La casa de Rueda, á que perteneció este ínclito prelado, es de las más nobles y antiguas que se conocen en las Montañas; posteriormente la poseia D. Diego de Rueda y Herrera, caballero de la órden de Santiago; y tambien las de Andino, Torres y otras. Era abad y señor de Rueda en lo espiritual y temporal, vehedor de las Guardias de Navarra y Castilla y alcaide del castillo de Viana, en Navarra; hijo que fué de D. Juan de Rueda Herrera y Vergara, del mismo hábito, casado con doña Maria de Velasco, rama bien conocida de la casa del Condestable de Castilla. Hermano de don Diego fué D. Juan de Herrera, que fué colegial del Arzobispo y despues monje en el Escorial, donde murió, dando un raro ejemplo de virtud y de humildad; y D. Alonso que le sobrevivió.—A. L.

RUEDA (Fr. Francisco del Santísimo Sacramento), religioso trinitario descalzo. Este gran siervo del Señor tuvo por patria la insigne ciudad de Sevilla. Desde sus primeros años se conoció su buen natural é inclinaciones, retirándose de las diversiones propias de la infancia, siendo su sola distraccion en tan tierna edad salir al campo, donde contemplaba y admiraba la grandeza y hermosura del cielo, en el cual leia como en un libro que le hacia comprender la sabiduría y poder del Criador, alabándole con singular gozo y alegría de su espíritu. Dios iba disponiendo aquella tierna planta para que diese abundantes frutos, regándola con el rocío de su gracia y celestiales influencias; tan virtuosamente procedia, que desde luego se levantó con el nombre de Santo y le llamaban el *santo niño*, opinion que conservó hasta su muerte. Por asegurar su divina Majestad tan temprana perfeccion y que fuese en aumento, le transplantó de la tierra llena de malezas y espinas del mundo al fértil campo de la religion, y de diez y seis años tomó el hábito de los PP. Calzados y volvió á nacer para Dios en su misma patria. No se le hizo dificultoso el nuevo estado: con la facilidad que si toda su vida se hubiera criado en él, abrazó con gusto sus costumbres, mas á lo último del noviciado estuvo tan enfermo, que instó su madre se le diesen para curarle, y con el ánimo de persuadirle se quedase en el siglo. Por la satisfaccion que el provincial tenia de la virtud del novicio, concedió la licencia que se le pedia; mas el adolescente, temiendo su flaqueza, las astucias y engaños del comun enemigo, lo difirió con prudencia, y no quiso salir del convento hasta profesar, lo que ignoró su madre. Ya que le tuvo en casa y le habia acariciado y regalado algunos dias, pareciéndole estaria dispuesto

para atraerle á su voluntad, le descubrió su intencion, pero la acortó la plática, diciéndola venia profeso; la madre lo sintió en extremo y habló como mujer apasionada, mas la contestó con tanta mansedumbre que al fin se aquietó y conformó con la razon. Habiendo recobrado la salud, se volvió al convento más animado que nunca á servir á Dios, muy agradecido á Su Majestad por haberle librado de aquel lazo y peligro. Al cumplimiento de los deberes de comunidad, en que siempre fué puntualísimo, añadia particulares ejercicios, ayunaba los viernes y los sábados de todo el año, y á pesar de ser achacoso de dolores de estómago, muchas veces no comia sino yerbas; su lecho era muy pobre y humilde, su hábito de estameña; traia de ordinario silicio y solia ponerse en cruz largo rato. Tomaba tres disciplinas cada semana, la cuaresma todos los dias, y algunas de sangre; gastaba buena parte de la noche en la oracion, persuadiendo á otros religiosos á igual práctica, y sobre todo era muy devoto del Santísimo Sacramento y de María Santísima. Ejercitábase en la caridad; asistia á los religiosos enfermos, y cuidaba se les acudiese puntualmente con lo necesario; los confesaba y administraba el sacramento y no los abandonaba hasta que se levantaban de la cama ó morian; ocupándose en obras de tanta piedad, sucedió que entrando á visitar un padre grave, que juzgaba su enfermedad de poca consideracion, al abrir su celda se le presentó atravesado en la puerta y amortajado; admiróse de la representacion, y le pareció llevaba el objeto de que le avisase y previniese para la muerte; le habló con caridad acerca de este punto, del que depende no ménos que una eternidad, y aunque el enfermo no se sentia apretado, era tan grande el concepto que tenia del P. Rueda, que así se llamaba Fr. Francisco en los Padres Calzados, que estimó la advertencia, arreglando y disponiendo las cosas, y de allí á pocos dias murió. Procuraba por cuantos medios estaban á su alcance socorrer á los pobres, quitándose el alimento de su boca para sustentarlos, partiendo con ellos su racion, gozando con repartirles la olla que el convento les daba al medio dia, y además buscaba limosnas con que remediar sus necesidades; ofreciéronsele ocasiones en que pudo aprovecharse de grandes sumas de ducados, porque personas ricas dejaban sus haciendas á disposicion del siervo de Cristo, mas él, como consejero desinteresado y fiel ministro, las aplicaba á los pobres. Fué muy celoso de la honra y gloria de Dios y de la regular observancia, y á todo lo que no se encaminaba á este fin se oponia con valor. Deseaba con solicitud que todos amasen y sirvieran al Señor, y sentia con extremo las ofensas que contra Su Majestad se cometian; predicaba con espíritu; reprendia los vicios; exhortaba á la virtud, siendo extraordinario el fruto que alcanzaba, á lo cual contribuia el considerarle todos como varon apostólico; ¿pero qué mucho hicie-

sen en los hombres efecto sus palabras, si le hacian hasta en los animales? Un dia, para adorno de la fiesta que se celebraba, pusieron en la iglesia algunos canarios; empezó el P. Francisco su sermon y los canarios á cantar; volvióse á ellos diciendo: *Si dejáseis ahora el canto, que nos estorbais*; al instante cesaron hasta que acabó de predicar, obedeciendo áun aquellas avecillas, suceso que se repitió alguna vez, pues era muy amante, además de los canarios, de gilgueros, pardillos, etc. El año 1626, á 25 de Enero, ocurrió un caso admirable. Hubo una avenida de las mayores que en Sevilla se han visto; amenazaba el agua terrible ruina al convento de los PP. Calzados. Para pedir misericordia en aquella tribulacion, determinaron se cantase una Misa y se la encomendaron al siervo de Dios; acabada la misa, fueron en procesion con el Santísimo Sacramento á la puerta de la Lonja, por donde pasaba gran parte del Guadalquivir; horror infundia el ruido del rio y su furioso oleaje; mas Fr. Francisco no temió, mostró el Santísimo Sacramento á las aguas, que respetando su dueño se detuvieron creciendo en alto; vista la maravilla, en accion de gracias acordó la comunidad descubrir todos los años el Santísimo este dia. Esto resuelto, se entraron los religiosos siendo el último el bendito Padre que traia el Sacramento; mas apénas se movió, cuando le siguieron las aguas, tocando en las puntas del alba sin adelantarse siquiera un dedo, acompañando á su Señor hasta unas cadenas cerca de la iglesia. La religion habia ya empezado á premiar un sugeto de tan aventajadas prendas. Leyó artes en el convento de Ubeda; hiciéronle presentado y ministro de la Membrilla; pero tenia tal repugnancia á las prelacias, que para que aceptase fué necesario obligarle con censuras. Si ántes de admitir le pareció mal el oficio, mucho peor despues de haber entrado en él, con lo que iba experimentando; de allí á poco tiempo renunció, y no admitiéndole el provincial la renuncia, lo negoció con el nuncio, no debiendo causar admiracion recurriese á medios extraordinarios, cuando se considera á los que acudieron los santos por librarse de tan peligrosa carga. Con tal constancia y virtud vivió Fr. Francisco veintiocho años en el Paño; mas llamándole Su Majestad á mayor perfeccion, deseó pasarse á los Franciscanos Descalzos: ya estaban practicadas las diligencias, y pronto á ejecutarlo; pero Dios reveló esta determinacion á una persona may santa, mandandole le advirtiese de su parte no era su voluntad dejase su religion: la persona no le trataba ni conocia y rehusaba la embajada; comunicólo con su confesor, hombre docto y prudente, el cual examinó la revelacion, y ponderadas las circunstancias le obligó á que se lo dijese: estando tan resuelto el P. Fr. Francisco y el negocio tan adelante, asistió de tal manera á la advertencia y le dió tanto crédito, que luego desistió de aquel intento (ordenándolo así la Santísima Trinidad, que le queria para su reforma), y re-

parando, halló modo con que sin salir de su órden tuviesen efecto sus deseos. Ofreciósele pasar á la Descalcez, lo encomendó á Dios y lo trató con personas santas y doctas é hizo su traslacion con grande ánimo, dejando á los PP. Calzados lastimados por perder la compañía de un varon tan virtuoso, ejemplar y de letras. Increible fué el consuelo que experimentó su alma en cuanto se vió desnudo y descalzo por Cristo; se hallaba en su centro, y como quien ha conseguido lo que eficazmente deseaba: visitóle entónces uno de sus hijos espirituales, y hablando del beneficio y merced que en esto habia recibido de Su Majestad, derramó tantas lágrimas de gozo, que le impidieron seguir la conversacion, y así se despidieron significando más con aquel devoto silencio y con el agua que por los ojos destilaba, que pudiera con muy eficaces razones. Dió principio al nuevo modo de vivir con resolucion y fervor, y era de maravillar ver á un sugeto grave y de tan venerable aspecto, puntualísimo en los ejercicios humildes de la reforma; andaba tan atento á las ceremonias y costumbres con que se crian los novicios, que parecia más novicio que todos. Desde el primer dia trabajó por hacerse niño, obedeciendo con la simplicidad que si realmente lo fuera; nunca examinó ni replicó á cosa que se le mandase, por dificultosa que esta fuese. Estando con gota en los pies, le envió el ministro á confesar algo léjos del convento, permitiendo Dios para ejercicio de su siervo, no reparase el superior en la dolencia que padecia, ni en lo que le ordenaba; pero el bendito Fr. Francisco obedeció sin exponer la menor excusa, si bien poniendo los ojos donde ponia los pies. Cuán rara fué su obediencia, lo da bien á entender un suceso notable: viniendo de Sevilla á Villanueva de los Infantes, en llegando le acometió una recia calentura; era ministro de aquel convento el muy religioso P. Fr. Pedro del Espíritu Santo, le visitó, y lastimándose le dijo: *¿Y ahora qué hemos de hacer, pues se halla malo el P. Fr. Francisco?* A lo que contestó: *Lo que vuestra reverencia ordenare.* Oyendo esto el superior, le mandó *no tuviese más calentura*: al punto se le quitó y quedó del todo bueno y sano: hubo despues humilde contienda entre estos dos esclarecidos varones; el prelado atribuia aquel resultado á la obediencia del súbdito; el súbdito á los méritos de su prelado, no queriendo ninguno de los dos atribuírselo á sí.—Su compostura y modestia era de santo; el semblante apacible, moderada alegría, una gravedad humilde, y en lo exterior se conocia la simplicidad y bondad de su corazon. Se expresaba con pocas palabras, pero muy sustanciales. Abrazó con singular gusto la estrecha pobreza que en la reforma se profesa; fué este uno de los principales motivos que á ella le llamaron, y cumplióla tan perfectamente, que áun el deseo de tener estuvo muy léjos de este discípulo de Cristo; hizo tanto aprecio y estimacion de esta celestial virtud, que si aceptaba ser padre espiritual de algunas religiosas, lo primero que las acon-

sejaba era que se desapropiasen de todo. Recien profeso en la Descalcez, entrando una vez en el coro se vió á sí mismo difunto, dándosele á entender que quien habia elegido religion reformada, habia de morir por medio de la mortificacion, negándose á sí mismo y á las cosas de la tierra. Fr. Francisco se conformó perfectamente con aquel aviso del cielo, y trató muy de veras de mortificar sus pasiones: no son las que ménos afligen la ira y la gula; una y otra tuvo muy sujetas y mortificadas; por ocasiones que se le ofreciesen, nunca perdió la paz del alma; en cualquier suceso conservaba el rostro sereno é inalterable; á lo más le animaba una ligera sonrisa. Si entendia que alguno tenia de él queja ó sentimiento, áun sin causa procuraba inmediatamente desenojarle como si él fuera el culpado, lo que prueba su grande mansedumbre y las victorias de sí mismo. Vino á Madrid en tiempo de besugos, le alabaron este pescado que faltaba en Andalucía, y para agasajar al huésped y por que lo probase, mandó el prelado le preparasen uno; y para que el agasajo fuese cumplido, le llamaron á comer ántes de la comunidad; bajó al refectorio, y le sirvieron el besugo; su cortesía no pudo evitar el que se viese obligado á tomar un solo bocado, en señal del aprecio que hacia de semejante favor, y siguiendo la costumbre de no dejarse llevar del apetito, dejó lo demás, demostrando en aquel acto principalmente cuán sujetas tenia sus pasiones, y el concierto de su interior, la pureza del alma que era tan notable que admiraba á los que le confesaban. Libre del impedimento de las pasiones, desocupado de afectos y de las peregrinas impresiones que causan, adornado con la vestidura nupcial de tan angélica pureza, estaba muy dispuesto para entrar en el celestial convite, levantar el espíritu y tratar con su Criador, siendo en este trato muy contínuo y familiar, proviniendo de aquí su contínuo fervor.—Es el regalo más distinguido del Señor el habitar con los hombres. Correspondiendo Fr. Francisco á este exceso de amor, y su regalo el Santísimo Sacramento, era tal su devocion á este pan de ángeles, que en tocando este punto se encendia de suerte que parecia iba á desfallecer, y no cabiendo el gozo en los estrechos límites de su pecho, sin poder reprimirse prorumpia en palabras y acciones significativas de su gran afecto á este maná del cielo, y por esta razon se le puso por sobrenombre cuando se pasó á la Descalcez *Fr. Francisco del Santísimo Sacramento*. En su última enfermedad fué su mayor sentimiento no ver Misa ni comulgar todos los dias. El jueves santo, por ser cuando el Salvador instituyó este soberano Sacramento, no salia del coro hasta que bajaba el viernes á la adoracion de la Cruz. Para predicar sobre asunto tan sublime, no necesitaba prevenirse; á cualquiera hora que se lo encomendáran, subia en seguida al púlpito; nunca le pidieron cosa por el Santísimo Sacramento, que la negase, y algunos se valian de este medio para conseguir del P. Rueda

lo que deseaban. El oir su Misa movia á la persona más indevota: muchas fueron las mercedes que celebrando recibió del Altísimo, las cuales seria prolijo referir. La devocion á la Vírgen la continuó siempre y el ayunar los sábados, con otras mortificaciones en reverencia suya, áun estando enfermo.—Era su caridad y su fe tan viva, que cuando le hicieron redentor de cautivos se regocijó notablemente por ser obra tan superior de aquella virtud, y por si en Berbería tenia la buena suerte de ofrecer y dar su vida en defensa de la fe católica: su esperanza era igualmente tan firme, que más parecia poseer que esperar: en su última enfermedad, de que murió, hablaba de la bienaventuranza con tan gran júbilo de su alma, como si gozára ya de aquella suma felicidad; el amor á su Criador fuerte y afectuoso, sus ánsias, y el blanco á que se dirigian sus deseos, era la honra y gloria de Dios, repitiendo frecuentemente las palabras que salian de su corazon: *La gloria á Dios*; poniendo en ejecucion todo lo que entendia ser conforme á este fin, emprendió contando con su Divina Majestad cosas muy árduas, sin perdonar trabajo, y atropellando dificultades que parecian insuperables. De un amor de Dios tan perfecto, se originaba el más encendido celo del bien de sus prójimos, tratando de ganarlos para el cielo, procurando por los medios posibles con su ejemplo y predicacion, con sus cartas y exhortaciones; en hablando de materias espirituales se esforzaba de modo, que saliendo el fuego de su espíritu al exterior, se le encendia el rostro y solia quedarse enajenado, y luego proseguia con mayor eficacia. En el púlpito y confesonario logró grandes frutos para cuyo buen éxito importó mucho la gran opinion que se tenia de su santidad, y el profundo conocimiento con que Dios le dotó, acerca del fondo é interiores de las personas que comunicaba, como se experimentó en diferentes ocasiones, pues ántes de comunicarle cosa alguna, les descubria su pensamiento causando el mayor asombro; de esta suerte convirtió muchos pecadores, ayudando á los virtuosos para que fuesen perfectos; siendo sus palabras aceradas flechas que atravesaban los más endurecidos corazones. A una señora, alentándola al ejercicio de la paciencia, la dijo: *El camino de la gloria es cruz donde más se padece; allí está Dios, y al que Su Magestad elige por hijo á ese prueba y ejercita.* Estas breves sentencias dichas con fervor, se le imprimieron de suerte á la persona, que siempre que se hallaba afligida, le servia de antídoto contra la penalidad de su afliccion, y la memoria de tan importantes verdades le alentaba á que bebiese con gusto el amargo cáliz de los trabajos. No se satisfacia la caridad del siervo de Cristo con acudir en lo espiritual á sus hermanos, sino que tambien lo procuraba en lo temporal, socorriendo las necesidades particularmente de los que no podian manifestarlas á otros. En un año de hambre y escasez, que llegó á valer cien reales la fanega de trigo, pereciendo los pobres, se le veia

constantemente pedir limosna por las calles y plazas, para proporcionarles algun sustento, y salvó á muchos de una muerte cierta. El principal objeto que se proponia en estas y otras caritativas acciones era la salvacion de las almas, y evitar se cometiesen pecados que segun la flaqueza humana, podian originarse de la necesidad. A algunas doncellas honradas las buscó dotes para que fuesen monjas, librándolas del peligro que en el siglo podia correr su honestidad. Habia en Villanueva de los Infantes una doncella hija de padres honrados; Dios la dió grandes deseos de ser monja y religiosa. Deseaba fuera de su patria; parecia imposible que pudiese llevar á cabo este deseo por su poca posibilidad, y por otras razones que lo impedian; se hallaba sumamente afligida, no encontrando medio hábil de poner en ejecucion sus deseos; pero Su Majestad, que favorece á los que de veras desean hallarle y servirle, lo dispuso por un medio inopinado. Vivia por este tiempo Fr. Francisco en Sevilla, que dista de Villanueva casi sesenta leguas, y estando este varon apostólico en oracion, le dió Dios á entender la aflicion de aquella alma, su causa, representándole la doncella á quien no conocia como si la viera: entendió tambien seria del agrado de su Divina Majestad se trasladase á Villanueva, para que tan santos deseos tuviesen efecto; ofrecióse el bendito Padre con prontitud á hacer el viaje, juzgándose indigno de que le hubiese elegido la Santísima Trinidad por instrumento para obra tan de su servicio: como la disposicion era del Altísimo, movió al provincial, y por diferentes fines le envió á Villanueva. Despues de haber llegado á este pueblo, pasaron algunos dias sin que viese la persona por cuyo motivo le habia llevado allí Su Majestad, lo que le puso en cuidado, causándole confusion y tristeza. El Señor sacó á su siervo de aquella pena, porque la doncella comulgó á su Misa, y al darla el Santísimo Sacramento, la conoció. Mostró entónces tanta alegría, que se reparó en ello; por la tarde acaso le llevó un religioso á casa de sus padres; durante la visita no hablaba una palabra el P. Francisco, mirando con la posible atencion á su encomendada. Tenia la madre noticia de su santidad, y le rogó les dijese algo de edificacion. En vez de hacer lo que se le pedia, dirigiéndole la palabra á la doncella la preguntó *si queria ser monja descalza:* la jóven enternecida respondió que esas eran sus ánsias, mas que no merecia tanto bien: *Pues lo será sin duda*, la afirmó el bendito Padre, *en las Dominicas descalzas de Sevilla*; *un sugeto muy virtuoso de aquella ciudad la dará el dote*; y suponiéndolo ya como cierto, la refirió la regla y constituciones que guardaban las religiosas. Los presentes quedaron admirados de lo que habian oido, y de la suerte que lo habia asegurado, y la doncella muy contenta y satisfecha con la promesa y la seguridad de su cumplimiento. Al hacer un año y tres meses se verificó todo lo que el siervo de Dios habia predicho en aquella visita,

y para que esta su caridad fuese consumada, no le faltaron mortificaciones. Sentia tanto gozo en estas obras de misericordia, que le parecia sobrada paga el verla llegar á feliz término. La religiosa manifestó su agradecimiento á tan singulares mercedes, siendo un modelo de perfecciones y de virtudes religiosas. Tambien favoreció el Señor á este siervo suyo con el espíritu de profecía: viviendo en Sevilla enfermó en Ubeda un jóven, hijo de personas devotas, y el mismo dia que falleció, sin haberse podido saber por medios humanos áun de la enfermedad, que fué muy breve, llegó carta suya consolando á sus padres de la muerte de su hijo. Pasando por aquella ciudad, se hospedó en una casa de gente principal y virtuosa, con quien trataba familiarmente. Estando en conversacion con su huésped, le exhortó á que frecuentase los sacramentos, mas aquel le aseguró que confesaba y comulgaba dos veces todas las semanas, pero el bendito Padre le replicó: *sean tres que le aseguro queda muy poco de vida*; hallándose presente la mujer, repuso que ménos le faltaria á ella por ser muy achacosa, pero el siervo de Dios replicó; *que no obstante eso le quedaba más.* Prosiguió su viaje, y se cumplió lo que les habia profetizado; murió aquel hombre dentro de dos meses, y la señora dos años despues. Y no es lo ménos admirable en este varon insigne, que adornado de tanta gracia y dones, que podia ser contado entre los amigos escogidos de Dios, sintiese tan bajamente de sí que le pareciese ser indigno de merecer otra compañía que no fuese la del ángel de las tinieblas. A un religioso tan perfecto, docto y ejemplar, claro es que se le habia de ocupar en puestos dignos de su gran merecimiento. Le hicieron ministro de Sevilla, de Villanueva de los Infantes, de Granada, y definidor general. No habia para el P. Rueda mortificacion que pudiese compararse con lo que sufria con estas elecciones, sentimiento ordinario de las personas espirituales que sienten y miran las prelacías como cruz de su quietud y libertad. Muchos santos que desearon el martirio y lo tuvieron por singular merced, si les hacian superiores, se fugaban á los montes, y se escondian en las cuevas; gemian y lloraban, reputando el ser prelados por más terrible que los tormentos y la muerte. El virtuoso Fr. Francisco, ya que no podia huir, ni esconderse, en cuanto sabia le habian elegido, empezaba á solicitar el dejarlo, y eran tan apretadas sus diligencias, que solian vencer á los superiores, y le admitieron las dimisiones ó renuncias de los ministerios de Sevilla y Granada, estimando esto por el mayor favor. El tiempo que desempeñaba los oficios, procedia como un apóstol, siempre celoso de la regular observancia y de la perfeccion religiosa; pero siendo prelado lo era aún mucho más, y no obstante sus procedimientos, lastimándose de sí mismo decia: «¡Ay de mí! pobrecito mi»serable, cuando se me tome residencia en aquel tremendo y riguroso jui-

»cio, y se me haga cargo de cómo procedí en los oficios, y se me pida cuen»ta de cada uno de mis súbditos, y de sus medros ó pérdidas espirituales, »y cesando las excusas, sirva de fiscal y testigo la verdad del hecho; quién »podrá justificarse á los ojos de Dios!» Si esto temia y con razon, un hombre santo y docto, que entraba en las prelacías forzado de la obediencia, y en ellas se conducia con notable rectitud, qué deben temer los que sin estas buenas partes lo pretenden, y á veces por medios poco decorosos, no queriendo los puestos sino para honrarse, por vanidad, para sus comodidades y por otros respetos humanos! A la hora de la muerte experimentarán los efectos de su ambicion, loca presuncion y atrevimiento, y verán cuán amargo es entónces lo que con tanto desvelo y solicitud buscaron, y tan á costa de sus almas consiguieron. Para que se comprenda la atencion y vigilancia que el siervo de Cristo tenia en su aprovechamiento en los oficios, servirán de prueba las palabras de una carta que siendo definidor escribió desde Madrid á un familiar suyo: «Yo me porto en este convento (le dice) »como peregrino, todo lo que se hace conmigo lo recibo y estimo como po»bre, porque es necesario, ya que nos han puesto tan altos, abatirnos y »humillarnos; de esta virtud quisiera hacer más actos que de definidor. En »la corte estoy; pero con el favor divino he de procurar vivir como en un »desierto, abstraido totalmente de criaturas, crucificado al mundo, y que »el mundo lo esté para mí; porque asi con más fuerza y puro afecto se le»vante el espíritu á su Criador, amándole á él solo, pues él solo basta y »él solo puede satisfacer nuestro corazon. Aquí hay grandes señores y »mucha grandeza. Todo esto me parece una fantasía, embeleco, qui»mera y sombra de una cosa que parece que es muy á propósito para des»preciarla, y no hacer caso de ella. Para las mejoras de mi alma tengo »celda, coro y altar; en la celda se halla quietud y consuelo, en el coro »devocion y en el altar fuego, que abrasando recrea, vivifica y no consume: »en la celda lloro mis pecados, en el coro alabo á Dios, y en el altar me »sacrifico á Su Majestad; él se nos dé á sí mismo. Amen.» Veinte y un años habia vivido Fr. Francisco en la Descalcez, tan santa y ejemplarmente que no se le vió accion ni oyó palabra que desdijese de perfecto religioso, ejercitándose con excelencia en las virtudes; quiso pues la infinita liberalidad premiar á su siervo: dióle la última enfermedad, que más bien fueron muchas enfermedades juntas, y cada una muy penosa; perlesía, erisipela, dolores lumbagos, gota y calenturas bastante agudas; en un conjunto de tantas penalidades tan incómodas, perseveraba con tanta paz y sereno ánimo, que más parecia gozar que padecer. Desde luego echó de ver estaba de camino, á cuyo término estaba tan deseoso de llegar, y así algunas veces preguntaba al médico cuándo le habia de dar la buena nueva de

que se moria, y cuando se la dió, con las manos cruzadas y los ojos puestos en el cielo, exclamó con ternura: *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum*; mi espíritu y mi carne se alegraron en Dios vivo. Dichoso llanto el de la vida, al cual en el terrible trance de la muerte correspondió tal gozo. Pidió le llevasen el viático, y aunque eran necesarios dos enfermeros para moverle, dándole fuerzas su fervor, sin ayudarle se incorporó en la cama, y dijo: *¡Oh Señor, quién pudiera echarse por esos suelos en presencia de tan suprema Majestad!* Recibió el santo Sacramento con extraordinaria devocion, y derramando abundantes lágrimas, que provenian de su encendido afecto á este soberano manjar; desde entónces, y muy particularmente, hacia actos muy fervorosos de amor de Dios, y eran tan grandes los júbilos de su alma, que no podia reprimirse, ni evitar el que se echase de ver su gozo. En esta ocasion sucedieron cosas notables. Una hija espiritual suya, que con su comunicacion habia aprovechado en la virtud, sabiendo el aprieto en que estaba el siervo de Cristo, se desconsoló, pareciéndola que si moria la haria gran falta para su aprovechamiento, y la pena la ocasionó un intenso dolor de cabeza; muy afligida se puso en oracion, y significaba su necesidad dando quejas al cielo; en medio de su afliccion, sintió un vientecillo suave, que la recreaba, y oyó al bendito Padre, que la reprendió por aquel sentimiento, y despues la consoló: la puso la mano en la cabeza, y cesó el dolor. Le asistió un religioso discípulo suyo, y como veneraba por santo á su maestro, se atrevió á decirle: ¡Oh maestro, si yo tuviera una muela suya! El Padre, apénas lo habia dicho, sin decirle palabra ni significárselo el enfermo, queriéndo satisfacer aquel piadoso deseo, entró la mano en la boca, y sin hacer fuerza alguna, se sacó una muela muy limpia, y se la dió, de lo que quedó admirado, y la estimó como precioso tesoro. La enfermedad le tenia ya en lo último de la vida, continuando los actos de las virtudes teologales al mismo tiempo que igualmente continuaba su consuelo, por ver aproximarse el término deseado de tan penoso destierro, fin que habia de ser principio de eterno descanso; y con notable seguridad pasó el espantoso golfo de la muerte, y se halló en el seguro, tranquilo y deleitable puerto de la gloria, y como héroe bueno y fiel, entró en el gozo de su Señor. Fué su dichoso tránsito á 27 de Noviembre del año de 1646, á los sesenta y cinco de su edad y cuarenta y nueve de religioso; los veintiocho en los PP. Calzados, y veintiuno en la Descalcez. Está enterrado en el convento de Sevilla. Desde el momento en que espiró, el Señor empezó á honrar al que siempre procuró con el mayor amor y afecto la honra de su Criador; en cuanto se difundió la noticia de su muerte, á la fama de la santidad del difunto todos los habitantes de todas clases y condiciones se apresuraron á gozar de su vista por la última vez, siendo

innumerable el concurso que con piadosa emulacion tocaban sus rosarios al cuerpo del bienaventurado, le cortaban pedazos de sus hábitos y capa, y áun parte del cerquillo y tres dedos de los piés; llegando á tal extremo, que acatándole le dejaron casi desnudo; los que no le conocian, se admiraban de la devocion del pueblo, y los que le habian tratado, lloraban su pérdida; los PP. Calzados mostrando su afecto, concurrieron á enterrarle con la capilla, y no fueron los menos codiciosos de las alhajas de aquel pobre de Cristo, pues ellos le cortaron uno de los tres dedos. Como viene dicho, ilustró Dios á su siervo con varios milagros. Uno de los dedos le cortó Juan Andrés, vecino de Sevilla, y despues de transcurridos más de dos meses, se conservaba fresco, sin corrupcion alguna, ni se habia arrugado ni perdido su transparencia y color natural, obrando curaciones portentosas esta pequeña parte del santo cuerpo en graves padecimientos que experimentó dicho Juan Andrés y su familia. Finalmente, sería muy difuso narrar las muchas maravillas que obraron las reliquias de tan excelso varon, manifestando el Señor el aprecio en que le tenia; y concluiremos refiriendo un caso en que se prueba su extraordinaria humildad. Como era tan venerada y conocida su santidad en todo Sevilla, ocurrió cuando vivia, viéndole desde alguna distancia dos Padres graves de la venerable religion de Sto. Domingo, corrieron á él y se hincaron de rodillas para que los bendijese. El humilde Padre se halló confuso con tales muestras de veneracion. Hincóse tambien de rodillas, pidiendo á los mismos Padres que ellos le bendijesen. Duró mucho la piadosa contienda, conviniendo por último, en que los Padres dominicos le bendecirian primero, dándoles el P. Fr. Francisco en seguida su bendicion. Era este gran siervo de Dios tan devoto del Santísimo Sacramento, que aunque estaba muy afligido de la gota, hincaba indispensablemente las dos rodillas siempre que pasaba por delante de su Divina Majestad. Ejecutaba esta ley sagrada con tanto trabajo, que muchas veces necesitaba permanecer en el sitio hasta que le ayudasen á levantar, y parece que Dios quiso mostrar lo que le agradó su siervo con esta especial devocion, porque habiéndose resuelto en cenizas su cadáver, la carne de sus rodillas se conservó tan intacta y fresca como cuando estaba vivo.— Guiaba á muchas almas al cielo por el camino seguro de la perfeccion, y entre otras confesaba á Doña María de San Agustin, religiosa en el convento de S. Leandro de Sevilla. Llegando un dia al torno para que la llamasen al confesonario, le advirtieron que se hallaba en cama con una perlesía que la habia acometido el dia ántes. Entónces dijo á la tornera: *La gloria á Dios, no obstante, digala vuestra merced que baje.* Vino la enferma con mucho trabajo y poca esperanza de poder confesarse, porque tenia la boca tan torcida que no podia articular palabra. El siervo de Dios reconoció esta

imposibilidad, y para sacarla de aquel estado, la dijo que se hiciese tres cruces sobre la boca con agua bendita, porque era medicina muy eficaz. Obedeció con fe la religiosa, y sin otro auxilio se vió libre del accidente. Cuando murió fué el sentimiento tan universal, que hasta los bronces dieron muestras del público dolor, porque el tiempo que tardó en ser trasladado su sagrado cuerpo desde la enfermería á la iglesia, se tocaron por sí solas todas las campanas de la ciudad, con cuya maravilla manifestó á todos el Señor la gloria de su siervo. A poco de morir se apareció á un religioso de muy santa vida, pero que temia mucho á la muerte. Siempre andaba haciendo prevenciones para aquel trance, y viviendo el siervo de Dios, le pidió que le asistiese, por el consuelo que su alma experimentaria con tenerle á la cabecera en aquella última hora. Fr. Francisco se lo prometió, pero pasó de esta vida ántes que llegase el tiempo de cumplirse la palabra. Despues aquel religioso fué tambien acometido de su última enfermedad, sobreviniéndole una agonía mortal, y con gran fervor de su espíritu, reconvino al siervo de Dios, ya difunto, por no haberle cumplido la palabra que le habia dado. Apénas expresó su queja, cuando le vió junto á sí, y le oyó que decia: *La gloria á Dios, aquí estoy.* Cobró grande aliento el enfermo con esta visita, la cual se repitió muchas veces en el discurso de la enfermedad, y siempre le decia aquellas palabras: *La gloria á Dios*, que eran las mismas con que en vida siempre daba principio á todo lo que hablaba.—A. L.

RUEDA (Sor Isabel de), religiosa de la órden de S. Francisco, en el convento de la Concepcion de Villanueva de los Infantes, en el arzobispado de Toledo. Una de las más esclarecidas religiosas y de mayor fama de este monasterio fué esta sierva del Señor. Era citada como modelo en el ejercicio de la caridad, particularmente con las enfermas y necesitadas. Por dos veces, y en el espacio de treinta años, fué madre y prelada, desempeñando este cargo con entera satisfaccion de toda la comunidad; pues si bien era bastante rígida y muy celosa del cumplimiento de la regla y de las prácticas religiosas, no habia una persona más condescendiente y tolerante con sus hermanas, al mismo tiempo que servicial y obsequiosa. Buena prueba fué de lo que se viene diciendo su mucha paciencia y sufrimiento en algunas persecuciones de que fué objeto, inmotivadas, no dándola lugar á la queja ó querella, desentendiéndose de la injusticia con que se la trataba, grande indicio del caudal de humildad y resignacion con que Dios la habia dotado. Era notablemente devota de los misterios del jueves santo, y áun de todos los dias de la semana mayor, y tuvo el logro de morir en dia tan majestuoso y señalado, y que tanto deseaba, favor que constantemente habia impetrado de su Majestad Divina. Manifestáronse lo afectos que le habian sido

los servicios de su sierva despues de su defuncion, pues quedó su rostro muy hermoso, y con tanto resplandor como si la alumbrase una luciente bujía; esparciéndose al mismo tiempo por todo el aposento un aroma celestial que confortaba y probaba que aquella bendita religiosa, al salir de este mundo, habia principiado á gozar de la bienaventuranza que Dios concede á sus siervos elegidos. — A. L.

RUEDA (Fr. Juan de los Angeles). Religioso dominico de la provincia del Santo Rosario de Filipinas. Era natural de las montañas de Burgos y habia tomado el hábito en el convento de S. Pablo de Valladolid, de donde salió en 1603 en la segunda mision de religiosos que llevó á Filipinas D. Fr. Diego de Soria. Llegó al año siguiente, en que pasó al reino del Japon, donde hacia poco tiempo que tenian los PP. Predicadores religiosos é iglesias. Fué uno de los ministros más diligentes de aquellos países y de los que sin controversia alguna trabajaron más entre todos los religiosos, que en aquel populoso reino hubo ántes y despues de la cruel persecucion, que duró por muchos años. Cuando desterraron de él á los sacerdotes, fué el P. Fr. Juan uno de los que se quedaron ocultos para ayudar y fortificar á aquellos cristianos; y en el año 1619, por la grande falta que habia de sacerdotes, pasó por ellos á Manila vestido de annamita. Pasó á quel reino donde le sucedieron algunos extraordinarios casos que refiere la crónica de la manera siguiente: «Predicando por el reino de Figen, queriendo pasar un rio por una puente, vió debajo de ella un bulto, y pareciéndole persona, hizo que la sacasen de un cenagal en que estaba, y era una vieja infiel de hasta setenta años, que para que muriese la habian echado allí á que los perros la comieren, ó la marea del mar, que alcanzaba allí, la ahogase. Compadecióse de ella el P. Fr. Juan y más de su alma, que estaba muy cerca de dejar el cuerpo; acarició la como pudo, persuadióla que se hiciese cristiana, y catequizada y enseñada, la bautizó, y luego murió. ¡Señal grande de escogida de Dios para el Cielo, aunque de los hombres tenida por indigna de la tierra! — Pasando despues por una ciudad del reino de Firando, vió un ciego pobre, desnudo en carnes, con una esterilla podrida solamente para ajuar y cama, enfermo y expuesto á los grandes frios y hielos de Diciembre, que en aquella tierra son muy rigurosos, y áun para los sanos es muy de pena, cuanto más para un enfermo y muy desabrigado. Los vecinos de la calle tenian tal asco de él, que ninguno le dejaba llegar á su puerta, y rodando por el suelo no le dejaban descansar con estar tan flaco y trasijado que estaba espirando; unos mozuelos que allí estaban, trataban de arrojarle al mar, para que acabase ya su miserable vida; llegó el P. Fr. Juan á este punto, hízole sacar del lodo donde le habian arrojado, y compadeciéndose de él, usó el oficio de piadoso samaritano, haciéndole limpiar y luego lavar con vino caliente y despues de

aquesto le catequizó, que era infiel, y le bautizó, que fué el mayor bien que se le podia dar, y de esta suerte murió con esperanza de salvarse el que poco ántes estuvo tan cerca de su condenacion.» En el largo período que estuvo recorriendo el reino de Arima, procuró constantemente animar á los cristianos, y consiguió en efecto reconciliar con la Iglesia más de mil doscientas personas, que hicieron penitencia de sus culpas segun las habia mandado el P. Fr. Juan, y continuaron despues firmes en los muchos combates que tuvieron que sufrir. Era muy devoto del santo Rosario, y tan constante predicador de sus santos misterios, que los japoneses le llamaban el Padre del Rosario, y por su virtud é influencia hizo el Señor maravillosas y grandes conversiones en personas empedernidas y de quienes no podia esperarse semejante resultado. «Andando fundando la santa cofradía en el dicho reino de Arima, dice la crónica, y reconciliando con la Iglesia á algunos renegados, halló un hombre que muchos años habia estaba amancebado, y aunque conocia su mal estado, y veia el camino errado que llevaba, en que claramente echaba de ver que no se podia salvar, no sentia en su corazon pena alguna, ni del mal grande adonde sus culpas le llevaban, ni de lo mucho bueno que con su estragada vida perdia, ni temia lo que con sus perversas costumbres atesoraba para el dia de su muerte y hora del juicio; mas Dios nuestro Señor, doliéndose de su mal y previniéndole para mayores bienes, le tocó en el corazon y movió para que se escribiese en el libro del Santo Rosario y entrase en tan celestial cofradía; comenzó el nuevo cofrade á rezar el Rosario, y como iba pasando las cuentas, iba entrando consigo en las suyas, y aunque luego de presente no las compuso, pero poco á poco le fué el Santo Rosario, como divina lima, cortando la cadena de su pecado, y en su corazon fué haciendo tal efecto, que no le era posible comer, dormir ni sosegar de pena hasta que con el favor de nuestra Señora en breve tiempo de todo punto dejó su mal trato, salió de tan mal estado y se convirtió muy de veras á nuestro Señor; siguiéndole otros muchos que tambien entraron en la cofradía y dieron muy gran ejemplo con la enmienda de su vida.» En una aldea de la tierra de Miye, situada en el mismo reino de Arima, renegó un gran número de personas temerosas de los rigores y tormentos de la persecucion; súpolo el P. Rueda y decidió pasar allí, mas no pudiendo hacerlo, un dia que estaba ocupado en reconciliar á algunos cristianos en el pueblo de Jimanbaca, decidió enviar á un annamita llamado Damian, que llevaba consigo y le ayudaba á catequizar. Instruyóle el Padre lo mejor que pudo, refiriéndole algunos milagros del Santo Rosario, entre otros la grande misericordia que habia usado nuestro Señor con un caballero de Zaragoza, por intercesion del Santo Rosario, en vida del patriarca Santo Domingo, teniendo el Padre en consideracion que los de aquella tierra creian que por sus pecados habian

llegado ya á tal extremo que no podian obtener perdon. Partió Damian de donde se hallaba el Padre, dirigiéndose al pueblo donde habia aquella multitud de renegados, y apénas llegó allí, les comenzó á enseñar la devocion del Santo Rosario, el fin para que se instituyó, las misericordias que habia usado nuestro Señor con los que le rezaban, refiriéndoles en confirmacion de ellos los milagros que el P. Fr. Juan le habia contado. Tales expresiones usó Damian en esta plática, y tal fuerza de espíritu dió el Señor á sus palabras, y de tal modo movió su corazon, que en el acto dijeron setenta hombres que se querian reconciliar con la Iglesia, movidos de tan santa devocion. Llegó despues el Padre al lugar donde estaba Damian y los muchos que querian convertirse á la fe, dió gracias á nuestro Señor y confesó gran número de ellos, inscribiéndoles en la santa cofradía del Rosario, con lo que variaron por completo de vida y costumbres. No fué menor misericordia la que Dios nuestro Señor usó con un hombre viejo, vecino de una aldea llamada Concha, en el reino de Arima, el cual por ser totalmente sordo y serle imposible confesarse donde hubiere gente, procuraron por muchas veces diversos religiosos llevarle fuera del lugar al campo para confesarle con alguna comodidad. Mas no fué posible que el viejo viniese en cosa de lo que le pedian, haciendo materia de honra de que le confesasen donde hubiese gente, pareciéndole afrenta que para confesarle le llevaren donde no hubiese persona: llegó el P. Fr. Juan de Rueda á esta aldea, y procuró lo mejor que pudo aficionarle á la devocion del Santo Rosario; escribióle por cofrade y dióle un rosario para que rezase, y luego al punto el viejo, que no habia querido salir del pueblo á confesarse, y habia treinta y tres ó treinta y cuatro años que no se confesaba, dijo que para que le hiciese buen provecho el nuevo estado que de cofrade habia comenzado, se queria confesar, y que para ello iria donde el Padre le mandase. Llevólo el Padre á un monte y allí le confesó, donde por muchas descomodidades que habia y ser menester enseñarle y disponerle, no se cansó en ir y venir allá muchas veces, causando admiracion en todos los que veian la paciencia y sujecion del viejo que tan dificultoso é imposibilitado se habia manifestado en tiempos pasados. Estos y otros maravillosos sucesos, dice la crónica, que en aquel alterado reino habia visto en bien de las almas y del trabajo grande que la cristiandad padecia, le recordaban el tiempo que por falta de navío estuvo en Manila; y el fuego que habia animado á sus santos compañeros le encendia en fervorosos deseos de ir á ayudar á los pocos ministros que allá habia; mas no estuvo ocioso en Manila, pues compuso y dió á la imprenta dos libros en lengua japonesa para arraigar por completo en los corazones de aquella gente la devocion del Santo Rosario, consiguiendo grandes resultados. Los deseos que tenia de volver al Japon le hacian idear mil planes; pero eran tan grandes las

dificultades, que no podia llevarse á cabo ninguno de los medios propuestos: fueron tales sus instancias que para enviarle á él solo, no al Japon sino á los Lequíos, islas próximas á aquel continente, dió la provincia del Santo Rosario, aunque tan pobre, más de mil pesos, teniendolos por bien empleados, pues se enviaba un ministro á iglesia tan necesitada. Embarcóse, pues, para estas islas que se hallaban sujetas al Tono ó rey de Satzuma, para pasar desde allí con más facilidad en el traje de japonés que habia llevado durante muchos años, sentándole tan bien que engañaba á los mismos naturales. Llegado á los Lequíos se alojó en casa de un hombre principal, y yendo un dia á un templo de ídolos, disputó con el Bonzo á sacerdote sobre la falsedad de los dioses que adoraba, asunto que por haberse ocupado muchas veces en él en el Japon pudo desempeñar satisfactoriamente. El Bonzo quedó vencido, y no sabiendo qué responderle, se enojó contra el P. Fr. Juan y mandó á los criados que le echasen de su casa, y habiendo comprendido por sus palabras que era sacerdote de los españoles, fué á quejarse al señor de aquella tierra, que le mandó llevar desterrado á una isla llamada Araquin, donde permaneció algunos meses. Habia en aquella isla un bosque consagrado á los ídolos annamitas, y tan respetado de sus habitantes que no se atrevian á entrar en él ni pisar su suelo, temiendo grandes castigos de sus dioses, mirándolo como un desacato contra aquellos á quienes el bosque se hallaba dedicado. El P. Fr. Juan intentó persuadirle de su equivocacion con diferentes razones, mas viendo que nada conseguia, dejó las palabras y quiso desengañarlos con las obras, entrando algunas veces en el bosque sin que viesen los extraños casos que decian los isleños habian de suceder en castigo del que se atreviese á pisar el venerado bosque; acusáronle de esto delante del señor de aquel territorio, quien mirandolo como un hecho contrario á sus ritos y como una falta de respeto á sus ídolos, le condenó á muerte. Pusiéronle en una embarcacion diciendo que le llevaban á otra isla, y ejecutando la sentencia de muerte, arrojaron al mar su cuerpo, con lo que glorificando á Dios con muerte violenta, se ofreció voluntariamente en sacrificio á su Criador. Ignórase el dia en que acaeció su muerte, porque fué en un lugar por donde nunca pasaban navíos; pero como en el Japon no se sabia del Padre, estaban con cuidado y áun se lo figuraban los religiosos, y cuando algun tiempo despues se apoderaron los españoles de la isla Hermosa, yendo desde ella el P. Fr. Tomás de S. Jacinto, dominico del convento de Manila, natural del Japon, jóven instruido que se hallaba estudiando á la sazon, vestido en el traje de su nacion por los Lequíos, durante el tiempo que allí se detuvo ántes de entrar en el Japon, averiguó la muerte del P. Fr. Juan, certificóse del suceso, oyéndole de boca del que le habia tenido en su casa, con lo que avisó al provincial en una carta escrita á 3 Enero de 1630 des-

de el Japon, de manera que la provincia se llenó de contento y singular alegría al contar en el número de sus hijos un nuevo y santo mártir. —S. B.

RUEDA (Fr. Juan), religioso dominico, misionero en el Japon hácia el año 1709. Las crónicas nos dan pocas noticias de este Padre, cuya vida entera fué consagrada en beneficio de la humanidad y de la civilizacion. Enviado á un pais donde solo despues de muchos trabajos y persecuciones han conseguido los misioneros que se los reciba para llevar su santa y heróica empresa, tuvo aquellos trabajos y padecimientos y cooperó á la obra que largos siglos ha iniciada se halla, muy distante de su término todavía. No parece sino que falta un nuevo apóstol, que recorriendo aquellos regiones haga fructificar con el sudor de su rostro la semilla sembrada por otros y regada con su sangre. Uno de estos fieles obreros fué el P. Rueda, y ciertamente que sus esfuerzos merecen los mayores elogios de aquellos que conocen las dificultades con que tenian que luchar los misioneros en el imperio de Annam á principios del siglo XVII. Aun hoy que la guerra ha llevado la civilizacion á aquel apartado continente, y que nuestros soldados les han manifestado nuestra decisiva superioridad, suelen oponerse á los progresos del Evangelio y sacrificar á nuestros sacerdotes, ¿que sería, pues, cuando no nos conocian, ni podian comprender todo el valor de nuestra superioridad y civilizacion? —S. B.

RUEDA (Fr. Juan), religioso dominico de la provincia de Filipinas. Fué español segun todas las probabilidades, aunque se ignora las circunstancias de su nacimiento, lo mismo que las principales de su vida; sábese únicamente que pasó á Filipinas á últimos del siglo XV, donde vivió en la religion Dominicana, consagrado probablemente á las misiones, objeto principal de las órdenes monásticas en aquellos países. Devoto del Rosario de nuestra Señora, escribió una obra en su elogio, que es por lo que es conocido, ó probablemente la tradujo solo al idioma del pais, de un original de que no tenemos hoy noticia alguna, pues áun el mismo trabajo del Padre Rueda nos es únicamente conocido por la referencia que de él hace Fernandez en su *Historia del Rosario*; el tratado de Rueda contiene un gran número de milagros verificados por su intercesion, que copió Fernandez, citando á Rueda, de quien los tomaba, procediendo únicamente de aquí las escasas noticias que de él tenemos. —S. B.

RUEDA Rico (D. Diego), obispo de la santa iglesia de Tuy. Nació en la ciudad de Granada á 11 de Octubre de 1575. Fueron sus padres D. Diego Rueda Rico y Doña Beatriz Rodriguez. Estudió con mucha aplicacion y mayor aprovechamiento en aquella ciudad, y se graduó de doctor en teología. Fué catedrático de artes en propiedad, y sustituyó tres años la cátedra, dando relevantes pruebas de su erudicion y grandes conocimientos. Fué

rector del colegio imperial de S. Miguel, beneficiado en la villa de Isnalla, arcediano y canónigo de Cartagena. A 11 de Octubre de 1638 fué presentado para obispo de Tuy. Le consagró en la Real iglesia de la Encarnacion de Madrid D. Fr. Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y asistieron los obispos de Siria y Yucatan. Partió á tomar posesion de la sede, sucediendo en la prelacía á D. Diego de Arce y Reinoso, mas gobernó poco tiempo aquella iglesia. Murió y está sepultado en la misma, y le sucedió el obispo D. Antonio de Guzman. — A. L.

RUEFFES ó RUESSES (Fr. Reginaldo), religioso dominico natural de Lorena, pertenecia á una de las familias más nobles del país, y su educacion fué de consiguiente propia de tan elevada clase. Los sabios más eminentes de su época contribuyeron á su educacion, y así como desde el nacer le sonrió la fortuna, sonrióle tambien la auréola de la ciencia y el saber. Pero él, que se creia llamado á los más altos destinos, y veia un porvenir lisonjero y tal como apénas le habia soñado mortal alguno, abandonó en la flor de su juventud tan brillante perspectiva por el retiro y la soledad del claustro, por la tranquilidad de vida, por el reposo propios de sus estudios y de su aventajada inteligencia. Retiróse, pues, en lo mejor de su vida al convento de Metz, y allí sin más aspiraciones que sus propios estudios, sin otras ideas que las del engrandecimiento de su religion, trabajó con celo y acierto en tan elevados objetos, consiguiendo ventajosos y fecundísimos frutos. Reginaldo, que desde jóven no habia tenido otros sueños que los de la ciencia y la virtud, que habia querido hasta huir del mundo y retirarse de sus grandezas por solo entregarse á sus inclinaciones favoritas, viendo realizadas ya sus esperanzas, se consagró á trabajar noche y dia sin descanso, y muy pronto obtuvo la fama á que era acreedor por su discrecion, prudencia y magnanimidad. Sus estudios, sus adelantos, su capacidad é ingenio le valieron muy en breve ser elevado á las primeras dignidades de la religion; y en efecto, fué primero nombrado predicador general en toda su provincia y censor del tribunal de la fe, ó más bien de las herejías á la sazon reinantes, pues entónces no se hallaba organizado aquel tribunal tal y como lo estuvo despues. Cargos diferentes ambos, pero unidos en un vínculo comun, pues en ambos se trataba de la mejora de las costumbres y de la religion cristiana que queria conservase en toda su pureza y esplendor. Trabajó en ambos objetos con grande celo Reginaldo, no perdonando medio ni fatiga por llevarlos á feliz término, como lo consiguió aunque alguna vez se expusiera á graves peligros, pues en aquellos siglos rudos y groseros en que tanto dominaba, ó por mejor decir, en que dominaba por completo el derecho del más fuerte, los religiosos que llenos de fe y entusiasmo corrian de pueblo en pueblo para predicar las verdades de la religion y procu-

raban impedir los males que su mala ó falsa inteligencia ocasionaban, eran con frecuencia víctimas de su zelo, siendo casi siempre como el blanco de los envenenados tiros de sus adversarios. Más propicia fué en este punto la suerte del célebre Ruesses, que murió tranquilamente en el convento donde habia profesado el año 1345. —S. B.

RUEGO (Fr. Martin), religioso franciscano de la provincia de Burgos, de la observancia regular. Nacido en el siglo XVIII, con piadosas inclinaciones desde sus primeros años, se consagró al estudio de las ciencias en que estaba llamado á brillar algun dia. El claustro, centro de todas sus aspiraciones, fué bien pronto su morada favorita, y allí en alas de su amor y devocion vivió tan contento en los primeros como en los últimos dias de su vida. Su aplicacion le hacia mirar como un oráculo por todos sus compañeros, que no tardaron en brindarle con los más elevados cargos. Negarse, aunque se lo aconsejaba su humildad, hubiera sido un error en quien conocia sus propias fuerzas y se creia llamado á superiores destinos, pero dentro de su Orden, en la que podia prestar servicios á que no estaban dispuestos sus demás hermanos. Aceptólos con placer, desempeñólos con acierto, brilló en ellos por su saber, distinguióse por su piedad, dió muestras de su talento y fué como un astro implantado en el cielo de la religion franciscana. Los cronistas al ocuparse de él, nos dicen que fué presidente del colegio de Santa María de los Angeles de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada. Hallábase aquel establecimiento en el territorio de su provincia religiosa, y necesitaba para dirigirle hombres dotados de superior capacidad, de luces superiores. Estábalo el P. Ruego, habiéndolo probado así durante su larga carrera, ora como maestro, ya como discípulo, y la eleccion por lo tanto no podia ser más acertada. En el desempeño de su difícil cargo manifestó no solo su saber, sino además su piedad y religion, que era por lo que principalmente se distinguia. Sus discípulos, aventajados en la ciencia, lo fueron todavía más en la virtud, y por largos años repitieron con entusiasmo el nombre del que habia sido su padre espiritual, su verdadero amigo y protector. Sin él no hubiesen tenido de religiosos más que el nombre, y en vano hubiesen adelantado en un sentido si hubiesen acabado por perder en el otro mucho más de lo que en aquel avanzaban. Terminadas sus ocupaciones, ocupábase Ruego en la confeccion de libros piadosos, dulce pasto de su alma, alumbrada por la divina luz, y que en ella encontraba su alimento y guía. Es tan dulce la tarea de consagrarse al objeto predilecto de su corazon, seguir paso á paso las sendas por donde nos conduce nuestra voluntad, y llegar contentos y satisfechos al puerto que han soñado nuestros deseos. El P. Ruego, guiado por este natural instinto, compuso sus piadosas obras, obras que han llegado hasta nosotros, que no lee nuestro siglo

por su carácter especial, pero que merecen decidida predileccion de las almas sencillas y devotas que en ellas encuentran lo que para su satisfaccion necesitan. La que conocemos del P. Ruego se intitula: *Purgatorio de la conciencia ó salud del alma;* Burgos, 1598, en 4.°—S. B.

RUEIL (Claudio), natural de París, hijo de un presidente de la casa de moneda de París, y nieto por parte de su madre de Aymon Bucherat, abogado general del parlamento de París. Perdió á sus padres en su infancia, y fué educado en Angers por el cariño de Guillermo Ruzé, obispo de esta ciudad, su tio materno. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, fué sucesivamente obispo de Chartres, síndico del clero, limosnero y predicador de los reyes Enrique IV y Luis XIII, arcediano mayor de Tours, y en fin, obispo de Bayona en 1622. En esta cualidad asistió á la asamblea del clero en 1625, y á la de los notables celebrada en París en 1626. En 1628 fué trasladado de la silla de Bayona al obispado de Angers, en cuya diócesi y catedral fué solemnemente recibido el dia 6 de Julio. Fué un prelado amigo de la paz, que procuró mantener siempre en los pueblos y sociedades en que tuvo alguna autoridad ó influencia. Estableció en su diócesi muchas casas religiosas y reformó otras, cuyos estatutos y los demás que hizo se pueden consultar en la *Coleccion de los de Angers*, publicada en 4.° en 1680: tambien se halla un manifiesto de este prelado al frente del tratado de Santiago Eveillon: *De processionibus ecclesiasticis*; impreso en 8.° en 1641, en París. Murió Claudio Rueil el dia 20 de Enero de 1649, á la edad de setenta y cuatro años y á los veintisiete de su pontificado.—C.

RUEL (Juan), natural de Soissons, canónigo de la iglesia de París y médico de Francisco I, muerto en 1539 á los sesenta años: dejó muestras de su saber en dos obras poco apreciadas hoy: *De natura stirpium*; París, 1596, en fólio; que no es más que una compilacion.—*Veterinariæ Medicinæ scriptores græci*; París, 1570, en fólio.—S. B.

RUELLO (P. Fr. Estéban), religioso del convento de nuestra Señora de Atocha de Madrid, convento que segun la Crónica de la órden de Santo Domingo se fundó en 1525, aceptándole la provincia de Castilla en el capítulo provincial celebrado en S. Pablo de Burgos á 12 de Febrero de aquel año, siendo provincial Fr. Diego de Pineda, y definidores el Maestro Fr. Diego Lozano, prior del convento de Burgos; el Mtro. Fr. Diego de S. Pedro, prior de Sto. Domingo de Piedrahita; el prior Fr. Juan Hurtado, prior de S. Estéban de Salamanca, y el P. Fr. Bernardo Manrique, prior de S. Pablo de Valladolid. Ha sido siempre muy frecuentado y reverenciado este convento por la santa imágen de nuestra Señora de Atocha. Fué mucho ántes de ser monasterio de religiosos, ermita consagrada á la Vírgen, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos. Procuraron esta santa casa para

la órden de Predicadores el año 1522 el Ilmo. general Fr. García de Loaisa, que murió siendo arzobispo de Sevilla é inquisidor general, y el P. Juan Hurtado de Mendoza, confesor de la reina Doña Juana y del emperador Cárlos V, favoreciendo su pretension el licenciado Francisco de Vargas, vecino de la villa de Madrid, padre de D. Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia, abad que era á la sazon de Sta. Leocadia, dignidad de la santa iglesia de Toledo, en cuya jurisdiccion se hallaba la ermita de nuestra Señora de Atocha. Obtenido el consentimiento del emperador para la cesion de la ermita, se pidió licencia al papa Adriano VI, que se hallaba á la sazon en Vitoria, donde recibió la noticia de su eleccion. Suplicósele que con voluntad del poseedor, se desmembrase la ermita de la referida abadía de Santa Leocadia, y se diese al P. Mtro. Fr. Juan Hurtado. Concedió Su Santidad la licencia, con la que al año siguiente, en la villa de Valladolid, á 26 de Enero de 1523, el expresado abad dió su consentimiento con plena voluntad, para que la mencionada ermita se diese con todos los bienes muebles y ornamentos de paño, seda, oro y plata que en ella se encontrasen, siendo suyos, á la órden de Santo Domingo, para que en ella hiciesen convento, dándoles al mismo tiempo todo el territorio propio de la ermita que era necesario para edificar el convento, dependencias y huerta, y para la ejecucion de todo poder á Francisco de Vargas, alcaide del alcázar de la villa de Madrid, y á Diego Lujan para que diesen posesion de la ermita al Rmo. P. General, al P. Provincial de Castilla, ó al P. Mtro. Fr. Juan Hurtado. Anduvo por algun tiempo ocupado este último padre en arreglar los asuntos de otras comunidades, remediando los daños que en ellas se habian originado, y concordando los ánimos de los vasallos con su rey, con quien tuvo mucho valimiento. Por este motivo, á 21 de Febrero del año 1523, dió su poder al P. Fr. Juan de Robles, á quien el P. Mtro. habia dado el hábito en S. Ginés de Talavera; autorizóle, pues, para que con otros dos padres tomase posesion de la referida ermita en su nombre, lo que se verificó así á 11 de Julio del año mencionado. A su presentacion, Francisco García, clérigo y capellan de la referida ermita, entregó todos los ornamentos y demás cosas á ella pertenecientes, que eran en gran número y de mucho valor. Fundóse el nuevo convento con tanta piedad como penitencias, guardando los religiosos perpétuo silencio, gran recogimiento y observancia en el vestido, camas y comida, cumpliendo lo que Sto. Domingo habia mandado. No tenian colchones en las camas, la comida era pescado ó huevos, y á veces pan y agua, haciéndolo todo con la entereza y rigor de las constituciones, á imitacion del santuario de S. Ginés de Talavera, de donde vinieron los fundadores. Verificóse todo esto siendo rey de España el emperador Cárlos V, sumo pontífice Adriano VI, general de la órden de

Sto. Domingo, Fr. Francisco García, y provincial de España el presentado Fr. Diego de Pineda. No habiendo dónde habitar los religiosos, construyeron en gran parte el convento los Sres. D. Rodrigo Manrique, y Doña Ana de Castilla su mujer, grandes bienhechores de esta casa, los cuales mandaron edificar á sus expensas las celdas, sacristía, capítulo, refectorio y demás dependencias necesarias, dando muchos ornamentos y cosas de sacristía, y mil setecientos ducados en dinero. Despues el referido abad de Sta. Leocadia D. Gutierre de Carvajal, obispo á la sazon de Plasencia, continuó como primer fundador la obra á que habia dado principio, edificando el dormitorio, en el que habia otros tres con sesenta celdas, además de otro dormitorio en la parte superior que servia para los novicios. Hallándose la casa casi terminada, se edificó el claustro bajo con limosnas del marqués de Villena, que fué otro de los bienhechores de este monasterio. La capilla mayor de la iglesia se construyó con la dotacion dejada por Doña Beatriz Velasco, hija del conde de Nieva, patrona y señora, y en la que fué sepultado su marido D. Rodrigo Manuel, último sucesor varon del célebre infante D. Juan Manuel. Dejó la referida señora al conde de Nieva D. Antonio, hermano suyo, y á los sucesores en su casa la referida capilla, habiéndola dotado en dos mil ducados de renta, además de otras muchas cosas de su cámara de que hizo donacion. Terminóse la capilla mayor el año 1558, y se trasladó el Santísimo Sacramento á 22 de Marzo, dia de Pascua de Resurreccion. Otro de los bienhechores de este monasterio fué Doña Leonor de Ayala, mujer de D. Gerónimo de la Cueva, comendador de Garrigosa en la órden de Santiago, que dejó toda su hacienda á este convento, consistente en trescientos ducados de renta en pesos y otros bienes muebles. Con estas dotaciones y otras muchas, sostenia el convento cerca de setenta religiosos, y los estudios de artes y teología, conservando el rigor con que se fundó, y continuando el buen ejemplo que dieron los primitivos padres de la religion dominica. Posteriormente se edificó tambien de nuevo la capilla de nuestra Señora en el mismo lugar que habia ocupado la antigua, pero su fábrica es más suntuosa y de mayor capacidad; se edificó á expensas de Felipe II, haciéndose la traslacion de la santa imágen el dia de la Anunciacion de la Vírgen el año 1588. La comunidad, en recompensa de la merced recibida de Su Majestad y de las limosnas que habia dado el dia en que se trasladó la imágen, dijo una misa cantada por S. M., lo que se continuó luego constantemente en el mismo dia de la Anunciacion y al otro de S. Felipe y Santiago. Poco ántes de morir aceptó Felipe II el patronazgo de la capilla, y la mandó asentar en los libros de su Real patronazgo, y despues su hijo Felipe III mandó hacer el retablo y aceptó el patronazgo de la Capilla Real de Nuestra Señora de Atocha, mandando que se llamase así,

y la comunidad, á últimos de Octubre de 1602, dió el referido patronazgo á S. M. interponiendo su Real palabra de que jamás le enajenaria, y le puso sus armas y corona como capilla suya. Tiene esta capilla, continúa la Crónica, gran cantidad de votos, muchas riquezas y cuarenta y cinco lámparas de plata, que arden de dia y noche. Dió el Rey la Real cédula de patronazgo en Valladolid á 10 de Noviembre de 1602, la cual se halla concebida en los términos siguientes: «Por cuanto el prior, frailes y el convento de Nuestra Señora de Atocha, de la órden de Sto. Domingo, extramuros de la villa de Madrid, con licencia de su provincial otorgaron la escritura por la cual en reconocimiento de las mercedes y favores que la dicha Orden y aquella casa recibieron del Rey mi señor, y de los señores Reyes mis predecesores, que santa gloria hayan, y que últimamente Su Majestad les hizo merced de un retablo para la capilla de Nuestra Señora, que está sita en la iglesia de dicho monasterio. Y considerando asímismo los beneficios y favor que recibe de mí la dicha Orden, y los que esperan recibir en adelante, han tenido por bien los dichos prior, frailes y convento de darme el patronazgo de la dicha capilla de Nuestra Señora, para que de aquí adelante se intitule y llame capilla Real y patronazgo mio y de los Reyes mis sucesores, como si de fundacion fuera erigida con título Real, como las demás capillas y monasterios que tengo en estos reinos de mi patronazgo Real, y de aquí adelante la bóveda que hay en la dicha capilla haya de estar cerrada y abierta á mi disposicion, y de los señores Reyes mis sucesores, y que no se ha de poder depositar ni enterrar en la dicha bóveda y capilla persona alguna, si no fuese Real, ó quien yo, ó los Reyes que despues de mí sucedieren en estos reinos, ordenáremos y mandáremos; que podamos poner en las paredes de la dicha capilla nuestras armas Reales y letreros para que se vea y sepa es de mi patronazgo Real, con que yo prometo que en ningun tiempo saldrán, ni se enajenarán de él las referidas capillas y bóveda, ni se darán por enterramiento á persona alguna que no fuese de mi Real casa, suplicándome los dichos prior, frailes y convento fuese servido de aceptar el dicho patronazgo y tomar debajo de mi proteccion y amparo la dicha capilla. Y en reconocimiento de esto, se obligan que harán perpetuamente para siempre jamás en el altar de Nuestra Señora, por mí y los Reyes mis sucesores, cada año dos fiestas. La una el dia de los gloriosos apóstoles S. Felipe y Santiago, y la otra el dia de Nuestra Señora de la Encarnacion, diciendo cada una de ellas vísperas y misa cantada solemne con diácono y subdiácono, poniendo para ello á costa del dicho convento la cera y el demás recado necesario: segun que más largamente se contiene en la dicha escritura. Y habiéndose visto en mi Consejo de cámara por la presente la confirmo y apruebo, y he por buena en todo y por todo, segun y como en ella se contiene.

Y mando se guarde y cumpla sin que en ello, ni en parte de ello se ponga dificultad ni impedimento alguno, y por esta mi cédula, acepto el dicho patronazgo en la dicha capilla y su bóveda, segun y de manera que en la dicha escritura se contiene y declara, y por los Reyes de Castilla mis sucesores que por tiempo fuesen. Y como tal patron tomo debajo de mi proteccion Real, mano y amparo, la dicha capilla y sus bienes, rentas, privilegios, exenciones y todo lo tocante y concerniente á ella, para darles yo y mis sucesores todo mi favor y ayuda. Y prometo por mi palabra Real, por mí y por los Reyes mis sucesores, que en ningun tiempo la dicha capilla y su bóveda saldrán ni se enajenarán de nuestro patronazgo Real, ni le daremos por enterramiento á persona alguna que no fuese de nuestra casa Real. Fecha en Valladolid á 10 de Noviembre de 1802 años.» Esta iglesia ha continuado desde entónces bajo la proteccion de nuestros monarcas, sin que las vicisitudes por que ha pasado durante las guerras del anterior y del presente siglo hayan disminuido en nada, ántes bien han aumentado en mucho, la devocion que se la profesa. Recientemente ha sido declarada Basílica por Su Santidad Pio IX, y tiene la suficiente dotacion de clérigos á expensas de S. M. Unida hoy al cuartel general de Inválidos, y adornada con las banderas de la guerra de la Independencia, civil y de Marruecos, parece destinada á ser como la iglesia del depósito de los veteranos del ejército español, con lo que se aumentará mucho su gloria y esplendor, inmemorial para los madrileños y áun para todos los españoles. En cuanto al P. Ruello es uno de los religiosos que fueron depositados en la sala del capítulo de este ex-convento, mereciéndolo así por sus virtudes y cargos que en la Orden habia desempeñado. —S. B.

RUELLON (B.), mártir franciscano francés de la provincia de Poitou, donde tomó el hábito y profesó en un convento llamado de Niort, sobre el que podemos dar escasas noticias. No son mucho mayores las que podemos dar de Ruello, sabemos que siguió sus estudios con grande agrovechamiento, y llegó á ser doctor en sagrada teología, y que ejerció diferentes cargos en su provincia, hasta el de custodio, que era el más notable. Fué por último martirizado hácia 1562, sin que sepamos los tormentos que precedieron á su muerte, ocasionada sin duda por los hugonotes, que tenian toda la Francia en continua rebelion. La Orden Seráfica recuerda el glorioso nombre de este mártir en 7 de Junio. —S. B.

RUESTA (P. D. Francisco), de la Congregacion de S. Felipe Neri de Madrid, habia nacido en la ciudad de Jaca el año de 1740. Fué eclesiástico de reputacion en sus ministerios, y un literato aplicado á estudios y obras útiles, y tan conocido por sus desvelos eruditos como por su modestia, pues habiendo trabajado la version, de que se tratará, la dió al público bajo otro

nombre. Murió en Madrid, habiendo escrito: 1.° *El Hombre feliz, independiente del mundo, ó de la fortuna, ó Arte de vivir contento en cualesquiera trabajos de la vida, dedicado á la Serma. Sra. Infanta Doña Carlota Joaquina, obra escrita en portugués por el P. D. Teodoro de Almeida, de la Congregacion del Oratorio, y de la Academia de Ciencias de Lisboa, de la Real Sociedad de Lóndres y de la de Vizcaya, traducida por el Dr. D. José Francisco Monserrate y Urbina, presbítero;* en Madrid, por Blas Roman, 1782 y 1784, y otra vez en 1785, siempre en tres tomos en 8.° El informe que tengo de este asunto me cerciora en 1786 que el referido P. Ruesta tiene mucho trabajado para imprimir esta obra con *adiciones y correcciones*, que le añadirán mayor estimacion, y que tambien tiene *otros trabajos literarios* que dan bien á conocer su buena y selecta literatura. — L.

RUESTA (D. Francisco de Herrera y). Sus ilustres padres eran de Albarracin, donde nació en el dia de la Natividad del Señor de 1473. Obtuvo beca en el colegio mayor de S. Bartolomé de Salamanca en 14 de Abril de 1497, y una cátedra de cánones en su universidad. Fué tambien juez metropolitano de Santiago, y un letrado docto y ejemplar. El cardenal Don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, le hizo su comensal, y envió á Roma para tratar de la fundacion de la universidad de Alcalá de Henares, como escribió Alvar Gomez, en la *Vida de aquel prelado*; lib. II, página 41, y esta escuela lo tiene así reconocido. Fué despues chantre y abad de la iglesia magistral de esta ciudad, su vicario general, canónigo de Toledo, provisor de su arzobispado, capellan mayor de la capilla de los Reyes nuevos de esta santa iglesia, inquisidor de esta ciudad y de la general de España, obispo de Ciudad-Rodrigo, arzobispo de Granada y presidente de su Real chancillería, donde murió el año 1518. Sirvió con fidelidad al emperador Cárlos V contra las comunidades levantadas en Castilla y en otras naciones; de modo que este soberano, atendiendo á estos servicios, dió privilegio, en que arma caballeros á Juan y Pedro de Herrera, hermanos de dicho prelado, quien escribió: 1.° *Papeles de sucesos y cosas notables de sus tiempos;* y tambien 2.° *Diversas epístolas, dignas de conservacion.* Son muchos los que refieren su memoria, entre ellos el canónigo Blasco de Lanuza, en varias páginas de sus *Historias.* D. Luis Páramo. *De orig. inquist.*, lib. II, pág. 28. El licenciado Francisco Bermudez Pedraza en la *Hist. de Granada*, lib. III, pág. 99, y D. Francisco Ruiz de Vergara, en la *Vida de D. Diego Anaya*, pág. 151. — L.

RUESTA (D. Jaime de), de Aniñon, comunidad de Calatayud y canónigo de la Real insigne iglesia colegial de nuestra Señora de la Peña de Calatayud, desde fines del siglo XVI. Dió bien á conocer su piedad y literatura, á principios del siglo XVII, en un libro de las grandezas de España, que tituló:

*Desengaños del mundo;* año 1611. En esta forma dió noticia de esta obra el canónigo Blasco de Lanuza en sus *Histor.* tom. I, lib. V, cap. XLIII, página 561, col. I; y en el mismo tomo, libro III, capítulo VII, pág. 269, columna I, cuenta á este autor entre otras muchas personas de erudicion que tuvo la dicha iglesia. D. Nicolás Antonio, en su *Bibliot. Hisp. nov.*, tomo I, pág. 407, col. II, dice lo mismo, y que la edicion la hizo Gabriel Graells en 8.°, en Barcelona. —L.

RUET (Fr. Cristóbal), carmelita descalzo, natural de uno de los pueblos franceses confinantes con España. La nobleza de su sangre, la abundancia de sus riquezas, la bizarría del natural, y sobre todo el deseo de brillar en extraños países y despues en el propio, le condujeron á la universidad de Alcalá, donde comenzó á estudiar con la ligereza y travesuras propias de un jóven. Habiendo rondado una noche con otros amigos, al despedirse de ellos les dijo en alta voz: «Adios, señores, hasta mañana.» mas al punto vió junto á sí un negro disforme que le dijo: ¿Y quién le ha dicho que ha de llegar á mañana? Temió esto, apresuró el paso, y oyendo á poco que anduvo segunda y tercera vez las mismas palabras, cayó desmayado en tierra, mas tan cerca de su casa que lo pudieron sentir los que en la puerta le estaban aguardando. Lleváronle á su cama, y vuelto en sí despues de algun espacio, aunque no desnudo del asombro, pasó la noche preguntando qué hora era. Vistióse en sabiendo que amanecia, fuése al colegio que tenian en Alcalá los Carmelitas descalzos, refirió el caso al P. Rector, pidiéndole el hábito, y siendole concedido, le enviaron á Pastrana á hacer el año de probacion. Aprovechó tanto en la presencia de Dios, que segun afirmaron sus maestros, desde el instante en que entró en aquella casa hasta que salió de ella, nunca faltó á ninguno de sus deberes. Conocíase bien en la admirable modestia y compostura de su persona, pues nunca le vió nadie levantar los ojos, ni él se entretenia áun en cosas que á otros parecian útiles y convenientes. Unicamente solia decir para humillarse y como quien cuenta de sí una grande imperfeccion. No puedo mortificarme en tener los ojos bajos despues que el sacerdote ha consagrado la hostia, porque siempre tengo de mirarla; en lo demás no siento dificultad, sino consuelo.» Su lengua andaba con sus ojos tan medida, que ni habia de hablar ni oir que otros hablasen cosas que no fuesen de Dios, ó cuando tocaba cosas á sus estudios: Fué de ingenio muy agudo, mas como todo lo ocupaba en la ciencia mística, no daba cuanto pudiera á la escolástica, ni queria por no desaguar el raudal de su devocion por el cáuce de las sutilezas y argumentos, segun dice la crónica; pero con ser tan interior, era su afabilidad de manera que robaba los corazones, y de todos tan querido, que con propiedad se pudo decir de él: Era amado de Dios y de los hombres. En la regular observancia fué

tan riguroso como puntual, y á todos hacia que lo fuesen la eficacia de su ejemplo. Muchas experiencias hubo del conocimiento que le comunicó el Señor para conocer lo que en los interiores pasaba, y él mismo refiere dos ó tres bastante extrañas. Saliendo de Manzanares para Toledo, donde iba á ordenarse de Evangelio la semana de la pasion y el sábado santo de misa, le salió á despedir el P. Fr. Pedro, que entónces era corista, y le dijo: «Ya, hermano Fr. Cristobal, en volviendo sacerdote perderemos la amistad, y no se acordará de su siervo»; á lo cual respondió: «Diácono sí, sacerdote no, ni lo sería jamás, porque no es justo lo sea quien tan poco lo merece.» Así sucedió, porque habiéndose ordenado de diácono, dispuso Dios las cosas de manera, que en dos años que despues vivió, ya por enfermo, ya por mudanzas de conventos, no tuvo ocasion de ordenarse. Díjole en otra ocasion muchas cosas que le habian pasado, y en especial lo mucho que habia de ejercer el cargo de predicador, cosa entónces tan contraria á lo que todos esperaban, no solo para aquel ministerio, sino tambien para hablar en público, que puso en condicion el crédito en que le habia tenido; mas el tiempo lo confirmó, siendo pocos los predicadores de la órden del Cármen que han sido oidos con más aprecio en Madrid, Toledo y Alcalá. Trasladado despues á este colegio por ver si la temperatura le era más favorable, se le aumentaron en extremo las enfermedades, á pesar de lo cual dió tantos ejemplos de paciencia y resignacion, que religiosos, médicos y cirujanos no sabian apartarse de su cabecera. El doctor Pedro García, catedrático á la sazon de aquella universidad, y médico despues de cámara, le cobró tan grande afecto, que á pesar de su áspero natural empleaba con él dos horas, y decia que no dejaba de estudiar un momento, no para darle la vida, que ya no era posible, sino por alargársela, porque en su opinion era de las más apreciables que podia haber en la tierra. Así lo dió el Señor á entender al licenciado Juan Diaz, persona de gran nombre y espíritu, diciéndole por tres veces: «Si quieres ver un retrato vivo de Job, y que compite con él en la paciencia, acude al Cármen descalzo y pregunta por el enfermo.» Fué al colegio, porque hasta entónces no habia tenido noticia del hermano Fray Cristóbal, visitóle y quedó tan edificado de su conformidad en medio de tantos dolores, que pidió al P. Rector (sin declararle lo que en la oracion le habia pasado, se lo dejase ver y regalar el tiempo que tuviese de vida, y así lo hizo. Murió como un santo, y habiendo este siervo de Dios asistido á su dichoso tránsito y entierro, y colocado el cuerpo los religiosos, por órden del P. General, en una caja y sepultura separada, dijo que lo estimasen en mucho declarando por honra de Dios y del venerable Cristóbal lo que le habia declarado el Señor en la oracion. — S. B.

RUET (Fr. Jacobo), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de

Paula, célebre por su inocencia de vida y pureza de costumbres, que dió orígen á que se le mirase como uno de los astros más refulgentes de su siglo en virtud y santidad, siendo un verdadero modelo que tuvo no pequeña influencia en la reforma que por entónces se verificó en su religion. Por desgracia carecemos de noticias acerca de su vida, contentándose los autores con indicar lo que arriba dejamos apuntado. —S. B.

RUFANO (Fr. Bernardo), religioso de la provincia de Otranto. Este siervo de Dios no eligió sendas especiales de religion, fuera de la vida comun, mas seguia esta con tanta devocion y afecto que jamás se notó en él cosa que de reprenderse fuera, y cuán grato fué esto siempre al Señor, lo manifiesta el siguiente suceso que tomamos del apéndice de la tercera parte á las crónicas de los Capuchinos: «Agravado de una fiebre maligna, molesta y última enfermedad, tolerada con suma conformidad y paciencia, y recibidos los santos sacramentos con igual reverencia y devocion, llegó al agonismo. Y siendo para todos punto terrible y formidable, fué para Fr. Bernardo el más festivo; pues incorporándose en la cama y poniéndose de rodillas, como si hubieran resucitado sus perdidas fuerzas, dijo á los religiosos que le asistian: Vosotros estais de pie, ¿no os arrodillais como yo? ¡oh que dulce es para mí la muerte.» Dicho esto, inclinó la cabeza con grande tranquilidad, año de 1614. — S. B.

RUFAT (D. Francisco), canónigo y vicario general de Barcelona y gobernador de la diócesis por el Ilmo. Sr. D. Miguel de Ricoma, ausente. Celebró un sínodo y publicó las *Constituciones sinodales* en 1355. Se hallan en un códice de la *Bib. del Escorial I. C. est. II, n.* 7. — *D. Nic. Ant. B. Vet., lib. XIX, cap. V, pág.* 162. —A.

RUFFEC (Elías de), religioso de S. Marcial de Limoges, y capellan de Enrique II, rey de Inglaterra; continuó la noticia cronológica de los abades de aquel monasterio comenzada por Ademar de Chabannois. Ademar concluyó en 1029 y Elías en 1154 con estas palabras: *Obiit vigesimus secundus abbas Petrus IV id. Septembris, anno ab Incarnatione Domini* 1174; *in quo anno sedata est tempestas inter Henricum probissimum regem Angliæ et filios suos, quæ ferè per duos annos duraverat. Helias de Ruffiaco, capellanus suus, earum rerum scriptor, quem de suo beneplacito hujus ecclesiæ monachum fecit. Ruffec, Ruffiacum* en latin, es una aldea del Angoumois, sobre el Charenta, á seis leguas de Angulema. El P. Labbé ha insertado este opúsculo de Elías de Ruffec en el tomo II de su nueva Biblioteca de manuscritos. Tambien se supone al mismo Elías autor de un poema latino que encontró Ducange entre los manuscritos de la abadía de S. German, y que indica con este título: *Livi monachi libellus sacerdotis heroico sed rudi carmine compositus in Biblioth. Sangermana, cod.* 634.—S. B.

RUFFELARIUS (Fr. Francisco), dominico flamenco natural de Gante, donde abrazó la órden de PP. Predicadores, y profesó en 6 de Febrero de 1537. Desde su noviciado manifestó abundar en las mejores cualidades para la carrera religiosa que habia abrazado, distinguiéndose mucho por sus grandes virtudes de humildad, obediencia, zelo, prudencia y devocion. Su amor á la observancia regular aumentó en extremo la fama que ya desde un principio habia adquirido y fué el orígen de sus futuros aumentos. Hizo al mismo tiempo grandes adelantos en los estudios, proviniendo de aquí su celebridad, debida á algunas obras en la actualidad poco conocidas. Hacia ya algunos años que habitaba el convento de Gante, habiéndose atraido el amor y respeto de todos los religiosos, que le apreciaban como padre y amaban como hermano, cuando fué elevado al cargo de prior de aquella casa, que como hemos dicho era la de su profesion. Desempeñóle con zelo y acierto, dando muestras de las grandes cualidades que le adornaban, y que como arriba hemos dicho habian sobresalido en él desde su juventud; así que sus compañeros, que tanto le habian apreciado hasta entónces, le miraron de allí en adelante con doble cariño, y le reeligieron hasta cuatro veces en aquel puesto tan dignamente ocupado por él. Ejerció tambien otros dentro y fuera de la Orden, á cual más elevados todos, sin que podamos citarlos detalladamente, pues las crónicas se hallan en este punto muy faltas de noticias, cosa nada extraña en verdad si se atiende á que Rufelario vivió durante las guerras de los Países Bajos, siendo por lo tanto muy perseguido de los herejes, que no contentos con amenazarle en repetidas ocasiones con la muerte, le enviaron al fin desterrado en 1570, padeciendo todo género de privaciones y fatigas, en un país exhausto por la guerra, lleno de una soldadesca desenfrenada y teniendo que sufrir cuanto se le mandaba, no para librar su vida, sino por el deber que tenia de salvar las de sus súbditos y conservarlos sanos é ilesos en medio de todo género de peligros y dificultades. Muchos fueron los trabajos que pasó Rufelario, no solo en el camino, sino tambien durante un destierro que duró próximamente veinte años, falleciendo poco despues de su regreso en 28 de Octubre de 1596. Segun refiere Gilberto de la Haya en la Biblioteca Belga dominica, manuscrita, de donde lo ha tomado el P. Echard para su célebre Bibliografía de escritores de la órden de PP. Predicadores, añadiendo ambos que escribió en su idioma natal un folleto con este título: *Exposicion de la Oracion dominical;* Gante, por Cornelio Maurilio, 1592, en 16.°—S. B.

RUFFELET (Cristóforo-Miguel). Nació en S. Brienne el dia 11 de Enero de 1725. Se ordenó de sacerdote en 1649, y llegó á ser canónigo de la colegial de S. Guillermo, y despues de la catedral de esta ciudad. Haciéndole perder la revolucion su canonicato, le recobró despues del concordato, y mu-

rió en S. Brienne el dia 21 de Agosto del año 1806. Fué tan entusiasta de las ciencias y de las letras, que le obligaron desde sus primeros años á formar una buena biblioteca de obras pertenecientes á todos los conocimientos humanos, la que legó al morir al obispo de S. Brienne para que fuese pública y se ilustrasen sus compatriotas. El abate Ruffelet habia hecho un especial estudio de la historia y de las antigüedades de su país, proponiéndose coordinar todas las noticias que habia adquirido en una obra sobre el obispado de S. Brienne, pero se limitó á publicar sobre esta ciudad un opúsculo titulado: *Annales Briochines*, ó compendio cronológico de la historia eclesiástica, civil y literaria de la diócesi, enriquecida con muchas notas históricas, geográficas y críticas, cuyo libro se publicó en S. Brienne en 24.° el año 1771. Esta obra, en la que con gran habilidad y sagaz ingenio ha hecho figurar su ciudad natal, en primera línea en la historia de Bretaña, se ha consultado con mucho fruto siempre que se han querido obtener noticias exactas acerca de la historia, de la estadística religiosa en los tiempos anteriores á la revolucion, y de la genealogía de algunas familias del país. El abate Ruffelet compuso además unas *Reflexiones críticas sobre la Historia de Carahaix*, por La Tour d'Auvergne, que segun su biógrafo Mr. Prosper-Lebot se han insertado en el *Diccionario histórico y geográfico* de Ogea.—C.

RUFFINI (Felipe). Este cardenal fué romano del rione Pigna ó Parione. Nació de nobles padres, y vistió el hábito de Sto. Domingo; habiendo llegado á ser doctísimo teólogo y famoso predicador, fué nombrado penitenciario menor de la Basílica Vaticana. Clemente VI le hizo obispo de Isernia el año 1347, y Urbano V, el de 1367, lo trasladó á la silla de Tívoli, en cuya diócesi celebró el sínodo en 1369. En el cónclave celebrado para la eleccion de Urbano VI fué custodio del pueblo romano con los obispos de Marsella y de Todi. Considerándole de corazon grande y magnánimo, el Pontífice, en 28 de Setiembre de 1378, le creó cardenal sacerdote de Santa Susana, y al siguiente año le expidió con el cardenal Orsini, obispo de Aversa, de legado *ad latere* por toda la Italia, que se hallaba revuelta por el cisma del antipapa Clemente VII, á fin de mantener á los pueblos en la obediencia de su legítimo pontífice Urbano VI. Cumplió Ruffini su mision con gran acierto y valor, principiando su visita por las ciudades de Pisa y Luca, y siguió por las demás predicando con robusta elocuencia contra las pretensiones del antipapa y defendiendo los derechos incontestables de Urbano VI. Confirióle este Papa, igualmente que al cardenal Orsini, la facultad de allanar, vender y dar en premio y en feudo los bienes de las iglesias, castillos y tierras, sin intervencion de los obispos, en donde así lo exigiesen las necesidades de la Santa Sede. Asaltó la muerte á este príncipe de la Iglesia á los dos años de haber sido creado cardenal, el año 1380, en Roma, y fué sepul-

tado decorosamente en la iglesia de Santa Sabina de la misma ciudad.—C.

RUFFO (Antonio), cardenal descendiente de una antigua y respetable familia de Nápoles, nació en Bagnara de la Calabria, feudo de su nobilísima casa. Llevado á Roma cuando apénas contaba catorce años, fué colocado en el Colegio Clementino, en donde hizo no comunes progresos en las ciencias, dirigido por el cardenal Tomás Ruffo, su tio. En 1716 emprendió la carrera prelaticia, nombrándole Clemente XI legado de Rávena, y en 1720 inquisidor de Malta. Reclamándole á los nueve años á Roma el pontífice Benedicto XIII, le proveyó de un clericato de Cámara con la presidencia de la Gracia, la que supo desempeñar con tal talento y buena intencion, que mereció el aplauso público. Clemente XII en 1739 le promovió á la plaza de auditor general de cámara, y por su integridad y justificacion, Benedicto XIV, en 9 de Setiembre de 1743, le creó cardenal sacerdote de S. Silvestre *in Capite*, y le inscribió en las congregaciones de la Propaganda, de los Ritos y otras. La nueva dignidad aumentó en él la benignidad, la cortesía, la piedad y otras virtudes que lo ensalzan en las *Memorias de S. Silvestre in Capite*, por Carletti. Afligido por una molesta enfermedad, fué al lugar de su nacimiento para ver de recobrar la salud con los aires natales; pero le sucedió al contrario, pues aumentándose su mal, murió en la misma casa en que habia nacido, el dia 22 de Febrero de 1753, ocho dias despues de la muerte del cardenal su tio, á los sesenta y cinco años de edad, y fué sepultado en la iglesia de Capuchinos de Bagnara sin ninguna pompa fúnebre.—C.

RUFFO (Fabricio). Este célebre Cardenal, al que se llamó en Italia el General Cardenal, nació el 16 de Setiembre de 1744 en el reino de Nápoles, tierra de S. Lucido, feudo de su ilustre familia en la Calabria Citerior, de los duques de Bagnara y Baranello, que en esta época no poseian gran fortuna. Desde su infancia, segun Moroni, demostró una gran vivacidad de ingenio y un carácter firme y decidido para superar cuantos obstáculos se opusiesen á su voluntad. Aún no contaba cuatro años cuando le llevaron á Roma para que se educase bajo los auspicios de su tio el cardenal Tomás Ruffo, decano del Sacro Colegio. Encontrábase en la corte de este insigne purpurado, en calidad de auditor, Juan Angel Braschi de Cesena, el que al recibir al niño Ruffo cuando llegó, le puso sobre sus rodillas para acariciarle. Queria Fabricio jugar con la cabellera de Braschi, pero como este se lo impidiese, fastidiado de aquel obstáculo le dió una bofetada con su manita, cuya accion dió bien á conocer lo impetuoso de su carácter. No fueron sin objeto los amorosos cuidados de su tio para la educacion de su sobrino, pues que en sus estudios hizo tan rápidos progresos, que superó á cuanto se habia concebido de su ingenio á primera vista; y así es

que áun en su tierna edad adquirió fama de privilegiado saber en las ciencias filosóficas y muy especialmente en la física y en la economía política, por lo que dejó bien sentado su nombre en el noble é ilustre colegio Clementino en que pasó algunos años. Murió el cardenal Tomás Ruffo en 1753, y quedó Fabricio huérfano de tan buen protector; pero como ya se habia hecho un buen nombre, su familia le dejó en Roma en la inteligencia de que no dejaria de hacer fortuna. Angel Braschi, de quien acabamos de hablar, llegó á ser papa con el nombre de Pio VI, y no olvidándose de la bofetada que siendo niño le habia dado Fabricio, al que recordaba este hecho con suma amabilidad, y teniendo presente al propio tiempo su mérito personal, por esto y por la gratitud á la memoria de su tio el cardenal Tomás, le admitió á la prelatura, primero entre los referendarios de ambas signaturas, y en 1781 entre los clérigos de cámara, en la plaza de Mr. Tiberio Ruffo, su pariente. En 1784 se le promovió á tesorero general, comisario general del Mar y superintendente del castillo di Santo Angelo, cargo que en aquella época puede decirse era el principal de Roma, porque además del ministerio de Hacienda, reunia á la sazon mucha parte de las atribuciones de los ministerios del Interior, de Guerra y de Marina. Apénas tomó posesion de sus elevados cargos, que manifestó su gran capacidad en las instrucciones que dictó para el desarrollo de todos los ramos de economía pública, y en las muchas y útiles operaciones que practicó. Desplegó mucho celo por el bien de los estados de la Iglesia é introdujo en ella muchas y utilísimas mejoras. Publicó una ley pontificia, por la que se ofreció un premio á los terratenientes propietarios que plantasen olivos, ley sumamente previsora que produjo felices resultados. Habiendo en Roma escasez de moneda en comparacion de las fatales cédulas ó billetes de crédito monetal, se resentia mucho el Monte de Piedad por el monopolio que pusieron en juego los especuladores que siempre se presentan en las calamidades públicas de esta especie para medrar á costa del prójimo. Para poner remedio á este mal diputó el Papa á una congregacion de cardenales y prelados, la cual determinó que el Monte exigiese el cinco por ciento, que se pusiesen en circulacion cédulas pequeñas de cinco á diez escudos, las que pudiesen descontarse en dinero en el mismo Monte, con lo cual se evitó algun tanto la inmoralidad y exigencias de los especuladores, que algunos de ellos habian hecho de este modo grandes capitales. A fin de ir disminuyendo el cúmulo de cédulas ó billetes, erigió Ruffo un Monte, cuyo fondo fué millon y medio de escudos. Protegió y alentó á los labradores, á los artistas, á los fabricantes, al comercio de todas clases y en especial á los que se dedicaban al principal tráfico de Roma; promovió el cultivo del algodon á lo largo del Mediterráneo; redujo la famosa tarifa general de tasa de mer-

cancías, y estableció premios para la industria en todos aquellos artículos de mayor utilidad, con lo que despertó el amor al trabajo en gracia de la prosperidad pública: en una palabra, puede decirse que este Cardenal mejoró extraordinariamente el estado financiero y la industria de Roma, contando con el apoyo que siempre para las cosas de utilidad pública encontró en el virtuoso Pio VI. Quitó Ruffo las gabelas y adeudos de aduanas en lo interior de los Estados Pontificios y las estableció en las fronteras, y al paso que promovió eficazmente la industria en lo interior, gravó la importacion de productos de la extranjera. Sus teorías en economía política fueron sencillas y seguras, y por lo tanto no pudieron ménos de producir buen efecto. Era de opinion de que la proteccion del Gobierno á favor de la agricultura debe consistir en quitar todos los obstáculos y en procurar que los productos tengan una fácil expedicion; pero los privilegios y los abusos feudales, entónces vigentes, opusieron invencibles obstáculos al desarrollo de la agricultura, en particular por parte de los grandes propietarios, que hacian consistir su principal ganancia en anuales prestaciones y en exigencias que abrumaban á sus colonos y á los demas labradores que acudian á sus usurarias arcas. Aseguró en su totalidad la renta de la Cámara que provenia de los subsidios de Castro y Ronciglioni, y Pio VI quiso se aplicasen iguales providencias enfitéuticas á las demás rentas de los feudos. Por medio de multiplicadas operaciones logró abolir muchos abusos feudales pertenecientes á familias ricas de Nápoles en su mayor parte. A fin de dar gusto á Pio VI, que tanto deseaba bonificar la atmósfera de su estado, infestada por los podridos miasmas de los pantanos, continuó con celo y con inteligencia la desecacion de las lagunas Pontinas, obra hidráulica de grandísimo interés y que inmortaliza á Pio VI. Emprendió tambien con empeño el facilitar más y más la navegacion del Tíber y hacer navegable el rio Aniene desde el puente Lugnano á Roma. Hallándose un dia Ruffo en las espesas selvas de este rio, se encontró echado en tierra y moribundo á un pobre labrador que se hallaba agobiado por una terrible y ardiente fiebre, y como no le hubiese acompañado hasta allí ningun criado, cargó sobre sus espaldas al enfermo, y de este modo anduvo cerca de una milla hasta que encontró su carruaje, en que le llevó á Roma, adonde le hizo cuidar y curar, accion que prueba su humildad y la caridad que tenia con el prójimo. En la biografía que escribió de este Cardenal Mr. René Alby en la *Biografía Universal francesa* de Michaud, tomo VIII del suplemento, se dice de él: «Hombre de proyectos, no tuvieron todas sus medidas buen éxito; descontentó al pueblo con sus innovaciones, y en una caricatura que se repitió varias veces, y despues con relacion al emperador de Rusia Pablo I, se le representa teniendo en una mano la palabra *órden*, en la otra *contraórden*, y escrito en la

frente *desórden*; pero lo cierto es que fuese ó no fundada esta acusacion, no perdió el favor y la confianza del Pontífice. Cuando en 1789, en que la revolucion de Francia conmovió á todo el mundo, se vió obligado Pio VI á formar un ejército para defender sus estados y poner á raya á los revolucionarios que amenazaban levantarse contra sus derechos, encargó á Fabricio su organizacion, lo que le dió ocasion de manifestar sus conocimientos áun en el arte militar, pues que con increible economía y presteza organizó el ejército, fortificó las plazas de Ancona y Civita Vechia y las torres de vigía de la playa. Inventó hornillos y máquinas de guerra que causaron la admiracion de su rey Fernando IV de Nápoles. Ruffo apreciaba á los hombres de ciencia, á los que invitaba frecuentemente á su mesa, encaminando en ella siempre la conversacion á resolver problemas de economía política. Visitaba los establecimientos públicos para descubrir los abusos y extirparlos, y las fábricas de particulares para interesar á los industriales en la perfeccion de las manufacturas. Económico y severo al disponer del dinero del tesoro, fué extraordinariamente liberal para hacer uso del que le pertenecía, que le distribuia en su mayor parte en limosnas, especialmente á los ancianos y á los enfermos. Sus méritos y su intachable conducta hicieron á Ruffo muy popular en Roma y en el estado de la Iglesia, y aún se recuerda su memoria con gloria, pues que se alaba como el mejor tesorero que ha tenido la Santa Sede en los tiempos modernos, y por su talento y disposicion para las cosas más grandes. El pontífice Pio VI alababa públicamente su talento, su conducta, su celo y su valor, y le defendia siempre con el mayor calor contra los que procuraban por envidia rebajar su mérito ú ofenderle, que eran los castigados por las leyes, los barones, los propietarios de feudos y otros cuyos privilegios habia abolido, ó aquellos á quienes habia privado de cometer abusos ó traficar con la sangre de su prójimo desvalido. Habiendo perdido los cardenales, y áun los mismos legados, toda su influencia en la protecturía de los cuerpos morales y en el ramo administrativo, se levantaron contra cuanto ellos llamaban novedad, aficionados á sus antiguos sistemas, privilegios y abusos. No pudiendo sus enemigos encontrarle un flanco vulnerable por donde atacarle, le acusaron de usura á favor de la Cámara apostólica en las operaciones relativas á aminorar los billetes ó papel moneda de que hemos hablado ántes. Acudieron unidos á Pio VI con estos clamores, y enojado el Pontífice de tan injusta persecucion, les dijo: «Quitaré á Ruffo de tesorero, pero le haré cardenal.» En efecto, el dia 26 de Setiembre de 1791 le creó cardenal diácono y le publicó el 21 de Febrero de 1794, confiriéndole por diaconía la iglesia de S. Angelo in Pescaria, de la que pasó sucesivamente á la de Sta. María in Cosmedim y á la de Sta. María in Via Lata, cuando más tarde vino á ser el primero de la órden de diáconos. No debemos

ocultar que no habiéndole permitido sus liberalidades formar capital alguno, se halló sin fondos para hacer los gastos que trae consigo el cardenalato, y tuvo que tomar dinero á préstamo hipotecando los bienes de la prelatura Ruffo mediante un decreto pontificio. Adscribió el Papa al nuevo Cardenal á las congregaciones del Buen Gobierno, de las Aguas, de Loreto y la Económica. En seguida le nombró protector de los Mínimos, de la archicofradía del Espíritu Santo de Nápoles, en Roma; de la de Sta. María de Constantinopla; del Santísimo Sacramento, de Sta. María in Cosmedim; del Colegio de los fabricantes de paños de lana; del Conservatorio de la Divina Providencia, de la ciudad de Orte; y por último le nombró protector del Reino de las Dos Sicilias cerca de la Santa Sede. Entre las diferencias que á fines del siglo pasado mediaron entre Roma y el reino de las Dos Sicilias, fué una de ellas sobre las abadías *nullius* y consistoriales, que se declararon de Real Patronato por la curia del capellan mayor; pero en estas diferencias no supo mantenerse Ruffo en Roma á la altura de los cardenales sus antecesores; y conociendo Pio la necesidad del Cardenal, que no podia sostener la dignidad de la púrpura por falta de medios, le aconsejó se insinuase directamente al rey Fernando IV. Con este motivo le preguntó el Cardenal cómo deberia arreglarse si se le daba alguna abadía de las que se hallaban en controversia, á lo que el Papa le respondió: Tomad todo lo que os den y sea lo que quiera. Lo mucho que por él habia hecho el Cardenal y sus condiciones, movieron al rey de las Dos Sicilias á invitarle á volver á Nápoles, su patria. Gobernaba á la sazon el reino el famoso general Juan Acton, el que sumamente zeloso de su poder, tenia alejados del gobierno á cuantos nacionales y extranjeros habia con talento y que pudieran tener condiciones para gobernar é influencias con el soberano. Con tal magnate el Cardenal solo pudo obtener el empleo de intendente de Caserta, con el encargo de mejorar y acreditar las fábricas y manufacturas, especialmente las de seda, de la cercana colonia de S. Lucio, instituidas por el rey con leyes admirables. Fernando IV concedió al Cardenal la rica abadía de Sta. Sofía de Benevento, que se habia declarado de Real patronato. A este tiempo los enemigos del Cardenal en Roma le acusaron á Pio VI de haber hecho traicion á la Santa Sede aceptando la controversia provista, y de haber envilecido la dignidad de la púrpura sirviendo el cargo subalterno de intendente, por lo que el Cardenal prosecretario de Estado escribió á Ruffo una especie de monitorio, lleno de improperios y amenazas. El sagaz Cardenal, en vez de contestar al monitorio, escribió directamente á Pio VI, recordándole que al aceptar la abadía habia seguido su consejo: *tomad cuanto os den*; y que el cargo de intendente de Caserta y S. Lucio equivalia á lo que hacian en Roma los demás cardenales con el nombre de protectores. Como se le instase á renunciar el cargo y la

abadía, estaba pronto á obedecer con la esperanza de que la equidad pontificia habria pensado en la cóngrua ó *Piatto cardinalizio*, despues de haber hecho tan importantes servicios á la Santa Sede. La rectitud de Pio VI impuso silencio á los malévolos, y respondió al Cardenal en una carta autógrafa, llena de expresiones cariñosas y paternales, dándole su apostólica bendicion. En tanto que el Cardenal con su celo y actividad correspondia á la confianza de su soberano en S. Lucio, la Francia democratizada invadió toda la Italia, el Estado Pontificio y Roma, en donde proclamándose la república, el Gobierno destronó al pontífice Pio VI el dia 20 de Febrero de 1798, llevándosele prisionero á Francia, en cuya ciudad de Valencia del Delfinado murió al terminar el año 1799. A la revolucion de Roma siguió la de Nápoles, en cuyo caso la familia Real se vió precisada á refugiarse en Sicilia. Siguióla á esta isla el cardenal Ruffo, y no tardó en ser uno de sus consejeros más celosos y estimados. Las nuevas recibidas del continente, no muy favorables al ejército francés invasor, dieron algun valor á los fugitivos guarecidos en la Sicilia. Súpose que el pueblo se sublevaba en los Abruzos, en la Tierra de Labor, en la Basilicata y especialmente en la Puilla, y reuniendo su consejo el Rey para tomar una resolucion en vista de las circunstancias, se determinó hacer la guerra al invasor á todo trance, y como el cardenal Ruffo fué el que con más ardor abogó por esta medida, se le encargó ir á ponerse al frente del movimiento. Vivamente aprobada fué esta eleccion por el primer ministro Acton, que se alegró muchísimo de que se hubiese presentado una ocasion tan favorable de desembarazarse de un hombre cuya opinion y favor empezaban á hacerle sombra. El Cardenal aceptó con alegría la mision guerrera que se le confiaba y partió inmediatamente y lleno de fe en sus disposiciones á organizar las resistencias que se proponia. Debia, segun las instrucciones que llevaba y que habia él mismo propuesto al Consejo, ir á Calabria á las tierras de su casa, sondear las disposiciones de las provincias, y segun se fuesen presentando las circunstancias, avanzar en el reino ó volverse á Sicilia. No falta quien pretenda, segun se dice en la *Biografía de hombres que aún viven*, que no fué de Ruffo la primera idea de la expedicion, y que el plan se debió á un cura llamado Rinaldi. No podemos decir más sobre este particular, que la historia de Colletta cita al sacerdote Rinaldi entre los principales personajes que se unieron al Cardenal á su llegada á Bagnara. La corte de Fernando IV proveyó al Cardenal de plenos poderes para todo, y de una autoridad ilimitada. En el mes de Febrero desembarcó el Cardenal en Bagnara, en donde habia procurado tener celosos é inteligentes agentes secretos. A su llegada, los habitantes de todas clases le acogieron con la mayor alegría, prodigándole toda clase de consideraciones; y cuando se conocieron sus designios y la autoridad real de que

iba revestido, los hombres de armas corrieron á Bagnara de todos los países cercanos conducidos por los nobles, y cuando los sacerdotes y religiosos vieron al frente del movimiento á un príncipe de la Iglesia, desearon tambien participar de los peligros de una guerra que consideraban como santa. Alentado por lo bien que le habia salido su primer paso guerrero, publicó Ruffo el decreto por el que el Rey le nombraba lugarteniente general del reino, y salió de Bagnara al frente de un pequeño ejército, que se fué aumentando prodigiosamente en el camino hasta el número de veinticinco mil combatientes, si bien bastante mal organizados y peor disciplinados. En circunstancias tales no podia escoger á los soldados á su gusto, y sí admitir cuantos se le presentasen para aumentar su ejército, de suerte que como sucede siempre y en todos los países en estos casos, se compuso su division en mucha parte de hombres perdidos, entre los que no dejaria de haber malvados que aprovechan ocasiones de esta especie para hacer sus fechorías. Esto explica, sin justificarlos, los excesos que cometió este ejército á pesar de las naturales disposiciones de su jefe, siempre inclinado á la moderacion y á la clemencia. Despues de haber sometido sin combatir y solo por el ruido que hacia su llegada, las ciudades y distritos hasta Mileto, se detuvo Ruffo en esta ciudad, y convocó una reunion de todos los obispos, eclesiásticos, antiguos magistrados, militares, empleados y demás ciudadanos influyentes que pudo, segun lo hallamos consignado por Colletta en el tomo IV, fólio 15 de su *Historia de Nápoles desde Cárlos VI hasta Fernando IV*. Presentándose el Cardenal á esta gran asamblea, la expuso la mision que le estaba confiada, lo justo de la causa que defendia por el trono y por la religion, y mandó que los fieles que se debian á Dios y al Rey se uniesen á él, llevando en su sombrero por enseña la cruz blanca y la escarapela de los Borbones. Además de las recompensas del cielo, les ofreció que quedarian exceptuados de pagar contribucion por espacio de seis años todos los que se uniesen á él, y que compensaria sus sacrificios con los bienes de los rebeldes confiscados desde este dia á favor del Real tesoro, y con los impuestos que se pondrian al pais y ciudades del partido contrario. Dió Ruffo á su ejército el nombre de la *Santa Fe*, á fin de que se entendiese bien el fin sagrado de esta santa guerra. Despues de haber ido procesionalmente á la iglesia, y de haber bendecido solemnemente á su ejército, se puso en marcha para seguir levantando el pais á favor de su legítimo rey, y lanzar del territorio á los revolucionarios y á los extranjeros usurpadores. Decíase que la ciudad de Monteleone, que era bastante fuerte, estaba por la república; pero amenazada de un sitio y de un terrible castigo, rescató su mala reputacion dando al Cardenal dinero, caballos, víveres y armas. Sometióse aún más fácilmente Cutro; pero no sucedió lo misme á Cotrona. Aun cuando

esta ciudad solo tenia de guarnicion muy pocos soldados franceses, que se salvaron milagrosamente de un naufragio al volver de Egipto, trató de defenderse; pero asaltada por un numeroso ejército, pidió capitulacion. Dice René Albi que el Cardenal, que tenia necesidad de una presa para satisfacer la codicia de sus tropas, rehusó la capitulacion, y despues de algunas horas de un desigual combate, cayó Cotrona por asalto en su poder, quedando entregada durante dos dias á todos los excesos de una soldadesca desenfrenada. Habiendo vuelto á emprender su triunfante marcha, el ejército de la Santa Fe llegó delante de las murallas de Catanzaro, inundó sus cercanías y mandó decir á sus habitantes que se rindiesen. Situada esta ciudad sobre una alta colina, rodeada de fuertes muros, poblada con diez y seis mil almas, bien provistos de armas, y temiendo se repitiesen en ella los desastres de Cotrona, respondió que jamás se habia revolucionado, que solo habia cedido á la fuerza al ser cercada por el ejército francés, y que estaba pronta á volver á la obediencia del rey, con la condicion de que sus habitantes no habian de ser ni castigados ni inquietados por sus opiniones ni por sus actos; que no habian de entrar en la ciudad las tropas reales, en la que solo se admitiria á los jefes principales, y por último, que la milicia urbana habia de permanecer con sus armas. Con estas condiciones se proponia la paz, pero si el Cardenal queria la guerra se le hizo saber que seis mil hombres moririan combatiendo ántes de que sufriese la ciudad el horrible trato que habia dado á los habitates de Cotrona. Fuese por moderacion ó por prudencia, el Cardenal general Ruffo aceptó las proposiciones que se le hicieron, y solo exigió la suma de doce mil ducados para los gastos de la guerra. La bandera real se enarboló en las murallas de la ciudad, y luego que sometió á toda esta parte de la Calabria, se dirigió el ejército hácia Cosenza. En tanto que el Cardenal marchaba de victoria en victoria, otros jefes realistas no eran ménos felices en sus expediciones: buques ingleses y sicilianos recorrian las costas excitando á las poblaciones á levantarse, combatiendo las ciudades marítimas fieles al nuevo gobierno, desembarcando soldados, distribuyendo armas y esparciendo proclamas, decretos del rey, y gacetas llenas de noticias de hechos desfavorables á los franceses: en fin, una escuadra turco-rusa, se dirigió tambien hácia Italia. En toda la Calabria solo las ciudades de Paola y Cosenza se mantenian ya á favor de la república. Mandó el Cardenal contra la primera al jefe Licastro, que se apoderó de ella casi sin tirar un tiro, y contra la segunda al jefe Mazza. Hallábase esta defendida por una guarnicion de tres mil hombres, á las órdenes de un corso llamado De Chiaro, el que en lugar de hacer frente y rechazar á las tropas reales, les abrió las puertas de la ciudad y se unió á ellas. Esta pronta é involuntaria sumision salvó á Cosenza; porque en el estado de las cosas, no hubiera podi-

do sostener un sitio mucho tiempo, y su resistencia exasperando á los vencedores hubiera traido sobre sus habitantes excesos, que no hubiera podido de modo alguno prevenir ni ménos reprimir. Viendo el cardenal Ruffo reforzado su ejército con la numerosa division de Chiaro, echó sus miras hácia la Puilla, adonde los franceses habian logrado comprimir la insurreccion, y á este fin mandó á aquel país muchos emisarios, para reanimar el valor de sus habitantes, y anunciarles su próxima llegada. Tuvo tan buen exito esta preventiva medida, que los realistas tomaron las armas por todas partes. A pesar de esto no se apresuró el Cardenal á salir de la Calabria, y aguardó para entrar en la Puilla que Macdonald se viese precisado á retirar de allí las tropas francesas para acudir á la Alta Italia, adonde las llamaron los acontecimientos. La primera ciudad de esta provincia que atacó el Cardenal fué Altamura, adonde se habian refugiado los republicanos, preparándose para una obstinada defensa. Por muchos dias sitiadores y sitiados se batieron con la mayor decision y encarnizamiento; pero venciendo al fin el número, como no podia ménos, tomada la plaza, la desgraciada ciudad fué tanto más desdichada cuanto mayor habia sido la defensa de sus habitantes: todo fué saqueado, devastado, y los que no pudieron huir, fueron pasados á cuchillo. No fué tampoco mejor tratada la ciudad de Gravina. Cuantas ciudades se habian declarado en favor del nuevo gobierno, fueron cayendo unas despues de otras en poder de los realistas, mandados ya por Ruffo ya por otros jefes, de suerte que el territorio de la república vino á reducirse á la ciudad de Nápoles y sus alrededores. Los principales jefes realistas, que además del lugarteniente general Ruffo levantaron las provincias, fueron: el abogado Rodio, en los Abruzos; Miguel Posza, llamado Fra-Diavolo, y un carpintero denominado Caetano Mammone, en la Tierra de Labor; Gerardo Curci, alias Sciarpa, antiguo jefe de policía, en la provincia de Salerno; De Cesare, antiguo doméstico corso, en la Puilla. Entre todos estos Fra-Diavolo y Mammone fueron los partidarios más crueles, pues que hicieron atrocidades que les presentaron como monstruos de ferocidad á los ojos de los mismos realistas, segun Monsieur René Alby al que seguimos en este punto; pero debemos advertir que este autor es francés, y que bien pudiera haber desfigurado los hechos para ensalzar á los usurpadores sus compatriotas, y deprimir á los realistas, sin que por esto disculpemos á los defensores del rey, entre los que, como en todas las revoluciones y reacciones, se introducen siempre los malvados para ocultar sus crímenes con la careta del patriotismo. En tanto que por una parte se disponian los franceses á evacuar el reino, por la otra cuerpos anglo-sicilianos, turcos y rusos desembarcaban, los unos en Castellamare y los otros en Tarento, viniendo todos á reforzar el

ejército del Cardenal; de suerte que á medida que se debilitaban las fuerzas republicanas, se aumentaban las de los realistas; por lo que el fin de la lucha no era dudoso. Muchas partidas salidas de las provincias habian avanzado hasta los muros de Nápoles y sostenido con buen éxito muchos combates, cuando llegó Ruffo con todo su ejército el dia 13 de Junio de 1799. Habia calculado su marcha de manera que pudiese llegar á la vista de la capital el dia de S. Antonio, santo muy venerado por los napolitanos, y al que dice Alby queria sustituir á S. Genaro, «desacreditado en la opinion del pueblo desde que el milagro de la sangre se habia renovado por Championnet, Macdonald y el gobierno republicano.» Al salir el sol en este dia, añade el expresado autor, mandó Ruffo levantar un altar en el campamento, y despues de haber celebrado el oficio divino é invocado á S. Antonio, se dirigió contra la ciudad con todo su ejército, que constaba ya de cuarenta mil hombres. Púsose el Cardenal á caballo, vestido con la púrpura y con la espada en la mano, en medio del principal cuerpo de ejército, cuando este se preparaba á pasar el Sebeto por el puente de la Magdalena. A vista de esto, los republicanos se pusieron en movimiento, y todo el dia 13 las cercanías de Nápoles fueron un verdadero campo de batalla. Al terminar este dia los realistas habian triunfado en todos los puntos, y los republicanos desalentados entraban en la ciudad; pero habiéndose revolucionado los lazaronis y los partidarios del Rey, tuvieron que retroceder repentinamente y huir á los bosques, en los que no tardaron la mayor parte en caer en poder ya de los soldados de Ruffo, ya de sus aliados los rusos, turcos é ingleses. Habia intentado Ruffo desde el orígen de esta guerra suscitar un levantamiento en la capital, á cuyo fin se puso en relaciones con los hermanos Baker, el uno oficial antiguo suizo al servicio de Nápoles y el otro negociante. Organizaron estos una vasta conspiracion, que debia estallar un dia dado, que fuese para los republicanos una especie de vísperas sicilianas; y ya estaba todo preparado para dar el golpe, cuando el gobierno descubrió la conspiracion. No falta autor francés que suponga que los conjurados habian señalado las puertas de las casas de sus víctimas, entre las que citan el palacio arzobispal, que ocupaba el cardenal Zurlo, á la sazon arzobispo de Nápoles, y al que se dice habia excomulgado Ruffo como enemigo de Dios, del soberano Pontífice y del rey, lo cual fué ocasion de un cisma momentáneo entre el clero y las personas timoratas, y causa de lo mucho mal que se dijo ya del cardenal Ruffo que defendia la buena causa, ya de su colega Zurlo que estaba con los revolucionarios; razon por lo que debe leerse con reflexion la historia de Nápoles sobre estos sucesos, procurando saber el partido á que pertenece el autor, á fin de hallar la verdad entre la controversia á que dan lugar las distintas opiniones. No obstante esto, por medio de repentinas salidas y de

un fuego nutrido de artillería, tuvieron los republicanos en jaque muchos dias á los realistas, impidiéndoles poderse mantener en la capital. Viendo que la guerra se prolongaba, y deseando detener la inútil efusion de sangre, Ruffo que tenia á uno de sus hermanos detenido en el Castillo Nuevo con otras personas de importancia, mandó un parlamento á Mejean, comandante de la guarnicion, al que habia dejado el mando Macdonald al retirarse en el fuerte de S. Elmo. El general francés sirvió de mediador entre el cardenal Ruffo y el Directorio republicano de Nápoles, el cual luego que se aseguró, por medio de la garantía de los comandantes de las tropas aliadas, de que habia de respetarse el tratado que se hiciese, se decidió á capitular. Una de las cláusulas del tratado disponia que los republicanos podrian, ó embarcarse en los buques parlamentarios para ser trasportados á Tolon, ó permanecer en el reino sin que tuviesen nada que temer por sí ni por sus familias. El cardenal Ruffo y el general Micheroux por el rey de Nápoles; el capitan de navío Forte por Inglaterra, el comandante Ballie por Rusia, Bonnien por la Puerta Otomana, Mejean por el gobierno francés, y el general Massa por el Directorio napolitano firmaron la capitulacion, y ambas partes se dispusieron á la ejecucion de las condiciones. Los fuertes se entregaron á las tropas reales, á excepcion del de S. Elmo cuya evacuacion se dilató aún muchos dias por un convenio especial, quedando en él las tropas francesas. Los republicanos más comprometidos se embarcaron en los buques que debian trasportarlos á Francia, y la confianza empezó á renacer en los habitantes. De repente apareció en las aguas de Nápoles una numerosa escuadra: era la inglesa, mandada por Nelson, que llevaba un edicto del rey Fernando en el que se declaraba que los reyes no trataban con sus vasallos, que los actos de su lugarteniente habian sido un abuso de autoridad, y que por lo tanto queria él ejercer sobre los rebeldes la plenitud de su poder. Justamente indignado de ver anular de este modo un tratado concluido de buena fe por ambas partes beligerantes, y para el cual debia creerse plenamente autorizado, pidió el cardenal Ruffo al almirante inglés suspendiese la publicacion del decreto; pero fué en vano. En el mismo dia se transformó en prision el buque destinado para ir á Tolon; y los republicanos fueron conducidos, encadenados dos á dos, á los fuertes en los que debian esperar á los jueces enviados de Sicilia para formar sus causas, ó más bien para que los condenasen: «pues que debe decirse, segun Alby, que estos magistrados fueron más que ministros de justicia, ministros de la venganza.» Semejante violacion de los más sagrados derechos afectó vivamente al Cardenal, y es de lamentar, que para su gloria, no se opusiese con una resistencia más eficaz á una falta de fe tan desleal como impolítica, que ha traido despues para aquel reino, y en especial para la causa de la dinastía de Borbon,

fatales consecuencias, en las que se ve envuelto hoy aquel reino, que ha destronado inicuamente á su legítimo soberano, lo que no hiciera tal vez si los rencores que en aquella ocasion se crearon contra su dinastía, no hubieran tomado cuerpo con el poco conveniente gobierno de sus antecesores, que cuidaron más de sus placeres y de sus caprichos que de granjearse el afecto de sus pueblos. Tal vez hoy, por providencia del cielo á favor de la casa de Borbon en Nápoles, haya otro Ruffo que la restablezca á pesar de los embates de la revolucion, acosada y sostenida por la ambicion y perfidia extranjera, como por este estilo lo profetizó, segun dicen, un virtuoso religioso al morir, al padre del actual rey Francisco II, al profetizarle cuanto ha sucedido; y nosotros tambien presentimos al hablar del estado de Nápoles cuatro ó cinco años ántes de la última revolucion, en nuestra *Historia de la vida del caballero Azara;* pero si tal llega á suceder, es necesario que no olviden la leccion los soberanos como olvidaron la primera sus antecesores. y que estudiando mejor la índole de sus súbditos, los mantengan á su devocion por medio de justas y equitativas leyes, adecuadas á las exigencias del siglo; que transijan fácilmente con las circunstancias, y que cuidando ménos de satisfacer sus caprichos, se consagren más al cuidado y bienestar de sus pueblos, únicos medios de conservar su amor y fidelidad. Si en su cualidad de vicario general del reino hubiese el cardenal Ruffo impedido al almirante Nelson publicar el real decreto, si al propio tiempo hubiese encargado á una persona influyente ir á hacer presente al rey lo mucho que perjudicaba á su honor como soberano, y al suyo propio, la violacion de un tratado que habia firmado y provocado por evitar una inútil efusion de sangre y hacer más noble con la clemencia la causa realista; y en fin, si hubiese dado su dimision á los pies del trono en el caso de que no se hubiesen atendido sus súplicas, es probable de que una actitud firme y el temor de un rompimiento escandaloso con un príncipe de la Iglesia, que acababa de hacer tan eminentes servicios á la causa de la religion y del trono, hubiera detenido al rey Fernando en sus rigurosas medidas, y contrabalanceado las excitaciones de la reina y del inconsiderado ministro Acton, y sobre todo, como dice Alby, á la famosa lady Hamilton, que fué la encargada de llevar al almirante inglés el fatal decreto, y le habia decidido á aceptarle y ponerle en ejecucion. Empero desgraciadamente, ya por demasiado apego al poder, causa de la condenacion y de las desgracias que suceden á la mayor parte de los magnates, ya por una ciega deferencia á la voluntad del rey, deferencia criminal en estos casos y siempre que se ofende á Dios en ella, Ruffo se hizo sordo al grito de su conciencia, y se consumó el gran crímen político que hemos enunciado. En nuestra *Historia de la vida del caballero Azara* puede ver el curioso la mucha culpa que la política resistente que sin conocer el

espíritu del siglo ejerció el ministro napolitano Acton tuvo en los trastornos de Italia en el siglo pasado, y podrá considerar fácilmente que con mejor política y más conocimiente de las exigencias de la época y del carácter de los italianos, hubieran podido evitarse en su mayor parte, si no del todo, los desastres que tuvieron lugar en aquella region de Europa tan trabajada por la revolucion: á las semillas esparcidas en aquella época por el caballero Acton se deben sin duda los frutos amargos que germinan hoy en aquel bellísimo país, frutos que han derrocado la casa de Borbon con sus pestilentes miasmas, de los que se ha valido en provecho propio la más inaudita iniquidad, asociada á la irreligion y favorecida por el protestantismo, que se ha atrevido á dirigir sus miras al Vaticano para derrocar el poder temporal, y si pudiera tambien el espiritual, del Padre comun de los fieles, asediado por tan impuros enemigos. En tanto que un tribunal criminal formado repentinamente instruia los procesos de las personas napolitanas más comprometidas, los soldados de la Santa Fe, á los que habia costado mucho trabajo contener, y que murmuraban contra la moderacion del Cardenal, tan luego como tuvieron conocimiento del decreto del rey, se creyeron autorizados á perseguir á los republicanos, y se entregaron á los más espantosos desórdenes. «Diariamente habia que lamentar escenas de pillaje, asesinatos de ciudadanos inofensivos por sus opiniones reales ó supuestas, permaneciendo impasible é impotente la autoridad á presencia de semejantes desórdenes. Los deplorables excesos que señalaron en Nápoles la reaccion de 1799, dice Mr. Alby, no habiendo sido contados con fidelidad por los que han escrito en este sentido, nos obligan á hacerlo nosotros sumariamente, por más repugnancia que nos cause el entrar en detalles que hacen desmerecer algun tanto la justa causa de la reconquista del trono de Nápoles por los fieles á sus legítimos soberanos. La primera víctima de la reaccion fué el almirante Caraccioli, que vendido por su criado en el retiro que habia elegido cerca del lago de Patria, fué encadenado, conducido á Nápoles y entregado á Nelson, que le pidió expresamente al cardenal Ruffo. Un consejo de guerra, compuesto de oficiales napolitanos y presidido por el conde de Thurn, le condenó en un principio solo á prision, pero por órden del almirante inglés se le sentenció á muerte.» Llegó el rey á Nápoles el 30 de Junio, pero no desembarcó, se quedó en el buque, y desde él se ocupó en reorganizar el estado. La primer ley que dictó fué la anulacion de las capitulaciones; la segunda, el nombramiento de una junta encargada de castigar á los rebeldes. Ya desde la rendicion de los castillos, el lugarteniente cardenal Ruffo habia nombrado una junta que habia condenado á muchos republicanos cuando llegó el rey; pero no pareciendo al ministro Acton bastante severa, aconsejó al rey su disolucion, y el nombramiento de otra, que se compuso

de hombres dispuestos á hacer cuanto se les ordenase. La formaron Antonio de la Rosa, agente de policía; Angel Fioré, Juan Guidobaldi, que habian compuesto parte de la junta de 1795; Damiani, Sambuti, y Vicente Speciale. Estos tres últimos, que habian sido enviados de Sicilia, habian ya juzgado y condenado en Prócida á muchos republicanos despues de la toma de esta isla. Amnistióse por otras dos leyes á los Lazaronis de todos los crímenes que hubiesen cometido, y se confiscaron en favor del tesoro los bienes de siete ricos conventos de cartujos y benedictinos. En fin, una quinta y última ley abolió los cuerpos de los *Sedili*, magistrados municipales que hasta entónces habian disfrutado privilegios que deseaba abrogarse la autoridad real. En seguida se publicaron ordenanzas que determinaron los delitos, las penas y los procedimientos. Fueron declarados culpables de lesa majestad al primer jefe del estado, los que habian tomado armas y ayudado á los franceses á entrar en el reino ó en la capital, los que habian quitado á los Lazaroni el castillo de S. Elmo, los que habian mantenido relaciones con el enemigo despues del armisticio del vicario general Pignatelli; y fueron tenidos por culpables de crimen capital los principales magistrados de la república, los representantes del pueblo, los ministros, los generales, los jueces de la comision superior y los del tribunal revolucionario. Se decretó tambien la pena de muerte contra los que habian combatido al ejército del cardenal Ruffo, contra los que habian tomado parte en la ereccion del árbol de la libertad en la plaza del Espíritu Santo, ó habian derribado la estatua de Cárlos III, contra los que en la plaza de Palacio habian cooperado á la destruccion de los emblemas de la soberanía real; y en fin, contra los que por medio de sus discursos ó de sus escritos se habian servido de términos ofensivos contra algun miembro de la familia real, ó habian manifestado ideas contrarias á la monarquía. Por semejantes impolíticas disposiciones, cuarenta mil ciudadanos, segun la opinion de un autor, estaban amenazados con el último suplicio, y en mucho mayor número de destierro. Esta última pena comprendia á los miembros de los clubs, á los de las municipalidades y á los milicianos, áun cuando no se hubiesen batido, y ni áun se libraron de la prision y de la persecucion los simples guardias urbanos. Además de la junta de que hemos hablado, y cuyas operaciones estaban sometidas á ciertas fórmulas y procedimientos, nombró otra el rey, llamada de los generales, de los tribunales temporales y de las comisiones militares, encargada en ciertos casos de formar causa y sentenciar *ad horas et ad modum belli*. Estas crueles medidas mantenian el furor del populacho, siempre ébrio de víctimas, y que sacrifica con la misma alegría al héroe que ensalzó ayer que á su verdadero enemigo, cuando es guiado como sucede siempre por una mano malévola que sabe aprovecharse para sus miras dañinas de

su natural ferocidad, supersticion é ignorancia. Vióse á estas turbas desenfrenadas el dia 8 de Julio encender una grande fogata en medio de la plaza de Palacio, y arrojar á ella cinco de sus víctimas vivas, y hasta hay historiador que añade que los más furiosos comieron de su carne. Puede muy bien haber en esto alguna exageracion atendiendo á que el escritor que esto cuenta es francés; pero no lo tenemos por increible atendiendo á las ferocidades que áun en nuestros dias se estan cometiendo en las luchas de Italia, en la de los rusos y polacos y en las de la guerra civil actual de los Estados Unidos de América, en cuyos países diariamente nos dan noticias los periódicos de crueles escenas que ofenden y lastiman á la humanidad; y lo extrañamos ménos, cuando hemos visto en nuestra época bailar sobre la sangre de su propio nieto á una anciana abuela, el cual habia sido asesinado por sus creencias políticas. Las feroces saturnales de Francia de 1793 han tenido muchisimos imitadores, y los tendrán siempre que el pueblo se desborde halagado y alentado al crímen por los mismos que debieran moderar sus feroces instintos por medio de la educacion, y contenerle en sus justos límites cuando tiende á desbordarse. «Llegaron de Palermo dos listas, la una señalaba las personas que debian ser ejecutadas sin tardanza, y la otra de aquellos cuyo suplicio no debia verificarse sino con consentimiento del rey, que eran los que habian capitulado. Privóse, sin embargo, del beneficio de la exencion al general Massa, que habia firmado y negociado la capitulacion, y á Eleonora Fonseca Pimentel que se habia distinguido por su exaltacion revolucionaria y en la redaccion del *Monitor republicano*. La facultad que se habia reservado el rey de modificar las condenas contra cierta clase de acusados, anunciaba alguna clemencia; pero cuando se supieron las victorias ganadas por los austro-rusos en la Alta Italia, y se creyó en el definitivo triunfo de las ideas monárquicas, la venganza no conoció ya límites y se confirmaron todas las sentencias. Decidióse que las personas comprendidas en la capitulacion, las que en su parte mayor estaban encerradas en el Castillo Nuevo, no serían respetadas; estos desgraciados hubieran podido huir y librarse de la muerte, gracias á una mujer que les habia proporcionado limas, cuerdas y algunos otros instrumentos; pero vendidos por Bassetti, general de la república, y por el matemático Annibal Giordano, el mismo que en otra época habia denunciado al caballero de Médicis, sufrieron todos la última pena, exceptuándose solo á los dos expresados traidores. Vióse subir sucesivamente al cadalso á los hombres más eminentes por sus escritos, por su saber, por su alto nacimiento y por los empleos que habian ocupado... Bastará citar al general Manthoné, ministro de la guerra de la república; al general Federici; Hector Caraffa; conde de Ruvo; el médico Domingo Cirillo; el publicista Paga-

no; el celebrado jurisconsulto Francisco Conforti; Pascual Raffi, uno de los más sabios helenistas de su época; Logoteta, distinguido anticuario; Nicolás Fiorentino, matemático y jurisconsulto; Filippis, profesor de la universidad y autor de muchas obras sobre matemáticas; y en fin Vicente Russo, Luis Rosi é Ignacio Ciaja, los tres poetas de mérito. Las familias más ilustres del reino, como los Caraffa, Riario, Colonna, Pignatelli y otras muchas, tuvieron que deplorar el suplicio de algunos de sus miembros. El carácter sagrado, ni el sexo, ni la edad, pudieron ponerse al abrigo de la persecucion; los obispos Sarno y Natale, el prelado Traise, la marquesa San Felices, y el hijo del marqués Genzano, que aún no contaba diez y seis años, fueron todos condenados á muerte. Entre aquellos contra quienes se impusieron penas ménos severas, citaremos al jóven príncipe de Carosa, condenado á cinco años de presidio, por haber, despues de la fuga del rey, propuesto sustituir el gobierno aristocrático á la monarquía; el duque de Monteleon-Pignatelli, al que la pena capital se conmutó en prision perpétua en la isla de Favignana, gracia que dice Colletta se concedió á instancias del papa Pio VI, que escribió directamente al rey para salvar la vida del duque; pero no podemos comprender cómo pudo el Padre Santo intervenir en este asunto, en una época en que Su Santidad se hallaba despojado de sus estados y prisionero de los franceses en Valencia del Delfinado, en donde murió. (Bien pudo escribir al efecto, y su demanda no seria desatendida.) Y por otra parte, no parece creible que la justicia expeditiva de las juntas dejase pasar mucho tiempo entre la sentencia y la ejecucion; si bien una persona de posicion, que debia estar bien informada, nos ha asegurado que la carta de Pio VI es un hecho auténtico, y que su peticion la basó en el título de príncipe del Santo Imperio romano, que llevaba el duque de Monteleon, como descendiente de una familia que habia dado muchos papas á la Iglesia. En tanto que los tribunales ejercian sus terribles funciones, no abandonó el rey el buque en que habia llegado, y el 4 de Agosto se volvió á Sicilia, sin haberse dejado ver ni una sola vez en Nápoles, en cuya capital quedó el cardenal Ruffo de vicario general, participando de este modo algun tanto la autoridad real con el soberano, y de consiguiente del odio público por las sangrientas ejecuciones que se hacian diariamente. Al partir Fernando IV para Sicilia, dejó un decreto mandando se continuase la persecucion de los criminales; y hasta el 23 de Abril del año siguiente no concedió una amnistía, la cual dada en Palermo en esta fecha, no se publicó en Nápoles hasta el 30 del siguiente Mayo; amnistía incompleta, pues que exceptuaba quinientos treinta y un individuos, sin contar á los que habian huido, á los que se reservó exceptuar ó no. En esta época no se hallaba en Nápoles el cardenal Ruffo, cuya ciudad habia dejado hacia algunos meses

para asistir al cónclave de Venecia, en el que debia apoyar á un candidato contrario al partido francés. Reemplazóle en el gobierno de Nápoles el príncipe de Cassero con el título de virey. A pesar de que la corte guardaba rencor al cardenal Ruffo por la moderacion que habia observado con los revolucionarios, no por eso dejó de darle magníficas recompensas. Concedióle el Rey la abadía de Sta. Sofía, con privilegio de trasmision perpétua en su familia, y muchas tierras, que entre todas importaban más de veinte mil ducados. (Considérase el valor del ducado de Nápoles en cuatro francos y treinta céntimos.) Estas liberalidades se extendieron tambien á sus parientes, pues uno de sus hermanos, capitan retirado, obtuvo el grado de coronel y una pension de tres mil ducados. Por mucho tiempo fué Ruffo objeto del entusiasmo de la Europa monárquica, y recibió de varios soberanos las más distinguidas pruebas de aprecio. Pablo I, emperador de Rusia, entre otras distinciones, le nombró caballero de las órdenes de S. Andrés y de S. Alejandro, mandándole las insignias con una carta autógrafa, en la que le decia que su expedicion de Calabria causaba la admiracion de todo el mundo.» Por los esfuerzos del cardenal Ruffo, y á consecuencia de su reconquista de Nápoles, Roma sacudió el yugo republicano y volvió á la obediencia del Papa, de modo que bien pudo considerársele el libertador de Nápoles y de Roma, ó sea del reino de las Dos-Sicilias y de los estados de la Iglesia, razon por la que se le denominó en Italia, con justicia, el General Cardenal. La reconquista de Nápoles presentó al Cardenal no ménos hábil para la guerra que en la política, lo que le mereció la estimacion de los más esforzados capitanes de su época, y hasta las del coloso militar del mundo moderno Napoleon I, que no dejó de elogiarle, á pesar de que fué un enemigo suyo é irreconciliable de la Francia. Nombrado en Venecia papa Pio VII, le acompañó el cardenal Ruffo á Roma, en donde participó de las ovaciones del entusiasta pueblo. Nombróle el Pontífice superintendente general de las subsistencias en 1801; pero ejerció poco tiempo las funciones de este empleo, pues que retirándose á Nápoles, volvió á ocupar su plaza en los consejos del rey. Opúsose vivamente en 1805 á una nueva declaracion de guerra contra la Francia, de la propia manera que lo habia hecho en 1798, que causó momentáneamente la pérdida de todos los estados del continente; pero no se siguieron sus consejos; y Napoleon, vencedor en Austerlitz, mandó inmediatamente un poderoso ejército para la reconquista de Nápoles. Viéndose la corte de Nápoles en este conflicto, echó mano de Ruffo, al que ántes no habia querido oir, para conjurar la tormenta; admitió el cargo de mediador y fué cerca de José Napoleon, que le recibió muy mal, é iba á partir á Francia cuando el rey Fernando IV, temiendo que el nombre del embajador fuese perjudicial al buen éxito de su mision, le sustituyó con el duque de Santa

Teodora, hombre nuevo y extraño á los partidos. Fuése á Roma el cardenal Ruffo, y no abandonó á esta ciudad hasta que los franceses se llevaron á Pio VII. Dice Moroni en su *Diccionario de Erudicion eclesiástica*, que se retiró con el rey de Nápoles á Sicilia, donde fué mandado de embajador á París; pero creemos que la cosa sucedió como hemos dicho ántes. Llevado á Francia Pio VII, y confinado en Savona en 1809, los cardenales fueron llamados á París, y otros confinados á diversos puntos de Francia. Ruffo fué uno de los cardenales que asistieron al segundo matrimonio de Napoleon con la archiduquesa María Luisa de Austria, y recibió por ello, segun Alby, el gran cordon de la Legion de Honor. Formó tambien parte de la expedicion de cardenales diputados por Napoleon á Pio VII, en Savona, á consecuencia de la cual tuvo lugar el deplorable breve compilado por el cardenal Aurelio Roberella, contra cuyo acto protestó Ruffo lealmente no entender nada, pues que no se reconocia ni teólogo ni canonista. Cayendo en desgracia con Napoleon, fué desterrado á Bagneux cerca de Secaux, y peregrino despues por varios países y por Italia, volvió á Nápoles cuando el rey con el nombre de Fernando I fué reintegrado en su reino, y le prestó aún importantes servicios; pero no debemos ocultar que en un principio, tanto Roma como Nápoles le miraron con prevencion, por no haber resistido á Napoleon. Dice Mr. Alby, que se mantuvo la corte de Nápoles indiferente con el cardenal Ruffo hasta 1821, en el que despues del restablecimiento del gobierno absoluto, le devolvió Fernando I su plaza en el consejo, encargándole al propio tiempo de una mision cerca del Santo Padre; y Moroni, sin hacer referencia de esto, asegura que Pio VII le nombró superintendente de la diputacion de la Gracia; en 1817 le confirió el gran priorato en Roma de la ínclita órden de San Juan de Jerusalen; y en 1821, en el que llegó á ser primer diácono, cargo que conservó hasta su muerte, prefecto de las lagunas Pontinas. Muerto Pio VII el año 1823, el cardenal Ruffo asistió al cónclave en que fué elegido papa Leon XII, y despues se volvió á Nápoles para no volver á dejar esta ciudad. En los últimos años de su vida vivió separado de los negocios públicos y ocupado en trabajos agrícolas, á los que tuvo siempre mucha aficion. Siendo ya el más antiguo de los cardenales, murió Ruffo el dia 13 de Diciembre de 1827, á los ochenta y cuatro años de edad, y fué expuesto su cadáver en la iglesia de Sto. Domingo el Mayor de Nápoles, y sepultado en el panteon de su familia. Ruffo dejó escritas muchas obras en italiano sobre maniobras militares, sobre canales, puentes y áun sobre diferentes clases de palomas. El cardenal Ruffo, dice Mr. Alby, recuerda, por más de un título á los prelados de la época del renacimiento, y que personas que le conocieron aseguran que no fué tan austero como convenia á un príncipe de la Iglesia, conservando hasta su edad más avanzada gustos poco

compatibles con los votos sacerdotales; lo cual puede muy bien ser una suposicion gratuita ó calumniosa, y añade que por lo demás tenia talento natural y era de un carácter dulce y asequible; por último, que á pesar del papel que jugó en los acontecimientos de 1799, se le concedia tanta moderacion en sus opiniones como en su carácter. Fué Ruffo blanco de la calumnia, segun Moroni, á que estan sujetos los hombres de estado, particularmente en épocas de turbulencias políticas, en las que se distinguieron Vicente Coco, condenado á veinte años de destierro por la Junta de Estado de 1799 por los delitos de opiniones políticas en el *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*, en las que á las falsedades de Coco se unió la injuria y la calumnia. Vengó al célebre Cardenal su afectuoso secretario el abate Domingo Sachinelli, testigo ocular de sus acciones en sus grandes empresas, y poseedor de documentos originales, publicando en su defensa la obra titulada: *Memorie istoriche sulla vita del Cardinale Fabricio Ruffo, con osservacioni sulle opere di Coco, di Botta, e di Colletta*; Nápoles, 1836. El Cardenal, como dice Moroni, supo formar un ejército de realistas entre los mismos republicanos, proveerle de víveres con el menor gravámen de los pueblos, instruirle y conducirlo á la victoria; desconcertar en mil encuentros á los hijos rebeldes á su patria, expugnar las fortalezas, lanzar del reino de Nápoles á un poderoso enemigo, volver á poner la monarquía bajo la legítima dominacion de los Borbones, librar á Roma y volverla al dominio de la Santa Sede; todo con la fuerza de su voluntad, ayudada de su acrisolado patriotismo, y llevando por lema de sus banderas el santo é invencible signo de la cruz de Jesucristo, en favor de cuya causa peleó y venció. —B. S. C.

RUFFO (Pedro). Este Cardenal patricio napolitano fué creado príncipe de la Iglesia el 1.° de Marzo de 1118 por el papa Gelasio II, en la clase de diáconos de Santa María *in Cosmedim*, en Gaeta, en el mismo dia en que recibió el Papa su consagracion pontificia, siendo el último cardenal que creó. Habiendo huido el Papa de Roma para librarse de la persecucion de Enrique V, pasando á Francia para mayor seguridad, le acompañó el Cardenal que con esto se granjeó su intimidad. Despues de haber intervenido en Cluni en la eleccion del pontífice Celestino II, murió el año 1122 ó 1123, rechazando Cardella el aserto de Ciaconio sobre la duracion del cardenalato de Ruffo y la del de Mausi, fundados en cierta suscricion del P. Ruffus, presbítero cardenal, que aparece en 1130, que debe pertenecer á otro no conocido de los que han escrito biografías de cardenales. — C.

RUFFO ó Ruffi (Raimundo). Nació este cardenal en Cahors, de una ilustre familia napolitana. Fué sobrino del papa Juan XXII, que era del mismo país, el que desde protonotario apostólico le creó en 20 de Diciembre de 1320, en Aviñon, cardenal diácono de Santa María *in Cosmedim*, y despues

segun algunos autores, sacerdote de S. Crisógono. Murió en Aviñon en 1342, y fué sepultado en la iglesia de Menores. Coutelori dice que murió en 1325 de diácono y no de sacerdote, lo cual cree más probable Cardella. — C.

RUFFO (Tomás). Tuvo por patria este príncipe de la Iglesia á Nápoles, en cuya ciudad nació de ilustres padres en el siglo XVII. Señalóse en el estudio de las ciencias, especialmente en las de ambos derechos, y fué á Roma á completar su instruccion en el colegio eclesiástico. Mereció del papa Inocencio XI se le nombrase internuncio en Bruselas, cargo que rehusó para poderse dedicar mejor al estudio. Despues aceptó de Inocencio XII la vicelegacion de Rávena, en donde por ausencia del legado, dirigiendo solo el gobierno de aquella provincia, tuvo ocasion de hacer brillar su integridad y prudencia, lo cual le valió los elogios del Pontífice y del legado, los aplausos del pueblo y la aprobacion de algunos obispos á pesar de haber sostenido con él controversias jurisdiccionales. Nombrado inquisidor de Malta, con la opinion que se habia adquirido, y con su industria y destreza, reconcilió la soberana órden de Jerusalen con la república de Génova entre cuyos poderes habia empezado una cruda guerra. Confiósele la nunciatura de Toscana, en donde trabajó mucho para mantener ilesos no solo los derechos de la Santa Sede, sino tambien los de la inmunidad eclesiástica muy avasallados á la sazon. Ofreciéronle las nunciaturas de Viena y de España, y cuando se preparaba para desempeñar la segunda, que fué la que eligió, le hizo Inocencio XII su maestro de cámara, y su sucesor Clemente XI le confirmó en este cargo, y á los dos años le inició para arzobispo de Nápoles, silla que no aceptó. Continuando su oficio de maestro de cámara, escribió unas *Instrucciones* sumamente útiles para sus sucesores en este cargo, que continuó Monseñor Pignatelli, en las cuales se da razon de todas las ceremonias. En 17 de Mayo de 1706, Clemente XI le creó cardenal sacerdote de S. Lorenzo Pape é Perna y legado de Rávena, desde donde pasó despues á Ferrara en donde pagó trescientos mil ducados de deudas, librando al propio tiempo á la ciudad de tres gabelas ó cargas onerosas. Volvió á Roma, y vacando la silla de Ferrara, el Papa le obligó en 1717 á aceptar su gobierno, y al fin tuvo que aceptar aquel cargo que ántes habia rehusado. Cuéntanse aún en Ferrara sus acciones benéficas y generosas como legado y como obispo en la ciudad y en toda la diócesi, que fué elevada por él á arzobispal á fin de terminar la competencia con Rávena de la que fué el primer arzobispo. Restauró la fábrica de la catedral para la que destinó sus rentas propias, la enriqueció con preciosas reliquias, con ricos paramentos y preciosos adornos. Encargóle el papa Inocencio XIII la legacion de Bolonia, que le prorogó Benedicto XIII pro otro trienio, en cuyo tiempo aumentó las rentas públicas y quitó algunas cargas. En cuanto volvió á Ferrara, se le volvió á

nombrar legado, y aprovechó su posicion para levantar el crédito de la ciudad, librarla de algunas cargas y hacer beneficios públicos. Renunció por motivos de salud en 1738 su amada iglesia, reservándose la pension y la provision de beneficios. Habia formado en Ferrara una coleccion de cuadros, en cuyo elogio publicó Agnelli, en 1734, una obra titulada: *Rime é prose sulla Galleria de Pitture del Cardinal Tommaso Ruffo.* Ya en 1726 habia sido nombrado obispo de Palestrina, en la que visitado que hubo la diócesi, celebró el sínodo y le publicó. En 1740 pasó á la diócesis de Ostia y de Velletri, en donde fué magnífico en todas sus cosas, y en donde llegó á ser decano del Sacro Colegio. Allí tuvo de auditor á Juan Angel Braschi, y le promovió al elevado puesto que le sirvió de grada para subir á la silla de S. Pedro con el nombre de Pio VI. Largo y profuso con los pobres, no solo les daba muchas y considerables limosnas, sino que hasta suministraba las medicinas á los enfermos. Intervino en cuatro cónclaves, y en 1740 fué elegido vicecanciller de la Santa Iglesia y secretario del Santo Oficio. El año de 1750 abrió con gran pompa en el año santo la gran puerta de S. Pablo. Y despues de haberse granjeado una buena y justa fama para gloria de la Iglesia y de su nombre, murió en Roma el 16 de Febrero de 1753, á los noventa años de edad y cuarenta y seis de cardenal. Fué sepultado en su basílica de San Lorenzo in Dámaso en la capilla de San Nicolás fundada por él, con un epitafio honroso. Muratori le llama en sus *Anales* digno de la tiara. En Roma se conoce su casa con el nombre de palacio de Ruffo. — C.

RUFFUS DE TUFARIA (Fr. Antonio), franciscano italiano, de la provincia de Tierra de Labor, en el reino de Nápoles. Floreció en el siglo XVII, y manifestó en sus obras hallarse dotado de no vulgar inteligencia ni de ménor erudicion. Siguió sus estudios con aprovechamiento, y consagrado á las misiones, hizo en ellas grande fruto, proviniendo de aquí que la grande experiencia que obtuvo en el confesonario le sirvió para componer una de las obras más notables sobre esta materia que existió en su siglo, y la que ha servido despues de norma para las que se han compuesto en los posteriores. Pero no fueron solos sus conocimientos, sino tambien su piedad y religion, las que más útiles le fueron en su vida de operario de la viña del Señor, pues sus trabajos y ejemplos convirtieron más almas que toda su ciencia y doctrina. Probablemente en sus últimos años, y cuando se hallaba ya próximo al sepulcro, es cuando compiló y dió á la prensa su célebre obra bajo el título de *Manuale locupletissimum ferè omnium, tum definitionum, tum et descriptionum eorum, quæ in quibuscumque conscientiæ casuum materiis, atque solutionibus occurrere solent, à cunctis jam professoribus desideratum, demum non vulgari diligentia nunc collectum, et ut quidquid opus*

*fuerit facilius, atque commodius reperiatur, ordine alphabetico digestum*; Venecia, por Juan Bautista Juliani, 1623, en 12.°—S. B.

RUFI (Fr. Conrado), dominico escocés, natural de Sterling, célebre por sus estudios y conocimientos. Los autores estan todos conformes en sostener que se hallaba muy versado en la filosofía peripatética, y que á esto debe su principal celebridad, nosotros, sin embargo, no podemos ser de la misma opinion, pues vemos en sus escritos principalmente tratados sobre la doctrina de Santo Tomás y sermones sobre diferentes Evangelios. Prueba esto que era orador elocuente, pues si no no se hubiera atrevido á escribir sus sermones, y su Orden bajo ningun concepto los hubiera publicado ó conservado, pues la primera palabra solo puede aplicarse en este caso á lo que se conocia ántes de la invencion de la imprenta con el título de publicacion, es decir, á la circulacion y copia de manuscritos, que constituia la parte principal del comercio de librería. Desgraciadamente son pocas las noticias que nos quedan de este autor notable en su siglo y los que le han sucedido, puesto que ha merecido una larga y contínua mencion de los principales autores é historiadores de la religion dominicana. Sus obras, sin embargo, no son de esas que se llaman de primer órden, ni que estan llamadas á ocupar un puesto importante en la república de las letras; sus comentarios de otros autores harto célebres y que habian formado escuela, parece el trabajo propio más bien de un maestro que le dirige á sus discípulos, que de un autor original, que concebida su idea la desarrolla por completo y hace de su asunto un tratado de la mayor importancia é interés. Ruffo murió hácia 1399 segun los autores mejor enterados, es decir, Fernandez, Pio y Altamura, que son los verdaderos fundadores de la bibliografía dominicana; otros, sin embargo, como Dempster y Possevino, le suponen nacido y muerto en el siglo XVII; pero esto se supone un error de imprenta por haber cambiado 1319 en 1519, equivocacion fácil y que tiene alguna verisimilitud. Las obras que de Conrado Ruffo se citan son las siguientes: *Compendium seu abbreviatio expositionis S. Thomæ in Evangelia*; obra que algunos suponen existia entre los sermones de S. Antonino, arzobispo de Florencia, ó mejor formaba parte de la coleccion de discursos predicables bajo el título de *Catena aurea*, que tanta celebridad obtuvieron en los siglos XIII y XIV. En el convento de Claramonte, en la Auvernia, existia un manuscrito de Ruffo con el nombre de *Compendium S. Thomæ super Evangelia*, que se duda sea la obra de Ruffo: *Homilías* sobre el Evangelio que comienza *Stabat juxta crucem*. Otras sobre el Evangelio *Extollens vocem quædam mulier*.—S. B.

RUFILO (S.), obispo. Hallamos á este Santo en Croisset y en otros santorales como recordado por la Iglesia el 19 de Julio; pero solo hemos encontrado que fué obispo de Forlimpoli en la Romanía. Que predicando con

el mayor fervor, á su palabra unia el ejemplo de su vida ejemplar y el don de milagros que Dios le habia dado, por lo que hizo muchas conversiones. Y por último, que habiendo llegado á muy avanzada edad, murió con la paz y deseo de los justos el año 361 de Jesucristo. — C.

RUFINA (Santa) virgen y mártir. Hija de Asterio y de Aurelia, romanos de la ilustre clase patricia, fué esta santa virgen, que tuvo por hermana y compañera en el martirio á la gloriosa Santa Segunda. Casaron sus padres á Rufina con Armentario, y á Segunda con Verino, caballeros de la órden ecuestre romana, los que por temor de la persecucion de los emperadores Valeriano y Galieno, abandonaron la fe de Jesucristo en cuya bandera se habian afiliado, pretendiendo de sus esposas siguiesen su ejemplo. Estas virtuosas mujeres, que aún no habian vivido maridablemente con sus esposos, áun cuando débiles por su condicion, y tímidas cual conviene á su sexo, tuvieron ánimo esforzado, y persistiendo constantemente firmes en la fe, á fin de no perderla, salieron de Roma á ocultarse en una posesion campestre que les pertenecia en el territorio de Toscana. Luego que salieron de Roma, las denunciaron sus esposos al conde Arcesilao, el cual con gente armada las siguió, alcanzándolas á algunas leguas de Roma, las detuvo y llevó presas ante Junio Donato, prefecto de la ciudad, el que separando á las dos hermanas con la mayor inhumanidad á pesar de sus lágrimas y ruegos en demanda de que las dejase juntas, las mandó encerrar en la cárcel pública. Al tercer dia de su encierro, el expresado prefecto ordenó condujesen á su tribunal á Rufina, haciéndola mil reflexiones acerca de su noble estirpe, corta edad, belleza, y la dicha que podia disfrutar en compañía de un esposo tan fino y caballero como el que los dioses la habian dado; las penas á que se exponia de seguir adorando al Nazareno, contra el que ensañó su lengua blasfema; hizo cuanto pudo para convencerla del error en que su ceguedad la creia, y procuró con los ruegos primero, y con las amenazas despues, obligarla á adorar y sacrificar á los falsos dioses. Vanos fueron todos los esfuerzos del prefecto para convencer ó seducir á la fuerte Rufina, firme en la fe de Jesucristo: su invencible corazon quedó unido á su Dios, confesándole por el único verdadero, y desafiando todo el poder humano y el que pretendian dar los gentiles á sus falsas deidades. En vista de tal porfía, mandó Donato llevar al tribunal á Segunda, mandando que en presencia suya fuese azotada Rufina, á fin de que en vista de tal rigor, ella, que era más jóven, desistiese de su creencia. Luego que Segunda vió el mal trato que daban á su querida hermana, y que á ella nada la hacian, llena de entusiasmo al ver el heroismo de Rufina, y ardiendo en deseos de padecer como ella por una causa que les era comun, se volvió presurosa al juez, y con una voz sonora y á gritos, le dijo: ¿Qué es lo que haces, alma vil y

enemigo de la virtud? ¿Qué mayor delito que ella he cometido yo para que azotándola tan despiadadamente no me honres á mí del mismo modo; para que pueda alcanzar igualmente yo de su gloria y de la corona que la labra tu crueldad? Admirado de tal valentía, el prefecto la dijo que le parecia estar aún más loca que su hermana; pero volviéndose ella con ademan majestuoso y palabras de fortaleza, le respondió: «Ni una ni otra somos locas, pero sí somos cristianas, y puesto que tanto perseguís á los que tenemos este honor, justo es que ambas seamos azotadas, á fin de que á los golpes del azote crezca nuestra virtud, porque los que creemos y confesamos á Cristo, léjos de intimidarnos con los azotes de vuestros verdugos, los deseamos para alcanzar mayor gloria. En vano procuraba el prefecto ocultar su rabia, pues que la venganza se le salia por los ojos, al paso que admiraba tanto valor en tan jóvenes como bellas mujeres. Exhortóles el prefecto á que hiciesen vida con sus esposos; pero como las dos hermanas prefiriesen la muerte á perder su virginidad, que habian consagrado á Dios luego que vieron la falta de fe cristiana y la apostasía de los que las habian dado por maridos, las preguntó Donato qué harian si por fuerza, ya que no por voluntad, perdiesen la virginidad de que se mostraban tan zelosas. Segunda, con el mayor brio y entereza le manifestó que la virgen no puede perder la virginidad y pureza de su alma si ella misma no la mancha consintiendo; porque la fuerza y agravio hecho á la virgen la es un tormento que aumenta su gloria, y por lo tanto que hiciese con ellas lo que fuese su voluntad, y así que acrecentase cuantos instrumentos le dictase su crueldad para mortificarlas y atormentarlas, en la inteligencia que nada en el mundo existia que pudiera hacerlas desistir de su creencia, porque estaban firmemente persuadidas de que mayor sería su gloria y más honrosa y esplendorosa su corona, cuanto más crueles fuesen sus tormentos. Furioso se puso el prefecto Donato al ver el heroismo que prestaba á aquellas débiles mujeres la fe en sus creencias, y aunque no podria ménos de admirar tanta fortaleza, su amor propio ofendido, y su fanatismo por los dioses del paganismo, de los que en su ceguedad temia el castigo, si él no le aplicaba á aquellas mujeres que con tanta arrogancia les insultaban, las mandó encerar en un calabozo y darlas un humazo encendiendo estiércol, para atormentarlas con su fetidez y ver si de este modo imploraban su perdon. Vana tentativa, dicen los que escribieron estas actas; y así es de creer del poder divino, contra el que son infructuosos los poderes humanos, que el humazo le convirtió Dios en tan suave fragancia, que se deleitaron con él las dos santas hermanas en la prision, en la que apareció un resplandor y claridad celestial, que al paso que hizo conocer á las Santas la preciosísima claridad de la gloria, asustó á los sayones y verdugos que rodeaban la cárcel. ¿Qué inventar

para sacrificar tan tiernas como inocentes víctimas? Rabioso el prefecto, revuelve su ofuscada y malvada imaginacion buscando tormentos atroces, y pareciéndole haber encontrado el más adecuado á su deseo de mayor venganza, mandó preparar un baño de aceite hirviendo, en el que hizo las metiesen. Dos horas dice su historia, repetida por muchos autores, que estuvieron metidas en la hirviente tina, al cabo de las cuales las sacaron, porque no conocieron en ellas lesion alguna ni señales de padecimiento, ántes bien manifestaciones de recreo y alegría. Admirado el prefecto del prodigio, pero más interesado por lo mismo en el martirio de sus víctimas, las mandó conducir al rio Tiber, que pasa por médio de la ciudad de Roma, y arrojarlas á sus aguas, con una grande piedra atada á sus gargantas para que se sumergiesen y ahogasen; empero dicen sus actas que las Santas se mantuvieron flotantes, aun sin mojarse, manifestando las maravillas de Dios y cantando himnos en su alabanza. Cansado ya el prefecto, las mandó sacar fuera del rio, y conduciéndolas á una selva diez millas distante de Roma, las cortaron la cabeza, dejando insepultos sus cuerpos á merced de los animales carnívoros. Añádese que despues de su trágico pero glorioso fin, se presentaron las Santas, rodeadas de esplendente claridad á una señora romana, dueña de la heredad en que fueron ejecutadas, la cual se llamaba Plantila, y era gentil, y que haciéndola ver las grandezas del verdadero Dios, la pidieron se hiciese cristiana, y que sepultase sus cuerpos, con lo cual alcanzaria el premio de la vida eterna, con el que recompensa el verdadero Dios á los que bien le sirven en este mundo. Hízolo así aquella matrona, pues que viendo los cuerpos de las Santas sin corrupcion alguna, les mandó edificar un sepulcro en el mismo punto, en el cual estuvieron algunos años, hasta que por fin fueron conducidos á Roma, en donde fueron colocados en S. Juan de Latran, en el sitio que se denomina *Constantiniana*, por encontrarse en él la pila en que fué bautizado el emperador Constantino. Celébrase por la santa Iglesia católica la festividad de estas Santas vírgenes el dia 10 de Julio, porque en él fué el glorioso tránsito de sus benditas almas á la gloria eterna, el año 260 de nuestra era. Consérvase aún en Roma, al otro lado del Tiber, en la via Aurelia, la memoria del sitio en que padecieron el martirio, pues que para conservarla se levantó allí la catedral llamada de la *Selva Cándida*, erigiéndola en obispado para más honrarlas. Los que deseen confirmar ó ampliar las noticias que sobre las dos Santas hermanas damos en este artículo, pueden consultar al venerable Beda, á Adon, Usuardo, Croisset y otra porcion de autores de santorales, así como tambien el Martirologio Romano.—B. S. C.

RUFINA (Santa) vírgen. No solo Roma tuvo la gloria de tener una Santa Rufina vírgen y mártir; cúpole tambien á España esta misma suerte en su

region de Andalucía, plantel fecundo de santos mártires y de bienaventurados, cuyos gloriosos nombres ennoblecen el blason español, porque embellecen la genealogía celeste de nuestra cara patria. Venera la católica y grande ciudad de Sevilla, cabeza de Andalucía y capital hoy de la provincia de su nombre, á las gloriosas vírgenes y mártires Stas. Justa y Rufina, naturales de esta ciudad, ambas doncellas: se ocupaban en los deberes del cristianismo, en los que habian tenido la fortuna de iniciarse, con el mayor fervor, fortificando sus creencias cada vez más á la vista de las monstruosidades del paganismo, que habia hecho perder á sus paisanos la idea del verdadero Dios, de aquel *ignoto Deo* de S. Pablo, que fué venerado por los españoles ántes de caer en la idolatría, y de admitir las falsas divinidades de los pueblos invasores que desde muy antiguo la venian trabajando. Estaban dedicadas estas santas mujeres para procurarse el preciso sustento y poder hacer los beneficios que les sugeria la caridad, hermosa virtud del cristianismo, y preciosísima piedra de toque en la que se refinan los católicos para lograr por su medio la vida eterna, á una especie de comercio de compra y venta. Con lo que este tráfico, que hacian á conciencia recta, les valia, socorrian cuanto podian á los pobres, y ejecutaban todos los actos de piedad y beneficencia que les dictaba su cristiano corazon, que eran en tal número, que apénas les quedaba con qué proporcionarse el indispensable sustento. Entre las cosas que componian su comercio habia algunas que se les compraban para los sacrificios que los paganos hacian á sus dioses, y escrupulizando venderlas para este fin, porque les remordia la conciencia, y temiendo caer por ello en pecado, resolvieron negarse á vender las expresadas cosas á los gentiles. Atrajéronse con esta negativa la animadversion de estos, y declarándose sus enemigos, las delataron á las autoridades, como contrarias á la religion del Estado y observantes de la del Nazareno. Hízolas el juez Diogeniano, encargado de juzgar á los que contrariasen las creencias en los dioses, comparecer á su tribunal, y como interrogadas confesasen ser cristianas y aborrecer los ídolos, mandó echarlas sobre el potro y desgarrarlas las carnes con garfios de fierro, al frente de un altar, en el que se ostentaba un ídolo al que pretendió aquel mal juez rindiesen adoracion si querian librarse del tormento; pero como nada fuese capaz de obligarlas á renegar de la fe, ántes se confirmasen en ella conforme las martirizaban, llevóse á cabo la sentencia con la mayor saña, y casi destrozada por los garfios, Justa espiró en este suplicio, y Rufina fué estrangulada, volando sus almas al cielo á recibir la corona de gloria que habian merecido. Sufrieron estas Santas el martirio en Sevilla el año 287, y sus cuerpos fueron despues quemados, recordando la Iglesia su memoria el dia 19 de Julio, mes en que fueron sacrificadas estas heróicas y santas españolas. —B. S. C.

RUFINA (Santa). Fué esta Santa esposa de S. Teodoro, la cual hallándose en la cárcel con su marido, dió á luz á S. Mamante, del que fué nodriza Sta. Amia, por no poderle criar la primera. Eran los dos santos unos pobres pastores de Cesaréa en Capadocia, que se habian hecho cristianos luego que tuvieron la dicha de ser iluminados de la divina gracia. En el conflicto en que se hallaban los cristianos perseguidos por los satélites del paganismo, fueron perseguidos tambien los pastores, que se acogieron á la santa ley del Crucificado, y como S. Teodoro y su mujer Sta. Rufina no quisiesen abandonar su creencia cuando fueron amonestados á ello, se les redujo á prision, sin tener en cuenta el hallarse esta en cinta. Luego que en la misma cárcel dió esta á luz á S. Mamante, tuvo la Santa necesidad de poner su hijo al cuidado de una nodriza que se le amamantase, y como esta fuese Sta. Amia, cuya religion y virtud conocia, no tuvo que encargarla nada respecto á la educacion de su hijo Mamante, que fué bautizado y criado en el amor y temor á Dios, con que se alimentó á los pechos de Amia. Nada más hemos encontrado con respecto á esta Santa, é ignoramos si ella y su marido salieron salvos de la cárcel; pero no debieron padecer el martirio cuando ningun autor de los que conocemos les califica de mártires. En cuanto á su hijo S. Mamante, cuya fiesta celebra la Iglesia el 17 de Agosto, así como recuerda á sus santos padres y santa nodriza el 31 del mismo mes, se dice que fué tan grande su fervor piadoso, que cuidándose muy poco de las necesidades de la vida, pasaba casi todo el tiempo en la oracion y en la penitencia, por lo que le elogian extraordinariamente S. Basilio y S. Gregorio Nacianceno en sus obras. La persecucion decretada por el emperador Aureliano contra los cristianos alcanzó tambien á Mamante en medio de su juventud, y siendo aprisionado como enemigo de los ídolos, como se negase tenazmente á incensarlos, y ántes por el contrario los denostase declarando la verdad de Jesucristo y la maldad de los que prestaban adoracion á los falsos dioses, fué degollado en la ciudad de Cesaréa, su patria, el año 275 de nuestra era, con gran alegria suya de verter su sangre por el Señor de los cielos y de la tierra, Jesucristo, nuestro bien y salud.—B. S. C.

RUFINA (Santa), mártir. Ilustró á Caller en Cerdeña esta Santa, que pasaba su vida en ejercicios de piedad y religion cristiana, y en particular, como otra Julia Romana, se ocupaba en dar entierro y sepultura á los mártires, como consta de noticias fidedignas. Dió entierro y sepultura á los santos Leoncio y Marcelo, á las santas Surinia y Florencia; mas llegado á noticia del presidente las obras de piedad y religion en que Rufina se ocupaba con tanto celo y solicitud, asegurando que era cristiana, profesando la misma fe y religion, la mandó prender, y despues de haberla tenido encerrada y padeciendo en una cárcel, en la que manifestó su constancia y

firmeza en la fe, dispuso en una plaza una grande hoguera, en cuyo centro fué arrojada la Santa hasta que se consumieron las carnes y parte de sus huesos, los que fueron recogidos por el beatísimo Alfonso y los colocó en una arca ó urna de ladrillo, que puso junto á las de S. Leoncio y Santa Florencia, en cuya sepultura escribieron los fieles, que el dia 10 de Enero del año 1621 fueron halladas las reliquias de Rufina tan quemadas, que al menor movimiento se convertian en polvo y ceniza. Se sacaron el mismo dia, asistiendo los canónigos Sisinnio Martis y Antiogo Estrada con otros muchos eclesiásticos, y recogidas y colocadas en una urna fueron llevadas á la catedral y puestas en el santuario mayor. Celébrase esta invencion el dia 10 de Diciembre por los de Caller en su primaria y metropolitana iglesia. — A. L.

RUFINIANO (San). La Grecia cristiana, que tantos santos ha producido, fué la patria de este y de su hermano S. Rufino. Hijos de padres gentiles, muy aferrados en su creencia, fueron educados en esta satánica religion; pero ambos hermanos, á los que Dios inspiraba otros sentimientos y á los que habia concedido clara inteligencia, ya de muy niños no solo miraban con indiferencia á los ídolos que sus padres adoraban, resistiéndose á acompañarlos en las preces que les dirigian, porque los aborrecian, no creyendo virtud alguna en aquellos dioses de cuyas historias y prerogativas se burlaban cuando se encontraban solos. Llegaron á la edad en que se desarrolla comunmente la inteligencia, y comprendiendo lo absurdo del gentilismo, é ilustradas sus tiernas almas por la clarísima fe de Jesucristo, abjuraron de la religion que se les habia obligado á seguir, y abrazaron con tanta alegría el cristianismo, que el dia que lograron el santo bautismo, no pareciéndoles suficiente esto para acreditar su amor al verdadero Dios, desearon morir en defensa de su nueva creencia para recibir un nuevo bautismo, el bautismo de sangre que confirma con su sacrificio el primero. Su entusiasmo religioso y su fervor les presentaba el martirio como una dicha especial, y tanto le deseaban, que á los pocos dias de bautizados se dirigieron al prefecto que mandaba en su distrito, y con una alegría que se hermanaba bien con sus deseos y con su sencillez infantil, le declararon que eran cristianos y como tales despreciaban á los dioses del país, porque los consideraban como hechuras del infierno y sin poder alguno, porque el verdadero Dios era el de los cristianos. Puede considerarse el furor que semejante declaracion de unos inocentes niños encenderia en el corazon de una autoridad entusiasta y fanatizada por el paganismo. Amenazóles severamente si no se inclinaban reverentemente ante los ídolos, y como léjos de esta humillacion los despreciasen y cantasen alabanzas al Redentor del género humano, el cruel juez, herido en lo que más estimaba y deseoso de venganza,

olvidando la edad de aquellos niños, los hizo degollar inmediatamente, con lo cual no hizo más que concederles lo que tanto deseaban, que no era otra cosa que romper los lazos que les ligaban á este mundo para volar como ángeles á unirse con sus celestiales compañeros en el cielo.—B. S. C.

RUFINIANO, obispo de Africa: es citado en la vida de S. Fulgencio con motivo de un viaje que hizo á verle este Santo en el retiro á que se habia acogido en una pequeña isla en la costa de Sicilia, donde practicaba la vida monástica. El motivo de este viaje era consultar á Rufiniano sobre el que tenia designio de hacer á Egipto. No porque tuviese desconfianza de los consejos que se le habian dado anteriormente sobre el mismo asunto, sino porque imaginaba que en las cosas dudosas se debia consultar á muchas personas. Pero el consejo de Rufiniano no fué semejante á los que ya habia recibido. Fulgencio no pensó ya por lo tanto en ir á Egipto. Habiendo encontrado ocasion de pasar á Roma por mar, la aprovechó para visitar los sepulcros de los apóstoles. Acaeció esto hácia el año 900. En el mismo año el rey Teodorico fué á esta capital del mundo. Su presencia llenó de alegría á toda la ciudad. Fulgencio no solo fué testigo de la pomposa recepcion que se hizo á este príncipe, sino que asistió tambien al discurso que se hizo en presencia del Senado y del pueblo. Mas toda la impresion que causó en su espíritu este espectáculo, se redujo á la reflexion que hizo sobre los grados de hermosura que debia tener la Jerusalen celestial, puesto que tan grande era el esplendor de la Roma terrenal; y sobre la grandeza de gloria que debian gozar los santos que contemplan la verdad, puesto que se concedia tanto honor en este mundo á los amantes de la vanidad.—S. B.

RUFINIANO, monje enviado á Inglaterra por el pontífice S. Gregorio el Magno, con otros misioneros en 796, cuando ejecutó el proyecto que desde mucho ántes habia formado de ocuparse de la conversion de aquel país. Eligió por superior de esta mision á Agustino, prior y preboste de su monasterio de S. Andrés en Roma, á quien dió por compañeros á otros muchos religiosos con órden de obedecerle como abad. Algun tiempo ántes habia mandado comprar á Claudio, rector del patrimonio de S. Pedro en las Galias, algunos esclavos ingleses de diez y siete á diez y ocho años de edad, y los habia mandado educar en los seminarios de los monasterios para que pudieran ser útiles en esta mision. Agustino y sus compañeros partieron de Roma en el mes de Junio con diferentes cartas de recomendacion para los obispos de la Galia por donde debian pasar. El Papa habia escrito tambien á la reina Brunequilda y á dos reyes jóvenes, Thierry y Teodoberto. Pero apénas habian andado algunas jornadas, decidieron los misioneros volverse, disgustados por las dificultades del camino, y no creyendo llegar á convertir una nacion de que no comprendian ni áun el idioma. Enviaron á Agus-

tin á Roma para manifestar todas estas dificultades á S. Gregorio; pero este santo Papa, que sabia por una larga experiencia que las obras de Dios encuentran con frecuencia grande oposicion en los consejos de los hombres, le despidió dándole una carta, en que mandaba continuar su obra con todo el ardor y toda la diligencia posible, bajo la proteccion y direccion del Señor. Esta carta es de 23 de Julio de 596. Habiendo pues continuado su camino y atravesado toda la Galia, llegaron á la Gran Bretaña, en las costas de la provincia de Kent, y tomaron tierra en la isla de Temet. Eran en número de cuarenta; Agustino envió al rey algunos de los principales de sus compañeros con un intérprete para manifestarle el motivo de su viaje. El rey les escuchó tranquilamente, y les mandó permanecer en la isla hasta que pudiera ir á oirles y conferenciar con ellos, pues él habia oido hablar ya de la religion cristiana; su nombre era Etelberto. Algun tiempo despues fué á la isla de Temet, y mandó á buscar á Agustin y á los suyos, pues no quiso darles audiencia más que al aire libre, porque le hacia temer una antigua prediccion, que si los escuchaba á cubierto en una casa, podian sorprenderle con alguna operacion mágica. Fueron en procesion llevando una cruz de plata y la imágen del Salvador en un cuadro, y cantando las letanías para pedir á Dios su salvacion y la del pueblo á que habian llegado. Etelberto les mandó sentar, y Agustin le anunció el Evangelio, manifestándole que el solo deseo de la salvacion de aquel príncipe y de toda su nacion les habia hecho ir de Roma á la Gran Bretaña. Todo el resultado de esta primera predicacion fué que el rey permitió á los misioneros establecerse en la ciudad de Dorovernum, su corte, que es hoy la ciudad de Cantorbery, dejándoles libertad de atraer á la religion cristiana á todos los que pudieran convencer. Establecidos en aquella ciudad, comenzaron á seguir la vida de los apóstoles, dedicándose contínuamente al ayuno y la oracion, no tomando de aquellos á quienes instruian más que los cosas necesarias para la vida. En los alrededores de la ciudad, al Oriente, habia una iglesia en honor de S. Martin, donde la reina acostumbraba á entregarse á sus prácticas religiosas; los misioneros la hicieron tambien el lugar de sus reuniones y predicaciones, con permiso del rey. Muchos ingleses abrazaron la fe; el mismo rey creyó y fué bautizado. Su ejemplo atrajo á un gran número de súbditos suyos, pero este príncipe no obligaba á nadie, contentándose con manifestar más amistad á los que se hacian bautizar. Entónces permitió restablecer las antiguas iglesias, pues el nombre de Jesucristo habia sido conocido en tiempos anteriores entre los bretones, aunque su país habia permanecido impenetrable á los romanos, y les dió un lugar conveniente en su capital para establecer una sede episcopal con los suficientes bienes raíces. Viendo Agustino tan felices comienzos, pasó á Francia para hacerse consagrar obis-

po por S. Vigilio, arzobispo de Arlés, segun las órdenes que habia recibido del Papa; despues de lo cual, hallándose ya de regreso en Inglaterra, bautizó en la fiesta de Navidad de 597 más de diez mil ingleses. Entónces envió á Roma al sacerdote Lorenzo con el monje Pedro, compañeros suyos los dos, para informar á S. Gregorio de todo lo que pasaba y para consultarle sobre muchas dificultades que se presentaban en el establecimiento de aquella nueva iglesia. El Papa permitió á Agustino, que era el único obispo de Inglaterra, consagrar por sí solo á otros obispos, dispensándole bajo este aspecto de lo acordado en los antiguos cánones, que ordenan que el obispo por quien se consagra otro nuevo será asistido de otros dos obispos. Envió de nuevo á Lorenzo, y á Pedro y con ellos otros muchos obreros evangélicos, de los que son los más conocidos Justo, Melito, Paulino y Rufiniano, todos monjes. Por medio suyo envió á Agustino libros, vasos sagrados, ornamentos de iglesia y el pallium, con una carta para animarle al trabajo y advertirle que no se envaneciese por los milagros que hacia Dios por su ministerio; y otra para el rey Etelberto, á quien congratulaba por su conversion y la de sus súbditos. El Papa hizo á Agustino metropolitano sobre doce obispos que le mandó consagrar para diferentes lugares, en particular para la ciudad de York, si abrazaba el Evangelio, queriendo que este prelado fuera tambien metropolitano de doce obispos que recibirian la consagracion por él. Agustino fundó cerca de Cantorbery el monasterio de S. Pedro y San Pablo, de que nombró abad á Pedro, uno de los diputados que habia enviado á Roma. Tuvo tambien monjes en su catedral y vivió con ellos en la práctica de los ejercicios monásticos, conforme á las órdenes de S. Gregorio. Aunque muy notables las demás circunstancias de esta mision, creemos conveniente omitirlas, pues nos parece habernos extendido en demasía al referir las circunstancias principales que la acompañaron, con motivo de uno de los que en ella intervinieron, aunque en un lugar muy secundario.—S. B.

RUFINIANO. Es conocido por una carta que le escribió S. Atanasio hácia 362, en que le habla del concilio de Alejandría como celebrado en época muy anterior. Es una respuesta á la carta que le habia escrito Rufiniano para saber cómo debia conducirse con los que despues de haberse comprometido con el partido de los arrianos ántes de sus persecuciones, renunciaban al error y volvian á la sana doctrina; si se debia prohibir á los clérigos que habian caido el desempeño de las funciones propias de sus órdenes y reducirlos á la condicion de legos. S. Atanasio le contestó que segun lo que se habia decidido en el sínodo de Alejandría y por los obispos congregados en diferentes provincias en Acaya, España, las Galias y Roma, era preciso perdonar á los jefes del partido herético, si renunciaban al error, pero sin

admitirlos en el clero: que los que habian sido violentados debian obtener tambien el perdon y conservar además su rango en el clero, renunciando al error y á la conversion de los herejes. Añade que se ha de obligar á los que se convierten del arrianismo á anatematizar particularmente á Eurovio y Eudoxio y á profesar la fe de Nicea, de modo que prefieran á cualquiera otro este concilio.—S. B.

RUFINO (S.) mártir. El dia 27 de Marzo de 1627 fué hallada junto á la sepultura de Sta. Cecilia, por la parte de Occidente, otra de fábrica de ladrillos, cubierta de bóveda, pero muy destruida del tiempo de los sarracenos, y reconocida, se vió revestida interiormente de losas de mármol, que tenia dos letreros, y aunque faltos de algunas letras, decia el uno:

*Beatus Martyr Delfinus, qui vixit annis 41, depositus, etc.*

El bienaventurado mártir Delfino, que vivió cuarenta y un años, yace aquí depositado á tantos.... Y el otro decia:

*Beatus martyr Rufinus, qui vixit annis plus minus.... depositus, etc.*

El bienaventurado mártir Rufino, que vivió tantos años (falta el número), yace aqui depositado á tantos de.... Reconocióse el sepulcro, y primero se encontró un cuerpo y luego el otro, y ambos fueron sacados por el vicario general, acompañado del canónigo Sisinnio Martis, del canónigo Antiogo Estrada, y de otros muchos testigos que fueron presentes, como consta con público instrumento, que se guarda en el archivo; y poniéndolos entrambos en un arca fueron llevados á la Iglesia metropolitana, donde esperan el lugar que en el santuario se les ha de dar. Respecto de estos dos santos poco puede decirse, y únicamente que siendo naturales de Caller, padecieron bajo el gobierno de Gelasio, presidente por Antonino Pio, por ser fieles, por católicos y defensores de la fe. La invencion de estos santos se celebra el dia 27 de Marzo.—A. L.

RUFINO (S.) mártir. Salazar tiene por españoles á este santo y á sus compañeros de martirio, los santos Macario, Justo y Teofico, creyendo poder asegurar en su Martirologio español, que murieron degollados en la ciudad de Sevilla, cuando se publicó en ella el decreto de exterminio de los cristianos del emperador romano Trajano, que no quiso perdonar ni á sus propios paisanos, puesto que él fué español y andaluz. Empero al hacer mencion de ellos el Martirologio romano fija en Roma el lugar de su suplicio, y por lo tanto no nos atrevemos á decidir sobre esta controversia, puesto que no podemos salir de dudas á falta de pruebas. La Iglesia los recuerda el dia 29 de Marzo.—C.

RUFINO (S.) anacoreta y confesor. Solo hemos hallado mencion de este Santo, que pasó su vida en el desierto haciendo penitencia, en Colgan, citado por Croisset en su santoral entre los habitantes del cielo cuya historia en la tierra ha quedado olvidada ó se ha perdido; pero no hemos podido dejar de mencionarle en esta obra, pues que la Iglesia católica le señala el dia 22 de Abril. Algunos autores citan un S. Rufo anacoreta, que creemos sea este mismo.—C.

RUFINO (S.) mártir. Conmemora la Iglesia católica el dia 14 de Junio á los santos mártires S. Rufino y S. Valerio. Hallábanse estos varones al servicio del estado, como intendentes de los tributos en el distrito de Soissons de las Galias, y como fuesen cristianos que practicaban con fe los deberes de su religion, brillaba por doquier que ellos iban la caridad por medio de las muchas limosnas que hacian sus manos generosas á los fieles con quienes no habia sido muy amiga la fortuna. El emperador Maximiano Hercúleo dirigió sus ejércitos contra los bagandas, y encontrándolos cerca de París, les dió tan fuerte batalla, que logró derrotarlos y sujetar el país al poder colosal de Roma. Deseando mantener la conquista y seguir sujetando á los que procuraban desvirtuar la religion del imperio, palanca con que pretendia destruir las demás creencias y captarse el aprecio de los gentiles para que mantuviesen su poder, dejó al retirarse por pretor de las Galias al sanguinario Ricciovano, enemigo irreconciliable de la religion del Crucificado, con órden expresa de emplear cuantos medios le sugiriese su maldad para exterminar á los cristianos y borrar hasta su memoria de aquel país. Ignoraba el bárbaro emperador que declaraba guerra al verdadero Dios contra cuyo poder el de la tierra y del infierno reunidos no son más fuertes que un miserable reptil, que se pulveriza al menor destello de su voluntad soberana, y que lo que conseguiria con aquellas otras providencias seria aumentar millones de creyentes en Jesucristo, por cada víctima que sacrificase á su furor el delegado que dejaba, digno de él. Arroyos de sangre produjo en la ciudad y territorio de Reims el feroz Ricciovano, en la que sacrificó á su venganza multitud de fieles adoradores de la cruz del Redentor, por el que se ofrecian gustosísimos en sacrificio, y cuando ya creyó no tener allí nuevas víctimas que inmolar á sus dioses, fué á Soissons á continuar la carnicería, prometiéndose enrojecer su término con la sangre cristiana. A la llegada del tirano, S. Rufino y S. Valerio fueron á ocultarse á un bosque; pero como las noticias de su virtud y de la propaganda que hacian llegase á noticias del prefecto, sediento de su sangre, mandó buscarlos por todas partes, y al fin los encontraron. Alegróse cual voraz hiena Ricciovano á la vista de los dos santos, y como no quisiesen adorar los ídolos como les propuso, y viese con qué serenidad confesaban á Jesucristo insultando

su poder, les mandó amarrar al potro y azotarlos cruelmente con disciplinas de bolas de plomo, que abrieron sus carnes por mil partes, y haciéndoles conducir despues á un sitio extramuros de Soissons, allí les hizo decapitar, con lo que subieron sus espíritus á la gloria en los primeros años del siglo III de Jesucristo.—B. S. C.

RUFINO (S.), mártir. Otro santo de este nombre nos presentan los martirologios conmemorado por la Iglesia con la gloriosa Sta. Marcia, mártir tambien como él, el 21 de Junio. Empero habiéndose perdido sus actas, solo ha conservado la tradicion sus nombres y el lugar de su martirio. Sábese sí que murieron en Sicilia por oponerse á la idolatría, confesar á Jesucristo, y procurar llevar á las banderas de la cruz á sus compatricios, á los cuales exhortarian dándoles á conocer la ley evangélica que ellos profesaban con tanta fe y decision que no temieron, antes lo deseaban, derramar su sangre, por aquel divino Señor que en el Gólgota la vertió por redimirnos de la esclavitud del demonio.—B. C.

RUFINO (S.), mártir. Véase Rufiniano, su hermano y santo como él.

RUFINO (S.), mártir. El 24 de Julio conmemora la Iglesia á S. Rufino y á su hermano Vulfado; pero nada se nos dice de las particularidades de su vida más que sabiendo su padre que se habian hecho cristianos, y siendo él un fanático gentil ó arriano, pues que ni nos expresan el lugar, ni la religion del padre, ni el sitio de la ejecucion, los mandó matar hácia el año 670 de nuestra era, época en que bien pudieron tambien haber sido sacrificados al furor musulman, tan enemigo de los católicos como los idólatras que en esta época puede decirse casi existian, y como los heresiarcas sectarios de Arrio.—C.

RUFINO (San), mártir, obispo de Marsos en Italia: ejercia este Santo las funciones de padre y pastor de sus fieles ovejas con el mayor amor, enseñándolas los caminos de la gracia y apacentando sus almas con los sabrosos manjares del cielo. Cuentan sus historiadores, que saliendo un dia á predicar á sus diócesanos, que á este fin se habian reunido en una cercana colina, sabida que fué por los gentiles una reunion que calificaban de sacrílega y de revolucionaria, mandaron á los satélites armados que el emperador Maximiano tenia para perseguir á los cristianos, á fin de que les obligasen á disolverse. Presentáronse los soldados á la reunion, é intimaron á los cristianos que se fuesen á sus casas, pues que si seguian reunidos y de aquel modo ofendiendo á los dioses, sufririan todo el rigor de las leyes del emperador. Viendo el santo obispo el peligro que corrian los fieles, reunió al clero y les mandó á los sacerdotes que exhortasen al pueblo á retirarse á sus casas, lo cual hizo él tambien con mucho amor, por lo que todos obedecieron. Luego que el obispo quedó solo con el clero, S. Rufino con angelical

voz y con la persuasiva que le distinguia, se propuso catequizar á los soldados, y haciendo lo propio los demás sacerdotes, lograron convencerlos de las verdades cristianas y de la falsedad de sus dioses, y ya pedian llenos de entusiasmo á voces el bautismo, prosternados á los pies del obispo, cuando viéndolos renegando de los ídolos otra tropa mandada por el prefecto, prendieron al obispo, á los sacerdotes y á todos los soldados convertidos, y los llevaron al tribunal del prefecto, en donde fueron acusados como cristianos y como revolucionarios, enemigos de la religion del estado. Preguntado S. Rufino sobre aquella delacion, respondió con humilde arrogancia que era cierto cuanto habian depuesto los acusadores, y que todos estaban prontos á morir confesando á Jesucristo, único Dios verdadero, pues que los demás dioses eran alimañas hijas del demonio, para llevar por este medio á los hombres á sus lóbregas cavernas. Como en esta confesion estuviesen conformes tambien los soldados, que ya que no habian entrado en el cristianismo por el bautismo del agua deseaban verificarlo por el de sangre, el inhumano juez hizo que los degollasen á todos, y de este modo sus benditas almas fueron á gozar de las delicias del cielo. La Iglesia católica recuerda á San Rufino y compañeros de martirio el dia 11 de Agosto.—B. S. C.

RUFINO (San), obispo y confesor. En los siglos V y VI de nuestra era floreció en la ciudad de Capua un venerable obispo de su diócesi, llamado Rufino, del cual nada relativo á su nacimiento y muerte hemos podido averiguar, y sí solo sabemos que la Iglesia le recuerda el dia 26 de Agosto, mes en el que tambien hace conmemoracion de otros santos de aquel mismo nombre. Dícese de este buen pastor del rebaño de Jesucristo, que predicando á los lombardos hizo numerosas conversiones, y que el fuego de la caridad inflamó de tal modo su corazon, que podia muy bien llamarse el padre de los pobres y de todos sus fieles á los que alimentaba el cuerpo y el alma con especial solicitud. Veíasele presuroso allí adonde haba algun pobre que socorrer, viuda á la que defender y huérfano á quien amparar. Tan pronto se le encontraba á la cabecera de un moribundo, dirigiéndole al cielo por medio de sus exhortaciones y consuelos espirituales, cuanto en el estrado de un poderoso llamándole dulcemente á penitencia. Cuando se trataba de servir á Dios en sus criaturas no se permitia descanso alguno, y en la ciudad, en la villa y en la aldea, así como en los palacios, en los hospitales y en las cárceles, en todas partes hacia oir su consoladora voz, y cual ángel de paz y de ventura llevaba siempre consigo la claridad de la gracia para que no se perdiesen sus ovejas en los caminos que conducen á la vida eterna. El aumento de la gloria de Dios y el bien de sus hermanos fueron las honrosas pasiones que le dominaron, y su alma experimentaba las delicias de la gloria, siempre que podia hacer algo en beneficio de la huma-

nidad y en honra de su Criador. Los habitantes de Capua, que tienen el consuelo de conservar en su iglesia sus preciosos restos, son testigos de los numerosos bienes que hace Dios á los que buscan por mediador á S. Rufino, el que en vida recibió del cielo el don de milagros, segun los que de este santo hablan, milagros que se han multiplicado despues de su glorioso tránsito, especialmente con los que visitaron su sepulcro, y que arrepentidos con verdadera contricion de sus pecados, pidieron con verdadera fe y esperanza perdon de ellos á su Criador, por la mediacion de S. Rufino.—B. S. C.

RUFINO (San), mártir. El 4 de Setiembre hace conmemoracion la Iglesia de tres santos niños, que fueron sacrificados como cristianos. Llamáronse Rufino, Silvano y Vitalio, los cuales perseguidos por los gentiles porque habian sido bautizados, abrazaron con tal fe la religion verdadera á pesar de su corta edad, que no se vencieron ni á los halagos ni á las amenazas y malos tratamientos de los sayones. Solo escudados por la divina gracia que hizo le alabasen los niños, puede concebirse que niños de tan corta edad como otros muchos con que se gloria el cristianismo, despreciasen los más crueles tormentos y los prefiriesen á los regalos y á los halagos de sus verdugos; esto solo debiera haber convencido á los sicarios de la idolatría de la verdad y excelencias de la religion, que en vano pretendian ahogar en su nacimiento; pero tenian cerrados sus ojos á la clara luz del Evangelio, y ciegos no podian andar más que en tinieblas. Resistiendo Rufino y sus dos compañeros á sus enemigos, irritaron su furor y fueron martirizados en Ancira en el siglo I del establecimiento de la santa Iglesia de Jesucristo.—B. C.

RUFINO (San), mártir. Al recordar la Iglesia el dia 16 de Noviembre á este Santo, lo hace igualmente de sus compañeros de martirio los santos Marco, Valerio y otros que no se nombran; pero solo sabemos de ellos por el Martirologio romano que padecieron martirio en Africa, sin que se nos declare ni el sitio, la fecha ni los tormentos que les dieron. Y áun cuando Galesinio dice que halló un manuscrito antiguo de S. Rufino, como no nos da las noticias que en él se contienen, ni nos dice la biblioteca ó archivo que contiene el códice, nada podemos añadir á la ligera mencion que hacemos.—C.

RUFINO (San), confesor. Dícese en algunos martirologios, que este bienaventurado floreció en la ciudad de Mántua; pero en ninguno de ellos se fija la época ni nada referente á su vida y muerte. Creen los que le mencionan que fué sacerdote, tomándolo de una imágen suya sumamente antigua, que se vé pintada en el muro en la iglesia que le está dedicada; y como existan tambien en Ferrara algunas reliquias de este Santo que se veneran por los fieles, es tanto más extraño se hayan conservado tan pocas noticias de él, puesto que habiéndole dedicado iglesia en punto tan principal, debió ser un

Santo de gran devocion desde luego en el país, y tener una historia no comun, autorizada por la tradicion al ménos. Las continuas revoluciones por que ha pasado aquel pais, en las que se han perdido tantos documentos de los archivos de las iglesias, y muchas actas y auténticas de los santos, hace no se extrañe que muchos de los santos que tuvieran mayor celebridad, hayan quedado olvidados en los santorales, y que solo se conserve su memoria por tradicion en la piedad de los fieles.—B. C.

RUFINO (S.), mártir. De noble familia y acomodada, nació este Santo en la ciudad de Asís; pero entregado como la mayor parte de sus conciudadanos á los errores del paganismo, en cuyas creencias estaba aferrado, y las cuales defendia con empeño, admitiendo todos sus dogmas y cegado por tan pestilente doctrina, su mente no veia la verdad, su corazon no la sentia, y su alma, envuelta en las tinieblas de la ignorancia, nada le decia que pudiera advertirle del mal camino que llevaba y del abismo en que necesariamente habia de precipitarse al fin. Empero como Dios le queria para sí, y no queria abandonarle en medio de su ceguedad, un milagro de su Providencia divina le abrió los ojos del alma al impulso de un rayo penetrante de la verdad evangélica. Conocióse otro hombre el aferrado pagano, y al conocer la falsedad de sus dioses y adónde existia la verdad, acabó por aborrecerlos y desterrarlos de su corazon, abrazando con fe el cristianismo, le amó con tal frenesí, que no contentándose con profesarle y con practicar fielmente los deberes que le imponia, puso por obra el hacer conocer su dicha á los demás y arrastrarlos con su persuasion á la ley de gracia, que tan feliz le habia hecho á él. Firme en esta resolucion tomó el oficio de apóstol, predicando por los lugares la doctrina evangélica, enseñándola, catequizando y bautizando con mucho éxito, pues que su fe le dió elocuencia y persuasion tan grandes, que llegó á convencer de la verdad á los más fanatizados idólatras. Publicó el feroz emperador Diocleciano su edicto sanguinario contra los cristianos, y la cruda persecucion que se les hizo, detuvo en sus conquistas á este esforzado campeon del cristianismo. Preso en medio de los combates en que siempre vencia al demonio, que esclavizaba las almas, se le quiso obligar á renegar de su fe y á prestar adoracion á los falsos dioses; pero constante en la fe de Jesucristo, los despreció y proclamó á voz en grito las excelencias de la religion del Crucificado delante de sus verdugos. Enfurecidos los jueces, le mandaron atormentar, y como viesen que su fervor por el cristianismo se aumentaba con los tormentos, desesperados de poder obligarle á seguir su voluntad, le asesinaron cobardemente, y su bendita alma fué á unirse con su Dios, como lo deseaba. Recuerda San Pedro Damian al hacer con grandes elogios mencion de este Santo, su celo fervorosísimo, sus acciones maravillosas y la firmeza con

que supo sujetar sus pasiones, cambiar de vida, variar sus costumbres, y sujetarse estrictamente á las leyes que emanan del Evangelio, á las que arregló su vida, y por las que hizo tambien venturosos á otros paganos, cuyas almas ganó para el cielo. —B. C.

RUFINO (Bto.), abad y general de la órden Cisterciense, de quien únicamente dice la Crónica, que habiendo honrado y adornado la dignidad pastoral con piedad y vida angélica insignes, esclarecido en santidad y rico en méritos, voló á la eterna bienaventuranza. —S. B.

RUFINO y AVENCIANO (Stos.), cuya memoria se celebra en la Liguria. Sus cuerpos fueron sepultados en Sarzano; no existen sus actas. La tradicion asegura que hicieron una vida solitaria en aquellos lugares. Se celebra segun Ferrario en 14 de Julio. —S. B.

RUFINO (S.), obispo de Pistoya, en cuyo templo se conserva su cuerpo. Le cita Ferrario en 14 de Febrero. —S. B.

RUFINO, diácono y confesor; es conocido por una carta que en compañía de otros clérigos dirigió á S. Cipriano, y que le llevaron Saturio y Optato. Esta carta es en contestacion á la que les habia dirigido el Santo, miéntras se hallaban presos en Roma. «Vuestra carta, le decian, ha sido para nosotros como un rayo de luz en la tempestad, como la calma en medio del mar tempestuoso, como el descanso despues del trabajo, como la salud en la enfermedad y como la luz en las tinieblas. La hemos leido con tanto placer, y nos ha agradado tanto, que podemos decir que ha sido para nuestra alma como un alimento sano y sólido que la ha vuelto mucho más vigorosa para combatir al enemigo. Así no dudamos que nuestro Señor os recompense por esa caridad y os deje recoger el fruto de tan buena obra. Pues el que ha exhortado á sufrir á los demás, merece ser coronado lo mismo que los que han padecido; no es ménos glorioso haber animado al combate que haber combatido. Elogian la manera viva y elocuente con que les representaba S. Cipriano en su carta la gloria de los mártires para animarlos á confesar atrevidamente el nombre de Jesucristo en medio de los tormentos. Luego despues de haber referido muchos pasajes de la Sagrada Escritura en los que el Señor anima á los suyos al combate, añaden: cuando leemos en el Evangelio estas y otras palabras semejantes del Señor, que son como otros tantos fuegos para encender nuestra fe, no solo no tememos á los enemigos de la fe, sino que los provocamos al combate. Suplican al santo obispo pida la victoria para ellos: elogian su vigilancia episcopal en el retiro, su ánimo para oponerse á los que despues de haber caido en la apostasía querian volver al seno de la Iglesia sin haberse hecho dignos por sus penitencias; su prudencia en no querer decidir nada sobre la cuestion de los caidos hasta despues de haber deliberado con los obispos, los sacerdo-

tes, los diáconos, los confesores y áun los legos que habian perseverado firmes. Demuestra la necesidad que hay de hacer una larga penitencia, y el peligro de cerrar una llaga ántes de que esté completamente curada. Los remedios son más eficaces cuando no son precipitados. Por otra parte, ¿quién querrá sufrir en lo sucesivo los horrores de un calabozo por confesar á Jesucristo, si los que le han renegado no pierden nada? ¿Quién querrá dejarse cargar de cadenas por sostener el honor de Dios, si los que le han vendido no dejan de ser admitidos á la comunion? ¿Y dónde estan los mártires que querrán exponer gloriosamente su vida, si los que han abandonado la fe no sienten la grandeza de su crímen?» S. Cipriano circuló esta carta entre el clero, suplicándole la extendiese todo lo que le fuera posible, de manera que fuesen conocidas tanto de los fieles de Cartago como de los obispos, sacerdotes, diáconos de las demás ciudades, y de dejar tomar copiar á todos los que la quisieren, para que miéntras se decidia en un concilio la cuestion de los prevaricadores, se observára en todas partes una regla y una conducta uniforme en este punto.—S. B.

RUFINO. Es uno de los primeros traductores de la regla de S. Basilio, que compuso este Santo en el retiro, segun sabemos por S. Gregorio Nacianceno, quien añade que tuvo tambien mucha parte en esta obra. Rufino las tradujo al latin casi tan pronto como se publicaron, ó más bien hizo un extracto latino de ellas á que puso el título de regla de S. Basilio, y dirigió á Urseo ó Ursacio, abad en Sicilia ó en la Calabria cerca de Reggio, que habia deseado saber cuál era la manera de vivir los religiosos en Oriente. Estas reglas se hallan escritas en un estilo un poco diferente de las demás obras de S. Basilio. Tienen ménos elegancia, ménos elevacion, pero es sin duda porque convenia la sencillez á una obra de este género, y era preciso que S. Basilio descendiese un poco para hacer sus instrucciones más útiles y proporcionadas á las necesidades de aquellos para quienes escribia. Se ve tambien por muchos lugares que eran más susceptibles de adornos, que este Santo no los descuidaba cuando encontraba donde colocarlos; y se nota un fondo de elocuencia que le es propia, su fecundidad, su buena eleccion, el arreglo de los términos y un gran conocimiento de las sagradas Escrituras. El P. Combefis que no creia que la regla grande ni la pequeña fuese de San Basilio, da como prueba la desventajosa forma en que habla de los anacoretas en la séptima de sus reglas. La octava le parece demasiado fuerte al enseñar la necesidad de renunciar á todo para seguir á Jesucristo, y esto es precisamente, dice, lo que condenaron despues los Padres del concilio de Gangres. Objeta tambien que la duodécima regla autoriza muy claramente contra la doctrina de este Concilio á romper el matrimonio para abrazar la vida religiosa, lo cual es, segun él, lo que hacian los Eustatianos. Cree encon-

trar en la décima séptima la apatía de los estóicos, porque dice en ella San Basilio, que el que vive en la continencia, se libra de todos los pecados. Condena la regla trigésima segunda, á causa de que prohibe á los monjes visitar á sus padres si hacen una vida seglar y poco cristiana, y tener algo comun con ellos. Encuentra excesivo lo que dice la regla cuadragésima segunda, de que no se debe estar inquieto en lo que á vosotros se refiere y trabajar con las manos, no para nuestras necesidades particulares, sino para las de los demás. Pretende encontrar esta falsa máxima en la primera de las reglas pequeñas, que fuera de la Sagrada Escritura no hay nada que sea de Jesucristo ni del Espíritu Santo. Trata de máxima estóica lo que se lee en la cuarta de estas reglas, que no hay ningun pecado que deba despreciarse por pequeño. Por último, objeta que la doscientas noventa y tres autoriza el error de los estóicos con relacion á la igualdad de los pecados. Estas son las principales objeciones del P. Combefis contra la regla de S. Basilio, y debe confesarse que la primera tiene algun fundamento; pues es cierto que hay una especie de anacoretas que desaprueba S. Basilio, pero no á causa de los peligros de que se hallaba acompañada su manera de vivir, sino por la razon de que prefiere la vida cenobítica á la de los anacoretas en general, y no vemos que se le pueda acusar por esta preferencia. Si en lo que dice para alejar de este género de vida se le han escapado algunos términos duros, se halla en el mismo caso que otros muchos que han hablado del propio asunto. No hay nada que sea extraordinario en lo que dice de la necesidad de renunciar á todas las cosas para seguir á Jesucristo. Hablaba á religiosos que debian por su estado hacer esta renuncia; los términos que emplea para persuadirlos á ello, no son mucho más fuertes que los de la Escritura Sagrada sobre la misma materia. Si S. Basilio dice que es imposible obtener el reino de los cielos sin renunciar á las riquezas, á la gloria, á todo lo que se posee en la tierra, S. Pablo no dice que sea imposible á los que han decaido de la gracia recobrarla. Sin embargo, nadie dirá que la imposibilidad de que habla S. Pablo excluya la verdad de la penitencia. No se debe decir tampoco que la renuncia que prescribe S. Basilio, excluye la posesion de todas las riquezas y de todos los honores temporales; esto debe entenderse de la renuncia interior, sin la cual nadie puede salvarse. Con respecto á lo que se objeta de que autoriza en la duodécima regla á los que rompian el matrimonio, parece efectivamente que S. Basilio permite recibir en el monasterio á los que querian retirarse al claustro á pesar de la oposicion de sus mujeres; pero si se examinan bien sus palabras, se verá claramente que no ha querido hacer esta clase de prosélitos sin el consentimiento de sus mujeres, sino recibirlos simplemente á probacion con la esperanza de que podrán obtener de Dios este consentimiento; porque segun S. Pablo, el mari-

do no es dueño de su propio cuerpo. Seguramente esto no es autorizar el divorcio, mucho ménos todavía atacar la determinacion del concilio de Gangres, que no condena más que las mujeres que se separan de sus maridos por horror del matrimonio. Este horror al matrimonio es el que condena este concilio en Eustatio, y de que no se puede acusar al autor de las reglas, puesto que en más de un lugar declara terminantemente que el matrimonio es permitido y honrado con la bendicion de Dios. Tendria alguna verisimilitud la objecion general contra la regla décima séptima, si dijera S. Basilio que el que se obliga á la continencia puede llegar á la perfeccion de esta virtud; pero no lo dice; así, la apatía que cree entrever el P. Combefis es una cabilosidad suya. La regla trigésima segunda, que prohibe á los monjes visitar á sus padres, no se refiere más que á los que no se hallan firmes en la virtud; no es tan general que excluya el caso en que sea necesario que vayan á ver á sus padres. Lo que se objeta contra la regla trigésima segunda es una mera equivocacion. Prescribiendo S. Basilio trabajar para aliviar las necesidades de los demás, no prohibe el trabajo en sí mismo cuando no haya otra cosa de que vivir. Quiere únicamente que se haga sin atarearse, sin avaricia, sin apresuramiento, sin inquietud; y lo que no deja duda alguna de que este es su pensamiento, es que en la regla vigésima establece claramente la necesidad que tienen los monjes de trabajar para vivir. Debe observarse tambien que S. Basilio hablaba á religiosos que vivian en comunidad, y que debian descuidar todas sus necesidades en la caridad de sus superiores. La primera de estas pequeñas reglas no dice, como lo supone el P. Combefis, que no hay nada fuera de la Sagrada Escritura que sea de Jesucristo y del Espíritu Santo, sino solamente que cuando nosotros encontramos una cosa en la Sagrada Escritura, no es permitido hacer lo que prohibe, ni dejar de hacer lo que ordena; que para las demás cosas debe emplearse el discernimiento, segun lo que dice el apóstol, que todo es permitido, pero que no todo es ventajoso. ¿Qué relacion hay entre esta máxima, *No hay ningun pecado que deba despreciarse por pequeño*, con las máximas estóicas? No nos enseña S. Pablo que toda violacion de la ley, sin distincion, deshonra á Dios? ¿No son grandes todos los pecados, si se tiene en consideracion la majestad de Dios á quien ofenden? Pero S. Basilio no niega que haya pecados pequeños en comparacion de otros pecados mayores. Lo dice tambien muy claramente en la regla cuarenta y seis, en que enseña que el pecado de Pilato era menor que el de los judios, y en las reglas cincuenta y ocho y doscientas sesenta y siete, en que establece la diferencia de las penas reservadas á los pecadores en el otro mundo. No creia por lo tanto, como los estóicos, que todos los pecados fueran iguales. S. Gerónimo, Rufino, Casiano, Sozomeno, que habian leido estas reglas lo mismo que el P. Combefis, no ha-

bian encontrado nada que fuera indigno de S. Basilio, y es extraño que no haciendo caso alguno del testimonio de estos grandes hombres, se haya alejado de su opinion por razones tan poco notables. Se puede observar en la novena de las reglas grandes, que S. Gerónimo prohibe de tal modo á las personas religiosas todo género de procedimiento delante de los tribunales seglares, aunque les permite sin embargo comparecer cuando sean citadas por sus adversarios. Dice en la regla décima cuarta, que si alguno despues de haberse consagrado al Señor por medio de la profesion religiosa y haber sido recibido en el número de los hermanos, quiere abandonar su estado por volver al siglo, se le mirará como un sacrílego, que ha pecado contra Dios; ordena no tener correspondencia con él, y negarle hasta los deberes de la hospitalidad áun de paso. Hablando en la décima quinta del modo de recibir en el monasterio á los niños que sus padres ofrecen á Dios, quiere que esta ceremonia, lo mismo que la de su recepcion, se haga delante de muchos testigos, á fin de evitar las sospechas y las quejas de los extraños, que por amor á la regularidad sean alojados en habitaciones separadas de las de los hermanos, con los que no deben tener de comun más que la reunion para las oraciones de dia: que no se descuide nada para formarlos en la piedad: que sus estudios sean tan santos, como santo es el estado en que se quiere educarlos: que se les familiarice con las palabras de la Sagrada Escritura, y que en vez de fábulas no se les enseñen más que historias santas y las importantes máximas del libro de los Proverbios. En lo relativo á la época de su profesion, no quiere que sean recibidos á ella ántes de la edad en que se hallan en toda su fuerza el juicio y la razon, y añade que se haria en presencia de los prelados de la Iglesia, y quizá en sus manos, pues en la apariencia lo dice así. Añade en la regla décima octava, que aunque la templanza es un deber indispensable para los que hacen profesion de piedad, sin embargo los siervos de Dios, para no ser confundidos con los impíos que detestan como impuros los alimentos que Dios ha criado, deben recibir con accion de gracias, y comer indiferentemente en las ocasiones, todo lo que los presentan los fieles, porque todo es puro para los que son puros, y todas las cosas son santificadas por la palabra de Dios y por la oracion. La regla vigésima se refiere á la manera de ejercer la hospitalidad; establece como máxima que nada conviene ménos á las personas religiosas que han hecho profesion de una completa pobreza, que manifestar fineza por regalar á sus huéspedes manjares raros y muy delicados, pues equivale á autorizar la vida muelle y voluptuosa que condena su estado; y que siendo mala en sí misma, no puede en razon de ninguna circunstancia llegar á ser permitida y legítima; que asi cuando llegan huéspedes al monasterio, es preciso recibirlos modestamente, sin mucho aparato, y tomando como regla

la leccion que daba Marta á Jesucristo, que es no servir nada más que lo necesario. Pues si es un hermano, reconocerá su mesa, y le bastará tener lo que hubiera tenido en su propia casa; si es un seglar, dándole una comida cristiana, aprenderá á ser sóbrio ó á dejarnos en paz si no le conviene nuestra frugalidad. Y en efecto, añade, puesto que la vida de un cristiano debe ser sencilla y constante, no es ménos vergonzoso á los monjes cambiar su mesa á la llegada de los grandes en el monasterio, que pareceria extraño que cambiasen tambien la forma de sus hábitos. En la regla vigésima segunda se extiende mucho más S. Basilio sobre la sencillez de los hábitos, y lleva tan lejos la pobreza, que queria que se contentasen con un solo hábito para dia y noche; exceptua sin embargo el silicio en la regla nonagésima, que se puede tener segun él, sin temor de violar la prohibicion que hace Jesucristo de dos vestidos. Recomienda mucho á sus discípulos en la regla vigésima sexta de manifestarse con confianza á su superior y de revelarle los movimientos más secretos de su corazon, porque esta práctica es útil para afirmarlos en el bien y para remediar sus imperfecciones. Manda para la conservacion de la regularidad en la regla siguiente, que si el superior es sospechoso de algun desarreglo, los principales de sus hermanos tienen el derecho de avisarle. Prescribe en la vigésima octava separar del cuerpo de la comunidad á los hermanos incorregibles, como miembros podridos cuyo contacto es temible. En la trigésima sexta no permite á los monjes separarse de sus hermanos para pasar á otros monasterios más que cuando se vean obligados por los excesos y los desórdenes que haya en el que habian hecho profesion de vivir: y quiere además que ántes den parte á la comunidad del motivo de su separacion, y que avisen de sus desórdenes á los que pueden juzgarlos. Despues de haber recomendado en la treinta y siete el trabajo de manos como un deber indispensable de la profesion monástica, marca la distribucion de las horas del dia y de la noche destinadas á la oracion pública, y los motivos de esta distribucion. Dice que la hora de la mañana, ó de prima, es para consagrar al Señor las primicias de nuestros pensamientos, y para llenarnos ántes de nada del pensamiento de Dios y de la saludable alegria que en nosotros excita; que la hora de tercia nos trae el recuerdo de los dones del Espíritu Santo, que recibieron los apóstoles en aquella hora, y que pedimos en ella con el profeta que se digne el Señor crear en nosotros un corazon nuevo y llenarnos de su espíritu; que la hora de sexta, tan religiosamente observada por los santos, es para pedir á Dios que nos proteja contra el demonio del medio dia y que con este objeto se recita el salmo LXXX; que no es ménos necesaria la hora de nona, cuyo orígen se ve palpablemente en las actas en que se dice que Pedro y Juan subieron al templo á la hora novena, que habiendo concluido el dia es,

decir, la hora duodécima como entónces se la llamaba, se debe no solo dar gracias á Dios por sus dones y las buenas obras que hemos hecho durante el dia, sino tambien acusarnos de nuestras omisiones, porque cualquiera pecado que háyamos cometido, ya voluntario, ya involuntario, sea público ú oculto, ya con palabras, ya con obras, ó en el corazon, la oracion nos sirve para apaciguar al Señor á quien hemos ofendido; que al principio de la noche, es decir, á la hora de completas, debemos pedir que el Señor nos preserve, durante el sueño, de todo pecado y de toda ilusion, recitando á este fin el salmo XC; que la hora de media noche debe ser tambien santificada por la oracion, á ejemplo de Pablo y de Silas en las actas, y del salmista que declara que se levantaba á media noche para alabar al Señor; por último, que se debe tambien predecir por medio de este santo ejercicio la venida de la aurora, y no permitir que nos sorprenda el dia en los brazos del sueño. Hé aquí las horas canónicas bien determinadas por S. Basilio; pero no entra en los detalles de las oraciones que se debian recitar en ellas. S. Basilio declama en la cuadragésima contra un abuso que reinaba entónces de reunir asambleas, mercados y ferias en los lugares en que se veneraba la memoria de los santos mártires, y dice que no se debe ir á estos santos lugares más que para orar y para ejercitarse en marchar por las huellas de los que han combatido hasta la muerte por los intereses de la religion; lo que parece indicar que cuando S. Basilio componia su regla habia perseguidores todavía. Hablando de los viajes que se veian obligados á hacer los religiosos para las necesidades apremiantes de su monasterio, dice en la regla 44, que el que no se halle bastante firme en la virtud para viajar sin riesgo alguno, valdria más sufrirlo todo hasta la muerte, ántes que exponer la salvacion de ninguno de sus hermanos, y que por perfecto que sea el que es así enviado, quiere que á su regreso el superior del monasterio le haga dar cuenta exacta de su conducta en el exterior, de las personas con quienes ha tenido que tratar, de los discursos que ha pronunciado, cuáles han sido los pensamientos que le han ocupado durante el viaje, si ha tenido noche y dia el temor de Dios en el corazon, si ha violado alguna de sus reglas y en qué forma. La regla 51 nos enseña en lo que consistia la excomunion monástica. El culpable era separado de sus hermanos; no les era permitido trabajar con él, ni recibir su obra para mezclarla con las suyas hasta que hubiera reparado su falta por medio de la penitencia, y se hubiese corregido, y entónces ni su misma obra podia ser empleada en servicio de sus hermanos. Por último, en la regla 55, que es la última de las grandes, enseña S. Basilio claramente la doctrina del pecado original, de que dice que las enfermedades y la muerte son las consecuencias inevitables. Compuso las reglas pequeñas siendo obispo, ó al ménos sacerdote, segun aparece del pró-

logo que se halla á su frente. Hé aquí lo más notable que contienen : Que hay cosas y expresiones usadas en la Iglesia que no se encuentran en la Escritura Sagrada ; que si damos cuenta á Dios de la inutilidad misma de nuestras palabras, es claro que debemos temer hasta los menores pecados, porque todo pecado deshonra á Dios ; que el pecador no debe desesperar en este mundo de la infinita misericordia de Dios, y que por muchos pecados que se haya cometido , se puede lavarlos con la sangre de Jesucristo por medio de un arrepentimiento sincero, por un verdadero horror del pecado, y con dignos frutos de penitencia ; que el religioso que manifiesta disgusto ó cólera cuando se le va á despertar para los oficios divinos, sería castigado primero con la excomunion ó separacion, y con el ayuno, y despues si perseverase en su pecado, separado para siempre del cuerpo de la comunidad como un miembro perdido ; que el que sin saberlo dice alguna cosa contra la verdad , no está exento del pecado, puesto que el Señor castigará á aquellos mismos que pecan por ignorancia.» El que sin saberlo, dice, ha hecho cosas dignas de castigo, será castigado ligeramente ; que el demonio no puede ser por sí mismo autor de los pecados que cometemos, y que para hacérnoslos cometer no emplea más que las malas disposiciones que encuentra en nosotros, como se sirvió de la avaricia de Judas para hacerle vender á su Maestro ; que el corazon del hombre es la fuente de todos los pecados, puesto que Jesucristo declara que de allí salen todos los malos pensamientos ; que no se debe nunca mentir, por mucha utilidad que se saque y de cualquier manera que se haga. En la regla 116 trata de la confesion de los pecados, lo mismo que en la siguiente y en la 229 ; mas parece que debe entenderse, no de la sacramental, sino de una práctica monástica , muy útil para la correccion de los pecados ; S. Basilio explica estas palabras de S. Pablo á los gálatas: «Llevad los unos la carga de los otros, la obligacion que tiene cada uno de trabajar en la conversion de su prójimo.» Lo que dice en la regla 233, que la omision de una sola buena accion hace inútiles todas las demás para la salvacion, debe entenderse de las acciones que se ordenan en los mandamientos de Dios, segun parece del texto mismo de esta regla, y todavía más de los discursos que sirven de prefacio á las reglas grandes. Manifiesta que la Sagrada Escritura emplea con frecuencia el imperativo por el futuro como en este lugar del salmo CVIII : *Que sus hijos se queden huérfanos* ; que la paja que debe ser quemada en el fuego eterno segun S. Mateo , es el símbolo de los que hacen bien en verdad á los siervos de Dios, pero que no lo hacen por movimiento de amor de Dios y del prójimo; que estas palabras de Jesucristo : *Si dos de vosotros estan de acuerdo*, deben aplicarse naturalmente del que reprende y el que es reprendido.» De manera que si este, tocado de un verdadero arrepentimiento, condesciende

con el parecer de su hermano, y ambos oran de concierto, el Señor le concederá el perdon al pecador, por grande que sea el pecado que haya cometido; miéntras que sin este acuerdo no puede esperarse la remision segun está escrito: *Todo lo que ligueis en la tierra será ligado en el cielo.* Que lo que parece oscuro en los libros sagrados se encuentra explicado con más claridad en otros lugares. S. Basilio presenta como ejemplo el versículo 47 del capítulo XIX de S. Lucas, en que se dice que el uno será más castigado, y el otro ménos; lo que algunos creian no poder conciliarse con la creencia de la eternidad de las penas de la otra vida. Prueba que no se debe sacar esta induccion, que el verdadero sentido de este pasaje se halla suficientemente determinado por otros, en que Jesucristo habla ya del suplicio, ya del fuego eterno, ya del infierno donde se halla el gusano roedor que no muere nunca y el fuego que no se extinguirá jamás; que no sería ménos contrario á la Sagrada Escritura negar la eternidad del fuego y del suplicio, que querer dar límites y un fin á la vida eterna; que así estas expresiones del Evangelista, *ser más ó ménos castigado*, no marcan más que la diversidad del suplicio, y de ningun modo su fin, pues si Dios es un juez justo que no trata solamente á los buenos segun sus méritos, sino que da tambien lo que les es debido á cada uno de los malos, puede acaecer que uno merezca ser arrojado á un fuego que no se extinga nunca, y que este fuego quemará á algunos con más actividad, y tratará á otros con un poco más de dulzura. Puede tambien acaecer que entre los que queden relegados en las tinieblas exteriores haya algunos que no sean condenados más que á las lágrimas, y otros á los gemidos que les causará la violencia extraña de sus suplicios. Se ve tambien, añade S. Basilio, que las tinieblas de que se habla en el Evangelio, manifiestan que hay otras que son interiores, y cuando leemos en los Proverbios el *fondo del infierno*, manifiesta la Sagrada Escritura que entre los que son castigados en el infierno, los hay que no descienden hasta el fondo, porque son castigados más ligeramente que los demás. Explicando este otro pasaje de S. Lucas: «Dad limosna de lo que teneis, y todas las cosas os serán puras,» dice que debe entenderse de la remision de los pecados de injusticia y de rapiña, lo que prueba con las palabras de Zaqueo, insertas en el mismo lugar. No es, añade, porque la limosna no sea suficiente por sí misma para obtener la expiacion de estas faltas; pero tenemos necesidad ántes de todas estas cosas de la misericordia de Dios y de la sangre de Jesucristo, en la que encontramos la remision de todos nuestros pecados, si hacemos dignos frutos de penitencia; es decir, se explica en otro lugar, si hacemos obras de justicia contrarias á los pecados que hemos cometido. Hace consistir la blasfemia contra el Espíritu Santo en atribuir al demonio las operaciones y los frutos de este Espíritu Santo. Y para mani-

festar que este pecado es mucho más frecuente de lo que se piensa, dice que es hacerse culpable llamar vano y glorioso á un hombre que se consagra á la virtud con ardor, vituperar como un arrebato de cólera el santo zelo de que está animado, y desacreditar injustamente con malas sospechas semejantes acciones muy inocentes y muy justas. Distingue dos clases de buenas acciones, que se hacen con el socorro de Dios; las unas se hacen con solo la voluntad y con solo la resolucion del alma; las otras tienen necesidad, además de esto, del ministerio del cuerpo para hacerse ó con zelo ó con paciencia: el demonio no puede poner nunca obstáculo á las primeras; pero en cuanto á las que no pueden ejecutarse sin la cooperacion del cuerpo, permite el Señor con frecuencia que se presenten embarazos y obstáculos, ó para prueba ó para correccion de aquel á quien suceden. Enseña que no basta hacer la voluntad de Dios y cumplir lo que nos manda; pero que es preciso hacerlo tambien de la manera que el Señor nos lo prescribe con estas palabras: « Amareis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas, con todo vuestro espíritu.» Con motivo de estas palabras de S. Pablo: «Si oro en una lengua desconocida, mi corazon ora, pero mi espíritu y mi inteligencia no sacan fruto;» dice, cuando los terminos de que se sirve uno al rezar son desconocidos á los circunstantes, el espíritu del que ruega no tiene fruto alguno, porque nadie saca utilidad; y por el contrario, cuando los circunstantes comprenden lo que significa una oracion que puede ser útil á los que la escuchan, entónces es cuando el que ruega encuentra su ventaja particular en la conversion de aquellos á quienes es útil. Establece la necesidad de confesar sus pecados á aquellos á aquienes ha confiado el Señor la dispensacion de sus misterios, por ejemplo á los antiguos penitentes, que segun la observacion del Evangelio, confesaban sus pecados á los que los bautizaban. Permite instruir en el monasterio á los niños que presenten los seglares para ser educados en el temor de Dios, y recibir á los que manifestaban tener el designio de permanecer algun tiempo para la salvacion de su alma; pero no aprueba que se reciban indiferentemente todos los donativos que se hacen al monasterio por los parientes de los religiosos el dia de su recepcion, y encarga á los superiores examinar con cuidado lo que es indispensable recibir y á quiénes se debe distribuir para evitar el escándalo del pueblo y para trabajar en la edificacion de la fe. En la regla 309 habla de la pureza de cuerpo necesaria para recibir dignamente el sacramento de la Eucaristía, y parece ser de opinion que debemos alejarnos de las impurezas, áun de las involuntarias. Dice en la regla siguiente, que como no conviene hacer las comidas comunes en la Iglesia, no es tampoco permitido comer la Eucaristía fuera de este sagrado lugar, á no ser que se vea uno obligado por una necesidad

apremiante, y que en este caso se debe elegir un lugar conveniente, y una casa muy limpia. Elogia en la 311 las visitas de caridad, pero vitupera las que hacen los religiosos por la sola consideracion de parentesco ó amistad. Esto es lo más notable que hemos encontrado en la regla grande y pequeña. Añadiremos que se ve reinar en ambas el mismo espíritu, la misma armonía, la misma disciplina, y será fácil convencerse, si se toma el trabajo de hacer un paralelo de las treinta y nueve pequeñas con las quince grandes; de las cuarenta y cuatro pequeñas con las veintiocho grandes; de las ochenta y tres pequeñas con las diez y seis grandes, y así de otras muchas. Pero lo que no deja lugar á duda alguna de que ambas son de un mismo autor, es que lo manifiesta claramente la segunda de las pequeñas, citando las ocho grandes, lo mismo que la setenta y cuatro pequeña que remite á la sétima de las grandes; la ciento nueve á la noventa y siete, y la doscientas veinte á la treinta y tres; así no se ve que ninguno de los antiguos halla separado la segunda de las pequeñas para atribuirlas á diferentes autores. Rufino tradujo tambien ocho discursos de S. Basilio, los que se encuentran al fin del segundo tomo de la nueva edicion de las obras de este Padre. Estos discursos son sobre el primer salmo, á saber sobre estas palabras: «Tened cuidado de vos mismo;» sobre el lugar del Evangelio de S. Lucas, en que se habla de un rico; sobre la envidia, sobre el principio de los Proverbios, sobre la fe, á una vírgen que habia caido en un pecado, y sobre el salmo LIX. Rufino dice en su historia, que habia traducido casi diez del latin; pero en su carta á Appiónicca, que se halla al frente en sus traducciones, es más exacto, y dice en términos expresos que no ha traducido más que ocho. Así no se le pueden atribuir más. Las tradujo, con mucha libertad como puede verse comparando sus producciones con el texto griego que tenemos todavía.—S. B.

RUFINO, patriarca de Constantinopla. Sucedió á Eugenio en 265, y gobernó aquella metrópoli por espacio de nueve años. Si despues de él no hubiera habido vacante, seria preciso conceder al gobierno de Metrófanes cuarenta y dos años, pues falleció en 316 ó 317. Ignóranse las principales circunstancias de su vida, lo mismo que las de los cuatro primeros patriarcas de esta iglesia.—S. B.

RUFINO, amigo de S. Próspero, es conocido por la corespondencia que sostuvo con este santo, y en particular por una polémica que sostuvo con él sobre lo que consiste la gracia, pues habiendo oido hablar de las malas opiniones que se atribuian á S. Próspero en este punto, le escribió recibiendo S. Prospero su carta como una muestra de afecto. Pero para darle tambien pruebas de su ciencia, le explicó perfectamente la cuestion que habia ocasionado los vagos rumores y vanas acusaciones que habia esparcido la envi-

dia contra él. Comienza por hacer observar á Rufino que el error más peligroso de los pelagianos y que encierra todos los demás, es el que les hace decir que la gracia de Dios se ha dado á los hombres conforme á su mérito. Habian querido sostener, continua S. Próspero, que la naturaleza humana era tan sana y tan pura que podia por la sola fuerza de su libre albedrío adquirir el cielo y el reino de Dios; mas viendo que la Iglesia habia condenado esta perniciosa doctrina, han protestado públicamente, sin dejar de conservarla en el fondo de sus corazones, que creian que la gracia de Dios era necesaria al hombre, ya para el principio, ya para los adelantos, ya para la perseverancia en el bien. Pero lo que demuestra la falsedad de esta protesta es que todo lo que conceden á la gracia consiste en hacerla servir como de maestra y preceptora al libre albedrío, á fin de que manifestándose en los espíritus por medio de las obras exteriores, por las exhortaciones, por las leyes, por la doctrina, por las criaturas, por los milagros y por el temor de los juicios de Dios, el hombre dirige y aplica su voluntad, puesto que buscando encuentra, pidiendo recibe y llamando á la puerta le es abierta. De manera que segun su doctrina la gracia no hace en relacion á nosotros más que lo que hace la ley, que lo que hace un profeta, que lo que hace un maestro que nos instruye. Quieren además que la gracia se dé generalmente á todos los hombres, á fin de que los que crean quieran, y los que hayan creido reciban la justificacion por el mérito de su fe y de su buena voluntad; es decir, que la gracia no sea ya la gracia, puesto que segun ellos se concede al mérito y no es ni la fuente ni el principio de todos nuestros méritos. Mas á pesar del cuidado que han puesto en ocultar sus errores, continúa S. Próspero, han sido descubiertos y vencidos por los obispos de Oriente, por la autoridad de la Santa Sede y por la vigilancia de los obispos de Africa, en particular por S. Agustin, la principal y la más ilustre parte del número de los pontífices que brillaron en el siglo V. Quéjase de que despues que este hombre incomparable sostuvo grandes combates y obtuvo tantas victorias y coronas; de que despues que ilustró toda la Iglesia con sus obras y aumentó la gloria de Jesucristo, triunfando de sus enemigos, algunos se han atrevido á manchar su reputacion, negando las obras en que combatió la herejía de Pelagio. Sostienen, añade, que este santo obispo destruyó el libre albedrío, que establece una necesidad fatal bajo el nombre de la gracia, y que enseña que hay como dos masas diferentes y dos naturalezas en los hombres, lo que es hacer culpable de la impiedad de los paganos y de los maniqueos á un hombre cuya piedad es reverenciada en toda la Iglesia. Que si es verdad lo que sostienen, por qué no se oponen á la publicacion de una doctrina tan extravagante? Por qué no hacen algun escrito para corregirla? Demuestra este lugar que la carta á Rufino fué escrita ántes de 28 de Agosto del año 430 en

que murió S. Agustin. Quizá, continúa S. Próspero, estos nuevos censores son demasiado modestos, y mirando con algun respeto á este prelado, quieren perdonar su vejez, no creyendo, por otra parte, necesaria la refutacion de sus libros, por no ser leidos sino de un corto número de personas. No: saben muy bien que la iglesia de Roma, la de Africa y en general todas las hijas de la bendicion y promesa divina esparcidas en todas las partes de la tierra, convienen con este personaje lo mismo en su doctrina relativa á la gracia, que en todos los demás puntos de la fe. Saben además que con respecto á las cuestiones sobre que forman dificultades, un gran número de personas van á aprender en sus obras la doctrina evangélica y apostólica sobre la gracia, y que Jesucristo se sirve diariamente del ministerio de su pluma y de su palabra para formarse nuevos miembros en el cuerpo sagrado de su Iglesia. Lo que los incita y anima es por lo tanto que queriendo glorificarse en su propia justicia más bien que en la gracia de Dios, no pueden sufrir la resistencia con que combatimos los discursos que propalan contra este grande hombre, que posee una autoridad tan sublime en toda la Iglesia, ni que se les opongan por todas partes sus escritos. Para probar su opinion alegan estas palabras en que Jesucristo llama á todos los hombres:—Venid á mí, vosotros todos los que estais en el dolor y vivís apesadumbrados, y yo os aliviaré; sometéos á mi yugo y aprended de mí que soy humilde de corazon:—sosteniendo que siendo posible á todos los hombres seguir los ejemplos de dulzura y humildad que Jesucristo nos ha dado, los que le hayan obedecido obtendrán la vida eterna, miéntras los que le desobedezcan perderán la salud por su propia falta. Pero que escuchen tambien, dice S. Próspero, lo que el mismo Señor ha dicho á los que tenian la propia facultad del libre albedrío:—No podeis hacer nada sin mí. Nadie viene á mí si no es llamado por mi Padre que me ha enviado. Nadie puede venir á mí si no le es permitido por mi Padre. Se halla, pues, fuera de duda que para que obedezca el libre albedrío, es preciso que la gracia de Dios forme en él el movimiento y el afecto por el que cree y obedece. De otra manera bastaria dar una advertencia á un hombre, y no sería necesario que se formase una nueva voluntad en él, segun este oráculo de la Sagrada Escritura: El Señor es quien prepara la voluntad; y segun estas palabras del apóstol:—Dios es quien produce el querer y el perfeccionar segun la buena voluntad.—Cuál es la buena voluntad sino la que Dios ha producido en ellos; para que despues de haberles dado la voluntad de obrar, les dé tambien los medios para ejecutarlo?—Prueban tambien la fuerza del libre albedrío con el ejemplo del centurion Cornelio; sosteniendo que habiendo sentido el temor de Dios y habiéndole suplicado ántes de haber recibido la gracia, se ha consagrado por sí mismo y por su propia inclinacion á los ejercicios de la limosna, de los

ayunos y de la oracion; que en su consecuencia recibió de Dios el don del bautismo. S. Próspero contesta á esto que las buenas obras de Cornelio ántes de su bautismo fueron efecto de la gracia. Manifiesta por la vision que tuvo S. Pedro ántes de bautizar á este centurion, que era Dios mismo el que habia purificado á Cornelio comenzando en él las buenas obras que precedieron á la predicacion de la palabra, para que este apóstol no dudára en anunciar la salvacion á un gentil, viendo que Dios le habia dispuesto ya por medio de la infusion de su gracia. Era tambien necesario que las cosas pasáran así, por temor de que la vocacion de los gentiles, que era nueva y que no habia sido revelada hasta entónces, no pareciese incierta y poco segura, si Dios no la hubiera confirmado por sí mismo, manifestando en el elogio que hace de Cornelio, que habia purificado ya con sus santas disposiciones el corazon del que debia ser las primicias de esta Iglesia. Pues la fe no es comun á todos y no todos creen en el Evangelio. Pero los que creen son conducidos por el espíritu de Dios, y los que no creen son alejados por el libre albedrío; así es que nuestra conversion á Dios no viene de nosotros, sino del mismo Dios, como dice el apóstol.» La gracia nos ha salvado por medio de la fe, y este bien no ha procedido de nosotros mismos. Es un don de Dios que no es la recompensa de vuestras obras, á fin de que nadie se glorifique en si mismo.—Habiendo perdido el hombre por el pecado su justicia natural, se extraviaba sin cesar cuando le hizo entrar el Señor en el camino, y le inspiró amor hácia el que le habia amado primero ántes de ser amado de él.—No somos nosotros, dice S. Juan, los que somos inclinados por nosotros mismos á amar á Dios, es él quien nos ha amado primero.—El mismo apóstol dice:—Todo el que ama es nacido de Dios y conoce á Dios. El que no ama no conoce á Dios, porque Dios es amor.—Lo que demuestra que se pueden encontrar muchas cosas laudables en un hombre, que no estando sin embargo animado del amor de Dios, no tiene ni el espíritu ni la esencia de la piedad.—Dios es, como dice S. Pablo, quien nos ha libertado y nos ha llamado por su santa vocacion, no segun nuestras obras, sino segun su propio decreto y su gracia, que se nos ha dado en Jesucristo ántes de los tiempos. Cuando nos justifica su gracia, no nos hace de buenos mejores, sino de malos que éramos nos hace buenos, á fin de hacernos despues de buenos mejores por un progreso contínuo en la virtud, no quitándonos el libre albedrío, sino más bien dejándole en su libertad de obrar. Pues miéntras nuestro libre albedrío ha obrado por sí solo sin ser asistido de Dios, no ha vivido más que para el pecado, estando muerto para la justicia. Pero cuando la misericordia de Jesucristo le ha iluminado con su divina luz, ha sido sacado del reinado del diablo para que Dios mismo reinase en él, y no puede permanecer todavía firme en este estado tan feliz por la gracia

que ha recibido, si el que ha apelado primero á la justicia, no le da tambien la perseverancia en la justicia. Dios, para confirmar esta verdad, permitió que S. Pedro, que se prometia ir con Jesucristo á la prision y la muerte, cayera en el peligro de perderse, para que se levantase por la mano todopoderosa de aquel sin el cual nadie puede subsistir por ningun tiempo, ni perseverar hasta el fin. Lo que impedia á los nuevos enemigos de la gracia de Dios reconocerla tal como nos la representa la Sagrada Escritura, y que se deje sentir ella misma por sus grandes efectos, es que temian verse obligados á confesar al mismo tiempo que de todos los hombres que han nacido y deben nacer en todos los siglos, ha elegido Dios cierto número para componer ese pueblo, que ha predestinado á la vida eterna, y que ha elegido llamándole segun el decreto de su voluntad. Lo que es, dice S. Prospero, una verdad tan constante que no se es ménos impío por combatirla que por combatir la gracia misma. Pruébalo ese gran número de hombres que ha dejado Dios perecer en los siglos pasados, envueltos en las tinieblas de la ignorancia y del paganismo y añade: Si la luz de la razon natural, y el uso de tantos bienes como Dios hace á los hombres, hubiera podido bastar á todos estos pueblos para obtener la salvacion, sería preciso concluir que todavía hoy los pensamientos naturales de nuestro espíritu, la consideracion de los tiempos y de las estaciones, y de esa abundancia de frutos que hallamos en este mundo, nos podrian bastar para salvarnos, porque haciendo buen uso de todas estas ventajas de la naturaleza y reconociendo á Dios en esos dones y esos favores de que nos colma todos los dias, podríamos adorarle más perfectamente aún que han podido hacerlo los pueblos antiguos. Pero ójalá que las almas que tienen alguna piedad y que recuerdan que han sido rescatadas por la sangre de Jesucristo, no sean nunca capaces de un pensamiento tan extravagante y tan pernicioso á la vez. La naturaleza humana no tiene otro libertador más que Jesucristo, que siendo hombre se ha hecho mediador entre Dios y los hombres. Nadie sin él participa de la salvacion. Así es como no somos nosotros, sino él solo que nos ha formado, tampoco somos nosotros, sino él solo que nos ha formado por segunda vez, justificándonos. Y por temor de que el hombre que ha recibido el don de la gracia y que ha hecho despues buenas obras, no se imaginára que le ha sido dada la gracia porque preveia Dios que cuando fuese levantado de su caida, se haria digno de este don por medio de sus obras, Dios para confundir estos pensamientos ha vertido las riquezas de su misericordia sobre los primeros momentos de la vida de algunos niños, en los cuales es visible que no puede haber por causa de su eleccion, ni la piedad precedente, ni la que debe seguir, ni mucho ménos la desobediencia, ó el discernimiento ó la voluntad. Hablo, dice S. Próspero, de esos niños que apénas han nacido cuando

renacen felizmente por medio del bautismo; y que apénas han recibido el bautismo, cuando entran por una pronta muerte en la participacion de los bienes eternos. Se nos objeta sin cesar, dice este Padre, estas palabras de la Sagrada Escritura: *Dios quiere que se salven todos los hombres*, como si fueran contrarias á nuestra doctrina. ¿Por qué, pues, tantos millones de hombres que en el espacio de tantos siglos hasta hoy han perecido desgraciadamente sin tener el menor conocimiento de Dios, no han sido del número de los hombres? ¿Por qué el mismo Dios, que quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad, impide á sus apóstoles anunciar su Evangelio en el Asia, miéntras que les ordena predicarle á todos los pueblos del mundo? En el tiempo mismo en que vivimos, la mayor parte de los pueblos del mundo no hacen más que comenzar á recibir la religion cristiana, habiendo todavía muchos que no gozan de un beneficio tan grande, y ni áun siquiera han oido hablar de él. En cuanto á las causas de esta tan terrible distincion, no pueden ser penetradas por el espíritu humano, y se puede ignorarlas sin perjuicio de la fe y de la salvacion. Confesemos únicamente que Dios no condena á nadie sin que lo haya merecido, y que no salva á nadie más que porque lo ha merecido, y que su bondad todopoderosa, salva é ilumina por medio de la luz de su divina verdad todos los que quiere que se salven y lleguen al conocimiento de su misma verdad. Pues nadie llega á él sin que le llame; nadie recibe la instruccion de la fe si no se le enseña; nadie se salva si él no le salva; porque aunque haya mandado á sus ministros predicar á todos los hombres, sin embargo, ni el que planta ni el que riega es nada, sino solo Dios que da el crecimiento que es todo. ¿Se dirá quizá que son estos los hombres que se oponen á la voluntad de Dios, y que los que hay á quienes no ha ha sido predicada la fe, es porque Dios veia que sus corazones y sus espíritus se hallaban cerrados á la luz divina? ¿Pero quién ha cambiado los corazones de los otros queblos que creian en Jesucristo, sino el que, como dice el salmista, *ha formado en particular los corazones de cada uno de ellos?* ¿Quién ha podido ablandar la dureza de esos corazones haciéndolos flexibles y obedientes á la palabra sagrada, sino el que *de las mismas piedras puede suscitar hijos á Abrahan?* Se halla averiguado, por otra parte, por los diferentes lugares de la Escritura Sagrada, que debe predicarse el Evangelio en toda la tierra, y no lo es ménos que nadie entrará en la bienaventurada compañia de la herencia del Señor, sino es del número de los que han sido predestinados y previstos ántes de la creacion del mundo, *conforme al decreto del que hace todas las cosas segun el consejo de su voluntad.* ¿Pero quiénes son los vasos que Dios ha elegido, y cuál debe ser su número? Este es un misterio cuya ignorancia no daña á nuestra salvacion. Nos basta saber

que todos los buenos entrarán en el reino de los cielos, que la gracia será la que los haga entrar, y que todos los malvados serán desterrados por su propia malicia. Admitiendo, se dice, la necesidad de la gracia, no queda ya nada que hacer al libre albedrío. La gracia, responde S. Próspero, no destruye el libre albedrío, le transforma y le cambia en mejor, imponiéndole otros pensamientos y haciéndole obrar de otra manera, enseñándole á poner en su médico toda la esperanza de su curacion, y no en sí mismo. No ha tenido nunca en su vida una salud tan perfecta, que el que le habia herido ántes no le pueda herir de nuevo. Así el hombre que habia sido malo con su libre albedrío, se ha hecho bueno por el mismo libre albedrío: siendo malo por la corrupcion que encuentra en si mismo, Dios le hace bueno restableciéndole en la primera dignidad de que habia decaido; lo que hace Dios no solo perdonándole las faltas de voluntad y de accion, sino dándole la gracia de querer el bien, de hacerle y de perseverar en él. S. Próspero desafia á los calumniadores de S. Agustin á enseñar un solo lugar de sus escritos que autorice en lo más mínimo el destino y la doctrina de dos naturalezas diferentes en el hombre. Por mucho que hagan, añade, no hallarán nunca que se nos haya oido decir ó que hayamos enseñado nada repugnante, porque sabemos muy bien que no hay ninguna necesidad fatal que obre en este mundo, sino que Dios arregla todas las cosas por la ley suprema de su providencia y de su justicia. Sabemos que la naturaleza del hombre fué creada por Dios, no de dos masas sino de una sola, á saber, de la carne del primer hombre: que habiendo caido esta naturaleza en Adan, ha sido envuelta en la ruina de su pecado, cuando se perdió por su libre albedrío: que estando destinada á la muerte y á los suplicios eternos, no se hubiera librado nunca si el Salvador no trazára en él la imágen de Dios por la gracia de una segunda creacion, y si no sostuviera su libre albedrío empujándole por medio de la impresion de su espíritu, inspirándole lo que debe hacer, asistiéndole y fortificándole en sus debilidades; marchando delante de él y conduciéndole hasta el fin de esta vida. Este Padre termina su carta remitiendo sus obras á Rufino, y asegurándole que encontrará en ellas lo suficiente para instruirse plenamente de la verdad de las cuestiones más importantes que se refieren á la gracia y la predestinacion. —S. B.

RUFINO, sacerdote, diferente del de Aquilea, es conocido por una carta que le dirigió S. Gerónimo, en que le hace una explicacion alegórica, del juicio dado por Salomon sobre dos mujeres públicas. Rufino se lo habia suplicado á S. Gerónimo en su carta, y el santo Doctor no creyó deber negarle una cosa, que le pedia al principio de su amistad, aunque no se hallase en estado de tratar bien esta materia al salir de una languidez que le habia afligido durante un año entero, y porque tenia en la mano una llaga

muy incómoda y peligrosa. Esta carta, de que se ignora la época en que fué escrita, se halla citada por Casiodoro. S. Gerónimo, en la explicacion que hace de la sentencia dada sobre estas dos mujeres, pretende que eran la figura de la Iglesia y de la sinagoga. —S. B.

RUFINO, abad de Constantinopla, es conocido por haber tomado una parte muy activa en la cuestion de Acacio y el papa Félix, sobre la que existe una carta exponiendo los motivos de su sentencia contra Acacio. Dice así: «Habeis usurpado con desprecio de los cánones de Nicea los derechos de otras provincias; recibido á vuestra comunion á herejes usurpadores que vos mismo habíais condenado; dado el gobierno de la iglesia de Tiro á Juan, á quien se le habian negado los católicos de Apamea, y que habia sido arrojado de Antioquía; elevado al sacerdocio á Hymerio, depuesto del diaconado y excomulgado.» Despues le reconviene por la proteccion que daba á Pedro Mongus, sosteniéndole en la sede de Alejandría; las violencias que habia ejercido contra sus legados, con desprecio del derecho de gentes; la negativa que daba á comparecer delante de la Santa Sede para responder á las acusaciones dirigidas en la demanda de Juan Talaia, despues de lo cual termina su carta de la manera siguiente: «Continuad unido con esos cuyos intereses abrazais de tan buena gana, y sabed que por la presente sentencia os hallais privado de los honores del sacerdocio y de la religion católica, quedando condenado por el juicio del Espíritu Santo y la autoridad apostólica, sin poder ser absuelto jamás de este anatema.» Esta carta, que es de 28 de Julio de 484, fué suscrita por sesenta y nueve obispos, no comprendido el Papa. Lleva adjunta un acta para fijarse en los parajes públicos, que dice que la sentencia de la Santa Sede ha privado á Acacio del sacerdocio, por haber despreciado las dos amonestaciones que se le habian hecho, y por haber aprisionado al Papa en la persona de sus legados: que en su consecuencia se halla prohibido, bajo pena de anatema, á todo obispo, eclesiástico, monje ó lego, comunicar con Acacio despues de la publicacion de esta sentencia. Tuto, defensor de la Iglesia romana, fué encargado de de ir á Constantinopla á hacer esta intimacion á Acacio. El Papa le dió tambien dos cartas, una para el Emperador, otra para el clero y el pueblo. Aquella, que se halla fechada en 1.° de Agosto del mismo año 484, es una respuesta á la que habia enviado el Emperador al Papa por medio de sus dos legados. El Papa se queja de la violencia cometida con ellos, diciendo que le haria temer al mismo tiempo que por la corona, por la salvacion del Emperador; que por lo demás, no habiendo sido esta violencia una excusa suficiente para ellos, se los habia depuesto. Declara á este príncipe que la Santa Sede no comunicará jamás con Pedro Mongus, aunque no fuera más que porque habia sido ordenado por herejes. «Os dejo, pues, añade, hablando á Zenon, decidir

cuál de las dos comuniones debe elegirse: ésta del apóstol S. Pedro, ó la de Pedro Mongus.» Para dar á conocer al Emperador la manera de que Mongus habia usurpado el episcopado, le remite á las cartas que habia escrito Mongus contra él á S. Simplicio, cuyas copias unia á su carta. Declara despues á Zenon la sentencia dada contra Acacio, manifestando que esperaba no impidiese la ejecucion de las leyes sagradas de la Iglesia, puesto que él mismo no se negaba á someterse á las leyes civiles de su estado. Le suplica tenga presente que los príncipes deben aprender de los obispos la voluntad de Dios, y no obligarlos á seguir su voluntad propia, añadiendo que en cuanto á él, no permitiria que nadie se opusiese á la autoridad y á la libertad de la Iglesia, recordando que Dios será algun dia el juez de los obispos y de los emperadores. Queriendo tambien Félix evitar los escándalos que habian dado sus legados con su prevaricacion al clero y al pueblo de Constantinopla, les escribió que no solo desaprobaba lo que habian hecho, sino que los castigaba por su falta, deponiéndolos y privándolos de la comunion de los divinos misterios. Les declara en la misma carta la condenacion de Acacio, de que les enviaba copia, para que se separasen de su comunion, si no querian incurrir ellos mismos en la sentencia de excomunion; y porque Acacio, para complacer á los herejes, habia depuesto al sacerdote Salomon, quiere el Papa que se le conserve en su rango de sacerdote, y á todos los que Acacio pudiese haber tratado de la misma manera. El defensor Tutus, encargado de manifestar la sentencia de deposicion á Acacio, no pudo encontrar otro medio que hacer á los monjes acemetas que la pusiesen en la capa de este obispo, un domingo cuando se hallaba en el altar celebrando los divinos misterios. Los que rodeaban á Acacio, irritados del atrevimiento de los monjes, mataron á algunos, hirieron á otros, y prendieron á muchos. Tutus, que se habia retirado despues de haber desempeñado su comision, no tardó en dejarse ganar por una suma de dinero que le ofreció un tal Marone, para atraerle á comunicar con Acacio. Habiendo descubierto Basilio una carta en que se probaba este hecho, fué él mismo á llevarla al Papa con otra carta que Rufino y Talasio, sacerdotes y abades de Constantinopla, escribian al Papa, para advertirle de lo que habia pasado. Tutus á su regreso á Roma fue convencido, en pleno concilio, por sus cartas y por su propia confesion, de haber comunicado con Acacio. Fué por lo tanto depuesto del cargo de defensor, y excomulgado por haber vendido la fe de la Iglesia y la fidelidad que debia á la Sede apostólica. Félix dió aviso á los abades Rufino y Talasio, y á otros monjes de Constantinopla y de Bitinia, advirtiéndoles separasen de su comunion á aquellos que hubieran comunicado voluntariamente con los herejes, ó que hubieran sido ganados por dinero. Mas quiere que obren con mayor dulzura con aquellos de sus hermanos que no hubie-

sen cedido más que á la violencia de los tormentos. Dice que se puede dejarlos en sus celdas, borrar su falta por medio de la penitencia, hasta que la Iglesia católica quede libre de sus enemigos. Viendo Acacio que el Papa se separaba de él, se separó tambien del Papa, y quitó sus nombres de las dípticas. Como no hacia caso alguno de la sentencia de Roma, continuó ofreciendo hasta la muerte el santo sacrificio. El cuerpo de la iglesia de Constantinopla continuó unido á él, pero los abades Rufino, Hilario y Talasio prefirieron separarse de esta iglesia, y continuar unidos á la de Roma. Calandrion, obispo de Antioquía, que se habia declarado siempre contra Pedro Mongus, fué depuesto y arrojado de su iglesia por Zenon, so pretexto de haber favorecido el partido de Ibo, que se habia rebelado con Leoncio contra el Emperador; más en efecto, porque perseveraba en la comunion del papa Félix y de Juan Talaia. El lugar del destierro de Calandrion fue el Oasis, y Pedro le Foulon fue restablecido en la sede de Antioquía, con consentimiento de Acacio y un gran número de obispos de Oriente. Otros diversos obispos católicos fueron depuestos sin exámen y sin ninguna otra forma canónica, y enviados á diferentes destierros. Acacio era el alma de las persecuciones que se les hacia sufrir; pero Zenon, que le apoyaba con toda su autoridad, no era ménos culpable que él. Habiendo querido este obispo obligar á los de Oriente á comunicar con Pedro Mongus, se dirigieron á Félix, quejándose de que Acacio era el autor de todos los males de la Iglesia. Su queja ocasionó un concilio en Italia, en que los obispos renovaron los anatemas pronunciados ya por la Santa Sede contra Acacio y contra Pedro Mongus y Pedro le Foulon. Tenemos muchas cartas, que se dicen escritas por Pedro le Foulon para el papa Félix y para varios obispos de Oriente y Occidente; pero hoy es cosa convenida que todas son supuestas. En efecto, Pedro le Foulon no fué obispo de Antioquía durante el pontificado de Félix, sino despues de la deposicion de Acacio; pero el Papa no reconoció entónces por obispo ni á Acacio ni á Pedro le Foulon, y ninguno de ellos se hallaba en la comunion de la Santa Sede. Sin embargo, las cartas que tenemos con el nombre de Félix á Pedro le Foulon, suponen claramente que este último se hallaba reconocido por obispo por Félix, y que le estaba, lo mismo que Acacio, unido por la comunion. Pedro le Foulon murió en 488, no habiendo vivido más que tres años despues que habia usurpado por segunda vez la sede de Antioquía. Tuvo por sucesor á un hereje como él, llamado Paladio, sacerdote de la iglesia de Sta. Tecla, en Seleucia. Acacio murió al año siguiente de 489. Su muerte fué semejante á la de Pedro Foulon, habiendo terminado ambos sus dias en el anatema en que habian vivido. Acacio gobernó la Iglesia de Constantinopla durante diez y siete años y nueve meses. Púsose en lugar suyo á Fravita, sacerdote de Sta. Tecla, en el arra-

bal de Sygnes. Parecia desde luego zeloso por la verdadera fe, no habiendo querido entrar en la sede de Constantinopla sin la participacion del Papa, á quien envió una carta sinodal. Esta carta fue llevada á Roma, con otra de parte del emperador Zenon, por los monjes católicos de Constantinopla que siempre habian vivido separados de la comnnion de Acacio y de Mongus. Fravita enviaba en la suya al Papa noticias de su promocion, para que el consentimiento que diese afirmase por completo su episcopado: Zenon manifestaba en su carta mucha estimacion y aprecio á Fravita, manifestando que no habia trabajado en ponerle en la Sede de Constantinopla, más que porque le creia digno de ello, y con el objeto de afirmar la union de las iglesias y la unidad de la fe. Demostraba tambien mucho respeto al Papa, y un gran celo por la religion, que es, dice, el fundamento de los imperios, que se debe preferir á todo lo demás.—S. B.

RUFINO de Ali (Fr.), religioso lego de la órden de Menores Capuchinos, perteneciente á la provincia de Mesina. Fué en su juventud alarife ó maestro de obras, y como muy práctico en el arte de construir casas, se acordó en él con especial luz el ser inspirado de amor á la casa eterna, y en este concepto dispuso su vida de tal modo, que las operaciones de la misma contribuyeron en gran manera á labrar este edificio sobre tan seguros cimientos. Aunque su ocupacion, como tan corporal y afanosa, reclamaba abundante alimentacion para fortalecer sus fuerzas, hacia de modo que se ceñia y limitaba cuanto podia en el comer y beber, negando á su activo ejercicio lo que naturalmente exigia, juntando á la abstinencia y otras mortificaciones y austeridades, para que su alma consiguiese el triunfo con toda seguridad en la guerra y contradicciones que pedia el apetito. Habiendo fabricado una bóveda en las casas de un caballero de Catanea, se valia en aquellos subterráneos del silencio de la noche para aplicarse las disciplinas que acostumbraba, y con que dejaba rubricado de sangre el sitio en que se las daba. Llegó á noticia del caballero su austera penitencia, y habiendo sabido despues la entrada del piadoso oficial en la religion, respetó y veneró la bóveda como oratorio fabricado por angélica mano, que tal juzgaba en lo humano la de un hombre tan penitente y ejemplar. Dentro ya el fervoroso jóven en la capuchina congregacion, determinó fuese el único blanco de sus miras, y adonde siempre debia dirigirse, el padecer por amor de Dios, inquiriendo y buscando todos los medios que le parecieron más posibles y á propósito. Con este fin abrazó las mayores y más rigurosas austeridades, en mayor escala que las á que le obligaba la religion. Porque sobre los muchos ayunos que la regla prescribia, los aumentaba á veces, limitándose á pan y agua; andaba casi siempre ceñido de un áspero silicio de cerdas, reducia el reposo del sueño cuanto era dable en lo humano, dedi-

cando lo que de él usurpaba al ejercicio de ardiente y fervorosa oracion. En los frios más rigurosos no admitia otra clase de abrigo que el de un sencillo y gastado hábito, y por último castigaba su cuerpo sin género alguno de compasion, con públicas y ocultas penalidades y mortificaciones. A las ya enunciadas se le juntaban otras molestias, que no favorecian ménos sus deseos de padecer, pues desde el punto en que profesó, tuvo órden de los superiores para que trabajase sujeto á la obediencia de un religioso, que era director de construcciones en la provincia, y si bien era muy espiritual, tenia un carácter y condicion en extremo áspera y desabrida. Esta fué suficiente causa para hacer sufrir y mortificar á Fr. Rufino cuanto no es fácil ponderar; no habia sequedad con que no le hiriese, ni ejecutaba cosa el siervo de Dios que su maestro no la diese en seguida por siniestra y desacertada; de modo que las ágrias reprensiones del uno, pedian un contínuo ejercicio de tolerancia y mansedumbre en el otro; que á las martilladas del principal era yunque silencioso é incontrastable la paciencia de su discípulo. Trabajando ambos en levantar una pared, advirtió este que su maestro habia puesto en ella una piedra, que por mal labrada no convenia con las demás, ni era proporcionada para aquel sitio; pero no se atrevió á significarle el defecto ni á suspender su tarea, que iba cumpliendo con su acostumbrada exactitud. Entre tanto advirtió su compañero el error que se cometia, y juzgando que era efecto de ignorancia ó descuido de Fr. Rufino, rebasó todas las medidas de la prudencia en la descompuesta reprension que le hizo, y mandándole bajar del andamio, le envió con los peones á traer materiales para la fábrica, pues le dijo que era indigno de poner las manos en ella. Poco despues recordó el maestro haber sido él quien habia incurrido en aquella indisculpable falta, y sintiendo en el alma el haber maltratado en aquellos términos y sin causa alguna la inocencia del paciente jóven, le dijo así: «Confieso, Fr. Rufino, mi vicioso deslumbramiento en imputarte la falta hija de mi error. ¿Por ventura no me perdonarás este crímen?» El siervo del Señor que habia permanecido enteramente mudo para excusarse, respondió con humilde y blanda sonrisa: «Aunque me halle inculpable en el yerro por que me condenaste con indignacion, temo la de Dios por mayores culpas que he cometido; y así estimo mucho y procuro lograr las ocasiones de padecer, por si pudiese conseguir la divina misericordia.» Habiéndose aplicado en otra ocasion una sangrienta disciplina que le produjo gran encendimiento en el rostro, le dijo su maestro mal persuadido de esta apariencia: «Por cierto, Fr. Rufino, que ese encendimiento de rostro da bien á entender que ha bebido, y no con la templanza que debiera.» Oido este irrazonable baldon, respondió Fr. Rufino: «De mi golosa propension qué puede esperarse sino el exceso de que me acusas, á que dan fundamento las vergon-

zosas muestras de mi semblante?» Imitó aquel arrebatado maestro la temeridad del sacerdote Helí, y su discípulo parece que excedió la paciencia de Ana, madre de Samuel. No concedia al ocio parte alguna de tiempo, pues todo el que le quedaba libre de sus manuales tareas, empleaba en el ejercicio de la oracion. Como esta era sumamente fervorosa, era preciso que fuese muy eficaz, y que le dejase alentado para la práctica de las más heróicas virtudes. En la de la humildad consiguió grande aprovechamiento, y así todos los dias al retirarse del trabajo de la obra, pedia perdon á los seglares que habian trabajado en su compañía, como si en materia muy grave los hubiese ofendido. Los dejaba con este acto de humildad llenos de admiracion y confusos en tanto grado, que se decian unos á otros: Si este ejemplar varon, que no ha hecho más que trabajar en oracion, silencio y ayuno, pide le perdonemos, ¿qué será de nosotros que llenos de culpas no cuidamos de solicitar la misericordia de Dios á quien ofendemos con ellas? Obligado por razon de su oficio á pasar á varios y distintos lugares, no es creible cuánto padeció por la inclemencia de las estaciones y aspereza de los caminos. Tomando el de Nicosia desde Misoreta, sobrevino una horrorosa tempestad, cayendo un granizo tan grueso y tanta piedra, que sus golpes le maltrataron cruelmente, y la abundante lluvia dejó la tierra tan lodosa y resbaladiza, que apénas daba paso que no se convirtiese en peligro. El religioso que le acompañaba, iba como fuera de sí, sin tener ya fuerzas para tolerar aquella tormenta y sus efectos. Pero el siervo de Dios, aunque acongojado por impedirle la marcha el mucho lodo donde se hundia, pasado de la lluvia, y maltratado del granizo, con alegre semblante y serenidad interior, exhortaba á su compañero á la paciencia en aquel trabajo. En otro parecido á este, que experimentó desde Bronte á Trayna, se vió favorecido con suaves efectos de la divina Providencia: habiéndose formado una imponente tempestad, se puso el cielo tan oscuro, bien por la aglomeracion de nubes, ó por densísima niebla, que deslumbrados Fr. Rufino y su compañero, perdieron el camino con grande riesgo de ir á parar á algun precipicio, por ser muy quebrada la tierra por donde los llevaba su ceguedad, aumentada ya con la cercania de la noche. A este tiempo salió de una quinta un rico ganadero á examinar si aquella borrasca habia perjudicado á un rebaño suyo, que no léjos de allí pastaba. Con este objeto extendiendo la vista á diferentes partes, y habiéndose abierto una nube que ántes encubria á los religiosos, los vió el piadoso varon, y reconociendo el afan en que los traia y envolvia aquel temporal tan desecho, los llamó y condujo á su casa, donde habiendo experimentado los afligidos pasajeros oportunos oficios y auxilios de caridad, reconocieron lo mucho que habian debido á la Divina Providencia en aquella angustia y peligro; que esto fuese

así, se les confirmó con lo que les dijo su bienhechor; y fué que á semejantes horas, y más estando el cielo tan borrascoso, no acostumbraba á salir de casa, encomendando siempre á un criado el exámen, que aquella vez por un impulso particular habia tomado por su cuenta, y que así lo habia comprendido, pues de otra suerte el rigor de la noche y la vecindad de las fieras los hubiera expuesto á perder la vida en terrenos tan ásperos y fragosos. Es digno tambien de igual referencia, para manifestar su constancia é igualdad de ánimo el caso siguiente: habiendo llegado al monasterio de Roca, y sido como correspondia agasajado de sus religiosos con entrañable afecto y caridad, el que tenia el ministerio de señalar celdas á los huéspedes se olvidó de Fr. Rufino, que retirándose de la iglesia muy entrada la noche, se halló sin noticia de la celda en que habia de recogerse; y por no inquietar al que tanto lo merecia por su descuido, hizo mansion en un estrecho hueco que estaba debajo de la campana, donde sin poderse extender, y cargando la cabeza sobre la mano, pasó aquella noche con notable incomodidad del cuerpo, pero con grande quietud del ánimo, y si como hubiese hallado lugar en el sitio más delicioso. En dias de trabajo, como el de las construcciones á que concurria pedia tanta continuacion y asiduidad, eran casi como furtivas las horas que dedicaba al recogimiento. Pero en los de fiesta se preparaba á la comunion, quedándose en el coro desde maitines en adelante hasta acabarse la última misa de las que se celebraban en el altar mayor. De aquí, llamado de la campana, iba al refectorio, donde hecho el medio dia con suma templanza y moderacion, se ocupaba en fregar los vasos en la cocina, ejercitando á un mismo tiempo la humildad y la caridad. Murió de corta edad en los años, pero anciano en los méritos, y previno con profética luz el tiempo en que habia de abandonar la vida mortal; porque como aquel religioso á cuyo cuidado estuvo Fr. Rufino por el tiempo de su vida en la religion, fuese al convento de Francavila para volver despues al de Taurmina, adonde le dejaba, para que ambos acabasen allí cierta obra empezada, el siervo de Dios, aunque entónces disfrutaba completa salud, al ausentarse su maestro, pidió le perdonase todo lo en que pudiera haberle ofendido, asegurándole habia de ser aquella la última vez que se viesen en esta vida. Rióse el maestro, viéndole en la más floreciente y robusta edad, y teniendo por un efecto imaginario el presagio, se despidió entregándole los instrumentos que habian de servir para terminar la obra. Dos dias despues le acometió un recio dolor de costado, cuya fiebre ardiente descubrió desde luego su malignidad, y le obligó á recibir los santos Sacramentos. En aquel trance le sugirió Satanás algunas tentaciones contra la fe; pero resistia con animoso aliento, diciendo que para la vida y la muerte abrazaba todo lo que la Iglesia enseña y quiere



BIBLIOTECA PROVINCIAL DE CÁDIZ

que creamos los fieles. Preguntándole por segunda vez el mismo enemigo qué es lo que cree la Iglesia y manda creer á sus hijos, respondió el enfermo: Pregúntaselo á ella y te dará entera razon de todas las ocultas verdades en que instruye á los que componemos el cristianismo. Quedó el demonio en silencio y confuso, y Fr. Rufino dando á Dios infinitas gracias de que le hubiese dado eficaces armas para combate tan peligroso. Deseando el superior que en los que faltasen tuviese el enfermo la fortaleza que comunica el último sacramento de la uncion, quiso administrársele en seguida. Pero el enfermo le dijo: No tan aprisa, Padre, porque hasta que pasen tres dias no ha de llegar la necesidad de que yo reciba este sacramento. Dilatósele el superior hasta el término señalado, despues del cual le recibió con cordial afecto, y llegó á la última hora saliendo en paz su espíritu de la penosa carcel del cuerpo. Ocurrido el fallecimiento, volvió á Taurnima el religioso, que habia sido maestro del siervo de Dios, y habiendo sabido su muerte, despues de la cual habian ya pasado diez y ocho dias, se acordó de la profecía de Fr. Rufino, y de las heróicas virtudes en que le habia visto resplandecer, por cuya razon tuvo el mayor deseo de verle difunto, y dando noticia de este proyecto á otros dos religiosos, bajaron los tres al lugar donde habia sido enterrado, y cavando la sepultura, hallaron el cadáver entero y sin indicio alguno de corrupcion. Conociéndolo así el maestro, y haciendo memoria de lo mucho que habia afligido con ásperas y desabridas razones á tan paciente y santo varon, empezó á gemir diciendo: «Confieso Fr. Rufino que te mortifiqué viviendo contigo, sin observar las leyes de la prudencia, pero no con mal ánimo ni segunda intencion, ántes la tuve de ejercitarte en las virtudes, á cuyo estudio te ví siempre tan aplicado; sin embargo, te pido humilde que perdones mi indiscrecion.» Fué admirable y maravilloso que al concluir estas palabras abrió los brazos el cadáver, como dando á entender que queria estrechar en ellos al religioso en señal de benévola caridad, y luego los cruzó sobre el pecho, que aun difunto parecia estar amoroso.—A. L.

RUFINO DE ASÍS (B.), religioso franciscano, natural de la ciudad que indica su apellido, pertenecia á una ilustre familia, siendo pariente de la gloriosa Sta. Clara, fundadora de las religiosas de la Orden Seráfica, por lo que se las dió el nombre de Clarisas, y fué convertido por los ejemplos y doctrinas del patriarca S. Francisco, de quien recibió el hábito y profesion de la órden de Menores, alcanzando despues por sus méritos la gracia de la contemplacion y elevada conversacion delante de Dios y de los hombres; así es que cuando S. Francisco hablaba de él con otros compañeros, daba constantemente testimonio de sus virtudes y santidad. Hallándose una vez el santo con sus compañeros en una plática espiritual, pasó Fr. Rufino, que

venia del monte de orar, y se fué á su celda, y S. Francisco al verle preguntó á sus compañeros: Decidme, hermanos, ¿cuál os parece que es el alma más santa que Dios tiene en estos tiempos en el mundo? Y los frailes contestaron con mucha humildad que no lo sabian, aunque les parecia que él era una de las más aceptas almas que Dios tenia en la tierra, por las grandes mercedes que de Dios habia recibido. Y el santo Padre respondió: De mí, hermanos, os digo, que yo soy el más vil é indigno siervo que nuestro Señor tiene en el mundo; mas veis allí á Fr. Rufino, que ahora salió del monte, Dios me ha revelado que su alma es una de las tres más santas que en el mundo tiene, y llegó á afirmar que yo no dudaria llamarle S. Rufino, viviendo él aún en el cuerpo, porque su alma está ya canonizada en los cielos como el Señor me reveló. Este testimonio dió el santo Padre de su hijo y discípulo Fr. Rufino, como quien sabia por revelacion divina, no solo las necesidades, más áun las perfecciones de sus hijos, el cual las revelaba para consuelo de su alma en Jesucristo. Por el contínuo ejercicio de la oracion, dice la Crónica, y comunicacion divina, quedaba casi insensible el santo Fr. Rufino para las cosas de fuera, y como aconteció á Moisés, era tambien poco expedito en la plática, que parecia salirle las palabras con violencia y por fuerza, y por lo tanto pocas veces hablaba ni tenia gracia de predicar la palabra de Dios. Y mandándole una vez el bienaventurado Padre S. Francisco que fuese á la ciudad de Asís á predicar lo que nuestro Señor le inspirase, excusóse Fr. Rufino, y como el bienaventurado Padre San Francisco por castigar su inobediencia mandase que sin capilla fuese á predicar, luego obedeció, y quitándose en seguida alegremente la capilla, se fué á Asís y predicó al pueblo, y siguiéndole el glorioso P. S. Francisco, tambien sin capilla, concluyó el sermon y fué el pueblo tan compungido y lloraron tanto como un dia de viernes santo, y quedaron todos consolados. Y mereció haber este tan santo efecto la grande obediencia del bienaventurado P. Fr. Rufino. El obispo Marcos de Lisboa, en la primera parte de sus *Crónicas de los Menores*, refiere el siguiente acontecimiento, ó por mejor decir, los diferentes sucesos que á continuacion y con sus mismas palabras á este lugar trasladamos. «Por la grande pureza y humildad del santo Padre Fr. Rufino, temíanle tanto los demonios, que no podian sufrir su presencia, como se vió en algunos casos. Aconteció una vez que Fr. Rufino iba por Asís pidiendo limosna de pan, y se encontró con muchos hombres que llevaban atado un endemoniado al bienaventurado P. S. Francisco para que rogase á Dios por él. Y como el endemoniado vió á Fr. Rufino, dió tan grandes bramidos y peleó tan bravísimamente que quebró las cuerdas con que iba atado y huyó de las manos de todos. Y tornándole á prender, espantados todos de esto, le preguntaron que porqué habia hecho aquellas bra-

vezas y habia huido; el dicho endemoniado respondió: Porque aquel fraile pobre, aquel fraile humilde P. Rufino, que va por allí pidiendo limosna, me enciende y atormenta con sus virtudes y oraciones fervientes, y por esto no puedo estar más aquí; y luego el soberbio demonio salió de aquel cuerpo, y el hombre quedó libre, y él y todos los otros se fueron al bienaventurado P. Rufino á darle gracias y hacerle reverencia. Y el glorioso P. Fr. Rufino los instruyó cómo por todas las cosas solo á nuestro Señor Jesucristo habian de dar gracias y gloria. Estando una vez el bienaventurado P. S. Francisco en el monte en oracion, en una celda apartada, los demonios trabajaban de inquietarlo echando muchas piedras y haciendo ruido, que parecia caerse la roca. Y acertó á venir allí en aquel tiempo, y queriendo tomar la bendicion del glorioso P. S. Francisco, fué al monte, y ántes que llegase á la celda, llamó al santísimo Padre, como tenian costumbre de hacerlo los que le iban á buscar, y dijo: *Loado sea nuestro Señor Jesucristo*, y los demonios, oyendo la voz de Fr. Rufino, huyeron luego todos, haciendo grandes terremotos cuando huian. Y el P. S. Francisco que los sintió huir y conoció la voz de Fr. Rufino, de la cual ellos huian, salió luego de la celda y dando voces dijo á los demonios:—Esperad, esperad, soberbios demonios, porque fray Rufino os conoce á vosotros bien.—Otra vez encontró que diez hombres endemoniados se salieron de una ciudad y fueron todos á una encrucijada, y por uno de los caminos venia Fr. Rufino y por otro un hombre á caballo. Y como los endemoniados vieron á Fr. Rufino, echaron á huir corriendo á grande prisa del camino por donde venia, y fueron hácia donde venia el hombre á caballo, y llamáronle y dijéronle mostrándole á Fr. Rufino con el dedo: ¿Ves tú aquel rústico que va allí descalzo y cubierto de sayal? Pues sabe que las oraciones de aquel así atormentan y afligen á los demonios, como son atormentadas las uvas en el lagar. Permitió nuestro Señor algunas veces que su siervo Fr. Rufino fuese gravemente tentado de los demonios, de lo cual contaremos aquí solamente un caso. Estando el glorioso y bienaventurado S. Francisco con algunos compañeros suyos celebrando la cuaresma mayor en el monte Subario, cerca de la ciudad de Asís, estaban los compañeros en unas celdas de ramas, apartados todos y solitarios por el monte vacando á la oracion, y uno de ellos era Fr. Rufino. Y el diestro y manso enemigo comenzóle á persuadir que no era cosa segura seguir á Fr. Francisco, idiota y simple, y que destruia á los frailes y los enviaba de una parte á otra, á hospitales de leprosos y á pedir limosnas, apartándoles del estudio y de la oracion, y que mejor ó más seguro era seguir la vida de S. Antonio ó de S. Benito, ó de otros anacoretas ó ermitaños, que vivian solitariamente en los yermos. Y despues de haberle importunado con estos pensamientos que le ofrecia á la imaginacion, apareciósele en figura de án-

gel muy hermoso y resplandeciente, y por las palabras persuadióle de la misma manera. Quedó el P. Fr. Rufino, como era amigo de la soledad y tenia gracia de contemplacion, casi convertido en aquel parecer, y de allí adelante no venia á las horas de la cena á comer con el santo Padre y sus compañeros como todos lo hacian; mas venia sola una vez en la semana, y llevaba pan para estarse solitario en su celda toda ella. Parecióle al santo Padre y á los otros que no venia por darse á la oracion con más soledad toda aquella cuaresma, y el jueves santo de la Cena del Señor, envió el bienaventurado P. S. Francisco á llamar á todos los frailes que estaban por el monte, por que todos juntos celebrasen la fiesta de la Cena del Señor, y despues de haber comulgado y recibido el Santísimo Sacramento, que comiesen todos juntos; y Fr. Rufino respondió al fraile que le fué á llamar: «Decid á fray Francisco que no tengo de ir allá, ni de aquí adelante le tengo más de seguir; porque quiero hacer vida solitaria en la cual me podré mejor salvar, como el Señor me ha revelado, que no siguiendo sus simplicidades.» Oyendo el santo Padre estas palabras quedó muy triste; mandóle llamar otra vez, rogándole que viniese á ver y adorar el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Y no queriendo venir, despues que todos habian comulgado, el santo Padre, todo traspasado de tristeza, no quiso comer, mas fué á su celda apartada, y con grandes sollozos y lágrimas decia en la oracion al Señor: ¿Por qué, Señor, dejaste errar á mi simple oveja? Y despues de la oracion fuése adonde estaba Fr. Rufino y díjole: Hermano Fr. Rufino, ¿por qué me diste tanta tristeza que tantas veces llamado no quisiste ir á tan grande solemnidad del Señor? Y Fr. Rufino, estando en su propósito, respondió: Hermano, porque me parece más seguro tomar la vida eremítica adonde ningun yerro puede acontecer, ni hay peligros, que seguir tu vida, en la cual los frailes muchas veces son distraidos de la oracion. Y rogándole el santo Padre que fuese aquella vez á comer con los frailes, vencido de sus ruegos y lágrimas, finalmente vino con intencion de tornarse luego y perseverar en su propósito. Despues de haber todos comido, trabajó el santo Padre de reducirle á su comunidad, y preguntóle que quién le habia movido á tener aquella vida y á mudar de voluntad, y respondió que nuestro Señor Jesucristo se lo habia inspirado primero, y que despues un ángel se lo habia enseñado, y que por lo tanto él estaba determinado en tomar aquella vida. Y el bienaventurado P. S. Francisco, entendiendo por el Espíritu Santo la grande falacia y engaño del demonio, díjole: Hermano, yo te quiero mostrar el ángel engañador que se te apareció y persuadió en esa opinion. E hizo oracion, y luego apareció el ángel de las tinieblas, muy hermoso y resplandeciente; y como Fr. Rufino le vió, dijo con grande placer, que aquel era el ángel que le habia revelado la voluntad de Dios. Y el bienaventurado san-

to Padre hizo otra vez oracion, y de parte de Jesucristo nuestro Dios mandó á aquel ángel que visiblemente descubriese quién era. Y súbitamente, viéndole Fr. Rufino, tomó una espantosa y horrible figura, que con miedo y espanto cayó Fr. Rufino como muerto en tierra á los pies de S. Francisco. Y el santo Padre confortóle y levantóle de la tierra y quedó libre de aquel engaño. Y decia despues Fr. Rufino que el demonio se habia mostrado allí en forma tan fea y espantosa, que no se podia imaginar con el pensamiento, y mucho ménos decirse con palabras. Lo cual nuestro Señor constriñó al demonio que hiciese, no porque su naturaleza sea tan fea, mas porque su malicia es muy mucho más fea y espantosa de lo que podemos pensar; por lo cual es causa de nuestra perdicion.» Tal es en breve resúmen una de las leyendas que forman parte de la vida de Fr. Rufino, uno de los primeros discípulos de S. Francisco de Asis; el resto de su historia se compone de las mismas relaciones, muy propias del orígen de toda Orden, que así como el de todos los pueblos se encuentra lleno de estos prodigios que la sana crítica destierra unas veces y que otras admite dando su interpretacion. Por desgracia en la historia eclesiástica no se ha empleado este medio que la hubiera reportado tan grande utilidad; así es que en muchos casos como el presente, caminamos entre dos escollos sin saber cuál huir ó evitar. Dejar de referir milagros ó hechos admitidos por la tradicion constante de una grande y numerosa Orden, nos parece un gran error, é insertarlos sin embargo, presentándolos tales como los encontramos á un pueblo descreido, nos parece algo más peligroso y expuesto, sin que podamos dar con el término medio, pues la explicacion de estos sucesos exigiria un trabajo más largo y detenido del que se emplea en esta clase de diccionarios. Así para evitar que se nos tache de ligeros y crédulos, y dar las vidas de los héroes del cristianismo tales como han corrido hasta el presente, nos valemos con frecuencia de las mismas relaciones de los autores de las crónicas, á que remitimos sin temor de que se nos tache más que de amantes de la verdad y verdaderos investigadores de aquellas noticias que puedan ser de alguna utilidad á nuestro designio. Hé aquí siguiendo este propósito la forma en que Fr. Marcos de Lisboa refiere en la primera parte de las *Crónicas de los Menores* la muerte de Fr. Rufino de Asís: «Entrando Fr. Rufino en nuestra Señora de los Angeles, en Porciúncula, enfermo, Fr. Leon (otro de los discípulos de S. Francisco), que tambien estaba con él muy enfermo, vió una revelacion de una grande procesion de frailes, que venian por el alma de un fraile enfermo de Porciúncula, que habia de morir muy pronto. Y despertándose Fr. Leon, parecióle que él era aquel fraile muy enfermo que luego habia de morir, porque estaba más enfermo que Fr. Rufino, y levantándose lo mejor que pudo, se llegó á Fr. Rufino muy alegre y díjole: Queda con

Dios, hermano muy amado, porque el Señor me quiere llevar de esta vida y me llama para su gloria. Y respondió Fr. Rufino: Hermano, estás engañado, porque la vision que se te apareció y las palabras que te fueron dichas entiéndense de mí y no de ti. Y platicando ambos en aquella vision, díjole más Fr. Rufino: Hermano, tú viste en sueños esta vision, y yo velando y muy claramente he visto lo que te diré: Nuestro P. S. Francisco vino ahora mismo á mi con muchos frailes gloriosos, y díjome que con ellos habia de pasar al Señor, que habia de ser muy en breve, y dióme un muy dulce y suave beso, y quedó mi boca llena de olor maravilloso. Y porque veas por experiencia que es así lo que te digo, llégate á mi y sentirás el suavísimo olor que me quedó de aquel beso de nuestro bienaventurado Padre. Y llegándose Fr. Leon, fué lleno de tanta suavidad de olor que salia de la boca de Fr. Rufino, que quedó casi trasportado con la grande consolacion que sintió, y no pudo más dudar en lo que Fr. Rufino le decia. Llegando pues la hora de la muerte del santo Fr. Rufino, hizo venir todos los frailes que estaban en el monasterio, y con santas palabras los animó á la guarda de su profesion y caridad fraternal, y se pasó su alma en paz sempiterna y subió á los cielos con aquella santa y gloriosa compañía que le esperaba, y su cuerpo fué sepultado en el convento del bienaventurado P. S. Francisco de Asís, juntamente con los otros santos compañeros del bienaventurado P. S. Francisco.» Floreció en 1270, desde cuya época celebra su Orden su memoria en 14 de Noviembre.—S. B.

RUFINO CIFFI (Venerable fray), religioso de la Orden Seráfica de San Francisco. Fué natural de Asís, y de la primera nobleza de aquella ciudad, deudo muy cercano de la gloriosa Sta. Clara. A los blasones de la nobleza juntó los de la virtud, que son los más lustrosos, cuanto tiene de más estimable lo adquirido que lo heredado, pues lo último se debe sin méritos á la fortuna, lo primero se gana con trabajo y propia industria de valor ó santidad. Desde los principios de su vocacion dió tales indicios de su virtud, que el glorioso Patriarca le atendia con singular veneracion, y admirado de su pureza y candidez, decia que su alma, áun viviendo en carne mortal, estaba en el cielo canonizada. Fué varon de profundísimo silencio, llave con que aseguró las riquezas de su elevado espíritu. A causa de ser muy balbuciente y tartamudo, no se ocupaba como los demás en la tarea de la predicacion, y suplia lo que dejaba de obrar por el impedimento de la lengua con los silencios de la oracion. Por esta causa solia decir S. Francisco á sus predicadores (porque satisfechos de su trabajo no se atribuyesen á sí el fruto de las almas) que más se debia este al silencio de Fr. Rufino, que á sus voces y locuacidad. El seráfico Padre quiso mortificarle una vez, para probar la prontitud de su obediencia, y le mandó que saliese de la ciudad donde

era tan conocido, y predicase al pueblo en la plaza. El siervo de Dios con humildad propuso el impedimento legítimo de su lengua, y que de su predicacion no se podia esperar otro fruto que la risa del auditorio, con ménos crédito de tan venerable ejercicio. Ofendióse S. Francisco de la excusa, aunque humilde y tan legítima; le reprendió con mucho rigor como á inobediente, diciéndole que él le haria saber el ejercicio de la principal virtud del estado religioso, que es la obediencia, cuyo rendimiento, para ser perfecto, debe ser pronto, puntual y tan delicado, que áun en las cosas más disonantes á la razon, como no sean culpas, debe ser ciego, haciendo tan entero sacrificio de la voluntad como del entendimiento. Le mandó, que sin la capilla saliese á la plaza de Asís y predicase. Confuso Fr. Rufino con la reprension, y azorado con el deseo de obrar lo más perfecto, se desnudó, y reconociendo que del defecto de su lengua se habia de seguir el efecto de la risa, en medio de su tribulacion y trabajo, previno algunas palabras que fuesen pocas y de edificacion. Estas fueron: «Dejad, hombres, de obrar mal, y tratad de obrar bien; dejad todo lo malo, y haced todo lo bueno.» Con esta prevencion, se desnudó y partió á ejecutar el mandato. El santo patriarca, viendo la prontitud del humilde discípulo, y haciendo reflexiones sobre su aspereza, empezó á reprenderse de este modo: ¿Qué es esto, Francisco? ¿Qué has hecho con Fr. Rufino: tú hombrezuelo de baja suerte, tomas resolucion tan ágria para mortificar con tanta extravagancia á un hombre tan principal por su sangre y tan venerable por sus virtudes? Bien se conoce ser para ti poco mortificado, pues eres tan resuelto y exigente en mortificar á los humildes. ¿Por cuánto te atrevieras tú á cargar sobre tus hombros el peso que fias á los ajenos? Aquello, para cuya ejecucion te falta espíritu, quieres que otro lo haga, haciendo vana ostentacion de que lo puedes mandar todo? Pues yo castigaré tu insolencia y humillaré tu altivez, para que las propias experiencias te den á conocer la dificultad de lo que mandas. Dicho esto, se desnudó, y dándole sus hábitos y los de Fr. Rufino á Fr. Leon para que le siguiese, se entró en la ciudad, y halló ya predicando en la plaza á su discípulo. La extravagancia de este espectáculo tenia absorto y lleno de admiracion al pueblo, y muchos pensaban que los siervos de Dios, debilitados de las penitencias, habian perdido el juicio. Predicaba muy fervoroso Fr. Rufino, diciendo: «Hombres, despreciad el mundo y sus vanidades; buscad los tesoros del cielo, que son bienes verdaderos; temed las penas del infierno, y anhelad los bienes de la gloria; y cierro mi sermon con estas palabras: Dejad todo lo bueno, y haced todo lo malo, porque se acerca el reino de Dios.» Al oir el pueblo aquella equivocacion de palabras trastrocadas (trasposicion que ocasionó ó el demasiado fervor ó el mucho empacho de verse desnudo en aquella publicidad) soltaron todo el trapo á la risa, haciendo

juicio de que era fátuo, y le tenia dementado el rigor de la abstinencia. Entónces el santo Patriarca, subió al puesto que dejó Fr. Rufino, y empezó á predicar así: «Ciudadanos de Asís, ¿cómo desatentos haceis escarnio de las palabras y predicacion de vuestro compatriota, varon ejemplar y por sus virtudes estimable? Haceis burla de la candidez de sus palabras, porque las entendeis en la corteza, sin querer entenderlas en su medula. Dijo Fr. Rufino que hicieseis lo malo y dejaseis de hacer lo bueno; y dijo bien, porque vuestros bienes son males, y vuestros males son bienes. Teneis en la estimacion de bienes á la vanidad, la riqueza, el deleite y la ambicion, y teneis por males la pobreza, la humildad, la tolerancia de injurias y el desprecio de las vanidades. Ved ya si dijo bien, que hicieseis lo que neciamente engañados de vuestro amor propio teneis por malo, y no hicieseis lo que con el mismo engaño teneis por bueno. La vanidad mundana, la hermosura caduca, la riqueza perecedera, son el camino de la perdicion, y le teneis por buen camino; pero la verdad bien desengañada os predica, que le dejeis para no perderos. La senda estrecha de la mortificacion y desprecio propio, guia derecha á la bienaventuranza, y la teneis por mala y por torcida; pero la misma verdad os aconseja que la sigais para ganaros; haced, pues, lo malo, que teneis por contrario á vuestro apetito, y no hagais lo bueno, que buscais por conforme á vuestro antojo. ¡Ay de vosotros, si desatentos á la verdad, por seguir con más libertad el impulso de vuestras pasiones, mudais y pervertis los nombres á las cosas, vistiendo á la bondad con el traje de la malicia, y dándole á esta las galas de la bondad! No querais ser de aquellos que el profeta dijo ser detestables, porque á lo malo llaman bueno y viceversa. El mundo llama al murmurador, discreto; al avariento, aplicado; al ambicioso, honrado; al cobarde, prudente; al temerario, valeroso; asi bautizando á la malicia con los nombres de la bondad, finge que sigue á la bondad, estando del lado de la malicia. Por el contrario, al humilde llama hazañero; al pobre voluntario, vagamundo; al paciente, infame; al penitente, hipócrita; loco, al despreciador de las vanidades; de tal modo que malquistando las virtudes é infamadas con los nombres del vicio, tiene por infamia el no perseguir á las virtudes. Esta verdad, que es tan clara, os predicó Fr. Rufino, y os causó risa, desentrañadla bien, y os producirá llanto.» Concluyó su sermon, dejando tan trocado del todo al auditorio, que los escarnios pararon en suspiros, la risa en compasion y lágrimas, con mucho fruto de los oyentes. En todas las virtudes fué extremado el bendito varon Fr. Rufino, pero principalmente en la observancia de la pobreza evangélica, de que fué celador acérrimo, prenda que le negoció singular amor en el corazon del glorioso S. Francisco. Fué mucho tiempo su compañero, y como sugeto tan enterado y noticioso de sus

secretos, el general Fr. Crescencio le señaló para cronista de su vida y milagros, en compañía de Fr. Angelo de Reate y Fr. Leon, que escribieron la leyenda llamada *de los Tres*. Fué hombre de altísima contemplacion, y llegó á estado que pudo decir con la esposa: «Yo duermo y mi corazon vela;» porque ni en el sueño interrumpia el ejercicio de la oracion. Le sucedió muchas veces permanecer de rodillas un dia entero con su noche, inmoble en un sitio, por lo que puede inferirse la valentia de su espíritu extático y fervoroso. El espíritu maligno, como supremo artífice de la malicia, es jurado enemigo de la virtud, como obstinado la persigue, y aunque la teme por vencerla las más de las veces, puede más la obstinacion que el escarmiento, pues aunque vea ajada su soberbia, no desiste de su porfía. Estos dos pervertidos afectos esforzó mucho con Fr. Rufino, de quien muchas veces huyó cobarde, y algunas acometió insolente. Era tal el horror que tenia á este varon de Dios, que solo el oir su nombre le hacia volver la espalda y desamparar el puesto; y su presencia era contra su porfía conjuro eficacísimo, como consta de muchos hechos que refiere su detallada historia. Ofendido su adversario de tantos triunfos y desaires como experimentó por parte del siervo de Dios, trató de vengarse del enemigo á quien más odiaba; y puso en accion todo el esfuerzo de su malicia para derribarle, infundiéndole en su corazon tristezas y desconfianzas con que oscurecia su mente, tomando despues la forma de ángel de luz el que lo era de las tinieblas, tratando de persuadirle que andaba desorientado y perdido con la doctrina de su seráfico maestro, y esta tentacion la puso en práctica en dos ocasiones, pero el siervo de Dios sujetándose á la obediencia, venció estos peligros, y repitió sus triunfos contra el infierno. Lleno de dias y de virtudes, llegó hasta el año de 1270, y estando en el mayor aprieto en su última enfermedad, vió en vigilia y bien despierto la procesion de religiosos menores, cuya aparicion vió tambien el bendito Fr. Leon, que estaba tambien enfermo, pero dormido. Vision que se refiere haber sucedido despues de la muerte de Fr. Bernardo de Quintabal. Cuando despertó Fr. Leon, tuvo por cierto ser de los dos el que moriria de los únicos que estaban en la enfermería, y se levantó de la cama y fué á la de Fr. Rufino, para darle el último abrazo, diciendo: Adios, adios, mi hermano carísimo, que el Señor me llama para el descanso eterno. Fr. Rufino le replicó: No, amigo, no eres tú el llamado, sino yo, y lo que tú has visto soñando, he visto yo despierto, y nuestro P. S. Francisco me avisó sería el dia de mañana el último de mi vida, y para mayor seguridad y consuelo me dió un dulcísimo ósculo de paz, con el que sentí liquidárseme el corazon, y dejó en mi rostro un suavísimo olor, como podrás tú observar y tocar palpablemente. Fr. Leon se acercó á la cama para darle ósculo de paz, y percibió una tan suavísima fragancia,

en testimonio cierto de la verdad, como se lo dió el dia siguiente, sintiendo lo mismo, que fué el de su dichoso tránsito. Se verificó su entierro con gran celebridad, veneracion y mucha asistencia de los ciudadanos de Asís, que le estimaban, aún más que por su notoria nobleza, por su mucha santidad, calificada con milagros en vida y en muerte. Se halla sepultado en la iglesia grande de S. Francisco de Asís, donde se le conserva con gran veneracion. —A. L.

RUFINO ERENDIGANO, religioso capuchino de la provincia de Helvecia: escritor y filósofo tan conocido como apreciado en su época, en que consagró su pluma y su palabra á combatir las herejías á la sazon dominantes. En aquel como en todos los siglos han existido dos campos en el terreno de la ciencia, con frecuencia y por desgracia implacables adversarios; en el uno se intentaba explicar todos, hasta los más sublimes misterios, con solo las luces de la razon, interin en el otro se atribuia todo á la revelacion, á las luces venidas de lo alto procedentes de la inspiracion divina. Esta divergencia de opiniones que en nuestro siglo cuando más ha producido el indiferentismo, en muchos de los que le han precedido ha sido orígen de sangrientas guerras y crueles luchas, ha dado márgen á terribles revoluciones con su natural acompañamiento de todo género de desórdenes. Hoy, llamado el espíritu humano al campo de la política, solo ataca la religion en cuanto con ella se roza, y de aquí la lucha más tranquila y pacífica de las inteligencias, en que solo se combate con las corteses armas de la discusion, y únicamente en casos extraordinarios se apela á los terribles recursos que tan frecuentes fueron á nuestros antepasados. Rufino Erendigano vivió en uno de estos siglos de combate y lucha religiosa, y por eso en sus escritos, en sus actos, todo revela al atleta de la religion más bien que al austero y piadoso cenobita. Retirado sin embargo en su convento, entregado á todas las prácticas impuestas por su regla y sintiendo renacer en ellas su fe, no es extraño que al lanzarse al combate contra la herejía, el espíritu de contradiccion que encontraba oponiéndose á todos sus pasos, le animase más á una lucha en que tenia que someter, por un lado, ajenas pasiones, y por otro contrarias opiniones é ideas. Sus doctrinas, á pesar de esto, no carecen del carácter de una científica discusion, y si alguna vez le vemos cerrar, por decirlo así, el paso, creyendo sin duda que los venceria mejor de esta manera, en otras en cambio se manifiesta tan elocuente como amable, haciéndoles concesiones que sabe despues aprovechar muy bien en beneficio de su causa. Tal ha sido el carácter de la elocuencia en todos tiempos: ardiente é incisiva no ha dejado de plegarse, cuando la ocasion lo ha reclamado, á las necesidades del momento; y su triunfo ha sido tanto más seguro, cuanto mejor calculado. Algunas de las doctrinas del P. Rufino Erendigano parecen aplicables á

nuestro mismo siglo, y con gusto hariamos su extracto, si un escritor moderno no nos hubiera precedido en este estudio del que no vacilaremos en aprovecharnos, tomando algunos de sus principales párrafos, seguros de que nuestros lectores los apreciarán en todo su mérito. «Entre el cristianismo y la ciencia no puede existir ninguna incompatibilidad, y los mismos misterios, fondo oscuro del cristianismo, vienen á ser para la ciencia cuando esta los admite otros tantos faros luminosos. El cristianismo por sus principales misterios ilumina la ciencia humana, la ciencia de Dios, la ciencia del hombre, en una palabra todas las ciencias; y Jesucristo mismo en persona, centro vivo del verdadero cristianismo, se nos ha aparecido en una deslumbradora irradiacion de luz, como el foco universal de toda luz. Sí, Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la verdad plena y sustancial, es la razon divina encarnada en forma humana. Toda luz parte de él, y toda ciencia que se aparta de él se precipita en tinieblas más ó ménos densas, segun que se aparta de él más ó ménos. Y sin embargo, contra Jesucristo mismo es contra quien parece que el talento de algunos hombres se rebela hoy, y en nombre de la ciencia se aspira á destronar á Jesucristo. Diriase que el genio científico, en un momento de vértigo, volviéndose contra su propio foco, y conspirando contra sí mismo, ataca en el Verbo encarnado el fundamento y la sustancia de la verdad. Pero no, lo que ataca á Jesucristo no es el génio de la ciencia, no es sino las apariencias de la ciencia: en realidad contra Jesucristo no puede estar y no está sino la falsa ciencia, el fantasma científico. Ahora bien; entre las diversas formas bajo las cuales se muestra entre nosotros la falsa ciencia, hay una que parece haber hecho hoy brillante fortuna, y que atrae especialmente la atencion de la inteligencia. Hija del racionalismo moderno, salida con gran trabajo de las nebulosidades filosóficas de la Alemania, y ya célebre al otro lado del Rhin por sus excentricidades, en las que la insensatez compite con la impiedad, se ha presentado en medio de nosotros con pretensiones de reveladora y en actitud de profetisa; y empleando para engañar mejor la grande seduccion de estos tiempos, el prestigio de la ciencia, ha dicho á este siglo hambriento de lo nuevo y siempre dispuesto á dejarse seducir por las palabras: «Pueblos, escuchadme: Yo soy la ciencia crítica.» Gran señora alemana vestida á la francesa, muy contrahecha y áun pudiera decirse desfigurada, y que ve generalmente todo lo contrario de aquello á que parece que mira, esta ciencia crítica demuestra una ambicion en último grado soberbia: quiere anonadar lo divino en lo humano, quiere relegar por la autoridad de la ciencia lo sobrenatural á la region de las quimeras, y para alcanzar mejor su objeto, apunta al corazon mismo del cristiano, ataca directamente al mismo Jesucristo, personificacion viva de lo sobrenatural y divino. Tal es la pretension de esa for-

ma del racionalismo moderno, que se nombra, para seducir mejor á los ignorantes, la ciencia de la crítica. Nosotros vamos á combatirla principalmente en este punto, felices al encontrar en nuestro camino, sin desviarnos de nuestro plan general, la doble ventaja de tratar de un asunto grave y de interés palpitante como suele decirse. Damos gracias al nuevo error por habernos proporcionado una vez más la ocasion de un combate de la inteligencia sobre este antiguo campo de batalla en que la divinidad de Jesucristo ha alcanzado tantas y tantas victorias. Esta vez como siempre, más que nunca, el ímpetu del error, al querer ir á herir el corazon mismo de la verdad, hará brotar la gran luz. Jesucristo, aún mejor conocido, ganará, merced á esos desgraciados ataques, nuevos adoradores. Yo quiero demostraros para su gloria que el racionalismo, atacándole en nombre de la ciencia, se confunde él mismo y se reduce por sus propios esfuerzos á lo que hay de más humillante, al deshonor del absurdo y al oprobio de la contradiccion. Pero ántes de vindicar á Jesucristo de las agresiones y de las injurias de la falsa ciencia crítica, debe deciros, y voy á hacerlo desde luego, lo que debeis pensar de ella. Antes de combatir es preciso conocer al adversario. Vamos, pues á levantarle la visera. La crítica que nosotros combatimos tiene dos grandes pretensiones: se jacta de ser á la vez que la más alta expresion de la ciencia avanzada, la más alta expresion del cristianismo depurado. Vamos á probar, sin exageracion y sin cólera, que esas dos pretensiones no son más que dos máscaras, que solo ocultan una burla de la ciencia y una demolicion del cristianismo; que son anticientíficas y anticristianas en último grado.» Hace despues diferentes deducciones, en extremo lógicas, y acaba probando la inmensa valla que algunos filósofos pretenden levantar entre el cristianismo y la ciencia como si ambos no fuesen una misma cosa, como si la ciencia pudiera existir sin la religion, ni la religion sin la ciencia. Ambas hermanadas han producido la moderna civilizacion, estan llamadas á la conquista del mundo, y ójalá llegue pronto el dia en que convenciéndose de su error los pensadores de ambos partidos, se den mútuamente la mano y marchen unidos á este mundo de verdadero progreso que está prometido á la verdad y la virtud, ó en otros términos al saber y la piedad.— S. B.

RUFINO DE LA ESPERANZA (Fr.), religioso de la órden de S. Francisco y predicador. Este venerable siervo de Dios, acompañado de Fr. Diego Bernal, son los que el Teatro Mejicano dice que fueron juntos á Filipinas en el año de 1583. Hay divergencias de opinion respecto al señalamiento de provincia en donde Fr. Rufino tomó el hábito é hizo profesion, siendo la más acertada que perteneció á la de Castilla por su profesion, y á la del Santo Evangelio por incorporacion; siendo lo más posible saliese de aquí á Filipinas en la Descalcez. Pero de todos modos que se mire era hijo de la será-

tica religion, cuya honra y gloria es comun para todas las provincias. Más sensible es la ignorancia y áun mayor relativamente á su patria y linaje, pero en parte puede agradecerse, porque los antiguos evitaron con su omision el dudar, dándole por muy hombre, cuando de su vida empezaron á escribir. Apénas se descubre Fr. Rufino en la Nueva España, ya resplandece como sol en mortificaciones, vigilias, oracion mental y angelical mansedumbre para toda obra exterior, manifestando que gozaria de la divina aprobacion mucho ántes, cuando solo lucia como luz. A esta altura de virtudes hizo tránsito á la Descalcez, llevado del deseo de difundir y llevar luz del Evangelio á naciones distantes. Para este tan santo fin se incorpora en dicha mision el año de 1583, ocultando en el tosco y remendado sayal el esplendor de los créditos de su literatura y virtud, para predicar entre aquellos pobres indios el reino de Dios, estimulado de tanto ardor como habia experimentado en Méjico en los misioneros apostólicos que se preparaban para venir. Así solicitaba las creces de su magnitud por el fácil atajo de la humildad, siendo cierto que por él se consigue la exaltacion. Correspondió tan fielmente en esta custodia á su vocacion, que sin faltar á lo más preciso del bien comun, buscaba los aumentos en el recreo de la soledad. De esta frase usaba el siervo de Dios para retirarse á los montes y despoblados, dándose á la contemplacion con más espiritual libertad, y tomando una flautilla, cuya música le servia de incentivo para elevar la mente á Dios, pedia licencia al prelado para ejercitar en el campo su habilidad y buscar con ella alguna diversion; y así era, pues de tal modo le distraian de toda mundana impresion las sonidos de la flauta, que tañia con primor, que muchas veces olvidado del tono que habia de seguir, se quedaba absorto en el conocimiento de Dios y de su música celestial, logrando su alma la deseada recreacion, y volvia al convento rebosando en alegria espiritual. Su maestro de música era el divino amor, con más destreza que del profano se decia en la antigüedad. Este sencillo instrumento acompañaba á esta alma solitaria, hasta llegar á las delicias de la Divinidad; y á vista de los armoniosos sonidos que formaba el divino amor, todos los instrumentos de su cuerpo eran músicos para acompañar las alabanzas á la Divina Majestad, á que no podia llegar una material y tosca flauta, y como avergonzado trataba de enmudecer. Parecia á la música que inventó S. Pedro Crisólogo cuando vió á María Magdalena penitente á los pies de Jesus. Un órgano sonoro producia el llanto con su clamor, y los prolongados suspiros una cítara de amorosa suavidad; del mismo modo la flauta tenia en los gemidos los alientos para poderse tañer, y los continuados golpes de las culpas que en su conciencia excitaban el dolor, eran el címbalo en que resonaba el divino amor en cada golpe de su penitente virtud. Esta era la música que divertia al siervo de Dios Fr. Rufi-

no, tanto en la soledad bajo la apariencia de una flautilla de caña, que disimulaba tan superior diversion. Estos eran los músicos instrumentos que salia á tañer; porque no sirviesen de nota en una comunidad los soberanos efectos experimentados de tan sensible compuncion, como en el retiro le comunicaba la divina piedad, motivos bastantes para amar la soledad, pues en ella lograba tanto bien. Con el retiro á los desiertos que el siervo de Dios frecuentaba, en solitaria oracion, á imitacion de muchos santos y del Divino Maestro de toda santidad y virtud, ganaba el ofrecerse todo á Dios, y él corresponder con quietud á los atractivos con que la Divina gracia le llamaba para comunicarle su luz; pero al mismo tiempo se prestaba con notable deferencia á todos los empleos en que la santa obediencia le quisiese ocupar, y en que sus fuerzas pudiesen servir; siendo más especial la inclinacion al ministerio apostólico de las conversiones, que le llamó á la Descalcez. Y como sus méritos eran tan notables y sobresalientes, y le hacian digno de la mayor confianza, no quiso el P. Custodio que quedasen defraudados su vocacion y ardientes deseos, y le envió á emplear los talentos que Dios le dió en el eterno bien de los infieles. En esta ocupacion apostólica se portó como en su trato ejemplar en la santa comunidad, donde no sirve de embarazo, para la interior soledad y quietud, lo que parece confusion, como cada uno atienda á su encargo y á la majestad de Dios que tiene dentro de sí. Cuando estuvo en la comunidad de Manila, sirvió de comun edificacion el ver en todos sus actos su puntualidad suma, con gusto, con modestia y devocion, sin ceder su valiente espíritu, ó al rigor de la mortificacion, ó al movimiento contínuo de la vida comun. Nunca se negó á las obras de caridad, que son el grano puro de la perfeccion, cuando no habia precision de algun acto de comunidad. Predicaba, confesaba, visitaba los dos hospitales, en cuyos ejercicios exteriores de misericordiosa piedad, tan propia de los ministros de Dios, cogia á dos manos frutos de bendicion para sus prójimos y para sí, ganando muchas almas para Dios y aumentando el incendio de su interior caridad, con que sobre todas las cosas amaba á la Divina Majestad, y por consecuencia de esto á los prójimos como á sí mismo. Y cuando no tenia otra cosa que hacer, buscaba con la flautilla su diversion en la soledad. Tan bien enseñado salió de la comunidad, que en el corto tiempo que empleó en la mision que le cupo, se dice que hizo mucho fruto en los pobres indios, que disfrutaron su virtud y consejos, porque haciéndose cargo del altísimo fin de su vocacion, que se cifraba exclusivamente en cooperar á la redencion, ponia de su parte cuantos medios eran dables, aspirando á que fuese para estos pobres naturales eficaces, y lograsen la eterna salud. Y á pesar de ser ímprobo é inmenso el trabajo que los religiosos de su Orden tenian en aquel tiempo con la reduc-

cion, Fr. Rufino nunca se quedó atras, ni áun por eso perdió su interior soledad en la vista y trato interior con su Dios, aunque cuando podia huia al más oculto desierto, á buscar el desahogo de su corazon en su música espiritual. Un dia estaba en lo intrincado de un monte gozando en silencio las delicias de su quietud; y siendo así, que donde se habia escondido no parece pudiesen penetrar humanos pies, ya por la espesa fragosidad, y ya porque estaba en un sitio separado de toda senda ó camino que pudiese guiar á tan oculta soledad, con todo eso llegó á él una niña de tan poca edad, que ella sola sin otra dificultad hacia impracticable la entrada adonde estaba el siervo de Dios; y aunque se le conceda de gracia no ignorase aquel rincon por ser natural de aquel montuoso país, no obstante, no se halla principio por donde naturalmente supiese que allí estaba el siervo de Dios, teniendo este caso circunstancias que indican fué especial y por divina Providencia y fuera de la regla comun, ostentándose la misericordia de Dios, y más sabiendo el misterioso fin de este suceso. Saludó la niña con reverente agrado al siervo de Dios, y le dijo con más ternura de piadosa compasion que la que pedia su edad: *Padre, mi madre esta muy mala, váyala á ver.* Admiróse Fr. Rufino de tal novedad, y haciendo misterio de las singulares circunstancias que en ella notó, siguió al instante á la niña con impetuosa caridad. Condújole hasta una pobre casilla, que á moderada distancia, servia en aquel monte de habitacion á una mujer infiel. La halló en estado tan infeliz, que sobre la desgracia de su infidelidad, la cubria una asquerosa lepra desde la cabeza á los pies, haciendo ya siete años que la tenia postrada esta enfermedad, padeciendo todo su cuerpo una universal llaga y un continuado dolor, esperando por instantes el morir, pues apénas tenia vitalidad para hablar. Cuando vió al Padre, se reanimó y le rogó que á ella y á su hija las hiciese cristianas, que lo deseaba de corazon, y que solo esperaba esta felicidad para morir. No permitia largas treguas el inminente peligro que evidenciaba su voz afónica y la angustia de su aliento vital; é instruyéndolas con brevedad en los misterios de nuestra santa fe, con tal fortuna que en estas criaturas fué tan fácil la comprension, como en el religioso la habilidad para catequizar, bautizó á la madre y á la hija con sumo gozo espiritual de todos tres. Hizo luego la madre á la niña una fervorosa exhortacion para que fuese buena cristiana en agradecimiento al beneficio que habian recibido de la misericordia de Dios, y disponiendo de sus bienes con grande madurez y cristiandad, como si toda su vida hubiera existido en una poblacion cristiana, dió la muerte dichoso fin á su penosa enfermedad, pues piadosamente se cree que estaba en el libro de la predestinacion. Cuando más complacido se hallaba Fr. Rufino en las tareas de la conversion; cuando el agrado, amor y trato angelical, con que atraia á los

indios de aquel país, aseguraban grandes victorias de su bárbara rusticidad, en crédito y extension del dominio de Dios; le llamó la obediencia para otra ocupacion, aunque para el mismo objeto, ó sin duda fué el medio de que se valió la divina equidad para dar el premio final á este siervo tan fiel. Este es el grande trabajo que en aquella tan retirada provincia no admite dispensacion; pues la urgencia de negocios para su quieta y honrosa manutencion, cuando el número y calidad de los religiosos no es suficiente para atender á todo, obliga á los prelados á acudir á la mayor necesidad, y á echar mano de sugetos que puedan corresponder á ella; quitándole de otro empleo como quien le quita del altar para que quede remediado el mayor. Grande era la precision de aquella custodia de mandar á España con toda brevedad quien activase las diligencias suspendidas con la muerte del santo fundador; porque además de las disensiones con el señor obispo Salazar, que habian de componerse en las dos curias de Roma y de Madrid, urgia á esta custodia la filial obligacion de informar á su madre, la santa provincia de S. José, de los progresos de esta cristiandad para merecerla con esta obsequiosa exactitud el socorro de religiosos tan necesarios para tan grande mies. Con gran dolor de su corazon arrancaria el V. Custodio de su mision á Fr. Rufino, viendo cuánto cargo se hacia de ganar almas para Dios, que era el fin de su vocacion, con la incesante doctrina, con el buen ejemplo, con oracion, mortificacion y caridad; pero sacrificó á Dios su dolor por el bien comun, como el siervo de Dios en obsequio de la obediencia, un empleo para el cual solo le parecia le habia destinado la divina voluntad, y se admiraron iguales los dos sacrificios meritorios de mandar y de obedecer. El prelado le dió opcion para que escogiese un religioso lego de su satisfaccion por compañero de un viaje de tanta distancia y penalidad, y agradeciendo la benignidad de este favor, eligió á Fr. Diego Bernal, con quien en la provincia del Santo Evangelio habia tenido especial comunicacion, y con ella singular conocimiento de su acendrada virtud. Y tomando los despachos competentes para su negociacion, se embarcaron para España en el galeon anual, y en su regular monzon, que parece seria en el año de 1584, segun lo dan á entender los manuscritos de la Orden; pues deseando el P. Custodio la más pronta resolucion en tan graves empeños, despachó por dos vias religiosos á España, determinacion hija de su actividad, así que tuvo noticia de la muerte del santo fundador, que llegó á aquellas islas en el galeon, inmediato á su fallecimiento en Méjico en el año de 1583. Pero como son incomprensibles los juicios de Dios, y su sabiduria infinita dispone de los mismos medios para su elevado fin, que para el suyo eligió la prudencia humana racional; parece quiso Su Majestad darle ya el eterno premio á que se habia hecho acreedor, por el medio de la navegacion (como piadosamente puede

creerse), porque ya estaba colmada la medida del merecer, y solo le faltaba la corona de justicia con morir. En 5 de Octubre de aquel año de 1584 se dice que murió, pero no de qué accidente ó enfermedad. El P. Betancourt, escribe: *que peligrando el navío pereció en el mar en compañía del venerable hermano Fr. Diego Bernal*, y no dando los demás historiadores noticias más individuales, es aquella la más verosímil. Porque aunque al reconocer la altura de esta navegacion, son grandes las intemperies que se padecen, originando varias y graves enfermedades, muriendo muchos á los filos de sus rigores, pudiendo morir de alguna de esta los siervos de Dios durante la travesía, sería caso bien singular que ocurriese en los dos con tanta igualdad de términos una misma enfermedad, y que en el mismo dia 5 de Octubre hubiesen de morir ambos, que es el dia crítico en que los da el Martirologio franciscano. Tambien es cierto que en esta navegacion á la Nueva-España son las tormentas tan furiosas, y con tanta continuacion, que solo la gran fortaleza de los buques de Filipinas puede hacerlas frente, pero no sin padecer. Y aunque en las listas que existen de todos los naufragios y buques perdidos, no se halla en el año de 1584 ningun suceso desgraciado; pero para la desgracia de los dos religiosos basta si la suya acaso peligró, pues en tal caso pudo perecer mucha gente, aunque el navío se pudiese salvar; y en este al mismo tiempo pudieron morir los dos, siendo lo más digno de poderse creer. Lo que no admite duda es que el V. Fr. Rufino de Esperanza murió en esta navegacion por ser esclavo de la obediencia. Por lastimoso y áun desgraciado se tendrá su fin, si no se eleva la consideracion á venerar los ocultos juicios de Dios, que ejecuta en sus fieles servidores encontradas disposiciones del beneplácito de su divina voluntad. Lo que únicamente puede rastrearse es que para el siervo de Dios sería este fin muy dichoso, como fueron los medios de una vida tan singular, que se alentó con la obediencia hasta morir, y se robusteció con el celo de la gloria de Dios en la conversion de la gentilidad. En el menologio del P. Betancour se dice que este siervo de Dios *por sus prendas fué definidor*, á lo que no puede darse el mayor crédito, pues en una custodia sujeta á la santa provincia de S. José, ya se sabe que no puede haber elecciones de definidores en el órden regular, pues estos son propios de toda una Orden ó de una provincia, y su eleccion pertenece al capítulo general ó provincial: agréguese la repugnancia del siervo de Dios á este cargo, aunque se quisieran premiar sus méritos con toda antelacion, habiendo llegado á las Islas en el año de 1583. Su llegada fué despues de celebrado el capítulo custodial. De todo lo que se infiere que si el siervo de Dios fué definidor, lo sería en la provincia del Santo Evangelio, ántes de pasarse á la Descalcez. El que fuese guardian muchas veces en esta custodia, es inverosímil, pues en un año que

estuvo en las Islas, pocas guardianias podia hacer, áun cuando por sus prendas le quisiese la custodia adelantar. Y si este siervo de Dios desempeñó este puesto muchas veces, seria en la observancia regular, pero repugna en la Descalcez. No hay duda que estas dignidades aumentarian su esplendor, si fuesen luces de verdad; pero no siéndolo, no le hacen falta para su veneracion, á vista de que tantas verdaderas virtudes publican la claridad, y teniendo este lucido espejo para su imitacion, las elevaciones de los puestos se pueden suplir con la que debemos suponer que goza en la presencia de Dios. —A. L.

RUFINO Fachino, franciscano italiano, natural de Asís, varon tan distinguido por su piedad como por su doctrina, segun Marracio y Luis Jacovilli, quien le elogia tambien como predicador en los términos siguientes: «Ningun orador sagrado ha vencido á Fachino en la elocuencia. En algunos de sus sermones se creeria oir á Demóstenes ó Ciceron: tiene la misma rapidez en los movimientos, la misma elevacion, la misma sublimidad de inspiracion. Como estas águilas de la palabra eleva, arrebata, cuando truena contra los perseguidores de sus correligionarios, ó cuando con los acentos apasionados de la caridad evangélica, inspira á sus enternecidos oyentes ávido zelo por verter en sus manos los dones abundantes para el alivio de los desgraciados. Se ha acusado á Fachino de hacer divisiones y subdivisiones arbitrarias, citas frecuentes de pasajes tomados de traducciones falsas, sermones poco elegantes y con cierto gusto extraño. Estas críticas no carecen de fundamento, si es preciso que sostenga constantemente el paralelo con los grandes maestros por el trabajo y la belleza de estilo, pero su extraordinaria elocuencia cubre todos sus defectos. Se reconoce además en todos el alma de un hombre de bien, ilustrado, que quiere sinceramente la felicidad de sus semejantes, cuya moral es pura y elevada, á quien el ardor mismo de la compasion hácia las víctimas de las persecuciones, ó el odio á los perseguidores, no hacen olvidar los deberes de la caridad cristiana. El carácter y las virtudes de Fachino prueban bastante bien en caso necesario que su elocuencia no era fruto del trabajo de un retórico hábil, sino emanacion de un corazon generoso y obra de una conviccion profunda; sus grandes talentos le habian suscitado envidiosos; los celos, esa lepra que persigue al mérito, persiguió y envenenó los últimos años de su vida.» A pesar de este elogio de Fachino, que nos han conservado los autores, no hay otras noticias de su vida que las que de él se deducen, ignorándose hasta la época de su muerte. Publicó una obra intitulada: *Maria refugium peccatorum;* Florencia, 1540. —S. B.

RUFINO Ferentino (Bto. Fr.), religioso lego de la órden de S. Francisco, cuya memoria se celebra en 26 de Agosto. Hannos quedado de él esca-

sas noticias, sabiéndose únicamente que fué muy fervoroso en la oracion y contemplacion, mereciendo que le distinguiese el Señor con algunos prodigios, prueba inequívoca de las buenas cualidades que le adornaron tanto en vida como en muerte.—S. B.

RUFINO DE GALLARATO (Fr.), religioso lego capuchino de la provincia de Milan y natural del pueblo de su cognomento, perteneciente á dicha provincia, varon célebre, no solamente en virtudes, sino en milagros, fué de linaje honesto, y su familia reconocida como muy honrada de tiempo inmemorial. Desde la niñez empezó á dar tales muestras de santidad, pero tan prodigiosa y señalada, que hacia huir los lobos, sin más armas que su voz ó su presencia, como se experimentó en una ocasion en que teniendo solo siete años, y habiendo salido al campo con una hermanilla suya, se vino hácia ellos un lobo. La niña temió, y Rufino la animó diciéndola no tuviese miedo, y que rezando con devocion la oracion del Ave María, que su madre les habia enseñado, no le haria el lobo daño alguno; hincaron las rodillas en tierra, y miéntras la rezaban, se apareció la Vírgen en medio de los dos, que desterrando de sus ánimos el temor, puso al lobo en huida, y los volvió libres á su casa, quedándole desde entónces á Rufino una virtud tan poderosa contra los lobos, que de allí adelante una voz suya era suficiente para obligarlos á huir á toda prisa. Testimonios tan claros de la divina misericordia, que manifestaba los preludios de la niñez, hacian prever crecerian en más adelantada edad, llegando á hacer progresos admirables en santidad; y el Señor no quiso que sus cristianas inclinaciones permaneciesen mucho tiempo y peligrasen entre las olas inquietas y perturbadas del mar del siglo. En cuanto llegó á la adolescencia, le llevó al puerto seguro de la religion de los frailes Menores, tomando el hábito en la familia de los conventuales en el pueblo ya referido de Gallarato. Desde allí le enviaron á la provincia de la Umbría, donde vivió diez y ocho años, inculpable, virtuosa y ejemplarmente. Pero deseoso de mayor aspereza, y de seguir los pasos de su Seráfico P. S. Francisco con toda perfeccion, despues de continuas oraciones hechas con aquel objeto, consiguió sus deseos pasando á la religion de los Capuchinos, en la misma provincia de la Umbria, el año de 1535. La causa de haberse pasado, además de sus deseos, segun refieren algunos originales de la Orden, fué la siguiente. En el monasterio de los Menores conventuales de Asis, que era entónces su habitacion, habia un religioso organista en extremo caritativo, solia continuamente socorrer con limosnas á un pobre infeliz, que andaba pidiendo de puerta en puerta por la ciudad. Este desgraciado murió, y habiéndole enterrado en la iglesia de los Conventuales, ocurrió un rapto al organista en el que tuvo una vision celestial, y es como sigue. Despues de hacer un camino muy largo, le pareció haber lle-

gado á un valle espacioso que atravesaba y cortaba por medio una grande y profunda laguna. Para atravesarla no se descubria más que un puente muy estrecho y sin pasamano, habiendo la exposicion de caerse al agua con mucha facilidad. Se encaminó á pasarle prontamente, y entre tanto, levantando los ojos, vió á su lado un jardin amenísimo y muy florido donde se hallaba el pobre difunto, á quien solia dar limosna cuando vivia, pero lo más extraño era que al parecer estaba bueno y cogiendo rosas. Alegróse con su vista y le dijo: «Querido mio, ¿de dónde has venido á este jardin, y qué haces en él?» El jóven le respondió: «Estoy cogiendo rosas para tejer una corona á mi madre, que se la ha de ceñir brevemente. Pero tú, Padre, adónde caminas tan presuroso?» Satisfizo el organista á la pregunta, diciéndole: «Voy al puente para pasar al otro lado de la laguna.» A lo que el pobre contesto: Que se guardase, pues no era camino seguro, y como veia, era tan estrecho y dispuesto á caer, que era muy probable le sucediera aquel fracaso, que sería tanto más de temer, cuanto que la laguna contenia gran número de dragones, que le harian presa suya al instante sin poderlo excusar. El organista tomó su consejo, y habiendo caminado una buena distancia que habia desde el puente al origen de la laguna, se le ofrecieron á la vista dos montes muy elevados, y en medio de ellos una rueda como de reloj, cubierta de afilados cuchillos, tan grande que ocupaba todo el espacio que dividia á ambos montes, y de un movimiento tan extraño y veloz, que ya se levantaba hasta tocar el cielo, y ya volvia á descender á lo más bajo hasta los abismos. Estando admirando la magnitud de aquella rueda, fijando más la atencion, vió en cada una de las navajas ó cuchillos un hombre atado por los pies de tal modo, que estando todos pendientes con la cabeza abajo, al tiempo que la rueda subia con la violencia de su movimiento á igualar la extremidad de los montes, los que pendian de los cuchillos por entrambos lados, daban en las peñas con las cabezas, y siendo cada golpe mortal, nunca acababan de morir. Miéntras atendia á un espectáculo tan horrendo, no solo con admiracion sino con asombro, volvió en sí, y comprendió que aquella vision no habia sido quimérica sino misteriosa y celestial, y se lo persuadió no mucho despues el ver que la madre del pobrecillo que le prevenia la corona de rosas y flores, murió á los siete ú ocho dias, con evidentes señales de haber dejado esta vida en grata amistad con Dios. Contó el organista á Fray Rufino lo que le habia pasado en el rapto, y conociendo que el Señor le avisaba por aquel camino, vivió aún más cuidadoso desde entónces; y á Fr. Rufino le dió ocasion para que como si él hubiera tenido tambien el aviso, se pasase á la orden de Capuchinos, buscando mortificaciones y austeridades que le preservasen de tal riesgo, y de un tormento tan digno de ser temido. El método de su vida en cuanto

tomó el hábito, cuán devota fuese, cuán humilde, cuán pobre, cuán inculpable, cuán adornada de paciencia, de mansedumbre, de caridad y de las demás virtudes que constituyen una vida perfecta, no es fácil cosa referir. Se abstuvo perpétuamente de comer carne, ayunaba siempre á pan y agua las cuaresmas y viernes que acostumbra la religion, y los dias que manda la Iglesia, á que añadia los sábados y casi todas las cuaresmas enteras del Seráfico P. S. Francisco. Era tan estudioso de la alta pobreza, que le duraron cuarenta años unas sandalias, remendándolas con diferentes pedazos de cuero, y únicamente las veces que exigia la necesidad para su duracion. Recogia siempre con gran diligencia los remiendos de sayal que arrojaban los demás, y los aprovechaba despues en sí cuando remendaba su hábito, por no hacer más costa á la pobreza. Sus vigilias eran tan largas, que apénas dormia cuatro horas, y el tiempo restante se le adjudicaba á la oracion y contemplacion. El rigor con que trataba su carne, y perseguia al enemigo doméstico, correspondia á lo demás, mortificándola diariamente con crueles azotes, oprimiéndola con ejercicio y cargas contínuas, y debilitándola con frios intolerables. Era muy observante del silencio y la soledad, retirándose cuanto le era posible de la conversacion y trato comun de seglares y religiosos. La caridad resplandecia de tal modo en Fr. Rufino, que estando enfermo Ludovico Varesio, médico de los frailes, alcanzó de Dios que le diese salud, pasándole á él su enfermedad. Su oracion era tan frecuente, que miéntras tuvo fuerzas para el trabajo, como este le ocupaba las horas del dia, gastaba en orar lo que le quedaba, que era la mayor parte de la noche, y cuando se halló agravado por la edad, como no trabajaba, entónces la noche y el dia le ocupaba incesantemente en la oracion. De tal cúmulo de virtudes le resultó subir á un grado de tan íntima familiaridad con Dios, que es hecho admitido en toda la Orden que la Vírgen Santísima le habia visitado y hablado algunas veces, entre otros favores celestiales que disfrutó. Los éxtasis y raptos en la oracion vinieron á serle tan frecuentes, que ya no se consideraban como un suceso notable, sino de habitual costumbre. El Señor le favoreció tambien con el espíritu de profecía, como consta de diversos pronósticos suyos, comprobados con la verdad de los sucesos. Un hermano de Fr. Gaspar de Milan, sacerdote capuchino, que estaba enfermo y á la muerte en Pavía, le avisó del peligro en que se hallaba, y que si le queria ver vivo se viniese con brevedad á Pádua. Esta mala nueva la recibió Fr. Gaspar una tarde cerca de anochecer, y determinando partirse por la mañana, pidió á Fr. Rufino que hiciese por él oracion, como la hizo en efecto. En cuanto amaneció buscó á Fr. Gaspar, y le consoló diciéndole que no tuviese pena por la enfermedad de su hermano, porque ya estaba en convalecencia. Con todo, Fr. Gaspar marchó á ver á su hermano, y hallándole

bueno y sano cuando llegó á Pavía, no solo reconoció la puntualidad del pronóstico, sino juntamente la eficacia de la oracion con que Fr. Rufino habia conseguido tan pronto la salud de su hermano. Hortensia Rezonica tenia una hija de tres años de edad, gravemente enferma con una extensa postema. La madre rogó al siervo de Dios la encomendase á Su Majestad en sus oraciones, y Fr. Rufino la consoló diciéndola que no temiese, que su hija convaleceria. Sin embargo, la dolencia se fué agravando de manera, que en opinion de todos se hallaba próxima á espirar. La madre envió un recado á Fr. Rufino, participándole el peligroso estado de su hija, y el siervo de Dios respondió al mensajero: ¿Por qué tiene Hortensia tan poca fe? No morirá su hija; ántes muy presto la verá con plena salud. Así sucedió puntualisimamente, porque el mismo dia se le reventó el tumor, saliendo del peligro y restableciéndose rápidamente. Unos hermanos de Fr. Agustin de Asti estaban muy desavenidos, y tenian entre ellos cuestiones reñidísimas. Fr. Rufino hizo oracion para que les concediese paz y quietud; en seguida dió la enhorabuena á Fr. Agustin, anunciándole que aquella grande animosidad se habia convertido en concordia. Aquel mismo dia recibió cartas, confirmando lo que habia hecho Fr. Rufino, y manifestándole que sus hermanos habian hecho las amistades, y con aquella concordia vuelto la paz al seno de toda la familia. Hecho con que se calificó la profecia del varon de Dios. Calidonia Vestarina, mujer de Juan Pablo Coiro, noble milanés, era sumamente devota y bienhechora de la Orden, y á Fr. Rufino, cuya santidad conocia, le trataba con grande veneracion. Hablándola este un dia de materias espirituales, la previno para un suceso futuro con estas palabras: Calidonia, no es tan fácil el camino del cielo que algunas veces dejen de hallar espinas los escogidos que van por él. Las enfermedades y las tribulaciones son las que abren la puerta á los caminantes para entrar en la gloria eterna. Por lo cual no desmayes si vieres que andando el tiempo te sobreviene un dolor en las piernas molesto y duradero; porque la paciencia triunfará del dolor, y te asegurará la corona. Aquella señora no rezelaba entónces la acometiese semejante accidente, y así no la hicieron mucha impresion las palabras de Fr. Rufino. Pero llegando despues á más adelantada edad, y sobreviniéndola los dolores que la habia pronosticado, tan crueles é importunos, que la atormentaron dia y noche por espacio de trece años seguidos, se acordó del pronóstico del santo varon, y tomando su saludable consejo, de tal suerte se armó de paciencia contra la enfermedad, que la profecia fué en todo puntual. Dos hijas de Octavia Tribulcia se hallaban plagadas de viruelas, con notorio riesgo de su vida. La madre envió á decir á Fr. Rufino le suplicaba encomendase y pidiese á Dios por la salud de sus hijas. Respondió al mensajero que dijese á su ama, que una de las niñas se iria presto

con Dios, pero que la otra le quedaria viva para su consuelo. Fué el suceso tan ajustado, que miéntras Octavia estaba oyendo la contestacion que habia dado el siervo de Dios, murió una de sus hijas, y la otra empezó á mejorar con señales tan ciertas de recobrar la salud perfecta, que en breves dias lo consiguió. Un año antes le pidió la misma que encomendase á Dios en sus oraciones á Teodoro Tribulcio, príncipe entónces, y despues cardenal de la Santa Romana Iglesia, que estaba enfermo de unas postillas, y habiéndola respondido que sanaria, confirmó igualmente el suceso la verdad del pronóstico. Igual terminacion tuvo un padecimiento sufrido por la marquesa de Mariano, y esta señora agradecida á tan señalado beneficio, anunciado por Fr. Rufino, vistió por espacio de un año el hábito de S. Francisco. En el convento de Milan cayó gravísimamente enfermo el general de la religion Fr. Jácome de Fossarzinio; y estando todos en que se moria, Fr. Rufino dijo á Fr. Dionisio de Milan que no habia que temer muriese entónces el general, porque prontamente habia de convalecer de aquella enfermedad; pero que otra más peligrosa le aguardaba en Génova, de la que no sanaria, cuyo presagio se cumplió puntualmente. Un dia de invierno en que hacia un frio intensísimo, estando la comunidad calentándose como se acostumbra, no por calmar el rigor del frio, sino para disponerse á mayor trabajo, sucedió que un religioso reprendió á un corista por una accion que en él observó algo descompuesta, pero el corista se sintió tanto de aquella amonestacion, que le respondió con sobrada soberbia y temeridad, admirándose todos los circunstantes de tamaña osadía. Fr. Rufino dijo entónces no se admirasen de aquella insolencia, que lo que de él debia esperarse todavía seria mucho peor. Lo cual se realizó á los pocos dias, porque cometiendo el corista un delito grave, por último se huyó de la Orden. Siendo en una ocasion el siervo del Señor sobrestante de los novicios legos en el convento de Forlivio de la provincia de Bolonia, uno de ellos, que padecia gravísimas tentaciones, temiendo, aunque habia resistido hasta entónces valientemente, no le viniese á vencer despues la fuerza ó la industria de Satanás, fué muy acelerado á Fray Rufino á referirle sus cuitas, á tiempo que sabiéndolas ya por revelacion celestial, le salió al encuentro y le dijo así: «Ven, fuerte soldado de Cristo, ven en buen hora: vencido has la batalla con Satanás, y recibirás la corona de mano de Dios.» En seguida le puso la mano sobre la cabeza, y le libró de las tentaciones, medicina con que tambien sacó á otros muchos novicios del mismo mal. Finalmente, un sobrino suyo que padecia una enfermedad muy peligrosa, sin esperanza no solo de mejorar, pero ni áun de vivir, le escribió desde Gallarato á Milan, rogándole que viniese á verle con brevedad, y á consolarle en aquella ocasion por ser la última. Fr. Rufino le contestó: ¿Por qué tienes tanto miedo á la muerte, y quieres ponerme en

camino tan innecesariamente? Deja el temor, que no morirás del presente mal; ántes bien, mi muerte precederá á la tuya; y para probártelo, en convaleciendo vendrás á Milan, en donde juzgando que me has de hallar vivo, me encontrarás muerto. Así sucedió exactamente, porque el sobrino convaleció, y partiendo en seguida á Milan, llegó un dia despues de la muerte de Fr. Rufino. Favorecido en sumo grado este gran siervo con mercedes y gracias del Señor, y habiendo pasado de los ochenta años de edad, con insigne crédito y alabanza de virtudes y santidad, terminó su ejemplar vida con el fin de los justos, y estando en su casi continua oracion, descansó tranquilamente en paz, y pasó á gozar de Dios. Habia sabido por revelacion soberana que su muerte seria repentina; pero como fuese costumbre suya comulgar diaria y devotamente, hablando algunos dias ántes de su tránsito con los religiosos, les dijo estas palabras: «Hasta ahora, Padres, he comulgado para conservar la vida espiritual del alma; mas ya comulgo para morir, y para entrar en camino tan importante con buena guia.» Porque juzgando que cualquier hora ó instante habia de ser el último, se prevenia con la frecuencia del Sacramento, y ántes y despues con perfecta oracion, queriendo que el Señor no le hallase desapercibido cuando de él se acordase. Y no fué prevencion vana, porque viniendo, con sorpresa celestial, una noche á deshora, y viéndole hincado de rodillas y levantadas las manos al cielo en ferviente oracion, en aquel mismo estado le robó la vida, y desde la oracion le trasladó á la eterna quietud para proporcionársela imponderablemente mejor, y de la cual no pudiese nunca ser despojado. Nadie sabia en el convento aquella novedad, pero un religioso echó de ver que no habia asistido aquella noche á maitines, siendo solemne y constante costumbre suya no faltar á ellos jamás; y atribuyendo á que le habria sobrevenido algun achaque, fué á buscarle á su celda para salir de la duda. A su parecer le halló haciendo oracion, porque continuaba en la forma que viene referida; y por no interrumpirle, se volvió á salir sin hablarle. Mas notando despues que tambien faltó á la hora de prima y á la Misa conventual, fué segunda vez á su celda, y aunque le encontró en la misma postura en aptitud de hacer oracion, le asió con la mano y trató de moverle; pero no sin la mayor sorpresa echó de ver que era cadáver, y en seguida se apresuró á dar aviso de la novedad á los religiosos. Murió el ínclito siervo de Dios en el convento de S. Victor de Milan, á las cuatro de la madrugada, como se colige de que á esta misma hora los monjes de S. Victor, del instituto del monte Olivete, que estan muy cercanos del convento de los Capuchinos, vieron salir del mismo gran número de luces, que se elevaban al cielo y volvian despues á descender. Ignorando el misterio que podria encerrar aqnel extraño acontecimiento, en amaneciendo pasaron á informarse de los Capu-

chinos, y en cuanto supieron que Fr. Rufino habia muerto aquella misma noche, ya no dudaron á qué atribuir la significacion de las luces, entendiendo no poder ser otra cosa que los ángeles, que bajaban del cielo á escoltar el alma del santo varon, y que despues subian acompañándola para colocarla en la feliz posesion de la gloria. Observóse en su muerte una circunstancia digna de admiracion; pues queriendo los frailes colocar el cuerpo del siervo del Señor en un atahud, y procurando extenderle los brazos y piernas para acomodarle, porque habia quedado cuando espiró de rodillas y levantadas las manos al cielo como ántes se dijo, no fué posible conseguirlo por ningun esfuerzo ni industria humana. Cedian los miembros á los esfuerzos de extension, pero momentáneamente, no encontrando medio para evitar el que conservasen la postura en que hacia oracion; y los religiosos conociendo que no aprovechaba su porfía, desistieron y le sacaron así á la iglesia en la caja, llevando segun el parecer de cuantos le vieron, sin saber las causas, más bien que un religioso difunto un religioso orando. Divulgada su muerte por la ciudad, y la novedad milagrosa de que se acaba de hacer referencia, fué imponderable el numeroso concurso, así de gente principal como plebeya, que acudió al convento de los Capuchinos á venerar el cuerpo del santo varon. Se le hicieron las honras acostumbradas, y una sepultura más profunda que las que generalmente suelen hacerse, para situarle en la postura y forma en que le cogió el último suspiro, cubriéndole en seguida de tierra. Dos años despues, abriendo la sepultura para enterrar en ella á otro religioso, el que cavaba la tierra dió imprudentemente un golpe con el azadon en un pié del siervo de Dios, siendo maravilloso el ver brotar sangre de aquella herida, conservándose entero el cuerpo y sin corrupcion alguna. Cuán eficaces fuesen sus méritos en la presencia del Altísimo, lo prueban los milagros y maravillas que despues de su muerte obró por su fiel siervo, entre los cuales es memorable el siguiente. Calidonia Vestarina estaba enferma de una ardientísima calentura sumamente aguda, acompañada de un gran flujo de vientre, cuya evacuacion le producia una sed insaciable. El enemigo de las almas, tomando la figura de un paje jovencito, se la aproximó con un vaso de agua, y se la ofreció invitándola á que bebiese. Mas la enferma extrañando y no conociendo al sugeto, porque en su casa no habia tal paje, y sospechando que era engaño de Satanás, no quiso beber, á pesar de su deseo, pues la devoraba la sed: en el mismo instante se le apareció San Francisco con sus sagradas llagas, y haciendo desaparecer al ángel malo, la prometió su ayuda y su patrocinio. En cuanto la dejó el seráfico Padre, volvió de nuevo el comun enemigo disfrazado en figura de cardenal, y por el esmero y vanidad que la enferma habia tenido en rizarse el cabello en su mocedad, comenzó á acusarla tan gravemente, que atemorizaba con la acu-

sacion. La doliente se sentó en la cama, y arrancándose con ambas manos cuantos cabellos pudo, los arrojó léjos de sí, diciendo al falso cardenal: «Mis cabellos te dan materia para que me acuses; ahí los ves, pues que eran los que fomentaban mi antigua vanidad, y deja ya de acusarme.» Aunque se manifestó con aquella accion tan valiente y heróica, fué tal el miedo que cobró al aspecto de Satanás, y á la acusacion, que la lengua se la quedó sin movimiento, como paralizada y pegada al paladar por la punta. El infernal huésped desapareció, y de allí á muy poco vió Calidonia á Fr. Rufino que bajaba del cielo en compañía de S. Félix de Cantalicio, y que ambos la echaban su bendicion, diciéndola Fr. Rufino las palabras siguientes: «Calidonia, confia en el Señor y no temas al enemigo. Este que miras es el bienaventurado Fr. Félix, y brevemente sanarás de tu enfermedad.» Dicho esto, se volvieron á la celeste mansion, dejándola restituida la accion de la lengua á su estado y uso natural, recobrando en seguida la salud. Era Calidonia tan devota de la religion de la orden de Capuchinos, y tan bienhechora, que no habia en la provincia de Milan quien pudiera igualársele; y así, en agradecimiento á sus repetidos favores, alcanzó de los religiosos luego que murió Fr. Rufino, que la cediesen el manto que habitualmente usaba; prenda que conservó tan divina virtud, que cuando se hallaba con calentura ó tenia alguna otra dolencia, en poniéndosele, cesaban como por encanto todos los síntomas. Una vez, entre otras, le acometió la fiebre peligrosísima y de la mayor gravedad, llegando el caso de anunciarse señales de muerte próxima segun fué el dictámen de los médicos que la asistian, y áun ella misma reconocia en sí. No olvidada del manto del siervo de Dios, aunque el mal la habia cogido la lengua, pidió por señas á una hija suya que se le trajese. Llevado y puesto en seguida por un brevísimo espacio, recobró instantáneamente el uso de la lengua, hablando en seguida con toda expedicion, y convaleciendo rápidamente de aquella grave enfermedad. Despues de este buen suceso, en el año 1604, estando Vismara, mujer de Jorje Coiro, desahuciada ya de los médicos, y habiendo recibido la Extremauncion en un mal gravísimo, como deja entenderse del apuro en que se hallaba, con el mismo manto sanó instantáneamente, y así se verificó en otros muchos casos análogos. Tan altos prodigios y maravillas como el Señor obró por su siervo, segun S. Bernardo, no solo piden admiracion, sino imitacion. Pero como los milagros sean testimonio de las virtudes que adornan la vida perfecta, evangélica y celestial, lo que propone para la imitacion son las virtudes, de manera que los milagros muevan, exciten y provoquen á la alabanza divina, y las virtudes á copiar las vidas de los santos en quienes resplandecieron, sirviendo la admiracion á la honra y gloria del Altísimo, como tambien la imitacion á nuestro provecho espiritual.—A. L.

RUFINO DE LIBUNATO (Fr.), sacerdote religioso capuchino de la provincia de la Basilicata, en el reino de Nápoles. En el año de 1572 experimentó el orbe católico una gran desgracia con la muerte del papa Pio V, dignísimo sucesor de S. Pedro, honra de la silla apostólica, centro de todas las virtudes, terror de los infieles y delicia de la Santa Iglesia romana, que teniendo concebidos heróicos intentos en favor de la cristiandad murió el 1.° de Mayo del año dicho, siendo una gran pérdida, que hubiera sido mucho mayor, si el cielo no reparára brevemente tan grave daño poniendo en su lugar al pontífice Gregorio XIII. En aquel tiempo la familia de los Capuchichinos se propagaba tanto en el reino de Nápoles, que siendo necesarios en la provincia de Basilicata mayor número de conventos, se trató aquel año de edificar uno en el pueblo de Siciniano, en la diócesis de Cápua, perteneciente al arzobispado de Salerno, y se abrieron sus cimientos, no sin ciertas señales que manifestaban la proteccion de la Divina Providencia. Florecia en aquella época el santo varon y respetable sacerdote capuchino Fray Rufino de Libunato, cuyas excelsas virtudes y ejemplar vida eran el modelo más perfecto de aquella austera Orden religiosa; tal era su nombradía y su extraordinario crédito de santidad que todos los religiosos le respetaban y reverenciaban. Habiéndose tomado con el mayor calor y entusiasmo la construccion de aquel nuevo monasterio, acudiendo infinito número de obreros llevados de su devocion y afecto á los Capuchinos, sin más salario ni retribucion que la comida, de cuya distribucion estaba encargado Juan Mafeo, sacerdote de Siciniano. El gran prestigio que tenia Fr. Rufino en todos aquellos contornos, hizo que fuese nombrado sobrestante de aquella obra, acompañado de Fr. Antonio de Laconigro, tambien sacerdote anciano, de mucho crédito y nombre en la Orden. Para probar que en aquellos trabajos andaba la mano protectora del Señor, bastará referir el caso siguiente, y que al mismo tiempo prueba tambien lo favorecidos que eran de Dios aquellos dos siervos suyos. Ocurrió una vez que Juan Mafeo, encargado de las provisiones, por descuido ú olvido dejó sin proveer el vino necesario que solian contener tres grandes botas y otros tantos frascos ó castañas; y habiendo llegado la hora de comer, se hallaron sin gota de vino. Atolondrado Mafeo por aquella falta, trató inmediamente de enviar por vino para los oficiales al pueblo cercano, cuando se encontró con Fr. Rufino y Fr. Antonio, que venian de aquel punto. Les participó el contratiempo y el descubierto en que se veia; pero Fr. Rufino, con semblante placentero, le dijo que sin duda no lo habia mirado bien, porque en los frascos y las botas quedaba todavía bastante vino. Mafeo le replicó que estaba seguro se hallaban totalmente vacíos, pues los habia examinado por sus propios ojos. Pero los religiosos le repitieron que perdiese cuidado y se tranquilizase, y que juntos irian á mirar de nuevo las vasijas. Así lo hi-

cieron, y hallándolas llenas de vino, reconocieron enternecidos, que aquella maravilla era un socorro de la divina liberalidad, probando y demostrando cuánto agradaba al Señor se llevase adelante la edificacion de aquel monasterio. Mafeo tambien referia, que poco tiempo ántes, cuando vinieron Fr. Rufino y su compañero á ser sobrestantes, por agasajarles y darles el mejor vino, fué á una tinaja donde tenia el más selecto; pero le halló vuelto vinagre é imposible de beber, lo que le entristeció y disgustó sobremanera. Lo supieron los dos religiosos, y habiendo orado por espacio de media hora, se llegaron á Juan Mafeo y le dijeron: ¿Por qué te entristece el estado del vino? Haz que luego le traigan aquí. Le llevaron, y le hallaron tan dulce y tan suave, que no era inferior á otro alguno; siendo lo más notable, que siendo insuficiente para el gasto de quince dias el vino que podia contener la tinaja, estuvo surtiendo á toda la familia por espacio de dos años enteros. Pocos años despues de terminada la construccion del monasterio falleció Fray Rufino en opinion y fama de santidad. —A. L.

RUFINO (N.), minorita italiano segun todas las probabilidades. Aunque son muy pocas las noticias que de él tenemos, parece siguió sus estudios con grande aprovechamiento, llegando á obtener el grado de bachiller en teología, de cuya facultad fué posteriormente profesor, siendo tan grande su fama, que se le eligió para comentar las obras de Scoto, y en efecto, poco ántes de su remate habia ya corregido y publicado, en Venecia, en 1422, en fólio, la intitulada: *In primum Sententiarum.* — S. B.

RUFINO DE ROFANO (Fr.), religioso capuchino de la órden de Menores. Este elocuente y fervoroso predicador floreció en la provincia de Otranto. Desde muy niño manifestó un carácter contemplativo é inclinado al recogimiento y á la consideracion de los grandes misterios de nuestra religion. El estado de perfeccion que aspiraba le hizo ser sumamente estudioso y muy aprovechado, á que no contribuyó poco su ningun apego á las distracciones y á malgastar el tiempo. En cuanto se halló con suficientes conocimientos y en estado de entrar en una religion, objeto constante de sus deseos, prefirió la de los Capuchinos, por parecerle la más austera, y en la que más se ejercitaban las virtudes de pobreza y humildad. Fué bien admitido, y desde el momento que vistió el grosero y humilde hábito, trató de concluir y perfeccionarse en los estudios, principalmente en letras sagradas, llegando á ser con el tiempo por su gran capacidad y mayor afluencia uno de los oradores que más honraron la órden de Menores. Fué muy observante y obediente, cumpliendo exacta y constantemente con todos los deberes y oficios que le ordenaban. Fué tan amante de su prójimo, que en el convento y en toda la comarca era mirado como el ejemplo más acrisolado de la más acendrada caridad, y jamás se verificó que se le acercase ningun menesteroso que no fuese consolado con sus

consejos y socorrido de los escasos medios de que podia disponer. Conservó siempre pura y sin mancha, hasto el fin de su vida, la azucena de la virginidad entre las espinas de las penitencias y mortificaciones. Su vida fué un continuado ejercicio de prácticas religiosas; la predicacion fervorosa y edificante, la asídua y casi perenne oracion, la asistencia á los enfermos tanto espiritual como temporalmente, no dejaban tuviese el menor hueco en la distribucion de las horas, que aumentaba con grandes vigilias que empleaba en toda clase de penitencias y austeridades. Pero sobre todas las cosas sobresalió en el púlpito, pues su energía, la fuerza y verdad de sus razonamientos, suspendian el ánimo, conquistando para el cielo muchas almas tibias, que su victoriosa palabra encaminaba por la senda de la salvacion. Murió en el año de 1595, despues de haberle dispensado Dios su gracia, mereciendo por su gran fervor tuviesen un término sus dias tan santo y en conformidad como habia sido su religiosa é intachable vida. Siete años despues de sepultado, se descubrió su cuerpo, que se encontró consumido, pero con la maravillosa particularidad, que la lengua se conservaba entera, intacta y sin corrupcion alguna, siendo esta circunstancia sin género de duda premio debido y concedido por el Señor á aquel órgano con que habia ejercitado su predicacion apostólica. — A. L.

RUFINO DE S. GAUDENCIO, religioso capuchino de la provincia de Palermo. Dedúcese de aquí que era siciliano, y que en Sicilia pasó la mayor parte de su vida, puesto que fué predicador de esta provincia, en que se distinguió por su saber no ménos que por su piedad. Dado á la devocion, la de la Virgen Santísima fué la que le ocupó principalmente, procurando inculcarla en sus discursos, en sus conversaciones y hasta en sus obras, pues con este motivo tomó la pluma y escribió el único tratado que de él nos es conocido, citado por Pagnocio, en su obra *De Maria triumphante corona*. Ignórase la época de su muerte, lo mismo que las demás circunstancias de su vida. El P. Génova, en su Biblioteca de los Capuchinos, da á su obra el título siguiente: *Ejercicios espirituales para saludar á la Santísima Vírgen*. — S. B.

RUFINO DE SAN URSO (Fr.), religioso sacerdote capuchino. San Urso es un pueblo de la jurisdiccion de Vicenza; en aquel monasterio brilló Fr. Rufino, dejando eterna memoria á los venecianos de sus ejemplares y raras virtudes, resplandeciendo en ellas como brillante luz, ilustrando en gran manera la religion, y difundiendo un aroma que la llenó del buen olor de su santidad. En cuanto entró en la órden de Capuchinos, objeto de sus más ardientes deseos, se propuso la observancia de la regla seráfica, como modelo de perfeccion evangélica; procuró seguir los pasos de su seráfico P. S. Francisco, con el mayor estudio, deseando subir á la cumbre de la vida apostólica, donde se hallan reunidas todas las virtudes. Comenzó por la mortificacion de

los vicios, que es la primera senda de la vida espiritual. Corregia la sensualidad de la gula, que arma innumerables enemigos contra el espíritu, con el freno de una abstinencia tan rigurosa, que ayunaba casi todos los dias á pan y agua, comiendo, no lo que satisfaciese al hambre, sino lo que la entretuviese; y si alguna vez probaba los manjares usuales, era con tanta moderacion, que á lo mejor se levantaba de la mesa triunfando de su apetito. El sueño, que muchos miran como el reposo y tiempo mejor empleado en la vida, le llamaba añagaza de los deleites, limitando á ménos de tres horas el cumplimiento de aquella necesidad de la vida; y áun en aquel corto tiempo era tan ligeramente, que muchas veces sospechaba que habia dormido, pero no lo podia afirmar; porque entregado al mejor sueño del ánimo, que le infundia la contemplacion de las cosas divinas, no debe extrañarse el que gastase en ella la mayor parte de la noche, y á veces noches enteras. De aquel ejercicio sacaba las armas con que combatia y vencia á los enemigos del alma, á saber, el demonio, el mundo y la carne, sujetando por este medio todos los vicios. De aquella contemplacion se le comunicaba igualmente la profunda humildad, el estudio de la alta pobreza, la perfecta negacion de sí propio, la defensa de la castidad, el amor de Dios y del prójimo, la moderacion de la ira, el destierro de la soberbia, la muerte de la envidia, la desaparicion universal de los males, y el aumento de los bienes; porque no ignoraba la sublime doctrina de la Iglesia, que enseña se adquiere con la oracion en grado admirable una vida devota y digna del culto de Dios; adquirida, se aumenta y guarda en el ánimo como rico tesoro. Así fué que por estos pasos subió tan alto á la cumbre de las virtudes, que el que ántes era soldado y discípulo en la milicia y escuela de la religion, salió brevemente capitan y maestro perfecto, en tal grado que los Padres de la provincia de Venecia le fiaron la enseñanza de los novicios. Habia aprendido de S. Agustin que son dos los ministerios del buen maestro que atiende al aprovechamiento de sus discípulos, principalmente en la religion, que son: desviarlos del vicio y acercarlos á la virtud. El primero se ocupa en la correccion; y el segundo, en instruirlos en loables costumbres. Aquel se debe ejercitar ordinariamente con alguna severidad, porque sin ella, raras veces ó nunca se arrancan del ánimo los vicios, que ya han empezado á manifestarse; y así como las enfermedades suelen curarse mejor con bebidas amargas que con dulces y suaves al gusto, del mismo modo la vida de los hombres enferma del vicio, y se enmienda más bien con la austeridad que con la blandura. Pero en la instruccion de las buenas costumbres, se obra más ventajosa y útilmente con benignidad y mansedumbre, acordándose los maestros espirituales, que deben tratar los novicios encomendados á su tutela con el mismo amor que si fueran sus hijos, y que el camino más derecho y más breve de llevarlos

á la virtud, es advertirles lo que han de hacer, no tanto con preceptos, como con persuasiones, y volando cual águila sobre sus hijos, provocarlos á la imitacion con el ejemplo de su vida apostólica. En estos dos oficios y ministerios era nuestro Fr. Rufino tan consumado, que parecia haberle hecho Dios, con admirable y singular artificio, para maestro de novicios; marchando con sus obras delante de su doctrina, y lo que persuadia con la palabra, ya lo tenia ejecutado con la mano. Templaba con tal perfeccion las propiedades de ambos oficios, que en las reprensiones, ni el rigor excluia á la mansedumbre ni esta al rigor, sino que de una y otro concertaba tan buen medio, que ni la mucha aspereza enconase la llaga, ni la demasiada blandura la tuviese sin medicina. Respecto á la instruccion y enseñanza práctica de las virtudes, los aconsejaba con tal dulzura, siendo tan celestial su gracia para persuadir, que con la mejor voluntad atraia el ánimo de los novicios, siéndoles en extremo agradable ejecutar cuanto les proponia. Les enseñaba á ser obedientes, no con la prontitud en su inmediato cumplimiento, sino con una verdadera voluntad. Les encomendaba la pobreza, y que la observasen de modo, que no solo se limitasen á abstenerse de lo supérfluo sufriendo con paciencia y resignacion las incomodidades, sino que tambien se gozasen en ellas, y no desistiesen de aquel propósito hasta que la pobreza fuese su estado habitual, abrazándola de todo corazon. En cuanto á la humildad, les daba parecido consejo, deseando que no solo estuviesen contentos con estar sujetos y sometidos y ser inferiores á todos, sino que extendiesen su abnegacion á amar el desprecio, y ser reputados por hombres viles y de poco valer. Ultimamente, lo más elevado y perfecto de las virtudes hacia presente á sus discípulos para que cordialmente lo abrazasen, teniendo el lauro y la satisfaccion de que saliesen de su escuela insignes varones que ilustraron la religion con su vida seráfica y ejemplar. Unia á esta santa disciplina un don no ménos celestial con el que el Señor habia favorecido su grande perspicacia é inteligencia, cual era el penetrar los más íntimos y ocultos pensamientos de los novicios. Siendo su maestro en Verona, dos de ellos se convinieron en salirse una noche del monasterio. Fr. Rufino conoció su proyecto por divina revelacion, y llamándolos á su celda, les descubrió la resolucion que tenian formada, y la fuga que premeditaban, haciéndoles comprender con razones poderosas, si bien en tono amoroso, á que era tentacion del mayor enemigo de su alma, animándolos á que no se rindiesen á sus asechanzas, sino que peleasen valerosamente contra aquel mal pensamiento; así los novicios, persuadidos de la verdad de sus razones y conociendo por otra parte que el haberles penetrado su pensamiento solo podia ser obra de Dios, y quien únicamente habia descubierto su plan, en el acto se arrepintieron y mudaron de parecer, y perseveraron constantes en la re-

ligion. En diferente tiempo le sucedió tambien un caso semejante con Fray Juan de Vicenza, cuando fué novicio y discípulo suyo, quien dominado de una gran tentacion, que no se apartó de su imaginacion por el espacio de ocho dias, estando en la idea de volverse al siglo, y próximo á ejecutarlo, desconfiando hallar camino por donde permanecer en la Orden, entró Fray Rufino en su celda el octavo dia, y preguntándole por tres veces con amabilidad y dulzura si queria salirse de la religion, negó siempre el novicio, diciendo que no tenia tal pensamiento; pero el maestro se sonrió y le dijo: «Hijo, no desmayes, sino pelea valerosamente como fuerte soldado.» Y haciéndole la señal de la cruz en la frente é imprimiendo en ella sus labios, hizo desaparecer en el acto la tentacion que padecia y le preocupaba. Otro novicio estaba muy decidido á dejar el hábito, y no ocultándose á Fr. Rufino aquel mal propósito, reunió á todos los novicios, y despues de confirmarles en su vocacion con razones incontestables, terminó con las siguientes palabras: «Bien sé, hijos, que hay aquí uno entre vosotros que no tiene ni vuestra decision ni vuestra voluntad, por lo tanto no es un verdadero compañero, porque si lo fuera perseveraria con vosotros. Dentro de dos dias os abandonará; pero le aseguro un fin muy desdichado.» Despues llamó reservadamente á aquel novicio, que estaba resuelto á no serlo más, y le amonestó con palabras y afecto de padre, advirtiéndole que ya que no queria vivir sujeto á la Orden, viviese á lo ménos con el propósito de no ofender á Dios, y que temiese le impusiera un grave castigo, que sin duda le amenazaba si procedia á ejecutar su mal pensamiento. El novicio no hizo caso de la exhortacion, y volviendo á entrar en el siglo á los dos dias de aquella conferencia, se unió á unos bandoleros, y habiendo caido en manos de la justicia, murió ahorcado con todos ellos. No se limitaba el don que poseia á penetrar los pensamientos, haciéndose extensivo á pronosticar los sucesos futuros. A una señora principal de Verona, casada, y Labinia de nombre, habiendo vivido muchos años sin sucesion, la preguntó el siervo de Dios si deseaba tenerla; y habiéndole contestado que para qué habia de desear tener hijos, si habia perdido completamente la esperanza de conseguirlos, la replicó Fr. Rufino. No desconfieis en esos términos, haced voto y promesa á Dios de dar durante vuestra vida aceite para la lámpara del Santísimo Sacramento, y conseguireis hijos, é hijos varones. Aquella mujer hizo el voto, y empezó á cumplirle, y Dios hizo verdadera la promesa de su siervo, porque el mismo año dicha señora dió á luz un hijo varon, y en los siguientes otros muchos, como se lo habia pronosticado Fr. Rufino. Como el verdadero y legítimo espíritu de Dios se prueba y acrisola en la paciencia para sufrir los trabajos, no quiso su Divina Majestad faltase á Fr. Rufino este testimonio. Cierta mujer calificada llevó muy á mal que un hijo suyo hubiese entrado

en la religion de los Capuchinos. Pasó á reclamarle y á hablar al santo varon, empezando á quejarse amargamente, pero con mucha altanería y voces muy descompuestas, diciendo que era mucho atrevimiento y osadía detener á su hijo en la Orden contra su voluntad, añadiendo que se le habian secuestrado ó mejor dicho robado. Fr. Rufino con palabras atentas y buenas razones procuró sosegarla, pero tan sin fruto, que excitada cada vez más su soberbia, desatinada y ciega de cólera, en vez de reducirse, sin consideracion ni respeto alguno le dió un bofeton. El santo varon sufrió aquel baldon sin verse en él ningun cambio, ántes bien continuó la exhortacion empezada, reprendiendo al paso con notable igualdad de ánimo aquella accion, y la persuadió á que tratase de reconciliarse con Dios, y le pidiese perdon del delito que acababa de cometer, por que no cayese en las manos de su justicia. Fué tal la eficacia de sus palabras, y tan fervorosa la caridad y la humildad de que habia dado tan señalada prueba, que la mujer, vencida de sus razones y muy edificada de su paciencia, se arrojo humildemente á sus pies, y se volvió á su casa con el mayor arrepentimiento y el mayor dolor al considerar el extremo á que la habia llevado el impulso de su desenfrenada ira. Como nunca faltan áun en las más santas asociaciones, émulos y contrarios á la virtud, le acusaron algunas veces injustamente á los superiores sus desafectos; pero el siervo de Dios mostró siempre paciencia invencible é inalterable, sin querer excusarse jamás de las supuestas faltas, y por grandes que fuesen las persecuciones y adversidades, triunfando de todas, y aumentando su brillo y sus méritos. Las más horas de la noche y del dia las empleaba en la oracion, teniendo en ella frecuentes raptos, y privándole de sus sentidos de tal manera, que en uno que experimentó en el convento de Verona, queriendo el sacristan probar si sentia ó no, le empezó á menear y dar golpes, llevándole de una parte á otra; pero el favorecido siervo del Señor continuaba tan insensible como si fuera una estatua de piedra. Muchas veces se le vió elevado en el aire, manifestando cuán vehemente era el impulso del espíritu que le llevaba á Dios. Oyendo las maravillas que de él se contaban, y queriendo cerciorarse de la verdad, y si tenian algun fundamento, un novicio suyo muy curioso, llamado Fr. Camilo de Venecia, se quedó una noche escondido, despues de acabados maitines, debajo de los bancos del coro, y estuvo acechando todo lo que pasaba. De allí á poco vió á Fr. Rufino arrebatado en éxtasis y elevado del suelo á bastante altura, causándole aquel suceso tan grande espanto, que se volvió á su celda con mucha prisa. Mas el siervo de Dios conoció por revelacion celestial la accion del novicio y como era tan humilde, y se recataba tanto de que se supiesen los favores divinos que le comunicaba la inmensa Majestad, reprendió ásperamente á Fr. Camilo por su curiosidad, amonestando á

los demás novicios igualmente para que de allí en adelante no inquiriesen sus acciones. Otro novicio, tambien de Venecia, llamado Fr. Leandro, que ejercia en el mismo convento el oficio de sacristan, habiendo ido tres veces á su celda á llamarle una mañana para que dijese Misa, como él se lo habia ordenado, y hallándole siempre en contínuo éxtasis, últimamente porque era tarde, se vió precisado á interrumpirle, haciendo algun ruido en la celda. El varon de Dios volvió en sí, diciendo: ¡Oh, que pronto se pasa el tiempo! siendo así que le habia durado el éxtasis toda aquella mañana. Tan breves le parecian las horas que gastaba en hablar con Dios. Ni fué este solo novicio el que le vió arrebatado en exceso mental, pues hubo otro tambien, cuyo nombre era Fr. Daniel de Venecia, que le vió muchas veces en aquella disposicion delante del altar del Santísimo Sacramento, levantado todo en el aire, cuya maravilla referia á los demás novicios, excitándose y provocándolos con grande fervor á seguir los pasos de su maestro. Entre los que sabian las mercedes particulares con que Dios favorecia al bendito varon, era uno el obispo de Verona Agustin Valerio, sujeto grave y de partes excelentísimas. Solia con frecuencia ir á verle al convento, para gozar de su santa y amena conversacion, usando de la confianza para buscarle de encaminarse en derechura á su celda. Si le hallaba desocupado, y no haciendo oracion, le hablaba y se estaba con él un buen rato; pero si abriendo la puerta le observaba enajenado de sí y en éxtasis, como las más veces le sucedia, cerraba en seguida y le dejaba en su soledad, diciendo que á quien estaba hablando y comunicando con Dios no le habian de distraer para hablar con los hombres. Ni tampoco estos raptos estaban limitados á la quietud del monasterio. Lo mismo le acontecia cuando caminaba, pues iba tan transformado y fuera de sí ocupado únicamente de Dios, que no advertia los que pasaban por el camino, marchando como si no tuviese sentido alguno. Otras veces se paraba con bastante frecuencia, quedándose inmoble cual si fuese de piedra. Entre sus sabias y santas lecciones, enseñaba á sus discípulos cómo habian de orar, diciéndoles: Hijos, lo que en la oracion nos pide el Señor es un corazon puro y limpio, no solo de pensamientos indignos y torpes que manchan el alma, sino de cualquiera especie de cosas terrenales que distraen el espíritu, y no le dejan detenerse en Dios con la quietud y calma debidas. De mí sé decir, que no tengo en una hora tiempo bastante para recogerme perfectamente y desechar de mí las imaginaciones que me ocurren cuando me pongo á orar. Y lo cierto es, que quien deseare alcanzar verdadero recogimiento, ha de desnudarse de todo amor á los objetos criados. Porque si áun de aquello á que no tenemos amor nos desembarazamos en la oracion con dificultad, cuánto más dificultoso nos vendrá á ser desprendernos de lo que ocupa nuestra aficion! Verdaderamente estos son

los grillos del alma, que no la dejan caminar derecha al cielo con libertad. Tambien los instruia en el modo de recogerse, y en especial á los principiantes, diciéndoles: « Oid, hijos; luego que querais empezar la oracion, como si os hallaseis ya libres del cuerpo, habeis de salir de esta terrena habitacion, figuraros en el ánimo una casa celestial y divina, rodeada de ángeles, con muchos aposentos distintos, y diferentes en sitio y en dignidad. En el más excelente habeis de poner á la Madre de Dios; en otro á nuestro P. S. Francisco; en otro á S. Antonio de Pádua; y así á los demás santos con quien tenemos en la Orden particular devocion. Más arriba, fuera de todo lugar, habeis de representaros la humanidad de nuestro Señor Jesucristo; y en lo último asimismo, sin lugar determinado, sino ocupando cuantos lugares hay y son posibles é imaginables, á la Santísima Trinidad. Hecha así la planta del edificio y la distribucion de los moradores, habeis de discurrir por los aposentos, descubriendo á los santos vuestras necesidades, las tentaciones, los deseos de las virtudes, y las ánsias de los bienes eternos, y pidiéndoles que os ayuden con su intercesion, sin apartaros de este ejercicio hasta conseguir lo que pretendais. Tales eran los documentos del varon apostólico para formar el ánimo de sus discípulos, y encaminarlos al recogimiento interior. Además de tan saludables y santos consejos, les hacia ser sumamente devotos del santo sacrificio de la Misa, infundiéndoles una inclinacion profunda para que asistiesen á ella con veneracion especial, y llegasen á merecer ser partícipes de tan altos é inefables misterios como contiene. Les ponderaba el respeto con que debe asistirse á su celebracion, puesto que allí en el mismo altar se sacrifica, aunque sin derramamiento de sangre, el mismo Cristo que la derramó en el ara de la cruz á su Padre eterno; y así los que asisten á la Misa ó la ayudan, deben considerarse, no como recordando la muerte y pasion del Señor ya pasada, sino como presentes á la que entónces está padeciendo. Advertid, les decia, cuán devotos es razon que os mostreis delante de la majestad del Divino Señor, al mismo tiempo que temerosos y respetuosos. Aquella es una mesa Real, los ángeles sirven en ella; el Rey está presente al convite; celébranse misterios tremendos; sacrifícase el Hijo de Dios: ¿y nosotros estaremos soñolientos y divertidos? Les aconsejaba igualmente, que siempre comulgasen espiritualmente para gozar el fruto de consideracion tan útil y religiosa. Celebraba Fr. Rufino con tan singular reverencia y devocion, que nunca se preparaba para decir Misa sin emplear en la oracion una larga hora, de donde salia tan inflamado en el amor divino, que no le era posible celebrarla sin derramar muchas lágrimas; y muchas veces al elevar la hostia, se veia su rostro resplandeciente como un sol. Acabada la Misa se recogia á dar gracias, llevando tan conservado y tan elevado el incendio de su espíritu,

que se arrebataba ordinariamente en profundos éxtasis por espacio de algunas horas. Del amor de Dios, que inflamaba el corazon de su siervo, se derivaba el amor del prójimo y una caridad tan extendida á todos, pero principalmente á los tristes y miserables, que lloraba los pecados ajenos, no con menor dolor que los propios. Compadeciase de las miserias de sus hermanos, más bien como si fuesen hijos; habiéndole Dios dotado de tal gracia para consolar, que no se apartaba de su presencia ningun afligido sin entero consuelo. En la ciudad de Verona vivia un nobilísimo varon de la familia de los Morandos, tan triste por la falta de un hijo único que la muerte le habia arrebatado, que ni podia ni queria consolarse. Una vez fué á ver al siervo de Dios, y le dijo y escuchó razones tan vehementes respecto á la conformidad y la resignacion que habia de tener con la divina voluntad, y al mérito ilustre de la paciencia, que quedó, no solo consolado de su aflicion, sino con el ánimo libre de toda molestia, y deseando padecer más trabajos por Cristo. Despues le preguntaban cómo se habia consolado tan fácilmente, y contestaba: que en cada palabra del siervo de Dios, cuando le habló, parecia que una flecha le penetraba hasta lo íntimo del corazon, y le encendia en amor divino. Habia en la misma ciudad dos mujeres jóvenes, que casi siempre se presentaban públicamente con sus galas y joyas, con invenciones de tocado y vestido que eran el escándalo de la juventud. Pero Fr. Rufino con la eficacia de su persuasion las trocó de tal suerte, que abandonando todas sus vanidades é indecorosa vida, se consagraron á Dios en la religion. Era admirable lo que el Señor obraba por la caridad de este siervo suyo, sanando de pronto y con solo sus súplicas y oraciones y la señal de la cruz males inveterados. Finalmente, á lo último de su vida pidió á Dios le concediese cuatro cosas. La primera, que para ganar el jubileo del Año santo, se le dispusiese el ir á Roma por obediencia. La segunda, que le concediese asímismo Su Majestad el jubileo de la Porciúncula, visitando por su persona la iglesia de Santa María de los Angeles de la ciudad de Asís. La tercera, que muriese en el dia de la Asuncion de la Vírgen Santísima. La cuarta, que fuese su muerte en la provincia del seráfico P. S. Francisco. Y todas se las concedió la bondad inmensa de Dios. Porque este año de 1575, que declaró el pontífice Gregorio XIII por año de jubileo, partió á Roma con licencia del general, donde hizo devotísimamente las diligencias que el jubileo ordenaba, y le ganó mediante la gracia divina. De allí fué á Asís, en el tiempo que es innumerable el concurso de gentes, que van á ganar la indulgencia tan famosa en toda la cristiandad en la iglesia de Sta. María de los Angeles, primer asiento de la órden de los Menores, y ganó tambien aquel jubileo. Despues fué tomando la bendicion celestial á la iglesia de su seráfico P. S. Francisco, donde estuvo tres noches enteras en oracion, y

desde allí marchó á Perosa. Llegó á este punto, y el dia de la Asuncion de la Madre de Dios, en que se trasladó su cuerpo y alma santísima al cielo, el varon de Dios, ya que el cuerpo corruptible hubo de quedarse en la tierra á pagar la comun deuda de la mortalidad, subió con el alma acompañando á la Divina Señora, á recibir el premio de sus virtudes de las manos de su Divino Hijo.—A. L.

RUFINO Scaciotto, religioso franciscano, natural de la ciudad de Ramdia en la Sicilia, ó de la de Ragusa en la Dalmacia segun otros autores, fundados en la descripcion que hace el mismo de esta ciudad, de la manera siguiente: «Ragusa, en slavo *Dubwrownik* y en turco *Paprowink*, se halla situada en el reino de Dalmacia en Austria, al pié y sobre las vertientes escarpadas del monte Sergio, de manera que las calles superiores no comunican con las calles bajas sino por medio de escaleras; sus numerosas torres y altas murallas la dan el aspecto de una fortaleza de la edad media; sin embargo, se halla bastante bien edificada, y sus calles, aunque estrechas y desiguales, estan limpias. El Corso, de cuatrocientos pasos de longitud y muy ancho, la divide en dos partes iguales. La ciudad tiene dos arrabales, fortificaciones antiguas y seis mil habitantes. Tenia una iglesia napolitana desde 1121. Tiene diferentes establecimientos de instruccion pública, entre ellos un colegio de piaristas, una escuela de náutica y un hospital militar. La catedral y el antiguo palacio del rector de la república son edificios muy notables. La torre de *Mincetto* y el fuerte imperial construido por los franceses sobre una montaña, pero no concluida, dominan la ciudad: los dos fuertes S. Lorenzo y Severoni dominan el puerto, que es pequeño y expuesto al *sirocco*. Cerca del Severoni se halla la cuarentena y el bazar para la caravana turca que llega tres veces á la semana. El verdadero puerto de Ragusa es la bahía de Grawra ó de Santa Cruz, muy segura y bastante espaciosa para abrigar una grande armada, además de hallarse provista en abundancia de almacenes y maderas de construccion. A orillas de esta deliciosa bahía se hallan situadas las casas de campo de los ricos habitantes de Ragusa. El ragusano es muy religioso y más civilizado que sus vecinos los dálmatas: existe tambien en la ciudad mucha nobleza, pero muy pobre. La lengua que hablan es una mezcla de esclavon é italiano. Ragusa fué durante cerca de cuatro siglos un centro muy activo de comercio y de industria, y poseia una marina considerable. Pero la industria se limita hoy á la fabricacion de algunas telas de seda, de un poco de cuero y de licores. El aceite que se recoge en sus alrededores es excelente al comercio. Con la Turquía es más bien un comercio de tránsito y de expedicion que un comercio activo. Esta ciudad fué fundada el año 696 de nuestra era por algunos refugiados de la antigua Ragusa, que acababan de ser destruidos por

la tribu slava, llamada de los Treburianos. Se constituyó en república aristocrática con un *rector* á su frente. En 1358 se puso bajo la proteccion de la Hungría; más tarde pagó tambien un tributo á la Puerta. La época de su mayor prosperidad fué el año 1427, en que la ciudad contaba treinta y siete mil habitantes. El territorio de la república no excedió nunca de diez y siete mil varas cuadradas. La peste en 1548, y en 1562 frecuentes temblores de tierra, uno de los cuales aniquiló la ciudad casi por completo en 1667 y el último, en 14 de Abril, produjo la mayor devastacion; el cambio en fin sobrevenido en el comercio general, acabaron con la prosperidad de esta pequeña república mercantil. La aldea de la antigua Ragusa, la Epidaura de los antiguos, fué fundada quinientos ochenta y nueve años ántes de Jesucristo por colonos griegos, quedando reducida despues á un miserable arrabal de un millar de habitantes, situado cerca de diez y siete kilómetros de la ciudad nueva.» Ya sea esta la patria de Rufino, segun deducen algunos autores de la extension con que se ocupa de ella en sus escritos, ó bien la indicada ciudad de Sicilia, es indudable que pasó la mayor parte de su vida en Italia, donde se distinguió mucho por su regular observancia, piedad y erudicion. Sus obras en bastante número parece se han perdido por completo, no encontrándose de algunas de ellas ni áun escasos fragmentos, como se verifica de la que hemos tomado la anterior descripcion, de que hasta el título se ignora: no falta quien suponga que escribió únicamente en verso; pero indudablemente lo hizo en prosa, pues por la obra que de él nos queda debe mirársele como un mero expositor. Prescindiendo pues de este punto, no podemos ménos de decir que cualquiera que sea su fama como escritor la dejó muy aventajada en todo género de virtudes, siendo un verdadero modelo de piedad y religion y en la práctica de todas las costumbres religiosas. Obediente, modesto y sumiso procuraba cumplir en todo con los mandatos de sus superiores, obedeciéndolos áun antes que le mandasen, y siguiendo en todo sus proyectos y consejos. Sacerdote caritativo, pasaba largas horas consagrado al servicio de su prójimo, prefiriendo vivir en la hospedería de su convento á su propia celda, donde con dificultad se le encontraba. Allí en medio de sus hermanos dolientes, entregado al mismo tiempo á sus ejercicios de devocion y áun á la composicion de sus libros, que en nada alteraba esta, ántes bien era su incentivo, ó si mejor se quiere su devocion, pasó gran parte de su vida, y en particular sus últimos años hasta su fallecimiento, acaecido en Nápoles hácia 1580. Escribió y publicó: *Coronam Dominæ septem super viginti conceptuosis lectionibus exornatam, in quibus Salutatio Angélica et canticum Magnificat et Salve Regina exponitur.* Nápoles, por Horacio Salviano, 1590, en 4.°—S. B.

RUFINO Scifio, religioso franciscano, natural de Asís, era pariente de

Sta. Clara y fué uno de los primeros discípulos de S. Francisco, distinguiéndose mucho entre sus compañeros por la pureza de sus costumbres, elevada contemplacion y santidad de vida. Escribió en union de sus condiscípulos Angelo y Leon, por mandato del ministro general de su Orden, la *Vida de S. Francisco de Asís*, que se custodiaba con el nombre de Rufino en la biblioteca de los canónigos regulares de Tongres, diócesis de Lieja, segun Sanders en la parte segunda de su Biblioteca de manuscritos belgas. Vivia aún en 1248, segun todas las crónicas de la Orden, en que se hace de él una mencion más ó ménos extensa. En los *tres elogios* del minorita Fr. Baltasar Plogia, centuria segunda, se le dedica el siguiente epígrama que es el XXIV de la coleccion.

*Plena rubasceis quicumque volimina gestis,*
*Aspicis, hæc fratrum dat monumenta labor,*
*Pagina tres jactat scribas, in carne Pacentis*
*Stigmatis historiam scripserat ante Deus.*

Además de los mencionados autores, le cita Wite en el catálogo de los escritores de la vida de S. Francisco. — S. B.

RUFINO Tyrannius ó Toranius Rufinus, sacerdote. Nació en Concordia en el Friul; vivió largo tiempo en el convento de Aquilea, despues en Jerulen, donde contrajo intimidad con S. Gerónimo (374); habiéndose enemistado con él por discusiones teológicas, pasó de Oriente á Roma, y despues á Sicilia (408), muriendo en 410 á la edad de setenta años. Se le deben las traducciones latinas de la historia eclesiástica de Eusebio, y de las homilías de Orígenes, sobre el Génesis, el Exodo, etc. — M.

RUFINO (Fr. Vicente), franciscano saboyano de la provincia de la Observancia regular, distinguido por su doctrina, costumbres y laboriosidad. Nacido para el claustro, el amor al retiro que habia sido la más brillante ilusion de su juventud, fué como la auréola de su edad madura, pues consagrado constantemente á la lectura de los libros sagrados, no abandonaba ni por un instante su celda, viviendo como un verdadero anacoreta. Allí en aquel rincon, edificado por la caridad, obtenia de la gracia las luces necesarias para la interpretacion de los elevados misterios, á cuya meditacion principalmente se consagraba. Dieron estas por resultado dos obras muy elogiadas por Rafael Soprano y el Ateneo Ligúrico, aunque es probable no llegasen á ver la luz pública, ya por la modestia del autor, ya porque en su vida retirada le fué imposible adquirir las relaciones, que de lo contrario hubiesen dado un valor á sus libros que solo proviene de la acogida que merecen de la generalidad. Pero modesto obrero de la inteligencia, se con-

tentó con el placer de contribuir á los adelantos de los demás, y los sábios comprendiéndole, le recompensaron con sus elogios en las dos obras mencionadas. Las de Rufino llevan los títulos siguientes: *Compendium misticæ theologiæ*, dividido en cuatro libros: *Compendium meditationum*, únicas noticias que nos han llegado de ellas.—S. B.

RUFO (S.), mártir. El dia 19 de Abril señalan los martirologios á este Santo, que padeció el martirio con los santos Cayo, Hermógenes, Aristónico, Espedito y Galata, señalándose en el Martirologio romano, que fueron martirizados en Mitilena, ciudad de la Armenia. Los autores, que les suponen á todos hermanos, dicen que se convirtieron á la fe de Jesucristo por los mismos apóstoles, cuando á la fuerza de la inspirada voz de estos caian los ídolos y se inauguraba una nueva sociedad, que si humilde y pobre en su orígen, habia de acabar por ser rica y poderosa y quedar vencedora de todos sus enemigos. Acusados como cristianos, fueron todos ellos degollados. Empero el español Salazar, y con él algunos otros autores, hacen especial mencion de Hermógenes, diciendo: que fué mago de profesion y habitante de Jerusalen, cuando volviendo de su viaje y predicacion del Evangelio el apóstol Santiago fué á la Judea. Añade el mismo autor que el apóstol convirtió á Hermógenes al cristianismo, y que éste le cobró á Santiago tanto cariño que no le abandonó hasta su muerte, y que luego que esta tuvo lugar acompañó el santo sepulcro á Compostela de España, en donde se halla venerado de los españoles, que le reconocen por patron, y de toda la cristiandad, pues que de todas partes vienen diariamente los fieles en peregrinacion y penitencia á Santiago de Galicia á visitar el santo cuerpo. Añade Salazar, que pasando despues Hermógenes á Italia á predicar el Evangelio, llegó en tan santo ejercicio á Siracusa, á tiempo que se llevaba á cabo la persecucion contra los cristianos decretada por el emperador Neron, y que aprisionado por sus satélites fué martirizado cruelmente y murió de los tormentos para su mayor gloria. Bien pudiera ser diferente el S. Hermógenes de nuestro compatriota Salazar del compañero de S. Rufo, y haberse tomado uno por otro, una vez que este nombre le llevan muchos santos, áun en el mismo mes que el de que acabamos de hablar.—B. C.

RUFO (S.) mártir. En los primeros siglos de la Iglesia quiso Dios que fuera tan fecunda la propaganda cristiana por el vasto imperio romano, que á pesar del celo de los sacerdotes gentiles por impedir el establecimiento de una doctrina que habia de concluir por destruir los ídolos y anonadar el inmenso poder que estos les daban en aquella sociedad fanático-religiosa, pocos pueblos dejaron de admitir más ó ménos la nueva doctrina que emanaba del mismo Dios verdadero. La Arabia, que gime hoy bajo el peso del alfange musulman, que lleva á fuego y sangre la religion del islamismo,

creacion del maldito Mahoma, denominado por sus sectarios el profeta de los creyentes, fué uno de los países en que penetró desde los primeros años del cristianismo la luz del Evangelio, que perdió despues por el malvado fugitivo de la Meca, que logró encadenarla al carro del demonio. Muchos fueron los mártires que en esta region la regaron con su sangre para que sobre ella se fundase la religion del Crucificado por quien la dieron gustosísimos, y entre ellos debemos contar al glorioso S. Rufo, al que recuerda la Iglesia el dia 1.° de Agosto, porque héroe de la fe en los primeros siglos del establecimiento de la Iglesia, supo vencer la arrogancia gentílica y despreciar á sus falsos dioses, dando su vida por el nombre y doctrina del Hijo de Dios. Padeció este Santo el martirio, segun los autores y martirologios que le mencionan, en Filadelfia, ciudad de la Arabia, en union de sus compañeros Aquila, Cirilo, Domiciano, Menando y Pedro, con los que subió al cielo á recibir de manos del verdadero Dios la corona eterna que reservaba á su fidelidad y sacrificio. Empero nada más nos dicen sobre las particularidades de su vida y circunstancias detalladas de su muerte, porque aseguran haberse perdido las actas de su martirio, percance que alcanza á otros muchos santos mártires que se conservan en la tradicion de la Iglesia y de los fieles solamente, á pesar de haber algunos, de los que han llegado hasta nosotros, restos respetables de magníficos monumentos dedicados á su memoria, y de existir aún soberbios templos dedicados á otros, cuya vida se ignora por la misma causa. Las grandes persecuciones por que ha pasado la Iglesia católica, y los desastres en que han envuelto las guerras de todos géneros á los pueblos, en especial en los siglos medios, han sido causa de que se hayan perdido multitud de preciosos documentos, que aclararian muchos puntos, hoy oscuros, de la historia universal civil y eclesiástica.—B. S. C.

RUFO (S.), obispo y mártir. Cápua, esa ciudad de Italia tan privilegiada por muchos pontífices, tiene la dicha de contar entre sus glorias la de haber sido una de las primeras poblaciones de aquella bellísima region en que aparecia en todo su esplendor la luz del Evangelio. La piedad se sentó en ella desde los primeros siglos del cristianismo, y elocuentes y magníficos testigos son de la fidelidad con que ha sostenido esta virtud sus magníficos simulacros de devocion y todo cuanto al culto católico se refiere. Residencia no pocas veces de los vicarios de Jesucristo en la tierra, constantemente les ha dado pruebas inequívocas de su amor, y la Santa Sede ha tenido en ella un centinela avanzado contra la herejía, y una defensora llena de entusiasmo que ha arrostrado los mayores peligros, toda vez que se ha ofrecido defender las prerogativas de la Iglesia y del jefe supremo de los creyentes en la fe del Señor de los señores. Empero, ¿qué extrañar que así

fuera, cuando favorecida siempre por Dios la dió por obispo á S. Rufo para que fuese su amparo y su abogado ante su supremo tribunal? Cuéntanos la historia romana entre los cónsules de la noble sangre patricia al cónsul Rufo con relacion al año 17 de Jesucristo. Esta dignidad suprema tuvo en el gobierno republicano más vasto que ha conocido el mundo, y en ella, cual soberano, rigió los destinos de la humanidad y gobernó cual jefe de los aguerridos romanos. Muy entusiasmado se hallaba Rufo con sus dioses, á los que creia potentes, cuando una desgracia de familia le enseñó con dura leccion su miseria y la ceguedad en que se hallaba. Enfermó una hija que queria entrañablemente, y confiando en el poder de los ídolos, les hizo sacrificios, pidiéndoles con fervor la salvasen de aquel peligro; pero como eran sordos no pudieron oirle, y el objeto de su amor murió sin que la alcanzase remedio alguno. Corria con mucha fama de virtud por entre los infieles el nombre de S. Apolinar, discípulo de S. Pedro y arzobispo de Milan, y cual padre cariñoso que desea la vida de sus hijos, áun cuando incrédulo y enemigo de los cristianos, acudió al Santo, y éste por permision de Dios resucitó á su difunta hija. Tan sorprendente hecho, que le volvió la alegría con la vida de la que amaba, dejó admirado á Rufo, que en aquel mismo instante vió claramente con los ojos del alma, que no podia ménos de ser el verdadero Dios el de los cristianos, puesto que estos en su nombre obraban semejantes maravillas. Convencido de esta verdad, detestó de los dioses que habia venerado hasta entónces, arrojó sus penates y se confesó cristiano con el mayor entusiasmo. Corrió Rufo á los pies de S. Apolinar con toda su familia, tan entusiasmada por el cristianismo como él, y pidiéndole les purificase con las aguas de la gracia, el santo arzobispo los bautizó, y todos quedaron desde aquel momento hijos de Jesucristo y fieles ovejas de su grey. Abandonó Rufo todos sus cargos y hasta sus bienes, y se consagró con tal fe y decision á Dios, que el mismo S. Apolinar, despues que le instruyó suficientemente en todos sus deberes, le consagró obispo de Cápua, cuya iglesia gobernó. Empezaba la más cruel persecucion contra los cristianos, y persistiendo Rufo en la fe y predicando la conservasen sus diocesanos, fué una de las primeras víctimas del paganismo, que se inmoló en su iglesia de Cápua en los primeros años del siglo II de nuestra era, por lo que la Iglesia le venera en sus altares y le recuerda el 27 de Agosto. —B. S. C.

RUFO Y RUFINIANO (Santos), mártires. El Martirologio griego y Galesino siguiéndole, los cita en 8 de Setiembre. El Martirologio romano dice que padecieron martirio al dia siguiente. Parece, sin embargo, que son los mismos que los llamados en el Martirologio romano *Rufino y Rufiniano*. Galesino aumenta á estos mártires uno llamado Artemidoro, de quien nada se dice en el Martirologio romano. —S. B.

RUFO (S.), mártir. Vivia en la ciudad de Damasco una santa familia compuesta de los virtuosos esposos S. Pablo y Sta. Tata, los cuales tuvieron por hijos á S. Rufo, S. Eugenio, S. Maximo y S. Sabiano. Reinando el gentilismo en el país, estos fieles observadores de la fe de Jesucristo hacian ocultamente sus prácticas piadosas, y se entregaban á sus santos ejercicios con el mayor fervor. Empero como la pasion de un creyente hácia su Dios no puede estar tan oculta que permanezca sin señal alguna que revele su cariño hacia el objeto amado, no pudieron ménos de notarlo sus convecinos, para los que era un misterio que pugnaban por descubrir el retraimiento de esta familia, á la que rara vez se veia en las cercanías de los templos paganos, ni practicar ninguna cosa por las que pudiera creérseles observantes de la religion del estado. Descubiertas que fueran sus prácticas por los que les acechaban, los delataron como cristianos al tribunal civil, y á él fueron conducidos como culpables contra el culto de los dioses. Luego que toda la familia estuvo delante del tribunal y fué interrogada por el juez, confesaron todos con decision que efectivamente eran cristianos y que se gloriaban de serlo, cuya declaracion quedaba relevada de pruebas y formaba su proceso. Procuróse por el juez hacerles arrepentir de su dicho, manifestándoles la enormidad de su delito y la pena á que se hacian acreedores, si no se retractaban de su confesion y demandaban gracia á los dioses incensándolos y ofreciéndoles un sacrificio expiatorio. Horrorizados con esta proposicion los padres y los hijos la rechazaron con indignacion, diciendo al juez que perderian mil vidas que tuviesen, ántes que negar al verdadero Dios y venerar á los demonios, que por tales consideraban á los ídolos. Indignado el juez de tal resolucion, y creyendo que el rigor los amansaria y en especial á los jóvenes, les entregó á los verdugos para que los azotasen con el mayor rigor; empero como viese que los azotes, léjos de amedrantarlos, fortificaba su valor y daba mayor brío á los jóvenes para maldecir á Júpiter y alabar á Jesus Nazareno, mandóles aplicar otros horribles tormentos en medio de los cuales manifestando una celestial alegría entregaron sus espíritus al Criador, que llevó sus almas á colocarlas en los tronos de su gloria, por cuya razon recuerda la Iglesia su feliz tránsito el dia 25 de Setiembre. — B. C.

RUFO (S.), obispo. A fines del siglo IV nos presentan los santorales á este siervo de Dios como el octavo obispo de Metz, del que solo nos dicen que se manifestó digno imitador de las virtudes de los prelados que le antecedieron en esta silla, todos virtuosos y la mayor parte dignos de la veneracion en que los considera la Iglesia católica, que los ha colocado en sus altares. En la historia del país deben hallarse noticias más extensas sobre la vida de este prelado, que han callado ó ignorado los autores que hemos consul-

tado, no pudiendo nosotros añadir á lo dicho más que se le conmemora por los fieles el dia 7 del mes de Noviembre.—B. C.

RUFO (S.) Obispo. A fines del siglo I de nuestra redencion pertenece este santo prelado, al que se considera natural de la isla de Chipre. Dícese por los autores que fué discípulo del procónsul Sergio Paulo, que como es sabido estuvo en estrechísima amistad con el gloriosísimo apóstol de las gentes San Pablo. Presentado á los apóstoles como modelo de piedad y fiel observante de la doctrina de Jesucristo, le consagraron obispo en Roma, de manera que fué uno de los primeros prelados que tuvo la Iglesia católica, y viéndole capaz del apostolado y de sus funciones, le enviaron á la ciudad de Aviñon para que predicase en aquel país la buena nueva, y llamase á las dóciles ovejas á los fecundos prados de la celestial Sion. Establecido S. Rufo en Aviñon, de donde fué el primer obispo, edificó su iglesia, estableció su primer clero y empezó su mision evangélica con felicísimo éxito, pues que abriendo los ojos de sus diocesanos á la gracia, los sacó de la ignorancia en que les encontró sumidos, y ganó al cielo muchas almas que caminaban perdidas y se hallaban próximas á caer en el abismo por una eternidad. Murió en paz Rufo en Aviñon, segun Gelasio, el año 65 del primer siglo de nuestra era, y la Iglesia celebra su memoria el dia 12 de Noviembre.—B. C.

RUFO (S.) obispo y confesor. Ciego entre las tinieblas de la idolatría se hallaba este gentil, cuando la fortuna le deparó el conocimiento del glorioso apóstol S. Pablo cuando en virtud de su mision divina recorria los pueblos buscando almas para el cielo. Oyó predicar al apóstol la ley de gracia, y como á la fuerza de sus razones conociese la verdad y la ceguedad en que se hallaba, tocada su alma de la gracia, abjuró de su antigua errónea creencia y se convirtió al Señor. Acusó al Santo, y pidiéndole el bautismo, obtuvo con sus claras aguas su santificacion de tal modo, que logró la honra de que haga memoria de él el apóstol en el capítulo XVI, versículo 13 de la carta á los Romanos, diciendo: «Salud á Rufo, escogido en el Señor, honra que le ensalza y que le coloca en el alto lugar de los bienaventurados, que primero poblaron el cielo y que dieron principio á las glorias de la Iglesia católica.» Cita el cardenal Baronio á Doroteo, que asegura que este S. Rufo fué consagrado obispo de Tebas por el mismo S. Pablo, que parece se hallaba destinado á hacer prelados á los Rufos que tuvieran la fortuna de acercársele pues que tambien consagró á S. Rufo primer obispo y fundador de la santa iglesia de Aviñon. Murió S. Rufo el año 58 de Jesucristo, y se asegura que escribió su vida S. Policarpo: la Iglesia hace su mencion en 21 de Noviembre.—B. C.

RUFO (S.). Señala el Martirologio en los santos de que hace mencion el 18 de Diciembre á este bienaventurado y á su compañero S. Zósimo de los que

hace tambien honrosa mencion el glorioso S. Policarpo. Pertenecen estos siervos del Señor á los primitivos discípulos de los apóstoles, que siguiendo su ejemplo fueron generalizando en la Palestina y en la Grecia la religion del Crucificado por medio de la predicacion y del ejemplo en la práctica de las virtudes que emanan de la verdadera doctrina del Evangelio. Corriendo cual angeles salvadores de la humanidad, para librarla del pestilente y mortífero mal que la inferia el paganismo, por doquier encontraban almas que deseosas de salvacion, acudian á estos médicos celestiales para que les administrasen el seguro específico que habia de curar sus dolencias, y volverles á la vida arrancándolas de la muerte cierta á que caminaban. Los falsos dioses temblaban á su vista sobre sus pedestales, y no pocos de ellos cayeron haciéndose mil pedazos, á impulso de las manos de sus mismos adoradores, que convencidos de su mentido poder, quisieron presentarles en cenizas á los pies del verdadero Dios como en homenaje de su veneracion y creencia, A la vista de que el gremio gentil se iba amenguando, conforme se multiplicaban los nuevos apóstoles de la religion cristiana, los sacerdotes de los dioses, viendo que esta propaganda hacia grandes progresos y temiendo concluyese con privarles del poderío que les daba la creencia de su errónea doctrina, excitaron el celo de los más ardientes paganos, y el fanatismo de los ignorantes contra los discípulos de los apóstoles, é introduciendo la política en la religion, asustaron á los emperadores y á los magnates gentílicos, haciendoles ver en esta secta religiosa un plantel revolucionario destinado á destruir sus tronos y posiciones para sustituirlos. Los emperadores, que á su fanatismo gentílico unian el deseo y la ambicion del mando, no fueron indiferentes á las advertencias y sugestiones de los sacerdotes de sus dioses, y se decidieron á perseguir con teson á los cristianos, juzgando en su loco frenesí y miserable inteligencia que podrian á poca costa extinguir hasta el nombre de cristianos. Miserables! peleaban contra Dios; y contra su mirada y voluntad no hay sol que no se eclipse, ni poder capaz de resistir. Empezóse, pues, la persecucion, y Rufo y Zosimo fueron de las primeras víctimas sacrificadas por la fe de Jesucristo entre los primeros discípulos de los apóstoles, los cuales fueron martirizados en Macedonia el año 116, desde donde subieron á empezar á poblar el cielo de bienaventurados héroes del cristianismo. — B. C.

RUFO (S.), mártires. Reinaba en Roma el emperador Diocleciano, el perseguidor más acérrimo de los cristianos, y en esta ciudad vivia Rufo, que habia nacido en ella, muy entregado á la supersticion gentílica en cuya religion habia sido criado. Acertó este gentil á oir al glorioso S. Crisógono, y quedó tan encantado de sus razones sobre la verdad de la doctrina de Jesucristo, que hizo que toda su familia asistiese á oir los razonamientos de tan

inspirado varon. Convenciéronse todos como él de que el verdadero Dios era el que adoraban los cristianos, y de que ellos estaban entregados á viles preocupaciones y á una monstruosa religion, que en vez de goces eternos y de salud, solo podia proporcionarles la muerte eterna. En tal conviccion pidieron su bendicion al santo, y entrando en el gremio de la Iglesia de Jesucristo, arrostraron la colera de los paganos confesándole con el mayor entusiasmo, y sufrieron por ello valerosamente el martirio muriendo por su causa el año 303 de nuestra era.—B. C.

RUFO, obispo de Tesalonia, es conocido por una carta de Teodoreto, obispo de Ciro, en cuya direccion se hallan los nombres de Juan Hirnerio y Teodoreto, que con los demás orientales querian atraer á este obispo á su partido, previniéndole contra el concilio de Efeso á que no habia asistido en persona, aunque Flaviano de Filipis se habia presentado en calidad de subdelegado suyo. Julian de Sardica, que pertenecia al partido de los orientales, habia recibido tambien una carta de Rufo, en que le encargaba la defensa de la fe de Nicea, y que no permitiese que se introdujera ninguna novedad. Temerosos de que Flaviano y Julian hicieran á Rufo una relacion diferente á la suya, Juan Teodoreto y los otros diputados orientales le escribieron para manifestarle que Julian habia seguido sus consejos, defendiendo en cuanto se hallaba en su mano la fe de Nicea, pero que otros muchos la habian abandonado y suscrito á los doce anatemas de Cirilo, llenos de los errores de Apolinario, de Arrio y de Eunomio. En cuanto á nosotros, añadian, y con nosotros otros muchos de diferentes diócesis, hemos combatido enérgicamente por el sostenimiento de la fe establecida por los PP. de Nicea. Hemos llegado á deponer al mismo Cirilo y Memnon, á este como heresiarca y á aquel como fautor de la herejía. Con respecto á los demás que han suscrito á sus errores, los hemos excomulgado ligeramente hasta que hayan anatematizado esta doctrina y vuelto á la fe de Nicea. Pero la bondad que hemos tenido para con ellos no ha servido de nada; han continuado sosteniendo sus dogmas heréticos, y de esta manera han quedado ellos mismos sujetos á la pena impuesta por los cánones, en particular por el cuarto de Antioquía, que ordena que un sacerdote, ó un diácono, que depuesto por su obispo, continue ejerciendo las funciones propias de su ministerio, sin que se haya juzgado por nn concilio, no será admitido ya á justificarse. Pero Cirilo y Memnon sabian muy bien que nosotros les habíamos depuesto y excomulgado, y sin embargo, han celebrado los santos misterios inmediatamente despues de la sentencia que hemos dado contra ellos y continuan celebrándolos. Excúsanse de haber tardado tanto tiempo en darle aviso de todas estas cosas, y pasando despues á los doce anatemas de Cirilo, se proponen demostrar que este padre enseña en ellos la confusion de las

dos naturalezas, y que la divinidad ha padecido verdaderamente. Justifican por el contrario su fe diciendo que no tienen otra que la de los padres de Nicea y de otros muchos que se han hecho despues ilustres en la Iglesia por su doctrina, á saber, Eustatio de Antioquía, Basilio de Cesarea, Gregorio de Nacianzo, Juan de Constantinopla, Atanasio y Teófilo de Alejandría, Dámaso de Roma y Ambrosio de Milan; que su fe es la de Oriente, de la Bithynia y de otras muchas provincias de Asia; por último, que ellos han asegurado que los italianos no permitian las novedades que se acaban de introducir. Pues, añaden, el muy santo obispo de Milan Martiniano nos ha escrito, y ha enviado al muy piadoso emperador el libro de S. Ambrosio sobre la Encarnacion, que contiene una doctrina enteramente contraria á las de los doce anatemas de Cirilo. Créese que la carta de Martiniano se hallaba dirigida al concilio de Efeso en general; pero que contra su intencion cayó en manos de los cismáticos orientales. Se quejan tambien de que Cirilo y Memnon habian violado los cánones comunicando las personas excomulgadas y restableciendo los discípulos de Pelagio y de Celestio, como tambien los de Eutyches ó entusiastas, excomulgados por sus obispos ó sus metropolitanos á causa de sus malas doctrinas. Suplican por lo tanto á Rufo que no reciba en su comunion á Cirilo y á los de su partido, y hasta de no recibir sus cartas. Vinieron á la suya un ejemplar de la profesion de fe que habian presentado al emperador, en que se adherian á la fe de Nicea y condenaban los anatemas de Cirilo como hereje. No han llegado á nosotros ni la carta de Rufo á Julian, ni la de Julian al concilio de Efeso.—S. B.

RUFO, hijo de Simon el Cirineo, el que ayudó á nuestro Salvador á llevar la cruz al Calvario. Rufo era sin duda célebre entre los primeros cristianos, puesto que S. Marcos le llama por distincion: *Simonem Cyrenæum patrem Alexandri et Rufi.* Es este Rufo al que saluda al mismo tiempo que á su madre S. Pablo en la epístola á los Romanos. S. Pablo en su carta á los Filipenses, escrita en 107, les presenta á S. Ignacio y un S. Rufo como modelos de paciencia. Usuardo, Adon y otros antiguos en sus martirologios ponen á S. Rufo mártir en 18 de Diciembre, é insinuan que era hijo de Simon el Cirineo, pues dicen que era uno de los antiguos discípulos que fundaron las primeras iglesias entre los judíos y entre los gentiles. La crónica de Lucio Dextro, obra sin crédito y compuesta por un impostor, habla de S. Rufo obispo de Tortosa en Cataluña, honrado en 11 de Noviembre ó más bien el 14 segun Ferrasio, y de su hermano S. Alejandro martirizado en Cartagena el 11 de Marzo.—S. B.

RUFO, de quien habla S. Pablo en su epístola á los Romanos es quizá el mismo que S. Rufo, hijo de Simon el Cirineo. Los antiguos martirologios de Beda, Usuardo, Adon y el romano ponen su fiesta en 21 de Noviembre.

El falso Doroteo le supone obispo de Tebas. Ya hemos visto en el artículo anterior la traduccion que existe en España.—S. B.

RUFO (Fray Adan), religioso de la órden de S. Francisco de la provincia de Apulia. Fué un varon santo, de raras virtudes, siendo notable por su abstinencia, austeridades y rigor en las mortificaciones. Siervo predilecto del Señor, tuvo el don de hacer milagros en vida, y por su poderosa intercesion despues de su muerte prodigiosas y maravillosas curaciones, á todos los que se encomendaban con fe á tan esclarecido y santo religioso. El P. Fr. Luis de Rebolledo de la misma Orden, predicador y provincial de la provincia de Sevilla, en la segunda parte de la Crónica que escribió de la Orden, enumera bastantes con todo género de detalles, que se omiten en obsequio á la brevedad. Baste decir que en Barulo, donde murió el siervo de Dios, se le tiene en grande opinion de santidad por los muchos milagros con que resplandeció en vida y en muerte, como tambien en gran veneracion no solo de los vecinos de Barulo, sino tambien de todos los paisanos de aquella tierra.—A. L.

RUFO (Letberto de San). Una carta de Gualtero, obispo de Maguelona á Roberto, preboste de la iglesia colegial de Lila, en Flandes, nos refiere que Letberto habia sido primero canónigo, y despues fué abad de S. Rufo en el Delfinado, que era hombre de reconocida piedad, y de no ménos celo por la casa del Señor. Dedúcese de una carta de Leger, obispo de Viviers, en favor de esta abadía, fecha 25 de Mayo de 1110, que Letberto era á la sazon superior, pero no lo fué más que hasta 1115, puesto que en este año el papa Pascual dirigió á Adalgiero, sucesor de Letberto, una bula confirmando los privilegios de su abadía. Siendo Letberto canónigo de Lila, se dedicaba ya á la predicacion, ya á la lectura de los Santos Padres, con la mira de instruir á los pueblos, y de ganar almas para Dios; compuso un comentario sobre los Salmos, en que insertó los mejores que habia encontrado en S. Agustin, Casiodoro y otros antiguos comentadores. Dividió su obra en dos partes, á que intituló: *Las flores de los Salmos*. Habiéndose llevado esta obra á San Rufo, el obispo de Maguelona, Gualtero, sacó una copia de ella. Roscelino, canónigo de Lila, le suplicó le prestase este comentario: no habiendo podido obtenerle del autor, que habia muerto, Gualtero se le envió exhortando á Roscelino y sus compañeros á tomar por modelo la vida de Letberto que habia sido uno de ellos, á leer asiduamente su obra, y á grabar en su memoria sus trozos más notables. La carta de Gualtero, de donde hemos tomado estas particularidades, la ha publicado el P. Mabillon en sus Analectas, ignorándose si los comentarios de Letberto han visto la luz pública. Pero dos de sus cartas forman parte del tomo primero de las Anécdotas del Padre Martenne, una dirigida á Ugier, superior de la Congregacion de Ferrau,

y otra á un amigo; el editor supone la primera del año 1110, en que se sabe con seguridad que Letberto era abad de S. Rufo. Llámasele Lamberto en la inscripcion de la carta; pero en el catálogo de los abades de esta casa se le titula siempre Letberto. Este monasterio fué fundado en un principio cerca de Aviñon, por Benito, que era obispo en 1138, de donde fué trasladado cerca de Valencia, en el Delfinado, y reedificado despues en la misma ciudad. Parece que la Congregacion de Ferrau era de canónigos regulares de la órden de S. Agustin lo mismo que la abadía de S. Rufo. Letberto elogia las excelencias de esta Orden, cuyo símbolo encuentra en el sacerdocio de la ley antigua, y su género de vida prescrito en el Evangelio y practicado tanto por los apóstoles como por los fieles de la Iglesia primitiva, de manera que no tiene dificultad en llamar á su Orden tan antigua como los apóstoles. Añade que habiéndose resfriado la caridad y disminuido mucho la Orden de los canónigos regulares por la violencia de las persecuciones, el papa Urbano la habia puesto de nuevo en vigor en diferentes decretos; S. Agustin con su regla, y S. Gerónimo con sus cartas. Letberto parece decir que los canónigos regulares habian llevado siempre el hábito blanco, y toma al ménos ocasion del esplendor de su hábito para exhortarlos á la pureza del alma. Su segunda carta parece incompleta; un clérigo amigo suyo le habia pedido reglas para una vida conveniente á su estado. Letberto no insiste más que en la necesidad de evitar la compañía de las mujeres, ya en público, ya en secreto, instruyendo sin duda á su amigo en lo que falta en los demás artículos. Pitseo atribuye á Letberto algunos otros opúsculos, pero no dice lo que contenian, ni si los habia publicado.—S. B.

RUFO (Tomás María), arzobispo de Bari. Las investigaciones y diligencias del infatigable sabio Nicolás Coleti, son las que han facilitado la mayor parte de las noticias y todo lo que se sabe acerca de este ilustre prelado, uno de los más grandes y principales varones que honraron la órden de Santo Domingo en el penúltimo siglo. Tomás María Rufo (ó Rufus), descendia de la antigua y nobilísima casa de los duques de Bagnara, príncipes de Sant-Atimo, establecida desde tiempos muy remotos en el reino de Nápoles, pero originaria de Roma, á la que en algun tiempo dió cónsules, y lo que es más glorioso todavía, intrépidos defensores de la fe y muchos mártires. Esto mismo parece probar que ya en tiempo de los emperadores paganos, en los tres primeros siglos de la Iglesia, la casa de los Rufos hacia pública profesion de la religion católica. Los descendientes de estos grandes hombres en el siglo XVII no habian degenerado de su primitiva virtud, y la elevacion de sentimientos, unida á una sólida piedad, que constantemente pudo observarse en la conducta y procederes de Tomás Rufo, hicieron seguramente se le apreciase y distinguiese como el digno heredero del espíritu y

valor de sus antepasados. Desde sus tiernos años manifestó la más decidida inclinacion á consagrarse al servicio de Jesucristo, cuyos deseos realizó en el Real convento de Sto. Domingo de Nápoles, y á muy poco tiempo hizo sus votos, siendo en seguida enviado á España para continuar sus estudios y perfeccionarse en la universidad de Salamanca. Por la sublimidad de su genio y carácter, y la firmeza y fidelidad de su vocacion, hizo rápidos y plausibles progresos en la virtud y en las ciencias, y á pesar de ser extranjero, se le preferia á los más estudiosos y recomendables de la nacion. No era todavía más que diácono, cuando ya enseñaba con el mayor lucimiento y brillantez en las escuelas de España. No admiraron ménos los romanos su extraordinaria erudicion, cuando volvió á Italia, despues de una ausencia de nueve años, siendo pontífice Urbano VIII, en donde sostuvo varias tesis de teología, dedicadas á Su Santidad, alcanzando el mayor aplauso y celebridad. Despues de aquellos actos, en que pudieron apreciarse debidamente su talento y vasta instruccion, pareció á todos que ya se hallaba en estado de honrar (y efectivamente honró) y desempeñar todos los cargos y empleos que se le confiaron. Hábil predicador y consumado teólogo, sabio y prudente superior, sus talentos eran sobrepujados por sus grandes virtudes. Siempre predicó con notable fruto para el bien de las almas, y los fieles se movian y enfervorizaban tanto más con sus discursos, cuanto que veian que en todas sus acciones practicaba las santas máximas que enseñaba, y que les hacia abrazar de todo corazon. La reputacion que se habia adquirido entre los sabios y personas entendidas, en una edad tan poco adelantada, excitaba la emulacion de sus discípulos, habiéndolos formado y sacado excelentes en las escuelas de Nápoles, donde ya habia tomado el grado de doctor. Pero donde principalmente se echaron de ver las altas prendas que le adornaban, fué en la comunidad de Sto. Domingo, donde pudo experimentarse el mucho bien que á todos resultaba de la inmejorable direccion de un superior, que sin querer hacerse temer, por el contrario, haciendo cuanto podia para ser amado y estimado, procuraba ser el más perfecto observante de la ley que les proponia debian observar y obedecer. El recuerdo de Tomás Rufo será siempre de un valor estimable á todos sus hermanos, áun cuando no fuera más que por haberles dejado los grandiosos monumentos que honran su piedad; se asegura que empleó más de doce mil ducados para reparar y embellecer su casa de profesion, es decir, el convento y la iglesia de Sto. Domingo, el antiguo aposento de Sto. Tomás y su magnífica capilla. Cumplió exactamente y con la mayor dignidad los cargos de consultor del Santo Oficio, de provincial de Sicilia, de visitador general en la Pulla, y de suplente de su general Tomás de Rocaberti. Estos diferentes y altos puestos, concedidos á su solo mérito, hicieron fuese apre-

ciada de todos su bondad y carácter, dando la proteccion más marcada á los hombres de bien y de intachables costumbres, al mismo tiempo que tenia fuerza de voluntad y resolucion para corregir y oponerse á todo lo que pudiera turbar el buen órden y la regularidad en la disciplina. Habiendo llegado á ser procurador general de toda la órden de Sto. Domingo en la córte de Roma, sostuvo los intereses de la misma con tan buen desempeño, capacidad y celo, que recibió muchas veces los plácemes y felicitaciones de muchos cardenales y de todos los prelados del palacio. El autor que suministra estas noticias, refiere que los religiosos de nuestra Señora de la Merced no llevaban á bien que fuese considerado como uno de sus fundadores el santo Raimundo de Peñafort, queriendo querellarse contra esta pretension. Pero Tomás Rufo tomó á su cargo la demanda, y trató, por el contrario, se confirmase por un solemne decreto un hecho tan notorio, asegurado tan expresamente por los historiadores antiguos y modernos. El partido contrario habia empleado para el buen éxito de este asunto todo el crédito y autoridad de Cristina, reina de Suecia, y tambien de otros príncipes, pero todos estos empeños no impidieron que el procurador general, Tomás María Rufo, no obtuviese de la sagrada Congregacion de Ritos un decreto tan ámplio y tan circunstanciado cual pudiera desearse. Sin embargo del mucho honor y ventajas que procuraba á su Orden en el ejercicio de este empleo, su inclinacion particular y su gusto le hacian suspirar por el reposo y quietud que proporcionan la soledad y el retiro. El deseo de ocuparse únicamente en su propia perfeccion, con los santos ejercicios de la penitencia y de la oracion, le habian conservado firme é inmutable en aquella resolucion, renunciando algunas dignidades eclesiásticas, que otros deseaban conseguir y buscaban con tanto afan. La historia, que da la noticia de que Tomás Rufo rehusó constantemente admitir el obispado de Capaccio, en el reino de Nápoles, omite la época; pero se sabe con seguridad que aquella sede estaba vacante en el año de 1677, por muerte del obispo Camilo, de la sangre Real de Aragon, como tambien á principios del año 1684, despues de la muerte de Andrés Boniti, sucesor del anterior. El dia 10 de Abril del mismo año, el siervo de Dios se vió obligado á someter su voluntad á la de su soberano, y á la órden absoluta del pontífice Inocencio XI, que no mostró ménos obstinacion y firmeza para hacerle aceptar el arzobispado de Bari, no pudiendo, por más esfuerzos que hizo, renunciar aquel alto cargo. La voluntad del Señor se habia manifestado tan claramente por la del vicario de Jesucristo, que el arzobispo electo no pensó ya más que en cumplir con los deberes que le imponia su nuevo destino, consagrándose generosamente al trabajo y á su buen desempeño. Fué consagrado en Roma el dia 23 de Julio de 1684, y miéntras los habitantes de Bari se pre-

paraban á recibirle con la pompa acostumbrada; pero por su grande humildad y su poco afecto á las pompas y homenajes, trató de evitar aquella manifestacion, entrando en la ciudad á las dos de la noche con muy escaso acompañamiento. Desde aquel momento hasta el último de su vida todos sus pensamientos y todos sus cuidados los dedicó al bienestar y á la futura dicha de sus ovejas; arreglando desde luego su persona y su casa, siguiendo el ejemplo de los más santos obispos, bajo de un pié de sencillez y modestia, queriendo ser el modelo de todos aquellos de quienes era pastor y director, decidiendo por el pronto hacer una visita á su diócesis. El dar este paso le pareció tanto más necesario, cuanto que la larga ausencia de su predecesor habia dado lugar á muchos abusos, que insensiblemente se habian ido introduciendo, tanto entre el pueblo como en el clero y en algunos monasterios. Con su dulzura y su prudencia, el buen prelado tuvo bien pronto el consuelo de corregir gran parte de aquellos abusos, y con su paciencia y discernimiento tuvo el logro por fin de poner todas las cosas en regla, sin tener casi necesidad de usar de su autoridad, y sin turbar el órden y la paz que con el mayor estudio cuidó de establecer y afirmar con todo su poder. Sabia perfectamente, y estaba bien penetrado, que segun la expresion de la Escritura, el viento violento é impetuoso, capaz de derrumbar las montañas y destrozar las rocas, no es sino una manifestacion de la presencia del Señor: *Non in commotione Dominus.* El corazon de este ilustre Arzobispo estaba tan poseido y tan lleno de caridad, y sus pasos fueron tan bien dirigidos por la sabiduría, que los fieles fácilmente se persuadieron de que no se proponia en todas sus acciones más que la gloria de Dios y su salvacion; de tal modo, que bastaba para hacerles admitir la ley el que solamente se la insinuase ó propusiese. Tuvo el mayor cuidado y el mayor esmero para que los Oficios divinos se celebrasen por todas partes con toda la majestad y posible decencia que requerian tan augustos misterios, procurando no se viese nada en los templos que no fuese digno de la santidad de la casa de Dios; y habiendo notado que en la mayor parte de las iglesias de la comarca los señores de las diferentes parroquias habian hecho colocar para ellos ó para sus familias doseles ó pabellones en medio del santuario, y que en muchos monasterios, áun de la misma ciudad, tenian los religiosos la costumbre de recibir en la iglesia las visitas de sus parientes, que más bien iban á entretenerlos y distraerlos de sus quehaceres domésticos y prácticas religiosas, consideró todos estos usos como verdaderos abusos y profanaciones de la ley santa, y los abolió quitándolos de raíz desde el primer año de su episcopado. Llevó mucho más léjos sus cuidados y atenciones para arreglar las costumbres de todo su clero, y segun un autor, consiguió más pronto y feliz resultado con el ejemplo de su vida siempre pura é irreprensible, que

con lo mucho que trabajó con sus eficaces y frecuentes exhortaciones y sus discursos patéticos. Nada olvidaba ni rehusaba, no perdonando medio para que todas las iglesias de la diócesis estuviesen provistas de ministros dignos y virtuosos, á cuyo objeto dedicó gran parte de sus afanes, procurando que los jóvenes que se dedicaban y destinaban al estado eclesiástico, recibiesen una educacion santa y la más propia para ejercer dignamente sus funciones. Altamente persuadido de que la salvacion ó perdicion de muchos fieles dependia la mayor parte de las veces del ejemplo que les daban sus conductores, era sobre este punto inexorable y de una extremada exactitud; y si bien en todo lo demás era de un carácter dulce y bondadoso, respecto á aquel particular mostró siempre mucha severidad y rigor en el exámen de sugetos, cuando se trataba de confiarles la cura de almas, ó solamente de admitirles á las sagradas órdenes. Dícese, y se afirma, que de ciento que se presentasen á ser ordenados, apénas se contaban algunas veces diez á quienes el santo Arzobispo quisiese imponer las manos. Para asegurarse mejor de su vocacion, de sus luces y capacidad, les obligaba á pasar el tiempo prescripto por los cánones en un seminario, bajo la direccion y disciplina de piadosos y sabios maestros, que por sí mismo habia elegido, y que le daban una cuenta exacta y detallada de cada uno de ellos. De esta suerte, si el número de nuevos sacerdotes fué menor durante el episcopado de este célebre prelado, el de los buenos clérigos fué mucho más considerable, procurándoles buenas pensiones para su manutencion y comodidad, para que disfrutasen buena casa, que hacia reparar y ensanchar, favores que dispensaba á la virtud, celo y buenas costumbres de los últimos, como se lee en una inscripcion que el reconocimiento de los magistrados hizo grabar en uno de los edificios restaurados por este prelado. La firmeza verdaderamente episcopal de Tomás Rufo se hizo bien manifiesta en la constancia é inteligencia con que siempre sostuvo las inmunidades, los derechos y la jurisdiccion de su iglesia. Sus predecesores le habian dejado bastantes pleitos y causas pendientes relativamente á este asunto, mas con su celo y actividad quiso ver su término, y ciertamente habia algunos tan embrollados y espinosos, que tuvo bastantes obstáculos que vencer, pero su firme y decidida voluntad le hizo arrostrar todas las dificultades; verdad es que siempre fué muy protegido y favorecido por el papa Inocencio XI, que conociendo sus muchas luces, su probidad, su derecho y la rectitud de sus intenciones, escuchaba con agrado y la mejor voluntad sus demandas, y apoyaba sus justas pretensiones. Algunas iglesias que habian rehusado reconocer la jurisdiccion de sus predecesores, le recibieron con honores y sin ninguna oposicion cuando emprendió el hacer la visita de su diócesis. Omitiremos el hablar de los dones preciosos y de gran valor con que enriqueció su iglesia

metropolitana y la de Santo Domingo, haciendo únicamente referencia de los ornamentos y de los vasos sagrados de que proveyó á las pobres parroquias de la campiña. Pero no puede pasarse en silencio sus grandes limosnas, sus liberalidades con todas las personas cuyas necesidades le eran bien conocidas, pudiendo asegurarse ser esta la parte más edificante de su historia. Además de las rentas de su arzobispado, que no consideraba sino como patrimonio de los pobres, y que siempre les distribuia con la fidelidad de un ecónomo y la caridad de un padre, recibia grandes remesas de su casa, cuya mayor parte destinaba al mismo uso. Miéntras vivió en el claustro, dejó aquellas cantidades á la disposicion de sus superiores, ó bien con su permiso empleaba en reparaciones útiles las gruesas sumas que le mandaban sus padres. Cuando llegó á ser arzobispo, hacia dos porciones de toda esta plata; la primera, y ordinariamente la más pequeña, bastaba para su manutencion y los gastos de su casa; la segunda se empleaba por entero en provecho de pobres familias de su diócesis. Las viudas, los huérfanos, los pupilos, encontraban siempre en su caridad un socorro tanto más pronto y más seguro, cuanto que el prelado se mostraba más fácil á suministrarle que los indigentes á pedirlo. Aun este único trabajo les excusaba, cuando ya de una vez le era notorio su estado; los pobres vergonzantes los admitia en su mesa, donde los agasajaba y trataba familiarmente. Despues que habian comido, jamás los despedia sin darles muestras de su filantropía y generosidad, poniendo en sus manos algunas monedas de plata, y cuando estas le faltaban, les daba todo cuanto encontraba á mano. Antes que verlos sufrir y no poderlos aliviar, preferia quedarse sin lo más preciso y necesario, y alguna vez sucedió el que les obligase á tomar las sábanas y cubiertas de su propio lecho. Sábese además con qué atencion, propia de un padre, velaba por que la inocencia y el honor de las jóvenes estuviesen á cubierto de la deshonra y de la seduccion, y sería difícil contar el gran número de pobres doncellas á quienes el caritativo prelado procuró un dote decente y un honesto establecimiento. Si el ejemplo de una caridad tan bien colocada en tan excelso varon era para las personas ricas y acomodadas una leccion de que ellas mismas debian aprovecharse para la utilidad pública y su propia santificacion; los ministros de la iglesia, y particularmente los párrocos, no podian ménos de observar una regla en sus acciones, de las que eran modelo y veian hacer diariamente á su pastor. En la ciudad de Bari no habia enfermo, pobre ó rico, á quien el piadoso Arzobispo no honrase con su visita y consolase con sus cristianos consejos. Los daba con tal bondad, que en medio de sus sufrimientos les enseñaba á hacerlos meritorios por la paciencia y fe cristiana, y la sumision á las órdenes de la Providencia; los preparaba con el mayor cariño para que reci-

biesen debidamente los últimos Sacramentos, y tenia la invariable costumbres de llevar por sí mismo el santo viático, cuyo acto le ejercia con una especie de solemnidad para que se diese todo el honor que correspondia al augusto Sacramento del altar; y los canónigos de su cabildo miraban como un deber su asistencia y encontrarse en bastante número á este grandioso acto de la religion. Se concibe fácilmente lo mucho que tan santo pastor sería querido, respetado y venerado de su rebaño, y la gran estimacion que le habia granjeado la reputacion de su santidad, no solamente en su diócesis, sino en las demás partes del reino de Nápoles, particularmente en toda su provincia eclesiástica. Sus nueve obispos sufragáneos se concertaron y convinieron en considerarle como su digno jefe y su modelo, y le conservaron siempre las mayores consideraciones y la más perfecta inteligencia. El cielo pareció querer hacer más relevantes aún y más manifiestos á los ojos de aquellos pueblos el brillo y el mérito de sus virtudes, concediéndole algunas mercedes; así es que se asegura que el santo Arzobispo mandaba con imperio á los demonios, y que los ahuyentaba de los cuerpos de los poseidos que venian con este objeto de las provincias limítrofes. El alivio ó la curacion, que procuró á muchos enfermos, pasó algunas veces los límites de los sucesos naturales, bien fuese porque el Señor hubiese querido honrar la grandeza de su fe, ó recompensar la confianza de los fieles. Esta confianza nunca fué mayor que en las tristes épocas en que los pueblos estan amenazados ó ya castigados de alguna calamidad. Vióseles entónces correr á su buen pastor, como en otro tiempo los israelitas á Moisés. Pero sus disposiciones eran ordinariamente más constantes que aquellas del antiguo pueblo, siempre favorecido y siempre ingrato, soberbio y murmurador. Los de Bari no pedian otra cosa al santo Arzobispo, que les dijese lo que era necesario hacer para calmar la cólera del Señor, que despues de haber reconocido que la habian provocado con sus pecados, no rehusaban hacer penitencia. Antes de concluirse el año de 1690, ó á los principios del año siguiente, se extendió la voz de que el mal contagioso se habia declarado en la Pulla. Bien pronto y poco despues fué el santo varon informado que la peste, que se esperaba por momentos, habia principiado á hacerse sentir en la provincia de Bari; y finalmente, que sus estragos eran ya considerables en la villa de Conversano, es decir, la más próxima á Bari. Estas nuevas, que desgraciadamente no eran sino demasiado fundadas, proporcionaron ocasion al Arzobispo de reunir su pueblo y redoblar sus exhortaciones para conducirle á una reforma general de costumbres; á fin de aplacar la justicia de Dios y desviar por medio de los dignos frutos de la penitencia el azote que tan de cerca los amenazaba. Miéntras que con su clero y con los magistrados tomaba, segun lo exigia la prudencia, todas las medidas ne-

cesarias para que los auxilios espirituales y temporales no faltasen á los fieles en la necesidad, daba á todos el ejemplo que debian imitar, para atraer sobre ellos y sus hijos las miradas favorables del Señor. Acostumbrado desde su juventud á los ejercicios de la mortificacion cristiana, su fervor parecia renovarse en una edad casi decrépita, sus vigilias eran más prolongadas, sus ayunos más rigorosos, su oracion más perseverante, y su cuerpo, demacrado por las austeridades, ayudaba sin embargo al vigor y fortaleza de su espíritu. Veíase frecuentemente al zeloso pastor prosternado á los pies de los altares, esforzándo se con sus súplicas por calmar las iras del cielo en favor de sus ovejas, cuyos males sentia anticipadamente, siendo en una de estas ocasiones cuando dijo á todos los que se encontraban á su alrededor que se acercaba el término de sus dias. Estas palabras se difundieron bien pronto por todos los barrios de la ciudad, produciendo á los habitantes una general consternacion, parecia como que se habia suspendido todo motivo de temor, á lo ménos en aquellos dias, no manifestándose sentimiento por otra cosa que por la próxima pérdida de un pastor, y mejor dicho de un padre comun, cuya proteccion y consuelos dulcificaban y hacian más llevaderas las más grandes aflicciones y trabajos. Estos bellos sentimientos que la piedad y el reconocimiento habian hecho desarrollarse en todos los corazones, se sostuvieron todo el tiempo que duró la última enfermedad del Arzobispo, en la cual hizo se le diese por tres veces el santo viático. Recibió como siempre con la mayor complacencia y devocion, fuera de la cama, el pan de la vida, clavadas en tierra sus desnudas rodillas, dando las pruebas y muestras más edificantes de una fe viva, de una profunda humildad y de una dulce y segura confianza en la bondad divina. Los fieles con la voluntad más decidida aprovechaban estas ocasiones para acompañar y colocarse detras del clero, ansiando recibir la bendicion del santo prelado. El siervo de Dios correspondia por su parte á aquellas demostraciones, sacando fuerzas de flaqueza y de la suma debilidad que le postraba, para decir algunas palabras de edificacion y de consuelo á su caro rebaño. Segun un autor, habló por el espacio de media hora con el zelo y el fervor de un Elías profeta, no queriendo terminar ni cesar de exhortar al pueblo al amor de Dios y á la práctica de todas las virtudes cristianas hasta el momento de espirar. Sus familiares, los religiosos de su Orden, y sobre todo los pobres, fueren los que heredaron la mejor parte en la disposicion que dictó de todo cuanto podia dar. Habiendo hecho llamar á todos los que habian estado á su servicio, despues de recomendarles perseverasen siempre en el santo temor del Señor, les declaró y manifestó su satisfaccion y reconocimiento, dejando á cada uno la justa recompensa á que se habia hecho acreedor. Donó su biblioteca, su mitra y algunos ornamentos al convento Real de Santo Do-

mingo, donde en sus primeros tiempos habia pronunciado sus votos; pero fué su voluntad que todas las alhajas de plata de su capilla, como tambien todos los muebles que hubiese en el palacio, se vendiesen, y su producto fuese empleado todos los años para vestir cierto número de pobres. Todo el demás tiempo que vivió este prelado, despues de hecha su última disposicion, no se ocupó de otra cosa más que de Dios, de su propia salvacion y de la conservacion de su pueblo, á quien siempre tenia en su corazon, y bien léjos de olvidarle en aquellos angustiosos momentos en que iba á separarse para siempre de los que llamaba sus hijos, entónces era, por el contrario, cuando daba las más señaladas muestras de su síncero amor y de la solicitud pastoral que constituye la principal y la más sobresaliente de las virtudes de los obispos. Durante su agonía y casi en brazos de la muerte, continuó ofreciéndose á la Divina Majestad, como una víctima voluntaria, por la salud y salvacion de sus queridos hijos: se le oyeron repetir muchas veces estas palabras: «Señor, contentaos con mi muerte, conservad y perdonad á mi rebaño, dejad vivir á este pobre pueblo, á fin de que respete vuestra justicia y se haga digno de vuestra misericordia.» Este grito de la sublime caridad que abrasaba su corazon; subió hasta el cielo, y su súplica fué oida y atendida. El santo Arzobispo reposó en los brazos del Señor, á quien su vida habia sido tan agradable, y como otro Noé en el tiempo de la cólera divina, consiguió el bien y la reconciliacion de sus hermanos. Murió el 29 de Abril del año 1691, en su iglesia de Bari, el bienaventurado Tomás María Rufo, uno de los doce arzobispos que el papa Inocencio XI habia sacado de la órden de Santo Domingo. El cielo pareció quedar satisfecho con esta víctima expiatoria, porque el incendio devastador de la peste, cuya aproximacion habia aterrado á todos los pueblos, comenzó desde aquel momento á apagarse, á disminuir sensiblemente, y muy pronto á extinguirse por último. Los funerales ó exequias de este amigo de Dios, cuya memoria será eterna en el país, como su fructuosa bendicion, correspondieron al amor y cariño que le profesaban sus diocesanos, y al gran concepto que tenian formado de su santidad. El clero, el pueblo, toda clase de personas, ricos y pobres, hombres, mujeres y niños, publicaban en alta voz sus alabanzas y sus virtudes, no nombrándole generalmente más que *el Santo*. Todos deseaban con el mayor ardor poseer alguna prenda que hubiese servido para su uso. Sus efectos é instrumentos de su penitencia ó devocion se cedieron á personas de la más alta clase, que los recibieron con sumo respeto y conservaron como las más preciosas reliquias. —A. L.

RUFO Scilla (Luis). Este Cardenal napolitano de la familia de los príncipes de Scilla, duques de Santa Cristina, y pariente del célebre cardenal Fa-

bricio Rufo, nació el dia 25 de Agosto de 1750 en San Onofrio, feudo de su ilustre familia en la diócesis de Mileto. Recibió de la naturaleza una excelente índole, y claro talento, el que fué secundado por una brillante educacion científica y moral. Decidióse á abrazar la carrera eclesiástica, y dedicarse al servicio de la Santa Sede. El pontífice Pio VI, en el consistorio celebrado el 11 de Abril de 1785, le declaró arzobispo de Apamea *in partibus*, y nuucio apostólico de Florencia. Portóse en esta legacion con tal acierto, habilidad y destreza, que manifestó sus brillantes cualidades para la diplomacia eclesiástica, y esto le valió la consideracion de la corte romana y el aprecio del Papa, que le promovió á la primera nunciatura de Viena, cerca del emperador Francisco II. Los importantes servicios que prestó á la Santa Sede, movieron á Pio VII en 23 de Febrero de 1801 á crearle cardenal del órden sacerdotal, nombrando ablegado apostólico para llevarle el birrete cardenalicio á monseñor Velluti Chilini. Volviendo Rufo á Roma para recibir el capelo y las demás insignias cardenalicias, le confirió el Pontífice por título la iglesia de San Martin de los Montes, que retuvo toda su vida, y le inscribió en las congregaciones de los Obispos y Regulares, *Propaganda fide*, Indice y Disciplina regular. A presentacion del rey de Nápoles Fernando IV, Pio VII le preconizó arzobispo de Nápoles en el consistorio de 9 de Agosto de 1802. En las Memorias históricas de los arzobispos de la Santa Iglesia napolitana, por Lorenzo Loreto, se dice que el 19 de Agosto tomó Rufo posesion de su iglesia metropolitana por medio de su delegado á este fin, el canónigo Nicolás Capece Minutoli. Fué el Cardenal á visitar su catedral y el palacio arzobispal; pero no habiendo hecho aún su entrada pública, se retiró al palacio de su hermano el príncipe Scilla. Fué al mes siguiente á su palacio arzobispal, pues el 13 hizo en Nápoles su soleme entrada. El dia 2 de Octubre de 1803 empezó á funcionar, y encontrando apuntalada la catedral y cerrado su crucero con grandes murallones hasta la cima de los arcos por que se los creia ruinosos, reunió á su presencia varios arquitectos para pedirles parecer acerca del verdadero estado de la fábrica de la iglesia. El arquitecto Manuel Ascione y el maestro de obras, religioso conventual de San Lorenzo, declararon no ofrecer peligro alguno los arcos, pues que las grietas abiertas en el exterior eran aparentes y solo del enfoscado. Oida esta opinion, y convencido el Cardenal arzobispo de las razones de seguridad que le dieron los peritos, acordó la reparacion interior de la iglesia, que habia padecido mucho en sus estucados y adornos en el terrible terremoto de 26 de Junio de 1805. Terminadas las obras, en Mayo de 1806, pudo el Arzobispo celebrar ya en el altar mayor la fiesta del glorioso S. Genaro y de los demás santos patronos, que fueron otra vez devueltos á sus respectivos puestos, en cuya fiesta expendió el Cardenal nueve mil ducados. Considerando el

Cardenal la falta que habia de un lugar capaz y decente para dar sepultura á los arzobispos, determinó construirle en la sacristía; pero la política que trastornó el órden, no le permitió verificarlo desde luego. En este mismo año de 1806 fué ocupado el reino de Nápoles por los franceses, y se varió el sistema de gobierno. Habiéndose indispuesto el Cardenal con los principales miembros del nuevo gobierno, se vió precisado, el 26 de Mayo, á marcharse á Roma, desde donde pasó á Gaeta, volviendo á poco á la ciudad eterna. No le dejaron descansar mucho tiempo los franceses en este punto, y á pesar de que se hallaba debilitada su salud, le hicieron salir para París, y en la travesía de los nevados Alpes, en 1809, perdió el oido. Dice Pistolesi, en su *Vida de Pio VII*, que el cardenal Rufo Scilla, arzobispo de Nápoles, fué de los primeros que experimentaron la persecucion de Napoleon I. Fiel el Cardenal al jefe de la religion y á su rey legítimo, se negó á prestar juramento de fidelidad á José Napoleon, que usurpó el trono de las Dos Sicilias; que lanzado de su arzobispado, fué trasladado á París para dar un gran ejemplo de justicia á los napolitanos; que el Emperador, uniendo al rigor el ultraje y la burla, ordenó se le encerrase en el hospicio de locos de Charenton, órden que no llegó á cumplirse. Desterrado á S. Quintin, se le ofreció una pension con la intencion de que abatido por la desgracia cederia á la necesidad; pero la rehusó siempre. Se le preguntó sobre los medios de que se sostenia, exigiéndole declarase la persona que le asistia con sus limosnas, pero les respondió con firmeza: No sé qué responder á la vileza que me proponeis; —y solo se alimentó con el pan de los pobres, dando á los indigentes los socorros que le proporcionaba la caridad. No habiendo permitido asistir al segundo matrimonio de Napoleon, fué llevado en 1810 á la expresada ciudad de San Quintin. Desde alli se le condujo á Fontainebleau, despues á Grosse, y por último á Savona con Pio VII, con el que volvió á Roma en 1814, luego que fué abolido el colosal poder de Napoleon. Repuesto en Nápoles Fernando IV, que tomó el nombro de I, fué llamado á su silla el cardenal Rufo, y el dia 10 de Junio de 1815 se restituyó al seno de su amada iglesia. En cuanto las circunstancias se lo permitieron puso por obra la construccion del sepulcro para los arzobispos, cuya obra empezó en Setiembre de 1818 y terminó en Diciembre de 1819. Creíase que bajo el piso de la sacristía hubiese bóveda, pero se encontró lleno de fábrica antigua, en la que se hallaron monedas de la antigua república napolitana, del emperador Majencio y otras; se encontraron tambien dos cadáveres, que al contacto del aire se pulverizaron; se encontró el antiguo baptisterio, al que se bajaba por cinco escalones, algunas lucernas y un vaso de barro cocido. El panteon quedó muy decorosamente, con su escalera de mármol blanco, magníficamente construida con verjas de fierro y bronces, colocándose en ellas las armas del

Cardenal con una inscripcion análoga. Del grandor de la sacristía y con buenas luces, este panteon ostenta en su punto principal un magnífico altar dedicado á S. Lorenzo Mártir, representado en un magnífico cuadro. Frente al altar se erigió el Cardenal su sepulcro en mármoles preciosos con una honrosa inscripcion. Luego que se terminó la obra del panteon, se trasladaron á él los cadáveres de sus predecesores Filangieri y Monforte, que estaban sepultados pobremente en la iglesia, poniéndoseles honrosas inscripciones. Se colocó tambien en él á los cardenales Diego Iñigo y José Firrao, áun cuando no habian sido arzobispos. Restauró tambien Rufo el salon del palacio arzobispal, adornándole con bellas pinturas. Aumentó los fondos de la iglesia en más de veinticuatro mil ducados. Despues de la muerte de Pio VII intervino en los cónclaves de Leon XII y de Pio VIII. Gastó más de seis mil ducados en las solemnes exequias de estos pontífices y en las de los príncipes y soberanos que fallecieron en aquella época. Fué uno de los arzobispos más amigo de los pobres y limosnero que se ha conocido; y en fin, este edificante Cardenal Arzobispo, desde el principio de su gobierno, ejercitó siempre las funciones episcopales con la mayor exactitud y decoro, caminando sobre los pasos de sus ilustres predecesores, cuidando escrupulosamente de la observancia de la disciplina eclesiástica. Murió este piadoso y virtuoso Cardenal el dia 16 de Noviembre de 1832, en Nápoles, á los ochenta y dos años de edad, y fué sepultado en la metropolitana en el expresado panteon y sepulcro. — C.

RUFUS (Ricardo), religioso inglés de la órden de S. Francisco hácia el año 1270, bajo el reinado de Enrique III, rey de Inglaterra. Fué doctor y profesor de teología en París, y se le dió el nombre de admirable filósofo. Escribió, segun Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, sobre el Maestro de las Sentencias; pero sus obras no han llegado á imprimirse. — A.

RUGERIIS (Fr. Jacinto de), dominico siciliano, natural de Trápani, en Sicilia. Tomó el hábito y profesó en su patria, obteniendo el grado de maestro en la sagrada teología; enseñó á sus compañeros en el convento de Santo Domingo de Nápoles la Escritura sagrada, y fué regente primero del mismo instituto. Sus grandes conocimientos en la doctrina de Sto. Tomás le valieron repetidos triunfos y una fama que casi ha llegado á nuestros dias. Atacados estos principios por los franciscanos y en particular por el minorita Fr. Angel Vulpes, salió Rugeriis á su defensa en un notable libro, que ha merecido siempre el aprecio de los PP. Predicadores. Estos ataques venian ya desde muy antiguo por la especie de antagonismo que existia entre estas dos órdenes hermanas, y que lo fueron despues en efecto, como lo habian sido en su orígen. Pero durante los siglos medios existió entre ellas una terrible lucha, separándoles no solo la doctrina de Sto. Tomás, sino tambien

la de la Inmaculada Concepcion, declarada felizmente dogma de fe en nuestros dias. Provenian las diferencias de los dominicos y franciscanos de una causa muy sencilla y natural. La religion Seráfica habia tenido en el célebre Scoto un doctor que durante algun tiempo lo llenó todo con su nombre, que fué el maestro de todas las escuelas, y el oráculo de aquellos siglos. Cuando el doctor Angélico se presentó en la palestra literaria, comenzó á disputar la primacía al famoso franciscano, y la superioridad indisputable de su doctrina, no tardó en darle uno y otro triunfo. Frente á frente ambos doctores, no tardaron en hallarse frente á frente tambien las órdenes á que pertenecian, y la cuestion literaria llegó á tomar un severo y grave carácter, cometiéndose hechos que aunque pertenecen á la historia no son propios de este lugar, y algunos de los cuales hemos referido en las biografías de los personajes á que pertenecen. Rugeriis solo tomó parte en la contienda literaria, ayudándole mucho el marqués Silvano de Monte Lelio, persona muy entendida y partidario decidido del doctor Angélico. La obra que escribió nuestro autor con este motivo lleva el título de *Defensorium doctrinæ D. Thomæ contra objecta P. M. Fr. Angeli Vulpis minorita conventualis;* Nápoles, por Onufrio Sabii, 1655, en fólio, época en que probablemente habia muerto Rugeriis, puesto que se imprimió por su hermano Donato. Obra, dice el P. Echard, llena de sólida y verdadera doctrina, aunque oculta bajo la más agradable modestia. Rugeriis escribió tambien otra obra que no llegó á ver la luz pública, con el nombre de *De antiquitatibus Atripaldæ civitatis*; y por último, puso en verso las *Summulas de Sto. Tomás de Aquino*, las que fueron impresas en Roma por Domingo Manelphin en 1652 en 12.°— S. B.

RUGERIO (P. Anelo de) de la Compañía de Jesus. Nacido en Nápoles á la segunda mitad del siglo XV, el P. Rugerio manifestó desde su juventud las buenas cualidades de que se hallaba adornado, que debian hacerle brillar algun dia en la religion. Modesto, atento y aplicado, era las delicias de su familia y el encanto de cuantos le trataban, que veian en él un jóven de las mayores esperanzas. Dedicado á los estudios, los siguió con aprovechamiento y rapidez, naciendo entónces en él ese amor al instituto de Loyola, que no se extinguió sino con su vida. Los jesuitas á su vez, que conocieron sus buenas dotes, procuraron ganarle para su instituto, lo que no les fué difícil, pues su amor al retiro y recogimiento, á la piedad y devocion, le hacian muy á propósito para la vida del claustro. Desde su noviciado aumentó su antigua aficion á toda clase de ejercicios espirituales, y así es que se le veia con frecuencia entregado á toda clase de maceraciones, y haciendo todo género de penitencias, así públicas como privadas, con placer y devocion. Veia en sus superiores sus padres y sus guías en el camino que habia emprendido, no separándose un instante de sus mandatos, ántes bien procurando antepo-

nérseles para ser un verdadero modelo en las prácticas de la Compañía. No hizo ménos rápidos progresos en los estudios. Cuando tomó la sotana gozaba ya fama de buen estudiante; pero en cuanto comenzó á consagrarse á las ciencias propias de su profesion, aumentó extremadamente su laboriosidad, la que unida á su no vulgar ingenio, hizo que no tardára en ser la admiracion de sus mismos profesores. Hallábase destinado á pertenecer á su número, y en efecto, en muy breve período comenzó á enseñar en el colegio de Nápoles; su juventud, su erudicion y elocuencia hacian el encanto de cuantos asistian á sus lecciones, y convencida la Compañía del buen fruto que de ellas se podia prometer, le nombró para otros cargos en que manifestó el acierto de eleccion tan digna. Pero en lo que principalmente se distinguió, fué en el profesorado, para que tenia particulares disposiciones, y en el que llegó á conseguir repetidos triunfos. Valiéronle estos ser elegido rector de su colegio, y quizá en esta ocasion fué cuando escribió la única obra que de él conservamos. Ocupado en estos trabajos se hallaba, cuando le sorprendió la muerte en su patria á 3 de Diciembre de 1626; esperábala tranquilo y preparado para tan solemne momento, pues lo es para los hombres superiores, que segun una feliz expresion, en la vida solo han visto la muerte y han aprendido á vivir para aprender á morir. El único escrito que se reconoce del P. Rugiero es una *Oracion que habia pronunciado en la inauguracion de los estudios* probablemente del colegio de Nápoles.—S. B.

RUGERIUS (P. Juan Bautista), italiano, de la Compañía de Jesus. Ignóranse la patria lo mismo que las principales circunstancias de la vida de este religioso. Es probable que vivió en Roma, donde era admirado por su elocuencia y erudicion, y en particular para el púlpito, á que se consagró casi continuamente. Sus obras, perdidas en su mayor parte, consisten en sermones, oraciones panegíricas y discursos pronunciados en las ocasiones más solemnes para que se le buscaba con insistencia, sabiendo saldria airoso de los mayores compromisos. Era así generalmente amado y estimado, y como á su saber é ingenio unia no poca piedad, se le miraba como un verdadero modelo, se le escuchaba con gusto y se seguian con placer sus consejos dados con desinterés y la mejor voluntad, pues no tenian otro objeto que el bienestar espiritual y temporal de las personas que á él acudian. Es muy natural llegasen á obtener algun cargo en su instituto, aunque el excesivo laconismo de las crónicas le omite, sin duda porque no fué de grande importancia, ó porque en él no tuvo tanta ocasion de distinguirse como en el púlpito, que es en lo que principalmente fija su atencion la biblioteca de la Compañía al dar cuenta de su única obra, que es un *Sermon panegírico de S. Cárlos Borromeo*, predicado en Roma en 1611 é impreso en el mismo año y lugar por Zanneti, en 8.°—S. B.

RUGGIERI D' UBALDINI, arzobispo de Pisa en 1276 y uno de los principales jefes de los Gibelinos, tuvo que luchar con el pérfido Ugolino de Gherardesca, que le disputaba la soberanía en Pisa, se apoderó de su persona, y le mandó encerrar con sus hijos en una torre, cuyas llaves arrojó al Arno, muriendo de hambre estos desgraciados hácia 1288. Dante ha referido en su *Infierno* este terrible episodio de las guerras civiles de Pisa, lo mismo que la cruel venganza que ejerce Ugolino en el infierno en el cráneo de su asesino.—S. B.

RUGGIERI (Cosme), astrólogo de Florencia, fué á Francia en tiempo de Catalina de Médicis, que le consultaba con frecuencia; obtuvo de esta princesa la abadía de S. Mahe en Bretaña; fué acusado en 1574 de conspirar contra Cárlos IV, y fué condenado á galeras, pero obtuvo el perdon por la proteccion de la reina madre. Acusado de una nueva conspiracion contra Enrique IV en 1597, consiguió tambien sustraerse á la sentencia. Murió en 1615. Habia publicado varios almanaques que obtuvieron bastante celebridad.—S. B.

RUGGIERO ó ROGERIO. Fué este cardenal monje de Monte Casino, tan distinguido, que mereció que el pontífice Alejandro III, en el mes de Diciembre de 1178, le crease cardenal sacerdote de S. Eusebio, y en 1179, le nombrase Arzobispo de Benevento. Concedió este cardenal indulgencia de un año al que hubiese visitado la basílica del expresado monasterio; hizo muchas gracias á su iglesia metropolitana, adornando su fachada con mármoles preciosos y enriqueciéndola con adornos y objetos para el culto, y por último concedió varios privilegios á su diócesis. Fundó en la iglesia de S. Bartolomé una piadosa hermandad para rogar por los fieles difuntos, en la que se inscribieron varios obispos, magnates y muchas personas distinguidas. En su tiempo estuvo en Benevento S. Francisco de Asís y Sto. Domingo, fundador de la órden de Predicadores, el que obtuvo con sus oraciones la tan deseada lluvia tras larga y perjudicial sequía. Fué este Cardenal acusado ante el papa Inocencio III de gravísimos delitos; pero abierta la causa, los jueces que nombró el Papa para juzgarle, encontraron falsas y calumniosas todas las acusaciones, y se le absolvió de toda culpa y sospecha. Murió este Cardenal el año 1222, á los cuarenta y cuatro años de cardenalato. Cardella dudó de la existencia de este Cardenal, porque no encontró inscrito su nombre en el catálogo de los electores sagrados de los siete papas que florecieron en su tiempo.—C.

RUGGIERO ó ROGERIO. Aleman de nacion fué este Cardenal. Fué un gran legista, y mereció por ello el título de maestro con que le designó la opinion pública. En Marzo de 1205 Inocencio III le creó Cardenal sacerdote de Sta. Anastasia, y le nombró legado en Sicilia cerca de Federico II,

al que fué muy afecto y agradecido. Fué nombrado despues de legado á Dinamarca, adonde con el cardenal Crescenci fué enviado á peticion del rey Valdemaro II, que le pidió al Papa para aquietar las discordias y disensiones que habia en el clero. La misma instancia hicieron Premislao Ottocaro, primer rey de Bohemia y Suerchero II, rey de Suecia, en el deseo de introducir la disciplina en sus iglesias. Cumplió Ruggiero estas misiones con tanto acierto, que logró avenir estos cleros con sus respectivos reyes, y todos quedaron reconciliados y contentos. Volvió á Roma el Cardenal, y despues de haber dado pruebas de su virtud y suscrito algunas bulas de Inocencio III, murió el año 1213.—C.

RUGIERO DE MOULINS, gran maestre de la orden de S. Juan de Jerusalen, fué elegido despues de la muerte de Juberto en 1177. Se conservan, sin embargo, diplomas suyos del año 1173, y hasta una bula de Alejandro III del año 1163, en que se le da el título de gran maestre. El P. Sebastian Paoli cree que ejercia entónces interinamente las funciones del maestrazgo durante el intervalo que medió entre la muerte y la abdicacion de Casto y la eleccion de Juberto. Sea de esto lo que fuese, parece cierto que Juberto no fué elevado á la dignidad de gran maestre hasta el año 1177. Pertenecia á una antigua familia de Normandía, conocida con el nombre de Limousin, y más tarde con el de Moulins por haber adquirido el castillo de este nombre. Despues de algunos años, la emulacion de las órdenes de Malta y del Temple se convirtió en una verdadera envidia, y llegó á tomar grandes proporciones por ambas partes. En el año 1179, durante el mes de Febrero, hicieron un tratado de paz por mandato del Papa y la mediacion de los grandes maestres, pero esta paz no fué ni sincera ni duradera. Al mismo tiempo reinaba una grande division entre el clero y las órdenes militares. Los obispos acusaban á los caballeros de abusar de sus privilegios para sacudir el yugo de la autoridad episcopal. Por su parte los caballeros echaban en cara á los prelados de tratar con dureza á los leprosos hasta el punto de no permitirles tener iglesias particulares, ya que no eran admitidos en las públicas. Estas respectivas quejas fueron elevadas al concilio general de Letran, celebrado en el mes de Marzo de 1179, el cual hizo justicia mandando que los caballeros se circunscribiesen en los límites de sus privilegios sin faltar á la obediencia que debian á los obispos, y que estos concediesen una iglesia, un cura y un cementerio particular á los leprosos que viviesen en comunidad. Saladino proseguia entre tanto sus conquistas en la Palestina. El año 1184 se asociaron los grandes maestres de las dos órdenes con el patriarca Heraclio, para ir á solicitar nuevos socorros al Occidente. En 1189 estos mismos grandes maestres, enviados por el rey de Jerusalen al conde de Trípoli para negociar un tratado, llegaron el 30 de

Abril á Nazaret, donde recibieron una carta del conde en que les advertia que evitasen el encuentro del príncipe Afdhal, hijo de Saladino, que debia hacer una correría al dia siguiente en las tierras de los francos, prometiendo no atacar á persona alguna. Pero en lugar de seguir semejante consejo, escribieron inmediatamente á todos los caballeros que se hallaban en las fortalezas vecinas para que se les reuniesen cuanto ántes, y habiéndose juntado como quinientos, fueron al otro dia á provocar al príncipe musulman, cuya tropa ascendia á siete mil caballeros. Trabóse una accion, que fué de las más encarnizadas que se dieron desde el principio de las cruzadas. Casi todos los caballeros quedaron en el campo de batalla con el gran maestre de los Hospitalarios. El del Temple pudo salvarse apelando á la fuga. Despues de la batalla, los Hospitalarios buscaron el cadáver de su jefe, y le hallaron entre los turcomanos y sarracenos que habian sucumbido al filo de la espada de aquel, ó que despues de su muerte los caballeros le habian inmolado á su resentimiento. Fué conducido entónces Rugiero á Tolemaida, donde se le hicieron los honores fúnebres. Habia sido el primero que llevó el título de gran maestre.—S. B.

RUGINIO (Fr. Francisco), capuchino italiano natural de Cortona, en el ducado de Milan, floreció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por sus conocimientos en todos los ramos del saber humano. Sus vastos estudios, su capacidad más vasta todavía, le valieron todo género de distinciones y honores, y en su vida mereció constante estimacion y aplauso. Predicador y teólogo de la provincia de Roma, llenó satisfactoriamente su cometido, tanto por su erudicion como por su elocuencia. Oianle con gusto pobres y ricos, grandes y pequeños, y todos salian admirados de su ejemplo y doctrina. Nadie en su siglo, aunque fecundo en oradores, pudo competir con Ruginio, que fué la lumbrera de Italia, el faro de Roma, el modelo del buen gusto, el que dió, por decirlo así, la norma á la moda, que invadió entónces los grandes espacios de la nacion italiana. La elocuencia sagrada, como la poesía y todas las artes, tienen ciertas variaciones ó manifestaciones, como hoy se dice, y aunque el pensamiento sea el mismo en el fondo, admiten tantas alteraciones las formas, que no es dado abarcarlas á la vez á la inteligencia humana. Cuando una forma ha dominado por largo tiempo, cayendo de los ingenios de primer órden en el dominio de los de segundo, decae completamente, el gusto se debilita, y la poesía ó la elocuencia pierde todo su valor ó grandeza. Necesítase una nueva forma, una opuesta manifestacion para darlas ser y vida, y aunque sea de esas que se caracterizan como expresion del mal gusto, y de consiguiente de decadencia, una vez admitidas prestan el servicio de animar por instantes el cadáver que estaba destinado á desaparecer por largo tiempo de la superficie de los países de la inteligen-

cia. Así es como vive eternamente el ingenio humano, cómo continuan las artes su peregrinacion en la tierra, aunque nunca pueden ser comparadas á los momentos de su verdadero apogeo. La crítica y la historia, que vienen despues, separan lo ficticio de lo verdadero, el oropel de las piedras preciosas, y caracterizan lo que de bueno y bello tuvo cada sistema, siquiera en su siglo fuese mirado como lo sublime, y considerado como un semidios el hombre que animó aquella inerte materia, justo premio al servicio que prestára. Ruginio fué uno de estos seres privilegiados, que encontrando muerta á la elocuencia, exánime á la poesía, trabajó con celo y éxito en darlas vida, en hacerlas brillar por un momento, aunque con adornos frívolos y postizos, con formas corrompidas y de mal gusto; acaso si hubiese hecho lo contrario no le hubiese escuchado ni comprendido su siglo, y hubiera como tantos otros pasado desapercibido, continuando el arte languideciendo y olvidado por completo. No solo los nuevos caminos que abrió al arte fué á lo que debió su popularidad este religioso; acaso no hubiera conseguido abrirlos, sin que le precediese una grande fama, sin hallarse dotado de cualidades superiores. Habia abrazado todas las ciencias, el derecho y la teología, la filosofía y la elocuencia, la poesía y la historia. En todas brilló y se distinguió, y pudo por lo tanto lanzarse en la nueva carrera en que hizo grandes progresos. Sus sermones obtuvieron universal acogida, sus versos fueron objeto de la lectura de todos sus contemporáneos, y mereció las distinciones y afecto de grandes y pequeños. Por desgracia sus obras no han llegado hasta nosotros, ya porque no llegaron á darse á la prensa, ó porque en su mayor parte se perdieron ántes de imprimirse: la que de él se conoce y única de que podemos dar cuenta, lleva el siguiente título: *Epigrammata varia, et Disthica ad Eminentissimum D. D. Dominicum Gymanasium S. R. E. Cardinalem amplissimum*; y fue impresa en Roma por Guillermo Fraciolto en 1625. —S. B.

RUGLEN (Fr. Eugenio de), religioso capuchino y excelente predicador. Con ardiente caridad y con el mayor celo asistió por espacio de un año, en el de 1625, á los contagiados por la mortífera peste que asoló muchas ciudades y poblaciones de Francia. Asistió con la mayor solicitud á los enfermos de la epidemia que habia en el hospital de S. Luis de la ciudad de París, y á otros muchos de la ciudad de Beauvais, y por último fué invadido del contagio y sacrificó su vida en obsequio de sus prójimos. Habia este caritativo religioso sido doctor en teología en la Orden, y muriendo en aquel oficio de caridad, mereció lugar entre aquellos de quienes dijo Jesucristo Salvador nuestro: *Quien obrare y juntamente enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.* Fué sepultado en el cementerio de la iglesia de S. Esteban. Allí se colocó una cruz, que mudamente está publicando que no se han

olvidado los moradores de aquella ciudad, del beneficio que les hizo este ilustre varon. Por el cual tambien se celebraron públicos y solemnes sufragios y oficios fúnebres en las iglesias más principales.—A. L.

RUGOSUS ó RUGGUS (Rogerio), religioso de la órden de S. Francisco y doctor en teología. Compuso muchas obras, y entre ellas cuatro libros de comentarios sobre el Maestro de las Sentencias; *de Máximo et Mínimo*; algunos otros *Comentarios in libros de ánima*; y algunas obras de teología cuyos manuscritos, segun Pitseus, se han conservado en Cambridge.—A.

RUINART (Thierri). Nació este sabio benedictino en la ciudad de Reims el año 1657, y puede decirse que mamó la piedad con la leche. Entró en el colegio de los Buenos Niños en su ciudad natal, y siguiendo los estudios con aplicacion, tomó el grado de maestro en artes el año 1674. Este mismo año, conociéndose capaz é inclinado á la vida religiosa, tomó el hábito de S. Benito, en la abadía de S. Remigio, y pronunció sus votos en el año siguiente, en la abadía de S. Faron de Meaux. Luego que practicó los ejercicios espirituales que se exigen á los profesores por la regla de la congregacion de S. Mauro, le mandaron sus superiores á S. Pedro de Corbia á estudiar filosofía y teología, en donde su aplicacion y excelentes prendas hicieron concebir las mayores esperanzas, y no tardó en considerársele como uno de los religiosos más distinguidos de la Orden. A sus estudios agregó la lectura de las santas Escrituras, la de los libros de los Santos Padres, y la de los antiguos monumentos históricos, cuyo estudio hacia con decidida predileccion. En 1682 obtuvo Mabillon de sus superiores que se llamase al padre Ruinart á S. German de los Prados para que le sirviese de colaborador en los grandes trabajos que habia emprendido, y habiendolo logrado fué su maestro y su amigo: le enseñó la lengua griega, y le dirigió en la carrera de la erudicion por el plan que desarrolló en su tratado de los *Estudios Monásticos*. Con el más tierno cariño correspondió Ruinart á los cuidados de su maestro, aplicándose por complacerle con empeño en el estudio de las ciencias; y así es que sus nombres se ven comunmente juntos en las relaciones de los viajes literarios, en la correspondencia, y en las ediciones de las obras de los Santos Padres. A pesar de esta íntima union, Ruinart visitó solo, en 1696, los monasterios y los archivos de las iglesias de Alsacia y de Lorena, en donde recogió multitud de documentos que contribuyeron mucho á la perfeccion de las obras de que se ocupaba Mabillon. La muerte de este querido maestro consternó á Ruinart, y desde entónces desfalleció de tal modo, que parecia vivia maquinalmente. Los deseos que tenia de continuar los *Anales benedictinos*, le obligó á emprender el viaje de Champaña para reunir memorias y datos; pero si bien hizo felizmente este viaje á pesar del dolor que le atormentaba desde el fallecimiento de su buen amigo, cayó gra-

vemente enfermo en la abadía de Hautvilliers, y en ella murió el dia 27 de Setiembre de 1709. Conócense de este sábio religioso las obras siguientes: *Acta primorum Martyrum sincera et selecta, ex libris cùm editis tum manuscriptis collecta, eruta vel emendata, notisque et observationibus illustrata... His præmittitur Præfatio generalis, in quâ refellitur Disertatio undecima Cyprianica Henricis Dodwelli de paucitate martyrum;* Paris 1689, en 4.°; Amsterdam, 1713, en fól., con adiciones y correcciones de mano de Ruinart; Verona, 1731, en fol., con algunas adiciones. Las actas sínceras de los mártires han sido traducidas en francés por Drouet de Maupertuy; Paris, 1708, en 8.°, 1739, en 2 vol. en 12.° y otras muchas veces. El prefacio contra Dodwell se ha insertado en la edicion del tratado de Lactancio titulado: *La muerte de los perseguidores*; por Bauldri, en Utrech, el año 1692, en 8.° Bastante bien refutado por Ruinart el sistema de Dodwell, ha sido adoptado por la mayor parte de los filósofos modernos, y especialmente por Voltaire, que le ha revestido de las seductoras apariencias que sabrá dar á los sofismas; pero á pesar de ellas no ha podido destruir los sólidos razonamientos de Ruinart, ni las autoridades en que los apoyó este sábio. Además escribió y publicó Ruinart: *Historia persecutionis vandalicæ in duas partes distincta. Prior complectitur libros quinque Victorii Victensis episcopi et alia antiqua monumenta ad codices manuscriptos collata et emendata, cum notis et observationibus, posterior commentarium historicum de persecutionis Vandalicæ ortu, progressu et fine*; Paris, 1694, en 8.° La obra de Victor, obispo de Vite, en la que se describe la horrible persecucion de los vándalos contra todos los que se oponian á la herejía de Arrio en Francia, en España, en Italia y Africa, compone la parte principal de este libro. A él ha añadido Ruinart una tabla cronológica en la que se hallan clasificados los acontecimientos por fechas; el martirio de siete monjes que le sufrieron en Cartago en el reinado de Hunerico, un elogio de S. Cipriano, y una crónica abreviada del último tercio del siglo V: considérase á esta obra como una continuacion de la de las Actas sínceras de los santos mártires. —*Sancti Georgii Florentii Gregorii episcopi Turonensis opera omnia, necnon Fredegarii scholastici Epitome et Chronicom cum suis continuatoribus et aliis antiquis monumentis*; Paris, 1699, en fol. Encuéntrase en esta obra un largo prefacio, que da nociones exactas sobre Gregorio de Tours y de Fredegario y sus continuadores. Esta edicion es una de las más raras y estimadas que han publicado los benedictinos de las obras de los Padres. Echard ha insertado en su coleccion sobre la ley Sálica los anales de los franceses, que forman parte del volúmen de que tratamos. El P. Bouquet tomó por base de su edicion de Gregorio de Tours (coleccion de las historias de los Galos y de la Francia) la de Ruinart, despues de haber coleccionado sobre dos nuevos manuscritos. —*Apología de la mision de S. Mau-*

*ro, apóstol de los Benedictinos en Francia, con una adicion relativa á San Plácido, primer mártir de la órden de S. Benito;* París, 1702, en 8.°; Chatellain, Baillet y otros críticos habian dicho que S. Mauro, abad de Claufenil, no fué discípulo de S. Benito; en cuya opinion consentian en cierto modo los redactores del Breviario de París, hecho en tiempo del cardenal de Noailles. Encargóse Ruinart de combatir esta opinion, y de refutar al propio tiempo los errores de Basnage sobre el santo abad y sobre S. Placido. Esta apología, traducida en latin, se ve al fin del tomo I de los anales de S. Benito. — *Ecclesia parisiensis vindicata adversus R. P. Bartholomæi Germon duas disceptationes de antiquis regum francorum diplomatibus;* París, 1706, en 12.° A fin de destruir de un solo golpe todos los razonamientos del P. Germon contra la diplomática de Mabillon, se limita en esta obra Ruinart á probar la autenticidad del registro de títulos de Vaudemiro y de su mujer Erchambuse, que es del mayor interés para la iglesia del país: en esto responde á todas las objeciones del jesuita y refuta sus conjeturas. — *Compendio de la vida del P. Juan Mabillon;* París, 1709, en 12.° Esta obra, publicada en francés, ha sido traducida en latin con aumento por el P. Claudio de Vic, y dada á luz en 8.°, en Padua, el año 1714. — *Disquisitio historica de pallio archiepiscopali.* — *Beati Urbani papæ II Vita.* — *Iter litterarium in Alsatiam et Lotharingiam.* Estos tres últimos opúsculos se encuentran en las obras póstumas de Mabillon, publicadas en 3 vol. en 4.°, en París, el año 1724. Contribuyó tambien Ruinart á la formacion del tomo VI de las Actas de los Santos de la orden de S. Benito, y preparó la segunda edicion de la *Diplomática de Mabillon*, cuyas siete reglas generales defendió contra la crítica del inglés Jorge Hickes, y dejó un manuscrito en el que da razon, á estilo de diario, de cuanto habia tenido lugar con motivo de la edicion de S. Agustin. Segun Mr. Labourderie, biógrafo de Ruinart en la Biografía universal francesa de Michaud, que hemos seguido en este artículo, el benedictino P. René Massuet publicó un compendio de la vida del P. Ruinart al frente del quinto volúmen de los Anales benedictinos, y en el prefacio de la segunda edicion de las Actas sinceras de los martires, obra sumamente apreciable, en la que Ruinart manifiesta á la vez su piedad é ilustrada erudicion. — C.

RUIS (Gildas de). Hasta aquí no se ha convenido todavía ni sobre el año, ni sobre las demás circunstancias del nacimiento de Gildas. Sin entrar en estas discusiones, que exigirian muchas más luces que las que nos da la antigüedad, diremos simplemente que Gildas, á quien muchos escritores dan el dictado de santo, nació en Arduid, hoy Dumbritton, en Escocia, algunos años ántes de concluir el siglo V. Su padre, llamado Lauro, de distinguida nobleza y no ménos religiosidad, tuvo mucho cuidado de hacer educar á él y sus demás hermanos en la piedad cristiana. Despues de esta

primera educacion, Gildas se puso bajo la direccion de S. Hilduto ó Eltuto, abad en el país de Gales. Tuvo por condiscípulos, entre otras personas de elevada clase, á S. Sanson y S. Pablo, los cuales fueron despues obispos en la Armórica. Gildas hizo grandes progresos en esta escuela en las letras divinas y en las ciencias humanas. Pero los hizo mucho más admirables todavía en la virtud. Habiendo sido ordenado de sacerdote, la Providencia, que le habia dado las cualidades que le adornaban para que sirviesen á otros de imitacion y de modelo, le llamó á la parte septentrional de la Gran Bretaña, donde encontró en qué ejercitar todo su celo. Hizo admirables conversiones entre los paganos y los herejes de que se hallaba lleno todo el país. De allí pasó á Hibernia ó Irlanda, donde despues de haber restablecido la fe y la disciplina, edificó diferentes monasterios, que fueron otras tantas escuelas para las letras y la piedad. Su devocion le animó despues á ir á Roma á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, y despues á Ráverna á orar ante el de San Apolinario. Al regreso de sus viajes se detuvo en las costas de la Armórica (la Bretaña francesa), resuelto á terminar sus dias en la oscuridad del retiro. Eligió con este objeto la península de Ruis, en la diócesis de Vannes, donde estableció un monasterio que ha conservado el nombre, y que quizá existe todavía hoy perteneciendo á los Benedictinos reformados. Hácia el año 565 fué cuando se retiró á este desierto y continuó durante el espacio de cuarenta y cinco años santificándole con la práctica de todas las virtudes cristianas, por las que marchó constantemente é hizo marchar á los demás que confió la Providencia á su cuidado. Murió en una dichosa ancianidad, llena de dias y de méritos, el 4 de las kalendas de Febrero, es decir el 29 de Enero de 605. Dánsele comunmente los sobrenombres de sabio y de Badomico. Dios le dió el don de los milagros durante su vida y despues de su muerte. Diferentes autores de estos últimos siglos han atribuido á Gildas muchas obras, que no se ha probado aún que le pertenezcan, por completo á lo ménos. Entre las que han sido honradas con su nombre hay dos que se hallan insertas en una coleccion de cánones para uso de la antigua iglesia de Hibernia. Esta coleccion se ha visto envuelta en el polvo hasta 1669, en que el P. Lucas d'Acheri, por medio de un manuscrito de la abadía de Corbie, la sacó de la oscuridad para darla al público en el tomo IX de su Spicilegio. No se ha impreso por completo por las razones que alega el editor en su prefacio. En la que se ha publicado son muy notables nueve ó diez cánones de S. Gildas sobre diferentes asuntos. Los hay para manifestar que no se debe juzgar ligeramente de los obispos, sacerdotes, abades y demás superiores, ni vituperar la conducta de los soberanos por causas ligeras. Establece en los otros que cada uno debe vivir conforme al estado que le ha designado el Señor. Que no

debe pronunciarse precipitadamente la pena de excomunion. En los demas trata de la tonsura y de otras cosas relativas á la disciplina eclesiástica, y forma, por último, en otro el carácter de los que se hacen justos y no lo son realmente. Créese que Gildas redactó estos cánones cuando trabajaba por restablecer la disciplina en Hibernia, y que forman parte de una coleccion que asegura Ursacio haber visto con su nombre en la biblioteca de M. Cotton. Esta coleccion se halla todavía manuscrita y contiene sesenta y seis cánones, segun relacion del mismo autor citado por otro. Además de los cánones anteriores, nos queda de Gildas un tratado en forma de elegía sobre la ruina y los desórdenes de la Gran Bretaña. Este escrito contiene dos partes. En la primera deplora el autor la desolacion de su patria á consecuencia de la conquista de los anglo-sajones, acaecida poco ántes de venir él al mundo, atribuida á la extremada corrupcion de sus habitantes. Dirígese en particular á los cinco príncipes que reinaban á la sazon sobre los bretones: Constantino, Aurelio, Conar, Vortipor, Cuneglas y Maglocum ó Maglon, y los reconviene á cada uno por sus crímenes con una libertad de profeta y un estilo de los más vehementes, exhortándolos á la penitencia. Esta primera parte se halla precedida de una corta descripcion y de una historia compendiada del país. S. Gildas emplea la otra parte en reconvenir al clero con la misma libertad y en el mismo estilo los desórdenes en que vivia entónces, su ignorancia, su avaricia, su pereza y sus demas excesos; al frente del escrito se halla un prefacio del autor para disponer los espíritus á leer escenas tan aflictivas. Protesta que no es el desprecio hácia las personas lo que le ha llevado á escribirlas. Que solo lo hace despues de una deliberacion de más de diez años y con los sentimientos de un escritor lleno de compasion por las desgracias de su patria, á las que desearia de todo corazon poder dar algun remedio. Que no se propone más que deplorar la pérdida comun de todas las personas honradas y el colmo de los males por que se hallan anonadadas. Que solo lo ejecuta gimiendo sin designio alguno de insultarlos. Que su estilo, aunque duro, estará exento de hiel. Luego despues de haber manifestado los diferentes motivos que le han hecho tomar la pluma, dice que está convencido de que su obra será recibida de muy diferentes maneras. Que los que temen verdaderamente á Dios le harán una agradable acogida, y que no le negarán las lágrimas que hace correr la caridad. Que los malvados, por el contrario, no podrán sufrirla, y que concebirán la tristeza é indignacion que inspira una conciencia criminal. Que por lo demás, aunque su escrito sea despreciable por el estilo, no contendrá más que verdades. Polidoro Vergilio manifiesta con esta ocasion que el autor se hallaba muy distante de sostener cosas falsas, y que únicamente tenia deseos de decir la verdad. Este amor á la verdad es el que le ha inducido, dice, á no perdonar ni áun

á su propia nacion, de la que dice poco bueno y mucho malo, aunque deplorándolo. Como hacia una vida inocente é irreprochable, hace observar un historiador inglés que tenia mayor autoridad para reprender á los malvados. Hablando el mismo Gildas de su obra, no la da más que el título de carta, y no la caracteriza sino como un solo libro. De manera que la division que se ha introducido en ella, separándola en dos, á cada uno de los cuales se ha dado su título, es completamente arbitraria. No se debe, por lo demás buscar en ella ni las formas ni la elocuencia de los oradores. Su estilo es grosero y casi tan duro como las verdades que dice; pero en cambio manifiesta una ciencia enteramente divina, un fuego de profeta, una intrepidez de apóstol, una profunda inteligencia de la Sagrada Escritura, una erudicion poco comun en quel siglo. Cita los actos de S. Policarpo, la carta de S. Ignacio á los romanos, algunos escritos de S. Basilio, los de Philon y de Porphirio, el grande enemigo de los cristianos. Algunos escritores han sostenido, por razones muy lógicas, que Gildas no es el autor de esta obra. Pero tienen en contra suya la tradicion constante de todos los siglos. El venerable Beda insertó muchos fragmentos en el siglo siguiente. Se halla citado por Alcuino y con el nombre de S. Gildas. El segundo autor de la vida de S. Guingalois le cita tambien en el siglo II. El mismo historiador de Gildas al principio del siguiente siglo se la atribuye decididamente, é inserta dos largos pasajes. Igualmente las cita en el siglo XII Godofredo de Mommouth. Los escritores posteriores han seguido constantemente esta tradiccion como parece por Polidoro Vergilio, Vosio y tantos otros. Pero no todos convienen en el año en que emprendió Gildas este escrito. Unos fijan la fecha de 528, otros en 543, y todavía más tarde aún en 564. La primera de estas tres épocas se acerca más á la que menciona el mismo autor. Dice que la compuso al principio del año 44, despues de la victoria obtenida por los sajones cerca del monte Badon, lo que puede convenir al año 530, cerca de diez años despues que se retiró el santo á la Armórica. Su obra era muy rara ántes del orígen de la imprenta. La rudeza de su estilo habia influido mucho en que no se multiplicáran los manuscritos. El primero que se sabe haberla hecho imprimir es Polidoro Vergilio, que le publicó en Lóndres en 1525, con un prefacio hecho por él, en un pequeño volúmen en 8.° Reimprimióse la obra en Basilea en 1541 sobre la edicion anterior y en el mismo volúmen en 12.° El escrito de Gildas habia sido insertado en 1555 entre los orthodoxógrafos, donde se publicó de nuevo en la edicion de 1569. Despues se le dió lugar entre los historiadores de la Gran Bretaña, y se le ha hecho entrar en las diferentes colecciones de la Biblioteca de los Santos Padres, tanto de París y Colonia como en la de Lyon. Pero es extraño que en esta primera coleccion se haya omitido el prefacio del autor, que se encuentra en todas las demás.

Gildas habia escrito tambien algunas cartas, que son citadas únicamente en general en uno de sus cánones de disciplina. Cave asegura que en su época se hallaban diferentes fragmentos en un antiguo manuscrito de la biblioteca de M. Cotton. Diferentes autores de Inglaterra atribuyen tambien á nuestro santo un libro de sermones y un tratado de la inmortalidad del alma. Otros escritores han procurado tambien honrarle con otras muchas obras, y le han atribuido una historia de los primeros habitantes de la isla de la Gran Bretaña, otra historia de sus reyes, una relacion de la victoria de Aurelio, profecías escritas en verso, las actas de S. German y S. Lope, un tratado de *Syxto cognoscendo* y un comentario en cuatro libros sobre el Evangelio. Pero es evidente que los títulos de las tres primeras supuestas obras, se han tomado del tratado sobre la ruina de la Gran Bretaña, y no suponen otras historias de aquel país más que lo que se encuentra en el mismo tratado. Con respecto á la cuarta obra siguiente, que se atribuye á nuestro autor, consiste en unas profecías ridículas, que se dan más generalmente á otro Gildas posterior en más de tres siglos á Gildas de Ruis. En cuanto á las otras tres obras de que se quiere hacer honor á éste, es preciso esperar á que se nos den pruebas positivas de que le pertenecen para contarlas en el número de sus escritos, ó perdidos ú ocultos en las bibliotecas. Se habla tambien de algunos libros de epígramas que habia compuesto, y de los que se leen algunos versos en el libro I de la *Historia de Inglaterra* por Godofredo de Cambrice ó de Gales. Pero segun todas las apariencias, tambien aquí se ha confundido á Gildas de Ruis con otro Gildas. Por último, se aumenta el numero de los escritos supuestos á nuestro autor, atribuyéndole el poema intitulado *Querulus ó Anlularia comœdia*, que se encuentra al fin de las comedias de Plauto. Pero no se le ha atribuido esta composicion sino porque su obra relativa á la ruina y los desórdenes de la Gran Bretaña lleva tambien el título de *Querulus* en algunos manuscritos. Además la *Anlularia* fué compuesta á principios del siglo V por lo ménos, pues se halla dedicada á Rutilio Numariano. —S. B.

RUIZ (Fr. Agustin), religioso franciscano, misionero y uno de los descubridores de Nueva España. La historia, sin embargo, solo nos dice de él lo siguiente. «En 1580 Agustin Ruiz, religioso de la órden de S. Francisco, partió de las Minas de Sta. Bárbara, prévio el permiso del conde de la Coruña, virey de la Nueva España, y del provincial de su Orden, acompañado de dos frailes de la misma y de ocho soldados; y despues de una marcha de doscientas cincuenta leguas hácia el Norte, entró en la provincia de Tiguas, donde murió uno de sus compañeros á manos de los indios, y temiendo los soldados que les cupiese igual suerte, se volvieron á Méjico, pero los otros dos religiosos se quedaron en el país. En 1582 Antonio Espejo, na-

tural de Córdoba y habitante en Méjico, fué en busca de estos, dirigiéndose hácia el Norte y recorriendo todo el país en el que encontró maiz en abundancia, melones, sandías, lino, frondosos árboles y viñas que producian uvas muy buenas, y en los bosques gran variedad de ganados, así como muchos peces en los rios. Mas no nos dice cuál habia sido la suerte del Padre Ruiz, aunque es presumible fuera buena, pues se sabe que llegó á fundar una mision, y que en una revolucion general de los indios, acaecida en 1680, fueron asesinados muchos misioneros del órden de S. Francisco.—S. B.

RUIZ (P. Alonso), de la Compañía de Jesus. Nació en Sevilla en 1535, y tomó la sotana en 1555 en la provincia de Andalucía. Estudió artes y teología, y pasó á Méjico en 1576. Distinguióse allí como misionero trabajando en la conversion de los indios, y prestando otros servicios á cual más útiles y recomendables. Su mucha capacidad y no vulgar virtud le permitieron dar agigantados pasos en la senda que con tan buenos resultados habia emprendido, realizando así un problema desde mucho ántes planteado, de aunar los adelantos materiales con los espirituales y hacer del cristianismo una escuela de bienestar, no solo moral sino tambien positivo. Pero únicamente debemos ocuparnos de las virtudes y buenas cualidadades del P. Ruiz, virtudes que le hicieron acreedor á los mayores elogios, y le permitieron realizar los planes de la Compañía en el Nuevo Mundo. Sabido es que esta llegó á formar poblaciones enteras, gobernadas por misioneros que las regian conforme á los principios de la ley de Dios. Las leyes humanas eran harto complicadas para los pobres indios, que en su sencillez comprendian mucho mejor al que les hablaba en nombre del cielo, lenguaje que halla siempre acogida en todos los corazones buenos y sencillos, que al que les proponia la adopcion de unas conveniencias que ni comprendian, ni podian comprender en su estado de atraso. Así es que cuando los religiosos hacian entre ellos rápidos adelantos, consiguiendo ganarlos para la doctrina del Evangelio y conservarlos en esta santa ley, los españoles, sus conquistadores, solo obtenian á costa de los mayores sacrificios que se los mirase con indiferencia, y si bien no se llegaba á atacar su dominio, se huia de él como se verificó en muchos casos. Así es como los jesuitas realizaron doctrinas que áun hoy son miradas como verdaderas utopias, y contribuyeron á los adelantos de la humanidad, en lo que no cupo poca parte á nuestro padre Alonso Ruiz.—S. B.

RUIZ (P. Alonso), de la Compañía de Jesus, provincial de la provincia romana en 1571. Segun todas las probabilidades era este religioso español, pues fué uno de los que ayudaron á S. Ignacio de Loyola á fundar su instituto, tan combatido despues, y que tantos triunfos ha alcanzado sin embar-

go y está alcanzando todavía. Ignórase no obstante á punto fijo la época y el lugar de su nacimiento, y áun sus primeros estudios; puede á pesar de esto suponerse que fueron los comunes á toda la Compañía, que en un principio por falta de profesores y por otras causas que no son de este lugar, consistieron únicamente en artes y teología, conocimientos por cierto bien escasos y cortos para los que no debian tardar en ser buscados como profesores en las principales naciones de Europa. Ruiz, hombre de superior talento, trabajó desde luego con ardor y celo por los aumentos de la Compañía, obteniendo los mejores resultados, como no podia ménos de esperarse de este ilustre religioso. Obtuvo diferentes dignidades, y más tarde la de provincial de la provincia de Roma, lo que demuestra sus grandes servicios y superioridad, pues de lo contrario no se le hubiese colocado en puesto tan difícil é importante. Contaba además con esas grandes virtudes que tanto distinguieron á los primeros Padres de la Compañía, y que fueron la causa de que esta llegase en breve término al grado de esplendor en que no tardamos en contemplarla con universal admiracion y áun envidia de muchos que desde entónces se declararon enemigos suyos. Triste suerte de todas las instituciones humanas, puestas en tela de juicio por los que ni siquiera comprenden su verdadero valor. El P. Ruiz fué uno de los que trabajaron por fijar la Compañía en sus fecundas bases, como lo han hecho en nuestros tiempos otros de quienes nos ocuparemos en los artículos sucesivos.—S. B.

RUIZ (Fr. Andrés), dominico español, natural de Leon. Cítale con grande elogio Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro de las iglesias de España*; tomo I, pág. 346, como uno de los varones ilustres de la ciudad de Leon. Tambien le menciona Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispánica*, pero los escritores dominicos aseguran no hay memoria alguna de este religioso en su Orden, que probablemente solo fué conocido en nuestro país, donde tampoco hay de él las mayores noticias. Compuso dos volúmenes de sermones, que no llegaron á ver la luz pública.—S. B.

RUIZ (Sor Antonia), religiosa de la tercera órden de S. Francisco, en el convento de la Magdalena de la ciudad de Alcaraz. Fué natural de la misma, y ejerció casi constantemente en el monasterio el oficio de portera, el cual llenaba sus inclinaciones de amparar y socorrer á los menesterosos y desvalidos, siendo tanta su caridad, que como era frecuente la ocasion de pedirla limosna los pobres, nunca se iban descontentos, pues se privaba áun de lo más preciso en su alimentacion y vestido, no siendo nunca sorda á sus clamores, siendo tanto el cariño que profesaba á los indigentes, que su mayor gloria la cifraba en hacerles y procurarles el bien. Era además tan grande el nombre y la fama que tenia en toda la ciudad, por sus virtudes, mucha

religion é inimitable caridad, que solian decir elogiando sus altas prendas, que despues de muerta la habian de embalsamar y ponerla en la portería, pues que solo la presencia de su cuerpo era muy suficiente para conservar el buen nombre del convento. Era muy devota de la Concepcion de la Santísima Vírgen, y estando rezando una vez, se le apagó la candela que tenia en la mano, y viéndose á oscuras exclamó: «Señora, cómo iré yo ahora por lumbre estando coja.» Al punto con gran sorpresa y admiracion suya, observó la maravilla de volverse á ver en la mano encendida la candela. No debe extrañarse el suceso ni que fuese dificultoso al Señor encender la candela de su sierva, para que acabase los loores de su Santísima Madre, quien en otro tiempo oscureció la luz del sol á los egipcios, dando á los hebreos claridad entre sus tinieblas, y en otro caso suspendió su curso. Cuando llegó el tiempo de su muerte, esta bendita religiosa se vió fieramente tentada del enemigo comun. Y á lo que se cree la debia argüir con que no habia guardado la pobreza que á Dios habia prometido. Mas ella replicó en alta voz: Qué más quieres, no me ves tan desnuda y pobre como el dia en que nací; hé aquí cuánta riqueza tengo; y echando mano á la garganta, tomó un crucifijo, que tendria como un real de plata de peso, asido á una cuerda de guitarra, y se lo puso en la boca. Despues de una vida santa y muy ejemplar, murió en el Señor apaciblemente y con la mayor tranquilidad, esperando disfrutar la bienaventuranza á que la habian hecho acreedora sus merecimientos y buenas obras. Habia cumplido la edad de ochenta y cinco años en el de 1553, y fué sepultada en el convento de S. Francisco de Alcaraz, de donde pasó á mejor vida.—A. L.

RUIZ (Fr. Bartolomé), religioso franciscano descalzo de la provincia de S. José, natural de la ciudad de Cabra en el obispado de Córdoba. Carécese de noticias acerca de su nacimiento, educacion y vida en el siglo, sabiéndose únicamente que pasó á las Indias, y hallándose en Nueva España, tomó el hábito en la provincia del Santo Evangelio, donde como práctico ya en el idioma de los indios, prestó grandes servicios en su conversion. Llegaron á la sazon á Méjico los religiosos descalzos de la provincia de San José, procedentes de España que pasaban á Filipinas, pidió licencia á su prelado deseoso de predicar á aquellos infieles, y pasó con ellos á la provincia de S. Gregorio con el custodio Fr. Pedro Alfaro. A su llegada al convento de Manila fué muy bien recibido lo mismo que los demás, y habitó allí durante algun tiempo ocupado en los ejercicios de la comunidad, coro y oracion, y en administrar el sacramento de la comunion á los españoles, hasta que habiendo conocido sus superiores sus grandes virtudes y el zelo que tenia por la conversion de las almas, le enviaron con Fr. Francisco de Montilla y otros cuatro religiosos al reino de Cauchin, donde pasó todo gé-

nero de trabajos y peligros hasta su regreso á Manila, á consecuencia de los sucesos del año 1583, que obligaron á llamarle á su superior. Intentó sin embargo por segunda vez esta jornada, y se embarcó con un solo compañero en un navío de mercaderes portugueses, y fué mejor recibido del rey de aquella tierra que la primera vez, porque le dijeron por medio de sus intérpretes, que si aquellos religiosos llegaban á fundar iglesias y establecerse en su país, sería fácil que los portugueses y otros cristianos se decidieran á residir en él, con lo que se aumentaria mucho el comercio de aquel reino, arribando con frecuencia las naves portuguesas con mercancías. Satisfizo esto la codicia del rey, y dió licencia para que los dos religiosos se quedasen en aquella provincia. Los mercaderes les edificaron entónces una casa pequeña de madera y una capilla dentro, á propósito para celebrar los oficios divinos. Llegado el tiempo de la partida del navío, el compañero no se atrevió á quedarse entre aquellos bárbaros, y pidió licencia á Fr. Bartolomé para volver con los portugueses, y aunque este le rogó y le suplicaron todos que no le dejára solo, no pudieron conseguirlo de el, ordenándolo Dios así, dice la Crónica, para más gloria y prueba de la paciencia y zelo de aquel apostólico varon, que se quedó muy contento con solo un intérprete. En aquella soledad con la esperanza del grande fruto que esperaba obtener de aquellos gentiles, pasaba los dias y las noches en contínua oracion, y pedia con ardientes lágrimas á nuestro Señor, que facilitase los medios para la salvacion de tantas almas. El intérprete no era nada entendido, y muy poco apto para explicar en lugar suyo los misterios de nuestra santa fe, y así no comprendian bien lo que les explicaba. Sentíalo en gran manera, y empleaba cuantos medios podia para hacerse comprender, y ellos le estaban mirando muy alegres sin querer volverse á sus casas. Pedíanle que los encomendase á Dios, y su ejemplo era tan grande, que llevados de él le daban todo lo necesario para su sustento. Divulgóse la fama de la vida ejemplar que hacia el Padre de los portugueses, pues así le llamaban, y le llevaban algunos enfermos para que les diera salud; decíalos los evangelios y otras oraciones, hacia sobre ellos la señal de la cruz, y algunos sanaban; y á otros aseguraba que si creian en el verdadero Dios y recibian la fe de los cristianos, sanarian de todas sus enfermedades espirituales y corporales. Como el intérprete no les explicaba bien las cosas que les decia, insistian constantemente en que les diera luego la salud, diciendo que hasta que se la diese, no se habian de marchar. El siervo de Dios, movido de compasion, y cediendo con frecuencia á sus instancias, se volvia á Dios y le pedia misericordia; consiguiendo con frecuencia la gracia de que sanáran algunos milagrosamente. «Estando, pues, de esta suerte, dice la Crónica, el bendito fraile muy contento y alegre, pareciéndole que nuestro Señor iba facilitando

la conversion de aquellos gentiles, sucedió que en tiempo de la sementera de sus arroces, les faltó el agua del cielo para poderse sazonar y granar, y como los gentiles son supersticiosísimos, y en todos sus trabajos se atreven á juzgar la causa y orígen de ellos, tuvieron por cierto que el Padre cristiano con sus oraciones y misa, era causa de que no lloviese, y como bárbaros engañados y persuadidos del demonio, en lugar de rogarle pidiese á Dios la lluvia necesaria, determinaron matarle: fuéronse á él de mano armada, y él sintiendo el ruido con un ánimo y valor del cielo, sin temor alguno, salió á hablarles, y preguntarles á quién buscaban y qué querian. Uno de ellos le respondió que á él, para darle cruel muerte, porque por él y por sus misas no llovia; entónces el santo varon con una boca de risa y alegría sobrenatural, les dijo: que se sosegasen, y que pues decian era poderoso para quitarles la lluvia, lo cual no era verdad, porque solo el Señor, que crió y gobierna los cielos y la tierra, que era el Dios verdadero que él les predicaba, tenia ese poder, que le creyesen ahora y esperasen un poco de tiempo hasta que él llorase sus culpas y le pidiese que les diese agua como lo deseaban y tenian necesidad; porque aunque ellos adoraban á falsos dioses, y por esto estaba su verdadero Dios muy ofendido de ellos, que era tan piadoso y poderoso, y tan buen padre de sus criaturas, que les proveeria misericordiosísimamente. Aplacados aquellos bárbaros con estas razones, se fueron y le dejaron, amenazándole con la muerte si luego no hacia llover. El santo varon se puso en oracion, y con encendido corazon y lágrimas de que tenia muy particularísimo don, al dia siguiente muy de mañana dijo misa, pidiendo á Dios el remedio de aquella necesidad corporal para que fuese medio de la espiritual que deseaba para aquellas almas. Oyó Dios la oracion de su siervo, comenzó á llover por toda aquella provincia, y los indios á alegrarse y engrandecer el santo Padre de los cristianos. Continuóse la lluvia, y creció con tanta abundancia, que su alegría se volvió en tristeza, y el amor que por ello habia cobrado el santo Fr. Bartolomé se convirtió todo en rencor é ira. Tomaran las armas, y con rabiosa furia volvieron otra vez á él, amenazándole de muerte si no alcanzaba de su Dios que se serenase el cielo y no lloviese más. Vuélvelos á aplacar y decir, que creyesen y esperasen en la omnipotencia y verdad del verdadero Dios, que él y los cristianos adoraban, y le diesen lugar para pedirle buenos temporales, que él esperaba en su misericordia infinita, que la usaria con ellos, aunque la tenian tan desmerecido, por no querer convertirse á él conociendo por vista de ojos el poder que tenia para dar y quitar la salud y la lluvia cuando él queria, y habiendo de creer, que quien este poder tenia, le tiene tambien para castigarlos eternalmente por su infidelidad. En fin, le dejaron, dando crédito á las esperanzas que les daba. Encerróse el santo varon en su cuarto,

acudió al Todopodero Dios, celebró otro dia misa, vertiendo la abundante lluvia de sus ojos que solia, con que cesó luego la del cielo, quedando los campos tan alegres y frescos, los indios tan gozosos, prometiéndose la mejor cosecha que jamás habian tenido, y todos creyendo ser verdadera la fe y ley la que el Padre de los cristianos les predicaba.» Hubiéranse sin duda convertido, si los mercaderes portugueses de la ciudad de Macao, para impedir que los españoles entráran en aquel territorio, y movidos por sus intereses, y el de conservar la demarcacion de sus conquistas, no hubieran vuelto con su navío, y sin mirar el daño que hacian secando en su raíz la flor de los trabajos que el P. Fr. Bartolomé habia padecido en los dos años que estuvo allí, no se hubiesen llevado por fuerza á aquel venerable y apostólico varon á la ciudad de Macao, dejando en aquella casa dos Padres portugueses. Despues de haber residido durante algun tiempo en Macao, volvió de nuevo á Filipinas, cansado y fatigado del gran número de leguas que habia andado á pié descalzo y dando grandes rodeos para ganar almas para Dios. Despues de haber pasado muchos trabajos, llegó á su convento de Manila, donde fué nombrado para la jornada del Japon, en compañía del santo mártir Fr. Pedro Bautista. Su mucha edad y el grande frio de este país le ocasionó diferentes enfermedades, que sufrió con admirable paciencia por espacio de dos años, y para que tuviese algun alivio en sus achaques, pues en Mean no descansaba un momento, le envió á Nangasaqui S. Pedro Bautista, donde vivió siempre entregado á la más alta contemplacion y haciendo una vida inculpable. Cuando supo la noticia de la prision de sus santos compañeros, se alegró en espíritu, pareciéndole que á él tambien le habia de caber su parte, y daba mil gracias al cielo, porque como él decia, aquella nueva planta de la cristiandad del Japon necesitaba un riego muy copioso de sangre, y mucho ántes del martirio, dijo que la órden de S. Francisco no habia de salir de aquel reino, sino derramando sus hijos su sangre por la confesion de su fe y predicacion del Evangelio, como se verificó en efecto, y aunque él no salió más que desterrado y preso, no fué pequeña cruz y martirio, dice su biógrafo, el que padeció en el navío en que lo llevaron á Macao, y despues allá, porque como era viejo y enfermo, no podia ménos de suceder que en tantas navegaciones y lejanas jornadas padeciera mucho, sufriéndolo todo con rostro alegre y fervorosos deseos de padecer todo esto y mucho más por quien tanto padeció por él, buscando siempre ocasiones en todos los países de infieles en que se encontraba de dar la vida per Jesucristo; pero viendo que no podria obtener por medio del martirio la gloria que deseaba, siguió el camino en que le habian precedido tantos confesores, sosteniendo sus deseos con rigores, asperezas y ayunos, además de otros muchos trabajos, en los que nunca le abandonaba la memoria del

martirio. Desde Macao volvió otra vez á Manila, y aunque por su ancianidad pudiera tomarse alguna dispensa para dar un poco de alivio á su cansado cuerpo, como estaba tan acostumbrado á los trabajos, no faltaba nunca á las horas del coro, oracion, confesiones, y á todos los demás ejercicios y ocupaciones en que le empleaba la obediencia, sin apartarse un punto de la presencia de Dios, que todo es menester en esta milicia espiritual, en que los enemigos jamás duermen, ni pegan los ojos, ni nos dan lugar para descansar, y es fuerza que pues ellos no se cansan de tentar, no nos cansemos nosotros de orar, tomando para ello tiempos determinados, que sean infalibles, y áun fuera de ellos, no perder el lado de la presencia de Dios, como lo hacia este su siervo, cuya conversacion era toda en el cielo, en que habia alcanzado una sinceridad columbina, con que se hacia agradable á Dios y á los hombres; asentábale muy bien con las canas, y tambien la profunda humildad y rendimiento que tenia á todo lo que le ordenaba la obediencia. «Eligiéronle guardian del convento de Micaguayan, lo que le afligió de tal manera, que no dejaba de lamentarse un momento, diciendo: Triste de mí, que no siendo yo aún hábil para el remo, me fian el gobernalle. No se equivocaban los prelados, que conocian su mucha virtud y prudencia, pues no estaba ocioso un solo momento, cuidando de sus súbditos y de los nuevos cristianos con grande solicitud, observando en lo que se ocupaban, y las inclinaciones que tenian, y cómo iban adelantando. Cuando le dejaban algun tiempo libre, se dedicaba á confesar á los cristianos, que deseaban los confesase por el grande consuelo que sentian en sus almas. Todo el tiempo que continuó en el cargo, y tuvo las suficientes fuerzas, conservó el rigor de sus penitencias, sin mitigar el voto de la pobreza que en él era extremada, y no por esto dejaba de llenar las necesidades de los súbditos y de los pobres indios segun lo permitia su estado, porque la caridad de Cristo á todos abraza; y comprendia tambien que por este medio aumentaria las buenas costumbres que habian aprendido los naturales de otros santos religiosos que habian sido prelados y ministros de aquel país. Por último, habiendo llegado á la edad de ochenta años, quiso el Señor llevarle para sí, y darle el premio de tantos trabajos como habia padecido en su servicio. Envióle una enfermedad muy penosa en que manifestó su mucha virtud y paciencia; y habiendo recibido todos los santos sacramentos con singular devocion, murió santamente, y fué á gozar los bienes eternos que le tenia reservados el mismo Señor á quien habia servido con tanto amor y fidelidad.—S. B.

RUIZ. (Venerable Sor Beatriz Ana), profesa de hábito patente de la Tercera Orden de S. Agustin. Nació de virtuosos padres en la villa de Guardamar, obispado de Orihuela, á 29 de Enero de 1666. A los treinta y tres

años de su edad quedó viuda, con tres hijas y un hijo, en la mayor indigencia y casi extrema pobreza. La Divina Providencia habia labrado á esta sierva suya, durante el estado de matrimonio, á prueba de grandes santos, y despues de viuda fué perseguida del enemigo comun de las almas, ultrajada de sus parientes, infamada de sus compatricios, aborrecida de los confesores de la villa, y desamparada de todos; pero el Señor se apiadó y la proporcionó un solo consuelo á tantas penas y disgustos. El notario Miguel Pujalte, que murió sacerdote, movido de pura compasion, se dedicó á asistirla en cuanto podia; pero esta proteccion, que la servia de alivio en lo temporal, acarreó á ambos horribles persecuciones, hasta en lo más vivo de la honra, no pudiendo oponerse á los envenenados tiros de la calumnia y de la maledicencia. Sus virtudes iban en aumento al paso que Dios acrisolaba su heróica paciencia con los trabajos. Habia tomado á su cargo padecer por todas las criaturas racionales, para que llegáran á gozar del sumo bien, y esta extremada caridad agradó tanto al Señor, que tomó tan por su cuenta la direccion de esta alma inocente, que casi sin otro director llegó á una sublime santidad. Un sugeto que vivia distante de aquella villa, y que casi siempre se comunicaba por cartas con aquella virtuosa sierva de Dios, observando lo mucho que abundaba en divina sabiduría en su modo de obrar y de pensar, conoció que esta grande inteligencia no podia dimanar de otra cosa, que de recibir especialísimos favores é inspiraciones del Señor, y así la suplicó, por no saber la venerable Beatriz leer ni escribir, se valiese del medio de Miguel Pujalte, que ya entónces era sacerdote, y le escribiera todo aquello que el Señor la diera á entender y fuese de su agrado manifestarle para provecho de las almas, enmienda de los vicios y adelantamiento de las virtudes. Obedeció rendida, aunque con gran tormento de su humildad, y por medio de su amanuense escribió las doctrinas de que luego se hará mencion. Murió esta insigne mujer el dia de Sta. Ana, su patrona, el dia 26 de Julio del año 1735, á la edad de setenta y nueve años, cinco meses y siete dias. La villa de Guardamar, que hasta entónces la habia tenido en un total abandono, toda ella se convirtió en su obsequio, luciéndose sus moradores pregoneros de sus virtudes. Hízole la villa á sus expensas un majestuoso entierro, autorizándole con su presencia y con aclamaciones de santa, y fué sepultada en la iglesia parroquial, dentro de la capilla de la comunion, dedicada á nuestra Señora del Rosario, á mano derecha del altar. A 29 de Diciembre del mismo año se la hicieron solemnísimas exequias, á expensas de la misma villa, en las cuales predicó el Mtro. Fr. Matías Ruiz, carmelita, natural de la villa de la Jana, prior de los conventos de Onda y Orihuela, y definidor de la provincia de Aragon, Valencia y Navarra; y el sermon se dió á la estampa en Orihuela, por Francisco Cayuelas, 1735, en

4.° Las doctrinas que la venerable escribió del modo referido son estas: 1.° *Doctrinas ó Revelaciones doctrinales para provecho de las almas, enmienda de los vicios y aumento de las virtudes.* Son sesenta y cinco en número, todas entretejidas de símbolos, metáforas, símiles, geroglíficos, parábolas y enigmas aptos y expresivos para atraer las voluntades con dulzura, suavidad y eficacia al amor de las virtudes. Las publicó el Mtro. Fr. Tomás Perez, de la órden de S. Agustin, en el libro segundo de la *Vida* de esta venerable, que imprimió en Valencia, año 1744, ilustrándolas con notas, y doctas reflexiones para manifestar su verdad y solidez.—2.° Tambien escribió de órden de su confesor, y por mano de Mosen Pujalte, un *Papel* dirigido á la priora y religiosas Agustinas del convento de Orihuela, que empieza así: *Para la Madre priora del convento de religiosas de S. Sebastian, órden de nuestro padre S. Agustin, de Orihuela. De una humilde esclava del Señor.* Contiene una vision que tuvo de muchos religiosos que padecian en el purgatorio por los defectos que explica en nueve *décimas*; y concluye con un *Poema*, que abraza toda la historia de la pasion del Señor que le habian pedido las citadas religiosas. El Mtro. Perez ingirió este *Papel* en el lib. 1.°, cap. 31, como asimismo en varios lugares de su obra, diferentes *versos*, que en sus raptos solia componer, siendo en lo natural una mujer ruda é ignorante. Los originales de ambos escritos, con una aprobacion del ordinario de Orihuela, estan custodiados en el archivo del convento de S. Agustin de aquella ciudad, juntamente con el *Resúmen de la vida*, que escribió Miguel Pujalte, y tambien hay copias auténticas de todo en el archivo de la villa de Guardamar.—La obra que compuso dicho Pujalte lleva el siguiente título: *Resúmen de la vida y virtudes de la venerable Beatriz Ana Ruiz.*—A. L.

RUIZ (Sor Catalina), religiosa de la Tercera Orden de S. Francisco en el convento de la Concepcion de Villanueva de los Infantes, en el arzobispado de Toledo. Fué una de las fundadoras de dicho monasterio, dotada de grandes virtudes, y sobre todo de mucha oracion, humildad y menosprecio del mundo, mereciendo por lo tanto ser colocada en el número de las personas ilustres de la sagrada religion de S. Francisco, en la santa provincia de Cartagena. Su amor al prójimo y su gran caridad, principalmente con los enfermos y dolientes, causaba admiracion. Por el largo espacio de cuarenta años continuos ejerció el oficio de enfermera con tanto cariño y solicitud, que parecia ser el más apropiado á su piadoso carácter; así es que jamás quiso aceptar otro alguno ni ser reemplazada, como quiera que por fundadora se le debia. Ejercia aquella caridad con tan grande cuidado, amor y misericordia, que parecia servir á Dios en cada enferma, y áun puede decirse que el hallarse enferma, asistida por tal enfermera, podia considerarse como una especie de granjería y beneficio.—A. L.

RUIZ (Fr. Cipriano), religioso cisterciense de la órden de S. Bernardo. Fué monje en el monasterio de nuestra Señora de Nogales, y despues abad del mismo y general reformador de la observancia de España. Fué sugeto muy docto, de gran perspicacia y capacidad, incansable en el estudio, de fecunda y erudita pluma, como lo muestran sus obras, que son las siguientes: un libro que intituló: *Nidulus theologicus*; —otro, *Nidulus philosophicus*; —otro sobre el *Canon de la Misa*, y otro de *Escritores españoles*.— A. L.

RUIZ (Fr. Conrado), monje cisterciense del monasterio de Herrera en la diócesis de Burgos; publicó un libro *De la Meditacion*, dedicado al cardenal D. Pascual de Aragon.—S. B.

RUIZ (Fr. Crisóstomo), monje cisterciense del monasterio de Huerta, donde fué maestro de novicios. Se dice que escribió, segun asegura Nicolás Antonio, con referencia al P. Enriquez, un tratado *Del oficio del prelado*, y otro *De la presencia de Dios*, los que no llegaron á ver la luz pública.—S. B.

RUIZ (V. P. Fr. Cristóbal), religioso franciscano natural de Ubeda, en cuya ciudad tomó el hábito en 1557. Dotado de las mejores cualidades, manifestó desde luego un talento no vulgar, que le llamaba á ocupar los puestos más encumbrados de su religion, y en efecto, no tardó en gobernar un gran número de los conventos de su provincia de Andalucía. Habia comprendido el espíritu de su siglo y marchaba con él; así no es de extrañar que pasase de uno á otro cargo y se hallase próximo á ocupar los primeros, no solo de su provincia, sino tambien de toda su Orden. Siendo prior del convento de Andújar, le trasladó al sitio en que permaneció despues, que era la iglesia de S. Aufrasio. Ignórase la época de su fallecimiento lo mismo que las demás circunstancias de su vida.—S. B.

RUIZ (Fr. Cristóbal), franciscano español de la provincia de la Concepcion, de la Observancia regular. Son tan escasas las noticias que de este autor nos han legado los bibliógrafos, que apénas podemos indicar el sitio de su nacimiento, y mucho ménos las principales circunstancias de su vida. Hanle citado, sin embargo, Nicolás Antonio, Wadingo y Gonzaga, conviniendo todos en que era tan notable por sus buenas costumbres como por sus vastos conocimientos. De lo primero es casi una prueba inequívoca su única obra conocida, modelo en el género ascético de pureza, uncion y elevados y piadosos sentimientos. De lo segundo no tenemos prueba para juzgar á ménos que no supongamos lo que sin duda es probable, de su sola cualidad de escritor, que fué un varon tan virtuoso como ilustrado. Escribió un *Tratado de la Oracion*, impreso en 1540.—S. B.

RUIZ (Hermano Diego), de la Compañía de Jesus, natural de Castilla, fué coadjutor temporal, muy pobre, humilde, amigo del trabajo y muy

devoto, en particular del santo sacrificio de la Misa, con tanto afan, que siendo cocinero disponia sus ocupaciones de manera que casi diariamente oia todas las misas que se celebraban en el altar mayor, sin faltar jamás á sus quehaceres. Su amabilidad, lo servicial que era, sus virtudes y su ciega obediencia, le granjearon el cariño y estimacion de los Padres y Hermanos, siendo muy apreciado de todos. Murió en la isla de Mallorca, pasando de esta vida temporal á la eterna el dia 1.° de Junio del año de 1601. El mismo dia en que ocurrió su fallecimiento, estando el santo Hermano Alonso Rodriguez rezando el Rosario por su alma, le vió aposentado en el cielo con rostro apacible y risueño, al lado de la Vírgen, de quien fué cordialísimo devoto.—A. L.

RUIZ (P. Fr. Francisco), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia, renunció el obispado de Calahorra para que habia sido nombrado por sus grandes méritos y notables circunstancias; pero la humildad y modestia que habian sido el norte de su larga carrera, no le permitieron aceptar una dignidad que creia superior á sus débiles fuerzas, aunque estas fuesen mucho mayores en realidad de lo que él suponia, como puede inferirse de la relacion que de sus hechos á continuacion insertamos. Nacido en la antigua provincia en que despues tomó el hábito, su familia, regularmente acomodada, le proporcionó una educacion correspondiente á su clase, que supo utilizar adquiriendo todos los conocimientos que más necesarios se creian á la sazon, y áun algunos que no eran entónces muy vulgares. Su amor al retiro y recogimiento favorecian mucho estos adelantos, tan rápidos como sobresalientes, asi es que en breve tiempo se halló en estado de figurar junto á los que más antiguos en los estudios, y de consiguiente más prácticos, se juzgaban más á propósito para figurar en las grandes lides literarias que herencia de la edad media, estaban aún en uso en los siglos posteriores. Controversista decidido todos los certámenes, todos los actos públicos que se verificaban en la ciudad de Santiago contaban á Ruiz entre sus sostenedores, que avezado á este género de ejercicios, salia siempre triunfante de ellos y decidia las cuestiones más difíciles y delicadas con una superioridad y un acierto que eran el asombro de cuantos le escuchaban. Hiciéronsele con este motivo proposiciones para seguir las más brillantes carreras, mas él que se hallaba decidido por consagrarse al estado religioso, no quiso aceptar ninguna, y comenzó ya desde jóven á renunciar á si mismo, renunciando las esperanzas del más brillante porvenir. Despues de esto no tardó en tomar el hábito religioso, aceptado con gusto por la comunidad de Santiago que adivinaba en él una de las más brillantes lumbreras de su Orden. Fuélo en efecto, no solo por su ciencia, sino tambien por su virtud, cualidad sin la cual ningun religioso merece tal nom-

bre, ni es acreedor á los puestos superiores á que le llama su destino. Sus estudios, capacidad é inteligencia parecian llamarle á los más elevados cargos, áun dentro del claustro, á que huyendo de ellos se habia retirado; serviale sin embargo de rémora su humildad y modestia, cualidades admirables que le distinguieron constantemente. Predicador afamado siguió paso á paso esta carrera, que era entónces una de las principales y de las que más porvenir prometian en las comunidades religiosas. Comenzó predicando por los lugares y aldeas, siguió en las oiudades y acabó por ser el orador predilecto en todas las solemnidades religiosas y actos de mayor importancia y lucimiento. Su elocuencia sencilla y conmovedora, su carácter bondadoso y amable, su genio dulce, su vasta erudicion, su grande piedad y su incansable paciencia, le hacian amar y admirar no solo de las personas religiosas, sino áun de los que alejados de la religion eran llamados por él á su suave y benéfico camino. Compadeciéndose de la suerte de los hombres, léjos de amargar su existencia con terribles anatemas, procuraba hacerles más llevadero el pesado yugo y ligera la carga á que habian nacido condenados en este mundo. Así es que sus discursos merecian las generales simpatías, y léjos de agradar á determinados caractéres, obtenian siempre el general aplauso de los débiles, porque les daba fuerza en su debilidad, y de los fuertes porque los animaba á continuar en su fortaleza. Su crédito como orador llegó á ser tan grande, que se le admitia á hablar en los capítulos y asambleas más notables de la Orden, que se le elegia con este objeto y áun se le encargaba tratase los asuntos más difíciles y delicados. Inútil es decir despues de esto, que fué elevado á diferentes prelacías, que desempeñó con celo y acierto, y hubiera obtenido los primeros cargos de su Orden á no haberse obstinado á vivir en la humildad, oracion, retiro y penitencia, que formaban las aspiraciones principales de su vida. Queria vivir en Dios y para Dios, apartado del bullicio y de los afanes del mundo, retirado de la vana pompa que áun en los religiosos suele perseguir á los que de ellas no se ocupan por completo. Sus superiores sentian su desasimiento de las cosas humanas, y cuando consultado por la corte, donde se conocian y apreciaban sus buenas cualidades, se negó á aceptar el obispado de Calahorra, dió un general sentimiento á todos sus compañeros y áun á sus superiores, cuyos ruegos y mandatos no pudieron en esta ocasion vencerle. Creíase el humilde religioso mucho más honrado con semejante abnegacion, que si prefiriendo la luz á la oscuridad de su vida, hubiese aceptado el báculo pastoral abandonando la cogulla, y por obedecer una vez hubiera perdido la ocasion de seguir toda su vida consagrado á la obediencia. Distante, pues, de las pompas y honores, pasó Ruiz el resto de sus dias orgulloso y contento de ver el destino que se le preparaba, no en esta patria, que

nunca miró como la suya, sino en la celestial de que se creia desterrado y á que no tardó en volver su alma, purificada por los sacrificios y penitencias, de las fragilidades naturales á la debilidad humana. Fué sepultado con grande pompa, y no sin aplauso y áun fama de algunos milagros, en el convento donde habia vivido.—S. B.

RUIZ (Ilmo. y V. P. D. Fr. Francisco), religioso de la órden seráfica de S. Francisco. Tuvo por patria á la ciudad de Toledo, siendo sus padres tan pobres, que su madre vendia aceite en un sotanillo para poder subvenir á sus necesidades; pero lo más notable fué que de aquel estado y sitio tan humilde, sacase Dios tan sábio varon y tan gran prelado. Viendo sus padres aquel hijo dotado de tanta imaginacion y talento, que habian criado en el santo temor de Dios, con el ejemplo de sus virtudes y buenas costumbres, esperando tuviese un porvenir lisonjero con el favor de Dios, le acomodaron por lo pronto por monaguillo en la santa iglesia de Toledo: salió excelente en el canto; y ya de más edad fué colegial en el colegio que fundó en Toledo un maestre-escuela y canónigo de aquella santa iglesia, donde estudió con el mayor lucimiento, saliendo muy aprovechado y sobresaliente en letras divinas y humanas. Se ordenó de sacerdote, siendo muy apreciado y considerado por todos los que le conocian y trataban. Mas su carácter particular, su aficion al estudio y al retiro, y más que todo, sus aspiraciones á observar una vida más perfecta, hicieron que huyendo de los lazos del siglo, se acogiese á la sagrada casa y convento de Sta. María de Jesus de Alcalá de Henares, donde tomó el hábito de S. Francisco en el año de 1493, y se le dió su guardian Fr. Juan de Marchena, siendo desde aquel momento un modelo y ejemplo de edificacion para todos sus hermanos. En este monasterio le halló Fr. Francisco Jimenez, el que despues fué cardenal y arzobispo de Toledo, y maravillado de su inteligencia y capacidad, le eligió por compañero suyo, confesor de su alma, y por su secretario de provincia cuando fué provincial de la santa provincia de Castilla, bien penetrado de que Fr. Francisco Ruiz era buen religioso, muy discreto, letrado, virtuoso y gran escritor, y además adornado de una voz para el canto que cautivaba. Caminando en una ocasion el santo secretario en compañía del despues cardenal Jimenez Cisneros, le dió una relevante prueba de su perspicacia y profundo conocimiento. Iban desde Toledo á Ajofrin, y en el tránsito le profetizó llegaria á obtener la dignidad de arzobispo, y ser un prelado de gran renombre. Efectivamente se cumplió el vaticinio, y cuando llegó Fr. Francisco Jimenez á ser arzobispo de Toledo, le consultó un dia el rey católico acerca de qué medio adoptaria para que los indios convertidos y recien llegados á la fe católica, fuesen mejor tratados de los gobernadores que el rey tenia en aquel nuevo mundo. Cisneros le aconsejó

que sin duda sería muy útil enviase personas religiosas con poderes para remediar los daños que el desórden de los gobernadores producia, y que al mismo tiempo fuesen versados en aquel género de negocios, y que no les llevase la codicia del oro, sino el deseo y objeto principal de la salvacion de las almas de muchísimos naturales, tenidos ya por hijos de la Iglesia. Aceptó el rey el consejo, y envió á aquellos remotos países á Fr. Francisco Ruiz, á Fr. Juan Trasierra y á Fr. Juan de Robles. Pasaron á Indias con ámplios poderes; prendieron á algunos gobernadores, compusieron y arreglaron muchas cosas pertenecientes al buen gobierno de estos nuevos vasallos, y trataron con el mas laudable celo de la conversion de aquellos pobres indios sumidos en la ignorancia y supersticion, consiguiendo convertir con la predicacion y ejemplo de su pobreza gran número de aquellos naturales. Volvió Fr. Francisco á España dejando á sus compañeros que continuasen en el ejercicio de la predicacion, para conseguir la salud y salvacion del mayor número posible de almas, trayendo á la península, como prueba de su estancia en aquellas lejanas tierras, entre otras cosas, un grano de oro de peso de más de mil ducados, y un cofre que presentó al cardenal Fr. Francisco, que contenia varios ídolos, de espantables y temerosas formas, en las que el ángel de las tinieblas se aparecia á aquella gente sencilla; todos ellos construidos ó tejidos de unas cuentecillas ó mallas de hueso, de pescados extraordinarios, y pintados de muchos colores. El cofre de estos dioses tan originales se guardó en el colegio de la universidad de Alcalá. Toda esta relacion la escribió é imprimió el maestro Eugenio de Robles, capellan de la capilla de los Mozárabes, y se halla en el compendio de la vida de Fr. Francisco Jimenez y del Oficio mozárabe. Los reyes católicos dieron el obispado de Salamanca á D. Francisco de Bobadilla, obispo de Ciudad-Rodrigo, y á Fr. Francisco Ruiz este último obispado, en remuneracion de sus grandes servicios y atendiendo á sus sobresalientes prendas y virtudes. Rigió aquella iglesia hasta el año de 1514, en el que falleció D. Alonso Carrillo, y el rey católico le presentó para el obispado de Avila. Tomó su posesion, y al poco tiempo murió el cardenal Fr. Francisco Jimenez, dejándole por su testamentario. Llegó el año de 1522, y España vió el gran milagro que obró el Espíritu Santo eligiendo por pontífice romano al cardenal Adriano, inquisidor general, gobernador de España, obispo de Tortosa y maestro del Emperador, con la notable circunstancia de no haber asistido al colegio de los cardenales, por hallarse ausente en reino extraño; varon de señaladas letras y en la virtud singular. Aceptó el nuevo electo el pontificado, y trató en seguida de pasar á Roma, concurriendo muchos prelados del reino á darle la obediencia, y tambien la enhorabuena, y ver esta maravilla. Uno fué D. Fr. Francisco Ruiz; y de él dice Blas Ortiz, canónigo de Toledo, en el

itinerario de este santo Pontífice y de los que se hallaron en Zaragoza con él. *Aderat præterea Dominus Frater Franciscus Ruyz Abulensis Episcopus, Ordinis Minorum, Toletique ortus, omni virtute et venustate plenus.* Le fué sirviendo hasta llegar á Roma. Se halló y asistió á su coronacion; volvió á España, y edificó en Toledo unas casas en la parroquia de S. Vicente, cerca de la Inquisicion, que actualmente las llaman del Cordon, por uno de S. Francisco que da vuelta á la portada. Pasó el resto de sus dias en compañía de sus ovejas, gobernándolas con el celo más constante para aprovechar á sus almas. Murió, y los suyos le dieron sepultura en el convento de S. Juan de la Penitencia, en la capilla mayor que habia fundado, fabricado y enriquecido á sus expensas; y el epitafio de su sepulcro es el siguiente:

*Esta capilla mandó hacer el reverendísimo Sr. D. Fr. Francisco Ruiz, Obispo de Avila, del Consejo de S. M., compañero del Illmo. y Rmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Gobernador de España y fundador de esta casa, su señor, por lo cual se enterró aquí. Falleció año de* 1528.

Los pontífices Adriano VI y Clemente VII le dieron licencia para testar. Dejó en su testamento seiscientos mil maravedises para seis capellanes, sacristan, tres acólitos y organista, y para casar doncellas; renta que aun en la actualidad subsiste. Al hospital de la Misericordia de Toledo le dejó renta para casar una doncella, y dió á este convento mucha plata para el servicio de su capilla y altar. Los seis capellanes dicen por su alma una vigilia en la dominica infraoctava de Corpus Christi, y otras en la Natividad de nuestra Señora y octava de Todos Santos. El testamento le otorgó en Toledo en 22 de Octubre del año 1528. En él manda á su iglesia de S. Salvador de Avila su Pontifical, y dice que lo dona con tal condicion, que no se pueda vender ni enajenar. Tambien le manda una parte de su librería. Dejó por testamentarios al guardian de S. Juan de los Reyes, y á cuatro criados suyos. El escribano se llamaba Fernan Rodriguez de Conde. El suceso más glorioso, para la memoria y vida de aquel santo prelado, fué el haber querido Dios manifestar en su tiempo el cuerpo santo de su primer Obispo S. Segundo, oculto á los cristianos de Avila por largo espacio de años, ocultándole los cristianos, que fueron testigos de las calamidades de su patria cuando los moros la ganaron; estuvo despoblada mucho tiempo, y los que la volvieron á ganar, como no fueron los mismos que se hallaron en la pérdida, aunque generalmente sabian haber quedado este santo sepultado en su ciudad de Avila, sin pasar á la montaña, el lugar no les era manifiesto; pasaron unos y vinieron otros, hasta que llegó el año de 1518,

al que estaba reservada la felicidad y buena suerte que gozaron los avilenses, recibiendo de contado el cumplimiento de sus esperanzas santas, cifradas en que llegaria algun dia en que se manifestase aquel tesoro escondido. Por fin llegó siendo pontífice romano Leon X, rey de España D. Cárlos, emperador de Alemania, príncipe de esclarecida memoria; y el suceso fué el siguiente. En una iglesia dedicada al mártir S. Sebastian, cerca de las riberas del Adaja, hay una cofradía de la advocacion del mismo santo, tan antigua, que Antonio de Cianza, en el libro segundo de la vida de S. Segundo é invencion de su cuerpo dice: que hay memoria de esta hermandad por los tiempos del Conde Fernan Gonzalez; el servicio y reparo de esta iglesia estaba por cuenta de los hermanos de esta cofradía; determinaron un dia en una junta se abriesen dos paredes colaterales de la capilla mayor, y se hiciesen dos arcos, para que quedase la iglesia más clara, y las capillas vecinas con más autoridad y servicio. Ejecutóse con toda brevedad lo que la hermandad mandaba, y comenzando á deshacer la pared cercana, que cae al lado de la epístola de la capilla mayor, uno de los que trabajaban, que se llamaba Francisco Arroyo, natural de la ciudad de Avila, descubrió un hueco. Estaba embebido en él un baso de piedra berroqueña con su cubierta; visto este descubrimiento por dicho obrero y por los demás que entendian en la obra, determinaron no pasar adelante sin dar aviso á la hermandad. Vinieron los cofrades para que fuesen testigos de lo que Dios queria obrar, y por conjeturas y tradicion de los Mayores, y sospechas seguras, resolvieron que no podia caber duda que aquel sepulcro contenia el sagrado cuerpo de su primer obispo S. Segundo. Al punto corrió la voz por toda la ciudad, apoderándose en un momento de los ánimos de todos, dándose nuevas y albricias por el hallazgo del cuerpo de su primer obispo S. Segundo. Acudieron las autoridades eclesiástica y seglar, eclesiásticos, nobles, ciudadanos, y todo el pueblo con ellos, llenos de un extraordinario contento y entusiasmo. Delante de esta multitud se abrió el sepulcro, halláronse dentro muchos huesos y cenizas santas, un cáliz con su patena, un anillo de oro con una piedra engastada y una letra que decia

SANCTVS SECUNDVS.

Con este nombre se redobla el contento, vertiéndose muchas lágrimas de devocion y alegría pidiendo á Dios misericordia, por medio de su querido pastor D. Fr. Francisco Ruiz, su actual Obispo, y en aquella hora parece que se vió verificado lo que Job dice respondió á sus amigos. *Quasi effodientes thesaurum, gaudentque vehementer cum invenerint sepulchrum.* Sacáronse algunos huesos, que fueron reverenciados en la presencia del pueblo, y

con ellos se extendió un olor tan celestial que confirmaba la santidad del cuerpo á que pertenecian. En aquel momento empezaron á verse milagros, y el primero que obró la soberana bondad, por medio de su siervo S. Segundo, fué en el primero que descubrió su sepulcro Francisco de Arroyo. Era quebrado, sentóse de rodillas encima del glorioso sepulcro, encomendándose al santo, quien le pagó bien su jornal dejándole libre y sano. Vinieron mudos, tullidos, enfermos, y alcanzaron por la intercesion de este santo la salud milagrosa que buscaban. Desde este dia tomó la iglesia nombre de S. Segundo, no dejando el primero del mártir S. Sebastian. El cáliz y la patena lo guarda por joya de inestimable precio la santa iglesia de Avila, y en el pié tiene esta letra

ANDREA PETRUCHI, ORTODASIENA FECE
CHESTO CAL.

Este letrero dice que este cáliz no es del tiempo en que padeció martirio S. Segundo, ni este sepulcro el primero en que los cristianos de esta primitiva iglesia le enterraron, sino de muchos años despues, cuando fué declinando la lengua latina en Italia y España. Trató la ciudad de adornar este sepulcro, en testimonio de su devocion pública. Así se hizo, y duró algunos años, hasta que la ilustre y religiosa señora Doña María de Mendoza, hermana de D. Alvaro de Mendoza, obispo de Avila, le adornó con un busto del Santo, de alabastro, con un sitial de lo mismo, é hizo este magnífico obsequio, por haber sido librada de una grave enfermedad por los ruegos é intercesion del bendito S. Segundo. D. Fr. Francisco Ruiz tuvo por sucesor en la sede á D. Rodrigo de Mercado.

RUIZ (Fr. Francisco), religioso lego de la órden de S. Francisco en la provincia de Cartagena. Era natural de Albacete, perteneciendo á aquel obispado, sugeto muy virtuoso y tan dado á la oracion, que en donde quiera que encontrase alguna santa imágen, fuese el negocio que quisiera, con dificultad podia abstenerse de hincar las rodillas y hacer oracion. Cuando iba de camino, se apartaba á un lugar solitario á rezar su oficio y devociones en igual posicion. Despues de haber recibido los sacramentos en una gravísima enfermedad dijo con el mayor gozo: Ahora bien, ya no me falta nada. Habiéndose puesto en el artículo de muerte, llegó el guardian y le dijo: Hermano Fr. Francisco, ¿teneis algun motivo de escrúpulo, y que no se avenga con el estado de pobreza que á Dios y á la regla prometísteis? A lo que respondió sencillamente: Padre, en toda la celda se encontrará solo una lesna, con la que he remendado las sandalias de los frailes. Murió á la edad de cincuenta y cinco años, en el de 1594, y fué sepultado en su mismo convento de S. Francisco de Murcia.—A. L.

RUIZ (Fr. Francisco de Valladolid), llamado así por la ciudad de su nacimiento, fué religioso benedictino, y abad en los monasterios de Salamanca y Zamora, y en el de San Facundo de Sahagun. Se distinguió mucho en su siglo por sus superiores conocimientos en la Escritura sagrada, siéndole muy familiar todas y cada una de las partes de la Biblia, á lo que unió el grande mérito de promover los estudios de las lenguas sabias para aumentar la aficion ó más bien dar mayor ensanche á la ciencia teológica, proporcionando de este modo medios para hacer nuevas, curiosas y eruditas investigaciones. Mereció por esta razon grandes elogios de Sixto Senense en su Biblioteca, libro IV; de Antonio Possevino, en el *Aparato sacro*, de Arnoldo Wion en el libro II, *Ligni vitæ*, cap. LXXII, y de Antonio Yepes, Gil Gonzalez Dávila y otros, en particular por la obra que publicó con el nombre de *Regulæ CCCXXXIII, intelligendi Sacras Scripturas ex mente Sanctorum Patrum, tum græcorum, tum latinorum, quas brevibus explanationibus illustravit;* Lyon, 1546, en 8.°; París, 1547, en 16.°; Colonia, segun Sixto Senense, 1588, en 16.°; y Constancia, 1598, en 8.° — *Indicem locupletissimum in Aristotelis Stagiritæ omniæ quæ exstant opera*; dos tomos, publicados en el convento de Sahagun en 1540, en fólio: adjunto, *Judicium de Aristotelis operibus.* — S. B.

RUIZ (Fr. Gaspar), religioso dominico, natural de Valladolid, fué maestro en sagrada teología, censor en el tribunal de la fe, y obtuvo la primera cátedra de teología en la universidad de Valladolid. Hallábase de prefecto ó prior en el colegio de S. Pablo de la misma ciudad, cuando dió á luz pública la obra siguiente: *Lucestiones selectas super III partem S. Thomæ, hocest, Commentaria circa illas in quibus defenditur doctrina illius ab omnibus siniestre intelligentibus eam, ex quolibet sint instituto;* Valladolid, por Bartolomé Portoles, año 1652, fólio. — S. B.

RUIZ (Fr. Gaspar), religioso benedictino del monasterio de Sto. Domingo de Silos, muy elogiado por los escritores de su Orden, ya á causa de sus conocimientos en teología y matemáticas, ora por los no ménos profundos que poseia en historia. Escribió una obra intitulada: *La Historia del monasterio de Sto. Domingo de Silos*, que parece concluyó en 1618, y se conservaba inédita en su monasterio. — S. B.

RUIZ (P. Gaspar), jesuita aleman, aunque probablemente hijo de padres españoles, segun no puede ménos de deducirse de su apellido y de la circunstancia de haber vivido á principios del siglo XVII, época en que nuestros ejércitos con un numeroso acompañamiento de empleados de diferentes clases, ocupaban aquellas regiones y áun otras muchas de Europa. La Biblioteca de la Compañía dice que el español era su idioma materno, y aunque no dé más explicaciones como son necesarias, pues parece natural tomase

más bien el apellido de su padre, pudiera muy bien ser esto porque habiendo pasado la mayor parte de su vida en las Américas españolas, allí para evitar dificultades de pronunciacion y áun otras que no sería extraño se le originasen, no hallamos inconveniente en que cambiase el apellido paterno por otro más vulgar á los oidos de sus compañeros, con los que tenia un interés en pasar por verdadero compatriota. Es, sin embargo, indudable que su padre debió pertenecer á una clase bastante elevada, puesto que Ruiz llegó á poseer los idiomas aleman, hebreo, griego, latino, francés y español, los cuales, al ménos los vulgares, no pudo aprender en la Compañía donde entónces no se enseñaban. Ignórase la época de su ingreso, y áun el lugar en que se verificó, sabiéndose únicamente que ya por disposicion de sus superiores ó bien á peticion suya, marchó como misionero á predicar el Evangelio al Nuevo Mundo, donde volvió á manifestar sus buenas disposiciones para el estudio de las lenguas, aprendiendo en un breve período las de los naturales de aquellos países llamadas á la sazon quinchuana, chiriguana y gorgotoquiense, sin cuyo conocimiento era absolutamente imposible obtener ningun resultado en las misiones. Destinado á la de Santa Cruz de los Montes, pasó allí grandes trabajos para obtener algun resultado en su cometido, por el mal clima y las dificultades del terreno, que imposibilitaban mucho sus tareas, y por el carácter díscolo y salvaje de sus habitantes. Llevólos todos con extraordinaria paciencia para obtener la salvacion de los indios, dando repetidos ejemplos de amor á la pobreza, humildad, mansedumbre y amabilidad para con los demás, miéntras era consigo mismo en extremo severo. Era muy amante de la obediencia y no ménos de la modestia, lo que manifestó en una gravísima enfermedad, de que vino á morir por último, despues de haberlo predicho, en la ciudad de Santa Cruz de los Montes de la provincia del Perú, en 22 Abril de 1694, á los veintidos años de religion. Dejó una *Gramática de la lengua gorgotoquiense*, que ignoramos si llegó á ver la luz pública. — S. B.

RUIZ (P. Fr. Gerónimo), religioso del Real monasterio de S. Gerónimo de Madrid. Era natural de la villa de Auñon, hermano del secretario Juan Ruiz de Velasco, gran ministro del rey D. Felipe II. Fué monje muy discreto, docto, recogido y devoto, y en las prelacias que tuvo en la Orden, que fueron la de Alpechin, la de S. Gerónimo de Yuste y la de su Real casa, manifestó sobremanera su grande prudencia, capacidad y observancia, dejando en una y otras comunidades recuerdos y memoria imperecedera que no acaba el tiempo, de sus buenos procederes, direccion y ejemplo, manifestando pertenecer á la casta de los justos, que se miden con la eternidad. Adelantado en años, con ejemplar resolucion, y con el objeto de tener mayor quietud y desembarazo para caminar al cielo, renunció el voto activo y

pasivo, y las salidas de casa, que siempre fueron muy raras, atendiendo solo á seguir la comunidad y el coro; de tal suerte, que parecia haber vuelto al estado de novicio, en lo puntual, humilde y obediente; nunca faltaba de prima, ni se salia á las laudes, aunque podia por sus exenciones, ni dejó de rezar el oficio divino áun el mismo dia en que murió, que fué el 25 de Octubre de 1626. De esta manera y con esta conducta religiosa, inimitable, corrió los períodos de su cristiana vida, que fué bien larga, pero siempre igual é inalterable en lo santa y religiosa, sin que jamás se le notase desaire ó desabrimiento, y sí la mayor compostura y modestia en sus acciones y movimientos, siendo siempre el mismo en perseverancia hasta el término de su existencia, para llevarse el premio de la salvacion, prometida por el Señor, á los que de tal modo marchan por las asperezas al mismo tiempo que peligros á que expone el mundo. — A. L.

RUIZ (Gerónimo), Minorita español, probablemente de la provincia de San Gabriel, que era la de Castilla la Nueva. Poeta latino de alguna erudicion, dejó una obra en verso, que se conservaba manuscrita en el archivo del convento de Madrid de la Observancia regular. Los autores se han abstenido de juzgarla, tal vez porque no la han visto, acaso porque solo por ajena relacion llegó á su noticia. Desgracia verdadera, pues hoy nos es imposible el hacerlo, porque acaso esta obra, como otras tantas procedentes del mismo orígen, se ha perdido quizá para siempre en un siglo que se llama verdaderamente ilustrado. No la suponemos de un mérito eminente, pero acaso haya impresas otras que la sean muy inferiores, y la historia en particular, más bien que el mérito, busca noticias que sirvan para esclarecerla, aunque siempre cite con más gusto un trabajo eminente, que uno mediano ó vulgar. De todas maneras, del poema del minorita español Gerónimo Ruiz no nos queda más que el título *De anima, Deo auspice et fortuna*; título que deja algo que desear, y es la lectura y conocimiento de una obra, que á juzgar por él, debia tener algunos rasgos de singular ingenio, y si no abundar, no carecer de esas bellezas que prueban la aplicacion y el verdadero talento. — S. B.

RUIZ (H. Gonzalo), de la Compañía de Jesus, misionero en el Perú hácia 1571. Tenia grande concepto por su extraordinaria capacidad, el que se aumentó cuando en la práctica se toca con los resultados de sus útiles servicios. Era muy entendido en el idioma del pais, y estuvo en compañía del P. Acosta en Arequipa, enseñando á los indios todos los domingos en la iglesia mayor, y ayudándole en estos actos. «Era tierno espectáculo, dice la Crónica, ver las tropas de indios, de esclavos, de negros y de niños ir cantando por las calles las oraciones y los artículos de la fe hasta el hospital. Conmovióse toda la ciudad y se hicieron muchas confesiones generales, en particu-

lar de personas opulentas que más las necesitaban, por tener las conciencias enredadas con humanos intereses. A vista de tanto fruto, continúa la Crónica, entraron en vehemente codicia de fundar un colegio, y el gobernador de la ciudad para disponerlo, tomó el siguiente medio: Acabado el sermon, mandó cerrar las puertas de la iglesia, y luego él con los principales de la ciudad, habiendo representado y ponderado á los presentes las conveniencias espirituales que se lograban con establecer de asiento á la Compañía; exhortaron á toda la multitud á contribuir para la fundacion, y en aquel dia y el siguiente juntaron hasta diez y seis mil pesos, los cuales ofrecieron con carta el ayuntamiento al P. provincial, rogándole cuanto ántes se dignase de admitir y disponer aquella fundacion. Mas á pesar de esto, partieron estos Padres á la ciudad de la Paz, donde hacia ya tres meses que se ocupaban en el bien espiritual de los prójimos, cuando el virey, que se hallaba á la sazon en Chuquisaca, los envió á llamar. Predicaron allí durante dos meses en las plazas é iglesias en lengua española, haciéndolo el hermano Gonzalo en la del país con tan buenos resultados, que la Real audiencia escribió al P. provincial pidiéndole la fundacion de otro colegio. El virey deseaba llevar consigo á aquellos Padres en la entrada que se proponia hacer en la feroz nacion de los chiriguanas; pero no teniendo licencia para ello el P. superior, despues de haber oido las confesiones de la gente de guerra, acampada á orillas del Picolmayo, partieron al Potosí, desde donde el H. Gonzalo marchó á Lima para dar cuenta al provincial de su comision, donde debió continuar probablemente hasta su muerte, pues no se encuentran más noticias suyas. — S. R.

RUIZ (Fr. Gregorio), religioso franciscano del convento de Valladolid, de donde probablemente era natural. Tomó el hábito siendo jóven todavía, y siguió sus estudios con grande aplicacion y aprovechamiento. Sus buenas cualidades le merecieron diferentes distinciones, no tardando en ser elevado á los primeros puestos de su Orden. Destinado á la enseñanza, la desempeñó por un largo período, mereciendo grande consideracion de sus discípulos y superiores, que veian en él una de las personas más notables de su provincia de la Concepcion de la Observancia regular. En esta época fué cuando compuso las obras que le han dado despues la reputacion á que debe el lugar que ocupa en esta obra. Ignórase si ocupó otros puestos en su religion, sabiéndose únicamente que cuando murió era lector jubilado, cargo que no excluye otros, pues meramente honorífico pudo obtener los activos que eran siempre el premio de una larga carrera; sábese sí que fué calificador de proposiciones del Santo Oficio, y tal vez por esta causa no ejerciera ningun otro cargo en la familia franciscana, pues á aquel se hallaban inherentes grandes obligaciones y una inmovilidad sobre todo que no se avenia con los ascen-

sos en las religiones, que no pudiéndose siempre verificar en una sola ciudad, exigian al que á ellos era promovido el tránsito de unos á otros lugares, lo que no era posible á Ruginio por su ocupacion, que se miraba como de superior importancia, y de consiguiente exigia la residencia del que la desempeñaba en la ciudad donde se hallaba el tribunal á que pertenecia, excluyéndole de consiguiente de todo cargo que no radicase en ella. Puede por lo tanto asegurarse que Ruginio vivió y murió en Valladolid, donde escribió y publicó sus obras: *Controversias theologicas, in IV lib. Sententiarum Schoti usque ad 50 distinctionem;* Valladolid, Juan Godinet, 1613, en fólio.—*Vitam Subtilis Doctoris.* — S. B.

RUIZ (Fr. José), natural del lugar de Cheste, religioso carmelita de la regular observancia, hijo del Real convento de nuestra Señora del Cármen de Valencia. Tomó el hábito el dia 2 de Marzo de 1683; obtuvo el grado de presentado, y murió en Cheste el dia 7 de Agosto del año de 1737. Tradujo del idioma italiano: 1.° *Las ciento y una proposiciones sacadas del libro de las Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento, condenadas por el sumo pontífice Clemente XI en la bula* Unigenitus, *consideradas como que contienen el sistema de Jansenio, y como condenables por sí mismas;* en Valencia, por Juan Gonzalez, 1729, en 8.° Este libro fué escrito en lengua francesa por algun teólogo doctísimo de la misma nacion, que quiso ocultar su nombre. Despues fué traducido en italiano por otro que calló tambien el suyo. En ambos idiomas fué muy aplaudido, y se repitieron sus impresiones, hasta que últimamente fué traducido por Fr. José Ruiz, para manifestar á los españoles el veneno que las proposiciones de Quesnel contienen, y la justísima razon con que las condenó por heréticas la Santa Sede. — A. L.

RUIZ (P. D. José Antonio Esteban y). Nació en Aguarón, en 29 de Julio de 1729, y estudió las humanidades, la filosofía y teología con útiles progresos en Zaragoza. Estando para tomar el bonete de doctor en esta facultad, estimulado de su piedad y deseando adelantarla, se fué á la real cartuja de nuestra señora de Aula Dei de dicha ciudad en 1750, donde profesó el instituto de S. Bruno en 3 de Mayo de 1751, y manifestó constantemente sus buenos propósitos en la puntual observancia de las funciones y santos ejercicios de su monacato. La agradable aficion, é instruccion que tuvo en la poesía, le hizo emplear varios ratos que dejan libres las tareas religiosas y en ellos trabajó. 1.° *Ramillete de diversas poesías*, así latinas, como españolas, en diferentes géneros de versos, sobre asuntos sagrados, piadosos y devotos. En un tomo en 4.° Ms., que ví en su celda el año de 1777, en el cual manifiesta cultura y elegancia, dando á sus argumentos la propiedad y adornos que les corresponde 2.° *Hymnus in laudem et honorem Sancti Joannis Nepomuceni martyris.* Son diez y siete estrofas que contienen la vida y mérito

de este santo, del modo más culto y conciso. Al fin pone la oracion que le dice la Iglesia, y una memoria de su canonizacion, del año en que se celebró su fiesta, y oficio eclesiástico. Ms. en 4.°, que asímismo he visto escrito de mano del autor, quien parece que murió el año de 1781.—L.

RUIZ (P. Juan), de la Compañía de Jesus. Nació en Cascante, en el reino de Navarra, diócesis de Tarazona, y entró en la Compañía en Alcalá á 13 de Febrero de 1568, siendo colegial trilingüe y cuando acababa de estudiar artes y teología. Fué uno de los primeros profesores del Colegio ó de los Estudios imperiales de S. Isidro de Madrid, donde explicó la clase de mayores ó de arte poética, y esta casualidad nos da motivo para una digresion que creemos muy propia de este lugar, cual es el referir en breves palabras la fundacion de esta iglesia colegial y áun decir algo de sus estudios convertidos en la actualidad en instituto de segunda enseñanza. Cuando Felipe II asentó la corte en Madrid en 1560, el duque de Feria, embajador en Lóndres, manifestó al P. Ribadeneira que se hallaba á la sazon en aquella capital aunque de paso para Roma, que aconsejase en su nombre al P. general de la Compañía, Diego Lainez, que intentase sin dilacion fundar un colegio en Madrid, para que el fruto espiritual que se recogia en otras partes por los ministerios de la Compañía, redundase tambien en utilidad de la corte y de las personas que la componen. Siguió el consejo el P. Lainez y escribió sobre el asunto á S. Francisco de Borja, que era á la sazon comisario general de España y al P. provincial de la provincia de Toledo, Antonio Araoz. Llegaron sus cartas en ocasion en que doña Leonor Mascareñas, que residia en la corte, habia pedido por confesor al P. Duarte Pereira, que habia sido page suyo y se hallaba en el colegio de Alcalá. Sabedor este de los deseos de sus superiores, apénas se los participó á doña Leonor Mascareñas, cuando llena de piedad quiso ser la primera que trabajase en esta fundacion, y comenzó á edificar una casa, dice la Crónica, en las que fueron de D. Bernardino de Mendoza, confinantes á Palacio, junto á la puerta de *Valnadú*. Si bien informado el rey D. Felipe de sus intentos le mandó desistir, avisándole que necesitaba de aquellas casas por la vecindad que con Palacio tenian, y son las que hoy se llaman casas del tesoro. Doña Leonor no desmayó sin embargo en su empresa, y valiéndose de un capitan muy virtuoso que vivia entónces en Madrid, llamado Alonso Fernandez, que habia servido con buena reputacion en la guerra de Italia, y que habiendo conocido con este motivo al P. Lainez y confesádose con él, cobró desde entónces grande aficion á la Compañía; y el cual desde su regreso á Madrid, de donde era natural, se ocupaba en obras de caridad por las que era muy amado y apreciado de todos y en particular de doña Leonor Mascareñas. Esta señora le encargó que buscase una casa en un barrio á propósito para los PP. de la Compañía, y

sabiendo él que un clérigo muy ejemplar, madrileño tambien y amigo suyo, llamado Pedro de Ceballos, tenia una en la calle que hace espaldas á la Concepcion Gerónima (aunque no tenia más que treinta y ocho pies y medio de ancho), ajustó con él su venta en dos mil doscientos ducados, en los cuales la compró doña Leonor á 11 de Mayo de 1560, y la cedió y traspasó á 2 de Agosto al P. provincial Araoz para la Compañía, despues de haber vencido alguna oposicion que hizo el ayuntamiento. Fué nombrado primer rector del nuevo colegio el P. Duarte Pereira y se destinaron á él los PP. Gaspar de Salazar, Juan Bautista de Segura, Esteban Perez, natural de Montalvo y Juan Martinez, que lo era de Pinto, el cual hizo donacion á este Colegio cinco años despues de todos los bienes que heredó de sus padres. Comenzáronse desde luego á hacer los ejercicios espirituales acostumbrados en el instituto de Loyola con tanto fervor y celo, como buenos resultados para las almas y especial consuelo de Doña Leonor. «Estos fueron los tenues principios del colegio de Madrid, dice la Crónica, cuyos maravillosos progresos debian dar materia abundantísima á nuestra historia, hasta llegar á ser de los más ilustres de toda la Compañía, en la magnificencia de su edificio en el copioso número de sujetos, en la fructuosa aplicacion al bien de los prójimos, en el doctísimo magisterio y enseñanza de todas las ciencias, en las frecueentes misiones y expediciones apostólicas. Y le veremos ser objeto de los cariños sagrados de la augustísima emperatriz María, que le declaró hijo heredero de su piedad como de sus bienes, y le vinculó el renombre de Colegio Imperial. Pero ántes de esta época tiene otros muchos protectores la casa de PP. jesuitas de Madrid. La princesa doña Juana de Portugal, que despues fué religiosa, habia manifestado siempre tanto amor á la Compañía que se alegró mucho de encontrarla en Madrid á su venida á la corte en 1561; y cuando fundó el monasterio de las Descalzas Reales, manifestó deseos de que predicasen en él algunos padres de este instituto, siendo el primero el P. Gaspar de Salazar que fué despues segundo rector de este colegio. Pidió tambien al P. Araoz confesores para sus damas y familia y fué nombrado para este empleo el padre doctor Pedro de Saavedra, y posteriormente el P. M. Bartolome de Isla, con lo que muchos caballeros y señoras de los que servian á la princesa les cobraron grande aficion, distinguiéndose entre estos D. Cristobal de Mora, que despues fué marqués de Castel-Rodrigo y virey de Portugal, y su mujer la marquesa doña Margarita Corte-Real, que los favorecieren en gran manera, pudiendo contarse entre sus más ilustres bienhechores. Siguió su ejemplo doña Margarita de Silva, dama tambien de la princesa, que á su muerte, acaecida en 10 de Agosto de 1568, pidió ser enterrada en la iglesia de este colegio al que dejó por heredero universal de todos sus bienes. Las predicaciones de los Padres obtenian al mismo tiempo los

mejores resultados en la corte, siendo muy notable el que alcanzaron en algunos caballeros jóvenes, que en la flor de su edad y cuando más los convidaba el mundo con sus vanidades y devaneos, cambiaron de tal manera de costumbres que toda la corte se admiraba de tan ejemplar reforma; señalándose entre otros, dice la Crónica, D. Bernardino de Granada y una hermana suya (nietos del rey Chico) D. Francisco de Carvajal y D. Diego de Vargas, los cuales perseveraron hasta la muerte en ejercicios virtuosos. Invitáronles muchas personas principales, entregándose á la devocion, penitencias y obras de caridad, cambiando las comodidades en vigilias y contínua oracion, castigando sus cuerpos con rigurosas mortificaciones y llevando duros y ásperos silicios debajo de sus opulentos trajes. Es memorable tambien, continúa la Crónica, un caso que sucedió en estos dias. Estaban en la cárcel catorce hombres condenados á muerte, por achacarles haber conspirado en la de un correo: delito que confesaron sin haberle cometido, los unos por el dolor y los otros por el temor del tormento. Estando ya para sacarlos al suplicio, entre los demás religiosos llamados para confesarlos y asistirlos se halló un padre de la Compañia, el cual enterado bien de la inocencia de aquellos miserables hombres, hizo tan eficaces oficios con los presos, que con estar sentenciada y tan á los fines la causa, los movió á hacer nueva informacion, en la cual averiguaron claramente la verdad, y dieron á los catorce reos por libres con mucha alegría de la corte, que celebró con bien merecidos elogios la diligente caridad de aquel jesuita. Seguíase en tanto con grande celo la fundacion de este colegio, y habiéndose aumentado el solar, se comenzó á edificar la iglesia primitiva con los socoros obtenidos de muchos bienhechores. Distinguiéronse entre los demás el condestable de Castilla D. Iñigo Fernandez de Velasco, hijo de la marquesa de Verlanga, doña Juana Enriquez, que despues fué camarera mayor de la reina Doña Ana y la habia inspirado grande amor y devocion á la Compañia, el que manifestaba en continuas donaciones, y le regaló en particular toda la madera necesaria para cubrir la iglesia, que hizo conducir á sus expensas de sus estados. A mayor abundamiento D. Alonso de Mendoza, conde de la Gomera «señor, dice la Crónica, de tan piadosas entrañas, que empleaba casi todas sus rentas en beneficio de los pobres, tan modesto que hollaba la pompa de la corte y la profanidad de sus galas, contentandose con un vestido muy honesto, y pisaba sus calles cifrándose á un criado toda su comitiva, y tan menospreciador de sí mismo, que en su fallecimiento se mandó enterrar á los pies de la iglesia de S. Felipe el Real, tenia tanto deseo de ver perfeccionada la nuestra (la de los Padres Jesuitas) que acudia todas las tardes á ver la obra y pagaba enteramente sus jornales á los trabajadores. Tambien facilitó el cielo el sustento, y áun el

regalo de los de la casa, que padecian muy estrecha necesidad, por el modo que ahora diré. Cuando la reina Doña Isabel (de la Paz, esposa de Felipe II) vino á España, trajo consigo una princesa de tiernos años, llamada Doña Claudia, sobrina suya, y deseaba darla aya que cuidase de ella y la educase en el santo temor de Dios. La camarera mayor de la reina Doña María de la Cueva, condesa de Ureña y madre de D. Pedro Giron, duque de Parma, á quien habia hecho el encargo la reina, fió la eleccion á los Padres de la Compañía, que acudian á confesar á palacio, los cuales propusieron una mujer honesta, de gran recogimiento y ejemplo, que en pocos años de edad epilogaba muchos de virtud y cordura, frecuentaba los sacramentos, y era en su trato y conversacion muy recatada. Llamábase Francisca Jara, la cual muy desde luego acreditó la acertada eleccion de los Jesuitas, granjeándose el amor de la reina y de las damas y señores de palacio. Porque cumplió exactamente y á toda satisfaccion con su difícil empleo, sin descaecer en sus ejercicios acostumbrados de devocion. Y como le constaba de la gran penuria con que en el colegio se pasaba, por no tener renta alguna; tomó por su cuenta, no solamente pedir limosna por semanas á la reina, á sus damas y á las demás señoras para la Compañía, sino que todos los dias tenia cuidado de recoger las sobras de las mesas de las damas, y las enviaba al colegio; industrias con que se mantuvo todo el tiempo que vivió la reina Doña Isabel, edificando mucho con su diligente asiduidad, á que contribuian las señoras con singular gusto por saber que era aquel socorro para la Compañía, que con tanto desinterés temporal dispensaba los ministerios de su instituto. Allí perseveró despues algunos años, dando siempre tales ejemplos de virtud, que su fragancia se difundia por todo palacio, donde introdujo que las damas comenzasen á ayunar el Adviento desde el dia de Todos Santos hasta la víspera de Navidad. En una ocasion en que el P. Don Diego de Saavedra, siendo rector del Colegio, le significó ser tanta su falta de medios, que no habia en casa aquel dia con que comprar el preciso alimento, le obligó á recibir una cadena de oro de más de cincuenta escudos, para que con el precio de su valor saliese de su congoja. Y así la cuenta este Colegio entre sus bienhechoras insignes; y cuando S. Francisco de Borja, siendo general, vino á esta corte en compañía del cardenal Alejandrino, en reconocimiento de su beneficencia le dejó facultad para que se pudiese enterrar en nuestra iglesia, y muy encargado á sus súbditos que le mostrasen la debida gratitud en cuanto se le ofreciese.» En 1567 se concluyó de edificar la iglesia de este colegio, pues hasta entónces solo habia habido una pequeña capilla, y la bendijo con licencia del gobernador del arzobispado, el 25 de Enero, dia de la conversion de S. Pablo, y con la advocacion de los príncipes de la Iglesia, D. Fr. Juan de Muñatones, obispo de Segorbe, y se

trasladó á ella el Santísimo Sacramento, celebrándose misa con grande solemnidad. Asistió á estas funciones Felipe II, acompañado de su esposa la reina Doña Isabel, del príncipe D. Cárlos, su hijo, de su hermano D. Juan de Austria y de los grandes, títulos y principales caballeros de la corte. Predicó el entónces célebre orador P. Miguel Gobierno un sermon tan erudito como elocuente, continuando en este ejercicio durante muchos años con grande fruto y aprovechamiento de las almas, y con no ménos concurso de gente, que acudian á oirle y confesarse con él. Otras muchas veces le oyó el rey, siempre con grande satisfaccion; y el príncipe D. Cárlos, su hijo, gustaba tanto de oir á este apostólico varon, que dejaba de asistir á cualquiera otro sermon por afamado que fuera el predicador, é iba á otra iglesia, aunque no le hubieran puesto el sitial y cortina, por oir al P. Gobierno, y se refiere que ancontrándole un dia el príncipe en la calle, le dijo: «Bien gobernais nuestro púlpito, Gobierno;» y lo mismo repetia en su ausencia. De este religioso, y ponderando su elocuencia ó más bien su forma de predicar, refiere la Crónica el siguiente caso: «Predicaba en Madrid una vez á las mujeres públicas, con el sosiego y blandura que acostumbraba, y hallándose presente el P. Ortiz, de la órden de S. Francisco, le dijo: —Padre, á estas mujeres no se las ha de hablar con tanta blandura; déjeme á mí con ellas. —El siervo de Dios cruzó entónces sus brazos, y calló. El P. Ortiz, desde las gradas del altar les habló con grande fervor de la muerte, del juicio y del infierno, pero sin fruto. Dióse con esto por vencido, y dijo al P. Gobierno que prosiguiese, el cual tomando ocasion del P. Ortiz, les dijo: —Mirad, hermanas, qué duras que sois, pues habeis obligado al P. Ortiz á que tome la mano con su mucho fervor, y con todo eso no ha hecho mella en la dureza de vuestros corazones; —y prosiguiendo con razones vivas y tiernas, fué Dios servido que se convirtiesen algunas.» La grande reputacion que los Padres de la Compañía alcanzaban en Madrid, influyó en que no tardáran en tratar de abrir estudios públicos en su colegio, lo que verificaron en 1572, enseñando desde luego latinidad y humanidades. Mas en un principio encontraron graves dificultades, no obstante la proteccion que siempre encontraban en el duque de Feria, que fué quien los ayudó en esta ocasion como lo habian hecho tambien en un principio.» Hé aquí cómo refiere la Crónica todo lo relativo á este punto, dato importante que legamos á la investigacion de los eruditos. «Habia el duque de Feria D. Gome de Figueroa, gran protector de la Compañía, pasado al reino de Portugal á negocios muy importantes que le encomendó el rey D. Felipe, y despues de concluidos, vuelto á esta corte, dió cuenta á S. M. de lo que habia negociado, y juntamente le refirió y ponderó como testigo de vista y de observacion, los especiales frutos de cristiandad, erudicion y policía que se lo-

graban en aquel reino con las escuelas de la Compañía, enseñando las lenguas griega, latina y hebrea, artes y teología, en sus colegios de Coimbra, Evora y Lisboa, fundados por aquellos reyes serenísimos. Sabia tambien el duque ser no inferior el provecho que se conseguia en la misma industria en nuestros estudios de Plasencia, de Murcia, de Belmonte y de Navalcarnero, haberse ahora establecido en la ciudad de Oropesa y pretenderlos la de Huete, y pareciéndole que en ninguna parte de los reinos de Castilla seria este medio tan útil como en la corte, cuya juventud, por más numerosa y arriesgada, necesita de educacion más diligente, hizo esta representacion á S. M. Aprobóla el rey y dió órden al duque para que en su real nombre lo tratase con el P. provincial Manuel Lopez, y le significase ser de su agrado que se abriesen aquí por lo ménos escuelas de gramática por ahora. El provincial dió este aviso á S. Francisco de Borja cuando estaba de partida para España, y llegado á Madrid dejó dispuestas las cosas de manera, que se diese por principio á los estudios por S. Juan de este año (1572). Entendida esta novedad meses ántes por algunos desafectos de la Compañía, indujeron al preceptor actual de la villa para que se quejase al Real Consejo con pretextos y motivos, parte frívolos y parte denigrativos del decoro de nuestra religion. Alegaba que abria la Compañía estas escuelas, no por buen celo de la instruccion de la juventud, sino por su particular conveniencia, para tener ocasion de surtirse de mancebos ricos, nobles é ingeniosos, y de esta suerte hacerse heredera de sus cuantiosas legítimas. Que la educacion de los religiosos solo serviria de malograr las generosas inclinaciones de la juventud, acobardando y apocando sus ánimos é inhabilitándolos así para la guerra como para otras empresas magníficas. Qué obligaban con violencia á sus discípulos á frecuentar el sacramento de la penitencia, y que con vana especie de modestia les ponian tasa en la gala del vestido, con que en lugar de enseñarles la policía, los acostumbraba á hallarse bien con el desaliño. Sobre todo inculcaba en el riesgo de haciendas; osando proponer como remedio preciso, que en caso de permitírsenos los estudios, se nos obligase á renunciar con escritura pública á cualquier derecho de este género. Desacreditaba el método y habilidad de nuestros maestros, exagerando la suya, y con las alas que sus fautores le daban, tuvo avilantez para poner en disputa algunos puntos de nuestras constituciones. Causó tanto ruido como escándalo el memorial. Y como habia fallecido por aquellos dias el cardenal Espinosa, presidente, cuya caridad y entereza era tanta como el amor y conocimiento que tenia de nuestra justificacion, lograron los émulos deslumbrar en el Consejo, hasta ganar una provision en que se mandó sobreseer de su designio á la Compañía. Mas porque nuestro silencio no pareciese tácita confesion de tan enormes calumnias: el provincial por

medio del príncipe (de Eboli) Rui Gomez, dió un memorial al rey deshaciéndolas. Y habiendo S. M. enviado al Consejo un recado, con aviso de su Orden, para que se abriesen los estudios de la Compañía, el Consejo tomó por expediente encomendar al Licenciado Molina, su oidor, que se abocase con el provincial y se informase del modo de leer y enseñar que observa la Compañía. El P. Manuel Lopez le respondió de palabra y por escrito cuanto deseaba saber. Ser notorio al mundo que la Compañía no admitia entre sus hijos á ningun estudiante pretendiente, sin que primero estuviese muy examinada y calificada su vocacion, y sin que precediese el beneplácito de sus padres, cuanto los términos hábiles permitian. No haber porqué rezelase Madrid con esta ocasion el menoscabo de las haciendas, más que tantas otras ciudades de España, de Portugal, de Italia, de Alemania y de otros reinos, donde habia colegios y estudios de la Compañía sin esta queja ni riesgo, de que por lo perteneciente á España era el mismo Consejo Real el más abonado testigo en la falta de recursos contra nuestras violencias, ó en la insubsistencia misma de las quejas tal vez representadas. Explicóle el método que en nuestras clases se guarda para la enseñanza de la juventud. Cómo con los premios y penas, con las competencias y emulaciones, con el ejercicio de las acciones dramáticas y retóricas declamaciones, se cultivaban y adelantaban los ingenios. Ser proposicion temeraria y blasfema decir que la devocion y la virtud (que la Compañía zela con mayor diligencia que la erudicion) acobarda y envilece los cristianos alientos. Que las letras, cuanto más humanizan á los jóvenes, tanto más los habilitan á la profesion de las armas, debiendo manejarlas, no la bárbara temeridad sino la razon juiciosa. Ser la frecuencia de sacramentos el medio más idóneo y el beneficio más singular que nos dejó el Redentor del mundo para remedio de las caidas de nuestra fragilidad; y como primero debemos preciarnos todos de buenos cristianos que de eruditos, no era mucho que la Compañía aplicase á su buen uso el mayor empeño; siendo manifiesta impostura decir que se valia de la violencia, pues queria gravar á la Compañía con tan supina ignorancia como no saber que el mayor contrario de la verdadera virtud es no ser voluntaria, sino fingida y violenta. Que en el uso de la gala se procuraba desterrar de nuestras clases la profanidad, como de perjudicial ejemplo; y á esta loable moderacion motejaban los desafectos con el impropio nombre de desaliño. En cuanto á lo idóneo de los maestros, se remitió á la experiencia futura y al informe que se podia tomar de las otras ciudades, donde ya la Compañía tenia bien acreditadas sus escuelas. Que si el interés ó el aplauso de la vanidad, fuera (como se fingia) el blanco de nuestras ideas, y no el bien público de la juventud, en semejantes fundaciones de estudios, nunca los abriríamos en Belmonte, en Navalcarnero y

en otros lugares mucho ménos conocidos. Con estas y otras muchas razones, que omitimos por la prolijidad, leidas públicamente en el Consejo, quedaron las calumnias abundantemente refutadas. Y para que allí constase tambien que el instituto de la Compañía, aprobado por los pontífices y por el concilio de Trento, nada tenia que no fuese digno de loa, se presentaron sin dificultad las constituciones y bulas apostólicas. Leyéronlas con toda la crítica escrupulosidad que gustaron; y con esta diligencia no solamente se acabó de desvanecer la nube de la emulacion, sino que la integridad y el proceder de la Compañía, cuanto más patente, quedó tanto más aprobado y favorecido.» Inauguráronse, pues, vencidas todas estas dificultades los estudios de la Compañía en Madrid, en 1572, con cuatro clases solamente en un principio, cuyos primeros profesores fueron el P. Juan Ruiz, de mayores ó arte poética; el P. Pedro Vazquez, de medianos ó sintáxis; el Padre Juan de Xava, de menores ó de las partes de la oracion, y el P. Juan Alonso de mínimos ó de los ínfimos rudimentos de declinar y conjugar; y poco despues se aumentó otra quinta clase de retórica. Concurrió luego gran número de estudiantes, y entre otros de la primera nobleza un hijo del almirante de Castilla, otro del conde de Lemos, y tres del príncipe de Eboli; y no obstante lo cómodas que á la sazon eran las clases apénas cabian los estudiantes en ellas, porque pasaban de setecientos. Paulatinamente fueron avanzando ó mejorando estos estudios, porque se aumentó á los cinco otro maestro para compartir mejor las primeras minuciosidades de la gramática; se destinó un confesor para el comun de los estudiantes; y se nombró un prefecto de los estudios, á cuyo cargo se puso la direccion general de todos ellos, cuidando que maestros y discípulos cumpliesen cada uno con su cometido. Este prefecto se hallaba encargado de admitir á los estudiantes á las escuelas, examinándolos precisamente, lo mismo que para pasarlos de unas clases á otras; despedia á los díscolos é incorregibles, y cuidaba privativamente de la congregacion de Nuestra Señora, que con el título de la Anunciada se fundó para los estudiantes, incorporándose en ella á los más distinguidos por sus familias ó adelantos entre los que frecuentaban las aulas. Sobre el método de enseñanza se encuentra á continuacion lo siguiente: «En ellas, además de la lengua latina en prosa y verso, letras humanas y elocuencia (tarea cotidiana de los estudiantes) con sus decurias, bandos, preces, premios, penas y otras industrias, con que en unos se fomenta la codicia de aprender, y se castiga la pereza ó flojedad en otros, se les enseñan todos los sábados los misterios de la doctrina cristiana, y los domingos del curso van procesionalmente con sus maestros y prefectos hasta la Plaza Mayor, donde se explican al pueblo. En muchos meses del año se les hacen pláticas espirituales, exhortándolos al amor y ejercicio de las virtudes, jun-

tos en el teatro magnífico literario, en que tambien oyen misa todos los dias; y en las aulas se rezan por la tarde el rosario ó la letanía de la Vírgen. El comun de los estudiantes se confiesa cada mes por lista, con su ordinario confesor; y los congregantes frecuentan de comunidad los sacramentos de la penitencia y la Eucaristía en las festividades de nuestra Señora y en otras de las más principales del año. La coronada villa de Madrid, que se portó con tibieza en la primera institucion de esta escuela, despues que vió sus utilísimos frutos, fabricó á su costa las clases que salen á la calle de Embajadores ó de S. Dámaso. El número de estudiantes es ahora (1710) muy inferior al de los principios, ya sea por hallarse Madrid ménos poblado de algun tiempo á esta parte, ya porque no permitiéndose antiguamente en Madrid más que un solo preceptor, y éste muy examinado y aprobado por la villa; ha muchos años que se toma quien quiere la libertad de abrir estudios en esta corte, haciendo granjería del ministerio, que son los gravísimos inconvenientes que en otra parte tenemos ponderados. Al principio de cada año, y despues como de tres en tres meses, se exponen los estudiantes más aprovechados á exámenes públicos en el teatro, con nombre de conclusiones, en las cuales lucen lo que saben y se despejan y ensayan para las funciones de mayor monta, que se les pueden ofrecer en la edad mayor: conforme los rumbos y empleos varios que en el discurso de su vida siguiesen. Mas aunque el número de los estudiantes es ahora inferior al de los tiempos antiguos, no lo es en calidad, pues en estos últimos años han ilustrado y ennoblecido las clases de este Colegio Imperial muchos grandes títulos, y otros caballeros de la sangre más esclarecida de estos reinos y de fuera de ellos, como son el Condestable de Castilla y su hermano; el duque de Linares, D. Miguel y su hermano D. José de Noroña; el duque de Atrisco D. Ventura Fernandez de Córdoba; el duque de Ciudad Real, príncipe de Esquilache; el marqués de Quintana y su hermano; el de Valdefuentes, hoy duque de Linares; el del Valle de Oaxaca y su hermano; el de Valparaiso y su hermano; el de Mortara y sus hermanos; el de Lorenzana y sus hermanos; el de Vellisca; el de Villarroya y su hermano; el de Aravaca y su hermano; el de Mejorada y su hermano; el de S. Millan; el de Navahermosa y sus hermanos; el del Solar; el de Montemolin y sus hermanos; el de Villamayor; el de Fuentehermosa y sus hermanos; el de Monreal y su hijo; el de Alcolea y otros. El conde de Oñate; el de Peñaranda; el de Cabra; el de Pie de Concha y su hermano; el del Grajal; el de Castelar; el de Escalante; el de Arenales; el de Yuste; el de Villaleal y sus hermanos; el de Fuenrubia y sus hermanos, el de Pineda y otros. El vizconde de Mata Rosa y el de Sierra Braba. Los señores D. Bernardino de Guzman, D. Manuel de Zúñiga, D. Fernando de la

Cerda, D. Bartolomé de Alagon, D. Juan Pardo de la Ceuta, D. Jorge Colona, D. Antonio y D. Baltasar Lauzoz, D. Casimiro Osorio Rubin de Celis, D. Juan de Teves, D. Pedro Oletz y Trolle, D. Juan Claros de Guzman, D. Alejandro Farnesio y otros muchos que dejamos de referir por la demasiada prolijidad, como tambien los caballeros de las ordenes militares ó hijos de consejeros, por ser excesivo el número de los indivíduos que de esta clase llegaron á asistir á los Estudios imperiales. Debiéronse las primeras disposiciones para su fundacion al P. Fr. Pedro de Saavedra, que tenia por entónces la superintendencia de esta casa; pero ni los vió comenzados ni tampoco supo las dificultades con que hubo que luchar por haber fallecido poco ántes; pero á estos triunfos no dejaron de preceder algunas persecuciones, y en particular una muy grande que sufrieron en Madrid hácia 1773, que refiere la Crónica en esta forma: «Renovóse por este tiempo en Madrid una gran persecucion contra la Compañía, publicando algunos de sus émulos en los púlpitos, que los jesuitas quebrantaban el inviolable sigilo de las confesiones. Cuyo orígen, tomado desde su principio, fué de esta manera. Predicaba el año 1558 en Granada el P. D. Juan Ramirez, solicitando el fruto espiritual de las almas con tan celosa diligencia, que le buscaba y seguia por iglesias, cárceles, hospitales, escuelas, y áun por las calles y plazas donde hallaba la gente más necesitada de doctrina. Era muy bien oido, veíanse conversiones extraordinarias de pecadores, enmiendas de costumbres estragadas, uso y frecuencia de sacramentos, socorridos los pobres, amparados los huérfanos y necesitados, y por medio de sus sermones lograba gran mudanza y aprovechamiento en aquella república. Mas el demonio determinó hacerle guerra y en él á la Compañía, tomando ocasion de un sermon que el P. Ramirez predicó en Santiago al Santo Tribunal de la Inquisicion, en que tuvo necesidad de tratar cuándo es lícito descubrir los cómplices del pecado en la confesion, y cuándo no: y aunque cuanto dijo fué con mucho acuerdo, y consultado con el gran arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero, y con el V. P. M. Juan de Avila, por la necesidad que habia de poner remedio en cierto caso muy escandaloso, todavía no faltaron religiosos que predicasen ser mala su doctrina, tomándolo tan de veras, é inculcándolo tantas veces y con tal vehemencia, que resultó muy notable escándalo en la ciudad. Algunos se apartaron de los nuestros y huian de tratar con ellos, teniéndolos por gente sospechosa y poco segura, porque los adversarios publicaban que revelabamos las confesiones, y así se derramó esta falsa voz por toda España y llegó por cartas hasta los estados de Flandes, donde á la sazon estaba la corte del rey D. Felipe. Tomó la mano el santo arzobispo para atajar el mal fundado rumor, componer á los predicadores, y establecer la verdad de aquella doctrina. Convocó á todos los superiores y maestros de aquellos

religiosos y á los otros varones doctos de la ciudad, y habiéndose ventilado la cuestion, convinieron en que la doctrina que el P. Ramirez habia publicado, era segura, sana y sin sospecha. Mas sin embargo de aquella decision, volvieron á divulgar los predicadores lo contrario con mayor escándalo del pueblo, en tanto grado, que el arzobispo para atajar este daño y cortar el mal desde su raíz, se determinó á declarar por sí mismo al pueblo la verdad, y así el domingo de ramos, sobre aquellas palabras del Evangelio del dia: *Solvite illos, et adducite mihi*, dijo: —Los que desatan á los pecadores en la confesion, han de trabajar por buenos consejos y persuasiones traerlos al Señor. Yo he permitido tratar hoy de esta materia del secreto de la confesion, por la necesidad que entiendo haber de declararos el engaño que en eso hay. Porque aunque parece haber diversos pareceres, y predicar diferente doctrina, entendais la verdad de ella, y os desengañeis del engaño que algunos teneis. Primeramente os digo, que el decir que se revelan confesiones, es muy gran burla, y la gente de quien se dice que lo hace es tan buena, que sea confundido por Dios si no es la mejor que yo he tratado en mi vida, y estoy bien informado de esto. Tratadla, conocedlos, experimentadlos; entrad, entrad y vereis ser grandísima verdad lo que os digo, y por lo que se aprovechan los que los tratan lo entendereis. Despues declaró la verdad de la doctrina, y añadió: Decidme, ¿con qué satisfareis á una gente tan santa de un levantamiento tan grande, como es decir que revelan las confesiones? ¡Plegue á Dios que los que lo han predicado no lo paguen en el infierno! Sabed que todos los que contradicen la verdadera opinion que aquí os he dicho, hablando y tratando de ella conmigo, vienen á confesar que es aquella la verdad, y que así la tienen, y tras esto predican lo contrario sin darnos primero parte ni consultarnos.» Finalmente, concluyó su sermon con poner silencio á los predicadores, y mandar que no se hablase ni tratase de aquella materia diferentemente de lo que habia predicado. Esto manifestó el arzobispo por motivo de su cargo, y escribió un tratado que envió á Roma, en confirmacion de lo que él y el P. de la Compañía habian predicado. Y el nuncio apostólico en los reinos de España, que era el obispo Marin, varon gravísimo y doctísimo de la sagrada orden de S. Francisco, viendo la polvareda que habian levantado los adversarios de la Compañía, y que muchos se cegaban con ella, escribió una carta á S. Francisco de Borja, entónces comisario general, que en defensa de esta cuestion tomamos de la Crónica de la Compañía. «Grandísima consolacion me ha dado la venida del P. rector, bendito sea nuestro Señor, que me hace tanta merced que sus siervos se acuerdan de mí. Hame dado mucha pena lo de Granada, no por causa del P. confesor de la Compañía, el cual ha hecho lo que debia á Dios para que se remediasen tantos sacrílegios, y no podia hacer ménos,

pues así lo mandan las reglas del mismo Dios. Ni la regla divina es (como calumnian los adversarios de la Compañía) ocasion de retraer las personas de la confesion sino de inducir á ella, y su manera es de provocar á los sacramentos, no con sufrir y disimular que de ellos salgan pecados y sacrilegios, sino que con admiracion de cosas tan santas se libren los cristianos de ellos, y alcancen justicia, santidad y gracia de Dios. Lo que me ha dado pena ha sido el poco miramiento de los que han predicado afeando y achacando lo que debian alabar y favorecer. Mas sepa V. S. que siempre el demonio sembró entre los de la santa Iglesia zizaña para causar division en los de la profesion de Cristo nuestro Señor; y todo esto no con manifiesta impiedad, sino con cubierta de zelo y piedad fingida, como parece ahora que de la especie de zelo se mueven algunos cristianos y profesos de religiosos á turbar la quietud á la Compañía, que á mi juicio no es sino oponerse á la provision que en estos tiempos tan peligrosos ha dado á su Iglesia nuestro Señor, y el zelo de los tales contradictores de la Compañía no es de nuestro Señor, sino muy carnal, y lo quieren revestir con cosas de espíritu, y con efecto es zelo de contencion y tiene por hito conservar no lo de Dios, sino lo que pretenden que la opinion de la Compañía les quita. Es símil á lo que dijo el apóstol: *Cum sit inter vos zelus et contentio, nonne carnales estis, et secundum hominem ambulatis? Numquid divisus est Christus? Quid est Paulus? Quid Apollo?* Qué es Sto. Domingo? Qué es S. Francisco? Ministros son de Dios, suya es esta Compañía. Pues no pongan division entre la Compañía del Señor y de Sto. Domingo y de S. Francisco. Acuérdense de lo que dijo nuestro Señor á los apóstoles, que no querian que los otros echasen los demonios con el nombre del Señor: *Qui non est contra vos, pro vobis est*; y de lo del apóstol, *sive per invidiam, sive per bonam voluntatem annuntietur Christus, in hoc gaudeo et gaudebo*; y la vana emulacion de Josué por Moisés, cuando le dijo que prohibiese que no profetizasen *in castris* aquellos dos, y le dijo Moises: *Quid eum lenis pro me? quis det, ut omnis populus prophetet?* Si hubiesen aprendido bien en las escuelas de estos santos maestros, sabrian que la Compañia se habia de favorecer, y que favoreciéndola se hace servicio á nuestro Señor. No se muevan los de la Compañía por eso ni se entibie su fervor; porque siempre la Iglesia y los escogidos tuvieron esta guerra no solamente de los tiranos y enemigos de la religion cristiana, mas áun de los que hacian profesion de santidad. Por eso esten en sus términos y no les mueva esta persecucion, aunque parezca que nace de hombres religiosos. Si más tiempo tuviese diria más. Pero sé que hombres tan ejercitados no tienen necesidad de exhortacion mia. Nuestro Señor conserve á V. S. en su santa gracia. De Olivares á 28 de Mayo de 1552. De V. S. siervo é hijo.—El obispo Marin, Nuncio.=Con la autoridad de estos dos personajes tan grandes

y tan calificados, se sosegó por entónces aquella borrasca, y mucho más con la verdad, que triunfa siempre de la calumnia. Pero despues los mismos perseguidores de la Compañía volvieron á suscitar en la corte aquel rumor, que parecia olvidado por el trascurso del tiempo, y para reprimirlos y volver por la verdad en materia tan grave, tan perjudicial y tan escandalosa, pareció necesario depurarla en unas conclusiones públicas que se celebraron en el colegio de Madrid, á las que asistieron muchos varones eminentes en letras, y se sostuvo de propósito la cuestion del cómplice. Pero algunos religiosos calificaron aún la proposicion defendida de temeraria y escandalosa, por lo que se sometió á las universidades de Salamanca, Alcalá, Valladolid, Toledo, Valencia y Avila, no quedando doctor ni varon grave, religioso ni seglar, que no aprobase y firmase la doctrina que enseñaba la Compañía, siendo este el fin de esta persecucion, que comenzó en Granada en la forma que hemos referido.—Habia sucedido en tanto en el rectorado del colegio de Madrid, al P. Mtro. Bartolomé de Isla, el P. Gonzalo Melendez, natural de Valencia de D. Juan, en el obispado de Leon, que habia entrado en la Compañía en Andalucía, habiendo sido ántes provisor del obispo de Córdoba, y era persona de mucha prudencia y destreza en el manejo de los más graves negocios. En 1574 se establecieron los estudios de la facultad de teología, con tres cátedras y doce discípulos internos: los primeros que las regentaron fueron los PP. Alonso de Sandoval, Alonso de Montoya, y Blas Rengifo; innovacion que sirvió, al decir de la ciencia, para el desengaño de algunos que estaban persuadidos de que los jesuitas no sabian más que humanidades. Los buenos resultados con que todos los catedráticos desempeñaron sus cargos, fué causa de que asistiesen en adelante, con más frecuencia todavía que hasta entónces, al Colegio Imperial, para tomar parecer en puntos graves de conciencia, y se cometia á los maestros de esta facultad el exámen de muchos libros que sus autores ofrecian dar á la prensa Estos estudios solo continuaron por un corto número de años, teniendo que suspenderse despues por la estrechez del local para tantos estudiantes, y por carecer tambien de recursos para el sostenimiento de tanto catedrático. En este mismo año falleció en Madrid el P. Dr. Ayala, que fué el que introdujo la costumbre de que los PP. de la Compañía diesen todos los dias de comer á los presos de las cárceles, en mesa puesta con sus manteles, distribuyendo á cada pobre su racion de carne, pan y vino, con la mayor limpieza y esmero que las circunstancias permitian. Proveyó tambien la enfermería de camas, medicinas y médicos para los dolientes, y de lo demás que conducia á su duracion y comodidad, acudiendo á la cárcel muchas personas devotas y principales, por respeto al P. Ayala, á este ejercicio de piedad. Estableció una cofradía contra los juramentos para desarraigar el abuso que ha-

bia en las cárceles, y procuró reformar las costumbres de aquellas gentes, por lo general corrompidas en demasía. Remedió á muchas mujeres perdidas, que con su mala vida ofendian á Dios, y perdian á muchas familias, y acostumbraba á decir que habiendo venido á Madrid á trabajar en la postrera hora del dia, cuando ya la vida se le acababa, le convenia darse priesa para recibir con los demás jornaleros el galardon de la bienaventuranza. Otros muchos religiosos ilustres por sus virtudes y saber brillaron en el colegio de Madrid, cuya fundacion acabamos de referir y continuaríamos con gusto si no fuera extendernos mucho más allá de los límites de este artículo, y de lo que en un principio nos propusimos: en cuanto al Bto. Juan Ruiz, objeto de esta digresion, diremos para terminar, que en 1576 sucedió al P. Pedro de Acevedo en la clase de retórica, que habia enseñado ya en los colegios de Belmonte y Murcia, habiendo en ambas partes tenido discípulos muy aventajados. Refiere la Crónica que cuando salió de Murcia para Madrid, salió á acompañarle uno de sus discípulos, y al despedirse de él le dió un regalo para el camino que por consideraciones de buena educacion no pudo dejar de recibir; pero no le tocó en todo el viaje, y en llegando á su término, le entregó al Padre ministro diciéndole que aunque le habia tomado sin licencia suya, por parecerle que no debia excusarse, por no tenerla de él para usarle le ponia en sus manos tal y como le habia recibido. Otro caso más notable todavía refiere poco despues en los términos siguientes: «Dos discípulos suyos, ya grandes, riñeron malamente en el aula, no estando en ella el P. Juan Ruiz, y el uno dió una bofetada al otro que determinó vengarse á su tiempo. Sabido el lance por el maestro, llamó á los dos, reprendiólos severamente, afeólos el caso y pidió con instancias al afrentado que perdonase aquella injuria. Mas como ya era hombre y honrado, no habia modo de ablandarle ni persuadirle con ruegos ni con razones. Entónces el buen Padre se arrodilló á sus pies, y con lágrimas en los ojos le rogó, que pues por su respeto no queria perdonar aquel agravio, se acordase de la bofetada que dieron á Jesucristo y de las innumerables injurias que padeció por nuestros pecados; y que por su amor y la memoria de su afrentosa y bendita muerte y pasion perdonase al que le habia ofendido. Turbóse el mozo de ver á sus piés á su maestro y venerable sacerdote tan humillado, y oyéndole las razones que le decia, se postró á los piés del que estaba tendido á los suyos, le pidió perdon de su rebeldía y dureza, y diciendo que perdonaba de veras al que le habia agraviado, le abrazó y quedaron muy amigos. No fué inferior á su humildad y caridad el rigor de su penitencia. Llevaba siempre puesto un áspero silicio y usaba otras mortificaciones; fué tambien muy devoto de la santísima Vírgen, á quien servia con entrañable afecto, y á cuyo especial patrocinio se atribuyó entónces la pu-

reza de su alma y cuerpo, que duró toda su vida. A principios de 1576 le sobrevino la cruel enfermedad de que murió; y despues de recibidos los santos Sacramentos de la Iglesia, cuando se hallaba ya agonizando, pidió le diesen una devota imágen de nuestra Señora, la que tomó con grande contento y alegría, y mirándola con mucha devocion, comenzó á reirse y besar los piés del Niño Jesus que tenia la imágen en los brazos. De esta manera, con gran júbilo de su alma y gozo de su espíritu, besando muchas veces la santa imágen, pasó de esta vida á la eterna en 9 de Enero, á la sazon que no contaba más que treinta años de edad y llevaba solamente ocho en la Compañía.—S. B.

RUIZ (Fr. Juan), religioso franciscano de la provincia de Descalzos de S. José, natural de Ocaña: desde niño le consagraron sus padres al estudio de las letras, y comenzó muy en breve á dar muestras de su buen ingenio. Fué excelente latino y humanista, siendo muy apreciado del sabio y virtuoso Fr. Francisco de Torres, que comprendia su grande porvenir, por la profunda aptitud que tenia para conocer las almas, virtud verdaderamente apostólica. De su vocacion, entrada á la religion y demas circunstancias de esta parte de su vida, no tenemos otra noticia sino que vistió el hábito en el convento de S. Juan de los Reyes, de la provincia de Castilla. Desde un principio fué muy dado al recogimiento, oracion y lectura de la Escritura Sagrada, con otros ejercicios espirituales; no siendo ménos notable por su modestia, moderacion y amabilidad. Estudió con grande aplicacion la sagrada teología, y adelantó tanto en las divinas letras, que despues de pasar por todos los grados, obtuvo la dignidad de predicador. Huia de la vanagloria y de las palabras ociosas, siendo muy obediente en todo á sus superiores, y áun con los iguales é inferiores se ejercitaba en los ejercicios más humildes del convento. Habia en aquella casa un sujeto lleno de todas las virtudes y cual convenia para el ejercicio de la predicacion, que ejecutaba continuamente con grande ejemplo por toda aquella provincia, predicando á todos los que querian aprovechar con su doctrina y ganando almas para el cielo. Andaba siempre á pié y descalzo con un hábito roto y remendado; en los conventos no tenia celda, ni dormia en cama; su ordinario aposento era el coro y la iglesia, siendo muy bien quisto y querido en toda aquella tierra, y ántes que en ella le eligiesen prelado, pasó á la provincia de San José donde no tardó en serlo. Ignórase lo que le movió á esta traslacion, mayormente cuando todos los que le conocieron le calificaron por varon santo y de grande ejemplo. «Por los sermones que predicaba, dice la Crónica, llegó á ser muy conocido y estimado de todos; íbanse tras él, como tenia tan buen espíritu y hablaba tan de veras al alma, oíanle con aplauso. La fama de su vida, y lo que veian en él, junto con la gracia natural que

Dios le dió, hacia grande efecto en los oyentes. Antes que fuese á predicar rezaba todas las horas, tenia un rato de oracion, decia misa y pedia á nuestro Señor con muchas ánsias la salud espiritual de los oyentes y que le pluguiese de abrirles los oidos del alma para que tocase en ellos su santa palabra y la recibiesen con el temor y reverencia que debe ser recibida, sin que fuese parte á estorbar este punto el descuido del ministro ó la malicia del demonio. Era muy dado á la leccion de la Sagrada Escritura y de los santos Padres; en estas fuentes bebia el agua clara, y de ellas sacaba todo lo que predicaba. De aquí vino á ser de los mejores predicadores de su tiempo y se estimaron sus cosas en mucho; solo él no las estimaba y pensaba que todo era poco y no servia de nada. Ninguna cosa hacen de mejor gana los humildes sabios y de buenos ingenios, que confesar claro que no saben ni alcanzan nada; al revés de los soberbios ignorantes, que por no conocer esto, presumiendo de sí, se quedan para siempre en su ignorancia. Naciale este menosprecio propio de una profunda humildad que tenia asentada en el alma, habida como por herencia de la compañía del santo Fr. Francisco de Toledo, que como tuvo tanto caudal de esto, púdoseles pegar mucho á los que anduvieron en su compañía.» De los que más adelantaron con sus lecciones y ejemplo fué uno este siervo de Dios, porque le conoció muy temprano y siguió todos sus pasos y ejercicios, como súbdito suyo. Alegrábase mucho de predicar en los pueblos pequeños á los labradores y gente pobre, pareciéndole que obtenia más sazonados frutos en aquellas sencillas almas. Este deseo de ganar almas y dar su vida por la fe y predicacion del Evangelio, le hizo procurar el ir á tierras de infieles, pero se lo impidieron sus prelados: viendo que no tenia esperanza de padecer martirio conforme eran sus deseos, era como verdugo de sí mismo y se fatigaba y castigaba con penitencias, mortificaciones, hambre, desnudez, falta de sueño y otros diferentes trabajos y penalidades que tomaba voluntariamente. Con estas virtudes y ejercicios se hallaba más dispuesto para sembrar la palabra evangélica, haciéndole el Señor la merced de coger muy copiosos frutos. Con este mismo deseo se ofreció á ir á la memorable batalla naval de Lepanto, donde manifestó su grande celo, ayudando y animando á todos en aquella memorable jornada; pero todavía le esperaban otros peligros que sufrió á la vuelta con la paciencia propia de su eminente virtud. «Unos hombres desalmados, dice la Crónica, mal contentos con su doctrina, movidos por el demonio, envidiosos de tan prósperos principios, se levantaron contra él, y saliéndole una vez al camino y en otras ocasiones, quisieron quitarle la vida; pero teníale el Señor guardado para que hiciese mayores servicios y estorbó su determinacion. Con todo eso llegó á verse en peligro de muerte, que aunque para él fuera muy dichosa estaba guardada su vida para el provecho de

muchas almas. No se turbó por esto el predicador apostólico, ni mudó de estilo en el modo de predicar y reprender los vicios, ántes fueron soplos que aumentaron más la llama, porque el fuego de la caridad que abrasaba su alma, le hacia superior á todos estos trabajos. Tuvo el zelo de este tan zeloso predicador las partes que ha de tener el verdadero zelo, que son: la primera desear y pedir á Dios que todas las almas del mundo se salven; la segunda, esperar esta salvacion por medio de los ministros de la Santa Madre Iglesia, y este propiamente pertenece á los prelados. La tercera, ejercitar estas conversaciones tratando con las almas. Todas estas partes y condiciones de buen zelo tuvo este santo varon, porque él rogaba á Dios con muchas lágrimas y continua oracion por la salud de las almas; procuraba con los prelados y ministros que podia, que se ejercitasen en doctrinarlas y sanarlas, y él por su persona predicaba y confesaba, y con espíritu muy fervoroso se ejercitaba en este ministerio. «Volvió de aquella jornada á su provincia, y comenzó de nuevo sus ordinarios ejercicios; en todas las comunidades era el primero que entraba y el último que salia de la oracion y coro, preciándose en esto de que nadie le aventajaba, y no le embarazaba esto para el estudio de la predicacion, pues no hay tiempo mejor empleado que el que se consagra á las divinas alabanzas. Así, nuestro teólogo y predicador no dejaba por el estudio y predicacion de acudir al coro y á la oracion, que era su más continuo y principal ejercicio, y la Crónica dice de él por excelencia, que con ser su vida tan perseverante en ella, que andaba siempre su alma en la presencia de Dios, jamás sintió los regalos ni ternuras de espíritu que tienen otras almas regaladas de Dios, merced suya que no se alcanza con ejercicio ni diligencia humana, donde ni vale el velar ni el madrugar, etc. Tenia grande caridad y perfecto amor para con los prójimos, empleando sus fuerzas en su consuelo, tanto con sus hermanos como con los extraños. En viendo entre ellos alguna disension ó diferencia procuraba componerla desde luego; no consentia jamás que se murmurase en su presencia del ausente, ántes bien queria que por la misma razon de no hallarse presente para dar cuenta de sí, únicamente se hablase bien de él, y por eso aborrecia á los que tenian este defecto. No le gustaba que se usasen en su presencia palabras vanas, risas, donaires y chistes y otras llamadas agudezas, que áun entre los seglares y mucho más de consiguiente en los conventos, suelen ocasionar graves inconvenientes para la paz comun, y no ménos daño á la conciencia. Era muy piadoso y amigo de conservar la caridad con todos. «Seria largo, dice su biógrafo, si hubiese de discurrir por cada una de sus virtudes, su mansedumbre, benignidad y sufrimiento fué extremado, porque le dió Dios un ánimo vencedor de la ira. Cuando venia alguno á él con más brio ó ménos modestia de lo que era razon, fuese fraile

ó seglar, que no puede faltar algo de esto entre tantos y en tanto tiempo, no era parte para sacarle de su paso, ni alterar aquella igualdad de ánimo que Dios puso en él. No es mucho pasar y sufrir de estas cosas quien trajese como él, á Dios presente, y considerase lo que el único Señor y maestro nuestro sufrió por enseñarnos á ser piadosos y sufridos en nuestros hermanos. Nunca, aunque pudo, se vengó de nadie; ántes daba bien por mal, que es el más generoso modo de vengar y trato más cortés que se puede desear, vencer el mal con el bien... Con esta policía cristiana, los confundia, y los que venian ciegos de cólera, volvian rendidos y arrepentidos. Tan poderosa es la palabra blanda para quebrantar la ira y furor, y deshacer las contiendas. Podrianse remediar así muchas cosas, si los hombres supiesen dar en la cuenta. Finalmente, en todo su trato y conversacion y pláticas ordinarias se habia con tanta prudencia y usaba de tales afectos, que rendia los corazones de cuantos trataba, y áun los movia á devocion: y así concertó amistades muy quebradas, tales eran sus razones, tan fuertes y llenas de rectitud, y cuales las pinta la sabiduría divina, que son como un clavo que penetra los corazones, ó como espada de dos filos que divide lo verdadero de lo falso y lo malo de lo bueno. En ofreciéndose alguna disension donde él estaba, luego le llamaban, y con gran facilidad y suavidad los concordaba, con las razones que les decia y por los medios que tomaba, y porque de todos era respetado y tenido en mucha veneracion y reverencia. «Su mucha santidad y buen nombre como religioso, juntamente con ser uno de los más distinguidos en erudicion y elocuencia que tenia su provincia de San José, fué causa de que sus compañeros deseáran tenerle por prelado, aunque el por su grande modestia se hallaba muy distante de ello.» Halláronle hombre para superior y cabeza de todos tal cual le deseaban y le habian menester, y aunque estaba ausente del capítulo en otro convento, cinco leguas de allí, estaban todos tan satisfechos de su santidad y prudencia, que le eligieron con mucha conformidad. Entendia el santo varon que no se acordaban de él, ni le pasaba tal por la imaginacion, porque sin duda y sin ficcion deseaba la quietud de su celda, hacer vida particular y libre de cuidado. Sabia, como sabio, que los hombres se iban haciendo cada dia más libres y sujetos al yugo, como si les forzasen á entrar en él, y no fuera cosa que ellos mismos escogieron. Prueba clara de aquella divina sentencia, que no permanecerá el espíritu del Señor en el hombre, en tanto que fuese carne. «Llamáronle cautelosamente al capítulo reunido para las elecciones; fué ignorando para lo que era llamado, y cuando lo comprendió á poco de su llegada, hizo cuanto pudo para impedirlo. Confirmábanse estos más en la buena eleccion que habian hecho, y él se excusaba con muy oportunas razones.» No bastan cuando todos con tanta verdad se persuaden en

lo que conviene; echábanse á sus pies haciéndole fuerza y pidiéndole por amor de Dios que no desamparase la provincia; pues Dios le habia escogido para el gobierno de ella. No pudo acabarlo consigo, ni pudieron acabar con él que lo aceptase. Estaba tan persuadido que no era para ello, cuanto toda la provincia satisfecha que ninguno lo podia hacer mejor. Porfiaron todos en salir con su opinion; los vocales del capítulo por no perder las esperanzas del fruto que esperaban de su buen gobierno, y él por no ponerse en tan manifiesto peligro de aceptar lo que no merecia, salióse como pudo de entre ellos, mostrando que venia cansado, y no era eso lo que le afligia, sino la carga que ya comenzaba á sentir; sosegáronse un poco, y él no se dormia: pensó aprovecharse de una licencia que tenia, y entrarse secretamente por aquel monte, donde está el convento, y esconderse, para que no pudiéndole descubrir, se resolviesen en hacer otra eleccion; pero no le valió, porque la virtud es luz, que adonde quiera que esté se descubre por mil partes. Engañábase él mucho, porque aunque se estuvieran allí un mes, y el que presidia, vencido de su porfía, le aceptára la renunciacion, le volvieran á elegir, mereciéndolo él muy bien por sus muchas partes. En esto se pasaron dos dias porfiando, y dando excusas y razones excusadas y de otros muchos oidas en la provincia, aunque no todos tienen tanto ánimo que lleguen á estos extremos. Compeliéronle al fin á nuestro electo por obediencia y otras censuras, y quiso que no, cuando ya más no pudo, hubo de aceptar la carga.» Su nueva dignidad, en nada alteró su semblante ni sus costumbres. «Suelen decir, añade al tratar de esto nuestro biógrafo, que la dignidad muda las costumbres y muestra quién es cada uno, y en este nuevo prelado lo podemos decir mejor, porque la dignidad mostró lo mucho que era, y no le bajó un punto de su santidad y penitencia, y fué en toda la provincia lo que era en su convento, ora estudiaba y predicaba en todos los pueblos en que se encontraba en algun dia de fiesta, y en los conventos dirigia por lo general pláticas á los religiosos, obteniendo mucho fruto, porque le oian con grande placer y abundaba en elocuencia para expresarse, pareciendo que Dios movia sus labios como verdadero ministro suyo. Asistia al coro y la comunidad, y sin faltar á las visitas y demás obligaciones propias de su cargo, pareciendo imposible que un solo hombre pudiera multiplicarse de tal manera. Trabajó con grande celo en conservar las buenas costumbres y el rigor y pobreza que encontró y se habia acostumbrado siempre en la provincia, de modo que no se pudo decir, continúa su biógrafo, que por haber venido de otra era ménos cuidadoso en esto, ántes al paso que llevaba, si pasára más adelante con el oficio fuera de mucho provecho con su vida y ejemplo. Estaban todos muy contentos con su gobierno, porque obró con grande prudencia todo el tiempo que fué provincial. Amaba mucho á los

religiosos y era muy amado de ellos, procurando como buen prelado ser más bien amado que temido. Teníalos con esto sujetos y obedientes, si bien los probaba cuando convenia y los mortificaba, porque á su prudencia y bondad unia una severidad que imponia temor y respeto. Hallábase tambien dotado de una inteligencia superior, que comprendia y adivinaba los pensamientos de los religiosos, pareciendo que leia en sus almas. De esta manera remedió muchas faltas secretas, conduciéndolos con prudencia por el camino de la perfeccion. Dábales sanos consejos, propios para la debilidad que en su interior padecian, y cuando el castigo era tambien necesario, tenia, aunque compasivo, mucho ánimo para imponerle, no como juez ni verdugo, sino como verdadero padre. De manera que no le faltaba ninguna de las buenas cualidades que se requieren para el desempeño de su cargo, alegrándose todos al ver que no les habia engañado, saliendo todo como deseaban. «No son de poca importancia, continúa el cronista, las cosas de este santo varon, porque aunque entónces parecian comunes, porque otros tambien las hacian, resultaron, ó por mejor decir, se extendieron á un bien universal de toda la provincia. Esto tienen de grandeza las vidas y hechos de hombres tan graves, letrados, predicadores y prelados mayores, que lo que de ellos les parece pequeño y poco, por el uso que tienen de hacerlo, es semilla de muchos frutos en todos los otros; son estrellas de este firmamento de la Iglesia (asi los llama S. Pablo), que no hay ninguna en él, á nuestro parecer, tan pequeña, que si faltase, no haga mucha falta en el gobierno de las influencias que hacen en el mundo.» El método de su vida durante todo el tiempo que fué prelado no se diferenciaba en nada del que habia observado miéntras fué súbdito. Aunque cambiaba continuamente de lugares andando de un convento á otro para visitarlos, su penitencia fué siempre la misma, sin que la dignidad del provincialado alterára un solo instante su primitivo rigor y aspereza, ni el ser admirado y honrado de todos le hiciera alterar los santos propósitos de su vida, guardando los mismos ayunos, llevando el mismo vestido, usando la misma cama, comida y trato, siguiendo en las demás cosas las mismas costumbres que habia tenido siempre, variando únicamente las ocupaciones del dia, aunque contra su voluntad, pues anteriormente solo se consagraba á Dios, á Escritura Sagrada, á sus sermones, coro y oracion. Ahora se veia obligado á consagrarse al gobierno de toda la provincia y demás asuntos que dependian de sus disposiciones y direccion. Tenia necesidad de salir de su retiro ó de no estar retirado nunca, andando por los caminos de convento en convento para cumplir con sus obligaciones, saliendo á los pueblos y visitando algunas personas graves y devotas. Ciertamente que hacia esto con tanta gravedad y compostura religiosa, que se comprendia muy bien dónde se hallaba fijo su pensamiento.

«Sabia muy bien el siervo de Dios cuán fácilmente sale el hombre de sí mismo, y cuán aparejado está al peligro, y cuán difícil le es volver en sí si una vez se ha extraviado. Con este cuidado salia del convento y andaba entre la gente, sin que le estorbase en su oracion y recogimiento interior, porque con la contínua abstraccion de los sentidos y la costumbre que tenia de recogerse en su interior, se habia hecho voto de no ver, oir ni atender, sino á lo que importaba á su alma y las ocupaciones de su cargo, porque si pueden los ojos y los oidos de los mal habituados estar tan ciegos y sordos á las cosas divinas, que oyendo, no oigan, y teniendo ojos no vean, ¿por qué no tendrán otro tanto los ojos y orejas de los santos para las cosas humanas? Ello trabajo ha de costar, y trabajo le costaba haber de acudir á estos forzosos cumplimientos, y sentia mucho verse privar de sus ordinarios ejercicios.» Remediaba este daño con el expedito y pronto despacho, así de estas cosas como de los negocios propios de su obligacion, librándose de ellos fácilmente y retirándose del trato temporal de los hombres para retirarse á tratar con Dios, de donde nacia su facilidad para todo. Le quitaba tambien parte del sueño en la noche, y con el sosiego propio de ella, se desquitaba de las pérdidas del dia; pasábala casi toda en la oracion y en la lectura de los libros sagrados, aprendiendo en ellos lo que debia practicar despues; «que los que estan puestos en oficios públicos, á esto se obligan cuando se atreven á entrar en ellos; á no dormir cuando duermen los que penden de su cuidado; no comer, porque coman; trabajar, porque descansen. Trabajo grande si no le correspondiera gran premio. Cosa fuera de razon seria querer aquí mucha honra, y allá más gloria con igual ó menor trabajo.» En el primer año de su eleccion fundó el P. Ruiz un convento en Zamora, poniendo grande cuidado y solicitud en que se encontrára pronto en tal estado que pudieran habitarle religiosos en forma de comunidad y ponerse el Santísimo Sacramento, que era la señal de que estaba terminado el monasterio, lo que en el tiempo de este religioso ofrecia mucho mayores dificultades que las que presentaba despues. Predicó allí algunos sermones en que manifestó su grande talento, cobrándole mucho afecto el obispo y toda la ciudad, pues sus palabras, dirigidas al corazon, penetraban en su interior. Su elocuencia se halla descrita en la Crónica en los siguientes términos: «Algunas veces se levantaba á cosas altas, porque así lo pedia la ocasion y para declarar profundamente el misterio de la fiesta, aunque tenia tanta facilidad en la manera del decir, que ni las cosas altas quedaban oscuras, ni las fáciles y ordinarias bajas y derribadas. Con esto iba siempre igual y llano, con una forma de decir magistral sin muchos afectos, y cual convenia á prelado santo y religioso descalzo, procurando siempre allanarse á todos, y acomodarse á lo comun del auditorio. No sufria que le loasen los sermo-

nes de ninguna suerte, ni dijesen bien de cosa que él hiciese: si le decian que hacia su oficio como verdadero pastor, se amohinaba y respondia que se engañaban, porque no hacia la décima parte de lo que pedia su obligacion.» No queria que nadie le hiciese ventaja en humillarse; cuantos elogios decian de él, si eran personas á quienes no pudiese reprender, los rechazaba con discretas respuestas; la humildad, la pobreza, la penitencia, el rigor, la oracion y todas las demás virtudes que veia en los demás las estimaba y tenia en mucho, no reconociendo en sí ninguna sino muchas faltas y defectos. En los conventos y por los caminos, cuando visitaba la provincia se manifestaba en todas las ocasiones tan humilde que nadie le hubiera creido prelado ni visitador; tanto procuraba disimularlo con su grande discrecion y prudencia; cualquiera honra que le hiciesen, era ocultada por su modestia, y cuanto más hacian en este punto con él, tanto más se humillaba. Huia del trato, visitas y conversaciones de los seglares; en los conventos, se retiraba desde luego á la celda ó al coro, el tiempo que le dejaban libre las obligaciones propias de su cargo, y los pueblos por donde pasaba durante la visita, si era verano, iba á celebrar sus fiestas á la iglesia, donde descansaba, rezaba sus horas y oraba. A cualquiera que llegase á un convento, aunque fuese muy cansado, si estaban haciendo la señal para el coro, iba á él, en cuanto tomaba la bendicion del Santísimo Sacramento, y procuraba siempre hallarse presente á todos los sermones de la comunidad, siguiendo todos su ejemplo, de modo que no faltaba ninguno, costumbre que guardó siempre desde jóven en su provincia, donde manifestó un vigor y perseverancia que parecia incansable. Siempre decia hallarse desocupado: ni daba precio ni encarecia, como otros, sus trabajos, sino que como si no hiciese nada, acudia á todos los oficios más humildes y penosos, sin diferenciarse del último de sus súbditos. Desagradábale el orgullo de algunos religiosos, á quienes se figura que pierden de su categoría si se ejercitan en esto. Visitaba los enfermos con particular alegría, servíalos, regalábalos, dábales de comer, les arreglaba las camas y prestaba otros servicios más ínfimos todavía, como si no tuviera otra cosa á que acudir, teniendo tantas á su cargo. Parecia hallarse sin cuidado alguno por ellas, pues de este modo se deben visitar los enfermos, no de paso, dice la Crónica, ó como de cumplimiento, ó solo á parlar con ellos, y en pláticas en que los unos no ganan nada y los otros pierden mucho: pretendia en esto enseñar á sus súbditos con palabras y ejemplos, y que echasen de ver cuán ajenos estamos de aquella humildad que Jesucristo dejó enseñada en la tierra, pues con no llegar con mucho á lo ménos que el mismo Señor ejercitó en sus criaturas, nos parece que hacemos mucho. Pensaron algunos religiosos que con su nuevo cargo y dignidad haria alguna alteracion

en sus costumbres, no descendiendo á cosas tan humildes como acostumbraba; pero se engañaron, pues en lo relativo al trato de su persona, cada vez se humillaba más. Fué tan humilde como pobre, porque estas dos virtudes son hermanas, y en ningun tiempo ni ocasion perdia de vista á la hermana pobreza, que al decir de su biógrafo, tan desterrada anda ahora de algunas casas adonde se crió en su perfeccion: abrazábala en sí mismo, predicábala á los otros, y de ninguna manera permitia que le hospedasen ni tratasen sino como al más humilde corista de la provincia. Todos estaban contentos y satisfechos de su buen gobierno, y pareciéndoles que les habia ido á visitar algun ángel del cielo, alababan á Dios en tan humilde y santo prelado. En todos los conventos hubieran querido que se quedase allí para siempre, y se entristecian con su ausencia; pero les prometia no olvidarlos, haciéndolo así encomendándolos á Dios. Les escribia cartas con avisos y órden de lo que convenia hacer, y los consolaba y animaba al servicio de Dios y perfecta observancia de su regla, obteniendo mucho más fruto con su ausencia que algunos otros hallándose presentes. Pero la balanza no se hallaba en su fiel, pues aunque los religiosos y toda la provincia se encontraban muy gozosos y contentos con su prelado, él se hallaba triste y disgustado, viéndose lanzado en cosas tan ajenas de su carácter y de sus propósitos. Suspiraba por su celda, por sus libros y por los ejercicios de su quietud y soledad, y en medio de los negocios estaba pensando en lo que aquel tiempo perdia, y en lo que solo ejercitaria en aquella hora. Viendo algunos que se afligia, le decian que tomára como auxiliar algun religioso y descargase en él sus trabajos, mas no lo pudieron conseguir, pues despachaba por sí mismo todos los negocios que se ofrecian en su provincia. En los demás que le encomendaban, daba consejos, viéndose en todos de cuán clara inteligencia se hallaba adornado, y cuánta aptitud tenia como hombre verdaderamente santo y prelado de singular prudencia, que cuando era solamente fraile, dice la Crónica, fué gran fraile, y cuando súbdito, fué gran súbdito; en el estado de prelado hizo conocidas ventajas, pudiéndosele comparar con los que en este ministerio fueron de mayor perfeccion. Deseaba mucho verse libre de aquella carga para darse todo á la predicacion y al trato del cielo, y que á su ejercicio del coro y la oracion, se siguiese sin otras ocupaciones la lectura de la Escritura Sagrada y santos libros. Hállabase obligado á desempeñar los cargos del gobierno, de manera que no podia desempeñar lo uno, como deseaba, sin faltar á lo otro. Hallábase fatigado, y como humilde media sus fuerzas con la carga y obligaciones de su empleo. Parecióle que no podia cumplir en él como debia, aunque al parecer de todos se engañaba; mas él, que lo miraba de más cerca, no se persuadia sino de que cometia mil faltas. Provenianle de esto algunos escrúpulos ó temores, por lo que impor-

tunaba muchas veces y en diferentes tiempos al P. general para que le librase de aquel cargo, concediéndosele á quien le pudiese desempeñar mejor. Pero esta misma bondad, reconocida por el general, le hacia demorar más el condescender, pareciéndole que quien con tan claro entendimiento comprendia las dificultades y procuraba con humildad salir de ellas, lo merecia tanto más por la misma razon. Hallándose en Italia y de ver que no podia conseguir tan pronto lo que tanto deseaba, estaba triste y melancólico. Vióle un religioso en su celda, gimiendo y sollozando; pensó si habia alguna nueva ocasion de pesadumbre, preguntóselo y respondió: « Basta, hermano, verme privado del reposo y consuelo que gozaba mi alma cuando estaba como él libre de cuidados y de la obligacion de dar cuenta de ellos á la hora de la muerte. » Y diciendo esto derramaba muchas lágrimas, buenos testigos de su humildad y del poco gusto que tenia de lo que otros procuran tan sin riesgo. Porfió tanto con el general que le admitiese la renunciacion, que al fin le venció con ruegos y con lágrimas. Con otras tantas y más le compráran los súbditos, si lo pudieran hacer. Estos sí eran buenos sobornos y buenas elecciones, échase luego de ver, cuando esto va de veras, y solo por hacer un acto de humildad. Habia diez y ocho meses que tenia el oficio, que para él fueron años, y áun se le hicieron muy largos; no pudo sufrirlo más, ni el general sus importunaciones. Dió tanta prisa que hubo de aceptarle la renunciacion, y hacerse nueva eleccion como allí dijimos. No hubo ninguna queja de él, que fué mucho para aquel tiempo, cuando tanto miraban las faltas y se hacia mucho caso de menudencias, y más no habiendo él tenido grande experiencia del gobierno de la provincia, porque nunca habia sido definidor ni guardian en ella.» Terminado el capítulo despues de haber gobernado santa y prudentemente año y medio, se retiró al monte de Priego á gozar de aquella quietud y soledad, y emplear lo que le quedaba de vida en sus primeros y habituales ejercicios de coro, oracion, predicacion y lectura de las Escrituras Sagradas, á que era muy aficionado, « que en aquellos tiempos, añade su biógrafo, cuando la ambicion y deseo de mandar no estaba tan en su punto como en los de adelante, algunos dejaban de buena gana los oficios, queriendo más acudir á los ejercicios de la oracion y contemplacion, que perseverar en ellos.» « Aquí, continúa despues, podemos volver á comenzar su vida, porque él la volvió á hacer como de nuevo; estaba en aquel desierto como en su centro; como era varon de tanto espíritu, deseoso de su celda, amaba la quietud, y los ratos que le dejaban sabia gozar de ella; no faltaba un punto del coro, ni de maitines, ni de la oracion; poniase en ella y en el altar con tanta quietud y sosiego, como el más desembarazado y espiritual Padre de la provincia.» Veíase en él la alegría exterior, el consuelo espiritual que tenia en estos secretos coloquios, pues allí

toma nuevo alimento el alma para tratar las cosas exteriores. Ya hemos visto que siendo muy jóven fué muy familiar suya la humildad, y despues cuando llegó á predicador y prelado, no la perdió un momento de vista; de manera que cuando lo dejó de ser, la volvió á abrazar con nuevo fervor. Ibase al noviciado, y si le obligaban á salir de allí, marchaba á la enfermería, arreglaba las camas, consolaba á los enfermos, los servia y acariciaba y hacia cuanto podia y sabia para su regalo. Eranle muy fáciles y áun gratos estos humildes ejercicios pues le convertian en súbdito, siéndole en extremo triste y penoso el mandar y ser prelado, y lo que peor es, comprender el poco fruto que se coge, sudando y trabajando tanto; los dias de fiesta predicaba en la villa y en los lugares de la guardianía. En las casas de los hermanos observaba el mismo método de vida, que cuando se hallaba en el convento; hacia sus horas de penitencia y de oracion, rezaba maitines de rodillas á media noche, y las demás horas á su tiempo. Reprendia ásperamente á los que veia blasfemar ó jurar el nombre de Dios en vano, y á veces lo hacia con mayor blandura, cuando veia que podia aprovechar más; pero á ninguno que jurase, fuera grande ó pequeño, dejaba de echarle su reprension. En el púlpito afeaba los vicios secretos y pecados públicos con tanta fuerza y fervor de espíritu, que los que le escuchaban afirmaron que cuando reprendia, parecíales su voz un rayo del cielo, segun los atemorizaba, y así algunos temian más sus reprensiones que el castigo de los superiores. Honraba y apreciaba en mucho á los que veia que eran virtuosos, aunque fuesen pobres, y de los nobles y ricos envueltos en vicios hacia poco caso, como que sabia cuánto se envilece la nobleza y empobrece la riqueza cuando falta la virtud. En todos los pueblos donde predicaba establecia cofradías del dulcísimo Nombre de Jesus, todo con el celo de servir á nuestro Señor, y santificar y reverenciar su santo nombre. Era tan conocido y estimado en las casas de seglares donde pasaba, que procuraban regalarle por el mucho respeto y devocion que le tenian; sentíalo él mucho y tomaba de todo tan poco, que hacia más penitencia que en su convento. Fingia comer con discretas apariencias por no disgustar á los huéspedes, que no lo echaban de ver no estando advertidos de ello. Admirábanse sus compañeros de cómo trabajando tanto, se podia sustentar con tan poco. Cuenta su biógrafo, que un dia volviendo de predicar, halló á la hermana en casa; preguntóla, si habia oido misa y sermon. Respondió: No, Padre mio, que harto lo he sentido; pero por tenerle aderezada la comida no he podido ir allá, Dios me lo perdonará. El lo sintió mucho, y dijo: No quiera Dios, hermana, que yo coma comida que ha cortado la misa. Tomó un breviario y llamó al compañero, y sin comer bocado hasta la noche se fué al convento.» No queria que sus compañeros pidiesen nada despues de predicar, porque no pareciese que pedian el precio

de su trabajo; solo consentia en que pidiesen la limosna acostumbrada de pan, y aunque estuviera él muy cansado se la ayudaba á pedir; pero ellos, que deseaban descansar, se lo indicaban así, diciéndole que ya habia hecho su oficio: Déjenme, hermanos, contestaba, que tambien este es mi oficio. Hizo un largo viaje desde el convento de Priego hasta Sevilla, únicamente por obediencia: tratábase de fundar allí un convento, favoreciale mucho el cardenal D. Rodrigo de Castro, que conocia mucho al siervo de Dios desde que habia sido provincial, de manera que no habia nadie más á propósito para arreglar este asunto. En el camino padeció muchos trabajos, habia estado malo y salió débil; iban con él dos religiosos y no les consentia que pidiesen en los pueblos, ni recibiesen más de aquello que necesitaban para pasar la vida, y si alguno recibia algo que á él le parecia que no era comida muy pobre, ni se lo comia, ni se lo dejaba comer, dándoselo á los pobres, con lo que les dejaba muy escarmentados para no pedir nada. Ejemplo de esto es el siguiente suceso referido por su biógrafo: «Una persona devota, sin pedirlo ellos, les hizo fuerza que llevasen no sé qué cosilla de regalo para el siervo de Dios, porque todavía iba flaco y la tierra por donde habia de pasar desproveida; no osaron tomarlo, porque sabian que le darian mucha pena; en fin, pudo tanto la importunacion y devocion, que por lo ménos se venció uno de los compañeros, y tomó una perdiz y unos panecillos; súpolo en saliendo al camino, é hízole ir dos dias cargado con ello, comiendo de lo que pedian de limosna, y al cabo pasando por un hospital dió á los pobres todo lo que el compañero llevaba. De esta manera escarmentados no osaban tomar sino unos pedazos de pan y alguna fruta. Volviendo de esta jornada llegó á un convento, por el tiempo que hacian la fiesta del Santísimo Sacramento, de que él era devotísimo; encomendáronle el sermon, no lo quiso aceptar, porque ya otro predicador le tenia encargado, ni tampoco la misa; escogió ir en la procesion, vestido con su alba, incensando al Santísimo Sacramento por las calles, con tanta reverencia y devocion que la poseia á todos.» El dia que no decia misa, se ponia un roquete y ayudaba la mayor. Una semana santa estuvo las veinticuatro horas del jueves al viernes santo de rodillas delante del Santísimo Sacramento, sin menearse más que para predicar el mandato. Pasando por el convento de Talavera cuando volvia de Sevilla, la noche que llegó, aunque iba muy cansado de tan largo y molesto camino, aunque le dejaron en su celda descansando, cuando ya le pareció que estaban todos recogidos, bajó á la capilla y se puso en oracion delante del altar mayor, y queriendo el sacristan acabar de arreglar la iglesia, porque al otro dia era fiesta, vió que estaba allí de rodillas, le dejó y se fué á hacer otras cosas que eran tambien necesarias; pasó un buen rato, y volvió luego muy despacio, y oyó que estaban diciendo aquellas palabras

del seráfico patriarca S. Francisco:—¿Quién sois vos, Señor, y quién soy yo? —pues como verdadero hijo suyo le imitaba, no solo en las palabras sino en el espíritu, porque las decia con un afecto y sentimiento admirable. Le dejó y se fué á recoger hasta la hora de maitines, y vió que estaba en ellos; quedó despues de terminados acechando lo que hacia, y vió que fué á un rincon de la iglesia á hacer sus penitencias. Tal era la vida de nuestro apostólico predicador que haciendo tan fielmente su oficio y con no menos acierto el de sacerdote y prelado, decia suspirando algunas veces:—«¡Oh quién hubiera sido un simple fraile lego, y no tuviera que dar cuenta de tantos oficios!»—Al mismo tiempo meditaba en su interior los votos y regla que habia profesado, y como quien tiene hecho un contrato con un acreedor riguroso que le ha de pedir cuenta del capital y sus intereses, la echaba consigo mismo, trabajando para quedar cual le convenia en sus promesas; dedicóse para esto con grande celo en su vida á todas las penitencias y rigores de la religion, siendo un verdadero modelo para toda la provincia y áun toda la Orden, siendo muy conocida de todos su santidad. Libre del cargo de provincial, quedó algunos dias en el convento de Arenas para descansar y gozar de la quietud de las montañas que rodean á aquella poblacion, y allí volvió á continuar sus ordinarios ejercicios. No continuó por mucho tiempo en este género de vida, pues aunque se vió libre de las obligaciones de provincial, quedó con las de padre de provincia, y obligado por lo tanto á asistir á todas las juntas y congregaciones que en ella se hacen. Llamáronle para una junta que se celebraba en el convento de Toledo, y despues de terminada marchó al de la Torre, que estaba muy cerca, por ser él enemigo de andar y muy amigo de vivir en casas pobres. Mas quiso nuestro Señor llevársele á su gloria por lo mucho que habia trabajado en su santo servicio. Llegó el año de 1580, en que reinó una epidemia tan extendida y violenta, que no perdonaba á ninguno, arrebatando las vidas de casi todos los que atacaba, y los que quedaban con ella, eran tan débiles ó delicados, que rara vez volvian en sí. Dióle una de las fiebres agudas propias de aquella enfermedad y comprendió luego que le llamaban para el fin deseado. Hizo confesion general, pidió el sacramento de la Eucaristía con grande ardor, temiendo que la fiebre le habia de privar del sentido, le recibió con admirable devocion, y se quedó tan sosegado, que parecia hallarse sumergido en un profundo sueño. Volvió en sí comprendiendo que aquel dia habia de salir de esta vida, porque debia tener aviso cierto de su partida. Pidió luego el sacramento de la extremauncion, estando muy atento á todo lo que se hacia y decia, contestando á las oraciones y preces con los demás religiosos con singular devocion y edificacion de todos. Comprendíase fácilmente cuán alegre y tranquilo salia de este mundo, qué bien

arregladas tenia todas sus cosas y la paz que reinaba en su alma. Daba gracias á nuestro Señor por haberle conducido á la provincia de S. José, donde habia hallado tan buenos auxilios y medios para vivir con tanta tranquilidad y morir con tanto consuelo. Los religiosos que le oian, se alegraban al oirle, teníanle envidia, y lastimábales el perder su compañía; pidiéndole como á padre que les echase su bendicion, echósela haciendo sobre ellos la señal de la cruz, y le dejaron sosegar un poco, porque le creyeron en buen estado. Al poco rato sin embargo entró el enfermero, le preguntó cómo estaba, á lo que calló, y para animarle viendo que se hallaba ya cerca la hora de su muerte, le habló brevemente de algunos religiosos que habian fallecido en opinion de santidad, diciéndole algunas cosas que habian pasado en sus últimos momentos, á lo que contestó:—Así que eso pasa; déme acá aquella cruz y el agua bendita, y vaya con Dios, que tendrá que hacer.—Sabia que habia otros enfermos: se hallaba sentado en su cama, y con el hábito puesto recostado á la pared. Parecióle al enfermero que no estaba tan de peligro, le dejó un rato solo, y volvió muy pronto, por el mucho cuidado que tenia de él. Le encontró sentado sobre los piés como se acostumbraba á asentar para descansar en la oracion, y arrimado á la pared con la cruz en la mano, pues acababa de espirar. Quedó como dormido con aquel sueño suave en que reposan los que duermen en el Señor. Se halla sepultado en su convento de S. Juan Evangelista de la Torre, habiendo dejado grande opinion por sus virtudes y ejemplo á los que le sucedieron en el hábito y religion.—S. B.

RUIZ (D. Juan), obispo de la santa iglesia de Lugo. Sucedió en la silla al célebre prelado D. Fernando de Vellosillo, en el año de 1587. Fué el cuarto de este nombre, natural de Pozancos, en tierra de Sigüenza, y colegial mayor en Alcalá, donde se dió á conocer por su grande inteligencia, capacidad y amor al estudio, saliendo muy aprovechado en todas las clases que cursó por su constante aplicacion y laboriosidad. Tomó el hábito de dicho colegio en el año 1558. Desempeñó en su universidad con general aprobacion y aplauso la cátedra de artes y la de prima de teología. Sabedor el rey D. Felipe II de sus grandes méritos, idoneidad y virtudes, se propuso premiarle como era justo, y le presentó para el obispado de Lugo. Concedida la gracia, pasó á tomar posesion del gobierno de aquella santa iglesia, de la que fué infatigable pastor, desvelándose contínuamente por el bien y salvacion de los diocesanos, socorriendo con pródiga mano sus necesidades, amparando á los huerfanos y desvalidos, siendo uno de los más celosos prelados por el lustre y sosten del culto, atendiendo con cuidadoso esmero á los ministros del altar, los que reconocidos á su proteccion, coadyuvaron en cuanto estuvo de su parte á secundar las miras cristianas y be-

néficas de obispo tan recomendable, que gobernó aquella santa iglesia hasta el año de 1593 en que falleció, siendo generalmente sentida y llorada su falta, particularmente de muchos indigentes y menesterosos, que habian recibido señaladas pruebas de su caridad y munificencia. Le sucedió en la silla D. Lorenzo Otatadvi.—A. L.

RUIZ (Hermano Luis), religioso de la Compañía de Jesus. Nació en Chiloeches, aldea de la provincia de Guadalajara, perteneciente al arzobispado de Toledo, el dia 2 de Julio, dia de la Visitacion de nuestra Señora, del año de 1542. Sus padres eran labradores, siendo Luis el menor de siete hermanos, y quedando en triste orfandad por la muerte de su padre, á que le condujo el pesar de haber perdido su hacienda puesta en fianzas: su pobre madre arruinada se vió forzada por la necesidad á marchar á Alcalá á servir de ama al doctor Cuesta, canónigo de S. Justo y catedrático de prima de Sto. Tomás, que despues fué obispo de Leon. El doctor cobró al niño Luis un gran cariño, y muy contento de sus felices disposiciones le puso en la escuela, y despues le hizo estudiar gramática, y ántes de concluirla, por haber sido preconizado para el obispado de Leon, le señaló anualmente cincuenta ducados para proseguir sus estudios, los cuales tuvo que abandonar, porque su madre habia pasado á servir á la duquesa del Infantado en Guadalajara, conservando el traje de labradora, y ocupándose en asear el aposento de la señora. Luis no queriendo separarse de su madre, pasó igualmente á su compañía, y tanto se agradaron los duques de su servicio, que á instancias de su madre, le admitió el duque para paje, queriéndole en extremo, y siendo por lo tanto muy envidiado de los demás, mostrando en tan alto grado el gran cariño que le tenia, que en poco tiempo le dió en preseas, joyas de oro, plata y trajes más de mil ducados. Pasado año y medio, un tio suyo, que tenia dos ó tres curatos y algunos beneficios simples, queriendo disponer de ellos con arreglo á lo acordado en el concilio de Trento, pasó en cabeza de su sobrino el curato de Orche, villa de la Alcarria, del arzobispado de Toledo, con otros dos beneficios simples que rentaban cerca de dos mil ducados. Con este título salió con su madre de casa del duque su favorecedor, con intento de volver á Alcalá á proseguir sus estudios, lo cual sintió el duque sobremanera; mas á pesar de su disgusto, al despedirse le señaló cincuenta ducados anuales para atender á sus gastos en Alcalá, mandándole que pidiese en su casa todo lo que hubiese menester en sus estudios, marchando con estos generosos agasajos muy contento á Alcalá, donde prosiguió la gramática, y comenzó el curso de artes. Antes de pasar al servicio del duque, todo el tiempo que estuvo en Alcalá, le dieron muchos impulsos de entrarse en la Compañía de Jesus, y lo pidió diversas veces; mas nunca le quisieron admitir, desechándole por

niño y travieso. De regreso otra vez á Alcalá, le volvió á llamar el Señor inspirándole fuertemente, á cuyo fin ayudaban las oraciones de su madre, pues á pesar que su sustento pendia de su hijo, diariamente oia misa y rezaba su Rosario, pidiendo á Dios le llevase á la Compañía, y con el mismo intento solia venir de Chiloeches, á tres leguas de distancia, siendo de más de cincuenta y siete años, á confesar y comulgar en el colegio de los Padres, y se volvia á pié. Por espacio de dos años anduvo su hijo pidiendo la Compañía, y con todo eso el enemigo de las almas le ponia tantos impedimentos, y le traia tan metido en travesuras de mozo, que él mismo se las tomaba con deseo de apagar la luz que Dios ponia en su alma, desoyendo la voz interior que le llamaba, y olvidando sus buenos propósitos, con burlas y travesuras de estudiante liviano, buscando todas las ocasiones que podia para distraerse, especialmente viéndose con los recursos suficientes para pasar honradamente la vida. Varios religiosos le hablaron en aquel buen sentido muchas veces, mas los desengañó con toda libertad, diciéndoles que por ninguna cosa lo haria. Un superior de un convento de Guadalajara, que le habia conocido en servicio del duque, le envió á llamar á Alcalá, y Luis por respetos obedeció, hospedándole con un criado en la casa y además su mula, regalándole todo lo posible, y solo por persuadirle á que entrase fraile en su Orden, prometiéndole todo regalo, y que pasado el noviciado le enviaria al mejor colegio de estudios que tenian, y para más incitarle, iban algunos religiosos á entretenerle; mas estaba tan ajeno de moverse por este medio á la religion, que en vez de quedar edificado, queriendo volver á su casa, trató de despedirse, y extrañándolo el superior, le dijo; que por qué se volvia, que se quedase con ellos; á lo que Luis contestaba: V. P. no me lo mande, que no lo haré, que bastaba para no hacerlo haber jugado conmigo. Dicho esto, se volvió á Alcalá, y prosigió en solicitar la Compañía; mas hacia tales cosas que él mismo cerraba la puerta para no ser recibido, porque la rentilla que tenia le proporcionaba muchos amigos, siendo estos los más traviesos y determinados de la universidad, que tenian á gala hallarse en cuantos desconciertos y quimeras habia en la villa; especialmente ocupándose en maltratar á los ministros de la justicia y hacerles burla, como fué una que realizó con sus amigos cierta noche, pues espiando á la justicia, y sabiendo que andaba hácia palacio, puso una soga atravesada por medio de la calle de Santiago, á la altura de media pierna, y á cierta distancia figuraron que se acuchillaban, á cuyo ruido acudió corriendo la autoridad en persecucion de los que huian, y tropezando con la soga, todos cayeron y se maltrataron. De este género eran sus demás travesuras, y aunque tanto se desmandaba, nunca desmintió su inclinacion á la castidad y á conservar su pureza. Vivia en compañía de otros siete estudiantes en una casa, que des-

pues fué colegio de Lugo, gente algo recogida, pues los siete entraron religiosos; pero uno de ellos, muy aficionado á mujeres, trató una noche de llevar á su aposento una mala compañía, de lo que dió parte á Luis, el cual no pudiéndolo estorbar, á pesar que aquello nunca se habia hecho entre sus compañeros, ideó aquella tarde quedarse en casa dejando á los demás acudir á clase. El aposento de aquel estudiante estaba sobre el suyo: buscó un poco de estopa; y torció con ella un cordel muy flojo, que impregnó bien de azufre y de pólvora; hizo un barreno en el suelo de comunicacion debajo de la cama del compañero, rompió el jergon de paja donde tambien puso los mismos ingredientes; ató el cordel á los de la cama, haciéndole pasar por el agujero practicado, que caia á su cuarto. Cuando Luis sintió habia llevado á efecto su pecado aquel desventurado, prendió el cordel de estopa, subiendo el fuego con tal velocidad, que en un momento incendió la cama tan furiosamente, que todo cuanto tenia, colchon, sábanas y mantas se abrasó; solo los delincuentes se salvaron, saltando de la cama, y saliendo al patio muy turbados, se pusieron cada uno separados en un rincon. Luis, salió con una hacha, dando la voz de fuego; abrió la puerta de la calle, y repitió las voces. Acudió mucha gente, y alumbrándolos con su hacha, vieron todos á los culpables, llenos de vergüenza, porque hasta los vestidos se les habian quemado. Fué tanto lo que se corrieron, que el estudiante, que acababa sus artes, y era de los mejores de su aula, se entró fraile en S. Francisco, saliendo muy religioso, muy letrado y buen predicador, y siempre consideró aquel castigo como dispuesto por el cielo, con el que el Señor le quiso traer á sí; como así se lo contaba al mismo Luis Ruiz, dando gracias á Dios por la misericordia que con él habia usado, pues Luis nunca le descubrió nada; y la mujer desapareció de Alcalá. Este beneficio produjo á aquellas dos almas, aunque le costó restituir todo el daño que se habia visto obligado á causar. En medio de estas travesuras juveniles, el Señor, que no queria que se perdiesen ni quedasen vanas las oraciones de su buena madre, con las mismas travesuras con que le ofendia le armaba el lazo para cazarle, y le daba el golpe con que le derribaba. Una vez, estando en una esquina de una calle de Alcalá, con una pistola bien cargada debajo del brazo, viendo venir la justicia, echó á correr, y tropezando, cayó sobre el arma, que disparándose, pasó la bala y perdigones casi tocando á su rostro, haciéndole muchos agujeros en la capa, sin dañarle en su persona, que se salvó, pues la justicia con el ruido se detuvo. Otra vez pasando un vado sobre un mulo, este se dejó caer en lo más profundo, cogiendo debajo al que le cabalgaba; turbado en tan gran peligro, hizo se levantase el macho, que se volvió corriendo adonde habia salido, y Luis Ruiz poco á poco tomó el mismo camino, y llegó al pueblo, donde ya todos le tenian por muerto

por haber visto venir al mulo sin ginete. En otra ocasion, cabalgando sobre un macho camino de Guadalajara, se espantó la bestia, y derribó á Luis en tierra, quedando estribado de un pié, y llevándole arrastrando largo trecho, hasta que quiso Dios que dos hombres se atravesasen en el camino y detuviesen la cabalgadura, llevando al arrastrado Luis á Guadalajara, donde estuvo curándose más de quince dias. De estos manifiestos peligros le libró Dios, para sacarle por medio de ellos del mayor peligro, cual era el de la salvacion de su alma; mas con todo eso iba poco á poco dilatando su conversion, y así le dió Su Majestad el último toque, con que le hizo reparar y detener la furia de su corriente. Estando en su tierra, en tiempo de verano, poco ántes de ser recibido, pasaron por allí ciertos amigos de los muchos que tenia, y queriendo festejarlos, para darles una ensalada, envió á pedir á una buena vieja algunos pepinos y cohombros que tenia en su huerto, no habiendo otros en el pueblo por ser tierra muy seca. La mujer no se los quiso dar ni de gracia ni por dinero, ni áun pidiéndoselos personalmente. Muy sentido Luis, cumplió como pudo con los estudiantes, y cuando llegó la noche, pidió á un amigo suyo que le acompañase, y á las once de la noche se fueron ambos al huerto, y dejando al compañero guardando la puerta, saltó la cerca, entró dentro, y arrancó todas las matas de pepinos y cohombros que habia, poniendo las raíces hácia arriba, y saliéndose, se fué con su compañero á la era, donde se echaron á dormir, quedando el amigo entre él y otro que allí habia. Pasada hora y media, llamó Luis á su amigo, y no respondiéndole, comenzó á llamarle más recio y á moverle, y como ni áun así respondia, le quisieron levantar con fuerza, mas se asombraron al notar que era cadáver, sin haber observado nada á pesar de estar los tres tan juntos. Este acontecimiento le afectó y afligió mucho; el otro quiso huir, pero no le dejaron, porque no se hiciese autor de la muerte; pero fueron los dos presos, y desde la cárcel, aunque muchacho, supo lo que habia de hacer para remediarse. Aconsejó á su madre y á su tio, que hiciesen un requerimiento á la justicia y á la parroquia para que no enterrasen al difunto, y despachasen al corregidor de Guadalajara, para que á su costa mandase dos médicos y dos cirujanos para que viesen que no tenia el cadáver señales de golpe, herida ni otra lesion. Hecha la autopsia y abierta la cavidad del vientre, hallaron el hígado muy alterado con una gran postema, que se extendia hasta el corazon, cuyo padecimiento sin duda le habia causado la muerte. Hicieron su declaracion ante el corregidor de Guadalajara, y juntamente Luis hizo su descargo, probando que aquel sugeto hacia mucho tiempo que andaba enfermo del hígado y descolorido; que padecia con frecuencia flujos de sangre, con cuyas pruebas la parte perdonó, y el corregidor les dió soltura, poniéndolos en seguida en libertad. Este último re-

cuerdo abrió enteramente los ojos á Luis para advertir todos los avisos que Dios le habia ya dado, recapacitando el fin en que vendrian á parar sus vanidades y travesuras, y sintiendo el fuerte llamamiento de Dios, á fines de Agosto de 1561 se vino á Alcalá á proseguir los estudios con determinacion de pedir con todas veras su ingreso en la Compañía. Le pedia con las mayores instancias, pero recordando sus calaveradas y travesuras, siempre se lo diferian. Mas viendo el peligro en que vivia, y los inconvenientes y ocasiones del trato con los amigos, que no podia excusar, se determinó á hablar y presentarse al P. Gerónimo Nadal, comisario general, que á la sazon estaba en Alcalá. Un domingo por la tarde, á mediados de Noviembre, lo consiguió, y le dijo con humildad: «Padre, ha mucho tiempo que pretendo la Compañía, y la he pedido, y no me quieren admitir por mi poca edad y travesuras. Ya sé, Padre, que lo que pido y hago es lo que me conviene. Venerable Padre, me haga merced de recibirme luego en ella, y yo le doy palabra, que si de aquí á mañana á las ocho no me recibe, que me tengo de entrar fraile, y estoy cierto que Dios no me llama para ello, y que tengo de vivir muy descontento y hacer muchos pecados, todos los cuales irán sobre el alma de V. Paternidad. Dicho esto, se despidió del Padre, y se fué á su posada bien desconsolado, pasando la noche muy inquieto en su cama, temiendo que no lo habian de admitir, y que le forzaba su palabra á entrarse fraile contra toda su voluntad. A la mañana siguiente, temiendo el Padre comisario no hiciese algun desatino, le envió á llamar con el hermano Alonso de la Membrilla, entre las cinco y las seis, y presentándose á las siete al Padre Nadal, quien le preguntó qué habia determinado, á lo que contestó que persistia en la misma idea que el dia anterior; pues en hora buena, le dijo el Padre, yo le recibo; mas conviene que vaya primero á su pueblo á despedirse de sus parientes. Aquel mismo dia partió, y convocando á sus parientes más cercanos, sin descubrir nada á su madre, que tanto lo deseaba, les manifestó cómo estaba determinado á irse á la guerra, para saber del bien y del mal, y de este modo hacerse hombre de provecho. La madre se alteró sobremanera con aquel repentino propósito, y lo mismo los demás parientes, y queriendo apartarle de aquella determinacion, le hicieron presente el bienestar de que disfrutaba por su renta eclesiástica; mas se sostuvo firme y resuelto, diciendo no se volveria atrás de su intento, aunque S. Francisco se lo mandase; y despedido de todos, sin permitir que nadie le acompañase, se volvió el mártes de mañana, dirigiéndose en derechura al Padre Nadal, y le dijo cómo habia cumplido con lo que le habia ordenado; entónces le echó su bendicion, recibiéndole y dándole las órdenes convenientes respecto á su nueva casa, y aquella misma tarde mudó de domicilio, trayendo consigo todas las preseas, joyas y vestidos que le habia dado el

duque del Infantado. El miércoles fué recibido, y el jueves para empezar sus pruebas le mandaron en compañía de otro hermano de mucha edad, muy obeso y pesado, haciendo el camino á pié, siéndole preciso seguir su lento paso, y áun llevarle el manteo y el demás hato, por la imposibilidad del compañero. Y para darle á entender al hermano Luis cuánto se habia de despreciar las galas que con tanto teson habia llevado en el mundo, le mandaron que se pusiese el mejor vestido, más precioso y cortesano que le habian dado, y que hiciese la caminata disfrazado en aquella forma, pidiendo de puerta en puerta lo que habian de comer. Llevaba unos zapatos de terciopelo carmesí, con tres cuchilladas, como entónces se usaban, con su cairel en los golpes de seda y oro, y una media calza de aguja de seda carmesí, y los muslos de terciopelo carmesí con cuchilladas, labrados de hilo de oro, y una cuera de damasco negro con tres cuchilladas en el pecho, y sus botones de oro y perlas, un tudesco do terciopelo con sus botones de lo mismo en el pecho, mangas y capilla, un sombrero de tafetan con su cordon de oro y sus plumas, y una medalla de oro, que pesaba cuatro onzas y media, como tambien una cadena de oro, que pesaba diez y siete y media; la pretina de terciopelo negro, hierros dorados y su daga. Con esta librea fué sesenta y tantas leguas pidiendo limosna, sufriendo befas é injurias, diciéndole muchos que sin duda lo llevaba hurtado, ayudando á su pena el cuidado de guardar lo que llevaba, porque en el hospital de la Gineta, donde durmió una noche, le hurtaron cuatro botones, de las cuatro docenas que llevaba, que cada uno valia cuatro ducados. Llegó á Murcia, y los Padres de aquel colegio, viéndole tan jóven y libre, le quisieron poner á duras pruebas, y así á los dos dias le metieron en ejercicios en un pequeño aposento con una luz muy escasa, donde estuvo más de cuarenta y cuatro dias bien tentado de volverse á su primera libertad, que con todas sus circunstancias se le presentaba bien al vivo y le daba malos ratos; pero con la divina gracia todo lo venció. Luego le pusieron á servir en la cocina, y al cabo de un mes le ordenó el superior que se vistiese un hábito truhanesco y fuese á casa del obispo D. Estéban de Almeida, y preguntase si habian menester un mozo en la cocina; fué recibido y estuvo allí ocho dias barriendo y fregando todos los enseres de la misma, durmiendo sobre una tabla y sufriendo pescozones y palabras atrevidas de los pajes y mozos que habia en el palacio. Al cabo de los ocho dias le enviaron á llamar secretamente y volvió á la casa. Allí le tentaron de nuevo los recuerdos de sus estudios, renta, libertades y travesuras; pero ayudándole con oraciones y penitencias todos los de la casa, y los PP. Paulo Hernandez, Miguel Gobierno y Bartolomé Coch, todos grandes siervos de Dios, con sus consejos, animándole á la perseverancia con el ejemplo de otros; mas á pesar de tantos

conatos, determinó volverse á su casa; afortunadamente la noche ántes del dia en que se habia de ir, cenando en el refectorio, oyó leer el cap. II del libro I *De Contemptu mundi*, que dice: «Todo hombre desea saber más: ¿qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?» Con esta leccion le abrió Dios los ojos, y obró de un modo que ningun Padre llegó al extremo de tan singular virtud, pues de aquel momento nunca más le acometió la tentacion de engrandecerse por el estudio, ántes bien le infundió el Señor tal teson, que á pesar de haber proseguido sus estudios, los dos Padres generales, Maestro Lainez y S. Francisco de Borja cuando vino á España, no pudieron conseguir que se ordenase, dándoles tales razones que les convenció; y así es que se quedó para coadjutor temporal con grandísimo consuelo suyo y provecho de los colegios donde vivió. En Murcia pasó su noviciado, y á los dos años hizo los votos, sin saber su madre cosa alguna, por creer que se hallaba en campaña; el P. provincial Juan de Valderrábano, visitando aquel colegio y vuelto á Alcalá, hizo llamar á su madre que estaba en Chiloeches, y preguntándola qué hijos tenia y en qué se ocupaban, le contestó con gran pena con respecto al menor, que se llamaba Luis y era el que más queria, se le habia ido á la guerra y que desde entónces no habia vuelto á saber de él. El provincial trató de consolarla diciéndola: La daba la buena noticia que para la guerra que su hijo se habia despedido era para la espiritual en la Compañía de Jesus, donde estaba desde entónces, y que en aquellos momentos le habia dejado en Murcia. La alegría tan repentina que recibió aquella buena madre fué tan grande y tan inesperada que no puede explicarse. Expuso al Padre su gran deseo de verle, consiguiendo viniese y permaneciese un mes en su compañía; pero Luis acortó el plazo, no pudiendo su madre obligarle á que estuviese más que doce ó catorce dias, volviendo á su colegio de Murcia, donde se ejercitó en todos los oficios de Marta, especialmente empezando á dar muestras del talento que el Señor le concedió para procurar los bienes de la Compañía y defenderlos con energía y justicia de sus adversarios. Dando una prueba de ello cuando murió el fundador de aquel colegio D. Esteban de Almeida, obispo de Cartagena, el dia 23 de Marzo de 1563, pues se entabló con el mayor calor un pleito en la ciudad de Lorca sobre un censo de cinco mil ducados que dejó el obispo para la fundacion, y para su defensa fué necesario acudir á Granada, siendo enviado el hermano Luis Ruiz para gestionarlo y dirigirlo, contando solo veintitres años de edad. Llegó el dia de verse y sustanciarse, y subió á los estrados á hacer su oficio, chocando á los oidores verle tan jóven. El presidente de la sala le dijo: ¿No ha habido en vuestra Orden otro que enviar á este negocio de más edad y experiencia que vos? A lo que prudentemente contestó Luis: En eso mismo verá V. S. el caso que la Compañía hace de

los bienes temporales, pues para su defensa no echa mano de la cabeza ni del cuerpo, sino de los piés, por cierto bien flacos. El negocio tuvo buen éxito, llevándose la ejecutoria, y desde entónces tuvo el oficio de procurador, sin dejar por eso de ocuparse en otras buenas obras de caridad y zelo de la gloria de Dios, y así todas las fiestas se encargaba de la doctrina con gran solemnidad por toda la ciudad, por cuyo motivo era muy conocido y querido de todos sus habitantes. Componia muchas enemistades, evitaba amancebamientos y pecados públicos y secretos, y remediaba á muchos pobres, sin desatender un punto sus negocios, en los cuales era diligentísimo, mirando siempre como procurador de los hijos de Dios, luciendo bien su caridad y su celo en esta parte, procurando al colegio abundancia y prosperidad. Pasados en Murcia cinco años, fué á visitar aquel colegio el P. Gonzalo Gonzalez, recien electo provincial de la provincia de Toledo, y en casi tres meses que allí permaneció ejercitó á este hermano en algunas mortificaciones bien grandes, pero conformes y llevaderas á la heróica virtud que en Luis resplandecia. Empezó dando una órden para que los hermanos coadjutores anduviesen con sombrero, siendo el primero que se le puso el hermano Luis, llevándole por toda la ciudad, donde era tan conocido y estimado, visitando con aquella novedad á la gente más principal. Otra vez le llamó una mañana, y le llevó á un cuarto de la casa que daba á la calle, que estaba á teja vana y muy oscuro, y le señaló una ventana en la pared de ladrillo de más de vara y media en cuadro, diciéndole: Abrid esta ventana como queda señalada, y no comais hasta que la hayais acabado, que me avisareis. Cumplida aquella órden, le llevó á la huerta y le señaló dos mesas muy anchas y largas de murtas, diciéndole: Afilareis estas murtas, y no comais hasta haberlas acabado. Miéntras hacia este oficio, sin él saberlo, el Padre provincial envió á otro hermano á las ermitas á que le tuviesen preparada comida. Como acabase á más de las tres de afeitar las murtas, se lo hizo saber, y entónces le dijo: Que se fuese á las ermitas á pié sin comer, una gran legua, que allá comeria; y así fué sin desayunarse y llegó á las cinco de la tarde, y comió, y por su órden estuvo dos ó tres dias allí de recreo. Pocos dias despues, estando juntos todos los de la casa, despues de comer el Padre provincial, le hizo desnudar su sotana, dejándole con una almilla de cordellate blanco y calzas y calzones pardos, y le mandó tomase una gorra milanesa muy vieja y sucia, y un peine, y sus tijeras, y una varilla en las manos, y que fuese simulando ser loco por las calles más públicas inmediatas al hospital, que está junto á la iglesia Mayor, y se presentó en la forma y carácter marcado, infundiendo á todos lástima, y pasando á verle al hospital alguna gente principal que le conocia y se compadecia de él. A aquel establecimiento llegó un hermano que le hizo señas para que se volviese, y tomando el camino de la

casa, fingiéndose loco, llevaba tras sí una gran multitud de muchachos, á quienes enseñaba la doctrina; mas entónces le daban grita, *al loco*, *al loco*, arrojándole lodo, inmundicia y áun piedras que le hicieron algunas descalabraduras aunque pequeñas. Despues de estos sucesos fué llevado á la casa profesa de Toledo, y de allí fué enviado á las Canarias con el doctor Torres, obispo de aquellas islas, donde con sus pláticas y exhortaciones sirvió mucho al Señor y á los prójimos. Fué singular el provecho que se consiguió en aquellas islas, donde edificándose los jesuitas con el ejemplo del obispo, y alentándose este prelado con el fervor de aquellos que le acompañaban, porque era grande el espíritu del P. Diego Lopez y el hermano Luis Ruiz, que le asistieron en todo. No pueden explicarse fácilmente las muchas obras que hizo en los pocos meses que allí estuvo y vivió representando á su ganado uno de aquellos antiguos pastores y varones apostólicos de la primitiva Iglesia. Visitó á pié toda la Gran Canaria, sin fausto ni muchedumbre de criados, ni gasto y carga de los pobres, á quienes confesaba personalmente, visitaba y curaba á los enfermos; enterraba por su mano á los difuntos; enseñaba por las calles á los niños la doctrina cristiana; andaba por los hospitales y servia á los dolientes en los más bajos y viles oficios; sacaba de la cárcel á los presos por deudas; hacia todas las limosnas que podia, viviendo, como tambien los suyos, con mucha moderacion y templanza; y finalmente resplandeciendo como un nuevo sol en una tierra oscura y tenebrosa donde los humanos nunca habian visto semejante luz y claridad. A llenar debidamente estas santas obras contribuyeron y le sirvieron los mencionados PP. de la Compañía, como compañeros y ministros, trabajando y padeciendo mucho con grande alegría y gozo de su espíritu por ir en compañía de tan santo prelado y ver reverdecer toda aquella tierra, que habia estado tan inculta y tan llena de malezas y espinas, causadas de la ignorancia y de las torcidas costumbres de los vicios. Y además del ejemplo de su santo obispo y del respeto con que trataba y miraba á los de la Compañía, ayudó tambien mucho para que se le tuviese todo el pueblo algunas maravillas que el Señor obró por los de la Compañía. El santo obispo murió con sentimiento universal y aclamado como tal santo. Despues de su muerte el P. Diego Lopez y el hermano Luis Ruiz llevaron adelante la labor que habian comenzado confesando, predicando, enseñando la doctrina, ejercitándose en los otros ministerios de la Compañía, hasta que recibieron órden de S. Francisco de Borja, general entónces, de que se volviesen. Procuraron obedecer inmediatamente, y entendiendo que se lo habian de impedir, determinaron partir ocultamente; pero no lo pudieron tener tan secreto que no se viniese á sospechar, y el gobernador y los regidores, el provisor y todo el clero, el inquisidor y todo el pueblo hicieron lo posible para estorbarles la partida, y hasta los niños y los

negros vinieron de noche cantando la doctrina á la puerta de la casa de los religiosos, llorando, y con lastimosas voces clamaban: «Padres nuestros, no se nos vayan»; y como todas estas diligencias no bastasen para hacerles mudar de parecer, porque les apretaba el deber de la obediencia, la Real Audiencia, viendo el conflicto, mandó publicar un pregon para que bajo pena de la vida y perdimiento de bienes, ninguna persona, de cualquiera calidad, fuese osada á sacar de la isla á los PP. de la Compañía de Jesus, ni á embarcarlos en bajel ó navío. La misma órden mandó publicar la Inquisicion so pena de excomunion mayor y otras pecuniarias, y dieron órden para que el navío que estaba aprestado donde se iban á embarcar los Padres, se hiciese luego á la vela y partiese al punto para España, so pena de echarle á fondo. Por lo que al punto levó anclas, y los PP. forzados por no tener donde pasar á España, se quedaron por entónces en la Canaria con gran contentamiento y regocijo de toda la ciudad, porque veneraban á los tres religiosos, pues habia otro, además de los dos mencionados, á quienes miraban como apóstoles de Cristo; mas despues, como el P. Diego Lopez mostrase sentimiento de lo que con ellos se habia hecho, hizo entender suavemente á las autoridades de aquella república, que estaba resuelto á no predicar ni confesar allí más, ni permitiria que los otros dos compañeros se ocupasen en los ministerios que ántes solian; y tanto pudieron sus instancias, que les dieron licencia para poderse embarcar en el primer navío que desde la isla se dirigiese á España, y dentro de mes y medio se presentó una carabela que iba á Portugal, en la cual se embarcaron, habiendo dado primero el hermano Luis Ruiz la cantidad de dos mil ducados, que para su sustento les habia dejado el obispo, y generosamente los entregó para que se empleasen en comprar trigo para hacer un depósito para los pobres, acto de insigne caridad. Sabido el dia que se embarcaban, fueron á acompañarlos hasta el puerto, distante de la ciudad una legua larga, más de cuatrocientas personas, hombres, mujeres y niños, y al tiempo de entrar en el buque fueron tantas sus lágrimas y alaridos, que quebraban el corazon, y muchos de todas clases y estados hacian promesas y votos por que se quedasen. El Señor sin duda oyó sus ruegos, pues embarcados los Padres padecieron una horrible tormenta que les hizo arribar y volver á la isla, y no pudiendo encubrirse, fueron visitados de la Audiencia, canónigos, inquisidor y superiores de las religiones de Sto. Domingo y S. Francisco, y los niños y negros, en procesion, tapizaron las calles por donde habian de pasar. Con aquel contratiempo se detuvieron los Padres otros seis ó siete meses, ocupándose en sus acostumbrados ministerios, con notable aprovechamiento de las almas, hasta que llegó á Canaria otro obispo y se dispusieron las cosas de tal modo, que no fué allí necesaria la presencia de los Padres, los cuales volvieron á España

cargados de trofeos espirituales y grandes merecimientos. De regreso á Canarias, el hermano Luis llegó á su provincia de Toledo, y el P. Manuel Lopez provincial le envió á Sigüenza, donde habia entónces algunos de la Compañía, encargado de los oficios de comprador y procurador, y de camino se le permitió pasase á su país á ver á su madre, donde como siempre hizo una obra digna de su ánimo y caridad. Una jóven de Chiloeches estuvo prendada del padre de Luis cuando este se hallaba soltero, deseando casarse con él, y aunque no consiguió su intento, pues se casó con otra, no le perdió la voluntad, y trascurriendo el tiempo y habiendo quedado viuda, porque tambien se habia casado, trató de matar á la madre de Luis para cumplir su deseo de casarse con su padre. El tercer dia de pascua de Resurreccion del año 1541, al fin de una colacion que por via de Concejo se da en aquel pueblo, la criminal tomó una docena de higos negros cordobeses muy grandes, que se habian dado en la fiesta, y á todos los introdujo un veneno. Llamó á Francisco Ruiz, padre de Luis, y le dijo que tomase aquellos higos, que eran muy buenos, y se los llevase á su mujer. Los tomó, pero habiéndose prolongado la fiesta, los halló lacios por la tarde y no buenos para hacer un obsequio, arrojó los que le parecieron más marchitos comiéndose los demás; pero en seguida se puso tan malo, que sospechando lo que era, se le oyó decir muchas veces: «Dios te lo perdone, mujer;» pero nunca declaró otra cosa, únicamente pedia á su esposa que la perdonase. Los médicos conocieron estaba emponzoñado, y habiendo sufrido mucho por espacio de diez y seis meses, murió al fin sumamente hinchado, poco despues de nacido su hijo Luis. Quedó la delincuente llena de remordimientos y de dolor por el funesto resultado de su crímen, pero sin descubrirse el delito, guardando la mayor reserva hasta que llegó allí el hermano Luis, y fiada de su mucha religion y caridad que ejercia con todos, se atrevió á confesárselo revelándole toda la historia como pasó, consecuencia de su mal intento, con tantas lágrimas y sentimiento, que el hermano tomó muy de veras el remediarla; pedia que la perdonase y que mediase para conseguir el perdon de su madre y hermanos. Luis prometió alcanzársele. Habló á su madre y hermanos diciéndoles sabia la causa que habia producido la muerte de su padre, pero que no la descubriria puesto que el mal no tenia remedio, pero sí queria que se perdonase al delincuente para que Dios perdonase á todos. Algunos al pronto no se conformaron; pero al fin con las diligencias é instancias del piadoso hermano consiguió se hiciese una escritura por la que se perdonaba á cualquiera persona que hubiese contribuido á dar muerte á Francisco Ruiz, aunque con el tiempo se llegase á saber, y no la demandarian ni pedirian cosa alguna; terminado este asunto, al cabo de un mes murió aquella mujer infeliz, pero muy consolada con el

perdon que habia conseguido. Todo el resto de la vida del hermano Luis lo empleó en defender las haciendas de casi todos los colegios de la provincia de Toledo, con tal energía y destreza, que en más de trescientos pleitos que sostuvo, en ninguno fué condenado, causa suficiente que le expuso á muchos peligros de muerte por los caminos, así como de ahogarse en rios donde cayó, dar en manos de salteadores, y más que todo en manos de sus adversarios, que le esperaban y acechaban para asesinarle; al mismo tiempo que muchas befas, injurias y falsos testimonios de sus contrarios que deseaban beber su sangre; mas todo lo sufrió con resignacion, venciendo con la verdad la justicia con que defendia el derecho de los pobres, y así Dios le ayudaba y sacaba victorioso de negocios gravísimos, que parecian milagros. Este buen hermano fué esclavo de su gran pundonor y en mirar por el honor de la Compañía, por la fidelidad que la debia y por la edificacion de los prójimos. Jamás, en infinitas ocasiones que tuvo y en tantos negocios y caminos que anduvo, se tuvo la menor sospecha de su íntegridad, ántes bien hizo muchas obras santas y sacó á muchas personas de su mal estado, á pesar de las calumnias de que fué víctima y de las que Dios le sacó honoríficamente. El Señor dió al hermano Luis mucha gracia para reducir con su industria y consejo á mejor vida á personas extraviadas que andaban bien fuera de ella, de lo que se citarán algunos ejemplos. Estando una vez camino de Guadalajara, adonde le llamaban los litigios, temiendo lo que pudiera sucederle, puso á buen recaudo el dinero que llevaba, dejando algo en la bolsa para el gasto ordinario. Le salieron de improviso dos ladrones á la entrada de un monte, donde le metieron en el sitio más espeso y encubierto. El hermano tranquilamente les iba diciendo: —Ya sé que quereis la bolsa, vedla aquí, y si no quereis otra cosa, dejadme continuar mi camino;—mas ellos sospechando le registraron escrupulosamente, y no encontrándole nada decia el uno despechado que era preciso matarle; pero el otro se opuso porque era buen teatino, y así lo creia porque el hermano, con el buen ánimo con que Dios siempre le sostenia, los distraia y entretenia, les contaba algunas gracias deseando aplacarlos. Les pedia de comer como á buenos amigos, diciéndoles que le aquejaba el hambre; le dieron una parte de gallina que él comió con mucho agradecimiento. Al fin, habiéndose divertido y holgado con su conversacion, le dejaron ir libre, advirtiéndole que á poco trecho le saldrian otros al encuentro, pero les dijese de su parte que le dejasen pasar, sirviéndole para señas que la noche ántes todos juntos habian hurtado unas gallinas; por este medio pasó, y el hermano con mucha alegría los saludó, diciendo cómo ya otros le habian cogido ántes la bendicion, y con esto solo le dejaron pasar libre. Hallándose en la plaza de Granada en sus negocios pocos dias despues, reconoció al ladron que se habia

opuesto á que le matasen, echado de pechos sobre una mesa, y llegándose á él le dió una palmada en las espaldas diciéndole: Esteis en buen hora, ¿qué haceis por acá? El interpelado sumamente turbado, temió no le quisiese descubrir; mas el hermano, asegurándole de su silencio, le afeó el oficio que traia, mostrándole el peligro cierto á que exponia su vida y su alma en aquel ejercicio, y con su maña y poco á poco le inclinó á que hiciciese una buena confesion y se recogiera á una religion como lo hizo metiéndose fraile, y despues le vió y le habló siendo portero de un monasterio, bien agradecido de la merced que Dios le habia hecho por medio del hermano Luis. Otro caso le ocurrió en Valladolid, digno de referirse. Habia en la ciudad una mujer de buen parecer en la casa pública, hija de personas honradas de Guadalajara, con quien se habia tratado de casarle cuando era paje del duque, lo que no se efectuó. Como llegó á su noticia su estado, pidió á algunos de Guadalajara que la conocian se la llevasen á una ermita, donde á vista de todos y junto al altar, la preguntó si le conocia, diciéndola: «Yo soy Luis Ruiz.» En cuanto oyó aquel nombre, bajó los ojos avergonzada y comenzó á llorar amargamente. El hermano la consoló prometiéndola su ayuda si queria salir de aquel mal estado, y que haria de manera que su honra no padeciese. Alegróse con aquella promesa la infeliz, y el hermano suplicó á algunos de los presentes la condujesen á la casa de la Compañía, y entrando se encaminó y dirigió á Doña Magdalena de Ulloa, señora de mucha piedad, y la pidió la recibiese en su casa entre tanto que la buscaba colocacion. Al pronto manifestó repugnancia aquella señora, temiendo no contagiase aquel mal trato á alguna de las criadas de su casa; mas el hermano Luis la aseguró con la palabra que le dió la mujer de proceder de manera que no se viese en ella resabio de la pasado. Así lo cumplió, porque vivió aquellos dias como si toda su vida hubiera sido la persona más recogida. En seguida hizo saber á sus padres cómo estaba en una casa honrada y el deseo que tenia de entrar religiosa, faltándola solo su beneplácito y el dote. Los padres se alegraron con tan feliz nueva, y dándola el dote con la mejor voluntad, fué recibida en un monasterio, donde dió tan buena cuenta de sí, que por su mucha religion y gran prudencia llegó á ser superiora de aquel convento, con mucho consuelo y honor de sus padres y agradecimiento del bien que Dios la habia hecho por medio del hermano Luis. Otros muchos casos ocurrieron á este fervoroso hermano, que se omiten en obsequio á la concision, pues bastan los expuestos para mostrar su virtud, veracidad y el teson que siempre manifestó en todo lo que pertenecia al servicio de Dios y de la Compañía, á pesar de tantas adversidades y contradicciones como experimentó en la multitud de negocios que manejó y estuvieron á su cargo y cuidado. Por último, debia coronarse tal vida con una muerte feliz; siendo de

bastante edad, se hallaba descansando en el colegio de Alcalá, preparándose para la muerte, si bien no abandonaba ni dejaba de la mano todos los negocios de importancia que se ofrecian. El año en que ocurrió la peste en Alcalá, que fué el de 1599, se ofreció con toda voluntad, aunque estaba excusado, á acompañar á los Padres que iban á confesar á los apestados, tratando de ayudarlos de noche y de dia, en lo que trabajó con celo incansable. Pero habiendo permanecido mucho en una calle, en la que se habia ensañado la pestilencia y hecho muchas víctimas, contrajo la dolencia del carácter más activo y violento, y tomó tan de mano de Dios y con tanta resignacion la enfermedad, que no queria ni esperaba otra cosa que Dios hiciese en él su santísima voluntad, pidiendo con instancias que le mortificasen y sacasen pedazos de su carne para sufrir por Dios cuanto permitiese su cuerpo. Y así se le cumplió sufriendo con el mayor valor é impavidez la aplicacion de cauterios de fuego y ventosas sajadas, con una paciencia y un ánimo que á todos causaba admiracion. Tuvo revelacion de su muerte y de otros de la Compañía, y así se lo manifestó al confesor, diciéndole que lo que sentia era que no seria solo el que sucumbiese á la desastrosa epidemia, sino que otros cuatro hermanos le seguirian inmediatamente, lo que el suceso confirmó con la mayor exactitud, pues de la misma enfermedad no tardaron en morir otros cuatro hermanos. Recibió con la mayor devocion los santos Sacramentos, contentísimo de morir en su Compañía y haciéndose en él, como habia pedido y deseado, la divina voluntad, se fué á hacerla en el cielo el dia 4 de Julio del año de 1599, á la edad de cincuenta y siete años, habiendo sido treinta y ocho los que vivió en la Compañía. Escribió detalladamente la vida de este siervo de Dios el P. Cristóbal de Castro.—A. L.

RUIZ (Sor María), religiosa de la tercera Orden de penitencia de S. Francisco y fundadora del convento de Santa Isabel de la ciudad de Alcaráz, en el arzobispado de Toledo. Fué esta ilustre religiosa doncella virtuosa y honestísima, de familia humilde, pero sumamente honrada, y de costumbres ejemplares. Crióse en el santo temor de Dios, llevándola sus inclinaciones y vocacion al estado más perfecto de consagrarse al servicio del Señor, aspirando á la salvacion de su alma, librándola de los riesgos del mundo. Aunque tan pobre y desconocida, se propuso y consiguió fundar el convento, que era su mayor deseo; para procurarse este objeto, se valió y ayudó del trabajo de sus manos, pues era muy primorosa en toda clase de labores, conservándose en el referido convento con el mayor esmero y cuidado muchas de aquellas y de paños finamente bordados, por ser obra de las manos de aquella santa, siendo lo más notable por el gran atraso que habia en aquel tiempo respecto á aquella clase de labores, causando admiracion en

los tiempos presentes. Era natural de un pueblo que se llama Albadalejo de los Frailes en el mismo arzobispado. En sus principios vivió esta religiosa con otras seis ó siete en una casa particular, situada en la parte alta de la ciudad, junto á la parroquia de Santa María la antigua. Sábese con certeza esta circunstancia por una escritura del año de 1471, que poseen y conservan cuidadosamente las religiosas del convento de Santa Isabel, en el cual se estableció despues de edificado el monasterio en el sitio en que actualmente permanece. El pontífice Inocencio VIII la favoreció infinito, principalmente con sus letras apostólicas del año de 1486, destinando el convento y aplicándole á la obediencia de la custodia de Murcia. Fué esta religiosa de singular virtud, gozando un gran nombre de santidad. Celosa superiora, su ejemplo era la norma para la buena observancia, cumplimiento y exactitud en todos los deberes de su instituto. Su carácter dulce y amable le hacia ser querida y respetada de todas sus súbditas. Siendo su fama tan universal, que el marqués de Villena dió noticias de esta religiosa á los cardenales en Roma, haciendo los mayores elogios de esta joya del cristianismo; y aquellos lo pusieron en conocimiento del Pontífice, del cual recibió algunas misivas y recados familiares, encargándola encomendase á Dios su persona y propósitos. Vivió y murió santamente, no desmintiendo en ninguna ocasion sus virtudes y bellísimo carácter, siendo conforme su muerte á su vida modesta, tranquila é irreprensible. El año de su fallecimiento fué el 1496, muy llorada y sentida de todas sus religiosas, que no creian volver á tener una superiora de tanto mérito y de tan buena direccion en aquel cargo. Dios la concedió el don de profecía, anunciando algunos dias ántes el de su muerte. Estando algunos religiosos acompañándola en sus últimos momentos, se le ocurrió el decir á uno: Tal año y tal dia se puso la primera piedra en S. Francisco en la capilla mayor; á lo que la sierva del Señor replicó: Pues yo tengo de ser la segunda: muriendo pocos instantes despues. Fué sepultada en su iglesia, dejando eterna memoria sus grandes merecimientos y sobresalientes virtudes. — A. L.

RUIZ (Sor María), religiosa de la Orden tercera de S. Francisco, en el convento del mismo nombre en Villanueva del Arzobispo, obispado de Jaen. Esta constante, virtuosa y fiel sierva de Dios, fué natural de Bienservida en el arzobispado de Toledo, y desde muy jóven se consagró al servicio del Señor, siendo un modelo de observancia y muy celosa de su instituto y profesion. Sus ayunos y austeridades eran notables, grande en la oracion y muy mortificada. Tan rigurosa en los ejercicios y actos penitenciales, que aunque tenia cuando murió más de ochenta años, no se relajó ni ablandó un punto en sus prácticas religiosas; ántes bien era tan fuerte y briosa y la habia dotado Dios de un temperamento tan feliz y saludable, que á pesar

de sus grandes abstinencias, disciplinas, silicios, maceraciones de la carne, y uso de todas las mortificaciones imaginables, en tan avanzadad edad no parecia tener más de treinta años, conservando toda la soltura, capacidad y perspicacia en los sentidos propios de esta edad. Estando próxima á la muerte se llegó á ella una religiosa y la rogó encarecidamente que cuando se viese con el Esposo celestial, le suplicase tuviese á bien compadecerse de ella, apartándola una tentacion que hacia muchos años que la lastimaba y afligia. La anciana moribunda la ofreció cumpliria con su peticion; y fué digno de la mayor admiracion, que desde el punto y hora en que espiró, se vió libre de aquella pasion que por tantos años la habia atormentado. Aunque no se sabe de fijo el año de su muerte, debió de verificarse á fines del siglo XVI, pues entró de las primeras en aquel convento que se fundó el año de 1503.—A. L.

RUIZ (Fr. Marcelo), religioso cisterciense. Publicó segun Nicolás Antonio: *Discursos evangélicos de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora;* Alcalá, 1659, en 4.°—S. B.

RUIZ (V. P. Fr. Martin, religioso de la órden seráfica de S. Francisco. El V. Fr. Martin Ruiz hijo de la santa provincia de Castilla, célebre por sus milagros, venerado por sus virtudes, su sepulcro insigne, su culto inmemorial de casi trescientos años: á pesar de tantos méritos, ha sido tal el descuido de los contemporáneos y de los antiguos escritores cronistas en dejar á la posteridad consignada su memoria, que se ignoran hasta los hechos más individuales de sus apostólicas tareas, de sus heróicas virtudes, no dejando noticia alguna de la patria que pudiera gloriarse de tener hijo tan excelso. De estas omisiones se lamenta repetidas veces el célebre Wadingo; pero ciertamente en estos sensibles casos es preferible el silencio á la queja. Con todo eso, no debe creerse que este varon de Dios fuese muy insigne en virtudes, como lo prueban sus singularísimos milagros, que tienen el apoyo de la tradicion inmemorial, debiendo por lo tanto dar á Dios gracias, porque se conserve segura la memoria de este ilustre varon en el sagrado de la venerable antigüedad, áun cuando por la omision de sus hermanos estuviera sepultado en la oscuridad del olvido. Fué predicador apostólico de ardientísimo celo, que con la eficacia de su predicacion libró del abismo de las culpas á muchos pecadores obstinados, calificando Dios la verdad de su doctrina con estupendos milagros, siendo uno de los más notables el que obró sacando de la sombra y tinieblas del sepulcro á la luz de la vida á un hombre, que hacia tres dias habia muerto, milagro en todo lo sustancial semejante á la resurreccion de Lázaro, que ganó tantos créditos á la divinidad de Cristo, tanto séquito á su doctrina, y despertó la envidia de sus émulos los fariseos. Compadecido en otra ocasion el varon de Dios de los ex-

tremos lastimosos de una madre infeliz por la muerte de un hijo único que tenia, se llegó al féretro, y tomándole por la mano, se le presentó vivo á su afligida madre, produciendo indecible sorpresa en los espectadores, que dieron gracias al Señor, tan admirable en los hechos de sus santos. El Padre Salazar, religioso de la Orden, en el libro II de la Crónica de la provincia de Castilla, en el cap. XX, atribuye á este santo varon el milagro de haber socorrido Dios al convento con provision de pan, administrado por los ángeles, que le llevaron en cestas, un dia que le faltaba enteramente á la comunidad por su extrema pobreza; mas dicho cronista padece equivocacion, porque este suceso se verificó en los primeros años, cuando los religiosos moraban en el convento de S. Francisco, y que despues se mudaron al convento antiguo de la Bastida que estaba fuera de los muros de la ciudad, de la otra parte del puente de S. Martin. En este convento admitido por S. Francisco y despues fundado por el V. Fr. Juan Parente, primer provincial de España y de Castilla, en vida del mismo santo vivian los religiosos tan pocos años por la destemplanza de los aires y por la insalubridad del sitio, que algun autor dice no pasaron de veinte, y prefirieron acomodarse en el convento de la ciudad, llamado de la Concepcion. En aquellos primeros años se verificó el prodigio antedicho, que vió la reina desde su palacio, situado donde lo está actualmente el hospital de la Cruz, fundacion del gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que últimamente ha tomado el nombre de Hospital de los Niños expósitos. El milagro sucedió por los años de 1250, y el V. Fr. Martin Ruiz murió en el año de 1360, y no es verosímil que fuese ya religioso de edad provecta y de virtud tan famosa, que se obrase con su intervencion este milagro, pues sería necesario concederle de vida al pie de ciento treinta años. El milagro más plausible y auténtico hecho por este varon de Dios, que se expresa en sus antiguas pinturas, es el siguiente: «Saliendo de Toledo á predicar á la Puebla de Montalvan, y llegando á orillas del rio Guadarrama, para pasar el vado, se halló con que las aguas iban muy rápidas y profundas, por la creciente ocasionada de las recientes lluvias, y no se atrevió á tentar el vado, en que reconoció manifiesto peligro. Hallándose confuso á la márgen del rio, sin saber qué determinar, reparó que estaba paciendo en la ribera un macho de buena traza, y acercándose le manoseó, pareciéndole de tanta mansedumbre, que se resolvió á montarle para pasar á la parte opuesta. Apénas puso los pies en el agua el maldito macho, cuando precipitándose se arrojó á lo más rápido y profundo de la corriente. El siervo de Dios, viéndose en tan manifiesto peligro, se encomendó al Señor, invocando en su ayuda el dulcísimo nombre de Jesus, teniendo la revelacion que Satanás habia tomado la forma de aquel cuadrúpedo que intentaba quitarle la vida. ¡Oh mala bestia, excla-

mó, tú habias de ser quien de la humildad y bajeza de tan torpe bruto hicieses eleccion para subir de punto tu malicia, pero con el favor de Dios castigaré tu soberbia; y desciñéndose el cordon, se le echó al cuello, y á su despecho le guió por el vado derecho á la orilla. Rabioso el demonio de ver descubierta su trama y frustrada su malicia, hacia bravuras para espantar al siervo de Dios, y que asustado le diese suelta; mas conociendo Fr. Martin que este enemigo nunca es peor que cuando anda suelto, le retuvo atado con su cordon, y tirando de él como cabestro, le ultrajaba con baldones, y volvió á repasar el rio para llevarle al convento. Le presentó al guardian, diciéndole que sería para la comunidad de mucho provecho y de poco gasto; pero que convenia que él lo manejase, porque conocia bien sus malas mañas, y que en todo caso importaria mucho para su seguridad, y para que se lograse su trabajo, que no se le quitase el cordon que traia al cuello. Es muy verosímil que descubriese al guardian el secreto, como al que en darle buen cobro estaba interesado. Habia obra en el convento, y aquel perverso pagó de contado la infame industria de su transformacion, acarreando piedra como buen macho. Mucho tiempo sirvió en el convento, tomando la racion en conjuros; pero un dia salió de sus penosas prisiones por un acaso imprevisto. Predicaba el santo Fr. Martin en la ciudad, en la parroquia de S. Miguel el Alto, y á este tiempo un huesped religioso llegó casualmente á la caballeriza donde el demonio macho estaba atado al pesebre con el cordon de Fr. Martin. Con aquel motivo, valiéndose de su industria, se arrojó al suelo forcejeando y como si se estrangulase con el cabestro. El religioso, lastimado de ver al bruto en aquel aprieto, desató y rompió el cordon, y el diablo viéndose suelto, con pavoroso estruendo desapareció convertido en humo hediondo. El santo en el discurso de su sermon conoció en espíritu este fracaso, y lo repitió con sentimiento á su auditorio.» Todas las pinturas que existen en Toledo, y que son muchas, representan el caso, viéndose á un religioso francisco desceñido, que lleva del diestro con el cordon á un macho, y por epígrafe el versículo XX del capitulo XL de Job: *Extraxit Leviatan humo, et fune ligavit.* Murió en Toledo en el convento antiguo de S. Francisco. La fama de su santidad la publica su suntuoso sepulcro, hecho en un arco de marmol blanco, embutido en la pared maestra de la iglesia, al lado del Evangelio, sobre una reja grande, donde las monjas celebraban los divinos oficios en verano; allí se ve su estatua de marmol blanco primorosamente trabajada. Frente del mismo sepulcro hay un altar dedicado á su culto, y pintados por diestro pincel algunos de sus milagros. Cuando los religiosos pasaron al convento de S. Juan de los Reyes, se llevaron una mano, que se conserva en tal forma, que tiene doblados el pulgar y los dos últimos dedos, y los otros dos extendidos

con el ademan de quien echa la bendicion. A tan sucinta exposicion estan reducidas las escasas noticias que se tienen de un varon tan santo, virtuoso y admirable. —A. L.

RUIZ (Fr. Miguel), religioso dominico, misionero en la provincia del Santo Rosario de Filipinas; tomó el hábito en España en el convento de Santa Cruz de Segovia, y pasó á Filipinas á últimos de Abril de 1602. Fué un religioso de notable capacidad, la que dió bien á conocer en los cargos y empleos que desempeñó, pues ocupó todos los principales puestos de su provincia, comenzando á ejercerlos desde los primeros años que llegó á aquel país, siendo muy pocos los que descansó del gobierno, pues le alcanzó la muerte siendo vicario de S. Gabriel de Binondoc. Fué diferentes veces vicario en el partido de Bataan, y una vicario general de la provincia, definidor en muchos capítulos provinciales, vicario provincial, prior de Manila distintas veces y provincial de la provincia, cargo que desempeñó con tanta rectitud y celo, que muchos religiosos deseaban fuese reelegido nuevamente en el capítulo en que terminaba su cometido. Fué muy religioso y observante, y en extremo comedido en sus acciones, siendo en su época el modelo de su provincia, que le imitaba de tal manera, dice la Crónica, como un relój de arena, y comparaba á las suyas sus acciones de suerte, que el dia de ayer era medida del de hoy, y este ejemplar del de mañana, sin salir un paso de ello por más de veintiocho años que vivió en Filipinas. Era muy dado á la oracion, á que se consagraba desde los maitines hasta por la mañana, si bien por no singularizarse salia del coro con los demás religiosos y continuaba en su celda este ejercicio, destinando en este intervalo media hora solamente para tomar algun ligero descanso. Por espacio de diez y siete años durmió vestido, penitencia penosa en un país tan cálido como Filipinas. A su llegada á aquella provincia hacia muchas penitencias, las que pareciendo al prelado que le inhabilitaban para el ejercicio de su ministerio, le mandó por obediencia que las abandonase. Era incansable en administrar á los indios el sacramento de la penitencia, predicarles los domingos y fiestas, y hacerles particulares pláticas entre semana, y para obtener mayor fruto, aprendió la lengua de los naturales con grande perfeccion, en la que salió muy aventajado, y en ella además de recibir un libro del santo Rosario, recopiló otros varios tratados, compuso un *Arte* que llegó á imprimirse, é hizo un vocabulario que quiso aumentar en los últimos años de su vida, pero que no llegó á terminarse por haberle sorprendido la muerte cuando se hallaba ocupado en esta tarea. Murió á 7 de Junio de 1630 á consecuencia, segun dice la Crónica, de haberle dado yerba una persona, que por escandalosa castigó como padre, y desde entónces se sintió afligido de dolores en el estómago que le acabaron la vida

aunque lo más cierto es no habérsela dado, sino que los dolores provinieron de las humedades que tanto reinan en Filipinas; hallábase desempeñando á esta sazon, como arriba hemos referido, el cargo de vicario en San Gabriel de Binondoc. —S. B.

RUIZ (Fr. Nicolás), franciscano español del siglo XVIII. Fué lector de filosofía en su provincia de Andalucía, predicador general y definidor de los terciarios de su Orden, cargos todos en que se distinguió mucho, en particular en el de predicador, manifestando en sus discursos una verdad hoy conocida, y que áun entónces se hallaba como latente en todos los pensamientos y palabras. La de que solo el cristianismo puede fundar una doctrina, porque en la luz de los tres dogmas fundamentales manifiesta con claridad el verdadero punto de partida. Por medio del dogma de la creacion claramente definido nos dice cómo ha comenzado el hombre. Nos le manifiesta saliendo á una sola palabra del poder del Criador, con su tipo concluido, elevado al estado sobrenatural, transfigurado por la gracia ó la participacion de la vida de Dios. Por el contrario, la filosofía puramente humana no puede decir cómo principia el hombre, ó profesa el panteismo, y entónces el hombre no es para ella más que una vegetacion del Ser divino salido en una hora misteriosa bajo una forma desconocida; ó desecha el panteismo, y entónces mismo, que admite la creacion, ignorando lo que fué el hombre en su cuna, no puede negar ni afirmar nada. Al dogma de la creacion añade otro el cristianismo, la caida. Este dogma radical, que unas veces desdeña, otras niega y otras interpreta la filosofía, dejando al hombre por estos tres procedimientos, igualmente ineficaces, ignorante del misterio del mal y por esto mismo impotente para comprender la ley del verdadero progreso. El cristianismo corta resueltamente este gran problema. Dice: el hombre ha caido, y como rechazo de su caida ha entrado el mal en la vida humana. De este modo quedan resueltas todas las cuestiones radicales relativas á la humanidad, libertad, decadencia, la existencia del mal en la vida humana, y como consecuencia práctica la lucha contra sí mismo, ley soberana de la perfeccion. Por último, el cristianismo establece un tercer dogma, que completa la revelacion del punto de partida, la reparacion. En el hecho de su prevaricacion, el hombre separado de Dios marcha hácia la decadencia; por el beneficio de la reparacion, el hombre encuentra su celestial camino, y asciende hácia la perfeccion: caido en Adan prevericador, se levanta en Jesucristo reparador. La filosofía racionalista ignora con el misterio de la reparacion divina el secreto del progreso humano. Pide al hombre que rehabilite al hombre, y á la fuerza humana todo el progreso de la humanidad; de este modo rueda en un círculo fatal, pidiendo á la herida curar á la herida, y á la ruina reedificar la ruina. Así el cristianismo, ilu-

minándose por medio de los tres dogmas reveladores con sus mútuas claridades, pone en completa claridad el punto de partida del progreso humano. La ciencia teológica penetra más profundamente en estos tres misterios de la vida, cuyo total desarrollo forma la teología cristiana; pero esta breve exposicion del dogma basta para el objeto de manifestar en la luz de la fe cristiana el punto de partida de la humanidad. Ahora, despues de haber mirado el principio, miremos el fin. Tan necesario es un punto de partida, como un punto de arribo, con el dato primero y la solucion inicial se necesita el dato y la solucion final. Los sectarios anticristianos dejan todavía en su mayor parte en la sombra el punto fundamental; descuidan lo que nombran el misterio del fin, como descuidan el misterio del orígen. Los mismos que se proponen tratarle, casi nunca elevan la cuestion á su legítima altura. Discuten entre sí con un gran ruido de palabras, la cuestion de saber si la humanidad en la tierra tiende á realizar un estado de perfeccion humana y social que se debe considerar como el último, de manera que una vez realizada esta condicion, la sociedad se inmoviliza ó retrocede fatalmente. Se pregunta cuál será el porvenir terrestre de toda la humanidad, y cada uno segun su sistema nos profetiza un Eden ó una catástrofe, ó ambas cosas á la vez. Pero es evidente que la cuestion así establecida no va bastante léjos y no mira bastante alto. Resuelta en el sentido de la verdad, no iluminaria todas las cumbres de la vida. La forma social más completa y la perfeccion humana más elevada que puedan imaginarse, no realizarán nunca el término de la vida. Se puede, bajo este concepto, dejar á los hombres y á las sociedades perseguir con todas sus fuerzas el ideal de la vida humana y el ideal de la vida social. Pero no es esta, no puede ser esta la cuestion soberana que tenemos que establecer y que resolver aquí. ¿Cuál es nuestro porvenir en la tierra? La cuestion hoy es más radical y más elevada; se trata del objeto supremo de la vida, se trata del término rigurosamente final. En una palabra, el fin último del progreso humano. Tal es, despues de la cuestion del punto de partida, la cuestion que debe resolver la verdadera doctrina del cristianismo. Todo el que quiera construir una doctrina sin apoyarla en esta base, se asemeja al geómetra que quiera construir una geometría prescindiendo de los axiomas propios de la geometría. Esta cuestion toca por sus datos primeros á las profundidades á que debe recurrir toda doctrina que quiera darse una base inamovible, es decir, á las profundidades mismas de la metafísica ilustrada por la fe. Pero no tengais miedo; así como el Océano deja ver en el fondo de sus abismos las estrellas del firmamento, la doctrina cristiana tiene profundidades lúcidas en que se refleja con esplendor el cielo de las ideas. Basta con esto para manifestar el estado de una cuestion planteada ya en los tiempos del P. Ruiz, y no resuelta hoy todavía, que solo

hemos tratado de paso. pues no podemos decir más refiriéndonos á un religioso de quien solo se sabe que escribió una *Vida de S. Vicente Ferrer*, que no llegó á darse á la prensa, aunque por otra parte obtuviera gran fama por sus conocimientos.—S. B.

RUIZ (Pedro), sacerdote, natural de la ciudad de Valencia, doctor en sagrada teología, moralista famoso y cura de la iglesia parroquial de S. Valero de Ruzafá, una de las catorce de dicha ciudad. Fué catedrático de matemáticas en su escuela, donde acreditó grandemente la doctrina de su maestro Gerónimo Muñoz, hombre eminente en esta facultad. Despues obtuvo un canonicato en la santa iglesia metropolitana de Valencia, y por los años de 1575 dió á luz la siguiente obra: *Modo de fabricar relojes solares con facilidad, por aritmética y geometría;* en Valencia, por Pedro de Huete: 1575, en 4.° Pedro Agustin Morlá coloca á este escritor entre los matemáticos insignes que florecieron en aquella universidad, y alaba la referida obra por estas palabras: *Testem apello Petrum Ruiz, canonicum meritissimum, qui de construendis cujusvis generis horologiis solaribus, ingeniosissimum librum, magnæ reconditæque doctrinæ plenissimum edidit.*—A. L.

RUIZ (H. Pedro), de la Compañía de Jesus; fué de misionero á la Florida en 1568, padeciendo innumerables trabajos, pues como dice la Crónica, « el Señor dió á todos en esta empresa cosecha de ellos muy copiosa por mar y tierra, de hambres, frios, cansancio, incomodidades, desamparos y peligros de la vida, sacrificándola no poco gloriosamente en la demanda. » A su llegada á la corte de la Florida, hallaron en mal estado la pacificacion de los indios y predicacion del Evangelio, deshechas algunas poblaciones por las constantes acometidas de los naturales, y muerta de hambre y desnudez gran parte de la tropa española; visto lo cual por el adelantado, decidió atravesar á la Habana, y se llevó consigo á los misioneros jesuitas. El canal de Bahama es tan peligroso, que la menor variacion de tiempo ocasiona los mayores peligros; así estuvo expuesto á perecer el navío del adelantado, siendo mayor el sentimiento de los Padres por ver, dice la Crónica, que el piloto en lugar de animarlos, perdido el gobernalle de la razon y piedad cristiana, comenzó á blasfemar, volviéndose contra el cielo, y dando quejas de que por ser los que llevaba en su nave católicos y religiosos, le salia tan mal el viaje, cosa que no le habia acontecido cuando conducia luteranos y turcos. Desconsoláronse mucho los siervos de Dios con tan execrable temeridad, y clamando al Señor, le pidieron que volviese por su santo nombre y por el crédito de su Evangelio, sacándolos de aquel peligro y llevándolos con seguridad al puerto. Sucedió como deseaban, porque desde aquel momento, sin cesar la tormenta, siguió la nave su rumbo, y caminó con brevedad hasta entrar en la Habana, quedando combatida de las olas en

alta mar la otra nave que iba en conserva suya con grande riesgo. Mas para que el impío piloto pagase la pena de su enorme delito, y se desengañase de que no eran los religiosos y predicadores católicos por los que se ocasionaban las tormentas; pocos dias despues, de vuelta de viaje á la Florida, y casi en el mismo lugar en que se habia precipitado á pronunciar aquellas blasfemias, padeció miserablemente naufragio, con pérdida del bajel y de las mercaderías que á su cargo llevaba. En la Habana se estableció una casa de la Compañía, para que sirviese de seminario para educar en letras y costumbres cristianas á los indios jóvenes que se trasladaban de la Florida, de que se encargó uno de los religiosos. Todos los demás Padres y hermanos volvieron á aquella isla, y se repartieron en diferentes misiones, y como algunos viesen que la proximidad de los soldados españoles los malquistaba con los indios, se retiraron al interior del país. Pero en todas estas misiones eran escuchados los Padres con muy poca gana y ménos fruto. Oíanles sin embargo los indios, miéntras duró un poco de maiz y algunas alhajas que llevaban los Padres prevenidas para regalarlos y atraerlos con ellas; si bien no dejó de obtenerse el bautismo de algunos moribundos y de un buen número de niños. Los obreros de Cristo procuraban contrastar la terquedad de aquella bárbara gente, pero continuaban siempre manifestando la mayor dureza, sin que obtuvieran el menor triunfo las verdades evangélicas en sus corazones, ántes bien, cuanto mas les procuraban persuadir que detestasen á Satanás, se obstinaban en su adoracion, diciendo que era el Dios de los mancebos á quien debian muchas obligaciones, y los mismos niños que reunian para enseñarles la doctrina, cuando les mandaban repetir lo que habian oido, no contestaban otra cosa sino pedir pan. En vista de tan escasos resultados, resolvieron retirarse á la Habana, donde marchó el hermano Ruiz con sus compañeros, llevando algunos niños, hijos de indios principales, para enseñarlos, y entre ellos uno llamado Luis, de mayor edad que los otros, que fué la causa del martirio de muchos de estos PP. Jesuitas, que no llegó á sufrir el de que nos ocupamos por haberse quedado en la Habana, donde segun todas las noticias murió en un breve período.—S. B.

RUIZ (Pedro Juan), Arcipreste de Hita. Vamos á dar noticia de un ilustrado eclesiástico español, tenido no sin razon á la vista de sus obras por célebre poeta del siglo XIV, al que no obstante esta cualidad, han olvidado los biógrafos y bibliógrafos nacionales y extranjeros, y del que pocas noticias pueden darse ya de su vida, no obstante la celebridad justísima que han alcanzado sus buenos versos. Para esto tendremos que añadir poco á la noticia biográfica que de este eclesiástico dimos como poeta en nuestro *Trovador y Bibliotecario español*, que en vista de sus obras, inéditas en su mayor parte, que posee la seccion de manuscritos de la Biblioteca Na-

cional de Madrid, publicamos el año 1841, en cuya sazon serviamos la direccion del Museo nacional de medallas y antigüedades en la expresada Biblioteca, estando como lo estamos en la persuasion que ninguno ha dicho más que nosotros sobre el Arcipreste y sus obras en España y fuera de ella. Ignórase la fecha del nacimiento de Pedro Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; y tampoco se sabe positivamente el lugar de su nacimiento, fijándose en esto por unos la ciudad de Alcalá de Henares y por otros la de Guadalajara, á cuya provincia pertenece la antiguamente fortificada villa de Hita, situada dos leguas al norte de esta ciudad, en el camino de la villa de Jadraque, carretera de Francia moderna, y cerca de la cual pasa hoy el camino de hierro de Aragon. Igualmente ignorada es la fecha de la muerte de este poeta, por más que haya pretendido fijarla algun autor moderno. Pretende el ilustrado impresor Sanchez que el Arcipreste de Hita debió morir en 1351. Sismondi, autor extranjero, medianamente versado en la lengua castellana, hace una desdeñosa mencion sobre este particular, y Nicolás Antonio, que en su *Bibliotheca Nova Hispana* ha reunido los nombres de muchos autores que habian olvidado sus antecesores, ha pasado en silencio al Arcipreste. Hace unos ochenta y cuatro años, poco más ó ménos, que los escritos del Arcipreste, hasta entónces olvidados en el polvo de las bibliotecas españolas, han salido á luz, pues que Tomás Antonio Sanchez los compendió en su *Coleccion de Poesías castellanas anteriores al siglo XV*, cuya interesantísima obra publicó en Madrid, en 1779 y siguientes, cuya coleccion se reprodujo en París, en 1842, á impulso del patriotismo de nuestro buen amigo el conocido literato español, Director general que ha sido de Instruccion pública, D. Eugenio de Ochoa, que tantos bienes ha hecho en el vecino imperio á su país dando á conocer con excelente crítica nuestra literatura nacional en porcion de interesantes publicaciones españolas. Cuanto se sabe de la vida del Arcipreste, dicen Mr. Gustavo Brunet y Mr. de Puimagre en el artículo que con referencia á los autores citados le dedican en la *Biografía universal francesa*, nos lo ha dicho él mismo. En el título de una de sus obras en verso anuncia que la compuso hallándose preso de órden del cardenal arzobispo de Toledo, D. Gil de Albornoz. Quéjase frecuentemente en ella de lo rigoroso de su cautiverio, que duró trece años y que él atribuye á falsos testimonios y calumnias; pero sin duda debió su desgracia al espíritu eminentemente cáustico y atrevido, y algunas veces poco conforme en los asuntos de más gravedad y en la castidad con el estado sacerdotal que tenia, pues que algunas veces se desliza al dejar correr libre su imaginacion sin correctivo alguno, lo que hace conocer su genio travieso, satírico y demasiado franco, al par que su fecunda y rica imaginacion. Sus producciones no experimentaron la influencia del triste lugar en que fueron

creadas, pues la mayor parte de ellas son alegres y libres, como si de este don precioso y de la mayor prosperidad disfrutase su autor; y si no se tuviesen presentes las costumbres licenciosas de los escritores de la edad media en sus escritos, algunas de ellas podrian hacer formar una mala opinion de las costumbres del Arcipreste. Dicen los citados biógrafos que una de las principales obras del Arcipreste, obra que tiene analogía con el Arte de amar de Ovidio y con el romance francés de la Rosa, es el recitado de sus amores verdaderos ó fingidos con Doña Endrina. Los discursos de D. Amor de Vénus, su mujer, y una vieja algo parecida á la vieja de Juan de Menng y de la Maceta de Regnier, no son ciertamente dignos del estado grave del Arcipreste. Por lo demás, este poeta no descuidó el correctivo en sus versos sobre los pecados capitales, y áun en aquellos otros no dejan de encontrarse bastantes máximas morales y filosóficas. A los amores de Doña Endrina siguen versos sobre la Pasion de Jesucristo. «Despues de haber contado cómo se enamoró perdidamente de una señora que se hallaba orando, despues de hablar de las travesuras de la vieja Trota Conventos, acaba su libro como le empezó en alabanza de la Vírgen Santísima.» Tal vez que el Arcipreste de Hita discurriese de buena fe cuando dice haber escrito una obra moral, llevando por fin el manifestar el peligro á que puede arrastrar cierta clase de amores. «Dios sabe, exclama en un prefacio, que mi intencion no fué componer este libro para dar materia de pecar, ni con mala intencion, sino por el contrario para recordar á todos que es preciso obrar bien para dar buenos ejemplos, y para que estando advertidos puedan más fácilmente librarse de los peligros de un amor culpable.» La idea de la composicion poética, que podria titularse *Doña Endrina*, dicen los biógrafos franceses expresados que no pertenece al Arcipreste, y que la sacó de un poema titulado *De Vetula*, hace mucho tiempo atribuido á Ovidio; pero si bien esto puede ser, que no lo afirmamos, puesto que diariamente vemos coincidir en una misma idea dos ó tres personas sin necesidad de ser poetas ni escritores de ningun género, ha puesto el Arcipreste tanto de su propia cosecha en esta creida imitacion, que puede considerarse esta pieza poética como un original, como una obra nueva, pues de la misma manera que lo hizo el conde Lucanor, intercaló en su narracion principal gran cantidad de fábulas é historietas, que si en lo general no encierran siempre una moral muy pura, estan escritas con mucha gracia y sencillez. Estos trozos episódicos quieren los referidos autores franceses, que ó sean imitados, ó sacados de sus antiguos poetas, ó de algunos escritores de la antigüedad, poniendo en duda sean de su invencion. ¿Y por qué no ha de ser esto último? ¿No confiesan fecunda y rica la imaginacion del Arcipreste? No fué español? Y siéndolo, ¿ha habido nacion en la edad media y despues en la que siguió á esta próxima-

mente, que produzca poetas más espirituosos y fecundos? Estúdiese la historia de la poesía española con cuidado, y compáresela con la de todos los pueblos de los tiempos que hemos citado, y dígase en conciencia qué pueblo ha estado al frente, á la cabeza de los demás en este género de literatura. Empero los franceses y los afrancesados se han empeñado en oscurecer nuestras glorias, portándose los primeros como discípulos ingratos, pues que de nosotros, mal que les pese, aprendieron particularmente la poesía dramática, si no toda, como pudiera disputárseles con ventaja, y los segundos, como malos hijos que se gozan en desacreditar á su madre; pero la luz de la verdad aparece siempre venciendo las negras sombras con que pretenden eclipsarla y áun ocultarla del todo, si pudieran. El pasaje titulado *El Muchacho que queria casarse con tres mujeres*, dicen ellos que recuerda su fábula: *El Escudero que pretendia casarse con doce mujeres*. Empero aquí repetimos que no es indispensable el plagio para que se encuentren, no dos, sino cien ideas iguales en autores que no por esto dejan de ser originales. La historieta que cuenta Rabelais con motivo del ingles que argüia por medio de signos, es idea que se ve ya en los versos del Arcipreste, y no por esto creemos que Rabelais fuese un plagiario, pues muy bien pudieron ambos crear la misma idea ó tomarla del lenguaje mímico, tan antiguo como el mundo, si bien no sujeto á reglas del arte inventado despues para la enseñanza de los sordo-mudos, cuya gloria de invencion nos cabe á los españoles, por más que se endiose por ella al abate l'Epée, que no hizo otra cosa que mejorar el lenguaje mudo creado por Leon y otros humanitarios pensadores españoles. Cuenta el Arcipreste de Hita hablando del pecado de la lujuria, la burleta que jugó á Virgilio una dama romana, y la manera poco delicada con que se vengó el poeta de su pérfida querida; anécdota sacada, segun aquellos críticos, de los maravillosos hechos de Virgilio, tan sabidos en la edad media. Inagotable el Arcipreste en sus donaires y chanzonetas sobre el poder del dinero, tuvo frecuentemente felicísimas ideas y ocurrencias. «Mucho hace el dinero, dice, y por lo tanto es preciso amarle mucho, pues que del mayor de los tontos hace un sabio, da piernas á los cojos, lengua á los mudos, y el que no tiene mano encuentra con qué tomar el dinero.» Siguiendo los críticos expresados en su empeño de negar el don de inventiva al Arcipreste, que parece haber sido su principal objeto al hacer mencion de él en su citado artículo, para escribir el cual se unieron, firmándole para que no quedase duda de que era parto de dos ingenios; dicen que el *Combate del Carnaval y de la Cuaresma* del Arcipreste, cuya composicion considera Sanchez con razon, en nuestra pobre opinion, como una de sus mejores composiciones, y bastante superior á la *Gatomaquia* del famosísimo poeta español Lope de Vega, el fénix de nuestros dramáticos, recuerda el

cuento francés *La Bataille de Charnage et de Carême*; y nosotros encontramos cosas en la composicion del de Hita, que no pueden ménos de alejarnos enteramente de aquel cuento. Y como si no hubieran dicho ya lo bastante para presentar como plagiario á nuestro compatriota añaden: «El Arcipreste de Hita se apropia con talento los trabajos de los demás, conservando las cualidades propias de los jóvenes literatos: hay en sus obras reminiscencias felices de los antiguos, las cuales se hermanan con las ideas originales, en lo que tanto como en su malicia, se da un aire con nuestro La Fontaine.» Despues de todo esto pasan aquellos críticos á hacerle justicia, pero esto lo hacen como á la fuerza, y por respetos á lo que ya habia dicho de este poeta el Sr. Ochoa, ya citado, y dicen: «Se engañarian los que no viesen en Ruiz más que un bufon de un poco más talento que lo fueron ordinariamente los del siglo XIV, puesto que el Arcipreste se eleva á las veces á un admirable lirismo. Su imprecacion contra la muerte á propósito de su querella sobre Trota-Conventos, sus memorias de la Pasion de Cristo, sus cántigas y alabanzas á la Vírgen, y sus canciones de la Serrana, ofrecen á su vez las cualidades más nobles del estilo serio, la sombría austeridad del Dante, la grandiosidad de la santa Escritura y el encanto de los Trovadores provenzales.» Cuando estas excelencias reconocen los expresados críticos en las composiciones del Arcipreste de Hita Pedro Juan Ruiz, no concebimos cómo se ha puesto tanto empeño en negarle la creacion y la originalidad en los asuntos jocosos, que es precisamente el género que mejor se presta á la inventiva en España, y en el que á cada paso la fecundísima imaginacion de nuestro pueblo, áun en las clases más bajas y ménos instruidas, hace felicísimas creaciones métricas, en las que la gracia, el chiste, el apropósito y la improvisacion más rápida son sus principales galas, pues que pudiera decirse de ellos, y en especial de los aragoneses y andaluces, que componen al paso de vapor las más espirituosas y chistosas poesías del mundo, teniendo el don de presentar un poema entero y perfectamente acabado en siete versos cortos, en esa inimitable seguidilla, característica entre los diferentes metros poéticos del fecundo genio español. Despues de cuanto hemos dicho nos parece deber continuar este artículo con la biografía que de este poeta español publicamos en Mayo de 1841, con su retrato, que dimos al público la primera vez en nuestra obra titulada el *Bibliotecario y Trovador español*, compuesta toda de fragmentos y poesías inéditas que se conservan en la Biblioteca Nacional española en Madrid, y terminaremos este trabajo con el informe que dió el célebre P. Martin Sarmiento, ilustrado monje benedictino, sobre el códice del Arcipreste de Hita. Dice así: «Pocas son las noticias que podemos dar de Pedro Juan Ruiz, Arcipreste de Fita ó de Hita, poeta del siglo XIV, á quien cree D. Luis José

Velazquez el Petronio de la poesía castellana, si el objeto de sus composiciones fué, como parece, el satirizar las malas costumbres de su siglo, y reprender en sus figuras fingidas los vicios de algunos personajes de su época. Ni D. Nicolás Antonio en su Biblioteca de autores españoles, ni ningun otro autor ántes de Velazquez, en sus Orígenes de la poesía castellana, ha hecho mencion del Arcipreste, y los que han hablado de él despues, han adelantado poco á las noticias de aquel escritor, que debió ser uno de los más estimados poetas de su tiempo. Resumiendo cuanto dice el citado Velazquez Sarmiento, que apénas le nombra, Sanchez en sus Poesías castellanas anteriores al siglo XV, y Bouterwek, en su Historia de la literatura española, podemos sentar, habiendo ya probado Sanchez no ser de Alcalá, como podria aparecer de la copla 1484 del códice de Salamanca, que el Arcipreste era natural de Guadalajara, de donde le hace hijo el historiador de esta ciudad D. Francisco de Torres, diciendo (á la página 82 del libro II) que por los años 1415 hubo dos poetas señalados en aquella ciudad, y que el uno fué el Arcipreste de Hita, que hizo un gran volúmen de proverbios en verso, y el otro Alonso Gonzalez de Castro. La villa de Hita, señorío de la casa de los duques del Infantado, dista cinco leguas de Guadalajara, y no es de extrañar que fuese nombrado por el señor de la villa para aquella dignidad; pero lo que sí estará equivocado en Torres es el año, que debe ser 1315, en vez del que pone, segun prueba Sanchez suficientemente. Que el Arcipreste floreció á la mitad del siglo XIV, él mismo lo dejó escrito en la siguiente copla, que es la última que tiene el códice de la santa iglesia de Toledo á que nos referimos.

Era de mil é trecientos é sesenta é ocho años,
Fue acabado este libro por muchos males é daños
Que fasen muchos é muchas á otros con sus engaños
E por mostrar á los simples fabras é versos extraños.

Por esta copla se ve que acabó el Arcipreste su obra en 1330 de nuestra era, cuya fecha se altera en la misma copla del códice del colegio mayor de Salamanca, que contiene trece años más que la anterior (año de J. C. 1343), y es la más cierta segun el razonamiento de Sanchez. Además de los códices citados, existe el de D. Benito Martinez Gomez Gayoso, archivero del Ministerio de Estado en 1790, que regaló al célebre calígrafo Palomares, oficial de la misma secretaría, pero todos ellos son en mi concepto traslados del de Toledo, del que existe en la Biblioteca Nacional de esta corte una breve copia sacada por el erudito jesuita P. Barriel, con un retrato del Arcipreste copiado á pluma y tinta de China del original de Toledo por el expresado Palomares, que es de donde D. Cayetano Palmaroli, nuestro amigo, ha sa-

cado el dibujo del grabado anterior (1). En la hoja primera de los códices citados, manifiesta el Arcipreste su nombre al lector, diciendo así (en el Gayoso):

Porque de todo bien es comienzo é rais
La Vírgen Santa María, por end yo Juan Ruis
Arcipresti de Fita, della primero fis
Cantar de los sus gosos siete, que así dis.

Solo se diferencia el nombre en el de Salamanca, que dice: «por end Pero Juan Ruis,» lo que hace creer se llamase así en vez de Juan solo, cosa no extraña cuando era muy comun en el siglo XIV, como lo es hoy, tener dos nombres de santos y áun más una misma persona. Algunas persecuciones debió padecer el Arcipreste en su ancianidad, y tal vez fuesen causa de ellas sus satíricos versos, pues que en el códice de Salamanca se halla una nota que dice: « Este es el libro del Arcipreste de Hita, el que él compuso seyendo preso por mandado del cardenal D. Gil (de Albornoz), arzobispo de Toledo.» Por esta nota se prueba tambien la época del Arcipreste; pues que este arzobispo subió á la silla de Toledo en 1337 y siguió en ella hasta 1350, en que, elevado á cardenal, pasó á Aviñon donde se hallaba entónces la silla apostólica, y dentro de los trece años que mandó D. Gil en Toledo, debió ser la prision del Arcipreste y el trabajo de sus poesías ó de la mayor parte de ellas; y atendiendo á la copla 1642, su prision debió ser en Toledo, pues Alcalá y Guadalajara, donde se sospecha por algunos que fué, no eran más que villas entónces. Si no se ha podido averiguar el año del nacimiento del Arcipreste, tampoco se halla el de su muerte, y solo puede sospecharse hubiese fallecido ya á 7 de Enero de 1351, ó bien dejado su dignidad, puesto que por una bula dada en Villanueva, diócesis de Aviñon, en dicha fecha, se pone como Arcipreste de Hita á un tal D. Pedro Fernandez. Nada hemos podido averiguar, además de lo dicho, de tan estimable poeta. Si no hubiéramos tenido algunos trozos de poesía interesantes, no impresas en la obra de Sanchez, y una composicion completa de las no concluidas en aquella coleccion, ciertamente que no hubiéramos hecho mencion de este poeta del siglo XIV, del que en la referida obra de Sanchez se dice cuanto de él puede decirse con inteligencia y buen criterio; pero el deseo de añadir á lo ya conocido lo poco inédito que poseemos, y el de publicar su retrato, tal cual está en el códice original de la santa iglesia de Toledo, es lo que nos ha impelido á ello. Acabamos este artículo recomendando la coleccion de Sanchez, tomo IV, á los que quieran conocer á

(1) El que se acompañó á nuestra publicacion antes citada.

fondo las poesías del Arcipreste, poeta, que como dice el erudito y literato colector citado, fijó nueva y ventajosa época á la poesía castellana, así por la mucha y hermosa variedad de metros en que ejercitó su ameno y festivo ingenio, como por la invencion, por el estilo y por la sátira, ironía, agudeza, sales, sentencias y refranes de que abunda, y por su moralidad: de suerte que puede casi llamársele el primer poeta castellano conocido, y el único de la antigüedad que puede competir en su género con los mejores de Europa y áun con los mejores latinos.» Despues de lo que acabamos de exponer, parécenos del caso, y útil para los que deseen conocer mejor los escritos del Arcipreste, dar cabida en este artículo al dictámen que dió el famoso y erudito Fr. Martin Sarmiento, de la ilustre Orden Benedictina, sobre el manuscrito del de Hita, que posee la Biblioteca Nacional de Madrid. Dice así:

«He visto y leido *de verbo ad verbum*, y con singular atencion, todo el códice manuscrito y cuyas circunstancias son las siguientes: Es un 4.° con encuadernacion antigua, escrito en papel tosco del siglo XV, y con los caractéres del mismo siglo: comprende ochenta y seis hojas con principio y fin. Todo su contenido se reduce á unas coplas castellanas antiguas; y en aquel metro en que estan los versos de Gonzalo Berceo, impresos ya en la vida de Santo Domingo de Silos. Consta de la pág. 2 que el poeta es Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; y que se acabó la obra, ó de hacer, ó de copiar, el jueves 23 de Julio del año de 1389 consta de la página última, pág. 172. En carta que por los años de 1440 escribió el famoso y docto Marqués de Santillana al condestable de Portugal, sobre los poetas castellanos, lei estas palabras: Los versos de Alejandro; los votos de Pabon, ó áun el libro del Arcipreste de Hita: áun de esta guisa escribió Pero Lopez de Ayala, el *Viejo*, un libro que fizo de las maneras del Palacio; llamaron los ritmos. De aquí se infiere que la obra del Arcipreste de Hita estaba vulgarizada, y que sus coplas se llamaban ritmos, y segun creo tambien se deben llamar versos alejandrinos, aludiendo á que la Alejandriada de Guallero en latin se puso en versos franceses y castellanos en el metro largo que usa el Arcipreste, y que cada verso debe tener catorce sílabas en su mediania, sin atender á escrúpulos ni á voces de acento en la última, al modo que sucede en las doce sílabas, que en su medianía tiene el verso de arte mayor. Todo poema castellano en este metro del Arcipreste es muy antiguo, y por ser áspero se le sustituyó el metro de arte mayor, y despues á este el de endecasílabos ó el italiano. Los versos alejandrinos deben consonar de cuatro en cuatro, y por eso se llaman ritmos ó rimas, pues riman todos cuatro juntos. El año 1727 vi en la biblioteca de la iglesia de Toledo muchas hojas en cuartillas sueltas, y por estar foliadas conocí, habiéndolas coordinado, que faltaban ochenta

hojas, y las que aún allí se conservan creo serán unas cincuenta á sesenta. Tengo presente que el papel, letra y metro en todo se parecen á los de esta obra del Arcipreste y que es un retazo de un poema castellano de versos alejandrinos. Acuérdome que allí se contiene una larga contienda entre la Cuaresma y el Carnaval, y que allí está la fábula de la Zorra cuando se fingió muerta. Y siendo constante que en este códice del Arcipreste está esa larga contienda, de más de veinte hojas, desde la pág. 104, y que en la pág. 156 está el principio de la dicha fábula de la Zorra, la cual en uno y otro manuscrito se llama Guthara, es para mí moralmente cierto que el manuscrito que ví en Toledo, y que allí tuve por anónimo, es parte del poema presente del Arcipreste de Hita. El manuscrito presente no estaba foliado, y yo me tomé la libertad de irle numerando las páginas al pie de la plana, para darme á entender en algunas observaciones que hice al leerle todo, v. g. Este códice es copia, y copia de otra copia desconcertada: el copiante saltó hojas. Hácese evidencia en la hoja 133 y 134, que siendo una sola, tiene cosas diversas; la plana 133 se continua en la pág. 137. Por regla general siempre que la plana tiene al pié una estrella, es señal que allí quiebra el hilo de la narrativa; unas veces salta atras á buscar el hilo, ó pasa adelante, pero otras veces ni atrás ni adelante se continúa el contesto. Esto prueba que la encuadernacion se hizo sin órden, ni conocimiento de las hojas ni del poema, y que se dejaron de encuadernar muchas hojas. Tengo certeza de que la fábula de la Güthara ó Zorra está entera en el manuscrito de Toledo, y en este presente únicamente hay doce versos en la citada pág. 156. Así creo que el de Toledo podria servir de mucho para enmendar y añadir este en muchos parajes. Además de lo dicho, este códice tiene muchas erratas notorias. Faltan versos enteros y medios versos, y por lo mal que riman unos con otros en algunas partes, se conoce ó la mala ortografía del que copió, ó la trastornacion de las letras en muchas voces. Seria muy útil buscar, si se hallase, un códice que tuviese este poema entero, pues no podrá menos de haber más copias de él. Miéntras, digo que el presente códice, áun como se halla, es curioso, raro, selecto, y que podrá servir para la inteligencia del lenguaje antiguo castellano del siglo XIV. El asunto de todo él es una miscelánea, y se reduce á que uno queria amar y casarse, y andaba buscando mujer á gusto suyo, valiéndose de una Trota-Conventos, ó demandadera de monjas, como de tercera ó alcahueta, y de cuando en cuando introduce un apólogo ó fábula para conformar su razonamiento, ó rebatir el ajeno. Al fin se enamoró de una monja. Hay varias expresiones por las cuales correria peligro el imprimirse semejante códice, pero se debe apreciar como manuscrito. Leile todo con mucho gusto en medio de que no he podido hacer pie fijo, ni en la lectura, ni en la significacion de algunas voces, aunque son

pocas. Desde la pág. 19 trova todos los principios latinos de las trovas canónicas, y á veces muy mal; por ser palabras latinas estan mal escritas, y no todos las leerán bien. En la pág. 89 dice: En el mes era de Marzo dia de S. Miguel; en otra parte dice: como pollo invernizo despues de S. Miguel. Aquí habla de la fiesta de Setiembre, y en el primer texto nos dice de la de Mayo, y siendo cierto que solo en estos dos meses hay fiestas de S. Miguel, se infiere que el mes de Marzo está errado enormemente. Debo advertir que usa muchas veces, forzado del consonante, voces que no se deben tener por castellanas que entónces se usasen, y especialmente en cuanto á su terminacion. A este modo muchas voces que usó Juan de Mena en sus *Ochocientos*, nunca han sido castellanas sino en su fantasía. Aquel Pero Lopez de Ayala, el *Viejo*, que hizo tambien versos alejandrinos, es el famoso cronista de los reyes D. Pedro, Enrique II, Juan I y Enrique III, aunque la crónica de este quedó imperfecta por muerte de Ayala, y solo anda manuscrita. Los Votos de Pabon y el poema de Alejandro, jamás los he visto ni quiénes son sus autores. Parece que el marqués de Santillana no tenia noticia del poeta Berceo del tiempo de S. Fernando, pues le debia haber citado en los poetas, del metro de las catorce sílabas. Y acaso se podrá conjeturar que el Arcipreste de Hita habia visto las obras de Berceo, pues así en este como en el Arcipreste se halla el adagio *Romero hito saca zatico*, correspondiente al más moderno: *Pobre importuno saca mendrugo*. La vez que el Arcipreste habla de los judios, usa mucho la boz *atora*, la cual es puramente hebrea, derivada de la voz *Thorak* ó *atora*. En otra parte introduce una mora, que dice algunas voces arábigas, pero muy desfiguradas. Cada llana de las ciento setenta y siete numeradas, tiene de veintitres á ventisiete renglones ó versos, y así contiene en todo más de mil cien cuartetas rimadas. En el siglo XIV era muy comun el uso de los apólogos y fábulas, como se ve en el Decámeron de Bocacio, y en el conde Lucanor, anteriores al Arcipreste de Hita. De este Arcipreste no hace memoria alguna D. Nicolás Antonio. Esto es lo que he observado acerca de este códice manuscrito; y lo firmo en S. Martin de Madrid y Setiembre 6 de 1750. — *Fr. Martin Sarmiento, Benedictino.*»

Para prueba de las poesías de este poeta español, parécenos del caso concluir este artículo con la picante *Serranica*, como él la llama, que publicamos por primera vez en el expresado *Trovador Español*.

Pasando una mañana el puerto de mal angosto,
Salteóme una serrana al asomante de un rostro,
A te duro dis, como andas, que buscas, que demandas
Por este puerto angosto?

Dixle yo á la pregunta, venu para Sotos-albos
Dis, el pecado se barrunta en fablar verbos tan bravos.
Que por esta encontrada que yo tengo guardada
Non pasan los omes salvos.

Paróseme en el sendero la gaha roy heda
Alá, he, dis, escudero, aquí estaré yo queda
Fasta que algo me prometas, por bien que te arremetas
Non pasarás la vereda.

Dixele yo; por Dios, vaquera, non me estorbes mi jornada
Suelta et dame carrera, que non traje para ti nada.
Ella dixo: dende te torna por Somosierra trastorna
Ca non abras aquí posada.

La chata endiablada, que S. Illan la confonda,
Arrojóme la cayada et rodeome la fonda,
Aventó el pedrero, dise, por el padre verdadero
Tu me pagarás hoy la ronda.

Fasie niebe, et granisaba, dixome la chata luego
Bascas que me amenasaba, paga si non veras juego.
Díjele yo: por Dios, fermosa, desiroos he una cosa
Mas queria estar al fuego.

Dis; yo te levaré á la casa, demostrarte he el camino
Faserte fuego et brasa, dart' he del pan é del vino:
Alaud, prometerme algo, he tenert' he por fidalgo
Buena mañana te vino.

Yo con miedo arresido, prometil' una garnacha
Et mandel' para el vestido una brocha et una prancha
Ella dijo: d'oy mas, amigo, anda acá, et vente comigo
Non hayas miedo á la escacha.

Tomóme resio por la mano, en su pescuezo me puso
Como á zurron liviano levóme la cuesta ayuso;
A te duro, dis, non te espantes que bien te dará que yantes
Como es de sierra uso.

Púsome mucho ayna en una venta con su hato
Dióme fogera de encina et mucho conejo de soto
Buenas perdises asadas, hogasas mal amasadas
Et buena carne de choto.

De buen vino un cuartillo, manteca de vacas mucha
Mucho queso asadero, leche, et natas, et una trucha
Et dijo: á te duro, comamos á deste pan duro
Despues faremos la lucha.

Desque fui poco estando, fuíme mas desarreciendo
Como me iba calentando así me iba sonriyendo
Oteóme la pastora, dis, compañero agora
Creo que te vo entendiendo.

La vaqueriza trabiesa dis, luchemos un rato
Lievate dende apriesa, devuélvete daqués hato
Por la moñeca ma priso, ove de faser lo que quiso
Creéd que fis buen barato.

Al terminar este artículo, pedimos á nuestros lectores nos dispensen habernos excedido algun tanto en él, por el deseo de dar á conocer más que lo está á uno de nuestros poetas principales de la edad media, áun cuando su género pecó, más que debiera, de libre que de mesurado para su estado, si bien es preciso conocer que en la sociedad que vivió no se veian tan mal como en la nuestra ciertas libertades en el poeta, tal vez porque con ménos malicia no se daba tanta importancia como hoy á ciertos giros, ni se juzgaba al escritor por el lado que hoy lo hacemos cuando vemos en sus obras expresiones y frases picarescas y atrevidas. Además no debe olvidarse lo que ya dijimos ántes, que tal vez el Arcipreste quiso presentar el mal, para que conocidos sus efectos pudiera evitarse más fácilmente. — B. S. C.

RUIZ (P. Simon), de la Compañía de Jesus. Nació en Astorga y tomó el hábito en Alcalá en 18 de Marzo de 1573, distinguiéndose mucho por sus grandes virtudes y piedad. Desempeñó el cargo de ministro en su colegio de Alcalá, y luego el de rector en el de Murcia, donde vivió año y medio, dando grandes ejemplos dentro y fuera de casa por su mucha caridad, contínuas mortificaciones y penitencias, siendo respetado de todos como un varon santo. Manifestó tener noticia anticipada de su muerte, y habiendo recibido los santos Sacramentos con particular devocion, preguntado por uno de los religiosos si tenia algun sentimiento por verse cercano á su última hora, contestó con alegre semblante: *Non commutabo spem vitæ æternæ pro omnibus divitiis sæculi*, y poco despues rindió el alma en manos de su Criador á 30 de Diciembre de 1536. Acudieron á sus exequias sin ser invitados el Obispo con varios capitulares y la música de la catedral, la clerecía, muchos religiosos de otras órdenes, nobleza y plebe por el grande aprecio en que tenian su santidad. —S. B.

RUIZ DE AGÜERO (D. Juan), obispo de la santa iglesia de Zamora. Fué el sexto de este nombre, y sucedió en la sede á D. Diego de Simancas. Nació en Brujel, aldea de Talavera de la Reina, en 25 de Abril de 1515. Fueron sus padres Alonso Ruiz de Arroyo y Francisca Sanchez de Agüero. En edad de veintidos años fué colegial mayor de San Ildefonso en la universidad de Alcalá. Graduóse de doctor en la facultad de teología en el año de 1548, habiendo siempre gozado de la nota de muy sobresaliente y aprovechado en todas las clases que cursó, siendo notable su aplicacion y aficion al estudio. En el citado año de 1548, en 21 de Diciembre, le ordenó de corona, grados y

epístola D. Juan Martinez Siliceo, arzobispo de Toledo; y del Evangelio y Misa, D. Fr. Andrés de Fuensalida, obispo de Trípoli. D. Juan Manuel, electo de Zamora, le llevó consigo, y descargó en él la mayor parte del gobierno de su obispado, y le dió lo primero que vacó en su tiempo, que fué el curato y arciprestazgo de San Ildefonso de Zamora. Fué en su iglesia catedral canónigo magistral. El rey D. Felipe II le presentó por obispo de la misma iglesia. Hizo el juramento de la fe en 24 de Junio del año 1584, en la iglesia catedral de Leon, en manos de D. Francisco Trujillo, su obispo. Le consagró en Valladolid D. Juan Manuel, su decidido protector, y asistieron los obispos de Leon y Astorga. Asistió en el dia 11 de Noviembre del año 1584, en el juramento que se hizo al príncipe D. Felipe en el convento de S. Gerónimo de Madrid. Dió principio á su gobierno con celebrar sínodo, pues hacia ciento cinco años que no se celebraba; en la composicion de su casa fué muy moderado, templado y modesto, no consintiendo sedas ni tapicerías, para aumentar con los ahorros que produjesen aquellos gastos, que miraba como superfluos y de vana ostentacion, el fondo destinado para limosnas á los pobres, á los enfermos, á los indigentes, observando la mayor parquedad en su alimentacion, usando de sustancias simples y comunes, y huyendo de todo regalo en la mesa, y demás conveniencias que proporciona el mundo. Su caridad era tan extraordinaria que podia considerársela como el norte de todas sus acciones. Fué único para socorrer y aconsejar á los pobres proporcionándoles todos los consejos que estaban en su mano, siendo tan pródigo en sus limosnas, que nunca ponia tasa á su desprendimiento y generosidad, ni tenia horas señaladas, porque todas le parecian buenas, fuesen del dia ó de la noche, para socorrer al que lo necesitase. En el gobierno dió repetidas pruebas de ser compasivo y tolerante, consiguiendo más de sus súbditos con la blandura y el ruego que con el rigor y el castigo, pues cuando llegaba á este extremo era por no poder pasar por otro punto. A la fábrica de su iglesia la daba todos los años cincuenta mil maravedís, y cuando se quemó su claustro la dió quinientos mil ducados. Al colegio de Alcalá, en memoria de haber traido su hábito, le donó cuatrocientos ducados, y á sus sobrinos y deudos los ayudó con mucha moderacion. Todos los sábados delante de un Cristo crucificado se tomaba á sí mismo cuenta de lo que habia hecho ú omitido hacer en beneficio de sus ovejas y en cumplimiento de su obligacion y cargo, así en lo temporal como en lo espiritual de sus almas. Y pedia á Dios con mucha humildad perdon de todo aquello en que habia faltado, y prometia con eficacia la enmienda. Escribió un excelente tratado contra las comedias, probando y manifestando todos los peligros á que expone la asistencia á los espectáculos, y efectivamente logró por algun tiempo cesasen sus representaciones. Reedificó una capilla en Brujel, dedicada á

S. Sebastian, y dejó en ella renta para tres capellanes, uno de ellos con título de mayor, remunerado suficientemente. Murió en la villa de Mayalde, cámara de su obispado, en 24 de Mayo del año de 1595, y le dieron sepultura sus sobrinos D. Sebastian Agüero, regidor de Zamora, corregidor que fué de Avila, Badajoz y Ciudad-Real, y en el año de 1646 de Cuenca; y Fray Andrés de Talavera, religioso de la órden de S. Gerónimo en la iglesia de Brujel, y en ella tiene el epitafio siguiente:

*Aquí yace D. Juan Ruiz de Agüero, Obispo que fué de la ciudad de Zamora, que reedificó y dotó aquesta capilla.*

Tuvo por sucesor en la sede á D. Fernando Suarez de Figueroa.— A. L.

RUIZ DE ALTABLE Y AGUAYO (Mtro. José). Fué presbítero y cronista de la villa de Madrid como él mismo se intitulaba el año de 1656, en que en el certámen poético de la dedicacion del nuevo templo del colegio de Sto. Tomás hizo unos madrigales. Escribió: *Historia de la milagrosa imágen de nuestra Señora del Buen Suceso, colocada en el Hospital Real de la Corte de la muy noble y coronada villa de Madrid, que publicó el año* 1641, en 4.°—A. B.

RUIZ BLANCO (Fr. Matias) franciscano de la Observancia regular. Ignórase el lugar de su nacimiento y las principales circunstancias de su vida en la Península de que debe suponerse natural. Pasó á las misiones de América á mediados del siglo XVII, distinguiéndose allí tanto por sus buenas cualidades para la predicacion que no tardó en ser elevado á los primeros puestos de la provincia, despues de haber desempeñado los demás cargos propios de todo misionero, en que manifestó su zelo y buenos deseos. Nombrado teólogo examinador sinodal del obispado de Puerto-Rico, y comisario provincial de la conversion de los indios en Píritu, ejerció tan opuestos destinos por un largo período, dedicándose al mismo tiempo á la composicion de diferentes obras que debian facilitar en gran manera esta conversion. Su espíritu apostólico, su caridad sin límites, y su carácter bondadoso y amable le hacian ser amado de todos, en particular de los indios, que le veneraban como á padre, teniéndolos él en lugar de hijos. A su fallecimiento, ocurrido en América, dejó las siguientes obras: *Sobre la conversion de los indios llamados vulgarmente armanagotos y palenques juntamente con una relacion de sus hechos más memorables.* Madrid, por Juan García Infanzon, 1690, en 8.°—*Arte y diccionario del idioma de los indios de Píritu.* Burgos, por Juan Vivar, 1683, 4.°—S. B.

RUIZ DE CALCENA (D. Fr. Antonio). Fué noble su linaje en Calatayud, donde nació despues de la mitad del siglo XV. Profesó la regular observancia de S. Francisco en Aragon, donde su religiosidad, letras y prudencia

tuvieron aprecio. En el tercer capítulo que celebró su provincia en el convento de Jesus de Barcelona, á 11 de Abril de 1524, fué electo ministro provincial, y otra vez pasados algunos años, en cuya superioridad, como en otras que ántes tuvo, gobernó con aceptacion de sus súbditos. Obtuvo despues la comisaría general nacional dos veces, y el vicariato general de la Orden. Empleos donde su celo, discrecion y política se distinguieron en sostener y adelantar en España, en Italia y en otras partes la observancia de su instituto. Estas prendas movieron el ánimo de Cárlos V para hacerle prefecto y comisario de la santa mision, que promovia entre los moriscos de estos reinos, en que trabajó con felicidad. En este tiempo vacó el obispado de Tortosa, año de 1537, por muerte del cardenal Guillermo, y lo presentó en él á dicho religioso en 20 de Junio del dicho año, en el que tomó su posesion á 25 de Octubre. Gobernó esta diócesis con celo y ejemplo hasta el de 1542, en que murió con fama de santidad, dice el cronista Hebrera en la *Crónica de Aragon del órden de S. Francisco, tomo 1, capítulo* 26 *del libro* 1.°, *página* 84. Donde asímismo advierte que escribió: 1.° *Una gravísima epístola pastoral á todo el órden de S. Francisco*, donde exhorta á sus religiosos al más perfecto cumplimiento de sus deberes.—2.° *Ordenaciones y estatutos tocantes al gobierno de las religiosas de su instituto.*—3.° *Reglamentos concernientes á la mision franciscana de la provincia de Veracruz, y otras de la América de su religion.*—4.° *Método religioso para casas de recoleccion en cada provincia franciscana.*—5.° *Régimen para la formacion del colegio de S. Pedro y S. Pablo, universidad de Alcalá de Henares, en órden á los individuos religiosos de que debia componerse.*—6.° *Práctica que debia observarse en órden á diversos estatutos que dió, tocantes á la regular Observancia de S. Francisco.*—7.° *Muchos sermones panegíricos y doctrinales*, que se estimaron. Los historiadores franciscanos extienden justamente las alabanzas de este prelado, como Francisco Martorel, en la *Historia de Tortosa*, libro 2.°, capítulo IV, página 389. El maestro Zapater en sus *Anales de Aragon*, libro 3.°, capítulo 35, 121 col. 1.ª y el regente Villar, Patronad de Calatay., página 487, tratando en la 510 de D. S. Juan Ruiz Calcena, de Calatayud, secretario del rey católico D. Fernando, celebrando su juicio, integridad y bondad (de quien se desean *algunos papeles políticos*), y advirtiendo que está enterrado en un magnífico sepulcro de alabastro, en la capilla mayor de Sta. Clara de dicha ciudad, con el siguiente epitafio:

*Hac alabastri spetiosa mole Joannis*
*Ruiz Calcenæ Corpus et Ossa jacent,*
*Cujus in arcanis Ferdinando cogint à Regi*
*Fama, Fides, Probitas, Lingua, Manusque fuit.*

El cronista Marineo acuerda su ilustre memoria en el *libro 7 de sus Epistolas*, con otros escritores, que asímismo dan sus armas de una torre de plata en rojo, puertas y ventanas azules, con orla de oro y en ella diez fajas de hiedra.—L.

RUIZ DE CAMARGO (D. Gerónimo), obispo de las santas iglesias de Ciudad-Rodrigo, de Coria y de Córdoba. Este ilustrísimo doctor tuvo por patria á la ciudad de Burgos, y por padres á Gonzalo Ruiz de Camargo, linaje nobilísimo y muy antiguo en el valle de Camargo, cerca de Santander, y su madre fué Doña Juana Ortiz de Bringas y Velasco, de familia noble en el valle de Mena. Aprendió en Burgos la primera parte de sus letras, y las artes en Alcalá de Henares. Estudió con particular aplicacion las lenguas griega y hebrea, y salió muy erudito y consumado en ambos idiomas. En seguida dió principio á los estudios de las dos teologías, positiva y escolástica, y fueron sus maestros en esta ciencia los doctores Ruiz, Cantero, Calderon, y el gran P. Maestro Deza, de la Compañia de Jesus, que fueron los cuatro de mayor fama de la universidad de Alcalá. Dejó esta ciudad, y pasó á terminar sus estudios á la universidad de Salamanca en el año de 1580. En 28 de Setiembre le dieron la beca de colegial en el colegio Mayor del Arzobispo de Toledo. Leyó en nombre del maestro Fr. Luis de Leon, y durante bastantes meses, la cátedra de Escritura con gran concurso de todas las religiones y estudiantes. Terminada esta ocupacion, se llevó una cátedra de filosofía en concurso de hombres muy entendidos y notables, que leyó tres años y algunos meses. En el año de 1594 se opuso al canonicato magistral de la santa iglesia de Avila, el que consiguió por sus muchas letras, vastos conocimientos y nobleza de carácter, tomando su posesion en 20 de Diciembre, víspera de Sto. Tomás. Antes de obtener la canongía habia sido abad de S. Miguel de Camargo, existiendo la tradicion y memoria de haberlo sido sin interrupcion, por el largo espacio de más de doscientos años, antecesores de su linaje y familia. Residiendo en su canonicato le mandó el cardenal D. Bernardo de Rojas, inquisidor general, y el supremo consejo de la Inquisicion, viniese á la corte y asistiese en ella, y se encargase de formar el índice de los libros condenados, con título de calificador y comisario del Santo Oficio, y en cuya ocupacion invirtió cuatro años. Hizo las informaciones para la beatificacion de Sta. Teresa de Jesus. En 3 de Junio del año de 1613 premió la majestad del rey católico D. Felipe III la mucha ciencia, virtudes, méritos y servicios del muy ilustre D. Gerónimo Ruiz, presentándole para el obispado de Ciudad-Rodrigo, publicándose la merced que le habia hecho de dicha santa iglesia en el citado dia 3 de Junio, tomando su posesion en el año de 1614, sucediendo en la sede á D. Antonio Idiaquez. Le consagró en la parroquia de S. Ginés de

Madrid D. Juan Beltran de Guevara, obispo de Badajoz. El siguiente de 1615 le mandó S. M. asistiese al capítulo provincial que la órden de la Santísima Trinidad celebró en el convento de nuestra Señora de las Virtudes, y en otro de la misma religion, en que fué electo provincial el muy venerable y religiosísimo P. Fr. Simon de Rojas, confesor de la reina Doña Isabel de Borbon. Ayudó á su iglesia catedral para que se acabase la reja de su capilla mayor con novecientos ducados, y dotó por la pia memoria de su alma algunos aniversarios, dando á su cabildo con este objeto la cantidad de seiscientos ducados. En los siete años que rigió aquel obispado fué muy querido y universalmente apreciado y respetado por su singular modestia, su amor á la paz y union de sus ovejas, á quienes visitaba con frecuencia en sus urgencias y necesidades, animándolos con sus prudentes, sábios y cristianos consejos, y socorriendo á los menesterosos dándoles con franca mano cuantiosas limosnas. Fué muy amante de los hombres entendidos y estudiosos, protegiendo con particular predileccion la enseñanza y el estudio de las buenas letras. Asi fué que cuando corrió la noticia de su promocion, lo fué del mayor sentimiento para todos los habitantes de la ciudad y de toda la diócesis. En 28 de Noviembre del año 1621 fué promovido para la santa iglesia de Coria; y en Roma se pasó la gracia en 22 de Mayo del año 1622, tomando su posesion en 1.° de Setiembre, sucediendo al obispo D. Pedro Carvajal. Reedificó los palacios obispales, en cuya obra gastó cuatro mil ducados; edificó un seminario en virtud del concilio, y la casa le costó mil quinientos ducados, gastando otros dos mil en construir un paredon, con el que dió completa seguridad al edificio de su iglesia. Dotó siete aniversarios, uno se dice en el dia de su fallecimiento, y seis en los dias de los santos doctores de la Iglesia S. Gregorio, S. Ambrosio, S. Agustin, S. Gerónimo, Sto. Tomás y S. Buenaventura; dió al cabildo mil quinientos ducados, y á la fábrica de su iglesia cuatrocientos. Ayudó con socorros y limosnas á los conventos de religiosos Dominicos de su obispado. La muy católica reina Doña Isabel de Borbon le da gracias por ello en la siguiente carta:

«LA REINA.—Reverendo en Cristo P., Obispo de Coria: los religiosos »de Sto. Domingo, de vuestro obispado, me han hecho relacion de que acu»diendo á vuestras obligaciones, como tan ejemplar prelado, los haceis mu»cho bien en todo lo que se les ofrece, de que yo, por lo que estimo esta »sagrada religion, estoy agradecida, encargándoos que con todo afecto con»tinueis el hacerlo asi, de que me tendré por muy servida, y en las oca»siones que de vuestros acrecentamientos se ofrecieren haré buenos oficios. »En Madrid 31 de Enero del año 1626.—YO LA REINA.—*El licenciado »Pedro Fernandez Navarrete.*»

Al colegio del Arzobispo, donde habia sido colegial, le dió quinientos ducados. A su villa de Camargo otros quinientos de renta para ayudar á pagar el pecho, casar huérfanas, socorrer á sus pobres y aumento de los beneficios de la villa. Edificó en Burgos, en la iglesia de S. Lesmes, una capilla dedicada á S. Gerónimo, gastando en su fábrica cinco mil ducados, y dotándola además espléndidamente. Al patron de sus memorias pias, que fué su sobrino D. Gonzalo Ruiz de Camargo, quinientos ducados de renta. De la iglesia de Coria fué promovido para la de Córdoba, de que tomó posesion en 15 de Junio de 1632, habiendo dejado en los diez años que rigió aquella sede iguales memorias y recuerdos que en la de Ciudad-Rodrigo, por sus grandes virtudes, su ilimitada caridad y bellísimo carácter. En los dos meses que gobernó la iglesia de Córdoba dió á los pobres mil fanegas de trigo, y á su cabildo dos mil ducados para dos aniversarios, que el uno se celebra en el mes de Enero y el otro en el de Octubre. Murió en lunes 3 de Enero del año 1633, habiendo llegado á ochenta y uno de su edad, y está sepultado en el sagrario de su santa iglesia, y carece de epitafio. Dejó igualmente en el poco tiempo que gobernó esta última diócesis gran fama y opinion de pastor caritativo, y muy devoto del culto divino y de sus divinos oficios. Siendo electo obispo de Coria, sucedió que la santidad del Pontífice se dirigió á los obispos de España, por medio de su Nuncio y breves apostólicos, que les escribió, en que los pide y manda le ayuden con largos donativos para socorrer al emperador en las guerras de Alemania. Llegó esta demanda á noticia del rey, y despues de muy consultado y mirado con todos los de su consejo, escribió á los prelados lo que debian responder, y al de Coria la siguiente carta, que tenia entre otras muchas el patron de sus memorias, D. Gonzalo Ruiz de Camargo su sobrino.

«EL REY. — Reverendo en Cristo Padre, Obispo de Ciudad-Rodrigo, electo Obispo de Coria, de mi Consejo: por cartas de algunos de los prelados destos mis reinos he sabido que Su Santidad, por mano del Nuncio, les ha enviado sus breves, encargándoles con muchas veras ayuden con largueza para los gastos de la guerra de Alemania; y habiéndose visto y considerado lo que acerca desto convenia, me ha parecido que será bien respondais al Nuncio, que yo que soy patron de las iglesias destos mis reinos, ayudo para estas necesidades de Alemania con grandes sumas, y que cuando se hallasen con disposicion de hacer algun socorro le harán por esta vía, en cuya conformidad podeis vos responder si hubiéreis recibido el despacho, y si por ser obra tal quisiéreis por vuestra parte acudir á ella, enviaréis la cantidad que determináreis á poder de mi Tesorero general para que se remita con lo que yo proveyere. —Del Pardo 29 de Enero de MDCXXI.—YO EL REY. — Por mandado del Rey nuestro señor, *Jorge de Tovar.*»

Esta manera de pedir los santísimos Pontífices no es cosa nueva en España. El santísimo Leon X pidió en el concilio Lateranense una décima al clero para hacer guerra al turco; Castilla y su clero la contradijo, y Aragon y Cataluña se querellaron de ello. Paulo IV, en el año 1556, impuso dos décimas en toda la cristiandad para el reparo de los muros de Roma. Estas no fueron obedecidas en España, Alemania ni Francia. El santísimo Gregorio XIII, en el año de 1579, impuso otra décima sobre el clero y no la pagó España, y se omite, por último, lo que en Inglaterra, Alemania, Polonia y Francia ha sucedido en ocasiones de semejantes pedidos, bastando lo dicho para justificar la carta que el rey mandó al obispo D. Gerónimo Ruiz Camargo, que tuvo por sucesor en la sede de Coria al célebre prelado D. Juan Roco Campo Frio.—A. L.

RUIZ DE COLMENARES (D. Juan), obispo de Guadalajara en Indias, siendo el quinto de este nombre en aquella diócesis. Natural de Buendía, tuvo por padres á Pedro Colmenero y á Doña María Ruiz. Fué bautizado en la parroquia de la villa, que es una de las ilustres del obispado de Sigüenza. Le ordenó de Epístola y Evangelio el obispo de Segovia, y de Misa en Madrid el de Siria. Asistió á la universidad de Alcalá veinticuatro años, y fué colegial en el colegio Mayor de S. Ildefonso, y se graduó de licenciado y doctor. Fué catedrático de filosofía, regente de las cátedras de vísperas, prima de teología, examinador de licencias y grados y rector de la universidad y colegio, canónigo magistral de la santa iglesia de Ciudad-Rodrigo y de la de Sigüenza en el año 48 de su edad. Fué presentado para el obispado el año 1646. Hizo el juramento de la fe en manos del Ilmo. nuncio D. Julio Rospigliosi en 30 de Enero del mismo año, y la gracia se pasó en Roma. Partió á su residencia y le consagró el obispo de Mechoacan D. Fray Marcos Ramirez de Prado en el convento de Sta. Catalina, de religiosas dominicanas de su ciudad de Valladolid. Ocupóse los años que el Señor le concedió de vida en el más exacto cumplimiento de sus deberes episcopales; y si bien no dejó obras que inmortalizasen su nombre, se conservó por mucho tiempo en su diócesis la buena fama que sus virtudes le granjearon.—A. L.

RUIZ DEL CORRAL (D. Felipe), dean de la santa iglesia de Guatemala. Fué sugeto meritísimo, reuniendo á su vasta capacidad un gran caudal de conocimientos; muy general y entendido en todos los ramos del saber humano. Algunos años leyó teología en el colegio de Sto. Tomás. Todos sus escritos tenian cierta originalidad y eran muy buscados y apreciados. Escribió un arte y un vocabulario para los curas, abrazando en su contexto todo cuanto pudiera desearse relativamente á lo que indica su título. Tambien dejó escrito un tratado del *culto y veneracion de la Iglesia*, otro igualmente

de *cosas eclesiásticas de Indias* y dos tomos de consultas de casos y sermones. Esta sepultado en su iglesia y tiene el siguiente epitafio :

*

HIC JACET DOCTOR DOMINUS PHILIPPUS RUIZ DEL CORRAL,
HUJUS ECCLESIÆ MERITISSIMUS DECANUS,
SANCTI OFFICII INQUISITIONIS COMMISSARIUS,
VIR VIRTUTE, LITTERIS ET NOBILITATE DECORATUS,
ET OB ID LAUDE OMNI, ET MEMORIA DIGNUS:
OBIIT ANNO 1636.
ÆTATIS SUÆ
65.

RUIZ DEL CORRAL (Fr. Felipe), religioso carmelita, natural de una de las principales ciudades de Andalucía, donde siguió sus estudios y carrera, distinguiéndose mucho en el ejercicio de la predicacion, pues manifestó ese genio superior tan apreciado siempre en los que tienen facilidad de hablar y presentarse ante un público más ó menos numeroso, conmoviendo sus corazones con la eficacia y energía de sus discursos. No fué ciertamente el siglo pasado el más fecundo en oradores para nuestro país, pues la elocuencia, flor celestial que brota en medio de las agitaciones y de los grandes espectáculos de la vida, no podia entónces desarrollarse entre los tranquilos goces de una existencia siempre igual, y repitiéndose constantemente sobre los mismos objetos, agotados ya en el siglo de oro de la elocuencia castellana, cuando con nuestras armas recorrió el mundo nuestra lengua y nuestra literatura. No faltaron, sin embargo, oradores que llenaron una página en la historia de la elocuencia sagrada, y fueron el eslabon de esa cadena movible, que uniendo siglo á siglo, acaba por probar las grandes verdades, que son otras tantas leyes que desde el principio del mundo rigen á la humanidad. Ruiz del Corral fué pues uno de esos seres afortunados, y si su nombre no raya á la altura del de los Granadas, los Nierembergs y los Ribadeneiras, supo sin embargo conservarle á una digna altura, y más que á sí mismo puede culparse á su siglo de la oscuridad á que se halla destinado. Triste suerte la de algunos hombres, que naciendo dotados de las mejores facultades y sabiendo corresponder á los dones que de la Providencia han recibido, se encuentran sin embargo postergados por fatales circunstancias á un lugar secundario, ínterin verdaderas medianías se les sobreponen en todo y obtienen una fama muy superior á sus méritos. Ruiz, sin embargo, ha sido citado por diferentes autores, en particular bibliógrafos, que nos han dicho algo de su elocuencia y áun de las formas de sus dis-

cursos, manifestando que marchó á la cabeza de su siglo en las más graves y profundas cuestiones, tratándolas con un acierto y lucidez, que honraria á alguno de los oradores contemporáneos. Parece que escribió algunos volúmenes de *sermones*, que ignoramos si han llegado á publicarse.—S. B.

RUIZ DE GUEVARA (D. Juan), clérigo español, bastante conocido por haber sido uno de los que tomaron parte en la expedicion de Pánfilo Narvaez contra Hernan-Cortés á la sazon que se hallaba este conquistando á Méjico. El carácter de este sacerdote y los hechos que le atribuye el historiador Solís, nos mueven á valernos de las palabras de este mismo, pues era tambien clérigo, para consignar las pocas noticias que de Ruiz de Vergara nos han quedado. «Surgió la armada, dice Solís, en el puerto de Ulua, y Pánfilo Narvaez echó algunos soldados en tierra para que tomasen lengua y reconociesen las poblaciones vecinas. Hallaron estos á poca diligencia dos ó tres españoles, que andaban desmandados por aquel paraje. Llevároнlos á presencia de su capitan, y ellos temerosos de alguna violencia ó inclinados á la novedad, le informaron de todo lo que pasaba en Méjico y en Veracruz; buscando su lisonja en el descrédito de Cortés, sobre cuya noticia fué lo primero que resolvió tratar con Gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo manteniéndola por él, ó la desmantelase pasándose á su ejército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un clérigo que llevaba consigo, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de condicion ménos reprimida que pedia el sacerdocio. Fueron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y un escribano real por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenia Gonzalo de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada y se fuesen avisando unas á otras, por cuyo medio supo que venian mucho ántes que llegasen y con certidumbre de que no los seguia mayor número de gente, mandó abrir las puertas de la villa y se retiró á esperarlos en su posada. Llegaron ellos no sin alguna presuncion de que serían bien admitidos, y el clérigo, despues de las primeras urbanidades y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia Pánfilo de Narvaez á tomar satisfaccion por Diego Velazquez de la ofensa que le hizo Hernan-Cortés en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su órden y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos, y esperó gracias de venírle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle Gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza, mal escondida con el sosiego exterior: «Que Pánfilo de Narvaez era su amigo, y tan atento vasallo de su rey, que solo desearia lo que fuese más conveniente á su servicio; que la ocurrencia de las cosas y el mismo estado en que se

hallaba la conquista, pedian que se uniesen sus fuerzas con las de Cortés y le ayudase á perfeccionar lo que tenia tan adelantado; tratándose primero de la primera obligacion, pues no se hizo el tribunal de las armas para querellas de los particulares; pero que dado caso que anteponiendo el interés ó la venganza de su amigo se arrojase á intentar alguna violencia contra Hernan-Cortés, tuviese desde luego entendido, que así él como los demás soldados de aquella plaza, querian ántes morir á su lado que concurrir á semejante desmembramiento.» Sintió el clérigo como golpe imprevisto esta repulsa, y más acostumbrado á dejarse llevar que á reprimir su natural, prorumpió en injurias y amenazas contra Hernan-Cortés, llamándole traidor, y alargándose á decir que lo serian Gonzalo de Sandoval y cuantos le siguieran. Procuraron unos y otros moderarle y contenerle, recordándole su dignidad para que supiese á lo ménos la razon por que le sufrian; pero él levantando la voz sin mudar de estilo, mandó al escribano: «Que hiciese notorias las órdenes que llevaba, para que supiesen todos que habian de obedecer á Narvaez, pena de la vida,» y no pudo lograr esta diligencia, porque la embarazó Gonzalo de Sandoval, diciéndole que le haria poner en una horca, si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del rey. Crecieron tanto las voces y los desacatos, que los mandó llevar presos, no sin alguna impaciencia. Pero considerando despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á presencia de Narvaez, resolvió enviarlos á Méjico para que se asegurase de ellos Hernan-Cortés ó procurase reducirlos, y lo ejecutó sin dilacion, haciendo prevenir indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que les servian de literas. Fué con ellos por cabo de guardia un español de confianza, que se llamaba Pedro Solís; encargóle que no se les hiciese molestia ni mal trato en el camino; despachó correo adelantando á Cortés esta noticia, y trató de prevenir su gente y convocar los indios amigos para la defensa de su plaza, disponiendo cuanto le tocaba, como advertido y cuidadoso capitan... Llegó entre tanto Pedro de Solís con los presos que remitia Gonzalo de Sandoval, avisó á Cortés y esperó su órden ántes de entrar en la laguna. Pero él, que ya los aguardaba por la noticia que vino delante, salió á recibirlos con más que ordinario acompañamiento. Mandó que les quitasen las prisiones. Abrazólos con grande humanidad, y al licenciado Guevara primera y segunda vez con mayor agasajo, díjole: «Que castigaria á Gonzalo de Sandoval la desatencion de no respetar como debia su persona y dignidad.» Llevóle á su cuarto, dióle su mesa y le significó algunas veces con bien adornada exterioridad, cuánto celebraba la dicha de tener á Pánfilo Narvaez en aquella tierra por lo que se prometia de su amistad y antiguas obligaciones. Cuidó de que anduviesen delante de él alegres y animosos los españoles. Púsole donde viese los favores que

le hacia Motezuma, y la veneracion con que le trataban los príncipes mejicanos. Dióle algunas joyas de valor con que iba quebrantando los ímpetus de su natural. Hizo lo mismo con sus compañeros, y sin darles á entender que necesitaba de sus oficios para suavizar á Narvaez, los despachó dentro de cuatro dias inclinados á su razon y cautivos de su liberalidad... Llegó el licenciado Guevara á Zempoala, donde se hallaba acampado Narvaez, y refirió los sucesos de su jornada, las grandezas de Méjico, cuán bien recibido estaba Hernan-Cortés en aquella corte, lo que le amaba Motezuma y respetaban sus vasallos; encareció la humanidad y cortesía con que le habia recibido y hospedado; empezó á discurrir en lo que deseaba que no se llegase á conocer discordia entre los españoles, inclinándose al ajustamiento, y no pudo proseguir, porque le atajó Narvaez diciendo que se volviese á Méjico si le hacian tanta fuerza los artificios de Cortés, y le arrojó de su presencia con desabrimiento. Pero el clérigo y sus compañeros buscaron nuevo auditorio, pasando con aquellas noticias y con aquellas dádivas á los corrillos de los soldados, y se logró en lo que más importaba la diligencia de Cortés, porque algunos se inclinaron á su razon, otros á su liberalidad, quedando todos aficionados á la paz y llegando los más á tener por sospechosa la dureza de Narvaez.» Tales son los hechos relativos á Juan Ruiz de Guevara, que nos refiere la historia, debiendo suponer se quedó con Hernan-Cortes despues de la derrota de Narvaez, y fué uno de los civilizadores de Méjico; sin embargo, no hemos encontrado más noticias suyas que las que hemos insertado, y no querido omitir, pues le cabe mucha parte en la gloria de aquella conquista, una de las más grandes que han hecho las armas españolas, y quizá alguno de los ejércitos conocidos.—S. B.

RUIZ Lopez de Barreda (El Mtro.), religioso de la Compañía de Jesus, natural de Madrid. Entró en la Compañía en Alcalá de Henares el dia 31 de Marzo del año de 1567, siendo muy estimado en la universidad por su gran ingenio, capacidad y aprovechamiento. Tuvo gran don de oracion, y en ella experimentó muchos raptos y grandes consolaciones espirituales, siendo visitado por el Señor. Creció tanto en la virtud y manifestó tanto deseo de pasar á Indias á publicar á Jesucristo, y extender por todas las naciones el nombre de Jesus, sobre todo entre gentiles, que por la imitacion con que pensaba copiar al apóstol S. Pablo, pidió que le llamasen Pablo de Jesus, y y así fué llamado de allí adelante. Mas andando en los pasos de esta pretension, que hacia con las más vivas instancias, ántes de que lo pudiese conseguir, accediendo á su demanda, el Señor dispuso de su existencia, ántes de terminar su educacion y estudios, para premiarle y darle el pago de sus santos deseos. Fué enterrado en la iglesia de la Compañía, inmediato á la pared, junto á la pila del agua bendita. Despues de haber pasado un año ocurrió un

caso maravilloso, pues abriendo la sepultura misma para enterrar en ella otro hermano, salió de ella un olor tan suave y fragante, que bien se echó de ver era sobrenatural, no dudándose que su Divina Majestad quiso mostrar la santidad y gloria de su siervo, y la gracia que habia comunicado á su alma, que era muy singular, segun él mismo declaró al P. Martin de Agorreta, porque estando *in articulo mortis*, le descubrió, y áun ántes en estado de salud, le solia decir conociendo lo semejantes que eran en espíritu, que la limpieza que Dios habia comunicado á su alma era tanta, que pensando en ella y en las grandes mercedes que le habia concedido el Señor en dársela, que se quedaba arrebatado y fuera de sí; confesándole otras muchas cosas que daban bien á entender la virtud que profesaba, y la contínua comunicacion con que Dios le trataba y favorecia. Murió en el colegio de Alcalá el año de 1571, habiendo estado solo cuatro años en la Compañía.—A. L.

RUIZ DE MEDINA (D. Juan), obispo de la santa iglesia de Segovia. Sucedió en la sede á D. Juan Arias del Villar, siendo el octavo de este nombre. Tuvo por patria á Medina del Campo, y sus padres fueron de lo más noble y calificado de aquella villa. Hizo sus estudios mayores en la universidad de Salamanca; fué colegial en el colegio de S. Bartolomé, y tomó su hábito en 14 de Noviembre del año de 1467. Se graduó de doctor en su universidad, y en la de Valladolid fué catedrático de prima, y de los primeros inquisidores que tuvo Castilla, siendo igualmente uno de los que hicieron las primeras ordenanzas que tuvo la Inquisicion. En la iglesia de Sigüenza fué arcediano de Almazan; en la de Sevilla, chantre y canónigo; en ella edificó la capilla de la Generacion de Cristo, y la dotó con cien mil maravedises de renta para dos capellanías, la una por su alma, y la otra por las almas de sus padres. En su patria fué abad mayor. Asistió en Alcalá de Henares en la junta que celebró D. Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, en la cual se condenaron las proposiciones del Mtro. Pedro de Osma. Los reyes le enviaron á Francia en comision, á jurar las paces que habian capitulado las dos coronas, cuyo suceso se realizó en el año de 1479; y habiendo discordia entre el papa Inocencio VIII, el rey D. Fernando de Nápoles y otros potentados de Italia, el Pontífice se lo notificó al Rey Católico, para que como tal acudiese á su defensa y de la Sede Apostólica. El Rey y la Reina, condolidos del Pontífice, enviaron sus embajadores á Roma, para tratar de avenir y conseguir la paz entre el Pontífice y sus adversarios. Los escogidos para aquel asunto y jornada fueron: D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, y el Dr. D. Juan Ruiz de Medina, que concluyeron paces con utilidad de la Sede Apostólica, como igualmente con pública utilidad de toda Italia. El conde volvió á España, y el Dr. D. Juan de Medina quedó en Roma ocupado en negocios de sus reyes. En el año de 1494 era obispo de Astorga; pero

ántes cuando los reyes partieron á la guerra de Granada, quedó en compañía de otros hombres doctos por virey y gobernador de Castilla. Del obispado de Astorga fué promovido para la iglesia de Badajoz; y de esta última para la de Cartagena, y finalmente á la de Segovia, entrando en su iglesia y ciudad en Junio del año de 1502, y con ella le dieron la presidencia de Valladolid. En tiempo de este prelado murió en Medina del Campo la Reina Católica, y Segovia levantó pendones y juró por su reina á la princesa Doña Juana, mujer de Felipe I, ausente en sus países de Flandes. Entre otras cláusulas del testamento de la Reina hay una que dice así:

*

*E para cumplir, e pagar las deudas, e cosas susodichas, e las otras mandas, e cosas en este mi testamento contenidas, mando, que mis testamentarios tomen luego, e distribuyan todas las cosas que yo tengo en los alcázares de la ciudad de Segovia, e todas las otras ropas e joyas, e otras cosas de mi cámara, e de mi persona, e de cualquier otros bienes muebles que yo tengo, donde pudieren ser habidos; salvo los ornamentos de mi capilla, sin las cosas de oro e plata, que quiero e mando que sean llevados e dados a la iglesia de la ciudad de Granada. Pero suplico al Rey mi Señor, se quiera servir de todas las dichas cosas, e joyas, e de las que á su Señoría más agradaren; porque veyéndolas pueda haber más contínua memoria del singular amor que á su Señoría siempre tuve, e aunque por siempre se acuerde que ha de morir, e que lo espero en el otro siglo; e con esta memoria pueda más santa, e justamente vivir.*

El Rey y testamentarios, por una cédula acordada, mandó en 10 de Abril del año 1505, estando en Toro, á Rodrigo de Tordesillas, que llevase adonde el Rey estuviese lo contenido en la cláusula, y así obedeció y sirvió. El obispo D. Juan Ruiz de Medina enfermó en sus casas de Segovia en 23 de Enero del año de 1507, otorgó su testamento, y en una cláusula dice:

*

*Mandamos, que nuestro cuerpo sea sepultado en la nuestra capilla que hacemos y edificamos en la iglesia colegial de San Antolin de la villa de Medina del Campo, ante las gradas del altar mayor, en medio de la dicha capilla; y es nuestra voluntad que no nos hagan sepultura alta de piedra, ni monumento que ocupe el servicio de la dicha capilla; salvo que nos pongan encima de nuestra sepultura una piedra llana de las de Toledo, con sus letras, para que se sepa quién está allí sepultado, é los que la vieren se conviden á rogar á Dios por mi alma.*

Murió en 30 de Enero, y los suyos le llevaron á Medina, y le dieron sepultura en su iglesia colegiata. En la de Segovia dejó algunas dotaciones. En la colegial de su patria edificó la capilla mayor y su torre; y la capilla mayor de la parroquia de nuestra Señora de la Antigua, y en ambas dos iglesias dotó dos capellanías, y en ellas se ven sus armas, y un título que dice así:

*

*D. Juan, obispo de Segovia, presidente de la Real Chancillería de Valladolid, mandó hacer esta capilla. Año de* 1503.

Tomó D. Juan por sucesor en la sede de Segovia á D. Fadrique de Portugal. — A. L.

RUIZ DE MOLARES Y MOLINA (D. Antonio), obispo de la santa iglesia de la Puebla de los Angeles. Fué el primero de este nombre, y sucedió en la sede á D. Bernardo de Villagomez. Tuvo por patria á la ciudad de Córdoba, y en el año de 1556 era chantre de su santa iglesia, y juez conservador del convento de monjas dominicas de la ciudad de Ubeda. Fué religioso de la órden militar de Santiago, y tomó su hábito en el convento de Sevilla. Tenia grandes conocimientos y era muy instruido. Fué predicador de fama, y sobrino del maestro y coronista Ambrosio de Morales, que le dedicó una parte de las obras de S. Eulogio; Gerónimo Gudiel asegura que escribió la *Historia de la órden de Santiago*. Fué visitador de la universidad de Osuna, y beneficiado de Ornachos, obispo de Mechocan, presentado en 14 de Enero de 1566, y en su iglesia compuso la cantoria de los evangelios de la Pasion, que la Iglesia canta en la semana santa. De esta iglesia fué promovido para la de Puebla en 30 de Abril de 1572. Recibió las bulas á 15 de Octubre de 1573, y entró en su iglesia en 1.° de Noviembre del mismo año. Fué gran prelado, y enseñó á sus ovejas la doctrina y la fiel observancia de la religion cristiana, socorriendo á los desvalidos con limosnas de todo genero, dedicando su vida y desvelos al bienestar espiritual y temporal de sus diocesanos, como tambien sin alardes, ruido ni ostentacion, corrigió muchos abusos, vicios y otras muchas cosas; murió en el año de 1577, y está sepultado en su iglesia, sucediéndole en la sede D. Diego Romano.— A. L.

RUIZ DE MONTALBAN (P. Mtro. Fr. Baltasar). Fué monje de la órden de S. Basilio, é hijo del monasterio de Madrid, y sus virtudes y letras le hicieron acreedor á las mayores dignidades y prelacías de la religion. Tres veces fué abad de su casa de esta corte, una del monasterio de Cuellar, y otra del de Bárcena; diversas veces definidor general de la Orden, una procurador general, dos provincial de esta provincia de Castilla, y otras dos vicario general de todas las de España, que es la cabeza de la Orden en estos reinos.

En todos estos puestos fué dechado de súbditos y prelados; y así lleno de méritos y amado de todos, falleció en su monasterio de Madrid el dia 10 de Febrero de 1696.— A. B.

RUIZ MONTIANO (Fr. Gaspar), religioso benedictino, tradujo al castellano los libros de Séneca *De Beneficiis* con este título: *Espejo de bienhechores;* Barcelona, 1606, en 4.°—S. B.

RUIZ DE MONTOYA (V. P. Antonio), religioso insigne de la Compañía de Jesus. Uno de los más esclarecidos varones, escogido por la mano de Dios para obrero de su iglesia y conversion de los infieles á su santa fe, fué el admirable P. Antonio Ruiz de Montoya, en que se verificaron las palabras que dijo Cristo de S. Pablo, cuando le hizo apóstol de su Iglesia. Este es vaso escogido para mí, para que lleve mi nombre á los reyes y príncipes de Israel, y yo le daré á entender cuanto le convenga padecer por mi nombre. Verdaderamente el V. P. Antonio fué vaso escogido de Dios para llevar igualmente su nombre por el mundo, y darle á conocer á los príncipes de la tierra, y convertir á los gentiles, ciegos en la sombra de la muerte, y traerlos á la luz del conocimiento de Dios; y para que como otro S. Pablo padeciese trabajos, fatigas, dolores y persecuciones por su amor, y por la dilatacion de su santa fe; y así Dios, como á S. Pablo, previno con tan altas ilustraciones del cielo para predicar y padecer por su nombre á este nuevo Apóstol de las gentes. Nació este esclarecido varon en la ciudad de Lima, corte y cabeza de los reinos del Perú, de padres nobles y de mucha estimacion; su padre, que se llamó Cristobal Ruiz de Montoya, fué natural de Sevilla, pariente cercano del P. Diego Ruiz de Montoya, uno de los grandes teólogos de su tiempo, que con sus eruditísimos libros ha ilustrado la teología y honrado la religion católica. Cristóbal Ruiz de Montoya, pasó á las Indias á probar fortuna, como otros muchos, con el deseo de reunir caudal, sin cuyo concurso la más noble sangre, por ilustre que sea, se arrastra por el suelo oscurecida y humillada. Paró en Lima, donde casó con una noble y rica señora, de quien tuvo al ilustre Antonio, único vástago de su casa, y único en el aliento, ingenio y buena estrella, pues nació con pronóstico de santo y grande obrero de la viña del Señor, como le vió una persona de grande espíritu á quien Dios se sirvió mostrársele entre los de la Compañía de Jesus, coronado de sus merecimientos. Murió su madre, dejándole muy pequeño, y el padre, movido del amor de la patria, y por criar á su hijo entre sus deudos, determinó venirse á España. Bajó á Panamá con este intento, donde su pequeño hijo Antonio contrajo la dolencia endémica propia de aquel puerto, con sumo dolor de su padre, que ya le contaba por muerto. Pero Dios, que le guardaba para grandes empleos, movió á una piadosa mujer, que con riesgo de su vida, sacase la de aquella criatura de las manos de la muer-

te, curándole con tanto esmero y cuidado, que le dió sano en breve tiempo. Atemorizado el padre con este suceso, desistió de su jornada, y dió la vuelta á Lima, donde proporcionó á su hijo un buen maestro, que le enseñase santas costumbres, junto con las primeras letras, y al mejor tiempo le cortó el Señor el hilo de la vida, dejándole de nueve años, con grande caudal y hacienda. Ordenó en su testamento que le trajesen á España para vivir entre sus deudos, y que entre tanto permaneciese en el seminario de S. Martin, que es un colegio de estudiantes que tiene en Lima la Compañía de Jesus, donde con el mayor cuidado y atencion los enseñan virtud y letras, para que su hijo aprovechase en ambas cosas; pero nada se cumplió, atendiendo más los testamentarios á sus particulares intereses que al bien del pupilo, que les habia encargado su buen padre. Uno de ellos deseó casarle con una hija suya, y con este designio le tuvo en su poder con más libertad y regalo que convenia; pero no quiso Dios que lograse su intento, procurado por tan mal camino. Antonio, á pesar de tener solo nueve años, perseveró en las buenas costumbres por algun tiempo, que tanto su padre como su buen maestro habian procurado infundirle. De aquella tierna edad tenia gran devocion á la Santísima Vírgen María, y la rezaba el Rosario hincado de rodillas; y á imitacion de S. Gerónimo, heria su pecho con una piedra, haciéndose muchos cardenales, y áun llagas. Llevaba en contacto con las carnes una soga de cerdas, que habia tejido con sus manos. Ocupábase en aderezar altares y servir en la iglesia; el dinero que llegaba á sus manos lo invertia en comprar estampas, de que tenia lleno su aposento; y sin saber qué cosa era oracion mental, cosia la boca con la tierra, y gastaba muchos ratos meditando los misterios de Cristo, y en los novísimos de la muerte, juicio, infierno y gloria; y un dia le regaló Dios dándole una luz celestial, con que le alumbró el entendimiento, para que le conociese como principio y fin de todas las cosas, y la voluntad por amarle y despreciar todo lo que el mundo adora, por su amor; y encendido con este deseo, intentó ser religioso de la órden de S. Francisco, pero presto desistió de esta idea, pareciéndole más segura la profesion de ermitaño, por más retirada del siglo, y fué á ser compañero de un anciano que tenia á su cargo una ermita cerca de Lima. Era hombre cuerdo y santo, y como tal conoció que su vocacion no tenia firme fundamento, ni su edad era á propósito para la profesion de ermitaño, y así se volvió á su casa por su consejo. Comenzó á estudiar en el colegio de la Compañía, pero como mozo y mudable, lo dejó presto, hostigado de la puntualidad y sujecion, y temeroso del castigo; y vistiendo hábito seglar, ciñó espada siendo de diez y seis años. Se juntó con malas compañías, que fácilmente le pervirtieron; dióse á juegos y rondas, y á pasatiempos y entretenimientos de mozo; abandonó los ejercicios de virtud,

pero le quedó el remordimiento en el corazon, que como amigo fiel le daba voces para detenerle en los precipicios; y para engañarse á sí mismo, y no oir aquellos gritos que le daba su conciencia, quiso hacerse soldado, y sentó plaza para ir á la conquista de Chile; mas atemorizado de los desastres de la guerra, mudó de intento, y determinó venir á España. Llegó á Panamá, y para embarcarse, se confesó primero con un padre de la Compañía, que le aconsejó lo que le convenia, que era entablar una vida quieta, frecuentando los santos Sacramentos, y volver á los estudios, ocupando bien el tiempo. Dios habló por su boca, y juntamente movió el corazon de Antonio, el cuál tomó su consejo, y volvió á Lima á continuar sus estudios, con más consuelo de su alma, que habia seguido á sus amigos, atormentado de su mala conciencia. Desde este dia comenzó á ser otro hombre y hacer vida religiosa en hábito seglar, tan penitente, que todas las semanas tomaba ásperas disciplinas, vestia silicio, ayunaba los viernes á pan y agua, y usaba otras asperezas, que juntas con las horas de oracion vocal y mental, y la frecuencia de los santos Sacramentos, era un dechado de jóvenes virtuosos; pero el enemigo comun con la ira que le produjo el que hubiese abandonado su camino, le hizo guerra de ambos modos, encubierta y declarada, dándole en un dia de ayuno tal flaqueza, que no podia tenerse en pie, y al mismo tiempo se le apareció en una forma monstruosa amenazándole de muerte. No dejó de sorprenderle y espantarle su horrible aspecto, pero no perdió el ánimo, porque Dios se le infundió para vencerle, y llamándole en su ayuda y á su Madre Santísima, vió á su lado al ángel de su guarda, el cual le confortó y le defendió de aquella bestia infernal, quedándole desde aquel dia muy devoto y agradecido, y siempre le invocó en su favor. Se confesó luego y comulgó para fortalecer su alma con este manjar del cielo, arma la más fuerte y poderosa contra la persecucion y tribulaciones, pagándole el Señor de contado la victoria, llenándole de luces celestiales que le encendieron en su divino amor; y por su respeto y la devocion de la Santísima Vírgen, hizo voto de castidad entregándose á su servicio con alma y cuerpo, juzgando que no podia por entónces hacer mayor servicio á su Divina Majestad. Por consejo de su confesor volvió á atar el hilo de sus estudios, venciendo en fuerza de mortificacion las dificultades que sentia al proseguirlos; mas como Dios le tenia predestinado para altos empleos de su servicio, influia continuamente en su corazon para que renunciase al mundo, y hallándose combatido por sus pensamientos, dió parte á su confesor de la lucha que padecia, el que prudentemente le aconsejó hiciere por ocho dias los ejercicios de S. Ignacio, porque en ellos hallaria resolucion á sus dudas y quietud en su alma. Siguió este saludable consejo, y los cuatro primeros dias le probó Dios con muchas sequedades, y al fin del cuarto premió su perseverancia

con un gran favor. Le produjo una suspension repentina, en la que se encontró como fuera de sí mismo en una region extraña, adonde le mostraron un dilatado campo poblado de gentiles, y muchos hombres que con armas en las manos corrian tras de ellos, y dándoles alcance los apaleaban, herian y llevaban heridos con grande crueldad, en cuya sazon llegaron unos varones más resplandecientes que el sol, con vestiduras más blancas que la nieve, que conoció ser religiosos de la Compañía con la luz que le dió el cielo, los cuales rescataban á los indios gentiles del poder de sus perseguidores sacándolos de su cautiverio, y encaminándolos al cielo en compañía de los ángeles, que les ayudaban mezclándose con ellos, cuya vista engendró en su corazon un vivo deseo de ser uno de ellos, ingresando en el instituto de los religiosos de Jesus y su Compañía, que tales empleos ejercia; confirmándose más en esta vocacion, viendo á Cristo que descendia de lo alto con una ropa rozagante á modo de manteo, colgado de sus hombros, y terciado por bajo del brazo, el cual se llegó amoroso adonde estaba, y acercándole el rostro á la llaga de su costado, le puso la boca en ella como una amorosa madre el pecho á su hijo, y le dió á beber aquel néctar soberano, y por espacio de una hora, un licor de tan grande suavidad y tan extraña dulzura, que no hay en el mundo con que poder compararlo. Y el bendito mancebo estaba tan tomado de aquel vino celestial, que no sabia de sí, y todas las delicias del mundo le parecian amarguras á su lado, pareciéndole un instante el tiempo que disfrutó aquel gozo celestial. Desaparecida la vision y vuelto en sí, conoció con la luz que le dió el cielo, que Dios le llamaba para la Compañía, y para cultivar los campos del Paraguay, que eran los que habia visto, y para sacar á los gentiles que los habitaban de la tiranía del demonio por medio de la doctrina del Evangelio y de la fe de Cristo; y desde aquel dia se decidió á entrar en la Compañía en terminando sus estudios, y para abreviarlos, tomó la beca del colegio de S. Martin, cumpliendo lo que su padre le mandó en su testamento, aplicándose de tal modo, que con el favor de Dios y su buen ingenio cursó en año y medio todas las aulas, y llegó á la de retórica con grande suficiencia; y tratando de cumplir su vocacion, fué recibido en la Compañía con grande gozo de su alma, y no menor de los religiosos, que pagados de su virtud, su ingenio y de su alentado natural, concibieron esperanzas ciertas de que habia de honrar la religion con sus buenos talentos y santa vida, como á la verdad sucedió. Su entrada se verificó el año de 1606, el 21 de Noviembre, dia señalado de la presentacion de nuestra Señora en el templo, á quien se presentó poniéndose en sus manos para que le ofreciese á Dios, con todas las obras y trabajos que hiciese y padeciese en el discurso de su vida. ¿Quién podrá declarar el fervoroso aliento con que comenzó el curso de su noviciado, y lo que

se adelantó en poco tiempo, alimentado con aquel maná soberano que habia recibido del costado de Cristo? Su mortificacion fué rara, su penitencia tan rigurosa, que á no templarle los superiores, acabára presto su vida y fuera mártir de sí mismo. No hubo parte de su cuerpo que no macerase con particular tormento; la boca con amarguras, las narices con malos olores, los ojos con el velo de la modestia, la lengua con el silencio, el cuerpo con la disciplina, silicio y ayuno. Llenaba los zapatos de chinitas, para traerlas clavadas á los pies, en memoria de los clavos de Cristo; en la obediencia, era rendidísimo; muy exacto en la pobreza, un ángel en la castidad, y tan humilde, que se tenia por esclavo de todos, y como tal se empleaba en servirlos, tomando siempre para sí lo más trabajoso, y lo más desechado de la comida y vestido; y en lo que más se esmeró fué en la contemplacion de los misterios de Cristo, y en particular de su sagrada pasion, de que fué devotísimo, y por cuyo medio recibió singularísimas mercedes de Dios. Un dia en oracion se suspendió de los sentidos, y vió que le clavaban en una gran cruz y le levantaban en alto padeciendo gravísimos dolores, y volviendo los ojos á su derecha, vió á Cristo clavado en la suya, haciéndole compañía, y dándole tal conformidad, que deseó pasar más dolores por su amor, en que le dió á entender que la cruz era la religion, los votos los clavos con que en ella se fijaba, y sus dolores los trabajos que habia de pasar, pero que le serian dulces, fáciles y llevaderos, no perdiéndole de vista. Con estos favores señalados, regalaba el Señor al nuevo soldado de su santa milicia, y no eran menores ni ménos dulces los que le hacia la Vírgen Santísima, á quien tomó por madre y amparo, y por abogada suya, suplicándola con gran fervor y lágrimas la concediese su amor reverencial, y que fuese su medianera en el divino consistorio para que se le perdonasen sus pecados. La Reina del cielo le confortó con su presencia, y anegada en un mar de suavidad le ofreció su corazon, pareciéndole que le sacaba del pecho y le ofrecia á la benditísima Vírgen, y desde aquel dia el fuego sagrado y la fervorosa devocion que sintió á aquella excelsa Señora, fueron fidelísimos testigos de la merced singular que habia recibido de su mano. El Señor le hizo sentir por este tiempo vivos deseos del martirio, y conmutóselos por entónces en que sirviese á los enfermos del noviciado, que fueron tantos en aquella ocasion, que de todos los de la casa, solo él y otros dos novicios quedaron libres de un mal contagioso, como si fuera peste, que cundió en el noviciado. Aquí hizo alarde el hermano Antonio de su admirable caridad, sirviendo á todos con tan grande cuidado, alegría y puntualidad, que les causaba admiracion, sin perdonar á trabajo, ni á diligencia ó solicitud en la comida, en el regalo, en las medicinas y vigilias de dia y de noche, como si en cada uno de los enfermos mirára y sirviera á

Cristo nuestro Redentor; y tanto hizo y tanto trabajó, que cayó tambien enfermo de una fiebre agudísima, que le causó frenesí, y perdió el uso de la razon; pero aunque fué premio de su trabajo y caridad, no quiso Dios que pasase adelante, y así se quedó en efímera, que comenzó y acabó en veinticuatro horas; y luego volvió á su ministerio con los enfermos, con el mismo fervor que anteriormente. Por entónces ocurrió un suceso que se tuvo por milagro, y fué que los médicos desahuciaron á un novicio, y le ordenaron se dispusiese para morir. No dejó de sentir la sentencia, que es muy amada la vida y muy amarga la muerte. El hermano Antonio le consoló como pudo, y retiróse á la oracion: lo que en ella le pasó no se supo, pero súpose el efecto, pues volviendo al enfermo con semblante muy placentero, le dijo: Buenas nuevas, hermano mio, no se acongoje, que yo le aseguro por muy cierto que no morirá de esta enfermedad; y desde aquel punto mejoró notablemente y cobró entera salud, que le alcanzó del Señor su buen enfermero. Siete meses llevaba de noviciado y muchos de aprovechamiento, cuando llegó el P. Diego de Torres á Lima con otros dos novicios españoles, enviado del P. General Claudio Aquaviva, á fundar la provincia del Paraguay, y faltándoles sugetos, los pidió á la del Perú. En cuanto esto llegó á oidos del buen novicio, como ya se habia ofrecido á Dios en esta empresa, y tenia vivos deseos de ir á ella, habló á los superiores diciéndoles, cómo Dios le llamaba para la conversion de aquella gente, rogándoles se lo concediesen, mas viéndole de tan pocos meses de religion, tuvieron suma dificultad en acceder á lo que pretendia, y sintiéndolo en extremo el siervo de Dios, fuése á negociar con Él lo que no podia con los hombres, y postrado en oracion, puso por intercesora á la beatísima Virgen, suplicándola afectuosamente que le alcanzase aquella merced de su santísimo Hijo. Nueve dias duró esta peticion, cuando se le apareció la Reina de los ángeles con rostro agradable y lleno de majestad, acompañada de los santos Ignacio y Francisco Javier, y le dijo: *Hijo, no tengas pena, que irás.* Quedó gozosísimo con este favor, y tan lleno de consuelo con la vista de esta celestial Señora, que andaba como fuera de sí, necesitando violentarse para atender á las cosas exteriores. A esta sazon fué al colegio á servir á las misas, y saliendo á ayudar á una en el altar mayor, le vió una gran sierva de Dios, que se llamaba Gerónima de San Francisco, y dijo á su confesor: Aquel novicio que sale á ayudar á misa, ha de ir al Paraguay á fundar la provincia, y ha de padecer en ella muchos trabajos; pero Dios será con él, y estará en su ayuda. Preguntóla el confesor si le conocia, respondió que no, pero que nuestro Señor se lo habia revelado, y ella misma, ántes de partirse á esta jornada, se lo dijo al hermano Antonio, y le animó mucho á padecer y trabajar en aquella tierra en la reduccion de los gentiles, para que Dios le habia escogi-

do. Todo lo cual se verificó, porque los superiores, movidos del impulso divino, le nombraron para esta empresa, con gran júbilo de su alma, y para prepararse más á ella se recogió á ejercicios y á más penitencia y devocion en su noviciado, adonde fué visitado de los ángeles, y recibió muchos favores del de su guarda, que en esta ocasion se le apareció y ofreció su favor, y no fué menor otro que recibió de la Santísima Vírgen, que alentó su espíritu para aquella arriesgada empresa. Con ánimo esforzado se embarcó para el Paraguay con sus compañeros, y en la nave entablaron los ejercicios del noviciado, como si en él estuvieran, tocando á todas horas con una campanilla, á la oracion y exámenes, silencio y letanía, y á todas las prácticas que se observan en los colegios, de que admirados y edificados los pasajeros y marineros, se compusieron de manera, que hacian á su modo una vida concertada, remedando la religiosa de los de la Compañía. Llegados á la ciudad de Córdoba, cabeza del Paraguay, entró en el noviciado á proseguir el suyo, en donde en poco tiempo derramó el olor de sus virtudes, enfervorizando á todos con su ejemplo, no solo á los de la casa, sino tambien á los de fuera, adonde salia á muchas mortificaciones públicas, en una de las cuales, saliendo con otros dos novicios, con sus sotanas pardas y sus sombreros, sin manteos, como pobres, con las escudillas debajo del brazo, para comer de limosna de la que repartian á los pobres en la portería de S. Francisco, los vió el guardian entre los mendigos, y los entró en el convento, sabido á lo que venian, y que era acto de mortificacion y humildad: en el ínterin que preparaba algo que darles, los llevó á la huerta, y les dijo: Hermanos mios, yo les daré de comer, pero han de ganarlo primero, sembrándome esta era de lechugas; y diciendo y haciendo, como por burla, les dió á cada uno un puñado de lechuguinos, y les dijo que los plantasen las hojas en la tierra y las raíces hácia arriba. Los dos no se conformaron con el mandato del guardian, y no lo acertaron, que más valia errar por obediencia que acertar contra ella, si puede haber acierto contra lo que manda un superior; y entendiéndolo así el novicio Antonio, plantó las lechugas como se lo habian mandado, y llegando el guardian á requerir la obra de sus jornaleros, extrañó la de los dos, y alabó la del hermano Antonio, de quien concibió alto concepto, como lo manifestó despues á los superiores de la Compañía, que castigaron con razon la falta de obediencia en los dos novicios, estimando la del hermano Antonio. Concluido el noviciado, hizo los primeros votos el año de 1608, con gran júbilo de su espíritu por verse ya religioso incorporado en la Compañía, y luego fué á la capilla de nuestra Señora, á renovar sus antiguos propósitos de emplearse todo en la conversion de los gentiles; y como tenia á la vista la mies tan sazonada de tantos como necesitaban la luz del Evangelio, doliéndose en el alma de los que se perdian,

quiso dejar el estudio, y marchar en seguida á predicarles la ley santa de Cristo; oró muchos dias, pidiendo á Dios luz para no errar en aquel camino, poniendo por intercesora á su santísima Madre, de quien recibió la respuesta, encargándole que estudiase con cuidado; y con pretexto de humildad ó de hacer bien, no se apresurase dejando los estudios, porque no convenia sino hacerse apto para predicar y enseñar á los infieles para lo que le habia escogido. El virtuoso Antonio conoció y comprendió la verdad de este oráculo, y tomando el consejo del cielo, abrazó el estudio con todas sus fuerzas. Comenzó sus estudios de artes y teología, con igual cuidado y aprovechamiento, por la viveza de su buen ingenio, y con mucho gusto de su alma viendo que hacia la voluntad de Dios, que era el blanco de todas sus acciones, y hermanó de tal suerte las letras con las virtudes, que con la mayor igualdad acudia á ambos estudios, al de la perfeccion de su alma, y al de ilustrar su entendimiento con la sabiduría, en que su buen talento le hacia lucir entre sus condiscípulos: y como su humildad era tanta, tuvo mucha pena de verse aprovechado en las letras, cuanto es el contentamiento que tienen cuantos estudian, rezelándose de que viéndole sobresalir entre los demás, no le mandasen leer cátedras de artes y teología, y por este camino le impidiesen ocuparse en la conversion de los indios; y tanto barrenó este rezelo en su corazon, que dió cuenta á su confesor, y por su medio á los superiores, diciéndoles que pues sabia lo suficiente para su salvacion, tambien sabia bastante para que se salvasen los indios, enseñándoles lo que él sabia. La necesidad que tenian de obreros era grande, la cual, junto con sus instancias, obligó á los superiores á condescender con su voluntad, y abreviarle los estudios y ordenarle de misa, como se hizo, usando de los privilegios de la Compañía, por los cuales recibió todas las órdenes en tres dias. Se dispuso para su primera misa con mucha oracion y penitencia, suplicando á la beatísima Vírgen que le alcanzase una grande disposicion de su santísimo Hijo; y fuéle tan propicia, que quiso ser su padrino, asistiéndole desde la sacristía, con singulares favores. Bien se deja entender el gozo que tendria su alma con tal padrino, y la devocion y ternura con que celebraria la primera vez aquel sacrosanto sacrificio. Recogióse á dar gracias muy despacio, y quisiera hacerse todo lenguas de ángeles y serafines para darlas debidamente á la Divina Majestad por la merced incomparable que habia recibido de su mano. Trató con grandes veras de purificar su conciencia de toda imperfeccion, y darse con mayor cuidado á la mortificacion y al estudio de las virtudes. Dobló las horas de oracion, teniendo cuatro retiradas diariamente, multiplicó las penitencias y los ayunos, hizo una larga distribucion, en que se impuso rigurosas leyes de estrechura, observancia y obras interiores y exteriores, todas ordenadas al aprove-

chamiento de su espíritu. Se disponia todos los dias con gran cuidado para la misa, la cual decia con tanta devocion, espacio y atencion, que cada una parecia la primera, edificando á cuantos la oian. Por este tiempo sucedió, que habiendo tenido largas horas de oracion en la iglesia, apuradas las fuerzas, se entró en la sacristía; y para repararse un poco, se recostó sobre un banco, y el comun enemigo le abrumó con tanta fuerza, que no le dejaba respirar, y parecia queria ahogarle, hasta que pudo pronunciar el nombre de Jesus, cuyo santísimo nombre ahuyentó al que le oprimia, pasando á la iglesia á hacer oracion dando gracias al Señor por el favor recibido. Ordenado de sacerdote y hecho ministro apto del Evangelio, le señalaron los superiores para la conversion de la Guaira, que corresponde á la residencia de la Asuncion, doscientas leguas tierra adentro, poblada de innumerables bárbaros gentiles, adonde habian entrado dos años ántes los jesuitas, y habia solos dos Padres para la conversion de muchos millares de indios. En esta localidad es donde experimentó su alma el mayor gozo, viendo logrados sus deseos; partió con otro Padre á la tierra de su apostolado, con igual gusto y aliento, mas el camino fué tan largo y tan penoso, que les faltó el mantenimiento, y solo les quedó un poco de maiz mal tostado para su sustento. Iban á pié por montes y pantanos, y cuando se recostaban sobre las peñas, y á veces en los árboles por las muchas fieras de que abundaban aquellos despoblados. Eran tantos y tan importunos los mosquitos, que ni de dia ni de noche les daban una hora de tregua para tomar algun reposo. Con estas dificultades y trabajos llegaron al primer pueblo de indios, donde enfermó su compañero apurado del camino, y no pudiendo pasar adelante, se volvió á la residencia, y el P. Antonio se detuvo allí algunos dias, doctrinando á los habitantes y aprendiendo su lengua, y entre tanto avisó su venida á los PP. José Cataldino y Simon Maceta, que estaban más de cien leguas tierra adentro. El P. José partió á recibirle, y se vieron y abrazaron con indecible alegría, y le llevó á su estancia tratándole con el regalo que pudo, pero tan escaso, que se limitó á unas patatas, algunos plátanos y raíces de mandioca, que constituia su ordinario sustento, sin haber probado carne, pan, vino y sal en dos años, si no fué alguna rara vez un poco de caza, que los indios les daban de limosna. Vivian en chozas fabricadas de árboles, estando tan pobres, que apénas les habia quedado forma de vestido, y por no ser gravosos á los indios, ellos mismos cultivaban la tierra, y la sembraban de habas y raíces para su sustento, pasando con gusto este penoso destierro por ganar para el cielo las almas de aquellos indios. Fué de mucha importancia la venida del P. Antonio en aquella sazon, porque habia corrido voz que los Padres querian irse y abandonar el país, con gran desconsuelo de los ya convertidos y gozo de los ene-

migos de nuestra fe, y cuando vieron que venian de nuevo, los convertidos hicieron grande fiesta, y fueron á ver al Padre con muestras de regocijo, y los enemigos se retiraron y perdieron el aliento que tenian contra los Padres. Como era tan ardiente su deseo por conseguir la salvacion de las almas del mayor número posible, no le permitió detenerse un punto sin trabajar en su conversion y aprovechamiento por lo cual tenia gran prisa en poner en accion su empleo, y como el P. Cataldino, superior de aquella mision, conoció su buen espíritu, dióle barro á la mano para obrar en los infieles y en los ya convertidos; y lo primero que determinaron, fué reducir á poblaciones los indios gentiles, que estaban esparcidos en veinticinco ranchos ó aduares por espacio de noventa leguas á las riberas de los rios y en lo fragoso de los montes, y era imposible acudirlos tres solos sacerdotes, únicos que allí se hallaban. Tomada esta resolucion, dejaron en su estancia al Padre Simon Maceta, y los dos partieron armados de la confianza en Dios y en su divina providencia á esta empresa, que parecia casi imposible por el amor que tenian á su libertad y á sus haciendas, y paises donde habian nacido y criado, por la fiereza de los naturales indómitos, incapaces de razon y policía; pero como la gracia de Dios es sobre todo, obrando su divina mano, y á costa de infinito trabajo, venciendo innumerables dificultades, con ayuda de algunos principales caciques, á quienes primero ganaron, en pocos meses juntaron la mayor parte de los indios, de los cuales formaron dos pueblos, al uno le nombraron nuestra Señora de Loreto, á quien le dieron por patrona, y al otro S. Ignacio, para que lo fuese de ellos. Instruyéronlos en policía, levantaron iglesias, señalaron cabezas que los gobernasen y á quien obedeciesen; y de fieras agrestes les convirtieron en hombres racionales, y de infieles en cristianos, y á su ejemplo se vinieron reduciendo los otros indios que andaban montaraces por los campos. El fruto que por este medio consiguieron fué tan grande cual se deja entender de tan fervorosos obreros, porque á todas horas, por tarde y mañana, estaban predicando y doctrinando, catequizando á los ya convertidos, y convirtiendo á otros de nuevo. Tenian horas señaladas para los bautismos, y todos los dias bautizaban doscientos y trescientos, y algunas veces llegaban á cuatrocientos, y á dos y tres mil en la semana, y más de doscientos mil en solo un año, con cuyo resultado el bendito P. Antonio Ruiz estaba tan gozoso, que no le cabia la alegría en el pecho, dando á Dios infinitas gracias por la merced que le habia hecho en traerle á aquella reduccion, cuyas incomodidades se le convertian en flores con el gozo de la mies que cosechaba; y aumentóse este mucho más con la venida de otro nuevo misionero, que fué el P. Martin Javier, pariente de S. Francisco Javier, heredero de su espíritu y muy fervoroso obrero de la viña del Señor; y de este modo se di-

vidieron los cuatro, quedando el P. Antonio en la reduccion de Loreto con el P. Simon Maceta, y los otros dos en la de S. Ignacio. Caminando con tan próspero viento la reduccion de aquella gentilidad, no pudo el comun enemigo sufrir la guerra que le hacian los apostólicos obreros, quitándole las almas que tantos años habia poseido, reduciéndolas al camino del cielo, y asi armó todas sus huestes, así contra los predicadores como contra los recien convertidos á la fe, con las más recias persecuciones que pudo inventar el infierno. La primera fué por medio de unos indios hechiceros, los que instigados de Satanás persuadieron á muchos que los Padres los habian juntado para entregarlos á los españoles, y que los bautizaban para hacerlos vasallos y áun esclavos del rey de España, cuyos vasallos eran, y que además eran tambien traidores y espías dobles para quitarles su libertad, y con esta voz influyeron en la multitud, que como vulgo ignorante se cree de ligero, para que tomasen las armas y matasen á los Padres extranjeros, enemigos de su libertad, que les quitaban sus gustos y sus mujeres y sus dioses antiguos. Como fueron tantos los conjurados, no pudo permanecer secreta su resolucion, y así llegó á noticia de los Padres, que en primer lugar se valieron del favor divino, acudiendo á Dios en la oracion y poniendo por intercesora á su Santísima Madre y á S. Ignacio, patrones de aquellos pueblos; luego hablaron á los caciques principales convertidos, y á los cristianos más antiguos y confidentes, por medio de los cuales con el favor de Dios se venció aquella tempestad, desengañando al vulgo con la misma experiencia del bien que les hacian, y más aprendiendo su lengua, cosa que les movió mucho, y fué gran parte para que dejasen las armas y no perdiesen la estimacion y el amor que habian cobrado á los Padres; si bien el P. Antonio Ruiz se habia alborozado cuandió se vió tan próximo al martirio que siempre habia deseado. Viendo el ángel de tinieblas frustradas aquellas asechanzas, ensayó nueva ruta, moviendo la más horrible persecucion contra aquella cristiandad, que pudo inventar el infierno, porque llegando la fama de las nuevas poblaciones á las tierras comarcanas, valiéndose de los indios hechiceros y de los españoles de Villa-Rica del Espíritu Santo, y de los malucos del Brasil, confinante con aquellos países, codiciosos de tener esclavos para cultivar sus campos, formaron ejércitos y dieron de improviso en los pobres indios recien convertidos y congregados, matando á los que se ponian en defensa y cautivando á cuantos habian á las manos, llevándolos maniatados por esclavos suyos, sin que ruegos, ni plegarias, acompañadas de lágrimas de los Padres sacerdotes, fuesen poderosos para mitigar su furor ni reprimir su tiranía; y con su mal ejemplo vinieron los de la Ciudad Real de Guaira, y acometieron con el mismo furor á los indios que quedaban en algunos pueblecillos ó rancherías, y con la codicia insa-

ciable de criados y esclavos para sus haciendas, llevaron á miserable servidumbre á los pobres indios recien bautizados, y para dar color á su maldad, pusieron lengua en la vida y honra de los Padres, publicando mil falsos testimonios contra ellos, con grande ofensa de Dios y descrédito de la cristiandad, dando motivo á los infieles para sospechar que los habian congregado para entregarlos á los españoles, que los llevasen por esclavos. Golpe fué éste que partió los corazones de aquellos pobres religiosos con dolor inconsolable, viendo destruido en un momento cuanto habian edificado en tanto tiempo á costa de inmenso trabajo, y este mal resultado no provenia de moros, turcos ó idólatras, sino de españoles cristianos vencidos de la codicia, obrando tan execrables pecados; procuraron curar los heridos, y recoger y consolar á los fugitivos, que á diligencia de sus piés habian escapado de sus manos; lloraban amargamente sin poder remediar aquel daño, y habiéndolo mirado delante de Dios, resolvieron que fuese uno de los cuatro á la ciudad y colegio de la Asuncion á dar cuenta de todo y procurar el remedio con los gobernadores y los Padres. Esta suerte cupo al P. Antonio Ruiz como á más jóven y alentado, y sin tardar un punto partió con cinco indios camino de doscientas leguas, parte por tierra, parte por los rios, con tanto riesgo de la vida, que estuvo algunas veces para perderla, si Dios no lo hubiera conservado milagrosamente; porque las primeras cincuenta leguas les llovió tanto, que no teniendo albergue, ni reparo, pasaban la noche sobre la tierra mojada, calados del agua, causa que dejó tullido al Padre, y aunque procuró esforzarse para proseguir el camino, en un dia anduvo media legua medio arrastrando, padeciendo agudísimo dolor á cada paso, y del movimiento se le produjo una hinchazon en la pierna, que ni andar, ni áun tenerse en pié le permitia. Viéndose en este conflicto, levantó los ojos y el corazon al cielo, pidiendo favor á su padre San Ignacio, por cuya obediencia emprendia aquella jornada. Acabada la oracion, se halló rendido, y trató de descansar un poco, y con el cansancio se durmió, y vió en sueños al santo, que llegándole con la mano, le tocó y le dijo: *Prosigue tu viaje, que ya estás sano.* Fuése el santo y despertó el Padre, y hallóse bueno y tan fuerte, que pudo proseguir su camino despues de haberle dado muchas gracias por la merced recibida, y caminaba con tan grande aliento, que con dificultad podian los indios alcanzarle. Llegaron á la ciudad y colegio de la Asuncion, donde el P. Antonio dió cuenta de lo sucedido, pidiendo favor y remedio para la seguridad en adelante; porque sin ella era imposible proseguir la conversion de aquellos indios en que importaba la salvacion de las almas. Satisfizo juntamente á las calumnias y falsos testimonios que los agresores de aquella maldad habian levantado á los Padres, descubriendo manifiestamente su dañado intento, que era echar-

los por aquel diabólico medio de aquella reduccion para poder con más libertad hacer entradas en la tierra, para cautivar á los pobres inocentes y ponerlos con tiranía en miserable servidumbre. A todos convenció la verdad, pero no se puso el remedio tan eficaz como debiera, con harto dolor del siervo de Dios, que habiendo restaurado la honra de sus compañeros, volvió á su mision á consolarlos, á ayudarlos y á procurar el bien espiritual y temporal de aquellos pobres indios injustamente perseguidos y destituidos de favor humano. Llegó el Padre á la reduccion y fué recibido de sus compañeros como si viniera un ángel; dió cuenta de su embajada y de lo que habia negociado: confirieron entre sí lo que habian de hacer en adelante, y despues de larga conferencia resolvieron restaurar los dos pueblos de Loreto y S. Ignacio, recogiendo los indios fugitivos y traer de nuevo los que pudiesen. Salió el P. Antonio en compañía del P. Martin Javier á buscarlos. Anduvieron muchos dias á caza de aquellas fieras, por selvas, montes y valles, con tan poco sustento y tan insoportable trabajo, que el Padre Javier enfermó de muerte, y en una pobre choza que hicieron de ramos, semejante á la que tuvo en su tránsito su dichoso tio S. Francisco Javier, asistiéndole el P. Antonio, dió su alma á su Criador en medio del campo de los enemigos como valiente soldado. Lleváronle los indios en hombros á la reduccion, y el P. prosiguió su empresa con el sentimiento que se deja entender de tan gran pérdida y tan amada, por quien dijo muchas misas é hizo muchas penitencias. Dios le consoló dándole nuevas de la gloria de su alma, porque recogido en una hamaca, pendiente de dos árboles, estando medio dormido y bien despiertas las potencias del alma, vió que se abrió el cielo y salió un golpe de luces, de las cuales salió una voz que dijo: *Aquí descansa Martin Javier; aquí recibe el premio de sus gloriosas fatigas; aquí la palma y corona de sus peleas; con él descansarán los que se cansaren como él.* Quedó gozosísimo con este regalo del cielo, y alentado á trabajar en el servicio de Dios y de las almas, y fué luego á dar parte de esta revelacion á sus compañeros y á gozarse con ellos de la gloria que el buen Padre gozaba. Y vióse por el efecto haber sido verdadera, porque ántes de morir les ofreció á sus compañeros que no les ayudaria ménos desde el cielo que si estuviera en la tierra; y cumplió bien su palabra, porque resistiendo mucho los indios el congregarse en pueblos, y en particular un cacique muy poderoso, á quien los demás seguian como á cabeza principal; luego que murió el P. Javier, vino á los Padres acompañado de muchos indios, y les dijo: «Padres, yo he resistido á la fundacion del pueblo, por razones que para ello tengo; pero ya vengo rendido á obedeceros, y traigo conmigo mi gente, porque esta noche no he podido sosegar, atemorizado de una horrible voz que por tres veces me dijo: Múdate y haz lo que te aconsejan los

Padres, porque si no lo haces, violentamente te quitaremos la vida. Levantéme con deseo de conocer á quien me hablaba, y aunque tenia luz no pude ver quién era. Luego junté mis vasallos y les dije mi determinacion, que era obedeceros y congregarnos en pueblo, y vengo con ellos para este objeto.» Testimonio bien claro de que el bendito P. Javier habia negociado su reduccion en el cielo. Esta nueva fué para los Padres de gran consuelo, y con el ejemplo y favor de este cacique restauraron las poblaciones, congregaron los indios y entablaron las conversiones y todos los ministerios como los hacian primero, en los cuales trabajó gloriosamente el P. Antonio Ruiz, doctrinando, catequizando y bautizando innumerables infieles; y porque no tenian vino y les faltaba muchas veces para las misas, labró un pedazo de tierra con sus manos, y plantó una viña, á quien Dios echó su bendicion tan copiosa, que dentro de dos años dió vino suficiente para las misas y para los enfermos. Mas nada demuestra tanto el cuidado que este santo varon tenia con su alma en medio de tantas ocupaciones, y el porte de vida que guardaba en sus ministerios, como la siguiente carta del P. Simon Maceta que trata de este particular. «Luego que llegó el P. Antonio Ruiz á las reducciones, edificó mucho y áun admiró á los Padres que en ellas estaban el teson y fervor con que comenzó, no solamente á perfeccionarse en la lengua de los indios, que hablaba con tanta expedicion como ellos, sino tambien en todas las virtudes y obras de santidad que ejercitaba. Dedicóse á catequizar los adultos, bautizándolos y enseñándolos la doctrina cristiana, confesando y predicando con notable aprovechamiento de sus almas; los curaba y sangraba en sus dolencias, ayudándolos en sus necesidades con mucha caridad y largueza, quitándose el bocado de la boca para que ellos comiesen; y así los indios le amaban y veneraban, y él hacia de ellos, aunque fuesen caciques, todo cuanto queria; más tardaba en significarles su voluntad, que ellos en obedecerla. Era hombre de mucha oracion y familiar trato con Dios, y se le echaba bien de ver en la modestia de su semblante y compostura en sus acciones, y en la prontitud y facilidad que tenia en hablar siempre de Dios, como quien nunca le perdia de vista; y en la devocion de nuestra Señora, que era cordialísima, enterneciéndose siempre que hablaba de sus prerogativas, de sus virtudes y del poder que tiene con Dios. Acudia con gran confianza al amparo de esta Señora, y experimentaba presencialmente su amorosa proteccion. Algunas veces le vieron los Padres puesto de rodillas ó postrado sobre la dura tierra, de noche, largas horas en atenta oracion. De este trato con Dios salia más humilde y deseoso de mortificar más todos sus sentidos. De su penitencia se puede decir con verdad que todo el tiempo que pasó en el Guaira fué un continuado rigor, sin un dia de treguas, porque perpétuamente trataba su cuerpo, no

como á compañero fiel, sino como á mortal enemigo. En lo tocante á la comida fué mucho lo que padeció, porque como carecia de pan, de carne y vino y de otros mantenimientos que abundan en otras tierras, habia de sustentarse con sola la harina de mandiaca, y por gran regalo con algunas tortillas de ella que llaman beius, y este alimento era muy contrario á su salud, y se le vino á hacer usual. No bebia vino ni en casa ni en los caminos, porque el poco que se traia se guardaba para las misas. Fué tal su abstinencia, la aspereza de su vida y constancia en su abnegacion, que se puso flaco y tan demacrado que se le conocian todos los huesos, y muchos ya le dieron por ético; pero no por eso remitia un punto de sus fervores, ni dejaba de acudir á todas las horas de sus ministerios, devociones y tareas cotidianas, que solas ellas, sin otra sobrecarga, bastaban á rendir al hombre más robusto y sano. Tenia continua la presencia de Dios, áun cuando estaba actualmente ocupado en ministerios que piden toda la atencion y no permiten distraerla á otra cosa por muy espiritual y santa que sea, como es la confesion y enseñanza á los infieles de los ministerios de la fe. Cuando confesaba en la iglesia, se formaba en su imaginacion un estrecho círculo dentro del cual solo cabian el confesor y el penitente, el cual no traspasaba la vista sin necesidad, y miéntras iba un penitente y venia otro procuraba hacer varios actos de virtudes, de que experimentó muy buenos efectos para sí y para los penitentes. Cuando entraba en la iglesia al catecismo de los indios, consideraba en ella tantos ángeles como personas, y se encomendaba al de su guarda y á los siete príncipes de la milicia celestial y al santo de aquel dia con tiernísima devocion, quedando en su entendimiento clara la inteligencia de lo que habia de enseñar, la memoria pronta y rica de ejemplos proporcionados á la capacidad de los oyentes; y encendida la voluntad, hizo firme propósito de no subir al púlpito sin hacer algun acto de mortificacion en órden á vencer el apetito de la propia estimacion y enfrenar el deseo de ser alabado y aplaudido, suplicando á Dios le paralizase la lengua si habia de expresarse en términos que no cediesen en gloria suya y utilidad del auditorio. Con esta prévia disposicion predicaba y enseñaba la doctrina, y solia decir que de esta suerte le salian del pecho las palabras encendidas, y con fuerza particular penetraban en su corazon y pasaban á herir los de los oyentes. Hasta aquí el P. Simon Maceta, el cual habla de experiencia del tiempo que fué su compañero en el pueblo de nuestra Señora de Loreto. No desistieron los malos españoles de sus intentos, que ciegos con la codicia de tener esclavos y criados, vendieron con promesas y dádivas al cacique principal para que se separase con toda su gente de los nuevos pueblos y se fuese á lugares cercanos á los suyos. Estaba señalado con gran secreto el dia de la mudanza, pero no tanto que no llegase á noticia de los Padres, los

que acudiendo con presteza al remedio, desengañaron al cacique, recordándole las voces y amenazas del cielo, mandándole poblar aquellas reducciones, y que si se iba corria riesgo su vida, con lo cual atemorizado, desistió de su intento y cesó aquella novedad tan perjudicial para la conversion de las almas. El Señor ayudó con su inmenso favor y muchas maravillas para aumentar la cosecha de la salvacion de muchos millares de almas, objeto predilecto de la laboriosidad y deseos vehementes de los Padres. Por este tiempo se presentó una enfermedad epidémica muy contagiosa, especie de peste, que llegó á inficionar el aire, tanto en los puntos muy poblados como en los desiertos, haciendo infinitas victimas, pues que no habia remedio para su desconocida actividad. El bendito P. Antonio, viendo aquella desolacion, partió veloz como un ángel por todos aquellos montes, adonde sabia que habia indios, y halló gran número de enfermos á los cuales confesó y viaticó, convirtiendo á los infieles con sus buenas razones, recibiendo las aguas del bautismo gran número así de niños y jóvenes heridos de la peste, como de adultos, y los que no murieron, admirados de tan grande caridad, se vinieron en su compañía á poblar la reduccion, adonde llegó con más de mil personas, habiendo enviado al cielo otro copiosísimo número, despojos de su victoria y gloria de su triunfo Viendo el devotísimo Padre cuán pobre y desalhajada estaba la iglesia de nuestra Señora de Loreto, juntó los escuadrones de sus indios, y con fervoroso aliento les persuadió que hiciesen casa á nuestra Señora, digna de su morada. El mismo Padre se constituyó maestro de la obra, albañil y trabajador, llevando la piedra y los materiales en sus hombros; fabricando hornos, cociendo ladrillos y amasando el barro, animando á todos con grande alegría, y en poco tiempo levantaron una iglesia muy capaz, en la que colocó una imágen de bulto de nuestra Señora de Loreto, muy perfecta, traida de Europa, y por la que Dios ha obrado muchos milagros en aquella tierra: colocóse con grande solemnidad y concurso de los indios, y para el servicio de los divinos oficios industrió en el canto de la Iglesia á muchos mozos hábiles, que con instrumentos músicos de los que usan en aquel país, formaban una buena capilla de que los indios gustaban mucho, sirviendo su atractivo para traerlos á Misa, al sermon y á los oficios divinos, dando todas estas trazas la ingeniosa caridad y santo celo del P. Antonio Ruiz, con que pobló aquellas reducciones de cristianos y el cielo de almas. Mostró la Divina Majestad cuán grato le habia sido aquel santo templo y la veneracion universal de la santa imágen de su purísima Madre, no solo con milagrosas demostraciones, ilustrándole con luces del cielo, que vieron sus moradores bajar sobre él muchas noches, sino tambien con mercedes singulares que les hizo la Reina de los Angeles. De todas partes venian los indios y los españoles en romería á

visitar la santa imágen por los contínuos milagros que obraba Dios por ella, y era el santuario más célebre de toda la tierra, tan Loreto en las maravillas como en el nombre. Se encendió una furiosa peste de viruelas en todo aquel país, en que trabajaron gloriosamente el P. Antonio y sus compañeros, haciendo oficio de médicos, cirujanos, enfermeros, curas y padres espirituales, porque los medicinaban y curaban, los sacramentaban y enterraban con admirable caridad; y careciendo en aquellos remotos desiertos de remedios humanos, acudieron á los divinos, haciendo novenas á la Santísima Vírgen y llevándola en procesion por todo el pueblo, y sucedió lo que en la peste de Roma en tiempo de S. Gregorio, que á su vista envainó la espada de su justicia el cielo y usó de su misericordia con los hombres, purificándose el aire y cesando el contagio con sumo gozo del pueblo. La santa vida y loables trabajos del P. Antonio Ruiz de Montoya llegaron á noticia del general de la Compañía el P. Mucio Viteleschi, el cual como era tan celoso de sus aumentos y remunerador de los que lo merecian, le envió la profesion de tres votos que el Padre recibió con mucho agradecimiento, é hizo con igual devocion en su templo de nuestra Señora de Loreto el año de 1620, renovando su fervoroso espíritu y ofreciéndose de nuevo á Dios y á su santísima Madre perpétuamente para su santo servicio, y en retorno de tan grato sacrificio como les hizo recibió de su liberalísima mano admirables mercedes. A poco tiempo le vino órden y mandato de su provincial, en que le prescribia tomase á su cargo aquellas reducciones, como superior de ellas, cosa que el siervo de Dios sintió grandemente, porque como era tan humilde, apeteció siempre más bien obedecer á todos que mandar á solo uno; pero la órden vino tan apremiante y ejecutiva, que no dejó lugar ni resquicio para proponer, y asi bajó la cabeza y tomó el cargo de superior, y mejor dicho carga, pues le era tan pesada cuantas eran las obligaciones, cuidados y fatigas que le acompañaban; y como su espíritu era tan alentado y la sed tan ardiente que sentia por la salvacion de las almas y conversion de los gentiles, que eran innumerables en las provincias comarcanas, puso todo su conato en procurar reducirlas á la fe de Cristo, sacándolas del paganismo y de la ceguedad en que vivian; y con este ansioso deseo puso buen órden en las dos reducciones de S. Ignacio y Loreto, y luego partió con dos de la Compañía y algunos indios cristianos prácticos en la tierra, á entrarse por las de los gentiles á llevarles la luz del Evangelio con grande riesgo de la vida, porque era gente inhumana, antropófaga, pues por solo el apetito de la gula se mataban unos á otros para comerse en sus banquetes; y con los extranjeros y gente blanca, cuyas carnes tienen por más sabrosas, lo hacian mejor; y como por una parte eran belicosos y por otra estaban tan encarnizados en sus vicios, aborrecian á los Padres que les iban á la mano

en ellos, y tenian á todos los cristianos por sospechosos en tanto grado, que aunque enviaron delante á un embajador con algunos donecillos, le embistieron como unas fieras, le mataron y se le comieron. Todo esto y su brutalidad natural hacia dificultosa la empresa, y los que amaban al P. Antonio se la disuadian, diciéndole que era temeridad, y que ponia en manifiesto riesgo de la vida á sus compañeros, y mucho más á sí mismo, que como á capitan habian de acometer primero, y que con evidencia iba á perder y no ganar, por la grande falta que habian de hacer á aquella nueva cristiandad él y sus compañeros. Todas estas razones y las repetidas instancias que le hicieron para que desistiese de su intento, no fueron parte para acobardar su valeroso ánimo arrestado á todos los peligos de la vida y de la muerte por el servicio de Dios y bien de las almas, ántes cuanto más le decian de la fiereza de aquellas gentes, tanto más le estimulaba y encendia en deseo de convertirlos y ganar sus almas para Cristo, en quien tenia firmísima confianza que le sacaria victorioso de todos los peligros y empresas que formase por su amor, y si fuese servido de que le martirizasen porque iba á predicarlos, seria mayor la victoria, consiguiendo la corona que tanto deseaba. Y confirmóse más en su resolucion con una vision que tuvo del cielo que le presagiaba buen suceso. Animado en su propósito y con fuerzas para hacer rostro á cuantos trabajos se presentasen, partió denodado á la empresa, con tan feliz resultado, que en el espacio de tres años que gastó en esta mision predicó el Evangelio á diez diferentes naciones de gentiles, valiéndose de lo que sabia de sus idiomas y de intérpretes que le ayudaban. Fundó muchas iglesias, congregó pueblos de los que se convertian, reduciendo á aquellos bárbaros á vida racional y política. Bautizó innumerables individuos; anduvo más de trescientas leguas, llevando jugada la vida, pero despreciando siempre los peligros con un ánimo invencible. A la primera reduccion que formó puso el nombre de Francisco Javier, tomándole por patron así de aquella como de toda la mision, en la cual le sucedieron casos muy notables. Caminando con tan gran prosperidad aquella nueva cristiandad, y creciendo cada dia con gloriosos aumentos, permitió la Divina Majestad, por sus ocultos juicios, que viniese sobre ella la más terrible persecucion que ha padecido la Iglesia, porque las antiguas fueron movidas de uno ú otro tirano, pero esta de todo el infierno, que armó innumerables hombres peores que las fieras, pues no respetaron imágenes sagradas, ni templos, ni casas, ni hombres, mujeres ni niños, haciendo pedazos las imágenes y objetos de culto, y quemándolas por leña en sus fuegos con tan vivo dolor y lágrimas del siervo de Dios y sus compañeros, que por tantos años habian trabajado en juntar aquella cristiandad, que tenian tan floreciente y con tan sucesivo aumento que no se contaban los cristianos por mi-

llares sino por millones, y donde años ántes no se sabia el nombre de Cristo, ya en aquella vasta region era conocido y adorado el verdadero Dios, y venerado el nombre santísimo del Salvador del mundo. Pero la codicia reunió un sin número de hombres desalmados, que salieron del Brasil y de la ciudad de S. Pablo, unidos con sus vecinos los malucos, para cautivar á los inocentes indios, que habian recibido la fe de Cristo y vivian en aquellas reducciones con toda paz y seguridad, gobernados de los Padres; y como si fueran moros y turcos, siendo tambien ellos cristianos bautizados, vinieron en ejércitos formales, no una sino muchas veces, continuando su tiranía por muchos años, por no hallar resistencia en los indios, y dieron sobre sus pueblos y reducciones matando á cuantos se ponian en defensa, y cautivando cuantos habian á las manos, despedazando como fieras inhumanas á los niños y pequeños que no podian llevarlos á pié, ni permitian llevarlos á sus madres por que no fuesen cargadas, y á su vista los partian con las espadas y daban con ellos en las piedras saltándoles los sesos, y los más piadosos los arrojaban en las yerbas para que los comiesen las fieras. Quemaron las casas y las iglesias, robaron cuanto en ellas habia, y estuvieron varias veces para matar al P. Antonio Ruiz y á sus compañeros, porque les iban á la mano en tan horrendas tiranías y execrables sacrilegios, baldonándolos é infamándolos, y diciéndoles tales oprobios que solo pudieran salir de las bocas del infierno; y á lo que todo echó el sello fué que el gobernador de la provincia, puesto por el rey para hacer justicia y defender á sus vasallos, estuvo tan léjos de salir á esta defensa, que secretamente se confederó con ellos, y por la parte de presa que le dieron, se volvió contra los Padres y en particular contra el P. Antonio, y le capituló delante de su provincial diciendo que le habian infamado con falsos testimonios y pidiendo que le diesen riguroso castigo por ello; mas viniendo el provincial en persona á las reducciones, averiguó la verdad, y viendo el falso testimonio que habia levantado al Padre, y averiguada por la Real Audiencia su maldad, fué privado de su oficio y condenado en otras penas, no tantas como merecian sus delitos. Este fué el mayor trabajo que pudo enviar el Señor á este siervo fidelísimo suyo; pues ver á sus ojos deshecha la cristiandad de tanto número de almas como servian á Dios, destruidos sus templos, profanados sus altares, quemadas las imágenes, deshonradas las doncellas, hechos pedazos los niños, desacreditada la fe de Cristo, infamado el nombre cristiano, era espada penetrante que le atravesaba el alma sin consuelo. Lloraba el bendito Padre por los cristianos muertos, y mucho más por los muertos en el alma, por los pecados que se cometian, y los que aborreciendo el nombre de cristiano apostataban de la fe, y los oprobios que decian los gentiles de la fe de Cristo, la pérdida de tantos hijos, le hacian padecer dolores sen-

timientos tan acerbos, que á no prevenirle Dios de antemano, no fuera mucho acabase la vida en este miserable naufragio. Continuando los enemigos sus correrías, cebados en la sangre de aquellos mansos corderos, hallándose sin defensa y temiendo la total ruina de los pocos que quedaban en las reducciones de Loreto y S. Ignacio y de los que habia recogido heridos y fugitivos, con acuerdo del Padre provincial y de sus compañeros, resolvieron arrancar de aquellos países con todos los pueblos y traerlos al abrigo de la ciudad de la Asuncion, adonde tenian colegio; y aunque por estar doscientas leguas de las reducciones y haber de pasar á vista de enemigos por agua y por tierra, era cosa dificilísima y de grande trabajo, el ánimo esforzado del varon de Dios, en quien tenia toda su confianza, lo hizo todo fácil; y viendo que era obra de su servicio el salvar á aquellos inocentes, ordenó, como otro Moisés cuando sacó el pueblo de Egipto, que para dia señalado todos se dispusiesen á la partida, previniendo maiz y harina y el mantenimiento que pudiesen para tan largo camino. Sacó la santa imágen de nuestra Señora de Loreto y la de S. Ignacio y todas las que pudo de las iglesias, con los vasos y ornamentos sagrados, y con doce mil personas que juntó, salieron de aquel Egipto á la tierra de promision de los cristianos, siendo el ángel que los guiaba y el Moisés que los regia por aquel desierto. Llegaron al rio como los de Israel al mar, y vinieron en pos de ellos los enemigos, mas no pudiendo darles alcance, convirtieron su rabia contra los templos, altares é imágenes que estaban en los retablos, y ejecutando su furor en ellas con diabólica osadía, acuchillándolas y ultrajándolas, y haciéndolas pedazos para cebar el fuego con ellas, en que mostraron que eran más herejes que católicos y más gentiles que cristianos. Hizo alto á la márgen del rio con todo su ejército, y como era magnánimo, no le acobardó ninguna dificultad, y así ordenó se fabricasen embarcaciones para que todos pasasen, y en pocos dias hicieron quinientas canoas y muchas lanchas de cañas y mimbres, en que pudieron navegar el rio abajo hasta la tierra donde iban. No les faltaron enemigos que salieron de través á estorbarles el paso, pero el siervo de Dios les reprimió y venció con maña y prudencia, y mucho más con el favor del Altísimo que le asistia, el cual mostró su providencia y proteccion con este su pueblo, como le mostró con el antiguo, pues escaseando el sustento para tanta gente, oró al Señor el P. Antonio suplicándole mirase por aquel ganado suyo, y Su Majestad le oyó, y con su infinita providencia les proporcionó una yerba no vista ni usada hasta aquella ocasion, la cual nació con abundancia por toda la ribera, teniendo media vara en alto, que los naturales llamaron peregil marino, sabrosa al gusto y provechosa á la salud, como lo era el maná del cielo, y de mucho sustento, la cual gozaron en abundancia todas las doce mil personas que siguieron al

P. Antonio, dando mil gracias á Dios que por su intercesion les habia dado tal mantenimiento. Finalmente llegaron al deseado puerto, y el P. Antonio con sus compañeros buscaron y pidieron entre la gente piadosa buena cantidad de vacas, con que dieron racion bastante á toda la gente por mucho tiempo, con lo que se repararon del largo camino. Tomaron ranchos, y puestos en las reducciones que la Compañía tiene en las riberas del rio, para que se domiciliasen todos y se avecindasen en ellas. A los niños huérfanos repartieron entre las familias de los indios, para que los sustentasen y criasen hasta que pudiesen trabajar y ganar la comida por sus manos. Diéronles tierras para sus sementeras, señalaron de los caciques alcaldes que los rigiesen en los pueblos, y los Padres salian á doctrinarlos y enseñarlos con gran consuelo de sus almas, hallándose seguros de tiranos, agasajados y amparados de los gobernadores y justicias, así por su piedad como por la intercesion de los de la Compañía. Avecindados ya en aquella tierra los indios que habia traido de las reducciones destruidas, puso todo su cuidado en aprovechar sus almas, y proporcionándoles lo necesario para que pasasen la vida con quietud y consuelo, juzgando importante edificar las iglesias que tenian en sus tierras, y repartirlos en pueblos como estaban ántes; mas como habian perdido sus propiedades y el resto en el camino lo habian gastado, y en acomodar sus chozas y sementeras, no podian contribuir con nada para los nuevos edificios, aunque por su devocion lo hicieran con mucho gusto; pero no se rindió á esta dificultad casi insuperable el invencible ánimo del P. Ruiz, ántes confiando en Dios, buscó limosnas entre los españoles, vendió sus libros y las alhajas que le habian quedado, y hasta el manteo con que se cubria, y con sus productos edificó las iglesias y formó los pueblos, y colocó las imágenes de nuestra Señora y de S. Ignacio, y para sustento de lo temporal envió al P. Pedro de Espinosa, su compañero, á la ciudad de Santa Fe, á distancia de doscientas leguas, á traer ganado, confiando en la Divina Providencia que tendria buen suceso, y sin duda fué muy feliz para el Padre, porque á la vuelta le martirizaron indios idólatras, y el mismo dia reveló Dios al P. Antonio su martirio. Terminadas las iglesias, fundó una congregacion con título de nuestra Señora de Loreto; la dió sus reglas y breves ordenaciones, fáciles y conformes á la capacidad de los congregantes, que rezasen todos los dias el Rosario y le trajesen al cuello en señal de esclavitud, que confesasen y comulgasen cada mes y visitasen á los enfermos, enterrasen los muertos y rezasen por sus almas. Dióse principio á la congregacion con una solemne fiesta, Misa cantada, en la que comulgaron los doce primeros congregantes, admitiéndose muchos despues, así hombres como mujeres, examinándolos primero de la doctrina cristiana, y no admitiendo ninguno que no la supiese muy bien; estímulo suficiente para

que todos la aprendiesen y la enseñasen á sus hijos con cuidado y diligencia. El P. Antonio fué víctima de algunas calumnias, que sufrió con resignacion, sin excusarse ni hacerlas rostro. A consecuencia de un esfuerzo se quebró, sufriendo infinito en la curacion que Dios y su santísima Madre le proporcionaron milagrosamente. Habiendo alcanzado un gran crédito en la religion por sus virtudes, sus trabajos y celo por el bien espiritual y temporal de sus semejantes, fué nombrado superior de veintiseis reducciones que tenia la Compañía en las provincias de Parana, Uray y Yape, muy extendidas y pobladas de indios cristianos y gentiles. Las tomó á su cargo por la obediencia, y comenzó á trabajar en ellas con la misma vigilancia, zelo y cuidado, que habia tenido en las nuevas de Guaira, destruidas por malvados; y si regó con lágrimas aquella tierra, no fueron ménos las que derramó en estas, cuando miró sus dilatados campos, y á sus moradores tan descuidados de la calamidad que habia de venir sobre ellos, de que cinco años ántes habia tenido revelacion del cielo, mostrándole Dios los ejércitos de los enemigos, que habian de venir á destruirlas. Comenzó el vigilante pastor á visitar el rebaño que Dios le habia encomendado, á pie, y sin género de prevencion, comida, ni cama, ni defensa, como siempre lo habia hecho, imitando en todo las misiones y predicacion de los apóstoles. Llegó al primer lugar, y conforme á su costumbre, preguntó por los enfermos, le dijeron que solo habia una anciana, la que creian habia muerto ya; pues vamos, dijo el siervo de Dios, y la diremos un responso. Efectivamente tuvo el consuelo de poderla confesar y salvar su alma. Deseando abreviar su visita y prevenir á todos sus feligreses ántes que llegasen los enemigos, envió por una parte el P. Francisco Diaz Taño, con un compañero, y él se partió por otra con el suyo, consolando y esforzando sus reducciones, predicando y confesando, y enseñando en todas partes la doctrina cristiana, bautizando á los infieles y animando á los cristianos, dando saludables órdenes para el buen gobierno de aquella cristiandad, la cual floreció en su tiempo con grandes aumentos; y cuando iba en mayor pujanza se cumplió el tiempo de la calamidad que Dios le habia revelado cinco años ántes, y habia dado escrita y cerrada á un Padre compañero suyo. Entraron los tiranos del Brasil, con banderas desplegadas, con estrépito y todo genero de armas, como si fueran á conquistar tierras de moros ó turcos, y dieron en los pobres cristianos con tan grande impiedad, cual no vió jamás en enemigos de la fe de Cristo, destruyendo y quemando cuanto encontraban, sin perdonar templos, iglesias, imágenes ni cosa sagrada, y poniendo en miserable servidumbre á los que nacieron libres, y lo eran por todas leyes divinas y humanas. Dividieron los despojos, sin respeto ni temor de Dios, separando los padres de los hijos, y las mujeres de los maridos, pasando á cuchillo

á cuantos quisieron impedirlo, atravesando el piadoso corazon del P. Antonio con cada una de estas crueldades, padeciendo tantas muertes cuantos fueron los muertos y cautivos, y llorando y gimiendo se retiró con los pocos que pudieron huir de la bárbara impiedad de los enemigos, á orar á Dios que era todo su refugio, y diligenciar algun medio para atajar aquel incendio que cada dia iba creciendo como no habia quien saliese á resistirle. Conociendo que aquellos desastres no tendrian remedio eficaz, si no le aplicaba el rey de España y su Real Consejo de Indias, se resolvió á procurar por todos los medios posibles venir en persona á dar cuenta al rey de lo que pasaba, á no ser que la provincia enviase quien la diese á satisfaccion, y tuvo buena ocasion, porque en aquel tiempo se juntó la congregacion provincial en la ciudad de Córdoba, cabeza de Tucuman, á la cual vino el Padre, y conferido el negocio con las personas ancianas y zelosas de la provincia, que allí se reunieron, de comun acuerdo decretaron que el P. Antonio Ruiz viniese á la corte de Madrid, y como testigo de vista informase al rey y á su consejo de todo lo sucedido, y negociase el eficaz remedio para atajar aquella calamidad, tan opuesta y perjudicial á la conversion de los gentiles y propagacion de nuestra santa fe. Diéronle poderes bastantes, y todas las informaciones y cartas necesarias, y partió con el P. Francisco Diaz Taño, que vino por procurador general de toda la provincia, elegido por más votos en aquella congregacion. La primera jornada fué al colegio de Buenos Aires, para embarcarse en aquel puerto; llegaron con próspero viaje al rio Genero, adonde fueron recibidos y agasajados con mucha caridad de los Padres del colegio, dando en todas partes el P. Antonio, con su santa vida, ejemplos de edificacion; y con la opinion que tenia de santidad, le pidieron que predicase el dia de la Asuncion. Obedeció el virtuoso Padre á su mandato; y cuando preparaba el sermon, oyó una voz que le dijo: *Predica contra los que vejan á los indios, y los cautivan sin razon;* y predicó con tanto espíritu, energía y sentimiento del agravio que se hacia á Dios y á los indios, y del castigo que amenaza á los que cooperan á tal injusticia y á los que la llevan adelante, que hallándose presentes muchos que tenian parte en aquellas invasiones, por los intereses que de ellas sacaban, se arepintieron de lo hecho, y propusieron firmemente no ayudar nunca á semejante maldad, y en seguida dieron libertad á cuantos indios tenian cautivos, para que se fuesen á sus tierras, proceder que cedió en servicio de Dios y edificacion para todos. Seis meses se detuvo en el rio Genero ó Janeiro, no ocioso, porque se empleó en hacer misiones á los pueblos de los indios, convirtiendo y catequizando á muchos. Embarcóse cumplido el tiempo, y en la nave doctrinaba ordinariamente á los oficiales y pasajeros, y habiéndose producido una gran discordia entre estos y el capitan, á quien acometieron con espadas desnudas,

para matarle, lo que hubieran conseguido por el pronto á no haberse encerrado en el camarote; y despues el bendito Padre, como ángel de paz, se puso de por medio, y con buenas razones y su mucha santidad, los redujo á concordia, y cesó aquella tempestad doméstica, con mucho gozo de todos. Otra discordia calmó con su presencia, ocurrida entre las mismas naves, sobre pundonores de precedencias, armándose una cuestion tan reñida, que tuvieron ya los tiros de artillería asestados unas contra otras; por fin llegaron con la posible felicidad á salvamento, y entraron por la barra de Lisboa con universal gozo y alegría de todos. En aquella opulentísima ciudad fué muy bien recibido de los Padres portugueses, y habiendose reparado del viaje, se dividieron los dos compañeros. El P. Taño pasó á Sevilla á negocios de su procuracion, y el P. Antonio tomó la vuelta á Madrid. A pocas jornadas le atacaron unas fuertes calenturas, que no le permitieron pasar adelante; le cogieron en una venta, donde no habia cama ni aposento donde recogerse. Por fin recobró la salud, y pudo caminar hasta Madrid con buen aliento, adonde despacio hizo asiento para despachar los negocios que tenia á su cargo. Entró en la corte el año de 1638, y tomando consejo de las personas prácticas del Imperial Colegio de Madrid, donde moraba, hizo memoriales ajustados de todo lo sucedido, los cuales dió á S. M. el rey, y á los de su consejo. El rey, como tan católico y pio, le recibió y oyó con mucha amabilidad, y mandó que le oyesen los de sus consejos de Indias y Portugal, á quien tocaban sus negocios. Y le hizo mucha merced en esto, porque algunos mal informados no le daban tan grata audiencia como deseaba, y se le mostraban adversos; pero como la causa era tan pia, y el siervo de Dios procedia con tan grande verdad, Dios movió los corazones de los jueces para que le guardasen su justicia, y prendados de su santidad, dieron tales informes al rey, que S. M. despachó varias cédulas renovando las antiguas, en que le concedió cuanto pudo desear en favor de los indios y de toda aquella cristiandad. Las cédulas trae á la letra el doctor Francisco Xarque, en el cuarto libro de su vida, y para todo ayudó mucho un tratado que imprimió de los progresos de aquella cristiandad desde sus principios, con el título de *Conquista espiritual por los Padres de la Compañía de Jesus.* Tambien imprimió otro libro muy útil de la lengua guarani, vocabulario y oraciones, y catecismo para ayudar á los indios de aquella nacion, que es como el astrolabio por donde se guian los que van á predicarlos; y como su zelo era tan ardiente, no pudo estar en la corte sin trabajar infatigablemente en el provecho de las almas, predicando, confesando y enseñando el camino del cielo y el de la perfeccion á personas espirituales, teniendo gran entrada y estimacion en palacio. Con el gran crédito que cobró en la corte de santidad y de maestro de espíritu, desearon muchas personas nobles y de altos pues-

tos que se quedase en Madrid para tenerle por padre de sus almas, y aprovecharse de su buena doctrina, y aunque pusieron algunos medios para conseguirlo, el siervo de Dios los desengañó á todos, certificándoles que por ningun caso dejaria de volver á sus amados indios; y así, aunque más instancias hicieron, rompió con todos, y se partió á Sevilla con designio de pasar á su provincia. Habia enviado delante un testimonio autorizado de las Reales cédulas, con persona de la Compañía de Rio Janeiro, y á la ciudad de S. Pablo, de donde procedia todo el daño, y notificados todos los reales mandatos, estuvieron tan léjos de obedecerlos, que como locos furiosos se volvieron contra la Compañía que los habia negociado, y embistieron al colegio con tal furor, que estuvo á pique de dar en tierra, y destruirle y matar á cuantos habia en él. Tan encarnizados estaban en la sangre de aquellos inocentes corderos de los indios recien convertidos, cautivándolos como si fueran enemigos, y vendiéndolos en las plazas á público pregon. De todo fué bien informado el P. Antonio, y no perdonando ningun trabajo, volvió á la corte, y habló con el rey, y á los consejos de Indias y Portugal, haciendo nuevas peticiones; y atento á la desobediencia de los aleves, y las injusticias de que eran víctimas los indios, recabó licencia para que tuviesen armas de fuego, y todas las otras necesarias para defender sus personas, casas y haciendas; y el rey con su grande piedad le mandó dar provisiones y cartas para los vireyes, gobernadores y audiencias, en que les mandaba la ejecucion de aquellas órdenes; con cuyos documentos trató de volver á embarcarse y pasar á su provincia. Terminados sus negocios, volvió á Sevilla y á Cádiz, donde se embarcó para Lima, y llegó á aquella gran ciudad con próspero viaje. Luego presentó al virey las Reales cédulas, y le informó de las tiranias que padecian los pobres indios, vasallos fieles de S. M.; el virey mandó ejecutarlas y le hizo muchas honras, haciendo grande aprecio de su persona. Aquí renovó las antiguas memorias de sus mocedades, mirando los lugares en que se habia criado, y acordándose de los amigos que habia tenido, y todo le fué materia de dolor, y espuela para hacer penitencia y llorar su vida pasada. El tiempo que sus negocios le daban de tregua, gastaba parte con Dios, parte con los indios y negros y mestizos, catequizándolos y doctrinándolos, al mismo tiempo que predicaba y confesaba á los españoles. Crecia de dia en dia el crédito y fama de la santidad de este siervo de Dios en todo aquel reino, por las maravillas y milagros que obraba con el favor de Dios, y tanto que hallándose en Lima á la sazon el obispo de Guamanga, y viendo las citadas maravillas que Dios obraba por su siervo, y su gran celo y santidad, le pidió con mucha instancia que se fuese con él á su obispado, donde habia muchos indios gentiles, y emplearia en ellos el acero de su santo espíritu, y los convertiria y

formaría reducciones y pueblos, como lo habia hecho en Paraguay, y desde luego consignaba renta de cuatro mil pesos anuales para sus gastos y el de sus compañeros; y para dar fuerza á su peticion, puso por intercesor al virey, pero nada bastó para detenerle, porque el Padre respondió que tenia órden de su provincial para volver al Paraguay, adonde Dios le llamaba, y que no podia dejar de obedecer este llamamiento, y así se partió al punto con los despachos que le dió el virey y en cumplimiento de las Reales cédulas. Caminando el virtuoso Padre á su provincia, con ánsia de dar á sus queridos indios las alegres nuevas de las mercedes que el rey les hacia, y los privilegios y alivios que los llevaba, relevándoles de muchas cargas que injustamente les habian impuesto; pero no tuvo logro su deseo, porque en llegando al primer colegio, que es el de la ciudad de Salta, halló allí cartas y órdenes de su provincial, en que le mandaba que luego se partiese para Lima, desde cualquier lugar que le hallasen aquellas cartas, á defender la provincia del mayor trabajo que habia tenido ni esperaba tener, y era necesario informar al virey, á la audiencia y al tribunal de la Inquisicion de todo lo que pasaba, de que le enviaba informaciones auténticas para que las presentase á todos los tribunales y jueces, y los enterase de la verdad y solicitase la justicia y la defensa, por cuanto personas eclesiásticas y de puesto, que por su dignidad y profesion estaban obligadas á estimar y agradecer lo que la Compañía trabajaba y obraba en provecho de las almas, así de españoles como de indios, indignados por no haber condescendido con lo que injustamente les pedian, armaron una persecucion contra los jesuitas, tan atroz y tan cruel, cual la pudieran mover los mayores herejes y enemigos de la Iglesia, levantando á los de la Compañía infames testimonios, publicando libelos infamatorios contra ella, falseando las firmas y predicando en los púlpitos contra los Padres, como contra herejes y cismáticos, para irritar el pueblo contra ellos, habiendo hombre que por sí solo falsificó veintiseis firmas para dar color á sus mentiras, y pasando de las palabras á las obras, juntaron gente armada, y aun ellos mismos, olvidados del carácter que representaban, tomaron tambien armas, y todos juntos en forma de ejército acometieron al colegio de la Asuncion, donde estaban orando delante del Santísimo Sacramento, única defensa de los Padres; y como si dieran en turcos y alarbes, quebrantaron las puertas, y entraron de mano armada, y pusieron violentamente las manos en los religiosos indefensos, y no acatando la presencia de Cristo sacramentado, los arrastraron y sacaron del colegio, y los desterraron de la tierra sacándolos á la fuerza, saqueando la casa y la iglesia, maltratando los altares y las imágenes, y pasó tan adelante su sacrílego atrevimiento, que á la imágen de S. Ignacio cortaron la cabeza, y cometieron otros insultos semejantes á

este, que despues castigaron la Inquisicion y el rey por sus ministros; y porque de su diabólica osadía se rezelaban los superiores que con falsas informaciones impresionarian al virey y tribunales de Lima con sus mentiras y falsedades, para que no volviesen por la honra y gloria de Dios y de la Compañía, le ordenaron al P. Antonio que volviese á desandar el camino, para atender á negocio de tanta importancia en la Curia de Lima. Bien se deja entender el dolor que atravesaria su corazon tan triste nueva, y el sentimiento que tendria el siervo de Dios viendo ultrajada su religion, y puesto tan total impedimento en todas aquellas reducciones á la conversion y conservacion de los indios, y desterrados con tan grande infamia todos los de la Compañía. Lloró esta calamidad delante de Dios, y conoció que era la cruz grande y pesada que le habia mostrado en Lima, y aunque estaba cansado y fatigado de tantos y tan largos caminos, y habia quinientas leguas desde el colegio donde se hallaba hasta Lima, ofreciendo á nuestro Señor este trabajo, y el deseo que tenia de ver á los de su provincia y á sus amados indios despues de tan larga ausencia, rindió el cuello á la obediencia, y dió la vuelta adonde le mandaban con el mismo gusto que si Cristo se lo mandára y solicitase aquella causa. Halló grata audiencia y acogida en el virey y tribunales, y con la opinion que habia ganado con todos, los tuvo benévolos y propicios, y le hicieron justicia y la gracia que pudieron; pusieron freno á tan desaforada osadía, y honraron y ampararon á la Compañía en todas sus posesiones, remitiendo informes al rey, á los consejos de España, y al Sumo Pontífice á Roma, de la inocencia de la Compañía y la injusticia que habia padecido de sus enemigos, el castigo que por ella merecian, y ántes que llegase este, pudo tanto el P. Antonio con su buen espíritu y cortesía, que gran parte de los agresores espontáneamente se retractaron de lo que habian dicho en contra de los jesuitas, y dieron en su abono auténticos testimonios, volviéndoles la honra que les podian haber quitado, por el mejor medio que pudieron. Pero aunque los negocios eran tan graves, y le ocupaban mucho tiempo, este le daba treguas como siempre para entregarse á la oracion retirada y dedicarse al trato con los prójimos, consiguiendo grandes ventajas y haciendo progresos, en particular en personas virtuosas, inclinándolas á la oracion, enseñándolas y guiándolas por el camino de la perfeccion. A instancia de las mismas compusó un libro que intituló: *Silex del divino amor*; *en que se saca y emprende en la voluntad este fuego divino*; y por no haber imprenta en aquella tierra, se hicieron muchos traslados, y se repartieron por varias partes, con gran fruto de las almas. Tambien compuso un tratado de avisos y documentos espirituales muy provechosos para el alma, y en él se retrató á sí mismo, enseñando á los demás lo que obraba. En este tiempo

tuvo muchas ilustraciones de Dios, que le iba refinando para llevarle al premio de su descanso con mayor merecimiento. Tuvo celestiales visiones, que le encendieron vivos deseos de ver y gozar á Dios, y salir de la cárcel de este mundo, y teniendo aviso del cielo, que se acercaba ya el dia de su libertad en el que habia de salir de este destierro, se retiró á una granja solitaria á hacer unos fervorosos ejercicios, como habia hecho otras veces, no comiendo en ocho ni en diez dias otro manjar que el Santísimo Sacramento, que le era sustento de alma y cuerpo, y de tal suerte se encendió en el fuego del amor de Dios, que del alma resultó en el cuerpo, y le debilitó y consumió, dejándole sin fuerzas. Conociendo que se llegaba su hora, para él tan deseada, se hizo llevar al colegio, donde agravándose la enfermedad, recibió los sacramentos de la Iglesia con tiernísima devocion, y con fervorosísimos coloquios, ya con Dios, ya con la Santísima Vírgen, ya con los ángeles y santos, dió su alma al Criador el dia 11 de Abril del año de 1652, entre las doce y una de la noche. A la misma hora que espiró estando en oracion un religioso amigo suyo en el convento de nuestra Señora de las Mercedes, que se llamaba Fr. Pedro de Urraco, y vivió siempre con opinion de santidad, vió su alma muy gloriosa que subia al cielo. La misma vision y á la misma hora tuvo otro religioso, que se llamaba Fr. Francisco Messía, amigo asimismo del P. Antonio Ruiz, y ambos, sin saber el uno del otro, testificaron lo que habian visto, manifestando Dios su gloria con tan abonados testigos. Repartieron entre sí los religiosos sus pobres alhajas, dando parte á los seglares, que las pidieron con instancia como preciadas reliquias. En cuanto se difundió la noticia de su muerte, concurrió la ciudad toda á venerar su cuerpo, como de santo, besándole los piés y las manos y tocándole sus rosarios, y tomándole lo que podian de sus reliquias. Hízosele un sólemne entierro, á que asistieron el obispo con sus canónigos, y el virey con su audiencia, los cuales llevaron su cuerpo en hombros desde la capilla del colegio hasta la iglesia. Diéronse prisa á enterrarle, porque cargó tanta gente á cortarle el vestido, los cabellos y los dedos, que no podian defenderle de aquel piadoso saqueo y despojo, y temieron que le harian pedazos si le detenian algun tiempo. En cuanto llegó al Paraguay la noticia de su muerte, fué universal el llanto y sentimiento que todos tuvieron, y la santa envidia de participar de sus reliquias y tener su cuerpo, cuyo deseo pasó tan adelante, que enviaron un padre á Lima con este solo objeto, y el colegio de S. Pablo se le dió liberalmente, y le transportó con toda decencia primero á la ciudad de Córdoba, y desde allí á la de la Asuncion, en cuya jurisdiccion tuvo su apostolado, adonde fué recibido con increible alegría de los indios, como cuando estaba vivo. Allí descansa como lo habia profetizado ántes de morir, y es visitado y venerado como santo, y Dios obra mu-

chos milagros por su medio é intercesion, acreditando el Señor en este mundo la santidad de su siervo, ilustrándole en vida con tantas profecías y obras milagrosas como se refieren en su historia, escrita con extension; y despues de muerto dando salud á muchos enfermos crónicos é imposibilitados, por medio de sus reliquias. Muchos testimonios dió el cielo de su santidad, y de la gloria que gozaba por sus merecimientos; pero entre los principales deben contarse sus admirables virtudes, y las muchas y muy heróicas obras que hizo en servicio de Dios y provecho de sus prójimos, que sin duda son los testigos más abonados de la verdadera santidad. Más de doce mil leguas anduvo en las misiones, y las más á pié por desiertos y caminos fragosísimos, con riesgo de ser despedazado y comido ya de fieras, ya de hombres antropófagos, que con rabiosa sed le buscaban para despedazarle y saciar su carnicero apetito. Su comida eran casi siempre yerbas y raíces del campo, y por gran regalo un poco de harina de Mandioca, y su bebida un poco de agua de los arroyos. Su cama el suelo, y por mantas su pobre manteo en lo más riguroso del invierno. Jamás llevó matalotaje ni víveres para el camino, habiendo de pasar muchas veces doscientas leguas de despoblado, sin lugar ni casa ó venta adonde repararse, fiado de la divina Providencia, que nunca falta á los que la sirven. Toda su vida fué un continuo ayuno comiendo muy parcamente, y cuando se previno para la peligrosa conquista de Jayaoba, donde salieron á matarle, como se dijo, ayunó cuarenta dias á pan y agua, si merece este nombre un puñado de harina de raíces tostadas que comia una vez al dia. Siempre anduvo vestido de asperísimos silicios, siendo unos cadenas de hierro, y otros tejidos de cerdas. Sus disciplinas eran cotidianas, y tan rigurosas que atemorizaban en las reducciones á los indios que las oian. Tenia el apetito muy vivo, y como era fogoso, apetecia naturalmente la fruta, y se mortificó de manera que rarísima vez la gustaba, negando este alivio á su fatigado cuerpo; y Dios le pagó un dia esta mortificacion, dándole á gustar en el paladar unas dulzuras celestiales, que no habia cosa en el mundo con qué compararlas. Fundó trece reducciones en tierras de infieles, congrególos en pueblos, los enseñó policía, catequizó innumerables, bautizó más de cien mil, predicó el Evangelio donde nunca se habia oido, derribó y quemó grande cantidad de ídolos, desencastilló al demonio de tierras dilatadísimas pobladas de gentiles, á los que trocó de brutos en hombres racionales, y de fieras inhumanas en mansos corderos y ovejas del rebaño de Cristo. Fué sujeto de altísima oracion, y dotado de intensa contemplacion de los misterios divinos, de que tuvo muchas revelaciones, recibiendo el espíritu de la profecía. Fué tan familiar á los ángeles, que trataba con ellos como con amigos y compañeros, porque iban con él por los caminos, y le guardaban el sueño cuando dor-

mia, y le recordaban para la oracion en forma visible; le consolaban en sus trabajos y defendian en los peligros. Si tenia tan ardiente caridad para con los vivos, que, como viene dicho, no perdonó trabajo ni diligencia en su obsequio, así para su bien espiritual como temporal, sirviéndoles en tantas pestes de cura, médico, cirujano y enfermero, y exponiendo tantas veces su vida por salvar la del prójimo, no fué menor la que tuvo con los difuntos, ofreciendo por sus almas cuantas misas, indulgencias, sufragios y penitencias podia, y no contento con esto, ofreció todas sus obras y satisfaccion por ellos, en especial por las almas de los indios, como más destituidas, y muchas volvieron á darle gracias por haberlas ayudado á salir de aquellas penas, volando al cielo por su medio é intercesion. Todo el discurso de su vida desde que entró religioso fué una prueba manifiesta de su santidad, tan aclamada siempre de todos, que á juicio de los que le trataron, merece ser inscripto en el catálogo de santos que venera la Iglesia. Escribieron su vida las Anuas de la provincia del Paraguay, y el P. Felipe Alegambe en su Biblioteca, y más copiosamente que todos el doctor Francisco Xarque, dean de Albarracin, en la vida que imprimió en Zaragoza el año de 1662, de donde se ha extractado la presente biografía.—A. L.

RUIZ DE MONTOYA (Diego). Alegambe en su *Biblioteca de escritores de la Sociedad ó Compañía de Jesus* y Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana*, hacen ligera mencion de este jesuita célebre por su saber. Nació en Sevilla, capital de Andalucía en nuestra España, de una familia noble, y es autor de diversas obras sobre la teología, que se hallan colectadas en tres volúmenes. Murió en el mes de Marzo de 1632. — C.

RUIZ DE MOROS (D. Pedro). Uno de los más célebres jurisconsultos y literatos que produjo España en el siglo XVI. Nació en la ciudad de Alcañiz, como consta del sobrenombre Alcagnicense, que se aplicó en el título de sus *Decisiones*, y de la decision III, núm. 96, donde lo dice expresamente, y que estudió las humanidades con Domingo Olite, y despues la Jurisprudencia en la universidad de Lérida. *Hac sententia*, dice, *me usum repeto, cum ex patria mea Alcagnitio ab Olito, quo præceptore post Sobrariæ excessum latinis litteris sum institutus et Consultus Illerda, ubi in artis bonis, et æqui studis primus est mihi labor exhaulatus*, etc. Fué hijo de Martin Ruiz de Moros, de una de las principales familias de aquella ciudad, de que habla Zurita en varias partes de sus Anales. Deseoso de adelantar en la jurisprudencia y varia erudicion, se trasladó á la universidad de Padua, donde tuvo por maestro á Andrés Alciato, Agustin Beroyo y Paulo Parinio, y de allí pasó á continuar sus estudios en Bolonia, en el colegio llamado de Vives, que fundó para los hijos de Alcañiz, año de 1528, D. Andrés Vives, colegial del Mayor de San Clemente; pues consta que se hallaba colegial en el año

de 1540, en que otorgó juntamente con D. Antonio Ripoll, dos escrituras de compra y arriendo de cierta heredad, con lo cual se desvanece la equivocacion de D. Nicolás Antonio y de D. Gregorio Mayans en la *Vida de D. Antonio Agustin*, núm. 217 y 23, que hicieron á nuestro Ruiz colegial del de San Clemente. Por una carta de D. Antonio Agustin escrita á D. Bernardo de Bolea en 1540, y se halla en el tomo II de la edicion de sus obras en Luca, pág. 168, consta que D. Pedro Ruiz de Moros fué recomendado por Gonzalo Paternoy, caballero distinguido de Alcañiz, á D. Antonio de Hijar, que mandaba las armas de España en parte del rey de Nápoles. Fueron tambien notables los progresos que hizo nuestro Ruiz en la varia erudicion, y conocimiento de la lengua griega, pues D. Antonio Agustin en carta escrita á D. Bernardo de Bolea á 1.° de Diciembre de 1537, le dijo abiertamente que era muy superior en este género de literatura al celebrado Bonamico. Este juicio de un hombre tan entendido é ingénuo como D. Antonio Agustin es el mayor elogio que puede hacerse de nuestro literato. Por otra carta de D. Antonio al referido Bolea, escrita en 16 de Julio de 1538, se sabe que Ruiz habia de defender conclusiones públicas en Padua, lo que puso en grande espectacion á los que conocian ya su grande mérito, y por otra carta de 11 de Mayo de 1541 consta que era doctor en derechos; siendo muy verosímil que recibiese el grado en la universidad de Bolonia. Tambien sabemos por otra carta del mismo D. Antonio, de 1.° de Marzo de 1539, que Ruiz pretendia una plaza togada en el Tribunal Supremo de Milan; pero esto no tuvo efecto, porque habiendo llegado á oidos del Ilmo. Pedro Gamrato el mérito de Ruiz, pensó en llevarlo á la universidad de Cracovia para restablecer el estudio del derecho, y proporcionar á sus paisanos que disfrutasen la doctrina y enseñanza de este grande hombre, quien admitió tan honrosa proposicion, y se transfirió á dicha universidad, donde permaneció catedrático de jurisprudencia por espacio de nueve años. Hallándose ocupado en este ministerio, el emperador Ferdinando I, informado de su grande mérito por su consejero Juan Lango, quiso atraerlo con el mismo destino á la universidad de Viena; pero Sigismundo I, rey de Polonia, que conocia las sobresalientes prendas de nuestro Ruiz, no pudo condescender á las instancias del emperador, su suegro, y mandó que continuase su enseñanza á beneficio de la nacion polaca. Constan estos últimos hechos del prefacio que antecede á las *Decisiones lituánicas* del mismo. Fué no pequeña gloria de nuestro Ruiz el haber tenido por discípulos muchos hombres sabios y condecorados con empleos distinguidos, cuales fueron Estanislao Crancovio, obispo de Ulaladislau y gran refrendario de Polonia, y Juan Prerenbio, arzobispo de Guesme. Sirvió tambien de asesor en negocios de grave importancia á Felipe Paduevio, arzobispo de Cracovia, y señaladamente al referido Cranco-

vio, cuando fué comisionado por el Supremo Consejo para componer los disturbios de Danzick y restablecer el buen régimen de esta ciudad, como lo refiere el canónigo Andrés Daniel Yanozki en su Xanociana, publicada en Varsovia, año 1766, tomo I, pág. 223 y 228. En el reinado de Sigismundo Augusto, que sucedió á su padre Sigismundo I, fué provisto en el arciprestazgo de Vilna, y en una canongía de la catedral de Samogicia, despues nombrado protonotario apostólico, conde palatino, y últimamente promovido al Supremo Consejo de Lituania segun el referido Yanozki, página 231 y 232. Las graves ocupaciones de su ministerio no le impidieron el cultivar con honor la poesía latina, en la cual habia dado excelentes muestras durante su residencia en Bolonia. Este ameno ejercicio le procuró la amistad de muchos literatos polacos, con quienes vivió en la mejor armonía, haciendo estos toda la justicia que era debida á su talento poético. Tales fueron Estanislao Hosio, el historiador Martin Cromero, Andrés Fricio, Agustin Rotondo, Andrés Tricesio, Bartolomé Groicio, Jacobo Preilusio, Simon Maricio; Juan Turovino, Jacobo Groscio, y el celebrado Juan Longo, á quienes solia comunicar sus poesías, y competir con ellos en los festines en ejercitar su vena poética. Y entre las personas de alta consideracion que tuvo gratas y propicias, á más de las mencionadas, se cuentan Sigismundo Heberstenio, embajador del rey de Romanos en la corte de Polonia; Juan Tarnovio, general del ejército; y Juan Domanorio, obispo de Samogicia, como largamente refiere Yanozki, pág. 229 y 232. Tampoco repugnaban á su genio grave y severo los chistes y dichos agudos, de que nos conservó memoria su amigo D. Antonio Agustin en la *Miscelánea* que se halla en la Real Biblioteca del Escorial, donde se lee lo siguiente en el título *Similia*: «Pedro Ruiz de Moros decia que el rey de Polonia Sigismundo era muy callado y reposado, y la reina Bona, su mujer, muy parlera y bulliciosa, y que decia él que parecian los reyes de agedrez, que la dama es muy guerrera y el rey de mayor reposo.» El mismo autor cree que nuestro Ruiz vivia aún en el reinado de Esteban Batoreo, que fué elevado al trono en el año de 1574, y que en aquella época tuvo gran amistad con Juan Cocanovio, célebre poeta; pero se cree que murió ántes del rey Sigismundo Augusto; esto es, ántes del año 1572; porque no es regular que hubiese dejado de publicar alguna poesía fúnebre en la muerte de dicho rey, que hizo particular aprecio de este literato, y premió sus servicios con empleos honoríficos. A pesar de las muchas diligencias que se han practicado para averiguar el año cierto de su muerte, no se ha tenido la satisfaccion de ver cumplidas las esperanzas que dió en una carta el célebre José Luis Putanovich, canónigo Plocense, y profesor teólogo en el colegio Yageloniano de la universidad de Cracovia. Dejó nuestro Ruiz muchos escritos que acreditan sus profundos conocimientos en la ju-

risprudencia y su mucha erudicion y talento poético. Los que han llegado á mi noticia son los siguientes:—1.° *Un Epígrama latino en alabanza de Mateo Curcio, célebre médico de Bolonia*, de que hace mencion en la *Decision* 1.ª, *núm.* 84, y es verosímil que esta produccion pertenezca al tiempo en que residió en dicha ciudad. Este epígrama se conserva en letra de D. Antonio Agustin en un códice de obras Mss. de este sabio prelado, que perteneció á la librería del Dr. D. Manuel Turmo, canónigo penitenciario de Zaragoza, y lo publicó D. Ignacio de Asso en su obra intitulada: *Clariorum Aragonensium Monumenta, pag.* 110.—2.° *De Apparatu Nuptiarum Optimorum, Maximorum Sigismundi Secundi Augusti, Poloniæ Regis, atque Regina Elisabet, Ferdinandi, Romanorum Regis filia, de adventuque ipsius Reginæ ad nuptias, splendissimoque Regis occursu, Carmen Properatum Heroicum; Cracoviæ apud Hieronimum Veterem* 1543, *mense Maio*, en 4.° A este poema sigue un *Epígrama* dirigido á la nacion polaca, y en el prólogo, que intitula *Auctor ad Librum*, se hallan los siguientes versos:

*Ad te nos Vates hispani nottus in oris,*
*Accepere suo, quæ á flumine nomen Ibero,*
*Gente Royzæa, Maurœa, et Gente profectum*
*Haud genus obscurum legum haud ignotus in Urbe*
*Cracovia Interpres, justique, æquique Magister*
*Ad te nos, misit, jussitque hæc pauca referri.*

Posee esta obra, quizá la única en España, D. Ignácio de Asso.—3.° *Carmen funebre Heroicum in obitu Illustris. Petri Gaurati, primæ Sarmaticæ Sedis Episcopi, editum ante funus* 1545. *Mense Septembri. Cracoviæ apud viduam Floriani Ungleris*, en 4.° A continuacion de este poema hay seis epitafios, y por uno de ellos consta que dicho prelado murió de un carbunclo.—4.° *Ad Virum illustrem Samuelem, Episcopum Cracoviensium, et Supremum in Polonia Cancellarium, Carmen Heroicum de Sancto Pontifice cæso, sive Stanislaus*, en 4.° La primera edicion de este poema no expresa el año ni el lugar; pero en 1604 se reimprimió con otra poesía de Simon Simónides, intitulada *Stanislaus cæsus*; en Cracovia, por Basilio Skallski, en 4.° Ultimamente monseñor Angel María Duvini, arzobispo de Ancyra y nuncio en Polonia, hizo una nueva edicion de las obras de Simónides, en Varsovia, año de 1772, en 4.°, en la cual se insertó el poema de nuestro Ruiz, desde la página 279 hasta la 291. El canónigo Yanozki, página 231, califica este poema de divino, y con razon, pues en él se vé brillar una majestad incomparable, junta con la elegancia y pureza de estilo. Tengo un ejemplar de esta obra en mi librería.—5.° *Ad Sacrosanctum Samuelem, Episcopum*

*Plocensem, Cracoviensem vero nunc jure et merito designatum, Cármen heroicum; Cracoviæ, apud Hieronymum Veterem, 1545, mense Octobris*, en 4.° 6.° *Inclito Quiritium Regi Ferdinando in Divæ conjugis Annæ obitu Epitaphia Elegis composita. Cracoviæ 1547. Mense Februario diebus litteralibus*, en 4.° El cronista Andrés da noticia de esta obra en los *Borrad. de Escrit.* Un ejemplar de la misma se halla en la Real Biblioteca del Escorial.—7.° *Historia funebris in obitu divi Sigismundi Sarmatiarum Regis, et ad Sigismundum augustum filium admonitio. Cracoviæ, apud viduam Floriani. Unglerii, 1546, Kalendis Augusti.* Preceden dos epigramas al poema heróico, y en seguida de este hay otros diez, uno de los cuales se intitula: *Ad Serenissimam Bonam Consolatorium*, y en el último celebra la entrada del nuevo rey en Cracovia. Poséelo D. Ignacio de Asso.—8.° *Naenia Heroico Carmine cantata in funere viri illustri Samuelis Mazieiovii, Cracoviensium Episcopi, atque Summi in Polonia Cancelarii. Cracoviæ per Lazarum Andre, 1550. Mense Novembris*, en 4.°—9.° *Ad inclytum atque potentissimum Sigismundum Augustum in Divæ conjugis Barbara obitu, Carmen Consolatorium. Cracoviæ apud hæredis Martii Schaeffemberg, 1553, mense Martio*, en 4.° Síguense á continuacion cuatro poemas cortos en verso yambo, intitulados: *De Triplici Vita: Cœlibe, Conjugali, et fornicaria.* Todos estos poemas se hallan en la coleccion publicada por D. Ignacio de Asso, en su *Clariorum Aragoniensium Monumenta*, desde la página 81 hasta la 90.—10. *Ad Proceres Polonos de Matrimonio Regio, Carmen. Cracoviæ apud hæredes Martii Schaeffemberg, 1553, mense Martio*, en 4.° Se halla reimpreso en dicha obra de D. Ignacio de Asso, desde la página 91 hasta la 203.—11. *De Apparatu Nuptiarum Inclyti, et Potentissimi Sigismundi Augusti Polonorum Regis, et Catharinæ Cæsaris Ferdinandi filiæ; Cármen extemporaneum.* Cracovia, por dicho impresor, 1553, *mense Augusto*; en 4.° D. Ignacio de Asso posee una copia escrita con particular elegancia.—12. *Chiliastichon: Cracoviæ Lazarus Andreæ excusit, 1527. Mense Aprili*, en 4.° Precede una *Dedicatoria* al canciller Juan Prerenbio, firmada en Vilna á 10 de Abril de dicho año. Síguese otra *Dedicatoria* en verso á Monseñor Luis Lipomano, legado de Su Santidad en Polonia, y sirve de introduccion á lo restante del poema, cuyo objeto es celebrar los personajes ilustres y literatos de Polonia, particularmente á los que conservaron la pureza de la religion católica en medio de las novedades introducidas por los sectarios. El referido D. Ignacio de Asso tiene una copia sacada del ejemplar de la Real Biblioteca de París.—13. *Carmen funebre in obitu illustrissimi Joannis Comitis Tarnovii. Ad illustrissimum Joannem Christophorum filius. Comitem Tarnovium. Cracoviæ, per Lazarum Andreæ*, 1561, en 4.° Añádense nueve *Epitafios* para el túmulo.—14. *Ad Nicolaum Radivillonem Virum Illustrem Epitaphium.* No consta el lugar ni año de esa edicion, que es en 4.°

Precede una *Elegía* á Sigismundo Augusto, rey de Polonia. Este poema se halla inserto en la citada obra de D. Ignacio Asso, desde la página 104 hasta la 110.—15. *Dos Epígramas* en alabanza de Sigismundo, baron de Herbeisteim, y se hallan en el *Comentario* que este publicó de sus propios hechos.—16. *Epígramas* en alabanza de Andrés Fricio, Bartolomé Groscio, Jacobo Groscio y Juan Maneims, que preceden á las obras de estos escritores.—17. *Decisiones de rebus in Sacro Auditorio Lituánico ex appellatione judicatis.* Esta famosa obra, en que se manifestó tan gran jurisconsulto como erudito, está dedicada al rey Sigismundo Augusto en Vilna, á 16 de Agosto de 1562. La primera parte trata del testamento del que se mató á sí propio. La segunda, de la cláusula usada por los escribanos, cuando dicen que el enfermo está en su sano juicio. La tercera, de los delitos incoados. La cuarta, de las excusas de los que citados no comparecen á juicio. La quinta, de los intereses y usuras del dinero. Hay varias ediciones de esta obra. La original se hizo en Cracovia por Mateo Seibeneycher, año de 1563, *mense Aprili*, en 4.° y es la más rara y elegante. La segunda salió en Francfort por Martin Seiler, año de 1570, en fólio. La tercera se hizo en Venecia por Bartolomé Rabino, y bajo la direccion de Leonardo Sege, jurisconsulto mantuano, año de 1572, en 4.° Hállase en la Real Biblioteca de Madrid.—18. Entre los manuscritos de la Biblioteca Zalustiana en Varsovia, hay un códice escrito en 4.° y numerado 1998, que comprende las *Constituciones de la Sta. iglesia catedral de Samogicia*, arregladas por nuestro Ruiz, canónigo de la misma, año de 1561. Reinando Sigismundo Augusto, y siendo sumo pontífice Pio IV, y Juan Domanovio, obispo de la referida iglesia.—19. *Epígramas* en alabanza de Matías Stayrowsci, que escribió comentarios de las cosas de Lituania, y un *Elogio* de Juan Raduan, poeta lituano. El canónigo Yanozki, página 237, dice que los compuso siendo de avanzada edad. 20. El citado canónigo imprimió en Dresde, año de 1747, un tomo en 8.° escrito en lengua alemana, titulado: *Noticia de los libros raros polacos que se hallan en la biblioteca del conde Zaluski*, y en la página 85 reimprimió un excelente *Epígrama* de nuestro Ruiz. Este es el que compuso con ocasion de la célebre batalla de Ula en Finlandia, que el general polaco Nicolás Radivil ganó contra los rusos en el año de 1564, y se publicó por la primera vez juntamente con el poema de Juan Raduan, titulado *Radivilias*, que se estampó en Vilna, año 1588, en 4.° Como estas obras son completamente desconocidas en España, me parece muy propio de mi instituto el reproducir en este lugar tan apreciable y rara muestra del talento poético de nuestro Ruiz.

*Despiciens Cœlo Sol Moschos cæde cruentos*
*Divictos ductu, Dux Redivilie, tuo,*

*Se reculuit verso estragem miseratus olimpo,*
*Parce velut dicens jam Radivilie sat est*
*Sed non Luna, sat est; hostem preme, dixit et ortu.*
*Moschorum ostendit officiosa fugam.*
*Persequeris, cedis spoliis et onustus opimis*
*Victrices Aquilas in tua castra refers.*
*Ad timui ne Luna suum juvar alma negasset,*
*Victosque in cursu detinere tuo:*
*Et tenebris fidens, et nocti Moschus opacæ*
*Vitaret vestras, Dux Radivile, manus.*
*Orbem quære alium, quo se Sol condere noscit*
*Aut bruma post hanc bella ciere cave.*
*An tibi vis prope jam partos in luce triumphos*
*Eripiant propere de manibus tenebræ?*

El erudito P. Andrés Schotto, en la Biblioteca, página 322, pinta á nuestro Ruiz de un ingenio acre, vehemente en la disputa, semblante poco agradable, y ojos abultados, de lo que se originó el ser corto de vista, y la necesidad de usar contínuamente anteojos, de cuyas particularidades pudo haberle informado el sabio D. Antonio Agustin, y celebrando su erudicion y profunda doctrina, copia unos versos del referido arzobispo, en que se lamentaba de la ausencia de su amigo, y son los siguientes:

*Lugete, ó Latii graves levesque*
*Vates, dulcisonum meum poetam.*
*Trux quem Sarmatæ detinet volentem,*
*Vestris nuc occulis magis placere.*
*Lugete, ó socii, aureis libellis,*
*Justos qui faciunt, malos cohercent.*
*Trux pam Sarmata detinet Ruizium*
*Omnes, quem diligunt, amantque docti.*

El mismo D. Antonio Agustin fué su mejor y más elocuente panegirista en varias ocasiones, y asimismo testigo de la gran reputacion, que estando en Polonia gozaba en las escuelas de Bolonia, pues en una de sus cartas le dice así: *Tantum addam nihil te possese gratius, nihil jucundius facere, non dicant mihi cui hæres in medullis, aut Hispanis omnibus ipse omnibus, qui te maxime diligunt, aut toti illi ex omnibus Europæ partibus collectæ eorum frequentiæ, quæ te quocumque ibas stipabant; sed Gymnasia ipsa porticus, templa, fora ipse denique (mediusfidius) priva-*

*torum domorum parentes lætari quodammodo videntur et prosperis tuis rebus gratulari.* En una carta que le dirigió cuando todavía residia en Padua en 1538, se explica en estos términos: *Boba urget qui mihi multa de poemate, quod pangis, multa de legum eloquenti interpretatione.* Dicho prelado introduce á hablar á Pedro Ruiz de Moros en su obra titulada *Dialogi legales*, de la cual, escribiendo al citado Bolea en 9 de Octubre de 1540, le dice: *Si quæris qui cum in his disputem; tecum primum, cui maximam eorum partem debeo cumque Ruizio, et Sora condiscipulisque aliis meis etc.* Señaladamente en carta al mismo Ruiz, inserta en el tomo VII de sus obras, página 124, se explica así: *Memini enim cum Aristarchus nescio quis, unum aut alterum tibi impedimento fuisse dicerent quominus Ciceronem in tuis verbis agnoscerem dixisse percommode de tua Ciceronem loqui.* D. Nicolás Antonio en su *Bibliot. Hisp. nov.*, tomo II, página 187 y 188, pondera la celebridad de nuestro Ruiz y exhibe un pasaje de una carta de D. Antonio Agustin en que expresa su elocuencia, y que no faltó quien casi la comparase á la de Ciceron. Andrés Trisecio, célebre poeta polaco, en sus *Epígramas* estampados en Cracovia en 1565, tomo II, página 47, alabó á nuestro Ruiz en calidad de gran poeta y jurisconsulto. Juan Cocanovio, otro famoso poeta de Polonia, elogió el mérito de Ruiz en varios versos, segun Yanozki, página 237. El célebre literato Juan Lango, embajador de Ferdinando I, rey de romanos, á varios potentados, ponderó la erudicion de Ruiz en sus endecasílabos, impresos sin expresion de año ni lugar. Hicieron tambien honorífica mencion de Ruiz su paisano Lorenzo Palmireno, en la dedicatoria á Pedro Volscio, embajador de Polonia, que precede á la tercera parte de su *Retórica*, impresa en Valencia en 1566, en 8.°; y más particularmente el canónigo Yanozki, en su *Yanoziana* desde la página 227 hasta la 238, en donde trata largamente de nuestro autor, debiéndosele la noticia circunstanciada de sus escritos, y de algunas particularidades de su vida.—L.

RUIZ DE LA MOTA (D. Pedro), obispo de Badajoz y de Palencia. Tuvo por patria á la ciudad de Burgos, y sus mayores fueron muy celebrados y señalados en el servicio de su patria y reyes. Fué maestro en santa teología, eminente predicador, gran canonista y maestro del emperador D. Cárlos y del consejo del emperador Maximiliano. Igualmente fué limosnero del emperador Cárlos V y de su consejo de estado, estimándole en mucho este gran César, á quien sirvió con amor y fidelidad en Flandes, en Alemania y España. El monarca le presentó y dió el obispado de Badajoz, en donde lo era el año de 1519. En su tiempo fundaron el convento de S. Gabriel de Badajoz los nobles caballeros D. Gomez Fernandez de Solís y Doña Catalina de Silva. Los mismos edificaron el convento de Santo Domingo y capilla mayor del convento de S. Agustin. En esta ciudad se concordaron los reyes de Castilla y Por-

tugal sobre la pretension de las islas Molucas. De la santa iglesia de Badajoz fué promovido para la de Palencia, tomando posesion de esta sede el 22 de Agosto de 1520. En este año se alborotó Castilla con las Comunidades, á quien los malcontentos dieron nombre de Santa Justa. Esta sedicion tuvo principio y fué motivada porque el emperador, aconsejado y persuadido de su privado Mr. Cárlos de Geures, dejó á Castilla y partió á Flandes, y fueron tantos los daños que resultaron de aquella resolucion, que no caben en las historias de España, ni son decibles las lágrimas que hicieron derramar aquellos lamentables sucesos; y con haber dicho tanto, no han llegado á explicar suficientemente todos los horrores que sobrevinieron, porque cómo no gobernaba la razon, la justicia no tenia poder ni manos. Mandaba el gusto propio de la libertad del pueblo, que conspiró contra la nobleza y el bien público de la patria. Volvió el emperador, y la primera ciudad donde fué recibido fué en Palencia, donde estaba su consejo y con él su maestro Adriano. Vino con el emperador el obispo y desembarcó, pero habiendo experimentado poco tiempo despues los síntomas de una fiebre lenta, que se le fué desarrollando hasta llegar á Herrera de Pisuerga, del obispado de Palencia, en donde le esperaba la muerte, que le llevó á mejor vida en 30 de Setiembre de 1522, y los suyos le dieron sepultura en el convento de S. Bernardino de aquella villa, hasta que fué trasladado al convento de S. Agustin de la ciudad de Burgos, donde yace en la capilla de S. Nicolás de Tolentino, que fundó y dotó viviendo, para sí y para los suyos, como lo dice la escritura siguiente que en ella se encuentra:

*

*En esta capilla yace Pedro Ruiz de la Mota, alcalde mayor de esta ciudad de Burgos, caballero del hábito de Santiago, hijo de Garci-Ruiz de la Mota, alcalde mayor de esta ciudad, comendador de Montijo, de la órden de Santiago, y nieto de Juan Alonso de la Mota, alcalde mayor de esta ciudad y de la misma órden y caballería de Santiago, biznieto de aquel nombrado caballero Alonso Diaz de Cuevas, alcalde mayor de esta ciudad y capitan de ella en servicio de los Reyes Católicos contra el adversario de Portugal, el cual con su hijo el comendador D. Juan Alonso de la Mota, está sepultado en la iglesia de S. Lorenzo de esta ciudad; y tiene los antiquísimos enterramientos de sus antecesores en la iglesia colegial de Covarrubias. Fué nieto de Alonso Ruiz de Cuevas, hijo del comendador Juan Alonso de la Mota; D. Pedro de la Mota fué fundador y dotador de esta capilla y del consejo del emperador Maximiliano, y su predicador y limosnero mayor de la majestad del emperador Cárlos V, y de su Consejo de Estado, obispo de Palencia. Murió electo cardenal y arzobispo de Toledo, como lo testifica el célebre historiador Alvar Gomez en la vida*

*que escribió del cardenal Fr. Francisco Jimenez. Rogad á Dios por ellos. Siendo patron Garci-Ruiz de la Mota lo mandó hacer. Le sucedió en la sede D. Antonio de Rojas.*

A. L.

RUIZ DEL PORTILLO (P. Gerónimo). Fué natural de Logroño, y en la ciudad de Salamanca entró en la Compañía el año de 1554; varon dignísimo y de eterna recordacion, por lo mucho que sirvió é ilustró la Compañía de Jesus, con su grande espíritu, talento y superior inteligencia. Miéntras que fué hermano, fué elegido por ministro de Simancas, siendo rector el P. Bustamante, que despues fué provincial de Andalucía, á quien sucedió en el oficio de rector y maestro de novicios en Simancas el P. Portillo, donde educó muchos, inspirándoles su fervoroso espíritu, siendo con el tiempo excelentes varones; fué el sexto rector del colegio de Valladolid, que despues fué casa profesa. El año de 1560, siendo rector, fué admitido al grado de coadjutor espiritual, y se halló en la celebracion de sus votos la reina Doña Juana, el príncipe D. Cárlos y muchos caballeros. Un poco de tiempo ejerció el oficio de viceprovincial de Castilla, y desde aquí fué enviado al Perú á fundar la Compañía en union con algunos Padres, siendo el primer provincial, haciendo la profesion solemne de cuatro votos. En la navegacion al Perú ocurrió una notable maravilla, por la cual manifestó Dios quererse servir de la Compañía, al contrario de Satanás que tenia su establecimiento en aquel país. Se levantó una tormenta deshecha y furiosa tempestad, que originó el quebrarse el timon de la nave en que iban los Padres, permitiendo el Señor aquel fracaso para mayor confusion del comun enemigo; pues aunque no se llevaba otro timon de resguardo, como la prevision ordena llevar, se pusieron en oracion los Padres, suplicando al Señor los librase de tan gran peligro. Llevaba el P. Ruiz del Portillo una gran reliquia del santo *lignum crucis*, y ocurriósele el que bien liada y cubierta se sumergiese en el mar para que dominase y sosegase la tormenta; y con general asombro, no solo sosegó la furia de los elementos, sino que sobrenadando la preciosa reliquia, les sirvió de timon, marcando la direccion al buque, estando en mitad des golfo, hasta que llegaron á tomar tierra, con mucha más seguridad que si no hubiese faltado y quebrado el timon, y mayor consuelo gobernando la nave con tablas de ambos costados, que se iban tirando, confiados en el patrocinio de la santa Cruz, la cual triunfó en el Océano del enemigo del género humano y salvó á los Padres del peligro, como triunfó en el Calvario y salvó á la humanidad, porque iban estos virtuosos Padres á salvar muchas almas y rescatarlas del cautiverio. Esta milagrosa reliquia fué recibida en el Perú y en su ciudad de los Reyes con gran veneracion por acontecimiento

tan admirable y milagroso, sacándola desde entónces en procesion el jueves y viernes santo en memoria de aquel beneficio. Otra maravilla ocurrió en seguida, en que más se ostentó este triunfo, pues cuando saltaron en tierra el P. Portillo y sus compañeros, en presencia de innumerable concurso que salió á recibirlos, se presentó un fuerte temblor de tierra, manifestando el temor y disgusto que causaba al ángel de las tinieblas la presencia en aquel territorio de los varones apostólicos de la Compañía, salvos del naufragio y libres del peligro. En cuanto principió á predicar el P. Portillo, y sus demás compañeros á ejercer sus ministerios en la ciudad de los Reyes, enseñando la doctrina cristiana, confesando, haciendo ejercicios espirituales, acudiendo á las cárceles y hospitales, se verificó una gran mutacion en aquella ciudad. Era extraordinario el concurso que acudia al remedio de sus almas, porque la voz del P. Portillo era una trompeta angélica, que llamaba los muertos á que resucitasen en el juicio de la confesion, siendo indecible su eficacia y solicitud para conseguir tan felices resultados. Hubo muchas y admirables conversiones de pecadores, y favorables cambios en las costumbres. Trató cuanto ántes pudo de edificar iglesia de la Compañía; y el mismo P. Portillo con sus compañeros, amasaban el barro y hacian los adobes para el edificio; y varias veces acontecia venirle á visitar personas graves y de gran respeto, y le hallaban ocupado en el oficio de peon; y en otras muchas ocasiones á lo mejor se lavaba las manos y marchaba á predicar á la catedral, para sostener por este medio la fe, que pudiera entibiarse por omision de aquel tan necesario y apostólico ministerio. Con estos principios tan humildes comenzó aquella insigne provincia del Perú, que despues fué dividida en cuatro provincias; en la del Paraguay, la del Nuevo Reino y la de Chile, que se la añadieron, y se han fundado con hijos de la Compañía de Jesus. Era el P. Portillo tan venerable y tan compuesto en su persona, que con solo verle infundia, áun en las personas más graves, gran respeto y reverencia. Fué de grande ánimo y valor, como lo mostró en el púlpito, manifestando superior celo por la honra de Dios. Conmovian extraordinariamente sus palabras al mismo tiempo que enternecian y trocaban de pronto los corazones. En Lima abrió escuelas de humanidades, artes y teologia, en las cuales desde entónces se ha educado la juventud, y pobládose las religiones, las cátedras, la universidad y tribunales de muchos é insignes varones. Extendióse en su tiempo la Compañía de Jesus al Potosí, al Cuzco, á Arequipa y á otras partes. Los Padres se esmeraron en aprender los idiomas y dialectos de los indios, consiguiéndose por este medio tantos y tan insignes operarios en beneficio de la religion, de las costumbres y del bienestar de los indios. Murió el respetable y apostólico varon P. Portillo en la ciudad de Lima el dia 2 de Febrero del año 1592, á la edad de setenta y dos años, con la no-

table coincidencia de verificarse su tránsito en el dia de la Purificacion de nuestra Señora, de quien fué devotísimo, y esta soberana Señora le favoreció con su presencia á la hora de su muerte, acompañada de muchas santas vírgenes, con cuya vista quedó tan consolado, que murió con gran paz y quietud, seguro del gran premio que le esperaba, quedando perpétua en toda la Compañía la memoria de sus excelentes virtudes, heróicos hechos y apostólica vida. La iglesia catedral le vino á hacer el entierro, las honras y cabo de año con su música de capilla, reconociéndole todos por varon apostólico del Perú.—A. L.

RUIZ NAVARRO (V. P. Fr. Alfonso), religioso franciscano, natural de Andújar, hijo de Alonso Ruiz Manero y de Doña María de Lara. Tomó el hábito en el convento de S. Francisco, de donde fué enviado como misionero al Japon, en cuyo país predicó el Evangelio por espacio de treinta y seis años hasta que al fin fué martirizado. Su cabeza separada del cuerpo estuvo predicando por espacio de veinticuatro horas, con lo que se convirtieron innumerables gentiles y los cristianos se confirmaron más en la fe. Cítale el Padre Francisco Vilches, de la Compañía de Jesus, en su *Calendario* á 13 de Febrero. — S. B.

RUIZ DE PEDROSA (D. Cristóbal). Nació en Calzada del Campo, diócesis de Toledo, en 1630. Fué doctor en teología por la universidad de la capital de su provincia y capellan en el colegio de la misma ciudad, dedicado á Santa Catalina, mártir. Despues desempeñó el cargo de confesor del cardenal Don Pascual de Aragon, arzobispo de Toledo y canónigo de la iglesia primada; cargos todos en que se distinguió tanto por su modestia como por su doctrina. Publicó la *Vida del penitente y venerable siervo de Dios, Fr. Jorge de la Calzada, religioso lego de S. Francisco*; Nápoles, 1666, en 4.° —S. B.

RUIZ QUINTANO (Fr. Andrés), franciscano español de la provincia de Burgos, muy notable por sus estudios y tanto ó más quizá por su vida ejemplar. Fué predicador y ministro de los hermanos de la Orden tercera, cargo que era entónces de grande importancia, pues se trataba de conducir por el camino de la virtud á un gran número de personas que profesando una regla monástica, pero no haciendo vida claustral, ántes bien siendo de todos estados y condiciones, exigian gran prudencia y saber en su director para conseguir el objeto que su fundador se habia propuesto al instituir estos terciarios. Llenóle sin embargo debidamente Ruiz Quintano, y áun mereció particular estimacion por sus estudios, puesto que fué elegido por el general de su Orden Fr. Francisco Biedma para la formacion de un *Diccionario arábigo español*, que tenia ya compuesto en 1718, y fué remitido al archivo de Jerusalen del convento de Madrid, donde se conservó inédito por largo tiempo.—S. B.

RUIZ DE SAGREDO Y PORRES (Gregorio), natural de Sta. Eulalia, arzobispado de Burgos, colegial del colegio de S. Bartolomé de Salamanca, recibido en 12 de Setiembre del año 1597. Era licenciado en filosofía, y el primero en licencias, entre ciento y veinte que se graduaron en la universidad de Alcalá. Fué colegial de *Sancti-Spiritus* de Oñate, y catedrático de filosofía y teología de prima en aquella universidad. Estando en el colegio de San Bartolomé, se graduó de licenciado en teología, y llevó la cátedra de artes el año de 1600, y la de lógica en propiedad en el de 1603; y en el de 1604 la cátedra de filosofía moral, y la canongía magistral de la santa iglesia de Salamanca; y en el de 1609 llevó la cátedra de teología de Sto. Tomás. Y porque le hicieron conocido agravio en la de vísperas, que perdió por algunas inteligencias poco ajustadas que hubo, dejó las escuelas y cátedra, y se retiró á su iglesia, donde murió el año 1615, y le sepultaron en la capilla del colegio. Fué de los hombres más doctos que se conocieron en España, y muy erudito en todo género de letras, y consumado letrado en el derecho canónico, en que se graduó de doctor. Sus últimos años los pasó bien tristes, pues le hizo muy mala impresion á su carácter sumamente pundonoroso la injusticia de que fué víctima en las últimas oposiciones que hizo.—A. L.

RUIZ DE VALDIVIESO (Dr. D. Pedro), hijo de D. Pedro Ruiz de Valdivieso, despensero mayor del rey, y de Doña Mencía Ruiz de Maldonado, su esposa; nació en Madrid en 5 de Julio de 1575, y recibió el bautismo en la parroquia de S. Sebastian. Hizo en Alcalá sus estudios, y fué rector del colegio de los Manriques, y colegial del mayor de S. Ildefonso, canónigo de la magistral de S. Justo, con la cátedra de vísperas y primera de Escoto. Obtuvo la abadía de Lerma, y pasando á Roma el año de 1609 electo arzobispo de Mesina, en Sicilia, le consagró en la iglesia de Santiago de los Españoles el cardenal D. Antonio Zapata á 4 de Octubre. Volvió á España con licencia de Paulo V en el año de 1615, y vacando la iglesia de Orense, le presentó el rey para ella, tomó la posesion en 26 de Enero de 1618, empleando su zelo y diligencia en visitar el obispado. Celebró sínodo en 17 de Abril de 1619, que se dió á la prensa. Ocurrieron luego negocios que pedian su presencia en Madrid, y llegando aquí, adoleció, y al octavo dia de su arribo, falleció, año de 1621, y fué sepultado en el monasterio de la Concepcion Gerónima, en donde sus padres habian edificado una capilla.—A. B.

RUIZ VANEGAS (Fr. Bernabé), presbítero mejicano. Escribió: *De Institutione Sacramentorum, de peccatis ecclesiasticis*, libro único; Méjico, 1631, en 8.°—S. B.

RUIZ DE LA VISITACION (Pedro), religioso mínimo, natural de Toledo. Vino á Mallorca, y aquí vistió el hábito por el voto que hizo, y refiere Mut,

página 536. Este mismo autor dice que fué uno de los mayores hombres que ha tenido Europaen cuanto al cómputo de los tiempos y ceremonias del rezo, con cuyo motivo Clemente VIII le encomendó la reforma del Breviario y Misal romano. Compuso el oficio de la Visitacion de nuestra Señora que reza la Iglesia; rehusó un obispado, y murió santamente en 1601. Escribió varios libros; un *Ceremonial de la Misa*, un *Calendario perpétuo*, y en 1589 dió á luz en esta ciudad, en casa de Gabriel Guasp, un tomito en 8.°, dedicado al canónigo D. Mateo Malferit, con este título: *Ramillete de flores de todos los salmos y cánticos, que en sumarios propone el intento de cada uno, de donde los eclesiásticos saquen suave y manual motivo de meditacion cuando los rezan.* Precede al texto de la obra un elogio en verso por Hernando de la Cárcel, natural de esta isla, un soneto de Pedro Juan Pons, presbítero, y otras poesías en latin.—J. B. de R.

RULL (Bartolomé), obispo de Malta, nacido en Pollenza, dia 31 de Julio de 1691, de Juan Rull y Catalina Canáves. Concluidos los estudios, y doctorado ya en sagrada teología, entró en la religion de S. Juan en la clase de fraile capellan: pasó á Malta, donde en 1717 recibió de su tio el Ilmo. Señor D. Jaime Canáves los cuatro grados menores. Siendo ya sacerdote, fué elevado á confesor de lenguas; poco despues obtuvo la rectoría de la iglesia parroquial de la Victoria; en 9 de Mayo de 1735 fué electo viceprior de la iglesia mayor de S. Juan, y en 1738 gran prior general de toda la Orden, condecorado con la encomienda de Rialp y Villamur en Cataluña, con el priorato de Pollenza, y con el distinguido empleo de comisario general de Cruzada; eran muchos los timbres que habia añadido al lustre de su antigua familia. Pero la dignidad episcopal con que el rey D. Cárlos III en 3 de Setiembre de 1777 premió su mérito y su saber, fué lo que le proporcionó medios de favorecer á los malteses que tan entrañablemente amaba. ¡Cuántos pios recuerdos conservan aún las casas de recogimiento de aquella isla de la generosidad y desprendimiento de tan benemérito pastor! Promovido por Su Santidad á prelado doméstico y asistente al sólio pontificio, tuvo ocasion de escribir á Clemente XII la famosa carta latina, que le pone al nivel de los sabios de su tiempo. Murió en Malta á últimos de Febrero de 1769.—J. B. de R.

RULL (Felix Lobo y). En algunas partes hemos leido Lull, y no Rull, creemos que aquel y no este es su verdadero apellido materno. Fué un eclesiástico sabio, natural de Palma, protonotario apostólico y postulador de la causa de la beatificacion de la madre Sor Catalina Tomás, con cuyo motivo pronunció en 12 de Agosto de 1792 en la Basílica Vaticana una elocuente oracion con este título: *Oratio habita in Basilica Vaticana à D. D. Felice Lobo Majoricense Postulatore causa beatæ Catharinæ Tomas, ordinis Sancti Augus-*

*tini, Canonissæ Regularis Palmæ Balearium, die 12 mensis Augusti anno* 1793. El Dr. Barberi, en la pág. 201 de la *Vida de la beata Catalina Tomás*, compuesta por el Excmo. cardenal Despuig, afirma que el Sr. Lobo dió las más acertadas providencias para que se celebrasen en Roma las fiestas de beatificacion de nuestra paisana con la posible pompa y magnificencia, cuya relacion y las inscripciones latinas con que adornó el templo de S. Pedro de la corte pontificia, que van impresas, son tambien suyas segun hemos leido en unos apuntamientos del citado Dr. Barberi. Tuvo un hermano, llamado D. Nicolás Lobo, que fué canónigo de la iglesia colegial de Talavera, y despues de la catedral de Mallorca, y en 1790 catedrático de teología de esta universidad; sugeto de escogida literatura, y que en 1762 ayudó mucho al erudito D. Ignacio de Hermosilla y Sandoval en sus investigaciones y viajes literarios, como así lo afirma este último en su *Noticia de las ruinas de Talavera la vieja*. Murió D. Nicolás Lobo en 25 de Octubre de 1806.—J. B.

RULLAN (Manuel), presbítero, varon elocuentísimo y muy inteligente en la lengua santa. Nació en Palma á 5 de Octubre de 1751 de D. Miguel y Doña Antonia Martorell. A los diez y ocho años recibió la tonsura y los cuatro órdenes menores, siendo ya capuchino, por lo que fácilmente podrá entenderse cuán tierna é inesperta edad contaria cuando se impuso la carga de las constituciõnes y de la regla de su Orden; esto es, cuando consintió en desprenderse de los más apreciables dotes con que enriqueció el Hacedor la naturaleza del hombre. ¡Abuso monstruoso del más bárbaro fanatismo, que ha llenado en todo tiempo de escándalos la sociedad, y que constituye en guerra al mísero mortal con unos enemigos que él mismo ha vuelto contra sí ignorando todavía si existen! ¡Contrato sacrílego el que aprovechando un momento de indiscreto entusiasmo, ó la ignorancia de un niño, se le obligue, ó se le permita si se quiere, abdicar derechos que no conoce! Así es que muy pronto experimentó Rullan cuán opuesto estaba aquel género de vida y de esclavitud á sus ideas libres, y en 1790 pudo libertarse de lo que tan insoportable peso era para él, alcanzando del Pontífice la absolucion de las obligaciones anteriormente contraidas. Entónces dejó el nombre de Cayetano de Mallorca, que tenia en la religion, y se llamó de nuevo Manuel Rullan. Sobrevino el cautiverio de Fernando, y con él los trastornos que nadie ignora. Vióse en este tiempo muy apreciado del célebre redactor de la *Aurora Balear* D. Isidoro Antillon; y he aquí la causa de sus padecimientos despues del año 14, haber merecido el alto concepto en que le tuvo aquel sabio. En efecto, su vasta doctrina y exquisito gusto en las letras humanas, su instruccion en muchos ramos del saber, y la urbanidad festiva y verdaderamente ática con que sazonaba las conferencias morales, no tenian igual. En una cuaresma que predicó en esta santa iglesia, fué donde desplegó con

más habilidad que hasta entónces su privilegiado talento. Ella fué la que le acarreó el aplauso universal, que no le abandonó en todos sus posteriores discursos, y pudo preverse desde luego que Rullan sería el que descollase sobre todos los oradores mallorquines de su siglo. Pronunció en 1811 la oracion fúnebre del Excmo. Sr. Marqués de la Romana en las exequias que se le celebraron en la iglesia de Santo Domingo; en 1813 el discurso en la fiesta que se consagró á la Vírgen del Pilar en la parroquial de S. Jaime, en accion de gracias de haberse preservado de la muerte el Sr. Antillon, en el escandaloso suceso que tuvo lugar en Madrid aquel año; en 1819, la oracion fúnebre de la reina Doña Isabel de Braganza; en 1820, la del Excmo. Señor D. Luis Lacy; y en 1822, la de los nacionales que murieron víctimas de la peste que padeció esta ciudad de Palma. Producto todas ellas de un verdadero instinto oratorio á muy pocos concedido, auxiliado de una inmensa y sólida ilustracion. En ellas se descubre por do quiera, á la par de la impetuosidad oratoria que le era tan peculiar, la más sorprendente originalidad, prenda inestimable, y que tan poco usada vemos entre los oradores sagrados, y nos induce maravillosamente á los más vivos deseos de una gloria laudable, renueva en nosotros el más ardiente amor á la patria, y nos eleva casi sin sentirlo hasta la esfera de un entusiasmo divino. En el riguroso retiro que observó Rullan desde el año 1823 no pudo ocultarse á muchos hombres ambiciosos de conocimientos útiles, que frecuentaban continuamente su al parecer olvidada habitacion, á fin de aprovechar la instruccion que las conversaciones con tan eminente sugeto les proporcionaban. Su nombre era generalmente despreciado, y quizás por aquellos que brillaban en el púlpito con los doctos discursos salidos de su mente. ¡Así reconocen los hombres ingratos el bien que se les hace! Por último, en 1836, dia 9 de Octubre, esto es, á los ochenta y cinco años de su edad, murió en Palma este esclarecido mallorquin, habiendo conservado hasta los últimos momentos de su trabajosa vida una memoria clara y un juicio firme y despejado. Y no pudiendo corresponder más dignamente á la sincera amistad que entre él y nuestro benemérito padre reinó por largo tiempo, publicamos su necrología en el periódico *Progreso* del dia 31 de Enero de 1837, usando en ella el mismo lenguaje que hemos usado en este artículo: lenguaje que, habiendo salido de nuestro corazon, fué calificado por los Zoilos de la sociedad y de la literatura, que no hacen nada y lo critican todo, de imprudente y escandaloso, y nos acarreó tal vez el odio y la malignidad que derramó contra nosotros un insolente capuchino en las hipócritas y afectadas *fraternas* con que censuró uno de nuestros escritos.—J. B. de R.

RULLAN Y GARI (Bartolomé), presbitero dignidad de capiscol de la catedral de Mallorca, maestro en artes, doctor en sagrada teología, en cáno-

nes y en leyes, provisor en el obispado de Orihuela, vicario general castrense, oficial y gobernador del de Mallorca, canciller, juez de competencias de este reino, presidente de la junta de repartimiento del subsidio eclesiástico y último rector de nuestra antigua universidad. Murió en 12 de Enero de 1829. Nuestro amigo y compañero D. Miguel Moragues, presbítero, en uno de sus opúsculos literarios le llama *grande hombre en la carrera eclesiástica, varon justo y exacto en todo su comportamiento; austero sí y temible para aquellos que se apartaban de la rectitud y el deber*. Sus elocuentes pastorales son dignas de ser leidas de todos los que gustan de escritos doctos y eruditos.—J. B. de R.

RULLO (Fr. Lucas), religioso dominico, natural de Bagnuolo, en Italia, donde tomó el hábito de la órden de PP. Predicadores, distinguiéndose mucho por sus estudios y no vulgar capacidad. Contaba para ello con las circunstancias más á propósito, pues amante del retiro y la soledad, y dado á la meditacion, sus adelantos no podian ménos de ser tan rápidos como brillantes. En efecto, en cuantos certámenes y actos públicos tomó parte, apareció en todo de una manera tan superior á cuantos á su lado ó á su frente se colocaron, que no vaciló su Orden en elevarle al grado de maestro de teología, uno de los más altos que podia conceder, y era como el término de toda carrera literaria. Consagrado á la enseñanza durante un largo período, distinguióse mucho por sus conocimientos en este ramo, y por sus buenas cualidades para la direccion de sus discípulos, que le miraban como un oráculo, lo que en realidad merecia por su vasta ciencia y capacidad. Su fama siempre creciente y su carácter extremadamente bondadoso animaron á los príncipes de Salerno á elegirle por confesor, puesto un tanto delicado para los religiosos amantes del retiro y la soledad; pero en el que Rullo manifestó sus buenas dotes, pues vivia áun en medio de la corte lo mismo que en el rincon de su celda, sin que la adulacion ni las dádivas le separáran un momento de su deber. Huia ántes bien de las unas y evitaba las otras, convencido de que este era el medio de continuar por el camino de la perfeccion y rectitud que desde un principio se habia impuesto como norma de su conducta. Rullo consiguió de esta manera atraerse el favor de los príncipes y áun de otros muchos personajes de primera importancia, y lo que es aún más honroso para él, que su fama llegase á oidos de Su Santidad, el Romano Pontífice, quien le nombró penitenciario de San Juan de Letran. Ignórase el tiempo y áun la época en que desempeñó este destino, pues lo memoria que de él nos ha quedado se halla reducida á las cortas noticias que nos da un epitafio que son las arriba indicadas. Aunque no dejó ninguna obra escrita, aunque todos los autores de bibliografías dominicas le citan entre sus escritores, haciéndolo tambien Toppi en su Biblioteca napoli-

tana, su grande fama como hombre de talento y quizá algun sermon ú otro trabajo que no haya llegado hasta nosotros, habrá sido la causa de esta mencion muy honorífica para nuestro religioso, que real y verdaderamente fué uno de los más ilustres de su siglo y Orden en Italia.—S. B.

RULLY (María-Agatango Fernando de Bernardo de). Este antiguo canónigo, conde de San Juan de Lyon, abad de la Chassaigne y vicario general de Chalons-sur-Saone, se distinguió por su mucha actividad en la Cámara de la Clerecía de Lyon cuando el nombramiento de los diputados á los Estados generales en 1789; pero á pesar de esto no pudo lograr se le nombrase diputado y la oscuridad á que se resignó en las turbulencias que sobrevinieron despues, y especialmente sus viajes fuera de su pais, le libraron de las desventuras que cayeron sobre los habitantes de Lyon. Volvió al país á fines del régimen directorial despues de la muerte del arzobispo Marbeuf, ocurrida en 1799; y con el pretexto de reivindicar los derechos del cabildo en la vacante de la silla, tuvo con dos de sus colegas, el 12 de Mayo, una especie de Junta capitular, en la que se hizo nombrar vicario general capitular, por lo que quedaban bajo sus órdenes los que habian administrado la diócesis en nombre del prelado difunto. Pareciendo á la Santa Sede ilegal este nombramiento, hizo otro por su parte; y queriendo Rully conservar al suyo una apariencia de legalidad, envió su dimision á la Sede apostólica en carta de 1.° de Noviembre de 1799. A pesar de esto, luego que Rully vió á Bonaparte dueño del gobierno de Francia con el título de cónsul, tomó otra vez por sí mismo el título y las funciones de gran vicario capitular, hizo traer de París un folleto de los agentes eclesiásticos de Napoleon, titulado: *Exámen de las dificultades que se oponen á las promesas de fidelidad*; le hizo reimprimir en Lyon y le mandó firmado por él á todos los arciprestes de la diócesis con la pretension de que se conformasen á lo que en él se manifestaba. Hallábase á la sazon el clero de esta diócesis en la mayor anarquía, y las divisiones llegaron á ser tan borrascosas, que otros canónigos, condes de Lyon, creyeron necesario reunirse para poner fin á estas turbulencias. En una Junta capitular que celebraron el dia 7 de Octubre de 1800 destituyeron de hecho á M. Rully, declarando que sin renunciar á los derechos de los cabildos sede vacante, se sometian desde luego al nombramiento de vicario general que habia hecho el Papa. Los demás vicarios no experimentaron contradicciones por su parte, pero Rully les suscitó mil escollos en sus relaciones con los agentes del gobierno, y cuando Fesch, tio de Napoleon, fué enviado de arzobispo á Lyon, obtuvo toda la confianza de este prelado. En 1814 su nombre y su nacimiento le valieron una de las cuatro plazas de limosnero del conde de Artois, en cuyo caso se separó del cardenal Fesch, imitando la conducta de dos canónigos que rehusaron fir-

mar la carta congratulatoria que los demás vicarios y canónigos le escribieron á Roma el primer dia del año 1815 para manifestarle su afecto. Rully murió entre 1819 á 1820. Su hermano el conde de Rully, ayudante de campo del duque de Borbon, al que acompañó á la Vendée en 1815 para provocar una insurreccion realista que no tuvo éxito, se embarcó con este príncipe en Nantes para España, y despues de la restauracion fué nombrado lugarteniente general y par de Francia, protegido al efecto por el expresado duque de Borbon. —C.

RUMBALDO (S.), confesor. Fué hijo de un rey de Northumberland, en Inglaterra, y vivió en la ciudad ó aldea de Barclay. Se halla citado en el Martirologio Anglicano en 28 de Agosto y en los Anales de la mencionada iglesia. —S. B.

RUMER (P. Gregorio) jesuita húngaro, pertenecia á una antigua é ilustre familia de una de las naciones más célebres de Europa, ya por su carácter, ora por sus circunstancias particulares. Quizá por esto, ya por sus grandes y notables estudios, no tardó en ser elevado á los primeros cargos de su instituto. Era, sin embargo, un modelo de buenas costumbres, y en su corazon brillaban todas las virtudes como las flores de un jardin en que se ignora cuál es la más hermosa, y en la que de consiguiente debe fijarse la eleccion. Quizá por esto, ó por otras causas que no son de este lugar, fué honrado con el favor de los emperadores de Austria que en alguna ocasion se sirvieron de él como de un instrumento político; es indudable que Rumer sirvió perfectamente sus planes, y si la muerte no le hubiera sorprendido siendo todavía jóven, hubiese llegado á los primeros puestos de la Compañía. Despues de haber sido durante algun tiempo profesor de filosofía y griego, fué nombrado rector de Olmutz, y últimamente provincial de Austria. Hallábase ocupando este puesto cuando acaeció la conquista de Bohemia, y el emperador consiguió que pasase de primer provincial á aquel pais, muriendo en breve en Bruna el 29 de Setiembre de 1627, á la edad de cincuenta y nueve años y treinta y cuatro de religion. Sus escritos consisten en una *Oracion que habia pronunciado en las exequias de la Serenísima María*, madre del archiduque Fernando, emperador despues segundo de este nombre. —S. B.

RUMOLDO (San) Obispo y Mártir. Sangre real sacó este Santo en el bautismo para ensalzar más el trono de sus mayores y hacer mayor su gloria, pues que despreciando las grandezas que en el mundo le ofrecia su alta posicion y esclarecida alcurnia, supo granjearse en el cielo un trono más esplendente, trono que no ha de tener fin, y en el que ha de permanecer al lado de su Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores, por eternidad de eternidades. Fué hijo de San Rumoldo, conocido tambien por Rom-

baud, rey de Escocia. Despreciando los oropeles de la sociedad mundana, y con una alma dispuesta á consagrarse á Dios, léjos de seguir las vanidades de la corte y de dar pábulo á la ambicion, tomó el hábito de religioso para vivir en la oscuridad del claustro y bajo la férula de la obediencia, para ejercitar la humildad. Perteneció Rumoldo á aquellos celosos monjes anglosajones, que se establecieron en Inglaterra y en Irlanda para mantener encendida siempre en estos países la lámpara de la fe, los cuales en el siglo VIII de nuestra era abandonaron su solitario retiro para llevar la luz del Evangelio á diversos puntos de Europa por medio de su insinuante y persuasiva predicacion, y por el ejemplo de su conducta austera y penitente. Rumoldo, en cuyo corazon ardia el santo fuego de la caridad cristiana, y cuya alma se hallaba siempre en tiernos coloquios con su Criador, se unió en los trabajos apostólicos con San Willibrodo, y ayudándole en sus tareas con el mayor zelo, mereció por su piedad, virtud y capacidad en las ciencias de la Iglesia, que se le consagrase obispo regionario, ó sea sin silla fija, título que se daba entónces á los prelados á los que no se designaba diócesis, clase de obispos que áun hoy se conocen en nuestra Iglesia. Dirigióse el santo prelado á predicar el Santo Evangelio á las ciudades de Malinas, de Lierra y de Amberes sucesivamente, y predicando especialmente por sus aldeas y caseríos campestres, logró convertir á la fe de Jesucristo multitud de infieles que no pudiendo resistir su vigorosa elocuencia, vinieron á afiliarse á la bandera de la Cruz. Levantando su autorizada voz contra los escandalosos desórdenes en que vivian encenagados en los vicios más detestables los poderosos habitantes del país, estos se revolucionaron contra él y determinaron matarle á fin de que no les molestase con sus eternas predicaciones. Apoderáronse del santo prelado aquellos escandalosos sicarios del demonio, y con los más crueles tratamientos le martirizaron hasta quitarle la vida, que perdió el dia 24 de Junio del año 775 de nuestra era en que subió al cielo su bendita alma. Despues de asesinado, sus verdugos arrojaron su cuerpo al rio; pero habiéndose descubierto por providencia del cielo, el conde Adon le recogió é hizo sepultar con gran pompa. Llevándose despues sus reliquias á la catedral de Malinas, á la que el pontífice Paulo IV declaró iglesia metropolitana. Malinas y su iglesia proclamaron á San Rumoldo por su apóstol y patron, y como á tal le celebran fiesta el dia 24 de Junio, que fué el de su dichoso tránsito. — B. S. C.

RUMOLDUS COSTERUS, franciscano aleman del siglo XVI ó XVII. La Crónica dice que perteneció á la provincia de Alemania inferior, lo que hace suponer con grande probabilidad que era belga, suposicion que pasa de probable á cierta cuando se tiene presente que pasó la mayor parte de su vida en lo que se llamaban entónces Países Bajos. Ignórase, sin embargo, el lu-

gar donde tomó el hábito y profesó, pues cuando aparece en la Bélgica es ya como guardian de algunos de sus más célebres conventos. Esto da tambien lugar á creer que debió vivir más bien en el siglo XVI que en el XVII, pues si bien en este existian aún religiosos en aquel país, no era en tanto número ni bajo circunstancias tan favorables como en el anterior, cuando la herejía naciente aún y vengonzante en muchas partes, no impedia á los católicos entregarse por completo á sus prácticas y devociones, viviendo con toda la grandeza y esplendor propio de su religion. Contra esto sin embargo se hallan las fechas, que aunque equivocadas algunas veces, demuestran otras con demasiada fuerza, que de no atenerse á ellas hay que prescindir de la verdad. No consta tampoco que Rumoldo sufriese nada de los herejes que infestaban á la sazon aquellos países, ántes por el contrario parece que pasó la mayor parte de su vida con la mayor tranquilidad y sosiego entregado á las prácticas propias de su Orden, y áun á la composicion de escritos piadosos en su mayor parte, y de los que por tanto parece alejado el espíritu de controversia que debia dominar en ellos á hallarse compuestos bajo la influencia de las agitaciones que dominaban entónces en los Países bajos. Tampoco se sabe encontrára grandes dificultades en el gobierno de las comunidades que tuvo á su cargo, ántes bien le ejerció con notable tranquilidad, llegando á obtener no poca fama. De los demás destinos que desempeñó no tenemos sino pocas noticias, aunque consta que la grande celebridad que habia obtenido en su Orden y provincia le valió ser promovido á las primeras dignidades, pero ni se nos dice cuáles fueron estas ni mucho ménos el fruto que en ellas obtuvo, aunque es de esperar fuera muy bueno, atendidas sus grandes cualidades; sábese únicamente que fué jubilado por su ancianidad, pues de lo contrario hubiera continuado, quizá por largo tiempo todavía, consagrado al desempeño de las tareas que con tanto gusto como esperanza en él le confiaban sus hermanos, convencidos de su acierto, zelo y demás buenas cualidades. Parece que murió en su convento de Amberes, y segun una *Compilacion cronológica* manuscrita de la provincia de Bélgica, compuesta por Carlos Condenhore, publicó en aleman en 1569 un *Tratado sobre la venida de Jesucristo* y varios *opúsculos piadosos*, que recomienda Fr. Juan de S. Antonio en su *Biblioteca Universal Franciscana*, tomándolo sin duda del referido manuscrito.—S. B.

RUMON (S.), obispo y confesor. Inglés de nacion debió ser este santo prelado cuando Vilson le comprende en su Martirologio, señalándole el dia 4 de Enero en la conmemoracion eclesiástica de los Santos. Nada nos dicen los autores de su vida y muerte, y solo sospechamos fuese obispo de Tavistock en el condado de Devon, puesto que allí se le venera con mucho entusiasmo religioso.—C.

RUMPLER (Angel). Nació este cronista religioso aleman el año 1462, cerca de Munich, y fué el discípulo de Conrado Celtes, cuyas obras son aún buscadas por los amantes de la poesía latina. Abrazó en 1480 Rumpler la vida religiosa en el monasterio de Formbach, del cual fué nombrado abad en 1501, y en el cual murió en 1513. Sus versos ó se han perdido ó han quedado inéditos; pero dejó una historia del monasterio de Formbach, que se insertó en el tomo I del *Thesaurus anecd.* del P. Bernardo Pez, y la crónica titulada *Chronicon de ducibus Bavariæ*, que comprendió Oefels en su coleccion de *Scriptores Boici*, tomo I, y que puede servir mucho para desembrollar el caos en que se hallan los Anales de la Alemania meridional.—C.

RUMWALDO (S.) confesor. Llámasele tambien Romualdo, y solo le hemos visto citado en el *Itinerario de Leland*, con relacion al dia 3 de Noviembre, sin que podamos citar ninguna particularidad de su vida y muerte, ni áun el país á que perteneció.—C.

RUPE (Bto. Alano de), religioso dominico, natural de la Bretaña francesa, donde vió la luz primera hácia el año de 1418, tomando el hábito en Dinan en su primera juventud, de donde fué enviado al convento de S. Jacobo de París para estudiar filosofía y teología. En 1461 fué nombrado catedrático de las escuelas de París, cargo que desempeñó despues en otros varios conventos de su Orden, principalmente en los de Silos, Douay, Gante, Rotterdam y otros. Distinguióse mucho por su devocion al Rosario, en cuya propagacion escribió con celo y éxito, obteniendo los mejores resultados. Ignórase la época de su fallecimiento, que debió ocurrir hácia 1476, en que se mandó en el capítulo general de Harlem que buscáran con la mayor diligencia sus manuscritos, disposicion que se revocó posteriormente. Sin embargo, nos quedan de este autor las siguientes obras, que en su mayor parte no han llegado á ver la luz pública: *Beatus Alanus de Rupe Redivivus, de Psalterio seu Rosario Christi et Mariæ, tractatus in quinque partes distributus.—Apologia seu responsio ad Ferricum Episcopum Tornacensem super pluribus quæstionibus ab ipso factis de Rosario.—Relationes, revelationes et visiones de Rosario.—Sermones S. Dominici Alano revelati.—Sermones et tractatuli Alani.—Exempla seu miracula Rosarii.—La Cofradía del Rosario de Nuestra Señora*; París, Juan Sean, not. 15, in 16.°— *Expositio in regulam sancti Augustini.—Speculum peccatricis animæ;* por Luis Gomerans, 1639.—*Monasticæ vitæ excellentia XXX sermones varii.—Commentarium in Cantica Canticorum.*—S. B.

RUPE (Fr. Bernardino), franciscano italiano de la familia de los Ursinos. Su noble linaje, que exigia de él ciertas consideraciones que no estan obligados á guardar los que nacen en otras esferas, y así, aunque en su interior sentia una voz que le llamaba al estado religioso, tuvo que ahogarla

en un principio dedicándose á la carrera de las armas, en que hizo rápidos progresos y le esperaba un brillante porvenir, cuando presentándosele una ocasion oportuna, ó sintiendo renacer en su alma con doble fuerza y vehemencia sus primitivos instintos, tomó el hábito de capuchino en la provincia de Piceno, manifestando desde luego su vocacion por su amor á la observancia regular, en que convienen todos los autores que fué un verdadero modelo. Devoto de María santísima, escribió una obra muy notable en su elogio, la que dejó publicada á su muerte, ocurrida en Macerata en 1621 á la edad de sesenta y tres años. Su título es el siguiente: *De patrocinio beatissimæ Virginis, additis variis precautionibus devotissimis erga Deiparam affectu repletis.* Hiciéronse dos ediciones de este libro, una en Macerata y otra en Venecia, aunque anónimas ambas, pues el autor, que habia sabido manifestar tan bien la verdad de su vocacion abandonando una carrera brillante por otra oscura y humilde, manifestó de esta manera que habia sabido vencerse por completo á sí mismo ocultando hasta su nombre en lo único que podia darle ya alguna gloria y aprecio en el mundo.—S. B.

RUPELA (Fr. Juan), religioso de la órden del seráfico P. S. Francisco de la provincia de Aquitania. Fué varon doctísimo y uno de los cuatro expositores de la regla, de la que fué celoso observante, muy devoto y mortificado, exacto en el cumplimiento de todos los deberes religiosos, reservado, estudioso y dado con mucha frecuencia á la oracion y contemplacion. El gran doctor Alejandro de Ales tuvo una revelacion, en que se le dió á entender que seria en gran servicio de Dios si llegase á graduarse de maestro en teología el virtuoso y sabio Fr. Juan de Rupela. Leyendo teología en Paris el renombrado Dr. Ales, la universidad, que apreciaba en lo que valian sus grandes conocimientos y maestría, le concedió el raro favor de que pudiese presentar de *motu propio* el religioso que prefiriese para recibir los grados de bachiller y maestro en teología. A un varon tan recto y tan imparcial puso en bastante cuidado el asunto, dudando á quién dirigirse para hacer una buena eleccion y escoger el mejor entre los religiosos más idóneos y que pudiera representar al canciller con toda satisfaccion y seguridad. Durándole la irresolucion, se fué á la iglesia á encomendar á Dios este nombramiento, y en aquel punto vió á un fraile que estaba orando en una de las capillas de la iglesia, al que acompañaba cierto resplandor que aclaraba todo el templo. Esperó Alejandro Ales que aquel religioso concluyese su oracion para conocerle, y vió que era Fr. Juan Rupela, y no dudando por aquella prodigiosa luz que estaba manifiesta la voluntad de Dios de que fuese graduado el ejemplar religioso Fr. Juan, le presentó inmediatamente á la universidad, saliendo, como escogido de Dios, tan docto, que maravilló á todos sus oyentes y discípulos con su elocuencia y grandes conocimientos

en la facultad de teología. Escribió cuatro libros de las sentencias y uno de vicios y virtudes, otro *de anima* muy aplaudido. Fué un filósofo de primera línea y gran conocedor y comentador de las obras de Aristóteles.—A. L.

RUPELMONDA (Condesa de), religiosa carmelita de la calle de Grenelle en París, conocida con el nombre de la hermana *María Teresa Tais Felicitas de la Misericordia*, fué un modelo de todas las virtudes que toman naturalmente su desarrollo en las almas de los grandes del mundo, convencidos de lo frívolo de los humanos goces. Fué un ejemplo de piedad, de caridad y de penitencia, y murió en 11 de Setiembre de 1784. Los cristianos tienen el cuadro de su *vida* en una carta impresa en París en 1787, en 12.°—S. B.

RUPERTO (S.) Obispo y confesor. Sangre real corrió por las venas de este santo prelado, pues que perteneció á la casa real de Francia, y como el vulgo, por más que se pretenda extraviarle, mira siempre con respeto á los que nacen en alta alcurnia, le consideró siempre con más veneracion y respeto. Nombrado obispo de Worms, se dedicó á los deberes de su elevado ministerio con el mayor esmero, y para convencer más á sus diocesanos de lo que convenia vivir bien y hacer penitencia para alcanzar la vida eterna, le dió el ejemplo con su conducta, pues que siempre se le veia haciendo bien, orando ú en penitencia. Publicó la fe en Baviera con el mayor entusiasmo á últimos del siglo VII de nuestra era, y lo hizo con tanto entusiasmo, que convirtió al cristianismo á Teodon, rey de Baviera, al que bautizó, y lo mismo hizo con los principales personajes del país, que viendo á su soberano por tan buen camino, no quisieron desampararlo, ansiosos de no dejar de pertenecer á la corte celestial que deseaba aquel trocar por la suya perecedera. Predicando tambien en Joch y en Juvara, estableció su silla episcopal en esta última ciudad, y como la encontrase casi destruida por las convulsiones, la reedificó en materia y en religion, dándola el nombre de Salzburgo que conserva. Dedicado á la conversion de las almas, no se permitia tregua ni descanso en sus tareas apostólicas, y en ellas le alcanzó la muerte el dia 25 de Marzo, en el que anualmente le recuerda la Iglesia, del año 718 de Jesucristo, siendo muy sentido de los fieles que le debian su conversion y felicidad.—B. C.

RUPERTO (S.) abad, citado por Molano en sus Adiciones. Fué en extremo erudito y escribió diferentes obras, tan profundas como piadosas, sobre la Sagrada Escritura. Murió hácia 1135 en el monasterio de Tuy, que es una aldea á la otra orilla del Rhin, cerca de Colonia, llamada tambien Tythth. La *Francia literaria* refiere su vida en estos términos, aunque sin llamarle santo, á pesar de toda la autoridad de Ferrario, que dice celebrarse su memoria en 3 de Marzo. Ignórase cuál ha sido la patria de Ruper-

to, uno de los escritores más célebres del siglo XII. A pesar de las muchas investigaciones que ha hecho sobre este punto Matías Agricio Witlichius no ha podido descubrirlo. Trithemio y Cochleo han creido que era aleman. La educacion que recibió desde su infancia en el monasterio de S. Lorenzo cerca de Lieja, ha hecho creer al P. Mabillon que era natural de esta ciudad, ó al menos de su territorio. Cualquiera que sea la patria de Ruperto, fué desde su más tierna juventud ofrecido á Dios en el monasterio de S. Lorenzo de Lieja de la órden de S. Benito, donde fué educado, siendo su maestro en la disciplina monástica Berenger, que era tambien su abad; y su director en la literatura Heribrando, que sucedió despues á Berenger. Como Ruperto tenia naturalmente muy poco ingenio y disposicion para las letras, hacia pocos progresos; pero habiendo recurrido á la Madre de la sabiduría increada, obtuvo tan grande facilidad, que no hubo nadie en su época que le fuese superior. Entónces se consagró al estudio con muy buen éxito. Para formarse un estilo, ponia unas veces la prosa en verso, y otras el verso en prosa, y consiguió formársele mucho mejor ó ménos malo que el de la mayor parte de los escritores de su siglo. Habiendo llegado á una edad más avanzada, se consagró por completo al estudio de la teología, pero al entregarse á él, no perdió jamás de vista las obligaciones propias de su estado: por el contrario, fué más exacto que nunca en asistir á los oficios divinos, y en cumplir con todos los deberes de la vida religiosa, léjos de mirar el estudio como una razon legítima de dispensarse de ellos. El ardor que tenia por la lectura de los libros santos era tan grande, que le impedia descansar. Del movimiento de sus labios se deducia que recordaba aun durante el sueño lo que habia leido en el dia. Cuando se hubo perfeccionado en las ciencias y en la piedad, su abad Berenger quiso elevarle al sacerdocio. La humildad de Ruperto puso desde luego grandes obstáculos, pero juzgándose indigno, alegó diferentes razones para dispensarse de obedecer, hasta que habiendo conocido la voluntad de Dios por una vision que tuvo, declaró á Berenger, sin darle á conocer la causa de su cambio, que no resistiria ya, y que se hallaba pronto á someterse al yugo que queria imponerle. El abad le felicitó y le envió á recibir las órdenes del sacerdocio. El P. Mabillon cree que no las recibió hasta despues de la muerte del antipapa Guiberto, acaecida en el mes de Setiembre de 1100, porque además de juzgarse indigno de ellas, evitaba los obispos cismáticos, y no queria recibir las órdenes de sus manos. El sagrado carácter fué para Ruperto una fuente abundante de luz, como él mismo lo manifiesta. Desde entónces se dedicó á componer obras, y comenzó por sus libros de los oficios divinos, que son en número de doce. Trabajaba en el octavo el año 1111, como se deduce de la epístola dedicatoria á Amon, que fué despues obispo de Ratisbona. Las produccio-

nes de nuestro autor no estuvieron al abrigo de la contradiccion y de la crítica, porque decian algunos ¿á qué tantos escritos? Las obras de los Santos Padres nos bastan; no podemos ni áun leer todo lo que ellos han escrito; mucho ménos lo que personas desconocidas y sin autoridad escriben de invencion propia. Además de estas quejas generales, que no se referian ménos que á Ruperto á los otros escritores de aquel siglo, se le dirigieron algunas particulares: hasta tuvo con dos hombres muy afamados de aquella época grandes cuestiones, de que tendremos ocasion de hablar. El abad Berenger, que miraba á Ruperto con el más tierno afecto, viéndose próximo á la muerte y temiendo que su sucesor Heribrando no tuviera firmeza bastante para defenderle contra las calumnias de sus envidiosos, le recomendó á Cunon ó Conon, abad de Sibourg, en la diócesis de Polonia. No solo este abad concedió su proteccion á Ruperto, que despues de la muerte de Berenger, acaecida en 1113, se retiró á Sibourg, sino que le procuró tambien las de Federico, arzobispo de Colonia, y de Guillermo, obispo de Palestina, legados de la Santa Sede. Conocedores estos tres personajes de la piedad y la ciencia de Ruperto, no se contentaron con honrarle con su amistad y proteccion contra los envidiosos que le perseguian constantemente, sino que le animaron é instaron á escribir, lo que no vaciló Ruperto en hacer. Respondió á las quejas de sus adversarios, compuso un tratado de la voluntad de Dios, é hizo otras obras muy importantes, de que no tardaremos en dar cuenta. Basta decir aquí que la envidia de algunos discípulos de Anselmo de Leon y de Guillermo de Champeaux dió ocasion á algunos de sus escritos, y fué muy en breve el orígen de sus polémicas. Partidarios demasiado zelosos de la reputacion de sus maestros y adheridos á aquellos en demasía (lo que con frecuencia es demasiado comun, causa grandes divisiones, y ha sucedido siempre desde el tiempo de los apóstoles), miraban de mal ojo que un monge que no habia salido nunca de su claustro se atreviera á pensar de otro modo que ellos, y se tomase la libertad de atacar la opinion de aquellos afamados maestros, que atraian á sus escuelas á todos los hombres más sábios, no solo de las extremidades de su vasto imperio, sino tambien de los países extranjeros. De aquí las quejas contra Ruperto, tanto de parte de los discípulos como de los mismos maestros, que no veian sin dolor que fueran combatidas sus opiniones. El amor propio no se apaga nunca por completo, áun en las personas sensatas. El esplendor de las virtudes exteriores y el ruido del aplauso impiden con frecuencia el que se aperciba uno de ello, y que no se vea ni entienda más que lo que pasa en el corazon. Por piadoso que fuese Anselmo, se vió picado en lo vivo contra Ruperto, á causa del tratado de la voluntad de Dios, y escribió á Heribrando para quejarse, mirándole como el abad de Ruperto, aunque este habitaba en Sibourg y no en S. Lorenzo de Lieja. Habiendo re-

cibido Heribrando la carta de Anselmo, mandó llamar á Ruperto á Lieja para dar razon de su conducta. Este religioso expuso sus opiniones en presencia del dean de la iglesia de Lieja y de otras personas entendidas que las aprobaron, y compuso despues una nueva obra sobre la omnipotencia de Dios contra Guillermo de Champeaux y Anselmo. No contento con haber refutado á sus adversarios por escrito, quiso refutarlos tambien de viva voz en una disputa arreglada. Habiendo tomado esta resolucion, partió de su monasterio, montado en un asno (*vili assello residens*) y se puso en camino para ir á pesar de su juventud (*juvenculus*) á un país extranjero á combatir á los maestros más afamados que tenian ingenio, elocuencia y grande consideracion por sus dignidades y empleos. Esta resolucion era tanto más atrevida de parte del que la tomaba, cuanto que ignoraba que debia esperar encontrarse con una numerosa asamblea y con un ejército de maestros y discípulos para oirle y combatirle. Así es que el mismo Ruperto se admiraba posteriormente cuando recordaba el atrevimiento de este paso. Apénas hubo llegado á Laon, cuando Anselmo, el más afamado de sus adversarios, á quien habia refutado en sus escritos, dió el último suspiro. Ruperto al ver su muerte continuó su camino, y fué á Chalons-sur-Marne á buscar otro para combatirle, es decir, á Guillermo de Champeaux, con quien sostuvo una acalorada discusion: *cum quo acerbum habui conflictum.* El P. Mabillon refiere este acontecimiento al año 1118, pero es necesario convenir en que fué anterior, puesto que Anselmo murió en 13 de Julio de 1117, en el momento en que Ruperto entraba en la ciudad de Laon con el designio de conferenciar con él. Debe hacerse la observacion de que Ruperto no era tan jóven cuando fué á Francia como el término *juvenculus* podria hacerlo creer. Hemos visto que se ordenó de sacerdote hácia el año de 1110, de modo que en 1117 no podia ser ya jóven; pero usa esta expresion, porque los adversarios á quienes iba á combatir eran ambos de mucha más edad que él, de manera que comparado á ellos, era en cierto modo un jóven. La muerte de Anselmo y de Guillermo de Champeaux terminó esta polémica; pero sus discípulos no perdonaron tan pronto á Ruperto, quien tuvo además otros adversarios, como se deduce de lo que escribió sobre la regla de S. Benito. Veremos al hablar de sus obras cuáles fueron las acusaciones que se formaban contra él, y lo que se reprendia en sus escritos. En 1119 salió Ruperto por obediencia del monasterio de S. Lorenzo de Lieja para volver al de Sibourg, donde su protector el abad Cunon le instaba á volver. La iglesia de Lieja se hallaba despedazada á la sazon por un terrible cisma, que se formó despues de la muerte de Ulberto. Federico, que habia sido elegido canónicamente para suceder á este prelado, á su ida á Colonia con los testigos de su eleccion, llevó consigo á Ruperto, á quien se detuvo en

aquel país, es decir, no en la misma Colonia, sino en la abadía de Sibourg, que se halla en aquella diócesis. Entónces fué cuando Ruperto estrechó sus relaciones con Federico, que era arzobispo de aquella iglesia. El abad Cunon, que habia sido el mediador de esta amistad, animó á Ruperto á componer sus comentarios sobre el Apocalípsis, que dedicó al arzobispo. Juan Codeo los miraba con tanto aprecio, que en una carta á Enrique, abad de Tuy, no teme decir que exceden á todos los que se han escrito sobre esta parte de la Sagrada Escritura. Ruperto compuso durante su morada en Sibourg otras muchas obras ántes de ser elegido abad de Tuy. Sucedió en 1120, y no ántes, á Macward, que estando en Sibourg, de donde le habian sacado para colocarle sobre la silla abacial de Tuy, habia animado á Ruperto á poner en mejor estilo la vida de S. Neriberto, arzobispo de Colonia. No nos extendemos más sobre la persona de Ruperto, porque sus escritos nos darán materia de hablar más ámpliamente de él: habiendo gobernado su abadía este sabio y piadoso abad con mucha prudencia durante el espacio de quince años, terminó su carrera muy santamente el 4 de Marzo de 1135. Dejó al morir una opinion tan grande de su virtud, que no se duda de su santidad. aunque no se le ha honrado con solemne culto. Ruselino le da el título de santo y de doctor eminente de la Iglesia romana. Ruperto fué enterrado en el claustro de la abadía de Tuy, donde murió en olor de santidad en 1127, dice el P. Martenne, añadiendo que se ignora hoy el lugar donde descansa. En un manuscrito de la abadía de Lieja, de letra de cerca de trescientos años de antigüedad, se dice que murió en 1129, lo que no conviene con lo que dicen los historiadores ni biógrafos, pues todos ó casi todos fijan la muerte de Ruperto en 1193, ni con su epitafio que vió el P. Martenne en Lieja, y que se dice habia sido tomado del monasterio de Tuy. Hállase concebido en estos terminos: *Anno Domini* 1135, *IV nonas Martii*, *obiit venerabilis pater et dominus Ruperto abbas hujus monasterii*, *vir doctissimus atque religiosissimus*, *ut in libris suis*, *quos edidit*, *claret apertissime*. Aunque este epitafio sea de una mano moderna, segun dice el P. Martenne, nos parece sin embargo que su autoridad sobre el año de la muerte de Ruperto, unida á la de casi todos los historiadores, que la ponen en 1135, es preferible á la de los dos manuscritos de Lieja, que por confesion del P. Martenne no tienen más que trescientos años de antigüedad. En la relacion que nos proponemos hacer de las obras del abad Ruperto, seguiremos no el órden de la época en que fueron compuestas, sino el lugar que ocupan en la última edicion, publicada en París en 1698. Pero al seguir este órden, tendremos cuidado de fijar la época de cada una de estas obras. 1.° La primera que se presenta es un tratado de la Trinidad y de sus obras: *De Trinitate et ejus operibus*, que dedicó el autor á Conon, abad de Sibourg, en una carta fechada en 1117 en

la que elogia á este por su amor á las letras y su zelo por la disciplina monástica. Despues de haberle manifestado su reconocimiento por la proteccion que le ha concedido contra sus perseguidores, le expone el plan de su obra, que divide en tres partes, las cuales tienen por objeto todo lo que se ha hecho desde el principio del mundo, y lo que debe hacerse hasta el fin. La primera parte comprende el orígen del mundo hasta la caida del primer hombre; la segunda, desde la caida del primer hombre hasta la Encarnacion del segundo hombre Jesucristo, hijo de Dios; la tercera, desde la Encarnacion hasta la consumacion de los siglos, es decir, hasta la resurreccion de los muertos, en que termina su obra. La primera época pertenece al Padre, la segunda al Hijo, y la tercera al Espíritu Santo. Llama la obra propia del Padre la que se ha hecho en la primera época; la obra propia del Hijo, la que se ha hecho en la segunda; y por último, la obra propia del Espíritu Santo, la que se ha hecho en la primera y la que debe hacerse en la tercera. La primera parte, es decir, la obra propia del Padre, contiene tres libros; la segunda treinta; y la tercera nueve, lo que hace cuarenta y dos libros. Tal es el plan y la division de la obra de Ruperto, *de la Trinidad*, como lo expone él mismo en su carta á Cunon, y en el prólogo que la sigue. Nuestro autor hace la observacion de que aunque la Trinidad, que es un solo Dios, sea inseparable y opere de una manera indivisible; sin embargo, como cada persona tiene su propiedad, debe considerarse en la perfeccion de este mundo la operacion particular de cada una de las personas. La obra propia del Padre es la creacion; la del Hijo la redencion; por último, la del Espíritu Santo, la renovacion de la criatura. No quiere esto decir que no coopere cada persona á lo que ha hecho la otra. Cuando el Padre lo hace todo por medio del Verbo concurre á ello el Espíritu Santo. Cuando el Hijo, es decir el Verbo del Padre, vino al mundo para salvar al género humano, el Padre y el Espíritu Santo cooperaron; sin embargo, solo la persona del Verbo se hizo carne. Ruperto no escribió su obra contra los arrianos, socinianos y otros enemigos declarados de la Santísima Trinidad para defender este misterio; sin embargo, mira su tratado como un testimonio que da á la verdad, porque todos los que dan testimonio á la verdad deben ciertamente ser coronados por la verdad. Espera que tendria á bien recibirle en el número de sus siervos, aunque no haya sellado con su sangre el testimonio que le da, y que da sin embargo de viva voz y por escrito. Desea la misma suerte al que le ha procurado el medio de continuar su obra y de darla la última mano, en lo que ha empleado tres años. Ruperto la habia comenzado ántes de conocer al abate Sibourg, y en vida del abad Berenger que se le habia recomendado ántes de su muerte, acaecida en 1113. Pero se habia visto obligado á interrumpirla para trabajar en otras obras más apre-

miantes, de manera que no la dió la última mano hasta 1117. En el prólogo, que se halla á continuacion de la carta, busca la causa porqué Dios no ha revelado claramente por medio de Moisés las verdades que nos han sido descubiertas por medio de Jesucristo. La razon que da, es que no pudiendo sufrir una luz tan grande los hijos de Israel, era preciso que estas verdades les fuesen propuestas bajo el texto grosero de la letra, que ocultaba su brillo. Repite despues lo que ha dicho ya del plan de su obra y de la razon de lo que le ha obligado á dividir las obras de la Trinidad, que son por sí mismas inseparables. Por último, despues de haber invocado el socorro de Dios por medio de una oracion alegórica entra en materia. Los tres primeros artículos del *Génesis*, que contienen la historia de la creacion del mundo, son el asunto de la primera parte del escrito sobre la *Trinidad y sus obras*. Esta primera parte tiene por objeto, como ya se ha dicho, la obra propia del Padre, y se halla dividida en tres libros; el primero de los cuales contiene cincuenta y siete capítulos; el segundo cuarenta, y el tercero treinta y seis. Ruperto comenta esta parte de la Sagrada Escritura segun el gusto que reinaba en aquel siglo, es decir, como observa Mr. Dupin, de una manera enteramente semejante á como se trataba la teología por los principios de la dialéctica, añadiendo diferentes motivos relativos á los dogmas, é insertando un gran número de lugares comunes. Tal era el método de aquella época, siendo poca más ó ménos el que ha seguido Ruperto en su comentario sobre el *Génesis*, y en la mayor parte de los que ha hecho sobre alguno de los libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento; el de que ahora nos ocupamos es una mezcla del sentido literal, del sentido místico y de materias tanto dogmáticas como filosóficas; estando tratado en su conjunto con bastante brevedad. El autor parece haber leido los autores tanto eclesiásticos como profanos; los comentadores de la Sagrada Escritura, los filósofos, los médicos y áun los poetas. Entre estos manifiesta particular aprecio á Virgilio, á quien llama el autor más eminente del paganismo. Emplea las expresiones de este poeta y de otros muchos, de Horacio, de Ovidio, de Lucano, etc., sin citarlos. Ruperto tenia tambien algunos conocimientos de física y áun de astronomía, como se deduce de lo que habia dicho sobre la revolucion de los astros, su posicion, su alejamiento, su distancia de la tierra, etc. Pero es difícil, si lo que dice se halla fundado en el conocimiento que tenia él mismo, ó si no ha hecho más que copiar y apropiarse lo que habia encontrado en autores que le habian precedido. Todavía se le cita hoy con mucha frecuencia, y se recurre á sus interpretaciones sobre los términos hebráicos y griegos, lo que hace creer que estas dos lenguas no le eran del todo desconocidas. Pero hay más de un motivo para dudar cuando se sabe que se apropia los textos de los Santos Padres y en particular de S. Gerónimo, sin indicar la fuente de

donde los ha tomado. Sin embargo, en lo que se refiere á la lengua griega, parece casi seguro que la sabia, no siendo posible que un escritor que la ignorase hablára de ella como lo hace en diferentes lugares, en particular en el capítulo XIII del libro tercero de los Reyes. Pero de todas maneras no puede negarse que tenia conocimientos muy extensos y poco comunes para el siglo en que vivia. Habia leido con detencion la Escritura Sagrada, y la dominaba de tal manera, que cualquiera que fuese el asunto de que se ocupára, reunia todos los textos que se le referian. Despues de estas observaciones generales entremos en algunos detalles. Hablando nuestro autor de la creacion del mundo, desecha las ideas y las formas que los sabios del siglo, es decir, los filósofos han admitido. ¿Qué modelo, dice, ha tenido la Trinidad para crear el cielo, la tierra y sus adornos? La Trinidad no ha tenido otro que ella misma, no existiendo nada más que Dios. En el capítulo II dice que con razon se llama al *Génesis* el primer libro de Moisés, porque con las generaciones del cielo y de la tierra se ha hablado de la doble generacion de Jesucristo, Hijo de Dios, Dios y hombre á la vez. Interpreta esta primera palabra del *Génesis*: *In principio*, del Hijo de Dios, y la mira como siendo en cierto modo un nombre del Hijo de Dios que ha tomado él mismo. Cita con este motivo la respuesta que dió el Salvador á los judíos que le preguntaban quién era: *Principium, qui et loquor vobis.* En este principio ha creado Dios el cielo y la tierra, porque todas las cosas han sido hechas por él; es Hijo, porque ha nacido de Dios; es principio, porque es la causa primera y eficaz de todas las criaturas. Así quiere que las palabras *In principio creavit Deus cœlum et terram*, tengan este sentido: Dios ha creado por medio de su Hijo todas las cosas visibles é invisibles. Lo que se dice en el mismo lugar, que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, debe entenderse del amor sustancial del Padre, que procede del Padre y del Hijo, y que es consustancial á ambos. Así desde el principio de este libro, dice, la presencia de la Santísima Trinidad que ha creado las cosas, se hace sentir de una manera admirable. Aprueba y sigue la opinion de los que han creido que cuando Dios dijo *que la luz sea hecha*, la luz que fué hecha era la naturaleza angélica. Los ángeles comparados á los hombres son espíritus; pero pretende que comparados á Dios son corporales, y que tienen cuerpos formados de ese aire grosero y húmedo, cuya impresion se siente cuando es agitado por el viento. Esta opinion no es particular de Ruperto, es la de muchos sabios y grandes hombres, segun él dice. Pero aunque apoyado en grandes hombres y áun en algunos santos Padres, no es muy conforme á la Sagrada Escritura, la que nos enseña en otro lugar que los ángeles son espíritus puros. La separacion que hizo Dios de la luz y las tinieblas manifiesta, segun él, el juicio terrible que ejerció Dios sobre el demonio y los ángeles rebeldes, sepa-

rándolos de los ángeles buenos. Esto es lo que significan estas palabras: *separó la luz de las tinieblas.* Esta separacion es sin remedio, de manera que los que han caido, no pueden levantarse ya, y los que han perseverado, cuando podian caer, no pueden pecar ya. Todos habian sido creados en la inocencia, y podian hacer progresos en el bien; pero siendo criaturas y sacados de la nada, eran capaces tambien de hacer mal. Nuestro autor se propone diferentes cuestiones sobre este asunto, y pregunta porqué un Dios bueno y misericordioso ha sacado de la nada á criaturas que ha previsto debian perecer. Trata esta pregunta de importuna, y hasta le parece tan impertinente que no ve razon para proponerla: *Si inepte ut in sensu ejus nulla sit ratio.* Contesta á ella, sin embargo, y despues de haber respondido, añade para cerrar la boca del que quisiera disputar, estas palabras del Apóstol: «¡Oh hombre, quién eres tú para disputar con Dios! ¿No tiene poder el alfarero para hacer de una misma tierra un vaso destinado á usos honrosos y otro destinado á usos vergonzosos y viles?» Ruperto, despues de haber hablado en su libro I de la creacion del cielo, de la tierra y de todos sus adornos, trata del hombre á quien Dios se ha dignado crear á su imágen y semejanza. Las expresiones que emplea la Sagrada Escritura al referir la creacion del hombre realzan su mérito y dignidad. Dios no ha dicho: «Que el hombre sea hecho á nuestra imágen y semejanza, conforme habia dicho que la luz sea hecha.» Sino parece que las tres personas de la Santísima Trinidad forman consejo y se exhortan mútuamente, diciendo: «Hagamos al hombre.» *Tres personæ quasi mutuo se cohortantur dicendo faciamus*: estas palabras hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza no deben entenderse más que de aquellos á quienes Dios ha predestinado á la vida y no de los reprobados. Pues los elegidos, añade, son criados á la imágen y semejanza de Dios. La bendicion que dió Dios á Adan y Eva, despues de haberlos creado, se refiere especialmente á los elegidos. La gracia de esta bendicion representa este decreto de Dios, que tiene presente S. Pablo, cuando despues de haber dicho: «Sabemos que todo coopera al bien de los que aman á Dios,» añade, «á los que ha llamado segun su decreto para ser santos.» Dios, al bendecir á nuestros primeros padres, bendice en su primer origen á los que él solo habia previsto y predestinado ántes de todos los siglos, que eran los que tenia presentes: *Prædestinatos præ oculis habens*, á los que debia decir un dia en la plenitud de los tiempos, despues de haberlos llamado y justificado: «Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el principio del mundo.» Pero lo que dijo Dios á nuestros primeros padres al bendecirlos: *Replete terram et subjicite eam vobis*, poblad la tierra y que os quede sumisa, conviene á los elegidos y á los reprobados. Todos pueblan la tierra, pero hay una gran diferencia con res-

pecto á lo que se dice, de que la tierra *os sea sujeta*. Solo los elegidos á quienes pertenece la tierra de los vivos, someten, por medio de la libertad de sus espíritus, la tierra en que habitan sus cuerpos, porque prefiriendo Dios á todas las cosas hacer un generoso desprecio de todo lo que es terrestre, los reprobados se sujetan tambien en cierto modo á la tierra, cultivándola y haciéndose dueños de ella por la fuerza de las armas; pero esta sujecion no procede de la voluntad de Dios. Desecha la opinion de los que han pretendido que el hombre no habria engendrado si hubiese continuado en la inocencia, como si el pecado, dice, hubiera sido necesario para que el hombre pudiese engendrar, y como si Dios no hubiera podido hacer una naturaleza que engendrára sin el auxilio del pecado. Pero, añade, no es necesario hacer una grande disertacion para probar lo contrario, puesto que Dios ha dicho: «Creced y multiplicaos, y poblad la tierra.» Si el hombre no hubiera pecado, no hubiese engendrado más que elegidos, que hubieran sido el fruto de la bendicion que recibió en el instante de su creacion. Hablando de los ángeles, dice que hasta despues de la caida de los ángeles rebeldes, no fueron divididos los ángeles buenos en nueve coros ú órdenes diferentes, á saber: los ángeles, los arcángeles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potencias, las virtudes, los querubines y los serafines. Estos diferentes órdenes, en que fueron establecidos segun el grado de su mérito, son las recompensas que les fué asegurada para siempre. Habla muy á la larga del sétimo dia, de la diferencia de este dia y de los demás, porque Dios le bendijo y le santificó, lo que significa el reposo de este dia. Volviendo al hombre, á quien Dios formó del polvo de la tierra, refiere diferentes textos de Isaías y de Jeremías, en que estos santos profetas reconociendo su orígen, dicen á Dios: Vos sois nuestro padre, nosotros no somos más que tierra. «Por esta razon, continúa nuestro autor, cuando leemos que Dios ha formado al hombre del polvo de la tierra, no preguntamos porqué le ha formado así, sino que todos temen por sí mismos que el vaso que ha hecho se rompa entre sus manos, y que haga otro cuando lo crea conveniente. Sin embargo, podemos investigar con humildad, y admirar cómo Dios, que podia reparar la ruina de los ángeles por medio de ángeles nuevos y crear otros tantos como habian caido, y colocarlos en el cielo, á fin de que toda la nacion y toda la nobleza de la patria celestial fuera de una misma naturaleza, ha tenido á bien crear hombres, que son de una naturaleza y de una condicion diferente, para reemplazar á los ángeles, y porqué no los ha creado todos juntos, sino solo uno, del cual debian sacar su orígen los demás.» Dios lo ha querido así, se lo ha dictado su sabiduría. vertió en el rostro del hombre un soplo de vida, que es el espíritu del hombre ó el alma racional que le distingue de los animales. Esta alma no se co-

munica por medio de la generacion, no hay en este punto diversidad de opiniones entre los católicos. No hablaremos de lo que dice nuestro autor del paraiso terrenal, de su situacion, de la fuente que le regaba, y se dividia en cuatro grandes rios, del árbol de la vida y del árbol de la ciencia del bien y el mal, que pretende haber sido llamado así por ironía, por la prohibicion que hizo Dios á Adan de comer de la fruta de este árbol, por la *ayuda* que dió Dios á Adan al formar á Eva de una de sus costillas, por la union estrecha é indisoluble que estableció entre el hombre y la mujer. Pero no podemos dispensarnos de referir las primeras reflexiones que hace sobre lo que dice en el Génesis, que «Adan y su mujer estaban desnudos, y no les daba vergüenza.» No era, dice, una deshonra, sino un honor para ellos el estar desnudos; *non erat hoc ignominiæ sed honoris quod nudi erant*. No era por impudencia, sino por seguridad, por lo que no se avergonzaban de su desnudez: *non erat insipientiæ, sed securitatis quod nuditatem suam non erubescebant*. Porque ¿sería del Criador de quien hubieran recibido este sentimiento de vergüenza? ¿La obra de Dios tendria algo indecente y deshonesto de que deberian tener confusion? ¿Procede esta confusion de la naturaleza? ¿No es de la concupiscencia? La confusion que constituye un género de tormento, se halla al presente cambiada como su naturaleza, pero no proviene de la primera condicion del hombre, trae su orígen del pecado. ¿Por qué nos avergonzamos todos de nuestra desnudez? Porque sentimos nuestra debilidad y la revolucion de la carne contra nosotros. La conciencia estaba entónces pura; no habia concupiscencia de los ojos que condujese al mal. Pues la concupiscencia de la carne es la pena del pecado, y el castigo del orgullo del espíritu que le ha precedido. Dios, dice la Sagrada Escritura, ha creado al hombre recto y justo: este testimonio es verdadero, añade Ruperto, porque un Dios muy justo no ha podido crear al hombre más que en la rectitud y la justicia. La rectitud y la justicia del hombre era que el espíritu fuese superior y dominase á la carne, y que la carne estuviese sometida al espíritu y le obedeciese. El espíritu racional del hombre estaba entre Dios y la carne para dominar la carne, y como ha turbado y pervertido este órden desobedeciendo á Dios, el espíritu, que era superior á la carne, ha sido sometido á la carne mediante un justo castigo, porque ha desobedecido á Dios á quien debia estar sumiso. Hé aquí de dónde procede la confusion del rostro, que procediendo del secreto de la conciencia, se manifiesta en el exterior y obliga á ocultar bajo apariencias lo que forma el objeto de la vergüenza, que es la pena de su desobediencia. Esta enfermedad ó esta revolucion de la carne contra el espíritu no existia entónces. Así el hombre y la mujer estaban desnudos, y no tenian vergüenza, porque no habia nada en ellos que debiese dársela. Este fragmento, en el que se ve establecida tan

sólida la doctrina de la Iglesia sobre el estado de nuestros primeros padres y sobre la concupiscencia, doctrina que defendió S. Agustin contra los pelagianos, nos ha parecido tan importante, que hemos creido deber insertarle por completo. En el libro tercero del comentario sobre el Génesis habla nuestro autor de la tentacion del primer hombre, de su caida y de la sentencia que pronunció Dios contra él para castigarle por su desobediencia. No debe creerse que la tentacion ó el pecado del hombre haya comenzado por la conversacion de Eva con la serpiente. La tentacion exterior habia sido precedida de la interior, el demonio habia atacado ya el corazon del hombre, inspirándole orgullo y desprecio por los mandatos de Dios. Si el hombre no se hubiera llenado interiormente de orgullo, no hubiera sucumbido tan fácilmente á la tentacion exterior. El demonio atacó, pues, por sí mismo al hombre en el interior y el exterior por el ministerio de la serpiente: este animal no se hallaba en el Paraíso terrenal segun Ruperto, que en su consecuencia sostiene que la mujer, paseándose en este jardin de delicias y considerando quizá lo que pasaba allí, dió ocasion al demonio de tentarle bajo la figura de la serpiente, que se habia acercado á aquella tierra deliciosa. La sentencia que pronunció Dios contra Eva es más severa que la de Adan, porque su pecado, dice Ruperto, es tres veces mayor, *quia peccati quantitas muliere triplo major quam in viro*, interpretando estas palabras, «pondré una enemistad ente ti y la mujer, entre su raza y la tuya.» Dios, dice, promete una grande obra de su gracia. Promete que la mujer, que ha sido vencida por los artificios del demonio, triunfará un dia del demonio por medio de la fuerza, pero no es la mujer misma quien debe hacer esta guerra, es su raza quien la hará y quien la continuará hasta que obtenga una plena victoria. Por esta razon, y despues de haber dicho: «Pondre una enemistad entre ti y la serpiente, añade: entre tu raza y la suya.» Puesto que de qué raza se habla sino de una sola que es Jesucristo? Él es quien ha combatido contra la antigua serpiente, y quien la ha roto con la fuerza de su brazo ¿Cuál de todos nosotros, que hemos nacido del hombre y de la mujer, puede alabarse de tener una enemistad completa contra este seductor? ¿No somos todos nosotros más bien enemigos de Dios, si no nos hemos reconciliado solamente con él, que es únicamente la raza de la mujer? ¿No somos por un efecto de su gracia, amigos é hijos de Dios? Pero en cuanto á nosotros mismos y nuestros primeros padres no hemos sido más que los compañeros de su rebelion..... Es pues, seguro, que estas palabras contienen la promesa del que es la raza de la mujer, es decir de Jesucristo, porque el sexo que ha sido seducido ha roto la cabeza del seductor, cuando la bienaventurada Vírgen dió á luz sin pecado á un hombre nuevo y celestial, que ha destruido el pecado. Hay además, dice nuestro autor, entre la mujer y su

raza y la especie de animal por que ha sido seducida, una enemistad que procede ménos que de la razon del sentimiento natural, y la mujer tiene el poder siempre de romper su cabeza; de manera que si toca con la planta de su pié desnudo, áun ligeramente, la cabeza de la serpiente, la da muerte en el acto, lo que no podrian hacer tan pronto ni los lebreles, ni las mazas, ni la espada. Ruperto dice haber sabido lo que refiere por la relacion fiel de los que habian examinado el asunto con mucho cuidado. De la misma manera la serpiente, por pequeña que sea, da la muerte á la mujer si la muerde en la planta del pié. El lector pensará lo que quiera de este pretendido descubrimiento. Dios para castigar al hombre de su orgullo le condenó á morir y á volver al polvo de donde habia salido. Antes de esta sentencia, el hombre estaba ya muerto de la muerte del pecado, que separa el alma de Dios, pero no sentia la amargura de esta muerte como la sentimos nosotros mismos en la actualidad. Entregados á nuestras pasiones, privados de los bienes eternos y á punto de ser despojados de los bienes temporales, somos bastante insensibles para vivir en la alegría y en las diversiones, viendo á tantas personas morir todos los dias en nuestra presencia. ¿Qué sucederia si no debiésemos morir nunca? ¿Cuán insensibles seríamos á la muerte del alma y al juicio final, que debe verificarse al fin de los siglos, si debiendo morir mañana, nos dejamos hoy arrastrar del orgullo? Por esta razon el bondadoso Dios para hacer comprender al hombre cuán funesta es la muerte del alma, y para impedir que viva en la seguridad y sumido en los placeres hasta el dia del juicio, la ha condenado á la muerte, al fin de despertar al ménos á algunos por el temor de un mal que puede acaecerles á cada instante. La sentencia de muerte que ha pronunciado Dios contra el hombre corrompido, no debe mirarse como un efecto de su justicia iritada, sino como el de una gracia misericordiosa. Un filósofo pagano, Plotino, ha reconocido que solo por misericordia ha dado Dios á los hombres cuerpos mortales. Para conservar al hombre en la humildad ha querido que fuesen inciertos la hora y dia de su muerte, para que esté siempre atento, siempre en guardia por la ignorancia de que se halla de cuándo llegará el momento que debe llegar de seguro, y que viva como si debiese ser juzgado todos los dias y dar cuenta de su conducta. En la época de Ruperto dudaban algunos que Adan hubiera recibido misericordia por medio de Jesucristo, porque la Escritura Sagrada no nos refiere que hiciese penitencia. Se dice en verdad en el libro de la Sabiduría: «que ella es (la sabiduría) quien conservó al que Dios habia formado el primero, para ser el padre del mundo habiendo sido creado solo desde luego, que él es tambien quien le sacó de su pecado.» Pero este libro, responde nuestro autor, no está en el canon y el que se cita no está sacado de ningun libro canónico; así se halla tan libre por lo menos para desechar

como para admitir estas palabras, *eduxit illum à delicto suo*, porque no se descubre cuándo reconoció Adan su pecado y cuándo hizo penitencia de él; por esta razon como no se ven buenas obras en el primer Adan y el nuevo Adan le es opuesto, pues así como todos mueren en Adan, todos vivirán en Jesucristo, muchos niegan libremente que se haya salvado y nadie ha demostrado con pruebas bastante fuertes que se haya verificado así. Ruperto no toma absolutamente partido en esta controversia, sino solo para referir las diferentes opiniones; manifiesta tambien para que nadie decida temerariamente, que la historia eclesiástica nos enseña que los primeros que han sostenido que Adan no se habia salvado son ciertos herejes que reconocian por su jefe á Taciano. Con respecto al texto del libro de la Sabiduría en favor de la salvacion de Adan, no es permitido concederse la libertad que se tomaban en tiempo de Ruperto de admitirle ó desecharle como se creyere conveniente. El concilio de Trento ha quitado en este punto toda clase de dudas, poniendo este libro en el rango de los que han sido inspirados por el Espíritu Santo. Es verdad que antiguamente no se hallaba comprendido en el cánon de los judíos; pero no es menos cierto que la mayor parte de los santos padres griegos y latinos le han mirado siempre como un libro canónico, del que muchos han creido que era autor Salomon. S. Agustin en particular, refutando á los sacerdotes de Albanella, les prueba en su *libro de la predestinacion de los santos*, por medio de la tradicion y por el uso constante que habia de leer el libro de la Sabiduría en las asambleas públicas de los fieles, la veneracion y el respeto que ha tenido siempre la Iglesia por este libro divino. Respondiendo este santo doctor en su carta 164 á muchas preguntas que le habia hecho un obispo llamado Evodio, dice: que casi toda la Iglesia conviene en que el primer hombre, el padre del género humano, fué del número de los que libertó Jesucristo cuando fué á libertar á los espíritus que estaban detenidos en prisiones. Lo que no debe suponerse, añade S. Agustin, sea creido vanamente por la iglesia, áun cuando no estuviese apoyada por las sagradas Escrituras. « Acerca de lo cual refiere las palabras del libro de la Sabiduría que establecen la opinion de la Iglesia sobre la salvacion de nuestros primeros padres. Con mayor razon, dice tambien San Agustin en otra parte, creemos que habiendo llevado los dos primeros hombres despues de su pecado una vida santa entre los trabajos y las miserias de que se hallaban anonadados, han sido libertados de los suplicios eternos por la virtud de la sangre de nuestro señor Jesucristo.» Habiendo arrojado Dios al primer hombre del Paraiso Terrenal, puso á la entrada querubines que hacian centellear una espada de fuego para guardar el camino del árbol de la vida. Ruperto hace diferentes reflexiones sobre esta espada de fuego, y toma ocasion para hablar del fuego que debe servir para purifi-

car á los hombres de sus pecados ántes de entrar en el cielo. Pero estos querubines y esta espada de fuego colocados á la entrada del Paraíso, manifiestan cuán difícil es á los hijos de bendicion que nacen en este destierro, volver al lugar donde son llamados por la gracia de Dios. Despues de haber hablado en la primera parte del tratado de la Trinidad, de las obras propias del Padre, de la creacion del hombre, de su caida y de la sentencia de su condenacion; nuestro autor se propone hablar en la segunda de las obras propias del Hijo; no ha hecho, dice, más que rastrear en esta primera parte, pero presentará en la segunda objetos más agradables y más consoladores. Se verá cómo el Verbo por quien se han hecho todas las cosas se ha dado á conocer poco á poco, durante seis edades diferentes, al hombre arrojado del Paraíso y cautivo acercándose á su criatura hasta tomar una carne semejante á la nuestra, que ha ofrecido en sacrificio á su Padre por la salvacion del mundo; siendo este sacrificio por el que ha entrado en el reposo y ha hecho entrar el hombre á quien ha rescatado. Ruperto divide así las seis edades durante las cuales se ha manifestado el Verbo á los hombres con diferentes aumentos de gracia. Puede decirse que el plan de esta obra es muy bueno; pero no se ha ejecutado tan bien como habria podido hacerse, si el autor hubiera sido más metódico, si se hubiere entregado ménos á su aficion á la alegoría, y si haciendo uso de sus luces y de su erudicion, que era bastante grande para el siglo en que vivia, se hubiera dedicado más á tratar con solidez las cuestiones que á multiplicarlas inútilmente. Queriendo hablar de una infinidad de cosas y siempre de las verdades de la religion, no hace casi más que manifestarlas sin apoyarlas en pruebas sólidas, y pierde con frecuencia de vista su objeto. Es verdad que habla á los fieles convencidos de las verdades que les pone á la vista y de que no tienen duda alguna. Entónces no tenia que habérselas con los pretendidos filósofos que aparecieron, cuyo insensato corazon, lleno de tinieblas, pone en duda las verdades mejor averiguadas, entregándose á razonamientos tan vanos como impíos contra una religion que ha triunfado y que triunfará siempre del error y de la mentira. Esta obra ha debido sin embargo costar mucho trabajo á su autor, y manifiesta que no solo habia leido y meditado mucho la Escritura Sagrada; sino que estaba muy versado en la lectura de los Santos Padres, de los escritores eclesiásticos y áun de los autores profanos, en particular de los poetas. Los obras de Ruperto impresas ó inéditas segun el órden cronológico, son las siguientes: 1.° Un himno en verso sáfico en elogio del Espíritu Santo. *Flamine magno*, etc. La inserta por completo en el libro duodécimo sobre S. Mateo, de la *Gloria del Hijo de Dios*.—2.° Otro himno en verso yámbico. Se encuentra al fin del libro decimotercio sobre S. Mateo.—3.° Libro de diferentes sentencias de la Escritura Sagrada: *de diversis Scripturarum sententiis*. El P. Ger-

beron supone que este escrito, que se ha perdido, no era más que una coleccion de textos de la Sagrada Escritura, porque Ruperto no se dedicó á interpretar los libros sagrados hasta despues de haberse ordenado de sacerdote.—4.° Poema en versos heróicos sobre la *Encarnacion de nuestro Señor*.—5.° Del estado del monasterio de S. Lorenzo cerca de Lieja, desde Heraclio, obispo de esta ciudad, hasta Olberto, en cinco libros.—6.° *Opúsculo en verso sáfico con el mismo asunto*.—7.° *Vida de S. Agustin*.—8.° *Vida de Santa Odilia*. El P. Mabillon, en las observaciones preliminares á la vida de santa Odilia, vírgen y abadesa de Hamburgo en la Alsacia, hace la observacion de que Reyner, monje de S. Lorenzo de Lieja, en su tratado de los hombres ilustres de su monasterio, atribuye á Ruperto una vida de santa Odilia vírgen, pero no ha podido saber quién era esta santa Odilia, ni lo que se ha hecho de la obra. Cree sin embargo que la santa Odilia cuya vida escribió Ruperto, es una de las vírgenes que sufrieron el martirio en Colonia, de donde no se halla distante el monasterio de Tuy. Todos estos escritos, que solo se conocen por la relacion de Reyner, no han llegado hasta nosotros á excepcion de una parte del *Estado del Monasterio de S. Lorenzo*. Los escritos de Ruperto, despues que fué sacerdote, son: 1.° *Cántico sobre S. Tibaldo mártir, y Goaco y Severo*, confesores.—2.° *Doce libros de los oficios divinos*, compuestos en 1111, pero la epístola dedicatoria á Cunon, obispo de Ratisbona, no fué escrita hasta 1126. Este escrito, que el mismo Ruperto llama las *primicias de la tierra* que le ha dado el Señor, hubiera debido ocupar el primer puesto en la edicion de sus obras. El P. Bernardo Pez dice haber encontrado entre los manuscritos de la abadía de S. Emmerando de Ratisbona el tratado de los oficios divinos de Ruperto. Dice tambien que este es el original que envió el autor á Cunon, porque se ve en la primera página de este manuscrito, que está en fólio, al obispo Cunon, teniendo á la derecha á Ruperto y á la izquierda á Esteban, pintados y coronados con estos dos versos:

*Hic divinorum de fructibus officiorum*
*Pontifici clarum dat munus primitiarum.*

3.° Comentario sobre Job, en diez libros divididos en 42 capítulos, cuya fecha exacta no se encuentra en la obra de Ruperto.—4.° De la voluntad de Dios.—5.° De la Omnipotencia de Dios. Estas dos obras fueron escritas despues del año 1113 y ántes del 1120.—6.° Comentario sobre el Evangelio de S. Juan, catorce libros. Ruperto compuso esta obra despues de las anteriores, y ántes de haber acabado la que sigue, por consecuencia ántes de 117.—De la Santísima Trinidad y de sus obras. Este libro comenzado há-

cia el año 1114, no fué concluido por el autor hasta 1117, porque tuvo que interrumpir su trabajo por otras ocupaciones, en particular por la polémica que sostuvo con Anselmo de Leon y Guillermo de Champeaux sobre la voluntad de Dios.—8.° Sobre el Apocalipsis, doce libros dedicados á Federico, arzobispo de Colonia.—9.° Sobre el Cántico de los Cánticos, siete libros. El P. Gerberon confiesa que no ha podido descubrir el tiempo en que trabajaba Ruperto en esta obra, y que solo se apoya en conjeturas para darla la colocacion que tiene en su catálogo.—10. Sobre los seis primeros profetas menores, diez y siete libros.—11. De la victoria del Verbo de Dios.—12. Sobre los seis últimos profetas menores, diez y siete libros.—Obras de Ruperto miéntras fué abad.—1.° Sobre S. Mateo, de la gloria del Hijo del hombre, trece libros.—2.° Sobre los libros de los Reyes, del glorioso rey David, quince libros dirigidos á Federico, arzobispo de Colonia.—3.° Sobre la regla de San Benito, cuatro libros.—4.° Diálogo entre un cristiano y un judío, tres libros. Cuando el P. Gerberon escribió la apología de Ruperto, ignoraba que este diálogo, que sabia era de nuestro autor, se conservase manuscrito en la Biblioteca de Lienies. Pero el P. Gerberon le ha encontrado despues y le ha publicado al fin de las obras de S. Anselmo con este título: *Annulus seu dialogus christiani et Judæi de fidei Sacramentis, auctore Ruperto abbate Tuitiensi.* Se halla dedicado á un autor cuyo nombre no está designado en el prólogo mas que con la letra inicial *R.* La obra está dividida en tres libros. El autor hace uso de los grandes conocimientos que tenia en la sagrada Escritura, de donde saca los argumentos que pone en boca del judío para la defensa de su causa, y en la del cristiano para demostrar que la ley antigua no existe ya, que la ha sustituido la nueva, que esta nueva alianza habia sido anunciada á Abraham áun ántes de que recibiese la circuncision; que la circuncision no era más que el sello de la promesa hecha á Abraham, y de la justicia que habia tenido por la fe ántes de ser circuncidado; que Abraham, aunque justificado por la fe, no fué libertado, y no entró en el cielo más que por medio de Jesucristo; que la circuncision, las ceremonias y los sacrificios de la ley de Moisés estan abolidos, que una ley nueva ha sucedido á la antigua y el sacerdocio segun el órden de Melquisedec al de Aaron, etc.—5.° De la glorificacion de la Santísima Trinidad y de la procesion del Espíritu Santo, nueve libros con una carta dirigida al Papa.—6.° Del incendio de la ciudad de Tuy.—7.° Meditaciones de la muerte, dos libros.—8.° Sobre el Eclesiastés, cinco libros.—9.° Vida de S. Heriberto arzobispo de Colonia.—10. Martino de S. Eliphe.—11. Respuesta de Ruperto, á una carta de Everhard, abad de S. Nicolás de Brunwilers.—13. Contra algunos religiosos, etc. El P. Gerberon que atribuye esta obra á Ruperto, no nos dice si la ha visto impresa ó manuscrita, pues no se encuentra entre las impresas. Por medio de este ca-

tálogo de las obras de Ruperto puede corregirse, reformar ó añadir lo que falta á los que se han dado por los bibliógrafos, ninguno de los cuales es exacto, ni con relacion al numero de las producciones de nuestro abad, ni con respecto al órden en que estan colocadas. Pero aunque este catálogo sea más extenso y más exacto que ninguno de los que se han publicado por Rimer en su tratado de los hombres ilustres del monasterio de S. Lorenzo de Lieja, por Belarmino, Sixto de Siena, los Centuriadores de Magdeburgo, Posevino, etc., no contiene todos los escritos de Ruperto. El P. Gerberon, que nos ha dado esta lista de los escritos de Ruperto, ha hecho despues nuevos descubrimientos, de que vamos á dar cuenta.—1.° *De vita vere apostólica dialogorum libri quinque*, cinco libros de diálogos sobre la vida verdaderamente apostólica, publicados por los PP. Martenne y Durand.—2.° *Epistola Roberti abbatis, qua ratione monachorum ordo præcellit ordinem clericorum, ad Liezelinum canonicum.* El Roberto autor de esta carta no es otro, segun los PP. Martenne y Durand que la han publicado, que Ruperto abad de Tuy.—3.° Es tambien autor de una historia del monasterio de S. Lorenzo de Lieja, que el P. Gerberon creyó que no existia, pero los PP. Martenne y Durand refieren que hay todavía algunos fragmentos en aquel monasterio. Entre los manuscritos de la Biblioteca del Vaticano cita uno el P. Bernardo Mont-Faucon, en que se encuentra un escrito bajo este título: *Ruperti abbatis stimulus charitatis in Jesum-Christum. Ejusdem libri de divinis officiis in compendium redacti.* Cochleo, el célebre defensor de la fe de la Iglesia sobre el misterio de la sagrada Eucaristía contra las nuevas herejías, es el primero que ha publicado las obras de Ruperto, sobre diferentes manuscritos de las bibliotecas de Alemania en 1526. Bajo su direccion se dieron á luz por primera vez en Colonia por Francisco Birckman y su hermano Arnaldo en 1526, 27 y 28. El P. Lelong cita una edicion de las obras completas de Ruperto en Colonia en 1540. En 1577 los herederos de Arnoldo Birckman recogieron todas las obras de Ruperto que se habian publicado, las revisaron é imprimieron en siete volúmenes en folio, habiéndose hecho despues un gran número de ediciones.—S. B.

RUPERTO (Venerable). Presbítero de la congregacion de clérigos de la vida comun. Era hombre docto y muy afecto al estudio y letras, en especial de los santos doctores antiguos. Amaba de tal modo el retiro y el recogimiento, que constantemente permanecia en la casa. Tuvo que vencer grandes dificultades con su padre y deudos, que eran muy nobles y ricos, resistiéndoles á sus intentos, y conseguir dejar el mundo en compañía de Florencio, Mas Ruperto como cristiano valeroso las venció todas, y se fué á su casa, y le dió toda su hacienda para que se emplease en el sustento de aquella santa Compañía, en la cual ingresó, y su amigo Enrique Bruno, y ambos des-

pues, y juntos, se ordenaron de Misa, y los dos salieron igualmente aprovechados, y señalados en toda virtud, devotos, humildes, castos, benignos, fervorosos, amables, sencillos y obedientes. Llamaron una vez á Ruperto de parte de su P. Maestro Florencio, y él, sin acabar una palabra del renglon que estaba escribiendo, acudió prontamente á su superior; que toda esta puntualidad de obediencia se guardaba en aquella casa, aunque no tenian hecho voto de ella. Todo lo que le era más contrario, era en lo que ponia más esfuerzo hasta que lo vencia, y de aquí provenia su plática con todos, declarando cómo se habian de vencer las pasiones. En fin, despues de una santa vida, y habiendo triunfado del demonio, que combatió furiosamente su espíritu en su última enfermedad, llenos de lágrimas sus hermanos, y el siervo de Dios con muestras de un singular gozo, dió su espíritu al Señor en la mañana del apóstol Santiago á 25 de Julio, estando lleno de años y de buenas y santas obras.—A. L.

RUPERTO, religioso del Císter, de nacion aleman; fué discípulo del gran padre S. Bernardo y primer abad de Limburg, en la diócesi de Spira, fundacion del mismo S. Bernardo. Fué varon sumamente religioso y muy entendido. Escribió cuatro libros sobre los Cantares.—Dos, del menosprecio del mundo.—Uno de S. Juan Bautista.—Otro de revelaciones.—Y otro de sermones de los Santos de la Iglesia y de su monasterio. Floreció por los años de 1130.—A. L.

RUPERTO. Así se llamó segun Tritemio y el P. Labbe en sus *Escritores eclesiásticos*, un monge de S. Remigio de Reims, que escribió en diez libros la Historia de la guerra de los cristianos contra los sarracenos, el cual vivia aún el año 1120.—A. C.

RUPERTO, arzobispo de Magdeburgo en 1260, era hijo del conde Mansfeld, desterró de su diócesis á los judíos, y reunió un sínodo en 1266, año de su muerte. Su grande celebridad proviene de este hecho que parece extraño á oidos que á nuestro ver deberia ser muy natural. Nadie ignora el grande odio que contra los judíos se habia concitado en la edad media, odio que era una pasion política como las que existen en la actualidad, y que se expresaba de la misma manera, odio que convierte las ciudades en campos de batalla, que legitima el mismo asesinato y que impide la defensa; pues ¿quién sería el patriota que se atreveria á sostener que en ciertos años y en ciertos dias harto célebres se asesinó injusta é impunemente á un funcionario público, á un anciano al que habian honrado diferentes gobiernos, porque les ayudó á sostener el órden, en lo que prestó sin duda importantes servicios? Aun los de los partidos opuestos no se han atrevido á decirlo, y la sangre de aquella víctima y otras más inocentes todavía, continua con sus sangrientas y sarcásticas letras, burlándose de los que piden la abolicion de la

pena de muerte, de los que sueñan en la resurreccion de una cruzada el dia en que vivamos en no sé qué casas grandes, que algunos sueñan muy parecidas á los conventos. Estos mismos, sin embargo, han sido los que más han atacado las conmociones contra los judíos en la edad media, la carnicería que en ellos solia hacerse, los asesinatos impunes y demás excesos que todo hombre sensible debe deplorar en su corazon, que debe condenar todo hombre honrado y evitar el que tenga poder para ello. Pero estos excesos, semejantes á los que hemos presenciado en nuestro siglo, verdadera manifestacion de las iras populares, pasion política de la época, no debian asustar tanto, ni arrancar palalabras de tan fuerte reprobacion de boca de los mismos que no las tuvieron para sus correligionarios en los dias en que cometieron actos parecidos, y que ya que no los evitaron y condenaron, como los evitó y condenó siempre que pudo el catolicismo, no tuvieron por último el valor para hacer lo que hicieron los cristianos, que fué cortar de raíz aquellas persecuciones, creando tribunales encargados de averiguar la verdad de los hechos y castigar los que fuesen justiciables. No es el lugar este de mezclarnos en una larga discusion sobre materia de tamaña importancia y tan impopular sobre todo en nuestro siglo, que contradiciéndose á sí mismo, elogia en el pueblo de hoy lo que condena en el pueblo de entónces, y aplaude á sus tribunos de ahora por lo mismo que condena á los tribunos de entónces.—S. B.

RUPERTO, religioso benedictino, nacido en el territorio de Ipres. Tomó el hábito en la abadía de S. Lorenzo, cerca de Lieja, de la que pasó á la de S. Lorenzo de Oostbourg, cerca de Utrecht, y no ahorró ni vigilias ni desvelos para adelantar en la inteligencia de la Escritura Sagrada. Su saber y piedad le adquirieron tan grande reputacion que el arzobispo de Colonia Federico le sacó de su claustro de Lieja, donde habia vuelto, para hacerle abad de Deutz frente á Colonia, cargo que desempeñó desde 1113 hasta su muerte, acaecida en 1135. Todas sus obras se imprimieron en París en 1638, en dos vol. en fól., y en Venecia, 1748-52, cuatro vol. en fólio; esta edicion, publicada por el P. Carroni, contiene aumentos bastante notables. Encuéntranse en ella algunos *Comentarios* sobre la mayor parte de los libros de la Escritura Sagrada, en los que se propone tratar de todo lo que contienen relativo á las obras de las tres personas de la Santísima Trinidad. Se le reconviene por haber dado en alegorías extrañas, y haber hablado poco acertadamente de la Sagrada Eucaristía en un lugar de esta obra; pero en otros muchos, y en particular en sus cartas, se explica sobre este misterio de la manera más ortodoxa y exacta. *Un tratado de los Oficios divinos* en que habla de las ceremonias de la Iglesia, y da razon de sus misterios: otro de la *Trinidad* y otros muchos; *Cartas*; *Historia del incendio de Deutz*; *Vida de San*

*Heriberto*, etc. Lo que escribió relativo á la historia de los obispos de Lieja y de los abades del monasterio de S. Lorenzo, se ha insertado en la *Amplissima Collectio* de los PP. Martenne y Durand, tomos IV y IX.—S. B.

RUPERTO, monje de S. Albano, á quien cita Vosio en sus historiadores latinos con el nombre de Roberto, abrazó la profesion monástica en la abadía de S. Albano de Maguncia á mediados del siglo IX. Hizo muy buenos estudios, y obtuvo tan grandes conocimientos en griego como en latin, escribiendo lo mismo en verso que en prosa. Su mérito le hizo elegir para ponerse al frente de las escuelas del monasterio, que dirigió por largo tiempo con muy buena reputacion. Se cree que vivió por lo ménos hasta 894. Dejó muchos escritos en que se descubren grandes rasgos de la profundidad de su talento. Tritemio, que nos ha dado á conocer en su crónica de Hirsauge la mejor de sus obras, como compuesta sobre antiguos manuscritos, pone en este número: 1.° Una *Vida en verso de S. Albano mártir*, comprendida en un libro.—2.° Una *Coleccion de epigramas y poesías*.—3.° Una *Crónica ó historia del monasterio de S. Albano*.—4.° Una *Coleccion de Homilías ó Sermones*, de que el lector puede sacar mucho fruto; 5.° y último, un *Tratado sobre la Música*. Tritemio añade que Ruperto habia escrito tambien otras dos obras, que no habian llegado á su conocimiento. Expresion que hace suponer que habia visto las que se acaban de enumerar; pero se ignora si existen aún en la actualidad.—S. B.

RUPERTO, preboste de Gozlar y despues obispo de Ramberg, cuya iglesia gobernó hasta 1102, es citado por Goldast como autor de los tres libros de la historia de la guerra de Enrique IV contra los sajones; sin embargo el mismo Goldast cambió despues de opinion, y creyó que eran de un tal Ruland: lo que puede asegurarse es que el autor habia estado presente á los hechos que refiere. Comienza su historia en 1073 y la termina en 1075, se halla escrita en versos heróicos y en un estilo bastante notable.—S. B.

RUPERTO Khuon (Venerable P. Fr.), religioso de la órden de S. Benito, en el monasterio imperial Weingartense de Alemania. Era descendiente de la ilustrísima familia de los condes de Khuon, de Besalio, etc. Su padre se llamó Cárlos y su madre Perpétua, condesa de Lambero, y tia de Juan, camarero mayor del señor emperador Maximiliano. Fué igualmente sobrino, hijo de hermana, de Jacobo, arzobispo de Saltzburgo, siendo el virtuoso Ruperto un jóven de vida inocentísima, modelo de observancia, de humildad y de otras muchas virtudes. En el año de 1632, invadieron este monasterio los herejes con su crueldad acostumbrada, y habiendo huido todos los monjes de la ferocidad de aquellos vándalos, quedó solo en el monasterio este siervo de Dios, no pudiendo seguir la suerte de sus hermanos, por hallarse en aquellos momentos postrado en cama á causa de unas intensas ca-

lenturas que se lo impidieron. No encontrando á ningun otro religioso, se ensañaron con la más exquisita crueldad con aquel pobre enfermo é inocente religioso; en la misma cama le azotaron impiamente, y despues sacándole de ella, le colgaron y volvieron á azotarle demostrando su barbarie; y por último, con una hacha le dieron un gran golpe en la cabeza, hendiéndosela profundamente, á cuya cruel herida en seguida sucumbió, entregando aquel santo martir su alma al Criador, para ser coronada en la gloria con la corona reservada á los benditos mártires por la fe católica. Esta su dichosa y santa muerte la habia pronosticado algunas veces; y lo que es más notable todavía, habia anunciado claramente que venian los herejes, indicando el camino que traian, cuando nadie sospechaba todavía aquella traicion, al mismo tiempo que su gran caridad señalaba á los demás religiosos el punto más seguro por donde podian escapar, evitando el caer en sus manos. Arrojaron su cuerpo sobre una sábana de su cama, y á imitacion del suceso de la Verónica con el Redentor del mundo, quedó impresa en aquel lienzo la imágen de su cuerpo y las heridas de la cabeza. Fué varon muy penitente, sumamente obediente, y tan humilde, que su mayor sentimiento era cuando le recordaban ó le hablaban de su nobleza. Nunca se le halló en las recreaciones que se permiten á los monjes para alivio y descanso de sus continuas austeridades y mortificaciones. Ordinariamente se le encontraba arrodillado, haciendo fervorosa oracion, tan atento y devoto en aquel acto, que aunque hubiese gran ruido cerca de él, siempre perseveraba inmóvil sin volver la cabeza, todo lo que fué sin duda celestial disposicion para prepararse á una muerte tan dichosa. Luego que se fueron los herejes, unos fieles criados del monasterio le enterraron en el cementerio de los monjes. Nació en su humilde sepultura una hermosa espiga de trigo, y esperando á que llegase á madurar, para guardarla y conservarla como reliquia, se anticiparon algunas personas, y la arrebataron por devocion contra la voluntad del P. Gabriel Bucelino, que refiere este hecho con mucho sentimiento de parte suya. Murió este siervo del Señor el dia 6 de Julio de 1632, el mismo dia y hora que él habia pronosticado. — A. L.

RUPERTO ó Roberto de Rusia. Este religioso de la órden de Menores, murió, segun Bellarmino en sus *Escritores eclesiásticos*, y Wadingo en sus *Anales de Menores*, el año 1280. Segun Du Pin en su Biblioteca de escritores eclesiásticos del siglo XIII, enseñó teología con gran reputacion, y compuso muchas obras, de las que da razon Tritemio, y entre las que se distinguen una *Explicacion de la regla de S. Francisco*, dedicada á Aimoin, general de su Orden, natural de Inglaterra; cuatro libros sobre las sentencias, muchos sermones, y segun Belarmino, un libro sobre el alma: se ignora si se han impreso estas obras.—C.

RUPESCISSA (Fr. Juan), franciscano francés, diverso del obispo de París del mismo nombre, profesó la regla de los Menores en la provincia de Bretaña, donde se distinguió, aunque con mala fortuna, por su espíritu profético. Clemente VI, ó Inocencio VI segun otros autores, le mandó poner preso, porque criticaba con acritud los vicios de su siglo, y anunciaba con tanto ardor como zelo la proximidad del castigo enviado por la cólera divina. Vivia hácia 1360 segun Wadingo, quien escribió su vida en el tomo IV de sus *Anales*, año 1357. Citanle Tritemio, Willot y Montfaucon, en el capítulo XXI de su *Diario Italiano*. Escribió estando preso: *Epistolam ad quemdam cardinalem de suis tribulationibus et vaticiniis*. Esta epístola ú opúsculo en forma de carta se conservaba manuscrita en la biblioteca de Colbert, cód. 4356.—*Super quatuor libros Sententiarum*.—*Commentaria in oraculum Cyrilli quarumdam prædictionum*. En la Biblioteca Real de Francia existia la obra intitulada: *Vade mecum in tribulatione*, impresa en 1690, juntamente con el *Fasciculus rerum expetendarum*.—*De confectione veri lapidis Philosophorum*, llamada por otros *De quintis esentiis;* en 4.° Esta obra existió en la biblioteca del convento de Madrid, de la Observancia regular, número 4, sin año ni lugar de impresion. Comenzaba con estas palabras; *Natura, seu materia lapidis veri*; y traducida al francés, se publicó en Lion, en 1549, en 8.° Otro manuscrito existió en la bibioteca del convento de San Severino de Nápoles. *Liber de considerátione quintæ essentiæ*, cuyo principio es: *Deus dedit mihi*.—S. B.

RURICIO, obispo de Limoges en el siglo V. Dícese que perteneció este prelado á la familia de los Anicienses, y que se casó con Liberia, hija de Ommacio. Sidonio Apolinar, que fué su íntimo amigo, compuso para este matrimonio un epitalamio que se halla en sus obras. Habiéndose consagrado á Dios ambos esposos, fué elegido Ruricio obispo de Limoges, cerca de Astedius, en cuya diócesi se granjeó el aprecio general. Además de Sidonio, contó entre sus amigos á S. Cesáreo de Arlés, Fausto de Riez, Sedatius, Victorino y otros que le escribian frecuentemente. Se conservan dos libros de sus cartas, publicadas por Enrique Canisius en el tomo V de las lecciones antiguas, las que sacó de la abadía de S. Gal en Suiza. Excúsase Ruricio en una de estas cartas á S. Cesáreo de Arlés de no encontrarse en el concilio de Agda en 506, porque los achaques de su vejez se lo impedian, lo cual hace creer que no viviria muchos años despues. Rivet, en el tomo III de su *Historia literaria de Francia*, da noticias de este prelado, si bien no tan extensas como sería de desear.—C.

RURICIO EL JÓVEN. Belarmino, Le Mire y Saint-Marthe en su *Gallia Cristiana*, hacen mencion de este prelado, diciendo que fué sobrino del anterior, que le sucedió en su obispado, y que se ve su firma en el concilio IV

celebrado en Orleans el año 541, y en el V del de 549. Fortunato compuso el epitafio de ambos prelados.—C.

RUS DE OSUNA (Venerable licenciado Martin de), presbítero, natural de la villa de Castro del Rio, diócesis de Córdoba, hermano del venerable licenciado Miguel Navarro de Rus, sugeto muy eminente y benemérito, y fundador con su hermano y su padre comun Juan de Rus Navarro, del muy religioso convento de Dominicas Descalzas de aquella villa. «Es muy digno el venerable licenciado Miguel por sus méritos y virtudes de ocuparse de su honrosa memoria. Crióse siendo colegial en el insigne de S. Pelagio de Córdoba, donde aprovechó notablemente, saliendo docto y ejemplar eclesiástico. Su humildad le hizo no ordenarse de sacerdote, porque se juzgaba indigno de ejercer tan alta dignidad, á lo que contribuia el penosísimo ejercicio de los escrúpulos que toleró con gran paciencia muchos años. Al fin el Sr. D. Fr. Diego de Mardones, conociendo las dignas prendas que asistian al D. Martin, le mandó por su provisor, en virtud de la santa obediencia, se ordenase, lo que ejecutó siendo de edad de veintinueve años, y empleó su vida como ejemplar sacerdote. Fueron muchas las dotes que dió para religiosas; muchísimas más las que ayudó con sus bienes á cumplir. Viendo que en Castro habia tres estudiantes excelentes en virtud y letras, y que no tenian capellanías para ordenarse, fundó á cada uno la suya. Todo su esmero le cifró en las religiosas de su convento, á quien cuidaba, regalaba y asistia con notable desvelo, tomando á su cargo todos sus negocios, facilitándolas y regalándolas tambien muy escogidos libros espirituales, de modo que en este virtuoso varon tenian todo su amparo en lo espiritual y temporal. El dia de S. Lorenzo del año 1650, á los setenta y cuatro años de edad, saliendo de su convento de decir misa, dió una caida lastimándose una pierna, en cuya dilatada enfermedad con notable resignacion padeció graves dolores, y por habérsele apostemado, se le abrieron unas llagas de mucha extension. En 15 de Octubre recibió los santos Sacramentos con tanta devocion, que quedó por largo tiempo enajenado de los sentidos. Finalmente entregó su espíritu al Señor con la más santa disposicion, paz y sosiego, el dia 29 de Octubre de dicho año de 1650, y se enterró en la iglesia del mismo convento.»—A. L.

RUS DE LA PUERTA (D. Francisco), eclesiástico natural de Baeza, doctor en filosofía en la universidad de su patria, obtuvo el cargo de prior en la iglesia de Bailen, de la diócesis de Jaen, de cuyo prelado dependia, que desempeñó por espacio de treinta años, ocupándose al mismo tiempo de ilustrar la historia de aquella iglesia, trabajo que llevó á cabo con los mejores resultados. Murió en Jaen, siendo ya sexagenario, el año 1649, despues de haber publicado la primera parte de su obra con el siguiente título: *La his-*

*toria eclesiástica del reino y obispado de Jaen; primera parte, que contiene sus principios y progresos en la religion cristiana*; Jaen, por Francisco Perez de Castilla, 1634, en 4.°—Ximena, en sus *Anales de Jaen*, refiere que la segunda parte de esta obra se conserva manuscrita en el archivo de aquella iglesia, tomando de aquí ocasion para elogiar el mérito y la piedad de su autor.—S. B.

RUSAND (Mateo Plácido) ó el piadoso impresor y librero. No vamos á hacer en este artículo la biografía de un eclesiástico, de un religioso ni de un santo, sino la de un hombre piadosísimo y virtuoso en medio de la impiedad más desenfrenada, de la irreligion más absurda y del desencadenamiento de todos los vicios y de todos los crímenes y maldades, razon por la que no le creemos indigno del lugar en que damos razon de los santos y de los bienaventurados, entre cuya privilegiada clase le creemos afiliado en la divina misericordia. Fué Rusand, segun su biógrafo Michaud el jóven, en su *Biografía Universal Francesa*, al que vamos á seguir en este artículo, uno de los hombres más virtuosos de nuestro siglo, y uno de los que en tiempos de perversidad é irreligion practicaron con más zelo y sinceridad los verdaderos preceptos de la moral evangélica. Era á pesar de esto un hombre de mundo, sin ningun lazo eclesiástico que le uniese á la Iglesia ni á ninguna órden religiosa, y que vivió desterrado en medio de los peligros y agitaciones de las revoluciones y de la guerra; un comerciante probo, un excelente esposo y un padre de familia ejemplar. Nació este hombre virtuoso en Lyon el dia 2 de Enero del año de 1767, hijo de un librero muy afamado por su probidad. Perdiendo á su buen padre aún muy niño, quedó el único apoyo y la sola esperanza de una piadosa madre, que conservó sus bienes solo para entregárselos á su tiempo. Decidida á hacer toda clase de sacrificios por hacerle digno de ellos, le obligó á seguir sus primeros estudios en uno de los mejores colegios del país, que fué el de Bourg-en-Bresse y no de Beaugen como se dice en su noticia biográfica por un error que deshizo en la suya el expresado Michaud el jóven, que fué condiscípulo suyo y que le profesó particular amistad. Tenian entónces á su cargo el colegio de Bourg los sacerdotes que habian sucedido en él á los jesuitas, conservando sus buenas tradiciones. Dejó Rusand este colegio para ir á Lyon á estudiar la filosofía y la química en el seminario de S. Ireneo, en el que se instruia tanto á los que se dedicaban al estado eclesiástico como á los demas, pues que entónces no se creia, como despues, que la enseñanza de la religion y de la moral no pudiesen darse en un seminario á toda clase de personas, fuese la que quisiese la carrera que debiesen seguir. Aun cuando á pesar de su resistencia fué Rusand destinado al comercio, hizo sus últimos estudios en el seminario, en donde fué condiscípulo de Camilo Jordan, de Raves, de Ge-

rardo y de otros muchos que se han hecho célebres. Luego que acabó sus estudios se apresuró Rusand á aliviar á su madre la carga que se habia echado solo por él, y entró en la carrera del comercio que tan dignamente debia recorrer. Sobrevino de allí á poco la revolucion, que destruyó tantos proyectos y cambió tantas existencias, y en tanto que Rusand no creyó que este órden nuevo de cosas traia en pos de sí la destruccion de la monarquía y de la religion que tanto amaba, se sometió á las innovaciones sin desearlas ni provocarlas de manera alguna; pero cuando ya no le quedó duda alguna de que sus tendencias eran derribar el altar y el trono, objetos de su cariño, se apresuró á separarse de una revolucion que destruia cuanto habia aprendido á venerar y amar. En el sitio de Lyon en 1793 fué cuando Rusand tuvo lugar de ver el furor de la horrible tiranía de la Convencion Nacional, y esto exaltó su celo religioso y realista extraordinariamente. Decidido á combatir como mejor pudiera á la revolucion, tomó un fusil y peleó con mucho valor en las filas de la milicia lionesa en un principio, y despues á las órdenes de los jefes realistas, como ayudante de campo de uno de ellos, á cuyo lado fué un héroe cristiano, hasta que la desgraciada ciudad se vió obligada á rendirse y abrir sus puertas á la cohorte de la montaña. Distinguióse demasiado por su zelo y valor para que pudiese quedar oculto su nombre á las pesquisas de los opresores, que sedientos de sangre inundaron de ella las calles de Lyon. A fin de librarse de ser víctima de aquellos sicarios, se vió Rusand precisado á huir, y despidiéndose de su madre á la que juzgó no volver á ver, á favor de un disfraz llegó á territorio suizo, en donde se reunió á muchos de sus compañeros de armas desterrados como él y que solo tenian un pensamiento: volver á su patria y restablecer el órden y la monarquía. Con estas buenas disposiciones se alistaron muchos de ellos en el ejército mandado por el príncipe de Condé, que se hallaba entónces en Brisgaw, en los confines de la frontera helvética. Antes de tomar las armas en este ejército, llenó Rusand todos sus deberes religiosos y se aconsejó y tomó la bendicion del arzobispo de Avian, que á la sazon se encontraba en Fribourg. Distinguiéndose por su inteligencia y por su valor, se le ofreció en el ejército un ascenso que rechazó, porque no siendo la militar la carrera que deseaba seguir, solo accidentalmente habia tomado las armas, y tambien rehusó un empleo en la administracion con el que hubiera podido hacer fortuna, y continuó combatiendo en las filas como simple soldado en Berstheim y Biberach, siempre que este pequeño ejército, que segun la expresion del austriaco Wurmsser se engrandecia con el fuego, tuvo necesidad de pelear. No se separó Rusand de sus compañeros de armas hasta que la ciega y pérfida política de las potencias, despues de haber arrancado de las filas á su rey desterrado y fugitivo, les obligó á ellos tambien á buscar en

los desiertos de Rusia un asilo. Entónces tomó Rusand sigilosamente el camino de la patria, y con un industrioso disfraz llegó hasta el hogar paterno. Cuál no fué su alegría y su dicha cuando se vió en los brazos de su querida madre, cuya existencia hacia cuatro años que ignoraba! Obligado á permanecer oculto á fin de sustraerse á las crueles leyes de la emigracion, no fué descubierto y no experimentó desgracia alguna personal, pudiendo en secreto ayudar á su madre en su comercio y consolarla. Aun cuando Rusand se habia expresado siempre con calor en cuanto á sus afecciones políticas, que jamás habia ocultado ni disimulado, no tenia enemigos, ántes por el contrario todos los partidos respetaron su lealtad y sus virtudes, y por lo tanto no fué jamás denunciado. Disfrutando de bastante seguridad y con medios para poder elegir una esposa, en 1798 se unió en matrimonio á la señorita Boin de Beaupré, cuyas gracias y virtudes la hacian digna de él, y á la cual hacia mucho tiempo tenia inclinacion. A pesar de la seguridad con que por el aprecio de sus conciudadanos disfrutaba Rusand, no salió de la ansiedad y peligro en que á todos los hombres honrados tenia la revolucion, hasta que Bonaparte abolió al propio tiempo las leyes de la emigracion, y decidió por su concordato con Pio VII el restablecimiento del catolicismo en Francia. Puede considerarse fácilmente la alegría que experimentaria Rusand, cuando siendo testigo de este feliz restablecimiento pudo apresurarse á poner en práctica sus consecuencias. Iniciado entónces por su posicion y sus antecedentes de todos los deseos y necesidades del catolicismo, fué uno de los que tomaron más parte en este pais en el restablecimiento de la religion y del culto divino hacia tanto tiempo prohibido. Nombrado desde luego mayordomo de fábrica de la iglesia de S. Nieser, conservó hasta el fin de su vida este honroso cargo, y todos los feligreses de esta parroquia han atestiguado que por su celo y su piedad no cesó un instante de presentar el modelo más completo de todas las virtudes. Concurrió del modo más eficaz á la restauracion del calvario, que se arruinaba, y al establecimiento del seminario, logrando con buenas condiciones que el dueño de la antigua abadía de Argentiere, que la habia comprado á los revolucionarios, la volviese para este fin. Tuvo tambien una gran parte en el restablecimiento de los hermanos de la Doctrina cristiana, de las religiosas Trapistas y de otras muchas fundaciones piadosas y de beneficencia, á cuyo fin abrió generosamente su bolsillo para los gastos necesarios y desplegó toda la actividad de su zelo religioso. A pesar de esto no descuidaba su comercio, por manera que aseguraba á un tiempo el porvenir de su familia y el triunfo de la religion, reimprimiendo los mejores libros de piedad y de liturgia que habia procurado destruir la revolucion por todas partes, los cuales vendia sumamente baratos con el fin de propagar las buenas doctrinas y de hacer más fácil y

ménos costosa la instruccion de la juventud y del clero, y por esta razon daba á cinco cuartos los catecismos que siempre se habian vendido á veinte. Esta especie de zelo le atrajo y le granjeó algunas enemistades y calumnias por parte de algunos libreros; pero nada pudo conseguir apartarle de su admirable sistema de abnegacion y desinterés. Ciertamente que estas ediciones, hechas con tanta exactitud como desinterés, tenian un prodigioso despacho en la diócesis, en donde se preferian á todos los demás los libros que salian de las prensas de Rusand, el cual justificaba esta confianza por medio de los más atentos y escrupulosos cuidados. Más de una vez le aconteció sacrificar ediciones enteras y experimentar pérdidas considerables por que no saliesen en un volúmen faltas y errores contra las costumbres y buena doctrina. Todas las almas piadosas favorecieron tan desinteresada especulacion, la cual mereció tambien la confianza de todos los prelados que se sucedieron en aquella diócesi. Cuando el papa Pio VII fué á Paris en 1805, le dió altas pruebas de estimacion, y despues le nombró su banquero especial en Lyon, y le mandó la condecoracion de caballero de la Espuela de oro, condecoracion que Rusand recibió con mucha gratitud, pero que su humildad y modestia no le permitió usar. El cardenal Fesch, que en un principio no queria á Rusand por su excesivo realismo, acabó por manifestarle de un modo honroso su estimacion y admiracion por sus raras virtudes, y cuando se vió obligado á separarse de su silla por la caida de Napoleon en 1814, este prelado confió su rica y numerosa biblioteca á la probidad de Rusand. No puede dudarse de la alegria que experimentaria Rusand al ver la vuelta al trono de Francia á los Borbones, cuya causa habia defendido con tanto valor y zelo. Ofrecióselo en recompensa de sus servicios cartas de nobleza y la cruz de la Legion de honor, pero su modestia rechazó estas gracias y solo aceptó el título de impresor del rey, más bien por interés de su familia que por el suyo. Así como otros muchos, no tardó en experimentar más de una decepcion, á consecuencia de la ordenanza de 5 de Setiembre de 1816, que rehabilitó en cierto modo al partido revolucionario, particularmente en Lyon, en donde los realistas que habian reprimido una insurreccion contra el poder real fueron perseguidos. Deploró Rusand amargamente las desgracias de Francia; previó las consecuencias de tan funesta aberracion, y más de una vez, dice su biógrafo Michaud, que le vió llorar permaneciendo siempre fiel y sumiso al gobierno legítimo. Cuando tuvo lugar la revolucion de 1830, se hallaba ya retirado del comercio y vivia en una casa de campo que poseia en las riberas del Saona, en donde continuó ofreciendo un perfecto modelo de todas las virtudes hasta los últimos dias de su vida. Murió en Lyon el dia 15 de Diciembre de 1839, rodeado de su familia y de sus amigos, despues de haber llenado con el mayor fervor todos

sus deberes religiosos: «Sed piadosos y virtuosos, les dijo; quedad con Dios, yo os bendigo: pronto rogaré por vosotros en el cielo.» Con estas últimas palabras terminó su edificante vida aquel santo varon. A la sazon sus numerosos hijos estaban convenientemente establecidos y les dejaba para vivir con dignidad. En 1836 habia perdido á su primera mujer, y no pudiendo vivir solo, porque su sensible y afectuoso corazon necesitaba expansion, volvió á casarse, pero no tuvo hijos de este segundo matrimonio: del primero dejó trece hijos. En 1840 se publicó en París una *Noticia biográfica de Mateo Plácido Rusand, antiguo impresor del Rey*, por el abate A. M. ya citado. Despues de leer este artículo, que dedicamos al virtuoso y piadoso impresor de esta obra, y literato español bien conocido por sus obras y ediciones, *Don Alejandro Gomez Ranera y Fuentenebro*, puede considerar el lector si merece bien un lugar en ella un varon piadoso, que tantos bienes hizo á la religion católica en la terrible persecucion que experimentó en el vecino imperio de Francia: si nos hemos equivocado, garantícenos de su enojo nuestra buena intencion.—B. S. C.

RUSBROCK (Juan). Nació en el lugar de su apellido entre Bruselas y Halle en 1294, y llegó á ser el más célebre maestro de los místicos de su época. A los quince años abandonó el estudio de las letras humanas para entregarse á un género de meditacion efectiva pero elevada, cuyo gusto habia tomado en los libros alegóricos de la Santa Escritura, y áun más en los libros atribuídos á San Dionisio Areopagita. Sus piadosas meditaciones le afirmaron más y más en los ejercicios prácticos de la religion. Despues de haber sido consagrado sacerdote, llenó por mucho tiempo las funciones de vicario de la iglesia de Santa Gudula en Bruselas. En tan modesto empleo su celo, sin embargo, le mantuvo en frecuente correspondencia con los jefes de la Orden, y de este modo hizo la reforma de la abadía de San Severino en Chateau-Laudon, en donde se conservan muchas de sus cartas. Su sencilla pero exaltada piedad daba á sus escritos un atractivo de que carecian las producciones escolásticas de su época, y ella le adquirió apasionados sectarios. Al llegar á la edad sexagenaria, abrazó con ellos la vida religiosa, y con ellos se retiró á Groendal (Vanvert), en donde reformó, si es que no le fundó, un monasterio de canónigos regulares, de los que fué el primer prior. La gran reputacion de santidad que le habian granjeado sus escritos, atrajo á su monasterio muchas personas distinguidas, entre ellas á Gerardo Grot, el cual convencido por las reflexiones de Rusbrok, abandonó muy jóven aún el mundo, y formó una congregacion de clérigos que vino á ser la madre de los canónigos regulares de Windeshesin, á los que los de Vanvert, que fueron sus padres, por decirlo así, se reunieron más tarde. No obstante de que Rusbrok fué poco entendido, como hubiese adquirido sencillamente,

segun Poiret, por medio de la experiencia, el conocimiento de la teología mística, se le consideraba como un hombre inspirado. Por relacion de Enrique Pommier, su cofrade, se ha sabido que acostumbraba á anotar sobre sus tablillas, en la soledad de un bosque cercano, los pensamientos que le sugeria su imaginacion, los cuales dictaba al llegar á su monasterio. Rusbrock, á su vez, inspiraba á sus lectores. Seguido de cerca, lo dice Bossuet, por Taulere su discípulo, fué imitado por Gerlae y copiado por Harphius. Venerado y agobiado por los años, calificado de contemplativo por excelencia é iluminado por la Divinidad, murió el dia 2 de Diciembre de 1381, á los ochenta y ocho años de edad. Algun tiempo despues uno de sus adictos, Tomás de Jesus, carmelita español, recogió las actas de su doctrina y de su vida por las biografías que de este santo varon escribieron Enrique Pommier y Marcos Mastelli, autor de la necreología de Vauvert, con el ánimo de obtener de Gregorio XV la beatificacion de Rusbrock; pero uno de los principales escritos de este místico traducido por Gerardo Groot mismo, habia sido censurado por Gerson. Sin embargo de esto, preconizada su doctrina por el cartujo Dionisio, alabada por Auberto le Mire, y declarada buena por el cardenal Belarmino, hubiera indudablemente alcanzado una favorable decision, si el abuso que podia resultar de las expresiones del venerable autor tomadas en un sentido diferente al suyo, no hubiesen hecho temer autorizarlas consagrándolas. Escribió Rusbrock obras espirituales en su idioma natal, de las que formó Surius en su Coleccion de versiones en latin que publicó en Colonia en 1552, 1609 y 1692. Su obra titulada: *De Nuptiis vel de Ornatu Nuptiarum spiritualium, libri III*; fué publicada en flamenco, en latin y en aleman, y fué causa de críticas y de elogios segun las diferentes opiniones de sus intérpretes. Aun cuando la contemplacion interior, segun el mismo autor, debe excluir las imágenes, solo el título de la obra anuncia las alegorías de que está llena, tales como las joyas dadas de presente, la dote, las arras, el matrimonio del alma unida al esposo, lo que por lo demás puede parecer motivado por las expresiones misteriosas del Cantar de los Cantares. Empero el cargo más serio que hizo Gerson á Rusbrock versó sobre una carta que escribió este á un cartujo: es el haber dicho en su vida contemplativa que el hombre en el estado de contemplacion perfecta no solo ve á Dios por medio de una divina claridad, sino que su alma es esa claridad que entra trasformada y perdida en su esencia original, viniendo á ser una con Dios. Juan Schonove, discípulo de Rusbrock, tomó su defensa explicando sus intenciones; pero Gerson respondió oponiéndole sus mismas interpretaciones para probar que el celo del autor no estaba conforme con la ciencia, pues que empleaba expresiones que entendidas literalmente, no podian ménos de alejar á los místicos ménos bien inten-

cionados, y así sucedió segun lo demostró Bossuet al aprobar las observaciones del docto Canciller. — C.

RUSCA (Antonio). Este teólogo de Milan fué uno de los sabios que el cardenal Federico Borromeo, arzobispo de esta ciudad, empleó en la Biblioteca Ambrosiana que habia fundado. Encargóle el prelado componer diversas obras, que se conocen con el nombre de Libros Ambrosianos, cuyos objetos le indicó. El del infierno fué confiado á Rusca, que desplegó en este trabajo una vasta erudicion, y este tratado, lleno de curiosas noticias, se titula: *De inferno et statu dæmonum, ante mundi exitium, libri V, in quibus tartarea cavitas, cruciamentorum genera, ethicorum de his opiniones dæmonumque conditio usque ad magnum judicii diem, varia eruditone describuntur*; Milan, 1621, en 4.°: obra ya muy rara. Murió Rusca en 1645, y fueron sus colegas en la Biblioteca Ambrosiana Collins, F. B. Ferrari y José Visconti ó Vicecomes, todos los que trabajaban con él para llevar á cabo los planes del cardenal Borromeo. — C.

RUSCA ó DE RUSCONES (B. Beatriz), religiosa de la tercera Orden del Seráfico Padre S. Francisco. En el siglo fué esposa del conde Franquino, de la nobilísima prosapia de los duques de Milan. Esta virtuosa y ejemplar señora habiendo quedado viuda, llevó á cabo sus cristianas inclinaciones y deseos, vistiendo el hábito y profesando en el instituto de la Orden de San Francisco, ajustándose, con la mayor exactitud, al cumplimiento y observancia de su regla con tan admirable ejemplo de toda la ciudad de Milan, que generalmente era aclamada y conocida por la *Santa Condesa*. Gastaba muchas horas en el templo en altísima contemplacion, de donde salia superiormente ilustrada para la práctica de los ejercicios de la vida activa. Eran estos muchos, pero los más principales y en que más se ocupaba, atendiendo á su extremada caridad, pues su sensible corazon y su amor al prójimo no le permitian escuchar las escaseces y penalidades de los pobres sin socorrerlos con pródiga mano, proporcionando discretísimamente las cantidades destinadas para las limosnas á la calidad de los necesitados. Otro de sus más frecuentes y humanitarios ejercicios era visitar los hospitales, y consolar á todos los que en la piedad de su corazon buscaban el alivio de sus aflicciones. Con su ejemplo tenia reguladísima su familia, siendo la modesta compostura y honestidad de sus criadas un entero y elocuentísimo panegírico de la virtud de la señora. Perseveró muchos años en tan piadosos ejercicios, uniéndoles la más severa abstinencia y prolongadas vigilias que dedicaba á la más ferviente oracion y á la maceracion y mortificacion de su cuerpo. Llegó á una avanzada edad, cerrando el largo período de su ejemplar y santa vida con la llave de oro de una preciosa muerte. En cuanto se separó su alma felicísima de los lazos que la unian al cuerpo, oyeron los presentes en

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

las alturas una música dulcísima, dejando inferir aquellos sonidos sobrenaturales que los ángeles conducian en triunfo á tomar posesion de su merecida corona en la eternidad de la gloria. Se la dió honorífica sepultura en el convento de la Orden, llamado del Santo Angel de Milan, con la pompa correspondiente á su nobleza, y mucho más á la fama de sus heróicas virtudes. Pocos años despues se la labró un sepulcro de mármol, donde se ve grabada su imágen con el siguiente epitafio, más piadoso que elegante:

*Lucida gemma jacet, Rusca, quæ gente Beatrix*
*Franchino Comiti juncta Corona fuit:*
*Solvitur hocque Viro: Sacer, ó Francisce, sub alis*
*Castæ tuis Vitæ conditione manet.*
*Tertius huic Ordo vivendi præbuit artem,*
*Qua superis gaudet, facta Beata, Deo.*

A. L.

RUSCA (V. Nicolás), natural de Bedano, fué educado en el colegio de jesuitas de Milan á expensas del cardenal Borromeo, é hizo tan rápidos progresos en sus estudios, que en 1589 fué nombrado provincial de la iglesia de Londico, aunque no contaba todavía más que veinticuatro años de edad. No tardó en distinguirse por su zelo contra los errores de Calvino y Zuinglio, y fué uno de los que defendieron la fe católica contra los ministros protestantes en dos conferencias públicas celebradas en Tirano en 1595 y 1596. Desesperando los sectarios de dominar en la Valtelina, le acusaron de estar en correspondencia con España, y de otros crímenes imaginarios, y le dieron muerte en Túnez en 1618 entre los suplicios más horribles. El protestante Agrippa en su *Historia de la pretendida reforma de la Iglesia de los Grisones*, habla con horror de este asesinato, y hace justicia á la inocencia de Rusca. Sus compatriotas, irritados de la tiranía de los grisones, sacudieron el yugo de los protestantes, y han conservado despues constantemente la religion católica.—S. B.

RUSCHA ó RUSCA (Fr. Juan Alejandro) dominicano piamontés, natural de Turin, donde tomó el hábito y profesó; pertenecia á una familia tan antigua como ilustre, la que le proporcionó una educacion propia de su clase, enviándole siendo muy jóven todavía á estudiar á nuestra universidad de Salamanca, célebre á la sazon en toda Europa, y áun en todo el mundo civilizado. Despues de haber terminado la teología, volvió á su patria y provincia de S. Pedro mártir, donde desempeñó diferentes cargos, manifestando en todos las buenas cualidades de que se hallaba adornado. Obtuvo grande fama por su erudicion y elocuencia, con lo que fué promovido al grado

de bachiller en el capítulo general de Roma del año 1670, desempeñando desde entónces el cargo de profesor de Escritura Sagrada y catedrático de la universidad, en cuyo destino trabajó con tanto celo y acierto, que mereció ser promovido al magisterio de su facultad. Nombrado inquisidor general en Vercelli, miéntras ocupaba aquel puesto con extraordinario acierto y zelo, se atrajo algunas enemistades, cuya influencia no tardó en derribarle de su oficio. Pero reconocida despues su integridad é inteligencia, y descubiertas las intrigas de los émulos, fué devuelto á su antigua dignidad con extraordinario aplauso y elogio de todos. Pero cargado ya de años, no ménos que de méritos, falleció á poco, octogenario ya, en 1680. Entre otras muchas obras que escribió este autor, cita Echard las siguientes, que son las que vieron la luz pública:—1.ª *Discorsi morali sopra li evangeli della quaresma, et alcuni sermoni de' Santi*; Tesino, 1668, en 4.°; Turin, 1670, en 4.°—En esta obra dice Rusca que hallándose en Salamanca estudiando teología en 1643, pronunció un discurso de la Natividad del Señor en el convento de S. Esteban.—2.ª *Sermoni nelle festivitá d'alcuni Santi*; Turin por Cárlos Gianelli, 1677, en 4.°—3.ª *Brevis Summa totius philosophiæ*; Turin y Milan, 1663 en 12.°—S. B.

RUSCIA (Fr. Roberto), religioso franciscano, llamado tambien *Rutenus*. Sus obras consisten principalmente en sermones, en algunos de los cuales se hallan expresadas con grande maestría las principales cuestiones filosóficas y teológicas que agitaban á su siglo. Los bibliógrafos no nos han dejado noticia alguna de su vida.—S. B.

RUSCINIO (Fr. Donato de), religioso capuchino, hijo de la provincia de Aquitania. Este valeroso atleta, mártir por la fe de Jesucristo, estaba dotado y favorecido de Dios con las más nobles virtudes, siendo en el claustro un dechado de observancia, obediencia, humildad, y sobre todo de una singular caridad y deseo vehemente de la salud y salvacion de las almas. Este fué el laudable motivo por el que en union de otros tres virtuosos hermanos, Fr. Nicolás de Taulicis, de la misma provincia, Fr. Pedro de Narbona, italiano, y Fr. Esteban de Lanic de Córcega, abandonasen las conveniencias de sus patrias, saliendo á peregrinar con afanes y trabajos á la Palestina, lastimados de que tantas almas se perdiesen en las funestas sombras del error mahometano, sin abrir los ojos á la luz de las verdades del cristianismo. Halláronse en la visita de los santos lugares de Jerusalen, que Cristo nuestro Señor regó con su preciosa sangre y santificó con sus plantas; y haciéndose cargo del precio infinito que empleó su divino amor para sacar al mundo de la esclavitud de la culpa, y ponerle en la dichosa libertad de la gracia, les excitaba el llanto la consideracion de ver tantas almas perdidas en el abismo de sus errores, teniendo tan á la vista y á la mano su re-

medio. Consultaron este punto con suma reserva y secreto, por que no embarazasen su propósito atenciones políticas, siendo, como efectivamente lo era, muy perjudicial al sosten de aquellos santuarios, de que se siguen mayores frutos, el entrar por aquel territorio con el objeto de convertir infieles. Pero firmes los cuatro religiosos en su resolucion, determinaron salir de aquel distrito y entrarse tierra adentro para dar principio á su apostólica tarea. Previniéronse para negocio tan árduo con penitencias y oraciones, alentándose recíprocamente para el combate, gastando bastantes dias en tan santos ejercicios, con los que se acrecentaba más y más la fuerza de la llama de amor divino que ardia en sus corazones. Habiendo llegado á una ciudad populosa, esperaron el dia de viernes, que es el festivo para aquellos bárbaros, y con ánimo intrépido entraron en la mezquita donde estaban congregados, causando en todos grande admiracion su audacia, y esperando de ella alguna novedad favorable al crédito de su falsa ley; porque no siendo permitido á ningun cristiano poner los pies en sus mezquitas sin riesgo de graves penas, y la principal de abjurar la fe de Cristo para conservar la vida, les pareció que á aquellos extranjeros no les podria valer la ignorancia. El cadí ó sacerdote que se hallaba presente, pidió silencio á su numeroso auditorio para examinar los motivos de aquel irreverente atrevimiento, los benditos mártires manifestaron: que eran embajadores del Dios verdadero, en cuyo nombre habian ido á intimarles delicias de paz y de salud eterna; y si con ceguedad voluntaria no querian cerrar los ojos á la luz de la verdad, verian claramente sus errores, que con impuras sombras oscurecian su entendimiento en aquella falsa secta, pues eran tan manifiestos que la razon natural por sí sola los condenaba. Cristo, Dios y hombre verdadero en la santa ley, toda conforme á la naturaleza racional, abria el camino derecho para que todos los hombres llegasen á la vida eterna; que solo en la ley de Cristo habia salud, y eterna perdicion en la de su fementido y falso profeta. Los infieles oyeron con pasmo estas, á su parecer blasfemias, y arrebatados del furioso zelo de su profeta Mahoma, y de su ley ultrajada, los acometieron en confuso tropel para despedazarlos con sus desnudos alfanjes, y así lo hicieran, si la autoridad del cadí no hubiese refrenado su furor, diciéndoles que el quitarles la vida tumultuariamente y sin las solemnidades de proceso no era crédito de su ley, y que convenia á la justificacion de su zelo que emanase su castigo de sentencia, si arrepentidos de su temeridad no diesen satisfaccion de los agravios hechos á su profeta Mahoma negando la fe de Cristo. Pudo el cadí con sus diligencias reservarles las vidas, pero no evitar los malos tratamientos que en ellos ejecutó la rabiosa furia de aquellos bárbaros. Bañados en su sangre, y más muertos que vivos, los llevaron á la cárcel para tomar tiempo de sustanciar

la causa. Puestos en un oscuro calabozo, cargados de cadenas, los tuvieron dos dias sin darles alimento alguno, siendo el motivo de esta crueldad el que la abstinencia corrigiese el juicio, que segun pensaban ellos, habia turbado la destemplanza del vino, pues creian que solo unos hombres faltos de la razon pudieran haberse atrevido á tan temerario arrojo. Los siervos de Dios por fin se repararon en la cárcel de fuerzas concedidas por la divina gracia, y salieron á juicio tan enteros y robustos como si no hubieran padecido tales trabajos. El cadí con benignas palabras intentó reducirlos á que confesasen que su error pasado habia sido aborto de su turbado juicio, y que esperaba que restituidos á su acuerdo, darian satisfaccion del escándalo que dieron en la mezquita, pues era el solo medio que habia de que salvasen las vidas, y disfrutarlas con delicias y conveniencias, para todo lo cual les empeñaba su palabra y autoridad. Los religiosos le contestaron: que por más que tratase de disimular el veneno de su intencion con la dulzura de sus palabras y promesas, no se les ocultaba su falsedad. Que no habian venido á aquel reino á solicitar conveniencias y delicias que hacia muchos años habian merecido su desprecio; que únicamente venian á buscar almas para Cristo, Dios y hombre verdadero, para cuya salvacion y rescate derramó su preciosa sangre de valor inmenso, y que les dolia mucho que las almas que le tuvieron tanta costa, se perdiesen enredadas en los lazos de su abominable secta; que se habia perdido para toda la eternidad su falso profeta Mahoma, y que ellos arrastrando aquella cadena, caminaban al abismo si no rompian sus eslabones con la invencible fuerza de la verdad que les predicaban. En su sano juicio se lo propusieron en la mezquita, y con el mismo acuerdo repetian la propuesta, y que estaban dispuestos á rubricar con su sangre aquella verdad; y si desengañados no la admitian y abrazaban, moririan sin disculpa en su obstinacion, y serían alimento inmortal de las eternas llamas del infierno. Escandalizado el cadí, prorumpió en destempladas voces, llamándolos perros blasfemos dignos de muerte. Dió sentencia de que se les quitase la vida con exquisitos tormentos. Los azotaron por las calles públicas, porque la notoriedad del castigo curase el escándalo; pero los benditos mártires, constantes en el tormento, padecian con inalterable paciencia, y en el suplicio predicaban con animosas voces la fe de Cristo, y abominaban y maldecian la de Mahoma. El vulgo impaciente de la lentitud y flema de los tormentos, trató de atajar los oprobios de su ley abreviándoles la vida, y todos con la ambicion de ser cada uno el verdugo en obsequio de su falso profeta, con las cimitarras los hicieron pedazos tan menudos, que no se conociese en ellos ni la forma ni la figura de hombres. Entregaron á los muchachos los despedazados miembros, que arrastraban por las calles con algazara y suma ignominia. El cadí, rezeloso

de que alguna parte de sus cuerpos pudiese llegar á manos de algun cristiano que la guardase con veneracion, dió providencia para que se recogiesen todas, y en una hoguera se redujesen á ceniza. El fuego reverente tuvo suspensa su voracidad, y se dejó morir y apagar de hambre, como sintiéndose indigno de tan noble y precioso alimento. La luz de este milagro cegó más los enfermos ojos de aquella bárbara gente, y con nueva obstinacion y coraje volvieron á encender la hoguera, y ocurriendo el mismo lance; pero ni á la evidencia de este segundo milagro se dieron por convencidos, haciéndoles entender el cadí que aquel portento era efecto de la magia ó hechicería. Por tercera vez encendieron fuego, y en sus crespas llamas se levantaron como en refulgente trono los despedazados cuerpos. A los bárbaros les pareció que esta vez no se daba por vencida la actividad del fuego, sin conocer que nunca más obsequiosas á los mártires estuvieron las llamas formando teatro para celebrar con lenguas de luz sus triunfos. Faltos de este conocimiento, y firmes en su idea, cebaban la hoguera con nuevos materiales, dando más fuerza al incendio, hasta que desengañados, viendo exaltadas y en nada alteradas los reliquias, apagaron la hoguera, y mataron al fuego como á cómplice de sus agravios. Recogiéronse las reliquias con gran cuidado por órden del cadí, y con sumo secreto las ocultaron donde no pudiese hallarlas la devota codicia de los cristianos.—A. L.

RUSCINO (Fr. Angel de), religioso de la orden de Menores capuchinos y predicador de la provincia de Roma. Su intachable y ejemplar vida concordó muy bien con su nombre; por la dignidad de sacerdote, que se llama ángel del Señor en sagradas letras, por el ministerio de predicar, que ejercitó angélicamente, y últimamente por la sencillez y sinceridad de sus costumbres. De aquí emanó la admirable energía con que predicaba el varon de Dios, induciendo é inclinando á la verdadera penitencia á casi todos los que, entregados á las usuras, abrasados en odios, torpes en la lascivia, y habituados á otros diferentes y graves vicios, concurrian á sus sermones. De esta suerte Fr. Angel, ahuyentando los ángeles apóstatas con la espada de dos filos de la divina palabra, y arrebatándoles la presa de las almas que habian usurpado, por diferentes culpas y faltas, cumplia con la obligacion de ángel bueno. Caminando á un pueblo llamado las Cuevas estando próxima la cuaresma, con el laudable y cristiano fin de predicar á sus moradores; conociendo Satanás por experiencias anteriores la pérdida que iba á tener de almas que ya eran sus prisioneras, temiendo la industria y trabajo del celestial varon, que sabia resucitar para Dios, mediante la divina gracia, almas muertas en cuerpos vivos, y que yacian sepultadas bajo la pesada losa de sus depravadas operaciones, llamándolas á la enmienda con las voces de la verdad; ordenó aquel infernal enemigo, luego que llegó el santo

varon á un bosque muy lleno de encinas, de cuyo fruto se apacentaba una piara de más de trescientos cerdos, de enloquecerlos y enfurecerlos en términos que acometieron rabiosos á Fr. Angel, sin que pudiesen estorbarlo los que los dirigian y cuidaban de ellos, si bien á voces avisaban al siervo de Dios que huyese para librarse del peligro. Así lo procuró el compañero; pero Fr. Angel, sin temor alguno, previno el ímpetu de la bestial y furiosa escuadra, haciendo sobre ella la señal de la cruz, obrando con tanta eficacia, que ninguno de aquellos inmundos animales pudo moverse desde aquel momento ni rebasar el sitio en que se hizo la sagrada señal hasta que ambos religiosos llegaron al punto donde se dirigian. Amó con singular piedad á la Virgen nuestra Señora, y en todos los lugares en que predicaba, era su principal cuidado que se erigiese alguna imágen de esta Señora, porque en sus sermones siempre decia algo perteneciente á la soberana Madre de Dios, explicándose con tiernísimo afecto de devocion; no faltaron á pesar de eso censores que lo atribuyesen á puerilidad, calumniándole y suponiéndole una piedad poco discreta. En el mismo lugar de las Cuevas habia un jesuita muy acreditado por sus letras, pero al mismo tiempo era un injustísimo usurpador de la hacienda ajena. Varias veces le amonestó Fr. Angel para que restituyese lo que disfrutaba sin ningun derecho; pero conociendo que era tiempo perdido el que empleaba en estas instancias, encendido en gran celo del honor de Dios y provecho del prójimo, le reprendió enérgicamente con estas vehementes palabras: « Hombre malvado y perverso, muchas veces con benignidad y blandura te he representado la obligacion que tienes de recompensar y satisfacer los daños que has ocasionado á tus prójimos con la injusta retencion de su hacienda; pero pues has menospreciado hasta aquí las advertencias de este pobrecillo, que desea la salud espiritual de tu alma, te cito ante el divino tribunal para aquel dia que yo salga de esta vida, y tú des estrechísima cuenta al Eterno Juez, de todo lo que has hecho contra caridad y justicia. No habiendo hecho aprecio de los consejos anteriores de Fr. Angel, oyó con risa y mofa sus nuevas amenazas; pero no quedó sin castigo, porque en la misma hora en que el siervo de Dios pasó á la eternidad en el convento de Reate, murió el letrado de repente para comparecer ante el tribunal más supremo, y oir la irrevocable sentencia, y la aplicacion del castigo que merecieron sus injustas operaciones. Agravándose la enfermedad de que murió Fr. Angel, le anunció el médico el peligro en que se hallaba; y con esta advertencia le causó, en vez de pesar, inefable consuelo y mayor ánimo para salir á recibir al Señor que ya se acercaba, y como no es la tierra, sino el empíreo, el lugar selecto y privilegiado en que habitan los ángeles, satisfecho y fastidiado de la primera el siervo de Dios, voló al palacio celestial, rotas las prisiones de la hu-

mana mortalidad. Pasando un año, y abriendo los religiosos el sepulcro en que habia sido enterrado, encontraron el venerable cuerpo, más con apariencias de vivo, que mostrando los estragos de la muerte, libre de toda corrupcion, y representando aquella feliz suerte que su alma gozaba en compañía de los ángeles.—A. L.

RUSCINO (Fr. Ferrario), dominico catalan, natural de Villalonga cerca de Perpiñan, donde tomó el hábito hácia 1273; fué lector de la sagrada teología por la universidad de París, y despues inquisidor probablemente de Languedoc. Ejerció además los cargos de prior en Carcasona y luego en otras ciudades, muriendo por último en su patria. Dejó dos manuscritos que cita Echard de la manera siguiente: 1.° *Istud quodlibet est determinatum à fratre Ferrario Jacobita de Paschate anno Dñi. MDDXXI quinto. Circa nostram disputationem quæsitum fuit de duobus, primo de pertinentibus ad Creatorem, secundo de pertinentibus ad creaturam.*—2.° *Quæstio est Fr. Ferrarii Jacobita. Utrum primi motus vel cogitatio de re illicita sit peccatum, etc.*—S. B.

RUSCONI (Antonio Lamberto). Nació este cardenal patricio boloñés en Cento el dia 10 de Junio de 1743, de la ilustre familia llamada *Rusca dei Rusconi*, que existia ya en Como en el siglo XII, señoreándose en este punto y despues en Bellinzona y Lugano, y en la que florecieron muchos personajes que se hicieron célebres en las armas, en la toga, por su insigne piedad y en las dignidades eclesiásticas, tales como Antonio, ornamento de la orden Franciscana, que fué elegido ministro general por obra de S. Bernardino de Sena, y confirmado por el papa Eugenio IV en capítulo compuesto de dos mil frailes, segun se dice en la página 180 de la *Storia minoritica* del P. Benoffi; y en la *Series Epic. Forocorneliensium*, que recuerda tambien á Vicente y Beatriz Rusconi, de los condes de Casali, que fueron de la misma Orden y que merecieron se les colocase en el catálogo de los beatos. Pertenecieron tambien á esta notabilísima familia: Nicolás Rusca dei Rusconi, arcipreste de Sondrio, que tuvo la gloria del martirio en 1618 por la maldad de los calvinistas; los cardenales Pedro, del título de Sta. Susana, y Jorge obispo de Trento, no conocido por Cardella en su obra sobre los cardenales: los obispos S. Eutiches, Juan y Valeriano de Como, Juan de Verona, Gerónimo de Cattaro, Juan de Parma, Lamperto ó Lamberto arzobispo de Milan, y Pedro Dionisio, obispo de Amatunta en 1801. Esta familia con respecto al cardenal de que tratamos, fué agregada en varias épocas á los estados de nobleza de Bolonia, de Rávena, Anagni, Alatri, Ferentino, Veroli y Foligno, segun lo manifiesta Cancellieri en la dedicatoria á este Cardenal de su obra *Notizie istoriche delle chiese di Sta. María in Julia, di S. Gio-Calibita nella isola Licaonia, e di S. Tommaso degli Spagnuoli ó della Cattena, detta poi dei SS. Giovanni é Petronio de' Bolognesi etc.* Bolonia 1823. El mis-

mo autor señala en el *Mercato*, página 284, esta obra: *Robi Rusca il Rusco owero della Historia della famiglia Rusca Rusconi*; Venecia 1677. Fué el Padre Bartolomé hombre docto y piadoso, muy solícito y vigilante de la educacion moral y científica de nuestro cardenal Antonio, y contribuyó al desarrollo de su ingenio, haciéndole aprender en Bolonia las ciencias. Correspondió tan perfectamente al celo de su director, que no tardó en recibir el grado de doctor en el liceo pontificio y cesáreo. Trasladándose á Roma para dedicarse, por disposicion de la Santa Sede, á los estudios eclesiásticos á cuya carrera se inclinaba, su justo encomiador Cancellieri le conoció por medio del P. Julio César Cardona, jesuita, y no tardó no solo en admirar su singular virtud y edificante conducta, sino su asídua aplicacion al estudio, para cuyo más fácil ejercicio principió á formar una escogida biblioteca, que fué ampliando con su finísimo gusto, y enriqueciendo con nuevas y preciosas adquisiciones. Admitióle el Pontífice Clemente XIV en la prelatura, y entre los abreviadores, segun se dice en las *Notizie di Roma*, y despues Pio VI le declaró ponente en la congregacion del Buen Gobierno, en cuya representacion le fué encomendada la visita de varias comunidades del estado en las provincias de Sabina, Marítima y Campaña, Pontecorvo y Benevento, en cuyas honrosas comisiones dió pruebas evidentes de su habilidad y de su celo por el bien público. Despues de haber desempeñado con éxito otras muchas comisiones, el papa Pio VI le promovió á auditor del camarlengato, cargo en que se habia ejercitado el mismo Pontífice, y en el que tuvo más vasto campo para hacer resaltar su ya experimentada pericia en materias legales y económicas, encontrándose desde entónces en contínuo contacto con el cardenal Cárlos Rezzonico, sobrino de Clemente XIII. En 15 de Diciembre de 1801, Pio VII le nombró auditor de la Sta. Rota Romana por la ciudad de Bolonia, que se le presentó para este empleo, razon por la que el prelado, para mostrarse agradecido y afectuoso ciudadano, hizo trasportar desde su palacio de Bolonia á aquel instituto de las ciencias, segun la opinion de los arqueólogos boloñeses, la intacta estatua de Neron en edad juvenil, todavía no depravado por sus vicios, que arengando en el Senado romano en favor de los boloñeses, con motivo de un desgraciado incendio, obtuvo á favor de Bolonia un generoso subsidio, digno de la munificencia de aquella augusta asamblea. Despues de los fatales trastornos de la segunda invasion francesa, en 1814, en que se reintegró á Pio VII en su soberanía pontificia, cometió este Papa á monseñor Rivarola la órden de restablecer el gobierno pontificio, ayudado de una congregacion de estado, de la que nombró el Papa miembro á Antonio. En premio de tantos servicios, y en testimonio de verdadera estimacion y confianza, Pio VII en el consistorio que celebró el dia 8 de Marzo de 1816, creó á Rusconi cardenal del orden

de sacerdotes, y obispo de Imola, iglesia predilecta que gobernó este Papa durante su cardenalato, y que hasta entónces habia retenido, la cual aceptó Rusconi, que en su modestia habia rehusado ántes los obispados de Como, de donde se originaba su familia, y de Crema. Aplaude Cancillieri esta doble promocion, en su opúsculo *Prose Inscrizioni é Versi*, Roma 1816. Confirió á Rusconi el Papa á 29 de Abril del mismo año, el título de protector de la iglesia de S. Juan y S. Pablo, en la que el Cardenal, además de otras obras benéficas que hizo, renovó la campana hecha ya por el cardenal Camilo Paolucci, la que bendijo con sus correspondientes inscripciones. Adscribióle Pio VII á las congregaciones de Obispos y Regulares, Exámen de Obispos en sagrados cánones, Concilio é Indulgencias, y Santas Reliquias. Consagró el Papa obispo á Rusconi por su propia mano, en su capilla secreta, con el cardenal Rigaute, obispo de Ancona, segun se dice en el *Diario de Roma*, número 33 de 1816; y en el número 43 se manifiesta: «El lunes por la mañana partió de esta metrópoli el Emmo. Rusconi á Imola, para tomar posesion del cuidado pastoral de aquel obispado. Lleva á aquella catedral cuatro cálices, uno de ellos de oro, y un precioso relicario no ménos estimable por su valor que por su hechura, dones remitidos á aquella iglesia episcopal por el Papa, que la tiene particularísimo cariño, habiéndose dignado conceder honrosas distinciones á sus canónigos. El señor Juan Camilo Rusconi, sobrino del Cardenal y mayor de la tropa urbana de Bolonia, ha sido condecorado por breve pontificio con el título de marqués, por su constante fidelidad y adhesion al principado.» Hay en este anuncio un error, y es que el título de marqués no se concedió al sobrino Juan Camilo, sino á Pedro Dionisio, primogénito, y á su hermano Domingo, primos hermanos del Cardenal. Durante la invasion francesa, la familia del Cardenal socorrió á los canónigos del Vaticano y á otros sacerdotes, distinguiéndose en esto el marqués José Rusconi, primo hermano del padre de aquel, y padre de monseñor Juan Rusconi, que fué clérigo de Cámara, consultor de estado por lo respectivo á Hacienda, y despues vicemayordomo, y ministro del ejército papal y de las obras públicas. Cuéntase por Moroni en el artículo *Imola* de su expresado *Diccionario de erudicion eclesiástica*, los beneficios hechos por el Cardenal á aquella diócesi, tomándolo en su verdadero sentido, y manifestando al propio tiempo que encargó á la elegante pluma de Domingo Marsella publicase las memorias de sus antecesores en el episcopado, en su expresada obra de las *Series*. No perdonó el Cardenal fatiga alguna para promover el mayor bien de su vasta diócesi, visitándola por todas partes, excitando al clero y al pueblo al cumplimiento de sus deberes, no solo con su ejemplo sino tambien por medio de fervorosas homilías y celosas exhortaciones. Decoró á la catedral con un suntuoso altar mayor de exquisitos mármo-

les, proporcionado á la majestad del templo. Dió más de cinco mil escudos para edificar la iglesia parroquial aneja de Poggiolo, la cual consagró, y de este modo libró tambien de la ruina la iglesia unida al palacio episcopal de la villa de Torrano, cuya fábrica restauró aumentándola y fortificándola al propio tiempo. Restableció en Imola á los Capuchinos, á los Menores observantes en el santuario de la Vírgen de Pinatello y en Massa Lombarda; las monjas Dominicas en Imola y en Castel-Boloñés, y en la primera parte tambien las Franciscanas en el magnífico convento habitado ántes por las Estefanas, por lo que las alumnas de S. José fueron trasladadas al local de las Capuchinas, ocupando despues el Seminario á cuyo incremento y lustre dedicó desde luego su más exquisita atencion. Embelleció á Imola con diversas inscripciones monumentales, ya en la iglesia del monasterio de las Dominicas, ya en alabanza de Pio VII su predecesor, ya de otros modos. Pio VII en 1820 le declaró legado de Rávena, en donde hizo poner inscripciones al pedestal de la estatua de bronce en el palacio apostólico de la legacion, en cuya bóveda hizo pintar una representacion de Pio VII, su escudo de armas, y en los muros renovó las de los cardenales legados de la época de Julio II y de su predecesor, borrados en las conmociones políticas. El amor que tenia á la ciencia epigráfica, que cultivó con mucho éxito, le obligó á donar al museo lapidario del Vaticano su magnífica coleccion de inscripciones antiguas, en lo que dió mucho contento al Papa y á los arqueólogos romanos, segun se dice en el *Elenco de' soggeti esistenti nel Museo Vaticano* publicado por este en 1821, y en el prefacio del *Museo Chiaramonti descritto e illustrato da F. A. Visconti e G. A. Guattani.* Muerto Pio VII en Agosto de 1823, le celebró solemnísimos funerales, y publicó una carta pastoral excitando á los fieles á rogar á Dios por la eleccion de su sucesor. Elegido que fué papa Leon XII, le confirmó inmediatamente en la legacion de Rávena, la cual continuó gobernando con laudable prudencia, haciendo beneficios públicos que aún se recuerdan. Al llegar el Cardenal á los ochenta y dos años, le sobrevino una enfermedad inflamatoria, y murió en Imola el dia 1.° de Agosto de 1825, celebrándosele unas suntuosas exequias en la catedral: en esta iglesia fue sepultado y llorado por sus diocesanos que le amaban mucho. Eterna será en Imola y en todos los puntos en que mandó este Cardenal su fama por la mucha virtud que brilló en él, y por los infinitos beneficios que hizo, razon por la que el *Diario de Roma* de 1825 anunció su perdida con un grande y merecido elogio.—C.

RUSELLUS (Fr. Pedro), franciscano inglés, de una antigua y distinguida familia que sería probablemente la de Rusell, tan célebre en nuestra época. Siguió su carrera en la universidad de Oxford, afamada ya en aquellos tiempos en Inglaterra, y obtuvo el grado de doctor en sagrada teología,

distinguiéndose tanto por sus conocimientos como por sus virtudes; valiéronle sus buenas cualidades ser elevado á los primeros puestos de su religion, entre ellos al de provincial de Inglaterra, el más encumbrado á que podia aspirar en su época. Se supone vivia en 1410, sin que se nos diga el año de su muerte. Se ignoran las demás circunstancias de su vida, y áun de sus obras solo se conoce una que se dice escrita á consecuencia de la grande devocion que tenia al apóstol S. Pedro; lleva el siguiente título: *In utramque Sancti Petri Epistolam, libros duos.*—S. B.

RUSHTON (Eduardo). Perteneciente á una antigua familia de Blackburn, en el Lancashire, hizo sus estudios en Oxford, desde donde despues de haber tomado el grado de bachiller en artes, se fué á Douay en 1573. Estudió en esta ciudad la teología, y fué á Roma en 1577, en donde se hizo sacerdote. Enviado al cabo de tres años en mision á su país, fue arrestado, encerrado en la Torre de Lóndres, y condenado á muerte con el P. Campian. Conmutóse esta pena en la de destierro, y despues de cuatro años de prision, pudo volver á Roma, desde donde fué á Pont-Mousson, en donde murió de peste en 1586. Fué Rushton excelente latino y muy entendido en la Historia eclesiástica. A él se debe la primera edicion de la obra de Sanders titulada: *De chismate anglicano;* que publicó en 1585, en Colonia, en 8.°, despues de haberla corregido y aumentado un tercer libro. Habia compuesto un libro cuarto en forma de apéndice, que apareció en la edicion de 1628, con una respuesta á los argumentos de Pickering contra la reina María Estuardo y la relacion de la muerte de esta desgraciada princesa. Las obras que compuso fueron las siguientes: *Synopsis rerum ecclesiasticarum ad ann. Christi* 1577, que es una tabla cronológica en doce columnas, para el uso de los estudiantes del colegio de Douay.—*Profesion de fe*, que contiene veinticuatro argumentos.—*Rerum pro religione catholicâ in Turri Londinensi gestarum ab anno* 1580 *ad annum* 1585; obra que se encuentra en la de Sanders.—*Religiosorum et Sacerdotum nomina qui pro defensione primatus Romanæ Ecclesiæ per martyrium consummati sunt sub Henrico VIII*; en la edicion de Sanders de 1628, segun el biógrafo Tabarand.—C.

RUSIENSE (Fr. Pedro), religioso dominico del siglo XIII, natural de Corbia, patria de tantos hombres ilustres más bien que por el nacimiento por sus grandes adelantos en las letras, pues la abadía que allí existió, fué por largo tiempo el semillero de los hombres más grandes y eminentes que produjo la edad media. Ignórase si este religioso adquirió allí su primera educacion, ó si la debió á la órden de Sto. Domingo, dondo tomó el hábito siendo muy jóven todavía. Piadoso por naturaleza, hizo los mayores progresos en el camino de la virtud, y consiguió presentarse digno émulo de los que más ancianos ó más prácticos pasaban por los herederos del espíritu

que Sto. Domingo de Guzman habia inspirado á su órden de Predicadores. Cuando Pedro terminó sus estudios y obtuvo las órdenes sagradas, continuó probando con su contínua aplicacion, sus penitencias y mortificaciones, que debia ser algun dia uno de aquellos grandes héroes que ya combatiendo con los herejes, ora procurando desarraigar las malas costumbres, debian obtener repetidos triunfos hasta colocar á su Orden en el grado de apogeo y esplendor en que la admiramos en los primeros siglos. Rusiense, en efecto, fué un predicador afamado, y sus sermones oidos con tanto placer como fruto le atrajeron el afecto y la estimacion, no solo de su numeroso auditorio, sino tambien de sus superiores, y áun del soberano Pontífice, que le llamó á Roma para escucharle. Pero en extremo modesto, esta larga carrera de triunfos que áun en menor escala hubieran embriagado á otros muchos halagando su ambicion, no tuvieron para él resultado alguno, retirándose tranquilo y contento al rincon de un claustro, único punto donde cifraba toda su felicidad, donde encontraba todas sus delicias. Allí léjos del mundo y el vano humo de las vanidades humanas, pasó este religioso los últimos dias de su vida, entregado á continuas penitencias y austeridades, y preparándose á la partida para una patria mejor donde le esperaban los verdaderos y positivos triunfos que tanto habia ambicionado. Algunos autores suponen que en esta época se entregó á la composicion de diferentes obras, sin que nos digan su título y objeto, motivo por el cual parece más segura la opinion de los que lo niegan, pues sin negarle saber suficiente para ello, creen que no hay datos suficientes para afirmarlo. De todas maneras Rusiense murió apreciado de su Orden y su siglo, siendo citado todavía su nombre con orgullo en justo recuerdo de sus muchos méritos, de su vasta ciencia y mucho mayores virtudes.— S. B.

RUSPOLI (Bartolomé). De la casa ilustre de los príncipes de Cerveteri, nació este cardenal en Roma el dia 25 de Agosto de 1697. En cuanto estuvo en edad de vestir el traje prelacial, el pontífice Clemente XI le admitió en los primeros dias del año de 1719, entre los protonotarios apostólicos, y á la muerte de este Papa mereció que el Sacro Colegio de cardenales le nombrase gobernador del cónclave, encargo que ejecutó con tal vigilancia y esplendidez, que el papa elegido Inocencio XIII le nombró al instante secretario de memoriales, y despues de su breve pontificado, Benedicto XIII, el sobrino de este duque de Gravina, casó con la hermana del prelado, por lo que le nombró secretario de la congregacion de *Propaganda fide*. Fué al año siguiente este Papa á consagrar la iglesia de Vignanello, feudo de la familia en la legacion de Viterbo, y Ruspoli fué en su compañía con las consideraciones de un príncipe. En 2 de Octubre de 1730, Clemente XII le creó cardenal diácono de los Santos Cosme y Damian, y le adscribió á la congre-

gacion de los Obispos y Regulares, de los Ritos, de la Propaganda, del Concilio, de la fábrica de S. Pedro, de la Consulta, del Buen Gobierno, del Indice, del Consistorio, de las Aguas y de los Confines. En 1734 le nombró gran prior de la órden de Jerusalen en Roma; haciéndole despues sucesivamente protector del Hospicio Apostólico, de S. Miguel, de la órden de los Capuchinos, de la archicofradía del Santo Crucifijo, del Cármen en S. Crisógono, de S. Angelo *in Borgo*, de los Agonizantes, del Santísimo Sacramento en S. Francisco de Paula, de S. Eligio de Terrari, de la cofradía de Santa María *in Via*, y del gremio de Mercaderes. Tambien fué protector de la iglesia y hospital de Santiago, de las Monjas Capuchinas en el Quirinal, de las Maestras piadosas, de los monjes del Monte Líbano en S. Pedro y S. Marcelino, y del colegio Germano-húngaro. Asistió al cónclave de que salió electo el papa Benedicto XIV, y murió en Vignanello el dia 21 de Mayo de 1741, á los cuarenta y cuatro años no cumplidos de edad, muy sentido por las bellas cualidades que le adornaban. Conducido á Roma su cadáver, se le sepultó á la entrada de la iglesia de los Capuchinos, segun lo habia dejado ordenado en su testamento, bajo una lápida de mármol en la que se grabaron las insignias cardenalicias y una modesta inscripcion.—C.

RUSSEL ó Rosel. Fué este prelado, segun Pitseus en sus *Ilustres escritores ingleses*, obispo de Lincoln, canciller de Inglaterra, y doctor en teología. Fué hombre de gran piedad, prudencia y erudicion, lo que le valió su elevacion á las primeras dignidades del estado. Nombrado obispo de Lincoln, fué del consejo del Rey y canciller del reino, y créese que vivió hácia los años de 1484, bajo el reinado de Eduardo V, rey de Inglaterra. Entre los muchos libros que escribió este prelado los de más consideracion que han llegado hasta nosotros son los siguientes: *In Cantica Canticorum.—De potestate Summi Pontificis et Imperatoris.*—C.

RUST (Jorge). Este sabio prelado irlandés y doctor en teología hizo sus estudios en Cambridge, de cuyo colegio de Cristo fué miembro. Hízose apreciar de todos por su excelente conducta y por su erudicion. Fué uno de los primeros que se apercibieron de que la teología escolástica era muy débil para combatir y triunfar de las herejías, y áun estéril para lograr una completa instruccion religiosa. Tomando otro camino, se dedicó al concienzudo estudio de las santas Escrituras, de las obras de los padres de la Iglesia y de la historia eclesiástica. Subiendo Cárlos II al trono de Inglaterra en 1660, fué le pedido por Jeremías Taylor se le mandase de Cambridge un hombre capaz de desempeñar el deanato de Connor, y el claustro eligió á Rust, el cual llegó á Dublin en Agosto de 1661, y poco despues tomó posesion del deanato. A la muerte del obispo Taylor en 1667, su obispado se dividió en dos, y se dió el de Dromore á Rust, y el de Down y de Connor á Bayle; pero á pe-

sar de este arreglo se reservó Rust su expresado deanato. Murió Rust aún jóven en Diciembre de 1670, y segun Moreri en su gran *Diccionario histórico*, con relacion á las memorias manuscritas del abate Henegan, fué de gran penetracion, de fecundo ingenio, docto, buen filósofo y sabio. Escribió un *Discurso* sobre la muerte de Taylor, y otro sobre la verdad, y ambos se han impreso publicándose el segundo con unas observaciones que se atribuyen á Enrique Morus.—C.

RUSTICA (Sta), mártir. Dícenos el Martirologio romano que en el cementerio de Priscila de la Via llamada Salaria, en Roma, se conservan los sagrados restos de esta Santa, que murió martirizada por confesar las verdades evangélicas en la misma ciudad, en compañía de las santas Donata, Hilaria, Paulina, Nominanda y Serotina, heroinas romanas que prefirieron los goces del cielo, que son eternos, á los perecederos bienes de la tierra.—C.

RUSTICA (Sta.), vírgen y mártir. La patria de esta Santa fué la ciudad de Caller, y de tal manera se consagró al servicio de Dios, que mereció que los fieles la honrasen con un tan glorioso título y tan florido epíteto como llamarla *Ancilla Domini*, la sierva del Señor, á cuya servidumbre tiene Dios vinculado el reinar. Llamábase así de ordinario, y el ser sierva y esclava suya la parecia una gran dicha, siendo en esto émula y continuadora de la capitana humildísima de vírgenes humildes, María sacratísima, que se tomó este nombre de sierva. Del mismo modo Sta. Rústica, despreciada la nobleza de su linaje, fundó su edificio en este firme fundamento de la humildad, y no en paja y viento de vanidad mundana. Tuvo noticia el presidente de esta doncellita; y mandándola llamar, la dijo: «¿Cómo no te avergüenzas, Rustica, de que siendo noble y pudiendo ser señora, quieras ser y llamarte esclava de un hombre que murió crucificado en un palo, y hacer la vida humilde y abatida que hacen los cristianos?» Respondióle la Santa: «De mayor grandeza es, oh presidente, y de mayor calidad y estima, la servidumbre y humildad cristiana, que el fausto, riquezas y soberbia de los reyes; y ese que tú llamas hombre y crucificado, has de entender que si es hombre, es Dios, que por amor á la humanidad se hizo hombre sin dejar de ser Dios, y si fué crucificado, quiso serlo de su voluntad por librar á los mismos hombres de la muerte eterna.» Conociendo el impío juez que era gastar el tiempo inútilmente pretender apartarla de su propósito, mandó degollarla. Los católicos la dieron honorífica sepultura en compañía de Santa Quadragésima y S. Juvenal, y hallóse su sagrado cuerpo el dia 14 de Febrero de 1626, hallándose primero junto á los sepulcros de dichos Santos uno, orlado todo de labores de mosáico, y en medio este letrero: *Hic jacet Beata martyr Rustica, Ancilla Domini, quæ vixit annis plus minusve duodecim, requievit in pace sub die sexto decimo Kalendas Maii, indictione octava.*

«Aquí yace la bienaventurada mártir Rustica, esclava del Señor, que vivió doce años poco más ó ménos, y reposó en paz á 16 de Abril.» Abrióse el sepulcro de esta Santa el dia 14 de Febrero del año 1626 en presencia del presidente de la ciudad, del consejo y de muchos caballeros y eclesiásticos, y dentro se halló el cuerpo de dicha Santa con los de S. Juvenal y Santa Quadragésima, y fué sacado y visto por todos, como consta por el acta que se levantó. En seguida con la mayor veneracion se trasladó á la catedral para colocarle en uno de sus santuarios. El triunfo de esta Santa fué el dia 16 de Abril, y doce años de su edad: su fiesta se celebra dicho dia, y la invencion el 14 de Febrero.—A. L.

RUSTICI ó RUSTICO, cardenal de la santa Iglesia romana. Fué creado cardenal por el pontifice Honorio II en las témporas de Diciembre de 1127, diácono de S. Jorge en Velobro, y arcipreste de la Basílica Vaticana, y se ve escrito su nombre en una bula de 1128, viéndosele tambien entre los electores del antipapa Anacleto II el año de 1130.—C.

RUSTICIANA, señora de elevado rango y no ménos distinguida por su virtud, á quien dirigió algunas de sus epístolas el pontífice S. Gregorio *el Magno*. El emperador Justiniano habia mandado construir una iglesia en el monte Sinaí bajo la advocacion de la Santísima Vírgen para uso de los monges que vivian en aquella montaña en el desprecio de los placeres y de las riquezas del siglo y en una contínua meditacion de la muerte. Sus virtudes llamaron la curiosidad de los extranjeros, que iban á verlos para edificarse en sus ejemplos. Rusticiana, señora de elevado linaje, que habitaba en la corte, dió parte á S. Gregorio del designio que tenia de ir á visitar aquellos santos lugares: tardó sin embargo algun tiempo en verificarlo, y por último emprendió el viaje. Este santo, que la habia reprendido en un principio por lo que habia tardado en ponerse en camino para el monte Sinaí, la reconvino tambien despues porque habia vuelto con demasiada precipitacion, sin haber tenido tiempo para contemplar la virtud de tantos solitarios, y de gustar las dulzuras del retiro. Añadia que se rezelaba no haber mirado más que con los ojos del cuerpo aquellos santos lugares, sin abrir los del corazon sobre tantos objetos edificantes, puesto que su vista no habia desterrado de su corazon el amor á la corte y á la ciudad de Constantinopla. La invita á ir á visitar el sepulcro de S. Pedro en Roma, asegurándola de la proteccion de este príncipe de los Apóstoles, con la que nada tenia que temer de los ejércitos que inundaban la Italia. Rusticiana hizo muchos regalos y caridades á las iglesias y á los pobres. Envió á S. Gregorio diez libras de oro para el rescate de los cautivos, velas para adornar la sepultura de S. Pedro, y limosnas para el monasterio de S. Andrés. S. Gregorio se valió del crédito que gozaba esta señora cerca del emperador para impedir

los malos designios de un tal Beator. En otra carta que escribió á Rusticiana, se queja de que al escribirle se calificaba muchas veces de sierva suya. «¿Cómo, la dice, podiais llamaros mi sierva, cuando yo era vasallo vuestro ántes del episcopado, y á consecuencia de los cargos del episcopado soy el servidor de todos? Os suplico en nombre de Dios Todopoderoso, que no vuelva á encontrarse ese término de sierva en las cartas que me escribais en lo sucesivo. Con respecto á los presentes que habeis enviado á S. Pedro, se han recibido en presencia de todo el clero y colgado despues en la iglesia. Veo en vuestras cartas que deseabais se llevasen en procesion á la iglesia de S. Pedro cantando las letanías; no se ha hecho, porque vuestros presentes han llegado ántes que vuestra carta.» Consistian estos regalos en velos para el adorno de los altares y para cubrir á lo que parece el copon en que se conservaba el cuerpo de Jesucristo. La da gracias por las limosnas que habia enviado al monasterio de S. Andrés, que se hallaba tan bien gobernado, dice, como si hubiese sido su abad el mismo santo apóstol. — S. B.

RUSTICIANO (S.), obispo de Brescia. Sucedió á S. Honorio y floreció en tiempo de Constantino, arriano, diciéndose que murió desterrado. Citanle el obispo Ramberto en la traslacion de S. Filastro. Elias Capreolus en el libro IV de sus *Anales*, y Ascanio Martinengo, abad, en el libro de los *Santos de Brescia*. Ferrario asegura celebrarse su memoria en 5 de Enero. — S. B.

RUSTICIO ó Rustico (S.), obispo de Lyon. Ninguno de los autores que se han propuesto tratar de este santo Obispo nos refieren nada de su país ni de su familia. Solo Baronio y MM. de Sainthe-Marthe le confunden con Rústico de Burdeos, amigo de S. Sidonio: lo que no puede sostenerse como se deducirá de lo que vamos á decir en este artículo. Pero nada impide que segun todas las apariencias posibles sea el Rústico, hijo de Aquilino, íntimo amigo del mismo S. Sidonio y compatriota suyo, es decir, natural como él de la ciudad de Lyon. Rusticio descendia por lo tanto de una familia tan notable por su amor á las letras y la virtud que eran hereditarias en ella, como ilustre por los elevados cargos que habia desempeñado. Existia entre ella y la familia de Sidonio una estrecha union, que subistia sin alteracion de padre á hijo hacia tres ó cuatro generaciones. Una noble y mútua inclinacion á las letras, el ejercicio de los mismos cargos, la misma fortuna, el mismo fondo de honor y de probidad habian unido estrechamente á Decimio Rústico, prefecto de los tiranos Constantino y Constante, y bisabuelo de S. Rústico, con Apolinario, abuelo de S. Sidonio, y los mismos sentimientos de virtud habian hecho detestar á ambos todos los vicios de los tiranos. Tambien el padre de éste y el abuelo de Rústico habian sido educados juntos desde su infancia, siendo al mismo tiempo tribunos y secretarios durante el imperio de Honorio, pues prefecto el uno de las Galias y vi-

cario el otro en tiempo de Valentiniano III, estuvieron siempre inviolablemente unidos como dos hermanos. En los sucesivos, Aquilino y Sidonio, nacidos en la misma época y en el mismo lugar, instruidos por los mismos maestros y en los mismos ejercicios, no tuvieron tampoco más que un corazon y un alma. Estos, por último, inspiraron á sus hijos Rústico y Apolinar los propios sentimientos de union y de amistad, y les formaron para hacer revivir en ellos las virtudes de sus ilustres abuelos, como hacian revivir su nombre. Tales fueron el nacimiento y la educacion de S. Rusticio, que muy léjos de degenerar en él los supo sostener con mucha dignidad. Fué elevado á su vez á los grandes empleos y honores del siglo, pero lo que es incomparablemente más glorioso para él, los desempeñó siempre más bien como obíspo que como magistrado. Así preludiaba lo que debia ser algun dia, pues habiendo vacado la sede episcopal de Lyon por muerte de S. Lupicino, fué elegido S. Rústico en su lugar. Ignórase el año de su consagracion, pero si el 3 de Febrero, en que se hace memoria de S. Lupicino, es el dia de su muerte. S. Rustico sería colocado en la silla, por lo ménos, en 493, como puede con facilidad probarse por la fecha de la respuesta que le dirigió el papa S. Gelasio en 22 de Febrero de 494. Esta carta es en contestacion á la que S. Rusticio, siendo ya obispo, habia escrito al papa para manifestarle el dolor que sentia ya por los males públicos de la Iglesia, ya los que S. Gelasio sufria en particular por la desolacion y las miserias que las guerras de Odoacro y de Teodorico ocasionaban entónces en Italia. Como S. Rusticio le habia enviado en aquella misma época una suma de dinero, de que Gelasio tenia grande necesidad, éste le da gracias muy cordialmente elogiando mucho su caridad. Le suplica que continue sus ejercicios y los extienda tambien sobre S. Epifanio, obispo de Pavía, que iba á las Galias á rescatar á los italianos cautivos. S. Rusticio correspondió á esta súplica y se apresuró á satisfacerla. Tan pronto como supo que S. Epifanio llegaba á Lyon, se llenó de una alegría espiritual que le hizo salir á su encuentro hasta más allá del Ródano. Informóse allí del motivo de su viaje, y avisó estuviera alerta contra las astucias y malas artes de Gondebaldo, rey de los borgoñones, á quien obedecia entónces Lyon, para que este príncipe no le sorprendiera con sus respuestas y sus objeciones artificiosas. Ignórase el tiempo que gobernó S. Rústico la iglesia de Lyon. Pero su nombre se halla anotado en diferentes martirologios en 29 de Abril. Hay motivo para suponer que no vivió más allá del año 499, pues desde el mes de Setiembre ocupaba Esteban la silla de Lyon. Lo que se infiere de la célebre conferencia de los obispos de las Galias contra los arrianos, que se celebró el mismo año en aquella ciudad. No ha llegado hasta nosotros la carta de S. Rusticio al papa S. Gelasio, que la califica de una carta llena de dulzura y de con-

suelo. Tampoco se nos han conservado las demás que escribió durante su mútua correspondencia. Seguramente es una pérdida para la historia de la Iglesia la falta en que nos encontramos de las que se referian al asunto de Acacio en Constantinopla, en particular, cuya deposicion habia separado de Roma á casi todo el Oriente, y causaba muchas turbaciones en la Iglesia. Pues no puede dudarse de que habiendo suplicado S. Gelasio á S. Rústico que le dijera cuál era el parecer tanto suyo como de los demás obispos de las Galias sobre esta cuestion, el celo y la caridad de nuestro santo prelado le obligarian á escribir diferentes cartas con este motivo, tanto á sus colegas en el episcopado, como al mismo Papa. Pero la incuria de los tiempos nos ha privado de estos monumentos preciosos de la antigüedad. Por lo demás esto no nos autoriza á poner á S. Rusticio en el número de los escritores, ni se nos debe vituperar por haber dado á conocer su nombre y virtudes confundido y mal caracterizado por muchos escritores. — S. B.

RUSTICIO, sacerdote conocido por una carta del papa Inocencio, á Marciano, Rufo y otros obispos de Macedonia, en que les manifiesta que es de opinion que habia creido se debia recibir á la comunion, y dejar en posesion de sus iglesias á algunos clérigos, que habiendo sido ordenados de sacerdotes ó diáconos por Bonnoso ántes de su condenacion, habian abjurado despues su error. Pero hallándose este Pontífice en Roma para ayudar á su pueblo en sus necesidades, se le presentaron el sacerdote Gennacion y el diácono Lupertino para decirle, que si bien Marciano les dejaba gobernar las iglesias que habian obtenido en su diócesis, no habian podido obtener aún su conversion. Ignoramos la razon que para esto pudiera tener Marciano; pero no era, como han creido algunos, que quisiese este Obispo que se hiciesen ordenar de nuevo como Rusticio, que se habia hecho sacerdote por una ordenacion reiterada. Los obispos de Macedonia no miraban con ménos horror á las reordenaciones que el que manifiesta el Papa por la de Rusticio: ¿si hubiesen creido necesaria la nueva ordenacion de los que habia ordenado Bonnoso, hubiese permitido á Germanion y á Lupertino, que eran de este número, continuar gobernando sus iglesias sin haberles vuelto á ordenar de antemano? ¿Y no dice el papa Inocencio en su carta con bastante claridad que los obispos de Macedonia pensaban de la misma manera que él sobre la ordenacion de Rusticio, es decir, que creian que este sacerdote habia cometido una grande falta? Pero aunque Inocencio creyese culpable á Rusticio, como lo era en efecto, no da sin embargo ninguna sentencia contra él, y se contenta con decir á Marciano que reciba sin dificultad de ningun género á los eclesiásticos ordenados por Bonnoso, si era verdadera su exposicion, es decir, si habian sido ordenados por Bonnoso ántes de su condenacion. — S. B.

RUSTICLA (Santa), que confunden algunos con *Rustica*. Esta bienaventurada abadesa del monasterio de S. Cesáreo en Arlés, nació en Vaison, de la Provenza, el año 555, de una noble familia del país. Tuvo la desgracia de perder á su padre en el mismo dia que salió al mundo, y por lo tanto quedó huérfana y desamparada del cuidado y cariño paternal; pero bajo la proteccion de Dios, que es el padre más cariñoso y poderoso. Cherano, poderoso señor de aquella tierra, los robó á su familia cuando solo contaba Rusticla cinco años, con la idea de casarse con ella cuando cumpliese la edad conveniente al matrimonio. Sabiendo esto la venerable abadesa de S. Cesáreo de Arlés, la piadosa Liliola, logró arrebatar á la jóven cautiva del poder del raptor, y para mejor asegurar su libertad la hizo llevar á su convento, en donde se encargó de su cuidado y educacion. Empezada esta, desde luego manifestó Rusticla las disposiciones más felices para vivir en la práctica de las virtudes cristianas, y áun cuando se tuvo cuidado de manifestarla las cosas del mundo para que no ignorándolas pudiese con mayor libertad escoger el género de vida que viera convenirla mejor, la jóven Rusticla, que habia ido comparando la vida del siglo con la del claustro, encontró que si habia de caminar por los senderos de la perfeccion para llegar al cielo, la sería más fácil conseguirlo permaneciendo en el silencio del claustro, que entre el bullicio y estruendo del mundo, y resolvió pasar el resto de sus dias en el monasterio en que habia aprendido á amar á Dios, y cuáles eran los caminos más ciertos para llegar á su santo reino. Formada su resolucion con alegría de las religiosas de S. Cesáreo, que todas la querian mucho por su virtud y buen carácter, determinóse el que tomase el hábito con todas las formalidades acostumbradas en estos casos, y la alegría de la Santa aumentaba conforme se iba acercando tan deseado momento. Tomó el hábito con la alegría de un ángel, y pasó su noviciado con tan ejemplar vida, que edificó á toda la comunidad, y luego que llegó el dia de su profesion, la Santa encontró que habia completado su dicha al separarse del mundo para siempre. Ya esposa de Jesucristo, procuró llenar todos los deberes en servicio de tan buen esposo, y la piedad acrecentó las delicias de su alma, y encendió de doble amor su corazon sensible y apasionado para servirle con más cariño. No solo se ocupó la Santa de la estricta observancia de la regla de su Orden, sino que dedicándose con afan y empeño al estudio de las santas Escrituras, las leyó con tal reflexion, detenimiento y cuidado, que llegó á aprendérselas todas de memoria, de manera que fué un libro vivo al que no habia más que preguntar para que respondiese con presteza y exactitud á cualquier punto sobre que se la interrogase. Admirable fué en esto Santa Rusticla, á la que concedió Dios una colosal memoria para todas las cosas relativas á su mayor y mejor servicio, gracia que comunmente concede á los

que con verdadera fe se consagran completamente á buscar en el estudio de las cosas santas los senderos del cielo. Supo Rusticla granjearse de tal modo el cariño y la voluntad de las religiosas sus hermanas, que cuando murió la virtuosa abadesa Liliola, su protectora y maestra, la eligieron á voz en grito, con entusiasmo y por unanimidad su abadesa, no obstante de que solo contaba á la sazon la Santa diez y ocho años de edad. Semejante acto de cariño, si bien satisfizo á Rusticla, porque en ello vió el aprecio en que la tenia la comunidad, no podria ménos de lastimar su modestia y humildad; pero como su alma siempre estaba en Dios, conociendo su voluntad soberana, no podia ménos de acatarla, recibiendo con gusto, pues que así lo queria, la dignidad que no creia merecer. Abadesa ya Santa Rusticla, tomó las riendas del gobierno del monasterio, y á pesar de sus pocos años no solo correspondió á las esperanzas que de ella concibiera la comunidad, sino que creyendo que su elevacion la imponia nuevos deberes de penitencia, aumentó sus austeridades, cubriendo su tierno cuerpo de un áspero y punzante silicio, y no haciendo más que una sola comida cada tres dias. Vigiló con tan asíduo celo por su comunidad, que fué modelo de disciplina, humildad y obediencia su monasterio, el cual, á pesar de lo riguroso de la regla, rigor que aumentó en mucho con su ejemplo, llegó á aumentarse hasta trescientas religiosas. Como la virtud no está segura de persecuciones, ántes por el contrario suele atraerlas, lo cual permite Dios, ya para que se fortifiquen en ella los fieles, ya para probarles si son tibios, á pesar de que por todo el reino la fama habia anunciado la santidad de Rusticla, no por eso dejó de padecer y de tener ocasion de perseverancia en su virtud, y de ejercitar su humildad y resignacion á los mandatos de la religion en las tribulaciones, y de conformarse con la voluntad divina. Perseguia el rey Clotario II al príncipe Childeberto, y acusando los malévolos enemigos de este á la abadesa Rusticla de haberle ocultado en su monasterio, mandó aquel inquieto monarca prender á la Santa sin respeto á su dignidad de prelada, y sin miramientos á su delicado sexo y complexion, y la hizo conducir á su corte como si fuera una criminal, rea de lesa majestad. Indecible fué la perturbacion que causó esto en la comunidad, y la que experimentaron los ánimos de los fieles de aquella comarca, pues que todos veneraban á la abadesa por sus virtudes, todos lloraban al verla atropellar de tal modo; pero ella que confiaba en el Señor y que estaba persuadida de que Dios queria solo probar su fe y perseverancia en sus santos propósitos, léjos de admitir consuelos de sus apasionados y de quejarse de su desgracia, los consolaba á ellos y bendecia la mano del Señor que de aquella manera probaba á su sierva, confiando en su misericordia que no habia de abandonarla en aquella tribulacion. Luego que llegó la Santa á la corte del rey Lotario, se la formó proceso criminal

y llevó ante el tribunal que habia de juzgarla. En estos estrados, Domnolo obispo de Viena, que conocia bien las virtudes de Rusticia, tomó á su cargo la defensa de esta dignísima abadesa de Arlés contra sus acusadores; pero á pesar de su elocuencia que acrecentó con la buena causa que defendia, la Santa confundió aún más que el prelado á los que la calumniaban con el esplendor de su virtud y de los milagros que la concedió Dios hacer. Declarada la inocencia de Rusticla y convencido de ella el rey, la dejó volver á su monasterio, en el que entró triunfante de la calumnia, siendo recibida con alegría de sus religiosas y con aplauso de los habitantes cercanos á esta santa casa. Continuó la Santa gobernando su monasterio con el mayor acierto y edificacion, hasta que cumpliendo á los altos designios del Señor llamarla á darla participacion en su reino celestial, salió su bendita alma de su terráqueo cuerpo el año 632, en el cual contaba setenta y siete años de edad. Fué sepultada en su mismo monasterio primero, y despues se trasladó su cuerpo á la catedral de S. Trofimo, pero quedando su cabeza en la abadía de S. Cesario, por disposicion eclesiástica. Celébrase la festividad de esta Santa el dia 11 de Agosto. —B. S. C.

RUSTICO (S.), mártir. Tuvo por patria á Caller y fué padre de Santa Patinia, vírgen y mártir, niña de tres á cuatro años, como lo prueban las dimensiones de sus diferentes huesos, perteneciendo los del Santo á un sugeto de edad adulta. Se verificó su muerte y martirio, con otros muchos, el dia 12 de Junio del año 92, ordenado por el impío Calidonio, presidente por el emperador Domiciano, en cuyo tiempo empezó la más atroz persecucion; y no solamente se contentó con dar cruel muerte á Rústico, sino que ántes se complació en darle el más sensible tormento, que pudo imaginar la más exquisita crueldad humana, que fué arrebatar la niña de los brazos de su padre, dándola cruda muerte á sus ojos, y despues dándosela á él con doblado martirio, padeciendo uno su alma y otro su cuerpo. Y sería posible que en esta ocasion se verificase, como en otras muchas, como refieren San Cisello, S. Camerino y otros, que niños muy tiernos en los momentos del martirio protestaban la fe, y con lenguas balbucientes alababan á Dios, aprendiendo á morir ántes que á hablar y á temer, y así que Patinia, hecha trompeta por el Espíritu Santo, y clarin sonoro y atiplado de la gloria de Dios, fuese muerta por haber confesado por su boca la fe que confesaba Rústico. Los cristianos con su acostumbrada piedad les dieron sepultura delante de la de S. Hiero, no léjos de su capilla, la cual se halló el dia 26 de Octubre del año 1624, con obra á lo mosáico, que si bien algun tanto desmoronada, se leia la inscripcion siguiente:

*Beatus martyr Rusticus hoc quiescit justus vir in sacro positus loco. Hic Patinia, Christi martyr, posita 3 idus Julii.*

«En este lugar sagrado reposa el justo varon y bienaventurado mártir Rústico. Aquí reposa Patinia, mártir de Cristo, á los 12 de Julio.»

Cavaron debajo de esta inscripcion y hallaron una sepultura de mampostería, cubierta de ladrillos. Abrióse estando presente el obispo de Madauro, que despues fué de Bosa, D. Sebastian Carta, con otros muchos que se refieren en el auto de esta invencion, y hallaron el cuerpo y esqueleto grande de S. Rufino, y el pequeño de Sta. Patinia, los cuales fueron sacados y llevados á la catedral y se les dió su lugar en el santuario. Esta iglesia metropolitana celebra el triunfo de estos Santos el dia 12 de Julio, y su sagrada invencion el 26 de Octubre.—A. L.

RUSTICO (San), mártir. Contentos y satisfechos vivian Rústico y Firmo en la ciudad de Bérgamo, en Italia, en medio de su supersticion gentílica, venerando á sus dioses, no creyendo los hubiese más potentes y dignos, por lo que tenian por una quimera inconcebible la creencia de los cristianos, no viendo con los ojos del entendimiento, cegados á la verdadera luz, la claridad de la doctrina del Crucificado. Importábales nada las declamaciones de los Apóstoles del Evangelio, á los que sin embargo miraban como perturbadores del órden social, y así es que los miraban como pobres locos, que faltos de sentido comun, procuraban arrastrar á sus locuras á los necios, de los que se condolian cuando les veian perseguidos por los tribunales, y por lo tanto, si bien sus corazones no sanguíneos no deseaban su muerte, hubieran deseado se les corrigiese encerrándoles como á dementes. Empero Dios, que habia sembrado en ellos una buena semilla, que debia fructificar á su tiempo, porque les queria para habitantes del cielo, dispuso que presenciasen un prodigioso milagro, que se dignó obrar para fijar su atencion y que advirtiesen que era preciso mudar de camino si no habian de caer en el precipicio á que los conducia su ceguedad. En efecto, admirados del prodigio, que los martirologios no nos declaran, reflexionaron sobre sí mismos, y al paso que fueron observándose y observando cuanto les rodeaba, sintieron en sus almas un golpe benéfico que abrió sus ojos á la luz, y mirando en torno de sí, se encontraron como acabados de nacer á un mundo nuevo, sin que se borrase en ellos la armonía del antiguo. Conocieron la enormidad de sus pecados, el abismo en que se hallaban, la ceguedad en que habian estado, la nada de su ser, las monstruosidades á que habian rendido culto y veneracion, y por último, sus almas conocieron al verdadero Dios y la inmensidad de su grandeza. Miráronse ambos, y conociéndose mútuamente en un mismo sentimiento y deseo, llenos de una alegría que jamás habian experimentado, y poseidos de amor divino y del arrepentimiento más profundo de los hechos de su vida pasada, detestaron de su antigua creencia, veneraron al Dios que les habia regenerado, y poniéndose

dose en manos de su misericordia se hicieron cristianos. Reinaba á la sazon en el vasto imperio romano el emperador Maximiano, acérrimo enemigo de los cristianos, y gobernaba en su nombre en Verona el procónsul Anolino, cuando tuvo lugar la conversion de los dos Santos; y áun cuando este siguiendo las sanguinarias órdenes de su amo sacrificaba á los cristianos por todo el territorio de su mando, no por eso se atemorizaron, ántes por el contrario hicieron alarde de su cristianismo públicamente. Acusados por ello, el procónsul les hizo llevar á Verona á su presencia, y como ante su autoridad se atreviesen á insultar á los ídolos y á confesar las excelencias de Jesucristo cuyos hijos se llamaron, el tirano Anolino les condenó á terribles tormentos que sufrieron con heroismo, y les mandó por último cortar la cabeza, como se efectuó en Verona, desde donde los ángeles condujeron sus almas al cielo: la Iglesia los recuerda el 9 de Agosto—B. S. C.

RUSTICO (San), mártir. La persecucion de los arrianos contra los católicos fué tan feroz como las que les hicieron los gentiles en los primeros tiempos de nuestra sacrosanta religion, y la que se levantó en Africa decretada por el arriano Hunnerico, rey de los vándalos, fué de las más sangrientas. Dió órden este bárbaro monarca para que se derribasen todos los monasterios, á fin de evitar volviesen á reunirse en ellos los fieles. Uno de estos se hallaba situado cerca de Capra, y cuando los sicarios devastadores se dirigieron á cumplir las órdenes de su rey, encontraron en él á Rustico y á otros religiosos llamados Librado, abad; Bonifacio, diácono; Severo, subdiácono como el primero, y los monjes Máximo, Rogado y Severo. Desalojóseles de su casa para destruirla, y se les llevó á Cartago, en donde presentados ante el tribunal que juzgaba á los católicos, se les hicieron lisonjeras promesas si abandonando su creencia, abrazaban el arrianismo con todas sus consecuencias: pero Rústico y sus seis compañeros, que detestaban aquella herejía y estaban firmes en la fe, despreciaron la brillante posicion que se les ofrecia, maldijeron al heresiarca Arrio y confesaron que adoraban al Dios de los cristianos en su pura doctrina sin mezcla de otra alguna, y ménos la de un traidor á su fe y á las bondades que habia recibido del Supremo Señor de cielos y tierra. A vista de obstinacion tan decisiva en los buenos principios, les mandó el juez encerrar en un hediondo y oscuro calabozo, en el que se fortificaron en la fe alabando al Señor. Los católicos de la ciudad, seduciendo á los guardias y burlando la vigilancia de los jueces, lograron visitar á los Santos en su prision y llevarles socorros; pero como esto llegase á noticias del rey, temeroso de que se les escapasen sus víctimas y de que en su misma prision ejercitasen la propaganda de su doctrina, mandó encadenar á los Santos y redoblar la vigilancia á sus satélites imponiendo severas penas á los guardias que permitiesen se los visitase. Viendo Hunnerico que

con sus rigores se acrecentaba más el valor y fe de sus víctimas, y cansado de no lograr vencer su resistencia, resolvió darles muerte cruelísima, creyendo que á presencia de este castigo se intimidarian los católicos de su reino, y se apresurarian á afiliarse bajo su amparo y proteccion en las banderas arrianas. A este fin mandó disponer un buque viejo, que ya no servia para uso útil alguno en la mar, y metiendo en él á los Santos, le mandó pegar fuego cuando estuviesen dentro del mar. Así se verificó en efecto; pero quedó asombrado, como todos sus satélites, cuando vió que por más que se hizo no fué posible hacer arder la nave. En vista de esto, y sediento de venganza, les hizo apalear inhumanamente con los remos, y luego que los mataron á fuerza de golpes, los arrojaron al mar, despues que sus almas fueron recogidas en el seno de Dios para darles un premio que no ha de tener fin en su goce. Las benéficas olas sacaron los cuerpos de San Rústico y de sus compañeros á la orilla, y los cristianos, apoderándose de ellos, les dieron sepultura cerca de la iglesia de San Celerino, en el monasterio de Biga: la Iglesia recuerda á estos Santos el dia 14 de Agosto. — B. S. C.

RUSTICO (San), mártir. La Grecia, esa nacion privilegiada que fué un dia el emporio del saber del mundo antiguo, y cuya capital Atenas puede considerarse como el sol de la inteligencia humana que iluminó con sus rayos al orbe civilizado, pues que de ella salieron rayos de luz que incendiaron los senos de que han nacido las ciencias, las letras y las artes que hoy conocemos, fué tambien patria privilegiada de los mártires que la regaron con su sangre para ensalzar al cristianismo y levantar los monumentos eternos de la piedad de nuestros antepasados. En vano ha trabajado la impiedad esta tierra de tantos santos para ahogar en sus principios las semillas que tantos apóstoles de la gracia divina echaron en ella; fructificaron con lozanía, y el cielo está lleno de santos griegos, que le poblaron para gloria del gremio cristiano. Y si Dios permitió que el cisma levantado por el interés de un ambicioso más que por el fanatismo, dividiese aquella iglesia separándola de la comunion católica, aún millares de católicos sostienen el pabellon del cristianismo puro, haciendo que se mantenga como bandera que no ha de tardar en reunir á aquellos cristianos á la comunion católica de que se hallan separados. Entre los muchos santos que produjo la culta Grecia fué uno de ellos S. Rústico, al que recuerda la Iglesia católica el dia 9 de Octubre con el gran filósofo y divino teólogo Dionisio Areopagita, discípulo de S. Pablo, el ilustre apóstol de las gentes, y de los santos Eleuterio y demás compañeros de martirio, de los que desde Aristarco, Suidas, Hilduino y otros griegos y romanos, hasta el cardenal Baronio, hacen mencion los autores que han escrito las vidas de los santos, además del Martirologio romano. Cuando S. Dionisio Areopagita dejó el obispado de

Atenas para ir á Roma, y que el pontífice S. Clemente le mandó á Francia, llamada entónces Galia, á predicar el Evangelio, llevó en su compañía entre los ya mencionados santos, á San Rustico, que era ya sacerdote consagrado. Acompañó Rústico á S. Dionisio á París, y le siguió en toda su predicacion por aquella populosa ciudad, y con él padeció los azotes y demás malos tratos que se dieron al glorioso Areopagita (véase *S. Dionisio*). Con él compareció Rústico ante el tribunal de los sanguinarios gentiles, y con él fué lanzado á las fieras, que les respetaron, humillándose á sus pies, no abandonándole jamás en la mucha diferencia de tormentos que se inventaron para martirizarlos. Y en fin, cuando se decretó la muerte de San Dionisio al filo de la espada, con él fué degollado en compañía de S. Eleuterio en el monte llamado hasta el dia por este suceso *Mons Martyrum*, y su alma subió á los cielos con sus compañeros de martirio, siendo sepultados sus cuerpos por los fieles en una casa de París, y no lanzados al rio como quisieron los gentiles, á causa del prodigioso milagro de S. Dionisio de ir á buscar con su cabeza cortada debajo del brazo á la piadosa Catula, como puede verse en el artículo dedicado á S. Dionisio en esta obra. En París se venera á S. Rústico y sus compañeros en la iglesia dedicada á S. Dionio. — B. S. C.

RUSTICO (S.), obispo y confesor. Tréveris tuvo la dicha de que fuese este santo prelado el obispo XIII que gobernó su diócesis, lo cual hizo como padre cariñoso que procura por todos los medios posibles la felicidad de sus hijos, como pastor diligente en el cuidado de su rebaño, á los que proporcionó los medios más eficaces de persistir en el redil de la gracia, y como guarda vigilante de las almas, para que no se contaminen con los pestíferos miasmas del vicio, ni se manchen con los horrendos y feos borrones del pecado; y en fin, como sabio y experto maestro que da el alimento de la virtud á sus queridos discípulos para que se nutran en la gracia del Señor, y aprendiendo la verdadera ciencia del bien, puedan emprender el camino de la perfeccion que ha de conducirles á las deliciosísimas mansiones de la gloria eterna, fin para que fué creado el hombre, hecho con este objeto á imágen de su Dios que fué al propio tiempo su Creador, su Redentor y Maestro. Apacentando Rústico á sus ovejas con los manjares exquisitos con que se robustece el alma del cristiano, y exhortándoles á la penitencia con su ejemplo, que es la leccion que más enseña, logró tener una grey obediente al Señor, y llena de amor y de caridad, virtudes esenciales al cristiano que blasone de tal y quiera merecer el galardon ofrecido en la otra vida á los que han sabido en esta arreglar sus costumbres á las prescripciones del Evangelio. El paganismo se enseñoreaba todavía algun tanto en Tréveris al ocupar su silla San Rústico, y su mayor empeño fué purgar al país de esta monstruosa

é infernal creencia. A este fin empleó la predicacion más ardiente y constante, y con la amabilidad propia de la dignísima y meritoria mansedumbre cristiana, fué persuadiendo á los más fanáticos gentiles de lo erróneo de sus creencias, enseñándoles á dónde estaba la verdad, sus efectos, y los defectos de sus dioses que no eran otras cosas que alimañas del enemigo de Dios para engañar á los hombres y poderlos sujetar por este medio á su infernal coyunda, en donde habia de proporcionarles, por último, tormentos sin cuento. Concedió el Señor á su fiel siervo el logro de sus ardientes deseos, y en premio de su constante solicitud, mandó á los más porfiados idólatras, rayos luminosos de su gracia, con lo que reconociendo el error en que se hallaban, acabaron por destrozar sus propios ídolos y declararse cristianos, en cuyo caso recibieron el bautismo, quedando libre la diócesis de Tréveris de las tinieblas del paganismo para siempre, á fin de que el venturoso San Rústico la viese cual deseaba en su tiempo, alumbrada por el sol de gracia, sin que le ocultasen en poco ó en mucho los nubarrones de la ignorancia de sus ovejas. Desde aquella feliz época adquirió el cristianismo un gran número de fieles que vinieron á acogerse bajo la militante enseña de la cruz, y el cielo abrió sus puertas á muchos de los que habian tenido la dicha de convertirse al Señor, los cuales acompañan en la gloria al afortunado S. Rústico, que murió en la paz de los justos, segun Molano, en los últimos años del siglo IV de Cristo, recordándole la Iglesia católica el dia 14 de Octubre. — B. S. C.

RUSTICO (S.), obispo y confesor. Reinando en el imperio romano el ilustre español Teodosio el Grande, que declaró religion del imperio á la cristiana, aboliendo los ídolos y todo cuanto se refiriese al culto de los falsos dioses, nació en la Galia Narbonense el glorioso San Rústico, hijo de padres cristianos, que tuvieron sumo cuidado en educarle en el santo temor de Dios. Luego que afianzaron la fe católica en su tierno corazon, conociendo su capacidad intelectual, le pusieron á estudiar bajo la direccion de los más sabios maestros de la Galia, con los que aprendió literatura y ciencias, y con el auxilio de los cuales alimentó su entendimiento para que se robusteciese con la savia del saber humano. Deseando sus padres que su hijo se perfeccionase en las ciencias que habia aprendido, le mandaron á Roma, y en esta ciudad no tardó en distinguirse por la precocidad de su talento, su constante estudio y su práctica de las virtudes cristianas. Instruido ya de cuanto se deseaba supiese, volvió Rústico á su patria, y sintiéndose más inclinado al servicio de Dios que al del mundo, abrazó la vida religiosa, y vistiendo el sayal del monje, se retiró al claustro deseoso de hacer penitencia para lograr, por medio de las asperezas de la vida mortal, las suaves colinas de la que jamás tendrá fin. Sabedor el glorioso S. Gerónimo del retiro

de S. Rústico y sus virtudes, le escribió en 413 una carta llena de uncion cristiana, dándole en ella instrucciones muy sabias y útiles acerca de la conducta que observar debia en el estado que habia abrazado, dándole al propio tiempo los medios de conservar y adquirir las virtudes. El monasterio en que tomó el Santo el hábito, y en el que empezó sus ejercicios, fué en el de Marsella, y en él se distinguió tanto, que su obispo le obligó á entrar en la clase sacerdotal, y le ordenó. Continuó Rústico tan estrictamente apegado á los deberes religiosos y desplegando tal fondo de piedad y caridad, que se granjeó no solo el aprecio de los monjes sus hermanos, si que tambien los de todo el pueblo, entre los que se repetia su santidad y virtud de boca en boca. Vacando el año 430 la silla episcopal de Narbona, se le elevó á esta dignidad á pesar de las porfías de su modestia, y no tardó por sus obras en hacerse uno de los más distinguidos y considerados prelados de su época. Necesitaba arreglo su diócesis, y trabajó con tal celo y constancia en él, que su rebaño no tardó en experimentar grandes beneficios espirituales y áun temporales. Deseoso de la instruccion del pueblo, estableció cátedras públicas para que se enseñasen en ellas las letras sagradas, creó escuelas para la enseñanza de la infancia, y cuando por la tiranía que los vándalos ejercian en el Africa y en la Mauritania, los fieles de aquellas regiones se vieron precisados á emigrar, acogió con paternal amor á los que llegaron á su diócesis. Despues de haber asistido á varios concilios, y de haber hecho fabricar la gran basílica de Narbona, murió en el Señor, y bendecido de todos sus diocesanos, el año 463 de nuestra era. La Iglesia le recuerda el 29 de Octubre. — B. C.

RUSTICO (S.), obispo y confesor, natural de Auvernia; fué este bienaventurado nacido para el cielo: entrando en el estado eclesiástico, se hizo sacerdote, y empleado de cura párroco en una pequeña aldea de su país, empezó á ejercer su ministerio con tanta edificacion y caridad, que desde luego se granjeó el aprecio y amor de sus sencillos feligreses. Muriendo el glorioso S. Venerando, obispo de Auvernia, quedó vacante su silla. Segun costumbre de aquella época, se reunió el clero y el pueblo en el templo, para implorar de la misericordia divina les manifestase su suprema voluntad, acerca de la persona que debieran elegir por pastor, para que los dirigiese acertadamente por los rectos caminos de su gracia. Las súplicas de un pueblo fiel y confiado en Dios alcanzan siempre el que su Divina Majestad oiga sus clamores cuando van dirigidos á su mayor honra y gloria, y así sucedió en esta ocasion, en la que Dios les manifestó su voluntad soberana poniendo en todos los corazones el nombre de Rústico, como el que designaba para suceder á S. Venerando. Proclamado este obispo por la voluntad general inspirada de lo alto, resistióse Rústico cuanto pudo á ocupar tan

elevado puesto, pero obediente á los designios del Eterno, se sometió á ellos y fué consagrado. Ocupóse el Santo enteramente en el cuidado y apacentamiento espiritual de su rebaño, y habiendo sido el padre de sus diocesanos y modelo sublime de las virtudes cristianas, y ejemplo saludable de prelados, murió en paz en el Señor á mediados del siglo V de la era cristiana.—B. C.

RUSTICO (Beato) abad. Religioso de la órden Benedictina en el monasterio de Valleumbrosa, junto á Florencia. Fué un varon dignísimo, dotado de altas virtudes, gran instruccion y variados conocimientos. Desempeñó altos cargos en la Orden; fué tercer general de aquella santísima Congregacion. Era florentino de nacion, y uno de los mejores y más aventajados discípulos del grande y venerable P. S. Juan Gualberto, su fundador. Empezó siendo prior del monasterio de S. Miguel de Pasignano, y despues abad y general de toda aquella sagrada Congregacion, sucesor del beato Rodulfo. Presidió sábiamente el espacio de quince años, y murió el dia 6 de Noviembre, y segun algunos dicen, el 12 de Marzo del año de 1092, y fué sepultado en el monasterio de Valleumbrosa.—A. L.

RUSTICO, obispo de las Galias segun todas las probabilidades, es conocido por un comentario sobre los Salmos que le dedicó Arnobio el jóven, autor á quien se ha dado este nombre y áun se ha puesto al frente de sus escritos para distinguirle de otro del mismo nombre que florecia bajo el imperio de Diocleciano, á últimos del siglo III. Era, segun las opiniones mejor recibidas, galo de nacimiento, y la manera con que habla de la gracia, da motivo á creer que escribia en una época en que se agitaba mucho esta materia en la Iglesia. Toma visiblemente el partido de los semipelagianos contra la doctrina de S. Agustin y de sus discípulos, lo que manifiesta que vivia á mediados del siglo V. Lo que refiere de la desolacion de las ciudades y de las provincias, cuya causa atribuye á la inobservancia de la disciplina eclesiástica, conviene tambien á esta época. Parece en un lugar ponerse en el número de los obispos, ó al ménos de los sacerdotes, puesto que dice que se alimentaba de las oblaciones que se hacian por los muertos. Tenemos un comentario suyo sobre los Salmos, encontrado en el monasterio de Frankendal, entre Spira y Worms. Arnobio le dedicó á Leoncio, á Lorenzo y á Rústico, obispos que le habian animado á emprenderle. Utilizó para su composicion lo que mejor le habia parecido en los intérpretes antiguos, en particular en Orígenes, pues sin duda tenia algunos conocimientos de la lengua griega. Pone cada salmo por completo, y despues da una explicacion muy compendiada, y que no es más que una especie de paráfrasis. Su objeto en este comentario es encontrar en los Salmos toda la economía de la Encarnacion. De donde procede que sigue el sentido alegórico y que refiere á Jesucristo y á su Iglesia el texto entero de los Salmos. En el salmo 109 refuta

la herejía de Fotino, que no apareció hasta el año 347, muchos años despues de Arnobio el antiguo, que escribió contra los gentiles. Al explicar el salmo 138 se sirve de algunas expresiones africanas y de ciertas maneras de leer los salmos, que reprendia S. Agustin al pueblo de Hippona, de donde han conjeturado algunos que Arnobio el jóven era africano, y que habia escrito su comentario para uso de esta provincia. Pero podia haberlas tomado en los intérpretes de que se habia servido. No se puede decir lo mismo de los lugares en que favorece claramente los errores de los semipelagianos; se comprende bien que es él quien habla en ellos, y que propone no la opinion de los otros, sino la suya propia. Establece una gracia general precedente tal como la admitian estos herejes, que hace consistir en la encarnacion del Hijo de Dios por la salvacion de los hombres, en los ejemplos de virtud que les ha dado, en sus instrucciones, en sus milagros, en su pasion y en el cumplimiento de todos los demás misterios que han dependido de la sola voluntad de Dios, sin que los hombres se lo hubiesen negado. El salmo 140 es en el que se explica de esta manera. Dice en el mismo lugar, despues de haber establecido esta gracia general que previene la voluntad de todos los hombres, que la voluntad del hombre previene á su vez la gracia de Dios en el bautismo; que cree ántes de recibir este sacramento, que comienza por ofrecer al hombre una voluntad perfecta, que confiesa la fe de boca, y que llega por sus diferentes grados á la gracia santificante que se recibe en el bautismo. Añade que el hombre puede publicar esta gracia, porque creyendo y deseando ha obtenido todos los dones celestiales. No enseña de paso esta doctrina, que fué condenada despues en el Concilio de Orange, sino respondiendo á las objeciones que se habian hecho por los discípulos de S. Agustin. Los trata de predestinacianos, término de que se servian los semipelagianos para hacer odiosos á los que seguian la doctrina de S. Agustin. Tenian tambien la costumbre de decir que la predestinacion destruia el libro albedrío, poniendo al hombre en la fatal necesidad de pecar. Arnobio se expresa de la misma manera. Trata de herejía las opiniones de la predestinacion, desecha absolutamente la doctrina de la doble predestinacion, sosteniendo que no se podia apoyarla en estas palabras de S. Pablo, ni en ninguna otra de la Sagrada Escritura: «He amado á Jacob y he odiado á Esaú, y él hace misericordia á quien le place y endurece tambien á quien le place.» Explicando estas palabras «Si vivís bajo la proteccion del Todopoderoso, millones de enemigos caerán á vuestro lado, y diez mil á vuestra diestra,» añade que el profeta no dice nada en este lugar del lado izquierdo que significa el libre albedrío, y que no habla más que del lado derecho, porque allí es donde está el socorro de Dios, que ha nombrado sin embargo en primer lugar, porque está en poder de nuestro libre albedrío creer en

primer lugar, y obtener despues la gracia por el mérito de la fe. En el salmo 50 hace la observacion de que David no dice que haya sido concebido con el pecado, sino en el pecado, designando de esta manera el pecado de su madre, y no un pecado que fuese comun á la naturaleza humana, porque todo pecado, dice, se forma desde luego en el corazon, y se ejecuta con la boca. Así el que acaba de nacer se halla envuelto en la condenacion de Adan, pero no tiene pecado que le sea propio. Es verdad que estas últimas palabras pueden entenderse de un pecado actual de que los hijos no son capaces. Y reconoce en otro lugar que todo el género humano ha perecido en la prevaricacion de Adan, y que el Verbo de Dios se ha hecho hombre para darle la vida, y que como es por el pecado de Adan por lo que nosotros hemos sido condenados á la muerte, es tambien por Jesucristo por quien se nos ha dado la vida. Hay tambien muchos lugares en que habla de la gracia como reconociéndola necesaria para ser libertado de las agitaciones que turban nuestro corazon, llama á Jesucristo nuestra fuerza y la luz de nuestros ojos. Dice en otro lugar, y en la apariencia contra los pelagianos que creian que el libre albedrío bastaba para librarlos de sus enemigos invisibles, que era engañarse pretender que el libre albedrío era bastante fuerte para pasarse sin el socorro de Dios, y como es peligroso querer despojar al hombre de su libre albedrío, porque sería suprimir el pecado y abrir por consecuencia el camino á toda clase de disoluciones, no lo es ménos conceder tanta fuerza á este libre albedrío, que no necesite del socorro de Dios. Dice tambien que no se debe presumir del libre albedrío que tenemos, sino de Dios, porque Dios no puede ser vencido y el libre albedrío puede serlo. Enseña, por último, que siendo la naturaleza humana tan débil como es, no puede hacer ningun bien sin el socorro de la voluntad de Dios. Pero todos estos modos de hablar eran comunes á los semipelagianos. Reconocian gracias generales concedidas á todos los hombres, y no tenian dificultad en confesar que el libre albedrío necesitaba la gracia de Jesucristo para obrar bien: reconocian tambien el pecado original y la necesidad del bautismo áun para los niños que recibian la remision de sus pecados. Pero los semipelagianos enseñaban al mismo tiempo que la gracia se nos ha dado conforme á nuestros méritos; que la perseverancia en el bien dependia del libre albedrío, y que del libre albedrío se debia sacar tambien la diferencia entre los que quieren y los que no quieren salvarse. La gracia general que Arnobio dice prevenir la voluntad del hombre, no es una gracia exterior comun á los fieles y á los infieles. Dice, como acabamos de observar, que la buena inclinacion de nuestra voluntad nos merece la gracia justificante que recibimos en el bautismo. Funda este escrito en los buenos deseos y la buena fe del hombre, que atribuye no á la gracia interior y excitante, sino al libre

albedrío. Si enseña que Dios nos previene por sus gracias generales, enseña tambien que nosotros prevenimos la gracia de Dios por nuestra buena voluntad, y que en nosotros la fe precede á la gracia que recibimos en el bautismo. Fausto de Riez, uno de los semipelagianos más famosos, usaba el mismo lenguaje, apoyándose como Casiano en el ejemplo del centurion Cornelio, en quien decian ambos que la buena voluntad habia prevenido la gracia de Dios. Los comentarios de Arnobio sobre los Salmos fueron impresos en Basilea, en el año de 1522, por Frohen, pero bajo el nombre de Arnobio *el Antiguo*. Fueron reimpresos en la misma ciudad en 1537 y 1560. Hay una edicion de Estrasburgo en 1522, y otra en París, de 1639. Esta última fué hecha bajo la direccion de Lorenzo de la Barre, que los insertó en la Biblioteca de los Santos Padres, en Lion, en 1677. En esta Biblioteca se hallan seguidos de pequeñas notas sobre algunos lugares del Evangelio de S. Juan, de S. Mateo y de S. Lucas. Habíanse impreso ya en Basilea en 1543, despues en los Ortodoxógrafos, y por último en París en 1639 bajo la direccion de Andrés Schoto. Aunque en todas estas ediciones llevan el nombre de Arnobio, no hay sin embargo ninguna prueba de que sean suyos. El autor explica casi siempre en ellos la Escritura en un sentido alegórico. En la misma Biblioteca de los Santos Padres se encuentra un diálogo entre un católico, que toma el nombre de Arnobio, y un eutiquiano que se llama Serapio. Esta polémica se refiere á los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion; añadiéndose además algunas cosas con respecto á la gracia y el libre albedrío; Fenardent y algunos otros atribuyen este escrito al mismo Arnobio, de quien es el comentario sobre los Salmos, es decir, Arnobio el jóven. Dan como prueba que estas dos obras se hallan escritas con la misma precision y viveza de espíritu, que su estilo es igualmente descuidado, que se encuentran las mismas expresiones, y que se combaten las mismas herejías. Puede añadirse que Alcuino ha citado este diálogo con el nombre de Arnobio, y que se le atribuye en diversos manuscritos. Pero si es suyo, es necesario que Arnobio haya cambiado de opinion sobre la gracia, pues en su comentario se declara en muchos lugares contra la doctrina de S. Agustin sin nombrarle; miéntras que en la conferencia de Serapio, habla con elogio de este santo obispo. Sostiene que su doctrina no difiere en nada de la de los apóstoles, que la abraza y toma su defensa con el mismo respeto que si fuera de aquellos. Refiere despues lo que dice San Agustin de la gracia y su necesidad para vencer las tentaciones. El objeto de este diálogo es demostrar que hay un Dios en tres personas; que las dos naturalezas, la divina y la humana, se hallan unidas en Jesucristo en una sola persona; que la gracia obra de tal manera en nosotros, que deja al libre albedrío toda su actividad. Serapio propone las dificultades, y Arnobio

las resuelve. Constancio y Ammonio, á quienes habian elegido por jueces, deciden el valor de las respuestas. Se comienza en esta polémica por establecer la fe en la unidad de un Dios en tres personas, despues la de la Encarnacion. Arnobio apoya lo que dice sobre ambos misterios en la autoridad de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, en particular de San Atanasio, de S. Cirilo de Alejandría, de S. Ambrosio, S. Dámaso, S. Leon, S. Hilario, S. Gregorio y S. Celestino. Da á la Vírgen Santísima el dictado de Madre de Dios. No cita acerca del convenio de la gracia con el libre albedrío más que pasajes de la Sagrada Escritura y de S. Agustin. En el que refiere de S. Celestino, cita este Papa un lugar de los libros de S. Hilario contra el emperador Constancio, que no encontramos en los impresos. Lo que ha dado motivo á Fenardent para decir que falta alguna cosa. Pero quizá este pasaje se habrá sacado de algunos otros escritos de S. Hilario que no han llegado hasta nosotros. La polémica de Serapio y Arnobio fué impresa por primera vez con las obras de S. Ireneo en Colonia en 1596, y despues en las ediciones del mismo santo Padre hasta 1639. La conformidad de estilo, de doctrina y de expresiones, ha hecho tambien atribuir á Arnobio *el Jóven* una obra intitulada *Prædestinatus*, porque el autor combate en ella á unos herejes á quienes llama predestinacianos. Parece que escribia ántes del nacimiento de la doctrina eutiquiana, puesto que en el catálogo que da de las herejías que se habian suscitado hasta su época, no dice nada de la de Eutiques, de quien naturalmente debia hablar, ó despues de la de Nestorio, ó al ménos ántes de la herejía de los predestinacianos, que es la última que se menciona en este catálogo. Parece por lo tanto que escribia ántes de mediados del siglo V, hácia cuya época compuso Arnobio su comentario sobre los Salmos. Pero por fuertes que sean sus razones, el P. Sirmond no las ha creido bastante convincentes para decidirse absolutamente sobre el autor de este escrito. Hincmar, que le conocia, se le atribuye á Higino, engañado por el título de la obra en que Higino es colocado, con Polycrates el africano, Hesiodo, Epifanes y Filastro, en el número de los que han escrito la historia de las herejías. En un manuscrito de la Biblioteca Barberina se encuentra un escrito bajo el nombre de S. Agustin, en que se da un catálogo de noventa herejías, que es el número de las referidas en el *Prædestinatus*. La misma inscripcion se lee en un manuscrito citado por el P. Mabillon en su Viaje germánico. Lo que podria hacer suponer que esta obra es el *Prædestinatus*, es que Isidoro de Sevilla en su tratado de los *Escritores eclesiásticos*, dice que Primacio habia compuesto una obra sobre las herejías, dividida en tres libros como el del *Prædestinatus*. Pero debe observarse que la obra de Primacio se hallaba dedicada al obispo Fortunato, de quien no se dice nada en el *Prædestinatus*. Primacio, por otra parte,

explicaba en el primer libro de su obra lo que constituia un hereje; de lo que no se trata en el *Prædestinatus*. El primer libro es un catálogo de noventa herejías, desde Simon *el Mago* hasta los predestinacianos inclusive. El segundo es un discurso atribuido falsamente á S. Agustin, de quien no tiene ni el estilo ni la doctrina. El tercero es una refutacion de este discurso, en que el autor vierte el veneno de la herejía pelagiana, de que se hallaba inficionado, aunque haciendo profesion de anatematizar á Pelagio y Celestio. Piccinardi sostiene que el *Prædestinatus* es, ó de Vicente Victor contra quien S. Agustin escribió sus cuatro libros sobre el orígen del alma, ó del sacerdote Vicente, que segun Gennadio compuso un comentario sobre los Salmos. Pero no avanza para probarlo más que conjeturas en extremo débiles. Vicente Victor, por otra parte, habia abjurado el pelagianismo en vida del mismo San Agustin, y el sacerdote Vicente no escribió el *Prædestinatus* hasta el año 480. No hay, pues, razon para atribuírsele á Vicente de Lerins, cuyo ingenio era demasiado profundo para producir una obra tan mala, llena de faltas contra la historia y de errores contra la fe. De todas estas opiniones la que se atribuye á Arnobio *el Jóven* es sin duda la más verosímil. En su comentario se encuentra el término de predestinacianos empleado precisamente de la misma manera que en el tercer libro del *Prædestinatus*. Lo que dice Arnobio de la voluntad del hombre que precede á la gracia que recibimos en el bautismo, lo dice el *Prædestinatus* del bautismo y la penitencia. Al establecer Arnobio una gracia general precedente, la hace consistir en que Dios, sin que el hombre se la haya pedido ni querido, se ha hecho carne por él, y le ha enseñado la virtud con los ejemplos que le ha dado. El *Prædestinatus* hace tambien consistir la gracia que precede á la voluntad del hombre, en que Dios le manifiesta por un lado la vida eterna para que funde en ella sus delicias, y por otro el fuego eterno para que conciba temor. Esta gracia, dice, precede á la voluntad del hombre, porque le exhorta y le invita á venir. Dice tambien, como Arnobio, que el Hijo de Dios ha venido á librar al mundo de la muerte, sin que se lo hayan pedido los hombres, y ni áun lo hayan querido, y que ha descendido del cielo para hacer subir á él á los hombres. No se conocia el *Prædestinatus* ántes del año 1643, que fué impreso en París por el P. Sirmond. El mismo año se imprimió su crítica, reimpresa despues en 1645. Este escrito es de Mr. Barcos, que se ocultó bajo el nombre de Pedro Auvray. El P. Sirmond habia puesto un prólogo á esta obra, y aumentádola con muchos pasajes de los antiguos que mencionaban la herejía de los predestinacianos. Estos pasajes se hallaban tomados de los escritos de Tyro Próspero, de Arnobio *el Jóven*, de Fausto, obispo de Riez, de Gennadio de Marsella, de Juan Erigenes y de Sigeberto de Gembiours. Se ha seguido este órden en la impresion hecha del *Prædestinatus* en el vol. XXVII

de la Biblioteca de los Santos Padres, impresa en Lion en 1677. El P. Piccinardi imprimió de nuevo el *Prædestinatus*, en Padua, en 1686, con grandes prolegómenos. Se ha insertado tambien en la coleccion de las del padre Sirmond, París, 1696, en fólio.—S. B.

RUSTICO, es conocido por una carta que le dirigió S. Gerónimo hácia 408, puesto que habla en ella de los desastres que habian causado los vándalos en las Galias en 407 como de una cosa enteramente nueva. Escribió esta carta á ruego de Redibia y de Artemia. Esta era esposa de Rústico, y habian hecho voto de comun consentimiento de guardar continencia. Artemia continuó en su designio, pero su marido no pudo resistir á las tentaciones del demonio. Despues de su caida, Artemia no dejó de consentir en habitar con él, y no le negó que estaba unida con él por la habitacion y el espíritu. Habiendo entrado los bárbaros por aquella época en las Galias, el temor del cautiverio los obligó á separarse. Artemia tomó el camino de la Palestina, y su marido la prometió seguirla pronto para trabajar en su salvacion, y corregir la falta que le habia hecho cometer su negligencia. Pero como diferia su viaje de dia en dia, le escribió S. Gerónimo para animarle á cumplir su promesa. «Siendo incierta, le dice, la vida del hombre, temed que una muerte precipitada os lleve ántes de haber satisfecho vuestra palabra. Imitad á la que habiais debido edificar vos mismo. Qué vergüenza para vos al ver que un sexo, conocido por su debilidad, triunfa de todos los atractivos del siglo, miéntras el vuestro, que se precia de firmeza y de valor, se convierte en esclavo de sus vanidades.» Le pone como modelos los más bellos pasajes de la Escritura Sagrada, á que llama hermosas flores; con la que he querido, le dice, tejeros una corona de penitencia. Ponedla encima de vuestra cabeza, y tomando vuelo con las alas de la paloma, id á buscar el lugar de vuestro reposo y á reconciliaros con Dios, que es el mejor y el más indulgente de todos los padres.—S. B.

RUSTICO, sacerdote, superior de un monasterio de religiosas en Hipona. Es conocido por una carta de S. Agustin, escrita con el siguiente motivo. Habiendo muerto la hermana del santo doctor, despues de haber gobernado por largo tiempo un monasterio de religiosas en Hippona, estas eligieron por superiores á una anciana de la casa, llamada Felícitas, educada bajo su direccion. Despues de haberla obedecido por largo tiempo, se suscitó entre ellas alguna division, que llenó de turbacion la casa, causando contiendas, animosidades y murmullos. Todo esto era contra la superiora que querian se les quitase para darles otra nueva. Deseaban que fuese á verlas San Agustin; pero temiendo que su presencia aumentase la division, y que se viera obligado á usar más severidad de la que se queria; en vez de irlas á ver, prefirió rogar á Dios por ellas y pedir, no con palabras, sino por

medio de las lágrimas un asunto en que iba todo para ellas. Escribió sin embargo á Felícitas y á Rústico, superior de este monasterio, para consolarlos y animarlos á cumplir con su deber trabajando con cuidado en conservar la unidad de espíritu por medio del vínculo de la paz. Escribió tambien en particular á las religiosas una carta, llena de severidad al par que de caridad, en que las exhorta á perseverar en el bien, asegurándolas que despues de esto no procurarian ya cambiar de superiora. Las manifiesta que ninguna de ellas podia decir al entrar en su monasterio, que no la habia encontrado, ó sirviendo á Dios con mucha edificacion bajo la direccion de la hermana que era su superiora ántes que ella, ó ejerciendo ya algun cargo, y que no hubiera sido recibida por ella; que todas ellas han sido educadas bajo su direccion, que han tomado el velo de su mano, y que por ella ha llegado á ser el monasterio tan numeroso; que no ha alterado nada, y no habia más nuevo que el sacerdote Rústico que se las habia dado por superior; y que si hay motivo para rebelarse contra su superiora, deben pedir que las quiten á ellas más bien que á esta. Concluye su carta pidiendo á Dios pacifique y calme los espíritus de estas jóvenes, y no permita que prevalezca y se fortifique en ellas la obra del demonio, sino que haga por el contrario reinar en su corazon la paz de Jesucristo. Y dirigiéndose á ellas, tened cuidado, les dice, porque el despecho de no obtener lo que quereis, ó la vergüenza de haber querido lo que no debiais querer, puede precipitaros á la muerte. Reanimad, por el contrario, vuestra primitiva virtud con una sincera penitencia. Imitad las lágrimas de S. Pedro, y no la desesperacion de Judas.—S. B.

RUSTICO, monje originario de Marsella. Su madre, que era una mujer piadosa, le habia educado por sí misma desde su infancia. Despues de haberle enviado á estudiar á Francia, donde florecian á la sazon las letras, le envió á Roma, para que á la fecundidad y elegancia de la lengua francesa reuniese la majestad y solidez de la lengua romana, no perdonando para instruirle en todo por completo. S. Gerónimo dirigió una carta á Rústico en que le felicita por su buena educacion y le exhorta á respetar á su madre á causa de sus virtudes, á amarla como á su nodriza y honrarla como una santa. Le dice despues que si pretendia formar parte del clero, debia adquirir los suficientes conocimientos para instruir á los demás; pero que si queria seguir la vida monástica, le era más ventajoso vivir en comunidad en un monasterio, que en la soledad como un particular. Le manifiesta con este motivo las ventajas de la vida cenobita y los peligros de la solitaria. Le aconseja compartir su tiempo entre la lectura, la oracion y el trabajo de manos, de manera que esté siempre ocupado y el enemigo comun no le encuentre nunca ocioso. Aprended de memoria el psalterio, le dice; todos

los movimientos de vuestro cuerpo y de vuestro espíritu diríjanse igualmente á Dios. Si quereis que los placeres carnales no tengan atractivos para vos, ocupaos en el estudio de la Escritura Sagrada. Desterrad de vuestro espíritu todos los pensamientos que no son propios más que para ocasionaros agitacion y turbacion; pues si encuentran alguna vez cabida en vuestro corazon, sereis bien pronto esclavo de ellos y os conducirán á caminos criminales. Si los apóstoles, que podian vivir del Evangelio, trabajaban con sus manos por temor de servir de carga á los otros, ¿por qué no habeis de hacer por vosotros mismos lo que debe servir á vuestros usos? Hace la observacion de que era costumbre establecida en los monasterios de Egipto, de no recibir más que á personas capaces de trabajar con sus manos, y que su designio en esto no era tanto subvenir por este medio á las necesidades del cuerpo como proveer á las necesidades del alma é impedir que un solitario se abandonase á varios y peligrosos pensamientos. Le recomienda para instruirse al santo y sabio Rozalo, obispo de Marsella, y hace un elogio de las virtudes de S. Exuperio de Tolosa, que semejante á la viuda de Sarepta, sufria el hambre para aliviar la de sus hermanos, y que para subvenir á la indigencia de los pobres, á quienes miraba como las entrañas de Jesucristo, les habia distribuido todos sus bienes.—S. B.

RUSTICO. Así se llamó á S. Rotiri, obispo de Auvernia, del que hablan Moreri y Moroni, autores tantas veces citados en esta obra; pero solo nos dicen de él que fué nombrado obispo de Clermont, llamado en aquella ocasion Auvergna, para cuya silla, siendo simple sacerdote de una parroquia, fué designado, segun se dice, por una mujer que entró en la junta en que se trataba de la eleccion por muerte de S. Venerando el año 423. Sin que nos digan otros particulares de su vida, añaden que murió al fin del imperio de Valentiniano III, y se le cita en el Martirologio romano el dia 24 de Setiembre.—C.

RUSTICO Y SEBASTIAN, diáconos ambos de la Iglesia de Roma y confidentes del papa Vigilio, son conocidos por haberse declarado contra el *judicatum* de este pontífice desde el año 549 en que enviaron á muchos obispos, entre otros á S. Aureliano, obispo de Arles, y á Valentiniano, obispo de Tonú en la Escitia, sus escritos contra aquella obra. Habiéndole enviado una carta estos dos obispos para informarse de la verdad, Vigilio contestó á S. Aureliano que no habia dispuesto nada contra los decretos de sus antecesores ni contra los cuatro concilios generales; que podia asegurarse por sí mismo, como los demás obispos de las Galias, de que guardaria inviolablemente la fe de los santos Padres; se justificó tambien de las calumias de Sebastian y de Rústico en su respuesta á Valentiniano de Tonú, suplicándole no recibiese ya sus cartas, pues los habia separado de su comunion, y se ha-

llaba resuelto á juzgarlos canónicamente si no se reconocian pronto. En efecto, viendo que continuaban en calumniarle, dió contra ellos una sentencia concebida en forma de carta y dirigida á ellos mismos. Dirigiéndose primero á Rústico le recordaba que él mismo habia pedido la condenacion de los tres capítulos, hasta querer que se desenterrasen los huesos de Teodoro de Mopsuesto para quemarlos; que no habia pronunciado su *judicatum* hasta despues de haber formado su consejo, que le habia instado á darle no solamente contra Mennas, á quien se hallaba dirigido, sino que habia hecho él mismo copias para enviarlas á Africa; que el sábado santo, dia en que se publicó el *judicatum* en la Iglesia, habia ejercido sus funciones de diácono y dicho al obispo Julian que no se habia podido hacer cosa mejor. El Papa le dirige tambien otras reconvenciones; luego despues de habérselas hecho tambien al diácono Sebastian, le dice: Habeis elogiado públicamente nuestro *judicatum* en Constantinopla, diciendo en presencia de todo el clero que habia bajado del cielo, y que habiais encontrado en Roma los escritos de Teodoro Mopsuesto llenos de blasfemias. A pesar de esta confesion y de la adhesion que me habeis manifestado despues continuando en el desempeño de vuestras funciones de diácono y comiendo con Rústico á mi mesa, habeis cambiado de conducta y comunicado con los que han escrito contra el *judicatum*, de lo que se sigue que estais excomulgado como ellos conforme á los cánones. Os habeis atribuido tambien la autoridad de predicar, lo que los clérigos de vuestra Orden no han hecho nunca sin permiso de su obispo. Habeis escrito falsamente á todas las provincias que hemos combatido el concilio de Calcedonia, de donde ha provenido un grande escándalo, porque los que no conocen vuestra malicia y reciben vuestros escritos como de diácono de la Iglesia romana, los dan fe con la mayor sencillez. Os habeis atrevido además á sostener en un escrito dado al emperador, que nuestro antecesor S. Leon autorizó los errores de Teodoro Mopsuesto. Vigilio añade que ha esperado á ambos creyendo de que se reconocerian; que les ha hecho advertir dos veces sin haber querido escucharle; que obligado á imponerles el castigo, los declara, aunque con dolor, privados de la autoridad de S. Pedro, del honor y del ministerio del diaconado, ofreciéndoles sin embargo el perdon en caso de reconocimiento por su parte, porque despues de su muerte nadie podria perdonarlos. Parece por el contenido de esta sentencia que Sebastian y Rústico habian tenido la misma parte en el escrito presentado á Rustiniano contra los tres capítulos, que no ha llegado hasta nosotros, pero tenemos el de Rústico contra los acéfalos. Es un diálogo sobre lo que habia oido decir de la definicion de fe del concilio de Calcedonia, tanto en Constantinopla como en Alejandría y Antinoo en la Tebaida. Su designio es manifestar que hay dos naturalezas en

Jesucristo unidas en una sola persona, de manera que es el mismo que es el Hijo de Dios é Hijo del hombre. Lo que prueba con diferentes razonamientos y muchos pasajes de la Sagrada Escritura y de los santos Padres. Hace la observacion de que la herejía de Nestorio no consiste en que ha llamado á María Madre de Cristo, sino en que ha negado que fuese Madre de Dios, y que para juzgar lo que hay de malo en la doctrina de Nestorio debe hacerse un paralelo con las cartas que ha escrito S. Cirilo contra él, que no habiendo habido nunca union permanente é indivisible entre las dos naturalezas reunidas en una sola persona, no se puede dar ejemplo de la que es hecha de la naturaleza humana con la naturaleza divina en Jesucristo; que la Encarnacion no es comun á las tres personas de la Santísima Trinidad, sino solo al Hijo; que el Hijo no procede del Espíritu Santo, y que no se sabe bien si el Espíritu Santo procede del Hijo como del Padre; que no se puede decir que se adora al Hijo del hombre con el Hijo de Dios, no diciéndose la evoderacion más que de las tres personas de la Santísima Trinidad; pero que como la divinidad ha operado milagros por medio de la carne, es tambien adorada por la carne; que puede decirse que todos nosotros adoramos la cruz y por la cruz al que está en la cruz; pero no que se adore la cruz con Jesucristo, porque la naturaleza de la cruz no se halla unida con la naturaleza de Jesucristo. Nosotros adoramos el cuerpo de Jesucristo segun se halla escrito en el salmo 98: *adorad el escabel de sus pies*; es decir la tierra, no porque nosotros adoremos el cuerpo por sí mismo ó por él mismo como si fuera Dios, sino por la carne, ó por el cuerpo, ó por la humanidad adoramos á Dios que se ha hecho carne. Por una razon semejante adoraba la Iglesia sin contradiccion alguna en toda la tierra la cruz y los clavos que han servido de instrumento á la pasion de Jesucristo, á causa del que ha sido atravesado con estos clavos y colgado en esta cruz. Rústico opone á los acéfalos la autoridad del concilio de Calcedonia, diciendo que basta por sí sola, habiendo sido confirmado este concilio por todas las iglesias, como era fácil creer, tanto por las cartas circulares del reinado de Leon como por cerca de dos mil quinientas cartas de obispos del imperio de Justino, despues del cisma de Pedro de Alejandría y de Acacio de Constantinopla. Cita un discurso que habia escrito contra los acéfalos y los nestorianos, y promete un tratado en defensa de los tres capítulos. Lo que manifiesta que el diálogo de que hablamos es anterior á este tratado, el mismo sin duda que presentó con Sebastian al emperador de Constantinopla. El diálogo contra los acéfalos se encuentra en el Antídoto contra las herejías, impreso en Basilea en 1528; en la *Heregiología* de la misma ciudad en 1550 con notas de Simler; en la coleccion de diferentes escritos de los santos Padres contra Eutiques y Nestorio; Zurich, 1571, y en el tomo X de la Biblio-

teca de los santos Padres, de Lyon, en 1677. El estilo es bastante claro. Victor de Túnez dice que habiéndose reunido los defensores de los tres capítulos en la Iliria el año noveno despues del consulado de Basilio, es decir en 590, condenaron al obispo Benenato, enemigo declarado de los tres capítulos. Lo que da lugar á creer que habia publicado algunos escritos sobre esta materia. No tenemos más noticias. Añade que al año siguiente 591 condenaron los obispos de Africa en un concilio al papa Vigilio, y le separaron de la comunion católica, porque habia condenado los tres capítulos. Le ofrecieron sin embargo reconciliarse con él en caso de que se arrepintiera. Carecemos de las cartas que enviaron al emperador Justiniano con Olimpo Magistriano, en las que pretenden demostrar la injusticia de la condenacion de los tres capítulos.—S. B.

RUSTICO, Cardenal noble romano de gran habilidad y suma doctrina, al que su tio el papa Vigilio creó cardenal diácono en 540. Fué á Constantinopla para celebrar un concilio como al que asistió el legado de S. Agapito I el año 535 contra el patriarca Anastasio, que habia caido en la herejía de los monotelitas, como se ve en su suscripcion puesta en la sentencia que se dictó contra Severo y Zoara por Menna, obispo de Constantinopla. Dícese que ganado Rústico por una gran cantidad de oro por los herejes, y seducido por Félix, monje gilito de Africa, abandonó á Vigilio, que trataba de condenar los tres famosos capítulos, y describió en dialogo la disputa contra los acéfalos que se lee en el tomo VI de la Biblioteca de los Padres, en donde manifiesta que hay en Jesucristo dos naturalezas unidas á una sola persona, de manera que el mismo Hijo de Dios resulta tambien hijo del hombre. Al fin de esto hay una venenosa apología contra el Papa por la defensa que hacia de los tres capítulos. Además escribió varias letras contra la opinion del papa Vigilio, con cuyas cartas alarmó á toda la cristiandad, pues que abandonado el Papa por la mayor parte de su clero, se vió precisado á escribir varias apologías en su defensa. Viendo el Papa que se extendia el incendio, reunió en concilio á un gran número de obispos el 18 de Marzo de 550, y lanzó el anatema contra sus adversarios rebeldes, que persistian en su pertinacia, entre los que comprendió á Rústico, al que degradó de la dignidad cardenalicia. Al encontrarse este Cardenal con tan inesperado golpe, reconociendo sus errores y contrito y lleno de pena, se echó á los piés del Pontífice confesando sus culpas y pidiendo perdon, en vista de lo cual el virtuoso y compasivo Papa le acogió con suma clemencia, y perdonándole por sus extravíos, le volvió á su dignidad cardenalicia despues de levantarle el anatema que sobre él pesaba. Compuso este Cardenal despues un discurso contra los acéfalos y nestorianos, y un tratado sobre la defensa de los tres capítulos, y se cree murió el año 595.—M.

RUSTICO. Un cardenal de este nombre floreció, segun Moroni, en su Diccionario de erudicion histórica eclesiástica, en el pontificado de S. Gregorio I el año 590, y fué cardenal sacerdote del título de los Stos. Gabino y Susana.—M.

RUSTICO, obispo de Africa, es conocido por la activa parte que tomó en el concilio de Roma de 487. Las iglesias de Africa, que habian buscado en vano consuelo en el Oriente, le encontraron en el Occidente. Informado el papa Félix de los males que sufrian, escribió para procurar remediarlos á los legados que habian enviado al emperador Zenon, á fin de empeñar á este príncipe en hacer cesar la persecucion que Hunnerico hacia sufrir á los católicos de Africa. No tenemos ya esta carta del Papa, y solo la conocemos por lo que refiere de ella Evagro en el libro III de su Historia eclesiástica. Pero segun todas las apariencias á consecuencia de esta carta envió el emperador Zenon á Uranio como enviado suyo á Hunnerico en 484. Uranio dice en efecto, segun la relacion de Victor de Vite, que habia ido á Africa para la defensa de las iglesias católicas. La embajada de Uranio no produjo efecto alguno. Hunnerico, para manifestarle que no temia á nadie, colocó muchos y los más crueles verdugos en las calles y en las plazas por donde debia pasar este embajador para ir á palacio, haciendo así una terrible injuria al imperio romano é insultando su debilidad; pero la rebelion de Ibo contra Zenon era un motivo para que Hunnerico no le temiese. Habiendo llamado del destierro su sucesor Gontamond á S. Eugenio, obispo de Cartago, en 487, entregó á los católicos de la misma ciudad el cementerio de S. Agileo. Pero no llamó á los obispos ni hizo abrir las iglesias hasta 494. No pudiendo reunirse los obispos de Africa para remediar los males que habia causado la persecucion en su provincia, el papa Félix manifestó en esta ocasion cuán caros le eran los intereses de las iglesias del Africa. Reunió un concilio en Roma en la basílica de Constantino el 14 de Marzo bajo el consulado de Boecio, es decir, en 487. Asistieron á él cuarenta obispos de Italia, cuatro obispos de Africa, Victor, Donato, Rústico y Pardalo, enviados quizá por sus colegas, como S. Cipriano habia sido enviado en otro tiempo á consultar á la Santa Sede sobre la forma en que debian de conducirse en la reconciliacion de los que habian caido en la persecucion. Hubo en este concilio sesenta y seis, todos los cuales se hallan nombrados en sus actas. El Papa manifestó desde luego cuánto le afligia el desconsuelo de las iglesias de Africa, donde no solamente el pueblo y los elegidos inferiores, sino tambien los diáconos, los sacerdotes y los obispos se habian dejado volver á bautizar. Segun todas las apariencias, mandó leer en esta asamblea las memorias que se le habian comunicado sobre todas estas cosas, y habiendo decidido el concilio todo lo que tenia que hacer en esta ocasion, el Papa redactó una carta que mandó leer despues

al diácono Anastasio. Hállase dirigida á todos los obispos de las diferentes provincias, y contiene el resultado del concilio. La que ha llegado hasta nosotros se halla fechada un año despues de la celebracion del concilio, á saber, el 15 de Marzo de 488, bajo el consulado de Ignacio y de Sifidio; lo que hace suponer que el Papa envió copias originales á diferentes lugares, segun las necesidades, ó que fechaba las copias en la época en que las enviaba. Manifiesta á los obispos que se debe aplicar á los que han caido en la persecucion remedios propios para sus llagas, por temor de si se las quiere cerrar ántes de tiempo, no solo sirva de nada á personas atacadas de una peste mortal, pero tambien porque los médicos no se hiciesen tan culpables como los enfermos, por haber tratado muy superficialmente una enfermedad harto peligrosa. Quiere desde luego que se distinga la persona y la condicion de los caidos que piden indulgencia, que se examine si es verdadero penitente con el deseo de satisfacer á Dios, si tiene un verdadero dolor de haberse dejado rebautizar, y si ha cometido este crímen por coaccion, porque la condicion del que ha sido forzado debe ser diferente de la del que se ha dejado conducir voluntariamente, y que se debe tratar con mayor severidad al que se ha dejado comprometer por dinero. Despues ordena castigar su falta por los medios ordinarios, de manera que renunciando á toda verguenza y á toda delicadeza, abracen los ayunos, los gemidos y las demás prácticas saludables en las épocas en que sean impuestas y por todo el tiempo que se prescriba, no siendo concedida la gracia más que á los humildes y no á los soberbios. Descendiendo despues en el particular, ordena que los obispos, los sacerdotes y los diáconos que hayan consentido en ser rebautizados, ó que hayan sido obligados por la violencia de los tormentos, serán sometidos á la penitencia hasta la muerte, áun sin asistir á las oraciones, no solo de los fieles, sino tambien de los catecúmenos. Concede sin embargo á todos la comunion láica á la hora de la muerte, despues que una persona hábil haya examinado con detencion sus disposiciones. En cuanto á los eclesiásticos, monjes, religiosas y seglares que hubieren caido sin haber sido violentados, manifestarán un verdadero deseo de levantarse; quiere que conforme á las reglas establecidas en el concilio de Nicea pasen tres años en la clase de catecúmenos, siete en la de prosternados ó penitentes, y dos años asistentes á la oracion con los fieles legos, sin ofrecer sin embargo oblacion alguna. Añade que si las mismas personas han caido por la violencia de los tormentos, se les admitirá á la participacion del sacramento por la imposicion de las manos despues de una penitencia de tres años. Con respecto á los niños, clerigos ó legos, ordena el Papa que sean tenidos durante algun tiempo bajo la imposicion de las manos, y que despues de esto se les volverá á la comunion, por temor de que no caigan en nuevas faltas durante

el tiempo de su penitencia; pero que ni ellos ni ninguno de los que hayan sido bautizados ó rebautizados fuera del seno de la Iglesia católica podrá ser admitido nunca en el ministerio eclesiástico, y que á los que se haya elevado por torpeza serán depuestos; que los catecumenos de la Iglesia que hayan recibido el bautismo de los arrianos, estarán tres años entre los oyentes, despues entre los catecúmenos, entre los cuales tendrán permiso de orar hasta que reciban con ellos la gracia de la comunion católica por la imposicion de las manos. Era costumbre general de la Iglesia dar la Eucaristia á los penitentes, cuando la pedian á la hora de la muerte. Por esta razon ordena Félix que si alguno de los que han sido penitenciados se encuentra en la extremidad recibirá el Viático, ya por el mismo obispo que le haya impuesto la penitencia, ya por cualquiera otro sacerdote, despues de haberse asegurado sin embargo que esta persona habia sido admitida á la penitencia. El Papa prohibe además á los obispos y á los sacerdotes recibir en sus ciudades al penitente de otro obispo sin su certificado por escrito, ya este penitente se confiese sin absolver, ya pretenda estar absuelto. Añade que si acaece algun caso imprevisto, se pedirá la absolucion á la Santa Sede. No se debe olvidar que el Papa despues de haber ordenado conceder la comunion á los que ántes de haber cumplido el tiempo de su penitencia se encuentren en artículo de muerte, quiere que si vuelven á adquirir la salud, no comuniquen más que en la oracion hasta que hayan acabado el tiempo prescripto para la penitencia, segun se habia ordenado ya por el concilio de Nicea.—S. B.

RUSTICO, escritor cristiano del siglo V de nuestra era, en que habia en Francia muchos varones ilustres que llevaban este nombre. Ya hemos hablado de S. Rusticio ó S. Rústico, obispo de Lyon, como tambien del de Narbona, que florecieron ántes de la conclusion de este mismo siglo. Aquí nos proponemos hacer el elogio de un tercer Rústico, á quien debe distinguirse de los otros dos, aunque Baronio y MM. de Sainthe-Marthe le han confundido sin fundamento con el santo obispo de Lyon. Mr. Tillemont ha vacilado durante algun tiempo si sería el mismo Rústico de Narbona. Pero por último confiesa que el que forma el objeto de este artículo parece no haber sido obispo, aunque lo halla sostenido Mr. Dupin, sin decir en qué base apoyaba esta opinion. Era éste un hombre de calidad, íntimo amigo de S. Sidonio, que le da el título de ilustre. Sostenia el honor de su nacimiento con el carácter de un hombre virtuoso y una vida sin mancha. Era natural de Burdeos, donde parece que le habia conocido S. Sidonio. Despues entablaron una amistad muy íntima, y se escribian mútuamente algunas veces. Pero la distancia de los lugares no les permitia con frecuencia gozar de las dulzuras de este inocente comercio, de que no nos queda más que una sola

carta en que se queja S. Sidonio de la distancia que les separaba. Rústico se hacia una noble ocupacion de cultivar las letras, y tenia gran cuidado en enriquecer su biblioteca con los libros nuevos que veian la luz pública. Con este designio escribió á S. Euquerio, obispo de Lyon, para suplicarle le enviase su tratado sobre las cuestiones de la Sagrada Escritura, que copió él mismo con extraordinario placer, como lo manifiesta en su carta. Este es el único monumento que sabemos exista de Rustico. Habiéndole encontrado el P. Sirmond en un manuscrito de Corbie al final de la obra de S. Euquerio, y despues de las cartas de Salviano y de S. Hilario al mismo santo prelado, le publicó en sus notas sobre S. Sidonio. Se halla bastante bien escrita para su siglo, y es tan honrosa á la memoria de su autor como á la de S. Euquerio y de sus escritos, de que hace Rústico un soberbio elogio, lo mismo que de la santidad y del saber del santo obispo. S. Ruricio, siendo ya obispo de Limoges, dirige dos de sus cartas á un amigo suyo llamado Rústico, á quien califica de hijo, pero no hay motivos para suponer que sea el mismo Rústico de que al presente nos ocupamos; podia cuando más ser hijo suyo, ó de su familia.—S. B.

RUSTICO, abad de Condat, conocido como santo, es al que se atribuyen los escritos en que se ve cuál habia sido la santidad de los monjes de Monte Jura, en tiempo del gobierno de S. Claudio. Quizá fuera este escrito la vida del santo con la relacion de sus milagros de que se habla en el mismo lugar. Su pérdida, si esta obra llegó á existir, nos reduce á ignorar la historia de un prelado tan notable como S. Claudio, obispo de Besanzon. Su cuerpo se conserva todavía intacto en su monasterio da Besanzon, que ha tomado el título de S. Claudio.—S. B.

RUSTICO, obispo de Cahors y hermano de S. Didier: despues de haber desempeñado la dignidad de abad en la corte, obtuvo el cargo episcopal, en que no tardó en sucederle su hermano poco despues de su muerte. Los autores, ocupados en referir la vida de Didier, apénas nos hablan de Rústico, el primero por su edad y circunstancias que ocupó una silla en que estaba llamado á sucederle su hermano, varon cuya ilustre virtud ha hecho que se le venere como santo en los altares. Está sin embargo averiguado que Rústico fué digno de su antecesor, pues con sus buenos ejemplos le condujo por el camino en que tanto habia de brillar y distinguirse despues. Sus virtudes, aunque inferiores á las de Didier, merecerian una detallada relacion si no temiésemos se nos acusase de proligidad en un punto, que siendo como un lugar comun en esta obra, tiene que repetirse á cada paso, pues es tan grande el número de varones ilustres por su piedad que ha tenido la Iglesia cristiana, y tantos los ejemplos que nos han dejado que imitar, que el dejar de referirlos áun en los casos más insignificantes sería una imperdona-

ble falta, aunque alguna vez, como en la presente ocasion, caigamos en ella por evitar panegíricos que por lo justos y merecidos no podemos dejar de hacer, aunque los evitemos con frecuencia. Baste, sin embargo, lo arriba dicho para saber quién era este Rústico, obispo de Cahors, y lo indicado para comprender sus méritos y santidad.—S. B.

RUSTICO (Elpidio). No fué este un eclesiástico, pero sí un escritor piadoso del que se debe hacer siquiera una ligera mencion. Procedente de una familia ilustre y médico de Teodorico, rey de los godos, en el siglo VI, compuso en versos exámetros hácia el año 520 la *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento*, y un *Tratado de los beneficios hechos por Jesucristo al género humano*. Fueron publicadas estas obras por Jorge Fabricius. Tambien escribió en verso el *Consuelo del dolor;* obra de que hace mencion él mismo, pero que no ha llegado á publicarse. En la *Historia literaria de Francia* por el P. Rivet se hace mencion de este autor poeta cristiano.—C.

RUSTICUCCI (Gerónimo). Este Cardenal perteneciente á la nobleza de Fano, tuvo la desgracia de perder á sus padres siendo aún niño. Dice Moroni en su *Diccionario de erudicion histórico-eclesiástica*, que desde su adolescencia dió claros indicios de la modestia y mansedumbre que le distinguió toda su vida. Fué á Roma á los veinte años, y admitido en la corte por medio del cardenal Chislieri, le nombró despues S. Pio V su secretario particular cuando aún no era éste más que cardenal. Tres años bastaron á Rusticucci para dar evidentes muestras de fidelidad, prudencia y valor; y así es que cuando en 1565 subió á la silla pontifical S. Pio V, le nombró secretario de estado y su doméstico secretario, haciéndole asistir á las audiencias que concedia á los embajadores de las potencias. En ausencias del cardenal Bonelli, sobrino del Papa, desempeñó Rusticucci todos los cargos eclesiásticos y negocios que estaban á su cargo, y por su buen desempeño y en premio de su virtud y méritos, el 17 de Mayo de 1570 le creó cardenal sacerdote de S. Teodoro, y en 1571 administrador perpétuo de Sinigaglia, haciéndole protector de la Orden cisterciense y honrándole con su más íntima confianza. Gregorio XIII le nombró vicario de Roma en 1777, y Sixto V en 1587, segun Ponzetti, le hizo tambien su secretario de estado. Trasladado al título de Santa Susana, restauró la iglesia, y construyó su decorosa fachada adornándola mucho con relieves y pinturas que representan la vida de la Santa segun la describe el profeta Daniel. Retuvo este título con beneplácito de Clemente VIII, cuando el año 1600 se le nombró obispo de Sabina, de cuya silla pasó en 1603 al obispado de Porto, y en este año murió á los sesenta y seis años de edad, dejando dicho se le enterrase en la iglesia delante del altar mayor con humilde inscripcion, y así se hizo. Fué justamente alabado por su piedad y por su mérito, é intervino en seis cónclaves. Fabricó en

Roma un suntuoso palacio que dió nombre á la Plaza de Rusticucci, que es hoy el palacio Accoramboni. — C.

RUTEMBERG (Ciro de), gran maestre XXXVII de la órden Teutónica ó de Cristo; en 1417 la gobernó diez y siete años y asoló la Lituania, pues esta religion, desde la conclusion de las Cruzadas, se habia retirado á Alemania, donde se les concedieron algunos territorios en Prusia, que se hallaba todavía sin convertir: á sus esfuerzos se debió la conversion de este país, que por su carácter y circunstancias, tan célebres en la historia, no siempre correspondia á los servicios que prestáran los caballeros, siendo más de una guerra y rebelion el premio de sus esfuerzos y trabajos. En una de estas fué cuando Rutemberg tuvo que asolar la Lituania, provincia que formó despues parte de la Polonia, aunque de lengua y costumbres rusas, y que se halla unida hoy á la patria comun. — S. B.

RUTH. Vamos á ver en la tierna é interesante historia de esta jóven moabita un bello y generoso modelo de piedad filial, que coronó Dios de gloria y de felicidad. En el tiempo en que los israelitas estaban gobernados por jueces, cerca de ciento veinte años despues de Josué, el hambre desoló el país de Bethlehem. Hay fundamento para creer que el azote fué general, pues que descargó hasta sobre esta ciudad que habia tomado su nombre de la fertilidad de su suelo, pues Bethlehem quiere decir *casa de pan*. Dios, que se place en poner en las cosas materiales como un presagio de las cosas más espirituales, habia permitido sin duda que así fuese llamada, porque en ella debia nacer un dia, segun la carne, aquel cuya doctrina es el verdadero alimento del hombre, el pan de las inteligencias. Sea lo que fuere de estas misteriosas relaciones, Elimelech, que habitaba en Bethlehem, vióse obligado á refugiarse en la tierra de Moab, en cuya emigracion le siguieron su mujer Noemi y sus dos hijos llamados Mahalon y Quelion. Murió Elimelech despues de poco tiempo, quedando esta sola con sus dos hijos, los cuales se casaron con mujeres moabitas, llamadas la una Ruth y la otra Orfa; pero los dos hijos no tardaron en seguir á su padre en el sepulcro. ¿Fué tal vez el pesar del destierro lo que precipitó sus vidas? porque, como decia un proscripto, duro es el comer el pan de otro y subir la escalera de una casa extraña. ¿O bien su muerte prematura fué, como han creido algunos, el justo castigo de sus alianzas prohibidas? Porque Moisés habia expresa y positivamente excluido los moabitas de la sociedad de Israel, y tanto el espíritu como el literal de la ley reprobaba estos enlaces peligrosos, en los cuales era mucho más frecuente pervertirse el fiel que reducir este al idólatra. Privada de su marido y sus dos hijos, la triste Noemi resolvió el regresar á su patria con Ruth y Orfa, por haber oido decir que el Señor habia vuelto sus ojos propicios hácia su pueblo y cesado de afligirle con el hambre, prestándole alimentos su-

ficientes. Luego que hubo dejado la tierra extranjera, con ambas nueras, puesta en camino para volver á la tierra de Judá, les dijo Noemi: «Volveos á casa de vuestras madres. El Señor use misericordia con vosotras, como la habeis usado vosotras con los difuntos y conmigo, y os conceda hallar descanso en las casas de los maridos que la buena suerte os deparare.» Besólas en seguida con la mayor ternura, y ellas prorumpieron en lágrimas y sollozos, y respondieron: «Contigo iremos á tu pueblo.» Insistió Noemi manifestándolas cuán imposible le era el consolarlas, y empezó aquel tierno diálogo, en cuyas palabras se pintaban el vivo sentimiento de sus desgracias y una religiosa resignacion. «Volveos, hijas mias, ¿para qué venir conmigo? ¿Tengo yo por ventura más hijos en mi seno para que de mí podais esperar otros esposos? Idos, hijas mias, volveos, porque yo estoy ya consumida de la vejez, y no me es posible daros esposos, pues áun cuando pudiese yo tener hijos, si quisieseis esperarlos á que creciesen y llegasen á los años de la pubertad, seriais ántes viejas que esposas. Os suplico, hijas mias, que no prosigais; mirad que vuestra afliccion no hace más que aumentar la mia, porque la mano del Señor está levantada contra mí.» ¡Qué ingenuidad, qué candor se deja traslucir en este lenguaje! Entónces de voz en grito se pusieron de nuevo á llorar: tenian que separarse de aquella nueva madre que las miraba como hijas queridas: no tenia medios para consolarlas, y se veia obligada á despedirlas así con todo el dolor de sus entrañas. Orfa cedió por fin á las tiernas instancias de su suegra, le dió el último beso y tomó el camino de Moab; pero Ruth, dulce y afectuosa, no tuvo resolucion para abandonar á Noemi, y se quedó con ella. Creyó esta deber insistir áun, y le dijo: «Ya ves que tu hermana política se ha vuelto á su pueblo y sus dioses: anda, vete con ella.» Pero Ruth, con aquella resolucion magnánima, que sin perder el respeto se muestra ya tomada por última vez, le respondió conmovida: «No, no me instes más para que te deje y me vaya, porque á do quiera que tú fueres he de ir yo, y donde tú morares he de morar yo igualmente. Tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios. La tierra en que tú murieres me verá morir, y donde fueres sepultada, allí lo seré yo tambien. Tráteme el Señor con severidad si otra cosa que la muerte sola me separáre de ti.» Así manifestaba Ruth toda la fuerza de su adhesion hácia aquella cuyo hijo habia sido el embeleso de su vida. En las almas nobles y delicadas no rompe el infortunio los lazos formados por la naturaleza ó por la libre afeccion, ántes bien los estrecha, los fortifica y los hace sagrados. El instinto de la piedad se reviste entónces del carácter de la ternura, y se trasforma en aquel exquisito y profundo sentimiento que lo hace arrostrar y sufrir todo para con aquellos que se aman. Aún más: los desgraciados parécennos más grandes por la flaqueza misma de su infortunio, y adquieren á nuestros ojos

un nuevo título á nuestra compasion por los sacrificios que nos han costado. Viendo, pues, Noemi la firme resolucion de su nuera, cesó ya de probar por más tiempo la fidelidad de su querida Ruth, y se dirigieron juntas hácia Bethlehem. Tenian que caminar cuatro dias á lo ménos por aquel dilatado valle en donde duerme el lago Asfaltide, entre dos cadenas de montañas que se extienden desde el septentrion al mediodía, y cuya cima se oculta en un cielo profundo y despejado, porque Ruth habitaba aquella parte del país de Moab que formaba parte de la Arabia Petréa. Cuando llegaron á Bethlehem las viajeras, voló luego la noticia por toda la ciudad, y decian las mujeres: «¡Esta es aquella Noemi!» ¿Manifestaban estas palabras el gozo y la felicitacion que motiva é inspira la larga ausencia de una persona conocida, ó más bien la maligna satifaccion y el menosprecio con que suele acogerse el éxito desgraciado de una tentativa? Porque para las almas mezquinas y viles los desgraciados son siempre culpables de sus desgracias. La triste viuda de Elimelech respondia, pues, con ingenuidad á las mujeres que la nombraban: «No me llameis Noemi (esto es, graciosa): llamadme ántes Mara (llena de amargura), porque el Todopoderoso me ha llenado de aflicion. Salí de aquí colmada de dicha y de júbilo, y el Señor me ha hecho volver vacía de todo consuelo. ¿Por qué me llamais Noemi, habiéndome así humillado y afligido el Señor?» En aquellos siglos en que la inteligencia era grande, porque la fe era viva, el nombre de Dios se mezclaba en todos los relatos, así como su mano interviene realmente en todos los sucesos. La Iglesia aplica estas palabras de la viuda de Elimelech á la más afligida de las mujeres, á la Reina soberana de todos los mártires, cuando al pie del madero santo y sobre el monte de los sepulcros presentó á la faz de los cielos, del mundo y de los siglos el tipo más sublime y desgarrador del corazon de una madre en el abandono, en la orfandad, en la amargura y en la desolacion. Cuando Ruth y Noemi regresaron á Bethlehem era el tiempo de la siega, y el país representaba el risueño aspecto de los pueblos labradores, cuando las mieses, azotadas por el viento, se mecen como ondas de oro sobre las llanuras, ocultando en las espigas aquel grano de vida que se invierte en alimento y en sustancia del hombre. Ya no aparece la perspectiva de los pueblos puramente pastores como en tiempo de los patriarcas; el pueblo de Israel tenia ya desde muchos años una patria, que le habia destinado el cielo; y su mano laboriosa habia podido forzar á su suelo á que le sustentase, volviéndole fecundo y feraz. Todos los pueblos han debido pasar por estas tres fases de la civilizacion, cazador, pastor y agrícola. La jóven viuda, pues, dijo á su suegra: «Si me das tu licencia, iré al campo y recogeré las espigas que se escapan de las manos de los segadores, donde quiera que halláre buena acogida en algun padre de familias que se muestre compasivo

para conmigo.» Consintió en ello Noemi, y la jóven viuda fué á recoger espigas detrás de unos segadores. Sabido es que el derecho de respigar, segun las leyes mosáicas, pertenecia exclusivamente á los pobres, bien fuesen indígenas ó extranjeros, y áun el dueño estaba obligado á dejarles de propósito alguna espiga, y no debia volver á tomar la garba olvidada en su propio campo. Al partir pues Ruth, no hacia más que seguir á unos segadores, recogiendo lo que caia de sus manos. Por una coincidencia feliz, ó más bien por la providencia de Dios, que escoge siempre medios convenientes para conducir sus criaturas á sus soberanos designios, acaeció que Ruth espigase en el campo de un hombre muy rico llamado Booz y pariente de Elimelech. Precisamente Booz venia de Bethlehem á su campo. La agricultura no se hallaba entónces relajada en la estimacion pública; la sencillez y la moderacion de los gustos daba á las cosas más necesarias un más alto valor, y los hombres nobles y ricos no se desdeñaban de presidir la recoleccion de los bienes de la tierra. Despues de haber saludado á los segadores en nombre de Dios y de haber recibido de ellos un saludo en los mismos términos, preguntó Booz al mancebo mayoral de los segadores: ¿De quién es esta muchacha? Y respondióle éste: «Es la jóven que vino con Noemi del país de Moab, y ha pedido permiso para ir tras de los segadores y coger las espigas que quedan, y desde la mañana hasta ahora se está en el campo, sin haberse retirado ni por un momento á su casa.» Por lo que dejamos dicho, Ruth tenia el derecho de espigar en el campo de Booz; pero habia pedido ántes el permiso, sin duda por modestia de carácter, y por aquella timidez tan conveniente como natural á todo extranjero. Admirado por la graciosa modestia de Ruth y conmovido de lo que sabia ya de su piedad filial, se dirigió Booz á ella y le dijo: «Oye, hija mia, no vayas á otro campo á respigar, ni te apartes de este sitio, sino júntate con mis muchachas, y siguelas donde estuviese la siega, porque he dado órden á mis criados para que nadie se meta contigo, y áun si tienes sed, vete al hato y bebe agua de la misma que beben tambien mis criados.» Este ofrecimiento, ligero en apariencia, era una muestra de particular benevolencia en un país en que abundan poco las aguas, y en que los calores son tan excesivos. Ella entónces, inclinando el rostro hasta la tierra en señal de respeto y de gratitud respondió á Booz: «¿De dónde á mí tanta dicha, que haya encontrado gracia en vuestros ojos, y os digneis tratarme con tanta bondad siendo yo mujer extranjera?» A lo cual replicó Booz: «Me han referido todo lo que tú has hecho por tu suegra despues de la muerte de tu marido, y cómo has abandonado á tus padres y el país nativo por venir á un pueblo que te era ántes desconocido. El Señor te premie tu buena accion, y recibas un completo galardon del Dios de Israel á quien has recurrido y debajo de cuyas alas te has amparado. — Oh señor

mio, le dijo Ruth, he hallado gracia á vuestros ojos, pues que así habeis consolado y hablado al corazon de esta esclava vuestra, que ni áun merece contarse en el número de vuestros criados.» Ruth quedó admirada y llena de júbilo por tanta benevolencia, é ignoraba que la uniesen con Booz los vínculos de un estrecho parentesco, é ignoraba sobre todo que aquel encuentro debiese un dia valerle mucha más felicidad y gloria de la que habia perdido. Booz volvió á decir á Ruth que se juntase á los segadores á la hora de comer, y que comiera con ellos. Efectivamente, llegada la hora, Ruth se sentó al lado de los hombres de la siega, tomó con ellos alimento, guardando un poco para su suegra. Su comida fué la polenta ó grano tostado y molido, como se insinúa en el texto hebreo. Levantóse luego de allí para respigar como ántes, y entre tanto Booz habia dado esta órden á sus criados: «Aunque quisiera segar con vosotros para sí, no se lo estorbeis; ántes de propósito dejad caer de vuestros manojos algunas espigas para que pueda cogerlas sin rubor, y que nadie la reprenda ni contriste.» Ruth pues estuvo respigando en el campo hasta la tarde, y vareando y sacudiendo las espigas recogidas, pudo ella sacar todo el grano, y se halló con cerca de un efi de cebada, ó sea tres modies ó fanegas. Volvió pues á la ciudad llevando el fruto de su trabajo, que enseñó á su suegra con la satisfaccion del que acaba de recibir un espontáneo beneficio, y dióle las sobras de la comida de que ella se habia ántes saturado. Admirada Noemi y gratamente sorprendida de la abundancia de la limosna, preguntó á su nuera querida con el gozo de la sorpresa: «¿Dónde has espigado hoy, y dónde has empleado tu trabajo? Bendito sea el que se ha apiadado de ti?» Declaróle Ruth en qué campo habia espigado, y dijo que el amo de él se llamaba Booz. «Bendito sea el Señor, continuó Noemi, pues la misma benignidad de que usó con los vivos la conserva todavía á los difuntos. Booz es pariente nuestro.» Pues tambien me ha mandado, añadió Ruth, que me incorpore con sus segadores hasta tanto que se acabe la siega de todas las mieses. «Mejor será, hija mia, repuso Noemi, que vayas á respigar con sus criadas, no sea que en el rastrojo de otro se te opusiese alguno á que respigases.» Ruth pues se unió á las criadas ó doncellas de Booz, y respigó entre ellas todo el tiempo restante, hasta que las cebadas y los trigos se recogieron en sus trojes, pues la obediencia y el valor, unidos á la modestia y la dulzura eran las virtudes de la jóven moabita. Un dia Noemi le dijo estas palabras: «Hija mia, voy á procurarte descanso y á preparar tu bienestar.» Ese Booz, con cuyas sirvientas tú te agregas en el campo, es pariente nuestro, y esta noche aventa cebada en su era. Lávate, pues, y úngete con los perfumes, y ponte los más ricos vestidos, y encamínate á la era; procura que no te vea hasta que haya concluido la cena. Entónces, cuando se fuere á dormir, nota bien el sitio en don-

de duerme, é irás y alzarás la capa por la parte con que se cubre los pies, y echaráste allí, y te pondrás á dormir. El mismo te dirá, como pariente más cercano, lo que debes hacer. De este modo le señaló Noemi detalladamente todo lo que debia hacer á fin de aplicarse el beneficio de la ley mosáica, que daba por esposo á una viuda sin hijos el más cercano pariente del esposo difunto. Recordaremos aquí que uno de los objetos más evidentes de Moisés era el de impedir la confusion y la abolicion de las familias y de las sucesiones y herencias, así como la mezcla del pueblo israelita con los demás pueblos. Esta legislacion y esta política eran peculiares y exclusivas al pueblo hebreo y á la época en que se dieron, pues no habia llegado aún el tiempo de preparar, por medio de la fusion y de la concordia de las naciones entre sí, la marcha rápida y el triunfo universal de la verdad entre los hombres. Ruth obedeció con docilidad todo cuanto su suegra le habia ordenado. Fuése á la era, y cuando Booz, despues de haber comido alegremente, fué á dormir junto á un monton de gavillas, se llegó Ruth pausada y silenciosa, y alzada la capa por los piés, se puso á dormir allí. Cuando hé aquí que á media noche despertó el hombre despavorido, y turbado al ver una mujer echada á sus piés, le dijo: ¿Quién eres? Soy Ruth, esclava tuya, respondió ella; extiende tu manto sobre tu sierva, por cuanto eres el pariente más cercano de mi marido. Booz debia conocer con esta formalidad que Ruth no renunciaba á sus derechos sobre el más próximo pariente de Elimelech. Así lo comprendió Booz, y dirigiéndose á la extranjera: «Bendita seas del Señor, hija mia, la dijo, pues hoy superas aún en bondad á tus virtudes primeras, pues siendo jóven como eres, no has ido á buscar jóvenes ni pobres, ni ricos, sino al que la ley dispone, aunque anciano. No temas, pues, que yo haré contigo cuanto tú me dijeres, puesto que conocida eres de todo el pueblo por mujer virtuosa. No niego ser yo pariente; pero hay otro más cercano que yo. Descansa esta noche, y mañana, si él quiere quedarse contigo por el derecho de proximidad, sea en hora buena; pero si no quiere, te juro por el Señor que tú serás mi esposa.» ¡Cuánto nos admira y embelesa á la vez la candorosa simplicidad de aquellas viejas edades! Durmió Ruth á los piés de Booz hasta el fin de la noche, y levantóse ántes que la luz pudiese dar á conocerse los hombres unos á otros, y le dijo Booz: «Procura que nadie sepa que has venido acá.» Y le hizo extender el manto ó velo grande con que las mujeres orientales se cubren desde la cabeza á los piés, y tenerle bien asido con entrambas manos, y le midió seis modios de cebada, y se los cargó á cuestas. Y así cargada, entró Ruth en la ciudad y fuése á su suegra, la cual al verla le preguntó: «¿Qué has hecho, hija mia, acerca de lo que te encargué?» Contóla Ruth todo cuanto habia hecho Booz por ella, y añadió: «Hé aquí seis modios de cebada que me ha dado, diciéndome: No quie-

ro que vuelvas á tu suegra con las manos vacías. —Hija mia, dijo Noemi, espera hasta que veamos cómo acabará este negocio, pues Booz es hombre de recto proceder y no dejará de cumplir su palabra.» Fuése realmente Booz á las puertas de la ciudad, en donde se trataban y ventilaban casi todos los negocios, así públicos como particulares. Viendo pasar allí su pariente, y en presencia de seis ancianos de la ciudad convocados al efecto, le dijo: «Noemi, que ha vuelto del país de Moab, está para vender una parte de la heredad de nuestro hermano Elimelech, lo cual he querido que tú sepas y decírtelo en presencia de todos los circunstantes y de los ancianos del pueblo. Si tú quieres poseerla por el derecho de parentesco, cómprala y poséela, y si no quieres, declárlo para que yo sepa lo que debo hacer, puesto que no hay otro pariente sino tú, que eres el primero, é yo, que soy el segundo.» Y consintió el pariente en comprar la heredad. Añadió Booz: «Despues que hayas comprado el campo de Noemi, debes casarte con Ruth la moabita, que era consorte del difunto, para hacer revivir el nombre de tu pariente en su herencia.—Renuncio al derecho de parentesco, respondió el pariente, porque no es razon que yo arruine la prosperidad de mi familia. Usa pues tú de mi privilegio, del que me abdico espontáneamente.» Echase de ver que este hombre tenia ya esposa y que temia contraer un nuevo enlace, bien fuese para evitar los disturbios domésticos consiguientes á la poligamia, ó bien para impedir la confusion de las herencias ó sucesiones aumentando la division de bienes con los muchos hijos que podia dar Ruth despues del primogénito. Era costumbre antigua en Israel entre los parientes, que cuando uno cedia su derecho á otro, para que la cesion fuese válida, se quitaba aquel su calzado y se daba á su pariente: esta era la fórmula ó testimonio de la cesion. Dijo pues Booz á su pariente: Quítate el calzado; y al punto se lo quitó del pié; y vuelto á los ancianos y al pueblo los puso como á testigos de que admitia la sucesion de Elimelech y tomaba por esposa á la viuda de su hijo, usando del derecho que le conferia la legislacion del país. «Vosotros sois testigos en este dia, les dijo, de que yo entro en posesion de todos los bienes que poseia Elimelech y Quelion y Mahalon, entregándomelos Noemi, y recibo en matrimonio á Ruth la moabita, mujer que fué de Mahalon, para resucitar el nombre del difunto en su herencia, á fin de que no se borre su nombre de su familia, de entre sus hermanos y de su pueblo. Vosotros, repito, sois testigos de este acto.» Entónces todo el pueblo respondió con los ancianos: «Nosotros somos testigos. Haga el Señor que esta mujer que entra en tu casa sea como Raquel y Lia, que fundaron la casa de Israel: sea como ellas dechado de virtud en Efrata, y su nombre se haga célebre en Bethlehem. Y sea tu casa como la casa de Fares, hijo de Thamar y de Judá por la posteridad que el Señor te diere de

esta jóven.» Tomó, pues, Booz á la viuda del hijo de Elimelech, y desposóse con ella, cumpliendo de este modo lo que debia á la ley y sin ruborizarse de la pobreza de sus parientes. Bendijo Dios esta union, y envió un hijo á Ruth. Y regocijadas las mujeres por este fruto de la bendicion del cielo, decian á Noemi: Bendito sea el Señor, que no ha permitido que faltase heredero en tu familia, y ha querido conservar el nombre de ella en Israel, para que tengas tú tambien quien consuele tu alma y sea el sosten de tu vejez, pues que te ha nacido un niño de tu nuera, la cual te ama, y es para ti mucho mejor que si tuvieras siete hijos.» Noemi recibió al recien nacido en su regazo con el oficio de ama y de niñera, rebosando de gozo como si fuese un retoño de su posteridad, y considerando á la madre del niño como hija suya. Así el amor de suegra, cuya armonía suele tan á menudo alterarse en las familias, equivalia en esta mujer á un amor de madre, por el tierno cariño que á Ruth profesaba, y el hijo de esta nuera tan querida alegraba los viejos años de Noemi como las caricias de un nieto que llena de consolacion y de júbilo la vejez de su abuelo. El niño recibió el nombre de Obed, que significa servidor. ¿Querria por aquí manifestarse los cuidados que de él esperaba Noemi, ó bien el deseo de verle algun dia sinceramente piadoso hácia Dios? Mas lo que constituye la gloria de Obed y explica al mismo tiempo el porqué la historia de Ruth fué trasmitida á la posteridad por las Escrituras, es que David, el gran rey y el progenitor de Jesucristo, salió de esta estirpe, pues tuvo por padre á Isai ó Jessé, hijo de Obed, y esta es la posteridad desde Fares, hijo de Thamar y de Judá, hasta el monarca de Judá. Fares fué padre de Esron, Esron lo fué de Aram, Aram de Aminadab, Aminadab de Naason, Naason de Salmon, Salmon fué padre de Booz, Booz lo fué de Obed, Obed lo fué de Isai, y este fué padre de David. Así pues, tanto Ruth la extranjera como Rahab y Thamar, las mujeres culpables, figuran entre los ascendientes del hombre al cual se unió personalmente el Verbo Dios. La Providencia estableció este órden para darnos á entender que convida á todas las naciones al banquete de la fe, así como promete el perdon á todos los verdaderamente arrepentidos. Largo sería el comentar el hermoso juego de afecciones puras é inocentes que presta la sencillez y sentimental historia de la afortunada hija de Moab, sin que ninguna de ellas ofrezca la violencia ni la ceguera que suele acompañará la mayor parte de las propensiones del alma. El afecto recíproco de madre y de hija brilla en las dos recien llegadas de Moab, que vienen á confundirse dulcemente en una misma existencia. Sigue luego la más generosa hospitalidad, seguida del más puro y modesto agradecimiento, y termina el más bello y apacible drama con un vínculo honesto y legítimo, que vuelve á estrechar de nuevo los miembros de una familia dispersa y perpetúa las virtudes de una generacion afortuna-

da. El amor, esa pasion tan funesta en sus inconstancias y caprichos, esa fiera indómita que suele burlar todos los frenos, se sujeta como un manso cordero á la voz de la ley; el tierno corazon de Ruth, de esa jóven matrona tan rica de gracias como de pudor, se deja conducir dócilmente y sin resistencia hácia el tálamo de un anciano pariente: el amor de la sangre sojuzga suavemente todas las afecciones, y la gratitud es la única pasion que hace latir el pecho de la nuera de Noemi. Al contemplar el cuadro risueño de esta familia feliz, fuerza es convenir que no es en el seno de pasiones turbulentas y arrebatadas donde halla el alma el sabroso nutrimento de su propia actividad y el goce de los placeres reales y duraderos.—J. R. y C.

RUTH DE ANS (Pablo Ernesto). Nació el 23 de Febrero de 1633 en Vervier, ciudad del pais de Lieja, cerca de Limbourg; era de una familia noble, hijo de Juan Ruth de Ans, capitan bávaro y de Ana le Vasseur. Dice él mismo en uno de sus escritos en que hace su apología, la que se halla firmada de su mano en todos los ejemplares, que podia probar por su genealogía hecha en debida forma por un rey de armas, y aprobada en el imperio, que su familia es patricia, y que sus antepasados han tenido el honor de estar al servicio de los príncipes de la augusta casa de Baviera, desde el príncipe Ernesto hasta Maximiliano Enrique. Siguió los estudios en la universidad de Lovaina, siendo tonsurado en 28 de Mayo de 1660 por el sufragáneo de Lieja, y cerca de un año despues emprendió la filosofía bajo la direccion de Randax, quien fué enviado á Roma con otro catedrático por la universidad de Lovaina, adonde los acompañó Ruth de Ans, no teniendo todavía más que diez y seis ó diez y siete años. A su regreso á Lovaina estudió teología vistiendo la sotana como los demás teólogos. Tomó despues el grado de bachiller, y hallándose próximo á ordenarse, se le aconsejó fuese á París para pasar allí algun tiempo en su seminario. Siguió este consejo, vió á Mr. Arnauld, que habitaba á la sazon en esta ciudad, y desde aquella época ha continuado siempre unido con él en estrecha amistad, y mereciendo su confianza. Durante la primera cuaresma que pasó en París, fué á hacer ejercicios á Port-Royal des Champs, donde llegó en 20 de Marzo de 1679, y encontró tantos atractivos en aquel lugar que volvió á él algun tiempo despues permaneciendo por mucho más tiempo. Tres años despues de haber salido de esta casa, fué á vivir á Bruselas, donde escribió los volúmenes décimo y undécimo del Año cristiano, comenzado por Mr. Le Tourneux. Recibió el subdiaconado en Rotterdam el 19 de Diciembre de 1682, y el diaconado en Amsterdam el 18 de Marzo de 1684, ambos de manos de Mr. de Neercarsel, obispo de Castorie, vicario apostólico en Holanda, y le ordenó de sacerdote en 24 de Setiembre de 1689 Mr. Codde, obispo de Sebaste, sucesor de aquel, en virtud de una dimisoria que le fué concedida

por su propio obispo, y porque Mr. Alfonso de Berghes, su prelado diocesano, se hallaba atacado entónces de una enfermedad peligrosa de que falleció. Su designio era licenciarse en Lovaina, y tomar despues el grado de doctor como habia recibido el de bachiller. Fué allí con este objeto, pero habiendo encontrado algunas dificultades, no creyó conveniente continuar en este designio, contentándose con el título de bachiller en teología en la universidad de Lovaina. Aumentó despues á este título los de doctor de la Sapiencia de Roma, protonotario apostólico, capellan de la duquesa de Baviera, canónigo de Sta. Gudula en Bruselas, y canónigo y dean de la iglesia catedral de Tournai, porque en efecto fué revestido de todos estos honores, y desempeñó todos estos cargos. La duquesa de Baviera, de que fué capellan, era hija del rey de Polonia Sobieski, que hizo levantar á los turcos el sitio de Viena. Ernesto, que tenia un carácter insinuante, habia sabido granjearse grande crédito en la corte del duque de Baviera, gobernador á la sazon de los Países-Bajos españoles, en el reinado de Cárlos II. El duque se valió de él para hacer elegir á su hermano obispo y príncipe de Lieja, que era elector de Colonia, y Ernesto hizo un viaje expresamente á Lieja en 1694 para obtener votos en favor suyo contra el príncipe de Neubourg, gran maestre de la Orden Teutónica, hermano de la emperatriz esposa del emperador Leopoldo. Ernesto consiguió su objeto, pero Mr. Arnauld y sus amigos no aprobaron nunca que se mezclase en este asunto, áun cuando no llegaron á saber todas sus circunstancias. Ernesto continuó sin embargo siendo amigo de este doctor, y le acompañó en muchos de sus viajes. Habia ido á buscarle á Bruselas el 28 de Setiembre de 1690, y se halló á su muerte en 1694, encargándose con Mr. de Guelphe de trasladar su corazon á Port Royal des Champs el 9 de Noviembre del mismo año. En esta ocasion fué cuando compuso el discurso francés que se encuentra con el nombre de Mr. Guelphe en el *Compendio de la vida de Mr. Arnauld*, publicada por el P. Quesnel. Habiendo sido desterrado de los Países-Bajos, volvió á ellos cuando los conquistó de nuevo el emperador, y fijó allí su residencia en lo sucesivo. Mr. de Precipiano, arzobispo de Malinas, presentó contra él en la corte de Bruselas, y envió á España una memoria, que no creyó conveniente dejar sin refutacion, y á la que contestó en un escrito de ocho páginas en 4.° con el título de *Apología*, que ha llegado á ver la luz pública. En 1704 presentó una queja al marqués de Bedmar, que se ha impreso tambien en 12.° Confirma en ella muchas de las particularidades de su vida que llevamos referidas, y demuestra que los documentos que se le habian dirigido en 19 de Marzo de 1704 eran subrepticios. Fué tambien expresamente á Roma para justificarse á los piés del papa del crímen de herejía de que le habia acusado Mr. de Precipiano, y entónces fué cuando obtuvo el

grado de doctor en la Sapiencia. Inocencio XII le recibió favorablemente, le admitió muchas veces á audiencias particulares, y le despidió despues de haberle declarado inocente. En 1708 tomó tambien la defensa contra el mismo Precipiano de Mr. Guillermo Vande Nesse, pastor de Sta. Catalina de Bruselas. Esta defensa, impresa en 1708 en 4.°, se halla dividida en dos partes, y tiene por título: *Refutacion de un monitorio del Sr. Arzobispo de Malinas*, dirigido á *Mr. Guillermo Vande-Nesse, pastor de Sta. Catalina de Bruselas*, el 17 de Febrero de 1703; consta de 74 páginas. Ernesto Ruth d' Ans escribió tambien la *Vida de S. Gonzalo*, impresa en Bruselas en 1703 en 12.°, y un *tratado sobre los dotes de los religiosos*. Murió en Bruselas el 24 de Febrero de 1728. El príncipe Ernesto, landgrave de Hesse-Reinfelds, le escribia con frecuencia, y se hallaba tambien en relaciones con algunos cardenales. Tenia estrecha amistad con el médico del emperador, y enviaba al príncipe Eugenio todos los escritos que se publicaban y merecian ser adquiridos, y los escribia con frecuencia. Era partidario de los franceses, pero en el reinado de Felipe V, rey de España, despues del destierro de Mr. Opstrait se pasó á los austriacos. Era generoso, pero le gustaba la economía. Prestaba con placer todos los servicios que podia, y practicaba la hospitalidad con mucha atencion y nobleza.—S. B.

RUTHARD, Ruthardo ó Ruoter, abad de S. Pedro de Erford, ilustre por su cuna, su religion y su piedad segun dice el P. Mabillon, fué elegido arzobispo de Maguncia en 1088; tenia dos hermanos: el uno, llamado Pelegrin, obtuvo el cargo de procurador en Turingia; el otro, Diedon, vivia con esplendor en sus posesiones. En 1089 recibió al emperador en Maguncia, que fué á pasar las pascuas á esta ciudad, y cedió á Hatwic, arzobispo de Magdeburgo, que acompañaba al soberano el honor de dar las bendiciones en los rezos de los nocturnos de aquella solemnidad. Manifestóse liberal para con diferentes iglesias de su diócesis, y en particular con su catedral y algunas abadías. La avaricia de sus parientes le deshonró sin embargo. Con el objeto de apoderarse de los numerosos bienes de los judíos, promovieron contra ellos una sedicion en 1098, en que murieron algunos de estos con pérdida de sus bienes, no faltando quien supone que participó el prelado del botin. Irritado el emperador contra él y sus allegados, les amenazó con su cólera, y como Rutardo no se creyese seguro en Maguncia, se retiró á Turingia, dando para ello el pretexto de que temia comunicar con un príncipe excomulgado. Desde esta época no cesó de suscitar enemigos al emperador. En 1105 presidió el concilio de Nordhausen en que el jóven rey fué á hacer con hipócrita semblante mil protestas de adhesion y de respeto á su padre, las que eran desmentidas por sus actos. En recompensa el soberano restableció en su silla á Ruthardo, ausente hacia ocho años de su iglesia. En las

fiestas de Navidad del mismo año tuvieron los legados del papa Pascual una grande asamblea en Maguncia, de la que fué uno de los promovedores Ruthardo, y en la que tuvo la satisfaccion de renovar en compañía de los otros prelados los anatemas pronunciados contra el emperador. Este concilio, ó más bien dieta de Maguncia, fué reunido el dia de Navidad por el rey de romanos Enrique V. Asistieron los legados del Papa con más de cincuenta y dos señores legos del imperio y un gran número de prelados. Se renovaron los anatemas pronunciados contra el emperador, el antipapa Gilberto y sus partidarios. Encerrado el primero en el castillo de Binghen, envió á pedir á la dieta el permiso de asistir á ella. No se le dió contestacion alguna, muy á disgusto del pueblo de Maguncia. Los señores legos, temiendo un tumulto, trasladaron la dieta en 29 de Diciembre á Gileim, en donde llamaron al príncipe. El legado Enrique se presentó inopinadamente al emperador, quien se arrojó á sus piés, confesó sus crímenes y le pidió la absolucion; pero Ricardo le remitió al Papa. La dieta igualmente sorda á sus razones, confirmó su disposicion y mandó volverle á Ringhem. El jóven Enrique volvió con los señores á Maguncia, desde donde envió á pedir á su padre las insignias imperiales; remitióselas el emperador, y las recibió el hijo solemnemente el dia de la Epifanía de 1106, de manos de Ruthardo, arzobispo de Maguncia, en presencia de los legados, que le impusieron las manos. Tal es la historia de la consagracion de Enrique, con sus principales circunstancias segun el analista sajon, que pone la fecha de esta asamblea en 1106, porque entónces en Alemania comenzaba el año por Navidad. En 1107 asistió al concilio de Troyes, celebrado el dia de la Ascension, en que se exhortó á los pueblos á la cruzada, excomulgando á todos los que violasen la tregua de Dios. Este concilio declaró nulo el enlace de Luis el Gordo de Rochefort so pretexto de su parentesco. Restablecióse la libertad electoral, y se confirmó la condenacion de las investiduras, en lo que los alemanes no se habian puesto de acuerdo con los romanos en las conferencias de Chalons, celebradas algunos dias ántes. Pero otros autores suponen que no asistió á esta asamblea á pesar de haber sido llamado, por lo que el Papa puso entredicho en su diócesis, pero que escribió á Pascual II excusándose, y que fué perdonado y rehabilitado. Este prelado murió en 1109.—S. B.

RUTHARD, monge de Hirsauge, pasaba por uno de los primeros ingenios y de los mayores sabios de su siglo. Abrazó siendo muy jóven la vida monástica en Fulda, de donde pasó despues á Hirsauge, en la diócesis de Espira. Se distinguió en el primero de estos dos monasterios por su fecundo ingenio entre los discípulos de Walafrido Strabon, y en el otro por la grande concurrencia de estudiantes que fueron á recibir sus lecciones, cuando en 859 fué nombrado moderador de las escuelas. De manera que por el cui-

dado que tuvo al estudiar en Fulda y enseñar en Hirsauge, adquirió toda clase de conocimientos, y llegó á ser célebre por su maestría en la elegancia del lenguaje, lo mismo que por su elocuencia en escribir ya en prosa ya en verso. Obtuvo una grande reputacion por su ciencia y su virtud, que penetró hasta la corte de Luis de Alemania. Este príncipe, á la muerte de Haimor, obispo de Haberstadt, en 893, quiso establecer á Ruthard en su puesto; pero Ruthard se negó constantemente diciéndole: «Dad el obispado á otro que sea digno de él. En cuanto á mí, muy léjos de aceptarle, prefiero sin vacilar el reposo del claustro y el estudio de las cosas sagradas á todos los honores y á todas las riquezas del mundo.» Respuesta que basta por sí sola para hacer el elogio de Ruthard. Aunque no aceptase esta dignidad, como se acaba de ver, Posevino con bastante ligereza le coloca entre los obispos de Haberstad. Está, sin embargo, averiguado que Posevino no salió nunca de su claustro, donde continuó formando gran número de hábiles discípulos hasta su muerte, acaecida en 29 de Octubre de 865. Fué sepultado en la iglesia de S. Aurelio, donde Richbodon, su sucesor en el empleo de maestre-escuela, le compuso el epitafio siguiente, bien sencillo, preciso es confesarlo, para un hombre á quien se juzgaba digno de eterna memoria.

*Hoc per iter, rogito, qui pergis rite, viator,*
*Paulisper siste gradum, hunc titulum lege:*
*Ipsoque perspecto supplex memorare sepulti,*
*Ruthardique pius, dic, miserere Deus.*

Ruthard dejó muchas obras que le merecen un lugar distinguido entre los escritores eclesiásticos de su época, pero ninguna se ha impreso hasta aquí.—1.° Compuso en verso heróico la *Historia* de la vida y del martirio de S. Bonifacio, primer arzobispo de Maguncia, que dividió en dos libros, y dedicó á Raban, uno de los sucesores de S. Bonifacio. Reconoce Posevino decididamente esta obra como produccion de la musa de Ruthard, y no deja sin embargo en otro lugar de querer honrar con ella á un tal Mauro, monje de Hirsauge, lo que Vosio ha creido con razon deber revelar como una falta. ¿Debia suponerse que Ruthard tenia el sobrenombre de Mauro, y que Posevino ha hecho dos autores diferentes á los que ha atribuido el mismo escrito? Pero no hay ninguna prueba para ello. Mr. Ducange al insertar esta historia en verso en la lista de las obras de que se ha servido para su Glosario, da á entender que habia visto el manuscrito.—2.° Tritemio, que nos refiere siguiendo á Magenfroi, antiguo cronista de Fulda, todo lo que sabemos positivamente con respecto á la persona de Ruthard y sus escritos, ates-

tigua que habia escrito tambien dos pequeños tratados sobre la música, la geometría, la aritmética y las otras artes liberales. Siendo sin duda en beneficio de sus discípulos por lo que Ruthard se propuso escribir sobre estas materias. El mismo Tritemio atribuye tambien á nuestro escritor un comentario sobre la regla de S. Benito, el primero, dice, de todos los que he podido leer hasta aquí. Pero es evidente, por la relacion que da de esta obra, que se ha engañado al atribuirle á Ruthard de Hirsauge, y que los que han honrado con ella á Ruthard de Einsidlen, ó de nuestra Señora de las Ermitas en Suiza, han caido en un error. Este comentario pertenece en efecto á Hildemar, monje francés.—S. B.

RUTHARD (P. Gaspar), jesuita aleman natural de Sttein, entró en la Compañía cuando contaba la edad de diez y nueve años, y desde luego manifestó sus buenas cualidades, no solo para los estudios, sino tambien para la virtud. Grandes fueron sus progresos en el camino de la piedad, pero no fueron menores en el camino de la ciencia. Su profundo saber solo puede ser comparado con su sólida virtud; así es que no tardó en ser admitido á los cuatro votos, que hizo en 8 de Setiembre de 1628. Sus obras literarias son en extremo notables, no solo para su época, sino tambien para siglos posteriores, y merecerian ser consultadas en el nuestro si no fuese por la grande dificultad que hay en encontrarlas. Probablemente destinó á ellas los últimos diez años de su vida, pues murió en Brisac en Noviembre de 1628, despues de haber publicado: *Cosmología sacra ilustrada con las teorías físicas*; Friburgo, 1630, en 4.°—*El uso de la razon humana explicado*; ibid. en 8.°—S. B.

RUTHARDO (S.), monje. Cítale el Martirologio Monástico; murió hácia el 865; tambien le menciona Tritemio y Ferrario en 25 de Octubre.—S. B.

RUTHENENSE (Fr. Próspero), capuchino francés. Nacido para la piedad, desde el dia en que conoció la vida y se sintió llamado á un porvenir, solo sonrió á su alma el deseo de vivir en el claustro, cuna de la humildad y apogeo de la grandeza; allí, retirado del mundo, podria seguir los instintos de su inspiracion, entregarse por completo á la adoracion de Dios, á la elevacion de la humanidad decaida desde su orígen y empeñada en extraviados caminos. El religioso jóven no queria pensar ni áun solo un instante en nada que no fuese la verdad eterna, en nada que le alejára de los senderos por que se habia llevado á cabo la redencion del género humano: sus palabras, sus obras, sus estudios, todo iba encaminado en este sentido; por él se dirigia ya á lentos, ya á agigantados pasos, y en él no tardó en hacer tan verdaderos como rápidos progresos. Elocuente y ejemplar en su vida, fué nombrado predicador de la provincia de Tolosa; obrero del Evangelio, llamado á anunciar á los hombres las verdades de que estaba lleno su corazon, ani-

mándoles á aprenderlas y cultivarlas, á darlas culto, á mejorar sus costumbres tomándolas por modelo y norma. Mirado con entusiasmo por un inmenso auditorio, que no hallando bastante capaces los templos para escucharle, solia obligarle á que les predicase en las calles y en las plazas; su profunda humildad nunca se atribuyó á sí mismo méritos que solo creia corresponder á aquel de quien hablaba, á aquel que movia los corazones para escucharle y arreglar ajenas obras á sus pobres palabras. No solo Tolosa, sino todo el mediodía de Francia oyó sus predicaciones, llamándole con frecuencia de nuevo, pues siempre las creia mejores, más profundas, más elocuentes, mejor pensadas. Profesor de literatura en su Orden, procuró formar discípulos que supiesen seguir sus pasos y sus ejemplos, y lo consiguió hasta cierto punto, siendo citado por largo tiempo como modelo. Querian sus superiores premiar sus servicios con nuevos cargos, con más altas dignidades; negóse á ello, pues se creia más útil en su modesta ocupacion, que le hacia superior á los mismos que sobre él llevaban semejante título. Así continuó toda su vida, sin que ni los achaques de la ancianidad, ni la debilidad de los años, quitasen nada de su fuerza y vigor á aquella palabra que pocos dias ántes de su muerte brotaba de sus labios con la misma energía que en los tiempos mejores de su florida edad. Falleció lleno de años y méritos, dejando escritas diferentes obras, que por desgracia se han perdido, citando únicamente los bibliógrafos de su Orden un *Tratado de Genealogías* en cuatro tomos.—S. B.

RUTHIO (S.), abad escocés, fué discípulo de S. Columbano. Le mencionan Hector Boettico y Ferrario en 27 de Diciembre.—S. B.

RUTILIO (S.), Mártir. Citanos el Martirologio y Croisset á este Santo mártir con otros dos compañeros de suplicio, el 4 de Junio; pero solo nos dicen de él que murieron en Sabaria, antigua ciudad de la Panonia, y que sus santas reliquias fueron despues trasladadas á Hungría, en donde se veneran.—C.

RUTILIO (S.), martir. Dice Baillet en su Vida de los santos, que este, al que recuerda la Iglesia el dia 2 de Agosto, fué martirizado en Africa en la sangrienta persecucion que el emperador Severo hizo á los cristianos. Cuéntase de él, que huyendo de la persecucion se ocultó mudando de domicilio; pero que al fin fué encontrado por los que le buscaban, y llevado á presencia del juez confesó generosamente la fe de Jesucristo, y que fue condenado á ser quemado vivo, y que en las llamas murió el año 207 de nuestra era.—C.

RUTIS (Fr. Próspero), religioso capuchino de la provincia de Tolosa, historiador cuyas obras se ocupan principalmente en la dilucidacion de los errores, que en la suya, como en todas las épocas, han venido á herir por el flanco los sacrosantos principios del cristianismo. Enérgico y

vigoroso en su defensa, reproduciremos algunos de sus argumentos, con las variaciones que la diferencia de estilo nos obliga á introducir, pues son tan apropiados á las actuales circunstancias, que no podemos resistir al placer de trascribir algunos de ellos. «En primer lugar, debe tenerse entendido, que nada en el mundo es ménos científico que esa crítica que ostenta en medio de nosotros la audacia sacrílega de atacar en nombre de la ciencia á Jesucristo y al cristianismo. Ciertamente que si por la palabra crítica se quiere entender la discusion grave de los monumentos sobre los cuales se apoya el cristianismo; si la crítica significa exámen profundo y razonado de las fuentes profundas de que brota, á través de los siglos, el gran rio de la doctrina; si, en fin, por esa palabra se quiere expresar el estudio escriturario, agiográfico y exegético, que desde Orígenes hasta Mabillon, y desde Mabillon hasta nuestros dias, ha ilustrado á tantos grandes cristianos, admitimos de buen grado que existe la ciencia crítica, y no titubeamos en rendir un legítimo y público homenaje á las grandes obras de la Alemania moderna, que á pesar de las extravagancias de algunos genios, llenos de rarezas, han dado á algunos puntos de los orígenes del cristianismo una luz brillante que, como toda luz, llegará á ser una auréola para la verdad Pero esa crítica, casi tan antigua como el cristianismo, solo el nombre tiene de comun con la ciencia crítica nueva, que se proclama muy jóven, y que viene á colocarse hoy, para atacarle de frente, ante el mismo Jesucristo. Esta falsa crítica tiene la soberana ambicion de que se la reciba como si fuera la ciencia. De la misma manera en que apareció el gnoticismo ante el cristianismo primitivo, aparece esa crítica ante el cristianismo contemporáneo, se presenta como si fuera la misma ciencia. Es la gnosia moderna, y se trata de saber cómo justifica sus pretensiones científicas. Puesto que la ciencia crítica aspira al sublime honor de representar á la ciencia entre nosotros; puesto que habla sin cesar de procedimientos científicos, de método científico, de espíritu científico, de genio científico, tenemos el derecho de exigirla, por lo ménos, las condiciones especiales y los vulgares elementos de todo lo que quiere y lo que pretende ser la ciencia, una definicion clara, un objeto preciso, unos principios ciertos, unas conclusiones lógicas y rigurosas. Todo aquel que faltándole estas cuatro cosas se proclama científico, prueba que ignora lo que es la ciencia, y solo consigue caer en el ridículo. Por eso la primera cosa que tenemos el dereho de pedir á nuestra jóven ciencia crítica, es que se nombre y se defina á si propia. Toda ciencia empieza por una definicion. Sucede con una ciencia verdadera lo que con un discurso bien formado, que es solo el desarrollo brillante é inatacable de una definicion. ¿Cuál es la definicion de la ciencia crítica nueva? Conociamos ya la crítica literaria, la crí-

tica filosófica, la crítica teológica, la crítica histórica, la crítica artística; es decir, el discernimiento de lo verdadero y de lo falso en la literatura, en la filosofía, en la ciencia y en el arte. Nadie se equivoca sobre esto, pero nosotros preguntamos: ¿qué cosa es esa tan misteriosa, á la que no puede cogerse porque huye siempre, que se llama á sí propia y con toda soberbia la ciencia crítica? Sería, sin embargo, de desear que científicamente supiéramos desde luego qué es lo que se quiere comprender bajo esta palabra. Para discutir es preciso entenderse, y para entenderse es preciso definir. Dígnese, pues, la ciencia crítica decirnos lo que es, atrévase á definirse... ¡Definirse! Nada, nada de eso. La ciencia crítica anticristiana no es tan inocente, y se guardará mucho de hacerlo. ¡Cosa notable! Hasta este momento no hemos podido obtener de la ciencia crítica una definicion de sí misma, una definicion clara, de la que pueda hacerse una fórmula popular ante el tribunal del sentido comun. No debemos admirarnos por ello, esa ciencia crítica como todo lo que siente y comprende ser falso, aborrece la definicion, porque la definicion para ella sería el suicidio. Lo indefinido es el escudo que la defiende: la definicion sería la espada que la mataria, la definicion es la señal de la verdad, y lo indefinido es la señal del error. Así, pues, la ciencia crítica no se definirá, no haya miedo de ello. Pero si la ciencia crítica no puede definirse, y no se define, en cambio puede alabarse y se alaba; siendo esta su manera de definirse. Se pinta á sí misma por sí misma, y se pone á admirarse como Narciso contemplándose en su propia imágen. La ciencia crítica se adorna y se hace ostentosa, desdeña y desprecia. No sabemos cómo se define, pero escuchemos lo que dice, y sabremos en cuánto se estima. La ciencia crítica negativa no es modesta, la modestia es su menor defecto y si, como los padres preguntaban al santo precursor, preguntais á esta mensagera del progreso: ¿Qué decis de vos misma? os responde con seguridad. Yo soy la más alta expresion de la razon humana, soy la razon misma aplicada á todo, y que da sobre todas las cosas con mirada imparcial los fallos de una justicia inflexible: yo juzgo como soberana á los hombres y á Dios: yo no conozco el respeto, para mí en nada ni en nadie hay prestigio ni misterio. Yo rompo todos los encantos y desarreglo todas las cosas. Yo soy la única autoridad sin fiscalizacion. Yo soy el hombre espiritual de S. Pablo, que juzga de todo y por nadie es juzgado. Yo soy más alta que la teología, más alta que la filosofía, más alta que todo. Sí, la misma filosofía que aspira á gobernar el mundo, debe, como todo lo demás, inclinarse ante mí. Yo no acepto las pretensiones del filósofo, que aspira á regentar todas las ciencias. Esas pretensiones de la filosofía no estan más justificadas que las de la teología. La edad media quiso hacer de la primera una servidora de la segunda, y nuestros filósofos quieren hacer de la se-

gunda una servidora de la primera; pero estas dos falsas soberanías son igualmente ilegítimas; la reina soy yo. El espíritu de la teología es el anverso de la ciencia crítica, y la filosofía, por su parte, tiene por término un dogmatismo igualmente insoportable. Todo lo que hay de legítimo y de elevado en esas dos potencias que han pretendido poseer alternativamente el imperio del mundo, viene á resolverse y confundirse en mí. Así, pues, yo quedo sola, y con esto basta. Llegando así, á fuerza de exaltarse á sí propia, á estas alturas vertiginosas, no es de admirar que la ciencia crítica experimente hácia todo el género humano un desprecio inmenso y un desden colosal. Por más que miro hácia arriba, no consigo medir la altura de donde se deja caer ese desprecio y ese desden sobre todo lo que no es ella misma, y nada debe sorprendernos ménos que oirla añadir con un orgullo inocente en fuerza de ser soberbio, y en el que casi puede verse un prodigio. Llegada á la vida reflexiva, he tomado una posicion excepcional, y mi propia estimacion me basta. Desprecio la multitud, porque la humanidad es vulgar; tiene el ánimo mezquino, y el número de hombres capaces de percibir con exactitud las verdaderas analogías de las cosas es imperceptible. Así, el desden es un placer que me doy á mí misma, es la suave y deleitosa voluptuosa felicidad que saboreo yo sola. Hay cierta elevacion de alma, que solo se obtiene por el hábito del desprecio. Esta elevacion es la mia, y gozo del encanto que hay en las almas fuertes en desafiar á la medianía impotente, y atraerse el odio de los necios, porque la medianía es lo que yo desprecio sobre todo, solo la medianía excluye del reino de los cielos, es decir, de la participacion del ideal. Mis discípulos son solos los verdaderos elegidos, solos verdaderos hijos de Dios, conmigo y por mí llegan á esa region superior y celestial en la que el alma, fuertemente asentada en su idea de la belleza moral, está colocada por su nobleza en la feliz imposibilidad de obrar mal; asi es que yo y los mios estamos aún esperando que se nos coja en flagrante delito de debilidad. Así habla la ciencia crítica, la suplicais que se nombre y se defina, y se pinta y se admira; quereis tener su definicion, y os da su retrato. Esto es seguramente muy artístico, pero es seguramente muy poco científico. Pero acaso la ciencia crítica, que no se define, sabrá circunscribirse: si no nos dice lo que es y lo que la constituye, nos dirá al ménos lo que hace y de qué se ocupa; no pudiendo definir su naturaleza, sabrá por lo ménos prefijar su objeto. No, tampoco hace eso. Y hé aquí lo que demuestra aún más que la ciencia crítica nueva no es una ciencia; no tiene objeto determinado. Toda ciencia es una ecuacion entre un sugeto que conoce un objeto conocido; y por eso mismo toda ciencia es necesariamente el conocimiento de una cosa más bien que de otra, no hay ciencia de lo indeterminado en el sentido riguroso de la palabra ciencia. La ciencia crí-

tica, por lo tanto, debe decirnos sobre lo que dirige sus miras, sus trabajos, sus conquistas. ¿Cuál es su objeto especial? ¿Cuál es el campo limitado en que su curiosidad se pasea y su actividad se despliega? ¿Es el cielo ó la tierra? ¿Es el hombre ó la naturaleza? ¿Es la materia ó el espíritu? ¿Es lo visible ó lo invisible? ¿Es lo necesario ó lo contingente? ¿Es la realidad ó la abstracion? ¿Dónde pretende la crítica colocar su trono, y cuáles son las fronteras del reino que revindica? ¿Quiere reinar en la esfera de las ideas, ó solamente en el dominio de los hechos? Si es así, á qué categoría de ideas, á qué categoría de hechos pretende extender su cetro é imponer sus leyes? Decís que sois la ciencia, pero aún nos es necesario conocer lo que pretendeis saber. Decis tambien: Soy la ciencia crítica. Muy bien, pero la crítica de qué si quereis decirnoslo? ¿ Es la crítica de la historia? Entónces sois historiador, y no hay crítica histórica sin una ciencia de la historia. ¿Es la crítica de la filosofía? Entónces sois filósofo, y no hay crítica filosófica sin una filosofía. Es la crítica de la teología? Entónces sois teólogo, y no hay crítica teológica sin una teología. Pero la ciencia crítica negativa no se ruboriza ni confunde por esto, y acepta esos papeles, y áun otros más. No solo encuentra muy sencillo que uno sea á la vez gran historiador, gran filósofo, gran teólogo, sino que por su parte se dice tambien exegeta y filóloga, etnógrafa y agiógrafa, numismática y anticuaria, física y química, lógica y metafísica, fisiologista y naturalista, psicóloga y antropóloga, cosmologista y geóloga, y áun, si no me equivoco, era poco ha maestra como astronómica. Y no basta eso; áun hace poco tiempo hemos visto en esa ciencia crítica, ya tan ocupada por tantas cosas é ilustrada por tanto saber, la hemos visto, digo, vuelta hácia las profundidades del cielo y tratando de iluminar con su mirada la oscuridad lejana de las nebulosas, contar con su dedo todas las revoluciones de los mundos atomísticos, y describirnos al pormenor todas las trasformaciones de los cielos y de las estrellas. Así, y esto es cosa convenida, la ciencia crítica nueva no ignora nada: es la omnisciencia. La veis pasar arrastrando bajo su púrpura literaria todos los tesoros científicos, y parece como que dice á la humanidad contemporánea: «Mírame bien: yo soy la enciclopedia de la ciencia en el siglo XIX.» Y el público que abriga una ignorancia tan grande, sobre todo en materia filosófica y teológica, no vuelve en sí de su estupefaccion, y lleva involuntariamente la mano á su sombrero para saludar á esa Minerva moderna, que parece nacida ayer, por una concepcion milagrosa, del cerebro del antiguo Júpiter. Pero en tanto que el pueblo, engañado por una falsa ostentacion, se separa voluntariamente para dejar paso á la nueva diosa, los maestros de la ciencia sonrien gravemente, y pensando en el trabajo y acaso en el genio que les ha sido necesario para trazar su huella áun

en el terreno de una sola ciencia, se dicen: En verdad, ese saber universal se parece mucho á no saber nada. Ah! tan vasto es hoy el imperio de la ciencia, tan extendidas son sus provincias, que la vida de un hombre no basta, no ya para profundizarlas, sino ni áun para recorrerlas. El hombre que ha podido profundizar una sola y sacar de ella brillantes con el fulgor de su genio algunos tesoros desconocidos, es mirado como un prodigio; pero si quiere á la vez profundizarlo todo, con facilidad su cabeza experimenta vértigos, su inteligencia le falta, y en el fondo de las cosas y en el fondo de sí mismo oye una voz que le grita: «Detente, ¡oh hombre! no pases de la frontera humana; tienes que decidirte entre desflorar muchas cosas, ó bien profundizar una sola; entre abrazar la extension de una rápida ojeada, ó bien abrir un pozo; sueñes lo que soñares, esa es tu alternativa.» Los talentos que solo lo son en la apariencia, toman por instinto el primer partido; pero el verdadero genio prefiere el segundo. Sea lo que quiera, el sueño del saber universal es aún más insensato que el sueño del imperio universal; y la ciencia crítica anticristiana, con su pretension de abrazarlo todo y de profundizarlo todo, no es sino un ridículo recuerdo de la omnisciencia de Dios hecho por el genio de Satanás; en tanto que su enciclopedia de la ciencia no es verdaderamente sino una burla de la ciencia. Y sin embargo, hay una cosa que aún manifiesta más en la ciencia crítica nueva la burla científica: la ausencia de principios, es decir, de verdades claras, evidentes por sí mismas, y como tales, generadoras de la ciencia que se deriva de ellas. Toda ciencia formada es un edificio: todo edificio tiene fundamento, y los fundamentos de todo edificio científico son los principios manifiesta y absolutamente verdaderos ellos mismos por sí mismos. Bossuet y Bourdaloue hubieran seguramente tenido por supérfluo el insistir en una cátedra cristiana sobre elementos tan primitivos de la ciencia: acaso se hubieran avergonzado de recordar al gran siglo, en presencia de un gran rey, que no hay ciencia positiva sin principio cierto. Yo no me avergüenzo de ello: conozco demasiado á mi siglo, y he aprendido demasiado en él que sus aberraciones llegan hasta ese punto, hasta las fuentes del mismo razonamiento. Ahora bien, si es incontestable que no hay ciencia positiva sin principio cierto, yo pregunto: ¿cómo la ciencia crítica anticristiana puede aspirar al honor de ser científica, cuando lo que sobre todo hiere en ella á todo observador atento, es la ausencia de todo principio? ¿Dónde estan en la ciencia crítica negativa los principios evidentes con los que forma su punto de partida para explorar el campo de la verdad y retrasar los límites del saber humano? Que me cite un principio, uno solo y me declaro satisfecho. En verdad que en el fondo de sus razonamientos nebulosos se entreve algo que se parece á principios. Bajo la gasa ondulante y ligera con que la ciencia crítica nueva marcha ve-

lada siempre, se ve pasar alternativamente, ya el panteismo, ya el ateismo, ya el materialismo, ya el positivismo; pero áun no en el estado de hipótesi, envuelto en reticencias y cubierto por equívocos. La lógica pudorosa de la ciencia crítica nueva no se atreve á presentarlos á cara descubierta como dogmas reconocidos y como principios francamente confesados: sin embargo, su complicidad con el positivismo, está más descubierta ó ménos disimulada, y por ahí es sobre todo por donde presenta al desnudo el vacío de sus principios. Y como en efecto esta ciencia crítica conservaria los principios con el positivismo (y por eso mismo es positivista ella misma) niega, ó poco ménos, en todas las esferas en que se mueve la inteligencia, el carácter soberano que distingue á los principios, á saber, el carácter absoluto. La jóven ciencia crítica os concederá acaso que esta proposicion, dos y dos no forman cinco, es absolutamente verdadera: reconoce, quiero creerlo, en el órden matemático y en las regiones puramente abstractas el imperio de lo absoluto; pero fuera de ahí, y este fuera de ahí es inmenso, nada más hay absoluto. Para la ciencia crítica en religion, en moral, en filosofía y en teología, nada hay de absolutamente verdadero, nada hay de absolutamente falso. En estas esferas diversas, y áun en otras mucho más, la jóven ciencia crítica se mueve con tanta mayor facilidad, cuanto marcha libre del absolutismo de sus principios, y su libertad de pensar no es en el fondo sino la libertad de lo que ella llama su tiranía. Escuchadla hablar. «El lógico, dice, se coloca bajo el punto de vista de las abstracciones, y opone una á la otra, la verdad á la mentira, el impostor al profeta. Esto es lo que ha hecho hasta hoy el sentido comun del género humano. Pero nuestra ciencia crítica no lo entiende así. ¿Quién puede decir, añade con burlona candidez, quién puede señalar la línea que separa lo amable de lo aborrecido, lo feo de lo hermoso, la mision divina de la mision satánica? En otros términos, ¿quién puede señalar la línea que separa la verdad del error, lo verdadero absoluto de lo falso absoluto? ¿Se puede decir más claramente que no hay principios? ¿Qué es el principio sino una línea eterna, inflexible, inmutable, que separa en el órden natural lo verdadero de lo falso, en el órden moral el bien del mal, en el órden social la armonía del caos, en el órden artístico lo bello de lo feo, y en el órden religioso lo divino de lo humano? Y en ese caso ¿qué llega á ser de la ciencia crítica? ¿Es posible señalarse á sí mismo de una manera más solemne con el estigma de la contradiccion científica, que el nombrarse soberbiamente la crítica, y el proclamar la imposibilidad de discernir lo verdadero de lo falso, que únicamente puede constituir y constituye la verdadera ciencia crítica? ¿Qué es una ciencia crítica que no tiene criterio? ¿Y qué es un criterio que se supone ser absolutamente cierto? Si no teneis por punto de partida, como toda ciencia que se respeta á sí

misma, verdades de todo punto irrecusables, ¿qué pretendeis demostrarme? Si los principios absolutamente verdaderos no son vuestra primera base, ¿sobre qué esperais asentar esa ciencia cuya grande arquitectura anunciais y cuyo elegante peristilo trazais de antemano en vuestras obras? ¿sobre qué? Ah! recogeos en vosotros mismos para oir la palabra sacramental de la ciencia crítica anticristiana. ¡La verdad se halla sola y siempre entera en los matices! Los matices, siempre los matices; hé aquí el punto de partida de esa ciencia tan flexible, tan fina, tan delicada, tan fugaz, tan imperceptible, que se escapa á las miradas de la razon popular para ocultarse en no sé qué nube de mil colores, en una especie de arco íris. Buscais vanamente el punto que separa el color, y solo cogeis matices que tocan á otros matices. Esta imágen, que se presenta aquí por sí misma, os pinta en toda su verdad la nueva ciencia. Escapándose de la fuerza de la lógica, libertándose por su panteismo de las trabas de la metafísica, marcha ligera y vagabunda, llevando la finura de su mirada á todos los horizontes del pensamiento, y allí, á fuerza de descomponer y analizar los rayos de la luz con el prisma de su genio, os presenta, no verdades íntegras completas, sino mitad, tercera parte, cuarta parte, décima parte, centésima parte de la verdad, un polvo de verdad, que os ciega tanto como el polvo de lo falso, y en el que, cuando más, distinguís fulgores fugitivos de cualidades indecisas; ménos aún que esto, sombras que flotan en una vaguedad infinita. Habeis creido hasta aquí, con la vaguedad y el sentido comun, que lo falso diferia radicalmente de lo verdadero, el mal del bien, lo hermoso de lo feo; esto era un error de óptica. Mirad de más cerca, tened un ojo bastante fino, un sentido bastante delicado, un espíritu bastante flexible para percibir los matices. No os arrojeis, como ciertos espíritus absolutos, y á la manera de un bruto sobre la verdad grosera y palpable. Tened procedimientos más delicados y más dignos de un espíritu exquisito. Si es necesario, tomad el compás de la ciencia crítica para apercibir en el mundo moral y religioso á los infinitamente pequeños, invisibles á las miradas del buen sentido popular; y vereis que lo que nombrais lo falso, no es sino un matiz de lo verdadero, que lo que nombrais lo feo no es sino un matiz de lo bello, y que lo que nombrais el mal no es sino un matiz del bien. Y si penetrais atrevidamente hasta las fibras más íntimas de la humanidad, de la naturaleza y de Dios, vereis que lo que nombrais lo divino no es sino un matiz de lo humano, y que lo que nombrais lo sobrenatural, no es sino un matiz de la naturaleza. Por el mismo procedimiento infalible encontrareis en otro órden de cosas que lo negro y lo blanco no tienen entre sí una diferencia tan profunda como la que imaginábais, y con un poco de progreso más en la figura de la mirada y en la delicadeza de la sen-

sacion, llegareis á descubrir que lo negro no podia ser más que un matiz de lo blanco. ¡Hé aquí, sin embargo, lo que vale el tener talento y el no tener principios! Ahora bien: cuando se ha llegado á ese punto, se puede uno llamar, si así lo cree, escritor delicado, artista ingenioso, dilettanti de la erudicion y de la literatura; pero se deberia tener el pudor de no adornarse ante sus contemporáneos con la palabra ciencia que impone otras obligaciones á los que buscan el honor de aplicarse esta palabra. Tomais la actitud de los sabios; anunciais una innovacion y una depuracion de todas las ciencias por vuestra ciencia; bien, pero debeis tener á lo ménos la primera condicion de toda ciencia; debeis tener principios, principios ciertos. Pero no, por sí solos no bastan; con principios ciertos debeis hacer conclusiones rigurosas. La ciencia es la verdad de los principios demostrada en las conclusiones: su trabajo es el de hacer salir lo desconocido con la luz de la razon de las entrañas de lo conocido. Dios solo ve de una manera infinitamente clara las conclusiones en el fondo de los principios; el genio dotado de instruccion apresura su conocimiento ó le entrevé: el razonamiento las muestra á todos, y este es el verdadero triunfo de la ciencia. Tenemos, pues, el derecho incontestable de pedir á la ciencia crítica, que se nos presenta como una cosa soberanamente científica, consecuencias rectas y conclusiones rigurosas. Sois la razon científica, la ciencia de las ciencias: sea; pero mostradnos vuestras conclusiones: sépase de donde partis, sépase adónde vais á terminar. Citadme una verdad que me convenza y que vosotros nos hayais dado: una sola. Hasta aquí habeis podido afirmar, afirmar siempre, dudar, dudar siempre; negar, negar siempre; ¿pero, qué habeis demostrado? ¿qué habeis asentado?... Nada, señores, absolutamente nada. ¿No teniendo principios, cómo es posible el obtener conclusiones? Las conclusiones son hijas legítimas de los principios, hijas concebidas en la ciencia por una razon fecunda. Por otra parte, ¿cómo puede la ciencia negativa llegar á sacar conclusiones científicamente rigurosas, si su más alta sabiduría y su lógica se fundan en la falta de toda conclusion? Acaso no ha sido ella la que ha dicho en medio de nosotros estas palabras, las más anticientíficas que nunca se hayan pronunciado: ¿Quién sabe si la flor del talento consiste ó no en abstenerse de toda conclusion? En verdad, esto es burlarse con harto descaro de la razon humana. ¡Ah! si un sacerdote desde lo alto de la cátedra sagrada dejára caer de sus labios una palabra como la que acabo de pronunciar, la sensacion que produjera sería terrible: la prensa anticristiana no tendria bastantes anatemas para excomulgar en nombre de la razon al sacerdote católico que infiriera semejante ofensa á la ciencia. ¡Quién sabe si la flor del talento consiste ó no en abstenerse de toda conclusion! ¿Quién lo sabe? Lo sabe todo el mundo; sí, todo

el mundo sabe que fundar su ciencia en abstenerse de toda conclusion, es científicamente una conclusion que subleva el sentido comun, y que el atrevimiento de alabarse de ello, es una insolencia que provoca la mayor indignacion. ¡Oh grandes genios! ¿Cuándo hablareis de modo que se os entienda? Porque, veamos: ¿pretendeis que vuestra ciencia crítica demuestre alguna cosa, ó que no demuestre nada? En el primer caso, ¿por qué no llegais á una conclusion? En el segundo, ¿por qué hablais de la ciencia? ¿Qué ciencia es esa que pone su ambicion en no concluir y en no demostrar nada?— Pero en este punto creo ver á nuestro crítico levantar la cabeza y exclamar con orgullo: Me insultais, me calumniais, yo tengo una conclusion radical en su fondo é inmensa en sus resultados; una conclusion que debe regenerar la ciencia y trasformar el cristianismo; una conclusion, en fin, que debe mataros matando vuestras doctrinas. Esta conclusion se resume en una palabra: Nada existe ya de lo sobrenatural. Sí, de todas mis investigaciones históricas, de todas mis deducciones lógicas, de todas mis inducciones filosóficas, procede esta conclusion soberana y decisiva:—Concluyo que no existe lo sobrenatural.—Tales son las palabras que ha aplicado monsieur Julio Renan á la *Vida de Jesus*, tal es su magistral conclusion, tal es en efecto la gran ambicion de la ciencia crítica anticristiana. Despues de haber tenido por la quinta esencia de la sabiduría el no concluir, no la incomoda una contradiccion más, y dice que concluye proclamando la negacion de lo sobrenatural. Así como Caton el antiguo terminaba en el Senado romano sus discursos con esta fórmula: Y concluyo diciendo que debe destruirse Cartago; así la ciencia crítica nueva, despues de sus larguísimos y oscurísimos discursos, vuelve siempre á esa fórmula muy concisa y muy clara: «No existe lo sobrenatural, no puede existir lo sobrenatural.» Con honda pena, dice, he tenido que llegar á esta conclusion que debe herir á convicciones sinceras, y acaso perturbar la fe sencilla de los creyentes; pero ¿qué puedo yo hacer? Del conjunto de las creencias sale este gran resultado: No existe lo sobrenatural. «Yo ignoro si Caton el antiguo probaba ante los senadores su tésis contra Cartago, no estuve allí oyéndolo; pero yo he oido hablar á vuestra jóven ciencia crítica, y sé muy bien que ante el senado de todas las personas formales, no prueba su tésis contra lo sobrenatural. A despecho de sus grandes discursos, lo sobrenatural viene en el género humano, el género humano cree en lo sobrenatural, y cree en lo sobrenatural tan profunda, tan necesariamente, que siempre que trata de huir de lo sobrenatural verdadero, de lo sobrenatural cristiano, se refugia en un sobrenatural falso, imaginario, imposible, y así vemos la fantasmagoría del mesmerismo, del espiritismo reemplazar en el alma, desviada de su camino y viciada, al verdadero sobrenatural y al verdadero cristianismo. Enfrente

de este hecho fulgurante como el sol, á la ciencia crítica tratando de demostrar clara y vigorosamente que esta aspiracion á lo sobrenatural es una perpétua y universal quimera: cosa que es bastante grave, á lo que me parece, para que se crea obligada á hacer esta demostracion. Pues bien, á todos los que han leido sus obras ó escuchado sus discursos, yo les pregunto atrevidamente: ¿Habeis visto en parte alguna de sus obras y discursos semejante demostracion? En cuanto á mí, lo confesaré en voz alta, he buscado en todas partes, en sus obras ruidosas, página por página, la prueba de un aserto que da al cristianismo y al género humano un mentís tan solemne en puntos tan decisivos, y no le he podido encontrar; he encontrado, sí, la afirmacion en todas partes; pero la demostracion en ninguna. Sí, en ninguna, lo repito. ¿Cómo hubiera podido encontrarla? No solo la ciencia crítica no demuestra nada, sino que ni siquiera trata nunca de emprender su demostracion. La demostracion le asusta aún más que la definicion, y tomando una actitud soberbia en el seno mismo de la impotencia, se niega orgullosamente á toda polémica, huye cobardemente de toda polémica.» Las conclusiones de este ilustre orador nos llevarian demasiado léjos, pues ya nos hemos extendido mucho más de lo que en un principio nos habiamos propuesto; acaso en otra ocasion y lugar sigamos tratando el mismo asunto, completamente ventilado por el ilustre orador moderno, cuyas palabras hemos podido muy bien atribuir al P. Rutis.—S. B.

RUTOLDO (S.), obispo y confesor. Llamado Radbod por los franceses este Santo, es preciso conocerle por ambos nombres para encontrarle en los Santorales. Natural de Francia, fué hijo de uno de los príncipes de los Frisones. Habiendo recibido su educacion y primera instruccion en la escuela de Colonia, le mandaron despues para que perfeccionase sus estudios á la corte de Cárlos *el Calvo* y de su hijo. Hizo progresos en el conocimiento de las letras sagradas, y habiéndose distinguido mucho por su profundo saber y aún más todavía por sus virtudes cristianas, fué elegido obispo de Utrech, cuya iglesia gobernó muchos años, santificando con su conducta su dichosa diócesis. Deseando entregarse todo á Dios solo en los últimos años de su vida, dejó su iglesia y se fué á vivir al desierto. Allí, entregado á la meditacion, estuvo haciendo áspera penitencia, rogando á Dios dia y noche por la pobre humanidad, pidiéndole la conversion de los pecadores, la paz de la Iglesia, y que le sacase cuanto ántes de este valle de miserias y le llevase á gustar las delicias del cielo. Oyó el Señor sus ruegos, y el 29 de Noviembre, en que le recuerda la Iglesia, del 918 de nuestra era, llamó su bendita alma á la mansion eterna de los ángeles.—B. C.

RUTULO (S.). En la feroz persecucion que hicieron los vándalos en Italia á los cristianos, fueron martirizados por la fe de Jesucristo los san-

tos Rútulo, Clásico, Frutulo, Lúcio, Máximo, Silvano y Segundino, de los que hace conmemoracion la Iglesia el dia 19 de Febrero.—C.

RUTULO (S.) y compañeros mártires. Los cita Canisio en su *Martirologio*, y Antonio Bonfin en su *Historia de Hungría*, sin que Ferrario, de quien tomamos esta noticia, y dice celebrarse su memoria en 4 de Junio, nos diga nada de su vida ni de las circunstancias de su martirio.—S. B.

RUY DE MELLO, jesuita portugués, natural de Elvas, segun unos, y de Beringel, en el arzobispado de Evora, segun otros. Sus padres, que eran muy ilustres por su sangre, se llamaban Luis Mello de Silva y Doña Antonia de Silva. Su padre era alcalde mayor de Elvas y del condado de Olivenza, y su madre hermana del conde de Prado y heredera suya, y Ruy de Mello hijo único. Pasó en Madrid los años de la infancia sirviendo á la reina Doña Margarita de Austria. Apénas habia cumplido los catorce años de edad, cuando pasó á Tanger, ciudad que poseian á la sazon los portugueses en Africa para pelear contra los moros. A pesar de la licencia propia de la vida militar, conservó siempre singular bondad de costumbres, sin perderla en los veinte años en que sirvió en los ejércitos de Castilla y Portugal. Creia los vicios cosa indigna de la nobleza. Miéntras invernaban los ejércitos, su principal diversion era la caza, que mandaba repartir á los pobres. Acaeció por aquel tiempo la inesperada muerte de un hidalgo pariente suyo y muy amado por él, la que sintió tanto, que perdió en gran parte la aficion á las cosas perecederas, y comenzó á pensar en hacerse religioso de la Compañía, la cual estaba á la sazon llena de su primitivo y saludable espíritu. Pero vino á interrumpirle en sus pensamientos la promocion de su tio D. Alonso de Noroña. Habia sido este hidalgo elegido virey de la India, y Ruy Mello quiso ir en su compañía. Nombráronle en la India gobernador de Ceilan, y todos tenian por seguro sucederia en el vireinato á su tio D. Alonso. Fué en la armada con Ruy Mello el P. Pedro Morejon, procurador en el Japon de la Compañía de Jesus, hombres de grandes virtudes, con quien trabó Ruy especial amistad, y movido de sus santas pláticas, recordó sus antiguos pensamientos de entrar en la Compañía, y prometió al Padre hacerlo así si recayera en él algun cargo que fuera en descrédito de su persona, recogiéndose entónces á hacer vida religiosa. A su regreso á Portugal cumplió su propósito, entrando en la Compañía en Lisboa á 3 de Febrero de 1623, á la edad de treinta y cuatro años, siendo ya comendador de Azebo en el término de Pinhel. Como no sabia latin queria entrar de hermano coadjutor; pero viendo los superiores las cualidades que en él concurrian, con la capacidad y buen ingenio que tenia, le admitieron para estudiante. Cuando entró dijo uno de los primeros ministros de Portugal, que no solo no procederia mal en la Compañía, sino que la daria mucho brillo y esplendor. Siendo aún novicio,

fué enviado á Barga, donde estudió latin, filosofía y teología despues, y fué admitido de los cuatro votos. Su principal cuidado fué procurar siempre su perfeccion y ser muy observante en las constituciones. En la humildad, tanto más laudable cuanto ménos conocida de la gente ilustre, fué un extraordinario ejemplo para todos. Cuando pretendia ser admitido en la Compañía, viendo que lo iban retardando, pidió que lo admitieran aunque fuera para hermano lego. En Lisboa iba con frecuencia en compañía del que compraba para la casa, y traia á sus hombros lo que se compraba, pasando por delante de los hidalgos con quienes habia vivido. Cuando vivia en la casa de S. Roque, si algun novicio le hablaba de rodillas, se ponia él tambien de rodillas para oir lo que se le decia. Gustábale mucho hablar y tratar con la gente ilustre, porque así se mortificaba oyendo le trataban con la cortesía que le correspondia por la calidad de su sangre. Apreciaba á los esclavos de sus parientes como si fueran los mismos señores, y acostumbraba á buscarlos de ordinario cuando queria remediar á alguna persona pobre y miserable. Cuando salia á la calle procuraba llevar hasta á los coadjutores á la derecha. En una ocasion en que le enseñaron un árbol de la genealogía de su familia, al ver lo que era se llenó de vergüenza. En diferentes ocasiones le envió el P. general Vicente Carrafa algunas patentes para ser rector en varios colegios; pero siempre se excusaba decididamente. Solo fué durante dos años maestro de novicios en Coimbra, desde donde le envió la obediencia á hacer una mision en el ejército, en la que aprovecharon mucho los soldados con sus santas palabras y obras. Habiéndole hecho consultor de la provincia, se excusó de desempeñar este cargo, achacándolo á su falta de oido, aunque aún no era tanta que no pudiese hacer aquel oficio. Fué muy parco en comer, apénas tocaba la carne, nunca comia pescado ni bebia vino. Fué muy caritativo para con los enfermos y sanos, procurando dar gusto á todos, por lo que en S. Roque todos concurrian á él para que los acompañase cuando querian salir. Aunque tenia grande repugnancia en esto, no la manifestaba nunca, hasta que los superiores, sabiendo lo mucho que tenia que vencerse en esta parte, respondian á los que le pedian por compañero, que solo lo permitirian pidiéndolo el P. Ruy Mello, quedándose de esta manera libres de tan contínuas incomodidades. Aborreció y huyó siempre de la ociosidad. Decia por lo comun la misa primera. Despues hacia de rodillas una hora de oracion en la iglesia, sin que las inclemencias del invierno ni los achaques de la vejez le hicieran omitir estos rigores. Fué extraordinaria la pobreza de este religiosísimo Padre, consistiendo toda su riqueza en cuatro registros de papel, en cuyas márgenes habia escritas muchas sentencias que le servian como de estímulo y despertador para el ejercicio de la perfeccion. En una ocasion en que entraron unos condes en su celda, viendo la grande po-

breza que en ella tenia, se dijeron unos á otros: esta es la celda de un verdadero santo. Se acomodó tan bien á todas las cosas de obediencia como si se hubiera criado desde niño en la religion. Parecia un ángel en la pobreza. Huia mucho de hablar con mujeres y áun de escucharlas sus confesiones. Nunca se levantaba del confesonario miéntras habia penitentes. El portero le encontraba siempre pronto de noche y de dia para desempeñar este ministerio, ya fuese en la casa ó fuera de ella. Nunca supo lo que era excusarse en lo que le mandaban hacer, salvo en cosa que redundase en honra suya. Era el comun refugio de todos los desgraciados que acudian á él en sus aflicciones, hablando por ellos y empleando únicamente para ellos el valimiento de su persona. Aunque era hombre muy discreto y desenfadado en el hablar, se advertia que de su boca no salia palabra picante ni de que pudieran hablar los demás. Adornó su bendita alma con estas y otras virtudes, y falleció de una calentura maligna en la casa de S. Roque de Lisboa. Notóse que despues de su muerte quedó su rostro muy agradable. Fué sepultado en un lugar distinguido á consecuencia de la buena opinion que habia dejado por su virtud, digna entre los hombres de las mayores honras. Decian muchos despues de su muerte, que más bien se habian de encomendárse á él que encomendarle ellos y ayudarle con sus sufragios. Tan grande era el concepto que tenian de su santidad. Vivió setenta y cuatro años, cuarenta de los cuales los pasó en la Compañía. Fué su defuncion en 13 de Febrero de 1663. Cuéntanse de él algunos casos extraordinarios. Habiéndose notado muchos defectos en un novicio, dijo al maestro que tomaba sobre sí todas sus faltas, y se disciplinó en lugar del novicio. Humillábase tanto á los hermanos del recogimiento, que parecia el último de ellos. Jamás tenia la cama hecha, á cualquiera hora, por la mañana temprano ó despues de recogidos los hermanos, si se iba á su celda, se le encontraba siempre rezando; confesábase diariamente, etc.—S. B.

RUY (Fr. Arcangel de), religioso capuchino de la provincia de Lyon de Francia, escritor de historia sagrada, célebre por sus virtudes no ménos que por sus conocimientos. Aunque ignoramos sus principales hechos, es indudable debió llegar á obtener grande celebridad en su época, pues á él se le atribuyen las célebres palabras que se han dicho despues de otro varon más grande y más insigne por su santidad: «Fué grande, dice un escritor, porque agradó á Dios miéntras vivió; cualquiera otra idea de grandeza es falsa. El nacimiento ilustre da gran nombre, las riquezas gran crédito, las bellas y grandes acciones mucha fama, los empleos gran reputacion y las dignidades elevacion extraordinaria; pero hablando con propiedad nada de esto es la verdadera grandeza. El nombre se queda en los libros, ó lo más en unos viejos pergaminos; el crédito se pierde con el dinero; la fama se

borra, se olvida y se llega á extinguir con el tiempo; las dignidades y los empleos van pasando sucesivamente de unos á otros, conforme sopla el viento de la fortuna, y los mismos reyes se ven despojados de su majestuoso aparato, enterrándose con ellos la grandeza y la majestad en el sepulcro. Hagamos ahora ver en el mundo dónde está la solidez y la estabilidad de esas imaginables grandezas que tanto ensalza y cacarea. Se puede gozar de gran nombre, grandes trenes, grandes rentas, gran dignidad sin ser grande, porque la grandeza, hablando en rigor, no es calidad inherente á la persona. ¿Pero dónde está la grandeza sin el merito? ¿dónde está el mérito sin la virtud? Grandeza que se hunde y desaparece con la vida no es grandeza, no merece este nombre, es una grandeza imaginaria, que solo existe en el vano concepto y en la vana fantasía de los hombres. Solo Dios es grande, y solo con respecto á Dios se ha de medir toda la humana grandeza. El más pobre labrador es verdaderamente grande siendo santo. Los siervos de Dios no necesitan de empleos ni dignidades para ser grandes; los va á buscar la grandeza en sus mayores abatimientos, en su humildad más profunda. Las eminencias, grandezas, títulos pomposos, dignidades respetables y tronos augustos, no pasan más allá de la muerte. ¿Qué valor se da á sus derechos en el otro mundo? Este privilegio solo es debido á la virtud cristiana; solo la santidad goza este derecho; á ella rinden homenaje los grandes de la tierra: sea santo un pobre criado, un vil esclavo, postraráse á sus piés el mayor monarca del mundo; se tendrá por dichoso en poner bajo su proteccion á su persona, á su casa y á su reino. Agradó á Dios. No se dice nació de ilustre familia, obtuvo grandes dignidades, ocupó elevados puestos, fué señalado por su singular penetracion, distinguióse por su vivacidad, por su juicio recto y sólido; fué espléndido en la mesa, magnífico en el tren; no se vió prelado más ostentoso, ni ministro más lucido. El Espíritu Santo usa otro lenguaje. Dios juzga las cosas de otra manera. Agradó á Dios. Esto fué lo que hizo tan grande, muchas buenas obras, en esto consistió su verdadera grandeza. Todos convienen en esta verdad; pero ¿cuándo llegará el tiempo de conformarse á ella? Tal es el pomposo aunque indirecto elogio que hacen las crónicas de este religioso, sin que nos refieran detalladamente sus hechos ni en lo que consistieron sus virtudes, achaque comun de la época, en que á vuelta de una série de discursos y frases en que el autor lucia su ingenio y su erudicion, acababa por dejarnos en completas tinieblas sobre el asunto de que nos ocupaba. Nuestro siglo, más positivo, obra de distinta manera, prefiere los hechos á las razones, las noticias á las palabras. No es el lugar este de decidir quién obra con más acierto, pues no nos creemos llamados á fallar sobre los siglos que nos precedieron, sus ideas y sus opiniones. Nos es de todas maneras muy sensible no poder dar una

circunstanciada relacion, lo mismo sobre el indivíduo que nos ocupa que acerca de otros muchos, por encontrar escritos sus elogios más bien que sus vidas, sin que podamos prescindir de los primeros al ocuparnos de las segundas; pero confiamos en que el tiempo y las circunstancias nos darán un seguro guia para dar con lo más cierto en tan intrincada oscuridad.—S. B.

RUYR (Juan). Este famoso anticuario de la Lorena, que fué sucesivamente secretario, canónigo y chantre del cabildo de S. Dié, segun lo que en el tomo I de las *Memorias sobre la historia de los hombres ilustres de Lorena*, que publicó M. Chedrier, nació el año 1560 en Charmes-sur-Moselle, en la segunda mitad del siglo XVI; ciertamente que no merecia el olvido en que le han dejado los principales Diccionarios históricos franceses hasta que M. Blondeau hizo justicia á su memoria en el artículo que le dedicó en la *Biografía universal de Michaud*, el cual seguimos en este. Perteneció á una familia respetable, cuyos individuos cultivaron, como él lo hizo, las letras y áun las artes, como se desprende de la curiosa é interesante estadística del departamento de la Meurthe, publicada por Enrique Lepage en Nancy, en 1843, en 2 vol. en 8.° En la capilla ó más bien iglesia del convento habia vidrieras de colores de mucha antigüedad, y en una de ellas se leia el nombre del artista que las habia pintado, que se llamaba Ruyr y que sin duda fué pariente del autor de las antigüedades de los Vosgos, admirándose dos de la ventana del coro, de las que en una de ellas se ve la efigie del duque Antonio. El padre de Juan Didier le puso por preceptor á Juan Wiriot, que fué tambien canónigo de S. Dié, y dirigió con tal acierto la educacion de su discípulo, que aplicándose muy jóven aún á la poesía, compuso además de versos profanos, de los que abjuró despues, una pastoral sagrada que se imprimió, segun él mismo dice; pero que no hemos hallado bibliógrafo alguno que la haya visto ni áun mencionado. Estos ensayos poéticos, que quedaron desconocidos y otros que citaremos, no le hubieran dado seguramente mucha reputacion. La que ha alcanzado la debe á las antigüedades del país que estudió con mucho esmero y sobre las que escribió; precioso trabajo que no se recomienda por su estilo elegante y su rigorosa crítica, pero que es interesantísimo por otros muchos motivos. Juan Ruyr, que vivió siempre en perfecta armonía con sus compañeros de cabildo, de que fué dignatario y del que murió dean, se granjeó tambien muchos amigos en la Lorena y en diversos puntos de Francia, y muchos de ellos le han celebrado en las composiciones latinas y francesas insertas en sus obras. Cuando publicó la última de estas en 1625, decia que estaba ya en el último tercio de su vida, pero no podemos fijar el fin de su honrosa carrera. Chevrier dice que murió en 1645, pero no nos parece exacta esta fecha. Las obras que se conocen de Ruyr son las siguientes en francés: *Los Triunfos*

*del Petrarca en verso francés en forma de diálogo, con otras composiciones diversas*; Troyes, 1588 en 8.° ya bastante raro. Dice el abate Goujet que Ruyr entendia bien la lengua italiana, pero que su version no es literal y que añadió mucho de su propia cosecha. Que su versificacion es ménos mala que la del baron Oppédo que habia traducido los Triunfos ántes que él, pues que su estilo es más fácil y su expresion ménos bárbara. Entre las demás poesías de Ruyr hay un soneto al cardenal Vaudemond sobre los sucesos de la Santa Liga, y versos latinos dedicados á Lacroix del Maine, *De industriosa ejus Bibliotheca Gallica*, y sin embargo Ruyr no figura en esta biblioteca ni en la de Duverdier. No sucede así en la biblioteca de Calmet y en la francesa de Goujet, en la que se da razon de muchas de sus composiciones. En ellas se encuentra la traduccion ó más bien una imitacion de la elegía de Ovidio de Nice y una especie de oda titulada: *Palinodia de los primeros escritos del autor*, en la que invoca Ruyr á todas las deidades paganas suplicándolas borrasen los versos profanos de su juventud, acabando con el siguiente voto, cuyas expresiones son bastante especiales:

*Jesus soit mon art studieux,*
*Le clou de sa dextre ma plume,*
*Mon encre son sang prétieux,*
*Et sa saite croix mon volume, etc.*

Escribió tambien Ruyr en francés la *Vida é historia de S. Dié, obispo de Nevers*, traducida del latin y publicada en Troyes en 1594 en 8.° menor. Esta historia del fundador de la insigne iglesia colegial de S. Dié fué escrita en el siglo XI por un religioso cuyo nombre se ignora, de la cual el preboste de Riguet refutó algunos pasajes en sus *Memorias históricas* para la vida del mismo santo, que imprimió en Nancy en 1680, y reimprimió al fin de su primera edicion del *Sistema cronológico de los obispos de Toul*, en Nancy, en 1701, en 8.° La tercera obra que se conoce de Ruyr se titula: *Primera, segunda y tercera parte de las Observaciones sobre las santas antigüedades de la Vosge, provincia de Lorena*. S. Dié, 1625, un vol. en 4.° con cinco láminas, de las que tres se atribuyen á Callot, grabador célebre cuyo nombre aumenta el valor de esta edicion ya muy rara; pero que por otro lado salió tan mal impresa y con tantas faltas, que descontento de ella Ruyr, inutilizó cuantos ejemplares pudo, y dió una nueva, revisada, corregida y aumentada, con el título *Recherches des Saintes antiquités de la Vosge*. Imprimióse esta nueva edicion en Espinal, Ambroise y Cardinet en 1638 en tres partes en 4.°; en Cardinet solo sin fecha; en Ambroise solo con un título grabado y en 1634 por fecha, y en fin en Troyes en 1633. Estos cuatro ejemplares solo

se diferencian en el título, y son preferibles los que tienen el título grabado. Sin estar exenta de faltas esta segunda edicion, vale mucho más que la primera y no es ménos difícil encontrarla ya. Como puede presumirse, las piadosas leyendas de la edad media ocupan una gran parte en esta obra; pero al lado de multiplicados monumentos y de las sencillas creencias de los antiguos, se encuentran noticias muy curiosas sobre el orígen y los progresos de las instituciones clericales, que contribuyeron á la civilizacion de un país casi salvaje. Dom. Calmet, en el *Catálogo de los escritores de Lorena* que pone al frente de su historia, observa que el autor era diligente y de buena fe, y que tuvo á la vista un gran número de manuscritos y de documentos que se perdieron despues en los desastres de la guerra. El mismo Ruyr dió al final de su obra el índice de los libros impresos y manuscritos que consultó, y se advierte entre los últimos cierto número de poesías que se han perdido despues de la época en que escribió Dom. Calmet, sin hablar de los archivos de las abadías más célebres, como las de S. Arnaldo, Gorzo, S. Dionisio y otras que el autor habia tambien registrado. Dom. Calmet y el biógrafo de Ruyr, M. Blondeau, estan muy léjos de tener á la obra de este autor por perfecta, pero nos demuestra como á ellos su utilidad una porcion de circunstancias, y las interesantes noticias que nos da de los tiempos antiguos de las iglesias y de los monasterios de la Lorena y en particular de los Vosgos. En las noticias históricas y bibliográficas acerca del principio de la imprenta en Lorena á fines del siglo XVII por M. Beaupré, vicepresidente del Tribunal Civil de Nancy, miembro de la Sociedad de ciencias, letras y artes de esta ciudad, correspondiente de la Sociedad Real de Anticuarios de Francia y de muchas academias; obra impresa en S. Nicolás de Port en 1845 en 8.°, cuyo autor es conocido por otras producciones históricas, bibliográficas y arqueológicas, que se hallan citadas en el excelente *Manual bibliográfico* de M. Brunet; en esta obra, repetimos, puede juzgarse del valor histórico de la de Ruyr por el contesto siguiente: «Hoy que los archivos de S. Dié, de Senones, de Etival y de Moyenmoutier se han dispersado, por decirlo así, por vándalos que no tienen, como los de 1794, el fanatismo político por excusa, y de los que se ha destruido la mayor parte de sus documentos por manos ignorantes, puede comprenderse lo mucho que debe la historia de nuestro país al primero que bebiendo en estas fuentes, dió á la Lorena el primer ejemplo de exploracion, que más tarde han continuado en la historia monastica del país, los Riguet, Benoit, Picard, los Hugo y los Calmet; pero lo que más ha elevado el mérito de la obra en cuestion, es el empleo é indicacion de documentos que Dom. Calmet ha buscado en vano y de las que nada nos quedaria si Ruyr los hubiese ignorado ó descuidado.» Y si llevado de un verdadero patriotismo no se hubiese tomado la pena de pu-

blicarlas. Sin salir de nuestra España hemos tenido patriotas tan decididos como Ruyr, y en particular ilustrados monjes, que dedicados á los estudios eruditos y á pesquisas históricas y arqueológicas, fueron inspirados sin duda por Dios, para publicar interesantes documentos que despues se han perdido ó llevado á otros países, y que sin su zelo no conoceriamos unos, y hubieran podido con otros vestirse los extranjeros impunemente con nuestras galas. Por esta razon creemos nosotros debiera considerarse más que lo que se hace hoy á los que se dedican al registro y publicacion de documentos de los archivos por el gran servicio que prestan, y que los gobiernos debieran apresurarse á publicar por sí y dejar publicar á todos los que lo intentasen, los preciosos manuscritos y documentos históricos que aún se conservan en nuestras bibliotecas y archivos, que un casual ó intencional incendio puede hacer desaparecer, y no seguir en el perjudicial sistema de evitar la impresion de muchos interesantes códices y manuscritos, por la pueril idea de que aumenta el valor de una biblioteca el tener más originales inéditos, que en tanto permanezcan así, de ninguna utilidad son y dejan en la oscuridad á sus ilustrados autores. — B. C.

RUZE (Arnaldo). Los apasionados á la ilustre familia Ruzé, dice Mr. de La Fontenelle, la hacian remontar en su orígen de un habitante de Tours, al que Sulpicio Severo en la *vida de S. Martin* denomina Ruricius, de donde, segun ellos, se deriva Ruzeus. Fué Arnaldo nieto, y segun otros sobrino de Juan, que fué el segundo corregidor de Tours, en cuya ciudad nació el año 1480. Despues de haber estudiado el derecho, abrazó el estado eclesiástico, y fué sucesivamente consejero en el parlamento de París en 1518, y abad de nuestra Señora de la Victoria en 1520. Fijóse despues en Orleans, en donde fué nombrado canónigo de la catedral. Doctor y canciller de la universidad de esta ciudad, enseñó en ella el derecho canónico, en el que era muy fuerte, y se cree murió hácia el año 1541. Habia compuesto en latin un tratado del derecho real, otro de los mandatos apostólicos, y otro sobre las preeminencias y jurisdiccion de los arzobispos; y á pesar de las instancias que le hicieron para que los publicase, siempre se negó á ello. Felipe Prudhomme ó Probus, jurisconsulto y oficial de Amiens, que los habia leido y apreciaba, los arrebató del aposento del autor, los hizo imprimir y dirigió á Ruzé una carta llena de elogios, excusándose de su indiscrecion. El título que se dió á esta publicacion fué: *Opera egregii et eminentis viri, utriusque censura professoris, Domini Arnulphi Ruzei, etc. Tractatus juris regaliorum; Tractatus de Mandatis apostolicis; Tractatus de sublimi archipræsulum statu et conditione, deque singulari in suffraganeos jurisdictione, et metropoliticæ sedis prærogativa*; Paris, 1534, en 4.° El primer tratado fué impreso con un suplemento de Probus, en 4.ª, en Paris en 1542 y en 1551

en 8.°, con otros dos tratados sobre el mismo objeto por Bertrand, cardenal y jurisconsulto del siglo XIV, y despues se ha insertado en el *Tractatus tractatuum juris*, publicado por Ziletti en Venecia en 1584 y 86, y en la *Praxis beneficiorum de Rebuffi;* París, 1664, en folio.—C.

RUZE (Guillermo). Pariente este prelado del canónigo Arnoldo, de quien ya hemos hablado, fué hijo de Guillermo Ruze, señor de Beaulieu y recaudador general de la real hacienda de Turena. Nació nuestro Guillermo en París, en 1520. Hizo sus estudios en esta capital, en donde abrazó el estado eclesiástico; fué recibido doctor en la facultad de teología y de la casa de Navarra, y por último, se le nombró rector de la universidad el dia 6 de Mayo de 1551. Asistió en 1556 á la conferencia que se celebró con los ministros protestantes, y en 1569 obtuvo la abadía de Esterp, en la diócesis de Limoges. Nombrado obispo de San Malo, aún no se hallaba consagrado, cuando fué trasladado al de Angers que quedó vacante, y tomó posesion de él por medio de procurador, el dia 29 de Agosto de 1572. Desde este mismo año asistió á la asamblea del clero que se verificó en Blois, y en esta reunion pronunció el discurso de apertura. Despues fué nombrado diputado á los Estados generales que se reunieron en la misma ciudad el año 1576. Fué sucesivamente limosnero y confesor de Carlos IX y de Enrique III de Francia, de cuyos cargos hizo dimision en 1580, porque le detenian mucho tiempo en la corte, y desde entónces se dedicó enteramente al gobierno de su diócesis, que dirigió tan sabiamente, que se granjeó la veneracion de los fieles y del clero. Los estatutos que dió se han insertado en la coleccion de los de Angers. En 1583 asistió al concilio de su provincia reunido en Tours, bajo la presidencia del arzobispo Simon de Maillé, y en él se hizo, para uso de los protestantes convertidos, una profesion de fe que publicó Ruze en francés con este título: *Profesion de fe que deben hacer los de la diócesis de Angers, que quieran volver al gremio de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica y romana*; París, 1584, en 8.°; reimpresa en las *Memorias de la liga*. Habiendo ido á París este prelado para asuntos de su diócesis, murió en esta ciudad el dia 28 de Setiembre de 1587, y fué enterrado en la iglesia de S. Pablo. A este prelado dedicó Scevola de Saint-Marthe sus *Cántigas de piedad*, y entre los versos de su dedicatoria no podemos resistirnos á poner los siguientes:

*Cui donem potius Sacras, Ruzæe, Camœnas,*
*Quam tibi Sacrorum Pieridumque decus?*
*Nec mea quod paucis niteant variata figuris*
*Carmina, et externa sermo sit arte carens,*

*Crediderim idcirco minus ista futura legenti*
*Grata tibi, istorum si modo lector eris.*

Consérvase una traduccion de Guillermo Ruzé en francés del *Commonitorium* de Vicente de Lerins, titulado: *Tratadito de Vicente Lirinense, francés de nacion, sobre la verdad y antigüedad de la fe católica contra las profanas novedades de todas las herejías, compuesto por el autor en latin, en tiempo del concilio de Efeso, por el año de gracia 430, puesto de nuevo en nuestra lengua vulgar, y dedicado á los señores hermanos del rey, por el teólogo G. Ruzé, su limosnero y confesor;* París, 1561, en 8.°; reimpreso en Lyon en 1570, y en París en 1580; en 8.° Esta version de Vicente Lerinense es interesante por la época y tiene el mérito de una gran fidelidad. Percíbese por ella que el traductor comprendió perfectamente su modelo. Existen otras muchas versiones del Commonitorio la primera por de la Brosse, en París, 1615; la segunda por Barthelemy de Astroy, 1663; la tercera por Fontignieres, París, 1684, la cual fué reimpresa en 1686 en 12.°; la cuarta por el P. Bonnet, del Oratorio, en 1700. Hay tambien una version española por el hermano Juan de la Cruz, publicada en Salamanca en 4.°, el año 1555; y en fin, M. Collambet, biógrafo de Ruzé, ha publicado las obras de San Vicente de Lerins y de S. Eucher de Lyon, nueva traducccion con texto, notas y prefacios por F. J. Gregorio y F. Z. Colombet; Lyon y París, 1834, en 8.° Dice Lacroix du Maine en su *Biblioteca*, edicion de 1584, que Ruzé ha compuesto y traducido otros libros cuyo título no cita. Puede consultarse sobre este prelado el tomo II de la *Gallia Christiana*, en donde se hace mencion honorífica de él y de sus obras. —C.

RUZOLA (Fr. Domingo de Jesus María), carmelita descalzo, natural de Calatayud, hijo de Miguel, notario de aquella ciudad, y de Gerónima Lopez. Nació á 16 de Mayo de 1559, reconociéndose en él desde su primera edad las virtudes de que se hallaba adornado, pues como dice su biógrafo: «Crecian en Domingo más aprisa que la edad la devocion, la cordura y el asiento; y nada se hallaba de puerilidad en su puericia, ántes sus palabras, acciones y sentimientos suponian en él una rectitud inmensa y una madurez muy superior á sus años. A los cinco años le pusieron á la escuela, y en aprender las primeras letras y pasar la gramática y retórica empleó muy breve tiempo, componiendo por entónces una letanía de los santos más devotos de nuestra Señora, como S. Juan, S. Lúcas, S. Ildefonso, S. Bernardo, Sto. Tomás, S. Buenaventura y otros. Tanto fuego y tan tierna devocion como ya en su pecho ardia, no pudiéndola ocultar, comenzó á manifestarla con Dios, porque hurtándose á los ejercicios de su edad, eran los suyos acudir siempre que podia á la iglesia, ayudar las misas y oficios divinos, gastar largas horas en oracion, con que ni le sobraba tiempo, ni que-

ria le sobrase, porque la ociosidad no trae bien y quita muchos. Era rara la modestia de sus ojos, singular la guarda de su lengua, el recato de sus oidos, la composicion de su semblante, con que cerrando á sus divertimientos la puerta, gozaba en su interior la paz que excede todo sentido, etc.» Murió el padre de Ruzola, lo que sintió este en extremo por la falta que no podia menos de hacer en su casa, y en particular á su madre que quedaba viuda con tres hijos. Tenia aquella un hermano, llamado Fr. Francisco Lopez, el cual era prior de los Carmelitas observantes de Calatayud, y deseoso de los adelantos de su sobrino, le llevó á su convento, donde debia aprender gramática y abrazar aquel estado si Dios le daba vocacion. Su antigua piedad revivió de nuevo en esta ocasion, y siguiendo el ejemplo de los demás religiosos, no tardó en emplearse en sus ejercicios y rigores, corriendo con la mayor velocidad en el camino de la perfeccion. Empleaba la mayor parte de la mañana en ayudar las misas, dedicaba la tarde á sus estudios, y la noche toda entera á la oracion. No se decidió sin embargo á tomar el hábito de carmelita hasta dos años despues, marchando á Zaragoza, donde debia tener el noviciado en 1574, cuando contaba la edad de quince años. Admitiéronle en el convento con grande alegría, pero como se pasaron algunos meses ántes que viese cumplidos sus deseos por las dificultades que pusieron sus parientes, sucediéndole lo mismo cuando trató de hacer la profesion. Pero desde que entró en la religion manifestó su grande fervor en todos los ejercicios regulares, siendo sus obras las de un religioso perfecto. Era el primero en el coro y demás actos de la comunidad, puntual en los oficios, en extremo amable con sus iguales, sumiso con sus mayores, y obediente á las instrucciones de sus maestros. Era de aquella casa del P. Ruzola un religioso grave, que gobernó despues aquella provincia, sobre quien se expresa nuestro protagonista en los términos siguientes: «El maestro de novicios del Cármen de Zaragoza era un santo, y me impuso en cosas de oracion que yo gustaba mucho, y tanto que muchas veces sentia una presencia de nuestro Señor, y no me dejaba pensar en otra cosa, y de esta manera pasé muchos dias hasta que recibí nuestro hábito; y aquella presencia que yo sentia de nuestro Señor en la oracion, comenzó á venir con tanta fuerza, que me sacaba los sentidos; y así muchas veces quedaba sin ellos arrebatado. Despues de algun tiempo, esta presencia del Señor me venia con tanta fuerza, que me arrebataba el espíritu y parecia que me llevaba al cielo: y así dicen los religiosos que algunas veces me veian que me levantaba hasta poner la cabeza en lo alto de la celda, y que no me alcanzaron.» Estas palabras forman parte de la relacion que escribió este Padre para manifestar su trato con Dios, cuya extension y número de milagros que contiene nos obliga á omitarla para evitar la prolijidad en que de lo contrario podriamos

caer, extendiendo en demasía los límites de este asunto. Pasado el tiempo de su noviciado, y cansados sus parientes que ya con pleitos, ya acudiendo á las armas, habian intentado arrancarlo del claustro, deseoso nuestro novicio de pertenecer por completo á Dios y á la religion, pidió la solemne profesion de tres votos. Determinóse esto con general aprobacion de la comunidad, y á los cuatro años y algunos meses que habia estado en el noviciado, y teniendo ya los diez y nueve de edad, hizo la profesion en 8 de Diciembre de 1578. «Hizo sus votos, y con tanto fervor los ofreció al Señor, que quedó un perfectísimo holocausto y sin reservar parte alguna de propiedad en su cuerpo, en su hacienda y en su voluntad, trasladó en Dios sus derechos. No varió de ejercicios, pero viéndose con mayor obligacion, añadió tanto espíritu y fervor, que pudo decir con David que entónces comenzaba.» Ocupáronle en los ministerios de hermano corista, y el que más estimó fué el de asistir á los enfermos, pues en un año de epidemia llegó á reunir setenta en las camas, á los que servia con tanta puntualidad y amor como si estuviera uno solo. La fama que desde un principio adquirió este religioso, uno quizá de los más célebres de su siglo, no tardó en disgustarle y hacerle temer, por lo que consultándolo con su confesor, pidió al P. Provincial le trasladase á un convento más solitario, donde pudiera entregarse por completo al servicio de Dios sin peligro de su alma. Mandóle el P. provincial pasar á la casa de Valencia, diciéndole que aunque no era una de las ménos concurridas, en ella podia sacar mayor utilidad de sus sacrificios, pues iba por obediencia y el bullicio no impediria la quietud de su corazon, porque la soledad no la causan los lugares sino los ánimos, y de los sitios más públicos hacen celda y oratorio los ánimos contemplativos. Resignado el siervo de Dios salió de Zaragoza, dejando con grande sentimiento á aquella comunidad, que con él perdia tantas limosnas y bienhechores, y lo que más estimaba, que eran sus buenos ejemplos. Llegó á Valencia, y aunque le recibieron como á un religioso vulgar, y él procuró ocultarse cada vez más, no tardó en hacerse público su buen comportamiento y ejemplar conducta. Manifestóse desde luego humilde, encogido y servicial, acudiendo á lo que le mandaban con grande prontitud y agrado. Pero las prácticas religiosas no podia hacerlas con tanto disimulo que no se trasluciese su contínua oracion. El prelado, no menos edificado que satisfecho de su talento y religioso proceder, le mandó que estudiase filosofía, y que en los ratos desocupados ayudase al sacristan mayor, cargo que ejercitó desde que se ordenó sacerdote, con gran edificacion de la ciudad y utilidad del convento. Le admitió por obedecer, aunque no eran conformes á su espíritu las ocupaciones exteriores. «Llevábase los afectos de cuantos le trataban, dice la Crónica, y hallando en él recibo suave y cortés, frecuentaban

más la iglesia, y presto con sus limosnas la compuso y enriqueció de ornamentos y otras preciosas alhajas: cuidaba mucho de su limpieza y aseo, y sirviéndole todo cuanto trataban de recuerdo para Dios, por ser ordenado á su culto, era su corazon un horno, de quien se percibian las llamas. Escogió celda cerca de la sacristía, por más cercana á su ocupacion y más inmediata al Santísimo Sacramento, de quien experimentó ser no solo pan que da vida, sino entendimiento, pues crecia en el estudio las horas que en su presencia ocupaba en oracion, porque ya el Señor por sí mismo, ya por medio de su ángel, suplia lo que faltaba del aula, con que en llegando la ocasion daba más razon en las conclusiones que los muy aventajados.» En este intermedio se ordenó de epístola y Evangelio, y el año de 1584, en que cumplió los veintisiete de edad, recibió tambien el sacerdocio, celebrando á poco la primera misa con grande piedad y edificacion de cuantos á ella asistieron. Aumentóse mucho su fama con la amistad que por entónces trabó con el Bto. Nicolás Factor, quien le profetizó muchos trabajos que no tardaron en sobrevenirle, pues muerto el P. provincial que habia sido hasta entónces su valedor, aprovecharon esta ocasion sus émulos para excitarle algunas persecuciones, llegando á acusarle al tribunal de la Inquisicion, que despues de haber examinado su vida y costumbres, dió acerca de ellas la siguiente censura: «Examinado el espíritu, raptos y éxtasis del P. Fr. Domingo Ruzzola, no hemos hallado en su vida cosa que reprobar, ni que nos desagrade, y habiendo conferido unas predicciones y otras, y comprobado con el suceso haber sido verdaderas, no queremos ni podemos reprobarlas.» A pesar de esto fué trasladado al convento de Játiva, llevándole el provincial en su compañía para ocultar mejor su designio, mas luego que salió de Valencia, dice la Crónica, se supo la mudanza en todo el reino, y como en todo él era tenido por santo, no daba paso en su jornada que no hallase poblados de gente los caminos. A los montes, á las sierras salian á bandadas, y como si en ellos hubiese un gran mercado, acudian de todas partes sin valerle al vicario provincial la industria de llevarlo por lo más excusado, porque el cielo le negociaba las aclamaciones, pues sin saber cómo, no daban los valles ni respondian los montes otros ecos que *por aquí pasa el Santo*. Salian á recibirle grandes tropas de gente, y con solo alcanzar su bendicion y pedir sus oraciones, se volvian consoladas, y muchos experimentaron sus frutos. Llegaron á Játiva, y aunque el convento está algo apartado de la ciudad, era tanta la gente que ya le esperaba á las puertas, que forzado el vicario provincial, le mandó salir á la iglesia á satisfacer la devocion y bendecir á tantos como lo deseaban y pedian.» Varios sucesos que acaecieron en Játiva al P. Ruzola cambiaron de tal manera la opinion que de él tenia el P. provincial, que decidió volverle á Valencia, pero sus émulos habian esparcido tales calum-

nias en contra suya que se vió obligado el patriarca D. Juan Ribera á defenderle en el púlpito. Con tan buen informe y su antigua fama, cuando se supo que regresaba á Valencia, se trocaron los corazones, y previniendo el dia de su entrada, fué tanta la gente que acudió, que se afirmaba generalmente no haberse visto nunca en Valencia concurso tan numeroso; veian al vicario convertido en su protector, y á los religiosos referir con su ejemplo sus virtudes, sus ejercicios y maravillas, de manera que todos le tenian y veneraban como santo. En las calles más apartadas no podia librarse de la gente, y rara vez volvia al convento con los hábitos enteros, teniéndose por dichoso quien alcanzaba su bendicion, pues solo su vista les servia de consuelo. Honróle el Señor por este tiempo con una peligrosa enfermedad, y temiendo los prelados perder vida tan preciosa, por consejo de los médicos le enviaron fuera de Valencia á casa de un grande, amigo suyo, donde no tardó en restablecerse. Pero sus grandes virtudes no le permitieron vivir por más tiempo en la Observancia, pues tenia desde muy antiguo deseos de ser descalzo, y por no haberlos cuando tomó el hábito ni en Calatayud ni en Zaragoza, lo dejó para despues, sabiendo que como en aquellos principios todos tenian un general, era más fácil el tránsito de una á otra familia. Aumentáronse sus deseos en 1599, en que los Carmelitas descalzos hicieron la fundacion de Valencia, y pareciéndole que Dios le facilitaba ya el camino, fué al convento de S. Felipe, y dió cuenta de su resolucion al P. vicario Fr. Manuel de Jesus. No extrañó la resolucion, porque conociendo su virtud, le tenian ya por reformado; solo reparó en que el ruido y las aclamaciones que por todas partes le seguian, podrian turbar la paz de su convento, y que los prelados no habrian de llevar á bien aquellas exterioridades. Se ofreció no obstante á escribir al vicario general Fr. Nicolás de Jesus María é informarle de su determinacion. Acompañó su carta con otra del pretendiente, tan llena de rendimiento y humildad, que no le quisieron desconsolar los PP. vicarios y definidores, y le dieron licencia para el tránsito. Obtenida esta, faltaba la de sus religiosos, cuyo provincial, el P. Mtro. Fr. Bartolomé Carranza, no queriendo privar á su Orden de aquel modelo de santidad, se la retardó algunos dias, y presumiendo que influirian en su determinacion las cuestiones que habia anteriormente tenido, le envió al convento de Onda, en el cual por su retiro y soledad gozaria de la quietud que se prometia en los descalzos. Obedeció el siervo á su prelado, diciéndole que el pasar á la Descalzez no era por huir de sus enemigos ni librarse de sus asechanzas, sino por inspiracion que le habia enviado el Señor de cumplir mejor con su estado y aspirar á mayor perfeccion, lo que podia conseguir mejor en la reforma, porque su retiro, penitencia y contínua oracion ofrecian medios más aco-

modados, y para que viese por experiencia que el retirarse á Onda era infructuoso, ejecutaria luego su mandato, suplicándole no privase á su alma de aquella dicha y consuelo. Habló tambien al arzobispo de Valencia y al maestre de Montesa, grandes protectores suyos, y dejándolos para que le favoreciesen en su pretension, marchó á su nuevo convento donde la devocion de la gente ruda le molestaba más que la del pueblo de Valencia. Resignado allí y entregado todo al Señor con lágrimas, penitencias y ejercicios fervorosos, pedia que le declarase su santa voluntad, é inclinase al provincial á dar la licencia. Consiguiólo al fin cooperando los señores arzobispo y maestre, que apreciando la Orden descalza, deseaban honrarla con tal hijo, y recibida la licencia del provincial, le enviaron á Onda. Alegre el siervo de Dios, y temiendo mayores dificultades, trató de ponerla en ejecucion, y fué al convento de Valencia, donde le esperaban ya los descalzos. Vistiéronle luego el hábito con grande alegría, sin que variase en nada de sus ejercicios; ántes bien aumentando su fervor y rigores. Viendo á los pocos dias que no podia conseguir enteramente el retiro, paz y quietud que habia deseado, ántes bien se aumentaban las visitas y concurso de gentes, manifestó deseo de que le trasladasen de casa, donde con más quietud pudiera hacer su noviciado. Valióse del favor del P. Patriarca Ribera, quien escribiendo al vicario general, obtuvo órden para que le enviasen al santuario de Pastrana, retiro muy acomodado á las pretensiones del P. Ruzola. Llegado á su nuevo convento, hizo en él muchas pruebas para purificar su corazon de los restos de amor propio que en él hubieran podido dejar tantos aplausos. No contento el maestre con los alientos que experimentaba en el nuevo novicio, de cualquiera accion suya tomaba ocasion y se la reñia por culpa, y con santa industria descubria defectos en su perfeccion por adelantarlo más en la humildad. Terminado el tiempo de su noviciado, y dispuesto el dia de su profesion, la hizo á 22 de Noviembre de 1790, cuando contaba la edad de treinta y un años. Desde allí fué enviado á Madrid, de donde se le trasladó á Alcalá para que hiciese los estudios de teología, que verificó en breve tiempo y con grande aprovechamiento. Corria en esto el año de 1792, en que una terrible peste comenzó á asolar las comarcas del principado de Cataluña. Buscáronse los religiosos más virtuosos y caritativos para que fuesen á ayudar á sus hermanos en tal afliccion, y entre los elegidos se contó al P. Ruzola, que pasó á aquella ciudad haciendo grandes servicios y distinguiéndose como siempre por sus maravillas, entre las cuales merece contarse la que refiere él mismo de la manera siguiente: «El año 1793, poco más ó ménos, siendo rector del colegio el P. Fr. Bautista de la Trinidad, en las íntimas comunicaciones que tenia este santo varon con Dios tuvo una revelacion, entre otras, de algunos daños grandes que se iban fabricando

contra estos reinos, y tomóle Su Majestad por instrumento para el remedio, manifestándole todas las cosas distintamente, dónde habia de ir, las personas con quien habia de tratar, cómo se llamaban y dónde las hallaria; lo cual él tomó por escrito para mejor ejecutar el mandato de Dios y dar cuenta de todo á los prelados. Señalóme á mí el P. rector para que le acompañase y llevase la obediencia por ser más antiguo, encargándome cuidase mucho de él y de advertir sus cosas. Salimos, pues, los dos caminantes á pie sin otro ánimo que el de Dios. Y porque redundan en favor de la virtud de este santo algunas circunstancias del camino, y de lo mucho que Dios hacia por él, las iré notando aquí: lo primero, su lenguaje comun era siempre de cosas del cielo, sin divertirse á otras historias, porque ó iba traspuesto y embelesado en Dios, ó iba haciendo actos fervorosos de martirio. Muchas veces llevaba un Cristo en la mano derecha, que era su capitan y compañero, y solia decirme caminando: —Haga cuenta que en aquel montecico estan unos herejes que nos han de matar y hacer pedazos; vamos á ellos. —Comenzaba con esto á caminar de manera y tan embebido en el deseo de morir mártir, que no podia yo tener con él. Dile una vez voces que me esperase, y obedeciendo al punto se hincó de rodillas. Díjele, que como mi amor no era tan grande como el suyo, no podia seguirle, que se fuese poco á poco; y él respondió: —¿Pues por qué no se ase de mi capa, que yo le llevaré tras mí?—Tomé su consejo, y asiéndome en otra ocasion que se ofreció, me llevó como por el aire. Tales eran los fervores con que caminaba. Lo segundo advertí, que en todas las posadas que entrabamos (con ser tierra poco devota y donde jamás habiamos estado) se desvelaban en hospedarnos y regalarnos tanto, que no puedo entender sino que visiblemente obraba Dios ó algun ángel en su nombre, segun era grande el deseo y solicitud que ponian en hacernos bien, y lo que sentian cuando salíamos de sus casas. Todo lo atribuia yo á este santo y se lo decia, y él se reia y callaba. Lo tercero advertí, que yendo caminando con el fervor dicho, encontró con un gancho con que se hirió una pierna, y en parte que le salió abundancia de sangre, porque debia ser vena; pero al punto, sin hacer señal alguna de sentimiento, se hincó de rodillas y besó el gancho, como agradeciéndole el bien que le habia hecho, y puesto en la herida un pañuelo que yo le mandé, prosiguió el camino como ántes. Lo cuarto, entendí los deseos grandes que tenia de padecer por Cristo, porque habiendo llegado á un corralillo que estaba lleno de zarzas, se entró en él diciéndome que le esperase. Habia sentido como una voz interior que le dijo: —¿No tendrás ánimo para arrojarte en estas zarzas? Y al mismo instante, despojándose de sus vestiduras, se revolcó en ellas haciéndose muchas llagas. Esto yo no lo ví por estar el corral cerrado, pero los indicios fueron grandes, y el obligarle yo á que

me dijese luego lo que habia pasado con ocasion de haberse detenido, y con otra señal mayor; porque en tanto que estuvo dentro oí cantar un pajarillo con tanta dulzura y armonía, que en mi vida habia oido cosa semejante; y así tengo por cierto que debió ser música que le hizo el cielo miéntras estuvo en las zarzas; y él me preguntó cuando salió si lo habia oido.—Que quedase su cuerpo lastimado colegí en muchas ocasiones, y es de creer, supuesto el caso, aunque él callaba y sufria sin cuidar de su remedio; pero yo sentí que le dolian muy bien las llagas cuando se acostaba ó sentaba. Lo quinto, cansándome yo demasiado por mis pocas fuerzas, y ser el camino áspero y no breve, me puse en estado que no podia pasar de allí; díjome él entonces:—Aquí estamos en el monte Calvario, descanse vuestra reverencia y duerma un rato, que yo le encomendaré á Dios. Hízolo así, y habiéndome quedado dormido con el cansancio, desperté luego con tan diferentes alientos, que pude proseguir con facilidad el camino. Llegamos á la parte donde íbamos, y fuimos hospedados en una casa muy honrada y á propósito para religiosos. El dia siguiente empezó el bendito Padre á tratar de su negocio; lo que por mayor pude yo colegir fué que estaba hecho parte con algunos enemigos de estos reinos, no sé si herejes, infieles ó católicos, de darles entrada. El Padre se vido y trató á solas con muchos personajes, y yo sentia romper muchas cartas y papeles, y él me dijo despues que se quedaban las tales personas atónitas y espantadas de que se hubiese descubierto su secreto. A unos les habló en sus casas, á otros en las iglesias, y todo lo compuso brevemente sin que entendiese nada, y ellos no se hartaban de darle gracias por haberles librado de aquel conflicto. Remediado este daño, trató de la vuelta á su convento, y certificóme que de camino habia remediado otro gravísimo en aquel lugar; y era que con engaño y artificio llevaban á una casa ó jardin de mucha recreacion á algunas doncellas principales, y allí habia muchos desórdenes y desenvolturas, de que se seguian no pocas ofensas á Dios.» El buen éxito de este negocio no dejó de aumentar la importancia del P. Ruzola, que fué muy en breve enviado al convento de Madrid, donde despues de trascurrido algun tiempo en que le acaecieron diferentes casos maravillosos, fué nombrado subprior de Valencia, su antigua casa, que no tardó en ir á gobernar, conservando constantemente su fama y opinion de santo. Comenzada la carrera de las prelacías en 1598, fué destinado de prior al convento de Toledo, trasladándosele despues en clase de vicario al de Madrid, puestos ambos en que correspondió á sus buenos antecedentes. Sus notables hechos en la corte le merecieron la amistad de los reyes y personas más principales; pero deseando huir de su vanagloria procuró retirarse al convento de Bolarque, situado en un desierto, donde le llamaba su inspiracion para prepararse á un más largo viaje.

Hubo, sin embargo, de ir á Zaragoza para componer los cabildos del Pilar y del Salvador que se hallaban en desavenencia entre sí, visitando á su regreso su patria Calatayud, retirándose, por último, al desierto de Bolarque como desde un principio se habia propuesto. Permaneció un año en esta casa, descansando de sus antiguas fatigas, y preparándose como acabamos de decir, aunque sin saberlo él mismo, para un más largo viaje. En efecto, en el año de 1604 le mandaron sus superiores que pasase á Roma, donde se hallaba el P. Fr. Pedro de la Madre de Dios, predicador del Pontífice y superintendente de la nueva Congregacion que el mismo habia erigido, separándola de la de España. Teniendo bajo su direccion tres ó cuatro conventos, y pocos religiosos para ellos, y otros que se fundasen de nuevo, además de los que tenia que enviar á las misiones de Persia que se estaban organizando, pidió á Clemente VIII mandára de España á algunos religiosos, y entre ellos al P. Fr. Domingo, cuya fama llenaba ya toda la Italia. Hízolo Su Santidad, y envió su breve al nuncio para que se lo mandase al general, el cual nombró tres religiosos para su ejecucion, ordenando que se dispusieran al viaje en union del P. Ruzola. Alegróse el siervo de Dios, así porque saliendo de España huia de tantos aplausos. Partió con esta determinacion á Valladolid, donde se hallaba á la sazon la corte, para despedirse de los monarcas, de donde volvió á Pastrana á recibir la bendicion del P. general, tomando por último el camino para Barcelona, en cuyo puerto se embarcaron, llegando al convento de Santa Cruz de Génova en Junio de 1604. Recibidos por el pueblo y la nobleza como á su reputacion y virtud convenia, despues de haber descansado por algun tiempo, marcharon á Roma, de cuyo convento de la Escala fué nombrado el P. Ruzola maestro de novicios, cargo en que adquirió en breve tiempo tan grande reputacion, que fué elegido prior del mismo convento y definidor general de la Orden, con cuyo motivo contrajo grande amistad con los principales prelados de Roma, y fué honrado por Su Santidad con diferentes cargos, en todos los cuales tuvo ocasion de prestar los más importantes servicios y áun de aumentar la fama de santo y taumaturgo, que siempre y en todas partes le habia seguido. Elegido á poco prepósito general de la Congregacion de Italia, recorrió casi todos los conventos de Carmelitas descalzos que habia entónces en aquel país, siendo recibido en todas partes con extraordinarias honras, y trabajando él en cambio en la reforma de costumbres, y haciendo otros muchos beneficios que influian en que fuese generalmente querido, amado y respetado. A estas circunstancias debió el ser nombrado legado de Su Santidad en Alemania, á instancias del duque de Baviera Maximiliano y del emperador Fernando II, cuyos reinos se hallaban en extremo turbados, porque Federico, conde Palatino del Rhin, fautor de la secta de Calvino, faltando á la lealtad al

Emperador, se coronó rey de Bohemia, eleccion que no se tuvo por legítima y que recurrió él para defenderla á la fuerza de las armas. Salió Fernando á defender sus derechos al mismo tiempo que los de la fe católica, pues siendo hereje el rey intruso, unos y otros peligraban. Nombró el emperador general de sus ejércitos á Maximiliano, duque de Baviera, y como ambos confiados en la justicia de su causa, esperaban la favoreceria al Señor, deseaban que asistiese Ruzola en aquella ocasion. El Pontífice deseaba acceder á sus instancias, mas retardaba en parte sus deseos la mucha edad y poca salud del P. Domingo, y el haberlo pedido para confesor suyo el cardenal Borja, que pasaba á Nápoles. Vacilaba el Papa con estos motivos, pero habiéndoselo propuesto al siervo de Dios, le contestó éste lleno del más ardiente celo: « Santísimo Padre, á vuestra Santidad toca el mandar, á mí el obedecer, sin reparar en mi comodidad, sino en la pública. Porque si es gloria de Dios y servicio de la Iglesia, añadió enarbolando en la mano el santo crucifijo que llevaba al pecho, en este Señor que me conforta tendré fuerzas, tendré brios para desbaratar á los herejes, y animar á los católicos en esta tan santa empresa.» Contento quedó el Pontífice con tan cristiana resolucion, y anteponiendo la causa pública á la particular, le mandó que para consolar y despedirse del cardenal virey fuese á Nápoles y volviese cuanto ántes á disponer su jornada. Hízolo así en efecto, no tardando en emprender su viaje á Alemania. A su llegada á Inspruck fué recibido por los duques de Baviera, que le esperaban allí y recibieron como á enviado del cielo, en particular la duquesa, que temerosa por la suerte de su marido, encargó cuidase de él al P. Ruzola, quien la prometió devolvérsele en breve, alegre, sano y victorioso. No tardaron en marchar á reunirse al ejército, cuyas banderas bendijo Ruzola, animándole al combate y dando á su general saludables consejos, que influyeron mucho sin duda en sus buenos resultados. Sabido es el éxito de esta guerra, que terminó con la célebre batalla de Praga, tan gloriosa para los católicos como infausta para los herejes. El legado, concluida la lucha material, dirigió todos sus esfuerzos á la espiritual procurando la extirpacion de la herejía y la conversion de sus partidarios, que consiguió en gran parte, aunque á costa de no pocos peligros y sinsabores. Con este motivo hubo de hacer diferentes viajes á Munich y Viena, segun las órdenes que tenia de Su Santidad, trabajando siempre con el mayor zelo y decision en el santo objeto á que habia sido destinado. Hubiera continuado en él por más largo tiempo, si la canonizacion de Santa Teresa de Jesus, que se verificó por entónces, no le hubiese obligado á regresar á Roma, donde le llamaban el Pontífice y sus hermanos los carmelitas descalzos. Con este motivo, y en medio de las fiestas y aplausos á que daba ocasion la gloria de su santa Madre, trabajó con grande zelo y muy buenos re-

sultados en el aumento de la Congregacion de *Propaganda fide*, cuya necesidad conocia despues de lo que habia presenciado y acaecídole en Alemania. Ocupóse luego de los negocios de su Orden, asistiendo al capítulo general celebrado en Loan, en que fué electo general el P. Fr. Pablo Simon de Jesus María, de la noble familia de Rivarola, célebre por su mision en Persia, donde habia manifestado tal prudencia y santidad, que desempeñó tres veces este cargo, y el venerable P. Domingo, definidor general, para que le ayudase en el gobierno. Aun no se habia terminado el capítulo, cuando fué llamado á Roma por el Pontífice, de manera que tuvo que emprender el viaje, aunque deteniéndose por algun tiempo en Génova para terminar diferentes negocios que habia dejado comenzados. Detúvose en la ciudad eterna durante el año santo, en que padeció muchos trabajos, y se ocupó en diferentes fundaciones y algunas obras públicas á que habia dado principio. Supo que algunos, animados del mejor zelo, querian variar el instituto de las mujeres arrepentidas, y convertirlo en convento de religiosas; ocupóse de ello el siervo de Dios, y obtuvo de Su Santidad un breve para que continuase en su instituto y fuera su protector el cardenal de San Sixto. Cooperó á confirmar las Escuelas pias, congregacion entónces nueva, destinada á la educacion y buena enseñanza de la juventud, á cuyo primer capítulo asistió, cuidando siempre de su aumento. Supo que el lugar subterráneo donde fué martirizado el príncipe de los apóstoles no se hallaba con la debida decencia, y con permiso del Pontífice y los auxilios del cardenal Borja, lo agrandó y mejoró con tanta decencia y gusto como pedia su importancia. Hizo otras muchas obras, hasta que á solicitud de los emperadores de Austria fué enviado como legado de Su Santidad á Viena en 1629, año de su fallecimiento. Emprendió el viaje á 22 de Octubre, llevando por compañero al P. Fr. Alejandro de Jesus María, que fué despues provincial de Alemania. Emprendió su viaje en compañía de este religioso aquel grande hombre, cuya vida áun en sus últimos momentos debia corresponder á lo que hasta entónces habia sido en su larga carrera, una de las más meritorias que se han hecho en su Orden y quizá en todas las conocidas. No fué ciertamente el P. Ruzola uno de esos religiosos que aspiran al episcopado, al cardenalato y á las primeras dignidades de la Iglesia, humilde religioso, contento con su tosco sayal, que jamás abandonó, recorrió uno por uno todos los puntos propios de su clase de que se negó á salir, sin que ni las vicisitudes ni las circunstancias en que se encontró constantemente le hicieran abandonar sus instintos y hábitos, adquiridos desde muy antiguo y conservados á través de la larga serie de acontecimientos en que tomára una parte más ó ménos activa. Hombre verdaderamente singular en aquel siglo de prodigios, siempre se manifestó semejante á si mismo, y como verdadero religioso prefirió su celda á

todas las grandezas humanas. Honrado por el rey de España, que le habia conocido en su convento y le llevó á la corte como predicador, estimado y apreciado por el Pontífice y por los emperadores de Alemania, habiendo tomado parte en los principales acontecimientos de su época, ¿qué dignidad, qué grandeza hay á que no hubiera podido aspirar, sin estar seguro de los mejores resultados? Pero creíase sin duda más elevado en medio de las cortes y de los grandes, sin ostentar otra insignia que su pobre hábito de carmelita, suponiéndose superior á todos aquellos personajes con su modesta túnica y su cerquillo, muestra de su pequeñez, pero prueba clara de su importancia. Su fallecimiento tuvo lugar en Viena en 16 de Febrero de 1630, en el palacio mismo de los emperadores, que asistieron á sus últimos momentos recibiendo su postrera bendicion. Escribió diferentes obras, cuyo catálogo es el siguiente: *Sententiæ spirituales circa viam purgativam, illuminativam et unitivam;* tres volúmenes traducidos á diferentes idiomas; París, 1623, en 16.° (en francés). — *Argumenta Psalmorum ad utiliorem divini Oficii recitationem è multiplici Sanctorum Patrum et insignum doctorum expositione, tam litterali quam spirituali decerpta;* Roma, 1627, en 4.° — *Alia argumenta Psalmorum;* Roma, en el mismo año, en 8.° — *De protectione B. Virginis Mariæ;* París, 1645, en 24.° — *Concordia spiritualis;* Bruselas, 1628, en 8.° — *De Theologia mistica.* — *Directorium bene moriendi*, y otras varias que no llegaron á ver la luz pública, conservándose manuscritas en las bibliotecas y archivos de su Orden. — S. B.

RUZOLA (Fr. Miguel), carmelita observante, hermano del venerable P. Fr. Domingo de Jesus María, general de Carmelitas descalzos de Italia. Nació en Calatayud el 8 de Abril de 1547, y allí recibió el hábito de dicha religion. Por el año de 1565 se trasladó á Zaragoza para seguir los estudios, y despues á Valencia y Salamanca. Recibió el grado de doctor teólogo en la universidad de Zaragoza, y el magisterio en dicha su Orden fué conocido. Fué una y otra vez prior de los conventos de Calatayud, Pamplona y Zaragoza; vicario provincial de Aragon y definidor de su provincia. Murió en su patria en 1615. Escribió: 1.° *Algunos asuntos en verso español, y poesías sueltas.* — 2.° *Conversion, lágrimas y penitencia de la Magdalena*; en verso, de que tratan unas Memorias que tengo escritas por el doctor D. Miguel Monterde, prior del sepulcro de Calatayud. — L.

RYAN (Fr. Enrique O'), dominico irlandes, residente en Roma en 1633, durante el pontificado de Urbano VIII; escribió y publicó un elegantísimo poema de doscientos setenta versos heróicos, bajo el título siguiente: *Poema encomiasticon de adventu excellentissimi ducis Caroli de Crequi, marescalli, ducis et paris Franciæ, christianissimi regis, ad SS. Patrem Urbanum VIII, oratoris extraordinarii;* Roma, por Luis Grignani, 1633, en 4.° — S. B.

RYCH (Fr. Jodoco), minorita belga, cuya celebridad proviene de haber sido el primer religioso enviado á las Indias al convento de Quito en 1534, rasgo que siempre merecerá grande elogio, pues manifiesta una abnegacion sin ejemplo y un desprecio é indiferencia por la vida, de que pueden citarse pocos casos. Acababase entónces de descubrir la América, sábense las grandes dificultades que se presentaban para la conversion de los indios, dificultades que no siempre provenian de ellos, sino con frecuencia tambien de sus conquistadores, que tratándolos con demasiado rigor les obligaban á fugarse, no tanto por amor á su antigua vida, que siempre sería natural en ellos, sino para buscar una paz que vive instintivamente en el corazon humano. Fugitivos ó en guerra con los españoles, los religiosos pasaban grandes trabajos para ir á buscarlos, no siempre eran creidos, y con frecuencia suponiéndolos enemigos, se les imponian los más crueles tormentos y áun la misma muerte. Sabíase esto, y áun se abultaba en Europa, y Rych sin embargo fué el primero en correr á evangelizar á aquellos remotos países, trabajando tanto con los indios y llegando á conocerlos tan profundamente, que dejó acerca de ellos una carta muy elogiada por Wadingo, Sedulio y Valerio Andrés en su *Biblioteca bélgica*, bajo el título *De moribus incolarum insignem epistolam.* — S. B.

RYCKE ó Ryckius (Justo). Nació en Gante en 1587, y se consagró con buenos resultados al estudio de las bellas letras y de las antigüedades. Viajó por Italia, y se detuvo en Roma durante muchos años. Al regresar á su país fué nombrado canónigo de Gante. Las obras que publicó le merecieron el título de ciudadano romano é influyeron en que se le llamase á la ciudad eterna en 1674; el papa Urbano le dió una cátedra de elocuencia en Bolonia, donde falleció en 1624; publicó un gran número de poesías, que son muy estimadas. Su obra *Il Capitolio Romano*; Gante, 1617, manifiesta que se hallaba muy versado en las antigüedades profanas. Santiago Gronovio ha publicado una nueva edicion en Leyden, 1696, con notas. — S. B.

RYCKEWAERT (Agustin José). Nació en Poperingia el dia 10 de Mayo del año de 1771; hizo con el más feliz suceso y con grande aprovechamiento sus estudios de filosofía y de teología en Douai y en Lovaina. La invasion de los franceses en Bélgica, y el principio de la persecucion no le hicieron desistir de su arraigada vocacion. Ordenado de sacerdote en Malinas el 1.° de Abril del año de 1797, recorrió como misionero la parte francesa de la diócesis de Ipreg. Sucesivamente obtuvo el destino de vicario de S. Juan y de S. Bertin en Poperingia, y el de profesor de teología en el seminario de Gante. Los trabajos que experimentó la Iglesia bajo el imperio de Bonaparte le dieron ocasion para ejercitar su zelo. Habia sido encargado ántes y durante la celebracion del concilio, para preparar las materias necesarias

para el Dr. Van de Velde, teólogo de M. de Broglie. Despues del arresto y prision de este prelado, contribuyó extraordinariamente y con cuantos medios estuvieron á su alcance, á la resistencia que el clero opuso á las pretensiones del gobierno imperial. Ryckewaert permaneció mucho tiempo oculto en Gante y en su retiro compuso un escrito anónimo, que fué impreso con el título de *Quæstio momentosa*, de treinta y una páginas en 12.° Probó casi hasta la evidencia que la eleccion que se habia hecho el 22 de Julio de 1813 por el capítulo de Gante era nula. Habiéndose publicado un folleto con pretensiones de refutacion á la obra de Ryckewaert, este volvió á contestar con un escrito intitulado: *Observationes auctoris quæstionis momentosæ* en 32 páginas, impreso en 8.° Débese igualmente á su pluma: *Monitum christianum auctoris quæstionis momentosæ ad obtrectatorem suum*, en 8.° de 25 páginas. Todos estos escritos demuestran que animaba á su autor el mayor zelo acompañado de mucha inteligencia y profundos conocimientos, á la vez que un valor á toda prueba para contrarestar todas las contrariedades y sufrimientos de aquella época de inquietud y de trastornos. Cuando M. Broglie regresó á Gante, Ryckewaert fué nombrado examinador sinodal, despues presidente del seminario de esta ciudad, empleo que desempeñó hasta el 16 de Mayo de 1836, en que se verificó su muerte. Débese tambien á este sabio escritor una buena edicion de las *Instituciones canónicas* de Devoti, igualmente que unas anotaciones admirables á la teologia de Dens, edicion de 1828, y una continuacion á la *Historia eclesiástica compendiada* de Berti, continuacion acaso muy superior al cuerpo de la obra del religioso italiano. Finalmente, ha publicado igualmente, y poco ántes de su fallecimiento, un buen compendio de las obras selectas de los Padres de la Iglesia, en diez volúmenes en 12.° Este compendio, con el título de *Opera selecta*, le concluyó en 1835. Ryckewaert ha escrito tambien muchos artículos que se insertaron en el *Espectador Belga*, y una *Disertacion sobre el Hermenéutico* de Jansenio. — A. L.

RIDER (Fr. Juan) religioso dominico, natural de Bois-le-Duc en Bélgica, tomó el hábito en el convento de su patria del que no tardó en ser elegido prior ántes que esta ciudad cayese en poder de los rebeldes flamencos. Trasladado despues á Bruselas, Lovaina y otros conventos de su Orden, adonde fué destinado en union con sus compañeros, no tardó en distinguirse manifestando lo merecido que habia sido su anterior dignidad, de manera que en el capítulo de su Orden celebrado en Tolosa en 1637, fué promovido al grado de licenciado y despues al de maestro de sagrada teología. Su provincia le eligió, por último, prior provincial en el capítulo celebrado en Brujas en 1645 y prefecto despues de Baviera. Murió en Bruselas en 4 de Enero de 1658, habiéndose distinguido mucho por su piedad, erudicion y

demás buenas cualidades. Siendo prior en el convento de Lovaina publicó la siguiente obra: *Epístola monitoria ad eos quibus incumbit probare spiritum aspirantium ad religionem*; Lovaina, por Everardo de Witte, 1638 en 12.° segunda edicion; Lieja, por Enrique Noyoux, 1696, en 12.°—S. B.

RYSBI (Bto. P. Fr. Juan), religioso de la órden de la Santísima Trinidad; fué un varon de señaladas virtudes, de muy ferviente oracion, muy mortificado y abstinente, pero sobre todo dotado de una alma á la que presidia la más ardiente caridad para con sus prójimos, bien fuesen desvalidos y necesitados, ó se hallasen postrados en el lecho por enfermedades ó imposibilidad física. Tal era su zelo y eficacia para socorrer aquellas necesidades, trabajos y dolores, que no tenia momento de descanso despues de cumplir con las obligaciones de su instituto. Esta conducta misericordiosa y liberal le granjeó el cariño y el respeto de todos cuantos le conocian, pero particularmente de la clase indigente, de quien siempre fué el paño de sus lágrimas y el consuelo en todas sus tribulaciones. Segun el Martirologio murió el dia 30 de Abril, el año del Señor de 1327, en el convento de Hoodestowe en Inglaterra, donde como santo se veneraba su sepulcro. La Colectánea dice lo mismo, añadiendo que su muerte fué universalmente sentida, y aclamado por todos por su santidad, virtudes, y su grande afan por socorrer las penas y aflicciones de la humanidad. —A. L.

RYSSEN (Leonardo), teólogo holandés del siglo XVII, que utilizó las luces que habia adquirido en el estudio de la poesía para publicar diferentes tratados sobre las materias que la conciernen. El mejor es el que dió á la prensa impugnando á Reverland. Este tratado de Rissen no es muy comun; se intitula: *Justa detestatio libelli Reverlandi, de peccato originali*, 1680, en 8.°, que es una buena refutacion de la indecente y absurda paradoja que habia repetido Reverland siguiendo á Cornelio Agripa, contraria no solo al órden establecido para la reproduccion y perpetuidad de la especie humana, sino tambien á la creencia constante de la Iglesia católica, que ha tomado siempre en su sentido literal lo que nos enseña el Génesis con respecto á la prevaricacion del primer hombre, como se explica en toda la liturgía, y en particular en la misa de pasion: *Salutem humani generis in ligno crucis constituisti; ut unde mors oriebatur, inde vita resurgeret; et qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur.* —S. B.

RYSTIUS (Fr. Pablo), religioso dominico natural de Amberes, donde quizá tomó tambien el hábito; enviado á estudiar á Lovaina, miéntras se consagraba al estudio de la teología, siguió tambien el de la lengua hebrea bajo la direccion de Valerio Andres, que era á la sazon profesor público en aquella universidad de este ramo tan importante de los estudios eclesiásticos. Enviado como misionero á Baviera, desempeñó su cargo con los mejores re-

sultados, pero sufriendo grandes peligros por parte de los herejes, que en una ocasion le arrancaron del altar y llevaron pública é ignominiosamente por las calles y plazas hasta encerrarle en una cárcel en 12 de Enero de 1654, lo que sufrió con admirable constancia. Puesto en libertad tuvo que trasladarse á Roterdam, donde trabajó con igual ó mayor zelo en defensa de la fe, continuando todavía en sus tareas apostólicas, pero su avanzada edad no le permitió vivir mucho tiempo, falleciendo en 28 de Junio de 1634. Dejó las siguientes obras: 1.° *Monomachia serpentis et hominis, libri III;* Amberes, por Guillermo de Tongres, 1619, 8.°—2.° *Oratio de puero Jesu*, inédita.—3.° *Arca de Noé multiplex, id. id.*—S. B.

RYWOCKI (P. Juan), de la Compañía de Jesus. Nacido en Ruten á principios del siglo XVII, su carácter é inclinaciones manifestaron desde la más tierna infancia que estaba llamado á figurar en una de las órdenes religiosas que más célebres se han hecho despues, tanto por su saber como por su sincera y nunca afectada piedad. Rywocki, aunque hijo de una familia distinguida, no abandonaba ni un solo momento los colegios de los PP. jesuitas, consagrándose á todas las prácticas propias de su edad, y los ejercicios que le sugeria su tierna devocion, en que era incansable. Tanta asiduidad llamó la atencion de los religiosos, que le cobraron singular cariño y amor, y fomentaron sus buenas inclinaciones, viendo en ellas el gérmen de su futura felicidad. Existe en efecto en el alma del hombre un principio que decide de su bienestar ó de su desgracia; el afortunado mortal que no siente rugir en su seno el violento huracan de las pasiones, que encuentra su alegria en tranquilos y plácidos goces, que no necesita escenas fuertes y ardorosas para salir de la calma glacial en que vegeta su alma, ese está llamado á cruzar el mundo sobre una senda de flores, á contemplar desde léjos las tempestades que pueblan la atmósfera de la vida, á ver en fin, las rugientes olas estrellarse una á una en las movibles arenas de la orilla, que ha colocado el Criador en su eterna sabiduria para burlar el ímpetu de uno de los más poderosos elementos. Pero el ser que por el contrario no siente placer en las cándidas veladas del hogar doméstico, que necesita otro aire, otro mundo, otro espacio para conmoverse siquiera por un momento, que se halla agitado por las terribles furias de la ambicion y las desmesuradas esperanzas, que no se alegra ante el árbol que dió sombra á sus padres, y no saltan las lágrimas de sus ojos al recordar los buenos consejos de su piadosa madre, ese, cual otro Orates, lanzado de país en país, recorrerá el mundo sin encontrar tranquilidad en ninguna parte; nuevo judío errante, en su tránsito por la tierra solo encontrará la maldicion dirigida á Cain, y andará, andará, sin encontrar nunca tranquilidad ni reposo. Para este desgraciado ser no hay familia ni patria; el mundo es su casa; el espacio el

único límite que encuentran sus deseos, y su ambicion nunca satisfecha, ó le remontará sobre los tronos y los imperios, ó le precipitará de abismo en abismo hasta las insondables cavernas de la nada. En todos estados ha habido hombres de ambos géneros; pero en algunos han abundado más, y en las órdenes religiosas ha sido en particular donde se ha encontrado mayor número de los primeros, pues cuando por casualidad y errando su vocacion ha tomado el hábito alguno que á él no perteneciera, sometido á bien pesadas prácticas, que pronto le parecieron frias y monótonas, no ha tardado en romper el freno que se imponia á sus pasiones, y correr de nuevo al mundo que equivocadamente habia abandonado. Miéntras los que guiados por una verdadera vocacion, ya fuese fruto de interiores llamamientos ó de largos desengaños, al pisar el umbral del claustro, han podido dirigir al mundo una mirada de desprecio ó más bien de tranquila indiferencia, esos han sido felices en aquella que era para ellos la tierra de promision, en aquella mansion donde se acaban todas las felicidades, todas las dichas, todos los goces, todos los placeres que puedan sonreir al ambicioso bajo los brillantes artesonados del más encumbrado palacio. Débese contar entre estos al P. Rywocki, que desde su tranquila infancia no habia soñado más que en la soledad del claustro como la mayor dicha que pudiera sonreir á su ambicion y á sus deseos. Estaba convencido de que allí encontraria todas las satisfacciones, todas las alegrías, todas las sonrisas, todos los halagos, todas las esperanzas realizadas, todas las ilusiones cumplidas, y no le engañó en efecto su alma infantil, pues desde el instante en que vistió la negra sotana, vió deslizarse sus dias uno á uno en la dichosa calma del que nada teme, nada espera, nada le hace temblar ni desconfiar. Sus buenas inclinaciones, ya de antiguo probadas, su capacidad y carácter, le prometian rápidos ascensos en su instituto, y aunque él no los ambicionaba, hubo de ceder á los deseos de sus superiores y desempeñar repetidos y á cual más honrosos cargos. Desde su entrada en la Compañía en 1634 fué sucesivamente profesor de literatura sagrada en Vilna, rector de diferentes colegios y tal vez provincial de aquella provincia, aunque no podemos asegurarlo definitivamente. Pero por lo que más se distinguió fué por sus numerosas obras escritas en latin, y con una elocuencia y un gusto que recordaban los buenos tiempos de Ciceron, de Quintiliano, y los más célebres escritores del Lacio; la buena latinidad, por más que algunos escritores tan inconsecuentes como ligeros hayan pretendido probar lo contrario, se ha cultivado en los últimos siglos con mucho acierto, y áun hoy se encuentran muy buenos hablistas, si no tan profundos y versados en el idioma como en los tiempos que nos han precedido. Prescindiendo pues de esta cuestion, bástanos con asegurar que en este número podemos con razon y justicia contar al padre de la Compañía profesor

de literatura sagrada en Vilna, donde publicó: *Panegyricos XI quibus res gestas Vladislai IV, Regis Poloniæ complexus est.—Deductionem S. Casimiri in Mausolæum ipsi à Sigismundo III, Rege Poloniæ, Vilna extructum.—Beneficentiam Regis in conferenda theologo et concionatori suo P. Mathiæ Casimiro Sarbieroski é Soc. Jes., Laurea Theologica.—Iconem votorum in Nuptiis Vladislai IV, Regis et Cæciliæ Renatæ Austriacæ.—Panegyricum funebrem Alberti Radivilij S. R. I. Principis Castellani Vilnensis.—Arma Catholica pro traditionibus et Purgatorio contra Antibellarminum Amesij Protestantis Franchorani; MDCXXXIX.—Paræsesim ad Ministros Calvinianos.—De spiritu privato ad Synodos non admitendo; MDCXXXIX.—Panegyricus XIII de rebus gestis Leonis Sapiectræ Palatini Vilnensi Calvinum Angelomachum, seu Prælium Calvini adversus bonos Angelos.*—S. B.

# S.

SA (H. Andrés de), jesuita portugués, que en pocos años de religion alcanzó tantas virtudes como demuestra la santa muerte con que Dios le coronó. Nació en la villa de Gascaes, cerca de la barra de Lisboa, y por este motivo dice el autor del *Agiologio lusitano*, que nació en Lisboa; sus padres, que eran muy ilustres, se llamaban Juan Tavenes é Ines Manuel. Entró en la Compañía en el noviciado de Evora, á 2 de Julio de 1605, teniendo quince años de edad, y pasó allí dos años, viviéndolos como santo. Se hallaba en el colegio de Coimbra en ocasion en que el P. Manuel Rodriguez, de la Compañía de Jesus, adoleció de la última enfermedad. Habia servido este Padre con singular caridad á los heridos de peste, como se refiere en los Anales de la Compañía del año 1612, y era hombre de grandes virtudes. Tuvo el hermano la revelacion de su muerte, dice la Crónica de la Compañía en Portugal, el cual como quien siempre habia vivido en la obediencia, queria que fuese tambien por obediencia; pidió por esto licencia al P. rector para ir al cielo con el P. Manuel Rodriguez, que debia fallecer dentro de breves dias, segun le iba consumiendo por momentos la fuerza del mal. Apénas murió el

P. Manuel Rodriguez, llamó el hermano al enfermero, le dijo que preparase lo que fuera necesario para su entierro, y que llamára al rector para que le echase su bendicion y le diera licencia para morir; la gran virtud de este hermano dió lugar á que se mirasen estas cosas como delirio, encontrándose en sus sentidos completos. Llegó el P. rector, le pidió su licencia para morir en santa obediencia, y tomando en la mano una vela encendida, dando suavísimos ósculos á un santo crucifijo, como quien suspiraba por acabar, entregó su alma al Criador, admirándose todos los circunstantes de cosa tan rara é inopinada, loando al mismo tiempo á Dios por los grandes favores que hace á quien le sirve de veras. Fué su santa muerte á 16 de Mayo de 1612, en cuya carta anual se le recuerda en este dia; y lo mismo en el *Agiologio, lusitano*. El P. Nadais le cita en 22 de Junio, tenia veintitres años de edad poco más ó ménos, y siete de Compañía; pero muchos, añade la Crónica, de excelentes virtudes. — S. B.

SA (P. Mtro. Fr. Luis de), religioso cisterciense del monasterio de Salcedas, natural de Obidos, en Portugal, doctor en teología, catedrático de prima y vicerector de la universidad de Coimbra. Murió en 1667, dejando las obras siguientes: *Officia Virginis Bonæ mortis. Veræ vitæ. Immaculatæ Conceptionis. Dolorosæ Passionis. Filii et solitudinis Matris;* Coimbra, 1647, en 4.° — *Serm. de aclamaçam;* ibid., 1641. — *Sermon por el buen éxito de las armas portuguesas*; ibid., 1641. — *Serm. pelo livramento de S. Magest;* Coimbra, 1647, en 4.° — *Inauguratio de Stemate Lusitano*; sermon impreso con el de las exequias del príncipe D. Teodosio; Coimbra, 1654, en 4.° — *Tres sonetos ó Pancarpia de Fr. Cristobal de Osorio*; Lisboa, 1628, en 8.° — *Arbor melior, fructus optimus*, Ms., dos volúmenes en fólio. — *Manopliu catholicorum contra jansenistas*, Ms. en fólio. — *Diadema intellectuale*, Ms. — *Tonitrum armis*, Ms., en 4.° — *Escudo cisterciense*, Ms., en 4.° — *De gratia et libero arbitrio. In I part. D. Thomæ*, Ms., dos volúmenes en fólio. Perteneció á la Biblioteca del colegio de S. Bernardo de la ciudad de Coimbra. — S. B.

SA ó SÁA (Manuel). Nació este teólogo portugués el año 1530 en la ciudad de Condé, provincia entre Duero y Miño. Hizo sus estudios en la ciudad de Coimbra con tal éxito, que Klefeker, en su Biblioteca de precoces eruditos, le ha colocado entre los sabios que tuvieron esta cualidad. Sintiéndose inclinado á la vida devota y contemplativa, á los quince años abrazó la regla de S. Ignacio, y despues de haber enseñado la filosofía en Coimbra, vino á España y fué á parar al colegio de su Orden, que el poderoso Borgia habia fundado en Gandía, ciudad capital de su ducado de este nombre, que posee hoy el Sr. D. Mariano Tellez Giron, duque de Osuna y del Infantado, conde-duque de Benavente y de Gandía. Siendo este el primer colegio fundado para

los jesuitas, tiene la excelencia de reconocer por patrono al gloriosísimo S. Francisco de Borja, duque de Gandía, que abandonando todas sus grandezas y honores en la corte de Cárlos V, el emperador, del que fué el primer valido y su virey en el reino de Aragon, trocó el manto ducal por el sayal de jesuita, y amigo del glorioso fundador de la Compañía S. Ignacio de Loyola, más por su piedad y uncion evangélica y por su ejemplar humildad que por su elevada alcurnia, mereció ser general de la célebre órden jesuítica poco despues de muerto su fundador. Llamado Sá á Italia por sus superiores en 1557, llegó á ser uno de los profesores del Colegio Romano, y por espacio de dos años dió en él lecciones sobre las profecías de Oseas y sobre la teología de Santo Tomás. Habiendo debilitado su salud el excesivo trabajo á que se entregó, se vió obligado á suspender sus lecciones, y empleó el tiempo que duró su convalecencia en visitar las casas que la Compañía de Jesus poseia en Toscana. Luego que volvió á Roma pronunció sus solemnes votos, y sus superiores le encargaron la explicacion y enseñanza de las santas Escrituras. A pesar de lo mucho que el estudio y sus lecciones le ocupaban, aficionado á la elocuencia sagrada, y deseoso de ganar almas al cielo, arrancándolas de las garras del demonio, predicaba frecuentemente, haciendo resaltar la doctrina evangélica con la elocuencia de que Dios le habia dotado. En toda su carrera evangélica obtuvo felices éxitos, que debió á su profunda conviccion, y á pesar de que cuando predicaba desdeñó todos los recursos de la elocuencia, procurando que jamás se viese estudio en su modo de decir, del que nada se cuidaba, por lo que predicaba sin preparacion anterior alguna; tuvo muchos apasionados que le seguian á todas las iglesias en que se anunciaba iba á explicar la verdad desde la cátedra del Espíritu Santo. Eligió el papa S. Pio V al P. Sáa para trabajar en la traduccion de la *Biblia Vulgata*, cuya revision habia mandado hacer el Concilio de Trento; pero sus demás ocupaciones le detuvieron en este trabajo, que no quedó terminado hasta el pontificado de Sixto V. En las misiones que predicaba este fecundo orador, no perdió jamás de vista el engrandecimiento de la Compañía, y á él se debe el establecimiento del seminario de Milan y de muchas casas en la Alta-Italia, que edificó durante diez años con sus virtudes y con su predicacion. Volviendo á Roma despues de su larga peregrinacion evangélica, desempeñó varios cargos; pero al cabo de algun tiempo fué á Loreto, y despues á Génova para dedicarse al cuidado de las almas. Agobiado de fatigas, se retiró á la casa profesa de Aronna, en la diócesi de Milan, y pasando en ella sus últimos años ejercitando la penitencia, murió el 30 de Diciembre de 1596. Se han conservado del sabio Sáa las obras siguientes: *Scholia in quatuor Evangelia;* Amberes, 1596, en 4.°: esta obra se conoce en muchas ediciones.—*Notationes in totam Sacram Scripturam;* id., 1598, en 4.°, que se ha reim-

preso varias veces: las notas de esta obra del P. Sáa son cortas, pero claras y eruditas, y se encuentran en ella algunos errores que los protestantes han censurado duramente. — *Crenii animadvers. philologicæ, XI.* — *Aphorismi confessariorum ex doctorum sententiis collecti;* Douay, 1627, en 24.º Esta edicion, citada por los PP. Alegambe y Southwell en su Biblioteca de la Compañía de Jesus, pasa por la más correcta, y áun cuando el autor empleó cuarenta años en formar esta coleccion de máximas, dejó pasar cierto número de ellas, que fueron rechazadas por el maestro del Sacro Palacio, porque se separaban de las opiniones recibidas de los teólogos. Escribió tambien el P. Sáa una vida del P. Tegeda, capuchino y confesor de S. Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesus, la que, segun el biógrafo Weis, permanece aún manuscrita. —B. C.

SÁA DE MENESES (Francisco de). Fué este insigne poeta portugués sobrino del célebre Sáa de Miranda. Nació en Oporto, y despues de haber vivido muchos años en el mundo, abrazó en 1642 la vida religiosa, y en este estado murió el año 1694. Hízose célebre en su época por una epopeya que escribió con el título de la *Conquista de Málaga*, poema considerado con respecto á su concepcion, por algunos literatos, como el que sigue en mérito al de las *Luisiadas de Camoens*. Un gran pensamiento, á la par que noble inspiró este poema, habiendo sido concebido en una época, en la que habiendo decaido Portugal de su antigua gloria, desfallecia bajo el yugo extranjero. Cuando apareció la *Conquista de Málaga*, despertó amargas memorias en Portugal, y reanimó el espíritu público con la esperanza de mejor porvenir. ¡Qué sensacion no hubiera producido este poema, dice el biógrafo Fortia d'Urban, si hubiera aparecido en los tiempos en que la nacion portuguesa se hallaba embriagada con sus victorias y conquistas! Adivínase desde luego que el héroe de este poema debe ser el inmortal vencedor de Málaga, el grande Alfonso de Alburquerque, que á tantos pueblos sometió en el Asia. La razon y el gusto que imperaron en el ánimo de Sáa de Meneses ensalzaron con su poema á la religion cristiana, y fué un gran atrevimiento el suyo el tentar semejante innovacion en una época en que la mayor parte de los poetas de su nacion no acertaban á salir de las ficciones mitológicas. Hay tambien, sin embargo, alguna débil muestra de estas ficciones en el poema. En el libro VI pinta al jefe de los demonios con una energía salvaje y terrible, que se semeja á la expresada por Milton, trozo que merece citarse para que se conozca el tono vigoroso que recuerda en algunos puntos al del poeta inglés. «Este rey de las tempestades, mayor que el Atlas, mueve siete cabezas de una manera horrible; su cola se retuerce en diversas direcciones, y en sus errantes despliegues, como que oscurece el espacio más brillante del cielo. Extiende el demonio sus formidables brazos al levante, y tambien

al poniente, y hasta los astros. De este modo rodea de males la inmensidad de la tierra. Mensajero del dolor, exhala en un espacio horrible sus pestíferos miasmas, y la llama del orgullo y de sus tinieblas. Apénas respeta al Verbo sagrado: mil blasfemias salen de su impío seno: mi valor subsistirá, grita, y no puede extinguirse á pesar de los esfuerzos vengadores del que me obliga á vivir en medio de ardientes fuegos.» En esta pintura no puede desconocerse al demonio del cristianismo. Sáa de Meneses ha hecho una descripcion del infierno, que recuerda la del Dante. Representa en él á una turba de hombres arrojados por el cristianismo ó condenados por la humanidad, librándose bien de introducir en él, á ejemplo del poeta italiano, personajes modernos. Con su poema ha producido un vivo interés caballeresco, y todas las descripciones de los lugares que cita son tan fieles y exactas, que podria creerse que los habia visitado, lo cual aumenta mucho el mérito de su obra. En lo general no puede ménos de convenirse en que sostiene bien el interés, que pinta fielmente el carácter nacional, y que en toda la obra da relevantes pruebas de una brillante imaginacion, por lo que es muy lamentable que su estilo presente incorrecciones graves, que interrumpa frecuentemente la marcha de la accion principal con episodios largos, y que prodigue hasta el exceso las descripciones de batallas. Este último defecto es algun tanto disculpable por los contrastes de costumbres á que da lugar entre los portugueses y los orientales. En las notas que ilustran su oda once en lengua portuguesa, Francisco Diaz Gomez, estimado crítico entre sus compatriotas, coloca la *Conquista de Málaga* por cima de muchas epopeyas portuguesas; juicio fundado en cuanto al estilo, pero no sin duda en cuanto á la concepcion, como sienta el biógrafo citado. — C.

SAA DE MENESES (Fr. Gaspar de S. Bernardino). Este esclarecido religioso perteneció á una de las primeras familias de Portugal, tan distinguida por sus riquezas como porque habian en ella brillado en las distintas carreras del estado y áun de la Iglesia muchos de los sugetos que á ella pertenecian. Hubieran los padres de Gaspar querido que su hijo optase por la carrera de las armas, ó cuando no por la magistratura; pero él desde luego se decidió por el estado elesiástico, pidiendo el hábito del seráfico patriarca S. Francisco en el convento de Lisboa, convento donde la observancia estaba en su primitivo rigor. Hizo con extraordinario aplauso toda la carrera de teología, asi como habia hecho muy á satisfaccion de sus superiores y maestros su noviciado, asi que profeso y sacerdote pudo dedicarse á la cura de almas, en cuanto su Orden desempeñaba tan importante ministerio. Como los hijos de S. Francisco sostienen siempre misiones en la India y es necesario renovar de cuando en cuando los sugetos que allí estan prestando este importante servicio, nuestro Fr. Gaspar hubo tambien de ir allá y fué

con mucho gusto, logrando grandes provechos, pues que su carácter afable le hacia muy á propósito para conquistar los corazones de los pobres indígenas de aquellos países. Estuvo algun tiempo en Indias y despues regresó á Portugal, donde desempeñó varios cargos, y por último la guardianía de su convento de Lisboa, donde fué muy apreciado, porque sin dejar pasar nada, ni mucho ménos permitir la más ligera inobservancia, era muy prudente para el gobierno y más bien atraia que repelia, convenciendo á todos sus súbditos de lo que debian observar y hacer. En la misma casa donde tomó el hábito acabó sus dias, siempre portándose como un verdadero hijo de su excelso Patriarca, procurando siempre la gloria de su religion en cuanto estaba á su alcance y el bien de sus hermanos en todas las obras y acciones. Fué por consiguiente muy apreciado de todos y sentidísima su muerte. Dejó escrita y publicada una obra portuguesa, que tituló: *Itinerario da India per terra ate este reino de Portugal com a descripçaon de Hierusalen*. Fué muy bien recibida en su país y época esta obra que inmortalizó el nombre de su autor y que mereció bien este lauro, porque en verdad la descripcion de Jerusalen era de las más fidedignas que se han escrito, y ella solamente honra mucho á Fr. Gaspar Saa de Meneses. — G. R.

SAAL, hijo de Banni, fué uno de los que se separaron de sus mujeres por haberse casado contra las disposiciones de la ley. I. *Esdr.* x, 29.

SAALFELD (Carlos de), hijo del duque Enrique. Educado por su padre con el mayor esmero, adelantó mucho en las ciencias, porque su talento era muy claro y su aplicacion tanta como su capacidad. Educado en el protestantismo esa era su religion; mas su claro ingenio no le permitia sosiego en una secta cuyos principios no podian satisfacer su corazon, que encontraba un vacío que nada le llenaba. Comenzó, pues, casi por curiosidad á examinar el dogma y la moral del cristiansimo, y cuando vió la caridad que esta impone, los medios con que la ejerce; cuando halló que para el cristiano todos son hermanos sin distincion ni de razas, ni de naciones, ni de condicion, dijo en su corazon: esta es la verdad: aquí y solo aquí está Dios. Acercóse á los sacerdotes católicos para acabar de instruirse en algunas cosas que por sí mismo no habia podido alcanzar, y con perfecta conviccion, con un deseo eficaz de reparar el error en que sin culpa suya habia estado hasta entónces, abrazó la verdadera religion, abjuró el protestantismo y fué de dia en dia creciendo en virtudes, agradeciendo de esta suerte á Dios el beneficio de su conversion. — G. R.

SAAS (Juan). Este sabio bibliógrafo nació el dia 4 de Febrero de 1705 en S. Pedro de Franqueville. Hizo sus estudios en el colegio de Rouen, en donde se distinguió por su talento y conocimientos en la poesía latina. Como advirtiese en sí vocacion á la carrera de la Iglesia, siguió con deseo de apren-

der y perfeccionarse en los estudios eclesiásticos y se hizo sacerdote. Apénas abrazó el estado eclesiástico, fué nombrado uno de los secretarios del arzobispo de Rouen, y aprovechó los ratos desocupados que le dejaba su modesto empleo para familiarizarse con la lectura de las cartas geográficas y estudiar á fondo la historia de Normandía. Nombrado cura párroco de Santiago sobre el rio Dernetal, no tardó en dimitir este beneficio para aceptar la plaza de bibliotecario del cabildo metropolitano, empleo que debia facilitarle los medios de poderse entregar á su placer á investigaciones históricas y literarias. En el litigio que tuvo que sostener en su capítulo contra los benedictinos de la abadía de S. Ouen, el abate Saas mantuvo los privilegios de su iglesia, lo que le valió un canonicato en 1755. Los benedictinos de S. Ouen reivindicaron algunos derechos sobre la abadía de S. Victor en Caux reunida al cabildo de Rouen. Los PP. Toustain y Tasin escribieron á favor de sus cofrades; el abogado Terrise, ayudado del abate Saas, se encargó de la defensa del cabildo. Los dos expresados religiosos escribieron un *factuum* titulado: *Defensa de los títulos y derechos de la abadía de S. Ouen*, 1743, en 4.°; y el abate Saas respondió con un folleto titulado: *Primer suplemento á la defensa de los títulos y derechos de la abadía de S. Ouen, contra una Memoria de M. Terrise con la refutacion de un escrito de Ciceron, que manifiesta que Marco Antonio hizo falsos títulos á principios del siglo VIII de Roma*; 1743, en 4.°, cuyo escrito es una ironía completa. Saas se habia dado á conocer como un bibliógrafo consumado, y la contínua lectura de los diccionarios históricos le probó que ni áun los más estimados estaban exentos de errores, y anotó las faltas que habia advertido en escritos sumamente eruditos. Se preparaba á dar á la prensa un volúmen de notas que hubiera sido un utilísimo suplemento á la última edicion del Diccionario de Moreri, cuando una extremada debilidad le obligó á renunciar á toda clase de trabajo. Miserable existencia arrastró Saas algunos años, y al fin murió de un ataque de apoplejía el dia 20 de Abril de 1764. Fué miembro el abate Saas de la academia de Rouen desde su orígen, en la que trabajó con el mayor zelo; pero se ignora la suerte que cupo á las *Memorias* que leyó en esta sociedad, que segun el elogio que de él hizo Cotton fueron diez y seis, de las que cuenta como la primera una *Carta sobre los poetas de Normandía*, que leyó el 21 de Diciembre de 1745, la cual insertó Gouget en el tomo VI de su *Biblioteca francesa*. El expresado elogio de Cotton Deshoussayes se imprimió en Paris en 8.°, en 1776. Haillet de Couronne leyó en la referida academia otro elogio de Saas, cuyo extracto se ve en la *Coleccion de las Memorias* de la misma, al tomo IV. Débese al abate Saas una edicion de las *Fabulas escogidas* de la Fontaine, traducidas en verso latino por los PP. Vinot y Tissard en Amberes (Rouen), en 12.°, en 1778, cuya obrita contiene

el Combate de los Ratones y de las Ranas, por Calenzio; la Soledad, por Sant-Amant; el Reloj de arena, por Gilles de Caux con traducciones latinas. Publicó tambien el *Nuevo Diccionario histórico portátil*, corregido y aumentado con muchos artículos, en cuatro volúmenes en 8.°, en Aviñon (Rouen), 1769. Los opúsculos que se conocen del abatte Saas son los siguientes: *Nouveau Puillé des benefices du diocése de Rouen*; id. 1758, en 4.°—*Lettres à l'auteur du Supplément au Dictionnaire de Moreri*, por el abate Gouget, en 12.°, año 1748. Gouget confesó francamente sus errores, y léjos de irritarse contra su crítica, fué muy amigo de Saas á pesar de lo que les separaba sus opiniones, pues que Saas era muy afecto á los jesuitas.—*Notice des manuscrits de la Bibliothèque de l' eglise metropolitaine de Rouen*, id. 1746, en 12.° El prefacio de esta obra contiene la historia de esta biblioteca, que dispersada durante las guerras, y renovada en 1636 por el canónigo Acario, fué un ejemplo que siguieron despues muchos de sus compañeros. Despues de indicar más de sesenta y nueve manuscritos entre los que se tiene por el más precioso un *Benediccionario* que se cree del siglo VIII, se ve la lista de los que habia legado al cabildo el sabio Ricardo Simon, con varios otros libros con notas de su propía mano. Se ven despues extractos de los autores de que se hace mencion en la Biblioteca de Rouen, observaciones críticas sobre el primer volúmen del catálogo de los impresos de la Biblioteca del Rey, escrito por Baudot y Sallier que las contestaron en las Memorias de Trevoux de Octubre de 1746; y por último, la cronología de los bienhechores de la de Rouen desde Acario, que murió en 1637, hasta el abate Louis que falleció en 1744. Criticó bruscamente Tassin el opúsculo del abate Saas, el cual le respondió con otro titulado: *Refutacion del escrito del P. Tassin*, 1747, en 12.°—*Lettres d' un Academicien á M... sur le catalogue de la Bibliothèque du Roi*, 1749, en 12.°; pero áun cuando así se titula, solo se ve una carta que contiene una crítica muy viva y minuciosa de los tres volúmenes que se habian publicado; y como el mismo autor retirase á poco los ejemplares, esta carta se ha hecho muy rara.—*Avis du baron d'Orival au Comte de Varak sur ses Memoires;* Cambrai, á expensas del público, 1752, en 12.° Estas memorias, que se refieren al congreso de Cambray en 1722, se han atribuido á Mr. de Croixmane, consejero en el parlamento de Rouen, que murió en 1752.—*Abrégé de Cosmographie ou Almanach pour les anneés* 1753 y 1761; Rouen, en 24.°—*Lettre sur le troisiéme volume du Dictionnaire de Chausepié*, en las Memorias de Trevoux de 1754.—*Elogia in obitum D. de Fontanelle, lecta, etc*; Rouen 1756, en 8.°; son elegías.—*Lettres d' un Professeur de Douay à un professeur de Louvain sur le Dictionnaire historique portatif de l'abbé Ladvocat et sur l'Enciclopédie;* Douay (Rouen), 1672, en 8.°, muy rara y curiosísima. En el año 1759 publicó

tambien muchas faltas que encontró en el Diccionario de Moreri. *Lettres* (son siete) *sur l' Encyclopédie pour servir de Supplément aux sept volumes de ce Dictionnaire*; Amsterdan (Rouen), 1764, en 8.° Se dirigen á enmendar los errores de geografía, historia y cronología. —*Errata du Memorial alphabétique des livres que composent la bibliothèque de l'rdre des avocats au parlament de Normandie*, puesto en órden por MM. Bourienne y Roger de Quesnay; Rouen, 1765, en 8.°: es un opúsculo ya sumamente raro. —*Lettre à l'abbé Gouget contenant de nouvelles remarques sur Issota*, mujer sabia de Italia, la cual se publicó en el tomo V de las Memorias de Artigny. Créese que el abate Saas tuvo parte en las dos cartas de Pedro Nicolás Midy, miembro de la academia de Rouen, impresas en Amsterdam (Rouen), en 8.°, el año 1767. Mr. Psaume, autor del Diccionario Bibliográfico ó Manual del aficionado á los libros, publicado en 8.° en 1824, en dos volúmenes, le atribuye una de las tres reimpresiones de la obra titulada: *La très merveilleuse victoire des femmes*, escrita por M. Postel, la cual fué impresa en Rouen hácia el año 1750, en el mismo tamaño, en la misma fecha y casi igual carácter que la edicion original; y dice Mr. Weis, biógrafo de Saas, que se habian ahumado algunos ejemplares en la chimenea, para darles cierto aire de antigüedad que engañó á los más incautos. El abate Saas hizo tambien reimprimir el *Hipolytus redivivus*, y proveyó de notas á Fousette para su *Biblioteca histórica de Francia*. Débesele tambien en gran parte el proyecto de los carteles y anuncios de la alta y baja Normandía, en los que insertó muchos artículos y puede sentirse hayan quedado sin publicar entre sus obras inéditas, una cronología en versos latinos exámetros, que escribió cuando jóven, en la que dice el P. Tournemine habia trabajado mucho sobre este objeto el P. Labbé. No puede ménos de considerarse á este eclesiástico entre el número de los escritores laboriosos de su época. —C.

SAAVEDRA (Fr. Diego de), religioso franciscano de la Observancia regular. Tomó el hábito en la provincia de Granada, donde siguió su carrera y estudios, dando muestras de grande ingenio y aplicacion, cualidades que le valieron ser elevado á los principales puestos de su Orden. Dedicado á la enseñanza, la ejerció en diferentes conventos, no solo de la provincia en que tomó el hábito, sino tambien en la de Santiago de Galicia á que fué destinado con este objeto. Sus numerosos discípulos le hicieron toda clase de honores, y cuando se jubiló en el cargo de lector, se le eligió sucesivamente para los de definidor, custodio y visitador, que desempeñó con tanta distincion como acierto. Sus notorias virtudes, su excelente carácter y su vasta instruccion le hicieron brillar en estas como en todas las posiciones en que le colocó la Providencia, siendo mirado como el oráculo de su provincia, el hombre destinado á elevarla al último grado de apogeo y

esplendor. Tambien se consagró á la composicion de algunas obras que han quedado inéditas, pues la única suya que se conoce impresa es un discurso en latin que pronunció en presencia de los Padres reunidos en capítulo segun costumbre de las órdenes religiosas. Poco podemos decir de los últimos años del P. Saavedra; es probable los pasase consagrado á prácticas de piedad y devocion para dar ejemplo á los jóvenes que tomaron el hábito en su Orden y dejar eterna memoria en una provincia que habia dirigido en épocas distintas. Ignórase la de su fallecimiento; sábese únicamente que dejó para que la posteridad juzgase de sus conocimientos una breve peroracion titulada: *Orationem gratulatoriam ad Capitulum suæ provinciæ*, impresa en Granada por Francisco Ochoa, en 1686, en 4.°—S. B.

SAAVEDRA (D. Fernando Ballesteros y). Nació en Villanueva de los Infantes, lugar que pertenece á la esclarecida y militar órden de Santiago. Sus padres, de la primera nobleza de España, poseian cuantiosas rentas, así que desde luego proveyeron á la educacion del hijo por todos los medios que estuvieron á su alcance, poniéndole bajo la direccion de los mejores maestros que habia en Infantes, y que por entónces eran, especialmente el de latin, muy acreditados en toda la provincia. Desde luego mostró don Fernando muy grande ingenio, así es que aprendia con suma facilidad cuanto le enseñaban, y esto le hacia brillar más entre sus condiscípulos, pues aunque sus padres hubiesen querido que á él particularmente se le hubiese enseñado el latin, no pudieron lograrlo, por cuanto el maestro era de cargo del pueblo, y no le quedaba tiempo para ir á lecciones particulares, por lo cual D. Fernando tuvo que asistir al aula donde, como decimos, se distinguió, aprendiendo además algunos otros idiomas, entre los cuales el portugués, á que se aficionó mucho y de cuyo estudio sacó algun provecho, prestando tambien un servicio á la literatura por algunas cosas que vertió al castellano, segun diremos cuando de sus obras nos ocupemos. Acabada su instruccion en humanidades, que era todo lo más que podia aprender en Villanueva, pasó á Alcalá de Henares, donde aprendió filosofía, y despues de graduado de bachiller *nemine discrepanti*, se dedicó al estudio de sagrada teología, aficionándose con especialidad al estudio de la Sagrada Escritura, que como fuente y gérmen de todos los demas estudios teológicos, le llamaba muchísimo la atencion, y fijó desde luego su conato en poder llegar al conocimiento de las lenguas primitivas, hebreo, caldeo y griego, cuyo estudio hizo cuando estaba ya al concluir la carrera. Terminada esta, fué admitido á la licenciatura y doctorado, en cuyos ejercicios fué tambien aprobado por unanimidad, como lo habia sido en muchos actos mayores que habia sostenido en la universidad contra los estudiantes de los colegios que iban á ella para estos actos, y que en verdad fueron muchas ve-

ces confundidos por el Sr. Saavedra, sin que por esto quitemos su mérito á los colegiales, que los habia muy aventajados y de muy claro talento. Concluida su carrera, recibió á título de patrimonio los órdenes sagrados hasta el presbiterado inclusive, siendo dia de verdadero júbilo para su familia el en que celebró su primera misa, cuya solemnidad se verificó en Villanueva de los Infantes con toda la magnificencia que fué posible, pues aunque por un tiempo no estaban sus padres muy satisfechos, en razon á que dudaban un poco por la ligereza de su carácter, luego que vieron su juicio y aplomo durante sus estudios, se complacieron en que optára por esta carrera sin duda la más honrosa y distinguida que hay. Como no era de nadie desconocida su capacidad, aplicacion y buenos deseos, desde el primer dia en que fué sacerdote le autorizó su prelado para que predicára y confesára siempre que lo creyera conveniente; así es que el párroco de Villanueva tenia en él un verdadero coadjutor, y por consiguiente muchísimo descanso, pues á él le podia confiar sin rezelo no solo el púlpito, sino hasta el gobierno de la parroquia, porque tenia seguridad de que no habia de hacer nada en que no presidiera el mayor acierto, y mucho ménos que pudiera comprometer el buen nombre del párroco, que con justicia le tenia. Ni dejaba de trabajar en su pueblo, ni dejaba de prestar servicio á los fieles; pero el auditorio era reducido y por consiguiente reducido el terreno en que ejercia su ministerio, razon por la cual deseó y procuró ir donde pudiera ser más útil, sin que por esto digamos que no fué útil en Villanueva de los Infantes. Cuando hizo su carrera en Alcalá, notó que podian ocuparse en el desempeño de su ministerio cuantos clérigos acudieran á aquella corte arzobispal, por mucho que fuera su número, por lo cual resolvió pasar allí y ocuparse en lo que le mandáran, seguro de tener más trabajo que en su pueblo, pero con más fruto. Efectivamente, tanto en el púlpito como en el confesonario trabajó con asiduidad y provecho, buscando siempre los rincones en que podia hallarse algun extraviado para atraerle al camino de la verdadera salud. A los pocos años de hallarse en Alcalá vacó una de las prebendas de la santa iglesia magistral de S. Justo y Pastor, prebenda que, como todas las de aquella santa iglesia, se daba por oposicion entre los que eran doctores de aquel claustro, no pudiendo ninguno entrar á aquella sin haberse incorporado á esta, y siendo requisito indispensable que la aprobacion hubiese sido por considerable mayoría de votos. En la ocasion en que Saavedra entró á oposicion, fueron muchos y aventajados los doctores que á ella se presentaron; mas en los difíciles ejercicios á que hubieron de sujetarse, tuvo una gran ventaja sobre todos ellos, por lo cual sin dificultad ninguna se le concedió la prebenda, cuya posesion tomó con gran contento de todos los capitulares, que si bien es verdad que muchos de ellos no lo conocian ni áun personal-

mente, sabian todos sus excelentes dotes y sus muy relevantes circunstancias, por cuya razon sin conocerle le estimaban, y esta estima creció, como era natural, luego que le hubieron tratado y conocido que lo que de público se decia de él, léjos de ser una exageracion hija de buen deseo ó de afecto á su persona, era ni más ni ménos que el muy justo reconocimiento de sus méritos muy más excelentes todavía que lo que de ellos se decia. Así que desde el primer dia fué mútua la confianza que se tuvieron los capitulares y él, siendo, como vulgarmente se dice, el paño de lágrimas en todas sus necesidades, y en quien descansaban siempre que tenian que ausentarse por cualquier motivo. Cuando les faltó abad, que era su presidente, y cuya eleccion, segun constituciones, corresponde al cabildo, todos pensaron en D. Fernando para confiarle este importante puesto, y en efecto lo hicieron así, aunque él se valió de cuantos medios estuvieron á su alcance para excusarse de obtener tan merecida distincion; pero no hubo remedio, tuvo que conformarse con la voluntad de Dios y tomar á su cargo el gobierno y régimen de aquella corporacion, que si bien es verdad que era compuesta de sugetos de un talento muy claro y de una avenencia fácil, tambien á las veces, cuando ménos se pensaba, solian surgir algunos disgustos, para evitar los cuales se necesitaba la mediacion del abad. Nuestro Saavedra demostró una prudencia, un tino y un acierto para el gobierno, tales que todos estaban muy satisfechos de la eleccion, así como tambien dejó ver un celo extraordinario, por el cual emprendió y llevó á cabo obras de la mayor importancia: es verdad que en Alcalá logró una gran reputacion; en cualquier asunto bastaba su opinion para decidirle; no se necesitaba sino oir su parecer, para que al parecer suyo se redujeran los más divergentes acerca del particular; y se reducian sin violencia porque sabian que no era capaz el Sr. Saavedra de decir una cosa por otra, y esta garantía de verdad hacia creer á ciegas cuanto él indicaba. Bajo tales auspicios y por esta conducta suya tan digna como conveniente, era estimadísimo en Alcalá, así que todos anhelaban el conocerle, bien que quien tenia una vez ocasion para ello, trataba despues de sostener su trato, porque era afable, muy dulce, siempre aconsejando el bien, y procurando guiar á todos por el sendero de la rectitud y justicia á la práctica más exacta y positiva de sus respectivos deberes, pues esto garantiza no solo la felicidad eterna que Dios ha de concedernos en premio de la fidelidad con que hayamos observado sus mandamientos, y cuya recompensa no nos faltará, porque la palabra divina es infalible, sino la felicidad temporal, pues que el sosiego de nuestra conciencia y la paz inalterable de ella, son en verdad bienes positivos á que debemos aspirar, porque nos auguran esa misma bienaventuranza eterna y nos dan la dicha que en este mundo puede poseerse, pues sabido es que en él

no cabe felicidad completa ni mucho menos. Sumamente satisfechos estaban con su abad, tanto los capitulares cuanto los demás dependientes de la magistral de S. Justo y Pastor y áun todo el vecindario de Alcalá, porque veian la prosperidad de su querida iglesia bajo el gobierno de este excelente sacerdote, cuando el Señor quiso que cesáran sus trabajos para llevarle sin duda á la corona de inmortalidad con que habia de premiar sus desvelos. Una no muy larga pero penosa y violenta enfermedad se apoderó de él cuando ménos lo esperaba, y dándole tiempo para que recibiese los santos Sacramentos de la Iglesia y cuantos otros auxilios esta madre cariñosa proporciona á sus hijos, le llevó de esta á mejor vida á principios del año 1655, siendo un dia de luto para Alcalá el en que falleció este distinguido sacerdote. Desde que fué puesto de cuerpo presente su cadáver, se apresuraron todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, á ir á encomendarle al Señor, y al mismo tiempo á despedirse de él, digámoslo así, y á porfía hubieran querido todos encontrar medio de demostrar el afecto que le profesaban y que en verdad merecia por sus relevantes circunstancias. Sus honras fueron solemnísimas como era justo, atendida su categoría, y se le dió honrosa sepultura en una de las capillas de la magistral. Hubieran querido sus compañeros de cabildo ponerle un epitafio en que al menos algunas de sus circunstancias hubiesen constado, pero en su testamento lo prohibió expresamente, y esta misma prohibicion la repitió muchas veces durante su enfermedad á todos los que le rodeaban, así es que no tiene distintivo ninguno; bien es verdad que tampoco es preciso, porque sus acciones le señalaron de una manera que es aún más permanente que lo que el buril esculpe ó el cobre conserva. Tambien como literato tuvo mucha aceptacion en sus obras, que vieron la luz pública una y otra vez, siempre con deseo por parte del público, que es el mejor juez en punto á esta especie de trabajos. Quisiéramos poder dedicar al exámen de ellas un espacio siquiera acomodado á lo que merecen, pero la índole de esta obra no lo permite, y si hubiéremos de copiar, como parecia justo los dictámenes que en su época dieron los sabios que las examinaron, seríamos interminables, porque en verdad y con sobrada justicia merecieron muy alto concepto. Citarémoslas, pues, y daremos de ellas muy sucinta noticia, en cuanto sea capaz de hacérnoslas conocer. Lo primero que escribió y publicó en Alcalá el año de 1642 fué la *Vida de S. Cárlos Borromeo*, libro que no se concreta, como parece indicar su título, á la narrativa de los hechos heróicos de virtud ilustre en que descolló el santo, sino que abraza muchísimo más, porque da á conocer los grandes trabajos que en beneficio de la Iglesia emprendió y llevó á cabo tan ínclito siervo de Dios, no como quiera, sino en los trámites todos de su evangélica conducta, es decir, manifestando muy á las claras el Sr. Saave-

dra los resultados que habia de dar su zelo, que en verdad fué grandísimo, y el fruto que de sus obras y de los heróicos esfuerzos que hizo para acabar con la pretendida reforma habia de sacar la Iglesia, frutos que á la verdad fueron mucho más abundantes de lo que esperaban los mismos que los aguardaban abundantísimos. Así es que muchos dieron en llamar á la obra de Saavedra *Vida y Espíritu de S. Cárlos Borromeo,* y bajo este nombre la publicó en francés un poco escrupuloso editor, por supuesto con firma distinta, engalanando al pretendido autor con este lauro de nuestro buen Saavedra. Hemos dicho al principio que el estudio que Saavedra hizo de lenguas, y especialmente de la portuguesa, fué de importancia para la literatura española, y con efecto, si consideramos que allá en sus ratos de ocio y como por entretenimiento tradujo la más famosa comedia del vecino reino, y no como quiera, sino marcando sus bellezas y haciendo ver su mérito literario, cuánto valia, ya en el fondo, ya en las formas, y cómo en ella se guardaban todas las reglas que el género requiere para que una composicion sea perfecta; habremos ya demostrado que con la traduccion anotada de *La Eufrossina*, que así se llama la comedia, prestó un importante servicio á la literatura española, pues pudo así apreciarse en su valor esta buena composicion portuguesa, acaso la mejor de su no muy abundante repertorio. Además de esta obra de género puramente literario, que desempeñó muy bien y no dejó de darle fama, debemos á su bien cortada pluma otras dos memorias, que fueron tambien muy bien recibidas, porque en verdad merecian este honor. La que tituló *Observaciones á la lengua castellana*, que viene á ser como una explicacion, pero muy bien hecha, de los giros que parecen anómalos y áun de las muchas irregularidades de conjugacion frecuentes en ciertos verbos, y en cuyo trabajo trató de cohonestar en lo posible las reglas con estas mismas infracciones de regla, por lo cual la memoria tiene una originalidad que pocos trabajos de su especie podrán disputarla. La otra memoria fué sobre la elocuencia española, y en ella hay dos cosas muy notables: primera, que con argumentos indestructibles demuestra hasta la evidencia que la lengua castellana, y áun los dialectos de las otras provincias de España, tienen tanta abundancia de voces como las más ricas de las otras lenguas, ya antiguas, ya modernas, sin exceptuar el griego y el hebreo, y en segundo lugar da su opinion acerca de los sinónimos, no conforme á la sinonimia, en la cual no conviene con los que la apoyan sino demostrando que áun aquellas voces que son generalmente tenidas por sinónimas, tienen en su genuina acepcion distinta significacion unas de otras, si bien por concomitancia ó en un sentido más remoto, pueden significar lo que otras palabras. Alguno habrá creido que estas obras de Saavedra fueron frívolas ó de poco momento, lo cual es un

verdadero error, porque importante es el idioma y su pureza, importante la literatura, importante el conocimiento de los hechos y designios de los héroes del cristianismo; sin embargo, por si todas estas cosas, aunque en verdad no lo son, parecian fútiles, escribió tambien una magnífica coleccion de los mejores sermones que predicó, que pueden colocarse al lado de los de los más hábiles maestros, tanto nacionales como extranjeros; y con esta, que fué su obra póstuma, hizo cesar las hablillas que se levantáran, bien que injustamente, contra el Dr. Saavedra.—G. R.

SAAVEDRA (Doña Leonor de). Esta virtuosísima religiosa nació en Sevilla, y fué hija de D. Melchor Maldonado y de Doña María de la Barrera. Los buenos ejemplos y cristiana educacion la hicieron inclinarse al estado religioso. Tomó el hábito de monja dominicana, y se mudó el nombre en el de Sor María de la Purificacion. Fué un dechado de virtudes y de vida santa y ejemplar, siendo notable en la oracion, abstinencias y austeridades, sobresaliendo entre todas sus hermanas, de quienes era querida y respetada. Por su gran virtud fué una de las que eligió la religion para fundadora del convento de Santa María de Gracia de aquella ciudad, en cuyo monasterio murió dejando señalados recuerdos y grandes ejemplos de virtud y santidad.—A. L.

SAAVEDRA (Fr. Marcos de), del órden de Predicadores. Fué natural del pueblo de Villamayor en España, y deseoso de consagrarse al servicio de los altares, tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Villaescusa, donde manifestó tanto talento como deseo de promover la extension y propagacion de la fé católica; por lo cual, y accediendo á sus instancias, los superiores le destinaron en el año 1623 á las misiones de la Nueva España, hallándose aún en la clase de diácono. Permaneció algun tiempo en Méjico y allí se ordenó de sacerdote, pasando luego á las islas Filipinas, donde por la austeridad de su vida y la santidad de sus costumbres, obtuvo notable fama de bienaventurado y convirtió muchos indios infieles, á la verdadera creencia, en la provincia de Nueva-Segovia, territorio que le fué señalado para trabajar en la viña del Señor, y donde padeció innumerables penas y disgustos, que sobrellevó con la mayor paciencia en obsequio de sus prójimos y por amor de Jesucristo. Sus penosos trabajos y vigilias le ocasionaron una larga y dolorosa enfermedad que terminó con su muerte, falleciendo el dia 6 de Enero de 1631, siendo aún bastante jóven, y mereciendo ir á recibir en presencia de Dios la inmarcesible corona destinada á los grandes defensores de la santa causa. Dejó escritas dos obras, una de ellas titulada: *Arte para aprender la lengua de los naturales de la Nueva-Segovia*, y otra, *Coleccion de Sermones para todo el año*, escritos en el mencionado idioma.—M. B.

SAAVEDRA (P. Dr. Pedro de), de la Compañía de Jesus. Nació este inclito siervo de Dios en la villa de Esquivias, pueblo del arzobispado de Toledo, el dia 10 de Febrero del año de 1510. Sus padres, que eran sumamente honrados, mudaron su domicilio á Almovester, á quince leguas de Sevilla, por haber sido nombrado alcaide de aquel punto su padre Martin Vozmediano, el cual crió su hijo con el mayor cuidado y esmero tanto en virtud como en letras. Al cumplir este los veinte años murió muy cristianamente su buen padre, quien ántes habia anunciado la hora de su muerte. Cuando el triste huerfano se vió solo, de tan poca edad, sin oficio, y sin lo más preciso y necesario para poder subsistir, determinó marcharse á Salamanca á estudiar leyes, en cuyo estudio sobresalió y se aventajó tanto, que por su amabilidad, bellísimo carácter, buena condicion y mejores respetos, ganó muchos amigos, preciándose de tenerle por tal personas muy insignes, entre otras lo fué muy íntimo el licenciado D. Gaspar de Quiroga, que llegó á ser cardenal y arzobispo de Toledo, el cual siendo vicario general de Alcalá y su partido, llamó á Saavedra para que fuese su teniente y le ayudase: gustó mucho de hacerlo, pareciéndole que se le ofrecia ocasion de pretender cátedra de cánones en aquella universidad. En la misma entró el dia 3 de Mayo de 1541. A los pocos dias, por las muestras que dió de su instruccion, inteligencia, buenas letras y cristiandad, un gran letrado que allí habia, llamado el Dr. Antonio Dagado, puso los ojos en él para señor y marido de una sola hija que tenia, con toda la hacienda que habia ganado y cada dia aumentaba, siendo ya muy considerable. Tratólo con él, y pareciéndole bien á su amigo D. Gaspar de Quiroga, se concluyó el negocio, y se casó el año de 1542. Vivió en su estado matrimonial muy á gusto de Dios y de los hombres, porque deseaba servir al Señor con todas veras, y para esto habia tomado por abogado á S. Diego de Alcalá, de quien fué muy devoto, oyendo Misa en su capilla, y suministrando crecidas limosnas para la misma; y el santo por su parte le hizo muchas mercedes, y Dios por el mismo conducto le comunicó sentimientos muy particulares. Cada dia que oia aquella Misa veia, al tiempo de alzar, que se levantaba el cuerpo santo y se humillaba al Santísimo Sacramento, y justamente percibia un suavísimo olor, que duraba bastante tiempo de el que allí estaba; como Saavedra dió testimonio en su dicho, y está en el proceso de la canonizacion de S. Diego. Hízole tambien Dios nuestro Señor muy insigne y afamado en su abogacía, acudiendo á pedirle consejos en sus pleitos todos los de la comarca. Por la fama de sus letras y virtud fué proveido por el emperador Cárlos V, y los de su consejo, por oidor para la audiencia y chancillería, que aquel año de 1548 se instituyó y puso en el nuevo reino de Granada, en el Perú, estando ya á punto de partir con su mujer y cinco hijas. Los padres de su

mujer, que como se dijo era única, lo sentian sobremanera, y procuraron apartarle de aquella voluntad, y como no pudieron, habiendo oido muchas cosas del P. Francisco de Villanueva, rector del colegio de la Compañía, y de su santidad, fuese á él por único remedio el Dr. Dagado, rogándole que procurase estorbar á su yerno esta jornada, porque ellos no tenian sino aquella hija, y su yerno no tenia necesidad de ir á Indias para enriquecerse, pues su hacienda era de gran cuantía, y cuanto los dos ganaban en su abogacía, que era mucho, todo era para él. Tomó á su cargo el siervo de Dios este negocio, y hablando á Saavedra, le persuadió que ántes de su partida hiciese los ejercicios de S. Ignacio, para concertar su alma con Dios, por si quisiese disponer en el camino de su persona. Vino en ello el doctor Saavedra, y el P. Villanueva se los dió, y en ellos hizo tal mudanza, que con mucha liberalidad puso en sus manos el negocio, y desistió fácilmente de su parecer y de aquella pretension, excusándose con el Consejo de Indias por llevar mal su mujer tan largo viaje. De este suceso quedó Saavedra tan agradecido y pagado, y sus suegros de la misma manera, que de allí adelante fueron muy devotos de la Compañía, y el Dr. Saavedra no hacia cosa sin el parecer y direccion del P. Villanueva. Desde estos ejercicios comenzó á vivir muy de otra manera, con mayor ejemplo de vida, ejerciendo su oficio con mucha claridad y verdad: desengañaba á los que trataban de entablar injustos pleitos, favorecia á los pobres, y defendia con el mayor celo á los que tenian justicia, procurando con el juez y partes que abreviasen los trámites y plazos. Por esta brevedad, y por el gran nombre de letrado, y nada interesado, que cada dia iba cobrando, acudia á su casa muchísimo litigante, y por que la vanidad no deslustrase la pureza de su intencion y entre tantos negocios exteriores tuviese algun recuerdo para su alma, se valia de dos medios dignos de memoria. Era el uno el tener industriada á una de sus niñas, que tenia de tres á cuatro años, y la menor de sus hijas, que entrase con frecuencia en su estudio y le dijese: Padre mio, acuérdese usted que se ha de morir, y por que la niña no se olvidase y reiterase sus visitas, solia darla como en premio, despues de dichas estas palabras, alguna moneda ó cosa semejante, y esto solia suceder estando la sala llena de gente, que venian á pedir parecer para sus pleitos; pero la niña rompia por medio de todos y en alta voz le decia las palabras expresadas. El otro era que tenia mandado á la misma niña, que siempre que llegase algun pobre á la puerta no le despidiese, sino que entrase ella á pedirle limosna, y se la llevase y besase la mano al pobre, amenazándola con que si no lo hacia la habia de castigar, y así lo ejecutaba besándoles las manos, por más asco que la diese; y porque algunos pobres no se la querian dar, lloraba la niña temiendo los azotes, hasta que cumplia lo que la habian mandado. Para que el Señor le ayudase en cuanto hacia,

llegábase muchas veces á su divina Majestad, recibiendo muy á menudo los santos sacramentos de la confesion y comunion, con mucha ternura de lágrimas y devocion, que Dios le comunicaba muy á manos llenas. Acostumbró desde que hizo los ejercicios tener algunas horas de oracion, hurtando á los negocios y al sueño lugar para dedicarse á tan santo ejercicio, que regularmente hacia ántes de acostarse. Un dia ocurrió que los negocios y pleitos fueron tantos, que no se desocupó la casa hasta media noche, y viéndose dominado del sueño, quiso por aquella noche omitir la oracion y otras penitencias que acostumbraba ejercitar; habíale casi vencido la tentacion y el sueño, cuando muy pesaroso reparó en el engaño del enemigo, y reprendiéndose á sí mismo, determinó no dejar un punto las devociones que hacia ántes de acostarse, y en pago de su determinacion, fueron tantos los consuelos interiores de su alma y la luz que nuestro Señor le comunicó, que le parecia que estaba en el cielo, y áun exteriormente sintió en su aposento una fragancia tan suave, que como él decia, exhortando á no dejar jamás las buenas costumbres, en su vida, ni ántes ni despues, habia sentido el olor de tan delicados aromas. En medio de tantas mercedes con que Dios le favorecia, le quiso probar llevándole su mujer cuando más la necesitaba para la crianza y educacion de sus hijas. Hallándose próxima á la muerte y sintiendo mucho que sus hijas, que eran pequeñas, viniesen á poder de madrastra, le pidió á su esposo inundada en llanto, que por el amor que se habian tenido, pues sabia cuánto habia querido á aquellas niñas, le hiciese la merced, por ser la postrera cosa que le pedia, que escogiese mujer que fuese madre de sus niñas y no madrastra. No quiso pedirle cosa mayor, pareciéndola que era razon se casase, quedando de tan buena edad, pues solo contaba cuarenta y dos años. El Doctor respondió: Espero en Dios, señora, que os dará salud; mas si otra cosa dispusiere su divina Majestad, digo que haré lo que me pedis; é hincándose luego de rodillas y echándose de pechos sobre la cama, tomó un crucifijo que tenia la enferma, y abrazándose con él, continuó: Yo hago voto de castidad á este Señor; y aunque la suegra, que allí estaba, le cortó la palabra diciéndole que mirase lo que hacia, se afirmó diciendo: «Digo que prometo á mi Dios castidad, y lo cumpliré; y os prometo que la primera Misa que dijere será por vos.» Mucho se lo agradeció su mujer, muriendo muy consolada. Viéndose el Doctor libre del vínculo matrimonial, comenzó á deliberar sobre qué estado tomaria, supuesto que no habia de casarse otra vez. La duda estaba entre dos religiones, que por algunas razones le tenian perplejo, no sabiendo si entrarse en la Compañía de Jesus, donde él hallaba gran descanso de su ánima y mucho consuelo, por la contínua comunicacion que tenia con el P. Francisco Villanueva y los demás, ó hacerse fraile francisco, á lo cual le inclinaba mucho la devocion de San

Diego, de quien habia recibido tan singulares mercedes. No sabiendo determinar por sí, acudió á su acostumbrado refugio, que era su grande patron S. Diego, y sin algun temor que haria las partes de su religion, pidió á nuestro Señor por los méritos de su santo se declarase su voluntad, para escoger entre aquellos dos estados el que fuese para su mayor servicio. Estando en oracion tratando de este particular con nuestro Señor, oyó súbitamente un ruido dentro del arca donde estaba el santo cuerpo, como si se meneára, y oyó una voz que le dijo, que nuestro Señor se serviria más que fuese de la Compañía de Jesus. Oyendo esta respuesta se le ofreció luego que esto tenia grandes dificultades y que él no las podia vencer; y pensando en ello, le pareció de repente que veia la imágen de S. Cristóbal, como comunmente se suele pintar; y como esto lo tuviese por distraccion y tentacion, procuraba desecharla de sí y volver á su oracion, mas como se le ofreciese esta representacion por segunda y tercera vez, dijo al Señor: «Si esta es impertinencia, quitádmela; y si por aquí me quereis responder, aclarádmelo, que no lo comprendo.» Y luego entendió que le decia el Señor: Mira ese hombre cómo pasa contrastando las aguas y olas de ese rio, estribando sobre el báculo que lleva en la mano, y mirando, no las aguas que le rodean, sino al niño Jesus que lleva sobre sus hombros. No mires la dificultad que has de pasar, sino la ayuda del báculo de la cruz, en que has de estribar, abrazando con gana los trabajos, y mirando á Jesus, que es tu guia y capitan, en cuya Compañía entras; y con cuyo favor todo te será fácil.» Con esta órden se determinó y ofreció para entrar en la Compañía, y viniendo muy consolado á su casa, queriendo saber tambien el gusto de sus hijas, las llamó á todas, que eran todavía muy niñas, pues la mayor no pasaba de diez años, y puestas en órden por su edad, las fué preguntando á cada una qué gustarian más, que se hiciese fraile de S. Francisco ó de la Compañía de Jesus. A pesar de tener las niñas grande miedo á los de la Compañía, y mucha familiaridad de amor con los PP. de S. Francisco, y tener dos tios frailes, hermanos de su abuela, todas sin titubear fueron diciendo que gustarian más que fuese de la Compañía. Consolado con su inocente parecer, y cierto de su vocacion, trató este negocio con el P. Villanueva, el cual aunque desde luego por órden del Bto. P. Francisco de Borja le admitiera, le pareció más oportuno que por entónces se detuviese, dando órden en sus cosas, y rematando muchos negocios que tenia, y tambien para que fuese ganando para poner en estado á sus hijas. Saavedra bien quisiera ejecutarlo luego, mas al fin se sometió á la obediencia del P. Villanueva, porque no hacia cosa sin su parecer y voluntad; por esta causa se detuvo el tiempo que el Padre quiso. Entre tanto, siendo ya catedrático de la universidad, el marqués de Mondéjar, presidente de Indias, le mandó escribir, diciéndole que

no existiendo el impedimento que expuso; por el estado de viudez, le proveeria, si gustaba, oidor de Méjico, porque habia buena ocasion. Tomó la carta y la presentó al P. Villanueva, para que viese lo que debia hacerse; el Padre le aconsejó se excusase de tan largo viaje, agradeciendo al marqués la merced que le queria hacer; así lo ejecutó, y como los deseos que Dios le comunicaba eran tan fervorosos y contínuos, quiso unir al voto de castidad otro de pobreza, y se lo impidió el P. Villanueva; pero ofreciéndose todo á Dios, prometió hacerle cuando el Padre se lo mandase, y para que constase y quedase más firme su propósito, escribió su ofrecimiento en un papel, y firmado se lo entregó al Padre, para que tuviese aquella memoria de su mano. Con la devota determinacion de entregarse á nuestro Señor, pasó este virtuoso doctor en espirituales ejercicios y comunicaciones con los de la Compañía, como uno de ella, hasta que á fines del año de 1555 el P. Villanueva le ordenó que se recogiese en casa como lo habia prometido, pues ya era tiempo, y se irian los dos á Plasencia, donde el santo P. Francisco de Borja, que entónces era comisario general de la Compañía en España, los aguardaba. Sus deudos sintieron mucho aquella determinacion, especialmente los frailes Franciscos, hermanos de su suegra, quejándose mucho, tanto de él como de los de la Compañía, que le admitia sin considerar dejaba cuatro hijas huérfanas; pero Saavedra no se desconcertó por estas hablillas. Antes bien se presentó á sus suegros y les pidió la licencia, dejando á su cargo y cuidado sus cuatro hijas, pues bien sabian el modo como Dios le habia llamado. Los ancianos con grande sentimiento y lágrimas, como si se fuera á morir, se la dieron. Despues de despedirse de sus amigos y devotos, dos ó tres dias despues de la Epifanía del año de 1556, se instaló en la casa de la Compañía, y el 14 de Enero partió de Alcalá con el P. Villanueva, llegando á Plasencia el 27 del mismo mes, donde fueron recibidos del Bto. Francisco de Borja, y de los demás que allí estaban con grande caridad y regocijo. Y porque supo el santo P. Francisco el gran desconsuelo en que habian quedado los suegros del Dr. Saavedra, quiso consolar y mitigar su afliccion con una carta de su puño y letra, lo cual tuvieron por muy grande y singular favor, escrita al Dr. Antonio Dagado. Tenia el Padre comisario mucha necesidad del doctor Saavedra para los contínuos y grandes negocios que en el gobierno de la Compañía se le ofrecian, y así le quiso tomar por compañero, por cuya razon le mandó á Valladolid el 9 de Febrero para que se ordenase de todas órdenes y le aguardase allí. Llegó á aquel punto el dia 13, y el 22, sábado, dia de la Cátedra de S. Pedro, se ordenó de epístola, y el domingo siguiente de Evangelio; y luego, el martes, día de S. Matías, de misa. Cuando se vió levantado á tan alta dignidad, no acababa de dar gracias á Dios, y esto hacia con más veras cuando supo que los dos oidores,

que fueron con él nombrados el año de cuarenta y ocho para el nuevo reino de Granada, volviendo aquel año de cincuenta y seis, muy ricos y honrados; llegando á España, y estando casi en el puerto, se ahogaron y pereció todo cuanto traian; veia en si la suma providencia de Dios que le habia impedido aquel camino de Indias, por medio del P. Villanueva, para traerle al Puerto-Rico de la religion de que gozaba. Se iba imponiendo en la misa y sus ceremonias el nuevo sacerdote con intento de decirla el primer dia de Pascua, por su compañera, como se lo habia prometido, y eran tantos los regalos y consuelos con que Dios le colmaba, y tan copioso el llanto que derramaba cuando decia Misa, que á todos admiraba. Para la semana santa se partió con el Bto. P. Francisco á Simancas, donde la Pascua dijo la primera Misa, cumpliendo su obligacion con tantos sentimientos y consuelos, que no se puede declarar, cuales los tuvo muchas veces y muy particulares el verano siguiente, cuando supo la muerte de San Ignacio en las montañas, adonde habia sido enviado de Valladolid. El año siguiente de cincuenta y siete, por la semana santa, vino al colegio de Alcalá al mismo tiempo que llegó el P. Villanueva de Plasencia para ver á sus suegros é hijas, y como le diese un vivísimo deseo de saber si estaba su esposa en carrera de salvacion, una noche rezando maitines en su aposento, vió una extraordinaria luz y claridad, y con gran gloria y resplandor á su amada compañera, la cual le habló, agradeciéndole el haberse entrado en la Compañía de Jesus y haberle dicho la primera Misa, que la habia prometido; le anunció cómo ya estaba gozando de Dios, á quien continuamente rogaria por él y por sus hijas, y con esto desapareció. De esta vision quedó tan debilitado y flaco, que cayendo en tierra no tuvo fuerza para levantarse, ántes comenzó á dar voces, á las cuales acudió el P. Villanueva con otros, y levantándole del suelo, le echaron en la cama, donde por tres dias estuvo sin poder volver en sí, suministrándole los beneficios y reparos que fueron posibles para que recobrase las fuerzas que aquella vision le habia hecho perder. Estimó en mucho Juan de Vega, siendo presidente del Consejo Real de Castilla, al P. Saavedra, y le tuvo por su confesor hasta la muerte, ocurrida en Valladolid, donde entónces estaba la corte. Sirvió en la Compañía en cosas muy importantes, y fué fidelísimo compañero del Bto. P. Francisco de Borja en todos sus trabajos, y le acompañó hasta Roma el año de 1562. Desde allí volvió á España para poner en estado á sus cuatro hijas, como las puso, sirviendo todas en castidad y religion á Dios nuestro Señor. Despues le hicieron rector del colegio de Madrid, en cuyo oficio permaneció hasta la muerte. Dió en todas sus ocupanes singular ejemplo de todas virtudes, y favoreciéndole nnestro Señor con muy particulares regalos y demostraciones, era comun fama, y él mismo lo

confesaba, engrandeciendo las mercedes contínuas que de Dios recibia, que le era tan propicio que nunca jamás le habia pedido cosa que no se la hubiese concedido. Estando una hija suya enferma de muerte, que era monja en el monasterio de nuestra Señora que llaman de Constantinopla en Madrid, la estuvo asistiendo y ayudando una tarde, y al volverse á casa, se pasó por la de Doña María de Mendoza, fundadora del colegio de Jesuitas de Alcalá, y con mucha ternura y sentimiento, la dijo en qué estado la dejaba; y á la mañana Doña Catalina de Mendoza, su sobrina, fué al colegio á confesarse con el P. Saavedra, y hallóle tan alegre y regocijado, que preguntándole por la hija, la respondió: «Nuestro Señor me ha hecho merced de significarme cómo ya tiene en su gloria á aquella muchacha (así la llamaba) que la noche ántes era muerta.» Siendo rector de Madrid fué llamado á Alcalá, porque su hija mayor estaba muy enferma, y casi desahuciada de los médicos; como la visitase, y segun el dictámen de los que la curaban, no tenia remedio, se volvió á casa á pedir la salud de su hija al Médico del cielo, y para esto dijo una Misa; estándola diciendo le vinieron á llamar con gran prisa, porque su hija se moria, y todos la estaban llorando á gritos en su casa. El hermano que le ayudaba se llegó á él y le dijo que abreviase que su hija se moria. El padre sin turbacion alguna prosiguió su Misa con mucha atencion y reposo, y cuando quiso consumir paróse un buen rato con nuestro Señor en las manos, pidiéndole con lágrimas que no se la llevase. Concedióselo el Señor, y con tanta certidumbre, que en seguida de la Misa dijo que no moriria de aquella enfermedad. Dió gracias con brevedad, y fué á casa de la enferma, y saliéndole á recibir otra su hermana, llorando amargamente la dijo: «No tengais pena que no morirá vuestra hermana, y llegando á la hermana la certificó con grande aseveracion que no moriria de aquella dolencia, y que se levantaria buena y sana.» A pocos dias se levantó, y vivió despues muchos años, y contaba lo que con su santo padre la habia sucedido, y cuán poderosas habian sido sus oraciones para alcanzarla milagrosamente la salud. Fué verdaderamente muy señalado el don que tuvo de oracion, y trató con Dios con una abundancia de lágrimas y ternura tan suave y continua, que admiraba, pues desde que empezaba la Misa hasta su conclusion, sus ojos parecian dos fuentes de lágrimas sin poderlas reprimir. Ayudaba este sentimiento á que fuera tan agradecido á Dios y á sus santos, por cuyos medios recibia tantas mercedes, que por igual razon era devotísimo de nuestra Señora y de otros muchos santos y santas, de quienes cada dia hacia particular conmemoracion, y entre año les decia misas. Y para memoria en el calendario de los meses de su Breviario, señalaba con crucecitas marginales muchos santos por cuyo medio decia que habia recibido de Dios algun particular beneficio, para que no se le olvidase, como la tenia

en el nombre de S. Cristóbal á 25 de Julio, por haberle allanado Dios las dificultades de entrar en la Compañía por medio de su imágen, como viene referido. Igualmente le dotó Dios del mayor zelo para procurar la salud de sus prójimos. Era muy contínuo en el ejercicio del confesonario, teniendo el mayor placer en ocuparse en este ministerio con la gente pobre y con los niños, y por este mismo medio consiguió notables cambios hácia el bien en hombres muy perdidos. Ocupóse el siervo de Dios algun tiempo en andar por las montañas á remediar y consolar aquella pobre gente, que estaba en extrema necesidad de lo temporal para sustentar la vida del cuerpo, y de lo espiritual para la de sus almas; les repartió buenas sumas de dinero, que la serenísima princesa de Portugal Doña Juana, gobernadora á la sazon de estos reinos, les enviaba, y con su predicacion y doctrina apacentó sus almas, y ordenó muchas cosas para remedio de ellas y de sus necesidades, y por haber visto palpable el gran fruto que el Señor habia conseguido en aquella mision, y por ser tan amigo de la santa pobreza, pues se contentaba y consolaba mucho con comer los mendrugos de pan que le daban de limosna, pidió al Bte. P. Francisco de Borja, y á otros prelados suyos, con grandes instancias, lo enviasen á misiones de aquellos necesitados de doctrina, ofreciendo ir á pie, pidiendo limosna, deseando no comer otra cosa que el pan duro que le diesen por el amor de Dios. El Señor le descubrió muchas cosas secretas y del porvenir, como se vió en muchas ocasiones. Saliendo del colegio de Alcalá los venerables Padres Valderrábano, provincial; Manuel Lopez y Gil Gonzalez, camino de Roma, á la eleccion de general, por muerte del P. Lainez, les dijo: Vayan con Dios, que ya sé que han de elegir al P. Francisco de Borja; y á pocos dias escribió una carta á este bienaventurado en que le decia, que aunque al tiempo que la escribia no era general, esperaba que cuando llegase á sus manos ya lo sería. Daba el parabien á la Compañía de que la diese Dios tal superior, y le pedia, en atencion á su antigua amistad, le concediese el emplear el resto de sus dias en misiones por los pueblos, confesando pobres y sustentándose de mendrugos. Algunos le advertian, como tanto lo aseguraba, que podia ser muy bien que otro saliese general, y les respondia: «Cosa es cierta que yo le he visto ya hecho general estando en oracion.» Por fin llegó el término de su vida á este esclarecido siervo de Dios, y sintiéndose malo en Madrid, se hizo llevar á Alcalá, comenzó su padecimiento por un intenso dolor de cabeza que de contínuo le apretaba, y sintiendo que el decir Misa le proporcionaria algun alivio, procuraba decirla, deteniéndose más de lo acostumbrado, porque miéntras ejercia aquel augusto ministerio, se le quitaba del todo el dolor. Agravándosele cada dia más la enfermedad, y principalmente el fuerte dolor de cabeza, que le hacia dar grandes gemi-

dos, pidió con los más vivos deseos se le administrasen los santos Sacramentos, que recibió con ejemplar devocion, y á muy pocas horas acabó, sucumbiendo á tan intenso dolor, el dia 24 de Julio de 1572, habiendo estado los diez y seis en la Compañía. Fué depositado en la iglesia de la Compañía, no siendo su sepulcro más honorífico que el de los demás religiosos. Pero nuestro Señor quiso mostrar la excelencia de la virtud de su alma por el privilegio que comunicó á su cuerpo, porque pasados diez años, que fué el de 1582, queriendo enterrar á un hermano suyo sacerdote en la misma sepultura del difunto P. Saavedra, hallaron su cuerpo incorrupto, entero y sin ningun deterioro, cuyo estado dejó á todos admirados, teniéndolo por gran milagro, y en su vista no permitieron se enterrase allí á su hermano, sino en otra sepultura que de nuevo abrieron. De esta manera quiso Dios mostrar cuánto se agradó de este su fiel siervo; pues no contento con lo mucho que le regaló en vida, quiso tambien preservar su cuerpo de la comun corrupcion. Escribió de este santo varon el P. Francisco Sachino, en el segundo tomo de la *Historia de la Compañía*.—A. L.

SAAVEDRA Fajardo (D. Diego de), sabio sacerdote, nació en la villa de Algezares, en el reino de Murcia, el 6 de Mayo de 1584; murió en 24 de Agosto de 1648. Sus padres D. Pedro Saavedra y Doña Mariana Fajardo fueron de familias esclarecidas. Estudió Saavedra la jurisprudencia en Salamanca, y siendo despues condecorado con el hábito de la órden de Santiago, pasó á Roma, donde principió su carrera eclesiástica y política. Sirvió de secretario de la cifra en aquella corte al cardenal Borja, embajador de España, á quien acompañó con el mismo empleo al vireinato de Nápoles y á dos cónclaves. En premio de sus servicios obtuvo una canongía en la metropolitana de Santiago, y fué agraciado con el título de secretario del rey. Más adelante fué agente de nuestra nacion en la corte de Roma, de allí pasó con el carácter de ministro de España á varias cortes, y en todas se distinguió por sus profundos conocimientos en política. En premio de sus eminentes servicios se le confirió una plaza en el Consejo supremo de Indias, y en 1643 asistió como plenipotenciario al famoso congreso de Munster y Osnabruck, en el cual debia tratarse de la pacificacion general de Europa; pero mediaron varias contestaciones, y D. Diego Saavedra tuvo que retirarse en 1646 y regresó á Madrid, donde fué nombrado introductor de embajadores, y luego camarista del Consejo de Indias, de que ya era ministro. Poco tiempo despues de haber obtenido estos nuevos honores, falleció en el convento de PP. Recoletos Agustinos, en donde se habia retirado. D. Diego Saavedra adquirió el sobrenombre de Tácito español por sus escritos. La primera obra que publicó fué: *Las Empresas políticas, ó idea de un príncipe cristiano político*, la cual se considera como obra maestra, dicien-

do D. Nicolás Antonio que está limada por las nueve musas. Ha sido traducida en italiano, en francés y otros idiomas. Una de las mejores ediciones que se han publicado en español es la de Madrid, 1789, en 8.° Saavedra escribió tambien la *República literaria*, que fué traducida al francés; Lausana, 1770, en 12.°; y por último, la *Corona gótica y austriaca*; siete volúmenes en 12.°—M. M.

SAAVEDRA Y GUZMAN (D. Martin de). Es altamente sensible que las noticias que acerca de este distinguido personaje han llegado á nosotros sean tan escasas que apénas pueda darse razon de su persona; y esto es mucho más lamentable, porque lo poquísimo que se sabe indica que era persona de muchísimos méritos. Efectivamente su familia fué de las más esclarecidas de España, y acaso el que nuestro D. Martin naciera, como nació, en Nápoles sería debido á que su padre tuviese allí algun importante destino. Le educaron con el esmero que convenia á la grandeza de su cuna, y por consiguiente en humanidades y filosofía aprendió cuanto en su época, que fué el siglo XVII, podia saberse. Despues emprendió por eleccion suya la carrera de la magistratura, y llegó por sus pasos contados, y siempre con muchísimos méritos, á ser gobernador de una de las principales provincias de Nápoles. Desempeñó su cargo admirablemente y fué comendador de la Orden de Calatrava. Escribió: *Discursos de razon de estado y guerra*, que fueron muy estimados de cuantos los leyeron y que todavía se consultan, y esto es todo lo que se ha podido averiguar acerca de nuestro D. Martin de Saavedra y Guzman.—G. R.

SABA, hijo de Chus y nieto de Cham. De cuatro hombres de este mismo nombre nos habla la santa Escritura. El uno, que es el que hemos mencionado, nos le presenta el Génesis, c. x, v. 7; el segundo hijo de Regma y nieto de Chus; el tercero hijo de Jectan y nieto de Faleg, citado al v. 28, y el cuarto hijo de Jectan, que era hijo de Abraham por Cetura. Diversos pueblos hay en la Arabia llamados Sabeos ó Sabenses, que traen su orígen de estos Saba, pero es difícil determinar de cuál de ellos desciende cada uno. Parece probable que los que habitaban á lo largo del golfo Pérsico descendiesen de Saba, hijo de Chus, los que vivian en la Arabia Feliz hacia el mar Rojo, de Saba, hijo de Jectan; los que ocupaban el mismo golfo pero más al mediodía al lado opuesto de la Caramania, fuesen los descendientes del hijo de Regma; y en fin, que los últimos, situados cerca de los Nabatenses entre la Arabia Feliz y la desierta, descendiesen de Saba, nieto de Abraham. En el salmo VII, v. 10, se citan dos pueblos de Saba distinguidos, puesto que se lee en hebreo los reyes de Scheba por un *Schin* y de Saba por un *Samech*. El nombre de Saba, hijo de Chus, se escribió con un *Samech* y los de los demás por un *Schin*. Asegura Plinio que habia sabenses en las costas de los

dos golfos Arábigo y Pérsico, y los antiguos historiadores Teodoro, Erastotenes, Agatharades y otros, hablan de diversos pueblos sabenses en la Arabia, y hacen tambien mencion de una ciudad de Saba ó Sabatha, que era la metrópoli de los sabenses.—C.

SABA, hijo de Regma, habitó segun se cree en la Arabia Feliz, donde habia tenido su morada su padre Regma.

SABA, hijo de Jectan, vivió en la apariencia en la Arabia desierta ó en sus proximidades. Creemos con Bochart, dice Calmet, que los descendientes de este Saba son los que robaron los rebaños á Job.—S. B.

SABA (Bta.). Esta esclarecida sierva de Cristo, de cuyas heróicas acciones apénas ha quedado memoria, nació en Tracia, de padres cristianos, que tuvieron el mayor cuidado de educarla en la sagrada religion, bajo cuyas reglas ellos vivian tan satisfechos. Pareció desde luego destinada la niña al alto puesto en que Dios habia de colocarla, pues ninguna de las puerilidades que son frecuentes en las niñas se dejaban ver en ella, ni nada habia que la complaciese desde que tuvo uso de razon más que lo que se relacionaba con el servicio divino, única aspiracion de un corazon inocente. Luego que conoció los peligros del mundo y sus sugestiones, así como lo perecederas y falaces que son sus glorias y vanidades, renunció á ellas con la mayor generosidad, ofreciéndose toda al servicio de Dios mediante el voto de perpétua virginidad. Efectivamente, tuvo mucho que luchar por las aspiraciones, digámoslo asi, naturales de sus padres, pues todos los que son buenos desean la colocacion de sus hijos, y á Saba se la ofrecieron muy brillantes, pero á todas renunció con una generosidad pasmosa, sin perturbarse lo mas mínimo cuando tuvo ocasion de hablar á sus padres con energía de su decision formal de no hacer otra cosa en toda su vida que servir á Dios, quitando así toda esperanza á sus padres mismos de que pudieran nunca arrancarla otra resolucion. Por supuesto que se ejercitaba en todo género de virtudes, y cuando surgió la terrible persecucion de Valente, en la cual todos ocultaban su fe por temor de los castigos, que no eran una simple amenaza, sino que se ejecutaban con indecible rigor y bárbara crueldad, Saba fué de las primeras que confesaron su fe y que hicieron al tirano conocer lo equivocado de sus apreciaciones, y que léjos de ir él en pos de la verdad, que pretendia entronizar con la persecucion de los cristianos y con obligarles á adorar los falsos dioses, lo único que conseguia era hacer cada dia más notorio el triunfo de la verdad y poner más alta la bandera del Crucificado, que adquiere nuevo esplendor segun que en torno suyo se derrama más abundantemente la sangre inocente. Claro es que esta opinion, emitida con energía por la sierva del Señor, habia de dar el inmediato resultado de alentar á los cristianos, á quienes el terror hubiese algun tanto amilanado, para que con-

fesasen de plano la verdad de la doctrina de Cristo, y para que esta su confesion la confirmasen con su vida, si necesario fuese; así es que este proceder de Saba exasperó grandemente al tirano, el cual llamó á su presencia á los padres para que le dieran razon de la conducta, doctrina y modo de explicarse de su hija; mas los padres dijeron que ellos nada sabian de cuanto se les preguntaba, y por consiguiente que les era imposible dar una respuesta satisfactoria. Entónces volvió furioso Valente á dictar la providencia de que compareciese ante él la inocente criatura, y en efecto se le presentó, pero se le presentó enérgica, valerosa, haciéndole comprender lo inicuo de su conducta y lo injusto de sus apreciaciones, si se compara con lo que debia ser segun la ilustracion que no podia negársele sin injusticia. Por supuesto que el tirano quiso desde luego ensayar los medios más dulces para atraerla á que accediera á sus deseos, que no eran otros sino que sacrificase á los ídolos; pero Saba se sostuvo firme, y cuanto más el tirano trataba de seducirla, tanto mayor era la energía con que le reprochaba y con que le devolvia, digámoslo así, los cargos con que, para distraerla del servicio de Dios, la dirigia con astucia. Cansado ya el tirano de ensayar sin fruto esta dulce manera de atraerla, quiso probar si por el rigor adelantaba alguna cosa, y la mandó encarcelar, privándola del alimento y destituyéndola de todo humano consuelo; pero como ella no necesitaba los consuelos del mundo, toda vez que tenia el consuelo verdadero de la divina gracia, se encontraba muy satisfecha sufriendo por Jesucristo, y el Señor se complacia en hacer notorio su triunfo para que otros se alentáran con él y confesasen á Cristo Señor nuestro; hasta que convencido de que ni los ruegos ni las amenazas, ni los castigos, ni los halagos la harian mudar de conducta, la mandó degollar el dia 18 de Abril del primer año de su gobierno. Desde el momento mismo en que pasó á la eterna morada del Cordero sin mancha, se vieron prodigios sin número hechos por Dios á la invocacion de su nombre, así es que Tracia la tuvo por bienaventurada desde su muerte, y la Iglesia la declaró beata, asignando para su memoria el dia 11 de Abril, aniversario de su muerte.—G. R.

SABA ó Sabas (Bto.) Han sido muchos los hombres esclarecidos en virtud y en ciencia que los monasterios han ocultado en todas las épocas, y que especialmente en algunas hubiesen pasado desapercibidos si Dios, por su inefable providencia, no hubiese cuidado de enaltecer á sus siervos para que así el mundo mismo les rindiera el homenaje debido á sus excelentes merecimientos y muy relevantes virtudes. Entre los infinitos que pudiéramos citar, merece preferencia el glorioso Bto. Sabas, siciliano, que en los principios del siglo X florecia como una de las preciosas perlas de la corona que ciñe la Esposa del Cordero sin mancilla. Todos los antecedentes que acerca

de este varon santo se han podido recoger dan escasísima luz acerca de sus heróicas acciones; pero todas y cada una de las noticias son unánimes y contestes en que fué de gran talla en santidad y virtudes. Comencemos por asegurar, con las noticias de su monasterio, que son oscurísimas como todas las de su época, que pertenecia á una de las primeras familias de Sicilia, y que bajo el pseudónimo de Sabas quiso ocultar los blasones con que justamente se engalanaba su prosapia, y esto ya nos dará una idea muy exacta de lo profundo de su humildad; sigámosle despues paso á paso, anhelando siempre los ultimos lugares, huyendo siempre las preferencias y distinciones, no apeteciendo sino el olvido y la abyeccion de todos, y comprenderemos de aquí que solo la gloria de Dios era el objeto adecuado á sus aspiraciones y designios. Si á esto agregamos el que se encerró en el monasterio de Agira, y que fué nombrado por unánime consentimiento de aquellos varones tan virtuosos abad de aquel monasterio, al cual edificó y alentó con su conducta, no solo cuando era superior y cabeza de todos, sino de igual manera cuando ocupaba el último lugar, novicio en su comunidad, habremos dicho cuanto puede decirse, y habremos hecho el más cumplido elogio de sus excelentes dotes y de sus heróicas virtudes. Mas todavía podemos retirarnos con él al ejercicio santo de la oracion, á esa comunicacion íntima que los escogidos tienen con su Dios, donde el Señor se les muestra tal cual puede llegar á comprenderle la humana miseria, tal cual su Divina Majestad se digna dejarse ver para alentar al hombre al ejercicio de las buenas obras que han de elevarle al trono de su grandeza; y en este concepto, bajo esta consideracion, muchísimo podrémos decir de nuestro buen abad Sabas. Eso de pasar una y otra noche tratando con su Dios los intereses de su gloria y aprendiendo los secretos de su entrañable amor, para luego comunicar este amor mismo á los fieles servidores de su adorada grandeza, era ordinaria ocupacion de nuestro Abad, y era como su comida y descanso; verdad es que de otra suerte habria parecido imposible subsistiese con el brevísimo sueño que hacia sobre el duro suelo, con el escasísimo alimento que tomaba de manjares siempre cuadragesimales. Los éxtasis y arrobamientos con que Dios le elevaba á su conocimiento eran tan frecuentes y duraderos, que cuando él trataba de ocultarse para que nadie se apercibiera de estas dádivas tan gratuitas del cielo, el Señor se los hacia presenciar á todos para que así pudiese desempeñar mejor el cargo de gobernar aquella santa casa que Dios le confiára atendiendo tan solo á sus relevantes merecimientos. Así es que su voz era todo lo autorizada que necesitaba ser para que la atendiesen varones tan respetables como los que allí habia, y aquella comunidad podia bien considerarse como modelo de la vida monástica, toda vez que habria muy pocas otras casas donde el ejemplo del cabeza tuviese la irresistible

fuerza que tenia el ejemplo de Sabas. Por supuesto que el buen olor de sus virtudes se difundia por todas partes, y como el Señor se dignaba obrar multitud de prodigios por la mediacion de su siervo, de todas partes acudian á pedirle las gracias que no negó nunca; los favores que estuvo siempre dispuestísimo á conceder. Es muy sensible que no tengamos más detalles acerca de este hombre tan singular, pues no cabe duda en que si estas generalidades, por decirlo así, de su vida nos le presentan tan admirable, los más particulares rasgos que le caracterizarian habrian de ser muy meritorios todos. Y esto no es una suposicion gratuita; esta es legítima deduccion de lo que acostumbra la Iglesia católica en el declarar el heroismo de las virtudes de sus hijos. Así es que al saber que Sabas, apénas pasados muy pocos años de su muerte, fué sublimado á los altares, declarado Beato y asignado á su memoria el dia 5 de Diciembre, hay que decir: que todo en Sabas fué singular, sus virtudes todas heróicas. — G. R.

SABACIO (S.). Fué uno de los cuatro verdaderos defensores de la fe que simultáneamente fueron encarcelados, atormentados, sacrificados, martirizados, y juntamente sepultados al Occidente de la ciudad de Caller, su patria; los tres compañeros y gloriosos mártires, fueron Sta. Agnella, Santa Hipólita y S. Antiogo, alcanzando con su constancia y firmeza el premio ofrecido por Dios á los que alentadamente se entregan á los tormentos y al martirio en defensa de la católica fe. Sus venerables restos fueron dichosamente descubiertos el 12 de Diciembre del año 1626, correspondiendo su invencion al mismo dia en que se obtuvo su hallazgo. La inscripcion grabada en el mármol de su sepulcro, dice así en los tres renglones de que consta:

HIC JACET B. M. SABBATIVS
QVI VIXIT ANNIS PL. M. L. REQVI
EBIT IN PACE SVB D. VIII. KAL MAII.

Aquí yace el bienaventurado martir Sabbacio, el cual vivió al rededor de de cincuenta años; reposó el 18 de Abril. En este dia la Iglesia catedral de Caller celebra su triunfo, y su invencion el 12 de Diciembre. Se sacó su cuerpo y se reservó para colocarle con los de sus compañeros.—A. L.

SABACIO (S.), mártir, segundo de este nombre. En las crueles persecuciones que ejercian los ministros del imperio, rondando á todas horas por la ciudad de Caller, registraron una de las casas más señaladas y autorizadas, y hallaron en ella á Sabacio ó Sabbacio, varon santo, profesor de la fe y enemigo de todo género de idolatría. Los satélites del paganismo le preguntaron cuál era la ley que profesaba, y el santo, cuya fe y caridad prometian mayores lances, desplegando los labios, dió muestras de su valor, sir-

viendo el débil instrumento de su lengua de segura escala para la patria celeste, pues confesando con ella y predicando el nombre de Dios, le quitaron la vida aquellos desalmados sayones con su acostumbrada tiranía y crueldad; mereciendo el santo mártir el laurel y corona de su triunfo. Su alma fué elevada á las alturas, y el cuerpo depositado junto á los sepulcros de S. Victor y S. Teodoro, por la parte de Levante y enfrente á la puerta del santuario; en este lugar quiso su Divina Majestad se le hallase el dia 4 de Marzo del año 1630, con la inscripcion en mosáico siguiente:

... B. M. SABBATIVS QVI
BIXIT AN...VS MINVS
XXX QVIEBIT IIII KALD.
SEPTB.

A este letrero, aunque le faltan letras, corresponde el siguiente: *Hic jacet Beatus Martyr Sabbatius, qui vixit annis plus minus triginta; quievit quarto Kalendas Septembris.*—Aquí yace el bienaventurado mártir Sabacio, que vivió treinta años poco más ó ménos; reposó en paz á 29 de Agosto.—Se quitó este letrero, asistiendo SS. EE. los señores marqueses de Bayona, el señor Arzobispo, el Sr. Inquisidor D. Gerónimo Otero, los superiores y provinciales de las religiones, y un grande número de caballeros que se hallan inscritos en el auto. Cuatro palmos más abajo fué hallada la sepultura, de fábrica de ladrillo, cubierta con sus losas de piedra, y abierta, sacaron los canónigos sus sagradas reliquias, y fueron trasladadas al santuario donde se veneran, celebrando Caller este triunfo á 29 de Agosto, y la invencion á 4 de Marzo.—A. L.

SABACON, rey de Egipto. Herodoto refiere que Sabacus ó Sabacon, rey de Etiopía, hizo una inscripcion en Egipto, y Anysis, que reinaba á la sazon en este pais y era ciego, se salvó en los lugares pantanosos y dejó su pais en poder de Sabacon, que reinó en él cincuenta años. Su máxima era no condenar á nadie á muerte, sino obligar á los criminales á trabajar en hacer cierta cantidad de calzada ó de muralla de tierra, para precaverse contra las inundaciones del Nilo. Se retiró por último á su reino de Etiopía, despues de haber tenido un sueño que le mandaba dar muerte á todos los sacerdotes de Egipto serrándolos por medio del cuerpo. No pudo resolverse á ello, y prefirió abandonar el pais, con tanto más motivo, cuanto que el número de años que le habia predicho el oráculo que reinaría en Egipto habia pasado ya. Despues de su retiro salió Anysis de los pantanos y volvió á ocupar el trono de su reino. Tuvo por sucesor á Icthiosy, que vivia en tiempo de Sennacherib. Algunos refieren que habiendo invadido Sabacon el Egipto, se apo-

deró del rey Bocchoris, que reinaba á la sazon, le hizo quemar vivo con la mayor crueldad y reinó en lugar suyo. Hay bastantes apariencias de que Sabacon es al que nombra la Sagrada Escritura Lua. Este usurpador se hizo muy poderoso en breve tiempo, y Oseas, rey de Israel, se alió á él confiando en su corona para librarse del yugo de los asirios, con cuya esperanza se negó á pagarlos el tributo que les debia; pero para castigarle, marchó contra él Salmanasar, asoló todo el país, y sitió á Oseas en Samaria, viéndose obligado á rendirse despues de tres años de sitio, el año del mundo 3293, ántes de Jesucristo 717, y ántes de la era vulgar 721.—S. B.

SABANIA, uno de los principales judíos. 2 *Esdr.*, IX., 4.

SABARIGO, obispo de Leon. No existen noticias de este prelado; únicamente se sabe que fué elegido en 984 y que gobernó el obispado hasta 990 en que ocurrió su fallecimiento.—M. B.

SABARTES (D. Manuel), preceptor interino de letras humanas en Lérida. De órden del ayuntamiento se imprimió en dicha ciudad, imprenta de Escuder, *Relacion del recibimiento y entrada pública con que la ciudad de Lérida obsequió á su dignísimo prelado el Ilmo. Sr. D. Gerónimo María Torres*, en 27 de Abril de 1784. Está en verso, y tiene algo de particular. Despues fué profesor de retórica y latinidad en Reus, donde en 1785 imprimió: *El triunfo de S. Pedro*, poema dedicado al ayuntamiento. Pronunciólo uno de sus discípulos en la iglesia parroquial de la misma poblacion en 25 de Julio del citado año.—A.

SABARTES (D. Mariano), canónigo de la Seo de Urgel, poeta.—A.

SABAS (S.), abad y confesor. Hay hombres nacidos para el cielo, que son como destellos del sol de gracia, mandados al mundo para iluminarle con la luz inextinguible del cielo, al que han de volar sus almas despues de su peregrinacion sobre la tierra para aumentar, si pudiera ser aún más, el esplendor de la gloria. Entre estos bellísimos luminares del catolicismo, que se honra con sus nombres, y cuyos preciosos restos terráqueos reverencian los fieles adornando sus templos con sus santas efigies, es uno de los más notables el glorioso S. Sabas abad, cuya biografía vamos á dar tomándola del *Santorio de Croisset*, sin olvidarnos de Moroni y de otros autores que le historian en sus obras sobre los santos. El bienaventurado S. Sabas fué varon santísimo y de altos merecimientos, y padre é instituidor de muchos monges, y gran defensor de la fe católica, y esclarecido con muchos milagros. Nació en una aldea de la provincia de Capadocia, llamada Mutalasca. El nombre de su padre fué Juan, el de su madre Sofía, personas nobles y piadosas. Ofrecióse á sus padres una jornada forzosa á Alejandría de Egipto, y dejaron á su hijo Sabas, de cinco años, encomendado á un tio suyo, hermano de su madre, que se llamaba Hermias. La mujer de éste era de mal

carácter, por cuyo motivo trataba con dureza al niño Sabas, y él dejó aquella casa y se fué á la de otro tio suyo, llamado Gregorio, para vivir en paz y quietud. Tuvieron los dos Hermias y Gregorio grandes pleitos sobre la hacienda de Sabas, que sus padres cuando partieron para Alejandría le habian dejado; y el santo mozo, como era pacífico y sosegado, ofendido de aquellas discordias y porfías por una cosa tan baja como á él le parecia que era la hacienda, dejólos y entróse en un monasterio para darse totalmente á Dios. Concertáronse despues los tios y quisiéronle sacar del monasterio para que gozase de su hacienda y de los gustos del matrimonio; más él estaba ya tan abrazado con Dios, y tan encendido en su amor, que por ningun camino le pudieron apartar de su santo propósito. Dábase á todas virtudes, procurando esmerarse en cada una de ellas, y especialmente en la abstinencia y victoria de la gula. Un dia estando trabajando en la huerta del convento vió en un árbol muy lindas y sabrosas manzanas, y aficionándose á ellas, cogió una del árbol con intento de comerla. Despues cayó en la cuenta que aquella era tentacion del demonio, y luego arrojó la manzana y la pisó, y para vencer más perfectamente al enemigo, determinó no comer más manzana en todos los dias de su vida. Con esta victoria pasó adelante en las demás virtudes, ejercitándose de dia en los trabajos y de noche en la oracion, y huyendo de la sociedad como de raiz de todos los males. Era muy caritativo y muy compasivo, en tanto grado, que una vez habiendo el panadero de su casa puesto sus vestidos mojados dentro del horno para que se secasen, despues olvidado, encendió el horno, y acordándose que estaban adentro sus vestidos, se comenzó á acongojar. Tuvo tan gran pena Sabas de la afliccion del panadero, á quien él ayudaba y servia, que haciendo la señal de la cruz, se entró en el horno y sacó los vestidos, pasando por medio de las llamas sin lesion: tanto puede la caridad del prójimo para con Dios aunque sea en cosas pequeñas. Despues que hubo estado en aquel monasterio diez años, siendo ya de edad de diez y ocho, con instinto particular de Dios y licencia de su abad, que tuvo revelacion de ello, fué á visitar los santos lugares de Jerusalen, y de allí, por consejo de S. Eutimio, abad y varon santísimo, se entregó á la disciplina é instruccion de un varon perfecto, llamado Teotisto, y debajo de tal maestro hizo muy gran progreso en todo género de santidad y virtud. Era el primero en la oracion y en el trabajo; era humilde, obediente, modesto y de gran caridad para con todos ayudándolos y sirviéndolos en sus oficios y ministerios, con extraordinario cuidado y alegría. Todos se miraban en él como en un espejo, y le llamaban el *Mozo viejo*; porque en los pocos años resplandecia en el seso y madurez de venerable senectud. Fué una vez, por obediencia de su prelado, á acompañar á otro monge que iba á Alejandría, donde encontró á sus padres, que le quisieron hacer fuerza y

sacar de la religion; mas él entendiendo que aquel habia sido artificio del demonio y lazo que le tenia armado para cogerle é inquietarle, tuvo fuerza y resistió con tan grande espíritu á los asaltos de sus padres, que los rindió á su voluntad, y dejándolos sosegados se entró á hacer vida solitaria en una cueva de su monasterio. Allí estuvo por espacio de cinco años haciendo vida más de ángel que de hombre mortal. Los cinco dias de la semana pasaba sin comer, ocupado siempre en oracion ó en el trabajo de sus manos: el sábado salia de su cueva y traia cincuenta espuertas que en aquellos dias habia hecho, y el domingo se volvia á su cueva con la cantidad de ramos de palma que era menester para trabajar en la siguiente semana. Fué muy tentado y perseguido de los demonios, que en diversas formas de serpientes y de bestias fieras se le aparecian para espantarle; pero él, armado de oracion y confianza en Dios, los venció viviendo con increible seguridad. Despues que se hubo ejercitado en asperezas, oracion y penitencia bastantes años, salió de la soledad para beneficio de muchos, y fundó un monasterio, donde vivian bajo de su gobierno ciento cincuenta monjes, á los cuales proveia Dios de todo lo necesario por medio de muchas personas piadosas que le hacian largas limosnas, admirados de su gran santidad y virtud; y áun milagrosamente les proveyó el Señor de una fuente muy copiosa, que ni crecia en invierno ni en verano, y daba agua abundantemente á todos los que la habian menester. Despues, en el discurso de la vida de S. Sabas (que fué muy larga) y más divina que humana, el Señor le favoreció en gran manera socorriéndole en las necesidades de siete monasterios que fundó, y haciéndole padre de innumerables monjes, admirable en toda aquella tierra, espantoso á los demonios, y á los leones ferocísimos y á otras bestias fieras, venerable: solos los hombres malos y perversos le aborrecian y perseguian, porque era contrario en su vida y en su doctrina á las viciosas costumbres y dañadas opiniones de ellos; porque para mejor ejercicio y pureza de su virtud, permitió el Señor que algunos de sus mismos discípulos le maltratasen y persiguiesen, y él con humildad, caridad, paciencia y mansedumbre, los venció y dejó la misma casa que habian edificado, y se fué á vivir á otros lugares incómodos y ásperos para tener paz con los que huian de la paz, y enseñarnos con su ejemplo cuánto más vale el padecer que el hacer por Cristo, y que lo fino de la virtud consiste en sufrir muchos trabajos y molestias, por hacer bien, de los mismos á quienes el bien se hace, y que al fin Dios le da corona al que sabe pelear y vencer. Los que por menudo quisieren saber los milagros de este santísimo Abad, que son muchos y grandísimos, véanlos en su vida. Uno solo referiré aquí, que le sucedió con un leon. Entró una vez el Santo á hacer oracion en una cueva donde habitaba un leon de extraña grandeza. Despues de haber orado se puso á

reposar un poco: á la media noche entró el leon en su cueva, y hallando el huésped no le osó tocar, pero asiéndole blandamente del vestido, le trataba como quien le queria sacar fuera de su cueva. No se turbó el Santo por ver de improviso aquella bestia tan feroz, ántes comenzó á rezar muy despacio y con mucha devocion sus maitines, y el leon se salió fuera aguardando que los acabase, y despues tornó á entrar y á asirle de la falda como diciéndole que se fuese de su casa; pero el Santo sin turbarse le dijo: «Mira, leon, si quieres que estemos aquí juntos, porque la cueva es capaz para los dos, y si no, más justo es que tú te vayas y me dejes libre, porque yo no solamente soy criatura de Dios como tú, sino criado á su semejanza é imágen.» Oidas estas palabras, como si tuviera entendimiento, se salió el leon de la cueva dejándola para habitacion del santo Abad. Habiéndose, pues, ejercitado en los monasterios y en la soledad, y siendo respetado en el mundo y tenido por un varon venido del cielo, se ofreció un negocio muy grave que le sacó de su quietud y le obligó á ir á Constantinopla para aplacar al emperador Anastasio, que era hereje, y perseguia á los católicos y echaba de sus sillas á los santos obispos. Enviaron una embajada al emperador de muchos monjes, cuya cabeza era Sabas (que á la sazon era de setenta y tres años, y el amor de Dios y el celo de la religion pudo más con él para tomar aquel trabajo, que sus muchos años y el deseo de su quietud para rehusar. Llegaron al palacio del emperador los embajadores, y todos fueron admitidos ménos S. Sabas, que era el principal, porque como iba con vestido de silicio y vil, no le dejaron entrar, y le trataron como á hombre despreciable. Los de dentro echaron de ménos al santo, hiciéronle buscar; halláronle rezando salmos fuera del palacio imperial; llamáronle y lleváronle al emperador, donde los otros embajadores, sus compañeros, estaban aguardándole. Al entrar en la sala, vió el emperador que iba delante de S. Sabas un ángel resplandeciente, y admiróse y entendió que era varon de Dios, y como á tal le honró levantándose de su silla y haciéndole reverencia. Mandó sentar á los embajadores y preguntóles lo que querian, y cada uno de ellos, olvidado del negocio público á que venia, comenzó á tratar de sus negocios particulares con el emperador, y á proponerle sus peticiones y demandas: solo S. Sabas callaba, y siendo la boca de todos no decia palabra. Preguntóle el emperador si él queria algo, y él dijo la causa por que habia venido, y le aplacó, y por entónces le detuvo, porque vió que era varon santo y desinteresado, y sin codicia de cosa alguna de la tierra. Otra cosa le sucedió otra vez con el emperador. Habia habido aquellos años grande hambre y pestilencia, y con estar los pueblos destruidos, los cargaban con nuevos tributos y vejaciones, de manera que la pobre gente andaba afligida y se consumia é iba andando sin remedio. Compadecióse el santo abad de las calamidades de la

gente miserable; fuése al emperador, y suplicóle que mandase quitar aquel tributo con que estaba oprimida, y el emperador se inclinó á hacerlo por respeto del Santo que se lo suplicaba; pero un ministro suyo, llamado Marino, que era poderoso y tenia gran mano con el emperador, le persuadió que no lo hiciese (que nunca falta en las cortes de los príncipes un mal consejero que los destruya): avisó á Marino el Santo que se reportase y arrepintiese, porque de otra manera pagaria su culpa con grave pena; él no se enmendó, y la pagó; porque estando Marino muy contento y descuidado, se levantó en la ciudad un alboroto, y el pueblo entró en su casa y la saqueó y quemó, y faltó poco para que el mismo Marino no muriese á sus manos; pero Dios le guardó, porque reconoció su culpa y pidió perdon, entendiendo cuán grande era la santidad de Sabas, que le habia profetizado ántes el castigo que habia de venir sobre él. Volvióse el santo abad, acabada esta jornada, á su recogimiento; pero habiendo muerto el emperador Anastasio quemado de un rayo por justo juicio de Dios (de lo cual tuvo revelacion S. Sabas), habiendo sucedido en el imperio Justino, que era príncipe católico, salió otra vez de su monasterio, siendo de edad de ochenta años, con grande vigor, esfuerzo y alegría para ser pregonero por su misma persona, y predicador de un edicto que el mismo emperador mandó publicar en favor de la fe católica y de la paz de la santa Iglesia, porque todos los trabajos que tomaba por Cristo el santo viejo Sabas le eran más sabrosos que el descanso y quietud. No fué esta la postrera vez que dejó su recogimiento por el bien de los otros; mas la tercera vez, siendo ya de noventa y un años, y Justiniano emperador, fué á Constantinopla para suplicarle que reprimiese á los samaritanos que infestaban y perseguian á los cristianos de Palestina, y destruian los templos, y quemaban las reliquias, y mataban á los obispos, y por medio de un conde llamado Arsenio, hombre malvado y perverso, persuadian al emperador que los buenos cristianos y verdaderos católicos eran la causa de los mismos males que padecian; que esto es propio de los herejes y revoltosos, afligir á los buenos y echarles la culpa. Fué recibido el santo Abad del emperador Justiniano como un ángel venido del cielo; mandó que le saliesen á recibir los criados y caballeros de su casa, y el mismo patriarca de Constantinopla, y cuando entró vió sobre la cabeza del Santo una como corona de maravillosa claridad, y se levantó de su silla y le abrazó y veneró, y le concedió benignamente y con larga mano todo lo que le pidió, é hizo muchas obras buenas por su consejo. Mas en esta jornada le aconteció con la emperatriz Teodora una cosa digna de consideracion. Era estéril y deseaba un hijo; pensó poderle alcanzar de Dios por las oraciones del Santo, pidióle una y muchas veces con grande instancia y afecto que tomase aquel negocio á su cargo; y el Santo nunca lo quiso hacer, ni darla esperanza de ello, ni

decirla una palabra; porque conoció que era hereje y que Dios no queria que de tan mal árbol naciese fruto para daño de la Iglesia. Otra cosa tambien notable le sucedió con el emperador Justiniano, el cual estando despachando las cosas que el Santo le habia suplicado, con gran voluntad de darle contento, y el mismo santo Abad allí con él; llegada la hora de tercia, dejó al emperador y se apartó á rezar sus oraciones acostumbradas; y como un compañero suyo, llamado Jeremías, le dijese que no parecia bien que estando el emperador ocupado en sus negocios, él dejase y se divirtiese en otra cosa, él le respondió con gran paz: «Hijo, el emperador hace su oficio, y nosotros el nuestro.» Concluyó S. Sabas sus negocios, volvió á su casa, cayó enfermo, y siendo de noventa y dos años, habiendo tenido revelacion de su glorioso tránsito, exhortando á sus hijos y discípulos á toda virtud y perfeccion, dió su alma al que para tanta gloria suya la habia criado, á los 5 de Diciembre del año del Señor de 531. Enterráronle con gran pompa y solemnidad los obispos, monjes y pueblos de toda aquella comarca y Dios obró por él, despues de muerto, innumerables milagros. No solamente fué muy célebre su memoria en Oriente, sino tambien en Occidente; y en Roma hay una iglesia y monasterio de S. Sabas, de la cual hace mencion Juan Diácono en la vida de S. Gregorio papa, y se cuenta por uno de los veintidos monasterios insignes que habia en aquella santa ciudad; y la santidad de Gregorio XIII, de feliz recordacion, le dió al Colegio Germánico que fundó en Roma, para reparacion de la fe católica en las provincias septentrionales; porque en este colegio debajo de la disciplina y gobierno de los Padres de la Compañía de Jesus, se crian muchos estudiantes de aquellas naciones católicas, y acabados sus estudios vuelven á ellas, para alumbrarlas con la doctrina apostólica y edificarlas con su buena vida, y se ha seguido grandísimo fruto para ensalzamiento de la santa fe católica y abatimiento y confusion de los herejes. El cuerpo de S. Sabas se dice que está en Venecia. Escribió su vida largamente Cirilo, monje, autor grave y de su mismo tiempo, y Metafrastes la añadió. Hace mencion de él el Martirologio romano y el Menologio de los griegos, y el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio, y en el sexto y sétimo tomo de sus *Anales*. Hemos hecho con sumo gusto honor á Croisset en esta biografía, tomando todas sus noticias sobre este Santo, porque no creimos poder mejorarla de modo alguno, ni áun siguiendo á los demás autores de que pudiéramos habernos valido.—A. C.

SABAS (S.), Isaías y compañeros mártires. Eran en número de treinta y ocho; dicen los agiólogos, ermitaños todos del monte Sinaí, y fueron martirizados por una tropa de árabes en el año de 373. Igual suerte sufrieron Paulo, abad; Moisés, que por su doctrina y milagros habia convertido á la fe

á los israelitas de Faraon ; Psaes, prodigio de austeridad, y otros muchos ermitaños del desierto de Raitha, distante dos jornadas de Sinaí, próximo al mar Rojo. Se sustentaban todos estos anacoretas de dátiles y otras frutas, jamás probaron el pan, y se mantenian con el producto de sus manos, haciendo cestas en celdas muy apartadas las unas de las otras. Reuníanse los sábados por la tarde en una iglesia comun, donde velaban y cantaban el oficio nocturno; recibian juntos el domingo por la mañana la sagrada Eucaristía, y eran admirables por sus contínuos ayunos y oraciones. Pero una invasion de los blenomianos, nacion salvaje é infiel de la Etiopía, vino á poner término á sus santos ejercicios, arrancándoles la vida entre los tormentos más atroces. Otros muchos anacoretas tambien del monte Sinaí, cuyas vidas eran verdaderos modelos de la perfeccion cristiana, y que se reunian los domingos para recibir la sagrada comunion, fueron martirizados por una banda de sarracenos en el siglo V de nuestra era. Habia entre ellos un niño de catorce años, que hacia la vida ascética de una manera ejemplar, apoderáronse de él los sarracenos y le amenazaron con la muerte si no les descubria el lugar donde se ocultaban los monjes ancianos; pero contestó: «Que no le aterraba la muerte, y que no compraria su vida á precio del pecado de hacer tan grande traicion á sus padres.» Mandáronle que se desnudase. «Despues que me hayais muerto, dijo el modesto jóven, tomad mis vestidos y tiradlos; pero como yo jamás he visto desnudo mi cuerpo, me causa tanta vergüenza la desnudez, que quiero morir vestido.» Irritados los bárbaros con esta respuesta, se arrojaron sobre él descargando todos sus armas al mismo tiempo, de manera que el piadoso jóven murió con tantos martirios como verdugos habia tenido. S. Nilo, que habia sido gobernador de Constantinopla, dejó una relacion de estos martirios, dividida en siete partes, pues fué testigo de vista de todos ellos, por hallarse en aquel tiempo en los desiertos haciendo una vida eremítica, llevando en su compañía á su hijo Térdulo. Este Santo fué hecho cautivo, pero se le redimió despues de haber pasado muchos peligros. — S. B.

SABAS (S.), mártir. Grande es ciertamente una religion, que perseguida con el mayor encarnizamiento, apénas se da á conocer tiene miles y miles de prosélitos, que sin temor de la persecucion, se presentan á ensalzarla buscando su gloria en el martirio. ¿Qué otra religion más que la cristiana puede presentar tan numerosos ejemplos de abnegacion de la vida por confesar un principio, sin que los héroes que así se declaran se tomen la pena de defenderse de sus enemigos, sino con las armas de la humildad más severa y de la resignacion á los divinos decretos más ejemplar? Ninguna otra de esa multitud de creencias que han dividido y áun dividen á los hombres de este valle de amarguras, nos da testimonios tan heróicos, y ninguna puede realmente

presentarlos, porque esta excelencia es solo de la religion verdadera, emanada de la divina gracia del único, del verdadero Dios. Ni las amenazas, ni la vista de los más atroces tormentos que se daban á los mártires del cristianismo por los sicarios del paganismo romano, fueron capaces de detener á los fieles en los primeros siglos de la Iglesia para que cambiasen sus creencias ó procurasen ocultarlas; léjos de esto, la sangre de los mártires les envalentonaba, y el deseo de imitarlos los animaba, y así viendo tan sólida fe y tan grande abnegacion, hasta muchas veces los mismos soldados de los tiranos perseguidores, los mismos verdugos encargados de las ejecuciones sangrientas que decretaba el furioso fanatismo de los jefes idólatras, venian á convertirse de verdugos en víctimas, haciéndose voluntariamente culpables del delito que se imputaba á los reos. Entre los muchos soldados que á vista de los mártires que padecian los tormentos se convirtieron al verdadero Dios, y detestando de los falsos dioses confesaron á Jesucristo, debemos contar al glorioso S. Sabas, capitan de una compañía de soldados romanos, al que por su heroismo recuerda la santa Iglesia entre sus héroes el dia 24 de Abril con otros sus compañeros mártires. Acusóse al valiente capitan Sabas de que visitaba y consolaba á los cristianos que se hallaban encerrados en las cárceles de Roma, lo cual hacia por la compasion que le causaban y porque le admiraba la resignacion y alegría con que padecian. Citósele ante el juez competente, y sin dejarse preguntar, porque sospechaba el motivo por que allí le llamaban, confesó públicamente y con la energía propia de un valiente, que detestaba los ídolos y adoraba al Dios de los cristianos, que era el verdadero. Irritado el juez le mandó quemar el cuerpo con antorchas encendidas, y como si este no fuese tormento bastante, hizo le arrojasen en una caldera de pez hirviendo, de la que por permision de Dios salió ileso. A la vista de este prodigio se convirtieron á la fe de Jesucristo setenta hombres, tal vez soldados suyos, los que fueron inmediatamente degollados, y S. Sabas fué arrojado á un rio cercano á Roma, en el que murió ahogado el año 272, volando al cielo su bendita alma. —B. S. C.

SABAS (S.) martir. La Gotlandia, en el siglo IV de nuestra era en que floreció este santo varon, natural de aquel país, era un pueblo bárbaro y de costumbres feroces; pero á pesar de esto la luz del Evangelio penetró en las almas de algunos de sus naturales, que se distinguieron por su piedad y por su heroismo, sufriendo la muerte por Jesucristo. Uno de estos dichosos mortales fué el virtuoso Sabas, de quien vamos á hablar, el cual fué un astro refulgente de santidad en medio de las densas tinieblas del infierno que envolvian á su patria. Amaestrado desde su niñez en la religion católica, á pesar de que ni era elocuente ni tenia el exterior de la ciencia, fué sabio en el conocimiento de Dios, que es la verdadera sabiduría, y llegó por medio

del estudio de esta ciencia á la perfeccion que alcanzan los justos. Afable con todos y de carácter amable y humilde, dirigia su voz á los idólatras siempre que convenia para salvar sus almas, enseñándoles la verdadera ciencia sin charlatanismo, con las ménos palabras posibles, pero con claridad y con una gran suma de razones incontestables. Cuidaba con esmero su iglesia, en la que cantaba los oficios con un fervor ejemplar; amonestaba á todos á que sujetasen sus pasiones y viviesen en amor de Dios, y para darles el ejemplo era siempre templado en todos sus actos, continente, de una castidad suma, enemigo de que se le alabase, consecuente en sus palabras, caritativo con el prójimo hasta el heroismo, y en fin practicaba todas las virtudes cristianas, y la oracion y el ayuno con frecuencia, á fin de que su ejemplo enseñase más que sus palabras. Acérrimo defensor de la fe de Jesucristo, nunca ocultó su profesion de católico, ni se calló cuando delante de él se hablaba contra nuestra santa religion, cuyas verdades sostenia con el mayor calor y energía, áun cuando supiese que tal libertad pudiera costarle la vida. En medio de los beneficios que prestaba á la humanidad con su ejemplo y doctrina tan virtuoso varon, los príncipes de la Gotia, de la que es sabido salieron los visigodos que inundaron cual destructor torrente la Italia y la España, se empeñaron en hacer participantes á los cristianos de sus festines sacrificatorios, haciéndoles comer las carnes de las víctimas que ofrecian en los sacrificios. Negóse Sabas á comer la carne de las víctimas, y temiendo que algunos fieles tímidos cayesen en el error, declaró en alta voz que los que de ella comieran no podrian llamarse cristianos. Irritados los gentiles con la predicacion de Sabas, le echaron de la poblacion como perjudicial á su estado; pero como muchas gentes pidiesen en su favor, le permitieron ó toleraron volver, si bien bajo la vigilancia de los magistrados. En otra ocasion los gentiles, cegados por las tinieblas del infierno que les rodeaban, ofrecieron un festin á los demonios, y como en medio de su infernal algazara dijesen que jurarian que ningun cristiano asistia á la fiesta, salió Sabas entre ellos y con voz clara y fuerte les dijo: No jureis, que faltareis á la verdad, pues que yo soy cristiano. Sabido esto por uno de los príncipes, le mandó llevar á su presencia, y como le dijesen que era un pordiosero que no poseia bienes algunos, le despreció diciendo que hombre de tan miserable condicion no podia servir de nada ni hacer daño alguno. Empezando en Gotia una persecucion contra los cristianos, como al propio tiempo se acercase la Pascua, se marchó á un pueblo cercano con ánimo de celebrarla en él con Gasica el presbítero. Aparecióseles en el camino un venerable hombre, con aspecto luminoso, que le dijo se volviese y uniese con el sacerdote Salas para celebrar la Pascua. Sabia Sabas que Salas habia huido á la Romanía y no se hallaba en Gotia, por lo que no haciendo caso de aquel

aviso, continuó su camino; pero dice la historia de este Santo, que á pesar de hallarse sereno el cielo, cayó repentinamente tanta nieve, que no pudo seguir adelante. Admirado de este prodigio y reflexionando sobre lo que aquel venerable viajero le habia dicho, comprendió que Dios le mandaba, y obedeciendo se volvió. Halló en Gotia al sacerdote Salas, al que creia lejano, y contándole cuanto le habia sucedido, aquel santo y cuantos cristianos se hallaban con él, se maravillaron de la bondad del Señor, y juntos celebraron la Pascua. Alarico, hijo del duque Roberto, enemigo irreconciliable de los católicos, llegó en busca de los santos por órden de todos los demas príncipes, con una turba de gente armada, de tan mala intencion como ellos, y aprisionándolos, metieron á S. Salas en un carro, y desnudando á S. Sabas, le condujeron por sitios muy ásperos, azotándole y apaleándole con saña siempre que se le antojaba á aquella desenfrenada soldadesca, en lo cual gozaba el siervo de Dios, sufriendo por este Señor aquellos malos tratamientos. Viendo los verdugos que ni sus piés con los abrojos, ni su cuerpo con los azotes se habia llagado, le ataron sobre el carro y le dieron tantos golpes, que fatigados ellos mismos, se durmieron de cansancio, en cuya ocasion una piadosa mujer le desató y se le llevó consigo. Advirtiendo su falta Atarido, le hizo buscar por todas partes, y hallado que fué, le hizo colgar de un madero, y mandó le diesen de comer carne que hubiera servido en los sacrificios, y que le dejasen morir de hambre si no la queria. Los soldados le presentaron la carne manifestándole ser un regalo que les hacia su príncipe; pero los dos santos le rechazaron indignados, expresando su amor á Dios y la maldad de los ídolos, como hechuras del demonio. Al pronunciar S. Sabas estas palabras, uno de los verdugos le arrojó un vaso que tenia en la mano con tal violencia, que á cualquiera otro hubiera matado; pero el Santo quedó ileso y sin que el golpe le hiciese daño alguno. Atarido mandó á sus satélites matasen á S. Sabas, y llevándole estos al rio Museo, castigándole cruelmente por el camino, porque iba contento y cantando alabanzas al Señor; luego que llegaron á la orilla, le ataron al cuello un pesado tronco y le arrojaron á las aguas, desde las que voló su bendita alma al cielo á los treinta y ocho años de edad, el dia 12 de Abril del año 372, en el que imperaba Valentiniano y Valente. En cuanto los verdugos vieron ahogado á S. Sabas, le sacaron del rio y le arrojaron al campo para que fuera pasto de los animales carnívoros del país; pero recogiéndole Forosano, duque que profesaba el cristianismo, le mandó á Capadocia con criados suyos, á los que entregó una carta en la que escribió el martirio que se le habia dado. Hacen mencion de este Santo mártir S. Agustin en el libro VIII de su *Civitate Dei*, el cardenal Baronio en sus Anotaciones y en el libro IV de sus *Anales*, el *Martirologio Romano* y otros varios santorales y autores.—B. C.

SABAS, melquita, patriarca de Alejandría; sucedió á Juan hácia 1078, sin que nos haya quedado ninguna noticia de sus hechos.—S. B.

SABAT Finci. Fué en su orígen judío, porque sus padres lo eran; mas desde luego comprendió que las profecías estaban cumplidas, que todo lo que se decia habia de preceder y acompañar á la venida del Mesías se habia ya verificado, y comenzó por consiguiente á pensar en que habria una cosa más cierta, ó por decir mejor más positiva, que la religion de Moisés. Examinó todo esto, estudió con atencion los caractéres de la Iglesia de Cristo, la vió pura en su doctrina, digna en sus preceptos y consejos, y que su dogma como sus sacramentos atestiguaban la verdad, y formó juicio de abrazar este camino, que no podia ménos de llevarle á feliz término. Abandonando su patria, que era uno de los pueblos del ducado de Toscana, vino á Roma y se agregó á los que estaban catequizándose por los sabios misioneros que tienen tan importante cargo. Allí acabaron de ilustrarle en los puntos en que tenia alguna duda, é instruido en la fe católica y con los más excelentes deseos de entrar en el único asilo de salud eterna, recibió el santo bautismo el sábado santo del año 1814, teniendo él treinta y dos de edad. Puso despues todo su esmero en cumplir exactamente los preceptos y consejos evangélicos, y así vivió y murió como verdadero cristiano, no sabemos fijamente si en 1848 ó 1850. —G. R.

SABAT Roselli. Fué romano de nacion é hijo de una familia muy acaudalada que vivia en el judaismo. Claro es que los padres habrian de inducir á su hijo á que siguiera su religion, que ellos tenian por la única verdadera, pues en su obcecacion no podian comprender que las profecías estaban cumplidas, que Cristo habia venido al mundo, y por consiguiente que habiendo cesado por completo el imperio y dominio de las figuras, se habia entrado de lleno en la ejecucion de las realidades. Sabat Roselli llegó por sus conocimientos á ser rabino, ó sea maestro ó intérprete de la ley, y por su destino hubo de dedicarse con todo esmero al estudio de las sagradas letras, para buscar y hallar en ellas mismas la doctrina con que habia de enseñar á los demas, ilustrándolos acerca de lo pasado y del porvenir de su pueblo; y sus estudios hubieron de ser el medio de que Dios se valió para ilustrarle á él, no en la ciencia del mundo, ciencia inútil cuando no se refiere á Dios, sino en el conocimiento de Dios mismo, y de que cumplidos sus designios por haberse cumplido las setenta semanas de Daniel y por haberse verificado los demás sucesos que en vano esperaba el pueblo judáico, á pesar de verse disperso, sin altares, sin templo, sin sacerdocio; comprendió de todo esto nuestro Sabat Roselli que Cristo habia venido, y por consiguiente que las figuras ya no tenian ni significacion ni importancia, porque existia en el mundo la realidad. Examinó la religion cristiana, y en ella

encontró la verdad de lo que en el judaismo se anunciaba, y desde que lo hubo comprendido así, ardió en deseos de pertenecer al gremio católico, porque se convenció de que solo en él puede encontrarse la ventura y la dicha. Presentóse en el asilo de los catecúmenos para ser instruido como uno de tantos; lo fué en efecto, y vistos sus deseos de recibir el bautismo, el sábado de Pentecostés del año 1816 fué recibido á las aguas regeneradoras, administrándosele el santo sacramento por monseñor Bellí, arzobispo de Nacianzo, en las fuentes de Constantino, que estan en la iglesia de S. Juan de Letran. Indecible fué el contento de Sabat Roselli luego que hubo recibido las aguas en que se nos da la gracia, manifestando vivo sentimiento en que su edad de sesenta y tres años no le permitiera vivir mucho en el catolicismo. Sin embargo, el Señor prolongó sus dias bastante, y su muerte fué la de un justo.—G. R.

SABATER (Luis), sacerdote valenciano, doctor en sagrada teología, y beneficiado, lector de Escritura en la santa metropolitana iglesia de Valencia. Fué sugeto tan acreditado en la cátedra y en el púlpito, que Pedro Anton *Beutér* le cuenta entre los varones memorables que en ella florecieron, y le alaba por su copiosa facundia, y por haber sido quien educó, crió y alimentó muchos teólogos que salieron muy versados con su doctrina y magisterio. De órden del gran prelado Sto. Tomás de Villanueva, compuso en lengua valenciana una obra útil en aquel tiempo para confesores y penitentes, la cual publicó con este título: *Confessonari novament ordenat, lo cual ensenya ab molta pericia, y facilitat, com se ha de regir lo confessor para be confessar, y lo penitent para be confessarse;* en Valencia, por Juan Mey, Flamenco, 1555 en 8.°—A. L.

SABATER (Rafael), nacido en Sineu. Vistió el hábito de mínimo é hizo su profesion en 25 de Enero de 1706. Fué lector de ambas ciencias, secretario del obispo D. Fr. Miguel Estela, procolega general de Jaca, calificador del Santo Oficio, definidor y dos veces corrector del convento de Palma. Murió aquí el dia 19 de Octubre de 1762. Hemos visto inéditas las obras suyas, que siguen en el archivo de los Mínimos de esta capital. 1.ª *Historiæ minimorum hujus provinciæ Majoricensis.* Esta crónica es la que escribió en castellano el P. Pedro Juan Nicolau, de la misma religion, y el P. Sabater solo la puso en latin, aumentándola é ilustrándola con notas, trabajo que practicó hallándose en el convento de S. Andrés de Roma. El capítulo I comprende la fundacion de mínimos en el lugar de Portopí; el II la del convento de la Soledad, extramuros; el III la del de Sta. Ana de Muro; el IV la del de S. Francisco de Palma; el V la del de Campos; el VI la traslacion del convento de la Soledad á la villa de Sta. María; el VII la fundacion del convento de Simeu, y el VIII una memoria de los religiosos mínimos naturales de

Mallorca, que se han distinguido en letras y virtud. El obispo Stela remitió esta historia al célebre P. Saguers, mínimo de Tolosa, con el fin de que mejorando su lenguaje se pasase á su impresion, pero esta quedó en proyecto. 2.ª Cartas pastorales, patentes, etc., que escribió siendo secretario general. 3.ª *Impugnatio impugnata vel satisfactio, etc.*, sobre varias protestas hechas en un capítulo provincial celebrado en Mallorca, un tomo en fól. de 98 páginas.—4.° *Varia motiva statuta capituli etc., celebrata anno* 1733, papel en fol. de 13 pág.—5.° *Opuscula ascetica* etc.—M. B.

SABATER (Sor Vicenta), beata profesa de la tercera Orden del seráfico P. S. Francisco. Fué su patria Vinaroz, sus padres tan nobles como ricos, y el dia de su nacimiento, el 18 de Abril de 1635, en que cayó la fiesta del glorioso S. Vicente Ferrer, cuyo nombre recibió en la pila bautismal, salió adornada de grande hermosura en su cuerpo y rostro, y en su alma de naturales y extraordinarias gracias; buena inclinacion, vivo ingenio, feliz memoria, capacidad profunda que excedia á la ordinaria de las mujeres. Aprendió por sí misma á escribir; sabia música, y en las labores y ejercicios de manos de todo género era curiosísima y muy consumada maestra. Su aspecto era grave, el ánimo varonil y constante, y así raras veces lloraba y ménos reia. A este natural tan excelente acabó de perfeccionar la gracia con sus naturales dones. Concedióla el de la castidad, inclinándola desde su niñez á esta virtud angélica de tal manera, que á no haberla violentado su madre y casádola contra su voluntad, no hubiera tenido otro esposo que Jesucristo, el cual parece que como sentido de no haber perseverado ella en su primer propósito, resistiendo á cualquiera fuerza por amor suyo, á pocos años del matrimonio, no habiendo tenido fruto de él ni salud, desató aquel vínculo llevándose al marido. Libre, pues, de aquel nudo, como la avecilla aprisionada vuelve ligera al nido á buscar su consorte, así luego con fervorosas ánsias volvió ella á buscar al celestial Esposo, dedicándose á su servicio con todas veras, pues todo su anhelo era saber en qué le podria agradar más y cómo se desapasionaria de las criaturas para consagrarse por completo á su amor, siéndole tan dulce su trato, que estando en casa de una hermana suya, en Valencia, á pesar de que la queria mucho, casi no la trataba, retirándose á su cuarto para estar á solas por gozar con más paz y quietud la atencion interior y no perder la divina presencia; de lo que habiéndose resentido su hermana en una ocasion por parecerla demasiado despego, ella le dijo: que no juzgase tal, que no podia hacer otra cosa por lo mucho que el Señor la llamaba á la soledad, y el consuelo que su alma hallaba en el recogimiento, y llegó á decirla que no dejándola en su retiro, libre y quieta para entregarse á Dios, se iria de Valencia, y así aunque fuesen á visitarla, se excusaba y solo salia de casa á la iglesia,

que era donde vivia con los afectuosos deseos por ser su devocion tan grande, que áun siendo casada, todos los domingos y fiestas, los jueves y otros dias particulares, frecuentaba los sacramentos y se ejercitaba en obras de piedad. Sabiendo, pues, los grandes propósitos que tenia de servir á Dios con toda perfeccion; siendo el estado religioso tan apto para conseguirla, aconsejáronsele algunas personas; mas como no era llamamiento divino, pusiéronla en gran confusion, porque ella, para determinarse, no sentia impulso eficaz, y por otra parte no quisiera retardar un punto el seguir lo que fuera más del gusto de Dios. Finalmente, juzgando ser su voluntad que ella y toda su hacienda, que era considerable, se emplease en gloria y honra suya, instada de cierto religioso grave de la órden de Predicadores, el cual desde mucho ántes deseaba se fundase en Valencia un convento de religiosas dominicas reformadas, decidió fundarle; y pidiendo licencia para ello al arzobispo de la diócesis, reconociendo lo uno no ser suficiente la hacienda que tenia, y lo otro hallarse ya el prelado ocupado en la fundacion del convento de Ruzafá, no se la otorgó, de manera que para deshacerse la sierva de Dios de la casa que á instancias del religioso que fomentaba sus propósitos habia comprado ya, y de otras alhajas, hubo de perder una grande suma. Frustrado este proyecto y pareciéndola que Dios queria viviese retirada y sola, se fué á Vinaroz, donde emprendió una vida muy perfecta, y por perfeccionarla tanto en ella el hábito humilde, penitente y pobre del seráfico P. S. Francisco, tomó el de la tercera Orden el dia de la Purísima Concepcion del año 1666, segun las constituciones de la provincia de S. Juan Bautista, y el mismo dia del año siguiente hizo su profesion, y deseando siempre perfeccion, vistió dos años despues el hábito de beata, dispensándola en la poca edad por su mucha y excelente virtud. Prosiguiendo, pues, dice la Crónica, lo que tocamos ántes, como raíz de todas las demás, que es la pureza de la castidad, observóla con gran cuidado que en toda su vida no cometió pecado grave contra ella de pensamiento, palabra ni obra; ántes bien todas sus acciones trascendian con el olor suavísimo de la honesta vergüenza, siendo tal que jamás miraba ningun hombre á la cara, y en muchos años, excepto la gente de su casa, nadie la llegó á ver el rostro, porque siempre que salia fuera se echaba el manto y ponia los ojos en tierra, propiedad y estilo de quien lleva el alma en el cielo; tenia tan grande temor, no digo del peligro próximo, mas áun del muy remoto, que cuando para alguna cosa inexcusable entraba algun hombre en su casa, se turbaba de tal manera que casi no podia hablar, y siempre se hacia acompañar de otra mujer. Tenia un deseo tan grande de que creciese aquel virginal coro que acompaña siempre al Cordero celestial, que si hubiese podido hacer formar parte de él á todas las doncellas del mundo y que se dedicasen á su

divino amor en religiosa clausura consagrándole su virginidad, hubiera dado, á ser posible, toda su sangre, y este fué el motivo de querer fundar el monasterio, y despues queria dar su hacienda para dotar doncellas virtuosas y pobres que pudiesen entrar en religion, y en efecto dotó á tres doncellas dándolas mil y quinientas libras. Como enviudó tan jóven, pues solo tenia veintiun años, y por su calidad, hermosura y riqueza era tan apetecible, la salieron muchos casamientos de grande aprecio; mas ella solamente le hizo del esposo que habia elegido, despreciando por su amor cuanto estima el mundo. Mucho tiempo ántes de morir habia elegido persona honestísima que amortajase su cuerpo difunto, sin que otra alguna llegase á él, tal es la delicada pureza de la honestidad, que áun despues de la muerte se guarda y recata como flor siempre viva que áun cortada ha de conservar su hermosura, y cándido lirio que hecho polvo ha de conservar fragancia. Llenóle tan temprano el Señor de las espinas de la penitencia, que de edad de siete ú ocho años la hacia tan áspera y rigurosa, que muchas veces maceraba sus delicadas carnes con una recia cuerda de cáñamo, y otras ponia en ella muchísimos alfileres y heríase en las rodillas hasta verter sangre, y despues iba de un aposento á otro con las rodillas asi lastimadas y desnudas por tierra, diciendo con muy grande afecto cuando asi se afligia: «Por amor de Dios sea;» y podíalo decir muy bien, que era puramente por amor suyo, pues no le movia estímulo de algun pecado, no habiéndole cometido jamás de calidad que por él perdiese la divina gracia. En aquella edad de ocho años no solo ayunaba, mas absteníase de cosas de regalo, especialmente todos los viernes del mes de Marzo, tomando solo pan y agua, é incitaba á otras niñas de su edad á que hiciesen lo mismo. Es de advertir, para que sobresalga más la virtud de la divina gracia, que esta sierva de Dios era de un natural tan delicado, que gozó siempre de poca salud, en particular en los últimos años, que casi siempre padecia dolor de cabeza. No teniendo pues ningun padecimiento excepto los habituales; se trataba por lo comun con mucha aspereza, y en particular desde que profesó la regla de la tercera Orden de S. Francisco, que correspondiendo á aquel instituto de penitencia lo hizo con muy grande fervor. Despojóse totalmente de toda ropa de lienzo, vistiendo un hábito de sayal muy basto, del mismo que usaban los religiosos de aquella provincia, túnica de estameña, medias de lo mismo, por calzado alpargatas, y el tocado muy basto. Llevaba contínuo silicio excepto los domingos y fiestas, teniendo varias clases de ellos para diferentes partes del cuerpo, ya de esparto, de cerdas ó hierro, de los cuales usaba segun la daban para ello licencia. Todos los dias estaba en cruz con los brazos aspados en una caña, por lo comun una hora, algunas veces más, y otras ménos; su cama eran unas tablas, con una pelleja

y una almohada de sayal; su mesa muy pobre, y en ella jamás se vió sal, ni vinagre, ni otro condimento alguno; como la presentaban lo que habia de comer, así lo comia, dulce ó salado, caliente ó frio, sin despegar los labios para quejarse, ántes bien hacia particular estudio de no advertirle á la criada la mala sazon de la comida, ni de cómo habia de guisarla, por tener así ocasion contínua de mortificarse, y muchas veces lo desabrido añadia sobre lo amargo, echando acíbar en los manjares y llevando terrones de él en la boca hasta que se deshicieran. Habia sido muy aficionada á los dulces, razon porque se negó á probarlos en muchos años. Pocos dias ántes de morir, hallándose muy desganada, le dijo á una sobrina suya: tres años ha que deseo comer un pedazo de pan tostado con aceite, sal y naranja, y no me he atrevido á darle al apetito este pequeño gusto por lo mucho que importa reprimirle, y así me moriré sin dársele. Por la misma causa raras veces comia fruta; vino jamás bebia, y tomaba muy poca agua, pasándosele muchas veces veinticuatro horas sin gustarla, que para su natural fogoso y complexion colérica era mortificacion muy violenta. Su abstinencia fué aún más de lo que la virtud de la templanza pide, pues comiendo muy moderadamente para sustentarse, rara vez cenaba, y entónces era cosa muy ligera. En los ayunos observaba el órden de la provincia en que vivia, haciendo los mismos que las religiosas y además los sábados y las vigilias de muchos santos, de quienes era devota. Las vísperas de su Orden y festividades de nuestro Señor y de nuestra Señora hacia algunas mortificaciones extraordinarias. De todo esto puede inferirse muy bien cuán grande fué el afecto que tuvo siempre á la santa pobreza, y áun llegó á más de lo que hemos dicho, pues no contenta con el ejercicio de esta virtud en lo que tocaba al porte y trato de su persona, queria que resplandeciese en toda su casa, no teniendo en ella alhaja alguna que no fuese muy necesaria, y las más preciosas en su estimacion eran las más viles y pobres, y con serlo tanto, aún las envilecia más con los remiendos, que echaba no solo en la túnica, en la basquiña y medias, sino en el manto, como si fuera un pobre mendigo que no tuviera otra ropa para cubrir sus carnes. Llevaba unos alpargates tan viejos, que por lo muy remendados no se conocia si eran de sayal ó de cáñamo, y no atreviéndose á salir con ellos por que no se la quedasen en la calle, poníase otros algo mejores; mas en volviendo á su casa se ponia los otros más viejos. Amaba tanto la santa pobreza, dice su confesor, que más solia afligirla á ella lo que tenia, que á un codicioso lo que le falta. Deseó mucho dar en vida toda su hacienda para seguir á Jesucristo pobre, humilde y desnudo, y con este objeto pidió muchas veces licencia para renunciar la capilla y vaso que tenia en el convento de su Orden, y algunos dias ántes de morir lo renunció por auto de notario, pidiendo por amor de Dios un rinconcillo en la igle-

sia del convento, aunque ella no lo merecia. Aspirando á lo más heróico de la santa pobreza, que es el llegarse á la mendicidad, iba algunas veces á pedir limosna á la portería del convento y á otra casa que la designaba su director. Fué mucho lo que trabajó en la mortificacion interior y pacificacion del ánimo, por ser de carácter fuerte y violento; mas pudo tanto su decision, que alcanzó victoria completa, de modo que no solo no la perturbaban los ímpetus naturales de las pasiones, ni daba muestras de sus sentimientos, sino que se gozaba en ellos. Diéronla muchos disgustos, porque no todos querian que viviese tan retirada é incomunicable, acerca de lo cual dijeron de ella y de su modo de proceder muchas palabras indecentes é indignas, y la calumniaron é injuriaron en cosas muy sensibles; mas no sirvieron sino para acrisolar y acendrar su virtud y que resplandeciese más su paciencia y la tranquilidad de su espíritu, procedida del afecto ardiente de padecer por su amado esposo, por cuyo amor los desprecios é injurias le eran tan suaves, que estimaba más á aquellos que más de ella murmuraban, y cuando la hacian cualquier agravio les enviaba algun regalo en particular, como agradecida al merecimiento que por medio suyo adquiria. Fueron muchos los que ejercitaron su paciencia, aunque uno fué quien lo hizo principalmente, lo cual sabido por su confesor y preguntándola en una ocasion si le queria mal por aquello, ó al ménos si cuando le veia se airaba contra él, contestó que de la misma suerte que si viese á su propio padre, y manifestó ser así en las buenas obras que le hizo. Aunque no tuviéramos más que esta prueba de amar á su prójimo con tan cordial afecto, que no habia cosa, por contraria que fuese, que la apartase del círculo de la caridad, era muy bastante para que se entendiese cuán ferviente era la que la ataba y unia á Dios. Otro argumento claro de este mismo amor era la piedad compasiva con que se dolia de las necesidades de las criaturas, ó temporales ó espirituales, y las entrañas de misericordia con que suplicaba al Señor las socorriese como padre amoroso; y ella de su parte era tan limosnera con todos los necesitados, que no llegaba pobre á su puerta á quien no remediase, siendo muchos los que á ella acudian por saber ya su condicion piadosa, y aunque era mucha la limosna que daba á los pobres, era más la que en secreto daba á los pobres vergonzantes y á conventos y religiosas pobres; y cuando no acudian á manifestarle sus necesidades los que las padecian, llegando despues á saberlas, se desconsolaba, y en pasando algun tiempo que no iban pobres vergonzantes, como si le hiciesen muy notable falta y no pudiese vivir sin ellos, se lo avisaba á su confesor diciéndole:—Padre, busque pobres, que ha algunos dias que no vienen á casa; y cuando iban no era necesario que ellos la pidiesen que los remediase, sino solamente que la manifestasen su necesidad, y si ella la sabia por otro medio, no aguardaba que se la insinuasen:

mas excusábalos de la confusion y vergüenza remediándoles con mucho secreto, y no les daba lo que pedian, sino algunas veces mucho más, y de esta suerte fueron muchas las limosnas que hizo, procediendo con tanto secreto, que no se supo las habia hecho hasta despues de muerta. Asi sucedió á un pobre hombre que tenia seis hijos, y habiendo caido en la cama de una enfermedad que le duró seis meses, todo este tiempo dió órden la sierva de Dios que se le socorriese con todo lo que habia menester, sin que entónces ni despues de haber convalecido supiese quién le hacia aquella limosna hasta el mismo dia que ella murió. Tambien sustentó á otro pobre enfermo desamparado durante mucho tiempo, haciéndole en su casa la comida y sazonándola por su propia mano, la cual le enviaba todos los dias con lo demás necesario. Todos los años hacia una gran cantidad de conserva para el regalo de los pobres enfermos, y llevaba otras de Valencia. Por la pascua de Navidad, además de vestir una doncella, un viejo y un niño en reverencia de Jesus, María y José, repartia una gran cantidad de harina y dinero. Hacia contínuas y muy considerables limosnas al convento de su Orden. Finalmente, prescindiendo del gasto tan moderado y parco que hemos dicho para sí y su criada, todo lo demás de sus rentas, que ascendian á nueve mil ducados, lo repartia entre los pobres. Excusamos elogiar otras muchas excelentes virtudes que tuvo esta sierva de Dios con solo decir que fué humilde esclava de nuestra Señora, pues siendo como es madre de la divina gracia, ¿quién podrá dudar de la abundancia en que se la comunicaria á quien la supo tanto obligar, que entre otros muy señalados servicios hizo por su amor cuatro votos: el primero, de castidad perpétua; el segundo, de renuncia de todos sus bienes espirituales en sus santísimas manos, para que hicese de ellos á su voluntad en cuanto fuera de su honra y gloria; el tercero, de hacer por su amor todo lo que en su nombre se le pidiese; el cuarto, de defender su Concepcion purísima con su vida y hacienda en cuanto se lo permitiera la Iglesia, cuyo voto escrito en un papel le firmó con su propia sangre; y además de estos, quiso hacer otro de toda su hacienda á las doncellas pobres que quisiesen entrar en religion y consagrar su virginidad á nuestra Señora. Gastó mucho en su sagrado culto, haciendo frontales, casullas y otros ornamentos para el servicio de sus altares, y en particular una corona y media luna de mucho coste, para una imágen de las que representan su dichoso tránsito en la fiesta de su Asuncion gloriosa. Las mayores penitencias que hacia era siempre en las vísperas de sus festividades. Teníala de contínuo en la boca con palabras de mucha devocion y ternura, y mucho mejor en lo íntimo de su corazon con afectos de dulcísimo amor. En sus necesidades y tribulaciones acudia siempre á María Santísima, invocándola con el dulce título de Madre. Otro mineral precio-

sísimo, dice su biógrafo, de donde sacó indecibles riquezas, fue el empleo de la santa oracion, por el cual procuró disponerse con eficaces medios. Uno de ellos, como tan necesario para poder continuar con Dios, fué el retiro de las criaturas, en tanto grado, que en su casa no entraba hombre alguno, fuesen parientes, clérigos, religiosos, ni áun su confesor ni padre espiritual, y de la misma suerte se portaba en no admitir mujeres, salvo á una hermana y sobrina suya, y no de ordinario, sino en los dias que ella les señalaba, advirtiéndolas que si iban en otros no les abriria la puerta. Sucediéronla algunos casos raros con religiosos muy espirituales y graves, que no sabiendo el estrecho rigor que observaba en no admitir visitas, quisieron entrar en su casa, lo que resistió con tal constancia, que por ello, como hemos dicho, padeció muchas murmuraciones y contínuas censuras. No era ménos rigorosa consigo misma en cuanto al salir de casa, pues únicamente iba por la mañana al convento de su Orden, y rara vez por la tarde y por causa muy urgente. En una ocasion se la pasaron siete meses seguidos sin salir por la tarde á la calle, y al fin de ellos, viéndose obligada á salir á ver á una enferma, próxima parienta suya, salió acompañada con otras dos mujeres en quienes tenia gran confianza. Dentro de su casa siempre estaba sola, no hablando más que lo muy preciso con la criada. Viviendo de esta manera ajena á toda conversacion humana, se consagró por completo á la divina, de manera que encontró en ella el Señor aquella tranquila soledad que tanto desea en las almas para comunicar con ellas y hacerlas dulce compañía, y asi fué tan contínua la que hizo á la suya, que casi sin intervalo alguno gozaba su divina presencia y llevaba en ella tan fijos y clavados los ojos del corazon, que no se podia dudar ir esculpido en él el sello de su divina imágen en quien perpétuamente se iba mirando como en espejo de toda perfeccion, para componerse á su luz y hermosearse en sus resplandores. Y como importe tanto para el aprovechamiento espiritual habituarse el alma á no perder de vista el divino objeto, aspirando siempre á unirse por amor y semejanza de virtud con él; advirtióselo en varias ocasiones su confesor, y diciéndola en una de ellas que por si acaso tal vez sucedia divertirse de la presencia del Señor contínua, tuviese quien la recordase, se pusiese alguna señal en la mano, ella le respondió que no era necesario, porque el Señor la favorecia tanto, que para llevarle presente no eran menester señales exteriores. En otra ocasion, diciéndola que cuando comiese pusiese una silla en la mesa para el niño Jesus, en la misma conformidad le dijo, que era excusado usar de aquel medio para estar siempre pensando en Dios. Además de la atencion contínua con que iba en todo tiempo y en cualquier lugar y ocupacion, aspirando á su amado centro, dedicaba otras muchas horas para gozarse y aquietarse en él, y érale tan dulce y suave el empleo de la oracion

mental, que en algunas temporadas empleaba en ella seis horas al dia, otras ocho, y otras doce; lo cual no hallará difícil el que hubiese gustado la suavidad del trato familiar con Dios, y llegado al grado de oracion á que llegó esta alma, que fué al que llaman de quietud, en el cual buscando á Dios no ya por obra de la meditacion y discurso, sino sosegadas todas las potencias y puesta el alma en íntimo silencio y paz, aprende el deseado bien dándole á entender el Señor haberle ya hallado, no solo por la ilustracion con que aviva la fe, mas por la dulzura y deleite de la influencia que como un rocío celestial derrama en todo el interior, adormeciendo asímismo el sentido y bañándole en gran suavidad. De estos recogimientos y suspensiones altas del espíritu tuvo muchas esta sierva de Dios, habiéndola el Señor levantado á esta sobrenatural oracion un dia del patriarca S. Francisco, y en ella recibió de la bondad divina grandes favores y misericordias, y fuerzas para tolerar los muchos géneros de penalidades en que se ejercitó. Aunque el grado de oracion que hemos dicho, continúa la Crónica, se ejercita con un casto amor fundado en la misma fe, con desnudez, pureza y abstraccion de toda imágen material, no por esto la sierva de Dios se olvidaba de Cristo nuestro bien y de su humanidad santísima; ántes ella y todos sus divinos misterios eran el principal objeto de su contemplacion, sin tener necesidad de imágenes que corporalmente se los representasen por estar ya embebida la luz de todas sus noticias en la llama del divino esposo Jesus, crucificado y muerto de amor, y asímismo hecho manjar dulcísimo del alma para unirla y trasformarla en sí, era inflamada y penetrada entrañablemente de sus amorosas saetas. Acreditase bien este amor con el insaciable deseo que tenia de asistir al sacrificio altísimo del altar y de recibir el santísimo Sacramento. Frecuentábale todos los dias, yendo al convento todas las mañanas, por lo comun á las siete, y desde esta hora hasta que se acababan las misas, estaba casi siempre de rodillas, con tal compostura, devocion y sosiego, que no solo edificaba el verla, sino que admiraba tambien á seglares y religiosos. Su grande celo por el culto divino la hizo desear que la comunidad del convento de Vinaroz fuese más numerosa, y con este fin, y para que hubiese un coro que alabase constantemente al Señor, hizo algunas proposiciones para que la provincia pusiese allí estudios, y solicitándolo con grandes instancias algunos dias ántes de morir, cuando volvia la respuesta con la determinacion favorable habia ya espirado, y así pudo inferirse ser voluntad de Dios que no llegase á efecto, habiendo en esta ocasion muchos motivos para presumirlo así, pues habiendo la sierva de Dios escrito al P. provincial, pidió al Señor con grande eficacia, que si no era cosa de su agrado, ordenase que cuando volviese la resolucion para el arreglo que habia ofrecido, la hallase muerta, como se verificó. Ejercitándose, pues, en vida tan celestial y

santa como hemos referido, cayó gravemente enferma, estuvo ocho meses en la cama sin que bastasen á aliviarla todos los recursos del arte, que aunque veia no servian más que para atormentarla, se sujetaba á ellos y solia decir: ya sé que tales medicinas no me han de aprovechar, mas vengan por amor de Dios; y otras veces decia á su sobrina: «Ya no me curo por sanar, sino por obedecer y no perder esto poco que puedo ganar.» La paciencia con que estuvo siempre durante enfermedad tan prolija, fué evidente prueba de la grande conformidad con que á Dios obedecia, abrazando aquellos dolores de que era afligido su cuerpo con tanta resignacion y afecto por ser enviados de la divina mano, que en todo el tiempo que estuvo enferma no abrió los labios para exhalar una sola queja; ántes bien, cuanto más acongojada se hallaba más alabanzas daba al Señor, y el mayor alivio que tenia era el de invocar á la Vírgen, diciéndola con grande ternura: ¡Oh madre mia, María, que ya no puedo más! Nunca hablaba de lo que padecia, y para saberlo era menester preguntarla, y solo respondia: «Considérelo vuestra merced, ya se deja entender;» no permitiéndole á la naturaleza áun aquel pequeño desahogo de exagerar su pena, ni disminuirla comunicándola. Todo el tiempo de la enfermedad se confesaba cada dos dias, y en el discurso de ella recibió al Señor ocho ó nueve veces. Algunos meses ántes de morir, no permitiéndola rezar la tos, ofrecia la corona á la Vírgen, diciendo en lugar del Ave María» estos actos de tanta excelencia: «Creo en Dios, espero en Dios y amo á Dios, en cuyo ejercicio perseveró hasta el fin, y asimismo en la soledad y retiro de las criaturas, como quien tan presto habia de dejarlas todas. Deseó mucho ver y hablar ántes de su muerte con el religioso que la dirigia, y hallándose entónces distante de Vinaroz más de cincuenta leguas, cuando más descuidado estaba y al parecer como imposibilitado de poder ir, nuestro Señor, á quien ella se lo suplicó, lo dispuso de manera que el provincial le envió licencia para que fuese y la consolára, y así lo hizo; y habiéndola asistido y tratado de las cosas del alma seis dias, al sétimo salió de esta vida. En su enfermedad hablaba de lo que habia de suceder despues de su muerte, como si se lo hubiese Dios revelado, y tenia tanto deseo de que su alma se viese ya libre de la cárcel del cuerpo, que la primera palabra con que recibió al religioso á quien tanto deseaba ver, ántes de darle la bienvenida, fué decirle: si la llevaba buenas nuevas: y preguntándola cuáles eran las nuevas que tanto deseaba, contestó: «Que las de cuándo habia de morir;» en otra ocasion volvió á manifestarle que la parecia no morirse; y algunos dias ántes de su defuncion dijo á su criada cómo habia de amortajarla despues de muerta, advirtiéndola que no la cruzase las manos, sino se las metiese en las mangas como las llevaban los religiosos. Con toda esta paz y sosiego hablaba de la muerte

y la estaba esperando, verificándose aquella sentencia de S. Gregorio, que de la manera que el que ha vivido mal tiembla el salir del cuerpo y presentarse delante del juez á quien ha despreciado, así el que está seguro con la esperanza y obra de virtud, luego que el Señor llama á sus puertas por medio de la cercana muerte, las abre sin dilacion alguna recibiendo al juez con amor, y alegrándose de que se llegue el término de la gloria de la retribucion. Podia la sierva de Dios estar muy segura con la esperanza que hemos dicho por la satisfaccion de su pura conciencia, y habia sido tan fiel y obediente á los mandamientos divinos, que en toda su vida no quebrantó ninguno gravemente, como lo dijo su director espiritual, con quien hizo confesion general estando ya para morir, y en otra ocasion para certificarse más, diciéndola que pensase aquel dia muy bien sus pecados, y que al dia siguiente le dijese los tres de ellos más grandes, y habiéndolo hecho así manifestó que de las tres cosas que le dijo, ninguna era ni áun pecado venial. Por lo que habiendo conservado siempre la inocencia y gracia bautismal, ya puede adivinarse con qué afectos y ánsias desearia ver al que perpétuamente habia amado. Llegó, pues, el término deseado, que refiere la Crónica de esta manera: «Habiendo un dia, que fué en el que se celebra el Dulcísimo nombre de Jesus á 14 de Enero, despues de comer, sentádose en su cama con mucha alegría, y arrimado las espaldas á una cruz de dos varas y media que tenia á su cabecera, sobreviniéndole una grande tos, con la fuerza se le rompió una vena, y echando muchas bocanadas de sangre, una muy copiosa, impidiéndola la respiracion, la ahogó. Hallóse presente una sobrina suya, que en cuanto duró la agonía, la ayudó á bien morir, repitiendo muchas veces los nombres de Jesus y María. Quedó despues de muerta en una actitud muy devota, sentada como hemos dicho y arrimada á la cruz, entreabiertos los ojos, caida la cabeza sobre el hombro derecho, por las narices dos hilos de sangre, y asimismo bañada en ella la boca y barba, y el velo muy ensangrentado, representando, segun dice su biógrafo, una santa mártir recien degollada: de manera que no solo no la causó fealdad lo cruento; mas como era tan purpúrea la sangre y el rostro tan blanco, parecia que el celestial Esposo habia prestádola lo cándido y lo rubicundo para hermosearla; y como ella se habia crucificado viva, tambien espiró en la cruz, pudiéndose muy bien decir que de allí donde nació su muerte procedió su vida, y habiendo de subir á gozarla al eterno descanso, quiso el Señor que muriese al pie de aquel árbol sagrado, que es la escala del cielo, como dando á entender cuán próxima estaba al feliz camino de la gloria la que no habia sabido apartarse de las penas hasta el último trance. El haber muerto tan aceleradamente, puédese creer fué condescendiendo el Señor á lo que ella muchos años hacia le suplicaba todos los dias, diciéndole con mucho fervor, cuando acababa de re-

zar la corona: «Señor, por el dolor mayor que padeciste en vuestra santísima muerte, os suplico que cuando yo esté en este paso, me libreis de todo mal, y luego, luego, luego, me lleveis para vos.» Con lo que si bien se mira no se puede llamar repentina la muerte, que con especial providencia aceleró el Señor para que más apriesa gozase la verdadera vida, para lo cual se habia preparado con tanta diligencia y desvelo que habiendo confesado tres veces aquellos tres dias penúltimos, dejó al confesor admirado la gran pureza de su conciencia, que no parecia de criatura defectible y humana, sino de un serafin. De esta espiritual hermosura quedaron, áun desunida el alma, tales vestigios en el bendito cuerpo, que todos decian no podia ser natural tanta belleza en un frio cadáver. Mirábanla una y otra vez sin cansarse de verla, y todos querian asistir á velarla, llorando todos, no de pena, sino de ternura y consuelo, salvo los pobres, que estos no habia quien los consolase, habiéndoles faltado tan gran refugio, particularmente cuando supieron la cláusula de su testamento en que mandaba que el dia que muriese se diera á cada uno una buena limosna, y parece que fué inspiracion del Señor y providencia suya, porque habiendo nevado mucho aquel dia y no pudiendo la gente pobre salir al campo á trabajar, fué remediada con aquel socorro. Dejó asímismo otras limosnas considerables para obras pias, entre las cuales hizo una de quinientas libras para la causa de la canonizacion del B. Pascual, doscientas para dorar el retablo, y asímismo limosna de aceite para que ardiese siempre la lámpara del Santísimo Sacramento. Acudió á su muerte muy grande concurso, aclamándola todos por santa, y cualquiera que podia alcanzar alguna cosa de las que habia usado, se tenia por muy dichoso. Asistió á su entierro casi toda la poblacion, llevando su cuerpo la gente más principal, despues de lo cual, pasados algunos dias se le hicieron las honras con grande humildad y pompa, publicando todos sus virtudes.—S. B.

SABATERIO (Fr. Espíritu), religioso capuchino de la provincia de París, autor de algunas obras de filosofia que le dieron bastante celebridad en su siglo, aunque hasta nosotros apénas han llegado sus nombres. Citasele, sin embargo, con elogio en la Biblioteca de su religion por sus escritos, no ménos que por las grandes virtudes que le adornaron durante su larga carrera, pues á una profunda piedad unió una austeridad y virtud sin ejemplo, siendo por ellas venerado de sus hermanos y compañeros. Fuera largo referir una por una las eminentes cualidadas que desplegó, los servicios que prestára á su Orden y los muchos títulos por que se hizo útil á la sociedad. Profesor ilustrado, sus lecciones merecieron el aplauso de sus contemporáneos que se apresuraron á escucharlas de sus propios labios y las leyeron despues con avidez, y sacerdote instruido dió contínuos ejemplos de las

verdades que predicaba, de los altos hechos de que era el panegirista. Así mereció que su memoria llegase hasta nosotros, y que su nombre no se haya olvidado en el trascurso de los siglos. Elevada muestra de su valor personal, de sus contínuos méritos y de su inequívoca virtud. Por desgracia nos son ignoradas las particularidades de su vida, que su época no se cuidó de trasmitirnos y que no ha podido recoger, á pesar de sus muchas investigaciones, la estudiosa posteridad. —S. B.

SABATHA, tercer hijo de Chus. Pobló una parte de la Arabia Feliz, donde se encuentra una ciudad de *Sabta* y pueblos denominados *Sabtheenos*.

SABATHACA, quinto hijo de Chus; pobló tambien, segun se cree, una parte de la Arabia, ó algun otro país hácia la Asiria ó la Armenia ó la Carmania, pues en estas regiones se encuentran vestigios del nombre de *Sabathaca*. —S. B.

SABATIER DE CABRE (Honorato Augusto). Fué este sacerdote uno de los consejeros en el parlamento de París en el siglo pasado, y en union de Roberto de S. Vicente, Hugo de Sémonville y Duval de Eprémenil, fué uno de los más ardientes miembros de la oposicion parlamentaria. En la famosa sesion de 19 de Noviembre de 1787 fué uno de los que apoyaron con más vigor el insolente discurso de Roberto de S. Vicente, pronunciado en presencia del desgraciado Luis XVI, y de consiguiente le comprendió la órden de destierro contra el duque de Orleans y de los magistrados más imprudentes. Poco duró su destierro; volviendo Sabatier de Cabre á la capital, tomó parte, segun el biógrafo anónimo Z. de la *Biografía universal Francesa* de Michaud, en todas las intrigas y complots que prepararon la destruccion del trono en Francia. Empero como en el fondo no fuese un hombre enteramente perverso, retrocedió bien pronto ante los crímenes que no habia previsto, y la manifestacion de esta repulsa fué causa de que se le arrestase bajo el régimen del terror en 1794. Solo la caida de Robespierre pudo salvarle la vida, y ya libre vivió en París sin empleo público alguno y en un estado de fortuna muy mediano; pero siempre con costumbres poco dignas para un magistrado, y mucho ménos para un sacerdote. Murió el año 1816. Escribió y se conserva de este eclesiástico una traduccion de la *Primera Noche de Young*. —C.

SABATIER DE CASTRES (Antonio). Este célebre escritor, que nació en Castres en 1742, al que se denominó abate, no fué más que clérigo tonsurado. Si ha de darse crédito á Voltaire, fué Sabatier hijo de un peluquero; pero él pretendia venir por línea directa de una antigua familia togada, cuyos hijos primogénitos, desde el reinado de Enrique IV, habian llevado solo el apellido de Antonio. Al servicio del conde Laustred, fué despedido de la

casa de este de una manera brusca, de la que quedó resentido para mucho tiempo. Segun su biógrafo Beuchot, Sabatier no habia visto en el estado eclesiástico más que un oficio, y tambien por oficio tomó el cargo de autor. Hallándose á la sazon de moda el partido filosófico, Sabatier, protegido por Helvetius, se ligó con los corifeos de este partido; pero le abandonó en seguida juzgando que escribiendo contra ellos podria hacerse notable y se atraeria protectores. A fin de que fuese de París á Versalles, le señaló en 1775 una gratificacion de doce mil francos y le alojó, no en la casa que tenia en la ciudad, sino en el mismo aposento que ocupaba en palacio, y de tal modo, que su cuarto era la pieza más próxima al despacho del ministro. En seguida obtuvo Sabatier cuatro pensiones, la una del Rey, otra del economato, otra sobre el Mercurio francés, y otra sobre la Caja de documentos nuevos en el departamento de negocios extranjeros. Defensor ardiente de la religion y de las costumbres, él mismo dió lugar á fuertes censuras, y despreciado de las personas que le pagaban y de cuantas le conocieron, no tuvo más remedio que buscar la vida por diferente camino. Era necesario reformar los abusos, y Sabatier vivia en ellos, y por lo tanto emigró en 1789 y en su emigracion no logró adquirirse ni fortuna ni consideracion alguna, y solo hizo algunas deudas y no pocos petardos con que fastidiar al prójimo. Durante su permanencia en Francia, habia vendido la propiedad de su obra titulada los *Trois Siècles*, y en el extranjero hizo cuanto pudo para volverla á vender. Poniendo aquí y allí á su placer en un ejemplar de este libro, anunció en los diarios que se preparaba una nueva edicion con el objeto de llamar la atencion de los libreros. Confió un volúmen á un librero para que le examinase, y obtuvo por él mil quinientas libras; otro volúmen le valió tambien igual suma que le dió otro librero, pero la importancia de las ediciones no era tan grande que se decidiesen á fijar el precio, y como Sabatier no pudo, ó no quiso volver á los libreros el dinero que le habian dado por adelantado, les fué preciso quedarse cada uno con su volúmen, y lo propio sucedió á otro librero de París que tuvo que retener el primer tomo. El 16 de Mayo de 1810 se atrevió Sabatier á anunciar en la *Gaceta de Hamburgo*, que habiéndole obligado circunstancias desgraciadas é insoportables á deshacerse del manuscrito de la séptima edicion ántes de haberle aumentado y hecho las últimas correcciones, y habiendo rehusado los poseedores del manuscrito durante cuatro meses hacer la adquisicion de este nuevo trabajo, tomaba el partido de ofrecérsele al librero francés que quisiese acomodarse á sus correcciones y aumentos y formar para las diversas ediciones publicadas un suplemento de quinientas páginas: este anuncio ninguna ventaja produjo á su autor. Despues que Sabatier agotó todo su crédito y todos sus medios de vivir, solicitó del gobierno de Bonaparte el permiso de

volver á Francia, pues que perdida toda esperanza, despues de la paz de Tilsit, de volver á ver á sus antiguos señores, se apresuró á someterse (son sus palabras) al poder que tan brillantemente les habia sucedido. Llamó á Bonaparte el salvador de Francia, un héroe, un semidios, y no contento con incensar al señor, lisonjeó tambien á sus criados; pero nada logró con estas bajezas porque las acompañó de exigencias. En cierto modo puso un precio á su vuelta á Francia, pues que pidió se le diese la tercera parte de la renta de una de sus pensiones desde el año 1791; y el gobierno imperial, que segun la expresion del jóven Lacretelle, nada dió jamás sino con la idea de envilecer, estándolo ya Sabatier, se lo negó, y no llegó pues á entrar en Francia hasta 1814, á consecuencia de la restauracion. Así como tantos otros, no vió otra cosa en los grandes acontecimientos de esta época más que un manantial de fortuna para él, y creyó y pidió de buena fe y como cosa natural y corriente el restablecimiento de sus antiguas cuatro pensiones y el pago de sus atrasos. A pesar de sus declamaciones é instancias, solo pudo conseguir un socorro anual de tres mil quinientos francos, por lo que clamaba contra sus antiguos señores que con tanta ingratitud pagaban los servicios de su lealtad, y no dejaba de alcanzar tambien al clero su clamor inconsiderado. Siendo insuficiente para sostenerse de la manera que deseaba la pension de los tres mil quinientos francos, empezó á poner en práctica sus habituales costumbres de pedir prestado; pero como ya se le conocia como mal pagador, esto le produjo muy poco. Como con la edad aumentan las necesidades, cayó Sabatier enfermo en 1817, hallándose en la mayor miseria. Instruidas de su mala posicion las hermanas de la Caridad del cuartel que habitaba, le hicieron trasladar á su casa, calle nueva de San Esteban, y en aquel benéfico asilo murió el dia 15 de Junio de 1817: debemos pasar en silencio las torpezas de la vida privada de este escritor, como lo hace en su biografía M. Beuchot, á pesar de que le da á conocer no en muy buen sentido con arreglo á su conducta, bien punible por cierto. Las obras que se conocen de Sabatier son las siguientes: *Les Eaux de Bagneres*, comedia en prosa, 1763, en 8.°—*Le Temple de la Volupté.—Lettre d'une dame de province á une dame de la cour.—L'Ecole des Pères et des Mères ou les trois infortunés*; 1762, 2 vol. en 1767; otra edicion en 1769.—*Les Quarts d'heure d'un joyeux solitaire ou Contes de M.****; Haya, 1776 en 12. Esta es una coleccion de veinte composiciones en verso que desacreditan á su autor por las libertades que se toma en ofensa de la moral, en cuyo libro anónimo se ven los tres versos citados por el autor de la Carta de un Teólogo, y la Francia literaria se los atribuye formalmente.—*La Ratomanía ó sueño moral y crítico de un jóven filósofo por la señora **** 1767 en 8.°—*Betzi ou les Bizarreries du destin*, 2 vol. en 12.°; 1769 y 1788, 1809.—*Dictionnaire des passions, des*

*vertus, et des vices, ou Recueil des meilleurs morceaux de moral pratique tiré des auteurs anciens et modernes, etrangers et nationaux*; 1769, 2 vol. en 12.° —*Dictionnaire de litterature dans lequel on traite de tout ce qui a rapport à l'éloquence, à la poesie et aux belles-lettres*; 1770, 3 vol. en 8.° — *Tableau philosophique de l'esprit de M. de Voltaire*, 1771, en 8.°, cuyo libro se reimprimió con el título de *Vie polémique de Voltaire ou histoire de ses proscriptions par G.*; París 1802, en 8.°: fuera de esta reimpresion algunos autores han atribuido esta obra á Geoffroy. «Educado por el célebre Helvetius, que me habia traido á París á la edad de veinte años, y aliado con Alambert y otros corifeos de la filosofia moderna, pero llegando con el tiempo á ser más filósofo que ellos, por el conocimiento profundo que adquirí de lo peligroso de sus doctrinas, rompí, dice Sabatier, no solo con estos autores, sino que escribí contra sus sistemas; y creyendo buena política empezar por desacreditar á su patriarca, compuse el Cuadro filosófico del espíritu de Voltaire.» Sabatier para mejor desacreditar al patriarca, dice su citado biógrafo, tomó siempre el partido de sus adversarios, inquie ándose poco de la verdad.—*Les Trois Siècles de la litterature française ou Tableau de l'esprit de nos ecrivains, depuis François I jusqu' en* 1772; 3 vol. en 8.°, obra que granjeó muchos enemigos al autor, pues que porcion de escritores le respondieron, y entre ellos Lans de Boissy, que publicó contra él la obra titulada: *Addition à l'ouvrage intitulé les Trois Siècles de notre litterature, ou Lettre critique adressée á M. l'abbé Sabatier de Castres, soi-dissant auteur de ce Dictionnaire*; Amsterdam y París, 1773, en 8.°: el título de este folleto indica que se disputaba ya ser autor de la expresada obra á Sabatier, el cual publicó su segunda edicion en 1774. Esta segunda edicion dió márgen á la *Carta de un Teólogo*, publicada contra Sabatier en Berlin en 1774, cuyo autor se sabe fué Condorcet; y tambien se dió á luz contra sus *Tres Siglos* unas *Observaciones* en el mismo año, las que escribió Santiago Lenoir Duparc, que asegura que el verdadero autor de los *Tres Siglos* fué un abate llamado Martin, vicario de S. Andrés de las Artes. El abate Beaudouin, director del colegio del cardenal Lemoine, le dijo en el opúsculo titulado: *Problema literario*, que habia redactado el abate Leger, que no era autor del referido libro; pero picándose de esto Sabatier, no solo publicó una respuesta contra el expresado director, sino que le denunció al tribunal criminal de Chatelet de París como calumniador, lo que produjo la sentencia de 4 de Julio de 1780, en que se mandó que uno y otro se reconociesen mútuamente como hombres de bien; pero esto no pudo impedir el que muchos siguiesen creyendo que la obra de los *Tres Siglos* pertenecia al abate Martin y no á Sabatier. De esta opinion fué Hermann-Frederic-Kœcher en su obra *Supplementa et emendationes ad bibliothecam litterariam Stuvio-Inglerianam*, que publicó

en Jena en 1785, en 8.°, en la cual llama á Martin *præcipuus auctor*. Beaunoir en sus *Masques arrachés*, obra publicada en 1791 en 2 vol. en 8.°, que se ha reimpreso varias veces, parece tambien sostener la misma opinion. En 1781 se publicó la quinta edicion de los *Tres Siglos*, en 4 vol. en 12.°, y al fin del cuarto volúmen se ven doce cartas relativas á la obra; esta edicion dió márgen á la corespondencia crítica y secreta, ó suplemento á los *Tres Siglos*, publicado en Lóndres, 1782, en 12.° La sexta edicion fué publicada en 1801 en 4 vol. en 12.° El autor anunció una séptima edicion, de la que su citado biógrafo vió el manuscrito de un tomo que habia remitido á un librero, y dice que este manuscrito deja mucho que desear, y que anunciaba que habia llevado su obra hasta nuestros dias con pocas adiciones. En estas consagró un artículo á M. Aignan haciendo un grande elogio de su traduccion de la Iliada; pero olvidó citar á muchos distinguidos literatos. Añádase á esto, dice Beuchot, que el autor no se tomó el trabajo de revisar su obra, por lo que dejó en ella expresiones incoherentes, y asi es que cuando habla de Mr. Collin de Plancy, con el título de *Un antiguo profesor en el colegio de Francia*, ha publicado un compendio de los *Tres siglos*, el cesionario que adquirió la obra de Sabatier, tomó el compendio como una obra contrahecha, é hizo declarar caducados sus títulos de propietario de ella. Los *Tres Siglos*, que es la obra más celebrada de Sabatier, contiene muchos artículos dictados por la pasion; pero los juicios literarios en lo general lo son por el gusto. Palissot y Sabatier se han acusado recíprocamente de plagiarios: habiendo aparecido la primera edicion de las *Memorias de Palissot* en 1769 en seguida de la *Dunciade*, es anterior á los *Tres Siglos*, por lo que, como dice Laharpe, Palissot no pudo alabar la persona ni la ridícula impudencia é hipocresía odiosa de Sabatier. Las *Memorias* y los *Tres siglos*, dice Beuchot, no valen tanto como el catálogo sustancial de los *Escritores del siglo de Luis XIV*, escrito por Voltaire, del que los dos autores citados son imitadores.—*Le Cri de la Justice ou Remontrance à Apollon sur la partialité, la jalousie, et les mauvaises critiques des ouvrages de nos meilleurs auteurs*; 1773, en 8.°, obra que se publicó con el nombre de *Reitabas de Sertsac*, anagrama de Sabatier de Castres.—*Abregé historique de la Vie de Marie Therese imperatrice, reine de Hongrie, et de Charles Emmanuel III, roi de Sardaigne*, sacada de la *Galería universal de los hombres célebres*; 1774 en 8.°: se imprimió tambien aparte el *Compendio histórico de la vida de Cárlos Manuel III*, en 8.°—*Lettre à un Journaliste*; 1779, en 8.°; esta es una respuesta al autor del folleto titulado: *Problema literario*, por el que se intentó el litigio contra el abate Beaudouin, del que ya hemos hablado, y esta carta hace parte de las doce que se ven al fin de la quinta edicion de los *Tres Siglos*.—*Lettre à l'abbé Fontenay, redacteur des Annonces et Affiches pour la province, sur feu M. de*

*Voltaire*; 1779, en 12.°, reimpresa tambien en la expresada quinta edicion de los *Tres Siglos.—Contes de J. Bocace, traduits de l'italien*, 1779, 10 volúmenes en 16.°: esta obra se reimprimió con su anuencia y con extraordinario éxito en 1802, en 11 volúmenes en 8.°, con el título *Decameron* ó las cien novelas de J. Bocacio Florentino, traducidas del italiano al francés, nueva edicion, aumentada con todos los cuentos y fábulas nuevas imitadas de este célebre poeta por la Fontaine, Passerat, Vergier, Perrault, Dorat, Imbert, y otros, enriquecida de noticias históricas acerca del orígen de estos cuentos y fábulas, sobre los principales personajes que sacó Bocacio á escena, y sobre los usos políticos, civiles y religiosos observados en el siglo en que vivia. En esta obra no hizo Sabatier más que revisar la antigua traduccion de Antonio Le Maçon. En los últimos tiempos de su vida decia habia desaprobado la primera edicion de su traduccion, lo cual fué porque así se le exigió cuando se le consideró defensor de la religion.—*Les siècles païens* ó *Diccionario mitológico, heróico, político, literario y geográfico de la antigüedad pagana*; 1789, 9 vol. en 12.°—*Journal politique national*; 1789; son diez y nueve números en los que tuvo por colaborador á Rivarol, al que segun el mismo Sabatier se debe lo que hay mejor escrito en este periódico; hay otros cinco números que fueron publicados por Rivarol el mayor con el nombre de Salomon. Estos veinticuatro números se han reimpreso con el título de *Tableau historique et politique des trabaux de l'Assemblée constituante, depuis l'ouverture des Etats-généraux jusqu' après la Journée du 6 Octobre* 1789; París, 1797, en 8.°—*Lettres sur les causes de la corruption du goût et des mœurs, et sur le charlatanisme du dixhuitième siecle; Aix la Chapelle*, 1790, en 12.°, escrito que ha citado varias veces el autor con el título de *Carta á un duque*, y que se ha reimpreso alterado en la *Valise décousue*, en 1792; y en una coleccion titulada: *Tableaux de l'esprit française.—Le Toisin des politiques*; 1791, en 18.°, hay dos ediciones. Encantado de este opúsculo el emperador Leopoldo, obligó al autor á que fuese á Viena, en cuya ciudad vivió cuatro años.—*Pensées et observations morales et politiques*, tomo primero; Viena, 1794, en 8.°—*Lettre d'un observateur sur Bonaparte et Louis XVIII*; Erfurt, 1801, en 8.°, reimpreso.—*Lettre sur le rétablissement de la Monarchie française et sur l'ignorance des hommes d'etat, principale cause du retardement de l'ordre en Europe*; de esta obra se imprimieron muy pocos ejemplares, pero no se publicó, y sí se comprendió en la siguiente coleccion: *Lettres critiques, morales et politiques sur l'esprit, les erreurs et les travers de notre temps*; Erfurt, 1802, en 12.°; contiene además de muchas cartas ya citadas, una á M. Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, en la que le dice: «Era necesario vuestro buen éxito para que la posteridad perdone á nuestro siglo; por grandes que sean nuestros trastor-

nos, admirarán ménos á nuestros descendientes que las maravillas de vuestro genio y de vuestro saber.» En la carta á monseñor el obispo de S. Pol de Leon, administrador de los socorros pecuniarios concedidos por el gobierno de Inglaterra á los sacerdotes franceses deportados, Sabatier, que ni era sacerdote ni deportado, le pide dinero para imprimir su *Verdadero espíritu de J. J. Rousseau*. Habla en esta carta de una Memoria, que compuso con el nombre del príncipe de Resborosko, y que estaba dirigida á Catalina II para manifestarle las ventajas de una nueva particion de la Polonia: cuenta el abate que esta Memoria apócrifa, habiéndose comunicado al marqués de Lav..... caballero de Malta, como un escrito que descubria la ambiciosa política de Rusia, la llevó como un descubrimiento importante al emperador de Austria, que le manifestó su agradecimiento por medio de una magnífica recompensa.—*Le veritable esprit de J. J. Rousseau*, ú observaciones, máximas y principios sobre la moral, la religion, la política y la literatura, sacadas de las obras de este escritor, y acompañadas con notas del editor; 1804, 3 vol. en 8.° Consiste esta coleccion en todo lo que Rousseau escribió en favor de la religion, de la moral, y del gobierno monárquico, con notas, y precedido todo de una introduccion: Geofroy ha elogiado mucho esta coleccion.—*Considérations politiques sur les gens d'esprit et de talent, tirées d'un ouvrage inedit de M. l'abbé Sabatier de Castres et publiées par L. Bonumvelle*; 1804, en 8.°—*Traité de la Souveraineté*, ó conocimiento de los verdaderos principios del gobierno de los pueblos; Altona, 1806, 2 vol. en 8.°—*Apologie de Spinosa et du spinosisme contre les athées, les incredules et contre les theologiens scolastiques platoniciens*; Altona, 1806, en 8.°; París 1810, en 12.°—*Les Caprices de la Fortune par M. l'abbé Sabatier de Castres, précedés d'une notice sur la vie de ce critique celèbre*; 1805, 3 vol. en 12.°—*Articles inédits de la septime édition des Trois Siecles litteraires*, en 12.° sin fecha; pero impresos fuera de Francia, en 1810 y 1811. Este opúsculo solo contiene los tres artículos de Fontanes, Lacépéde y Sabatier de Castres. Las últimas frases del artículo de Fontanes dicen: «M. Fontanes ha sido el orador del genio del bien, del salvador de la Francia; y los discursos que ha dirigido á este semidios, ó pronunciados en honor suyo á la cabeza del Cuerpo legislativo, recogidos en nuestros fastos, serán un dia el ornamento de nuestra edad, y la consolarán del delirio filosófico y nacional. Escritos estos discursos por el buen gusto y dictados por la sabiduría, servirán de leccion á los reyes y de ejemplo á los futuros literatos, y harán sentir á unos y á otros, por conducto del héroe y del orador, que si la filosofía triunfa por algun tiempo de las preocupaciones, estas triunfan por muchos siglos de la filosofía.» M. Augusto Labouisse hizo imprimir en sus *Mélanges litteraires*, en 18.° en 1814, dos artículos inéditos del abate

Sabatier, sobre el señor y señora Labouisse, y estos artículos con los que escribió sobre Auson, Kerivalant y el príncipe de Ligne, se reprodujeron en 1821 y en 1822, en una hoja periódica titulada: *Anecdótica*. Admitiendo su autenticidad, debe crcerse que Sabatier fué agradecido á los autores que le favorecieron.—*Citations curieuses dignes de la attention des penseurs et des riches propietaires, tirées du traité de la souveraineté et de differents outres ouvrages du même auteur*; tercera edicion, revisada, corregida y aumentada más de la mitad; 1815, en 8.° La primera edicion fué impresa en Metz, por Colignon, en 8.° y termina con la carta á un periodista de que ya hemos hablado, fechada en Francfort en Setiembre de 1814. Se han atribuido tambien al abate Sabatier otras obras, y hé aquí lo que él mismo dice con este motivo en la página 20 de sus artículos inéditos. El redactor de la *Francia literaria* se ha engañado asociándose á la confeccion del *Diccionario histórico* publicado por M. Chaudon, al que solo contribuyó con algunos retazos que no puso en su obra de los *Tres Siglos*. Tambien se ha engañado atribuyéndole haber tenido parte en las *Antilogies et fragments philosophiques de M. l'abbé Verteuil*, á quien pertenecen; en los *Derniers sentiments des plus illustres personnages condamnés à mort*; por M. el abate Prefort, y en el *Tableau de l'esprit des Français*, por M. Dantzemberg. Despues de esta declaracion deben tenerse por de Sabatier las demás obras en que le da como autor el redactor de la *Francia literaria*. En los primeros meses de su permanencia en Viena, el príncipe Alejandro Murusi, hospodar de Moldavia, que lo fué despues de Valaquia, propuso á Sabatier un sueldo de sesenta ducados mensuales si queria escribir cada ocho dias una revista de los acontecimientos de la época, y dió tanto gusto á su protector, que al tercer mes se le aumentó el sueldo á veinte ducados, y despues hasta cincuenta; pero se ignora que se haya impreso esta correspondencia con el príncipe Murusi, así como la época y la causa de la supresion de esta pension.—C.

SABATINO ó SABATIO (Bto.). Fué uno de los primeros que oyendo al seráfico patriarca decir los medios que él creia conducentes á conseguir la eterna bienaventuranza, despues de haber practicado las virtudes todo lo perfectamente que es posible á nuestra frágil miseria, quiso ser del número de los dichosos que imitando la conducta del Santo podian fundar esperanzas de eterna recompensa. Negándose á sí mismo con completa espontaneidad, dando á los pobres cuanto tenia y le pudiera corresponder en adelante, vino él á hacerse acaso más pobre que los mismos á quienes socorria, y se afilió al glorioso S. Francisco, quien vió en Sabatino uno de los que habian de dar gloria á su instituto. Por tal motivo lo tuvo siempre á su lado, y claro es que las heróicas virtudes del Santo, obradas en presencia de un sugeto dispuesto á secundar los eficaces auxilios de la gracia, por tener

para ello una vocacion especial, habia de aprovechar mucho en el camino de la perfeccion. A imitacion del seráfico patriarca, era Sabatino humildísimo y su mortificacion rayaba ya en lo prodigioso, de tal manera que más de una vez fué preciso que el santo patriarca contuviera sus fervores, porque si no, hubiérale causado además de penosas enfermedades, la muerte áun ántes de poder hacer los grandes hechos que le acreditan como santo, y en tal concepto como verdaderamente sabio. No era su capacidad tan escasa que no hubiera podido salir brillante en cualquier carrera que hubiese escogido; más él no quiso ni dedicarse á la de teología ni á la de jurisprudencia ántes de entrar en religion, ni en este perfecto estado pareció tampoco á sus superiores conveniente el que hiciese estudios, condescendiendo con su deseo de no poder optar á ascensos, ni áun á ciertas consideraciones en su Orden; bien es verdad que la rectitud y demás virtudes hacian se le considerase en muchísimo, y en ese concepto que es el único que puede dar plena satisfaccion á la criatura, toda vez que es el único que le conduce hácia el Criador. Fué, pues, lego por su profesion, y esta condicion suya como que le autorizaba, digámoslo así, para ocuparse en los ministerios que segun el mundo son más bajos y despreciables, pero que en el acatamiento divino valen, importan y significan tanto como el desempeño de los más encumbrados cargos. Siempre se contaba como el último de todos, y nunca se hallaba más satisfecho que cuando se veia colocado en el último lugar, y pospuesto, no ya á los religiosos, sino á las personas más insignificantes de la ciudad. Roma fué el lugar donde se hizo admirar nuestro beato por sus excelentes virtudes, y siempre, esta es la verdad, llamó la atencion en esta importante capital, porque en todos y en cada uno de los rasgos de su vida, tan inocente como penitente, se destellaba de alguna manera la divina gracia, que á no dudarlo era el móvil de todas sus acciones. Hubo de desempeñar en su convento los cargos que estan confiados á los legos, como son cocina, sacristía y enfermería; y no se puede decir con certeza en cuál de estos ministerios tan opuestos entre sí se portaba mejor, porque en todos y en cada uno desempeñaba su cometido de tal suerte, que parecia que Dios le habia criado sola, única y exclusivamente para aquello; bien es verdad que como nunca comenzaba sus funciones sin haber invocado fervorosamente la gracia de Dios, esta invocacion por la fe de que iba acompañada, como que obligaba á la divinidad á prestarle sus auxilios más abundantes para no defraudar de modo alguno los designios que se propuso siempre este siervo de Dios de hacerlo todo de suerte que á Dios mismo resultára toda la gloria posible. Acumulando así merecimientos y haciéndose cada vez admirar más por sus virtudes, y sobre todo por su profundísima humildad, fué acometido en Roma de una enfermedad aguda que le arrebató de entre los mortales. Todos cuan-

tos conocian su caridad y demás excelentes dotes, sintieron en gran manera esta pérdida; más él muy tranquilo y satisfecho anhelaba que se cortára el hilo de sus dias para gozar la dicha á que le hiciera acreedor su perseverancia en el bien. Recibidos todos los sacramentos con la mejor disposicion, y dadas al Señor las más expresivas gracias por los beneficios recibidos de su mano liberal y pródiga, espiró tranquilamente, comenzando desde aquel mismo momento á hacerse ostensibles sus méritos, siendo conocidas sus acciones. Como era consiguiente, se procedió á instruir el oportuno expediente acerca de los hechos referidos, y Roma falló que Sabatino estaba en el número de los bienaventurados; que su nombre se inscribia en el catálogo de los beatos, y su fiesta podia celebrarse el dia 2 de Febrero de cada año.—G. R.

SABAUDE (Fr. Matías), religioso capuchino de la provincia de Génova, conocido por haber escrito algunas obras de piedad que tuvieron la mejor acogida en su siglo, más afortunado en este punto que el nuestro, que dominado por completo por los intereses materiales, nada deja al alma ni al corazon para vivir la vida del espíritu. Sabaude, nacido y educado en otras ideas, no podia ménos de corresponder al llamamiento interior, que lleno de fe y entusiasmo miraba como una inspiracion divina, así es que sus obras, al decir de los autores que llegaron á verlas, abundan en esa fe y en esa uncion, fruto más bien de las acciones que de las ideas, que no siempre suelen producir resultados semejantes á sí mismas. Triste verdad, pero demostrada á cada paso por la experiencia, pues los hombres, áun los más grandes, suelen obrar de un modo muy distinto al que hablan, y atreverse con frecuencia á emitir errados juicios en contra de la opinion general y áun de la suya por un dicho ó una aseveracion de personas interesadas ó mal enteradas. Tal es el cuadro desconsolador que se presenta á menudo á nuestra vista, y que nosotros, aunque con sentimiento solemos acoger por no oponernos al torrente de las pasiones y encontrados intereses. Sabaude por fortuna suya no tuvo que luchar con ninguna de estas dificultades, su siglo pacífico y tranquilo no conocia ni las turbulencias de la plaza pública, ni las intrigas de la ambicion, ni la mala fe de los intrigantes, ni el cruel y amargo deber de una defensa tiránica á veces, pero siempre tan terrible como necesaria. Así vió correr sus dias pacíficos y serenos, como las olas del rio que se suceden sin cesar, sin que vengan á turbarlas las terribles avenidas de lejanas tempestades. Allá en el fondo de un claustro, viviendo para Dios más bien que para sí, procurando servir de modelo á un mundo que le miraba con respeto y veneracion, su felicidad no interrumpida debió servirle para estampar en las páginas de sus obras esos afectos que hoy desconocemos, de que carecen las nuestras manchadas con las impresio-

nes del momento, con los temores de un angustioso porvenir, con los recuerdos de un vago pasado. La literatura ascética, olvidada hoy, tiene un mérito que no podemos comprender, que se escapará á nuestras investigaciones, y que solo pueden hacer revivir los siglos venideros; este mérito es el de la tranquilidad de la conciencia, el de las profundas convicciones del que escribe, el de la verdad que con la fe en toda ella reina; por eso nuestro siglo, que desconoce todas estas cualidades, porque está privado de ellas, ha dejado morir la literatura de los Granadas, los Nierembergs y los Rivadeneiras, y solo rara vez cita, y esto de paso, á tan grandes autores, sus modelos los Padres de la Iglesia ó sus imitadores, en cuyo número debemos contar á Sabaude con otros muchos.—S. B.

SABBATIA (Sta.). Oscurísima es la historia de esta esclarecida Santa, que sin embargo floreció en gran manera en la época de S. Gerónimo, ó poco ántes: áun su nombre corre bastante dudoso, pues si bien los mejores críticos la llaman, como en efecto se llamó, Sabbatia, muchos otros, tal vez mal informados, han dado en nombrarla Sebastia. Sea de esto lo que quiera, no cabe duda en que fué muy estimada en su época, porque con la mayor firmeza, y con una energía más que varonil, supo confundir á los enemigos de la fe, poniéndoles argumentos indestructibles que patentizaban su error. Por esto fué muy estimada de los verdaderos cristianos, y les alentaba grandemente cuando habian de ir al suplicio, razon por la cual fué cogida para ser inmolada, cuando lo fueron Inocencio y otros treinta más en Sirmio, pueblo del Africa, que se glorió mucho de tener tan valerosos atletas que confesáran la fe de Cristo. Los tormentos fueron para ella como un excitativo á confesar la verdad de su creencia, así que murió á manos del tirano, aunque su muerte fué en verdad un principio de vida eterna. La fiesta se celebra de muy antiguo el dia 4 de Julio, y no falta quienes afirman que sus reliquias estan en España.—G. R.

SABBATHIER (P. Don Juan), benedictino. Nació hácia 1670 en Montpellier, hizo profesion en 1691 en la abadía de la Daurade, en Tolosa, y dió desde entónces á sus colegas el ejemplo de todas las virtudes. Pero se distinguió con el valor verdaderamente cristiano con que durante la peste en 1721, ofreció su servicios, en union á algunos otros religiosos, á M. de Vintimille, arzobispo de Aix, para curar á las personas atacadas de aquella horrible enfermedad. Tres de sus compañeros fueron víctimas de aquel azote, el P. Sabbattier se libró de él: Madama de Orleans, abadesa de Chelles, llena de admiracion por su abnegacion heróica, deseó verle y escuchó con interés de sus labios la relacion de todo lo que habia pasado durante aquella desastrosa época, y exigió que se escribiese, habiéndose impreso en Aix en 1722, y en París en 1723, en 12.° Léese en ella que el 21 de Marzo fiesta de

S. Benito, fué el único dia desde el principio de la peste hasta el fin de Junio, que cesó este azote, en que no murió ningun enfermo en los hospitales, ni tampoco se presentó ningun caso en la ciudad. El P. Sabbathier no refiere este hecho como un milagro, sino como una cosa que le ha parecido extraña y digna de observarse, y por el mismo motivo la mencionamos. Este caritativo religioso murió el 9 de Enero de 1734 en Nimes, donde era prior del monasterio de S. Radvil.—S. B.

SABATHIER (Pedro). Este religioso benedictino de la congregacion de S. Mauro, nació en Poitiers en 1682. Despues de haber hecho sus estudios en el colegio de las Cuatro Naciones, entró en la abadía de S. Faron de Meaux, en la que pronunció sus votos el dia 30 de Junio de 1700. Enviáronle sus superiores á S. German de los Prados, donde estudió la filosofía y la teología. Luego que acabó sus cursos, el P. Ruinart le asoció á sus trabajos literarios, y juntos acabaron el quinto volúmen de los *Anales Benedictinos*, cuando la muerte alcanzó al P. Ruinart. El P. Sabbathier vino entónces á ser compañero de estudios del P. Massuet; pero no tardó en separarlos la diferencia de caractéres. Libre Sabbathier para ocuparse en lo que gustase, se aplicó enteramente á recoger la antigua version de la Santa Escritura llamada Itálica, que preferia S. Agustin á todas las otras. A este fin compulsó los autores eclesiásticos, los misales y los autores antiguos, documentos en los que pudiese encontrar fragmentos; examinó los manuscritos, y sobre todo los Salterios de S. German y de Verona; consultó cuantos escritores se habian ocupado de la misma materia, y todas las noticias que recogió á este fin, y formó un todo completo que publicó en 1724. Tocaba ya la obra á su fin y Sabbathier se hallaba á punto de cumplir su promesa, cuando las querellas del jansenismo en las que se mezcló, fueron causa de que se le desterrase á Rieux, lo cual atrasó un poco su trabajo; pero lo terminó al fin á pesar de las ocupaciones de otro género en que tuvo que detenerse. Deseaba con ansia imprimir este trabajo; y en la imposibilidad que tenia de volver á Paris, obtuvo de la proteccion y munificencia del duque de Orleans el que se imprimiese en Reims. Hallábase casi al fin de la impresion del segundo volúmen, cuando la muerte le arrebató el dia 24 de Marzo de 1842. Los PP. Ballard y de La Rue fueron encargados de dirigir la impresion de la obra, ó sea de su Biblia, que apareció en tres volúmenes en folio el año 1743, con el título: *Bibliorum sacrorum latinæ versiones antiquæ seu vetus Italica, et cætera quæcumque in codicibus Mss., et antiquorum libris reperiri potuerunt: quæ cum Vulgata latina, et cum textu græco comparantur: accedunt præfactiones, observationes ac notæ, indexque novus ad Vulgatam é regione editam, idemque locupletissimus; opera et studio*, etc. Esta obra, que habia costado más de veinte años de trabajo al P. Sabbathier, está adornada con un sabio prefa-

cio general, con otro prefacio y con una dedicatoria al duque de Orleans por el P. Clemencet. Dice su biógrafo Mr. La Boudiere, que durante su permanencia en S. Nicasia de Reims, hizo Sabbathier una catálogo de la Biblioteca de esta abadía, clasificando en ella los libros de una manera muy cómoda para los lectores y para el bibliotecario. — C.

SABBATIANO (Beato). Muy escasas son las noticias que tenemos acerca de este esclarecido varon, honra de la religion seráfica; y esto es tanto más sensible, cuanto que sabido el escrupuloso y justo rigor con que procede la Iglesia en la declaracion del heroismo de las virtudes de sus hijos, preciso es confesar que las de Sabbatiano fueron heróicas, toda vez que le vemos sublimado á la gloria de los altares. Efectivamente, si se consulta la tradicion, que es lo único que nos dice algo sobre este varon insigne; y si como es consiguiente se mira á la opinion que acerca de él tiene la que fué su patria, iremos á Monte Ferrando, y allí nos dirán todos lo que fué este esclarecido siervo de Dios: bien es verdad que su Divina Majestad se dignó obrar allí repetidísimos prodigios por medio de su siervo y las familias agradecidas conservan el recuerdo de su acreditado bienhechor como un justo homenaje tributado á Dios, de quien procedia todo el bien que ellos experimentaban. Gloriosísimo fué Dios en su siervo por los muchísimos favores de que este fué deudor á su adorable soberanía, y no ménos glorioso por la fidelidad con que correspondió á la gracia, siendo excelentes las virtudes que practicó. Sumamente amante de sus prójimos les proporcionaba con esmero toda especie de recursos para que remediasen sus necesidades cualesquiera que ellas fueren, y tenia especial conato en cuidar de sus almas, como que redimidas por Cristo, decia, al Señor solo pertenecen, y es preciso que al Señor vengan por cuantos medios sea posible el atraerlas. Era humildísimo, y por consiguiente nunca quiso para sí sino los más bajos y viles puestos; ofreciéndose muchas veces á los ministerios más penosos de su convento para que recibiesen algun alivio los que por sus oficios estaban obligados á desempeñarlos. Lleno, pues, de merecimientos, y esperando la muerte con la tranquilidad del justo, pasó de esta á mejor vida, no se sabe fijamente en qué época; y sus virtudes, acerca de las cuales comenzaron al momento las debidas averiguaciones, fueron declaradas heróicas, y él por consiguiente Beato, concediéndosele la gloria de los altares y el que toda la religion seráfica se congratulase en su memoria el dia 28 de Agosto de cada año, que acaso sería el aniversario de su preciosa muerte. — G. R.

SABBATINI (P. José), religioso agustino, natural de Rávena, enseñó teología en los principales conventos de su Orden, y fué despues custodio conservador de la Biblioteca de Santo-Angelo en Roma. Escribió: *Monachatus D. Aurelii Augustini, et originis familiæ eremitarum vindiciæ*; Viena, 1650,

*Requesenius ad examen, seu contritio et attritio, pro Lupo libellus apologeticus;* Aquilea, 1675, con el nombre de *Ananía Cainet; Vita Christiani Lupi;* Lovaina, 1682, y al frente de las obras de este escritor, Venecia, 1724.—S. B.

SABBATINI (Julian), obispo de Módena. Nació en Fanano en 1684, siguió sus estudios con los jesuitas, y salió de manos de estos maestros provisto de una sólida instruccion. Habiendo entrado en Florencia en la Congregacion de clérigos regulares de las Escuelas Pias, se distinguió por la extension de sus conocimientos, y encargado de diferentes empleos importantes, la manera en que los desempeñó le valió la estimacion de los más ilustres personajes. Predicó en las principales ciudades de Italia con buenos resultados, y como no se distinguia ménos en la poesía que en el arte oratoria, las academias más célebres se apresuraron á asociársele. El duque de Módena, Reinaldo I, le nombró en 1725 consejero del príncipe Juan Federico, su hijo mayor, que se dirigia á Viena, y despues le declaró ministro suyo cerca del emperador Cárlos IV. Fué consagrado en 1726 obispo de Apollonia, y el nuevo duque de Módena le nombró su consejero privado, y en 1721 le envió de embajador á Francia, donde permaneció cuatro años. En 1745 fué nombrado obispo de Módena, y durante doce años que gobernó aquella iglesia, dió el ejemplo de todas las virtudes episcopales. Murió en 3 de Julio de 1757, con la reputacion de un prelado tan prudente y piadoso como sabio. Este obispo dejó algunos *sermones panegíricos*, *homilías*, y diferentes *opúsculos* en verso y prosa, que han sido recogidos en Venecia en 1767, cinco volúmenes en 4.° En los *Annali letterarie d'Italia* se encuentra un largo elogio de este prelado, en latin, del que se encerró una copia en su sepultura. —S. B.

SABBATINI (P. Luis Antonio), conocido por Sabbatini de Padua. Fué este religioso de la Orden de S. Francisco de Asís, célebre músico, discípulo del P. Martini, con respecto al contrapunto, y sucesor de Valloti en la plaza de maestro de capilla de S. Antonio de Pádua. Su música sagrada, de la que han quedado una porcion de obras manuscritas, tiene un carácter noble y sublime. Era muy aficionado á hacer uso de la armonía completa en sus composiciones, y á que á la vez se oyesen las disonancias de resolucion llevadas por movimiento contrario. Sus obras sobre la teoría de la música son muy apreciadas, á pesar de que no han faltado opositores que habiendo declarado sus principios erróneos, no han manifestado en lo que consistian. Las obras que se han conservado de este célebre religioso músico son las siguientes: *Vera idea delle musicali numeriche segnaturo;* Venecia, 1799, en 4.° Este es un tratado de los acordes considerados en el órden directo y contrario, y segun la condicion de la base fundamental.—*Elementi teorici e pratici di musica*; Roma, 1790, en 4.° — *Tratado de solfeo*, cuyos preceptos y

lecciones estan ordenados con arreglo á su sistema. — *Trattato delle fughe musicali*; Venecia, 1802, dos volúmenes en 4.° Parece en esta obra que el autor habia tomado por base de ella las de Vallotti, en las que apoya la mayor parte de sus ejemplos. El P. Sabbatini dirigió la edicion de los Salmos de Marcelo, que publicó el P. Valle en 1801, que es la más bella y exacta. Segun su biógrafo Mr. de Angelis, murió Sabbatini en Roma el dia 29 de Enero del año de 1809. — C.

SABBATINI (V. P. D. Luis José), presbítero de la Congregacion de clérigos seglares llamados *Obsesos píos*. Nació en Nápoles en 1650, manifestando desde sus primeros años las virtudes que le debian adornar al llegar á la edad provecta. «Eran sus juegos pueriles, dice su biógrafo, hacer altares, cantar salmos, formar procesiones, y áun predicar á los otros muchachos; pero con tal eficacia y fervor, que los corregia y aprovechaba. A los diez años una grave enfermedad le puso á los umbrales de la muerte, pero sanó repentinamente por intercesion de S. Cayetano.» Hizo grandes progresos en los estudios de filosofía y derecho civil y canónico, distinguiéndose al mismo tiempo por la pureza de sus costumbres, pues como añade el mismo autor, su vida arreglada y costumbres inocentes eran como la azucena entre las espinas, y la zarza entre el fuego, en medio de la disoluta juventud estudiantina de la universidad napolitana. Sacó de este veneno la triaca, pues conociendo los peligros inminentes que rodeaban su alma, resolvió abrazar el instituto de los Clérigos operarios píos, establecidos por el venerable Cárlos Carrafa, y lo cumplió en Mayo de 1667, haciendo sus votos simples en Junio del año siguiente. Consagróse desde entónces á la oracion con tal asiduidad y celo, que su no interrumpido ejercicio debilitó sus fuerzas de tal manera y le ocasionó, como á S. Luis Gonzaga, tan vehementes dolores de cabeza, que estuvo á peligro de perder la vida, si no lo hubieran remediado su obediencia y la prudencia de sus superiores. Destináronlo al colegio de San Nicolás para enseñar á los niños el catecismo y los principios de la religion, cargo que desempeñó tan satisfactoriamente, como se comprendió muy en breve por los adelantos de sus discípulos, de los cuales unos fueron excelentes religiosos y otros eminentes prelados, distinguiéndose entre ellos el venerable siervo de Dios Mucio de Gaeta, que murió siendo arzobispo de Bari, en 1740. Obligado por el voto que habia hecho de obediencia, recibió los órdenes sagrados en 1674, aumentándose en gran manera su fervor con su nueva dignidad, y acrecentándose no ménos sus virtudes. Para desempeñar las obligaciones de misionero, que era el objeto principal de su Congregacion, volvió á emprender de nuevo los estudios de filosofía y teología, siendo sus grandes progresos en estas ciencias de mucha utilidad para las almas que acudian á oir sus palabras en el púlpito y vivir conforme á sus

consejos en el confesonario. Además de estos conocimientos poseia otros nada vulgares en matemáticas, medicina, idiomas y música, por lo que era muy apreciado no solo de sus colegas, sino de cuantas personas le conocian. En 1687 marchó á fundar su Congregacion en Roma, cuyas iglesias, calles y hospitales fueron testigos de su apostólico zelo y sed insaciable de la salud de las almas, que abrasaban á aquel varon ejemplar. Pero en lo que se manifestaba más su grande virtud fué en los dos años de crueles persecuciones que sufrió con ánimo sumo y tranquilo y singular resignacion, padeciéndolas en la misma Roma, donde llegaron á tal extremo las calumnias que se levantaron contra él, que fué mirado como hereje, quietista ó molinista, como hombre indiscreto y escandaloso, quitándole por esta razon las dos casas que le habian dado para comenzar la fundacion de su Orden. Acrisolada con tantos ultrajes y amarguras la constancia de Sabbatini, fué su premio ver establecida su Congregacion en la iglesia de Santa Balbina en Mayo de 1689. Dedicóse despues á las funciones de misionero, probando ser un excelente operario de la viña del Señor en las trabajosas pero fecundas misiones que hizo en las diócesis de Sabina, Frascati, Montefiascone, Brisetto, etc., donde pacificó discordias, convirtió obstinados pecadores, desterró los vicios é introdujo una reforma general de costumbres. Tantos y tan notables méritos le ganaron la estimacion universal, mirándole todos como un santo y nuevo padre de la Congregacion, por lo que esta, reunida en capítulo en Nápoles en 1699, le eligió por su prepósito general sin atender á sus humildes ruegos y al bajo y humilde concepto que de sí tenia formado, el que rayaba en tal extremo que en el momento de su eleccion, postrado y anegado en lágrimas, pedia le dejasen ser el último de los congregantes para morir, como deseaba, contento entre la oscuridad y abandono. Pero sus colegas no tardaron en recoger el fruto de su atinada eleccion, pues con ella pareció haber renacido el espíritu de su instituto y la puntual observancia de las constituciones del V. Carrafa, sosteniéndolo todo el vigilante prelado con su zelo, prudencia, ejemplo y doctrina, para lo que visitó repetidas veces los colegios de su Congregacion, y tomó otras medidas conformes todas al espíritu de su antecesor. Terminado el trienio que debia durar su gobierno, volvió á ser reelegido nuevamente, conociendo todos cuánto interesaba á su Orden tener á su frente persona de tales dotes y cualidades. Estableció en varias partes congregaciones de seglares para ejercitarse en obras de piedad. Recibió particulares favores del cielo en su continua y alta oracion, dice la Crónica, en particular el don de profecía, de direccion de los espíritus y especial gracia para separar á los jóvenes de los vicios y encaminarlos por la senda de la perfeccion. Su profunda humildad y desprecio de sí mismo era tan grande, que pedia á todos rogasen á Dios por su conversion y se negó á aceptar,

aunque se le rogó con repetidas instancias, el arzobispado de Tarento, llegando hasta huir de Roma cuando supo un dia que el pontífice Inocencio XIII meditaba darle el capelo, pues le dijo que lo merecia por ser un hombre verdaderamente célebre, á lo que contestó no sin gracia: «Yo merezco estar en el catálogo de los grandes hombres, como Pilato ha merecido ser nombrado en el Símbolo de los Apóstoles.» Si conservó ilesa su virginidad, dice su biógrafo, fué con el escudo de la más rígida mortificacion; disciplinas sangrientas, ásperos silicios, ayunos rigurosos, contínuas vigilias, y sujecion de todos sus sentidos fueron los baluartes de su pureza. Vaticinó, en fin, su muerte con todas sus circunstancias, que sería de un ataque apoplético, como la de S. Andrés Avelino. Verificóse así en 11 de Junio de 1724, á la edad de setenta y cuatro años, con general dolor de los suyos y de todo Nápoles, que veneró su cadáver y notó su aspecto hermoso y angélico. Dejó escrito un excelente libro, con el título *De Sanctitate status clericalis*, que fué traducido al latin por el P. Kistter, canónigo regular de Ausburgo, que imprimió en un tomo en fólio en 1741. Este siervo de Dios obtuvo en muerte, así como lo habia obtenido en vida, la mejor opinion por su santidad, y fué muy apreciado de cuatro pontífices, muchos cardenales, obispos, príncipes y prelados de religiosos, honrándole el Señor por último con gran número de milagros, segun se refiere en su *Vida*, escrita por su sobrino el P. Luis Sabbatini de Anfora, impresa en Nápoles en 1730, y reimpresa en Hamburgo, traducida al latin por el P. Kistter en 1741. — S. B.

SABBATINO DE URSIS, jesuita italiano, natural de Lupio en el reino de Nápoles, desde su primera edad se distinguió mucho por su deseo de trabajar en la salvacion de los hombres, y así cuando siguió su carrera en el Colegio Romano, manifestó ya que su principal objeto era seguir la carrera de las misiones, intentando emular á los padres que mas se habian distinguido por sus trabajos apostólicos. Noble emulacion que tantos varones célebres ha producido á las Ordenes religiosas, y que debia dárselos tambien á la Compañía en muchos de sus ilustres miembros de que ya nos hemos ocupado y nos ocuparemos en sus respectivos lugares. Sabbatino, llevado de este espíritu, no tardó de pedir se le enviase á Oriente, y en efecto fué destinado á las misiones de la China hácia el año 1617. Emprendió este viaje tan largo y peligroso siempre, pero mucho más en la época á que nos referimos, que sino con toda felicidad, pero no sin sufrir los peligros y fatigas á él inherentes y verse expuesto una y otra vez á perder la vida y á la violencia de las enfermedades, consecuencia del cambio de clima, ora por el furor de los elementos á que se vió expuesto en tan dilatada travesía. Vencidos estos obstáculos y llegado á la China, se le destinó á Pequin, donde permaneció por espacio de diez años trabajando en la conversion de los habitantes

del celeste imperio, al mismo tiempo que en la correccion de los fastos de aquel país, que es uno de los trabajos literarios de más importancia que ha llevado á cabo la Compañía de Jesus, aunque hoy apénas se le nombra por haber otras obras modernas de noticias más recientes y sobre todo más acomodadas al paladar de nuestro siglo. Perseguidos por entónces los jesuitas que residian en Pequin, Sabbatino fué desterrado con otros cuatro á Macao, donde además de sus estudios particulares se consagró á enseñar filosofía á sus colegas, lengua china á los niños, y á los ya provectos, en particular si pertenecian á la Compañía, las ciencias del celeste imperio y los secretos de sus libros. Enfermo desde ántes de su salida de Pequin por una fiebre continua, no por eso abandonó el trabajo, y sus grandes padecimientos parecian darle nuevo ánimo y valor para comenzar sus tareas. Hallábase adornado de todo género de virtudes despreciando en sí lo que apetecia para los demás y huyendo de todo género de comodidades que proporcionaba á sus compañeros y cuantos le rodeaban. Llegó sin embargo á una edad muy avanzada y falleció en Macao en 1620, despues de haber recibido los santos Sacramentos con grande devocion y ternura y dado pruebas de haber merecido en la otra suerte mejor á la que le habia acompañado en esta vida. Escribió: *Commentariolum de Sinensium Fastorum erroribus*, que tradujo del portugués en las *Letras anuales de la China*, año 1611. —S. B.

SABEL (San), mártir. Nació este santo varon en Persia, de padre que seguia la religion pagana, pero de madre cristiana y sumamente piadosa. Pertenecia á una clase distinguida la madre de Sabel, y tanto á este como á sus otros dos hijos Manuel é Ismael, les inculcó las santas ideas del Evangelio, y para más afirmarlos en ellas, y que recibiesen una instruccion sólida cristiana, les dió por maestro á Ennorico, muy docto en la fe de Jesucristo y de clarísimo talento. Dió este buen maestro tan esmerada educacion en la fe del Señor, que no solo sus jóvenes educandos huian de los sacrificios que se hacian á los dioses de su país, sino que se horrorizaban de ellos, y á fin de aplacar el enojo del Dios verdadero, oraban contínuamente pidiéndole la gracia de conversion para sus obcecados compatriotas. El apóstata emperador de Roma Juliano, que despues de haber sido educado é instruido en los principios cristianos, abjuró de su religion, se hizo idólatra y fué un terrible perseguidor de los fieles, admitió las paces que le ofreció Alamundano, rey de Persia, el cual mandó por sus embajadores para tratar con el apóstata á Sabel y sus dos hermanos, encargándoles acordar y firmar los capítulos del contrato de paz en su nombre. Recibióles grandemente el emperador Juliano, obsequiándolos y alojándolos como ministros de un soberano con quien parecia alegrarse entrar en amistosas relaciones, y conforme lo hacia con los demás embajadores. Aún no terminado el contrato, el empe-

rador Juliano dispuso su viaje á Bitinia por el estrecho de Calcedonia, siguiéndole en este viaje su corte, el cuerpo diplomático extranjero, y entre los miembros de este, Sabel y sus dos hermanos. Conforme la costumbre gentílica, hizo celebrar en Bitinia el emperador un gran sacrificio á los dioses del país en un sitio llamado Trigon, á cuya fiesta acudieron todos los cortesanos, con alegría unos porque eran ciegos adoradores de los ídolos, y otros más bien por hacerse lugar con el apóstata, que deseaba que todos le imitasen para hacer de este modo ménos sensible su renegacion. Horrorizados los tres hermanos al ver la ofensa que aquel apóstata hacia al Todopoderoso y obligaba á hacer á sus gentes, se negaron á asistir al sacrificio, y con lágrimas de dolor profundo pedian á Dios cerrase sus divinos ojos á tanta iniquidad, y tocase en el corazon al emperador y á sus cortesanos para que detestando los ídolos se volviesen á él. Advirtiendo el emperador la falta al sacrificio de los embajadores del rey de Persia, les mandó uno de sus más fieles y condecorados camareros para que los acompañase y llevase á la fiesta; pero Sabel y sus hermanos, que no querian manchar su pura alma, ni ofender á sus ojos con la vista de aquella profanacion, se negaron á seguir al emisario, y como este les instase haciéndoles presente que el emperador tomaria á desaire su negativa y se ofenderia de ella, le dijeron: ¿Os parece, Señor enviado, que hemos venido de tan lejanos países para negar nuestra santa religion? Solo hemos venido para concertar las paces entre el emperador y nuestro rey, y por lo tanto debeis de tener entendido, que jamás faltaremos á la doctrina en que nos hemos criado, ni abandonaremos á nuestro Dios, único verdadero en los cielos y en la tierra, para incensar á esos ídolos, hechuras del demonio, á quien vosotros venerais porque aún no conoceis la luz gloriosa del cielo, por hallaros en las tinieblas del infierno. Marchad y decid á vuestro amo que somos cristianos, y que áun cuando para obligarnos nos condenase á los más espantosos suplicios, jamás abandonaremos la fe de Jesucristo, ni prestaremos adoracion á vuestros dioses. Díjole el camarero al apóstata cuanto habia oido á los embajadores persas, é indignado el emperador de una conducta que tanto contrastaba con la suya, les mandó poner en estrecha prision. Tanto como habia entristecido á los tres hermanos la órden que se les diera de asistir al sacrificio, tanto les regocijó la de su prision, pues que les hizo concebir la esperanza de morir por Jesucristo que era su deseo, y lo cual veian como la mayor fortuna que pudiera venirles. Siguieron, pues, á los ministros del apóstata, que vinieron á prenderles, con la mayor alegría y entonando con clara voz y regocijado semblante el salmo 94: *Venite, exultemus Domino, jubilemus Deo salutari nostro præoccupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei.* No tardó Juliano en saber que léjos de atormentar su órden á los embajadores persas,

les habia llenado de alegría, y enfurecido más su amor propio por lo que en su ceguedad juzgaba desprecio á la propia persona, les citó ante su tribunal para ver si se atrevian á insultarle frente á frente. Luego que se presentaron á él, los recibió cortesmente, y con palabras de fingida dulzura dictadas por el demonio, que se anidaba en su corazon y dirigia su alma, procuró atraerlos á su partido manifestándoles que vivian en un error creyendo en una falsa religion, y poniéndoles á sí mismo por ejemplo, les exhortó á que se convenciesen, y así como él lo habia hecho, abandonasen al Nazareno, oscuro aventurero de Galilea, y se convirtiesen á los alegres dioses del Olimpo. Horrorizados ante tal proposicion y blasfemias quedaron los tres hermanos, y como nada contestasen y poniendo su vista en el cielo le manifestasen la firmeza de su creencia, Juliano, cambiando el tono amistoso con que habia empezado á hablarles por el severo de la amenaza, les manifestó que áun cuando eran embajadores de un rey poderoso, no les respetaria, pues que las paces se habian propuesto por la identidad de religion entre ambos estados. Sin desconcertarse por la amenaza, ántes bien resignados á sufrir todas sus consecuencias y con una serenidad que contrastaba con la rabiosa agitacion del tirano, el glorioso S. Sabel y sus hermanos le contestaron con energía, que habian sido educados en la religion cristiana por Ennoirico, hombre de gran fe en la religion del Crucificado, de suma instruccion y de extraordinaria virtud, y que convencidos de la verdad de su creencia, jamás la abandonarian por prestar culto á los demonios, que por tales consideraban á los dioses que él y los suyos adoraban. Añadiéronle que ellos eran embajadores de Persia, que habian sido enviados por su rey á tratar de la paz y no de asuntos relativos á la religion, y que por lo tanto hablasen sólo del punto que allí les habia llevado. Enfurecido Juliano los llamó atrevidos y desvergonzados, y les dijo: ¿Cómo os atreveis á venir á dar lecciones á los que tan versados estamos en la lengua y literatura griega, siendo así que tanta ignorancia de estos conocimientos teneis en vuestro país? ¿Creeis que ignoramos aquí vuestras Escrituras? Pues tened entendido que allá en mis mocedades las aprendí engañado por charlatanes preceptores; pero que habiendo llegado á conocer lo poco que valian, las abandoné para no quedar sumido en la ignorancia como vosotros lo estais. Dejad esos consejos y niñerías que tan caro pueden costaros, pues que os advierto que os aplicaré á los más terribles tormentos, si no quereis hacer caso de mis consejos, porque yo no puedo sufrir ante mi presencia que necia ó locamente se defienda otra religion que la del omnipotente Júpiter y los demás dioses del imperio romano. Sonriéronse los tres hermanos al oir la amenaza, al propio tiempo que se horrorizaron por las blasfemias que la acompañaron, y firmes más y más en la fe, le contestaron con la mayor paz: Nada tememos por nuestro

cuerpo siempre que Dios ampare nuestra alma; ningun temor nos hará faltar á nuestro Dios, porque es suficientemente fuerte para darnos constancia en medio de los mayores tormentos que querais aplicarnos. Tu ciencia es nula, pues que desconoces al verdadero Dios y te has entregado á los demonios. Aquel que adora á los ídolos sin haber conocido á ser de la creacion, merece alguna disculpa, pero tú que fuiste criado en nuestra santa religion, que fuiste un dia alumbrado por la fe de Jesucristo, y que te has complacido en apagarla en tu alma para vivir en las tinieblas y seguir á los infiernos á Satanás, ¿qué disculpa tienes? ¿Cuáles son los principios de tu sabiduría, si renegando de tu Dios te has hecho el esclavo del demonio, y si separándote del gremio de los creyentes has preferido á que en vez de amigo de Dios te llamen el Apóstata? Un tigre á quien hubiese herido una aguda saeta, aún fuera débil comparacion en su rabiosa sed de sangre que la que se apoderó del emperador Juliano al verse tratar de este modo por los embajadores persas; saltó lleno de ira de su silla, y furioso como una hiena á quien han arrebatado sus cachorros, mandó desnudar á Sabel y sus dos hermanos, echarlos en tierra y que los verdugos los azotasen con fuertes correas sin compasion alguna. Empezaron los sayones y continuaron su obra con tal saña y crueldad como quienes participaban del furor de su señor, y como los que se hacian un deber en darle gusto para captarse su voluntad, de suerte que pedazos de carne de aquellos inocentes, desprendidos al duro golpeo de las correas, saltaban por todas partes tapizando el suelo todo cubierto con su sangre. Y como los santos mártires, en vez de lastimeros ayes, entonando cánticos de alabanzas al Señor con acompasada voz, le diesen gracia, porque les hacia el grande honor de padecer por su causa, el emperador incitaba á los verdugos á que apretasen y menudeasen los golpes. Cansado al fin Juliano de este espectáculo cruel que aún no satisfacia su venganza, les mandó dejar de azotar, y burlándose con sarcásticas á la par que rabiosas palabras les decia: «Ya me he divertido bastante en este tormento, creo que no esperareis me divierta por más tiempo en otros mayores;» mas los santos le respondieron: «Mal nos conoces, enemigo de Dios, por muy crudos que sean los tormentos que te sugiera darnos el enemigo, nosotros los padeceremos por nuestro Señor Jesucristo y nos serán deliciosos.» Creyó el apóstata que separando á Sabel y á Ismael, que eran los dos hermanos menores del mayor, que era Manuel, podria convencerlos y lograr su intento, y con cariñosas palabras trató de persuadirlos haciéndoles mil ofertas de honores y dignidades, y echando á su hermano mayor la culpa de su obstinacion; gran elocuencia dió á Sabel la Sabiduría increada para que contestase al emperador, su verdugo, al que dió á conocer el maldito estado en que se hallaba su alma por su apostasía, y lo que se cansaba en

vano en persuadirles, pues que amparados de Dios, solo habian de hacer lo que les convenia en defensa de su santa causa, que era padecer y morir gozosos confesando su grandeza y maldiciendo á los dioses hechuras del infierno, á los que detestaban. Ardiente de furor y de ira el infernal corazon de Juliano, mandó quemar con teas encendidas los costados á las dos inocentes víctimas, pero ellos abrasadas sus almas en el amor de Dios, no sentian las llamas que consumian sus cuerpos, y llenos de fe y de amor divino, pedian al que todo lo puede, que léjos de mitigar sus tormentos les hiciese sufrir más y más, pues que así como en lo alto del Calvario Jesucristo dijo que tenia sed de padecer por la salvacion de los pecadores, ellos tenian verdadera sed de tormentos para ofrecerlos á Dios en pró de sus almas, que ansiaban el momento de volar á las regiones celestiales, en cuyo deseo no sentian daño alguno, pues que cuando el alma está enteramente en Dios, el cuerpo es insensible á todo, incluso á la muerte más espantosa. «Mirad, les decia el tirano al verlos arder, mirad cómo los dioses os confortan en los tormentos y no os quitan la vida esperando vuestra conversion, declaraos sus prosélitos, que áun es tiempo y os librareis de tanto padecer.—Teniendo nosotros nuestro Dios, le respondieron, ¿qué nos importan vuestros dioses? Incapaces son esos pedazos de barro que adoras de infundirnos temor, ellos son tan impotentes como tú ciego para conocer su miserable valor; hechuras del demonio para engañar á los hombres, solo quien reniega de la fe de Jesucristo, como tú, puede prestarles veneracion entre los que no se han educado en la idolatría.» Viendo que nada lograba con los dos hermanos jóvenes se dirigió á Manuel, el que tambien le echó en cara su apostasia repitiendo las mismas palabras que Sabel é Ismael para confundirle. Desesperado el apóstata y no pudiendo contener los impulsos de venganza con que encendia su cólera el demonio, mandó que á golpe lento de martillo les atravesasen las cabezas con agudos clavos, que les acuñasen cañas por las uñas de los dedos y de los pies, y que despues les cortasen las cabezas. A este fin les hicieron subir á un escarpado peñasco, llamado de Constantino, y llegando con mil trabajos por lo escarpado de la cuesta, se arrodillaron los mártires, y oraron fervientemente ofreciendo sus almas al Señor con la mayor resignacion y alegría. Cumplieron fielmente los verdugos la órden del apóstata, y aquellas benditas cabezas fueron taladradas con los clavos, y sus dedos atravesados por las cañas, sin lanzar un ay de dolor y sí entonando himnos sagrados y dirigiendo alabanzas al Señor, pidiendo iluminase con su divina gracia á sus verdugos para que conociéndole abandonasen el camino de la perdicion por que caminaban. Una voz celestial que llamaba á los tres hermanos á la gloria, les llenó de placer al doblar sus cabezas bajo la cuchilla del verdugo, que cayó desapiadadamente sobre ellas, y sus bendi-

tas almas volaron al cielo, en donde las recibió Dios en su seno, coronándolas de gloria, el dia 17 de Junio del año 362 de nuestra era. Dice la historia de estos santos, que el tirano emperador Juliano habia mandado que despues de degollados quemasen sus cuerpos y esparciesen sus cenizas para que no pudiesen despues venerarlas los cristianos; pero que no pudieron los verdugos llevar á cabo esta parte de la órden que se les diera, porque abriéndose el peñon cuando cayeron sus cabezas al golpe de las espadas con que los degollaron, ocultó estas y los cuerpos en su seno, cosa que dejó tan pasmados á las verdugos y á todos los gentiles que asistieron al sacrificio, que dieron á correr asustados hasta la ciudad, en donde contaron el prodigio. Tambien nos dicen los historiadores que á ruegos y oraciones de las cristianos, aparecieron los cuerpos de los tres santos hermanos esparciendo suavísimo y delicioso olor, y que colocados en un sarcófago los condujeron á sepultarlos suntuosamente, desde cuyo sepulcro obraron muchos milagros estos bienaventurados. Luego que el rey de Persia supo la cruel muerte que diera á sus embajadores el Apóstata, le declaró la guerra, y encontrándose en una batalla fué vencido Juliano, y avergonzado ante los mismos suyos y ante los cristianos, no tardando en ser castigado por la mano de Dios y atormentado por los demonios á quienes habia entregado su alma. Muchos son los autores que han escrito de estos Santos, cuyo recuerdo hace la Iglesia anualmente en el citado dia de su glorioso tránsito, y más particularmente el cardenal Baronio en el tomo IV de sus *Anales* y en sus Anotaciones; Surio en el tomo III de su obra; Metafraste en sus *Vidas de los Santos;* Nicéforo Calixto en el libro X, cap. II de su *Historia Eclesiástica;* Lipomano en el tomo VI; y en el Martirologio romano y en el Menologio de los mártires griegos se hace tambien distinguida mencion de ellos. Grande, inmensamente grande se presenta el cristianismo en sus mártires, y estos son tantos y sus hechos tan heróicos, que bastan por si solos para acreditar á nuestra sacrosanta religion por la única verdadera. ¿Qué otra religion presenta un ejército tan numeroso de héroes que haya dado su vida para asegurar su verdad? Ciertamente que divina tiene que ser una institucion en la que tantos millares de mortales han vertido su sangre para cimentarla, y en la que sabios é ignorantes, ricos y pobres, ancianos y jóvenes, grandes y plebeyos, mujeres y hombres, decrépitos y niños de todas las clases y categorías de la sociedad, han preferido la muerte en los más terribles tormentos á abandonarla por ninguna otra. Bendito sea el Señor que tan grandemente ha ostentado su poder en los mártires del cristianismo. — B. S. C.

SABER, hijo de Caleb y de su concubina Maacha. I. Paral., II., 48.

SABIA (Fr. Bernardo), franciscano de la tercera Orden regular de la provincia de Sicilia. Fué natural de Palermo, donde recibió su primera

educacion, distinguiéndose desde luego por esos hábitos de piedad que indicaban su futuro destino. Sus adelantos en los estudios parecian indicar que Sabia estaba llamado á distinguirse en una carrera civil; así lo creia su familia, que esperaba mucho del brillante porvenir con que parecia brindarle su instruccion é ingenio. Empero la Providencia le brindaba con más altos destinos, pues su corazon, lleno de fe y piedad, únicamente le indicaba el camino de la religion como el seguro puerto donde sin exponerse á ser víctima de opuestas tormentas, podia conseguir su reposo y salvacion. Tomó en efecto el hábito de la órden de San Francisco, siendo desde aquel instante un modelo de todo género de virtudes. Obediente, fervoroso, modesto, austero y penitente, nada queria para sí y todo para sus prójimos, sacrificándose en beneficio suyo con el mayor placer. Consagróse principalmente al fomento de su Orden, y fundó varios conventos, siendo los más célebres los de Alcamo y Catana, verdadero plantel de varones virtuosos y doctos. Tuvo que vencer para ello grandes dificultades; pero su constancia, superior á todos los obstáculos, le puso en el caso de dominarlos por completo y de llevar á cabo sus laudables planes. Estos servicios y otros muchos que prestó á su Orden le valieron ser elegido sucesivamente procurador general, moderador de su provincia y definidor, puestos que ocupó por largos años, y siempre con notable acierto y distincion. Verdadero modelo de religiosos, sus súbditos solo tenian que aprender en él, siendo tan asíduo en el ejercicio de todas las virtudes, como en hacer darlas el necesario culto; así es que durante su largo gobierno la religion franciscana llegó al apogeo de su fama y grandeza, siendo respetada en Sicilia y mirada como la base de la felicidad de todo aquel pais. Sus últimos años fueron dignos de los primeros, en que tanto habia trabajado en obsequio de la religion seráfica. Aquel eminente varon pasaba dia y noche entregado á las mas duras y austeras penitencias, y sus oraciones, puro aroma que subia á depositarse á las mansiones celestiales, se sucedieron sin cesar hasta su fallecimiento, acaecido en Mesina en 13 de Enero de 1623. Escribió en italiano: *Lógica observada diligentemente por el R. P. M. Juan Antonio Brandi, siciliano, de Palermo, en su libro intitulado del Rosario*; Roma, por Cárlos Villeto, 1601, 16.°—S. B.

SABIDURIA (Bta.) Resplandeció en Leodio, siendo monja y priora en el monte Cornelio, siendo tan venerada y respetada de sus súbditas y hermanas por sus extraordinarias virtudes y discrecion, que siempre disfrutó de gran reputacion de santidad. Su exactitud en el cumplimiento de los deberes que imponia la regla, la hacia ser modelo de observancia para todas las demás religiosas. Eran notables sus ayunos, penitencias y mortificaciones; como su caridad y asídua asistencia, y sus desvelos y atencion con las hermanas enfermas. Era muy dada á la oracion, que siempre fué fervorosa

y atendida del Señor, siendo por otra parte su laboriosa vida un dechado de sus inimitables costumbres. Muy jóven recibió la cogulla, y honró muchos años la congregacion Cisterciense siendo ejemplo de perfecciones, y su falta fué muy sentida y llorada de todas las religiosas hermanas, que juzgaban no seria fácil reemplazarla como priora por su extraordinario mérito y buena direccion. — A. L.

SABIGOTO (Sta.) Fué esta gloriosa santa española hija de padre cristiano y de madre mora, pero que por haberse casado en segundas nupcias con el padre de Sabigoto, abjuró su error y se hizo cristiana, profesando todas las virtudes y dando ejemplos de perfeccion, hasta que llegó la ocasion de morir por la fe de Jesucristo. La inocente niña Sabigoto fué educada desde luego en el cristianismo, y dió pruebas de le extraordinaria predileccion que Dios nuestro Señor la tenia, en el ejercicio de su heróica caridad para con sus prójimos, á los cuales favorecia en cuanto le era posible sin reparar ni áun en los peligros á que se exponia, por la terrible persecucion que contra los cristianos estaba en pie, y puede decirse que se ejercia con más rigor cada vez, conforme la morisma iba previendo su destruccion y ruina. Hubiera querido nuestra Santa permanecer doncella toda su vida, si no hubiera sido porque conocia que en esto disgustaba á sus padres; así es que cuando á estos pareció conveniente, se dió en desposorio á un varon justo y cristianísimo, con quien tuvo mayor libertad aún para la ejecucion de sus deseos, todos encaminados al bien y mayor provecho de sus hermanos los fieles. S. Aurelio, que fué con quien casó nuestra Santa, vivia ocultamente con ella en la religion de Cristo, no por otra cosa, sino por ese humano respeto que fatalmente nos obliga á ocultar nuestras buenas acciones, sin que para esta ocultacion tengamos otro motivo que una mal entendida nimiedad. Mas Dios nuestro Señor queria que tanto Aurelio como su mujer fuesen héroes en el cristianismo, y así se verificó; pues una circunstancia insignificante á los ojos del mundo vino á sacarles de aquella especie de apatía en que estaban, para ponerlos en aptitud de merecer preciosa corona, aunque lograda por tormentos que, muy capaces á quitar la vida de la carne, en nada amenguan, ántes por el contrario acrecen mucho la vida del espíritu. El hecho fué que viendo Aurelio que á un santo mártir le llevaban en un asnillo dándole atroces tormentos y llenándole de improperios, y el santo iba con indecible alegría y gran paciencia, no solo sufriendo con resignacion, sino confesando más y más terminantemente la fe de Cristo conforme iban arreciando los tormentos que por él sufria, Aurelio se avergonzó de su tibieza, ó más bien de su debilidad en no atreverse á publicar ante la faz del mundo todo que él era católico y que su religion no era sino la del Crucificado, y resolvió de allí en adelante que él y su mujer, pues que la veia

animada de los mismos sentimientos, serian los primeros en hacer pública su creencia; porque así como la confesion que hacia aquel, que tan por dicha suya iba á dar su vida por la verdad, habia servido para alentarle á él á mejorar su conducta, acaso sus ejemplos podrian alentar tambien á otros, y lograrse por este medio el gran aprovechamiento de todos, que tan conveniente es para la salud eterna de los hombres, y del cual resulta gloria á Dios, en el órden en que su Majestad ha querido que la criatura le dé esta gloria misma. Gozosísimo llegó Aurelio á su casa, porque Dios nuestro Señor le habia inspirado el valor suficiente para cumplir los deseos de su esposa, que si bien se mostraba contenta porque en realidad uno y otro ejercian las virtudes, no estaba lo satisfecha que queria, porque no era este ejercicio de las virtudes con toda la ostentacion que convenia, no á otra cosa que al buen ejemplo á que todos estamos obligados, cada cual segun exige la situacion en que á Dios plugo constituirnos; y puede conocerse fácilmente, con solo fijar la mente en lo que ella era, cuál sería el contento de Sabigoto al oir tan consoladora nueva. Desde aquel mismo momento comenzaron á hacer pública ostentacion de su fe y piedad, y cada uno de los esposos por su lado procuró cumplir con la más fiel exactitud posible, no solo los preceptos del Evangelio, sino sus consejos; y para el logro de tan elevado fin desde este momento mismo en que Aurelio se persuadió de que la fe ha de ser práctica, y que las virtudes, si bien es cierto que dejarian de serlo si se practicáran por ostentacion, tienen tambien que dejarse ver algo por el buen ejemplo, convinieron mútuamente en que de allí más su trato sería como de hermanos que se estimaban mucho, pero no otro, porque así estaban más desembarazados para el servicio de Dios y para procurar el bien de sus hermanos, que habia sido siempre el principal objeto de sus aspiraciones. Caminando ambos esposos cada cual por su lado al logro de sus deseos ferventísimos de hacerse cada vez más santos, no tenian ya inconveniente en concurrir á prodigar sus socorros á los pobres que, agobiados del rigor con que los enemigos de Dios trataban á los que al Señor eran afectos, estaban en las cárceles sufriendo indecibles tormentos y pasando las mayores necesidades. Allí concurrian tambien los sacerdotes á animar á unos y otros al mejor servicio de Dios, quiénes sufriendo los tormentos que el Señor permitia, quiénes prestando los auxilios que Dios mismo les deparaba, para que así pudiesen hacer más preciosa la corona de inmortalidad con que el Señor brinda á sus escogidos. Allí en la cárcel y con motivo de socorrerlas lo ámpliamente que podia, entabló nuestra Santa amistad con las gloriosas vírgenes y mártires Hora y María, que conociendo las buenas prendas de Sabigoto, depositaron en ella secretos de amor divino que fueron un aliciente más para que crecieran en su noble corazon las virtudes

que practicaba con todo ahinco. Muchas horas pasaban en oracion nuestras tres santas, y toda el ánsia de Sabigoto se reducia á una santa envidia de la suerte que pronto iba á caber á sus compañeras y amigas. Indecible es el sentimiento con que las vió ir al suplicio, no porque ella deseára que viviesen, así como ella misma no deseaba vivir tampoco, sino porque las veia en el suplicio prontas á recibir su corona, y esta corona la ambicionaba Sabigoto, porque era la corona de su eterno desposorio con Dios. Las santas, luego que hubieron llegado al pié del trono del Cordero sin mancilla, se vieron obligadas á asegurar de la dicha que la esperaba á su amiga Sabigoto; y con efecto, resplandecientes con el brillo de la gloria que no ha de perderse nunca, y satisfechas con la posesion de su Dios, vinieron á visitarla para darla la nueva de que no tardaria mucho en reunírselas, aumentando el número de las escogidas de Dios. Solo conociendo el afan y contento con que un náufrago pone el pié en tierra firme y poblada donde ha de hallar hermanos afectos, puede formarse una idea del contento que cupo á Sabigoto con el anuncio que la hacian las santas; mas como sabia perfectamente que no podemos presumir nada de nosotros, porque nuestra presuncion misma sería nuestra ruina, sino que todo lo hemos de confiar á Dios, sin dejar por eso de hacer buenas obras, multiplicó estas cuanto pudo, y le persuadió á su esposo á deshacerse de cuantos bienes tenian, dándolo todo á los pobres, con lo cual quedó más libre de cuidados y con mayores méritos á la inmortal corona que poco tardaria en ceñir. Ya no faltaba sino la ocasion para morir con valor en medio de los tormentos por confesar la fe de Cristo, y esta ocasion la buscó Sabigoto presentándose en la iglesia con otra amiga suya á ofrecer al Señor sus respetos y adoracion. El rey moro de Córdoba, enemigo encarnizado del nombre y gloria de Cristo, mandó sus satélites para que hiciesen á la jóven y á su esposo desistir de su propósito; pero léjos de lograrlo, lo único que consiguió fué que de palabra le manifestára, no solo su fe, sino lo que, segun prácticas del cristianismo era obligacion de los que pertenecian á esta sociedad, única verdaderamente encaminada al bien de los pobres mortales. Fué llevada á la cárcel apénas hizo esta confesion de su sentir, y en ella estuvo cinco dias sufriendo mucho, pero con resignacion y contento; al cabo de cuyos cinco dias oyó su sentencia de muerte con la mayor alegría, cantando himnos á Dios y deseando se abreviase el tiempo de llegar á la dicha inamisible. El dia 27 de Julio del 852 fué degollada con otros varios mártires, entre los cuales su esposo, y desde entónces ha hecho el Señor glorioso su sepulcro por la multitud de prodigios que ha obrado en su invocacion. Desde luego se instruyeron los oportunos expedientes para la canonizacion de Sabigoto, y como todas las pruebas fueron de su heróica muerte y no ménos preciosa vida,

la Iglesia la declaró santa, asignando á su memoria el dia 27 de Julio, aniversario de su martirio.—G. R.

SABILIANO (Fr. Francisco María de), predicador notable y religioso capuchino de la provincia del Piamonte. Este instruido y virtuoso varon era generalmente apreciado y respetado por su suficiencia y vida ejemplarísima; entre otros dones con que el Señor le favoreció, tuvo el del espíritu de profecía, como lo demostró en varias ocasiones. Predicando en Vezolo, y reprendiendo los vicios que en aquel pueblo tenian su asiento, les predijo que les amenazaba una cruel peste, si sus moradores no trataban inmediatamente de corregir sus desordenadas costumbres. Desestimaron la prevencion, pero sobreviniendo el contagio, arrebató á los más de los entregados á aquellos excesos. En este conflicto, algunos de los oficiales que trabajaban en la fábrica de una capilla dedicada al patriarca S. José, buscaron su seguridad en la fuga. Encomendó el siervo de Dios el cuidado de la empezada fábrica á un varon devoto, afirmándole que aunque se habia de ver herido del contagio, no habia de morir. Yo sin embargo, añadió, lo contraeré, y saldré por su medio de este siglo. Puesta la fábrica en perfeccion y continuándose la obra, adquirió Fr. Francisco el comun accidente. Tambien fué acometido el que quedó encargado de la fábrica; pero como le habia anunciado el siervo de Dios, consiguió el beneficio de la salud. No así el entendido religioso, que herido violentamente del contagio, murió en Vezolo. A este tiempo un sobrino suyo, de edad de seis años, que vivia en un pueblo diferente y bastante distante, levantando los ojos al cielo dijo á su padre, que era hermano de Fr. Francisco: Padre, no ves cómo es llevado por el aire mi tio el capuchino? Oyendo esto el padre, tomó un caballo, y poniéndose en Vezolo cuanto ántes pudo, halló que habia espirado su hermano Fray Francisco en la misma hora en que se representó á los ojos de aquel inocente niño. Su muerte se verificó en el año de 1630.—A. L.

SABILIANO (Fr. Jacinto de), religioso capuchino y sacerdote de la provincia del Piamonte. Este ejemplar y virtuoso varon, aunque tenia suficientes luces é ingenio proporcionado para hacerse dueño de las ciencias, rehusó sin embargo ser aplicado á los estudios de la filosofía y teología, por lo mucho que lo estaba al de la oracion y contemplacion. Por él llegó á hacerse absoluto dueño de los sentidos, singularmente del de la vista; pues desde que entró en la religion hasta que terminó la vida, no supo levantar los ojos del suelo, atendiendo en esta especial mortificacion á conservar ileso el candor de la castidad. Y así confesó en cierta ocasion á un religioso, de su más familiar afecto, que jamás habia mirado al rostro de mujer alguna ni por un breve momento. No ménos que de la castidad fué observador de la pobreza, tan sujeto á sus severas leyes, que nunca admitió el uso de lo que

no está concedido en la regla, absteniéndose de dar ó recibir áun las más simples alhajas. Amó la austeridad y aspereza, no solo en tiempo de salud, que es más fácil, sino tambien en ocasiones de enfermedad, que llega á parecer imposible; y así en una que padeció, que muchas veces cubria su cuerpo el sudor, no le pudieron reducir á que se valiese para recogerle y enjugarse de unos pequeños paños de lienzo. Creció, y se repetia tanto este género de síntoma ó accidente solicitado por los médicos para que terminase con él la malignidad del padecimiento, que mandaron que con dos sábanas le envolviesen y defendiesen todo el cuerpo de Fr. Jacinto. Resistíase con aliento á este alivio; pero hubo de sujetarse á él por mandato del superior. A breve rato empezó á gemir y clamar, diciendo: Me abrasan estos paños, me quemo, no puedo tolerar su ardor; obligando con estas voces á los religiosos que se hallaban presentes á que le quitasen las sábanas. Informados los médicos de lo que habia pasado, le desahuciaron y advirtieron de su cercana muerte, noticia que admitió, no solo con resignacion constante, sino con regocijados afectos, y así empezó á entonar el *Te Deum laudamus* con sonora y alegre voz. Acabado el himno, llamó y rogó al prelado que no permitiese entrase á visitarle alguno de sus deudos y amigos. Dispúsose con grande piedad á recibir los santos Sacramentos, con que fortalecido para el ultimo y más peligroso combate, salió de el y de esta mortal vida en Sabiliano, su patria, año de 1620, para aumentar el número de los dichosos moradores del cielo—A. L.

SABINA (Santa), martir. Nació en Roma, segun dice Adon, obispo de Viena, en su Martirologio, á principios del siglo segundo de nuestra era. Fué hija del ilustre caballero Herodes Metalario, de la órden ecuestre, prosapia ilustre, de gran ascendiente en el imperio romano, y casó con un personaje muy distingido de la misma Orden, llamado Valentino. Luego que quedó viuda, recibió en su compañía en clase de sirvienta de honor, á Serafia, doncella cristiana de mucha honestidad y virtud, la que con su buen ejemplo y doctrina empezó á catequizarla para que se convirtiese al Dios verdadero y abandonase la religion de los ídolos en que se habia criado y á los que en su ceguedad tenia especial devocion, ignorando hubiese una religion más perfecta y digna. Logró Serafia con sus palabras encender tan ardiente amor á Jesucristo en el corazon de su señora, que llegó á conocer la clara luz del Evangelio con los ojos del alma, y aborreciendo á los falsos dioses, abrazó con entusiasmo la fe de Jesucristo. Acusada Serafia como cristiana perjudicial á la creencia gentílica, de cuya causa, léjos de sincerarse, confesó llanamente; fué presa y condenada á muerte. Anegada en llanto Sabina al ver llevar al suplicio á su amiga, la siguió hasta el lugar de la ejecucion, sin que nadie pudiera alejarla de su amada. Al verla en aquel estado y sitio

el presidente Berillo, furioso idólatra que se gozaba en el martirio de los cristianos, la insultó echándola en cara que deshonraba el linaje á que pertenecia y á sus ilustres padres y marido, siguiendo á aquella hechicera que habia logrado engañarla con sus malas artes para que faltase á sus deberes para con los dioses y para con la sociedad elevada á que pertenecia. Sabina, que estaba ya poseida del espíritu de Dios, contestó al presidente sin alterarse, manifestándole las razones que habia tenido para seguir la doctrina de su amiga, diciéndole que si él la oyera y entrára en razonamientos con aquella que él creia hechicera, estaba segura de que abandonaria á los idolos como dioses falsos, y se convertiria á un Dios que recompensa á los buenos que siguen su santa causa, y castiga á los malos que se declaran contra él. Mucho ofendieron é irritaron al presidente las palabras de Sabina, pero la dejó sin causarla daño alguno respetando su calidad de dama romana de la clase más elevada. Sufrió Sta. Serafia el martirio, y murió en el Señor, y recogiendo Sabina su santo cuerpo, le guardó como un riquísimo tesoro, pero sin ocultar su creencia de modo alguno. Sabiendo esto un juez llamado Elpidio, la mandó prender de allí á pocos dias, y luego que fué presentada á su tribunal, la hizo cargos severos porque siendo tan principal señora se olvidaba de su clase rebajando su dignidad con el contínuo trato de cristianos. Empero como Sabina le respondiese con arrogancia cristiana, que profesaba la religion de Jesucristo, é insultase su poder blasfemando de los falsos dioses, este impío juez, sin más proceso, la mandó degollar y confiscar todos sus bienes. Voló el alma de Sta. Sabina al cielo el dia 29 de Agosto del año 122 de nuestra era, dia en que la recuerda la Iglesia católica como una de sus gloriosas heroinas, y los cristianos unieron su cuerpo al de Santa Serafia en el sepulcro que ella habia dispuesto á esta. Tiene en Roma esta Santa un suntuoso templo en el que fundó el glorioso Sto. Domingo un convento de su Orden, y á él va el Sumo Pontifice el primer dia de cuaresma, dando allí principio á las estaciones que en los demás dias se celebran en él con gran devocion. Todos los martirologios hacen honorífica mencion de esta ilustre víctima heroina de nuestra santa religion católica, apostólica y romana.—B. C.

SABINA (Santa). Fué esta sierva de Dios una piadosa matrona de la ciudad de Milan, perteneciente á la nobleza, y de una de las más ilustres casas del país. Sabia bien que la devocion es la práctica afectuosa de los deberes que impone el culto de la religion, y la seguia estrictamente y con toda la sinceridad de su piadosa alma, y no ignorando que la devocion que no está fundada en la humildad cristiana y en la caridad para con el prójimo, no es más que orgullo y de consiguiente falsa, ponia todo su conato en sujetar su conducta estrictamente á la ley del Evangelio. Floreció esta

bienaventurada en el siglo V, y muy devota de los santos Nabor y Félix, á su devocion y á la generosidad con que costeó todos sus gastos, se debió la traslacion á la catedral de Milan de los cuerpos de tan gloriosos santos. Desde que llevó á cabo su idea, diariamente acudia á la santa iglesia á contemplar su obra, dirigiendo sus preces á Dios, junto la sepultura de estos dos santos. Grande debió ser su fervor y el agrado del Señor por tan religiosa sierva, cuando uno de los dias en que hacia oracion, hallándose en uno de esos éxtasis divinos que solo conocen los justos, ó aquellos á quienes el Criador de la humanidad y de todas las cosas envia un rayo de su luz, la llamó á sí para premiar su consecuente y fervorosa oracion, muriendo en la tierra para resucitar vida inmortal en el cielo, en donde la recibieron coros de ángeles que la darian la bien llegada y la presentarian ante el trono del Omnipotente para que premiase su devocion y su caridad con la corona de la gloria. —B. S. C.

SABINA (Sta.), martir. España, que tuvo la dicha de ser de los primeros pueblos que recibieron la luz del Evangelio que encendió en ella nuestro glorioso patron el apóstol Santiago, y que confirmó y afirmó para que jamás se extinguiese la gran madre de Dios María Santísima sin mancilla, dignándose venir á visitarla aún en carne mortal, ha sido tambien de las primeras que han regado la tierra con la sangre de sus hijos por defender la fe de Jesucristo. Innumerables son los mártires que registran los anales de nuestra católica patria en todas las ocasiones en que los dominadores de extrañas creencias la han afligido, y entre los honrosos blasones que la ennoblecen como uno de los más grandes y poderosos pueblos del mundo antiguo y moderno, miles destellos de la gracia divina la ensalzan en el cielo en otros tantos bienaventurados que supieron ganarse en la tierra con sus virtudes y santidad los tronos que Dios destina en la gloria á los que siguen su santa ley, y dan ejemplo de abnegacion de los bienes terrenos y solo aspiran á los celestiales. Entre las muchísimas heroinas españolas que arrostrando toda clase de peligros, despreciando al mundo y sus pompas y vanidades, y con su alma siempre en Dios, lograron un trono de gloria y la admiracion de sus conciudadanos, y áun de toda la cristiandad, debe contarse á la gloriosa Sta. Sabina, hermana de S. Vicente, mártir, y de Sta. Cristeta, que vertió tambien como ellos su sangre por confesar la fe de Jesucristo. No obstante de que al hablar en esta obra, en el artículo que le corresponde, del mártir de Elvora, S. Vicente, hemos de tocar alguna parte de la vida de esta Santa, parécenos no temer se nos censure la repeticion de alguna parte en aquel ó este artículo, siquiera por la facilidad que procuraremos al piadoso lector de encontrar en el suyo respectivo lo relativo á esta Santa y no tener que ir á buscarla á la que se refiere á su expresado hermano, á con-

secuencia de una cita de remision. Reinaban en el imperio romano Diocleciano y Maximiano, emperadores enemigos irreconciliables de los cristianos, contra los que ordenaron la más terrible de las persecuciones que sufriera la Iglesia, pues que, en particular el primero, se habia propuesto al subir al trono de los Césares extinguir hasta el nombre de cristiano si pudiera. Deseosos de acabar con los Nazarenos, como ellos llamaban á los hijos de la Iglesia, mandaron á todas las provincias del entónces vasto imperio romano, autoridades celosas de la religion idólatra, que á esta cualidad reuniesen un carácter duro y sanguinario. Tocóle á España como presidente el feroz Dacio, el cual, como si fuera un hambriento tigre ansioso de carne humana, recorria las comarcas asesinando infamemente á cuantos sus satélites le presentaban como cristianos. Llegó al antiguo reino de Toledo, denominado *Toletum* en aquella época, y sabiendo que en Elvora, que algunos autores señalan por la ciudad denominada hoy Talavera de la Reina, á doce leguas de Toledo, vivia un cristiano de ascendiente en el país, llamado Vicente, le hizo prender y presentarle á su tribunal, en el que pasó cuanto en el artículo relativo á este santo referimos (véase VICENTE). Santa Sabina, luego que pudo lograr ver en la prision á S. Vicente, que era hermano suyo, se fué á hablarle en compañía de su hermana Cristeta, hijos los tres del referido país y pueblo. Dependia la subsistencia de las dos hermanas de su hermano, pues eran huérfanos y sin otro amparo, y luego que le vieron entre cadenas, le expresaron el desamparo en que sin él iban á quedar y el peligro en que se hallarian de perder sus vidas y áun sus almas faltas de su apoyo, y con abundantes lágrimas le suplicaron huyese con ellas adonde pudiesen vivir los tres en paz y dedicados al servicio de su Dios. Accedió Vicente á los ruegos reiterados de Sta. Sabina y de su hermana, y burlando la vigilancia de sus guardas, huyeron de la prision; pero por más diligencias que pusieron en ocultarse, no pudieron librarse de la tenaz persecucion de los satélites de Daciano, y al fin fueron alcanzados cerca de la ciudad de Aviñon, en las Galias. Presos los tres hermanos y conociendo que Dios queria obtener sus almas por medio del martirio, se conformaron teniendo dicha que así fuese, y le deseaban de tal modo que la tardanza les era ya más penosa que los mismos tormentos que aguardaban. No se hicieron estos mucho desear, pues que llevando órden sus verdugos de martirizarlos adonde fueran encontrados, les empezaron á atormentar cruelmente, operacion que sufrieron todo el camino. Por lo que aparece de los autores que hablan de estos santos, puede dudarse si su martirio y muerte se verificó en las cercanías de las ciudades de Avila, Leon ó Palencia, ciudades que se disputan sobre esto y acerca de la posesion de sus santas reliquias. Empero en lo que todos convienen es en el modo del martirio y en las cir-

cunstancias y consecuencias de él. Viendo los verdugos que conducian presos á los santos, que ni por amenazas, ni por castigos dejaban de cantar con alegria alabanzas á Jesucristo, detestando de los dioses de los romanos, no tuvieron paciencia para continuar el camino con ellos, y determinando sacrificarlos á su venganza, les tendieron en el suelo poniendo sobre duras piedras sus cabezas, y con inhumana crueldad se las machacaron con otras piedras hasta que las dejaron completamente deshechas, esparciendo sus sesos y despojos por aquel campo, con cuyo martirio cruento volaron sus benditas almas á la region de los ángeles el dia 27 de Octubre, en que los recuerda la Iglesia católica, especialmente en España, del año 303 de nuestra era. Dejaron los verdugos insepultos sus cuerpos para que fuesen pasto de las aves carnívoras y de los perros y lobos del país; pero Dios, que queria que aquellas preciosas reliquias se conservasen para que recibiesen la veneracion de los fieles, dispuso las cosas de otro modo. Dicen los autores que cerca de la ciudad habia una enorme serpiente que tenia en alarma á todos sus habitantes, y la cual se anidaba entre los peñascos en que fueron sacrificados Sta. Sabina y sus hermanos. Esta serpierte, añaden, vino á colocarse al lado de los santos cuerpos, y como si obedeciera á un poder al que no podia resistir, se mantuvo como de centinela y custodio de ellos. Un judío que se habia gozado en el sacrificio de aquellos cristianos, osó acercarse á ellos con depravada intencion; pero inopinadamente parece que se vió acometido por la serpiente, que enroscándose en su cuerpo le apretaba de tal modo, que le hubiera ahogado si la misma fuerza que la obligaba al hecho no la hiciese mantenerse de aquel modo sin matar á su presa. Dícese además, que viéndose el judío en tal aprieto, recibió un rayo de luz que le hizo conocer un medio de salvarse de la feroz serpiente, y fué convertirse á Jesucristo, prometiendo hacerse cristiano si se libraba de aquel apurado lance. Soltóle la serpiente y se marchó á esconderse en su guarida, y conociendo el judío la bondad de Dios, se hizo inmediatamente bautizar, y ayudado de otros cristianos, dió sepultura á los santos cuerpos, edificando á su costa sobre su sepultura un templo para que fuera duradero monumento de su conversion al cristianismo y de su gratitud. Ostenta la ciudad de Avila á estos santos mártires como patronos gloriosos, y los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel I, que tuvieron especial devocion á Sta. Sabina y sus hermanos, viendo el abuso que habia entre los habitantes de Avila y áun de otros paises de jurar por el sepulcro de S. Vicente de Avila y de las referidas santas, vedaron en sus leyes de Toro este juramento, imponiendo graves penas á los que contraviniesen. Como ya lo hemos dicho, son tan apreciados estos santos mártires en Castilla la Vieja, que Avila, el monasterio de S. Isidoro de Leon y el de S. Pedro de Arlanza, cerca de Burgos, se han

creido poseer en los cimientos de sus iglesias sus santas reliquias: creyendo los habitantes de la ciudad de Palencia poseer en la suya el cuerpo de santa Cristeta; y si bien puede haber duda de que en ninguna de estas partes se hallen, no la hay en que esten reunidos, puesto que juntos consta se enterraron, ni debe por eso dejarse de creer que en todas estas iglesias existan algunas reliquias por las que se tome una parte por el todo. El cardenal Baronio en sus Anotaciones, y el venerable Beda y Usuardo en sus Martirologios, hacen mencion honorífica de los tres santos hermanos, los que se ven tambien citados en la mayor parte de los Santorales, y especialmente en los españoles, que han prestado culto á estos héroes del cristianismo con que se envanece nuestra Castilla.—B. S. C.

SABINA (Sta.). En el VII siglo de la Iglesia floreció esta sierva del Señor, la cual, como se propuso ocultar todas sus buenas acciones para que por ninguna de ellas tuviese ocasion de sugerírsela el amor propio, que es en verdad de los más terribles enemigos del hombre, aunque no sea más sino porque es enemigo que por doquiera le acompaña; nos ha privado esta su misma modestia y su constante anhelo de que todo en ella fuese oculto, nos ha privado del conocimiento de sus hechos, que á la verdad han de ser muy estimables, aunque no atendamos á otra circunstancia sino á la de que sirvieron para colocarla en los altares. Oriunda de una de las primeras familias de Escocia, procuró que todas sus acciones fuesen, no solo conformes, sino en mucho superiores á lo que merecia su alcurnia, y ocupada en el ministerio de educar los niños de sus hermanas, por ser ella la única libre de familia propia en quien hacer eficaces sus cuidados, tuvo el consuelo de dar las primeras nociones de virtud á su sobrino, que despues fué san Cutberto, y con esto está dicho el mérito de la maestra, á contar por la calidad y circunstancias del discípulo. Ella vivió bajo la direccion de un anacoreta de mucha rectitud y rigidez, que florecia en su época y pueblo, y observó cuidadosamente no solo sus preceptos, sino sus consejos, con lo cual logró aventajar mucho en la virtud, sobre todo en la mortificacion, obligando su cuerpo á servidumbre, aunque su inocencia misma parecia que podia excusarla de los rigores de la penitencia. Tuvo el consuelo de asistir á la consagracion de su sobrino el santo obispo, y áun de ayudarle en lo que ella podia, reuniendo en torno suyo á las niñas y jóvenes, que prendadas de sus virtudes la escuchaban como á un oráculo, y con exquisita diligencia procuraban corresponder á las gracias que el Señor las hacia con depararlas tan excelente maestra. Llena, pues, de méritos y anhelando con las mayores ánsias la posesion de su Dios, la logró el dia 6 de Noviembre del año 614, habiendo sido sumo el sentimiento que en todos causó su muerte, si bien todos confiaban en que seria ocasion de su triunfo. Se hicieron las debidas averi-

guaciones acerca de sus virtudes, y la Iglesia la declaró Santa asignando á su memoria el dia 6 de Noviembre.—G. R.

SABINA (Sta.). Hay familias que parece las destina Dios para modelo de todas las virtudes cristianas, colmando á sus individuos de aquellas dotes especialísimas que les han de hacer acreedores á un encumbrado lugar en la patria de los justos; y una de las familias á quienes tocó este privilegio fué sin duda la de nuestra Sta. Sabina. Prescindiendo de que muchos de sus mayores habian derramado su sangre por la fe de Jesucristo, hay que notar que sus padres fueron, si no santos, venerables por lo ménos, y que al declararlos tales la Iglesia, dió márgen, segun la bula, á confiar en que un dia serán beatos, si á Dios place esclarecer algunos puntos que parece estan hasta ahora oscurecidos, para que luego sea mayor la gloria que en su esclarecimiento les resulte. Además fué sobrino de nuestra Santa el glorioso S. Cutberto, y este además del parentesco segun la carne, estaba unido á la Santa por un vínculo ni ménos estrecho ni ménos importante, cual era el de haber estado confiada á ella la primera educacion del niño, hasta la época en que es preciso que dejando de estar al cargo de mujeres, pasen al lado de ayos ó maestros de otra clase á recibir la educacion conveniente. Y es de notar que Sta. Sabina perteneció á una de las primeras familias de las Marcas, pudiendo haber aspirado, si no á un trono, por lo ménos á importantes ducados que por todo derecho la pertenecian, no teniendo, como no tenia hermanos varones. Sin embargo, ella comprendió perfectamente que su reino no era de este mundo y renunció generosamente todo lo que podia haberla halagado más; renunció las brillantísimas colocaciones que hubiera podido tener, ya porque unos buscaban su posesion en razon de sus inmensos bienes de fortuna, ya porque otros la querian, atendiendo solo á sus prendas y aportando ellos al matrimonio, si se hubiera verificado, tan gran caudal ó más que con el que ella contaba. Mas de ningun modo quiso ni oir siquiera las proposiciones que en este sentido y bajo diversos aspectos se la hicieron; desde que tuvo edad para ello se habia consagrado á Dios; desde muy niña habia dicho: «Dios es la parte de mi heredad» y queria sostenerse en su dicho, queria consagrarse solo á Dios y que el servicio del Señor fuese su única ocupacion, su solo destino. Para realizar sus deseos cedia, segun los iba heredando, sus cuantiosos bienes á los parientes más cercanos á quienes ella creia podian corresponder, y lo que era enteramente libre, lo reducia á dinero, y con este dinero aliviaba las necesidades de los pobres, las cuales la interesaban tanto, que puede decirse que muchas veces al remediarlas se la veia sufrir más aún que á los mismos á quienes iba á favorecer; así como era indecible su contento cuando veia que su Dios y Señor se valia de ella para hacer más llevaderas las desgracias de sus her-

manos. Puede decirse con verdad que lo ménos importante en nuestra Santa era el socorro material que daba á los desvalidos; sus palabras, que se derramaban en los corazones de aquellos infelices como bálsamo que les embriagaba; sus suspiros, que llegaban hasta el trono del Eterno suplicando siempre al Señor el remedio de aquellas necesidades y miserias; su caridad, en fin, que elevaba á aquellos mismos en cuyo favor se ejercia, sin que sea exageracion decir que muchas veces hacia el Señor milagros, verdaderamente tales, al acercarse Sabina á un necesitado, en justa recompensa de la fe viva con que se interesaba por él. Mas sus deseos no se veian satisfechos con esto; ella queria una vida más pobre, más oculta, más retirada, y en efecto, el Señor condescendió con su deseo. Repartidos todos sus bienes, los unos entre sus parientes y los otros, que fueron la mayor parte, entre sus hermanos los pobres, Sabina quedó hecha como uno de estos y entónces estuvo satisfecha. Ella sabia que Jesucristo se habia hecho glorioso por las ignominias y la muerte, y muerte la más afrentosa posible; queria ella seguir las trazas que le indicára su amado, porque estaba convencida de que solo siguiendo á Jesus va la criatura algun tanto segura de su dicha; así es que se ocultó á los ojos de todos los del mundo, se retiró á un lugar solitario en las cercanías de su iglesia en despoblado, y allí comenzó una vida tan austera como hubiera sido conveniente para expiar los crímenes más horribles. Allí su descanso era casi ninguno, su penitencia asombrosa y su ejercicio de oracion contínuo, tanto que los más aventajados anacoretas no vacilaban en acercarse á ella para consultarla y pedirla documentos relativos á la manera de procurar á su espíritu el aprovechamiento que deseaban. Y no se crea que esta conducta de Sabina la libraba de los rudos ataques del fatal adversario de nuestras almas; todo ménos que eso, parecia, por el contrario, que cuantos mayores eran los esfuerzos que nuestra Santa hacia para vencerla, más robustos eran los brios que tomaba para atacarla; pero todo sin fruto, porque Dios, que permitia esta tribulacion, sacaba incólume á su sierva, no sin padecer, pero venciendo siempre y dando aliento así á las pusilánimes que un dia han de aprender en su conducta la que en casos análogos debe observarse. Tambien tuvo bastante que sufrir de parte de sus deudos mismos, que conociendo que solo atormentándola podrian perturbar su sosiego, lo hacian bajo frívolos pretextos de interés hácia ella que no tuvieron nunca; pero Sabina solo miraba la gloria de Dios, el bien de su espíritu, el mayor provecho de sus hermanos, y con tal de lograr esto, nada la importaba ni tener que padecer, ni áun la muerte misma la intimidaba, porque comprendia bien que este era el solo medio de llegar á la posesion de su Dios y su Señor de una manera inamisible, de un modo que no pudiese nadie ni nada privarla de su ventura, es de-

cir en la gloria perdurable. Acrisoladas, pues, todas sus virtudes por las pruebas á que Dios la expuso, logró en los últimos dias de su vida la tranquilidad con que Dios regala alguna vez á sus escogidos. Fué previniéndose á la muerte con los mayores esfuerzos que pudo, y recibidos los santos Sacramentos con indecible edificacion, oyendo y acompañando las preces de la Iglesia, dió su alma al Criador el dia 5 de Noviembre del año 614. Apénas verificada su preciosa muerte, voló la fama de sus buenas acciones, todos comenzaron á hacerse eco de sus heróicas virtudes, y los más extraordinarios portentos se obraban solo en su invocacion. Asi es que al momento se abrió el expediente para declararla Venerable, y pocos dias despues de su muerte la daba ya Roma este dictado, dictado que luego que se esclarecieron los hechos se trocó por el de Beata, y muy poco despues por el de Santa, pues Dios hizo en favor suyo todos los prodigios con que distingue á los que quiere poner en tan elevado predicamento. Se asignó á su memoria el dia 5 de Noviembre, aniversario de su tránsito, y Dios se ha dignado hacer muchos milagros por medio de la gloriosa Sta. Sabina.—G. R.

SABINA (Sta.), vírgen, religiosa benedictina del siglo undécimo, en que se distinguió mucho por sus virtudes y santidad. Desde su niñez habia dado muestras de hallarse destinada á servir al Señor, á quien habia consagrado la flor de su virginal pureza. Decidida, pues, á seguirle, no hubo penitencia que no emprendiera, sacrificio que no hiciera, trabajo á que no se sometiera para conseguir su elevado y noble objeto. La piadosa doncella pasaba dias y noches consagrada á la oracion y á maceraciones, que sujetaban la carne al espíritu y la hacian vivir sometida á todos sus mandatos y deseos, así es que en su larga carrera jamás traspasó los límites que se habia impuesto, y ni una sola vez pensó en faltar á todos sus deberes; cándida azucena para la que solo existia un mundo y un amor, el claustro llenaba todos sus deseos y necesidades, y su vida se hallaba satisfecha encontrándose constantemente en el fondo de su soledad. No hubo para ella dia más alegre ni más risueño que el en que tomando el velo renunció al mundo, en que puede decirse no habia conocido ni las pasiones ni las necesidades á que los demás mortales se hallan sujetos. Su alma pura se alejaba de la tierra sin ninguno de estos sentimientos de dolor que hacen llorar á los demás el abandono de una mansion que para ellos habia sido de delicias, pues su alma no las habia conocido, ántes bien las huyera, mirándolas como el orígen de todos los males que afligen á la humanidad. ¿Qué podia esperarse por lo tanto más grande, más noble y sagrado que sus elevadas aspiraciones? Amar á Dios y servirle eran todos sus deseos, y supo ponerlos en práctica en su monasterio. Allí, viviendo en perpétua soledad, separada hasta de sus mismas compañeras, no teniendo presente más que á

su Dios, á quien perfectamente adoraba, vió satisfechas sus esperanzas, pues segun el *Flos Sanctorum benedictino* era favorecida de Dios con muchas visiones celestiales, habiendo tenido noticia hasta de la hora y dia de su propia muerte. Verificóse esta cuando la del abad S. Hugo, tan célebre en su religion, en el año de 1048, desde cuya época recibe culto especial, segun el citado *Flos Sanctorum* y los *Martirologios* de Bucelino, Bolando y otros.—S. B.

SABINA (Sta.), vírgen y mártir. Es tradicion recibida en Cataluña, que despues que con el favor del cielo el esforzado caballero D. Arnaldo Miron, de la ilustre familia de los condes de Pallás, hubo arrojado los moros de la parte de Cataluña en que se hallaban sus estados, alcanzando de ellos grandes victorias, entre otros castillos que les tomó fue uno el de Ager, que se halla situado en un profundo valle, cerca de una elevada altura, y fué sin duda el que le debió costar más trabajo y sangre ántes de rendirle que ninguno de los otros muchos que habia conquistado. La primera cosa que decidió despues de su victoria fué mandar que se edificase allí una iglesia en honor de S. Pedro, príncipe de los Apóstoles, para que en ella se sirviese y diera gloria á Dios nuestro Señor, para purificar aquel sitio de los restos del islamismo que en él quedar pudieran. «Qué cierto es, dice el P. Domenec, que ese ha de ser el primero y más principal motivo de los que conquistan tierras de poder de infieles, si quieren que los asista el omnipotente Dios de los ejércitos.» Y se ve claro que tal era el de aquellos esclarecidos condes en las maravillosas victorias que con tan poco número de gente, aunque con tan grande esfuerzo de corazones, hubieron de los infieles, siendo ellos sin número y dueños de las mejores fortalezas; y muchas iglesias y monasterios de canónigos regulares y de S. Agustin, y de monjes benedictinos y cistercienses fundaron, reedificaron y dotaron con grande munificencia. Terminado el templo, procuró que residiesen en él canónigos regulares, y que tuviesen abad y demás prelados conforme á su regla. Y para que el cuidado de buscar el sustento corporal no les entretuviese é hiciera descuidar por un momento el servicio de Dios, les hizo donacion desde luego del castillo y lugar de Ager y otros con mucha renta, concediéndoles la jurisdiccion sobre todas las iglesias que se hallasen dentro de sus términos, con sus diezmos, primicias y ofrendas. Obtúvoles tambien muchas gracias de la Sede Apostólica, manifestando en todo su grande liberalidad y generosidad de corazon. De todo lo cual parece que existia auto en el archivo Real de Barcelona, el cual fué hecho en Abril del año octavo de Felipe I de Francia, que es del nacimiento de Cristo 1068, época en que florencia cual en ninguna las glorias de Cataluña, siendo su principal héroe el valeroso conde de Barcelona D. Ramon Berenguer, primero de los de este nom-

bre, quien llegó á tener doce moros tributarios en España, porque les hacia temblar su apellido. A este monasterio de Ager fué trasladado en épocas remotas el cuerpo de la gloriosa mártir Sta. Sabina, cuya fiesta se celebra el domingo inmediato ántes del dia de S. Simon y Judas, apóstoles. Solemnízase mucho en aquel país la fiesta de esta santa, y la hacen oficio doble mayor con octavas, nombrándola en la colecta de la misa y oficio divino, y la oracion que usan es: *Indulgentiam nobis, Domine, beata Sabina virgo, et martyr imploret, quæ tibi grata semper extitit, et merito castitatis, tuæ professione virtutis. Per....* Hacen en su dia solemnes procesiones con innumerable concurrencia. De esta Santa no hay noticia, segun el P. Domenec, quien añade: adviértase que hay otras tres santas de este mismo nombre, es á saber: Sta. Sabina, romana; Sta. Sabina del Pago Tricasino, y la otra es hermana de S. Vicente y Sta. Cristeta, y nuestra Sabina es muy diferente de todas aquellas. Porque nuestra santa es vírgen; la primera de las nombradas aquí no es vírgen, sino viuda y mártir. La segunda aquí nombrada es vírgen y no mártir, ni es la hermana de Sta. Cristeta, porque en los colectarios de Ager se señala dia particular á Sta. Sabina, hermana de santa Cristeta, y despues en otro dia señala la festividad de esta bendita Santa su patrona. Tal es la tradicion catalana de Sta. Sabina, que hemos querido transcribir; dejando á los eruditos el hacer las investigaciones que tengan por convenientes.—S. B.

SABINA ó Marina Alvarez (Bta.), de la tercera órden de S. Francisco. Era natural de Albacete, y á la muerte de su marido se retiró á una iglesia de aquella ciudad en compañía de dos hijas, llamadas María Alvarez Marco y Catalina Alvarez, con las que se consagró á Dios tomando el hábito de la religion Seráfica. Vivió por espacio de veintidos años dando muestra de todo género de virtudes, falleciendo en 1551 en olor de santidad. Su cuerpo fué trasladado algun tiempo despues al convento de los religiosos Menores de Albacete, donde era mirado con particular veneracion.—S. B.

SABINA Vidal (Bta.), de la tercera órden de la religion de S. Francisco. Fué natural de la ciudad de Cuenca, y en el año de 1548 recibió el hábito de la tercera Orden de penitencia en el convento de S. Francisco de Cuenca. Lo llevó el largo espacio de cuarenta y seis años, con muy raro y notable ejemplo de santa vida, y como tal fué admirada y considerada en toda la ciudad y comarca, gozando por sus extraordinarias virtudes de grande reputacion. Su hacienda era muy escasa y de corto valor, viviendo con el trabajo y labores de sus manos. Hacia tambien alguna ropa de lana, con cuyos productos atendia á su parca manutencion, y si bien no era rica en bienes temporales, lo era, y mucho, en su espíritu evangélico, que la constituia en bienaventurada; jamás cubrió su cuerpo sino con un hábito pobre y una saya,

y bastará solo decir para considerar su estado, que con el mismo hábito que en su orígen la dieron, vivió, murió y la enterraron, sirviéndole una misma ropa de abrigo durante su vida y de mortaja en su muerte; pareciendo casi increible pudiera durarla cuarenta y seis años, pues únicamente le echaba unas mangas rarísima vez, por estar en extremo deterioradas las que tenia. Y cuando la hacian presente porqué no se hacia hábito nuevo, respondia: que no la convenia, por el cariño que tenia á su viejo hábito, y mucho más porque habia de ser la mortaja con que la habian de enterrar. En su juventud más florida, á la edad de veintidos años, con un fervoroso deseo de consagrarse á Dios, tomó el hábito, y desde aquel momento se propuso fuese su mortaja, y desde luego le consideró así, viviendo siempre con tan grande mortificacion y entregada á tales austeridades, que más bien parecia una difunta que animada por la vida. La madre de esta virtuosa sierva del Señor padeció una grave dolencia que la tuvo postrada durante siete años, á quien su bendita hija asistió y curó con entrañable y admirable amor y con singularísimo cuidado. Del muy grande que tenia á su querida madre, y del muy poco que tenia de sí, vino á contraer una enfermedad habitual que la duró toda su vida, llevando sus sufrimientos y dolores con indecible resignacion y paciencia. A consecuencia de este constante padecimiento, y de las muchas penitencias y ayunos que hacia, tuvo siempre el semblante tan pálido y demacrado, que no se encontraba diferencia entre ella y un cadáver, si no fuera por el soplo de vida que la animaba, pero fué bien admirable que despues de morir quedó tan resplandeciente y con una hermosura tal, que llamó extraordinariamente la atencion, pudiendo decirse que viva parecia difunta, y muerta tenia toda la belleza y buen aspecto que caracterizan la vitalidad.—A. L.

SABINIANO (S.) mártir, natural de Damasco, vivia en esta ciudad con sus padres los santos Pablo y Tata, y sus hermanos Eugenio, Máximo y Rufo. Ocupábase esta santa familia en adorar á Dios verdadero, ocultando sus preces á los gentiles, sus compatriotas, y haciendo cuantas obras de caridad podian; pero como la verdadera piedad no puede permanecer oculta mucho tiempo cuando la acompaña la caridad espiritual y material á la vez, no tardó en descubrirse que todos eran cristianos, y delatados ante el juez, este los hizo comparecer á su tribunal. Confesaron los santos todos que eran cristianos, y que por nada dejarian de serlo áun cuando por ello se les quitase la vida. Indignado el juez les mandó azotar cruelmente, y como viese sufrian sin quejarse este tormento y que no conseguia que adorasen á los ídolos, les mandó dar tan terribles castigos, que en ellos dejaron la vida volando sus almas á la mansion de los justos.—C.

SABINIANO (S.) mártir. Durante el reinado del emperador Aureliano

se persiguió crudamente á los cristianos, contra los que diariamente se presentaban terribles acusaciones en las que se les hacia aparecer como perturbadores del órden público y ofensores de la santidad de los dioses. Por los años 271 hallamos en los Martirologios, que acusado de profesar la religion cristiana Sabiniano, fué presentado ante los jueces. Preguntado por estos, el Santo confirmó lo verdadero de la acusacion, confesando con entusiasmo que era cristiano, y como no quisiese ni por halagos ni por amenazas incensar á los ídolos, como se le propuso, ántes por el contrario los despreciase y maldijese con toda su alma, los jueces de la ciudad de Troyes, ante cuyo tribunal habia sido presentado, le mandaron degollar, cuya sentencia se cumplió, y su bendita alma fué á gozar de las delicias de la eterna patria de los justos, razon por la que la Iglesia le recuerda el dia 30 de Enero.—B. C.

SABINIANO (S.), monje y compañeros mártires, cuya memoria se celebra en 8 de Junio. El martirio de estos religiosos fué, segun el P. Marieta, en Córdoba: los siete eran monjes, y uno solo sacerdote. Llamábanse los primeros Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Habencio y Jeremías, y el último Pedro, que probablemente era párroco ó rector de alguna de las iglesias de Ecija. Walabonso era hermano de Sta. María mártir, la que fué atormentada con otra santa denominada Flora, de quienes nos hemos ocupado en sus lugares respectivos. Se hallaba ordenado de diácono y habia nacido en una ciudad llamada Ilipa, que estaba situada donde se halla ahora la villa de Peñaflor, entre Sevilla y Córdoba. Este religioso habia ido con Pedro á estudiar á Córdoba, en donde no solo las letras humanas, sino tambien las sagradas, se hallaban muy florecientes á la sazon, gracias á la laboriosidad y celo de los sacerdotes cristianos que las enseñaban en aquella metrópoli. En ambas facultades hicieron grandes progresos los dos compañeros, teniendo por maestro á un monje llamado Frugelo, que era abad del monasterio de Sta. Maria, donde los dos compañeros tomaron el hábito de religioso. S. Sabiniano era natural de una villa denominada Froniano, situada en las montañas de Córdoba, al Occidente de esta ciudad. Westremundo era tambien jóven y monje en el monasterio de S. Zoilo. Estos dos santos, añade el P. Marieta, salieron del dicho convento para el martirio: S. Habencio habia vestido el hábito en el de S. Cristóbal de la ciudad de Córdoba, de donde era natural, y en el que pasó la mayor parte de su vida distinguiéndose por su religiosidad y amor á la observancia de la regla. San Jeremías habia fundado un monasterio, á que el expresado Marieta denomina Tavanense, y era tio de S. Isáac, mártir. Estos seis religiosos juntos, segun la relacion del antiguo autor de los Santos de España, se presentaron al juez y le dijeron: «Sábete, juez, que nosotros somos de la misma profesion

que nuestros pasados Isáac y Sancho, á quienes has muerto por el aborrecimiento del nombre de tu Dios, ahora puedes tambien promulgar sentencia contra nosotros. Enciéndase tu saña y furor, venga en nosotros la saña que tienes contra los que maldicen tu profeta, porque nosotros confesamos á Dios verdadero Jesucristo nuestro Señor, que vuestro profeta ninguna otra cosa es sino un dogmatista falso, ministro del demonio, precursor del Antecristo, y duélenos mucho que vosotros habeis de ir con su falsa secta, juntamente con él, á las penas perpétuas.» Este razonamiento ocasionó los efectos deseados, pues no pudiendo los jueces resistirle, les mandaron degollar. Mas primero, sin que se sepa el motivo, fué azotado S. Jeremías, que segun unos autores, murió durante este suplicio, aunque suponen otros que le llevaron ántes que espirase para ser degollado fuera de la ciudad con sus demás compañeros, todos los cuales iban contentos y alegres. Murieron primero el santo sacerdote Pedro y S. Walabonso, diácono, y luego todos los demás, poniendo sus santos cuerpos en unos palos donde permanecieron colgados algunos dias, siendo despues quemados y arrojadas sus cenizas al rio para que no quedase memoria de ellos. Verificóse su muerte en 8 de Junio.—S. B.

SABINIANO (S.), abad. Tomó el hábito en el monasterio de Cambrai á últimos del siglo VII ó principios del VIII, distinguiéndose mucho por sus virtudes. Hizo su carrera con notable aprovechamiento, y en premio de su ciencia fué honrado con diferentes distinciones hasta obtener el cargo de abad de su monasterio, que gobernó con celo y buenos resultados, cual correspondia al nombre que habia sabido hacerse durante su larga carrera. Su bondad y buenas circunstancias personales hacian que le amasen sus súbditos como á un verdadero padre, y él procuraba corresponder á las distinciones que de ellos recibia, siendo más bondadoso para con todos y procurando conducirles de esta manera por el camino de la perfeccion. En el gobierno de su abadía sucedió á S. Teofredo, á quien procuró imitar, trabajando con igual constancia y decision que sus antecesores, y lo consiguió en efecto, habiendo logrado reunir un gran número de monjes, á los que enseñó los principios de la verdadera observancia, excediéndolos en caridad y amor á Jesucristo. Despues de haber gobernado su monasterio por un largo espacio de años, murió en opinion de santidad en 740, celebrando la Orden benedictina su memoria todos los años en 20 de Noviembre, que acaso sea el dia de su tránsito.—S. B.

SABINIANO (S.), obispo y mártir. El 31 del mes de Diciembre recuerda la Iglesia con Potenciano á este prelado, del que solo nos dicen los Martirologios que fué enviado por el pontífice á predicar el Evangelio á los senonas, y que perseguido por estos, fué martirizado y alcanzó la corona de los

héroes que han subido al cielo por morir confesando á Jesucristo. — C.

SABINIANO (papa). Murió el pontífice romano S. Gregorio I *el Grande* el dia 12 de Marzo del año de gracia 604, despues de haber edificado el mundo con su santidad y virtudes y engrandecido la Iglesia católica con sus virtudes. La grande altura á que hizo considerar este santo papa al pontificado romano con su conducta, fué causa de que apareciese más pequeño en todos sentidos su sucesor, el que si bien no fué tal como le presentan algunos autores empeñados en desacreditar de mil maneras á la Santa Sede, estuvo muy léjos de parecerse á su antecesor, ni en ciencia ni en virtud, á lo que aparece de la historia del pontificado. Frecuentemente acontece, que despues de un hombre extraordinario que hace resaltar con sus hechos las glorias de una nacion, de un pueblo ó de una familia, venga á sucederle otro que camine por diferente sendero, y cuyos hechos tiendan más bien á oscurecer los blasones adquiridos, que á ilustrarlos y aumentarlos con otros no ménos nobles, y esto lo permite Dios sin duda para que la pobre humanidad conozca su miserable condicion, no se ensoberbezca con repetidos triunfos, y se convenza una vez más de que solo existe la grandeza constante y progresiva sin fin en su Omnipotencia, siendo la del hombre efímera, deleznable, humo y vanidad, que disipa el más ligero céfiro. Al hacer la biografía del Papa de que vamos á tratar, á la vista de las escritas por muchos autores que nos han precedido en este trabajo, no podemos ménos de hacernos cargo de lo que al empezar la suya dijo el ilustrado D. Hilario Blanco, examinador sinodal de varios obispados y de la Real abadía del Real sitio de S. Ildefonso, en su preciosa obra *Historia general de los Sumos Pontífices*, publicada en dos tomos en folio menor, en Madrid en 1857; porque siendo el escrito sobre el papa Sabiniano más razonado que hemos visto, creemos que nos lo agradecerán nuestros lectores: «Hemos llegado, dice este ilustrado escritor, á una de aquellas épocas y períodos en que el papado, juntamente con el cristianismo, experimentará trasformaciones y mudanzas terribles, que no podrán ménos de admirar y llamar en adelante la atencion de los hombres estudiosos y reflexivos. La sociedad, amenazada de todas partes de la disolucion que la condenára bajo el peso duro de la inmoralidad, y cuyas últimas convulsiones eran como la letal agonía del fin caduco de los antiguos imperios, indicaba ya al hombre pensador la senda y el camino de salvacion, y hacia conocer á todos que áun de entre las pulverizadas ruinas habia de brotar siempre y florecer el árbol místico y lozano de la fe, que consolar habia á todos, cuidado y defendido en medio de las horrorosas tormentas por el suave espíritu de la verdad que eternamente le animára, y dirigido por la potestad y poder fuerte de la Iglesia y del papado, que era la comision que se le encomendára y que debia desempeñar. Las faltas ó los

defectos que, como hombres; los obispos de Roma pudieren haber cometido ó cometieran más adelante en esta parte, no han podido ser un obstáculo jamás contra su estabilidad, ni un argumento que deba mencionarse contra las verdades eternas de que es depositaria.» Somos de esta misma opinion, y por lo tanto no dudamos en presentar al papa Sabiniano tal como nos le presenta la historia. Nació en Volterra de Toscana, segun el cardenal Baronio; segun otros en Bieda, y otros le dan por patria Polimancio, de una familia oscura. Su padre se llamó Bono, y Nicéforo Calixto en el libro XVIII, capítulo XVI de su *Historia eclesiástica*, le llama Inocencio, nombre que tuvo tal vez con el de Sabiniano. Calificó á este papa Plotino, en sus *Vidas de los pontífices*, de costumbres extrañas; pero dice Moroni en su *Diccionario de erudicion eclesiástica*, que merece esta noticia poco crédito, si se considera que el papa Gregorio I *el Grande*, no solo le creyó digno de crearle cardenal diácono, sino que le mandó de nuncio ó legado de la Santa Sede á la ciudad de Constantinopla, cerca del desgraciado emperador Mauricio, el año 593, á cuyo lado estuvo cuatro años hasta que fué llamado á Roma el año 587, y ciertamente que á ser como le presenta Plotino, no hubiera merecido tales honores de S. Gregorio, que es uno de los más grandes pontífices que han ocupado la silla de S. Pedro. No siendo segun algunos escritores, dice Moroni, en los primeros siglos de la Iglesia, necesario el ascenso por grados, omitido el grado de sacerdote, se procedió á la consagracion de Sabiniano en obispo. Vacante la silla pontificia desde la muerte de S. Gregorio, á los cinco meses y medio, segun el historiodor Fleuri, fué elegido papa Sabiniano. que fué el LXVII en el órden cronológico de los pontífices romanos, á cuya silla subió desde cardenal diácono, habiéndose consagrado el dia 1.° de Setiembre del año 604, tomando en seguida posesion de tan elevada como augusta dignidad. Al hacer mencion de este hecho, dice el ilustrado Sr. Blanco ya citado: «La ambicion que dominára al hombre que concibe proyectos de elevacion, y que jamás llega á satisfacer de un modo real y positivo, le ciega para no ver, porque una densa nube le ciega constantemente los ojos del alma, y no le permite ver la claridad de las verdades que debian inspirarle toda veneracion y respeto por su imitacion. No hay pasion que engendre mayores desórdenes y que arrastre á más palpables injusticias. Como quiera que el ambicioso cifra su felicidad en la conveniencia de sus orgullosas miras, esta pasion viene á ser para él una divinidad ante cuyos altares no duda sacrificarlo todo. Semejante al brioso corcel que al ver á su competidor adelantarse en la carrera y en el hipódromo, se desboca y salta las vallas, y no para hasta estrellarse en un precipicio, del mismo modo el corazon del ambicioso no puede sufrir que haya quien le aventaje en dignidad, en saber, ó en cualquiera otra cosa que pueda ser motivo ú objeto

de su emulacion. Se posterga la caridad, se urden manejos inícuos contra el prójimo para llevar á cabo, si posible fuera, su ruina, hasta el extremo de ser un traidor y de desacreditar la reputacion mejor sentada. Se acumulan calumnias, se apura la intriga para sobornar y echar por tierra áun la santidad de los hechos y de los acontecimientos más grandes y más bien caracterizados. Aun cuando no sería justo y razonable imputar al obispo de Roma Sabiniano los graves y horribles estragos causados generalmente por esta pasion indigna; no obstante, todos los historiadores estan conformes en que este prelado era ménos liberal que lo que debiera, atendida su dignidad augusta, y que guardaba más de lo necesario los bienes caducos y perecederos de la tierra. Esta pasion denigrante y miseria desmedida del papa Sabiniano, frente á frente de la liberalidad y largueza de su antecesor, le hizo sentir mal del gran Gregorio, de quien se quejaba amargamente, murmurando de las cuantiosas sumas que habia repartido entre los pobres, é imputándole al mismo tiempo culpas y faltas por sus muchas liberalidades, por las que habia dejado exhausto y consumido el erario apostólico, y destrozado el patrimonio de la Iglesia. » Con relacion á esta conducta de Sabiniano para con su antecesor, dice Plotino, que ocurriendo una gran carestía en su pontificado, y pidiéndole los pobres romanos que imitando al papa Gregorio les hiciese algunas limosnas, no sabia responder otra cosa sino que deseoso su santo predecesor de procurarse la fama popular, habia disipado en esto el tesoro de la Iglesia, y que él no podia dar nada, de suerte que áun cuando mandó se abriesen los graneros, segun costumbre en tan aflictivas circunstancias, exigió, segun Ciaconio en su obra sobre las *Vidas de los Pontífices romanos*, trece sueldos de precio por cada una de las medidas que marcó. ¡Qué diferencia en tales ocasiones con lo hecho por su antecesor! Este piadoso y caritativo padre de los fieles lo repartia todo de limosna á los pobres, y esto con lágrimas de amor y con un santo agrado. Semejante conducta en un pontífice, en un ecónomo de la Iglesia del Señor, no pudo menos de irritar al Todopoderoso, que para castigarle sin duda, permitió una sublevacion popular que le puso en peligro con escándalo público. Irritándose los pobres viendo que les era imposible alcanzar alivio á su hambre por el alto precio que se les exigia, se insurreccionaron en masa contra el Papa, é invadiendo su palacio con desaforada gritería, le denostaron por su avaricia y falta de caridad, recordándole las virtudes de S. Gregorio, cuyo principal objeto para con su pueblo fué el alimentarles y cuidar de sus necesidades espirituales y temporales. Cuando el papa Sabiniano, rodeado de la multitud que le pedia pan con los acentos de la desesperacion, pudo lograr hacerse oir un momento, dice Ciaconio que les dijo: « Mi antecesor Gregorio ha disipado el patrimonio de la Iglesia en dádivas y larguezas, bus-

cando gloria popular; ha querido de este modo atraerse así á los pobres y vagamundos de todo el mundo; yo no puedo de modo alguno dar de comer á tantos.» Denigrantes estas palabras hácia S. Gregorio, el pueblo le hizo justicia con sus alabanzas, y si la piedad hubiese estado en Roma ménos arraigada en aquel dia, acaso la irritacion popular hubiese echado un feísimo borron en la historia de la Iglesia católica, ó más bien en la de sus creyentes; pero Dios, que quiso solo advertir á su vicario de su mal proceder, y de que habia olvidado que los tesoros de la caridad se aumentan á manera que crecen las necesidades de los fieles, como sucedió con los panes y los peces en el desierto y con el vino en las ánforas de las bodas de Caná, no permitió que el cristiano pueblo de Roma llevase sus desmanes más adelante. Como siempre se ponia á Sabiniano por delante para representarle y hacerle conocer su pequeñez, la colosal figura de su glorioso antecesor, acabó por tomarle tanta antipatía, que lleno de saña y furor contra S. Gregorio, ideó quemar sus obras, aquellos escritos y comentarios que son gloria del catolicismo y que tanto han admirado al mundo por su santidad y sabiduría; y acaso no los conoceriamos y la Iglesia hubiera perdido este tesoro, si con lágrimas y súplicas no le hubiera apartado de este mal designio un diácono, manifestándole que aquellos escritos habian sido dictados por el Espíritu Santo, al que él habia visto en forma de paloma dictándole cuando escribia. «Algunos historiadores, dice el citado Blanco, al referir estos actos de Sabiniano, dignos solo de un corazon mezquino, refieren que S. Gregorio se le apareció por tercera vez reprendiéndole su dureza y falta de caridad con los pobres y menesterosos, y persuadiéndole enmendára sus procederes tan discordes de la augusta dignidad, y amenazándole en el caso contrario con un castigo severo; pero Sabiniano, semejante á Saul, que ávido de gloria y mal satisfecho de no haber obtenido los aplausos de las turbas de Israel en un grado superior á David, y queriendo exterminarle, se valió de los más negros designios, así el Pontífice siguió impávido en su marcha despreciando las moniciones y los avisos, hasta que herido de muerte pocos dias despues por un dolor vehemente que le atormentára, perdió el pontificado y la vida.» Al hacerse cargo Moroni en su citada obra de cuanto llevamos expuesto, dice que Sigeberto de Gemblours en su *Crónica de varones ilustres*, año 607, escribió, lo cual repitieron otros autores, que Sabiniano fué enemigo de la memoria de S. Gregorio I, por lo que trató de quemar sus obras, de lo cual dudan, dice Moroni, los mejores críticos, así como de que se le apareciese por tres veces S. Gregorio para echarle en cara su avaricia. De tales fábulas, añade este autor moderno, echan mano los que para desacreditar á la Santa Sede van buscando cuanto pueda perjudicarla, y cita en su apoyo á Papebrochio *in Propyleo*. Mabillon es uno de los críticos que dudan

que Sabiniano quisiera quemar los escritos de su predecesor, y así lo consigna en sus *Anales de la Orden Benedictina*, lib. X, pág. 260; y lo dudan tambien, y áun pasan á tenerlo por fábula, Gretsero en su obra *De Jure et more prohibendi libros malos;* tomo XIII, pág. 103, al cual contradice Raynaud en su obra: *De malis ac bonis libris*, núm. 582, en donde pretende que esto es cierto fundándose en la autoridad de Juan Diacono, el que por otra parte, al decir de Novaes, ni áun hace mencion de Sabiniano en la vida de S. Gregorio I, cuando en el libro IV, pág. 69, habla de los antiguos calumniadores que deseaban quemar los libros del doctísimo y santo pontífice. Además puede verse el artículo *Pietro Diacono* del expresado Diccionario de Moroni, en donde con Cardella dice que el aserto de Juan ha sido rechazado por los críticos. Sea de todo esto lo que quiera, pues que en puntos en que hay tanta contradiccion, y que de suyo son tan oscuros, no es fácil hallar la verdad solo por el raciocinio, á no estar iluminados al efecto por Dios, cuya especial gracia no creemos tener la dicha de merecer, no podemos ménos de confesar, porque así lo hallamos consignado en la historia del pontificado, que el papa Sabiniano no desatendió del todo la Iglesia que le fué encomendada, y que dispuso algunas cosas muy convenientes para su mayor esplendor. Si no fué ya el inventor de las campanas, como algunos autores pretenden, al ménos fué el que ordenó é introdujo su uso en las iglesias para llamar á los fieles á la oracion, convocarlos en las solemnidades públicas, manifestar en ellas la alegría de la Iglesia, anunciar las horas canónicas y la celebracion del oficio divino, y para que su sonido excitase la devocion de los fieles que no pudiesen acudir al templo á practicar los ejercicios piadosos que anuncian. Mandó, segun Plotino, que estuviesen encendidas siempre las lámparas en las iglesias y especialmente en la de S. Pedro, que se encendiesen luces en los altares miéntras se verificasen los divinos oficios; todo esto lo asegura en su pontificado Ciaconi. Creó veintiseis obispos, y despues de haber gobernado la Iglesia un año, cinco meses y nueve dias, murió, segun Moroni el 22 de Febrero, y no el 20 como dice el Sr. Blanco, el año 606 y no 605 como dice este autor. Dice Moroni que su pompa fúnebre fué desde el patriarcado lateranense por la puerta Asinaria y Ponte Molle á la iglesia de S. Pedro, en donde fué sepultado.—B. C.

SABINIS (Sabino), religioso agustiniano, natural do Sena ó Siena, en Italia, donde florecia hácia 1608 por su grande sencillez y virtudes. En los *Anales de la orden de los Ermitaños de S. Agustin* se lee de él lo siguiente. Fué la alegría y consuelo de todos en aquel lugar, elogiaron su religiosísima vida todos los padres antiguos y presentes, quedando como proverbial la fama de F. Sabino de Sabinis de Sena por su admirable sencillez, probidad y piedad.—S. B.

SABINO (S.) Al recordar la Iglesia católica el dia 25 de Enero sus santos, lo hace en union de S. Donato y S. Agape de este siervo del Señor; pero á pesar de que á los tres se les cita en porcion de Martirologios y Santorales, en ninguno de ellos se dan particularidades de su vida, ignorándose hasta el lugar, circunstancias y fecha de su muerte. — C.

SABINO (S.), obispo. Nació este Santo en Italia, callándonos los autores consultados el lugar y la fecha. Floreció en el siglo VI de nuestra era, y debió acreditar su piedad y santidad de manera bien ostensible, cuando fué nombrado obispo de Canosa en la Pulla. Dirigió su iglesia santamente, y murió en el ejercicio de su elevado ministerio el dia 9 de Febrero del año 566 de nuestra era. Segun el piadoso Croisset, fué prelado de gran talento y erudicion, eminente escritor y defensor acérrimo de la religion católica. Hizo muchos é importantes viajes; concedióle Dios el don de profecía y el de milagros, y fué tan zeloso enemigo de la herejía, que combatió el error sin tregua y sin temor de ninguna especie, predicando siempre la verdad con el mayor calor, y confundiendo con sus palabras á los poderosos cuya conducta no se sujetaba á sus deberes cristianos y á las buenas costumbres.—B. C.

SABINO (S.), presbítero y mártir, no citado por el Martirologio romano, aunque sí por los Bolandos en su *Suplemento* al 23 de Febrero, aunque parece que la memoria de este Santo se celebra en 29 de Mayo. Las noticias que de él han llegado hasta nosotros se hallan referidas en esta forma en las actas de S. Urbano. «Habiendo padecido innumerables trabajos doce años en una cárcel por Jesucristo, tuvo noticia de que Sta. Mamersia, Sta. Lucina, su hija, y otras doce personas de su familia habian subido en aquel mismo dia al cielo desde su propia cárcel. Afligióse mucho por lo que á él se le retardaba esta dicha, y encendido en deseos de gozar de Dios, se puso en oracion, y espiró para descansar eternamente, cuyo suceso, sabido por el juez Taurino, mandó sacar el venerable cadáver atado por los pies arrastrando, y dejarlo sin enterrar en la plaza pública. Mas á la noche S. Policarpo, presbítero, le dió honrosa sepultura, como lo habia hecho con otros muchos mártires, á fines del siglo III.» — S. B.

SABINO (S.), mártir. Nació en la ciudad egipcia de Hermópolis. Cristiano y con grande fe en los principios del Evangelio, vivia santamente en la expresada ciudad cuando se publicó el edicto del tirano emperador romano Diocleciano, por el que se empezó la más terrible de las persecuciones contra los cristianos. A fin de poder seguir en sus prácticas piadosas sin ser molestado por los idólatras, se retiró con varios fieles á una cueva situada en un sitio desierto no lejano de la ciudad. Empero como se le echase de ménos y se sospechase por los infieles el motivo de su ocultacion, se le buscó con es-

merada diligencia, y habiendo logrado encontrarle sus enemigos, le condujeron á la presencia del prefecto. Amonestado por este sañudo juez, confesó Sabino con arrogancia cristiana que profesaba esta religion, y que nada sería capaz en el mundo á obligarle á abandonar su creencia. El prefecto, indignado, le condenó al ecúleo inmediatamente, y en él puede decirse que se le despedazó, pues que los pedazos de su carne tapizaron la tierra sobre que se le martirizó. Aplicáronle despues á las heridas planchas de fierro hechas ascua, y cansados ya los verdugos de tal carnicería, le ataron por el pescuezo á una enorme piedra y le lanzaron á las aguas del caudaloso Nilo, en las que rindió su alma al Criador, que le recibió en su seno el dia 13 de Marzo, en que lo recuerda la Iglesia, del año 295 de nuestra era.—C.

SABINO (S.), diácono y mártir, cuyas reliquias se descubrieron en el sepulcro de S. Adeodato en 1056, venerándose en el territorio de Milan el dia 2 de Junio, sin que tengamos pormenores algunos de su martirio, ni de los hechos de este Santo, á quien se cita con los presbíteros Elisiano y Manfredo, y áun con el mismo S. Adeodato, cuya memoria se recuerda en igual dia. — S. B.

SABINO (S.), mártir. Recuerda la santa Iglesia católica el dia 11 de Julio con el glorioso S. Cipriano mártir, á su compañero de suplicio S. Sabino, de los cuales se hace mencion con la noticia de su martirio en uno de los más antiguos martirologios de la cristiandad. Nacieron ambos santos en Brescia de padres gentiles; pero habiendo tenido la suerte de que sus almas recibiesen la luz de la divina gracia, se hicieron cristianos, y tomaron el empeño de predicar la fe de Jesucristo, sin temor de las persecuciones, y ántes bien deseando morir en defensa de la santa ley del Evangelio. Teniendo noticia el prefecto Lodicio de que aquellos dos hombres imbuian en el pueblo la doctrina del Nazareno en ofensa de los dioses del país, les mandó prender, y como á su presencia confesasen la fe que profesaban y le manifestasen que no temian sus amenazas, ni dejarian de modo alguno de publicar la verdadera ley de gracia, los hizo atormentar cruelmente. Empero como viese con admiracion suya que de todos los castigos salian ilesos y con más arrogancia para insultar á los ídolos y ensalzar al Dios de los cristianos, les hizo desterrar de su patria. Un ángel, dice aquel texto, les guió á las Galias, y ya en este país continuaron con el mayor fervor su predicacion, lo que llamando la atencion del proconsul Máximo, les hizo prender y llevar á su presencia. Invitóles á que abandonasen la locura de una religion prohibida por las leyes del estado, y como ellos se resistiesen y declarasen que los dioses que adoraban los paganos eran demonios que les tenian engañados, el procónsul irritado les mandó dar varios tormentos, de todos los cuales salieron salvos, por lo que cansado de inventar nuevos suplicios, que siempre eran ineficaces, por-

que léjos de debilitar su ánimo le vigorizaban, les mandó cortar las cabezas, en cuya ejecucion alcanzaron estos bienaventurados la gloria que deseaban. Su país honró despues su memoria, y en el monasterio llamado la Casa de Dios, se les celebra anualmente una fiesta, en la que se ha recordado, como recuerda aún hoy, su virtud y santidad.—B. C.

SABINO (S.), mártir. Recuerda la Iglesia el 20 de Julio á este Santo en union de los santos Macrovio, Máximo, Casia y Paula y otros diez compañeros, como mártires de la ciudad de Damasco, durante la persecucion del emperador Decio, sin que nos den más noticia sobre ellos los autores y Martirologios consultados.— C.

SABINO (S.). Hijo de padres católicos, cuyo mayor esmero fué siempre la educacion de este querido fruto de su bendicion, en quien veian realizadas las más halagüeñas esperanzas que concibieron desde que comprendieron que Dios les habia criado al uno para el otro, correspondió con la mayor fidelidad, no solo á los desvelos con que le criaron, sino á las exigencias mayores que se hubieran podido tener acerca de él. Para Sabino no hubo edad pueril, nunca se le vió entretenerse en las frivolidades que son como esenciales en los primeros años de la vida; él siempre fué en todas sus cosas más allá de su edad, siempre se veia en él algo sublime, más que lo que ordinariamente se vislumbra áun en los niños dotados de la más precoz inteligencia. Excusado es decir que apénas tuvo tiempo para ello. Sus padres le dedicaron al estudio, así como naturalmente se infiere que fué muy aplicado desde el principio de ellos, y que su inclinacion habia de ser al estado eclesiástico, en el cual podia servir mejor á Dios, que era el solo anhelo de su inocente corazon. Pusieron al jóven bajo la direccion de un monje dotado de extraordinaria virtud y no de menor ciencia, y con este aprendió no solo humanidades y filosofía, sino sagrada teología y ciencias eclesiásticas, habiendo estado á su lado mucho tiempo, siempre con grande provecho, y acostumbrádose por tanto á las virtudes, que eran como el aliento de su esclarecidísimo maestro. Luego que se halló en aptitud, tanto por su edad cuanto por las demás circunstancias, fué ordenado de subdiácono y luego de diácono, habiéndole confiado desde luego el importante cargo de la predicacion, con lo cual comenzó á tener que hacer uso de los conocimientos nada vulgares que poseia, y comenzó á su vez á hacerse conocer por su erudicion y demás dotes tan necesarias al orador sagrado. Aun cuando no era sacerdote, daba tal ejemplo de virtud, y sobre todo de abnegacion y de caridad, que todos querian admirarle para imitar su conducta, y esto fué bastante para que se le obligára á ascender al sacerdocio, aunque ofreció la más tenaz resistencia, hasta que su prelado el obispo de Catania le tuvo que conminar con las penas eclesiásticas para hacerle recibir el órden sagrado. Ascendió al cabo

al altar, y en su nuevo ministerio dió pruebas de su grande virtud, como las habia dado anteriormente, tanto que en la vacante que resultó por fallecimiento del prelado que á él le ordenó, el clero, el senado y el pueblo pidieron para obispo al presbítero Sabino, y el romano Pontífice confirmó desde su cátedra el nombramiento, que llevando en verdad la voz de Dios, habia hecho el pueblo con el clero. A pesar de la resistencia que hizo para no aceptar tan importante cargo, tuvo que resignarse con él y desempeñarle como convenia á un sugeto en quien Dios tenia sus complacencias. Desde el momento mismo en que tomó posesion de su diócesis, se constituyó padre de todos sus diocesanos, y atendia no solo á sus necesidades espirituales, acerca de las cuales tenia la estrechísima obligacion que todos sabemos pesa sobre los prelados, sino áun á sus necesidades materiales, viniendo á ser el consuelo de todas sus desgracias, el remedio de todas sus desdichas, y el paño de lágrimas que siempre dispuesto enjugaba cuantas por cualquier concepto vertian. Ocupaba su silla pontifical cuando Constantino imperaba en Roma, y fué por consiguiente quien planteó en su diócesis la era de felicidad y sosiego que aseguraba al mundo católico la conversion del más poderoso de los reyes. Se portaba en su trato nuestro obispo como representante de Cristo en órden á los demás, mas por lo que toca á sí mismo, parecia enemigo de su propia existencia, segun la dureza con que se trataba y el rigor con que castigaba á su cuerpo. Constante en la práctica de la virtud, apénas podia hacer otra cosa que cumplir con su importante ministerio, y bendito de todos veia deslizarse sus dias y atenuarse sus fuerzas hasta que la enfermedad postrera lo agobió por completo, para desde el lecho de su dolor pasar al lugar de delicias, donde Dios le reservaba el galardon de sus buenas acciones. Dispúsose, pues, á morir cristiana y santamente como habia vivido, y encomendada á Dios su iglesia, le entregó su alma con el mayor sosiego. Extraordinarios prodigios obró el Señor á la invocacion del nombre de su siervo, y estos probados en debida forma, dieron por resultado que la Iglesia, columna de verdad, declarase santo á Sabino, y asignase á su recuerdo el dia 15 de Octubre de cada año. — G. R.

SABINO (S.) obispo y confesor. De este siervo de Dios, del que hace recuerdo la Iglesia el dia 11 de Diciembre, solo hemos hallado en las obras y Santorales consultados, que es muy venerado en Plasencia, de donde le hacen obispo algunos, por sus virtudes y por los muchos milagros que ha obrado el Señor por su intercesion. Floreció en el siglo IV, pero nada nos dicen acerca de las demás particularidades de su vida y muerte. — C.

SABINO (S.) obispo y mártir. Registra la Iglesia entre sus mártires á 30 de Diciembre á este Santo en union de S. Exuperancio y de S. Marcelo. Era

el primero obispo de Asís y los otros dos sus diáconos, cuando los sanguinarios emperadores romanos hicieron aquella terrible persecucion contra los cristianos, cuyo edicto se publicó el año 304 de nuestra era. Preso el santo prelado con sus dos diáconos, se intentó abjurasen de su fe; pero como esto fué en vano, se les azotó cruelmente, despues se les apaleó, y por último se les despedazó con garfios de fierro, en cuyo tormento rindieron sus benditas almas al Criador al principio de aquella rabiosa persecucion.—C.

SABINO (S.) confesor. Fué natural de Barcelona, aunque sus padres eran franceses, muy distinguidos por cierto, y siendo una de las cosas en que más señalaban la gran virtud de que les dotó Dios nuestro Señor, y á que correspondian con el ejercicio de todas aquellas obras en que les parecia agradaban más al supremo dueño del universo. Mucho esmero pusieron, como era consiguiente, en la educacion de su hijo, que era para ellos además de un objeto de predileccion por los vínculos de la carne y de la sangre, un objeto, digámoslo así, de responsabilidad, porque para algo indudablemente les habia el Señor confiado esta criatura; así es que todo su cuidado se fijó en hacerle afecto á las virtudes que ellos practicaban, lo cual en verdad no fué nada difícil, porque el ejemplo atrae casi impensadamente á la imitacion, además de que en Sabino hubo desde luego una tendencia al bien que dejaba entrever el designio que acerca de él tenia Dios. Le dedicaron al estudio, y en él dió muestras de constante aplicacion, siendo por consiguiente el resultado un aprovechamiento notable, pues con su buen talento y bajo la direccion de excelentes maestros, progresó grandemente en toda suerte de estudios que emprendia. Estuvo al lado de sus padres hasta que teniendo ya una edad regular, el Señor se los llevó para sí á premiarles las buenas obras que habian hecho en este mundo, y Sabino, vacilante acerca de la conducta que habia de seguir, determinó pasar á Poitiers á visitar á su pariente el conde Enticio, ya para darle noticias de la muerte y circunstancias de sus padres, ya tambien para consultar con él el estado que le parecia más conveniente ó la carrera que con mejor éxito podia tomar el jóven, que en verdad se hallaba en situacion de girar á cualquier lado. Tuvo necesidad de pasar por el valle de Arem, haciendo su viaje á Francia desde Barcelona, y como no llevaba priesa ni le urgia ninguna precision, se detuvo en el convento de Sta. María de Medio Arem, que tenia la orden de S. Agustin en estado el más brillante que darse puede, y como no hubiese desdeñado á los tiempos de más rígida observancia. Quiso pasar allí unos dias porque la situacion y circunstancias locales le agradaron, y se le concedió, como no podia ménos de suceder, este gusto que en verdad le fué de gran provecho, porque pudo persuadirse más y más por la conducta de los religiosos de cuán fugaces y pasajeros son los goces de este mundo, cómo ellos no satisfacen al corazon

del hombre ni pueden satisfacerle, porque está criado para poseer una dicha que vale más, y se aficionó mucho á la vida retirada de aquellos padres, porque veian que este era un medio muy adecuado para llegar á la perfeccion, que él creyó siempre que convenia á la criatura racional. Ayudóle mucho para formar este juicio tan exacto y provechoso el trato íntimo que tuvo en los dias que vivió en Santa María con un sujeto muy respetable por su ciencia y virtudes, hombre en quien nuestro jóven excitó las más vivas simpatías y que fué el célebre P. Fr. Martin. Volvió, pues, á emprender su viaje para lograr su deseo de ver á su pariente, mas muy pronto desistió de su propósito porque conoció que nada de provecho habia de sacar para su alma y que este era el único negocio que le importaba, por lo cual volvió pies atras y se refugió en la casa de la Vírgen, es decir, en el convento de Medio Arem. Manifestó á los superiores de aquella santa casa sus intenciones y deseos, y luego que hubo conseguido de ellos el que le admitieran como religioso, en lo cual no hubo dificultad, volvió á Barcelona, se deshizo de los cuantiosos bienes que tenia, reduciendo á dinero, que repartió entre los pobres, todo cuanto tenia, y negándose á todo en este mundo se negó á sí mismo, entrando religioso en el convento susodicho bajo los mejores auspicios y muy á satisfaccion de cuantos pudieron conocer siquiera ligeramente las excelentes condiciones de nuestro distinguido Fr. Sabino. Desde el primer dia que entró en aquella santa casa se portó en órden á la observancia como si hubiese ya llevado años y años en ella, siendo preciso que sus superiores y maestros, en vez de excitarle, como ordinariamente se necesita hacerlo con los novicios, le contuvieran en sus fervores, pues acaso habrian estos podido perjudicarle si la prudencia no los hubiese moderado, como en efecto los moderó muchas veces. Pasado el tiempo de su probacion y hecha esta á completa satisfaccion de sus superiores y con edificacion notable de sus hermanos, fué admitido á la profesion, que hizo con el mayor entusiasmo, con el más vivo afecto y anhelando que este nuevo estado en que se ponia le sirviera desde luego para poder proporcionar adelantos en virtud á sus hermanos con sus ejemplos y asimismo con sus buenas obras. Aunque no lo queria, le obligaron á dedicarse á los estudios eclesiásticos y despues le hicieron ascender al presbiterado con grande repugnancia por su parte, sin que esta tuviera otro fundamento que el profundo desprecio en que se tenia, que le obligaba á creer á todos mucho más que él, y él considerarse indigno no solo de las distinciones, pero ni áun del trato de los demás. Algunos años vivió haciendo vida como los demás religiosos, sin excederles en rigores y sin distinguirse de un modo notable; pero el Señor le llamaba á vida más perfecta, y aunque preocupaba mucho su atencion el que podia así en el convento servir á sus prójimos con ménos molestia de ellos que si se retirára

á lugar más desierto, no obstante, consultando con su confidente, prelado é íntimo amigo Fr. Martin acerca de la conducta que le parecia más conveniente, se decidió á partir á lo más alto de los Pirineos para hacer allí una vida enteramente ejemplar y conforme al espíritu de que dieron ejemplo los padres del yermo. Es imposible referir los prodigios de penitencia y los excesivos sufrimientos que en aquella soledad tuvo, sin más compañero que un lego, á quien llevó consigo, para que teniendo quien le ayudára la santa Misa no se viese privado de los inmensos bienes que en ella logró, pues era donde más intimaba su trato con Dios y donde alcanzaba de su Majestad inmensos favores, tanto para él cuanto para los que sabiendo que era tan agradable á los ojos de Dios la súplica de su siervo, le ponian como si dijeramos por medianero confiando en sus méritos cual si ya gozára de la inamisible posesion del Señor. El lego, que era el único testigo de sus buenas obras, aunque sabia lo que su profunda humildad habia de sufrir con que sus meritorias acciones se refirieran siquiera fuese á pocos sujetos y acostumbrados á practicar las virtudes, hizo algunas manifestaciones á sus superiores y á algunos de sus hermanos con quienes él tenia más confianza, y por esto se supo que el descanso que daba Sabino á su fatigado cuerpo era escasísimo, que su alimento frugal y reducido, sus oraciones fervientes y muy prolongadas y rigorosísimas las mortificaciones con que domaba su cuerpo sujetándole á la debida servidumbre al espíritu, y teniéndolo tan á raya que no podia ser más, pues nunca le consentia el más pequeño descanso. Sumamente satisfecho estaba nuestro Santo cumpliendo en aquella soledad los designios de Dios que su Majestad le habia mostrado en diversas ocasiones de la manera más portentosa, y se creia muy seguro de que allí acabaria sus dias cuando á Dios pluguiera el cortar el hilo de su existencia, cuando un capricho infundado de su superior, llamado Fronomio, le sacó de aquel retiro y le puso á la vida activa, en la cual no dejaba de dar resultados su buen ejemplo y constante esmero en cumplir bien y fielmente lo que se le mandaba; pero no era ni con mucho como cuando estaba en el desierto, pues si bien su presencia material favorecia á algunos, como no podia ménos, porque no tenia tanta ocasion para ello, era ménos lo que de Dios lograba. Mas esta manera de existir Sabino fuera de su elemento, que era el rigor y la vida así austera y escondida como que habia sido en órden á él motivado por la obediencia, dió su resultado porque edificó á los que le vieron de tal suerte que todos querian estar bajo su obediencia y direccion, y á ningno satisfacia ya la observancia de las reglas, digámoslo así, primitivas, sino que todos querian obrar segun los fervores del que por su profesion era ermitaño de S. Agustin, pero por su conducta anacoreta tan observante y tan rigido como los Pablos y los Antonios de los primeros siglos de la Igle-

sia. El mismo superior que lo habia hecho abandonar su retiro, se convenció de que sería provechoso el que él y algunos otros que lo deseáran se fueran de nuevo á lugar más solitario, deseando ser él mismo uno de los que de tal dicha disfrutáran, como en efecto lo fué, pues que Sabino fundó una especie de Tebaida allí mismo donde él habia estado anteriormente, poniéndolos á todos bajo la direccion y gobierno de Fronomio, que á su vez estaba á las órdenes de Sabino, sin querer apartarse un punto de lo que este determinaba. Retiróse, pues, de nuevo y escogió para morada suya una celdilla en que apénas cabia, que construyó cerca de una fuente que Dios le mostró para que próximo á ella hiciese el eremitorio para sus hermanos, y todos rivalizaron tanto en virtudes, que parecia aquello un paraiso, tales eran los pasmosos ejercicios que se les veia practicar. Mucha celebridad adquirieron, porque el Señor así lo permitia, aquellos Agustinianos que por razon de la obediencia á que estaban sujetos de S. Sabino, se llamaron Sabinianos, y muy repetidos eran los milagros que el Dios de todo poder se dignaba obrar por la mediacion de su siervo, y cuyo relato seria muy prolijo y no creemos necesario, pues lo único conveniente á nuestro propósito es presentar en relieve sus heróicas virtudes para atraer á la práctica de ellas á los que se muestran tibios en este provechoso camino. Y ya que de virtudes hablamos, preciso es consignar la invicta paciencia con que sufrió toda clase de malos tratos, que los recibió desde sus hermanos hasta de muchos desconocidos, que buscaban este medio sin duda para hacer más preciosa la auréola que de imperecera gloria le rodea. Mas quien mayores sufrimientos le causó fué el dueño del terreno donde habia hecho su última ermita, pues fueron tales, que á no tener como tenia Sabino un don especial de Dios para padecer y una virtud á toda prueba para no mostrarse ni áun sentido por los padecimientos, es indudable que ellos le hubiesen hecho desistir de su buen propósito, y acaso perder el mérito que habia contraido por sus obras buenas anteriores. Pero léjos de esto, su constancia en el sufrimiento de los más inmerecidos malos tratos convenció al Señor de la injusticia de su queja y de la virtud de ser, digámoslo así, perseguido, y le obligó á ofrecerle, no solo aquel asilo, sino cuanto estuviera en él para el progreso de su instituto, para el aprovechamiento de sus religiosos, y el Señor lo puso bajo su direccion espiritual, logrando no pequeños provechos y adelantos por este medio. Trece años vivió nuestro Santo en este último desierto, y en ellos es imposible enumerar los milagros que el Señor obró por su medio, así como tampoco es para referido el crédito de que gozaban sus heróicas virtudes á pesar de haber puesto él toda su vida el mayor esmêro en que permanecieran ocultas. Ya era tiempo de que el Señor, por cuyo amor y servicio lo hacia todo, premiase con la liberalidad que suele S. M. los esfuerzos

que para agradarle hacia nuestro Santo, y por consiguiente parecia llegada tambien la ocasion de que sufriese los rigores de la enfermedad, para por medio de la muerte pasar á la patria de ventura. Así fué con efecto, un terrible padecimiento del pecho se apoderó de él, tanto que con los más vivos dolores le privaba de la respiracion y le obligaba á guardar cama, si bien su cama era un ligero abrigo de lana sobre duras tablas. Conoció que le llegaba su hora, y excitó más y más su fervor para aprovechar los breves instantes que le retrasaban el poseer á su Dios y Señor. Hizo se reunieran en torno de su cama todos los religiosos que estaban esparcidos por aquel desierto, y á todos les dió consejos muy saludables, instrucciones muy oportunas acerca de la conducta que debian observar, despues se confesó públicamente de todos los pecados de su vida, arrancando tan conmovedora accion lágrimas á cuantos la presenciaron, y luego se hizo traer el sagrado Viático para con este auxilio tan eficaz prevenirse á sufrir el último ataque del cruel adversario de nuestras almas. Es indecible el fervor con que recibió por última vez la adorable Eucaristía, así como la ternura con que él mismo ayudó á los Padres á que le recomendáran el alma, repitiendo las preces de la Iglesia, y abstraido completamente del mundo, hasta que el mundo todo concluyó para él por su preciosa muerte, acaecida el dia 10 de Octubre del año de Cristo de 1001, despues de haberla pasado toda en ejercicios de las más excelentes virtudes, Desde el momento mismo de su muerte fué favorecido por el Señor con el don de milagros de que ya gozára en vida, así que por tener como tenia tan buena reputacion y por las demás circunstancias, se aceleró mucho la causa ó expediente de su canonizacion, pudiéndose declarar muy pronto lo heróico de sus virtudes y siendo proclamado santo el P. Fr. Sabino confesor y ermitaño de S. Agustin en España. —G. R.

SABINO (Bto.), confesor. Perteneció á la gran familia de S. Francisco, señalándose especialmente por su observancia y por su espíritu de pobreza, superior á todo encomio, y que venia á ser casi tan notable como el de su seráfico patriarca. Es indudable que sus virtudes fueron heróicas, pues ha llegado á la gloria de los altares en concepto de Beato, pero los ha ocultado su profunda humildad ó su gran modestia, así como yacen, por decirlo así, en el olvido las condiciones bajo las cuales vivió, sin decir si fué lego ó sacerdote, ó en fin, aquellas otras circunstancias que determinarian sus acciones y podrian darnos alguna luz. Sabemos que floreció en el convento de S. Damian, cerca de Asis, y que allí está su sagrado cuerpo, así como que fué su preciosa muerte el dia 7 de Julio de 1402, motivo sin duda por el cual desde los primeros tiempos en que comenzó á rendírsele el culto privado que ántes que el público se le dió, todos dedicaban á su memoria el dicho dia 7 de Julio. En

Asís y en toda la comarca se celebra gran fiesta y se tiene en mucha estima su sagrado cuerpo, gozando el Beato de mucha veneracion en toda la Orden Seráfica—G. R.

SABINO, arzobispo de Sevilla. Fué natural de la poblacion que hoy se llama Utrera, en la provincia de la Bética. Ascendido á la dignidad episcopal, acudió con otros prelados al concilio Iliberitano, celebrado el año 322 siendo pontífice romano S. Silvestre. Este arzobispo sacó de un profundo pozo, donde habia sido arrojado por órden del presidente Diogeniano, el bendito cuerpo de Sta. Justa, y le hizo enterrar en sitio donde pudiese ser reverenciado por los fieles, que tenian por costumbre acudir á implorar el favor divino ante el sepulcro de los mártires. Ignórase la época de su fallecimiento.—M. B.

SABINO, arzobispo de Sevilla, segundo de este nombre. Floreció en el primer tercio del siglo V, sin que por la oscuridad de los tiempos y la falta de documentos, se tengan otras noticias acerca de él, sino que fué perseguido crudamente por los herejes priscilianistas, que no pararon hasta arrojarle de su silla.—M. B.

SABINO, obispo de Astorga. Corrian los años del Señor 258, año de la fatal persecucion suscitada por los tiranos emperadores Valeriano y Galieno, y era obispo de Astorga Basílides, cuya memoria infaman las Crónicas eclesiásticas. Cuéntase de este prelado que, vencido por el temor de los tormentos con que aquellos tiranos emperadores conminaban á todos los fieles, apostató públicamente de la verdadera religion, pasándose á la adoracion y culto de los ídolos, dando un pernicioso ejemplo á los demas fieles; pues algunos de ellos apostataron igualmente, conceptuando débil y flaca una religion cuyos principales ministros la abandonaban de aquel modo. Llenos de angustia los sacerdotes de su iglesia á vista de aquella apostasía que el desgraciado obispo confirmó, consignándola bajo su forma, enviaron dos legados á Roma á poner la ocurrencia en conocimiento del sumo pontífice Esteban, y á pedirle al mismo tiempo que para saludable escarmiento de los apóstatas y ejemplo temeroso de los débiles, se sirviese deponer á todos los obispos prevaricadores. Así sucedió en efecto, siendo depuesto Basílides y Marcial, obispo de Mérida. La embajada que partió á Roma se componia de Cipriano, obispo de Cartago, y de otro obispo cuyo nombre no ha conservado la historia, acompañados de dos presbíteros llamados Félix y Sabino, varones de notable virtud y santa vida. El Pontífice nombró á Sabino para ocupar el lugar de Basílides, pero éste, furioso sobremanera y encendido en rabiosa ira cuando vió ocupado su puesto, trató de suplantar al nuevo obispo, empleando para ello el engaño y el disimulo. Partió, pues, á Roma, y con aparente humildad indicó á Esteban que habia sido injustamente pri-

vado de su silla, y le suplicó que le volviese á colocar al frente de su rebaño. No le valió su ardid, porque el Pontífice se hallaba bien penetrado de la verdad, y Sabino continuó rigiendo el obispado con notable piedad y evangélica solicitud, correspondiendo dignamente á la confianza que en él depositára el clero de las ciudades de Leon y de Astorga.—M. B.

SABINO, intendente de Augusto en Siria. Despues de la muerte de Herodes el *Grande* y de la partida de Arquelao para Roma, quiso apoderarse de la fortaleza de Jerusalen y de los tesoros que al morir habia dejado Herodes, pero halló tanta resistencia de parte del pueblo, que no pudo apoderarse de ellos. Sin embargo, despues de un largo combate contra los judíos, en que estos quedaron derrotados, mandó incendiar las puertas del tesoro sagrado y se apoderó de cuatrocientos talentos, repartiéndose el resto los oficiales y soldados. Irritó este acto al pueblo de tal manera, que sitió á Sabino en el palacio real y le estrechó tan fuertemente, que si no hubiese enviado á pedir socorro á toda prisa á Varo, gobernador de Siria, hubiera tenido que entregarse con las tropas que le defendian. Varo se puso en camino con su ejército y se dirigió á Jerusalen; pero Sabino, sintiendo su culpabilidad, no se atrevió á presentarse á él y creyó conveniente retirarse á la costa del mar para evitar el castigo que habia merecido. Esto acaeció el año del mundo 4001, de Jesucristo 1.°, ántes de la era vulgar.—S. B.

SABINO DE BONONIA, religioso franciscano de los observantes reformados de la provincia de su apellido, donde tomó el hábito y profesó, siguiendo sus estudios y carrera hasta obtener el título de teólogo, que le constituía en una especie de consultor de su provincia. Dedicado á la enseñanza de los sagrados cánones, desempeñó este cargo con notable acierto, reuniendo un gran número de discípulos, algunos de los cuales llegaron á obtener cargos elevados en su Orden. Pero más que por sus conocimientos se distinguió Sabino por sus virtudes, que le obtuvieron la mejor opinion entre propios y extraños, en la cual murió con general sentimiento de cuantos le habian conocido y tenido ocasion de apreciar de cerca sus excelentes cualidades. Escribió una obra para los confesores con el título: *Lux moralis bipartita illustratione universam quasi moralem theologiam summatim elucidans.* Dos partes; Venecia, tipografía Ballevina, 1722, 4.°—S. B.

SABINO CAPELO (V. Fr.), religioso de la órden de San Francisco. Fué natural de una poblacion del condado de Espoleto, y desde sus más tiernos años manifestó su vocacion é inclinaciones á servir á Dios en la vida monástica. Con tan buenos elementos no hay necesidad de decir que fué un varon de singulares virtudes, calificados en vida y en muerte con muchos milagros. Era un modelo de observancia, pues su obediencia y humildad eran inimitables; sus ayunos, mortificaciones y austeridades, constantes y

continuas; su amor al prójimo notable, y su caridad para con los pobres menesterosos entrañable. Los recuerdos de su santa vida son imperecederos, y gloriosa su memoria. Murió en el convento de S. Damian de Asís donde se halla sepultado.—A. L.

SABINO Chambers, jesuita inglés, natural de Leicester, de donde pasó al continente para seguir sus estudios y abrazar el estado eclesiástico. Chambers fué uno de esos religiosos que trabajaron por la conservacion de la fe en su país, cuando dominado ya por la herejía, no le quedaba al catolicismo ningun templo público, ningun asilo donde guarecerse, siendo su morada las selvas y los bosques, ó la oculta casa de algun honrado ortodoxo á quien ni las persecuciones ni los peligros habian hecho abandonar su fe. En Francia fué probablemente donde siguió Chambers sus estudios, ingresando en la Compañía en 1588, donde desde luego manifestó los buenos deseos de que se hallaba animado de pasar á su país para trabajar en favor de sus hermanos y conducirlos por el camino de la salvacion y de la fe. Sus superiores no quisieron sin embargo destinarle desde luego á tan ímprobas tareas, y ya por probar su vocacion ó con cualquier otro fin, le dedicaron primero á la enseñanza de la teología, de que se ocupó por largo espacio en la universidad de Dol, desempeñándola con celo y acierto. Tenia las mejores condiciones para el profesorado, y en él no podia ménos de corresponder á las esperanzas de los que para tal cargo le habian revestido. Así es que su reputacion creció de dia en dia, y era mirado como un oráculo por grandes y pequeños, por los que acudian á oir sus lecciones y los que privadamente le consultaban. Pero deseoso de huir de las vanidades humanas al llegar al apogeo de su fama, pidió trasladarse á su patria, lo que se le concedió con gusto por el convencimiento del grande fruto que haria en aquel país en beneficio de las almas. No se engañaron en efecto sus superiores, pues fué uno de los obreros más activos que tuvo la Compañía en Inglaterra, no perdonando medio ni fatiga para ayudar á los católicos en sus peligros, hacer que conservasen intacta la fe que de sus mayores habian recibido, y convertir otros muchos á la antigua religion. Esto no podia hacerse entónces sin grandes dificultades, y no pequeño número de religiosos sufrian la muerte víctimas de su celo, estando Sabino en más de una ocasion expuesto al martirio, de que le libertó la Providencia por preservarle para continuar trabajando aquella fructífera viña. En efecto, permaneció en Inglaterra hasta sus últimos dias, correspondiendo siempre á sus buenos antecedentes, á las esperanzas que en él se habian depositado, y haciéndose digno del aprecio de sus compatriotas, que veian en él un ángel que les socorria en todas sus necesidades así espirituales como corporales, que les ayudaba en sus empresas y les socorria en todos sus trabajos, por lo que lloraron su muerte

conservando de él los mejores recuerdos. Hallándose aún en Francia publicó una obra con el título: *Huerto de la Santísima Virgen María*, impresa en Orleans en 1619, en 8.°—S. B.

SABINO (Fr. Ignacio), religioso franciscano de la Observancia regular, tan distinguido por su ingenio como por su piedad y doctrina. Fué un teólogo insigne y un predicador erudito y elocuente. Obtuvo varios cargos en la corte de Viena, debidos á la buena opinion que se habia conquistado por sus virtudes y ciencia. A su fallecimiento en 1582 tenia preparada para imprimirse varias obras á que da los siguientes títulos Próspero Mandioso en su Biblioteca Romana: *Concionum de Sanctis*; un vol.—*Concionum de Dominicis post Pentecost.*; un vol.—*Concionum variarum*; muchos tomos.—*Concionem panegyricam de miraculosa imagine B. Mariæ à Fusco dicto.*—*Alias de S. Rosalia; De S. Philippo Nesio; De S. Francisco Salesio; De S. Catharina Bononiensi; De S. Rosa Limana; De Sanctissima Crucé; De Maria Dolorosa; De Conversioni S. Pauli; Directorium exercitii S. Crucis; Orationem funebrem Melitæ habitam in Exsequiis Cardinalis Caroli Carafa.*—S. B.

SABIOR (Fr. Simeon de), predicador y religioso capuchino de la provincia de Bresa. Esta víctima de la más ardiente caridad, sacrificó la vida á la asistencia de los muchos prójimos que arrebataba una peste asoladora. Consiguió este perfecto religioso pureza, grande espíritu, no habiéndole observado jamás la más leve mancha de culpa. Nombrado maestro de novicios, los excitaba al ejercicio de la oracion con las pláticas y el ejemplo que era la instancia más eficaz. Porque pagando por la noche á la naturaleza con un levísimo sueño, gastaba lo más de ella, recogida ya la comunidad, en quieta y profunda contemplacion, que continuaba hasta la hora de prima con tanta suavidad y dulzura, que le producia frecuentes raptos. Muchos lograron beneficios con la eficacia de su oracion, de que se refieren algunos casos. No solo inducia y animaba á sus novicios á la última perfeccion, mediante la frecuencia de orar, sino tambien con la contínua práctica de todas las demás virtudes, de que en sí mismo les ofrecia cabal idea. Singularmente les exhortaba á la modestia de los ojos, por donde introducidas diversas imágenes al ánimo, le distraen despues cuando pretende dedicarse á la consideracion de lo eterno. Habia impuesto á sus ojos la severa ley de que no se dirigiesen sino á la tierra, y así cuando tal vez visitaba á alguno de los bienhechores del convento, si en otra ocasion le llamaban, no podia encontrar las casas en que vivian. Tuvo tambien singular anhelo á humillarse no solo á los iguales, sino tambien á los inferiores y súbditos, por lo cual en el oficio de prelado elegia siempre los más ínfimos oficios del monasterio y que podian ser más odiosos á los sentidos. Aunque era muy versado en

las sagradas letras, se reputaba siempre por indocto é ignorante entre los demás. Era indecible su piedad con los pobres, la cual se descubrió ventajosa en ocasion de una grande falta de mantenimientos que padeció el pueblo de Berino y toda su comarca. Ninguno de los muchos pobres que acudian á su convento dejaba de llevar ó mayor ó menor socorro, aunque hubo ocasion en que la familia de los religiosos quedó sin comer. Pero correspondia Dios á este exceso de caridad con maravillosa y propicia abundancia, que animaba al prelado á continuar aquellos oficios en que consentian todos los súbditos con igual afecto. Manifestó tambien en varias ocasiones el profético espíritu que Dios le habia comunicado. A un sacerdote poco atento á la obligacion de la castidad le previno una temprana muerte, y le significó el tiempo en que el cielo habia de dispensar especial castigo á su incontinencia. A muchos enfermos á quienes los médicos habian desahuciado, anunció recuperacion en beneficio de la salud. El suave olor de su inculpable vida le concilió con todos tan grande aprecio, que muchos se arrodillaban á sus piés pidiendo les echase su bendicion, otros rogaban se les concediese alguna reliquia de su hábito ú otra prenda de las que aplicaba á su uso. Finalmente, padeciendo la calamidad de un cruel contagio toda la comarca de Bresa, se dedicó á asistir á los apestados que buscaba por las aldeas y villas para conferirles aquel oportuno socorro de que necesitaba la salud del alma y del cuerpo, solicitud que le acarreó la comun dolencia, bien que admitida con ánimo constante y generoso. Porque ni el ardor de la calentura, ni la vehemencia de los dolores, pudieron rendirle á hacer cama, acordándose acaso el varon de Dios de lo que Vespasiano solia decir: Conviene muera en pie el que tiene dignidad y cargo de emperador. Agravada la enfermedad hasta el último extremo, se partió á Bresa, y puesto de rodillas dijo á su compañero: «Padre, quede con Dios para siempre, porque salgo ya de esta vida.» Pronunciando despues por tres veces con voz sonora los dulces nombres de Jesus y María, conmutó el temporal siglo por el eterno. Su cuerpo, como era debido á varon tan santo, se colocó en una caja de madera, desde la cual brotaba tan apacible y suave olor, que dejó á los presentes tan admirados cuanto gozosos. El médico que le asistió, que lo era del convento, no ignorando las virtudes y méritos del difunto, quiso tener algunas prendas suyas, siendo una el manto, con cuya aplicacion se curaron muchos poseidos. En fin, es opinion constante que Dios ha ilustrado á este siervo suyo con muchos y admirables prodigios. Murió en el año de 1630.—A. L.

SABLÉ (Roberto de), gran maestre del Temple era señor de Sablé, tercero de este nombre, é hijo segundo de Roberto de Sablé y de Hersenda: fué elegido gran maestre del Temple, despues de la llegada del rey de In-

glaterra á Palestina, pues habia mandado la flota que acompañó al príncipe, y se hizo templario delante de S. Juan de Acre. Las hazañas con que se habia distinguido en España, Sicilia y otros países, dieron orígen á que fuese muy aplaudida su admision en la Orden, y no trascurrió mucho tiempo sin que se viese colocado á su frente. Su conducta posterior justificó su eleccion. Apénas habia tomado el mando, los templarios, á las órdenes del rey de Inglaterra, ganaron en el mes de Julio de 1191 una batalla á Saladino en las llanuras de Arsof. Esta victoria les proporcionó poder reparar las plazas marítimas, objeto preferente de todos sus cuidados. A últimos de este mismo año, Ricardo, rey de Inglaterra, vendió ó empeñó á los templarios por la suma de ventisiete mil marcos de plata que acababa de conquistar al tirano Isáac Comneno. El gran maestre envió cien caballeros para tomar posesion y guardarla. Pero bien pronto fueron avisados de que los griegos, que no odiaban ménos á los latinos de lo que habian aborrecido á su tirano, habian fraguado una conspiracion para asesinarlos, que tenia ramificaciones en toda la isla. En esta situacion los templarios se encerraron en el castillo de Nicosia, capital de la isla, donde los cercaron los griegos rebelados en número crecido. Viendo aquellos bravos guerreros que no podian permanecer sitiados muchos dias sin verse expuestos á morir de hambre, resolvieron hacer el último esfuerzo. El dia de Pascua del año 1192, despues de haber recibido los santos Sacramentos, hicieron una salida de la plaza, cayendo espada en mano sobre los sitiadores. Solo buscaban los templarios una muerte honrosa, pero alcanzaron una victoria que se hallaban muy léjos de esperar. Los rebeldes no avezados á los combates, emprendieron en seguida la fuga, por lo que hicieron tal carnicería, que no quedaron en Nicosia hombres ni mujeres. Sus correligionarios de la Palestina al saber esta resolucion, declararon al rey de Inglaterra que no querian habitar una isla conservada por un pueblo tan pérfido como cobarde: Ricardo dió entónces su dominio á Guido de Lusiñan. Roberto de Sablé murió hácia 1196, habiendo estado casado ántes de entrar en la religion, primero con Margarita de Chaourec, y despues con Clemencia de Mayenne. Fruto de uno de estos matrimonios fué Godofredo de Cornillé, el último varon de su casa, y otros dos niños que murieron de corta edad. Godofredo de Cornillé asegura en una carta, que su padre habia sido gran maestre de los templarios, lo cual desvanece la duda de Ducange sobre la identidad del gran maestre Roberto, y de Roberto, señor de Sablé. *Ego Gaufridus dominus de Cornilleio, filius domini Roberti de Sabolio; qui scilicet Robertus magister Templi Hierosolimys, tunc temporis habebatur.* —S. B.

SABLIERE (Mad. Hasselin de la). Bajo la direccion de su padre, que era hombre de muy sano juicio, y deseoso por demás del bienestar de su

familia, fué educada con el mayor esmero, habiendo procurado su padre que los más acreditados sabios de su época y nacion se ocupáran en este para él tan importante negocio; así es que Sauver y Roberval, distinguidísimos miembros de la Academia de Ciencias, fueron los que dieron á la señorita La Sabliere instrucciones mucho más sólidas que las que se acostumbra á dar á las de su sexo; pero que fructificaban grandemente en ella, porque tenia aficion al estudio y muy buena capacidad, además de un juicio puede decirse superior en mucho á su edad, y como apénas podia esperarse de una jóven á quien se trataba con todo el regalo y delicadeza posibles. Una de las cosas en que su padre puso mayor empeño en órden á la educacion de su hija, fué la parte religiosa, porque la piedad era como hereditaria en aquella casa, y de modo alguno quiso él que se perdiera este tan glorioso timbre, y mucho ménos que fuera en su tiempo ni en su hija, que como se infiere del esmero con que procuraba su educacion, era objeto de sus más vivas complacencias y de sus constantes desvelos, pues algunos le costaba el porvenir de esta criatura acreedora á la mejor suerte, porque además de las dotes naturales en que el Señor se habia mostrado con ella bastante pródigo, tenia un candor, una inocencia y sumision tales, que la hacian admirable á cuantos la trataban. De esto resultaba que desde muy jóven se vió rodeada de adoradores que pretendian poseerla, lo cual era otro cuidado para su padre; pues en su buen deseo y ardiente zelo por la mejor colocacion de su hija, habia de estar indeciso, porque necesariamente lucharian en él dos deseos distintos: el de proporcionar á su hija un esposo que fuera de su agrado, y al propio tiempo una persona que la pudiera asegurar un porvenir, que aunque no fuera más, al ménos la proporcionára una vida cómoda y descansada cual la tenia en su casa paterna. Creyó su padre que Antonio Rambouillet de La Sabliere seria el que realizase sus deseos, porque hijo de un rico capitalista, y aficionado por demás á la niña, parecia que habia de complacerla en todo, para mostrarla de esta suerte que el afecto que la profesaba era sincero; y este fué por consiguiente á quien se dió la tan apetecida mano de Hasselina. Mas no correspondió en verdad á lo que todos, incluso su esposa, se habian prometido; sin poder dar el más leve pretexto de parte de la jóven, que se complacia en él vivamente, y que miraba como una obligacion para ella el secundar no solo sus insinuaciones, sino si la era posible sus pensamientos, sus deseos, llegó á resfriarse en el afecto que á su esposa debia de profesar, y no contento con esto á serla infiel, prefiriendo á ella muchísimas veces otras que en todo concepto valian mucho ménos. En un principio, un sentimiento inexplicable de dolor y de angustioso decaimiento fueron las consecuencias que esta tan injustificada conducta de su esposo produjo en Mad. Sabliere; pero des-

pues la repeticion de las infidelidades, y otras sugestiones de que el fatal adversario de nuestras almas se vale para precipitarlas en su ruina, fueron motivo para que esta señora, que hasta entónces habia observado una conducta no solo digna sino ejemplar, intentára recorrer una senda siempre peligrosa para la mujer, y que si alguna vez ha dado resultados favorables, estos han sido debidos no sabemos á qué decir, pues en verdad no puede esperarse de ello nada bueno. Este camino por donde entró nuestra Sabliere fué el de seguir ella una conducta semejante á la de su marido, por si acaso pudiera atraerle á él al verdadero camino. Para esto tenia en su contra la jóven sus mismas dotes, pues era muy hermosa, afable en gran manera, é inmensamente rica, por cuyas razones eran infinitos los que la solicitaban, y por último, algunos fueron favorecidos con su aquiescencia, lo cual en ellos servia de orgullo y de una especie de mérito ante la sociedad profana, porque suponia que habian podido más que sus rivales, y á ella de ruina, y de ruina tanto más sensible, porque envilecia no una mujer vulgar, sino una mujer de condiciones muy especiales, que tenia otros mil recursos con que soportar su situacion triste, es verdad, porque es muy sensible el abandono de un marido, cuando no hay motivo para ello, pero que soportada con dignidad, enaltece y da ante la sociedad, por descreida que ella sea, un mérito muy relevante, porque relevantísimo es el mérito de quien sabe sobreponer su deber á toda otra consideracion. Hubiera muy bien podido Mad. La Sabliere contentarse con sus conocimientos científicos en astronomía, física y matemáticas, mucho más cuando su padre la habia provisto de cuanto pudiera convenirla para su instruccion y hasta para su recreo, y así, limitado su trato á alguno que otro sabio de juicio y madurez, hubiese muy bien podido compartir con ellos sus disgustos, sufrir en medio de la ocupacion de su mente en los adelantos científicos casi sin apercibirse de que sufria, y haberse adquirido un nombre como lo merecia la inícua conducta de su esposo, y como luego por fin le adquirió esta misma, admirábale en sus últimos dias; pero no adelantemos sucesos y dejemos que á cada uno le llegue su época, única manera de que en todos se vea lo que en verdad hubo en cada uno. La frivolidad, el deseo de figurar, cierto afan de ostentar sus riquezas, y una tranquilidad de espíritu, que ni tenia ni podia tener, al mismo tiempo que un desprecio, que no hacia, porque tampoco era posible que lo hiciera de las cosas y extravíos de su marido, la hicieron abrir de par en par las puertas de su casa, no como quiera á las personas de dignidad, que con esta y con el mayor decoro hubieran podido disfrutar de la amable compañía de aquella tan fina dama, sino que todos los hombres frívolos, y todos los grandes de Francia que se preciaban de calaveras, todos tenian entrada en aquella casa,

donde francachelas de toda clase y los ménos decorosos tratos se sostenian, tanto por la dueña de la casa, como por algunas amigas de su estofa que la acompañaban, segun ellas decian, para quitar toda ocasion de que las gentes hicieran acerca de aquella casa juicios desfavorables, y en realidad para realzar más el concepto de frivolidad y hasta de desenfreno de que gozaba Mad. Sabliere, y que era confirmado, porque no eran ni con mucho de las más edificantes las amigas que se la agregaban. Esta vida la parecia á la desgraciada señora el colmo de la dicha y de la ventura, mas Dios no la habia dejado de su mano, y por uno de esos sucesos extraños, segun el mundo, pero que la fe nos muestra como muy conformes á las miras misericordiosísimas de Dios, vino á reconocer su extravío, á repararlo de una manera lo más conveniente que estuvo en su mano. Habia ella dado la preferencia sobre todos los demás que la hacian la corte, al marqués Le Fare, y este por mucho tiempo habia disfrutado de todos los privilegios de esta preferencia misma, por supuesto llevando sus exigencias hasta donde era posible, y siendo él quien determinaba los que y cómo habian de entrar en la casa, cuándo y de qué especie habian de ser en ellas las reuniones, dándose sus quejas mútuas La Sabliere y el marqués por la falta ó presencia de alguna persona en tal ó cual reunion ó por el asistir uno ú otra á alguna parte sin mútuo convenio. Pues bien; el marqués, á pesar de todo esto, abandonó á Mad. La Sabliere, y sin saber porqué se retiró de ella tomando al punto relaciones con otra, que por ningun concepto merecia lo que Hasselina. Esto la afectó sobremanera; aquí la gracia de Dios hizo su oficio, y la señora de la Sabliere cerró las puertas de su casa para todos los que no fuesen pobres que viniesen á implorar su caridad; comenzó á distribuir todos sus bienes, joyas y ropas entre los necesitados; se arrepintió eficazmente de sus extravíos; se hizo como una obligacion la más estrecha, caminar siempre á la perfeccion; y bajo este propósito, siendo excesiva en los rigores de la penitencia, y muy dada á la contemplacion de las verdades eternas, rogó al Señor la indicára un asilo donde pudiera servir á sus hermanos, pero con trabajo, con pena, y por su parte con gran fatiga, para así expiar de algun modo los regalos de que habia abusado durante su vida mundanal; la molicie con que se habia dejado arrastrar á toda clase de placeres, buscando en ellos lo que encontrar no pudo, el saciar su corazon, el cual, no estuvo satisfecho hasta que poseyó á su Dios, único ser capaz de dar dicha y ventura. El lugar donde se acogió fué el asilo de las Incurables; sus ocupaciones siempre las más penosas y humildes de la casa, viéndosela cuanto más agobiada de trabajo, más contenta; cuanto más mortificada, más satisfecha; porque así se acercaba algun tanto á la expiacion que ella queria de sus anteriores excesos. En este ejercicio de virtudes pasó algunos años,

siendo cada vez más rigorosas sus penitencias, más vivo su fervor, hasta que el Señor la llamó para sí el 8 de Enero de 1673, despues de haber recibido todos los auxilios espirituales con indecible edificacion de cuantos presenciaron estas tiernas y solemnes ceremonias. Durante sus últimos años, acordándose de su educacion, habia dejado escritos algunos de los más convenientes y adecuados motivos para nuestra vuelta á Dios por muy extraviados que nos hallemos de su servicio, y á estos habia ella llamado *Pensamientos cristianos*: pues bien, estos parecieron á cuantos los examinaron dignos de que los fieles se aprovecháran de ellos, y cuando se pensaba en imprimirlos se supo que La Rochefoucauld iba á dar otra obra semejante, y en ella vieron la luz pública con aplauso universal.—G. R.

SABLONDIO (Fr. Antonio), minorita flamenco, célebre por sus escritos en defensa de la Inmaculada Concepcion. Dotado este religioso de esas grandes cualidades que solo sirven para amar, consagró su vida entera á la devocion de María Santísima, la más tierna, la más pura, la más delicada de todas las devociones. Desde su juventud habia manifestado ya grande predileccion por los misterios en que se adora á la Reina de los Angeles, consagrándose á su meditacion casi exclusivamente. Asi fué que cuando por su edad pudo tomar el hábito de la religion Seráfica, esta idea, que se hallaba fija en su mente, se desarrolló con doble fuerza, y en la soledad y el retiro vivió constante, consagrado á este su favorito objeto. Ni los años ni las enfermedades, nada pudo debilitar en él este sentimiento, y viósele en medio de las más difíciles circunstancias con el corazon fijo en su Reina y Señora, esperar de ella el socorro en todas las angustias de que era acometido, el alivio en sus dolores, la alegría en sus tristezas. Su boca y su pluma se consagraban únicamente en elogio de su celestial persona, y por ella y para ella escribió su única obra intitulada: *Pro mysterio Immaculatæ Conceptionis*, citada por Juan Helzeis de Lovaina. Con tan gratas aspiraciones y lleno de la mayor satisfaccion, entregó su alma al Criador.—S. B.

SABOLY (Nicolás). Nació este religioso en Monteux, cerca de Carpentras, en 1660. Hizo sus estudios en el colegio de Jesuitas de Aviñon; abrazó el estado eclesiástico, y fué beneficiado y maestro de música del cabildo de San Pedro de Aviñon, en donde murió el año 1724. Puede considerarse á este eclesiástico como trovador del siglo XVII, y si hubiese podido cantar al amor, dice su biógrafo Fortia d'Urban, ó las bellas y las fazañas de la antigua caballería, hubiera obtenido un distinguido lugar entre estos primeros poetas de la nacion. Sus villancicos provenzales hacen aún hoy dia las delicias de su país meridional y áun de las gentes de gusto, porque estos himnos respiran un sencillo á la vez que sublime sentimiento. En efecto, se ve una grande elevacion de ideas en el villancico, titulado: *N'au très sian très Bou-*

*mians*; gracia y sentimiento en el denominado: *Per nous langui long dou camin*; y filosofía en el de *Dieou vous garde, noste mestré*. La coleccion de estos villancicos, cuya primera edicion apareció en Aviñon en 1699, en un volúmen en 12.°, se reimprimió despues de la muerte del autor en 1724, y despues se han renovado y renuevan aún frecuentemente las ediciones. —C.

SABORIT (Fr. Vicente), natural de Villahermosa, villa del reino y arzobispado de Valencia. Fué religioso dominico, hijo de hábito del Real convento de Predicadores de la ciudad de Valencia, siendo uno de los sujetos que más le han ilustrado con su virtud y sabiduría. En el capítulo general, que se celebró en Roma el año de 1644, le promovieron al grado de maestro. Despues fué regente de estudios; prior del referido convento, vicario general de la provincia de Aragon y juez sinodal del arzobispado de Valencia. Su observancia ejemplarísima, su abstinencia y mortificacion, su extraordinario y constante ayuno, áun en tiempo de peste, y otras singulares virtudes, le hicieron respetable y digno de la mayor veneracion, no solo en Valencia, sino tambien en Roma, adonde pasó por agente de la causa de la canonizacion de S. Luis Beltran, en la cual trabajó incesantemente con la mayor eficacia, sin manifestar jamás desaliento ó cansancio. Restituido despues á Valencia, le ejercitó el Señor con una penosa enfermedad, que le tuvo tullido siete años, y á los ochenta de su edad murió ejemplarmente el dia 23 de Enero de 1670. En las actas del capítulo provincial celebrado en Zaragoza en el año de 1670, se halla su memoria con este elogio: *Obiit Valentiæ A. R. P. M. Fr. Vincentius Saborit, qui extra carnem vivens nunquam edebat carnes, adhuc tempore pestis, et jam octogenarius; laboravit viriliter, nulli itineri parcens, pro canonizatione Sanctissimi Patris Ludovici Beltran, cujus vitam scripsit typisque mandavit.* La imprimió con el siguiente título: *Historia de la vida, virtudes y milagros del beato Luis Beltran*; en Valencia, por los herederos de Garriz y Bernardo Nogués, 1651, en 4.°—A. L.

SABOYA (Amadeo VII, llamado *el Pacífico*, primer duque de). Nació en Chambery en 1383, siendo hijo de Amadeo VII, conde del mismo título, que fué elevado á ducado por las circunstancias que veremos al exponer los hechos de este notable personaje. Apénas pudo disfrutar de las caricias de su padre, porque le perdió ántes de cumplir los ocho años; sin embargo, esto no fué obstáculo para que recibiera una educacion tan esmerada cual convenia á su clase, y como se la hubiera dado su padre mismo, bien es verdad que concurrian en él circunstancias no muy comunes en los jóvenes de su condicion, cuales eran suma docilidad y un deseo vehemente de aprovecharse de cuantos medios estaban á su alcance para poder llegar á ser un dia hombre de que se pudiera sacar provecho, pues aunque comprendió perfectamente que no solo su subsistencia sino el porvenir de su descendencia

estaba asegurado mediante los bienes patrimoniales que poseia, tampoco dejó de conocer que un vértigo revolucionario ó cualquier otro imprevisto accidente priva en un momento de todos estos recursos, y entónces el hombre queda reducido á lo que vale y es por sí; razon por la cual nuestro Amadeo aprendió cuanto pudo de todas las ciencias, aunque por de pronto no se dedicó al cultivo de ninguna. Muy buena fué la tutoría bajo la cual le dejó su padre con una prevision y zelo que le honran en gran manera; sin embargo, cuando nuestro jóven se halló en situacion de gobernar sus estados, y agradeciendo como era debido y recompensando cumplidamente los esfuerzos, desvelos y cuidados de sus tutores, tomó él por sí la direccion de sus asuntos, y se propuso ampliar hasta donde pudiera los réditos de sus estados, ó mejor diremos, reunir todo lo que de sus mayores estaba por aquí y por allí diseminado, y que era mucho, como veremos en el relato de sus hechos. Reunió á sus estados el ducado de Génova, cuya casa principal se habia concluido en el 1394 en la persona de Clemente VII, y que era una gran posesion, porque se componia además de la Saboya, de la Brescia, Brigeo, los países de Vaux y de Gex, la parte baja de Valés y de Génova, lo cual constituia ya un importante territorio, tanto que su señor merecia muy bien las atenciones y consideracion de duque. Pretendió, como era consiguiente, el que se le concediera este dictado, que podia muy bien sostener, porque sus estados le daban más que suficiente para estar á la altura no solo de los duques de mayor importancia que pudieran presentarse, sino áun de príncipe y hasta de rey, pues muchos habria en su época que no pudieran contar con los recursos fijos y eventuales con que contaba Amadeo; mas hubo de sufrir algunas contradicciones, tuvo que tolerar algunos insultos, si no directos, porque ante su poder se atrevian pocos, por lo ménos indirectos, de esos que embozadamente se dirigen, teniendo la villanía de esconder la cara por no atreverse á presentarse frente á frente. Al cabo como la peticion era justa, y de complacer á este poderoso ningun perjuicio, ántes beneficios inmensos, podian prometerse, el emperador Sigismundo le otorgó el privilegio ó más bien la carta real de duque en el año de 1416, con grande contento de Amadeo, que no tanto por sí mismo, cuanto por sus herederos, anhelaba dar á su casa toda la importancia posible, siquiera porque el colocarla en el estado de importancia en que la puso, le habia costado mucho trabajo, porque claro es, los que poseian sus estados estaban muy bien avenidos con ellos, y por más que no tuviesen un derecho para sostenerlos, habian de empeñarse en hacer eficaz esa misma condicion de posesion, y por consiguiente, no como quiera, sino á costa de costas en todo sentido, sería como lograria Amadeo encontrarse reivindicado en posesiones de su legítima pertenencia, es verdad, pero que no por eso se le habrian dado tan fácilmente como él mismo habria deseado. A los dos años de

haber obtenido el título de duque, vino á su poder, aumentando por consiguiente sus riquezas y posesiones, el Piamonte, que heredára de uno de los indivíduos de su familia en quien se acabó una rama, y que por esta razon tuvo que referir sus posesiones vinculadas al trono, cuyo representante era nuestro Duque, y por consiguiente él quien debia añadir este blason á los muchos que ya reunia. Parecia hasta entónces que la suerte le halagaba cuanto es posible; en órden á riquezas y estados cada dia se aumentaban sus posesiones, como llevamos visto; en cuanto á sus asuntos domésticos habia elegido una esposa digna de él, María de Borgoña, mujer de excelentes prendas, para cuyo casamiento no le habia llevado otra mira que el afecto entrañable que profesaba á su esposa, y como esta correspondia con tal extremo cual era el de Amadeo, la única aspiracion de ambos era el hacerse mútuamente felices y el educar convenientemente la familia con que el Señor les habia favorecido. Pero no todo puede ser próspero en este valle de miserias: por lo mismo que se llevaban tan perfectamente, por lo mismo que ambos eran, puede decirse, uno de los modelos de su respectiva línea, era preciso que la muerte separase para siempre uno de otro, premiando Dios en el cielo las virtudes del que salia de este mundo, y procurando al que quedaba medios de adquirir en su situacion misma méritos que le llevasen á la eterna ventura. María fué la víctima de una terrible epidemia que se declaró en Turin en 1428, que diezmó sus habitantes, y que introdujo el luto y la desolacion en la familia del duque de Saboya, que hasta entónces no habia tenido sino motivos de alegría y satisfaccion la más íntima, porque todo le habia sido favorable. Puede conjeturarse por esta misma circunstancia cuál seria su dolor con pérdida tan inesperada; pero como hombre de talento y al mismo tiempo de fe, elevó á Dios sus miras, comprendió por una parte que sus designios son inescrutables, y por otra que nunca hace ni permite las cosas sino para nuestro bien, y buscó y halló en la religion santa del Crucificado el consuelo que en vano habria buscado por otra parte, porque le habria sido de todo punto imposible el encontrarlo. Comenzó, pues, á dedicarse á obras pias, emprendió con ahinco la reforma del clero, proporcionándoles misiones que les tocasen al alma, y que produjeran los apetecidos frutos de volver á Dios á los que por desgracia suya se habian apartado del Señor, y por consiguiente se habian separado del camino, habian extinguido su vida, no seguian la verdad, pues dicho está por el Verbo infalible que él es el camino, la verdad y la vida. Cuando tenia ocasion tambien él con dignidad, con decoro y respeto les hacia ver la complacencia que le causaria que en todos sus estados fuesen los sacerdotes tan ejemplares como debian, y cómo se alegraria de que durante su gobierno se hubiese dado este gran paso de hacerse santos los que para serlo tenian en su favor la

elevadísima dignidad de ministros y representantes del Santo de los santos. En cuanto á la persecucion de los herejes, que pululaban en su época, empleó la mayor energía y santo celo, alentando de varias maneras á todos á que echáran de allí tan terrible plaga, que no servia más que para llevar la turbacion, el desconsuelo y la amargura á las almas timoratas, sin que ningun otro provecho que su ruina espiritual y áun material se pudiera sacar del trato con estos desdichados. Además, para conseguir estos mismos tan felices resultados, distribuia cuantiosas limosnas, procurando siempre el mayor acierto, pues á la par que tenia suma satisfaccion cuando remediaba una necesidad, sentia vivísimo disgusto cuando era víctima de alguno de esos engaños tan frecuentes en su epoca como en la nuestra; porque, desengañémonos, la humanidad siempre ha sido miserable, y para ocultar sus miserias se ha valido siempre de medios que al cabo las descubren, pero que no dejan de dar su resultado, y á las veces resultado muy positivo, por supuesto para aumentar la ruina del infeliz que se vale de estas trazas innobles. Fundó dos conventos, y no como quiera, sino dotándolos con esplendidez, comenzando por construir con suntuosidad los edificios en que habian de estar, y haciendo que al instalarse tanto las oficinas todas como la iglesia, sacristía y demás estuviesen perfectamente provistas, sin descuidar el asegurar la vida de estos nuevos institutos mediante rentas muy pingües que asignaba sobre sus posesiones, y que siéndoles consignadas por instrumentos públicos, no cabe duda que serían tan estables como los conventos mismos, pues que todos sus herederos tendrian que respetar esta fundacion hecha por quien en realidad de verdad tenia derecho para ello; por supuesto que en ambos conventos fundó varios aniversarios por su difunta esposa, así como tambien le habia fundado perpétuo en Turin; y en la capilla de su enterramiento estableció tres memorias de misas, para que nunca faltasen sufragios á su esposa, y estas memorias las elevó á capellanías para que así, siendo títulos colativos, tuviese la Iglesia esos tres servidores más, de todo lo cual redunda siempre gran provecho á los fundadores, pues por ingrato que sea el clérigo que posea una de esas capellanías, ha de acordarse alguna vez siquiera de quien al fundarla le proporcionó medios de llegar al sacerdocio, al cual acaso no habria podido ascender si no se le hubiese facilitado este recurso, pues sabido es que muchos de los simples capellanes en manera alguna pueden dedicarse á la cura de almas, y para fundarse patrimonio, generalmente no tienen recursos, por lo cual solo con la capellanía pueden llegar al término de sus aspiraciones y deseos. Sin embargo de que al Duque le ocupaban mucho estas fundaciones y estas obras verdaderamente meritorias, todavía no habia abandonado el cuidado de su casa é intereses, ántes por el contrario los fomentaba en cuanto estaba á su al-

cance, verificando siempre que podia ventajosos contratos, y procurando aprovechar cuantas ocasiones se le presentaban para el aumento de sus bienes y timbres. Aprovechándose de las dificultades que presentaba su cuñado para aceptar y regentar el marquesado de Monforte, aunque la posesion de él y de sus rentas se las dejó de por vida á su cuñado y hermana, hizo que se declarára que él era el señor principal, para que así volviera este rico marquesado á sus descendientes, por título, es verdad, de verdadera justicia, pues que su hermana hasta entónces no habia tenido sucesion y se presumia que no la tuviese atendidas sus circunstancias de edad y demás. Aun cuando proporcionaba por todos los medios que estaban á su alcance todos estos recursos á su familia para asegurarla un porvenir si cabia más brillante que el suyo, él no estaba del todo satisfecho del mundo, le iba tomando ese disgusto que es hijo de la conviccion de que solo para Dios ha nacido la criatura racional; y como á esto se agregára un incidente que vino á confirmar su opinion de desprecio al mundo y sus pompas, que fué el que sin motivo ninguno, sin que nadie tuviera de él, no digamos queja, pero ni áun el menor resentimiento, se halló cierto dia acometido por un asesino que le amenazó de muerte, sin que hubiese, como decimos, el más leve fundamento para que nadie atentase contra la vida de este virtuoso soberano, hombre tan pacífico, tan justo en todas sus acciones, y que procuraba á todos con el mayor interés su bienestar, siendo para él una de las más completas satisfacciones el haber prodigado algun beneficio, fuera quien quisiera la persona en cuyo favor le hiciera; pues nunca miró condiciones ni aceptó personalidades, bastando para que él remediase al necesitado el que se le expusiera esta misma condicion de necesitado. Con este suceso, pues, tan inesperado y que le afectó en gran manera, se decidió á retirarse completamente del mundo, á abandonar á otros los cuidados de sus estados, y hasta sus títulos y dictados, pues él solo se reservaba los recursos necesarios para poder, sin dependencia de nadie, ocuparse en obras de caridad y vivir una vida tranquila, sosegada y sin perturbacion de ninguna especie por los cuidados del mundo. En 1434 hizo renuncia de sus estados en su hijo Luis, y en cuanto logró la carta de sucesion en favor suyo, que no tardó en concedérsele sino el tiempo puramente necesario para que corriera los trámites que son de costumbre, se retiró á Ripaille, pequeño pueblo situado en las riberas del lago de Génova. Allí habia fundado un convento, y contiguo á él hizo construir un suntuoso palacio para vivir él, palacio que llamó despues, por la manera de vivir que emprendió en él, Eremitorio, porque efectivamente, aunque con muy suntuoso aspecto y con todas las condiciones y comodidades que convenian á la casa de un príncipe, vino á ser un lugar de retiro donde este y unos pocos que se le agregaron hacian una vida que seria con justo

motivo envidiada de muchas comunidades muy acreditadas, y que á pesar de su crédito no llegaban á lo que aquella reunion de caballeros; porque al retirarse Amadeo le siguieron dos de sus principales favoritos y veinte personas, tambien nobles, que animadas del mismo sentimiento que Amadeo, pero sin valor, como él no le tenia tampoco para desde luego emprender todos los rigores de la vida monacal ó religiosa, creyeron que este término medio, por decirlo así, que adoptaba el Duque, les serviria de aliciente para emprender la austeridad en toda su rigidez, ó asimismo podrian corresponder á los designios de Dios, si es que el Señor no queria de ellos otra cosa que el que vivieran en aquel retiro con regularidad, órden y concierto, y ocupados en buenas obras; porque sabido es que la perfeccion no consiste en hacer muchas cosas, ni grandes cosas, sino en hacer bien las cosas ordinarias y en enderezar todas nuestras acciones á la mayor gloria de Dios nuestro Señor. Desde luego vivieron en comunidad, adoptando todas las cosas que constituyen esta, un traje comun, una vida enteramente ordenada, con horas marcadas para todo y bajo un sistema que hacia que todo marchase con regularidad, pues se exponia á ser separado de los demás quien no quisiera observar las reglas y constituciones que para su régimen interior hizo aprobar el Duque, y que estaban, no bajo el rigor más austero de la Tebaida, ni áun de las religiones de mucha observancia, pero sí bajo un órden y concierto que hacia bastante perfecta aquella vida. Llamó desde luego ermitaños de S. Mauricio á los que le estaban afiliados, y les puso, como era consiguiente, un hábito con su bonete, de una tela gris, pero fina, sujeto á la cintura con un cordon de oro, y llevando pendiente del cuello una cruz del mismo metal, que les servia como de escudo y que presentaban para que la adorasen los fieles cuando á ellos se acercaban, ya para pedirles algun auxilio, ya, y esto era lo más frecuente, para pedirles consejo. Como el mundo se burla de todo y critica cuanto no es conforme á sus máximas, tuvo tambien materia criticable en los ermitaños de San Mauricio, pues como ellos no observaban, segun hemos dicho, todo el rigor del ascetismo, se dió en propalar que no habia entre ellos observancia ninguna; que la molicie y una especie de francachelas no interrumpidas eran todas sus reglas, todas sus constituciones y toda su perfeccion, llegando esta opinion hasta el extremo de que se hiciera frase vulgar, que indicaba el andarse en francachelas y en bromas de todo género, la expresion *faire ripaille*. Por supuesto que todo esto era vil calumnia, pues aunque repetimos, y lo diremos siempre, no eran muy estrechos en su observancia, eran si muy exactos en sus obras, y con verdad puede llamarse á la casa de Ripaille casa de recogimiento, casa religiosa, donde abundaban la buenas obras, y todo era para servicio del Señor; mas como

se hacia sin ostentacion y los ermitaños nunca tuvieron esa apariencia excesivamente rígida de otras religiones, ni quisieron presumir más allá de lo que era debido; por esto se dió lugar á esas hablillas vulgares, que fueron siempre de mal efecto, pero que hubieron de cesar cuando se pudo esclarecer todo lo que habia sobre el particular, á lo cual ayudaron mucho los monjes que tenian su convento al lado mismo del palacio de los Ermitaños, palacio en la apariencia, pero en la realidad convento tambien donde los Padres daban buenos ejemplos y admirable instruccion como llevamos dicho. Pero dejemos por un momento á los ermitaños ocuparse, como lo hacian, de la oracion, al mismo tiempo que de la política, sin que por esto dejáran de procurar lo mejor siempre, y veamos el resultado que dieron los acontecimientos con relacion al duque de Saboya, que sin quererlo tuvo una celebridad un momento muy triste, pero luego gloriosísima, porque supo aprovecharse perfectamente de su situacion para dar prueba de su ciencia, de su prudencia, y sobre todo de su humildad, pues esta virtud no puede negarse que la poseyó, y la poseyó no de un modo vulgar, sino en grado heróico como más adelante veremos. Era el año 1435 y el concilio de Basilea, reunido desde 1431, estaba entónces en encarnizada lucha sosteniendo unos Padres la superioridad del Papa, y otros defendiendo al Concilio sobre el Papa, unos y otros apasionadamente, y como era consiguiente, destruyendo la fuerza de sus argumentos por esa misma exageracion con que querian que sirviesen para sostener sus respectivas tesis. A esto se agregaba que el romano Pontífice, que lo era Eugenio IV, no tuvo toda la prudencia y tino que era de esperar, sino que, abusando tal vez de su posicion y poniéndose del partido de los que defendian que el Papa era sobre el Concilio, se atrevió á lanzar contra sus adversarios calificaciones algun tanto duras, dictados no muy favorables, ó diremos mejor, inconvenientísimas, y mucho más cuando procedian de labios tan autorizados como parecian ser los del Padre comun de los fieles. Esto, como era consiguiente, exacerbaba los ánimos, de modo que era el Concilio un verdadero conciliábulo, dando por último resultado una excision, un cisma. Efectivamente, al ver la asamblea, presidida por Luis Aleman, arzobispo de Arlés, que nada se podia lograr de Eugenio, tocó, como generalmente acontece en momentos de conflicto como el que nos ocupa, tocó, decimos, el extremo contrario, y en virtud de la soberanía de que se creia investido el Concilio, que no la hallaba superior ni igual sino en Dios, depuso, malamente por supuesto, al papa Eugenio, es decir, se separó de su obediencia y de su dominacion, echó sus legados, á los cuales siguieron muchos Padres del Concilio, aunque todavía quedaron en bastante número y pensaron en otro papa. Varias combinaciones se hicieron, todas ó la mayor parte sin resultado positivo,

pues ó bien no estaban conformes los que habian de elegir, ó el elegido no se prestaba, y entónces se pensó en Amadeo VIII, que parecia á propósito, tanto porque tenia suficiente talento para el cargo que se le encomendaba, cuanto porque se sabia tenia muchísima confianza en la reunion de Basilea, y se presumia que habria de seguir sus sugestiones por poca que fuese la fuerza que se le hiciera. Efectivamente, sucedió todo tal cual ellos se lo propusieron; llamaron á Amadeo, le hicieron ver como legítimo su nombramiento, pues que de otra suerte en su rectitud y justicia no se concibe que hubiera aceptado tal cargo, y en 5 de Noviembre de 1439 le nombraron Soberano Pontífice. El emperador de Francia, que se hallaba en el Concilio, para protegerle y al mismo tiempo para defender algunos intereses de su nacion, que se creian menoscabados en los preliminares de la santa asamblea, como que era imparcial y conocia perfectamente lo que allí se hacia, porque veia las cosas con la sangre fria de una persona que no tiene interés y á quien la pasion no ciega, halló este nombramieoto como ilegal, anticanónico y opuesto á todas las prescripciones del derecho, protestó de él, como no podia ménos, porque su propia conciencia le imponia esta obligacion; pero todo fué inútil, el antipapa se coronó en Basilea á los principios de 1440, y vivió dictando leyes á la Iglesia universal y decretando como si tuviera facultades para ello, rodeado de la corte que le habia elegido, y que por sí propios se habian abrogado los cargos más importantes; vivió, decimos, en el mismo Basilea, en Lausana y en Génova, haciéndose llamar Félix V. Siempre obró con prudencia, y fueron muy pocas las cosas que hizo, tanto en órden á nombramientos, cuanto con respecto á censuras y demás que querian obligarle á que dictase; porque muy pronto se convenció de que presentarse él como papa era una verdadera usurpacion, y de cierto habria él, al momento que lo conoció, renunciado y abjurado su error y hecho lo que despues hizo, si los que le rodeaban se lo hubieran consentido; pero es preciso conocer que el hombre se constituye en situaciones en que no puede ni áun seguir los impulsos de su conciencia por más que estos sean buenos, porque ligado á ciertos y ciertos compromisos, estos le arrastran, estos le ponen en el caso de tener que abordar todas las consecuencias, hasta que Dios muestre un puerto de claridad que sirva para poner en estado verdaderamente normal las cosas, como afortunadamente sucedió con nuestro antipapa. Claro es que el desacertado camino que tomó el concilio de Basilea hubo de llamar la atencion de Eugenio IV, y tratar él de sostener su autoridad legítima y defender sus actos ante una asamblea católica; es decir, que no estuviera inficionada de aquel error, más ó ménos fundado; que de una opinion puramente controvertible les llevó en sus consecuencias á un execrable atentado contra la autoridad pon-

tificia, y por consiguiente contra la unidad católica, que se apoya como en una de sus más fundamentales bases, en esa supremacía dada por Cristo al pescador Pedro, y perpetuada en sus legítimos sucesores, no como quiera en una época limitada, sino en toda la serie de los siglos hasta el último dia de ellos. Reunió, pues, el Pontífice otro concilio, ó digamos con más exactitud, la continuacion del concilio de Basilea, desde que dejó de ser católico, en Florencia, y á él concurrieron además muchos obispos y Padres de la Iglesia latina, que ántes habian dejado de asistir por circunstancias especiales, pero que en aquel conflicto de la Iglesia se creyeron obligados á pasar por todo para ofrecer su óbolo al esclarecimiento de la verdad, al triunfo de la unidad católica; concurrieron el patriarca y el emperador de Constantinopla, aquel porque queria ya que cesasen esas diferencias de iglesia griega y latina, pues parecia no ser una la que en efecto es idéntica en fe, en sacramentos y en cabeza; y el otro, porque creia conveniente hacer patentes á la Iglesia universal, reunida canónicamente, sus deseos de tener un protectorado positivo en ella, para lo cual ofrecia, no solo las garantías de la más perfecta quietud y sosiego en su imperio para el ejercicio de sus funciones, sino la seguridad de que siempre y en todo suceso estaria en favor de la verdadera religion el emperador con todas sus fuerzas materiales, morales y áun pecuniarias. Por estas razones el concilio Florentino se hizo todavía más importante que lo hubiera sido si solo se hubiese concretado á Basilea, verificándose en esto la tan sabida verdad de que Dios se vale hasta de las cosas contrarias para sacar monumentos de su gloria y dar pruebas de su poder como de su misericordia. Desde luego se manifestaron al legítimo pontífice Eugenio IV las buenas disposiciones del antipapa Félix; se le hizo ver que una carta suya, ó un legado que con tino y delicadeza le llamáran la atencion en su nombre, podrian sacar de él gran partido, se conseguiria fácilmente que dejára un cargo que ya le era muy oneroso, y se daria á la Iglesia el consuelo de que por el mismo que se habia causado el cisma (pues no cabe duda en que fué motivado por su imprudencia), el cisma se reparaba y las cosas todas quedaban en estado normal durante su pontificado. Todas las reflexiones fueron inútiles; se encerró en que si Félix reconocia su error, que lo confesase, que seria recibido benignamente, que todo quedaria arreglado con solo una palabra suya, pero que Su Santidad de modo alguno tomaba la iniciativa en tal asunto. Así fué que no se pudo conseguir cosa alguna; antes por el contrario esta dureza de Eugenio hizo á algunos apartarse de su fidelidad y hacerse del partido de Félix que, aunque ilegítimo como papa, era sin embargo prudente, acertado en sus resoluciones, atento y con todos muy mirado, como lo habia sido toda su vida en todas las situaciones en que se habia encontrado. Así siguieron las cosas em-

peorando, como empeora todo mal á que no se pone remedio, hasta que en 1447 llamó Dios para sí al papa Eugenio IV. Muchos esfuerzos hicieron entónces los partidarios del antipapa para que fuera reconocido como tal papa, pero todos fueron inútiles; se nombró canónicamente á Nicolao V, el cual tomó quieta y pacífica posesion de la cátedra de S. Pedro. Apénas elevado al solio pontificio, fué, como no podia ménos de serlo, uno de sus primeros cuidados el dar á la Iglesia la paz y sosiego de que no podia disfrutar miéntras Félix pasase por papa, siquiera fuese solo entre sus partidarios; así es que trató de que este renunciára á su mal entendida dignidad pontificia, y que las cosas se pusieran en un estado verdaderamente normal. Escribió confidencialmente á Félix, y recibió de él inmediatamente la respuesta más satisfactoria, pues desde luego le protestó sumision, haciéndole comprender que si ántes no habia dado él por sí mismo el paso que se deseaba, habia sido porque los que le rodeaban se lo habian impedido y no le habia sido posible de modo alguno desasirse de sus compromisos; pero que le protestaba hacerlo prontamente, en lo cual tendria él tanto consuelo como Su Santidad mismo, pues conocia su lamentable situacion. Esto llenó de consuelo á Nicolao, porque le aseguraba paz y sosiego para la Iglesia. Efectivamente, en 1447 se presentó por un legado especial, pero sin carácter ninguno eclesiástico, sino solo el de persona de confianza del duque de Saboya, la renuncia del papado de Félix V y una protestacion de fe y sumision en todo y por todo á Nicolao V, con el reconocimiento de su suprema autoridad y poniéndose enteramente á su disposicion para hacer cuanto le pluguiera, residiendo dónde y como quisiera Su Santidad. Es claro que aceptó con la mayor benevolencia Nicolao V esta protesta de su antagonista, digámoslo así, y lo primero que hizo fué sancionar todo lo que en su pretendido pontificado hiciera Félix V, para llevar así á las conciencias la tranquilidad de que de otra manera carecian, y que les era tan precisa. Luego, aunque por un legado suyo expresamente comisionado para esto, mandó á Amadeo el capelo cardenalicio, rogándole viniera á Roma para confiarle algunas comisiones que le tenia reservadas. Al punto se presentó en Roma y fué recibido por Nicolao con toda la consideracion que merecia, siquiera pór la humildísima manera con que renunció la dignidad que se le hizo tomar engañándole, por decirlo así. Cuando le hubo dado título, le nombró decano del Sacro Colegio, dejando á su resolucion algunos asuntos de la mayor importancia, que resolvió con el mayor acierto. Le mandó como legado *à latere* con todas las facultades acostumbradas y con las extraordinarias de que creyera necesario hacer uso á Alemania, donde cumplió perfectísimamente su cometido, haciendo cesar diferencias que perturbáran el sosiego de aquel tan católico estado. Mas no quiso Dios

que disfrutára mucho del favor del Pontífice, pues que á los dos años de haber dado el importante paso de su renuncia, murió en Génova el dia 7 de Enero de 1451, á la edad de sesenta y nueve años. Muchísimo era el aprecio en que en Génova se le tenia, y por consiguiente vivísimo el sentimiento que produjo su inesperada muerte, y decimos inesperada, porque disfrutaba de muy buena salud, y su edad no era tan avanzada que pudiera esperarse un próximo fin. Sus exequias fueron solemnísimas, y su entierro en una capilla de la catedral, cual correspondia al que, constituido en la dignidad cardenalicia en el primer lugar despues del Papa, merecia á este tan vivas simpatías y tan entrañable afecto. Mucho sintió Nicolao el que el Señor se hubiese llevado al Cardenal, aunque tuvo gran consuelo cuando supo que habia recibido con toda devocion los santos Sacramentos y habia muerto con los sentimientos de un verdadero cristiano. La posteridad ha calificado, como no podia ménos de suceder, al cardenal Amadeo VIII, duque de Saboya, de cumplido caballero, de príncipe sabio, equitativo y generoso, que con razon y justicia merecia el universal aprecio por sus dotes y por sus circunstancias. —G. R.

SABOYA (Enriqueta de), duquesa de Mayenne. Honorato de Saboya, conde despues, marqués de Villars y mariscal almirante de Francia, gobernador y teniente general por el rey en Provenza, y de Ana, condesa de Tende, que descendia de la casa imperial de Lascaris, que habia poseido el imperio de Oriente ó de Constantinopla, contrajo matrimonio con Francisca de Foix, hija única y única heredera de Alano de Foix, vizconde de Chatillon, y de Francisca de Montpesat, de quien tuvo tambien una hija única y sola heredera, Enriqueta de Saboya, señora muy casta y honesta que fué solicitada en casamiento por muchos príncipes y señores, tanto por sus virtudes y mérito, como por sus grandes riquezas y muchos bienes. Habia sido cuidadosamente educada é instruida en la virtud y en la piedad por su padre el almirante de Villars, célebre servidor de los reyes de Francia, y gran defensor de la fe católica, cuyo nombre es famoso en la historia por su valor y generosidad, al que el rey Cárlos IX dió el cargo de almirante de Francia, vacante por muerte del almirante Chatillon. Habiendo llegado Enriqueta de Saboya á la edad en que la costumbre exige que se dé estado á las jóvenes, se procuró elegirla un marido que fuese digno de ser yerno de un mariscal de Francia. Casósela, por último, conforme á los deseos del público, de su padre y de sus tias paternas Magdalena, duquesa de Montmorency; Margarita, condesa de Ligny y de Brienne, é Isabel, condesa de Bonchage, con Melchor du Prez, señor de Montpezat y du Fou en Poitou, teniente general del rey en el gobierno de Guyena y senescal de Poitou, hijo de Antonio de Prez, señor de Montpezat, mariscal de Francia, del cual tuvo cinco hijos,

dos varones y tres hembras, á saber: Manuel du Prez, llamado de Saboya, marqués de Villars, muerto en servicio de Dios y del rey Luis VIII en el sitio de Montauban en 1621 sin dejar hijos de su mujer Leonor de Thomassin, hija de Renato de Thomassin, llamado de Saint Barthelemy, señor de Montmartin, y de su esposa Juana de Vaudetat. Esta señora, de la casa de Thomassin en el Lionesado, habia estado casada en primeras nupcias con Claudio de Vergy, gobernador del condado de Borgoña por el rey de España. Enrique du Prez, marqués de Montpezat, tampoco tuvo descendencia de Susana de Grandmont, hija de Antonio, conde de Guisa. Los grandes cargos á que fueron llamados estos señores son verdaderas pruebas de la estimacion que hacia el mundo de su valor y de su fidelidad. La mayor de sus hijas se llamó Magdalena du Prez, esposa de Bostan de la Baume, conde de Suze en el Delfinado, de quien tuvo muchos hijos, entre otros al conde de Suze y al obispo de Viviers. Leonor du Prez casó con Gaspar de Pontevez, conde de Carces en la Provenza, de quien tuvo dos hijos, Juan de Pontevez, conde tambien de Carces y teniente por el gobierno de la Provenza, y Margarita de Pontevez, viuda de Guillermo de Simiane, marqués de Gordes, caballero de las órdenes del Rey y primer capitan de los Guardias de Corps de S. M. Gabriela du Prez, segunda mujer de Juan de Saulx, vizconde de Tavanes y de Ligny, hijo mayor de este héroe Gaspar de Saulx, señor de Tavanes, mariscal de Francia y gobernador de Provenza, de quien tuvo siete hijos, cuatro varones y tres hembras, á saber: Enrique, marqués de Mirabel; Santiago, vizconde de Ligny, muerto delante de Montauban nueve dias despues del duque de Mayenne, su tio materno; Melchor de Saulx, Lázaro Gaspar de Saulx, Claudia de Saulx, casada con el conde de Barrault; Ana de Saulx, casada con el conde de Bueil, y Juana de Saulx, religiosa. Habiendo muerto Melchor, marqués de Montpezat, primer marido de Enriqueta de Saboya, esta señora, aunque madre de cinco hijos, fué pretendida en segundas nupcias por su grande virtud y por los muchos bienes de que gozaba por muchos príncipes y grandes de Francia, pues era condesa de Montpezat, vizcondesa de Chatillon, baronesa de Aiguillon, de Magdesilan, de Saint Liasade, señora de Buch y de otros lugares en Agenois, Gascuña, Burdeos y otras provincias. Cárlos de Lorena, duque de Mayenne, par y gran chambelan de Francia, digno hijo de Francisco, duque de Guisa, y de Ana de Tuscia, fué quien tuvo la fortuna de casarse con esta prudente y piadosa señora que prefirió á todos los que la pedian en matrimonio. La eleccion agradó en general, pues el favorecido tenia en su totalidad todo lo que sus competidores no poseian más que en detalle, eclipsando como un grande astro la luz de las estrellas menores: habiendo sabido todos los demás señores que Enriqueta preferia á este generoso príncipe, hermano mayor de

Enrique, duque de Guisa, que habia adquirido mucha gloria en los sitios de Poitiers contra los herejes, y de Navarino en Grecia contra los infieles, no querian disputarle tal prenda, no avergonzándose en cedérsela; ir detrás de este príncipe era una especie de ventaja, y ser vencido por él una verdadera victoria. El contrato de matrimonio se firmó en París en 23 de Julio de 1576 en presencia del rey Enrique III, de las reinas Catalina y Luisa, de los cardenales de Borbon y de Guisa, de Jacobo de Saboya, duque de Nemours y de su mujer Ana de Este, madre del duque de Mayenne, de su hermano Enrique de Lorena, duque de Guisa, de Cárlos de Lorena, duque de Aumale, su primo, y de muchos señores y señoras de la corte. Enriqueta tuvo cuatro hijos de este príncipe, dos hijos y dos hijas, á saber: Enrique de Lorena, duque de Aiguillon y de Mayenne, par y mariscal de Francia, que nació en 20 de Diciembre de 1578 en Dijon y fué bautizado en la santa capilla de la misma ciudad en el mes de Febrero del año siguiente. Este príncipe, que llevó el nombre de Enrique que le dió su padrino Enrique III, fué uno de los príncipes más atrevidos y generosos de su siglo, como lo manifestó en muchas ocasiones en el sitio de Laon y despues en el de Soissons, donde se encerró con una distinguida compañía de la primera nobleza, para sostener el sitio contra un ejército real mandado por el conde Auvergne, despues duque de Angulema. Pero como estaba resuelto á defenderse y morir en la brecha con la pica ó la parmesana en la mano ántes de sufrir la vergüenza de verse expuesto en triunfo á la risa de sus enemigos, se levantó el sitio á consecuencia de la muerte del que se decia ser autor de esta guerra, que fué muerto en París en el puente del castillo del Louvre el 24 de Abril de 1627. Cinco dias ántes que se levantase el sitio, adquirió este príncipe mucha gloria, habiendo salido á tambor batiente, llevándose dos cañones, habiendo batido y forzado, á un cuarto de legua de Soissons, el cuartel del bravo Bussy de Lamet, derrotando un regimiento, haciendo prisioneros al maestre de campo y á los capitanes con sus banderas que habia enarbolado en las murallas de aquella ciudad. Le Grain y otros historiadores han escrito que este príncipe de Lorena fué el primero que recibió la noticia por una carta que le escribió el mismo rey y envió al conde de Auvernia, pero estan equivocados, pues el duque de Angulema, conde de Auvernia á la sazon, recibió esta noticia por un correo del presidente de Cheunj á las nueve de la noche, despues llegó á las cuatro de la mañana el Sr. de Tavanes de parte del rey, y el conde envió á decir al duque de Mayenne, que se le habia avisado la noche ántes de la muerte del mariscal de Annecy por un tal San Martin, y le habian enviado el cardenal de Guisa, pero no tuvo noticias del rey hasta el medio dia siguiente. Cuando Luis VIII declaró la guerra á los rebeldes, este príncipe prestó notables servicios á S. M. en las provincias

de Agenois y de Gascuña, donde muchas ciudades vieron lo que puede el valor sostenido por la religion, servicios que continuó prestando hasta que fué muerto el 17 de Setiembre de 1621 delante de Montauban; su nombre fué siempre muy celebrado por los franceses, que manifestaron el afecto que le tenian en el dolor que sintieron á su muerte, siendo por su valor, su candor y su franqueza digno de una larga vida. Los honores fúnebres que se hicieron á su memoria en muchas iglesias de Francia demostraron el pesar que ocasionaba su pérdida. Sintióse tambien que este héroe hubiese muerto sin dejar hijos de su mujer Enriqueta Gonzaga de Cleves, princesa muy virtuosa, que falleció de parto en 1601. Obtuvo muchos honores durante su vida. El rey Enrique IV erigió á Aiguillon en ducado y pairía en favor suyo, y le envió de embajador extraordinario á los archiduques Alberto é Isabel, y el rey Luis XIII y la reina madre le enviaron tambien de embajador extraordinario al rey de España Felipe III para pedir á S. M. Católica á la infanta Ana, su hija mayor, para mujer de este monarca, recibiendo con este motivo las mayores distinciones. Fué gran chambelan de Francia, gobernador de la isla de Francia y despues de Guyena. El Padre Bourdon, religioso agustino y doctor de la facultad de París, hizo su oracion fúnebre en la capilla de los penitentes de Tolosa, en la que publicó las virtudes de este príncipe. El segundo de los hijos de Enriqueta de Saboya y de Cárlos de Lorena, duque de Mayenne, fué Cárlos Manuel de Lorena, duque de Sommerive, que tuvo por padrino á Cárlos Manuel I, duque de Saboya. Nació en Grenoble en 1581, con grande contento de los habitantes de aquella ciudad y provincia, el que manifestaron en las grandes fiestas que hicieron por el nacimiento de este príncipe, segundo varon de los duques de Mayenne, que se hicieron amar en aquella provincia, no solo de los católicos, sino tambien de sus propios adversarios, que llamaban al duque el príncipe de la *Buena fe*; tan exacto era en el cumplimiento de su palabra. El conde de Sommerive murió en 1609, en Nápoles, de una fiebre que le arrebató en pocos dias, volviendo de Malta, donde habia ido á buscar alguna ocasion en que ejercer su valor, con gran sentimiento de los suyos, que perdieron á este príncipe en la flor de sus dias, y á consecuencia de su ambicion marcial, que le habia alejado honrosamente de las comodidades de su país, para hacerle buscar la gloria en tierras extrañas; pues si este príncipe hubiera vivido, no hubiese adquirido ménos honores por su ánimo y valor que su padre, el incomparable Enrique de Lorena, conde de Harcourt, gran escudero de Francia y virey de Cataluña, terror y espanto de sus enemigos, que batió gloriosamente en las islas de S. Honorato y de Sta. Margarita, en Casal, Turin y en Rose. La mayor de sus hijas fué Catalina de Lorena, duquesa de Nivernois, mujer de Cárlos I, duque de Mantua,

y madre de Luisa María, reina de Polonia. La segunda se llamó Renata de Lorena, y debió contraer matrimonio con ella Mr. de Laval, el año 1605: pero despues de la muerte de este héroe casó con Mariano Sforza, duque de Onano, de quien tuvo un hijo. Esta princesa, que era muy aficionada á la literatura y al culto de las musas, falleció en Roma en 1688, donde recibió los honores de la sepultura en la iglesia profesa de PP. Jesuitas. Enriqueta, duquesa de Mayenne, educó con sus hijas á Ana de Caumont, duquesa de Fronsat y condesa de Saint Paul, que fué entregada por su madre al duque de Mayenne, pues Margarita de Lustreu, señora de Caumont, despues de la muerte de su yerno el príncipe de Carency, de la casa de la Vanguion, suplicó á Cárlos, duque de Mayenne, que estaba en Guyena, donde hacia la guerra por el rey Enrique III á los hugonotes rebeldes, la diese en matrimonio á su hijo mayor para su hija, y le dió poderes para obrar como mejor le pareciese. Los asuntos de la guerra no permitieron resolverse al duque de Mayenne, ni dar otra respuesta sino que su hijo era jóven y deseaba que aprendiese primero á servir á las señoras princesas que á mandarlas; pero cuando vió que se hallaba próximo á regresar á la corte, renovó con más ardor su peticion, añadiendo que desde entónces le entregaria el castillo de Caumont, manifestándole al mismo tiempo debia comprender que con dificultad encontraria mejor partido hallándose sus bienes enclavados unos en otros, pareciendo que debian estar reunidos en una misma casa, como si hubieran salido de ella. No quiso por lo tanto perder esta ocasion, y lo hizo con tanto más motivo cuanto se le avisó de que el vizconde de Turena, recien convertido al calvinismo, despues duque de Bouillon y mariscal de Francia, queria adelantársele. Se presentó en el castillo donde se hallaba la princesa de Carency, hija de la señora de Caumont, dijo al que la tenia bajo su custodia que habia ido allí para recibirla como la prometida de su hijo: fué llevada á la puerta, montada en la carroza de la duquesa de Mayenne y conducida á Luzignan, haciéndose todo tan satisfactoriamente, que nada se hizo ni se habló fuera de propósito. Esta accion desagradó al rey Enrique III, y los interesados dijeron que fué un verdadero rapto, ofendiéndose por la razon de que no es permitido á estos príncipes casarse sin el consentimiento de su soberano; el duque y la duquesa de Mayenne decian que su intencion no habia sido ofenderle, sino impedir y prevenir los designios que podian fortificar y autorizar á los enemigos de S. M., y no faltar á sí mismos. Enviaron un emisario al rey para suplicarle no lo tomase á mal, porque las consideraciones generales de su servicio habian tenido tanta ó más parte que las suyas particulares; pero no se contentó con esto y mandó que la princesa de Carency ó marquesa de Fronsat fuese puesta en libertad: los duques manifestaron que lo que habian hecho habia sido con el consentimiento de su madre y de sus

parientes más próximos, que era mujer de su hijo y no podia estar en mejores manos que en las suyas; que el rey se ofendia del servicio que se le habia hecho, porque este casamiento volvia á su obediencia muchas buenas plazas de la Guyena que pertenecian á esta rica heredera. Acordóse que se entregase la marquesa á la reina Luisa, y que la reina la pondria en manos de la duquesa de Nemours, madre del duque de Mayenne, arreglándose todo de esta manera. La duquesa de Mayenne tuvo siempre á su lado á la marquesa de Fronsat, que educó con sus hijas, y tuvo cuidado de hacerla instruir en la religion católica despues de haberla quitado su aya y doncella, que seguian la protestante. Siendo una de las mayores glorias de Enriqueta de Saboya haber hecho abrazar la verdadera religion á Ana de Caumont, condesa de Saint-Paul, que tan buenas obras hizo despues de su conversion á la fe católica. Esta princesa de la casa de Saboya fué muy prudente y devota. La piedad fué siempre su más fiel compañera, su palacio era un seminario de virtud, un plantel de devocion y como el camino del cielo. En su casa reinaba el mayor órden; la probidad, la modestia, la castidad, la humildad, la prudencia, la caridad, la templanza fueron las virtudes que la hicieron más recomendable. En prueba de ello referiremos dos ejemplos muy notables de su templanza, por donde podemos adivinar las disposiciones de su espíritu en otras partes de esta virtud. Hallándose esta princesa en Gascuña, donde poseia grandes y ricos señoríos próximos á un célebre monasterio de religiosas, llamado el Paraíso, órden digna de este hermoso nombre, tanto á causa del fundador, llamado Herman de Paradis, como tambien porque en aquella casa no se respiraba más que las grandezas del cielo; esta duquesa tenia permiso del papa para entrar en las casas de las religiosas, pero no quiso usar nunca de él, para que su ejemplo sirviese de barrera á todo el país, dando á entender que las vírgenes veladas no deben ser vistas de los humanos, puesto que estan consagradas á la divinidad como esposas de Jesucristo. El otro acaeció en Soissons, donde favoreció con grande celo al obispo Gerónimo Hannequin, cuya justa severidad le obligó á poner en clausura completa á las religiosas de toda su diócesis, sabiendo que la mujer excede por lo general mucho más en malas obras que en buenas. Este buen prelado, que velando solo su rebaño juzgaba muy bien que la fragilidad de aquel sexo, en particular en la juventud y sobre todo en las épocas corrompidas, tiene necesidad para su tutela de un marido ó de un muro, razon porque renovó la antigua disciplina de la clausura, sobre lo que se le pusieron muchos obstáculos que procuraron cortar la duquesa y su marido, empleando todo su poder, conteniendo con su autoridad y contínuas amonestaciones á algunos señores, que no consideraban toda la importancia de esta profanacion de los templos vivos de Dios, en cuya presencia se cometian

execrables crímenes que clamaban venganza contra nosotros y atraerian la indignacion del cielo. Esta princesa y su marido dejaron muestras de su piedad y de su liberalidad en muchas iglesias de Soissons, entre otras las de Santa Catalina, virgen y mártir, ó de los Mínimos: en reconocimiento tambien de sus beneficios fueron declarados fundadores del convento de Soissons, con asentimiento comun de los religiosos que asistieron al capítulo general celebrado en 1605 en el convento de Jesus María, cerca de Génova, que presidió el Rdo. P. Pedro Herbert, francés, xxxii general de la Orden, cuyo nombre es venerado en ella. Asistia muy caritativamente á los pobres vergonzantes que habia en aquella villa, donde no solo se venera su memoria por sus muchas virtudes, sino tambien en Dijon, Grenoble y otras ciudades, donde habitó con su marido, que siempre mereció grandes elogios por haber sido hombre de buena fe, príncipe muy activo, y capitan ilustre y constante defensor del rey Enrique III y su reino. Vivió en la mejor armonía con este príncipe, que murió á principios de Octubre de 1611, regresando de una peregrinacion que acababa de hacer á nuestra Señora de Lieja. Viendo esta buena princesa tan enfermo á su marido, se sintió indispuesta tambien por el temor que tenia de perderle, pero despues de su muerte sintió tanto la pérdida de este príncipe, que pocos dias despues entregó su alma al Criador, habiendo recibido ántes los sacramentos con grande fervor, de tal manera que sus cuerpos no tuvieron más que una ceremonia y pompa fúnebre en S. Gervasio de Soissons, haciendo las exequias el obispo de la diócesis Gerónimo Hannequin, y pronunciando la oracion fúnebre, que imprimió despues el Rdo. P. Juan Gontuy, de la Compañía de Jesus. El abate de Cornar, el Sr. de Nervese y todos los autores de discursos fúnebres ó de la vida de Cárlos, duque de Mayenne, hablan siempre con elogio de esta virtuosa princesa, su mujer, que era prima hermana de Enrique IV. Habiendo sabido en Amiens Ana de Caumont, duquesa de Saint Paul, la noticia de la muerte de esta princesa y del duque de Mayenne, su marido, le dió su último tributo con suma pompa fúnebre en la iglesia de nuestra Señora, manifestando así su reconocimiento por haberla convertido por su cuidado á la religion católica. —S. B.

SABOYA (P. Dr. Francisco), religioso de la Compañía de Jesus. Este eminente varon fué natural de la ciudad de Tortosa, en Cataluña, ayo y maestro que habia sido de los hijos del bienaventurado S. Francisco de Borja, con cuyo ejemplo se movió á entrar en la Compañía, en la cual vivió pocos años, pero los logró tan bien con sus virtudes de humildad, obediencia, oracion y austeridades, que en breve granjeó la perfeccion religiosa. Murió en su patria el año de 1550 con opinion de santo, confirmándolo Dios con un milagroso suceso, pues habiendo tomado á peso

buena cantidad de cera para sus exequias, y habiendo estado encendidas las hachas veinticuatro horas, no se menoscabó ni una onza de su total peso. Causó general admiracion en toda aquella ciudad milagro tan notable. — A. L.

SABOYA (Magdalena de), duquesa de Montmorency. Era hija de Renato de Saboya, llamado *el Grande*, conde de Villars, caballero de la órden de S. Miguel, gobernador y teniente general por el rey de Francia en Provenza, y de Ana, condesa de Teude, descendiente de la antigua é imperial casa de Lascaris, que tuvo por largo tiempo el imperio de Levante ó de Constantinopla. Fueron tios suyos Filiberto y Cárlos III, llamado *el Bueno*, duque de Saboya; y Felipe de Saboya, duque de Nemours y conde de Genevois, y su tia Luisa de Saboya, duquesa de Angulema y de Anjou, condesa de Maine, madre de Francisco, y sus hermanos Honorato de Saboya, conde, despues marqués de Villars, almirante de Francia, y Claudio de Saboya, conde de Tende, gobernador de Provenza. Su primo, el rey Francisco I, la casó con uno de sus más fieles servidores Ana de Montmorency, primer baron de Francia, á quien los reyes Francisco y Enrique II honraron con los primeros cargos del estado y de la corona, habiéndole creado mariscal, condestable y gran maestre de Francia; y este último erigió en favor suyo la tierra y baronía de Montmorency en ducado y pairía. Hé aquí el elogio que da Ronsard á este duque de Montmorency:

*Sage Nestor Français,*
*Fidelle serviteur de quatre ou de cinq Rois,*
*Qui meritoit de avoir en mémoire eternelle,*
*Ainsi que du Guesclin, une ardente chandelle.*

Este señor fué durante su vida el corazon del rey Enrique II, su buen maestro, el ejemplo de valor y el modelo de los grandes capitanes, que coronaron el número casi infinito de sus largos servicios con una muerte gloriosa, que recibió combatiendo por su príncipe el rey Cárlos IX, por su patria y por la verdadera religion, entre sus cuatro hijos que heredaron la fidelidad innata en su casa. En Enero del año 1526 se celebró el tratado de matrimonio entre este príncipe y nuestra heroina en el castillo de S. German en Laye, en presencia del rey Francisco y de madama de Angulema, madre de S. M., que prometió entónces á Magdalena de Saboya y á su esposo, como regalo de matrimonio, la suma de cincuenta mil libras, además del dote, dándoles despues la baronía, castellanía y señorío de Fere en Tardenois, con sus edificios y dependencias; Dios bendijo este matrimonio con un buen número de hijos, á saber: el mayor Francisco, duque de Montmorency, par y

mariscal de Francia, á quien los historiadores y poetas franceses han elogiado por su celo en beneficio del estado, su buen natural y su aficion á las bellas letras. El segundo fué Enrique de Montmorency, señor de Danville, despues mariscal duque de Montmorency y condestable de Francia, de quien los historiadores refieren los servicios que prestó á la corona en las jornadas de Dreux y de Saint Denys. Fué honrado con el cargo de condestable, el mayor de los honores militares, por el rey Enrique IV, á quien sirvió gloriosamente, lo mismo que á los otros reyes, sus sucesores, por espacio de sesenta y tres años. Murió en el reinado de Luis XIII, el 1.° de Abril de 1614, hallándose en su gobierno de Langüedoc, siendo su cuerpo inhumado en la iglesia de los capuchinos de nuestra Sra. de Crau, cerca de Alais, y su corazon trasladado á nuestra Sra. de Montmorency. Habia casado en primeras nupcias con Antonieta de la Marc, de quien tuvo trés hijos, un hijo y dos hijas, á saber: Hércules de Montmorency, conde de Offemont; Carlota, condesa de Angulema y duquesa de Auvernia, madre de Luis de Valois, conde de Alais, coronel de la caballería ligera de Francia, y gobernador por el rey del país y ejército de Provenza, y Margarita de Montmorency, duquesa de Ventadour. En segundas nupcias tuvo por mujer á Luisa de Budos, hija de Santiago, vizconde de Portes, de la ilustre familia de Budos, vizconde de la Guiena, y de su esposa Catalina de Clermont, de quien tuvo dos hijos, el duque de Montmorency, par y almirante de Francia, que no dejó hijos de su mujer María Felicia de los Ursinos, hermana de la duquesa de Guentala y de la princesa de Borghese y nieta de Pablo Jordan Ursino, duque de Bracciano y de Isabel de Médicis, é hija de Virginio Ursino y de Felicia Perreti, sobrina del papa Sixto V, y madama la princesa, esposa de monseñor el príncipe, de quien tuvo á la duquesa de Longueville: monseñor el duque de Enghien, casado con María Clemencia de Maillé, hija del duque de Bresse y mariscal de Francia, y monseñor el príncipe de Conti. Casó por tercera vez con Lorenza de Clermont, hija de Claudio de Clermont, baron de Montoison, de la ilustre casa de Clermont en el Delfinado, y de Luisa de Buzoy, llamada de Saint Simont. No tuvo hijos de esta señora, tan prudente como virtuosa, que tuvo el honor de ser la primera dama de la reina. El primer hijo fué Cárlos de Montmorency, señor primero de Mern y despues de Danville, fiel servidor de los reyes Enrique III y IV, y Luis III. Enrique IV le honró con el cargo y oficio de almirante de Francia y de Bretaña, vacante por muerte del señor de Villars, de la casa de Tramas, y queriendo el rey Luis VIII el primer año de su reinado realzar todavía más el número de sus honores, le creó duque de Danville y par de Francia. Murió en 1612, sin dejar hijos de su mujer Renata de Cossée, condesa de Secondigny, hija mayor de Artus de Cossée, conde de Secondigny, baron de Gounor y mariscal de

Francia, y de Francisca de Bouchet. La almirante y duquesa de Danville Renata de Cossé, era una heroina piadosa y sabia. Tradujo del latin al francés los libros de la Ciudad de Dios de S. Agustin, y escribió algunos discursos, segun refiere el R. P. Luis Jacob, carmelita, en su *Biblioteca de las Mujeres ilustres por sus escritos.* Murió en el castillo de Gonnor, en Anjou, en Octubre de 1622. Gabriel de Montmorency, baron de Montberon, fué el cuarto; murió combatiendo generosamente por el servicio de Dios y del rey en la jornada de Dreux el año de 1562, sin haber sido casado. Ronsard hizo su epitafio, en que canta el valor que este jóven héroe manifestó en la jornada de S. Lorenzo y en el sitio de Rouen. El quinto fué Guillermo de Montmorency, coronel general de la caballería ligera del Piamonte, señor de Huzé, de Dangu y de Gaudelas, que sirvió valerosamente al rey Enrique III en la batalla de Senlis. No dejó más que una hija de su segunda mujer Ana de Lalain, hija de Antonio, conde de Hochstraste, y de Leonor de Montmorency, casada con Enrique, conde de Luxemburgo y de Pinay, par de Francia y príncipe de Fingú, y madre de Margarita Carlota, duquesa de Luxemburgo, que casó en primeras nupcias con Leon de Albert, señor de Brantes y caballero de las órdenes del rey, hermano del condestable de Luguer y del duque de Channes; en segundas con Cárlos de Clermont, hijo y hermano de los condes de Tonnerre. Luisa de Luxemburgo se hizo carmelita, habiendo abrazado la profesion eclesiástica su marido Enrique de Lewis, duque de Ventadour; Guillermo de Montmorency, señor de Thoré, habia casado en primeras nupcias con Leonor de Thunieres, que aterrorizada del suplicio que se hizo sufrir á Poltroc por haber asesinado al duque de Guisa, murió pocas horas despues de haber presenciado la ejecucion. La mayor de las hijas fué Leonor de Montmorency, mujer de Francisco de Latour III del nombre, vizconde de Turena, baron de Montgascon y de Oliergues, de quien tuvo dos hijos, á saber: Magdalena de Latour, casada con Honorato de Saboya, conde de Tende y de Sommerive, y Enrique de Latour, vizconde de Turena, despues duque de Bouillon y príncipe de Sedad, mariscal de Francia, que fué educado en su niñez por Magdalena de Saboya, duquesa de Montmorency, abuela suya. Tuvo seis hijos de su mujer Isabel de Nassau, cuatro hijas y dos varones; Federico Mauricio de Latour, duque de Bouillon, y Enrique de la Tour, vizconde de Turena, mariscal de Francia. La segunda, Juana de Montmorency, mujer de Luis, señor de la Tremoille y duque de Thouars y par de Francia, de quien tuvo seis hijos: cuatro hijos, tres de los cuales murieron en la niñez, y el cuarto fué Claudio, duque de la Trenville y de Tours, y dos hijas, la mayor llamada Luisa, muerta ántes de contraer matrimonio: la segunda Carlota Catalina, princesa de Condé. La tercera, Catalina de Montmorency, casó con Gilberto de Lewis, conde,

despues duque de Ventadour y par de Francia, de quien tuvo dos hijos, Gilberto de Lewis, conde de Lavoute, muerto ántes que su padre, y Ana de Lewis, duque de Ventadour, que tuvo muchos hijos de su mujer Margarita de Montmorency, su prima hermana, entre otros á Cárlos de Lewis, duque de Ventadour, par de Francia y gobernador del Lemosin, que casó con María de la Guiche, hija mayor de Juan Francisco de la Guiche, conde de Saint Geran y de Palisse, mariscal de Francia, y de Susana aux Espaules, señora de Saint Marie, su segunda mujer, de quien tuvo un hijo, el conde de la Vouté. La cuarta, María de Montmorency, tuvo por marido á Enrique de Foix, conde de Candale, y fué madre de dos hijas, la mayor Margarita de Foix, heredera del captalap de Buch, y de los condados de Caudale, de Estrach y de Benauges; casó con el duque de Epernon, de quien tuvo tres hijos, los duques de Candale y de Epernon y el cardenal de la Valette; la segunda, Francisca de Foix, fué abadesa en Sta. Glosina en Metz. La quinta, Ana de Montmorency, fué abadesa de la Trinidad en Caen. Luisa tomó el hábito de religiosa en S. Pedro de Reims, de donde fué sacada despues para ser abadesa de Gersy. Magdalena, la séptima y última, hizo profesion de la vida religiosa en la abadía de Font-Eusam, y despues fué abadesa de la Trinidad de Caen. Todos los individuos citados de esta familia se hallan pintados con sus armas en las vidrieras de la hermosa iglesia parroquial de S. Martin de Montmorency, los varones al lado septentrional con su padre el condestable, y las jóvenes al lado meridional con su madre Magdalena de Saboya. Esta virtuosa duquesa educó tan cuidadosamente á sus hijas, tanto á las que se retiraron á un claustro para profesar la vida monástica, como á las que fueron las primeras damas de Francia, dejando sus nombres y su memoria á la veneracion de la posteridad en premio de sus virtudes y su prudencia. Durante las turbulencias civiles que afligieron á aquel reino, á principios del reinado de Cárlos IX, animó al rey su marido á defender y sostener la causa de Dios, de la Iglesia y del rey, y á combatir en defensa de los altares contra los herejes, de lo que dió buenos é inequívocos testimonios en las batallas de Dreux y de Saint Denys, habiendo sido hecho prisionero en aquella y herido mortalmente en esta, y cuando lleno de celo por la religion de sus padres mandó derribar, con su yerno Mr. de Candale, el 4 de Abril de 1762, el cercado y la casa de Terma, cerca de la puerta de S. Marcelo, y la granja de Popincourt, fuera de la puerta de S. Antonio, donde los ministros de Calvino, Teodoro de Beze y Malo, sacerdote de S. Andrés de los Arcos, habian predicado, no el Evangelio de paz y de la fe del Salvador, sino como dice un poeta:

*Vne Evangile armée*
*Un Christ empistolé tout fumée de noircy.*

Por esta razon un autor calvinista llama al gran condestable el capitan *Brusle-Banc*. Y lo que es más, se unió al rey de Navarra, al duque de Montpensier, los príncipes de la sangre, á los de Guisa y á los mariscales de S. Andrés y de Russac, contra el almirante, el cardenal de Chatillon y el señor de Audelot, sobrinos suyos, y otros grandes señores de su familia, que eran los jefes de la Liga y del partido protestante, no queriendo de ningun modo como primer oficial de la corona, y descendiente no solo del primer baron, sino tambien del primer cristiano de Francia, y cuya antigua casa tiene por divisa: *Dieu aide au premier Chretien*, permitir que la Iglesia católica y cristiana corriese el menor peligro. La duquesa manifestó tambien su devocion, mandando edificar con el condestable, su marido, las hermosas iglesias de Montmorency, de la isla Adan, de Saint Leu de Taberny y las demás de sus tierras, y tambien las muy hermosas y devotas capillas de sus castillos de Escorieu y de Chantilli. Apénas murió el gran condestable, Magdalena, su viuda, le hizo los últimos honores con muy solemne pompa, tanto en la grande iglesia de París, como en la de los Celestinos y de S. Martin de Montmorency, y como durante la vida de su marido se habia manifestado muy apta para la administracion, tambien durante su viudez arregló sus negocios con tanto órden, que hizo admirar su prevision y su economía en el manejo de su casa. Reconociendo el rey Cárlos IX su virtud y prudencia, quiso honrarla, nombrándola la primera dama de honor de la reina Isabel de Austria, su primera mujer, y en esta calidad asistió á la consagracion y coronacion de esta reina, y á la entrada que hizo en la ciudad de París en 1521. Magdalena de Saboya, llena de años, honores y méritos, murió cristianamente, despues de haber recibido con devocion todos los santos sacramentos en su palacio de Montmorency, en Paris, en 1586, á la edad de setenta y seis años; fué enterrada en la iglesia de S. Martin de Montmorency, cerca del duque su marido, en una magnífica sepultura de mármol que se construyó en la nave. Algunos historiadores han apellidado á esta señora *très sainte femme*, parece que conforme á su divisa de *la premier chretien;* despreció las supersticiones de las sectas heréticas, permaneciendo firme en la religion cristiana, así como los primeros cristianos se habian burlado del paganismo al abrazar la religion del Crucificado. Asegúrase que tenia grande horror á la religion protestante, muy general en su época, siendo por lo tanto celosa defensora de la religion católica, como hemos dicho en sus lugares respectivos.—S. B.

SABRANNO (Elezario), miembro de la noble casa napolitana de los condes de Ariano, y de sangre real: el papa Gregorio XI en 1373 le hizo obispo de Chieti, y en Setiembre de 1378 Urbano VI le creó cardenal sacerdote de Sta. Balbina y penitenciario mayor con retencion del expresado obispado de Chieti, el que administró durante algunos años con beneplácito

apostólico. Amigo de Sta. Brígida siguió sus buenos consejos, por los cuales abandonó la vida regalada y empezó á vivir con edificacion ejemplar. Unido despues á Sta. Catalina, hija de aquella santa, se empeñó en su canonizacion, para la cual le comisionó el Pontífice en union de otros seis cardenales. Hízose célebre este Cardenal en su devocion á la Vírgen María, para cuyo culto legó en su testamento trescientos florines destinados á la compra de un olivar que diese el suficiente aceite para la lámpara de la Vírgen, la cual habia de estar siempre encendida en la basílica Liberiana delante de su altar. Murió este príncipe de la Iglesia el año 1394 ó principios del 1395, siendo falsa la noticia que da un autor, de que el pontífice Urbano VI le depuso del cardenalato.—C.

SABRUGUERA (Fr. Roger de), del órden de Predicadores. Fué natural de Cataluña, sin que conste de qué punto, y hasta se ignora el convento en que tomó el hábito, así como el en que residiera. Debió florecer á fines del siglo XVI, segun Altamura, aunque este autor da como insegura la noticia. Es conocido por una obra que tituló: *Biblia en catalán en copla, y el Psalterio traducido en catalán por Fr. Roger Sabruguera, del órden de Sto. Domingo.* Esta obra se conservaba á principios del siglo pasado en la Biblioteca del monasterio del Escorial.—M. B.

SABUNDE (Raimundo de), natural de Barcelona, al cual varios escritores llaman á veces Sabonde ó Sabon. Fué doctor en artes, en teología y en medicina, de oscuro nombre y condicion, dice D. Nicolás Antonio, pero no de oscura fama por los escritos que dejó. Fué catedrático en la universidad de Tolosa, donde murió en 1422. Altamura en el apéndice á la *Biblioteca dominicana*, pág. 454, supone que se convirtió del judaismo; pero se apoya en una cita que es falsa. (Véase *Wolfio*, Biblioteca hebrea.) Su obra principal fué la siguiente: *Theologia naturalis sive liber creaturarum specialiter de homine et de natura ejus in quanto homo, et his quæ sunt necessaria ad cognoscendum se ipsum ad Deum, et omne eo etiam ad quod homo tenetur et obligatur tam Deo quam proximo;* un vol. en fól. menor de 163 fólios. El objeto del autor es probar que todo lo que enseña la religion cristiana es conforme á la razon. Pero algunas veces supone que hasta el ministerio de la Trinidad, etc., se prueba con la razon natural. Por esto Clemente VIII puso el prólogo de la obra en el índice de los libros prohibidos, como nota Possevino en su *Aparato Sagrado*, tomo III, pág. 121. La obra de Schome contiene 330 capítulos, segun se ve en el códice de la Biblioteca del rey de Francia, comenzado el año 1434 y acabado en 1436. Se hicieron varias ediciones, segun es de ver en el *Catálogo de libros raros* de Juan Vogrio, pag. 594, en donde dice ya casi no se halla ningun ejemplar. Miguel de Montaigne tradujo la obra en francés, que se imprimió en París, año 1581,

en un tomo en 8.° Pueden verse más noticias de esta obra en Feeytag, *Apparat. litterarius*, tomo II, pág. 120 y sig. Se hace memoria de sus luces y talento en el periódico *Journal ecclesiastique, politique et litteraire*, tomo XXII, núm. 549. Habla de este escritor D. Nic. Ant. *Bibliot. Vetus*, lib. X, capítulo III, núm. 116, pág. 215.—A.

SACA (Fr. Arcángel de), religioso de la órden de Menores Capuchinos de la provincia del Piamonte, corista. Fué este insigne religioso notable en la pureza, simplicidad, obediencia, humildad, silencio, estudio de la oracion, y guarda tan vigilante de la castidad, como lo prueba el hecho siguiente. Iba una vez con el limosnero pidiendo la limosna del pan, y habiendo llegado á casa de una mujer poco honesta, por lo que despues se vió, le hizo entrar, y cerrando la puerta, empezó con palabras tiernas y con halagos á combatir el muro de su honestidad: al principio el vergonzoso jóven quedó atónito y sorprendido al ver un caso tan no esperado; pero reponiéndose y tomando el consejo que la oportunidad le ofrecia, y aprovechándose de la coincidencia de que en compañía de aquella lúbrica mujer, habia otra que igualmente le solicitaba, se valió del recurso de ofrecer las complaceria, pero que le dejasen llamar á su compañero para que fuesen dos para dos, dejándolas por seguridad la alforja llena de pan, miéntras iba á llamarle. Convinieron las mujeres, pero en cuanto se vió en la calle Fray Arcángel, empezó á pedirlas á voces su alforja, no siendo posible negársela por no publicar su escándalo, quedando el siervo de Dios victorioso y triunfante de aquella asechanza de Satanás. Ejercitándose en esta y otras virtudes, despues de haber vivido cinco años en la religion, murió en el año de 1577, y alcanzó con tan breve trabajo un descanso y quietud eterna.—A. L.

SACARDO (Domingo), letrado distinguido, nació en Tolosa en 1741; abrazó el estado eclesiástico, y nombrado profesor de retórica en el colegio de Auxerre, desempeñó este cargo con los mejores resultados. Suprimido aquel establecimiento, se dirigió á París y se encargó de la educacion del hijo del presidente de Merlay; sus talentos le pusieron en relaciones con los sabios más distinguidos: el abate Barthelemy, Pluquet, Sarcher, Dacier, Pastoret, etc., eran del número de sus amigos; obligáronle á presentarse en 1783 á la academia de Inscripciones, donde dejaba una plaza vacante la muerte de Burigny, pero fracasó á pesar del apoyo que se le prestaba, y no manifestó el menor disgusto. Al año siguiente visitó la Suiza con el presidente de Merlay, y consignó sus impresiones en una série de cartas que no quiso dar al público á pesar de las instancias de sus amigos. Contienen, dice Villanave, agradables cuadros de los sitios más pintorescos de la Helvecia y nociones satisfactorias sobre el gobierno, las leyes, los hábitos y costum-

bres de sus habitantes. Entónces emprendió una traduccion de las obras de Plutarco, trabajo inmenso á que consagró el resto de su vida. Retirado en el campo durante la revolucion para sobrellevar sus disgustos y descansar de sus investigaciones de erudicion, compuso un poema sobre la *Esfera*, que le concede un rango honroso entre los poetas didácticos. Apénas desapareció el cadalso cuando volvió á París, entónces emprendió, en union con el abate Sicard, amigo suyo, la publicacion de un periódico destinado á atraer á los franceses á la religion de sus padres; este periódico, de que publicó los doce primeros números, fué continuado por el abate de Boulogne. Sacardo murió en París el 28 de Enero de 1803, á la edad de sesenta y dos años. Su traduccion de Plutarco, sin hacer olvidar la de Amyot, que será siempre leida con placer por los aficionados á la antigua lengua francesa, le conquistó en la estimacion pública un lugar que ocupará siempre, y como Dusaulx, el traductor de Juvenal, le habia predicho, se dice del *Plutarco* de Sacardo lo que del *Plutarco* de Amyot. La nueva traduccion es tambien muy superior á la antigua bajo el aspecto de la exactitud y de la correccion, sin hablar de las notas que la acompañan, y en las que los mismos sabios pueden encontrar muchas cosas que aprender. Esta traduccion fué publicada en un principio en 12.°; las *Obras morales*, 1783-1794, diez y siete volúmenes, y las *Vidas de los hombres ilustres*, 1798-1803, trece volúmenes, se han reimpreso muchas veces en diez volúmenes, en 8.° ó en 12.°; existe tambien una edicion grande en 4.°, impresa con un lujo que Mr. Brunet cree tan dispendioso como mal entendido. Su poema de la *Esfera* en ocho cantos, 1796, en 8.°, se halla enriquecido de notas y de una noticia de los poemas griegos que tratan de algunas partes de la astronomía. Sacardo fué el editor de los *Tratados sobre la supersticion y el entusiasmo* del abate Pluquet, á cuyo frente puso una *Noticia biográfica* sobre este autor. Por último, dejó manuscritas muchas traducciones del griego y del latin, y algunos opúsculos en verso ó en prosa.—S. B.

SACARESIO (Fr. Francisco), religioso minorita, natural probablemente del lugar que indica su apellido, aunque algunos autores le suponen sobrenombre de una familia tan antigua como ilustre. De todas maneras Sacaresio manifestó desde el instante en que entró en la religion Seráfica hallarse adornado de las mejores cualidades, ya para el cultivo de la ciencia, ya para el culto de la virtud. Sus estudios fueron tan rápidos como brillantes, y en breve tiempo se vió elevado á los primeros puestos de su Orden. Merecíalos por su vasto saber, por su grande modestia, por su notable elocuencia y por esos dones en fin que solo concede la Providencia á los que puede decirse que mira como sus elegidos. En todos sus cargos manifestó hallarse adornado del mejor celo por el esplendor de su hábito y estar dispuesto á

dar su vida, si necesario fuese, por las verdades que predicaba. Sus superiores desearon honrarle con nuevos honores, pero él los resignó dispuesto á retirarse á la vida privada, donde podia llevar á cabo los planes que se habia propuesto. Consistian estos en la composicion de diferentes obras, algunas de las cuales llegaron á ver la luz pública, y otras se conservaron por largo tiempo manuscritas en los archivos de su Orden. Pero de estas tareas fué elevado inesperadamente á la dignidad episcopal, que ocupó por un largo período, muriendo en la mejor fama.—S. B.

SACCA (Fr. Francisco de), religioso de la órden de Menores Capuchinos, sacerdote de la provincia de Palermo y predicador, varon célebre y señalado en todo linaje de virtudes. Despues de haber estado en la órden de los Menores de la Observancia, aprendido en la misma la teología, donde adquirió gran opinion y crédito, siendo muy aventajado, no solo en la doctrina de Scoto, sino universalmente en las letras sagradas, pasándose á la religion de los Capuchinos, juntó de tal suerte á los estudios la humildad y simplicicidad, que si no es en la predicacion, jamás usó del idioma latino. Fué admirable su vida, pero en particular fué muy notable su abstinencia casi increible, pues consta de públicos testimonios y de comun fama, que comia solo dos veces á la semana, á saber, los jueves y los domingos, reduciéndose el alimento á pan y agua sin probar otra cosa. Debiendo advertirse para mayor admiracion, que no fueron uno ni dos años los que se ejercitó en tal abstinencia y ayuno, sino treinta contínuos. La semana santa comia una sola vez en todos los siete dias, verificándolo el jueves santo, por ser dia de festividad tan solemne, limitándose á dos ó tres bocados de pan, sin pasar de allí. Algunos años solia ayunar desde la dominica de pasion hasta la de pascua, que son quince dias, no comiendo más de tres veces y solo pan y agua. Ni tan prodigiosa manera de ayuno le impedia predicar en la cuaresma, ni alteraba tan loable costumbre por el trabajo de la predicacion, si bien solia moderarla algo los dias de la abstinencia. Sucedió tambien alguna vez, que arrebatado en el fervor y estudio de la oracion, se pasó abstinente hasta diez dias seguidos. Abstinencia verdaderamente maravillosa, en todo lo que viene referido, y que se propone como rigoroso ejemplo digno de imitarse; porque como la abstinencia es el principal medio que dispone al espíritu para elevarse con más prontitud, es virtud esencial que debe de imitarse, pero no llevándola al exceso, que como ha de venir por inspiracion del cielo, siendo Dios su autor y guia, no se ha de abrazar fácilmente y sin luz soberana que preceda á la ejecucion, sino admirarla y venerarla en los demás miéntras no se nos concediere seguirlos. Era tan rígido el varon de Dios en castigar su cuerpo, que se azotaba siete veces al dia, correspondientes al número de las horas canónicas. Y los viernes, cuya

disciplina consagraba á la memoria de los azotes de Cristo nuestro Señor, la hacia con ramos de granado, tan llenos de espinas y derramando tanta sangre, que dejaba regada la iglesia en el sitio que él ocupaba, y era necesario limpiarle en seguida, por no dar á los que acudian horror y extrañeza. Los religiosos solian preguntarle cómo hacia para sustentar su carne, teniendo aquellas pérdidas de sangre, consecuencia de su fiera disciplina, á lo que humildemente respondia: que no le eran ni le producian los azotes tan vivo dolor al que recibia considerando y meditando los sufrimientos y las penas de Cristo. Traia continuamente tres silicios muy ásperos; los dos en las espaldas, que le cubrian hasta las piernas, y el tercero en el pecho, que le llegaba más abajo de la cintura. Ofreciendo al Señor tanto de dia como de noche un contínuo y perpétuo martirio de su cuerpo. Usaba un hábito muy corto y estrecho, siempre roto, y tan remendado por todas partes, que mostraba bien el amor que en él residia á la pobreza y austeridad. No era diferente el estado interior del ánimo, que se reconoce por las señales exteriores del cuerpo, sino tan semejante que no se observaba en Fr. Francisco cosa alguna que no fuese honesta, grave y morigerada. Tenia tan profunda humildad que parecia más fácil faltarle el ser que el conocimiento de su bajeza y propio desprecio. La paciencia, la mansedumbre, la castidad, la modestia, el agrado, la templanza, la caridad y las demás virtudes que adornan un perfecto varon, lucian en él con tal excelencia, que poseia comun fama de santidad, no solo en la provincia de Palermo, sino en toda la Orden. Fué siempre devotísimo de la Madre de Dios, y ordinariamente, no habiendo causa que lo impidiese, decia misa de sus festividades, en especial los sábados, á cuya devocion se mostró tan agradecida la santísima Vírgen, que le visitó muchas veces. Su larga oracion, sus perpétuas lágrimas, su pureza de espíritu, que le conservaba unido con Dios, no es posible decirse. El silencio que guardaba era tan cuidadoso, que casi nunca se detenia á hablar con los religiosos, buscando siempre la soledad y lugares desiertos, donde sus coloquios con Dios eran más finos y afectuosos, y á quien reservaba todas sus conversaciones. Y si alguna, aunque rara vez, entre dia se hallaba necesitado de remitir el ánimo y distraerse, el único desahogo que tomaba era apartarse con Fr. Vito de Epidauro, religioso lego, de insigne virtud, á la huerta ó al bosque y rezar ambos á coro el *Ave María*. Predicaba con tanto fervor y era tan grande el concurso de los que acudian á oirle, que no cabiendo en las iglesias, le era forzoso salirse á predicar en las plazas. Sus sermones no se componian de historias, ni de cuestiones sutiles de teología que entretuviesen el auditorio, ó alimentasen la curiosidad; no adornándolos de flores retóricas, ni de lenguaje altisonante y estudiado, sino sencillos, simples, evangélicos, redundantes de virtud ce-

lestial, y finalmente, dignos de un varon apostólico, sucediendo no pocas veces que tenia al mismo Dios por testigo de sus proposiciones. Predicando un dia en Bocheri, lugar de la provincia de Zaragoza de Sicilia, se propuso demostrar dos cosas. La primera, cuánta es la luz y hermosura del alma á quien asiste la gracia divina. Y la segunda, por el contrario, cuán odiosa es la sombra y fealdad de la que está en desgracia de Dios. Y habiéndose valido para demostrarlo de varias razones, entre las demás se sirvió de la siguiente comparacion. Habia en medio de la iglesia una gran lámpara encendida, que como muy elevada estaba á la vista de todos. Y poniendo los ojos en ella Fr. Francisco, dijo: «Quereis ver, carísimos, cuáles sean las tinieblas del alma á quien desampara la gracia de Dios, y cuán miserable su estado? No es de otra suerte que el que le ocurriria á esta lámpara si ahora le faltase la luz, no dando de sí más muestras que sombras y mal olor.» Apénas lo acababa de decir, cuando apagándose la lámpara, empezó á desprender de sí un humo y un olor tan intolerable, extendiéndose por divina virtud á toda la iglesia, que no habia quien pudiese sufrirle. Prosiguió su propuesta, y para probar la parte contraria, hizo uso del mismo símil diciendo: «Ya que habeis visto lo que la culpa obra en una alma, ved ahora lo que obra la contricion y el sacramento de la penitencia. Sucédele al alma en habiéndose reconciliado con Dios lo que le sucediera á esta misma lámpara si volviera á recobrar la luz que ha perdido.» Apénas lo habia expresado, cuando encendida al instante la lámpara, por ministerio de ángeles, comenzó á arder con una luz más viva y brillante que solia, iluminando la iglesia con una gran claridad. El pueblo, admirado y atónito al mirar uno y otro prodigio, quedó tan compungido y contrito, que no hubo uno solo que no tratase de acudir á los sacramentos para despedir de su alma las tinieblas en que vivia y alcanzar la luz de la gracia que le faltaba. Otra vez predicando en el mismo lugar contra los que pecan, confiados en la divina misericordia y prometiéndose temerariamente el perdon, dirigió la vista á una imágen de Cristo crucificado, que estaba donde todos le podian ver, sobre la reja de la capilla mayor, y dijo estas palabras: «Guárdate, oh pecador, de la ira celestial de Dios vivo; porque las manos de Cristo nuestro Señor que miras ahora clavadas en esa cruz, si no lo aplacas con tu penitencia, dejarán los clavos y en su lugar empuñarán una espada para darte la muerte.» En seguida se ofreció á los ojos de todos un suceso maravilloso; la mano derecha del Crucifijo se desclavó de la cruz con un ruido notable y se levantó en alto, dando á entender que estaba dispuesto á castigar á los pecadores. El pueblo asombrado y sobrecogido, empezó con muchas lágrimas y gemidos á implorar la misericordia de Dios, y luego la mano volvió á enclavarse, en señal que perdonaba á los arrepentidos. Suceso que influyó extraordinariamente para que muchos

hombres y mujeres, que presenciaron aquel sobrenatural acaecimiento, se consagrasen al Señor en la religion, y los monasterios de capuchinos que se edificaron en todo aquel reino de Sicilia por los devotos, fué consecuencia de aquel portento, quedando Fr. Francisco entre los sicilianos con tan sentada fama de santidad, que les parecia delito grave poner duda en ella. A estos tan manifiestos milagros se pudieran añadir muchos más, si por el descuido de los escritores no los hubiera borrado y ocultado el tiempo, siendo muy pocos más los que pudieran referirse, que consignan las Crónicas de la Orden. Como en milagros, resplandeció este siervo de Dios en penitencia y consejo, siendo tan respetado y venerado de todos los religiosos de la provincia de Sicilia, que cuando no estaba dividida y era toda una, fué muchas veces guardian y definidor, cuyos cargos desempeñó con grande aplauso y alabanzas. Finalmente, siendo de edad de sesenta años, en el de 1575, le sobrevino una grave enfermedad en Palermo, y conociendo que se le acercaba la última hora, pidió que le pusiesen en tierra para terminar su existencia, ya para imitar los pasos de Cristo y de su seráfico Padre, ó ya para subir al cielo más veloz, despegado de las comodidades y de los embarazos del mundo, muriendo santísimamente y salvando en un instante la distancia que hay desde el suelo á su merecida gloria.—A. L.

SACCARDO (Fr. Enrique de), del órden de Santo Domingo. Fué natural del reino de Italia y tomó el hábito del glorioso Patriarca en la ciudad de Nápoles. Floreció al principio del siglo XVIII, ignorándose á punto fijo la época de su fallecimiento. Escribió una obra titulada: *Tractatus philosophicus de principiis rerum naturalium*, la cual se imprimió en Roma en un tomo en 4.° por Miguel Luis Mutti en 1716.—M. B.

SACCIA (Fr. Agustin), franciscano siciliano de la provincia de Palermo. Perteneció á la Orden llamada de los Observantes regulares en que ocupó los primeros puestos por su saber y virtudes. Habia manifestado estas desde el instante en que tomó el hábito, siendo un modelo de piedad y devocion y dándose á conocer por su asiduidad en el estudio y sus no vulgares talentos. Así es que sus superiores, apénas elevado al sacerdocio, le colocaron en los cargos más eminentes en que no tardó en brillar por sus buenas cualidades. Dedicado á la enseñanza de sus compañeros sacó muy buenos discípulos, algunos de los cuales llegaron á ocupar los más eminentes puestos en su Orden. Al mismo tiempo que la ciencia, les enseñó las virtudes que debe cultivar todo religioso y sin las que es indigno de este nombre, de manera que sus discípulos fueron elegidos para las prelacías más difíciles y para dirigir y fundar aquellos conventos en que ó bien se habia relajado la disciplina, ó era necesario conservarla sin que decayese de su primitiva pureza. Al mismo tiempo que á la enseñanza de sus compañeros estuvo consagrado á

la de los fieles en el púlpito, siendo un predicador muy distinguido, y obteniendo notable fama en este concepto por sus discursos y sus prendas oratorias. Nombrósele con este motivo teólogo de su provincia, puesto que suponia un gran fondo de erudicion en el conocimiento de las sagradas Escrituras y demás ciencias eclesiásticas, y que ocupó Saccia durante toda su vida con los mejores resultados. Fué tambien guardian de diferentes conventos, gobernándolos todos con grande acierto y dando pruebas de su amor á la observancia y del fomento y prosperidad de su Orden. Ultimamente obtuvo el cargo de definidor ó miembro de la junta que en union del general ó de los provinciales entendia en los asuntos más árduos de la Orden ó provincia. En esta comision tuvo ocasion de prestar grandes servicios, y probablemente terminó en ella sus dias, pues no se sabe se le ascendiera á otra posteriormente. Sus virtudes le ganaron la mejor opinion, y á su muerte, ocurrida en Palermo en 1577, fué mirado como santo. Dejó algunas obras manuscritas que no llegaron á ver la luz pública, custodiándose por largo tiempo en la biblioteca de Palermo. El título de estos tratados, segun los principales bibliógrafos de su religion, es el siguiente: *Lecturas philosophicas et theologicas secundum mentem Scoti*, obra de que carecemos de todo género de detalles. —S. B.

SACCONO (Fr. Rainerio), del órden de Predicadores. Este insigne hijo de Santo Domingo, traslado del grande Agustin en la vida relajada, la dichosa conversion y la excelente doctrina, era natural de Francia (ignórase de qué punto), y floreció por el año de 1250. Habia seguido carrera literaria y tenia un gran talento natural, perfeccionado con los profundos estudios que hiciera. Mas tuvo la desgracia de caer en los errores de la herejía que por aquel tiempo inficionó toda la Francia y la Italia, causando notable daño á la religion católica con su perversa doctrina. Habiendo tenido la fortuna de reconocerse á tiempo, y abrazando de nuevo la fe ortodoxa, se declaró siervo del Cristo que tanto persiguiera, y tomando el hábito de la Orden de Santo Domingo, volvió las armas de su elocuencia contra los herejes que ántes tanto defendiera; y si mucha energía demostrára para defender sus falsos dogmas, doble ardor manifestó cuando estuvo constituido en la dignidad de inquisidor de la fe para proscribir y condenar aquellas creencias. Habiendo pasado á Italia, permaneció algun tiempo en Plasencia sosteniendo sus principios religiosos contra todas las herejías. Pasando luego á Gaeta, corrompida ciudad cuya ruina predijo el santo mártir Pedro de Verona, tambien de la órden de Predicadores, arrostró los mayores peligros y sufrió un largo y penoso destierro ántes que ceder un solo punto de sus opiniones acerca de la defensa de la fe y de la integridad del poder temporal del Sumo Pontifice, infamemente atacado por el poderoso Huberto Palavi-

cini, que llegó hasta el caso de querer colocar por la fuerza de las armas un pontífice intruso sobre la cátedra de S. Pedro. Saccono declamó contra esta tirania y condenó públicamente semejante arbitrariedad, concitándose por esta causa el odio y la mala voluntad de los partidarios de Palavicini, que cometiendo todas las atrocidades y atropellos que se hallan consignados en el libro XVIII de la *Historia eclesiástica* de Plasencia por Campi, le desterraron del país, arrojándole inhumanamente de su convento. Hasta aquí llegan las noticias de su vida, ignorándose si falleció en el destierro. Dejó escritas muchas obras desconocidas hoy en su mayor parte, y que contienen preciosos datos é importantes noticias sobre las diversas herejías á que perteneció, cuyas noticias tienen sumo valor y son dignas de gran crédito por suministrarlas el mismo actor y el propio interesado. Una de sus más importantes obras es la titulada: *Summæ Fr. Rainerius de Ordine fratrum Prædicatorum, de Catharis et Leonistis sive pauperibus de Lugdono.* El único ejemplar que existia manuscrito de esta obra fué descubierto en Alemania por Jacobo Gretsero, quien reconociendo y estimando su valor, le dió á la imprenta, publicándole en Ingolstad en el año 1614, en un tomo en 4.°, que más tarde reprodujo Binio, insertándole en el tomo IV de la Biblioteca de SS. PP., edicion de París de 1618. La edicion de Gretsero empieza con las siguientes palabras: *Audistis quia Ante-Christus venit*, etc.; y se divide en nueve capítulos, cuyos títulos son los siguientes: 1.° *De Commendatione Fidei christianæ.* —2.° *Quis sit hæreticus.* —3.° *De causis hæresum.* —4.° *De Sectis antiquorum hæreticorum.* —5.° *De Sectis modernorum hæreticorum et articulis hæresum.* —6.° *De nominibus sectarum.* —7.° *Quomodo hæretici cognoscantur.* —8.° *Quomodo hæreticis familiaritati magnorum se ingerant.* —9.° *De modo examinandi hæreticos et quomodo hæretici puniantur.* La obra publicada por Gretsero fué escrita indudablemente en Alemania por Rainerio; lo cual ha dado lugar á creer y áun asegurar que estuvo ejerciendo en este país el oficio de inquisidor, y creemos muy oportuno hacer esta salvedad contra la opinion de algunos bibliógrafos que han dicho ser compuesta la mencionada obra por un individuo de otra religion. El citado códice está ó estaba escrito sobre pergamino, en tamaño folio y letra usada á principios del siglo XIV. En tiempos del papa Bonifacio VIII se conservaba en el convento Rotomagense en Francia, pasando luego al de S. Honorato de París. En la librería del colegio de la Santísima Trinidad de Dublin, en Irlanda, se custodiaba otro códice en 8.°, copia sin duda del anterior, pues no obstante algunas diferencias observadas por sabios bibliógrafos, su contenido es idéntico. Este escrito es, como decimos, muy importante, no solo por su interés histórico, sino tambien por su pura doctrina, y porque sirve de aviso á muchos que ignorantes ó descuidados pudieran muy bien incurrir en los erro-

res que con tanta fuerza como habilidad combate. El autor prueba evidentemente que la multitud de antiguas herejías, destruidas por la gracia de Dios y el zelo de sus ministros, habian venido en su tiempo á reunirse en las dos sectas conocidas con el nombre de cátaros y de Waldenses ó pobres de Leon, cuyas opiniones muy por menor anota. Describe las diversas fracciones en que los cátaros se dividian y los puntos en que se encontraban conformes. Explica el modo de bautizar á sus párvulos, sus sacramentos, la ceremonia de la imposicion de las manos, la fraccion del pan y su falsa penitencia. En la mencionada obra, hablando Rainerio de sí mismo, dice: «Yo fray Rainerio, en otro tiempo heresiarca y hoy por la gracia del Altísimo indigno sacerdote de la Orden de Predicadores, digo en presencia de Dios, que sabe cuanto se confiesa y se oculta, ser verdad todo lo que aquí declaro.» Pasa luego á explicar las ceremonias con que los cátaros ordenaban los sacerdotes y enumera sus iglesias, haciendo notar que todos los sectarios de ambos sexos esparcidos en los diversos puntos del mundo entónces conocido, no excedian de cuatro mil, cuya cuenta habia sido hecha en otro tiempo por algunos de entre ellos mismos. Expone luego las opiniones propias de los albanenses, las de Juan de Legio ó de Leon y los particulares de la iglesia cátara de Comorrenzo, y á propósito de esto dice: «Mariano, que era antiguo obispo de estos, dijo delante de mí y de otros muchos que la Virgen Santísima habia sido ángel.» Explica, por último, la herejía de los pobres de Leon y los catorce puntos en que esta secta convenia con la de los pobres de Lombardía, ó sean los citramontanos, creyéndose por esta palabra que el autor escribió este capítulo en Francia y no en Italia. En las actas del concilio de Constanza, edicion de Alemania, tomo III, página 663, en el opúsculo que lleva por título: *Anonymi Theologiæ tractatus anno* 1415 *sub Constantiensi concilio edictus contra Jacobum de Alsia Bohemum et spetiatim de communione sub utraque specie*, etc., se habla de Fr. Rainerio en los términos siguientes, para dar mayor autoridad á lo que dice sobre las herejías. Estos errores estan comprobados por la autoridad indisputable de Fr. Rainerio, célebre teólogo de la órden de Predicadores, en el libro que compuso sobre las herejías, cuyos errores da á conocer para gobierno de los hombres que han caido ó que se hallan próximos á caer en ellos. Despues de confesar Fray Raynerio haber estado sumido por espacio de diez y siete años en las tinieblas de las herejías, describe las señales que dan á conocer á los sectarios y á los que se hallan en vias de pertenecer á la herejía mencionada.—M. B.

SACEDA (P. Fr. Gerónimo de Cristo), hijo de Esteban de Saceda, natural del lugar de Leganiel, obispado de Cuenca, y de Ana Rodriguez, natural de Madrid; tomó el hábito de la órden de la Merced descalza, y profesó en el convento de esta Corte, en manos del Comendador Fr. Agustin de Je-

sus y María, el dia 15 de Abril del año 1664. Fué sujeto distinguido, particularmente en la carrera del púlpito; adornado de una gran prudencia y de otras prendas religiosas, que le hicieron muy recomendable en su provincia. Tuvo las encomiendas de los conventos de Herencia, de Ciudad Real y de Sta. Bárbara de Madrid. Fué dos veces definidor general, é infatigable su celo por la honra y gloria de Dios, como lo manifestó en cinco años que hizo de procurador para la ruidosa fundacion del convento de religiosas descalzas de su Orden, en la villa de Miguel Turra, en el campo de Calatrava. Murió en su casa de Madrid á 26 de Marzo de 1707. Escribió: *Historia de la fundacion del convento de religiosas Mercenarias descalzas de la villa de Miguel Turra*, con las vidas de las cuatro primeras fundadoras. —*Sermones y pláticas á diversos asuntos*; un tomo en 4.° mayor. — *Apuntaciones varias predicables*, un tomo en 4.°, que todo se guarda en el archivo del convento de Sta. Bárbara.—A. y B.

SACEDON (Fr. Pedro), franciscano español de la provincia de S. José. Ignórase la patria de este religioso, que debió ser Madrid ó su provincia, puesto que en ella tomó el hábito y siguió sus estudios y carrera. Laborioso y entendido hizo los mayores adelantos, y en un breve período consiguió colocarse á más altura que otros en muchos años de estudios. Así es que no tardó en ser consultado para diferentes cargos, y aunque los rehusó en un principio, hubo al fin de aceptarlos, cediendo la modestia al deseo de ser útil á sus hermanos y á su Orden. Obtuvo fama de gran predicador, y en efecto sus discursos llamaron no solo la atencion del pueblo, sino tambien de la corte, que quiso escucharle, concediéndole para ello los correspondientes honores. El púlpito ha sido en todas épocas la piedra de toque de los religiosos, el punto donde han manifestado su ciencia y virtud, su capacidad ó su ignorancia. Así es que en todos tiempos se ha buscado á los miembros más distinguidos de las Ordenes para presentarse en este lugar preeminente en que debian manifestar si sus conocimientos se hallaban á la altura de la civilizacion del siglo, si podrian marchar á su frente, ó si por el contrario debian ser relegados á la oscuridad y al olvido. Esta ha sido tambien la causa de la grandeza ó decadencia de las ordenes religiosas, que han pasado unas tras otras, dejando con frecuencia solo un efímero nombre, ó legando obras como las de los Benedictinos, que fueron la admiracion de su siglo y lo serán de todos los venideros. En vano los hombres que se llaman á sí mismos sábios, y cuya ignorancia se revela en su mismo orgullo, pretenden ocultar lo mucho de que somos deudores á las órdenes religiosas; el verdadero erudito se sonrie de compasion, y los deja pasar seguro de que la posteridad se burlará de sus elucubraciones, como él mismo sonrie al escucharlos. Las órdenes religiosas son el orígen de la civilizacion

y del engrandecimiento de Europa, pues fueron las que nos enseñaron el cultivo de la tierra, las que sujetaron al bárbaro á su patrimonio, y las que detuvieron al esclavo romano que huia ante el vándalo y el godo, abandonando sus propiedades convertidas bien pronto en otros tantos eriales. Los primeros monjes no solo cultivaron por sí mismos la tierra y establecieron á su alrededor las chozas, que algunos siglos despues se convirtieron en pueblos y ciudades, sino que ya que por sus muchas y penosas ocupaciones no podian dedicarse á las ciencias, conservaron los manuscritos que nos quedaban de la antigüedad, multiplicaron las copias y dieron orígen á una literatura ruda y bárbara, pero que ha sido la conocida despues con el título de romántica, tan apreciada hoy, que es el objeto del estudio y de la admiracion de todos los sabios. Y cuando despues de la época llamada de la regeneracion de las letras parecian inútiles sus trabajos, recurrieron de nuevo á aquellos manuscritos, los coordinaron, los tradujeron y formaron una ciencia completa con su bibliografía y su historia, y todo en fin lo que puede constituir un verdadero cuerpo de doctrina. Civilizada ya la Europa, aunque aún eran necesarios para cuidar de la conservacion de la pureza de las costumbres, buscaron sin embargo un campo más vasto donde extender su influencia y acudir con los socorros que á nosotros nos habian prestado, y las restantes partes del mundo fueron el teatro á que corrieron á exponer sus vidas por el verdadero progreso, por la civilizacion, por el bien de la humanidad. Sus misiones dieron el espectáculo más grande que presenta la antigua y la moderna historia. Hasta el nacimiento del cristianismo no se habia visto á un hombre pobre, solo y abandonado, correr á remotos países, atravesar procelosos mares, hablar en idiomas que no sabia, y sacrificarlo en fin todo por unos cuantos hombres á quienes no conocia, que eran tal vez sus enemigos, y que las religiones antiguas habian llamado bárbaros y sujetado á vivir en esclavitud ignominiosa. Los apóstoles de todas las sectas y doctrinas tienen por objeto el engrandecimiento personal; nunca se dirigen á pueblos rudos y pobres; su teatro son los países ricos y civilizados, y áun en estas naciones las grandes ciudades, donde con facilidad les tiende una mano la avaricia para realizar de continuo sus menguados planes. No así los hijos del Crucificado; haciendo profesion de pobreza, si se presentan en poblado es cuando lo exigen las necesidades de sus hermanos en remotos climas, las de aquellos mismos hombres á quienes van á civilizar. El deber de dirigirlos, de educar otros para que les sucedan, les hace aceptar cargos de importancia, y en que por necesidad tienen que rodearse de ciertas consideraciones, siendo esta la causa de los ataques que por muchos se les dirigen. En uno de estos puntos se halló colocado el P. Sacedon, predicador de S. M., calificador del Santo Oficio y provincial de su provincia. Desempeñó todos es-

tos cargos con celo y acierto, y los beneficios que en ellos recibió, ya de S. M. ó de los particulares, hizo redundasen en favor de sus hermanos, que ora en remotos países, ya en el suyo propio se hallaban trabajando por la civilizacion, por la grandeza, por el bien de sus semejantes. Ignórase la época de su muerte, y de sus obras se conocen las tituladas: *Orationem ad fratres in Capitulo provinciali congregatos*. Madrid, por Dionisio Hidalgo, 1609 en 4.° —*Itinerarium orationis;* ibid. por Diego Martinez, 1700, en 32.°—*Commentaria in Mathæus* que quedaron inéditos.—S. B.

SACER y MADRID (P. Fr. Francisco). El distinguido biógrafo madrileño D. José Antonio Alvarez y Baena, en su curiosa y útil obra titulada: *Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*, que es un diccionario que hace mucho honor á los naturales de la Coronada, Imperial y Heróica villa y corte de las Españas, nos da razon de este padre capuchino, con referencia á la Biblioteca Franciscana, al libro segundo de Bautismos, fólio 131, genealogía para su hábito y otras noticias. Dícese en ellas que fué consultor y teólogo del santo Tribunal de la Suprema Inquisicion y predicador del rey Felipe IV, y que publicó varios de sus sermones en tomos, y por separado el de la Ascension del Señor el año de 1632.—A. C.

SACERDOTE (S.), obispo. Este Santo fué francés de orígen á lo que parece, pues que en los autores consultados no se declara. Dícese que este varon fué obispo de Lion en un principio, pero que hallándose en negociaciones el rey de los francos Childeberto con el rey de los godos Atanagildo, aquel le envió á este con una mision importante. No debió salir desgraciado en su comision, ántes bien debió hacerse mucho lugar con el soberano español, cuando aparece que fué elegido obispo de Sigüenza, cuya santa iglesia y diócesi gobernó por algun tiempo; empero no persistió en ella, pues se volvió á su silla de Lion. Su santidad y virtud debió edificar mucho ambas diócesis, cuando tanto se le recuerda en ellas, y así fué que habiendo fallecido en París en olor de santidad, se repartieron sus reliquias entre las iglesias de Lion y de Sigüenza, de modo que puede considerársele tanto francés como español. La Iglesia, que le colocó despues en el catálogo de sus santos, le recuerda anualmente el dia 5 de Mayo. — C.

SACERDOTE (S.), obispo y confesor. Tambien fué este prelado obispo de Lion, como el anterior, en el siglo VI de nuestra era. Sábese que asistió al concilio de Orleans el año 549, cuyo concilio tuvo por objeto condenar los errores de Nestorio y de Eutiques contra la fe católica, formándose en él algunos cánones para reformar la disciplina de la Iglesia. Sin duda le llevó á París el afecto que le profesaba el rey Childeberto, y el que él tenia á este soberano, y hallándose en esta capital fué atacado de una grave enfermedad, en la que le visitó el soberano que se dolia mucho de su estado.

Murió este santo prelado de esta enfermedad, y el rey hizo se le hiciesen honrosos funerales, y que se condujese su cuerpo á su iglesia de Lion, adonde se conserva con gran veneracion de los fieles, diciéndose por sus devotos que Dios ha obrado muchos milagros por su intercesion: la santa Iglesia católica le recuerda el dia 12 de Setiembre.—C.

SACERDOTE (S.), obispo. Nació este prelado en Aquitania, hijo de padres santos. Estudió los deberes cristianos y las ciencias que más convenian á su deseo de consagrarse á Dios, y entrando en el estado eclesiástico, despues de haber obtenido sucesivamente diversas dignidades, fué elegido obispo de Limoges, cuya diócesi santificó con el ejemplo de su piedad, caridad y demás virtudes cristianas. Murió el año 530 de nuestra era en Perigord, habiéndose preparado de antemano á este trance con severas penitencias y fervientes oraciones, que le valieron el reino celestial.—C.

SACERDOTE (Fr. Lupercio), religioso de la órden de S. Gerónimo, profeso en el monasterio de Sta. Engracia de Zaragoza, varon muy señalado en santidad y virtudes, de vida ejemplar y de costumbres irreprensibles, muy observante, obediente y dado á la oracion, muy mortificado y paciente, riguroso en el ayuno y otras muchas austeridades. Era muy afable, atento y cariñoso con los pobres desvalidos y menesterosos, y en todos sentidos muy amante de socorrer á sus prójimos en todas sus dolencias y necesidades. Celoso é incansable en todo lo tocante al mayor decoro y lustre del culto divino; de tal modo era notable en todo género de virtud, que era generalmente respetado y reverenciado de todos los religiosos y seglares, y sin duda disfrutaba de celestiales favores, pues todos los que estuvieron presentes á su fallecimiento le vieron regocijado y alegre, juzgándose fuese por la visita de algunos moradores del cielo, sus devotos, que vinieron á llevársele en su compañía. Fr. Lupercio, á quien pudiera considerarse como uno de los mejores modelos de buenos religiosos. Murió en el monasterio de San Lorenzo. —A. L.

SACHAR, padre de Ahiam, I par. XI, 34. Ahiam era uno de los valientes del ejército de David. —S. B.

SACHETO Patricio (Fr. Hilarion), religioso franciscano de la Observancia regular. Nació en Florencia á principios del siglo XVII, de una familia antigua é ilustre, y manifestó desde luego decidido amor á los estudios y á las prácticas religiosas. Sus grandes adelantos no tardaron en obtenerle el título de profesor en sagrada teología, cargo que desempeñó con grande acierto por un largo número de años, brillando por su erudicion y su elocuencia. Dejó diferentes obras, cuyos títulos son: *Opus de Sacramentis Pœnitentiæ et Extremæ Unctionis à Fr. Francisco de Pitigianis elaboratum*; Venecia, 1618 y 1619.—*Practicam criminalem ejusdem Pitigianis*; Parma, 1669, en 8.°—S. B.

SACHETTI (Julio). Fué este cardenal patricio florentino, pero natural de Roma, de bella índole y de raro talento, gentil y de amable trato, y como á estas prendas uniese una excelente pericia en las leyes, se granjeó el aprecio y consideracion de la curia romana. Aplicóse desde muy jóven á los estudios en Perugia, en donde sus edificantes costumbres fueron causa de que se le propusiese por ejemplo á los más provectos. Pasando á la universidad de Pisa consiguió ser graduado de doctor, y entrando en Roma con este grado académico en el pontificado de Paulo V, fué admitido en la carrera prelacial. El papa Gregorio XV, conociendo su capacidad y deseando utilizarla en bien de la Iglesia, le envió de vicelegado á Bolonia, en donde por su integridad y prudencia fué aplaudido y amado de cuantos le llegaron á conocer. Urbano VIII, que desde que fué cardenal prefecto de la signatura habia conocido su habilidad y doctrina, le promovió en 1623 á obispo de Gravina, y le mandó de nuncio suyo al rey de España Felipe IV. No tardó mucho Sacchetti en dar pruebas en la corte de Madrid de la magnificencia, liberalidad y grandeza de alma de que estaba dotado, de modo que habiendo correspondido en el trienio de su nunciatura felizmente á los deseos del Pontífice; este, en 19 de Enero de 1626, le creó cardenal sacerdote ausente, y en cuanto regresó á Roma le confirió el título de la iglesia de Sta. Susana, y el protectorado de los servitas y de los ministros de los enfermos. El mismo dia de su elevacion, el papa Urbano VIII le trasladó al obispado de Fane y despues le nombró legado de Ferrara, en tiempos bien difíciles y borrascosos. Allí acogió á Cárlos de Nevers, duque de Mantua, que habia huido de esta ciudad por haber sido invadida por las tropas imperiales, y trató á este huésped con la consideracion y grandeza que merecia por su alta categoría. Al propio tiempo empleó todo su zelo en vigilar las fronteras de su diócesis, y en prepararse con cautela, á fin de evitar penetrase en su territorio la contagiosa peste que hacia horribles estragos por Italia. Fué colegado del cardenal Barberini, sobrino del Papa y legado de las tres legaciones. Tan graves cargos le impedian gobernar su iglesia cual debia y deseaba, y en 1635 hizo dimision de ella voluntariamente para descargar su conciencia del peso que le causaba un deber que no podia cumplir. Tan luego como fué nombrado legado de Bolonia, reedificó desde los cimientos la iglesia del Buen Jesus, y cumplido que hubo el trienio de esta legacion, fué elegido sucesivamente prefecto de las congregaciones de la Inmunidad, Santos Ritos, Concilio y de la Signatura, cuyo último cargo sirvió veintitres años, con tanto aplauso y satisfaccion de la curia, que cuando por complacer al papa Alejandro VII hizo dimision de él en 1663, los curiales lo tuvieron por una desgracia. Obispo subvicario de los Frascatis desde 1652, compró la villa Rufinella, que por esto se la denominó despues Sachetta. En 1655 pasó al

obispado de Sabina, y se mostró siempre constante en la adversa fortuna, y moderado en la prosperidad. Fué religioso hácia Dios, benigno, humano y cortés con el prójimo, facilísimo para que todos los que lo deseaban llegasen á él, liberal con los miserables, á los que distribuia con pródiga mano muchas limosnas secretamente á las familias pobres y vergonzantes, y á los curiales á quienes volvia la espalda la fortuna. Este Cardenal recibió exclusivas para el pontificado en los cónclaves para la eleccion de Inocencio X y de Alejandro VII por el rey de España, además de la contrariedad de un significativo número de cardenales que seguian la opinion del cardenal Egidio Carrillo de Albornoz en el primer cónclave. En el segundo obtuvo heróicamente el Cardenal, remitiendo una fuerte carta al cardenal Mazarini, que se retirase la exclusiva dada por Francia al cardenal Chigi, el cual cuando por esto fué elegido con el nombre de Alejandro VII, dió su voto en el escrutinio al cardenal Sacchetti. Este ilustre purpurado murió el año 1663 en Roma, en donde su muerte esparció un luto universal, á los setenta y seis años no cumplidos, y fué sepultado en la nacional iglesia de S. Juan de los Florentinos, en el sepulcro de sus antepasados, y que habian labrado en su capilla propia. Canciller en su *Mercato* habla de la familia Sachetti, de su palacio, y del cardenal Julio, y dice que fué tan rico, que pudo regalar á Urbano VIII veinte caballos, treinta pares de búfalos y siete mil escudos en dinero. Hacen mencion de este Cardenal los autores que han escrito sobre la villa Sacchetti de Ostia, en el Laurentino. Nigri, en la *Historia de los escritores florentinos*, da un exacto catálogo de las obras que este Cardenal dió á luz.—C.

SACCHETTI (Urbano). Nació este cardenal noble florentino en Roma el dia 15 de Mayo de 1640, de los marqueses de Castel Romano, cuya ilustre familia se habia naturalizado en esta capital. Verdaderamente, dice Marchesi en su *Galeria del honor*, hablando de los Sacchetti, que esta clarísima progenie, originada de Roma, floreció con igual gloria en Toscana y en el reino de Nápoles. El más antiguo ornamento que cuenta esta familia es el florentino Andrés, que murió de obispo de Vanadiense el año 1040. Avelino Sacchetto fué un gran juez en el reino de Nápoles del normano Rugiere, rey de las Dos Sicilias, capitan general de los ejércitos de tierra, baron de Alessano de Cogia y otras señorías. En 1173 Guillermo II confirmó los diversos feudos y privilegios obtenidos por Sacchetti de sus diversos predecesores. En las prelaturas florecieron Otton en 1238, como patriarca de Antioquia, dos obispos de Melfi, y un obispo de Volterra. La rama de Toscana tuvo ocho alféreces y egregios capitanes y caballeros. Volviendo á Urbano, era sobrino del cardenal Julio. Se aplicó al estudio de la jurisprudencia y de la historia, adquirió vastos conocimientos literarios, y aumentó estos con el largo viaje que hizo por toda Europa, despues del cual obtuvo la borla de doctor en la uni-

versidad de Pisa. Luego que volvió á Roma se le nombró uno de los protonotarios apostólicos, y hecho primero presidente de la Cámara, despues clérigo de la misma por influencia de su tio, y comisario general de las armas, y por último, auditor general de la misma Cámara Apostólica. El papa Inocencio XIII, en 1.° de Setiembre de 1681, le creó cardenal diácono de San Nicolás *in carcere*, y pasando á la Orden de los sacerdotes, obtuvo en título la iglesia de S. Bernardo en las Yermas; el año 1683 fué nombrado obispo de Viterbo. En esta diócesis celebró el sínodo, visitó el distrito é hizo insignes beneficios á la iglesia, y con motivo de las indisposiciones que empezó á sufrir, se vió obligado á renunciar el obispado en 1700 á Inocencio XII, que le concedió una pension de dos mil escudos. Fué este cardenal abad de la abadía *nullius* de Galeata y de Sta. María de la Isola, en la que celebró en 1682 el sínodo diocesano, el cual fué publicado en el siguiente año. Estas dos abadías las unió en 1784 Pio VI á la iglesia de Bertinoro la una, y la otra á la del Borgo del Santo Sepulcro. Intervino Sacchetti en los cónclaves en que se eligieron papas á Alejandro VIII, Inocencio XII y Clemente XI, y murió en Roma el dia 6 de Abril de 1705, á los sesenta y cinco años de edad, habiendo sido sepultado en la iglesia de S. Juan de los Florentinos, cercana al palacio de los Sacchetti, en la bella capilla del Santo Crucifijo.— C.

SACCI (Juvenal). Nació en Milan en 1726. Colocado entre los Barnabitas de esta ciudad al acabar su instruccion, abrazó el estado religioso, tomando el hábito de este instituto. La música, que en un principio no fué para él más que una frívola ocupacion, llegó á ser un estudio serio, en el que llevó, por decirlo así, la antorcha de la crítica y de la erudicion. Apasionado admirador del sistema musical de los antiguos, al ayuda de los despojos que aún nos quedan de ella, se empeñó en recordar aquel, conduciendo al arte á su primitivo destino, que era ménos apropósito para deleitar el oido que para interesar al corazon, elevándole á sentimientos generosos. En amistad con los profesores músicos más distinguidos de sus tiempos, el P. Martini fué el que más le alentó con sus elogios y advertencias. En el conde Firmiani encontró un protector ilustrado, que le apoyó con su crédito para que triunfase de sus detractores. No pudiendo contrastar con sus censuras el mérito de sus obras, le reprocharon sus émulos por su gusto al estudio de la música, el que decian era impropio de un religioso. Rechazó Sacchi esta opinion por medio de un diálogo, en el que probó que la música se ha empleado en todas las épocas en cantar alabanzas á los dioses y á los héroes, y que el rey más grande de Israel no creyó desagradar á Dios, dirigiéndole oraciones acompañadas con las melodías que sacaba de las cuerdas de su arpa. Murió el P. Sacchi en Milan el dia 27 de Setiembre de 1789, y las obras por que se le conoce son las siguientes: *Del numero e delle misure delle corde mu-*

*siche e loro corrispondenze*; Milan, 1761, en 8.° — *Della divisione del tempo nella musica, nel ballo e nella poesia, disertazione tre;* id., 1770, en 8.° En el tomo I de la *Biblioteca musical* de Forkel se hace el análisis de esta obra. *Della natura e perfezione dell' antica musica de' Greci, e dell' utilitá que ei potremmo promettere della nostra, aplicandola all' educazione de' giovani;* idem, 1778, en 8.° El autor sostiene que el sistema de contrapunto era desconocido de los antiguos, que jamás hicieron cantar á muchas voces á la vez. — *Delle quinte succesive nel contrappunto, e delle regole degli accompagnamenti;* id., 1780, en 8.° — *Vita di Farinelli;* Venecia, 1784, en 8.° — *Dialogo, ove cescasi se lo studio della musica al religioso convenga o disconvenga;* Pisa, 1786, en 8.° — *Dell' antica lezione degli Ebrei e dell' origine de' punti;* Milan, 1786, en 8.° — *Vita di Benedetto Marcello;* Venecia, 1789. Esta es la traduccion de la vida de este compositor, escrita en latin por el P. Fontana, y publicada por Fabroni en el tomo X de la obra *Vitæ Italorum*, que enriqueció el P. Sacchi con algunas observaciones. El biógrafo De Angelis encarga al que desee saber más detalles sobre este religioso barnabita, que consulte el tomo XLII del *Giornale di Modena*, en donde se habla largamente de este autor y de todas sus obras. — C.

SACHIAH (Alí). Era uno de los señores más principales de Túnez, muy acaudalado en aquella plaza, y que tenia por consiguiente muchos dependientes y súbditos que ejecutaban sin replicar su voluntad, que era soberana, segun los fueros que les da la religion del falso profeta Mahoma. Algun tanto ilustrado Sachiah en las ciencias profanas y por satisfacer su curiosidad artística, vino á la capital del orbe católico sin presumir que aquel viaje de puro recreo habia de ser para él de trascendencia tal que le habia de proporcionar nada ménos que los medios de asegurar su eterna dicha. Efectivamente, vino á Roma con la ostentacion que correspondia á su clase, comenzó á ver las preciosidades artísticas que allí se encierran, y tuvo en uno de los museos el feliz encuentro de Jorge Galabbada, que por haber estado en Túnez conocia algunas de sus costumbres, y comenzó á hablar con Alí. Era Galabbada un eclesiástico respetable, de muy finos modales y de muy vasta erudicion; y como desde luego conoció Sachiah que era católico, y se halló con que no solo le trataba afablemente sino que le dispensaba atenciones, le ofrecia acompañarle á todos los museos y lugares donde habia algo notable, y en efecto le proporcionaba ver cosas que para otros estaban reservadas; Alí se hizo amigo suyo y llegó á depositar en él toda su confianza; tanto que en una de sus frecuentes expediciones á ver cosas notables, le habló de sus deseos de conocer á fondo la religion de Jesucristo y de que no tendria dificultad en abandonar su patria y todas sus cosas si le hacia ver alguna ventaja siquiera en el dogma católico sobre la religion de Mahoma. No ne-

cesitó más nuestro buen Galabbada, al momento le hizo ver cuán inmensas son las ventajas de la religion del Crucificado, le convenció de los absurdos de su secta y de que Mahoma no fué sino un impostor vil y embustero, y de que únicamente en la observancia de los preceptos y consejos del Evangelio se podia esperar la verdadera dicha y eterna ventura, con lo cual quedó Alí Sachiah convencido de la verdad, y se decidió á dejar su patria y religion para abrazar la religion de Jesucristo, siendo el primer paso que dió el mandar á Tunez á la persona de confianza que consigo traia como compañero de viaje, para que redujera á dinero todos sus bienes, diese libertad á sus esclavos y volviese á Roma con lo que hubiese recogido, para despues de asegurarse una decorosa subsistencia, dar á los pobres y á las iglesias el resto de su abundante peculio. Cumplióse todo segun lo deseaba; de su instruccion se encargó el mismo Jorge Galabbada, y luego que estuvo en disposicion de recibir el santo bautismo, se le participó al Papa que se habia hecho esta conquista para la Iglesia, y Su Santidad quiso que el bautismo se celebrára con toda solemnidad por el Emmo. cardenal Zurla, su vicario. Escogióse la igesia de Sta. María (in Monte), y el dia 15 de Setiembre, octava de la Natividad de la Vírgen Santísima del año 1827. El acto estuvo muy solemne y concurrido; habiendo sido invitado por Alí para presentarle en la pila bautismal, un príncipe romano con quien le ligaban relaciones de intereses, por asuntos que este mismo príncipe habia tenido en Túnez. La ceremonia fué solemnísima. Adornada con exquisito gusto la magnífica iglesia de Sta. María y ante un concurso inmenso que admiraba la misericordia del Señor en este importante suceso, el vicario del Papa con todo el séquito que es conveniente, y que realza tanto solemnidades como esta, administró á Alí Sachiah el santo bautismo, la confirmacion y la adorable Eucaristía, dirigiendo su autorizada voz al neófito y al pueblo; á éste para que diese á Dios gracias por la singular merced que á Alí habia dispensado de atraerle á la verdadera religion, y á aquel excitándole á la perseverancia en la nueva vida que acababa de emprender tan á su gusto, y que le auguraba la inmortal para que el hombre ha sido criado. Despues de todas las ceremonias se cantó solemnemente el *Te Deum laudamus* por una escogida orquesta, y la solemnidad terminó con la bendicion que todos, y en particular Alí, recibieron con edificacion suma. Ocupaciones imprescindibles privaron al Santo Padre de recibir al neófito aquel mismo dia; sin embargo, le hizo presentar en su palacio al siguiente, le colmó de las más delicadas distinciones, le habló con la mayor afabilidad y le dió su apostólica bendicion, alabando al Señor por sus misericordias y conmoviendo vivamente al recien bautizado. Este cumplió fielmente los deberes de cristiano por todo el resto de su vida, sin olvidar la gracia que el Señor le hiciera.—G. R.

SACCHINI (Francisco). Nació este historiador del instituto de la Compañía de Jesus el año 1570 en Paciano, cerca de Perusa. A los diez y ocho años abrazó la regla de S. Ignacio y profesó la retórica en Roma con mucha distincion. Encargado de continuar escribiendo la *Historia de la Compañía*, de la que solo habia publicado el primer volúmen el P. Orlandini, trabajó en ella por espacio de diez y nueve años sin interrupcion, y hubiera terminado esta grande obra, si el P. Vitteleschi, su general, no le hubiese nombrado su secretario, empleo que desempeñó durante siete años. Murió este jesuita en Roma el dia 16 de Diciembre de 1625. Además de la continuacion de la historia del Instituto de S. Ignacio desde la muerte de su piadoso fundador, hasta los primeros años del gobierno del P. Cardenal Aquaviva, se conservan del P. Sacchini las obras siguientes: *Oratio in funere J. Fr. Aldrobandini ducis Ecclesiæ*, Roma, 1602, en 4.°; Sacchini pronunció esta oracion fúnebre en 1601 delante del papa y del colegio de cardenales.—*Vita B. Stanislai Kostkæ é soc. Jesu*; id. 1612, en 16.°—*Libellus de ratione libros eum profecta legendi*; *et oratio de vitanda moribus noxia lectione*; Ingolstadt 1614, en 16.° Esta obra, que contiene muy útiles preceptos, se ha reimpreso frecuentemente, siendo su edicion más excelente la de Leipzig, 1711, en 8.° Fué traducida al francés por Durey de Marsan con el título: *Moyen de lire avec fruit*; Haya y París, 1785, en 12.°: se halla un excelente análisis de esta obra en la primera parte de la titulada: *Nova librorum colectio*; Haya, 1708.—*De vita et rebus gestis P. Petri Camili, libri tres;* Ingolstadt, 1614 y 1616 en 4.° —*Protrepticon ad magistros scholarum inferiorum Soc. Jesus; et Parœnesim ad eosdem.* Dillingen 1626, en 12.°; en cuya obra se ve una excelente doctrina para la instruccion de la juventud.—*Epistola de utilitate bene legendi ad mensam*; Milan, 1621, en 12.°; tradujo el P. Sacchini en italiano la vida de *S. Paulino*, por Rosweyde. En 1603 habia predicado la pasion del Señor en presencia del pontífice Clemente VIII, y en los años 1612 y 1617 ante el papa Paulo V, tres sermones que se han publicado, segun Weis, en 12.°, en una coleccion de escritos del mismo género, en Roma el año 1641.—C.

SACI (Luis Isaac Le Maistre de). Siendo este anágrama de Isaac, uno de los nombres de bautismo de este religioso, debe escribirse Saci, como siempre lo ejecutó él mismo, y no Sacy, como lo hacen algunos autores. Este religioso, solitario de Port-Royal, fué hermano segundo de Antonio Le Maistre, que fué uno de los más famosos abogados de su tiempo. Nació Isaac en París el dia 29 de Marzo de 1613, y su primera educacion fué la que debia esperarse de padres eminentemente religiosos. Estudió con mucho aprovechamiento en el colegio de Beauvais con el famoso Antonio Arnald, su tio, y tomó por guia en la vida espiritual al abad de S. Cyran, cuyos principios adoptó sin examinarlos. Se consagró aún muy jóven al estado

eclesiástico; pero no juzgándose digno del sacerdocio, renunció el recibir esta uncion ántes de los treinta y cinco años. Elegido algun tiempo despues para dirigir á los religiosos de Port-Royal, se fijó en el monasterio, al que cedió todos sus bienes, reservándose solo una pequeña pension que distribuia en su mayor parte á los pobres. La oracion, el estudio y los ejercicios de piedad dividian sus ratos de distraccion. Sin embargo de esto fué perseguido como jansenista en 1661, por lo que se vió obligado á dejar á Port-Royal, y fué á ocultarse con Nicolás Fontaine y Tomás de Fossé en el arrabal de S. Antonio. No salia de su retiro sino para los negocios que requerian indispensablemente su presencia, ó para conferencias relativas á sus obras; pero como continuó escribiéndose con los religiosos de Port-Royal, llegó á descubrirse su retiro. Preso el 13 de Mayo de 1666, fué conducido á la Bastilla con sus dos amigos. Durante su prision emprendió la traduccion de la Biblia, trabajo importante que le ocupó casi todo el resto de su vida, porque no tuvo la satisfaccion de verle acabado. El dia 31 de Octubre de 1669 recobró la libertad, y presentándose al ministro, le pidió por toda gracia dulcificase la suerte de los prisioneros. No volvió á separarse Saci de Nicolás Fontaine, y asociándose en sus trabajos, hicieron juntos frecuentes viajes hasta 1675, que volvieron á Port-Royal. Recibieron la órden de salir de allí en 1679, y Saci se retiró á casa de su primo el marqués de Pompone, al que acababan de separar del ministerio Louvais y Colbert: en esta casa murió el dia 4 de Enero de 1684. Enemigo de disputas, tuvo la desgracia de vivir en un tiempo en que eran estas sumamente frecuentes; pero no tomó en ellas parte alguna, y ni una sola vez, se asegura, respondió á ataques en que veia personalidades. Fué muy dulce y modesto al sostener con entereza sus opiniones áun en las cosas puramente de gusto, y ninguna deferencia tuvo sino por Mr. Singlin, segun dice Racine, porque este hombre fué verdaderamente maravilloso, tanto por su buen sentido cuanto por su talento. Dotado de mucho talento y de facilidad, cultivó Saci en su juventud la poesía con bastante éxito, y puede considerarse que si hubiera continuado cultivándola, hubiera llegado á distinguirse como excelente poeta. La *Historia de Port-Royal*, por Gerónimo Besoigne, y la *Necrología* de esta abadía por Rivet y Saint-Mars, contienen la vida de Saci, del cual se habla tambien en las memorias de Nicolás Fontaine. Diez veces se grabó su retrato en diversos tamaños por Nantonil y Champagne. Por mucho tiempo se le atribuyó la *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento*, conocida con el nombre de *Royaumont*, y la *Vida de Bartolomé de los Mártires*, pero ya no cabe duda de que la primera obra pertenece á Fontaine, y la segunda á Tomás du Fossé, si bien es probable tuviese Saci alguna parte en ellas, así como en las *Instrucciones cristianas de Singlin* y en el *Diario de Gorin de Saint-Amour*. Tambien

tuvo mucha parte en el *Jardin de raices griegas* de Lancelot. Las obras que aún nos quedan de Saci son las siguientes, publicadas en francés: *Poema de S. Próspero contra los ingratos*, traducido en verso francés; París 1646, y en prosa, idem 1650: esta doble version se halla reunida en las sucesivas ediciones. Encuentra Dupin esta traduccion superior al original, en su *Biblioteca de autores eclesiásticos*. Antes de este poema escribió otro sobre *la Eucaristía* en diez cantos con un prefacio por Antonio Arnauld, que se publicó despues de su muerte en 1695. Este poema revela en el autor, entónces aún demasiado jóven, un escritor profundamente versado en la doctrina de los Santos Padres de la Iglesia, y tiene trozos en que campea la bella poesía y gran pureza de expresion, bien superiores á las de los poetas del reinado de Luis XIII, como puede concebirse á la vista de los siguientes versos sobre la Rochela:

*L' Erreur, dans cette ville, arborant ses drapeaux...*
*Semblait braver le ciel et menacer la terre...*
*Une digue a comblé les abîmes des eaux.*
*L'art a ceint l' Ocean de rivages nouveaux,*
*La vague emprisonnée a vu dompter sa rage;*
*Et son onde écumante en ses plus grads efforts,*
*A respecté dans cet ouvrage*
*Le doigt qu'elle révère, imprimé sur ses bords.*

Publicó Saci, con el nombre de Saint-Aubin, las *Fábulas de Fedro*, traducidas al francés; id. 1647 en 12.°; version que una nota insertada en el *Diccionario de Anónimos* por M. Barbier explica con detalles bibliográficos sumamente curiosos. — *Las comedias de Terencio*, traducidas al francés de una manera digna y con pocas variantes; id. 1647, en 12.°: solo son las comedias: *la Adriana*, *los Adelfos* y *el Formion*. Con el nombre de Juan Dumont publicó el *Oficio de la Iglesia*, traducido al francés; id. 1650, en 12.°, sobre cuya obra publicó una crítica el P. Felipe Labbe con el título: *Calendrier des heures surnommées à la Janseniste, revu et corrigé*; 1650, en 8.° El abate Guillermo Le Roy se encargó de responder al P. Labbe; pero esta disputa no tuvo éxito alguno. Manifiéstase el talento poético de Saci en una carta de gracias que escribió en verso y en prosa, en nombre de sus tres hermanos y en el suyo, á su madre, con motivo de haberles mandado cuatro bolsillos trabajados por su mano cuando acabaron sus cursos de retórica. Esta composicion, que se conserva manuscrita en algunas bibliotecas, fué tan del agrado de Mad. Le Maistre, que empeñó á su hijo á que la pusiese en verso francés algunos de los himnos de la Iglesia, y para mejor complacer á su madre, acabó por traducirlos todos, y segun el biógrafo

Mr. Pillet, son los publicados en las obras llamadas de *Port-Royal*. Otra de las obras de Saci fué la titulada: *Las Iluminaciones del famoso Almanaque de los Jesuitas*, titulado: *Derrota y confusion de los jansenistas*, 1654, en 8.°, que es un poema en verso, libro del que se hicieron dos ediciones en un mes, habiéndose corregido la segunda: esta obra se reimprimió con la titulada: *Ungüento para la quemadura*, de que habla Barbier d'Aucourt, en 1683 en 8.°, y en 1733 en 12.° Con el nombre de Beuil, prior de S. Val, publicó la *Imitacion de Jesucristo*, que tradujo en francés en 1662, en 8.° y en 12.° No contento el P. Bonhours con haber censurado amargamente esta version en la segunda de las conversaciones de Aristo y de Eugenio, publicó su crítica en 1688; pero Saci se resistió obstinadamente á las observaciones de Mr. Bonhours, y segun Racine, sobre Port-Royal, en su *Fragmento histórico* no hizo caso de ninguna de ellas. Aunque mucho más elegante que fiel, este trabajo, segun Barbier en su obra de los *Traductores franceses de imitacion*, y el prefacio de la nueva traduccion de este libro por Mr. Gence, en la que se ve un exámen histórico comparado de la version de Saci con las que la precedieron y siguieron, se hicieron cincuenta ediciones de su traduccion. Es preciso contar, dice M. Gence, en el número de las ediciones de esta version las reimpresiones hechas desde el siglo en que obtuvo tan buen éxito causado por la influencia de los escritores de Port-Royal y del célebre traductor de la Biblia, y por el mérito de una locucion fácil y amena, favorable á la efusion de la piedad y al gusto de la paráfrasis que ha reinado en las obras de devocion y en las casas religiosas durante el siglo de Luis XIV. Con el nombre de Bonlieu, hizo Saci la traduccion de los libros cuarto y sesto de la *Eneida de Virgilio*, que se publicó en 4.° en 1666.—*El Nuevo Testamento*, traducido en francés en 2 vols. en 8.° en 1667, cuya edicion, conocida con el nombre del *Nuevo Testamento de Mons*, porque las primeras ediciones se publicaron con la rúbrica de esta ciudad, áun cuando fueran impresas por Elcevirs en Amsterdam, fué condenada por muchos obispos y por el papa Clemente IX, segun M. Peignot, en el tomo II de su *Diccionario*, por breve de 20 de Abril de 1668. Sábese que Arnauld y Nicole tomaron á su cargo la defensa de su obra, y que á esta disputa, que duró más de veinte años, fué extraño constantemente Saci. Dice Racine en una nota que esta traduccion fué obra de cinco personas: Saci, Arnauld, Le Maistre, Nicole y el duque de Luines; pero que la mayor parte fué de Saci. Dícese que éste rehizo por tres veces esta version, porque le pareció demasiado buscado el estilo de la primera, y muy sencillo el de la segunda. — *La Santa Biblia* en latin y en francés, con explicaciones del sentido literal y del espiritual, Paris 1672 y siguientes, 32 vol. en 8.° Esta version, que fué concluida por Tomás de Fossé, estuvo en mu-

cha boga, y ha sido reimpresa en diversos tamaños. La concordancia de los cuatro evangelistas que ordinariamente se encuentra en ella, es de Antonio Arnauld: la traduccion de los libros apócrifos que siguen á la Apocalipsis, forma un volúmen separado en las grandes ediciones en 8.° La más bella edicion es la de París de 1789 y 1804, en 12 vol. en 8.° mayor, con grabados, de la que se han sacado ejemplares en 4.° en papel ordinario y en vitela, segun Brunet en la voz Biblia de su *Manual del librero*. — *Cartas cristianas y espirituales*; París, 1690, 2 vol. en 8.° — *Los Salmos de David* traducidos al francés del hebreo y de la Vulgata, con una explicacion sacada de los Santos Padres; id. 1693, 3 vol. en 12.° Ya habia aparecido esta traduccion en 12.° en 1666. Hallando oscura Saci la Vulgata en algunos puntos, y juzgando al texto hebreo muy bueno, dió las dos traducciones separadas con el fin de que pudieran compararse y aclararse una con otra en los puntos oscuros. El arzobispo de Sens, Mr. Languet, encuentra un poco lánguida la version de Saci, segun se dice en el *Diccionario de los Sabios*; pero añade que pasa por exacta. Dice Mr. Weis, en el artículo que dedica á Saci en la *Biografía universal*, al que hemos seguido en este con todas sus apreciaciones, que M. Boudet ha publicado con el título de *Manual del Cristiano* las traducciones que hizo Saci de los *Salmos*, del *Nuevo Testamento* y de la *Imitacion*, obras de que ya hemos hablado. — C.

SACONAY ó Sacconay (Gabriel de). Este zelosísimo adversario de los protestantes nació á principios del siglo XVI en el territorio de Lyon, de una familia noble originaria del país de Gex, de la que una rama se hallaba establecida en el canton de Berna. Abrazó el estado eclesiástico y fué nombrado canónigo de Sau, ascendiendo despues á las primeras dignidades de su cabildo, cuyos privilegios logró confirmase el rey Enrique II. De acuerdo con el procurador del rey, ejerció las funciones de censor en Lyon, y se opuso con todo su poder á la impresion de las obras que podian ofender en lo más mínimo á los dogmas de la Iglesia católica. Habiendo publicado una edicion de la obra de Enrique VIII contra Lutero, con un prefacio lleno de picantes sátiras contra los reformistas, le respondió Calvino con un escrito no ménos satírico, titulado: *Fràterna al venerable sacerdote Mr. Gabriel de Sacconay, por lo que respecta al bello y gracioso prefacio con que ha favorecido el libro del rey de Inglaterra*. Este escrito alentó mucho más á Sacconay para perseguir á los herejes, y los veinte últimos años de su vida fueron una lucha contínua contra ellos. Murió en avanzada edad en el mes de Diciembre del año 1580. Además de la traduccion de los tres sermones del P. Luis de Granada, español insigne que hace la gloria de su patria y cuyas obras han sido admiradas hasta de sus propios enemigos, y de algunos tratados de controversia cuyos títulos la cita biblioteca de Duverdier y

la obra de Pernetti, se conocen de este zeloso defensor de la religion católica las siguientes obras publicadas en francés: *De la Providencia de Dios sobre los Cristianísimos reyes de Francia, por lo que su santa religion no faltará en su reino*; Lyon, 1568, en 4.° — En esta obra, dice el biógrafo Weis, dictada por un celo irreflexivo, representa el autor á Cárlos IX que no puede tolerar dos religiones en su reino, y que debe exterminar á los herejes que persistan en sus errores. — *Tratado de la verdadera idolatría de nuestros tiempos*; id., 1568, en 8.° — *Discurso de las primeras turbaciones ocurridas en Lyon en* 1562, con la apología de la ciudad de Lyon contra el libelo titulado: *La justa y santa defensa de la ciudad de Lyon*; id., 1569, en 8.°, cuyo escrito se ha hecho ya sumamente raro. — *La Genealogía y fin de los Hugonotes y descubrimiento del Calvinismo*; id., 1672, en 8.° Las curiosas noticias que este libro y el anterior dan, se hallan con mayor interés por las especiales láminas con que estan adornadas, y en ellas, así como en todos sus escritos se expresa el autor rigurosísimamente contra los herejes. Y tenia razon de obrar así, puesto que además de ser enemigos de la verdadera religion á la que trataron en vano de confundir, alarmando las conciencias de los fieles sus impías doctrinas, perturbaban el órden público y eran causa de mil disturbios y de que se alterase la paz doméstica á cada paso. Ojala hubiese habido aún más escritores católicos que los que hubo en aquellos tiempos para combatir con las armas de la verdad á los sectarios del demonio. — B. C.

SACONI (Rainiero). Fué religioso de la órden de Santo Domingo en el siglo XIII, y hácia 1240 compuso diversas obras que se citan por algunos autores. — C.

SACRATI (Francisco). Este príncipe de la Iglesia católica fué un noble ferrarés que hizo sus estudios con gran reputacion en la universidad de Bolonia, en la que recibió la borla de doctor, y dió á conocer la excelencia de su ingenio. Invitado á residir en Roma, probó fortuna emprendiendo la carrera de la prelatura. Nombrado auditor de la Rota, ejerció este cargo con gran reputacion por espacio de veintiseis años, y no veintiocho como dice Bataglini. Luego que murió el decano de la Rota, hallándose él en su patria con licencia del Pontífice, partió á Roma en cuanto recibió la noticia, para suceder al difunto como subdiácono; pero como se le antepusiese Coccino, acudió á sostener sus derechos ante el tribunal competente. Remitió el papa Paulo V la decision de esta causa al cardenal Lancelloti y Ludovici que habian sido ámbos auditores de la Rota, los cuales, como árbitros, sentenciaron á favor de Coccino. El Papa quiso recompensar á Sacrati del perjuicio que se le hacia, y le nombró arzobispo de Damasco *in partibus* y vicario de la basílica Vaticana. Elevado Ludovici al pontificado con el nombre de Gregorio XV, le dió á conocer desde luego la estimacion en que le tenia,

promoviéndole á datario, y al cabo de dos meses de esta gracia, le creó, en 19 de Abril de 1621, cardenal sacerdote de S. Mateo in Marulana, con aplauso de toda Roma, que le juzgó dignísimo de la púrpura por su integridad y saber. Queriendo los satíricos romanos ofender la memoria del glorioso Paulo V, abusaron del verso del salmo 117 en que se dice: *Lapidem, quem reprobaverunt ædificantes, hic factus est in caput anguli*, aludiendo en el nombre de piedra al nuevo Cardenal. Encontrándose libre el Cardenal del cargo de datario, erigió en su propia casa una academia de teología, facultad en la que estaba profundamente versado, la que tuvo corta vida, porque en 1622 fué nombrado obispo de Cesena, en cuya diócesis tuvo que ir á gobernar; lo cual hizo durante un año. Asistió al cónclave de Urbano VIII, y murió en Roma en 1623 á los cincuenta y seis años de edad aún no cumplidos y dos y seis meses de cardenalato. Fué sepultado en la iglesia de Santa María del Aniusa, en la que se puso en la parte interior del pilarote que sostiene el púlpito una elegante inscripcion, obra de su conciudadano el cardenal Riminaldi. El cardenal Sacrati fué hombre que supo dominarse á sí propio, y desde sus primeros años se manifestó dócil á las advertencias de sus mayores, por lo cual reflejó siempre en él un singular candor, gran virtud y suma fidelidad en los asuntos que se le confiaron. — C.

SACRATO (Pablo). Este canónigo de Ferrara, su patria, vivia en el siglo XVI, y fué uno de los ciceronianos de su siglo. Escribió cartas á Pablo Manucio y á otros muchos sabios de su época, las que publicó en 16.° en Lyon el año 1661: dedicándoselas á Santiago Sacratus, su hermano, obispo de Carpentras. Fué por parte de su madre sobrino del cardenal Sadole, que tomó á su cargo instruirle. Murió á la edad de setenta y cinco años, y fué enterrado en Ferrara, en donde su expresado hermano le hizo poner un epitafio en el que no se da la fecha de su muerte. Bayle y el P. Lelong citan como de este canónigo las siguientes obras: *Commentarius in Psalmos triginta tres priores*; Ferrara, 1588, en 8.°— *In principium Geneseos commentarius*; Ferrara, 1589, en 8.° —*Commentarius in septem Psalmos pœnitentiales*; Ferrara, 1584, en 12.° — C.

SACRE (Servasio), jesuita belga, natural de Lieja, donde nació hácia 1790, hijo de una ilustre familia, recibió una distinguida educacion, correspondiendo de tal manera á los sacrificios de un padre que muy en breve se halló en estado de desempeñar los más elevados empleos. Obtúvolos, como no podia ménos de esperarse de su ilustre nombre, y en ellos correspondió de tal manera á la fama de su antigua casa, que aumentó por decirlo de una vez, el esplendor en que la habia recibido de sus mayores. Mas no era ciertamente la gloria mundana lo que llenaba el corazon de Sacré. Llegado á la edad madura, y cuando ya los desengaños le habian amaestrado en la

cruel escuela del mundo, quiso huir de ella, consagrándose por completo á Dios en el retiro de un claustro, único punto donde podia esperar la tranquilidad y paz que hasta entónces le habia negado la fortuna. No tardó en conseguirlo: cuarenta años contaba cuando entró en la Compañía en su patria hácia 1621, distinguiéndose desde luego por su saber y virtudes. Como estaba muy versado en los estudios, fué de grande utilidad á su instituto, dedicándose á la enseñanza del griego y la latinidad, elementos de humanidades, á que siempre consagró sus afanes la Compañía, llegando á hacer tales progresos en ellos, que áun en épocas muy recientes no pasaba por buen helenista el que no hubiera estudiado bajo su direccion estos idiomas. Con este objeto y para facilitar la enseñanza publicó una obra, única que tenemos de este autor, de quien además carecemos de todo género de noticias. Intitúlase su libro: *Enchiridion Grammaticæ græcæ*; Douay, por Pedro Bogandi, 1632, en 8.°—S. B.

SACRIPANTI (Cárlos María). Increible parece que un personaje tan distinguido como lo es un cardenal de la santa Iglesia romana haya podido pasar desapercibido en los fastos de su época, pues parece imposible que haya llegado á ocupar un puesto tan importante y elevado quien no tuviese méritos relevantes. No por esto queremos decir que no hayan sido muy acreedores á tan alta distincion los sugetos que la han conseguido, solo lamentamos el increible descuido de quienes pudieron legar á la posteridad noticias que de cierto hubieran ilustrado á muchos, y hubieran servido tal vez para dar á la historia cronológica de los prelados católicos alguna más claridad de que carece por tan lamentable descuido. Nos obliga á hacer esta manifestacion el sentimiento que excita el no poder consignar aquí ni los antecedentes ni la historia de nuestro Cárlos María Sacripanti. Fué creado cardenal por el romano pontífice Clemente XII, el cual hizo este nombramiento en la undécima promocion, que verificó el año 1739, siendo él el que ocupaba el penúltimo lugar, y estas son todas las noticias que hemos podido reunir acerca de este sugeto, que no cabe duda tuvo precisamente que ser persona de importancia para llegar á cardenal de la santa Iglesia.—G. R.

SACRIPANTI (José). Nació en Narni, poblacion del Estado Eclesiástico, el dia 19 de Marzo de 1642. En un principio fué referendario de ambas signaturas y subdatario de los papas Inocencio XI, Alejandro VII é Inocencio XII. Este último pontífice le creó cardenal el 12 de Diciembre de 1695, declarándole pocos dias despues prefecto de la congregacion del Concilio. Dióle el título de Santa María Transpontina el 2 de Enero de 1696, y le hizo protector de la Orden Carmelitana en Noviembre de 1698. El papa Clemente XI le declaró datario de Su Santidad el dia 3 de Diciembre de 1700 y prefecto de la congregacion de la Propaganda Fide en Diciembre de 1704;

tambien fué nombrado protector de los católicos de Escocia. Dejando su primer título, tomó el de Santa Práxedes, vacante por dimision del cardenal Francisco Barberin, el 3 de Marzo de 1721; tambien abandonó este título, pues siendo el más antiguo de los cardenales sacerdotes optó por el de San Lorenzo en Lucina el dia 31 de Julio de 1726, tomando posesion de él el dia 11 de Agosto del siguiente año. Murió este Cardenal en Roma la noche del 3 al 4 de Enero de 1727, á causa de una inflamacion de pecho de que fué atacado el dia 28 del mes anterior. Tenia ochenta y cuatro años, nueve meses y diez y seis dias de edad, y llevaba treinta y un años y veintitres dias de cardenal. Fué tan limosnero este Cardenal que se hacia subir el importe de sus limosnas á doscientos mil escudos, y así es que la opinion pública no le hacia muy rico cuando murió. En su testamento distribuyó benéficamente lo que le quedaba á todos sus sobrinos, que debian sustituirse en la herencia unos á otros, señalando una mejora de veinticinco mil escudos al que de entre ellos se casase con consentimiento y á gusto de sus demás sobrinos eclesiásticos. Para estos dejó fundada una especie de prelatura, á la que señaló una buena renta, imponiendo al efecto capitales sobre diversos Montes de Piedad. Fueron hermanos de este cardenal Felipe Sacripanti, abogado consistorial fiscal de la Cámara Apostólica desde 31 de Diciembre de 1707, en que fué nombrado, hasta 23 de Abril de 1714 en que murió, á los setenta años de edad, dejando sucesion; y el P. Jacinto Sacripanti de Santa María, que fué nombrado general de los Carmelitas descalzos el dia 6 de Mayo de 1613. — C.

SACROBOSCO (P. Cristóbal), de la Compañía de Jesus, natural de Dublin en Irlanda, siguió probablemente su carrera en los colegios fundados en el continente para los ingleses que debian ir despues á su patria como misioneros; mas no fué esta ciertamente la primera ocupacion de Sacrobosco. Pues habiendo sobresalido mucho en el estudio de las letras, se le destinó al profesorado, enseñando filosofía en Italia, teología en Dole y literatura sagrada en Pádua; distinguióse mucho en todas estas cátedras, pasando por uno de los profesores más aventajados de su siglo, motivo por el cual la Compañía no tardó en destinarle á otros puntos de mayor importancia. Pero la necesidad de misioneros para Inglaterra, sumida en las tinieblas de la herejía, hizo que se admitiese al P. Sacrobosco para que marchára á su patria á fomentar la predicacion del Evangelio y procurar que los restos del catolicismo que aún quedaban en él no se extinguiesen por completo. Desempeñó su cometido con zelo y acierto, trabajando con los mejores resultados por la extincion de la herejía y conservacion de la doctrina católica en toda su pureza; mas preso por los ingleses, estuvo á punto de perder la vida en el suplicio si no le hubiesen libertado las ges-

tiones de los embajadores católicos extranjeros; continuó á pesar de esto presidiendo por espacio de veintidos años la Compañía en Inglaterra, prestando todo género de servicios á la Iglesia y á aquel país que tan locamente habia abandonado sus creencias por seguir los mandatos de un monarca tirano, desbordado por el furor de sus ciegas pasiones. Pero sus sacrificios y los constantes peligros que corrió no fueron suficientes á que consiguiese su principal objeto, si bien obtuvo uno muy importante haciendo algunas conversiones y conservando encendido entre los católicos el zelo por su antigua fe. Ignórase la época de su fallecimiento lo mismo que las demás circunstancias de su vida; es, pues, posible acaeciese en Inglaterra, donde por tanto tiempo dirigió los apostólicos trabajos de la Compañía. Escribió y publicó las obras siguientes: *Defensionem decreti Tridentini, et sententiæ Bellarmini de auctoritate Vulgatæ editionis;* accesit: *Libellus de investiganda vera ac invisibili Christi Ecclesia*; Amberes, por Juan Keerbegi, 1614, corregido y aumentado por el mismo autor; ibid., por los herederos de Martin Nutij, 1614, 8.° Idem bajo el nombre de Juan Giraldini: *Librum de Meteoris*; París, etc.—S. B.

SACROBOSCO (Juan de). Fué llamado así este célebre astrónomo, del nombre latino del lugar de su nacimiento, llamado en inglés Holgwod en Yorkshire. Nació á principios del siglo XIII. Luego que terminó sus estudios en la ciudad de Oxfort, fué á París, en donde adquirió una gran reputacion por su talento en matemáticas. Se le tiene por eclesiástico, y murió en París en 1256, habiendo sido enterrado en el claustro de los Maturinos, en donde se ve su sepulcro adornado con un astrolabio y este epitafio:

*M. Christi bis C. quarto deno quater annos*
*De Sacrobosco discrevit tempora ramus*
*Gratia cui nomen dederat divina Joannes.*

A cada lado de la piedra sepulcral se leian los siguientes cuatro versos:

*De Sacrobosco qui compotista Joannes*
*Tempora discrevit, jacet hic à tempore raptus.*
*Tempore cui sequeris memor esto quod morieris,*
*Si miser es plora, miserum pro me precor ora.*

La obra que dió celebridad á Sacrobosco es su opúsculo titulado: *Sphœrâ mundi*, dividido en cuatro partes: en la primera trata de la esfera y de la forma de la tierra; en la segunda, de los círculos; en la tercera, del movimiento anual de la tierra, de la salida y postura de los astros; del acrecen

tamiento y disminucion de los dias y de las noches, y de la division por climas; y en fin, en la cuarta explica el movimiento diario de la tierra y la causa de los eclipses. Viene á ser un compendio del *Almagesto de Ptolomeo* y de los *Comentarios de los Arabes*. Esta obrita disfrutó de la mayor reputacion en las escuelas por más de cuatrocientos años; pero nuevos descubrimientos y nuevas obras han relegado despues al olvido la de Sacrobosco; pero es preciso confesar en su honor que despues del *Poema de Manilius* es la primera obra de astronomía que se ha impreso. La primera edicion se publicó en Ferrara, en 1472, en 4.°, y solo consta de veinticuatro hojas, siendo ya rarísimo encontrar un ejemplar. Cuéntanse lo ménos catorce ediciones en el primer siglo de la imprenta, veintidos en el XVI, y once en el XVII. La edicion más reciente es de 1699, citada por Lalande en su *Biblioteca astronómica*. Los más sabios astrónomos, tales como Jorge Purbach, J. Muller, Regimontanus, Elías Vinet y otros le han ilustrado por medio de notas ó de aclaraciones, habiendo sido traducida su obra en casi todas las lenguas. Los antiguos bibliotecarios franceses La Croix du Maine y Duverdier citan dos traducciones francesas de ella, la una por el bearnés Martin Perer, en París, 1546, y la otra por Guillermo Desbordes, gentilhombre, Burdales, en 1570. El primer astrónomo que aparece haber osado á criticar á Sacrobosco fué Francisco Baroci, patricio de Venecia, en el prefacio de su *Tratado de Cosmografía*, 1570, en 4.°, que indica veinticuatro errores que se escaparon al matemático inglés. Además del tratado de que acabamos de hablar, escribió Sacrobosco: *De anni ratione sive de computo ecclesiastico*. No se conoce de esta obra edicion anterior á la que dió Melanchton al final del *Tratado de la Esfera*, publicada en Witemberg el año 1538, en 4.° Leland, en su *Comentario de los escritores británicos*, cita tambien un opúsculo titulado: *De algorismo*, el cual no se sabe haya llegado á imprimirse. Por cuanto acabamos de decir puede conocerse que Sacrobosco fué en su época hombre sumamente distinguido por su saber, y al que puede considerarse, si no como el patriarca de la astronomía, al ménos como uno de sus primeros maestros escritores modernos, por lo que la ciencia le debe mucho, pues que abrió un camino, si no nuevo, poco trillado, por el que siguieron en los tiempos modernos los grandes maestros que la han puesto en la altura en que la consideramos. — B. C.

SACULO (Fr. José María de), capuchino italiano de la provincia de Lombardía, orador distinguido, cuyos sermones llegaron á ver la luz pública segun las autores de la Biblioteca general de su Orden. No le cita, sin embargo, la universal franciscana, en cuyo caso se encuentran muchos capuchinos, sin duda porque su autor el P. Fr. Juan de S. Antonio los creyó poco importantes para formar parte de su trabajo, ó acaso, lo que es más

probable, porque no llegaron á su noticia. Nosotros, cumpliendo el deber que nos hemos impuesto, de hacer nuestra obra lo más completa posible, no hemos querido omitir á un escritor que figuró en su época, que tuvo cierta influencia en ella, y que pertenece, por decirlo así, á la historia general de su religion. Ciertamente que el cuadro que de él podemos bosquejar será harto incompleto é imperfecto, pues su figura, secundaria al lado de las de los grandes hombres que se ostentan como faros luminosos de la Iglesia y de su siglo en esta vasta coleccion, solo puede destacarse entre sombras, y como perdida entre los reflejos de un sol al ponerse; mas no por eso deja de ser interesante, pues la humanidad no siempre se ostenta en modelos acabados, no siempre produce hombres que son verdaderas eminencias en la ciencia y en la sociedad, sino que á menudo se vale de modestas medianías para dar el ser á esos grandes ingenios que nos ofuscan y nos deslumbran, y que tomando por punto de partida las obras de los que las precedieron, mejorándolas y perfeccionándolas, llegan á elevarlas á esa altura gigantesca que son la admiracion de su siglo y de los venideros, que las han de mirar aún con mayor asombro, como el pigmeo que al pie de una de las pirámides de Egipto, con dificultad puede imaginarse los palmos que median los hombres que llevaron á cabo tan encumbrados monumentos. Saculo, pues, precedió á muchos grandes oradores y siguió á otros muchos más; fué como el término medio entre todos ellos, como el eslabon de la cadena que no debia romperse nunca, y que en su serie no interrumpida le colocó á él para llenar aquel punto que si no hubiera sido un vacío en la historia de la ciencia y de la humanidad. Poco importan, despues de esto, su vida y sus costumbres. Austero capuchino, dotado de una imaginacion y de una fe más ardorosa todavía, se sometió á todas las prácticas de su regla, procuró llenarlas, excederlas quizá en lo que no se oponia á las miras de su santo fundador; sus brillantes estudios fueron como preparacion para una vida de trabajo y de penitencia; de trabajo, porque obrero de la viña evangélica no debia descuidarla ni un momento para corresponder á los altos fines de su Señor; de penitencia, porque con las obras más que con las palabras debia servir de modelo á los que estaba llamado á enseñar y guiar. Convencido de lo augusto de su carácter, de lo grande de la empresa que iba á acometer, marchó paso á paso á su desempeño, sin que le detuvieran dificultades, sin que fuesen rémora los inconvenientes, caminando con fe y decision á cumplir su cometido. Su grave figura, su sonora voz, su elocuente palabra, su no vulgar instruccion, fueron otros tantos medios de que supo hacer uso para conseguir mejor su objeto. La conversion de los pecados, la correccion de las costumbres, la conservacion de la familia y de la sociedad eran los fines principales de su elevada mision, y para ello no

se valia de más armas que la palabra, de otros medios que los buenos ejemplos, de otros recursos que la sana doctrina. Fácil nos parece hoy el desempeño de un ministerio á que hemos quitado la mitad de su importancia, á que queremos reducir más todavia; pero no lo era así cuando los religiosos, verdaderos defensores de la fe, dispuestos á recibir el martirio por la verdad de sus doctrinas, luchaban sin cesar con los herejes, verdaderos innovadores que no tenian inconveniente en poner á la sociedad á dos dedos de su ruina con tal de conseguir su engrandecimiento personal. Nos olvidamos de que á la predicacion de cada nueva doctrina seguian por lo comun largas y sangrientas guerras, ora civiles, ya generales, en que tomaba parte toda la cristiandad, ocasionando perjuicios sin cuento, dando origen á millares de víctimas. Nunca, áun en los siglos de ideas más extraviadas, ha merecido elogios el que ha encendido la guerra civil en su patria, el que promoviendo trastornos, la ha puesto á merced del extranjero y detenido su engrandecimiento y bienestar; y si alguna vez se ha alabado al que sacó á su patria de la servidumbre y de la tiranía, ha sido cuando esta servidumbre y tiranía, convertida en un derecho por un largo espacio de años y de siglos, habia llevado al país á la miseria y la desgracia, á la decadencia y el envilecimiento. Pero cuando una vez salvada, las ambiciones y las intrigas han procurado conservarla en un perpétuo malestar, todos los hombres honrados, convertidos en otros tantos sacerdotes de la causa de la humanidad, han combatido á los malvados, pues no merecen otro nombre los que por un no seguro medro personal han introducido el desórden, quizá el robo y el asesinato en el santo hogar doméstico. Esto es lo que hacian las herejías en los siglos medios y áun en la época del renacimiento. La Iglesia desde los siglos primitivos venia por los concilios cortando todos los abusos y arbitrariedades que no pueden ménos de deslizarse en toda institucion á que toca la mano de los hombres. Pero algunos desventurados, siempre por ambicion y por adquirir un poder que habia negado la Providencia, se proponian establecer nuevas doctrinas so pretexto de mejoras, que no siempre lo eran, y que con frecuencia degeneraban en abusos mucho más temibles todavia y de peores condiciones que los que se trataban de reprimir. No todos estos falsos apóstoles desaparecieron ántes que sus doctrinas tuviesen más ó ménos acogida, algunos hicieron numerosos prosélitos, ocasionaron grandes revoluciones y todas las desgracias que son consecuencia inmediata. Cierto que la verdad triunfó al fin; pero ántes de su triunfo, ¡cuánta catástrofe, cuánta desgracia, cuánto exterminio! Para cortar sus más ó ménos rápidos progresos se destinaron siempre los oradores cristianos, nobles misioneros que dieron con frecuencia su vida por la verdad, por sus semejantes, por la humanidad. Así es que la carrera del púlpito, tal como hoy se nos apa-

rece, tan tranquila, tan pacífica, tan respetuosa, tiene una larga historia: historia cuyas páginas son todas triunfos, porque el orador cristiano, ya vencido, ya vencedor, ora entregando su cabeza al hacha del verdugo por el bien de la humanidad, ya salvando de ella millares de víctimas con sus consoladoras palabras, siempre se ostenta á la puerta del cielo con la corona del mártir ó con la auréola del confesor. Su mision es la más noble que ha existido sobre la tierra; su objeto el más sublime que se registra en los anales de las naciones antiguas y modernas, y desde Jesucristo muriendo en el Gólgota hasta los mártires del Japon, siempre encontramos al cristiano pronto á dar su sangre por la redencion del género humano, por la santificacion de los hombres, es decir, por su mejora espiritual y temporal. Saculo fué uno de estos oradores, que comprendieron toda la grandeza de su mision, que deseó dar su vida por los hombres, que hizo todo género de sacrificios por la gloria de la humanidad, que trabajó sin cesar contra las malas doctrinas, lobos con piel de oveja que, ocultos bajo la máscara falaz de la hipocresía, procuraban solo llevar á cabo sus traidoras miras, bien diversas por cierto de los intereses de la generalidad. Sus escritos, por lo tanto, merecieron ver la luz pública, y sus misiones causaron profunda huella en toda Italia, donde su nombre ha sido citado mucho tiempo despues con veneracion, y se conservará eternamente su memoria como la de un héroe que trabajó en beneficio de sus conciudadanos por el engrandecimiento y bienestar de su país.—S. B.

SADA (D. Fernando de), natural de Zaragoza, hijo de D. Adrian y de Doña Gerónima Azcona, de la ilustrísima casa de los marqueses de Campo Real. Mereció en la universidad de su patria el grado de doctor en derechos, y fué rector de ella en 1630, entónces ya canónigo de la Seo de la misma. En 1634 era vicario general de este arzobispado, vacante por la muerte de D. Pedro Apadoza. Ejerció tambien el cargo de canciller de competencias; y en 1.° de Agosto de 1650 obtuvo el arcedianato de Daroca, de la misma iglesia, cuya posesion le impidió D. Matías de Bayebola, por no tener expedita la bula de su eleccion. Despues fué presentado en el priorato de Sta. Cristina, dignidad de la misma; pero detuvo la bula de esta provision el Consejo Supremo de Aragon con aquel motivo, y le fué preciso escribir sus defensas, primero en 1651, sobre el compromiso de los frutos de las vacantes del arcedianato de Daroca, en un papel de once paginas en fólio, y despues sobre su provision sobre el referido priorato, y frutos de su canongía. Habiendo vacado el obispado de Huesca por fallecimiento de Don Estéban de Esmir, fué presentado en él, del que tomó posesion el 31 de Diciembre de 1655, que sirvió con entereza y caridad, como en las comisiones que tuvo del reino. Murió el 5 de Marzo de 1670, y fué sepultado en

el presbiterio de su cátedra. Escribió á más de dichos y otros discursos: 2.° *Carta pastoral á su diócesi de Huesca sobre la fiesta del Patrocinio de la santísima Virgen María*, cuya celebracion encargó y promovió en España su monarca el señor D. Felipe II, el año de 1655; se estampó este año en fólio. Llama ejemplar á este prelado, el maestro agustiniano Fr. Juan Facundo Baulin, en la dedicatoria del tomo I del *Año Santo*, página 3 y 10, donde trata de otros ilustres varones de su clarísimo linaje, ya en 1236, segun el P. Moret en su *Historia de Navarra*, tomo III, libro XXI, capítulo I; distinguido con las armas de plata y sable en la parte inferior, con media luna asimismo jaquelada en campo rojo, gloriándose su palacio de la villa de Sos, de haber nacido en él el rey Católico. — A. y B.

SADA (P. Juan de), monje cisterciense del Real monasterio de Sta. María de Piedra, nació en la villa de Mallen ántes de la mitad del siglo XVIII. En dicha Real casa siguió con piedad su observancia religiosa, y con aprovechamiento los estudios. Ejerció despues su magisterio en el colegio de S. Bernardo de Huesca, fué su catedrático de prima de teología, y obtuvo el honor del grado de maestro, como el de otros empleos monásticos. En 1771 era director del Real monasterio de religiosas cistercienses de nuestra Señora del Patrocinio de la villa de Tamarite de Litera, y en 1792 era tambien padre benemérito de todo el Orden del Cister, examinador sinodal del arciprestazgo de Ager y obispado de Lérida; consultor general de su congregacion de Aragon y Navarra, y visitador del monasterio de Sta. Susana de la Trapa. Su ingenio estudioso, laborioso y zeloso le hizo trabajar las obras siguientes: 1.° *Santidad y deberes de la vida monástica*, tomo I; obra utilísima para todo religioso, y singularmente para todos los profesores de la regla santa, escrita en francés por D. Armando Juan Routilier de Rancé, abad reformador del insigne monasterio de nuestra Señora de la Trapa, órden del Cister, vertida en español con un sumario de la vida del autor, con varias anotaciones curiosas; en Pamplona, por Benito Cosenlluela, 1777, en 4.° Le añadió tambien dos dedicatorias. La primera á todos los señores abades de la Congregacion Cisterciense de los reinos de Aragon y Navarra, y la segunda á todos los monjes y monjas cistercienses de dichos reinos, y la adornó con una lámina del autor, grabada en Zaragoza por Simon Brieva; abridor acreditado.—2.° *Santidad y deberes de la vida monástica*, tomo II y III; en Pamplona, por Benito Cosenlluela, 1778, en 4.°—3.° *Relacion de la vida y muerte de algunos religiosos de la abadía de la Trapa*, nueva edicion aumentada con muchas vidas, que todavía no se han impreso, con una descripcion breve de esta abadía, traducida en español; va con notas y un prólogo del editor: tomos I y II, escritos por Rancé, como el tomo III y IV de diversos autores. Aquel se imprimió en Pamplona en la oficina de D. José Miguel

de Ezquerro, 1782 en 4.°; reimpreso por Joaquin Domingo en Pamplona, año de 1797; el segundo en el mismo año, y el tercero y cuarto en 1799 por el mismo Joaquin Domingo.—4.° *Suplemento* primero de la obra *Santidad y deberes de la vida monástica*, traducido del francés por el mismo. En Pamplona, en la oficina de la viuda de Ezquerro, 1785, en 4.° de 618 páginas. Es la respuesta apologética que el abad Rancé escribió al autor de los *Estudios monasticos*, el maestro D. Juan de Mabillon.—5.° *Suplemento segundo á la obra* Santidad y deberes monásticos, *ó Exámen de las reflexiones que hizo D. Juan de Mabillon sobre la respuesta que dió el abad de la Trapa á su tratado de los estudios monásticos, trabajado por el maestro D. Juan de Sada;* en Pamplona en la oficina de la viuda de Ezquerro; 1786, en 4.°, de 476 páginas: comprendia en él el autor la doctrina del abad Rancé, y persuade que el maestro D. Juan Mabillon no es autor único de las *Reflexiones* sobre la respuesta de dicho abad al referido tratado de los estudios monásticos.—6.° *Descripcion de la abadía de la Trapa á Mad. la duquesa de Liancour*, en Pamplona, en la oficina de la viuda de Ezquerro, 1786, en 4.°, de 225 páginas. A esta version añade el maestro Sada una *Breve crítica y noticia de la controversia*, que sostuvieron los monjes Mabillon y Rancé, advirtiendo la poca exactitud y sinceridad que tuvo D. Vicente Tuybler en la narrativa de este suceso.—7.° *La Regla de S. Benito*, explicada segun su verdadero espíritu, por el autor de la *Santidad y deberes de la vida monástica*, traducido del francés al español, tomo I y II; en Pamplona, en la oficina de la viuda de Ezquerro, 1792, en 4.°; el primero tiene 467 páginas, y el segundo 440.—8.° *Regla santa del P. de los monjes S. Benito abad*, dividida en lecciones diarias, segun la forma primitiva usada en los coros de la orden del Cister, traducida del latin en romance por el maestro Sada; en Pamplona, por Joaquin Domingo, 1797, en 4.° de 152 páginas.—9.° *Otros papeles de dichos asuntos*, véase al P. Muñiz, *Biblioteca Cisterciense*, páginas 294, 295 y 296.—A. y B.

SADE (Pablo de). Solo sabemos de este hijo de Hugo de Sade, opulento francés, que fué esposo de la bella Laura de Naves, que no fué madre suya, y sí de la segunda mujer de su padre, que fué consejero de Martin, rey de Aragon, en 1397. Habiendo obtenido la confianza de la reina Yolanda de Aragon, viuda de Luis II, rey de Nápoles y conde de la Provenza, fué enviado de embajador de esta princesa al Papa, y por la proteccion que le prestó esta princesa, fué nombrado obispo de Marsella. Asistió como prelado al concilio de Pisa en 1409, y murió el año 1433, dejando heredera de todos sus bienes á la santa iglesia catedral de Marsella, como se ve en la *Galia cristiana* y en las obras de los historiadores de Provenza.—C.

SADE (Santiago Francisco Pablo Alfonso de). Nació en 1715, fué hijo

tercero de Gaspar Francisco, marqués de Sade. Abrazó el estado eclesiástico, y llegó á ser vicario general del arzobispo de Tolosa, y despues, en 1735, del de Narbona. Encargado por los estados de Languedoc de una mision en la córte, residió en París muchos años hasta que fué nombrado para la abadía de Ebreuil, en Auvernia, el año 1744. Su talento, su figura y su nombre, le hubiesen hecho llegar á las primeras dignidades de la Iglesia, si no hubiese abandonado tan pronto el mundo y los negocios. Dice el autor de la Vida del mariscal de Richelieu, que el abad Sade consolaba á Mad. La Ponplinière de la inconstancia de este señor cuando fué separada de su marido en 1748, y si esto no es una calumnia, como puede ser, dice Mr. H. Audiffret, que pueden explicarse los motivos de la retirada del abate de Sade que tuvo lugar hácia el año 1752, época de la muerte de esta señora. Retirado á Sanmane, á una legua de Vaucluse, allí se entregó por entero á su gusto á las letras, y principalmente á componer las obras que han hecho su reputacion. Despues de su último viaje á la capital para proveerse de materiales en los vastos depósitos literarios que encierra, se volvió á su retiro. No habiendo podido conseguir reparar ni embellecer el antiguo castillo de sus padres en Sanmane, construyó una casa á un cuarto de legua de él, y en ella murió el dia 31 de Diciembre de 1778. Dejó las cuatro obras siguientes, frutos de sus estudios, las cuales se conocen en francés: *Observaciones sobre los primeros poetas y trovadores franceses.* — *Memorias sobre la vida de Francisco Petrarca*; Amsterdam, 1764; tres volúmenes en 4.° que llevan por título: *Obras escogidas de Francisco Petrarca*, traducidas del italiano y del latin en francés, con *Memorias* sobre su vida: publicada esta obra bajo el velo del anónimo, está escrita con mucha pureza, y contiene noticias muy curiosas, llenas de erudicion. No se limita el autor á dar á conocer en ellas al poeta italiano, entra en los más pequeños detalles de su vida privada, pone en escena á todos los amigos de este hombre célebre, analiza sus escritos traduciendo fragmentos de ellos, y ofrece un cuadro interesante y animado de la historia política, eclesiástica y literaria del siglo XIV, en el que jugó Petrarca un papel tan principal. No deja Sade ningun personaje un poco considerable de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, al que no pase revista, ni acontecimiento alguno notable que no cuente, aclare ó desarrolle con crítico juicio. Cita en su obra á todos los biógrafos y comentadores del Petrarca, discute sus opiniones, y rectifica un gran número de errores. Establece la realidad y estado de Laura, la clase de amor que sintió Petrarca por ella, y su opinion sobre este particular es la que hoy está generalmente adoptada. Repróchase á Sade de haber interrumpido su narracion con traducciones en versos de mediano mérito, de muchas poesías de Petrarca; pero sería injusticia el insistir echándole en cara este defecto, pues que el

autor mismo considera estos versos, sin que su modestia pretenda hacerlos pasar por buenos. Esta obra se ha hecho ya rara, y la muyor parte de sus ejemplares pasaron á Italia y á Inglaterra. Tiraboschi y Ginguené sacaron de este libro abundantes materiales para sus obras. Fué Sade hermano del conde de Sade, señor de Sanmane y de la corte, coseñor de Mazan, que desempeñó los cargos de gobernador hereditario de la ciudad y castillo de Vaison por el Papa, y comandante de caballería ligera de Venaissin y de dragones del regimiento de Condé en Francia. Este personaje fué tambien nombrado embajador de Francia cerca del emperador de Rusia Pedro II, destino que no llegó á servir por haber muerto el Czar, y en su vez le mandó el cardenal de Fleury á Lóndres con una mision diplomática. Habiendo servido á la Santa Sede, de la que desempeñó interesantes comisiones, se retiró de los negocios en los últimos años de su vida, en los que movido por su piedad frecuentó mucho la abadía de S. Victor, y al morir en Montruil, cerca de Versalles, á 24 de Enero de 1767, á los sesenta y seis años de edad, se encontraron como obra suya muchas colecciones de *Anécdotas* y de pensamientos morales y religiosos, y una interesantísima correspondencia sobre los acontecimientos y guerra de 1741 á 1746, que puede consultarse con mucho fruto por los historiadores: estos importantes escritos, segun el biógrafo de ambos hermanos Mr. H. Audiffret, obran en poder de sus sucesores.—C.

SADE Mazan (Juan Bautista de). Fué obispo de Cavaillon en 1665, y murió el 21 de Diciembre de 1707, á los setenta y cinco años de edad. Este virtuoso y sabio prelado fué autor de algunas obras de piedad, entre las que fué la principal la publicada con el título: *Reflexiones cristianas sobre los Salmos penitenciales*, encontrada en la casilla de Antonio I, rey de Portugal, despues de su muerte; Aviñon, 1698, en 8.°, dedicada al cardenal Albano.—C.

SADOC (S.) y cuarenta y nueve compañeros mártires. Fué muy célebre en los fastos de la órden de Sto. Domingo, tanto el martirio de estos cincuenta confesores de la fe de Cristo, cuanto la vida de su caudillo, merecedor por muchos títulos á que sus heróicas acciones sean lo conocidas que es conveniente para que se exciten los fieles á su imitacion en lo posible y se logre con la súplica el amparo del glorioso Santo, el que pueda desde luego ejercer en favor de los fieles el patrocinio que sus heróicas virtudes le han conquistado. Recibió Sadoc el hábito de la órden de Predicadores de mano de su mismo fundador Sto. Domingo, contando á la sazon Sadoc muy pocos años; mas fué tal el aprovechamiento que logró desde los primeros dias de novicio, que á todos admiraba, así como su fidelidad y exactitud en cumplir, no ya los preceptos, sino las más ligeras indicaciones de sus superiores, que parecia complacerse en ponerle á prueba, sin duda para cerciorar-

se más y más de la firmeza de su vocacion y de los deseos que tenia de procurar la gloria de Dios en el cumplimiento de todas y de cada una de las prescripciones de su santa regla. Además de este espíritu de fidelidad á la regla tan acreditado en él, y de las virtudes que le hacian buen religioso, brillaba en el jóven una prudencia superior con mucho á lo que podia exigirse ni áun presumirse en su edad, y este fué sin duda el motivo por el cual el santo patriarca le tuvo la más intima predileccion y le hizo desde luego distinciones que habian de serle de gran provecho, porque todas eran para él alicientes á la virtud y medios de que en esta progresára, como podia esperarse de su excelente índole y demás circunstancias. Una de estas señaladas distinciones que el gran Domingo le hizo, fué el mandarle con otros religiosos á la mision de Pannonia, donde era preciso que se diese á aquellas pobres gentes instruccion y ejemplos de virtud, pues además de la lamentable ignorancia en que estaban, habia en ellas una desmoralizacion todavía más lamentable. Iba aquella expedicion dirigida por el Bto. P. Paulo Húngaro, fundador de la provincia de Hungría, que es donde floreció nuestro Santo con los heróicos hechos de su acreditada virtud. Excusado es que manifestemos la alegría indecible con que Sadoc recibió la noticia de que habia que emprender aquel largo viaje, en el cual no faltarian ni privaciones ni trabajos, ni molestias, ni ninguna de estas cosas con las cuales los del mundo creen que son desgraciados, y que los hijos y servidores de Dios estiman como preciosas dádivas de su amor: para demostrar cuán poco se afanaba Sadoc por las cosas del mundo, ó mejor dirémos, cuán grande era su confianza en los designios y especial providencia de Dios, baste consignar, que mientras algunos de sus compañeros y hermanos se prevenian de lo necesario, y áun de algunas cosas que podian muy bien pasar por superfluidades, Sadoc no hizo más que recibir la bendicion de su prelado y con ella se conceptuó rico, fuerte y provisto de cuantas cosas podian ser convenientes para hacer frente á todos los rigores, que cualquiera que fuese su especie, se desencadenáran contra la expedicion. El demonio, cuya astucia es suficiente para permitirle conocer su ruina, aunque no puede evitarla, hizo cuanto pudo para desbaratar aquella grande obra; mas todo inútil: por más que él trabajaba, nuevas víctorias era lo que reportaban los operarios de Cristo, y nuevos ataques en que salia destruido el espíritu de Satanás se presentaban cada dia. Aumentaba prodigiosamente el número de los hijos de Domingo, rivalizando todos con zelo en ánsia por propagar la religion de Jesucristo, y pareciéndoles siempre poco los trabajos y sufrimientos necesarios para llevar á feliz término su empresa. A todas horas y sin tregua ni descanso alguno predicaban á aquellas gentes la buena nueva, y su zelo era recompensado con triunfos que parecian imposibles. Era la voluntad

de Dios que allí se aclimatáran los hijos de Sto. Domingo, y así sucedió; entre muchísimas vicisitudes, arrostrando muchos trabajos, sufriendo, pero triunfando siempre, llegaron á tener los dominicos algunas casas en aquellas apartadas regiones. Nuestro Sadoc concurria siempre á la obra de fundar conventos con una parte no pequeña, pues además de la intervencion que tenia en educar á unos enseñándoles desde los rudimentos de la fe, en confirmar á otros que vacilaban, en hacer conocer los errores de muchos ilusos y en otras muchas obras de igual importancia, su porte para con todos hacia que de él echáran mano cuando habia precision de presentarse á las personas de autoridad, ya para exigir de ellas alguna concesion especial, ya para allanar alguna diferencia que tal vez surgia entre sus subalternos y los superiores de los conventos; y tuvo siempre tal acierto, supo manejar las cosas de tal manera, que cada uno quedaba en su lugar, es decir, la autoridad respetada y la Orden logrando lo que necesitaba y la convenia. En virtud de todas estas tan excelentes disposiciones de Sadoc, sus hermanos quisieron ponerle al frente siquiera de alguna de las casas de la Orden, pues estaban seguros de que esta prosperaria bajo el gobierno de hombre tan especialmente llamado por Dios á procurar la gloria de la ínclita Orden Dominicana. Tuvo que trabajar mucho para lograr el que se venciera y se decidiese á tomar algun cargo, pues protestaba, y esto era muy cierto, que siempre prestaria todo el auxilio necesario á sus hermanos, aunque no fuese su superior. Mas como no es nunca lo mismo hacer las cosas por propia obligacion de conciencia, que hacerlas por indicacion de otros, insistió su comunidad en nombrarle prior, y en efecto lo fué en el convento de Sandomira, capital del palatinado de Polonia. No varió su conducta de la que habia observado cuando simple religioso más que en tomar un empeño más decidido en dar á todos los mejores ejemplos, pues nunca quiso que su modo de obrar fuese motivo para que ni áun los ménos observantes tomasen pretexto el más leve en que apoyar su inobservancia misma. Imposible les parecia áun á sus mismos compañeros el que sacase tiempo para tanto é hiciese tales cosas en provecho de los alumnos de su comunidad; bien es verdad que él no daba al descanso sino muy poco tiempo, y su estudio, su oracion y todas sus cosas se referian al exacto cumplimiento del oficio que tenia á su cargo. Eran para él los más leves defectos de sus súbditos motivo de especial cuidado, y en el ejercicio de esa importante mision de regir á los demás, era tal su delicadeza, que sin dejar pasar ni la más leve falta, las reprendia con tal dureza, con tanta benignidad, que léjos de enojarse el reprendido, se daba por muy satisfecho, se enmendaba y lograban tanto el superior como el súbdito su objeto respectivamente. Así que todo género de virtudes resplandecian en aquella comunidad, que por lo tanto habia de

:

llamar mucho la atencion al enemigo comun de nuestras almas, como que le privaba de algunos triunfos por la suma fidelidad de estos hijos de Dios, siervos suyos los más afectos. El medio de que se valió el demonio para hacer vacilar su fe y por consiguiente perderles para siempre, fué el inducir á muchos á que les afeáran sus acciones, y luego que esto no logró el resultado que apetecia el fatal tentador, comenzó á inducir á los enemigos de la Iglesia á que la persecucion más encarnizada fuese el modo de corresponder á los beneficios que áun estos mismos enemigos de la Iglesia recibian de los religiosos; pero el efecto que primeramente lograron fué todo lo contrario de lo que se habian propuesto, pues en hecho de verdad, la comunidad logró un aumento casi inesperado, pues llegó á cincuenta el número de religiosos de coro, sin contar algunos otros servidores que como legos tenian para el desempeño de ciertos cargos indispensables en comunidad, y mucho más precisos cuando el número de los que la componen es algo crecido. No seria extraño que á este mayor aumento de religiosos moviese algo la buena fama del prior, porque su crédito servia de grande estímulo á cuantos tenian que tomar ese estado tan perfecto, en razon á que se sabia por todo el pueblo y más que sus esfuerzos se encaminaban siempre al perfeccionamiento de todos sus súbditos y que lograba su objeto con creces, pues cada obra suya era un aliciente para los demás, confirmándose con esto la ya sabida idea de que el ejemplo es la mejor predicacion. Prósperamente, pues, caminaban superior y súbditos por el sendero de los más relevantes merecimientos, cuando quiso el Señor premiar de una vez todas sus buenas obras, llevando á la comunidad á la posesion del sumo bien, y como Su Majestad quisiese que á esta posesion fuesen con conciencia, digámoslo así, de la dicha que les esperaba y con noticia exacta de lo que les habia de suceder, obró un prodigio que dispertára en ellos el deseo de ir al cielo, que tan pronto se habia de cumplir por dicha suya. Efectivamente, cuando en el rezo del oficio divino se anuncia de víspera el santo en cuyo honor debe dedicarse á Dios el oficio y misa del siguiente, el que estaba encargado de tan solemne predicacion de la gloria de los santos, hizo el anuncio en los siguientes términos: *Mañana..... la pasion ó martirio en Sandomira de S. Sadoc y cuarenta y nueve compañeros.* Todos al oirlo se llenaron de confusion, y nuestro Santo fué al facistol para cerciorarse de que no habia sido una equivocacion del lector, y halló que en verdad estaba escrito con caractéres de oro, sin que otra cosa pudiera leerse ni en aquella página ni en ninguna otra por donde el libro se abriera. Esto le llamó más la atencion, como no podia ménos, y le hizo entrar en sí y hacer que todos y cada uno entráran tambien, pues creyó, como lo era en efecto, que esto seria un aviso que Dios daba á sus queridos siervos para

que estuviesen prevenidos para sufrir lo que Su Majestad quisiera hacerlos sufrir. Todos y cada cual con el mayor esmero, se previnieron para aquel dia terrible segun el mundo, porque habian de pagar con sus vidas el tributo de su obediencia y de su fe, y segun la verdadera apreciacion de las cosas, dia el de mayor gloria posible, porque habian de ofrecer á Dios cuanto tenian que poder ofrecerle, cuanto agradable y aceptable á sus divinos ojos estaba á su disposicion. Con el mayor afecto entraron todos á coro, y con el mayor fervor entonaban á Dios himnos de alabanza y de veneracion, llegando hasta la conclusion de las horas canónicas, á cuyo tiempo entonaban la antífona *Salve Regina* con el mayor afecto á la Reina de los ángeles y de los hombres; y entónces una turba de hombres desalmados penetró en el templo con espada en mano, se acercó á cada uno de los religiosos un malhechor armado, y casi á un tiempo fueron todos degollados en el coro mismo, pero animándose mútuamente á la más perfecta conformidad, y sin dejar de alabar á Dios áun en los momentos, breves por cierto, que tardaron en espirar. En el cielo los aguardaban cincuenta coronas, y la Iglesia, que por su confesion tan sincera lograba un tan precioso timbre, tambien habia de darles el galardon que merecian. Los cristianos, apénas supieron tan atroz desman cometido contra personas de quienes todos habian recibido los más señalados favores, quisieron que la memoria de estos confesores de la verdadera fe fuese desde luego honrada como exigian sus merecimientos, así que al momento y por extraordinario mandaron á Roma parte del suceso, y en tanto que algo se resolvia, dieron honrosa sepultura á los cadáveres de los santos, considerando sus preciosos despojos como tesoro de valor inmenso para el pueblo que los vió volar al empíreo. Al momento se mandó instruir el expediente canónico que procedia para la aclaracion de los hechos y para que pudiese tributárseles en la Iglesia del Señor el honor y veneracion que merecian; así es que pronto se hicieron las averiguaciones de sus vidas y de todos los pormenores del suceso, resultando de todo que eran verdaderos siervos de Dios, porque su conducta así lo acreditaba, y su muerte un verdadero atentado, que como le sufrieron por la fe les hacia acreedores á la auréola de la inmortal posesion de Dios, y en el mundo, á que considerados en el feliz número de los mártires, se les rinda el homenaje de veneracion y respeto que por tal concepto merecen. Desde luego que fueron declarados santos, se dedicó á S. Sadoc y sus compañeros la iglesia donde fueron asesinados, y no mucho tiempo despues, el papa Alejandro IV concedió á aquella iglesia las mismas gracias y prerogativas é indulgencias que se ganan en Sta. María la Mayor. Los PP. Dominicos, muy satisfechos del triunfo de sus hermanos, quisieron desde luego que su memoria tan gloriosa, tan digna de que se tuviese presente por todos, fuese

venerada en todos los conventos de la Orden, siquiera para alentar el fervor de los religiosos de todas las épocas y naciones; pero por motivos que sin alcanzarlos respetamos, no tuvieron el gusto de que sus deseos se lográran hasta que ocupó la cátedra de S. Pedro el papa Pio VII, el cual, en atencion á lo que habia ya anteriormente manifestado, ó por alguna otra razon que tampoco se nos alcanza, accedió á los deseos de la órden de Predicadores, asignando el dia 2 de Junio de cada año para que en toda ella se solemnice con oficio y misa á los Santos Sadoc y compañeros mártires.—G. R.

SADOC y Adrian (Stos.) confesores. Escasísimas son las noticias que acerca de estos esclarecidos siervos de Dios hemos podido adquirir; sin embargo, es indudable que ellos fueron muy acreditados en virtud y áun en ciencia, porque ni el honor de ser colocados en los altares se tributa á los que carecieron de aquellas, ni se encomendaba fácilmente la predicacion á quienes no tenian este, por lo cual, y siendo notorio que por espacio de muchos años fueron casi los únicos predicadores que hubo en la provincia Pontina, se refiere que hubieron de ser muy acreditados, tanto que se les llamaba de todas partes para que en cada cual hiciesen cuanto podian por la gloria del Señor, única aspiracion que se propusieron en todos los actos de su vida, preciosa y rica en merecimientos y virtudes. Fueron ambos presbíteros y compañeros, teniendo cada cual la mayor gloria en hacer conocer las dotes excelentes del otro, sin que ninguno de los dos se atreviese nunca á tomar el merecido aplauso, temerosos de defraudar así la gloria del Eterno. Muchos favores hicieron áun durante su preciosa vida, pues teniendo cierto dominio que el Señor les permitia sobre la naturaleza, obligaban á las enfermedades á que abandonasen á aquellos á quienes poseyeran, y á todos los elementos á que cada cual á su manera diese á Dios la gloria á que con tanta justicia es acreedor; mas cuando los santos pasaron de esta á mejor vida, entónces fué cuando se vió clara la predileccion con que Dios los miraba, pues no eran en verdad sus honras fúnebres motivo de sentimiento, como generalmente lo son las de nuestros deudos, amigos ó parientes, eran causa de universal alegría, porque todos consideraban la muerte de los santos como el venturoso tránsito de esta á mejor vida, á la posesion de la inmortalidad. Verdad es que fueron innumerables los prodigios que el Señor obró en esta ocasion, y tan extraordinarios, que nos abstenemos de referirlos porque acaso á algunos les parecerian increibles. Sin embargo, la Iglesia, que nunca da lugar á preocupaciones ni futilidades, no solo los admitió como buenos, sino que se complació en gran manera de que la memoria de los siervos de Dios, Sadoc y Adrian, fuese tenida en la justa estima á que eran acreedores, y propagando la devocion á ellos, asignó para su conmemoracion solemne el dia 1.° de Abril de cada año.—G. R.

SADOC. Este fundador de la secta de los saduceos, vivia, segun el Talmud, hácia el año 248 ántes de Jesucristo. Fué condiscípulo de Baitus ó Baithosus, y ambos habian recibido la doctrina de Antigono de Socho, sucesor de Simon *el Justo*, en el púlpito del Sanhedrin. Repetiales frecuentemente este maestro que era necesario honrar á Dios, no como mercenarios que se agitan en la esperanza de lo que han de ganar por ello, sino como servidores generosos que llenan sus deberes sin motivo alguno de recompensa. Sadoc y Baithosus concluyeron por predicar y creer que despues de esta vida no existia ni paraiso ni infierno, y este es, segun algunos doctores talmudistas y algunos modernos, el orígen del saduceismo; pero cuando se lee á los autores que han escrito sobre esta secta judáica, se ve la divergencia de sus opiniones, pues que seria difícil hallar dos que fuesen de la misma. Remontándonos al orígen de la herejia de los saduceos, dice el biógrafo Mr. Labourderie, no podemos averiguar si viene de Sadoc, de que acabamos de hablar, ó de otro del mismo nombre, más antiguo, que fué maestro de la soberanía de los sacrificios, ó bien si trae su etimología de la voz hebrea *tzedech sadic*, que significa justicia, pues que todas estas opiniones tienen partidarios. Si se trata de la ortografía de la palabra saduceos, que ha dado lugar á numerosas disertaciones que no han obviado las dificultades ni aclarado el punto, pues que en todos los escritos se ha examinado más los errores que han profesado los saduceos y de los que se les ha acusado, que su verdadero orígen. Josefo, que debia conocerles, se mostró tan apasionado contra ellos, en calidad de fariseo, que la mayor parte de los críticos no vacilan en contrariar sus aserciones, y le desmienten formalmente sobre ciertas apreciaciones. Por lo demás haremos mencion de lo que se dice de ellos en el libro II de la guerra de los judíos al capítulo XII: «Los saduceos niegan absolutamente el destino, y creen que como Dios es incapaz de hacer mal, no toma cuenta de lo que hacen los hombres. Dicen que depende de nuestro poder el hacer mal ó bien, segun nuestra voluntad nos inclina al uno ó al otro extremo, y que en cuanto á las almas, ni son castigadas ni recompensadas en otro mundo. Empero en tanto que los fariseos son sociables y viven amigablemente los unos con los otros, los saduceos son de un carácter feroz que no viven en mejor paz y armonía entre sí que con los extranjeros.» Conviénese bastante generalmente con Josefo, que los saduceos eran los pelagianos ó los molinistas de la ley antigua, como los fariseos venian á ser nuestros jansenistas; pero se contesta la ferocidad de sus costumbres diciéndose con alguna apariencia de razon, que componiendo estos sectarios la alta clase de la sociedad, debian tener al ménos la política que imprime ordinariamente el rango y la fortuna, añadiendo á esto que nuestro divino Maestro condenó su doctrina sin condenar su moral. Por otra parte, Josefo

no dice todo lo que debiera de los saduceos. Se sabe que rechazaban la resurreccion de los muertos y la existencia de los ángeles, lo cual se les reprocha formalmente en el Nuevo Testamento, y tal vez rechazasen tambien las tradiciones como los caraitas, con los que se les ha confundido algunas veces por los escritores, y que solo creyesen en los cinco libros de Moisés como los samaritanos. Sobre todo esto puede verse la *Historia de los Judíos* por Prideaux, á Nicolás Serarius en su *Trihæresium; á Drusius. De tribus sectis judæorum*; á Bayle en su *Diccionario historico-crítico*, y en fin, á la mayor parte de los comentadores del Nuevo Testamento. El juicioso abad Fleury, parece que juzgó con demasiada severidad á los saduceos, en concepto de Labourderie, en su obra sobre las *Costumbres de los Israelitas* (1), pero la reputacion de que disfruta nos obliga á trascribir su juicio en este artículo: «Los saduceos, dice, lo concedian todo al libre albedrío. Tomaban la Escritura á la letra, y pretendian que esta no les obligaba á creer ni en la resurreccion, ni en la inmortalidad del alma, ni de que hubiese ángeles ó espíritus. Por lo tanto no se servian de Dios más que para sus recompensas temporales, concediendo mucho á los placéres sensuales. Tenian poca union entre sí, y muy poca autoridad sobre el pueblo; su número no era grande; pero eran los primeros de la nacion, y áun muchos de ellos sacrificadores.» Lucas de Bruges, en su *Comentario de S. Mateo*, explica de una manera muy plausible la tolerancia de la Sinagoga con respecto á los saduceos.—C.

SADOC. Este fué gran pontífice de los judíos, y el que el año del mundo 3021, ó sea el de 1014 ántes de Jesucristo, sucedió á Abiathar, al que se privó del supremo sacerdocio despues de la muerte de David por haber declarado rey á Adonías. Sadoc habia contribuido á que subiese al trono Salomon, cuyo rey le nombró gran Pontífice, como se ve en el libro III de los Reyes, c. 2, y en el lib. I. de los Paralipómenos, cap. 29.—C.

SADOC II, soberano sacrificador de los judíos en tiempo del rey Manasés, y fué el XXV despues de Aaron. Fué hijo de Achitob, á quien sucedió, y dejó por su sucesor á su hijo Sellum, como se ve. I. Paralipómenos VI, 12.—C.

SADOC. Fué hijo de Azor y padre de Achim, del que habla el Evangelio de S. Mateo en la genealogía de Jesucristo.— C.

SADOLETO (Julio). Nació este eclesiástico en Módena el año 1494. Fué hermano del célebre cardenal Santiago Sadoleto, y primo hermano de Pablo Sadoleto, obispo de Carpentras. Dedicado á la carrera eclesiástica, cultivó tambien las letras como su hermano, y se hizo muy hábil en las lenguas griega y latina, que llegó á profundizar. Su hermano, que quiso tenerle á

(1) De esta interesante obra se ha hecho una nueva edicion por Gomez Fuentenebro; Madrid, 1869, un tomo en 8.° mayor.

su lado para instruirle y mejorar en lo que pudiera su posicion, le trasmitió el año 1517 su canonicato de S. Lorenzo. Sus talentos hicieron concebir grandes esperanzas, y hubiera hecho mayor fortuna si una prematura muerte no le cortára en medio de la carrera de las altas dignidades á que hubiera podido aspirar. Murió, segun el biógrafo Mr. Weis, el año 1521, á los veintisiete años de su edad. — C.

SADOLETO (Pablo). Este prelado, obispo de Carpentras, no fué sobrino, como han creido algunos autores, sino primo hermano del ilustre cardenal Santiago Sadolet. Nació en Módena en 1508. Enviado aún muy jóven á Ferrara, hizo sus estudios bajo la direccion del célebre Giraldi, haciendo grandes progresos en las lenguas y en la literatura antigua. En su tio el cardenal, encontró el cariño de un padre, y se perfeccionó por medio de sus lecciones en las letras y en la práctica de las virtudes cristianas. Nombrado coadjutor suyo en el obispado de Carpentras, en Octubre de 1533, fué nombrado en Mayo de 1541 gobernador del condado Venaissino, y entró en plena posesion de su silla, por muerte de su tio, en 1547. Las bellas cualidades del ilustre prelado, su dulzura, su modestia, y su inagotable beneficencia, le atrajeron el afecto de los pueblos sometidos á su autoridad, en tanto que su erudicion y su política le merecieron la estimacion de los sabios. En 1552 fué llamado á Roma por el papa Julio III para desempeñar el empleo de secretario de los breves que se dirigian á los príncipes. Ocurrida la muerte de este Pontífice en 1555, volvió á su diócesis, y fué segunda vez gobernador del condado Venaissino hácia la mitad del año 1560, siendo nombrado aún otra vez por carta del Papa de 15 de Noviembre de 1567, cuyo tercer rectorado desempeñó hasta su muerte, que tuvo lugar el dia 26 de Febrero de 1572. Las cartas de Pablo Sadolet, que son veintisiete, y sus poesías latinas, dispersas en diferentes colecciones, se reunieron por el abate Constanzi, en el *Apéndice* al tomo V de las cartas del cardenal Sadolet, precedidas de la vida del autor. Dice el biógrafo Weis que Tiraboschi publicó una nueva carta de este prelado, despues de dar noticia de él en el cuarto volúmen de su *Biblioteca Modenense*. — C.

SADOLETO (Santiago). Este Cardenal, que fué uno de los escritores más distinguidos del siglo XVI, nació en Módena el año 1477. Fué su padre Juan Sadolet, sabio jurisconsulto y sucesivamente profesor de derecho en las academias de Pisa y de Ferrara, el cual murió el 21 de Noviembre de 1512, á los sesenta y ocho años de edad, dejando escrita una obra titulada: *Repeticiones legales*, y del cual Tiraboschi dió una noticia muy extensa en su *Biblioteca Modenense*, haciendo su elogio en el tomo VI de la *Historia de la literatura italiana*. Tomó el Padre de Santiago á su cargo su primera educacion, en la que salió bien instruido como era de esperar de tan sabio maestro.

Dotado nuestro Sadoleto de una gran vivacidad de espíritu, y de una felicísima memoria, hizo rápidos progresos en las lenguas griega y latina, en la poesía, la elocuencia y la filosofía. Siguió las lecciones que Nicolás Leonicelli, uno de los colegas de su padre, daba sobre Aristóteles, y tomó íntima amistad con Bembo, amistad que conservó siempre. Hubiera deseado su padre abrazase la profesion de abogado; pero le permitió ir á Roma á perfeccionarse, frecuentando la sociedad de los sabios y de los artistas. En la ciudad eterna encontró un protector y un amigo en el cardenal Oliviero Carafa, que le nombró su secretario y le alcanzó un canonicato de la capilla de San Lorenzo en Dámaso, el cual cedió Sadoleto en seguida á su hermano. Entregóse con ardor al cultivo de las letras, y las lecciones de Escipion Carteromaco le familiarizaron con las bellezas de la lengua griega, y él era asistente asíduo á las sesiones de la Academia Romana, en la que se reunian los hombres más eminentes por su nacimiento y por su erudicion. Despues de la muerte del cardenal Carafa, aceptó Sadoleto los ofrecimientos de Federico Fregoso, arzobispo de Salerno; pero el pontífice Leon X, apreciador de sus talentos, luego que subió al trono pontificio, le eligió con Bembo por sus secretarios. Este brillante empleo no apartó á Sadoleto de sus estudios, y continuó asistiendo á las reuniones literarias, de las que fué uno de los principales ornamentos, reuniones cuyo encanto describió de la manera más seductora en dos de sus cartas, impresas en el tomo I de su coleccion, publicada en Roma en 1760. Muchos de los sabios asistentes le debieron pensiones ó beneficios; pero él jamás solicitó favor ni gracia alguna para su persona. Hizo una peregrinacion á nuestra Señora de Loreto en 1517 para satisfacer su devocion, y durante su ausencia le nombró el Papa obispo de Carpentras, siendo necesario hacer uso de la violencia para obligarle á que aceptase esta dignidad. Adriano VI no tenia el gusto que su antecesor por la literatura; criado en la severidad de los antiguos métodos escolásticos, la elegancia y pureza en el estilo no tenian mérito alguno á su vista, y así es que cuando le enseñaron una carta de Sadoleto dijo: *Estas son cartas de un poeta.* Retirándose Sadoleto á una casa de campo cercana á Roma, aguardó las órdenes del Papa. Aprovechándose de su ausencia sus enemigos, tuvo el sentimiento de verse falsamente acusado de haber falsificado un breve. Se fué á Carpentras en Abril de 1523, hasta que subiendo Clemente VII al pontificado le llamó con toda urgencia, y como una prueba de reparacion justísima le volvió á su empleo. Aceptó Sadoleto con la condicion de que á los tres años habia de permitírsele volver á su diócesis, de la que con sentimiento se separaba, dejándola encargada á los vicarios. La consideracion y amistad que le profesó el Pontífice, le autorizó para darle consejos: quiso que Clemente no accediese á la liga que se formaba contra Cárlos V, porque pre-

veia muchos males para la Santa Sede; pero el Papa estaba tan empeñado en ella, que por esta vez no cedió á las instancias de su consejero. Sadoleto, que habia previsto los males que aquella liga habia de proporcionar á Roma, y que vió acercarse el cataclismo, dejó la ciudad santa en 1527, veinte dias ántes del terrible saqueo de esta capital por las tropas imperiales. Su palacio y sus muebles fueron destrozados ó robados por los soldados alemanes, y su biblioteca, rica en manuscritos y en libros preciosos, fué embarcada para Francia. Habiéndose declarado la peste en el buque en que iba la biblioteca, todos los puertos se cerraron al buque, y esta coleccion, que tanto habia costado reunir, desapareció sin que haya vuelto á saberse de ella. Sadoleto halló solo consuelo á esta doble pérdida en el cultivo de las letras y en el amor que profesaba á su rebaño, en favor del cual se ocupó como un verdadero pastor que desea conducir las almas al cielo. Su zelo pastoral se extendió á cuanto podia interesar á los pueblos que la Providencia le habia confiado; y al propio tiempo que les preservó de los errores de la herejía, se ocupó de sus necesidades, les libró de los usureros judios, y les defendió contra las medidas fiscales del legado de Aviñon. Aun cuando se sabe, segun Dutems, tomo II de su *Clerecía de Francia*, que el obispado de Carpentras solo le producia mil seiscientos escudos de oro, única renta que poseia, fundó muchas escuelas para los niños, y encontró en sus economias los medios de aliviar á cuantas personas indigentes se llegaban á él ó sabia que padecian. Fué tan conocida la bondad de su corazon, que los desgraciados habitantes de Merindol y de Cabrieres, acusados de error ante el legado, acudieron á pedirle gracia, confesando sus faltas, y prometiéndole su proteccion, impidió al legado les inquietase, y retardó durante su vida las rigorosas medidas que contra ellos se meditaban. Subiendo á la silla de S. Pedro el pontífice Paulo III llamó á Roma á Sadoleto, y dice un autor, enemigo sin duda de España, que habiéndose embarcado en el Pó para hacer más pronto y cómodamente su viaje, fué detenido por los soldados españoles, que le despojaron completamente de cuanto llevaba, en lo cual creemos haya un poco ó un mucho de exageracion francesa para deprimir nuestra honradez. Luego que llegó á la santa ciudad, el papa Paulo, que le recibió con el mayor cariño, le nombró miembro de la congregacion encargada de preparar los puntos que debian someterse al concilio que se habia indicado se haria en Módena, y despues en Vicenza, y que por último se abrió en Trento. Terminado que fué este trabajo, se disponia Sadoleto á volver á su diócesis, cuando el Papa, que no queria deshacerse de su persona, le retuvo, y para mejor conservarle á su lado, le creó cardenal sacerdote de S. Calixto en 22 de Diciembre de 1536. Resistióse Sadoleto cuanto pudo á recibir la púrpura, pero fué obligado á ello por ley de obediencia que le impuso el Papa, y por los consejos y ruegos de sus

numerosos amigos. Esta nueva dignidad no podia ménos de acrecentar su zelo por los intereses de la Santa Sede; pero no cambió por ella de modo alguno sus costumbres en nada. Lleno de modestia y desinterés, solo trató de servir á sus amigos, y en especial á Bembo, que debió solo á sus instancias la púrpura, de la que, dice el biógrafo Mr. Weis, le hacia bien poco digno su pasada conducta. Dícenos Tiraboschi que Sadoleto hizo tambien admitir en el Sacro Colegio á Cortés y á Aleandro, prelados de gran mérito. Apénas se restableció Sadoleto de una grave enfermedad que le acometió, acompañó al Papa en 1538 á Niza, en donde debia tener una entrevista con Cárlos V y Francisco I, rey de Francia, y no contribuyó poco á la tregua que se pactó entre estos dos soberanos. Hallándose cerca de su diócesis deseó visitarla, y el Papa creyó no debia rehusarle esta gracia; pero él limitó el permiso que se le concedió á algunos meses, sirviéndole de pretexto el estado de su salud para prolongar su estancia en un pueblo, al que queria tanto como de él era amado. Desde Carpentras escribió á los genoveses en 1539, que acababan de abrazar el protestantismo, aquella carta tan bella, monumento de elocuencia y de caridad cristiana, que se ha comparado á las exhortaciones de S. Crisóstomo. Llamado á Roma en 1542, Sadoleto fué enviado cerca de Francisco I para obligarle á la paz. Conocia este monarca las virtudes y talentos del legado, pues que habia hecho cuanto podia por medio de brillantes ofertas para atraerle á su partido, y todo lo habia rehusado sacrificando el interés á su deber. Prometióle Francisco I cuanto le pidió, pero la conducta de Cárlos V, dice el biógrafo Weis, hizo fracasar los proyectos de la Santa Sede y la habilidad de sus negociadores. Cumplida su mision volvió Sadoleto á Carpentras, pero volvió á ser llamado á Roma por el Papa, que tenia necesidad de sus consejos en las conferencias preparatorias del concilio, y por lo tanto volvió á Roma el año 1543. En el año siguiente asistió á la conferencia que tuvo el Papa con Cárlos V en Basseto, cerca de Parma, en la que se discutieron los medios de hacer la paz con Francia. Tranquilo en lo sucesivo sobre la direccion de su diócesis, que habia trasmitido á su primo hermano el prelado Pablo Sadoleto (*V. este art.*), pasó el resto de sus dias entre sus deberes y el cultivo de las letras, y en esta ocupacion le alcanzó la muerte en Roma el dia 18 de Octubre de 1547, á los setenta y un años de edad, y su fallecimiento fué sentido y áun llorado por los muchos á quienes socorria y habia hecho beneficios y por cuantos le habian tratado. Habiendo dejado ordenado que se le enterrase en la basilica de S. Pedro *in Vincoli*, así se hizo en una modesta sepultura, sobre la que levantaron despues un humilde monumento sus sobrinos Pablo, obispo de Carpentras, y Camilo, con un epitafio, del que hacen mencion Niceron y Tiraboschi. Pronunció su oracion fúnebre el cardenal Juan Pedro Carafa, obispo de Sabi-

na, que fué despues papa con el nombre de Paulo IV. No faltó quien sospechase que Sadoleto muriese envenenado, sin que digan el motivo, y dice Moroni que fué una calumnia, la que se atribuyó sobre su familiaridad con los heterodoxos, á los que siempre combatió valerosamente, como no podia ménos de hacerlo quien fué tan zeloso defensor de la doctrina de la Iglesia. Si fué tan ardiente partidario de la reforma de la disciplina eclesiástica para extirpar de raíz los abusos que se habian introducido en ella, que no pudo ménos de hacerse algunos enemigos entre los que desean el desórden para medrar en él, y á esto unió una franqueza apostólica para defender los verdaderos principios ortodoxos, que no pudo ser del agrado de todos, y lo llevó esto hasta el punto de contrariar en uno de los consistorios á que asistió, á un colega y amigo íntimo, porque no creyó deberle favorecer sin ofender y alterar las leyes de la justicia. Mantuvo Sadoleto correspondencia con los principales ingenios de su tiempo, é hizo justicia á los talentos de algunos protestantes que le admiraron sin imitarle. Fué íntegro, de costumbres sencillas, dulce, afable y enemigo de doblez. Lleno de dulzura y de sensibilidad, tenia una nobleza de alma y una rectitud admirables; piadoso sin supersticion, fué zeloso por la fe; pero enemigo de toda violencia, y su ejemplo, dice Gaillard en su *Historia de Francisco I*, hubiera debido bastar para hacer á los hombres buenos y felices. Bien léjos de rebajar, como tantos otros, el mérito de sus adversarios, hacia justicia á los talentos de Calvino y de Bucer, así como á las cualidades amables de Melanchthon. Erasmo le consultaba frecuentemente, y se arrepintió siempre de haber descuidado sus consejos. En fin, fué amado por los protestantes y admirado por los católicos; pero nadie le imitó. Todas las historias de su siglo hacen su elogio; y su amigo íntimo desde la infancia, Antonio Fiordibello *el Modenés*, obispo de Lavello, escribió su vida, la cual fué impresa en Lion en 1550, haciéndose despues muchas ediciones ilustradas con notas eruditas del abate Alejandro Vincenzo Costanzi, que se publicaron en Roma en 1759, unida á las cartas del cardenal como secretario pontificio. Aldo Minuzio hizo tambien un ilustrado elogio del sublime mérito de este purpurado. La doctrina, erudicion y estilo Tuliano se ostenta en todas sus obras; pero si bien habia tomado á Ciceron por modelo, no llevó el purismo tan á la exageracion como Bembo; y debe confesarse que su elegante y natural estilo se ve falto algunas veces de precision. La edicion más completa y la más buscada de sus obras es la impresa en Verona en 1737 y siguientes, en cuatro volúmenes en 4.°, la cual contiene diez y seis obras de Sadoleto, cuyos títulos menciona Tiraboschi en el IV tomo de su *Biblia Modenense;* nos concretaremos á citar las más importantes segun el órden de sus publicaciones: *De liberis rectè instituendis liber*; Venecia, 1533, en 8.°; París, en el mismo año, y Lion en 1535,

en 8.° Esta obra se tradujo y publicó en Venecia en 1745. Se refiere este tratado á cuanto tiende á las costumbres y educacion literaria de los niños; y á pesar de los métodos publicados recientemente, aún puede consultársela con fruto. Bembo habia notado en esta obra algunas expresiones que no creia hubiesen podido usarse por los autores de la buena latinidad; pero Sadoleto las justificó todas en una carta que publicó Tiraboschi acerca de la autografía conservada en la Biblioteca Barberini. — *Commentarius in Epistolam Sancti Pauli ad Romanos;* Lion, 1535, en fólio. Esta obra fué prohibida en Roma, porque se la consideró, en cuanto á la gracia, con sentimientos conformes á los de los semipelagianos, decision á la que se sometió Sadoleto que suprimió los puntos censurados; pero esta supresion le ocasionó uno de los más grandes pesares que experimentó en su vida; la hizo reimprimir con correcciones en 1536 y en 1537 en fólio, y los aficionados á los libros buscan los ejemplares de la primera edicion á causa de su rareza. Ernesto cita con elogio en su *Novísima Biblioteca teológica* una edicion de Módena de 1771 en 4.°, la cual parece no conoció Tiraboschi: *Phœdrus, sive de laudibus philosophiæ libri duo;* Lion, 1538, en 4.° En el libro primero reunió Sadoleto todos los cargos que hacen á la filosofía los que la miran como inútil y áun peligrosa; y en el segundo pone de manifiesto sus ventajas. Esta obra se titula *Phœdrus* por uno de los sobrenombres de Inghirami, que fué uno de los personajes que eligió Sadoleto para interlocutores; está escrita con rara elegancia, y Tiraboschi la cree muy razonada. Propúsose el autor en ella reparar cuanto pudiese la pérdida de la obra, compuesta por Ciceron sobre el mismo objeto; y emprendió tambien consolarnos de la pérdida del *Tratado de la Gloria* del orador romano, siendo sensible que no hubiese tenido el placer de ver puesta en ejecucion y terminada esta obra.—*Poemata;* Leipsig, 1548, en 8.° No contiene esta obra más que un corto número de piezas de Sadoleto entre las que sobresale el *Poema sobre la consagracion de Curtius;* y otro en el que describe el autor el famoso grupo de Laocoonte. Coupé publicó en el tomo III de sus *Soireés litteraires*, la traduccion del principio y de algunos fragmentos de Curtius y la de una silva dedicada por Sadoleto á Octavio y á Federico Fregoso.—*Orationes:* las arengas de nuestro autor pertenecen todas á la historia civil ó religiosa de su siglo, y no se ha hecho de ellas coleccion por separado.—*Philosophiæ consolationes et meditationes in adversis.* Este opúsculo es una de las primeras producciones del autor, pues que se la ve fechada en Roma el 26 de Octubre de 1502: se imprimió con una obra de Joach Camerarius sobre el mismo objeto en Francfort el año 1577, en 8.°—*Epistolarum libri XVI; ad Paulum Sadoletum liber unus; vita ejusd, per Anton. Florebellum;* Lyon 1550, en 8.° Esta coleccion de cartas de Sadoleto, publicadas por el obispo Pablo, su primo, tuvo un gran éxito: la edicion más completa es la que publicó el abate

Costanzi en Roma en los años 1759, 60 y 67, en 8.° y en 5 vol. El primero comprende las cartas escritas por Sadoleto en nombre de los pontífices, de que fué secretario; su vida escrita por Fiordibello con adiciones y algunas cartas de este amigo de Sadoleto. Los tres siguientes comprenden las cartas familiares del Cardenal, en latin y en italiano; y en fin, el quinto es el apéndice compuesto de cartas descubiertas despues de empezada la publicacion de la obra, por lo que no pudieron colocarse en esta coleccion en la série que les correspondia. El editor reunió en esta obra las cartas y arengas de Gerónimo Negri, amigo particular de Sadoleto, y las del obispo Pablo, su sobrino y sucesor en el obispado de Carpentras. Tiraboschi publicó despues á vista de los originales cuatro nuevas cartas de Sadoleto al final de la noticia de su vida que le consagró en la *Biblioteca Modenense*, independientemente de otras dos que insertó en el cuerpo de la expresada biografía como documentos justificativos.—*Ad principes populosque Germaniæ exhortatio gravissima, ut desertis et abjectis pestilentissimis, hæresium insaniis, in gremium Catholicæ et Apostholicæ Christi Ecclesiæ redeant*; Dillingen, 1560, en 12.° De esta obra existen dos ejemplares impresos en pergamino, ó sea vitela, de los cuales posee uno la biblioteca del rey de Francia, segun el catálogo publicado por Van Praet. El *Aparato literario* de Freitag contiene interesantes detalles sobre Sadoleto y la noticia de las ediciones más raras de sus diversos opúsculos. Además de cuanto hemos dicho puede consultar el curioso el *Onomasticon literario* de Sax, y los diferentes autores que se citan en él, y sobre todo la vida de este célebre cardenal, publicada en Roma por el infatigable abate Cancellieri. Réstanos decir para terminar este artículo, que Sadoleto fué muy entendido y aficionadisimo al estudio de las antigüedades, por lo que tanto por los papas cuanto por los que coleccionaban objetos antiguos, se le consultaba sobre los nuevamente descubiertos frecuentemente, y estimaba tanto las cosas antiguas, que cuando el Papa le regalaba un camafeo, un bronce, un anillo, lo recibia como el don más exquisito que pudiera hacérsele, é inmediatamente le clasificaba y describia.—B. C.

SADOT (S.) obispo. ¿En qué historias han estudiado esos alumnos de las cátedras de Satanás que predican la impiedad por do quiera para desacreditar al cristianismo, reduciendo el inmenso número de prosélitos que hizo la Iglesia en los primeros siglos de su establecimiento, y amenguando cuanto cabe en la exageracion de sus infernales cabezas el heroismo de los mártires? La historia, fiel depositaria de los hechos de los hombres que se han distinguido por sus obras y por sus acciones en el mundo, es el mejor testimonio que podemos presentar para deshacer sus malvados planes á la vista de los que amen la verdad y detesten la falsedad, la calumnia y la mentira. Abrase por do quiera los anales de la Iglesia cristiana, la historia profa-

na si se quiere, y se verá la rápida marcha de la religion de Jesucristo por todas partes, desde que los humildes pescadores de Galilea, los pobres compañeros de Jesus y sus discípulos publicaron la verdad y aclararon las tinieblas con las clarísimas antorchas del Evangelio. La caduca sociedad del panteismo muere para dar nacimiento á la que solo cree en un solo Dios; la religion de los ídolos se estremece primero y despues cae en mil pedazos á la elocuente voz de los apóstoles, y el politeismo en fin se oculta avergonzado entre sus propias ruinas, para que sobre los rayos del mentido Júpiter se eleve el sacrosanto madero de la Cruz... ¡Oh qué gran maravilla! Unos miserables pescadores, un corto número de pobres del pueblo, acaba por vencer á los poderosos señores del mundo, á sus numerosísimos ejércitos. Y qué mucho si á los primeros los mandaba Dios y á los segundos el demonio? La batalla no podia ser dudosa en el dia del combate, y de él salió la Iglesia cristiana triunfante y poderosa para ostentar la grandeza, el poder de Dios. Declaró el emperador Constantino *el Grande* á la religion cristiana como la verdadera y como la del estado romano, y si bien un Juliano apóstata despues y otros de su impía ralea, trataron de destruir su grandiosa obra, Dios atajó sus intentos sepultándolos en los infiernos como lo hará siempre á cuantos pretendan imitarlos, porque prometió á su Iglesia sostenerla incólume hasta la consumacion de los siglos, y su palabra no puede faltar. Muerto Constantino, se renovaron en algunas partes las persecuciones contra los cristianos, y fueron tan crueles los perseguidores en Persia, que hicieron multitud de víctimas en los cristianos que prefirieron el martirio á renegar de la fe de Jesucristo. Preso el santo obispo Sadot por los idólatras, le llevaron al templo del Sol para que adorase á este astro, al que los persas tenian por su dios. Negóse el santo obispo de Babilonia, ó de otra ciudad como pretenden otros, á semejante adoracion, confesando que solo reconocia á Jesucristo, y esto enfureció de tal modo á Sapor, rey de Persia, que le mandó apedrear y despues de bien magullado, como no pudiesen sus verdugos lograr adorase al Sol, le degollaron, con ciento veintiocho compañeros, que firmes en la fe de Jesucristo, le imitaron en su confesion, razon por la que la Iglesia le recuerda con ellos el dia 20 de Febrero. Su martirio fué, segun Bolando, el año 355 de nuestra era.—B. S. C.

SAELICES (H. Pedro), de la Compañía de Jesus, natural de Torralva, en la diócesis de Cuenca. Ingresó en el colegio de Alcalá en 1555, donde siguió sus estudios con aplicacion y aprovechamiento, dando muestra de hallarse dotado de las mejores cualidades. Sus deseos sin embargo de vivir en la humildad y en la penitencia, le impidieron continuar en su carrera como hubiera sido el deseo de sus superiores, aunque él se contentó con el puesto de hermano coadjutor, á imitacion de otros grandes hombres

que ha tenido la Compañía, que se han contentado en servir en tan modestos destinos, aunque por sus buenas cualidades parecieran nacidos para puestos superiores. Tal es el carácter que la religion ha sabido imprimir á los hombres en todos los siglos, carácter que revela su grande sabiduría. El orgullo y la ambicion han sido, son y serán siempre la causa de todas las desgracias de la humanidad, que registra en sus anales multitud de seres, llamados unas veces héroes y malvados otras, que por entregarse á tan desatentadas pasiones han ocasionado la ruina de pueblos enteros, derribado imperios poderosos y concluido ellos mismos por sumirse en la nada ó por desaparecer entre las ruinas que habian ocasionado. Si esto se verifica con los que con razon hasta cierto punto son denominados grandes hombres, ¿qué sucederá con esa série de pigmeos, á que los siglos en su necesidad de encontrar algo á que den adoracion, bautizan con los nombres de Césares, Alejandros ú otros semejantes? La antigüedad solo ha conocido dos grandes conquistadores, los siglos modernos han tenido excelentes militares, pero todavía no ha habido ninguno, á excepcion de Carlomagno, que conservase el poder que habia sabido conquistar, y sin embargo todos los dias, todas las horas, á cada paso vemos á ciertos seres insignificantes colmados de todo género de elogios y de epítetos y mirados como unos verdaderos semidioses. ¿Podrán efectivamente tener tales cualidades los que así son considerados, aunque por sus hechos no levanten lo que un grano de arena al lado de los verdaderos grandes hombres? ¿Las pasiones de la multitud, su ignorancia tal vez, que á tal punto los eleva para destrozarlos al dia siguiente, no comprende el mal que hace al quemar incienso ante el altar de un ídolo dorado, que no tardará en tener que derrocar? No ciertamente porque su protagonista haya hecho nada nuevo, ni que en algo se diferencie de lo que hizo anteriormente; aquel ser es el mismo que era anteriormente, sus hechos actuales en nada se diferencian de los pasados, obra en consecuencia consigo mismo, pero le falta la grandeza de que ántes carecia lo mismo que ahora carece; y al contemplarlo, al verlo, al tocarlo, se le quiere derribar, pues vive de prestado, como ántes habia vivido, aunque esto no queramos confesarlo los que tuvimos parte en el préstamo. ¿A cuantos crímenes, á cuántas maldades, á cuántos horrores no da lugar el deseo de colocarse en esa elevada esfera, de hombres que naturalmente no pueden aspirar á ella? Creen parodiar á César pasando el Rubicon y cometen un crímen de que se avergonzará eternamente la humanidad. Ven un acto de heroismo en la muerte de Caton, y asesinarian á su hermano sin que de ello se siguiera á la patria ningun beneficio. Por eso la religion, penetrada de las más profundas verdades, convencida de que de las malas pasiones á las grandes hazañas hay una diferencia inmensa ha procurado cortar aquellas,

segura de que no por esto faltarian los rasgos sublimes cuando fuesen necesarios para los elevados objetos que se propone la Providencia. Así su objeto ha sido hacer grande al hombre en lo pequeño, enseñarle á vencerse á sí mismo, á ser héroe de esa manera de que hay pocos sepan serlo, y ha llegado á conseguirlo en muchos casos, como se verifica en el presente. Saelices, hombre de grande inteligencia y de instruccion, de buena familia y mejores antecedentes, hubiera podido aspirar á los puestos más elevados, á los mayores destinos; sin embargo, su regla le dice que se guarde de entregarse á los deseos inmoderados, y él, comprendiendo la sabiduría de esta regla lo sacrifica todo y se entrega á la penitencia y á la mortificacion, muerte de sus pasiones, cuyo sepulcro deben tener por trofeos sus contínuos sacrificios. Así no pretende ser superior, ni áun quiere ser sacerdote, cuyo honroso ministerio juzga muy elevado para sus cortas fuerzas; se contenta con el humilde puesto de lego y en él vive y muere olvidado como la modesta violeta entre las espinas de la zarza, sin buscar al sol con la brillantez de sus colores, sin desafiarle con su arrogancia, ántes huyendo de él y del aire que viene á sorber la fragancia de su aroma.—S. B.

SAENZ (Fr. Dimas), valenciano, á quien Rodriguez apellida Sanz, fué religioso mercenario, y comendador del Real convento de nuestra Señora del Puig. Fué sujeto muy instruido, de buen trato y de vida ejemplar. Hallándose en esta última prelacía, escribió un libro que dió á la estampa por los años de 1544, y refiere D. Nicolás Antonio, con este título: *Contra Judæos*. No se conservan otras noticias de este religioso ni de ninguna otra obra suya.—A. L.

SAENZ (Fr. Raimundo de), del órden de Predicadores. Fué natural de la diócesis de Calahorra, y tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Zaragoza. Mereció por su erudicion, segun consta en las actas del capítulo general celebrado en Bolonia en el año 1615, ser nombrado maestro de estudios en el mencionado convento de Zaragoza, del que más tarde fué nombrado prior. Escribió una obra en idioma castellano titulada: *Historia de Predicadores*, que no consta haya llegado á publicarse.—M. B.

SAENZ DE LA VEGA (Ilmo. y Rmo. Sr. M. Fr. Pedro de Landa Verde), religioso mercenario. Fué presentado para la mitra de Cebú en el año de 1703 y el *Fiat* de Su Santidad en 25 de Enero del año inmediato. Nunca quiso salir de Méjico, donde vivió y murió á 27 de Diciembre de 1727, siendo necesario nombrarle un obispo auxiliar por la falta que hacia dicho señor obispo en su obispado.—A. L.

SAES (S.), abad, irlandés de nacion, vivia en el error despreciando las verdades de la verdadera sabiduría, y viviendo á su capricho entre los placeres del mundo, sin cuidarse de la salvacion de su alma de modo alguno,

cuando llegaron á Irlanda unos monjes franceses encargados de hacer unas obras de caridad. Oyó Saes sus predicaciones evangélicas, y como le queria Dios para sí, abrió su corazon á la caridad para que imitase en ella á aquellos religiosos, y los ojos de su alma á la piedad, con lo que vió y conoció el abismo por que caminaba precipitadamente á la muerte eterna. Aterrado ante sus propios juicios y deseoso de salvarse, cambió repentinamente de camino, y abandonando el del infierno en donde le esperaba la muerte, buscó á toda prisa el del cielo, que habia de proporcionarle la vida. Lanzóse á los pies de los venerables monjes, á los que consideró sus salvadores, y confesándoles sus culpas y obteniendo por su mediacion y con el poderoso auxilio de la penitencia el perdon de ellas, unióse á los monjes y fuése con ellos á Francia. Ya en este país é instruido en cuanto necesitaba, determinó pasar el resto de sus dias en la vida monástica haciendo penitencia, y tomó el hábito de religioso en el monasterio de Jumieges. Cumplió su noviciado ejemplarmente, y cuando hubo pronunciado sus votos, se impuso tan austero método de vida, que llegó á ser el modelo de los más aventajados solitarios en la virtud. Tanta santidad no podia ménos de ser admirada por sus cofrades, que procuraban imitarle, y cuando en 674 se vieron obligados á elegir un abad para un nuevo monasterio que se fundó en la Orden, el virtuoso Saes obtuvo la aprobacion general y fué elegido. Dirigió santamente el monasterio este prelado, que más bien fué un cariñoso padre que un abad de sus monjes, y en toda la comarca se le respetaba con el mayor amor teniéndole por un beneficio que el cielo preparaba al país para su mayor ventura. Murió este abad santamente en su monasterio el año 689, y su muerte fué un grave sentimiento para cuantos le trataron y disfrutaron de sus beneficios espirituales y materiales. — B. S. C.

SAEZ (P. Fr. Francisco de la Concepcion). Nació en la parroquia de San Sebastian, y recibió el bautismo en 8 de Diciembre del año de 1725. Fué hijo de Manuel Antonio Saez, maestro de obras y de María García, ambos naturales de Madrid. Antes de los quince años tomó el hábito de trinitario descalzo en el convento de esta corte, y leyó filosofía y teología escolástica con grande aplauso en las universidades, dedicándose con singular aplicacion al estudio de los dogmas, cánones, disciplina eclesiástica y lengua francesa. Despues obtuvo las prelacías de varios conventos, y fué dos veces definidor de su provincia, redentor de cautivos y ministro provincial de ella. Todos estos empleos de su religion, unidos á la incesante fatiga de confesonario y púlpito, no han impedido á su genio laborioso y aplicado el que sin desperdiciar las horas que otros emplean en diversiones, haya trabajado las obras siguientes que posee manuscritas: *Impugnacion á Febronio*, sacada de la letra de los Santos Padres á favor de la jurisdiccion del Papa y

de la Iglesia, obra que puede componer tres tomos en 4.° — *Consultas en que trata varios puntos de religion, disciplina eclesiástica y otros.* — *Defensa de los misterios de nuestra fe;* traduccion de una obra francesa, con notas suyas que importan tanto como el original, llenas de doctrina y erudicion: obra que tiene muy adelantada. — A. y B.

SAFFARAC, obispo de París, célebre por el segundo concilio reunido en esta capital, de que solo quedan algunas actas manuscritas y sin fecha. Solo por conjeturas le han colocado los PP. Sirmond, Cossart y Labbé en 555, dos años ántes de que se celebrase el III de París. Pero su conjetura no puede sostenerse; puesto que entre Saffarac, obispo de aquella diócesis cuando se celebró el II concilio, y S. German que asistió al III, hubo otro obispo, lo que ha decidido á diferentes sabios de muy buena reputacion á colocar este segundo concilio en 551. No pudo sin embargo celebrarse hasta muchas semanas despues del 16 de Julio, que es la época de la muerte de S. Aureliano, visto que presidió su sucesor Lapando. Se reunió en la casa de la iglesia de París á invitacion del rey Childeberto. Además de Lapando, presidente de la asamblea, asistieron otros veintiseis obispos, seis de los cuales eran metropolitanos; Esydmis de Viena, S. Niceto de Tréveris, Probiano de Bourges, Constituto de Sens, Leoncio de Burdeos y Arolo de Aix, que no suscribe hasta despues de muchos simples obispos. Entre los otros prelados los más conocidos son: S. Firmin de Uzes, S. Aguisola de Chalons sur Saone, S. Lubin de Chartres y S. Syagrio de Autum. El motivo de la convocacion del concilio fué para examinar y juzgar definitivamente la causa de Saffarac, obispo de París, acusado y convencido por su propia confesion de un crimen capital. Medoveo, obispo de Meaux, S. Lubin de Chartres y Asidio de Nevers, asistidos del abad Leubacario, del sacerdote Hiculfo, del arcediano Eterno y del diácono Castricio, le habian juzgado ya y condenado á ser encerrado en un monasterio. El concilio se hizo presentar las actas, y despues de haberlas examinado é interrogado á los que habian tomado parte en ellas y se hallaban presentes en el concilio confirmó la sentencia ya dada. Por otra parte encargó el metropolitano, que era Constituto de Sens, depusiese á Saffarac conforme á los cánones, lo que se ejecutó. No nos queda de este concilio más que el simple decreto que se dió contra este obispo, con las suscriciones de veintisiete prelados. El P. Le Comte y el Padre Du Bois le han insertado por completo en los Anales Eclesiásticos de Francia, el otro en su Historia de la Iglesia de París. Faltan por lo ménos las actas de lo que se hizo en primer lugar contra Saffarac. Se acaba de ver que se leyeron en el concilio y debian naturalmente formar parte de él. — S. B.

SAFFARIUS, obispo de Perigueux. Nada hizo más ruido en las Galias á últimos del siglo VI que las turbaciones que Crodielda, hija de Sueseberto,

excitó en el monasterio de Santa Cruz de Poitiers, poco tiempo despues de la muerte de su fundadora Santa Radegunda. Esta religiosa á quien su profesion debia haber hecho olvidar que era hija de rey, no pudiendo sufrir que á la muerte de la abadesa Inés se hubiese elegido á Leuboüere para sucederla formó contra ella un númeroso y violento partido. Habiendo atraido á él á su prima hermana Basina, hija del rey Chilperico y á otras cuarenta religiosas más, salieron del monasterio, inventaron muchas calumnias contra la nueva abadesa, á fin de dar cierto colorido á su evasion, y despues de haber vagado por diferentes lugares volvieron á Poitiers, donde se fortificaron en la iglesia de S. Hilario, valiéndose de una tropa de malvados que se habian ofrecido á defenderlas. Bien conocidas son las tristes consecuencias que tuvieron estas turbaciones, y su relacion no es ahora nuestro objeto. Para poner término á tan grande escándalo se reunieron diferentes concilios de órden del rey, el primero de los cuales se reunió en Poitiers en 589. Compusiéronle cuatro obispos; Gondegisilo de Burdeos, que le presidió en calidad de metropolitano; Meroveo de Poitiers, Nicasio de Angulema y Saffarius de Perigueux. Encontrando estos cuatro prelados á estas religiosas rebeldes é incorregibles, dieron contra ellas sentencia de excomunion, lo que les atrajo muchos malos tratamientos y hasta puso su vida en peligro. El presidente de la asamblea dió aviso de todo lo que habia pasado á los obispos que se hallaban cerca del rey Goutran. Estos aprobaron en su contestacion lo que habian hecho sus compañeros y les anunciaron un concilio para el 1.° de Noviembre siguiente, á fin de poner algun remedio á estos desórdenes. El concilio anunciado no se celebró, sin embargo, hasta el año siguiente 590 despues de Pascua. Asistieron á él por lo ménos nueve obispos: Gondegisilo de Burdeos, con sus seis sufragáneos, San Gregorio de Tours y Ebregisilo de Colonia. Comparecieron y fueron interrogadas en él la abadesa Leuboüere, Crodielda y Basina. Estas dos últimas fueron reconocidas culpables de varios crímenes, y los obispos conforme á los cánones las declararon excomulgadas hasta que hiciesen penitencia y restableciesen á la abadesa en el gobierno de su monasterio. Se tuvo cuidado de enviar esta sentencia á los dos reyes Goutran y Childeberto II. Las religiosas rebeldes no acudieron aún á sujetarse al cumplimiento de su deber, de manera que no terminó este escándalo hasta el concilio de Metz, reunido el mismo año de 590 con motivo del grande asunto de Gil obispo de Reims. El rey Childeberto intercedió en favor suyo, y el rey las recibió á la comunion. Basina despues de haberse postrado á los pies de los obispos y pedido perdon, fué enviada á su monasterio, y Crodielda á una posesion que la concedió el príncipe. De todo lo que se hizo en estos diferentes concilios no se nos ha conservado nada más que lo que nos refiere S. Gregorio de Tours

en los libros noveno y décimo de su historia, y de las actas originales no nos queda más que la contestacion de los obispos que se hallaban cerca de Goutran á los Padres del primer concilio de Poitiers, y la sentencia que dieron los prelados del segundo concilio celebrado en el mismo lugar. Somos deudores de ambos documentos á S. Gregorio de Tours, que los ha insertado en su historia, de donde se han tomado para las colecciones de los concilios. La primera se halla á nombre de los diez obispos colocados á su frente: Eterio de Lyon, S. Syagrio de Autum, S. Amacario de Auxerre, Hesyquio de Grenoble, Agrícola de Nevers, Urbico de Riez, Félix de Belley, S. Vecau de Cavaillon, Félix de Chalons-sur-Marne y S. Bertran de Mans. El otro documento es una especie de proceso verbal que contiene muchos hechos, y se encuentra sin los nombres de los obispos que le redactaron. —S. B.

SAFFÉ (Fr. Juan le), franciscano belga de la provincia de S. José. Su familia antigua y distinguida puso á Saffé, mediante una buena educacion, en el caso de elegir entre las carreras más notables del estado, pero él lleno de fe y piedad, prefirió vivir retirado en un claustro á gozar de las venturas vanas de la prosperidad mundanal. Asi es que muy jóven todavía se retiró al claustro de la religion Seráfica, y allí pasó toda su vida entregado á los santos ejercicios de la piedad, á las prácticas de una devocion austéra y penitente. Su corazon consagrado por completo á Dios, rebosaba en los más tiernos sentimientos, que procuraba infundir en los demás, ya con sus palalabras, ya con sus escritos. Resiéntense estos algun tanto del carácter de su época, aficionada á metáforas, antítesis y retruécanos, pero en el fondo son sólidos y profundos y manifiestan las grandes verdades que hacian obrar á su autor. Merecieron por lo tanto la mejor acogida, y áun hoy se leen con gusto en Bélgica y en Francia, donde las personas sensatas no han olvidado por completo la aficion que en los siglos anteriores reinó hácia la lectura de obras piadosas. El libro del P. le Saffé á que nos referimos, lleva por título: *Vínculos cristianos en que se trata del verdadero poder y valor del varon cristiano*; Lila.—S. B.

SAFRA (H. Juan de), coadjutor temporal de la Compañia de Jesus. Nació en Jerez de Badajoz, en España, siendo sus padres Juan Paez é Isabel Rodriguez; entró en la Compañia en Cuenca y profesó en Evora á 8 de Febrero de 1570, distinguiéndose mucho por su piedad y demás virtudes evangélicas. Destináronle sus superiores á distintos cargos, todos los cuales desempeñó con exactitud y acierto, mereciendo por ello multiplicados elogios. Su modestia, sin embargo, no le permitia admitirlos, y tomando los oficios más viles y bajos, procuraba así ocultarse para verse libre de las continuas lisonjas de sus amigos y apasionados. Redoblaba con el mismo objeto sus penitencias y maceraciones, y veíasele noche y dia postrado de

hinojos ante el altar, procurando olvidar los servicios que hacia y los premios que por ellos recibia. Muchas y de distintos géneros eran las oraciones á que se entregaba, y muchos y de distintos géneros tambien los rigores á que sometia su cuerpo. Su relacion sería demasiado larga quizá; y vendria á llenar una extensa página de esta obra en que ya se ha tratado tantas veces del mismo asunto con referencia á otros religiosos que se encontraban en las mismas ó iguales circuntancias. Debemos, pues, omitirlas en este individuo tan notable por tantos conceptos, y cuya memoria, sin embargo, ha pasado casi desapercibida para todos los autores, de manera que no podemos darla toda la extension que deseamos. Omitiendo, pues, todo lo que su vida tiene de comun con las dotes religiosas, diremos sin embargo que fué un verdadero modelo de todas las virtudes religiosas, que se distinguió por sus costumbres cristianas y piadosas, que prestó todo género de servicios á la Compañía, y se los hubiera prestado mayores quizá si no le hubiese arrebatado la muerte en la flor de sus dias con grande sentimiento de sus hermanos, que veian en él una de las personas que más lustre les habia dado, y de los mismos portugueses que, aunque castellano, le miraban como compatriota y le habian adoptado como tal. — S. B.

SAGAN (La duquesa Catalina de). Nació de padres protestantes, que la educaron en su secta, queriendo que ella la siguiese con el mismo ardor y entusiasmo que ellos venian protegiéndola, áun á costa de dispendios á las veces bastante gravosos. Ella tuvo un muy claro talento, y desde luego comenzó á examinar los fundamentos de su creencia, atraida sin duda porque veia algunos vicios en sus mayores que afeaban desde luego las acciones muy nobles y muy buenas en que por otra parte se ejercian. Esto la hizo estudiar con atencion los fundamentos de la doctrina que sus padres la inculcaron y los fundamentos de la doctrina de Jesucristo; estudió las máximas de esta, miró cómo se practicaba la caridad segun sus consejos y preceptos; y claro es que vaciló bien poco para confesar que la verdad es lo que aconseja el catolicismo, llegando su admiracion hasta el extremo cuando halló exaltada la pobreza como una virtud de tal importancia, que puede y debe tener por recompensa la posesion de todo bien; y hecho del perdon de los enemigos el gran precepto que hace prácticos los sentimientos de la más perfecta igualdad. Trató, despues que ella por sí se hubo ilustrado algun tanto, de recibir consejos y advertencias de otros que pudiesen hacérselas; y con efecto, los piadosos sacerdotes á quienes acudió, la enseñaron el rico filon, por decirlo así, de consuelos y de gracias que su conversion podia producirla, y por estos medios fué poco á poco dejando penetrar en su corazon el destello de la divina misericordia, que se le manifestó bien á las claras cuando Su Majestad tuvo á bien inclinarla al exámen y comparacion del

catolicismo con las otras sectas. El año 1835 hizo su formal abjuracion de errores, y claro es que como obraba con perfecta conviccion y no la llevaba otro móvil que su mayor aprovechamiento y el poder caminar segura á su eterna dicha, procuró desde los primeros dias de su conversion esta su dicha por todos los medios que estuvieron á su alcance. El ejercicio de todas sus virtudes era el móvil de sus acciones; así es que progresó mucho, porque ella hacia cuanto estaba en su mano para lograr este mismo adelantamiento. No se sabe cuál fué el término con que coronó la obra de su conversion; algunas veces pensó en entrar religiosa, pero no sabemos si lo realizaria; de todos modos lo indudable es que perseveró en esta práctica de las virtudes y supo corresponder á la gracia del Altísimo.— G. R.

SAGAR (Fr. Francisco), religioso franciscano, de quien no podemos dar otras noticias que lo que acerca de él dice la Crónica en el párrafo que á continuacion trascribimos: «En estos tiempos (1483) envió el Sumo Pontífice á Fr. Francisco Sagar, español, al preste Juan con otros frailes compañeros; y partiéndose del Cairo, enfermó de tan grave enfermedad, que no pudo ir adelante, y dió las letras á Fr. Juan de Calabria, su compañero, que fué en su lugar, y volvióse á Italia. El dicho Fr. Juan, caminando once meses, vino á las tierras del preste; mas hallándolo muerto, ninguna cosa pudo hacer de las que era mandado que hiciese. Y volviéndose á Jerusalen, en el camino fué muerto por los infieles.» Mencion harto breve en verdad, pero de la que se desprende la larga carrera de este religioso y sus notables hechos, que con gusto hubiéramos procurado investigar de permitirnoslo la índole de esta obra.—S. B.

SAGARD Theodato (Gabriel). Háblanos de este religioso recoleto y misionero sin darnos noticia del lugar ni fecha de su nacimiento el biógrafo Mr. Eyrie. Partió de París el dia 18 de Marzo de 1624 con el P. Nicolás Viel para ir á predicar la fe á los salvajes del Canadá. Embarcáronse en Dieppe, y llegaron á Quebec despues de una travesía de tres meses y seis dias de navegacion. Despues de descansar algunos dias se apresuraron á ir al país de los Hurones. Sagard estuvo en él dos años, y despues volvió á Francia dejando á su compañero al cuidado de la mision, el cual se ahogó poco despues en un torrente que se denominó despues *Salto del Recoleto*, el cual se halla en las cercanías de Montreal. Se conserva de Sagard la obra en francés titulada: *Gran viaje al país de los Hurones, situado en América, hácia el mar Dulce y últimos límites de Nueva Francia, país llamado el Canadá, en la que se trata del país, costumbres y natural de los salvajes, de su gobierno, de sus usos, tanto en su país como viajando; de su fe y creencia, con un Diccionario de la lengua hurona;* París, 1632, en 12.° El autor ha descrito con el mayor cuidado las costumbres de los salvajes entre que vivió, y cuenta sen-

cillamente cuanto vió y oyó decir. Conócese que no era ni muy instruido, ni profundo observador, y que tenia una extremada credulidad. Segun Charlevoix, parece por su obra hombre muy juicioso y zeloso, no solo por la salvacion de las almas, sino áun por el progreso de una colonia que habia visto casi nacer; por lo demás nos enseña pocas cosas interesantes. Este juicio, dice el citado biógrafo, es inexacto en algunas cosas; y en cuanto á Charlevoix dijo de los recoletos, no buscó más que rebajar los servicios hechos á la fe por estos religiosos, á los que imitaron despues los jesuitas. El país habitado por los hurones en los tiempos de Sagard se halla colocado en el mapa del libro de Charlevois, entre los 42 y 45° de latitud N. cortado por el meridiano 80° O. de París, y entre los los lagos Egié, Huron ú Ontario. Las relaciones publicadas por Sarard, lo mismo que todas las demás que contienen las obras de los misioneros, son interesantes, porque dan á conocer el estado social de los pueblos que no existen ya hoy ó que se hallan sumamente reducidos. La relacion de Sagar fué bien recibida en su época, y en la nueva edicion que publicó dió la historia del Canadá relativa á los quince primeros años de las misiones de los recoletos en aquel país. Queria unir á este volúmen piezas correspondientes á las misiones con diccionarios y diálogos en lengua canadesa, algonmequina y hurona; «pero (dice él) viendo que iba á hacer muy grueso el volúmen, hice caso del consejo de mis amigos y dejé todo esto para formar otro tomo;» cuyo tomo no llegó á publicarse. El libro en cuestion se titula: *Historia del Canadá y viajes que los frailes menores recoletos han hecho para la conversion de los infieles, en donde se trata con extension de los acontecimientos principales que tuvieron lugar en el país desde el año* 1615 *hasta que le tomaron los ingleses*; París, 1636, en 4.° Divídese la obra en cuatro libros: el primero contiene los trabajos de los recoletos en el Canadá ántes de la llegada del autor; el segundo, el viaje de Sagard, que ofrece algunas particularidades nuevas sobre las costumbres de los salvajes; el tercero trata de la historia natural y la vuelta del autor á Francia; y el cuarto manifiesta el cómo los jesuitas sucedieron á los recoletos en la mision del Canadá, y cómo los ingleses se apoderaron de Quebec en 1629, en cuya ocupacion todos los religiosos que habia en el Canadá fueron conducidos á Inglaterra. Como puede conocerse por esta sencilla indicacion, la obra no pudo ménos de ser interesante cuando se publicó, y que no carece aún de interés á pesar de lo mucho que despues se ha escrito sobre este país, pues que si bien en los escritos modernos habrá mas elegancia de diccion y más pureza de lenguaje, y si se quiere, mayores noticias; en aquel libro, escrito sin pretensiones de hacer gala su autor de su literatura, seguramente que hay mejor doctrina é intencion y mayor verdad, pues que el espíritu religioso que guiaba sin duda la pluma del autor, no le

permitiria faltar á la historia para engalanar sus relaciones con las locuras de la fábula. —B. C.

SAGARES (S.), obispo y mártir. Predicando S. Pablo la ley de gracia, se formó muchos discípulos que le imitaron en santidad y doctrina, y entre los primeros que tuvieron esta fortuna debemos contar á este santo varon. Las virtudes que descubriria en él el célebre apóstol de las gentes debieron de ser de gran recomendacion, cuando se cree que le consagró obispo de Laodicea, dignidad que obtuvo y en la que se portó como un héroe del cristianismo. Reinaba en el imperio romano Antonino, cuando se agitó la cuestion acerca del tiempo en que debia celebrarse la Pascua, disputa que alarmó á los fieles por algun tiempo, manteniendo en perturbacion á la Iglesia. Tomó una gran parte S. Sagares en esta cuestion, y por ella se atrajo la persecucion de los idólatras, que veian de mal grado el vuelo que iban tomando las ideas del cristianismo, ideas que procuraron ahogar en su nacimiento inútilmente, pues que en vez de detenerse con su desapiadada persecucion, se aumentaba extraordinariamente el número de sus prosélitos. Como el exterminio de los cristianos era lo que importaba á los sectarios del paganismo, los perseguian con frenesí por todas partes, no habiendo medio alguno que perdonasen para ver de lograr su deseo y satisfacer su venganza; pero estaba determinado en los altos juicios de Dios, que los ídolos habian de pulverizarse, y ninguno de los medios empleados para evitarlo fueron suficientes á evitar su ruina. No registran los Martirologios la muerte de este santo prelado, pero se cree por los autores místicos, que murió mártir en la misma ciudad de Laodicea en los últimos años del siglo II de nuestra era, en que arreció la persecucion contra los cristianos, creyendo los gentiles que con ella podian amedrentarlos ó acabar con una religion que amenazaba acabar con la suya, en lo cual caminaron ciegos satélites del demonio, á afirmar con los torrentes de sangre que derramaron los cimientos de la Iglesia que deseaban destruir.—B. C.

SAGARRA (Fr. Antonio de), religioso lego capuchino. El seráfico patriarca encomendaba eficazmente á los que instruia en su religioso instituto la compostura del hombre exterior, y estimaba tanto á los que con ojos modestos, marcha pausada y graves y medidas acciones se presentaban al público, y los llamaba predicadores mudos del pueblo, á quien corrige con eficacia la imágen de la verdadera virtud. Uno de los predicadores de esta clase fué Fr. Antonio Sagarra, religioso lego de la provincia de Cataluña, el que para guardar con más exacta puntualidad la seráfica regla que habia ya profesado, hizo tránsito de la familia de los Padres observantes á la congregacion de los capuchinos. De cuarenta años que vivió en ella, empleó los treinta en la ocupacion de portero en el convento de Monte-Calvario, en la

ciudad de Barcelona, y como Dios puso al profeta Jeremías á la puerta de la ciudad de Jerusalen para que desde allí predicase al pueblo, así determinó que Fr. Antonio de la puerta de su convento hiciese púlpito semejante y predicase con su religiosísima modestia á aquella populosa ciudad, cuyos moradores, solo al ver al varon de Dios, ó se animaban al estudio de las virtudes, ó se confundian considerándose siervos infelices del vicio. No hay en las religiones empleo más expuesto á las distracciones del ánimo que el de portero, pues le obliga á comunicar, así con los de la casa como con los de fuera, en tanta variedad de accidentes como en las comunidades se ofrecen. Mas Fr. Antonio traia el interior tan reconcentrado, que nunca pudieron distraerle ni perturbarle los embarazos de la portería, aunque serían correspondientes á comunidad tan dilatada y á república tan populosa. Con industria notable sabia dividirse en dos diferentes sugetos: como portero nada omitia de lo que tocaba á su obligacion exterior, como religioso nada admitia que pudiese perjudicar su interior y contínuo recogimiento. Siempre á los piés de Cristo con Magdalena, sin dejar descansar los suyos en los ministerios de Marta. De esta paz y tranquilidad fué madre la oracion, que tenia con singular prodigio casi contínua entre los mismos desasosiegos, que producian las entradas y salidas de tanto pueblo. Parecia cuando le dejaba algo vacante la obligacion seguir los pasos de aquellos ángeles que á Jacob se presentaron subiendo y bajando por la escala, porque ya subiendo desde la portería hasta todos los senos del monasterio, ya bajando desde estos otra vez á la portería, siempre llevaba el ánimo empleado y fijo en la contemplacion de lo celestial, bien hablase con los religiosos ó comerciase con los seglares. Pero poco satisfecho de que se pudiesen unir como deseaba las ocupaciones del dia con el retiro de la oracion, se dedicaba á ella casi toda la noche, de que apénas dejaba parte para el descanso, hallando el mayor en estarse con Dios á solas y en gozar de los espirituales puros deleites que su presencia le ocasionaba. Una capilla de la Virgen Santísima era su ordinaria mansion para el logro de este tan constante ejercicio, y aunque en todas ocasiones y partes hacia Fr. Antonio oracion con singular y piadoso afecto, se encendia aún más fervoroso cuando asistia al santo sacrificio de la misa. De solo considerar la compostura y recogimiento con que se hallaba en ella, se movian á reverencia y devocion los ánimos ménos corregidos. Aun cuando servia el oficio de portero, gastaba casi toda la mañana en oir ó ayudar las misas, segun se lo permitia la ocupacion, posponiendo siempre á ella sus particulares afectos, pues apénas llegaba á conocer que alguno llamaba á la puerta, cuando acudia á ella, no ignorando que es mejor obedecer que sacrificar. A cualquier otro empleo que se pudiese diferir, se negaba constante y fiel miéntras las misas se celebraban, por po-

der lograr este tiempo, que suponia el más oportuno para conseguir, mediante la oracion, especiales beneficios de la benigna mano de Dios, cuya pasion y muerte se representa en la misa. Habiendo llegado á la ancianidad y por ella á hallarse sin la ocupacion de portero, se dedicó del todo á ayudar á las misas que cupiesen en el espacio de la semana, y algunos de los sacerdotes depusieron despues que la virtud y mérito del ministro influian en ellos cuando celebraban aumento de piedad y devocion. Desde la iglesia iba á visitar los enfermos, y segun sus muchos años lo permitian, les ayudaba y servia con singular afecto de caridad, solicitándoles todo el alivio de alma y cuerpo de que cada uno necesitaba. Este insigne varon tuvo espíritu profético, como se comprobó en varias ocasiones. Tampoco faltaron prodigios que igualmente comprobasen la opinion que todos habian concebido de la virtud y méritos de Fr. Antonio. Visitando como solia los enfermos religiosos, le rogó uno de ellos que le aplicase una cedulita con el nombre de Jesus, de cuya virtud esperaba le habia de librar de las contínuas y ardientes calenturas que padecia. Temiendo Fr. Antonio que en esta ocasion podria acaso disimularse algun peligro de vanagloria, se resistia á la peticion del enfermo. Ayudándole los religiosos que se hallaban presentes, instaban al varon insigne á este oficio de caridad, acordándole las palabras de Cristo en que exhortaba á los discípulos que pusiesen sobre los enfermos las manos y les comunicasen graciosamente lo que de balde habian recibido. Entónces respondió lleno de humildísima confusion: Padres, ¿ignorais acaso que soy un fraile lego, grandísimo pecador, y que ni por méritos de virtud puedo arrogarme esta autoridad? Seguid, pues, el verdadero oráculo del Apóstol, que dispone acudan sacerdotes á los enfermos y sea uno de los que aquí os halleis el que pida á Dios conceda á nuestro hermano el beneficio de la salud. Sin embargo, no valió la resistencia al siervo de Dios; hubo de rendirse á poner la cédula con el nombre de Jesus al doliente, con efecto tan inmediato, que luego se halló libre de la calentura que le afligia. Estando oyendo una vez misa, se descuidó el religioso que la ayudaba, y dando con la cabeza en la lámpara que ardia delante del Santísimo Sacramento, y estaba entónces llena de aceite, la vertió casi toda sobre su hábito. Sintió mucho el religioso, que debia ser aseado, aquel contratiempo, y no podia por lo tanto atender con quietud á aquel santo sacrificio. Reconociólo el siervo de Dios, y llegándose á él le dijo depusiese todo cuidado, porque de ningun modo habia de reconocerse mancha en el hábito, ni fealdad del aceite que habia esparcido sobre él la lámpara. Dió entera fe el que servia la misa á la promesa de Fr. Antonio; depuso toda perturbacion, y acabado aquel ministerio, aunque examinó cuidadoso todo lo que del hábito pudiera haber padecido en el no previsto caso, nin-

guna mancha descubrió ni señal de haberla tenido. Despues de muchas y heróicas virtudes, cargado de años y rico de merecimientos, cayó enfermo este varon ilustre, y conociendo que habia de ser aquella dolencia la última, salió á buscar la muerte con indecible gozo y quietud, porque como viviendo habia procurado morir para el mundo, esperaba que muriendo habia de vivir para la eternidad. Falleció en el convento de Barcelona, llamado Monte Calvario, el año de 1624, y despues de casi dos años fué hallado su cuerpo tan libre de la corrupcion que los demás padecen, que descubria bien la inefable gloria que estaba disfrutando. Miéntras estuvo el venerable cuerpo en la iglesia y al celebrarse el oficio funeral, fueron muchos los que arrojándose á sus piés los besaban devotamente, encontrando el alivio de sus padecimientos algunos enfermos que imploraron su intercesion con su Divina Majestad.— A. L.

SAGARRA Y BALDRICH (V. D. Francisco), canónigo de Lérida. Nació en Valls, en Cataluña, en 1727, de una familia muy distinguida. Estudió filosofía y cánones en Cervera, siendo de dia en dia mayor su aprovechamiento en virtudes y letras. Llamado de Dios al estado clerical, se graduó en 1751 en cánones. Obtuvo luego un canonicato en Lérida, y le ordenó de sacerdote el Ilmo. Sr. Galindo. Admiró á todos el género de vida que entabló el nuevo canónigo, su retiro, oracion, humildad, modestia y mansedumbre; pero sobresalió en el desinterés, integridad y celo ardiente por el culto divino, de que son buenos testigos la capilla de música, coro, sacristía y nueva fábrica de su catedral, que tanto deben á su cuidado, direccion y asistencia. El amor á Dios, la caridad con los pobres, la devocion á la Santísima Vírgen y varios santos, por más que su caridad procuraba ocultarlos de los ojos de los hombre, ellas resplandecian en todas ocasiones y le constituian un compendio de todas las virtudes que forman un completo eclesiástico. Visitó con suma piedad y ternura los santuarios del Pilar y Monserrat, inflamándose con esto más en el amor de la Reina de los ángeles. Así fué toda su vida una preparacion para la muerte, mediante la cual descansó en paz el dia 2 de Enero de 1766, dejando llena la ciudad y provincia de la fragancia de sus buenos ejemplos, y siendo aclamado de todos por varon justo. Acreditólo tambien el cielo dotando su cadáver de flexibilidad, candor y hermosura, con que aún se le encontró á los treinta y dos años de enterrado, al trasladarle al nuevo sepulcro. En el epitafio que le compuso su confesor el P. Fr. José María, carmelita descalzo, dice:

*In cœlo vivit qui mortuus hic jacet, pietate clarus, clericali observantia, conspicuus et B. V. Mariæ addictissimus dicus.*

Véase su vida impresa en Barcelona el año de 1769. Al principio de la obrita que escribió titulada *Prácticas de ejercicios dolorosos Marianos*, tiene

un buen retrato del venerable autor con esta inscripcion al pie: *Pietate clarus divinoque culto additissimus, publica virtutis fama communi planctu obiit.*—Amat.

SAGASTIZABAL (Juan de). Fué natural de Sevilla, aunque originario de las Provincias Vascongadas, y desde luego dió indicios de una capacidad nada vulgar y de una aficion decidida al estado religioso. Cuando tuvo edad á propósito para ello, se decidió por la órden de Predicadores y recibió el santo hábito, dejando muy satisfechos á sus maestros, tanto al que le habia instruido en las virtudes y prácticas de la religion durante su noviciado, cuanto á los que habian estado encargados de instruirle en humanidades, filosofía y demás necesarios conocimientos para llegar al sacerdocio. Fué, pues, constituido en tan alta dignidad, porque para ella se le creyó á propósito, y en efecto, dotado de un celo ardiente por la gloria de Cristo, y por consiguiente por la salvacion de las almas, procuraba ambas cosas por cuantos medios estaban á su alcance, no cesando nunca de procurar el bien de sus hermanos, tanto los religiosos cuanto los seglares, aunque para ello tuviese que sufrir molestias, vejámenes y áun privaciones. Su ardientísima devocion á la Vírgen y la gran confianza que tenia en que las piadosas entrañas de María obraban misericordia como premio de la devocion al santísimo Rosario, le comprometian á procurar el que esta devocion se extendiese por cuantos medios estaban á su alcance, así es que siempre que predicaba hablaba del Rosario, y el único escrito que se ha publicado suyo es tambien acerca del santísimo Rosario, pero es obra acabada para su época, pues que da razon de todos los privilegios, gracias é indulgencias que hasta entónces se habian concedido á tan piadosa institucion. Titulóse la obra: *Del Sto. Rosario de nuestra Señora, sus milagros, breves é indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices.* Desde luego agradó mucho esta obrita escrita con muy buen criterio, y al poco tiempo apareció en italiano bajo el nombre de: *Essortationi alla santa devotione del Rosario della Madre de Dios.* Algunos creen que esto es del mismo Sagastizabal; nosotros no nos atrevemos á asegurarlo, porque si bien es cierto que el asunto es exactamente el mismo, es indudable que le hubiese costado mucho el hacerla. Estas son las únicas noticias que se han podido reunir acerca del P. dominico Juan de Sagastizabal.—G. R.

SAGE, padre de Jonathan. Este Jonathan era uno de los héroes del ejército de David: I Par. XI, 33. *Jonatham filius Sage Cirasites.* Pero el tercer libro de los Reyes XXIII, 33, dice *Jonathan et Semma de Arari.*—S. B.

SAGE (Hervé Julian), religioso premostratense, nació en 1737 en Uzel, cerca de Londeac: á la edad de veinte años entró en la abadía de Beauport y fué nombrado en 1783 cura prior de Boqueo. En 1789 se declaró contra todas

las innovaciones, y cuando se exigió el juramento á los eclesiásticos dió á conocer sus opiniones en la *Carta de un cura que no jurará nunca á un cura que ha jurado*, dirigida á su compañero M. Delauay, cura prior de Chatelaudren y miembro de la Asamblea constituyente. Obligado á salir de Francia, pasó á Bélgica, donde encontró un asilo entre sus compañeros en la abadía de Tongerloo. Las victorias de los ejércitos franceses le obligaron á huir á Alemania y fué hasta Silesia, donde pasó el resto de la emigracion ocupándose de estudios útiles, al mismo tiempo que de ejercicios de piedad. De regreso en Francia en 1802, tomó la direccion de su antiguo parroquia de Boqueo y fué nombrado despues canónigo de Saint Brienne. Predicó con éxito en la mayor parte de las ciudades de Bretaña y en Burdeos en 1808, donde murió del cólera en 1832. Habia hecho imprimir en 1805 un discurso para el establecimiento del seminario de Saint Brienne. En 1817 se publicó su *Exposicion de la Doctrina cristiana*, traducida del aleman del P. Hammes, benedictino, 12 vol. sin nombre de autor. Habiendo atacado el abate Pagés un pasaje sobre el préstamo del comercio en su *Disertacion sobre el préstamo*, le contestó en las *Observaciones modestas*, en 8.°, de 18 páginas; donde se siente no encontrar la gravedad que parecia reclamar la importancia del asunto. En 1830 publicó una *Noticia sobre M. Le Clerc*, cura de Prova y amigo suyo, y dejó algunas memorias escritas sobre el estado de la diócesis de Saint Brienne en un tono satírico que las quita mucho del interés que podrian tener, y cartas sobre la revolucion y sus causas, con detalles sobre su emigracion. —S. B.

SAGE (Juan Le), bajo el epíteto de *el Sabio* se ha conocido á este esclarecido personaje, natural de Caen y educado en los errores del protestantismo, si bien dotado de un ingenio vivo y de un talento muy claro y perspicaz. El uso, ó más bien el abuso que del libre exámen permite la abominable secta á que este hombre pertenecia, fué el medio de que Dios se valió para atraerle al conocimiento de la verdad, pues en su buen juicio no podia caber el cómo la verdad eterna revelada por Dios á los hombres habia de estar expuesta á que cada cual la interpretase á su modo, y á su manera cada uno explicase los juicios y designios del Señor. Tuvo nuestro hombre la fortuna de hallarse con Veron, sabio predicador de su tiempo, que le ilustró en aquellos puntos á que su capacidad no alcanzaba y le puso en las manos obras importantes y escritas con sano criterio que hacian no solo la apología, sino el juicio de la religion católica; y es claro, un hombre científico, un hombre que pesa las cosas y no se decide sino por lo que le parece más fundado, y que conoce su fin y solo ignora los medios que á la consecucion de este fin mismo conducia; un hombre, decimos, de estas circunstancias, apénas ve un puerto de claridad, echa por él y se adhiere al punto de apoyo que

halla más á propósito para el esclarecimiento de todas sus dudas, que van creando en él la necesidad de la ciencia conforme se va ilustrando, y despues de esto van engendrando el deseo de procurar los medios que llevan á la posesion de la verdad que se aprendió. Y estos fueron los pasos por donde Dios le condujo á sí. El providencial hallazgo de Veron cuando comenzaba á estudiar la pretendida reforma, y el acierto con que Dios mismo guió sus investigaciones primeras, fueron el gran paso que decidió su suerte, así como la prudencia de su catequista, quien la aseguró, pues con ménos tino quizá se hubiese puesto en peligro, no solo su perseverancia, sino su conversion. En 1630 fué cuando abjuró solemnemente sus errores, pero de tal manera, que ni le arredraron las amenazas con que sus amigos le obligaban á permanecer á su lado, ni le sedujeron los halagos con que trataban de detenerle en su equivocada apreciacion. Despues que hubo abjurado, puso todo su empeño en cumplir fielmente los preceptos y consejos evangélicos, y tal fué su conducta hasta que murió en el ósculo del Señor con las señales de predestinado. —G. R.

SAGE (Fr. Julian de), del órden de Predicadores. Era natural de la ciudad de Burdeos, en Francia, en cuyo punto tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo. Animado por el deseo de la propagacion de la fe y de procurar la salud de las almas, pidió ser trasladado á las posesiones francesas de la América, donde pasó algunos años trabajando con sumo celo y esmero en la viña del Señor. Vuelto á Francia en 1717, dió al público la *Oracion fúnebre de Luis XIV el Grande, pronunciada en la isla de la Martinica é iglesia de los PP. el 28 de Abril de 1717, por el P. Sage, profesor de teología y misionero apostólico de la misma Orden.* Forma un cuaderno de 45 páginas en 4.° y su argumento es el siguiente: *Luis XIV ha merecido el título de grande, porque la brillante prosperidad de su reinado se apoyó en la religion, y porque la religion santificó la brillante prosperidad de su reinado.* Ignórase el año en que falleció —M. B.

SAGERINO (P. Cárlos), de la Compañía de Jesus. Natural de Beauvais en Francia, fué primer rector del colegio de Burdeos, donde enseñó filosofía hácia el año 1613, explicando despues lengua y literatura griega; desempeñó despues la misma cátedra en París, y pasó por último á Tours á regentar la teología. Durante toda su carrera manifestó las grandes cualidades de que se hallaba adornado, distinguiéndose por su mucha probidad y virtud, y obteniendo grande reputacion en toda Francia por sus vastos conocimientos, tanto que se negaban á disputar con él los principales ministros de los herejes, temiendo su excelente lógica y su extraordinario ingenio. Era al mismo tiempo de las mejores costumbres, estando animado del mayor celo por la salvacion de las almas, y su amabilidad fué siempre tan grande, que

los mismos que huian de él no podian ménos de confesar que le temian más por la seduccion y persuasion que rodeaba todas sus acciones, que por su carácter ó sus cualidades. Brilló en la Compañía por espacio de cuarenta años con este género de vida y estas virtudes, hasta que falleció en Tours en 9 de Junio de 1596. Escribió: *Commentarios in Epistolam Judæ; In epistolas divi Pauli ad Romanos et Ephesios de institutione sodalitatis, sive Confraternitatis Sanctissimi ac venerabilis Sacramenti.* — *Topica Theologica.* — S. B.

SAGIANO (Fr. Guillermo de), religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced. Fué el santo mártir Fr. Guillermo de Sagiano de nacion italiano, de sangre noble, y de un territorio próximo á la Marca de Ancona. Su familia tenia gran valimiento en aquellas partes y provincias, por cuya causa hubo de hacer parcialidad, poniéndose á la cabeza de uno de los bandos contendientes, siendo el resultado, que cayendo y siendo vencida la parte que defendian los del apellido Sagiano, hubieron de participar de la comun ruina; y unos fueron muertos y otros desterrados, y entre los que les tocó la suerte de salir expatriados, fueron los padres de Fr. Guillermo, que no pararon hasta el distrito de Tolosa en Francia, donde rendidos por los trabajos pasados en aquella larga peregrinacion, murieron á los pocos años. Quedó Guillermo con otros hermanos suyos, ya de razonable edad; los demás se inclinaron á la guerra y á los estudios, que aplicaron á otros ejercicios; mas Guillermo trató de vivir en mayor recogimiento, y todos sus deseos eran entrar en una orden religiosa; comunicó su determinacion con algunas personas de espíritu, y despues de haberlo mirado mucho, se decidió á vestir el hábito de religioso de la órden de la Merced, y aunque habia monasterio de Mercenarios en Tolosa, quiso desterrarse más de la comunicacion y memoria de sus hermanos, para demostrar cuán de veras dejaba el mundo y venia á buscar á Dios. Pasó á Barcelona, y áun pareciéndole estar cerca de Tolosa marchó á Valencia, y en su convento recibió el hábito que anhelaba, y desde el primer dia que le vistió, mostró cuán desengañado venia y cuán desnudo y desposeido de todos los respetos del mundo, queriendo seguir é imitar á Jesucristo puesto en la Cruz; y así toda su ánsia era desear y buscar ocasiones, en que padeciese por el nombre del Salvador, y como el Señor le queria llevar por este camino, le proporcionaba á manos llenas en que merecer; pero de todo salia con victoria el varon de Dios, rico de una constancia y de una perseverancia tal, como Dios se habia servido dotarle; y así, á los que se admiraban de verle padecer y callar, les respondia: ¿Qué seria de mí si no tuviese paciencia? Y se valia de aquel lugar de S. Pablo que dice: «Que todo lo que está escrito, lo está para nuestra doctrina; y que aquellos ejemplos de que estan llenas las divinas letras, de lo que padecieron los justos y escogidos de Dios, por el zelo

de su ley y por la observancia de sus mandamientos y preceptos, y la paciencia con que llevaron las persecuciones y trabajos en que se vieron por la defensa de su santísimo nombre, ha de servir á los demás como un consuelo y firme esperanza de conseguir la victoria que aquellos varones santos consiguieron, porque con este fin se escribió para nuestro ejemplo y doctrina. Todas sus oraciones y peticiones eran suplicar al Señor, pues le habia traido á ser religioso de aquella Orden que tanto amaba, cuyo objeto principal era ir á redimir cautivos cristianos á tierra de infieles, y siendo necesario dar la vida y libertad por la suya, que le hiciese tan grande bien y favor, de que muriese en esta demanda, padeciendo por el nombre de Jesucristo en defensa de su santa fe, y por sus hermanos los fieles cautivos. Bien se echó de ver que el Señor habia oido su peticion, pues alrededor del año 1570, habiendo determinado la religion que se hiciese un rescate en Argel, con una razonable cantidad de limosnas que se habia reunido en Francia, fué nombrado por redentor; porque áun cuando era italiano, como se crió en Francia, de todos era reputado por francés, y la misma nacion le estimaba y amaba entrañablemente. Y además de esta razon, fácilmente se convino á que fuese á esta jornada, porque de su ejemplar y santa vida se tenia tan grande opinion y crédito, que para mayores jornadas y negocios más árduos hiciera la Orden eleccion de su persona entre otros muchos. Resuelto que fué, pasó á Francia, y juntas las limosnas, se embarcó en Marsella, y de allí pasó á Argel. Halló el santo varon entre los cautivos cristianos que entónces habia en aquella ciudad, tanto género de abominaciones y pecados en algunos, que le produjeron grande compasion y lástima; y temiendo el peligro que corria la salvacion de aquellas almas, deseó rescatar algunos de los que estaban en mayor peligro de dejar la fe. Le presentaban otros á rescate, y no le querian dar estos que él pedia, de lo que se entristeció y afligió extraordinariamente. Los amos y dueños de estos cautivos se indignaron; y viendo que perseveraba en su demanda y que les predicaba á su vista, reprendiéndoles la abominacion y ceguedad de sus torpes vicios, y procuraba intimidarlos con las penas del infierno que no habian de tener fin; fué tal el enojo y rabia que contra él concibieron, que trataron de quitarle la vida, y para conseguirlo se valieron de los más reprobados medios. Corria entónces muy válida la voz entre los moros, de que en Francia se preparaba una expedicion contra las costas de Africa, y por lo tanto á todo francés le miraban como sospechoso, rezelando fuese espía; y habiendo oido decir que Fr. Guillermo era francés, y venia de Francia, juraron delante del Dey que era espía, y que ellos lo sabian con toda seguridad y certeza. Creyólo con facilidad el Dey ó virey de Argel, y sin hacer más detenido exámen ni averiguacion, pareciéndole que en esto haria

un grande servicio á su falso profeta, á los de su ley, y á todos los reyes moros de Africa, estudió á qué castigo más atroz y espantoso le podia condenar, para que fuese sonado en todas las naciones, y ya resuelto en lo que habia de hacer, le mandó prender, y sin oirle disculpa ni razon mandó primeramente le quitasen todo el dinero destinado á la redencion, y que en seguida le diesen muchos palos y azotes. Y como el santo varon replicase que no era espía, sino que con verdad y llaneza venia á redimir los cautivos cristianos, y que si la ocasion que habia dado para quitarle la vida, era porque habia reprendido á los cristianos que estaban sumidos en los vicios, y de paso á sus amos, que de nuevo tornaba á protestar y predicar; que todos aquellos, los unos y los otros, iban camino del infierno y de la condenacion; y que temiesen á Dios, que era justo y recto juez; y luego prosiguió diciendo muchos elogios en alabanza de la castidad, y muchos oprobios y denuestos de la deshonestidad y torpeza de la carne. Y encendido en un grande fervor y zelo de la honra de Dios y bien de las almas, predicó pública y constantemente la fe de Jesucristo y la ley evangélica, y protestó á aquellos infieles que no tendrian excusa el dia del juicio, de haberse quedado con dureza y obstinacion en su ceguedad y falsa secta, pues habia quien les avisase y predicase el Evangelio; pues él solo enseñaba y les advertia no haber otra verdad que esta, palabras que encendieron tal rabia é ira contra el varon de Dios, que mandó el dey fuese llevado al campo y entregado á los muchachos de Argel para que le apedreasen. Así se hizo, y el Santo mártir iba inalterable al martirio y lleno de un júbilo santo; pero aunque estuvieron muchas horas apedreándole, y estaba lo más de su cuerpo cubierto de piedras, no le pudieron quitar la vida. Volvieron á dar noticia de lo ocurrido al virey, y persuadiéndose de que sería hechicero ó encantador, le mandó ahorcar para acabar de quitarle la vida. En seguida se puso la sentencia en ejecucion; mas aunque los que hicieron oficio de verdugos empleaban toda su rabia, saña y destreza, con grandes deseos de rematarle, no fueron poderosos en todo el dia para conseguir el ahogarle, predicando siempre el Santo mártir el nombre de Cristo á voces. Le echaron muchos cordeles al cuello, le cargaron en los pies y piernas grandes pesos de piedra, de plomo y hierro; pero jamás le pudieron desgobernar una sola coyuntura de sus miembros, ántes predicaba siempre á voces, y pronunciaba el nombre de Jesus y el de la Reina del cielo. Con aquel prodigio se acabaron de persuadir los moros de que era hechicero y encantador, y quitándole de la horca, le llevaron otro dia con nuevas afrentas y azotes; y haciendo una gran hoguera en un campo fuera de la ciudad, le arrojaron en medio de las llamas. Allí fué donde llegó la hora, en que aquel que estaba abrasado en amor de Dios, permitió este mismo Señor el que muriese abra-

sado; y así, luego que fué echado en el fuego, dió el espíritu al Señor, oyéndose por el aire el dulcísimo nombre de Jesus que acababa de pronunciar aquella alma santísima cuando se partió de su abrasado cuerpo, abrasada en el amor de Dios para descansar eternamente en su seno. Este fué el triunfante y victorioso martirio de este glorioso Santo, y mejor dicho los tres martirios diferentes que padeció con tanta constancia este valeroso soldado de Cristo, digno de que se eternice su memoria, no solo en la de la religion su madre, sino en la de los hombres de aquellos tiempos y siglos venideros. Las crónicas callan, y los autores originales de la Orden que escriben su glorioso martirio, el compañero que le fué dado para ir á hacer esta redencion, no pudiendo suministrarse más luces que las referidas acerca de tan lamentable suceso, si bien es público y notorio este caso en toda la cristiandad.—A. L.

SAGITTARIO ó SAGITTARIUS. Este obispo de Gap, y Salonius, obispo de Embrum, que eran hermanos, fueron acusados en el siglo IV de muchas concusiones y asesinatos, y entre otros crímenes el haber llegado con gente armada á la iglesia del obispo de S. Pablo Tres Castillos, desgarrando las vestiduras de este prelado, golpeando á los ministros que le servian en el altar, y robándole cuanto encontraron en su casa. Hecha esta acusacion, se convocó un concilio en Lion, en el que habiendo sido convencidos los dos hermanos de sus crímenes, fueron depuestos de sus obispados. Quejáronse al Papa, y este, sin informarse de lo que habia sucedido, les restableció en sus sillas, y volviéndose á Francia, el rey Gontran consintió en su restablecimiento. Invadiendo poco tiempo despues los lombardos este país, siguieron á Mummol, que fué á combatirlos, y se alabaron de haber matado á muchos bárbaros; pero como ambos prelados siguieron viviendo con la misma licenciosa y criminal vida que ántes, el rey Gontran reunió en 579 un concilio en Chalons contra ellos, en el que acusados de crimen de lesa majestad y de otros, fueron depuestos segunda vez, y encerrados en un monasterio de Borgoña. Escapándose del monasterio, vivieron como vagabundos por algun tiempo, hasta que murieron miserablemente. Sagitario siguió el partido de Gundebaldo contra Gontran, y despues de la toma de Cominges, un soldado le cortó la cabeza en 585, segun Gregorio de Tours y el cardenal Baronio en sus Anales.—C.

SAGOMARO (S.), confesor. La Orden Benedictina celebra su memoria el 24 de Agosto. Habia llevado su hábito desde su juventud y brillado en ella por sus virtudes y buenos ejemplos, que le merecieron la conmemoracion con que honra su memoria. Humilde novicio, Sagomaro se habia consagrado á todas las prácticas que su religion le impusiera sin murmurar, ántes bien ejecutándolas con gusto, como pequeños dones que ofrecia al Se-

ñor que habia dado su vida por la salvacion del género humano. Los trabajos más rudos y penosos, las ocupaciones más ingratas, las tareas más pesadas y difíciles, todo lo habia ejecutado Sagomaro únicamente por cumplir los preceptos en su regla y ofrecer su óbolo en la Orden á que pertenecia, y á cuya obra, no de un siglo ni de una generacion, contribuyó de esta manera Sagomaro. Hechas sus primeras pruebas profesó este santo monje, y entónces fué cuando tomando nuevos alientos su virtud, comenzó á distinguirse cada vez más, á elevarse sobre sí mismo, á manifestar, en fin, los altos designios para que el Señor le tenia destinado. Era incansable en todo genero de penitencias, sus vigilias y ayunos eran contínuos, sus oraciones ocupaban toda la noche y dia. Mereció así ser recompensado con diferentes dones y gracias que amontonó la Providencia sobre este hijo predilecto suyo, á quien áun en vida veneraba su Orden, y despues de su muerte colocó en el número de sus santos. Grandes son los milagros que de él se refieren, y ciertamente ocuparian un buen lugar de esta obra si á contarlos nos destináramos. Empero prescindiendo de ellos, dirémos como un docto é ilustrado Padre de la Compañía de Jesus, que harto milagro es una vida entera pasada en la abnegacion y en todo género de sacrificios, consagrada á la penitencia, á la caridad, y al ejercicio y prácticas de todas las virtudes, sin que se espere otra recompensa que un premio en la otra vida, pues en esta solo se piensa en hacer y obrar bien amontonando tesoros para aquella. Tal fué la de Sagomaro, glorioso héroe de la religion Benedictina, celebrado en sus anales y en sus altares, y cuya memoria ha quedado á la posteridad, no por sus grandes hazañas, ni brillantes hechos de armas, sino porque fué justo y humilde de corazon.—S. B.

SAGRADOS Corazones de Jesus y de María. Véanse Santos Sagrados Corazones.

SAGRAMEÑA (Mtro. Fr. Antonio), religioso calzado del Orden de nuestra Señora del Cármen. Solo sé de este sujeto, que por sus letras y virtud mereció los mayores empleos de su religion, y los aplausos de todos por su cristiana elocuencia. Fué provincial de la provincia de Castilla, y calificador de la suprema Inquisicion. Escribió y dió á la prensa varios sermones, de que he visto el que dijo á la beatificacion de S. Francisco Javier, en el colegio de la Compañía de Avila; impreso en Madrid, 1620, en 4.°—A. y B.

SAGREDO (Fr. Alfonso). El ilustrado Amat en sus *Escritores catalanes* nos da noticia de este religioso, diciéndonos que fué monje converso del célebre monasterio de nuestra Señora de Monserrat en Cataluña, de cuyo principado debemos creer fuese natural, puesto que le coloca en su obra. Tambien hace mencion de él el famoso bibliógrafo español Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Hispana*, á la página 35 del tomo I; pero ninguno de los dos

escritores nos da más noticias de su persona que la de la clase á que perteneció, contentándose con decir con respecto á su inteligencia, que fué autor de una obra titulada: *Floresta espiritual*, cuyo libro dicen se conservaba manuscrito en sus tiempos en la Biblioteca Olivarense. — C.

SAGREDO (D. Fr. Hernando Nuñez), mercenario y obispo de Nicaragua. Fué natural del monasterio de la Redilla, pueblo distante una legua de Búrgos, siendo sus padres Martin Nuñez y Catalina Ruiz. Tomó el hábito en el convento de Mercenarios de Búrgos, donde profesó é hizo sus estudios en el colegio que su religion tenia en Salamanca. Fué lector de teología en los conventos de Toledo, Alcalá y Valladolid. Obtuvo los destinos de calificador del Santo Oficio en la Inquisicion de Cuenca y del consejo de la Suprema. Fué ministro de los conventos de Sta. María del Campo, Segura, Cuenca y Burgos, y provincial y vicario general de la provincia de Castilla, por muerte del bienaventurado Simon de Rojas, confesor de la reina doña Isabel de Borbon. El rey D. Felipe IV le presentó para el obispado de Nicaragua en 1.° de Enero de 1633. Hizo el juramento de fe en manos del Ilmo. Sr. D. César Mosini, nuncio de Su Santidad en 14 de Enero del mismo año, pasando luego á su Iglesia, donde fué consagrado por el obispo de Honduras D. Fr. Luis de Cañizares. Cumplió dignamente sus obligaciones como buen pastor, y llenando, como era justo, las obligaciones de su mitra. Murió en 31 de Mayo de 1639.—M. B.

SAGRIPANTI (Cárlos María.) Fué este Cardenal noble romano sobrino del cardenal José Sagripanti y oriundo de Narni. Nació el dia 11 de Setiembre de 1689. Obteniendo de Clemente XI la coadjutoría de su padre como abogado consistorial en Noviembre de 1718, fué nombrado por el mismo Pontífice uno de los miembros de la Signatura en Febrero de 1721 en el que tambien le hizo gracia de capellan de la cámara pontificia. Habiendo desempeñado estos cargos con dignidad y valor, el Sacro Colegio le eligió tesorero general en la sede vacante de 1730, despues de haber relevado de este empleo al prelado genovés Negroni. Clemente XII le confirmó en la tesorería. Como tal tesorero publicó un libro titulado: *Raccolta, rinnovazione é dichiarazione de bandi, ordini e provisioni in diversi tempi emanati sopra le dogani generali di Roma;* en cuya obra recogió todos los documentos sobre la materia que se hallaban esparcidos en hojas volantes y en varias publicaciones; el Papa aprobó esta publicacion por medio de una carta autógrafa muy honrosa para Sagripanti. Despues de haber desempeñado durante diez años la tesorería con suma integridad é inteligencia, en 30 de Setiembre de 1739 Clemente XII le creó cardenal diácono de Sta. María in Aquiro, inscribiéndole en las congregaciones de los Ritos, la Propaganda, Concilio, Buen Gobierno, Inmunidad y otras. El papa Benedicto XIV le pasó á la clase de

sacerdote con el título de Sta. Anastasia, y le nombró obispo de Frascati en 12 de Enero de 1756. Contribuyó á la eleccion de los papas Clemente XIII y Clemente XIV, y en el cónclave en que se eligió á este, fué señalado entre los reputados dignos de la tiara. Murió este Cardenal en Narni el dia 4 de Diciembre de 1758, á los sesenta y nueve años de edad, y fué sepultado en la catedral en la capilla dedicada á la beata Lucía de Narni, en la que se hallaba el sepulcro de sus antepasados, pero sin memoria fúnebre segun asegura Cardella. Fué protector de la ciudad de Sezze, de la academia de Teología, de la congregacion de Monte Vírgen y de la de S. Ivo, del Colegio Griego y de otros, de la hermandad del Santísimo Sacramento en S. Francisco de Paula, del Santo Crucifijo en S. Marcelo, de S. Angel en Borgo, de Sta. Agueda de los tejedores, de Sta. María del Socorro, de S. Julian de las Misiones, de la compañía de Sta. Isabel, y de la de los Almacenistas de vino, segun se ve en la pág. 107 de las *Noticias de Roma*, á las que se refiere Moroni en su biografía.—C.

SAGUNTINO (Nicolás), llamado así por ser natural de la villa de Murviedro, situada en donde estuvo antiguamente la fidelísima Sagunto. Que hubiese sido de Murviedro lo conjetura por el apellido D. Nicolás Antonio, pero Gaspar Escolano absolutamente lo afirma. Fué canonista célebre, y sumamente perito en las lenguas griega y latina. Trasladado á Roma, admiraron tanto su despejo, destreza y prontitud de ingenio, que le mandaron pasar á Florencia al concilio general que se habia congregado de órden del pontífice Eugenio IV en el año de 1438, y se concluyó en el de 1442. Allí sirvió de intérprete en las disputas que hubo entre los Padres griegos y latinos, hasta que se convino la union de ambas iglesias, y como dice Eneas Silvio, ó Pio II, de quien es lo sobredicho, se adquirió nombre famoso é ilustre. Parece que aún vivia en el año de 1469, como se infiere de sus obras. Tradujo del idioma griego al latino en el de 1469, como dice D. Nicolás Antonio, la obra *De Re Militari*, de Onossandro, filósofo antiguo, que su autor intituló: *Strategum, sive de Optimo Imperatore, atque ejus Officio*, y dedicó á Q. Varannio. La traduccion se halla manuscrita, segun atestigua el citado D. Nicolás, en la biblioteca del Escorial. Tambien se hace memoria de ella en la biblioteca de Gesnero, y se supone impresa, no en Valencia, como trasladó D. Francisco Ortí, sino en Venecia y Basilea, por Roberto Vinter, juntamente con otra obra de Vegecio sobre el mismo asunto. *Derecho que tiene la Iglesia Romana al reino de Nápoles*. Esta obra se atribuye al Saguntino en el manuscrito de Onofre Esquerdo, de *Ingenios valencianos*, pero nada se dice de impresion. Se ignora completamente el año ni el lugar de su fallecimiento, y todas las demás particularidades de su vida, lo cual arguye un notable descuido en sus contemporáneos, descuido que hemos te-

nido que lamentar al ocuparnos de muchos de nuestros compatriotas.—A. L.

SAHAG I, patriarca X de Armenia. Fué hijo de S. Nerseo que habia obtenido la misma dignidad. Descendia en la sexta generacion de S. Gregorio, apóstol de la Armenia, por lo cual pertenecia á la raza real de los Arsacidas, no á la rama que entónces reinaba en Armenia, sino á otra venida de Persia en el reinado de Cosroes, ó sea Khosron I. Su madre fué griega é hija de un personaje distinguido llamado Appian. Mucho ántes de ser elevado á la dignidad patriarcal, Sahag se habia adquirido alta reputacion de sabiduría y santidad. Su austéra vida y el poder de su elocuencia le atrajeron un gran número de discípulos, que le acompañaban y secundaban en las predicaciones que contínuamente hacia en las principales ciudades de Armenia, razon por la que, con asentimiento general del pueblo y del clero, Armenio fué investido con la primera dignidad sacerdotal de su patria el año 390, que corresponde al tercero del reinado de Khosron III. Tenia entónces Sahag unos cuarenta y cinco años, pues que su padre Neries, era ya viudo cuando fué elevado al trono patriarcal que ocupó durante treinta y cinco años, y habia muerto hacia más de diez años, cuando su hijo sucedió á Asbonrages. Sahag era tambien viudo hacia mucho tiempo. Su mujer Santonkhd, hija del príncipe Mamigonian Vartan, que vivió poco tiempo con él, solo le dejó una hija llamada Anounch, la cual casó con Hamazasb, de la raza de los mamigonianos, de suerte que Sahag fué el último vástago varon de la raza Soureniana, que se originaba de los Arsacidas de Persia, y la que hacia más de un siglo se hallaba en disposicion de dar patriarcas á Armenia. Estaba entónces gobernado este reino por un príncipe que debiendo su corona al rey de Persia, se encontraba en cierto modo subyugado á este soberano; empero este yugo empezaba á pesarle demasiado, y trataba en secreto asegurarse de que le socorreria el emperador Arcadio para librarse de una dependencia demasiado humillante. Deseando elevar al trono patriarcal á Sahag, no tomó para ello las órdenes del rey de Persia, é irritándose este por su falta de deferencia, envió á Armenia un ejército para castigar la rebelion de Khosron. Vendido este por los dinastas armenios y abandonado por Arcadius, no pudo resistir á los persas, y tuvo que ceder á la fuerza. Privado de la corona, al cabo de un reinado de cinco años, fué conducido prisionero con muchos de sus fieles súbditos á Persia, en donde se le encerró en la fortaleza de Oublien en la Susiana. Su hermano Urhan Schabouh ó Bahram-Schapour fué colocado en el trono, pero el enojo del rey de Persia no alcanzó á Sahag, el que léjos de ser despojado de su silla, obtuvo la estimacion de este monarca, al que pidió para su yerno Hamazash la dignidad de condestable de Armenia, vacante por muerte de Sahag, príncipe de los pagratidas, y de cuyo empleo no se atrevió á investirle el nuevo soberano de

Armenia. Este no fué el único favor que le concedió el rey de Persia. La raza de Camsar y la familia de los Amadannienses, que fueron los que más zelo habian manifestado para defender la independencia de su patria, fueron reintegrados en sus posesiones á peticion de Sahag. La raza de los mamigonianos fué colocada por un acto real en el quinto rango de los príncipes armenios, influencia que debia Sahag á su ilustre orígen y al poder que su familia habia tenido antiguamente en Persia. A esto se debió en gran parte que el alfabeto que corria entre los armenios se pusiese en uso, operacion que aunque aparentemente literaria, tuvo por resultado separar para siempre á los armenios de otras naciones del Oriente, hacer de ellos un pueblo distinguido y afirmarlos en la religion cristiana, proscribiendo el uso de todos los caractéres alfabéticos extraños esparcidos por el país y destinados á escribir los libros de los idólatras ó de los sectarios de Zoroastro. En la ejecucion de esta importantísima medida fué secundado Sahag por S. Mesrobo, su coadjutor en todas sus empresas literarias y religiosas. Hasta esta época se habian servido los armenios para escribir su lengua de caractéres griegos ó siriacos; pero desde las desolaciones y persecuciones que habian tenido lugar unos treinta años ántes por el príncipe Ardzronienno Méroujan, prevalecieron los últimos caractéres. Como eran bastante incómodos y expresaban mal los sonidos de los armenios, por cuya razon eran poco conocidos del pueblo, era muy difícil hacer que se propagase la instruccion en esta nacion, y que progresasen las verdades de la religion cristiana, Sahag se ocupó al momento en hacer escribir con los nuevos caractéres todos los libros útiles y en que se compusiesen otros muchos. A esta operacion debemos la conservacion de la lengua y de la literatura armenia, que sin esto hubiera acabado por confundirse con la de los persas ó con la de los sirienses. A ella se debe tambien el que se haya distinguido de una manera particular la nacion y la Iglesia de Armenia, y que haya conservado su independencia política, perpetuándose hasta nosotros. El rey Bahram-Schahpour secundó con todo su poder los esfuerzos del patriarca, y despues de la muerte de este príncipe, ocurrida el año 415 de nuestra era, Sahag hizo un viaje á Persia, y se dirigió á la córte de Iezdedjerd I, para pedirle restableciese sobre el trono de Armenia á su antiguo rey Khosron, hermano de Bahram-Schapour, que continuaba preso en aquel país, pues que el último príncipe solo habia dejado un hijo de edad de diez años, que por esta corta edad no podia reinar por sí mismo. Cedió Iezdedjerd á las súplicas del patriarca y se restableció á Khosron, pero no disfrutó este soberano mucho de la bondad del monarca persa, pues que murió al cabo de un año, quedando otra vez la Armenia sin rey. Al propio tiempo perdió Sahag á su yerno Hamazasbo, condestable del reino, y la pena que la muerte de éste le causó, impidió á Sahag volver á

Persia para defender en esta corte los intereses de sus compatriotas y los de la raza real de los Arsacidas. Colocó Iezdedjerd sobre el trono de Armenia á su hijo Schapour, y despues de reinar cuatro años este soberano extrangero, pereció en Persia, en una batalla que fué á dar á su hermano Bahram V, al que disputó la herencia paterna. Durante tres años quedó la Armenia sin rey y entregada completamente á la anarquía. Sahag, su nieto Vartan, príncipe de los Mamigonianos y Mesrobo, se retiraron á la Armenia griega, donde se acogieron á la proteccion del emperador Teodosio *el Jóven*. Durante este destierro, Sahag y los discípulos que le habian acompañado, se ocuparon en instruir á los armenios de esta parte del imperio romano, esparciendo entre ellos el conocimiento del nuevo alfabeto. Despues de permanecer largo tiempo en este país, los príncipes armenios, fatigados de las guerras civiles que destrozaban á su patria, le enviaron una embajada para manifestarle, que convencido el rey de Persia que no podia sostener la Armenia bajo su dependencia, si no la concedia un soberano particular, consentia en la paz. Invitado el patriarca á ir á servir de mediador á su patria dejó Sahag en la Armenia griega sus nietos Hamaiag y Hamazashian para que terminasen la obra que él habia empezado, y volvió al país de Ararad, en donde de concierto con los grandes hombres de estado, envió á Persia á Sempad, príncipe de Pagratidas, y á Vartan Mamigoniano. Hecha la paz, Bahram V les dió por rey á Azdaches, hijo de Bahram-Schabpour, de seis años de edad. Al subir al trono el niño rey, tomó el nombre de Ardaschir para complacer al rey de Persia, y bajo el reinado de este príncipe, bien funesto por otra parte para Armenia, terminó Sahag la obra que habia empezado bajo el de Bahram-Schabpour, dotando á su patria de literatura propia. Mesrobo, secundado por sus discípulos, habia ya traducido la Biblia entera en armenio de órden del santo Patriarca. El zelo de éste no se detuvo en esto; quiso perfeccionar sus obras, y esparció por la Armenia el conocimiento de la lengua y literatura griega. José de Baghin y Eznig fueron enviados á Edesa para recoger manuscritos griegos, y no tardaron en ir á Constantinopla con el propio fin. Poco despues fueron seguidos por Leoncio, Goriun, Juan de Acilisene y Ardsan, los que permanecieron allí mucho tiempo, y el año 434 volvieron á Armenia trayendo á su patria las actas del concilio de Efeso en 431 contra los nestorianos y cartas de Proclus, patriarca de Constantinopla, dirigidas á Sahag el Armenio. Durante la ausencia de los expresados, Armenia habia perdido su independencia; el jóven rey Ardaschir se habia hecho tan odioso á los dinastas armenios, que estos no cesaban de animar contra él al patriarca, queriendo empeñarle á que fuese con ellos á Persia para acusar á su soberano; pero Sahag, previendo las funestas consecuencias que atraeria su marcha, se negó constantemente á

ello. Excitados los príncipes por un ambicioso sacerdote llamado Sormag Ardsaketsi, fueron solos á Persia y acusaron al rey y al patriarca de haberse afiliado al partido de los romanos. En vano pretendió el rey de Persia Bahram y su ministro Souren, de la sangre de los Arsacidas, obligar á Sahag á acusar á su soberano, por lo que irritado Bahram, destronando á Ardarchir, le hizo prisionero, reuniendo sus posesiones al dominio real de Persia. Despojó á Sahag de su dignidad episcopal, le confiscó los bienes, puso en su silla al traidor Sormag, y mandó un marzban ó comandante de frontera, llamado Veh-Mihir-Schah-pouhr, á Armenia, para que la gobernase en su nombre: de este modo se destruyó la monarquía arsacida en Armenia el año 429 de nuestra era. No fué de larga duracion la usurpacion de Sormag; al año de su patriarcado, como intruso, cayó en desgracia de los príncipes del pais, y se vió obligado á descender de su silla, contentándose con el obispado de Pesnonnia que le concedió el rey de Persia, y cierto siriense, llamado Barkischoi, fué investido de la dignidad patriarcal. Las vejaciones y desórdenes de este intruso indignaron de tal modo á los armenios, que al cabo de tres años obtuvieron su expulsion, el año 434. Agitada la Armenia de violentas convulsiones intestinas, todos los partidos enviaron sus diputados cerca del rey de Persia. Vateché, príncipe ardzronniano, y Hmaiag, príncipe Aschots, pidieron un nuevo patriarca; y Madjein, príncipe de Abaonni, y Sbantarad, arsacida de la raza de Caussar, solicitaron el restablecimiento de Sahag. Anatolius, jefe de la milicia de Oriente por Teodosio *el Jóven*, pidió al ménos que gobernase este personaje la Armenia griega; y en fin, los obispos de Armenia, á cuyo frente se puso S. Mesrobo, reclamaron tambien á su antiguo jefe espiritual. A fin de contentar en alguna manera á los demandantes, consintió Bahram en que Sagah volviese á Armenia, devolviéndole una parte de sus posesiones; pero confirió la dignidad patriarcal á otro siriense, llamado Samuel, al que se obligó á Sahag á subordinarse. Vartan y otros príncipes fueron tambien restablecidos en sus soberanías. Luego que Sahag volvió á su patria, emprendió de nuevo el curso de sus trabajos interrumpidos por su destierro, ocupándose sin tregua en esparcir más y más las ciencias y conocimientos de los griegos entre sus compatriotas. Seguramente que los grandes esfuerzos que hizo para separar irrevocablemente á los armenios de los persas, aficionándolos más á la religion cristiana, y acercándolos á otros pueblos cristianos, fueron siempre mal vistos por el rey de Persia, todo lo cual se reconoce en los discursos de Moisés de Kóren en su *Historia de Armenia*. Sahag mandó un cierto número de sus discípulos á estudiar entre los romanos la lengua griega á fin de procurarse los tesoros literarios que faltaban á su patria, y entre ellos fué uno el expresado Moisés Khoren. Es-

tos discípulos fueron primero á Edesa, despues á Jerusalen, y por último á Alejandría, en donde permanecieron mucho tiempo. Desde esta ciudad pasaron á Roma, despues á Atenas, y luego á Constantinopla, desde cuya ciudad se volvieron á Armenia, adonde llegaron despues de la muerte de S. Sahag y de S. Mesrobo. Despues de haberse visto obligado á vivir cinco años bajo las órdenes de Samuel, fué restablecido en 439 á la muerte de éste en su patriarcado, con consentimiento de todos los príncipes armenios y beneplácito del rey de Persia. Gobernó en esta dignidad aún tres años la iglesia de Armenia, y murió en una edad muy avanzada en el segundo año del reinado de Iezdedjerd II, segun el Calendario armenio, el dia 30 de Navasarti, que correspondia entónces al 7 de Setiembre del año 441; habiendo sido por espacio de cincuenta años el verdadero patriarca de Armenia. Tuvo por sucesor á José, y se le atribuye la composicion del *Ritual*, que aún se halla en uso en la iglesia armenia. Parécenos deber seguir dando razon en este mismo artículo de los patriarcas del mismo nombre que hubo en Armenia, siguiendo en esto al biógrafo Saint-Martin. — C.

SAHAG II. Nació este patriarca armenio en Onghga, provincia de Hark, de la Armenia Courda. Fué nombrado patriarca el año 510 despues de la muerte del patriarca Monsché, y murió á los cinco años, en 515 de Jesucristo, teniendo por sucesor á Cristobal II. — C.

SAHAG III, natural de Arkonnaschen, en el canton de Dsoraphon, de la Armenia Septentrional; era obispo de Rhodog, ciudad de la Armenia Persa, en donde disfrutaba de una gran reputacion de santidad. Fué elegido patriarca el año 677, despues de la muerte de su antecesor Israel. En el año 693, un tal Abd-Allah, á quien el califa habia conferido el gobierno de la Armenia, entró en este país con un poderoso ejército y se hizo dueño de Tovin, que era su capital, en donde fijó su residencia, y habiendo logrado atraerse la confianza de los príncipes armenios y venir á su lado, los aprisionó, y cargados de cadenas los envió á Damasco en union del patriarca Sahag III, quedando la Armenia sin pastor, y presa de las devastaciones de los árabes. Diez años cautivo estuvo el patriarca Sahag en Damasco, y dándole libertad al cabo de ellos para que volviese á su patria, murió en el camino en Hannau de la Mesopotamia. Su libertad no fué por generosidad de los árabes, sino porque el gobernador musulman de Armenia creyó que la presencia de este santo personaje era indispensable para la tranquilidad del país. Dejó Sahag III una grande opinion de santidad, y se le atribuyen muchos milagros. Fué patriarca por espacio de veintiseis años y seis meses, y le sucedió en la silla un tal Elic. — C.

SAHAG IV DE KARHIN. Fué sobrino del patriarca Melchisedec, y se apoderó del trono patriarcal por abdicacion de su tio el año 624, separando á

Moisés, que habia sido nombrado por el clero armenio. Partió Sahag á Persia á pedir al rey Schah-Abbas la confirmacion de la dignidad que habia usurpado; pero como le hicieran la contra los partidarios de su adversario, pasó muchos años en Persia sin lograr su designio, y se volvió á Armenia, en donde no pudo sostener sus pretensiones, pues que el aborrecimiento que le tenia el pueblo y el clero le obligaron á retirarse á Van el año 1629, en el que fué consagrado patriarca en Edchmiadzin el expresado Moisés. No abandonó Sahag por esto sus pretensiones, y logrando se le reconociese en la Armenia persiana, trató de conservar bajo su dependencia la parte de Armenia sometida á los otomanos, en cuyo proyecto le sostuvieron los patriarcas armenios de Lis y de Constantinopla, que obtuvieron para él una órden del sultan Mourad IV. Partió Sahag al instante para Amid, en donde se hallaba entónces el gran visir, al que queria interesar á su favor. Los armenios de esta ciudad eran partidarios de Moisés, y á fuerza de dinero obtuvieron del ministro la expulsion de Sahag. Retiróse éste á la Georgia, en donde estuvo algunos años, y volvió á Edchmiadzin á la muerte de Moisés, ocurrida en 1633, y en esta ciudad murió en la mayor miseria el año 1639.—C.

SAHAG V, apellidado Ahakin ó *el Admirable*, habia nacido en el canton de Geghi, en las fronteras de la Mesopotamia. Ocupaba la dignidad metropolitana de Arzroum el año 1737 cuando se eligió patriarca á Lázaro de Djahong, obispo de Smirna, con el que tuvo grandes disputas, y habiendo sido éste lanzado de su silla en 1748, Sahag fué enviado á Edchmiadzin con otro vartavied llamado Pedro Kuthun para tomar parte en los actos de la eleccion, en la que al fin fué elegido patriarca; pero como rehusase admitir esta dignidad, se eligió á Pedro, que murió á los diez meses, con cuyo motivo se restableció á Lázaro. Este tuvo aún dos sucesores, Minas y Alejandro II, y hasta 1755, despues de la muerte de este último, no fué patriarca Sahag V. Hallábase hacia veintiun mes en Constantinopla, y no se apresuraba á ir á ponerse al frente de un clero tan dividido por las intrigas de su coadjutor Santiago de Schausaky, que no cesaba de llamarle á la Armenia persa. Se dirigió á Azroun para estar más próximo de Edchmiadzin, pero nada pudo obligarle á pasar de allí, porque no queria mezclarse en los escandalosos debates que agitaban, hacia más de un siglo, la residencia patriarcal. Irritado por su tardanza el clero armenio, tomó la resolucion de deponerle en 1759, y se le dió por sucesor á Santiago Schamakhy. Poco despues murió Sahag en Azroun, habiendo llevado el título de patriarca durante cuatro años y cinco meses, sin haber ejercido el cargo sino por medio de delegado.—C.

SAHAGUN (V. P. Fr. Antonio), religioso franciscano, natural probablemente del lugar que indica su apellido. Tomó el hábito en el convento de

Salamanca entrado ya el siglo XVI, donde se distinguió mucho por sus virtudes y ejemplos; consagrado á los estudios hizo los mayores progresos, manifestando hallarse dotado de una capacidad no comun y de un ingenio á toda prueba. Así apénas hubo terminado su carrera, le nombraron sus superiores maestro de novicios, cargo que desempeñó durante un largo período con los mejores resultados, pues á sus buenas dotes literarias reunia, como ya hemos dicho, una extraordinaria virtud, distinguiéndose por su oracion y humildad, en que era extremado. Pudo, pues, formar excelentes discípulos que le honraron en vida y muerte, y dieron testimonio de sus buenas cualidades. Consumado en toda clase de santos ejercicios y lleno de méritos por sus buenas obras, entregó el alma á su Criador en 21 de Marzo de 1553, dia en que le celebra su Orden, por haber dejado grande fama de santidad y conservarse todavía la tradicion de sus grandes prendas en la mencionada provincia de Santiago. —S. B.

SAHAGUN (Fr. Bernardino de), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia, pasó á la de Méjico, donde escribió diversas obras, entre las que encontramos citadas las siguientes: *Arte ó gramática de la lengua mejicana*; *Vocabulario de la lengua mejicana*, doce volúmenes. — *Vocabulario de las lenguas latina, española y mejicana*; *Psalmos ó canciones en el mismo idioma, para que los indios con la suavidad del metro, se aficionen y den alabanzas á Dios y á sus santos, cuando canten en sus fiestas, y juntamente reprueben los ritos de sus dioses falsos.* — *Sermones varios para las fiestas de todo el año.* — *Postillas de todos los Evangelios de las dominicas.* — *Vida de S. Bernardino de Sena*, traducida al idioma mejicano, y otros muchos tratados que no llegaron á ver la luz pública, escritos todos para la enseñanza de aquel nuevo reino. —S. B.

SAHAGUN (Fr. Juan de), religioso de la órden de S. Agustin, llamado por otro nombre Fr. Juan de S. Facundo. Nació en la villa de Sahagun, en tierra de Campos, en 11 de Junio de 1429. Desde su infancia manifestó que habia venido al mundo para cosas grandes, porque se le concedió el Señor milagrosamente á sus padres, y eran tales sus cualidades, que llamaban la atencion de todos, y apénas hubo avanzado un poco en edad, manifestaba los dones del Espíritu Santo que adornaban su espíritu. Reuniase á otros jóvenes de su edad, y subido en una piedra ó poyo les predicaba con un calor y zelo muy superior á sus años, y les reprendia por sus vicios y animaba á seguir la virtud. Fué ordenado de sacerdote por el obispo D. Alonso de Cartagena, que conociendo sus buenas cualidades, le nombró canónigo de su cabildo, pero renunciando esta dignidad, pasó á Salamanca, donde ejerció el cargo de los llamados capellanes interiores en el colegio de S. Bartolomé, dándose desde luego á conocer por su grande perfeccion. El tiempo

que estuvo en el siglo le empleó todo en predicar, para lo que le dió el Señor las más extraordinarias cualidades, obteniendo de consiguiente extraordinario fruto, no solo por su elocuencia, sino tambien por los buenos ejemplos que daba con su vida y costumbres. Llegado á la edad de treinta y dos años, tomó el hábito de religioso en la órden de S. Agustin, la vigilia del mismo santo, en el convento de Salamanca, año de 1463, y profesó el año siguiente. Vivió como quince años en religion, en la cual fué tan observante como humilde, caritativo y penitente, observando con el mayor rigor la regla y estatutos de la Orden, por lo que merece los mayores elogios. Fué, dice el P. Marieta, espejo de religiosos, siendo todo su ejercicio predicar y reprender los vicios, y con tanta libertad hacia esto, observando sin embargo los miramientos propios del tiempo y lugar, que nunca temió la muerte ni ningun otro peligro, aunque estuvo expuesto á algunos, porque la seguridad de la vida limpia y conciencia sana, puede muy bien reprender lo malo y esperar con seguridad el premio en la muerte. Despues de haber hecho grande fruto con su predicacion en la ciudad de Salamanca, y haber establecido la paz y amistad entre los bandos que habia entre los caballeros de aquella ciudad y tierra, y despues de haber hecho nuestro Señor muchos milagros en su vida, le quiso llevar á darle el premio de sus obras el dia del apóstol S. Bartolomé, año de 1478. Estaba en este tiempo, dice el P. Marieta, la ciudad y toda la tierra de Salamanca necesitada de agua, y aunque hacian procesiones y plegarias no por esto llovia, y el dia que murió el santo Fray Juan, llovió abundantísimamente; y así como viese el pueblo que era muerto el santo Fr. Juan de Sahagun, luego á grandes voces decian, que S. Juan les habia enviado el agua. Fué tanto el concurso de gente que acudió para hallarse en su entierro, y el ánsia que pusieron por verlo, que en todo aquel dia no lo pudieron enterrar, así tomaban pedazos de su hábito y de las demás ropas. Parece que su sepulcro fué honrado con gran número de milagros, por lo que se le edificó una capilla, siendo muy venerado por todo el pueblo de Salamanca, que deseoso de canonizarle, hizo una procesion pública al efecto, y envió el proceso á Roma, sin que hasta el presente haya podido conseguirlo. —S. B.

SAHARAIM, hijo de Oza y padre de Jobab, de Sebia, de Mosa etc. Era de la tribu de Benjamin. I, Par. VIII, 8. —S. B.

SAHONA (F. Angel de), religioso capuchino de la provincia de Bolonia, citado entre los autores que se han ocupado de los elogios de la Virgen, pues tierno y afectuoso devoto de esta Señora, la consagró constantemente su pluma para aumentar su culto y veneracion. Nacido bajo el hermoso cielo de Italia, país de la poesía y de la inspiracion, Sahona obró constantemente conforme á todo lo que veia y le rodeaba, y sus palabras y obras se encaminaron

al objeto que era más popular entre sus conciudadanos. No por eso merece ménos elogios su empresa, pues aunque favoreciese la tendencia general, y la favoreciese hasta cierto punto, procuraba mejorarla, corregirla, establecerla dentro de ciertos límites para librarla del abuso y la supersticion que suele acompañar á todas las ideas populares. Sus obras, tan sencillas como tiernas, merecieron por lo tanto la aceptacion popular, y por mucho tiempo se han leido en Italia con fruto y placer, pues representaban uno de los tipos más amados de aquel pueblo tan sencillo, tan noble y candoroso. Solo esta circunstancia se conoce de la vida de este modesto capuchino, y ella basta para el lugar que le damos en esta obra, como muchos autores le han colocado en sus bibliotecas, donde se lee su nombre con aprecio y respeto. S. B.

SAILER (Juan Miguel). Nació en Aresing, en 17 de Noviembre de 1751, sin que hayamos podido averiguar cosa alguna acerca de su familia, y por consiguiente tampoco acerca de su posicion y medios. La educacion elemental y áun las humanidades las estudió en su pueblo con muchísimo provecho, y con el mismo estudió filosofía en la universidad de Landshut. Cuando acabó la filosofía, luchó algun tanto acerca de la carrera que emprenderia; él estaba muy decidido por el estado eclesiástico; pero encontraba algunas dificultades; sin embargo, despues de meditarlo bien, halló que las dificultades podria superarlas, y se resolvió á estudiar sagrada teología, y la estudió en efecto con gran provecho, tanto que apénas concluyó los años académicos, sus mismos profesores le instaron grandemente para que recibiera el grado de doctor, en cuyos ejercicios estuvo brillantísimo, y apénas recibido de doctor, le obligaron á que se opusiese á una cátedra que habia vacante, cuya cátedra logró, no por favor, sino por rigurosa justicia, pues fué sin disputa el mejor de los que se presentaron á oposicion, que fueron bastantes en número, y todos muy aventajados. Encargado de su cátedra, la desempeñó con tal éxito, que no eran solo los estudiantes á quienes obligaba los que concurrian á sus explicaciones, sino que muchos que tenian su carrera concluida, algunos doctores y tal cual catedrático venian á oirlo, porque estaban seguros de que no perderian el tiempo, pues parecia imposible, y nadie acertaba á darse razon de cómo un jóven de pocos años como él era habia podido adquirir la copia de conocimientos que mostraba, sin hacerse cargo de que á un talento poco comun, agregaba una aplicacion constante y una delicadeza suma, que le hacia creerse obligado á llegar hasta lo sumo, para el provecho de los demás, pues de no hacerlo así, de modo alguno se lograba el objeto, que era dar á todos y á cada uno la instruccion conveniente para que llegasen á penetrarse de la materia que se discutia científicamente. Al mismo tiempo que concluia sus estudios ántes de doctorarse,

fué llamado por el obispo y requerido acerca de su vocacion al estado eclesiástico, y como le encontrára muy decidido y que por sus circunstancias particulares podria ser muy útil á la Iglesia, le ordenó á título de suficiencia, encomendándole desde luego el ejercicio de los ministerios de confesar y predicar, que desempeñaba muy á satisfaccion del prelado casi desde los primeros dias de su ordenacion; así es que nunca le sobraba tiempo, y el que tenia de más, lo empleaba ó en estudiar, de lo cual no se cansó nunca, ó en escribir, que á su pluma se debieron obras que le habrian inmortalizado, si por otros conceptos no hubiese sido acreedor á perpétuo recuerdo. El zelo con que ejercia su ministerio, y el deseo que el obispo tenia de utilizar los importantes servicios que Sailer podia prestarle, fueron sin duda el motivo por el cual, en cuanto tuvo ocasion, le nombró canónigo de Ratisbona, teniendo por consiguiente que dejar la cátedra de Landshut, con sentimiento general de todos, pues tanto entre sus compañeros, cuanto con sus discípulos y con el pueblo todo, habia adquirido simpatías, y esto, es claro, motivaba el que el disgusto por su ausencia fuera mucho mayor, que si solo hubiera sido uno de esos hombres de mérito con quienes es imposible tratar, porque no se prestan á las relaciones sociales. Sailer era muy afable y por carácter amigo de hacer bien á cuantos le necesitaban; por cuyo motivo, y como no escaseaba el prodigar los beneficios que estaban á su alcance, todos sentian perderle, unos por el afecto que le profesaban, y otros por la falta que habia de hacerles. Nombrado canónigo y tomada posesion de su prebenda, comenzó desde luego á ser objeto de las simpatías de todos por su carácter bondadoso, y porque nunca se negó á hacer en favor de cualquiera cuanto estuviera de su parte para complacerle, así es que puede decirse que era el recurso á que apelaban todos sus compañeros en todas las ocasiones en que por cualquier motivo tenian que hacer algun cambio en los servicios ó en las demás atenciones de su destino. El cabildo en cuerpo conocia tambien perfectamente los méritos de este excelente sugeto, y por lo mismo que en él admiraba gran capacidad, mucha prudencia y otras dotes que hacian esperar el mejor éxito en cualquiera empresa que tomase á su cargo, le confiaban los más delicados asuntos, y como á todos ellos pudo dar una resolucion plenamente satisfactoria, acrecentaban cada dia la confianza que en él tuvieron desde luego, y se le hicieron nuevos encargos, porque se veia su feliz éxito en todo y por todo. Por mucho tiempo estuvo ocupándose en su ministerio con la mayor asiduidad y además en todas las cosas que le encomendaba su cabildo, y conquistando el aprecio de todos, porque todos veian su actividad, su zelo, su entusiasmo por dar feliz término á las cosas que se ponian á su cargo; así es que con ocasion de haber de nombrarse un obispo auxiliar que ayudára al de Ratisbona en el desempeño de su ministe-



BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

rio, se pensó en Sailes, el cual fué propuesto y aprobado sin dificultad ninguna, dándole el título de obispo de Germanicópolis (*in partibus infidelium.*) Desde que fné obispo auxiliar puede decirse que no descansó un momento, ocupado constantemente en la santa visita y en administrar á los fieles el sacramento de la confirmacion; si algun tiempo le quedaba, lo empleaba en dar á los párrocos y demás eclesiásticos ejercicios espirituales, de los cuales logró muchísimo fruto, aprovechándose en gran manera de las excelentes dotes que como orador poseia, y de que hacia uso para atraerlos y luego inculcarles las eternas verdades, que no solo sacan de su letargo á los que ilustrados por los estudios que han hecho apénas nccesitan sino el que se les anuncien para convencerse, sino que á los pobres que nada saben, sirven tambien de ayuda para de su misma ignorancia hacerles elevar el conocimiento de Dios. Sumamente satisfechos estaban todos con el obispo auxiliar; es verdad que para el ejercicio de su excelso ministerio, no parecia en verdad que obraba por cuenta ajena, digámoslo así, sino que todo parecia ser cargo suyo, segun el interés y zelo con que desempeñaba los importantes oficios de su difícil cargo; así es que al morir monseñor Welf, que era el obispo propietario, digámoslo así, no se pensó ni por un momento en otro para la silla de Ratisbona sino en nuestro Sailer. Y en verdad que ningun otro nombramiento habria sido tan acertado ni otro prelado, aunque le supusiéramos dotado de las más excelentes cualidades, hubiera podido hacer más en favor de su grey que lo que hizo nuestro Sailer, porque en él se reunian dos ó tres circunstancias muy difíciles de reunir, y por otra parte necesarias, casi indispensables. El clero le estimaba en mucho, y por otra parte le tenia gran respeto, por cuyos motivos era mucho más fácil que él rigiera con acierto la diócesis, por cuanto era secundado en todas sus determinaciones por los que habian de ejecutarlas, y además como tenian todos en él grandísima confianza, sabian su rectitud, conocian que siempre habia de estar al frente para defender sus derechos, para apoyarlos en las mil y mil circunstancias que el roce con las autoridades y otras cosas exigen energía de parte del prelado; ellos se echaban en sus brazos como el niño en los de su padre, y nada temian y no rezelaban de nada, y esta especie de franqueza recíproca, porque el obispo en órden á su clero estaba del mismo modo, hacia que unos y otros se ayudasen mútuamente, y solo se ocupáran todos del mejor desempeño de sus respectivos ministerios. Además hacia muchos años que estaba en Ratisbona, y se habia connaturalizado con sus hábitos, con sus necesidades y hasta con sus exigencias, si cabe la expresion; sabia cómo y por dónde habia de procurar el remedio de las necesidades, cómo habia de tratar á cada cuál, y cuáles eran á su vez los defectos dominantes en su diócesis, así como los medios por donde estos mismos defectos

debian atacarse, y nunca daba golpes en vago, siempre iba, como si dijéramos al blanco, sin titubear y con un éxito casi siempre feliz, y cuando no lo era del todo, él mismo sabia tornarlo de manera que su autoridad quedase en buen lugar, sin que nadie absolutamente ocupára tampoco un lugar ménos decoroso. Aún habia otra circunstancia, y era que el pueblo todo, desde el más alto hasta el más bajo, le estimaban en mucho, y bastaba que él hiciera una indicacion para que sin titubear accedieran todos á ella y secundasen enteramente sus deseos; bien es verdad que debemos examinar el verdadero motivo de esto, y era que jamás se le vió exigir cosa que no fuera provechosa para aquellos á quienes se imponia, y no muy difícil en su ejecucion, ó al ménos si tenia dificultades, él las allanaba de cierta manera presentando las ventajas que de estas dificultades mismas habian de resultar, y haciendo ver que en este miserable mundo el camino de nuestra patria que es el cielo, la llave de nuestro tesoro, que es Dios, ni es ni puede ser otra que la cruz á la cual Cristo Redentor nuestro dió un valor infinito desde que se abrazó á ella, y cuya participacion nos es indispensable si hemos de llegar un dia á la venturosa posesion de este Dios mismo, pues el Señor ha dicho: «Quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz, niéguese á sí mismo y sígame.» Bajo tales auspicios y proyectando siempre y llevando á cabo cuantas mejoras eran posibles, pasó muchos años en su pontificado, sin que nunca se le viera dejar ni por un momento los cuidados á ningun otro, ni lo que es más, excusarse del trabajo por motivos que á la verdad eran fundados, como por ejemplo, su ancianidad, que bien hubiera podido excusarle. El, sin embargo, nunca quiso esta excusa, es verdad que el Señor le favoreció con una robustez grande, pues áun cuando llegó á la avanzada edad de ochenta y un años, el mismo año de su fallecimiento despues de celebrar los oficios de semana santa, sin excusarse de ninguna de las ceremonias que deben hacerse en aquellos dias, fué á visitar dos ó tres pueblecitos comarcanos donde dió á los fieles el pasto espiritual de su doctrina, al mismo tiempo que administraba el santo sacramento de la confirmacion. De regreso á la capital de su diócesis, contrajo en el último tercio de Abril de 1832 una enfermedad que no ofreció cuidado alguno, pues se presentó como una especie de calenturilla que le molestaba poco, pero que insensiblemente le iba destruyendo casi sin que él mismo se apercibiera de ello; así es que los que le rodeaban notaban en él los síntomas de una creciente debilidad, y él, como no era una afeccion aguda, parecia que no sufria, segun que nunca tuvo la menor aprension sobre su mal. Este, sin embargo, se agravó en términos, que á mediados de Mayo del mismo año comenzaron á temer por su vida los facultativos que le asistian, y creyeron prudente entrar en un sistema de curacion más activo; pero fué inútil, los recursos de la ciencia de

curar nada valieron; y el mal se agravó hasta el extremo de hacer inminente en los últimos dias de aquel mes mismo el peligro de muerte del buen prelado. No desconoció él su situacion por más que por esa costumbre tan general como nociva para el espíritu, se trataba de hacerle formar ilusiones sobre que á la mayor brevedad recobraria la salud, así que llamó á los más autorizados de su cabildo para hacerles oportunas advertencias acerca de cómo habian de gobernar la diócesis durante la vacante; despues les pidió y recibió con toda edificacion los santos sacramentos de la Iglesia, exhortando á todos en tan solemne momento á que se portasen cual era debido cada uno en su destino, y oyendo con atencion las plegarias de la Iglesia hasta el último momento de su vida, pues hasta entónces conservó despejados sus sentidos, con el mayor sosiego y con la más perfecta resignacion, sin lamentarse siquiera una vez por dejar este mundo, pasó á mejor vida el dia 30 de dicho Mayo. Su muerte fué tan sentida como apreciado habia sido en vida, y sus honras tan solemnes como merecia su posicion y sus virtudes y méritos, pues no hay duda en que de unas y de otros tenia mucho en que ser admirado, y el mundo, aunque obcecado con sus fatales preocupaciones, sabe muchas veces hacer justicia al verdadero mérito, como lo hizo en la presente ocasion con el esclarecido prelado de Ratisbona, monseñor Juan Miguel de Sailer. Hemos todavía de considerarle como escritor, y en tal concepto tambien ha de llamar mucho nuestra atencion. En primer lugar conste que escribió mucho, pues hay publicista que asegura que pasan de ciento treinta las obras que salieron de su pluma, contando como tales los folletos y áun algunas disertaciones que se publicaron en diversas ocasiones, ya en periódicos, ya en revistas, ya en enciclopedias; nosotros dejarémos que sobre esto digan lo que les parezca los que tienen motivo para saberlo, y solo nos harémos cargo de las que indudablemente son suyas y como tales publicadas por él mismo. En primer lugar citarémos los *Sermones sobre diferentes asuntos*, que publicó en Winkellofer y que fueron recibidos con extraordinario aplauso por contener doctrina muy abundante y muy católica, y sobre todo un órden en la exposicion de las materias, que si bien era algun tanto extraño por lo original, tenia la ventaja de que reducido á otro estilo podia servir para que se predicára por otros el mismo asunto con gran lucimiento y sin la menor dificultad. Publicó tambien un escrito *Sur l'Esprit et la force de la liturgie catholique* y muchas otras obras que no pudieron ser por nadie tachadas, puesto que en ningun sentido admitian tacha. Mas como, segun hemos dicho, escribió algunas veces para periódicos, y se sabe que este género de literatura va siempre á la ligera, en sus artículos hay algunas inexactitudes, más algunos errores, los cuales él apénas hubo percibido retractó con ingenuidad en las columnas

mismas de los periódicos donde aquellos salieron, y por si esto no bastaba, en un preciosísimo folleto, que es la síntesis de todos sus conocimientos y como su obra maestra, que tituló *J. M. Sailer de scipso*, y que aunque escrito en latin fué traducido en muchas lenguas. Por todo esto adquirió crédito como escritor el obispo monseñor Sailer.—G. R.

SAILLE (Desiderio de), gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen, natural de Tolon, prior de Tolosa, fué elevado hallándose ausente á la dignidad de gran maestre. Su edad avanzada no le permitió llegar á Malta, pues murió el dia 28 de Setiembre de 1536 en Montpellier. Durante su corto gobierno, Airadino, príncipe de Tagiora, hizo una inútil tentativa contra Trípoli, miéntras que Botiglia, general de las galeras de la Orden, arrebató á aquel príncipe la torre del Alcaide, que habia hecho construir enfrente de dicha plaza para tenerla sujeta. Algunos autores llaman á este gran maestre de Malta Desiderio de S. Jaille. Le sucedió el aragonés Juan de Omedes.—S. B.

SAILLIUS (Tomás). Nació en Bruselas y floreció en el siglo XVI. Hecho sacerdote, fué nombrado canónigo de la santa iglesia colegial de Furnes en la Flandes, y despues de la catedral de Arras. Deseando vivir con mayor humildad y apartarse más del mundo, abrazó en 1580 el instituto de S. Ignacio de Loyola y tomó el hábito en el convento de los jesuitas de Roma. Luego que acabó su noviciado, se le agregó al P. Antonio Possevin para que acompañase á este hombre célebre á Moscovia. Fué á Rusia con este motivo, pero no acomodándose bien su salud con los aires de este país, cayó enfermo, y por disposicion de los médicos se volvió á Flandes. Poco despues de su regreso, Alejandro Farnesio, duque de Parma, que á la sazon mandaba el ejército del rey católico en Flandes, le nombró su confesor. Tambien fué encargado el P. Saillius de confesar á los oficiales y á los soldados, y llegó esto á cansarle tanto, á pesar de su buena voluntad, que cayó enfermo diversas veces. Despues fué nombrado rector del colegio de Bruselas, cuyo empleo desempeñó por espacio de cinco años, y por último murió en esta ciudad el dia 8 de Marzo de 1623, á los setenta años de edad. El P. Saillius se distinguió como escritor y fué autor de las siguientes obras: *Litanniæ vitæ et passionis Domini cum officio passionis*; Amberes, 1588: esta obra, que escribió para el ejército, ha sido reimpresa varias veces.—*Thesaurus precum meditationem*, con una apología de la obra anterior; Bruselas, 1598, y Amberes 1609.—*Narratio expedionis serenissimi Alberti Archiducis ad Abianum*; Bruselas, 1597.—*Legatio Francisci de Mendosa, almirantii Aragoniæ, ad Cæsarem, Poloniæ regem, et Ferdinandum Archiducem*; Bruselas, 1598. *Epistola ad Serenissimum Rainutium, Parmæ et Placentiæ ducem, de morte Alexandri Farnesii, ducis Parmæ*: el P. Saillius solo es editor de esta colec-

cion.—*Casas de conciencia ó medios de bien vivir y bien morir, y remedios para los obstáculos que pueden oponerse á esto;* obra publicada en flamenco en Bruselas en 1620.—En la misma lengua escribió las siguientes obras: *Respuesta á las cuestiones de controversia entre los católicos y los herejes*; Amberes, 1611. *Exhortacion católica dirigida á los herejes y apología de esta obra contra Abraham Coster;* 1619, en 4.°—*El Cristiano verídico ó el verdadero Cristiano*; Amberes, 1611; Bruselas, nueva edicion corregida y aumentada, 1616. Tambien escribió en francés el P. Saillius las siguientes obras: *Instruction et practique du soldat chrétien*; Amberes, 1590, en 12.°—*Disposition testamentaire et codicile du soldat chrétien*; Lovaina, 1622, en 8.° El que desee más noticias de este piadoso jesuita puede consultar el tomo II de la *Biblioteca belga* de Valerio Andrés, edicion de 1739, en 4.°—C.

SAINCTES (Claudio de). Este célebre controversista del siglo XVI nació en la Perche en 1525. A los quince años tomó el hábito de canónigos regulares de S. Agustin en el monasterio de S. Cheron, cerca de Chartres. Habia tenido una educacion muy descuidada hasta entónces, pero sus superiores le enviaron al colegio de Navarra, en donde hizo rápidos progresos en las lenguas y en la santa Escritura. Recibido doctor en teología, se le encargó de la direccion de una parroquia, pero no tardó en llamársele á Paris para ponerle al frente del colegio de Boissi. Su erudicion y el talento que manifestó para la controversia, fueron causa de que se le emplease en el famoso Coloqui de Poissy, y poco tiempo despues fué diputado por la universidad de París, con Simon Vigor, al concilio de Trento, en el que se señaló en diversas circunstancias. A su vuelta del concilio publicó algunos escritos en defensa de la fe católica, y empeñó muchas luchas contra los discípulos de Calvino, de las que salió siempre triunfante. La proteccion del cardenal de Lorena le hizo obtener en 1575 el obispado de Evreux, y al año siguiente asistió á los estados de Blois, en los que dió pruebas de su capacidad. Ocupado sin cesar en librar á su diócesis de los nuevos errores, celebró frecuentes reuniones con este objeto, y publicó ediciones corregidas de los libros de la Iglesia, porque las fábulas piadosas que los desfiguraban ervian de pretexto á las burlescas objeciones de los protestantes. En su zelo ntra los novadores, llegó hasta sostener que debia volverse á bautizar á los volvian de nuevo á entrar en el seno de la Iglesia; pero el papa Pio V rohibió enseñar esta errada opinion, de la que se apresuró á retractarse. 581 se halló en el concilio de Rouen, cuyas actas hizo publicar en la- en francés. Habiendo abrazado el partido de la liga, vendió el palacio obispos de Evreux en el arrabal de S. Antonio, para dar su producto eciosos, si bien en la historia de Evreux se dice que hizo esta venta venir á la miseria de los pobres y necesidades de su diócesis, lo que

muy bien pudo ser así, áun cuando la *Galia cristiana* haya consignado aquella opinion. Dice su biógrafo Mr. Weis, que contribuyó mucho á sublevar su diócesis contra la autoridad real. Tomada que fué la ciudad de Evreux en 1591 por el mariscal de Biron, el prelado Sainctes huyó á Lonvieres, pero fué arrestado de órden de Enrique IV y conducido á Caen, en donde celebraba sus juicios el parlamento de Normandía. Instruida solemnemente su causa, y convencido de haber aprobado la muerte de Enrique III y de haber enseñado que era permitido matar á su sucesor, fué condenado á muerte, pero suplicando en su favor el cardenal de Borbon, conmutó el rey esta pena por la de prision perpétua. Llevado al castillo de Crevecœur, murió en él al cabo de dos meses, de miseria segun unos autores, y envenenado segun otros. Sus restos fueron trasportados mucho tiempo despues á Evreux é inhumados en el mes de Setiembre de 1596 en el coro de la catedral, bajo un sepulcro decoroso, en el que se colocó un epitafio de que hace mencion la *Galia cristiana* en el tomo XI. Entre las obras que escribió este prelado las principales son las siguientes: *Liturgiæ sive Misæ SS. Petrum, Jacobi Apostoli, Basilii Magni, Joanes Chrisostomi; de ritu Misæ et Eucharistiæ;* Paris, 1560, en fólio. Esta coleccion de las liturgias antiguas está en griego y en latin; fué publicada en latin en Amberes en 1560 en 8.°, y ambas colecciones son ya bastante raras.—*Déclaration d'aucuns atheismes de la doctrine de Calvin et Beze contre les premiers fondements de la chretienté;* Paris, 1567, en 8.°, ya raro.—*Discours sur le saccagement des églises catholiques par les heretiques anciens et nouveaux calvinistes*, en 1562.—*Traité de l'ancien naturel du François en la réligion chretienne*; Id. 1567, en 8.°—*Traité de l'Eucharistie* en latin *(De rebus Eucharistiæ controversis libri decem;* id. 1575 en fólio, obra que se consulta ya poco porque se han escrito otras mejores. *Bref avertissement de Mr. l'Eveque d'Evreux à ses diocesains, contre un pretendu arret donné à Caen le 28 Mars dernier, par lequel il appert de l'introduction et etablissement en France du schisme, herésie et tirannie d'Anglaterre, etc.*; Paris, 1591, en 8.° Se lee en este libro que es heregía juzgar loable en un cura el admitir á los sacramentos á los parciales del Navarnes. Pueden consultarse sobre este prelado el *Diccionario de Bayle*, la *Historia de Evreux*, por Le Brasseur, y la *Biblioteca histórica de Francia*.—C.

SAINER (Fr. Antonio). Fué hijo de Madrid, pero no se conserva vestigio alguno de su familia, así es que no puede determinarse si fué rico ó pobre, noble ó plebeyo, lo que es indudable es que su capacidad fué nada comun, y su virtud semejante ó muy adecuada por lo ménos á su capacidad. Desde su más tierna edad mostró inclinacion á la Iglesia, y no como quiera al estado secular, donde hubiese podido lograr por sus merecimientos altos puestos y dignidades muy estimables y honrosas, sino á la observancia regular, donde

únicamente podia prometerse pobreza suma y la más estricta sujecion. Los ermitaños de S. Agustin fueron los que merecieron su predileccion, ingresando en la casa, que bajo el nombre de primera de la provincia de Castilla, tenian en las afueras de la villa y corte de Madrid, en el paseo llamado de Recoletos, sin duda por estar allí la casa de estos siervos del Señor. Desde el principio se dejó conocer cuán buen religioso sería este Padre, por la verdadera alegría con que recibió el santo hábito y por la docilidad con que seguia, no solo los preceptos, sino hasta los consejos de su santa regla, y lo que es más, las piadosas costumbres que en aquella casa existian por tradicion acreditada de unos á otros. Su noviciado, por lo tanto, admiró no solo á sus maestros, sino áun á aquellos más aventajados en la virtud, y más acostumbrados á ver sugetos que sabian corresponder al llamamiento de Dios; así que al llegar el tiempo en que los religiosos habian de decidir por su voto si Antonio Sainer podia ó no entrar á formar parte de aquella venerable comunidad, ni un solo voto le fué desfavorable, ántes al contrario, por unanimidad convinieron todos en que sería muy útil á la religion agustiniana, como que habia de ser uno de sus ornamentos en esta casa, donde á la verdad hubo sugetos de mérito muy relevante. Su profesion, por lo tanto, como se hacia á gusto de todos, se verificó con extraordinaria suntuosidad, prestándose á cumplir los ministerios necesarios los Padres más respetables de la casa, y sintiendo no tomar una parte más activa aquellos que no era posible que hiciesen sino asistir como hermanos y espectadores. Apénas, pues, hubo profesado, cuando se le dedicó al estudio profundo de las ciencias sagradas, porque para él desmostraba desde luego muchísima disposicion; estudió sagrada teología con toda la extension que entónces era posible, y bajo la direccion de maestros los más acreditados, pues no solo echaron mano de los que la casa tenia, sino que se buscó tambien á los más hábiles de los otros conventos de Madrid, y así pudo Sainer salir un teólogo de los mejores de sus dias. Cuando hubo terminado su carrera, porque ántes no fué posible hacerle consentir en ello, fué ordenado de sacerdote, y se dedicó desde luego al ejercicio del ministerio importante de la predicacion con un éxito el más favorable posible, y esto no podia ménos de suceder, porque á su grande erudicion y ciencia unia un exquisito y delicado gusto para escoger las pruebas, argumentos y asuntos sobre que debia ejercitar su elocuencia, y esta era persuasiva, al par que agradable y sencilla, por cuyo motivo cuantos le oian una vez se prendaban de él, querian oirle de nuevo, y de esta suerte arbitraba él recursos para atraer á todos al conocimiento y confesion de la verdadera fe, no porque por fortuna suya hubiera de habérselas con infieles, sino porque muchas veces tenia que lidiar con impíos, que sin embargo de su impiedad se reducian dóciles á la obediencia y al cumplimiento

de sus deseos, justos siempre y siempre razonables. Si es en el confesonario, tampoco pueden referirse los triunfos que logró; parecia materialmente que Dios le inspiraba las preguntas que tenia que hacer, los remedios que tenia que proponer á sus penitentes para que enmendáran sus defectos, y sabia tratar con tal dulzura áun á los pecadores más endurecidos, que no habia uno que se le acercára que no quedase plenamente satisfecho, y por consiguiente muy contento. Grandes hubieran sido los frutos que se hubiesen logrado, si Sainer hubiera estado exclusivamente dedicado al púlpito y confesonario; pero era preciso ocuparle en otra cosa que podia reportar aún mayores beneficios, y que exigia conocimientos mucho más especiales, además de que los Agustinos contaban tambien con otros varios sugetos tan á propósito como el P. Antonio para predicar y confesar, y que no valian como él para lo que á él destinaron, que fué la enseñanza. Efectivamente, apénas le oyeron en cátedra unos cuantos dias, que ya los estudios se vieron frecuentados por jóvenes que auguraban una era de prosperidad para la ciencia en la religion de los ermitaños de S. Agustin; debido este crédito que logró casi desde el primer dia, á dos circunstancias, ninguna de ellas despreciable; primero, á que explicaba con mucho órden y claridad, sin permitir confusion ni omitir cosa alguna que de saberse fuera; y segundo, á que iba á cátedra sin pretensiones de ningun género, y sin otra idea que proporcionar á sus discípulos los medios adecuados para vencer todas las dificultades que se presentan en el estudio, ya porque se va, digámoslo así, á oscuras en la ciencia, ya tambien porque la dificultad misma de las cosas precisa el que uno que ya venció esta dificultad la allane para los que le siguen, con lo cual logran superarlas tambien ellos. En vista del feliz éxito que se logró en Castilla bajo la direccion escolástica de este acreditado profesor, pareció á su sagrada religion conveniente mandarle á Portugal para que allí hiciera lo propio que habia hecho en Madrid, y con efecto, léjos de salir ilusorias las esperanzas que acerca de este eminente varon se concibieron, sobrepujaron con mucho los resultados á lo que se esperaba áun por aquellos mismos que habian formado más decidido empeño para que fuera. Muy contento él en su nuevo cargo, como lo habia estado ántes en Madrid, y muy satisfechos todos porque con tanto acierto lo desempeñaba, se hallaban uno y otros, cuando los acontecimientos de 1640 vinieron á turbar la paz de aquel importante reino. Es verdad que en nada se metió nuestro P. Sainer; pero como las revoluciones ni respetan sugetos ni áun institutos, por venerandos que ellos sean, es lo cierto que el Padre fué expulsado despues de habérsele causado vejámenes de consideracion, y tuvo que regresar á España y se fijó en Zaragoza. Verdad es que esto, que puede considerarse como un percance para él, fué una ventaja para la literatura, porque apénas se acli-

mató en la capital de Aragon, escribió su magnífica *Historia del levantamiento de Portugal*, que será siempre admirada por la imparcialidad con que se refieren todos y cada uno de los sucesos. En Zaragoza, y apreciado de todos cuantos le conocian, como lo habia sido en Madrid y en Portugal, pasó los últimos años de su vida, no ocioso, porque ni un momento podia estarlo, sino ocupado en el ejercicio de su ministerio sacerdotal y de enseñanza con tanta asiduidad como en sus juveniles dias. Su muerte fué tan sentida como merecian lo fuesen sus excelentes dotes y relevantes prendas; sus honras suntuosas y muy concurridas, y su memoria imperecedera, tanto por sus acciones como por la preciosa obra de que hemos hecho mencion. — G. R.

SAINET (Martin). Fué del país de Ange-Pierre-Huc, cerca de Caen, hijo de una familia muy distinguida, aunque protestante; dotado de un ingenio muy claro y de bastante aplicacion. Aunque practicaba las prescripciones de la pretendida reforma, no obraba con aquella satisfaccion que lleva consigo la conviccion de que lo que se hace es lo único bueno en su línea, así es que teniendo sus rezelos consultaba, inquiria y estudiaba, ansioso de hallar la verdad. Tuvo la gran fortuna de encontrar un varon piadoso catequista, que por entónces hacia en Caen prodigiosas conversiones, y fué tambien convertido nuestro Sainet, cooperando mucho al logro de este para él tan importante resultado la circunstancia de convertirse entónces tambien el célebre Juan, llamado el *Sabio*, que abjuró sus errores el mismo dia que nuestro Sainet, y tambien por las acertadísimas indicaciones del mismo catequista. Grande fué el contento que Sainet tuvo luego que se vió en el camino que conduce á la dicha verdadera, y como prueba de ello puede aducirse la fidelidad con que cumplió con todos sus deberes de cristiano despues de convertido, en cuya exacta observancia perseveró hasta los últimos momentos de su vida, en que protestó nuevamente la fe católica.— G. R.

SAINT-ADON (Francisco Picard le), doctor de Sorbona, nació en el Rouerge, y llegó á ser dean del cabildo Real de Sta. Cruz de Etampes, era un eclesiástico piadoso y sabio, á quien miraba con mucha estimacion el arzobispo de Sens, Mr. Languet. Murió en 1775. Escribió además de algunos opúsculos ascéticos: *Historia seguida y completa de la Pasion de Jesucristo;* Paris, 1758, en 12.°—*Historia seguida, y cronológica de los viajes de Jesucristo*, 1740, en 12.°— *Historia de los viajes de S. Pablo y de sus compañeros*; 1742, en 12.°— *Recopilacion de las verdades prácticas relativas al dogma de la moral*; 1754, en 12.° — *Verdades sensibles de la religion; Máximas de un filósofo cristiano.— Gemidos de un jóven solitario sobre los desórdenes de la mayor parte de los cristianos*; estos tres opúsculos se han reunido en un solo volúmen; Paris, 1768, en 12.° — *Tratado de los medios de reconocer la ver-*

*dad en la Sagrada Escritura;* 1759, obra que Mr. Languet recomendó en una pastoral á sus diocesanos por su mucha erudicion. —S. B.

SAINT-ALARG (Paulina de). Esta señorita, que procedia de una de las más distinguidas familias de Francia, fué educada en el protestantismo, cuyo error conoció desde que su razon comenzó á esclarecerse. Apénas hubo visto cuán equivocados estaban sus padres en seguir una secta que precisamente llevaba á la perdicion, resolvió el abrazar ella el cristianismo, donde veia el único camino que conduce al bienestar verdadero, porque es la sola doctrina que puede dar la paz al corazon. No vaciló en manifestar á sus padres sus deseos de hacerse católica; mas esta sincera manifestacion suya fué motivo de que tuviera sérios disgustos, pues no querian sus padres que renunciase á las tradiciones de sus mayores, en las cuales ellos creian encontrar el más ilustre de sus timbres. Su lamentable ceguera excitaba la más viva compasion en la inocente jóven que hubiera deseado, en verdad, áun á costa de los mayores sacrificios por su parte, esclarecer aquellas obcecadas mentes y hacer venir á sus padres al conocimiento de la verdad. Mas ya que esto la fué imposible, no quiso privarse ella de la gracia que habia de causarle su conversion á Dios, ni defraudar, por consiguiente, el especial auxilio con que su Divina Majestad se dignaba favorecerla; así es que se fué á París, pues residia en una casa de campo de la propiedad de sus padres, como á una legua de la capital, buscó quien acabára de instruirla en algunas cosas acerca de las cuales se la ofrecian dudas y dificultades para ella insuperables, y tuvo la fortuna de acercarse al respetable Sr. Carron, el cual en muy poco tiempo la puso en situacion de hacer la formal abjuracion de sus errores é ingresar en el gremio de los verdaderos fieles. Hizo, en efecto, su protesta de fe con tal ternura, devocion y fervor, que áun á los más tibios alentaba á la virtud, y practicó esta con tal esmero, que era la admiracion de cuantos podian hacerse cargo de sus adelantos. Mucho trabajó despues de convertida ella para proporcionar igual dicha á sus hermanos y padres, pero no quiso Dios por el pronto concederla esta gracia, aunque se cree que lo lográra despues; ella perseveró en la buena vida que habia emprendido, dió mucho consuelo á sus directores espirituales con su conducta ejemplar, y acabó santamente su vida con inequívocas pruebas de haber aprovechado la gracia que el Señor la hizo. — G. R.

SAINT-ALBAN (Probo de). Era irlandés de nacion. Abandonó su país como tantos otros compatriotas suyos de aquel siglo, y pasó bajo el dominio de los reyes franceses. Eligió por lugar de su retiro la abadía de Saint-Alban en Maguncia, donde terminó sus dias. Sus principales ocupaciones, que invertian todo su tiempo, fueron el estudio y el cuidado de trabajar en la salvacion de los demás, así como en la suya propia, lo que hacia con

una caridad que le constituia en todo para todos, á fin de ganar á todos para Jesucristo. Se hallaba revestido del carácter del sacerdocio, ya le hubiese recibido ántes de pasar el mar, ya le hubiesen elevado á él despues. Aunque hombre piadoso, leia sin escrúpulo los mejores autores de la antigüedad, Ciceron, Virgilio y los demás. Su amigo Lope de Furerieres parece reconvenirle, sin embargo, porque llevaba demasiado léjos la estimacion que tenia á estos autores profanos. El estudio de Probo no era un estudio estéril y meramente especulativo. Se servia de él para escribir sobre tantos asuntos diferentes, que se hubiese dicho que tenia designio de no dejar á los demás en qué ejercitar su pluma. No puede decirse detalladamente cuál era la multiplicidad de asuntos que ocupaban á Probo en su retiro. Unicamente se nos refiere que consagraba algun tiempo á la poesía satírica, más bien como arma para hacer guerra al vicio, á fin de inspirar horror hácia él, que para desacreditar á las personas y hacerlas odiosas. Los anales de Fulda, que hablan de Probo como de un hombre que con la pureza de su doctrina y la santidad de sus discursos habia ilustrado la iglesia de Maguncia, ponen su muerte en 26 de Mayo de 899. De todos los escritos que han podido salir de la pluma de este grande hombre, solo existe hoy la *Vida de S. Patricio*, apóstol de Irlanda, que se encuentra entre las obras del venerable Beda. Se halla dividida en dos libros; el primero de los cuales contiene la vida del Santo, y el otro la relacion de sus milagros. El autor se nombra efectivamente Probo y se da por irlandés, lo que parece convenir muy bien al personaje de que nos ocupamos. Sin embargo, se puede dudar legítimamente que sea esta obra suya. Hay muchas probabilidades de que es de un escritor desorientado, que ha procurado dar salida así á sus preocupaciones decorándose de un nombre tan respetable. Da lugar á esta suposicion, que su pretendida historia no es más que un tejido de prodigios, más maravillosos unos que otros, en que no se ha observado ninguna regla de verosimilitud. Es tan mala, para decirlo de una vez, que los continuadores de Bolando no la han creido digna de ocupar un puesto en su grande coleccion. Tillemont no ha pensado más ventajosamente acerca de ella.—S. B.

SAINT-AMAND (Gilberto de), clérigo en un principio, fué elevado á la dignidad de sacerdote, y á la de dean de la iglesia de S. Andrés, la tercera de las que formaban el monasterio de Elnone ó de Saint-Amand, en la diócesis de Tournai. Esta iglesia se hallaba servida en su origen por monjes mezclados con clérigos, que fueron despues sus únicos poseedores hasta principios del siglo XIII, en que Inocencio III restableció en ella los monjes. Gilberto disgustado del mundo, le abandonó y se hizo monje en Saint-Amand, donde brilló por su talento, su zelo, su virtud y su saber. Pero nunca fue abad, como lo ha sostenido Casimiro Oudino sin dar la menor prueba. Ya se

habia retirado al claustro en el mes de Febrero de 1066, ó más bien en 1067, en que el monasterio fué reducido á cenizas por un repentino incendio. Se resolvió en su consecuencia que se llevaran por las ciudades y el campo las reliquias de Saint-Amand, á fin de excitar la piedad de los fieles á contribuir al restablecimiento de su monasterio. Esta traslacion circular se verificó al mismo año desde el 4 de Junio hasta el 4 de Julio siguiente. Gilberto fué uno de los monjes que acompañaron á la urna á todos los lugares adonde se llevó, y se puso de este modo en estado de escribir esta relacion, lo que hizo despues efectivamente. Tenia el don de la palabra y talento para el púlpito, cualidades que se hallaban reunidas en su persona á una grande inteligencia de las Sagradas Escrituras, y á una vida mirada como santa. El uso que hizo de ellas para combatir poderosamente los vicios dominantes de su siglo, le adquirió entre el pueblo y entre el clero la reputacion de excelente doctor y orador célebre. Otro escritor casi contemporáneo añade que pasaba en todo el país por un profeta. Tenia tanto crédito, que Radbod, obispo de la diócesis, recurrió á él para decidir al doctor Odon, que fué despues sucesor suyo, á restablecer el monasterio de S. Martin de Tournay, lo que no habia podido conseguir este prelado. Gilberto murió el 7 de Diciembre de 1095, y fué enterrado en un principio en medio de la iglesia de S. Pedro con este epitafio. Su cuerpo fué trasladado despues á la iglesia subterránea de los mártires.

*Hoc* Gislebertus *sub marmore pansat opertus,*
*Dogmata sacra ferens, et* Christo *semper inhærens;*
*Formam pastoris nostris qui gessit in oris,*
*Tandem sublatus tenis, petit astra vocatus.*

Swert, Valerio Andrés, Vosio, Oudino y otros bibliógrafos, que ponen á Gilberto en el número de sus escritores, no se explican claramente acerca de los escritos que le atribuyen. Los unos hablan como si únicamente conocieran uno suyo, y los otros como si hubiera tres ó cuatro; sobre lo que importa hacer las investigaciones necesarias. 1.° Dejó la Historia de la traslacion circular de las reliquias de Saint-Amand por Flandes, Cambrai y parte de la Francia, con la relacion de los milagros que se operaron. Parece que Gilberto la escribió inmediatamente despues del regreso de las reliquias á su iglesia. Nadie era más á propósito que él para salir bien con su empresa. Habia acompañado á las santas reliquias, como se ha dicho, y tenia el suficiente talento para escribir bien. Tambien creyó tener el derecho de protestar de su sinceridad y de su exactitud, de lo que daban testimonio los clérigos, los monjes y los legos instruidos de los mismos sucesos. Los manuscritos pre-

sentan esta obra dividida en cuatro libros, los que se han reducido en las impresiones á cuatro capítulos sin contar con el prefacio. Estos capítulos tampoco son de grande extension. El tercero y el cuarto se hallan escritos, parte en prosa, parte en verso, que no tienen nada que los distinga de los demás poemas de la misma época. Este escrito fué impreso en un principio entre las obras de Felipe de Harving, abad de Buena Esperanza, que se publicaron en 1621. Está muy imperfecto, y viéndole algunos reunido á los de este abad, han tomado de aquí ocasion para atribuírsele; pero es un error evidente, puesto que el mismo texto manifiesta que pertenece á un autor contemporáneo que no era el abad Felipe. Los primeros sucesores de Bolando, despues de revisar esta edicion por dos antiguos manuscritos, reimprimieron la obra completa, á continuacion de las actas de Saint-Amand. El P. Mabillon se ha limitado á publicar algunos estractos elegidos.—2.° Gilberto compuso tambien un poema sobre el incendio de su monasterio, acaecido como se ha observado más arriba en 1067, en el mes de Febrero, y por consecuencia ántes de Pascua. No se puede confundir esta obra razonablemente con la anterior, como parece que lo han hecho algunos. Además de que no se han dicho más que dos palabras incidentalmente, y el lugar en que se habla de ella está en prosa y verso, lo que no llena la idea que nos da de esta composicion un monje de Saint-Amand, cuando dice con este motivo.

*Susceptam querulo* Gilbertus *carmine Cladem*
*Concelebrat, mœstis prosequiturque modis.*

Valerio Andrés hace suponer que habia visto este poema manuscrito, pues nos refiere que se hallaba dividido en cuatro libros y muy bien escrito para aquella época. *Scripsit eleganti carmine*, dice este bibliógrafo, *de incendio Elnonensi, libros IV.* Sin embargo, se mira este poema como perdido.—3.° En tiempo de Sanders existia en la Biblioteca de Saint-Amand un manuscrito que venia á ser un *Comentario* que contenia todas las epístolas de S. Pablo, bajo el nombre de Gilberto, monje de aquel monasterio. El manuscrito lleva el título de *D. M. N. Gilleberti Monachi S. Amandi expositio in omnes epistolas S. Pauli.* Las tres letras iniciales pueden significar *Domini Magistri Nostri*, y manifiestan que este título no es de mano del autor original.—4.° Sanders añade que se conservaba en la misma biblioteca otro manuscrito, en que se hallaban los sermones para todas las festividades del año. No llevaban el nombre de Gilberto, marcándose únicamente que eran produccion de un monje de Saint-Amand, y se descubrian muchas luces y solidez con un gran fondo de piedad y de erudicion. Caractéres todos, que

comparados con las cualidades personales de Gilberto, no dejan casi duda de que fué esta una de sus obras. Los primeros continuadores de Bolando hablan en particular de su sermon sobre Saint-Amand, que habian encontrado suelto en los manuscritos, y de que han publicado las primeras líneas. Aun cuando no formase parte de la coleccion anterior, no se le podria negar razonablemente á nuestro autor, con tanto más motivo, cuanto que la composicion es posterior al monje Milon, y escrita para leerse el dia del natalicio de Saint-Amand, como se leian los escritos de Milon el dia de la elevacion y de la traslacion de su cuerpo. Se lee en los documentos de la abadía de S. Amando que hablan de los escritos de Gilberto, que habia tratado del restablecimiento de esta ilustre abadía. *De reparatione ejusdem cœnobii.* Si esta parte de la historia no se hallase tratada en el poema destinado al incendio del mismo monasterio, seria un escrito particular que aumentaria el número de los de Gilberto.—S. B.

SAINT-AMAND (Goutier de). Este escritor, á quien se confunde con uno de los mejores y más célebres poetas de últimos del siglo XII, que llevaba el mismo nombre, florecia en el siglo anterior. Era monje de Elnone, ó Saint-Amand, en la diócesis de Tournai, y obtuvo alguna reputacion por su ingenio, su saber, y las producciones de su pluma. Una prueba incontestable de que era mucho más antiguo que Goutier, autor del famoso poema intitulado *Ligurinus*, es que Sigeberto, muerto en 1112, le dió un lugar entre los escritores eclesiásticos de que hizo el catálogo. El otro Goutier, por el contrario, no floreció hasta sesenta años despues. Tambien Tritemio, que tuvo ocasion de hablar de los dos, tuvo cuidado de distinguirlos claramente uno de otro. Vossio y algunos otros bibliógrafos modernos han sabido aprovecharse de sus observaciones en este punto. Pero casi todos los demás, en particular Swert, Valerio Andrés y Casimiro Oudino, han caido en la misma confusion. Este último, sin embargo, ha corregido su falta despues. Segun Tritemio, Goutier de Saint-Amand habia comenzado á darse á conocer en 1064, y vivia áun en 1100. Sigeberto, al colocarle al fin de su catálogo, inmediatamente ántes de Ivo de Chartres y de S. Anselmo arzobispo de Cantorbeny, da á entender que vivia aún á principios de este siglo. Parece efectivamente por uno de sus escritos, en que se refiere un suceso acaecido en 1107, que vivió hasta el año siguiente por lo ménos. En cuanto á sus escritos, los que le confunden con el otro Goutier, le atribuyen algunos que no le pertenecen. Hé aquí los que no se le pueden disputar razonablemente. S. Sigeberto, su contemporáneo, asegura que habia escrito en verso las *Actas del martirio de S. Ciriaco.* Tritemio, que hace suponer que habia leido esta obra, atestigua lo mismo, y añade que el nombre de este santo, tal como le expresa Sigeberto, es el que le dan los griegos. Por esta razon

le llama Domingo, que es su equivalente en latin. Puede sin embargo creerse que el título del poema y el texto de la composicion tenian el nombre de Ciriaco. Bolando y sus doctos continuadores han hablado de treinta santos del mismo nombre, y no dicen nada del trabajo de Goutier sobre ninguno de ellos; lo que hace suponer que se ha perdido su poema, quizá irremisiblemente. Otros como Sanders y Auberto Le Mire, tomando á S. Ciriaco por S. Ciro, hijo de Sta. Julita, que es muy diferente, han imaginado que este poema es el mismo que hay sobre S. Ciro. Pero este pertenece á Hucbaldo, monje tambien de Saint-Amand, y anterior en dos siglos á Goutier.—2.° Tritemio le atribuye una vida de Saint-Amand, tambien en verso. Pero los antiguos no han conocido otra vida de este santo en este género, que la que Milon, escritor de la misma abadía, publicó en el siglo IX, de manera que segun todas las apariencias, este bibliógrafo ha cometido aquí graves errores. Todo lo que Goutier ha escrito sobre Saint-Amand, ó al ménos de lo que se tiene conocimiento, es la relacion de los milagros que se operaron por su intercesion en la traslacion circular que se hizo de las reliquias para las necesidades del monasterio, durante la octava de Pentecostés y en los dias siguientes del año 1107. El autor era del número de los que acompañaban las santas reliquias, y fué testigo ocular de casi todos los prodigios que refirió en su relacion. Se halla escrita con piedad, mucha buena fe, una noble sencillez, y un estilo muy conciso. Felipe, abad de Buena-Esperanza, la unió á otros documentos que componen la historia completa de Saint-Amand, de que forma una continuacion natural, y fué desde luego impresa entre las obras de este abad. Bolando y sus colaboradores las revisaron despues por diferentes manuscritos, y reimprimieron el texto de esta edicion, con sus acostumbradas observaciones, en 6 de Febrero. Tritemio atribuye tambien á Goutier las homilías ó sermones pronunciados delante de sus hermanos, y algunas cartas; pero como no dice haberlas visto, deja dudar del fundamento de su anuncio.—S. B.

SAINT AMAND (Hucbaldo de) y tambien Hucboldo, es mirado por Remigio de Auxerre como el doctor más célebre que tuvo Francia á últimos del siglo IX y en los primeros años del siguiente. Era sobrino por parte de madre de Milon, y abrazó como él la profesion monástica en la abadía de Elnona ó Saint-Amand en la diócesis de Tournay. Algunos autores han sostenido que tomó primero el hábito en Saint Bertin, pero esta opinion se halla destituida de todo fundamento, y no puede sostenerse. Con un gran fondo de ingenio, de gusto y de amor á las ciencias, las estudió Hucbaldo bajo la direccion de Milon, moderador de la escuela del monasterio, y llegó en lo sucesivo el nieto á exceder al tio en toda clase de conocimientos. Se pretende, sin probarlo, que habiendo tenido una diferencia Hucbaldo con su

maestro con motivo de un oficio en honor de S. Andrés, se vió obligado á salir de Saint Amand y se retiró á Nevers; que abrió allí una escuela y que habiendo agradado al obispo de la diócesis, le dió grandes muestras de afecto y de confianza. Por último, que este prelado le permitió en la hora de su muerte tomar el cuerpo de S. Ciro, mártir, y llevárselo á su monasterio. Lo seguro es que Hucbaldo pasó de S. Amando á S. German de Auxerre, donde perfeccionó sus estudios bajo la direccion del piadoso y sábio Heircio, en compañía del docto Remigio y de otros condiscípulos de mérito. Con tan buenos elementos Hucbaldo llegó á ser muy en breve uno de los primeros literatos de su época. No solo adquirió un rico tesoro de latinidad, sino tambien todos los conocimientos de filosofía y de las demás bellas artes: *peritia liberalium artium ita insignis*, dice de él Sigeberto de Gemblou, *ut philosophis conferretur*. Si, asegura Ademar de Chavanois, más antiguo que Sigeberto, Hucbaldo y Remigio heredaron toda la ciencia que se admiraba en la persona de su maestro Heircio. Hucbaldo se distinguió en particular por su habilidad en la música, pero no hizo ménos progresos en la teología que en las letras humanas, y casi todos los que revelan su erudicion profana, realzan igualmente su gran fondo de literatura sagrada. A todas estas grandes cualidades reunió otras muchas Hucbaldo, muy propias para sostener dignamente el carácter del sacerdocio, de que se hallaba revestido. Los que le conocieron de trato, hallaban en él toda la gravedad de los antiguos, una probidad más completa, una prudencia y una sabiduría consumadas, que le hacian objeto de admiracion de todas las provincias de las Galias, donde brillaba como una lámpara luminosa, que hacia que se juzgase dichosa la Francia por verse ilustrada por tal doctor; por último, una modestia y una humildad que corrian parejas con su profunda sabiduría y su grande erudicion. Tal era Hucbaldo cuando sucedió á su tio en la direccion de la escuela de Saint Amand, quizá ántes de la muerte de Milon, que acaeció en 872. Esta escuela no se hallaba entónces ménos floreciente que lo habia estado ántes. Habiendo formado Hucbaldo discípulos capaces de reemplazarle, fué á Saint-Bertin á ejercer el mismo empleo. Rodolfo, abad del monasterio, que solo tenia una mediana tintura en las ciencias, se complació mucho en tener á su lado á un hombre tan hábil para instruirse más á fondo. Le reclamó con este objeto, y le obtuvo en 883. Aunque ya de edad, tomó lecciones de Hucbaldo, y por reconocimiento le hizo donacion de una hermosa propiedad en Arras. Pero Hucbaldo, que amaba tanto la pobreza como las demás virtudes, no consintió en la liberalidad de su discípulo más que para tener él mismo ocasion de hacer otra, cediendo la posesion á los monjes de Saint-Bertin. La costumbre de esta clase de regalos de discípulos á maestros, y la libertad que tenian los maestros de disponer de ellos

en favor de quien les parecia bien, era entónces muy comun entre los monjes. Fulco, arzobispo de Reims, formó el designio de restablecer las dos antiguas escuelas de su iglesia, y pensó desde luego en Hucbaldo para ayudarle á ejecutarlo. Le llamó á Reims con Remigio de Auxerre hácia 893, y estos dos grandes hombres se encontraron así colegas despues de haber sido condiscípulos. La renovacion de los estudios que se hizo por su medio en estas escuelas, aumentó el amor á las letras y multiplicó los sábios durante todo el curso del siglo X. La gloria que adquirieron entónces aquellos establecimientos se debe principalmente á nuestros dos profesores. Hucbaldo en particular aumentó allí extraordinariamente su reputacion. Lo que consta por un diploma que obtuvo el arzobispo Fulco, canciller del reino, de Cárlos el Simple. Al fin de este diploma, que está fechado en Reims en 899, se lee que fué concedido á ruegos de Hucbaldo: *impetratum est mediante Hucbaldo Monacho*. Segun todas las apariencias, despues de la muerte de este prelado, que acaeció en el mes de Junio del año siguiente, volvió Hucbaldo á retirarse á la soledad de Saint-Amand. Léense efectivamente en el cartulario de esta abadía dos cartas del año 903, suscritas por un Hucbaldo en calidad de notario, es decir, sin duda canciller de la casa, y no hay razon para distinguir á este Hucbaldo del que forma el objeto de este artículo. La vida de Sta. Rictruda, que compuso en 907, en medio de las agitaciones casi continuas por el temor de los bárbaros, y otras obras que la siguieron, hacen suponer que la principal ocupacion de Hucbaldo fué el estudio y el cuidado de escribir para la posteridad. Vivió hasta la edad de cerca de noventa años, y murió el 20 de Junio, que era domingo. Pero los escritores antiguos y modernos están divididos acerca del año de su muerte. Un cronista de Saint Amand la coloca en 929. Sigeberto, seguido por Alberico de Trois-Fontaines, la pone dos años despues en 931. Juan de Ipres, á quien el P. Mabillon ha preferido en la apariencia á los demás, le remite tambien al año siguiente 932. Sin embargo, la mayor parte de los autores que han tratado esta cuestion la fijan en 970, y es preciso confesar que su opinion es la mejor fundada, porque en este año el 29 de Junio cayó realmente en domingo. Hucbaldo fué enterrado en Saint Amand en la iglesia de S. Pedro, y puesto en la misma sepultura que su tio Milon. Hé aquí dos epitafios de Hucbaldo, en que se podrian notar casi todos los defectos de la poesía de aquel siglo:

I.

*Dormit in hac tumba simplex sine felle Columba*
*Doctor, flos, et honos tam Cleri quam monachorum*
*Hucbaldus, famam cujus per climata mundi*

*Edita Sanctorum modulamina, gestaque clamant,*
*Hic Cyrici membra pretiosa, reperta Nivernis,*
*Nostris invexit oris, scripsitque triumphum.*

II.

*Præcluis orator sudans opobalsama cornu*
*Arebas mellifluus Rhetor super æthera notus,*
*En Hucbalde Pater salve per secla verenter.*
*Tu lampas Monachis, tu flos, et doxa peritis:*
*Te plebs æternum lugens sibi deflet ademtum,*
*Vige juge, Sophista, vale, Theophile care.*
*Ediderat stilo examussim certamen honesto*
*Matris Julitæ, Cirici, prolisque venustæ,*
*Ceu doctor celeber gnavus per cuncta Magister.*
*Laudetur, vigeat, quod quæso legatur, ametur.*
*Hæc quisquis legis, requiem die det Deus illi,*
*Palmam cum superis gestet super astra Choreis*
*Gloria pauper hæc peregit, metra clienter.*

Hucbaldo tenia las mejores relaciones de amistad con la mayor parte de los literatos de su época. Odilon de Saint Medard le habia elegido por censor de sus escritos, como hacia el mismo Hucbaldo á su vez con Odilon. Tenemos dos cartas, una de este último escritor, otra de Pedro, arcediano de la iglesia de Cambrai, llenas ambas de elogios de nuestro autor. Frodoardo, que habia estudiado con sus discípulos, elogia tambien su profundo saber, en particular en las partes más espinosas de la filosofía. Ya se han indicado algunos rasgos de los elogios que le dan Ademar de Chavanois y Sigiberto de Gemblou. Trithemio y los demás modernos que les han seguido, no hacen menos caso de su mérito y de su erudicion. Estos últimos reconocen particularmente en el autor que tenia el talento de escribir con juicio y una política que no era comun en su siglo. No se debe por lo demás confundir á Hucbaldo de Saint Amand, ni con Hucbaldo, monje de Orbais, célebre como él en los escritos de Frodoardo, ni con Hucboldo, clérigo de la iglesia de Lieja, que enseñaba tambien en París á últimos de este siglo. Muy pocos autores hay que hayan trabajado más que Hucbaldo para enriquecer la república de las letras. Parece en efecto que empleó más de sesenta y cinco años, lo que es raro en todos los siglos. Las primeras pruebas se hallan en la duracion de su vida, y las otras se deducen de lo que vamos á decir. Entre los escritos que ha dejado á la posteridad, se encuentran: 1.° Un poema

en elogio de los *Calvos* en versos heróicos, indicado por Sigeberto y muy elogiado por Tritemio. El texto del primero de estos dos bibliógrafos ha engañado á un gran número de escritores, que han supuesto, siguiéndole, que este poema contiene trescientos versos. No tiene sin embargo más que ciento treinta y seis, divididos en doce pequeños capítulos, sin comprender el exordio y la conclusion. El poeta ha afectado en esta composicion no colocar más que palabras que comienzan por una *C*. Afectacion que le ha costado gran trabajo, y cuya utilidad no puede reconocerse. El primer verso del prefacio se halla concebido en estos términos, y se halla repetido al frente de cada capítulo y de la conclusion:

*Carmina clarisona clavis cantare Camenæ.*

Este poema lleva el título de égloga tanto en los manuscritos como en los impresos. Hucbaldo le emprendió para Cárlos el Calvo, á quien le dedica con el título de emperador. En 876 fué cuando le dió la última mano. Ademar de Chabanois y un antiguo poeta de Saint Amand han tomado ocasion de aquí para dar al autor el sobrenombre de Calvo. Es fácil de calcular que una composicion de esta natureleza, en que se trabaja bajo una presion perpétua, no puede tener ni gusto ni belleza, y no es notable más que por su extravagancia sin ejemplo. No se ha dejado de imprimir con frecuencia; hay dos ediciones, hechas en Basilea en 1516 y 1546. Pero el texto del poeta no está completo. Valerio Andrés indica otra edicion de Lovaina, hecha por Gerónimo Wallæus, sin decirnos la fecha. En 1619 se insertó este poema de Hucbaldo en el *Amphiteatrum Sapientiæ Socraticæ*, que se publicó en Hanaw en dos tomos en fólio. Gaspar Barthio le insertó despues en sus *Adversaria*, donde se halla acompañado de algunas notas cortas. Este crítico habla de otra edicion del mismo poema, que habia precedido á la suya en ciento sesenta años. Es preciso por consecuencia que sea del año 1463, puesto que hablaba de ella ántes del año 1624, que es la fecha de la edicion de sus *Adversaria*.—2.° De Hucbaldo hay otro pequeño poema en versos elegíacos, dirigido tambien al emperador Cárlos el Calvo, para suplicarle admitiese bien el poema sobre la sobriedad, que le habia dejado Milon á su muerte, y que tenia el designio de dedicar á este príncipe. Milon no pudo enviársele, aunque le habia concluido y adornado con la Epístola dedicatoria, por lo que lo ejecutó Hucbaldo el mismo año que presentó al referido emperador su poema sobre los *Calvos*.—3.° Se cree que el pequeño epitafio de Milon en cinco versos heróicos pertenece á Hucbaldo. 4.° Lo que ocupaba con más frecuencia á nuestro autor en sus trabajos literarios, era el escribir la historia de muchos santos y componer himnos y oficios en honor suyo. Si su viaje á Nevers es tan exacto como se supone,

es preciso colocar entre sus primeros escritos en este género el que hizo sobre Sta. Cilinia, madre de S. Remigio, obispo de Reims. Su obra está en verso, pero los agiógrafos no han convenido aún acerca de su naturaleza. Meyer, en sus *Anales de Flandes*, año 930, la supone un poema. Los sucesores de Bolando dicen sencillamente que Hucbaldo se encontraba en Nevers hácia el año 860, donde compuso estos cánticos, es decir himnos ó responsorios á Sta. Cilinia, á invitacion del obispo de aquella diócesis. El P. Mabillon dice mucho más, y pretende que habiendo encontrado Hucbaldo esta vida en Nevers la puso en verso. Baillet parece ir más lejos todavía, y suponer que Hucbaldo es el verdadero autor de esta vida en verso, que segun él no vale lo que nos refiere de esta la historia de S. Remigio, hijo suyo. Pero se cree que los sabios Bolandistas, que no han hablado de esta vida más que incidentalmente, nos darán todas las noticias necesarias sobre este asunto, cuando lleguen al 21 del mes de Octubre.—5.° La historia del mártir San Ciro y de Sta. Julita sigue de cerca á la obra anterior, puesto que con motivo de sus reliquias, que Hucbaldo, segun se supone todavía, llevó de Nevers á Saint Amand, se propuso escribirla. El autor, á falta de otros documentos, tomó el argumento de las actas apócrifas de estos santos mártires, lo que hace que su escrito carezca de toda autoridad, aunque haya tenido mucho cuidado en suprimir las fábulas que se leen en el original. Su obra á pesar de sus defectos, no ha dejado de servir de modelo á Felipe Harveng, abad de Bonne Esperance, que no ha hecho en realidad más que copiarla y variar su estilo en lo que ha escrito acerca de estos santos mártires. Mombricio es el único que ha escrito hasta el presente el nombre de nuestro autor.—6.° Cuando Hucbaldo enseñaba en Reims, compuso por invitacion de los monjes de S. Thierri un oficio nocturno en honor de este santo, y le puso en música para que se cantase en la solemnidad de su fiesta. Se nos han conservado dos himnos que formaban parte de este oficio, con la letra que escribió Hucbaldo con este motivo. El P. Mabillon habia publicado ya estas tres composiciones, cuando las imprimieron á su vez los continuadores de Bolando en 1.° de Julio. En ellas no se descubre nada digno de observacion sino algunos rasgos de piedad. Como el autor solo habia pedido oraciones en recompensa de su trabajo, dirigio su atencion á marcar al fin de la carta las que deseaba que se hicieran por él durante su vida y despues de su muerte.—7.° La vida de Sta. Rictruda, primera abadesa de Marchienes, habia desaparecido en los saqueos de los normandos, y las religiosas de este monasterio invitaron á Hucbaldo á escribir otra nueva. Le proporcionaron con este objeto todas las memorias sobre la historia de la Santa que pudieron descubrir, y Hucbaldo por su parte se dirigió á personas instruidas y dignas de fe para recoger lo que se sabia por tradicion. Con estos

medios emprendió la obra, y la envió tan pronto como estuvo terminada, á Esteban, obispo de Lieja, suplicándole la revisase y corrigiese. Pero Esteban solo le recomendó que la diese su nombre, lo que por modestia no habia querido hacer el autor, y que marcase el año en que la habia compuesto. Prudente precaucion que sería de desear que hubieran tomado todos los autores, con lo que nos hubiéramos excusado muchas dudas y nos hallariamos más en estado de apreciar sus obras. Hucbaldo, sensible á la opinion de Esteban, nos refiere que terminó su escrito en 907. Hacia entónces, no doscientos diez y nueve años, como calculan Baillet y el P. Lelong, sino solo doscientos diez años, que habia muerto Sta. Rictruda. El autor ha logrado darnos una historia que ha merecido los elogios de Baronio y de los críticos que le han sucedido, tanto por su sinceridad como por su fidelidad y la naturalidad con que refiere las cosas. No carece por lo demás de defectos, en particular en lo relativo á la cronología. Estas faltas en verdad podrian provenir tambien de los copistas, lo mismo que del autor original. Algunos de los editores observan con este motivo que la mayor parte de las fechas marcadas en los impresos no se leen en todos los manuscritos. Hucbaldo adopta en su escrito la opinion comun de los historiadores de los siglos VIII y IX, con relacion al orígen de los franceses, que hacen descender de los troyanos. Su tio fué el primero que la publicó, pero cambiando en mal hora el estilo bajo el falso pretexto de que era oscuro y demasiado sencillo. El P. Mabillon, que la publicó despues de Surio, la devolvió á su primera integridad por medio de un antiguo manuscrito de la abadia de Marchiennes. Los sucesores de Bolando han dado tambien otra edicion revisada por la anterior, y coleccionada tambien con otros muchos manuscritos. Ambas ediciones son muy apreciables, tanto por la exactitud del texto como por las sabias observaciones de que está ilustrada. Juan, monje de Saint Amand en el siglo XI, creyó este escrito bastante interesante para tomarse el trabajo de ponerle en verso.—8.° Ya hemos anunciado que Hucbaldo habia trabajado en la vida de Sta. Aldegonda, abadesa de Maubeuge, muerta en 684. No tuvo el propio motivo para emprender la de que aquí se trata, puesto que habia entónces dos leyendas de esta santa; una de un autor contemporáneo, otra que se habia escrito un siglo ó siglo y medio despues. Lo que parece más verosímil sobre este asunto es que la grande reputacion que tenia Hucbaldo, hacia suponer á las religiosas de Maubeuge, que compondria mejor que los dos autores precedentes la historia de su santa fundadora. Con esta esperanza le invitaron á hacerlo. Sin embargo, lo mejor que hay en la obra de Hucbaldo está sacado de la del primer autor. No ha hecho en realidad más que dar un nuevo giro y algunas veces poner en órden diferente lo que ha tomado, sin nombrar ni indicar la fuente de donde ha tomado los hechos que refiere. Al frente se

lee una epístola dedicatoria á las religiosas que habian recurrido á su pluma. Las encarga mucho observen la division de capítulos que ha establecido, en el caso de que se multipliquen los ejemplares de su obra. No la ha dado su nombre como á la historia de Sta. Rictruda; pero los editores no dudan que le pertenece. No habiéndola encontrado todavía sino cuando imprimió su *mes de Enero*, donde debia encontrarse, por haber muerto Sta. Aldegonda el 20 de este mes, la puso en el 13 de Noviembre, dia en que se celebra una de sus traslaciones. Pero en las ediciones posteriores se ha tenido cuidado de colocarla en el dia de su muerte. Los Bolandos la han impreso en el mismo dia, á continuacion de las que han hecho sobre el mismo asunto los dos primeros historiadores de la santa. El P. Mabillon no ha creido deber hacerle el mismo honor, y se ha limitado á insertar algunos trozos en sus notas al autor más antiguo, que es el que se proponia dar á luz. Bolando ha unido á la obra de Hucbaldo la de un monge de Sain-Guilain sobre la misma santa abadesa. Pero este escrito, que es del siglo XI, no nos refiere nada que no se encuentre en los otros tres, que habian tratado anteriormente el mismo asunto. La noticia que se da aquí de este escrito debe bastar, y no se volverá á tratar de él en lo sucesivo.—9.° El escrito de Hucbaldo que ha recibido mayores elogios, y que los merece en realidad, es la vida de S. Lebwin ó Libwin, sacerdote inglés y apóstol del pais de Qwer-Issel, muerto en 776. Baillet supone que el autor la escribió con motivo de la traslacion de las reliquias del santo, hecha por Baldrich, obispo de Utrech. Pero Hucbaldo no dice una sola palabra acerca de este punto y no habla de otra traslacion más que la de la que hizo S. Ludger un siglo ántes que Baldric, con la que termina su obra. Sábese sin embargo por otra version, que la dedicó á este último prelado, que sucedió en 918 á S. Rodbod. De manera que hacia por lo menos ciento cuarenta y dos años que habia muerto S. Lebwin cuando se propuso Hucbaldo componer su vida. No nos refiere de dónde ha tomado los acontecimientos con que la adorna, pero la manera de que se insertan con todos sus detalles hace suponer que se le habian proporcionado muy buenas memorias. Tan pronto como puso la última mano á su obra, se la enseñó á Pedro, arcediano de la iglesia de Cambrai y á Odilon, monje de S. Medardo de Soissons. Ambos se preciaban de literatos, y le escribieron con tal motivo cada uno una carta, en que realzan á porfía el mérito del autor y el precio de su trabajo. Nada más sabemos de este arcediano, pero de Odilon se sabe que dejó otros muchos escritos. Un tal Judion, que se dice discípulo de S. Hucbaldo, hizo tambien el elogio de su historia de S. Lebwin en un poema de treinta y seis versos elegíacos, dirigido al obispo Baldric. Añadió al fin una oracion á Dios, en una especie de versos jámblicos dímetros que manifiestan, lo mismo que los anterior-

res, que Judion era un buen poeta. Trithemio apreciaba tanto la vida de S. Lebwin por Hucbaldo, que la da la preferencia sobre todas las demás obras de este género, que atribuye á este escritor. Los críticos modernos han formado un juicio no menos ventajoso. Se nota en ella, segun opinion del abate Le Beuf, un estilo superior y un latin bastante puro y flúido; Hucbaldo evitó caer en las rimas ó consonancias al construir las frases, falta en que cayeron algunos malos autores contemporáneos suyos. Supo tambien colocar un gran número de pasajes de la Sagrada Escritura con tanto arte, que léjos de debilitar la diccion, la adornan en extremo. En cuanto la obra salió de las manos de su autor, Odilon notó las mismas bellezas, una latinidad poco comun entónces, un ingenio acompañado de las gracias del discurso, un método y un órden que manifestaban que Hucbaldo poseia las partes de la filosofía: *Prudenter*, dice, *omatèque compositum omnis philosophiæ partibus undique roboratum*. Esta vida se halla impresa en la coleccion de Surio, que ha respetado su estilo. —11. Los laboriosos continuadores de Bolando descubrieron un escrito con el nombre de Hucbaldo y el título de *Exhortacion*, y publicaron una parte para servir á la historia de Jonat ó Jonas, primer abad de Marchienes. Al fin de esta *Exhortacion* se halla la historia de la elevacion del cuerpo de este santo por el mismo autor, que la ha dividido en nueve lecciones cortas. Los editores han conservado la misma division al imprimir este escrito con el anterior. —12. Muchos bibliógrafos cuentan tambien entre los escritos de Hucbaldo una vida de Sta. Magdalena, abadesa de Maubeuge, que se conservaba manuscrita en la Biblioteca de Saint Guillaim en tiempos de Valerio Andrés.—13. Se le atribuye tambien una vida de Sta. Brigida, que habia visto manuscrita Sanders en la Biblioteca de Saint Amand. Asegura el P. Martenne que se encuentra manuscrito en la misma biblioteca un comentario sobre la regla de S. Benito que pertenece al mismo autor. El P. Calmet asegura lo mismo y refiere el título de la obra, que anuncia que es una coleccion de sentencias escogidas de los santos Padres: *Liber ex dictis SS. Patrum defloratus super regulam S. Benedicti.*—14. Hucbaldo escribió tambien sobre la música, de que habia hecho un estudio particular. Sigeberto, al darnos noticia de su obra sobre este asunto, dice que habia colocado las letras del alfabeto sobre las diferentes teclas del manucordio con tanto arte, que todos podian por este medio, sin auxilio de maestro, aprender cualquiera aire que les fuera desconocido. Cave creia que este escrito de Hucbaldo se habia perdido, y parece que nadie le ha descubierto despues.—15. Es sin duda diferente de otro pequeño tratado de nuestro autor sobre el mismo género de literatura, que se encuentra entre los manuscritos de la Biblioteca Imperial de Francia con este título: *Enchiridion Uchubaldi Francigenæ*. La letra

de este manual es del siglo X. Se observa que este autor inventó signos independientes de las líneas y las letras para marcar cada uno de los sones de la octava. Da tambien una tabla de su valor, aplicada al himno de los mártires, *Sanctorum meritis*. Esta tabla, que puede muy bien ser de mano del autor, se halla acompañada de una sabia explicacion de la organizacion del canto, que le representa como un contrapunto grave que apénas se hacia sentir más que en los lugares de las distinciones, llamadas así entónces, es decir, de los descansos del canto.—16. Sigeberto y Trithemio aseguran que Hucbaldo hizo tambien uso de los conocimientos que tenia de la música para componer y anotar oficios en honor de muchos santos. Ya se ha hablado del que hizo para S. Thierri. Trithemio indica otro en honor del santo rey David. Molano pretende que emprendió y ejecutó lo mismo en favor de Sta. Cilinia, y lo que dicen los sucesores de Bolando parece confirmarlo. De manera que nuestro autor puso en verso la vida de esta santa y compuso un oficio para el dia de su festividad. Se creyó durante algun tiempo que el oficio de la Santísima Trinidad fué tambien compuesto por Hucbaldo; pero se ha descubierto que pertenece á Esteban, obispo de Lieja, segun consta del testamento de su sucesor Riquier, en que se le atribuye expresamente.—17. Trithemio cuenta tambien entre las obras de Hucbaldo una coleccion de cartas á diferentes personas. Pero como no manifiesta haberla visto, y no tenemos ninguna otra noticia de este hecho, se puede dudar legítimamente.—18. Rosweide ha querido atribuir á Hucbaldo el honor de haber escrito la leyenda de Sta. Eusebia, abadesa de Amay, que tenemos en verso y prosa. Pero sus compañeros los Bolandistas no han creido su opinion bastante bien fundada para adoptarla. No parece efectivamente apoyada más que en que se leen en ella casi las mismas cosas que se encuentran en la historia de Santa Rictruda, siendo lo contrario lo que debe deducirse, pues esta leyenda no puede ser obra de Hucbaldo que no se copiaria de esta manera.—S. B.

SAINT AMAND (Hugo de). Nacido en el territorio de Toul, segun el autor del libro de los milagros de nuestra Señora de Laon, era monje de San Juan de Laon. El abad Baudoin, que sucedió á su tio Drogon, creado cardenalobispo de Ostia en 1134, conociendo á fondo la religion y saber nada vulgares de Hugo, le habia elegido entre los demás religiosos para ayudarle en la administracion de la casa, y le habia nombrado prior pero no gozó de su ayuda por largo tiempo. Al año siguiente Hugo fué nombrado para reemplazar á otro Hugo, abad de Humblieres, que acababa de ser nombrado cardenal obispo de Albano. Hugo gobernó la abadía de Humblieres hasta el año 1150. Entónces fué llamado á la abadía de Elnone ó de Saint-Amand, vacante por dimision del abad Gautier, su antecesor, que se habia hecho religioso de Claraval. El P. Martenne ha publicado una carta de 1152, que

prueba que el nuevo abad de Saint Amand sabia defender los derechos de su monasterio mucho mejor que su antecesor. La consideracion de que gozaba cerca del conde de Flandes era tan grande, que á él con preferencia á otro cualquiera se dirigió Pedro de Celles, abad de S. Remigio de Reims, con la esperanza de que el conde de Flandes, por recomendacion suya, obtendria del rey de Inglaterra la revocacion del destierro de Juan de Saresberi. Y no digais, añadia al concluir, que no podeis nada en este asunto, porque se sabe muy bien que si quereis hacerlo teneis mucha influencia sobre su espíritu. Ocurria esto el año 1166, y dos años despues, en 1168, murió Hugo segun la Crónica de Saint-Amand, más creible en esto que la historia de Tournais de Juan Cousin, que pone su muerte en 12 de Setiembre 1169, en atencion á que su sucesor Juan era ya abad de Elnone el 5 de Mayo de este mismo año. Aunque el abad Hugo tuvo en su época reputacion de sabio, no conocemos más que una carta suya que ha publicado el Padre Martenne. Refiérese á la muerte de Warin que le habia sucedido en la abadía de Humblieres. Prueba el interés que se tomaba siempre Hugo por su antigua abadía, que compara á Raquel, sintiendo haberla abandonado para desposarse con otra Lia, que le parecia ménos hermosa. En Saint Amand existian muchos escritos relativos á la historia del patrono de esta abadía, los cuales, habiendo sido compuestos por diferentes autores, llevaban el sello más ó ménos grosero de los siglos que les habian precedido. Hugo se propuso hacerlos poner en mejor estilo y se dirigió para esto á Felipe, abad de la Aumône, escritor de mucha reputacion. Terminada la obra, se proponia Felipe dedicársela en una carta que poseemos todavía, pero habiendo muerto Hugo en este intervalo, Felipe, al enviarla, dirigió una segunda carta al abad Juan, su sucesor. Pueden verse estas dos cartas entre los opúsculos de Felipe, abad de Buena Esperanzan, á quien se atribuyen equivocadamente estos escritos del abad de la Aumône. El P. Martenne ha publicado una crónica compendiada de Saint Amand, sacada de un manuscrito de la misma abadía. No puede dudarse que esta crónica, que comienza en el año 534 y concluye en 1233, es obra de muchos autores, que han marcado cada uno en particular los principales sucesos acaecidos en su época. Se deduce de la manera que se expresa uno de estos autores, que se hallaba presente el año 1177 á la recepcion de una cruz doble que fué traida á Saint Amand desde Jerusalen.—S. B.

SAINT-AMAND (Juan de). Este canónigo de la santa iglesia de Tournay hácia el año 1200 de nuestra era, fué uno de los primeros médicos de la facultad de París. En la edad media se ejerció durante un largo tiempo la medicina por sacerdotes, y para conservar el privilegio, dicen Chausier y Adelon, hicieron que en un concilio se prohibiese casarse á los médicos, de

suerte que los que de este modo estaban condenados al celibato, no podian ménos por su propio interés, de hacerse curas ó religiosos, á fin de dirigir por este medio las almas y los cuerpos. Duró esta costumbre hasta la reforma hecha por el cardenal Estonteville en el siglo XV. Por otra parte, en la época de Juan de Saint Amand, todas las escuelas en Francia eran monásticas. Fué este canónigo un laborioso compilador comentador de Hipócrates y de Galeno, lo que prueba su escrito sobre los pronósticos, aforismos de Hipócrates y el tratado de las enfermedades agudas de Galeno, pues los médicos de su tiempo, lo mismo que él, eran mucho más aficionados á la doctrina de los griegos que á la de los árabes, si bien esto no puede aplicarse más que á la universidad de Paris. Escribió Juan de Saint-Amand tambien un extenso comentario sobre el Antidotario de Nicolás, titulado: *Expositio sive additio super antidotarium Nicolai*, el cual se imprimió en Venecia en 1527 y en 1589, en fól., y dos tratados sobre materia médica. Aparece que fué uno de los principales profesores de su tiempo, porque en 1395 se conservaba aún en los archivos de la universidad de Paris una de sus obras titulada: *Concordantiæ Joannis de Sancto Amando*, cuyo libro se apreciaba tanto, que se encargaba de su custodia al decano, el cual debia transmitirle á su sucesor.—C.

SAINT AMAND (Marsilia de), abadesa del monasterio de su apellido en Rouen, vivia en tiempo de Goutier, que llevaba idéntico sobrenombre, y escribió como él los milagros de Saint Amand. Esto es todo lo que se sabe de cierto sobre la historia de esta abadesa. Se la ha supuesto sucesora de Emma ó Emmenias, primera abadesa del mismo monasterio fundado en 1050. Pero es presumible que no la sucedió inmediatamente, pues se halla designado que vivia aún en 1108, á menos que no se suponga que era entónces de edad muy avanzada, y que Emma habia ocupado largo tiempo la silla abacial. Prescindiendo, pues, de esto, el hecho á que nos referimos es que habiendo obrado el Señor, por intercesion de Saint Amand, en la iglesia de aquel monasterio en 1107 un milagro que fué reconocido por una verdadera resurreccion, Marsilia creyó deber dar parte al abad de Elnone y á su comunidad, que teniendo, como ella, á Saint Amand por su principal patrono, debian interesarse en su gloria. Con este objeto escribió una relacion y la envió, tanto en su nombre como en el de sus hermanas, á Bizon II, sucesor de Hugo; última circunstancia que manifiesta que Marsilia envió esta relacion en 1108. Pero Bolando, que parece haber examinado mejor esta época, coloca la muerte de Hugo en el mes de Diciembre de 1107. La relacion se halla muy bien escrita para aquella época, lo que hace suponer á uno de los editores que la retocaria Goutier despues que salió de manos de Marsilia, de lo que sin embargo no hay más prueba que alguna seme-

janza de estilo, en que se descubren efectivamente la piedad y precision que reinan en la relacion de Goutier. Por lo demás este pequeño escrito no deja de hacer honor á Marsilia y la ha merecido un lugar en la biblioteca de mujeres ilustres de Luis Jacob de la órden del Cármen. En el título volvió á poner Marsilia el rasgo de modestia que empleaban antiguamente algunos abades y personas distinguidas por su piedad y su saber al frente de sus manuscritos, calificándose de la última de las siervas de Jesucristo. Hay tres ediciones de su relacion, que fué impresa en un principio entre las obras de Felipe abad de Buena Esperanza, despues en la grande coleccion de Bolando, que la habia revisado por muchos manuscritos, y por último, en la *Neustria Pia* del P. Arturo de Monstier.—S. B.

SAINT AMAND (Milon de), monje y poeta célebre, obtuvo tambien grande reputacion en casi todas las demás facultades de la literatura. Habia nacido en Francia, y en su juventud se retiró á Elnona de Saint Amand y abrazó la profesion monástica. Se consagró con aplicacion á las ciencias, y a virtud, é hizo casi iguales progresos en ambas. El mismo manifiesta haber recibido lecciones de Hainim, sabio monje de S. Vast de Arras, que habia sido discípulo de Alcuino, por lo que debe suponerse que fué á perfeccionar sus estudios á la escuela de aquel monasterio. De todas maneras Milon estudió con tanto aprovechamiento, que llegó á ser poeta, historiador, filósofo y teólogo. Hizo tambien algunos progresos en la música, y no olvidó la pintura. Su epitafio al elogiarle por ello, parece recurrir para probarlo á las miniaturas que representan á S. Amando al frente de su vida en un antiguo manuscrito. La piedad de Milon corria parejas con su saber, por lo que muy en breve fué elevado al diaconado y despues al sacerdocio. Vosius le ha creido abad de Elnona, lo que es una falta en este autor. Pero nada es más á propósito para dar á conocer el esplendor de su mérito que la eleccion que hizo de él el rey Cárlos el *Calvo* para confiarle la educacion de dos príncipes hijos suyos, Pipino y Drogon. La residencia de estos dos príncipes en San Amando, unida á la reputacion de su maestro, atrajo un gran concurso de juventud para recibir lecciones de tan instruido profesor. Entre los primeros discípulos que se formaron en la escuela de Milon, se cuenta á Hucbaldo, su sobrino materno y su sucesor en el cargo de maestrescuela, que trabajo con algun éxito en sostener los estudios en los primeros años del siglo siguiente. De manera que Milon, que habia estudiado bajo la direccion de Haimin, discípulo de Alcuino, fué uno de los que se sirvió la Providencia para trasmitir de viva voz de un siglo á otro la doctrina de este gran maestro de la nacion francesa. Milon adquirió el aprecio del príncipe reinante hasta el punto que se ha visto, no siendo extraño por lo tanto que mereciese grande consideracion de los grandes del reino. Obtuvo particulares considera-

ciones de Hincmar, arzobispo de Reims y de algunos otros prelados. Murió el 20 de Junio, no de 882 como ha sostenido Oudin, sino de 872, diez años ántes, segun la crónica de su monasterio. Su cuerpo fué inhumado en la iglesia de S. Pedro, donde se le puso el siguiente epitafio, que se cree ser original de Hucbaldo.

*Milo poëta Sophus jacet hoc sub marmore clausus,*
*Carmine dulciloquo qui librum sobrietatis*
*Edidit, et sanctum pulcre depinxit Amandum,*
*Floribus exornans, metro prosaque venustans:*
*Tanti pontificis palmam capit atque coronam.*

Habiendo sido enterrado Hucbaldo cuarenta y ocho años despues en el mismo sepulcro que Milon, un antiguo poeta del monasterio aprovechó la ocasion para componer los tres versos que van á leerse:

*Philosophi simul hìc pansant celebresque Magistri*
*Ecclesiæ nostræ flores, per secula clari;*
*Alter discipulus fuerat, didasculus alter.*

El carácter dominante de Milon fué el amor á la poesía, pero á una poesía conveniente á su estado. Así casi todos los escritos que ha dejado á la posteridad son en verso. 1.° Escribió una *Vida de S. Amando*, dividida en cuatro libros, en que se encuentran hasta 1818 versos heróicos. Esta fué la primera produccion de nuestro poeta, que todavía era jóven cuando la llevó á cabo. Hay diferentes opiniones sobre el tiempo exacto en que la escribió. Unos suponen que fué hácia 840, porque hay pruebas de que recibió la aprobacion de Hincmar siendo ya arzobispo de Reims, cuya silla no ocupó hasta 845. Otros pretenden que fue algunos años despues, y su opinion no carece de fundamento. No debe juzgarse por las aprobaciones que se dan á esta obra del tiempo en que fué compuesta, porque las obtuvo sucesivamente á medida que las circuló. De otra manera nos veriamos obligados á adelantar la fecha hasta 860, puesto que Adalardo, que la aprobó como otros muchos en calidad de abad de Saint Amand, no obtuvo esta dignidad hasta este mismo año. Pero no hay nada ménos equívoco ni más exacto para fijar este tiempo que la primera dedicatoria que hizo el autor á Haimin de S. Vaast, cuya muerte acaeció en 834, como se ha manifestado en su lugar. Despues que la obra fué aplaudida de los sabios, Milon no la creyó indigna de ser presentada al rey Cárlos *el Calvo*, y le hizo una nueva dedicatoria que se ha perdido. La devocion que tenia nuestro poeta á S. Amando, fué el primer

motivo que le hizo formar este designio. En cuanto á su ejecucion, Milon no ha hecho casi otra cosa que poner en verso la vida que habia escrito en prosa Baudemond, discípulo del santo. No se debe por consecuencia buscar grandes bellezas en una obra de esta especie, en que la vena poética se halla encadenada á un texto extraño, no pudiendo por tanto tomar todo su vuelo. Los versos de Milon son, sin embargo, demasiado armoniosos para un poeta del siglo IX. Al frente de la obra se lee la epístola dedicatoria del autor á Haimin en prosa, con la respuesta de éste, llena toda de elogios hácia el trabajo de Milon. Tambien se encuentra al fin un pequeño poema en que se hace la enumeracion de los grandes hombres que habian aplaudido la obra y áun se pone su elogio. Henschenius, uno de los más doctos sucesores de Bolando, es el único que se sepa ha publicado el largo poema de Milon. Se ha colocado con algunas notas cortas á continuacion de la vida original de S. Amando en 6 de Febrero. Viendo el P. Mabillon que este poema no contiene nada que no se halle, ó en esta vida que ha dado tambien al público, ó en el suplemento, no ha creido conveniente insertarla en su coleccion.—2.° Surio ha sospechado que Milon habia retocado esta vida original escrita por Baudemond. Auberto le Mire ha ido todavía más léjos, y la ha mirado como produccion de la pluma de nuestro escritor. Pero estas son faltas de exactitud, que ha corregido despues le Mire en la parte á él relativa. Milon se ha limitado solamente á hacer un suplemento de lo que faltaba á esta vida. Desde luego refiere muchos hechos omitidos por el autor original, y procura despues fijar la época del nacimiento y de la muerte de San Amando, recurriendo á las épocas de los soberanos pontífices y de los reinados de los emperadores de Oriente y de los reyes de Francia. Con este motivo ha insertado la hermosa é importante carta del papa S. Martin al santo Obispo, y demuestra que conocia la historia eclesiástica y civil, aunque no sea exacto en su cronología. Es verdad que Henschenio pretende que este suplemento es obra de Milon, siendo sin duda esta la razon por lo que la ha negado un lugar en su coleccion, en la que se contenta con dar algunos fragmentos para apoyar sus observaciones preliminares. Pero es preciso confesar que las razones que alega no son satisfactorias, y no corresponden á la reputacion de su gran saber. Las pruebas de lo contrario se encuentran en los títulos de los manuscritos y del epitafio de Milon, en que se le elogia por haber escrito en prosa y en verso la vida de S. Amando. Por estas pruebas no ha vacilado el P. Mabillon en publicar con el nombre de Milon el suplemento de que se trata. Se ha puesto á continuacion de la vida del Santo por Baudemont, y se ha tenido cuidado de unirle algunas notas críticas. Cuando Lelong dice que este suplemento se encuentra entre las obras de Felipe *el Limosnero*, comete la misma falta en este concepto que con res-

pecto á la vida escrita por Baudemont, falta que hemos mencionado ya. 3.° Milon ha dejado tambien dos sermones que sirven para la historia de San Amando. Uno es sobre la traslacion de su cuerpo, la dedicacion de su iglesia y la ceremonia de su consagracion; otro sobre la elevacion de su cuerpo sobre la tierra y el milagro del fuego celestial que encendió algunas velas la víspera de esta solemnidad en el año 855. El autor no escribió de consiguiente este segundo sermon hasta algun tiempo despues de esta época. El mismo fué testigo del maravilloso acontecimiento, y en la admiracion que le causó compuso en el acto los cuatro versos siguientes:

*Lumen in æthereo quam clarus haberis olympo;*
*Monstranti Monachis, præsul Amande, tuis;*
*Da famulis ambice tuæ consortia vitæ,*
*Ut valeant donis participare tuis.*

Cuando trabajaba en esta segunda composicion, existian aún muchas personas que habian asistido á la elevacion del santo cuerpo y por cuyo testimonio refiere este hecho. Pero esta ceremonia se celebró en 809; no es por lo tanto extraño que se haya querido atribuir este sermon á Felipe *el Limosnero*, que no habiendo vivido hasta el siglo XIII, se hallaba muy distante de las épocas que se acaban de marcar. Estos dos sermones se han impreso con algunas cortas notas en las colecciones de Bolando y del P. Mabillon; en la primera, á continuacion de la vida de S. Amando en verso, y en la otra inmediatamente despues del suplemento de que pasa por ser una continuacion natural. Felipe *el Limosnero* ha insertado el segundo en su grande coleccion sobre S. Amando. Un autor desconocido, que vivia muchos siglos despues que nuestro escritor, se sirvió de estos dos sermones para escribir una historia á su modo de la traslacion y de la elevacion del cuerpo de San Amando. Henschenius la ha publicado tambien siguiendo á Surio, cuya edicion ha tenido cuidado de revisar sobre diferentes manuscritos. Pero el P. Mabillon no ha creido conveniente reimprimirla. Surio la intitula: *Revelacion de Sta. Aldegonda.* El P. Labbé nos ha dado un pequeño elogio de S. Amando, que era tomado tambien de la obra de Milon, pero vale poco. 4.° Se dice que Surio ha insertado en su coleccion una homilía sobre San Principio, obispo de Soissons, á que ha puesto el nombre de Milon, aunque se ignora el motivo con que este escritor pudo componerla, muchos no dejan sin embargo de atribuírsela. Esta homilía se encuentra sin duda en la nueva edicion de Surio, pues no se halla en la primera, ni en su suplemento por Mosander.—5.° Entre las poesías que dejó nuestro poeta, hay una especie de pastoral en 54 versos heróicos. La intitula: *El combate de la prima-*

*vera y el invierno.* Descúbrense en ella en verdad algunas bellezas poéticas, y la mayor parte de los versos son bastante flúidos. Pero no es más que un ligero ensayo de lo que un asunto tan rico presentaba á la musa del poeta; de manera que puede mirarse esta composicion como una de las primeras producciones de Milon. Permaneció inédita hasta 1686, en que habiendola encontrado Casimiro Oudin en la biblioteca de M. Colbert, la publicó en su Suplemento á los escritores de que habla Belarmino. La hizo reimprimir despues en su gran *Comentario sobre los autores eclesiásticos.*—6.° El P. Mabillon no duda que el epitafio en doce versos elegiacos de los príncipes Drogon y Pipino, hijos de Cárlos *el Calvo*, muertos en S. Amando en su juventud, que imprimió muchas veces, son de nuestro poeta. Los sabios continuadores de Bolando, que los han publicado á su vez, han tomado muy á la letra la palabra *annum*, que se emplea en ellos, como si estos príncipes hubieran muerto ántes de haber llegado á la edad de un año cumplido, y se les hubiese puesto con una nodriza en un monasterio de hombres. *Annum* se emplea aquí por *tempus*. Este epitafio por lo demás es muy importante para la historia, porque no se conoce apénas á estos dos príncipes más que por lo que de ellos nos refiere. El poeta consuela á sus angustos padres por su muerte prematura, recordando la bienaventuranza eterna en que habian entrado al salir del mundo.—7.° Se habla con elogio de dos composiciones en versos heróicos sobre la cruz que habia dispuesto Milon en forma de esfera, y dedicado al Rey Cárlos *el Calvo*. Estas composiciones, que pasan por muy ingeniosas, quedaron manuscritas en la biblioteca de S. Amando. Fortunato de Poitiers y Raban Mauro hicieron obras sobre el mismo asunto, y las dispusieron en igual forma, lo que dió sin duda orígen á la idea de nuestro poeta sobre la esfera mística.—8.° La última obra salida de la pluma de Milon, es un poema sobre la sobriedad, dedicado al mismo príncipe. Se ha hecho en otras épocas tanto aprecio de él, que se ha creido deber consagrar su memeria en el epitafio, como ha podido observarse. Sigeberto tuvo cuidado de hacerle entrar en lo poco que nos refiere de las obras de Milon. Además de estas pruebas que aseguran pertenecerle este poema, se nombra asimismo en la epístola al rey Cárlos. Milon murió sin embargo ántes de poder enviarle á este príncipe. Pero su discípulo Hucbaldo llevó á cabo su proyecto en 876 cuando Cárlos fué coronado emperador de Occidente, viéndose así refutada la opinion de los que ponen la muerte de nuestro poeta en 882. Oudino, que habia visto este poema sobre la sobriedad en un manuscrito muy antiguo de la biblioteca de Leyde, le hubiese publicado si hubiese estado completo. Segun sus noticias, la obra no es de grande aliento, aunque dividida en dos libros y veinticuatro capítulos. Comienza y concluye por los elogios de la Santísima Vírgen, habiéndola encontrado los PP. Martenne y Du-

rand en un manuscrito de la abadía de S. Amando, han publicado la epístola dedicatoria del autor á Cárlos *el Calvo*, donde hay muchos rasgos de erudicion, y el que añadió Hucbaldo al enviar el poema á este príncipe. Uno está en versos heróicos, y otro en versos elegíacos. En ambos se lee el título del poema expresado de una manera un poco figurada en estos términos: *Las ventajas de la santa moderacion ó sobriedad, sacadas del tesoro de la Sagrada Escritura y útiles contra el cocinero de Babilonia*, es decir sin duda, el demonio de la intemperancia.—9.° Trithemio atribuye tambien á Milon una coleccion de cartas á diferentes personas, y Valerio Andrés un Arte poética. Pero ninguno de los autores anteriores á estos bibliógrafos han conocido en la apariencia estas obras. La prosa de Milon es bastante buena, aunque en muchos lugares se resiente de su ingenio poético y emplea un estilo difuso. Sus poesías manifiestan que tenia talento para la versificacion, pero el gusto dominante de su siglo en este género de literatura no le permitia ir más léjos que los demás poetas de su tiempo. — S. B.

SAINT-AMOUR (Guillermo). Nació el año 1200 en Saint-Amour, poblacion del Franco-Condado. Siguiendo la carrera eclesiástica se hizo sacerdote, y logró la borla de doctor en la Sorbona. Despues fué nombrado canónigo de la santa iglesia catedral de Beauvais. Dado á escribir y no muy afecto á las instituciones conventuales, combatió la creacion de órdenes de frailes mendicantes. Publicó en 1256 un libro titulado *Peligros de los últimos tiempos*, y escribió en él con tal atrevimiento y desenfado, y vertiendo una doctrina tan poco conforme con las de la Santa Sede, que el Papa se vió precisado á condenarle declarando pecaminosa su lectura. Murió este eclesiástico en 1272. — C.

SAINT ARNOUL (Juan de). Fué uno de los escritores de leyendas más elegantes y exactos del siglo X, obteniendo además tanta reputacion por su saber como por sus virtudes. Se ignora el lugar de su nacimiento y la calidad de sus padres. Un fragmento de sus escritos hace suponer que abrazó la vida monástica en la abadía de Gorze, de donde pasó á la de Saint Arnoul, cerca de la ciudad de Metz, despues que el obispo diocesano Adalberon sustituyó monjes en lugar de clérigos, lo que se verificó en 941. Quizá Arbert, que fué el primer abad despues de este restablecimiento, le llevó consigo á Gorze, de donde fué sacado para gobernar el nuevo monasterio. Se sabia que Juan era ya monje, cuando Austeo, abad de mérito, reemplazó á Arbert en el gobierno. Hacianse entónces muy buenos estudios en ambas abadías, y Juan manifestó en sus escritos que habia adelantado extraordinariamente. A la muerte de Austeo, que acaeció en 7 de Setiembre de 960, un autor anónimo del mismo Saint Arnoul, que parece haber escrito ántes de la conclusion de este siglo, supone que le sucedió en la dignidad

de abad el célebre Juan de Vendiere, y que este tuvo por sucesor á Juan, que forma el asunto de este artículo. Pretende tambien que ocupaba este puesto en 955 cuando fué enviado como embajador á Abderraman, príncipo de los musulmanes. Pero esto se halla contradicho en la historia de Juan de Vendiere, que es el mismo que elogiamos, y que dice terminantemente que Juan fué elegido para esta embajada entre los monjes de Gorze por el abad de aquel lugar. No se debe por lo tanto tener consideracion alguna al testimonio de este anónimo, que ha confundido la historia de estos dos grandes hombres, atribuyendo al uno hechos que no convienen más que al otro. Así los continuadores de Bolando y del P. Mabillon no tienen dificultad alguna en decir que el Juan de que aquí se trata sucedió inmediatamente á Austeo. Durante su gobierno la escuela de Saint Arnoul adquirió tanto esplendor, que acudian á ella de todas partes de Sajonia y de Rabina, lo mismo que de los paises vecinos. Produjo un gran número de discípulos de mérito, muchos de los cuales fueron elevados al episcopado y otros para dirigir monasterios en calidad de abades. Se nos refiere un hecho que manifiesta que Juan no solo se hallaba dotado de grande piedad, sino que se complacia el Señor en darle á conocer el porvenir. Teutberto ó Teotberto, conde de palacio en tiempo de Oton el Grande, no teniendo hijos de su matrimonio, frecuentaba los lugares de devocion y hacia repetidos votos para obtenerlos. Habiendo ido un dia con este objeto á la iglesia de Saint Arnoul, el piadoso abad, que hasta entónces habia ignorado su objeto y su designio, le anunció que bien pronto tendria un hijo; que le diese el nombre de Benito; que le ofreciese á Dios y á Saint Arnoul, y que sería educado en su monasterio. El éxito no tardó en dejar completamente probada la prediccion, y este hijo fué despues uno de los abades más ilustres de Saint Arnoul, donde introdujo la reforma del B. Guillermo de S. Benigno de Dijon. Juan ponia particular atencion en todo lo relativo á su monasterio. Queriendo dar alguna muestra de su bondad á los habitantes de la aldea de Maurville, dependiente de Saint Arnoul, los libertó de la servidumbre en que se habian hallado hasta entónces. Y como era justo que manifestáran su reconocimiento por esta gracia, les prescribió ciertas condiciones ó deberes que habrian de cumplir en lo sucesivo. La historia no nos da bastante luz para fijar con exactitud la época de la muerte de este digno abad. Pero se sabe de cierto que vivia aún en 977, cuando Diedanio ó Thierri, obispo de Allet, su amigo particular, obligó á Oton II á confirmar la donacion que un tal Gisleberto habia hecho á la abadía de Saint Arnoul. Pero ya habia muerto cuando este prelado, que falleció en Setiembre de 984, confirmó la restitucion de la tierra de Vichy, hecha por S. Brunon, arzobispo de Colonia y duque de Lorena. De manera que Juan pudo vivir hasta el año 989. Las donaciones que hizo á este mo-

nasterio durante su gobierno anuncian la grande idea que se tenia de la virtud y de la exacta disciplina que se observaba entónces en Saint Arnoul. En cuanto á la estimacion que se tenia de su saber, se manifestó en las muchas ocasiones que le pidieron algunos escritos, y en particular en la muerte del B. Juan de Vendiere, abad de Gorze, en que se encontró con muchos abades de mérito, habiendo convenido todos en encargarle escribir su vida, lo que fué aplaudido por Thierri, obispo diocesano. Pero tan grande como era á los ojos de los demás, tan pequeño se contemplaba á sus propios ojos, y nada prueba mejor la solidez de su virtud que la humilde modestia con que hablaba siempre de sí y de su talento. La piedad de que el abad Juan hacia profesion, no le permitia prestarse más que á escribir obras de esta naturaleza y á propósito para despertar ó sostener los mismos sentimientos en los demás. Y á ruegos de las religiosas de Sta. Glodesinda, vulgarmente Sta. Glosina, de Metz, retocó la vida de la santa de este nombre, escrita un siglo ántes por un anónimo en un estilo bárbaro y grosero. La obra tiene dos partes, una de las cuales contiene su historia, y la otra la de sus diferentes traslaciones y milagros. Juan llevó á cabo su proyecto con tan religiosa prudencia, que tuvo escrúpulo de cambiar nada ó de añadir á los hechos referidos en el original. Se limitó únicamente á darlos más órden, embellecerlos con algunas piadosas reflexiones y á mejorar la forma en que estaban referidos. Procuró tambien fijar algunas épocas, que no se hallaban marcadas, en lo que no siempre fué afortunado. Al frente de la primera parte puso un breve prefacio dirigido á las religiosas que habian utilizado su pluma, y otro no ménos prolijo al frente de la segunda. Manifiesta en este acto que no desconocia la historia. Su original nombra al rey Childerico, en vez de Chilperico, para manifestar la época en que vivió Sta. Glosina, y nuestro abad creyó que el autor habia oido hablar de Childerico, último de los de este nombre á mediados del siglo VIII, por lo que tuvo cuidado de advertir que en este caso no convendrian las épocas. Una de las razones que da, es que el siglo de Saint Arnoul, de que habla en la historia de la santa, no conviene con el reinado de este Childerico. Supone en el mismo prefacio que habiendo tomado grande vuelo los estudios de su época, habian producido un gran número de sabios; *plures disciplinarum studiis eminentes*. Creialo así por lo que habia visto que se practicaba en Gorze y en Saint Arnoul; repite además lo mismo, añadiendo que esta era causa de que no agradase entónces la manera en que se hallaba escrita la antigua vida. Además de esta prefacion, Juan aumentó tambien al texto del autor original, que escribia á últimos del año 884, con los milagros operados despues que habian llegado á su conocimiento. No habla, sin embargo, más que de los verificados en su época, y áun lo ejecuta de una

manera muy sucinta. Hace mencion de uno acaecido en 951; pero no escribió su relacion hasta muchos años despues; lo que deduce del título de César que da á Oton *el Grande*, y por los términos en que habla de él como vivo todavía. De aquí puede seguirse que Juan trabajaba en esta obra hácia 970 ó 972. Se reconoce en toda ella un hombre de talento, juicio, de piedad y de probidad, y de un gusto muy superior al de su siglo. El fragmento que añadió al fin nos representa un autor muy enterado en lo que habia tenido lugar en la iglesia de Metz y en la abadía de Gorze, siendo esta una de las razones que hicieron dudar en un principio al P. Mabillon si pertenecia la obra á Juan de Vendiere. Otros siguiendo á diferentes manuscritos, han querido atribuírsela á un abad llamado Bernardo, completamente desconocido, y á un monje denominado Auberto, el mismo sin duda que fué despues abad de Saint Arnoul, y que lo era en 941, muchos años ántes que se concluyese la obra; y por consecuencia se le hubiera debido dar este título en la inscripcion en vez del de simple monje. Pero todas estas opiniones no tienen probabilidad ninguna, y todos los críticos convienen en reconocer la pluma de Juan, abad de Saint Arnoul, á quien le atribuyen la mayor parte de los manuscritos. No hay más que compararle con la historia del B. Juan de Vendiere, que es incontestablemente una de sus producciones, para percibir visiblemente el mismo genio y la misma manera de escribir. Tenemos cuatro diferentes ediciones de esta vida de Sta. Glosina, retocadas por el abad Juan. Surio fué el primero que la publicó, aunque siguiendo su mala costumbre, cambió completamente el estilo. Pero no conteniendo su manuscrito más que la primera parte de la obra, no ha dado la historia de las traslaciones y de los milagros. Habiéndola encontrado completa el P. Labbé en diferentes manuscritos, la imprimió de esta manera entre los antiguos documentos con que ha enriquecido la república de las letras. Aprovechándose el P. Mabillon de las dos ediciones anteriores, ha publicado en el segundo volúmen de sus cartas la primera parte de la obra, con algunas notas suyas, y trasladado al tomo V de la misma coleccion la segunda parte, que revisó por un antiguo manuscrito de más de seiscientos años de antigüedad. Por último, los sucesores de Bolando, despues de reunir las dos partes, han publicado una cuarta edicion, enriquecida con oportunas observaciones preliminares y cortas notas segun su costumbre. Estos últimos editores son los únicos que han hecho al autor original de a obra el honor de darla al público. Han vacilado ántes de publicarla, porque no contiene nada que no se encuentre en el escrito retocado y que no se halle detallado con más órden y gusto. Pero reflexionando que es la historia más antigua que hay de Sta. Glosina, y temiendo por otra parte que no llegára á perderse, han decidido al fin ponerla al frente de la obra, se-

gun la corrigió nuestro Abad. Por lo demás, este autor original, que era de Metz y monje de profesion, no escribió hasta el año 882. Entendia algo de poesía, segun se deduce de una décima en versos elegiacos que intercaló en su prefacio conforme el gusto de su siglo. Pero su versificacion vale todavía ménos que su prosa. 2.° Otra obra del abad Juan, no ménos interesante que la de que se acaba de hablar, es la historia de la vida y virtudes del Beato Juan de Vendiere, abad de Gorze, muerto, no en 963, como lo ha creido Bolando, quizá por haberse apoyado en la autoridad de Sigeberto, sino en 973, diez años despues. Nadie era más á propósito que nuestro autor para llevar á cabo este proyecto. No solo tenia el talento de escribir bien, y un genio á propósito para dirigir una empresa de esta naturaleza, sino que se hallaba muy bien instruido en los acontecimientos que debian formar parte de ella y de todas sus circunstancias. Ciertamente no habia sido su discípulo, como lo han sostenido algunos, puesto que era monje y quizá abad de Saint-Arnoul, ántes que Juan de Vendiere lo fuese de Gorze. Pero se hallaba ligado en particular amistad con aquel grande hombre, y despues de haber vivido algun tiempo con él, habia permanecido siempre en lugares próximos á los que él habitaba. Hasta pasó algunos dias á su lado en su última enfermedad, y se halló presente á su muerte; Juan habia pensado emprender esta obra en vida del mismo siervo de Dios. Hubiera podido, segun su propia observacion, saber entónces muchas más particularidades de sus hechos, conversando con él, particularidades que quedaron desconocidas posteriormente por el cuidado que tienen los santos de ocultar sus buenas obras. Hubiera, en efecto, trabajado desde entónces, si no se lo hubieran impedido otras ocupaciones indispensables. Esta dilacion involuntaria duró hasta la muerte del abad, y poco faltó para que este prematuro acontecimiento no le hiciese abandonar completamente su proyecto. No pudo, sin embargo, negarse á las instancias que se le hicieron para animarle á ejecutarla. Los que mas le instaron fueron cuatro abades de un mérito distinguido, que se encontraron como él á la muerte del santo varon. Juan se encargó de la empresa, aunque con cierta repugnancia, por el temor de que fuese superior á sus fuerzas, y no tardó en poner mano á ella. Habiendo llegado la epoca en que el siervo de Dios se retiró á Gorze, y á la reforma de este monasterio, lo interrumpió, tanto cansado de un trabajo tan penoso, como por desconfianza de poder continuarle. Pero Diederico, obispo de Metz, que habia contribuido á hacérsele emprender, y Poppon, obispo de Utrecht, que se hallaba entónces en Metz, donde habia celebrado la fiesta de Navidad, le animaron nuevamente y le decidieron á seguir su trabajo tan felizmente comenzado. Este Poppon, que no es conocido más que por este hecho, sirve para descubrir la época exacta en que ejecutó nuestro autor su proyecto. Juan de Vendiere murió,

como se ha dicho en 973, al principio de la cuaresma, y Poppon, que gobernó la iglesia de Utrecht despues de Baldric, no vivia ya en 977, cuando Folcmar ocupaba su silla. De manera que el abad Juan pudo comenzar su obra en 974, cansarse el año siguiente y continuarla en 976. Segun el plan que trazó él mismo en un largo prefacio que se lee al frente de la obra, debia comprender tres partes. La primera estaba dedicada á referir el comportamiento de su héroe en el siglo, sin hablar nada de su familia ni de su infancia, porque nuestro abad no sabia lo suficiente de ninguna de estas circunstancias. Prudente conducta que le ha hecho pasar en silencio todo lo que era incierto ó dudoso. Se propuso detallar en la segunda parte los grados por que habia pasado hasta abrazar la vida monástica, y la manera de que habia cumplido todos sus deberes, primero como simple monje, y despues en calidad de abad. Por último, destinaba la tercera parte á hacer la relacion de su bienaventurada muerte, á que se habia hallado presente. Juan ejecutó muy bien su proyecto con respecto á la primera parte y el principio de la segunda; pero por desgracia no continuó esta más que hasta la embajada del siervo de Dios á Abderraman, príncipe de los musulmanes, y dejó allí su escrito. De manera que terminando en lo que pasó en 955, y habiendo vivido el Bto. Juan hasta 973, nos faltan diez y ocho años de su historia, y quizá la mayor parte. No cuenta nada, en efecto, de todo lo que hizo en calidad de abad, ni de todo lo que pasó á su muerte, sino las pocas circunstancias que se leen en el prefacio. No se duda que la imperfeccion de la obra ha procedido de que nuestro escritor fué sorprendido por la muerte ántes de haber podido darla la última mano. El anónimo de Saint-Arnoul lo dice expresamente. Una razon que lo persuade es que uno de los manuscritos por que ha sido publicada, remonta á la época del autor, y quizá tambien su original, y sin embargo la obra se encuentra con la imperfeccion que se acaba de marcar. Hay además una gran cantidad de vacíos, en particular en las últimas páginas, y aunque no sean de grande consecuencia, no dejan de interrumpir el sentido del discurso. La manera en que se ha llevado á cabo lo que nos queda, hace sentir en extremo que el autor no haya podido terminar su obra. Si la tuviésemos completa seria incomparablemente superior á todas las vidas de santos que produjeron el siglo X y los tres anteriores. Juan no se limitó simplemente á referirnos las acciones personales de su héroe, y á manifestar las virtudes practicadas en la oscuridad del claustro. Llevó más léjos sus miras, y dió más extension á su plan, sin salir de él sin embargo. Deseoso de hacerle interesante, hizo entrar una infinidad de hechos, que refiriendo á su objeto principal, sirven mucho para ilustrar la historia eclesiástica, principalmente la de la diócesis de Metz, y de algunas otras diócesis de los alrededores. Tal es la relacion de la célebre

embajada, que envió Abderraman á Oton el *Grande*, y que se halla mejor detallada en el escrito en cuestion que en cualquier otro, aunque no se halle completa por la razon ya alegada. Tal es el conocimiento que nos da nuestro autor de un gran número de hombres célebres entónces, con los que estaba en relaciones el santo abad de Gorze, ya ántes ó ya despues de su retiro del mundo. Tal es tambien la noticia de todas las escuelas célebres en aquel pais y de las ciencias que en ellas se enseñaban. Estos hechos, unidos á los detalles que da de los estudios del Bto. Abad, son de grande utilidad para conocer cuál era entónces el genio y el gusto dominante con relacion á las letras, y ha podido comprenderse lo mucho que se prestan para una relacion del estado de las letras en aquel siglo. Seria de desear que todos los que han hecho investigaciones acerca de la edad media, para darnos vidas de santos, hubieran imitado á nuestro autor. Nos hubieran enseñado un gran número de hechos interesantes, que ignoraremos siempre, y hubiesen abandonado las minuciosidades, lo maravilloso y lo extraordinario, para no referir, como él, más que lo sólido, lo sencillo y lo natural. Todo concurre á dar una idea ventajosa de la solidez de su espíritu, de su discernimiento, de su piedad, de su saber. Era muy sabido. Su obra lo prueba, pues poseia muy bien la Sagrada Escritura, y se hallaba muy versado en la lectura de los Santos Padres y demás autores eclesiásticos. No desconocia tampoco los profanos. Se equivocó, sin embargo, en citar bajo el nombre de Persio, un verso que es de Juvenal. Aunque no tenemos más que la mitad de su obra, cuenta, sin embargo, cuarenta y seis páginas en fólio. Así podria reconvenirse á este escritor, muy apreciable por otra parte, de haber empleado un estilo demasiado difuso. No quiere esto decir que este defecto de prolijidad recaiga sobre las cosas, como si hubiese insertado algunas extrañas á su escrito, ó se hubiera entregado á reflexiones vagas y fuera de su lugar ó hecho alarde de emplear lugares comunes. Todo es propio de su asunto; y casi todo está en su lugar. Pero el autor se sirve de grandes rodeos y de una abundancia excesiva de palabras para explicar lo que dice. Esta manera de escribir hace con frecuencia el discurso embarazoso y algunas veces oscuro. Este excelente fragmento de historia fué publicado primero por el P. Labbé, en el tomo I de su nueva Biblioteca de manuscritos. Bolando le hizo entrar el año siguiente en las observaciones preliminares y notas de su tercer tomo del mes de Febrero. Por último, habiéndole encontrado el P. Mabillon en el antiguo manuscrito de que se ha hablado, y compulsado este manuscrito con la ediciones anteriores, le ha dado en su V siglo benedictino, ó volúmen VIII de actas, en que está ilustrado con nuevas observaciones y notas muy luminosas. En todas estas ediciones el texto se encuentra con las imperfecciones que ya hemos hecho observar. — 3.° El anónimo de

S. Arnoul, que parece escribió hácia últimos de este siglo, asegura que el abad Juan á quien da el título de hombre de feliz memoria, habia compuesto y notado con respuestas la misa para la fiesta de Sta. Lucía, vírgen y mártir, y hecho un oficio nocturno para la de Sta. Glosina. — S. B.

SAINT-BENOIT (Juan de). En una coleccion manuscrita de controversias sobre la famosa bula de Martin IV, *Ad fructus uberes*, que en 10 de Enero de 1282, so pretexto de obligar á las comunidades mendicantes á mayor moderacion, les confirió en realidad privilegios exorbitantes, se encuentra una relacion de Pedro de Rodez, preboste de la iglesia de Meude, doctor en teología de París, encargado hácia el año 1286 por algunos obispos de Francia de obtener del papa Honorio IV una explicacion de esta bula, origensiempre de nuevas rivalidades y conflictos. Se ve por esta relacion que sus dos enviados, Pedro de Rodez y su compañero de viaje Tomás, dean de Pontoise, habian ido á defender una causa muy difícil de ganar en la corte de Roma. Al lado del Papa se hallaba un cardenal dominico, Latino Malabranca, que apénas Pedro anunció que expondria primero las razones de los monjes para refutarlas despues, exclamó: «No, no, decid la vuestras, que ellos sabrán explicar las suyas.» El orador insistió, y le fué permitido hablar como queria. Pero ya estaba condenado. Allí se encuentra tambien el discurso mucho más extenso, dirigido al soberano pontífice por Tomás, dean de Pontoise, y la apología pronunciada en favor de los regulares el 27 de Enero de 1286 en la conferencia de Orleans por el dominico Juan de Saint-Benoît, cuyas palabras fueron recogidas entónces por Huberto de Saint-Valeri para el obispo de Amiens que contestó al dia siguiente. Estos diferentes documentos y otros muchos además, no ménos á propósito para ilustrar esta grande diferencia entre los prelados y los frailes, forman una buena parte de la historia del siglo XIV, que es cuando esta lucha tomó el mayor incremento. — S. B.

SAINT-BERTIN (Folcuino de). El monje que forma el objeto de este artículo no debe ser confundido con el abad de Saulces del mismo nombre, contemporáneo suyo. Nació en la Lorena, de una de las familias más ilustres del país, que habia dado muchos santos á la Iglesia, en particular S. Folcuino, obispo de Terouane y S. Adalhard, abad de Corbia. Su padre, que descendia en línea recta de Gerónimo, hijo de Cárlos Martel, se llamaba Folcuino, y su madre Thiedalne. Quizá es el rico propietario que hizo donacion, á mediados del siglo X, á la abadía de Gemblou, de la heredad de Dorp, situada en el Brabante. Los padres del jóven Folcuino le llevaron en 948 al monasterio de Saint-Bertin, donde le ofrecieron á Dios durante el gobierno del abad Womar, conforme á la regla de S. Benito. La humilde modestia con que habla el mismo Folcuino de la manera con que observó este voto

en lo sucesivo, hace suponer que hizo sólidos progresos en la virtud. En la vida de S. Folcuino, obispo de Terouane, se habla de un monje de Saint-Bertin, del mismo nombre, que fué curado milagrosamente de una larga enfermedad, que le habia quitado el uso de las piernas, por la intercesion y en el sepulcro de este santo prelado. Hay grandes probabilidades de que sea el mismo de que nos ocupamos. La tradicion de su monasterio es que fué elevado al diaconado, y que murió en una edad poco avanzada. No parece efectivamente que viviese más allá del año 975. Aunque Folcuino fué instruido en las bellas letras, segun el testimonio de un escritor de su época, son muy pocas las producciones que de él nos quedan. 1.° Un epitafio de San Folcuino en seis versos elegíacos, que se ha insertado en su leyenda. El autor le compuso en reconocimiento de la curacion milagrosa, que habia obtenido en el sepulcro del santo obispo como se ha dicho arriba. — 2.° Una coleccion muy interesante para la historia de su abadía, desde su fundacion hasta la época en que escribia. La emprendió en 961, de órden de su abad Adalolfo, á quien la dedicó, protestando que no refiere nada que no esté bien averiguado. Esta coleccion se halla formada de diplomas, cartas y otros documentos relativos al monasterio de Saint-Bertin, arreglado todo por órden cronológico é ilustrado con observaciones muy juiciosas, que contienen la historia de cada abad. Folcuino insertó con tanta fidelidad todos los títulos, tales como los habia encontrado, que hasta dejó de marcar las épocas por los años de la Encarnacion, cuando no lo estaban de esta manera, por el temor de que se sospechase las habia alterado. Pero tuvo el cuidado de darlas á conocer en las observaciones preliminares. Prudente miramiento, que hubiera sido muy conveniente hubieran seguido con escrupulosidad todos los autores de cartularios. Esta coleccion se halla precedida de un corto prefacio y dividida en ochenta y un capítulos, que van seguidos de otros once relativos á las limosnas. El título que se lee á su frente enuncia muy bien lo que contiene el cuerpo de la obra. Se conservaba original en la Biblioteca de Saint-Bertin, y habia algunas copias en la Imperial de Francia, entre los manuscritos de M. de Gaignieres y en la abadía de S. German de los Prados. Esta coleccion ha servido de guia y dado los materiales á los que han trabajado en la primera parte de la célebre crónica de Saint-Bertin, continuada por Juan de Ipres hasta 1294. El P. Mabillon ha hecho imprimir sobre el mismo original muchos fragmentos interesantes de esta obra de Folcuino, tanto en su Diplomática como en su coleccion de Actas y Anales. Cuéntase en ellos la genealogía de S. Folcuino, obispo de Terouane y otros varios rasgos de historia, que no se encuentran ni en su vida ni en ninguna otra parte. — 3.° Además de la coleccion cronológica de que se acaba de dar noticia, Folcuino hizo además cartas de diferentes monasterios para uso de

los empleados de casa, y las arreglaba de tal manera que se podia encontrar con la mayor facilidad todo lo relativo á cada oficio en particular. — S. B.

SAINT-BERTIN (Leon de). El autor de la Crónica de Saint-Bertin comienza de esta manera el retrato de Leon. *Leo fortissimus bestiarum ad nullius pavebit occursum;* é inmediatamente despues de esta frase, descendiendo un poco en su estilo, se contenta con hacer la observacion de que Leon ó Leonius nació en Furnes, que su nacimiento era ilustre, que fué educado en la corte de los condes de Flandes, en los hábitos y costumbres de mundo, *urbanis moribus*, y que reemplazó siendo muy jóven todavia á su tio y á su padre en los cargos que les confiaba el príncipe en la distribucion de las limosnas. Abandonó la corte á los veintidos años para ir á abrazar la vida religiosa en el monasterio de Anchin, que gobernaba entónces Alviso. Promovido este en 1131 al obispado de Arras, y conociendo la capacidad de Leon, le hizo nombrar en el mismo año abad de Saubes, en la diócesis de Cambray. Saubes era una de las abadías más distinguidas por los honores, y la consideracion de que gozaba su jefe; pero se habia quedado tan pobre, que los religiosos apénas tenian las cosas necesarias para la vida. El celo y la abnegacion de Leon se manifestaron en esta ocasion. Todo cambió de faz en poco tiempo, el monasterio recobró su antiguo esplendor: reuniéronse setenta religiosos bajo una disciplina regular, y volvió la abundancia con la piedad y las buenas costumbres. Inocencio II visitó esta abadía en aquella época, y pagó la acogida que se le hizo con la concesion de algunos privilegios que se mencionan en la *Galia Cristiana*, en los *Anales Benedictinos* del P. Mabillon, y en la *Crónica de Saubes* impresa en el tomo III de las *Anécdotas* del P. Martenne. Habiendo sido depuesto en 1136, Simon, cuadragésimo segundo abad de Saint-Bertin, despues de cinco años de gobierno, de órden de Inocencio II, á solicitud de los religiosos de Cluni, donde se hallaba á la sazon el Pontífice, pasaron trece meses sin que pudieran convenirse en la eleccion de sucesor, que el Papa habia mandado hacer. Al fin, despues de muchas combinaciones y obstáculos, se convino en nombrar á Leon para oponer, dice el analista, una fuerte muralla á la arrogancia de los monjes de Cluni, y fué elegido por unanimidad. Apénas habia trascurrido un año de la instalacion de Leon, cuando los religiosos de Cluni le citaron á Roma donde se dirigió con Alviso, obispo de Arras. Querian poner bajo la dependencia de su monasterio la abadía de Saint-Bertin. Leon compareció en el dia designado, pero el abad de Cluni no se presentó ni nadie por él. Algunos meses despues debia reunirse un concilio ecuménico en S. Juan de Letran. Leon aguardó esta época y en el tiempo trascurrido entre tanto, se ganaba cada vez más el favor del Papa y de su corte. El abad de Cluni, Pedro *el Venerable*, fué á Roma con motivo del concilio, pero evitaba

hablar de las diferencias ocurridas entre él y Leon. Este pidió su exámen y juicio, que le fué favorable. La abadía de Sain-Bertin, despues de la lectura de los documentos y de una informacion jurídica, fué declarada libre para siempre con toda solemnidad, de toda dependencia de la de Cluni. Leon hizo todavía otros dos viajes á Roma para obtener nueva confirmacion de sus derechos, de los sucesores de Inocencio, Celestino II, Lucio I y Eugenio III, sabiendo muy bien, continua el analista, conservado por el P. Martenne, que una cuerda triple se rompe con mucha dificultad, y tambien para quitar toda esperanza á sus adversarios, *et ut Cluniacensium cervicem durissimam frangeret*. La bula de Celestino está fechada en 1143; la de Lucio II en 1144, y la de Eugenio III en 1145. Habiendo partido Luis *el Jóven* en 1146 para la cruzada de Tierra Santa, le acompañó Leon con su amigo Alviso, obispo de Arras, que murió durante la expedicion, y Thierry, conde de Flandes, que le confió una gran parte de sus tropas. Habiendo recibido Thierry de Luis *el Jóven* una redoma de la sangre de Jesucristo, la puso en manos de Leon para depositarla en la iglesia de S. Basilio, en Brujas, cuando estuviese de regreso de la Palestina. Leon llevó esta redoma colgada al cuello desde Jerusalen á Brujas, donde la colocó en la capilla que la estaba destinada. A su vuelta encontró muchas disensiones en su monasterio, y no ménos relajacion; apaciguó las unas é hizo cesar las otras insensiblemente á fuerza de prudencia y vigilancia. Habiendo destruido un incendio en 1152 la abadía de Saint-Bertin, Leon, aunque tenia derecho al descanso por su edad y sus largos viajes, consiguió reedificarla en dos años, quedando más magnífica de lo que lo habia sido ántes de aquella catástrofe. Guillermo de Ipres le ayudó mucho con sus generosos auxilios. Entre los donativos que hizo entónces al monasterio de Saint-Bertin se hallaba el de dos iglesias situadas en Inglaterra. Pero habiendo muerto el rey Esteban en 1154, y habiendo arrojado Enrique II de sus estados á Guillermo y á todos sus flamencos, fué contestada á Leon la posesion de las dos iglesias, que despues de resistencia y súplicas consiguió por fin obtener de nuevo. El autor de la Crónica, Juan de Ipres, elogia con este motivo la astucia y la constancia de Leon, y la necesidad que tenia de ocuparse de negocios de otros cuando no los tenia suyos: asistia á los consejos de los príncipes, añade el escritor; iba á llevar sus negociaciones de un reino á otro, y quizá ostentaba en esto más vanidad de la que le convenia. Leon obtuvo tambien de Anastasio IV y de Adriano III, sucesores de los papas que acabamos de nombrar, la confirmacion de los privilegios de su abadía, y tambien de algunas otras. En particular por una de estas bulas permite Adriano al abad y á los monjes de Saint-Bertin, dar el hábito de su religion á todos los que le pidan, sanos ó enfermos, áun en artículo de muerte, áun á hombres ca-

sados bajo la condicion, sin embargo, de que sus mujeres guardasen continencia. La ancianidad y las enfermedades de Leon dejaban relajar algun tanto los resortes del gobierno, cuando se manifestó por completo su firmeza contra Thierry, conde de Flandes, que al regreso de su cuarto viaje á Jerusalen, habia tomado algunos bienes pertenecientes á la abadía de Saint-Bertin. A consecuencia de sus reclamaciones los devolvió Thierry por sus cartas fechadas en 1159. Leon sobrevivió algunos años á esta restitucion. Su monasterio le perdió en 1164. La defensa y la conservacion de los derechos de la abadia y de su independencia, sus primeras obras, otros servicios prestados hicieron que su memoria quedase honrada y apreciada. En su sepulcro se puso la inscripcion siguiente:

*Virtus Samsonis mel sumsit in ore leonis*
*Quod non mysterio posse carere scio.*
*Sic quoque dum moritur noster leo, mel reperitur*
*Ejus in ore jacens, atque sapore placens.*
*Nam si perpendas mores patris, atque sequendas*
*Virtutes ejus, verbaque, mella putes.*
*O clarum schema decore, splendida gemma*
*Et decus ablatum contigit esse satum.*
*Qui dum templa, domos regales, horrea, promos,*
*Multaque mirra struis, proh dolor! esse, ruis*
*Ante diem februi sexta suprema tui.*

En la *Galia Cristiana* en vez de *esse ruis*, cuyo sentido es equívoco, se lee, *ecce ruis*, que se liga muy bien con lo que precede. El *ante diem februi sexta*, es el 26 de Enero. Tambien se lee en un antiguo manuscrito de la iglesia de Laon y en el *Actuarium* de Molano, que el muy piadoso Leon, muy sabio en las letras divinas y humanas, murió el 26 de Enero de 1163. S. Bernardo le escribió dos cartas, que son la 382 y 383 de la edicion dada por el P. Mabillon. La primera es comun á Leon y á sus religiosos; el abad de Claraval los elogia y les manifiesta su reconocimiento por los servicios que ha recibido de ellos con una efusion que demuestra toda su sensibilidad; le reclamaban uno de sus colegas que Bernardo no creyó sin embargo deber concederles. La segunda se halla escrita solamente á Leon, á quien llama su muy querido amigo: le da gracias por sus liberalidades, sus beneficios para con los religiosos de Clair-Marais, y le suplica continúe mirándolos como á sus propios hijos. Las dos cartas que siguen se hallan igualmente dirigidas á la comunidad de Saint-Bertin; en la primera la da gracias por los buenos servicios á los mismos religiosos de Clair-Marais, y en

la segunda la felicita de la reforma que ha introducido, la exhorta á perseverar, á atender cada vez más á la perfeccion cristiana y á hacer contínuos progresos en la práctica del silencio y la virtud. Su nombre se halla citado como el de un bienhechor en las actas de los Bolandistas y en el Martirologio benedictino el 6 de Febrero. Menard, en sus observaciones sobre este Martirologio, le califica *vir multæ eruditionis et religionis*. Herman, monje de Laon, le da un elogio semejante en su obra sobre los elogios de María. Muchas actas suscritas por él, forman parte del tomo III de la *Galia Cristiana*. Puede verse tambien el tomo III del *Tesoro de Anécdotas* del P. Martenne. Leon es autor de los *Usages de Poperingue*, aldea de Flandes, á la sazon en el territorio de Furnes, hoy en el departamento de la Lys y la suprefectura de Ipres, en latin *Pupurnem Gahenum*. Los abades de Saint-Bertin tuvieron por largo tiempo este señorío; ejercian la justicia y tenian un tribunal feudal del que dependian muchos feudos. Estos *Usages*, bastante semejantes á los de Furnes, patria de Leon, fueron renovados en lo sucesivo por dos abades del mismo monasterio, Juan de Ipres y Santiago de Furnes, que vivian en el siglo XIII. Aunque no hayan llegado hasta nosotros tales como fueron hechos entónces, no puede dudarse que subsisten casi completos en los publicados en Bruselas en 1620 por Alberto é Isabel Clara Eugenia, infantes de España, archiduques de Austria y gobernadores de Flandes. Pudiendo asegurarse mucho más, porque el preámbulo anuncia que los bailes, burgomaestre y escribanos de la ciudad de Poperingue habian enviado al consejo del príncipe el cuaderno de Usages y costumbres que aseguraban haberse observado anteriormente en esta ciudad; algunos artículos fueron modificados, lo indica que la antigua ley fué modificada en gran parte, tal como la habia dado Leon. La nueva comienza estableciendo el derecho de alta, media y baja justicia de que gozaban los abades y religiosos de Saint-Bertin, y debian gozar áun como señores de Poperingue. El poder y las preeminencias de los señores y de la ley son objeto del título primero; las rentas de la ciudad objeto del segundo; las compras, ventas y obligaciones, del tercero; el comercio, del cuarto; las canciones y los trasportes, los alquileres y los censos, las cortas y despojos de los bosques, la retencion y tránsito de herencias, las sucesiones, los contratos de matrimonio, las tutelas y curatelas etc., de los quinto, sexto, sétimo, octavo, noveno, décimo, undécimo, duodécimo y décimotercio títulos; la manera de proceder en materias civiles y criminales se halla determinada en los títulos siguientes, y los últimos estan consagrados á algunos puntos de la legislacion penal, de policía rural, de la legislacion particular sobre los feudos, su trasmision, sus derechos, las atribuciones de los tribunales feudales y el procedimiento que debe seguirse. Se ratifican de nuevo los derechos

que ejercian los abades y los religiosos de Saint-Bertin, como señores de Poperingue, de tener un tribunal de hombres de feudos, muchos vasallajes y toda la jurisdiccion que puede tener un tribunal semejante, lo mismo que todos los títulos, facultades y privilegios de que debia gozar un señorío semejante. Se ordena, por último, en los casos no previstos por la ley, recurrir á los usos comunes del país de Flandes. Leon habia establecido de una manera fija los usages de la ciudad de Furnes, suplemento necesario y absoluto al silencio del fuero que daba á Poperingue. Una obra ménos importante que le atribuye la Crónica de Saint-Bertin, es un oficio para la festividad de Todos los Santos, oficio que escribió como puede creerse de una manera un tanto diferente al que cantaban los religiosos de Cluni, con los cuales habia tenido desde el primer año de su gobierno disensiones bastante importantes, terminadas muchas veces en favor suyo por la corte de Roma.—S. B.

SAINT-CHER (Hugo de), religioso dominico. El teólogo que va á ocuparnos nació en la bailía de Viena en el Delfinado, en la aldea de Saint-Cher, Saint-Chier ó Saint-Chiers, de *Sancto Caro*, segun otros autores de *Sancto Theudario* ó *Theodorio* segun Vicente Beauvais. Se han traducido estos nombres por S. Teodoro y S. Thierry; pero el Martirologio romano hace mencion de un S. Thasder ó S. Cherfs, perteneciente á este país. Otros hacen nacer á este mismo Hugo en Barceloneta cerca de Embrum, y para probarlo añaden que fundó una casa de PP. Predicadores; que este convento no se estableció hasta despues de 1310. Se ha supuesto español á este religioso por la semejanza del nombre Barceloneta con el de la ciudadela ó el arrabal de Barcelona; pero todos sus contemporáneos convienen en que era francés, vienés ó borgoñés, en cuanto el nombre de Borgoña se extendia entónces á la provincia llamada despues el Delfinado. Carecemos de noticias sobre su familia, sabiéndose únicamente, que para cultivar los talentos que anunciaba, le enviaron sus padres á París siendo muy jóven todavía, donde estudió filosofía, teología, y obtuvo el grado de bachiller, é hizo tales progresos en todos los géneros de instruccion, que llegó á ser profesor de derecho civil y canónico, al mismo tiempo que tenia cuidado de los negocios de uno de los hijos del conde de Saboya, Tomás I. Uno de sus compatriotas y discípulos, Humberto de Romaus, habia formado como él el designio de entrar en la órden de Sto. Domingo, resolucion en que se afirmaron ambos, llevándola á cabo los dos, Humberto algunos meses despues, y Hugo en 1225, cuando hubo zanjado sus compromisos con el príncipe saboyano. Segun el cargo que acababa de desempeñar, suponiéndole de edad de veinte y cinco á treinta años, se puede muy bien colocar su nacimiento á últimos del siglo XII ó principios del XIII. No tardó en distinguirse en su Or-

den. Enrique de Gante y algunos otros autores, le designan como el primer dominico que tomó el título de doctor; pero segun todas las apariencias, Orlando de Cremona le habia obtenido ántes que él. De todas maneras, en 1217 Hugo era provincial de Francia; fué desde 1230 prior de la casa de S. Jacobo de Paris; en 1236 volvió á ser provincial. Asistió en 1238 al capítulo de Bolonia, en que se eligió un general, y segun algunas relaciones se dividieron los votos entre él y Alberto *el Grande*; pero esto parece una fábula de que han prescindido los *Scriptores Ordinis Prædicatorum*. La eleccion se verificó al primer escrutinio, y Hugo de Saint-Cher fué uno de los religiosos enviados al elegido S. Raimundo de Peñafort, para presentarle en Barcelona los votos casi unánimes de la Orden, y para vencer su resistencia. Hugo hizo en 1240 un viaje á Lieja, donde se estaba tratando con grande ardor del establecimiento de la fiesta del Corpus Christi, pedida con vivas instancias por Juliana de Mont-Cornillon. Aprobó este proyecto, y de concierto con Ginart, obispo de Cambrai, y de otros teólogos de crédito, no perdonó medio alguno para asegurar el resultado. Tomó parte tambien en las controversias relativas á la pluralidad de beneficios, y combatió á los partidarios de este abuso nuevo entónces. Contribuia al mismo tiempo á la fundacion de muchos conventos de PP. Predicadores, en Dijon, Auxerre, Toul, Bourges Tours, Coutances, Amiens, y en Bourg-Saint-Vinox. Gobernó toda la Orden en calidad de vicario ó teniente general, durante el año que trascurrió entre la abdicacion del jefe Raimundo de Peñafort y la eleccion de Juan de Wildeshussen en 1241; pero no debia tardar en presentársele otro camino. Inocencio IV le creó en 1244 cardenal presbítero del título de Sta. Sabina, y le concedió siempre una grande confianza. Hugo fué á últimos de este año precediendo al Pontífice en su viaje á Susa, le acompañó hasta Lion y le sirvió con zelo y habilidad en el concilio que se celebró en 1245. Tuvo despues la parte principal en la revision de la regla de los Carmelitas, en la nueva redaccion de sus estatutos, aprobada por el Papa en 1248. Despues de la muerte de Federico II en 1250, pasó á Alemania con el título de legado, y la mision especial de sostener en este país los derechos ó los intereses de la Iglesia romana. Puede asegurarse que desempeñó muy bien su cargo, y censurar algunos de sus pasos; pero su colega, Enrique de Suze, arzobispo de Embrun, fué el que cometió el acto más reprensible de su legacion comun; la deposicion de un apreciable obispo de Maguncia, que reemplazó con un señor jóven llamado Gerardo. Acúsase á Enrique de haber recibido doscientos marcos de plata en pago de esta iniquidad. Fleury deplora este escándalo dado por dos prelados célebres que pasaban á la sazon por los más sabios de Europa, Hugo en literatura sagrada, Enrique en jurisprudencia canónica. El primero volvió á Lieja, y se

dedicó de nuevo á establecer la festividad del Corpus, la celebró él mismo en presencia de una multitud de personas cuya piedad inflamó con sus elocuentes palabras. Hizo más; dirigió á los prelados y á los fieles de todo el país, sobre el que se extendian sus poderes como legado, cartas que fijaban la celebracion anual de esta solemnidad el jueves despues de la octava de Pentecostés. Mandó igualmente celebrar en las mismas provincias la festividad de Sto. Domingo. Habiendo conservado su reputacion hasta despues de 1274, en tiempo del pontificado de Alejandro IV, sucesor de Inocencio, fué encargado de censurar dos obras compuestas en sentidos muy diferentes con los títulos del *Evangelio Eterno* y los *peligros de los últimos tiempos*: nada podemos decir aquí de ellas, pues la primera pertenece al artículo de Ruan de Parma, y la segunda á la noticia relativa á Guillermo de Saint-Amour. Hugo de Saint-Cher provocó la condenacion de ambas, ya á causa de las turbaciones que excitaron en el seno del clero secular y regular, ya tambien porque era preciso que la órden de Sto. Domingo tuviese interés en sostenerlas; una tendia á la mayor gloria y mayor esplendor de los franciscanos; la otra al descrédito y áun á la abolicion de los monjes mendicantes. Era además aparentar una rigurosa justicia, una inflexible imparcialidad, reprobar á la vez dos doctrinas opuestas entre sí, que no debian tener ni partidarios ni adversarios comunes. No sabemos nada más sobre la vida de Hugo de Saint-Cher: lo que Leandro Alberto y otros antiguos biógrafos han dicho de su pretendido episcopado, carece de todo fundamento. No ocupa lugar alguno en la sucesion de los obispos de Lion; no ha ocupado ni esta sede ni ninguna otra; si se le ofreció alguna, la rehusó constantemente. Se dice tambien que se arrepintió de haber aceptado la dignidad de cardenal, y que poco ántes de dar el último suspiro, decia: *Maluissem potius morbo elephantino in ordine meo prædicatorio captum egisse vitam, quam mihi galero cito caput onerari*; pero es muy dudoso que haya proferido semejantes expresiones. Murió en Orvietto el 19 de Marzo de 1263, llamado 1262 por los que no comenzaban el año hasta la Pascua. Su cuerpo fué trasportado á Lion algunos meses despues. Se han citado como leidos sobre su sepultura, diferentes epitafios en verso y prosa, que no copiaremos porque no nos parecen auténticos. En uno se le llama *de Celidonio* ó *Chelidonio*, lo que es en la apariencia una alteracion de *Theulerio* ó *Theodorio*. Los artículos en que se trata de él en algunos necrólogos ú obituorios no son exactos ni convienen entre sí. Firmó algunas donaciones, particularmente en la iglesia de Paris, y suscribió muchas cartas pontificias; pero nuestras miradas no deben dirigirse más que sobre sus obras. La primera no es más que una copia de la Biblia, pero una copia cuidadosamente revisada y corregida, con la adicion de las variantes de los manuscritos antiguos hebreos,

griegos y latinos. Este gran trabajo, emprendido y dirigido por Hugo de Saint-Cher, está indicado y recomendado en las actas del capítulo general de dicha Orden, celebrado en París en 1236. Los Dominicos de París conservaban un hermoso ejemplar en cuatro grandes volúmenes, en que faltaba todo el Psalterio. Existia otro más defectuoso en Poissy, y Lucas de Bruges vió uno en Bélgica. ¿Sirvió este último de modelo al de los Jacobinos de París? Estos religiosos lo han negado siempre, con razon á lo que nos parece. Tampoco convenian en que su magnífico ejemplar fuese donativo de S. Luis, como lo suponia Ricardo Simon; cuando más, era posible que este piadoso monarca hubiese contribuido á los gastos de la empresa y procurado los medios para ejecutarla. La Sorbona poseia tambien un volúmen en fólio escrito en pergamino, cuya primera parte, anunciada por las palabras *Incipit correctorium Bibliæ secundum Hæbreos, Græcos et Latinos*, se ha reconocido por una copia parcial del ejemplar de los Jacobinos, copia notable y áun preciosa, en la que se encontraban los salmos. La otra parte contenia las correcciones recogidas en Sens ántes de 1240; pero que Hugo de Saint-Cher y sus colegas se habian negado á admitir. No se ha impreso nada de su trabajo, porque en efecto las publicaciones bíblicas de los tres últimos siglos dispensan plenamente de recurrir á los ensayos manuscritos del XIII, memorables sin embargo por la extension y la dificultad de las investigaciones y de las certificaciones que exigen. Hugo ha consagrado largas vigilias á la interpretacion de los libros santos: los ha explicado todos sin excepcion, segun parece. Su nombre se lee en los manuscritos de estas glosas, tan numerosas que no nos propondremos indicarlas. Su contemporáneo Enrique de Gante pasaba por haber anotado el cuerpo entero del Antiguo y Nuevo Testamento. Trithemio, para dar una lista completa de sus comentarios, enumera una tras otra todas las partes de la Biblia, distinguiendo aquellas sobre que Hugo ha escrito más de un libro, á saber: tres sobre Esdras y Nehemias; tres sobre Jeremías; doce sobre los Profetas menores; catorce sobre las Epístolas de S. Pablo; trece sobre las Epístolas canónicas. Se ha intentado, sin embargo, reivindicar algunas de estas glosas para su sobrino Hugo de Viena, para Alejandro Neckam, y en particular para Alejandro de Halés. Pero estas son hipótesis poco plausibles; el apellido de Viena, inscrito efectivamente en algunos de estos libros, es aplicado en otra parte á Hugo de Saint-Cher, á quien convenia perfectamente, como á un hombre nacido en el Delfinado bajo los muros de esta ciudad. Las glosas de Neckam no son bastante conocidas para que sea permitido suponer que le pertenecen las que nos ocupan. Con respecto á Alejandro de Halés, cuando en 1496 una edicion de Venecia unió su nombre al Salterio explicado por el dominico Hugo, no tardando en hacerse reclamaciones en favor del verdadero comentador, que

habia designado en particular Enrique de Gante: *Hugo... diffusius scripsit in Psalmos*, se han citado Biblias latinas impresas con todos los comentarios de Hugo desde 1437 en Basilea y en Venecia en seis volúmenes en folio. Panzer no ha tenido en cuenta estas ediciones que podrian muy bien no contener más que la glosa de Nicolao de Lyra. Pero existen algunas verdaderas, que se han publicado en Basilea desde 1498 á 1504, en París en 1538, en Venecia en 1600, todas en fólio y en cinco ó seis tomos. Las de 1621 en Colonia, de 1645 y 1669 en Lion, constan de ocho volúmenes. Omitimos algunas cuya existencia es ménos segura, y creemos por el contrario deber designar particularmente las que son parciales, es decir, restringidas en Salterio (Venecia 1496, en fólio; Nuremberg, 1498, en fólio), ó bien á los cuatro Evangelios (Basilea 1482, y París 1508 en la misma forma), ó á las Epístolas y los Evangelios de los domingos y fiestas (París, 1506, tres volúmenes en 4.°) En estas ediciones puede apreciarse el trabajo y el método de Hugo de Saint-Cher, examinar cómo explica en los textos sagrados el sentido literal, el alegórico, el moral, el anogógico ó místico; distinguir lo que toma de los intérpretes que le han precedido, lo que aumenta, y lo que puede deberle este género de literatura. Su estilo no es elegante ni su crítica muy severa; pero pocos teólogos de la edad media han estudiado más sériamente el Antiguo y Nuevo Testamento. El servicio más positivo, el ménos equívoco, y el más duradero que ha hecho á este género de estudios, es haber introducido el uso de repertorios que desde el siglo XIII han conservado el nombre bastante impropio de concordancias. Semejante denominacion conviene mal á tablas alfabéticas de las palabras de la Biblia, con remisiones á los textos en que se emplea cada palabra; pero es inútil decir hasta qué punto abrevian estas tablas las investigaciones y facilitan las comparaciones. Los hombres estudiosos han comprendido de tal manera su utilidad, que se han formado otras muchas para un gran número de libros clásicos, y á medida que se han multiplicado, se han hecho más accesibles los documentos de todas clases y las citas más exactas, y han ganado mucho la gramática, la filosofía y la historia. Este título literario tan honroso para la memoria del cardenal Hugo, le ha sido disputado más de una vez, aunque en vano. Es verdad que el franciscano S. Antonio de Pádua, que murió en 1231, dejó con este nombre de *Concordancias de la Biblia* una coleccion de máximas morales, puestas al alcance de los predicadores que quisiesen recomendar la práctica de las virtudes é inspirar horror á los vicios. Pero Hugo de Saint-Cher emprendió un trabajo diferente. No se trataba del sentido de los textos, ni del uso que podria hacerse de ellos; se trataba únicamente de indicar los lugares en que se encontraria una misma palabra, por ejemplo, UNIGENITUS: Gén. XII, a. et f. Prov. a. Jer. VI, g. Amos VIII, f,

etc.; lo que significa que la palabra *Unigenitus* se leia en los capítulos XII del Génesis, IV de los Proverbios, XVII de Jeremías, VIII de Amós. No hallándose los capítulos divididos aún en versículos, se los suponia divididos en cuatro secciones cuando eran cortos, en siete si eran largos, y las letras *a*, *b*, *c*, *d*, *e*, *f*, *g*, correspondian á estas secciones, iguales siempre entre sí. Bastaba por lo tanto echar una ojeada sobre un pequeño número de líneas para encontrar la palabra buscada. Por lo general cada artículo no se referia más que á una sola palabra. Sin embargo, se habian admitido algunas expresiones compuestas en este Diccionario: *Tempus nativitatis, tempus senectutis, abundantiæ, pluviæ, etc*; *Terra Juda, terra aliena, terra inimicorum, etc., velut arena, velut somnium, velut nubes, etc. Velut* es aquí un ejemplo de las palabras indeclinables que se encontraban en estas tablas; sin embargo, es verdad que se componian esencialmente de nombres y de verbos susceptibles de muchas terminaciones. Tal fué el primer ensayo de las concordancias llamadas de S. Jacobo en los ejemplares manuscritos que poseian las bibliotecas de la Sorbona, del colegio de Navarra, de la abadía de San Victor, y en particular en los conventos de la órden de Sto. Domingo; las palabras *Sancti Jacobi* ó *de Sancto Jacobo*, unidas á *Concordantiæ*, dicen que estas tablas habian sido redactadas en la casa de PP. Dominicanos de S. Jacobo, y debe tenerse presente que el mismo Hugo de Saint Cher es calificado *de Sancto Jacobo* en muchas copias de sus comentarios sobre la Biblia, siendo este un indicio bastante seguro de la parte que tomó en este trabajo; pero numerosos é invariables testimonios prueban que le dirigió. Tolomeo de Luca dice: *Primus concordatias super Bibliam cum suis fratribus adinvenit.* Pignon, Valleoleti, S. Antonino etc., usan el mismo lenguaje, y la tradicion es constante y uniforme desde el siglo XIII al XIV. Estas primeras concordancias, en el estado que acabamos de describirlas, no permitian encontrar en el instante mismo un texto cuyo lugar queria verse y rectificar la lectura. Se trataba, por ejemplo de saber dónde se halla escrito: *Quoniam sicut vacca lasciviens declinavit.* La tabla indicaba bien todos los lugares donde se encontraba la palabra *vacca*; pero era preciso recurrir sucesivamente á muchos libros sagrados, á demasiados capítulos ántes de llegar al cuarto del profeta Oseas, donde se encuentra el pasaje buscado. Se proponian, pues, unir á las indicaciones de los libros y de los capítulos la copia de las líneas en que se hallaba comprendida cada palabra, y comenzando por la exclamacion *A*, *a*, *a*, se encontraba como primer artículo: Jerem. I, b. *A*, *a*, *a*, *Domine Deus, ecce nescio loqui, quia puer ego sum.* — Jerem. XIV, d. *A*, *a*, *a*, *Domine Deus, prophetæ dicunt eis: Non videbitis gladium et fames in vobis non erit.* — Ezeq IV, f. *A*, *a*, *a*, *Domine Deus, anima mea non est polluta.* — Johel. I. f. *A*, *a*, *a*, *diei! quia propè est dies Domini.* Trabajo

demasiado largo y que tenia mayor extension cuanto que se comprendian las palabras indeclinables. Se eleva á quinientos el número de monjes que empleó en él Hugo de Saint Cher. Estas grandes concordancias terminaron en 1260, cerca de veinte años despues de las primeras, y se intitulan tambien de S. Jacobo en los manuscritos ménos completos que existen. Algunos ejemplares las llaman *Anglicana*, porque en efecto los dominicos ingleses cooperaron á ellas, en particular los PP. Hugo de Croyndon y Ricardo de Stavenesby. Al fin de la letra *A* se lee: *Explicit littera A quam perfecit frater R. de Stavenesby*, y este mismo nombre vuelve á aparecer al fin de las letras *N*, *O*, *P*. Un repertorio tan voluminoso habia llegado á ser de un uso muy incómodo, y ántes de la conclusion del siglo se sentia generalmente la necesidad de abreviarle. Un dominico, Conrado de Halberstad, acometió esta empresa, de que se ocupó tambien por la misma época un franciscano toscano, Arloto de Prato. El P. Conrado suprimió las palabras supérfluas, y redujo los artículos á las indicaciones estrictamente necesarias para encontrar y reconocer las palabras y los textos buscados. No suponia en cada capítulo, largo ó corto, más que cuatro secciones representadas por las cuatro primeras letras del alfabeto. Aunque se introdujeron sucesivamente en estas tablas muchas palabras indeclinables, faltaban aún muchas partículas, algunas de las cuales tenian importancia en las controversias teológicas con los griegos y otros disidentes. En el tiempo del concilio de Basilea las partículas, y en general todas las palabras invariables, se añadieron á las nuevas copias, debidas á los cuidados de Juan Ragusa y de Juan de Segovia. La utilidad de estas concordancias latinas, más sensible cada dia, inspiró al rabino Isaac Nathan la idea de redactar unas hebráicas, muy perfeccionadas despues por Buxtorf padre, y por Guillermo Robertron. Las latinas fueron revisadas á últimos del siglo XIV por Juan, abad de Nivelle; á principios del XVII por Lucas de Brujas, cuando el fraccionamiento de los capítulos de la Biblia en versículos, dió medio para hacer las remisiones con la mayor precision. Despues de Lucas, Gaspar de Zamora y otros editores han corregido las faltas que se le habian escapado y que son casi inevitables en semejantes trabajos. La primera edicion de las concordancias parece ser la que se dice publicada en Bolonia en 1479, pero es probablemente imaginaria, y conviene comenzar por la que apareció en Colonia en 1482. Las siguientes son de Venecia en 1483, de Nuremberg en 1485, de Bolonia en 1486, de Basilea en 1487 y 1489, todas en fólio, revisadas por el abad de Nivelle. Los últimos años del siglo XV y el curso entero del XVI dieron otras veinte más, entre las que distinguiremos las de Lyon por Sebastian Gryphe en 1529 y 1537 en 4.°, en 1540 en fólio, de París en fólio por Roberto Esteban, en 1555. Lucas de Brujas publicó su trabajo en 1606, en un volúmen en fólio impreso en Am-

beres, y reproducido con frecuencia, salvo algunas modificaciones, durante todo el siglo XVII. La edicion de 1627 es muy diferente; dispuesta por Gaspar de Zamora, salió de las prensas de Zanneti, en Roma, en tamaño grande; pero la edicion que se prefiere á causa de su limpieza, de su correccion y de la comodidad de su forma es la intitulada: *Concordantiæ Bibliorum latinorum Vulgatæ editionis, à Luca Brugensi recensitæ et emendata, cum præambulis Humberti Pharelii: Coloniæ Agrippinæ, ab Egmond*, 1684, 8.° Se anunció sin embargo como más completa la edicion de Aviñon en dos volúmenes en 4.°, impresos en 1786. Tal es hasta nuestros dias la historia en compendio de la obra emprendida hace más de seiscientos años por Hugo de Saint Cher. No uniremos la refutacion de las hipótesis imaginadas para atribuirla á los franciscanos y cistercienses; no habrian adquirido nunca la menor importancia sin el trabajo que se tomaron los dominicos de discutirlas muy á la larga. No tenemos más que dirigir una mirada sobre los escritos de Hugo, que no se ocupan, al ménos tan aproximadamente, de la literatura bíblica. No se conoce más que una edicion de sus sermones, dada en Zwoll en 1479 en fólio, y los manuscritos no son muy numerosos. El principal el que proviene de la Sorbona, comienza anunciando una division del volúmen en tres partes ó tratados: *In hoc volumine continentur tres tractatus sermonum dominicalium totius anni, compositi à D. Hugone Cardinali tit. S. Sabinæ. Primus continet sermones de Evangeliis totius anni, et incipit*: Dicite filiæ Sion. *Secundus continet sermones super Epistola totius anni, et incipit: « Hora est jam nos de somno surgere.» Tertius continet sermones tam de Evangeliis quam de Epistolis et incipit: « Abjiciamus.»* El tomo termina con estas palabras: *Explicit Summa super Epistolas et super Evangelia totius anni in dominicis diebus per distinctiones.* No se distinguen estos sermones por su originalidad entre la multitud de los de la edad media; pero se refieren á las epístolas y evangelios del año, y puede considerárselos como apéndices á los comentarios del autor sobre el Nuevo Testamento. Como la mayor parte de los doctores de su época, explicó tambien los cuatro libros de las Sentencias. Pignon y Valleoti mencionan este trabajo, cuya existencia se halla averiguada por una porcion de manuscritos depositados en las bibliotecas de París, de Florencia, de Bélgica y de la Gran Bretaña. Este último país posee uno, que fué dado á la iglesia de Cantorberi por un monje en 1300. En el primer libro se esfuerza en explicar Hugo, siguiendo á Pedro Lombardo, los tres términos de esencia, persona y nocion: *Quidquid in Deo est, aut de eo dicitur, aut persona, aut essentia, aut notio est: essentia una et indivisibilis; personæ tres sunt, Pater et Filius et Spiritus Sanctus, et hæ tres una essentia sunt, etc.* El segundo libro enseña que no hay más que un solo principio y refuta á los filósofos que admiten muchos. La redencion del género humano es el asunto principal del libro III.

En el IV se dice de Jesucristo: *Unguentarius Christus est, qui dicitur unguentarius, tum quia unctus, tum quia ungens, tum quia unguenta conficiens.* Los antiguos biógrafos dominicanos dicen que Hugo habia hecho, además de este comentario un compendio de la obra de Pedro Lombardo. Los dos títulos de *Speculum Ecclesiæ et Expositio Missæ* pertenecen á un mismo tratado de Hugo de Saint Cher, cuyas copias, tanto manuscritas como impresas, se han extendido mucho. Manuscritos de Inglaterra, de Bélgica, de Saint Victor, de la Sorbona, de la biblioteca del rey. Ediciones de Paris, de Roma, de Augsburgo, de Lovaina, de Nuremberg, de Lyon, publicadas en 1488, 1498, 1500, 1507, 1514, 1554, casi todas en 4.°; este libro piadoso ha sido muy leido hasta últimos del siglo XVI. Su uso se ha hecho cada vez ménos frecuente á medida que la religion reformada ha hecho mayores progresos. No contamos en el número de las obras del cardenal Hugo la revision que hizo, de órden de Inocencio IV, de la regla de los Carmelitas, como hemos dicho más arriba. Su censura del Evangelio eterno seria una obra más literaria, pero solo se ha conservado una parte en un manuscrito de la Sorbona. Chappeauville ha insertado en la *Historia de la Iglesia* de Lieja las cartas ó pastorales suscritas por Hugo en su calidad de legado para prescribir la celebracion de las fiestas del Santisimo Sacramento y de Santo Domingo. El nombre de Hugo de Saint-Cher se halla unido á otros escritos, pero no se sabe de una manera positiva que sea su autor; son los siguientes: *Compendium theologiæ seu veritatis theologicæ; Summa de casibus; Tractatus de Pœnitentia; Speculum aureum animæ peccatricis; de Pugna virtutum et vitiorum; de Sacramento altaris, Speculum sacerdotum; Seminarium prædicationis; de Vanitate mundi; Sententiæ.* Es muy probable que no le pertenezcan estos libros; ó que no sean más que partes mal designadas de sus verdaderas producciones. Trithemio no ha unido á la lista completa y muy detallada de sus comentarios sobre la Biblia más que el artículo de *Summa casibus*, que es poco fácil de reconocer en la actualidad. Trithemio sin embargo, aunque nada dice de las concordancias, le encuentra títulos bastantes para una fama inmortal. *Vir in divinis Scripturis eruditissimus.... Scripsit plura egregia opuscula, quibus nomen suum immortalitati conservavit, nec minus conversatione et religione quam scientiâ clarus emicans: idem mansit in dignitate qui antea fuit.* Gloria cuyo esplendor, debilitado sin duda por el curso de las edades y por el progreso de los estudios, no se ha extinguido todavia sin embargo.—S. B.

SAINT COLOMBE (Juan Bautista de Oupia), conocido en la órden de la Trapa por el Hermano Alberico. El solitario objeto de la presente biografía tuvo la buena suerte de comprobar la verdad, confirmada por la experiencia de todos los siglos, de que las condiciones más favorables y de conve-

niencia para vivir segun el mundo, son siempre las más difíciles y contrarias para vivir segun Dios, y que si nada es más dificultoso de observar que la vida religiosa, nada es más fácil de sobrellevar, segun los deseos de Dios, como dice un autor célebre. Efectivamente, el primer uso que hizo de la razon el jóven Oupia, fué comprender que no hay ninguna satisfaccion verdadera y sólida en los goces del mundo; que todos los placeres que proporciona no son más que vanidad, siendo su consecuencia un acúmulo de males y padecimientos, y últimamente la muerte, que nos amenaza á cada instante, debe ocurrir en muy pocos años, y quizás al cabo de pocos dias, conduciéndonos á un eterno estado de dicha ó de desesperacion. Tan cristianos pensamientos fueron el objeto de las primeras reflexiones del jóven Juan Bautista, nacido en la diócesis de S. Pons, y educado á la vista de un padre y de una madre, que cifraban en aquel niño sus mayores delicias; pero bien pronto se desasió por fortuna del amor de la patria y del de sus padres. Conoció que solo Dios era su único bien, que toda su quietud y tranquilidad dependia del Señor, y que jamás podria disfrutar otra alegría que amarle con pasion. Desde el punto que se vió inspirado por estos sentimientos, se abrazó estrechamente á la cruz de Jesucristo. Desde el momento en que se inclinó á aquel estado de vida, á pesar de lo jóven que era, rodeado de una familia que no respiraba sino alegría y placer, empezó ya á conocer, como Tertuliano, que la vida de los cristianos no era una vida de tristeza; por el contrario, estaba acompañada de placeres más verdaderos y más elevados, siendo este pensamiento incomprensible á los mundanos, y que pueda encontrarse más dulzura y más deleite en el desprecio, en la pobreza, en las privaciones y en el desden de los hombres, que en las delicias del pecado, lo que desgraciadamente es tan comun y verdadero en la práctica. No trataba, como los demás jóvenes de su edad, de ocupar su espíritu con bagatelas, y colocarse en la via resbaladiza de las pasiones; en cuanto estuvo en estado de razonar, juzgó que los placeres, que en general constituyen la dicha de los hombres, son falsos y engañadores, que no son otra cosa que fantasías é ilusiones, incapaces de ocupar la imaginacion si no hubiese perdido el entendimiento el deseo y el gusto de aspirar al verdadero bien, y si el corazon no se hubiese entregado á mil sensaciones de bajeza, dictadas por la vanidad, la ligereza, el orgullo y otra infinidad de vicios y pasiones. Con tan santas disposiciones el jóven de Oupia, á quien Dios conducia de un modo tan sensible por la via de la gracia, salió de la adolescencia. Hasta sus mismos padres vieron con la mayor alegría y satisfaccion los progresos que hacia en la virtud; y si bien cuidaron de darle una brillante educacion, estaba en sus proyectos saliese un hombre instruido y político, acomodado á los usos de la sociedad, más que el hacerle un verdadero cristia-

no y grabarle en su corazon las obligaciones como tal; con todo eso no fueron insensibles á los sorprendentes progresos que habia hecho en la sabiduría y en sus estudios. Pero cuando se apercibieron que contra todas las precauciones que habian tomado con el fin de procurarle un establecimiento considerable é ilustre en el mundo, y vieron su decision á consagrarse á Dios de una manera especial, se desgarraron sus entrañas, viéndose expuestos á perder un hijo en quien cifraban sus futuras esperanzas de que fuese el sosten de su casa y hacienda. Este pensamiento les sumergió en una afliccion más fácil de imaginar que de expresarse. Se arrojaron inconsolables á los piés del obispo de S. Pons para suplicarle interpusiese en esta ocasion su autoridad para que su hijo no se apartase de su compañía, pues era su único consuelo. Este sabio prelado les prometió que daria todo el tiempo que pudieran desear para apartar á su hijo de la resolucion que habia tomado; pero les manifestó asímismo que despues de haber probado la vocacion de aquel jóven por todo el tiempo que le sugiriese su prudencia, les advertia que por sí no se opondria á los designios de la Providencia respecto de su hijo, pues no podria ménos de ligarle al santo ministerio de los altares si descubria una decidida vocacion y bien marcada la voluntad de Dios. Les exhortó á que se sometiesen y adorasen en silencio y humildemente la altura impenetrable de sus designios, haciéndoles entender que es necesario recibir con un ánimo uniforme é igual todos los sucesos que dispusiese la Divina Providencia, no debiendo desear un partido mejor que otro sin presuncion y sin hacerse juez y responsable de las miras que la sabiduría de Dios nos ha querido ocultar justamente. Que solamente el Altísimo sabia lo que nos convenia, y que siendo el soberano señor, era tambien dueño de hacer lo que quisiese y fuese su voluntad; que podia darnos y quitarnos segun lo juzgase á propósito, y últimamente, que debiamos conformar nuestra voluntad con la suya, y recibir con santa confianza las órdenes de esta eterna Providencia; en una palabra, adorar siempre lo que viniese de Dios. Un discurso tan patético y tan lleno de uncion calmó á los padres, y sobre todo á la madre, que salió un poco más tranquila respecto al destino y porvenir de su hijo. Desde entónces no volvió á oponerse al designio que habia formado de ingresar en el estado eclesiástico cuando llegase á la edad conveniente. Se contentó únicamente con representarle de cuando en cuando la magnitud de la empresa que se habia propuesto. Por su lado el obispo de S. Pons, satisfecho y probada su vocacion, le mandó al seminario, donde pasó muchos años. En este retiro fué donde este jóven comenzó á purificar su corazon, bien persuadido de que en esta pureza está basada la santidad, le desembarazó, no solo de todo peligro y corrupcion, de que apénas conocia el nombre, sino tambien de todo aquello que pudiera perjudi-

carle. Desde entónces se le vió privarse áun de los placeres más permitidos y desprenderse de los bienes creados, observando aquel alejamiento del comercio de los hombres y aquella absoluta y casi universal separacion en la que vivió siendo ejemplo de las almas que aspiran á la santidad. Con tan señaladas muestras de virtud, el señor obispo de S. Pons resolvió conferirle las órdenes llamadas menores despues de pasado algun tiempo en el seminario. Esta primera entrada para el sacerdocio redobló su fervor. Conoció desde aquel momento que el servicio de Dios reclamaba mayores deberes, sujecion y obligaciones, que podian á la verdad molestar algo en los principios, pero que sería bien pronto indemnizado por aquellas sensibles dulzuras y delicias interiores, reservadas únicamente á las almas que buscan á Dios en el silencio y calma de las pasiones. Todo esto no era efecto más de que permanecia todavía en el error en que estan las gentes que creen que separarse del mundo para dedicarse al servicio de Dios, es pasar de una vida dulce, tranquila y llena de placeres y de encantos, á otra de consuelos y de placeres celestiales; en fin, á una vida donde no se encuentra más que uncion, reposo y soledad. Juan Bautista habia hallado el remedio contra una ilusion tan peligrosa en una ardiente humillacion. En su primer aislamiento fué donde se convenció que la más grande herida que puede recibir una alma cristiana, es la que produce el orgullo, y esto le hacia exclamar alguna vez, segun refiere su director: «Señor, reconozco verdaderamente que la humillacion me es necesaria, que para mí es un gran bien que vos me inclineis á humillarme, á fin de que por este medio me enseñe á obedeceros y á reprimir toda la hinchada vanidad y presuncion de mi corazon. Necesario es que mi rostro se cubra alguna vez de vergüenza para que yo busque y prefiera vuestra aprobacion á la de los hombres. Preservadme, Señor, del trance que pide y exige tal remedio. Si no puedo vivir sin la llaga del orgullo, no me la dejeis enconar hasta tener necesidad de su remedio. Apartadme todos los motivos que puedan enorgullecerme; hacedme presente, para mi beneficio, todas mis debilidades; hacedme sentir profundamente el fondo de mi miseria y corrupcion; conservadme los ojos siempre abiertos sobre el abismo y precipicios cerca de los cuales camino, y que la humildad, en fin, sirva para instruirme, corregirme y unirme más estrechamente á Vos.» Despues de fortificarse con la oracion contra las tentaciones del orgullo y del amor propio, se presentó á ejercitarse en los oficios más bajos y más abyectos del seminario; nada le parecia fuese demasiado humillante, y se encargaba con la mayor alegría de todos los trabajos que conocia podian disgustar á los demás. Habiendo pasado el tiempo prescrito en el seminario, volvió á la casa de sus padres, donde permaneció algunos meses dedicado únicamente á los ejercicios de piedad y al estudio de

las santas letras. Distribuia las horas de tal modo, que el tiempo que no empleaba en la oracion lo dedicaba á visitar los enfermos en los hospitales, á la instruccion de los pobres y de los ignorantes, y últimamente á la lectura y estudio de la Santa Escritura, á cuyo ejercicio no faltaba ningun dia. En estas santas prácticas gastó el tiempo que debia trascurrir hasta cumplir la edad requerida para recibir el subdiaconado. El señor obispo de S. Pons, que tenia fijados los ojos en esta jóven planta, en la cual descubria insensiblemente hallarse rociada de bendiciones celestiales, esperaba igualmente con la más viva impaciencia el tiempo que debia encerrarle el redil y gremio de la Iglesia. Puesto que, segun S. Agustin, la verdadera piedad es el culto de Dios, y que segun el testimonio del mismo santo Padre no se sirve á Dios sino por el amor: *Non colitur ille, nisi amando*; ciertamente la verdadera y sólida piedad está fundada en aquel amor, y aunque una alma pierda sus más bellos pensamientos y sus placeres más apetecibles, si no pierde su amor á Dios no pierde nada de su piedad; por el contrario, adquiere más solidez y seguridad. Puede decirse que Juan Bautista confirmó la sentencia de S. Agustin, pues fué fundamental y sólidamente piadoso. La caridad constituia el carácter de su piedad. Amaba, sí, pero con un amor puro y ardiente, reduciendo toda su ciencia y consagrando todas sus luces y conocimientos á este amor á Dios y al prójimo, siendo en efecto el que produce un resultado el más beneficioso para las ciencias de la salud del alma y de la religion: *Amad al Señor*, dice un Padre de la Iglesia, *y vuestros corazones se llenarán de claridad é ilustracion*. El amor va siempre acompañado por cierta uncion que comunica infinitas luces: *Amore petitur, amore quæritur, amore cursatur, amore revelatur, amore denique in eo quod revelatum fuerit, permanetur*, dice un doctor de la Iglesia. En efecto, por este amor á la primera y suprema verdad, con brevedad nos instruimos en el conocimiento de una infinidad de verdades prácticas, que no hubiéramos conocido jamás sin este amor, por cuya causa es una de las principales máximas de S. Agustin, que no entra en nosotros rectamente y bien la verdad sino por la puerta de la caridad: *Non intratur in veritatem nisi per charitatem*. Estos eran los piadosos sentimientos que practicaba Oupia respecto de las verdades que se acaban de anunciar, y con las que el jóven predestinado se preparaba á recibir las órdenes sagradas, y con las que se disponia á la imposicion de aquella servidumbre terrible para las gentes del siglo, y que rehusan por consideraciones humanas, pero dulce y ligera para aquellos que marchan por las vias del Señor: *Onus meum suave et leve*. Aquel momento tan esperado llegó por fin felizmente, y la hora de consagrar al jóven Oupia al servicio del altar, enterneciendo y desgarrando el corazon de sus padres una vez más: la pérdida irrevocable de su hijo; el sacrificio que iba á hacer

al pié de los altares; en una palabra, la completa dejacion y abandono de todas las cosas, áun de las que le eran más queridas en el mundo, desde el punto en que iba á hacer la solemne profesion, les afligió y afectó extraordinariamente. Hicieron el último esfuerzo para combatir su resolucion y deseos, teniendo que sostener un choque terrible en esta ocasion; pero fortificado con la gracia de Jesucristo en el camino por el que siempre se habia propuesto marchar, salió victorioso en aquella lucha, triunfando de la carne y de la sangre, y fué por la firmeza y continuacion de su fervor un grande ejemplo de edificacion á todos los que esperaban cediese á los ruegos de sus progenitores, ó que por cualquiera otra causa se entibiase ó enfriase su vocacion. No puede dudarse de la firmeza y constancia de su vocacion, despues de tales combates reiterados en tantas ocasiones. Presentóse á recibir las sagradas órdenes con aquella fe viva y ardiente que demuestra siempre la buena disposicion de aquel que está lleno de ella. El señor obispo de Saint Pons confesó despues muchas veces que jamás habia experimentado tanto consuelo y placer, y que en todo el curso de su episcopado nunca habia ejercido aquellas funciones con tan grande complacencia como cuando impuso las manos en el jóven Oupia, que reunia en su persona y manifestaba en su rostro todas las señales y caractéres de un verdadero predestinado. Pasado el dia de la ordenacion, este prelado manifestó y descubrió á muchas personas las miras que tenia sobre este nuevo ministro del altar. Habia formado el designio de unirle á su iglesia y de darle la primera dignidad que vacase. Aún más; tenia determinado nombrarle su vicario general desde el momento en que fué elevado al sacerdocio, si la Divina Providencia, cuyos profundos designios debemos adorar humildemente, no hubiese dispuesto otra cosa y no le hubiese arrebatado al mundo, sin duda como indigno de poseer un tesoro tan apreciable. La primera insinuacion que el jóven Oupia hizo al obispo de S. Pons de su designio de retirarse á la soledad, produjo en este prelado un asombro inesperado. Por el pronto creyó que aquella determinacion era efecto de una de esas ilusiones que son muchas veces el escollo de una exagerada piedad, y en cuyo caso es necesario que aquellos que caminan por las sendas del Señor se precavan con el mayor cuidado de peligrosas tentaciones. Hizo cuanto estuvo de su parte para hacerle variar de resolucion. Le hizo ver las consecuencias de seguirla, repitiéndole muchas veces que la creia capaz de arrojarle en un abismo de males si no le habia sido dictada por el espíritu de Dios; que la tentacion nunca es más peligrosa que cuando parece más escrupulosa; que bajo la apariencia de un falso zelo mal dirigido, de una inspiracion que muchas veces es sugerida por el espíritu maligno más bien que un designio del Señor, se corre muchas veces á su pérdida. Por otra parte, aquel célebre prelado no

podia ver con indiferencia, y si con el más vivo sentimiento, la pérdida que iba á tener su iglesia. Estaba plenamente persuadido que iba á perder con el retiro de este jóven sacerdote una de sus más brillantes lumbreras. Todo lo más que pudo conseguir fué el que se tomaria algun tiempo para reflexionar acerca del partido que meditaba tomar, y que no se empeñaria en la vida monástica sin calcular ántes y prever la multitud de dificultades que las más de las veces no pueden vencer los que á ella se entregan, produciéndoles bastantes disgustos, acompañados de desaliento y desanimacion. Los dolorosos lamentos y gemidos de la madre, que no esperaba este nuevo golpe, unidos á las exhortaciones de este prelado, hubieran podido quebrantar un ánimo ménos fuerte que el de este jóven sacerdote; pero su vocacion á la vida religiosa era tan decidida y tan marcada de todos los caractéres que hacen conocer viene de lo alto su inspiracion, que no le permitia manifestar debilidad en aquel combinado combate. Vió sin conmoverse el llanto y las súplicas de sus parientes mas próximos, y las lágrimas que desprendian los ojos de su afligida madre; escuchó silenciosamente los consejos de su obispo, pero perseveró firme en seguir la voz que le llamaba en el desierto; corrió y obedeció, pero lo que más sorprendió á todo el mundo fué el sitio que eligió. La Trapa era la que le facilitaba el género de vida que deseaba y que habia entrevisto hacia mucho tiempo, y desde que oyó hablar de ella le habian admirado sus penitencias y austeridades. Sin comunicar á nadie sus designios, habia formado el de entrar en ella casi al mismo tiempo que abrazase el estado eclesiástico. La descripcion de este lugar, de su situacion, de las personas que le habitaban y en fin, las noticias que tenia de este santo varon que habia reformado este instituto, le tocó tan vivamente en el corazon desde la primera vez, que resolvió desde entónces concluir allí sus dias. El abad Dom Jean-Armand le Bouthillier de Rancé, que vivia aún en aquel tiempo, era uno de aquellos hombres que en el curso de su vida han parecido tan diferentes en sí mismos, por el corazon y por la inteligencia, que sería muy fácil engañarse si se les juzgase por lo que han sido en su primera juventud; así es que este sugeto no era de los que, habiendo nacido piadosos y prudentes, han perdido las semillas de virtud por la molicie inseparable de toda gran fortuna y de la opulencia en que estan envueltos. Pero este siervo de Dios era uno de los hombres, que habiendo comenzado su vida por los placeres, y que habiendo hecho de su parte todos los esfuerzos imaginables para conocerse, han llegado á ser religiosos prudentes, sóbrios y templados por las desgracias, llegando á ser, por último, grandes sugetos y hombres de una probidad experimentada por la paciencia y la adversidad, que uniéndose á la inteligencia que facilita la extremada política y el comercio del gran mundo, y que no olvidan jamás estas perso-

nas, constituyen un espíritu regido por la reflexion, desarrollando á veces una extraordinaria capacidad debida al aislamiento y soledad, y á preferir una existencia pobre y modesta. Hé aquí el verdadero retrato del difunto abad de la Trapa, Rancé, sacado del natural: habiendo sido uno de los más grandes hombres del siglo pasado, no debe causar admiracion por lo tanto el que una multitud de personas pretendiesen entrar en su casa, y que el jóven de Oupia por buena suerte obrase en él la impresion de la gracia que tantos habian ya experimentado. Habia comprendido desde su más tierna juventud que todos nuestros males provienen de no poder estar solos, y que del trato y comunicacion nacen el amor al juego, al lujo, como tambien el de la disipacion, del vino, de las mujeres, de la ignorancia: en una palabra, la murmuracion, la envidia, el olvido de sí mismo, y finalmente el de Dios. Esta fué la causa que le determinó á ocultarse en la soledad para evitar semejantes riesgos y escollos, desde el momento en que pudo conocer los peligros y las ilusiones del mundo. Despues de hacer ver á su prelado su verdadera vocacion, que ciertamente era inspirada, y habiendo dado á su entendimiento el tiempo suficiente para madurarla con continuas meditaciones y reflexiones, le fué concedido el consentimiento para ingresar en la Trapa. Trató de consolar á sus padres, valiéndose únicamente de los medios que le permitia su estado, y no podia rehusar á los vínculos de parentesco y de caridad, haciéndoles presente su inclinacion y otras razones poderosas, valiéndose al efecto de todos los recursos que su gran piedad y su ternura filial le pudieron sugerir; pero viendo que todos los pasos que daba con este objeto eran inútiles, partió sin despedirse y sin llevarse de su casa paterna y de su patria más que una carta del señor obispo de S. Pons para el P. abad de la Trapa. Esta carta, que admitió como un encargo particular del prelado, contenia una gran recomendacion en su favor, y seguramente no se hubiera encargado de llevarla si hubiera podido adivinar su contenido, el que por completo no se ocupaba de otra cosa que de hacer el más perfecto elogio de su conductor. Cuando el P. abad de la Trapa, á quien se la presentó, la hubo leido, consideró á Juan Bautista como á un ángel bajado del cielo. Inmediatamente trató de experimentarle sometiéndole á muchas pruebas, y al cabo de pocos dias, habiendo reconocido sus maravillosas dotes para la religion, le dió el hábito de novicio. La ceremonia fué muy patética por el celo y fervor que manifestó el nuevo cartujo, que recibió el nombre de hermano Alberico, y por la alegría que se echaba de ver en el semblante del P. abad y en el de todos los PP. de la comunidad, que semejaban á los ángeles, que eternamente cantan himnos de gloria en torno del trono de Dios. Durante el noviciado fué cuando Fr. Alberico ostentó todo el brillo de su virtud. Las pruebas más difíciles no le eran nada costosas, y por muy largo que fuese

el tiempo de oscuridad y recogimiento, jamás se le notaron deseos de salir de él. Efectivamente, nada es más propio en la vida espiritual que la humildad y la sumision perseverante á las órdenes de Dios en el estado de probacion, siendo esta razon porque el Señor no se limita y contenta con aconsejarnos la necesidad de la constancia en esperar, sino que exige y recomienda no desear otro cambio: *Ne festines*. ¿Pero quiénes son los que observan esta regla? ¿Quiénes los que esperan con constancia y no desean apartarse de los trabajos, de libertarse y salir de penas? Puede asegurarse que esta excepcion puede aplicarse á Fr. Alberico; continuamente suspiraba por la continuacion y prolongacion de sus penas, pedia á Dios diaria y fervorosamente le mandase las mayores, encontrando su yugo muy ligero, quejándose sin cesar de su demasiada facilidad para sobrellevarlas. No era de los que emplean todo género de medios contrarios á las órdenes de Dios para hacer más tolerable la cruz que el Señor les impone. Obró siempre como el santo rey David, que huyendo de la persecucion de su hijo Absalon, sufria con tanta resignacion como paciencia los insultos, las injurias y las pedradas de Semei. Así era que Fr. Alberico sufria, sin quejarse jamás, las contínuas humillaciones que sirven de pruebas á los novicios de la Trapa. No habia género de trabajo que no estuviese al alcance de sus fuerzas, y si alguna vez se quejaba, era porque no se le diese bastante que sufrir y padecer. Tampoco era del número de los que abrumados con el peso de la cruz recurren con la mayor diligencia á procurarse consuelos sensibles y humanos, sobre todo en tiempo de pruebas interiores, en el tiempo de lobreguez, de turbacion, de aridez, de disgusto, de tibieza, y áun de repugnancia hácia el bien, que Dios gusta ejercitar en las almas de los más fieles. Pero si pertenecia á los que en esta época de trabajos y molestias se arrojan y se entregan en los brazos de Dios, permaneciendo tranquilos é inmóviles bajo la accion de aquellos sufrimientos. Se contentaba con decir como el Profeta: *Sí, Dios mio, así lo quiero y me someto á vuestras órdenes. El tiempo se prolonga, Señor, lo confieso, este tiempo de pruebas, de tinieblas, de turbacion y de incertidumbre me parece largo, triste y doloroso; pero cualquiera que pueda ser su duracion, jamás me obligará á hacerme volver al lado de las criaturas ni á buscar consuelos humanos.* Fr. Alberico rara vez acudió á esta súplica, pero cuando usó de ella se vió claramente que Dios le hacia pasar por una de aquellas pruebas de que se vale para purificar sus santos, sus elegidos y predestinados. El tiempo del noviciado, que para los demás es tiempo de pruebas, fué de perfeccion para el hermano Alberico; diariamente se veian multiplicar sus méritos y virtudes; cada dia era señalado por alguno de sus singulares rasgos de humanidad, de sumision y de desasimiento á las cosas creadas. Este jóven novicio no encontraba que las austeridades fuesen extraordinarias ó in-

superables; todos los dias se quejaba á sus superiores de que economizaban demasiado sus fuerzas, pudiendo ejercitarlas en mayor escala. Sin embargo, algunos de sus compañeros sucumbieron bajo el peso de las mortificaciones y de las obras corporales en que constantemente se ocupaban los religiosos de aquella casa, y que muchas veces no podian resistir. Fr. Alberico empezó á sentir algunos dolores en el pecho, que poco despues fueron seguidos de algunas accesiones de fiebre, que no siendo al principio muy considerables, le facilitaron el poder ocultar su padecimiento; pero habiéndose aumentado los síntomas, y no ejerciendo su estómago como era debido sus funciones ordinarias, cayó en tan grande postracion, languidez y debilidad, que no le fué posible ocultar por más tiempo la grave situacion en que se encontraba. Se le obligó á entrar en la enfermería, á la que generalmente no van más que aquellos cuyo estado es muy grave ó desesperado de conseguir su alivio ó curacion. En esta situacion, el maestro de novicios le anunció, que si no recobraba la salud dentro de pocos dias habria necesidad de despedirle. Ya se habia escrito algunos dias ántes al Sr. Obispo de S. Pons, participándole el mal estado de la salud del novicio; en seguida contestó este prelado al P. abad rogándole encarecidamente y en los términos más apremiantes, le volviese á mandar á su lado, haciéndole notar de paso que la enfermedad que Dios le habia enviado era una prueba segura y cierta de que no aprobaba su retiro, que por otra parte sería privar á la iglesia de S. Pons de un tesoro quitándole aquel jóven ministro; que tenia fuertes y poderosas razones para creer que la Providencia habia querido detenerle en aquel camino; y que así sería contrariar sus órdenes y designios, deteniéndole más en el desierto. El prelado unió á esta carta otra bastante fuerte dirigida al hermano Alberico; en su contexto se valia de las razones más propias para quebrantar la resolucion que habia tomado de confinarse á la soledad; le aconsejaba no tentase á la Providencia, advirtiéndole no le llamaba á la vida monástica, y que se le proporcionaria ocasion de producir los mayores bienes sirviendo á su propia iglesia. Le recordaba que hacia mucho tiempo que tenia sus miras puestas en él; que resistir en aquella ocasion á los deseos y voluntad de su prelado, era marchar en sentido contrario contra los designios de Dios. Estas dos misivas tan apremiantes hubieran obligado sin duda alguna á los PP. de la Trapa á despedir al hermano Alberico, si por un golpe singular de esta misma Providencia, cuyos designios no siempre estan acordes con los deseos de los hombres, la salud del novicio no se hubiese recobrado y restablecido en el mismo tiempo en que se le creia desahuciado, desconfiando la curacion. Este éxito y suceso inesperado admiró á todo el mundo, é hizo que los superiores juzgasen que la vocacion de Alberico no era equívoca ni dudosa, puesto que acababa de ser confirmada con una curacion tan

sorprendente y que casi podia mirarse por un milagro. No es necesario decir que el temor de una recaida diese lugar al convaleciente novicio á economizar sus fuerzas. Bien persuadido que Dios conserva lo que quiere, que sostiene muchas veces á débiles, miéntras se complace en humillar á los fuertes y á los que más presumen del vigor de su temperamento, se volvió á dedicar más ferviente al trabajo, y nunca aparecia mayor alegría en su semblante que cuando la carga que se le imponia era muy pesada. De este modo recorrió este jóven hermano la carrera de su noviciado. Cuando vió se acercaba su término, no cesaba de dar gracias á Dios por haberle sostenido hasta el fin, y de haberle concedido la merced de terminarle. Finalmente, habiendo llegado el momento de la profesion, la hizo en las manos del Padre abad, con tan extraordinaria alegría, que dió márgen á que se juzgase que las gracias de que fué colmado en esta ocasion eran de un órden sobrenatural. El mismo comprendió en aquella ocasion, mejor que nunca, que el perfecto cristiano debia aspirar á ser crucificado con Jesucristo para formar con él un mismo cuerpo, una misma víctima, y un solo Cristo compuesto de jefe ó cabeza y de miembros. ¡Qué disposiciones de sacrificio y de muerte no imprimió esta verdad en el corazon del hermano Alberico! No miraba entónces como un simple consejo, sino como un precepto muy esencial, la obligacion de llevar su cruz y de inmolarse con Jesucristo, y grabó en su corazon esta importante verdad, á saber, que todo el discurso de nuestra vida es lo que dura nuestra inmolacion, que comienza con ella y no debe terminar sino con la muerte. En efecto, el cielo nos deshecha siguiendo el camino de los deleites y de los placeres, siguiendo nuestras inclinaciones que nos desorientan uniéndonos á los bienes materiales; no pudiendo dirigirnos á él sino por las vias enteramente contrarias, es decir, por las lágrimas, los dolores y las amarguras, y solo humillándose, sometiéndose, reprimiendo las pasiones, y privándose de todo aquello que lisonjea los sentidos, es como puede llegarse á disfrutar en la gloria la verdadera dicha. Estos eran los sentimientos en que estaba impregnado el jóven religioso cuando ingresó para siempre en la religion. Continuamente tenia en la boca esta palabra terrible de Jesucristo: El cielo no se consigue más que por la violencia: *et violenti rapiunt illud.* Este lugar, en otro tiempo tan accesible, ha llegado á ser para nosotros una plaza casi inexpugnable; es una conquista que no se consigue de otro modo que por el esfuerzo de grandes deseos, de oraciones, de ayunos, de privaciones, de desapropios y de mortificaciones. No es justo, decia contínuamente, que esta conquista cueste ménos á los soldados que al general. Sostenia esta disposicion de su corazon, por los actos más expresivos de mortificacion y de humildad, y aunque habia salido de novicio, se abatia á ejercer las funciones más bajas y más repugnantes,

buscaba continuamente las ocasiones de abatirse y sepultarse en los abismos de la humildad. Los superiores veian con indecible alegría los progresos que el hermano Alberico hacia de dia en dia en las virtudes monásticas, é informaron de sus sobresalientes prendas al señor obispo de la Séez, que habia hecho un viaje á la Trapa algunos meses despues de la profesion del hermano Alberico. Aquel monasterio estaba situado en la diócesis de Séez, y bastante cerca de esta ciudad. Su prelado, que honraba á estos santos religiosos con su estimacion y afecto, los visitaba con frecuencia. Tuvo ocasion de informarse particularmente de la vida del hermano Alberico, y no le costó gran trabajo conocer que seria algun dia un varon grande y eminente para la religion si Dios le conservaba la salud; procuró tratarle, y reconoció que el excesivo é inmoderado uso de las mortificaciones no le habian debilitado ni hecho perder nada de la elevacion de su carácter y talento, ni de la vivacidad y fuerza de sus luces y conocimientos. Era un uso establecido en la Trapa desde el tiempo de la reforma, que se permanezca en el estado en que se entre ó ingrese, es decir, que si alguno entra sin tener las sagradas órdenes, no debe admitírsele; si alguno tiene ya las de subdiácono ó diácono tiene que permanecer en ellas sin más ascenso. Debia, pues, esperarse que siguiendo esta ley inalterable, el hermano Alberico, habiendo entrado de subdiácono en la Trapa, no subiria á mayor altura. Sinembargo, el señor obispo de Séez creyó podria pedir al Padre abad se hiciese una infraccion en aquella regla en favor de un religioso en el que notaba tan grandes y abundantes semillas de santidad, y que juzgaba tan á propósito y tan propio para ser elevado á las más altas funciones del ministerio sagrado. Este prelado no tuvo gran trabajo en hacer consentir á los superiores de aquella santa casa derogasen por aquella vez una costumbre que tan dificilmente alteraban. Anunciaron al jóven profeso se dispusiese para recibir la órden del diaconado. Fué extraordinaria la alegría que experimentó al saber podia publicar el Evangelio, y podia acercarse y aproximarse á los santos altares, y aunque la humildad le abatia hasta juzgarse indigno de tal merced, la obediencia que fué su norte, y de la que no se apartó jamás, principalmente á sus superiores, y la docilidad con que se prestaba á ejecutar sus órdenes, le hicieron recibiese sin disgusto la que le impusieron de prepararse para recibir el diaconado, como si el mismo Dios se lo hubiese mandado. Se dispuso con una reclusion de quince dias, durante los cuales redobló con el mayor fervor sus austeridades, siendo la más notable y que llamó más la atencion de sus superiores, la que se observó durante todo este tiempo, de tener los ojos continuamente velados, no abriéndolos sino para tomar un leve alimento, y para cantar al facistol. Llegado el dia de aquella solemnidad, se presentó á recibir la sagrada órden como un

ángel bajado del cielo, causando su gran fervor la admiracion de todos los que presenciaron aquel acto religioso, y sirviendo de un gran consuelo al prelado que le impuso las manos, y que le hubiera, por fin, elevado al sacerdocio, si Dios no hubiera determinado otra cosa. El hermano Alberico, revestido con aquel nuevo carácter, parecia adquirir de dia en dia nuevas fuerzas en la carrera de la perfeccion; no solamente observaba la regla al pie de la letra, y conforme la acababa de restablecer el santo reformador de la Trapa, sino que excedia de sus rigores, animando y enfervorizando á sus hermanos con su ejemplo, á adelantarse cuanto pudieran en el camino de la virtud; juzgaba que las mortificaciones de la Trapa, bien léjos de superar á las fuerzas de la naturaleza, como creen la mayor parte de los hombres, podian llevarse á más alto grado; no se limitaba á sentir este parecer. puesto que lo apoyaba en la práctica; no recibia jamás ninguna órden de sus superiores en que no sobrepujase sus deseos en su cumplimiento, ni nunca se contuvo en el ejercicio de las mortificaciones sino cuando los superiores le ordenaban se abstuviese y arreglase á lo que mandan las constituciones ordinarias. Jamás este santo religioso les dirigió la palabra en que no les suplicase le permitiesen ejercitarse en mayores austeridades, asegurándoles podia soportarlas, y que economizaban en demasía sus fuerzas y las de sus hermanos, y que solamente ensayándolas es como podria conocerse si se podian llevar á cabo. Semejantes deseos y pretensiones, y el zelo que manifestaba en la práctica de la penitencia más extraordinaria, de que acaba de hacerse mencion, hicieron se le apellidase el *pequeño reformador*. En efecto, llevaba á tal extremo de rigor su excesivo celo, que el Padre abad se vió precisado muchas veces á moderarle con las más vivas y enérgicas amonestaciones, y así sucedió, que al paso que con aquella austera vida aumentaba y crecia en méritos, no fué sin que se llegase á conocer era en menoscabo y perjuicio de su salud. Habia cumplido tres años en la religion cuando empezó á sentir fuertes dolores de cabeza, acompañados de una tos tan continua y molesta, que no le dejaba descansar un momento. Esta tos pertinaz llamó la atencion de sus superiores, que se apercibieron del quebranto de su salud; enflaquecia rápidamente, y su semblante pálido y descarnado iba en aumento de dia en dia manifestando la profunda alteracion de su naturaleza. En tal estado hubo precision de hacérsele presente; continuaba inalterable en la observancia de su regla, no queriendo omitir jamás la menor de sus prácticas; á pesar de las reflexiones que le hacia el P. abad, dispensándole de su cumplimiento, exhortándole muchas veces á que se aprovechase de aquella licencia, que contribuiria á su alivio, y de aquella indulgencia que se tenia en beneficio suyo. El hermano Alberico estaba bien penetrado de que su término se aproximaba; todo le anunciaba

una muerte cercana, pero la esperaba tranquilo y sin espanto; la consideraba feliz en Jesucristo, pues sin este apoyo y amor, es horrible, detestable y el horror de la naturaleza. En Jesucristo sucede todo lo contrario, es amable, santa, y es la alegría del que le es fiel. Todo es dulce en Jesucristo hasta la muerte, porque la padeció y sufrió aquel tránsito para santificarla como tambien sus tormentos. Los hombres no habiendo podido encontrar remedio para evitar la muerte, la miseria y la ignorancia, no hallan otro recurso para ser felices que no acordarse de que ha de llegar, y es todo lo que han podido inventar para consolarse de tantos males. Pero en verdad es un consuelo bien triste é ineficaz; porque su olvido no cura el mal, y únicamente le oculta por algun tiempo, impidiendo la verdadera y eterna curacion. Así es que por un cambio extraño de la naturaleza del hombre, encuentra que el tedio y el aburrimiento, que es el padecimiento más contínuo y que más le afecta, es en cierta manera su mayor bien, porque puede contribuir más que nada á que busque la verdadera curacion; y que los placeres que considera como la mayor dicha, son los que en realidad producen sus mayores tormentos, y los que más le alejan del camino en que sin duda encontraria el verdadero remedio de sus males. El hermano Alberico, por fortuna, no se hallaba en esta funesta disposicion; jamás se separó su pensamiento de la idea de la muerte, desde el momento en que conoció que su enfermedad de dia en dia iba en incremento en lugar del alivio que se deseaba. Despues de pasado bastante tiempo, y observándose que el mal le iba consumiendo poco á poco, fué llevado á la enfermería por órden de sus superiores. De este local no debia ya salir sino para ir á la patria celestial, dando miéntras allí permaneció los mayores ejemplos de virtud y de paciencia que han podido conocerse. Sufrió las fatigas y los padecimientos más violentos de pecho con tal tranquilidad, que hubiera hecho juzgar á los que no conocen perfectamente la disposicion en que se hallan los religiosos de la Trapa cuando estan cercanos á la muerte, no se hallaba en tan grave situacion. Su paciencia, su moderacion, y sobre todo su perfecta resignacion á la voluntad de Dios, eran ejemplo de edificacion y consuelo á sus hermanos. Su mal empeoraba visiblemente, y viendo que no quedaba ninguna esperanza de curacion, se le anunció que era necesario se dispusiese para la muerte. Esta nueva absolutamente no le sorprendió, hacia mucho tiempo se hallaba preparado, pidió humildemente recibir los santos Sacramentos, y como todavía le quedase alguna fuerza para irlos á recibir á la iglesia, fué allí conducido en la mañana del 11 de Diciembre, y se le administró el sacramento de la Eucaristía y la extremauncion, que recibió con una devocion y una renovacion de su anterior fervor, que enterneció á toda la comunidad. Recibió el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo de rodillas,

aunque apénas se lo permitian sus débiles fuerzas. El P. abad, que le administraba el sacramento, le dirigió un discurso muy patético, lleno de los más bellos sentimientos. En seguida se condujo al paciente á la enfermería, y pasados algunos momentos, sus fuerzas disminuyeron considerablemente. Su vida durante los ocho últimos dias que vivió, no fué más que una continuacion de actos de amor, de sacrificio, de sumision y de humildad. Pareció, sobre todo, en los cuatro últimos dias, haberse fortificado con una superabundancia de gracias celestiales. Todo lo que decia manifestaba hallarse lleno y penetrado de tan señalados favores. Sus expresiones no indicaban más que sus deseos de disfrutar de la patria celeste. Suplicaba continuamente á Dios le librase de aquella prision mortal, y que terminase su sacrificio, que no podia concluir sino por la muerte. A los hermanos que permanecian á su alrededor, les decia contínuamente que la muerte es necesaria, y que debe desearla todo cristiano, para mortificar por entero esta desgraciada raiz; que es necesaria, porque es un castigo del pecado, impuesto al hombre para expiar su crímen y para purgarle del mismo pecado; que la muerte solamente es la que puede librar al hombre de la concupiscencia de la carne, y de la que no se eximen ni áun los santos miéntras estan en el mundo; y que atendiendo á que Jesucristo cuando entró en el mundo se ofreció á Dios como en holocausto y verdadera víctima; que su nacimiento, vida, muerte y Ascension, y el lugar que ocupa á la derecha de su Padre, y su presencia en la Eucaristía, no son más que un solo y único sacrificio, no debemos ignorar que lo que se verificó en Jesucristo debe necesariamente suceder en todos sus miembros. Con semejantes discursos trataba de consolar á sus hermanos, que estaban sensiblemente afligidos por la pérdida que iban á experimentar. Finalmente, se acercaba el dia en que sus ojos se iban á cerrar al mundo, al tiempo de abrirse en la eternidad. Sentia la proximidad de la muerte, viéndola venir con firmeza cristiana, anunciándola de una manera que parecia inspirada. El miércoles 17 de Diciembre fué á verle el P. abad, y como le preguntase acerca del estado de su alma, le contestó que precisamente al otro dia á la misma hora se desatarian sus lazos con la vida mortal. Por este digno superior se sabe una circunstancia que á muchos pareceria sorprendente. En aquella misma conversacion el hermano Alberico le confesó que en tres años y medio que hacia habia entrado en la religion, no habia tenido un solo recuerdo del mundo. Hé aquí verdaderamente un grande anuncio y precedente de santidad. Espiró á las once de la mañana del jueves 18 de Diciembre del año de 1704, sobre la ceniza, donde se le colocó en medio de la enfermería, media hora ántes que diese su alma á su Criador, no teniendo más que veintiocho años cumplidos. Fué trasladado por la tarde á la iglesia al tiempo que se iban á principiar las vísperas;

y enterrado en la mañana del viernes siguiente á 19, debajo del altar mayor. Despues del entierro todos los religiosos bajaron á la iglesia á prosternarse, formando por todos una cruz, miéntras cantaron un *Miserere*. Esta ceremonia se observaba siempre en todos los entierros de los religiosos. — A. L.

SAINT-CRESPIN (Nicolás de). Pocas noticias han quedado sobre la vida de este autor que compuso la vida de S. Godofredo, obispo de Amiens, muerto en 1115. Al frente de esta produccion, publicada por Surio se le califica de monje de Soisons, sin expresar el monasterio de aquella ciudad, pues entónces habia muchos á que pertenecia. Pero el autor suple por sí mismo esta omision, denominándose en la epístola dedicatoria *siervo de los santos apóstoles Crispin y Crispiniano*, lo que designa la abadía llamada de Saint Crespin le Grand, perteneciente á los benedictinos, y no la de Saint Crespin en Chage, servida siempre por canónigos regulares. La fecha de la obra ha sido objeto de disputas entre los sabios; unos la ponen en 1139 ó 1140, creyendo otros deber retardarla hasta el año 1199. Los primeros se fundan en que por una parte la traslacion del cuerpo de S. Godofredo, hecha el 4 de Abril de 1138, fué el motivo que animó al autor á componer la historia de su vida, y por otra, en que esta historia se halla dedicada á Rotardo, dean de la iglesia de Soissons, que fué reemplazado por Norman en 1140. Los otros dan como prueba la edad de veinticinco años que se da Nicolás al escribir, combinada con el año 1170 en que dice haber nacido Pero es evidente por el contexto de la obra que estos últimos no tienen en favor suyo más que un error del copista adoptado por el editor, error que consiste en no haber dado la verdadera cifra empleada por Nicolás para marcar la época de su nacimiento. En un prólogo que sigue á la epístola dedicatoria, el autor protesta no haber omitido nada para asegurarse de la verdad de los hechos que va á referir. No sabia, como él mismo lo confiesa, más que un número muy pequeño: *Pauca nostris oculis vidimus*. Pero habia consultado á tres hombres respetables perfectamente instruidos en todo lo relativo á la persona de Godofredo y testigos oculares de una gran parte de sus acciones. El primero era Rotardo, de quien acabamos de hablar, sobrino del rey y educado por él hasta una edad avanzada; el segundo Reniger, monje de S. Quintin, discípulo suyo tambien; el tercero Gisliberto, persona de una probidad reconocida, amigo constante de Godofredo y su fiel compañero en todos sus viajes. A pesar de estas precauciones y de estas autoridades, la narracion de nuestro autor no deja de dar materia á la crítica. Se le reconviene en particular de haber sostenido contra la abadía de Saint Valeri una de las más atroces calumnias y de las ménos verosímiles que puedan imaginarse. Su equivocacion no ha impedido sin embargo á los enemi-

gos de la Orden monástica á refutarla con frecuencia y de procurar de diversos modos darle cierto aire de probabilidad. No llevarán á mal nuestros lectores, puesto que se presenta la ocasion, que demos á nuestra vez otra refutacion. Comenzaremos por referir el hecho segun le cuenta nuestro historiador. S. Godofredo, dice, en el curso de sus visitas á su diócesis llegó á una iglesia dependiente del monasterio de Saint Valeri, donde los sacerdotes de las cercanías fueron á llevarle cálices y ornamentos para bendecirlos. Habiéndolo sabido los monjes, se presentaron en seguida para oponerse á esta bendicion, sosteniendo que el obispo de Amiens no tenia jurisdiccion alguna en su territorio. El Santo les contestó con suma bondad que el derecho de consagrar los vasos del altar acompañaba al obispo donde quiera se encontrase. Pero viendo que sus razones no podian convencerlos, prefirió ceder y retirarse. De regreso en la capital de su diócesis, su primer cuidado fué convocar á su clero para exponerle la afrenta que acababa de recibir. El sínodo indignado no vaciló en citar al abad de Saint Valeri. Compareció el acusado; pero por medio de una cantidad de oro que repartió en secreto entre la asamblea, consiguió corromper á sus principales miembros, y atraerlos á sus intereses contra su obispo. Disgustado de tan baja accion, Godofredo presentó su queja al tribunal de Manasés, arzobispo de Reims, que celebraba por entónces un gran concilio en su ciudad metropolitana. Habiéndose dirigido á ella el abad con sus monjes con la bolsa mucho mejor provista todavía que la vez primera, se quejó de que el obispo pretendia atentar contra los derechos de su monasterio. Al mismo tiempo presentó cartas de Roma, que decia ser muy antiguas, y suplicó al arzobispo mandase leerlas. Miéntras todos los que se hallaban seducidos se esforzaban por aplaudirle, Godofredo, rezelando alguna superchería, pidió verlas. La primera ojeada confirmó sus sospechas. Para convencer del fraude á todos los presentes, frotó el título con la punta de su túnica, y en vez de una letra antigua, manifestó que los caractéres se hallaban recientemente trazados. Los monjes, llenos de confusion, no encontraron entónces otra salida que apelar á la Santa Sede. Por ilusoria que fuese esta apelacion, el prelado tuvo á bien deferir á ella. Ambas partes se pusieron en marcha incontinenti en direccion á Roma. Pero más activos los monjes, llegan los primeros. El oro de que iban provistos hace el mismo efecto en Roma que en Reims y Amiens. Triunfan en la cuestion y vuelven victoriosos á su monasterio. Cuando se presentó Godofredo, viendo los empleados de la corte romana que no llevaba más que razones, se pusieron á reconvenirle de concierto, porque vejaba injustamente á la abadía de Saint Valeri. El buen obispo viendo frustrada su esperanza, partió tranquilamente de Roma para ir á cumplir un voto que habia hecho á S. Nicolás de Bari. Pero á su regreso encontró al Papa, que lo era

á la sazon Pascual II, mucho mejor dispuesto en favor suyo, porque habia oido hablar de la santidad de su vida despues de su partida. Entónces fué escuchada su defensa, obtuvo completa justicia y volvió con cartas para obligar á los monjes de Saint Valeri á obedecerle en todo como á su padre y pastor. Desde aquella época, añade el autor, la iglesia de Saint Valeri quedó sumisa al obispo de Amiens. Tal es en compendio la relacion de Nicolás, veamos ahora las razones que se le oponian: 1.° No se hace mencion alguna ni en Ivo de Chartres, el consejero de Godofredo y uno de los más zelosos adversarios de los privilegios monacales, ni en ningun autor contemporáneo.—2.° La historia en sí misma no presenta mas que un tejido de contradicciones y de absurdos. Primero: la seduccion de los tres cleros de Amiens, de Reims y de Roma es una cosa incomprensible y sin ejemplo. ¿Qué experiencia hay, en efecto, de que un número tan grande de personas que hacian profesion de probidad se hayan olvidado de su honor hasta el punto de sacrificarle al vil interés, haciendo lo mismo con su conciencia y los derechos del episcopado? Pero áun suponiéndoles capaces de un crímen tan vergonzoso, cómo los fondos de una abadía, que no ha pasado nunca por opulenta, hubieran podido bastar para satisfacer su avaricia? De seguro cuanto más enorme era el fraude que se perseguia, tanto más caros debian ser los sufragios que se compraban con este objeto. No es sin embargo este el menor de los inconvenientes que se oponen á la narracion de nuestro historiador. La conducta que hace observar al abad de Saint Valeri es mucho más difícil de creerse, pues se desmiente en todos sus puntos. Por un lado es un superior que pretende no depender más que de la Santa Sede, por otro acude sin resistencia á la primera cita del obispo diocesano. Llevado despues delante del metropolitano, obedece con la misma inconsecuencia. ¿Pero qué lleva para justificar su pretension? Un título tan recientemente fabricado, que aún no habia tenido la tinta tiempo de secarse No es esto el colmo de la necedad? Nadie puede ocultar lo débil de este lugar de la historia de Nicolás. Así es que su imaginacion se ha agotado para colorearle con especiosas interpretaciones. De todas las versiones que se han dado resulta siempre en último análisis que los monjes de Saint Valeri fueron bastante negligentes para aguardar hasta el último momento á forjar el título esencial á la decision de su proceso, bastante ignorantes para no saber desvanecer con alguna invencion sencilla y fácil la demasiada frescura de los caractéres, bastante imprudentes para ir á presentar por sí mismos su obra á jueces á quienes no hubieran debido reconocer, y que á pesar de esto, tan ineptos falsarios estuvieron á punto de triunfar. ¿Se conoce á los hombres cuando se admiten semejantes suposiciones? Los partidarios de nuestro historiador no encuentran ménos dificultad para salvar los anacronismos de

que se le reconviene con relacion al hecho que examinamos. ¿En qué época se celebró el concilio de Reims de que habla? ¿Cuándo emprendió el viaje á Roma el obispo de Amiens? ¿Cuánto tiempo estuvo ausente de su diócesis? Puntos son estos sobre los que existe tan poco acuerdo entre ellos como con el mismo Nicolás. Pero sin empeñarnos en estas discusiones, que nos llevarian demasiado léjos, vemos á la conclusion de su relacion: «Desde aquella época, la abadía de Saint Valeri quedó sumisa á la jurisdiccion del obispo de Amiens.» Hé aquí que la dan un formal mentís. Solo el más antiguo es capaz de reducir al polvo toda su narracion. Se creeria que es ese Pascual II, bajo cuyo pontificado se coloca la aventura de Saint Valeri, ese mismo Papa es el primero que confirmó la creacion de ese monasterio concedida originalmente por Benedicto VII. Su bula con este motivo, fechada en Benevento el 4 de Marzo de 1106 y publicada por el P. Mabillon, hace el elogio de los religiosos sin presentar el menor vestigio de diferencia entre ellos y la iglesia de Amiens. Hasta sesenta años despues no comenzaron á ser inquietados por Roberto, sucesor de S. Godofredo. Este prelado atacó primero la posesion. El papa Alejandro II, á quien se elevó el proceso, nombró comisarios sobre los lugares para oir á los testigos presentados respectivamente por cada una de las partes. La sentencia fué favorable á los religiosos. Probaba que dependian desde tiempo inmemorial inmediatamente de la Santa Sede. En su consecuencia dió el Papa una sentencia en 20 de Marzo de 1169, en que les confirmaba en el goce de su privilegio. No desanimado por esta desgracia, el obispo de Amiens no hizo más que cambiar de táctica. Llevó el asunto á otro tribunal, y mandó á los religiosos presentar sus títulos. Fué prontamente satisfecho, pero no se veia que hubiese alegado por su parte otra cosa que el derecho comun; prueba que no conocia el pretendido rescripto de Pascual en favor de S. Godofredo. Alejandro le ignoraba tambien, puesto que en su bula del mismo año declara, que á ejemplo de sus antecesores Benedicto y Pascual, pone bajo la proteccion de los santos apóstoles la abadía de Saint Valeri, é impone silencio perpétuo en este punto á la iglesia de Amiens. La disputa se renovó dos veces en el siglo siguiente, y terminó dos veces en ventaja de Saint Valeri por los juicios contradictorios de Inocencio III y de Gregorio IX. Estos documentos reunidos á razonamientos tan evidentes contra la narracion de un escritor aislado, deben hacerle perder el crédito en el ánimo de los lectores juiciosos é imparciales. Permítasenos otra reflexion más. La vida de S. Godofredo en el estado en que nos la ha dado Surio, ¿qué peso tiene y qué grado de aprecio puede merecer? El editor declara que ha variado la diccion y que ha hecho muchas supresiones. Compréndese bien cuánto semejante licencia debilita la autoridad de esta produccion; pero el original que habia servido de guia á Surio y que no se

encuentra hoy en ninguna parte, ¿de dónde se habia sacado? ¿Cuál era su antigüedad y los demás caractéres que sirven para hacer juzgar del mérito de un manuscrito? Es indudable por muchas faltas de cronología que ha conservado el editor, tales como el año 1118 dado como el décimo octavo del reinado de Luis el Gordo, la muerte de S. Godofredo, referida á la misma época, aunque acaecida tres años ántes, sin hablar del anacronismo sobre el nacimiento del autor; es indudable, repetimos, por todas estas razones, que la obra habia perdido ya mucho de su pureza primitiva al pasar por manos de los copistas. Pero ¿quién nos garantizará que el fraude no se halla unido á la negligencia y á una mano infiel, en odio á la abadía de Saint Valeri, y haya introducido en la vida de S. Godofredo el rasgo que es objeto de nuestra crítica? Hay motivo para dudar, segun el testimonio del Padre Mabillon que nos asegura haber visto en la abadía de Rongeval, cerca de Bruselas, otra vida manuscrita de S. Godofredo, en la que no se encuentra vestigio alguno del rasgo de Saint Valeri? Se debe sin embargo hacer justicia á nuestro historiador. En medio de las alteraciones que desfiguran su texto, en medio de las preocupaciones que adopta con frecuencia, es fácil conocer que no carecia de talento para escribir. Su epístola dedicatoria, á que ha perdonado Surio, es el mejor elogio de su estilo. El cuerpo de la obra se halla sembrado de pasajes de autores á que llama clásicos, lo que manifiesta que habia hecho muy buenos estudios. Por todas partes exhala una piedad pura, y por los colores con que pinta las virtudes del santo obispo de Amiens excita vivamente á imitarlas. Esta última razon es la que ha inducido á M. Arnaldo de Andilly á traducir esta composicion y á darla un lugar en la coleccion de sus vidas de muchos santos ilustres, impresa por Pedro le Petit, en Paris en 1664. No tenemos más noticias sobre las demás circunstancias de la vida de Nicolás, ni sobre el año de su muerte. Es indudable que habiendo comenzado á la edad de veinticinco años á ponerse en el número de los autores, no sea su única composicion la de que acabamos de dar cuenta, á ménos que una muerte prematura no hubiera cortado el hilo de sus dias. —S. B.

SAINT CYR (Odet José de Vaux du Giry de). Nació en 1694 en Bagnols, abrazó el estado eclesiástico y obtuvo, siendo muy jóven todavia, un canonicato en la iglesia colegial de S. Justo de Lyon, lo que no le impidió ir á París á terminar sus estudios teológicos. Pasó dos años en el grande seminario de S. Sulpicio, y siguió el curso de licenciatura en la casa de Navarra. Habiéndose recibido de doctor en teología, se puso á las órdenes de M. de Rastignac, arzobispo de Tours, que le nombró su vicario general y canónigo de su catedral. Sumiso siempre á las órdenes de la Santa Sede, manifestó su zelo por conservar la paz en la Iglesia y se apresuró á adherirse al decreto de

la Sorbona para la aceptacion de la bula *Unigenitus*. Sus talentos le valieron un empleo tan honroso como difícil. En Diciembre de 1735 fué nombrado subpreceptor del delfin, hijo de Luis XV: el jóven príncipe fué puesto á la edad de siete años, en 15 de Enero de 1736, en manos de sus maestros. El abate de Saint Cyr supo ganarse la confianza de su discípulo, no lisonjeando sus caprichos, sino hablándole siempre el lenguaje de la razon y de la verdad. Unia, dice Proyat, á un alma sólidamente virtuosa un talento adornado de todos los conocimientos útiles. Enérgico y bondadoso, era sobre todo uniforme en su comportamiento con el niño; le acostumbró á raciocinar con exactitud, y prescribiéndole el trabajo, sabia hacérsele fácil. Cuando terminó su educacion, queriendo el delfin adquirir nuevos conocimientos, conservó á su lado al abate de Saint Cyr, que trabajó entónces mucho más para moderar su ardor, que habia trabajado anteriormente para excitarle. Le admitió á su más íntima familiaridad, y siempre estaba abierto para él su gabinete. El abate Proyat nos ha conservado algunas de sus cartas; las del príncipe respiran el tono de la amistad y de la confianza, y las del abate de Saint Cyr estan llenas de sabiduría y prudencia. Aunque era aficionado al cultivo de las letras, fué el primero en manifestar al delfin que no debia de profundizar mucho la literatura, pues hay otros conocimientos más necesarios á un rey. Le inspiró en particular respeto y amor á la religion, y grande repugnancia á los sistemas de los incrédulos. Habia sabido apreciar á los escritores que tomaban en aquella época el título de filósofos, y procurado dar á conocer su doctrina en el *Catecismo y decisiones de casos de conciencia para uso de los Caconaes*; Cacopolis, 1758, en 8.°, de 107 páginas, que es una especie de recopilacion de las máximas y pensamientos sacados de los libros de los incrédulos. El abate de Saint Cyr no puso su nombre á este escrito, que parece ser el único que llegó á ver la luz pública. Este hombre tan apreciable murió el 13 de Enero de 1761, á los sesenta y siete años. Era consejero de estado y limosnero ordinario del delfin. Habiendo sido nombrado abad de Val Benoite en 1726; de la Clarté-Dieu en 1733 y de Saint Martin de Rouen en 1741. En 1749 dimitió estas abadías y obtuvo la de Troarn en la diócesis de Bayeux. Se le habia admitido en la Academia Francesa en 1742 en la plaza del cardenal de Polignac. Su discurso de recepcion es tan prudente como modesto. El orador ingiere naturalmente en él el elogio de su discípulo, y da algunos detalles sobre su carácter. Hé aquí cómo le termina: «Pero por mucha autoridad que las letras tengan sobre el talento y sobre las costumbres, hay un principio más sublime del que esperamos el complemento de una obra tan grande. Ya lo sabeis, señores, solo la religion es á quien corresponde dar al mundo reyes segun el corazon de Dios y segun el corazon de los hombres. Ojalá estas saludables máximas, *recibidas hasta*

*el presente con docilidad*, se impriman cada vez más y no se borren nunca.» Destouches, que le respondió en su calidad de director, elogió la amabilidad de su carácter, la delicadeza de su ingenio, su vasta erudicion y sus profundos conocimientos de la literatura griega y latina. El abate Saint Cyr fué reemplazado en el mismo cuerpo por el abate Batteux, que en su discurso de recepcion hizo comprender cuán sabia, razonable y religiosa habia sido la filosofía de su antecesor, y el duque de Nivernais en su respuesta dice que el elogio más completo del abate Saint Cyr era el buen resultado de sus desvelos cerca de su augusto discípulo, y habla del vivo y honroso pesar de la Academia. El abate de Saint Cyr tiene su lugar en la *Historia de los miembros de la Academia*, por D'Alembert. Pero el secretario perpétuo se guardó muy bien de elogiar á un hombre que habia apreciado en su verdadero valor las miras de los filósofos. El elogio que hace de él es desde el principio al fin una verdadera rechifla; supone que el abate de Saint Cyr no habia procurado inspirar á su discípulo más que aversion á la filosofía, esa segura salvaguardia de los reyes, dice; pero el éxito ha manifestado si esta salvaguardia era bien segura. D'Alembert pretende que el delfin se quejaba con frecuencia de haber sido mal educado, y en efecto, un príncipe educado por un sacerdote profundamente religioso, un príncipe que hacia públicamente profesion de piadoso, y que no habia ocultado su poca inclinacion á los principios de D'Alembert y de sus amigos, no podia á sus ojos haber sido bien educado. Por otra parte, la acusacion que se supone al delfin se halla suficientemente desmentida por la confianza, la estimacion y la amistad que manifestó siempre á su antiguo maestro. Le daba cuenta de sus lecturas y le pedia consejos. El voto de un príncipe tan virtuoso y tan justo apreciador del mérito, debe tener tanto peso por lo ménos como el del parcial académico. Las *Memorias de Trevoux* en las pocas palabras que consagran al abate de Saint Cyr, dicen: «que cultivó las letras y la filosofía como si hubiese querido que nadie pudiera negar su mérito, su talento y sus trabajos, y que comenzó en el mismo torbellino de la corte esa igualdad de costumbres de estudios, de procedimientos, que excluye los deseos y condena las pretensiones.»—S. B.

SAINT CYRAN (Juan del Verger de Hauranne, el abate de). Este celebre escritor eclesiástico del siglo XVII, por las eminencias que á él se aficionaron y por sus obras, nació en Bayona, de una familia noble, el año 1581. Destinado al estado eclesiástico, luego que acabó en Francia las humanidades y la filosofía, fué á estudiar la teología á Lovaina. Jansenio estudiaba á la sazon en aquella universidad. Entre este y Saint Cyran empezó desde su primer conocimiento una intima amistad, y ambos se hicieron muy distinguidos en aquella escuela por su talento y aplicacion. Jansenio obtuvo el glo-

rioso título de primer doctor de Lovaina, al que se hacian grandes honores, y Du Verger de Saint Cyran llegó á ser, con el apoyo del famoso Justo Lipsio, uno de los profesores de esta universidad. Poco tiempo despues fué Jansenio á París, en cuya capital le proporcionó Du Verger un empleo, y en seguida se fueron ambos á Bayona. Acababa el obispo de fundar en esta ciudad un colegio, y á su frente se puso Jansenio. No ocupándole todo el dia las atenciones de la direccion, el teólogo belga, de concierto con Du Verger, se entregó á un profundo estudio de los Santos Padres, y sobre todo de San Agustin. Entónces fué cuando ellos formaron su opinion sobre la gracia, sistema que ha dado lugar despues á tantas disputas, y causado tantas perturbaciones á la iglesia. Volvió Jansenio en 1617 á Lovaina, en donde se ocupó de la composicion de su *Augustinus*, en donde introdujo la doctrina en que habia convenido con su amigo Du Verger, en la persuasion en que estaban de que hasta entonces los escolásticos no habian comprendido á este santo Padre. Du Verger, de vuelta á París, se condenó á un profundo retiro, y continuó su trabajo sobre los Santos Padres, de los que hizo muchos extractos. La Rocheposay, obispo de Poitiers, creyó hacer una buena adquisicion, llamando á su lado á un eclesiástico tan estudioso, y haciéndole ir á su diócesis, y le dió un canonicato de su catedral, cuyo cargo no tardó en abandonar por haber hallado que la vida de los canónigos no era tan regular como debiera serlo. El obispo, que llegó á quererle mucho, le concedió en 1620 la abadía de Saint Byran ó sea de S. Giran ó S. Sigiranus, desde cuya época solo se conoce á Du Verger por Saint Cyran. En esta época conoció á Arnaldo de Andilly, personaje de gran crédito y reputacion en aquella época, y al cardenal Richelieu, que entónces era solo obispo de Luzon. Los autores que creyeron en la realidad del proyecto de Bour-Fontaine, aseguran que Saint Cyran asistió á la conferencia que pretenden se verificó en este mismo año en esta cartuja. Despues de haber pasado algunos años Saint Cyran en Poitiers, volvió á París, y sin abandonar sus estudios ni su retiro, se entregó á la direccion de las conciencias, en lo cual no tardó en formarse una reputacion de piedad y saber tan favorable, que le granjeó numerosos discípulos y apasionados amigos en las clases más distinguidas de la sociedad. Obispos, ministros de estado, magistrados, monasterios de religiosas, y personajes de la piedad más eminente, le consultaban, recibiendo sus decisiones con respeto, confianza y docilidad. Zamet, obispo de Langres, le propuso hacerle nombrar su coadjutor y lo rehusó, así como tambien el obispado de Bayona, que le ofreció el cardenal Richelieu. Empero al paso que tenia buenos y numerosos amigos, tuvo tambien porfiados y poderosos enemigos. Habia atacado á los jesuitas en la persona del P. Garassa, y estos religiosos no dudaban que fuese además el autor del *Petrus Aurelius*, en cuya obra

se les perseguia, y como no les faltaban plumas que les defendiesen, no tardaron en tomar la ofensiva, lanzando virulentos escritos contra Saint Cyran, segun lo dice su biógrafo M. L'Ecuy. «Fué pintado en ellos como un hombre peligroso, y como á tal se dirigieron quejas contra él al cardenal Richelieu. Teniendo este ministro motivos de descontento contra Saint Cyran, estaba dispuesto á escuchar á sus acusadores, pues que además de haberle desairado cuando quiso nombrarle obispo de Bayona, no ignoraba que desaprobaba el artículo de su catecismo de Luzon sobre la atricion, que habia escrito el mismo cardenal; sabiendo tambien que sostenia con su influencia la validez del matrimonio del duque de Orleans con Margarita de Lorena, que Richelieu queria romper á todo trance. Todo esto fué causa de que el cardenal se valiese de las acusaciones que dirigieron á su autoridad los enemigos de Saint Cyran, para mandar arrestarle y llevarle preso á Vincennes, lo que se verificó el dia 14 de Marzo de 1638. Ocupándosele los papeles, solo se hallaron extractos de las obras de los Santos Padres, y algunos materiales para escribir un tratado sobre la Eucaristía contra los protestantes, pretendiéndose que entre todos estos trabajos hubieran podido formarse de treinta á cuarenta volúmenes. Devolviéronsele todos estos papeles en cuanto fueron revisados; pero se empezaron procedimientos judiciales contra su persona. M. Labourdemont, consejero de estado, que era el mismo que años ántes habia figurado en el asunto de Urbano Grandier, fué encargado de hacer las informaciones y de examinar á los testigos. El dia 14 de Mayo de 1639 fué interrogado Saint Cyran por Lescot, doctor de la Sorbona, y hé aquí, dice su biógrafo, lo que se sabe de más cierto sobre este procedimiento que no tuvo consecuencia alguna. «Nada se habia encontrado en los papeles del abad que pudiese dar lugar á una séria acusacion; pero se habia confiado á personas que le vendieron.» Sea de esto lo que quiera, muriendo el cardenal Richelieu el dia 4 de Diciembre de 1642, terminó este injusto proceso y se puso en libertad al abad. Su primera diligencia, dice aquel biógrafo, fué ir á ver á sus amigos de Port Royal, y en seguida volvió á encerrarse en su casa, situada frente á los Cartujos, en la que disfrutó bien poco de su libertad, pues que murió el dia 11 de Octubre de 1643. Fué enterrado en Santiago de Haut-pas, en cuyo santuario se leia su epitafio, habiendo asistido muchos prelados á sus funerales en los que ofició el obispo de Amiens. La obra *Augustinus* se habia publicado en 1640, cuando aún el abad se hallaba preso, y desde entónces tuvieron principio las disputas sobre la doctrina de su contenido, y los dos partidos se dirigieron en súplica á Roma, el uno para que aprobase el Pontífice su doctrina, y el otro para que la condenase. El 6 de Marzo de 1642, el papa Urbano VIII mandó expedir una bula prohibiendo esta obra, acusada de reno-

var proposiciones ya condenadas por Pio V y Gregorio XIII; pero esta bula no se publicó hasta 11 de Diciembre de 1643, fecha en que hacia dos meses habia muerto Saint-Cyran. Las obras de este célebre abad son las siguientes publicadas en francés: *Cuestion Real y su decision*, en la que se manifiesta hasta qué punto el súbdito está obligado á conservar la vida del príncipe á expensas de la suya, la cual se publicó en 12.° en París, en 1609. —*Apología de Mr. de la Rocheposay, obispo de Poitiers*, escrita contra los que dicen que no está permitido á los eclesiásticos recurrir á las armas en casos de necesidad; 1615, en 8.° Al fin de esta obra se halla una lista que menciona á los prelados que han tomado las armas; estas dos obras hicieron gran ruido en su tiempo, y los enemigos del autor sacaron de ellas consecuencias que desmintió. No puede negarse que en ambas se encuentran cosas muy singulares; pero tambien es evidente que no se ve en ellas más intencion que probar que hay ocasiones en las que se puede y áun debe sacrificar la vida á poderosos intereses. *La suma de las faltas y falsedades contenidas en la Suma teológica del P. Garassa, bajo el falso nombre de Alejandro de Lexclasse*; París, 1626, en 4.° Esta obra debia componer cuatro tomos; pero solo se han publicado los dos primeros, y el cuarto con un compendio del tercero. En este mismo año publicó el autor los dos siguientes escritos: *Advertencia de todos los sabios y amantes de la verdad, por lo que respecta á la refutacion de la Suma del P. Garassa; y refutacion del pretendido abuso y descubrimiento de la verdadera ignorancia del P. Garassa.* —*Petrus Aurelius*; compuesto por Saint-Cyran, con su sobrino de Barcos en defensa de la gerarquía eclesiástica, un grueso volúmen en fólio, impreso la primera vez en 1631, sin nombre de su autor. Habiendo adoptado su doctrina el clero francés, la Asamblea general de 1641 mandó reimprimir esta obra á su costa; en 1646 repitió del propio modo la impresion. Al frente de esta última edicion se publicó un magnífico elogio del autor, escrito por Godeau, obispo de Grasse y de Vence, de órden del clero, pero que habia sido suprimido de Real órden. La clerecía francesa habia cambiado de opinion despues de esto, pues que ordenó á los autores de la *Galia Cristiana* se abstuviesen de todo elogio al hablar de Saint-Cyran, segun se ve por la nota puesta al márgen del tomo IV, columna 833, de la *Galia Cristiana*, edicion de París de 1676.—*Cartas relativas á las disposiciones necesarias para el sacerdocio*; 1647, en 12.° Estas cartas fueron escritas por Duhamel, cura de S. Mederico, las cuales se han reimpreso varias veces. —*La limosna cristiana y la limosna eclesiástica*, ó sea *tradicion de la Iglesia con respecto á la caridad para con los pobres*; París, 1651, dos volúmenes en 12.°, obra compuesta con motivo de una gran hambre que afligió á la Francia. —*Vida de la Santísima Vírgen*, ó *Consideraciones sobre sus fiestas y misterios, publicada con el nombre de Garanval*; 1664,

en 12.°; Lion, 1668, en 8.°— *Consideraciones sobre la muerte cristiana*; París, en 12.° — *Teología familiar ó breves explicaciones y algunos tratados de devocion*, con la explicacion de las ceremonias de la Misa y razon de la suspension del Santísimo Sacramento en las Iglesias. — *In infandum Enrici IV funus*; escrito en versos latinos entre las piezas compuestas sobre la muerte de este príncipe. — *Cartas espirituales*, escritas en su prision, las cuales se han reimpreso muchas veces. — *Coleccion de máximas extractadas de las cartas anteriores*, por Vallon de Beaupouis; París, en 18.° Arnauldo la aumentó é imprimió con el título de *Introducciones sacadas de las cartas del abad de Saint Cyran, con la aprobacion de diez y ocho obispos*; París, en 8.° y en 12.° Atribuye tambien á Saint-Cyran la *traduccion del tratado de S. Agustin sobre la Virginidad*, la cual es del P. Seguenot, del Oratorio.—*El Rosario del Santísimo Sacramento*, de que es autor Arnauldo; el libro de la *Frecuente comunion*, que pertenece á Antonio Arnaud. De los escritos de Saint-Cyran resulta, segun su citado biógrafo, que fué demasiado exaltado por sus amigos y muy deprimido por sus enemigos. Fué un hombre sencillo en sus costumbres y prácticas; vivia muy contento en su retiro en la esperanza de hacerse cartujo. Sus ordinarias ocupaciones fueron el estudio, la composicion de libros piadosos y la direccion de las conciencias. Tenia en grado eminente el don de la persuacion, y no obstante esto sus obras nada tienen de extraordinario. Su estilo es difuso, sin agrado, incorrecto y á veces poco claro. No puede negársele talentos, saber y virtud, y así fué que los hombres más distinguidos de su tiempo le honraron con su aprecio, profesándole la mayor veneracion. Entre otros muchos debemos citar á los cardenales Berulle, Arnaldo de Andilly, Chavigny, secretario de estado, Bignon, abogado general, al maestro de Saci, Charpentier, fundador del Calvario, cuyos restos hace algunos años se encontraron intactos; el piadoso Bourdois, fundador de S. Nicolás de Chardonnet; y Mr. Vincent, tan célebre con el nombre de San Vicente de Paul, etc. Muerto cuando una primera condena habia atacado su doctrina, no ha participado de la resistencia que sus discípulos han opuesto á la autoridad de la Iglesia, pues que si hubiera vivido, sería más difícil de absolverle de haber inspirado ó legado este espíritu de oposicion que tantos males ha causado. Lancelot ha escrito unas Memorias sobre el abad de Saint-Cyran, las que imprimió en Colonia (Utrecht) el año 1738, en dos volúmenes en 12.° — C.

SAINT-DENYS (Dungal de). Pertenece al número de esos autores que son más conocidos por sus escritos que por la historia de su vida. Era un extranjero retirado en Francia, como lo dice él mismo en una de sus obras, y no se duda que no terminó sus dias en este país. El P. Mabillon conjetura que era irlandes, lo que parece apoyado tanto en su nombre, como en que

la Irlanda dió entónces muchos grandes hombres á la Francia. MM. Cave y Dupin le dan la calidad de diácono; pero el mismo Dungal no toma otra que la de súbdito de los reyes de Francia y su predicador. La autoridad que Valdon ó Valton, abad de Saint-Denys, cerca de París, tenia sobre él, unida á algunos otros indicios, hace suponer que si Dungal no era monje de esta abadía, se habia al ménos retirado á sus cercanías ó áun al cercado de la casa. No era, por otra parte, el primero que habia vivido de este modo cerca de aquel monasterio. Sigeberto, diputado en Roma en 714 con Griman, abad de Corbia, enviados por Cárlos Martel, habian llevado ya el mismo género de vida; Dungal estudió en su juventud con algun éxito las letras sagradas y profanas. Despues estudió las primeras ya en su país, ya en el mismo San Dionisio, de lo que hay probabilidades, y formó gran número de discípulos. Cuando hubo decidido el retirarse por completo, no abandonó por esto los estudios, siguiendo los de filosofía y astronomía, que eran del gusto de su siglo. Unicamente se queja de que no tenia en su pequeña Biblioteca más que compendios de los autores antiguos. A pesar de esta falta y de la oscuridad de su vida privada, la reputacion de su saber no dejaba de hacer ruido en el mundo; lo que indujo á Carlomagno, á principios del año 811, á preguntarle por medio del abad Valton lo que pensaba sobre los dos eclipses de sol acaecidos, segun se dice, en el año anterior. Dungal satisfizo á este príncipe en una carta bastante larga, de que se hablará más ámpliamente á continuacion. Diez y seis años despues, en 827, tomó la defensa del culto de las imágenes contra Claudio, obispo de Turin. No hay pruebas positivas de que Dungal haya vivido hasta mucho despues de este tiempo. Si era, sin embargo, el recluso de cerca de París con quien se retiró Ebbon, arzobispo de Reims, despues del restablecimiento del emperador Luis *el Bondadoso*, como lo ha creido el P. Mabillon, deberia decirse que vivia aún á principios del año 874. Un poeta de aquella época ha hecho el elogio de Dungal cuando aún vivia. Hé aquí algunos versos de su pequeño poema, que varios autores han tomado por su epitafio:

*Quisquis es hunc cernens titulum, die pectore puro,*
*Sit requies illi, lector opime, precor,*
*Te precor omnipotens quadrati conditor orbis,*
*Dungalus ut vigeat miles ubique tuus,*
*Atque suum jugiter defendas corpus in ævum,*
*Ne lupus incautus dilacerare queat,*
*Sidereum ut valeat rite comprehendere olympum,*
*Cum sanctis vitam participare queat,*
*Quærere divinum non cessat nocte dieque*

*Auxilium, ut possit vincere cuncta mala,*
. . . . . .
*In Domini meditans toto conamine lege,*
*Et servit Domino mens pia pro jure suo.*
*Discipulos proprios inlustrat lumine sacro;*
*Ceu posita in celso clara lacerna loco.*
*Scripturas promit casto de pectore sacras,*
*Edocet infirmos et validos pariter;*
*Lacte rigat pueros, et dat cupientibus escam,*
*Hinc lac ut capiant, inde cibum pariter.*

Solo de diferentes veces se han publicado los escritos de Dungal, y puede ser muy bien que no se haya conseguido desenterrar todos los que han salido de su pluma. —1.° El primero, segun la época en que los compuso, es una larga carta á Carlomagno sobre los dos pretendidos eclipses de sol del año 810. Dungal procura explicarlos siguiendo los principios de los filósofos antiguos. Cita entre otros á Platon, Ciceron, Virgilio, Plinio el *Antiguo*, y hace en particular mucho uso de Macrobio. Aunque este escrito no responde ni clara ni suficientemente á la cuestion propuesta, sirve sin embargo para manifestar que muchas personas de aquella época, y el mismo emperador, dudaban que hubiera habido en aquel año dos eclipses de sol en Europa, como lo aseguraban algunos otros con tanto atrevimiento como temeridad. Habiéndole encontrado el P. Mabillon en un manuscrito de San Remigio de Reims, fué publicado en 1671 en el volúmen segundo del *Spicilegio*. El autor le termina con un brillante elogio del cuidado que se tomaba Carlomagno por hacer florecer en sus estados la piedad, las letras y el buen órden. —2.° El tratado de Dungal en favor del culto que se debe á las santas imágenes, es mucho más importante que la carta anterior. Fué compuesto, como lo manifiesta el mismo autor, dos años despues que se discutió esta cuestion á la luz de las obras más autorizadas de los Santos Padres de la Iglesia, segun se deduce del concilio celebrado en París sobre este asunto en 825: así el tratado de Dungal fué compuesto cuando más en 827 á 828. El autor se propone refutar el apologético de Cárlos de Turin, al que el abad Theodomiro habia contestado ya en parte, como se ha visto, y contra el que Jonás, obispo de Orleans, escribió despues una obra dividida en tres libros. Dungal, para ejecutar su proyecto, da desde luego un extracto del escrito de Cárlos, tal como habia aparecido al público, y este es el medio por que se nos ha conservado. Esto es, por otra parte, todo lo que existe, y Jonás no habia visto más. Despues elige tres proposiciones, en las que se detiene demostrando lo falso del dogma de su adversario. Que no debia haber imágenes, ni darse culto al error, ni honrar las reliquias de los santos, de donde Cárlos toma ocasion para condenar las peregrinaciones á sus se-

pulcros. Errores que Dungal refuta con solidez, no sirviéndose de razonamientos de que hace poco uso, sino de la autoridad de los Santos Padres, tanto griegos como latinos; demostrando de este modo que la tradicion y la práctica constante de la Iglesia les han sido siempre contrarias. La primera autoridad que empleó es la del concilio de París, que no nombra de otra manera que la conferencia celebrada en palacio. Se adhiere especialmente á los testimonios de los poetas cristianos, en particular de Prudencio, S. Paulino de Nola y Fortunato de Poitiers. Por estas citas ha conocido la posteridad muchos poemas de S. Paulino, y el pequeño epitafio de San Ambrosio de Milan, de que no tenia anteriormente conocimiento alguno. Nuestro autor termina su tratado, deduciendo que los hijos de la Iglesia reverencian la cruz con justo título, lo mismo que las santas imágenes y las reliquias de los santos, dándoles los convenientes honores, sin sacrificarles ni rendirles el culto que no es debido más que á Dios. Se ve por esto que pretendia Dungal que se tuviese á las imágenes la misma veneracion que la Iglesia galicana tenia entónces á la cruz y las reliquias de los santos. Tal fué en el mismo siglo la opinion de Hincmar, arzobispo de Reims, y de Walafrido Strabon; Dungal dedica su obra á los emperadores Luis *el Bondadoso* y su hijo Lotario en un prefacio bastante largo que se lee á su frente. Su estilo es un poco difuso, pero bastante claro por otra parte. Además de los defectos comunes en su siglo, el autor ha dejado deslizar algunas expresiones un poco fuertes contra su adversario. No solo le acusa de renovar los errores de Eumonio y de Vigilancio, sino le trata tambien de cismático y de hereje, y se queja de la tolerancia de los obispos para con él, que tenia á ménos asistir á sus concilios, diciendo que eran asambleas de amos. En 1608 Papiro le Masson imprimió en Paris, en un volúmen en 8.°, la obra de Dungal, siendo esta su primera edicion, y en 1610 pasó ya á formar parte de la *Biblioteca de los Santos Padres*. El editor la sacó de un manuscrito, que ántes de pertenecer á Mr. Petan, habia estado en manos de Edmundo de Velú, bibliotecario de S. Dionisio, y se cree que el original se habia escrito en esta abadía. —3.° El P. Mabillon asegura haber leido en un manuscrito de S. Remigio de Reims algunos versos acrósticos, que habia hecho Dungal en elogio de Hildoardo, obispo de Cambrai y de Arras. El autor se nombra á sí mismo, tomando como hace en otra parte la calidad de extranjero. 4.° Este descubrimiento con motivo de Dungal, y las frecuentes citas de los poetas que emplea en su carta á Carlomagno, y en particular en su escrito contra Cárlos de Turin, manifiestan que tenia grande aficion á la poesía. Bajo esta base pueden atribuírsele muchas composiciones en verso de una pequeña coleccion que han publicado los PP. Martenne y Durand en 1729, en el sexto volúmen de su grande coleccion. Lo que da mucho peso á esta con-

jetura es, por una parte, que casi todas estas composiciones se escribieron en San Dionisio en tiempo de Carlomagno, y por la otra que el poeta se da en algunas por un extranjero irlandés. Lo hace en particular en la primera composicion, que es la más larga y la más bella de todas. En un poema en versos heróicos en elogio de Carlomagno, en que el poeta se detiene mucho en hacer votos por la prosperidad de este príncipe, y un elogio de la poesía en general. Parece por lo demás que este poema no está completo, puesto que termina por la guerra que hizo Cárlos al duque de Tassillon, y el perdon que le concedió despues de haberle vencido; las dos únicas acciones de este príncipe que se describen en él, puesto que el designio del poeta parece no limitarse á tan poca cosa. A pesar de esto es una de las mejores composiciones de aquella época. La composicion siguiente, de doce versos elegíacos en la pequeña coleccion, se halla tambien dirigida al mismo emperador; pero no existe el propio fundamento para atribuirla á Dungal. Pertenece á un autor que presentó una de sus obras al mismo príncipe. Otro tanto debe decirse de la prosa rimada que la sigue, y que no contiene más que votos en favor de Carlomagno, su familia y las nuevas órdenes de su imperio. Despues de esta prosa se hallan veintidos versos elegíacos de una pluma bastante buena, que son tambien en elogio de las virtudes de Carlomagno. Nada se descubre, lo mismo que en la prosa rimada, que pueda hacerlas atribuir á Dungal, sino quizá el genio poético que brilla en ellas más bien que en las otras composiciones de la misma coleccion. Las dos poesías siguientes parecen producciones de la misma musa. Son dos inscripciones, una para elogiar las bellezas de la Iglesia de S. Dionisio, que se designa bien claramente por la calidad que se la da de depositaria de los cuerpos de los tres santos mártires, y la otra para adornar las fuentes bautismales de la misma Iglesia. Siguen otras dos inscripciones más pequeñas todavía, que valen bien poco. La que viene despues en versos heróicos, y que no se da completa, es de un tal Martin, y hecha con el objeto de desear toda clase de felicidades al que habia hecho construir la oficina ó la dispensa, perteneciente sin duda á la misma abadía. Casi no puede dudarse que los epitafios que se hallan impresos á continuacion, no sean obra de algun monje de S. Dionisio, de Dungal ó de algun otro. Quizá son de Fuldrado ó de Fardulfo, abades ambos de aquel monasterio; de Clotario y de Dagoberto, su hijo; de Cárlos Martel y de Pipino, que vivia aún cuando escribia el poeta. La del jóven Pipino, rey de Italia, que se hallaba á continuacion y que no está completa, puede muy bien ser de la misma pluma. No hay probabilidad de poder juzgar de la misma manera dos inscripciones en versos elegíacos, como los epitafios que las preceden, porque no se descubre en ellas ni el mismo genio ni tanta poesía. La una se halla hecha para

ser puesta al frente de una obra compuesta por un sacerdote llamado Motario, que se la habia regalado á una iglesia que reconocia por patrona á la Vírgen Santísima; lo que puede convenir á la iglesia metropolitana de París. La otra inscripcion es para adornar la tumba de este escritor. Como es completamente desconocido, lo mismo que su obra, la insertaremos aquí á fin de dar al lector alguna idea de su mérito.

*Hoc recubat tumulo Motharius ille sacerdos,*
*Qui prius in mundo vixit amore pio.*
*Felix ille fuit, mundi terrena reliquit,*
*Eligit et sanas discere literulas;*
*Plenus est Domini potuisset dicere jussa,*
*Ante fuit humilis plenus amore Dei.*

Despues del epitafio de Dungal, que hemos referido en parte, se habla de un monje, sin duda de Saint Denys, llamado Anthelmo, que es elogiado por su nobleza, su ingenio y su virtud. Siguen dos epigramas, uno de los cuales, que contiene algunas bellezas, no se halla completo, y se hizo para escribirse ó grabarse á la entrada de un lugar en que se enseñaban las letras. Otro contiene votos por la Iglesia en general y por Carlomagno en particular, á quien se asocia la familia Real, los oficiales del imperio y los literatos, á que se comprende bajo el nombre de astrólogos. Las demás composiciones de la coleccion consisten en una pequeña prosa rimada, que nos parece pertenece á Fardulfo, abad de Saint Denys, seis epitafios de diversas formas, todos en versos elegiacos como los anteriores, y un epígrama del obispo Bernosoin en versos heróicos, de quien se ha hablado en otro lugar. Por lo demás, los editores de esta coleccion han dejado en su manuscrito otras muchas poesías que no han sido dignas de imprimirse ni dar razon de ellas—S. B.

SAINT DENYS (Haimon de). Antes de examinar quién es este autor y la época en que vivió, es preciso conocer la obra principal que se le atribuye. Es una relacion del descubrimiento de los cuerpos de S. Dionisio, S. Rústico y S. Eleuterio, en 1050 ó hácia esta época; *anno*, dice el autor, *plus minus circiter millesimo quinquagesimo*. Duchesne no habia publicado más que una parte de este opúsculo. El P. Felibien le ha insertado completo entre las pruebas de su historia de la abadía de Saint Denys. El escritor, que no ha tomado la pluma más que para obedecer á las órdenes de su abad, le suplica le ayude al ménos con sus oraciones en una empresa tan difícil. Por lo demás, por inmenso que le parezca el mar que va á recorrer, su obra no consiste despues de su pequeño prefacio, más que en catorce capítulos. Re-

fiere en los primeros capítulos cómo, tentado por el demonio, cegado por la ignorancia, no temiendo la justicia divina, los monjes de S. Hermentran ó Emmeran de Ratisbona se habian alabado de poseer el cuerpo de San Dionisio el Areopagita. El rey de Francia Enrique I reclamó contra esta pretension cerca del emperador y del papa Leon IX, que estaba entónces en Alemania. En el número de los enviados del rey se hallaba el abad Hugo, que en aquella época, dice la relacion, gobernaba el monasterio de San Dionisio. La relacion de estos embajadores produjo el convencimiento de que para desarraigar el error que propagaban los monjes alemanes se necesitaba indispensablemente buscar el cuerpo de S. Dionisio y de sus dos compañeros. Procedióse á ello, y el autor, despues de haber expuesto los detalles de esta investigacion y el éxito que obtuvo, nombra á los obispos, abades y legos que se dice haber sido testigos oculares: *Qui præsentes dicuntur celebritatis gaudio interfuisse.* Si los alemanes preguntan porqué no ha señalado ningun milagro el descubrimiento de estas reliquias, el autor les contesta que no ha recobrado en verdad salud ningun enfermo, ni la palabra ningun mudo, pero que los géneros han estado al más ínfimo precio durante esta solemnidad á pesar de la afluencia de curiosos de ambos sexos, y aunque se hallaba próxima la estacion de la cosecha y vendimia, época en que los víveres eran por lo general muy raros y caros. Su abundancia y lo módico de sus precios en el instante del descubrimiento de estos tres cuerpos, frustró las esperanzas de muchos comerciantes ávidos que habian acudido á estas fiestas; hé aquí á los ojos de Haimon un verdadero milagro que no teme comparar á la multiplicacion de los cinco panes y de los dos peces de que se habla en el Evangelio. Sin embargo, refiere en el capítulo XIII la curacion de un endemoniado por el tacto y áun por solo la presencia de una capa de S. Dionisio. El último capítulo es una especie de himno en honor de este santo, que segun el autor ocupa en el cielo el puesto más elevado despues de los doce apóstoles. Si creemos á Harpsfeld, Pitz, Bailey, los autores de las centurias de Magdeburgo y Vosius, esta relacion es obra de un inglés llamado Haymon, monje de S. Dionisio hácia 1050, contemporáneo de los hechos que refiere, profesor despues de teología en Paris, canónigo luego y arcediano de Cantorberi, muerto en 9 de Octubre de 1054, y autor de otros muchos escritos, por ejemplo de homilías, de comentarios sobre diferentes partes de la Biblia, de diez libros *de memoria rerum christianarum*; de tratados intitulados: *De rebus monachorum; de fructu incarnationis; de Sanctorum imitatione; de quibusdam martyribus; de pugna vitiorum et virtutum* etc. Pero es sabido que muchas de estas obras pertenecen á Haymon de Alberstad, autor del siglo IX, y otras á Haimon, religioso de Ursange, hácia 1091. Pueden consultarse sobre este asunto las notas de Sandius sobre

Vosius y la biblioteca de la edad media de Fabricio, edicion de Mansi. Onufrio Panvinio y le Paige creen tambien que la relacion de que hemos dado cuenta fué escrita en el siglo XI por un monje de Saint Denys, llamado Haymon, que fué despues arcediano y canónigo de Cantorbery, pero al que se abstienen de atribuir otras obras. Doublet, coloca á mediados del siglo XI este abad Hugo, á quien Haymon dedica su libro, y le llama equivocadamente Hugo de Milan, apellido que únicamente conviene á un abad de una época más moderna. El P. Felibien, por el contrario, despues de haber hecho la observacion de que el autor de la relacion nos refiere él mismo que escribia mucho despues del acontecimiento, y añade que segun todas las apariencias, Haymon le dirigió á uno de los abades del nombre de Hugo, que gobernaron la abadía de S. Dionisio en el reinado de Felipe Augusto, es decir, en tiempo de Rigod, que refiere tambien la misma historia. Debemos confesar que no encontramos en esta relacion ningun texto en que diga el autor que escribió mucho despues del suceso. Pero hemos citado exprofeso algunas expresiones, que dan lugar á deducirlo. Haymon no sabe con exactitud el año en que pasó el hecho; habla de un abad Hugo, que dice gobernaba á la sazon á los religiosos de Saint Denys, y que es sin duda muy diferente de este abad Hugo á quien dedica su libro. Por último, cuando nombra los testigos, los designa como que pasan por haber asistido al descubrimiento de las santas reliquias; *interfuisse dicuntur*. Este lenguaje no parece el de un contemporáneo. No debe por lo tanto atribuirse esta relacion ni á Haymon, que de religioso de S. Dionisio fué promovido al arzobispado de Cantorbery y murió hácia el año de 1054, ni á Haymon, abad de Saint Magloire á últimos del siglo XI, que en ninguna parte se dice haya habitado en el monasterio de Saint Denys; ni á Baudouin, que fué en efecto religioso en él, pero cuyo nombre no tiene bastante semejanza con el de Haymon, escrito expresamente al principio de la epistola dedicatoria tal como le ha escrito el P. Felibien por un manuscrito antiguo de Saint Denys. Así es como puede mirarse esta relacion como obra de un religioso del siglo XII, que no es conocido de ningun otro modo, pero que se llama Haymon, y que vivia en Saint Denys en tiempo del abad Hugo de Foucurt desde 1186 hasta 1197, ó bien en tiempo del abad Hugo, llamado de Milan, desde 1197 hasta 1203. Desde Hugo, de quien dice Haymon *Tunc præerat*, no hubo en Saint Denys abad que llevase el nombre de Hugo hasta los dos que acabamos de indicar; estamos, pues, autorizados para suponer que Haymon escribia despues de 1186 y ántes de 1203.—S. B.

SAINT DENYS (Hilduino de). Sucede con este abad lo mismo que con Agobardo y con otros grandes escritores, célebres en su siglo y de los que sin embargo se ignoran las más notables circunstancias de su vida. Se sabe

sin embargo que Hilduino procedia de una familia distiguida y que tenia un hermano que llevaba el titulo de conde, pero se ignora el lugar y la época de su nacimiento. Aunque de algunos años más que Lope, obispo despues de Ferrieres, fué educado con él en su juventud. Hilduino hizo muy buenos estudios para merecer en lo sucesivo que se le mirára como un erudito. Puede creerse sobre la fe del necrólogo que habia sido monje de S. Dionisio ántes de llegar á ser abad del mismo monasterio, lo que acaeció en 814 á la muerte de Walden ó Walton, que lo era anteriormente. Despues avanzó tanto en la corte, ya por su mérito personal ó el crédito de sus amigos, que llegó en 822 á la dignidad de archicapellan de palacio. En esta calidad tenia grande influencia cerca del príncipe, y sobre todos los arzobispos y obispos áun en los concilios, y era árbitro de todos los asuntos eclesiásticos. No es extraño que otros muchos monasterios además de el de S. Dionisio deseasen tener á su frente á un hombre tan poderoso en la corte y en la Iglesia. Los de S. German de los Prados en París y de S. Medardo en Soissons consiguieron desde 823 ó 24 tenerle por abad, é Hilduino conservó á la vez durante muchos años á las dos abadias con la de Saint Denys. Haciéndolo mucho ménos por avaricia, que por acceder á los deseos de los monjes que buscaban un protector contra las usurpaciones de los señores láicos, y querian evitar cayesen en manos de abades no regulares. Estas abadías conservan aún la memoria de los beneficios que les hizo Hilduino. La de Saint Denys cayó en una grande relajacion. La mayor parte de los monjes se habian transformado en canónigos para vivir con más libertad; Hilduino viendo este desórden, procuró restablecer la disciplina regular y lo consiguió, aunque con mucho trabajo. Queriendo dar un nuevo realce al monasterio de S. Medardo, haciéndole depositario de alguna reliquia célebre, envió con este objeto á Roma, y el papa Eugenio II le regaló el cuerpo de S. Sebastian mártir, de que se sirvió el Señor para ilustrar por largo tiempo esta abadía con una infinidad de milagros. Habiendo sabido Luis el Bondadoso en 824 que su hijo el emperador Lotario hacia un viaje á Roma para pacificar las turbaciones que habia excitado el viaje del mismo pontífice, Hilduino acompañó al jóven príncipe para servirle de consejero. La conducta de nuestro Abad correspondió perfectamente á la esperanza en él vinculada. Se admiró la inocencia de sus costumbres, la equidad de sus juicios, su prudencia y su moderacion, y no se duda que tuvo grande influencia en los notables decretos que dió Lotario en esta ocasion para hacer respetar á los soberanos pontífices, restablecer la justicia en Roma y asegurar la tranquilidad pública. Dichoso él si hubiera conservado siempre este espíritu de paz y de equidad! Pero tuvo la desgracia de separarse de él horriblemente apoyando la rebelion de Lotario y de Pipino contra el emperador su padre. En castigo de este negro atentado,

Hilduino fué despojado de sus abadías y de su dignidad de archicapellan y relegado al monasterio de la Nueva Corbia en Sajonia. Verificábase esto en el otoño de 830, y al año siguiente Hincmaro, que habia sido discípulo suyo en S. Dionisio, tuvo crédito suficiente para hacerle llamar de su destierro. Le devolvieron sus abadías excepto quizá la de S. Medardo, pero quedó privado del cargo que tenia en la corte. El destierro fué ventajoso á Hilduino. Aprendió á ser más prudente y fiel á su príncipe. No se ve en efecto que se uniera á los rebeldes en 833 en el mayor calor de las facciones. Se cree por el contrario que en aquel año volvió á la gracia del emperador Luis. Habia al ménos vuelto á obtenerla en 836, segun se deduce de la carta que le escribió este príncipe para animarle á componer sus Areopagíticas. En prueba de su sincero arrepentimiento, Hilduino prestó juramento de fidelidad al rey Cárlos en 838, el hijo más jóven del emperador, el cual habia sido uno de los pretextos de la rebelion de sus hermanos. Pero apénas murió Luis, dejándose arrastrar el abad de Saint Denys por la grande inclinacion que tenia á Lotario, se unió á su partido violando una vez más el juramento que habia hecho á su legítimo soberano. Se cree que no sobrevivió por largo tiempo á esta indigna traicion, y que murió el mismo año que Luis el Bondadoso, en 840. Su muerte se halla marcada en algunos necrólogos en 22 de Noviembre. Jacobo de Breuil la pone en 839, en lo que no hay duda se ha engañado. Si dice verdad al asegurar que nuestro abad fué enterrado en el coro de la iglesia de S. Medardo, sería preciso decir que esta abadía le fué dada con la de Saint Denys, sin duda despues que se le quitó á Agobardo. Hilduino mereció los elogios de muchos grandes hombres de su época, y puede decirse que los merecia cuando se los dieron. Lope, abad de Ferrieres, que le escribió dos cartas, elogia su prudencia, su nobleza, la regularidad de sus costumbres, su saber, su modestia, la gloria que se habia adquirido en la administracion de su cargo. Al dedicarle Raban Mauro su comentario sobre el libro de los Reyes, elogia su ciencia, su doctrina y el cuidado que tenia de formarse una buena biblioteca. Cuando el autor de la historia de la fundacion de Corbia, en Sajonia, tiene ocasion de hablar de nuestro Abad, lo hace en términos que dan una grande idea de su virtud. Agobardo no la realza con ménos elogios en una carta que escribió él mismo al abad Wala; Frothasio, obispo de Toul, le dirige cinco de las suyas, y Walafrido Strabon le dedicó uno de sus poemas, en que se ve la estimacion que hacia de su mérito y talentos. Nada ha contribuido tanto á hacer famoso el nombre de Hilduino como sus Areopagíticas, que son los únicos escritos que se sabe con seguridad pertenecen á este Abad. Se los llama de esta manera, porque su autor sostiene en ellos que S. Dionisio el Areopagita, convertido por el apóstol S. Pablo, es el mismo S. Dionisio primer obispo de

París. Opinion nueva hasta entónces, que sin embargo ha prevalecido despues tanto entre los griegos como entre los latinos, exceptuando no obstante á Adon y Usuardo. Hé aquí con qué motivo emprendió Hilduino este trabajo. Luis el Bondadoso se reconcilió la primera vez en la iglesia de S. Dionisio despues de su odiosa deposicion, y quiso manifestar su reconocimiento á este santo. A este efecto formó el designio de hacer componer una nueva historia de su vida y de su martirio, y puso los ojos en Hilduino para ejecutarlo. En su consecuencia le escribió una carta en que le traza una especie de plan de su obra. Le ordena recoger con cuidado todas las noticias que encontrase relativas á S. Dionisio, tanto en las obras del santo como en las historias griegas y latinas, y en otras memorias, principalmente en las actas de su martirio, y todo lo que Hilduino habia tomado ya de los archivos de la iglesia de París y que él le habia comunicado; reducirlo todo á un cuerpo de historia, y unir la revelacion hecha al papa Esteban II en la iglesia del santo con los signos y el oficio nocturno que servia el dia de la festividad. Despues de lo cual recogeria en un volúmen separado, bien acondicionado y correcto, todos los documentos originales de que se hubiese valido para su historia. Tal es el plan sobre el que trabajó Hilduino en las nuevas actas de S. Dionisio, á las cuales comenzó á poner mano lo más tarde en 836. No olvida nada para probar que habiendo dejado su silla S. Dionisio de Atenas, pasó á Roma, de donde le envió á las Galias el papa S. Clemente; que se detuvo en París, de cuya ciudad fué el primer obispo, y que los libros que llevan su nombre son verdaderamente obra suya. Pero es preciso confesar que no consigue persuadir, y nada demuestra mejor la falta de crítica de los siglos posteriores que el no haber separado lo verdadero de lo falso en esta leyenda. No hay en efecto ni exactitud ni solidez en los razonamientos. Las autoridades en que se apoya estan tomadas de escritos, ó apócrifos ó que no prueban nada. Las que se oponen á la opinion que se quiere establecer, parece más bien que se eluden que no que se resuelven. Por lo demás, aunque la opinion de Hilduino sea tan falsa como mal probada, se complació en la apariencia en darla á luz, con el objeto de aumentar el esplendor de su iglesia, dándola por principal patrono á un discípulo de los apóstoles; no se puede acusar con fundamento á este abad de mala fe y de impostura, como lo han hecho algunos modernos. Parece haber creido lo que escribe en la historia de este santo, y por otra parte no es el inventor de las opiniones que sostiene, como lo han demostrado el P. Mabillon y otros autores. Está probado con respecto á la opinion que atribuye á S. Dionisio, obispo de París, los libros del Areopagita, que su fecha es anterior á la obra de Hilduino, lo que muestran claramente las expresiones que emplea Luis el Bondadoso en su carta á este Abad. Le pide una historia de S. Dionisio de París, y quiere que se sirva con

este objeto de los libros que ha escrito en su lengua: *Ex libris ab eo patrio sermone conscriptis*. No es evidentemente esto hablar de los libros atribuidos á S. Dionisio el Areopagita? Habiéndolos traido á Francia en 824 los embajadores de Miguel el Tartamudo, Luis los mandó depositar en la abadia de S. Dionisio, donde se recibieron con mucha alegria. Adriano por su parte se los habia regalado ya á Fulrado, abad de aquel monasterio, lo que segun todas las apariencias no se hizo más que por la preocupacion con que miraba desde mucho ántes á S. Dionisio el Areopagita como patrono de esta abadía. Hé aquí á estos dos santos confundidos ántes que Hilduino emprendiera su obra. En cuanto á la tradicion que supone al Areopagita enviado á las Galias por el papa S. Clemente, habia nacido tambien ántes del escrito del abad Hilduino, puesto que los obispos del concilio de Paris en 825 lo sostienen como un hecho que no admite contradiccion. Pasemos á las partes que componen las Areopagíticas. Desde luego se ve á su frente la carta del emperador Luis al autor, de que se ha dado cuenta. Se halla despues la contestacion de Hilduino al emperador, en que comienza á echar las primeras bases del edificio. Hace una enumeracion de todos los libros atribuidos al Areopagita, y da una corta noticia de ellos. Esta respuesta está seguida de una carta á todos los fieles de la Iglesia universal, en que el autor promete que en todo lo que va á decir no habrá nada nuevo en la manera de referirlo, habiendo tomado lo que se refiere de los actos antiguos, particularmente en las historias griegas. Se excusa por otra parte sobre su estilo y su falta de talento. A continuacion de estas tres composiciones se halla el cuerpo de la obra, en que Hilduino entra en grandes detalles sobre los hechos de la vida, de la conversion, de la doctrina, de la predicacion y del martirio de S. Dionisio. Se ha unido, como lo habia deseado el emperador, la historia de la curacion milagrosa que obtuvo el papa Esteban II en 1754 en la iglesia de S. Dionisio y de la consagracion del altar de la misma iglesia con la relacion de la consagracion de Pipino el pequeño, de Cárlos y de Carloman su hijo, y de su madre Bertrada por el mismo pontifice. Si Hilduino tuvo cuidado de recoger en un volúmen separado, segun la órden del emperador, los documentos originales de que se sirvió para la ejecucion de su proyecto, esta coleccion no ha llegado hasta nosotros, á ménos que no esté aún envuelta en el polvo de una biblioteca. Las Areopagíticas de nuestro Abad se imprimieron por primera vez en Colonia por Cholin en 1563, en 8.°, bajo la direccion de Mateo Galenus, canciller de la universidad de Douay, que las unió algunos otros opúsculos sobre el mismo asunto. Hay otra edicion en el mismo tamaño hecha en Paris dos años despues en 1565. Surio les dió despues lugar en su gran coleccion en 9 de Octubre. Sigeberto y muchos modernos aseguraron que Hilduino, despues de haber escrito sus Areopagíticas

en prosa, las puso en verso, y algunos añaden que se encontraban antiguamente en la biblioteca de Gemblours, escritas de esta manera y divididas en cuatro libros. Pero hay muchas razones para dudar que existan en la actualidad estas poesías de Hilduino. Lo más cierto es que nunca se han impreso. Se sostiene aún que este Abad habia compuesto tambien un libro sobre la revelacion de S. Dionisio, en lo que podia muy bien confundírsele con la revelacion hecha al papa Esteban II, de que ya se ha hablado. Por último, se supone que escribió al fin de sus dias, de órden del emperador Lotario, que acababa de suceder á su padre el emperador Luis, las actas de S. Cornelio papa y mártir. Pero no se nos da á conocer esta obra de otra manera. Hilduino se hallaba muy distante de los tiempos de este pontífice para poder conseguir darnos su historia. Hay una en Surio, compendiado por Adon, pero que carece de autoridad.—S. B.

SAINT-DENYS (El Monje de), autor curiosísimo de una Crónica sobre el reinado de Cárlos II (1380-1422), que formaba parte sin duda de los materiales sobre que debian redactarse despues las grandes *Crónicas* de Saint-Denys. El Mtro. Bellaguet y Magin ha publicado el texto y la traduccion en la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de Francia*; París 1839-1846, seis volúmenes en 4.°—S. B.

SAINT-ELME (La Condesa de). Nació en la Haya, de padres protestantes de muy buena posicion social, por lo cual, aunque equivocados acerca del camino que conduce al verdadero bien, en lo demás procuraron á su hija una educacion muy esmerada y muy conveniente á su posicion, que repetimos era muy ventajosa. Esto agregado á su talento, que era muy claro, la hizo adquirir conocimientos nada vulgares, que con su genio la sirvieron para poderse poner á la altura de los grandes escritores de su época en las obras que dejó, las cuales si bien es verdad que llevan el sello de la falta de fe católica, no por esto dejan de tener su mérito, y un mérito tanto más relevante, cuanto que de ella misma hay despues una muy solemne retractacion que la honra en tan gran manera cuanto fué, digámoslo así, el deshonor que la causaron sus extraviadas aseveraciones. Antes de que entremos en los pormenores de su vida, que no deja de ser importante, siquiera por lo notable, consignaremos que sus principales obras conocidas en todo el orbe literario, y que con razon la han dado gran prestigio, fueron: *Mémoires d'une contemporaine*, que escribió en los dias en que su espíritu estaba más perturbado, y algunas descripciones de viajes muy notables, porque tuvo sumo cuidado en prestarles el apreciabilísimo carácter de una exactitud suma, teniendo la suficiente abnegacion para confesar sinceramente las cosas que en los países que recorria hallaba mejores que en el suyo, y ofreciendo la particularidad de no manifestar los ajenos defectos sino cuando

esto era indispensable, por haber ellos de caracterizar ó el suceso ó la persona á que se refieren. Todas estas circunstancias fueron sin duda alguna las que la hicieron tan estimable en los círculos literarios, que todos han mirado con aprecio sus obras, han tenido como es consiguiente gran salida, y ciertamente se buscan con afan; porque en su género son bastante buenas. Pero dejemos á la escritora, y vengamos á considerar á la mujer, que presenta en verdad caractéres muy singulares en el trascurso de su vida. En primer lugar, hemos de consignar que la voluntad de sus padres la casó bastante jóven con un sujeto del cual no nos han quedado antecedentes ningunos, y que es de inferir que ni fuera en ningun concepto distinguido, ni tampoco grandemente apreciado de su esposa; pues si tal aprecio hubo, el sentimiento de su muerte no correspondió en verdad á la estima que le habia hecho en vida; porque á los muy pocos meses de haber fallecido, se presentó en París y comenzó á dar á conocer su talento y dejar ver su hermosura, que ambas cosas llamaban mucho la atencion, y tambien la llamaba el encontrarse estas dos dotes juntas, pues sabido es que no es lo comun el que una persona de talento sea bella; pues parece como que se repelen ambas perfecciones. En París lució y concurrió á todas partes, sosteniendo por algun tiempo relaciones con varios de los personajes más célebres de su época; pero sin querer dar su mano á ninguno, ni áun al mariscal Ney, á quien todos decian preferia de un modo especial, y con quien es verdad tenia tal confianza, que puede decirse eran una misma persona; sin embargo, acaso esta misma circunstancia la hizo retraerse, y no le concedió más honores ni más preeminencias que á los otros con quienes sostenia un trato digno, decoroso y conveniente; y cuando querian pasar de allí, les imponia con cierta severidad que tambien la era característica; pues al paso que señora muy afable y atenta cuando se la llevaba, digámoslo así, por bien, era severa y hasta dura y acaso podríamos decir rígida, cuando no se la respetaba lo debido, ó acerca de ella se permitia alguno más de lo justo y decoroso. Al cabo de algun tiempo logró interesar su corazon el conde de Saint-Elme, y con muy poco tiempo de relaciones logró su mano; y este matrimonio, que se hizo por afecto, fué feliz. Sabido es que el conde era uno de los oficiales de Napoleon, en quien este tenia más confianza, y por consiguiente que le acompañaba á todas partes. Esto no podia gustar en manera alguna á la Condesa, el que su esposo se separase de ella, mucho más cuando las contingencias de la guerra nunca hacen presagiar cosa buena, sino esperar desventura. La posicion del conde, la particular confianza y hasta cierto punto amistad de Napoleon hácia él, eran motivos muy fuertes para no abandonar el servicio militar, como lo hubiese hecho sin esto, porque nunca ambicionó él otra cosa despues que se casó, sino el agradar á su mujer;

así es que hubo de pensarse en cohonestar estos motivos justos que le obligaban á seguir con las armas en la mano, y el no ménos justo de complacer á su esposa y de vivir con ella, que tambien le excitaba mucho, porque era el gran sentimiento de su corazon. En vano él procuró buscar un medio de abrazar ambos extremos; cuanto más pensaba, entendia ménos; cuanto más hacia para dar salida á su situacion crítica, encontraba más difícil esta salida; por lo que hubo de apelar al ingenio é intrepidez de su mujer para encontrar un recurso. Efectivamente ella le halló, y no tardó mucho en encontrarle. Se disfrazó de militar, obteniendo para ello, como no podia ménos de suceder, el beneplácito de Napoleon, á quien únicamente se manifestó el secreto; y al lado de su marido, y como oficial tambien de la escolta del Emperador, hizo la campaña sin abandonarle ni un punto, y portándose en todo como soldado aguerrido y sin que una vez se mostrára la debilidad de su sexo, la inconveniencia de que una mujer tomára parte en expediciones militares. Ella supo guardar perfectamente su secreto siendo apreciada de todos, estimada como el que más, y teniendo ella para todos una tan acertada correspondencia, que acrecia las justas simpatías con que áun sin conocerla la miraban todos. Por supuesto que siempre iba al lado de su esposo, y si era menester combatia, pues habia aprendido el manejo de toda clase de armas desde su niñez, y sin duda esta circunstancia la habia hecho perder el miedo de tal suerte, que ni conocia peligros, ni la arredraba cosa alguna; viéndosela pasar cien veces por entre las balas que silbaban, cual si estuviese sosegadamente entretenida en oir un canto ó música agradable. En una de las expediciones de Rusia, cayó herida, aunque no de gravedad, y fué este incidente ocasion para que demostrase á las claras, por una parte, su valor, pues á pesar de ver correr su sangre no se retiró de la batalla, y por otra parte su recato, pues solo permitió la asistiese su esposo, el médico, y una hermana de la caridad; teniendo al mismo tiempo la suficiente prudencia para hacer esto de suerte que ninguno se apercibiera de esto mismo, que hubiera inducido sospechas, sino que á todos pareció natural y conforme á la nobleza de sus sentimientos; y lo que más es, haciéndolo de manera que ni áun á la hermana que la asistia pudieran tildarla en lo más mínimo, á pesar de que estaba con la Condesa como debia estar quien comprendia los peligros y la crítica situacion de una persona de sus circunstancias. Restablecida de su herida, siguió la campaña, habiendo rehusado en varias ocasiones los premios y ascensos á que su valor, que algunas veces podriamos calificar de temerario arrojo, la habia hecho acreedora; pues hubo ocasiones en que alguna batalla se ganó por su acertada direccion, y porque en verdad parecia más bien un soldado aguerrido que una débil mujer. Concluida la campaña, en cuyos últi-

mos momentos perdió á su esposo, con verdadero sentimiento se retiró, y entónces mostró lo que habia sido, y cuál el motivo de arriesgar su vida por seguir como era justo á su marido. Hubieran querido los gobiernos recompensar sus méritos, pero ella se opuso terminantemente, pues decia que sus hechos de armas no eran tales, sino el resultado del justo aprecio en que tenia á su marido, y por consiguiente si algo merecian, para aquel y no para ella habian de ser. El virey de Egipto tomó decidido empeño en que hiciera un viaje por aquella parte, cuyo viaje descrito despues por ella con la habilidad que no puede negársela, sería de utilidad para la bella literatura, y áun para ciencias las más profundas; por cuyo motivo, y como todavía era algun tanto frívolo su carácter, accedió á los deseos del virey, hizo su viaje y luego lo publicó, siendo tenida esta como una de sus mejores obras, y tal vez como la más exacta de cuantas se han escrito acerca de este país privilegiado por la naturaleza, y en el cual el arte tambien ha hecho gigantescos ensayos con el mayor éxito. Aunque educada la Condesa en la religion protestante, no dejaba de conocer que muchas de sus prescripciones, léjos de ser perfectas, van al desórden, á la desmoralizacion, á la ruina del espíritu, y en este concepto, léjos de parecerla aceptable la religion de sus padres, la parecia que debia haber otra cosa que pudiese llenar los deseos del hombre, no esos deseos exagerados y tal vez ridículos que lo ambicionan todo sin privacion alguna, ó que ponen la dicha sobre los frívolos placeres, sino el deseo del hombre sensato, el deseo de quien quiere la paz del corazon en el ejercicio de las virtudes y práctica de los consoladores medios que dan alivio á las necesidades del prójimo. Esto claro está que era una excelente disposicion para venir al conocimiento del verdadero camino que lleva á la vida, y como á esto se agregára uno de esos decretos de la divina gracia en que Dios muestra su amor á los hombres, se afianzó la obra de la gracia misma, y la Condesa salió de la oscuridad de las tinieblas á la claridad de la verdad. Despues de su viaje á Egipto fijo su residencia en Hamburgo, y allí ayudó con los recursos que pudo, que á la verdad no fueron escasos, al alivio de aquellos infelices, que sobre las penalidades de la guerra hubieron de sufrir los estragos de una epidemia terrible que diezmaba los habitantes llenando de terror á aquellos, que veian desaparecer casi instantáneamente á sus deudos, amigos y parientes. La Condesa no se contentaba con alargar pródigamente su mano á cuantos habian menester sus socorros, sino que ella por sí misma iba á casa de algunos infelices que vivian solos, para procurarles aquellas cosas que les eran precisas, sin reparar en que muchas veces este mismo ejercicio de caridad tenia que serla repugnante, ni mucho ménos pensando en que acaso podria ella á su vez contraer la epidemia. Claro es que como la Con-

desa no reparaba en las casas adonde iba, unas veces eran protestantes á quienes favorecia, otras veces eran católicos; lo cual permitia Dios para que viese cuán diversa es la gratitud que se tiene por la caridad que la que engendra la filantropía. Por todos estos medios iba el Señor preparando los caminos por donde habia de atraer á su servicio á aquella pobre mujer, en quien la educacion y la ligereza de carácter causaron tan terrible estrago. Ya un dia se determinó la Condesa á escribir al M. R. P. Pilat, de la congregacion de Redentoristas, pidiéndole consejos é instrucciones acerca de la religion verdadera; y como era consiguiente las respuestas más halagüeñas y consoladoras fueron la contestacion que dió este excelente y zelosísimo varon apostólico que ardia en deseos de que todos conocieran al verdadero Dios; así es que avivó más y más los deseos de la buena señora de ingresar en el gremio católico. Contrajo además la Condesa la enfermedad epidémica, con motivo sin duda de su acreditadísimo zelo, y halló ocasion de ver que los cristianos á quienes habia favorecido la ayudaban en todo y por todo con un afecto de hermanos y con un agradecimiento de hijos, al tiempo que los filántropos, es decir, los no católicos, si alguna vez se acercaban á ella era llevados por su propio interés, con todo lo cual se aficionó al catolicismo, se decidió á abrazarle, y ya no ansiaba sino el que su salud se restableciera algun tanto para dar este paso, que habia de asegurar su eterna dicha. Para conseguir sus deseos creyó oportuno ir al lado del padre Pilat, que residia en Bruselas, y allí se trasladó. Redujo á dinero todos sus bienes, tanto de las haciendas libres cuanto las alhajas, joyas y riquísimos trajes y abundante menaje que tenia, y todo excepto lo más preciso para su sustento lo distribuyó entre los pobres, habiendo ella deseado tambien quedar reducida en el estado de mendigar su sustento, pero no logrando esto de la acertada direccion que á su espíritu dió desde luego el enunciado P. Pilat. Hizo una enérgica protesta de su pasado, detestando todo lo que en él habia sido ofensa de Dios y mal ejemplo de sus hermanos, y estableció una vida enteramente nueva y conforme en todo á las reglas de perfeccion que llevan á ella, aunque á costa de sacrificios. Desde luego se constituyó en una vida enteramente penitente, sin propia voluntad, entregada siempre á la oracion ó al ejercicio de las virtudes; mirando el medio de remediar las necesidades de sus hermanos, aunque fuese á costa de privaciones por su parte, y ofreciendo siempre á la consideracion de cuantos la observaban los sentimientos de un pecador arrepentido, que deplora de lo íntimo de su alma sus extravíos, y que quiere á costa de sacrificios de toda especie, expiar en cuanto es posible las ofensas que en su temeraria ofuscacion irrogára al Omnipotente con una conducta indigna de quien lleva en sí la imagen de su divinidad. Como el Señor quiere á sus siervos acrisolados por el

sufrimiento y tal vez trabajados por sus penalidades y disgustos, hizo experimentar á Mad. Saint Elme este beneficio de su misericordia. La enfermedad que contrajo en Hamburgo ántes de su conversion al catolicismo no se curó radicalmente. De cuando en cuando sufria ataques que la molestaban muchísimo, y cinco ó seis años ántes de su muerte la enfermedad se reprodujo, durándola todo este tiempo para acreditar su invicta paciencia y heróico sufrimiento. Efectivamente, dolores los más vivos la tenian tomado todo su cuerpo, sin que quedase parte donde no sufriera; la necesidad de estar en cama y siempre en la misma postura la habia llagado toda y nunca se quejaba; siempre con el mayor contento referia á Dios sus dolores, sin desplegar sus labios más que para pronunciar palabras de edificacion, que eran de gran consuelo á todos los que la rodeaban. Por último, vió que el fin de sus dias se acercaba, pidió con instancia los santos Sacramentos, que recibió con gran fervor, y despues de una terrible agonia en que conservó todo su conocimiento, pasó de esta á mejor vida el dia 15 de Mayo de 1845, á los setenta años de edad y dejando á todos con su conversion tan edificados como ántes habian sido escandalizados de la conducta relajada de la muy ilustre condesa de Saint Elme.—G. R.

SAINT-ESPRIT (Guido), fundador de la órden de los Hospitalarios en Montpellier, es muy poco conocido por los hechos de su vida. La mayor parte de los historiadores de Languedoc le dan un orígen noble, y el mismo Helyot, en su historia de las ordenes monasticas, le califica de conde y le supone hijo de Guillermo VI, señor de Montpellier y de Sybilla, que vivian á últimos del siglo XII. Pero el P. Vaissete ha probado sin dificultad que el Guido, hijo de Guillermo y de Sybilla, y que tenia el sobrenombre de Guerejat, no puede ser el Guido fundador del hospital de Montpellier, puesto que aquel murió en 1177 y se sabe que el otro Guido, fundador del hospital, no murió hasta 1208, en Roma donde le habia llamado el papa. Por otra parte, en las actas y monumentos de su época no se califica más que de *frater Guido* y algunas veces *maestro Guido*. Este Guido fué quien en 1199 fundó el hospital y la órden de los Hospitalarios de Montpellier, fuera de la puerta de S. Gil. Reunió algunas personas piadosas, y redactó las reglas de esta nueva institucion, que fué reconocida y confirmada por una bula de Inocencio III de 23 de Abril de 1158. Este pontífice llamó á Guido á Roma en 1204 con algunos de sus religiosos, les dió la administracion del antiguo hospital de Sta. María de Sajonia, que habia hecho reedificar, y unió este hospital á el del Espíritu Santo de Montpellier. Guido murió cuatro años despues, como hemos dicho más arriba. Esta órden de los Hospitalarios se extendió á algunos países de la cristiandad, siendo su principal cuidado ejercer la hospitalidad para con los enfermos. En un principio únicamente se admitian legos, y despues ecle-

siásticos y legos; los primeros pronunciaban votos simples, los eclesiásticos votos solemnes. Esta órden fué mirada despues como militar, y el nombre de maestre se cambió en el de *preceptor* ó *comendador*. Estos hospitalarios no usaron nunca armas ni sirvieron en las cruzadas.—S. B.

SAINT EVROUL (Juan de), canciller de la iglesia de París en 1252, murió siendo dean del cabildo de Lisieux el 20 de Marzo de 1255. Las cartas que suscribió con el primero de estos dos caractéres no se refieren á la universidad de París, y no tienen nada que ver con la historia de los estudios públicos y privados. Du Boulay y Crevier no le mencionan; pero los autores de la *Galia cristiana* le atribuyen algunos sermones inéditos de *Sanctis et de tempore*, de que no indican manuscrito alguno. Citasele en el necrólogo de Lisieux, y no se le recomienda en el de Saint Evroul más que por haber dado á los monjes una Biblia completa con glosas y hacer otras generosidades con su casa: *XII kalendas aprilis obiit magister Joannes de Sancto Ebrulfo, decanus Lexoviensis, qui totum corpus Bibliæ glossatum nobis contulit et de bonis suis domui nostræ largissime erogavit.* —S. B.

SAINT FELIX (Gaspar de). Nació en 1741 en Tolosa, de una familia de la magistratura, abrazó el estado eclesiástico y entró en la congregacion de S. Sulpicio. Despues de haber sido director y profesor de teología en muchos seminarios, en particular en Lyon, fué nombrado director de la comunidad de los Robertinos en París, y despues en el seminario de S. Cárlos en Tolosa, establecido para los clérigos de las diócesis próximas que iban á seguir los estudios en la universidad. La revolucion le obligó á retirarse á España. Despues del concordato fué puesto al frente del seminario diocesano de Tolosa, que dirigió hasta 1811, en que los sacerdotes de S. Sulpicio perdieron momentáneamente la direccion de los seminarios. Retirado en París, murió en 1.° de Enero de 1832, á la edad de noventa y un años poco más ó ménos, habiendo sido hasta el último momento el modelo de la comunidad por su piedad y su asiduidad en todos los ejercicios. —S. B.

SAINT FLORENT (Miguel de). El P. Martenne ha insertado en su coleccion de monumentos históricos una historia del monasterio de Saint Florent, que considera escrita sucesivamente por muchos cronistas de diferentes épocas, lo que ha reconocido en la diferencia del estilo y de la letra del manuscrito original. El tercero de los cuatro redactores de esta historia ha parecido al mismo sabio que no podia ser otro que Miguel, abad de Saint Florent. Otros sabios benedictinos no han convenido en la parte que debia haber tenido este Abad en la redaccion completa ó en la coordinacion de una crónica, cuyos primeros hechos ascienden al siglo de Cárlos el *Calvo*, y los que se han verificado despues no pasan más allá del año 1221, que es la fecha de la muerte del Abad, marcada por el continuador de esta crónica. Lo

que parece más probable es que Miguel habrá redactado los artículos relativos á los abades de que pudo ser contemporáneo; pero la diferencia de estilo y de las letras observada por el P. Martenne no permite pensar que Miguel haya redactado ó corregido la crónica por completo. Esta crónica ha parecido interesante para la historia de la órden de S. Benito y para la de Bretaña y de Anjou. El P. Lobineau la ha publicado casi por completo entre las pruebas de esta historia, y el P. Lelong ha citado un manuscrito conservado en la biblioteca de Rocloitre en Flandes. El sucesor de este abad, Juan de Londun, que parecia haber redactado el artículo cronológico de Miguel, da un testimonio favorable á la reputacion que tenia de ser muy elocuente en sus discursos públicos; lo que significan sin duda las expresiones siguientes: *Vir urbanæ eloquentiæ et per cuncta vitæ laudabilis*. La Crónica no refiere ningun título de las obras que pudo haber escrito; pero se hace una mencion detallada de los edificios que mandó labrar, entre los que se distingue una casa abacial, que data de los últimos años de su vida y que estaba compuesta de tres pisos de arquitectura: *Ad ultimum circa finem suum ædificavit cameram suam novam, magnam, triplici architectura, et eleganti opere sicuti modo apparet*. No debe sobreentenderse aquí por la palabra *camera* un simple cuarto ó celda, lo que se avendria muy mal con el verbo *ædificavit* y con la triple arquitectura de que se hallaba adornado el edificio. *Camera*, segun Ducange, tenia por primer sinónimo á *domus*, é indudablemente en este sentido se usa en la narracion de la muerte del papa Juan XXI, que fué causada por el hundimiento de la nueva *camera*, que acababa de hacer construir no léjos de su palacio de Viterbo: *Subitò cùm camerâ quam sibi Viterbii circa palatium construxerat solus corruit*, etc. Una nota manuscrita de un colaborador del P. Rivet, al hablar del edificio de que se trata en la crónica de Saint Florent, se expresa así: «Es sin duda la casa abacial que existe aún, en que se ven en efecto tres bóvedas, una sobre otra, y que es la entrada del monasterio. Existiendo aún este palacio abacial se encuentra la fecha positiva de esta fundacion, lo que es un ejemplo más á todos los que prueban que la arquitectura llamada gótica florecia á principios del siglo XIII. En la crónica de donde se han extractado estos hechos se lee bajo la rúbrica del año 1004 un privilegio del papa Juan XVIII en favor del monasterio, que fué obtenido á peticion de la reina Berta y de sus hijos Tibaldo y Udon. El cronista hace la observacion de que este título estaba escrito en papel: *Cujus nobile privilegium in papyro conscriptum sub obtentu Bertæ reginæ*, etc. Si se pudiera entender aquí por *papyrus* el papel de hilo, esta crónica nos daria un ejemplo de un caso mucho más antiguo que el de la carta de Joinville á S. Luis, que asciende cuando más al año 1270; pero parece probable que se trata del papel de algodon. Sin embargo, el docu-

mento citado en la crónica de Saint Florent, perteneciente al año 1004, daria un ejemplo de cuarenta y cinco años más de antigüedad que el del manuscrito de la Biblioteca *Bodleienne* de Lóndres, que se hace fechar del año 1049, y que el de la Biblioteca Imperial de Francia, que asciende al año 1050. Se sigue tambien de este ejemplo que se ha sostenido sin razon que en Italia no habia papel de algodon ántes del año 1221; siendo indudable que lo habia, puesto que un privilegio concedido por Juan XVIII se halla escrito en *papyro*, segun la expresion del cronista de la abadía de Saint Florent. — S. B.

SAINT FOLBERG (Federico Leopoldo, conde de). Era de una de las más esclarecidas familias de la Alemania del Norte, y su educacion habia sido tan esmerada como convenia á su alta alcurnia; así que dotado de muy buen talento y de una aplicacion nada comun en personas acaudaladas, pudo examinar todas las ciencias, que estudió en sus principios y en sus aplicaciones. Tuvo la fortuna de que el sistema filosófico por el cual le enseñaron tan fundamental ciencia era católico, y por consiguiente daba de Dios una idea como la puede formar la limitada capacidad del hombre, y este fué el motivo que le indujo á meditar en la manera de rendir la criatura á su Criador el homenaje de respeto, veneracion y amor que por tantos y tan justos títulos le es debido; de esta consideracion se elevó necesariamente á la consideracion de los errores que contiene la pretendida reforma, de que él y sus mayores habian sido sectarios, y áun algunos de sus antecesores propagandistas, y conoció cuán equivocados iban en órden á la consecucion de la eterna ventura, y confesó públicamente la falsedad de su secta y la verdad del catolicismo, declarándose, como era consiguiente, cristiano católico apostólico romano. Desde luego comenzó á practicar todas las virtudes que son convenientes y áun necesarias para conseguir la perfeccion, y se portó como era de esperar de quien por completa conviccion abrazaba el verdadero camino de la dicha, único por el cual puede la criatura llegar hasta su Dios. Terrible fué para el protestantismo en aquella region el golpe que con su conversion diera el verdaderamente ilustre conde de Saint Folberg, y mucho más terrible el que, contra lo que esperaban los propagandistas, cada dia estaba más satisfecho con haber abjurado, y haciéndose merecedor de nuevos auxilios del cielo por la fidelidad con que secundaba los que el Señor se dignaba comunicarle. Los católicos recibieron grande consuelo en la conversion de este distinguido personaje, porque, como es consiguiente, tras él fué su familia y algunos de sus servidores, y además porque sujetos de tan alta categoría pueden hacer mucho en favor de la Iglesia, como en efecto lo hizo el conde, prestando su apoyo á cuantas obras buenas se emprendian en su condado, y removiendo los obstáculos que para el adelan-

tamiento de nuestra santa fe católica se presentaban en todos sentidos.—G. R.

SAINT GAL (El Anónimo de), historiador de Carlo Magno. Hé aquí un escritor que pertenece á la abadía de Saint Gal, segun se deduce por diferentes lugares de la obra que de él nos ha quedado; en particular por el capítulo XV del libro II, en que se da claramente por uno de los monjes que vivian en tiempo del abad Hartmoto, de quien daremos la historia. Aun no ha podido descubrirse su nombre, y segun todas las apariencias no es ninguno de los sabios de este monasterio de últimos de este siglo cuyo nombre ha llegado á ser célebre en la república de las letras. Algunos críticos han creido, sin embargo, que era Notker *el Tartamudo*. Su opinion se halla fundada en un lugar del texto del autor, en que dice que tartamudeaba y habia perdido los dientes: *Ego balbus et dentulus*. Pero muy léjos de que esta excepcion pruebe lo que se pretende, establece todo lo contrario si se interpreta bien. En efecto el autor, al servirse de la ocasion de un acontecimiento extraordinario que refiere, quiere únicamente dar á entender, que habiendo perdido por entónces los dientes, le costaba trabajo el hablar para referirle. Manifiesta de este modo que era entónces de una edad muy avanzada, y en 884 era cuando hablaba así, como se verá en lo sucesivo al tratar de su historia. Circunstancias que no pueden convenir á Notker *el Tartamudo*, que vivia aún veintiocho años despues. Por otra parte, hay mucha diferencia entre el estilo de Notker y el de nuestro historiador, y todavía más entre el genio del uno y el genio del otro. El Anónimo de que se trata aquí, pasó su infancia cerca de un tal Adalberto, que habiendo servido en las guerras de Carlomagno contra los hunnos, los sajones y los esclavones, refirió detalladamente todo lo que habia pasado. El niño no escuchaba sin embargo con mucho placer esta relacion, y con frecuencia hasta se negaba á oirla. Adalberto no cedió por esto, y consiguió por fin instruirle en lo que sabia de aquellas guerras y de sus circunstancias. El Anónimo, que nos refiere por sí mismo estos primeros acontecimientos de su vida, se hizo despues monje de Saint Gal, y tuvo por maestro á Wesemberto, hijo de este Adalberto. Sabiendo Wesemberto que su padre habia instruido ya á nuestro Anónimo en una parte de las guerras de Carlomagno, creyó de su deber enseñarle lo relativo á la piedad y á la religion de este príncipe. Nuestro historiador añade que tuvo un tercer maestro, del que obtuvo diferentes conocimientos sobre el mismo asunto. Le nombraba sin duda en el prefacio del primer libro de su historia; pero habiéndose perdido este prólogo no podemos esperar ya conocer su nombre. Instruido en estas fuentes en la historia de Carlomagno, el Anónimo adquirió la reputacion de un hombre que se halla muy versado en ella. Por esto sin duda Cárlos *el Gordo*, biznieto de este emperador y emperador á su vez, invitó á nuestro Anónimo á es-

cribirla. El tiempo en que la comenzó hace suponer que Cárlos le habia propuesto este asunto durante la morada que hizo en Saint Gal en el mes de Diciembre de 883. No tardó nuestro escritor en llevarla á cabo, y en 31 de Mayo del año siguiente habia ya compuesto el primer libro. Es creible que no vivió mucho despues de este término, puesto que era entónces muy anciano. Lo que acaba de decirse de la persona de nuestro historiador da una gran luz sobre lo que nos queda de las producciones de su pluma. No se le conoce otra más que la historia de Carlomagno que dividió en dos libros. Dedicó el primero á tratar de la piedad y religiosidad de aquel príncipe: *De religiositate et ecclesiastica Domini Racoli, cura*; y el segundo de sus hazañas militares: *Sequens vero de bellicis rebus*. Segun todas las apariencias la dedicaba á Cárlos *el Gordo*, que le habia inducido á emprenderla y á quien dirige la palabra en el texto de la obra. Pero esta dedicatoria se ha perdido con el prefacio del primer libro. Las fuentes de donde dice él mismo haber tomado lo que refiere, no previenen en favor de su historia. Dice, en efecto, que habia sabido una parte desde su infancia, cuando no solo las ideas no tienen nada de exactas, y no se halla formado el raciocinio, sino tambien cuando está acostumbrado á confundir las cosas, á aumentar los objetos y á no dar su verdadero valor á las circunstancias de los acontecimientos. La otra parte la sabia por Wesemberto, que no habia visto nada por si mismo, puesto que habiendo muerto en 884, quizá no vivia aún cuando murió Carlomagno. De manera que la obra de nuestro autor solo se halla apoyada en tradiciones, en su mayor parte inciertas. Léjos de ser una historia seguida es una reunion de historietas mal unidas entre sí y áun mezcladas con muchas fábulas. Aun contiene hechos contrarios á la verdad de la historia pública, como hacer á Leon III sucesor del papa Esteban. No parece extraño, segun este principio, que este historiador no haya conseguido pintar el carácter de su héroe. En vez de un mocarca amado, querido, respetado de sus súbditos por su dulzura, sus buenas maneras, la prosperidad de su gobierno, nos le representa como un príncipe cruel, que no respiraba más que amenazas y esparcia por todas partes el temor y el terror. Da tambien otras muchas ideas igualmente inexactas sobre este grande monarca, de manera que se le tomaria por un un hombre pequeño si únicamente se le conociese por este historiador. Habla tambien incidentalmente de Pipino *el Breve*, de Luis *el Bondadoso* y de Luis *el Germánico*. Se detiene un poco en realzar el mérito de este último príncipe, porque era padre de Cárlos *el Gordo*, á quien dedica su obra. A pesar de los muchos defectos que tiene esta historia, los que la han estudiado convienen sin embargo que se encuentran en ella varias cosas que se buscarian inútilmente en otra parte, y que merecen pasar á la posteridad. Tal es la causa por que Carlomagno repudió á la hija de

Didier, rey de los lombardos. Tales son ciertos rasgos que se refieren al cultivo de las ciencias y de las artes, pero que es preciso saber discernir de algunos otros revestidos de circunstancias fabulosas. Nuestro autor describe bastante bien el antiguo traje de los galos, sus costumbres y la manera de acampar de los hunnos. Conviene tambien en algunos puntos con otros antiguos historiadores de aquella época, en pintar los vicios del clero en el mismo siglo, pero lo hace con demasiada desnudez, y sin guardar el comedimiento que exige el sagrado carácter de los obispos, á quienes tampoco perdona. De lo bueno que tiene este autor han hecho uso Baronio, Pedro Pithou y Gretser, áun ántes de que estuviese impreso. En cuanto á su estilo es duro, grosero, poco natural, vulgar algunas veces, otras tan oscuro que cuesta bastante trabajo comprender el verdadero sentido del texto, y con frecuencia no se observa la buena construccion. Es verdad que algunas de estas faltas pueden provenir igualmente de parte de los copistas más bien que del autor original. Además de estos defectos que recaen en la diccion, no hay la eleccion y buen órden que debiera desearse en las cosas. Canisio es el primero que ha dado al público la historia de nuestro Anónimo. La imprimió en 1601 en el primer volúmen de su coleccion por un manuscrito del elector de Baviera. Su edicion está llena de faltas é incompleta al final. Habiéndola revisado Duchesne por otro manuscrito de Moissac, de que obtuvo una copia por medio de M. de Ciron, canónigo de la iglesia y canciller de la universidad de Tolosa, publicó una nueva edicion entre sus Historiadores originales de Francia. Pero no remedió todos los vicios de la anterior, ni llenó la laguna que se encuentra al fin. M. Basnage ha dado una tercera edicion al reimprimir la coleccion de Canisio. Este último editor ha adornado sin embargo la suya con observaciones preliminares y algunas notas. Barthio habia intentado corregir por conjetura algunas faltas de la edicion de Canisio; pero no es este el medio de hacer correcciones de semejante género. Se necesitan buenos manuscritos, sin lo cual se cometen con frecuencia nuevas faltas queriendo corregir las primeras. Lambecius encontró un excelente códice en la Biblioteca Imperial, por cuyo medio reconoció gran número de faltas y muchos vacíos en la obra de nuestro historiador, y formó el proyecto de reimprimirla. Pero murió ántes de haber podido llevar á cabo su empresa. Nuestro historiador se habia obligado á hablar en otro lugar con más extension de Luis *el Bondadoso*, empeño que no llegó á cumplir, lo mismo que el suyo Lambecius.—S. B.

SAINT GAL (Bernahard de). Llamóse á este abad Sereneus, á causa del esplendor de su cuna. Nació francés, pero murió bajo la dominacion alemana. Se hizo monje en su juventud en el monasterio de Saint Gal, de que fué abad en lugar de Harmoto, que habia abdicado esta dignidad para

concluir sus dias en el reposo y el retiro. Su eleccion tuvo lugar en Diciembre de 883. Tuvo un cuidado particular en sostener en su monasterio la más exacta disciplina y el cultivo de las letras, que Grimaldo y Harmote habian conservado tambien. De manera que la abadía de Saint Gal conservó todo el esplendor de su reputacion durante el gobierno de Bernahard. Otros muchos monasterios célebres, en particular el de Morbac en Alsacia y Rhinow en la diócesis de Constanza, buscaban su confraternidad y entraron con él en comunidad de oraciones. En 890, ó lo más tarde al año siguiente, se vió obligado el piadoso Abad, de órden de sus superiores, á ceder su dignidad á Salomon, que fué bien pronto elevado al obispado de Constanza. Créese que la causa de su deposicion procedió de que habia favorecido el partido de Berenger, duque de Frioul, con perjuicio de su competidor Arnaldo. Bernahard vivió algunos años despues, y pudo indudablemente ver los primeros años del siglo X. Hasta el presente no se ha impreso nada con el nombre de nuestro Abad, si se exceptuan las instrucciones que dió á uno de sus monjes á quien envió á otro monasterio á perfeccionar sus estudios. Son muy cortas, pero abundan en el mejor sentido y comprenden muchas cosas en pocas palabras. Contienen un compendio de los principales deberes del hombre cristiano y del hombre de letras que las estudia bajo la direccion de otro. Tambien se atribuye á este Abad una *Coleccion de sentencias*, pero no se han publicado áun y tampoco se dice si son diferentes de las breves instrucciones de que acabamos de dar cuenta. La explicacion que hemos dado ya con respecto á algunos otros escritos de la abadía de Saint Gal debe aplicarse al abad Bernahard lo mismo que á otros. Se han impreso sin nombre de autor muchas poesías, que son produccion de los sabios de este monasterio á fines del siglo IX y principios del X, y se han dejado áun muchas más que no se ha creido conveniente publicar. Está fuera de duda que entre estas poesías puede haber algunas que pertenezcan al abad Bernahard.—S. B.

SAINT-GAL (Grimaldo de). Este abad descendia de una familia ilustre por su nobleza y por las dignidades eclesiásticas que habian desempeñado muchos de sus miembros. Era hermano de Heti, arzobispo de Tréveris, y de Warentruda, abadesa de Palz, y tuvo por sobrino á Thiétgand, sucesor de Heti. Hay varias opiniones sobre el estado que siguió en su juventud, pero eso no puede negar razonablemente las pruebas que le hacen monje de Richenow. Con un grande talento y las mejores disposiciones para la virtud, hizo grandes progresos en las letras y la piedad, llegando á ser uno de los principales ornatos de esta casa desde los primeros años de aquel siglo. Tuvo por maestro en las ciencias á Regimberto, cuyo mérito se ha dado ya á conocer, y las enseñó él mismo. Ermenrico se gloria efectivamente de ha-

ber recibido lecciones suyas. La conformidad de ingenio y de inclinaciones con Grimaldo y Tatton, otro de los moderadores de la escuela de Richenow, los unió con particular amistad. Eran tan zelosos por la exacta disciplina, que les eligió su abad para enviarles cerca de S. Benito de Aniano, segun se cree, para instruirse en las máximas á propósito para hacerla florecer en Richenow. Su viaje tuvo los mejores resultados. Recogieron diferentes reglamentos, que tuvieron cuidado de enviar á su monasterio, y una parte de los cuales fué adoptada en S. Galo. Verificóse esto hácia el año 818, y lo más tarde en 825, era Grimaldo archicapellan de Luis, rey de Germania. El aire de la corte no le hizo perder el gusto hácia las letras. Continuó cultivándolas y protegió siempre á los que las cultivaban, y segun se deduce de la decision de muchos sabios de su siglo, á elegirle por su Mecenas. Walafrido Strabon le dedicó dos de sus principales obras en verso, Raban Mauro su martirologio, y Ermenrico su tratado sobre el amor de Dios y del prójimo. Este en su dedicatoria le califica de su maestro y el más docto de todos los maestros. Elogia no solo su habilidad en todo género de poesías, sino tambien el grande conocimiento que tenia de las demás artes liberales. El mismo Strabon le representa como un hombre á propósito para juzgar acertadamente las obras de los demás y hacerlas útiles correcciones. Queriendo el rey Luis recompensar los servicios y la fidelidad de Grimaldo, le dió en 841 la abadía de S. Gal á título de beneficio, y Grimaldo la conservó, no treinta y siete sino treinta y un años. Aunque no le miraban muchos como abad regular porque no habia sido elegido canónicamente, no dejó de manifestarse tal con este monasterio y de hacerle mucho bien. Renovó y embelleció la mayor parte del edificio é hizo construir una nueva iglesia, donde tuvo cuidado de hacer colocar el cuerpo de S. Uthmeno, y no pudiendo gobernar la comunidad por sí mismo, á causa de su residencia en la corte, invitó á los religiosos á elegir uno de ellos que la gobernase en lugar suyo. Al fin de sus dias renunció todos sus beneficios, y no conservó más que la abadía de Saint Gal, que eligió por lugar de su retiro. Ocupado allí en la práctica de las buenas obras, y en particular de abundantes limosnas que le merecieron el sobrenombre de *Padre de los pobres*, murió en una edad muy avanzada el 13 de Junio de 872. Fué inhumado en la iglesia de S. Uthmeno, donde su sucesor Harmoto le hizo poner el epitafio siguiente, que es bien sencillo para un hombre tan grande:

*Hinc manet interius divinæ legis amator,*
*Grimaldus humilis, templum hoc qui condere jussit.*

La obra en prosa de Hermenrico de Richenow se dedica en parte á realzar

las virtudes de Grimaldo como de un hombre que las reunia todas. Su amigo Raban Mauro le da tambien grandes elogios, y se nos refiere que Hincmaro de Reims le escribia algunas veces. El historiador Thegan, que le da la cualidad de respetable abad y sacerdote, le representa como el más asiduo confidente de Luis *el Germánico*, y el que empleaba en sus embajadas más importantes. No se debe por lo demás confundirle con otro Grimaldo que enseñaba las letras en la misma época de nuestro Abad. A pesar de su vasto saber nos quedan pocas producciones de su pluma. Es verdad que no se nos han conservado todos los escritos de los sabios de la antigüedad y que tampoco se nos ha dado conocimiento de muchos que se han perdido.—1.° El principal trabajo literario de Grimaldo consiste en el que hizo sobre el *Sacramentario* del papa S. Gregorio *el Grande*. Habiendo caido en sus manos diferentes ejemplares de esta obra, no tardó en descubrir que los copistas le habian hecho un gran número de adiciones, que eran extrañas al texto original. Grimaldo se propuso purgarle de ellas y lo ejecutó lo mejor que pudo, sirviéndose de lo que los antiguos llamaban obelos, que era una especie de vírgula ó rasgo de pluma para hacer la distincion entre uno y otro. El saber en la actualidad si acertó Grimaldo en esta correccion, sería muy difícil de asegurar, aunque Oudin pretende que corrompió en vez de corregir la obra. Despues de esta revision del texto de S. Gregorio, creyó Grimaldo deber añadir á manera de apéndice muchos prefacios, oraciones, colectas, exorcismos y bendiciones que encontró en otros autores más antiguos que S. Gregorio. Habiendo hecho una coleccion, la unió al *Sacramentario*. Pero para separarlas mejor ambas é impedir de esta manera que se confundiesen las adiciones con el texto, puso el prefacion entre las dos, y da en él cuenta de su trabajo. Dedúcese de su lectura que los motivos que le animaron á emprenderle, fueron, por una parte, que estos fragmentos de la liturgia le parecian muy útiles para los oficios de la Iglesia, y por otra, que podia agradar á los ministros del altar. Grimaldo no nos da á conocer de otra manera las fuentes en que ha bebido. Pero el P. Mabillon observa que forman parte de su coleccion las fórmulas de las bendiciones episcopales, que no son conformes al uso de la Iglesia romana, ni de institucion suya. Si es verdad, como cree Jacobo de Pamele, que Amalario de Metz ha tenido conocimiento y se ha servido del trabajo de Grimaldo, será tambien cierto que nuestro autor le terminó ántes de ser Abad, lo que se verificó en 841, siendo esto lo que parece más verosímil. Así le comprenderia y ejecutaria en el lugar de su retiro en Richenow, áun ántes de ser elevado á la dignidad de archicapellan de Luis *el Germánico*. En la vida del mismo Grimaldo, un sacerdote de la diócesis de Amiens, llamado Rodrado, que recibió en 853 las órdenes sacerdotales de manos de su obispo Hilmerado, teniendo en las manos la obra de

nuestro Abad, formó el designio de hacer un trabajo semejante, y lo ejecutó en efecto. Lo que hay de extraño es que no solo siguió en todo el propio método que Grimaldo, sino que hasta copió el prefacio de éste, que se encuentra colocado, lo mismo que en la obra de nuestro Abad, entre el texto de S. Gregorio y la adicion de Rodrado. Sin embargo, á pesar de esta identidad de prólogo y los demás rasgos de semejanza, la obra del uno no es la del otro. Se encuentran entre ellas grandes diferencias, que el P. Menard, que las ha tenido las dos á la vista para su edicion del *Sacramentario* de S. Gregorio ha tenido cuidado de marcar en general. Se puede consultar al sabio prefacio de este editor. La obra de Rodrado ha quedado manuscrita y se encuentra en la biblioteca de la abadía de Corbia. El P. Menard ha publicado solamente algunos extractos de ella á continuacion del *Sacramentario* de S. Gregorio. Podemos añadir á la noticia que acabamos de dar, que á su frente se leen dos pequeños prólogos, uno en prosa y otro en catorce grandes versos, en los que el autor nos da á conocer su persona y nos refiere el motivo de su trabajo, suplicando con mucha humildad á los sacerdotes que reciban su coleccion, se acuerden de él en el santo altar. En cuanto á la obra de Grimaldo, Jacobo de Pamele la imprimió en el volúmen segundo de su *Liturgicon Ecclesiæ latinæ*, que se publicó en Colonia, en 4.°, en 1591. Casimiro Oudin supone que lo que hizo Grimaldo con respecto al *Sacramentario* de S. Gregorio, ejecutó tambien con el *Antifonario*, redactado para el curso del año, es decir, que hizo tambien observaciones críticas. Pero sobre esto no hay pruebas positivas, y Grimaldo no dice nada en el lugar en que habla de su trabajo sobre el *Sacramentario*.—3.° De este Grimaldo existe una carta, que le es comun con Tolon, monje de Richenow, de quien se ha tenido ya ocasion de hablar más de una vez. Se halla dirigida á Regimberto, maestro tambien de ambos, á quien enviaban una copia de la regla de San Benito, hecha sobre el original que habian encontrado en el camino, en el viaje que emprendieron de órden de su abad y de que arriba se ha referido el motivo. Enviaban tambien algunos reglamentos sobre la disciplina, que parecen haber sacado de los que se hicieron en el concilio de Aix la Chapelle, para establecer la uniformidad en el imperio francés. Estos reglamentos se hallan divididos en treinta y un artículos, y como se encontraron en la abadía de Saint Gal, que los habian adoptado en su tiempo, se les da el nombre de esta célebre abadía. Balucio es el primero que los ha dado al público, con la carta que los acompañaron Grimaldo y Talton. El P. Mabillon ha reimpreso despues ambos, pero ha omitido seis versos heróicos que se leen al fin de la carta en la edicion de Balucio, y que contiene votos y deseos de prosperidad para Regimberto de parte de los que le escriben. El P. Bernardo Pez ha creido deber dar lugar á estos mismos documentos en la

coleccion de sus Anécdotas. Las dos primeras ediciones contienen tambien otra carta de dos monjes de Richenow, que no se nombran, con otros reglamentos tambien de disciplina que dirigen á su abad á consecuencia de la comision de que les habia encargado para hacer investigaciones de esta naturaleza. Tómese cualquiera el trabajo de comparar estas dos cartas y los hechos que contienen, y se reconocerá á Grimaldo y á Talton en ambas. Se cree, por otra parte, que estos otros reglamentos de que aquí se trata, no son otra cosa que los que habia redactado S. Benito de Aniano ántes del concilio que se acaba de citar para hacerlos observar en los monasterios en que establecia la reforma. Unos y otros, acompañados de dos cartas, se han impreso con la misma omision en la *Vetus disciplina monástica* del P. Mabillon. Hace un siglo que se conservaba todavía en Richenow una historia manuscrita en un estilo claro y correcto de la traslacion de las reliquias del mártir S. Ginés de Jerusalen á Alemania, y de los milagros que la siguieron. Los que nos dan esta noticia literaria, miran este asunto como de Talton ó de algun otro entre los sabios que era el ornato de Richenow en tiempo del abad Estebaldo. Puesto que hemos tenido ocasion de hablar de los pocos documentos que nos restan del saber de Talton, es nuestra obligacion referir lo que se sabe de más interesante con relacion á su persona. Desde su infancia fué educado en el palacio de Carlomagno con otros señores jóvenes que se criaban allí, y habiéndose desengañado de las vanidades del mundo, fué á hacerse monje á Richenow, donde brilló tanto por su saber como por el esplendor de su virtud. A la muerte del célebre Wetin estuvo encargado del cuidado de la escuela, y Walafrido Strabon miraba como un mérito el haberle tenido por maestro. Ya se ha visto cuán grande amistad le unia con Grimaldo. Por lo demás se ignora el año de su muerte, que se coloca en 20 de Marzo.—S. B.

SAINT GAL (Harmoto de), abad, de ilustre cuna segun se deduce del grado de parentesco que tenia con el duque de Borgoña, Rodolfo. Por lo demás de su familia no se conoce más que á una hermana suya llamada Richlina, y á un santo obispo llamado Saudeolo, próximo pariente suyo. En su juventud entró monje en S. Galo, de donde la reputacion de Raban Mauro le hizo trasladarse á la escuela de Fulda en union con Werimberto. Estudiaron ambos bajo la reputacion de este hábil maestro en compañía de Olfrido de Heissemburgo, que les dedicó despues una de sus obras, como se dirá en otro lugar. Harmoto, con ayuda de un ingenio vivo y penetrante, hizo no solo grandes progresos en las ciencias que á la sazon se estudiaban, sino que aprendió tambien griego, hebreo y un poco de árabe. Tritemio que da este testimonio de Harmoto en su Tratado de los hombres ilustres de Alemania, le confirma en el año 867 de su crónica de Hirsauge,

pero confundiéndole con Hartmondo, maestrescuela de Saint Gal á principios del siglo siguiente. A los títulos de saber y de un nacimiento distinguido unia Harmoto el de una grande regularidad de conducta. Grimaldo, nombrado abad de Saint Gal en 841, no pudiendo gobernar por sí mismo este monasterio, á causa del cargo que tenia en la corte y que reclamaba su presencia, invitó á los monjes á elegir uno de ellos que ocupase su lugar. La eleccion recayó en Hartmoto con no poco aplauso del rey y de Grimaldo, que se descargó en el recien elegido de todos los cuidados de la casa, y Harmoto en calidad de dean los desempeñó de una manera tan honrosa para él como ventajosa para el monasterio. Despues de lo relativo á la exactitud de la disciplina del claustro, dirigió su atencion á adornar y embellecer la iglesia y á fomentar los estudios. Con esta mira aumentó la biblioteca con gran número de libros, tanto de la sagrada Escritura y de los Santos Padres, en particular de S. Agustin, como de algunos escritos de autores profanos antiguos. Hacia cerca de treinta ó treinta y un años que gobernaba Hartmoto de esta manera el monasterio de Saint Gal, cuando murió Grimaldo y le sustituyó como abad. Su nueva dignidad no hizo más que aumentar su zelo por el buen órden sin variar nada en su manera de vivir. Puso especial cuidado en el adorno de los lugares consagrados al Señor y en el aumento de la biblioteca, en que puso un gran número de volúmenes de literatura sagrada y profana. En su lista, que se nos ha conservado, notamos entre otros los dos diferentes comentarios de Floro de Lyon sobre las epístolas de S. Pablo y el altercado de la Sinagoga y de la Iglesia, que es sin duda la que se encuentra en el apéndice de las obras de S. Agustin. Entre las preciosidades de esta biblioteca se hace mencion de un hermoso mapa-mundi, que se podria suponer fué hecho por el mismo Harmoto, lo que supondria que sabria geografia, cuyos conocimientos eran á la sazon muy raros. Hartmoto gobernó su monasterio en calidad de abad por espacio de once años y formó el designio de dimitir, con el objeto de poner algun intervalo entre la muerte y las ocupaciones de su cargo. Pidió con frecuencia permiso para ello á sus hermanos y al emperador Cárlos el *Gordo* sin poder conseguirle, hasta que al fin, hallándose este príncipe en Saint Gal en el mes de Diciembre de 883, el piadoso abad se lo suplicó con tantas instancias que consintió Cárlos. Bernahard fué elegido en lugar suyo, y Hartmoto se retiró á una dependencia de la abadía, donde pasó como recluso el resto de sus dias que no fueron largos. Ratpert marca su muerte en 31 de Enero de 884, aunque otros la marcan el 23 del mismo mes. Siguiendo este cálculo tomado á la letra, Hartmoto no pasó el mes entero en su retiro. Pero el año indicado era realmente el de 883, pues se continuaba contando 884 hasta la pascua. Hartmoto fué enterrado en el cementerio de Saint Gal, cuna de su pariente Lan-

deolo. A pesar de lo mucho que dice Ratpert sobre el mérito de Harmoto, su saber y su amor á las letras, no hace mencion alguna de sus obras, á excepcion del mapa-mundi de que se ha hablado. Pero la razon de este silencio no tiene otro principio que el objeto que se habia propuesto este autor de hacer la historia de los principales acontecimientos de su monasterio y no la de los hombres de letras que le ilustraron. Se sabe sin embargo por otros autores, que no estaban en verdad en tan buenas circunstancias para referírnoslo, que nuestro sabio abad dejó muchos escritos. 1.° Se pone en este número los Comentarios sobre muchos libros de la sagrada Escritura, segun el hebreo. Pero no se especifica ninguno y no se nos dan á conocer de otro manera, aunque los que hablan de ellos manifiestan que existian aún en su época.—2.° Tritemio, seguido de Posevino y de algunos otros, atribuye tambien á Hartmoto una Coleccion de sermones, sobre los que no tenemos más noticias que sobre los comentarios.—3.° Una coleccion de cartas á diferentes personas, en la que debia sin duda haber algunas dirigidas á Otfrido de Weisemburgo que le dirige tambien alguna de las suyas.—4.° Harmoto, segun el testimonio de un antiguo escritor citado por Tritemio, compuso muchas obras en beneficio de los monjes jóvenes á quienes podian ser útiles. Una de las principales y en la que el autor manifiesta toda la extension de su ingenio, era una instruccion para los novicios. No debe sin embargo ocultarse, y Tritemio puede muy bien haber confundido á Hartmoto con Hartmanno *el anciano*, que fué tambien abad de Saint Gal en los primeros años del siglo X, ó con Hartmanno *el jóven*, que no floreció hasta cerca de cuarenta años despues del antiguo. Lo que da motivo á esta duda es que da al autor de estas obras el título de maestrescuela de Saint Gal, dignidad que no obtuvo nunca Hartmoto. Por lo demás, el tiempo en que le coloca solo puede convenir á este último.—5.° A consecuencia quizá de esta confusion el mismo bibliotecario atribuye tambien á nuestro santo Abad muchos escritos sobre los milagros de diferentes santos. Quizá no ha tenido M. Cave otro fundamento que esta confusion para atribuir á Hartmoto la vida de Santa Wiborada que no sufrió el martirio hasta 925, más de cuarenta años despues de la muerte de Harmoto. Por lo que solo equivocadamente ha podido acusar á Canisio de haber llamado Hartmanno y no Hartmoto al autor de la vida de esta santa.—6.° Hay tambien muchas apariencias de que los himnos y cánticos de la Iglesia con que se quiere honrar á nuestro Abad pertenecen á Hartmanno, con cuyo nombre se hallan algunos impresos en Canisio.—7.° Creemos sin embargo que los dísticos, los cuartetos y sextetos publicados por el mismo autor y hechos para adornar la iglesia de S. Otmaro que Hartmoto tuvo cuidado de mandar pintar, son de este Abad. Es por lo ménos cierto que el pequeño epitafio del abad Grimaldo le pertenece por completo.—8.°

Por último, el P. José Mesler, escritor de principios del siglo XVII, atribuye á Hartmoto una historia de la abadía de Saint Gal, que no existia en tiempo de Goldast. Pero el P. Mesler podia muy bien confundir en esta ocasion, lo mismo que Tritemio, á Hartmoto con Hartmanno.—S. B.

SAINT-GAL (Ison de). Este monje cuyo mérito futuro fué anunciado ántes que viniese al mundo, nació súbdito de Luis, rey de Germania, hácia el año 841. Despues de haber recibido de sus padres, que eran tan distinguidos por su piedad como por su nobleza, la primera educacion, fué puesto, siendo todavía jóven, en el monasterio de Saint Gal. Allí con ayuda de una rica naturaleza y de un feliz ingenio, hizo en las letras todos los progresos que podian hacerse en su época. Bien pronto se vió que tenia un talento especial para enseñar á los demás, y se le encargó desde luego del cuidado de la escuela del claustro y despues de la que se hallaba abierta al público. La reputacion que se adquirió el jóven profesor no tardó en extenderse á larga distancia. Habiendo oido elogiarle el duque de Borgoña Rudolfo, quiso que fuese Ison á instruir en las letras á los monjes de Grandvel ó Grandval. Lo pidió y lo consiguió. Ison brilló con nuevo esplendor en aquella nueva escuela. No solo formó en las ciencias un gran número de discípulos, tanto franceses como borgoñones, sino que se hizo tambien admirar por su habilidad en curar casi toda clase de enfermedades. Lo hacia con tanta felicidad que muchos le suponian un verdadero taumaturgo. Despues de haber ilustrado la abadía de Grandfel por espacio de más de tres años, murió en la flor de su edad el 14 de Mayo de 871. Los más célebres de sus discípulos en la escuela de Saint Gal, donde tenia costumbre de irlos á ver tres veces al año, fueron Salomon, obispo despues de Constanza, el Bto. Notker, Raput el antiguo y Tutilon. Por corta que fuese la vida de Ison y por ocupado que estuviese en enseñar las letras desde su juventud, no dejó sin embargo de encontrar tiempo para escribir diversas obras para la posteridad. 1.° Dejó una historia de las traslaciones del cuerpo de S. Othmar, abad de S. Galo, que se hicieron en su tiempo, y de los milagros de que fueron acompañadas y seguidas. Ison ha dividido su historia en dos libros segun el número de las traslaciones de que tiene que hablar. El uno comienza en la primera, que se verificó á últimos del año 864, desde la iglesia de S. Pedro á la de San Galo, el otro en la segunda traslacion cuando el cuerpo del Santo fué trasladado en 24 de Setiembre de 867 desde la iglesia de S. Galo á la que se habia elevado en honor de S. Othmar. El autor comenzó su obra al año siguiente, segun parece por lo que se lee á la conclusion. No refiere nada segun su propia confesion, que no haya visto por sí mismo ó de que no haya sido instruido por personas dignas de crédito. Está mucho mejor escrito que otras muchas composiciones que nos quedan de aquella época. Ison no

tenia sin embargo cuando las emprendió más que veintisiete años. En el primer libro manifiesta una grande credulidad. El segundo no contiene casi más que la historia de la última traslacion y de dos ó tres milagros que no tienen nada de extraordinario. Al frente de toda la obra hay un pequeño prefacio, en que haciendo Ison en pocas palabras el elogio de Walafrido Strabon, declara que emprendió su escrito para continuar la narracion de las maravillas que este sabio habia comenzado á dar á conocer en la vida de S. Othmar. La obra de Ison se encuentra tambien á continuacion de esta vida por Strabon, tanto en los manuscritos como en los impresos. La primera vez que sepamos se publicó esta obra, es cuando lo hizo Surio en 16 de Noviembre, Goldast insertó despues la obra en su Coleccion de historiadores de Alemania, que se publicó en Francfort en los años 1606 y 1661, y reimprimió M. Eccard en 1730. Habiendo revisado el P. Mabillon el texto de esta última edicion tal como lo habia publicado Goldast por un manuscrito perteneciente á M. Duchesne, le dió lugar en el cuarto volúmen de su Coleccion de actas, donde le ilustró con observaciones preliminares y notas.—2.° Creen diferentes sabios que el Glosario ó Lexicon, que se ve aún manuscrito en algunas bibliotecas bajo el nombre de Salomon, es obra de Ison que le publicó bajo aquel nombre que era el de uno de sus discípulos. Ison pudo hacerlo de esta manera, ya por modestia, ya por hacer honor á este discípulo hácia el que se sabe tenia miramientos particulares.—3.° No se duda tampoco que los Escolios sobre el poeta Prudencio, que se atribuyen tambien al mismo Salomon, pertenecen igualmente á nuestro escritor. En esta persuasion los ha unido Weitzius con su nombre al texto de este poeta, que publicó en 8.°, en Hanaw en 1613.—4.° Goldast y Balucio despues de él han impreso algunas fórmulas con el nombre de Ison, que son como los modelos de cartas ó actas públicas que daba á sus discípulos para ponerlos al corriente del estilo de los diplomas. Los hay sobre diversos asuntos, como de donacion, cambio, etc. Y encuentra una fecha del año décimo tercio del reinado de Luis, que viene á ser el año 893, y que no puede atribuirse al año 909 de la era vulgar, como pretende Goldast. Pero de esta fecha no debe sacarse consecuencia alguna, puesto que no es más que de un modelo, y el autor podia en este caso tomar cualquier fecha arbitraria.—5.° Tambien se atribuyen á Ison algunas poesías, pero no se nos da noticia alguna sobre este punto. Unicamente se sabe que Notker el *Tartamudo*, discípulo de Ison, despues de haber compuesto su libro de Secuencias, le sometió al exámen de su maestro que le hizo algunas correcciones. Al fin de las actas de S. Didier, obispo de Viena, en un manuscrito de S. Galo, se lee una adicion ó nota de mano de Ison, que dice que en 870 Adon, arzobispo de Viena, autor de estas actas, las envió de

regalo á los monjes de aquel monasterio. Ison, que pasó los últimos años de su vida en Grandsel, se encontraba entónces en S. Galo, donde iba por lo regular tres veces al año, á expensas del duque Rudulfo, á visitar á sus hermanos. Esta nota se halla impresa en muchas colecciones que nos abstenemos de indicar. — S. B.

SAINT GAL (El Bto. Tutilon de), llamado tambien Tutelon, descendia de una familia noble y poderosa. La naturaleza le habia enriquecido de tantas excelentes cualidades, que no se podia imaginar un hombre más completo. Era bien formado de cuerpo, tenia una hermosa voz, mucha destreza, elocuencia natural, talento, y de una manera conveniente á toda clase de asuntos. Era bueno, oficioso, y tan agradable cuando estaba serio como cuando se hallaba alegre. En su juventud fué educado en el monasterio de Saint Gal, donde se consagró al servicio de Dios en la regla de San Benito. Estudió bajo la direccion de los célebres Ison y Marcelo en compañía de Ratpert y de Notker *el Tartamudo*, con cuyos condiscípulos vivió en la más íntima amistad. Tutilon se dedicó al estudio de las artes liberales, y llegó á ser poeta, orador, músico y tan buen pintor y cincelador como se podia ser en su siglo. Tenia tambien algun conocimiento de la mecánica; pero teniendo la música para él un atractivo particular, la cultivó con nuevo cuidado. Llegó á tocar con tal perfeccion toda clase de instrumentos, que lo propuso su abad para instruir á los niños de buenas familias que se educaban en Saint Gal. Tantas buenas cualidades reunidas á los dones que habia recibido de la naturaleza, hacian decir al emperador Cárlos *el Gordo*, que se expresaba en esta ocasion segun el modo de pensar del mundo, que era una desgracia que se hubiese enterrado un hombre tan completo en la oscuridad de un claustro. Léjos de dañar todo este brillo á la virtud de Tutilon, no hacia más que daria nuevo esplendor. Era de los que asistian al coro con mayor asiduidad, y tan zeloso por la observancia, que no podia ver nada en contra de la sociedad sin que se hiciera un deber en remediarlo y reprimirlo con energía. Era tan casto, que se le miraba como un verdadero discípulo de Menolo, que cerraba los ojos á la vista de cualquiera mujer. Aunque se viese obligado á salir con frecuencia de su monasterio, no tenia para él ménos atractivos la compuncion acompañada de lágrimas cuando se hallaba en el fondo de su retiro. Su habilidad para pintar y cincelar hacia que se le llamase algunas veces á largas distancias. Trabajó en particular en Metz y en S. Albano de Maguncia. Pero cuando sus obras le proporcionaban elogios sucesivos, tenia cuidado de ocultarse y de salir del lugar en que esto acaecia para evitar las tentaciones de la vanagloria. Tenia la costumbre de acompañar con algun epígrama, ó al ménos con alguna inscripcion compuesta por él, sus cincelados y cuadros. Tu-

tilon murió en olor de santidad, despues de Ratpert y ántes que Notker *el Tartamudo*, sus dos íntimos amigos, el 28 de Marzo, sin que se sepa el año con exactitud. Pero no hay error en colocarle ántes de 898. Fué enterrado en Saint Gal en la capilla de Sta. Catalina, que tomó despues con el cementerio que se halla contiguo el nombre de S. Tutilon. Su epitafio, que ponemos á continuacion, y en que se alude al famoso cuadro de la Santísima Vírgen que pintó en Metz, se lee al lado derecho del altar de esta capilla:

*Virginis almificæ pictor mira arte Tutelo,*
*Excellens meritis, et pietate potens.*
*Nemo tristis abit, qui te colit et veneratur*
*Fers cunctis placidam quippe salutatis opem.*

Poco nos queda ya de los escritos de Tutilon, aunque se asegura que siendo un hombre muy sabio, habia dejado muchas producciones de su ingenio, marcadas todas con la uncion de su piedad. Consistian en su mayor parte en himnos, cánticos eclesiásticos y secuencias que empleaba algunas veces en la celebracion de los santos misterios. Se indican muchas de que se refieren las primeras palabras y algunas de las cuales fueron presentadas en vida del autor al rey Cárlos, que se picaba tambien de poeta. Pero de todas estas composiciones del ingenio de Tutilon no se han impreso más que tres pequeñas elegías con un himno en versos yámbicos dimetros, que se conservan en un manuscrito adornado en su tiempo de marfil, plata y piedras preciosas. La primera elegía, que fué hecha para cantarse en una procesion, trata de la Natividad. No es en nada superior, lo mismo que las demás poesías que la siguen, á todas las composiciones de aquella época, si se exceptúan sus grandes rasgos de piedad. La segunda, que comienza por los mismos versos que la primera, es sobre la Epifanía. La tercera está hecha para la ceremonia de la recepcion de un rey, y el himno para la procesion el dia de la fiesta de S. Othmar. Puede haber algunas otras poesías que pertenezcan á Tutilon entre las de los poetas de Saint Gal, tanto manuscritas como impresas, bajo los nombres de otros autores. —S. B.

SAINT GAL (Wesemberto de). Este monje es uno de los literatos que más ilustraron la abadía que le sirve de apellido á últimos del siglo IX. Nació en Coire, segun algunos autores modernos, y era hijo de Adalberto que habia servido en tiempo de Carlomagno en las guerras contra los hunnos y los sajones, y de quien uno de los historiadores de este príncipe habia sabido la mayor parte de las hazañas militares que ha conservado á la posteridad. Wesemberto abrazó en su juventud la vida monástica, y fué elevado despues al sacerdocio, pero se ignora el monasterio en que se consagró en

un principio á Dios. Hizo sus primeros estudios en la escuela de Fulda, bajo la direccion del docto Raban, donde tuvo entre otros por condiscípulo á Otfrido de Weisemburgo; la amistad que les unió duró toda su vida, y existen de ella ilustres muestras en la dedicatoria de una obra que dirigió este á Wesemberto en union con Harmoto, abad despues de Saint Gal. Es una epístola con versos teotiscos rimados, de los que la primera y última letra de cada cuarteto forman á derecha é izquierda este doble acróstico: *Otphridus Wisemburgensis Monachus Harthemate et Wesimberto S. Galli monast.* Wesemberto pasó de Fulda á Saint Gal, como se deduce de aquí, ya fuese este el lugar de su profesion monástica ú otro cualquiera. Su principal ocupacion fué estudiar y enseñar las letras sagradas y profanas. Estudió griego y latin, y se hizo muy hábil en ambos para su época. Se consagró tambien con alguna atencion á las bellas artes, y obtuvo grandes conocimientos en la música y escultura. En una palabra, hizo tantos progresos en la literatura, y dejó tantas pruebas de su saber, que mereció los títulos de filósofo, de poeta, de teólogo, de historiógrafo, de hombre versado en toda clase de conocimientos. Entre los discípulos que tuvo en S. Galo, se gloría de haber recibido sus lecciones el monje anónimo de esta abadía, de quien hay una historia de Carlomagno. Al darle esta prueba de su reconocimiento se ha creido tambien obligado á manifestar á la posteridad que habia sabido de él lo que refiere en el libro primero de su historia, con respecto á la piedad y religion de su héroe. Concluye este primer libro en 31 de Mayo, en que se celebraba el sétimo dia de la muerte de Wesemberto, y nos dice despues que cuando comenzó su historia Harmoto habia abdicado ya la dignidad de abad para vivir recluso, lo que segun la relacion de Ratpert acaeció á últimos de Diciembre de 883. Se deduce de todos estos hechos reunidos, que Wesemberto murió el 24 de Mayo de 884. Todos los que han hablado de este autor y de sus escritos, se hallan muy léjos de convenir en el número de los que compuso realmente. Vamos á comenzar su catálogo por los que son admitidos por todos sin dificultad, puesto que Tritemio asegura haberlo visto por sí mismo. 1.° Este bibliotecario pone al frente un tratado sobre la música, asunto sobre el que escribieron muchos sabios de este siglo.—2.° Un arte poética dividida en dos libros, á la que Tritemio da el título siguiente: *De arte metrorum libros duos.* Unica obra de esta naturaleza, que produjo en aquel siglo (el IX) la pluma de los escritores franceses, al ménos la sola de que se encuentran vestigios en la historia.—3.° Un comentario sobre el libro de Tobías.—4.° Otro sobre los Proverbios de Salomon.—5.° Otro tomo sobre las Lamentaciones del profeta Jeremías. Wesemberto, como ha podido observarse, no fué el único que escribió en su época sobre estos tres libros sagrados.—6.° Tritemio dice además, sin asegurar positiva-

mente, como lo hace aquí, que los hubiese leido, que nuestro escritor compuso las obras siguientes. Es verdad que al hablar de algunas otras, de que dice carece de todo género de conocimiento, insinúa que habia visto las que cita en el mismo lugar. A este mismo pertenece un Comentario sobre los cuatro Evangelistas, dividido en otros tantos libros.—7.° Una Coleccion de Sermones, en los que dice Tritemio se encuentran rasgos de elocuencia.—8.° Otra coleccion de cartas escritas á diferentes personas, sin duda más bien sobre cuestiones literarias que sobre otras materias, puesto que no se sabe que el autor haya tenido otra ocupacion que la de cultivar y enseñar las letras.—9.° Un libro de epígramas entre los que se ven poesías de todas clases de medidas, lo que era bastante raro en su siglo.—10.° Diferentes himnos y cánticos en honor de Jesucristo y de los santos. Quizá por estos cánticos *cantus* se sobreentiendan las secuencias, cuyo uso era muy comun á últimos de este siglo, en particular en S. Galo. No se encuentra, sin embargo, ninguna con el nombre de Wesemberto entre los himnos y demás poesías piadosas de aquel monasterio, impresas por Canisio, á ménos que no le pertenezcan algunas de las que carecen de nombre de autor.—11. Eisengrenio, y algunos otros siguiéndole, atribuyen tambien á nuestro escritor largos y sabios comentarios sobre el Génesis.—12. Una historia de la abadía de Saint Gal desde su orígen hasta la época del autor. Para manifestar el aprecio que se hacia de esta obra se usa la expresion siguiente: *Elegantissimo volumine* que puede tambien significar que el ejemplar era de buena letra. Vosio, que es uno de los que se citan, advierte sin embargo que no habia llegado á verle.—13. Este mismo escritor y ántes que él Posevino atribuyen á Wesemberto un Comentario sobre el Apocalipsis. Pero como Posevino manifiesta no hablar aquí más que siguiendo á Eisengrenio, y parece que le ha copiado Osio, hay motivos para creer que en vez del Génesis, que se lee en Eisengrenio, habrá escrito Apocalipsis de que no se hace mencion.—S. B.

SAINT-GELAIS (Mellin de). Este eclesiástico, poeta francés, que es el que más se aproxima á Marot en el epigrama, nació en 1491 en Angulema. Segun la mayor parte de los biógrafos, fué hijo natural del prelado de Angulema Octaviano, de quien se da razon tambien en esta obra; pero Sinforiano Champier en la dedicatoria de la vida del caballero Bayardo, dedicada á Saint-Gelais, le habla de las epístolas de Ovidio traducidas por su difunto tio. Hizo Mellin rápidos progresos en las lenguas antiguas, en la retórica, la filosofía, las matemáticas, y áun en la medicina. A la edad de veinte años fué á Pádua para estudiar el derecho, pero cansado de una ciencia que no le ofrecia más que contradicciones, volvió á ocuparse de la poesía, y la Bocacio y Ariosto formaron sus delicias. Volviendo á Francia abrazó el

estado eclesiástico, y Francisco I le dió la abadía de Reclas, en la diócesis de Troyes, no tardando en nombrarle limosnero del delfin. Siendo Saint-Gelais poeta y músico á la vez, fué el alma de aquella corte galante. El favor del rey le prometia un brillante porvenir; pero su carácter ligero é insociable desdeñó la fortuna que tan amiga se le mostraba, y pasaba su vida en medio de un reducido número de amigos, que participaban de su gusto á los placeres y á la poesía. No obstante esto, se le representaba como celoso de los talentos que podian hacerle sombra, apoyando esta grave acusacion en algunos versos de Rousard, al que Saint-Gelais habia ridiculizado la manía de hablar griego y latin en francés. Para justificarle de esta acusacion, bastará observar que fué constantemente amigo de Marot, de Habert y de una porcion de poetas superiores á Rousard, por lo natural y facilidad de estilo, cualidades que Saint-Gelais debia poner por cima de todos los demás. En 1544 fué encargado de hacer trasladar á Fontainebleau los libros de la antigua biblioteca de Blois, y despues de esto quedó unido ó de compañero de Duchatel, conservador de la Biblioteca Real. Cuenta Thevet que en su última enfermedad Saint-Gelais se hizo acercar su laud, y que acompañándose con este instrumento, cantó versos latinos que acababa de componer en un acceso de calentura, cuya composicion es la más linda, segun Dreux-Duradier, que compuso en lengua latina, razon por la que este autor la insertó en sus *Recreaciones históricas*, hallándose tambien en las *Memorias de Niceron*. Como los médicos se viesen embarazados para darle un juicio sobre el estado grave en que se hallaba, les dijo sonriendo: *Voy á sacaros de ese cuidado*, y volviendo la cabeza al lado opuesto murió instantáneamente el año 1558. Fué enterrado en la iglesia de Sto. Tomás del Louvre. Se ha llamado á Saint-Gelais el Ovidio francés, lo cual es una nueva prueba, segun su biógrafo Weis, del abuso de las comparaciones, pues que nunca se han parecido ménos dos poetas. Solo se han retenido en la memoria de los literatos y del pueblo algunos epigramas y cuentos graciosos y sencillos de Saint-Gelais. Pretenden algunos autores que fué el primero que introdujo en la poesía francesa el soneto y madrigal, géneros que imitó de los italianos. Corrigió la traduccion que hizo Santiago Colin del *Cortesano Baltasar Castiglioni*; revisó los *Viajes del capitan Juan Alfonso Saintongeois;* pero no fué su editor como pretenden algunos biógrafos, pues que estos viajes no se publicaron hasta el año 1559 en Poitiers, y Mr. Bouchier de la Richarderie, que no habia conocido esta edicion, cita una en París en 1598 en 8.° Dejó Saint-Gelais una traduccion en prosa de la *Sophonisbe de* Trisin, con coros en verso, pieza que se representó en Blois en 1559 bajo la direccion de Fr. Habert, é imprimió en París en el mismo año; cuya pieza es ya sumamente rara. La *Historia de Ginebra*, que habia imitado del Arios-

to, la terminó Baif, y se reimprimió en 1572. Sus poesías latinas y francesas, publicadas en diversas colecciones, se reunieron por Antonio de Harsy, y se publicaron en Lion en 1574 en 8.° Mr. Parison poseyó un ejemplar de las poesías de S. Gelais, edicion de 1574, con un comentario de La Monnoye que cita Brunet en su *Manual del librero*. Otras dos ediciones de las obras de Saint-Gelais cita el P. Niceron, publicadas la una en Lion en 1582, en 12.°, y la otra en Paris en 1635. La edicion más reciente es la que publicó Constelier en Paris en 1719, en 12.°, la que se halla aumentada con diversas piezas sacadas de un manuscrito de la biblioteca de Desportes; pero es muy defectuosa. Dice Thevet que S. Gelais habia escrito un *Tratado de Fato*, que se imprimió contra su voluntad; pero esta obra no está conocida, y juzga el abate Gouget que es la advertencia sobre el juicio de astrología que San Gelais hizo preceder de un soneto. Puede consultarse sobre este poema su vida, adornada con su retrato, en el tomo II de los *Hombres ilustres*, por Thebet; la V y X parte de las *Memorias de Niceron*; la Biblioteca Francesa del abate Gouget, tomo XI, y las bibliotecas de Lacroix du Maine y Duverdier.—C.

SAINT-GELAIS (Octaviano de). Nació este prelado y poeta francés en Cognac hácia el año 1466, de una familia que pretendia traer su origen de la antigua casa de Lusiñan, en Poitou. Hizo sus estudios en Paris, en donde abrazó el estado eclesiástico; empero á pesar de la gravedad de su estado se entregó á la galantería, y segun su biógrafo Tabaraud, agotó su salud con inmoderados y punibles placeres. Lo ilustre de su nacimiento y su talento fueron causa de que se introdujese en la corte de Cárlos VIII. Habiendo agradado á este soberano, fué nombrado en 1494 para el obispado de Angulema por el papa Alejandro VI, al que el cabildo habia mandado la cesion de su derecho de nombramiento. Desde que vistió el traje de obispo renunció Saint-Gelais á las frivolidades de la juventud, y dos años despues de su eleccion fué á llenar las funciones y deberes del episcopado, lo que hizo con edificacion y arrepentimiento de su vida pasada, con lo cual se captó el aprecio de sus diocesanos. Murió este prelado en su diócesis el año 1502. Si no fué como se le supuso uno de los más grandes poetas de su época, fué al ménos uno de los más fecundos. Ademas de las traducciones en verso que hizo de la *Eneida de Virgilio*, que se publicó en París el año 1509, en fólio, de las veinte y una *Epístolas de Ovidio*, id. en 4.° y otras, se conocen de este autor las obras siguientes, publicadas en francés: *La caza de amores*, impresa en 1509, en fólio; con la *Partida de los Amores*, que viene á ser la coleccion de las poesías que escribió en su juventud; *La morada del honor*; París 1519, en 4.°; letra gótica en 4.°, 1526. El fin del autor en esta alegoría en prosa y verso, fué instruir á los jóvenes

de los peligros á que estan expuestos.—*Tesoro de la nobleza*; París, en 4.°, edicion antigua. Juan de S. Gelais fué autor de una *Historia de Francia* desde el año 1270 hasta el de 1510, la cual fué publicada por Teodoro Godefroi en París, en 1622, en 4.°; cuya obra está escrita con libertad, exactitud y sinceridad.—C.

SAINT-GEINER (Juan de). Nació en Aviñon en 1607 de una familia noble, y cultivó desde muy temprano las flores del Parnaso latino. Fué á París, y se hizo amigos ilustres; á su regreso á Aviñon fué elevado al sacerdocio, y obtuvo un canonicato en Orange, donde murió en 1663 á los cincuenta y seis años. Dejó algunas poesías llenas de fuego é ingenio, y notables por sus excelentes versos. Se imprimieron en coleccion en Paris, 1694, en 4.° Encuéntranse en ellas algunos *Idilios*, de los que el tercero y cuarto contienen una defensa de la poesía. Ocho *Sátiras* llenas de excelentes avisos y de una crítica preciosa sin hiel y sin pasion; siete *Elegías*, todas sobre asuntos útiles; un libro de *Epigramas*, y un libro de poesías diversas.—S. B.

SAINT-GERMAIN (Abbon de). El religioso de que vamos á ocuparnos ha tenido la misma suerte que otro escritor compañero suyo, monje del mismo monasterio. Este escritor es Aimoin de Saint Germain des Prés de París, á quien se ha confundido durante mucho tiempo con Aimoin de Fleury à Saint Benoit sur Loire; de la misma manera se ha tomado durante muchos siglos á Abbon de Saint Germain des Prés, que floreció á últimos del siglo IX, por otro Abbon que fué abad de Fleury cien años despues. Error nacido de la confusion que ha durado por lo ménos hasta la época de Auberto le Mire y Andrés Duchesne, que han creido en él ambos. Verdad es que este último le ha corregido en lo sucesivo. El que forma el asunto de este artículo manifiesta haber estudiado en diversos lugares. Todos los siguió bajo la direccion de Aimoin, de quien nos ocuparemos en su lugar. A la sazon se hacian aún muy buenos estudios en Saint Germain des Prés á pesar de las calamidades de la época, los que prueban muchos hombres de letras casi contemporáneos que se formaron en esta casa, pero en particular los escritos de Aimoin, que dirigia la escuela de la casa. Abbon se dedicó á las ciencias humanas lo mismo que á las sagradas. Es verdad que no hizo en las primeras grandes progresos. La rudeza y la oscuridad de su estilo lo anuncian suficientemente. Parece haber adquirido mayores conocimientos en la religion, porque sin duda se consagró á ella con mayor atencion, como más propia de su vocacion y más conveniente á su estado. Debió obtener una grande reputacion, puesto que los obispos de París y de Poitiers se dirigieron á él con preferencia á otros para animarle á escribir sobre materias de moral y disciplina en favor de los clérigos de sus diócesis. No se le da más que la calidad de diácono al frente de algunas ediciones de sus poesías,

porque no habia recibido aún más que esta órden cuando las compuso. Pero fué despues elevado al sacerdocio, y se halla calificado de sacerdote en el Necrólogo de Saint Germain. Honró su carácter con virtudes no equívocas de que ha dejado huellas edificantes en sus escritos. Cuando describe el sitio que pusieron á París los normandos, su piedad le hace atribuir á la proteccion de los santos, en particular de S. German y Sta. Genoveva, la victoria del ejército francés. La equidad le obliga á hacer justicia, sin distincion de personas, á todos los que se distinguieron. Su modestia y su humildad le hacen tomar títulos conformes á los sentimientos que habian impreso en su corazon. Tal es el de *Cernuus*, que algunos modernos han mirado por inadvertencia como uno de los nombres propios del autor, pero de que él mismo procura cortar el aparente equívoco, sirviéndose despues de la expresion *Extimus*, hombre que no merece atencion. La mayor parte ó casi todos los que han hablado de Abbon, desde que se le ha distinguido del abad de Fleury, del mismo nombre, parecen sostener que no vivió mas allá del siglo IX. Pero es indudable por las fechas del episcopado de los dos obispos que se sirvieron de su pluma, que escribia por lo ménos aún en 922 ó 923. En efecto, uno de ellos, Frotier, no fué obispo de Poitiers hasta el año 900, y ocupó esta silla hasta 936. Del mismo modo Juliano, otro prelado en cuestion, no llegó al obispado de París hasta despues de la muerte de Teodulfo, acaecida en 721, y le poseyó hasta 927. Se ignora el año de la muerte de nuestro autor, aunque el dia está marcado en el 7 de los idus, es decir, el 9 de Marzo. Todos los escritos de Abbon que se han descubierto hasta el presente no se han impreso todavía, y áun puede haber algunos otros de que no se tenga la menor noticia. 1.° El más interesante para la historia y el primero en el órden cronológico, es un poema épico, dividido en tres libros, sobre el sitio de París por los normandos. Este sitio comenzó en Noviembre de 883, y no fué levantado hasta el último dia de Enero de 887, despues de quince meses de duracion. Abbon emprendió en seguida su historia y la publicó poco despues del mes de Noviembre de 888, puesto que en el cuerpo de la obra no da más que el título de conde á Eudo, que fué consagrado entónces rey de Francia, al que califica de tal en el prefacio. Hé aquí la manera que tiene de explicarse:

*Nemo meis super hoc dictis insurgere bello*
*Decertet: siquidem nemo nil verius ullus*
*Expediet, qui propriis obtutibus hausi.*

Al frente se leen dos prefacios ó epístolas dedicatorias, una en prosa á Gozlin, que le habia invitado á tomar la pluma, y otra en verso á Aimoin. Este

Gozlin era un simple monje de Saint Germain, y solo diácono, como á la sazon lo era Abbon. Es por consecuencia muy diferente de Gozlin, obispo de París, que murió ántes de la conclusion del sitio, despues de haber manifestado gran valor. El autor advierte en el primer prefacio que ha dividido su poema en tres libros, y que no mira el primero más que como un encargo por haberle compuesto en la época en que estudiaba todavía á Virgilio. Esperaba que el segundo sería de un grande auxilio á los que hallándose en el mismo caso en que estaban á la sazon los parisienses, se hiciesen un deber en defender sus ciudades. Como el tercero no contenia nada histórico, le llenó Abbon de diferentes alegorías, que tiene cuidado de explicar por medio de glosas ó escolios, los que le parecieron necesarios á causa de la oscuridad del texto. En cuanto á la forma en que nuestro poeta ha ejecutado su plan, todos los buenos conocedores convienen en que su obra no es apreciable más que por los detalles y la certeza de los hechos que contiene. Por lo demás su estilo es extremadamente malo, y no solo ha reunido Abbon en sus versos todos los defectos comunes á la poesía de su siglo, sino que ha dejado tambien en muchos lugares una oscuridad impenetrable, por haber querido colocarse á una altura á que no se podia sostener, y haber empleado palabras griegas y bárbaras, siendo esto lo que ha hecho desear á un gran número de sabios que hubiese escrito en prosa y no en verso; pero tambien hubiera sido de desear que su prosa hubiese sido mejor que la que emplea en la primera epístola dedicatoria, que es efectivamente tan oscura que cuesta mucho trabajo adivinar el pensamiento del autor. Los que han publicado el poema de Abbon han suprimido el libro tercero, porque no contiene nada interesante, en particular para la historia. Pedro Pithou fué el primero que le hizo imprimir en su edicion de *Los doce historiadores contemporáneos*. El P. Santiago de Breul le dió despues á continuacion de la historia de Aimoin de Fleury, que se publicó en fólio, en París, por Ambrosio y Gerónimo Drouart, no en 1603, como dicen casi todos los bibliógrafos, sino en el año anterior de 1602. Andrés Duchesne le hizo entrar en el cuerpo de los historiadores de Normandía en 1619, y diez y siete años despues en su *Coleccion de escritores de la historia de Francia*. Bouchet le publicó tambien de nuevo en 1642 en su obra *Sobre el orígen de la segunda y tercera raza de los reyes*. El P. Dubois, del Oratorio, en su *Historia de la Iglesia de París*, ha compendiado elegantemente los dos libros de Abbon. El presidente Fauchet, en su *Tratado de la milicia y armas francesas*, págs. 221 y 222, cita una antigua glosa ó traduccion en versos franceses del mismo poema. 2.° Abbon dejó tambien una coleccion de sermones, que se conservan manuscritos en la biblioteca de S. German de los Prados, de donde ha sacado cinco el P. Lucas D'Acheri para darlos al público. El mismo editor pensaba

tambien dar los otros á la estampa, pero no llegó á efectuarlo. Al frente de los impresos se lee una pequeña advertencia en que nos refiere Abbon la ocasion y motivo con que compuso estos sermones. Los obispos de París y de Poitiers fueron, como se ha dicho, los que le animaron á hacerlo, á fin de que pudiesen servir á su clero, que tenia ménos saber y talento para anunciar la palabra de Dios. El autor asegura que ha sacado la mayor parte de las homilías y otras obras de los Santos Padres de la Iglesia. Hace tambien mucho uso de la Sagrada Escritura, que manifiesta que poseia muy bien, y el estilo que emplea, aunque desnudo de todo adorno, es algo mejor que el de sus versos y el de su epístola en prosa. Contiene pocas palabras bárbaras, pero se leen algunas griegas que hacen suponer que Abbon tenia algunos conocimientos en esta lengua. Entre los cinco sermones hay cuatro sobre el jueves santo. Nuestro autor explica en ellos los misterios que celebra la Iglesia en este santo dia, y como pertenece á este número la reconciliacion de los penitentes, toma ocasion de aquí para insistir en lo que exige necesariamente, es decir, la pureza de conciencia, que, segun él, no puede adquirirse más que por medio de una penitencia sincera y laboriosa. Habla algunas veces en nombre de los obispos, á quienes califica como vicarios de Jesucristo que ocupan su lugar. ¿Esperaba Abbon que los obispos se sirviesen de sus sermones exactamente como los simples eclesiásticos? Da la última cena del Señor como la época de la abolicion de la ley antigua y el principio de la nueva. En otro lugar recuerda los antiguos cánones, que establecen que una persona que rompe el ayuno un solo dia sin necesidad, es juzgado como si faltase toda la cuaresma, y exigen por consecuencia que se obligue á ayunar una semana entera á todo el que caiga en una infraccion semejante. El quinto sermon trata del establecimiento y de los progresos del cristianismo. Abbon se manifiesta bastante instruido de las ceremonias de la Iglesia. Manifiesta lo mucho que ha costado á Jesucristo establecer la religion cristiana, y á sus apóstoles el extenderla por toda la tierra; de donde deduce algunas cortas moralidades tan juiciosas como edificantes. Hablando de los trabajos y de los suplicios que padecieron los apóstoles con este motivo, dice que se quitó la vida á S. Bartolomé cortándole la cabeza, sin decir una sola palabra de la tradicion comun, que supone que este santo fué descuartizado vivo. Dirige violentas increpaciones á los que arrebataban los bienes de la Iglesia y de los monasterios, y no olvida á los normandos y á los húngaros. Estos sermones pueden servir en general para enseñarnos cuál era entónces la disciplina de la Iglesia, en particular con respecto á la reconciliacion de los penitentes y de las pruebas por que se les hacia pasar ántes de admitirlos á la participacion de la sagrada Eucaristía. — S. B.

SAINT-GERMAIN (Aimoin de) ó Heimoin, á quien se ha confundido con

frecuencia con otro monje de Fleury, del mismo nombre, pero de una época muy posterior, habia abrazado la vida monástica en Saint-Germain des Prés, en París, durante el gobierno del abad Ebroin, ántes del año 845. La causa especiosa de esta confusion proviene de diferentes cosas. Ha procedido, por una parte, de la identidad de nombre y de profesion, y por otra, porque se ha visto que los dos Aimoins tenian particulares relaciones con un tal Abbon. De esta manera se ha comenzado á confundir á Abbon de Fleury, que era abad de este monasterio á últimos del siglo X, y á quien se quitó inhumanamente la vida en 1004, con Abbon de Saint-Germain des Prés, que no era más que un simple monje, y que florecia en el reinado de Guido en 888. Además de esta doble desemejanza entre dos personas tan diferentes, se podia tambien con un poco de atencion haber evitado el confundirlos, distinguiendo que Abbon de Fleury era abad de Aimoin, en aquel mismo lugar, miéntras que el Abbon de Saint-Germain des Prés no era más que el discípulo del otro Aimoin. Establecida una vez la confusion entre las personas, no tardó en extenderse á sus obras, como acaece. De manera que se atribuyeron á Aimoin de Fleury los escritos de Aimoin de Saint-Germain aux Prés, y recíprocamente á este los del otro. El error de la primera equivocacion es preciso confesar que es muy grosero. Cuesta efectivamente trabajo comprender cómo han podido atribuir los bibliógrafos á un monje de Fleury las obras de un autor que se da visiblemente por monje de San Vicente ó de S. German de París, y que se toma el cuidado de nombrar los abades á cuyas órdenes ha vivido. El otro error es más disimulable. Hasta era difícil evitarle sin el socorro de una crítica ilustrada. La razon es que la *Historia de los Francos*, que pertenece á Aimoin de Fleury, refiriendo tal como se ha publicado en las primeras ediciones gran número de hechos históricos y áun de documentos originales relativos al monasterio de Saint-Germain des Prés, era bastante natural reconocer la pluma del monje de esta abadía. Pero como se ha descubierto despues, con ayuda de la buena crítica, que todos estos hechos y documentos son otras tantas interpelaciones y adiciones hechas posteriormente, se ha devuelto la obra á su verdadero autor. Se halla pues averiguado hoy por todos los buenos críticos que Aimoin de Saint-Germain des Prés es un autor, y otro Aimoin de Fleury, y que la *Historia de los Francos*, que lleva el nombre de Aimoin, es obra de este último. Volvamos á las vicisitudes de la vida del que forma el asunto de este artículo. Aimoin hizo su principal ocupacion del estudio, y tuvo diferentes motivos de emulacion en su monasterio para continuar sus trabajos. Se encontraba en compañía de otros hombres de letras, y se vió él mismo encargado de enseñar á los demás. Abbon, de quien han quedado algunos escritos en verso y prosa, le reconoce claramente por su maestro, al frente

de una de sus obras, en que le habla en estos términos harto honrosos para su memoria.

*O Pedagoge sacer meritis,*
*Aimoine pijs radians,*
*Digneque sidereo decore;*
*Perrogitat mathites liniens*
*Ore pedes digitosque tuos,*
*Cernuus Abbo tuus jugiter,*
*Sumebotros, tibi quos tua fert*
*Vitis adhuc virides; subeant*
*Imbre tuo radijsque tuis...*

Además del empleo de maestrescuela, Aimoin estuvo encargado tambien del oficio de canciller de su monasterio, y le ejerció en tiempo del abate Gauzlin en 872. El mismo lo menciona en el prefacio de una de sus obras. Por hábil que fuese Aimoin en las letras, parece que no habia hecho menores progresos en la virtud, lo que manifiestan los asuntos que trata en sus escritos y la manera de que los trata. En casi todas partes se descubren grandes rasgos de piedad, de modestia y de humildad. Vivió por lo ménos hasta el reinado de Eudo en 888 á 889, como se ve por la pequeña dedicatoria de Abbon que escribia por entónces. El dia de su muerte se halla marcado el 5 de los idus, es decir, el 9 de Junio, en el antiguo Necrologio de Saint-Germain des Prés, que le da la calidad de sacerdote. Ya se ha prevenido al lector sobre la naturaleza de las obras de Aimoin. Todas las que de él nos restan son en honor de los santos, tanto para enseñar á la posteridad la historia de sus milagros, como para dar á conocer la virtud de su intercesion cerca de Dios. — 1.° Pertenécele la historia de la invencion y de la traslacion del cuerpo de S. Vicente de España al monasterio de Castres, en la diócesis de Albi. Aimoin la emprendió á invitacion del abad Bernon y de su comunidad, á los que la dedicó en una corta epístola, en cuya inscripcion toma las cualidades de pecador y del último de los monjes de Saint-Germain de Paris. Bernon comenzó á gobernar el monasterio de Castres en 869, y parece que fué por entónces cuando nuestro escritor comenzó á trabajar en su historia. Llevó á cabo su proyecto por la relacion de los hechos que habia oido de la misma boca del sacerdote Audaldo, monje de Castres, uno de los que habian hecho el viaje á España para llevar el cuerpo del santo mártir en 855. Léjos de añadir nada á lo que se le habia referido, asegura el autor haber suprimido mucho. Lo hizo así principalmente, porque los que habian puesto en accion su pluma, le habian recomendado ser corto por temor de parecer

pesado á los lectores. La obra se halla dividida en dos libros, el primero de los cuales trata de la historia del descubrimiento y traslacion de las santas reliquias, y el segundo en hacer el detalle de los milagros que la acompañaron. Apénas se recibió en Castres, cuando Theotger, diácono y monje del mismo monasterio, animó á Aimoin á poner en verso lo que acababa de escribir en prosa. Nuestro escritor, que no era aún diácono, segun parece por la expresion de *Comminister*, que emplea en su pequeña carta á Theotger, no se negó á emplear su pluma en esta ocasion. Hizo, pues, sesenta versos que dividió en dos partes, y cada parte en tres capítulos, un compendio ó recapitulacion de los libros anteriores á que se encuentra unida. El P. Santiago de Breul es el primero que ha publicado esta doble obra de Aimoin, colocándola á continuacion de la *Historia de los Francos*, por Aimoin de Fleury. Esta edicion es de París, por Ambrosio y Gerónimo Drouart, en fólio, no en 1603, como manifiestan la mayor parte de los modernos, sino en 1602. El mismo editor publicó en 1614 un suplemento á las antigüedades de París, en que dió tambien lugar á la doble obra de nuestro autor; Bolando la imprimió despues con notas, en 22 de Enero, por un antiguo manuscrito de la abadía de Larivoir, al que coleccionó las ediciones de Du Breul. Habiéndolas revisado, por último, el P. Mabillon por otro manuscrito más antiguo, dió una nueva, enriquecida con notas y observaciones preliminares.— 2.° Aimoin es tambien autor de la historia de la traslacion de los santos mártires Jorge, Aurelio y Natalio, desde la ciudad de Córdoba á Saint-Germain de París. Su nombre es verdad que no se encuentra en los manuscritos al frente de la obra; pero se declara visiblemente por su autor, remitiendo á su historia de la traslacion de S. Vicente. Por otra parte se descubren en ella todos los caractéres de su estilo, y manifiesta desde luego ser monje de S. German de los Prados. Emprendió esta segunda obra por las solicitaciones de sus hermanos, y la ejecutó por una relacion de Usuardo, uno de los que habian acompañado las santas reliquias desde Córdoba hasta Esmant, donde se hallaba á la sazon refugiada la comunidad de Saint-Germain. Esta traslacion se hizo en 858; pero Aimoin no escribió su historia hasta despues de la traslacion de S. Vicente, y por consecuencia lo más pronto en 869. La dividió en tres libros. En el primero refiere las circunstancias de que fué acompañada esta traslacion desde Córdoba hasta el territorio de Francia. Emplea el segundo, que es el primero de los milagros obrados en esta ocasion, en detallar lo que sucedió desde Beziers á Auxerre; y el tercero, por último, que es el segundo de los milagros, está destinado á continuar la relacion de los que se verificaron desde Auxerre hasta Esmant. La mayor parte de los lugares y de las personas estan nombrados con la mayor exactitud, y las demás circunstancias principales muy bien marcadas.

Tambien contiene algunos hechos muy interesantes para la *Historia de España y la de Francia* de aquella época. El P. Santiago du Breul ha impreso esta obra de Aimoin en su suplemento á las antigüedades de Paris; pero esta edicion está truncada y es muy defectuosa. El P. Mabillon ha dado una completa y muy correcta por un manuscrito de la misma época del autor, y ha tenido cuidado de ilustrarle con notas. Este último editor era de opinion que Aimoin habia puesto en compendio, tal como se lee en el mismo manuscrito, las actas de los propios mártires, compuestas en un principio por S. Eulogio de Córdoba, aunque este compendio lleva el nombre del autor original.—4.° Se ha dicho en otro lugar que Ebroin, obispo de Poitiers y abad de Saint-Germain de Paris, hizo recoger en su época, por medio de dos monjes de su monasterio, los milagros obrados por la intercesion de San German. Pero el temor de la preferencia que se podria dar á una de las dos colecciones, impidió que se publicase ninguna de ellas, aunque ambas habian merecido los aplausos de los que las habian leido ó tenido ocasion de oir hablar de ellas. Cuando Gauzlin fué elegido abad de este monasterio, encargó á Aimoin reunir ambas obras en una, despues de haber hecho las correcciones que se juzgaban necesarias. Aimoin se encargó de la ejecucion de su designio, y formó de las dos colecciones la obra que tenemos con su nombre, dividida en dos libros, sin contar el prefacio y la epístola dedicatoria á los lectores religiosos en general. Fabricio supone que no la comenzó hasta 892. Pero puede asegurarse que fué ántes de 876, puesto que hablando con frecuencia con elogio de Cárlos *el Calvo*, no le da nunca el título de emperador, lo que de otro modo no hubiera olvidado. Como menciona á la reina Requilda, es prueba de que no la terminó hasta 870, que es el año en que se casó con este príncipe. El autor ha tenido el talento de hacer interesante su relacion, tanto por los muchos sucesos públicos que ha sabido unir con los milagros de que da los detalles, como por las vivas descripciones que hace de las talas de los normandos. Concluye el primer libro con una elegía en honor de San German, que parece ser suya. Lo mismo puede decirse del himno ó prosa que da al final del libro segundo que es una composicion muy ruda, aunque abunda en sentimientos de piedad. Mosander ha publicado esta obra de Aimoin, en su suplemento á la coleccion de Surio, sin haber retocado el estilo. Al ménos no lo dice. El P. Mabillon, que le revisó despues, publicó otra edicion con notas y un apéndice que dan mucha luz. La obra en esta forma se encuentra á continuacion de la *Historia de la traslacion* del mismo S. German, de que en su lugar hemos dado cuenta. Los doctos continuadores de Bolando la han publicado posteriormente con nuevas observaciones sobre las ediciones anteriores y otros manuscritos. Habiendo encontrado Duchesne muchos hechos interesantes para la *Historia de Francia*,

habia hecho ya imprimir una parte considerable. Hay una traduccion francesa de esta obra á continuacion de la vida de S. German y de la traslacion de su cuerpo hecha por Juan Jallery párroco de Villeneuve Saint-Gorge. Esta traduccion fué impresa en 8.° en París por Juan Dasmalle en 1623.—5.° Al fin del manuscrito que ha servido al P. Mabillon para publicar la obra anterior de Aimoin, se lee un sermon del mismo autor sobre S. German; pero el editor no le ha creido bastante interesante para sacarle de la oscuridad.—6.° Los PP. Martenne y Durand creen tambien deber atribuir á nuestro autor una historia de la traslacion de S. Sabino, que han publicado por un manuscrito del guardasellos Mr. Chauvelin. La inscripcion se la atribuye realmente al monje Aimoin, y el autor, reconociendo á S. German por su patrono, se representa tambien como revestido del sacerdocio. Caractéres que atribuyen todos á Aimoin de Saint-Germain des Prés. La época en que se hizo el escrito no parece convenirle ménos. Se habla en él efectivamente de las cosas acaecidas en tiempo de Carlomagno y de S. Benito de Aniano como acaecimientos realizados en una época dada. Solo hay alguna diferencia en el estilo, que es más sencillo y natural que el de las demás obras de Aimoin. El autor de que aquí se trata es muy corto. El autor tenia el proyecto de escribir la historia de la reedificacion de la abadía de S. Sabino; pero lo ejecutó de una manera tan concisa y tan oscura, por no marcar las épocas, que los hechos parecen confundidos. No da sin embargo noticia alguna para la historia del siglo IX. Aimoin da á conocer á un Huberto, abad de S. Sabino, que no se encuentra en los catálogos impresos de los abades de aquel monasterio, y que segun las noticias que da de él, parece haber sucedido inmediatamente á Dodon, discípulo de S. Benito de Aniano, reformador de aquella abadía. Habla tambien de un Baidilo, capellan de palacio, abad y restaurador de Marmontier, desconocido en las demás partes. Como el autor manifiesta haber sabido algunas circunstancias de la boca de Bonimo, sobrino del sacerdote Bonito, que tuvo mucha parte en aquel restablecimiento, no se puede calcular legítimamente que viviese Baidilo al principio de aquel siglo ó á últimos del anterior. Fabricio observa que algunos autores atribuyen tambien á Aimoin la coleccion de los milagros de S. Mauro y la historia de los cuerpos de S. Plácido y de sus compañeros. Pero acerca de esto no se encuentra ningun otro fundamento. El estilo de Aimoin es un poco afectado y oscuro en muchos lugares. Por lo demás respira la piedad de que el autor estaba lleno, y no se encuentran palabras duras y bárbaras como en el de su discípulo Abbon. Sus poesías no tienen nada de notable.—S. B.

SAINT GERMAIN (Gislemar de). Este monje, á quien algunos críticos modernos suponen del siglo XII, floreció muchos años ántes del noveno, de lo que se verán las pruebas en la série de su historia. Era monje de Saint

Germain des Prés en París, y se presenta como tal en diferentes lugares de la obra que nos ha quedado como suya. Es una vida de S. Droctoveor, primer abad del mismo monasterio y discípulo de S. German, obispo de París. El motivo que le indujo á emprender este trabajo fué el de reparar la pérdida de la vida original del santo, que habia desaparecido en uno de los dos incendios que causaron los normandos á esta abadía; uno acaecido en 845 y otro en 853. La casa sufrió todavía otro tercero de estos bábaros en 896. De manera que entre estas dos últimas épocas fué cuando Gislemar puso mano á su obra. La desempeñó con habilidad. No existiendo memorias particulares sobre los hechos del santo abad, recurrió para la ejecucion de su proyecto á los monumentos públicos, de donde tomó lo que mejor convenia á su asunto. Tales son la *Historia general de los Francos*, la *Vida de S. German*, las *Poesías de Fortunato de Poitiers*, de que copia algunas veces hasta las propias palabras. Reune á todo esto lo que se sabia por tradicion en el monasterio relativamente al santo, y consiguió de esta manera componer el escrito á que nos referimos. No debe mirársele como una historia completa y seguida. El autor ha recurrido para llenar sus páginas á algunas digresiones que se refieren menos á los hechos del santo abad que á lo que se verificó en su época. El escrito sin embargo no carece de mérito, y es interesante para la historia de la abadía de Saint Germain. Los sucesores de Bolando y de Mabillon le han publicado con algunas observaciones en el mismo año y por el propio manuscrito que pertenece á la casa; los unos en el dia 10 de Marzo de su gran coleccion, otros en el Primer Siglo Benedictino, pero sin nombre de autor. Nos refiere sin embargo él mismo que se llamaba Gislemar en los versos acrósticos que siguen al prefacio de su obra, y cuyas primeras letras forman las palabras siguientes: *Guislemarus edidit hæc.* No se duda por lo demás que este Gislemar sea el que se halla citado entre los monjes de Saint Germain que se asociaron en el siglo IX con los de S. Remigio de Reims. Aunque los escritores se han servido del mismo manuscrito, la obra es más exacta al final en la edicion del P. Mabillon. Pero tampoco está completa á causa de los defectos del manuscrito, lo que se han olvidado de advertir los editores, uniéndola por el contrario la Doxología, lo que hace creer que no falta nada.—S. B.

SAINT GERMAIN (Hercio de). Este monje supo unir á un saber poco comun una grande piedad, que le mereció un lugar en muchos calendarios entre los santos confesores. Nació hacia el año 834 en la aldea de Hery, á dos leguas de Auxerre, que es todavía hoy una dependencia de la abadía de San German de la misma ciudad. Sus padres le pusieron en aquella casa á la edad de siete años, donde abrazó en lo sucesivo la perfeccion monástica. Despues de haber hecho sus primeros estudios, fué á perfeccionarlos á Fulda

bajo la direccion de Haimon, obispo despues de Halberstadt y luego á Ferrieres durante el gobierno del abad Lope. Estudió con el primero la sagrada Escritura y la teología y con el otro las bellas letras. Se dedicó con aplicacion al idioma griego, y adquirió tantos conocimientos que la posteridad le ha honrado con el título de teólogo, y le ha mirado como uno de los mejores poetas de su época, escritor elegante, orador que tenia talento especial para el púlpito: *in declamandis ad populum homiliis doctor egregius.* Lo que nos queda de los escritos de Hercio confirma en parte, sino en todo, la idea que se tiene de su mérito. Se ve tambien que no poseia la filosofía con menos perfeccion que las demás ciencias. Llevó en efecto sus reflexiones en esta facultad de la literatura hasta descubrir la duda metódica de Descartes, que explica con mucha claridad. A su regreso á Auxerre se consagró principalmente Hercio á enseñar á los demás lo que él habia aprendido. Tuvo el honor de dar lecciones al príncipe Lotario, hijo de Cárlos *el Calvo* y abad desde entónces de S. German. Acaeció esto de consiguiente ántes del 865, que es la época de la muerte de este jóven príncipe, comenzando por entónces Hercio á dirigir la escuela de su monasterio. Tuvo entre sus discípulos al célebre Remigio y al sabio Hunebaldo, dos de los literatos más célebres á últimos del siglo IX, y que hicieron pasar al siguiente algunos fragmentos de la literatura de este. Hercio se consagró además á escribir para la posteridad y á anunciar al pueblo las verdades de salvacion. Se ha visto que tenia talento para el púlpito, y el gran número de homilías suyas que ha llegado hasta nosotros, manifiesta que se usaban con frecuencia. Ocupaciones muy propias para santificarle, no habiendo escrito más que sobre asuntos conformes al estado que habia abrazado. Ignóranse los otros hechos que le adquirieron el renombre de santo, título con que Bolando le habia preparado de antemano un elogio que han publicado despues sus sucesores en su grande coleccion en 14 de Junio, dia en que se pone su nombre en muchos martirologios. No se conviene de la misma manera en el año de su muerte. Fabricio, si no hay error de imprenta en su nota, la coloca en 851, lo que no puede sostenerse por las razones ya vistas y otras que se expondrán despues. Otros modernos la ponen en 878 y el P. Mabillon en 883. Pero nada impide que se fije en 881, que es el año de la muerte de Wala, obispo de Auxerre. Lo positivo es que Hercio vivió hasta el imperio de Cárlos *el Calvo*, á quien él dedica en calidad de emperador la principal de sus obras. La piedad de Hercio hácia los obispos de Auxerre, en particular para con el ilustre S. German, y su zelo en el ministerio de la palabra dirigieron principalmente su pluma, casi todos sus escritos se refieren ó á la historia de estos santos obispos, ó á la instruccion de los fieles. 1.° La que ha precedido á todas las demás es una recopilacion de rasgos históricos y de sentencias escogidas de los Santos

Padres, como de S. Gerónimo, S. Agustin, el V. Beda y algunos autores profanos. Hercio formó esta recopilacion por lo que habia oido á sus dos maestros, Haimon y Lope, que en los momentos de recreo referian á sus discípulos con cierto órden y de una manera agradable, lo que habia más de llamar su atencion en la lectura. Al terminar estas pláticas, Hercio, que las escuchaba con una atencion particular, iba á seguida á poner por escrito lo que habia podido retener. Viendo luego que habia llegado á formar una coleccion notable, la dedicó á Hildeboldo, obispo de Auxerre, de consiguiente ántes del año 856, que es el de la muerte de este prelado. Al frente se lee un pequeño poema de veintiseis versos elegíacos, en que refiere Hercio lo que acabamos de decir sobre el orígen de su coleccion. Manifiesta á Hildeboldo que el presente que le ofrece es á la verdad muy inferior á su mérito, pero que no será del todo inútil para entretenerle algunas veces agradablemente. Sirve al ménos para darnos á conocer, por una parte, el ardor que tenia Hercio para aprovecharse de todo para adelantar en el estudio, y por otra el cuidado tan laudable como industrioso de sus maestros en aprovechar en favor de sus discípulos los mismos momentos que se les concedia para descansar del estudio. Habiendo encontrado esta recopilacion el P. Mabillon en un manuscrito de Corbia, de setecientos años de antigüedad, se limitó á publicar sus primeras líneas con el pequeño poema que le precede.—2.° La obra más notable de Hercio y que le costó mayor trabajo, es su largo poema sobre la vida de S. German, obispo de Auxerre, dividido en seis libros. El fondo de este poema no es otra cosa que la vida en prosa del mismo santo prelado, escrita á últimos del siglo V por el célebre Constancio, sacerdote de Lion. Un siglo despues invitó S. Anuario al sacerdote Esteban á poner en verso esta prosa. Si ejecutó sus designios es creible que su obra no existia ya en tiempo de Hercio, que verisímilmente no hubiera emprendido el mismo trabajo sin esto. Es al ménos cierto que no existia en Auxerre, siendo quizá por esta razon por lo que el jóven príncipe Lotario, abad de S. German, instó á nuestro poeta á encargarse de hacer esta versificacion. Hercio puso desde luego algunas dificultades ántes de prestarse á ello, mirando la empresa como superior á sus fuerzas. Pero vencido, por último, por las instancias de su abad y el deseo de contribuir en algo á la gloria de Dios y al honor de S. German, se encargó de la ejecucion del designio. Hé aquí algunos de sus versos, en los que expresa los motivos que le decidieron á emprender este trabajo, y se podrá juzgar de este modo del mérito de sus poesías:

*Germano titulum parare Candis*
*Urget materies, amor coartat,*
*In te mirificus, puer Hlotari;*

*Cui fas non fuerit negare quicquam,*
*Non os, non animum, nec illa arte,*
*Quæ sunt officiis amica pulchris.*

Hercio comenzó á escribir, como se deduce de estos versos, en vida de Lotario, es decir, ántes de 865. Pero no se hallaba muy adelantado su trabajo cuando arrebató á este príncipe una muerte prematura. Nuestro poeta experimentó tanto dolor, que no pudo continuar su obra hasta que le disminuyó el tiempo. Prosiguióla despues, y no la publicó sin embargo hasta que la hubo concluido. Tenia entónces la edad de treinta y dos años. Esperaba una ocasion favorable para publicar este poema, y creyó encontrarla al advenimiento al imperio de Carlos *el Calvo* y de su hijo el príncipe Lotario. El autor nos representa al primero como otro Carlomagno, por los cuidados que se tomó y los esfuerzos que hizo en favor del cultivo de las letras, y al otro como un príncipe que daba las mejores esperanzas. Despues de la epístola dedicatoria se halla la invocacion del poeta, que es una oracion en versos endecasílabos á la Santísima Trinidad. Explica sucintamente este misterio y emplea un gran número de palabras griegas, á veces versos enteros, lo que manifiesta que conocia este idioma. Esta invocacion se halla seguida de un corto prefacio en versos elegíacos, en que el poeta dirige la palabra á su misma obra. Al frente de cada uno de los cinco libros siguientes, hay tambien un prefacio en verso de diferentes medidas, pero que no tiene ninguna relacion directa con el objeto principal del poema, y que se halla toda en verso heróico. Hay algunos muy ingeniosos y llenos de bellezas, que se encuentran rara vez en las otras composiciones de este siglo. Pero en general la poesía de Hercio además de los defectos ordinarios á los poetas de su época, es oscura, embarazosa y nada natural. Como habia leido mucho á los antiguos, quiso imitarlos, pero no pudo sostenerse á su altura. Cae con frecuencia cuando quiere elevarse. Se hizo en lo sucesivo tanto honor á la obra de Hercio, que desde el siglo X se leia al clero de la iglesia de Arlés, y se explicaba públicamente en las escuelas de los monasterios. Este poema se imprimió por primera vez bajo la direccion del P. Dom Pedro de la Pessebiere, monje de Saint Germain de Auxerre. La edicion es en 8.°, hecha en París por Simon de Colines, 1543. Andrés Duchesne ha publicado la epístola dedicatoria al emperador Cárlos *el Calvo* en el tomo II de sus *Historiadores de Francia;* pero despues de haber suprimido la carta de S. Aimario al sacerdote Esteban, con la respuesta de este, las que insertó Hercio en su epístola. Desde 1543 no ha vuelto á imprimirse el poema en cuestion hasta 1731. Los doctos sucesores de Bolando le dieron entónces en el ultimo volúmen de su mes de Julio sobre dos excelentes manuscritos, uno de la abadía de Saubes, otro que lla-

man de Lyon porque le compró Henschenius á su paso por esta ciudad. Nada más correcto ni más exacto en este género que el segundo manuscrito. Parece pertenecer á los siglos IX y X, y si se atiende á las notas tanto interlineales como marginales, que son en su mayor parte de la misma mano aunque de una letra más pequeña, se mirarian fácilmente como de la letra del mismo autor. Estas notas manifiestan la vasta erudicion de Hercio, tanto con relacion á la gramática y á la poética, como á las materias de filosofía y teología. Pero como no servian de nada para el objeto principal de los editores, no las publicaron con el texto. Unicamente insertaron algunas en sus observaciones.—3.° Al terminar Hercio su larga carta á Cárlos *el Calvo*, le habla de una recopilacion de los milagros de S. German, dividida en dos libros, que habia compuesto tambien y que dedicaba á este príncipe con su poema; acerca de lo cual observa el P. Mabillon que este poema es posterior á la coleccion de milagros. Pero es preciso recordar que el poema estaba concluido muchos años ántes que el autor hiciera la dedicatoria y poco despues de la muerte del príncipe Lotario, es decir, hácia 866 ú 867. Hercio, por el contrario, no acabó la obra hasta despues del año 873; lo que se demuestra por un milagro obrado el mismo año en un natural de Anjou que vivia aún cuando escribia el autor. Emprendió esta relacion de milagros tanto para suplir á lo que se habia escapado al autor original de la vida del santo, como para conservar á la posteridad los que se habian operado en lo sucesivo. Puso al frente un hermoso prefacio, en que entre los rasgos de erudicion y los elogios que da á la ciudad de Lyon con relacion á la cultura de las letras, hace algunas sabias observaciones sobre los defectos demasiado comunes á esta clase de trabajos. Pero Hercio no ha estado siempre en guardia para evitarlos en la suya, y demasiado crédulo, no se ha detenido mucho en su eleccion. Tampoco se ha limitado á los milagros obrados en Auxerre, ha hecho entrar tambien los que ha sabido haberse verificado tanto en Francia como en Inglaterra. Por lo demás, la obra está mucho mejor y más sabiamente escrita que ninguna otra de las del mismo género que tenemos de aquel siglo. El autor la concluye con una excelente exhortacion á sus hermanos para animarlos á la virtud y á la perseverancia en el amor y á la práctica de los deberes propios de su estado. Su opinion con respecto á los santos que estan en el cielo, es que no ignoran nada de lo que pasa en la naturaleza. Existe una primera edicion de esta recopilacion de milagros por Itacio en la nueva biblioteca del P. Labbé, que la publicó sobre muchos manuscritos. Habiéndola revisado sus compañeros los continuadores de Bolando por otros manuscritos, en particular por el de Lyon, han publicado otra nueva muy superior á la antigua, ya en cuanto á la exactitud, ya en cuanto á las sabias notas de que la acompaña. Se halla á continuacion del

poema del mismo autor en el 31 de Julio.—4.° Inmediatamente despues de la recopilacion de milagros, han impreso los mismos editores un sermon de Hercio, tambien sobre S. German, que no se habia dado nunca á luz y que se hallaba en el manuscrito de Lyon. Hermosa composicion para la época en que fué pronunciado en la festividad del santo obispo. No contiene por lo demás nada notable, no siendo casi más que un compendio muy sucinto de la vida de S. German. A continuacion se hallan tres apéndices á la coleccion de milagros de este santo por Hercio. El primero, que no es de grande estimacion, se ha escrito á principios del siglo XI por un monje anónimo de S. German de Auxerre. Vale poco en el fondo, y el estilo es afectado y nada grave. El segundo apéndice es una compilacion de milagros escritos por diferentes autores, posterior tambien al precedente. El tercero, por último, que es el más prolijo, pertenece á un escritor inglés, y no se relaciona con nuestro objeto.—5.° Hercio tomó parte en las actas de los primeros obispos de Auxerre, en que trabajó en union con Rainogala y Alagus, canónigo de la catedral. Habiendo llegado en su trabajo hasta el obispo Cristiano, antecesor de Wala inclusive, es decir hasta 875, que es el año de su muerte. Pero su obra no existe ya tal como salió de sus manos. Está sin embargo fuera de toda duda que el escritor anónimo que ha continuado hasta 1277 estas actas publicadas por el P. Labbé, se ha aprovechado de su trabajo, aunque no le ha insertado en su historia por completo. Todo lo que dice no tiene otro objeto que enseñarnos que estos tres autores se habian seguido unos á otros, y que escribian en tiempo del obispo Wala, que era aficionado á las letras y que las cultivaba.—6.° Aseguran Honorato de Autun y Tritemio, que Hercio, de quien el primero ha desfigurado el nombre, habia compuesto algunas homilías para la instruccion de los fieles. El sermon sobre S. German, de que se ha dado cuenta, es ya una prueba de lo que sostienen aquí estos autores, pero hay otras muchas en un manuscrito de cerca de seiscientos años de antigüedad, de muy buena letra, que contiene sesenta y cuatro homilías bajo el nombre de Hercio, monje de Auxerre. El P. Pez, que ha visto este raro códice en la biblioteca de S. Emmeran ó de Obéraltaich, pues da ambos nombres á esta abadía en diferentes lugares, ha publicado el prefacio. Hercio, á quien se llama alli Hemino, y que el editor sospecha era un monje de Corbia, aunque advierte en otra parte que al frente del manuscrito de S. Emmeran, es calificado de monje de Auxerre, y en uno de sus índices le confunde con Enrique, monje de Richmon durante el gobierno del abad Bernon. Hercio nos refiere en su prefacio que compuso sus homilías á ruego de una comunidad. Pero para decir lo que pensamos de este pequeño prefacio no se reconoce por su estilo que pertenezca á nuestro autor. Si el R. P. Félix Wyrtenberger, religioso

servita, hubiera llegado á dar á luz las investigaciones que hizo en 1723 sobre Hercio de Auxerre, nos hubiera dado sin duda todas las ilustraciones necesarias con respecto á sus homilías. A falta de esto haremos la observacion de que en el Homiliario de Paulo Warnefrido, revisado por Alcuino, se encuentran trece que llevan el nombre de Hercio y que parece adicionaron posteriormente. Estas homilías son las siguientes: sobre la fiesta de S. Esteban protomártir: *Evangelicæ hujus actionis.*—Para el dia de la Purificacion de la Sma. Vírgen: *Ex verbis hujus sacræ lectionis.*—Para el martes de la segunda semana de cuaresma: *Repudiatis Dominus.*—Para la quinta Dominica despues de Pentecostés: *Dominus Deus exlege.*—Para la duodécima Dominica: *Sensus hujus lectionis.*—Para la décimocuarta: *Familiare et quodam modo proprium est.*—Esta es muy larga. Para el domingo décimoquinto: *Itinera Domini et Salvatoris nostri.*—Para la décimosexta: *Dominus ad hoc factus est.* Para el domingo décimoctavo: *Æternus atque invisibilis rerum conditor.*—Para la veintidos: *Divina judicia quam sint incomprensibilia.* Para la vigésimocuarta: *Luca referente Evangelista.*—Por último, para la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo: *Herodes major, sub quo Dominus natus est.* El P. Mabillon habia observado ya que de estas trece homilías, tres pertenecen á Hercio. Pero además de las que acabamos de nombrar, hay otras cuatro que nos parecen del mismo autor. Por lo ménos se asemejan mucho en el estilo. Son las del miércoles, viernes y sábado de la segunda semana de cuaresma, y la segunda sobre el Evangelio del domingo vigésimo tercio despues de Pentecostés.—7.° Al fin del libro tercero del poema de Hercio sobre la vida de S. German, en solo el manuscrito de Saubes, se encuentra un himno en honor del mismo santo obispo, casi igual al impreso en los antiguos breviarios de Auxerre para las dos vísperas de su festividad, que se encuentra en las *Adversaria* de Barthius, pag. 1580. En el manuscrito citado le siguen dos estrofas profanas, que no tienen relacion alguna con la historia de S. German. Como los editores del poema no han impreso estas otras pequeñas poesías, es una prueba de que no las han creido pertenecientes al mismo poeta, y no tenemos ninguna otra razon para hacer creer que le pertenezcan.—8.° Siguiendo el texto de Possevino se creeria que Hercio, á quien llama Enrique, es el autor de la vida en verso de S. Albano, mártir, obispo de Maguncia; lo que pretende probar por algunos versos de Hercio, traducidos al francés por Renato Benito en sus vidas de santos. Pero Bolando, que ha examinado la cuestion de cerca, dice que este escritor francés no ha hecho más que emplear para la historia de S. Albano algunos versos del libro cuarto de la vida de S. German de Hercio. En cuanto á las cartas que le atribuye Trithemio, no hay prueba alguna de que existan hoy ni áun de que haya dejado las suficientes para hacer una recopilacion, como

quiere darlo á entender este bibliotecario. No merece la pena de detenerse el epígrafe de un manuscrito de S. German de los Prados, que atribuye á Hercio el tratado del Cómputo ó imputacion de los tiempos de Helpeino de Grandiel. En otro manuscrito de la misma biblioteca, que contiene diferentes opúsculos, se encuentra sobre *la posicion y el curso de los siete planetas bajo el nombre de Hercio ó Enrique, monje de Auxerre*. Pero no nos atrevemos á decidir si debe hacerse mayor caso de esta inscripcion que de la anterior, puesto que los copistas han confundido con frecuencia á Hercio con otros escritores que llevan el nombre de Enrique y áun de Helpeino, como se acaba de ver.—S. B.

SAINT-GERMAIN (Mateo de Morgues, señor de). Fué natural de Velay y oriundo de una familia distinguidísima, tanto que por sus padres obtuvo el señorío bajo cuyo nombre es más conocido en la historia que por su propio patronímico. Claro es que personas de la posicion en que sus padres se hallaban habian de procurar que la educacion del jóven fuese tan esmerada como les convenia para que un dia pudiese ocupar en la sociedad el rango que era debido, y tanto sus modales como los conocimientos que tuviera fuesen acomodados á la posicion en que se hubiera de hallar constituido. Estudió, pues, en su misma casa humanidades con los profesores de más crédito que habia en su época y país, y luego filosofía con muy buenas notas, porque además de tener mucha capacidad habia tomado el estudio por punto de honra, y por consiguiente le hacia con muchísima aplicacion. Luego que hubo concluido sus estudios filosóficos manifestó á sus padres su deseo de estudiar sagrada teología, por cuanto aspiraba al estado eclesiástico, y aunque esto no les agradó mucho, hubieron de contemporizar por no disgustarle, porque tenia un carácter, que así como por buenas se lograba de él cuanto se queria, por malas, digámoslo así, no se podia hacer carrera de él, y cuando se le contrariaba en lo más mínimo, en manera alguna se le podia hacer venir á lo que se deseaba, sino que en aquello mismo hacia todo lo contrario de lo que se pretendia, sin que por esto digamos que tenia carácter despreciativo, no sino particular, raro sin duda y un poco caprichoso, efecto quizá de que se consideraba en posicion todavía más ventajosa que la que tenia, y eso que esta podia conceptuarse envidiable. Estudiada sagrada teología con aprovechamiento, quiso ingresar en la Compañía de Jesus, y con efecto estuvo algun tiempo en tan respetable corporacion; pero fuera que la gran sumision que los hijos de Loyola deben de tener no se le adaptase, ó que por algun otro motivo no pudiera seguir en tan esclarecida Orden religiosa, es lo cierto que se salió de ella, quedándola sin embargo muy agradecido, porque allí acabó de perfeccionar sus estudios, y procurando despues en todo el trascurso de su carrera prestarla todo el apoyo que

estuvo en su mano y que muchas veces fué de gran provecho, porque en las frecuentísimas vicisitudes por que pasa tan excelente obra, suele á las veces ser conveniente y hasta necesario el apoyo de personas como Saint-Germain, que fué casi desde su cuna hombre de influencia por lo mismo que era de grande importancia. Desde el momento mismo en que se ordenó, ejerció con buen éxito el ministerio de la predicacion, y en la Compañía acabó de perfeccionarse, porque los Padres comprendieron que por este camino iria bien, y por consiguiente le pusieron en él para que así fuese lo útil que podia, de todo lo cual resultó que se hizo un predicador de los más aventajados de su época, tanto que el rey Luis XIII, que ocupaba el trono de Francia, deseando oirle, le hizo predicar una vez en su presencia, y quedó tan prendado de él, que desde aquel momento mismo le nombró su predicador ordinario y queria siempre que él predicára oir su autorizada voz, lo cual fué verdaderamente de la mayor importancia, tanto para la persona del rey, cuanto para el reino todo, pues que Saint-Germain nunca se olvidó de su ministerio, es decir, le hizo patente la verdad y la verdad desnuda, con lo cual entró algunas veces dentro de si, y consiguientemente tuvo que reformar algunas cosas y hacer algunos sacrificios que le exigia su deber, tanto como persona particular, cuanto como jefe y cabeza de la gran nacion que gobernaba. La conducta de Saint-Germain estaba en armonía con sus palabras, por lo cual estas eran mucho más autorizadas y nadie se resistia por consiguiente al imperio de su voz. La gran María de Médicis conocia todas estas cosas, y necesitando de un limosnero y consultor que reuniera las condiciones ventajosas que en Saint-Germain concurrian, por lo cual la eleccion no le fué dudosa, constituyó á nuestro predicador no solo en este altísimo cargo, sino al frente de todos sus negocios, pues no hacia ninguna cosa de importancia sin tomar su consejo, en lo cual no encontró nunca motivo de arrepentirse, porque Saint-Germain siempre premeditaba mucho las cosas, y por consiguiente siempre buscaba con todo esmero la mejor solucion, queriendo pasar por tímido ántes que exponerse á un paso imprudente ó dar una ménos conveniente razon de los asuntos que se le confiaban. Llegó, pues, en vista de los grandes servicios que prestaba á María de Médicis, á ser su confidente y á tener toda su confianza, hasta tal punto que absolutamente nada hacia la señora sin su aquiescencia, ya que no por su iniciativa. Por indicacion de esta misma señora se le confirió el obispado de Tolon, y en el desempeño de tan importante ministerio, que al propio tiempo es oneroso, porque impone ciertamente obligaciones y requiere de parte de quien ha de desempeñarle toda la atencion y esmero de quien ha de responder ante Dios de las acciones de los demas, en cuanto estas no sean encaminadas por el buen sendero con que deben

prevenirles el prelado, que es padre, pastor, médico, y áun más, amigo de todos sus diocesanos. No queria en modo alguno aceptar esta dignidad episcopal, porque la creia con razon incompatible con el cargo de dirigir los asuntos de la reina; pero la política le obligó, y tuvo el suficiente valor para decir á la señora que podia disponer de él siempre que estuviesen cubiertas las atenciones de su obispado, que en tanto no lo estuvieren, primero era la silla que ninguna otra cosa. Esto agradó muchísimo, no solo á la reina, sino á cuantos lo supieron, é hizo que el crédito y estimacion de Saint-Germain fuese cada dia mayor, razon por la cual se le confiaban despues los más difíciles encargos, porque se presumia, con razon muy fundada, que en su desempeño habria por parte del obispo la misma fidelidad que en todas las otras cosas. Por mas que el prelado no quiso meterse en política tuvo necesidad de escribir, porque los enemigos de la reina necesitaban quien los impusiera, y los escritos de Saint-Germain lograban este apetecido resultado; sin embargo, ellos no tenian de políticos sino lo indispensablemente necesario, por lo que eran mirados con aprecio, áun de aquellos que por cualquier motivo se veian retratados en ellos. Richelieu, que tenia gran talento y que sabia apreciar las cosas, estimó mucho el que Saint-Germaint tomase este partido, que era una verdadera defensa para la reina, y hubiese él mismo auxiliado y protegido al obispo de Tolon, si las revueltas políticas no hubieran traido la separacion de la reina, como especie de destierro, á Bruselas, y los demás acontecimientos que todos sabemos y que fueron en gran manera lamentables. Todos se hicieron partidarios del poder despues del destierro de la reina, y solo Saint-Germain permaneció fiel defensor de sus buenas acciones, sin dejar por esto de confesar imparcialmente cuánto se equivocaba aquella señora, que no era infalible, y por consiguiente que sus acciones, como las de los demás hombres, habian de estar y estaban de hecho expuestas á las peripecias que son consiguientes á nuestra miserable fragilidad, que tal vez con los mejores deseos logra resultados fatales, porque equivocó los medios que habian de llevarle á la consecucion de su fin. Esta fidelidad de parte del obispo á la que habia sido su protectora, y en cuya conducta en hecho de verdad nada habia que debiera tacharse, hubo de parecer á todos digna de un sugeto de las circunstancias de Saint-Germain; mas al cardenal Richelieu, que no le parecia bien sino lo que se hacia por su consejo, le sirvió de gran disgusto esta misma tan diferente manera de portarse que tuvo Saint-Germain, así que sin reparar en que no habia motivo ni fundamento para ello, le privó del obispado y le mandó como desterrado á Bruselas, donde estaba la reina, en lo cual, aunque al parecer habia cierta especie de castigo para el obispo, habia tambien, y desde luego lo consideró él así, un medio de acreditar más y más la fidelidad y adhesion

á la reina, lo cual fué motivo para que todos cuantos juzgaron su conducta le pusieran por modelo, pues no solo defendió con entusiasmo todos los actos de su señora, sino que fué su más decidido partidario y su más acérrimo defensor, si bien en gracia de la verdad hemos de decir que nunca hizo la defensa de aquella señora traspasando los límites de la justicia ni faltando á la verdad. Aun cuando todos comprendian, y Saint-Germain tambien, que su retirada de Tolon habia de ser de circuntancias, y por consiguiente que habia de durar poco tiempo, él, que no estaba del todo avenido con tener á su cargo la diócesis y los asuntos de María de Médicis, halló esta ocasion á propósito para renunciar al obispado, lo cual hizo segun las prescripciones todas del derecho, quedando por consiguiente despues que le hubo sido admitida la renuncia, como obispo dimisionario. A la caida del cardenal fué llamado á Paris Saint-Germain, y áun quisieron ponerle al frente de otra diócesis, porque comprendian muy bien que podria gobernarla con el acierto que de él era de esperar; mas como era dimisionario y esta es una tacha canónica para obtener otras mitras, nunca quiso exponer al gobierno que le propusiera á un desaire, que sin duda hubiera llevado; así que quedó en Paris con el mismo carácter que tenia, ayudando siempre que era necesario ó conveniente al arzobispo de París en sus importantes funciones, y prestándose á cuanto era conducente al bien de sus hermanos, que siempre le llamó mucho la atencion, y le procuró áun á costa de sacrificios y molestias por su parte, y no pocas veces de privaciones para satisfacer las necesidades de los demás. Le confiaronpara su cuidado el hospital de hombres incurables, é hizo en él importantes obras que mejoraron mucho la situacion de los acogidos, los cuales, como era consiguiente, le estaban muy agradecidos y le tenian las mayores simpatías, bien es verdad que se hacia acreedor á ellas por su trato tan afable para todos, que más bien parecia un compañero que no un superior, atemperándose muchas veces á las exigencias que siempre exagera la enfermedad de aquellos pobres, que no veian para ellos otro porvenir que el hospital ni otra esperanza que sufrir y más sufrir, bien que en medio de sus sufrimientos encontraban en todos los que les rodeaban el auxilio y ayuda de todos los dependientes de la casa, que se afanaban por que en lo posible nada faltase á aquellos acogidos. Despues de haber gobernado la casa con grande acierto por espacio de algunos años, contrajo una penosa enfermedad que lentamente le fué destruyendo, hasta que en pocos dias, en el otoño de 1670, despues de haber recibido con edificacion de cuantos lo presenciaron los santos sacramentos de la Iglesia, que le fueron administrados por el M. R. arzobispo de París, pasó á mejor vida en medio del profundo sentimiento de cuantos le habian conocido, que no podian ménos de admirar su probidad, su ta-

lento y su anhelo constante de procurar el bien de todos. Sus honras fueron cual correspondia á su clase, y su sepulcro en la misma iglesia del hospital, es tambien decoroso y tiene un epitafio que dice lo que fué quien bajo de él reposa. Escribió en el género puramente político un libro, que llamó mucho la atencion en su época y tituló: *La defensa de la Reina Madre*; dos volúmenes en fólio, impresos con grande esmero. Tambien se le atribuye una historia de su siglo, en la cual consignaba muchas cosas que habian pasado en lo retirado de las cámaras reales; pero esta, si es que la escribió, no ha visto la luz, acaso para que no se manifestasen secretos cuya revelacion á lo ménos pudiera haber sido inconveniente. En el género didáctico y con grande utilidad de las escuelas, escribió un libro que tituló: *Bruni Spongia*, contra Antonio Le Brun, ó mejor dicho, contra su doctrina.—Escribió tambien *Avis d'un théologien sans passions*, que publicó en 1616, y sus *Sermones*, en 1665. Esto es todo lo que ha legado á la posteridad Saint-Germain, y lo que le ha dado reputacion como escritor.—G. R.

SAINT-GERMAIN (Usuardo de), monje, autor de uno de los Martirologios más célebres que produjo el siglo IX, no fué conocido apénas en los siglos posteriores más que por esta obra, procediendo de aquí los muchos errores en que han caido los escritores que se propusieron hablar de él, ya con relacion á su estado, ya con respecto al tiempo exacto en que habia vivido, confundiéndole algunos con Usuardo, abad de Celle-Neuve, ó S. Nabord, á quien dirige Alcuino algunas de sus cartas: han querido hacer de él un discípulo de este doctor, y un abad de Fulda ó de S. Salvador el vizconde en Neustria, y le han colocado en su consecuencia en el reinado de Carlomagno. Remontándose otros todavía más arriba, han pretendido que habia tenido por maestro al venerable Beda, y le han hecho florecer un siglo ántes de lo que escribió. Usuardo no fué nunca abad. Era un simple monje, pero un monje de un mérito reconocido, *vir magnæ probitatis*, que era miembro de la comunidad de S. German de los Prados en París, en 840 próximamente, que se unió por sus oraciones con la de S. Remigio de Reims. Habia entónces allí ciento veintidos monjes, algunos de los cuales se hicieron como Usuardo una grande reputacion por su saber. Tales son Gislemar, de quien ya hemos hablado, Aimoin y Abbon. Usuardo se hallaba ya revestido de la dignidad del sacerdocio, cuando en 898 sus colegas con el abad Hilduino á su frente, esperando recobrar el cuerpo de S. Vicente, patron titular de su monasterio, entre las ruinas de la ciudad de Valencia, en España, le eligieron para la ejecucion de este designio. Usuardo emprendió su viaje en compañía de uno de sus compañeros llamado Udilardo, con una recomendacion del rey Cárlos *el Calvo*. Despues de diferentes aventuras cuya relacion no es de este lugar, no pudiendo llegar á Valencia por las guerras

de los sarracenos, fué á Córdoba, donde encontró medio de obtener los cuerpos de los santos mártires Jorge, Aurelio y Natalia, y creyéndose indemnizado con esto de los trabajos de su viaje, no pensó más que en volver á Francia con su tesoro y las actas de los santos mártires, de que tuvo cuidado de sacar copia. Llegó en el mes de Octubre á Emaut, en la diócesis de Sens, donde la mayor parte de su comunidad se habia visto obligada á refugiarse para sustraerse al furor de los normandos. Habiéndose retirado estos bárbaros en 863, despues de haber quemado el monasterio de S. German, Usualdo volvió á París con sus colegas, y condujo las santas reliquias. Cárlos *el Calvo* se alegró mucho al ver su reino enriquecido de aquella manera, lo que fué para Usuardo una nueva ocasion de darse á conocer á aquel príncipe. La manera de que se expresa él mismo, hace creer que tenia mucho favor con aquel monarca. Sabiendo Cárlos que se dedicaba al estudio de las ciencias eclesiásticas, le encargó de componer un nuevo Martirologio que pudiese remediar los inconvenientes de tantos otros como ya existian. Usuardo aceptó la comision, y terminada su obra, la presentó al monarca. Ignórase el año preciso de la muerte de nuestro autor, aunque se designa el dia en 13 de Enero. Pero no se duda que murió en el espacio de tiempo trascurrido entre la muerte de la reina Hermentruda en 869, y la del rey Cárlos *el Calvo* en 877; lo que consta en el original del *Necrologio de S. German*, escrito tambien por Usuardo, en que está marcada de su mano la muerte de esta princesa, y la del rey de otra diferente. No se sabe que Usuardo haya dejado otra obra á la posteridad más que su Martirologio. Lo que acabamos de decir de los últimos acontecimientos de su vida, indica el tiempo en que trabajó, y ya se ha visto que la emprendió de órden de Cárlos *el Calvo*. En cuanto á la manera de que ejecutó su proyecto, nos refiere él mismo que se propuso evitar las faltas que habia notado en los martirologios que pertenecian ya al dominio del público. Unos, como el que lleva el nombre de S. Gerónimo, le parecian demasiado secos y sucintos. Otros, como el del V. Beda, dejaban mucho que desear. Por último, la mayor parte de los demás se hallaban sobrecargados en demasía por la negligencia ó el mal gusto de los que habian tomado el cuidado de dirigirlos. Deseoso de no dar en ninguno de estos escollos, nuestro autor consiguió hacer una obra completamente nueva en el mismo género de literatura. Aunque no aprobase el método de las de S. Gerónimo y del V. Beda, no dejó sin embargo de seguirlos en muchas cosas y de sacar mucho fruto de ellos; pero procuró principalmente tomar por modelo la que habia escrito el célebre Floro sobre el mismo asunto, y manifiesta que fué de la que más se sirvió. Usuardo habla aquí sin enigmas y sin rodeos, de los dos Martirologios de Floro; el uno más completo, el otro, que lo era ménos, como que se habia

compuesto ántes: *Ibi enim multa*, dice nuestro autor hablando del segundo, *quæ in priore omiserat et correxit et addidit*. Expresiones que han hecho creer por largo tiempo á muchos sabios, que este ilustre diácono de Lyon habia hecho realmente dos Martirologios. Pero en cuanto se ha profundizado más este punto de crítica, parece que no hay motivo para dudar que el segundo Martirologio que menciona Usuardo como escrito por Floro, es el de Adon de Viena, y le habia publicado sin duda sin poner su nombre ántes de 860, y muchos años de consiguiente primero que nuestro autor emprendiera el suyo. Se sabe, por lo ménos, que Usuardo se valió en gran parte de este Martirologio, aunque no cita á Adon, porque sin duda ignoraba que era obra suya. No hay más que comparar diferentes lugares de ambos Martirologios para convencerse de que nuestro escritor no hace más que reducir á compendios muy concisos las historias, algunas veces un poco largas, de los santos que habia hecho entrar Adon en el suyo, y que se sirve tambien por lo comun de sus propias expresiones. Usuardo sin embargo no ha seguido de tal manera en su trabajo á S. Gerónimo, ó al autor que ha tomado su nombre, ó al V. Beda, á Floro y Adon, que haya prescindido de los otros que habian compuesto tambien martirologios, como Raban Mauro, Wandallaert y otros. Lo que da á entender él mismo en estas expresiones de su epístola al rey: *Ex quibusdam præcedentium Patrum Martirologiis*. Tampoco ha seguido tan servilmente á los autores de su predileccion que no haya añadido nada suyo, y que no haya hecho cambios en cuanto al órden en que refiere las cosas. El mismo Usuardo es tambien quien nos refiere estos hechos, y añade que no obró así hasta despues de muchas instigaciones hechas con toda la sagacidad de que era capaz. *At si quid*, dice, *præter quod ab illis accepi in hoc opere actum vel mutatum est sagaci à me indagine id perquisitum agnosci poterit*. Se ve en efecto que hace entrar en su obra todas las fiestas propias de su monasterio, las de muchos santos honrados en España, segun lo que habia sabido en su viaje, la traslacion de las reliquias que habia conducido, y en cuya colocacion cambia algunas veces el dia que las asignan los martirologios anteriores. Usuardo, para dar mayor peso y realce á su trabajo, le dedicó á Cárlos *el Calvo*, suplicándole le tomase bajo su proteccion, si despues de haberle examinado no le juzgaba indigno de ella. Este príncipe no habia sido declarado aún Augusto, verificándose esto de consiguiente ántes de la conclusion del año 879. Baillet, que supone lo contrario, y que para sostenerlo dice que Usuardo le da el título de *Grande*, no habia leido su epístola dedicatoria, en que no le califica de otra manera que del más religioso de los reyes: *Regum piissimo*. Seguramente Usuardo no hubiese olvidado el título de Augusto ó de Emperador, si le hubiera tenido entónces Cárlos *el Calvo*. Despues de la epístola sigue un pequeño dis-

curso, sacado de S. Agustin, sobre el modo de honrar á los santos y el género de culto que se les debe dar, adicion que no se hallaba fuera de su puesto y que sirve para manifestar, por una parte, cuán sólida é ilustrada era la piedad del autor, y por la otra el deseo que tenia de que la de los demás estuviera exenta de toda supersticion en su culto á los santos, cuyos triunfos y victorias les anuncia. Su Martirologio comienza por la víspera de Navidad, como sucede en la mayor parte de los otros de aquella época y de los siglos anteriores. Al fin de la obra en el manuscrito original del autor se halla el Necrologio del monasterio de Saint-Germain, escrito de la misma mano que el original, é impreso entre las pruebas de la historia de aquella abadía. Un Martirologio dirigido con tanto cuidado y precauciones fué muy del gusto del público, que encontró el término medio que se deseaba. Así es que no tardó en ser admitido en la mayor parte de las iglesias y monasterios de Francia, de Italia, España, Alemania é Inglaterra. La Iglesia de Roma le adoptó como las demás, y fué en lo sucesivo casi el único que se siguió en todo el Occidente. Acaeció sin embargo que cada iglesia que le habia tomado para su uso, se tomó la libertad de hacer algunas adiciones y cambios para acomodarle á sus prácticas. Cada una insertó los santos particulares de su país, y se le sobrecargó de tantas glosas y amplificaciones, que se encontraron casi tantos martirologios de Usuardo, diferentes entre sí, como catedrales y monasterios notables habia en Europa. Usuardo fué tambien el primero que tomó parte en la historia de la traslacion del cuerpo de S. Jorge, S. Aurelio y Sta. Natalia, de España á Francia, pues que por la relacion á su colega Aimoin, la redactó este. El Martirologio de Usuardo por la circulacion que, como acaba de verse, ha tenido en todo el Occidente, cuenta, como no puede ménos de suponerse, con un gran número de ediciones. Tampoco debe parecer extraño que casi todas estas ediciones sean diferentes unas de otras, áun por el texto del autor que representan, puesto que se han hecho sobre diversos ejemplares, de los que quizá no hay dos que sean semejantes por las razones ya dichas, exceptuando sin embargo los que han servido de modelo para las dos últimas ediciones. Nadie ha trabajado más ni conseguido mejor dar á conocer todas las que se han publicado, que el R. P. Du Soulier en su hermoso y erudito prefacio sobre Usuardo, por lo que vamos á hacer su enumeracion siguiéndole principalmente. La más antigua que se conoce es la que se publicó en Lubeck en 1475, con un compendio de la historia general del mundo, intitulado: *Rudimentum novitiorum*. Se halla impresa en antiguos caractéres góticos ó alemanes, y en papel de fólio mayor, lo que la hace llamar comunmente la grande edicion de Lubeck. El impresor fué Lucas Brandis de Schaff. No se debe por lo demás buscar en esta edicion el texto puro de nues-

tro autor, que está desfigurado por innumerables adiciones y cambios. Hay otra hecha en Utrech en 1480 con la leyenda de Santiago de Voragine. Pero además de que solo es una traduccion del texto en flamenco, los continuadores de Bolando, que no han podido obtener más que seis meses ó la mitad cerca, creen que ha sido hecho por un ejemplar interpolado tambien. No hacen un juicio más ventajoso de la que apareció en Florencia en 1486, bajo la direccion de Francisco de Bonaeruiis. En el catálogo de las mismas ediciones, que da el último editor de Usuardo sin ninguna ilustracion, no marca una hecha en Pavía en 1487, que no se conoce más que por la mencion que han hecho de ella algunos autores. En solo el año 1490 aparecieron á la vez tres; una tambien en Lubeck, que se designa como título de la pequeña edicion; otra en Colonia, y una tercera en París. Las de Lubeck y Colonia son en 4.°, y todas iguales, como hechas sobre el mismo ejemplar; pero que no representa el texto puro de Usuardo. Algunos han creido que este ejemplar era el mismo á que Herman Greven ó Grefgen, cartujo de Colonia, habia puesto notas, pero de esto no hay pruebas seguras. En cuanto á la de París generalmente conocida, se halla en folio, y fué impresa por Ginot Marchand, bajo la direccion de Juan le Munerat, que se califica de chantre ó músico *Concentor* de la capilla Real del colegio de Francia, vulgarmente de Navarra, y teólogo de la facultad de París: *Ac Gymnasii Parisiensis scholasticus theologus*. El editor ha puesto al fin los decretos del concilio de Basilea, relativos á la celebracion de los oficios divinos, con notas y un pequeño tratado intitulado: *De moderatione et concordia grammaticæ et musicæ*; de la concordancia de la gramática y de la música, y de la medida que debe guardarse en ellas. Al fin de este tratado se encuentra el nombre del editor. Aunque esta edicion no esté exenta de faltas, se acerca sin embargo más á la pureza del texto de Usuardo que otras muchas. Algunos autores la han puesto un año despues de su verdadera fecha. En 1498 publicó en Venecia Juan Emerico de Spira, á expensas del Florentino Lucas Antonio de Giunta, la edicion que habia dirigido Belino de Pádua, del órden de los Ermitaños de S. Agustin, que confiesa habia hecho diferentes ediciones. Esta edicion se reprodujo en París en 1521, y es de la que hace más uso el P. Du Soulier en sus observaciones, y la que ha seguido con más uniformidad Molano al publicar á su vez á Usuardo. El mismo Molano parece decir que esta edicion de Berlin se reprodujo de nuevo en 1549 en Venecia en la muestra de la Esperanza. Juan Mauditier, impresor en Rouen, publicó en 1507 el texto de Usuardo con diferentes adiciones, que comprenden los nombres de los santos de las órdenes mendicantes y otras órdenes religiosas que siguen el rito romano, con los santos de toda la metrópoli de Rouen, y los de la iglesia de París que faltaban anteriormente. Esta edicion,

que es en 8.°, y que no parece comun, fué dirigida por un franciscano, que no se da á conocer más que por las dos letras mayúsculas N. N. que se hallan á la cabeza de su carta al impresor, y el que podia muy bien ser Nicolás de Nysa, que era á la sazon guardian de los franciscanos de Rouen. Hay otra edicion del Martirologio de Usuardo hecha en Colonia en 1515 y 1521. Se atribuye generalmente á Herman Greven que tuvo cuidado de distinguir con señales lo que le pareció extraño al texto original del autor, exceptuando sin embargo algunas festividades más modernas, que se distinguen bastante por sí mismas. El P. Soulier hace la observacion y da pruebas de que el editor se ha servido para esta edicion de un ejemplar de Usuardo, que habia pertenecido á la iglesia de Chartres. Ambrosio Giraud publicó en París en 1536 á expensas del librero Didier Mahen, otra edicion del mismo Martirologio, que es muy conocida. Está en fólio con una inscripcion algo extraña tal como la inserta el P. Du Soulier, en la que se dice que se redactó este Martirologio de órden de Carlomagno y de su hijo Luis. Esta edicion es por lo demás casi semejante á la de Juan le Munerat, de quien la supone M. Du Chatelain, calificado de alumno pensionado del colegio de Navarra, y suponiendo que la publicó en 1583. Pero el verdadero editor no es otro que Juan, canónigo de nuestra Señora de Salis y teólogo de la facultad de París; cualidad que con el nombre de Juan le habia hecho confundir con Le Munerat, que habia publicado su edicion cuarenta y cinco años ántes. La del canónigo De Chalis se halla dedicada á Pedro, arzobispo de Bourges, que es sin duda Pedro de Cadoet, muerto en 1492; así es que esta edicion se hallaba próxima á imprimirse ántes de aquella época. Nadie ha trabajado más en el texto de Usuardo en los siglos anteriores que Juan Molano, profesor en Lovaina, al que algunos escritores franceses, queriendo expresar su nombre en su idioma, llaman La Meule. El P. Du Soulier preferiria á Du Moulin, aunque su verdadero nombre es Vermeulen en el idioma de su país. Despues de haber revisado á su autor por diferentes manuscritos y algunos impresos, á fin de descubrir la verdadera lectura de su texto, le hizo imprimir en un carácter que le distingue de todas las ediciones extrañas, que ha tenido por otra parte cuidado de indicar con ciertas señales. Ha reunido, como hemos observado en otro lugar, lo que pertenecia al Martirologio de Wandalberto con algunas observaciones suyas. Esta primera edicion de Usuardo fué hecha por Molano en Lovaina, en casa de Gerónimo Vellæus, en 12.°, no el año 1515, como lo ha manifestado en su catálogo el último editor de Usuardo, sino el año 1568 con el calendario de Raoul de Rive, y un tratado de Juan Hessels, donde da un juicio crítico sobre algunas historias de santos. Entre esta edicion y la de París de 1536, de que hemos dado cuenta, hay otras tres. La una está en 4.° del año 1538, sin nombre de lugar

ni de impresor, y no nos es conocida más que por el catálogo de la biblioteca de M. Le Tellier. Las otras dos han sido citadas por el mismo Molano. La más antigua que se usaba en S. Pedro en Roma, fué hecha en Venecia en 1560 bajo la direccion de Alejandro Peregrini de Brene, capellan de Julio III. La otra de que se servia la iglesia de S. Juan de Letran, se publicó en 1564 por Gerónimo Cavalcahoup. Molano revisó despues la primera edicion que habia dado de Usuardo, publicó una segunda que apareció en 8.° en el mismo lugar, el año 1573. Suprimió en esta los lugares de Wandalbert, y puso el mayor cuidado en distinguir el texto de su autor de toda adicion extraña que hizo imprimir en bastardilla. Esta edicion fué reproducida en Amberes por Felipe Nutius el año 1583, en el mismo tamaño. Al fin contiene un apéndice en que el editor coloca por órden alfabético algunos santos con que se habia aumentado el Martirologio de Usuardo. Despues viene un tratado sobre los Martirologios en general, cuya lectura es muy útil. En el mismo año Lorenzo de la Barre, insertó en su *Historia cristiana de los Santos Padres antiguos*, impresa en París por Miguel Somnius, el Martirologio de nuestro autor por la edicion de Molano, con las observaciones de este editor. Desde esta época han trascurrido más de treinta años sin volver á imprimir este Martirologio, excepto en 1689, en que le hizo reimprimir la órden del Cister con nuevas adiciones. La principal razon que ha habido para esto, es que habiendo hecho redactar la iglesia de Roma uno para su uso, le han adoptado casi todas las demás iglesias, sustituyéndole al de Usuardo. Bolando habia proyectado publicar una nueva edicion, pero como esperaba tener todo lo necesario para darla con la posible pureza, su proyecto ha permanecido por largo tiempo sin llevarse á cabo. Su ejecucion estaba reservada al Rdo. P. Du Soulier, uno de los más laboriosos sucesores de este célebre agiógrafo, que no ha perdonado medio para ejecutar bien su empresa. Despues de todas las investigaciones de que es capaz la sagacidad humana en casos semejantes, tanto para obtener los manuscritos más antiguos y las mejores ediciones de Usuardo, como para obtener las luces necesarias para su designio, consiguió darnos una edicion tan hermosa como erudita. Encuéntrase en ella el texto del autor distribuido en cada dia del año y distinguido por su carácter de todo lo que le acompaña. El editor le ha sacado de un manuscrito del siglo XI, que perteneció en otro tiempo á los Cartujos de Hervines, y que ha preferido á todos los demás, por parecerle más sencillo, más exacto y más completo. Inmediatamente despues del texto del dia vien en las principales variantes que se encuentran en los demás manuscritos y las mejores ediciones. Estas variantes van seguidas de doctas observaciones sobre cada santo anunciado en el texto. Despues da el editor las adiciones, aumentos, etc., de que se halla lleno el

texto en los demás manuscritos y las ediciones que ha tenido cuidado de nombrar. Al frente de toda la obra se ve un prefacio tan prolijo como erudito, donde no solo se da cuenta del pensamiento y su ejecucion, sino tambien en que se discute con mucha inteligencia lo relativo á otros Martirologios y que se refiere á esta materia. Esta edicion dirigida así, apareció en Amberes en casa de Juan Pablo Robbins el año de 1714, en un grueso volúmen en fólio, y se añadió al año siguiente parte al final del tomo VI de Junio de la continuacion de Bolando, parte al final del VII, que apareció en 1717. Al cabo de un año se hizo otra edicion en 4.°, en Paris, por Francisco Giffert sobre un original del mismo autor. El P. Jacobo Bouillart, resentido tanto por las reconvenciones que hacia el P. Du Soulier á los religiosos de San German de los Prados, de no haber dado aún al público este documento tan raro, como por la preferencia que daba al manuscrito de Herines y demás rasgos poco ventajosos con que le representa, decidió por último hacerle imprimir. El texto de Usuardo en su edicion es exactamente el mismo, de manera que se creeria que el manuscrito de Herines ha sido copiado del de S. German. La única diferencia es que comienza en 1.° de Enero en la edicion del P. Du Soulier y en la víspera de Navidad, 24 de Diciembre, en las del P. Bouillart. Las otras diferencias son por lo demás tan poca cosa, que no vale la pena de hablar de ellas, y ambas ediciones sirven mútuamente para manifestar el mérito de los dos manuscritos que han servido de texto. Debe sin embargo advertirse que el prefacio ó epístola dedicatoria del autor con el discurso de S. Agustin que la sigue, falta en el P. Du Soulier. El P. Bouillart ha tenido cuidado de acompañar el texto de la suya con algunas observaciones críticas é históricas, que tienden principalmente á defender su manuscrito de las faltas que le imputa el P. Du Soulier. Ha puesto al frente un prefacio, en que dando á conocer la persona de Usuardo y su Martirologio, comienza á contestar á algunas otras faltas de que se acusa al original que publica y á la reconvencion que se hacia á los benedictinos de haber tardado tanto en darle á luz. Viene despues una carta bastante larga de este editor al P. Du Soulier, en que hablándole con toda la delicadeza conveniente á un escritor que busca la verdad, da fuertes pruebas para manifestar que el manuscrito sobre que ha publicado el Martirologio de Usuardo es el propio original del autor. Despues de lo cual contesta á cada una de las razones de su adversario. — S. B.

SAINT-GERMAIN-DES-PRES (Gislemar de). Hay otro religioso de este nombre y del mismo monasterio que escribió en el siglo IX una *Vida de San Droctoveo*. El que mencionamos aquí es autor de un libro de *retractaciones* que no ha llegado á imprimirse y que el P. Mabillon indica para darle á conocer de otra manera. El P. Bouillart tampoco nos dice más sobre el objeto

de este libro, aunque en la historia de Saint-Germain-des-Prés nos da cuenta de un necrologio de esta abadía en que se encuentra el nombre de Gislemar, y que fué redactado á últimos del siglo XIII. —S. B.

SAINT-GERMER (Eustaquio de). Acostumbrados á hablar constantemente la mayor parte de los misioneros, áun los más famosos, no han dejado más que un ligero recuerdo de sus talentos que ha conservado la tradicion; pero no habiéndose recogido sus predicaciones, se han perdido para la posteridad. Hé aquí porqué no ha llegado hasta nosotros ningun fragmento de los sermones de Eustaquio, abad de Saint-Germer ó de Flai. Este Abad, cuya elocuencia era muy célebre á últimos del siglo XII, y que unia á una grande piedad un profundo conocimiento de la ciencia eclesiástica, era secretario de Felipe, obispo de Beauvais, cuando le eligieron por su abad los religiosos de de Saint-Germer á últimos del año 1199. Poco tiempo despues le envió el papa Inocencio III á Inglaterra y Escocia con el título de legado para predicar la cruzada. Sus predicaciones tuvieron el mejor éxito. Decidió á un gran número de habitantes de ambos reinos á alistarse bajo las banderas de los cruzados, y se dedicó despues con el mayor ardor á volver á los fieles á su deber. Iba por las ciudades y aldeas de Inglaterra predicando la santificacion del domingo y la restitucion de las ganancias ilícitas procedentes de la usura, y tuvo la fortuna, ántes de su regreso al continente, de ver que las simientes que habia arrojado no habian caido todas en un terreno estéril y que comenzaba ya á fructificar. Al tiempo de este Abad parece ascender el origen de la escrupulosa exactitud con que observan los ingleses el descanso del domingo. A su regreso á Beauvais se entregó Eustaquio por completo al gobierno de su monasterio, cuya iglesia se cree reedificó. Su gran reputacion, unida á su mérito personal, le merecieron la estimacion de muchos grandes prelados, entre otros de Gualtero, arzobispo de Rouen, y de Alberico, arzobispo de Reims. Cuando murió (el VI de los idus de Setiembre de 1211), Felipe, obispo diocesano, de quien habia sido secretario, le honró por sus trabajos apostólicos con el título de *feliz memoria*. Fué enterrado en medio del coro de una iglesia y en su tumba se leia este epitafio:

*Cultor honestatis verus jacet hic, pietatis,*
*Arca, lator legis, formula facta gregis;*
*Vermibus esca datur, quo tendimus ivit,*
*Abbas Eustachius, cui Deus esto pius.*

S. B.

SAINT-GILLES (Ermengardo), autor de uno de los tratados contra los Valdenses recogido por Gretser, parece ser el mismo que Esmengardo, abad de Saint-Gilles en la diócesis de Nimes desde 1179 hasta 1195, al que Alano

de Sisle dedicó su vocabulario. Encuéntranse sin embargo hácia la misma época dos personajes del mismo nombre, el uno abad de Valmagne, en la diócesis de Agda, el otro obispo de Beziers, despues de haber sido abad de San Ponce de Tomieres. Pero Ermengardo, abad de Valmagne, murió hácia 1171, ántes que la herejía combatida en este tratado hubiera tomado consistencia, y el que ocupó la sede episcopal de Beziers desde 1180 hasta 1205, sería designado con el título de obispo, más bien que con el de abad, si fuese autor de un tratado compuesto, segun todas las apariencias, despues de 1180; este prelado es, por otra parte, conocido por varias poesías provenzales de que Balucio ha recogido algunos fragmentos, sin sospechar de ningun modo que hubiese escrito una obra teológica. A Ermengardo, abad de Saint-Gilles, debemos por lo tanto atribuir el tratado de que vamos á dar una sucinta noticia. Los diez y nueve capítulos que contiene ocupan los trece últimos del vigésimocuarto volúmen de la *Biblioteca de los Santos Padres*, edicion de Lyon. El autor procura probar con textos de la Biblia, que Dios ha creado al mundo, que no hay dos dioses, que el solo verdadero es el que ha sido revelado á Moisés; que Moisés no era mágico; que es permitido el matrimonio; que la concepcion y la natividad de S. Juan Bautista fueron anunciadas, no por el demonio, sino por un ángel bueno; que el cuerpo de Jesucristo era real y verdadero, y no fantástico ó aéreo; que son necesarios los templos, los altares, las oraciones y los cánticos eclesiásticos. Ermengardo habla despues de los sacramentos, á saber: de la Eucaristía, del bautismo y de la penitencia. Uno de los capítulos más largos es el décimocuarto intitulado: *De la imposicion de las manos*, y que no es de una completa claridad. El autor diserta á la vez sobre las órdenes y sobre lo que llama *consolamentum*, que es sin duda la confirmacion; pero no se sirve de esta palabra, y lo que dice no es siempre aplicable al segundo de nuestros sacramentos. Los últimos capítulos tienen sucesivamente por objeto el uso de la carne, la resurreccion de los muertos, la invocacion de los santos, el juramento y el asesinato. Reina, como se ve, muy poco órden en esta obra, que por lo demás no se nos ha conservado en su totalidad. Ermengardo emplea por lo comun con mucha exactitud y buena fe los textos que cita. Pero nos vemos obligados á confesar que no merece siempre estos elogios. Por ejemplo, en el capítulo de la penitencia aplica á la confesion pasajes que no corresponden más que á la profesion pública del culto y de las ciencias. Otro defecto de esta obra es no dar á conocer lo bastante las opiniones de los valdenses; las cuestiones no se establecen casi nunca de una manera precisa, con mucha frecuencia se ignora la proposicion que el autor se propone refutar. El tratado de Bernardo de Font-Cauld es bajo este y otros aspectos preferible al de Ermengardo. —S. B.

SAINT-HILAIRE (Fridolin de). El honor que se ha hecho á este Abad, á quien algunos cuentan en el número de los santos, de incluirle tambien en el catálogo de los escritores eclesiásticos, nos obliga á darle lugar en esta obra. Nació en Irlanda de una de las mejores y más opulentas familias de esta isla. Desde su juventud manifestó un completo desasimiento de los bienes del mundo, distribuyendo los suyos liberalmente á los pobres. Estudió las bellas letras y las ciencias, como la filosofía, en que fué muy entendido. Pero todavía hizo más progresos en la ciencia de los santos. Penetrado del deseo de consagrarse por completo á Dios, abrazó la carrera eclesiástica y se propuso anunciar á los demás las verdades de la salvacion. Despues de haber predicado el Evangelio en diferentes lugares de su pais, formó el designio de abandonarle é ir á terminar sus dias en un suelo extranjero. Pasó el mar y fué á las Galias, donde continuó ejerciendo el ministerio de anunciar la palabra divina segun el espíritu de los apóstoles. Recorriendo con este objeto diferentes aldeas y ciudades, llegó á Poitiers y fijó su morada en uno de los arrabales de la ciudad, donde descansaba el cuerpo de San Hilario. Le descubrió, y con ayuda del obispo de la diócesis y de los feligreses, reedificó la iglesia é hizo la traslacion de las reliquias del santo, estableció su monasterio y fué elegido Abad de él, tomando entónces el sobrenombre que le distingue. Hacia ya muchos años que desempeñaba S. Fridolin las funciones anejas á su cargo, cuando le avisó S. Hilario en un sueño se retirase á Alemania. El piadoso Abad abandonó á Poitiers sin manifestar afecto alguno á ningun lugar de la tierra. Se detuvo en el camino en diferentes lugares, donde edificó muchas iglesias en honor todas de S. Hilario, como en Retia, en los montes Vosges, en Estrasburgo, sobre el Mosela, en la diócesis de Metz. Esta iglesia se llamaba Helera, y subsiste aún con el nombre de S. Awold. Por último, terminó sus viajes en Secania, en la actualidad Seckin ó Seckingen, donde estableció un doble monasterio. Todavía existe allí una ilustre congregacion de canonesas. El Santo murió en aquel lugar el 6 de Marzo, y su sepultura se hizo célebre por las maravillas que obró Dios en ella. Colócase comunmente su muerte en el reinado de Teodoberto I, hácia el año 588, fundados en que Balther, autor de la vida de nuestro Santo, supone que estableció en tiempo de Clovis los monasterios de que se ha hablado. Pero existen pruebas de que estos monasterios no se fundaron hasta el reinado de los sucesores de aquel monarca. Es indudable, en efecto, que S. Fridolin vivia aún en tiempo del rey Sigeberto I, despues del año 562, siendo á él á quien saluda Gogon, ministro principal de este príncipe, en una de sus cartas á Pedro, obispo de Metz, suponiéndole todavía en su monasterio de Helna, en Mosela. Esta autoridad es preferible á la de Balther, que existia trescientos años despues de la muerte de S. Fridolin, de lo que

se deduce que el Santo no salió de Francia para retirarse á Alemania hasta los años 538 ó 539. Dempster y algunos otros autores que le han seguido, le suponen un escritor ilustre y le atribuyen las obras siguientes: 1.ª *Un libro de exhortaciones.*—2.ª *Otro libro de avisos á los monjes.*—3.ª *Un libro de instrucciones al pueblo de Augsburgo.*—4.ª *Las actas de S. Hilario comprendidas tambien en un libro.* Pero como se ha observado muy bien, la autoridad de los que sostienen estos hechos es más que sospechosa, y tiene necesidad de hallarse apoyada en pruebas verdaderas para merecer nuestra adhesion. Lo que hay de cierto es que la doctrina que predicó S. Fridolin en Francia, penetró hasta los palacios de los reyes, donde produjo los más felices efectos. Tal es el testimonio que el ya mencionado Gogon da á su memoria: *de cujus doctrina*, dice, *regum sunt ornata palatia.*—S. B.

SAINT-IGNACIO (Enrique de), religioso carmelita, natural de Ath, en el condado de Heinaut. Enseñó teología durante muchos años en los conventos de su Orden; es conocido por su libro titulado *Ethica amoris, ó Curso completo de Teología moral*, que se prohibió en Roma en 1714 y 1722. Es autor de algunos folletos, en particular del *Molinismo derrotado*, en que se declara contra los jesuitas. Sus obras no se recomiendan en general por el fondo ni por la forma. Este religioso, nacido en el siglo XVII, terminó su carrera hácia 1720.—S. B.

SAINT-JACQUES (Esteban de). Este Abad, á quien Possevino hace vivir á principios del siglo VIII, más de trescientos años ántes de que viniese al mundo, es tambien algunas veces denominado Stepelin. Pero este nombre no debe confundirle con Stepelin, simple monje de Saint-Tron. Ignórase el lugar en que Esteban recibió su educacion, pero se sabe que hizo muy buenos estudios para la época en que vivia. Se hallaban á la sazon muy florecientes en la abadía de Santiago de Lieja, y parece que aquí fué donde Esteban abrazó la profesion monástica y donde se distinguió tanto por su saber como por su eminente virtud. Su mérito le elevó á la dignidad de abad de aquella casa, sucediendo á Roberto en 1095. Poco tiempo despues de haberse hecho cargo del gobierno de su monasterio, introdujo en él las costumbres de Cluni, que pasaban entónces por las más perfectas de todas las que se seguian en las órdenes monásticas. La doctrina y la más exacta disciplina corrieron siempre parejas bajo la direccion de este excelente Abad. El buen olor que ambos esparcian llegaron hasta Sajonia, y le atrajeron los mayores elogios de parte del abad Tietmar y de toda la comunidad de Helmershausen en la diócesis de Paderborn. Habiendo tenido ocasion de escribirle, creyeron deberle decir la ventajosa idea que habia en su país de su celebrado monasterio, lo que ejecutaron en términos muy elevados y dando al que le gobernaba los títulos de señor, de serenísimo padre y otros que solo se emplean

hoy al escribir al soberano Pontífice. La reputacion que se habia adquirido Esteban en las letras no era ménos grande, hasta el extremo de que atrajo á su monasterio un monje de Helmershausen encargado de escribir la historia de S. Modraldo, obispo de Tréveris. Despues de haber recorrido diversos paises y recogido las memorias que pudo encontrar para este objeto, no encontró á nadie que pudiera desempeñar mejor su plan que el abad Esteban. Fué á buscarle y le instó para que se encargára de su trabajo. En 1107, á la muerte de Thierri, abad de S. Tron, se suscitaron nuevas diferencias en este monasterio, que obligaron á algunos religiosos, y al mismo Rudolfo, que habia sido elegido canónicamente abad, á buscar un lugar de refugio. Habiéndose retirado á Saint-Jacques, les recibió Esteban con generosa caridad, y no olvidó nada para consolarlos de su infortunio. Hizo todavía más, tomó la defensa de su causa contra las vejaciones de su violento intruso. Habiendo ido el emperador á Lieja para apaciguar aquellas escandalosas turbaciones, convocó una asamblea con este objeto. Esteban asistió á ella y tuvo tambien alguna parte en lo que se decidió en favor de la justicia. Este piadoso y sabio Abad no vivió cinco años enteros despues de esta buena obra, muriendo en 24 de Enero de 1112, el décimosétimo año de su gobierno. Fué enterrado delante de la capilla de S. Benito, y tuvo por sucesor á Ulberto II, que fué el santo abad de Saint Jacques. Aunque parece que este Abad dejó muchas obras, solo una ha llegado á ver la luz pública, de la que nos ocuparemos con la posible brevedad. Es la vida de S. Modoaldo, obispo de Tréveris, muerto hácia 640. Esteban se hallaba muy distante en aquella época para conseguir escribir con exactitud y fidelidad la vida de este prelado. Empleó, sin embargo, toda la sagacidad de que era capaz para desempeñarla lo mejor que le fué posible. Además de las memorias que le proporcionó el monje de Helmershausen, de que se ha hablado, las buscó él por su parte y recurrió á las crónicas antiguas y á las tradiciones del país, garantes por lo comun poco seguros y con frecuencia infieles. A pesar de todas sus investigaciones, no pudo conseguir encontrar ningun monumento particular sobre S. Modoaldo, porque habian perecido, como tantos otros, en el incendio de la ciudad de Tréveris. Tuvo, pues, que contentarse con noticias extrañas que habia sacado de otro lugar, y con las que se compuso la vida del santo obispo. Se halla dividida en tres libros, el primero de los cuales se emplea en hacer la genealogía de S. Modoaldo, á quien se supone hermano de la Bta. Itta ó Iduberga, mujer del Bto. Pepino de Heristal. En el segundo libro, que es el más prolijo, detalla el autor las acciones de su héroe y las circunstancias de su preciosa muerte. Por último, ha destinado el tercero á la historia de sus milagros, pero solo de los que se operaron despues de su muerte. Al frente de su obra ha puesto una larga epístola,

dedicatoria ó prefacio dirigido al abad Tietmas y á toda la comunidad de Helmershausen. Allí da cuenta de la ejecucion de su proyecto, y refiere el motivo que hacia desear á este monasterio tan distante tener una historia de S. Modoaldo. Se hallaban en posesion de las reliquias de este santo, que habian obtenido de Brunon, uno de sus sucesores, despues de haberlas pedido por largo tiempo, lo que acaeció en 1107, el año veintisiete del gobierno del abad Tietmar. Basta esta sola fecha marcada por el mismo autor de la relacion, para destruir la opinion de los que querian conceder á Esteban III del nombre, abad de Saint Jacques, el honor de esta vida de S. Modoaldo. La razon es sin réplica, puesto que Esteban III no fué abad hasta 1134, cuando Tietmar, á quien se halla dirigido el escrito, no existia aún, y el escrito fué hecho hácia 1107. Despues viene una larga relacion en que detalla, no solo lo que se puso en obra para obtener las reliquias de S. Modoaldo y las de otros santos, sino tambien todo lo que pasó en el camino desde Tréveris á Helmershausen cuando la traslacion de las santas reliquias, y áun los primeros hechos de la historia de esta abadía. Surio es el primero que publicó la obra de este Abad, haciéndolo despues los continuadores de Bolando en 12 de Mayo, en cuyo dia se halla acompañada de observaciones preliminares y de algunas cortas notas. Tambien compuso algunos salmos con su música como el de S. Benito, y otro de Santiago el Mayor. Su aficion á la música le animaba á esta clase de composiciones, de que ejecutó un gran número, que eran muy estimadas, pero que no han llegado hasta nosotros. —S. B.

SAINT-JACQUES (Lamberto de), llamado *el Pequeño*. Hay pocos países que en la edad media hayan producido tantos y tan buenos escritores como el de Lieja. Esta iglesia ha tenido la ventaja de poseer obispos que no solo han sostenido y fomentado los buenos estudios, sino que han figurado tambien entre los sabios. Ponemos en este número á los obispos Esteban, Notger, Wollodon, Wazon, Bathier, Theoduino, Enrique *el Pacífico*, Otberto y Federico, que vivieron en los siglos X, XI y XII, y han dejado algunos escritos. Entre los sabios de un órden inferior contamos en la misma época algunos escritores célebres, como Alejandro y Anselmo, canónigo de Lieja. Gosechino, Framon, Alger, maestrescuela, y Raimbaldo, dean de la misma iglesia; Adelneaum ó Adelino, que fué despues obispo de Brescia; Lamberto, Gleribaud, Wraselin, abades de S. Lorenzo de Lieja; Folcuino y Heriger, monjes de Saubes; Olberto, abad de Gemblours, que tuvo por discípulo al célebre Burchard, obispo de Worms; Sigeberto y Anselmo, discípulos del mismo monasterio; Rodolfo Thierri, abades de Saint-Tron y Stepelin, monjes del mismo lugar; Thierri, abad de S. Huberto; Theofredo de Eptemar, Ruperto de Tuits, Wibaldo, abad de Stavelo y de Corbia, en Sa-

jonia, historiadores casi todos. En cuanto á Lamberto, llamado *el Pequeño*, monje de Santiago de Lieja, compuso una Crónica desde el año 988 hasta su muerte, acaecida en 1194, segun el monje Reinier, que ha continuado la Crónica hasta el año 1230, y que tomándola en el punto en que Lamberto la habia dejado, comienza con estas palabras: *Hoc anno* (1198) *moritur Lambertus Parvus; ecclesiæ nostræ sacerdos et monachus, et hucusque opus ejus.* La Crónica de Lamberto es muy lacónica, no se encuentra en ella más que nombres y fechas; pero la continuacion de Reinier está más detallada y nutrida de hechos. El P. Martenne ha publicado las dos obras en el tomo V de la *Amplissima collectio*, col. 1-64. — 2.° El mismo P. Martenne ha sacado de un manuscrito de la abadía de Orval otra Crónica de Lieja, que comienza en 549 y concluye en 1152. Esta Crónica es obra de un autor desconocido que estaba en Reims en 1152, cuando el obispo Alberto de Lovaina, á cuya comitiva pertenecia, fué asesinado por los del país que habian ido en su busca con el designio de matarle. El autor refiere como testigo ocular los milagros que dice haberse verificado inmediatamente despues sobre la tumba del Santo, y termina con esto su escrito, que se halla bastante escaso de hechos. El mayor número de años ha quedado vacío, y ni áun se encuentra una sucesion cierta de los obispos de Lieja. Sin embargo, muchos de los hechos que refiere, relativos á la historia, pueden dar alguna luz sobre la historia del país por el cuidado que ha tenido de marcar las épocas de los principales establecimientos religiosos. — 3.° El P. Labbé ha publicado tambien por un manuscrito de Saint-Victor de París, dos fragmentos de una Crónica de Lieja, que concluye en 1184, y que es mucho más fecunda en hechos que la anterior. Sin embargo, el editor dice haber suprimido muchas cosas que le han parecido inútiles y más conocidas en otros lugares. Si ha querido hablar de lo que precede al año 400, en que comienza lo impreso, ha hecho muy bien. Nada prueba que esta Crónica sea obra de muchos autores, aunque el P. Labbé la ha cortado el año 1152, como si lo que ha impreso despues no fuese su continuacion. Si hubiese que admitir muchos autores, no podria hacerse más que con respecto á la última época, es decir, desde 1333, época en que se ha comenzado á marcar no solo el año de los sucesos, sino tambien los dias en que han acaecido; lo que es un indicio cierto de autores contemporáneos. Por lo demás, el autor, cualquiera que él sea, ha tenido cuidado de recoger los rasgos más interesantes de la *Historia de los Países Bajos*, cuyas fechas establece. — S. B.

SAINT-JEAN (Abate de), muerto en Tolosa el 12 de Mayo de 1828, á la edad de ochenta años, era profesor jubilado de la universidad. Es autor del *Nuevo Manual eclesiástico*; 1827, en 12.° En el *Amigo de la Religion* de este año publicó la continuacion de este trabajo con el título: *Cartas entre diver-*

*sos asuntos relativas al santo ministerio y al ejercicio de sus funciones*; en 12.°, de 80 páginas. —Se le debe además: *Ensayo de un nuevo código moral religioso y práctico*, etc.; 1814, en 12.° —Obtuvo un premio en 1801 en la Academia de Chalons-sur-Marne, por una *Memoria sobre los medios de hacer los espectáculos útiles á las costumbres*; por último, compuso un número bastante grande de composiciones en verso para la *Academia de Juegos florales*, de que era miembro, lo mismo que de la de Ciencias, Inscripciones y Bellas Letras en Tolosa. Habia fundado un seminario diocesano en aquella ciudad, y dejó en su testamento cuatro mil francos á los pobres del hospital de San José de la Grave. —S. B.

SAINT-JOSÉ ó SAN JOSÉ (Pedro Foglia). Este religioso carmelita, conocido despues por el P. Mateo, nació en Macianisio, poblacion cerca de Cápua, el año 1617. Estudió la medicina y fué recibido doctor en esta facultad á los veintiun años de edad. Todo le anunciaba un buen porvenir en esta profesion; pero lo renunció para abrazar el estado monástico en la órden de Carmelitas descalzos, de la que tomó el hábito en Nápoles el año 1639. Luego que se ordenó de sacerdote, le juzgaron sus superiores muy á propósito para las misiones, y le hicieron marchar á Oriente. Desembarcando en Siria fué al célebre monasterio de Monte Carmelo, que era tenido como la cuna de la Orden, y de él pasó, en calidad de vicario general, al de Mar-Elia, que hacia algunos años se habia fundado sobre el monte Líbano. Encontró en él de superior al P. Celestino de Santa Lidrina, ó sea Pedro Galius, hermano de Santiago Galius, el célebre orientalista, que habia fundado esta casa. Simpatizando ambos religiosos, que por otra parte eran de una opinion en todo, les hizo íntimos amigos, de suerte que se comunicaron recíprocamente sus conocimientos. Por esta razon el P. San José se perfeccionó por medio de Galius en las lenguas orientales, y este aprendió los conocimientos que como médico tenia aquel en botánica y del arte del dibujo á fin de satisfacer el deseo que tenia de aprovecharse de su posicion para dar á conocer las plantas que crecian en los alrededores, á fin de poder fijar su nomenclatura árabe. Ocupados ambos amigos en este trabajo, todo el tiempo que lo permitian sus sagrados deberes, pasaban alegres su vida; pero ántes de terminarla fueron obligados á separarse despues de cinco años de íntima amistad. El P. Celestino fué llamado á Roma para vigilar las traducciones orientales de muchas obras piadosas, y el P. S. José recibió la órden de ir á la India, lo que ejecutó atravesando la Mesopotamia y la Persia. Como habia obtenido del Papa el permiso de ejercer le medicina, en atencion á que la práctica de esta ciencia podia proporcionarle acceso y ascendiente en los pueblos en que debia predicar el Evangelio, aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para adquirir nuevos conocimientos medicos, los que fijaba por me-

dio de notas, dibujos, ó por hojas aisladas que recolectaba. En las ocasiones en que se veia obligado á no salir de su morada, ya por causa de inundaciones ó por tener necesidad de descansar en sus viajes, empleaba sus materiales para hacer á pluma dibujos mayores y más correctos; y gracias á su excelente memoria, podia, conservando solo una parte, hacer en dibujo una planta entera: de este modo queria satisfacer los deseos de los amigos que tenia en Europa, y especialmente á Pedro Galius. Aprovechando el regreso á Europa de algunos de sus cofrades, en 1667, dirigió á este á Holanda una coleccion de seiscientos dibujos; pero habiendo ya muerto Galius á su llegada, se mandó á Roma esta coleccion para su hermano el P. Celestino. Trató en seguida este el medio de emplearlos con utilidad, y formó con ella el fondo de una historia de las plantas de la India, á la que pensó poner el título de *Viridarium Orientale*. Dió el P. S. José una copia de esta coleccion á su cofrade el P. Miguel de San Eliseo que ejercia la farmacia en la casa de la Orden en Milan; pero esta copia era muy inferior á los originales por haberla hecho una mano extraña. Estando en amistad este religioso con Santiago Zanoni, profesor de botánica en Bolonia, le mandó esta coleccion como á propósito para ser incluida en la *Historia de las plantas raras*, que habia emprendido; pero el P. Celestino, no teniendo conocimiento de este nuevo envió de S. José, juzgó podia ser útil para proporcionar la obra de que se ocupaba, y pasando á Bolonia pidió á Zanoni se la remitiese, lo que este le ofreció; pero no pudo aprovecharse de ella, porque murió en Roma el año de 1675, lo que contraria lo dicho en la *Biografía universal francesa*, en el artículo de Pedro Golius. Tres años despues fué cuando Zanoni poseyó el manuscrito, pero ya habia hecho uso de los grabados, pues que los hizo ejecutar ántes que se le mandase. Ciertamente que si ha de juzgarse por las sesenta figuras publicadas por Zanoni, estas eran sumamente imperfectas, pues la mayor parte parecen monstruosas y exageradas, de suerte que el prolijo trabajo del P. S. José se publicó desfigurado. Murió este sabio carmelita en Taffa, cerca de la embocadura del Indus, el año 1691. Cajetan dió una noticia en la obra de Zanoni, y su biógrafo Du Petit Thonars, en su artículo de la *Biografía universal de Michaud*, dió á conocer bien los trabajos botánicos de este Padre, para que pueda reformarse la opinion que por los dibujos de las plantas de Zanoni se forma de su inteligencia y criterio. — C.

SAINT-LO (Alejo de). Nació este religioso en Normandía de padres calvinistas; pero habiendo tocado á su alma un rayo de la divina gracia, abrió los ojos á la verdadera luz, y conociendo las verdades eternas y la tenebrosa oscuridad en que habia vivido, deseoso de salir de tan espantosas como peligrosas tinieblas, abrazó la fe católica con el mayor entusiasmo. Buscando el mejor medio de persistir en su creencia, tomó poco despues el hábito en

la órden de Capuchinos, y no tardó en distinguirse en ella como excelente predicador. Hizo tres viajes á Africa y á la América como misionero, y despues de haber edificado á aquellos países, ganando al cielo muchas almas y dando ejemplo de piedad, de caridad y de humildad cristiana, volvió á su patria y murió en Rouen en 1638. Dejó escrito este Padre en francés la obra titulada: *Relacion del viaje de Cabo Verde*; París y Rouen, 1638, en 12.° Partió el P. Alejo de Diepe el 11 de Octubre de 1635, con el P. Bernardino de Renouard; el 3 de Noviembre llegó á la rada de Rufisco; en Enero de 1636 se dirigió á Portugal, y despues fueron las misiones á Jonal, en donde se señaló su permanencia con el bautismo de multitud de negros de esta costa. Los geógrafos, dice su biógrafo Mr. Eyries, no pueden sacar mucho fruto del viaje de este capuchino, porque solo habla en su libro de sus trabajos apostólicos, y á pesar del título que le dió, no se halla en él la descripcion de Cabo Verde. Este escrito es la primera relacion impresa en francés en que se hallan detalles sobre los negros que habitan entre el Senegal y la Gambia. Con el nombre de Alexius Lopez se hace mencion de este religioso y de su obra por Wadingo en sus *Escritores de la órden de Menores*. — C.

SAINT-LOUP (Guiter ó Guithier de). Fué abad de este monasterio en Troyes durante cuarenta y cuatro años, desde 1153 hasta 1197. Su larga administracion no proporcionó, sin embargo, ningun hecho notable que merezca referirse. Es autor de una pequeña historia de su abadía, publicada por Nicolás Camusat, la que da alguna luz sobre las antigüedades eclesiásticas de la ciudad de Troyes. Habiéndole llevado la curiosidad, ántes de ser elevado á la dignidad abacial, á revolver los archivos de su monasterio para conocer las revoluciones por que habia pasado su iglesia, asciende hasta el tiempo de Cárlos *el Calvo*, á las invasiones de los normandos, mencionadas en lo que se refiere á la ciudad de Troyes, en un título del conde Adelerino del año 893, que nos ha conservado despues de haberle descifrado con mucho trabajo á causa de su antigüedad. Este conde Adelerino fué abad al mismo tiempo de Saint-Loup, segun la costumbre del siglo X, en que los grandes señores se habian apoderado de casi todos los monasterios, y despues de la partida de los normandos, reedificó la iglesia de Saint-Loup, no fuera de la ciudad como se hallaba anteriormente, sino en la misma ciudad, que se creyó necesario entónces fortificar. Desde esta época hasta la introduccion de los canónigos regulares en Saint-Loup en 1137. Todo lo que nos refiere el autor es que esta iglesia estaba gobernada por prebostes nombrados por los condes de Champaña, que hasta habian infeudado este derecho de nombramiento á la familia de Lapes. La reforma de este monasterio fué obra del conde Tibaldo *el Grande* ó *el Santo*, ayudado de los consejos de S. Bernardo, del obispo de Auxerre Hugo de Macon, y del obispo diocesano

Hatton. Ganter en la série de su historia traza la sucesion de los abades, de que fué el tercero, y se hace un deber en consignar en su escrito las piadosas liberalidades que hicieron á su iglesia los soberanos del país en el libro mismo de los Evangelios, enriquecido con placas de oro y pedrería, que habia regalado el conde Enrique *el Liberal* á esta iglesia con motivo del nacimiento de su hijo, venido al mundo el dia de la festividad de S. Lope, como lo atestigua nuestro autor. Camusat cita tambien algunas cartas de nuestro Abad, de que no es nuestro objeto ocuparnos.—S. B.

SAINT-MARC (Cárlos Hugo Lefebvre de), literato. Nació en París en 1738, murió en 1769; sirvió primero de alférez en un regimiento de infantería, despues quiso seguir el estado eclesiástico, y acabó por dedicarse á la enseñanza en algunas casas particulares. Se le deben ediciones muy estimadas de muchas obras de varios autores con notas, tales como las *Memorias de Fouquieres*; 1736.—*La Medicina de los pobres*, por Hecfuet; 1745.—*La Historia de Inglaterra*, de Rapin-Thoyros; 1743-1749, 16 vol. en 4.°—*Las obras de Boileau*; 1747, 5 vol. en 8.°—*Las obras de Pavillon*, 1750: de Chaulieu, 1751.—*Viaje de Champelle* y *Bachaumont*; 1755.—*Poesía de Malherbe*; 1757, en 8.°—*Poesías de Salaune*, de Montplaisir, de Saint Pavin y de Charlebot; 1759, 4 partes en 2 vol. en 12.°—La obra más importante de Saint-Marc es el *Compendio cosmológico de la historia de Italia desde la caida del imperio de Occidente*; París, 1761-70, 6 vol. en 8.°—M.

SAINT-MARC, ó Santo Marco (Hugolino), del órden de Predicadores y obispo de Cremona. La ciudad de Parma, en la Lombardía, capital del ducado del mismo nombre, fué patria del célebre Hugolino, nombrado de S. Marcos. Ignóranse tanto la calidad de la familia á que pertenecia, como el año en que abrazó la carrera eclesiástica en el instituto de los PP. Predicadores. Pero hallándole, como le hallamos, investido de la alta dignidad episcopal, sosteniendo el grave peso de este cargo en un tiempo tan borrascoso y turbulento como le tocó atravesar, no puede dudarse que la naturaleza le habia concedido grandes talentos, y que estos se habian cultivado con grande esmero por medio de una brillante educacion, que solo podia proporcionar á sus hijos en aquellos tiempos una noble y opulenta familia. El abate Ughel (*Italia sagrada*) que le atribuye una vasta erudicion, notable firmeza de carácter y grandeza de alma, dice que fué nombrado obispo de Crémona por el papa Juan XXII, en el año 1527. Las iglesias, particularmente las de Italia, tenian por entónces gran necesidad de pastores del carácter de que se hallaba adornado el que motiva el presente artículo. Ni la presencia del emperador Luis de Baviera, ni el temor que ocasionaban sus armas, ni todas las intrigas de los Gibelinos pudieron estorbar que este zeloso prelado entrase en posesion de su iglesia y que exhortase fuertemente á su

pueblo á permanecer unido y adicto siempre á la cátedra de S. Pedro, sin separarse de la obediencia que es debida al vicario de Jesucristo. Los cismáticos trataron más de una vez de sorprenderle ó intimidarle, pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Tan prudente como intrépido, conoció los artificios, despreció las amenazas, sostuvo su vacilante grey, y se opuso como una muralla de hierro á todas las tentativas de los enemigos de la paz. Luego que los rebeldes y facciosos vieron perdida toda la esperanza de poder inclinar á sus deseos el ánimo del obispo de Crémona, trataron de arrojarle con violencia de su iglesia á fin de dominar en seguida á su gente, sometiéndola á los caprichos de su voluntad. Segun el abad Fleury, Luis de Baviera en una dieta ó junta que tuvo lugar en un castillo de Brescia, nombrado Orzi, en el mes de Agosto de 1327, trató de desposeer á nuestro Obispo, nombrando en su lugar á un tal Baudino, hombre enteramente adicto á los intereses de este príncipe. Ughel, por el contrario, atribuye esta medida al antipapa Nicolao V, y fija el suceso en el mes de Junio de 1328. Estos dos pareceres pueden conciliarse muy fácilmente, pues consta, sin género de duda, que lo que el emperador habia iniciado en la célebre asamblea de Orci, trató luego de consumarlo el antipapa, y la deposicion del obispo fué uno de los primeros actos cismáticos que señalaron su intrusion, pero Hubolino, siempre firme y siempre dispuesto á derramar, si era preciso, la última gota de su sangre por la conservacion y salud de sus ovejas, no respetó más las impotentes amenazas del pretendido pontífice que las órdenes del príncipe que por un sacrílego atentado usurpaba una autoridad que no podia reconocerle sin criminal prevaricacion. Con su sabiduría y su firmeza desconcertó nuestro prelado por algun tiempo los designios de los cismáticos, y como era no ménos querido que respetado de su grey, esta le permaneció constantemente fiel, logrando por tal medio arrojar al fin de entre las ovejas al lobo que pretendia sujetarlas con la fuerza de las armas, y se detuvo en su lugar por espacio de diez y siete años, segun un historiador francés, y de veinticinco segun el cálculo más exacto de Fernando de Ughel. Miéntras que la mayor parte de los pueblos de Italia, ó entregados al espíritu del cisma, ó sujetos por la fuerza de las armas, vivian continuamente en la agitacion y en las turbaciones, divididos entre sí ó adictos á los de fuera, y justamente castigados de su sedicion por el anatema con que se veian abrumados, la iglesia de Crémona, bajo los cuidados de su vigilante pastor, gozó de una tranquilidad envidiable, y sirvió de asilo á algunos obispos perseguidos y que venian á buscar en ella el consuelo, la seguridad y el reposo que no les era posible encontrar en sus diócesis propias. Benito de Asinago, obispo de Como, uno de sus hermanos de religion, se halló con otros varios en el número de los que le debieron un asilo. La reputacion de Hugolino no

estuvo limitada únicamente á las iglesias de Italia, sino que le hizo estimable y respetado fuera de ella. El papa Benedicto XII, que tenia su silla apostólica en Aviñon, considerándole como uno de los prelados que en su siglo resplandecian más por su sabiduría y su celo y por su firmeza para sostenerse en aquellos borrascosos tiempos, le nombró su legado ó vicario en muchos pueblos de Italia para recibir la sumision de los habitantes, y absolver de las censuras á todos los que habian incurrido en ellas durante las últimas turbulencias. Esta comision, que exigia mucho tino para hacer un detenido exámen de las personas que debian ser reconciliadas con la Iglesia, era demasiado árdua para que la desempeñase un solo hombre, y al efecto Hugolino eligió tres doctores de mérito y de confianza que trabajaron en union suya y bajo sus órdenes para la reconciliacion de los culpables. Mucho deseáramos haber podido consignar aquí todos los sucesos de un obispado tan largo como glorioso, pero únicamente diremos que habiendo gobernado con prudencia y á satisfaccion de todos su iglesia por un dilatado espacio, hallándose ya cargado de años y de trabajos y resuelto á no ocuparse en adelante de otro negocio que el de su perfecta salud espiritual y el de la salvacion de su alma, el siervo de Dios abandonó voluntariamente su elevada dignidad en el año 1349, y se retiró al silencio del claustro á vivir entre sus hermanos. Interin que los fieles confiados á sus cuidados se habian visto combatidos ó amenazados, el santo Obispo permaneció entre ellos, exponiéndose generosamente al peligro para separarle de sus ovejas ó para recibir él solo todos los golpes que quisieran asestarles. No satisfecho con orar y gemir sobre los males de la Iglesia, desvelóse por instruir tanto con sus palabras como con sus ejemplos á un pueblo que por fortuna encontró siempre dócil y sumiso á su voz, y supo resistirse valerosamente á la iniquidad sin temer á la multitud ni al poder de sus enemigos. Mas luego que la divina Providencia, que siempre vela por su Iglesia, permitió luciesen dias más serenos por la fuga ó la conversion de los que la atacaban, el discípulo de Jesucristo, advertido por su mucha edad de que apénas le quedaba tiempo para disfrutar del retiro, entró colmado de alegría en su estado primitivo. Los piadosos ejercicios de la oracion y la penitencia, que habian santificado sus primeros años, llenaron por completo su idea y fueron su única ocupacion hasta los últimos momentos de su vida. Murió á fines del año 1350, y fué honoríficamente sepultado en la iglesia del convento de Sto. Domingo de Crémona, donde aún se veia su epitafio á principios del pasado siglo. —M. B.

SAINT-MARTIN (Fridugiro de), llamado tambien Nathanael entre los sabios de su siglo, fué discípulo de Alcuino y de la escuela de Josek segun se cree generalmente. Era por consecuencia inglés más bien que francés

de nacion. Alcuino se propuso principalmente hacer de él un decidido defensor de la fe. Con este designio le exhortaba á comprender bien lo que debia enseñar algun dia á los demás. Habiéndole propuesto el jóven discípulo diferentes cuestiones sobre la Santísima Trinidad, le contestó Alcuino y formó un tratado en preguntas y respuestas, que le dedicó como á su querido hijo. Fridugiro siguió despues á Alcuino, cuando pasó este de Inglaterra á Francia. Fué elevado al diaconado y empleado en los asuntos públicos. Con el objeto de impedir que él y otros dos de sus condiscípulos se uniesen á las cosas perecederas en el ejercicio de sus empleos, les hizo Alcuino un pequeño comentario sobre el Eclesiastés, que les dedicó en una epístola que se halla á su frente. Fridugiro se habia hecho célebre en Francia por su saber desde el reinado de Cárlos ántes de la conclusion del siglo VIII. Es uno de los sabios á quienes Teodulfo de Orleans ha creido deber dar lugar en su poema á este príncipe, asociándole á Osulfo, otro de los discípulos de Alcuino, á quien apénas se conoce más que por este lugar:

*Stet Levita decens Fredegis sociatus Osulfo,*
*Gnarus uterque artis, doctus uterque bene.*

Los asuntos públicos no ocupaban tanto á Fridugiro que no pasase algun tiempo cerca de su maestro Alcuino. Se encontró á su lado en su última enfermedad, y á su muerte le sucedió en la dignidad de abad de Saint Martin, aunque no era más que canónigo. La disciplina regular, que habia casi desaparecido de esta comunidad ántes que Alcuino se encargase de su gobierno, desapareció por completo durante la administracion de Fridugiro; de manera que poco despues de la muerte de Carlomagno se secularizaron todos los monjes. Fridugiro es el primero á quien se nombra entre los cuatro abades que suscribieron en 811 con muchos obispos el testamento de este príncipe. Tuvo bastante con el emperador Luis el Bondadoso su sucesor, ya por su mérito personal ó por sus protectores, para llegar á ser canciller suyo, dignidad que desempeñó el resto de sus dias, aunque lo hayan negado algunos sabios modernos. En 820 fué provisto en la abadía de Sithin ó Saint Bertin, que conservó con Saint Martin de Tours, y donde favoreció la relajacion hasta tal extremo que dejó extinguirse por completo el espíritu de S. Benito y todas las prácticas de la vida monástica. Fué más favorable al monasterio de Cormerin, que poseyó tambien por algun tiempo. Uno de los hechos más notables de Fridugiro fué sin disputa con Agobardo, arzobispo de Lyon. Habiendo leido algunos escritos de este prelado y habiendo descubierto en ellos ciertos lugares que le parecieron reprensibles, se propuso censurarlos. Pero lo ejecutó de una manera tan poco mesurada y con tanta

vivacidad, que suplicándole Agoberdo, se creyó obligado á comenzar por reconvenirle su acritud y sus exageraciones. Fridugiro murió en 834 despues de haber sido treinta años abad de Saint Martin y catorce de Sithin. Tuvo por sucesor á Adalardo en el primer monasterio y en el otro á Hugo, hijo de Carlomagno. No nos lisonjeamos en conocer todos los escritos que han salido de la pluma de Fridugiro Lo que vamos á decir de los que son más conocidos, puede hacer creer legitimamente que habia compuesto algunos otros: 1.° Existen citados como obras suyas, una Carta ó pequeño tratado filosófico *sobre la nada y sobre las tinieblas*, dirigido á los señores de palacio. El título no da al autor más que la calidad de diácono. Se publicó de consiguiente, á lo que parece, ántes de ser elevado á la dignidad de abad, y por lo tanto ántes del año 804. La primera parte está consagrada á probar que la nada es una cosa que tiene algo de real. Lo que Fridugiro procura demostrar ya con diferentes razonamientos, ya con la autoridad de la sagrada Escritura, que dice que Dios ha formado de la nada el mundo en que vivimos. Y despues de haber discurrido así, se ve obligado á convenir en que no se conoce claramente la verdad que pretende haber establecido, pero que sucede con esta verdad lo que con otras muchas que no son ménos ciertas aunque no se las puede comprender. Se habia lisonjeado desde luego con la más completa confianza de que iba á desarrollar y á poner en toda claridad la cuestion de la nada, que se habia agitado por tanto tiempo sin que nadie hubiera podido resolverla todavía. Estaba tan seguro de conseguirlo, que habia tomado medidas para que su demostracion llegase á la más remota posteridad. Sin embargo, á pesar de la pretendida solucion que se gloria haber dado á este problema, todavia se puede preguntar si la nada tiene algo de real. En la segunda parte de este pequeño tratado procura Fridugiro probar que las tinieblas son una sustancia corpórea. Para conseguirlo hace mucho más uso de los lugares de la sagrada Escritura en que se habla de tinieblas, más que de razonamientos. Pero confunde casi en todas partes la privacion de la luz, de que aquí se trata, con las sustancias oscuras y tenebrosas, ó para hablar con la escuela, lo abstracto con lo concreto. Por lo demás estas dos cuestiones demuestran cuál era el gusto de los filósofos en aquellas épocas y la manera de que las trata Fridugiro manifiesta que tenia sutileza de espíritu. El estilo es lo mejor. Es puro, claro y áun eminente, á pesar de las espinas de la filosofía. —2.° Fridugiro no era solamente filósofo, era tambien poeta y se dedicaba además á la teología, como se verá por la obra siguiente. En calidad de poeta hizo algunas composiciones en verso, y se cree que varias de ellas se encuentran entre los poemas de Alcuino. Se supone en particular que le pertenece la doscientas veintidos en que el autor hace una descripcion tan agradable como ventajosa de la si

tuacion de Cormeri. Parece evidente que es una queja de la musa de Fridugiro, porque viendo que este monasterio tenia un abad particular, iba á dejar de depender del de S. Martin.—3.° La crítica que hizo Fridugiro de algunas opiniones de Agobardo no existe hoy, no quedándonos más de ella que lo que ha insertado esta prelado en la réplica que la opuso. No puede decirse con exactitud si tenia razon en todo lo que hallaba de reprensible en su obra. Pero es cierto que revelando las faltas de Agobardo, cayó á su vez en algunos errores que este arzobispo no tardó en revelar. Fridugiro sostenia que habiendo sido Jesucristo verdaderamente humilde, se habia reconocido en esta calidad sujeto al error. Que los intérpretes de la Escritura Sagrada, lo mismo que los autores sagrados no habian pecado contra las reglas de la gramática. Que el Espíritu Santo no solo habia inspirado á los profetas y á los apóstoles el sentido de lo que han dicho ó escrito, sino que hasta habia formado en su boca las palabras de que se habian servido, como lo habia hecho con respecto á la burra de Balaam. Que las almas han sido creadas en cierto lugar ántes de pasar á los cuerpos que animan. Que una cosa es Dios y otra es la verdad. Que todos los patriarcas antiguos no han sido cristianos, y que Jesucristo no ha estado en el antiguo Testamento. — S. B.

SAINT-MARTIN (Guillermo de). Un monje de esta abadía en Tournai, de la órden del Cister, no teniendo á su cargo trabajo alguno, se puso á recorrer los escritos de S. Bernardo, para extractar sus más hermosos pensamientos y máximas más edificantes, siendo esto casi todo lo que sabemos de la vida de este religioso, á excepcion de que se llamaba Guillermo, que era probablemente belga, y que hacia este uso de sus ratos de ocio á mediados del siglo XIII. Fabricio indica el año 1240, Oudin 1246, Foppeus 1249. No hay ningun documento que dé una fecha exacta. Pero la coleccion de que se trata parece remontar hácia estas épocas en los manuscritos que poseia la biblioteca de los Benedictinos de Tournai y la de Colbert. Sus bibliógrafos la anuncian con este título: *De Bernardinum* (opus); *Flores ó libri decem sententiarum excerpti ex operibus et scriptis Sancti Bernardi.* El año 1482, Juan Roelhoff de Lubeck imprimió estos diez libros de extractos en trescientas páginas en folio: se han reproducido despues en la misma forma y en ciento cincuenta y dos hojas, sin indicacion de lugar ni año de impresion: pero segun todas las apariencias, en Nuremberg ántes del fin del siglo XV. Freytag dice que esta coleccion es anónima, porque en efecto no se nombra al cisterciense Guillermo en estas dos primeras ediciones, pero su nombre se lee al frente de la tercera ejecutada por Felipe Pigouchet y Durando Gesler en París en 1499, en 4.° *Guilelmi Sancti Martini Tornacensis monachi Benedictini, Bernardus sine flores ex Sancti Bernardi operi-*

*bus*. Las ediciones siguientes son de París del mismo Pigouchet en 1503, en 8.°, de Lyon en 1566, en 8.° y en 1570 en 12.° Precede á los diez libros una noticia sobre S. Bernardo: *Relatio de sancto Bernardo abbate*, terminada con estos dos versos:

*Par est in verbis id odoriferis opus herbis;*
*Nempe gerit flores Bernardi nobiliores.*

El prólogo de que hemos copiado las primeras líneas, *Cum non essem etc.*, está seguido de otros dos versos del mismo gusto:

*Flagrat Bernardus sacer in dictis quasi nardus;*
*E quibus hic tractus liber est in scripta redactus.*

Los editores de París en 1499 han puesto á continuacion de esta fecha un distico concebido así:

*Florida melliflui Bernardi prata peragrans,*
*Hinc tibi nectereas collige, lector, opes.*

Los pensamientos memorables del abad de Claraval se hallan distribuidos como sigue en los diez libros: el 1.°, que comienza por las palabras *Quid est Deus?* trata en veintiocho capítulos de las tres personas de la Santísima Trinidad; el 2.°, en un mismo número de capítulos, del hombre y del alma; el 3.° de los prelados y de los predicadores en treinta capítulos; el 4.° de los clérigos y de los monjes en veinticuatro; el 5.° de las virtudes; el 6.° de los vicios; el uno en cuarenta y ocho capítulos, y el otro en treinta y cuatro. Los libros 7, 8 y 9 no pueden recibir más que el nombre de miscelánea, siendo muy diferentes las cuestiones que se encuentran en ellos resueltas ó propuestas. Esta variedad se extiende á una gran parte del libro décimo ó último, pero tiene por complemento los elogios de la Santísima Virgen: *De quibusdam sermonibus venerabilis Patris Bernardi, in quibus continentur verbis quædam melliflua de beatissimâ Dei genitrice Maria; de dignitate et excellentia beatæ Mariæ Virginis*. Dedúcese de estos detalles que una série tan considerable de extractos difiere esencialmente de los que bajo el título de *Flores seu sententiæ ex Sancti Bernardi operibus depromptæ*, no ocupan más que seis columnas (1569-1574) en el primer volúmen de la edicion de San Bernardo publicada por el célebre benedictino P. Mabillon. — S. B.

SAINT-MARTIN (Guillermo). Fué este esclarecido sacerdote educado con el mayor esmero desde su infancia, en gracia sin duda de un talento

muy claro que desde luego demostró, y de su aplicacion nada comun en los jóvenes, y mucho ménos en los que como Guillermo podian contar con un patrimonio, que si no era para vivir con lujo, al ménos con desahogo podria pasarse con solo él. Estudió lo primero humanidades, y ya se señaló entre sus compañeros por su afan por tener siempre á la vista buenos modelos de oratoria, tanto en francés como en latin, que eran los únicos idiomas sobre los cuales él habia hecho algun estudio, pues aunque algo habia aprendido de griego, por entónces habia sido muy superficialmente, hasta que luego de sacerdote se perfeccionó en este idioma como en el hebreo, que quiso conocer para poder por sí mismo estudiar los originales de la Sagrada Escritura, y sacar el provecho que siempre se saca de ver las variantes que los traductores han introducido, y que en alguna ocasion pueden hasta comprometer el verdadero sentido de los textos. Luego estudió filosofia, y esta ciencia claro es que le alentó más y más para el conocimiento de los medios de investigar la verdad en cualquier motivo en que se funde, con lo cual pudo disponerse como era conveniente para entrar al estudio de la sagrada teologia, en el cual adelantó muchísimo, pues lo tomó con grande aficion, y como era donde habia de fijar su atencion, porque era la ciencia fundamental de su carrera, desde luego se imbuyó en su estudio todo cuanto pudo, y en realidad de verdad adelantó muchísimo á pesar de las dificultades que tiene esta ciencia, algun tanto oscura, como que sus fundamentos son sobre nuestra limitada capacidad. Hizo sus estudios con tal provecho, que puede decirse que no los habia concluido aún cuando ya fué admitido á los ejercicios que era preciso sufrir para obtener el doctorado; fué tal el desembarazo, acierto y erudicion con que sostuvo estas pruebas, que con razon arredran á las mejores capacidades, porque son muy dificiles por lo mismo que proporcionan grande honor, que por unanimidad y *nemine discrepante* fué aprobado, siendo para el claustro de París un verdadero gozo el poner sobre la cabeza del jóven el bonete laureado que premiaba de la manera más adecuada posible los esfuerzos, constancia y aplicacion de muchos años. Cuando tuvo edad para ello, que fué al siguiente año de doctorarse, ascendió al sagrado órden del presbiterado, recibiendo de su prelado las más señaladas muestras de una deferencia nada comun, como fueron el dispensarle el sinodo para su ordenacion, por decir el prelado que tenia suficientemente probada su suficiencia, el concederle desde luego licencias absolutas para celebrar, predicar y confesar personas de ambos sexos; y el asistir el mismo prelado á la celebracion de su primera misa, cediendo al nuevo sacerdote sus bendiciones y demás cosas, como si S. E. no estuviese presente; esto por lo que hace á deferencias en su ordenacion y demás circunstancias que puede decirse precedieron y acompañaron á su estableci-

miento en el estado sacerdotal; despues se señaló muy mucho el afecto del prelado en el destino que le dió, pues es sabido que para la cura de almas en las capitales se busca siempre hombres que la hayan ejercido en otros lugares de ménos importancia, y sin embargo, por París empezó su carrera de cura nuestro Guillermo Saint Martin, siendo nombrado, sin él pretenderlo ni áun saberlo, para el curato de la Baja Santa Capilla, donde ejerció su ministerio no como jóven que empieza, sino acaso con tanto ó más acierto que los hombres maduros, encanecidos tal vez en el ejercicio de la cura de almas. Como uno de los ministerios del párroco es la predicacion, á esta se dedicó especialmente Saint-Martin, sin descuidar por esto el exacto cumplimiento de los demás, y llegó á tomar tal aficion al púlpito y predicar con tanto esmero y cuidado, que con razon mereció ser una de las notabilidades del púlpito en su siglo, tanto que el rey Luis XIV le hizo predicar en su presencia todas las dominicas y algunas otras ferias del Adviento de 1677, quedando sumamente complacido S. M. y el inmenso concurso que atraia por una parte la fama siempre creciente del orador, por otra la presencia del rey, que en Francia como en España, en los siglos pasados como en el presente, excita siempre y llama hácia sí la atencion de todos. Indudablemente este acierto que tuvo para predicar en la presencia del monarca hubo de ser lo que dió márgen á que Luis XIV le nombrára lo que en Francia se llama *limosnero* de S. M., que viene á ser un cargo tan distinguido como el de nuestros capellanes de honor. No se crea ni que por este su nuevo destino desatendió en lo más mínimo su parroquia, ni mucho ménos el que dejára de predicar cada vez con más frecuencia y aprovechamiento de los fieles; todo al contrario, aunque el rey le ocupaba en muchas y muy difíciles comisiones de que siempre, ó casi siempre al ménos, daba favorable resultado, aunque le consultaban muchos porque conocian su tino y prudencia y se convencian de que podrian sacar provecho de sus consejos, que casi siempre seguian ciegamente; parecia que el tiempo se le multiplicaba, pues cuantas más eran sus ocupaciones, más tomaba sobre sí, no por miras interesadas, porque estas no le llevaron nunca, sino por caridad, por bien de los fieles que eran para él objeto de la más tierna predileccion. Preciso es que ántes de consignar los escritos predicables que nuestro Saint Martin publicó, demos una idea de cómo estaba el púlpito en Francia en la época del orador á que nos referimos. Sin que se sepa de dónde procedió tan lamentable corruptela, se comenzó á mediados del siglo XVI á usar en el púlpito de toda especie de pruebas, de toda clase de comparaciones, de todo género de autoridades, y mezclando ignorantemente los textos de la Escritura, con las citas de autores profanos, llegaba el atrevimiento de los oradores hasta tal extremo, que ya no se reparaba en poner en el púlpito á la consideracion de los fieles,

como adornos retóricos, las más extravagantes fábulas cuando no las obscenidades de la mitología. Los prelados lamentaban esta conducta de parte de los predicadores, pero los auditorios parecian autorizarla porque les halagaba algun tanto, así es que no habia manera de reprimir un abuso enteramente lamentable y que merecia un correctivo, pero un correctivo fuerte, enérgico. En nuestra patria le tuvo con una preciosa obra del inmortal P. Isla, que llamó *Historia del más famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas*; pero en Francia no tuvieron la suerte de que un ingenio gigantesco como el citado saliese á la defensa de este importante punto; sin embargo, primero Saint-Martin y luego Bossuet, Bourdaloue y Masillon dejaron bien sentado el pabellon de la oratoria, confundiendo á los que tuvieron la extravagancia de tomar un rumbo tan impropio de la cátedra del Espíritu Santo, como indigno de los adelantos de su época. Consideremos empero á Saint-Martin, que es ahora nuestro objeto, y á fuer de imparciales, habremos de decir que no fueron sus sermones como los de Masillon y Bourdaloue, pero que para la reforma del púlpito influyó él tanto como aquellos colosales ingenios. Saint Martin se propuso y lo logró no usar en el púlpito de otras autoridades que las de la Escritura, Santos Padres, concilios y tradicion, pero la tradicion fundada, no esa tradicion vulgar que generalmente desvirtua los hechos; no poner otras comparaciones ni otros ejemplos que los citados en estos mismos criterios de verdad, con lo cual claro es que se despojaban los sermones del fárrago de profanidades de que los cargaban los demás predicadores, por lo cual todos acudian á buscar en él el pasto que no encontraban en los otros oradores. A ellos les servia de algun disgusto el que hubiese tomado este giro nuevo, y que tenia que dar por resultado el que ellos abandonáran su ridículo sistema; pero tuvieron que conformarse, porque al cabo conocian que el sistema de Saint-Martin era mucho más conforme al espíritu de la Iglesia. Obligado á ello por las excitaciones de diferentes sugetos de importancia en Francia, dió á luz sus sermones coleccionados en siete volúmenes, que aparecieron en 1683 y 1685, comprendiendo el Adviento un tomo, la Cuaresma dos, Panegíricos de santos dos y la octava de Corpus Christi uno.—El sétimo, que comprendia algunos sermones de misterios, otros pronunciados en profesiones religiosas, y algunos de los que habia hecho con motivo de instalarse en París los sínodos diocesanos que se verificaban de tiempo en tiempo, no apareció hasta 1694, sin que pueda explicarse el motivo de tal retraso. De todo lo dicho se infiere que el estilo del Sr. Saint-Martin puede considerarse como un término medio entre el sublime de Masillon y el vulgar de los escritores anteriores de su época. El P. Houdry, de la Compañía de Jesus, cita muchas veces los sermones del Sr. Saint-Martin como modelos en su época y género, y el ilustrado publicista Mr. Mi-

gne, que tan importante servicio está prestando con su publicacion á las ciencias eclesiásticas, ha consignado á nuestro hombre como uno de los más esclarecidos oradores de Francia, habiendo dado sus sermones en la obra que sobre la materia publicó con el título de *Œuvres completes de Fimontieris, et sermons choisis de la Volpiliere et de Guillaume de Saint-Martin*, que forman los tomos VIII y IX de su Enciclopedia, y que publicados en 1844 fueron y son muy buscados, porque en efecto son como un tipo particular.—G. R.

SAINT-MARTIN (Juan Didier de). Nació este zeloso misionero en París el dia 18 de Enero de 1743. Formó su educacion religiosa, sirviendo en el culto entre los clérigos de S. Mederico. Fué maestro de conferencia y despues director del seminario de S. Luis. En 1772 recibió la borla de doctor en teología, y sintiéndose arrastrado hácia las misiones extranjeras, partió el mismo año para China, sin despedirse de sus parientes para que no estorbasen su vocacion. Permaneció por algun tiempo en Macao, á fin de imponerse en el ceremonial, y en 1774 llegó á la provincia de Ssetechouan adonde le enviaron sus superiores. Su zelo y aplicacion le hicieron sobreponerse á las primeras dificultades que se le presentaron, y en pocos años llegó á poseer tan perfectamente la lengua del país, que no solo predicó en chino como en su propia lengua, sino que publicó en esta lengua una traduccion del libro de la *Imitacion de Jesucristo*. En 1774 fué nombrado coadjutor del vicario apostólico de Sse-tchouan y consagrado obispo de Canadre *in partibus*. Fué preso en la persecucion de 1785, que arrebató á las misiones de la China tres obispos y otros quince sacerdotes europeos. Volviéndole la libertad al cabo de algunos meses, con la condicion de permanecer en Pekin ó de salir del imperio, el obispo de Canadre tomó este último partido y se fué á Manila, en donde aguardó una ocasion favorable para volver á Sse-tchouan, lo que verificó en 1789. En este punto llegó á ser tres años despues vicario apostólico de esta provincia, en la que estableció en 1793 escuelas de niñas. Pudo librarse de las persecuciones parciales que se renovaron por intervalos, y acabó su laboriosa carrera el dia 15 de Noviembre de 1801. Este virtuoso misionero tenia una alma encendida en el amor de Dios, y devorada, por decirlo así, de un zelo extraordinario por la salvacion de las almas. Bendijo el Señor sus trabajos, pues que en los nueve años que precedieron á su muerte, la cristiandad de Sse-tchouan aumentó en más de la mitad el número de los fieles, que se elevó desde veinticinco mil hasta cuarenta mil, á pesar de las persecuciones. Fué infatigable en el trabajo; tradujo en chino más de treinta obras, además de la *Imitacion de Jesucristo* y del *Catecismo de Montpelhier*. Inmensa correspondencia mantuvo con sus hermanos de Europa y con los demás misioneros de China, y diez y ocho de sus cartas se publica-

ron en los tres primeros volúmenes de las *Nuevas Cartas edificantes*, y el abate Labourderie, gran vicario de la diócesis de Aviñon, publicó otras veintitres con este título: *Cartas de Mr. de Saint-Martin, obispo de Canadre, á su padre, á su madre y á su hermano, religioso benedictino*, precedidas de una noticia biográfica y seguidas de notas; Paris, 1822, en 8.° con facsímile. A esta obra se ha unido un *Ensayo sobre la legislacion china*, por Mr. Dellac, escrito sacado del *Viajero francés* del P. Duhalde, y sobre todo del Ta-tsing-leuli, traducido en francés por la version inglesa de Stanuton, por Renuard de Saint-Croix, bajo el título de *Código penal de la China*. Las cartas proporcionan detalles curiosos y edificantes, pero son muy minuciosas, y las notas del editor son interesantes, si bien se nota en estas cierto desprecio de las ciencias y conocimientos de los chinos y citas de Voltaire y de J. S. Rousseau, que no se avienen bien con el carácter de esta obra, ni eran necesarias de modo alguno.—C.

SAINT MARTIN (P. Juan Bautista Pasinato), más conocido bajo el nombre del P. físico y agrónomo, nació en 1738 en S. Martin de Lupari, en la provincia de Treviso; tomó el hábito en el convento de Capuchinos de Bassano, donde pronunció sus votos. Enviado por sus superiores en calidad de limosnero al hospital de Vicenza, se puso en relaciones con los médicos del establecimiento y se consagró con ardor al estudio de las ciencias naturales. Obtuvo premios en muchas sociedades científicas de Italia, y continuó despues de la supresion de su Orden fiel á la regla de S. Francisco, muriendo en 1808 en el desempeño del modesto cargo de maestro de escuela. Entre sus numerosas obras citaremos las siguientes: *Obras*; Venecia, 1791 3 volúmenes en 8.°, compuestas de los artículos que habia publicado anteriormente en el *Diario Enciclopédico*: *Método para sustituir la miel al azúcar, confirmado por nuevos experimentos*; Agosto, 1792.—*Carta sobre la costumbre de tocar las campanas durante las tempestades*, 1794; *sobre la construccion de un termómetro*; en el tomo VI de las *Actas de la Sociedad Italiana; sobre el orígen del carbono que entra en las plantas*; ibid. tomo VIII. *Ensayo sobre un nuevo eudiómetro*; ibid. XXIII. *La teoría Caliacino*; ibid. XXIV. *Causas que ponen rancio al aceite y medios de neutralizarlo*, artículo traducido de la *Biblioteca físico económica* de Paris con notas; ibid. —S. B.

SAINT MARTIN (Pedro de), canónigo de Troyes, escribió hacia 1204 una carta relativa á una reliquia de Saint Victor, que ha llamado la atencion de Tillemont. Léese en ella que el emperador Juan Comneno habia obtenido del obispo de Marsella una parte de la cabeza de S. Victor en épocas remotas, y que para conservar un tesoro tan precioso, habia construido una iglesia y un monasterio en Constantinopla, pero que en la toma de esta

ciudad por los franceses en 1204, Garnier, obispo de Troyes, se apoderó de la reliquia y la dió á un canónigo llamado Pedro, capellan suyo á la sazon y autor de esta relacion; que Pedro la entregó al arzobispo de Sens; que este prelado guardó una parte de ella y regaló la otra á los Victorinos de Paris. Estos la recibieron solemnemente en 12 de Abril, sin decir el año; pero tenian entónces por abad á Juan el Teutónico, que los gobernó desde 1203 hasta 1229. La relacion del canónigo Pedro puede por lo tanto haber sido redactada hácia 1209. Los Victorinos la conservaban con particular esmero. Bajo el nombre de Pedro, dean de Troyes ó de Tréveris, hay una version manuscrita de la historia escolástica de Concestor, version intitulada: *Las historias escolásticas*, pudiendo muy bien ser que el traductor sea el canónigo Pedro de que acabamos de hablar.—S. B.

SAINT-MAURIS (Santiago de). Más que por este nombre se conoce en el Franco-Condado en el siglo XVI á este hombre de estado con el de prior de Bellefontaine, beneficio que por un abuso muy comun en esta época habia obtenido ántes de la edad prevenida por los cánones. Nació en Dole el año 1530: fué hijo de Juan de Saint-Mauris, sabio jurisconsulto, á quien habian elevado sus talentos de una cátedra de profesor en derecho á las primeras dignidades de la magistratura. Acababa sus estudios en la academia de Padua cuando tuvo la desgracia de perder á su padre; pero encontró en el cardenal de Granvella, su próximo pariente, un guia y protector cuyos consejos y apoyo jamás le faltaron. Conforme fué avanzando en edad Saint-Mauris fué disgustándose del estado eclesiástico, y el prior de Bellefontaine no hubiera pasado á ser más si el cardenal no le instase con empeño á recibir las órdenes sagradas, cuyo sacrificio hizo al fin más por complacer á su protector que por vocacion. Recompensóse su docilidad con un canonicato en el cabildo de S. Juan de Besanzon, del que no tardó en ser uno de los principales dignatarios. Tenia entónces esta diócesis por arzobispo á Claudio Baume, prelado que solo tenia doce años de edad, y que lo mismo que Saint-Mauris hubiera deseado conservar su título sin pronunciar votos indisolubles. Ya fuese que Saint-Mauris estuviese animado de este zelo tan natural á los neófitos, ya que entreviese la posibilidad de reemplazar á la Baume sobre la silla de Besanzon, llegó á ser un vigilante sumamente incómodo para el arzobispo, y no cesó de atormentarle hasta que tomó las órdenes. Nombrado por influencia del cardenal Granvella consejero por el clero y despues miembro del parlamento de Dole, el zelo con que llenó Saint-Mauris sus funciones le mereció la confianza de la corte de España, que le empló en diversas circunstancias de suma importancia. Fué nombrado tambien muchas veces diputado á Bruselas por los estados de la provincia, y en todas sus comisiones se distinguió por su prudencia y habilidad. Elegido el car-

denal Granvella arzobispo de Besanzon; pero no pudiendo residir en su diócesis, dió á Saint-Mauris una prueba de su aprecio, nombrándole miembro del consejo al que encargó la administracion del arzobispado. El carácter pendenciero de Saint-Mauris y sus exageradas pretensiones le granjearon numerosos enemigos, que desearon humillarle á todo trance, y áun cuando esto fuese poco caritativo, su conducta para con sus hermanos era tal que daba frecuentemente lugar á la crítica. Denunciáronle á la corte de Roma; pero informado á tiempo el cardenal Granvella de la acusacion, detuvo sus consecuencias. Provisto Saint-Mauris de muchos beneficios, obtuvo en 1596 la abadia de Montbenoit. Por una equivocacion Durand, en su *Historia de la administracion de justicia del condado de Borgoña*, fija su muerte en 1570; pero Saint-Mauris murió en 1602 y fué enterrado en el sepulcro de su familia en S. Esteban, en el que se vió su epitafio hasta la demolicion de esta iglesia en 1674. Dice su biógrafo M. Weis que se han conservado en la biblioteca de esta ciudad tres volúmenes de la correspondencia de Saint-Mauris con el cardenal Granvella, muy interesantes por las noticias que dan sobre las tentativas de los protestantes para establecerse en el Franco-Condado, de la que extractó las principales cartas Berthod, uno de los últimos sabios de la congregacion de S. Mauro, cuyo trabajo quedó inedito en la misma biblioteca. — C.

SAINT-MEDARD (Gerardo de), que forma el objeto de este artículo, no ha sido conocido hasta aquí más que por el prefacio de uno de sus escritos y el título de dean de su monasterio de Soissons. Segun todas las apariencias fué en aquel mismo lugar donde se consagró á Dios abrazando la vida monástica. Esta abadia tenia á la sazon la misma suerte que otras muchas que habian caido en manos de abades no regulares, y estaban gobernadas por deanes ó prebostes, á quienes se llamaba algunas veces *pro abbates* por ocupar el puesto de los abades. Saint Medard estuvo gobernado de esta manera hasta Gerardo, ó al ménos durante dos ó tres deanes: Ingranno y Foulcario ó Fondeer, que fueron ambos elevados al episcopado, el primero en 932 á la silla de Laon, el otro en 934 á la de Noyon. El P. Mabillon creyó primero que Gerar habia sucedido á Ingranno en el cargo de dean; pero se decidió despues por Folcario; Gerardo no fué revestido de esta dignidad hasta 954. Era ya viejo, puesto que en uno de sus escritos, compuesto poco despues, dice que se hallaba tan caduco, que aguardaba por momentos su última hora. El cuidado que se veia obligado á tener de su comunidad, no le impedia consagrar algun tiempo al estudio, y aunque no se conoce más que una obra suya, creemos tener pruebas de que compuso muchas. 1.° Trabajó en una nueva vida de S. Roman, obispo de Rouen, muerto en 639. El mismo nos refiere el motivo con que la emprendió. Tenia una sobrina reli-

giosa en nuestra Señora de Soissons, que habiendo recibido de un clérigo de aquella diócesis la vida de este santo obispo, escrita en prosa y verso, se la regaló á Gerardo. La noticia de este descubrimiento no tardó en llegar hasta Hugo, arzobispo de Rouen, que suplicó á Gerardo le comunicase estos dos escritos. Encontrando el dean el manuscrito de la que estaba en prosa demasiado estropeado á causa de su grande antigüedad, compuso una nueva vida en la forma de lo que contenia y envió su nueva obra á Hugo con la antigua vida en verso. No nos es posible satisfacer á nuestros lectores sobre el modo con que Gerardo llevó su trabajo. Para juzgar formalmente seria necesario tener, lo mismo que la antigua vida sobre que trabajó, la nueva que hizo sobre aquel modelo. La primera se ha perdido y no es la misma que la publicada por Nicolás Rigault conforme supone el P. Mabillon. En cuanto á la obra de Gerardo no se ha creido conveniente imprimir más que la epístola dedicatoria al arzobispo de Rouen con las primeras palabras del cuerpo de la composicion y otro tanto del prefacio. Como es sin embargo más antigua en cerca de doscientos años que la vida del mismo S. Roman, escrita por Fulberto, arzobispo de Rouen, y que la misma publicada por Rigault, quizá merezca la preferencia. Es por lo ménos cierto que tiene la ventaja de haber sido hecha sobre la vida original del santo, y quizá de haber servido tambien de modelo al escrito de Fulberto. La inscripcion de la epístola de Gerardo es notable por su singularidad. Se califica de Venerable Padre de Cenobitas por la gracia de Dios: *Gerardus, gratia Dei, Venerabilis Pater Cœnobitarum.* Puede por otra parte no emplear aqui el término de venerable más que con motivo de la avanzada edad que á la sazon tenia. Termina su epístola con tres versos heróicos, en los que hace votos de prosperidad por el arzobispo, y parece tambien que por su cabildo y los monjes de Saint Ouen, á cuyas oraciones suplica al prelado le recomiende.—2.° Los P. Martenne y Durand han publicado tambien una vida de S. Remigio, otro arzobispo de Rouen, muerto en 771, en la que se descubren muchos caractéres que convienen á Gerardo, y que nos parecen suficientes para atribuírsela. I. No hay más que verla para comprender que es obra de un monje. Lo prueba principalmente la manera ventajosa con que habla de San Benito y las órdenes monásticas.—II. El autor manifiesta con mucha claridad que ha pertenecido á la abadía de Saint Medard de Soissons. Termina su escrito, que parece haber emprendido en parte con este objeto, por referirnos que el cuerpo del santo obispo habia sido trasladado á este monasterio, donde se conservaba con veneracion á consecuencia de la posesion que tenia la iglesia de este santo depósito, le califica en el prefacio de su escrito de nuestro santo prelado.—III. Era conveniente, y áun una tradicion comun en aquella época, que la abadía de Saint Medard, que era hacia un siglo depo-

sitaria de aquellas santas reliquias, poseia la historia del santo á que pertenecian. IV. Es evidente que el escrito en cuestion fué hecho mucho tiempo despues de la traslacion de que se acaba de hablar y ántes que el santo cuerpo fuese llevado á Rouen, lo que no se verificó hasta 1090. La época de su traslacion á Saint Medard puede fijarse con bastante facilidad, es la de la toma de Rouen por los normandos en 842. Hubo entónces necesidad de llevarse léjos las reliquias de los santos para sustraerlas al furor de aquellos bárbaros. La época en que se escribió esta obra conviene pues perfectamente al tiempo en que florecia Gerardo, dean de Saint Medard. V. No se puede en verdad apoyarse mucho sobre la conformidad de estilo en favor de la opinion que establecemos, porque no se ha impreso más que un fragmento de los escritos de Gerardo. Pero se puede, por lo ménos, asegurar que entre este fragmento y la vida de que aquí se trata no hay diferencia bastante marcada para formar una objecion razonable. Esta vida es corta, pero bien escrita para su siglo. Una de las principales causas de su brevedad es que el autor no tenia, de lo que se queja él mismo, más que tradiciones orales para componerla, y estas tradiciones no eran muy numerosas en Soissons. Si la obra se habia escrito en Rouen, donde debia haber más noticias de S. Remigio, el autor habria tenido más recursos. A excepcion de cinco ó seis acontecimientos, el nacimiento, la educacion del santo obispo, su elevacion al episcopado, su viaje á Fleury con su hermano Carlomagno, su muerte y la traslacion de su cuerpo á Saint Medard, el resto de la composicion no consiste más que en lugares comunes. Aun los sucesos que se acaban de citar solo se tocan ligeramente. Solo se halla detallado el viaje de Fleury con motivo de las reliquias de S. Benito. Nuestro autor hace con este motivo una digresion muy notable sobre el príncipe Carloman, monje de Monte Casino, en que se detiene con gusto. Esta vida se escapó á las investigaciones del laborioso Bolando, que se vió obligado para suplirla á recurrir á documentos extranjeros.—3.° Todavia existe hoy en la bóveda de la iglesia de S. Medardo de Soissons, una piedra en que se lee, aunque con trabajo, el epitafio de la reina Ogiva ú Ethgiva en cinco largos versos, que no son absolutamente malos para su siglo. Como esta princesa, mujer primera de Cárlos *el Simple* y en segundas nupcias de Heriberto, conde de Troyes, fué enterrada en Saint Medard en tiempo de Gerardo, su epitafio puede muy bien pertenecer á este dean, que se preciaba algo de poeta, como se ve por el final de su epístola á Hugo, arzobispo de Rouen. —S. B.

SAINT-NON (Juan Claudio Ricardo, abad de). Este eclesiástico artista nació en París el año 1727. Fué hijo de un recaudador general de hacienda pública, y descendiente, por parte de su madre, de los Boullougne, pintores del rey. Desde su infancia manifestó su decidida aficion á las bellas ar-

tes; pero obligado por sus padres á elegir un estado, estudió la teología y la jurisprudencia, y ya diácono, fué nombrado miembro del Consejo del clero. A pesar de su repugnancia á la curia y á los procesos, llenó con exactitud sus deberes de magistrado; pero en sus ratos desocupados cultivaba con pasion la música, el dibujo, la pintura y el grabado. Las discusiones á que dió lugar una bula le desterraron del Parlamento, y fué mandado bajo partida de registro á Poitiers, en donde pasó un año que contaba como el más feliz de su vida, porque se entregó completamente al dibujo. El Parlamento no aprendió durante el destierro de Saint-Non á plegarse á las exigencias de la corte, y fatigado de unos debates, á los que no podia permanecer indiferente, se aprovechó de una circunstancia favorable para hacer dimision de su plaza de consejero. Luego que se vió libre de este cargo, se dirigió en 1759 á Italia, cuyo país hacia mucho tiempo deseaba visitar. En Roma hizo amistad con Roberto de Fragonard, jóven como él, apasionado á las artes, y en su compañía visitó el reino de Nápoles, la cima del Vesubio, las ruinas del Herculano y el museo de Pórtici, en cuyos sitios fué dibujando con su amigo todos los objetos que más llamaron su atencion. Volviendo á Roma, habitó muchos meses en Tiboli y en la villa de Este, no dejando pasar un solo dia sin enriquecer su cartera con nuevos dibujos. A los tres años de ausencia volvió á Francia, y poniendo en órden sus dibujos, se ocupó en grabarlos por medio del agua fuerte, que era el más expedito, y cuyo conocimiento debió á su amigo Lafosse, que habia empleado secretamente este método. Por este procedimiento publicó Saint-Non la série de vistas de Roma en sesenta láminas, siguiendo otras muchas á esta curiosa coleccion. El buen éxito que obtuvieron animó á Saint-Non á emprender el *Viaje pintoresco por Italia*. Semejante empresa, que no tenia ejemplo entónces, era muy superior á las fuerzas de un particular en cuanto á los gastos que habia que cubrir; pero una porcion de aficionados á las artes se apresuraron á auxiliarle para que pudiese llevarla á cabo. Partieron á Italia nuevos pintores bajo la direccion de M. Denon, á fin de completar la galería de vistas de este bello país. Al llegar aquí debemos hacer presente, como lo dice Mr. Weis, biógrafo de Non, que Denon y Saint-Non se han confundido algunas veces por los escritores, entre ellos los del *Diccionario universal*, que atribuyen al autor del *Viaje pintoresco* una comedia en tres actos, en prosa, titulada: *Julia ó el Buen padre*, que compuso Denon y que se representó en 1769. Encargóse Saint-Non de dirigir á los artistas de París que cooperaron á esta bella obra, y lo hizo con tal actividad, que el Viaje de Nápoles y de Sicilia se hizo desde 1778 á 1786. En este intervalo los capitalistas, que no participaban de su entusiasmo, rehusaron dar las sumas que le habian prometido, y el abad de Saint-Non, á fin de cumplir lo que habia ofrecido al pú-

blico, se vió obligado á sacrificar toda su fortuna y la de su hermano. De este modo llegó este religioso artista á terminar una obra que será siempre considerada como uno de los más bellos monumentos que un particular haya podido elevar á la gloria de las artes. Fué Saint-Non admitido, con el modesto título de miembro honorario, en la academia de Pintura. No poseia Saint-Non otro beneficio que la abadía du Poulthiers, en la diócesis de Langres, que le rentaba ocho mil libras, y se apresuró á ofrecer la mitad á la Asamblea Nacional para contribuir á llenar el déficit del Estado. Así como otros, creyó que la revolucion dirigida por los que clamaban contra los abusos, haria la reforma, y se lisonjeaba de que pronto se lograria que fuesen felices todos los franceses; pero al ménos él lo fué de no ser testigo de los excesos que bien pronto pesaron sobre su patria, pues que murió el dia 25 de Noviembre de 1791. La amistad de Saint-Non con todos los artistas contribuyó mucho á los progresos que el dibujo y el grabado hicieron en Francia en su época, y despues de su muerte contó entre sus amigos á los más distinguidos literatos, y muchos de ellos quisieron tomar parte en una obra á la que debe una reputacion justísima que no acabará tan pronto. Entre los literatos que se interesaron en el viaje de Saint-Non, dándole descripciones versos y observaciones, debemos hacer mencion de Chamfort, el abate Delille, el duque de Nivernais, Barthe; Paris, arquitecto del rey; Piccinni, Dolomieu, Romé, Delisle y otros. *El Viaje pintoresco de Nápoles y de Sicilia*, publicado en París en 1781 y 1786, compone cinco volúmenes gruesos en folio; se halla adornado con 417 grandes estampas y 125 viñetas y florones y demás adornos grabados por los mejores artistas. Mr. Brunet publicó en su *Manual del librero* una descripcion bibliográfica muy detallada de esta bella obra. El análisis del *Viaje pintoresco*, publicado por Brizard en el *Mercurio* de Febrero de 1787, se reimprimió por separado en 8.° Los apasionados buscan con avidez un *Recueil de degriffonis*, grabado por el abad de Saint-Non en fol., que se compone de 294 planchas. Se ve en el *Manual de los curiosos*, por Hubert y Bost, al tomo VIII, el catálogo de los grabados al agua fuerte por Saint-Non, por las de Le Prince, Robert, Fragonard y otros maestros, así como sus estampas hechas al lapiz y al humo, imitando á Robert. Mr. Brizard publicó una noticia acerca de Saint-Non, en Paris en 8.°, en 1792, la cual dice el biógrafo Weis que se ha hecho sumamente rara y por lo mismo muy apreciable.—C.

SAINT-PAER (Guillermo de). El P. Bernardo de Montfaucon, en el catálogo de los manuscritos de Mont-Saint-Michel, indica en el núm. 216 una historia de Mont-Saint-Michel, en verso, escrita en tiempo de Roberto de Thorigni, en 8.° Roberto de Thorigni, más conocido bajo el nombre de Roberto du Mont, murió el 23 ó 24 de Junio de 1186, despues de haber gober-

nado treinta y dos años su abadía. Como miraba como el primero de sus deberes enriquecer el convento con nuevos manuscritos, y empleaba á muchos de sus monjes en copiar la coleccion de Mont-Saint-Michel, adquirió una grande celebridad, gracias á su zelo y al de los abades que le sucedieron. Aunque saqueada con frecuencia en el curso de las guerras religiosas de Francia, comprendia aún cuando se publicó la lista de Montfaucon doscientos treinta y siete manuscritos. Quedaron olvidados por mucho tiempo, á la supresion de los monasterios, en los edificios de la abadía, como en medio de París, la coleccion mucho más preciosa de S. German de los Prados. Por último, habiendo establecido el consulado una escuela central del departamento en Avranches, los libros de Mont-Saint-Michel fueron trasladados desde luego á esta escuela, y despues á la biblioteca pública de la ciudad. Redactóse un nuevo catálogo, pero la lista de los manuscritos, reducidos al número de doscientos, no comprende el poema histórico indicado por Montfaucon. Si es conocido, proviene de que habiendo visto Mr. Carlos Lenormant en Lóndres, en casa de Sir Francisco Palgrave, un poema antiguo francés sin título, le obtuvo del propietario y le llevó á Francia, donde no se tardó en conocer la obra, que por mucho tiempo se habia buscado en vano. El abate de la Rue habia pronunciado ya el nombre de Guillermo de Saint Paer; pero se cree que este anticuario no habia leido el poema completo, sino solo algunos fragmentos tomados del ejemplar de Mont-Saint-Michel. Comparando estos extractos con el manuscrito de Sir Francisco Palgrave, se ve que proceden de otra copia; el lenguaje es más antiguo, y el manuscrito de M. Palgrave no tiene los versos siguientes citados por M. de la Rue:

*Uns juvencels Moine est del Mont;*
*Deus en son regne part li dunt',*
*Guillelme à non de Saint Paier,*
*C'en voit escrit en cest quaier,*
*El Temps Robert de Thorigné*
*Fut cest romanz fait et trové.*

Sabemos por un estudio de Eugenio de Beaurepaise que el texto citado por M. de la Rue es el del manuscrito mucho más completo del Museo Británico, que copió Avranches bajo la direccion de Sir Federico Madden. Ultimamente se ha encontrado un extracto bastante corto del antiguo ejemplar de Mont-Saint-Michel, en la Biblioteca Imperial de París. Existen, pues, dos diferentes lecturas por lo ménos del poema de Guillermo de Saint Paer. Y como al final del manuscrito que se halla en Lóndres, se leen con facilidad las palabras inglesas *Lord oft*, escritas hace más de tres siglos, puede dedu-

cirse de aquí que el índice debió trasladarse á Inglaterra mucho tiempo ántes que desapareciese de Francia el designado por Montfaucon. Estas observaciones, aunque minuciosas, no carecen de importancia; pues pueden llamar la atencion sobre los manuscritos muy raros hoy de esta obra. Guillermo era sin duda originario de la aldea de Saint Pair, cerca de Granville, en el Cotentin, á cinco leguas de Avranches y de Mont Saint-Michel. Se acaba de ver que era jóven todavía cuando comenzó á rimar la historia de la abadía á que se habia retirado. Esta abadía habia tenido historiadores que le precedieron. Existe una relacion latina de la aparicion de S. Miguel en el monte Tumba, que supone el P. Rivet pertenece al final del siglo VIII, pero que los Bolandistas, por otras razones que parecen muy buenas, trasladan á la conclusion del siglo IX. Esta relacion ha sido el primer guia del poeta francés que habla asi en los versos alterados por los copistas:

*Les bonnes gens qui vont au Mont*
*Enquerent mout, et grant dreit out,*
*Coment l'iglese fut fondée,*
*Prime crene et atozée;*
*Ceus qui cuident dire l'estoire*
*Que l'en demande, en memoire*
*Ne l'ont pas bien, ains vont faillant*
*En pluseurs liens et inesprenant,*
*Més pour la fere vreitement*
*Entendre à cels qui en dement*
*Sont Comment de fu fete,*
*Un moine l'a einsi estreite*
*Et mise en francais du latin,*
*Mont i pensa seir et matin,*
*Et trest de livres souvent*
*Par l'otrei de tout le couvent.*
*Et fu ce fet et aligné*
*En temps Robert de Torigné*
*Par Guillaame de Saint Paer;*
*Jhesu Crist l'en uville paer!*
*Cest romans dira vreitement*
*De l'iglese le trovement,*
*Et puis des cleres com il i furent,*
*Et des moines qui encor durent.*

Guillermo trabajó principalmente para los numerosos peregrinos que vi-

sitaban esta abadía, cuando rimó en lengua vulgar la relacion de la fundacion y de las maravillas de esta iglesia. Aunque tuvo la atencion de referirnos el nombre del abad de quien fué contemporáneo, nos da á entender que este abad le habia animado en este trabajo de traduccion. Los religiosos no podian sacar efectivamente más que un escaso provecho del poema francés, pues el corto número de circunstancias que no contenian las crónicas latinas, tenian su garante en el cartulario de la abadía, y este cartulario tenia un carácter de autenticidad que no se propuso disputarle Guillermo de Saint Paer. La narracion tiene el mismo principio que la relacion latina, publicada primero por el P. Mabillon, y despues de él por los Bolandistas. En el original se hace mencion de una vasta selva que ocupaba ántes del siglo VII el arenal entre Mont-Saint-Michel y Avranches, pero no se lee en latin el nombre de esta selva tal como le ha conservado la tradicion casi hasta nuestros tiempos:

*Desous Avranches, vers Bretaigne,*
*Qui tous temps fut terre grifaigne,*
*Est le forest de Coquelande,*
*Dont grant parole est par le monde,*
*Ceu qui ore est mer et araigne*
*En iceul temps est forest, pleine*
*De mainte riche venoison;*
*Mes ore i noent li peisson.*

El poeta asegura algunos versos despues que se podia con facilidad, cuando existia esta selva, ir á pie desde Avranches á la ciudad de Quitalet. El texto del Museo Británico, seguido por M. de la Rue, dice Ridolet, pero hoy no existe ni la menor huella de esta ciudad en los alrededores de Avranches. ¿Se debe por esto negar su existencia? No lo creemos; el testimonio del autor, monje de la abadía de Mont-Saint-Michel, es á pesar de todo una autoridad respetable en esta materia. En las profundidades de esta selva de Coquelonde vivieron por largo tiempo algunos piadosos cenobitas, llenos de un ardiente amor de Dios y de una gran repugnancia á la sociedad de los hombres. Una humilde bestia de carga, enviada diariamente por el beneficiado de la ciudad de Astre, hoy Beauvoir, les llevaba los únicos alimentos de que podian hacer uso. Habiendo un lobo comido al asno, el lobo, por efecto de un milagro palpable, fué obligado á desempeñar desde aquel momento el cargo de su víctima: iba todos los dias á la misma hora á postrarse delante del sacerdote de Astre, y en cuanto le habia cargado, corria al bosque á arrojarse á los pies de los piadosos solitarios, en la ladera

de la montaña donde se construyó poco despues la iglesia de S. Miguel. La historia del lobo no se halla unida á la del asno en la narracion latina, pero se lee en ella, lo mismo que en la Crónica de Guillermo, que en tiempo de S. Auberto de Avranches desapareció la selva, y las arenas movientes tomaron el lugar de los árboles y de las zarzas. Guillermo refiere despues en la misma forma que los legendarios anteriores, la aparicion de S. Miguel á S. Auberto, el agujero que el dedo del Arcángel dejó en la frente del obispo; por último, los afortunados esfuerzos del labrador Rain y de sus doce hijos para separar las dos cosas que se oponian á la construccion del lugar sagrado. Pero añade lo que no hemos encontrado en otras relaciones, que en premio de su abnegacion, Bain quedó libre de pagar por las tierras que le habia arrendado el monasterio, bajo la sola condicion de limpiar y quizá de barrer la iglesia.

*Li bon Baine et si enfant*
*S'en vout à Deu graces rendant,*
*Quer Saint Auber franchi li ont*
*Tres tout seu fien ou que le sont,*
*Fors que d'itant, que le monstier*
*Sept fois par an deveit junchier:*
*Et s'en auroit ses livraisons*
*Desormés, pain, vin et peissons.....*
*Encore ore tiennent si heir*
*Tot lor feu franc, á Belveeir.....*
*Plus encore que dit n'en ai*
*Livreisons ont telas com sei.*

Este pasaje ofrece un interés particular. La aldea de Beauvoir está á unos cien pasos de Mont-Saint-Michel, y no se puede negar que en tiempo de Guillermo existiese aún la familia del viejo Bain, y estuviese investida de los antiguos privilegios de que la habia puesto en posesion S. Auberto. Despues de haberse referido la fundacion de la iglesia primitiva, cree el autor deber detenerse en la descripcion exacta de los lugares, que la aparicion del Arcángel debe hacer en breve tan famosos. Esta descripcion presenta muchos detalles que no dan las otras historias locales y algunas variedades importantes en los nombres de los lugares.

*Entre deux eves, je vos dis,*
*Senne et Coignon, est assis.*
*La tierce y est, qui See á non.....*

*Entre le mont de Tombelaine*
*Cort tost la mer parmi l'areigne,*
*Plenté i á de grans saumons;*
*De Campres et d'autres peissons;*
*L'en i prent et mules et bars,*
*Rous esturjous et grans sabars,*
*Torbos, plais, congres et harens,*
*Por pais, lices et gros guiteus,*
*Reses, tongars et maquereaus,*
*Et sors mules grans et bienaus.*

Los rios de Leime y de Coignon, son hoy el Selime y el Conenson. En cuanto á los pescados reconocemos bien á la lamprea, los barbos y otros, pero será preciso recurrir á los habitantes de las costas de Normandía para decidir lo que comprende el poeta por algunos de ellos. Cuando se edificó la iglesia, el primer cuidado del obispo fué llenarla de reliquias, ó al ménos, puesto que estaba colocada bajo la invocacion de un ángel, adornarla de objetos que recordasen las conocidas relaciones del guardian del Paraíso con los habitantes de la tierra. Se ha trabajado mucho en el último siglo para encontrar reliquias de S. Miguel: «Como si un arcángel, dice un escritor, pudiera proporcionar reliquias materiales..... Las personas prudentes é ilustradas, añade, honran estas reliquias en silencio.» Pero nunca se presentaron más que dos reliquias: un fragmento del *pallium*, custodiado en un principio en Mont-Gargan, y un pedazo de marmol que habian tocado los piés del Arcángel cuando bajó á la tierra de Italia, tres siglos ántes de aparecerse á S. Auberto. Estos dos objetos que la veneracion de los fieles miraba desde mucho ántes como muy preciosos, fueron concedidos por el abad de Mont-Gargan á los enviados de S. Auberto. Los detalles del viaje de los dos monjes, y en particular los de su regreso, no carecen de interés ni de entretenimiento. Cuando salieron de Normandía, el monte Tumba estaba aún rodeado de bosques y de praderas: cuando volvieron al mar habia invadido todo aquel territorio, y la movible arena habia reemplazado á árboles seculares. Los mensajeros llegaron precisamente el dia fijado por San Auberto para la ceremonia de la dedicacion. Es fácil imaginar cuánto añadió á la relacion de su viaje y á los donativos que se les habian hecho los transportes de la devocion particular. En Beauvoir dejaron el tesoro que traian desde tan léjos, se fué á buscarle en solemne procesion para depositarle en el nuevo altar:

*Cil chanteor qui bien chantoient*
*Sorbones voiz illuec mostroient,*

*La Kirielle fu chantée*
*Mot docement et orguenée;*
*Le Gloria, et li respons,*
*Et la Aullelie à gresillons.*
*La sequence par fu si bien,*
*Que nul n'i sot amender rien.*
*Qui lent l'epistre aveit tunique;*
*A l'evangile, domatique.*

Hay tambien otros detalles del canto de iglesia muy preciosos, porque la fecha del poema está bien determinada. Habiéndose elegido un cabildo de doce canónigos por Auberto para servir la nueva iglesia, los elegidos del santo obispo quieren manifestar en seguida lo que saben hacer.

*Si sont alez eus el mostier*
*Chanter y fere le mestier*
*Qui á cel jor apparteneit;*
*Checun en feit tant come il deit,*
*En treille dieut le* SANCTUS,
*En quinte voix dieut* L'AGNUS,
*Li diacre qui dist* ITE
*Le* MISSA EST *á bien finée;*
*Moult par le dist accordamment;*
*Soez en fu de mainte gent.*

Mabillon no habia publicado más que la relacion de la aparicion del ángel á S. Auberto y de la primera fundacion de la abadía. Pero muchos manuscritos, custodiados hoy en la Biblioteca Imperial, presentan una continuacion de la antigua crónica latina, que es la guia que va á seguir ahora el autor francés. Despues de una relacion exacta y muy clara de los hechos y gestas de los tres primeros duques de Normandía, Rollon, Guillermo y Ricardo, llega á la restauracion de la casa religiosa de Mont-Saint-Michel, emprendida y llevada á cabo por este tercer príncipe. Allí comienzan realmente los tiempos históricos de la célebre abadía. El narrador se extiende con complacencia sobre los desórdenes de los últimos canónigos y sobre las dificultades que experimentó el buen duque Ricardo para hacerlos salir de sus dominios consagrados por S. Auberto. Quizá el cabildo no tuvo otro delito que el de haber incurrido en la desgracia de su señor, y fué víctima de una venganza personal. El primero de los nuevos abades fué Mainard, de quien el poema nos refiere únicamente la patria:

*Menars ot non, su fu Normant.*

El cronista traduce despues con cuidado las cartas de confirmacion de la abadía, dadas por el papa Juan XIII y el rey de Francia Lotario. Aunque á nada venga el explicar en semejante época la intervencion del débil rey de Francia en los asuntos de su terrible vasallo el duque de Normandía, no se ha negado la exactitud de estas dos actas, y el mismo P. Bouguet ha insertado la última en la *Coleccion de los historiadores de Francia*. Los donativos hechos á los mismos religiosos por Ricardo II, aunque ménos conocidos, se hallan sin embargo consignados en la copia del antiguo cartulario de Mont-Saint-Michel, que nos ha conservado el P. Hugo. La primera parte del poema concluye con la traduccion de estas cartas. Guillermo, despues de haber tomado aliento, se entrega con ardor á la relacion de todos los milagros obrados en favor de los peregrinos de la abadía. No le seguiremos más que de léjos en este edificante camino, y nos contentaremos con recordar algunos pasajes extraños al fondo de la narracion del poeta, pero no á la historia de las costumbres y de las letras. Así, cuando Guillermo hace una corta enumeracion de las diferentes apariciones de S. Miguel, toca la leyenda de la Santa Ampoya y nos ofrece un nuevo testimonio de la existencia de esta tradicion desde el siglo XII.

*Une boiste à Reims en France;*
*Dedeus á oile, sans dotance,*
*Qui vint du ciel reallement;*
*Ce racontent encor la gent,*
*Si que un angre l'aporta,*
*Ne ja en France sois n'aura*
*Qui de cel oile oint ne seit,*
*Quand est sacré et beneeit.*

Un poco más arriba tenemos las pruebas de que Guillermo habia seguido ó se proponia al ménos seguir en su obra, más allá de los últimos versos contenidos en el manuscrito de Sir Francisco Palgrave. Cuando se verificó el milagro de la dama que no pudo llegar hasta la iglesia de S. Miguel:

*Dans Hildebert abbés esteit*
*De l'abéié en cel endreit.*
*Quant il será et liens et tens,*
*Assez dire, si com je pens,*
*Et de sep morz et de sa vie,*
*De ses ovres en l'abeie.*

Pero no encontramos ninguna otra mencion del abad Hildeberto en el

resto del manuscrito, que no habla más que de los dos primeros abades, Mainard I y Mainard II. Es posible que el códice perdido de Mont-Saint-Michel fuese más completo. El manuscrito del Museo Británico no vuelve á hablar tampoco de Hildeberto. Pero el milagro más portentoso del arcángel S. Miguel, en Francia, se hallaba representado por un escudo de pequeñas dimensiones y una espada bastante corta que los peregrinos solian por favor contemplar y tocar. Estas armas tenian por lo ménos el mérito de ser muy antiguas. El mismo S. Miguel, se dice, que habia indicado en un sueño á un caballero el lugar en que se encontraban, quien se sirvió de ellas para combatir á un terrible dragon. Guillermo de Saint-Paer nos refiere que Baudri, arzobispo de Dolm en 1131, habia escrito sin duda el primero todos los detalles de esta relacion:

*De Saint Esprit me venit aider;*
*Or revodrei ici traiter*
*D'un escuet qui est au Mont,*
*Dont li chies sont angues ront,*
*Et d'une moult petite espée,*
*Qui moult soleit estre henorée.*
*Si com Baldri le reconta*
*Qui plusors ans Doul governa*
*Et archevesque en fut sacré,*
*Et sor Retel out poeste;*
*En latin est li meus escriz,*
*Espersement y á beaus diz.*
*Une fiée au Mont esteit;*
*Si enguist moull, ce que deveit.*
*Que celle espée et cel escu*
*Sor un autel crent si un, etc.*

Nuestro manuscrito se detiene en la historia de una vela encendida antiguamente delante de la imágen del santo, y que encontraron un dia los monjes delante del crucifijo. El mismo ángel fué quien obró este milagro á fin de advertir á los religiosos ofreciesen sus homenajes á Dios ántes de pensar en los bienaventurados, áun los más ilustres. Desde aquella época se decidió que Jesucristo tendria siempre una luz delante.

*Le crucifis le cirge ara;*
*Si abes a bien garanté*
*Cest jugement et acordé;*
*Et li couvent tot ensement.*

*Oria bien cest jugement.*
*En cor l'a il, et si l'aura;*
*James home ne li toudra.*
*Une lanterne i á l'en quis*
*Longue de veirre, où il est mis.*

Tal es el poema de Guillermo de Saint-Paer, ó por lo ménos la primera y única parte que conocemos de este poema. El manuscrito en que se encuentra no tiene más que cinco pulgadas de largo por tres de ancho. Segun una suscricion de la última hoja del pergamino, no asciende más allá del año 1340, y la ortografía adoptada por el escribiente justifica muy bien esta fecha. El sistema de los números es unas veces el del siglo XIII, y otras el que el uso comenzaba entónces á hacer predominar y que seguimos todavía hoy. Debe convenirse que el poema de Guillermo tiene poco interés como documento histórico; como obra literaria ofrece cierta claridad en la narracion que quizá á últimos del siglo XII era lo que llamamos en el nuestro elegancia del estilo. El manuscrito de M. Palgrave tiene de curioso que no se puede contestar su orígen normando: el autor era del Cotentin, y los copistas de su poema no han podido pensar en reproducirle más que para uso de los peregrinos de Mont-Saint-Michel. Es por lo tanto permitido mirarle como un monumento del dialecto propio de esta parte de la Normandía. En el siglo XIII, como es sabido, las dos grandes divisiones de la lengua francesa estaban aún subdivididas en una multitud de dialectos secundarios; y para no hablar más que de la lengua de oil, el Artois, la Champaña, la Turena, la Borgoña y la Normandía, afectaban entónces en la mayor parte de los nombres y de los verbos otras tantas terminaciones especiales. Guillermo de Saint-Paer, entre otros escritores, nos obliga á atribuir á la Normandía las finales secas que desde hace dos siglos prevalecieron primero en la pronunciacion, rompiendo por último las barreras de la ortografía. Guillermo escribe *Frances* y no François como los habitantes de la isla de Francia y de la Champaña. Dice *esteit*, *aveit*; hasta atribuye esta entonacion á palabras á que la negamos todavía, tales como *dreit*, *endreit*, *seit*. Otra forma que no se encuentra en los demás dialectos, es la de *vreitement* por *veritablement*; y que es la ocasion de hacer observar que el idioma francés, tal como le han fijado los grandes escritores de los dos siglos últimos, no es más que el resultado de una eleccion hecha en todos los dialectos antiguos, y por decirlo así, sin preferencia del de una provincia sobre las otras. La antigua lengua francesa, tal como se la ha podido recomponer segun todos los escritores de la edad media, y sin distincion de provincias y de dialectos ofrecia la mezcla de todas estas formas, de todas estas

terminaciones. Pero á medida que se reconcentraba la autoridad real, la corte de Francia daba una regla de lenguaje más imponente y más decisiva. El normando, el flamenco, el garson, el mismo provenzal, llegados á París con un acento particular, se despojaban de él poco á poco, satisfechos con poder añadir algunas palabras, algunas terminaciones de su provincia, á la lengua consagrada por los cortesanos; despues, vueltos á su país natal, exigian de sus hijos el sacrificio á que se habian sometido y que tanto les habia costado. Así es como la lengua francesa extendia diariamente los límites de su influencia, y los dialectos, degenerando en patois, no se conservaron más que bajo la religiosa salvaguardia de la ignorancia provinciana. Pero es justo decir al mismo tiempo que el buen francés de los siglos modernos se hallaba ya por completo en el romance del siglo XIII, y que para trazar su historia es indispensable irle á reconocer en las formas indecisas todavía de su gloriosa cuna. — S. B.

SAINT-PARD (Pedro Nicolás Van Blotaque). Nació este religioso jesuita en Givet Saint-Hilaire, del país de Lieja, el dia 9 de Febrero de 1734. Estudió en el colegio de jesuitas de Dinan, en el que tomó el hábito, y despues de haber cumplido su noviciado en París, ingresó en la Compañía de Jesus, y profesó en muchos de sus colegios. Hallábase en Vannes cuando fué suprimida la Compañía, y en cuanto lo supo abandonó la Bretaña para volver á París. Prohibiendo un decreto del Parlamento á los jesuitas ejercer el ministerio eclesiástico, el P. Van Blotaque, por consejo del arzobispo Cristobal de Beaumont, cambió su nombre por el de Saint-Pard, y fué colocado por este prelado en la parroquia de S. German en Laye. Volviendo á París en 1775, fué nombrado director de las religiosas de la Visitacion, cuyas funciones desempeñó hasta que estalló la revolucion que suprimió todas las comunidades. No emigró por esto el abate de Saint-Pard, se ocultó y manifestó no poco valor y celo. Aprovechando los momentos de calma en la época del Directorio, sirvió por algun tiempo el curato de Sanois; pero á consecuencia de un sermon que predicó en Poissy el dia de Reyes, del que se ofendieron los republicanos, fué arrestado y detenido como preso en Versalles por espacio de seis meses, y poco despues sufrió aún un poco de tiempo otra prision en la capital. Despues del concordato de 1801, Mr. de Belloy, arzobispo de París, le nombró canónigo honorario de la metrópoli. Desde esta época, el abate Saint-Pard se afilió á la parroquia de Santiago del Haut-Pas y se entregó con ardor á la predicacion y á la direccion de las conciencias, y en este ejercicio murió nonagenario el dia 1.° de Diciembre de 1824. Publicó este eclesiástico, ya como autor, ya como editor, varias obras de piedad, entre las que las principales son las siguientes en francés: *El libro de los elegidos, ó sea Jesus crucificado*; por el P. Saint Jure, y la lis-

ta de sus obras; París, 1771, en 12.°: en esta edicion, que corrigió, escribió el elogio del autor. De este libro se hicieron otras ediciones en París en 1825 y 1832, en 12.°, en las que se da una noticia del abate de Saint-Pard, extractada del *Amigo de la religion*, tomo XLII.—*Del conocimiento y amor de Jesucristo;* París, 1773, en 12.°; obra tambien del P. Saint Jure, en fólio, que redujo despues de corregirla el abate Sain-Pard á un vol. en 12.°, que se ha reimpreso varias veces.—*Retiro de diez dias para uso de los eclesiásticos y religiosos;* París, 1773, en 12.° Id, 1805, en id.—*El alma cristiana formada en las máximas del Evangelio*; París, 1774, en 12.°, seguida del *Oratorio del corazon;* obra de Querlu-le-Gall, doctor en teología, publicada en 1677, y cuyo estilo corrigió Saint-Pard.—*La vida y doctrina de Jesucristo escrita en meditaciones para todos los dias del año*; París, 1775, dos vol. en 12.° Esta es una nueva traduccion de la obra latina del P. Avancini.—*El dia de la comunion, ó Jesucristo considerado bajo las diversas relaciones que tiene con el alma fiel en la Eucaristía;* París, 1776 y 1778, en 12.°; y en 1819 en id.—*Conducta interior del cristiano*, obrita de piedad revisada y ordenada de nuevo; París, 1778, en 24.°; Id. 1819, en 12.°; Besanzon, 1825, en 32.°—*Ejercicios del amor penitente*, con un ensayo en el que considera el órden como virtud; 1819, en 16.° Segun su biógrafo Mr. Philbert, el abate de Saint-Pard ha dejado inéditas sus *Cartas espirituales* y sus *Lecturas piadosas*, sacadas de los Salmos, obras que deben ser interesantes para la contemplacion de los fieles, atendida la piedad y buen criterio de este eclesiástico.—C.

SAINT-PAVIN (Dionisio Sanguin de), poeta, nació en París en 1600; murió en 1670; era hijo de un presidente del parlamento. Abrazó el estado eclesiástico sin tener vocacion; obtuvo la abadía de Sivoy, y se retiró á ella para entregarse sin freno á su gusto por los placeres y la literatura. Durante mucho tiempo hizo alarde de una incredulidad escandalosa; pero al fin se convirtió. Se le deben poesías, sonetos, epígramas y epístolas, que se encuentran en la coleccion titulada: *Poestas escogidas de Corneille, Boixrobert, etc.* París, 1655, y en la coleccion de trozos escogidos de los poetas franceses, publicadas por Bartin, 1692, seis volúmenes en 12.° Boileau le satiriza por su incredulidad, y le designa en uno de sus epígramas bajo el nombre de Alidor.—M.

SAINT-PERE (Odon de). Fué primero canónigo de S. Victor de París, saliendo despues de esta abadía ó de alguna de las de ella dependientes para ser hácia 1167 primer abad de la comunidad de Saint-Pére, que hasta entónces no habia sido gobernada más que por deanes. Odon obtuvo en 1174 una bula de Alejandro III en favor de los canónigos de Saint-Pére; pero en 1178 habia abdicado ya su dignidad. Desde esta época se cita ya su suce-

sor. Vuelto á su antiguo estado de simple canónigo regular, continuó gozando de una grande consideracion, y es nombrado como testigo y calificado de *Magister Odo canonicus S. Petri* en las cartas de Guillermo de Toucy, obispo de Auxerre, fechadas en 1180 y 1181. Sábese tambien que vivió hasta este año por lo ménos, y se ignora en cuál de los años siguientes terminó su carrera. Ha sido sin duda bien fácil confundir algunas veces este Odon con el de Sta. Genoveva, contemporáneos ambos, y entre los que hay tantos rasgos de semejanza. Canónigos regulares los dos, salen de la abadía de S. Victor de París para ser los primeros abades de dos comunidades nuevamente trasformadas en abadía. Abdican ambos la dignidad abacial y conservan igualmente despues de su retiro, crédito, ascendiente y honores. Mas, por último, uno fué abad de Sta. Genoveva en París, otro en S. Pedro, cerca de Auxerre, y este último sobrevivió diez años y quizá más al primero. Para saber á cuál de los dos pertenecen las ocho cartas ascéticas que hemos indicado, no existe ni fuera de estas epístolas ni en su mismo texto, otro indicio que el que presenta la segunda de estas cartas, dirigida á un ministro en su desgracia, y que ve todos sus trabajos aniquilados por las órdenes de la reina. Nos parece, como al abate Lebeuf, que este ministro no puede ser otro que Gil Clemente, que despues de haber gozado durante algun tiempo de la confianza de Felipe Augusto, desagradó á la reina madre Alix y fué alejado de la corte en 1182 ó en 1184, segun la Crónica de Saint Marien de Auxerre. La epístola sexta no puede ser de Odon de Sta. Genoveva, cuya vida no ha prolongado nadie más allá de 1173. Oudin y los autores de la *Nueva Galia Cristiana*, que le atribuyen estas cartas y las seis siguientes, no apoyan su opinion en ninguna prueba sólida, y no explican de ningun modo la objecion que resulta del texto aplicable á la desgracia de Gil Clemente. Odon de Saint Pére firmaba áun cartas en 1181, y puede muy bien suponerse que vivió hasta 1184 ó áun despues, siendo él á quien conviene tomar por autor de estas cartas, pues son de un Odon, canónigo regular en el siglo XII. Los manuscritos de la abadía de S. German y de la del Bec, contenian además de estas siete cartas ocho sermones del mismo autor, uno sobre la palabra de Dios, otro sobre la Epifanía, dos sobre la pasion y tres sobre la Ascension: nunca se han impreso, como tampoco una carta consolatoria al pontífice Alejandro, citada por el P. Montfaucon. En la biblioteca de Sta. Genoveva existia un pequeño manuscrito en 8.°, cuya letra parecia del siglo XV, y cuyo título era: *Oddo abbas, sententiæ ex Sanctis Patribus excerptæ.* Al final de esta obra se lee: *Explicit à sanctæ memoriæ domno Odone excerptus.*

*Dogmate cœlesti prudens hunc Oddo libellum,*
*Florida composuit doctorum prata peragrans.*

Esta obra contiene tres libros de extractos de los Santos Padres sobre materias dogmáticas y morales. Quizá este manuscrito no difiere en nada de los indicados en otro lugar bajo el título: *Magistri Odonis sententiæ*, ó *Summa* ó *Philosophia moralis*. Esta suma, esta recopilacion de extractos ó de sentencias es de Odon, abad de Sta. Genoveva, ó de Odon de Saint-Pére? Los catálogos de los manuscritos de Sta. Genoveva atribuyen al primero los tres libros de extractos; pero estos catálogos no son antiguos, no hay nada en la obra que pueda designar uno de los Odones más bien que otro. El P. Domoulinet, al escribir la vida de Odon de Sta. Genoveva, no dice que este abad haya dejado ninguna produccion literaria, y es por último Odon de Saint-Pére al que indican los bibliógrafos con más frecuencia como autor de una Suma ó de un libro de sentencias.—S. B.

SAINT-PIERRE ó S. Pedro (Cárlos Ireneo Castel de). Fué este, segun su bibliógrafo Mr. Weis, uno de los apóstoles más ardientes de la humanidad. Nació el dia 18 de Febrero de 1658 en el castillo de Saint-Pierre-Eglisse (iglesia de S. Pedro, segun otros autores), cerca de Barfleur, en la Normandia Baja, de una familia unida en parentesco á la del mariscal de Villars, del que fué primo hermano. Cárlos Castel, su padre, fué bailío de Cotentia y gobernador de Boloña. Hizo sus estudios en el colegio de Caen, en donde hizo estrecha amistad con Varignon, que tanta reputacion se granjeó despues como geómetra. Siguiendo el consejo de sus padres abrazó el estado eclesiástico, al que él mismo se creyó inclinado, y hubiera entrado en un convento si no le hubiese rechazado el superior de la Orden, á quien hizo la demanda, por el delicado estado de su salud y débil complexion. Absoluto dueño de seguir á su placer su inclinacion al estudio, fué á París con Varignon, del que no sabia separarse, y alquiló en el arrabal de Santiago una pequeña casa en la que se alojaron ambos. La renta del abate S. Pedro solo ascendia á mil ochocientas libras. A fin de asegurar á Varignon, que nada poseia, una existencia independiente, le señaló trescientas libras. «No os señalo, le dijo, una pension, sino que hago un contrato para que no dependais de mí y podais separaros cuando gusteis y no me podais sufrir mis exigencias.» Continuó Varignon aplicándose á las matemáticas; pero el abate S. Pedro, que buscaba ante todo el medio de perfeccionarse y ser útil á los hombres, abandonó las ciencias abstractas para dedicarse á la moral y á la política. Reuníanse ambos amigos todas las noches, y admitian en sus conferencias á Fontenelle y á Vertad, que participaban de sus gustos y de sus estudios, reuniones que cuarenta años despues ha recordado con alegría Fontenelle, diciendo: «Nos reuniamos con extraordinario placer, jóvenes llenos de ardor por saber, y nos esforzábamos por estudiar.» El profundo estudio que el abate S. Pedro habia hecho de su lengua, le abrió en 1695 la

entrada de la Academia Francesa, en la que reemplazó á Bergeret, secretario de cámara del rey, y su discurso de recepcion solo le costó cuatro horas de trabajo. Al leérsele á Fontenelle, este le aconsejó que le corrigiese, pero él le dijo: Pues que os parece mediano mi discurso, le conservo del mismo modo que le he escrito, porque de este modo se me parecerá más. Y no era porque el abate S. Pedro no conociese ni dejase de apreciar un estilo puro y elegante, sino porque no se juzgaba capáz de escribir bien, y porque, por otra parte, no queria perder en pulir frases un tiempo que empleaba en especulaciones políticas, cuya utilidad le parecia incontestable. En 1697 abandonó el arrabal de Santiago para ir á vivir á Versalles, con el fin de acercarse á los grandes para hacerse amar de ellos é interesarles en las reformas que meditaba. Acomodóse fácilmente á los usos de la corte. «Muy bien estaba, escribia á madama de Lambert, en mi retiro del arrabal de Santiago ocupado en las ciencias; pero me encuentro un poco mejor aquí en una vida disipada.» En 1702 aceptó el cargo de primer limosnero de madama la duquesa de Orleans, cuya princesa le consiguió la abadía de Tiron, que habia poseido en otro tiempo el poeta Desportes. El abate S. Pedro amaba mucho la sociedad, y especialmente la de las mujeres, porque las encontraba mucho más indulgentes que á los hombres. Frecuentemente se le veia en los círculos más brillantes, en los que se hallaba como fuera de su lugar, pues por el temor de fatigar á su auditorio apénas hablaba, y así es que notando un dia que su silencio desagradaba, dijo: «Veo que os enfada mi silencio y de ello me pesa; pero me divierte tanto oiros á vosotros, que os ruego me consintais en vuestra compañía.» Y como sus talentos y cualidades encontraron justos apreciadores, llegó á tolerarse su silencio en las sociedades que frecuentaba. El abate Polignac le llevó en 1712 en su compañía al congreso de Utrech, y viendo Saint Pierre las dificultades que experimentaba la conclusion de la paz, formó el proyecto de hacerla perpétua, y escribió repentinamente los artículos del tratado que debian alcanzar este importante resultado. El obispo de Frejus, despues cardenal de Fleury, al que comunicó su plan, le respondió: «Habeis olvidado en vuestro proyecto un artículo esencial, el de mandar misioneros á los príncipes para conmover su corazon y persuadirles á entrar en vuestro plan.» Indiferente Saint-Pierre á cuantas objeciones se le hicieron, estuvo siempre persuadido de la posibilidad de llevar á cabo su sistema, que por una ficcion que puede perdonársele, atribuia á Enrique IV, pues que solo se la habia permitido en la esperanza de atraer más fácilmente á los soberanos á su intento. Este abate respetaba mucho la verdad, y se hubiera hecho un escrúpulo en alterarla solo por dar mayor interés á sus escritos, porque decia siempre: «Ninguna obligacion tenemos de divertir á los demás, pero sí de no engañarles jamás.» En

un discurso sobre la Polysinodia, en que se hacia el elogio de los consejos establecidos por el regente, el abate S. Pedro juzgó al gobierno de Luis XIV con mucha severidad. Este atrevimiento desagradó mucho al cardenal Polignac, no obstante de que no tenia porqué alabarse de Luis XIV, y llevando el libro á la Academia, leyó los puntos reprensibles y pidió fuese severamente castigado el autor. Pidió el abate Saint-Pierre se le admitiese para justificarse; pero de veinticuatro académicos presentes, solo fueron de opinion de que se le permitiese la defensa: Saci, traductor de *Plinio*, La Motte, Fontenelle y el abate Fleury, autor de la *Historia eclesiástica*, por lo cual se le negó la gracia que pedia, y en sesion de 5 de Mayo de 1718 se acordó su exclusion de la Academia por veintitres de sus miembros, y como solo resultase en la votacion una bola que le absolvia y se acusase á Sacci de haberla dado, Fontenelle se vió obligado á confesar que él habia sido el culpable. No permitió el regente que este asunto tomase mayores proporciones, y la plaza quedó vacante. A pesar de que Saint Pierre tenia justas causas para estar disgustado de la conducta que sus colegas habian observado con él, no por eso les aborreció ni les manifestó rencor alguno; siguió sinceramente tratándoles con el mayor cariño, y tampoco olvidó á la Academia en sus proyectos de utilidad pública. La rigorosa medida tomada contra Saint Pierre no le impidió escribir con la misma libertad sobre toda clase de objetos, y jamás se le molestó por ello. La indulgencia que se tuvo con él, y que no se hubiera concedido entónces á otro escritor, puede explicarse por el poco éxito que tenian sus obras y por la buena fe del autor que se dirigia á los magistrados, á los ministros y á los príncipes para indicarles los abusos que debian reformar y las mejoras que creia necesarias. Apénas hay ramo de la economía política que no haya sido objeto de sus meditaciones y sobre el que no haya publicado algun escrito. La utilidad de sus esfuerzos no le detenia, ni disminuia su celo, porque observando el progreso de la razon humana, se lisonjeaba de que algun dia llegaria á su perfeccion. Todo su temor consistia en que no se adelantasen los ingleses á los franceses. «Muero de miedo, decia, de que la razon humana no crezca más pronto en Lóndres que en París, en donde la comunicacion de las verdades demostradas es al presente (1740) ménos fácil;» y se advierte que si bien abarcaba todos los pueblos en su afeccion, conservaba á la Francia un afecto particular. Jamás llenó mejor ninguno el precepto de la caridad que el abate Saint-Pierre, la que consideraba como lo esencial de la religion; y así es que *dar y perdonar* era en su opinion la divisa del hombre virtuoso y la base de toda la moral. Dice el biógrafo Mr. Weis, que Saint Pierre enriqueció á la lengua con la palabra *beneficencia*, pues que si bien usó ya esta voz Balzac, quedó, segun d'Alembert, enterrada con él, confesando

este autor que el abate fué su verdadero creador, pues que la habia resucitado y naturalizado, y que justo fué la inventase quien tan perfectamente habia practicado la virtud que esta palabra expresa: tambien se le atribuye la invencion de la palabra *gloriole* en francés. Estaba persuadido de que la beneficencia puede ejercerse en todos los estados y posiciones de la vida, y para ensalzarla repetia frecuentemente en sus conversaciones y en sus escritos: *El Paraíso es de los bienhechores, de los benéficos.* Imposible seria enumerar todos los rasgos de inagotable caridad del abate de Saint-Pierre, pues la indiferencia con que hacia el bien, han dejado ocultos muchos de ellos. Rico con una fortuna mediana, porque no tenia necesidades, empleaba todas sus rentas en aliviar á los desgraciados y hacer aprender á los huérfanos oficios verdaderamente útiles; persuadido de que los demás, es decir, los creados por la moda ó el capricho, acabarian por abandonarse. No conoció otra pasion que la del bien público, que era el fin á que tendian todas sus acciones y sus escritos, los cuales distribuia gratuitamente á las personas que creia podrian aprovecharse de su doctrina. No encontraba otro mal real que el físico; los demás males no tenian á sus ojos más que apariencia, ó para hablar en su lenguaje, estos no eran más que un valor puramente numerario, miéntras que el dolor físico tenia un valor intrínseco; razon por lo que no escaseaba nada para evitarle y para librar de él á los demas. Habiendo oido decir al médico Chirac que el remedio más eficaz contra las obstrucciones era hacer correr la posta á los enfermos, imaginó é hizo construir un sillon con resortes, cuyo movimiento imitaba al de un carruaje y al cual dió el nombre de *trémoussoir* (bullicioso, meneador violento), cuyo sillon fué reconocido sumamente útil para el objeto á que se destinó, y del cual se ocupó en Diciembre de 1734 y Abril de 1735 el *Mercurio de Francia* con elogio, que tambien le dió el abate Mercier de Saint-Léger en su noticia sobre las obras de Gaspar Schott. El año 1736 un doctor de Sorbona hizo imprimir, con el nombre del abate de Saint-Pierre, dos cartas contra los jansenistas. Un religioso de talento, pero de zelo exagerado, le cumplimentó sobre la manera elocuente y sabia con que estaban escritas estas cartas: «Padre mio, le respondió, soy en verdad de la opinion de Molina sobre la libertad, pero no soy molinista; este es un término de partido perseguidor, y la beneficencia no permite jamás ningun partido de persecucion, pues que ella sola vive en la union y en la concordia.—¿Pues qué, le replicó el religioso, no quereis salvar la verdad de los artificios del error?—No, padre mio, cuando me sea forzoso para sostener la verdad perder la benéfica caridad hácia los que toman el error por la verdad; ¿y sabeis por qué? porque la verdad jamás se ahoga, porque por mucho que se la sumerja vuelve á salir siempre sobre las aguas. El hombre que hoy

no la conozca, la conocerá mañana, en lugar de que la benéfica caridad se pierde siempre por las señales de menosprecio y de aborrecimiento que inspira el espíritu de partido, y especialmente á los que se pican de más celosos defensores de su partido. Esta conversacion puede leerse en toda su amplitud en los *Anales políticos* de 1737. Contento de los demás, porque lo estaba de sí mismo, llegó el abate Saint-Pierre á una edad muy avanzada, sin conocer en sí enfermedad alguna. «Si la vida, escribia en 15 de Febrero de 1738, es una lotería para la dicha, se hallará que á todo perder, me ha cabido un lote de los mejores, el cual no cambiaria por ningun otro, y áun me queda una gran esperanza de dicha eterna.» En este sentimiento murió Saint-Pierre el dia 29 de Abril de 1743, á los ochenta y cinco años de edad. Maupertuis, su sucesor en la Academia Francesa, quiso hacer su elogio, pero le fué prohibido, y solo treinta y dos años despues de su muerte, el de 1775, recibió este tributo memorativo de Mr. d'Alember, al que se le concedió honrar la memoria de tan respetable como injustamente tratado miembro de aquel cuerpo literario. J. J. Rousseau, que habia conocido á Saint-Pierre en la sociedad de madama Dupin, le tuvo profunda veneracion, y dijo de él en el libro IX de sus Confesiones: «Fué un hombre raro, honor de su siglo y de su especie, y el único quizá, desde que el género humano existe, que no haya seguido más partido que el de la razon.» Sin embargo, este escritor juzgó impracticables los proyectos de Saint-Pierre, por haber querido hacer á los hombres semejante á él, en vez de considerarles tales como son y como continuaron siéndolo. El cardenal Dubois llamó á las ideas del abate Saint-Pierre *los delirios de un hombre de bien*, palabra exactísima que adquirió boga. De todos sus delirios, el que más le ocupó y más ruido hizo, fué el proyecto de la paz perpétua. El medio que habia imaginado para conseguirla fué el establecimiento de una especie de senado, compuesto de miembros de todas las naciones, al cual llamaba *Dieta europea*, ante el cual debian todos los príncipes exponer sus quejas y pedir sus satisfacciones. En otro de sus escritos, titulado *Nuevo plan de gobierno de los estados soberanos*, da á conocer los inconvenientes de la venalidad de los cargos, y propone no se den los empleos públicos más que á hombres de reconocido mérito. Presumiendo que tan razonable idea no podrá experimentar contradiccion, desarrolla su sistema, que consiste en formar una academia política dividida en dos clases. Compuesta la segunda de intendentes de provincia, se elegiria entre los jefes de hacienda, y designaria al escrutinio los miembros de la clase superior de los que elegiria el rey los ministros en vista de ternas de candidatos presentadas por la academia. No debe confundirse, dice el citado biógrafo Weis, este proyecto de la academia política imaginaria con las dos academias que se formaron realmente con este

nombre, la una presidida por los jesuitas Tournemine y Chamillard, que se reunia en la Biblioteca del cardenal de Boban, y la fundada en 1710 en el ministerio de Negocios extranjeros, que probablemente es la misma que tomó en 1724 el nombre de sociedad del *Entresol*, cuando el abate Alari la tenia en la habitacion que ocupaba en casa del presidente Henault, plaza de Vendome, á cuyas academias perteneció tambien Saint-Pierre. Ilusiones por su deseo del bien fueron los proyectos del abate ciertamente; pero en los treinta años que se ocupó de materias políticas, no puede decirse con razon, que á pesar de sus delirios caminó de error en error, pues que cuando entró en los detalles de la administracion, su doctrina y fines han sido algunas veces las de un sabio y verdadero hombre de estado, y á él se debió la primera idea de los *tributos* por medio de tarifas, que sustituyó á las *posturas* arbitrarias, impuesto cuya recaudacion era más fácil, porque la reparticion era más justa: medio más practicable que el diezmo de Vauban, y que tuvo la satisfaccion de verle adoptado por muchos intendentes de rentas. Si no pudo alcanzar ver realizado, como lo habia pedido, que la Academia Francesa diese premios consagrados á los elogios de los grandes hombres de la nacion, fué testigo de las importantes mejoras que habia indicado en los reglamentos con respecto á las órdenes religiosas, á la conservacion y seguridad de los caminos públicos, y á la policía de París y de todo el reino. Solo pueden indicarse sumariamente los demás objetos que abrazó, y sobre los que no cesó de llamar la atencion de las autoridades, tales como los medios de disminuir el número de procesos; extinguir la mendicidad; mejorar la suerte de los soldados; aumentar los ingresos sin acrecentar los impuestos; dar mayor extension al comercio interior, y favorecer los progresos de las ciencias físicas y de la medicina, para la que pedia una academia especial. Publicó escritos sobre la refundicion de la moneda; sobre el medio de utilizar los empréstitos públicos; contra el duelo, el juego, el lujo, etc. Propuso la manera de conservar el trigo por espacio de mucho tiempo, garantizándole del contacto del aire; presintió la necesidad de ensanchar á París, y en esto encontraba la prueba evidente de la prosperidad del reino. Deseaba se dispensase á los sacerdotes del celibato; que se aniquilase á los piratas de Berbería y á la religion mahometana, cuya existencia consideraba como un insulto á la razon humana. La educacion es cosa demasiado importante para que pudiera quedar desapercibida al abate Saint-Pierre; solicitó el aumento de escuelas de niños y niñas y la perfeccion del sistema de enseñanza que se seguia en los colegios. Reconociendo la utilidad de la Academia Francesa creia que estaba fundada sobre bases demasiado estrechas, y propuso se uniese á ella la Academia de Bellas Letras, en cuyo caso podria dividirse en tres clases, una que se ocupase de la gramática, otra de las inscripciones y de

las medallas, y otra de la elocuencia, de la historia, de la crítica de las mejores obras y de las vidas de los grandes hombres. La lectura que en su juventud habia hecho de las vidas de los ilustres hombres de Plutarco, inspirándole el deseo de imitar sus bellas acciones, le habia dado la más alta idea de la importancia de un libro semejante para la educacion de la juventud. De todas las obras de los antiguos, este libro era el que más apreciaba, y habia formado el proyecto de añadir al fin de cada vida observaciones morales y políticas, lo cual solo pudo hacer en las vidas de Sócrates, Pomponio Atico, Temístocles y Aristides. Los manuscritos de Saint-Pierre fueron remitidos por su sobrino, á peticion de Saint-Lambert, á J. J. Rousseau, que se encargó de examinarlos y sacar el mejor partido que le pareciera para acrecentar la reputacion del autor. «Vi, dice Rousseau, que casi no eran estos papeles otra cosa que la coleccion impresa de las obras de su tio, anotadas y corregidas por su mano, con algunas pequeñas piezas inéditas. No se trataba nada ménos que de leer, extractar y meditar veintitres difusos volúmenes confusos, y que era necesario echarse á pescar en tan proceloso mar las bellezas que diesen valor para soportar tan penoso trabajo.» Leyendo sus tratados de moral, se persuadió Rousseau y se confirmó en la idea de que el abate Saint-Pierre tenia más talento del que él habia creido; pero no obstante esto, se limitó á extractar el tratado de paz perpétua y la Polysinodia, á los que añadió su juicio. Mr. Grimus en su correspondencia juzga al expresado abate como escritor más favorablemente que Rousseau. «Si hubiese evitado sus pesadeces y las fastidiosas repeticiones, dice este autor, y no hubiese afectado una ortografía que hace sus libros casi indescifrables á vistas no acostumbradas, creo que hubiera llegado á ser autor clásico. El abate Saint-Pierre no habia querido enmendarse de estos defectos, y cuando se le argüia con que se repetia muchas veces, contestaba al que lo hacia: «Habeis retenido las cosas que yo digo, hé aquí por lo que las he repetido y he hecho bien, porque sin esto no os acordariais ya de ellas.» Las principales obras del abate Saint-Pierre son las siguientes, escritas y publicadas en francés: *Proyecto de paz perpétua*; Utrech, 1713, tres volúmenes en 12.° El autor publicó despues un compendio de esta obra en 12.°, que se ha reimpreso muchas veces. Dice Rousseau en su juicio sobre este proyecto, que si hubiera sido practicable este medio, hubiera hecho más mal tal vez de repente que el que en muchos siglos producia el que se pretendia evitar. — *Discurso sobre el objeto de las conferencias futuras de la Academia Francesa*; 1714, en 4.°, el cual se insertó en el tomo XII de la *Historia de la república de las letras*; por Masson. — *Memoria contra los duelos*; 1713, en 4.° — *Memoria para el establecimiento de un impuesto proporcional*; 1717, en 12.° y en 4.° se reimprimió con el título de *Proyecto de un impuesto tarifado*; en

4.° en 1718 y 1723, y en 12.° en 1737 y 1739.—*Discurso sobre la Polysidonia, en el que se demuestra que la pluralidad de los consejos es la forma de ministerio más ventajosa para un rey y para un reino;* Amsterdan, 1718, en 4.°; 1719 en 12.° Rousseau considera esta obra como la peor de todas las del autor, y ya se ha visto que su publicacion fué causa de la exclusion de Saint-Pierre de la Academia Francesa. La segunda edicion está aumentada con cartas del autor á Saci y con la Memoria que se proponia leer en la Academia para justificarse. — *Memoria sobre los pobres mendigos y medios de proveer á su subsistencia;* 1724, en 8.° — *Memoria para disminuir el número de los procesos;* París, 1725, en 8.°: manifiesta en esta obra la necesidad que hay de abrogar las leyes contradictorias y de dar un código uniforme á todo el reino. — *Memoria para aumentar la renta de los beneficios y para que valgan más, en provecho del estado, las tierras y demás bienes de los mismos;* 1725, en 8.° — *Proyecto para perfeccionar la educacion, con un discurso sobre la grandeza y santidad de los hombres;* París, 1728, en 12.° Desea que se haga sobre todo por inculcar á los niños la justicia, la beneficencia y la prudencia; que se les enseñe á discernir la verdad, y que se ejercite su memoria en retener los hechos, máximas, y las demostraciones cuyo conocimiento importe para la felicidad. Puede conjeturarse que en esta obra fué donde primero se hizo uso de la palabra *beneficencia*; pues que en la advertencia se justifica de servirse de una voz, ó nueva ó renovada.—*Proyecto para perfeccionar la ortografía de las lenguas de Europa*; id., 1730, en 8.°, obra ya rara. En este libro, que encierra ideas útiles, propone seguir en la escritura los cambios que han sobrevenido en la pronunciacion; adoptar tantos signos como hay sonidos y articulaciones, distinguir en cada palabra las letras que se pronuncian, y en fin, marcar la cantidad de las sílabas: en la *Historia de la lengua francesa* de Mr. Henry, al tomo II, se hace mencion de este proyecto, y tambien en el tomo I de la *Biblioteca francesa* del abate Gouget.—*Discurso sobre la diferencia del grande hombre y del hombre ilustre*, publicado en las Memorias de Trevoux en Enero de 1736, y al frente de la *Historia de Epaminondas* por el abate Seran de La Tour. Un hombre ilustre es el que no ha hecho más que acciones brillantes, y un grande hombre es el que solo ha hecho grandes acciones virtuosas. Los tres héroes del abate de S. Pedro eran Epaminondas, Escipion y Descartes; preferia Epaminondas á Escipion; pero sobre ambos ponia á Descartes.— *Obras de política y de moral*; Rotterdan, 1738 y 1741, diez y ocho volúmenes en 12.° Es la coleccion de la mayor parte de los opúsculos que habia publicado por separado, y cuyos asuntos dejamos indicados. La lista de los diversos escritos que se encuentran en esta coleccion se imprimió en París en 1744 en un 12.° de 24 páginas. *Anales políticos;* Lóndres (París), 1757, dos volúmenes en 8.°,

edicion original más completa que las que le han seguido, y puede considerarse el resúmen y compendio de los escritos del abate. Ha colocado por fechas desde 1658 en que nació, hasta 1739, las observaciones y los acontecimientos de que fué testigo, repitiendo sin cesar su proyecto de paz perpétua, que fué su manía. En estos Anales se expresa con mucha libertad sobre Luis XIV, al que rehusa el título de Grande, porque no ha conocido la verdadera gloria, y al cual reprocha por sus guerras injustas contra sus vecinos, el aumento de los impuestos sin utilidad alguna para el público, la venalidad de los cargos y la revocacion del edicto de Nantes. Voltaire, dice el biógrafo Weis, ha vengado la memoria de Luis *el Grande* de las exageradas imputaciones del abate Saint-Pierre, lo que no impidió á Sabatier de haber tomado en los *Anales políticos* la idea tan mal desempeñada del *Siglo de Luis XIV*, y áun el *Ensayo sobre la Historia general de las naciones*. Monsieur Alletz publicó los *Delirios de un hombre de bien que pueden realizarse, ó Miras útiles y practicables del abate de Saint-Pierre;* París, 1775 en 12.° Esta recopilacion está hecha por órden alfabético. Dice Weis que hay retratos del abate Saint-Pierre en muchos tamaños. Es tan singular el juicio del abate Sabatier sobre Saint-Pierre ó S. Pedro, que puede muy bien sospecharse que no habia leido ninguna de sus obras, puesto que dice tienen el mérito de una diccion pura, limpia y preciosa; le compara á Platon, y alaba casi sin restriccion alguna todos sus delirios. — C.

SAINT-PIERRE LE VIF (Arnaldo de). Un gran celo por enriquecer de libros la biblioteca de su monasterio y algunas cartas que nos quedan de este Abad nos autorizan á consagrarle un ligero artículo en esta obra. Resuelto á abdicar la prelacía de su monasterio, que habia gobernado desde 1096 hasta 1123, hizo formar el catálogo de los libros que habia adquirido para su biblioteca, en reemplazo de los que un incendio, acaecido en 1093, habia destruido. Este catálogo no es muy extenso; no contiene más que veinte artículos, pero es muy curioso, porque nos da á conocer el órden en que se leia entónces la Escritura Sagrada en el oficio nocturno, y cuáles eran las obras de los Santos Padres con que se alternaba. El abad Arnaldo daba tanta importancia á la confeccion de estos libros, que preparaba por sí mismo el pergamino y le repartia despues á los copistas; pero más cuidadoso todavía de conservarlos, hizo redactar este catálogo para poder encontrarlos si llegaban á extraviarse. Estaba ademas prohibido, so pena de excomunion, venderlos y áun prestarlos fuera sin diferencia de personas.—2.° *Carta de Arnaldo á Daimberto*, obispo de Seus, de la que se deduce que estando en pleito con este prelado, Arnaldo habia hecho un viaje á Roma para quejarse de las vejaciones que experimentaba de parte suya, y que el Papa, haciendo justicia á sus quejas, habia mandado al legado Hugo, arzobispo de Lyon,

levantar las excomuniones y enterarse del asunto. Balucio inserta esta carta, lo mismo que otra del legado al arzobispo Daimberto, en el año 1104; pero el continuador de la recopilacion de los *Historiadores de Francia* prueba que solo pueden pertenecer al año 1099.—3.° Hallándose en guerra Luis *el Gordo* con el rey de Inglaterra, y con Tibaldo, conde de Chartres, dió órden al abad de S. Pedro-le-Viff de fortificar el arrabal en que se hallaba situado este monasterio, y de velar en defensa suya. Habiendo pedido el mismo príncipe al Abad un local para encerrar á los leprosos de la ciudad, Arnaldo le manifestó en nombre de los religiosos, que la proximidad de los apestados en número excesivo habia llegado á serles insoportable y peligrosa; suplica al rey apruebe la medida que habia tomado, de concierto con el arzobispo, de trasladarlos á otra parte. Estas dos cartas se han publicado por primera vez en la recopilacion de los *Historiadores de Francia.*—4.° Carta de Arnaldo á Josceran, obispo de Langres, relativa á un proceso que tenia con los abades de Molesme y de Reomé, ó Moutier-Saint-Jean, con motivo del diezmo y del censo de Ricei y de Pouilli, que habia adquirido de los condes de Montbar, aunque estos objetos se habian dado ántes al monasterio de Saint-Pierre le Viff. Una carta á Bernard, abad de Moutier-Saint-Jean relativa al mismo asunto.—S. B.

SAINTPE (Francisco). Nació este sacerdote del Oratorio en el pueblo de Valle Grand, diócesis de París, el dia 28 de Febrero de 1596. Su padre murió en 1611 y le dejó un cargo en el palacio del rey, del que tomó posesion el año siguiente, á pesar de no tener más que trece años. A fin de sostenerle con dignidad, hizo dos viajes á Holanda, en los que abandonó todos los deberes de la piedad cristiana, en cuyos desórdenes continuó hasta el año 1626, que se resolvió á ganar el jubileo que habia concedido el Papa á los franceses. Dirigióse al efecto á un religioso, que le aconsejó se confesase todas las semanas, y que comulgase todos los meses. Algunos meses despues se retiró por unos dias, bajo la direccion del P. Coudren, por consejos del que se decidió á entrar en la Congregacion del Oratorio. Entónces contrajo amistad con la señorita Tardu, que se hizo poco despues ursulina en Beaugence, de donde fué mucho tiempo superiora, y con M. Vignier, que aún era de la religion reformada, pero que se hizo católico y entró como él en el Oratorio. Tomó en esta Congregacion Francisco Saintpé el hábito el dia 21 de Febrero de 1629, despues de vender su empleo, y de pagar sus deudas con su producto, y el 23 de Febrero de 1630 recibió el órden sacerdotal por consejo tambien del P. Coudren, que despues de la muerte del cardenal de Berulle habia sido elegido general. En cuanto se ordenó se le encargó de visitar á los enfermos y de enseñar á los ignorantes. Faltándole un dia la memoria en medio de un sermon que predicaba, tomó la resolucion de hu-

millarse y pedir públicamente perdon á Dios y á su auditorio de la temeridad suya de subir al púlpito. En 1633 le eligieron superior de la casa del Oratorio de Lion, y puso empeño en que abrazasen la religion católica los pretendidos reformados, no por medio de reconvenciones y de disputas con ellos, sino por medio de la conviccion en piadosas conversaciones. Luego que acabaron los tres años de su mando, se volvió á París á pie pidiendo limosna, y dando á los pobres el doble de lo que le hubiera costado el viaje si le hubiese hecho á sus expensas. En París encontró á uno de sus hermanos, que era cura de Etampes, que se habia hecho llevar allí á causa de una parálisis, y fué á servir su curato en los dos años que duró la enfermedad. Informado el P. general del Oratorio de lo bien que habia desempeñado el curato, le encargó del de Chapeuville, cerca de Villers, y como una enfermedad contagiosa se apoderase de una aldea cercana, dejó á su vicario en la parroquia y fué á encerrarse con los apestados, á los que sirvió de médico espiritual y temporal hasta que cesó la epidemia. Al cabo de un año le llamó el P. general, y le colocó en el noviciado para que inspirase la piedad á los jóvenes religiosos, y á fines de 1640 asistió en los últimos momentos de su vida al P. general. Sucedió el P. Boungain al P. Coudren en el generalato, y envió al P. Saintpé á Rouen de párroco de la parroquia de Sta. Cruz, la que sirvió por espacio de siete años, y la dejó por haber sido nombrado superior del seminario de S. Magloire en París. Habiendo oido hablar de la piedad de este religioso la duquesa de Orleans, deseó ser su confesada, y cuando lo hizo la primera vez, no quiso ya tener otro director espiritual. Fugóse Saintpé del lado de la duquesa, porque estimaba más el retiro que el bullicio de la corte, y la escribió desde el lugar de su retiro cuanto podia hacerle despreciable á la vista de los hombres, pidiendo á Dios de todas veras que le hiciese más bien despreciado que amado de los grandes de la tierra. Oida fué su ferviente súplica, pues dirigiéndose á Troyes á decir misa á un lugar cerca de Nogent, al salir de la poblacion se sospechó habia robado un cáliz, y se le detuvo; pero su inocencia fué reconocida con el descubrimiento del ladron, y fué para él un verdadero sentimiento que este incidente le privase de haber estado preso. Terminado el tiempo de su superioridad en S. Magloire, deseó alejarse de París para evitar se le volviese á llamar á la corte; fué mandado á un curato de Tolosa, unido á la casa del Oratorio; pero apénas habia llegado á su parroquia, cuando los duques de Orleans rogaron al general de la Orden le obligase á volver París. Obligado por el deber de obediencia á ir á Blois, resolvió para preservarse del contagioso aire de la corte, trabajar más que nunca en la conversion de las almas; ayunó con mayor austeridad, economizó sus gastos para hacer más limosnas, y distribuia á los pobres su pension tan luego como la recibia. La primera regla que se prescri-

bió en la corte fué no mezclarse en ningun asunto que no tuviese relacion con su ministerio y vivir en el mayor retiro que le fuese posible. Sin embargo, habiendo sabido que la duquesa de Orleans estaba sujeta al defecto de muchos grandes, en todas las épocas por desgracia, de no pagar sus deudas, la manifestó lo que esto ofendia á Dios, y la duquesa le prometió satisfacerlas inmediatamente. Como esta promesa no se cumpliese, el P. Saintpé rogó, instó y tomó consejo de personas de saber y conciencia para ver de que la princesa llenase cual debia sus deberes, y por último, se despidió para obligarla más á ello. Fué diputado por sus superiores al obispo de Génova para darle gracias por el honor que habia querido hacer á la Congregacion del Oratorio dándola una casa cercana á Génova, é informarle de las razones que impedian á la Orden aceptar tan generosa donacion. Asistió á la ceremonia que se hizo en Anneci para la canonizacion de S. Francisco de Sales, y á su regreso á París fué nombrado superior de nuestra Señora de las Virtudes. El ecónomo sobre el que confió la administracion, contrajo deudas con construcciones inútiles; esta falta recayó sobre el P. Saintpé, el que léjos de sincerarse y defenderse, se confesó culpable. Hallándose en París en la casa de la calle de S. Honorato, fué acometido de una calentura peligrosa, y preparándose á la muerte por medio de los sacramentos, oraciones y paciencia en sus padecimientos, murió el dia 9 de Enero de 1678. El Padre Cloyseault escribió la vida de este religioso.—C.

SAINT-LUENTIN (Gerardo). Tritemio le cita como un monje muy estudioso, versado en las ciencias sagradas y profanas, autor de algunos opúsculos, en particular de una leyenda de milagros obrados por la intercesion de una santa, de responsorios y otros cánticos de iglesia sobre el mismo asunto, y de una relacion de la traslacion de la santa corona de espinas, y de una parte de la verdadera cruz, reliquias adquiridas por S. Luis del emperador de Constantinopla. Enrique de Gante, que habia hablado poco ántes que Tritemio en los mismos términos del monje Gerardo de Saint-Quentin, añadia que un hermano Pedro, canónigo de S. Alberto en Cambrai, componia la música de estos cantos, de estas antífonas, y de los cánticos llamados vulgarmente *condits*, y los hacia tambien recomendables por la melodía de los aires, como por la correccion del estilo: *Dulci modulamine et limato dictamine*.—S. B.

SAINT-QUENTIN (Guerric de), llamado tambien por corrupcion *Guarric (Guarricus) Guesner (Guesnerus)* y áun *Græcus*, ha sido confundido algunas veces con estos dos religiosos del mismo nombre de Guerric. El más antiguo es el abad de Igun, discípulo de S. Bernardo. El otro, que fué su contemporáneo, y que pertenecia como él á la órden de Sto. Domingo, habia fundado en 1219 un convento en Metz, en su casa paterna, y parece no dejó

escrito alguno. El Guerric de que hablamos aquí, se distingue de los otros con el apellido de Saint-Quentin, que indica el lugar de su nacimiento; pero este sobrenombre se ha omitido casi siempre en los manuscritos, y así miéntras Sampayo designa á nuestro religioso con el nombre de *Guerricus Picandus*, Esteban de Lalanhae ó Bernardo Guidon y Maluenda, copiándoles, le llaman *Guerricus de Sancto Quintino Flandrensis*, porque en la época del nacimiento de Guerrico la ciudad de S. Quintin pertenecia á Flandes por haber formado parte del dote de Isabel, condesa de Vermandois, que casada con Felipe de Alsacia, conde de Flandes, murió sin posteridad en 1183 durante la guerra que se habia encendido entre su esposo y el rey de Francia Felipe Augusto. Continuaron las hostilidades despues de su muerte, y recibieron un nuevo alimento por las dificultades suscitadas sobre los derechos que pretendia tener á su sucesion cada una de las partes beligerantes. En el curso del año 1186, en 10 de Marzo, y no en 1182, como se ha dicho algunas veces, se firmó un tratado de paz, en que se estipuló que el conde de Flandes volveria al rey de Francia el Vermandois, pero conservaria durante su vida á Perona y S. Quintin. Otro escritor, Guillermo Segnier, ha sostenido que Guerrico no habia nacido en la ciudad de S. Quintin, sino en una aldea del mismo nombre, situada cerca de Aire, en el Artois. Este error le ha llevado á cometer otro segundo, el de hacer descender á Guerrico de una familia noble de estos países, de que quedan todavía, dice, algunas ramas florecientes. La historia de la vida de Guerrico no comienza realmente para nosotros hasta la época en que despues de haber sido profesor de filosofía en diferentes colegios que no se nombran, y además se añade doctor en medicina, cedió á una vocacion secreta, que segun el testimonio de Humberto de Romans, recogido por Esteban de Borbon, Leandro Alberti y por Gerardo de Frachet, fué imperiosa desde el momento en que asistiendo á una lectura de la Biblia, oyó Guerrico que Adan y sus sucesores vivieron cada uno un gran número de años, y murieron despues. En aquel instante mira la vida con desprecio y exclama: *¡Deus meus! omnes moriuntur, etiam illi qui tantum vixerunt. Quid faciemus? Et nos etiam moriemur.* Estas palabras, pronunciadas hacia el año 1227, fueron seguidas de la firme resolucion de morir para el mundo: Guerrico entró en el convento de Dominicos de la calle de S. Jacobo, cuya existencia no databa más que del año 1218. Fué tambien uno de los primeros franceses que tomaron el hábito de esta Orden, fundada en 1215 por Sto. Domingo, y debemos creer, aunque sus biógrafos callen en este punto, que tuvo relaciones personales con el fundador durante la morada que hizo este en París. Se dedicó con ardor al estudio de la teología, y la facultad de París le recibió de maestro en 1237, hallándose su nombre inscrito en esta fecha entre los de Pedro de Ta-

rentaise y Baudonio de Maflix, en el catálogo manuscrito de Esteban de Salanhae y de Bernardo Guidon, así como en el *Index magistrorum Parisiensium* que nos ha conservado Maluenda. Otros escritores han hecho equivocadamente de Guerrico ya un teólogo secular, ora un religioso de la órden del Cister, ó bien un cartujo. Poco tiempo despues de haber obtenido el grado de maestro, fué nombrado regente en el convento de S. Jacobo en París: desempeñó este cargo durante muchos años, y adquirió una grande reputacion no ménos por sus lecciones y sus escritos, que por la pureza de sus doctrinas y el ejemplo de una santa vida. Refiérese que anteriormente habia enseñado la interpretacion de las Sagradas Escrituras en el convento de Padres Predicadores de Bolonia con el acostumbrado título de lector, pero no se dice ni en qué época ni cuánto tiempo estuvo encargado de esta enseñanza. En 1238 se le encuentra en el número de los maestros de teología en París, que con Hugo de Saint Cher, Godofredo de Bleves ó de Blevel, Juan de la Rochela y otros muchos teólogos, asistieron á la asamblea que celebró la facultad de teología de París, reunida en el convento de Dominicos de la calle de S. Jacobo, bajo la presidencia de Guillermo de la Auvernia, obispo de París. Esta asamblea decidió que no podian acumularse dos beneficios en un solo clérigo, si la renta del uno se elevaba á quince libras parisienses. La misma cuestion de disciplina eclesiástica, agitada tres años ántes en una reunion más solemne, habia recibido ya una solucion semejante. Posteriormente, pero no en 1248 como pretende Antonio Mallet, se encargó Guerrico de la administracion del convento de S. Jacobo, con el título de prior; se trataba de impedir la ruina total de que se hallaba amenazado aquel célebre establecimiento. Habia decaido de tal manera de su esplendor, que no habia medios para proporcionar los medicamentos á los enfermos. La misma congregacion debia un centenar de libras. Guerrico no imploró en vano los auxilios de la divina providencia; un hombre poderoso, á quien no se nombra, murió por entónces en Grecia, dejando en su testamento á la comunidad de S. Jacobo las cien libras que necesitaba para pagar su deuda. Un dia, inesperadamente y sin que se supiese esta disposicion, un comerciante entregó la suma al prior. La órden de PP. Predicadores, queriendo reconocer en un capítulo general, por medio de un testimonio particular de confianza, los servicios de que era deudora al zelo y al saber de Guerrico, le eligió provincial de la provincia de Francia. Se refiere con motivo de su muerte, acaecida poco despues, que uno de sus mejores amigos, Guillermo de Meliton, de la órden de los hermanos Menores y maestro en teología, vió en sueños un vaso de cristal, colocado delante de él y lleno de un vino exquisito, romperse de repente y esparcirse todo el líquido que contenia. Habiéndose referido esta vision á los PP. Alejandro y Juan de la Rochela, creyeron encontrar un indicio seguro

de que moriria dentro de poco tiempo uno de los maestros de teología de la universidad de París. En efecto, se dice, Guerrico entregó de allí á pocos dias su alma al Criador, y durante una de las noches que siguieron á esta muerte, Guillermo de Meliton, que no dejaba de llorar á su amigo, tuvo una segunda vision en que se le aparecieron á un lado del capítulo la Santísima Vírgen coronada de gloria, y al otro lado el P. Guerrico, con su capucha echada hasta los ojos, como por humildad acostumbraba á hacerlo. Guillermo creyó oir á la Santísima Vírgen llamar á este religioso y decirle: « *Ven á mi lado, Guerrico; escribe en el libro de los vivos el nombre de los elegidos.*» Guillermo despertó en esto y sintió un grande consuelo por la muerte de su amigo, y refirió esta vision añadiendo: *Vere dolium fuit (Guerricus) crystallinum propter sapientia bonitatem, profunditatem humilitatis, et doctrinæ nitorem;* palabras que convienen perfectamente con las de Humberto de Romans: *Ejus (Guerrici) vita quam sancta, doctrina quam utilis et clara fuerit, notum est toti Ordini et Ecclesiæ Dei.* A pesar del cuidado que se ha puesto en recoger la relacion de las dos visiones de Guillermo de Meliton, nos es desconocida la fecha exacta de la muerte de Guerrico. Unicamente sabemos que se verificó en el año 1245; pero segun la observacion de Segnier, debió verificarse anteriormente al 21 de Agosto, puesto que en aquel dia murió Alejandro de Hales, que se sabe sobrevivió á nuestro religioso. Esta observacion es una prueba de que Mallet ó su impresor se engaña cuando coloca en el año 1248 la promocion de Guerrico al cargo de prior del convento de S. Jacobo. Echard y Fabricio, á ejemplo de Segnier, asignan á la muerte de este dominico la fecha de 1245, que adoptamos sin vacilar. Echard es el primer biógrafo de Guerrico, que ha sabido establecer con seguridad las obras que nos quedan de un religioso cuyos conocimientos en filosofía, medicina y teología convienen en elogiar todos los autores. La lista que ha formado no comprende más que comentarios y postillas sobre la Biblia: como sus autores nos dejan ignorar si el autor ántes de consagrarse á la vida monástica habia ó no compuesto algun escrito sobre filosofía y sobre medicina. Alguna de las obras de Exegeris, indicadas por Echard, no han llegado á imprimirse. La copia manuscrita más completa de ellas que se ha conservado es la que descubrió aquel bibliógrafo en una coleccion en fólio, legada en 1277 á la Sorbona por un canónigo de Lieja, Bernar de Nivelle. Esta coleccion en un solo volúmen no paginado, forma en la actualidad parte del rico depósito de la Biblioteca imperial de París, escrito en pergamino á dos columnas, en malos caractéres y por muchas manos. Al frente del volúmen se hallan colocadas las postillas que el P. Echard atribuye á Guerrico de Saint-Quentin. Intitúlanse: *Postille Fr. Gerrici (sic) super epistolas Pauli*, y comienzan con estas palabras: *Ad Romanos. Obinavit ros abardose venienti. Eccles.* 43. *Duo notantur; primo, conver-*

*sio Pauli: secundo, instructio aliorum....* Concluyen con estas: *Optat autem eis* (Hebræis) *gratiam contra legis zelum, ut scilicet sint zelatores Evangelii, non legis; vel gratiam optat eis, qua possint complere omnia predicta. Explicit in nomine Jesu Christi.* Despues de estas postillas, que comprenden, además de las epístolas á los Romanos y á los Hebreos, todas las otras epístolas de S. Pablo, siguen los comentarios de Hugo de Saint Cher sobra la epístola del mismo apóstol á los Romanos, sobre la primera epístola á los Corintios y á las *distinciones* del P. Godofredo Bélvel sobre todas las epístolas de S. Pablo. Despues hácia el medio del volúmen se encuentran cuatro comentarios sobre el Antiguo Testamento. Echard no vacila en atribuir los dos primeros á Guerrico de Saint Quentin, uno es anónimo y se refiere al libro de los Proverbios; otro, intitulado *Commentarius in Cantica*, termina con estas palabras: *Explicuint Cantica Canticorum secundum fratrem Guerricum. Incipit Liber Sapientiæ.* El tercero lleva en efecto este título: *Commentarius in librum Sapientiæ*, pero es anónimo. El cuarto comentario, anónimo tambien, tiene por objeto el exámen del Eclesiástico, es acéfalo y comienza en el capítulo sexto. La coleccion comienza con cierto número de postillas anónimas poco importantes. Echard dice con motivo del tercero y del cuarto comentario de que se acaba de tratar: No me atrevo á afirmar que sean de Guerrico de Saint-Quentin, aunque esto parece muy verosímil. Procura justificar su opinion con respecto á los comentarios sobre los Proverbios, y sobre el Cántico de los Cánticos, haciendo la observacion de que por lo general se cita á Guerrico sin apellido: que estos dos comentarios son escolásticos, fueron legados á la Sorbona por un secretario, muerto en el siglo XIII, y se encuentran unidos á las *Distinctiones* de Godofredo de Blével, que era el compañero y colega de Guerrico; que por consecuencia remontan al tiempo en que vivia este último, y que no han sido reivindicados en favor de ningun otro teólogo. El biógrafo de los escritores de la órden de PP. Predicadores nos deja ménos incertidumbre cuando añade que Guerrico habia compuesto tambien postillas sobre el Eclesiastés. No han llegado hasta nosotros, pero las encontramos citadas textualmente por los autores de los siglos XV y XVI. Las postillas de Guerrico sobre la primera epístola de S. Pablo á los Corintios, y sobre la epístola á los Romanos se encuentran, pero sin nombre de autor, en otra coleccion manuscrita de la Sorbona. Como la anterior, remonta al siglo XVI, y no está paginada, se halla escrita en pergamino y en fólio. Es un volúmen compuesto de fragmentos incompletos que pertenecen á obras de distintos autores. El primero de estos fragmentos está tomado de la Suma de Juan de la Rochela sobre las epístolas de S. Pablo. Sanders indica una obra manuscrita, en dos volúmenes en fólio, de la biblioteca de la iglesia de S. Martin de Tournai, intitulada: *Postilla Fr. Guerrici super Psalterium.*

Echard reivindica estas postillas en favor de Guerrico de Saint Quentin. Otros las atribuyen á Guerrins, abad de Igni. Nos vemos obligados á dejar la cuestion indecisa por hoy, como se habia hecho ántes de nosotros. Los comentarios y postillas de que se puede reconocer con seguridad por autor á Guerrico de Saint Quentin nos parecen superiores en cuanto al fondo y en cuanto á la forma, al mayor número de los escritos del mismo género que nos ha legado la escolástica del siglo XIII. Así no nos admiramos de encontrarlos citados por los eruditos de los siglos siguientes. Vicente Baudello, Juan de Torquemada y Grisaldo, aunque ignoraban que Guerrico habia pertenecido á la órden de Sto. Domingo, invocan particularmente el doble testimonio del comentario de este autor sobre el capítulo III del Eclesiastés y del capítulo VII de su postilla sobre la epístola de S. Pablo á los Romanos, para manifestar que un teólogo del siglo VIII, cuyo saber, profundidad y puras doctrinas eran generalmente reconocidas, no admitia algunos puntos que han pasado despues como dogmáticos. Sábese las opiniones que sostenian los dominicos, miéntras los franciscanos defendian las contrarias. Alva se ha equivocado al contar á Guerrico de Saint Quentin en el número de sus partidarios. Duplessis D' Argentré, obispo de Tulle, en su *Comentario histórico sobre la predestinacion y la reprobacion*, no han cometido semejante error, pero prescindamos aquí de esta cuestion tan debatida, pues nos parece suficiente lo expuesto para poder formarse una idea aproximada de quién fué este personaje tan afamado en el siglo VIII.— S. B.

SAINT QUENTIN (Fr. Simon de). Vicente de Beauvais ha dado á conocer al dominico Simon de Saint Quentin como autor de una relacion de la Tartaria. En el cap. XXXI del libro II del *Speculum historiale* se lee que en 1245 envió Inocencio II á aquel país al hermano Auselino ú Arcelino y á otros dos dominicos, portadores de cartas apostólicas, en que se invitaba á los tártaros á abrazar la religion cristiana, y uno de los cuatro religiosos es Simon de Saint Quentin, continúa Vicente, de quien he recibido los detalles que he insertado en diferentes lugares de mi obra sobre la historia y las costumbres de estos infieles. Puede por lo tanto atribuirse á Simon una gran parte de lo que contienen relativo á estos pueblos los capítulos LXIX á LXXXIX del libro XXIX del *Espejo historial*; el capítulo XCV y algunas otras páginas del libro XXX. En el XXXI anuncia Vicente que va á dar extractos de la relacion de Juan de Plancarpin para suplir lo que falta en la de Simon: *Ad supplementum eorum quæ desunt in prædicta fratris Simonis historia.* En efecto, el franciscano italiano Carpini, misionero por la misma época, dió los primeros materiales de este último libro, desde el capítulo III hasta el XXV, que termina con estas palabras: *Hac... exceptismus ex quidem fratris Joannis libello, ea quæ in libro fratris Simonis deerant adjiciendo: de cæ-*

*tero autem ex utroque libello.* Vicente, que indica con mucho placer las fuentes en que bebe, inscribe el nombre de Simon al frente del capítulo XXVI y esta designacion puede extenderse á algunos de los que siguen. Está expresamente explicada en el XXXII: al principio del XXXIII se lee: *Frater Joannes*; del XXXIV, *frater Simon*; del XXXV, *frater Joannes*; del XL, *ex libello fratris Simonis.* Despues no hay ninguna inscripcion semejante, pero hasta el L se trata aún de los tártaros, y sin duda Vicente Beauvais continúa extractando lo que dice ya de Juan Plancarpin y ya de Simon de Saint Quentin. Nos refiere que este último permaneció en la Tartaria dos años y seis semanas. Al fin del capítulo XXXV pasa á otros asuntos el autor del *Speculum historiale*, y distingue con la palabra *autteor* lo que va á decir en su propio nombre. Se ha supuesto algunas veces que Simon no habia escrito nada, sino que únicamente refirió de viva voz á Vicente Beauvais los detalles de la mision de los cuatro dominicos en Oriente. Esta opinion nos parece inconciliable en los términos de que acaba de servirse Vicente de Beauvais: *Fratris Simonis historia—in libro—Ex libello fratris Simonis.* Bergeron, que publicó en 1634 una version francesa de esta relacion en una coleccion reimpresa más completamente en 1735, dice que Vicente para suplir las faltas que encontraba en las relaciones de Plancarpin, las aumentó con lo que habia sabido de boca del P. Simon. Acabamos de leer, por el contrario, que el libro de Plancarpin era el que servia de suplemento al mismo Simon, y Bergeron hablando en otro lugar de este mismo religioso, dice que dejó unas *Memorias* de las que está sacado el viaje del P. Ascelino. En efecto, la relacion conocida con el nombre de Ascelino no es más que la de Simon, tal como nos la ha trasmitido Vicente. Pero este dato de historia literaria, aunque muy fácil de conocer, está tan ignorado ó descuidado, que ni áun se nombra á Simon de Saint Quentin en el artículo de Ascelino, en la Biblioteca de los viajes de M. Boucher de la Richarderie. Los misioneros enviados á Tartaria por Inocencio IV despues del concilio de Lyon, eran en número de seis; dos hermanos menores, Plancarpin, cuya obra poseemos, y el polaco Benito: cuatro dominicos, Ascelino, Alejandro, Albaico y Simon de Saint Quentin; el primero lombardo, polacos los dos siguientes, y el cuarto nacido sin duda en la ciudad de Francia cuyo nombre lleva. Muchos historiadores, citados por Altamura en su Biblioteca Dominicana, han recogido lo que puede saberse de esta doble mision. Decimos doble, porque el P. Quetif y su continuador Echard, procurando siempre distinguir bien los predicadores dominicos de los menores ó franciscanos, han tenido mucho cuidado de hacer la observacion de que unos y otros no caminaron juntos en 1243; que miéntras Plancarpin y Benito atravesaban la Bohemia, la Silesia, la Polonia y la Rusia, Ascelino, Simon y sus dos compañeros se dirigian á

S. Juan de Acre, y pasaban despues por la Armenia, la Georgia y la Persia. Hé aquí por lo demás todo lo que sabemos de la vida de Simon de Saint-Quentin. No se dice la edad á que emprendió este largo viaje, ni cuánto tiempo vivió despues de su entrada en Francia. Lo que ha referido ó lo que ha escrito para hablar como Altamura y Quetif se lee en extracto en los capítulos de Vicente Beauvais, que ya hemos indicado, y en la traduccion francesa de Bergeron. Enviados á la presencia del príncipe de los tártaros Bajothnoy (Bachin ó Bochin), Ascelino y sus tres compañeros no le llevaron regalos, negáronse á adorarle, á postrarse delante de él, irreverencia que causó indignacion, y hubiera recibido la muerte si una de las seis mujeres del príncipe no hubiese pedido y obtenido su perdon. Se les propuso presentarse al Khan, soberano de la Tartaria é hijo de Dios, y contestaron que Dios habia dado el poder supremo al Papa solamente, quien tenia el cargo más elevado entre los hombres. Hicieron traducir al persa y presentaron á Bajothnoy las cartas de Inocencio IV. Simon no las copia, pero da el extracto de las de Bajothnoy al Papa y del Khan á Bajothnoy. Describe los sufrimientos de los cuatro misioneros, sus privaciones, la miseria y los malos tratamientos que sufrieron: lo que dice de este pais y de las costumbres de sus habitantes ha parecido ménos instructivo que la narracion del franciscano Carpini. Simon de Saint-Quentin era demasiado supersticioso y crédulo para contribuir á los progresos de los verdaderos conocimientos geográficos é históricos. No existe el texto crítico de su obra, si es cierto que ha dejado alguna obra, y quizá los artículos que le pertenecen en los tres últimos libros del *Speculum historiale* no se han reunido todavía con bastante exactitud.—S. B.

SAINT REMI (Balduino de). Es autor de una relacion de milagros operados en 1145 en la iglesia de su monasterio por la intercesion de S. Gibrien, sacerdote muerto á principios del siglo VI, y del que aquella iglesia poseia las reliquias. Su abad, el V. Odon, fué quien le mandó emprender esta obra. En su principio toma por testigo á Jesucristo de que no refiere ningun hecho contrario á la verdad, que no refiere más que lo que ha visto con sus propios ojos y tocado con sus propias manos, habiéndose prestado muchas veces para ayudar á conducir los enfermos que no tenian fuerzas para llegar hasta la urna del Santo, habiendo alimentado á muchos durante nueve y doce dias y habiéndoles despedido despues de haberse asegurado de su curacion. El texto de la obra está dividido en tres libros. En el primero, despues de un breve compendio de la vida de S. Gibrien y de la traslacion de su cuerpo á Saint Remi, refiere los milagros operados desde 16 de Abril hasta 11 de Mayo siguiente. Los que se verificaron despues de esta última época hasta 5 de Junio ocupan el segundo libro. La materia del tercero son

las curaciones acaecidas. Reina en el escrito mucho candor y buena fe. El autor parece por otra parte un hombre instruido é ilustrado. Da á conocer los nombres de todos los favorecidos por los milagros, lo mismo que el lugar de su nacimiento ó de su morada. Aunque entra en grandes detalles, rara vez se aleja de su asunto. Su relacion, en una palabra, es digna de todo crédito. La escribió en la época, ó por decirlo así, en el momento en que se operaban todas estas maravillas. Balduino confirma lo que se sabe del estado floreciente en el siglo XII, y da otras muchas noticias muy dignas de aprecio, que nos abstenemos de referir por no creer este lugar á propósito para ello. — S. B.

SAINT-RIQUIER (Michon de). Este monje se distinguió en las ciencias eclesiásticas y en las letras humanas. Comenzó á hacerse una reputacion desde el año 840. Su grande saber y sus demás talentos le hicieron elegir para dirigir las escuelas de su monasterio, que adquirieron en su época mucho esplendor. Ejerció por largo tiempo este cargo, y formó muchos discípulos que se hicieron muy célebres en lo sucesivo: *Discipulos in omni doctrinarum genere nobilissimos reliquit:* Michon, segun Trithemio, que habla así de él, florecia aún en 869 y quizá despues. Entre los escritos que dejó á la posteridad, se cuentan: 1.° Cuatro libros de epígramas, de que no se nos dan más noticias, que eran sin duda diferentes poesías sobre diversos asuntos. 2.° Una coleccion de enigmas de que se habla como de una obra notable: *liber pulcherrimus.*—3.° Otra coleccion de extractos de los poetas, intitulada: *Flores poetarum.*—4.° Una tercera coleccion de cartas á diferentes personas, sobre cuyo asunto no se nos dice nada más. De todos estos escritos, que parece por la forma en que habla Trithemio de ellos, existian áun en su tiempo, no existe hoy más que una especie de himno en honor de S. Riquier, que nos ha conservado Hariulfo en su Crónica. Consta de veintiseis versos elegíacos, en los cuales no se descubre nada que pueda merecer á su autor el título de buen poeta. La inscripcion le da la calidad de diácono. Tritemio atribuye tambien otras obras á Michon, que no especifica por no haber podido recordarlas. Pero pueden con razon ponerse en este número una historia de los milagros de S. Riquier, obrados en tiempo de los abades Hercio, Elizachar y Luis, es decir, desde 814 hasta 869, de que se nos han dado dos ediciones en el siglo último. Además de que esta historia se halla bastante bien escrita para no ser indigna de un hombre tan célebre como Michon, y es evidente que es obra de un monje de Saint Riquier que no se nombra, pero que vivia en aquella época. El autor la ha dividido en dos libros, el primero de los cuales le emplea en referir los milagros acaecidos desde el principio del reinado de Luis *el Bondadoso* en 814 hasta 859, y el otro en describir los que acaecieron des-

pues de esta última época hasta el mes de Octubre de 864, y áun segun parece hasta Febrero de 865. Da muestras de su buena fe y de su sinceridad, no solo nombrando las personas de quienes tiene ocasion de hablar y acompañando sus principales circunstancias con los hechos de que nos ha conservado la memoria, sino declarando tambien los documentos de donde ha tomado lo que refiere. Esta obra no es indiferente para la historia; encuéntranse en ella diversos acontecimientos que la pertenecen por completo. La corta pero viva descripcion que hace el autor de las asolaciones de los normandos, es propia para dar á conocer toda su ferocidad. Hablando del himno de S. Ambrosio, que menciona la regla de S. Benito, dice que es el *Te decet laus*, etc., y que se canta al fin del Evangelio, que termina el oficio de maitines segun la misma regla. Esta relacion de los milagros pareció tan importante á Ingelramno, abad de Saint Riquier, á principios del siglo XI, que no creyó perdia su tiempo en ponerla en verso. Hariulfo, escritor del mismo siglo, ha tomado casi literalmente el prefacio del segundo libro de nuestro autor para colocarle al frente de la Coleccion de milagros del mismo santo que publicó entónces. El que creemos pertenecer á Michon fué impreso en un principio por el P. Mabillon, que le sacó de dos manuscritos, uno de la abadía de S. Riquier, otro de la de Compiegne. Habiendo revisado poco tiempo despues los continuadores de Bolando esta edicion por otros dos manuscritos, uno de la casa de Amberes, otro de Cristina, reina de Suecia, publicaron la obra de nuevo en 26 de Abril. Nos refieren estos últimos editores que han tenido á la vista una historia de la noble extraccion y milagros de Saint Riquier y que la inscripcion se la atribuye á un tal Nicon, calificado de diácono y monje de Saint Riquier ó Centulo en Ponthieu. Se ve uno inclinado naturalmente á creer que este Nicon no es otro que el célebre Michon que forma el asunto de este artículo, si no fuese evidente que su obra es produccion de un hombre desorientado, que para dar algun calor á su impostura se revistió del carácter y cualidades que toma, valiéndose del título del mismo Michon de que se ha hablado. Que si se le nombra Nicon en vez de Micon ó Michon, será porque se haya leido mal este nombre en Hariulfo ó que los copistas le hayan desfigurado en lo sucesivo. De todas maneras este escrito ha parecido tan malo á los que le han leido que le han condenado á permanecer en la nada de donde le habian sacado. Unicamente han impreso una parte del prefacio para hacer juzgar de lo demás. — S. B.

SAINT-ROMAIN (Bernardo de), que fué abad de Tournus, no era aún más que prior de Loudun, cuando redactó una corta relacion de los tres milagros operados por S. Filiberto, relacion que ha dado suficientemente á conocer el P. Mabillon. Bernardo era abad de Tournus en 1200, pues en esta época renovaba un tratado de alianza y de confraternidad concluido entre

su predecesor y la abadía de l'Ile Barche. Pero tenia sucesor en 1202. Puede suponerse que era de la familia de Saint-Romain en Macon, la que dió otros abades en el curso del siglo XIII. —S. B.

SAINT-SANSON (Juan de). Este piadosísimo ciego merece bien un lugar en esta obra por lo mucho que contribuyó á la reforma de la religion Carmelitana. Nació en Sens el dia 29 de Diciembre de 1571. Fué hijo de Pedro Dumoulin y de María Aiz, personajes ricos, nobles y muy piadosos. Hallábase aún en la cuna cuando fué atacado del sarampion con tal malignidad, que perdió enteramente la vista. Quedando huérfano á la edad de diez años, quedó bajo la tutela de su tio materno, que le hizo dar una educacion esmerada en lo que cabia á un niño ciego. Aplicóse Juan especialmente á la música y á tocar el órgano y otros varios instrumentos. Algunos años despues este muchacho dejó la casa de su tio y se retiró á un sitio apartado del bullicio de la sociedad, en el que pudo con mayor libertad hacer le leyesen libros piadosos y ejercitar la piedad y la mortificacion. A los veinticinco años se fué á vivir á París en casa de uno de sus hermanos, que era tesorero y pagador de la gendarmería, y en esta capital pudo entregarse con más extension á sus deseos. Era sumamente aficionado á meditar la pasion del Señor, y Dios le hizo pasar por pueblas que solo prueden apreciar los que hayan pasado por ellas. Arrebatándole la muerte á su hermano y á su cuñada, se sometió á las órdenes de la Providencia, adoró sus decretos y tuvo la generosidad de abandonar todos sus bienes, reduciéndose, á pesar de ser ciego, á una absoluta pobreza. Celoso por la gloria de Dios, quiso contribuir en lo que le fuese dable á la reforma de los Carmelitas. La profesion de organista le habia puesto en relacion con un jóven religioso de esta Orden, al que por espacio de dos años le obligó amistosamente á que le leyese obras piadosas, de manera que esto le puso en disposicion de ser uno de los principales instrumentos de la reforma, que se verificó poco tiempo despues en el convento de Rennes desde el que se esparció por otras provincias. El ciego Juan fué el que inspiró el mismo designio al P. Felipe Thibaut, que fue el jefe de esta piadosa empresa. Pidió Juan Dumoulin entrar en el convento de Dol de Bretaña, que no se hallaba reformado, y á pesar de su ceguera, se le admitió en él en atencion á sus grandes virtudes. Probósele cuanto podia ser en su noviciado, envióle Dios penas y enfermedades, y sufriéndolas con una paciencia heróica, hizo su profesion el año 1607. Habiendo sido tan piadoso en el mundo, puede concebirse lo que sería siendo religioso. Su virtud favorita fué el socorrer á los enfermos, y sus historiadores hacen mencion de las muchas milagrosas curas que obró. En sus curaciones hizo uso de la oracion que se dirige á S. Pedro en Roma al mismo fin. Habiendo sanado de este modo á un criado del obispo de Dol, Antonio de Rebol, exa-

minó este prelado, en presencia de algunos doctores, las prácticas del santo ciego y las aprobó, y concibió hácia él tanto cariño, que llegó á visitarle diariamente, y algunas veces dos ó tres veces al dia. Este piadoso religioso esparció la piedad de que él estaba animado por todo el país. Llamósele al convento reformado de Rennes, en donde se le hizo empezar un segundo noviciado aún más riguroso que el primero, cuyas pruebas soportó con admirable constancia. Propagóse bien pronto por muchas partes el esplendor de sus virtudes; pues sin contar los obispos de Rennes, de Nantes, de Dol y de S. Briene, y los primeros presidentes del parlamento y las personas más ilustres de Bretaña que estimaban infinito á este santo ciego, la reina María de Médicis, madre de Luis XIII, manifestó más de una vez la veneracion que le tenia. De sus padres habia heredado una gran devocion á la Vírgen Santísima, y su celo le llevaba á inspirársela á todo el mundo. Este piadoso ciego, áun cuando paciente en la tierra, suspiraba por el cielo como la patria de su descanso, y Dios le oyó benignamente como á todos los que, practicando exactamente su santa ley, le piden con fe. Atacóle una grave enfermedad el dia 3 de Setiembre de 1636, y sin exhalar la menor palabra que manifestase lo que padecia, murió el dia 14 del mismo mes, besando un santo Crucifijo que tenia en sus manos, y pronunciando las palabras del apóstol: *Unido estoy á la cruz con Jesucristo.* Multitud de gentes asistieron á sus funerales, y muchos tocaron rosarios y reliquias á su cuerpo, teniendo que hacer esfuerzos los religiosos para evitar le mutilasen y desnudase el pueblo, pues que todos deseaban tener alguna cosa que le perteneciese como reliquia santa. Como encomendándose á la intercesion para con Dios del santo ciego sanase de una grave enfermedad, el año siguiente, el presidente Desloges, hizo levantar un mausoleo de mármol sobre su sepulcro con un epitafio en latin, en que se manifiestan las virtudes del santo ciego, así como los extraordinarios efectos de su comunion diaria. El hermano Juan Dumoulin de Saint-Samson, escribió muchos tratados de piedad, entre los que los más conocidos son los siguientes, en francés: *El verdadero espíritu del Carmelo.—El Gabinete místico.—Reglas de conciencia y de conversacion.—El Espejo y las llamas del amor divino.* Esta obrita la compuso á ruegos del obispo de Dol.—*Los Soliloquios.—Las Contemplaciones.—Meditaciones para los retiros ó ejercicios de diez dias.—Luces y reglas de discrecion para los superiores.—Coleccion de cartas espirituales.—De la sencillez divina.—De la efusion del hombre fuera de Dios y de su refusion en Dios*; en 12.° y 13.°—*La muerte de los santos es preciosa ante Dios*, ó *Arte de morir santamente.—Observaciones sobre la regla de los Carmelitas.—La conducta de los novicios.*—Diversos tratados (que son siete): poesías místicas (contienen canciones espirituales). Algunas de estas poesías son admirables en atencion á la épo-

ca y á la condicion del autor. Todas las obras de este religioso fueron compuestas y dictadas por voluntad de sus superiores, y ninguna de ellas ha sido acusada de quietismo, á pesar del género enteramente místico en que se escribieron, si bien es cierto que en aquella época no se conocia este género de disputas. Publicáronse en un principio las obras del hermano Juan de Saint-Samson en pequeños volúmenes separados, pero despues se publicaron reunidas en dos volúmenes en fólio. Su vida fué escrita en francés por el P. Donatier de Saint-Nicolas, y traducida al latin por el P. Mathuria de Sta. Ana, ambos religiosos carmelitas, y se halla extractada en la coleccion de Lobineau, y áun con mayor interés en la del P. Alberto Le Grand, y en la edicion que de los santos de Bretaña publicó el abate Trevoux. —C.

SAINT-SAVIN (Guillermo Dandina ó de), autor de una vida del beato Hugo de Lacerta, publicada por el P. Martenne, nos refiere al terminar su escrito cuál era su nombre y su apellido, que era religioso y sacerdote de la órden de Grandmont: *Ego Guillelmus Dandina, qui de Sancto Savino impropriè cognominor, frater peccator indignusque sacerdos.* El sobrenombre de Saint Savino le provenia en la apariencia del lugar de su nacimiento, lo que parece indicar que era del Poitou. No conocemos particularidad alguna de su vida, pero se puede colegir de sus escritos que vivió mucho ántes de 1157, época de la muerte del siervo de Dios, cuya vida escribió, pues habla del prior Esteban de Liciac, muerto en 1161, y de su sucesor Bernardo, que vivia aún cuando él escribia. Pero Pedro Bernard, que dejó de ser prior de Grandmont en 1168, vivió, como es sabido, hasta despues del año 1195. Saint Savin escribia por lo tanto en el intervalo de los años 1161 á 1195, y de seguro ántes de 1189, puesto que hablando de S. Esteban de Muret, no le llama nunca más que el P. Esteban, sin darle el título de Santo; lo que no hubiera dejado de hacer si hubiese escrito posteriormente á su canonizacion hecha por el papa Clemente III en 1189. Su historia es muy interesante, y puede mirarse como una segunda vida de S. Esteban de Muret, de quien Hugo de Lacerta fue el amigo y confidente. El autor nos refiere que en la época en que él escribia la vida de este último, se habian compuesto ya muchos volúmenes de la de S. Esteban, lo que prueba lo que acabamos de sostener, que Gerardo Thier no hizo más que recoger todas estas obras para componer la vida que lleva su nombre. Saint Savin hizo uso de los mismos materiales para componer la historia de Lacerta, y en particular de los dichos y hechos del santo fundador, de que cuenta un gran número. Confiesa que no habia tenido la fortuna de conocer personalmente al santo cuya vida escribia. Esta historia es demasiado difusa, y no es recomendable más que por la belleza de su estilo, en lo que conviene el autor, diciendo: «Aunque mi estilo grosero no sea de ninguna manera propio para dar real-

ce á estas leyendas, espero, sin embargo, que el fondo de las cosas que he puesto por escrito lo mejor que he podido, y que refiero con sinceridad, lo hará recomendable. Es en efecto muy edificante, y prueba que Muret era una excelente escuela de virtud. Los sucesores de Bolando, que no han podido procurarse el escrito de Guillermo de Saint Savin, no han dicho nada más que algunas palabras con harta ligereza sobre el Bto. Hugo de Lacerta. Pero el P. Martenne, á quien tanto debe la literatura de la edad media, la ha publicado por un manuscrito que le remitieron desde Grandmont. El mismo editor nos ha dado la relacion de la vision que tuvo un monje de Grandmont con motivo de la deposicion del prior Guillermo de Trahinac. No es más que una vision, pero cuya historia puede ser muy ventajosa. Fué escrita por un tal Guillermo á un religioso llamado Guido: *Fratri Widoni Wihelmus.* No carece de verosimilitud que el autor de esta tradicion sea nuestro Guillermo Saint Savin, y le llama *Guido de Milliaco*, de quien habla en su historia como de uno de los testigos de quien habia aprendido lo que sabe. Si esto es cierto, puede asegurarse que Saint Savin vivia aún en 1188, época de la deposicion de Guillermo de Trahinac, y que despues de la muerte de este prior le costaba trabajo reconocer á su sucesor Gerardo Thier.—S. B.

SAINT-SENERIE (Gervasio de). Roberto de Torigny, cuando no era aún más que monje de Bec, es decir, hácia el año 1174, en que fué abad de Mont-Saint-Michel, escribió á Gervasio, prior de Saint-Senerie, en la diócesis de Mans, una carta para animarle á componer la historia de los condes de Anjou y del Maine, segun el plan que le trazaba. «Mi intencion es, dice, que hagais un compendio de los condes de Anjou, en que consigneis sus nombres, su filiacion, el órden de su sucesion, la duracion de su gobierno y sus hechos más memorables, comenzando por el conde Tugelger hasta Gaufrido *el Hermoso*. Al tratar del artículo de Tugelger tendreis cuidado de marcar en qué reinado de los franceses vivia, y cuando hayais llegado á Julio *el Rojo*, padre de Gaufrido, en atencion á que se habia casado con la hija de Elías, conde del Maine, y heredera suya, trazareis á continuacion la série de los condes del Maine.» Esta carta supone que Gervasio gozaba desde entónces de cierta celebridad, puesto que entre los motivos que le propone Roberto para animarle á emprender este trabajo, le dice que contribuiria mucho á aumentar su fama. Sin embargo, su persona nos es poco conocida, y su escrito ha permanecido por largo tiempo oculto entre el polvo de las bibliotecas. Solo despues de muchos años los continuadores de la *Coleccion de los historiadores de Francia*, creyeron haberle desenterrado de un manuscrito de la abadía de Saint Victor de París, que imprimieron en parte en el tomo XII, págs. 332-339 de su *Coleccion*. En efecto, al comparar esta obra con el plan que habia trazado Roberto de Thorigni, se ve que

la una es la ejecucion de la otra. La diferencia que hay es que, segun el plan de Roberto, la obra debia terminar en la muerte de Gaufrido *el Hermoso*, llamado *Plantagenet*, acaecida en 1191, y que el manuscrito impreso se extiende hasta la muerte de Enrique au Comte Martel, hijo de Enrique II, rey de Inglaterra, muerto en 1183. Pero debe suponerse que Gervasio viviria despues lo bastante para continuar su obra hasta esta época. Bien pronto veremos que no carece de verosimilitud que este escritor haya vivido hasta el año 1199. Su escrito en el manuscrito de Saint Victor lleva el título siguiente: *De origine comitum Audegavensium*, y una mano más moderna le atribuye á Tomás Pastio, prior de Lockes, autor más antiguo que nuestro Gervasio, puesto que le cita Juan de Marmontier, que escribia hácia 1155 los hechos de los condes de Anjou. No conocemos más escritos de Gervasio, á ménos que no sea la misma persona que Gervasio, monje de Desoberna ó Cantorberi, célebre entre los historiadores de Inglaterra, de quien existen muchas obras en la excelente coleccion de Troisden, impresa en Lóndres en 1652. Lo que nos induce á creer que estos dos Gervasios no son más que una sola misma persona, es que Roberto de Torigny hacia confiar al prior de Saint Senerie en que su primera obra podria conciliarle el favor del jóven duque de Normandía Enrique, que sucedió á su padre Gaufrido Plantagenet. Se ve, en efecto, poco despues en 1198 un Gervasio en la comitiva de Tomás Becket, canciller del mismo Enrique, rey de Inglaterra, quien suscribe en calidad de clérigo la carta que este mismo Enrique dió al abad Roberto, hallándose en Mont-Saint-Michel. Las circunstancias del lugar y de las personas inducen á creer que este clérigo de la cancillería no era otro que el prior de Saint Senerie, y no causará sorpresa verle establecido en Inglaterra, donde, como lo dice él mismo, fué recibido monje de Cantorbery por Sto. Tomás, el mismo año que este prelado fué creado arzobispo, en 1162 ó 1163, de cuyas manos declara haber recibido tambien las órdenes sagradas. Añadamos una nueva prueba á este razonamiento. Roberto de Thorigni exhortaba en su misma carta al prior de Saint Senerie á escribirle memorias sobre todo lo que pasase en Normandía desde la muerte de Enrique I: «Para poder yo, dice, continuar la *Historia de los duques de Normandía*, á la que he aumentado ya un libro entero relativo á la historia de este príncipe.» Pero el monje Gervasio de Cantorbery se conformó tambien en esto á los deseos de su señor, y no comienza su Crónica de los reyes de Inglaterra hasta la muerte de Enrique I, y se excusa en cierto modo de haber referido en compendio algunos sucesos del reinado de este príncipe ántes de entrar en materia. Conforme á esta causa y por todas estas razones no dudamos que el prior de Saint Senerie y el monje de Cantorbery son una sola y misma persona, y nacida probablemente en Francia y de ningun

modo en Inglaterra. Despues de haber dado cuenta de su escrito sobre los condes de Anjou, nos resta hablar de sus composiciones sobre la historia de Inglaterra. Sus obras impresas en la *Coleccion de los historiadores* de este país, por Tuysden, son: 1.° Una relacion del incendio que consumió en 1194 la iglesia de Cantorbery, edificada por el arzobispo Lanfranc, y la forma en que fué reparada por un arquitecto francés, llamado Guillermo, natural de Sens. Este opúsculo ocupa once columnas de impresion, y da noticias sobre algunos procedimientos de las artes del siglo XII.—2.° Viene despues una especie de defensa que contiene las instrucciones de que debian hacer uso en Roma los diputados del cabildo de Cantorbery, encargados de defender los derechos y privilegios de la comunidad contra las empresas y las vejaciones del arzobispo Baudouin. Este escrito tiene por título: *Imaginatio Gervasii quasi contra B. Archiepiscopum.* El autor expone primero las razones de la parte contraria, que refuta despues en su defensa, la que llena veinte columnas de impresion, y contiene muchas cartas ó decisiones de la corte de Roma relativas á esta cuestion.—3.° Encuéntrase despues un escrito del mismo género para refutar las pretensiones del abad de S. Agustin de Cantorbery, que á favor de un privilegio que acababa de obtener de la corte de Roma, queria sacudir la dependencia en que se hallaba este monasterio del de la Trinidad desde su fundacion. Estos tres opúsculos son propios para dar mucha luz sobre las antigüedades británicas, á causa de las investigaciones que el autor se ha visto obligado á hacer; sirven de introduccion ó de preliminar á su grande obra sobre la *Historia civil y eclesiástica*, de que vamos á hablar.—4.° Gervasio parece haber emprendido esta Crónica, ménos para hacer la historia de los reyes de Inglaterra, que para trazar la historia particular del monasterio de que era miembro, á fin de unirla á los acontecimientos políticos de su época. Es exacto en esta parte, pero no sin parcialidad en todo lo que se refiera á las cuestiones que se suscitaron entre los religiosos y el arzobispo de Cantorbery. Habla muy bien del Sto. arzobispo Tomás por las razones arriba indicadas, pero maltrata con peor miramiento á sus sucesores Baudouin y Huberto, y en general á todos los que se manifestaron poco favorables á la causa de los monjes, sin exceptuar ni á los papas ni á los reyes. Inserta en esta historia las defensas de que hemos hablado, continuándolas hasta la muerte del rey Osiando, acaecida en 1199, en que termina esta obra. El autor, al concluir esta primera parte, anunciaba que iba á ocuparse de la segunda, comenzando en el reinado del rey Juan. Pero esta parte no existe, ó al ménos no se ha publicado aún.—5.° Gervasio es tambien autor de una historia de los arzobispos de Cantorbery, que contiene la série cronológica de estos prelados desde la mision de S. Agustin por el papa Gregorio *el Grande*, hasta el arzobispo Huberto,

muerto en 13 de Julio de 1205. De lo que debe deducirse que Gervasio no murió hasta despues de este año, si esta fecha no es una adicion hecha á su obra.—6.° Los bibliógrafos ingleses atribuyen á Gervasio otras obras que han quedado manuscritas. Citan en particular una historia de los reyes bretones desde su orígen, despues de los reyes sajones y normandos hasta el rey Juan *Sin Tierra*. Gervasio indica sin duda esta obra cuando dice al comenzar la historia de los arzobispos de Cantorbery: *Quia nomina regum Britanniæ vel Angliæ, cum pauculis ipsorum factis brevissimè, licet admodùm laboriosè, quo certior fierem, inserta quærendo transcursi*, etc. Creemos, sin embargo, que el resultado de estas investigaciones se halla consignado en los escritos mencionados arriba, cuyo objeto es la defensa de los derechos y privilegios de la iglesia de Cantorbery.—7.° Los mismos bibliógrafos le hacen tambien autor de una historia topográfica de la antigua Gran Bretaña, de las sedes episcopales que se establecieron en ella, y de los monasterios cuya fundacion remonta á la época de los reyes bretones. Hay autores que hacen de este escrito tres obras diferentes lo cual no podemos decidir.—S. B.

SAINT SIMON ó San Simon (Cárlos Francisco Vermandois de Rouvro San Dricourt de). Este prelado de la santa iglesia de Agda nació en París en 1727. Hizo sus estudios con éxito en el colegio de Harcourt, y entró en la casa de Navarra para tomar los grados en teología. Al cultivo de las ciencias eclesiásticas unió el de las lenguas sabias y tomó lecciones de hebreo del abate Villefray, al que profesó constante amistad. Su pariente el obispo de Metz le nombró uno de sus vicarios generales. Recorrió la Italia en 1754 para perfeccionar su gusto y conocimientos por medio del trato con los sabios y el exámen de los monumentos que contiene esta tierra clásica. Desde Roma, en cuya capital asistió á la eleccion del papa Clemente XIII, fué á Nápoles, visitó el Vesubio y las excavaciones de Herculano, recibiendo del rey un ejemplar magnífico de la descripcion de las antigüedades de esta ciudad. A su vuelta de Italia, en 1759, fué nombrado obispo de Agda, é inmediatamente se ocupó este sabio prelado de procurar á su diócesis un nuevo Breviario y un nuevo Misal, que hizo preceder de órdenes llenas de noticias litúrgicas. Atormentado desde su juventud por un asma que no le permitia dormir más que sobre un sillon, pasaba la mayor parte de la noche en su biblioteca, en la que habia reunido la coleccion más completa de libros eclesiásticos, las mejores ediciones de autores griegos y latinos, y una numerosa série de obras sobre antigüedades, principalmente sobre los pueblos del Norte. En 1764 tuvo el honor de arengar al rey á la cabeza de los estados de Languedoc, y el discurso que pronunció entónces produjo una viva impresion en Versalles. Su gusto por las letras, y la noble proteccion que dispensaba á los sabios, fueron causa de que en 1785 le recibiese en su seno la

Academia de Inscripciones, y desde entónces no dejó de mantener una seguida correspondencia con sus sabios colegas. Advertido por la agitacion general de la tormenta que amenazaba á los ministros de la religion, se impuso la ley de no abandonar su diócesis sino cuando fuese obligado á ello violentamente. En el mes de Junio de 1791 los sediciosos rodearon su palacio y le mandaron alejarse de él, y entónces fué á buscar un asilo en París, en donde se lisonjeaba poder vivir ignorado, y así es que solo salia de su habitacion para asistir á las sesiones de la Academia, de que era miembro. Pasando sus dias al lado de su sobrinito enfermo, de quien cuidaba, el piadoso obispo de Agda no pudo librarse de la persecucion. Encerrado en los calabozos como sospechoso durante muchos meses, fué condenado á muerte por el tribunal revolucionario el dia 25 de Julio de 1794, que fué la víspera del 9 Thermidor, que libró á la Francia de sus verdugos. Su preciosa biblioteca fué entregada á su familia y adquirida por Barthes; este la legó á la escuela de Medicina de Montpellier. El ejemplar que poseia del *Horacio de Sanadan*, en 4.°, contiene una traduccion de las odas de este poeta, escrita en las márgenes; habia tambien enriquecido con notas la comedia de las *Nubes* en su ejemplar de la traduccion de *Aristofanes* por Poinsinet de Sivry. El primer volúmen del *Viaje literario en Grecia*, por Gays, contiene una carta del obispo de Agda, llena de erudicion, y en la que da etimologías nuevas, entre otras, del nombre de Marsella, que saca de las dos voces célticas *Mas Sallietæ*, habitacion de los Salienses. Dice su biógrafo Mr. Weis, que en el tomo V del *Almacen enciclopédico*, correspondiente al año 1808, hay una noticia biográfica sobre M. de Saint Simon firmada por T. T. A. M.—C.

SAINT-SULPICE (De). Fué natural de Neufchatel, en la Suiza, é hijo de protestantes, que le educaron, como parecia natural, en su misma religion. El demostró desde luego una índole muy buena, y á pesar de que el móvil de sus acciones no era como no podia ser el amor al verdadero Dios ni la caridad en su genuina acepcion, sus obras eran buenas, predominando en todas sus acciones su espíritu de rectitud y de justicia, que haciéndole buscar siempre lo mejor y apreciar á quien obraba bien, le imponia contra el injusto y el que no hacia lo que debia, si bien en su carácter, algun tanto oscuro, ó más bien oscurecido, rara vez se atrevia ni áun á dar expresion á los sentimientos, por más que ellos fueran lo rectos que vemos, así es que nunca se atrevia á decir á nadie nada de su conducta, complacíase si la veia buena y se lamentaba cuando la hallaba ménos conforme á la rectitud y probidad, que él creia eran caractéres inseparables del hombre. En 1755 hubo esta familia de ir á Francia, porque á la madre pareció que convenia más á sus intereses el estar en aquel poderoso reino, que no en su pequeño pueblo, y como era

consiguiente, vino con la familia nuestro jóven, portándose desde luego con más juicio del que podia, digámoslo así, esperarse de su edad, pues se constituyó como el custodio de sus hermanas, que eran algo menores que él. Efectivamente, lograron en Francia grandes ventajas todos los individuos de esta familia; el padre, porque atendidas sus circunstancias recomendables desempeñó varios cargos que le dieron un modo de vivir pacífico y sosegado, la madre y las hermanas porque con su conversion al catolicismo aseguraron su dicha eterna, mediante la práctica de las virtudes, á que se dedicaron con esmero, y nuestro Saint Sulpice, porque pudo llegar á ser lo que fué y á prestar á la Iglesia los servicios que prestó, que no dejaron de tener su mérito y mucho más si se atiende á la época y circunstancias con que los prestó. Pero no anticipemos los sucesos y refiramos con la debida exactitud cronológica para que así se vea más marcado el dedo de la Providencia en todos los sucesos de la vida de nuestro jóven. Nueve años contaba cuando fué traido á Francia, y en esta época abjuró sus errores al mismo tiempo que todos los de su familia, á excepcion del padre, que no quiso por entónces, pero que tambien dió este consuelo á su esposa é hijos y toda la Iglesia catolica, en los últimos dias de su vida en los estados del gran duque de Toscana, donde estaba con una importante comision del rey de Prusia, y donde se hizo notable su conversion porque se verificó de una manera edificantísima y que no pudo dejar ni la menor duda de la gran sinceridad con que se habia hecho. La madre apénas vió á su hijo católico le instruyó conforme á la religion santa en que ella y su prole ingresáran con el mayor contento, é hizo que se le educára cual convenia á su posicion, que era brillantísima; pero siempre bajo los auspicios de personas de acreditada virtud, pues la infundia sério temor de que acaso se extraviára su hijo del buen camino la sola idea de que esto es posible y áun fácil en nuestra miseria y pequeñez. La fortuna de la madre, y por consiguiente de los hijos, era inmensa, pero por una parte la muerte del padre y por otra la conversion al catolicismo de toda la familia, la menoscabaron en gran manera, si bien esta pérdida en nada afectó á ninguna de ellos, pues todos consideraban como su mayor riqueza, y áun como la única que puede tenerse en este valle de miserias, la de pertenecer á Cristo por ser seguidores de su doctrina, en la cual se cifra toda dicha y por supuesto toda la inmensa riqueza que el hombre puede atesorar en este mundo deleznable, que un dia desaparecerá fugaz para nosotros sin que entónces nos reste más que nuestras buenas obras para excitar la misericordia divina. Dedicó su madre á nuestro jóven á estudios, é hizo los necesarios y más para la carrera eclesiástica, siendo, como no podia ménos, un verdadero consuelo para su madre el verle sacerdote del verdadero Dios, así como para él tambien era muy grande dicha encontrarse sublimado á tan alta dig-

nidad. Como habian perdido todos sus bienes con motivo de su establecimiento en Francia, y como el jóven habia sido tan aprovechado en sus estudios, obtuvo del rey una pension para poder sostener á su madre, miéntras lograba algun destino eclesiástico que le sirviese de ayuda para esto. Existia á la sazon en uno de los conventos de París de Carmelitas descalzas, una religiosa muy célebre por su virtud y muy caritativa al par que inmensamente rica. Esta señora supo el celo que animaba al jóven sacerdote de Saint-Sulpice, le hizo llamar, le confió algunos encargos, y en el desempeño de todos por parte de nuestro jóven quedó plenamente satisfecha, por lo cual puso en él toda su confianza, de lo cual nunca tuvo motivo de arrepentirse, pues si bien se portó al principio, mejor si cabe se portó al fin, y siempre merecia de más en más el afecto de aquella respetable señora. Vino la revolucion y se dejó sentir en todas partes, en cual más, en cual ménos, y como sabemos que en Francia fué donde más tarde se dejó ver descaradamente la impiedad, Francia hubo de ser, como no podia ménos, el asilo de las otras poblaciones, estados ó reinos donde el vértigo revolucionario se sentia más ántes. Así que al suprimirse por órden de José II las comunidades religiosas de ambos sexos en los Países Bajos, los religiosos individualmente, y las monjas por comunidades, hubieron de ir de aquí para allá miéntras duraron aquellos aciagos dias. La madre Luisa ofreció como era justo su casa á las primeras que supo la necesitaban, y fueron las del convento de Sta. Coleta de Gand, y las rogó se trajeran consigo el cuerpo de su santa fundadora, ya para que se librára de las contingencias á que la revolucion pudiera exponerla, ya tambien para tener el gusto y consuelo de adorarle ella. Era consiguiente que para traer á las religiosas fuese, además de su capellan, uno por parte de la comunidad que las recibia, y el que tuvo tal encargo de ir por ellas á Gand para traerlas á París fué Saint-Sulpice, que desempeñó su comision no solo con acierto sino con suma delicadeza inspirando desde luego toda confianza á las pobres que venian expatriadas, y haciéndolas conocer sin exageracion de ninguna especie las excelentes cualidades de las que las recibian con sumo placer, aunque lamentando el motivo que las traia á reunion. En vista de cómo desempeñó la importante comision de traer las monjas, pues tuvo el suficiente tino para quedar bien hasta con las autoridades de Gand, que ya eran del partido revolucionario, el rey le confió una mision de mucha importancia para el arreglo de los religiosos de Francia, comision en que quiso S. M. que se entendiera nuestro Saint-Sulpice como comisionado especial suyo con el mismo Santo Padre ó con la persona que en Roma determinára Su Santidad, para lo cual claro es que fué Saint-Sulpice á Roma provisto de todos los poderes necesarios para concluir este asunto de suyo importantisimo. Mas como la revolucion tomó gigantescas proporciones y las

cosas se desquiciaron con mucha más velocidad que lo que esperaba, aunque Su Santidad hizo lo que pudo y se le dieron al enviado extraordinario las más ámplias facultades para que á nombre del Papa pudiera tomar ciertas determinaciones, que realizando los deseos del rey, que eran indudablemente los de proporcionar á todas las conciencias el sosiego que habian menester, todo fué inútil, porque ni el rey estaba ya en su trono, ni las comunidades existian, ni el clero apénas estaban en sus puestos, porque todo habia sido arrollado por la revolucion en sus destructores embates, que nada dejaron en órden y á todas partes llevaron el terror y la amargura. Cuando de Saint-Sulpice buscó á la madre Luisa ya no la halló, estaba oculta como la mayor parte de las esposas de Jesucristo. Supo que se obligaba á los cléririgos al juramento civil, y se resolvió á no prestarle, por lo cual buscó un asilo donde pudiera estar oculto aunque viviera en la mayor pobreza, con tal de no tener que salir de Paris, donde estaba su madre y hermana, que tenian el consuelo de verle todos los dias, ya que él no podia ir á su casa. El hospital de hombres incurables fué donde se refugió; allí era muy útil, pues que ayudaba en el ejercicio de su ministerio al capellan de la casa, que á su ancianidad agregaba el terror que le causaban los acontecimientos todos que veia, y que le eran tanto más extraños cuanto que se iban con mucha más frecuencia repitiendo. Mucho tiempo pudo nuestro buen sacerdote ser útil en aquella santa casa porque su salud se lo permitió; pero á los últimos años de su vida tuvo á su vez que ocupar él una de aquellas camas, porque el Señor permitió se baldára enteramente, y su madre habia muerto y sus hermanas estaban reducidas á la mayor miseria. Con toda la paciencia de un cristiano verdadero sufrió estos trabajos animando á todos á la resignacion, tanto con sus palabras como con su ejemplo, el cual es á la verdad más elocuente que los más sublimes razonamientos. Cuando los sacerdotes encargados de aquella santa casa le subian la adorable Eucaristía, la recibia con grande amor y veneracion, siendo este el mayor consuelo que podian concederle: viendo que el término de su carrera en este mundo se acababa por momentos, pidió los santos sacramentos que recibió con gran edificacion de cuantos lo presenciaron, sufrió con resignacion su terrible agonía, que le duró tres dias, y pasó de esta á mejor vida á los setenta y cinco años de edad; dejando muy buena memoria, porque á todos asombraron las virtudes, el espíritu de penitencia y la resignacion cristiana con que sufrió todos cuantos trabajos Dios le mandó el excelente sacerdote M. de Saint-Sulpice.—G. R.

SAINS THRONAS D'AMBOISE (Arnoldo), monje benedictino y prior en su Orden, redactó hácia 1141 un *Tratado del Computo eclesiástico* para servir de preliminar á un Martirologio copiado por él mismo. Este tratado contenia algunas tablas para encontrar el dia de Pascua por medio de las epactas,

las ferias y los cuartos de luna por los concurrentes; al que seguian el ciclo dado, segun se dice, por un ángel á S. Pacomio, y un cuadro de las indicciones, epactas, ciclos y concurrentes para ciento cuarenta y tres años, desde 1140 hasta 1283. El autor explicaba despues muy detalladamente las reglas generales del cómputo. Este manuscrito se conservaba en Pont-le-Roi, con otro volúmen escrito tambien de mano de Arnoldo, que contenia los capítulos y las colectas que entraban en el oficio divino durante el curso del año. —S. B.

SAINT-TRUTPERT (Erganbaldo de). Nació bajo la dominacion de los reyes franceses, y abrazó en su juventud la profesion monástica. Fué despues creado abad de Saint-Frutpert, en la diócesis de Constanza, en las fronteras de la Baja Alsacia. Pero los autores que hablan de él, no convienen entre si en el tiempo preciso que gobernó aquel monasterio. Algunos dicen indistintamente que fué uno ó dos siglos despues de la muerte del santo de que el monasterio lleva el nombre, y que sufrió una especie de martirio á mediados del siglo VII. El P. Mabillon, hablando á su vez de la época en que vivia nuestro Abad, le coloca sin vacilar algunos años despues del 902. Todo lo que despues de esto se sabe de la historia de Erganbaldo, se reduce á dos acontecimientos. Su monasterio, que habia sido reedificado en 902, fué reducido á cenizas algunos años despues, y Erganbaldo se ocupó de volverle á su primer estado y de escribir la *Vida de Santo Patrono*, que era un ermitaño procedente de Irlanda. No se puede, segun parece, colocar estos hechos mucho despues de 939, de manera que hacia entónces doscientos años que no existia el santo. Los dos sucesos relativos á la historia de Ergaubaldo nos constan por versos antiguos que forman parte del epitafio ó elogio de S. Trutpert, y que creemos deber copiar aquí:

*Has Erganbaldus Trudperti Martyris almi*
*Præsul post cineres renovando restruxerat ædes,*
*Tactus amore Dei; venerandos scribere Sancti*
*Actus non piguit, sed et id pro posse peregit.*

Los continuadores de Bolando no han perdonado medio para encontrar esta leyenda de Saint-Trutpert, escrita por Erganbaldo. Pero no habiendo podido hallarla, nos hallamos en la imposibilidad de dar cuenta del plan y la ejecucion de la obra. —S. B.

SAINT-VAST (Lamberto y Guiman de), hermanos religiosos de Arras. El abate Lebœuf en un suplemento ó disertacion sobre el estado de las ciencias en Francia desde la muerte del rey Roberto hasta la de Felipe *el Hermoso*, ha dado noticia de algunos autores eclesiásticos que florecieron en

Arras á últimos del siglo XII, y no son conocidos más que por obras manuscritas todavía. 1.° El primero de que habla y sobre el que más se extiende, es Lamberto, prior de S. Vast de Arras, que tuvo el talento de la versificacion latina en tan alto grado como podia poseerse á principios del reinado de Felipe Augusto. Creyó deber emplearle en beneficio de sus piadosos súbditos, y eligió con este objeto los oficios divinos del curso del año, y en particular los Evangelios de los domingos y fiestas, haciendo entrar en sus poesías algunas pequeñas observaciones sobre las prácticas que en su época estaban más en uso. Mr. Lebœuf inserta algunos fragmentos de la obra de Lamberto, que ha tomado de un manuscrito del siglo XIII que se le habia comunicado. El autor se da á conocer en un prólogo en que dirige desde luego la palabra á Saint-Vast, patrono del monasterio, y despues á los religiosos jóvenes que se hallaban bajo su direccion. Comienza así:

*Hos ego Lambertus scripsi, Christo duce, versus,*
*Monachus atque prior, sancte Vedaste, tuus.*

. . . . . .

*Hæc studia delego tuis, studiosa juventus,*
*Cui mea pervigilat cura, laborque pius.*

Dedúcese de aquí que Lamberto no limitaba sus cuidados á vigilar en calidad de prior la observancia regular, sino que estaba encargado tambien de la instruccion de los religiosos jóvenes de su monasterio. Dice que compuso un libro para sus discípulos, para darles la explicacion de los oficios de la Iglesia en que se ocupaban noche y dia. Su poema comienza en el primer domingo de Advierto, en que empieza todavía el año eclesiástico, y nos refiere que se leia en la Misa en aquel dia, la historia de la llegada de Jesucristo á Jerusalen; lo que expresa en estos versos:

*Hæc vox, hic asinæ ruditus, Adæque vetusti.*
*Hic novus est gemitus crimine pro veteri.*

Su obra está rimada únicamente al final de los versos, de manera que el pentámetro rima siempre con el exámetro, lo que hace constantemente durante más de mil quinientos dísticos. Al llegar á la festividad de la Santísima Trinidad, interrumpe su trabajo para deplorar la muerte del abad de Saint-Vast, llamado Juan (Juan IV de Haimon-Quesnoi), que acababa de arrebatar una muerte repentina en 1194, lo que nos da la época en que escribia, pero no la del fin de su vida, que se prolongó quizá hasta el siglo XIII. Lamberto sintió tanto la pérdida de su abad, que resolvió no escribir más para entregarse por completo al dolor que le causára. Pero Pedro

que era entónces obispo de Arras, exigió de él que volviera á ocuparse en sus trabajos; obedeció, segun se dice en los versos que copiamos como un documento histórico muy honroso á la memoria del obispo Pedro y del abad de Saint-Vast:

*Dum præsente metro ludit Jesu gratia meam,*
*Corripit abbatem mors inopina meum,*
*Jam Domini mille ducenti sex minus anni*
*Transierant, transit hic obitu memori;*
*Quique sacris studiis semper inhiarat, ad ipsum*
*Quem nimis ardebat, evolat ille Jesum,*
*Ergo gemens quamvis pretiosa morte Johannis,*
*Proposui studia spernere, flere magis.*
*Porro pigram vulsit mihi Petrus episcopus aurem,*
*Quem clarum meritis urbs habet ista patrem,*
*Felix Atrebata hoc pastore coruscat, et isto*
*Nil habuit majus, nil habitura viro.*
*Hortatur, replicatque minus, monituque potenti*
*Sopitos cineres suscitat ingenii,*
*Ergo resumost ylum, studium innovo, etc.*

2.° El prior Lamberto nos da á conocer otro Artesien, llamado Arnoul, canónigo regular del monte de S. Eloy, cerca de Arras, que habia dado en versos exámetros, poco tiempo antes de él, explicacion del cánon de la Misa. Inserta un fragmento de este escrito sobre la oracion dominical, en que Arnoldo hace un corto comentario sobre esta divina oracion. Mr. Leboeuf no ha impreso más que un verso de esta cita, de que no se puede juzgar, porque su sentido es incompleto. Pero Lamberto hace un brillante elogio de Arnoldo, que colocamos aquí como suplemento á su historia, que es por otra parte muy poco conocida:

*Primò pater noster ora; capit ex Isaia*
*Dona duo, reliqua fantur evangelia,*
*Hæc Augustinus notat Arnulphusque magister*
*Versibus exiguis explicat atque docet.*
*Nec pudeat tanti senis hic me ponere verba,*
*Grandis erit fructus in brevitate nova,*
*Nil refert proprius te versibus, an alienis*
*Eruditam, quisquis mystica nosse cupis.*

El P. Martenne habia encontrado el escrito de Arnoldo en un manuscrito de la abadía de Clairmarais; pero no ha impreso más que el prefacio

dirigido á Frumoldo, que fué obispo de Arras desde el año 1174 hasta 1183. En este intervalo de tiempo compuso Arnoldo su comentario; mas parece que vivia aún en 1194, puesto que Lamberto de Saint-Vast le llama en esta época un anciano venerable. — 3.° Lamberto tenia un hermano Guiman ó *Wimanne*, religioso como él en Saint-Vast de Arras, que ha dejado pruebas de su erudicion en la composicion de un cartulario de que la historia manuscrita de Saint-Vast de Arras, que está en la Biblioteca Imperial de Francia, hace los mayores elogios, á peticion del abad Martin, que durante su larga administracion, desde el año 1159 al 1183, puso esta casa tan floreciente, conservando en ella los buenos estudios, recogió Guimau en los archivos los documentos antiguos que importaba á la casa conservar y que comenzaban á desaparecer por su vetustez. Compuso un cartulario llamado *Wimanus*, por su nombre, á cuyo frente colocó la historia de la fundacion de su monasterio, y á su continuacion las cartas y bulas procedentes de los papas y de los soberanos relativas á los derechos y privilegios de la abadía de Saint-Vast. Esta recopilacion es la más interesante de las que poseemos, no solo para la ciudad de Arras, sino tambien con respecto á la provincia de Artois. El historiador de Saint-Vast no vacila en decir que esta empresa pareció tan nueva y tan grande, que fué mirada como una maravilla. Grimaud, segun este historiador, puso mano á la obra en 1170, pero aún no la habia terminado cuando murió en 1192. Su hermano Lamberto se encargó de dar la última mano, como se lee en estos versos, que se han conservado en la historia manuscrita de Saint-Vast, y que es muy importante copiar aquí porque es anedóctica al mismo tiempo que histórica.

*Lambertus, prior et armarius atque sacrista,*
*O claustri veneranda cohors, tibi dedicat ista,*
*Non datur à cunctis in templo gemma vel aurum,*
*Sed ferrum, æs, plumbum, saga, ligna, pilique caprarum;*
*Non omnes intrant arcanum theologiæ,*
*Condecet ut satageus succurrat Martha Mariæ.*
*Confiteor, mallem Marthæ complere laborem,*
*Quàm sine fine sequi, nec prendere posse sororem.*
*O qui fastidis moralia gregoriana,*
*Hæc lege; non erit hæc, fateor tibi lectio vana:*
*Invenies quis honor, quis apes, quæ gloriâ, fastus*
*Huic domui, quid in hac habeat pater urbe Vedastus;*
*Quæ propè, quæ longè domus hæc servet sibi jura,*
*Instruat ut cunctos liber, est mihi scribere cura:*
*Jam, in fallor ego, vicenus solvitur annus,*

*Cum mihi germanus describeret ista Wirnannus.*
*Hujus percurrens ego scripta, cor applico totum,*
*Ut complere queam germani nobile votum,*
*Qui legis hæc, fratrisque mei memento, rogaque,*
*Adsit utrique, et utrumque stolâ Jesus ornet utraque.*
*Transierant mille ducenti octo minus anni*
*Virginis à partu, cum transit vita Wirnanni;*
*Sua Marcus colitur martyr cum martyre fratre.*
*Ergo superstes ego, solusque relictus, utrisque*
*In studiis vigilo tibi, sancte Vedaste, tuisque*
*Fratribus, ò lector, æterna præcare duobus,*
*Alter mortuus est, alterque citò moriturus;*
*Vivat uterque Deo, vivat liber hic, sed et ipsi*
*Quos, ò diva cohors, divo tibi dogmate scripsi,*
*Lamberti studium terrena et cœlestia fatur;*
*Hæc qui fastidit, his sufficientur alatur.*
*Sicut Martino sunt scripta dicata Winanni,*
*Sic nunc abbati mea dedico scripta Johanni,*
*Vos precor, o socii, vos nocte dieque precari,*
*Nos Deus ut faciat æterna luce beari.*

El P. Lelong dice que el cartulario de Guiman existe en la Biblioteca de París entre los manuscritos de Colbert, número 699. Pero se engaña, pues el manuscrito de la Biblioteca Imperial no es un cartulario, sino una historia de la abadía de Saint-Vast, muy bien escrita por un autor moderno en 1583, el cual declara haber hecho uso del escrito de Guiman, pero variando el estilo. — 4.° El mismo P. Lelong indica un manuscrito de la abadía de Pontigni, con el siguiente título: *Lamberti prioris S. Vedasti atrabetensis, rithui in universa Biblia.* Puede dudarse que sea esta obra de nuestro Lamberto, si se atiende á que Pedro, obispo de Arras, el Mecenas de Lamberto, había sido abad de Pontigni ántes de su episcopado, y que enriqueceria su antigua biblioteca con una produccion en que hasta cierto punto habia tenido alguna parte. — S. B.

SAINT-VAAST (Haimin de). Antes de entrar monje en Arras habia sido discípulo de Alcuino, bien en Tours ó en la escuela de palacio. Fué despues elevado al sacerdocio y encargado de la custodia de la iglesia de su monasterio. Tambien enseñó las bellas letras y formó muchos discípulos de mérito, de los que fué el más célebre Milon, conocido por sus poesías, que le dedicó á continuacion de la *Vida de S. Amando.* Valerio Andrés supone la muerte de Haimin en 834, época que puede haber encontrado en

algun documento de la abadía de S. Vaast. Los continuadores de Bolando la posponen mucho más todavía, puesto que Hincmar de Reims, que no fué arzobispo hasta 835, ayudó con Haimin la obra de Milon. Pero pudo muy bien suceder que la aprobacion de Hincmar no sucediese á la de Haimin hasta al cabo de algunos años. Existe de este autor una relacion de los milagros obrados por la intercesion de S. Vaast, miéntras Haimin desempeñaba el cargo de sacristan ó custodio de la iglesia del Santo. No ha referido otros más que los acaecidos á su vista, ó que habia sabido de las mismas personas que habian sido favorecidas con ellos, lo que les da un nuevo grado de certidumbre. El autor de la relacion esperaba continuarla á medida que los acontecimientos milagrosos le diesen materia para ello, segun se deduce del final del escrito. Los Bolandistas le han publicado á continuacion de las actas del Santo sobre tres manuscritos, uno de la iglesia de S. Omeo y otros dos de la casa profesa de los jesuitas de Amberes. En tiempo de Valerio Andrés, la iglesia catedral de Arras leia en su oficio, en el curso de la octava de S. Vaast, la relacion de que aquí se trata. Los mismos editores nos han dado sobre tres manuscritos, uno de los cuales pertenecia á la abadía de San Vaast, un sermon que pronunció Haimin en la festividad del Santo, con motivo de dos niños, uno ciego y otro cojo, que habian sido curados milagrosamente. Este documento demuestra que su autor tenia ciencia y piedad. A continuacion se halla impreso un apéndice de la historia de los milagros de San Vaast hecha, segun parece, ántes de la conclusion de aquel siglo por los monjes del mismo monasterio. Todavía tenemos una carta de Haimin en contestacion de la que le habia escrito su discípulo Milon, al dedicarle su poema sobre la vida de S. Amando. Haimin no toma en él otra calidad que la del más pequeño de los siervos de Jesucristo. En elogio del mismo poema se nos ha conservado una composicion en verso elegíaco de un tal Wifecie, discípulo de Haimin, que dice ser monje de S. Amando. Haimin tenia tambien otro discípulo en la persona de Huberto, sacerdote en una iglesia del campo, dedicada á S. Vaast, y poco distante de Arras segun parece. Este, á ruego de su maestro, escribió la historia de una aparicion del Santo á un moribundo, á quien habia administrado los sacramentos, y la curacion que le siguió despues. Henschenio ha publicado esta relacion por un manuscrito de los Jesuitas de Amberes, á continuacion de la de los milagros hechos por Haimin.—S. B.

SAINT-VANNES (Conon de), abad de este monasterio de Verdum desde 1143 ó 1144 hasta 1178, época de su muerte. Era un hombre notable por su mérito, *vir multa excelsus præstantia*, que reparaba y aumentaba los edificios de su abadía, los poblaba con súbditos recomendables, conservaba la regularidad é introducia el gusto de los libros. Enriqueció, ó más bien

fundó, la biblioteca de este monasterio. Además ayudaba con sus consejos al obispo de Verdun, Ricardo de Crisse, y habia inspirado al papa Alejandro IV un afecto de que tenemos una prueba en una carta que le dirigió este pontífice en 1163. Pero no subsiste otro escrito de este venerable Abad que una carta á Berta, duquesa de Lorena, para recomendarla el monasterio de Florigni, donde se hallaba enterrada la hija de esta princesa. El Padre Calmet ha insertado esta epístola, de diez y nueve líneas, entre las pruebas de la historia de la casa de Lorena.—S. B.

SAINT-VICTOR (Absalon de). Encontramos dos autores de este nombre, viviendo ambos en la misma época, religiosos los dos profesos de Saint-Victor, y autores tambien de sermones: la única diferencia que los distingue es que el uno fué abad de Springkirsbach, en la diócesis de Tréveris, á poca distancia de Witlich, y el otro abad de Saint-Victor, en París, donde murió el 17 de Setiembre de 1207. Todos los escritores modernos que han tenido ocasion de hablar de este último, le distinguen del primero, bajo cuyo nombre se han impreso los sermones. ¿Pero no podria decirse que fué un solo y mismo personaje, que hubiera sido sucesivamente abad de Springkirsbach y de Saint-Victor de París? Da orígen á esta idea la conformidad que se encuentra en su nombre, su profesion en la misma época y la misma casa, el tiempo en que vivieron y el género de talento que los caracteriza. Tanta semejanza sería muy extraña si hubiese que admitir dos personajes; no está en el curso ordinario de las cosas. No haremos, pues, de estos dos abades más que un solo y único autor, á quien atribuiremos los sermones que existen. En apoyo de nuestra opinion citarémos un pasaje de Cesario de Eisterbach, autor contemporáneo, que refiere que la época en que Absalon fué llamado á Springkirsbach, un canónigo de la comunidad vió en sueños una antorcha ardiendo que entraba en la casa: á esta maravilla todos los canónigos acudieron con cirios apagados, y aquella antorcha se acercó á todos uno tras otro y les comunicó su luz. Era este, dice el autor, un presagio del feliz cambio que debia operar el nuevo Abad en esta comunidad crecida en la relajacion. En efecto, Absalon hizo revivir en aquella casa la práctica exacta de la regla de S. Agustin, tal como se observaba en Saint-Victor, que como se sabe habia llegado á ser el modelo de casi todas las comunidades religiosas de la misma Orden, no solo en Francia, sino tambien en los países extranjeros. Cesario no marca la fecha de este acontecimiento, ni el tiempo á que puede referirse el principio de la prelacia de Absalon en Springkirsbach. Rouver en sus Anales de la diócesis de Tréveris, colocó en el año 1214 lo relativo á la prelacia de Absalon, pero no tenia prueba ninguna, pues se contenta con escribir de una manera vaga, *his temporibus*. Nos creemos, pues, autorizados á decir que Absalon, despues

de haber llenado su mision en Springkirsbach, en cuanto á la reforma de este monasterio, fué llamado á Saint-Victor, donde se le eligió abad en 1198, despues de la muerte del abad Bernardo, acaecida en 28 de Mayo del mismo año, y donde murió, como hemos dicho, el 17 de Setiembre de 1203. Así, si fué abad de Springkirsbach, lo que no disputamos, no pudo ser ántes del año 1198, pues se lee en un manuscrito de la abadía de Saint-Victor su epitafio en estos términos:

*Absalon hic finem suscepit amœnum,*
*Ad solium raptus æterna luce serenum.*
*Illustris senior, cui mundi gloria vilis,*
*Septimus à primo pastor fuit hujus ovilis.*

El primer verso parece indicar que Absalon no residió siempre en Saint-Victor, y que si se alejó por algun tiempo, tuvo mucho placer en regresar. Vamos á dar cuenta de algunos sermones que se han impreso dos veces con el nombre del abad de Springkirsbach: 1.° El año 1534, en fól., en Colonia, por Daniel Schilling, abad de este monasterio: 2.° En 1605, en Milan, en 4.°, con este título: *Sermones in præcipuas christiani cultus solemnitates, auctore D. Absalone, Abbate Springkirsbacensi, canonico regulari, jam inde ab annis ferme quingentis editi, recens auctum castigati, scholiisque et indicibus aucti, in gratiam R. Patris DD. Celsi Dugnani, canonicorum regularium salvatoris Lateranensium Abbatis generalis, opera D. Basilii Serenii, ejusdem Congregationis canonici, Mediolanensis presbyteri, verbi Dei prædicatoris.* Estos sermones son en número de cincuenta y uno; cinco para el adviento, tres para la fiesta de Navidad, cinco para el dia de la Epifanía, seis para la cuaresma, uno para el dia de Pascua, tres para la Ascension, cuatro para Pentecostés, uno para la Natividad de la Santísima Vírgen, tres para la Purificacion y tres para la fiesta de la Asuncion. Vienen luego los sermones para las fiestas de los santos, uno sobre S. Agustin, otro sobre S. Victor, dos sobre la festividad de Todos los Santos, dos aplicables indistintamente á cualquiera santo cuya fiesta se celebre, dos para la dedicacion de la basílica del Salvador en Roma, dos para la dedicacion de una iglesia, y cuatro enfin pronunciados delante de la asamblea del capítulo general. El P. Pedro de Alba y Astorga ha insertado además en su *Mariale* algunos de los sermones de Absalon, relativos á la Madre de Dios, que extractó de los libros impresos. La mayor parte de estos sermones se encontraban igualmente en un manuscrito de Saint-Victor, y despues fueron trasladados á la Biblioteca Imperial de Francia, núm 731, letra del siglo XIII. No contiene más que treinta y cuatro sermones, dispuestos en un órden enteramente diferente al que se ha seguido

en los impresos, porque en la apariencia se ponian en un principio en limpio conforme se pronunciaban. Muchos de estos sermones se encuentran tambien intercalados entre los del abad Juan el *Teutónico*, que fué el sucesor de Absalon. Casimiro Oudin dice haber visto en la Biblioteca de Saint-Victor un manuscrito con este título: *Sermones venerabilis Absalonis Canonici regulari. apud S. Victorem ad muros Parisienses, et postmodum Abbatis in Germanias* No hemos encontrado este manuscrito, pero en el que se conoce aún se lee de una letra bastante moderna: *Sermones Absalonis quondam abbatis S. Victoris Parisiensis in diversis festivitatibus.* Estos dos epígrafes, muy léjos de hallarse en oposicion, prueban que Absalon pudo muy bien ser sucesivamente abad en Alemania y Saint-Victor. En cuanto al mérito de estos sermones se les supone compuestos segun el estilo de los de S. Bernardo, que el autor tomó por modelo, lo cual es cierto si se atiende á los ataques frecuentes que se dirigian entónces contra el lujo y los desórdenes que reinaban entónces en el clero, pero falta mucho á estos sermones para asemejarse en su estilo á los del ilustre abad de Claraval. Casi siempre se cita en un sentido alegórico ó tropológico, segun el gusto de la época, la Escritura Sagrada.—S. B.

SAINT VICTOR (Achard de). Nació, segun algunos autores, en Inglaterra, segun otros, en Normandía, y recibió su primera educacion entre los canónigos regulares de Brindlington, en la diócesis de Yorck. Habiendo pasado de allí á perfeccionar sus estudios á París, abrazó la vida religiosa en la nueva abadía de Saint Victor, donde encontró Achard al célebre Hugo, que comenzaba á distinguirse por la grande reputacion que obtuvo despues en premio de sus ciencias y sus virtudes. Este modelo excitó su emulacion y no tardó en asemejársele. Prueba de ello es el aprecio que hacia Hugo del saber de Achard, segun manifiesta en dos lugares de sus Comentarios sobre S. Pablo, en que le hace el honor de citarle como una autoridad: 1.° En lo relativo al pecado original, que hacia consistir Achard en la privacion de la justicia: 2.° En la cuestion de saber si el agua se convierte en vino en el sacrificio de la misa. Unos, dice, estan por la afirmativa, y otros por la negativa, y esta última opinion, que hemos recibido del maestro Achard, es la nuestra. La prudencia de su conducta corria parejas con sus luces. Habiendo muerto Gilduino, abad de Saint Victor, en 13 de Abril de 1155, los capitulares no creyeron encontrar sugeto más á propósito para reemplazarle que Achard, y no se engañaron en su eleccion; procuró conservarlo todo en el estado floreciente en que lo habia encontrado. En 1157 fué elegido por el clero de Seez para suceder al obispo Girard, muerto en 29 de Marzo del mismo año, pero el rey de Inglaterra Enrique II le prohibió ordenarle y le sustituyó con Frogerio; únicamente, dice Sto. Tomás de Cantorbery.

porque el papa Adriano IV habia favorecido su eleccion. Achard se consoló sin dificultad de este contratiempo. Cuatro años despues la iglesia de Avranches puso la vista en él para ponerle en lugar del obispo Hecbuto, á quien habia arrebatado la muerte el dia 6 de Setiembre de 1160. Como esta eleccion, dice el mismo Sto. Tomás, no habia sido concertada con el Papa, el rey de Inglaterra no puso ninguna dificultad. Achard conservó en la sede episcopal el espíritu de su primer estado, y en cuanto se lo permitieron sus nuevas obligaciones, las mismas observancias que habia practicado en Saint Victor. Segun todas las apariencias, él fué quien restableció ó introdujo la vida comun y regular en la catedral de Avranches, pues esta iglesia se halla citada despues de Achard en las que, conforme á los cánones, abrazaron en en el siglo XII esta manera de vivir. Achard vivió hasta 29 de Mayo de 1171 La historia le pone en el número de los grandes prelados de su siglo. Su cuerpo fué inhumado en la iglesia de los Premostratenses de Lucerna, de que fué uno de los más insignes bienhechores. Hace poco se veia aún su tumba detrás del coro al lado de la epístola, con un epitafio que se halla en la *Neustria Bia* y en los *Anales Premostratenses*. Roberto Cenalis, uno de sus sucesores en el siglo XVI, le puso otro que vamos á trascribir, tomándole de la *Gallia Cristiana*.

*Anglia me genuit, docuit me Gallia, legis*
*Doctorem tenuit illa, patremque gregis.*
*Pontificem faciens, fecit Normannia finem,*
*Hæc tulit, extulit hæc, abstulit hæc hominem.*

Solo dos cartas se han impreso de los escritos de Achard. La primera, que fué impresa por los PP. Duchesne y Martenne, se halla dirigida á Enrique II, rey de Inglaterra, para reivindicar una suma de dinero que habia legado á los pobres uno de sus súbditos. El P. Martenne ha publicado á continuacion de la primera una segunda carta escrita á Arnoldo, obispo de Lizieux, la que parece relativa al mismo objeto. Achard no era más que abad de S. Victor cuando las escribió. En una tercera carta, que es de Luis el *Jóven*, se ve que este príncipe miraba con disgusto su promocion al obispado de Avranches, y prohibe á los religiosos dejarle llevarse nada. Quedan sin embargo algunas obras suyas que no han llegado á imprimirse. 1.° Un tratado ó sermon de la abnegacion de sí mismo. Este es su verdadero título y no el de *Tratado de la tentacion de Jesucristo*, como le han denominado los bibliógrafos. Le llamamos tratado ó sermon, porque el último nombre parece convenirle mejor, además de que por su principio se deduce que fué pronunciado en el cabildo de S. Victor. Tiene por texto estas palabras de San Mateo: *Ductus est Jesus à spiritu in desertum ut tentaretur à diabolo* Despues

:

de lo cual continúa el autor: «Terminamos aquí la lectura del Evangelio, pues en el discurso que vamos á dirigiros no queremos extraviaros.» El designio del autor es dirigir al alma cristiana al grado más eminente de perfeccion por los siete grados de la abnegacion evangélica, que la hacen entrar, segun él, como en siete desiertos, donde despojada de sí misma y de todas las cosas, se une íntimamente á Dios. Como Jesucristo entrando en el desierto, inmediatamente despues de su bautismo, es el mejor modelo de esta abnegacion, Achard se dedica á investigar los principales rasgos que caracterizaron la soledad del Hombre Dios para que podamos imitarlos. La luz y la uncion se ostentan en esta obra con abundancia, arreglada á todas las condiciones, y en particular al estado religioso. En cuanto el autor permitió sacar copias, no se contentaban con leerla en particular, sino que se hacian leer tambien en la mesa comun. El P. Gourdan le tradujo al francés en el siglo pasado, pero no llegó á darla al público, por haber muerto inesperadamente en 10 de Marzo de 1729.—2.° Sanders indica como existente en la abadía de Dunes, en Flandes, una coleccion de sermones de Achard. Tambien hay un sermon suyo sobre la festividad de Todos los Santos, en la abadía de Vauclair, al frente de un manuscrito en que se encuentra el tratado de la *Abnegacion de sí mismo*, pero bajo el título de *Tratado de los desiertos*.—3.° Un opúsculo de la *Division del alma y del espíritu*, que comienza con estas palabras: *Substantia interior quæ una cum corpore constituit hominem*; se halla en la biblioteca de S. Victor y en la de S. Benito de Cambridge; pero en el manuscrito de la primera, el nombre del autor no está designado mas que por un *A*, que podria indicar tambien á Adan de S. Victor, si el nombre de Achard no estuviera escrito por completo en el ejemplar de la segunda.—4.° Un tratado de la Santísima Trinidad. Ni Casimiro Oudin ni ningun otro bibliógrafo han conocido esta obra de Achard. Nosotros mismos ignoramos si existe todavía hoy en alguna biblioteca; sin embargo, no por eso deja de ser verdadera. Juan de Cornouailles le cita en su *Eulogium* en estos términos: *Magister Achardus in libro suo de Trinitate.* 5.° Equivocadamente, y por no haber distinguido á nuestro autor de otro Achard, maestro de novicios de Claraval, atribuye Vossio al obispo de Avranches una vida de S. Geselin ó Scotzelin, solitario en la diócesis de Tréveris, que han impreso los Bolandistas en su coleccion, en 6 de Agosto, como extracto del libro de los milagros de S. Bernardo por Huberto.—6.° Algunos suponen tambien á Achard autor de un opúsculo con el título: *Soliloquium de Instruccione animæ*: otros le ponen entre los escritos de Adan de S. Victor, porque sin duda el nombre del autor no estaba designado más que por la letra *A*. Oudin prueba que el verdadero autor es Adan, premostratense escocés.—S. B.

SAINT-VICTOR (Adan de). La mayor parte de los autores que han hablado de la patria de Adan se han contentado con decir que era breton. El equívoco de esta denominacion da lugar á la duda de si era inglés ó francés, tanto más, cuanto que en la época en que vivia este canónigo de Saint-Victor se encuentra un Adan premostratense que vivia en Inglaterra: Montfaucon indica sin embargo como manuscrita la obra intitulada: *Liber Sententiarum magistri Adæ de Rodronio.* Si se tuviesen pruebas de que este escrito es de Adan de Saint Victor, se podria decir que era natural de Rennes, en la Bretaña, y por consecuencia francés. De todas maneras, despues de haber seguido sus estudios en Paris, entró en la abadia de Saint-Victor, de que fué una de las lumbreras por su ciencia y su piedad. Ignóranse los detalles de su vida. Los autores de la *Galia Cristiana* dicen vagamente que murió durante la prelacia del abad Gueim, entre los años 1173 y 1192. Durango coloca su muerte en 1177; Felibien y Lobineau nos parecen mejor fundados al hacerla retroceder hasta 1192. Su epitafio grabado en una placa de cobre en el claustro de Saint-Victor, cerca de la iglesia, referido por diferentes autores, tiene todas las apariencias de ser obra suya, por el aire de piedad y modestia que en él reinan. Se halla concebido en los términos siguientes:

*Hæres peccati, natura filius iræ,*
*Exiliique reus nascitur omnis homo,*
*Unde superbit homo, cujus conceptio culpa,*
*Nasci pœna, labor vita, necesse mori?*
*Vana salus hominis, vanus decor, omnia vana,*
*Inter vana nihil vanius est homine,*
*Dum magis alludit præsentis gloria vitæ,*
*Præterit, imo fugit; non fugit, imo perit.*
*Post hominem vermis, post vermem fit cinis, heu! heu!*
*Sic redit ad cinereum gloria nostra simul.*
*Hic ego qui jaceo miser et miserabilis Adam,*
*Unam pro summo munere posco precem;*
*Peccavi, fateor, veniam peto, parce fatenti;*
*Parce, pater; fratres, parcite; parce Deus.*

Pasquier, despues de haber copiado este epitafio, añade: «Esta composicion puede compararse á todos los epitafios, tanto antiguos como modernos; pudiendo deducirse de este ensayo, que las buenas letras estaban cultivadas entónces en Francia con los mejores resultados en este monasterio de Saint-Victor.» El P. Martenne ha publicado en su grande coleccion otro epitafio de Adan, más moderno y más corto, pero que no vale mucho más que el primero.

Las composiciones más conocidas que nos quedan de Adan son prosas rimadas ó antífonas, destinadas á cantarse en las misas de las festividades solemnes. En el elogio de Adan, publicado por el P. Martenne, un anónimo que verisímilmente no es otro que Juan de Tolosa, prior de S. Victor, muerto en 1639, da una alta idea de estos trabajos: Adan, segun él, ha comprendido el verdadero espíritu de este género, y es admirable por la viveza de los rasgos, la armonía de las finales, la elegancia del estilo, la eleccion de las expresiones, la belleza de las sentencias, la aplicacion de las figuras y de las profecías que ocurren con frecuencia en el texto sagrado, se convierten por la feliz manera en que sabe emplearlas, más bien en una historia, que en un simple ornato de su asunto. Antonio de Mochares ó de Monchi, y Bellote, autor de los Ritos de la iglesia de Laon, no se alejan mucho de este juicio. Mirando con el mismo aprecio estas prosas, José Aitove ha reunido treinta y siete en su *Elucidarium ecclesiasticum* que ha adornado con un comentario para hacer comprender mejor las bellezas que ha creido distinguir. El editor dice no haber encontrado en los manuscritos de Saint-Victor más que estas treinta y siete prosas de este escritor; pero presume que otras muchas han sucumbido á la incuria del tiempo. Con respecto al mérito de estas composiciones no se deben adoptar sin reserva los elogios que se les han dado. Eran buenas para su época, y áun mejores que las que se habian visto hasta entónces. Pero han aparecido despues modelos en este género que las han hecho olvidar completamente, y con los cuales no pueden realmente entrar en comparacion. En la prosa de S. Juan Evangelista, notamos un rasgo que merece ser puesto á la vista de nuestros lectores. Sábese que muchos alquimistas han supuesto que este santo tenia el secreto de la obra maestra. Adan era de la misma opinion y da á entender que era ya comun en su tiempo.—Escuchémosle:

*Cum gemmarum partes fractas*
*Solidasset, has distractas*
*Tribuit pauperibus;*
*Inexhaustum fert Thesaurum,*
*Qui de virgis fecit aurum*
*Gemmas de lapidibus.*

No fué Adan ni sus contemporáneos los que inventaron esta historia; remonta mucho más allá. Se la encuentra en los libros de S. Isidoro: *De ortu et vita et obitu Sanctorum Patrum.* Hé aquí el pasaje: *Cujus quidem* (Joannis) *inter alias virtutes magnitudo signorum hæc fuit. Mutavit in aurum sylvestres frondium virgas littoreaque saxa in gemmas, item gemmarum fragmina in pro-*

*priam reformavit naturam*. Hay motivo para creer que los sabios del siglo XII tomaron de aquí esta singular anécdota. Se atribuyen á nuestro autor otros diferentes escritos, que no podemos garantizarle, y algunos de los cuales se le han supuesto falsamente: 1.° Una exposicion del *Cantico de los Cánticos*, que se conservaba manuscrita en la biblioteca de Sorbona y en la de la abadía de Dunas en Flandes, donde lleva el título: *Magistri Adam expositio in Cántica Canticorum*. Hé aquí en verdad el nombre de nuestro autor, pero no era el único que se llamaba Adan en el siglo XII y en el siguiente.—2.° Un comentario sobre la *Epístola á los Hebreos*, de que existia desde el tiempo de Sanders un ejemplar manuscrito en la abadía de Val Saint Martin en Lovaina, bajo este título: *Adam Anglius super epístolam ad Hœbreos*. Este epígrafe ofrece tambien alguna dificultad, porque conviene lo mismo y quizá mejor á Adan, premostratense, que á Adan de Saint-Victor. Por lo demás este premostratense era escocés de nacimiento; profeso de San Andrés en Escocia, donde murió segun Oudin y Cave.—3.° En el elogio ya citado de nuestro autor se le atribuye una explicacion de los prólogos de S. Gerónimo á los libros de la Biblia, explicacion en que, segun se dice, se hace con frecuencia mencion de otro libro suyo, intitulado: *Summa de vocalibus Bibliæ, seu Summa Britonis*. Pero está averiguado que esta Suma es de Guillermo el Breton, franciscano, cuyo nombre y apellido se leen al frente de esta obra en dos manuscritos, uno de la abadía de S. German de los Prados, otro del colegio de Navarra, en los que se encuentra al frente la profesion del autor expresada en dos versos. De lo que se sigue que la explicacion de los prefacios de S. Gerónimo parte de la misma pluma, así es que se ha engañado Dubois en su *Historia de la iglesia de París*, poniendo estos dos escritos en el catálogo de nuestro Victorino. Es verdad que este historiador tiene á favor suyo la autoridad de los dos manuscritos de Saint Victor que hacen á nuestro autor el honor de ambas producciones. Pero estos manuscritos son muy modernos y no pueden contrabalancear las pruebas que acabamos de dar de la falsedad de esta atribucion.—4.° El P. Bernardo Pez dice haber encontrado en muchas bibliotecas de Alemania una pequeña Suma versificada que trata de los ritos y de los cánones. *Metrica Summa rerum ac sententiarum ritualium canonicarumque*. Dice que en un manuscrito del siglo XIV lleva el nombre de abad de Saint-Victor, en otro de la misma edad, poco más ó ménos, el autor se intitula maestro Adan, hermano menor; y en un tercero, conservado en la abadía de Molk, se lee al frente de este opúsculo: *Incipit Summa magistri Adæ. Primo qualiter collectæ dicendæ sint in missa*. La composicion comienza con estas palabras: *In Summis*, que son las mismas por donde empieza segun Simler, una Suma en verso, impresa en Polonia por Suentel en 1502, bajo este título: *Summa*

*Raymundi*. El P. Pez, equivocado por las variantes de los manuscritos, sospecha que esta Suma compendiada es obra de Adan, premostratense; compuesta ántes de que apareciese la de Raimundo de Peñafort. El dominico Echard sostiene, por el contrario, que es un compendio de la Suma de San Raimundo, hecha por él mismo ó durante su vida, y está en apoyo de su opinion muchos manuscritos del siglo XIII. Lo que se lee en el manuscrito de Molk, que algunos atribuyen esta Suma á Raimundo, parece confirmar la opinion del dominico.—5.° Entre los manuscritos de los canónigos regulares de Corsendoucq se ve el *Soliloquium mag. Adæ de Sancto Victore*; obra cuyas primeras palabras son: *Dominis suis venerandis*, etc. Juan Picard en sus notas sobre la carta vigésima nona de S. Anselmo, cita esta misma obra con el nombre de Adan de S. Victor; pero con el título de *Instructiones discipuli*, el que equivale al de *Instructione religiosorum*, que lleva en un ejemplar de los canónigos regulares de Tongres, con la misma atribucion. Pero por los pasajes que cita Picard es evidente que es la misma obra que el *Soliloquium de instructione animæ*, publicada bajo el nombre de Adan, premostratense, por el P. Bernardo Pez.—6.° Du Verdier en su *Biblioteca francesa*, supone á Adan de S. Victor autor del gran *Marial de la madre de vida*, traducido del latin é impreso en París, en 1537, en 4.°, primera parte; y 1539 la segunda: ambas por Thielman Vivian. «Pero algunos, añade, atribuyen la referida obra á un tal Raimundo, ermitaño.» Todo lo que de este libro puede atribuirse á Adan de S. Victor, es la traduccion de su prosa en honor de la Santísima Vírgen, como dice el título impreso: *El gran Marial de la madre de vida, con oráculos, méritos, elogios etc. de la Virgen María, con la prosa del Mtro. Adan de Saint Victor, en honor de la Virgen, traducida del latin al francés*.—7.° Entre los manuscritos de la abadía de las Dumas se ve un comentario del Mtro. Adan sobre los cuatro libros de las Sentencias, y en la de la abadía de S. Thierri; esta misma obra lleva el nombre y sobrenombre de Adan de Saint Victor. Si este título fuese verdadero, nuestro Victorino sería el primero de los comentadores del maestro de las sentencias. Pero segun todas las probabilidades, esta obra es del franciscano Adan de Marisco, que compuso en el siglo XIII un comentario sobre las sentencias, con otro sobre el Cántico de los Cánticos.—8.° Mabillon ha impreso con el nombre de nuestro autor un epitafio de S. Bernardo que comienza con estas palabras: *Claræ sunt valles*, el que se encuentra tambien entre las poesías de Felipe Hasveng, abad de Buena-Esperanza, quizá no pertenece á uno ni á otro, pues los redactores de la *Galia Cristiana* le publican sin nombre de autor. Uno de los continuadores de la *Historia literaria de la Francia*, que ha publicado aparte la vida de S. Bernardo con la de Pedro *el Venerable*, atribuye á nuestro Adan el epitafio del Sto. abad de

Claraval, que comienza con estas palabras: *Ecce latet Claravallis.* Pero este es un error, pues su autor es el elegante versificador Simon Chevre d'Or, como se ha dicho en su artículo segun el *Genus illustre* de S. Bernardo, pág. 71. Dedúcese, pues, que de tantas obras atribuidas á Adan de Saint Victor, no se puede reivindicar como perteneciéndole realmente más que las prosas ó secuencias de que hemos hablado: Hé aquí el epitafio de Adan de Saint Victor, segun le han publicado los redactores de la *Historia literaria de Francia*:

*Epithaphiñ magistri Ade*
*de Sancto Victore.*

*Heres peccati natura filius ire*
*Exiliique reus; nascitur omnis homo.*
*Unde superbit homo: cujus conceptio culpa*
*Nasci pena; labor vita necesse mori.*
*Vana salus hominis; vanus decor; omnia vana*
*Inter vana nichil vanius est homine.*
*Dum magis alludit præsentis gloria vitæ*
*Preterit, ymo fugit; non fugit, ymo perit.*
*Post hominem vermis; post vermem fit cinis; heu heu!*
*Sic redit ad cinerem gloria nostra simul.*
*Hic ego qui jaceo miser et miserabilis Adam*
*Unam pro summo munere poseo precem.*
*Peccavi fateor: venia peto: parce fatenti:*
*Parce pater: fratres parcite: parce Deus.*

Este epitafio da lugar á muchas observaciones, pudiéndose comparar el monumento original con la copia que se lee en el tomo XVII de la gran coleccion publicada por el P. Martenne. Resulta de su lectura que el verso sétimo presenta un solecismo que parece extraño no encontrar revelado en ninguna parte, y que hubiera debido advertir mucho ántes la crítica literaria. Tambien se habia dejado de comparar de nuevo la verdadera lectura del verso décimo, despues de haber, sin embargo, tenido cuidado antiguamente de hacer rectificar sobre la lámina el solecismo que presentaba el sétimo en su primer grabado: he aquí cómo se lee en la copia dada por el Padre Martenne:

*Dum magis alludit præsentis gaudia vitæ.*

Por el contrario, en la lámina y en todas las copias publicadas por la impresion se lee de esta manera:

*Dum magis allu dit præsentis gloria vitæ.*

Para descubrir cuál es la más probable de las dos lecturas, ha sido necesario hacer la observacion de que las tres letras *aud* de la palabra *gaudia* han sido abiertas á martillo en el metal, y han dejado huecas las huellas de su forma, en particular la de la letra *d*. De esta observacion puede deducirse que habiendo comprendido el solecismo ocasionado por el empleo del número singular de la palabra *alludit* y del plural de la palabra *gaudia*, puestos en la misma oracion, los canónigos de Saint Victor reemplazaron esta última palabra con la de *gloria*; pero no comprenderian que la sustitucion no era buena atendido á que la palabra *gloria* se encuentra tres versos más abajo, causando una redundancia que Adan de Saint Victor, lacónico siempre, no hubiera de seguro cometido. Admitiendo como necesaria la sustitucion de la palabra *gaudia* segun las huellas incontestables que ha dejado esta palabra en el cobre del monumento: el verso octavo se referia á la vida del hombre, que parece que huye, que perece: lo que indica tambien en el noveno la repeticion inmediata de este pensamiento dominante: *Post hominem vermis*, etc. El antiguo reformador del solecismo hubiera podido evitar con facilidad esta redundancia, dejando subsistir en el verso sétimo la palabra *gaudia* y limitándose á sustituir á la palabra *alludit*, *alludunt*. Hubiera podido obtener fácilmente esta rectificacion como saben todos los entendidos en la letra del siglo XIII. Todas las copias de este epitafio publicadas hasta el dia y áun la del monumento grabado, tienen uniformemente la siguiente lectura del verso décimo:

*Sic redit ad cinerem gloria nostra simul.*

Pero un manuscrito de Saint Victor, letra del siglo XIII, da esta variante *gloria nostra suum*, lo que parece expresar una idea más clara y una relacion gramatical mas directa en el sentido de los dos versos que preceden al décimo. Este manuscrito que se puede considerar como de *optimæ notæ*, da materia para otra cuestion. Nuestro epitafio no tiene más título que el siguiente en letras rojas:

*Versus Magistri Ade de miseria hominis.*

Se observará desde luego que el monumento no se compone más que de los diez primeros versos, y que no se halla seguido de los cuatro últimos: *Hic ego qui jaceo*, etc. Reducida en esta forma se lee despues de los epitafios de Luis *el Grande*; de Estéban, obispo de París; de Guilduino, abad de Saint Victor, y precede inmediatamente al del abad Hugo. Deberia deducirse de aquí que nuestro Adan no habia destinado en su principio esta composicion á decorar su sepultura, y no sería esta la razon porque es la única entre las que se han copiado del manuscrito de Saint Victor que no se haya titu-

lado con la palabra epitafio. Esta duda va á resolverse por la lectura del segundo epitafio del mismo Adan que ha copiado el P. Martenne, pero que no ha insertado el P. Brial sin duda porque le parecia de una composicion más moderna que el primero:

*Nominis et pœnæ primi patris hic situs heres*
*Terra fit, à terræ nomine nomen habens,*
*Ne mireris homo, quod Adam sub humo cinerescat,*
*Cui cognomen humus materiam que dedit,*
*In vita reliquis illuxit, quo duce verum*
*Dicat Adam quam sit fallax opulentia rerum,*
*Quem fovit virtus, cui favit gloria mundi,*
*Ecce sub externi cinerescit cespite fundi.*

Tal parece ser el epitafio propiamente dicho que estuvo colocado sobre la misma sepultura de nuestro Adan; no bajo la bóveda del claustro como la inscripcion mural, que no debe haber sido otra cosa más que un honorífico cenotafio, sino al aire libre y sobre el cesped del prado; hallándose este prado evidentemente designado en el último verso por medio de estas palabras: *sub externi... cespite fundi.* Es en efecto probable que el humilde autor á quien se atribuyen los cuatro últimos versos que terminan la inscripcion que se le ha consagrado como epitafio: *Hic ego qui jaceo*, etc., se haya aplicado durante su vida el orgulloso hemistiquio: *¿cui favit gloria mundi?* Se trata ahora para completar el artículo publicado por el P. Brial. de desarrollar más de lo que él lo hizo lo que puede hacer apreciar el género particular de la composicion de las prosas del siglo XII, y de manifestar por medio de un número mayor de ejemplos que este género de literatura mereceria más atencion que la que se le ha concedido comunmente. Las prosas de nuestro cántico de iglesia son una especie de himnos latinos, en que la rima y el número de las sílabas reemplazan á la cantidad. Tal es en efecto la definicion dada por la Academia Francesa. Se les ha denominado impropiamente con la palabra latina *Sequentia*, denominacion que ha sido rechazada por Aichtove, que no admite su aplicacion más que cuando se trata de indicar al evangelista de que está tomada la parte de la leccion de cada dia. Segun este comentador, la prosa de que se trata es un discurso libre de todas las reglas impuestas á la composicion de los versos latinos, y esta definicion se halla brevemente resumida en el siguiente verso;

*Legibus arctatur metrum sed prosa vagatur,*

Clichtove distingue dos especies de prosas cantadas en nuestras iglesias;

la prosa rítmica en que cada línea contiene un número determinado de sílabas, la última de las cuales por lo ménos produce una consonancia exacta con el final de una de las líneas que la suceden; la otra especie no se halla sujeta á ritmo alguno, ni á ninguna consonancia décima final. Entre las treinta y siete prosas conocidas como composicion de Adan de Saint Victor, no hay ninguna de esta segunda especie, y se cree con razon que un poeta tan versado como el autor de estos versos en las ciencias de la vida humana, hubiera debido desdeñar el hacer uso de ellas. Habíase creido con bastante frecuencia que este género de composicion no ascendia más que al tiempo de Notker *el Tartamudo*, abad de Saint Gall, que dedicó su coleccion de prosas á Sitward, obispo de Verseil, segun refiere el monje Eccherard en la vida de Notker. Se habia tambien supuesto, atendida la proximidad de las épocas, que Notker habia dirigido á Carlomagno una secuencia compuesta por él, y que este emperador le habia enviado á su vez el himno *Veni Creator*; pero Gerberto, autor casi contemporáneo de un gran tratado sobre el cántico y la música eclesiástica, hace la observacion de que es un anacronismo, en atencion á que Carlomagno murió ántes que Notker hubiera llegado á la edad de la adolescencia. La denominacion de prosas cantadas tendria una fecha mucho más antigua, lo mismo que el género de su composicion, si se pudiera creer fundado en prestarles relaciones directas con la palabra que significaba las invocaciones que se iban á hacer á los altares de las divinidades del paganismo. De esta palabra es de la que se formaban los versos que se acostumbraban á cantar procesionalmente en las solemnidades celebradas en sus rogativas. S. Agustin manifiesta que la costumbre de la iglesia de Africa era cantar himnos en todo el trascurso del tiempo en que se distribuia la Eucaristía al pueblo: la misa de los etiopes añade en su rúbrica relativa á este punto, que se cantaban tambien poesías compuestas en honor de los santos cuya festividad se celebraba. En nuestro rito católico romano, la composicion de canto intitulada *Communio*, debe tener por objeto el mismo rito de súplica que la palabra de los antiguos cristianos griegos. En la época de Adan de Saint Victor fué cuando el uso de cantar prosas en la misa comenzó á ser más comun. En Roma no se canta más que en la fiesta de pascuas, el *Victima paschali*, atribuido á Notker; en Pentecostés, el *Veni Sancte Spiritus*, de que se supone autor al rey Roberto de Francia; en el Corpus *Lauda Sion*, de Santo Tomás de Aquino; por último, el dia de ánimas, el *Dies iræ*, que se atribuye entre otros autores al cardenal Ursino. El uso de las prosas estaba bastante extendido en Francia en el siglo XIII, porque en tiempo del cronista Bernardo Thies que murió en 1225, el caligrafo Passeran copió un *Proser*, cuya letra fué pagada á cincuenta sueldos. Es preciso que esta coleccion fuese muy numerosa, pues solo Adan de Saint Victor pudo propor-

cionar treinta y siete. A los clásicos de todas las épocas se les han escapado dísticos formados de esos versos que Eczard de Bethune llamaba *candatos* porque presentaban al fin rimas dobles de dos sílabas. S. Agustin puso dos poesías bastante extensas de este género, pero Adan de Saint Victor parece es el que debe fijar en el siglo XII la época en que se perfeccionó para el cántico de la Iglesia el uso de las prosas perfectamente rimadas en dos sílabas finales, y cuyo corte simétrico y variado se aproxima en cuanto es es posible á la prosa, á la cadencia y la medida poética. Quizá de los ejemplos siguientes proviene el orígen de la perfeccion sucesiva que se ha introducido poco á poco en las rimas modernas, y se podrá, comparándolas á las rimas antiguas bajo este punto de vista, convencerse de que las trovas y los trovadores no han rimado con tanta perfeccion en romance en sus mejores tiempos, como Adan en sus prosas latinas. José Clichtove ha extractado como sigue el detalle de las cualidades que recomienda á nuestra atencion en su lectura: la rapidez de la narracion, la armonía de los finales, la elegancia del estilo, la eleccion de las expresiones, la exactitud en la aplicacion de las figuras. No nos resta más por lo tanto, que dar los medios de juzgar segun muchos ejemplos. La prosa de Saint Denis, que un número bastante grande de discípulos de la universidad de París existentes todavía recuerda haber oido cantar en la fiesta de este santo, ha sufrido muchas supresiones, en particular la del versículo que perpetuaba una tradicion supersticiosa, cuya narracion pública era cada dia más chocante. Hé aquí cuán ingeniosamente se hallaba concebido, al ménos en cuanto á la eleccion de las expresiones:

*Se cadaver mox erexit*
*Truncus truncum caput erexit*
*Quo ferentem hoc direxit*
*Angelorum legio.*

No se vacilará en conceder á nuestro Adan la parte á que tiene derecho en los elogios que se han concedido á la devocion elocuente de S. Bernardo. Basta para justificar este derecho reflexionar en la viveza del sentimiento extático que ha producido el versículo siguiente de la prosa de la Asuncion:

*Salve, Mater pietatis*
*Et totius Trinitatis*
*Nobile triclinium.*

Tomás de Cantimpré, que vivia casi al mismo tiempo que nuestro prosista, se expresa asi al referirse á este versículo: *Cum in dictanda sequentia*

*Salve Mater salvatoris* (*sic*) etc., *istum versiculum edidisset*; *gloriosa virgo apparens ei.... cervicem inclinavit*. Este testimonio de Cantimpré es aceptable, si no para corroborar absolutamente la anécdota, para dar al ménos orígen á nuevas conjeturas de que dictaba é improvisaba quizá sus prosas en alta voz; lo que confirma el empleo de la palabra *edidisset*. Hé aquí lo que explicarian tambien las desigualdades de estilo que se notan en sus composiciones. En la época en que Adan de Saint Victor compuso su prosa de la Exaltacion de la Santa Cruz, las dos últimas líneas de la estancia novena no podian tener relacion más que con la opinion general de los Padres de la Iglesia, tal como la perpetuaba Gervasio de Tilbery, contemporáneo de nuestro autor, y cuya cosmografía hacia suponer que la tierra era cuadrada, aunque el mundo fuese orbicular. Pero en la época en que Clichtove publicó la primera edicion de su *Elucidatorium* (1515), hacia veintitres años que se habia descubierto la Armenia; espacio de tiempo suficiente para que se hablase de ello como de una novedad, y que se contentasen con hacer una simple y rápida alusion, uniendo á las otras tres la cuarta parte del mundo, y suponiéndola conocida por estar habitada como ellas por hombres convertidos á la fe cristina. Esto es lo que ha hecho Clichtove en el versículo siguiente:

*Crucis longum latum*
*Sublime profundum*
*Sanctis propalatum*
*Quadum salvat mundum*
*Sub quadri figura.*

Lo que explica el comentador en estos términos: *Quadrus hic dicitur mundus, ob quatuor ejus præcipuas partes... in quitus habitant homines per crucis mysterium salutem adepti*. En su prosa del Espíritu Santo se observa la delicadeza y la eleccion de expresiones que emplea Adan, cuando para oponer las ventajas de la libertad de que gozan los hijos del Evangelio al yugo literal de la ley mosáica, termina con un imperativo la segunda de las estancias siguientes:

*Lex præcerrit in figura,*
*Lex pœnalis, lex obscura,*
*Lumen evangelium,*
*Spiritualis intellectus*
*Literali fronde tectus*
*Prodeat in publicum.*

Hé aquí cómo caracteriza las prerogativas que les distinguen de los de-

más apóstoles en su prosa de S. Pedro y S. Pablo, y se notará en particular en el versículo tercero la aplicacion que hace de la salida del sol, cuyos primeros rayos hieren las cumbres de las montañas mucho ántes de iluminar los valles.

*Hi sunt ejus fundamenta;*
*Fundatores fulcimenta*
*Bases epistylia,*
*Hi sunt nubes corruscantes*
*Terram cordis irrigantes*
*Nunc rore, nunc pluvia,*
*Ipsi montes apellantur,*
*Ipsi prius illustrantur*
*Veri solis lumine.*

Todas las comparaciones puestas en la obra de S. Lorenzo no son de la misma elevacion, y sorprende tambien leer en la cuarta estancia símiles tomados de la acritud del grano de mostaza; pero la eleccion de las demás alusiones hará perdonen lo extraordinario de esta:

*Sicut vasa figulorum*
*Probat fornax et eorum*
*Solidat substantiam;*

*Sic et ignis hunc assatum*
*Velut testam solidatum*
*Reddit per constantiam.*

*Nam cùm vetus corrumpatur*
*Alter homo solidatur*
*Veteris incendio.*

*Parma sapis vim sinapis*
*Si non tangis si non frangis*
*Et plus fragat quando flagrat*
*Thus injectum ignibus.*

La prosa de Sta. Inés da á conocer la habilidad con que Adan de Saint Victor analizaba las leyendas de los santos para formar una relacion lacónica, pero continuada y con un estilo bastante rápido. Hé aquí las estancias más notables de esta pieza, la séptima de las cuales parece haber inspirado al cincel del Algardo en la ejecucion de la estátua de Sta. Inés en Roma, y

cuya desnudez se sabe que no ofende las castas miradas, aunque no se halle vestida mas que de sus largos cabellos, segun la expresion del versículo séptimo:

*Animentur ad agonem,*
*Recolentes passionem*
*Gloriosæ Virginis*

*Contrectantes sacrum florem*
*Respiremus ad odorem*
*Respersæ dulcedinis.*

*Pulchra, prudens et illustris*
*Jam duobus Agnes, lustris,*
*Addebat trienium.*

*Proles amat hanc præfecti;*
*Sed ad ejus virgo flecti*
*Respuit arbitrium.*

*Languet amans cubat lecto;*
*Languor notus fit præfecto,*
*Maturat remedia.*

*Offert multa, spondet plura,*
*Periturus, peritura;*
*Sed vilescunt omnia.*

*Nudam prostituit*
*Præses flagitiis;*
*Quam Christus induit*
*Comarum fimbriis,*
*Stolaque cœlesti.*

*Cœlestis nuntius*
*Assistit propius;*
*Cella libidinis*
*Fit locus luminis*
*Turbantur incerti.*

*Cæcus amor indignatur*

*Et irrumpens præfocatur*
*A maligno spiritu.*

*Luget pater, lugent cuncti*
*Roma flevit pro defuncti*
*Juvenis interitu.*

*Suscitatur ab Agnete*
*Turba fremit indiscreti,*
*Rogum parat virgini, etc.*

Nada más semejante al estilo anacreóntico que las siguientes estancias de la prosa de la Resurreccion, en que para explicar el sincronismo anual del dia de Pascua y del principio de la primavera, Adan se explica así:

*Ignis volat movilis*
*Et aer volubilis*
*Fluit aqua labilis*
*Alta petunt levia*
*Centrum tenent gravia*
*Renovantur omnia.*
*Cœlum fit serenius*
*Et mare tranquillius*
*Spirat aura leviùs*
*Vallis nostra floruit*
*Revivescunt arida*
*Recalescunt frigida*
*Postquam ver intepuit.*

Aquí debe terminarse el número de los ejemplos para completar el artículo de Adan de Saint Victor, y para comenzar á probar la influencia poco notada todavía que han ejercido en la perfeccion sucesiva de las rimas vulgares las piezas rimadas de la Iglesia. Otros escritores podian dedicarse á desarrollar este estudio bajo este nuevo punto de vista.—S. B.

SAINT VICTOR (Andrés de). Fué natural de Inglaterra. Hugo de San Víctor le enseñó las letras divinas y humanas. El discípulo hizo honor á su maestro, á quien reemplazó en la cátedra de San Víctor, cerca de Nanterre. No puede asegurarse el tiempo que ocupó este puesto, ni el año en que murió. Los autores de la *Gallia Christiana* dicen que fué uno de los canónigos de San Víctor que en 1148 salieron de esta casa con Odon para introducir la re-

forma en Sta. Genoveva; pero no presentan prueba alguna. Otros pretenden que fué abad de S. Saturio, en el Berri, al frente de cuya abadía hubo en efecto un Andrés hácia 1193, pero nada inclina á creer que sea el mismo que nuestro autor. Los escritos que de él nos quedan son algunos comentarios sobre la Sagrada Escritura, ninguno de los cuales ha visto la luz pública. El primero es sobre el *Pentateuco*, que explica literalmente. Se encontraba en la biblioteca de San Víctor, códice 144, y comenzaba por estas palabras: *Difficilè quod durum, quod grave, quod asperum est, observatur.* Se halla tambien en la de San Benito de Cambridge, acompañado de los comentarios del mismo autor sobre los *libros de los Reyes*, los *Paralipómenos*, los *Proverbios*, el *Eclesiastés* y los *Doce Profetas menores.* En esta última biblioteca hay otro manuscrito que contiene los comentarios de Andrés sobre Daniel y los Macabeos. La última obra de nuestro autor que existe en este género es un comentario sobre Isaías, de que solo se conocen dos ejemplares, el uno de la biblioteca de San Víctor, el otro de la Biblioteca Imperial, núm. 125. Andrés en este comentario llama con frecuencia en su socorro á los antiguos intérpretes, y en particular á Orígenes; pero se apoya demasiado algunas veces en la autoridad de los judíos, procediendo de aquí una reconvencion muy justa que le hace Ricardo de San Víctor con motivo de la célebre profecía: *Hé aquí que una Vírgen concebirá y parirá.* Dando Andrés las respectivas explicaciones de los cristianos y los judíos sobre este pasaje, da mucho valor, segun el juicio de Ricardo, á las de los judíos, que son más literales, y termina escandalosamente sin decidir nada; lo que indujo á muchas personas de su época á suponer la profecía no relativa á la Madre del Salvador, sino á la mujer del profeta. Sus discípulos eran los más decididos en defender esta explicacion. Temiendo Ricardo que perjudicára á la religion en el espíritu de las rencillas, tomó la pluma para refutarla, y compuso su *Emmanuel.* Por lo demás Andrés merece ocupar un rango notable entre los intérpretes sagrados del siglo XII. Hay en efecto pocos que reunan, como él, la claridad y la precision, que se separen más rara vez de su objeto, y sepan colocar la erudicion de una manera más conveniente. Conocia las lenguas griega y hebrea, ventaja poco comun en su siglo.—S. B.

SAINT-VICTOR (Ervisio), natural de Inglaterra, abad del monasterio de París, que le sirve de apellido en 1162. Esta es la fecha de la primera de las actas que ha suscrito con semejante carácter, y que se hallan indicadas en la *Nueva Galia cristiana.* Algunas cartas de Alejandro III prueban que Ervisio no vigilaba lo suficiente por la conservacion de la disciplina eclesiástica, abdicó la dignidad abacial en 1172. El año 1177 es, no el de su dimision, sino el de su muerte; falleció en 13 de Mayo. Aunque poco celoso, predicaba algunas veces, y se han conservado por mucho tiempo en S. Víc-

tor sus sermones manuscritos. Su carta al cardenal Odon, diácono del título de S. Nicolás *in carcere Tulliano*, ha sido publicada por el P. Martenne. Ervisio dice que solicitó y obtuvo del rey de Francia para este Cardenal el permiso de volver cerca del Papa. Escribió además, juntamente con Ricardo, prior de S. Víctor, una epístola á Roberto de Verdun, obispo de Herford, en favor del arzobispo de Cantorbery Tomás Becket. M. Brial, al reimprimir esta carta, ha restablecido el nombre de *Ervisius*, que los copistas habian cambiado en *Hermus*. En la coleccion del P. Duchesne pueden leerse muchas cartas dirigidas á Ervisio ó que se le refieren. —S. B.

SAINT-VICTOR (Garnier de). Fué subprior de la célebre abadía de su apellido en París desde 1140, fecha de una carta que suscribió con tal carácter. La historia manuscrita de S. Victor pone su muerte en 1170. Estas dos épocas destruyen la opinion de los que confunden á este canónigo regular con el cartujo Garnier, escritor del siglo XV, á quien atribuyen sus obras. Consagrado á la lectura de los escritos de S. Gregorio *el Magno*, recogió los rasgos más notables sobre la Escritura Sagrada, los puso en órden y compuso un Comentario seguido sobre todo el texto sagrado, que dividió en diez y seis libros, bajo el título de *Gregorianum*. Garnier no abrió el camino en este género de trabajos; habia sido precedido, como se ha dicho en otro lugar, por cuatro compiladores como él, y fué seguido despues de otros treinta, que trabajaron todos en formar un cuerpo de doctrina segun las obras de S. Gregorio, aunque cada uno á su manera. Juan Picard, que ha publicado una edicion del *Gregoriarum* de Garnier, no tiene dificultad en concederle la palma sobre todos los demás, en cuanto á la eleccion de los pasajes y la crítica, sobre la que nos abstendremos de juzgar. Pero si se da la preferencia á los que mejor han conservado las palabras del santo doctor, Garnier es superior á todos los demás. Su obra ha caido bajo el dominio del público en dos ediciones diferentes hechas en París, la primera hecha en 1518, en 4.°, por Pedro Genidosel, con este título: *Guernerio sive Garnerii enucleamenta Bibliæ, compilata á Gregorii codicibus*. La segunda en 1618 en 8.°, por Buschard Keisck, bajo la direccion de Juan Picard, canónigo regular de S. Víctor, que ha sustituido conforme á los mejores manuscritos, el título de *Gregoriarum* al título anterior. Nuestro compendiador de S. Gregorio ha sido compendiado á su vez por Absalon, que desde religioso de S. Victor, llegó á ser abad de Sping Kirhbac, en la diócesis de Tréveris: este compendio se conservaba manuscrito en S. Victor, bajo el título de *Breviarium Garnerii*. Garnier se preciaba tambien de tener algunos conocimientos en medicina segun un antiguo catálogo de los manuscritos de San Víctor en que se leia: *Garnerii subprioris S. Victoris Regimen sanitatis*. Pero la obra que indica este título no ha llegado hasta nosotros. —S. B.

SAINT-VICTOR (Gilduino de). Guillermo de Champeaux fundó en 1108 la célebre casa de Saint Victor de París, que abandonó en 1113 para subir á la sede episcopal de Chalons. Sucesor suyo en el gobierno de aquel monasterio fué Gilduino, natural de París el cual no tuvo en un principio, como su antecesor, más que el título de prior. Pero en 1114 tomó la calidad de abad, que le fué conferida por su capítulo en virtud de una bula del papa Pascual II. Su edificante y prudente administracion le atrajo gran número de discípulos recomendables por su mérito, en cuyo número se halla el P. H. Tomás, el célebre Hugo, Ivo, que fué despues cardenal, y otros que despues daremos á conocer. Retirado en el fondo de su claustro, no tardó en ir á buscarle el favor de los grandes. Instruido de su mérito el rey Luis *el Gordo*, quiso tenerle por depositario y guia de su conciencia, y colmó de beneficios en atencion á él la nueva abadía de Saint Victor. Asociósele el obispo de París Estéban de Senlis, lo mismo que el Tomás de quien se acaba de hablar, en el gobierno de su diócesis. Todas las gracias que podia conceder el prelado fueron la recompensa de los servicios que le prestaron estos dos cooperadores. El rey Luis *el Jóven* heredó los sentimiento de su augusto padre hácia la abadía de Saint Victor, en lo que fué completamente secundado por su ministro el abad Suger, quien introdujo á los victorinos en la abadía de Sta. Genoveva. Gilduino consintió con mucho trabajo en esta introduccion, porque le privaba de sus mejores religiosos, entre otros de su prior Odon, que llegó á ser jefe del nuevo establecimiento. Pero tuvo la satisfaccion en los siete años que sobrevivió á esta época de ver ambas casas florecer como á porfía por una laudable rivalidad. Gilduino murió colmado de años y de méritos el 13 de Abril de 1155, despues de un gobierno de cuarenta y tres años. Su cuerpo fué inhumado en medio del coro, á los pies del obispo Estéban de Senlis. Adornóse su sepulcro con el siguiente epitafio, que se lee aún en el mismo lugar, pero en una piedra nueva:

*Gilduinus abit de castris Victor ad aulam*
*Idibus Aprilis, Rege vocante suo.*
*Prima columna domus, custos gregis, ordinis auctor,*
*Hic jacet æterno dignus amore loci.*

El P. Martenne ha publicado en el tomo cuarto de su grande coleccion, una carta y una escritura del abad Gilduino. La carta dirigida á Godofredo, obispo de Beauvais, tiene por objeto recomendarle un sacerdote cuyo hermano habia muerto abintestato; á ménos, dice, que haya legado su caballo á los canónigos regulares de Saint Quentin, cerca de Beauvais, en cuya tierra habia establecido su morada. Estos, añade, habiéndose apoderado

del cadáver, le habian enterrado en su conveuto, apropiándose cuanto le pertenecia. Gilduino suplica al prelado haga justicia á este sacerdote, y le haga restituir los bienes de su hermano. La escritura es un cambio hecho con los religiosos de Long-Ponts de una prebenda y de algunos otros derechos que poseia la abadía de Saint Victor en la iglesia de Montlheri, con otras tierras que los primeros gozaban en otro lugar. Du Cange y Fabricio, siguiéndole, atribuyen además á Gilduino el libro de la órden de Saint Victor.—S. B.

SAINT VICTOR (Gualtero de). Natal Alejandro, Fabricio y el mismo Mabillon han designado como abad de S. Víctor al teólogo de que vamos á ocuparnos, y los autores de la *Nueva Galia Cristiana* le han identificado con Gualtero, que murió en 1162 despues de haber gobernado algunos meses esta abadía entre los abades Ricardo y Ervisio. Pero Du Boulay, Fleury y Pagé no dan á Gualtero más que la calidad de prior, lo que es mucho más exacto. Tampoco habia desempeñado hasta 1173, es decir, hasta la muerte de Ricardo, más que el cargo de subprior. Para no confundirle con un abad muerto en 1162, basta hacer la observacion de que habla en sus libros del concilio general celebrado en Roma por el papa Alejandro III en 1179. Como dice que este concilio acababa de celebrarse hacia poco, no se puede hacer retroceder más allá de 1180 ó 1181 la época en que escribia. Esto es todo lo que se sabe de su vida, la fecha de su muerte no es conocida. Supone que fué prior de los canónigos regulares de S. Andrés de Escoria, y que es el Gualtero á quien Adam el premostratense dedicó en 1190 un soliloquio publicado por el P. Pez; es una conjetura muy aventurada á nuestro parecer, aunque sea verdad que la abadía de S. Victor daba en aquella época priores á muchas comunidades de canónigos regulares, tanto en Francia como fuera de Francia. Gualtero, prior de S. Victor, es el autor de un diálogo manuscrito que se conserva en Inglaterra, y que tiene el título de *Magistri Walteri dialogus quærens quid sentiat Hugo de anima Christi?* Es muy posible que los escritos de Hugo de S. Victor hayan ocupado á un prior de esta misma abadía, pues disertó mucho sobre el alma de Jesucristo. Se le atribuye con mucha más verosimilitud una carta á Sta. Hildegarda, que el autor no ha designado más que con la inicial V., pero en la que la santa es interrogada sobre la doctrina de Gilberto de la Possée y de sus discípulos. Quiza Gualtero, ántes de escribir sobre esta doctrina, quisiera fortificarse con las luces de una teóloga consultada entónces por todos los doctores. Le contestó que habia sabido del mismo Dios, que en él la paternidad y la divinidad eran verdaderamente Dios, y que en su consecuencia el sistema de Gilberto debia ser combatido como erróneo. La principal obra de Gualtero, y la única que sea completamente auténtica, es la que compuso contra Abelardo, Gil-

berto de la Possée, Pedro Lombardo y Pedro de Poitiers. Este tratado de polémica ha quedado manuscrito, pero Du Boulay ha publicado largos extractos de los cuatro libros que la componen. Los teólogos se hallaban entónces divididos. La primera se dirigia á la enseñanza y al lenguaje de la Biblia y de los Santos Padres. La segunda aplicaba á la teología la dialéctica de Aristóteles, acumulaba silogismos, y de un largo tejido de argumentos deducia algunos resultados sospechosos al ménos por su novedad; ponia los cimientos de la teología escolástica. La tercera secta ocupaba un término medio entre los otros dos, y procuraba ser prudente ó filósofa con sobriedad, admitia los argumentos, las formas peripatéticas, siempre que las conclusiones se refiriesen á los dogmas recibidos en la Iglesia. Los cuatro doctores refutados por Gualtero pertenecian á la segunda de estas escuelas. Gualtero los llama los cuatro laberintos de la Francia; los reconviene por sus caprichosos silogismos, sus sofismas y la irreparable pérdida de tiempo empleado en tan vanas disputas. «Seguidles, dice, en esas vanas controversias en que pasan los dias y las noches, ya vereis cómo revuelven la misma proposicion de tantas maneras diferentes que se ignora si se debe admitir ó desechar. Juegan con lo verdadero y lo falso con la más culpable astucia; si prestais oidos á sus discursos, pronto ignorareis si hay Dios ó si no existe, si Jesucristo se hizo hombre, si no tomó más que un cuerpo fantástico, si hay alguna cosa real en el mundo, ó si no es todo más que ilusion ó prestigio.» El autor va más léjos, afirma que estos cuatro falsos doctores extraviados por la filosofia de Aristóteles, han enseñado muchas herejías, alterado la fe debida á los inefables misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion. Confiesa que Pedro Lombardo y Pedro de Poitiers manifiestan estos errores con nombres extraños, que en la apariencia refieren más bien que sostienen. Pero en el cuidado que toman de arreglar y adornar los argumentos de que son consecuencia, se ve demasiado bien, segun Gualtero, que quieren ser sus propagadores al mismo tiempo qne sus historiadores. ¿Cual es en efecto el método de Pedro Lombardo? A cada pregunta expone tres opiniones y representa la tercera como herética, la segunda como católica, la primera como no susceptible de ninguna de estas calificaciones, y cuando ha argumentado largamente en favor de cada una de estas tres opiniones, concluye en esta forma: Pienso, dice, haber tratado la cuestion presente con bastante cuidado y exactitud, sin afirmar ni prejuzgar nada, sin embargo, contra las opiniones ajenas, pues en una materia tan grave y tan complicada, no pretendo que el lector decida despues de lo que he dicho; pero le exhorto á leer lo que otros ántes que yo han escrito sobre el mismo asunto, y desatar despues, si es capaz, el nudo de esta dificultad. Método extraño, exclama el prior de S. Victor, por el cual desapa-

receria toda distincion entre el dogma y la herejía, si el soberano Pontífice no hubiera reprobado ya una filosofía tan perniciosa. Con este objeto refiere Gualtero cómo en el concilio de Letran queriendo Alejandro III condenar las sentencias de Pedro Lombardo, que tendian á hacer recibir el sabelianismo y el arrianismo, un obispo del país de Gales contestó: «Señor Papa, yo he sido clérigo de Pedro Lombardo, y el preboste de su escuela; héme aquí pronto á defender su doctrina;» cómo por último muchos cardenales, deseosos de evitar esta discusion, declararon que habian sido llamados para ocuparse de negocios más serios, como si se pudiera, observa Gualtero, imaginar nada más esencial que la fe cristiana, pero poco importa á Gualtero el silencio del concilio: la Santa Sede ha tronado, dice, y debe cesar el graznido de las grullas. Cita en prueba de este anatema apostólico una carta de Alejandro III á Guillermo, arzobispo de Reims y legado, en que ordena reunir á los doctores y prohibirles enseñar en adelante la proposicion que muchos de ellos anunciaban en estos términos: *Le Christ en tant qui homme n'est point quelque chose.* A la refutacion de esta proposicion se hallan consagrados principalmente los diez y ocho capítulos del libro I de la obra de Gualtero. Hé aquí un ejemplo del método y del estilo de este autor. Jesucristo dice: *Pater major me est*: mi Padre es más grande que yo. ¿Qué debe entenderse por esta palabra yo? ¿Es esa cosa que no es Cristo, ó no es el mismo Cristo? En el primer caso Jesus diria, que es el que no es: hipótesis demasiado absurda. En otra parte, si este yo no es el Cristo, es preciso que sea una sustancia ó creada ó iniciada. Esta sustancia increada no podia declararse como inferior á Dios el Padre, y si admitís, como no se puede ménos, que es creada, teneis que determinar si es razonable ó no. No pudiendo sostenerse este último sistema, esta sustancia declarada razonable debiera ser ó angélica ó humana. Pero no es angélica, luego este yo de que habla Jesucristo es una sustancia creada, razonable, humana, es decir, compuesta de un cuerpo y de un alma. Luego Jesucristo en cuanto hombre es algo. Tendriamos que extractar muchos argumentos semejantes si emprendiésemos el análisis de los ocho capítulos del libro segundo de Gualtero, de los quince capítulos del tercero y de los veintiseis del último, siendo principalmente Abelardo á quien se ataca en el libro segundo en que se trata de la Trinidad de Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios. El tercero presenta un exámen, quizá más fiel que rigoroso, de las opiniones de Pedro Lombardo y de Pedro de Poitiers sobre Jesucristo, su Santísima Madre y la sagrada Eucaristía. Decir que la carne del Verbo está formada de sangre es, segun Gualtero, una herejía de los nuevos doctores. El libro primero contiene muchas invectivas contra los filósofos, contra Aristóteles, contra los dialécticos y contra los herejes, en cuyo número se halla colocado S. Juan

Damasceno; *C. X De hæresibus Joannis Damasceni. C. XIII. De hæresi Joannis Damasceni. Nescio quis Joannes Damascenus*, dice Gualtero, que no conocia á este escritor eclesiástico más que por las citas de los teólogos del siglo XII. Esta obra no da en general una idea muy elevada de la ciencia del prior de S. Victor, ni de su moderacion, ni áun de su equidad; pues como lo ha observado Natal Alejandro, imputa injustamente á Pedro Abelardo la herejía de Berenger sobre la Eucaristía. Costaria tambien mucho trabajo encontrar en los libros del Maestro de las Sentencias los errores que se le atribuyen; y lo que se ve mejor en la obra de Gualtero es que los odios teológicos de aquella época se hallaban alimentados con controversias muy oscuras y fastidiosas. No hay apariencia alguna de que sea autor de dos opúsculos intitulados: *Galteri veteris libri de Trinitate. Watheri vetheris Theologi, epistola de modo prædicandi divina de Christo.* El P. Bernardo Pez, que ha impreso estos dos artículos, cree que se podria atribuir el primero á Gualtero de Chatillon, preboste de la iglesia de Tournay, y el segundo á Gualtero, obispo de Laon, pero estas conjeturas son, como el lector conocerá, muy aventuradas.—S. B.

SAINT-VICTOR (Tomás de), canónigo regular, fué enviado á Cherburgo. Deseoso de volver á París pidió permiso á Ervisio, su abad, á quien segun los autores de la *Nueva Galia Cristiana* escribió muchas veces con este motivo. No conocemos más que una sola de estas cartas, á saber, la que ha impreso el P. Martenne en el tomo VI de la *Amplissima collectio*. Está intercalada con muchos versos, algunos de los cuales no son más que citas, por ejemplo:

*Nescio qua Natale solum dulcedine auctos*
*Ducit et immemores non sinit esse sui.*

S. B.

SAINT-VICTOR (Juan de). Treinta y siete sermones de Juan, abad de Saint-Victor en París, conservados manuscritos en la biblioteca de esta abadía, nos obligan á citarle entre los autores del siglo XIII. Nueve discursos suyos fueron pronunciados en los capítulos generales de los victorinos, y Santiago de Vitry preconiza su elegancia y suavidad. Estos nueve discursos trataban de las instituciones de este Orden religioso. Los otros veintiocho comprendian los detalles más importantes de la moral ascética. «Estaban, dice Malingre, llenos de diferentes corrupciones y moralidades efectivas, procedentes de un espíritu verdaderamente ilustrado por la luz del cielo. Tambien el abad Cesario de Heriterbach habla de Juan como de un personaje de una piedad eminente; le califica de hombre interior y espiritual.

Algunos le han creido autor de un tratado contra la pluralidad de beneficios, atribuido más generalmente á su contemporáneo Juan de Tours, abad de Sainte-Genevieve, al cual tampoco parece pertenecer. El abad de Saint-Victor habia nacido en Alemania, en la diócesis de Tréveris; de donde procede que se le llame algunas veces el Teutónico; pero este apellido se aplica tambien á otros personajes, llamados Juan como él, y con los cuales no se debe confundirle. Se cuentan hasta tres dominicos llamados Juan *el Teutónico*. Uno murió en 1252 despues de haber sido general de los PP. Predicadores, y despues obispo de Bosnia. Quetif le atribuye solamente algunas cartas encíclicas. El segundo era de Friburgo; redactó hácia 1320 una Crónica, una Suma para uso de los confesores y otros escritos. El tercero, conocido con el nombre de Juan Tambaco, enseñó en Praga: en 1366 terminó un *Speculum*, obra mística en quince libros, y que obtuvo alguna celebridad por largo tiempo. Más antiguo que ellos Juan de Saint-Victor, no fué nunca dominicano. Su madre se llamaba Helvigea, segun nos refiere un antiguo necrólogo de S. Guenaldo de Corbeil. Era muy jóven cuando desde Tréveris pasó á París para comenzar sus estudios. Se hizo canónigo regular en Saint-Victor, en tiempo del abad Guarin, y sucedió en 1203 al abad Absalon. Los papas Inocencio III y Honorio III le dirigieron algunas cartas y le encargaron diferentes comisiones. Eligiósele por árbitro en muchas cuestiones, ya entre comunidades eclesiásticas, ya entre particulares. Los detalles de estos asuntos se hallan referidos en la *Galia Cristiana*, donde se lee tambien que Juan permitió á los victorinos comer carne tres veces á la semana. Felipe Augusto al fundar la abadía de la Victoria, cerca de Senlis, en accion de gracias del triunfo que habia obtenido en Bouvines, en 1214, dió este establecimiento á los canónigos regulares de Saint Victor; y el abad Juan envió desde luego á uno llamado Menando, que era penitenciario de la universidad, y despues á doce religiosos que tomaron posesion del nuevo monasterio el miércoles de ceniza el año de 1224. Luis VIII nombró en 1225 entre los ejecutores de su testamento al abad de Saint-Victor. Cinco años despues, viéndose Juan muy avanzado en edad, abdicó la dignidad abacial y murió el mismo año de 1229 en 28 de Noviembre. Se le enterró en la iglesia de Saint-Victor, cerca del altar de S. Juan, poniendo la siguiente inscripcion en su sepultura:

*Indicat hic titulus quod continet ossa Johannis*
*Iste brevis tumulus, qui multis extitit annis*
*Sancti Victoris Abbas, sed culmen honoris*
*Spernens, ut peccatam posset ducere vitam,*
*Officio cessit, qui cum Christo requiescit. Amen.*

Enrique de Gante y Tritemio no hacen mencion de Juan de Saint Victor, como tampoco los bibliógrafos modernos, Auberto Le Mire, Oudin, Fabricio, etc. Sus escritos no han adquirido en efecto importancia alguna, y si bien se le ha concedido un lugar en esta obra, hemos querido encerrarle en cortos límites. —S. B.

SAINT-VICTOR (Menandus de), canónigo y penitenciario de la abadía de su apellido, en París, muerto hácia 1218. Este canónigo no es conocido más que por una consulta que dirigió á Rodulfo, penitenciario del papa Honorio III, sobre diferentes cuestiones relativas á los casos reservados al soberano Pontífice, y á que contesta el gran penitenciario de Roma despues de haber expuesto tres cuestiones en el consistorio pontifical. La primera de estas cuestiones, relativa á la obligacion de los subdiáconos de recitar las horas canónicas, se halla resuelta afirmativamente. Las otras cinco se refieren á las diferentes disputas que ocurrian entre los estudiantes de la universidad de París, y en las que los clérigos eran más ó ménos gravemente golpeados y heridos. No se ha comentado nada más que pueda aumentar el interés literario de este artículo, puramente de referencia. —S. B.

SAINT-VICTOR (Nicolás), autor de una carta al Mtro. Gereberto, es probablemente el superior de S. Victor que llevaba el nombre de Nicolás, y que murió en 1180. Este documento se halla seguido inmediatamente en la coleccion del P. Duchesne de otras muchas cartas, que estan escritas por los victorinos, ó que les son dirigidas. De todas maneras, el billete de que se trata es de escasa importancia. Nicolás alega sus ocupaciones para excusarse de no haber escrito á Gereberto, y se queja de que Gereberto, ménos ocupado que él, no le escriba. Esto no impedirá que sea duradera su amistad: *Idem vita et amicitiæ terminus.* Nicolás termina esta carta como Ciceron comienza algunas veces las suyas. *Si vales, bene est, ego valeo.* El Padre Lelong cita, siguiendo á Feller, una glosa sobre el Apocalipsis por Nicolás de París. No tenemos medio alguno para investigar si este Nicolás es el de que acabamos de ocuparnnos. —S. B.

SAINT-VINCENT (Adalberto de) y tambien Adelberto, segun Tritemio, era un hombre versado en todo género de conocimientos: *in omni genus scientiarum doctissimus.* Floreció durante el episcopado de Adalberon, obispo de Metz, muerto en 964, y tenia la direccion de las escuelas en la abadía de la misma ciudad de que era monje. Habia sin duda abrazado la profesion monástica en alguna otra abadía de la diócesis, ántes de pasar á Saint-Vincent, que no fué fundado hasta 968. Su mérito, su calidad de maestrescuela, el tiempo y país en que vivió, nos parecen razones suficientes para creer que es el mismo que el Adalberto escolástico, á cuya memoria hizo el docto Gerberto el siguiente epitafio, en que se ve además de algunos

rasgos de su historia ya indicados, que habia nacido en la Bélgica, de una familia noble y que murió en 12 de Febrero, ántes de haber llegado á la ancianidad.

EDITE NOBILIBUS, STUDIUM RATIONIS ADEPTE,
DICIT ADALBERTUM TE BELGICA FLORE JUVENTÆ,
STARE DIU NON PAREA, TULIT FORTUNA RECURSUS,
BIS SENAS FEBRUI CUM PRODUXISSET APOLLO.

Tritemio, tratando de los escritos de Adalberto, manifiesta que dejó muchos, pero que no habia podido aún ver más que su crónica. El autor la habia dedicado al obispo Adalberon, y publicaba la cronología de todos sus antecesores en la silla de Metz. Nadie nos refiere si esta obra existe aún. Háse confundido á Adalberto con otro del mismo nombre, monje de la abadía de Fleury, que trabajó un compendio sobre las Morales de S. Gregorio, pero probablemente son uno mismo, segun todas las apariencias. Porque el escrito que lleva este nombre parece no haberse hecho hasta despues de mediado el siglo X, y el autor toma al fin de uno de los ejemplares la calidad de monje. Además, como está dedicado á un Hartmano ó Herimanno, se sabe que este sacerdote era enemigo del individuo de que nos ocupamos. La obra del Adalberto en cuestion es un compendio de las Morales de San Gregorio sobre Job, que redujo á cuatro libros con el título de *Espejo* para que pueda servir al lector á darle á conocer sus necesidades espirituales. Poco tiempo ántes S. Odon de Cluni habia emprendido y ejecutado el mismo proyecto, lo que no impidió que otros autores se ocupasen del mismo trabajo despues de S. Odon y Adalberto. Adalberto imitó al santo abad de Cluni en que no insertó nada de su compendio que no hubiera leido en el texto original. Únicamente puso algunos sumarios, y corrigió en lo que le fué posible las faltas que habian cometido los copistas. Cuando comenzó la obra no era mas que diácono, cuyo título se halla al frente de todos los ejemplares. Pero en el curso de su trabajo fué elevado al sacerdocio, segun se deduce de la cualidad de sacerdote, que toma con la de monje al fin del ejemplar que se conserva en la abadía de Grammont. Lo que le determinó á emprenderle fueron las diversas conversaciones piadosas que habia tenido con el sacerdote Harmanno, á quien le dedicó. Habiendo recaido la conversacion más de una vez sobre las morales de S. Gregorio, convinieron en que un compendio seria muy util, tanto para los que no tienen tiempo de leer los libros de mucho volúmen, como para los que teniendo deseo de instruirse, carecen de medios. Parece tambien que el abreviador sentia grandes deseos de hacer una especie de manual que pudiese llevar siempre con-

sigo, y que pudiese servir á todos los que deseaban tener siempre presentes los remedios á propósito para curar las llagas de su alma. Se cree por el gran número de copias de este compendio que se encuentran en las bibliotecas de Francia, que tuvo muy buena acogida y se extendió mucho en los siglos siguientes. El P. Mabillon dice no haber visto un solo ejemplar en la biblioteca de la abadía premostratense. Los PP. Martenne y Durand en el curso de sus viajes literarios encontraron otros ejemplares en la abadía de Selincourt de la misma Orden, en las de Chaalis, de Grammont y de San Allise de Clermont, siendo este último, que tiene cerca de seiscientos años de antigüedad, el que han publicado en el prefacio del Abreviador. — S. B.

SAINT-VINCENT ó S. Vicente (Gregorio de). Nació este célebre geómetra en Brujas, en 1584. Fué á Italia á continuar sus estudios, y abrazando á los veinte años la regla de S. Ignacio en Roma, vino á ser uno de los discípulos del P. Clavius, al que sucedió en la cátedra de matemáticas. Entre sus descubrimientos está la simbolizacion de la parábola con la espiral, que reconoció y enseñó veinticinco años ántes que Cavalieri publicase la *Geometría de los indivisibles*, que no se dió á luz hasta el año 1653. Su reputacion como geómetra se extendió por toda Europa. El emperador Fernando II le llamo á Praga, y en esta ciudad se hallaba cuando fué saqueada por los suecos, y recibió una herida grave al ir á llevar los socorros de la religion á los soldados al campo de batalla. En el saqueo de Praga perdió todos sus manuscritos, y entre ellos un grueso volúmen sobre la cuadratura del círculo, que fué presa de las llamas. Habiase ocupado mucho sobre esta materia, y ocupado en ella encontró una porcion de verdades nuevas que le proporcionaron un distinguido lugar entre los geómetras. La obra que publicó sobre esta materia contiene noticias de la mayor importancia, pero las razones en que apoya su pretendido descubrimiento no podian sostener su exámen, y Descartes hizo ver su falsedad en una carta que escribió á Mersenne. Este religioso fué el primero que atacó la nueva solucion del problema de la cuadratura en su libro *Cogitata phisico-mathematica*, 1648. Tres años despues Haygens, muy jóven entónces aún, refutó á Saint-Vincent, en un libro, segun Montucla, que fué un modelo de precision y de sencillez. Leotard, jesuita y buen matemático, se unió á los adversarios de su cofrade, que solo encontró defensores entre sus discípulos, en cuyo número se encontraban los PP. Sarana y Ayuscom. El primero replicó muy vivamente al P. Mersenne, y el segundo respondió á Huygens y al P. Leotard, al que acusó de no haber comprendido los razonamientos de su maestro. Tomó la pluma el P. Leotard, y si por la *Cyclomathia* no redujo al silencio á los imprudentes defensores del P. Saint-Vincent, fué porque la pasion acabó por mezclarse en la querella. El rey Felipe IV habia llamado á Saint-Vincent

á España para que diese lecciones de matemáticas al príncipe D. Juan de Austria. Hácia el fin de su vida volvió á los Países-Bajos, y murió de apoplejía en Gand, en donde llenaba las funciones de bibliotecario, el dia 27 de Enero de 1667. Las obras de este jesuita son las siguientes: *Theses de Cometis;* 1619, en 4.°, estan citadas por Lalande en su *Bibliografía astronómica.* — *Theoremata mathematica scientiæ: staticæ de ductu ponderum per planitiem recta et obliqua horizontem decursantem;* Lovaina, 1624, en 4.° — *Opus geometricum quadraturæ circuli et sectionum coni;* Amberes, 1647, en fólio. Segun Montucla, esta obra es un verdadero tesoro, una rica mina de verdades geométricas y de descubrimientos importantes y curiosos. Encuéntranse en ella una multitud de teoremas nuevos sobre las propiedades del círculo y de cada una de las secciones cónicas; medios sin número de cuadrar la parábola; la medida absoluta de la cantidad de los cuerpos; la formacion de una multitud de cuerpos nuevos susceptibles de consideracion geométrica y que mide por el método *Ductus plani in planum;* la simbolizacion de la parábola con la espiral, y por último, muchas propiedades nuevas de la hipérbole. A pesar de esto encuentra Montucla exagerados los elogios de que colmó el P. Castel á Sain-Vincent en su prefacio del cálculo integral de Stone. — *Opus geometricum ad mesolabum per rationum proportionalitatumque novas propietates:* Gand, 1668, en 4.° Esta obra que no terminó el autor, tiene por objeto el problema de la invencion de los dos medios proporcionales contínuos. Dice su biógrafo Mr. Weis, que puede consultarse sobre el P. Saint-Vincent la *Historia de las Matemáticas* por Montucla, tomo II, y los Anales belgas de Abril de 1821, en los que M. Quetelet le ha consagrado una noticia biográfica. — C.

SAINT-VINCENT (Pedro de), abad en Metz desde 1271, muerto el 14 de Octubre de 1278, parece que no dejó más que una breve carta latina, dirigida en Octubre de 1276 al abad y á los religiosos benedictinos de Wasor *(Waleidiorense monasterium)* en la diócesis de Namur, en que renueva con ellos un antiguo pacto de fraternidad espiritual y de mútua hospitalidad. En aquella época eran bastante frecuentes estas asociaciones, ó estipuladas por la primera vez ó confirmadas despues de un largo intervalo, pero su historia es demasiado larga y nos llevaria mucho más léjos aún. — S. B.

SAINTE-BARBE (Gaufrido). Aunque todos los modernos, comenzando por los bibliotecarios de S. Victor que han puesto notas en el frontispicio de las obras manuscritas de los Victorinos, dan á este autor la calidad de subprior, nosotros no podemos concederle más que la de canónigo, porque solo bajo este título se halla designado en el cuerpo de los antiguos manuscritos. Si siguiendo una tradicion de la casa se ha podido darle la calidad de subprior,

es porque segun la opinion que nos hemos formado nosotros de su persona, un canónigo llamado Gaufrid ó Godofredo fué en verdad durante largo tiempo subprior, pero no en S. Victor. Este aserto tiene necesidad de algunas explicaciones en que vamos á entrar. No podriamos decir nada acerca de la persona de este escritor, si él mismo no nos hubiera instruido de algunas circunstancias de su vida en un prólogo que colocó al frente de su grande obra, intitulada *Microcosmus* ó *Mundo abreviado*. Se ve en ella que ántes de retirarse á S. Victor este sabio habia estado consagrado á la enseñanza y que no era jóven cuando tomó este partido, *veteranus*. Como sus amigos, y en particular sus discípulos, le acusaban por haber preferido el reposo al trabajo, y de haber ocultado en la oscuridad de una soledad ociosa los talentos que Dios le habia dado para utilidad de sus prójimos, responde á estas acusaciones en su prólogo y todavía mejor en la obra misma que les dirige. Les suplica recuerden que si habia recibido de Dios algunos talentos, los habia empleado durante muchos años en utilidad suya, ya con sus instrucciones verbales, ya con sus escritos, ya dándoles el ejemplo del trabajo. Añade que en recompensa de tantos sacrificios no habia recibido más que persecuciones, habiéndose llegado á atentar á su vida, siendo esto lo que le habia decidido á encerrarse en la soledad. Casimiro Oudin, que habia leido este prólogo, deduce de él que Gaufrido habia enseñado en París, y su opinion se ha adoptado por todos los que han tenido ocasion de hablar de este profesor. En cuanto á nosotros no vemos nada que designe á París con preferencia á cualquier otro lugar; el mismo autor dice que á los que dirigia su libro habitaban léjos de él; si residia en S. Victor ¿cómo podia decir que se hallaba distante de los que habia enseñado en Paris? Esta circunstancia nos autoriza á abandonar la opinion de Oudin y á buscar en otra parte el teatro de la enseñanza de este profesor; creemos deber colocarle en Sainte Barbe, en el país de Auge, en Normandía; he aquí nuestras razones: 1.° El P. Martenne ha publicado cincuenta y dos cartas de Gaufrido, llamado de Breteuil, subprior de los canónigos regulares de Sainte Barbe. Esta casa seguia la reforma de Saint Victor como la de la ciudad de Eu, que la habia dado religiosos, y vemos que habiéndose celebrado una asamblea en París, hácia el año 1174, sobre las malversaciones de Ervisio, abad de Saint-Victor, el subprior de Saint-Barbe se vió obligado á asistir á ella. Puede pues suponerse que habiendo experimentado Gaufrido en Sainte Barbe las desgracias de que se queja el canónigo de Saint-Victor, habia elegido este lugar para su retiro como monasterio principal de la Orden. Si llama á esta casa un desierto, una soledad, es porque no era entonces como despues un arrabal de París, lo mismo que Saint Martin des Champs y Saint German des Prés.—2.° Las cartas que tenemos del suprior de Sainte Barbe fueron escritas durante los años 1173 y 1174. Por la

misma época, poco más ó ménos, que hubo en Sainte Barbe las disensiones que obligaron al prior de la casa á abandonor este cargo para entrar en un monasterio de premostratenses de aquellos alrededores. El P. Martenne ha publicado la carta en que este prior anónimo abre su corazon á los amigos que le quedaban en Sta. Bárbara, á cuyo frente se halla un *Gau*, que verisímilmente no es otro que nuestro *Gaufridus*. Segun todas las apariencias, las mismas turbaciones obligaron tambien al subprior á alejarse de la casa. 3.° El autor del *Microcosmo*, dice que habia enseñado por largo tiempo y que habia compuesto obras para la instruccion de sus discípulos. Lo que conviene perfectamente al subprior de Sainte Barbe, que habla en sus cartas de algunose scritos suyos.—4.° El subprior de Sainte Barbe era tan aficionado á la versificacion, que termina casi todas sus cartas con algunos versos, lo que le asemeja mucho á Godofredo, canónigo de S. Victor con quien se le ha confundido, cuyos escritos son unos en prosa y otros en verso. El que lleva el nombre de *Fons philosophiæ*, en que el autor no toma otro título que el de *G. quidam pauper Christi*, está escrito en verso y dedicado á Esteban, abad de Sta. Genoveva, que pasó de la abadía de S. Euberto de Orleans á la de Sta. Genoveva en 1176.—5.° Esta circunstancia del tiempo conviene tambien con la época designada por nosotros para la traslacion del prior Gaufrido de Sainte Barbe á Saint Victor; pero como Esteban gobernó la abadía de Santa Genoveva hasta el año 1191, que fué promovido al obispado de Tournai, se puede retardar la publicacion de la *Fons philosophiæ* hasta esta última época y suponer que Gaufrido vivió hasta mucho despues. En efecto, Juan de Tolosa, en los Anales manuscritos de Saint Victor, inserta una carta del año 1194, suscrita despues de las firmas del abad Roberto, del prior Anselmo, del subprior Guillermo, por Godofredo, sacristan, de donde infiere el analista que Godofredo había dimitido por entónces el cargo de subprior. Pero como ya hemos dicho, nada prueba que el autor del *Microcosmo* haya sido subprior en Saint Victor, pues no toma este titulo en ninguna parte. Si la tradicion de la casa se le ha conservado, es porque, segun nuestra opinion, lo habia sido en Sainte Barbe. Sabemos además por una carta del subprior de Sainte Barbe, que el que ocupaba este puesto en Saint Victor hácia el año 1174 se llamaba Nicolás, y acabamos de ver que en 1194 era subprior Guillermo. Por todas estas consideraciones nos vemos inclinados á no hacer del subprior de Sainte Barbe y del canónigo de Saint Victor más que una sola y misma persona. Sin embargo, por deferencia á los que piensen de distinta manera que nosotros, trataremos por separado de los escritos de uno y de otro, comenzando por los del subprior de Sainte Barbe. Los autores de la *Galia Cristiana* sostienen, aunque sin pruebas, que Gaufrido, subprior de Sainte Barbe, fué uno de los doce victorinos que en 1148 introdujeron la

reforma en Santa Genoveva. No estan mejor fundados cuando dicen que el autor del *Microcosmo*, despues de haber sido subprior en Saint Victor, fué prior en Santa Genoveva, durante el gobierno del abad Esteban. Añaden que vivió hasta despues del año 1200, lo que es posible, pero necesita probarse. De todas maneras hé aquí su epitafio, que encontramos en la carpeta del manuscrito que contiene la *Fons philosophiæ*, y que verisímilmente se halla compuesto por el mismo autor:

*Gleba soporati jacet hic animæ Godefridi,*
*Ordine quæ proprio restituetur ei.*
*Donari requiem, pie lector, carminis hujus*
*Electæ rogita, dum cineratur ea.*
*Fortius hoc ora, quò postquam venerit hora*
*Restituendorum, glorificetur ea.*
*Inter eos quorum sunt corpora glorificanda,*
*Die orans: Caro sit glorificata tua.*
*Utraque felici sic insint sibi nexu,*
*Sicut principiis his Godefridus inest. Amen.*

El sentido del último verso, es que se encontrará el nombre del autor y la palabra *Godefridus* en las primeras letras de los diez versos que componen su epitafio. 1.° Tenemos del subprior de Sainte Barbe cincuenta y dos cartas que ha publicado el P. Martenne por un manuscrito de la abadía de Lyre, en Normandía. Su correspondencia más activa fué con Juan, abad de Baugerais, en la Turena, de quien Godofredo nos ha conservado cinco cartas. El abad Juan le manifiesta en la primera el temor que habia experimentado al verse al frente de la comunidad. Gaufrido le contesta para animarle, y felicita á su comunidad, á que llama *nuestra viña*, porque la habia cultivado él mismo anteriormente, de tener á su cabeza á tal labrador. Este es el asunto de la segunda, tercera y cuarta cartas, que deben ser del año 1173, época de la introduccion de los cistercienses de Baugerais. El abad Juan se habia propuesto hacer un viaje á Sainte Barbe, pero se lo impidieron las turbaciones que excitó en Normandía en 1173 la guerra del rey de Francia con el de Inglaterra. Lo que dió lugar á la quinta carta de Gaufrido, y á la sexta, que es del abad Juan. La décima, escrita á Gaufrido por un capellan del obispo de Woschester, es relativa á la misma guerra, cuya conclusion se anuncia en 1174. En la séptima propone Gaufrido al abad de Baugerais, comprar una biblioteca que estaba en venta en Caen. Esta adquisicion era importante para un establecimiento nuevo, pero se carecia de fondos. Gaufrido en la carta décima octava se dirige á un tal Pedro Mangot, que habia con-

tribuido ya mucho al establecimiento de los cistercienses en Baugerais, les manifiesta que para completar su obra es necesario procurarles una biblioteca, porque un monasterio desprovisto de libros se asemeja, dice, á un castillo fuerte sin municiones. Por último, todo se arregla lo mejor posible, y el abad Juan escribe á su amigo que puede apalabrar la biblioteca en su nombre ántes que se venda á otro. Este es el objeto de la carta vigésima primera. La décima sexta es tambien del abad de Baugerais, para quejarse de que Gaufrido se habia resentido con él, porque hacia mucho tiempo que no le habia escrito. Este le contesta en la siguiente que está equivocado, y que no ha dejado de amar á una comunidad, por la que habia dado tantos pasos cerca del rey de Inglaterra, hasta incurrir en las reconvenciones de ciertas personas que pensaban de distinta manera que él. La carta vigésima segunda de Gaufrido y la supuesta del abad Juan, no contienen más que pensamientos piadosos sobre la dicha de una santa muerte. El abad Juan en la carta vigésima primera habia manifestado á su amigo el deseo que tenia de ir á verle á Sainte Barbe al regreso del capítulo del Cister. Gaufrido le esperaba con una viva impaciencia; pero no viéndole llegar con los demás abades de Normandía, se habia dirigido á París, á invitacion de un abad de su Orden, para asistir á un concilio en que debia comparecer este abad. No conocemos este concilio de París, pero sabemos que hácia la misma época, Ervisio, abad de Saint Victor, fué acusado por haber ocultado despues de su deposicion del tesoro, un depósito de plata y de otros objetos preciosos. Asunto sobre el que pueden verse las cartas del cardenal Alberto, del título de S. Lorenzo *in Lucina*, de Guillermo, arzobispo de Sens, á Mauricio, obispo de Paris, y otras cartas que ha impreso el P. Martenne.' De todas maneras, durante la ausencia de Gaufrido fué cuando el abad de Baugerais le visitó en Sainte Barbe. Gaufrido en las cartas vigésima cuarta y vigésima quinta le manifiesta el pesar que tiene de no haberse hallado en el monasterio cuando le visitó, y da cuenta de lo que acabamos de decir. Gaufrido estaba unido con una estrecha amistad con el beato Hamon de Landacop, monje de Savigni, que segun la relacion de Roberto du Mont en su Crónica era agradable á Dios y á los hombres por su santidad y su grande caridad para con los pobres. Trabajaron de concierto en la reforma de Baugerais, y bastó la recomendacion de este siervo de Dios para que Enrique II, rey de Inglaterra, accediese á este asunto; lo que refiere Gaufrido en su carta veintiocho á los religiosos de Baugerais. Hamon murió en 1174, y al morir legó su manipulo y su estola á su amigo Gaufrido. Este guardó para sí el manipulo como un tesoro precioso, y envió la estola con otras reliquias de Hamon, á los religiosos de Baugerais, acompañándolo con un escrito que contenia la relacion de su vida y de su muerte, escrito que

no se encuentra ya, y que verisímilmente era obra de Gaufrido. La carta siguiente, veintinueve, está dirigida al abad Juan. Gaufrido indica á su amigo el gusto que tenia de ir á verle si se lo permitiesen sus negocios. Como era un poco aficionado á la poesia, le envia tres composiciones en verso muy espirituales: *Ludos de pastoribus*, *de digitis*, *de picturis*, con el objeto, dice, de que aprendais á gozar agradablemente en el campo de las escrituras, y á encontrar en las cosas más pequeñas las concepciones más sublimes. En la carta cuarenta y cuatro se llama autor de algunos cánticos ó epitalamios, que habia compuesto para un amigo suyo llamado Agustin; cánticos que es una desgracia no hayan llegado hasta nosotros. No tenemos más cartas del abad Juan desde la veintitres, pero las treinta y cinco, cuarenta y cuarenta y ocho le estan tambien dirigidas. No contienen más que protestas de amistad y cumplimientos, en particular la última, en que Gaufrido dice á su amigo que tiene el talento de instruir como S. Gerónimo, de probar como S. Agustin, de elevarse como S. Hilario, de rebajarse como S. Juan Crisóstomo, de reprender como S. Basilio, de consolar como S. Gregorio, de instar como Rufino, de animar como Euquerio, de provocar como S. Paulino, y de no retroceder como S. Ambrosio. Lo que prueba al ménos que Gaufrido conocia los Santos Padres, áun los griegos, y lo que les caracteriza; pero no vemos nada del abad Juan que merezca tan brillante elogio. Gaufrido habia mirado á Rogerio, antiguo prior de Saint Abraham en la diócesis de Saint Maló, una obra compuesta por él, *de videndo Deo*. Rogerio le da gracias en la carta veintiseis, y reconoce que el autor ha tratado esta materia segun el estilo de S. Agustin, que todo en ella es exacto, escrito con grande elegancia y con gran pureza de estilo. Gaufrido en la carta veinte y siete rechaza modestamente estos elogios que no cree merecer; á su vez exhorta á su amigo á continuar una obra que habia emprendido, convencido de que no podria salir de su pluma nada que no fuese bueno y admirable. Si estas obras existen en alguna parte se podrá conocerlas por el retrato que hacemos de ellas, y si son anónimas nos aplaudiremos de haber indicado sus autores. Gaufrido era muy amigo del chantre de la abadía de Troarn, designado con la letra *R*. No pudiendo comunicar con él con tanta frecuencia como hubiera deseado, le suplicaba le compusiese un cántico. El chantre le contesta con una larga carta muy triste, muy séria sobre las miserias del mundo. Encontramos en la carta de Gaufrido un rasgo muy singular que merece reproducirse; es que somos deudores á las grullas de la invencion ó al ménos de la idea del alfabeto. Habiendo observado Meremio, segun él, las diferentes formas regulares que tomaban entre sí en su atrevido vuelo estos pájaros reunidos para hacer largos viajes, imaginó que representando estas formas con figuras semejantes, elevaria el pensamiento del hombre hasta las más

altas concepciones, y el autor cita el testimonio de Casiodoro. Las cartas treinta y tres, cuarenta y una, cuarenta y tres, cuarenta y seis y cuarenta y nueve se hallan dirigidas á Hugo, prior de Saint Martin de Seez, jóven que se habia propuesto componer la vida de un santo, que no se halla designado más que por las letras *Wall* ó por la inicial *W*, y que vivia aún, segun la carta cuarenta y dos, escrita por el prior Hugo. El editor supone que se trata de Gualtero de Mortagne, obispo de Laon, muerto en 1174, porque Mortagne en la Percha no está lejos de Seez. Pero el obispo de Laon habia nacido, no en Mortagne en la Percha, sino en Mortagne en Tournessis. Pero sea el que quiera este personaje, Gaufrido exhorta al prior de Seez á continuar esta obra que debe hacerle mucho honor, porque la materia es abundante, llena de néctar, de flores y perlas. Es un asunto hermoso y agradable de tratar, resplandeciente como la escarlata, brillante como el oro, igualando en su delicadeza á la tela más fina. El prior de Seez hubiera deseado que Gaufrido se encargase de la continuacion de esta obra, pero se excusa, porque seria, dice, echar á perder un asunto tan bello con un estilo tan disparatado, no creyendo el suyo bastante elevado para llegar á esta altura. Sentimos no conocer ni esta obra, si existe, ni la que forma su asunto. Las cartas de Gaufrido nos dan en general á conocer muchos literatos, desconocidos por completo, y con los que se hallaba en relaciones. De este número es un maestro *W*, apellidado *Tuohe*, que habia habitado cerca de Sainte Barbe, muy conocido, dice, por una obra que le habia dado tanta reputacion como honor. Cita de él en la carta duodécima, un rasgo satírico contra los monjes, que le da alguna semejanza con el genio de *Brunellus Nigelli*, autor de un escrito famoso contra los monjes, bajo el título de *Asinus sive speculum stultorum*. Este libro está dedicado á *Fratri Guillelmo*, que no es quizá diferente del maestro *W*, llamado *Tuohe*. Al ménos es cierto que estos dos autores eran contemporáneos. De todas maneras hé aquí el hecho. Fué uno á dar parte á *Tuohe* del designio que tenia de entrar en religion. En este caso, contestó Tuohe, os diré lo que debeis hacer para ser un buen monje; no hagais uso ni de vuestras orejas, ni de vuestros ojos; dejaos dirigir como un potro; comed tranquilamente vuestra racion. Entónces podreis cantar este versículo del salmo: Héme aquí como una montura á vuestra disposicion. *Ut jumentum factus sum apud te.* Gaufrido era muy celoso por el adelanto de las ciencias eclesiásticas; predica en todas partes el estudio y la aplicacion. Debe notarse en estas cartas, que terminan casi todas con sentencias en verso relativas á las materias de que tratan. II. Las composiciones de Godofredo, canónigo de Saint Victor, tratan de teología y filosofía, unas en verso, otras en prosa, y nunca se han impreso. 1.° El libro intitulado: *Microcosmo ó Mundo abreviado*. El objeto de esta composicion es el

hombre considerado como el mundo en pequeño. Es propiamente un comentario alegórico del primer capítulo del Génesis: la obra de los seis dias es, por decirlo así, el eje sobre que gira el autor haciendo siempre alegorías. Observa que los filósofos, lo mismo que los teólogos, convienen en mirar bajo diferentes aspectos al hombre como un mundo en compendio. En efecto, dice, como el mundo está compuesto de cuatro elementos, el hombre está dotado tambien de cuatro facultades, que son la parte sensitiva, la imaginacion, la razon y la inteligencia. Lo mismo que el primer dia creó Dios el cielo y la tierra, al crear al primer hombre le hizo capaz de comprender las cosas terrestres y celestiales. El autor recorre todo el Exameron de Moisés haciendo estas comparaciones. Esta obra se divide en tres libros; en el primero se recorren los tres primeros dias de la creacion, á los que se comparan las facultades naturales del hombre y sus efectos, que son las artes mecánicas y liberales, de que se da una descripcion bastante extensa. El segundo trata de las cualidades morales del hombre, combinadas con los detalles de la obra del cuarto y quinto dia. La caridad con las diversas formas que toma en las diferentes virtudes á que anima, es el asunto del último libro; á lo que se reduce en compendio el argumento de este escrito, en que reina un misticismo muy alambicado con frecuencia. Reconoce fácilmente el gusto dominante de los teólogos del siglo XII por las alegorías, las tropologías ó sentidos figurados en la interpretacion de los libros sagrados. Esta obra existia en dos antiguos manuscritos de la biblioteca de Saint Victor, trasladados despues á la Biblioteca Imperial de Francia, códices 733 y 913. En ambos se lee en letras rojas despues del prólogo de que hemos hablado: *Microcosmus Godefridi Canonici Sancti Victoris Parisiensis*, y el libro primero comienza con estas palabras: *Mundi nomine plerumque hominem apellari tam philosophus quam theologus testatur*.—2.° *Sus sermones*. Hay catorce en los dos manuscritos de que acabamos de hablar. Tratan de las principales fiestas del año desde el primer domingo de Adviento hasta la Natividad de la Santísima Vírgen. Pero es evidente que ninguno de estos manuscritos se halla completo en esta parte, y que le falta uno por lo ménos, puesto que el autor en su *Micróscomo*, remite al sermon que habia compuesto para la festividad de Todos los Santos. El analista de S. Víctor, que cuenta hasta setenta y uno, ha hecho sin duda una suma total de los sermones contenidos en ambos manuscritos, aunque son los mismos. Por lo ménos es positivo que no existen más que quince en la Biblioteca Imperial, contando como dos el primero dividido en dos partes. En cuanto al mérito de estos sermones, no contienen nada notable que no se halle en otros muchos de su época que no son más que frias disertaciones sobre algun texto de la Escritura Sagrada. —3.° *Fons Philosophiæ*. Es una obra de una composicion bizarra,

dividida en tres libros, el primero de los cuales está en prosa rimada en estrofas ó cuartetos con el mismo consonante; los demás estan en versos elegíacos. El autor nos da en el primer libro noticias muy curiosas, que no se encuentran en ninguna otra parte, sobre las diferentes escuelas de París, y que debemos recoger. La obra se halla dedicada á Esteban, abad de Santa Genoveva, que como ya hemos dicho fué promovido al obispado de Tournai en 1191. El autor no ha puesto más que la primera letra de su nombre al frente de la epistola dedicatoria: *G. quidam pauper Christi*, uso muy comun en aquella época entre los literatos, ya al hablar de sí mismos, ya al nombrar á los demás; pero uso muy incómodo hoy para los que se ven obligados á leer sus escritos. Sin embargo, se ha puesto con todas sus letras al márgen del título, y de una letra tan antigua como el manuscrito, que es del siglo XII, el nombre del autor *Patris Godefridi, canonici S. Victori*, lo que no deja duda alguna de que Godofredo es el verdadero autor de la obra. Para dar una idea de la forma de sus rimas, bastará copiar aquí y figurar al mismo tiempo la primera estrofa del libro I.

*Noctis erat terminus et soporis m*
*Et fugabat tenebras mustius di*
*Ex pergiscon, nescius affuturæ r*
*Sacris ductus monitis et instinctu D*
} *ei.*

Este principio, cuya continuacion suprimimos, es para decir que el autor va á hablar de todas las ciencias naturales y divinas. El libro I trata en efecto de todos estos asuntos, de algunos de los cuales vuelve á ocuparse más detalladamente en los libros posteriores. Comienza con las tres primeras facultades de las artes conocidas bajo el nombre colectivo de *Trivium*, á saber: la gramática, la dialéctica y la retórica, que compara á tres grandes rios y cuyos caractéres retrata bastante bien. El primero de estos tres rios, dice el autor, corre con lentitud y sin rodeos por un extenso lecho. Su agua bienhechora da orígen á los tiernos arbolillos, y vierte la fecundidad en las tierras que riega:

*Horum primum spargitur campo latiore*
*Et per plana labitur via rectiore:*
*Hoc virgulta tenera suo crea rore,*
*Hoc fœcundat alia venâ pleniore.*

El segundo rio, regando con sus aguas lugares desconocidos ó poco frecuentados, arrastra rocas, bosques y todo lo que se opone á su corriente.

Su lecho es estrecho, desigual y lleno de sinuosidades, lo que da á sus aguas una fuerza y una impetuosidad á que nada puede resistir:

*At secundum transiens loca latebrosa,*
*Rupes, linos, invia frangit scrupulosa;*
*Hujus via strictior et anfractuosa,*
*Hujus aqua fortior et impetuosa.*

El tercero se pasea muellemente en una pradera encantadora, cuyas sienes embellece con el esmalte de mil flores. Sus olas van más léjos que las de los demás rios. Su marcha es lenta en un principio, pero á medida que avanza, se hace cada vez más precipitada:

*Tertium lascivius per amœna prati,*
*Vernat flore vario sinus picturati;*
*Hujus fluctus ceteris longius vagati,*
*Primùm tardi, postea currum concitati.*

Tal es, añade, ese famoso *Trivium*, conocido de todo el universo, á cuyas orillas se hallan sentadas muchas ciudades, algunas de las cuales le debieron en otro tiempo la preeminencia que tenian sobre las demás. Las mismas imágenes se encuentran en el *Microcosmo* al fin del libro I, cuando el autor hace la descripcion de las artes mecánicas y liberales con todas sus ramificaciones. Godofredo deplora despues el envilecimiento en que han caido estas artes; á lo que sucede el elogio de los grandes maestros de la antigüedad, cuyos escritos se leian en las escuelas. Los modernos, ó más bien las sectas ó escuelas que han formado, vienen á su vez; las de los nominales y de los realistas, de que se habla con bastante libertad, se presentan desde luego en la escena. Se reprueba la primera y no se admite la segunda, de que se distinguen muchas ramas aunque con restricciones:

*Addunt his se socios quidam nominales.*
*Nomine, non numine, talium sodales.*
*Alii vicinius assunt, quos reales*
*Ipsa nuncupavit res, quod sint tales,*
*Nam si pro reatibus variis errorum*
*Poterat realium dici nomen horum,*
*Tamen excusabilis error est, eorum*
*Menti contradicere mos est insanorum*

*Nam quæ mens vel cogiter nomen esse genus?*
*Solus hoc crediderit mentis alienus,*
*Cùm sit tot generibus rerum mundus plenus;*
*Cujus genus nomen est, semper sit egenus,*
*Ceterùm, realium sunt quamplures sectæ,*
*Quas reales dixeris à reatu recte;*
*Quia veri tramitem non eunt directe,*
*Nec fluente gratiæ auriunt perfecte.*

Gilberto de la Porée habia formado tambien una secta, que triplicando las diez categorías zapaba, segun nuestro autor, las bases de la dialéctica:

*Ex his quidam temperam porri condimenta,*
*Quorum genus creditur geminis contenta,*
*Decem rerum triplicant hi prædicamenta,*
*Evertuntur veterum, per hoc fundamenta.*

Trata de locos á los albericanos ó discípulos de Alberico, maestro diferente del conocido con el sobrenombre de Reims, aunque segun el testimonio de Juan de Sarisbery, este Alberico fué muy opuesto á los nominales. Hé aquí el texto de Godofredo, tal como se halla en el manuscrito, alterado sin duda, pues no es bastante inteligible:

*Aliter, sed pariter, errat Albricanus.*
*Cujus sortes æger fit, si non manet sanus,*
*Sed quia velociter transit homo vanus,*
*Etiam, dum moritur, maneat insanus.*

Los discípulos de Roberto de Melun vienen á su vez y son los peor tratados. Entre las sátiras que les lanza Godofredo, parece decir que tenian sus escuelas en la cumbre de la montaña de santa Genoveva, y que se acercaban un poco á los nominales, lo que podria ser la razon de que les mirase con tan poco aprecio:

*Hærent saxi verticæ tubæ Robertinæ,*
*Saxeæ duritiæ vel adamantinæ,*
*Quos nec rigat pluvia neque ros doctrinæ;*
*Vetant amnis aditum scopulorum minæ,*
*Ipsi falsum litigant nihil sequi verè;*
*Quamvis tamen ipsimet post hos abiere*
*Qui de solo nomine fingunt mille fere,*
*Igitur pro nihilo licet hos censere.*

Su maestro, como en otro lugar se ha dicho, era inglés, llamado de Melun porque habia enseñado por mucho tiempo en esta ciudad. En 1162 fué creado obispo de Herfort, y murió en 1167. Por lo demás si los robertinos eran tales como los pinta nuestro autor, habian alterado sin duda la doctrina de su jefe, en atencion á que en materias teológicas empleaba con mucha circunspeccion las máximas de Aristóteles, como se ve por su *Tratado de la Encarnacion*, manuscrito conservado en S. Victor y del que se han publicado varios extractos en la *Historia de la universidad de París*. La secta de los parvipontanos es la que, á juicio de Godofredo, merece la preferencia sobre todas las demás. En el elogio que hace de su enseñanza nos refiere tambien la causa de su denominacion. Habiendo hecho construir á sus expensas el pequeño puente de París, habian edificado casas en él, donde vivian y tenian sus escuelas. Este puente era notable por su elegancia y solidez. No solo era notable por la mazonería, sino que tambien se habian cubierto de cobre los pilares en que descansaba, para asegurar más su duracion. Los parapetos tenian aberturas por donde se podia mirar al rio. Este puente estaba empedrado, cosa que el autor mira como una singularidad, porque en aquella época no lo estaba todavía la ciudad. Todo esto se halla expresado en los siguientes cinco cuartetos:

*Quidam pontem manibus suis extruxerunt,*
*Et per aquas facilem transitum fecerunt,*
*In quo sibi singuli domos statuerunt,*
*Unde pontis incolæ nomen acceperunt,*
*Decens est materia, decens est figura,*
*Cubicorum lapidum subest quadratura,*
*Stat columnis æneis solida structura,*
*Nullis motionibus umquam ruitura;*
*Pavimentis desuper opus est positum,*
*Aureis, argenteis, signis insignitum,*
*Editis lateribus undique munitum,*
*Ne ruinam timeat vulgus imperitum,*
*Sed et habet exedras per quas speculantur,*
*Et latentem fluminis fundum paserutantur;*
*Alie natalibus quoque delectantur*
*Et stivis solibus usti recreantur*
*Venerandus sedet hic ordo seniorum*
*Et doctrinæ gratiâ præminens et morum;*
*Simplices erudiunt turbas populorum,*
*Obeatus populus talium rectorum.*

A pesar de las precauciones que se habian tomado para dar á esta obra de mazonería toda la solidez posible, este puente no pudo resistir por largo tiempo el ímpetu del agua en las grandes avenidas. El historiador Rigord nos refiere que tres de sus arcos fueron arrancados en el mes de Diciembre de 1206, en una inundacion extraordinariamente grande, tal como no se habia visto ninguna. El profesor que se hallaba á la sazon en aquella escuela era Juan, apellidado de Petit Pont, que segun su contemporáneo Gil de París, era un pozo de ciencia, y pasó toda su vida explicando los autores antiguos. Despues de haber hecho la enumeracion de los literatos, y en particular de los poetas que habian ilustrado en su época las escuelas de París, termina Gil su nomenclatura de la manera siguiente:

*Nec memoro cunctos, aliquos quoque transeo, sicut*
*Sæpe retentatis auctorum excursibus, illum*
*Vaxis inexhausti parvo de Ponte Joannem.*

No entraremos en mayores detalles sobre esta produccion, que comprende en el primer libro todos los ramos de la literatura entónces cultivada, de que no se dice más que una palabra de paso para detenerse despues con complacencia en la teología, á que se ha consagrado el resto de la obra. Despues de haber hablado del cuerpo natural de Jesucristo, ya en el cielo, ya en la sagrada Eucaristía, se trata de su cuerpo místico, es decir, de la Iglesia, de que Jesucristo es el jefe, y con este motivo se pasa en revista todos los miembros del cuerpo humano, de manera que á primera vista se tomaria esta casi totalidad de la obra por un tratado de anatomía; pero no es nada de esto, no se habla de las funciones particulares de cada miembro más que para decir moralidades ó alegorías piadosas; el abate Lebœuf es el primero que se ha engañado. — 4.° A continuacion de este escrito hay otra produccion de nuestro autor en prosa rimada, cuyo asunto es el elogio de San Agustin, en que se refieren en particular los combates que tuvo que sostener el santo doctor contra las herejías que se levantaron en su época en la Iglesia. La obra comienza por estos versos:

*Augustini gloriæ meritis præclaræ*
*Laudes, quantum dabor, rithmo cumularet*, etc.

5.° Oudin, sobre la palabra del analista de S. Victor, nos refiere que Godofredo habia compuesto tambien un cántico en honor de la santísima Virgen, y una elegía por el estilo del *Stabat*. Estas dos producciones no existen en manuscritos de Saint-Victor, que poseia antiguamente la Biblioteca Imperial de Francia. — S. B.

SAINTE BEUVE (Magdalena Suilier, señora de), fundadora de las Ursulinas. Pertenecia á una familia muy noble, tanto por parte de madre, pues era hija de Juan Suilier, señor de Boullencour, de Chaussenay, de Augeville, presidente del tribunal de cuentas, y de su segunda mujer Renata Nicolay, hija de Aimar Nicolai y de Ana Baillet, descendiente de la de Montmaency. La casa de Suilier es una de las más nobles y de las más antiguas de París. Ha dado á la Iglesia á Juan Suilier, LXXXVII obispo de Meaux, doctor y provisor de la casa de Sorbona, que fué tambien gran limosnero de Francia, al consejo muchos miembros, al parlamento un procurador general y muchos consejeros, á la cámara de cuentas cuatro presidentes, y algunos presidentes á otros tribunales. Se halla enlazada por matrimonios, no solo con las primeras y más antiguas de la corte de Francia, sino tambien con muchas ilustres casas de aquel reino. La de Nicolai no es ménos noble y antigua, y tiene la ventaja sobre otras muchas familias ilustres, que los indivíduos de esta ejercieron por más de ciento veinte años el cargo de primeros presidentes en la cámara de cuentas de París, prueba inequívoca, tanto de la bondad como del mérito de los bien reputados Juan, Aymar, Antonio, etc., por los que ha pasado este cargo como si fuese una herencia legítima. La nobleza de su familia, y en particular la de su corazon, hicieron que Magdalena fuese consultada desde muy temprano por hombres doctos y de grande virtud, y estimada de los principales personajes de su época, tanto religiosos como seglares, y tambien de la mayor parte de las princesas que la tenian de ordinario en su compañía, porque las inclinaba á obras de piedad y caridad, lo que no impedia sin embargo que recibiese con dulzura y cordialidad á los pobres que se dirigian á ella para ser socorridos en sus necesidades, ó que la suplicaban les ayudase en la terminacion de sus procesos; nunca los dejaba de atender y escribia muy libremente en favor suyo, y cuando tenian necesidad de su asistencia, tanto para el alma como para el cuerpo, les proporcionaba toda clase de remedios, ya por sí misma, ya por el ministerio de otros; habiendo contribuido con frecuencia á la conversion de los herejes, sirviéndose en estas ocasiones del Bto. P. Juan Gontuy, de la Compañía de Jesus, y del P. Dom Raimundo de S. Bernardo, de la órden de Benedictinos. Esta caritativa señora no solo consiguió felizmente la conversion de los herejes, sino tambien la salvacion de muchas personas que se hallaban en muy mal estado. Algunos religiosos que no podian perseverar en la austeridad de sus reglas y guardar con bastante exactitud las constituciones de sus órdenes, recurrian á ella para obtener su salida de sus superiores y obtener las dispensas de Roma, lo que hacia con una grande prudencia y una facilidad indecible, de manera que lo conseguia y les dejaba en buen camino. En una ocasion, habiendo querido una jóven retirarse del vicio en

que estaba perdida, recurrió á esta dama, y ella la tendió la mano caritativamente para levantarla, y á fin de hacerlo por completo, la dió un socorro de ochocientos escudos, lo que hizo con tanta caridad, que decia despues muchas veces, que habia recibido un sensible consuelo en socorrer á aquella alma, pareciéndola que aquellos ochocientos escudos la habian servido para aplicar la sangre y los méritos del Hijo de Dios, para lavar y salvar á aquella pobre criatura. Era tan grande su celo por la salvacion de las almas, que no perdonaba medio para procurarlo; dejó algunas pruebas muy notables, una en la fundacion del noviciado de los PP. Jesuitas en el arrabal de S. German, que hizo edificar á uno de sus primos, en lo que empleó tambien con grande liberalidad su industria y sus medios. La iglesia de esta casa de probacion de la Compañía fué reedificada despues por el secretario de Estado Noyers, con una hermosa arquitectura gótica, en honor del grande apóstol del Japon y de las Indias S. Francisco Javier. La otra fué el establecimiento de las Madres Ursulinas, tanto del arrabal de S. Jacobo y de Santa Avoye, que fundó por sí misma, como del monasterio de Saint Denys, á que contribuyó mucho. Y por tener medio de asistirlas y socorrerlas vendió sus caballos, su tapicería, su vajilla de plata y sus demás muebles para hacer ornamentos de iglesia. Ella misma se puso á trabajar en toda clase de obras, tanto para adornar aquellas iglesias, como las demás que sabia no hallarse bien adornadas. Viendo además que la impiedad se aumentaba en su desgraciado siglo, y que se hacian grandes agravios á Dios y á los santos, tuvo una inspiracion, y halló el medio de hacer los honrasen sus hijas de una manera particular, no solo por medio de la instruccion que daban á las jóvenes, sino tambien con alguna honra particular, cual fué amontonar reliquias de santos por todas partes y hacerlas colocar dignamente poniéndolas en una capilla de su monasterio, donde las honraban en cuanto les era posible, tanto en los dias de sus festividades como en uno particular destinado á celebrar la fiesta general con un oficio solemne y otras devociones, lo que tuvo tan buenos resultados, que en efecto aquel lugar fué un asilo para ellas en sus necesidades, donde no falta nunca alguna religiosa orando. Era tan grande su devocion, que ella misma se tomaba el trabajo de colocar estas reliquias y de conservarlas, con un gran cuidado y respeto. Este celo por la salvacion de las almas fué el que la hizo mirar con particular afecto á los PP. de la Compañía de Jesus y á la congregacion de Madres Ursulinas, á causa de que el instituto de estas dos órdenes es enseñar á la juventud. Así como Dios ha creado en el cielo las órdenes de los ángeles para dar un homenaje perpétuo de sus grandezas y de sus perfecciones divinas por el estado de su ser y por sus elevaciones beatíficas, así como los serafines adoran su amor, los querubines su esplendor eterno, los tronos su reposo, tambien

Jesucristo ha establecido diferentes órdenes de almas santas en la tierra que son los ángeles de la humanidad sagrada para honrar sus grandezas y sus humillaciones, sus misterios y los diferentes estados de su vida; por esta razon vemos á algunos dedicados á la vida solitaria y retirada de Jesus, como los religiosos de S. Romualdo y de S. Bruno, que han elegido la parte mejor con Magdalena; otros á vida conservadora y laboriosa que le sirven en sus miembros con Marta; de este número son, entre otros, los religiosos y religiosas que sirven á los enfermos, los Hospitalarios de S. Juan de Jerusalen, los religiosos de S. Juan de Dios, las Hermanas de la Caridad y de la Misericordia. Los unos marchan por el camino de la pobreza como los religiosos de S. Francisco de Asís; otros andan en el santo celo que ha tenido por la salvacion de nuestras almas, como los PP. Dominicos, Barnabitas, Teatinos, Jesuitas, Clérigos regulares y otros muchos religiosos. Otros le siguen por las huellas de su humildad, de su caridad y de sus demás virtudes y disposiciones interiores, como los religiosos de S. Basilio, de S. Agustin de S. Benito, de S. Gerónimo y de Sta. Brígida; los otros por los ejercicios y rigores de la penitencia, como los Cartujos, los Cistercienses, los Carmelitas descalzos y los Mínimos, y los demás por el amor que tenia á los pequeñuelos abrazándoles y llamándoles á la fe, como son todas las congregaciones que instruyen á la juventud, por ejemplo, los Jesuitas, los Sacerdotes del Oratorio de Jesus, de la Doctrina cristiana, de las Escuelas pias, las Ursulinas y las religiosas de la congregacion de nuestra Señora. Pero es Jesus quien por medio de las diferentes acciones y los diferentes misterios de su vida, pone las diferencias en las almas y en las órdenes. Esta buena señora tenia un afecto especial á las Ordenes religiosas, que á ejemplo del Salvador enseñan ese catecismo y á vivir cristianamente. Por esto fundó los seminarios de piedad. Daba grande honor á las reliquias de los santos como acabamos de manifestar, y tambien á los lugares en que se custodiaban. No solo tenia respeto á los lugares en que se conservaban los huesos de los mártires, sino tambien á los que estaban destinados á la oracion. Habiendo en una ocasion el jardinero puesto á secar semillas en una ermita, hecha sobre el modelo del Santo Sepulcro de Jerusalen, se afligió mucho y hasta lloró. Esto provenia del respeto que tenia á Dios, que hacia que respetase tambien á los predicadores, y no podia permitir que se dijera este orador no predica bien, diciendo que se debia respetar la palabra de Dios. No podia sufrir que se hablase mal de un predicador, ó que se aplicára de una manera inconveniente la Sagrada Escritura, por lo que decia á los que cometian estas faltas: «Os suplico que no useis esos términos, eso no está bien.» Tenia muchas devociones y oraciones jaculatorias, y aunque procurase ocultarlas, sin embargo las Madres Ursulinas tuvieron conocimiento de algunas. En primer lugar tenia una de-

vocion especial al misterio de la Encarnacion, porque por él se hizo Dios hombre y la Vírgen fué madre de Dios; por esta razon al decir el *Confiteor* se detenia en estas palabras *semper virgini*, porque apreciaba mucho la virginidad. Habia prometido á Dios despues de la comunion, que tantas veces como sacase una cuenta de un pequeño rosario que llevaba en el brazo, que no tenia más que siete cuentas, haria uno de los siete actos siguientes: 1.° La adoracion profunda á Dios por todos los que no le adoran, ya por ignorancia, ya por impotencia, ya por malicia ó por olvido, y la adoracion al Santísimo Sacramento en todos los lugares donde hay hostias consagradas en la tierra. El segundo, de accion de gracias por todos los beneficios que Dios ha conferido á todas sus criaturas, principalmente en aquel momento, y de aquellos de que nunca se le han dado gracias y que él solo conoce. El tercero, de contricion de todos los pecados que se han cometido y se cometen contra Dios, en particular en aquel instante. El cuarto, de ofrecerse á sí misma de todas las maneras que nuestro Señor desea que sus criaturas se ofrezcan á él, y en la union de las ofrendas á nuestro Señor. El quinto, de orar por todas las necesidades de la Iglesia, principalmente por las almas que estan en pecado mortal, en la agonía y las del purgatorio. El acto de oracion de hiperdulía á la Santísima Vírgen y de congratulacion por su integridad virginal, queriéndola honrar por todos los herejes y malos cristianos que la deshonran. El sétimo, de congratulacion por su felicidad y de invocacion de su socorro, deseando suplir con este acto las faltas de los herejes y de los malos cristianos. Siempre que rezaba el *Ave María* aplicaba esta palabra *nunc* para pedir el socorro de la Santísima Vírgen para todas las almas que se hallaban en la agonía en aquel instante. En el *Confiteor*, á estas palabras *semper virgini* deseaba honrar actualmente á la Madre de Dios por todos los herejes que niegan su virginidad despues del parto. Siempre que se separaba de su prójimo, despues de una conversacion, heria su pecho diciendo *mea culpa*. Aseguró á las Madres Ursulinas en presencia de toda la comunidad, que no habia piedra en todo el edificio, que ántes de ponerla no hubiera levantado su espíritu á Dios, y preguntado: *¿Dios mio, cómo os place que se ponga esta piedra?* Aseguró tambien que en todos los lugares del edificio tuvo particularmente oracion á Dios, pidiéndole que no permitiera se le ofendiese allí nunca, al ménos mortalmente. Siempre que pasaba por delante de una cruz, se arrodillaba humildemente para saludar, excepto en los últimos meses de su vida, en que se lo impedia la parálisis de sus pies, y habiéndola preguntado algunas religiosas lo que hacia, contestaba: La pido tanto amor como tenia Sta. María Magdalena al pié de la cruz. Habia aprendido del Rdo. P. Gontery á decir por las cuentas de su rosario: *Confige cor meum, Domine, amore tuo:* Señor, traspasad con vuestro amor mi co-

razon. Cuando tomaba agua bendita decia: *Aqua benedicta sit mihi salus, protectio et vita*: el agua bendita sea mi salvacion, mi vida y mi proteccion. Por la noche cuando la llevaban la luz, decia: *Lumen Christi sit in cordibus nostris*, es decir, la luz de Jesucristo sea en nuestros corazones. Lo que más amaba despues de la pureza, era la modestia que manifestó siempre en sus hábitos, que eran de lana, muy sencillos y limpios. Era tan grande su modestia, que no quiso permitir nunca que se la retratára, diciendo que no era más que vanidad. Encargó en su testamento que la enterrasen sus doncellas con tanta decencia como fuese posible, y prohibió que la embalsamáran. En una palabra, toda su vida pasó en prácticas y ejemplos de virtudes, y se ejercitó en toda clase de obras piadosas y caritativas; asi murió más rica en virtudes que en bienes del mundo, que habia en su mayor parte dado ya y pensaba dar el resto si hubiese tenido áun un mes ó dos de vida. Era tan caritativa, que habiéndola pedido limosna un pobre vergonzante y no teniendo dinero, le dió algunas alhajas de plata que la habian quedado, y para poder dar limosna mejor y socorrer á los pobres vergonzantes y enfermos, ahorraba todo lo que podia en sus vestidos, que hacia por sí misma. Era muy amable, ya hablase á los grandes ó á los enfermos, y en particular á las personas honradas. Se compadecia de los sufrimientos de los demás, los que no podia ver sin socorrerlos, tanto material como espiritualmente. Su humildad la hacia tener muy secretas todas sus prácticas interiores, siendo causa de que quemase un gran número de papeles de buenos sentimientos que la habia comunicado el Señor, y que la habia mandado poner por escrito su director el Rdo. P. Juan Gontery, y aunque algunas de sus religiosas le importunasen por que las comunicára algunos, no quiso diciendo que podria ser esto objeto de una tentacion para ella en la hora de la muerte, por lo que los quemó todos dos años ántes de morir. Tenia grande aversion á la maledicencia; por esta razon no frecuentaba más que personas de grande virtud, entre otras á la condesa de Saint-Paul, la condesa de Longueville y á sus buenas primas y amigas Magdalena Boucher, señora de Breau, y la señorita Acasia. Habiendo vivido siempre bien, murió santamente tambien á las dos de la mañana del 29 de Agosto del año 1670. Fué enterrada en medio del coro de la hermosa y devota iglesia de las Madres Ursulinas del arrabal de S. Jacobo, bajo una tumba de mármol negro; en la iglesia hay tambien un epitafio de mármol negro: «En medio del coro de las religiosas de la muy noble y virtuosa señora Magdalena de Soulier de Sainte-Beuve, hija de Mr. el presidente Suilier y de Renata Nicolay, y mujer de Mr. de Sainte Beuve, consejero en el parlamento, la que despues de haber pasado tres años en matrimonio, privada de su muy querido esposo á la edad de veintidos años, pasó en la viudez el resto de su vida, que ha sido

un contínuo ejercicio de piedad y de caridad, unida á la tierra tan solo por el cuerpo, pero su conversacion ordinaria era en el cielo, y sus ocupaciones más agradables eran de las cosas de Dios. Cedió en vida sus bienes á muchas casas religiosas, y los empleó liberalmente en obras de caridad. Fundó el Noviciado de los Jesuitas en París; hizo edificar y establecer este monasterio de religiosas de Sta. Ursula, y habiendo perseverado hasta el último suspiro en estas santas acciones, murió el 29 de Agosto de 1630, á los sesenta y ocho años de edad. Las religiosas de este monasterio han colocado con sus lágrimas este piadoso monumento á la inmortal memoria de su muy querida y muy honrada fundadora.» —S. B.

SAINTE-BEUVE (Santiago de). Nació este célebre casuista en París en 1630. Despues de haber hecho sus estudios en la Sorbona, sostuvo unos actos tan brillantes que le dispensaron la edad para tomar el grado de bachiller. En el grado de licenciado sostuvo con tan buen éxito las tésis de costumbre, que fué recibido doctor en 1638. La asamblea del clero, reunida en Nantes en 1641, le eligió, á pesar de su juventud, uno de los doctores á quienes encargó componer una *Teología moral*. Consagrándose al propio tiempo á la predicacion, predicó en la catedral de Rouen de una manera distinguida. Habiendo vacado en 1643 una de las cátedras reales de teología en la Sorbona, se proveyó en él á pesar de que solo tenia treinta años de edad. Gran número de discípulos asistieron á su cátedra en los once años que la desempeñó, en cuyo tiempo se hizo célebre por sus lecciones. Adoptó sobre la gracia y la predestinacion la doctrina de S. Agustin, y explicaba estos sentimientos como lo hacian muchos cuerpos religiosos agregados á la facultad de teología de París, y conforme se permitia sostenerlos en esta célebre escuela, es decir, sin entrar en cuestiones que les ultrajasen, evitando las expresiones duras y el desesperante rigorismo con que los novadores han explicado la doctrina de este santo Padre, marcando la diferencia que hay entre las opiniones del santo doctor y las de los herejes. Combatió tambien en sus escritos y explicaciones las cinco proposiciones extractadas de *Augustinus*, áun ántes que el papa Inocencio X las hubiese condenado. Estaba en relaciones con los hombres más eminentes de la escuela de Port-Royal; pero no se le puede tachar de haber participado de los errores de estos. Le envolvieron en el asunto relativo á la censura del Dr. Arnauldo, pero rehusó suscribirla. Excluido de la Sorbona, una Real órden de 18 de Febrero de 1658 le obligó á dejar su cátedra, en la que tuvo por sucesor á Lestec, uno de sus adversarios. En la misma desgracia fueron envueltos setenta y dos doctores, y muchos licenciados y bachilleres, que rehusaron, como Sainte-Beuve, tomar parte en esta censura. Firmó despues Sainte-Beuve el formulario, y no perdió el aprecio del clero francés, que nombrándole su teólogo,

le señaló una pension. Por lo demás, vivia en París tan retirado como si se hallase en un desierto, dividiendo su tiempo entre la oracion y la direccion de las conciencias, ó entregado á trabajos útiles. Abrió en su casa una especie de gabinete de consultas, que podia dirigirle cualquiera que tuviese necesidad de sus conocimientos. De todas partes acudian á esta sala consultiva obispos, cabildos, comunidades religiosas, magistrados, personajes distinguidos, y áun los mismos príncipes fueron á consultarle, lo cual le ha valido le apliquen los biógrafos lo que dijo Ciceron de un famoso jurisconsulto de su época: *Que era el oráculo no solo de una ciudad, sino de todo un reino.* Murió Sainte-Beuve atacado de apoplejía el dia 15 de Diciembre de 1677. Ninguna de sus numerosas consultas se publicó durante su vida; pero su hermano, conocido vulgarmente con el nombre de *Prior de Sainte-Beuve*, publicó una coleccion de estas decisiones en París, en tres volúmenes en 4.°, apareciendo la primera parte en 1689, la segunda en 1692, y la tercera en 1704: despues se han impreso muchas veces. Esta coleccion ofrece un *repertorio* de los más completos y útiles que se conocen en este género; y estan las materias de tal modo variadas, que apénas hay objetos parecidos en ellas. Los casos más importantes, las cuestiones más delicadas se tratan en esta obra con tanta sabiduría y prudencia, y con tal destreza y juicio, que no puede ménos de consentirse en ellas. Abraza el autor en estas decisiones cuanto pertenece á la religion y á la moral: trata del dogma, de la disciplina, de la administracion de sacramentos, de las antiguas ceremonias, de las donaciones, contratos, etc., y sus decisiones, segun las circunstancias, estan apoyadas por la autoridad de los libros santos, la tradicion, los teólogos más afamados y áun por las leyes civiles, las costumbres, ordenanzas, etc., pues que su erudicion no puede ser mayor. Conócense además dos tratados latinos de Sainte-Beuve, el uno sobre la confirmacion, y el otro sobre la extremauncion, en respuesta á los de Daille sobre los mismos asuntos (*De Confirmatione et Extremaunctione*; Génova, 1669, en 4.°), probando á este autor que son verdaderos sacramentos, y reuniendo en el *Tratado de la Extremauncion* todo lo que la antigüedad ofrece de más curioso é interesante sobre la administracion de este sacramento. Dice monsieur L'Ecuy, su biógrafo, que en la biblioteca de la Sorbona habia muchas obras manuscritas aún en su tiempo, de las que fué autor Sainte-Beuve, y que en todas brillaba erudicion, sabia discusion y una crítica juiciosa é ilustrada. Con motivo de la edicion de la *Imitacion*, impresa en el Louvre en 1640 por órden del cardenal Richelieu, como se discutiese acaloradamente acerca del nombre que habia de darse al autor de este libro, elegido Santiago de Sainte-Beuve como uno de los árbitros para esta diferencia por Mr. Demoyers, declaró: que se debia más bien tener este libro por Juan de Gerson, canci-

ller de la universidad de París, que de los nombrados Juan Gersen ó Tomás de Kempis. Siendo de esta misma opinion el doctísimo abogado Carlos Labbé, faltó poco para que el ministro le publicase como de Gerson; pero á fin de no adelantar un juicio que podria resultar injusto, se publicó la edicion del Louvre sin nombre de autor, dejando para más adelante, y despues de un maduro exámen, el fijarle si era posible.—C.

SAINTE-CRUZ (Próspero de), arzobispo y cardenal. Este eclesiástico fué sucesivamente abogado consistorial, auditor de la Rota, obispo de Chisame, en la isla de Candía, y nuncio en Alemania, Portugal, España y en Francia. Catalina de Médicis le hizo consejero del rey y le procuró el arzobispado de Arlés, en donde se opuso dignamente á la reforma. Volvió á Roma en el pontificado de Pio V, y fué obispo de Alba y cardenal. Murió en 1589 á los setenta y seis años de edad. A su vuelta de la nunciatura de Portugal llevó á Italia el primer tabaco que se ha conocido en este país, al que se denominó la yerba de Santa Croce. Se conocen de este Cardenal las siguientes obras: *Epistolæ*, *Decisiones Rotæron. Constitutiones lanceæ artis à Sixto V in urbe erectæ.—De civibus Galliæ dissentionibus commentarior., libros III*, desde 1547 hasta 1567 en el tomo V de la gran coleccion de Martenne; y por último, un libro titulado: *Cinquante lettres*, en italiano y en francés, sobre los asuntos de Francia, cuya obra fué publicada por Aymon en su coleccion de los *Sínodos de las iglesias reformadas*. Mr. Tabaraud hizo la biografía de Santa-Cruz en la *Biografía universal francesa* de Michaud; pero no da noticia alguna más que las que hemos expuesto.—C.

SAINTE-FOI (Elías Jordan, llamado Cárlos), teólogo francés, nació en 1806 en Beaufort (Maine et Loire). Es autor de un gran número de artículos impresos en los diarios religiosos: *El Corresponsal*, *El Porvenir*, *El Universo*, etc. Ha publicado tambien muchas obras piadosas de moral y de educacion, de las que citaremos las siguientes: *El libro de los pueblos y de los Reyes:* 1839, en 8.°—*El libro de las almas*; 1840, en 8.°—*Teología para uso de las personas de mundo*; 1843, en 12.° Segunda edicion aumentada; 1851, tres volúmenes (coleccion de estudios sobre la doctrina católica).—*El cristiano en el mundo*; 1848, dos volúmenes.—*Horas de meditacion de un jóven*; 1852, en 8.°—*Vida de las primeras Ursulinas de Francia*; 1856, en 8.° El mismo autor ha traducido del aleman: *Vida de Jesucristo*, del Dr. Sepp; 1854, dos volúmenes en 8.°—*Mística divina, natural y diabólica*; 1854-1855, cinco volúmenes en 8.°—*Sermones de Juan Tauler*; 1855, dos volúmenes en 8.°—S. B.

SAINTE-GENEVIEVE (Eudo de). Dos concilios de Francia, dice el abate Lebœuf, prohibieron á los religiosos dedicarse á la medicina, á saber, el de Montpellier en 1162, y el de Tours, en 1163, y en 1212 el cánon vigésimo del

concilio celebrado en París ordenó que los regulares que habian salido de su claustro para el estudio de la medicina y del derecho volviesen á él de nuevo. Pero puede dudarse que este cánon fuese bien ejecutado, puesto que se ve algun tiempo despues á un abad de Sainte-Genevieve de París, calificado por honor del título de médico ó de práctico en la medicina. Se aseguraba tambien en la casa que habia escrito libros sobre esta ciencia. Y añade en una nota: «Encuentro en el catálogo de los abades de esta casa, en el reinado de S. Luis, un *Odo medicus*.» En el claustro, delante del capítulo, se lee sobre su tumba que fué *medicina elogices methodo pollens*, y que murió en 1270. Los redactores de la *Gallia Christiana* se ponen en el caso de rectificar esta fecha. Segun ellos, se leia al rededor de su sepultura: *Sacra doctrina doctor bonus et medicina ac logices methodo pollens jacet hic pater Odo, cujus anima requiescat in pace. Amen.* Y en la parte superior: *Anno Domini MCCLXXV, id. Novembris, obiit Odo, quondam hujus ecclesiæ abbas.* El necrólogo de Sainte Genevieve indica tambien el óbito en 13 de Noviembre. Pero ya no existe la piedra sepulcral, que ha debido desaparecer en los numerosos cambios hechos en los edificios de la abadía para apropiarlos á nuevos usos. Los escritos de medicina atribuidos á Eudo han desaparecido tambien. No han faltado autores que intentaron hacer una disertacion sobre este asunto que no ha llegado á publicarse.—S. B.

SAINTE-GENEVIEVE (Guarin de). Hay muchas probabilidades de que Guarin, ántes de que fuese promovido á la abadía de Saint Victor en 1172, habia sido abad de Sainte-Genevieve, aunque lo niega el historiador de la iglesia de París. El autor de la vida de S. Guillermo, abad de Paraclet, en Dinamarca, canónigo en un principio de Sainte-Genevieve, dice positivamente que en 1164 el abad de Sainte-Genevieve se llamaba Guarin, pero no dice que fuese despues abad de Saint-Victor. Sin embargo, dice lo suficiente para convencernos de que Guarin al cesar de ser abad de Sainte Genevieve, pudo obtener despues la abadía de Saint-Victor; pues refiere que Guarin, prior de Sainte Genevieve, fué nombrado abad de la casa y se indispuso con la comunidad, nombrando para la plaza de prior á uno de sus favoritos, y en particular presentándole al rey para obtener la confirmacion de la eleccion que habia hecho. Habiéndose opuesto el canónigo Guillermo con más decision que los demás al abad, este juró que se vengaria ó abandonaria su puesto. A las quejas de la comunidad, el papa Alejandro III, que se hallaba en Sens, citó á las partes, y tomando conocimiento del negocio, anuló la sentencia del abad. El historiador no dice que Guarin diese entónces su dimision; pero se deduce de una carta del rey Luis *el Jóven*, escrita hácia la misma época, que la abadía se hallaba vacante, y se prueba en otro lugar que en 1167 ó 1168 un abad llamado Hugo ocupa-

ba este puesto. Se puede asegurar que Guarin dejó de ser abad de Sta. Genoveva ántes de esta época; residia en la abadía de Chage, en la diócesis de Meaux, cuando fué nombrado para la abadía de S. Victor, en 1172, despues que fué depuesto el abad Ervisio á causa de sus depredaciones. Se nos han conservado un gran número de cartas escritas sobre este acontecimiento. Hay cinco del papa Alejandro III al rey de Francia, al arzobispo de Sens, á los canónigos de Saint-Victor, y al mismo Guarin para felicitarle por su promocion; hay tres de los legados del Papa, los cardenales Alberto y Theduino, nombrados equivocadamente por el P. Martenne Alejandro y Theodonio, dirigidas á los arzobispos de Sens y de Bourges, al abad Guarin y á la comunidad de Saint-Victor, sobre el mismo asunto. Apénas estuvo Guarin en posesion de su abadía, cuando sobrevino un acontecimiento muy desagradable para la casa de Saint-Victor. Eskil, arzobispo de Sunden en Dinamarca, habia depositado en manos del abad Ervisio una suma de cerca de cuatrocientos marcos de plata para distribuirla, ya durante su vida, ya despues de su muerte, segun sus intenciones. Habiendo reclamado tres veces esta suma, y no habiendo podido obtenerla, Eskil escribió al rey de Francia para pedir justicia. Los victorinos fueron condenados á pagar aquella cantidad. Sin embargo, habiendo acudido á la corte de Roma, se valieron de sus amigos para obtener alguna modificacion; asunto sobre el que tenemos cinco cartas del cardenal Pedro, del título de S. Crisógono, del cardenal Hugo, de la casa de Pedro de Leon; de Bernardo, obispo de Porto y de Sta. Rufina, de Juan, cardenal de Nápoles, y de Pedro, camarero del Papa, en contestacion á otras tantas cartas del abad Guarin, que no han llegado hasta nosotros. Pero hé aquí otras que nos son conocidas relativas á otros asuntos.—1.ª El cardenal Juan Pinzuti, canónigo que habia sido de Saint-Victor, llamado el cardenal de Nápoles, queria establecer canónigos regulares en una iglesia que habia edificado y dotado en Nápoles. Escribió al abad Guarin para pedirle súbditos de su comunidad. Guarin contestó al cardenal, que de los dos canónigos que le habia pedido expresamente, el uno habia muerto, y el otro estaba muy achacoso; que no se atrevia á enviar otros en lugar suyo, en la incertidumbre de si convendrian; atendiendo principalmente á que carecia él mismo de religiosos, y que no encontraba ninguno que quisiera exponer su vida en un clima tan nocivo á la salud.—2.ª Habiendo insistido el cardenal en pedir por lo ménos el que no habia muerto, al que podria asociarse cualquiera otro que se quisiese, y habiendo hecho apoyar su peticion al Papa el abad Guarin, al contestar al soberano Pontífice, da las mismas razones que habia manifestado al cardenal. Se ve sin embargo en otra carta del cardenal que el abad de S. Victor le habia enviado el canónigo que pedia, probándose lo mismo por la carta XLII de Estéban de Tour-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

nai.—3.ª Los canónigos de Reims abandonaron la vida en comunidad, y Guarin les escribió una carta inserta por Guillermo Marlot, en que la representa el agravio que hacen á su reputacion, dejando las costumbres antiguas que les habian hecho recomendables á toda la Iglesia.—4.ª Otra carta publicada por el P. Lucas Dacheri, contiene la respuesta del abad de S. Víctor á un religioso de Grandtmont, que queriendo pronunciar nuevos votos en la órden del Cister, dudaba si le era permitido sin faltar á los primeros. Este religioso, que se creia ser Guillermo, arzobispo despues de Bourges, y hoy canonizado habia consultado sobre este asunto á muchas personas, entre otras á Pedro Celles, abad de S. Remigio de Reims, y á Esteban, abad de Sta. Genoveva de París, cuyas respuestas existen. El abad de S. Víctor no decide la cuestion; pero dice que hay que atenerse humildemente á la decision de personas tan ilustradas, sin temer seguir su opinion, que era perseverar en la segunda vocacion, siendo esto lo que hizo el consultante, que se ve despues á la cabeza de muchos abades de la orden del Cister.—5.ª El rey Felipe Augusto restableció la paz entre los religiosos clérigos y los hermanos conversos de la órden de Grandtmont en 1187, mediante un nuevo reglamento: los hermanos conversos comenzaron despues sus vejaciones contra los religiosos clérigos, y unos y otros acudian á la corte de Roma. El abad de San Víctor, juntamente con los abades de S. Dionisio, S. German, y Sta. Genoveva, escribieron entónces una carta al papa Clemente III, que es la CXLIII entre las de Esteban de Tournai: escribió tambien una al rey en su propio nombre, para suplicarle sostuviese su obra y estuviese en guardia contra las intrigas de los hermanos conversos.—6.ª Cuando subió á la cátedra de S. Pedro el papa Celestino III, le escribió Guarin para felicitarle, y al mismo tiempo recomendarle un negocio cuya naturaleza no explica. Esta carta prueba que el abad Guarin vivió hasta despues del año 1191, que es en el que comienza el pontificado de Celestino III. Los autores varian en el año de su muerte: unos la colocan en 1192, otros en 1193, y el mayor número, á los que se debe seguir, en 19 de Octubre de 1194. Poco tiempo ántes, el rey Felipe Augusto, al partir para la cruzada en 1190, le habia nombrado en su testamento uno de los dispensadores de sus tesoros en caso de que muriese. — 7.ª Parece que se conservaba en la biblioteca de S. Víctor una coleccion de sermones del abad Guarin. Oudin, que los habia visto en un manuscrito á continuacion de los sermones del abad Gilberto contra el Cántico de los Cánticos, dice que son en número de trece, y que tratan de las fiestas de la Anunciacion, de la Natividad, y de la Asuncion de la Santísima Vírgen, de S. Agustin y de todos los santos. Sirve de texto al primero: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni cui benedixit Dominus.* No se debe olvidar que un abad de Saint-Victor habia animado al poeta Leonio á

poner en verso la historia de la Biblia, y que el poeta se la habia dedicado. Leonio en verdad no cita á este abad, pero la época en que vivia nos permite creer que podria ser muy bien el abad Guarin. Partiendo de esta suposicion, referiremos algunos de los versos que le dirige Leonius al principio y al fin de la obra, de los cuales resulta que el abad de que habla no era de un nacimiento muy elevado, y esto explica porqué la historia no dice nada de los primeros años de la vida de Guarin.

*Tu quoque quem falso generis non lumine splendor,*
*Sed virtus, maritique illustrat gloria celsi,*
*Nobilitasque animi melior, Victoris ut summa*
*Marthyris æqualem sacra sibi relligione*
*Repererit patrem domus hoc te tempore dignum,*
*Hæc oculis lege digna tuis, fautorque benigno*
*Hunc res divinas animo tuearis habentem,*
*Quem tibi pro magno quæsisti munere meque,*
*Magnus adegisti monitor componere librum, etc.*

S. B.

SAINTE-GENEVIEVE (Odon de). El P. Beaugendre ha impreso á continuacion de las cartas de Hildeberto dos de Odon, canónigo regular, que se encuentran con otras cinco del mismo autor en el Espicilegio del P. Dachery. La primera de estas siete epístolas expone las obligaciones de los canónigos regulares. Consuélase á uno de ellos en la segunda, y se le exhorta vivamente á no abandonar su monasterio. El lugar llamado aquí *Apponi Villa*, no es Appoigni, cerca de Auxerre, sino Apponville, priorato dependiente de la abadía de S. Víctor de París, y situado en la diócesis de Sens. La obediencia monástica es el asunto de la carta tercera. La cuarta trata de las precauciones que deben tomar los religiosos fuera de sus conventos. El autor enseña en la quinta á utilizar la ciencia; en la sexta á despreciar el siglo ó el mundo, y en la sétima á seguir las prácticas de la vida religiosa. La sexta es la más importante de estas cartas, porque se halla dirigida á un ministro ú hombre de estado en la desgracia. «Hé aquí, dice el autor, que el rey os persigue como á su enemigo, á vos, que vivís á su lado en la más honrosa familiaridad. Todo lo que habeis hecho en París á costa de tantos trabajos, manda la reina destruirlo.» Entre los muchos personajes que han llevado el nombre de Odon en el siglo XII no es fácil distinguir el que ha compuesto estas siete epístolas ascéticas. Sin embargo, Oudin y otros autores de la *Nueva Galia Cristiana* han probado bastante bien que no pueden ser ni de un Odon benedictino á quien las atribuye Cave, ni de otro Odon mencionado por Pagi, que fué obispo de Cambrai, no habiendo sido nunca canónigo regular, calidad que tenia expresamente el autor de estas

cartas. Algunos bibliógrafos se han abstenido por esta misma razon de comprenderlas entre los opúsculos de Odon, abad de Morimond, opúsculos de que han dado una lista muy completa, ó de la que al ménos no han eliminado más que un tratado sobre los misterios de los nombres, citado por el abate Lebœuf. Así, para indicar al autor de las siete cartas ascéticas, no se puede vacilar más que entre Odon, abad de Sta. Genoveva, y Odon, abad de Saint-Pierre ó Pére, cerca de Auxerre. Vamos desde luego á dar una noticia muy sucinta de la vida del primero de estos personajes, ocupándonos del segundo en su respectivo lugar. Odon, canónigo regular de la órden de S. Agustin en la abadía de S. Víctor de París, se distinguió de tal manera por su ciencia y su piedad, que en 1140, despues de la muerte del célebre Hugo de Saint-Victor, le sucedió en el cargo de prior siendo abad Gilduino. Ocupó este puesto hasta 1148, es decir, hasta la época en que llamado por Suger á reformar el monasterio de Sta. Genoveva, fué su primer abad regular. En esta calidad, y como administrador de los bienes de esta comunidad, hizo transacciones, concesiones, cambios, de que dan noticia los autores de la *Nueva Galia Cristiana*. La última de estas actas es de 1152, y se deduce de ella que Odon abdicó poco tiempo despues el cargo de abad para retirarse á S. Victor; pero no se le ve reemplazado por Auberto ó Alberto en Sta. Genoveva hasta 1163 ó 1164 lo más pronto. Tampoco fué Odon en 1165 uno de los padrinos de Felipe Augusto. Murió en S. Victor en 1165 segun Du Boulay, en 1166 segun Oudin, en 1167 segun la antigua *Galia Cristiana*, en 1173 segun la Nueva. En los manuscritos de Sta. Genoveva no se encuentra nada que pueda decidir entre estas fechas. El nécrologio dice únicamente que Odon terminó su carrera el tercer dia ántes de las calendas de Mayo. El P. Dumoulinet, que escribió su vida y que la llenó con largos detalles sobre los desórdenes monásticos que reprimió este abad de Sta. Genoveva y sobre los obstáculos que le desanimaron, como lo atestigua tambien S. Bernardo; dicho Padre no nos refiere ni los escritos que compuso Odon, ni los años que vivió despues de retirarse á S. Victor. Mercier, abad de San Leger, que ha unido un gran número de notas manuscritas á un ejemplar de la *Bibliotheca mediæ et infimæ latinitatis* de Fabricio, no ha añadido nada al sucinto artículo relativo á este Odon. En una palabra, ignoramos lo que autoriza á los redactores de la *Nueva Galia Cristiana* para fijar su muerte en 1173. En otro lugar copian su epitafio, que habian publicado ya Oudin y Malingre. No reproduciremos aquí más que los dos últimos versos, que igualan ó áun exceden un poco en mal gusto á los que les preceden:

*Ne pereas, per eum te, Parisius, Paradiso,*
*Orbe parente, para, non paritura parem.*

S. B.

SAINTE-MARTHE (Escévola y Luis de), hermanos gemelos, nacieron en Loudun en 1571. Eran abogados en 1599; pero siguiendo los consejos del presidente Du Thou, se consagraron particularmente á la historia. Luis no tuvo hijos, y aconsejó á su mujer tomase el velo, abrazando él mismo el estado eclesiástico. Ambos hermanos fueron nombrados en 1620 cronistas de Luis XIII. Escévola murió en 1650 y Luis en 1656. Su sepultura se halla en París en la iglesia de S. Severino. Escribieron: una *Historia genealógica de Francia*, una *Historia genealógica de la casa de Beauvan*, y la *Gallia Christiana*.—S. B.

SAINTES (Bernardo de), que murió siendo obispo de esta diócesis en 1167, habia sido anteriormente prior de los canónigos regulares de Sablonceaux. Durante su episcopado suscribió un gran número de cartas indicadas en parte al ménos en la nueva *Gallia Christiana*. Pero no hacemos aquí mencion de este prelado más que á causa de un opúsculo que lleva su nombre: *Bernardi Santonensis episcopi decreta*, que forma parte del códice número 3434 (Teólogos escolásticos) de la Biblioteca Imperial, que es una pequeña recopilacion de los estatutos sobre la liturgia y sobre la administracion de los sacramentos; no hallándose en ellos nada que no se encuentre en otros lugares de ántes y despues del siglo XII. Ha habido un Bernardo II, obispo de Saintes desde 1363 hasta 1380. Pero pareciendo anterior á esta época la letra de los estatutos manuscritos, creemos deber atribuirlos á Bernardo I. —S. B.

SAINZ (Fr. Jacinto). El ilustrado Amat en su *Diccionario de Escritores catalanes*, nos da razon de este religioso de la Orden de PP. Predicadores, como hijo de Aragon, el cual dice nació en la ciudad de Vich, sin fijarnos la época, pero sí nos manifiesta que floreció en la mitad del siglo XVII, puesto que existen con esta fecha escritos suyos que no menciona, refiriéndose en esta noticia al tomo II, pág. 453, del cronista dominicano Echard.—C.

SAIRA, jóven africana, nació en el Senear. No se sabe los medios por los cuales la Providencia divina la llevó á Roma; es lo cierto que se encontró en la capital del orbe católico, pobre, sin asilo y dando lástima á cuantos la veian. Una persona piadosa la llevó al asilo de los catecúmenos el dia 15 de Mayo de 1826. Desde luego se captó la benevolencia de todos los habitantes de aquel piadoso establecimiento, tanto que todos eran á instruirla, y cada cual la favoreció de la manera que le era posible: bien es verdad que á todo le hacia acreedora su triste situacion, pues que expatriada, sin familia y sin conocimientos, preciso era que la caridad la prestase el apoyo que nunca niega Dios por medio de sus siervos á los que en el Señor ponen su confianza. Desde el momento en que comenzaron á instruirla se notó en ella que la halagaban las verdades del Evangelio, y luego que pudo llegar á

conocer á Jesucristo se vió bien claro cuán grande era el consuelo que tenia en admirar las misericordias y dignaciones del Hombre Dios; viéndose en su semblante la más viva complacencia cuando sus catequistas la anunciaban que pronto recibiria el santo bautismo y quedaria hija de la Iglesia y por consiguiente del Redentor. Cuánta seria su aplicacion y qué vivo seria su deseo de aprovecharse de las instrucciones que la daban, se comprende perfectamente con solo fijar la atencion en que en poco más de seis meses estuvo más que suficientemente instruida en los fundamentos de nuestra religion santa y en todo lo que concierne á los santos sacramentos; por lo cual en la solemne administracion que se hizo en Enero de 1827, ya participó de esta dicha la jóven Saira con tanta mayor complacencia para ella, cuanto que tenia muy vivos deseos de ser hija de la Iglesia, y pocos dias ántes de su bautismo habia estado un poco enferma y temió que el Señor la privára de la dicha de recibirle. Pero no, el Dios de todo amor, que por todos los más extraños designios la habia traido á Roma, queria que en la Iglesia católica, y siguiendo sus máximas y preceptos hallára la vida de su espíritu, que tal vez habria perdido en las calurosas playas de su país natal. El dia 7 de Enero fué el designado para su solemne recepcion en el gremio católico, y la iglesia la de S. Lorenzo *in Lucina*, siendo el administrante el Emmo. Sr. cardenal Zurla, vicario de Su Santidad, el cual, como era consiguiente, dirigió su autorizada voz á la neófita y al inmenso pueblo que asistia á esta solemnidad, mezclándose con las lágrimas del prelado lás de los concurrentes; pero no lágrimas de dolor, sino lágrimas de consuelo, de esas que es tan dulce el derramar, porque se ve brillar en las cosas más pequeñas y en las criaturas más insignificantes, segun el mundo, esa bondad admirable de Dios, que sabe escoger á los débiles para que confundan á los poderosos. En cuanto le fué administrado el sagrado bautismo recibió la neófita la confirmacion, y asistió al santo sacrificio de la Misa, que celebró el mismo cardenal, y en ella recibió la adorable Eucaristía. No se puede describir la ternura con que se llegó al celestial banquete; veíase rebosar en todas sus facciones el contento de que estaba inundada por haber podido unirse al que formaba sus delicias todas desde el momento en que llegó á conocer sus infinitas bondades y se dejaba conocer fácilmente lo contenta que se hallaba, si bien no estaba satisfecha del todo; porque el recuerdo de que sus padres, á quienes no conocia, no habrian tenido la dicha de que ella disfrutaba en aquel momento, la atormentaba un tanto, hasta que el cardenal aprovechando aquella misma tan caritativa idea, la aquietó haciéndola ver que el solo pensamiento que debia ocuparla era el de su dicha presente, que era nada si se comparaba con la eterna dicha á que podia conducirla. Aquel mismo dia fué recibida por el Sumo Pontífice, y el Padre comun de los fie-

les la alentó más y más á la perseverancia en el buen camino, dándola su apostólica bendicion, despues de haberla prodigado las más atentas finezas. Fué luego educada con esmero en uno de los principales colegios de Roma, y su aplicacion y el ejercicio de todas las virtudes, que era su constante anhelo, la hacian merecedora del afecto de cuantos la conocian; marcando hasta su candorosa fisonomía la inocencia de su alma, que se conservaba y áun puede decirse que crecia conforme iba pasando tiempo. No podemos decir cuál seria el término en que vendria á parar esta agradecida criatura; toda su inclinacion, su tendencia toda era á abrazar el perfectísimo estado de religiosa, pues mil veces se la oyó decir: *Saira no puede ser sino para Dios; pues Dios la ha llamado á sí por medios tan admirables como inmerecidos.* Esto es todo lo que sabemos de la jóven africana.—G. R.

SAISSETI (Rernardo). Este prelado de Pamiers, segun Moreri y los autores á que se refiere, fué causa de la mala inteligencia que medió por mucho siempo entre el pontífice Bonifacio VIII y el rey de Francia Felipe *el Hermoso*. Pedro Olhagari, autor de la *Historia de Foix*, se engañó al dar el nombre de Esteban á este prelado, al que cree aragonés de nacimiento. Fué abad de S. Antonino de Pamiers, y por la gran consideracion que llegó á alcanzar, hizo erigir esta abadía en obispado, habiendo sido él su primer obispo, procedimiento que ofendió al rey que tenia derechos sobre la ciudad de Pamiers. Aun cuando habia cedido los derechos de propiedad de esta poblacion á Rogerio Bernardo, conde de Foix y señor de Bearne, juzgaba que las que se habia reservado como soberano, merecian se le consultase en este negocio. Irritado contra la ambicion de Bernardo Saisseti, se lo manifestó ágriamente, y para contentarle se dió el obispado á S. Luis de Provenza que tuvo tambien el de Tolosa, el cual murió en 1298. Muerto este prelado, Saisseti fué repuesto en su silla, pero ya con consentimiento del Rey. Este exceso de bondad no pudo conmover á este prelado, que creyó se le habia tratado ántes demasiado cruelmente, por lo que estaba resuelto, segun Moreri, á sacrificarlo todo á su venganza. Mandándole el Papa á ver al rey, le habló con tan poco respeto, que no pudiendo sufrir Felipe semejante insolencia, le mandó prender en 1301 y le puso bajo la salvaguardia del arzobispo de Narbona, que se hallaba á la sazon en la corte. Sabedor de esto el Papa, envió á Juan de Normandía, arcediano de Narbona, para que pidiese al rey pusiese á Saisseti en libertad; pero como el rey no cediese, esta cuestion causó algunos disgustos entre ambas cortes. Despues de la muerte del papa Bonifacio, Saisseti se vió obligado á pedir al rey su perdon y su proteccion, todo lo cual le concedió este príncipe generosamente, haciendo con él cierta concordia sobre una tierra de la diócesis de Pamiers. Murió Saisseti en esta ciudad y diócesi el año 1314, suce-

diéndole en el obispado Pilefort de Robestein, que fué despues cardenal. Sponde, Dupin, Mezerai, Gilles y Santa Marta hacen mencion de este obispo en sus obras. — C.

SAITO (P. Pablo), religioso de la Compañía de Jesús é ilustre mártir. Era japonés de nacion, estuvo veintiseis años en la Compañía predicando y bautizando gran número de gentiles, y acompañó constantemente al glorioso P. Benito Fernandez, con quien fué preso, y sufriendo al mismo tiempo el mismo martirio y tormento de las cuevas. Como se ha dicho, el P. Pablo era natural de Tamba, en el Japon, habiendo sido un grande y excelente predicador, y un verdadero ministro evangélico en la conversion de la gentilidad de aquel imperio. En diversos reinos del mismo padeció destierro y persecuciones con otros compañeros, ordenadas por Daifu. De allí fué para la Cochinchina y para el reino de Xunquin, donde trabajó con grande fervor. En los últimos aprietos de la persecucion del Japon, volvió á entrar valerosamente en lo más recio de la batalla, como se podia esperar de tan experimentado soldado. Llegó á tiempo que fué preso por Cristo en Niqui, y despues llevado á Nangasaqui, plaza de las ejecuciones del tirano, en donde fué atormentado en las cuevas con el P. Benito Fernandez, de quien era íntimo amigo. Resistieron aquel suplicio y aquel tormento por el espacio de ocho dias, permaneciendo colgados, sin cómer ni beber cosa alguna. Espantosa maravilla para los gobernadores y demás ministros, que durasen tanto tiempo en aquel intolerable tormento, con tanta constancia y vigor, que llegaba hasta burlarse de los verdugos que le asistian, diciéndoles que se apartasen para ver si le oian de más léjos su voz, y que no habia de acabar su vida si no era en compañia del P. Benito Fernandez, muriendo en el mismo dia y hora; y así se realizó, que en el mismo tiempo, dia y año acabaron ambos por mandato del Xogmo. No se contentó el tirano con mandar quitar la vida á estos dos gloriosos mártires, sino que mandó que sus propios cuerpos, despues de faltarles la vida, los quemasen. Habiendo reunido ambos cuerpos para entregarlos á las llamas, causó universal espanto y maravilla, así á los cristianos como á los gentiles, ver que aquellos santos cuerpos se saludasen con mucha cortesía y se hablasen en los idiomas japon y portugués; pues si bien sus cuerpos estaban muertos, sus almas estaban vivas y gloriosas. Fué su dichosa muerte el dia 2 de Octubre del año de 1633. Escribieron de estos dos mártires el P. Antonio Cardin y Felipe Alegambe en sus *Catálogos*, y el P. Bartolomé Guerrero en su *Corona gloriosa*, parte IV. — A. L.

SAJANELLI (Juan Bautista), religioso geronimita de la Congregacion del Bto. Pedro de Pisa, nacido en Cremona en 5 de Octubre de 1700. Despues de haber seguido los estudios de humanidades en los Jesuitas, abrazó

la vida religiosa en Venecia, en Abril de 1716. No tenia más que veintidos años cuando sus superiores le encargaron de enseñar la filosofía. Su buen talento le hizo bien pronto comprender que los libros de texto estaban cargados de cuestiones inútiles, y fué el primero que se atrevió á eliminarlas. En 1729 pasó á Pádua para enseñar teología, cargo que desempeñó por espacio de nueve años con los mejores resultados. Predicaba al mismo tiempo sin que sus muchas ocupaciones fuesen un obstáculo para sus estudios particulares. Sus superiores procuraron sacar partido de su laboriosidad para esplendor de su instituto. Hasta entónces no se habia pensado en escribir su historia; creyóse que nadie lo haria mejor que Sajanelli, y el resultado probó que no se engañaban. Elegido en 1758 general de su Congregacion, se sirvió de la autoridad que le daba este puesto para hacer ejecutar diferentes trabajos literarios muy honrosos á su memoria. El P. Agustin Rajonez recogió todo lo relativo al Bto. Pedro de Pisa, y compuso la *Historia de su vida*, publicada despues en francés (1772); y el P. F. B. Gobatti reunió en un cuerpo las bulas, breves, diplomas y privilegios concedidos á la Congregacion por los papas, y los publicó en Pádua en 1795. El P. Sajanelli murió en Ferrara el 28 de Abril de 1772, á la edad de setenta y siete años, dejando las siguientes obras: *Historica monumenta ordinis Sancti Hieronimy, B. Petri de Pisis documentis, nunc primum editis illustrata;* Venecia, 1758-62, tres volúmenes en fólio. — *Cronica di tutti i dogi é delle famiglie patrizie di Venezia, colla loro origine, è gli uomini celebri dalle medesime esciti*; *Biblioteca del teatro italiano profano non musicale*; *Biblioteca del teatro italiano sacro non musicale*: inéditas. Encuéntrase su elogio en el *Giornale di Modena*, tomo XIV, pág. 66. — S. B.

SAJON ó Saxo el Gramático (Longus). Floreció este historiador holandés á fines del siglo XII, y su vida es poco conocida. Escribió su biografía en la *Universal francesa* de Michaud Mr. Depping, y á este autor vamos á seguir. Nació en Selanda de una familia distinguida. Ignórase si el sobrenombre de *Longus*, que se le da se origina de su familia ó de su altura, pues en cuanto al de *Gramático* le ha merecido por su erudicion. Fué secretario de Axel ó Absalon, arzobispo de Lund, á quien debe tanto la historia de Dinamarca. Este prelado invitó á Saxo y á Suenon Aggesen á escribir la historia, y estableció en Soraï un convento de benedictinos encargados principalmente de la redaccion de los *Anales de la Historia contemporánea*. Hay dudas de si el Saxo Preboste de Ræschilde, á quien Absalon envió á París y que á su vuelta llevó á Dinamarca el abate Guillermo, segun se dice en la vida de Absalon, es el mismo Saxo que el apellidado *el Gramático*. Murió éste hácia el año 1204 y fué enterrado en la catedral de Ræschilde, lo que parece indicar que era prelado. Hízose Saxo célebre por su *Historia latina de Dinamarca*, obra que

no se parece á ninguna otra de las escritas en la edad media. No se ha limitado el autor en esta obra á escribir una árida crónica, ni á copiar las leyendas de los monasterios; no cita más que dos ó tres autores, y pudiera muy bien creerse que no conocia otros. Todo lo demás se refiere á la tradicion popular, á los cantares de los Scaldas daneses, y en una pequeña parte á las Sagas islandesas. No contento con hacer su libro apoyado en las poesías que circulaban por todas partes, las tradujo é insertó en su coleccion, que para completar su especialidad está escrita en un estilo vivo, animado, florido y lleno de imágenes, resultando de este trabajo una obra curiosa en la que una fábula romancesca sigue á otra, en la que abundan las aventuras heróicas, y en la que se consignan una multitud de poesías nacionales cuyos originales se han perdido, pero en las que el histórico investigador puede apénas encontrarse. En esta obra no hay fechas cronológicas, no liga la historia de Dinamarca á la de ningun otro pais, y solo hácia el final, que se acerca ya á la época del autor, es cuando se conocen acontecimientos de los que ha hablado en otros puntos. Jamás se ha atenido más historiador alguno á las tradiciones populares y poéticas, y nunca se ha visto historiador que ménos se haya cuidado de la cronologia. Los que solo deseen la descripcion de las costumbres y del espíritu de los tiempos deben estar muy satisfechos de Saxo, pues que sobre este particular puede aprenderse más en su obra que en la mayor parte de las crónicas, si bien su mérito histórico es casi nulo. Pedro Erasmo Muller publicó una *Memoria* para probar que Saxo fué un hombre concienzudo, que consultó las genealogías, las tradiciones alteradas ó al ménos acreditadas, las que comparó á las Sagas de Islandia, y en fin, que no perdonó nada para escribir una historia verídica segun las ideas de sus tiempos. Por otra parte, Mr. Dalhmann estableció como principio que Saxo no ha puesto un solo rey de Dinamarca en el lugar que le conviene en el órden cronológico, contentándose con recoger cuentos y tradiciones interesantes, rechazando, por decirlo así, los testimonios auténticos. Es pues un hecho que Saxo cuenta muchos acontecimientos que se hallan consignados tambien en las *Sagas* islandesas, presentándolas algunas veces con otras circunstancias y en mayor ó menor detalle probablemente, porque seguia á narradores daneses que difieren de los islandeses, si bien no puede negarse que la concordancia del fondo de ellas testifica en su favor. El defecto cronológico es causa de que no puede fiarse en este autor sino cuando se refiere á manuscritos conocidos. Con respecto á la forma y al estilo Saxo fué admirado en sus escritos por los latinistas: «Me gusta, dijo Erasmo, el espíritu vivo y ardiente, el recitado que jamás decae, la riqueza de expresiones, las frecuentes sentencias y la admirable variedad de figuras que se hallan de las obras de Saxo, y me admira de que en esta época un danés haya poseido

un genio tan elocuente.» Un canónigo de Lund, Christen Pendersenon Petri, habiéndose procurado una copia de la *Historia de Dinamarca*, la hizo imprimir por la primera vez en París el año 1514 á expensas de un príncipe danés con el título: *Danorum regum heroumque historiæ stilo eleganti á Saxone grammatico abhinc supra 300 annos conscriptæ et nunc primum litteraria serie illustratæ tersissime impressæ*; un volúmen en fólio. La historia de Saxo fué reimpresa en Basilea en 1534 por Bebel, en fólio; despues en Francfort, por Wechel, 1576, en fólio. Dinamarca sintió en fin lo que la convenia conservar la memoria de un historiador que tanto honor la hacia, y cuya obra habia sido ya tres veces impresa en el extranjero, y como S. F. Stephaniux se encargase de las notas, se acordó su impresion, el rey y muchos señores de la corte se encargaron de costearlas. De este modo apareció en Dinamarca la edicion de Soroe con el título: *Sax. Gramm. Historiæ Danicæ, libri XVI;* 1644, en fólio. El editor no tuvo que coleccionar manuscritos, pues que los dos con que contaba se habian quemado en un incendio; pero hizo preciosa esta edicion por las notas, que tambien se publicaron por separado con este título: *Stephani Job. Stephani Notæ uberiores in Historiam Danicam Saxonis Gram. una cum prolegomenis ad easdem notas*; Soroe, 1645. El autor habia publicado tambien: *Breves notæ ac emendationes in nobiliss. rerum Danicar scriptorem Saxon*; Leyde, 1627, en 12.° Trata en sus prolegómenos ámpliamente de la historia literaria de Saxo y de su estilo, de la opinion favorable ó adversa que tienen de su obra diferentes sabios. Las notas, llenas de erudicion, esclarecen el texto con noticias sobre los usos de Dinamarca y con observaciones filológicas sumamente útiles. Sin embargo, Klotz, en la edicion que publicó de Saxo en Leipzig, en 1780, en 4.°, con prolegómenos y variantes, critica á Stefano haber dejado escapar muchas faltas y haber manifestado demasiada credulidad con respecto á los cuentos supersticiosos de la historia danesa; por lo demás esta edicion es poco más ó ménos como la de su predecesor. Tenemos una buena traduccion danesa de Saxo por Andrés Soesffrisson, hecha en Vedel en 1575 en fólio, y reimpresa en Copenhague en 1710 en fólio, El profesor Baden ha extraido las palabras y giros que han caducado *Symbola adaugendas linguæ vernaculæ copiose Sax. Cramm. interpretatione Veleiana*; Copenhague, 1780, en 4.° Un nieto de Vedel, llamado Juan Laurentsen, emprendió una edicion de la traduccion de Saxo con notas y grabados, pero solo publicó el libro I. Otra traduccion danesa se publicó en Copenhague en 1625, en 4.°; y M. Grundvig dió una tercera en Copenhague en 1819 y 1820, en 4.° Al frente del primer volúmen puso el traductor un Discurso preliminar muy extenso en el que discute el mérito del historiador. Tomás Gheysmar, monje de Odenseo, habia compuesto en 1431 un *Compendio de la Historia de Saxo*, que

se insertó por Langebeck en el tomo II de sus *Scriptores rerum Danic*, del que apareció una traduccion en aleman á fines del siglo XV. Tambien se ha publicado: *Historia præcipua libri primi Saxonis carmine scripta, auctore Jac. Mathiade*; Wittemberg, 1568, en 4.°, y tambien *Illustres sententiarum flores ex Saxonis Gr. XVI historiarum libris, lecti á Willichio Westhosio*; Leipzig, 1617, en 8.° Saxo fué muy útil á los poetas y autores dramáticos, y se sabe que Shakspeare ha tomado de este historiador el asunto de su Hamlet. Los poetas modernos del Norte han solido presentar poéticamente, ó sea dramáticamente, muchas aventuras contadas por el secretario del arzobispo Absalon. Reinier hizo una disertacion *De vita et scriptis Saxonis*, que se publicó en Helmstad, año 1762. Langebet insertó en la coleccion de sus *Scriptores rerum Danic.* un elogio de Saxo. Nyerup dió en el tomo II de su *Cuadro histórico y estadístico del estado de Dinamarca y de Noruega* una noticia bibliográfica sobre el mismo historiador, de la que se aprovechó para su artículo biográfico Mr. Depping, á quien hemos seguido en este artículo. La discusion de P. E. Muller con motivo de los materiales empleados por Saxo, discusion de que ya hemos hecho mencion ántes, forma la primera parte de las *Pesquisas críticas sobre la historia de las tradiciones danesas y de Noruega*, impresas en danes en 4.°, en Copenhague, año de 1823.— C.

SAJONIA (Fr. Alberto de), del órden de Predicadores. Algunos bibliógrafos han dudado en conceder á la órden de Santo Domingo la honra de que perteneciese á ella este sabio y distinguido religioso, á causa de existir en su tiempo tres escritores del mismo nombre, y perteneciendo todos á la gerarquía eclesiástica. Pero la opinion de otros muchos biógrafos dominicos no da lugar á dudas, y tiénese como un hecho concluyente que Alberto perteneció á la órden del santo Patriarca. Ignóranse todos los antecedentes de su vida; y solo tenemos la conviccion de su alta sabiduría por las muchas é importantes obras que dejó escritas, cuyo catálogo traen Altamura, Bernardo Guidon y otros bibliógrafos. Disfrutó la envidiable honra de que el naciente arte de la imprenta reprodujese alguna de dichas obras. Hé aquí el catálogo de varias. *Alberti de Saxonia commentaria in posteriora Aristotelis.* Se imprimió en Milan en 1497.—*Sophismata Alberti de Saxonia*; libro que forma un volúmen de 808 páginas en fólio, escrito sobre pergamino, que se conservaba en la biblioteca de la Sorbona.—*Super octo libros physicorum*, impreso en París, en 1516, cuyo libro se conservaba en la Biblioteca Real. En dicha biblioteca existia otro libro escrito sobre pergamino en gran fólio, con 960 páginas, y bajo el número 4964, á cuyo pie se lee la siguiente nota: *Explicunt quæstiones totius libri physicorun, secundum Albertum de Saxonia.* Ningun fundamento hay para afirmar que esta obra fuese suya, pero aseguran algunos contemporáneos que efectivamente fué producida por él. En

la ciudad de Florencia, librería de los Médicis, existe una copia de este libro.—*Albertis de Saxonia super de cœlo et mundo, libri sex;* impreso en París, en 1497. Hízose obra rara, y se conservaba con grande estima un ejemplar en el convento de las Clarisas, titulado del Ave María.—*Super libros de generatione et corruptione.—Ejusdem de animæ in parva naturalia super libros X ethicorum*; se conservaba manuscrito.—*Secreta Fratris Alberti de Saxonia, de herbis, lapidibus et mineralis.—Tractatus de quatuor inconvenientibus circa varia proposita de generatione, de alteratione, de corruptione*, etc.—M. B.

SAJONIA (Fr. Conrado de), del órden de Predicadores. Ignóranse todos los antecedentes de este sabio dominico, que floreció á mediados del siglo XIV. Los biógrafos de la Orden nada dicen acerca del lugar de su nacimiento, toma de hábito, etc., y se limitan solo á dar noticia de sus obras, que son las siguientes. *Chronicon ab initio mundi ad Inocentium Papam VI.*—Varios sermones, cuyos principales asuntos son: *la Anunciacion, Purificacion y Asuncion de la Santísima Vírgen.* En la librería del convento de S. Antonio, en Padua, se conservaba otro códice con el título de *Sermones Fr. Conradi de Saxonia.* Otro libro de *Sermones cuadragesimales* del mismo autor se conservaba en el convento de Santa María de la Anunciata de Florencia.—M. B.

SAJONIA (Conrado Saxo), aleman, apellidado Holginger, minorita célebre, muy docto en las Escrituras sagradas y erudito en las letras humanas; predicador distinguido y popular segun le denominan Trithemio y Marrasi. Publicó: *Commentarios in Magistrum sententiarum, lib. IV.—Super orationem Dominicam, lib. II.—De Salutatione Angelica, lib. I.—Sermones de tempore, lib. I.—Sermones Quadragesimales, lib. I*: que comienzan: *Emitte manum.—Sermones de Sanctis, lib. I.* Comienzan: *Extendam Palmas.* Publicó además otros muchos libros, y compuso otras obras. En la biblioteca del Escorial, plúteo VI, t. 2, hay un sermon suyo en pergamino, *de Nativitate Virginis*, y en la misma se encuentran tambien: *Conciones quinque à S. P. N. Francisco*; plúteo VI, E. 2.—S. B.

SAJONIA (Cristiano Augusto de). Nació en 1666, siendo sus padres Mauricio, duque de Sajonia-Altemburgo, y Dorotea María, duquesa de Sajonia Weimar, que fué la segunda mujer del duque. Desde luego mostró el niño, además de un ingenio nada comun, una connatural inclinacion al bien, y cuando tuvo ocasion de conocer lo errado que era el concepto que acerca de los medios de salud eterna habia formado su padre, ya comenzó á pensar él en reformarle, es decir, en buscar la verdad para abrazarla y seguirla con todo ahinco. Fué educado, sin embargo de sus buenas inclinaciones, en la religion que dominaba entónces en su país, que era el luteranismo, si bien es cierto que nunca hizo más que aquellas cosas á que le precisaba la circuns-

tancia especial de ser hijo de una persona de tanto viso. Se proveyó en él el Bailiage de Turingia, el cual desempeñó hasta la muerte de su padre, que aconteció pocos años despues de que él lo poseyera. Entónces quedó ya libre y en aptitud de girar por sí, y no tuvo inconveniente en demostrar sus opiniones contrarias al error, y por consiguiente favorables al catolicismo; abjuró la doctrina de que habia sido sectario, aunque indirectamente, por decirlo así, y se hizo cristiano católico bajo los mejores auspicios. Se dedicó con asiduidad al estudio de las ciencias eclesiásticas, sin descuidar los conocimientos auxiliares, que son como ayudas, pero ayudas muy provechosas para llegar á su perfeccionamiento, y fué en efecto grande el provecho que sacó de sus desvelos, pues vino á ser uno de los eclesiásticos más aventajados de su país en su época. Como los prelados católicos veian en él tan buenas disposiciones, y además en la práctica de las virtudes no solo no se descuidaba, sino que hacia muy notables progresos, les pareció conveniente inclinarle al estado eclesiástico para utilizar en él los servicios que habia de prestar necesariamente, segun se podia esperar de sus buenos deseos, constante aplicacion y esmerado empeño de ser cada dia mejor en todo sentido. Efectivamente, le manifestaron la conveniencia de que se acercase á los órdenes sagrados, y le dieron una canongía en la santa iglesia de Colonia, canongía que desempeñó con mucho acierto, tanto que el cabildo mismo en quien residian entónces las facultades en nombrar para las dignidades que vacaban á los sujetos que ya de su seno, ya de fuera les pareciesen á propósito, le nombró vicedecano en la primera ocasion que tuvo, y luego cuando vacó el deanato, le confirió en propiedad tan importante cargo; verdad es que tenia experiencia de que todas cuantas circunstancias favorables para el gobierno pueden concurrir en un sujeto, concurrian en él de tal suerte, que siendo sumamente celoso por el bien, decoro y esplendor de su iglesia, y no dejando pasar á ninguno de sus dependientes ni el más ligero desliz sin ponerle un correctivo, tenia para dar estas correcciones tal acierto, y lo hacia con tanta delicadeza, que quedaban los corregidos no solo advertidos, sino muy enmendados y dispuestos para seguir ciegamente las indicaciones del superior sin resentirse de modo alguno, aunque ellas fuesen, como acontecia alguna vez, algo duras y algun tanto severas. Esta circunstancia de ser tan á propósito para el gobierno y para conciliar los ánimos algun tanto descompuestos, que era propiedad de que el Señor le habia dotado en altísimo grado, fué motivo de que le suplicasen el cabildo de Lieja primero, y luego los de Munster y de Breslau, que tuviese á bien estar en ellos algun tiempo para allanar diferencias que cortadas, no tendrian, claro es, trascendencia ninguna; pero que fomentadas, podian ser algun tanto fatales sus consecuencias; y en efecto, aunque en cada catedral residió poco

tiempo, tuvo el suficiente para lograr su intento y captarse las simpatías de todos, porque él para todos tenia un trato lo más esmerado que darse puede, unos modales finísimos, y sobre todo, una fuerza de razon en cuanto hacia y decia que arrastraba en pos de su opinion áun á aquellos que parecia estaban de ella más distantes. Todas estas favorables circunstancias que en él concurrian, hicieron se pensára por el estado y por la Iglesia en confiar á su cuidado la custodia de una diócesis, seguros como lo estaban unos y otros supremos imperantes de que sabria desempeñar su cargo con honor para la Iglesia, con dignidad para la patria; así es que se le propuso para la silla episcopal de Javarin, y fué su propuesta aprobada por Roma sin la menor dificultad. Mucho hubieron de trabajar para hacerle tomar sobre sí este importante cargo, pero al cabo le fué preciso, y una vez aceptado, se dedicó á su desempeño con tanto acierto como se prometian los que tal empeño formaron en que en él fuera constituido. Comenzó por hacer una escrupulosa visita de su diócesis, y logró de ella los más felices resultados porque pudo por sí mismo convencerse y evidenciarse de las necesidades, tanto del clero como de los fieles de su querida diócesis, y procurar sin levantar mano su remedio, al cual le ayudó en gran manera el afecto con que le trataban y el respeto con que le atendian las autoridades civiles; todo debido á su acertado tino en tratar á la vez á todos y á cada uno, condescendiendo, siempre que era posible, y negando en buenos términos y de buena manera cuando no era asequible lo que solicitaban. Todos estos importantes servicios, que tanto afectaban al bien de la Iglesia como al del estado, tenian que ser recompensados de alguna manera, no porque esta idea hubiese jamás entrado en las miras del obispo, sino porque era muy justo y muy debido, y así lo consideró el sumo pontífice Clemente XI cuando en la segunda promocion de cardenales que hizo en 1706, nombró en octavo lugar á monseñor Cristiano Augusto de Sajonia, obispo de Javarin, presbítero cardenal de la santa romana Iglesia, con gran satisfaccion de todo el consistorio. No fué menor la que cupo á los fieles de Javarin en ver á su dignísimo prelado enaltecido á la honra más elevada que suele conseguirse en la Iglesia católica: solo él mismo era quien no estaba plenamente satisfecho, sin otro motivo que el de creer que á cualquier otro á quien se le hubiese conferido tal dignidad, la mereceria mucho mejor que él. Estuvo investido con la púrpura al frente de la diócesis de Javarin solo un año, porque en 1707 fué trasladado al arzobispado de Strigonia, por ser allí precisa una persona de sus dotes y circunstancias. Efectivamente fueron grandes y muy importantes los servicios que prestó en su nuevo cargo, comenzando, como lo habia hecho en Javarin, por estudiar las necesidades de sus fieles para ocurrir á su remedio, y las necesidades de sus clérigos para tambien procurarlas remedio por la parte de la cual este re-

remedio mismo era preciso que viniera. En muy poco tiempo logró arreglar su nueva diócesis, y eso que era muy vasta y tenia obispos sufragáneos con los cuales surgian algunas dificultades, que hubieran sido de muy difícil remedio si persona de ménos tino las hubiese querido allanar, porque en verdad no hubiese acertado como nuestro Cardenal arzobispo. Cautivó, como no podia ménos de suceder, á cuantos le trataron, y se hizo desde luego todo para todos como lo habia hecho en todos los lugares, donde anteriormente habia desempeñado los difíciles é importantes cargos de que llevamos hecho mérito. Grande fué por todos estos motivos la estima en que le tuvo el emperador de Alemania, y muy vivos sus deseos de que tomase sobre sí alguna de las importantes comisiones diplomáticas, para cuyo desempeño se necesitaban hombres de las circunstancias del Cardenal, porque á todas las excelentes condiciones y circunstancias de que llevamos hecha mencion, agregaba la muy especial de tener una firmeza de carácter tal, que nunca se dejaba vencer por las indicaciones de nadie, como no fuesen fundadas en la más estricta justicia, y sabia guardar perfectamente su puesto siempre en lo regular y ordinariamente en lo mejor, pero nunca defraudando, ni el interés de quien le comisionaba para las cosas, ni el de la Iglesia de cuyos derechos y prerogativas fué constante y celosísimo defensor. Sin embargo de su aversion á otros destinos que los de la Iglesia, tuvo que aceptar el ser primer comisario del emperador en la Dieta de Ratisbona, y lo aceptó con sumo gusto, ofreciéndosele con este motivo nueva ocasion de demostrar lo universal de sus conocimientos profundísimos, y lo mucho que valia en todo órden y áun en este que parece tener tan poco de comun con lo que era de su exclusivo ministerio. Desempeñó el cargo admirablemente, como no podia ménos de esperarse de él, é hizo respetar todos sus derechos, sin desatender en lo más mínimo sus obligaciones, desempeñándolas todas con la exactitud del sacerdote, con la delicadeza del caballero, y haciéndose lugar en todas partes por su atencion, delicadísimo y esmerado trato. Estuvo desde 1716 en aquel destino, y allí le sorprendió la muerte en 1725, con tan gran sentimiento de todos, que en los dias que duró su enfermedad, parecia su casa un pasaje, segun las gentes que acudian allí. Murió cristianamente, despues de haber recibido todos los santos sacramentos y cuantos auxilios espirituales facilita la Iglesia en tales trances, el dia 23 de Agosto de dicho año, habiendo sido sus funerales notables por el concurso que á ellos asistió, concurso que además de ser numerosísimo, era lo más escogido de la poblacion. Las iglesias donde habia sido obispo se disputaban la gloria de poseer sus restos mortales, alegando cada una su derecho en poseer tan estimable prenda, pero él, previendo sin duda esto, ó por otros motivos que se nos ocultan, determinó que se le sepultára en Marienthal (Hungría), lo cual

se cumplió religiosamente, así como su testamento que era un documento como suyo, pues por medio de piadosos legados retribuia cuantos servicios se le habian prestado, y mostraba el afecto que habia tenido á las iglesias y personas con quienes habia tratado en su larga carrera.— G. R.

SAJONIA (Fr. Juan de) franciscano aleman, citado por Bautista de Trovamala en su *Suma* publicada en Venecia en 1481 en 4.° bajo el título, *Rossella casuum*, é inscrito en su tabla de autores minoritas, fué doctor en ambos derechos y teología, y tan afamado por su doctrina como por sus escritos. Los dominicos le citan tambien entre sus escritores. Vivia hácia 1350, y escribió un gran número de obras, algunas de las cuales se conservan manuscritas y otras merecieron los honores de la impresion, aunque en épocas posteriores. Sus títulos son los siguientes: *Tabula juris canonici et civilis secundum ordinem alphabeti*; se conservaba manuscrita en fólio en la biblioteca de la iglesia de Sevilla. *Explicit tabula juris canonici et civilis edita et completa per Fr. Joannem de Saxonia, ord fratrum Minorum, doctorem juris utriusque cum XII collegy doctoribus utriusque juris.* —*Summam in utroque jure*, cuya obra asegura haber visto Fr. Juan de S. Antonio en un manuscrito en fólio en la biblioteca del convento de S. Francisco de Valladolid, plúteo 27, añadiendo que comienza: *Rogatus à fratribus*, cuyo principio cita tambien Tosiniano. De lo que se infiere que esta obra es distinta de la *Tabula juris canonici*, cuyo principio es: *Quoniam sicut dicitur*. Wadingo dice que con el título de *Summa confessorum Joannis de Saxonia* existe en la biblioteca de San Francisco de Asís.—*Commentaria in Scripturam.*—*Sermones de sanctis.*—*Glossas super consuetudines.*—*Sermones de tempore.*—*Glossas super consuetudines Turonenses.*—*In Alkabiticum.*—*Commentaria in orationem Ciceronis pro Roscio.*—*Commentaria et orationes de utilitate dicendi et observandi legibus*, de que se ocupa el P. Alva en su *Pleito* de libros.—S. B.

SAJONIA (Fr. Roberto de), religioso de la órden de Sto Domingo. Fué uno de los varones más señalados y de los más rigurosos y ejemplares que honraron la órden de Predicadores. En el estado seglar, y ántes de entrar en la religion, estuvo al servicio del emperador Federico. Pero siendo otra su vocacion y deseoso de consagrarse al superior servicio de Dios, tomó el hábito en el convento de Magdeburgo, donde desde luego comenzó una vida tan áspera de penitencia y de austeridad, que á todos parecia excesiva y extremada, siendo así que Fr. Roberto no se veia jamás satisfecho de ejercerla consigo mismo. Usaba de unas disciplinas de tres ramales metálicos asidos á un mango de madera, con las que todas las noches se azotaba, hasta que la sangre regaba el pavimento, sujetando y maltratando su carne con semejante crueldad, que la hacia someterse al espíritu, calmando los deseos propios en toda naturaleza entregada á los goces materiales de la vida. Y

si bien su humildad y modestia trataba de encubrir sus crueles penitencias, no permitió Dios lo consiguiese, por lo mucho que importaba se supieran para ejemplo y modelo de los demás; así es que dispuso que saliendo una noche de la oracion de maitines, muerto y aterido de frio, se aproximó á calentarse á la chimenea, y en el corto rato que allí permaneció, sin sentirlo se le cayeron las cadenas con que se flagelaba, y á la mañana siguiente las hallaron los frailes teñidas todas en sangre, circunstancia que les causó la mayor admiracion. A pesar de llevar esta vida tan penitente y mortificada, vivió muchos años, y teniendo ya más de ochenta, la obediencia le mandó ir de confesor á un convento de monjas, donde cayó gravemente enfermo, y habiendo recibido los santos Sacramentos con su acostumbrada compostura y devocion, entregó el alma al Señor en ocasion que las religiosas salian de maitines. El cielo desde aquel punto quiso dar señales de los méritos del siervo de Dios, que se llevaba á su gloriosa morada, pues miéntras los religiosos se preparaban para enterrarle, oyeron una música de acordes que jamás habian oido tan dulce y armoniosa, acompañada de unas voces tan suaves y angelicales, que los frailes y las monjas no dudaron un momento, que aquel concierto era una manifestacion de regocijo por la entrada en la gloria de aquella alma bendita. Su tránsito fué en vida del general de la Orden Fr. Berengario.—A. L.

SAJONIA Gotha (Federico duque de). Nació en 1774, era próximo pariente del rey de Inglaterra, y se convirtió al catolicismo en 1817. Desde entónces fué siempre un verdadero modelo de piedad, que causó tanta edificacion á los protestantes como á los católicos.—S. B.

SAJONIA Lauemburgo (Julio Enrique, duque de). Nació el 9 de Abril de 1586 y murió el 10 de Noviembre de 1669, despues de haber abrazado la religion católica. Tuvo de su primera mujer Sofía, princesa de Brandemburgo, un hijo llamado Francisco Erdmann, nacido en 25 de Febrero de 1629, y muerto el 31 de Julio de 1664, que siguió la religion protestante. De un segundo matrimonio con Ana Magiolina de Loblowitz, viuda del conde de Colowrat, nació un hijo Julio Francisco, último duque de Sajonia Lauemburgo, nacido el 16 de Setiembre de 1641, y muerto el 29 de Setiembre de 1689. Su tio, Francisco Cárlos, hermano de su padre, nació el 2 de Mayo de 1594, y murió en 1669, y Rodolfo Maximiliano, nacido el 19 de Junio de 1595, muerto en 1647, abrazaron tambien la religion católica.—S. B.

SAJONIA Veissenfels (Alberto, duque de). Nació el 14 de Abril de 1659, y murió el 9 de Mayo de 1692, despues de haberse convertido á la religion católica. Dejó una hija llamada Ana Cristina, que habia tenido de su esposa Cristina Teresa, nacida duquesa de Lobenstein Werthein. Ana Cristina nació en 1690, y abrazó la fe de sus padres.—S. B.

SAJONIA Zeits. Un príncipe de esta casa, que renunció al luteranismo á principios del siglo XVIII, abrazó el estado eclesiástico, llegó á ser cardenal obispo de Zavarin, y murió en 1725.—S. B.

SAJONIA Zeits (Mauricio Adolfo Cárlos, duque de), sobrino del anterior, abandonó la confesion de Augsburgo, y aunque era el heredero de su rama, entró en el estado eclesiástico á imitacion de su tio. El jóven duque obtuvo tambien posteriormente el obispado de Kœnigsgratz, y murió en una edad poco avanzada despues de haber perdido por su cambio de religion casi todas las ventajas temporales á que le daba derecho su nacimiento.—S. B.

SAL (D. Juan de la), hijo de la noble familia de su apellido, de florido ingenio, bastante instruido y muy apreciado de sus contemporáneos. Fué obispo titular de Bona en Africa, y auxiliar del arzobispado de Sevilla, en cuyos cargos dejó memoria su celo por el culto y su buena administracion. Despues fué nombrado para obispo de Málaga, cuya mitra no admitió. Está enterrado en la capilla interior del que fué noviciado de los extinguidos regulares. Sin duda fué á este prelado á quien dirigió un graciosísimo romance el punzante poeta D. Francisco de Quevedo y Villegas.—A. L.

SALA (Fr. Agustin), natural de Olot, religioso agustino, doctor teólogo, maestro provincial de la Orden, varon muy erudito. Escribió: *Censura sobre algunos hechos del martirio de Sta. Eulalia barcelonesa contra el discurso apologético del P. Domingo Boria, del órden de Predicadores*; obra pequeña en su volúmen, pero grande, dice el P. Martí, por el peso de sus razones, muy elogiada de los eruditos, y añade: *Non tam huic auctori tribuendus est labor operis, quam doctori Jacobo Caresmar, canonico regulari Bellipodiensi, qui documenta omnia ex antiquis membranis cæterisque codicibus in archivis ecclesiarum latentibus paravit, ordinavit et Augustino Sala suo amicissimo obtulit, ut ea in justum volumen redigeret suo stylo suoque nomini acommodatum.* Imprimióse en Madrid por Ibarra, año de 1782, en 4.°—A.

SALA (Benito). Este cardenal de la santa Iglesia católica fué español, natural de la ciudad de Gerona, y de una familia noble. Nació en el siglo XVII. A la edad de doce años se retiró á vivir con los monjes del monasterio de nuestra Señora de Monserrate, en Cataluña; y despues de haber enseñado con éxito en las cátedras de religion, se hizo célebre en las ciencias canónicas y teológicas, lo que le valió ser nombrado catedrático de la universidad de Salamanca, en la que recibió la borla de doctor en teología. Elevado á la primera dignidad de su Orden en 1698, fué nombrado obispo de Barcelona, y el amor que profesó á su iglesia le obligó á renunciar otras más ricas, entre ellas la arzobispal de Tarragona. Intervino en el concilio celebrado en Tarragona, en 1699, por el arzobispo Llinas, y en 1701

hizo la solemne traslacion del cuerpo de S. Olegario, obispo de Barcelona á la nueva capilla levantada en honor de este santo. Luego que murió Cárlos II, siguió el partido del archiduque de Austria, haciendo grandes esfuerzos para que este pretendiente obtuviese la corona de España contra su legítimo soberano Felipe V. En 30 de Enero de 1713 le creó cardenal presbítero el papa Clemente XI á peticion del archiduque, haciéndole inquisidor general de los reinos de España. Empero como Felipe V quedó vencedor en esta lucha dinástica, se vió Sala obligado á abandonar su iglesia y á retirarse á Roma, donde murió el año 1715, sin título cardenalicio, á los setenta y un años no cumplidos. Fué expuesto en la iglesia de los Santos Doce Apóstoles, y sepultado en la basílica patriarcal de S. Pablo, delante del altar de S. Benito, con un magnífico epitafio. —C.

SALA (Fr. Bernardo Clemente), religioso agustino, hijo de la villa de Alcira, nació por los años de 1746; fueron sus padres Juan Sala y María Rosa Magraner; tomó el hábito en S. Agustin de Valencia, de donde despues de ordenado de presbítero, pasó al convento de su órden en la Habana; allí obtuvo el empleo de lector de teología; graduóse de doctor en dicha facultad en la universidad de Méjico. En el año de 1779 estuvo en Cádiz, en donde es regular falleciese. Publicó varios sermones de un mérito superior. 1.° *La gran Madre de piedad María dolorosa. Elogio pronunciado en la iglesia de S. Pedro de la Puebla de los Angeles, año de* 1775, *y en la de S. Agustin de Cádiz, año de* 1778, *en la feria sexta de pasion*; Cádiz, por la viuda de Don Antonio de Alcántara, sin año, en 4.°—2.° *La memoria eterna de la Real isla de Leon. Elogio pronunciado en su iglesia Mayor, dia* 4 *de Octubre de* 1778; Cádiz, por D. Manuel Espinosa de los Monteros, sin año, en 4.°—3.° *El hombre sin semejante. Elogio del patriarca S. José, pronunciado en la iglesia auxiliar de nuestra Señora del Rosario de la ciudad de Cádiz, dia* 26 *de Noviembre de* 1778; Cádiz, por el mismo, sin año de impresion, en 4.°—4.° *Sermon para la fiesta de Pentecostés, predicado en la catedral de Cádiz, dia* 8 *de Junio de* 1778; Cádiz, por dicho Espinosa de los Monteros, sin año, en 4.°—5.° *La mayor felicidad de España. Elogio misterioso pronunciado en el monasterio de Sta. María de Cádiz, dia* 17 *de Diciembre de* 1778; Cádiz, por el mismo, en 4.°—6.° *El Delegado de Cristo. Elogio de S. Vicente Ferrer, pronunciado en la anual funcion que la M. I. Nacion Valenciana celebra en el convento de S. Agustin de Cádiz, dia* 11 *de Abril de* 1779; Cádiz, por Espinosa, sin año, en 4.°—A. L.

SALA (D. Diego Gerónimo), de Zaragoza, é hijo del célebre Dr. Sala. Salió muy aventajado en los estudios de las humanidades y de la filosofía. Cursó despues la jurisprudencia, de que tomó el bonete de doctor en la universidad de su patria, y fué maestro de la misma en 1633, siendo canónigo

de la Seo de ella, y segunda vez en 1641. En el de 1647 ejercia el cargo de vicario general del arzobispado de Zaragoza y de su juez sinodal. A la grande comprension que tenia de ambas jurisprudencias unió la de otras ciencias, y fué un no vulgar poeta y un celoso y muy prudente defensor del decoro y dignidad de su iglesia, segun lo recomendó en el discurso siguiente: 1.° *Cómo deben proveerse las dignidades y canongías en las iglesias catedrales, en particular en la metropolitana de Zaragoza, y que no pueden promoverse ántes que vaquen, para cuando vacaren.* En Zaragoza, en fólio, de 21 páginas. sin año de edicion. Es un papel de especial consideracion. — 2.° Traduccion al español de la obra titulada: *El valeroso escudo de la paciencia*, segun el cronista Andrés en su *Aganipe*, págs. 35 y 36, donde acuerda asimismo sus *Versos* y sus alabanzas. — L.

SALA (Fr. Francisco). El maestro dominicano Fr. Francisco Vidal y Micó, en la *Vida de S. Luis Beltran*, fólio 487, col. 1, dice que nació en la villa de Monzon y que profesó la órden de Predicadores en 4 de Mayo de 1566, en el Real convento de Valencia, donde tuvo por maestro en el noviciado á San Luis Beltran. El P. Pradas, en su *Memoria de difuntos*, fólio 145, dice que fué prior de Ibiza, y alaba su virtud. Tambien fué síndico y archivero del mencionado convento de Valencia, donde sus servicios se estimaron. Lo alaba tambien el maestro Fr. Lamberto Novella, en su *Mem. Mort.*, y así en otros escritos del dicho convento y de su maestro Vidal, quien advierte su muerte en 22 de Julio de 1616 en el mismo, y que escribió: *Historia del convento de Predicadores de la ciudad de Valencia, sacada de monumentos antiguos*, de la que se valió él mismo para escribir las vidas de S. Vicente Ferrer y de S. Luis Beltran, segun su índice de autores para trabajarlas, que imprimió en fólio en Valencia. La de S. Vicente Ferrer, por José Estéban Dolz, en 1655, y la de S. Luis Beltran, por José Thomás Lucas, en 1743. — L.

SALA (Isidro), sacerdote, natural de Alicante, canónigo de la santa iglesia de Orihuela, examinador sinodal y visitador de aquel obispado en sede vacante, floreció en la predicacion, y aún vivia por los años de 1730. Dió á la estampa los siguientes sermones: 1.° *Oracion fúnebre en la muerte y exequias de la Reina de España nuestra señora Doña María Luisa de Borbon, que celebró la muy Noble, muy Leal y muy Ilustre ciudad de Orihuela.* En Alicante, por Jaime Mesnier, 1689, en 4.° — 2.° *Eco panegírico de la heróica y justa parentacion que á su venerable prelado, el ilustrísimo señor Don Antonio Sanchez del Castelar, hizo su santa Iglesia de Orihuela* En la misma ciudad, por dicho Mesnier, 1700, en 4.° — 3.° *Panegírico piadoso en las honras á la venerable Sor Ursula Micaela Morata, fundadora y abadesa del Real convento de los Triunfos del Santísimo Sacramento de Capuchinas de Alicante.* En Orihuela, por el mismo impresor, 1705, en 4.° Este autor tuvo un hermano

llamado *José Sala*, que fué canónigo de la insigne colegial de Alicante, calificador del Santo Oficio en los tribunales de Valencia y Murcia, y examinador sinodal del obispado de Orihuela, el cual imprimió un *Sermon panegírico en las célebres fiestas que se celebraron en la ciudad de Alicante por la feliz eleccion de gran maestre de Malta en el Emmo. Sr. D. Ramon de Perellós y Rocafull, natural de Valencia*. En Orihuela, por Jaime Mesnier, 1698, en 4.°—A. L.

SALA (D. José), natural de la villa de Elche, reino de Valencia, canónigo, maestrescuela en la colegial de Alicante y su catedrático de Escritura, calificador del Santo Oficio en los reinos de Valencia y Murcia, y examinador sinodal en el obispado de Orihuela. Publicó: 1.° *Sermon panegírico á S. Juan Bautista en las fiestas que se celebraron en la ciudad de Alicante en hacimiento de gracias por la feliz eleccion de gran maestre de Malta en el Emmo. Sr. D. Ramon de Perellós y Rocafull;* Orihuela, por Jaime Mesnier, año 1699, en 4.° Lo publica Juan Bautista Carciniani, cónsul de la nacion maltesa, con una breve relacion de lo actuado en dichas fiestas. En una carta de un anónimo, que precede á la dedicatoria que hace el dicho Carciniani al mismo Don Ramon Perellós, se dice que Don Juan Sala tenia compuestas: 2.° *Muchas obras de cuaresmas, varios panegíricos, resoluciones y otros escritos.* Y más abajo se explica de esta suerte: «¡Oh, quiera Dios que asimismo salgan á luz todos sus escritos y noticiosos desvelos escolásticos y morales, para que sea por ellos el autor conocido como por espejo de las edades presentes y venideras, no encerrándose su esclarecido nombre en sola su *Ilicitana* patria!»—A. L.

SALA (José Antonio). Nació en Roma este príncipe de la Iglesia católica el dia 27 de Octubre de 1762. Luego que acabó felizmente sus estudios de bellas letras y de filosofía, y doctorádose en teología, se dedicó á cultivar y profundizar las ciencias sagradas, á las que se sintió natural y apasionadamente inclinado. En la primera invasion francesa, al declinar el siglo XVIII, á pesar de los grandes peligros á que estaba expuesto, prestó una constante y firme asistencia á la delegacion que quedó en Roma nombrada por el pontífice Pio VI á su partida de la ciudad eterna, y manifestóse tan valiente en aquella ocasion con los asuntos eclesiásticos, que Pio VII, en 1801, le mandó á Paris con el cardenal Caprara, nombrándole secretario de aquella legacion. La historia dirá las fatigas que le proporcionó este destino, y las dificultades que le fué forzoso vencer; baste decir que si aquel memorable concordato salió para la Iglesia como apénas podia esperarse en tiempos tan difíciles, no tuvo Sala poca parte en ello, el cual en su ejecucion y con sus luces, actividad y firmeza de carácter, se manifestó acérrimo sostenedor de los derechos de la Santa Sede, resistiéndose impávido á las injus-

tas pretensiones del primer cónsul de la república francesa Napoleon Bonaparte. El distinguido caballero Artaud en la *Historia de Pio VII*, tomo II, página 76, alaba el mucho ingenio, la fidelidad al Papa en la regular ejecucion de sus órdenes y su vivísima adhesion á la Santa Sede, confesándole dotado de la más amable cualidad social, y de una probada capacidad en el despacho y manejo de los negocios más árduos. Terminada loablemente su mision, y restituyéndose á su patria, continuó ocupándose en sus estudios favoritos hasta la segunda invasion francesa. Al llegar esta, el papa Pio VII le nombró secretario de la nueva delegacion apostólica en 1809, pero poco tiempo pudo desempeñar este empleo, porque no tardó mucho en tener que emigrar, y durante la prision del Pontífice, andaba fugitivo y errante por los montes de la Umbria, expuesto á todos los peligros de aquellos calamitosos tiempos, sin que por eso dejase de cumplir en lo posible su mision, comunicándose por medio de cartas con Savona, en donde se hallaba detenido Pio VII, y procurando de los modos que le fué posible sostener la marcha de los asuntos de la Iglesia entre los fieles enemigos de la tiranía de la revolucion. Luego que se restableció el órden y que volvió Pio VII á Roma, en 1814, este Papa, agradecido á sus servicios, le nombró prelado doméstico y protonotario apostólico, admitiéndole en su comitiva cuando tuvo que alejarse nuevamente de Roma en 1815, y fijarse en Génova. Desde entónces no ocurrió en Roma asunto alguno importante en el que tomase parte Sala. Fué uno de los prelados de la Penitenciaría, es decir, datario y secretario de la sagrada Congregacion de la Reforma, de los Negocios eclesiásticos extraordinarios, de los Ritos y del Concilio. Fué nombrado asesor de la Visita apostólica y visitador de todos los hospitales urbanos, y fué consultado cuando la Santa Sede entabló y concluyó un nuevo concordato con Francia, y consiguió conducir á buen fin la tentativa sobre los Negocios eclesiásticos con el Piamonte. El buen desempeño de todos estos encargos y de otros muchos le granjearon cada vez más el aprecio de Pio VII, aprecio que mereció igualmente de Leon XII y Pio VIII. De este último fué íntimo amigo, y así es que en cuanto fué elevado al solio pontificio, le envió á Cingoli, su patria, á disfrutar una temporada de los obsequios de sus parientes. Por último, el papa Gregorio XVI, justo conocedor y apreciador del verdadero mérito, premió los muchos servicios prestados á la Santa Sede y á la Iglesia en su larga carrera, creándole cardenal del órden de sacerdotes en el consistorio de 30 de Setiembre de 1831, siendo el segundo de los ochenta cardenales creados por este Papa, de los que no pudo promulgar los setenta y cinco. En elogio de Sala debemos hacer mencion de las palabras con las que Gregorio XVI, en su alocucion *Acerbus de carissimi*, le elevó á la sagrada púrpura, dice así: *Quibus autem laudibus venerabilem fratrem Beriti archiepiscopum, et apo-*

*stolicum Nuntium nostri prosequunti sumus* (El cardenal Lambruschini que fué el primero que creó), *iisdem dilectum quoque filium protonotarium apostolicum Josephum Antonium Sala, pontificiæ Congregationis Tridentinæ Synodi interpretis Secretarium ornamus. Nam et ipse in rerum ecclesiasticarum, tractatione triginta annorum spatio scite, indefenseque versatus, dignum se reddidit quem S. R. E. Cardinalem renuntiemus. Is enim comes datus cardinalis Capraræ episcopo Aesino, quando legatus à latere à Pio VII Lutetia Parisiorum missus fuit, legationis illius per quam salebrossæ ac discriminis plenæ Secretarius; quo ingenii acumine, qua sacrarum rerum scientia, qua fide, qua animi firmitate eminuerit, nemo vestrum ignorat. Nihil igitur mirum præsulem, de quo agitur, tanti à summo pontifice Pio VII factum esse, ut idem Pontifex nunquam satis laudandus cum itinerum in re trepida à se susceptorum comitem, et lateri suo adherentem voluerit. Congregationem postea Sacris Ritibus ordinandis, extraordinariis Ecclesiæ negotiis pertractandis, Tridentinæ Synodo interpretandæ gradatim Secretarius, merita sibi ad sublimem cardinalatus dignitatem assequendam, quæ laborum Sedi apostolicæ in sumptorum merces simul et præmium est intente cumulavit.* Confirióle Gregorio XVI por título la iglesia de Santa María de la Paz, y le adscribió á las congregaciones del Santo Oficio, Concilio, residencia de Obispos, Propaganda, Indice, Ritos, Ceremoniales, Disciplina regular, exámen de Obispos en los cánones sagrados, Negocios eclesiásticos extraordinarios, Estudios y reedificacion de la basílica de S. Pablo. En todas estas congregaciones fué su opinion de gran peso, y por lo tanto muy atendida por su profunda doctrina y larga experiencia en toda clase de negocios. Los cardenales le deseaban en todas las congregaciones por su admirable facilidad y la prontitud con que desenvolvia las cuestiones mas intrincadas, y proponia las mejores y más convenientes soluciones, elogio que merecia su distinguido mérito. Con los honores y distinciones crecieron tambien sus trabajos. Fué un protector decidido de las hermanas de la Misericordia, y con un celo incansable ejercitó la caridad en los hospitales de Roma hasta su muerte, administrando con fidelidad el patrimonio de los pobres, procurando la mejor asistencia y evitando los desórdenes y los abusos en los hospicios y en los hospitales de mujeres. El papa Gregorio XVI nombró sucesivamente al cardenal Sala arcipreste de la basílica patriarcal Liberiana, prefecto de la congregacion del Indice, y despues de la de los Obispos y Regulares. Sostuvo en la época de la tremenda pestilencia del cólera la presidencia de la comision extraordinaria y desplegó en aquellas tristes circunstancias el mayor celo y caridad cristiana. Hízole además Gregorio XVI protector de la Academia Teológica, de la Universidad romana, de la congregacion hospitalaria de Hermanas de la Misericordia y de la Caridad, de la archicofradía de la Piadosa Union, del

cementerio de S. Juan *ad Sancta Sanctorum*, y de la cofradía del Santísimo Sacramento en Santa María *in Via*. Y si á estos tan importantes servicios hechos á la Santa Sede y á la Iglesia universal se añade su generosidad, las muchas limosnas que dió, ya públicas ya secretas, sus generosos y magníficos donativos á las iglesias, la proteccion con que honraba á los estudiosos, su ingenuo candor, su exquisito amor á la verdad y su justificacion á toda prueba, no deberá extrañarse la grande opinion que disfrutó en toda Roma de uno de los más ilustres purpurados que ha tenido la Iglesia romana, y así se lo manifestaron los romanos en su última enfermedad, en la que los admiradores de sus expresadas dotes características las encontraron con el dicho del salmo: *Veritas mea, et misericordia mea cum ipso*. Fué un archivo ambulante de la Santa Sede, como lo expresa al hablar en su elogio el célebre y benemérito hermano el abate Domingo. Su archivo privado era rico y copioso en monumentos preciosos, los cuales enriquecieron despues las congregaciones á que pertenecia, y muchos establecimientos públicos en cuyo gobierno tuvo alguna parte. Acometióle la última enfermedad á los setenta y siete años ménos tres meses de edad, y no cediendo á los cuidados y esfuerzos de la medicina, despues de un largo padecer, habiendo recibido los santos Sacramentos, que pidió con el mayor deseo, y de recibirlos con sumo fervor, deseoso de unirse á su Dios con la firme y consoladora esperanza que manifestó á su asistente espiritual, no llevando al tribunal divino ningun acto de injusticia cometido con deliberada voluntad, y dejando una justa fama de virtuoso, murió en Roma el dia 23 de Junio de 1839, llorado de todos los habitantes de la ciudad eterna, y sentido de cuantos conocian sus virtudes. Hasta el último momento de su vida fué asistido eficazmente por las plegarias de nuestra buena madre la Iglesia, que así como nos recibe casi de las manos de nuestro Criador al nacer, nos vuelve á las mismas manos misericordiosas cuando damos el último suspiro. En el número 50 del *Diario de Roma* de 1839 se da razon de la muerte del virtuoso cardenal Sala con estas expresivas palabras: «El cardenal Sala, cuya pérdida lamentan todos justamente por las virtudes que le adornaban, por sus importantes servicios á la Santa Sede, y por la profunda doctrina é integridad que le distinguia, ha fallecido;» y añade su biógrafo: *Murió llorado por un Gregorio XVI!* Léese en el mismo *Diario*, al número 51 y 53, cómo el cadáver del Cardenal fué llevado para sus funerales á la iglesia de S. Cárlos, en Catinari, su parroquia ricamente tapizada de luto, en la que cantó la solemne misa pontifical el cardenal Falzacappa, obispo de Albano y camarlengo del Sacro Colegio cardenalicio. Despues fué tumulado, segun lo dejó expresado en su testamento, en su iglesia titular de Santa María de la Paz, tan beneficiada por sus larguezas. Su sabio y digno sobrino y he-

redero Pedro Sala, al que ya su tio honró, y la hermana Sor María Inés, superiora del monasterio del Niño Jesus de Roma, le erigieron en la expresada iglesia, á la derecha de la puerta principal, un mausoleo de mármol blanco con adornos, y una lápida monumental en la que se esculpió un bellísimo elogio, muy justo á quien amó tanto la verdad, al que siempre fué imparcial, y al que luchó con el poder de los grandes para iluminarlos, á fin de que se separasen de sus errores y siniestras prevenciones. Me gozo, dice Moroni al escribir la biografía de Sala en su *Diccionario de Erudicion eclesiástica*, de rendir al insigne Cardenal un sincero y solemne tributo de veneracion por su rara virtud, vasto saber y excelentes dotes en tiempos no sospechosos; pues que despues de su muerte pude conocer, que sin yo saberlo, persuadido de mi buena conducta, me defendió de los celosos ó envidiosos escrutadores de la aficion y confianza con que me honraba el pontífice Gregorio XVI. Extiéndese aquí Moroni en alabanzas de Sala, guiado por su gratitud. ¿Será el mismo Moroni el que aquí habla, ó el altísimo personaje á quien se atribuye su *Diccionario*? Sea uno ú otro, este elogio inmortaliza á Sala entre los mejores príncipes de la Iglesia católica romana. —B. C.

SALA (D. Juan), natural de la villa de Pego, reino y arzobispado de Valencia, nació en 19 de Febrero de 1731: fué hijo de Miguel Sala y de Ana María Bañuls, del estado noble; estudió la filosofía y la jurisprudencia en la universidad de Valencia, siguió estudiando las matemáticas con el doctor D. Francisco Ballester, con tal aplicacion que enfermó de calenturas y dolores reumáticos, constituyéndole en un estado peligroso, quedando de sus resultas tan débil de la cabeza, que apénas le permitia leer; sin embargo, llevado de su afecto continuó el estudio de leyes en el siguiente año con tal teson, que ya en 1749 defendió conclusiones en el teatro de aquella universidad; pero en el siguiente de 1751 agravándosele considerablemente el padecimiento, tuvo que suspender los estudios y salir de la ciudad con el fin de lograr su restablecimiento; algo mejorado se restituyó á Valencia, y obtuvo en el año 1753 los grados de bachiller y doctor en leyes; pero luchando siempre con su enfermedad, se vió otra vez en la dolorosa precision de abandonar enteramente los libros y ausentarse para respirar los aires nativos, en cuyo estado se mantuvo hasta el año 1764, en que reconociéndose algo recobrado, recibió los sagrados órdenes. Esforzado, fuerte y victorioso de los trabajos pasados en su salud, hizo oposicion á una de las cátedras temporales de instituta en la citada universidad, graduándose en 1767 de bachiller y doctor en ambos derechos, oponiéndose á una pavordía secundaria de cánones, vacante por ascenso á la primaria del doctor D. José Madroño, que aunque no la logró, sustituyó las cátedras de instituta y derecho canónico, obteniendo despues en propiedad aquella. Ultimamente, vacando otra pa-

vordia por ascenso á la primaria del doctor D. Luis Caprera, fué agraciado con ella, la que desempeñó con los créditos de un hombre sabio, tanto que el Excmo. Sr. Arzobispo de Valencia D. Fr. Joaquin Company, le nombró vicario general, empleo que sirvió con mucho trabajo por los atrasos que ocasionó la larga enfermedad de su antecesor, hasta que víspera de Navidad de 1805, le sobrevino un accidente que le impidió continuar algun tiempo. Recobrado de aquel ataque, siguió en su despacho hasta la primavera de 1806, en que le repitió el insulto; viéndose aliviado de este mal, pasó á Madrid, por ver si con la mudanza de aires lograria su perfecta curacion; pero á su regreso de la corte, al llegar al pueblo de Rotglá, le repitió el accidente con tal vigor, que acabó con su existencia el viernes 29 de Agosto de 1806, en la edad de setenta y cinco años, pudiendo decirse que fué víctima de su laboriosidad y estudio. Escribió: 1.° *Vinnius castigatus, atque ad usum tyronum hispanorum acommodatus in quorum gratiam hispanæ leges opportunioribus locis traduntur;* Valencia, por José y Tomás de Orga, 1779, dos tomos en 4.° mayor; y por los mismos en 1786, tambien dos tomos en 4.° Esta obra es el mismo Vinio compendiado en algunas materias tratadas con sobrada extension. Añadió á los márgenes respectivos los concordatos del reino; y al fin de algunos parágrafos, las disposiciones del derecho patrio, ó derogatorias ó ampliatorias contenidas en las leyes del reino; finalmente, adicionó un tratado de la sucesion intestada, y cinco apéndices: el primero sobre las mejoras de tercio y quinto; el segundo sobre mayorazgos; el tercero sobre censos; el cuarto sobre retratos; y el quinto sobre sociedad conyugal ó bienes gananciales. Todo segun las leyes del reino, y en los títulos oportunos, 2.° *Institutiones Romano-Hispanæ ad usum tyronum hispanorum ordinatæ;* Valencia, por Salvador Fauli, 1788, y por José y Tomás de Orga, 1795, dos tomos siempre en 4.° Es la misma obra que la anterior, con la única diferencia de estar más compendiado el texto de Vinio, y algun tanto mejoradas y ampliadas las remisiones al derecho patrio, las notas y apéndices del mismo. 3.° *Digestum Romano Hispanum, ad usum tyronum hispanorum adornatum;* Valencia, por dichos Orga, dos tomos en 4.° Madrid, por Tomás Alban, 1824, dos tomos en 4.° Contiene un comentario de todos los títulos del *Digesto,* exceptuando solo los que ya se tratan en la instituta; es conforme á las leyes romanas, pero tiene cada título las concordantes del derecho de España, con las correspondientes notas del mismo. Adviértese que en el tomo I insertó literalmente los apéndices de retratos, censos y sociedad conyugal, publicados en las obras anteriores. — 4.° *Jurium Romani et Hispani Historia;* Valencia, por los de Orga, 1798, en 4.° — 5.° *Ilustracion del Derecho Real de España;* Valencia, por José de Orga, 1803, dos tomos en 4.° Madrid, por José Collado, 1820, dos tomos en 4.° — A. L.

SALA (Don Juan). A pesar de que este ilustrado catalan, citado por Amat en su *Diccionario de Escritores Catalanes*, fué obispo de Bona, nada se nos dice en los autores relativo á su vida, y ni áun podemos citar el siglo á que perteneció. Solo nos expresa aquel autor que en la seccion de manuscritos de la Biblioteca Nacional, en Madrid, se halla, señalada con X. 20, una obra suya Ms. titulada: *Carta sobre las diferencias entre el duque de Osuna, virey de Nápoles, y el cardenal de Borja*, cuya carta es de sumo interés para la historia de la casa de Osuna, y que tambien puede servir de mucho para ilustrar la biografía de ambos personajes por los que puede conocerse la época en que el prelado floreció.—C.

SALA (M. R. P. Fr. Luis de), religioso observante de la provincia de Santiago de Galicia, de la que fué vicario provincial desde el año 1424 hasta el de 1447, en cuya época trabajó mucho en la reforma de diferentes conventos, consiguiendo la del convento de S. Francisco de Benavente con ayuda del conde señor de aquella villa, y siendo este el primero que redujo á la observancia. Desde allí pasó al de S. Francisco de la Coruña, que fué el segundo que se reformó, y dando la vuelta á Castilla, hizo observante el convento de nuestra Señora de Alva, situado en unas montañas de notable aspereza y amenidad á una legua de Villafranca del Vierzo, y prosiguiendo el camino llegó á Salamanca, y habiendo reformado el convento de S. Francisco con el favor de la reina Doña María, mujer de D. Juan el II, dió la vuelta á Zamora, cuyo convento reformó tambien, y fué el quinto de los que se hicieron observantes en la provincia de Santiago. Debe advertirse, como lo hace la Crónica, que algunos conventos eran observantes desde su primera fundacion, y los hijos de la provincia habian conservado otros, sin que entrase en ellos la claustra, como fueron S. Lorenzo, Muros, Nabon, Noya y otros. Reformáronse algunos en diferentes custodias de la misma provincia, en virtud de una bula del papa Eugenio IV, dada el año de 1346, que comienza: *Vacantibus sub religionis*, etc., por la cual mandó Su Santidad que los conventos reformados eligiesen vicarios provinciales que los gobernasen. Reuniéronse todos los observantes de la provincia de Santiago y de la custodia de Santoyo, que habian vivido hasta entónces bajo la obediencia de un custodio dependiente del Papa, en el convento de S. Francisco de Benavente, año de 1447, y despues de largas y detenidas discusiones los observantes de la provincia de Santiago se separaron de la custodia de Santoyo, y eligieron por sí mismos vicario provincial sobre todos los conventos que estaban reformados, cesando entónces en este cargo el P. Salazar, que hasta entónces los habia gobernado con grande celo y éxito, mereciendo los mayores elogios de sus subordinados. Tales son las noticias que existen de este religioso con quien ha andado harto parca la historia, pues es indudable que cuando

desempeñó tan elevados destinos contaria para ello con las cualidades suficientes y sabria merecerlos por sus virtudes y piedad. Ignórase la época de su muerte, lo mismo que las demás circunstancias de su vida. — S. B.

SALA (Pascual), hijo de Pedro Sala, ciudadano, y de Feliciana Feliu. Nació en la villa de Pego, condado de Oliva, en 21 de Julio de 1679. Educóse en el santo temor de Dios, y desde sus primeros años dió muestras de grande ingenio. Estudió en la universidad de Valencia las primeras letras, en las que salió tan aventajado como manifiestan sus obras. En la filosofía tuvo por maestro al honorable doctor Felix Gaston, y recibió el grado de esta facultad en la misma escuela á 14 de Abril de 1696, y el de la sagrada teología á 9 de Junio de 1700, habiendo logrado ser discípulo de los dos sabios prelados Don Gaspar Fuster y Don Marcelino Siuri y del doctor y pavorde Don Gaspar Tabuenga. Obtuvo despues cátedra de filosofía, y leyó dos cursos de artes, en los cuales sacó discípulos aventajados: y mereció que el Sr. Siuri, con especial poder que tenia del Real Consejo, le encargase desde el año 1708 la regencia de su pavordía de Escritura, que mantuvo hasta que por Diciembre de 1720 le promovió la ciudad en propiedad á la pavordía primaria de Escritura Sagrada, residiendo un beneficio en la iglesia parroquial de S. Andrés, apóstol; con la circunstancia de haber promovido juntamente á otra pavordía á su hermano el doctor Andrés Sala, que murió rector del colegio de los Santos Reyes. El mismo Sr. obispo le habia encargado la regencia del rectorado de aquella universidad, y la gobernó desde el año 1709 que se ausentó el Sr. Siuri, hasta que la ciudad nombró rector en propiedad en el de 1715 á D. Gerónimo Monsoriu y Castelví, canónigo de la santa Iglesia. El sublime ingenio, vastísima capacidad, maravillosa memoria y comprension de este varon insigne, juntas con su perpétua aplicacion al estudio, le hicieron dueño de cuantas prendas son necesarias para adornar á una persona perfectamente sabia y entendida, con el realce de poseer los idiomas que son precisos para la penetracion de las sagradas letras en sus mismas fuentes. Benjamin Lapapa, hebreo excelente, natural de la ciudad de Salé, en el reino de Fez, hombre de claro y perspicaz ingenio, hijo del Rabino de aquella famosa sinagoga, á quien se le oia recitar de memoria en lengua castellana (pues ignoraba la latina), palabra por palabra, cualquier capítulo que se le señalase del Antiguo Testamento: habiendo aportado á las costas del reino de Valencia, á fines del año 1727, se vió obligado á confesar la venida del Mesías, á pesar de su pérfida obstinacion; convencido, como él decia públicamente, de los irresistibles argumentos que en vista de los textos hebreo y caldeo, le hizo el pavorde; en quien juntamente reconocia muchas ventajas en la verdadera inteligencia de estos idiomas, áun en competencia del profesor que habia entónces en

aquella universidad. Sus tratados manuscritos manifiestan asímismo su limado juicio, exacta crítica, bello método é inmensa leccion en los autores antiguos y modernos de especial nota; y la erudicion sagrada y profana en la que no tuvo igual. De aquí se ha derivado el alto concepto y aprecio en que se tienen sus obras manuscritas de todos los eruditos; los cuales las buscan á toda costa, como partos de un ingenio de los más maravillosos de aquella escuela. No ménos estaba enterado en la historia eclesiástica y seglar, como se demuestra por una eruditísima *Disertacion eclesiástica* que escribió, preguntado por su discípulo el doctor y canónigo D. Francisco Ortí y Figuerola sobre la partícula *Filioque* del símbolo Constantinopolitano, contra el eruditísimo P. José de Cañas, de la Compañía de Jesus, autor del memorial que la santa Iglesia de Sevilla publicó contra la primacía de la de Toledo en el año 1723, y tambien porque D. Juan de Ferreras, con quien el Pavorde se comunicaba por cartas, no hubiera debido tantos aciertos á su pluma en la formacion de la historia de España, si no hubiera sido por sus advertencias. Y no hará esto ninguna novedad á quien sepa que el P. doctor Miguel Sanchez, presbítero de la congregacion del Oratorio, varon sólidamente erudito y extraordinariamente sagaz, le llamaba por sus vastos conocimientos *Biblioteca viva*. Él fué el primero que en aquella universidad estableció la crítica en los tratados Expositivos. Era el oráculo de Valencia, y como tal lo buscaban por consultor los tribunales y personas más autorizadas. Fué calificador del Santo Oficio, examinador sinodal de aquel arzobispado y visitador del convento y casa de arrepentidas de S. Gregorio (empleo que tambien habia tenido el Sr. Siuri) por nombramiento del Sr. presidente arzobispo de Valencia D. Andrés de Orbe y Larreategui. Pero quedó privada la universidad de su mayor lumbrera, cuando esperaba verla elevada sobre el candelero, segun lo pedia el mérito de su sabiduría y piedad; porque habiendo ido á su patria, enfermó de calenturas malignas, y recibidos los santos Sacramentos, murió tan ejemplarmente como habia vivido, dia 11 de Octubre de 1731, de edad de cincuenta y dos años. El confesor que oyó su última confesion, no extrañó tanto colmo de sabiduría, en quien halló que habia conservado siempre la estola de la gracia que recibió en el bautismo sin afearla con mancha grave. Su discípulo D. Francisco Ortí y Figuerola, en testimonio de su amor, escribió la siguiente inscripcion para su sepulcro:

D. O. M.

D. PASCHASIUS SALA

IN SCHOLIS VALENTINIS

LIB. ART. AC SAC. LIT. ANTECESSOR

IN VALENT. DIOECESI EXAMINATOR SYNODALIS

APUD SANCTUM INQUISIT. TRIBUNAL. QUALIFICATOR,
IN METROP. VALENT. ECCL. PRÆPOSITUS
PIETATIS, AC DOCTRINÆ SUÆ SPLENDORIBUS
IPSAS ETIAM SEPULCHRI TENEBRAS CLARISSIMAS REDDIT.
DEBUIT ILLE ACADEMIÆ VALENTINÆ INCOMPARABILEM DOCTRINAM:
DEBUIT ILLI ACADEMIA VALENTINA IMMORTALE DECUS
AB IPSA ADOLESCENTIA
UNIVERSÆ ANTIQUITATIS ERUDITIONE FLORUIT
ET JUVENTUTE NONDUM EXPLETA
RETROACTA OMNIA TEMPORA MENTE COMPLECTEBATUR.
DISCENDIS, DOCENDISQUE LITTERIS TOTUS DEDITUS
HUMANIORES FŒLICI NEXU COPULAVIT DIVINIS
IN UTRIUSQUE AD MIRACULUM DOCTUS,
ILLUD TANDEM OBTINUIT:
NEMINEM ÆVO SUO DOCTIOREM,
RAROS SE OSTENDERE, QUI PARES FUISSENT.
VIRTUTES OMNES MIRIFICE COLUIT;
MODESTIAM PRÆSERTIM, CONTEMPTUM MUNDI, SOLITUDINIS AMOREM.
PRIMAS ECCLESIÆ DIGNITATES
NEC AMBIIT, NEC SÆVO TEMPORE OBTINUIT
ILLIS PLANE DIGNISSIMUS,
MERERI SATIUS DUXIT, QUAM OBTINERE,
ITAQUE
DOCTRINÆ TOTUS, ET PIETATI ADDICTISSIMUS
VITALIS SCIENTIARUM OMNIUM BIBLIOTHECA
A DOCTISSIMIS VIRIS CONCLAMATUS
VITALEM SPIRITUM TANDEM EMISSIT
V. ID. OCT. AN. AB O. R. M.DCCXXXI.
ÆTATIS SUÆ LII.

Escribió las obras que siguen: 1.° *Sacrum veterum hebræorum Kalendarium, dissertationibus illustratum.* Esta obra, de cuya edicion dió esperanzas el canónigo Orti, llamándola *tratado excelente por la limpieza del estilo, por la solidez de las razones y por la abundancia de la doctrina*, que se estaba imprimiendo en Valencia en 1748, no se acabó su edicion hasta el año de 1752, por José Esteban Dolz, en 4.° mayor.—2.° *Quæstiones selectæ ex Veteri et Novo Testamento.*—3.° *De ponderibus et mensuris Veterum Hebræorum.*—4.° *Commentaria in librum Judith.*—5.° *Commentaria in Historiam Evangelicam.* Son cuatro partes.—6.° *De Prolegominis, et sensibus Sacræ Scripturæ.*—7.° *Historiæ Biblicæ ab Orbe condito ad Christi Domini mortem,*

*Sacra Chronologia.* —8.° *Disertacion eclesiástica que demuestra ser falso lo que publicó el autor del Memorial por la santa Iglesia de Sevilla, que en el tercer Concilio Toledano, dispuesto por S. Leandro, se añadiera al símbolo Constantinopolitano la palabra «Filioque», y se mandára cantar así en la Misa; y que S. Leon papa, el Grande, fuese el primero que enseñó la procesion del Espíritu Santo ex Patre Filioque, con palabras formales en la epístola XCIII, escrita el año 447 á Sto. Toribio, obispo de Astorga.* Firmó esta Disertacion en Valencia á 27 de Enero de 1726. —9.° *Informe á la muy Ilustre ciudad, sobre que no conviene que se enseñe en las escuelas de los niños la ortografía que publicó Antonio Bordazar.* Le redactó este escritor, aunque le firmaron con él el maestro Fr. Manuel Miñana, el canónigo D. Francisco Ortí y el doctor y pavorde Luis Vicente Roger, que fueron los cuatro á quienes habia consultado la ciudad, en 28 de Junio de 1729. Existe manuscrito en folio. Debe advertirse, segun Fuster, que la obra del número 3 se imprimió con este título: *De ponderibus et mensuris Veterum Hebræorum ad Sacræ Scripturæ intelligentiam. Commentarius posthumus.* Matriti apud Joachimum Ibarra, 1772, en 8.° Segun el recien citado autor, á más de las obras que cita Jimeno manuscritas, dejó las siguientes que paraban en poder de su sobrino D. Juan Sala: 1.ª *Tractatus de Divini Verbi Incarnatione.* —2.° *Disputationes Scholasticæ de justificatione et merito.* —3.° *Tractatus de perfectionibus Christi Domini.* —4.° *Tractatus de Sanctissimo Trinitatis Misterio.* —5.° *Tractatus de peccatis.* —6.° *Tractatus de virtute fidei Divinæ.* —A. L.

SALA (Fr. Raimundo). Fué este religioso mercenario natural del principado de Cataluña y tal vez de la ciudad de Barcelona, provincial de su Orden; pero solo nos dice Amat que en 1775 escribió un libro de memorias de su convento de Barcelona, libro que fué muy útil al P. Caresmar en sus escritos, puesto que él mismo confiesa que sacó de él varias noticias interesantes reunidas por aquel Padre. — C.

SALA (Raimundo), catalan ilustrado, siguió la carrera eclesiástica y se hizo doctor en teología. Luego que cantó misa fué nombrado para un beneficio, y despues cura párroco de S. Miguel de Barcelona, desde cuyo cargo pasó á ser canónigo de la catedral de la misma ciudad. Aficionado á escribir y bastante piadoso, tradujo del italiano una novena de S. Vicente de Paul, y del francés al español un libro interesante entónces y que no desmerece de los tiempos en que vivimos, titulado: *Reglas de la buena crianza civil y cristiana*, el cual adicionó despues con muy oportunas advertencias, cuya obra imprimió Maura y Martí en Barcelona, el año 1751, en 16.° Segun Amat en sus *Escritores de Cataluña*, trabajó tambien con el doctor D. José Coder, canónigo de la misma santa iglesia catedral, en el arreglo, correccion y adiciones del *Ritual de la iglesia de Barcelona y de su diócesis*,

*ad normam Ritualis Romani, auctum, correctum et emendatum jussu Francisci de Castillo, Episcop. Barcin. Apud Joannem Piferrer, an.* 1743, en fólio menor. Escribió tambien: *Manuale itidem Parochorum Diœcesis Barcinonensis*; un tomo en 8.°, en la misma imprenta y año, del que vió ejemplares Amat en la Biblioteca episcopal de Barcelona.—C.

SALA (Ramon de). Encuéntrase á este eclesiástico escritor entre los canónigos de la catedral de Vich, y citado en el Amat como natural de Cataluña. Sábese que de órden del obispo y cabildo de la santa iglesia expresada, escribió en union de su compañero el canónigo de la misma, Ramon de Cabrera, una obra titulada: *Milagros del santo obispo Fr. Bernardo Calvó*, cuyo códice se conserva, segun Amat, en el archivo de la misma iglesia. Añade el expresado bibliógrafo de los catalanes, que á este códice alude seguramente lo que se lee en el segundo nocturno del rezo del Santo: *Vitam... concluxit, multis adhuc post obitum... coruscans miraculis, ita ut centum et amplius autenticæ comprobata in Ecclesia Vicen. facta legantur.*—A.

SALA Y BERART (Gaspar). Este famoso predicador y escritor español nació en la heróica ciudad de Zaragoza, capital del antiguo reino de Aragon y hoy de la provincia de su nombre, de padres catalanes, en los primeros años del siglo XVI. Luego que terminó sus cursos de filosofía y de teología en Barcelona, fué nombrado en 1628 lector, y en 1635 tomó el hábito en el convento de Agustinos de esta ciudad. Habiéndose distinguido mucho por su talento y en la predicacion, fué nombrado rector en 1636 del colegio de S. Guillermo, en cuya época era ya doctor en teología de la universidad de Barcelona, la que dos años despues le nombró catedrático perpétuo de la misma facultad. A la entrada de los franceses en Cataluña, dice su bibliógrafo francés Mr. Dezos de la Rochette, se declaró Salas partidario suyo, y así es que, cuando en 1642 fué en gran parte conquistada por Luis XIII, este soberano, sin duda por los consejos de Harcourt, al que habia nombrado gobernador, le eligió por su predicador y cronista, dándole al año siguiente la abadía de S. Cugat del Valles. Volviendo Cataluña á poder de los españoles, proscripto Sala por su gobierno, se vió obligado á abandonar la abadía, y en 1652 se retiró á Perpiñan. Despues de la paz de los Pirineos se le devolvió la abadía de S. Cugat, la que poseyó pacíficamente hasta su muerte, ocurrida el dia 7 de Enero de 1770. Se han conservado de este religioso muchas obras, entre las que se han publicado algunas en dialecto catalan: las principales son las siguientes: *Govern Politich de la ciutat de Barcelona, para sustentar los pobres y evitar vagamundos*; Barcelona, 1636.—*Noticia universal de Cataluña; servicios y finezas admirables*; Barcelona, 1639.—*Epitome de los principios y progresos de la guerra de Cataluña de los años de* 1640 *y* 1641; Barcelona, 1641: obra que fué prohibida y puesta en el *In-*

*dice* por el Santo Oficio de la Inquisicion.—*Proclamacion católica*; Barcelona, 1640, en fól. Habia Sala publicado esta obra, que no apareció con su nombre, á fin de justificar la conducta de los españoles que se habian pronunciado, como él, en favor del rey de Francia.—*Lágrimas catalanas en el entierro del ilustre diputado eclesiástico de Cataluña, Pedro Clavis*; 1641, un vol. en 4.° Sala dedicó al cardenal Richelieu esta obra, publicada por órden de los diputados y auditores del principado de Cataluña. Entre las obras de Sala se cuentan por su biógrafo como inéditas las siguientes: *Division geográfica de los reinos de España y Francia*; opúsculo que escribió en español por órden de Jacinto Serronio, obispo de Orange, enviado por Luis XIII para determinar los límites entre España y Francia.—*Armonía geográfica de España*. En esta discusion se propuso Sala conciliar á los cuatro príncipes de la geografía, Pomponio Mela, Estrabon, Ptolomeo y Plinio, sobre lo concerniente á las ciudades, montes y regiones hidrográficas de la península y las cosas más marcadas de cada una de estas regiones. Esta obra se perdió como otras muchas sobre teología é historia, que no habia tenido tiempo de imprimir cuando tuvo que fugarse para evitar la persecucion que le atrajo el haberse afiliado al partido francés. Débese tambien á este abad un sermon predicado ante los diputados de Cataluña el dia 23 de Abril de 1641, y Don Nicolás Antonio, que le cuenta entre los escritores de su *Bibliotheca Hispana Nova*, le atribuye la traduccion en lengua francesa de un opúsculo de Cevizieri titulado: *El Héroe francés, ó Idea de un gran Capitan*, que es el elogio de Enrique de Lorena, conde de Arcourt y gobernador de Cataluña por el rey de Francia.—C.

SALA DE S. AGUSTIN (P. Ambrosio la). Este sabio y virtuoso religioso de las Escuelas Pias nació en la villa de Pina á fines del siglo XVII. Siguió con singular aplicacion la carrera de los estudios, y sus adelantamientos se conocieron tambien en la instruccion y el magisterio, no solo de la filosofía y teología, pues en el buen gusto de las humanidades y buenas letras fué el que procuró adelantar entre los domésticos los medios de perfeccionarlas, como lo reconoce su provincia de Aragon. Con el mismo acierto gobernó varios colegios de su instituto, y fué provincial de este reino, acreditando su religiosidad y prudencia. Murió en Valencia el año de 1766. Escribió con mucho primor y delicadeza varias cartas y composiciones latinas, que se conservan entre los religiosos de la referida provincia, y otros papeles de igual mérito.—S.

SALABERGA (Sta.), abadesa. Nació en el teritorio de Toul, de una ilustre familia. Quedó enteramente ciega en su infancia. S. Eustasio, abad de Luxeuil, compadeciéndose del estado de esta pobre niña, pidió á Dios de todas veras en sus oraciones la volviese á la luz, y bendiciéndola con la fe que

manda el cielo á los predestinados, Salaberga recobró la vista milagrosamente. Destinada al matrimonio por su familia, se casó con un caballero jóven, que murió al poco tiempo, y ella trató de consagrarse al servicio de Dios; pero oponiéndose sus parientes, se vió obligada por estos á contraer matrimonio por segunda vez con un caballero llamado Blandino, de tan especial virtud, que logró ser colocado despues de su muerte por la Iglesia en el número de los santos. De este matrimonio tuvo Salaberga cinco hijos, á los que crió en el santo temor de Dios, y luego que los vió mayores de edad, deseando llevar á cabo su primer pensamiento, y disgustada del mundo y sus pompas, concertándose con su esposo, que fué muy gustoso en ello, tomó el hábito de religiosa y fundó un monasterio en el distrito de Langres, y otro en Laon en 650, al cual se retiró. Dirigió á sus religiosas con el mayor acierto por el camino de la perfeccion, dándolas ejemplo de todas las virtudes cristianas, y despues de haber llevado una áustera penitencia, murió Salaberga gloriosamente en su monasterio el dia 22 de Setiembre, en el que la recuerda la Iglesia, del año 663 de nuestra era.—C.

SALACIA (Fr. Francisco de), del órden de Predicadores. Fué natural de Siracusa, en la isla de Sicilia, en cuya poblacion tomó el hábito de santo Domingo. Desempeñó el cargo de maestro de la Orden, explicando sagrada teología, y floreció á mediados del siglo XVII. Redujo á compendio la grande obra de las *Disquisiciones morales*, de Fr. Vicente Cándido, tambien dominico, y la publicó bajo el siguiente título: *Speculum moralis Archimedis, in quo reflexis radiis solaribus illustriorum disquisitionum moralium reverendissimi patris Fr. Vicentii Candidi Sacri Palatii Apostolici Ordinis magistri Prædicatorum omnes casos conscientiæ maxime practicabiles summariæ digesti resolvuntur, ad industriam P. M. F. Francisci Salacia de Siracusæ provinciæ trinaciæ ejusdem Ordinis Prædicatorum*; un tomo en 4.°, de novecientas cincuenta y dos páginas, impreso en Mesina por Pedro Brea en 1655. Existe otra edicion de la misma obra bajo este título: *Thesaurus desiderabilis candidatæ conscientiæ, in quo non tan compactilia adamantia ad selectissime reperiuntur disquisitionum moralium gemma, quam auraria summa R. P. Fr. Vicentii Candidi, olim Sacri Palatii Apostoloci magistri Ord. Præd. collectus, opera R. T. M. F. Francisci Salacia de Siracusis provinciæ Trinaciæ ejusdem ordinis et patriæ*; un tomo en 4.° de ochocientas cincuenta y dos páginas, impreso en Venecia por Juan Jacobo Herzt, año 1661. En el prólogo de esta obra ofrecia un extenso volúmen en el que se hallarian compendiadas las vidas de los varones de la ciudad de Siracusa, notables por la santidad, las letras y las armas, haciendo extensa mencion de las virtudes y hechos notables de la vida del mencionado Vicente Cándido; pero no consta llegase á realizar esta idea.—M.

SALAFRANCA (D. Juan Martinez). Nació y fué bautizado el 9 de Mayo de 1697 en la parroquial de S. Pedro Apóstol de la ciudad de Teruel, con los nombres de Miguel, Juan, Domingo, Estanislao. Los de sus padres fueron Juan Martinez Nieto y Juana Ana Calvete. Fué racionero de aquella iglesia patrimonial, donde la familia de Calvete posee el patronato de la capilla de nuestra Señora del Rosario, y así por esta linea como por la paterna fué su linaje antiguo y de muy calificado honor. Se ignora el motivo de haber adoptado D. Juan el apellido de Salafranca, nuevo en sus inmediatos ascendientes, quizá no lo seria en otros, y esa seria la causa de su uso; pues en un papel que escribió siendo jóven, solo puso de su mano los apellidos de Martinez Calvete, como se dirá. Sus estudios se tuvieron por bien afortunados por su sabiduría y erudicion en el griego, hebreo, latin y otros idiomas. En la corte de Madrid, donde residió muchos años, y fué capellan de S. M. en las Reales capillas de nuestra Señora del Buen Consejo y de S. Isidro, académico cofundador de la Real Academia de la Historia establecida en dicha corte, uno de los sabios diaristas de los literatos de España, individuo de otras juntas de hombres doctos, y un eclesiástico piadoso, moderado, y tan desinteresado y olvidado de los acomodos que le proporcionaban sus méritos y aceptacion, que vivió contento con aquellas ténues rentas; y áun cuando en 1769, sin pretenderlo, fué agraciado por S. M. con una canongía de la catedral de Huesca, no supo hacer otra cosa que renunciarla y agradecer la benignidad real. Retirado á Villel, tres leguas distante de su patria, siguió en cuanto se lo permitian sus achaques los estudios y el exacto cumplimiento de sus obligaciones hasta su muerte, que acaeció dia de S. Miguel por la tarde, 29 de Setiembre de 1772. Fué sepultado en su parroquial, junto á la grada del presbiterio, y para este lugar le dedicó un su apasionado el siguiente epitafio.

D. O. M.
JOANNI MARTINEZ SALAFRANCA, TUROLENSI
B. MARIÆ BON. CONSIL. ET D. ISIDORI
MATRIT. CAPELLANO REGIO,
ACADM. HISTOR. EX FUNDATORIBUS, ET LITTERARUM
OMNIUM ORNAMENTO
CATHEDRAL. OSCENS. CANONICO DESIGNATO
MERITIS PLUS QUAM FORTUNIS
MORE VIVORUM SCIENTIA ET PIETATE INSIGNIUM
MORIT. OPPID. VILLEL. ANNO 1772
ÆTAT. AN. 76 NON EXPLET
LAUDANT OPERA NON MORITURA.

Las obras que escribió son las siguientes: 1.ª *Memorias eruditas para la crítica de artes y ciencias, extraidas de las Actas, Bibliotecas, Observaciones, Efemérides, Memorias, Relaciones, Miscelánicas, Historias y Disertaciones de todas las academias de la Europa, y de los autores de mejor fama entre los eruditos.* Son dos tomos en 8.°, impresos en Madrid el año de 1736; el primero por Antonio Sanz, y el segundo por Juan de Zúñiga.—2.° *Diario de los literatos de España, en que se reducen á compendio los escritos de los autores españoles, y se hace juicio de sus obras* Son siete tomos en 8.°, que se empezaron á imprimir en Madrid el año de 1777, y en ellos van tambien los nombres de D. Leopoldo Puig y D. Francisco de Huerta.—3.ª *Regulæ reparatæ recta dicendi, et criticandi ex variis auctoribus compilatæ* (hay un borrado y prosigue) *Dom. Joannis Martinez Calvete, Presbyteri turolensis;* y sigue un borrado, ms. en 4.°, de letra del autor. No es obra completa. La posee el doctor D. Joaquin Otal, presidente del Real seminario de San Cárlos de Zaragoza, examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza, calificador del Santo Oficio. Es lástima que no tuviese acabado este escrito, pues en lo que trabajó hay muy discretas y sabias observaciones.—4.ª *Memorias eruditas para la crítica de las artes y ciencias; tomo inédito;* y pudiera haber visto la luz pública, pues tiene originales las aprobaciones de D. Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M. con fecha de 1737, y la del doctor D. Francisco Manuel de la Huerta y Vega. La licencia del teniente vicario de Madrid, el licenciado D. Francisco Valero, con fecha de 8 de Febrero de 1737, y la licencia del Consejo de Castilla, certificada por D. Miguel Fernandez Munilla, secretario de S. M., su escribano de cámara más antiguo, y de gobierno del dicho Consejo, bajo el dia 7 de Febrero de 1737, y al fin va tambien su firma, y por cuanto este tomo se halla en esta disposicion, daremos su índice completo y es: §. I. Miscelánea de Leibnicio. II. Itinerario latino de dos monjes benedictinos de la congregacion de San Mauro. III. Varias observaciones de Henricio Ernestio Helmstadiense, sobre el orígen de los negros y los americanos, por el Rdo. P. Augusto... L. C. D. J. IV. El Médico Malabárico, ó breve relacion del estado del arte médico entre los malabares. V. Varia fortuna y en las escuelas de los protestantes, y una disertacion de la historia peripatética. VI. Disertacion de la poesía de los santos Padres griegos y latinos. VII. Coleccion de las Disertaciones del padre Souciet, de la Compañía de Jesus. VIII. Idea de un filósofo. IX. Principios de la filosofía, su autor Gregorio Guillermo Leibnicio. X. Exceptas de las cartas de Adamo Eberto de la erudicion de los árabes y turcos. XI. Exámen de la libertad veneciana; su autor D. Alonso de la Cueva, marqués de Bedmar. XII. Idea de la mujer que no se halla ni se hallará jamás. XIII. Los buenos jueces de la poesía son más raros que los buenos poetas. XIV. De

la compra de las mujeres; del dote y del Mongergabe, segun el derecho germánico. XV. Actas de santos. XVI. Observaciones sobre unas minas de sal. XVII. Disertacion histórica sobre los duelos y las órdenes de caballería. XVIII. Grutas subterráneas habitadas. XIX. Orígen germánico de la lengua latina. XX. Cartas de décimas, Borque Valenciano, médico del Sr. D. Constantino VI, rey de la India oriental, al P. *** de la Compañía de Jesus, en que se describen algunas sirenas. En este tomo faltan estas tres últimas memorias.—5.ª *Memorias eruditas para la crítica de las artes y ciencias*; tomo VI, que contiene: I. Fuentes maravillosas. II. Reflexiones del emperador Marco Antonio, con notas de Mr. y de Mad. Dacier. III. Historia de un pastor que amó una oveja. IV. la Gaceta de la China, y al fin un mapa, y explicacion de la Caribdis Muscena; Ms. en 4.°—6.ª *Disertacion histórico geográfica sobre las antigüedades de la Imperial villa de Madrid*; es un grueso tomo en 4.°; y al fin hay siete *Memorias de antigüedades de Madrid, de Toledo, de Alcalá y de otros pueblos de España, en tres libros.* Falta bastante de estos tratados; Ms.—8.ª *Historia de la política, usos y costumbres de la América*; Ms. en 4.°—9.ª *Gramática latina explicada con claridad, y método nuevo en idioma español*; Ms. en 4.°—10.ª *Gramática castellana y latina trabajada con particular cuidado y diligencia*; Ms. en 4.°—11.ª *Gramática hebrea*; Ms. Es obra imperfecta.—12.ª *Gramática griega*; Ms. en 4.° Quedó como la antecedente.—13.ª *Descripcion histórica de Turquía, y de las naciones que componen su vasto imperio*; Ms. en 4.° grueso.—14.ª *Diálogo de Luciano Samosatense, vertidos en español*; Ms. en 4.°—15.ª *Exámen general de las historias antiguas, griegas y latinas, de los poetas antiguos, y de los historiadores de España*; Ms. en 4.°, de 1658 páginas, y su proemio de 56. El libro I es de los griegos, errores y fábulas que se notan en Aristóteles, en Estrabon, Diodoro, Pausanias, Josefo, etc. Libro II de los latinos. Libro III de los historiadores de la última edad de los romanos; de los persas, griegos, y latinos antiguos. Libro IV, de las fábulas y errores de los poetas antiguos griegos y latinos. Libro V, de los errores históricos de los últimos siglos. En el prólogo habla tambien del orígen de las fábulas en la historia de España, y de otras noticias oportunas. Se compone esta obra de sesenta y cuatro cuadernos.—16.ª *Poblacion de Teruel y noticias sacadas de los anales antiguos de esta ciudad, que se conservan en su archivo*; Ms. en 4.°—17.ª *Advertencias pertenecientes á la ciudad de Teruel y á sus jueces, sacadas el año de 1739 de la librería del monasterio de Monserrat de Madrid, de diversos códices y escritores*; Ms. en 4.°—18.ª *Carta escrita á D. Joaquin Arascot con fecha de 19 de Mayo de 1769, respondiéndole sobre la vida y hechos del ínclito, devoto caballero Mossen Francescis de Aranda, hijo de Teruel, é íntimo confidente del rey D. Martin de Aragon, despues donado cartujo, escrita por don*

*Joaquin*; Ms. en 4.°, de 19 páginas, donde tambien se refieren noticias pertenecientes á dicha ciudad.—19.ª *Noticias acerca de la Filosofía, con varias reflexiones propias del asunto que lo extienden é ilustran*; Ms. en 4.° Es obra no completa.—20.ª *Advertencias instructivas y curiosas, sacadas de la relacion que hicieron los misioneros jesuitas al rey católico D. Felipe V, que esté en gloria, de las provincias de la América, por especial decreto del Consejo de Indias*; Ms. en 4.°—21.ª *Método de Estudios*. Es un cuaderno Ms. en 4.°, donde manifiesta mucho conocimiento y buen gusto con las ciencias.—22.ª *Preparacion histórico legal para la perfecta inteligencia del tratado de amortizacion del Ilmo. Sr. D. Pedro Rodriguez Campomanes, fiscal del Consejo y cámara de Castilla*; Ms. en 4.°—23.ª *Notas y advertencias de diversos asuntos*; Ms. en 4.°—24.ª *Un grande número de papeles sueltos*, donde trata diferentes puntos de útil instruccion. Todos estos manuscritos referidos los he visto en la pieza de manuscritos de la librería del Excmo. Sr. D. Manuel de Roda, en Zaragoza, en su Real seminario de S. Cárlos.—25.ª *Diferentes otros papeles y muchas cartas escritas de su mano*, y dirigidas al doctor don Juan Antonio Hernandez Perez de Larrea, dean actual de la metropolitana de Zaragoza, y entónces canónigo de la Real iglesia del sitio de S. Ildefonso, cuyos asuntos son útiles y deleitables. D. Agustin Bays, su confidente en Villel, quedó con las cartas que le escribieron diferentes literatos, y otros papeles. Alaban al autor muchos varones doctos, entre quienes se distinguieron los sabios D. Juan de Iriarte en la censura de las Memorias eruditas, tomo I; D. Agustin de Montiano en la censura del tomo II de dichas memorias, y D. Ignacio de Luzán en su carta latina, que dió á luz bajo el nombre de Ignacio Phitalethes, y dirigió á los PP. de Trevoux, sobre asuntos de literatura española, página 20.—L. y O.

SALAFRANCA (Fr. Tomás de). Nació en Zaragoza el año de 1624, de una familia conocida. Tomó el hábito de Predicadores en el Real convento de Sto. Domingo de esta ciudad en 1639. Concluidos los estudios siguió la carrera de lector, y la completó. Recibió el grado de doctor teólogo en la universidad de Lérida, fué su catedrático en esta facultad en 1654, y despues de la de vísperas de la misma. Así en este magisterio como en el de la oratoria evangélica tuvo aceptacion. En 1656 era prior del convento de esta ciudad, y presentado de su Orden ya en 1658. Viajó á Roma á su capítulo general por socio del P. Mtro. Fr. Blas del Fan, que era definidor, donde predicó é imprimió el siguiente sermon. 1.° *Sermon de S. Antonino, arzobispo de Florencia, predicado en la feria IV infraoctava de Pentecostés, 7 de Junio de 1656, en la solemnidad del capítulo general del órden de Predicadores, en el convento de la Minerva de Roma. Dedicado al Rmo. P. maestro Fr. Juan Bautista de Marinis, maestro general de todo el órden de Pre-*

*dicadores;* en Roma, en la imprenta de Nicolás Angelo Tinay, en 4.°, de 40 páginas.—2.° *Dos libros de oraciones sagradas*, que no vieron la luz pública. Su muerte parece fué el año de 1673, y se nota en las actas del capítulo provincial de 1674.—L.

SALAGNI (Geofroi de). Nació este jurisconsulto eclesiástico en Borgoña, en 1316, de una antigua y noble familia del país, y probablemente sería sobrino de Juan Salagny, obispo de Macon. Luego que terminó el estudio de las humanidades, fué á la universidad de Orleans, en donde estudió la jurisprudencia, de cuya facultad recibió la borla de doctor. Despues visitó las universidades de Angers y de Montpeller. Retirándose á Macon fué nombrado canónigo de su iglesia, y despues dean de la iglesia de S. Vicente. En esta ciudad empezó en 1342 su comentario sobre el *Infortiat*. Poco despues se le nombró vicario general del arzobispado de Arlés, y emprendió diversos viajes. Fué tambien sucesivamente á Milan, á Roma, en donde se encontró en 1350 en la época del gran jubileo; á Nápoles, en donde asistió en 1356 á la coronacion de Juana I y de Luis de Tarento, su marido. En fin, atravesó la España para ir á Portugal, encargado, segun se dijo, de una mision secreta cerca del rey de esta nacion, de parte del Santo Padre. En 1364 se halló en Aviñon, residencia entónces de los papas, y en esta ciudad terminó su grande obra de jurisprudencia, que le habia costado más de veinte años de trabajo, la cual presentó al papa Urbano V. Créese que siguió á Roma á este Papa, al que acompañó algunos años, y que desempeñó el cargo de *auditor contradictarum*. Su libro, cuyo manuscrito estaba depositado en la biblioteca de la universidad de Aviñon, fué publicado por Santiago Novarini, profesor en derecho de la misma universidad, con el título de *Goffredi Salignaci celeberrimi necnon perspicacissimi legum professoris et Commentarii in Infortiatum*; Lyon, 1552, nueve volúmenes en fólio. En esta obra dice el editor que Salagny fué obispo de Bayeux; pero esto es un error. El año 1372 sucedió á Juan de Salornay, su pariente, en el obispado de Chalons-sur-Saone, y murió en 1374, segun su biógrafo Philbert.—C.

SALAI, padre de Azaba, madre del rey Josaphat. Véase Regum, XXII, 42.—S. B.

SALAMANCA (Fr. Alejo de). Fué natural de Zamora; y dotado de un ingenio muy claro y de una aplicacion nada vulgar, hubiera indudablemente brillado mucho si hubiese seguido la carrera de las armas segun querian sus padres, ó la de la magistratura que era á la que se inclinaba un tio suyo que tenia muy buena posicion y deseos de favorecer al jóven en sus estudios y demás. Él sin embargo, guardando á todos las consideraciones y atencion debidas, creyó que lo que le convenia más era el estado religioso, y preten-

dió ingresar en un convento de Padres de S. Francisco de su pueblo. Tuvo que vencer las dificultades consiguientes á una oposicion, puede decirse que sistemática, de parte de sus parientes; mas como los religiosos veian su inclinacion y que todas las cosas en él iban en perfecta armonía con estos deseos que manifestaba, no hicieran caso de las exigencias de sus mayores, y le dieron el santo hábito con indecible gozo del excelente jóven, que apénas se vió investido con él, se creyó ya en el logro y posesion de todos sus deseos, y se persuadió que todas las cosas le habian de ser favorables, toda vez que el Señor le habia concedido la realizacion de este su primer y único deseo. Hizo el noviciado con inequívocas muestras de ser verdadera su vocacion, y profesó, como era consiguiente, muy á satisfaccion de toda la comunidad, y entónces ya de sus padres que se convencieron de que Dios le llamaba por ahí, y no quisieron poner obstáculos á la divina gracia. Cumplió firmemente nuestro recien profeso todos los cargos que le impusieron sus superiores, y hubiera indudablemente brillado en el desempeño de prelacías y de cargos los más importantes si su modestia no le hubiera impedido el dedicarse á ellos, por lo cual los rehusó cuantas veces se los brindaron. De esta suerte, y considerándose siempre indigno de los favores de Dios, y siempre inútil en el desempeño de su ministerio, acabó sus dias en medio del vivo sentimiento que causa siempre el que desaparezca del mundo un hombre de virtud. Dejó escritos unos diálogos que tituló *De Christi Domini Republica*; obra que puede decirse que es un compendio de mística, pues tiene los documentos más importantes para los tres estados de la vida espiritual explicadas con suma claridad y con mucho acierto. Los cronistas de la órden Seráfica han considerado siempre al P. Alejo de Salamanca como uno de los ornamentos de su época, tanto por su ciencia como por su virtud y demás excelentes prendas. — G. R.

SALAMANCA (Fr. Alonso). religioso de la órden de S. Gerónimo, profeso y prior de la Sisla de Toledo, sugeto muy recomendable y de muy buenos portes, muy profundo en letras y religion, muy adherido y amante de la buena doctrina del primer fundador Fr. Pedro Fernandez Pecha. En el año de 1425, y el cincuenta y tres de la confirmacion de la Orden, se juntaron en el convento de S. Bartolomé los priores y procuradores de los conventos, á 7 de Mayo, para celebrar capítulo general, cuatro años despues de celebrado el anterior. Eligieron lo primero definidores, y comenzando á dar asiento á los negocios les presentaron una bula del papa Martino V, que entónces regia la Iglesia, en que permitia Su Santidad que los prioratos pudiesen durar más de tres años sin vacacion ni nueva eleccion, bastando que la mayor parte del capítulo por un escrutinio secreto viniese en ello, sin poder del general ni confirmadores de la eleccion. No pareció bien á

los definidores aquella determinacion, emanada de las pretensiones de algunos religiosos inquietos y mal avenidos. Con todo, para evitar quejas, ó se dijese que se hacia poco caso de las letras de Su Santidad, resolvieron proponerlo á todo el capítulo. El mayor número, con santo celo, lo contradijo, dando razones bastantes, probando ser todo invencion de personas de poco espíritu, amigas de novedades, y en gran perjuicio de la religion; y así ordenaron no se hablase más en ello ni se pusiese el negocio en prueba, encargando á los definidores castigasen al prior y procurador de cierta casa que habian presentado el breve, y á los demás que fuesen partícipes en aquel asunto, para que otros en adelante no se atreviesen á desasosegar la Orden, solicitando semejantes breves, colorando su ambicion con apariencias de religion. Los primeros dias de este capítulo presidió como prior de S. Bartolomé y general de la Orden Fr. Lope de Olmedo, que habia sido elegido dos veces, y lo fué cerca de ocho años. Por razones de gran consideracion, descubiertas de algunos siervos de Dios, dotados de buena vista y de celo y firmeza en todo lo perteneciente al bien de la Orden, fué necesario hacer que vacase su oficio ántes de fenecer el capítulo. Por lo tanto hubo necesidad de abreviar la eleccion del general, porque se hallaban faltos de tiempo para el despacho de los negocios que se habian retrasado en gran manera. Para esto los religiosos capitulares de S. Bartolomé acordaron de comprometer esta vez, de su propia voluntad, el derecho que tenian á la eleccion, de los ocho definidores del capítulo, para que ellos solos hiciesen la eleccion. Aceptaron el compromiso, y con el mayor acierto pusieron los ojos en Fr. Alonso de Salamanca, que de público se sabian sus virtudes, gran inteligencia y profundos conocimientos. A todos satisfizo la buena eleccion y le dieron la obediencia con extraordinaria alegría del capítulo. Fray Lope, que pretendia reformar la Orden y perpetuarse en el generalato, como fué depuesto y por el pronto se le frustraron sus intentos, concibió bastante enojo y se propuso por los medios que pudiese ejecutar su pensamiento. Pasó á Roma para desde allí hacer la guerra y salir con su pretension. Para esto contaba con el favor del Pontífice, de quien se dice habia sido condiscípulo; le presentó sus proyectos que Martino V recibió con benevolencia, y atendió á sus solicitudes. A los tres años, segun costumbre, el de 1428, se volvió á celebrar el capítulo general. Entraron los priores y procuradores en S. Bartolomé de Lupiana el 3 de Mayo. Presidió en él Fr. Alonso de Salamanca, que aún no habia vacado su oficio; se ordenaron muy buenas cosas; pero dió bastante que hacer el tenerse que ocupar de contrarestar las gestiones de Fr. Olmedo, que no trataba más que de producir perturbaciones en la Orden, y desmoralizarla ocasionando divisiones. — A. L.

SALAMANCA (Fr. Alvaro de), religioso franciscano de la provincia de

Santiago de Galicia, obtuvo el grado de doctor en teología en la universidad de su patria, y fué enviado por el claustro de la referida universidad al papa Martino V, para suplicarle mandase se guardase el órden de ascender á las cátedras, conforme los grados de los aspirantes, método que mandó observar Su Santidad. Agradaron tanto al Pontífice las relevantes prendas del doctor y Mtro. Fr. Alvaro, que no solo remedió luego todos los inconvenientes como pedia la universidad, sino que nombró á nuestro religioso decano de la facultad de teología en una bula, que por su demasiada extension nos abstenemos de copiar. Empero de su lectura se deduce que Fr. Alvaro fué uno de los catedráticos más célebres en su época de la universidad, que á la sazon pasaba por una de las más distinguidas de Europa, y en la que sus estudios, su facilidad en expresarse y su grande erudicion, le valieron el renombre que le acompañó hasta mucho despues de su muerte. Justo premio de una vida entera de laboriosidad, consagrada al cultivo de las ciencias, de que fué uno de los más ilustres profesores. Ignoramos sus demás circunstancias, aunque es de suponer corresponderian á los buenos títulos que habia sabido conquistarse. Mucha ciencia acerca á Dios, dice una máxima bien conocida y vulgar, empero el vano y futil saber ni áun conocer deja los atributos de la Divinidad; y correspondiendo á ella el P. Salamanca, no dejaria de distinguirse por sus virtudes tanto ó más que por su erudicion. Negarlo seria negar una de esas verdades reconocidas en todos los siglos, y mucho más en el que vivió este religioso, modelo de buenas costumbres, de religion y piedad. Entónces el que se apartaba de la buena senda hallaba cerradas todas las puertas para un brillante porvenir, y desgraciado del que abandonándose al impulso de sus pasiones desconociese los principios que tienen la felicidad de la vida. Desconocidos y hasta negados en otros siglos, hemos visto á muchos hombres vagar víctimas de una desgracia que se han acarreado, y no queriendo ó no pudiendo comprender su verdadera causa, han acusado á la Divinidad tal vez de lo que solo debian acusarse á sí propios. Empero esto que con mucha frecuencia presenciamos hoy, era un hecho probado en los tiempos á que nos referimos, por eso en ellos la ciencia iba siempre unida á la virtud, y seria un agravio, no solo el negarla, sino áun el suponer su falta en personas que sin ella no hubieran podido existir cuanto ni más el ocupar y sostenerse en los brillantes puestos en que los vemos colocados.—S. B.

SALAMANCA (Fr. Blas de), franciscano español, natural de Cáceres, en Extremadura. Hijo de una familia muy conocida por su nobleza, sus padres le proporcionaron una educacion correspondiente á su clase, y procurando él corresponder á sus sacrificios, hizo los más rápidos adelantos figurando muy en breve entre los más aventajados de sus condiscípulos. Decidido á

seguir la carrera religiosa, tomó el habito de la órden Seráfica en la provincia de S. Miguel, de la Observancia regular, donde bien pronto se dió á conocer por su capacidad y virtudes. Nombrado predicador apostólico desempeñó este cargo con celo y acierto, trabajando con los mejores resultados en el bien de las almas, cuya conversion procuró por cuantos medios se hallaban á su alcance. Tambien obtuvo el cargo de definidor de su provincia, que ejerció por un breve período por haber sido destinado á la Obra pia de Jerusalen, donde marchó arrostrando todo género de penalidades y peligros. El cuidado y custodia de los Santos Lugares ha pertenecido siempre á la religion Seráfica, de la que marchan algunos religiosos á aquellos países, y permanecen en ellos durante algun tiempo, ocupados en diversos ejercicios, pero particularmente en la conservacion y cuidado de los sitios en que se verificaron los misterios de la santa redencion del género humano. Uno de los á ellos enviados fué el P. Salamanca, hombre docto en el idioma arábigo, que enseñó por un largo período, obteniendo particular reputacion. Consiguióla mucho mayor en Tierra Santa, donde ejerció cargos de la primera importancia, como los de párroco de Damasco y Jerusalen, y vicario del pontífice Clemente XI cerca del patriarca de Antioquía; para llenar su cometido en tan difíciles puestos de una manera conveniente, hubo de hacer largos viajes, recorriendo toda la Palestina, la Siria, y no pequeña parte de Egipto. Adquirió por lo tanto grandes conocimientos que le fueron muy útiles al volver á Europa, y no ménos á la Iglesia, que supo aprovecharlos para llevar á cabo sus piadosos planes en países de tanto respeto y veneracion para todos los cristianos. Por desgracia carecemos de muchos detalles para poder juzgar á este religioso con toda la extension y exactitud que merece su nombre y sus trabajos. Unicamente se sabe que despues de haber obtenido grande celebridad en aquellos países remotos, pasó á Roma á dar cuenta de su mision; y negándose á aceptar las recompensas que por el buen desempeño de su cometido se le proponia, regresó á su patria, Extremadura, y se estableció en el convento de Zafra, en el que ejerció el cargo de vicario, muriendo despues de 1730. Habia escrito diferentes obras, de las que se han publicado las siguientes: *Viam sacram et ad cœlum sermitam;* Madrid, 1728, en 8.°—*Gramática arábigo-española*, juntamente con un *Diccionario arábigo-español*, 1764, en 4.°—S. B.

SALAMANCA (Fr. Diego de), religioso gerónimo en el monasterio de Guadalupe. Este gran siervo del Señor vivió en la Orden más de cincuenta años, pudiendo decirse no pasaba tiempo por él, pues su conversacion y trato era todo con el cielo. Se dió de tal modo y tan profundamente á la meditacion, y era tan permanente en la oracion, que donde quiera que estaba se encontraba con altar, coro y oratorio. En muchos años no llegó á hablar

con hombre alguno, bien fuese religioso ó seglar, y únicamente salia de esta regla con los que iban á hablarle y á consolarle con su vista y consejos, y siempre hallaban en estos singular refrigerio y excelente doctrina. Todos se admiraban de ver tanta suavidad y tan bello carácter en un ánimo al parecer tan oscuro y tan retraido de la comunicacion con los hombres. Andaba siempre como olvidado de sí mismo, y si alguna vez le era forzoso por su estado oir y entender las cosas de los demás, y acudir á los capítulos y elecciones, y en fin, á todo aquello que no se puede excusar en las comunidades, le producia gran sentimiento y disgusto, porque le distraia de sus santos pensamientos y santas ocupaciones. Para evitarlo enteramente y olvidarse del todo de negocios terrenos, pidió con grande instancia á su prior que le hiciese merced de admitirle la renunciacion del voto activo y pasivo para ni poder elegir, ni ser elegido, ni tener que tratar de asuntos del gobierno, ni de la hacienda, ni de otro particular alguno, para poder dedicarse únicamente á la contemplacion y consideracion del misterio de la redencion del hombre, y de la bondad y amor de Dios para con el mismo, y lo que tocaba á su alma. El prior por agradarle, y por ver cuán de corazon lo pedia, se lo concedió, quedando contentísimo con haberlo conseguido. Desde aquel punto se entregó completamente á la oracion y contemplacion, echándosele de ver su alegría en su afable y bondadoso semblante, ocupada su imaginacion en elevados pensamientos. No tenia cuenta ni ponia la menor atencion en todo cuanto ocurria en la casa ó pasaba en la Orden. Guardaba la vista con sumo recato, los ojos recogidos en sí mismo; huia de todo género de conversacion, ni iba á las granjas, ni salia de casa, ni consentia que nadie le dijese lo que en ella pasaba, y únicamente le veian en el coro y en el refectorio. Llegó á tanto la mortificacion de aquel alejamiento é ignorancia de los sucesos, que muchas veces habian transcurrido quince y veinte dias despues de la eleccion de nuevo prior, y el siervo de Dios no sabia aún quién era, porque ni los ojos habia alzado á ver quién ocupaba la silla, á pesar que nunca faltaba del coro. Era tan riguroso en la abstinencia, que en muchos años ni comió carne, ni pescado, ni huevos, ni otra cosa más que un poco de caldo y pan, y áun para eso añadia agua en la taza, para que ni áun el caldo fuese bueno. Recogíase en la capilla de S. Martin, y allí en el silencio de la noche, cuando ya todos estaban recogidos y en silencio, hacia sus disciplinas, y muchas veces desde allí se iba á maitines, sin haber tenido otra cama, habiendo pasado toda la noche en oracion. Algunos entendieron, de los que le iban á hablar y comunicar más de ordinario, que el Señor hizo grandes favores á su siervo en aquella capilla, sino que como era tan recatado y retraido, no se pudo entender cosa clara respecto de estos agasajos. Y si alguna vez referia algo,

lo hacia como ocurrido á tercera persona, y enigmáticamente ó por cifras. Tambien echaron de ver estaba dotado de espíritu profético, porque les dijo á diversas personas que tuvieron necesidad de hablarle por el estado de sus conciencias, cosas tan admirables, que no podian saberse y era imposible por la vía humana. De este modo, y con tanta mortificacion del hombre exterior, pasó este siervo de Dios tantos años de religion, y acabó santisimamente. —A. L.

SALAMANCA (D. Fr. Diego), del órden de S. Agustin. Fué natural de Burgos, y tuvo por padres á Francisco de Salamanca y á Leonor de Orense. Tomó el hábito en el convento de S. Agustin de Burgos en el año 1540, y profesó en 16 de Junio de 1541 en manos de Fr. Alonso Davila, prior del convento. Fué definidor en su religion. Habiendo pasado á la América ó las Indias, como entónces se decia, desempeñó el cargo de visitador de las provincias que la religion tiene en ellas. Regresó á España con objeto de tratar algunos asuntos relativos á las órdenes mendicantes, y hallándose en Madrid fué elegido prior del convento de S. Felipe el Real. En 1575 le presentó el rey Felipe II para el obispado de Puerto-Rico, pasándose la gracia en Roma el año 1576. Cuando marchó á tomar posesion de su mitra, solicitó permiso para llevar en su compañía dos canteros y dos albañiles, con objeto de dirigir las obras que pensaba hacer en su catedral, lo cual le fué concedido. Partió por el mes de Abril de 1577. Edificó á su costa las magníficas gradas por donde se sube á la iglesia. En 1587 pidió licencia á Gregorio XIII para ir á Roma á tratar cosas secretas de su conciencia, cuyo permiso obtuvo, así como obtuvo el beneplácito de Felipe II, que le dió permiso por dos años, á condicion de nombrar un vicario docto, prudente y de buena vida. Vuelto de Roma á España hizo solemne renuncia de su obispado, reservándose las causas, y se retiró al convento de S. Felipe el Real de Madrid, en el que terminó sus dias. —M. B.

SALAMANCA (Fr. Gerónimo de), sacerdote religioso capuchino de la provincia de Castilla. Habiendo llegado á la cumplida edad de ochenta años, rendido su cuerpo á la ancianidad, nunca perdió la fortaleza del espíritu, deseando en su más floreciente edad aquellos aumentos temporales á que le inclinaba entónces su ardiente genio, dejó su patria, y dedicándose á la asistencia de un ministro de alta posicion, pasó á Italia, donde por cierta desazon que se le ofreció con un caballero, salió con él al campo donde decidiesen los aceros lo que no podian conseguir las razones. Sin embargo, su cobarde y traidor contrario previno para el lance á otros dos para que le ayudasen, encontrándose el jóven español sorprendido y acometido por los tres italianos; á pesar de esto, les hizo frente con alentado rostro, pero rendido al fin, más á la ventaja del número, que al valor de aquellos tres cobardes corazo-

nes, cayó en tierra con tres peligrosas heridas; una en el pecho, la segunda en un brazo, y la última en la cabeza. Le dejaron y abandonaron por muerto, pero Dios que derriba al pecador para levantarle, dispuso que las heridas que Gerónimo habia recibido no le acabasen, y que como el herido del Evangelio hallase su samaritano en la compasion de unos hombres que acertaron á pasar por allí, y viendo el mal estado y riesgo de aquel prójimo, le condujeron á su casa, y asistido convenientemente vino á recobrar la salud del cuerpo para conseguir la del alma, pues aprovechando el escarmiento, único fruto de las desgracias, y dando efecto voluntario y rendido á las divinas inspiraciones, que le llamaban al estado de religion, eligió la más austera, y se agregó con sumo consuelo al número de sus novicios, y despues del año de probacion al de los profesos, no sin experimentar gran satisfaccion de que habia correspondido á lo que de él pretendia la acertada providencia del cielo. En seguida pasó de Italia á España, é incorporándose á la provincia de Castilla, la sirvió en prelacias de estimacion y en negocios de consecuencia, como fueron la fundacion de los conventos de Capuchinos de Salamanca, Toro, Segovia y Valladolid. Esta última le empeñó en muchas ocasiones de padecer, que venció con rara y plausible constancia. Quedó superior siempre á todas las calumnias y contradicciones que excitó el celo quizá indiscreto de los que procuraron embarazar el feliz logro de su cuidadosa solicitud. Venció con paciencia las mayores dificultades, constituyendo su fortaleza, segun lo previno el divino oráculo, en el silencio y la esperanza. Atento á la ley de la caridad, enmudecia á la propia injuria, ó como de sí dijo el profeta, teniendo de pedernal el rostro, correspondia á los golpes en que le maltrataba la sinrazon, con centellas de amorosos afectos, encaminadas hácia el amor de Dios y del prójimo. Libre ya de este género de ocupaciones, empleó todo su desvelo en cumplir con las austeridades de su instituto, añadiendo á las que en comun se practican, muchas que meditaba el deseo de llegar á la última perfeccion, sin atender á su ancianidad, que pudiera eximirle de algunas de las observancias más rigurosas; andaba del todo descalzo, renunciando el alivio de las sandalias áun en el corazon del invierno, y lo que no es de menor molestia, en el ardor último del verano. En todos los sábados del año y vísperas de aquellas festividades que consagra la Iglesia á María Santísima, ayunaba á pan y agua, acompañando la severa ley de esta abstinencia con la de varios ejercicios de trabajo y penalidad. Agravado, pues, por la edad y la penitencia, se empezó á sentir con una calentura lenta, precursora, como él lo conoció, de su cercano fallecimiento, á que se dispuso con vivas ánsias de salir del destierro de este penoso siglo, y conseguir la patria á que ha predestinado Dios los que observan sus santas leyes. Hizo confesion general, bañado en llanto, con

otras demostraciones interiores y exteriores, con que descubrió lo muy ocupado que tenia el ánimo de aquella compuncion, que pide una legítima penitencia. Cuando instó la hora de recibir el Santísimo Sacramento en forma de viático, se arrojó del lecho á la tierra, y poniendo en ella los labios, adoró presente á su dulcísimo Redentor, pidiendo despues á los circunstantes le ayudasen con sus oraciones, á disponerse para comulgar conforme era debido á aquella oculta soberanía. Viendo los religiosos la debilidad del enfermo, se apresuraban en órden á darle la uncion, y á aquellas devotas deprecaciones que tiene señaladas la Iglesia para auxiliar á los moribundos; pero el siervo de Dios, que mucho tiempo ántes habia pedido á su Divina Majestad le sacase de esta vida mortal en el dia del seráfico patriarca S. Francisco, y tenia firme esperanza de que habia de ser así, dijo á los religiosos caminasen á paso más lento en estas últimas asistencias, porque aún le faltaban cuatro dias de vida, que eran los intermedios hasta la fiesta del seráfico Padre. Desde entónces se le fortalecieron los pulsos, cesando los síntomas más notables, de modo que muchos se formaron la ilusion de que habia de recobrar la salud. Aproximándose, sin embargo, el término señalado, pidió Fr. Gerónimo la santa uncion, y la recibió con tan grande aliento, que con él desmentia su ancianidad y su enfermedad. Hácia las nueve de la noche llamó á un religioso, y le pidió rezase una señalada oracion, y estando en ella y cumpliéndose el dia profetizado, salió de esta vida mortal con apacible y sereno tránsito. Poco despues apareció en forma visible á uno de los religiosos, y lleno de gozo le dijo: «Me he salvado por la divina misericordia, sea Dios por siempre alabado, que con mano tan liberal premia en la gloria los merecimientos de los que en el mundo le sirven.» Murió el año de 1641.—A. L.

SALAMANCA (Fr. Gregorio de), religioso franciscano natural probablemente de la ciudad que indica su apellido. Hijo de una familia antigua é ilustre, siguió su carrera con notable aprovechamiento, distinguiéndose mucho por su aplicacion, pues hallábase dotado de una no vulgar capacidad, y de un deseo de adelantar, que le hacia vencer toda clase de obstáculos é inconvenientes para obtener el objeto de sus deseos. Pero una constancia á toda prueba y un ánimo decidido, vencian por lo general todas las dificultades, como llegó á conseguirlo Fr. Gregorio como término de sus esfuerzos. Su fama, áun siendo estudiante, habia llenado la célebre universidad de su patria, así es que era buscado y apreciado por sus mismos maestros, que veian revivir en él sus lecciones y principios, y le creian llamado á ser su sucesor. Empero la Providencia lo habia dispuesto de diferente manera, pues si bien todo auguraba un brillante porvenir en la carrera literaria, más aficionado él á seguir los gloriosos caminos de la virtud, deseaba renunciar á todas las ventajas que las letras le ofrecian, para seguir los elevados

instintos de su santa vocacion. No dejaba esto de ofrecer dificultades á un jóven que por su casa y familia se hallaba llamado á destinos muy diferentes; pero cuanto mayores fuesen los obstáculos que hubiese que vencer, más meritorio sería su sacrificio, y cuanto mayores trabajos padeciese por la santa causa, más glorioso el triunfo que le esperaba en último término y resultado. Sería muy largo de referir el catálogo de sus aventuras y vicisitudes antes de tomar el hábito, y colocarse entre los religiosos á quienes de muy antiguo miraba como hermanos, prescindiremos por lo tanto de ellas para ocuparnos principalmente de sus virtudes y de sus hechos en la religion, desde el instante en que entró en el claustro. Humilde, obediente, virtuoso, y dado á toda clase de ejercicios de piedad, el que desde un principio y áun ántes de vivir como religioso se habia entregado á todas estas obras, las siguió ejercitando despues con doble celo, como propias de su profesion y nuevo modo de vivir: el no haberlo hecho así hubiera sido renunciar á todos sus antecedentes y antigua vocacion, lo que se hallaba tan léjos de su ánimo como de sus deseos. Constante por lo tanto no tardó en salir del noviciado, y como ya tenia terminados sus estudios, fué ordenado de sacerdote y comenzó á consagrarse al ejercicio de la predicacion: la forma en que lo hizo, mejor que de nuestras palabras, puede deducirse de la larga relacion que en este punto nos da la Crónica, la que aunque no completa, vamos á insertar en su mayor parte: «Era cosa maravillosa ver el concurso de gentes que venian á oir la doctrina del siervo de Dios: los nobles y delicados perdian el sueño y se levantaban muy de mañana para venir á tomar lugar donde mejor le pudiesen oir, cesaban los rencores y diferencias, frecuentábanse las confesiones y comuniones, restituíanse las usuras, y dejábanse las pompas y vanidades, los juegos é instrumentos de música vana. Por todos los lugares por donde él predicaba eran traidos y quemados delante de él, estando predicando, y todo el pueblo mirando y glorificando á Dios en su santo siervo. Y tan gran devocion creció en el pueblo, que cualquiera cosa que él tocase, luego la guardaban por reliquias, y no sin causa, porque en ellas hacia nuestro Señor á aquella gente milagrosamente muchos beneficios, aunque el humilde siervo de Dios recibia grande pena de que sus cosas fuesen tenidas en tanto. No se puede declarar con cuánta devocion y concurso de todos, así nobles como plebeyos, concurrian á oirle, y luego por más secretamente que se fuese á algun lugar, corrian á él todos dejando sus ocupaciones y oficios para oir de su boca la palabra de Dios y verlo y tocarlo. Por los caminos salian los labradores de sus casas, y muchos dejaban los arados y azadones con que estaban trabajando, y venian á pedirle la bendicion; oíanle todos como á ángel que venia del cielo, y obedecíanle en todo, mudando sus vidas en más servicio de nuestro

Señor. Parece haberse cumplido en este siervo de Cristo aquella profecía que el glorioso S. Bernardino dijo predicando en Perusa en la plaza de la ciudad delante de todo el pueblo. «Despues de mí, vendrá otro en este há»bito en tiempo que estareis en mayor necesidad; oidle, y haced lo que os »dijese, porque ay de aquellos que no le oyesen.» Padeció este siervo de Dios grandes persecuciones por predicar la verdad, como imitador de los apóstoles y predicadores de Dios. Predicando en una ocasion en la iglesia mayor con increible aplauso del pueblo, dirigia principalmente su sermon contra los judíos é infieles, los cuales entónces estaban en aquella ciudad en mucha honra y riquezas iguales á los ciudadanos nobles, y tantas eran las usuras que trataban, que parecian traer la ciudad debajo de sus pies. La cual cosa viendo el celoso siervo de Cristo, predicaba y animaba á aquel pueblo á que no sufriese más tan gran cautiverio, mas que los echasen fuera y levantasen un monte de piedad, así como en otras muchas ciudades lo habian hecho. Perseverando, pues, con este celo en sus sermones, aunque algunos de los judíos fueron echados, defendidos otros por los habitantes cuyos bienes tenian empeñados, echaron fuera de la ciudad en medio de la cuaresma al predicador de Cristo, constante en predicarles la verdad, y lo que cumplia á la honra de Dios y provecho del pueblo. Salido de allí el Santo con sus compañeros, rogábales muy ahincadamente que hiciesen oracion por sus perseguidores, pidiéndoles que cada dia rezasen por ellos una corona á nuestra Señora. Echado, pues, de su ciudad fué á otra, y rogándole sus vecinos que acabase de predicar allí lo que faltaba de cuaresma, hízolo con grande aceptacion y provecho de todo el pueblo, aunque al principio fué murmurado de todos los otros predicadores, pero fué cosa de admiracion, que despues ellos mismos en los púlpitos, pedian perdon al pueblo de las murmuraciones que contra el siervo de Dios habian dicho, y á él mismo le fueron muchos á pedir perdon humildemente. Otra vez habiendo predicado una cuaresma y hecho grande efecto, fuése á predicar á otras partes; pero despues volviendo halló la ciudad puesta en armas por los grandes bandos que habia, á los cuales tan áspera y libremente reprendió, predicando contra las cabezas de aquellas divisiones, que lo echaron fuera de la ciudad, haciéndole muchas afrentas, las cuales el siervo de Dios sufrió con grande alegría. Despues de esto, conociendo su error, le enviaron á llamar, y fueron sus más devotos oyentes y obedientes á su doctrina. Y puesto que padeciese muchas persecuciones de los seglares y de los otros predicadores, nunca se le oyó decir una palabra mala contra ninguno, sino que siempre contestaba diciendo bien por el mal que se le hacia, y por esta razon tuvo siempre á Dios por su defensor, que á sus enemigos convertia y confundia. Fué tambien muy probado y atribulado con muchas y graves en-

fermedades, las que sufrió siempre con grande paciencia, no dejando por esto de trabajar ni de predicar al pueblo la palabra de Dios. Por lo mucho que se esforzaba predicando, se le abrió en el pecho una vena; mas no por esto dejaba de proseguir en su encargo, ántes predicaba muchas veces al dia, aunque hiciera mucho frio ó calor. No quebrantaba los ayunos por sus enfermedades, ni andaba á caballo, sino que con la mayor paciencia sufria tan continuos trabajos, caminando siempre descalzo, sin llevar alpargatas ni ninguna otra cosa en los pies. Dióle el Señor por su gran pureza y buena vida el espíritu de sabiduría y entendimiento para que conociese las cosas venideras, y predicase al pueblo sus tribulaciones ántes que llegáran, como lo hizo en muchas ciudades, en las cuales vieron todos las cosas que el siervo de Dios habia predicado, enviadas por la Providencia para castigo del pueblo. Predicando una vez en Sevilla les dijo las calamidades y trabajos que habian de venir sobre ellos, deseando, movido de compasion, estar entónces vivo para ayudarlos, todo lo cual aconteció en los primeros años despues de su muerte, habiendo en la ciudad muchas discordias entre sus vecinos. Hallábase adornado de grandes virtudes, era muy circunspecto y cauto en su conversacion, así pública como secreta, dando siempre á todos ejemplo de edificacion, y en particular huia las pláticas de las mujeres. Con los hombres pobres y de bajo nacimiento conversaba con más frecuencia y con más familiaridad que con los ricos y nobles, y daba como razon de esto que los ricos tenian otros muchos consuelos, pero el pobre y atribulado necesita tener quien le consuele. Era tan amante de la soledad, que hasta huia el trato con los hermanos religiosos, y en la celda estaba con tanto recogimiento como si se hallase en presencia de un público numeroso. Todas las noches se entregaba á sus oraciones y penitencias por un largo espacio, de lo que daba testimonio un compañero suyo diciendo que siempre le encontraba de rodillas. Fué muy devoto del bienaventurado Fr. Jacome de de la Marca, que le habia recibido en la Orden. Tenia devocion, entre otros muchos santos, á S. José, esposo de nuestra Señora, y predicaba muchos panegíricos suyos. Tenia por especial abogada á la madre de Dios, y predicaba con gran fervor en todas sus fiestas, animando al pueblo á su devocion, y nunca se pasó un solo dia en que no rezase la corona de nuestra Señora. Fué muy celoso de su profesion en sí y en los demás religiosos, animándoles y exhortándoles á que cumpliesen la regla á que pertenecian. Un religioso jóven le preguntó en una ocasion en qué se ocuparia más para perseverar en la religion y aprovechar en ella, al cual el siervo de Dios contestó: Obedece simplemente, ora y estudia, y con tal orden, que por la santa obediencia dejes el estudio y la oracion, y por la oracion dejes el estudio. En el monasterio en que vivia, siendo ya anciano, habia un novicio,

dice la Crónica, de gentil disposicion, el cual de tal manera era atribulado del demonio, velando y durmiendo, con diversas tentaciones é imaginaciones sensuales, que determinaba ya de volverse al siglo. Y pidiendo al maestro sus vestidos, no pudiendo el maestro apartarle de aquel propósito, fué á contar al siervo de Dios cómo aquel novicio queria volver al mundo, y mandó que se le trajese delante, el cual, preguntando la causa por qué queria dejar la religion, el novicio le descubrió toda su importuna y contínua tentacion. Oyendo esto el piadoso siervo de Cristo, movido de gran compasion, comenzó á llorar y á decirle:—Hijo mio, tambien yo en mi mocedad fuí muy perseguido del demonio, y sábete que en tres términos se vence la tentacion. El primero, luego al principio cuando viene, y entónces vencerla es cosa fácil. El segundo en el medio, y ya con más dificultad se vence. El tercero á la postre, y entónces de mil, uno queda vencedor. Los siervos de Dios hanle de dar gracias cuando no son tentados, porque no tienen oportunidad para pecar; y cuando la tienen, se las han de dar porque son tentados. Quiero que sepas, hijo, de la manera y ardid con que salí vencedor en mi tentacion; fué dándome á la oracion, y encomendándome en las oraciones de los otros religiosos, y por eso tú debes hacer lo mismo con grande confianza de que Dios te dará la victoria contra el enemigo. Yo de mi parte te encomendaré á nuestro Señor, y hacerlo hé de todo corazon; por tanto no desconfies, sino persevera, que al fin de las grandes tempestades suele aparecer claro y sereno.—Con estas palabras se volvió á su celda el mancebo muy consolado, y fué tan maravillosa la virtud de la oracion del siervo de Dios, hecha por aquel novicio, que jamás volvió á sentir aquellas tentaciones de la carne, y andando despues por muchas partes del mundo entre cristianos é infieles, como fueron Italia, Francia, España, y Tierra Santa, siempre salió vencedor de aquel vicio, aunque el demonio le ofrecia muchas veces oportunidad para pecar, cuya victoria atribuia este religioso á las oraciones de este siervo de Dios. Ejercitábase mucho, á pesar de su avanzada edad, en ayunar, y ayunaba las siete cuaresmas instituidas por el patriarca S. Francisco, con muchas abstinencias, como en no beber vino, ni comer una cosa cocida, y no solo castigaba su cuerpo con ayunos y oficios trabajosos, sino tambien con ásperos silicios y crueles disciplinas. Incitaba á los demás religiosos á cuál podria velar más y orar, y de tal manera los animaba, que nunca se hallaba la iglesia sola, observando este órden que en las primeras horas de la noche, cuando la mayor parte de la comunidad vela y está en el coro y en la iglesia, algunos de ellos se iban á descansar y dormian dos ó tres horas, y despues, levantándose, perseveraban en la oracion hasta la mañana siguiente. Algunos de aquellos, acabados los maitines, se volvian á acostar, y velaban

los que habian ido á maitines, unos hasta las cuatro, y otros habia que no dormian hasta despues de maitines, de manera que todos juntos ó parte de ellos se ocupaban continuamente conversando con Dios en suaves entretenimientos espirirituales. Algunos oraban estando en pie cuatro ó cinco horas sin moverse de un lugar, hasta que vencidos del sueño caian en tierra, y del golpe quedaban despiertos y vencedores. Otros vencian el sueño con disciplinas, poniéndose en cruz y con las rodillas en tierra. Era tan contínua y fervorosa la oracion de algunos, que sentian extraordinarios éxtasis y raptos. El fervor de la caridad era tan intenso y verdadero en ellos, que cada uno tenia tanto cuidado y caridad de los otros, como si á su cargo estuviesen solamente los oficios de todos, sin tener en cuenta el propio provecho ni descanso, y á manera de madre de familias, tiernamente se desvelaban sobre la conservacion de la santa vida y buenas costumbres de sus hijos, proveian solicitamente las necesidades ordinarias de los demás religiosos, aunque muchas veces faltase para ellos mismos, lo cual tenian por mejor que no que faltase para los otros. Tal fué el método de vida que en sus últimos años introdujo Fr. Gregorio de Salamanca en el convento en que habitára, convirtiéndole en un plantel de virtudes con notables ventajas para su Orden, para el catolicismo, y la ciudad que le vió nacer, donde no tardó en encontrar la sepultura con grande sentimiento de cuantos le habian conocido y tratado, que acudieron á rendirle el último tributo en sus solemnes exequias, verificadas con grande concurrencia del clero y pueblo de Salamanca, donde todavía se conserva la memoria de sus hechos.—S. B.

SALAMANCA (Bto. Fr. Juan Hortelano de), religioso de la seráfica Orden de S. Francisco. Nació este siervo de Dios en Portugal cerca del año de 1455 en la pequeña aldea llamada Villaverde, de padres de muy escasa fortuna, motivo que le precisó, á la edad de quince años, á pasar á Castilla mendigando, entre tanto que Dios le deparaba un amo á quien servir para ganar el sustento con el sudor de su rostro sin perjuicio de otros menesterosos. Con este fin paró en Ledesma, donde un ganadero, prendado de la gracia natural del portuguesillo (que así le llamaban hasta que tomó el hábito), le recibió para zagal ó segundo pastor de sus ganados. En este humilde empleo se empezaron á descubrir los primeros lineamientos de su virtud, porque, á mas de ser muy honesto, callado, afable, puntual en el cumplimiento de su obligacion y muy oficioso para con todos, era sumamente compasivo con los pobres, á los cuales, cuando venia al poblado para oir misa, repartia la mayor parte de aquellas groseras viandas que entre semana le habian dado para su sustento. Miéntras se celebraba la misa, asistia á ella tan devoto, que más parecia extático, y á todos hacia gracia, no sin notable admiracion, la atenta reverencia del simple pastorcillo en el templo y en todas

las funciones sagradas. Y como el espíritu divino, para hacer ostentacion de sus maravillas, inspira á sus protegidos, eligió á este humilde zagal inclinándole el corazon desde su juventud en el amor de Jesucristo con una llama tan viva y tan constante, que nunca se le observó apagada, ni áun tibia. Por entónces predicó en Ledesma un religioso franciscano, ponderando con singular energía la fineza del amor de nuestro Redentor Jesus en haber padecido pasion y muerte tan ignominiosa y cruel, sin más interés que redimirnos de la esclavitud del demonio y enriquecernos con los tesoros de la gracia y de la gloria. Y como el bendito mancebo, que se hallaba en el sermon, tenia tan bien dispuesto su corazon con la pureza de sus costumbres para todas las impresiones del amor santo, se le fijó tan altamente la fineza ponderada del predicador, que desde aquel instante hasta el último de su vida no cesó de repetir las palabras: *Mi amor Jesus*; en tanto extremo, que esta amorosa aspiracion llegó á serle permanente. De dia, de noche, velando, durmiendo, en los templos, en las plazas, en los caminos, como ébrio verdaderamente de amor, no cesaba de repetir aquellas palabras, á lo ménos con el corazon. Murió en esta sazon el amo, y su mujer, que para guarda de sus rebaños no queria pastor tan endiosado, le despidió de su casa sin haber hallado el bendito jóven otra en que servir, porque viéndole todos con aquel embeleso, que aunque devoto pasaba plaza de manía, no le juzgaban útil para fiarle cosa alguna de su hacienda. Este desamparo fué la puerta que abrió la Providencia divina para entrar á este alumno suyo en la seráfica religion; porque habiéndole encontrado casualmente dos religiosos que volvian de Ledesma á su convento de Salamanca, donde moraban de familia, le llevaron consigo para que sirviese en alguna oficina de la casa, persuadidos á que aquella repeticion de su aspiracion amorosa más que de manía tenia indicaciones de espiritual. Llegados al convento casi al ponerse el sol, se le encargaron al portero para que le recogiese aquella noche, interin que dada cuenta al prelado, resolvia lo que debia ejecutarse. Hízolo así el portero, y habiéndole ordenado que se quedase aquella noche en el hospicio de los mozos comensales, el beato Hortelano, miéntras ellos dormian, se puso de rodillas en oracion, en la cual perseveró tan absorto en Dios, que al despertar los mozos, le hallaron en la misma postura, vertiendo copiosas lágrimas y repitiendo fervorosamente su amorosa jaculatoria: *Mi amor Jesus.* A la mañana, divulgado el caso por el convento, el prelado con los Padres discretos trataron de examinarle; y persuadidos á que todas las circunstancias que en él concurrian le calificaban de buen espíritu, determinaron poner en la huerta al bendito mancebo para que ayudase en el cultivo de ella al religioso hortelano. Muerto este no muchos dias despues, y habiendo experimentado los religiosos que el santo mozo perseveraba en una

vida ejemplar y toda inculpable, acompañada de grandes ánsias de vestir el santo hábito, se le dieron para lego, y le continuaron en el oficio de la huerta. Este trabajo, ejercitado sin intermision por muchos años, le adquirió el renombre de *Hortelano*, desaparecido el apellido paterno; por cuya razon todas las crónicas de la órden Seráfica tratan de él con el nombre de *Beato Juan Hortelano*, no sin alguna especie de aquella gloria que brilla en el sujeto cuando su propio mérito le da su nombre. En corriente y bien expresiva frase de la Santa Escritura, se llaman *llenos* los dias de los justos; porque repartidos sus piadosos ejercicios por todas las horas, no dejan en el tiempo instante alguno vacío. Aun con el descanso y el sueño, tomados por obediencia y por otros muchos fines ordenados á Dios, llenan santamente el tiempo. En el santo Fr. Juan Hortelano quedó heróicamente acreditada esta verdad: porque en cuanto tomó el hábito observó inflexiblemente el siguiente tenor de vida. Tocado á silencio á prima noche, se entregaba á un brevísimo sueño en el cual no dejaba de velar su corazon, y áun expresar sus labios la ya dicha jaculatoria. Llegada la hora competente, despertaba á la comunidad para los maitines, á los cuales indefectiblemente asistia. Concluidos estos, tomaba una cruel disciplina; y hechos otros devotos y penales ejercicios, continuaba su oracion hasta el alba, á cuya hora bajaba á la sacristía, donde recibia devotamente el sacramento de la penitencia. Despues empleaba la mañana en oir todas las misas que podia, sirviendo en ellas de acólito, habiendo recibido en la primera la sagrada comunion. El espíritu de reverencia y adoracion á estos divinos misterios, y el júbilo espiritual que le rebosaba al exterior era tan singular y notorio, que los sacerdotes ponderaban como gran fortuna cuando celebrando la Misa le tenian por acólito; y los prelados, por no defraudarle de los frutos de este espíritu, le tenian mandado que hasta que se concluyesen las Misas no bajase á la huerta. La oracion de la noche, por lo regular, la tenia en la misma huerta á cielo descubierto, unas veces de rodillas, otras en pié, pero siempre elevadas las manos, muestra no vulgar de su invicto fervor en ella. Si el temporal era destemplado, se subia á orar á un escondido rincon de la bóveda de la iglesia, delante de una devota imágen de María Santísima que allí tenia decentemente colocada; buscando estos retiros á fin de desahogar las llamas de su amor, escondido de los humanos ojos y con entera libertad. Estos eran los regulares ejercicios en que ocupaba la noche y la mayor parte de la mañana. Lo restante de ella hasta el medio dia le empleaba en pedir por la ciudad varias limosnas, en consolar afligidos y visitar enfermos que le daban mucho que hacer, porque todos le solicitaban por la fe que tenian en su virtud, calificada con maravillosos efectos. La tarde reservaba para el cultivo de su huerta, y para las oraciones y devociones que rezaba en culto y reve-

rencia de María Santísima y de otros cortesanos de la gloria. Su oracion fué siempre muy elevada y sobrenatural, con experiencia de todos los grados más íntimos y secretos que describe la teología mística; por lo cual todos los que le consultaron en puntos de oracion siempre le consideraron como oráculo, habiendo sido uno de ellos el santo cardenal Cisneros, que no solo experimentó la iluminacion de su espíritu, sino muchos de sus admirables raptos, en largas temporadas que le tuvo consigo. Fué enriquecido de un copiosísimo don de lágrimas y de altísimas inteligencias del misterio de las tres Divinas Personas en indivisa unidad de esencia. Llegó con esto á una enajenacion de sí tan absoluta, que en todas partes y á vista de todas las gentes andaba absorto en Dios, sin atender á si tenia registro de humanos ojos para ejecutar las extraordinarias exterioridades á que solia frecuentemente impelerle la fuerza del espíritu. Así es que la antigua Crónica refiere que siempre andaba trasportado en Dios, haciéndole reverencia y acatamiento en el altar ó en cualquiera otra parte, que si no fuera conocida su santidad, pudiera atribuirse á locura ó á haber perdido el juicio. Una de las más graciosas y extravagantes exterioridades de su santa y cuerda locura, era tener á mano ciertas sonajas de cascabeles y una flautilla, las cuales alternativamente tocaba para ponerse en oracion cuando venia de fuera del convento, porque decia que la armonía de aquellos instrumentos hacia sacudir del sentido cualquiera imágen que se le hubiese adherido en el comercio del mundo, y que así conseguia fácilmente recoger el espíritu en Dios. No está, sin embargo, tan desnuda de apoyo esta santa invencion, que no se hallen ejemplares de ella así en la historia eclesiástica como en la sagrada, los que sería ocioso reproducir para los doctos, y solo puede estar la diferencia (bien que material) en la calidad de los instrumentos. De la elevadísima oracion del Bto. Hortelano, ya referida, eran unas veces causa, otras efecto, sus rigidísimas penitencias; porque así como es cierto que estas ceban el amor para que el espíritu levante más alentada la llama, así lo es tambien que esta da gran vigor al espíritu para la mortificacion del cuerpo hasta llegar á conformarse cuanto le es posible con la imágen de Jesucristo. El Bto. Hortelano, para fomentar ó para confirmar la llama de aquel fuego que ardia en su oracion, usaba de penitencias contínuas y crueles, como sin duda lo era un asperísimo silicio, á modo de túnica, que le ceñia todo el cuerpo y que nunca le apartó de sí, hasta que despues de muerto se le arrancaron, tanto para asombro, como para veneracion de su austeridad. Las disciplinas y el ayuno hacian á la naturaleza igual horror que el silicio. Eran aquellas de sangre, y muchas veces repetidas sobre las mismas llagas; el ayuno contínuo y del todo intolerable á las fuerzas de la humana flaqueza, no estando prevenida de los esfuerzos de la gracia. Por

cumplir con el consejo evangélico y de la regla, comia de todos los manjares que le ponian en la mesa; *pero tan poco de cada uno* (dice la citada Crónica) *que sería tanto como una avellana*. Cumplia con el consejo y dejaba irritado el gusto. Si la devocion ó compasion ajena le precisaba tal vez á tomar más alimento, lo desazonaba con agua, tierra ó ceniza, segun tenia la oportunidad, ó hacia con la mezcla de las diferentes viandas tales gazpachos, que pudieran causar asco al estómago más robusto. El vino jamás le bebió puro, sino cargado de tanta agua, que quitándole la fuerza y el sabor, ni era una cosa ni otra. En los ayunos de precepto, ni áun estando enfermo mitigaba el rigor. Y como en una enfermedad el general, que se hallaba presente, le mandase comer carne, violentó tanto el espíritu de su abstinencia para ejecutar sin réplica el mandato, que con mortales arcadas vomitó sangre junto con el alimento que habia tomado. Admirados algunos religiosos en una ocasion del extremo de su austeridad, llegaron á significar que le tenian envidia y que se avergonzaban de su propia flojedad y tibieza. «Otra mortificacion, hermanos mios (les dijo entónces el Santo), es más digna de envidia, porque en poco bulto encierra mucho valor, y con ménos ruido hace más provecho. Esta es perdonar las injurias y amar de corazon por Dios á nuestros enemigos. La cifra de todas las mortificaciones es esta, porque en ella se quebranta del todo el espíritu, en las otras solo el cuerpo; y hay entre ellas la misma diferencia que entre el cuerpo y el espíritu.» En la práctica de la pobreza observaba el siervo de Dios el mismo rigor y extremo de austeridad que en los demás quebrantos del cuerpo. En su celda nada hacia embarazo á la pobreza, porque ni áun para dormir tenia tarima, sino unos duros y desiguales maderos, que más que de tarima le servian de potro. Sus hábitos siempre fueron los desechados de los demás religiosos; y para que luciese en ellos la vileza noble del pobre estado, llevaba reparadas su roturas con los remiendos. La contínua meditacion de la pasion y muerte del Salvador le producia un fuego de compasion amorosa, que comunicado del Altísimo, penetraba todo su espíritu y le instruia en sapientísimos conceptos y expresiones de la fineza de Jesucristo, en haber sacrificado su vida por nuestro amor, y sobre este asunto explicaba, con admiracion de los doctos, muchos lugares de la Sagrada Escritura, especialmente de los Salmos y los Santos Evangelios. Con la experiencia que tenian de esta maravilla los prelados de aquel convento, solian mandarle que en el refectorio, en vez de la leccion de la mesa, hiciese pláticas espirituales á la comunidad, dejándole á su arbitrio el asunto; y como en su obediencia nunca se halló la réplica en sus labios, obedecia, tomando casi siempre por asunto á Cristo crucificado, cuya pasion ponderaba con tanto fervor de espíritu y adecuada aplicacion de textos, que no podian oirle los religiosos

sin anegarse en lágrimas con mucha edificacion y fruto, y lo mismo sucedia á los seglares sobre igual objeto en las conversaciones familiares. De las finezas de la cruz hacia fácil tránsito á las del Sacramento; el estilo de explicar su agradecido amor á estas finezas no era ménos ardiente ni ménos conforme á la extraordinaria calidad de su espíritu. Además de aquella profundísima reverencia con que daba culto al Santísimo Sacramento cuando ayudaba á las Misas y le recibia todos los dias en la sagrada comunion, se encargó del aseo de las lámparas, no solo del convento, sino de todas las parroquias de la ciudad, ejercicio en que perseveró constante desde su profesion religiosa hasta su dichosa muerte, habiendo tenido en este culto tan empeñado conato, que cuando estaba enfermo ó ausente, dejaba encomendado eficazmente este cuidado á otro religioso. Para el ejercicio de esta devocion habia obtenido licencia de los prelados, que se la concedieron gustosos en atencion no solo del impulso de su espíritu, sino tambien á la necesidad de aquellos tiempos en que andaba muy desatendido y desaliñado, principalmente en las parroquias, todo lo relativo al divino culto. Acabadas de celebrar las Misas en el convento, salia por la ciudad á solicitar limosnas de cera y aceite; y con lo que recogia iba surtiendo á proporcion la necesidad de las mismas parroquias, y de camino dejaba limpias y aderezadas las lámparas. Como los moradores de la ciudad veian tan bien lucido y aprovechado este celo en culto de Cristo sacramentado, eran contínuas, y tal vez muy considerables, las limosnas con que contribuian. Pero aún no bastando estas para tan crecido gasto, le hicieron á este fin varias consignaciones de cera y de aceite los reyes de Castilla y Portugal y otros magnates de ambos reinos, á cuyo conocimiento habia llegado la santidad del Bto. Hortelano de Salamanca. Pero en el acto en que más ostentaba su devocion á Cristo sacramentado, causando admiracion y universal edificacion, era en la procesion del Corpus. Iba en ella sin manto, delante y muy cerca de la custodia, fijada á la cintura una gran talega, muy limpia, de lienzo con diferentes separaciones, conteniendo varios perfumes, y en la mano izquierda un braserillo ó incensario con ascuas. Así prevenido, cantando ó bailando, y haciendo genuflexiones, cebaba el braserillo con los perfumes, ofreciéndoselos al Santísimo, repitiendo su amorosa aspiracion *Mi amor Jesus*, con tan extraordinario júbilo y tan copiosas lágrimas de devocion, que la excitaba notablemente áun en los ménos devotos. Si algun severo crítico censurase en los prelados la tolerancia de estas y otras semejantes exterioridades, ya por ménos sérias de lo que conviene á una funcion sagrada, ya por el peligro de vanidad, que debiera evitarse, excitada del aplauso del vulgo, en cuyo novelero juicio tienen grande estimacion estas extravagancias, se les puede contestar que los extraordinarios impulsos del espíritu, cuando

estan calificados por sus efectos (como lo estaban en el siervo de Dios), no deben sujetarse á las leyes de la ordinaria prudencia, y que cuando de estos ejemplares no se vieran llenas las historias eclesiásticas, bastára por todos el del santo rey David, danzando delante del Arca del Testamento, como se asegura en el *libro II de los Reyes*. En otro caso devotísimo se descubrió tambien maravillosa la veneracion y amor del Bto. Hortelano al Santísimo Sacramento, y cuánto sentia que no se le sacrificasen todas las honras del mundo. Llamado de los reyes Católicos para tenerle consigo algunos dias, con ocasion de darle cierta limosna que le habian ofrecido, entró en palacio á la sazon que estaba comiendo el rey con la ostentacion y grandeza que es conforme y correspondiente á tal soberanía. Notó el siervo de Dios la multitud de alhajas de plata que adornaban el aparador; la riqueza de la vajilla; la limpieza y calidad exquisita de los manteles; la abundancia y variedaz de los manjares; la puntualidad de los pajes y demás asistentes ilustres, el ruido que hacia el metal de los platos, tropezando unos con otros cuando se quitaban y ponian; y en la armonía de los instrumentos que regalaban el oido, miéntras el exquisito sabor de los manjares adulaba el gusto. Y cotejando todo aquel fausto con la pobreza y desaliño con que en la mesa del altar era servido el supremo Señor de tierra y cielo, quedó poco ménos que escandalizado y sorprendido de pasmo, porque haciendo la cuenta solo con los fervores de su celo, le parecia que tal desórden no podia caber en ánimos cristianos: «Este aparato (decia entre sí, aunque en estilo más elevado, pues era comunicado por el cielo), esta ostentacion, esta riqueza para la mesa de un hombre, que no porque sea rey deja de ser gusano formado de la tierra corrompida como los demás mortales. ¡Y tanta pobreza, tanto descuido, tanto desaliño en la mesa del altar, que es la de Dios, Rey de los reyes y Señor de señores! ¿No es esto mengua de nuestra santa fe? ¿No es ultraje de la católica religion? ¿No es afrenta de la cristiana piedad? No es menosprecio de mi amor, Jesus sacramentado? ¡Oh mi amor Jesus! Yo os desagraviaré de todas estas injurias en la mesa del altar cuando vuelva á mi convento.» Con esta resolucion, desembarazado del palacio lo más presto que pudo, y vuelto al convento, embebido todo en la idea de desagraviar á Cristo sacramentado, el primer dia que llegó se fué á la sacristía despues de comer la comunidad, y habiendo sacado todas las toallas, cálices, patenas, platos, vinajeras y todas las alhajas más preciosas destinadas al divino culto, adornó con las toallas la mesa del altar mayor, y con las demás alhajas las gradas más inmediatas, imitando, en lo que le fué posible, aquel órden y aseo que tenia el aparador y mesa del rey. Despues, tomando de las gradas las mismas alhajas que en ellas habia puesto, se las iba sirviendo en la mesa á Cristo sacramentado, con las mismas reverencias y ceremonias que

hacian los pajes cuando servian platos en la mesa real. Ultimamente, para que nada faltase á la imitacion, remedando al sonido de los platos y vasos, hacia sonar las patenas y los cálices, y á continuacion tocaba su flautilla y los cascabeles para suplir la armonía de los clarines. Este acto le repitió varias veces, gastando en este sencillo y fervoroso culto la mayor parte de aquella tarde. Los religiosos, que cuando fueron á vísperas le vieron desde el coro tan extraordinariamente afanoso, y con todo aquel tren de alhajas de sacristía, bajaron á la iglesia para informarse más de cerca de aquella novedad; pero aunque le preguntaban y pretendian detenerle en aquel ejercicio, no pudieron conseguirlo, porque el ímpetu del espíritu que le movia era superior á todas las fuerzas humanas. Y sin atender ni responder á nadie, proseguia su afan diciendo á voces y bañado en lágrimas: *A vos, mi amor Jesus, á Vos y no á otro se debe toda la honra; á Vos la gloria y el honor; á Vos la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.* En suma, así continuó á vista de los mismos religiosos, que le atendian pasmados, hasta que rendido de la vehemencia del espíritu, cayó en el suelo, donde perdidos los sentidos, estuvo postrado por algunas horas. El tenor de vida de este siervo de Dios era tan ajustado en todo á los preceptos y consejos de la divina ley, manifiestos en los santos Evangelios y demás Escrituras sagradas, que las crónicas antiguas de la Orden escriben acerca de las virtudes del Bto. Hortelano lo que en compendio se trascribe á continuacion: «El tiempo que Fr. Juan Hortelano vivió en la órden de Menores de N. P. S. Francisco en el convento de Salamanca de la regular Observancia fué más de cuarenta y cinco años, en los cuales nunca se le vió turbado, nunca dijo palabra ociosa, ni á nadie dió enojo; nunca quebrantó ayuno ni comió cosa en particular. Jamás se excusó de lo que le fuese mandado por obediencia; jamás tuvo conversaciones con mujeres, ni se le vió porfiar ni burlarse con nadie; jamás se halló que murmurase de persona alguna, ni que mostrase odio ni mala voluntad contra persona, ni que se quejase jamás de cosa alguna, y al fin vivió de tal manera, que jamás se le vió decir ni hacer cosa digna de reprension. Todos los frailes le tenian por ejemplar dechado de todas las virtudes. Tuvo profunda humildad, grande penitencia, muchas disciplinas y ayunos, estrechísima pobreza, perfectísima obediencia, purísima castidad y muy grande amor y caridad á Dios nuestro Señor y á todos los prójimos. Por cuyas virtudes era tenido, conocido y venerado de todos como grande siervo y amigo de Dios, cuyo Señor levantó á su fiel siervo del polvo y bajeza de la pobreza y simplicidad, á la cumbre y alteza del amor y sabiduría divina.» Como la misericordia de Dios es inmensa, á su proporcion la del Bto. Hortelano era aún más que grande, extendiéndose á casi todos los necesitados. A todos remediaba en cuanto podia, y ciertamente podia mucho, por-

que atendiendo la divina Providencia á los deseos de este pobre compasivo, movia extraordinariamente el corazon de los ricos á darle cuantiosas limosnas, para que corriendo estas por su mano, se les asegurase el más acertado destino. A este fin dispuso la misma Providencia que se extendiese por todo Portugal y Castilla la fama de su santidad, porque con el motivo de solicitar su comunicacion los reyes y príncipes, así seculares como eclesiásticos, le facilitaba ejercer su piedad, manifestándoles con un corazon sencillo las necesidades que padecian diferentes pobres. La Crónica antigua ya citada así lo expresa en los siguientes términos: «La grande fama de santidad de este siervo de Dios era tan conocida de todos, que los reyes le eran muy devotos, y le proveian abundantemente de todo lo que pedia para el culto divino ó para los pobres, sabiendo que todo lo empleaba segun la voluntad de Dios. Fué una vez á su país, donde hizo una capilla en la iglesia y la proporcionó ornamentos que le habian dado, y el rey de Portugal le enviaba muchas limosnas que el siervo de Dios le pedia. Pedir para dar, y dar lo que se pide, es gran fondo de pobreza con realces de misericordia y de caridad. Ni en la estimacion y veneracion del Bto. Hortelano, ni en la piadosa liberalidad de las limosnas, quedaron inferiores al de Portugal los reyes de Castilla D. Fernando y Doña Isabel, siguiéndoles en igual piadosa práctica los grandes y hombres poderosos de ambos reinos, siendo este movimiento uno de los principales milagros que pueden referirse de este siervo de Dios. Los príncipes eclesiásticos ejecutaban con él la misma piedad, y señaladamente los dos arzobispos de Toledo y de Santiago, D. Fr. Alonso de Fonseca y el santo cardenal Cisneros. Con este comunicaba el Bto. Hortelano muchas de las interioridades de su espíritu, y cuando estaba en su palacio le acompañaba en los ejercicios de oratorio. Con esta ocasion el santo Cisneros fué testigo de vista de muchas de las maravillas de este siervo de Dios, y como tal, dió de ellas y de su virtud este testimonio: *Que muchas veces le habia hallado todo absorto en Dios en la oracion, perdidos los sentidos enteramente; que en la comunicacion de su espíritu le habia oido prodigios en órden al menosprecio del mundo, y que N. P. S. Francisco le favoreció tal vez, manifestándosele visiblemente bañado de resplandores de gloria y con las hermosas señales de sus sacrosantas llagas.*» Estas y otras gracias con que la mano liberal del Altísimo habia adornado el espíritu de su siervo, le hacian tan recomendable como queda referido para con los príncipes y señores de este mundo, y generalmente para los pueblos; pero lo que le dió el más elevado y extendido vuelo á la fama de su santidad, fué la experimentada certeza de las profecías en todos los sucesos que predijo, de que las crónicas refieren muchos casos. Corriendo la edad, y mucho más que la edad la virtud del siervo de Dios, le reveló Su Majestad el dia fijo de su muerte, las

circunstancias de ella, y lo que es más, su salvacion eterna, manifestándole le tenia inscripto en el número de los bienaventurados. Este secreto se le comunicó al prelado con motivo de una peligrosa enfermedad que padeció algunos años ántes de morir, y en la que todos los religiosos llegaron á desconfiar recobrase la salud. Llamó entónces aparte al guardian y le confesó la revelacion, añadiendo: *Sabed que todavía tengo que vivir algunos años, y para que no dudeis de esta verdad, haced que me saquen de la enfermería y me lleven á la celda, donde vereis cómo al instante quedo bueno. Y áun os digo más, que cuando llegue la hora de mi muerte no me hallaré en la enfermería, sino en la celda, porque así se lo he pedido á Dios y me lo ha concedido, para no dar que hacer á los pobres enfermeros ni á los demás religiosos.* Y todo se cumplió así. Llegaba á su término el año de 1500, y el sesenta y cinco del Bto. Hortelano, cuando el dia de S. Juan Evangelista, y tercero de la pascua de Navidad, viendo los religiosos á Fr. Juan aún más absorto en Dios que lo acostumbrado, y que con mayor júbilo que en otras ocasiones repetia su frecuente aspiracion, *Mi amor Jesus*, le rogaron que en el refectorio les hiciese una plática espiritual. Condescendió gustoso, y habiendo tomado por tema aquellas palabras que Cristo dijo á sus discípulos ántes de su muerte: *Vos autem estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis: Vosotros sois los que habeis perseverado conmigo en los trabajos de la vida:* habló tan altamente del gozo que esos mismos trabajos traen al alma en la hora de la muerte, y cuán prevenidos debian estar para cuando esta llegase, que todos le oyeron admirados y confusos, admirados por la erudicion y elevacion de espíritu con que predicaba, y confusos porque daba á entender que no estaba léjos la muerte de alguno de la comunidad: *Velemos, hermanos mios* (dijo), *velemos, que en uno de estos dias vendrá el Señor súbitamente á la media noche, y nos tendrá gran cuenta el hallarnos prevenidos.* Poco tardó en aclararse el enigma de esta prevencion en que hablaba de sí y por sí, porque en el dia 11 de Enero, á la media noche, pasó de esta vida al gozo de su Señor, habiéndose prevenido en el mismo dia con estas maravillosas disposiciones. Recibidos ántes del alba con exquisita devocion los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía, sirvió de acólito á todas las misas que pudo, y concluidas estas, retirado á la capilla de la Encarnacion, de cuyo misterio fué devotísimo, perseveró en altísima devocion hasta cerca del medio dia. Despues, habiendo dejado encendido un cirio en la misma capilla para que sirviese á su tiempo, aderezó las lámparas de la iglesia y salió á hacer lo mismo, segun su devota y constante constumbre, con las lámparas de las parroquias. Vuelto á la casa, pidió muy encarecidamente á un religioso jóven, á quien queria con extremo por su buena índole, que despues de su muerte tomase á su cuidado con mucho fervor la limpieza y

aseo de las lámparas de las parroquias, porque en esto daria un gran culto á la Majestad divina, y haria un servicio muy aceptable á sus ojos. Hecha esta súplica, que era el único cuidado temporal de que tenia que descargarse para la hora de la muerte, se fué á esperarla á su celda, donde con vehementísimos vuelos de espíritu deseaba desatarse de las prisiones del cuerpo para gozarse eternamente con Cristo. En estos y otros fervorosos actos de amor, esperanza y fe, prolongó su oracion hasta las once de la noche, y como sabia que á la hora siguiente habia de poner su alma en manos de su Criador, y que toda aquella hora era necesaria para ejecutar las ejemplares ceremonias de que usa la religion en la agonía y tránsito de sus religiosos, avisó á su confesor diciéndole: *Sabed, padre mio, que voy á morir, porque ya llegó la hora en que mi Señor Jesucristo me hace la gracia de levantarme el destierro. Así pues, id por un cirio que está ardiendo en la capilla de la Encarnacion para tenerle en la mano cuando espire, y en haciéndome la caridad de confesarme, me aplicareis la indulgencia plenaria que para este artículo se nos concede, y no aviseis á la comunidad, porque no quiero que por este vil gusanillo tomen ninguna molestia.* Como el confesor tenia tan comprendida la calidad de aquel espíritu, ejecutó sin detenerse en nada cuanto le habia pedido; y estando ya los dos en la celda, el Santo se echó á morir sobre una tarimilla, á que ya en sus últimos años le habia precisado la obediencia. El confesor le preguntó si sentia en sí mal ó algun dolor que le pusiese en aquel último extremo que daba á entender. *Sano y bueño estoy*, respondió, *pero muero ahora porque así lo quiere mi Señor Jesucristo. Así pues, dadme el santo Cristo en una mano y el cirio en la otra, haré con ello la protesta de la fe y me encomendareis el alma.* Así se hizo y al punto de la media noche, como lo tenia profetizado, con un semblante todo de gloria y articulando sus acostumbradas palabras, *Mi amor Jesus*, entre un blando y dulcísimo suspiro exhaló su espíritu el año 1501, á los sesenta y cinco de edad. En el mismo punto que espiró el siervo de Dios se hizo notoria su muerte con especial providencia divina en el convento y en la ciudad, porque en aquel mismo instante, sin aviso de persona humana, y solo movidos de un eficaz impulso, á que no pudieron resistir, concurrieron todos los religiosos del convento á la celdilla del Bto. Hortelano, donde le hallaron difunto en manos del confesor. Y habiendo dicho éste todo lo que le habia pasado en aquel lance, añadió el guardian: *Pues eso mismo puntualmente es todo lo que algunos años ha me habia confiado en secreto, con encargo de que hasta que llegase su muerte no lo descubriese á nadie.* Con esto dieron todos gracias á Dios, porque así se manifestaba maravilloso en sus santos, y templando el sentimiento de su pérdida con el gozo de su eterna felicidad, en cuya piadosa creencia los fijaba tanta multitud de maravillas, pasaron á

disponer el entierro con toda la pompa á que era acreedor justísimo tan grande siervo de Dios. Aderezado el cuerpo, se bajó muy de mañana á la iglesia, donde atraida la ciudad al mismo eficaz impulso que habian experimentado los religiosos, cargó sobre el bendito cadáver con el ánsia de venerarle tan numeroso tropel de gentes de todas calidades, que sin poder la comunidad resistirlo, se apoderaron de él y cortaron del hábito tantas reliquias, que fué necesario vestirle otro para que no quedase indecente. Templado ya en parte, á fuerza de instancias y reconvenciones de los religiosos, este primer arrebato de la piedad, se cerró la verja de la capilla mayor, dejando en ella al bendito cadáver con solas algunas personas de la mayor distincion, y por fuera al pueblo, cuyo concurso y aclamaciones iban por instantes creciendo, de modo que no fué posible ejecutar el entierro hasta cerca de la noche. Antes que á él se procediese predicó el sermon de sus honras Fr. Andrés de Gatos, célebre orador de su tiempo, y como lo que predicaba era lo mismo que se habia tocado con la experiencia, fué tanta la conmocion del auditorio, que muchas veces se perdian las palabras del predicador entre los sollozos y aclamaciones de los oyentes. Uno de los sugetos de distincion que se hallaban inmediatos al santo cuerpo fue el maestrescuela D. Alonso Manrique, despues arzobispo de Santiago, el cual tenia formado tan alto concepto de la santidad del difunto, que todo el tiempo que duró la funcion funeral estuvo arrodillado delante del féretro y todo bañado en lágrimas. Y como al mover el bendito cuerpo los religiosos para colocarle en la sepultura comenzase á salirle sangre de las narices en grande abundancia, este piadoso varon empapó en ella su lienzo, que despues guardó como preciosa reliquia. Con este prodigio volvió nuevamente á conmóverse el pueblo, solicitando todos á porfía recoger en sus pañuelos parte de aquella sangre. Condescendióse con la piedad de muchos; pero viendo los religiosos que era imposible complacer á todos y que iba faltando la luz del dia, arrebatadamente le dieron sepultura, la que apénas pudieron volver á cubrir, porque la devocion de muchos que no habian podido conseguir otra reliquia, se llevó la tierra satisfechos solo con la fe de que habia salido de la sepultura en que habia de ser enterrado el siervo de Dios. Diósele al fin en el entierro comun de los religiosos, pero despues, año 1507, se colocó sobre el presbiterio junto al altar mayor al lado de la epístola, donde siempre se ha conservado su santa memoria. Como el Santo vivió tan pobre, ni áun para reliquias quedaron alhajas despues de su muerte, y solo su confesor reservó para sí aquella túnica que le servia de silicio, la que despues se dió al señor arzobispo de Santiago D. Fr. Alonso Fonseca, por haber su Ilustrísima significado al guardian que le seria de mucho consuelo la posesion de tan estimable alhaja. Dícese que el Sr. D. Felipe II, por la constante

fama de santidad que se conservaba de este prodigioso varon, áun en su tiempo, llevó sus reliquias al Escorial; pero la Crónica de la santa provincia de Santiago asegura no tener fundamento esta noticia por no hallarse en el convento de Salamanca instrumento alguno que lo acredite. Pudo ser que aquel piadoso príncipe lo intentase sin conseguirlo, representándole la comunidad el inconveniente de semejante demostracion con las reliquias de un religioso, que si bien en la voz y piedad del pueblo era tenido por santo, no estaba declarada por la Iglesia su santidad; siguiendo en esto la comunidad á la congregacion de aquella santa provincia que usó de esta prudente cautela, cuando determinó en el año de 1507 que se trasladasen sus reliquias al depósito que actualmente tienen, donde se puso el epitafio siguiente:

AQUÍ YACE EL PADRE DE PERPÉTUA MEMORIA,
FRAY JUAN HORTELANO,
EL CUAL PERSEVERÓ EN ESTA SANTA RELIGION Y CASA
CON SANTOS EJEMPLOS DE VIDA,
POR MÁS DE CUARENTA AÑOS:
FINÓ EN EL AÑO DE MIL CUATROCIENTOS NOVENTA Y NUEVE.

El año que aquí se fija á la muerte de este santo varon hace alguna discordancia del que señalan los demás autores, porque todos constantemente la ponen en el principio del año de 1501, y entre ellos el gran analista Wadingo, que para escribir esta vida tuvo presentes los papeles del archivo de Salamanca. Lo cierto es que el epitafio se puso algunos años despues de la muerte del siervo de Dios, y pudo por esa causa haber padecido alguna equivocacion el que le formó, ó haber seguido distinta opinion en el cómputo de los años del nacimiento de Cristo, que de uno y otro principio suelen depender algunas discordancias, aunque pequeñas, que en semejantes materias se tropiezan en las historias no pocas veces.—A. L.

SALAMANCA (Juan Lopez de), religioso dominico de la provincia de Castilla, donde tomó el hábito y siguió todos sus estudios, llegando á obtener el grado de maestro en sagrada teología. Floreció en el siglo XV, y se distinguió mucho por su erudicion y piedad, siendo uno de los religiosos más notables de su época. Su amor á las ciencias le hizo cursar en las principales universidades de nuestra patria, haciendo tan grandes adelantos, que además del grado de maestro con que le condecoró su Orden, obtuvo el de doctor, que merecia por sus aventajados conocimientos. Consagróse á la enseñanza y fué muy aplaudido por su erudicion y facilidad en expresarse, que le hacia ser buscado áun en los establecimientos de más fama, ansiando to-

dos tenerle en su claustro. Pero á lo que se consagró más particularmente fué á la enseñanza de los religiosos de su Orden, que bajo su direccion obtuvieron notable fama, gracias á los buenos ejemplos que les habia dado y á sus instructivas lecciones. Tambien estuvo dedicado por un largo período á la predicacion, en que hizo no poco fruto por su elocuencia, y principalmente por las buenas costumbres que le adornaban y eran como el reflejo á cuya luz habian de guiarse todos cuantos acudian á oir sus predicaciones. Lleno de años y méritos, falleció por último hácia 1418. Habia conocido á S. Vicente Ferrer, y con este motivo la condesa de Plasencia, Doña Leonor Pimentel, le invitó á que escribiera la vida del profeta valenciano, empresa que llevó á cabo el P. Salamanca, aunque creemos que su obra no llegó á ver la luz pública. — T. B.

SALAMANCA (Fr. Pedro de), religioso lego de la órden de S. Gerónimo. Durante su vida en el siglo fué negociante ó banquero, y de aquel estado le llamó el Señor á practicar más santa vida. Ignórase cuál fué la ocasion para tan notable mudanza, pero debe sospecharse que Dios le tocó en el corazon; así es que desde luego abandonó el cambio, restituyendo ántes de entrar en el monasterio lo mal llevado, descargándose de todo aquello que más le apretaba la conciencia, hasta que la dejó en estado de tranquilidad. En seguida vistió un áspero silicio debajo de las ropas seglares, y cubiertas con aquellas galas las insignias del desprecio del mundo y del regalo de la carne, vivió algunos dias en el siglo, haciendo vida de monje penitente, rogando al Señor le iluminase á lo que fuese más útil para su santo servicio. Reflexionó como hombre prudente qué estado de vida tomaria, bien penetrado que no era cosa segura ni conveniente permanecer en el siglo, porque las ocasiones son peligrosas y frecuentes, y podrian algun dia hacerle desistir de sus buenos propósitos. Al cabo el Señor, que habia comenzado en él la buena obra, la acabó de perfeccionar, inspirándole el acuerdo de abandonarlo todo; así fué que repartió su hacienda á los pobres, y conociendo el buen nombre que tenian los religiosos de Montmarta, la santidad que profesaban, se presentó á pedir el hábito, lo que verificó con tanta humildad, que se conoció le traia ya en el alma, causando no pequeña admiracion en cuantos le conocian. Conseguido su deseo, se le echó de ver este cambio y mudanza de vida, que sabia bien el arte de granjear, convirtiendo toda la codicia de atesorar en la tierra en los intereses del cielo. Tan satisfecho estaba en su nuevo estado, que muchas veces decia entre sí mismo: «¡Qué locos son los hombres que fian de otro hombre, y á la letra vista sus haciendas, teniendo aquello por tan seguro y tan cierto! Y ¿es posible que no se fien de la palabra de Dios y de la letra de su Evangelio, habiendo visto tan ciertas pagas, y que primero faltará el cielo y la tierra, que falte una

tilde de lo que está escrito? Desventurado de mí que tanto tiempo trabajé en vano en un trato que tan baja y tan pobremente responde con tanto peligro y riesgo de mi alma, y que no cayese en la cuenta cierta, que responde á ciento por uno, áun aquí de contado; y lo que despues se espera, no tiene tasa, ni puede caber en entendimiento criado, su gran valor y alto precio.» Del vivo sentimiento que causaba en el siervo de Dios esta pérdida, se le originaba tanto dolor acompañado de llanto, que se maravillaban los religiosos, no sabiendo dónde se aposentaban tantas lágrimas. Tenia un gran deseo de salir de esta vida, y era tanto su amor á nuestro Señor Jesucristo, que no ambicionaba más que morir por su Redentor. No tardó mucho el Señor en cumplir su deseo, viendo la diligencia que se habia dado en poco tiempo, y la mucha penitencia en que se ejercitó desde el punto que recibió el hábito. Enfermó gravemente, y estando ya cercano á la muerte, le preguntó un religioso si en aquel trance deseaba tanto la muerte como la habia deseado hasta allí; con entera voz le respondió que sí, y entónces mucho más, porque se veia más cerca de su centro, viendo á muchos engañados que no deseaban lo que debian desear. Es verdad, repuso el religioso, mas eso tiene lugar en los que moran en el mundo Y áun tambien muchos, respondió Fr. Pedro de los que moran en la religion, participan de este mismo engaño; y así es, que más quiero, hermano, salir de este destierro, que alcanzar salud, y con ella más oro y riquezas que podrán caber desde el suelo al cielo. Siguióse luego el cumplimiento de su ánsia, y partió de esta vida con grande alegría de su alma, mostrándola con significativas señales del cuerpo. — A. L.

SALAMANCA (Fr. Pedro), religioso dominico del convento de Valencia, varon tan religioso y ejemplar, que tratando el rey Felipe II de reformar la provincia de Aragon, de la Orden de la Santísima Trinidad, puso los ojos en él y le hizo reformador de ella. En lo que toca al amor de los prójimos y limosna se distinguió tanto que vendió por dos veces su librería para socorrer á pobres y menesterosos, y saliendo una mañana de Cuenca, como viese á un pobre en el camino, dijo á su compañero el P. Fr. Alonso Sanchez que le diese limosna, y sabiendo poco despues que no le habia dado sino un poco de pan y queso, le dijo con algun sentimiento: «¡Válgame Dios! P. Fray Alonso, ¿y cómo tiene tan poca caridad? No ve que el pobre está desnudo y que se muere de frio? Vuelva V. R. por amor de Dios á la ciudad y cómprele un vestido, que yo aguardaré aquí hasta que vuelva.» Y así lo hizo Fray Alonso. En abono de su virtud y religion, dejando aparte que por ella fué prior dos veces de su convento de Predicadores y una del de Barcelona y vicario general de la provincia, baste saber que tuvo tan estrecha amistad el siervo de Dios con Fr. Bertran, que trataba con él de muchas de las mer-

cedes que Dios le hacia, y en particular de la revelacion de su preciosa muerte. Que saliendo los dos á predicar en la víspera de la fiesta de S. Dionisio del año 1580, le dijo que moriria en la del año siguiente, como en efecto murió. Sobrevivióle el maestro Fr. Pedro algunos años, y murió conforme se esperaba en el año 1585. En el dia de sus funerales dijo misa el obispo de Gracia y predicó el maestro Fr. Vicente Justiniano Antist, asistiendo á todo ello D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, y grande concurso de gente por tenerle todos en opinion de santo. —S. B.

SALAMANCA (Fr. Pedro de), religioso lego profeso de la órden de San Gerónimo en el monasterio de Guadalupe. Si bien no fué hombre de letras, era muy honrado y virtuoso, y sobre todo muy cristiano. Su oficio en el siglo era el de tejedor. Sus inclinaciones le condujeron á servir á nuestra Señora de Guadalupe, y alli ejercitaba en hábito seglar su oficio; siempre humilde, callado y devoto. Todos los que le conocian le amaban, siendo tan servicial que jamás se excusaba de hacer todo lo que le encargaban ó mandaban. Cuando ordenó la religion al santo Fr. Juan Serrano que fuese á Roma á responder por la Orden contra Fr. Lope de Olmedo, le llevó por mozo, ó más bien por compañero que por criado, pues en los más de los casos se servian mútuamente. Haciéndole tan buena compañía en tan largo viaje, cuando volvió, con todo encarecimiento y en pago de su servicio, pidió con la mayor humildad el hábito, que le fué al punto concedido con alegría, por ser tan conocida su virtud. Le dedicaron al mismo oficio que sabia y en el que era tan diestro, en compañía de otro Padre más antiguo, entregándose al trabajo con asiduidad, grande humildad y mortificacion, trabajando como dos, pues era muy largo oficial. A los pocos años murió el religioso su compañero, quedando por principal, y aunque permaneció muchos años en aquella obediencia, jamás mudó del estilo y costumbres que habia observado en vida de su compañero. Contra el hábito de otros que se tienen por muy suficicientes y se quieren hacer valer, no varió un solo punto la marcha que habia adoptado anteriormente. No tenia otro cuidado este siervo de Dios respecto de las cosas exteriores, que dejarlas marchar como estaban establecidas; respecto de las interiores se ocupaba en otras más altas y elevadas; y aquel gran silencio que guardaba con las primeras, era la prueba de que interiormente tejia una tela más delgada y delicada. Muy dado á la meditacion de todo lo celestial, recogido los dias de fiesta, cuando tenia ocasion, se ocupaba largos ratos á la lectura, pues era de claro entendimiento y muy aficionado á instruirse. Así pasó muchos años, y cuando llegó á la ancianidad, le descargaron de aquella obediencia, y entónces se encargó de otra ocupacion más regalada y deseada de su gran devocion, que era ayu-

dar perpétuamente las misas, asunto que tenia bien comprendido lo mucho que le interesaba. Era sumamente parco en su alimentacion; esto unido á su buena complexion, le proporcionó el incomparable bien de que nunca se le conoció con ningun achaque ni otra dolencia ó enfermedad. Una noche despues de maitines, estando rezando por los claustros, cerca de las cuatro de la mañana, vió arder un grande fuego en el cielo, y era tanto el resplandor que reverberaba en las torres, que las hacia aparecer más claras que si fuese medio dia. Nadie más que el siervo de Dios vió este fuego, y así puede creerse, ó que fué vision imaginaria, ó que no permitió Dios lo viese otro alguno sino aquel varon justo, que poseia mas alta y clara noticia de lo que significaba aquel fenómeno; pero por último, quiso el Señor que otro religioso fuese testigo de aquella grau novedad, inspirando á su siervo, el cual llamó á su celda y le mostró el fuego. El religioso quedó extrañamente admirado de aquel suceso sobrenatural. Y estando ambos mirando aquella gran luminaria, dijo Fr. Pedro al compañero: Hermano, qué juzgas de esta maravilla, ¿me sabrás decir qué significa este fuego portentoso? El otro religioso callaba mirando atónito, sin saber qué contestar. Entónces el siervo de Dios volvió á tomar la palabra, como el que sabia mucho de lo que estaba por venir, diciéndole: Es necesario, Hermano, sepas que este fuego significa gran derramamiento de sangre humana, que como verás no tardará mucho en acontecer. Aquel mismo año, que fué el de 1458, se vió claramente confirmado el pronóstico. Vencieron los cristianos á los turcos matando muchos de ellos; y en el mismo año el rey de Portugal Don Alonso el V tomó á los moros muchas de sus tierras en Africa, y entre ellas á Alcázar, á Arcila, á Segovia y otros muchos pueblos, cuyas victorias le hicieron fuese aclamado y apellidado el *Africano*. Murieron infinidad de moros infieles en estas guerras, y en particular sobre Alcázar, cuya ciudad con la mayor obstinacion trataron de recobrar, á pesar de que llevaban muchas piezas de artillería, de la que entónces se usaba, mas sin otros proyectiles que piedras, pues aún no se conocian ni se hacia uso de balas de plomo ó de hierro colado; así es que hicieron poco efecto en los cristianos, y en los encuentros y asaltos se derramó tanta sangre de infieles, que quedó bien justificado el vaticinio que, al ver las luminarias y aquel gran fuego del cielo que hacia resaltar las torres de Guadalupe, hizo el bienaventurado Fray Pedro de Salamanca. Acabó este Santo como habia vivido, la enfermedad fué muy breve, habiendo pedido al Señor fuese servido de llevarle presto por que no diese que hacer con su dolencia á sus hermanos, que aunque los servia á todos, no consentia que le sirviese ninguno. — A. L.

SALAMANCA (Fr. Rodrigo de), religioso de la órden de S. Gerónimo, fué discípulo del P. Fr. Hernando de Logroño, de cuyo célebre y buen maes-

tro adquirió y se le pegaron sus inmejorables costumbres, y cuyo afecto tambien le produjo algun desabrimiento con él de parte de sus hermanos. Como este siervo de Dios era tan penitente, y el santo Fr. Hernando introdujo en el convento é inclinó á los religiosos á tantas maneras de asperezas y penitencias, sospechaban que este Santo le inducia ó ayudaba en sus mortificaciones. Y á la verdad no era así, sino la misma severidad y santidad de prior era toda la razon, y Fr. Rodrigo, como buen súbdito, caminaba tras ella; callaba y sufria con paciencia el disgusto de sus hermanos, y dejaba cargase la censura sobre sí, porque no descargase en el superior. ¡Noble condicion de súbdito, ponerse en defensa de la cabeza! Tuvo este Santo, entre otras virtudes dignas del mayor elogio, una gran ternura y sensibilidad, y una devocion tan tierna, que no podia leer en público las vidas de los santos, ni en el refectorio ni en el capítulo, porque al punto se veia inundado de lágrimas, de tal suerte que no podia pasar adelante. Llegó este sentimiento á tal extremo, que en el coro y demás partes se veia precisado á encomendar el oficio, cuando le cabia por su turno. Tambien se celebraba en el convento un grande ejemplo de humildad que fué digno de eterno recuerdo; cuando alguno le enojaba ó le decia palabras ásperas ó descompuestas, con el mayor fervor le iba á pedir perdon, como si él fuera el causante, ó fuera reo de aquella culpa, y no se contentaba con esto, sino que ántes de separarse de allí le habia de besar los pies. Fr. Rodrigo de Salamanca era hijo de padres nobles; cuando estos murieron heredó buena parte de la hacienda. Sus parientes le importunaban para que hiciese testamento y les dejase sus bienes, mas siempre les manifestó su voluntad de dejarlo todo al monasterio; pues decia que estaba obligado á dejarlos á los que mejor los empleasen en servicio de nuestro Señor, y que este propósito se lograria mejor en el monasterio, porque prescindiendo que se mantendrian con sus rentas grandes siervos de Jesucristo, les alcanzaria gran parte á los pobres necesitados que llegaban á la puerta á implorar la caridad de la religion; y que dejándola á sus parientes, sabia con certeza que presto se consumiria en vanidades, trajes, comidas desordenadas y juegos; y que si el mundo y sus adeptos daban esto por bien gastado y lo alababan, él disentia y era de otro parecer, no teniendo por bueno que aquellos bienes se empleasen en la disipacion. Este varon santo acabó su vida como se esperaba de tales principios. En cuanto espiró se vió su rostro inundado con una grande claridad, manifestando alegría su sonriente semblante, señales que manifestaron tenia segura su corona ántes de partir de este destierro, donde la habia labrado con el martillo de una continua penitencia. — A. L.

SALAMANCA Y FORCALLO (D. Francisco). Fué colegial de S. Bartolomé

de Salamanca, natural de Burgos, y de la misma diócesis, bachiller canonista, hijo de D. Gerónimo de Salamanca y Riaño, originario de Burgos, y caballero de la órden de Calatrava, y de Doña Isabel de Forcallo, originaria de Ciudad-Real; nieto por ambas líneas de D. Juan de Salamanca y de Doña Magdalena de Riaño, y por la materna de D. Juan de Forcallo y de Doña María de Guevara. Fué recibido en el colegio en 16 de Octubre de 1654, y desde que tomó la beca, empezó á ejercitarse en todo género de virtudes; y no contento con ser ejemplo de perfeccion en el siglo, deseando emplearse todo á Dios en la religion, tomó el hábito de capuchino en el observantísimo convento de Salamanca, por Abril del año de 1657, con particular edificacion y ternura de sus compañeros y de cuantos asistieron á este acto de humildad, y habiendo profesado, pasado el año de su aprobacion, y siendo cada dia mayor el mérito de sus fervorosos ejercicios en la rigurosa observancia de su santo instituto, voló al cielo su dichosa alma el año de 1662, para recibir el premio de sus heróicas virtudes, como debia esperarse de los buenos ejemplos que dió en su inimitable vida. — A. L.

SALAMIEL, hijo de Surisaddai, príncipe de la tribu de Simeon. Salió de Egipto al frente de cincuenta y nueve mil trescientos hombres armados, é hizo su oferta al tabernáculo en su clase, como jefe de su tribu. — S. B.

SALAMON, obispo de Roda y Barbastro. Carecemos de todo género de noticias acerca de este prelado, de quien únicamente dicen las crónicas: «Despues que el rey D. Sancho Ramirez ganó la ciudad de Barbastro de los moros, que fué el año 1065, dió la iglesia de Barbastro al obispo Salamon de Roda, y se llamaron obispos de Roda y Barbastro, aunque se perdió luego.» — S. B.

SALAMON (Luis-Linfrei, José Foncrosé de). Nació en Carpentras el 21 de Agosto de 1739. Fué aún muy jóven á París, en donde obtuvo un cargo de consejero del clero en el Parlamento. A la partida de Dugnani, último nuncio del Papa y despues cardenal, fué nombrado Salamon en 1790 internuncio del pontífice Pio VI cerca del desgraciado soberano Luis XVI, cuyas funciones ejerció hasta el año 1792. En Marzo de 1791 habia recibido del Papa, por conducto del cardenal Zelada, los breves contra la constitucion civil del clero. Estos breves estaban en su original en la forma legal y de costumbre, con una pequeña carta en pergamino muy delgado para cada uno de los metropolitanos. Salamon los expidió inmediatamente al cardenal de Rochefoucauld, arzobispo de Rouen, y á los arzobispos de Cambray, de Tolosa y de Arlés, que se hallaban aún en Francia, y tambien al cardenal de Lomenia, cuyos prelados le acusaron el recibo de los breves, á excepcion de los arzobispos de Tolosa y de Sens. Pocos dias despues fué arrestado y conducido á la abadía, y debió á su valor y presencia de espíritu la fortuna de li-

brarse de los asesinatos de Setiembre. Obligándole á huir un nuevo decreto de acusacion, vivió mucho tiempo en las cercanías de París, ocultándose en la espesura de los bosques de Boloña, en donde dormia sobre un monton de hojas secas, y solo entraba en París para comer en un *restaurant*, cuyo dueño, realista como él, le ayudó á sustraerse á las pesquisas de la policía revolucionaria. Todas las noches se volvia á su asilo del bosque, y de este modo vivió seis meses hasta la caida de Robespierre. Puesto bajo la vigilancia judicial y amenazado de deportacion por el gobierno directorial en 1798, logró poder salvar aquella situacion. En 1801 el cardenal Caprara, que llegó á Francia como legado *à latere*, áun cuando no reconocido todavía, le mandó á Rouen para que tomase las medidas más necesarias y convenientes para el restablecimiento de la paz. No tuvo esta mision todo el buen éxito que se habia creido, pues que todo se alteró al nombramiento del abate Cambaceres de arzobispo de Rouen. En 1806 nombró Pio VII á Salamon obispo de Orthosia, en Caria, para recompensarle de sus valerosos servicios. En 1814 fué nombrado auditor de la Rota en Roma por Luis XVIII, pero no fué aceptado por el Papa, porque este sostenia, con razon, que Mr. Isoard, que habia sido nombrado por Napoleon, no podia ser destituido. Volviendo Salamon á París en 1817, despues de haber permanecido tres años en Roma, fué nombrado obispo de Belley en reemplazo de M. de Cordon. En 1815 se publicó una carta muy curiosa relativa á las negociaciones con Roma, dirigida á Mr. de Talleyrand-Perigord, limosnero mayor de Francia, la cual se atribuyó al obispo de Orthosia, y si así fué debemos decir que muchos puntos de la referida carta no son propios de un obispo. En ella se deseaba se obligase al jefe de la Iglesia á negociar segun sus exigencias. Mr. Cortois de Pressigny, obispo de S. Maló, se quejó tambien frecuentemente de sus procederes, segun el biógrafo Mr. Desance, no obstante de que se le trataba con mucha benevolencia. En 1823 fué nombrado Salamon obispo de S. Flour, y en esta ciudad murió el dia 11 de Julio de 1829; los vicarios generales capitulares hicieron su elogio, insistiendo sobre todo en la fe, resignacion y piedad de que habia dado pruebas en sus últimos momentos. Legó en su testamento cuanto poseia á los pobres, á los establecimientos de beneficencia y demás casas de enseñanza de la ciudad y de su diócesis. Fué Salamon, segun el expresado biógrafo, un hombre de carácter vivo y ardiente; se le tenia por afiliado á la órden de los Templarios, que le hicieron honras fúnebres en las que se vieron sobre el catafalco de un obispo, insignias y áun emblemas de esta Orden equívoca y proscripta, cosa que llamó sumamente la atencion. — C.

SALAMPSO, hijo de Herodes *el Grande* y de Mariamne Armoheenna Salampso, fué casada primero con Phesores, despues contrajo matrimonio con

su primo Phazael, hijo de su tio paterno Phazael, de quien tuvo tres hijos y dos hijas, á saber, Antipatro, Herodes y Alejandro, y Alejandra y Cypros. — S. B.

SALANDRI (El abate Pelegrino). Nació este poeta italiano en Reggio el dia 30 de Abril de 1723, de una familia pobre y oscura, y debió su educacion á una persona caritativa, que se encargó de costearla, así como tambien la de su hermano. Hizo los estudios en el seminario de su ciudad natal, y recibió la borla de doctor en teología. La carrera eclesiástica que habia abrazado con gusto, segun se puede opinar, no tardó en serle pesada, y la abandonó para entregarse á la literatura, y especialmente á la poesía, para la que habia manifestado desde niño las mejores disposiciones. No viviendo con gusto en Reggio por circunstancias desagradables que no precisan los escritores que de él se han ocupado, se fué á Módena, y encontrándose en esta ciudad sin los medios necesarios para su subsistencia, entró de preceptor en la casa del conde Cristiani, administrador general del ducado durante su ocupacion por las tropas aliadas de la reina de Hungría y del rey de Cerdeña en 1742. Aun cuando este empleo se hermanase mal con el gusto y carácter de Salandri, debió felicitarse de haberle aceptado, porque le proporcionó un poderoso protector. Vino á ser el secretario particular del conde, y le siguió á sus diversas misiones á Milan, Viena, Turin y Parma. Habiendo sido nombrado, por recomendacion de este diplomático, oficial primero de la real secretaría de Mántua, Salandri fué á fijar su residencia en esta ciudad, en donde se le llamó inmediatamente á las academias de los Tímidos y de la Colonia de Virgilio, y cuando por un decreto imperial estas dos sociedades se reunieron en una en 1767, fué encargado de formar los estatutos y nombrado secretario perpétuo. Poco despues fué tambien nombrado secretario del tribunal heráldico establecido en Mántua. Habiendo salido de esta ciudad para ir á pasar algunos dias al campo, pereció aplastado bajo su coche el dia 17 de Agosto de 1771, por habérsele desbocado los caballos. En su viaje á Roma habia sido nombrado miembro de la academia de los Arcades con el nombre de Alcestes Priámides. Las obras que se conocen de Salandri son las siguientes: *Poesías para una religiosa;* Milan, 1749, en 4.°— *Cinco oratorias* para música, para que se cantasen los viernes de la cuaresma. — *Las invectivas contra el Ibis de Ovidio*, traducidas en tercetos y en versos libres; Milan, 1753, en 4.°, y en el tomo XXX de la *Coleccion de los poetas antiguos*, publicados en Milan por Argelati. Muchas poesías publicadas en la coleccion de Milan en 1754 con motivo del matrimonio de una hija del conde Cristiani con el marqués Castiglioni. Las principales se titulan: *Galería de veintiun mujeres ilustres* (doce sonetos). *Las Bodas segun los ritos antiguos* (veinte sonetos). *Las Bodas segun los ritos de la Iglesia romana* (sonetos y tercetos).—

*Alabanzas á María;* Milan, 1759, en 4.°, con notas históricas, teológicas y morales. Esta coleccion se compone de ochenta y un sonetos, de los que cincuenta y nueve corresponden á las letanías de la Vírgen y celebrar los atributos que se mencionan en ellas. El autor trató este difícil asunto con mucho talento, y no sabemos le haya aventajado en esto ningun poeta despues. — *Cancion con motivo de pasar por Mántua la infanta Doña Isabel, esposa del archiduque José*; Mántua, 1760, en 4.° — *Cincuenta sonetos* á la emperatriz María Teresa con motivo de las bodas del archiduque Leopoldo, gran duque de Toscana, con la infanta Luisa de Borbon; Mántua, 1765, en fólio. — *La Vision*, poema escrito con motivo de la enfermedad y curacion de la emperatriz María Teresa; Mántua, 1767, en 4.° — *Elogio del abate Cárlos Inocente Frugoni, secretario perpétuo de la Academia de Bellas Artes de Parma;* Mántua 1769, en 4.° — *Composiciones leidas en la inauguracion del anfiteatro de la Academia de Mántua*; id., 1769, en 4.° Compónese de una cantata, un discurso para la distribucion de premios y una oda titulada *La Noche.* — *Cancion* con motivo del matrimonio del infante D. Fernando de Borbon con la archiduquesa María Amalia; Mántua, 1769, en 4.° — *Seis sonetos* dedicados al conde Aquiles Crispi, cuya hija acababa de tomar el hábito de religiosa; Mántua, 1770, en 4.° — *El Combate*, accion lírico-dramática; Mántua, 1771, en 8.° Salandri publicó un gran número de piezas entre las poesías de los Arcades, é hizo imprimir otras en hojas sueltas con distintos motivos y en varias ocasiones. Dejó este autor manuscritas las siguientes obras: *Lecciones sobre el uso de la mitología en la poesía, ó sea elogio del P. Alejandro Cialli, monje celestino.* — *Diferentes discursos pronunciados en la academia de Mántua.* Las obras de Salandri se publicaron en 1783 en Mántua y en Niza, y se reimprimieron muchas veces despues, siendo la edicion más completa la que se hizo en Reggio en 1824, en 16.° Goza aún como poeta este escritor alguna reputacion en Italia, y la merece por más de un título. Su estilo es siempre puro y elegante, y á sus pensamientos no les falta elevacion ni grandeza, y especialmente brilla en la poesía sagrada. Los versos que ha dejado en este género pueden leerse con gusto áun despues de los del conde Manzoni y los del canónigo Borghi. En sus escritos evitó cuanto pudiese recordar la mitología pagana, creyendo llegado el tiempo en que debia renunciarse á estas alegorías vacías de sentido. Una disertacion que leyó sobre este asunto en la academia de Mántua hace mucho honor á su gusto, á su buen juicio, y puede considerársela como el primer paso dado de una reaccion que se ha completado en nuestros dias en toda Europa con pocas excepciones, habiéndola llevado á cabo en España primero nuestro inolvidable amigo y jefe el Excmo. Sr. D. Agustin Duran, bibliotecario mayor y director de la Biblioteca Nacional, al que

puede considerarse, si no como el padre del romanticismo español, pues que esta gloria la tienen nuestros principales dramáticos de los siglos XVI y XVII, al ménos como su primer y más sabio restaurador, á los que siguieron los célebres poetas españoles Martinez de la Rosa, duque de Rivas, García Gutierrez, Hartzenbusch, el inspirado Zorrilla, Espronceda y otros muchos cantores de nuestras glorias. Salandri fué tambien como poeta famoso improvisador. El abate Quadri, segun Mr. Bossé Alby, biógrafo á quien seguimos en este artículo, asegura haberle oido improvisar muchas veces, razon por la que le elogia en el tomo VII de sus poesías. Hállanse noticias sobre Salandri en la *Europa literaria* de Noviembre de 1771, al frente de sus obras, y en el tomo V de la *Biblioteca Modenense* de Tiraboschi. —B. C.

SALANHAC (Fr. Esteban de), del órden de Predicadores. Fué natural de la provincia de Aquitania, en Francia; y segun muy fundadas opiniones del pueblo de Salanhac, de donde dicen tomó el sobrenombre. Recibió el hábito de la órden de Predicadores en el convento Semovicense por los años de 1230, de manos de Fr. Pedro Cellani, uno de los fundadores del precitado convento, prior del mismo y que habia recibido el escapulario en Tolosa de manos del glorioso Santo Domingo. Salanhac hizo su profesion en manos del referido Cellani, y fué tan grande el aprecio que mereció de todos sus hermanos, que en 1249 fué nombrado prior del antedicho convento, cuyo cargo desempeñó por espacio de diez años, pasando á Tolosa con igual destino en 1259. En 1261 fué nombrado visitador de las casas del órden de Predicadores, sitas en el reino de Escocia. Vuelto á Francia, finalizada su comision, volvieron á elegirle prior del convento Semovicense, cargo que desempeñó por espacio de seis años, haciendo renuncia al cabo de ellos para entregarse con todo descanso á la oracion y á la penitencia. Murió siendo ya de edad avanzada el dia 8 de Enero del año 1290. Los historiadores de la Orden hacen grandes elogios de este sabio y justificado religioso; pero nosotros, á fin de no hacer demasiado extenso este artículo, renunciamos al placer de consignarlos todos, insertando tan solo la adjunta memoria laudatoria, sacada del catálogo de los religiosos difuntos del convento Semovicense, y que cita Bernardo Guidon. Dice así: «Fr. Esteban de Salanhac, llamado de esta suerte por el lugar de su origen y nacimiento, fué varon de gran prudencia, sirviendo por su virtud de ejemplo á la comunidad y de claro espejo en que reflejaban sus altas cualidades. Disfrutó de la más excelente opinion en toda la provincia, fué de gran sabiduría en el consejo, elocuente predicador y recolector cuidadoso de las cosas notables que pudieran servir para la historia, y de los ejemplos útiles para el bien temporal de sus prójimos. Estuvo dotado de gran facilidad en el lenguaje, y supo hacer

uso oportuno de esta recomendable cualidad en sus conversaciones y en el trato de gentes, así público como privado, logrando captarse la voluntad de todo género de personas, sin distincion de clases, sexo ni edad. Fué prior de los conventos Semovicense y Tolosano, y falleció sexagenario en la Orden. Desempeñó además del cargo de prior que hemos indicado, otros varios empleos honoríficos de la religion. En el capítulo celebrado en Milan el año de 1255 fué nombrado definidor. En el de París de 1264 maestro de la Orden. En el de 1274 de Leon se le confirmó el antedicho título. En el de Burdeos de 1277 provincial; y en el de París de 1279 fué por segunda vez nombrado definidor, segun aparece en las actas de los referidos capítulos. Las obras que escribió y que cita Bernardo Guidon, son las siguientes: *Tractatus brevis et devotus devotis de quatuor in quibus Deus Prædicatorum Ordinum insignivit. Primo de bono ad strenuo duce S. Dominico. Secundo de glorioso nomine Prædicatorum. Tertio de Illustre prole. Quarto de securitate professionis.—Tractatus de tribus Prælatorum Ordinis Prædicatorum, de Ordinis Magistris, de Prioribus provintialibus, presertim provinciæ Provinciæ.— De prioribus conventualibus dictæ provinciæ collectis actorum omnium capitulorum generalium et capitulorum etiam provincialem Provinciæ à principio ad annum MCCLXXVIII.* No consta el año de su fallecimiento.—M. B.

SALANOVA (Fr. Antonio), hijo de la ciudad y Real convento de S. Agustin de Valencia, lector jubilado y prior del convento de Alcira, imprimió: 1.° *Plausibles alborozados festejos con que la villa de Alcira acreditó su inexplicable gozo en la celebridad de la feliz proclamacion de nuestro católico monarca Fernando VI, que Dios prospere.* Y seguidamente: 2.° *Oracion panegírica gratulatoria en las plausibles fiestas que celebró la villa de Alcira en dicha proclamacion, asistiendo patente Dios sacramentado, acompañado de los ínclitos patronos de la misma villa S. Bernardo, María* y *Gracia.* Todo en Valencia por la viuda de Gerónimo Conejos, 1746, en 4.° En la primera obra calló su nombre el autor, pero consta ser suya.—A. L.

SALANOVA (Fr. Tomás de S. José). Fué este religioso aragonés natural de la ciudad de Zaragoza, y floreció en el siglo XVII. Tomó el hábito en la órden de Agustinos descalzos, y por sus virtudes y saber fué nombrado provincial de Aragon. Latasa en sus *Escritores aragoneses* elogia su instruccion en las matemáticas y en varios idiomas cultos, refiriéndose á la crónica de la reforma de su Orden, tomo IV, pág. 411. Señálasele como orador evangélico de mérito y como religioso de reconocida piedad. Murió, segun los expresados registros de su vida, en el colegio de S. Nicolás de Tolentino de Zaragoza el año 1680, dejando preparadas para la impresion algunas obras sobre matemáticas, y cinco tomos en folio, que comprenden cinco cuaresmas seguidas que habia predicado: tambien dejó otro tomo de *Ser-*

*mones*, en los que se habia adquirido una buena reputacion como orador sagrado. — C.

SALARIO (S.), obispo y mártir. Antes de entrar en el relato de las heróicas acciones que á nuestro Santo adquirieron el grado de gloria con que ha sido condecorado, creemos conveniente consignar que ha sido muy comun en su época y en otras posteriores cambiar su verdadero nombre, que es el de Salario por Solario, con que muchos lo han entendido, siendo esto causa de que se tergiversen algunas de las cosas que han sucedido en su época, época verdaderamente notable, si se atiende á que fué la en que pudo lograr la inmarcesible corona del martirio. Entremos, pues, en el relato de sus heróicas acciones, y quede en primer lugar consignado que fué de una familia muy distinguida en Italia, que le procuró una educacion tan esmerada como era conveniente, y tan adecuada como procedia á unos personajes distinguidos en cualquier sentido que esta palabra se tome. Desde luego mostró Salario una decidida inclinacion al estado eclesiástico, y por consiguiente á prepararse de un modo conveniente para desempeñar los cargos que consigo lleva tan importante ministerio. Su ingenio más claro que lo del comun de las gentes, su aplicacion constante y decidida, le pusieron en aptitud de desempeñar cuantos cargos se le confiáran, así es que desde el momento en que se ordenó, fué autorizado por sus prelados para administrar el sacramento de la penitencia y para predicar el Evangelio en cuantas ocasiones se presentaron para ello, y lo hacia con tan feliz éxito, que los penitentes que concurrian á su confesonario, como los fieles, ó tal vez los infieles que iban á escuchar la doctrina que predicaba, se convencian tanto de las pruebas por él aducidas, se dejaban llevar de sus buenos deseos é interés que por su bien se tomaba, de tal suerte que podia decirse que conquistaba para Dios, y por consiguiente para el cielo, á cuantos tenian la suerte de que se les permitiera acercarse á su persona. Estas razones, que á la verdad son de suma importancia, fueron sin duda el fundamento de que se pensára en Salario para una mitra, porque en efecto sus conocimientos, su prudencia y todas las demás dotes suyas, le hacian acreedor á tan alta dignidad. Confiáronle, pues, la iglesia de Luni, en Italia, siendo preciso no poco trabajo para que aceptase cargo tan importante, pues pretextando inutilidad para su desempeño, que en realidad no tenia, queria excusar el admitir un puesto, que si bien es verdad que tiene algo y áun mucho de honorífico, tiene más de penoso y molesto, porque sobre él gravita un cargo sumamente importante. El desempeño por parte de nuestro Santo fué, como no podia ménos de ser, tan acertado, tan cumplido, como que estaba bien penetrado de la responsabilidad que le inducia y por consiguiente de la exactitud con que debia desempeñarlo; así es que él fué durante su episco-

pado todo para todos, sufriendo las privaciones y otras molestias que á su cargo son inherentes con toda la resignacion que conviene á quien tiene precision de predicar y no solo ha de desempeñar este ministerio con sus palabras, sino mucho más con sus obras, que es por donde se acreditan los verdaderos y fieles ministros de Jesucristo. Por supuesto que desde los primeros dias en que rigió aquella grey que el Señor ponia bajo su gobierno, empezó por examinar cuidadosamente las necesidades de todos y cada uno de los fieles puestos bajo su custodia, no tanto por saberlas como por hacerlas propias suyas y procurarlas el remedio con mucho más esmero que se procura el remedio de las necesidades de un hijo único, en quien se cifra todo el posible cariño. Claro es que este esmero y cuidado del santo prelado, secundado como no podia ménos de suceder por los párrocos y demás eclesiásticos de Luni, daba por resultado el que los fieles creciesen en virtudes, y que los manejos ocultos con que algunos procuraban la ruina de sus hermanos, se descubriesen y se hiciesen patentes otras muchas injusticias, que no convenia se descubrieran á los enemigos de Dios y de su Iglesia; por lo cual estos mismos enemigos de Jesucristo y de su Iglesia habian de procurar deshacerse del que para ellos era tan terrible adversario, aunque tuvieran para conseguir su intento que cometer el más atroz de los crímenes, que es matar al inocente. Algo vacilaron para determinarse á cometer tan negra iniquidad, pero al cabo la llevaron á término, valiéndose de un medio lo más reprobable que darse puede. Nuestro buen prelado nunca se negaba á prestar los auxilios espirituales á cuantos se los pedian, y áun en el remediar las necesidades materiales de sus súbditos era muy pródigo, tan pródigo que muchas veces ni áun lo necesario para sí propio reservaba, sino que todo se lo daba á los pobres: pues este fué el pretexto; motivando una necesidad urgente le sacaron de su casa, y cuando ya habian reunido algunos de sus enemigos en la plaza, le llevaron allá, dijeron contra él los baldones más atroces, le llenaron de improperios, y por último comenzaron á atormentarle con duros golpes, con inícuos tratamientos, hasta que gloriándose vilmente uno de ellos de ser el que le ponia, segun decia, en situacion de no estrechar más á los súbditos, le cortó la cabeza con alharaca y complacencia suma de sus enemigos, que al propio tiempo lo eran de Cristo. El clero se amedrentó en ver lo que habian hecho á su jefe y cabeza, los fieles recogieron sus venerandos restos y los ocultaron miéntras pasó aquel furor, y luego los dieron honrosa sepultura, como convenia á los mortales despojos de un hombre que habia sido templo vivo de Dios y fiel servidor de su adorable grandeza. El mismo Dios, que habia permitido que el obispo Salario muriese para el mundo, á fin de que viviera en su augusto acatamiento, obró por la invocacion de su siervo portentos los más raros

y tan frecuentes, que apénas habian trascurrido muy pocos dias de su martirio ya se estaba instruyendo el oportuno expediente para declarar su santidad, y por consiguiente comenzar á rendirle el homenaje de veneracion y respeto que era debido. De todas las informaciones resultó unánimemente confirmada la demostracion de su santidad, y como su vida se ofreció en holocausto por su fe y en el desempeño de su ministerio, no cupo á la Santa Sede duda, ni tuvo dificultad en declarar que era santo, asignando á su festividad el dia 22 de Octubre de cada año, en el cual se cree fué su martirio. Los habitantes de Luni le hicieron una magnífica iglesia al lado del puerto, y le declararon su patrono, teniendo en esto la gloria de que, segun todo lo que los siglos posteriores han demostrado, Dios se complace en la veneracion y memoria de su siervo S. Salario, pues ha prodigado muchos favores y evitado muchos males su constante invocacion.—G. R.

SALAS (D. Fr. Cristóbal Martinez de), canónigo regular premostratense. Fué natural de Medina del Campo, y tuvo por padres á Juan Martinez y á María de Salas. Tomó el hábito de religioso en el convento de S. Saturnino, de su pueblo natal. Fué definidor de su Orden, abad del convento de Segovia, rector del colegio de Santa Susana de Salamanca y visitador general de la religion. La majestad de Felipe IV le presentó para el obispado de Panamá en el mes de Abril de 1625, tomando posesion de la silla en nombre suyo el dean de la santa iglesia el dia 7 de Junio de 1626. Consagróle en Valladolid en el convento de S. Pablo, de religiosos dominicos, su obispo Don Alonso Gallo, en 17 de Enero de 1626, asistiendo los obispos D. Miguel de Ayala, de Palencia, y D. Juan Lopez, de Monópoli *in partibus*. Partió á su obispado, y segun la relacion que de él hacen las memorias de la Iglesia, era muy humilde, pacífico y religioso. Solicitó con mucho empeño que los divinos oficios se celebráran con toda la pompa y majestad posible, y para lograr tan elevado objeto residia largas horas en el coro, presidiendo los ejercicios canónicos, con lo cual se aumentó extraordinariamente en esta santa iglesia el esplendor del culto divino, perfeccionándose en grande escala el servicio de los altares y coro. Dotó en la mencionada iglesia dos misas cantadas cada mes, una de S. Cristóbal, que habia de celebrarse en miércoles, y la otra de nuestra Señora, que se efectuaria en sábado. Hizo además una donacion de dos mil patacones, ó sean pesos fuertes, para ayuda de fabricar una capilla colateral. En el convento de Medina del Campo, donde habia tomado el hábito, fundó otra capellanía y regaló una lámpara de plata, para alimento de la cual dejó la renta suficiente, y cuya lámpara ardió constantemente delante del Santísimo Sacramento. Gobernó santamente su diócesis, y lleno de años y de achaques y falto de la vista, descansó en paz en el año 1640, siendo sepultado en su iglesia catedral.—M. B.

SALAS (D. Fernando de), colegial de S. Bartolomé de Salamanca, canónigo de Sevilla, y arcediano de la santa iglesia de Granada. Fué natural de Salas, en Asturias, del obispado de Oviedo; bachiller canonista, y recibido en el colegio en 15 de Marzo de 1541. Fué hermano de D. Fernando de Valdés, aunque muy distantes en edad, pues pasaron entre estas dos elecciones treinta años. Salió por oidor de Sevilla el año de 1544, donde obtuvo una canongía. Despues fué proveido por oidor de Granada, donde tambien le concedió S. M. el arcedianato de aquella santa iglesia, que es de su patronazgo. Hízole visitador de la Chancillería de Valladolid, y pertenecia al Consejo Real de Indias cuando murió en Madrid á 29 de Noviembre del año de 1571. Tuvo tambien el beneficio de S. Juan de la Palma, que resignó el año de 1558, y le proyeyó en su hermano D. Fernando de Valdés en D. Gabriel Manrique, hijo de la casa de Amayuelas, como lo dice Salazar hablando de la casa de Lara.—A. L.

SALAS (Fr. Francisco Elías), natural de Zaragoza, religioso carmelíta observante. Hizo sus estudios con aprovechamiento. Recibió el grado de doctor teólogo en la universidad de Zaragoza en 29 de Abril de 1747. Fué maestro en su provincia de Aragon, y socio de su provincial para el capítulo general de su religion, celebrado en Cesena, donde desempeñó uno de sus actos públicos de conclusiones de teología. En el capítulo provincial tenido en Zaragoza en 1778, fué nombrado rector de su colegio de S. José, y ejerció otra vez esta superioridad despues de haber sido prior del convento de la misma, y en 1779 fué otra vez nombrado de este priorato, y vicario provincial. Cuando en 1757 se empezó á formar en Zaragoza la Academia del Buen Gusto en las ciencias y artes, fué admitido por su indivíduo de número, con cuyo motivo trabajó en 1758: 1.° *Disertacion sobre la necesidad de la erudicion para el buen gusto, y los medios para adquirirla*, que leyó en dicha Academia, jueves 18 de Enero de dicho año, segun sus actas, pág 79. Y siendo despues indivíduo de la Real Sociedad aragonesa de Amigos del País, habiendo esta determinado en 1777, y ofrecido premios sobre asuntos de su instituto, escribió: —2.° *Disertacion en que se explican los medios de desterrar la mendicidad, haciendo á los mendigos útiles al estado, sin reducirlos á ser infelices;* manuscrito cuyo mérito calificó la misma sociedad en su junta celebrada para la graduacion de las obras presentadas sobre este objeto, y publicó en la ordinaria de 18 de de Diciembre de 1778 la adjudicacion de mil quinientos cinco reales y treinta maravedises de vellon al autor, asunto que se publicó en la *Gaceta de Zaragoza* del martes 29 de Diciembre de dicho año, pág. 419: el Mtro. Fr. Miguel Martin en el *Carmel. Antig,. Cesaraug.*, pág. 35, refiere tambien la memoria de este autor, quien murió en Marzo de 1786, estando predicando la cuaresma del Real monas-

terio de Sixena, de señoras Comendadoras del órden de S. Juan de Jerusalen.—L.

SALAS (Gabriel), natural de Palma, doctor teólogo y en ambos derechos. En 17 de Abril de 1712 se posesionó de un curato en esta santa iglesia, y en la promocion de D. Juan Fernandez Zapata al obispado de Leon fué nombrado vicario general sede vacante, con cuyo motivo publicó en 1729 una pastoral llena de doctrina.—J. B. de R.

SALAS (Fr. Gaspar). Fué catalan, oriundo de una familia tan distinguida por su nobleza como por su piedad, y que reunia los más gloriosos timbres, que hubieran venido á parar en nuestro buen Gaspar, que fué desde luego objeto de la más decidida predileccion de todos sus parientes, especialmente de aquellos que tenian en la familia cierta superioridad. El niño desde su más tierna edad, además de una índole excelente y una predisposicion siempre inclinada á todo lo bueno, manifestó mucha aplicacion, así es que tuvieron sus padres que hacer muy poco para inclinarle al estudio de las humanidades y filosofía, que hizo con notable provecho y ofreciendo el más claro testimonio de que habia de ser sujeto que honraria su familia, ó mejor dirémos, acrecentaria la honra que su familia ya gozaba por muchos y justísimos títulos. Cuando se halló en edad conveniente para tomar estado, se decidió por el religioso, y escogió la órden de S. Agustin para llevar á feliz término sus buenos deseos. Pidió y obtuvo la santa investidura con extraordinario contento, tanto suyo cuanto de toda su familia, parientes y deudos; y fué tal el afan con que desde luego se dedicó á practicar todas las virtudes, que su noviciado no pareció noviciado, sino el dechado más perfecto que pudiera haber presentado un hombre que acostumbrado á la vida religiosa se presentára como modelo á los demás. De aquí fué que al concluir felizmente el tiempo de su probacion, ni un solo voto le faltára para ser admitido en la santa comunidad, y lo que es más, el que el dia de su profesion fuera un dia de verdadero júbilo para todos aquellos excelentes varones que tanto como el siervo de Dios se complacian en verle ya en el logro de sus deseos. Hizo despues de profeso todos los estudios que creyeron convenientes sus hábiles maestros, y en todos ellos aventajó con notable diferencia á sus condiscípulos, siendo por este motivo el designado para todos los ejercicios públicos y solemnes con que en las aulas se demuestra el adelanto de los que á ellas concurren. Cuando fué tiempo ascendió á los órdenes sagrados y lo hizo bajo las disposiciones más convenientes, acercándose á cada órden despues de una exquisita diligencia para prepararse á ella, y ejerciendo despues los correspondientes ministerios con toda la delicadeza que convenia á quien era administrador de los intereses de Dios para con los hombres, y el ministro que demuestra al Señor las necesidades de sus

criaturas. Muy tranquilo y satisfecho vivia en su convento predicando y confesando con un éxito nada comun, cuando la revolucion de Cataluña de mediados del siglo XVII perturbó todo aquel estado é hizo estragos como los hace siempre cualquier trastorno de este género. Los agustinos como los demás religiosos fueron echados con ignominia de sus conventos, se les usurpó cuanto tenian, se les hizo sufrir vejámenes notables, y solo algunos pudieron evitar los vértigos revolucionarios, sin duda porque Dios los guardaba para que hiciesen luego las fundaciones, digámoslo así, nuevas, que se habian de verificar despues sobre los restos de los antiguos conventos. Entre los pocos que quedaron fué uno nuestro P. Salas, el cual, sin duda porque no habia tomado nunca parte ni en un sentido ni en otro, ni en favor de los catalanes ni en favor de los franceses, logró el que le consintieran como capellan particular el gobierno y administracion de la iglesia de S. Cucufate, en donde estaba su convento, llamado vulgarmente *S. Culgat de Valls*, en la cual se portó muy bien, pues despues de cobijar en ella á cuantos cupieron, daba á los fieles todo el pasto espiritual que estaba á su alcance, y además cuantas limosnas podia arbitrarles, pues con la guerra y con el dominio de los franceses, que duró como es sabido mucho tiempo, las pobres gentes estaban apuradísimas de recursos, y nuestro buen Salas se los arbitraba hasta donde le alcanzaban sus buenas relaciones y amistades. Luego que las cosas tomaron ya un giro que volvió á asegurar el órden y concierto habituales en un estado, nuestro Padre procuró que se restableciese al punto y pusiese en el estado más floreciente que fué posible su querida comunidad agustiniana, lo cual logrado apénas, pagó el tributo que la humanidad debe, muriendo contento porque veia las cosas restablecidas á su órden. Su pérdida fué muy sentida, y su memoria se conserva, tanto por el recuerdo de sus buenas acciones, cuanto por sus obras, de las que no dejó impresas sino dos que bastan para inmortalizarle. Tituló la una: *Proclamacion católica del Principado de Cataluña*, y vió la luz en los dias de más encarnizada lucha, sirviendo para calmarla en gran manera; y la otra: *El Héroe francés*, ó sea *Idea del Gran Capitan*. Aun cuando ahora solo tienen importancia como documentos históricos, en su dia sirvieron mucho para aquietar la efervescencia de los ánimos prestando con ellas un gran servicio nuestro buen Padre Gaspar de Salas, religioso agustino.—G. R.

SALAS (Gregorio Francisco de), poeta del siglo XVIII, nació en Extremadura, siguió la carrera eclesiástica, y fué capellan mayor de la casa de las Recogidas de Madrid y académico honorario de la Real de S. Fernando. Vivió muchos años en la corte estimado de cuantos le conocieron por la amenidad de su genio, su facilidad en improvisar, y por sus costumbres inocentes. Entre las obras que compuso, las más graciosas son: *El Observa-*

*torio rústico* y la *Pintura de la calle de S. Anton*. Tenia un hermano exento de guardias, y una tarde subiendo Cárlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de Salas, que iba al estribo del rey, le dijo: *Señor, ese clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco*. Mandó el rey parar el coche y llamar al capellan, el cual se acercó sin admiracion ni orgullo. Le habló el rey cariñosamente manifestándole lo que le agradaban sus versos, y el gusto que tenia en leérselos á la reina, y le encargó no dejase de mandarle por su hermano cualquier cosa que escribiese. Salas compuso las siguientes obras: *Dalmiro y Silvano*, égloga amorosa y elogio de la vida del campo en una silva de varios metros; Madrid, 1780, en 8.°—Dos *sueños poéticos* á las Reales academias de S. Fernando y Española, etc.; Madrid, 1778, en 8.°—*Continuacion de las nuevas poesías de D. Francisco Gregorio de Salas*, que contiene los elogios de los escritores y facultativos españoles difuntos en el presente siglo con otras *canciones* hechas á diferentes asuntos sérios y jocosos; Madrid, 1776, en 8.°—*Himno de la paz*, es una imitacion de versos sáficos y adónicos; Madrid, 1783, en 8.°—*Las Lamentaciones, Miserere, Benedictus, Stabat Mater, Adoracion de la Cruz, Angélica, Te Deum* y *Magnificat*, añadidos nuevamente con los *himnos de la Cruz y Sacramento*, todo en verso castellano é ilustrado con estampas, 1778.—Además de otras muchas poesías sueltas publicó en prosa: *Compendio práctico del púlpito*, que contiene tres pequeños ejemplares, formados sobre los tres estilos, sublime, medio y familiar, con unas breves advertencias de las cosas más preciosas para el uso del alto ministerio de la predicacion apostólica; Madrid, 1786. Murió, segun la opinion más comun, en Madrid, en 1808.—M.

SALAS (D. José Antonio Gonzalez de). Fué natural de Madrid y perteneció como caballero profeso á la muy ilustre y muy distinguida Orden militar de Calatrava, en la cual desempeñó cargos de alguna importancia, porque tenia en verdad más que suficiente capacidad para ellos. Era su carácter muy franco al mismo tiempo que respetable, y su conducta enteramente arreglada, conforme en todo á lo que exigia la dignidad excelsa que se representa en la honrosísima distincion con que se ostentaba complacidísimo. Se dedicó á estudios, y en su carrera eclesiástica hubiera brillado grandemente si hubiera querido dedicarse á ella, pero no quiso pasar de los órdenes menores, á pesar de que tampoco quiso contraer matrimonio, aunque para ello tuvo excelentes proporciones. Se dedicó con verdadero afan al estudio del latin y del griego, y en cuanto á crítico ocupó un distinguido lugar en su época, porque en verdad juzgaba las obras con muchísima imparcialidad y apoyaba sus dictámenes siempre en razones de mucho fundamento, siendo muy enemigo de frivolidades y solidísimas por consiguiente las consecuencias, tanto de doctrina como históricas, que por él se deducian. Sus princi-

pales escritos versaron sobre Petronio, unas admirables notas en latin y sobre la tragedia una especie de anotacion á la retórica de Aristóteles. Esto y un *Compendio de Geografía* fué lo mejor que escribió, y si bien es verdad que para nuestros dias parece que estos trabajos no tienen importancia, si se atiende á su época y á las muchas noticias enteramente nuevas entónces, que aquellos contienen, se verá demostrado, que léjos de ser una cosa insignificante era de muchísimo aprecio, y su autor por consiguiente justamente merecedor de las distinciones con que tanto los sabios como los literatos de su época le honraron, haciéndole entre ellos mismos un lugar de los más distinguidos. Entre sus papeles se encontraron apuntes con los cuales parecia pretender escribir una filosofia completa; pero no pudo hacerlo, porque arrebatado por la muerte repentinamente el dia 9 de Marzo de 1651, á los sesenta y tres de su edad, tuvo que contentarse con trazar esta obra clásica que le hubiera dado gran celebridad. Esto es todo lo que podemos consignar de D. José Antonio Gonzalez de Salas.—G. R.

SALAS (Fr. Lucas), religioso franciscano de la provincia de S. Juan Bautista de Valencia. Fué este siervo de Dios natural de Sazor, en la isla de Menorca, hijo de Francisco Salas y de Catalina García. Se trasladó al reino de Valencia, donde correspondiendo obediente al llamamiento divino, tomó el hábito de descalzo en la provincia citada, y profesó en el convento de Liria á 12 de Noviembre de 1576, siendo de diez y ocho años de edad. Estuvo adornado de muchas y excelentes virtudes, y aunque ellas son su mayor elogio, no podemos ménos de decir que fué observantísimo de su regla, probando con esto que tuvo las que constituyen un varon evangélico y santo. Tuvo, dice la Crónica, aquellas tres perfecciones que explica S. Buenaventura. La primera de necesidad, que consiste en guardar los preceptos, pues no sólo no se le notó jamás alguna mancha de culpa grave, pero áun una palabra ociosa afirman los que con él consumieron años enteros no habérsela oido decir. La segunda de supererogacion, que está en observar los consejos, y en especial el más árduo, que es la desnudez y pobreza de espíritu, no poseyendo otra cosa que á Cristo. Fué este amable Señor tan único bien suyo, y empleo de todo su amor, que áun de lo muy necesario queria privarse por él. Su vestido era un hábito viejo y remendado, su cama una pobre tarima, sus alhajas una cruz de palo ó estampa de papel, y á este modo lo demás que usaba para su persona. A la tercera perfeccion, que es de plenitud ultimada, y de quien dice el Sábio que la senda de los justos es como luz resplandeciente, que crece y va procediendo hasta el perfecto dia, que es la clara y divina vision, caminó con tantas ventajas, que no era su vida otra cosa que un proceso de virtud en virtud y de claridad en claridad. Era tan verdadero, humilde y despreciador de sí mismo, que estimaba en mucho

ser tenido de todos por una cosa vil, y que le reprendiesen y mortificasen, y cuando el prelado lo hacia, no solo lo admitia con alegre rostro, mas le besaba los piés por ello. De esta sumision y rendimiento de ánimo resultaba su pronta obediencia, no ofreciéndosele jamás razon con que hacer la más leve réplica á cosa que le mandasen por pesada y dificultosa que fuese, y no se contentaba con sola la ejecucion del mandato, sino que al efecto acompañaba con el afecto, y á la diligencia exterior con el gusto y complacencia interior, no dando lugar al discurso para examinar si la obra que se le ordenaba era grande ó pequeña, prudente ó indiscreta, oportuna ó fuera de tiempo, que es el gusano y carcoma, dice su biógrafo, que suele ir remordiendo á los súbditos y consumiéndoles el corazon, como si les tocase á ellos regir las acciones del superior ó hubiesen de dar cuenta de ellas. No le parecia falta de caridad ó advertencia que cuando venia de fuera cansado le mandasen otra cosa tambien de fatiga, ántes lo recibia en premio del trabajo que habia tenido, pues le daban nuevo merecimiento y nuevo vigor para obrar, pues nunca el prelado manda alguna cosa que no influya secreta virtud y lleve como de la mano al súbdito para que con facilidad obedezca. Tenia tanta fe en la obediencia, que siendo hortelano en Gandía y hallándose muy afligido, acudió á este recurso, que conocia tan bien, en una ocasion harto árdua, saliéndole como lo deseaba. Los bienes que experimentaba de aquella subordinacion que tenia á los superiores, le dieron luz para conocer la paz grande que conseguiria si llegase á sujetar su carne y subordinarla al espíritu, de suerte que como súbdita de la razon siguiese su imperio y no el ímpetu de sus apetitos. De aquí nacieron en él tan ardientes deseos de afligir su cuerpo, que hacia con él extremos de rigor. Nunca se calzó áun yendo de camino por sierras ásperas y fragosas. Hacia muchas penitencias en la comunidad, especialmente en adviento y cuaresma: era muy abstinente y sobremanera enemigo del ocio y descanso. Apénas llegaba de la postulacion, se iba derecho á trabajar á la huerta, y á pesar de ser hortelano, y portero, y tener que tocar al alba, nunca faltaba á media noche á maitines ni á los cuartos de la oracion mental, ántes bien, además de la que se hacia en comunidad, consagraba en particular otras muchas horas á ella. Era tan favorecido de Dios en aquel santo ejercicio y sacaba de él tantos medros para su alma, que en no ocupándole la obediencia, su refugio era algun rincon de la iglesia, donde se estaba recreando con Dios, y á veces por que no le inquietasen, cuando veia que no podia hacer falta, se escondia en cualquier lugar á propósito, y allí se estaba por largo espacio. Fué tan grande su piedad y devocion con los santos, que por darles culto y honra especial procuraba á hora prima hallarse á oir la calenda en el coro é iba enumerando los mártires, confesores, vírgenes y demás santos que se pronun-

cian para hacer su conmemoracion y rezarles en particular aquel dia. Si esto hacia con los habitantes del cielo, ¿qué sería con su Reina y Señora? Erale entrañablemente devoto, y asimismo lo fué en extremo del Santísimo Sacramento, asistiendo en su divina presencia con devocion muy grande y ayudando cuantas misas podia, adornando el altar con flores y fomentando fiestas para celebrarle y engrandecerle. Deseaba con cordialísimo afecto llegar á la sagrada mesa, y recibir aquella celestial comida que trasforma en sí los espíritus y los agracia, eleva y deifica. Del amor con que este religioso varon estaba unido á la divina bondad, procedia una tierna y misericordiosa comunicacion con las criaturas, acudiendo á sus necesidades con entrañas de caridad encendida. Los pobres, cuando era portero, tenian en él una amorosa y próvida madre. Los enfermos un fiel amigo, cualquiera fatigado, alivio; todos, en fin, edificacion y consuelo, y cuando hallaba ocasion para hablar de Dios, entónces era cuando se descubria el fuego de su caridad, queriendo con sus encendidas y espirituales palabras reengendrar á Cristo en las almas, exhortando con grande fervor y eficacia á su santo servicio. Para esto solo se dispensaba en su estrecho silencio, del cual fué muy celoso, tanto que solian llamarle el *mudo*. Cuando hablaba era con pocas y bien pesadas razones, observando una advertencia muy cuerda, que la lengua del que ha de hablar bien ha de ser como el escoplo del estatuario, que cuanto más quita de la materia más va perfeccionando la obra. Por este celo del bien de las almas, por su grande compostura y mortificacion, su humildad, obediencia y pobreza, su austeridad, devocion y trato familiar con Dios, y en fin, por una agregacion admirable de todas las virtudes y religiosas reglas que componen un varon perfecto, era venerado y tenido por santo, así de religiosos como de seglares. Tuvo conocido espíritu de profecía, como se vió en algunos casos, en particular en uno que acaeció á Fr. Bartolomé Gavaldon siendo novicio en S. Roque de Gandía, pues habiendo llegado á aquel convento Fr. Gerónimo Planes, la primera vez que fué provincial, por una informacion falsa que habia tenido iba resuelto á quitarle el hábito, y así lo dijo en la comunidad. No faltó quien se lo manifestára al novicio, quizá para que diese alguna satisfaccion; pero como se hallaba extraño al caso y no sabia más que la determinacion de quitarle el hábito, que estimaba él más que nada en el mundo, se afligió en extremo, y como le encontrase así desconsolado el siervo de Dios Fr. Lucas Salas, llegándose á él con paternal amor y mucha seguridad, le dijo: «No se desconsuele, hermano, y tenga fe, que aunque nuestro Padre provincial tiene determinado de quitarle el hábito, no se lo quitará ni Dios lo permitirá.» Así fue, que cuando todos esperaban que el provincial ejecutase su resolucion, sin haber intervenido nadie ni haberle hablado el novicio, mudó de repente de parecer y le dejó

el hábito con mucho gusto, y se fué á continuar su visita, cumpliéndose lo que habia dicho el siervo de Dios. Además de esta gracia de profecía, parece haber gozado este siervo de Dios otra especial de obrar maravillas, con la cual quiso el Señor iluminarle áun durante su vida. Habiendo estado este perfecto varon treinta y un años en la provincia de S. Juan Bautista y procedido con heróico ejemplo de vida, se presentó en ella en 1606 el comisario de la de Filipinas Fr. Sebastian de S. José, que murió despues mártir, á llevarse religiosos descalzos para operarios de la copiosa mies de las Indias; y llegando al convento de S. Roque de Gandía, encontró en él al siervo de Dios Fr. Lucas, y hablando desde luego, no tardaron en darse á entender sus deseos; los del comisario en querer llevársele consigo, los de Fr. Lucas en querer seguirle. Habia una dificultad grande para el logro de este intento, y era que habiendo muerto Fr. Andrés Hemon, los duques de Gandía, para suplir su falta, habian solicitado que llevasen á aquel convento al siervo de Dios Fr. Lucas Salas por la opinion que de sus virtudes se tenia, y nadie creia que consintieran en privarse de su asistencia por tener en ella mucha confianza y consuelo. Habiendo, pues, el siervo de Dios dado parte á los prelados de su santo propósito, rehusaron, así por lo que le amaban, como por respeto á los duques, cuya estimacion le representaban y el amor que á todos debia en aquella ciudad para disuadirle el viaje, á lo que satisfizo diciendo que la voluntad de Dios era que pasase á las Indias, y que así se lo habia revelado el Señor; que en lo relativo á los duques él se entenderia con ellos. Viendo, pues, que se encargaba de sacar la licencia de los duques, le dieron la suya sus prelados, con lo que alegre y fervoroso se fué á ver á sus señores proponiéndoles su determinacion con tanto espíritu y eficacia, que no les dejó razones para contradecirles, ántes bien, edificados de su santo impulso, accedieron sin repugnancia alguna, persuadiéndose todos que el Señor habia movido su voluntad con especial instinto. Vencida que fué esta dificultad, partió el siervo de Dios muy alegre para su santa empresa con ánimo de dar la sangre por Jesucristo, prendiendo el fuego de amor divino que á él le abrasaba en todos los lugares de Andalucía por donde pasó. Yendo á su santa jornada y pasando Fr. Lucas por el convento de Torrente, encontró en él á su hijo espiritual Fr. Bartolomé Gavaldon, el cual cuando ya se despedia le dijo: Que para que se acordase de él le dejase alguna cosa suya. No se halló el seguidor de Cristo con otra prenda más á propósito que su báculo, y así se le dejó por memoria para que le encomendase á Dios. Recibiólo con mucha alegría y estimóle como reliquia, y mediante ella, y así en beneficio suyo como de otros, obró el Señor maravillas muy grandes. De sus hechos en las Indias, dichoso fin, y del de otros muchos religiosos de la misma provincia que han pasado á aquellos países, no se

dá noticia en alguna en las Crónicas á que hemos acudido para formar la presente biografía, no siendo extraño se encuentren en otras particulares que por desgracia no han llegado á nuestras manos. —S. B.

SALAS (Fr. Miguel de), religioso franciscano de la regular Observancia, hijo de Zaragoza, predicador de la provincia de Aragon, que murió en el convento de Santa María de Jesus, de su patria, en 30 de Noviembre de 1697. Escribió: 1.° *Oracion sagrada de las Cuarenta Horas de la solemnidad de María Santísima, que dijo en el dia de su Anunciacion en el convento de San Francisco de Calatayud;* en Zaragoza, por Diego Dormer, 1685, en 4.° — 2.° *Oracion panegírica de Santa Catalina, vírgen y mártir;* en Zaragoza, por Jaime de Bordazar, 1693, en 4.° — 3.° *Década seráfica, oraciones panegíricas de las fiestas principales de la religion de nuestro P. S. Francisco, que publicó el licenciado D. Pedro Valentin, rector de Mequinenza;* en Zaragoza, en la oficina de Dormer, 1696, en 4.° — L.

SALAS (Nicolás), jurista mallorquin. En 30 de Abril de 1724 se posesionó de un canonicato en esta catedral, fué vicario general, sede vacante, por muerte del obispo D. Fr. Benito Pañelles y Escardó, con cuyo motivo publicó una pastoral. El doctor Barberi asegura que D. Nicolás tuvo correspondencia epistolar con el sabio pontífice Benedicto XIV. Esto mismo resulta tambien de la instruccion fiscal que en 16 de Junio de 1751 dirigió á Luis Valentibus, promotor sobre los alborotos de Lulio. Cultivó la poesía latina, y entre sus buenas rimas puede contarse el excelente acróstico que publicó en elogio del autor de la vida del venerable P. Fr. Julian Font y Roig, dominico. En la capilla de Santa Cecilia de la catedral está el sepulcro de D. Nicolás y D. Gabriel Salas, sobre el cual se lee la inscripcion siguiente:

*D. O. M. Nicholao à Salas et Berga — in hoc bal. templo canonico, — ac reg. et eccl. forum dis. siæ diriment—cancellario judici—sedes orbatæ pastori semel et it — gubernatori — qui tot muneribus optimæ functus — diem obivit VI. id. Jul—1740. Antonius Fuster à Salas et Berga—hæres ex testamento—patri benemerenti P. I.*

*Antonius Antonii filius — dilectus patruis — Gabrieli à Salas et Berga eccl. hujus almæ canonico sacel., reg. vel præf. sed vac. gin. vinc. litt. univ. rect. qui mig. e viv. VII kal. sep. 1741. Joanni item Fuster à Salas et Berga reg — cubic. civit. decus perp. gen nosoc. — Palmæ moderatori: cessit e vita kal. feb. 1751. Amantiss. denum patri Antonnis Fuster à Salas et Berga qui olim dux leg. drag. Palmæ à Carolo III Hisp. R. P. F. A. in Balear. militiæ delectu alter ex auliarchis renuntiatus — obiit IV non aug. 1764— in necessitudinis et gratitudinis testimonium — et patruorum et patriis cineribus in unum collectis quatuor concordissimorum fratrum et templo et urbi perpetuum posim monumentum, 1770.* — J. B. de R.

SALAS (P. Pedro de), de la célebre Compañía de Jesus, que tomó el hábito en la casa de Valladolid, año de 1602. Escribió: *Libellus de arte poetica. — De Rethorica. — Oracion fúnebre á las exequias de la reina Doña Margarita de Austria en el colegio de la Compañía de Salamanca que fundó.* Tradujo en verso castellano la obra intitulada: *Pia desideria*, que escribió en elegante verso latino el P. Hermano Hugo, de la misma Compañía. La traduccion es libre, y no atada al original, añadiendo y quitando algunas cosas que le parecieron ser precisas para su mayor perfeccion; y la dió el título de *Afectos divinos con emblemas sagrados.* Es obra rara y que D. Nicolás Antonio no dice si la dió á luz; mas se ha visto un ejemplar en Valladolid, año de 1638, en 16.°, dedicado á la marquesa de Aguilafuerte, y compuesto de tres partes, que son: *gemidos, deseos y suspiros, en las tres vias*, penitente, iluminativa y unitiva de la vida espiritual, y cada una con quince emblemas y una lámina relativa al asunto. Enmendó y aumentó de un gran número de voces la obra que empezó el doctor Bartolomé Brabo, intitulada: *Thesaurus Hispanico-latinus;* y la imprimió en Valladolid, 1654, en 4.°— A. y B.

SALAS Malo (D. Juan de), colegial de S. Bartolomé de Salamanca. Fué natural de Camin Real, arzobispado de Zaragoza, licenciado en artes, bachiller teólogo por Alcalá, elegido en 6 de Octubre del año 1607. Salió el de 1614 á servir unos beneficios que tenia en su tierra; y el año 1616 le hicieron canónigo reglar de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, donde murió el año de 1635. En 18 de Setiembre de 1621 pasó á Roma con poderes de su iglesia, y adelantó mucho en aquella corte los negocios de su cabildo, y estando allí el año de 1623 fué nombrado prior de su iglesia; no se sabe si volvió aquel año á ejercer su dignidad de prior, y solo consta en los libros de aquella santa iglesia que el año de 1631 pasó á su tierra á convalecer de los achaques que padecia, y que no hay memoria de que volviese á ella, pues no se halla su nombre en los *Acuerdos capitulares*, en los que está notado que murió por Mayo de 1634. — A. L.

SALAS Malo de Esplugas (D. Gerónimo). A fines del siglo XVI nació en Camin Real, de una ilustre familia. Habiendo cursado humanidades y la filosofía, se dedicó á la milicia. Siendo capitan de caballería y oficial de mucha reputacion, abrazó el estado eclesiástico, y obtuvo de Su Santidad el deanato de la catedral de Albarracin, en ocasion que su hermano D. Juan, embajador extraordinario en Roma, habia pedido esta dignidad para un amigo suyo, no teniendo noticia de aquella solicitud. La poseyó treinta años siguiendo un tenor de vida muy ejemplar. El rey D. Felipe IV le presentó para la mitra de dicha iglesia en 26 de Marzo de 1654, de que se posesionó en 17 de Setiembre de 1655. Gobernó este obispado con grande edificacion. Visitó tambien con ella el arzobispado de Valencia. Movido de las instancias

de la V. M. María de Jesus de Agreda, fabricó en su catedral la capilla de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza en 1656. Celebró su fiesta en 1657, dotó el sermon, vísperas y salve como en todos los sábados, y fundó en ella una devota cofradía, que renovó en nuestros dias el Ilmo. Sr. D. Juan Francisco Navarro, su sucesor en esta sede, é hizo otras obras pias en beneficio comun. Murió en 10 de Noviembre de 1664, y se mandó sepultar en dicha capilla. Escribió: 1.° *Paternal exhortacion sobre puntos de utilidad espiritual, dirigida á las iglesias del obispado de Albarracin* con fecha de 8 de Octubre de 1664; se imprimió en fólio, y se conserva en la Biblioteca de San Ildefonso de Zaragoza, pieza alta, E. 29. — 2.° *Constituciones sinodales de Albarracin en la sínodo que se celebró el año de* 1657, año en que se divulgaron. — 3.° *Algunas poesías juveniles en el segundo certámen*, por el Sr. Aliaga, de 1619, pág. 107; hay *varios dísticos latinos suyos*; y en la página siguiente otros de su hermano D. Juan. Véase la página 282 del mismo certámen. Entre los que elogiaron el mérito de este prelado son particulares la citada venerable madre Agreda en varias cartas, de que trata el maestro Faci, tomo II del *Arag. Reyn. de Crist. Sant. Imag.*, pág. 144 y sig. El Ilmo. Fuenbuena, en sus *Constit. Sinod. de Albarrac.* El P. Xarque, tomo II, part. I, del *Orad. Crist.* en la dedicat. D. Miguel Bautista de Lanuza en la *Vida de la venerable M. Felic. de S. José*, lib. II, cap. VIII, núm. 24 y 105; y el Padre Marton, *Hist. del Real monasterio de Santa Engracia*, pág. 628 y 629.—L.

SALAT (Fr. Bartolomé), dominico aragonés. Nació á principios del siglo XII, y manifestó desde sus primeros años un ingenio muy superior á su corta edad, demostrando ya hallarse llamado á brillar en los más encumbrados puntos por ciencia y virtud. Era Bartolomé uno de esos seres privilegiados, que parece han venido al mundo para beneficio de la humanidad á la que sirven de gloria y de blason. Dotado de los más tiernos sentimientos, su alma vivia como agitada de una contínua y santa inspiracion, y su espíritu penetrado constantemente de las grandes verdades á que servia, solo á ellas sabia dar culto y ofrecer el incienso debido al autor de la creacion. Así se le veia constantemente noche y dia, tarde y mañana, preocupado de los grandes pensamientos que agitaban su alma, lleno de las sublimes ideas que dominaban su corazon, celestial música que sonaba sin cesar á sus oidos, que tenia para ellos sones desconocidos á los demás mortales, que formaba la cadena que le unia á él, postrero de los seres, con el inmenso ser, padre y señor del universo, espíritu más bien que cuerpo, alma más bien que hombre. Salat en todas partes veia un solo objeto, un solo ser, una sola esperanza, una sola ilusion; y esta sola ilusion, esta esperanza, este ser y este objeto era su Dios. Adorarle y bendecirle, vivir en su presencia en contínuo éxtasis, era su único empleo, su constante ocupacion, y á ella consagró to-

dos los dias de su existencia, todas las horas de su vida, todos los instantes de su peregrinacion por la tierra. Decir despues de esto que tomó el hábito en la religion de PP. Predicadores que fué uno de sus más humildes y obedientes religiosos, que no hubo virtud en que no procurára distinguirse, caminando siempre de perfeccion en perfeccion, sería acaso dar una idea muy incompleta del personaje que nos ocupa. En Salat hay algo más que el pobre religioso que apoyado en su báculo procura hacer su peregrinacion por la tierra, caminando en pos de la santa pobreza, obediencia y castidad. En Salat hay algo más que el modesto sabio que consagra todas sus tareas y vigilias al culto de una verdad, á la defensa de un solo objeto, á la predicacion de un solo principio. Salat es un alma privilegiada, un ser superior que tiende su vuelo hácia las regiones celestiales, sin tocar ni dejarse tocar por el polvo que se levanta de la superficie de la tierra. Tal es el dominico aragonés, objeto de este artículo, grande como misionero, eminente como teólogo, no inferior como varon devoto y piadoso. Pasó sus dias en plácida soledad, entregado á sus santos ejercicios, como el arpa que colgada en el bosque, se deja herir por los encontrados vientos, dando de cuando en cuando un sonido, ora lúgubre, ya alegre, segun anuncia los misterios de la madre naturaleza. Así nuestro dominico, herido por encontradas aspiraciones, aunque tendiendo ambas al mismo objeto, ora rebosaba en placentera alegría entonando cánticos de esperanza y placer al Rey de los reyes, Señor de los señores y autor de la creacion; ya se acercaba al altar con triste y temerosa planta, convencido de su pequeñez ante la más sublime de las grandezas, asombrado de su insignificancia ante aquel á quien no podia conocer ni adivinar. Sus palabras eran misteriosas, sus sonrisas inexplicables, sus sueños extraños; todo en él revelaba un personaje extraordinario, un hombre perdido en la tierra, en que solo buscaba una nueva patria, un mundo mejor. Mas ay! condenado á vivir entre los mortales para darlos ejemplo con sus virtudes, su vida fué una contínua cadena de mortificaciones y sufrimientos, de privaciones sin fin, de esperanzas sin consuelo. Ansiaba algo desconocido, algo que no podia realizar, algo que no se encontraba en esta patria, y que solo podia hallar despues de su muerte. No lo pudo conseguir, mas una tranquilidad adquirida á fuerza de penosos sacrificios, una alegría obtenida despues de numerosos trabajos, fueron como el anuncio del término de una carrera á cuyo límite se tocaba, sin haberse rozado con la meta en que hubiera quedado vencido. No lo creia así él, ni mucho ménos se atrevia á confesarlo, no es por lo tanto extraño que en sus últimos momentos temiera por su porvenir y suerte, se sintiera humillado por la pequeñez de sus obras, no creyese que le serviria de mérito y procurase aumentarlas, á pesar de que á ello se oponian la debilidad de su naturaleza trabajada y los

dolores propios de un cuerpo enflaquecido por las enfermedades. En uno de los supremos esfuerzos, su alma voló á la mansion celestial, y es tradicion recibida en su Orden, que acompañada de un coro de ángeles que fué á presentarle á los pies del Padre de las misericordias. — S. B.

SALATHIEL. Fué hijo de Jechonías rey de Judá, y padre de Zorobabel, príncipe de los judíos, cuya historia se hace en los Paralipómenos. El nombre de Salathiel y el de su hijo Zorobabel se encuentran tambien en la genealogía de Jesucristo, en S. Mateo y S. Lucas; pero dudan algunos que el Salathiel y Zorobabel de los Paralipómenos sean los mismos de que hablan los evangelistas citados en la genealogía de Jesucristo, y pretenden que el Salathiel de que habla el Evangelio de S. Mateo era hijo de Johanam, al que S. Mateo llama Jechonías, hijo de Josías, rey de Judá, del que nació Zorobabel, padre de Abiud, y que el Salathiel de los Paralipómenos era hijo de Phadaia y no de Salathiel, y que este Zorobabel tuvo ocho hijos, de los que ninguno tiene el nombre de Abiud. Apoyan esta conjetura sobre que en el cap. XXII se dice en el profeta Jeremías que Jechonías, último rey de Judá, no debia tener posteridad. Consúltese el *Diccionario Histórico y Geográfico de Moreri* sobre el nombre de Salathiel. — C.

SALATHIEL, de la tribu de Ruben, é hijo de Simeon, fué uno de los abuelos de Judith. *Judith*, VIII, 1.

SALAVERRÍA (Lic. Ambrosio de), hijo de Zaragoza y deudo del maestro dominicano Fr. Andrés de Maya y Salaverría. Publicó y dedicó á Santa Catalina de Sena, del órden de Santo Domingo, un opúsculo intitulado: *Cuestion de la oracion mental y vocal, muy importante así para los que solo usan la vocal como para los que practican la mental. Pregúntase si es mejor la mental que la vocal, á que se responde con varias conclusiones probadas con razones eclesiásticas, morales y positivas*; en Zaragoza, por Jusepe Lanaja y Lamarca, 1655, en 8.° Al fin hay una traduccion en versos latinos, hecha por un novicio del Real convento de Predicadores de Zaragoza en la dedicatoria de este escrito. — L.

SALAVERRIA DE MAYA (Fr. Mateo), carmelita observante, natural de Zaragoza, maestro en su provincia de Aragon, doctor teólogo por la universidad de su patria, dos veces prior de su convento y provincial de Aragon, donde fueron muy conocidas así su religiosidad, como su literatura en aquel tiempo. Escribió: 1.° *Idea de discursos predicables en varios sermones de diversos oradores evangélicos*. Es el segundo tomo y parte III de los triunfos del Cármen; en Zaragoza, por Agustin Verges, 1672, en 4.° — 2.° *Jardin de Sermones de varios asuntos*. Son dos tomos en 4.°; en Zaragoza, por el dicho Verges, 1676. Y dió á luz tambien la obra poética intitulada: 3.° *Luz del alma para la hora de la muerte*, escrita por el maestro carmelita

Fr. Ambrosio Roca de la Serna; en Zaragoza, por los herederos de Agustin Verges, 1679, en 4.° Recomendó su mérito al Ilmo. Sr. D. Fr. José Sanz de Villaragut, franciscano, obispo de Zefalú, en *una larga epístola* impresa en el tomo I del dicho Jardin. El maestro Martin, *Carmel. Antiq. Cæsar-aug.*, páginas 30 y 31, y el doctor Jimeno en los *Escrit. del reino de Valencia*, tomo I, página 360, col. II, diciendo tambien que se valió de sus noticias puestas en la dedicatoria en elogio del citado maestro Roca.—L.

SALAVERT. Fué hombre de muy claro ingenio, natural y educado en la diócesis de Auch, donde le dedicaron al estudio de la filosofia y áun al de las ciencias eclesiásticas, si bien bajo la absurda interpretacion que propone el protestantismo. Eran sus padres ministros de esta desgraciada secta, y por consiguiente como en ellos el ministerio sacerdotal es hereditario como puede serlo una cosa cualesquiera, nuestro buen Salavert se encontró, digámoslo así, ministro protestante y no de los ménos importantes, sin saber que lo era y sin conocer apénas á lo que le obligaba su cargo, que era nada ménos que al estudio, interpretacion y enseñanza de la palabra de Dios. Por un sentimiento de delicadeza muy propio de un hombre de sentimientos nobles, como en verdad los tenia nuestro Salavert, él hizo un estudio muy detenido de las sagradas letras, y esté fué el medio de que Dios se valió para traer á la verdadera Iglesia á un hombre que podia merecer y mereció en efecto muy especiales gracias del cielo. Apénas se hubo fijado en que no eran conformes las maneras de interpretar los sagrados textos, no ya en todas las iglesias, pero ni áun en todos los ministros de una misma iglesia, comenzó á notar la falsedad de sus principios y á hacerse cargo de lo absurdísimo de que fuese cada cual árbitro en materia tan importante; en último resultado echó de ménos en su pretendida iglesia verdadera el principio de autoridad, y hubo de decir entre sí: allí donde se halle este principio de autoridad, allí y no en otra parte está la verdad;—y viendo que todos los principios del catolicismo tienden á hacer al hombre no solo bueno, sino perfecto, se decidió por examinar esta religion, única donde le parecia encontraria acaso su corazon una cosa que llenára el vacío que todas las demás pretendidas reformas no le podian satisfacer. Efectivamente, se hizo instruir en algunas cosas que dudaba y se decidió á abjurar el protestantismo para abrazar el catolicismo. Mucho sintieron sus compañeros de secta el que se separára de ellos, porque su voz infundia cierto respeto en atencion á que era muy recto en todos sus juicios, muy prudente en todas sus determinaciones, pero él nada de esto reparó como que no queria sino asegurar su salvacion, y esto lo aseguraba con el paso que acababa de dar, perseverando como perseveró toda su vida. Esto aconteció por los años de 1675. —G. R.

SALAVERTE (Fr. Juan Gracian y), religioso mercenario. Nació en Ca-

latayud el 31 de Agosto de 1637 de padres nobles. Sirvió á su religion en varios destinos. Fué comendador dos veces de Barbastro, y una de Calatayud. Cronista de su provincia de Aragon, y predicador evangélico muy celebrado. Murió en 1690 segun parece, habiendo escrito: 1.° *Oracion evangélica de S. Valero, obispo de Zaragoza, que dijo en su santa iglesia de La Seo*; en Zaragoza, en 1684, en 4.° por Juan Gaspar Martinez.—2.° *Triunfo de la fe; vida y prodigios de S. Pedro Arbues, canónigo de la Seo de Zaragoza; primer inquisidor de Aragon;* en Zaragoza, por Diego Gascon, 1690, en 4.°—3.° *Panegírico sacro del Ilmo. mártir S. Pedro Arbues, que dijo en la Seo de Zaragoza el año de* 1683, y unió á la referida su vida. Los censores de estos escritos manifiestan el mérito de su autor.—L. y O.

SALAZAR (P. Fr. Alonso de Jesus María), hijo legítimo de D. Alonso de Salazar y Acuña y de Doña Francisca Abiancos, naturales de Madrid; tomó el hábito de religioso mercenario descalzo en el convento de Sta. Bárbara, y profesó á 17 de Setiembre de 1635 en manos de S. Juan Crisóstomo. Despues de sus estudios ejerció toda su vida la carrera del púlpito con aplauso suyo y provecho de sus oyentes; y el don de prudencia y consejo que poseyó le hizo desempeñar los cargos que la provincia puso á su cuidado. Fué rector del colegio de Salamanca, dos veces del de Rivas, y otras dos secretario provincial y definidor general. Murió en su casa de Madrid á 17 de Noviembre del año de 1688. Escribió: *Vida de S. Andrés de la Cruz, hijo de D. Andrés Ponce de Leon, alférez de las milicias del reino, de la casa de los duques de Arcos, y de Doña Catalina de Aller y la Vega, que murió corista*, profesó en 24 de Noviembre del año de 1636; y *varios sermones* de los muchos que predicó, que todo se guarda en el archivo del convento de Sta. Bárbara.—A. y B.

SALAZAR (Fr. Ambrosio de), del órden de Predicadores. Fué natural de Salamanca, en cuyo convento tomó el hábito, pasando luego al colegio de su Orden en Valladolid, donde regentó una cátedra de teología con gran aprovechamiento de sus hermanos de religion. Por la fama que adquirió de sabiduría, el sabio dominico Fr. Domingo de Soto, que habia sido su maestro y que por espacio de veinte años regentára la cátedra de teología en la universidad de Salamanca, la renunció á su favor en el año 1556. Salazar correspondió dignamente á la confianza de su antiguo maestro, obteniendo grande fruto de sus lecciones y el aplauso general por su método de enseñanza; pero las brillantes esperanzas que de él se tenian, quedaron agostadas en flor, perdiendo la existencia prematuramente en el año 1568, cuando solo contaba los treinta y ocho de su edad. Dejó manuscrita una obra titulada: *Commentaria in primam partem Summæ Theologicæ S. Thomæ per quam erudita Salmanticæ servata.* Ignórase si llegó á publicarse.—M. B.

SALAZAR (P. Antonio de), de la Compañía de Jesus, tomó el hábito en el colegio de Alcalá en 1571, siendo ya sacerdote. Pasó los primeros años en aquella casa, confesando á los estudiantes con no menor fruto que edificacion. Pasó despues á la Sacra Penitenciaría de Roma, y desde allí le envió el Padre general en compañía del P. Dr. Juan Fernandez á los Paises Bajos al servicio de D. Juan de Austria. Al fallecimiento de este príncipe empleó el P. Salazar su fervoroso celo con los soldados del ejército del duque de Parma. Sus continuos trabajos y afanes le acarrearon una enfermedad mortal, de cuyas resultas tuvo que retirarse al colegio de Lovaina. En los dias que permaneció en esta casa refirió muchas cosas de la gran virtud y mortificacion del P. Juan Fernandez, el cual al tener noticia de su grave riesgo, fué á visitarle desde el ejército. Al verle se abrazaron ambos tiernamente, pidiéndole su enfermo perdon de las molestias que en el camino le habia causado por contradecir sus mortificaciones, y le rogó que le encomendase muy de veras á Dios para que tuviese misericordia de su alma. Apartándose de los brazos del enfermo se quedó el P. Juan Fernandez junto á su cama en pié más de hora y media en éxtasis, con el rostro sereno y alegre, y al fin de él le sobrevino un copioso raudal de lágrimas, con suspiros ardientes pero sin hablar palabra, hasta que abriendo los ojos como si despertára de un dulce sueño, dijo: «¡Ay buen Jesus! — Y con semblante risueño dió al enfermo una palmada diciendo: — Esté alegre V. R., que tengo gran confianza de que nos hemos de ver en el cielo.» Y muy consolado con esta prenda, rindió el P. Salazar el espíritu á su Criador; habiéndose hallado presentes á aquel rapto el P. Juan Harlem, viceprovincial de Flandes, y el hermano Vicente de Zelandres, que desde la muerte del P. Salazar comenzó á ser compañero del P. Juan Fernandez, y contaba este caso como testigo de vista, con otros de no ménos edificacion. —S. B.

SALAZAR (D. Bernardino), obispo de Chiapa. Fué natural de Burgos, y tuvo por padres á Bernardino Salazar y Frias, y á Doña María de Leiva. Inclinado al estado eclesiástico, y finalizada la primera educacion, obtuvo una beca en el colegio de S. Antonio de Portacœli de la universidad de Sigüenza; ordenado de sacerdote obtuvo la plaza de canónigo magistral de la santa iglesia de Jaen, y desempeñando este cargo, el rey D. Felipe IV le presentó á la Santidad de Urbano VIII para el obispado de Chiapa el año 1621. Pasó á su obispado y murió en 1625, siendo enterrado en la capilla mayor del convento de Sto. Domingo. — M. B.

SALAZAR (Rdo. P. Fr. Bernardo de), religioso de la órden Serática de S. Francisco. Este entendido y sabio Padre fué provincial de la santa provincia de Castilla, y varon muy versado en la Sagrada Escritura y muy considerado y respetado en toda la Orden por su ilustracion y la gran suma de

sus conocimientos. Su vida ejemplar, sus virtudes, sus costumbres irreprensibles, le captaron la voluntad y la benevolencia, tanto de los regulares, como de muchos personajes y hombres de letras seculares. Escribió sobre el Eclesiástico unos doctos comentarios.—A. L.

SALAZAR (Lic. D. Diego de). Fué hijo del Dr. D. Domingo de Salazar y de Doña Juana Roman, naturales todos de Madrid. Siendo mozo en 1615 padeció un fuerte tabardillo, de que le desahuciaron los médicos. Clamó por la Bta. Mariana de Jesus, y avisando á la sierva de Dios, le visitó é hizo la señal de la cruz en la cabeza, y le dijo: *que tuviese por cierto que no moriria, porque habia de llegar á ser sacerdote y decir muchas Misas.* En efecto, asi se cumplió, y despues de seis años que lo era lo depone en la causa de su beatificacion. El año de 1619 fué uno de los primeros que se alistaron por congregantes de la venerable de S. Pedro de Presbíteros naturales de Madrid, y juró en 29 de Junio. El año de 1625 entró á ser cura párroco de la iglesia de Sta. María la Mayor, donde trabajó infinito para su mayor ornamento y grandeza. Promovió la devocion de la antigua imágen de la Almudena, que se sacó del olvido en que estaba, y colocó en el altar mayor, que se hizo de plata; se reparó y doró toda la iglesia, y tuvo principio su Real esclavitud, siendo el primer prefecto de ella. Murió á 28 de Junio de 1656, lleno de años y amado de todos por su virtud y letras. Don Juan de Vera Tassis, en el *Triunfo verdadero, defensa de la Historia de nuestra Señora de la Almudena*, hablando de S. Isidro y Sta. María de la Cabeza, entre otros autores cita al licenciado Diego de Salazar, pero sin decir qué obras escribió.—A. y B.

SALAZAR (P. Diego), religioso de la Compañía de Jesus. El P. Diego de Porres Marañon, que despues se llamó Diego de Salazar, nació en la ciudad de Cuenca el año de 1539, de nobles padres, que le criaron en su niñez en toda cristiandad, enseñándoles las letras que á tal edad convenian, hasta que llegó el tiempo de mandarle á la universidad de Alcalá; y pareciéndoles que por entónces no habia mejor puesto donde acomodarle que en casa del cardenal de Mendoza, arzobispo de Burgos, lo procuró su padre y lo alcanzó; en casa del cardenal, aunque llevó adelante lo poco que habia aprendido y se ordenó de tonsura, pretendiendo alguna colocacion para vivir honradamente en el estado de clérigo, mas á pesar de su inclinacion, en lo demás vivia como paje algo distraido, sin poner cuidado en lo que más le hacia al caso, que era el bien de su alma. Solo rezaba de ordinario el Rosario de nuestra Señora, que mucho le ayudó para que la falta de sermones, leccion de buenos libros y las ruines conversaciones á que se habia acostumbrado, no le acabasen de echar á perder. A los diez y ocho años de su edad le dió el Señor algunas aldabadas á su corazon, avisándole y previniéndole de la

mala vida que llevaba; entónces empezó á fijarse, y trató de mirar por sí, y á pensar si seria bien recogerse á alguna religion, donde por más derecho camino alcanzase la salud de su alma. Sentia entre las demás religiones que se le ponian por delante mayor inclinacion á la Compañía de Jesus, por el mayor afecto que de muy antiguo profesaba á esta religion, y este pensamiento le traia algunas veces afligido y áun indeciso, no acertando á resolver, especialmente por los muchos afectos exteriores y del siglo que le llevaban tras sí, hasta que apretándole más que nunca esta irresolucion en Enero del año 1560, determinó hacer una novena al Santo Crucifijo de Burgos para que el Señor decidiese y le inclinase á aquella religion que más le convenia. El Señor le escuchó, inclinándole con tanta luz y fuerza á la Compañía de Jesus, que jamás desistió ó aflojó de aquella determinacion; ántes creció de manera, que convidándole con otras religiones, invitándole para ser bien recibido en ellas, no dió lugar á variar su firme resolucion. El fervoroso deseo de poner por obra su determinacion, le hizo tomar un nuevo disfraz, que dió bien que pensar y que decir á los que le veian, y fué, en el mes de Marzo siguiente, el adoptar el venirse á pie de Burgos al colegio de Alcalá, pidiendo entrar en la Compañía de un modo á la verdad bien extraño. Vestido de soldado, traia un coleto de terciopelo carmesí con sus martas y cabras de seda, y muslos de terciopelo carmesí con sus cuchilladas, y los zapatos eran de lo mismo; traia espada ceñida, con la guarnicion y contera dorada, y su daga de la misma manera, llevando en la escarcela lo que para el camino hubo menester. Con este disfraz entró en el colegio á pedir la Compañía al P. Manuel Lopez, rector del mismo, el que, mirándole de piés á cabeza como á mozo que más parecia que venia á buscar alguna compañía de soldados en que alistarse, que la Compañía de Jesus en que fuese admitido, le presentó muchas dificultades, y con estilo gracioso le decia si venia de aquella manera con disposiciones para ser el comprador de la casa, el mozo ó cocinero, y tomar otro cualquier oficio de la corporacion; pero Diego sin inmutarse le replicó que le recibiesen, y en lo demás hiciesen de él lo que quisiesen, dando muestras de los fervores que por toda su vida tuvo en todo lo que le mandaron. Al fin, viendo el Padre su firme resolucion, determinacion y vocacion de Dios, le recibió el dia de la Anunciacion de la Madre de Dios, con quien tuvo siempre especialísima devocion, el dia 25 de Marzo del año de 1560, siendo de veintiun años, y para ver cómo cumplia su palabra, en seguida le ocuparon en ir, cuando era menester, con el comprador, llevando una grande espuerta para traer lo que era necesario, y con el vestido con que se habia presentado; solamente le dieron unos zapatos remendados, de tres ó cuatro suelas, en lugar de los de carmesí. Otras veces, cuando se barria la calle, le enviaba á la fuente del mercado, y traia (vestido

como se ha dicho) en sus dos manos dos cántaros de agua para regar cuanto era menester, con espanto y edificacion de toda la universidad, que venia á ver este espectáculo; pero Diego, inalterable, se aprovechó de tal manera de estas mortificaciones, que salió un varon perfecto. Pasó por todas las experiencias y ejercicios que usa la Compañía con todo fervor, hasta que al fin de los dos años de noviciado hizo los votos acostumbrados; luego le enviaron á cursar artes á Plasencia, oyendo las lecciones del P. Alonso de Sandoval, y trás aquellos las de teología en el colegio de Ocaña; saliendo buen estudiante, y ordenado, comenzó á ejercitarse en los ministerios de la Compañía, aunque más en ayudar y contribuir dentro de casa á la educacion de los novicios, ocupacion á que fué más inclinado, por serlo á todo ejercicio de virtud y recogimiento. Hiciéronle despues rector de los colegios de Caravaca y Ocaña, en cuyos cargos, no dejando de hacer lo que estaba obligado con los de fuera, más cuidado tenia con el aprovechamiento de los que Dios le habia encomendado, la direccion, dándose tanto á los ejercicios virtuosos y á la oracion, que movia á los suyos á imitarle en los mismos ejercicios. Despues vino al colegio de Alcalá, y se ocupó en tratar y confesar la gente de la villa, y á cuidar de la congregacion de la Anunciacion, en que mucho despues sirvió á Dios y á la Vírgen, cuya excelsa Señora, como él estaba persuadido, preparó el corazon del rey D. Felipe II que enviase á un religioso á peregrinar por todos los santuarios de España que se ofreciesen en el camino de Santiago de Galicia, para alcanzar juntamente con este medio, por la intercesion de los santos, de Dios nuestro Señor, la salud para S. M. y el buen suceso en los negocios que traia entre manos. Fué escogido para este objeto el P. Diego de Salazar, y él lo tomó por singular misericordia de Dios, por la gran piedad y devocion que tuvo siempre á los santos y á su culto. El dia 22 de Junio del año 1597, que se celebra á S. Paulino, partió el P. Diego de Salazar de Madrid para Santiago de Galicia, empezando por nuestra Señora de la Caridad de Illescas, donde estuvo por espacio de veinticuatro horas sin salir de la iglesia, gastándolas en decir Misa y en oracion, encomendándose á la Santísima Vírgen, delante de cuya imágen todo aquel espacio de tiempo hizo arder una vela blanca, suplicándole le tomase bajo su amparo y le favoreciese y encaminase en aquella jornada que él emprendia por obediencia á sus superiores, para gloria suya y de su benditísimo Hijo. De Illescas fué á Toledo, é hizo un novenario en aquella santa iglesia, estando en el sagrario toda la mañana hasta la hora de comer, y habiendo dicho la postrera misa en la capilla donde está la piedra en que puso los piés la Serenísima Reina de los Angeles cuando bajó del cielo á aquella santa iglesia, y dado órden y limosna para que en aquella capilla cada dia se dijese Misa, y cera bastante para que contínuamente ardiese todo aquel año, se partió

por Avila, Salamanca, Zamora, Monterey y Orense, haciendo semejantes devociones en los lugares santos que visitaba. Llegó á Compostela la víspera de Santiago, donde hizo su novena, dijo sus Misas y dejado limosna y cera, como lo habia hecho en Toledo, para que por espacio de un año se dijese cada dia una Misa y ardiese siempre delante del cuerpo del santo Apóstol, se partió por Mondoñedo á la ciudad de Oviedo, donde en la Cámara Santa gastó tres dias, mañana y tarde en oracion, suplicando á todos los santos cuyas reliquias allí estan, por todas las cosas que traia encomendadas. Visitó en Leon el cuerpo de S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, y á Sto. Toribio de Liébana, y allí adoró el santo madero de la Cruz. Pasó al Crucifijo de Búrgos, y volviendo por Palencia y Valladolid, y visitando las reliquias que habia en los pueblos por donde pasaba, llegó á Madrid el dia 17 de Setiembre, habiendo gastado en esta romería tres meses ménos seis dias. Este primer viaje fué como el preludio de su peregrinacion á Jerusalen, adonde el rey mandó que fuese, y ántes de ponerse en camino (que si le dejáran queria hacer á pie), se recogió por muchos dias en Jesus del Monte para darse más á la oracion y prepararse para aquella santa romería, y armarse con el favor del cielo contra los grandes trabajos y peligros que habia de pasar. Salió de Madrid esta segunda vez el 21 de Marzo del año 1588, dia de S. Benito, á quien por esta causa tomó por fiel compañero y singular patron, y habiendo visitado primero á nuestra Señora de los Llanos y Altamira, y en Cuenca S. Julian (de quien recibió un señalado favor), pasando por Valencia, llegó á Barcelona, jueves santo, á 14 de Abril, donde hizo una novena en la iglesia Mayor, y visitó á nuestra Señora de Monserrat, á S. Narciso de Gerona, y la cueva donde su Padre San Ignacio hizo penitencia en Manresa; y despues se embarcó á 5 de Junio, y el 11 del mismo llegó á Niza, de donde partió para Turin, y vió y adoró la Santa Sábana de Cristo nuestro Señor como un tesoro incomparable, y de allí por Berceli, Novara y Ancona, entró en Milan, donde dicen que hay ciento veinte cuerpos de santos canonizados. Aquí se entretuvo el devoto Padre regalándose con estos santos en contínua oracion, y haciendo un novenario en la iglesia Mayor, y dando órden para que se hiciesen seis ornamentos muy ricos y cumplidos para los altares de la iglesia del Santo Sepulcro con todos los aderezos y adherentes necesarios, y un cáliz de muy linda labor y mucho precio, que para todo habia dado larga limosna el rey Don Felipe. De Milan fué á nuestra Señora de Loreto, donde fué muy regalado de la Santísima Vírgen, y visitando el cuerpo de S. Nicolás de Tolentino en aquella ciudad, y en Foligni y en Asís los del Seráfico P. S. Francisco y de su hija Sta. Clara, y en Montefalco el de la otra Santa Clara de Montefalco. Llegó á Roma el 17 de Octubre, donde tuvo bien en que emplear su mucha y tierna devocion por los innumerables santos y már-

tires que hay en ella. Gastó tres meses en visitar y adorar sus preciosas reliquias, y hacer oracion muy fervorosa y contínua, suplicando al Señor, por intercesion de los mismos santos, que mirasen por él y le diesen su amparo y proteccion en todas las cosas que traia á su cargo. Partió de Roma para Nápoles el dia 14 de Enero, y habiendo visitado las muchas reliquias que hay en aquella insigne ciudad, las de S. Mateo en Salerno, y las de San Andrés en Malfi, volvió á Roma por Monte-Casino, donde está el cuerpo del patriarca S. Benito, compañero suyo en esta jornada y especial protector. Finalmente, despues de haber estado en Florencia, Génova y otras dos veces en Milan, se embarcó el religioso peregrino en la ciudad de Valencia, en compañía de los frailes de S. Francisco, y vestido de fraile como uno de ellos, se hizo á la vela el dia 12 de Setiembre del año 1590, y aunque con muchos trabajos y borrascas aportó á la santa ciudad de Jerusalen miércoles santo en el dia 10 de Abril con increible gozo de su alma, adorando, besando y derramando muchas lágrimas en cada uno de aquellos lugares sagrados en que se obraron los misterios de nuestra redencion; y no se contentó con ver los que los demás peregrinos suelen ver y notar, sino todo lo que hay y pudo ver usando de suma diligencia, y pasó á Antioquia, Alejandría, Cairo y otras partes, y vió todas aquellas maravillas que se dicen haber sucedido en Egipto á la sacratísima Vírgen y á su benditísimo Hijo cuando, huyendo de la crueldad de Herodes, por aviso del cielo fueron á aquella provincia; embarcóse el 10 de Diciembre en Alejandría para Sicilia, y llegó al puerto de Mesina, dia de la Epifanía, el 6 de Enero de 1592; allí visitó á S. Plácido, en Catania á Sta. Agueda, en Zaragoza á Sta. Lucía, en Palermo á Sta. Cristina; y habiendo dado otra vuelta á Italia, y visitado los otros santos que ántes no habia visto, se embarcó en Génova el dia 18 de Octubre, y entró en Madrid el 9 de Diciembre el año de 1592, habiendo gastado cerca de cinco años en esta larga y santa peregrinacion. Dió cuenta de su viaje á S. M., y repartió al rey, príncipe, emperatriz é infanta á cada uno dos imágenes que habia tocado á muchas reliquias y á los lugares de la Tierra Santa, y á cada uno su redomita del agua del Jordan; despues vino á Alcalá, de donde habia salido, donde contó á sus hermanos las misericordias que Dios habia usado con él, y repartió las reliquias que consigo traia de la Tierra Santa, y tomó nuevamente el cuidado de la congregacion de la Anunciata, el cual tuvo con gran provecho de los estudiantes tres años y ocho meses que le quedaron de vida. Por todo lo referido se podrá echar de ver la virtud que Dios habia puesto en este su siervo, pues tuvo tal teson en todo lo que era servicio de Dios, de la Vírgen nuestra Señora y de sus santos, que ningun peligro se le ponia delante que no lo venciese, y ninguna dificultad y trabajo que no venciese igualmente, lo cual era consecuencia de la suma esti-

macion que hacia de las cosas divinas, y sumo desprecio de todas las humanas, y áun de su misma vida. Y del amor y confianza tan filial que tenia á Cristo nuestro Señor, á su Madre benditísima y á la intercesion de los santos, nacia el publicar las misericordias que de Dios recibia, consignando por beneficios de Dios y particulares providencias suyas todos los sucesos que acaecian. Alguna vez le ocurrió el hallarse determinado á partir de una ciudad, y buscándose lo necesario donde era costumbre se encontrase, faltar de todo punto, lo que su fe y piedad atribuia á faltarle algunos cuerpos santos ó lugares pios que visitar, y hasta haber cumplido con esta devocion, no haber permitido el Señor que saliese; y seguramente despues hallaba tanta comodidad para la partida cuanta se podia desear: ¿cuántas veces se deshizo el viaje de Jerusalen, que tanto deseaba, y resolvieron los superiores que del todo se dejase? Mas Dios, que tanto cuidado tenia de su peregrino, ejercitaba con esto su confianza y obediencia, y el motivo no era otro que dilatarlo para mejor tiempo, en que con más seguridad pudiese entrar en la Siria; porque si hubiera ido cuando el Padre lo deseaba, le hubieran quitado la vida, y con ella el cumplimiento de su deseo; y no es mucho que un siervo tan deseoso de la honra de su Señor tan menudamente ponderase las obras y providencias suyas, pues estaba tan cierto que la hoja del árbol no se mueve sin su voluntad, que estaba segurísimo que ninguna cosa le sucedia en su alma y en su cuerpo que no le viniese por mano de Dios. La devocion que tenia á la Vírgen Santísima era muy conocida; trataba con ella con la familiaridad, amor y confianza con que suele tratar un hijo con su madre, que por tal la tuvo siempre y por tal la escogió desde el momento en que entró en la Compañía; nunca perdió ocasion que tuviese en que implorar su proteccion; cuando comenzaba sus peregrinaciones, daba principio visitando alguna de sus casas. La primera peregrinacion á Santiago comenzó visitando á nuestra Señora de los Llanos y de Altamira, y acabó de igual modo visitando á nuestra Señora de Atocha y de los Remedios en Madrid, y en medio de los caminos los lugares donde más se recreaba eran los dedicados á nuestra Señora. La primera iglesia que visitó en cuanto llegó á Roma fué Sta. María la Mayor; tuvo tambien particular consuelo y devocion con la peregrinacion de Monserrat, y en Loreto, donde pasó nueve dias diciendo Misa en aquella santa casa, permaneciendo en oracion mañana y tarde, gozando de la presencia de Dios y de su Madre, que allí sentia y experimentaba. En Brescia, en un templo de nuestra Señora de los Milagros, dijo Misa el 5 de Agosto, dia de nuestra Señora de las Nieves, y allí se desnudó de sus vestidos y tomó los de romero, aceptando de nuevo á la Vírgen por madre y ofreciéndosele por siervo, esclavo é hijo. En el condado del Tirol se alegró con gran placer de su espíritu, por ser cosa con que la Vírgen se honraba,

pues el archiduque, príncipe de aquel estado, habia puesto en el camino real quince columnas, á proporcionadas distancias, en cuyas concavidades ú hornacinas estaban pintados muy al vivo los quince misterios del Rosario, resguardadas por debajo con un cerco para más decencia y seguridad, con el fin piadoso de que los que caminan de aquella ciudad á la de Hala y viceversa, vayan á presencia de aquellos misterios rezando su rosario á la Vírgen nuestra Señora, comenzando por la primera columna cerca de Inspruch, el primer misterio gozoso, y acabando en el postrer glorioso cerca de Hala; y áun halló, para renovar su devocion, una casa de nuestra Señora de Loreto, que allí tienen hecha aquellos señores cerca de Hala, sacada exactamente conforme la de Loreto. No contento todavía, llevaba consigo una imágen de nuestra Señora para tenerla más presente, á quien acudia en todas sus necesidades; y cuando se hallaba en algun trabajo ó peligro que ya no tenia remedio humano, imploraba á la imágen; y hablando con ella con toda confianza, la decia: «Ahora, Señora, habeis de hacer de las vuestras, pues los hombres no sabemos dar salida en este negocio.» La celestial Señora le atendia y hacia lo que se la pedia; esto le aconteció muchas veces, teniendo tan de su mano á la Vírgen, que cuando llegaba á la posada, dejaba su hato, y sobre él la imágen, y la decia: «Señora, guardaos á Vos y al hato;» despues se iba tranquilo á sus negocios, y nunca halló que le faltase nada. De esta confianza que tenia tan cierta por la intercesion de la Vírgen Santísima y sus santos, cuyas reliquias visitaba, nacia hacérsele muchas cosas sobrenaturalmente, haciendo Dios grandes milagros para el consuelo de su siervo que con tanta piedad habia emprendido tan largo viaje. Estándose preparando en el invierno de 1588 para la peregrinacion á la tierra santa de Jerusalen, le acometió en Jesus del Monte una gravísima enfermedad, que puso en gran peligro su vida; y aunque no habia determinado el Padre nada acerca de aquel viaje, por que no se desbaratase lo que tanto deseaba por aquel grave padecimiento, pidió encarecidamente á la gloriosa vírgen Santa Leocadia que le diese salud, lo que consiguió en seguida faltándole la calentura, como él mismo reconoció por singular beneficio. En otra ocasion le molestaba bastante el dolor de ijada, y acudiendo á Dios por remedio, tomó en Madrid de rodillas cinco tragos del agua que milagrosamente mana junto á la ermita de S. Isidro, patron de Madrid, y jamás volvió á ver dicho dolor. El dia primero de su jornada, sumamente contento de que ya se efectuaba su deseo, entrando en Alcalá se le espantó el macho con tanta furia, hurtando el cuerpo hácia atrás, que le derribó en el suelo, llevándole arrastrando sin querer parar ni pudiendo sacar el pie del estribo; mas invocando el santo nombre de Jesus, se quebró una correa y sacó el pie, y luego dijo un *Te Deum laudamus* en accion de gracias, y puesto en

pié, sintió el brazo izquierdo lastimado de manera que fué necesario aplicarle algunos encerados; mas con todo eso le impedia mucho el hacer fuerza, en especial al subir y bajar en la cabalgadura. De esta manera llegó á Cuenca; mas visitando el cuerpo de S. Julian, obispo de aquella ciudad, que estaba entero y exhalaba una fragancia celestial, le pidió, que si era gloria de nuestro Señor para proseguir su camino le aliviase ó quitase del todo aquel dolor é impedimento, é inmediatamente se encontró sano, de manera que nunca más sintió impedimento en su brazo; con estos sucesos crecia más su confianza, y de su buen término le resultaba una gran fe de que lo obtendria en iguales casos; y así siempre que se le ofrecia ocasion, invocaba el favor de los santos que habia visitado. Cuando se embarcó en Barcelona el 5 de Junio, sintiendo grandes bascas y mal estar á consecuencia del mareo, usó de un milagroso remedio con el que se aquietó del todo. Este consistió en tomar un poco de tierra del sepulcro de S. Daniel Anacoreta, que está en un monasterio de monjas Benitas, en un valle fuera de la ciudad de Gerona, que poco ántes de embarcarse habia visitado. En otra ocasion caminando á Trento, el caballo que llevaba alquilado, por estar el camino lleno de nieve, deslizó y cogió debajo al P. Salazar, á quien lastimó bastante aquella caida, y aquella misma tarde un madero que llevaba un carro atravesado, le dió en la misma pierna ofendida, produciéndole una herida, que además de agudos dolores, le imposibilitó el miembro. Viéndose, pues, sin medicinas humanas, acudió á las divinas con la misma fe que solia, escogiendo cinco en reverencia de las cinco llagas, conforme á su acostumbrada devocion. La primera á la Vírgen, que le habia cabido aquel mes, ofreció una misa, pidiéndola que si agradaban á su Santísimo Hijo sus pasos, y las visitas de las reliquias de los santos, le diese salud. La segunda se ofreció de nuevo servir á otros dos santos, Emeterio y Celedonio, que eran el dia siguiente, cuyos cuerpos habia visitado en España. La tercera ofreció una misa al Santísimo Niño Simeon de Trento donde iba. La cuarta, junto con la invocacion de los santos, aplicó un cordon que llevaba que habia tocado en Viterbo al cuerpo de Santa Rosa, y le ató á la pierna con algunas vueltas aquella noche, y cuya virtud habia experimentado algunas veces. A la mañana en levantándose donde habia dormido, para mayor abundancia, cumpliendo con el número quinario en reverencia de las cinco llagas, con el dedo que metió en la cruz de Sto. Toribio hizo cinco cruces tres veces sobre el lugar más lastimado de la pierna, y en acabando de hacerlas, se levantó y probó á andar, y con gran gozo se sintió del todo sano y bueno. Dios en todo miraba por su siervo, cumpliendo la voluntad que tanta gloria traia á su divina Majestad, puesto que tan de veras procuraba el hacer la voluntad del Señor y mirar por su honra, porque primeramente en si mis-

mo procuraba tanto, para que por solo Dios pareciese deshacerse, que con palabras y obras daba á entender su profunda humildad y el desprecio que de sí hacia. De ordinario versaban sus pláticas sobre la nada que es el hombre, y cuando entraba en esta materia, hablaba con tanta fuerza y convencimiento, que bien se echaba de ver la poca estimacion en que se tenia. Si se tocaba el punto de hacerle superior, así lo despreciaba juzgándose inepтísimo para su desempeño, como otros ambiciosos lo desean y pretenden, teniéndose por muy aptos para tales oficios. Abrazaba la virtud de la obediencia tan de corazon, que cegaba su entendimiento para no examinar lo que le mandaban, pues aunque á veces eran cosas que á su parecer eran repugnantes á lo que se pretendia, estaba tan confiado en que lo mandaba Dios, y que lo sabria sacar á luz, que luego lo ejecutaba; y así veia milagrosos efectos de la divina Providencia. En la larga peregrinacion que se acaba de referir, todo su consuelo y confianza la cifraba en entender que Dios la habia trazado y ordenado por la santa obediencia; y así que Su Majestad le habia de sacar de peligros, trabajos y dificultades que se le ofrecian, como efectiva y milagrosamente le sacó muchísimas veces. En la castidad era como un ángel, á lo que mucho contribuyó la constante devocion que tuvo á la Vírgen nuestra Señora, por cuyo esclavo se tenia y preciaba, y á quien hacia particulares servicios. Ninguna fiesta de tan excelsa Señora venia que en su víspera no la hiciese algun servicio especial de penitencia, de disciplina y ayuno, y áun muchas veces se pasaba sin cenar. Tenia tanta familiaridad con nuestra Señora, que las necesidades que se le ofrecian para sí ó para los demás, se las pedia como si fuera á su madre carnal, y de este modo lo alcanzaba. En la pobreza, siempre se olvidó de sus comodidades y conveniencias. Todo su cuidado era ocuparse y tratar familiarmente con nuestro Señor. Frecuentemente hacia ejercicios espirituales, en los cuales algunas veces permanecia treinta dias, alumbrándole el Señor con admirables conocimientos, y enfervorizándole con nuevos alientos de su espíritu y otros tantos favores, creciendo cada dia en virtudes y don de oracion. De este acrecentamiento en el trato con Dios le provenia el gran zelo de mirar por su honra, procurándola con los prójimos; pues siendo como era poco comunicativo, y más bien dado á la soledad y recogimiento que al trato de los hombres, despues le tuvo tan grande y tan en provecho de sus prójimos, que por este medio cosechó ópimos frutos, haciendo obras muy meritorias en obsequio de Dios y de las almas. Todo el tiempo que vivió este siervo de Dios despues de su peregrinacion, permaneció en Alcalá, teniendo cuidado de la congregacion de nuestra Señora de la Anunciata, ocupacion para él muy agradable, por ser toda en servicio de la Vírgen, aumentando el número de devotos, cumpliendo tan bien con este su deseo, que gran número de

estudiantes de la universidad los traia tan arreglados, y más á los nobles que eran el ejemplo de los demás, porque ni faltaban á sus ejercicios espirituales ni á los de letras, ántes se hicieron con más solemnidad que solian, de tal modo que se animaban todos á la virtud y á la devocion de nuestra Señora, en cuyo servicio se hacia todo. En medio de estas ocupaciones, el poco tiempo que le quedaba lo dedicaba á escribir una relacion é itinerario de su viaje á Jerusalen, por haberlo así mandado S. M. el rey D. Felipe II, en el cual detallando el órden que llevaba en las jornadas, declaraba las reliquias y cuerpos de los santos que visitaba en cada lugar ó donde llegaba, haciendo su historia y lo que habia practicado en su servicio, contando muy en particular las dificultades y peligros de que Dios le libró, y las inmensas misericordias que con él usó, hasta dispensarle beneficios sobrenaturales y milagrosos por intercesion de sus santos y virtud de sus reliquias, cuyo escrito se colocó en la magnífica librería de S. Lorenzo el Real, de cuyo original se ha sacado mucha parte de lo que viene manifestado. Ocupado en tan buenas y apreciables obras, le fué ordenado que el postrer verano lo pasase en el Fresno, poco más de dos leguas de Alcalá, porque la señora fundadora de aquel colegio pasaba á aquel sitio por reclamarlo así su salud, y el Padre la habia de confesar allí, habiendo ayudado á los de aquel pueblo con sus pláticas y sermones, y con acudir con los sacramentos á los que los necesitaban. Llegó el caso de encontrarse mal, lo que le precisó á volverse al colegio, aunque con el ánimo que Dios le daba parecia que el mal no era nada; y habiendo dicho á la fundadora que se levantaria bueno el domingo para confesarla y darla comunion, el P. Salazar se lo pidió á nuestra Señora como solia, como tambien á S. Ignacio, y con admiracion del médico se halló aquel dia bueno é hizo el oficio que habia prometido, y á la tarde le apretó el mal de tal manera, que le dieron el Viático y la extremauncion, permaneciendo su ánimo sereno é igual. En aquel tiempo se vió qué era lo que más amaba, porque hablaba altísimamente de su polvo y ceniza, queriendo imprimir en los corazones de los que le oian el afecto grande que tenia de la humildad; mas sobre todo, hablaba de la Virgen con la más extraordinaria devocion, llamándola madre, y diciendo con la mayor conviccion y seguridad, que él era su hijo con cierta manera de filiacion que no sabia explicar, lo cual repetia infinitas veces como cosa que le producia sumo gusto y placer. Al fin, entre estos afectuosos coloquios, y entre muchos actos que hacia de su humildad y aniquilacion, dió su espíritu al Criador á las dos de la tarde del dia de S. Luis, 25 de Agosto de 1596, de edad de cincuenta y siete años, habiendo estado los treinta y seis en la Compañía.—A. L.

SALAZAR (Hermano Diego Lopez de), religioso de la Compañía de Je-

sus. Fué natural de la ciudad de la Concepcion, en el reino de Chile, hijo de padres nobles, de buena posicion, y favorecidos de muchos bienes de fortuna. Recibió una esmerada educacion, que aprovechó su buena inteligencia, siendo sobre todo un gran latino. Habia sido secretario de gobierno en tiempo de D. Alonso de Sotomayor, gobernador de aquellos paises. A la edad de treinta años era notable por la gentil disposicion de cuerpo, muy galan y muy apreciado en el siglo, siendo algun tanto profano en las vanidades del mundo. Habiendo llegado los religiosos de la Compañia á la ciudad de Santiago de aquel reino, donde entónces residia Diego de Salazar, y oyendo con mucha atencion y mejor ánimo los sermones de estos Padres, que con tanto espíritu predicaban, y viendo su ejemplar vida y su modo de proceder tan compuesto y religioso, se relacionó con ellos, comenzando á sentir impulsos inspirados por el Señor, para abandonar el mundo y unirse y seguir á los de la Compañia; pero como estaba tan arraigada en él la costumbre de los entretenimientos, gustos y placeres, procuraba reprimir aquellas buenas inspiraciones, y trataba de desecharlas y resistirlas, divirtiéndose cuanto más podia, hasta que oyendo predicar á un Padre de la Compañía en el convento de Santo Domingo, en las honras de una señora principal que habia fallecido, recien casada, y que era muy jóven, tanto le impresionó y tan eficazmente le movió aquel sermon, que penetrando su corazon la luz divina con insignes resplandores, le sacó de las tinieblas engañosas en que estaba sumergido, conduciéndole al verdadero desengaño. Concluido el sermon, y como automáticamente se fué tras el Padre de la Compañía derramando en copiosas lágrimas, que con dificultad iba reprimiendo por el camino, y cuando el Padre predicador, que iba muy sudado, llegó á su celda, sin aguardar á que se repusiese, se echó á sus piés deshecho en llanto y dando gemidos lastimosos, sin casi poder hablar, y haciendo cuanto pudo y á medias palabras, declaró su resolucion de dejar las vanidades y seguir la verdad. El Padre le consoló y abrazó, y le rogó se serenase un poco, y despues hablarian detenidamente. Descansó un rato el Padre, y luego le oyó despacio una relacion minuciosa de su vida pasada, tan errada y tan extraviada, manifestando al mismo tiempo los impulsos y los toques que tuvo de Dios desde que escuchó y trató á los religiosos para seguirlos; no ocultó su resistencia y la lucha que habia sufrido, y finalmente, la victoria que aquel dia habia obtenido el Señor, rindiéndole eficazmente. El Padre le remitió, para prepararle, á que hiciese unos ejercicios que en seguida ejecutó y cumplió exactamente, y como habia puesto el Señor tan gran caudal de gracia de su parte, con la misma se dispuso maravillosamente, haciendo en ellos mucha penitencia, recias disciplinas, aplicándose ásperos silicios, sometiéndose á la rigurosa abstinencia de pan y

agua, prestando la más profunda atencion y cuidado en los ejercicios espirituales, de los que salió tan otro, que solo podia compararse á uno de aquellos primeros Padres de la Compañía, tan desengañado y aprovechado, que bien se echaba de ver que gozaba de otro sol interior, de diferente luz y calor que el que goza el mundo, y desde luego se despojó de las galas, y todo el dia estuvo en la Compañía ayudando á las misas. Adoptó el traje de estudiante, dejando la espada y lechuguillas y vestidos de seda, y en sustitucion se cargó de silicios y cadenas interiores, de que en muchos dias no dió cuenta, hasta que el confesor lo supo y lo moderó, aunque ya era tarde, porque como era de complexion delicada, y acostumbrado á comodidades y á no sufrir ninguna molestia, le habia hecho daño y alterado la salud aquel rigor continuado, pues era grande el odio con que se aborrecia por su vida pasada, el cual crecia con las llamas de amor divino que avivaba Dios en su corazon. Fué enviado á la ciudad de los Reyes para entrar en la Compañía, seis meses despues de su vocacion, dejando admirado y edificado aquel reino de Chile, donde era tan conocido, porque en aquellos seis meses le veian marchaba por las calles con una rara modestia, tan trocado en traje y costumbres, tan despreciado del mundo y de sí mismo, que causó con su ejemplo grandes mudanzas de vida en señoras del siglo, y en monjas, á quien él ántes visitaba, observándose el verificarse iguales cambios y resultados en otros compañeros suyos. En el noviciado fué rara su mortificacion, humildad, obediencia y caridad. Robó los corazones de los superiores, que concibieron de sus virtudes las más altas esperanzas de que llegaria á ser santo si vivia. El Señor se le comunicaba frecuentemente en la oracion, al paso que él se mortificaba y disponia, creció mucho en espíritu, y decia su maestro de novicios, que en solo veinte meses habia llegado á la perfeccion; mas como ya iba de Chile con la salud quebrantada, y en el noviciado se mortificó tanto, le acometió una calentura lenta dimanada de una afeccion crónica pulmonar, que no dejó duda correria los períodos de la irremediable tísis; fué asistido con mucho cuidado por el espacio de dos meses, y los médicos viendo que cada dia se iba agravando más, opinaron, que si los aires de su país nativo no le proporcionaban la salud, en lo humano no quedaba otro remedio; y en esta atencion y con esta esperanza le enviaron inmediatamente al reino de Chile, deseando con las mayores veras su mejoría; pero desgraciadamente en la navegacion tardó casi dos meses, y en ella fué empeorando de dia en dia, de modo que cuando llegó al puerto de Valparaiso, venia mortal, y solo vivió tres dias en el colegio. Acudió á verle todo lo más principal de la ciudad, venerándole como á santo, y entre todos el P. prior de Santo Domingo, al cual y á los demás dijo con su acostnmbrada amabilidad y humildad, que aquella hora era la más im-

portante de la vida, y por lo tanto les suplicaba le dejasen. Fué atendido, pero todos se retiraron llorando. Traia licencia del P. provincial para hacer sus votos de los dos años. En cumpliéndose este acto se confesó generalmente con el que entónces era superior de aquel colegio, y recibió el Viático, habiendo hecho primero sus votos, víspera de S. Pedro y S. Pablo, y el dia siguiente por la mañana, habiendo recibido la extremauncion, tomó un santo Cristo en la mano, y sentado en la cama como pudo delante de su confesor, habló vocalmente con Cristo nuestro Señor, dirigiéndole las siguientes palabras: «Bien sabeis, Señor mio, las veras con que os he buscado estos dos años por gozaros; no me falteis, Señor, en esta hora, por estas vuestras preciosas llagas: y besando los piés y manos de la imágen, y poniendo la boca en el costado, se quedó sin sentidos. El confesor, que estaba solo con él, creyó fuese ya el desmayo mortal, y estuvo esperando media hora, por si acaso volvia en si. Efectivamente, volvió exclamando: «Bendito, seais, Jesus mio. Amen.» El confesor le preguntó si habia recibido algun favor del cielo en aquel rato que habia permanecido sin sentidos; el moribundo calló dudando si cometeria una falta en manifestarlo; el confesor le rogó con insistencia se lo dijese y le consolase, pues habia sido su hijo espiritual, y en su sermon le movió Dios á entrar en la Compañía, y con él se habia confesado entónces generalmente y recibido los primeros ejercicios espirituales, y que no era falta el manifestarlo, sino virtud de obediencia el decirlo para gloria del Señor; entónces aquel jóven siervo de Dios le dijo que aquella privacion habia sido una señalada merced de Cristo nuestro Señor, que se le apareció, y le dijo que estaba predestinado y le esperaba para llevárselo consigo: y dicho esto se quiso reconciliar por si habia cometido falta con su declaracion; para consuelo suyo le reconcilió el superior, y al punto volvió á tomar el Cristo y á besar sus llagas; y en llegando á besar la del costado, salió su alma de su cuerpo sin otra emocion exterior, y se entregó al Señor que la esperaba. Predicaba aquel dia el obispo en la catedral, y en el púlpito publicó la muerte de aquel justo. Y ciertamente no quedó en la ciudad persona que no fuese al colegio á besarle los pies en el ataud con muchas lágrimas y sentimiento, y el mismo obispo fué á su entierro, y el dia siguiente á decirle la misa, y todas las religiosas y clerecía, aclamándole como á santo, y alabando á Dios que se le habia llevado á morar en su mansion celestial. — A. L.

SALAZAR (Domingo de). Nació este religioso en Castilla la Vieja, comarca de la Rioja, y sintiéndose con disposiciones para el claustro, tomó el hábito en la ilustre Orden de PP. Predicadores de Santo Domingo el dia 16 de Noviembre de 1546. Acabados que fueron su noviciado y sus estudios, le mandaron sus superiores á Méjico, en donde por espacio de veinte años

trabajó sin descanso en la conversion de los indios montaraces. Llamósele á Madrid para que informase sobre cosas importantes de aquellos países, lo cual le dió á conocer ventajosamente á Felipe II, que le cobró un grande afecto y se propuso utilizar sus conocimientos. Acababa de obtener este soberano español de la santidad del pontífice Gregorio XIII, la ereccion de un obispado en las islas Filipinas que le pertenecian en soberanía, y creyendo que ninguno mejor que Salazar podria llenar las funciones prelaciales en aquellos lejanos y vastos dominios españoles, le presentó á Su Santidad en 1579 para aquella nueva silla. Nombrado para ella por el Papa con placer de Felipe II, este le proveyó con largueza de todo lo necesario para el viaje y para sostener con dignidad tan elevado cargo, y se embarcó para Manila á cuya capital llegó con felicidad. Aduarte, en la Historia de las Islas Filipinas, cuenta exactamente cuánto hizo este prelado por el buen órden en su diócesis y por que se asegurasen en ella las buenas costumbres en honor á la religion católica. Volvió á España Salazar en 1590, y entre otras gracias, obtuvo del rey el consentimiento de erigir su iglesia en metrópoli; pero no tuvo el placer de volver á ella, pues que ántes que se terminase este asunto, le alcanzó la muerte en Madrid el dia 4 de Diciembre de 1592. Poco despues de su fallecimiento le llegaron de la curia romana las bulas que le declaraban arzobispo de Manila, y en las que se ponian bajo esta metrópli los obispados de Nueva Segovia, Nueva Cáceres, de Camerina y de Cebú, con el nombre de Jesus. En sus *Escritores de la órden de PP. Predicadores* hace mencion Echard de este religioso dominico. — C.

SALAZAR (Esteban de). Este religioso cartujo nació en Granada. En un principio tomó el hábito en la órden de S. Agustin, y agregado á las misiones, fué á predicar á las Indias. A su regreso á España se hizo cartujo, y murió el 28 de Enero de 1596. Escribió sobre la genealogía de Jesucristo que trae el Evangelio de S. Mateo, y segun Petreius, bibliotecario cartujo, y Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana Nova*, dejó escritos diversos tratados. — C.

SALAZAR (Fr. Francisco de). Este religioso nació en Zaragoza, de la casa de los caballeros de su apellido, antiquísimos en esta ciudad, como dice el maestro Neila en la *Historia del Convento de S. Lázaro*, página 226, y de que trae su memoria el cronista Andrés en la *Vida de S. Orencio*, pág. 2. En dicha real casa recibió el hábito de aquella Orden y profesó su instituto en el siglo XVI. La filsosofía y la teología las enseñó con útil inteligencia, y la tuvo tambien en la oratoria evangélica. Al honor del magisterio reunió el del gobierno de varios conventos, pues fué comendador de los de Calatayud, Pamplona y Zaragoza por casi dos trienios. En las córtes de Monzon lo consultó el rey D. Felipe II en negocios de gravedad, y en 20 de Mayo de

1576 fué electo provincial de Aragon. Convocado en Zaragoza el capítulo general de su religion en 27 de Mayo de 1587, que presidió de órden de Su Santidad el arzobispo de esta ciudad D. Andrés de Bobadilla, salió electo general, en cuya superioridad se hizo más estimable por su piedad, sabiduría y direccion. Fundó en Roma el convento de S. Andriano. Obtuvo la aprobacion del rezo de los Santos de su instituto y otras gracias apostólicas. Hizo tres redenciones de cautivos y otras cosas dignas de alabarse; y en 1592, que fué el último de su gobierno, se retiró á su convento de Zaragoza, donde murió gobernando la provincia de este reino, y fué sepultado en la capilla de nuestra Señora de los Dolores de dicha casa. Escribió: 1.° *Nuevas constituciones del real y militar órden de nuestra Señora de la Merced, Redencion de Cautivos cristianos, segun los decretos de los sumos pontífices Pio V, Gregorio XIII y Sixto V*, cuya edicion hizo el maestro Zumel, adornándola con *una explicacion de la regla de S. Agustin y catálogo de los generales de su Orden*; en Salamanca, 1588. Donde alaba la ilustre calidad, sabiduría y prudencia del maestro Salazar. —L.

SALAZAR (Francisco de). Nació en Alcalá el año 1557, y despues de recibir una educacion cual convenia al esclarecido linaje de que procedia, que era en verdad una de las casas más principales de su época, se propuso abandonar el mundo apénas hubo conocido cuán poco podian valer sus halagos, y cuán fugaces y engañosos son sus placeres, y determinó seguir á Dios de quien y por quien únicamente puede la criatura prometerse alguna verdadera dicha, no tanto por lo que al tiempo respecta, sino en órden á la eternidad, única aspiracion digna de la criatura más caracterizada, por ser la más semejante á Dios. Miró con atencion cuáles eran las ventajas y cuáles los inconvenientes de todos los institutos religiosos, y despues de un maduro exámen y visto por él que en ninguno lograba su fin, que era procurar la gloria de Dios, tan inmediatamente como en la Compañía de Jesus, determinó inscribirse en ella y ponerse por consiguiente á disposicion de los superiores para prestar á los fieles en tan loable sociedad los importantes servicios que jamás han podido desconocerse, aunque temerariamente se hayan empeñado en desvirtuar lo relevante de sus innegables merecimientos. Veinte años contaba de edad cuando ingresó en Alcalá mismo, é indecible es el contento que cupo tanto á los superiores que le recibian con el mayor placer, cuanto á él mismo que ingresaba con el mayor entusiasmo. Tanto en la práctica de las virtudes cuanto en las ciencias adelantaba de una manera pasmosa, así es que era la admiracion de todos, que se gloriaban en gran manera al considerar cómo el Señor le habia tan especialmente señalado para cumplir el grande instituto de procurar su gloria. Hubiera indudablemente brillado mucho en la enseñanza de la sublime teología, ó de las im-

portantes materias filosóficas, en cuyos estudios reunia conocimientos nada vulgares, que con su grande y constante aplicacion hubieran, á no dudarlo, sido mucho mayores; pero los superiores conociendo cuán á propósito era para dirigir á Dios los tiernos corazones de los niños y procurar así el que cuando jóvenes, y más aún cuando hombres, llegasen á dar gloria al estado y esplendor á su patria, le dedicó á este difícil ministerio, muy á propósito para su carácter, porque requiere cierta dulzura y cierto modo de proceder que en él no era violento y que daba resultados palpables, teniendo además para Salazar la ventaja de que era destino sin visualidad y que nadie se ocupaba del maestro de los niños, en tanto que él procuraba á todos adelantos que al momento no se comprendian, pero que despues se vieron palpablemente. Siempre ocupado en su importante mision, y cuando no en esta en la de enseñar y preparar convenientemente para acercarse á los santos Sacramentos á los que no tenian la suficiente instruccion para hacer de una manera conforme tan importante obra; pero toda su vida, que no fué en verdad demasiado larga, pues solo vivió cuarenta y dos años. Su última enfermedad la contrajo asistiendo á los enfermos de epidemia, que en 1597 se desarrolló en toda España y que diezmaba los pueblos, sembrando, como era consiguiente, la consternacion y horror más terribles por todas partes. Muchos favores hizo en esta época de verdadera prueba, pero el Señor ha querido queden ocultos, tal vez hasta el tiempo en que pensándolo ménos se esclarezcan los hechos de su importante vida, y esto sea motivo para enaltecerle y colocarle en el lugar correspondiente á sus relevantes y no desconocidos merecimientos. Su muerte fué, como lo habia sido su vida toda, en la más perfecta conformidad con la voluntad del Señor, así es que todo en él edificaba, hasta la manera de resistir los dolores que el Señor le permitia sin duda para su ejercicio y mejor corona. Imposible parece que un hombre tan grande como lo era el P. Salazar no haya dejado á la posteridad más vestigios de su gran ciencia y no menor piedad, que una sola obrita: sin embargo, esta obrita vale tanto, es tan importante, que ella sola ha sido suficiente motivo para dar á su autor una celebridad europea, universal, pero justa, merecida, y tan merecida y tan justa como que puede decirse que ha participado de los mismos sentimientos, ó para ser más exactos en la narracion, ha alcanzado de Dios una ilustracion semejante á la que tuvo el gran Padre S. Ignacio de Loyola al escribir su libro de los Ejercicios. La obra de Salazar se tituló: *Affectus et considerationes super quatuor Novissimis ad Exercitia S. Ignatii.* La primera edicion se hizo en 1628 en Madrid, repitiéndose despues otra en Pamplona en 1658, en Madrid 1663 y en Roma 1661. Como desde luego se vió la utilidad que reportaba este opúsculo pequeño en su volúmen, pero grande en su importancia, no solo á los que

hacian los ejercicios de S. Ignacio, sino á los que los daban, pues como llevamos dicho parecia que habia absorbido nuestro Salazar todo el espíritu del Santo Patriarca, fué preciso darlos á luz en lenguas vulgares, y con esto se ha prestado un servicio importantísimo á las almas piadosas. Muchísimas han sido las ediciones que se han hecho tanto en España cuanto en el extranjero de tan importante manuscrito, y solo haremos, por poner á nuestros lectores al corriente en este punto, mencion de las que tienen algo de notable, advirtiendo desde luego que todos á porfia, tanto en las traducciones como en las reimpresiones, procuraron no desvirtuar lo más mínimo el original y darle con toda la correccion posible la importancia que se merece. La primera edicion en España se hizo en Pamplona, año 1660, ofreciendo la particularidad de estar foliada por señales, y no con números como ya se usaba en aquella época. En 1706 se hizo en Sevilla otra edicion, á la que se agregó una especie de disertacion filosófica muy importante que de él habia sobre la eternidad. Repitiéronse otras varias ediciones hasta el número de siete en Madrid y Pamplona por los años 1700 á 1760 próximamente, y en 1811 se hizo una muy magnífica en Manila para el Sr. rey D. Cárlos IV, solo que no se hicieron de ella sino muy pocos ejemplares; lo cual era verdadero motivo de sentimiento, porque bien hubiese podido darse con alguna profusion obra de tal importancia. En Italia pasan tambien de cinco las ediciones que existen; en Francia hay la décima cuarta francesa en 1835; en Inglaterra hay tambien tres ó cuatro; en Alemania lo ménos seis ó siete; al fin en todas partes, y no podia ser ménos, porque apénas conocido tan precioso apéndice á la gran obra del santo fundador de la Compañía, era preciso que todos procuráran completar aquel rico trabajo con este no ménos apreciable; así que casi al lado del nombre de Loyola se oia el de su comentarista Salazar, siendo muy estimado su precioso libro y tenido por consiguiente su autor en la veneracion y respeto que son tan debidos á quien como el M. R. P. Francisco de Salazar supo hermanar su enseñanza con el ejemplo, medio eficaz de aprovechar por sí y para los demás.—G. R.

SALAZAR (Fr. D. Francisco), minorita y luego obispo de Salamanca en el siglo XVI. Pocas son las noticias que han llegado hasta nosotros de este franciscano, célebre en su época por diferentes conceptos, pero en particular por su elocuencia y erudicion. Siguió sus estudios en Alcalá, famosa universidad entónces por el número y mérito de sus profesores; pero mucho más todavía por el crecido guarismo de discípulos que llegó á dar á España y á la Iglesia. Salazar fué uno de ellos: despues de haberse distinguido en su patria por su ingenio y conocimientos, y desempeñado en su Orden notables cargos, pasó á Roma probablemente á algun capítulo general de los que se reunian entónces en las órdenes religiosas, ora para el

nombramiento de prelados, ya para el arreglo de las cuestiones que solian suscitarse en congregaciones tan numerosas, y cuyos indivíduos se hallaban esparcidos en los diversos puntos del mundo civilizado. Excelente latinista, Salazar tuvo la mejor acogida en la capital del orbe católico por su pericia en un idioma que ha sido siempre la base de todos los conocimientos; su facilidad en expresarse y la elocuencia con que componia arengas y discursos en el mismo. Los cardenales, arzobispos y prelados de la corte pontificia, le admitieron en su casa y á su mesa, y desde aquel instante pudo estar seguro de que se le presentaba el más brillante porvenir. Procuró corresponder á las simpatías de que era objeto, y desde luego su pluma quedó al servicio de los prelados comarcanos, que le emplearon en las comisiones más difíciles y en los encargos de mayor interés. Trabajó por lo tanto en la confeccion de un gran número de bulas, en la redaccion de no pocas causas, y en otros muchos asuntos que por su índole acostumbra la Iglesia á escribir en la antigua lengua del Lacio. En su encumbrada posicion no olvidó á su Orden ni á sus hermanos; hízoles todo género de beneficios, empleó toda su influencia en favor suyo, y no perdonó medio por corresponder á la instruccion que de ellos habia recibido. Nombrado obispo de Salamanca, de cuya sede creemos no llegó á tomar posesion, ó al ménos no residió nunca en ella, no olvidó las costumbres de religioso, siendo tan parco en su casa, en su mesa y en su hábito, como lo habia sido ántes de ascender á la dignidad episcopal. Sus virtudes sencillas y cristianas le hacian amar y respetar de todos, y su grande modestia, unida á su no vulgar mérito, hacian de él una persona tan popular como apreciable. En extremo caritativo fué siempre amado de cuantas personas á él se acercaban, y entre los que repartia sus donativos con una gracia y una delicadeza que les daba doble valor. A pesar de su dignidad nunca se negó á asistir al púlpito ni al confesonario, y en todas las iglesias de Roma se escuchó su voz, ya en el idioma vulgar, ora en el sabio, que solo empleaba al hallarse en presencia del Pontífice y su corte. Muchas de estas oraciones fueron impresas, y nos quedan aún como monumentos de su saber. Su Orden, que nos las ha conservado, procuró entónces su publicacion por el honor que de ello la redundaba, y en pago de los beneficios que de su autor habia recibido. Ignórase lo que hizo en sus últimos años Salazar. Algunos le suponen administrando su diócesis y ocupándose del cuidado de sus ovejas con un celo y afecto pastoral, propio de sus buenos antecedentes; otros, por el contrario, le creen en Italia, empleado en asuntos de la mayor importancia, ya por sí solo, ora en compañía de los cardenales á cuyo lado es constante que vivió muchos años. Nada se puede decir del lugar y época de su muerte por no hallarse expresado en los autores, que se limitan á darnos los títulos de sus obras, que son

los siguientes: *Orationem habitam in Exequiis Marcelli Cardinalis Crescentii*, Roma; *Oratio ad PP. Synodi Bononiæ congregatos in festo Pentecostes sacrificium peragente R. Cardinalis S. Crucis Apostolicæ Sedis Legato*; Bolonia, por Bartolomé Bonardi, 1547, en 4.°—*Epistolam de Monte Alverniæ*, en diálogo.—S. B.

SALAZAR (P. Fr. Francisco de S. Marcos), hijo de Marcos de Salazar y de Ana Gonzalez, todos naturales de Madrid, tomó el hábito de mercenario descalzo en el convento de Sta. Bárbara de Madrid, y profesó el año de 1648 en manos del comendador Fr. Francisco de Jesus María. Fué rector de teología en el colegio de Salamanca, y de artes en el convento de Rivas, segundo comendador del de Utiel, rector del colegio de Alcalá, y procurador general electo, año de 1672, en la Curia romana. Pasó con este empleo á Roma, en donde su observancia religiosa y sus muchas letras le dieron la mayor estimacion con el sumo Pontífice y cardenales, nombrándole calificador del Santo Oficio del Tribunal de la Inquisicion en aquella ciudad, y comisario general de todos los conventos de Italia. Vuelto á España fué electo definidor general por esta provincia de S. José, año 1680, y últimamente provincial de ella en 1683, y el cardenal Melini, nuncio de Su Santidad en España, le nombró en 1685 su teólogo y examinador de la Nunciatura. Murió en Madrid el dia 8 de Diciembre de 1687; y aunque de sus trabajos literarios, que conservaba manuscritos, tuvo poco cuidado, sin embargo se conservan en su convento un *Curso completo de artes* y un legajo de *Sermones varios*.—M. B.

SALAZAR (D. Francisco Soto), obispo de Jaca, era natural de Avila, y siendo comisario general de la Santa Cruzada, fué creado obispo por Pio V el año 1771, y trasladado á Salamanca en 1776. La silla de Jaca estuvo vacante más de un año despues de su traslacion, en cuyo período se hizo la reparacion de esta iglesia y la de Segorbe, por bula de Gregorio XIII, dada en Roma á 21 de Julio de 1577, y fué el sexto año de su pontificado, y así los prelados sucesores de Salazar lo fueron solamente de Albarracin. Trullo, obispo electo el primero en la mayor parte de los catálogos, es D. Juan Trullo, prior de Sta. Cristina, á quien Felipe II nombró primer obispo de Albarracin; pero murió sin tomar posesion, por lo que no consta en algunas cronologías.—S. B.

SALAZAR (P. Gaspar), de la Compañía de Jesus, natural de Toledo, ingresó en el colegio de Alcalá en 1552, y fué uno de los primeros que pasaron al de Madrid en 1760, donde obtuvo tanta fama como predicador, que cuando la príncesa Doña Juana fundó el insigne monasterio de religiosas descalzas de la primitiva regla de Sta. Clara, fué uno de los que predicaron en las solemnes fiestas de la bendicion de su iglesia. Ejerció el cargo de

rector, siendo el segundo del colegio de Madrid. Acababa de gobernar el de Avila, donde habia dejado grande fama por sus méritos y virtudes. Era este Padre muy inteligente en los negocios de mayor gravedad, muy devoto, y aplicado á la vida interior y trato con Dios, de quien recibia en la oracion muchas mercedes. Fué rector del colegio de Madrid por espacio de tres años, desempeñando este cargo con grande caridad y religion. Despues gobernó los colegios de Marchena, de Cuenca, de Belmonte y la casa profesa de Toledo. Hallándose en Avila confesó durante algun tiempo á Sta. Teresa de Jesus, la cual se le apareció en vida dándole algunos avisos para provecho de su alma, hallándose muchas leguas distante de la santa y con grande necesidad de consuelo. Refirió este Padre lo que habia sucedido al Padre Dr. Enrique Enriquez, el cual confesó en la deposicion que para su beatificacion le tomaron, haberse certificado de la boca de la santa Madre ser así como el P. rector se lo habia referido. El P. Salazar murió en paz, siendo ya anciano, en el colegio de Alcalá, á 27 de Setiembre de 1595, á la edad de sesenta y cuatro años, habiendo servido cuarenta en la Compañía á nuestro Señor con fidelidad y espíritu religioso.—S. B.

SALAZAR (D. Fr. Gonzalo de), del órden de S. Agustin, y obispo de Yucatan. Fué natural de la ciudad de Méjico, y tuvo por padres á Gonzalo de Salazar y á Doña Antonia Dávila. Inclinado al estado eclesiástico, tomó el hábito de la órden de S. Agustin en la mencionada ciudad de Méjico, donde hizo su profesion en 15 de Setiembre de 1577. Así por las buenas relaciones de su distinguida familia, como por el buen crédito que tenia de ilustracion y virtud, fué presentado por el rey Felipe III para el obispado de Yucatan, pasando Su Santidad la gracia en el año 1608. Llegó á su diócesis, y en el tiempo que la gobernó, hizo derribar más de veinte mil idolos, de los que aún adoraban aquellos naturales, por lo cual mereció que Su Santidad le diese las más expresivas gracias, por haber logrado acabar de todo punto en aquel país con los engaños y diabólicas invenciones de la idolatría. Acabó de edificar las casas episcopales, en cuya obra invirtió más de veinticinco mil pesos. Fué tan caritativo con los pobres indios, y tan zeloso de su bien espiritual y temporal, que él mismo les enseñaba y explicaba personalmente la doctrina cristiana, cuyo ejercicio no dejó de practicar en los treinta y cuatro años que gobernó el obispado. En una grande hambre que ocurrió, sostuvo diariamente á sus expensas más de cuatro mil pobres, y para atender al socorro de todas las necesidades, hizo seis veces la visita general de su extensa diócesis. Regaló á su iglesia catedral un magnífico oratorio valuado en cuarenta mil pesos fuertes, y pasó á mejor vida el domingo, dia 31 de Agosto de 1636, á los setenta y seis de su edad. En su tiempo se fundó en Mérida la casa colegio de la Compañía de Jesus, con licencia que

se dió en 16 de Julio de 1611, teniendo lugar la fundacion en el año 1618, y para lo cual hizo donacion de sus casas principales y de veinte mil pesos para convento é iglesia, Martin de Palomar, vecino de la citada ciudad de Mérida, varon religioso y sumamente afecto á la Compañía. Floreció en tiempo de este obispo el V. Nicolás de Tapia, cura y vicario del partido de Santiago de Yucatan, varon eminente por los señalados servicios que prestára á la santa fe católica; sacerdote muy estimado de su clero y muy querido de los indios. El obispo Salazar tuvo mucho gusto en conocerle y tratarle, y cumplió su deseo cuando pasó á la provincia de Cozumel, con objeto de desarraigar los últimos restos de la herejía, desterrando antiguas preocupaciones, y procurando morigerar las costumbres de sus habitantes. Todos sus ímprobos trabajos los llevó á feliz término, sin desatender otros más graves y delicados, cuales eran la sustanciacion de algunas causas de idolatría y apostasía, en las que entendió por ser tan hábil teólogo como letrado. En su deseo de propagar la católica religion y el venerando culto de Jesucristo y de su santísima madre María, ordenó que todos los indios del obispado llevasen rosarios al cuello, los cuales repartia gratuitamente, así como pequeñas imágenes y cruces, á fin de que formasen altares en sus casas como por via de adorno, para acostumbrarlos insensiblemente á las prácticas de la devocion. Estos medios produjeron tan buen resultado, que la poblacion cristiana se aumentó en su diócesis con ciento cincuenta mil indios convertidos.—M. B.

SALAZAR (Padre Presentado Fr. Juan de), hijo del convento de S. Ildefonso de Toro, de la religion y órden de Sto. Domingo. Fué colegial en el colegio de S. Gregorio de Valladolid, y lector de teología en algunos conventos, fué eminente predicador del de Sta. Cruz por espacio de tres años, predicando con tan grande fervor y espíritu, que traia reformada la ciudad, favoreciendo la devocion y las buenas costumbres y desterrando los vicios. Concurrian á sus sermones todos los habitantes, considerándole como un apóstol, y ciertamente su vida era muy parecida á estos grandes servidores de Dios, y á los primeros Padres que tuvo la Orden. Siempre iba rodeado de pobrecitos, á quienes no solo enseñaba la doctrina cristiana, de que tenian gran necesidad, sino que tambien les daba de comer y proporcionaba la subsistencia. Y era esto tan constante, que casi siempre que iba á predicar le acompañaban cuatro, seis ú ocho pobres, á los cuales daba su comida, y hacia que con su ejemplo les diesen parte de la suya los demás religiosos. Llevado del amor á los indigentes y necesitados, y movido de la virtud de la misericordia, con que se desvelaba y procuraba su remedio, hizo con mucho trabajo, y á pesar de mil dificultades y contrariedades, un hospital para todos los niños que estaban enfermos de tiña, que eran muchos, á los cuales recogia

é iba á buscar él mismo por las plazas y por todos los rincones y callejuelas. Con su eficacia y poderosa diligencia, hallaba entre la gente rica y poderosa recursos para poder sustentarlos, y no fiando este cuidado de nadie, él mismo los curaba diariamente, y les repartia la comida, sin detenerse por la calidad y repugnancia del mal, en lo que casi todos reparan. Se aumentó tanto el deseo en el siervo de Dios de socorrer á sus hermanos, oficio de la verdadera caridad, en la que consiste la perfeccion de la vida cristiana, que acometiendo á aquella ciudad una enfermedad universal, pestilente y contagiosa, en pocas horas concluia con las vidas. Lastimándose de sus pobrecitos y de los demás á quienes invadia la epidemia dando en manos de la muerte, sin tener quien los socorriese, siendo estos males contagiosos tan imponentes y de tal calidad, que áun los mismos padres suelen desamparar á los hijos, y los hermanos á los hermanos; este siervo de Dios, poco temeroso del peligro, para quien la muerte habia de ser ganancia donde se habian de pagar sus buenas obras, con un grande y valeroso ánimo se consagró á ser superintendente de cinco hospitales que estaban llenos de apestados. Allí acudia y les llevaba todo lo necesario, tanto de alimentos y regalos como de vestidos y ropas para las camas, teniéndole todos por padre y amparo suyo en tan lastimosas y tan graves necesidades. Hizo la ciudad tan gran satisfaccion de su persona cual merecia su celo y ejemplo y la voluntad con que se prestaba á andar en medio de tan inminentes riesgos y conocidos peligros; causa por la que le facilitaron muchos millares de ducados para este efecto, estando tan ciertos y seguros de que se gastarian en beneficio de los enfermos, que no quisieron que se le tomasen cuentas de su empleo y distribucion. Pues siendo la pasion del interés innata en la humanidad, que el Sabio llamó bienaventurados á los que no rinden el corazon al dinero y deseo de poseer, bien puede decirse que de este escaso número era este bendito Padre, siendo testimonio ciertísimo de esta verdad su gran crédito y la opinion que disfrutaba y buen concepto entre las autoridades que gobernaban aquella ciudad. Temerosos sus parientes viéndole en tan manifiesto peligro de perder la vida, lo que creian casi seguro si no le sacaban de la ciudad, le escribieron y proveyeron de todo lo necesario, rogándole que al punto se partiese y dejase aquellos oficios á los que les correspondian por obligacion. Pero aquel héroe de caridad respondió á una hermana suya con estas razones: «Hermana, tengo yo á Dios por tan misericordioso y justo que ha de usar conmigo de esta misericordia de llevarme en esta peste, de suerte que no puedo ni debo partir aguardándola, pues creo que Dios me ha de conceder la merced de que muera en esta demanda. ¿Es posible que habia de abandonar mi sitio, y dejar morir sin auxilio á tantos pobrecitos, y que Dios me habia de dejar de pagar con este pequeño sacrificio algo

de lo que le he servido en la peste? No tiene que cansarse, hermana, ni ocuparse en enviar por mi, que hasta la otra vida no nos veremos.» Asegurar el siervo de Dios que acabaria, andando en tan evidente peligro, si no fué movido de buen discernimiento conjeturando las probabilidades, seria por divina revelacion, lo cual puede pensarse fuese lo más cierto, por verse S. M. tan bien servido de quien pospuesto todo temor, acudia con tanto celo y eficacia á socorrer tan apretadas necesidades del alma y del cuerpo. En suma, así se verificó, pues á los pocos dias fué invadido de la peste. La ciudad, tan interesada en salvar vida tan preciosa, mandó se celebrase una junta de médicos que todos los dias le visitaban dos veces, y animado de los mismos deseos el obispo cuidaba que su asistencia fuese esmerada, pues era muy grande su desconsuelo y sentimiento al considerar la pérdida de una persona que tanta falta les haria en aquella ocasion y en todas las demás que se ofreciesen. El bendito P. Fr. Juan de Salazar veia la diligencia con que se trataba de su salud, y á pesar de todo, decia que su partida seria cierta, y para ella hacia muy particulares diligencias, aunque siempre las habia hecho grandes, y por ventura fué la mayor que hizo ofreciéndose con peligro de la vida á confesar y ayudar á los enfermos. Pero como los justos viven siempre prevenidos y con cuidado, aunque poco satisfechos de sus merecimientos, se crecen al tiempo de morir; y como todos los pensamientos de este bendito Padre se encaminaban al socorro y alivio de los pobres, hablando con Dios, en víspera de emprender su camino, le suplicó se encargase de sus pobrecitos. Habiendo recibido los santos Sacramentos devotísimamente, le trasladó el Señor al cielo el año de 1600, quedando con un rostro tan hermoso y natural que causaba admiracion. Fué prueba de su santidad el universal sentimiento que causó su muerte, porque de tal modo lloraban su falta en toda la ciudad, como si en cada casa hubiesen perdido uno de sus más caros parientes, y no era extraño que siendo padre solícito de todos, le llorasen con la ternura y sentimiento de hijos. —A. L.

SALAZAR (D. Juan de). Perteneciendo este personaje á una de las más distinguidas familias de Andalucía, y no queriendo seguir la carrera de las armas ni la de la magistratura, en las cuales habian brillado mucho sus antepasados, prefirió la eclesiástica sin miras de ninguna especie más que el procurarse un estado donde pudiera tranquila y sosegadamente buscar su eterna dicha, toda vez que la criatura racional no ha nacido solo para vivir en este miserable mundo, sino que despues de esta existencia efímera y transitoria tiene otra perdurable y segura. Hizo con grande aprovechamiento todos los estudios convenientes, y estuvo por consiguiente en aptitud de ascender á los órdenes sagrados, que recibió en título de un pingüe patrimonio de que sus padres fundaron en él una capellanía. Hubiese seguido así de sim-

ple capellan gozando de sus rentas y haciendo bien con sus limosnas y ejemplos, con sus instrucciones y consejos, si el mismo prelado que le ordenó no le hubiese obligado á entrar á oposicion para la dignidad de arcediano de Ubeda, que estaba vacante en la catedral de Jaen, y que se daba por el prelado, si bien en concurso entre los que se creian acreedores á ella. Hizo sus ejercicios de oposicion nuestro D. Juan de Salazar, y los hizo con tan brillante éxito, que á pesar de ser de los más jóvenes, ó acaso el más jóven del concurso, á él fué á quien se le confirió, instituyéndole canónicamente tan honroso destino. Claro es que quien se habia acreditado tanto como opositor tenia que sostener su buena fama como prebendado; así es que desde el primer dia se portó admirablemente, y todos se complacieron vivamente en que hubiese caido la eleccion en sujeto que tanto habia de aprovechar en su destino. Encomendáronle la enseñanza de sagrada teología, y desde luego la desempeñó tan bien, que á pesar de contar muy poca edad, envidiaban no solo su ciencia sino su método, que parecia dictado por muy larga experiencia, hombres de muchísimo valer y avezados á desempeñar cátedras por mucho tiempo. Era singularísimo el aprecio con que todos le miraban, porque á su grande erudicion y nada comunes conocimientos habia que agregar una circunstancia que le recomendaba en gran manera, y era el tener una dulzura suma en su trato, y tanta delicadeza para con todos, que no habia una sola persona que le hubiese tratado, ó lo que es mucho ménos, que le hubiese saludado por casualidad una vez, que no quedase prendada de sus maneras tan delicadas, de todo su porte digno, altamente caballeroso, y revelando además de su muy esmerada educacion de la infancia, la no ménos exquisita con que procuró aprovechar los buenos estudios que hizo. Era además de todas estas cosas un verdadero predicador apostólico, y hacia con tanta uncion y con tal entusiasmo todas las exhortaciones al pueblo en todos sus discursos, que no podia ménos de conmover á cuantos le escuchaban, y se llevaba de calle, digámoslo así, al auditorio, porque una vez convencido en virtud de su excelente doctrina, fácilmente le movia por los afectos que inspiraba, inspirado él á la vez por la divina gracia, que siempre imploraba con extraordinaria devocion, recogiéndose un rato á orar ántes de subir á sembrar la divina palabra desde la cátedra del Espíritu Santo. Aun cuando los de Jaen estaban sumamente satisfechos de tener en su cabildo un hombre de las excelentes prendas y relevantes circunstancias de nuestro D. Juan Salazar, no eran tan egoistas que por no privarse de sus buenos oficios quisieran impedirle sus ascensos en la carrera que tan acertadamente seguia; así es que con ocasion de hallarse vacante una de las canongías de la sánta metropolitana iglesia de Santiago de Galicia, cuya provision correspondia á la corona, los mismos de Jaen influyeron en qu ese

le confiriese á nuestro Salazar. Es de notar que las canongías de Santiago y de alguna que otra iglesia de España tenian el privilegio de ser cardenalicias, es decir, que sus poseedores tenian dentro de su iglesia, y áun dentro de su diócesis, los honores, tratamiento y consideracion de cardenales diáconos, y fuera de su diócesis tambien ciertas preeminencias y consideraciones como la de sentarse en todos los casos en lugar preferente á otros. Como esto era tan honorífico, tuvieron gran empeño los de Jaen en que el Sr. Salazar lo lográra, y su satisfaccion hubiese sido completa si no hubiese sido preciso que para lograr este gusto de verle encumbrado á la posible altura, á ménos que no hubiese sido obispo, no hubieran tenido que privarse de su gratísima compañía y eminentes servicios. Dia de duelo fué para Jaen el en que partió á Santiago el canónigo electo de aquella catedral; porque cada uno tenia algo de que lamentarse en órden al Sr. Salazar, pues al que no favorecia con su peculio le favorecia con sus consejos ó con sus buenas relaciones, las cuales nunca tenia inconveniente en poner en juego, si de ello podia resultar algun beneficio en favor de aquella persona en cuyo obsequio las gastaba. El resultado de todo esto fué que en Santiago esperaban con ánsia á un hombre cuyas ausencias eran tan favorables. Llegó pues á Santiago, tomó posesion, y todos se apresuraron á poner á prueba lo que de él habian sabido, unos de una manera y otros de otra; mas la admiracion de todos creció de punto y llegó á su extremo cuando encontraron que nada les habian exagerado, ántes se habian quedado muy atrás cuando les habian dicho lo que era Salazar, tanto como particular en su trato familiar é íntimo, cuanto como sacerdote en el ejercicio de su sagrado ministerio, ó como canónigo en el desempeño de sus obligaciones, ya en el coro, ya en el cabildo. Por supuesto que el cabildo, queriendo cerciorarse de si habian sido exagerados ó no los encomios que ántes de su venida se le tributáran, le dió algunas comisiones al principio en compañía de otros señores, para que hubiese ocasion de observarle y no se expusieran en nada los intereses á él confiados, y luego solo, toda vez que vieron cuán útil y dispuesto era para cuantas cosas le encargáran. Como era muy estudioso y en su época se agitó, sin que sepamos el motivo, una controversia suscitada varias veces anteriormente y resuelta de un modo favorable para España en diferentes ocasiones, escribió su *Tratado apologético de la venida de Santiago Cebedeo, apóstol en España*, y publicó su trabajo en 1610 con extraordinario aplauso de todos cuantos eran afectos al esclarecimiento de la verdad, porque hay en el tal escrito una abundancia de datos tan irrecusables y tan bien traidos, que no es posible dejar de convencerse, no solo de la venida, sino de la predicacion de nuestro santo apóstol en nuestro católico reino. Muchísimo acrecentó la gran reputacion que tenia D. Juan el haber publicado esta obra, que le hon-

ra extremadamente, y cada vez que esta obra se examina se debe lamentar más y más el que un hombre que tanto podia haber hecho en filosofía, no haya dejado más obras, aunque á decir verdad, parece imposible que con tantas atenciones urgentísimas como tenia, pudiera dedicarse á escribir una sola línea, y aún más el que lo hiciera con acierto. Esto es todo lo que se sabe acerca de D. Juan de Salazar. — G. R.

SALAZAR (D. Juan Moriz de), obispo de Barbastro. Era natural de Valladolid y descendiente de una de las familias más antiguas y nobles del reino de Leon. Estudió leyes y cánones en la universidad de Salamanca, y despues fué catedrático de la misma facultad en la de Valladolid. En 1579 pasó á Roma, donde fué nombrado canónigo de la santa iglesia catedral de Salamanca. Residiendo en aquella iglesia visitó los colegios mayores de Cuenca y del arzobispo de Sevilla, titulado de S. Pelayo, siendo nombrado inquisidor de Aragon en 1592, en época en que fué muy necesaria su fundacion por las grandes revueltas que hubo en aquella ciudad. En 1599 desempeñó satisfactoriamente varias comisiones que le fueron confiadas por el rey, y en 1604 fué presentado para el arzobispado de Barbastro, cuya posesion tomó en su nombre el Dr. Jaime de Campos, arcipreste y canónigo á la sazon de aquella iglesia catedral. Como vigilante prelado procuró despues atender al gobierno de su diócesis, para lo que celebró sínodo diocesano á 8 de Mayo de 1605, cuyas constituciones se imprimieron en Zaragoza en el mismo año. En el siguiente visitó por comision del Pontífice la iglesia y casa de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y terminado su cometido volvió á su iglesia, continuando en su gobierno con suma prudencia, religiosidad y celo, siendo muy defensor de las inmunidades eclesiásticas, padre de pobres, amparo de religiosos y favorecedor de la virtud. Empleaba su hacienda en limosnas y obras, habiendo edificado á sus expensas una capilla muy magnífica y suntuosa en la catedral de Barbastro, con la que terminó el edificio de aquella iglesia, que se hallaba sin concluir; en la cual y sus aderezos, dice su biógrafo, ha gastado más de doce mil ducados, y en el fin de ella tiene un letrero de letra de relieve dorado, que dice: *Joannes Moriz Salazar Vallis Olletanus I. V. Doctor, Ecclesiæ Salmanticæ Canonicus, Regni Aragonum Inquisitor Apostolicus, Ecclesiæ Barbastren. Episcopus, Capellam hanc suis sumptibus extructam D. Jacobo Zebedeo eum patrono dicavit, anno* 1610. Asistió al concilio provincial celebrado en Zaragoza en 1614, y terminado en el siguiente año, siendo de grande utilidad por su vasta instruccion y autoridad. Falleció hácia 1617, dejando grande memoria por sus hechos y virtudes. — S. B.

SALAZAR (D. Juan Ochoa de), obispo de Plasencia. Fué natural de la Aldea de S. Martin en el valle de Tovalino, siendo sus padres Diego Ochoa de Salazar y Juana Gomez de Oteo Angulo. Hizo sus primeros estudios en Santo

Domingo de la Calzada, y cursó artes y teología en la universidad de Alcalá de Henares. Ordenado de sacerdote, hizo oposicion al curato beneficiado de Herran, el que consiguió contra siete opositores. Obtuvo una beca en el colegio de Sigüenza, y tomó el hábito en él, dia 23 de Junio de 1555. Pasó luego de colegial á Valladolid, y en su universidad obtuvo por oposicion una cátedra de filosofía moral y de Durando. Fué algun tiempo rector de dicha universidad y de su colegio, obteniendo en 1577 una canongía lectoral en la iglesia de Zamora. Hallándose en el Escorial en 17 de Agosto del mismo año, Felipe II le presentó para el obispado de Calahorra, del que tomó posesion, y habiendo hallado los derechos episcopales combatidos y restringidos en gran parte, pasó á Roma á defenderlos, permaneciendo cinco años en la capital del mundo cristiano, logrando al cabo de este tiempo, no solo un completo triunfo en el negocio que allí le condujera, sino mereciendo tambien que Su Santidad le concediese un breve para que los beneficios de su obispado se proveyesen por exámen, confiriéndoselos al más digno, con lo cual se evitaron muchos inconvenientes y abusos, desapareciendo para siempre la atrevida ignorancia, que ántes por todas partes se encontraba, ocupando el puesto del mérito y obteniendo la consideracion que solo merece la ciencia. En el año 1587 el mismo rey Felipe II le presentó para el obispado de Plasencia, y la santidad de Sixto V pasó la gracia en 17 de Agosto del mencionado año, tomando posesion el 11 de Setiembre. En el gobierno de su casa y de su diócesis se portó con tanta cordura, que sus obras acreditaron el merecido título que le dieron de buen pastor y padre cariñoso. Fundó y dotó con esplendidez en su pueblo natal un convento de Santa Clara, en el cual eran recibidas sin dote las doncellas de su familia, y pagando solo trescientos ducados las que no lo eran. Fundó otro convento de religiosos franciscos junto á Valladolid, en el cual mandó que le sepultasen. Falleció en 9 de Marzo de 1594, pasando á la gloria á recibir el premio de sus virtudes y sus trabajos, colmado de bendiciones por los que fueron objeto de sus buenas obras, generalmente sentido de sus feligreses y de su clero, y llorado del gran número de pobres á quien diariamente socorria y que perdian en él su cariñoso padre y su generoso protector, que siempre se habia desvelado por la salud espiritual y por el bien temporal de los que el Señor encomendára á sus cuidados. — M. B.

SALAZAR (Fr. Lope), religioso franciscano, fué discípulo del P. Fray Pedro de Villacreces y compañero suyo en la reforma y fomento del estado de la observancia, con cuyo motivo hizo diferentes viajes, no solo por España sino tambien por el extranjero, tomando una parte muy activa en el concilio de Constanza, donde se distinguió no solo por sus virtudes, sino tambien por su saber. Hallábase adornado, dice la Crónica del P. Lisboa,

de extraordinaria ciencia y honestidad, de muy austera y áspera vida y de grande celo de la santa pobreza de la religion. Fué fundador de la custodia llamada de Santa María de los Menores, constituida posteriormente en la provincia de Burgos, lo que instituyó en su principio con tanta pobreza en los edificios, camas, ropa y mantenimientos y con tanto recogimiento, que causó admiracion á todos sus contemporáneos pudiese llevar á cabo tan difícil empresa. Educaba y enseñaba á los frailes con los ejemplos de su propia vida, que era un modelo de virtudes y santidad, procurando especialmente se distinguieran en la penitencia y mortificacion de sus cuerpos y voluntades, y les dió muchas reglas y avisos para conservarse en lo sucesivo en la más estrecha observancia. Padeció por este motivo muchas injurias y persecuciones, pero con su grande paciencia y prudencia aseguró para siempre no solo su buen nombre, sino tambien el de su religion, dejó diferentes escritos acerca de las santas costumbres y ceremonias de su religion, y en los últimos años de su vida hizo un devoto tratado sobre estos asuntos, á que llamó su testamento. Falleció lleno de virtudes y en opinion de santidad, y fué sepultado en el convento de monjes de Medina de Pomar, patronato de los condes de Haro, que siempre le habian mirado con especial afecto, habiendo sido los primeros que por recomendacion de nuestro siervo comenzaron á fundar conventos en aquella custodia hácia el año 1417.—S. B.

SALAZAR (P. Marcelo), de la Compañía de Jesus, ingresó en el colegio de Alcalá en 1549, distinguiéndose luego por sus grandes mortificaciones y fervor. Era muy entendido en los idiomas latin, griego y hebreo, y no ménos notable por sus composiciones en verso y prosa, así es que en 1553 fué enviado á fundar el colegio de Córdoba, de que fué el primer catedrático de retórica. Fué establecida la casa de aquella ciudad á instancias del P. D. Antonio de Córdoba, que desde el instante en que entró en el instituto, dirigió sus principales miras á introducirle en su patria. Escribió con este objeto á su madre la marquesa de Priego, que era prima de S. Francisco de Borja y señora de grande piedad y levantados pensamientos; y la marquesa, celosa del culto divino, aceptó la proposicion de la mejor voluntad, determinando tratar de la fundacion por medio de sus parientes y amigos, que eran en Córdoba muchos y muy poderosos, y desde luego dedicó para el colegio sus casas del barrio del Alcázar viejo, en la parroquia de Santa María, titular de la iglesia mayor, que por ser las únicas que tenian entónces agua corriente se llamaban las *casas del agua*. Informado S. Ignacio de Loyola de tan bueno principios, mandó al P. Nadal que enviase al P. Villanueva con el H. Alonso Lopez de compañero para comenzar la fundacion. Partieron de Alcalá con carta del P. D. Antonio de Córdoba para la marquesa, y llegados á Montilla los recibió con mucho agrado, hospedándolos en una casa particular, donde

los trató con todo género de miramientos y consideraciones; y habiendo adquirido nuevas noticias del instituto, costumbres y ocupaciones de la Compañía, se afirmó más en su propósito de aumentarla, favorecerla y procurar que se estableciese en Córdoba; y para ejecutar su designio lo más pronto posible, les envió desde luego á aquella ciudad con una carta para D. Juan de Córdoba, canónigo de la santa iglesia catedral, abad y señor de las villas de Rute y Zambra, rogándole que los amparase con su autoridad, y en tanto que les disponia casa, los recibiese de huéspedes en la suya. Era este eclesiástico hijo de D. Diego Fernandez de Córdoba, quinto señor de Baena, duque despues de Sera, y tercer conde de Cabra, y de Doña Francisca de Zúñiga y de la Cerda, siendo no ménos bien quisto por sus costumbres, que respetado por la nobleza de su sangre, poder y riquezas; nunca habia visto á los jesuitas, pero se hallaba impresionado contra ellos por los rumores esparcidos entre el vulgo; y así recibió la comision de la marquesa con muy poco gusto, si bien por no faltar á la debida atencion y cortesanía hospedó á los Padres en su casa, no tanto con designio de favorecerlos, como lo confesaba despues, sino para observar de cerca sus acciones. Mirábalos con curiosidad, conversaba con ellos sobre diferentes materías, pesaba y meditaba sus palabras y movimientos, y cuando estaban solos de dia y noche los acechaba secretamente para saber lo que hablaban, lo que hacian y las obras en que se ocupaban y el porte con que vivian. Pero oyó y vió en ellos tan sólidos ejemplos de santidad, que comenzó á desengañarse de su equivocada opinion, y la hubiera depuesto enteramente si la malicia de algunos no le hubiese hecho retroceder de su nuevo dictámen, ingiriéndole que sus huéspedes no eran lo que parecian, y que salian de noche de sus casas. Como la mentira para ser creida se disfraza siempre con apariencias de verdad, se fundó aquella en una buena obra que habian hecho los dos Padres de noche. Hallábase cercano á la muerte un caballero á quien llamaban el *Malo* por sus muchos vicios, sin que lo terrible y solemne de los momentos ablandase su endurecido corazon, y á ruego de sus amigos que sentian la perdicion de su alma, fué una noche á visitarle el P. Villanueva, hablándole con tanta suavidad al par que energía, que le atrajo al conocimiento y contricion de sus culpas, las que confesó con lágrimas y sollozos y espiró en brazos del P. Villanueva, dejando grandes señales de su predestinacion. Estos eran los pasos en que habian andado los Padres la noche en que se cebaba en ellos la calumnia; pero como lo ignorase D. Juan de Córdoba é insinuase su sospecha á otros amigos suyos, entre los cuales se hallaban algunos de los que habian sido testigos oculares de aquella obra tan del servicio de Dios, le refirieron la verdad, quedando admirado al mismo tiempo que confuso. Y como era no ménos erudito que temeroso de Dios, no solo se dió por desengañado y

vencido, sino que se conoció digno de aquella grave reprension que se impone á los que se dejan engañar tan ligeramente, quedando advertido de no creer sin reserva áun lo mismo que viese. Entónces depuso la mal fundada opinion contra los dos jesuitas, de manera que trocó en verdadero amor el odio y mala voluntad que ántes les tenia. Desde aquel momento habló siempre de ellos con estimacion, encarecia su zelo y destreza en ganar almas, y su espíritu y eficacia para moverlas. Tomáronle afecto muchas personas, que con este motivo, y frecuentando su trato, deseaban comunicarles el interior de sus propias conciencias; pero era un obstáculo para nobles y plebeyos el haber de hacerlo en las casas de D. Juan de Córdoba. Unos se embarazaban por encogimiento, á otros detenia su misma voluntad, rehusando acudir á tratar asuntos del alma á casa de un caballero y seglar los que tambien lo eran. Tambien los Padres deseaban habitar en un sitio que fuese á propósito para todos y sin achaque en que nadie pudiera con razon fundar excusa. Informada la marquesa de tan buenos principios, desocupó las *casas del agua* para morada de los Padres, y las alhajó lo mejor que la priesa y la brevedad del tiempo lo permitian. El P. Villanueva puso esto en conocimiento del P. Vicario, que se hallaba á la sazon en Alcalá, diciéndole al mismo que sería muy útil para apresurarlo todo la presencia en Córdoba de S. Francisco de Borja y del P. D. Antonio de Córdoba, que se hallaban á la sazon en Medina del Campo. Escribióles el P. Nadal, llegándoles al mismo tiempo cartas de la marquesa de Priego, de su hija la duquesa de Arcos, y de la de Medinasidonia, tia de S. Francisco Javier. Partieron luego para Montilla los dos Padres, donde con su santa conversacion y vida ejemplar satisfacieron todos los deseos y esperanzas de la marquesa. El P. Nadal envió al mismo tiempo al P. Dr. Juan de la Plaza y á dos hermanos, uno estudiante y otro coadjutor, para que visitasen á la marquesa, los que de órden suya pasaron tambien á Córdoba. Allí con las comodidades que ofrecia la nueva casa hicieron mucho bien á los prójimos, y como es propio de la virtud cautivar los corazones, tanto afecto les cobraron toda clase de personas, en particular los caballeros y regidores, que resolvieron, reunidos en el ayuntamiento, fundar á la Compañía colegio y escuelas para la educacion de la juventud. Por otra parte D. Juan de Córdoba fué asaltado muchas noches del pensamiento, que no le dejaba descansar, de que sería un sacrificio muy grato á Dios y muy agradable para su patria, salir de las casas en que habitaba para que entrase en ellas la Compañía y se emplease con más comodidad en el bien de sus conciudadanos. Comunicó su pensamiento con D. Pedro de Córdoba, señor de Guadalcázar, y con su hermana mayor Doña María, mujer de D. Francisco Pacheco, y de comun acuerdo de ambos se decidió ponerlo por obra con grande alegría de la marquesa. S. Francisco de Borja y el Pa-

dre D. Antonio de Córdoba pasaron á esta ciudad á 3 de Noviembre, y entrando en el ayuntamiento, dieron gracias por la merced que se les hacia y ofrecieron establecer sin dilacion alguna los estudios que se deseaban, que abrieron á 13 de Diciembre. Hubo grandes fiestas en Córdoba en este dia, asistiendo toda la nobleza, que es muy numerosa, el cabildo eclesiástico y el ayuntamiento. Los jesuitas pronunciaron dos elocuentísimas oraciones, en que el P. Benedicto, predicador célebre, que iba nombrado maestro de Menores, el H. Marcelo de Salazar, profesor de retórica, manifestaron su erudicion y elocuencia y dieron bien fundadas pruebas del fruto que habian de conseguir en la enseñanza. Distribuyéronse al dia siguiente los estudiantes en cinco clases, donde se explicaba gramática y retórica. Aumentáronse otras dos de casos de conciencia, cuyos maestros fueron el P. Dr. Miguel de Tornes, que fué despues elegido primer provincial de Andalucía, y el Padre director Juan de la Plaza. Además de esto enseñó griego el obediente, mortificado y humilde P. Juan de Jaen, que pasó desde Gandía por primer prefecto de los estudios. Pocos dias despues, á 24 de Enero del año siguiente, pasó á Córdoba el P. Comisario y otorgó la escritura de fundacion, firmada por todos los interesados, S. Francisco de Borja y el P. D. Antonio de Córdoba, que quedó por primer rector de aqnel colegio. Permaneció el P. Salazar en esta ciudad consagrado á la enseñanza por algun tiempo, hasta que despues fué destinado á la de Murcia, siendo ya sacerdote, con el mismo objeto. Poco tiempo permaneció en el nuevo colegio, pues invadida Murcia de la peste y atemorizado ante sus crecientes horrores, se salieron de ella el obispo y casi todos los clérigos y religiosos, quedando la ciudad tan poblada de enfermos, cuanto desierta de medicinas espirituales. En necesidad tan extrema se dedicaron á servirlos todos los Padres y Hermanos que habia en el colegio, sin perdonar medio alguno de caridad cristiana, espiritual ó corporal. Administraban los sacramentos á los moribundos, consolaban y servian á los contagiados, aconsejaban á los sanos que con la enmienda de sus vidas y con fervientes oraciones y plegarias solicitasen aplacar la ira del cielo, y no cesaban de dia ni de noche en estos piadosos ejercicios. El obispo, informado y admirado de caridad tan heróica, concedió á los Padres todos sus derechos para absolver en los casos reservados á su dignidad episcopal. El primero que dió la vida en esta epidemia fué el Hermano doctor Pedro de Cabrera, ministro del colegio, catalan, hijo del vizconde de Cabrera, que murió en 16 de Agosto. Siguióle luego nuestro P. Marcelo de Salazar, varon muy penitente y zeloso del bien de las almas, el cual hallándose predicando con mucho fervor un dia de S. Miguel, dijo al fin del sermon que se sentia herido de la peste, y pidiendo á su auditorio que le encomendase á nuestro Señor, en breve recibidos todos los sacramentos, muy conforme

con la divina voluntad y rico de méritos, espiró el 6 de Octubre de 1558. El último que murió á 24 del mismo mes en aquella santa empresa, fué el Padre Marco Antonio Fontova, catalan tambien y rector del colegio, que habia sido muy estimado y venerado por su mucha prudencia y religion. —S. B.

SALAZAR (Sor María de). Nació en Sevilla el dia 2 de Febrero del año de 1622. Su padre fué D. Juan de Salazar y Ordoñez, y su madre Doña María de Rivas y Escobar. Quedó huérfana de madre á los cuatro años de su edad, y á los cinco entró en poder de madrastra, pero de tan virtuosa conducta, que puso el mayor esmero y cuidado en la educacion cristiana de la niña. La enseñó á leer y la acostumbró al estudio y á la leccion de obras piadosas. Un dia ocurrió que por curiosidad abriese un libro de comedias, del que no percibió ni áun las letras, la inocente criatura se afligió en extremo juzgando habia perdido la vista; pero sabedora del caso su nueva madre, le quitó de las manos el libro de comedias y le puso en ellas una de las obras de Santa Teresa, en la que leyó con prontitud y expedicion. Empezóse á aficionar á la leccion espiritual, y con ella á la meditacion y oracion, y á los nueve años dió principio á emplear en aquel santo ejercicio una hora diariamente; y poco despues añadió otra más para consuelo de su espíritu. No pudiendo por falta de proporcion entregarse á los ejercicios de mortificacion y penitencia, se contentó por entónces con ponerse un silicio que traia constantemente, y con obedecer rendidamente no solo á sus padres sino tambien á cualquiera de los sirvientes de su casa. Cuando cumplió catorce años, intentó su padre darla el estado del matrimonio, pero la santa adolescente lo excusó con discrecion y respeto por entónces. Desistió su padre de llevarlo á efecto, pero no de su futuro designio de inclinarla á tomar aquel estado. Para conseguir su propósito, hizo que su mujer tratase de proporcionarla distracciones, sacándola á hacer algunas visitas y concurrir á los paseos. De este cambio resultó se entibiase poco á poco el fervor de la jóven doncella; empezó á gustar de galas y de adornos, y no la desagradaba verse aplaudida de airosa y de buen parecer. Esta vida puso en grave peligro á la incauta doncella; pero fortalecida del Señor, salió del riesgo victoriosa y tan mudada, que dando de mano á los instrumentos de vanidad y excusándose salir á visitas, volvió á entablar sus antiguas costumbres, y á pensar en abrazar el estado religioso. En estas circunstancias trataron sus padres poner en el convento de Santa María de las Dueñas á otra hermana suya menor, llamada Gertrudis, para que fuese allí educada, y con pretexto de acompañarla, logró María entrar tambien de pupila en aquel monasterio. A poco tiempo tomó el hábito, pero por falta de dote estuvo para ser despedida, siendo imponderables las aflicciones que sufrió su corazon en los cuatro años que se dilató su profesion. Por fin, ya religiosa, se empleó con la

mejor voluntad y gustosamente en los oficios de ménos aprecio y de mayor trabajo, excusándose siempre el ocuparse de los que tenian estimacion ó preeminencia. Sus tareas contínuas y sus rígidas penitencias la hicieron enfermar, mas tomando por confesor y director al V. P. Fr. Andrés de Guadalupe, religioso de la provincia de los Angeles, y morador del convento de S. Antonio de Sevilla, arregló sus ejercicios y reguló su vida de modo que fuese útil para sí y para la comunidad. Despues de algunos años quedó absolutamente sorda de tal modo que no oia ni áun cantar en el coro; pero pronto la habilitó el oido, para oir á su confesor y á los predicadores. No por aquel contratiempo y penalidad se excusó de los oficios que con aquella falta eran compatibles, desempeñándolos con la mayor exactitud. Una série de vida tan ejemplar era forzoso infiriese unas virtudes interiores muy sólidas. Fué en todas muy señalada y especial; pero se distinguieron con mayor excelencia su amor á Dios y al prójimo. Del primero eran pruebas sensibles, que á excepcion de tres ó cuatro horas que concedia al cuerpo para el descanso, pasaba todo el dia en oracion, práctica que no interrumpió en casi sesenta años, como no interviniese la voz de la obediencia; y que siempre vivió conforme y resignada con la voluntad divina, sin hallar en cosa alguna motivo para queja ó desconsuelo. Del segundo dan claro testimonio las asistencias que prestó á las enfermas más postradas, sin que jamás mostrase ni asco ni cansancio, áun en ocasiones muy propias de uno y otro; y la compasion que le causaba ver los pobres, cuyas miserias no podia mirar sin solicitarlas el remedio, sobre cuyo particular la sucedieron cosas admirables. Dios la hizo señalados y grandes favores, ya dejándose ver en forma de agraciado niño, ya recreándola con la vista de su Madre Santísima y celestiales cortesanos. Adornóla con el espíritu de profecía, como lo manifestó vaticinando que en un año no moriria religiosa alguna en su convento, y así se verificó como lo tenia anunciado. En otra ocasion instó vivamente á un sujeto para que desistiese de embarcarse para las Indias, y aunque repugnó omitir el viaje, luego se echaron de ver que las instancias de la sierva de Dios nacian de saber que aquella persona habia de vivir pocos dias, como lo confirmó la experiencia. Tambien la concedió gracia de sanidad, beneficio que logró un religioso mínimo, que estando en el último peligro recobró la salud solicitada por las súplicas y ruegos que hizo por el apurado enfermo la santa y virtuosa Sor María de Salazar, y el mismo favor alcanzó una religiosa que tenia gangrenada una pierna, sin esperanza de curacion á juicio de los facultativos; pero las oraciones de esta ejemplar esposa del Señor la consiguieron un pronto y perfecto restablecimiento. El enemigo de las almas la persiguió, ya con fuertes sugestiones, ya con espantosas visiones, pero en todas quedó vencido por la santidad de esta virtuosa religiosa. Con tal método

de vida llegó á la edad de setenta y cuatro años, y en el mes de Setiembre del año de 1695 la acometió una fuerte perlesía ó hemiplegia, que la paralizó é inhabilitó medio cuerpo; padeció mucho por espacio de seis meses por causa de este accidente, y al fin de este tiempo pudo levantarse y andar por la casa; pero la duró poco aquel alivio, pues en seguida volvió á recaer con mayor gravedad. Habia pedido al Señor eficazmente la diese á gustar el cáliz amargo de su pasion, y por el resultado se juzgó habia sido oida su oracion. Se derramó el humor colérico ó biliar por todo su cuerpo, y se apoderó de tal modo de sus nervios y ligamentos, que no dejó hueso alguno que no desencajase de su lugar, trastornando casi todas las articulaciones; las rodillas se pusieron inversas, de modo que con los pies cruzados se tocaba las espaldas. Unos dias se notaba su cuerpo acardenalado y denegrido, otros dias sangriento y rasgada la piel en muchas partes. Registrábase sobre el hombro izquierdo un gran surco, y en él una extensa llaga. Consiguientes á tan lastimosa situacion eran los acerbísimos dolores que padecia; pero en medio de tantos sufrimientos conservaba la tranquilidad de su espíritu y la resignacion con la divina voluntad, como lo expresó diciendo *Padezco con mucho gusto, porque lo quiere mi Dios.* En este deplorable estado subsistió por espacio de quince dias ántes de morir, durante los cuales se arrebató de modo, que solo por la respiracion daba señales de existir. Permaneció de este modo, no sin notables muestras del gozo de su espíritu, que muchas veces manifestaba su rostro y el extraordinario resplandor de sus ojos, hasta que llegando la hora de coronar su santa vida, diciendo *Jesus mio*, murió dulcemente en el seno del Señor. Sucedió su fallecimiento el dia 15 de Marzo del año de 1698, á los setenta y seis cumplidos de su edad. Quedó el cuerpo flexible, y todos los huesos en su sitio natural. Estando la comunidad en el funeral reparó una religiosa que un globo de luz rodeaba la cabeza del cadáver. Al tiempo de la Misa se notó su rostro sonrosado, y empezó á sudar tan copiosamente, que mojaba las almohadas, y lo mismo se advirtió en las manos. En esta ocasion entró el médico en el convento, y fué llamado para que hiciese juicio de aquel fenómeno tan extraordinario que tenia á todas las religiosas suspensas y atentas. El facultativo, informado de haber pasado ya treinta horas desde la muerte de la sierva de Dios, y que al sudor se agregaba una flexibilidad tal, que la sentaban y se sostenia de aquel modo, la ponian el brazo sobre la cabeza y permanecia en aquella posicion hasta que se lo separaban; la doblaban los dedos de las manos, y en ellos la metian el rosario, manteniéndolo sujeto sin que se deslizára; no pudo ménos de afirmar: *Que todas aquellas señales estaban fuera del órden natural, y que miéntras durase el sudor no la enterrasen.* Por la tarde se llamaron otros dos médicos, que además de las pruebas hechas, la levantaron los párpados, y vie-

ron las pupilas trasparentes y los ojos brillantes. Llegó á tanto el sudor que se vió bien correr por el pavimento de la iglesia, y de suceso tan admirable dió testimonio un escribano. A las seis de la tarde, pareciendo que habia cesado ya el sudor, al querer retirar el cuerpo para darle sepultura, volvió á sudar copiosamente. Conmovióse el concurso, y mucho más porque entró una mujer en la iglesia publicando la instantánea curacion de una pobre que hacia mucho tiempo estaba tullida, á beneficio de haberla aplicado un paño de los que habian enjugado el sudor de la santa religiosa. La comunidad no sabia qué resolucion tomar; pero últimamente determinaron no enterrarla, sino depositarla en una caja, y en aquel estado colocarla en el hueco de un altar que estaba en el claustro de dicho monasterio. Así se verificó, y permanece hasta los tiempos presentes, durando aún la fama de santidad de esta insigne religiosa. En el expresado convento conservan una pequeña tinaja de color verde vidriada, la cual servia á Sor María Salazar para guardar el agua que la sobraba cuando regaba su pequeño oratorio, y conteniendo todavía alguna cuando enfermó la sierva del Señor, las religiosas con el más exquisito zelo han procurado permanezca siempre la misma cantidad, rellenando la que sacan cuando la piden para los enfermos, y se ha advertido, que no obstante haber pasado más de un siglo sin que se haya fregado, jamás ha criado lama, ni alguno de aquellos insectos comunes que constantemente se observan en las aguas paradas ó detenidas. Escribió la vida de esta ejemplar señora el P. Gabriel de Aranda, de la Compañía de Jesus, y se imprimió en Sevilla el año de 1699. — A. L.

SALAZAR (P. Nicolás de), de la Compañía de Jesus. En el año de 1649 cedió en las grandes poblaciones de Cádiz y Jerez el asolador contagio de la peste, trasladándose con mayor fuerza á Sevilla, donde hizo innumerables víctimas. El teson de mantener abiertas las puertas de la iglesia en la casa profesa de la Compañía, sin admitir entierros para evitar el horror, hizo penetrase el contagio sin que pudiese evitarlo el haber trasformado en lazareto la casa del Noviciado, donde se conducian los enfermos en sitio bien separado de los demás, porque como continuaban las confesiones y el trato con los enfermos, eran tambien contínuos los accidentes y notable el número de los que sucumbian á impulsos de la epidemia. Uno de los sujetos más señalados, víctima del contagio, fué el P. Nicolás de Salazar, ministro entónces del dicho Noviciado, que se valió de la obligacion del oficio para clamar á los superiores y hacerles presente que le tocaba por derecho atender á los enfermos, y con efecto, mudando de habitacion, se pasó á la enfermería á cuidar espiritual y temporalmente á los que ingresaban heridos de la peste. El P. Salazar solo hacia nueve años que habia entrado en la Compañía, pues ántes del de 1640 era canónigo de S. Salvador, muy

aplaudido por su ilustracion, buenas letras y grande ejemplo de vida. Su admision fué muy ruidosa, pero causando poca admiracion á todo el que le habia respetado; así empezó su noviciado, pasmando á su maestro aquel candor de ánimo que igualaba á la ternura de los cortos años de sus connovicios, en su edad de más de cincuenta. Así prosiguió unos dias, hasta que la soledad y la menor conveniencia fueron lazos con que el comun enemigo turbó su paz y su quietud. A pesar de haber sido muy virtuoso en el siglo, era canónigo con bastante renta, y en su casa disfrutaba de comodidades, siendo asistido con mucha delicadeza y atenciones; el uso y el trato, ó su descuido y la costumbre, le excusaba la mortificacion, que no conocia, porque la naturaleza se la hacia olvidar en el regalo con que vivia. Entró en la religion, y el preciso silencio, la comida ménos gustosa, la cama nada delicada, la escoba en la mano, el no hallar las cosas hechas en cuanto estaba en oracion, sin saber lo que en su casa se trabajaba, le empezó á causar novedad que pasó á hastío, y hubiera parado en desesperacion á no gobernar Dios la prudencia de su maestro de novicios, que viéndole triste y notando que no era tan frecuente en darle cuenta de su conciencia, y hallando su aposento ménos limpio y compuesto de lo que pide la decencia religiosa, no pudo ménos de decirle: «Padre mio, yo conozco que en la edad de V. R. y en el quebranto de sus estudios, necesita, y es obligacion mia, aliviarle de algunas cargas, que son muy esenciales alfileres de la virtud, pero al fin son alfileres, sin los cuales cabe un buen novicio, aunque no parezca bien; he dado órden al hermano N. para que barra este aposento, haga esta tal cual cama mejor, aunque más delicada no cabe entre nosotros; pero últimamente, sirva el niño á V. R. en aquello á que no está acostumbrado.» El novicio hombre quiso usar de cortesía, pero el rector, para que meditase mejor los términos, añadió: «Padre mio, á V. R. le daré todas las conveniencias que pueda, pero no le permitiré que no sea muy obediente.» Este desengaño fué tan firme y eficaz, y labró tanto en su buena capacidad, que acordándose de semejante tentacion que en sus últimos tiempos tuvo S. Agustin, aunque en más delicada materia, se repetia á sí mismo: ¿No has de poder tú lo que tantos pueden? que por una niñería de conveniencia tengo de echar á perder una buena resolucion? que pueda decirse que yo dejé á todo el mundo por Dios y por el cielo, y ahora dejo al cielo y á Dios por un colchon más ó ménos ó por un bocado más bien sazonado? que no sé imitar á Jacob en servir por Rebeca, y tengo de imitar á Esaú en la golosina de un potaje? que yo que con mi genio he sido instrumento de edificacion á muchos, y con mi entrada en la religion he servido de ejemplo á otros, tengo de ser con mi veleidad escándalo á todos? Vacilando en estos pensamientos, sin descansar en su inquietud, fué al superior, y con lágrimas

como un niño, pero que las derramaba una afliccion de muy hombre, le abrió su pecho, que el superior le habia leido en su triste disimulo, le pidió encarecidamente suspendiese la órden dada, y prosiguió siendo tan ejemplar que como á dechado le mandaron continuase en el noviciado el oficio de maestro de novicios, luego que acabó los dos años de tal. Esta ocupacion ejercia al tiempo del contagio; en él se dedicó á servir á los apestados, siendo singular su alegría y más singular su trabajo, atendiendo al regalo de los enfermos, á su curacion, á sus remedios, sin omitir un punto el principal asunto de servir á sus almas; confesábalos, administraba los sacramentos y ayudaba en aquel último trance, sucediendo no una sola vez, pasar toda la noche en este penoso oficio y ser este el descanso del trabajo de todo un dia; y como á la caridad no la vence la muerte, y para que los Padres y hermanos difuntos no fueran con ménos decencia al carnero, y se pudiese verificar, no iban á la huesa sin la cota de la sotana, que en vida tanto les habia defendido del enemigo comun, por sí mismo los vestia, sintiendo que algunos por horror ó por miedo excusasen esta modesta ceremonia. Esta tan contínua comunicacion no podia ménos de ocasionarle la peste, que le invadió tan de recio, que en poco tiempo acabó con aquel virtuoso varon, cuyo cuidado habia sanado á muchos, y el dia 4 de Mayo de 1649 faltó en el Noviciado un ministro, cuyo hueco fué necesario fuese sustituido por varios sujetos para llenar sus empleos.—A. L.

SALAZAR (Pedro de). Hacen algunos autores á este escritor natural de Madrid y otros le dan por patria Granada, y de él hacen mencion Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova* y otros autores. Vivia en el siglo XVI, hácia el año 1570, y escribió en español la *Crónica del Emperador Carlos V*, y la *Historia de la Conquista de Africa*.—C.

SALAZAR (Fr. Pedro), franciscano español de la Observancia regular de la provincia de Castilla. Nació en Casarrubia á últimos del siglo XVI, y siguió sus estudios con aplicacion y aprovechamiento. Decidido á seguir la vida monástica, tomó el hábito en la órden Seráfica manifestando con sus virtudes la verdad de su vocacion. Amado de sus superiores y respetado de sus compañeros, no tardó en obtener diferentes cargos, todos los cuales desempeñó con celo y acierto, mereciendo ser propuesto para otros más elevados. Fué teólogo de su provincia, dedicándose no solamente á la enseñanza, sino tambien á la explicacion de los puntos más difíciles de las Sagradas Escrituras y expositores, en que sobresalió y obtuvo no poco aplauso. Fué tambien guardian de algunos conventos, y por los servicios que en ellos prestó mereció se le concediese el honorífico título de padre de su provincia. Fué tambien nombrado historiador, con cuyo motivo formó una crónica bastante notable por las numerosas noticias que contiene y eminen-

tes hechos de virtud que refiere, y por último, fué elegido censor del Santo Oficio, puesto que ocupó hasta su muerte, digna de su santa vida, pues se habia distinguido por sus virtudes no ménos que por sus conocimientos, siendo un modelo de austeridad, observancia regular y demás obligaciones que impone la regla que habia abrazado. Publicó en español las obras siguientes: *Crónica de la provincia de Castilla, de la órden de N. P. S. Francisco;* Madrid, imprenta Real, 1612, fól.—*Bula de la canonizacion de S. Diego*, traducida al español; Alcalá, por Diego Sanchez, 1592, 4.°—S. B.

SALAZAR (Pedro). Este príncipe de la santa Iglesia católica nació en nuestra España de oscuros y miserables padres, segun Moroni, en su *Diccionario de Erudicion eclesiástica*, no faltando autores que le hacen oriundo de la célebre y noble familia de Salazar, tan ilustre como antigua en nuestra España, y especialmente en el antiguo reino de Granada. Con inclinacion al claustro, abrazó el instituto de nuestra Señora de la Merced, en donde supo adquirirse una gran reputacion, y despues de haber sido profesor en las facultades de filosofía y de teología, mereció ser nombrado secretario del general de la Orden. Granjeándose por medio de su elocuencia el aprecio de la corte y la estimacion de los grandes señores, fué elegido predicador del rey D. Cárlos II el *Hechizado* y maestro general de la órden de la Merced. El rey se valia de él en las cuestiones teológicas, y le nombró obispo de Salamanca y despues de Córdoba. Y deseando premiar aún más sus servicios, se interesó para que se le confiriese el capelo, y á instancia suya el pontífice Inocencio XI en 2 de Setiembre de 1768 le creó cardenal sacerdote, dándole el título de Santa Cruz de Jerusalen el papa Alejandro VIII. Este Papa le inscribió en las congregaciones del Concilio, de los Obispos, de los Regulares y en otras. Nombróle Cárlos II su ministro residente y plenipotenciario cerca de la Santa Sede; pero el duque de Medinaceli, al que debia suceder, hizo tanto por quedarse en la embajada, que logró ser confirmado en ella, por lo que el cardenal Salazar se volvió á su iglesia de Córdoba. Volvió á Roma para asistir al cónclave de Inocencio XII, y ya avanzado en edad, no se atrevió á emprender el tercer viaje para el cónclave de Clemente XI, y quedándose en su diócesis, murió en ella octogenario el año 1706, y fué sepultado en su iglesia catedral.—C.

SALAZAR (Mtro. Fr. Pedro de), religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced. Era de ilustre sangre, caballero en linaje, y despues que profesó en la religion, fué tan estudioso en todo género de buenas letras, que cursó en las universidades de Alcalá y Salamanca, siendo colegial de los dos colegios que tenia la Orden en ambas universidades, y aprovechó en ellos de suerte, que despues de haber leido públicamente las lenguas griega y hebrea tuvo cátedra de teología que desempeñó muchos años. Como sujeto

tan eminente, de tan sobresalientes virtudes y vastos conocimientos, fué elegido provincial de la provincia de Castilla y Andalucía, las cuales rigió con gran satisfaccion de todos, gozando entónces la religion Mercenaria de dos provinciales doctísimos y muy ejemplares; la provincia de Aragon del maestro Ginebrosa, á quien dan grandes alabanzas por su bien adquirida reputacion y escriben su historia con particulares encarecimientos los más de los autores de la Orden, y la provincia de Castilla al nunca bien ponderado maestro Fr. Pedro Salazar. No se sabe fijamente los años que estos Padres gobernaron estas provincias, pero sí puede afirmarse que los cronistas encarecen y ponderan tanto cuán docto y prudente varon fué Fr. Pedro de Salazar, como se colige ser así, áun de los pocos renglones que escribió de este religioso el reverendísimo Zumel, que son estos: *Eodem tempore floruit in Salmanticensi Gymnasio frater Petrus à Salazar, genere inclitus et illustris, qui postea fuit provincialis Castellæ et Lusitaniæ. Hic fuit insignis Theologus, fuitque peritissimus in Græca, Hœbraica et Chaldaica lingua. Idcirco trium linguarum cathedram principalem in Salmanticensi Gimnasio obtinuit.* Lo mismo dicen los demás autores, aunque más latamente; solo debe advertirse que el llamarse los provinciales de Castilla y Andalucía tambien provinciales de Portugal, haciendo muchos años que no habia convento alguno en aquel reino de la órden de nuestra Señora de la Merced, no era más que consecuencia de haber quedado en costumbre y uso de ponerlo en sus títulos los provinciales de Castilla y Andalucía, por no perder la accion que siempre han tenido á los conventos que se podian fundar ó fundasen en Portugal. Este eminente varon fué natural de Salamanca, donde recibió el hábito de la Orden en el insigne colegio de la Vera-Cruz. Fué maestro por aquella universidad y el primer catedrático que hubo en ella de las lenguas griega, hebrea y caldea, en que fué como se dijo doctísimo y uno de los más insignes teólogos escolásticos y expositivos de su tiempo. Le conoció y trató el M. Fr. Francisco Zumel. Ascendió al provincialato el mismo año que lo dejó su predecesor (1555), y su eleccion se hizo en el convento de Toledo. Tuvo aquel cargo poco ménos de cuatro años, hasta el de 1559, y no se sabe la causa de haberse quebrantado tan presto el decreto por el que fué electo. Aunque fué sujeto modesto y pacífico y más inclinado á estudios que á pleitos, se vió obligado cuando empezó á ejercer aquel cargo (ó por instancia de sus súbditos ó por otras causas que se ignoran), á poner demanda contra la órden de la Santísima Trinidad, sobre la mudanza de color de las capas y capillas en otro diferente. Puesto el pleito, corria los lances que suelen los ordinarios con muchos gastos de ambas partes. Mas ocurrió que entró á ser provincial de aquella religion el venerable M. Fr. Juan Hurtado de Mendoza, sujeto grande de aquel tiempo, que por evitar futu-

ros disgustos resolvió, hallando en ello conveniencias, que sus religiosos hiciesen la mudanza que se pretendia. Eligieron al principio el color rojo para capillas y capas de que usaban, cuando escribió su *Monarquía eclesiástica* Fr. Juan de Pineda, franciscano, segun afirma él mismo. Despues lo mudaron en el que últimamente usaban en las provincias de España, que era muy autorizado y grave. En la de Portugal y en todo el reino de Francia conservaban el color antiguo. Murió el Mtro. Fr. Pedro de Salazar algunos años despues de concluido su oficio en su convento de Salamanca, en cuya iglesia se le dió decente sepultura.—A. L.

SALAZAR (D. Pedro Gomez de), colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, bachiller canonista, natural de S. Martin de Arroyo, del arzobispado de Burgos; fué elegido colegial en 27 de Setiembre del año 1526; habia sido ántes capellan interior, año de 1524. En el colegio donde aprovechó notablemente y sobresalió entre todos los demás, se graduó de licenciado y fué juez metropolitano, de donde salió por provisor de Coria, y ántes que se le acabase el colegio volvió á él y ejerció el oficio de vicecancelario por D. Juan de Quiñones. Despues salió por provisor de Santiago, siendo arzobispo el cardenal D. Pedro Sarmiento, hijo del conde de Salinas, que le dió mucha renta eclesiástica y le hizo cardenal en aquella santa iglesia, donde murió el año de 1539.—A. L.

SALAZAR (Fr. Simon de), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Pamplona y tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de nuestra Señora de Atocha, de la villa y corte de Madrid, donde pasó muchos años entregado á la oracion y al estudio. El P. Gabriel de Cepeda, en la historia del mencionado convento, dice que escribió varias obras, y asegura haberlas visto; pero á la muerte del autor quedó solamente una que lleva por título: *Prontuario de materias morales ó principios y reglas para exámen de los que en breve se desean exponer para confesar*; cuya obra publicó en Valladolid Bartolomé de Portoles el año 1667 en un tomo en 8.°, con adiciones de Fr. Manuel Blanco, de la misma Orden, y residente en el convento de la mencionada ciudad de Valladolid. Raimundo Knillign, licenciado en sagrada teología, de la propia órden de Predicadores en Viena, y profesor ordinario del instituto de San Gil en Praga, tradujo la mencionada obra al latin, y la publicó en un tomo en 8.°, impreso en la tipografía Arzobispal. Réstanos decir que Simon Salazar fué maestro de sagrada teología y profesor ordinario de esta ciencia en la universidad de Pamplona. — M. B.

SALAZAR (Tristan de), hijo de Juan de Salazar y de Margarita de Tremoille, fué destinado muy jóven aún al estado eclesiástico. Se hizo considerar en la corte por su habilidad, y fué empleado en diferentes negociaciones importantes cerca de los príncipes extranjeros por los reyes Cárlos VII,

Luis XI, Cárlos VIII y Luis XII. Despues fué elegido obispo de Meaux, y en 1474 arzobispo de Sens. Este prelado fué el que terminó en 1480 la confederacion con los suizos, que se obligaron por la primera vez á combatir bajo las banderas de Francia. En 1488 se le mandó de embajador á Inglaterra para arreglar los asuntos de Bretaña, conquistada por el rey Cárlos VIII despues de la batalla de S. Aubin de Cormier. Despues sirvió al rey Luis XII en Italia cuando pasó á este país este soberano para vengarse de los genoveses en 1507. Dice Juan de Anton que el arzobispo de Sens era en esta guerra ayudante del rey; y que iba armado completamente como un guerrero. Murió este prelado en Sens en el ejercicio de sus funciones el dia 11 de Febrero de 1518, y fué enterrado en la Metropolitana: su corazon fué llevado á la iglesia de Marcheretz. Su capítulo, su catedral y varias iglesias de su diócesis tuvieron parte en las liberalidades de este prelado, que hizo edificar el palacio de Sens en París. En 1485 habia presidido un concilio provincial, en el que hizo muy buenos reglamentos que se hallan en el Spicilegio de Lucas de Acheri. El curioso puede consultar sobre este prelado la *Historia de los arzobispos de Sens*, por Santiago Tavel; la *Gallia Christiana* de Sta. Marta y otros autores citados en la biografía de Salazar en el gran *Diccionario histórico* de Moreri. —C.

SALAZAR Y CABALLERO (Fr. Antonio), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Palencia, en cuyo convento tomó el hábito de la órden de Santo Domingo. Profundo teólogo, dotado de extraordinaria facilidad en el lenguaje, pronto adquirió un alto renombre, difundiendo con su elocuente palabra la fe ortodoxa desde la cátedra del Espíritu Santo en varias ciudades de España, donde era solicitado con ánsia. Dejó escrita una obra titulada: *Discursos predicables en las exequias de los difuntos que fueron varones gloriosos y dignos de aclamacion.* Van repartidos en trece tratados. Un tomo en fólio de 491 páginas, impreso en Madrid, año de 1655. Consta de los tratados siguientes: 1.° *Exordio sobre las oraciones fúnebres.*—2.° *Discursos para los funerales de reyes y príncipes.*—3.° *Para los duques y otros nobles.*—4.° *Para los de los ministros y funcionarios públicos.*—5.° *Para los funerales de los obispos y otros prelados.*—6.° *Para los de varones ilustres en armas y letras.*—7.° *Para los de varones y matronas célebres en santidad.*—8.° *Para los funerales de hijos y parientes amados.*—9.° *Para los funerales de los muertos en edad florida.*—10. *Para los funerales de los muertos en público suplicio.*—11, 12 y 13. *Para los aniversarios de ánimas.* No consta la época en que ocurrió su fallecimiento. —M. B.

SALAZAR Y MARAÑON (P. Diego). Fué hijo de Madrid y oriundo de una de sus más distinguidas familias; recibió una educacion tan esmerada cual correspondia, y su claro ingenio secundaba admirablemente cuantos esfuer-

zos hacian sus maestros para que fuese de los más aventajados, como lo lograban casi siempre, aunque, á decir verdad, no era el único que en su estudio brillaba, pues otros varios se aplicaban muchísimo como él. Hechos sus estudios de humanidades y filosofía con el mismo aprovechamiento de que llevamos hecho mérito en la enseñanza elemental, llegó el momento de que tomase una resolucion para su porvenir, ó lo que es lo mismo, hubo de emprender carrera conforme á sus deseos. Desde luego se inclinó al estado religioso, y conociendo que en el instituto de la Compañía de Jesus era donde se procuraba con el mayor ahinco la gloria del Señor, se decidió por tan piadoso instituto, y se afilió á esta familia que ha procurado dias de tanto júbilo á la Iglesia de Jesucristo. Con solo decir que la vocacion de Diego era muy decidida, se comprende el ahinco y empeño con que tomára el hacer siempre todas las cosas que convenian, tanto en su probacion, que fué más larga que lo de costumbre, tal vez porque era más fuerte que con respecto á otros la oposicion que presentaban sus padres; cuanto despues de profeso, en que creia él, y con razon, que su único deber era secundar en todo y sin replicar los designios y preceptos de sus superiores. Le dedicaron, como era consiguiente, á los estudios, y en ellos adelantó muchísimo; así es que desde el momento mismo en que fué elevado al sacerdocio, pudo dedicarse con buen éxito á los importantes ministerios de confesar y predicar, en cuyo desempeño logró los más apetecibles resultados; verdad es que le abonaban además de sus conocimientos muy profundos, una facilidad suma para decir y una perspicacia tal, que á primera vista y casi sin que el penitente le dijera cosa alguna, leia los corazones, y por consiguiente, acertando con las heridas tenia muy mucho adelantado para aplicarlas el conveniente medicamento, siempre en armonía con ese espíritu de perfeccion y de tolerancia que S. Ignacio de Loyola supo infiltrar de tal manera en su grandioso instituto, que allí donde hay un jesuita, allí se hallan juntas y armonizadas perfectamente estas dos convenientes propiedades. Sabido es que el señor rey de España Don Felipe II tenia extraordinario acierto para poner á cada sujeto en aquel lugar adonde Dios le habia destinado; y de aquí procedia esa idoneidad de los personajes de su época, que fué y es admiracion del mundo; pues bien, habiendo estudiado en las diversas ocasiones que tuvo para tratarle, el carácter del P. Diego Salazar y Marañon, le pareció que su sano juicio y siempre recto criterio, su asiento para todo cuanto hacia y su afan de inquirir y verlo todo, no por mera curiosidad, sino por aprovechar en beneficio de sus semejantes aquello que encontraba útil y aplicable, le pareció al monarca que en que viajase el Padre, y despues diera una relacion científica de sus excursiones, se podria encontrar un medio de ilustrar al reino acerca de muchas cosas de que estaba enteramente ignorante. Efecti-

vamente se le comisionó para visitar los pueblos más importantes, tanto de España como del extranjero; y para utilizar la visita que, como hemos dicho, hacia con un objeto científico, los superiores determinaron que fuese tambien como visita de prelado, en lo cual hallaron ciertamente las casas visitadas mucha ventaja, porque en lo material se contaba con el grande auxilio de la proteccion del monarca, y en lo espiritual con los buenos ejemplos, piadosas doctrinas y demás favorables circunstancias que concurrian en él. Claro es que para confiarle la importante mision de visitar las casas de la Compañía hubieron de darle los honores que corresponden á los que desempeñan tales cargos; mas no se crea que por esto él varió lo más mínimo su conducta, ni exigió ni áun consintió las prerogativas que son concedidas á los que logran su posicion; nada de esto, él se consideraba ni más ni ménos que el último coadjutor, y asi queria le tratasen todos, portándose él con los superiores, no solo generales, sino áun particulares de las casas, con la misma sumision y dependencia como si fuese uno de los últimos novicios. Por supuesto que animado de los más vivos deseos de mejoramiento y de que la observancia estuviese en todo su esplendor sin perder un punto la delicadeza y finísimo trato con que en todo se portaba, casi sin otra atencion para conseguir su objeto que la de su esmerada educacion, no dejaba pasar nada de lo que pudiera neutralizar sus buenos deseos, y con suma energía enmendaba los yerros, no por esto castigando sino cuando sin el castigo le era imposible lograr la correccion, que lo que es esta si la deseaba y queria á toda costa, y aunque para lograrla fueran precisos todo género de sacrificios. Por todos estos motivos los colegios hubiesen deseado que el P. Diego Salazar se hubiera perpetuado en el cargo de visitador de la Orden, pero esto no fué factible, porque era preciso que se ocupára de otros ministerios, y especialmente de la enseñanza en una cátedra que el rey quiso desempeñára, porque en verdad se hubiesen hallado muy pocos ó ningun sujeto á propósito para ella, tanto porque entónces era una especialidad, tanto porque necesitaba los conocimientos que solo él reunia acerca de una materia por entónces desconocida. Como para secundar, digámoslo así, los designios del monarca y recompensar los obsequios que le habia prodigado en justa retribucion de lo mucho que habia hecho por su servicio, escribió nuestro buen Salazar de su propio puño la historia de sus viajes, mejor diremos, una especie de geografía de todos los lugares que habia recorrido, y en ella puso datos, noticias y documentos importantes que servian en gran manera para ilustrar la opinion acerca de muchas cosas que no estaban entendidas en su buen sentido, y que por este motivo parecian inconvenientes ó que no estaban bien explicadas ni comprendidas. Este precioso libro le tituló el autor: *De peregrinatione Patris Didaci Salazar*, y el rey por deferencia le mandó

colocar en su archivo, siendo esta la razon por la cual se ha privado al comun de las gentes el conocer tan preciosa obra, pero se ha facilitado su consulta á cuantos literatos lo han pretendido, motivo por el cual puede decirse que si bien nunca tiene la misma publicidad que impresa, goza de la estima de manuscrito, que siempre es más importante que un impreso. No publicó ninguna otra de sus memorias preciosísimas, ni de las cartas que con motivo de sus visitas tuvo que dirigir tanto al general como á los particulares, y que todas ellas fueron muy notables; y es lástima no se hayan coleccionado. Sin embargo, no necesita más que su manuscrito para gozar en el mundo literario de grande reputacion, así como toda su conducta hizo respetable al presbítero D. Diego Salazar y Marañon, de la Compañía de Jesus. — G. R.

SALAZAR DE MENDOZA (Pedro), floreció á últimos del siglo XVI y principios del siglo XVII. Fué canónigo penitenciario de Toledo, primado de las Españas, y se distinguió por su talento y erudicion, desempeñando con acierto y actividad varias comisiones con que le honró el rey Felipe IV. Murió en el año 1629. Sus principales obras son: *Crónica del Cardenal Don Juan Tavera, arzobispo de Toledo*, Toledo 1603, en 4.°—*Historia de los arzobispos de Toledo.—Origen de las dignidades seglares de Castilla y de Leon*, con relacion sumaria de los reyes de estos reinos, de sus acciones, casamientos, hijos muertos, y sepulturas de los que han criado y tenido, y de muchos ricos hombres confirmadores de privilegios; Toledo, 1620, en 4.°—*Crónica de la casa de Sandoval*, dividida en veintidos elogios al rey católico D. Felipe III.—*La Monarquía de España*, crónica de la casa de Ayala, dividida en cuarenta y tres párrafos.—*Relacion del linaje de los Pantojas, oriundos de Toledo*.—M.

SALAYA (V. Juan), presbítero valenciano, doctor por la universidad de París, á quien menciona Escolano en el tomo I de su *Historia de Valencia*.—S. B.

SALCEDO (Alonso Blanco de), colegial del Colegio Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, bachiller canonista, natural de Capillas, obispado de Leon, elegido en 16 de Octubre del año 1579 por capellan de manto interior; fué de ingenio sobresaliente y sujeto muy instruido y versado en todo género de letras. Era canónigo y tesorero de la catedral de Santiago, siendo arzobispo D. Francisco Blanco, su tio. En el colegio se graduó de licenciado en cánones, y desempeñó el oficio de juez metropolitano: salió de él por inquisidor de Valencia el año de 1585, de allí le mudaron á la Inquisicion de Santiago de Galicia, donde murió en 29 de Abril del año de 1605.—A. L.

SALCEDO (Fr. Antonio), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Valencia, y tomó el hábito en la de Valladolid, en cuyo colegio

hizo sus estudios, distinguiéndose notablemente en ellos. Vivió en el último tercio del siglo XVII, brillando por su elocuencia en el púlpito, por su elegancia en escribir, y por sus profundos conocimientos en las sagradas letras. No constan más noticias. Dejó escritas las siguientes obras: *Commentarium in primum librum Sententiarum*; Valladolid, 1656.—*Sermones de santos*; Madrid, 1663.—*De articulis primæ partis Summæ S. Thomæ ad formam scholæ*; Madrid.—M. B.

SALCEDO (Fr. Diego), religioso franciscano de la provincia de S. José, natural de Vizcaya. Entró en la Orden siendo ya de edad madura, y se distinguió desde luego por sus buenas costumbres y práctica de todas las virtudes. Entre las muchas por que se dió á conocer, se señaló mucho en la humildad, oracion contínua y extremada paciencia, en que desde el dia en que tomó el hábito fué adelantando con evidentes mejoras. De la humildad, continúa su biógrafo, ya he dicho otras veces cómo es virtud única, muy propia de religiosos, y el cimiento y firmeza de todas las virtudes. En esta estaba muy bien fundado nuestro Fr. Diego, procurando siempre humillarse y hacer todos los oficios más bajos y viles del convento; digo viles, continúa el mencionado cronista, en la consideracion humana ó vana de algunos, que tal nombre merece, en los que piensan en que en esta policía ó república de siervos de Cristo hay algun oficio ó ministerio vil ó afrentoso. Estaba tan acostumbrado á estas ocupaciones, que no se hallaba sino en ellas. Con tanta alegría iba á lo que cualquiera le mandaba, aunque fuese un novicio, como si se lo mandára el guardian, postrándose con profunda humildad á los pies de todos. Nunca supo responder ni excusarse de cosa alguna que le encomendasen. Al mismo tiempo era muy sufrido, asi en las enfermedades como en cualquiera otro género de trabajos, asperezas y penitencias, en que se ejercitaba para mortificar la carne y enseñarla á obedecer al espíritu y satisfacer algo de las culpas pasadas. Los prelados, que conocian su talento y cuán codicioso andaba en adquirir bienes espirituales, ayudábanle con mucha frecuencia ofreciéndole ocasiones para lo que él deseaba: reprendianle áun de lo que hacia bien; penitenciábanle de lo que él no hacia, y áun le cargaban de todo lo que los otros habian de hacer; á todo acudia con alegría, y las reprensiones que le daban sufria con humildad y paciencia de santo: sabia que estas virtudes no se aprenden hablando ni disputando de ellas, sino con el ejercicio, que asi las aprendieron los santos. Andaba siempre cuidadoso de no perder la presencia de Dios, ni hacer ausencia, ni por un breve espacio, de su divino acatamiento; grande freno y rienda para andar un alma dentro y fuera compuesta, porque desde allí se gobierna todo. Era á veces inquietado y distraido con pensamientos y representaciones de cosas pasadas, pero le daba nuestro Señor tanto ánimo y tanta quietud en

su oracion, que jamás se extraviaba en su meditacion. Algunas veces, despues de esta lucha y grande perseverancia, le consolaba nuestro Señor y la Vírgen Santísima, y el patriarca S. Francisco de Asís, y así lo reveló á su confesor Fr. Juan Bautista Piceno, predicador afamado y varon muy espiritual, que le confesó en la hora de su tránsito y le habia confesado muchas veces. Adelantó mucho en el servicio de Jesucristo y su Madre; alentado con estos favores, deseando alcanzar la bienaventuranza, que promete á los que le aman y sirven, llególe el tiempo, y entre señales ciertas de su felicidad, entregó el alma al Criador.—S. B.

SALCEDO (V. Francisco de), presbítero, natural de Avila, donde se distinguió por su vida ejemplar. Era muy devoto de Sta. Teresa de Jesus, á quien conoció y trató en vida, segun se infiere de una carta que le dirigió la Santa desde Valladolid, que es la 96 del tomo II de la antigua coleccion de cartas de Sta. Teresa de Jesus, en que le recomienda protegiese al portador, que era S. Juan de la Cruz. Con cuya ocasion escribe lo siguiente el P. Fr. Antonio de S. José en la nota 5.ª de su Crónica: «Francisco de Salcedo, el gran amigo de la Santa, aquel caballero de Avila que ella llamaba el *Caballero santo*. El Santo, segun parece, escribió á la Santa, y la Santa le respondió con tal cariño, que solo los santos pueden percibir su lenguaje de santidad; pues como dice la Santa, todo es lenguaje de perfeccion.» Y en efecto, en el capítulo XXXVI de su vida, le da la santa Madre el renombre de *Caballero santo*. Menciónalo tambien, añade Ramirez Luque, en la carta 43, tomo IV, con motivo de haber dejado por su muerte una manda á la iglesia de San Pablo, título que tenia entónces la de las Carmelitas descalzas, y sobre ella dice el citado anotador, número 13. «Enviudó el santo Francisco Salcedo, y se hizo despues sacerdote. Vivió en este estado diez años, asistiendo muchas veces de capellan y confesor á las religiosas de Avila. Finalmente, murió á 12 de Setiembre de 1580, como dicen las memorias de aquel convento. Afirman tambien, que áun siendo seglar, se ocupó por veinte años en oir lecciones de teología en el convento de Sto. Tomás. Que ya sacerdote, lo ejercitó el Señor con muchos trabajos interiores, trayéndole con suma angustia el no saber si salia vencido ó vencedor en las ocasiones. Y viniendo un dia con esta afliccion á decir misa al convento, dijo Dios á la Santa. ¡Oh qué agradables me son los sacrificios de este! Hacia sin duda muchos, no solo el del altar, sino tambien los de su corazon humillado y atribulado. Por el fragmento de la carta 83 de Sta. Teresa, insertos con otros iguales preciosos vestigios de cartas de la santa Madre, al fin del tomo IV, se sabe que el V. Salcedo dejó la dicha manda para extension y adorno de la referida iglesia de S. Pablo, y se torcia, dice, su voluntad de todo á todo, queriendo otros se fundase una capellanía para decir misas

por su alma. No lo dispuso así el testador, asegura Sta. Teresa; ántes, «por que S. Pablo fuese honrado, pospuso la ganancia que á su alma habia de venir de las misas, que entendimiento y santidad tenia para hacerlas decir si quisiera.» Cuyo pasaje explica ó ilustra el referido P. Fr. Antonio, nota primera, diciendo: «Era Francisco de Salcedo, al que llamaba la santa el *Caballero santo*, que lo fué, y de grandes virtudes, y á lo último probado de Dios con desamparos interiores. Despues de viudo se hizo sacerdote, y asistió mucho al primitivo convento de S. José, y está enterrado en la iglesia primera dedicada á S. Pablo.» En el índice de cosas notables, por último, del referido tomo IV, se le nombra santo y venerable sacerdote.—S. B.

SALCEDO (D. Francisco de), obispo de Chile. Nació en Indias, de padres españoles, ignorándose todos los antecedentes de su vida, y sabiéndose únicamente que abrazando la carrera eclesiástica y ordenado de sacerdote, fué tesorero de la santa iglesia de Tucuman, y luego dean de la de las Charcas, siendo presentado para el obispado de Chile en el año de 1622. En el de 1628 celebró un sínodo para tratar acerca del buen gobierno de su iglesia, y erigió en Chile la parroquia de Sta. Ana. En su tiempo ganaron los españoles una gran victoria á los Araucanos, aquellos soberbios é indomables salvajes, que ántes que sujetados quedaron muertos ó dispersos, con motivo de la cual victoria es notable la contestacion que dió al obispo un indio que se habia hallado en la mayor fuerza de la pelea, y que fué mandado para noticiar el triunfo; pues preguntándole qué numero de muertos hubiera, contestó: *Yo no me detuve en contar, sino en matar*. Cuya respuesta quedó como proverbio. El obispo Salazar murió de edad avanzada, á mediados del siglo XVII, sin que fijamente conste el año de su muerte.—M. B.

SALCEDO (D. Francisco Antonio Diaz de), obispo de Santiago de Cuba. Fué natural de la diócesis de Burgos, y se distinguió por su erudicion, santidad de costumbres y buena vida. Hizo sus estudios en el famoso colegio de S. Clemente de Bolonia, fundado por el cardenal D. Gil de Albornoz. Desengañado del mundo y renunciando á las grandes esperanzas que le prometian futuros adelantos por sus estudios y conocimientos, tomó el hábito de S. Francisco en el convento que tenia la religion de aquel santo patriarca en la ciudad mencionada de Burgos. El esplendor de sus virtudes, traspasando la soledad del retiro en que vivia, llegó á noticias del rey D. Felipe II, que le presentó para el obispado de Santiago de Cuba, vacante por dimision de D. Juan del Castillo. De esta iglesia fué promovido á la de Nicaragua, donde falleció.—M. B.

SALCEDO (Gerónimo de). Fué natural de Madrid é hijo de una de las más esclarecidas casas, emparentado con títulos de Castilla y grandes de España, á cuya sucesion por uno ú otro lado sin duda alguna habria él te-

nido derecho. Mas nunca aspiró á honras mundanas ni á distinciones en el siglo, porque conoció perfectamente bien que el verdadero honor de la criatura consiste en hacer la voluntad de Dios en el tiempo para poseer despues su gloria en la eternidad. Escogió como la mejor parte que sin duda alguna pudo caberle en suerte el ser religioso, y lo fué en los clérigos Menores, donde ingresó para continuar los estudios, para los cuales sobre una muy decidida aficion mostraba excelente capacidad. Es consiguiente que despues de la filosofía se dedicára á la sagrada teología, y no como quiera á un estudio somero, y digamos superficial, para salir del paso y poder cumplir su delicado ministerio, sino á un estudio profundo y tal que pudo casi desde los primeros años de estudio regentar las cátedras cuando los profesores á ello destinados no podian, cualquiera que fuese el motivo. Por excitar en él esa emulacion tan provechosa con que los jóvenes adelantan tanto, se le confiaba muchas veces la sustitucion de cátedras, importante destino que desempeñaba, no como un principiante, sino ya como un profesor consumado, porque lo que de experiencia pudiera faltarle, en razon á que no era extraño no la tuviese, lo suplia su aplicacion, su ingenio, su talento, en fin, que clarísimo y muy excelente, le hacian ver las cosas tal y como eran, y luego explicárselas á sus discípulos como si siempre se hubiese ocupado en tal género de tareas. Concluidos, pues, sus estudios con el feliz éxito que podia prometerse de un jóven de tales esperanzas, fué nombrado catedrático en el colegio de su Orden en Salamanca, con cuyo nombramiento es indecible lo que ganó la facultad de teología en aquella ciudad tan importante, literariamente hablando, porque no era únicamente en la casa de los clérigos Menores donde hacia eco la manera especialmente acertada que Salcedo tenia de enseñar; sino que la universidad lo conocia y se excitaba la emulacion, siendo por consiguiente notables los esfuerzos que hacian los profesores de la universidad para no dejarse superar por un particular, digámoslo así, los maestros del colegio, presididos por Salcedo, para que el alto concepto y estima que con justo título se habian cautivado no se perdiera ni desmereciese, y el resultado era, como no podia ménos, un indecible provecho para los cursantes de uno y otro establecimientos científicos. Tomó muchísimo crédito como maestro el P. Gerónimo de Salcedo, tanto que precisada su Orden á mandar á Roma un hombre verdaderamente eminente en ciencia que pudiese encargarse en aquella capital, centro de las ciencias, y en particular de las eclesiásticas, de dirigir la enseñanza de todos los colegios de aquella vasta provincia de clérigos regulares, fué él el designado para tamaña empresa, y lo fué en atencion á lo especial de su habilidad más que para enseñar una que otra asignatura, en lo cual á la verdad tenia mucho acierto, para dirigir la enseñanza en general, á lo cual

parecia real y verdaderamente deputado por Dios de un modo singular. Conviene que se haga notar, que cuando Roma supo que el sujeto que se le enviaba como director de estudios de los clérigos regulares en aquella importante region iba recomendado y realzado tanto, vaciló algo, porque creia que este mismo encomio sería hijo de la afeccion particular con que unos y otros le miráran, y se creyeron todos que si bien es verdad que habria en él algun mérito, este estaba algun tanto realzado sin duda para darle más importancia. Mas la experiencia les acreditó que léjos de ser así, tanto él como los que le encomiaron estaban muy léjos de dar una idea exacta de hombre tan eminente, pues solo tratándole muy de cerca y fondeando sus conocimientos y examinando atentamente su conducta, era única manera de convencerse de lo muchísimo que valia este modestísimo sacerdote, que parecia avergonzarse hasta de que le tuvieran en la estima á que era tan acreedor. Por supuesto que sin ofender en lo más mínimo á los que ántes que él habian tenido á su cuidado el colegio, digámoslo así, matriz de Roma, estableció, sin apénas indicarlo, un método tan fácil, tan sencillo y tan acertado, que desde luego fueron todos por el camino que les trazaba cual si movidos de un resorte todos tuviesen precision de obedecer á una inevitable presion. Ganó mucho en importancia su instituto con la adquisicion de tan hábil maestro, porque apénas pudo hacer, como si dijéramos, una série de discípulos amoldados á su método y maneras, estos se esparcieron, reformaron irremisiblemente la enseñanza, y casi sin que él pensára en que lo hacia, se hizo este bien de tan importante trascendencia. No habia en Roma corporacion científica ni literaria que no buscára de alguna manera la cooperacion de este aventajado sabio, y si él hubiese por su carácter querido hacerse valer, ó su conviccion de la futilidad de las cosas del mundo no hubiera estado tan arraigada, de cierto que hubiera sido colmado de honores, de distinciones y de cargos como el que más, y hubiese figurado en las listas de las academias todas de su época; pero él nó, nunca dejó de hacer cuantos trabajos literarios, científicos y áun de su ministerio sacerdotal se le ofrecian, mas jamás quiso ni lauro ni recompensa alguna, asegurando que suficientemente recompensado estaba con que Dios se valiera de él para los importantes designios, altos fines y empresas bien provechosas, en que le hacia tomar parte. Y á propósito, es necesario consignar lo que era nuestro buen P. Salcedo en órden al ejercicio de los altos cargos de confesar y predicar que se le confiaron desde que por su ordenacion fué capaz de desempeñarlos. Era tal su afan por la salvacion de las almas que para él todas las horas eran buenas con tal que se lograse este fin; todas las ocasiones oportunas con tal de que siquiera un alma se atrajese al redil de Jesucristo, único asilo donde el mísero mortal puede encontrar su dicha y

asegurar su ventura. Para él nunca habia ocupaciones que le impidieran el ejercicio de su ministerio, y se le veia pasar de cosa en cosa los dias enteros sin tiempo apénas para comer, y entónces más satisfecho que nunca porque en esto hallaba él un medio de hacer la dicha de sus hermanos, á los cuales sin distincion de ninguna especie, queria con afecto verdaderamente entrañable. En el ejercicio de la caridad para con los pobres, segun que lo permitia el espíritu de pobreza que habia profesado, era excesivo, si exceso cabe en la práctica de las virtudes, de tal suerte que considerando las necesidades de sus hermanos con mucho más interés, atencion y sentimiento que si fuesen suyas propias, hacia por remediarlas, si podia por sí mismo, y si no excitando á otros á que las aliviáran, y hasta que lo lograba pesaban sobre su buen corazon como una carga insoportable. En vista del celo, interés y afan con que procuraba por su instituto, y de la eficacia con que por cuantos medios estaban en su mano buscaba hasta encontrarlo el mejoramiento de sus hermanos en la práctica de todas las prescripciones de sus santas constituciones, se le nombró en Roma asistente general, que era un cargo de honor al mismo tiempo que de no poco trabajo, pues tenia que llevar sobre sí la pesada carga de aconsejar al superior general, y áun muchas veces informar al romano Pontífice de las cosas de la Orden, tanto en lo concerniente á sus necesidades materiales cuanto en lo tocante á las necesidades morales, que si bien es verdad que no eran muchas, porque el instituto iba bajo la más exacta observancia, se dejaban sin embargo notar alguna vez, porque eran hombres los que militaban bajo la gloriosa bandera en que Salcedo lograba trofeos para el cielo. Mucho agradó á toda la Orden nombramiento tan acertado, y muy grande fué el alivio que en él encontraron los otros Padres que estaban investidos de esta misma dignidad ó cargo, porque á la muy especial circunstancia de una edad no muy avanzada, reunia la de un despejo y facilidad sumos para hacer las cosas: puede decirse que él reasumia en sí todo el cargo de los demás, y miéntras él trabajaba con mucho gusto en un asunto que era de la incumbencia de todos, los otros podian dedicarse á diversos otros, que serian tambien de utilidad, y por consiguiente de los que reportaba mucho bien la Orden. Sumamente satisfechos estaban todos con nuestro P. Salcedo, como asistente general, cuando las necesidades de la Orden vinieron á reclamar de él un nuevo sacrificio colocándole en un nuevo cargo, y decimos esto, porque en verdad le violentaba mucho el haber de aceptar cualquier superioridad y áun el tener que colocarse por encima de los que eran más modernos que él. ¡Tal era su profundísima humildad! Pues bien, exigiendo las necesidades de la Órden que se mandára á España á este eminente religioso con el importante y difícil cargo de prepósito provincial, se le hizo venir, y se le hizo venir

tal como suena la palabra, pues solo la obediencia pudo hacerle vencer mil obstáculos que le forjaba su gran repugnancia á todo lo que era elevacion y engrandecimiento, áun en las cosas de su instituto mismo. Vino, pues, á España para cumplir con su delicado encargo, y llenó de consuelo y de júbilo á los Padres todos de su religion, y en particular á aquellos que deseosos de la prosperidad del instituto contemplaban como un acontecimiento, digámoslo así, de vida ó muerte para él, el venir un prelado nuevo, cualquiera que fuese el motivo por el cual se retiraba el que habia. Ya cuando asistente habia nuestro P. Salcedo conocido algunas de las necesidades de su instituto en nuestro católico reino, y quiso por lo tanto ahora que como prelado estaba obligado á procurar su remedio, procurarle aunque fuera á costa de trabajos por su parte, así es que lo primero que hizo fué emprender una visita con toda la escrupulosidad de las más importantes que se hacen de vez en cuando por superiores que solo á este efecto se deputan, pero sin permitirse él nunca las distinciones, honores ni prerogativas que son consiguientes á tan importante cargo; así es que él venia á los colegios como uno de tantos, observaba todas las prescripciones de su regla, constituciones y venerandas costumbres como el último novicio; asistia á los actos de comunidad siempre que no le era indispensable el ocuparse de algun asunto importante; y si ocupaba el lugar preferente, era nada más que para no desprestigiar la dignidad que tenia, segun su manifestacion, sin mérito alguno por su parte. Así es que tan ejemplar conducta no podia ménos de atraer al buen ejemplo á los que, si solo por sus amonestaciones hubieran hecho algo de provecho, por sus ejemplos tenian que hacer cuanto podian, pues no de otra suerte excitaba y alentaba á todos. Por supuesto que además de desempeñar tan acertadamente como era posible los difíciles ministerios de su cargo, tenia muchas veces que responder á consultas, oir conferencias y despachar asuntos que de todas partes por los diferentes obispos de España se le remitian, siendo esto motivo de que se le acreciese el buen concepto y alta estimacion en que en todas partes le tenian. Era en la época de que vamos hablando uno de los asuntos que más cautivaban la atencion del tan poderoso como piadoso rey de España el misterio de la Concepcion de la Vírgen en gracia y sin pecado, y para que los deseos del monarca se viesen satisfechos y en ellos los de todos los españoles, consultadas todas las academias, universidades, liceos, comunidades y cuerpos científicos, sabido el parecer de todos los prelados, cabildos y cleros, pareció que lo mejor sería enviar á Roma un legado extraordinario que hiciese presentes al Papa los fervientes deseos de la cristiandad española que acerca de este misterio, hoy dogma de nuestra sacrosanta religion, ha ido siempre delante de los que más se aventajaban. Claro es que para este cargo se habia

de nombrar un hombre de dignidad y de ciencia, que á estas recomendables circunstancias uniera la de una piedad acreditada, y celo y entusiasmo por María en su más gloriosa prerogativa personal. Porque reunia todas estas dotes fué nombrado el muy ilustre y Rmo. Sr. D. Luis Crespo y Borja, obispo de Plasencia, y como era consiguiente que para tan importante cargo no hubiera un solo representante, fué nombrado como adjunto y compañero, digámoslo así, áun cuando no estaba investido de la dignidad episcopal, nuestro Gerónimo de Salcedo, que como superior de su Orden en estos reinos, podia alternar con los prelados más eminentes, y personalmente merecia estas y otras mucho mayores atenciones. Cuánto sirvió en esta empresa Salcedo, se puede calcular con solo hacer notar que él fué quien se entendió directamente con el cardenal nombrado en Roma por el papa Alejandro VII, y entrambos quienes conciliaron las peticiones de España con las conveniencias del orbe católico, y por cuyo medio se obtuvieron casi todos los privilegios que deseaba el rey, pues que el obispo pudo considerarse como el representante legal del monarca para con el Papa, pero en lo demás escasísimos fueron los servicios que prestó. Quiso tanto el Pontífice como el rey premiar, y premiar con dignidades eclesiásticas, los méritos del P. Salcedo, mas él se opuso diciendo que todo su placer sería el quedar áun exento del cargo de prepósito, pero que aceptar otra cosa más encumbrada le era imposible. Dejáronle pues estar en su prepositura, siempre proporcionando á su instituto ventajas en lo material y en lo moral, y así vió deslizarse los dias que el Señor permitió viviera para edificacion de todos y particular provecho de la Orden que le recibiera en su seno. Cuando la enfermedad que le llevó al sepulcro se apoderó de él, hubiesen querido todos sus hermanos librarle de sus garras áun á costa de su vida, y solo él se hallaba satisfecho, porque veia en el término de sus dias en el mundo el principio de su dicha en la eternidad. Así es que preparándose para el decisivo momento de su muerte, dió á todos ejemplos de las más heróicas virtudes por su conducta enteramente ejemplar. Recibió los santos Sacramentos con suma devocion, encomendó á todos sus hermanos el mayor afan para la prosperidad de su instituto, y entregó á Dios su espíritu en medio del más profundo sentimiento de cuantos le conocian. Aunque sus buenas obras hicieron imperecedera su memoria, esta se perpetua en la obra que bajo el título de *Comentarios y disertaciones filosófico-teológico-histórico-políticas acerca del opúsculo de Sto. Tomás, De regimine principum*, escribió y publicó en Francfort, año de 1655, con aplauso de cuantos lo vieron, y con sentimiento de todos de que fuese esta la única obra de su excelente pluma.—G. R.

SALCEDO (José de). Fué monje benedictino, acerca de cuyos antecedentes, estudios y alcurnia nada ha podido averiguarse, aunque las poquísimas

cosas que nos son conocidas dicen mucho en su favor. En primer lugar sabemos que fué abad del monasterio de Arlanza, en Castilla la Vieja, y esto ya da á entender que no fueron vulgares ni su capacidad ni su virtud, porque nunca los hijos del esclarecido patriarca S. Benito echaron mano para el desempeño de los importantísimos cargos de abades, que casi siempre tenian aneja la cura de almas, y en muchas partes una jurisdiccion acaso episcopal en vastísimos territorios, de hombres que no estuvieran adornados de prendas más que suficientes para llenar de una manera conveniente su cometido; y cuando al P. Salcedo le vemos no solo nombrado una vez, sino confirmado varias en la abadía de que llevamos hecho mérito, no puede dudarse que era hombre muy idóneo, porque si alguna equivocacion acerca de sus prendas hubiera podido nombrarle una vez, de cierto no hubiese habido respeto alguno en privarle de la abadía si no hubiera servido para su desempeño, ó de haberle sustituido por otro al cumplir el primer trienio, si otro cualquiera hubiese parecido más á propósito. Alcanzó la época de Doña Margarita de Austria, y á él se debe el que por primera vez se llamase á esta excelsa señora reina de España. Aunque no tuviéramos otra cosa porqué recomendarle sino por su erudicion y conocimientos cronológicos, esto sería más que suficiente motivo para que le hubiésemos de dar un lugar eminente entre los escritores de su época, pues su precioso libro, titulado *Historia del conde Fernan Gonzalez y sucesion suya hasta la reina católica Doña Margarita de Austria*, es obra de mucho mérito, y en verdad es muy sensible que no esté sino manuscrito, si bien por hallarse en la biblioteca de manuscritos del Real palacio ha podido ser consultado por muchos literatos de diversas épocas, que han aprovechado y propalado las eruditísimas noticias que en él se contienen. Nosotros lamentamos grandemente el descuido de los superiores generales de su época y de los cronistas de su Orden, porque nos han privado de las importantes noticias que indudablemente nos podria facilitar el exacto conocimiento de las dotes y circunstancias del P. José de Salcedo, monje benedictino. — G. R.

SALCEDO (H. Juan), de la Compañía de Jesus, marchó á la mision de la Florida en 1568, sufriendo todos los peligros y calamidades que padecieron los jesuitas en aquella larga navegacion, á que deben agregarse los no menores de que fueron víctimas despues á consecuencia del mal resultado de su empresa. Salcedo pasó con este motivo á Méjico, cuya mision comenzó en 1572, partiendo á 12 de Junio desde España el P. Dr. Pedro Sanchez con algunos de la Compañía, á los que se agregaron despues los que desde la Florida y Habana fueron enviados á aquel lugar. Los Padres que marcharon desde España se repartieron en dos embarcaciones para poder aprovechar á los pasajeros con su doctrina y ejemplo. Llegaron en 9 de Setiem-

bre al puerto de S. Juan de Ulua, con la más próspera navegacion, sin haber sucedido desgracia alguna ni muerte de persona. Ocupáronse con fervor todo el tiempo que estuvieron embarcados en enseñar la doctrina cristiana, en rezar las letanías y cantar la Salve, en predicar todos los domingos y fiestas, en tratar con la gente de cosas de aprovechamiento del alma, y acudian gustosos á los enfermos que habia, asistiéndoles, consolándolos y oyendo á los que se querian confesar, lo cual hicieron casi todos los de la flota, y comulgar en todos los puertos á que llegaban, especialmente en la Gran Canaria, donde los jesuitas fueron recibidos de todo el pueblo como si fuesen ángeles, por el afecto que tenian al P. Diego Lopez, que era uno de ellos, y habia predicado allí pocos años ántes. Habiendo, pues, llegado al puerto, y dadas al cielo las debidas gracias por tan afortunado viaje, fueron todos á hospedarse al hospital nuevo que habia fundado D. Martin Enriquez, virey de Nueva España, para la comodidad de los enfermos pobres de las flotas españolas, que solian ser en grande número; fueron á visitarle allí los ministros del Santo Oficio por órden de D. Pedro de Moya de Contreras, inquisidor apostólico á la sazon, y arzobispo despues de Méjico, y los acompañaron hasta la ciudad de Veracruz y los fueron regalando por todo el camino. Llegaron finalmente á la ciudad de Méjico, y encontraron en ella al P. Antonio Sedeño con el H. Juan Salcedo, que habian llegado un mes ántes á Méjico desde la Habana y habitaban en el hospital. Porque habia mandado San Francisco de Borja que los de la Compañía que habian quedado del naufragio de la Florida, en que murió el V. P. Juan Bautista Segura, viceprovincial con sus compañeros, quedasen sujetos al provincial de Méjico, y se gobernasen por su direccion, y el provincial les habia escrito que pasase alguno de ellos á Méjico á verse con él é informarle del estado de las cosas, para dar órden de lo que en adelante se habia de hacer. Con este motivo habia ido á Méjico el P. Antonio Sedeño con su compañero, y estaban esperando al provincial y á los demás Padres y Hermanos, sirviendo con mucha caridad á los enfermos, y padeciendo mucha pobreza y necesidades en unos camaranchones sin puertas ni ventanas, mal arreglados y frios, adonde con un corazon muy abrasado y encendido de amor, recibieron á sus hermanos y compañeros en la noche que llegaron, abrazándose con copiosas lágrimas de alegría, lavándoles los pies y dando gracias á nuestro Señor por haberlos conducido con salud á aquella tierra, y dádoles tan próspero viaje. Mas primero que pasemos adelante, dice la Crónica, á quien seguiremos en la fundacion de las misiones de la Compañía de Jesus en Méjico, será bien que demos una noticia breve, así de la situacion como del estado que tenia el país cuando entró en él la Compañía. Lo que estaba poblado de españoles se hallaba dividido en tres gobiernos ó audiencias reales; Guatemala, Guadalajara y Mé-

jico, donde residia el arzobispo metropolitano con siete obispos sufragáneos. Los naturales son amables y pacíficos, y tanto más bárbaros ó ménos políticos cuanto más se apartan de la ciudad de Méjico, que fué siempre su corte. La variedad de las lenguas es mucha, y habia pueblo que en cada casa se hablaba diferentemente de las demás; y aunque contrataban entre sí, era por solas señas, sin hablar palabra. Estaba todo muy barato por la mucha abundancia, y no ménos por la templanza y parsimonia de los indios, que no comian carne, ni la tenian de animales domésticos, sino de solos bravos y montesinos qne cazaban. Aunque los ganados que se habian llevado de España estaban muy multiplicados por la solicitud y providencia de los vireyes. Estaba toda aquella tierra muy poblada de indios, cuando llegaron á ella los de la Compañia, y la ciudad de Méjico poco poblada de españoles y mucho ménos de las otras partes más distantes de aquella provincia. Habia solo tres religiones; la del S. P. S. Francisco, que entró la primera en aquellas regiones, y con sus lucidos y gloriosos trabajos asentó los trabajos de la fe. La del esclarecido patriarca Sto. Domingo, que aunque llegó despues no fué con menor fruto y gloria que los primeros, y la del gran doctor de la Iglesia S. Agustin, que habia trabajado en aquella viña del Señor con grande diligencia. Estaban estas tres religiones muy floridas en la observancia regular y en la opinion y estimacion de su santidad: la pobreza estaba muy en su punto y todo lo demás que tocaba á la perfeccion de la vida religiosa por el mucho cuidado, vigilancia y vida ejemplar de los Padres y superiores que los gobernaban. Y aunque todos estos religiosos se consagraban principalmente en aprovechar las almas de los naturales y de los españoles, comunmente se dedicaban más á la conversion de los indios y á doctrinar á los ya convertidos. Y para poder hacerlo mejor, aprendian tantas y tan extrañas lenguas, por parecerles que esta era su vocacion y que para ello Dios les habia llamado. Por esta causa no habia tantos que predicasen á los españoles ni corrigiesen sus costumbres y cultivasen la virtud y letras de sus hijos nacidos en aquella tierra, comunmente hábiles, de buenos ingenios y fáciles y blandos para cualquiera cosa de vicio ó de virtud que se quisiese imprimir en ellos. Y como el cielo es benigno y estaban criados en regalo y abundancia, con la ociosidad, que es madre de todos los vicios, eran muy libres é indómitos, y con disposicion de perderse ellos y perder su república. Porque conquistado ya aquel reino, con la paz no habia armas en que emplearse los mozos, y la gente noble y bien nacida en tierra tan fértil, rica y abundante, no se aplicaban á los oficios bajos y mecánicos, teniéndolos por contrarios é indignos de su nobleza. Y así, por maravilla habia español alguno que hiciese estos oficios bajos, solo quedaba el empleo de las letras, que no desdice de la nobleza; y por falta de esta tan excelente

ocupacion y especialmente del estado de las letras humanas, andaba la juventud noble ociosa y distraida, y habia gran falta de ministros que ayudasen y sirviesen á los prelados, y se empleasen en convertir y doctrinar á los indios, que en aquella sazon eran innumerables, por suplir esta falta tan grande; todos los prelados ordenaban lo que podian, y los hacian pastores y curas para que administrasen los sacramentos á los indios convertidos, y muchas veces se hallaban estos curas sin la suficiencia y caudal de letras que para ejercitar bien el oficio que se les habia encomendado era menester. Tal era el estado de Méjico y de la Nueva España cuando llegaron allí los jesuitas, los cuales fueron muy bien recibidos y con muestras de singular benevolencia de toda la ciudad. Visitaron luego al virey D. Martin Enriquez, diéronle las cédulas y cartas que llevaban de S. M.; recibiólos con particular amor, alegróse mucho con la persona del P. Pedro Sanchez, á quien habia conocido en Valladolid; salióle á recibir y abrazar, y todo el tiempo que gobernó, fué muy devoto y gran protector de la Compañía. Lo mismo hicieron con el dean y cabildo de la iglesia catedral, que la gobernaba por ser sede vacante; con el ayuntamiento de la ciudad y otros ilustres personajes, y todos se ofrecieron á ayudarles mostrando gran gusto de su ida. El mismo pueblo fué tanto lo que se alegró de ella, que salian á las puertas y ventanas con gran regocijo para ver á los jesuitas cuando pasaban por la calle, acudiendo con regalos y limosnas á socorrerlos en sus necesidades. Lo primero que recibieron fué de Hernan Gutierrez Altamirano, caballero no ménos limosnero que rico, el cual aquella misma mañana les envió dos piezas de paño, una parda y otra negra, para que se vistiesen, y una frazada á cada uno para cubrirse, porque no tenian más capa que la que les habia quedado de su navegacion. Fueron luego á visitarle los religiosos y prelados con las entrañas y amor que lo hicieran si todos fueran de un mismo hábito. Distinguiéronse en esto los Padres de S. Agustin y su provincial Fray Juan de Adriano, predicador célebre y columna de su religion. Estos Padres con su grande caridad tenian dispuesto un cuarto en su convento para hospedar á los jesuitas, é hicieron grandes instancias para sacarlos del hospital; pero ellos prefirieron quedarse en él para gozar de la incomodidad y pobreza que allí habia, y así se quedaron dando gracias á aquellos Padres por su caridad. Probólos nuestro Señor, como suele hacerlo con los suyos, y probólos el nuevo cielo y la nueva tierra, dando de repente á casi todos los recien llegados en la flota una enfermedad de que murieron muchos. Estaban los jesuitas en el hospital faltos de todo género de comodidades, y apénas habia quien los curase é hiciese el oficio de enfermero, pero no les faltaban visitas y limosnas, las cuales mandaban dar á los enfermos del hospital, comiendo ellos de lo que sobraba á los pobres, frio y mal sazonado. El

que adoleció más gravemente, y al parecer con mayor peligro, fué el Padre provincial Pedro Sanchez, que estuvo muy al cabo; mas fué nuestro Señor servido de darle vida y á los demás salud, para emplearla en tanto servicio suyo como despues la emplearon. Solo pagó por todos el P. Francisco Bazan, que pasó á mejor vida el dia de los santos apóstoles Simon y Judas con mucho sentimiento de sus compañeros y hermanos, porque era varon de grandes prendas y muy religioso. Fué natural de Guadix y de la familia de los marqueses de Santa Cruz, pero tan humilde, que por disimular mejor su nobleza, trocó el apellido de Bazan en Arana, y se fué á la provincia de Castilla para entrar en la Compañía, y quiso ser en ella coadjutor temporal, habiendo ántes estudiado, y sirvió en la cocina y en los otros oficios más humildes y abatidos muchos años. Pero al fin la luz de sus virtudes le descubrió, y los superiores le mandaron ordenar de sacerdote, y le ocuparon en el reino de Galicia y en otras partes con mucho fruto, porque tenia mucho fervor y buen talento para el púlpito. Le enviaron desde allí á las Indias, siendo maravilloso el ejemplo que dió en el viaje y el celo con que se empleó en beneficio de los soldados y marineros de la nave almirante en que iba, y la caridad con que se apiadaba de los enfermos, enviándoles con gran secreto su comida y quedándose sin comer. Era muy afable y religiosamente gracioso, con lo que ganaba las voluntades de todos los de la casa y de los de fuera, y recababa de cada uno cuanto queria. Honró su entierro el clero de la iglesia mayor y parroquias y la capilla de música. Sepultáronle en la iglesia del hospital de nuestra Señora con un ornamento sacerdotal rico. Recobrada la salud comenzaron los jesuitas con más aliento y continuacion á servir á los prójimos, y el rector P. Diego Lopez á predicar en el hospital, cuya iglesia era bien capaz, y como tenia tan extraordinario talento y la gente tanto deseo y curiosidad de oirle, acudió toda la ciudad á sus sermones, y recibian sus palabras como de un varon de Dios, porque aunque eran sencillas, iban envueltas y llenas de espíritu del cielo, verdad y celo de su aprovechamiento. Y así en breve se vió el fruto de sus sermones en la enmienda de los vicios, acrecentamiento de las virtudes y frecuencia y uso de los santos sacramentos de la confesion y comunion, cosa poco usada en aquella ciudad. Era grande obstáculo para el ejercicio del ministerio de la Compañía la mala habitacion y poca comodidad que tenian en el hospital, y para esto trataron de buscar algun sitio en que recogerse y acomodarse en la ciudad, aunque con mucha estrechura. Porque como gente nueva, aislada y deseosa de no servir de carga á nadie, no pedia nada ni por sí, ni por terceros. Tambien temian que en cualquier sitio cómodo que eligiesen, habian de hallar alguna contradiccion en las otras religiones, ó por el privilegio de la antigüedad ó por otros respetos. Hallándose, pues, con este cuidado sin sa-

ber lo que hacerse, un tal Alonso de Villaseca, que se hallaba enfermo y habia enviado á la llegada de los jesuitas cien pesos de limosna, hizo llamar una noche al P. Provincial y le dijo como tenia allí cerca de su casa unos solares, y que si eran á propósito y estaba bien á la Compañía se pasasen á ellos, porque él desde luego se los daba. Era el Villaseca, dice la Crónica, hombre seco de condicion, conforme á su nombre, pero más largo en las obras que en las palabras. Era tambien muy rico y muy limosnero, y parecia que andaban á porfía, Dios en darle hacienda y él en darla á los pobres, no sé si con mayor liberalidad ó con mayor secreto. El Provincial apretado por una parte de su necesidad, y temeroso del estorbo que rezelaba le habian de hacer los demás religiosos en elegir el sitio, y obligarse por otra parte de la liberalidad de aquel caballero y de la esperanza de que en adelante los podria ayudar para la fundacion del colegio, aceptó lo que se le ofrecia, y con todo el secreto posible dió traza para que los jesuitas pasasen aquella misma noche del hospital al sitio concedido. Y habiendo en el lugar más decente de aquella casa arreglado un altar con los pobres ornamentos que habian traido en su navegacion, á la mañana siguiente, con un cáliz y una patena de estaño, se dijo la primera misa; aunque en la misma mañana Don Luis de Castilla, caballero del hábito de Santiago, regidor de Méjico, les envió todo el aderezo de su oratorio, ornamentos para decir misa, frontal, dosel, cáliz y vinajeras de plata, y otras personas enviaron cálices, palios é imágenes, con lo que el altar quedó bien adornado, y los Padres de la Compañía en posesion de su sitio y casa sin contradiccion alguna. Verdad es que por esta priesa que tuvieron en aceptar la donacion de Alonso de Villaseca perdieron otras comodidades que despues se presentaron. Porque el virey D. Martin Enriquez estaba decidido á hacer por sí la fundacion del colegio de la Compañía en Méjico, y habia ya escogido el paraje más ventajoso de la ciudad, que era la plaza llamada del Volador. El tesorero Santos, prebendado de la iglesia catedral y venerable por sus virtudes y canas, fué á la casa de la Compañía, y de rodillas, con muchas lágrimas, ofreció su persona, hacienda y casas que se hallaban cerca del mismo sitio del Volador. Mas no pudiéndolo alcanzar por haberse comprometido ya los de la Compañía, fundó despues en sus casas para estudiantes pobres el colegio de Santos, que tomó nombre de su fundador. Los jesuitas no tenian aún iglesia y deseaban celebrar la fiesta de la Circuncision y del Santo Nombre de Jesus, como propia de la Compañía. Supiéronlo los Padres de Santo Domingo, y con mucha caridad les ofrecieron su casa é iglesia, donde la celebraron el primer dia del año 1573. Dijo la misa el P. Provincial y predicó el P. Diego Lopez, agradeciendo mucho á los dominicos, que como padres y maestros les honrasen con su altar y púlpito. Con las limosnas que hicieron á los Pa-

dres de la Compañía algunos particulares, arreglaron su casa lo mejor que pudieron, en particular con las que les procuró el licenciado Juan Losa, con que cercaron el terreno para poder vivir en clausura. De las mismas limosnas y con las que las religiosas de la Concepcion y el Dr. Damian Sedeño, abogado de la Real audiencia, les enviaban todas las semanas se sustentaban los jesuitas; mas les faltaba iglesia para ejercer sus ministerios con anchura y libertad, y se la proporcionó el Señor de una manera extraña y digna de su divina providencia. Porque un cacique indio, cabeza del pueblo de Tacuba, llamado D. Antonio, se fué á ofrecer con la gente de su pueblo, que era mucha, diciendo que sus antepasados habian hecho la iglesia catedral de Méjico, y que no querian ellos ser ménos que sus mayores, y que así se ofrecian á hacer la iglesia de la Compañía con la mayor brevedad y sin otro interés más que el del cielo. Aceptaron los Padres la oferta, y comenzaron ellos luego á reunir materiales con tanta prisa y alegría, que habia en la obra más de tres mil indios; y en tres meses abrieron los cimientos, levantaron paredes y cubrieron y acabaron con toda perfeccion un templo de ciento cincuenta pies, de tres naves, casi cuadrado, con el techo de paja, construido conforme á su costumbre. Esta clase de edificios llevan el nombre de Xacal en el idioma de los indios, por lo que aquella casa se llamó así por mucho tiempo. Era la iglesia tan capaz y hermosa y á propósito para los ministerios de la Compañía, que podia competir con cualquiera otro templo de la ciudad, á pesar de que los habia muy suntuosos. El domingo de Cuasimodo se trasladó el Santísimo Sacramento con una procesion muy solemne, á que asistieron el virey y audiencia, toda la ciudad, religiones y parroquias y todos los pueblos de los indios circunvecinos con sus ingenios. Llevaron el Santísimo el dean y cabildo desde la iglesia catedral, y con la posible majestad y pompa le colocaron en la nueva iglesia, en que un Padre de la órden de Santo Domingo predicó en la misa mayor haciendo grandes elogios de la Compañía. Comieron aquel dia en la nueva casa todos aquellos personajes, costeando el banquete con grande generosidad Luis de Arnoz, vecino principal y secretario de la ciudad de Méjico y amigo muy entrañable de la Compañía. De esta manera se establecieron los jesuitas en la ciudad de Méjico, comenzando á propagarse desde allí por varias partes del reino, ganando para Dios los corazones de la gente con quien trataban y aficionándolos á la Compañía. No hacia aún dos siglos que habian fundado los jesuitas esta provincia y ya tenian en la capital tantas veces citada casa profesa, dos colegios, el de S. Pedro y S. Pablo, y el de S. Andrés, que se llamó ántes de Sta. Ana, y dos seminarios, el de S. Ildefonso y el de S. Gregorio. Tenian además noviciado y colegio en Tepotzotlan, y colegios en Valladolid ó Mechoacan, en Queretaro, S. Luis de la Paz, S. Luis de Potosí, dos en la Puebla

y otros en Oaxaca, Queretaro, Guadalajara, Mérida, Metapa, Guatimala, Guadiana y Cinaloa. Un seminario en la Puebla, residencia en el Parral, misiones apostólicas, la antigua y nueva de Taramaures, las de Topia, Sonora, Tepehuanes y Piatzla; las de S. Antonio y S. Ignacio y la de la California. El H. Juan Curiel fué el primero que dió á conocer la Compañía en Mechoacan, adonde se fué á ordenar de sacerdote. Los PP. Hernan Suarez de la Concha y Juan Sanchez siguieron su ejemplo en la ciudad de Guadalajara; y el P. Concha estuvo tambien en Zacatecas, y fué el primer superior de una residencia que hubo en el pueblo de Esquilara, á tres leguas de Méjico, donde se retiraban los jesuitas para aprender entre los indios habitantes de aquel país la lengua otomí, que es la más difícil, copiosa y abundante de todas. El P. Juan Curiel fué el primer rector de Mechoacan, y el P. Juan Sanchez Vaquero el primer superior del seminario allí fundado por Don Vasco de Quiroga, su primer santo obispo. El P. Juan Rogel, que fué desde la Habana con los Hermanos Francisco de Villareal y Juan de Carrera, fué con el P. Diego Lopez á fundar el colegio de Oaxaca, á quienes acompañaron pocos años despues el P. Pedro Mercado y el P. Mtro. Pedro Diaz, que perteneció á la misma provincia. El P. Diego Lopez de Mesa comenzó la fundacion del colegio de la Puebla de los Angeles, que terminó algunos años despues el P. Dr. Diego de Morales, y otros Padres hicieron otras fundaciones, cuya relacion sería demasiado larga para nuestro objeto. —S. B.

SALCEDO (D. Juan), obispo de Santo Domingo. Fué natural de la ciudad de Granada, en cuya santa iglesia fué canónigo y despues provisor del arzobispado, sin que consten otras noticias acerca de sus antecedentes. Fué presentado para el obispado de Santo Domingo en 20 de Junio del año 1560, no despachándose las bulas hasta el 31 de Mayo de 1562. Consagróle el arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero, y al tiempo de partir á su destino solicitó de S. M. la gracia de llevar consigo su librería y que le acompañasen seis clérigos de su iglesia de reconocida utilidad por su virtud y su ilustracion, cuya gracia le fué acordada conforme la pedia. Murió durante la navegacion, que fué muy larga y penosa. Su cuerpo, conservado en sal, llegó al destino que en vida se le preparára, y fué sepultado en su iglesia catedral con todos los honores y distinciones que correspondian á la elevada clase á que habia pertenecido. —M. B.

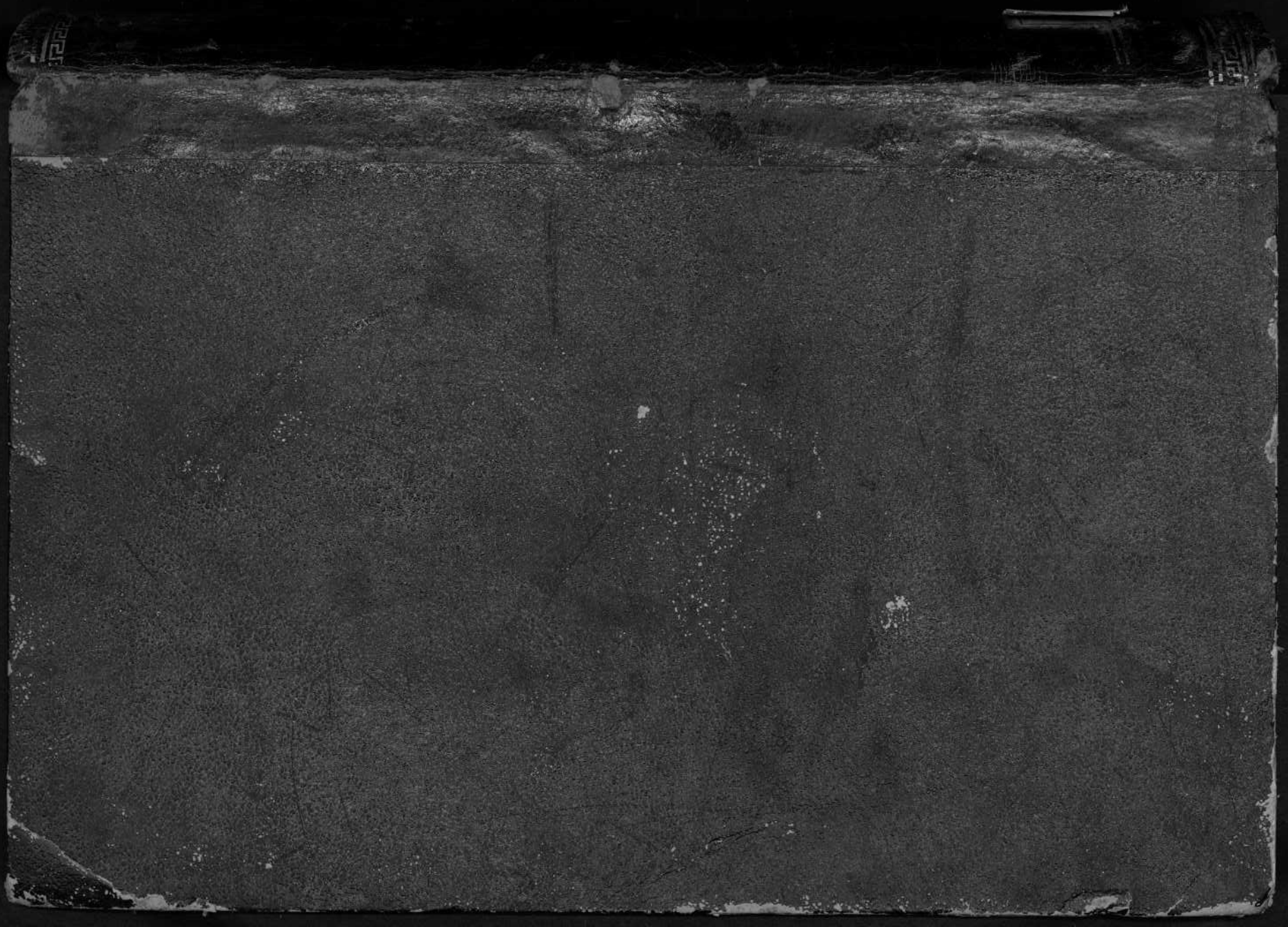
SALCEDO (Fr. Juan), minorita español. Ignóranse la patria y primeros antecedentes de este religioso, cuya vida entera consagrada á la práctica de las virtudes es uno de los mejores modelos que puedan proponerse á la imitacion de los que siguen la vida del claustro. Instruido y amante de las ciencias, Salcedo no perdonó nada de cuanto pudiera influir en sus adelantos personales, y así es que se dedicó al estudio con esa aficion y ese ardor de

que son contados los ejemplos. Hizo de consiguiente grandes progresos, y en breve tiempo fué elevado al sacerdocio por sus superiores, que no sabian qué admirar más en él, si su vasta inteligencia y grandes conocimientos, ó su austeridad, penitencias y contínua devocion y oraciones. Amante de la observancia regular no faltaba á ninguno de los actos de la comunidad, ántes bien era el primero en asistir á todos ellos, viéndosele despues largos ratos entregado á la oracion y meditacion, ó á las maceraciones que usó áun en una edad muy avanzada, no obstante los consejos de los médicos que creian perjudicaba su salud y acortaba sus dias. Su amor á la pobreza era tan grande que siempre se contentó con los vestidos que los otros dejaban, siendo el suyo tan descolorido y remendado que no se conocia su primera tela. Causábale grande dolor el que le quisiesen dar hábito ó sandalias nuevas, y cuando no le quedaba otro recurso que admitirlo, procuraba cambiarlo á la primera ocasion. Pero como en su comunidad habia otros religiosos que se hallaban en el mismo caso, no siempre le era posible, teniendo que aceptarlo aunque con sentimiento. Entónces bajaba á la huerta ó á cualquier otro paraje donde pudiese entregarse al trabajo ó fatiga corporal, y en muy breve tiempo ponia el hábito á fuerza de cavar, andar ó entregarse á cualquiera otro ejercicio violento en un estado que no se conocia su orígen y mucho ménos que le hubiese recibido en el mismo dia. Su humildad le impedia presentarse de un modo que podia llamar la atencion, y por esto empleaba tales recursos deseoso de que todos apartasen la vista de él con desden ó desprecio. Su celda se hallaba adornada con mayor pobreza si cabe todavía: no tenia mesa para escribir, sirviéndose en su defecto del poyo de una ventana; silla no usó nunca, pues siempre estaba de pie ó arrodillado, y una percha era inútil á quien no tenia otro hábito que el que llevaba siempre puesto. Su cama era el suelo, ó un manojo de sarmientos secos que habia ido reuniendo, escogiéndolos exprofeso para que en vez de descanso le sirviesen de nueva mortificacion y penitencia. Vida tan austera, de la que omitimos muchas particularidades, iba acompañada de una grande actividad literaria, pues no solo consagraba diariamente muchas horas al estudio, áun despues de haber terminado su carrera, sino que emprendió la composicion de diferentes obras, de las que solo una llegó á ver la luz pública y eso por la grande devocion que profesaba á María Santísima, á cuyo favor creyó debia sacrificar su humildad, presentándose al público en su defensa, pues las demás las quemó por sí mismo ántes de morir, mirándolas como otras tantas tentaciones que podian turbarle en su última hora. Además de esto, como estaba consagrado al ejercicio de la predicacion, consultaba constantemente á los Santos Padres y demás expositores, haciendo de ellos un profundo estudio. Así es que sus discursos oratorios eran tan elocuentes

como eruditos y atraian no solo al público, sino á las personas más encumbradas por sus dignidades eclesiásticas. Predicó muchas veces en Valladolid en presencia de la corte, y se apresuraban á asistir para escucharle la chancillería, universidad y todas las autoridades. Cuando más se distinguia era cuando trataba de cualquiera de los misterios de la Vírgen Santísima, pues como la tenia tan grande devocion se esmeraba en adornar su discurso con todas las gracias de la elocuencia y todas las reglas de la lógica. Dice la Crónica que hizo un panegírico de la Reina de los Angeles, con palabras tomadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, otro siguiendo completamente á S. Bernardo en las formas y en el fondo, y otros en fin, de distintas maneras, pero todas tan originales como nuevas y elegantes. Poco nos resta que decir de este religioso. Sus últimos años, semejantes en un todo á los primeros, aumentaron su fama de santidad, de manera que se preparó para la muerte como para un largo viaje en que corria peligro su vida. Jamás habia querido admitir ninguna dignidad en su Orden, contento con cuidar exclusivamente de sí mismo, pues áun el cargo de almas solo le ejerció por caridad y deseo de conducir á otros por el camino de perfeccion que él tanto anhelaba. Esta fué una de las mayores satisfacciones que le acompañaron al sepulcro, al que bajó tranquilo y sereno confiando en la bondad del Señor á quien constantemente habia servido. Dejó una obra con este título: *An Seraphicæ Militiæ labor in propugnanda Immaculata Conceptione Mariæ, nova Christianæ Militiæ erectione, certa victoria spe coronetur, Mariæque originalis gratiæ utriusque Militiæ erectione, certa victoriæ spe coronetur, Mariæque originalis gratiæ utriusque militiæ conatibus proxime diffinibilis constituatur;* Valladolid, 1627, fol.—S. B.

FIN DEL TOMO XXIV.

ESTANTE 18
Tabla 8.ª
N.º 1
1



BIOGRAFIA

ECLESIASTICA

24

13.532

R S